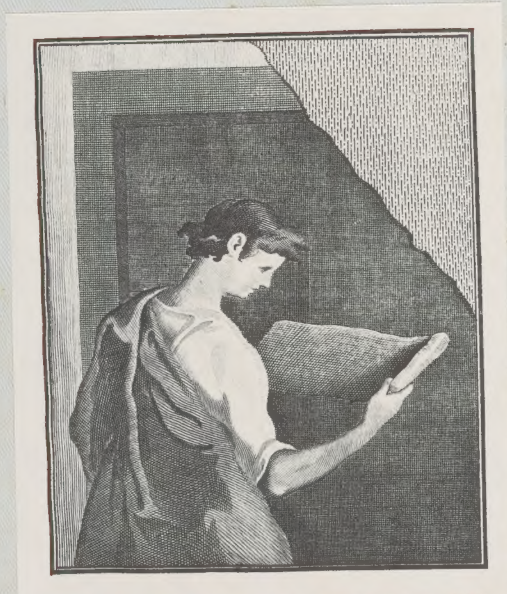
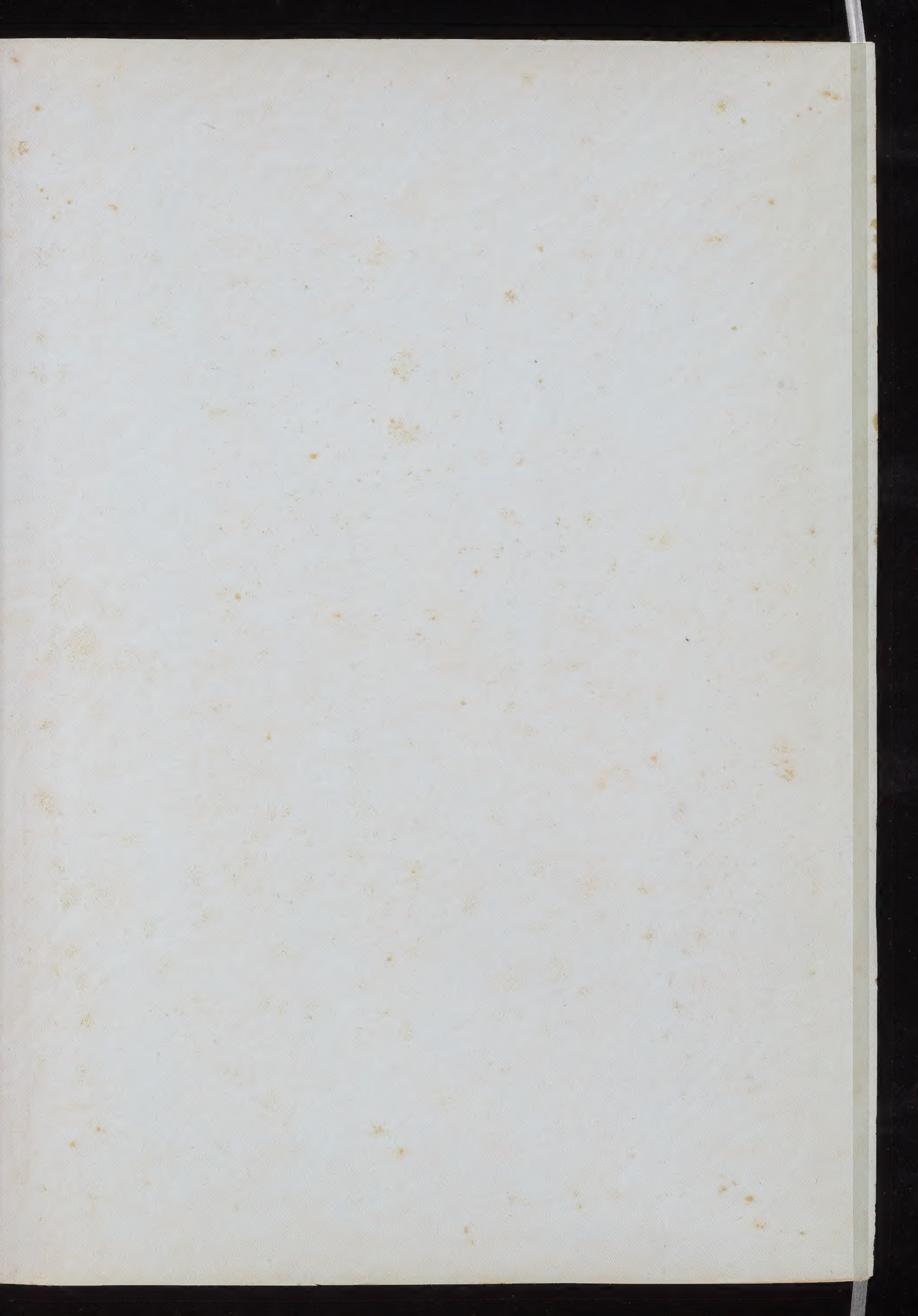
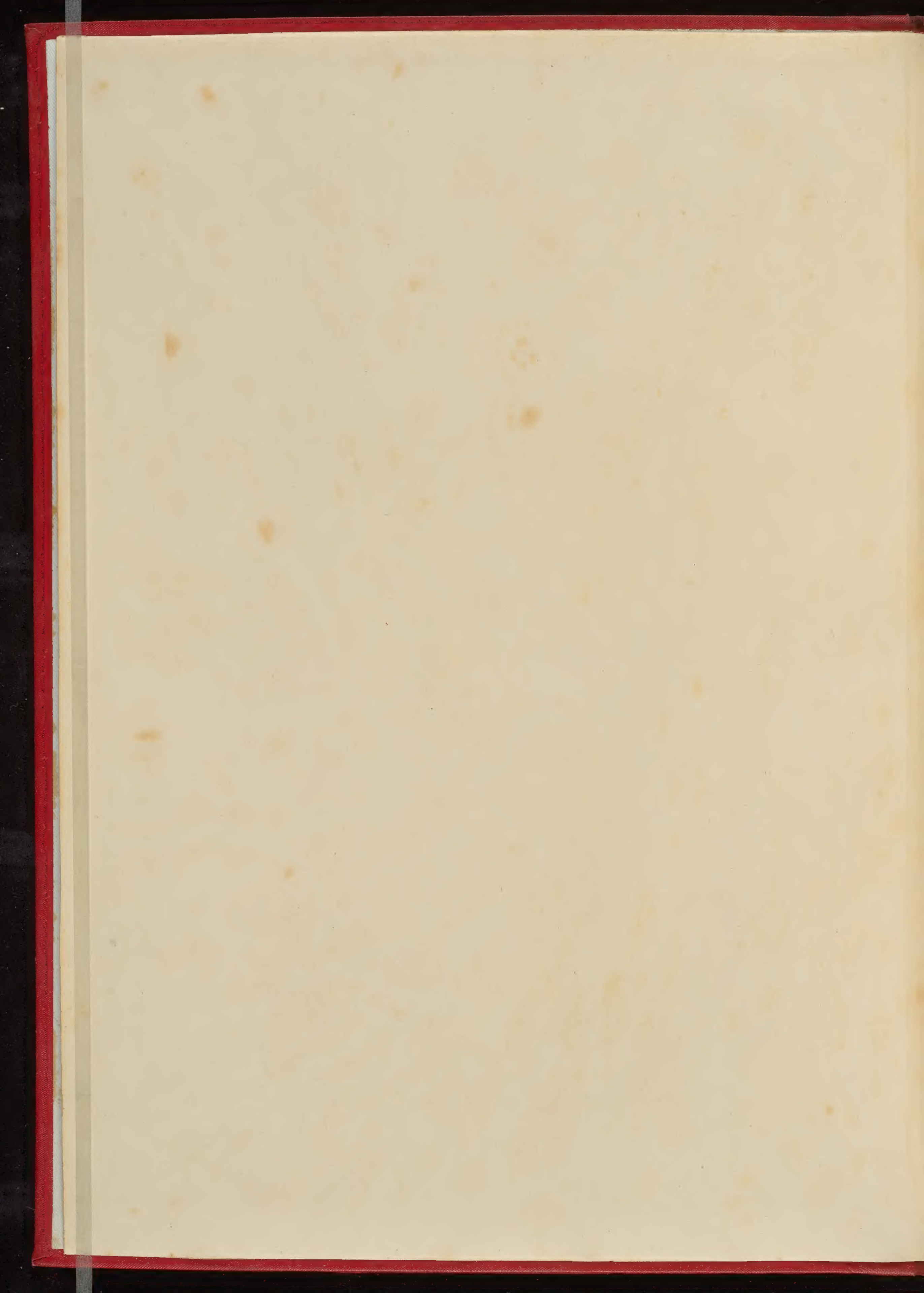
LA ILUSTRACION









LA
ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA

PERIÓDICO SEMANAL DE LITERATURA, ARTES Y CIENCIAS

REDACTADO POR LOS MÁS NOTABLES ESCRITORES NACIONALES

PROFUSAMENTE ADORNADO CON UNA

MAGNÍFICA COLECCIÓN DE GRABADOS

DEBIDOS A LOS PRIMEROS ARTISTAS NACIONALES Y EXTRANJEROS



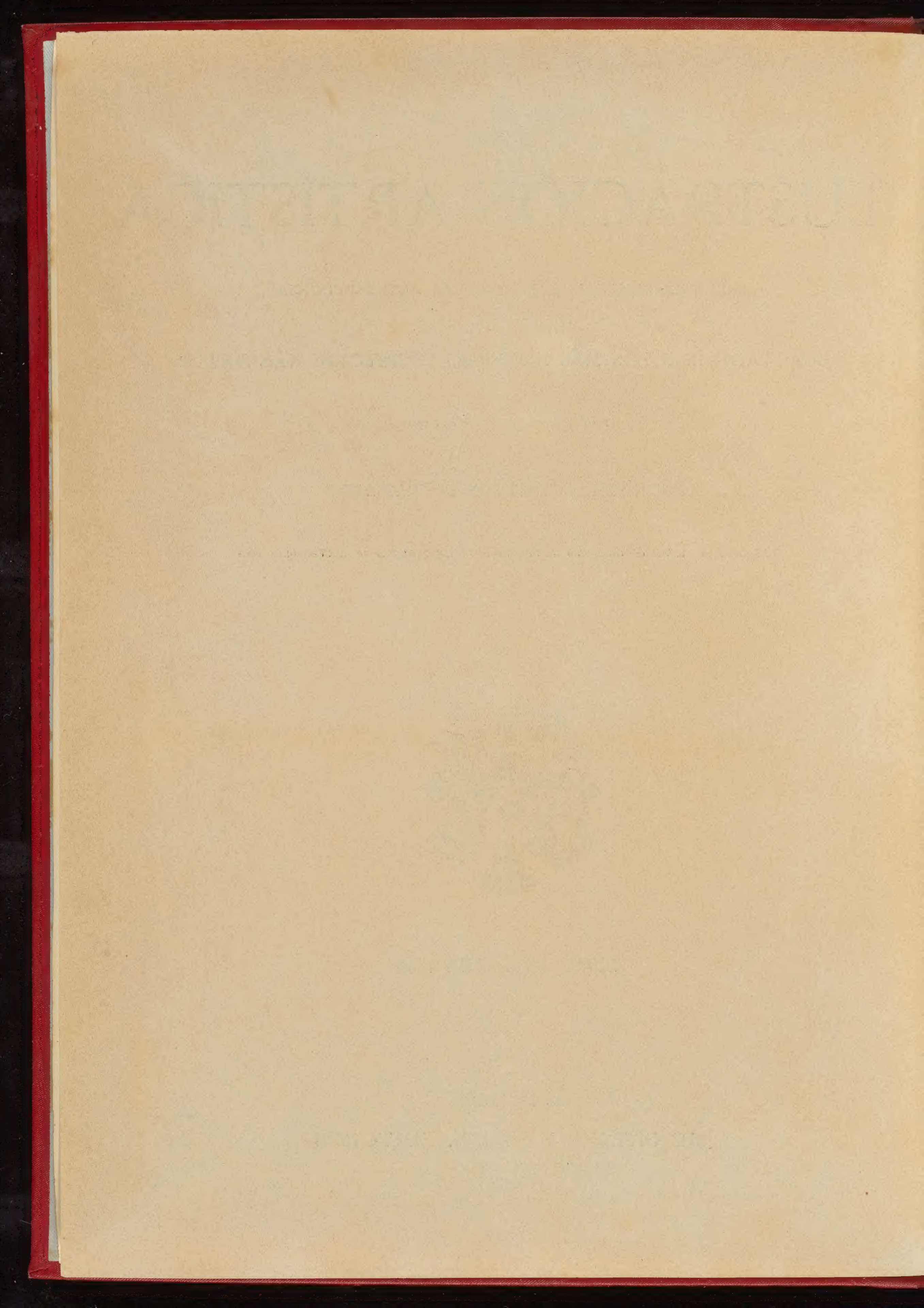
TOMO XXV.—AÑO 1906

BARCELONA

MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

CALLE DE ARAGÓN, NÚMERO 255

1906

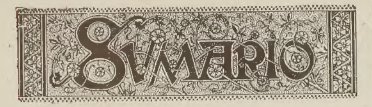


La Ilustración Artística

Año XXV — Barcelona 1.° de enero de 1906 — Núm. 1.253



EL AÑO NUEVO, dibujo de A. Mas y Fondevila



OTRO AÑO

Al arrancar la cubierta del calendario americano, la mano tiembla ligeramente. El bloque de papel apretado resalta sobre la cartulina del cromo, reluciente de barniz. Una alegoría del invierno: árboles ateridos bajo la nieve; pájaros acurrucados; una choza sepultada en la blancura del sudario sin fin...

¿Por qué tiembla la mano, ligeramente, imperceptiblemente, al arrancar esa cubierta de los calendarios flamantes, en el gabinete caldeado por el fuego de Navidad, en el hogar conmovido por la solemnidad augusta de la Epifanía? No sé; no lo sé á punto fijo, pero tiembla y vacila como temerosa de despertar algo amenazador y terrible que duerme. Es lo Porvenir, es lo Incógnito. ¿Se trata de una gran amenaza, de una gran aurora, de una lúgubre puesta de sol? ¿Será una redención? ¿Será un cataclismo? No podemos contestarnos; y de esa trágica incertidumbre nace, precisamente, la solemnidad del momento.

Porque uno piensa: «detrás de esta hoja deleznable vienen otras y otras hojas, hasta trescientas sesenta y cinco; detrás de este día de sol, diáfano y lleno de serenidad, con la familia congregada por íntima atracción vital en torno de la mesa, vienen otros y otros días inciertos, indescifrados.» ¿Llenos de risas, preñados de lágrimas? He aquí el misterio; he aquí el temblor de la mano, que, sin darse cuenta de ello, acaricia suavemente á la fiera dormida en el seno del bloque, como deseando aplacarla, como deseando amansarla con caricias antes de que nos sorprenda con su zarpazo. En el pequeño mazo de papeles que la costumbre cuelga en nuestras estancias vemos todos, instintivamente, un símbolo abreviado de la caja de Pandora, y todos, en lo más hondo, nos preguntamos: ¿Qué va á salir de ahí? ¿Qué sorpresas nos reserva la historia, el trabajo secretamente providencial de la historia... futura? Y si nuestra curiosidad es más impaciente y, al azar, arrancamos un conjunto de las tenues hojillas, como quien corta una baraja, y aparece una fecha, lejana todavía cosa de tres, cuatro ó cinco meses, y fijando en ella la atención y la vista la interrogamos como se interroga á una Esfinge, como se consulta á una Sibila, entonces crece nuestro sobresalto y tenemos una visión pavorosa, indescifrable.

No sabemos si aquella fecha que destaca sus negros y barrocos guarismos sobre el papel será una fecha vulgar ó una fecha memorable; no sabemos qué profecías han de cumplirse en ella, ni qué plenitud de los tiempos puede anunciarnos, ni qué grande idea ha de ofrecernos, ni qué germen de alta transformación aportará á las civilizaciones, ni con qué crimen las manchará, ni qué hombre ó salvador ó genio inaudito entrará en la vida por sus umbrales, confundido en la igualdad suprema de la niñez, que no distingue con aureola ni estigma alguno al futuro Homero del futuro malvado. ¿Comprendéis ahora la diferencia que va del calendario venidero al calendario del año pasado? Muchos de mis lectores habrán experimentado seguramente esa diferencia si la casualidad ha puesto en sus manos un bloque atrasado, sin estrenar. Cierto prurito febril les habrá empujado á arrancar las hojas de los días que fueron, del tiempo que pasó; cierta necesidad de matar el tiempo habrá hecho que aceptasen alguna vez esa diversión trivial... Mas ¿qué han encontrado allí? Lo que decía Montaigne: nada más que «almanaques del año pasado.» Es decir, espectros de las cosas que fueron, muecas de un cadáver, acusaciones del tiempo perdido, del entusiasmo mal fundado, del amor ó del odio mal dirigidos y puestos en cosas que no merecen ni el uno ni el otro. Aquellas hojas son pavesas de un fuego que ardió, mientras el calendario de los días que vendrán es algo que contiene el fuego en potencia, algo por vivir y por estallar en luz ó en estrago, en vida ó en muerte, en esperanza ó en desolación. Estas hojillas son una sarta interminable de huevos misteriosos que incuba el Destino en la obscuridad. En vano la fantasía, el delirio, la quimera se lanzan por senderos de adivinación y profecía: lo imprevisto impera; la sorpresa reconviene al arúspice. Comparad, comparad vuestros anuncios de hace un año, con lo que vino después, con lo que ocurrió después. Lo acaecido os recrimina por ignorantes y por temerarios.

Ved si tiene motivos el hombre para sentirse inmutado ante esa fuerza latente, fatal: ¡Lo que vendrá! Porque el reloj le habla del tiempo que pasa; y sus manecillas señalan el instante de ahora por comparación con el que fué, y sus campanadas vibrantes y cristalinas, en el silencio de la noche, nos repiten aquel *ruit hora* de los viejos cuadrantes, en la fachada de los palacios abandonados á la vera de un camino desierto. El reloj le habla de lo que transcurre, pero el calendario le habla de lo que ha de transcurrir: y en lo que ha de transcurrir rueda todo lo Oculto, ruedan todas las potencias irresistibles y tenebrosas de la dramaturgia de Maeterlinkc y del agnosticismo de la lírica contemporánea.

Nadie extraña, por lo tanto, la persistente afición al pronóstico y la amalgama de ciencia positiva y de ciencia imaginaria ó de cábala que perdura en esos pequeños anuarios de índole popular. Al leer el ensayo del P. Feijóo sobre *Astrología judiciaria y almanaques*, diríase que trata de una materia inactual y que combate un vestigio. El vestigio sobrevive á todo y el ocultismo invade hoy más que nunca las ciudades populosas y ciertas clases pseudo-ilustradas. El hombre no se resigna al juego de la casualidad. Más que su historia, fuente de decepción y de tedio, le interesa su porvenir. Así, al ver en las cubiertas del calendario esta cifra: **1906**, la miramos con respeto como si tuviera algo de aquel *Deus ignotus*, al cual levantaron aras los gentiles, de suerte que parecía más temido y poderoso que las deidades admitidas y familiares de las viejas teogonías. Porque un año nuevo, un año á transcurrir, es una parte limitada y concreta de ese falso *Dios desconocido* y por aparecer todavía de entre las brumas de lo dudoso.

Pero si enfrente de esta cifra colocamos la anterior y ponemos: **1905**, aquella vaga sensación de terror no se produce, aunque durante el año 1905 hayamos visto cosas muy terribles. Recordamos, en efecto, que cuanto pensamos, que cuanto imaginamos hoy hace un año como interpretación anticipada; cuanto creímos que podía ocurrir y acontecer en ese lapso de tiempo que se ha cerrado ahora, todo viene contrariado, rectificado, desmentido y subvertido por un factor caprichoso é incoercible que se escapa á toda apreciación previa. Incluso lo esperado, ha venido por vías diametralmente opuestas á las de nuestra esperanza, mala ó buena; incluso lo previsto, ha llegado por atajos de imprevisión y por saltos de sorpresa, como si hubiésemos descifrado una fuga de vocales que formaba sentido perfecto con nuestra solución, pero que tiene, hasta lo infinito, otras soluciones y otros juegos de vocales y otros sentidos más perfectos y sorprendentes que el primero. Porque ¿cómo podré fijar yo, pobre náufrago, la línea matemática que recorrerá esa botella lacrada que mi desesperación lanza á las inmensidades oceánicas? Allá vuela mi deseo, hacia playas remotas y felices, hacia el amor vivo, hacia la amistad lejana; y la botella al impulso de corrientes misteriosas y no sujetas á ritmo alguno, ó sujetas, por decir mejor, á ritmos no observados ni dominados por la voluntad del hombre, va de tumbo en tumbo á estrellarse contra un arrecife en tierra de salvajes que, por largos años, conservan el papel arrollado en el fondo de la botella, interrogando horas y horas su misteriosa escritura, cuyo enigma nunca descifrarán. He aquí la marcha divergente de nuestros augurios, comparada con la dirección providencial ó simplemente dinámica de las cosas.

Y si ahora me reconcentro y digo:—«Invoca el auxilio de tu memoria. Haz un recuento, un balance de tu existencia en ese año que acaba de transcurrir. Dime qué has encontrado de malo ó bueno que en la substancia ó en el accidente no fuese sorpresa; dime qué te ha tocado de consolador ó terrible, que hubieses podido precisar de antemano.»—Y si cada lector se dice lo mismo y escudriña sus propias sensaciones y consulta su experiencia; y si de cada vida individual y de todas las vidas individuales juntas ascendemos á la vida de los pueblos y á la marcha de la humanidad, veremos que infinidad de tragedias que parecían inevitables se han disuelto, y otras que se consideraban remotas han estallado, y otras, en fin, que nadie pudo barruntar han llenado de espanto á los hombres, con bramidos de ciclón formidable que cuando el barómetro lo anuncia ya le tenemos encima sin poder esquivarlo ni guarecernos de él.

Así ha podido decirse que cada año es una novedad y una lección. Sólo que en este sentido la lección carece de eficacia, como el vuelo de una golondrina que pudiésemos seguir desde que empieza á volar hasta que muere no nos serviría gran cosa para conocer el vuelo, nunca coincidente, de los millones de millones de golondrinas que han existido en el mundo, de los millones de millones de golondrinas que existirán. Decidme cómo se teje la trama de la vida sino por sucesivas conjunciones de circunstancias, muchas de ellas físicas y fatales, ajenas á nuestra voluntad. Y no me refiero, está claro, al determinismo de los materialistas, que éste es grosero error, sino á la subordinación de nuestra existencia á coincidencias con lo exterior, fuera de nosotros mismos. Pasa uno y cae una teja, ó estalla una bomba, y le hiere. ¿Quién pudo precisar esa intersección de circunstancias, de tiempos, de trayectorias? Pues ¿quién podrá iluminarme para las futuras, aunque guíe mis pasos una prudencia extremada? Creía el transeunte ir á la felicidad; andaba en busca del ser amado; se dirigía á casa de su protector para ultimar un asunto que debía labrar su fortuna y consolidar su porvenir: halló la muerte interceptando su camino. Corría otro buscando la muerte, desesperado, y tropezó con un saco de onzas.

De manera que aquel 1905, anodino, insubstancial, pero amenazador, que aparecía por primera vez en la cabecera de los periódicos hoy hace un año, nos ha entregado ya su enigma. Sabemos lo que ha dado de sí; ha dejado en la Manchuria cuatrocientos mil esqueletos humanos, como horrorosa visión tamerlanesca; nos ha revelado un pueblo nuevo y una vieja disolución; nos ha ofrecido el asombro de hacernos contemporáneos de algo más inaudito y violento que la Revolución francesa, de una gran hemorragia más abundante y copiosa que la primera, de un Terror más desenfrenado y más sin dirección y puntería, por abominables que las supongamos, que el antiguo Terror; nos ha conmovido con un recrudecimiento general del jacobinismo en las naciones llamadas latinas, y ha reservado á nuestra España unos días de angustia honda, de delectación morbosa en la tristeza, de depresión de ánimo absoluta, dorados con el entusiasmo hiperbólico del homenaje al ilustre Echegaray, del centenario del *Quijote*, del obsequio á los voluntarios catalanes de la guerra de Africa. Jamás las manifestaciones externas del amor á la patria habían llegado á revestir entre nosotros tales caracteres de espasmo y frenesí, ni se había advertido, como decía Manuel Bueno, una más honda crisis del patriotismo elevado, heroico y en el verdadero sentido de la palabra. ¿Nos resarcirá de todo esto el año 1906?

* * *

Todas las cosas, incluso las que parecen más triviales, tienen su pequeña filosofía; y en esa charla, un poco trascendental, algo habrá salido, lector, de la *filosofía del almanaque*. ¿Por qué no escribirla? ¿No se escribió, según dicen, aunque nadie lo ha comprobado (como tantas cosas que pasan por axiomas), una *Higiene del sastre* y otra *Higiene del miliciano nacional*? He querido explicar, á mi manera, esa imperceptible, inconfesada turbación que siente el hombre al arrancar la cubierta del bloque. El año que se va fué huésped molesto ó divertido, procaz ó atento, traidor ó leal; pero ya salió, ya ha cerrado la puerta. Ahora, detrás de esa puerta aguarda el *intruso*, acechan el peligro y la interrogación de las grandes incertidumbres. ¿Qué trae escondido bajo la capa? ¿Qué tiene en el buche?.. Divaga, lector, que nunca acertarás. Lanza tu fantasía á lo arbitrario; consigna tus predicciones, tus deseos, tus augurios, tus temores, tus esperanzas y, si quieres, comunícamelos el año que viene, caso de que nos deje en paz, á ti y á mí, el que ha empezado ahora.

MIGUEL S. OLIVER.



LAS MUJERES DE GALDÓS (1)

DOÑA PERFECTA

Por la puerta que da al claustro, en la vieja catedral, sale en este instante. Ha oído misa y devotamente ha rezado. Anda lenta, solemne, con paso reposado. Bajo las negras tocas de viuda ostenta un rostro todavía hermoso, seco el gesto, grave la expresión, así como su continente es altivo, señoril, muy hidalgo. Entre las manos blancas lleva el devocionario, y cuelga de ellas el rosario de antiguas perlas que amarillean sobre la negrura de la falda ligeramente ondulante.

Sus ojos, sagaces en el mirar, con vivacidad interior, por más que se esfuerzan en rastrear la tierra, desmayando los párpados con expresión de beatitud, de reposo místico, es cierto que todo lo observan, vigilantes, inquisitivos, en constante espionaje siempre, y que el más leve movimiento de vida lo recogen, mientras que el oído, de escucha, atento á todo murmullo social, si bien parece distraído y olvidado del mundanal ruido, vaho de pecadores, nada deja escapar sin que lo retenga al paso, con consciente voluntad que disfraza un aire de profundo desdén. Hay en su gesto como un desabrimiento de la vida, asco de la miseria humana que acosa á las almas empeñadas en la purificación, por la penitencia y el desprecio á las vanidades, de tentaciones y culpas.

Por las trazas exteriores, pulcritud en el traje severo y no sin cierta elegancia provinciana, por la firmeza y distinción de sus ademanes, bien se conoce que es Doña Perfecta señora de todo rango y limpio linaje, muy en respeto y en olor de noble entre las buenas gentes de Orbajosa, la vieja ciudad episcopal que asienta sus añosos caserones, no rendidos aún á su gran pesadumbre, en el riñón mismo de las pardas tierras castellanas, empapándose en el silencio de las llanuras sin término, estériles y como muertas desde siglos ha.

Orbajosa retiene su carácter antiguo, la roña histórica; se ha petrificado, conservando la vida de centurias pasadas por no haber remontado, con impulso nuevo, el curso de los tiempos.

Cuadra bien la figura de Doña Perfecta en la soledad y vetustez de las callejas por donde cruza camino de casa. Su silueta destácase en aquel fondo brumoso, en negro, de los caserones que descascaran sus paredes, un tiempo blancas, con manchas terrosas del agua que gotearon los recios canalones al paso de los inviernos y que amasaran el polvo que dejaron sobre ellas las ráfagas del viento allá en otros estíos que fueron.

Del espíritu de la ciudad se ha empapado hasta la medula de los huesos Doña Perfecta. Nacida y criada allí, en el rancio solar de los suyos donde viviera siempre, nutrió su alma de continuo la conventual soledad del poblacho, respiró al día su ambiente moral de intransigencia irreductible y la pasión religiosa que ha templado el corazón, durante centurias y más centurias, de generaciones sucesivas que han ido viviendo en el corto recinto de la ciudad.

Como Orbajosa es una población sin pulso, que ha paralizado su vida, Doña Perfecta es un ser atávico, rezagado, con ideas y pasiones de otros días. Su carácter es de una fiera, rectilíneo. Pocos espíritus más intensos y con mayor temple. Bajo la apacibilidad de ese carácter, imperturbable de continuo, sería difícil sospechar las energías, los ímpetus impulsivos, la acometividad fiera que esconde dentro, y que se despiertan, irritados y trágicos, á la menor sacudida, al primer reto de lucha. Llamaríase con razón al alma de Doña Perfecta un «interior ahumado.» Raspando en la costra de la mansedumbre externa, husmeando más allá de sus bondades y de su piedad religiosa, rasgos salientes de su carácter, idiosincrasia individual, se descubre una complexión moral distinta, un psicologismo extraño, sentimientos bravos sujetos á una recia disciplina interior, una pasión intensa de mujer fuerte que, al exaltarse la fiebre religiosa que enloquece sus ideas y calienta la sangre, llega á las locuras extremas, á la sed de exterminio y muerte.

Desglósase ese carácter, se vuelve del revés esa mansedumbre, ábrese la bálvula de la pasión, y surgen los arrestos indomables, la ferocidad salvaje, cuando las circunstancias la empujan á reñir la batalla en pro de las creencias propias, con raigambre honda en la conciencia. Al llegar ese caso, la creencia en el espíritu conturbado de Doña Perfecta se torna pasión, la mansedumbre conviértese en acometividad; los escrúpulos morales declinan, con flexibilidad espiritual, dúctiles y acomodaticios, hasta parar en arrebatos impulsivos, y los serenos juicios de antes derivan en perturbaciones mentales que santifican la violencia, los estados de fuerza, la transgresión del sentimiento de caridad y amor humanos, innato en todos los seres por ley natural.

No es, en verdad, esta evolución espiritual un completo cambio de carácter. La levadura levantisca, el ímpetu pasional, existen, en germen, como dormidos, en el alma compleja, con infinitos repliegues, de Doña Perfecta. Basta el choque, la hostigación á la lucha, para que se sobrepongan, para que surgan prepotentes, en la plenitud de la energía.

Miremos su historia. Su vida responde en todo á su carácter.

***

Corren días tranquilos. La iglesia y la casa absorben por completo las actividades de Doña Perfecta. En los dos recintos encuéntrase en paz su espíritu. Por las mañanas los rezos la distraen, perdida en el reposo de las capillas desiertas, ante los altares en oración, y el resto del día el cuidado de la hacienda y la amorosa compañía de su hija Rosario, por quien se desvela su cariño de madre constantemente, ocupan sus afanes. Dentro de casa vive á gusto. Por la noche, cuando ya ha terminado el trajín casero, despachada la servidumbre doméstica, comienza la tertulia familiar para matar el ocio de unas horas. Siéntase en el viejo sillón D. Inocencio, teólogo recalcitrante, grave varón en olor de santo y con despuntes de sabio, dignidad de Penitenciario, que habla siempre de cosas que atañen á la religión y á la vida espiritual de aquellos seres á su dirección encomendada. Con fines más humanos, á la busca del cariño y la dote de Rosario, suele venir también á la tertulia aquel doctorcillo pedante y romancesco que una sobrina del Penitenciario trajera al mundo y las aulas universitarias condicionaron después para marear con su erudición á la violeta y su retórica de pacotilla á las buenas gentes lugareñas de Orbajosa y hasta á la casta señoril, por ella y su hija representada, de Doña Perfecta.

***

Así, en este ambiente de monótono reposo, de paz doméstica inalterable, transcurren los días, hasta que de pronto, en hora bien señalada en el curso de esta historia novelesca, aparece Pepe Rey, hombre de ciencia á la moderna, ingeniero, que viene á Orbajosa. Tráenle á la vieja ciudad episcopal, amén del cariño por su prima Rosario, ha tiempo su prometida por convenio entre los padres, cierta comisión oficial, en relación con su carrera: nada menos que abrir la anticuada Orbajosa, inmóvil en su ancianidad de siglos, á las actividades de la vida moderna, desentrañando sus riquezas, revolucionando su espíritu arcaico al empuje de ideas nuevas.

Al principio, la paz continúa sin alteraciones sensibles. Recibe bien, con afable cariño, Doña Perfecta á su sobrino, y ratifica de corazón su promesa de darle por esposa á Rosario. Ya ésta se ha enamorado de Pepe Rey con locura, entrañable ardor de la pasión primera.

No tarda en surgir la lucha. Entonces es cuando comienza á desplegarse el carácter de Doña Perfecta. Basta una leve plática, con ciertos honores de controversia religiosa, traída hábilmente con socaliñas de teólogo por el Penitenciario, espíritu inquisitivo, quisquilloso bajo una costra de prudencia, para que la pasión sectaria, la intransigencia católica embravecida, con acción de revulsivo enérgico, transfor-

(1) Comenzamos en el presente número la publicación de la serie de interesantes artículos que con este título ha escrito para LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA el notable literato matritense que firma con el seudónimo de *Angel Guerra*, y que iremos insertando en números sucesivos. (*N. de la R.*)

men el cariño en odio, la bondad en repulsa, revolucionando todos los sentimientos en el alma de Doña Perfecta. No deja ésta, sin embargo, su externa mansedumbre; engaña el rencor, queriéndolo enmascarar de misericordia. Domeña hábilmente su pasión, la reconcentra intensificándola; no descompone el gesto, ni amarga la hiel de dentro el mimo de las palabras que semejan caricias. Es un alarde de dominio espiritual, de disciplina interior. La violencia labora dentro dinámica y silenciosamente, pero al exterior no se trasluce ni siquiera en un movimiento rápido, inconsciente, rebelde, acusador de la tempestad de odios que ha estallado interiormente.

Frente á frente, ya en lucha, desplegadas por uno y otro lado las energías en guerra, siempre se verá impasible, con resignaciones de victima, á Doña Perfecta. Son sordas sus acometidas, dañinas, pero conservan la serenidad y la mansedumbre por fuera. Insinúa, instiga, con reticencias, á medias palabras, la campaña de hostilidad contra Pepe Rey. Ella es la mano oculta que lo arroja de la catedral, la que consigue destituirle en el cargo que se le encomendara. Los golpes se suceden, llegan á punto, hieren en la sombra, pero no es posible declarar una responsabilidad cierta. Lastímase Doña Perfecta á cada contrariedad que acorre al sobrino. Pocas veces la astucia femenina, el disimulo hipócrita, la temeridad á cubierto han encontrado mejor encarnación, plástica y viva.

En estas condiciones luchar es imposible, y por momentos Pepe Rey siente vacilantes los ánimos y pronto se halla á declararse vencido, huyendo. ¿Con qué enemigo combatir?

Mas no cede. Es empeño de amor, superior á toda flaqueza. Puede, en los azares de la lucha, abandonarse á la pusilanimidad, á la cobardía que inspira el imposible vencimiento. Pero la pasión de una mujer que á nuestro lado batalla, pronta á cualquier evento, resuelta hasta al heroico sacrificio, no se puede dejar á las represalias de la derrota. Por ella se redoblan los bríos, aunque ya los corajes se hayan entregado, en un momento de crisis psicológica, al más angustioso desaliento. Renace entonces el ímpetu, se cobran fuerzas, y se piensa en vencer ó morir en la demanda.

Pepe Rey lucha solo. Contra él se ha levantado la hostilidad, movida por el fanatismo irreflexivo y feroz, de todo un pueblo. Secretamente ha concitado los odios de la ciudad entera la misma mano cauta, pero implacable. Apenas si á su lado encuentra la bonachonería de D. Juan Tafetán, filósofo bufonesco de lugar, y la desaprensión casquivana de las niñas de Troya, especie de alegres comadres.

Llega un instante en que el triunfo se cree seguro. La fuerza viene en su auxilio. Los clarines militares la anuncian con sones de resurrección y de vida. Parece ya vecino el éxito, llegada la hora de las justicias y vindicaciones supremas.

Entonces es cuando el espíritu de Doña Perfecta se muestra en su máximo temple, activo, descubierto, gigantesco. La sagacidad se afina, su hábil diplomacia se renueva en las insinuaciones astutas y en las conquistas, tortuosas en los medios de realizarlas, pero certeras en el alcance. Como siempre, no va por caminos derechos al logro de los propósitos. Sabe engañar, seducir, enmascarar la ruindad de la intención bajo el disfraz de los rectos pensamientos.

Nada tan admirable como la actitud taimada, la charla con arranques de insinuación y con tapujos de resistencia, de Doña Perfecta en medio de los conspiradores, venciendo la pasividad honrada de *Caballuco*, el valiente guerrillero, reacio á combatir de nuevo en fe de la palabra jurada.

Con movimientos curvilíneos, pero de avance, la idea va limando preocupaciones, á saltos, metiéndose en el cerebro de los cerriles lugareños, levantiscos de ánimo, hasta convencerlos, merced á la dialéctica precisa, incisiva y dúctil de «la señora.»

Ruega, amonesta, se encoleriza ésta, hasta implora; pasa rápidamente de la súplica al insulto, y cuando el razonar ha agotado todos los medios de convicción, un arranque poderoso de su voluntad obliga al mandato. El carácter de Doña Perfecta llega entonces á la plenitud de su energía y se revela en toda su intensidad de expresión.

Rinde, en ese momento, los ánimos más díscolos, por sugestión, por superioridad de alma.

Y así llega la catástrofe. Al saltar las tapias del jardín para raptar á la prometida, cae Pepe Rey al estampido de un trabuco. A la voz de la señora, *Caballuco* ha disparado su arma de conspirador y de guerrillero, honrada en las luchas cuerpo á cuerpo, con vilipendio ahora por matar por la espalda y en la sombra con certero golpe de asesino.

Buscando en el hecho una responsabilidad moral merece indulto la mano inconsciente que ha movido el gatillo. Es un acto reflejo; la voluntad impulsora es otra que se ha enseñoreado de la suya.

El espíritu sutil de Doña Perfecta ha consumado el crimen.

Bien es verdad que, al volver á las realidades de la vida, pasado el momento trágico y supremo, el carácter se replegará, se integrará á su primitivo modo de ser; han de tornar, súbito, el gesto bondadoso, la mansedumbre amable, reconcentrándose en el fondo del alma toda la fiereza desplegada, como se serenan en la superficie las ondas de los mares cuando ha pasado el soplo de las tormentas.

Y sobre el cadáver de la víctima, tal vez con piedad (¿por qué no?), llora una lágrima.

Angel Guerra.





TIPO ORIENTAL, acuarela de J. Juliana

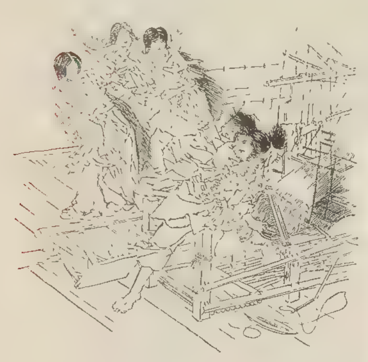
LOS TRES HIJOS DEL MAGO

Parece ser que el Universo, poco tiempo después de creado, pasó á ser propiedad de un inteligente mago.

El mago desconocía todo lo que nosotros sabemos y en cambio estaba al corriente de todo lo que ignoramos.

¡Figuraos si sería vasta y profunda su ciencia!

En cierta ocasión el mago tuvo que emprender un



... destruyó los husos, rasgó las telas...

viaje hacia el país del Ensueño, que está algo más allá del Universo. El viaje, según los cálculos del mago, duraría algunos años.

El inteligente anciano, antes de que su alma cargase con su cuerpo como si éste fuese una maleta, reunió á sus tres hijos y les habló de esta suerte:

—Hijos míos, me voy. Durante mi ausencia será preciso que dirijáis el curso de los seres inexpertos. Tú, ENTENDIMIENTO, eres frío y silencioso. Los estudios nocturnos han dado palidez á tu rostro. Te doy



¡Mirad, mirad, la gritaron, mirad; esta hada es más bella que vos!

la LUNA; reina en su callada blancura. A ti, VOLUNTAD, que eres enérgica y resuelta y tienes la cara morena, la boquita petulante y los ojos decidores, te reservo el SOL. Y finalmente, tú, INSTINTO, tumultuoso, indomable, variable, obtienes el MAR, que es semejante á ti.

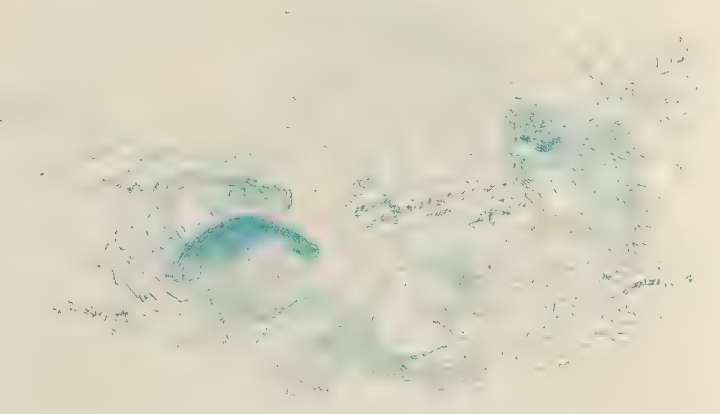
Y el mago partió.

El príncipe *Entendimiento* fué feliz. Vedle en la tarde tranquila. Recibe el beso de su hermana *Voluntad* reina del Sol, que corre á ocultarse tras las montañas, siempre traviesa. Su hermano el *Instinto*, señor de los mares, permanece sereno cuando él le mira. El *Entendimiento* se entretiene en hacer inútiles y pintorescas combinaciones con nubecillas blancas y sonrosadas que se forman y se deshacen á su antojo. Estas combinaciones, en el idioma japonés, se llaman Ciencias.

La *Voluntad*, siempre joven y risueña, descubría cada día nuevos palacios y jardines en flor en su maravilloso reino. Todo lo enardecía: á todo comunicaba ímpetus y esperanzas.

Pero entre tanto germinaba el mal humor en el corazón del *Instinto*. El hijo menor del mago tendía algunas veces su cuerpo azul cuan largo era, otras se levantaba con furor y estrépito, maldiciendo su suerte y envidiando la de sus hermanos.

Un día pegó un salto atroz, y en un abrir y cerrar de ojos se encontró en el Sol.



¿No podrías socorrernos en tan duro trance?

La *Voluntad* tejía con sus doncellas magníficos vestidos de oro, plata y pedrería en la más rica estancia del palacio de la metrópoli.

Llegó el *Instinto* á su presencia, destruyó los husos, rasgó las telas, y con espantosos clamores hizo temblar todo el palacio.

La *Voluntad*, aunque era firme y entera, cedió por aquella vez á la timidez de su sexo, y huyó á una cueva profunda situada en la falda de una montaña



El *Instinto* fué ignominiosamente arrojado al mar y estuvo á punto de sucumbir

El príncipe *Instinto*

asperísima. Y desapareció por completo la *Voluntad*, cerrando la cueva tras sí.

¡Imaginaos el desconcierto del Universo, que súbitamente se quedó á obscuras! Dice el cuento que el Universo se deshacía en llantos y berridos como niño antojadizo.

Celebráronse innumerables Congresos internacionales para volver la multiplicidad de las cosas á su primitivo próspero estado. Un filósofo, amigo de las zumbas trascendentales, propuso que se explotase la curiosidad suma de la *Voluntad*.

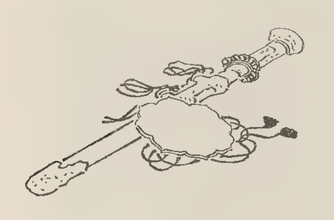
Así se hizo; dirigiéronse una mañana las mujeres más bellas á la puerta de la cueva. Las más esbeltas y flexibles danzaron repetidamente; otras arrancaban

suaves melodías á mil concertados instrumentos; y las restantes palmoteaban de júbilo y agitaban el aire con su pintoresco vocerío femenil.



Paseaba el príncipe una tarde á orillas del río

La *Voluntad*, al oir semejante algazara, sintióse presa de curiosidad irresistible, y abrió un poquito la cueva á fin de ver una miaja el soberbio espectáculo. Esto era precisamente lo que anhelaban todas.



—¡Mirad, mirad, la gritaron, mirad; esta hada es más bella que vos!

Y así diciendo, presentáronle un espejo.

La *Voluntad* desconocía la invención y uso de los espejos; ignoraba por completo que el rostro que se reflejaba en el sorprendente cristal era el suyo propio.

Al ver en el espejo una cara tan hermosa, la *Voluntad* salió por completo de la cueva.

Inmediatamente las mujeres, que casi todas eran hadas, cerraron con piedras enormes la entrada de la cueva, y la *Voluntad* tuvo que iluminar de nuevo el Universo.

El *Instinto* fué ignominiosamente arrojado al mar y estuvo á punto de sucumbir. Los



El *Instinto* se casó con la hermosa joven...

peces no cesaban de abrir la boca preguntando por su salud.

Poco á poco el *Instinto* fué mejorando la salud y la bondad. La dura lección que había recibido le movió á reflexionar hondamente sobre su insoportable naturaleza.

—Es preciso que me venza y domeñe, se decía. Yo he de hallar solución á mis dudas y tormentos.

Convencido el príncipe *Instinto* de que viajando se aprende muchísimo, dió en recorrer los mundos habitados en busca del olvidado manantial de la Sabiduría.

***

Paseaba el príncipe una tarde á la orilla de un río. Dos ancianos, marido y mujer, abrazaban en la ribera á su hija y la besaban con desesperado frenesí. La joven era bella y radiante, y no tardó en seducir los ojos impresionables del príncipe.



Por fin penetró en la cerca é introdujo las ocho cabezas en las ocho tinas

—¿Qué os aflige?, preguntó el *Instinto* á los viejos, disimulando vivas y entusiastas miradas dirigidas á la tierna beldad.

—Señor, contestáronle los viejos con voz entrecortada por los sollozos, teníamos doce hijas, bellas á cual más, jóvenes y risueñas, pero hace doce años vino á morar en el pantano que hay junto á nuestra choza una serpiente de ocho cabezas. La infame y enorme serpiente nos exige una hija cada año. Presto se acercará el terrible monstruo y nos exigirá nuestra última hija, que es, señor, la que veis. ¿No podríais socorrernos en tan duro trance?

El *Instinto*, que en el fondo era bueno, respondió:

—¡Sin duda! ¡Vais á ver si es común el esfuerzo de mi brazo! Pero no perdamos tiempo. ¡Ea! Colocad ahí uno tras otro ocho soportes y encima de ellos ocho tinas de vino. Proteged los soportes por medio de una cerca.

La joven sonrió al príncipe. Los viejos pusieron manos á la obra.

Cuando las tinas estuvieron cada cual en su sitio y la cerca dispuesta, llegó la serpiente. Era tan gigantesca que su cuerpo se arrastraba sobre ocho colinas y ocho valles á la vez. Y claro, teniendo ocho cabezas había podido, gracias á sus ocho narices, percibir inmediatamente el grato olorcillo del vino. Deslizábase rápidamente hacia los depósitos del precioso licor. Por fin penetró en la cerca é introdujo las ocho cabezas en las ocho tinas.

¿Querréis creer que la serpiente agotó el vino de las tinas? Embriagóse por completo, y sus cabezas quedaron inmóviles, con las miradas extrañamente fijas.

El *Instinto* no por ello se atemorizó. Saliendo de su escondite desenvainó la espada y cortó las ocho cabezas. Apenas hubo caído la octava, la interesante joven corrió hacia el príncipe. El cual la recibió alegre y complacido.

Los viejos lloraban de gozo y bailaban danzas antiguas del Japón.

El príncipe quiso partir en varios pedazos el cuerpo de la serpiente, pero su espada chocaba con un cuerpo duro. Resolvió abrir la serpiente y encontró en ella un magnífico cetro de oro y pedrerías, y comprendió que desde aquel día podría reinar satisfecho en su elemento.

El *Instinto* se casó con la hermosa joven y se fué á vivir con su mujer á un suntuoso palacio construído en el fondo del mar.

Parece que el matrimonio le ha hecho sentar la cabeza definitivamente.

***

¿Preguntáis por el mago? Por ahora no ha vuelto, y si queréis que os diga mi parecer, ha dado con ello una prueba de buen gusto.

Anda por el Japón una carta suya que los críticos juzgan apócrifa.

«Hijo *Entendimiento*—dice la carta,—pocas recomendaciones tengo que hacerte. Eres reflexivo y pueril como un anciano.

»Hija *Voluntad*, procura arrebatar siempre con tu belleza y tus donaires, y todo lo creado será tuyo.

»Querido *Instinto*, sufre un poco y sosiégate un mucho. Mata animales feroces y cásate.»

JOSÉ CARNER.



ESTUDIO AL ÓLEO, de J. Bauzá



EN EL CORO pastel de A. Mas y Fondevila



EL JESÚS DE LA PUERTA DE BELÉN

(Artículo póstumo de Mosén Jacinto Verdaguer)

Las flores son las amigas más íntimas de los pájaros, y los pájaros parece que se encuentran más á gusto entre sus amigas y compañeras las flores. Unas y otros son los hijos predilectos de la primavera y aparecen al mismo tiempo. Diríase que los botones esperan el canto de los pajaros para entreabrirse y florecer, ó bien que los pájaros en el jardín esperan la aparición de las primeras flores para entonarles sus primeros cantos. No parece sino que se busquen unos á otras y que se inviten afectuosamente á la soledad para que nadie les turbe el placer de su agradable compañía. ¿Y qué auditorio más propio y halagüeño para estos rústicos cantores que el de aquellas sencillas campesinas? Y, por otra parte, ¿á quién ellas, hecha excepción de Dios, pueden mostrar mejor sus galas y sus primores?

En los jardines á que vayáis, en cuantos bosques entréis, en todas las hondonadas de la montaña á que subáis, siempre encontraréis estas hermosuras al pie de esos trovadores, y como en las cuatro partes del mundo, en la Rambla de Barcelona se encuentran ellos á vista de ellas. Allí mismo en donde termina la Rambla de las Flores comienza la de los Pájaros, como para hacer que suban juntos al cielo sus cantos y sus perfumes.

Mas el poético encaje de esas dos ramas del árbol de la belleza, ¿sabéis quién lo preside? Pues lo preside una hermosura más alta, una belleza de orden superior, yema y cumbre divina de todas las bellezas: el Niño Jesús de Belén.

Mirad qué hermoso: parece querer salir de su ancho y grandioso marco de piedra para mostrar á la multitud paseante la Cruz que amorosamente estrecha como única y verdadera joya que encontró en el mundo, cuyo globo huella con gracia indescriptible. A sus pies tiene una cabecita de serafín; debajo, en el mismo dintel de la puerta, la leyenda: *In nomine Jesu omne genu flectatur*, y alrededor del cuadro tres grandes corazones que aún flamean, y que flamearán eternamente, de amor por nosotros, miserables pecadores; los corazones más grandes y más puros de la humanidad: los de Jesús, José y María.

Pues la Rambla de los Pájaros se cierra precisamente á los pies de aquella graciosa y venerable Imagen, en donde nace y se prolonga hacia Mediodía la Rambla de las Flores. Si los pájaros y las flores tuviesen pizca de juicio, mostraríanse satisfechos de tan buen principio y de fin tan inmejorable. Mas tan sin tino é ignorantes como ellos viven los hombres, pocos de los cuales, al pasar por allí en torrente perenne é impetuoso, reparan en el Niño Jesús que les mira, asomándose á su ventana de Belén.

¡Pena me da el decirlo! Los pájaros que aletean dentro de su jaula y las flores que se deshojan en sus macetas tienen más miradores que la sagrada efigie del que á todos ha creado: á ellos para vivir ó bien para cantar un momento, y á nosotros para vivir y cantar sus alabanzas eternamente.

A sus mismos pies, que es precisamente el centro de Barcelona, cada mañana se dan cita el pueblo de las flores y el pueblo de los pájaros, alineándose Rambla arriba y Rambla abajo como para formar parada ante su Dios y Señor.

Allí comparecen pájaros de toda especie: los de América, desde el guacamayo de traje violado y de aspecto de cascaciruelas, hasta los frioleros picos de coral que en invierno se ponen en buena armonía, unos junto á otros como los dedos de la mano, para resistir la frialdad de nuestro clima; desde la lenguaraz cotorra hasta el sinsonte de voz de ruiseñor.

No faltan los pájaros habitadores de nuestros bosques; pero los que más abundan son los que dan más lástima, los cantores: el pinzón pitoflero y volteador, el mirlo sibilante, la perdiz que cuchichía, el herreruelo martillador, el canario de Vich que gorjea como ninguno, y el pardillo que se descolora á medida que desciende del Pirineo, pero que no olvida las tonadas y los aires de folías allí aprendidos.

Con los pájaros de buena voz se mezclan á veces los de hermoso plumaje, como los beneficiados y canónigos con los sochantres y contraltos en el coro de la Catedral. Se ve allí el pájaro moscón, al que llaman en el Rosellón «mediero» por parecerse á una barretina pequeña, ó mejor, á una media mal tejida; el mirlo azul, el grajo verde; el más violáceo de los herreruelos, conocido en algún sitio por «obispillo;» el canario montañés, la oropéndola dorada y el abejaruco, que, excepción hecha del martín pescador, son los pájaros más emperejilados y hermosos de nuestra tierra. Allí sácanse á plaza la garza cuidadosa y avara, al pie del cuclillo que pone su huevo, pues no suele ser más que uno, en el nido de otro pájaro; el mochuelo, al que por su aspecto pensativo llaman en el campo de Tarragona «filósofo,» se ve á veces al pie del pavo real vanidoso y enamorado de sí mismo; la paloma torcaz arrulladora, cercana al alcaudón que cuelga los escorpiones en los naranjos, y la mística tórtola al pie de la abubilla que por su hermoso penacho, sus plumas violáceas y su traje deslumbrador y por el husmo de las inmundicias de que vive es imagen perfecta de las mujeres de mala vida.

A menudo se venden allí los pájaros recién salidos del nido, cuando no con el nido mismo, crueldad que me espeluzna: por unos cuantos céntimos se vende al pobre ruiseñor en pago de cantar en nuestros jardines y bosques la canción más hermosa que han oído los hombres desde el Paraíso.

¡Pobres pajarillos! Al lado de su cárcel, más ó menos bonita y dorada exteriormente, en donde esclavos viven y mueren, ven vender, sin que les sea dable protestar, otras cárceles para sus hermanos y quizá para sus mismos hijos que permanecen aún libres en su bosque nativo, y hasta los lazos, telas y arañas para cazarlos, y los bolsones para llevarlos prisioneros. ¡Pobres pajarillos! Si pudiesen hablar, ¡cómo protestarían de la libertad que se goza en la tierra!

Madrugadoras como los pájaros, y más peripuestas todavía, se alinean Rambla abajo sus amigas las flores. La mayoría salen de debajo de las artísticas mesas en que han de ser expuestas; otras, de las vecinas tiendas en donde pasaron la noche, pagando el alquiler con el buen olor que trasciende á la calle; otras vienen en carretones y coches de jardinero, entre plantas de hojas siempre verdes de que están atestados. Cada florista llega con su ancha cesta colmada de ramos ya tejidos y acabados, ó bien de flores recién cogidas que recostadas esperan la mano que las ordene, las desfollone y después las coloque en los vasos de hojalata ó en los grandes floreros del mostrador. Cuando á mediados de junio florecen las azucenas, las floristas las transportan en grandes cestas circulares que colocadas sobre sus cabezas tienen la forma de anchas coronas con flores de lirio por florones.

Las flores cogidas, los ramos y los ramilletes para la venta lucen y fachendean encima de las mesas; pero las plantas que van á la feria con raíz y todo, como si dijésemos con las alpargatas terrosas, se forman y colocan en ala tierra allende, cada una en su grumo de barro todavía húmedo, en su cajoncito de madera ó en su jarro lleno de tierra, como si hubiesen arrastrado con las manos de su raigambre un pedazo de su jardín. Hay allí vasijas de todos tamaños y formas, desde la maceta antigua que procede de los claveles de las masías, hasta la de invernaculo, pequeña como un cascarón de nuez y redonda como un dedal de la amiga. Éstas son la humilde cuna de una brizna de menta ó mejorana ó de una de esas mil plantas de extraña nomenclatura que los verjeles del Norte envían á los del Mediodía para esquivar la desnudez del invierno. Aquéllas son la maceta de un margallón, pariente degenerado de la palmera, de un rosal florido apoyado en un olmo de cuatro palmos, de un laurel ó de un cedro.

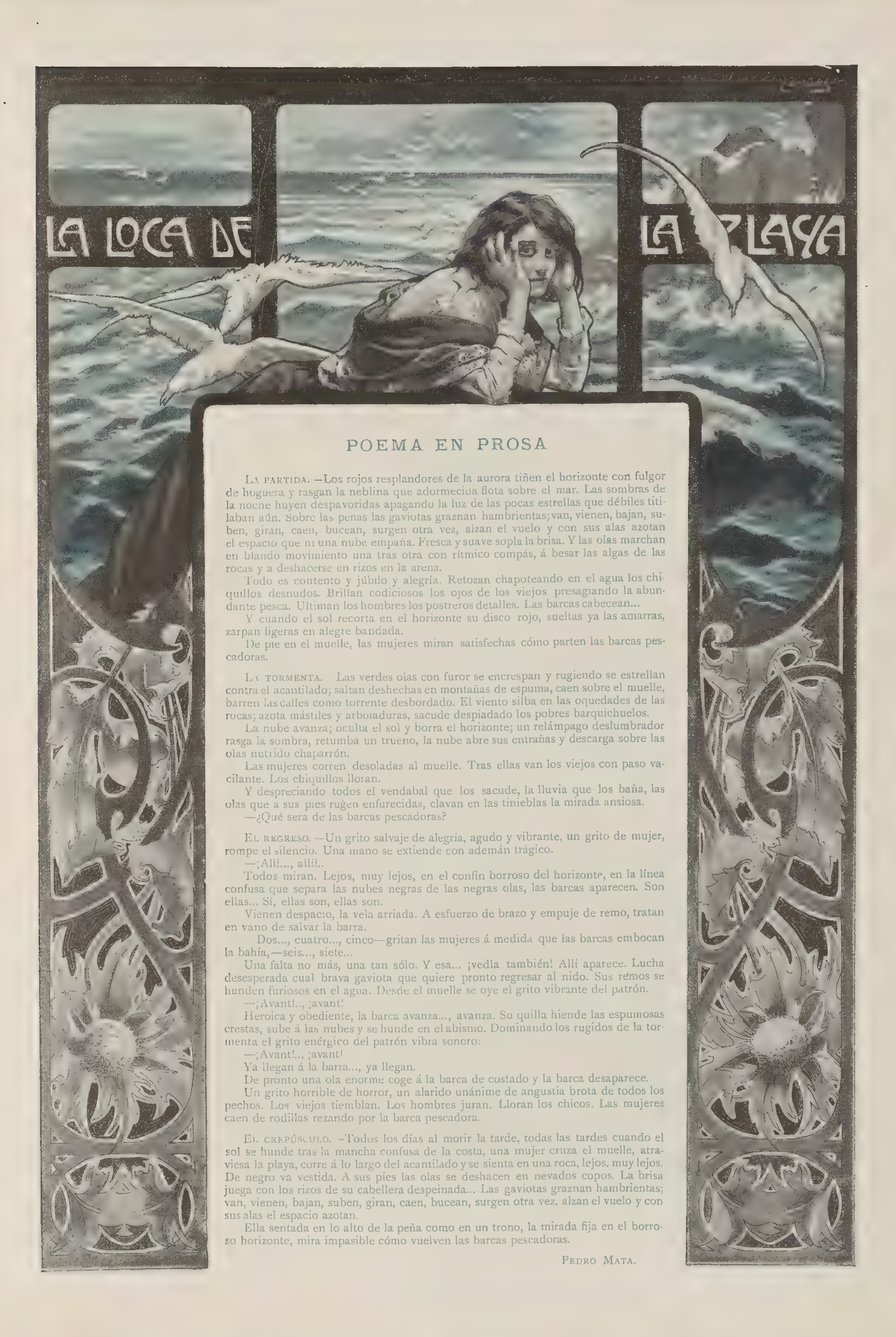
En la plenitud del mes de mayo algunos de aquellos puestos son verdaderas cascadas de flores y torrentes de verdor que parecen manar y verterse en el corazón de Barcelona. Al pasar distraído por entre las dos hileras de plátanos que se abrazan allá arriba, á la altura de los terrados de las casas, cerrándose en tupida bóveda gótica, me he hecho la ilusión de verme súbitamente dentro de un templo inmenso construído con ramadas de follaje, que á ambos lados tiene sendas filas de altares labrados de rubíes, de zafiros, de esmeraldas, de topacios y de toda clase de piedras finas.

Mas las flores, como sus hermanas las ilusiones, pasan de prisa, y de ramo en ramo, de ramillete en ramillete, desaparecen como por arte de encantamiento antes del mediodía, hora en que también han tomado el vuelo casi todos los pájaros.

Desde un balcón vecino he visto centenares de veces llegar y formarse á primera hora del día esos dos pacíficos ejércitos á las plantas del Jesús de la puerta de Belén, como para pedirle la bendición, deseoso de que lloviese también sobre mí una gota de ella. Centenares de veces le contemplé, enamorado de su gentil figura y embelesado ante aquella nota mística de otro tiempo, escrita en una página barroca y perdida entre el barullo de la Rambla como una perla en un arenal.

La imagen estrecha una cruz entre sus brazos y parece ofrecerla afectuosamente á los transeuntes, que desconociéndola como la desconoce todo el mundo, no demuestran deseos de recibirla. También parecía ofrecérmela á mí de un modo especial, y yo, desconociéndola como los demás, tampoco me apresuraba á tenderle los brazos. Al separarme de su vista hace nueve años, me acompañaba siempre el recuerdo de aquella imagen y de su pétrea cruz, símbolo de la que para mí había labrado expresamente con sus propias manos la Providencia. Aquella cruz pesa sobre mí como nunca y me hizo doblegar las espaldas algún tiempo, y el divino Infante no me lo eche en cara, antes bien me perdone si no he sabido llevarla tan bien como debía. Mas ahora veo claramente que detrás de ella tenía preparada y á punto la medicina de mis males, pues no en vano la palabra Belén quiere decir «casa de pan,» en donde se amasa cada día el alimento de mi alma.

(Traducción de Viada y Lluch.)



POEMA EN PROSA

LA PARTIDA.—Los rojos resplandores de la aurora tiñen el horizonte con fulgor de hoguera y rasgan la neblina que adormecida flota sobre el mar. Las sombras de la noche huyen despavoridas apagando la luz de las pocas estrellas que débiles titilaban aún. Sobre las peñas las gaviotas graznan hambrientas; van, vienen, bajan, suben, giran, caen, bucean, surgen otra vez, alzan el vuelo y con sus alas azotan el espacio que ni una nube empaña. Fresca y suave sopla la brisa. Y las olas marchan en blando movimiento una tras otra con rítmico compás, á besar las algas de las rocas y a deshacerse en rizos en la arena.

Todo es contento y júbilo y alegría. Retozan chapoteando en el agua los chiquillos desnudos. Brillan codiciosos los ojos de los viejos presagiando la abundante pesca. Ultiman los hombres los postreros detalles. Las barcas cabecean...

Y cuando el sol recorta en el horizonte su disco rojo, sueltas ya las amarras, zarpan ligeras en alegre bandada.

De pie en el muelle, las mujeres miran satisfechas cómo parten las barcas pescadoras.

LA TORMENTA. Las verdes olas con furor se encrespan y rugiendo se estrellan contra el acantilado; saltan deshechas en montañas de espuma, caen sobre el muelle, barren las calles como torrente desbordado. El viento silba en las oquedades de las rocas; azota mástiles y arboladuras, sacude despiadado los pobres barquichuelos.

La nube avanza; oculta el sol y borra el horizonte; un relámpago deslumbrador rasga la sombra, retumba un trueno, la nube abre sus entrañas y descarga sobre las olas nutrido chaparrón.

Las mujeres corren desoladas al muelle. Tras ellas van los viejos con paso vacilante. Los chiquillos lloran.

Y despreciando todos el vendabal que los sacude, la lluvia que los baña, las olas que a sus pies rugen enfurecidas, clavan en las tinieblas la mirada ansiosa.

—¿Qué sera de las barcas pescadoras?

EL REGRESO.—Un grito salvaje de alegría, agudo y vibrante, un grito de mujer, rompe el silencio. Una mano se extiende con ademán trágico.

—¡Allí..., allí!..

Todos miran. Lejos, muy lejos, en el confín borroso del horizonte, en la línea confusa que separa las nubes negras de las negras olas, las barcas aparecen. Son ellas... Sí, ellas son, ellas son.

Vienen despacio, la vela arriada. A esfuerzo de brazo y empuje de remo, tratan en vano de salvar la barra.

Dos..., cuatro..., cinco—gritan las mujeres á medida que las barcas embocan la bahía,—seis..., siete...

Una falta no más, una tan sólo. Y esa... ¡vedla también! Allí aparece. Lucha desesperada cual brava gaviota que quiere pronto regresar al nido. Sus remos se hunden furiosos en el agua. Desde el muelle se oye el grito vibrante del patrón.

—¡Avant!.., ¡avant!

Heroica y obediente, la barca avanza..., avanza. Su quilla hiende las espumosas crestas, sube á las nubes y se hunde en el abismo. Dominando los rugidos de la tormenta el grito enérgico del patrón vibra sonoro:

—¡Avant!.., ¡avant!

Ya llegan á la barra..., ya llegan.

De pronto una ola enorme coge á la barca de costado y la barca desaparece.

Un grito horrible de horror, un alarido unánime de angustia brota de todos los pechos. Los viejos tiemblan. Los hombres juran. Lloran los chicos. Las mujeres caen de rodillas rezando por la barca pescadora.

EL CREPÚSCULO.—Todos los días al morir la tarde, todas las tardes cuando el sol se hunde tras la mancha confusa de la costa, una mujer cruza el muelle, atraviesa la playa, corre á lo largo del acantilado y se sienta en una roca, lejos, muy lejos. De negro va vestida. A sus pies las olas se deshacen en nevados copos. La brisa juega con los rizos de su cabellera despeinada... Las gaviotas graznan hambrientas; van, vienen, bajan, suben, giran, caen, bucean, surgen otra vez, alzan el vuelo y con sus alas el espacio azotan.

Ella sentada en lo alto de la peña como en un trono, la mirada fija en el borroso horizonte, mira impasible cómo vuelven las barcas pescadoras.

PEDRO MATA.



Á LA ROMERÍA DE TORRIJO (Sevilla), pintura al óleo de J. García y Ramos



CIGARRERAS SEVILLANAS, pintura al óleo de J. García y Ramos



Anoche él me colocó su anillo en el dedo

LA SORTIJA

—¿Y tú?, dijo Laura á Elena luego que hubo referido su deliciosa novela de amor. ¿No has amado nunca?

—¿Yo?, replicó la preciosa muchacha haciendo un mohín de desdén soberano. No, ni pensarlo: es más; estoy segura de que no amaré nunca.

—¡Bah! No sabes lo que dices; ya se encargará alguien de hacerte cambiar de parecer. Y ¿quieres que te diga una cosa?, agregó Laura riendo. Te pronostico que será pronto.

—¿Y por qué esa profecía?

—Muy sencillo, porque ya veo en tus ojos ese resplandor desconocido que según dicen se enciende en ellos á la aproximación del amor; es como una aurora que anunciara el día...

—¿De veras?, dijo vivamente Elena. ¿Ves *tú también* algo en mis ojos?

—¡Cómo! ¿Ya te habían hablado de eso?

—Sí, dicen que mis ojos brillan desde hace algún tiempo con una luz extraña. Sin embargo, yo no veo en ellos nada, nada nuevo...

Al decir esto Elena se había asomado á un espejo, y abriendo mucho sus hermosos ojos de un azul obscuro semejante al del zafiro, sonreía á su imagen que se reflejaba allí espléndida de belleza y como rodeada de un nimbo de luz.

Pero de pronto retrocedió lanzando un grito.

—¿Qué te pasa?, exclamó su amiga corriendo hacia ella asustada.

—No, no es nada, respondió Elena con temblorosa voz.

Y por más que Laura empeñóse en conocer la causa de aquella emoción, Elena permaneció silenciosa, y en el fondo de sus pupilas, agrandadas desmesuradamente como por el terror y la sorpresa, sólo pudo notarse algo así como la persecución de un enigma ó el comienzo misterioso de un ensueño.

* * *

«La estatua» había llamado á Elena un primo suyo que, enamorado locamente de ella, y desdeñado como todos, había muerto de pesar y de tristeza; y ese nombre seguía dándole la infinidad de admiradores y de enamorados que en sinnúmero de ocasiones habían quemado en vano á sus plantas el incienso de la adoración.

Había verdaderamente en ella la corrección de líneas de una estatua griega, y la frialdad, la dureza y la blancura del mármol; la palidez suavísima del semblante, al que el oro del cabello formaba regia corona, y la pureza inmaculada de sus ojos y de su frente, hacíanla también comparable á una rosa de nieve ó á una azucena sobre la que se hubiese posado un rayo de sol.

Era una criatura extraña aquella Elena; indiferente é insensible á todo, pasaba en medio de sus muchos adoradores, altiva y misteriosa como si fuese una princesa de leyenda.

—¡No, es demasiado perfecta para ser de este mundo!, decían los que se extasiaban ante su soberbia belleza de diosa.

—¡No, no es de este mundo!, suspiraba su madre al verla horas enteras sumida en ignoradas cavilaciones, con las manos cruzadas sobre las rodillas y la mirada obstinadamente fija en sus dedos blancos y transparentes.

Las meditaciones de Elena databan desde la muerte de aquel primo que tanto la había amado.

—No siento morir, la dijo él un día ya casi moribundo: yo sé que el Amor es más poderoso que la Muerte, y que el mío sobrevivirá á ella... En vida te he querido mucho, ¡mucho!, y en muerte, añadió fijando sus ojos en los de Elena como si quisiera llevarse el esplendor de ellos á la tumba, en muerte prometo estar constantemente á tu lado.

Elena creyó que deliraba; él quitóse luego del dedo anular una sortija de rubíes que siempre había usado, y púsola en el de ella.

—No como prenda de amor ya, dijo sonriendo tristemente, sino como la ofrenda de un moribundo; prométeme que no te separarás nunca de ella, Elena.

Ella no quiso amargar sus últimos instantes, é hizo la promesa deseada; pero después de muerto el joven, no queriendo tener siempre ante sus ojos aquella prenda que debería recordarle con remordimiento al que sucumbiera por ella, volvió á colocar la sortija en el mismo dedo en que siempre había estado.

Y Elena tuvo desde entonces sueños extraños en que su primo se le aparecía reconviniéndola porque no había guardado su promesa.

—Yo no faltaré á la mía, decía; prometí estar siempre junto á ti, y ya ves cómo lo cumplo.

Aquellos sueños fueron convirtiéndose poco á poco en horribles pesadillas, en las cuales el muerto quería apoderarse de la mano de Elena para colocar la sortija, y ella luchaba y se resistía con todas sus fuerzas. Despertábase cansada y sudorosa; con los ojos dilatados por el espanto y con la obsesión perenne del sueño, pasaba muchas horas en la actitud que alarmaba á su madre, cruzadas las manos sobre las rodillas, pensativa é inmóvil, sin poder desviar su mirada de aquellos dedos en los cuales creía sentir la presión de la sortija fatal.

* * *

Todo esto lo confió, por fin, Elena á su amiga Laura en un momento de desesperación profunda.

—¡Me persigue, su imagen me persigue!, exclamaba llorando; de noche la veo en sueños, y de día, ¡ah! de día...

—Todo eso no son más que alucinaciones, replicaba Laura estremecida á pesar suyo. ¿Vas á hacer tú ahora caso de sueños?

—¡Ah! ¡Si no fueran más que sueños!, respondió Elena en voz baja y medrosa. Pero no es de ellos de quien tengo yo miedo; es de mí, de mí misma... No te lo he dicho todo aún, Laura. ¿Recuerdas tú el día en que al asomarme á un espejo lancé un grito? Pues fué porque en aquel momento lo vi á *él* por vez primera en el fondo de mis ojos...

—¿A él? ¿Qué quieres decir?

—Sí, á él, á mi primo; lo vi tan claro como te veo á ti ahora; era como si él se estuviera mirando también en un espejo... Estaba pálido y triste como la enfermedad lo puso. Después, siguió diciendo Elena, lo he visto muchas, muchas veces, porque hay una fuerza superior á mi voluntad que me impulsa á estarme asomando de continuo al espejo. Los demás no lo ven; he hecho la prueba y sólo notan en mis ojos una luz que antes no tenían; pero es él Laura, él que está siempre reflejándose en ellos, invisible para todos menos para mí...

—No, no hagas caso; repitió Laura, debes distraerte y olvidar eso.

Pero su voz era trémula, y por vez primera desvió sus ojos de los de su amiga, como si temiese distinguir en ellos una cara muy triste y muy pálida.

* * *

—¡Se acabó todo!, dijo Elena á Laura, pocos días después de aquella escena. ¡Ya es inútil luchar más!

Anoche *él* me colocó su anillo en el dedo. ¡Aquí está!, añadió extendiendo su mano en la cual Laura no vió sortija alguna. Me quema la piel como una brasa de fuego, y los rubíes brillan como gotas de sangre fresca... Soy su novia, Laura; él mismo me lo ha dicho. ¡Qué horror! ¡La novia de un muerto!

Laura empezó á temer que su amiga hubiese perdido la razón.

—¿Todavía esas locuras?, dijo; tú estás enferma, Elena; debes de tener fiebre, porque tus ojos brillan.

—¡Es él que está ahí adentro!, afirmó Elena.

—Cállate y ven conmigo al gabinete de mi hermano; es preciso que él te vea. Ya sabes que empieza á ser un médico notable.

Elena dejóse conducir dócilmente: el joven doctor había sido y era todavía uno de sus más apasionados pretendientes; y un poco alarmado al principio, interrogóla y auscultóla detenidamente.

—Yo no sé de dónde ha sacado mi hermana que usted pueda estar enferma, exclamó luego ya tranquilo por completo; cuando usted no puede disfrutar de mejor salud. El cerebro marcha perfectamente; y en cuanto al corazón, prosiguió, disimulando su emoción con una sonrisa, ese sólo necesita que un poco de amor vaya á infiltrarle vida nueva...

—¡Es muy raro lo que me cuentas!, dijo luego á su hermana cuando, ya solos los dos, ella le hubo contado la extraña manía de Elena. Sin embargo, no hay en ella síntoma alguno de desequilibrio mental, sólo una pequeña excitación nerviosa que pasará pronto.

Pero transcurrían los días y Elena no abandonaba su idea fija; tenía momentos de verdadera tortura moral y física, durante los cuales, apoyando la cabeza sobre el hombro de su amiga, sollozaba con lamentos de niño enfermo.

—¡Esto es espantoso, decía, y yo creo que voy á enloquecer! Siento su sortija que me estruja el dedo, y veo en mis ojos, cada vez más clara y distinta, su cara grave y pálida. ¡Ay Dios mío! ¡Quisiera volverme ciega para no verla nunca más!..

Laura aparentaba tomar todo aquello por una alucinación persistente, pero estaba seriamente alarmada.

Era imposible no advertir el cambio efectuado en Elena: lánguida y débil, no era ya ni sombra de sí misma. La blancura de su rostro se había vuelto transparente, y sólo los ojos, semejantes á dos zafiros, resplandecían más que nunca en aquel semblante adelgazado. No, no era ya *la estatua*, sino una pobre azucena marchita que comenzaba á inclinarse sobre su tallo.

Llegó un día en que, falta ya de fuerzas, no pudo abandonar más el lecho. Laura iba á verla diariamente y su hermano la acompañaba, interesado, como enamorado y como médico, en seguir el curso de aquella misteriosa dolencia.

—¡Era demasiado divina para la tierra!, decía él con un suspiro, perdida ya toda esperanza.

—No, no es de este mundo, sollozaba la madre viendo siempre los ojos de la enferma fijos sobre sus manos cruzadas sobre el edredón del lecho.

Una mañana, Elena despertó de un larguísimo sueño, sonriente y fresca de nuevo como una flor; parecía muy contenta y quiso que llenaran de rosas su habitación y su lecho.

Cuando Laura y su hermano llegaron, la vieron acariciando los pétalos de aquellas flores.

—Hoy son mis bodas, les dijo con la divina sonrisa de sus días felices, y he querido celebrarlas.

Después no habló más; sus miembros fueron poniéndose rígidos y elevó los ojos al cielo, para no fijarlos ya más en la tierra.

—Ha empezado la agonía, murmuró el médico al oído de su hermana.

Ella se alejó sollozando; mas pocos instantes después acercóse de nuevo al lecho, y un estremecimiento de horror la invadió toda.

Elena tenía las manos extendidas á lo largo del cuerpo, y en uno de sus dedos vió Laura un anillo de rubíes que no había estado allí antes; inclinóse, medio desfallecida, sobre aquellos ojos en cuyas pupilas se iba apagando gradualmente toda la luz que las animara, y en el fondo de ellas vió distintamente una cara de hombre; pero no ya el semblante grave y triste que Elena describiera, sino una cara sonriente, iluminada por una expresión de supremo triunfo...

FLOR DALIZA.

Ponce (Puerto Rico)





FLOR CAMPESTRE, pastel de A. Mas y Fondevila



EN LA VEGA DE GRANADA, estudio al óleo de T. Muñoz Lucena

Un creador de nuevas plantas y frutas, por Hauldo J. Shepstone

Todos habremos de convenir en que el producir una flor ó una fruta nueva, de valor y cualidades distintivas, demuestra más habilidad en la horticultura, que multiplicar simplemente las ya conocidas. En este particular, no hay quien aventaje á Mr. Lutero Burbank, que ha producido más variedades de flores y de frutas que ningún otro cultivador. Es, sin disputa alguna, el experimentador que ha alcanzado más triunfos en toda la historia de la horticultura.



La nueva fruta «Primus.» La que se ve á la izquierda es la mora de California; á la derecha, la frambuesa de Siberia en el centro, la nueva, obtenida cruzando las otras dos

Realmente parecen casi increíbles algunas de las cosas que Mr. Burbank ha llevado á cabo. Ha producido muchas especies nuevas de manzanas, melocotones, ciruelas y nueces, mayores, más dulces y delicadas que las de especies naturales, quitándoles algunas de sus desagradables cualidades, y muchas variedades más resistentes de frutas, que soportan las heladas y los calores intensos y que crecen y fructifican en países donde antes no se daban sus antecesoras. Haciendo que se adelante ó retrase la madurez, ha logrado aumentar, en tres ó cuatro meses, la época de la fruta. Ha cultivado árboles frutales, cuyos productos conservan sus buenas propiedades durante mucho tiempo y pueden embarcarse para largas travesías, sin perder nada de su fino sabor, de la belleza de su color ni de su forma. También ha conseguido hacer grandes cambios en la estructura de las frutas. Ha hecho crecer, hasta tener proporciones gigantescas, á las rosas y á los lirios, aumentando la viveza de sus colores y la fragancia de sus perfumes. Muchas plantas que sólo se daban en estufas, las ha robustecido hasta el punto de que se desarrollen al aire libre; ha logrado que los cereales y otras plantas alimenticias den cosechas más abundantes y de mejor calidad, y ha mejorado, en tamaño y sabor, el café, el arroz y la caña de azúcar.

En estos momentos, la atención del público está fija en él, por la decisión que ha tomado el Instituto Carnegie de concederle una subvención anual, durante diez años, de 2.000 libras esterlinas, para que pueda dedicar exclusivamente su habilidad, tiempo y conocimientos, á la producción de nuevas formas de la vida vegetal. Verdad es que no ha sido el único que á esa labor se ha consagrado, pero es indudablemente el que más ha hecho. En Inglaterra, y más aún en Francia, ha habido quien se ha dedicado á descifrar esos arcanos y ha producido nuevas formas de plantas, cuya creación hace algunos siglos hubiera hecho considerar como un ser sobrenatural al que la hubiese efectuado; pero en este artículo, únicamente trataremos de los trabajos de Mr. Burbank, ó, por lo menos, de los más importantes, pues son demasiado numerosos para poder reseñarlos todos.

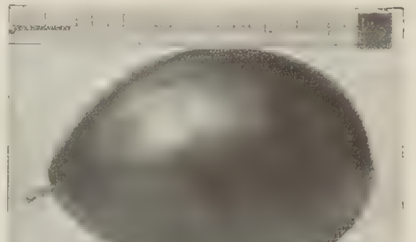
La propiedad de Mr. Burbank está situada en Santa Rosa, California del Sur, y es, sin duda, una de las más notables del mundo en su género. Allí vive en una casita con su madre, y lo que más llama la atención, es la sencillez que todo respira en ella. En los campos de flores, ó en las estufas, se ven algunas plantas y frutales que valen cientos de libras esterlinas, por ser variedades únicas; vense también hermosísimas flores y árboles de extrañas hojas; pero en los cuatro acres de terreno que rodean la casita, no se encuentra ninguna muestra del arte del jardinero decorativo; no se admiran alamedas y parterres artísticamente dispuestos. Se comprende que aquél es el campo de ensayos de un horticultor que no tiene tiempo, ni voluntad, que dedicar á la ornamentación, ni á fascinar la vista. Muchos de los que le van á visitar se extrañan al ver que en aquella casa no hay ni una extensa biblioteca, ni un laboratorio bien provisto de instrumentos. Ni en las paredes del salón de recibo, ni en las del comedor, se ostentan cuadros con diplomas ó medallas. Mr. Burbank no tiene ninguno que mostrar.

Nació en Lancáster, Massachusets, Estados Unidos, hace cincuenta y seis años, siendo el décimotercero de quince hijos que tuvo su padre en tres matrimonios. Muy joven entró en una gran fábrica en la que tenía parte un tío suyo. A los diez y seis años concibió y puso en práctica una mejora en la maquinaria de la misma, que resultó tan buena, que los dueños le ofrecieron aumentarle el jornal veinticinco veces, si quería quedarse y dejar á favor de la Compañía el producto de su trabajo como inventor. Prefirió, sin embargo, dedicarse al comercio de plantas y semillas, consiguiendo el capital para ello necesario con la venta de una clase de patata que había producido. Al mismo tiempo que se dedicaba á su negocio, hacíalo también á la producción de nuevas variedades, obteniendo un éxito extraordinario. En muy poco tiempo, su comercio y sus viveros le proporcionaron un ingreso de 4.000 libras esterlinas anuales; pero aquél le absorbía tanto tiempo, que se vió en el caso de tener que elegir entre seguir en él ó dedicarse á sus experimentos, que cada día se le hacían más queridos, á medida que iba comprendiendo lo que de ellos podía obtenerse. La elección era de suma importancia para su porvenir, pero no vaciló; vendió sus viveros y emigró, hace veintisiete años, á Santa Rosa, en California. Sus producciones no se cultivan hoy únicamente en su finca, sino en todo el mundo. Flores, bulbos y frutas, originarios de su hacienda, se cultivan en Inglaterra, Francia, Holanda, Bélgica y Alemania. Una pequeña estaca de injertar, poco mayor que un lápiz, se ha comprado en más de 20 libras, y una sola planta de una nueva variedad de rosa, le ha valido 160 libras, y cientos de ellas se le ofrecen por el disfrute exclusivo de ciertas especies.

Una ciruela híbrida Burbank y una de aquellas de donde procede

Ciruela sin hueso; tres cuartas partes de su tamaño natural

Una de las frutas á que más se ha dedicado Mr. Burbank es la ciruela. No sólo ha mejorado su sabor y aumentado su tamaño, sino que ahora se cultivan en varias regiones de los Estados Unidos especies nuevas, en donde las antiguas no se daban. La ciruela híbrida Wickun fué una de sus primeras producciones; es bella, deliciosa y de gran tamaño; cuando por primera vez se vendió en Chicago, alcanzó un precio que nunca se ha pagado por ninguna clase de ciruelas. Otra variedad es la híbrida Burbank, dos veces mayor que la especie de la cual procede. La Maynard madura, en California, hacia el primero de julio; puede llevarse perfectamente hasta los mercados más lejanos, y es muy grande, midiendo á veces veinte centímetros de circunferencia; cuando están maduras, exhalan un perfume que no suelen tener las ciruelas ordinarias.



Ciruela gigante. Magnífica fruta procedente de la ciruela francesa

Luego viene la ciruela sin hueso, que queda reducido á una pepita que con facilidad se corta con un cuchillo. Mr. Burbank también ha producido una nuez de cáscara blanda, pero tiene el inconveniente de que los pájaros la picotean y se comen el fruto. En ella la carne es completamente blanca y no contiene el tanino, que suele darle un gusto amargo.

La ciruela-albaricoque es completamente nueva. Es una combinación de la ciruela común silvestre de América, de la del Japón y del albaricoque ordinario, de delicioso sa-

bor especial, nutritiva y de hermoso color. Tenemos también la ciruela gigante, magnífica, exquisita, que mide unos ocho centímetros de larga y que se deriva de la ciruela francesa. Es cuatro veces mayor que ésta y tiene mucho azúcar. Hay además la mora Primus, obtenida por el cruzamiento de la mora común de California con la frambuesa de Siberia.

En conjunto, Mr. Burbank ha producido más de 2.000 variedades diferentes de frutas, flores y hortalizas. Entre las más notables, no olvidemos la Iceberg, que no es otra cosa que la mora blanca, obtenida cruzando unas variedades con otras. Este nuevo árbol es tan resistente y productivo como el que da la negra. El cambio de color de la fruta, en nada afecta á su sabor.

La última hazaña suya, que le ha conquistado muchos y continuados aplausos, ha sido la producción de un cacto sin espinas. Para obtenerlo, ha estado haciendo experimentos durante diez años; y además de despojarlo de las espinas, ha logrado que se adapte á todos los climas. Pero no sólo ha mejorado su fruta, sino que la ha multiplicado, dándole un sabor hasta ahora no conocido, una combinación de los de media docena de frutas diversas, unos dicen que sabe á piña, otros á melón, melocotón ó albaricoque.

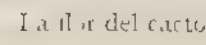
En materia de flores ha conseguido Mr. Burbank iguales éxitos. Una de sus últimas novedades es una de magnífico matiz, que no se marchita nunca. Conservada durante un año, en una habitación seca, su color es tan brillante como cuando la arrancaron del tallo. Otra maravilla es el Gladiolus California, al que ha hecho que florezca alrededor de todo el tallo, como los jacintos, cosa que nunca se había visto. Podemos también mencionar una Amarillis de treinta centímetros de diámetro y que conserva los mismos colores preciosos de las otras más pequeñas. Ha aumentado y también disminuído el tamaño de la flor del liriocalla; una de las de estas últimas variedades no llega á tres centímetros de diámetro. Es autor de una especie de clemátides, con flores grandes en forma de campana, con colores como no se encuentran en las de esa familia.

La mora blanca

Una de sus creaciones que ha tenido más aceptación, ha sido la margarita Shasta. No solamente es la mayor y la más hermosa de las variedades de margaritas existentes, sino que es muy vivaz y florece mucho. Tiene un centro grande amarillo, rodeado de tres cercos de pétalos, blancos y fuertes; toda la flor mide unos treinta centímetros de circunferencia. Crece al aire libre, en todas partes, donde el frío no sea lo bastante intenso para matar una encina. Es el resultado de la mejora y selección de miles de híbridas. Primero se injertó una margarita americana común en una inglesa, luego en otra del Japón, etc.

Veamos ahora cuáles son los procedimientos que emplea. El modo de cruzar dos frutas, es muy sencillo. El horticultor toma el polen de la flor de una y lo deposita en el estigma de la flor de la otra. El resultado será planta híbrida; pero esa labor exige no solamente conocimientos especiales y cierta destreza, sino también mucha paciencia; á veces meses y hasta años de trabajo no dan resultado alguno. Por ejemplo, hace poco tiempo, Mr. Burbank tomó una planta de frambuesa de California y le aplicó el polen del manzano, membrillo, cidra, cerezo, membrillo chino, fresa y otras frutas; recogió todas las semillas que se obtuvieron, y logró en sus semilleros unas 5.000 plantas de lo más extraño que se ha visto. Algunas tenían hojas de fresa, otras de frambuesa, unas pocas estaban armadas de unas esperias cortas; las nueve décimas partes dieron vástagos tan lisos como una varilla de manzano. Pocas, muy pocas, llegaron á florecer, y de las 5.000 sólo dos dieron fruto; una, como una mora pálida, pero mayor que ésta, y la otra, una fruta también de la misma especie, pero de muy obscuro color. Mas el desencanto final fué al ver que ninguna de las nuevas frutas tenía semilla. Así es que, á veces, para una sola experiencia ha empleado un millón de plantas, y de ese millón, sólo ha aprovechado media docena, ó tal vez menos. «No hay dos seres vivientes enteramente iguales,» dice Mr. Burbank, y en esa máxima tenemos el secreto de la producción de nuevas formas en las plantas; porque esto, lo mismo que en los animales, depende de las variaciones que el experimentador, por todos los medios que tiene á su alcance, dirige, encauza, aumenta y fija en variedades permanentes. En crear esas nuevas variedades permanentes y capaces de reproducirse, conservando su semejanza, es en lo que consiste el talento de Mr. Burbank. «Los grandes resultados, ha dicho, que podrían obtenerse por la selección cuidadosa de las plantas son incalculables. No sería difícil obtenerlos de centeno, trigo, cebada, avena y arroz que produjeran un grano más en cada espiga, una patata más en cada planta de esa clase, una manzana, ciruela, naranja ó nuez en cada árbol de esa especie. ¿Cuál sería el resultado? En los Estados Unidos solamente, las fuerzas incansables de la naturaleza, sin necesidad de mayor labor de parte del hombre que ahora, producirían 5.200.000 fanegas más de trigo, 15 millones de maíz, 20 millones de avena, 1.500.000 de cebada y 21 millones de patatas.» Con hombres como Mr. Burbank, no hay temor á la antigua teoría de la inevitable falta de alimentos de Malthus.




La flor del cacto



La última maravilla en flores. La margarita Shasta, cuatro quintos de su tamaño natural



MERCANCÍA DE VERANO (Sevilla), pintura al óleo de J. García y Ramos

MERCANCÍA DE VERANO

Así ha titulado mi amigo el laureado artista García y Ramos el precioso estudio del natural que ilustra este articulejo, y así titularé yo también estas cuartillas que han de servir de explicación á los trazos y pinceladas de aquel maestro; pues, ciertamente, sólo de verano es la mercancía de los abanicos *de calaña*, que antes por dos cuartos y ahora por cinco céntimos se comienzan á vender por las calles y plazas sevillanas en abril hasta septiembre.

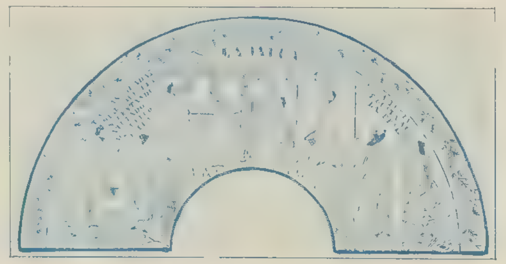
Mozalbetes y mozuelas tan alegres y bulliciosos como desarrapados pululan por los sitios más céntricos, y atrevesandose al paso de los transeuntes grítanles con toda la fuerza de sus pulmones: «¡Abanicos!, ¡abanicos de calaña!, ¡que se rompe el papel y queda la caña! ¡A perra chica los abanicos..., los abanicos de *tos* colores!...» A veces acuden á un mismo punto tres ó cuatro, cinco y seis, y os rodean y no os dejan andar, encareciéndoos las excelencias de la pobre mercancía, viéndoos obligados á osearlos como enjambre de impertinentes moscas.

En los días primaverales de nuestra renombrada Feria de Abril, en que ya el sol pica más de lo regular, cuando el pueblo acude rebosando alegría, llevando retratados en los rostros la ansiedad de llegar cuanto antes al circo, ganoso de coger un buen sitio para presenciar su espectáculo favorito, sálenle al paso los vendedores de abanicos, llevando pendiente del brazo izquierdo un canasto repleto de aquéllos y agitando vertiginosamente con la mano derecha uno abierto. en cuyo fondo de vivo papel rojo, amarillo ó verde campean asuntos toscamente grabados, con los retratos de los más afamados diestros, ó bien representan lances de la lidia. Buenos días de venta son aquéllos, pues como son muchos los espectadores que acuden á las gradas bañadas de sol por completo, de muy buen grado gastan la *perrilla*, por adquirirse un *quitapesares*, que también con tal calificativo los vocean los vendedores.

La fabricación de los abanicos que los sevillanos llamamos de calaña, porque están hechos por unas delgadas cañillas, sobre cuyas superficies planas, que son las de la cara interior, se adapta el *país*, que es un papel de color, sujetas por un alambrillo que hace las veces de clavo, fué hace años una industria muy popular en nuestra ciudad.

Y cuando se aproximaba la época de calor, era cosa de ver los portales de las tiendecillas de la calle llamada de la Alcaicería, tan semejantes en su estructura y pequeñas dimensiones á las de los Zocos africanos, pintorescamente engalanados con largas sartas de abanicos de todos colores que parecían anunciar la llegada del estío. Delante de ellas parábanse las gentes del pueblo para comentar los asuntos de sus países, y bien recuerdo que, á raíz de la muerte del desgraciado diestro *el Espartero*, su retrato y el momento de su muerte fueron entonces los predilectos de la gente joven del pueblo, que si en algunos de aquellos retratos encontraba parecido con su ídolo, exclamaba: «¡Probesillo y qué propio está!» Pero, en el caso contrario, indignábase y solía prorrumpir en estas censuras: «Mialo, Fulanillo..., cuarquiera dise que ése era Manué .. ¡Vaya..., vaya..., que no le jagan na ar pintó!.. ¡Valiente mala sangre!..» Y con estas y otras frases análogas condenaba la torpeza del tosco buril que no había logrado grabar en la madera los verdaderos rasgos fisonómicos del infortunado torero

Los abanicos sevillanos de calaña, antes que el desarrollo creciente de la industria abaniquera en algunas poblaciones, como Valencia, hubiese llegado á producirlos por los precios fabulosamente baratos con que hoy inundan á todas las poblaciones del Mediodía de España, eran páginas interesantes que reflejaban nuestros gustos, costumbres y rasgos característicos peculiares del pueblo.



Abanico de calaña de 1830 á 1845

Siempre en ellos dedicaron sus fabricantes número considerable á la afición por desgracia predominante en los andaluces, ¡los toros! Hace ya años, los pobres artistas que se dedicaban á ilustrar sus países extendían el campo de su acción á otros asuntos, que hoy ya son dignos de ser tomados en cuenta por los aficionados á los estudios sociólogos y etnográficos.

Con verdadero interes conseguí, por mi parte, reunir una colección de más de 24 tacos de madera para imprimir países de abanicos de calaña, que figura actualmente en el Museo arqueológico municipal de esta ciudad, la cual comprende ejemplares de los usados en el turbulento período político de los años 1830 al 45

Entre ellos se ven, rudamente grabados, episodios político-militares, como los bombardeos del castillo de Montjuich y de Sevilla, la revista de tropas del general Van-Halen en 1843; los hay con satíricas alusiones puestas en boca del famoso fray Gerundio y su lego Tirabeque; otras comentando en el mismo estilo alguna mixtificación de leche que entonces debió de ser muy popular, en la cual el artista recomienda el uso del vino por más saludable; y existen no pocos de costumbres, como el llamado del *Apretón*, en el cual se ridiculiza la exageración del corsé por las jóvenes de aquel tiempo; el de la *Jalea*, baile entonces muy en boga; los del *Columpio* y el *Bolero*, y otros, en fin, cuyas figuras de majos y majas, contrabandistas, vendedores, médicos, militares, lechuguinos, celestinas, toreros y baila[illegible], tienen su propia fisonomía, y en medio de la tosquedad del buril, se manifiestan con tal carácter que sin trabajo logramos dar vida á aquellas escenas trazadas por manos tan inocentes é ingenuas.

En el de la *Jalea* se nos ofrece en el asunto principal un salón decorado con columnas, y sus arcos con pabellones, simétricamente recogidos por una borla en los centros: allí vemos el clave abierto; junto, una pareja de lechuguinos cantando, acompañados por otra joven que tañe el arpa. A la izquierda un elegante ofrece una flor á su dama, con esta copla que entonces se cantaría por aquellos románticos de pelo largo, frac entallado, alto cuello, enorme corbatín, pantalones con trabillas y voluminoso copalta:

> Tus tiernas miradas
> mi alma recrean,
> y estando á tu lado
> me vuelvo jalea.

En la parte opuesta un majo con calañés y capa tañe la guitarra ante una maja, y al par le pregunta: «Moza rubia, ¿le gusta á V. la *pesk?*» (sic).

Toda la curiosa colección lleva el nombre del fabricante en esta forma: F. de Ant.° Borrego. Alcaisería.

De entonces acá, ¡cuánto han variado los tiempos! Ya los abanicos de calaña van, como suele decirse, *de capa caída:* están en verdadera decadencia, y sólo en los días de toros es cuando acuden á los alrededores de la Plaza algunos mozalbetes y muchachas á venderlos.

Quizá dentro de poco desaparecerán por completo, como otras tantas pequeñas industrias características de este pueblo; por ejemplo, los famosos muñecos y juguetes de la misma Alcaicería, que han quedado reducidos tan sólo á las figurillas de nacimiento, las representaciones de «Don Cristóbal el bravo,» «el Tío del titirimundi,» como le llamaban los muchachos, los ciegos de los romances, etc., con otros pasatiempos populares tan inocentes como pintorescos, que no se compadecen, por cierto, con las corrientes y tendencias del espíritu moderno.

J. Gestoso y Pérez.

Sevilla, octubre, 1905.



NOVELA DE ALBERICH CHABROL.—ILUSTRACIONES DE JORGE SCOTT

EL DIARIO DE MIETTE

Los Angles-Aviñón

Lunes, 25 de noviembre de 190...

Hoy hace un mes que perdí á mi querido tío, mi segundo padre y el único que he conocido, pues me recogió huérfana á la edad de dos años. La señora de Clement, la cuñada de mi notario y tutor, señor Loriol, quiso llevarme en seguida con ella y tenerme en su casa, plaza del Reloj; pero, por fin, logré emprender el vuelo, y heme aquí encaramada en mi roca de los Angles. Desde entonces me siento algo consolada, como si mi tío se hubiese acercado á mí para recompensarme por haber vuelto á esta antigua y querida casa, en la que estoy segura de que su espíritu y su corazón no han dejado de habitar.

Esta mañana, como teníamos costumbre de hacer él y yo juntos, he salido á pasear por nuestro jardín, el único que se ha atrevido á implantarse en la roca, pues nuestra casa ocupa el solar del antiguo castillo de mis antepasados, que se levantaba en otro tiempo por encima de las casitas de la aldea. He contemplado debajo de mí la gran llanura aviñonesa. El sol, ya viejo, del año expirante, parecía acariciar con un largo beso las murallas rojizas de los baluartes y las torres del Palacio de los Papas, y por las aguas del Ródano corría todo un raudal de rayos que inundaba los olivos, las viñas y las aldeas sustentadas por todas aquellas colinas que preceden á las altas montañas coronadas de gasas blancas y azules.

He cogido de mi rosal oculto entre las adelfas dos rosas muy pálidas, las dos últimas rosas de otoño, todavía estremecidas por el frío de la noche, y aquí las veo brillar dulcemente en un jarrito etrusco de estrecho cuello, puesto en el escritorio de mi tío, mientras yo escribo lo que pienso y lo que siento, puesto que no puedo ya, por desgracia, hacerme oir del único á quien complacía mi charla inagotable...

Al escribir esto soy un poco injusta con mi buena Rosina, mi nodriza, que, ciertamente, no haría más que escucharme de la mañana á la noche... Desgraciadamente no siempre nos comprendemos las dos... Hace un momento, tomando mi chocolate en la cocina, le he contado un complot que había yo descubierto y hecho fracasar en la plaza del Reloj. La señora de Clement quería casarme con su hijo Saturnino.

Al oir eso del matrimonio la gruesa cara de Rosina se iluminó por dentro, como farol japonés, y se puso á agitar con entusiasmo la cinta de su cofia arlesiana.

—Porque el Sr. Saturnino, el hijo mayor de la familia y ya primer pasante en casa de su tío, heredará, de seguro, el estudio. Además, es un joven que vale un mundo y nunca le falta una palabra amable que decir á la gente...

Yo me he puesto muy encarnada y he exclamado:

—Bueno, bueno... Si hubieras visto como yo á ese caballero en la intimidad de la familia, te hubieras dado cuenta de que su madre y sus hermanas no tienen gran suerte en oir á menudo sus «palabras amables.»

Pero, al entregarle mi taza con un ademán un poco vivo, Rosina, que no daba ya á su cinta más que pequeños movimientos de desencanto, me dijo suspirando:

—Pobre Miette... No seas muy exigente, ¿sabes? Puesto que el pobre señor nos ha dejado y no tienes más parientes en el mundo—porque, en fin, el señor Delombre es como si no existiera,—preciso será que te cases, y cuanto antes, mejor.

Rosina decía mucha verdad esta vez. Estoy realmente sola en el mundo, puesto que mi primo Marcos permanece tan lejos de mí...

Sin embargo, Marcos vino dos veces á visitarnos á los Angles, cuando mi tío, después de perder á su mujer, se instaló en esta casa solariega de su familia. Mi tío y Marcos, aunque su parentesco era sólo político, se profesaban mucho cariño y tenían la misma afición á la música, que es en nuestra familia un carácter distintivo. Hoy sé que mi primo Marcos se ha creado una reputación de historiador y crítico de arte.

Cuando nos hizo la segunda visita tenía yo doce años, y la costumbre de vivir siempre con mi tío me había hecho ser un poco agreste; pero Marcos, sin embargo, no me asustaba absolutamente nada. Cuando él tocaba el violín y mi tío el piano, y yo los oía hundida en mi butaca Voltaire, con las manos cruzadas y la boca abierta, mi primo me dirigía algunas veces como una mirada de aprobación. Entonces no despreciaba á la pequeña roedora de notas, y una vez me hizo sentar al piano y tocar con él una sonata de Beethoven.

Recuerdo que un año después quise aprender el arpa porque él encontraba graciosas á las muchachas que tocan ese instrumento, y me apliqué hasta el punto de caer enferma. El médico me prohibió todo trabajo durante un mes... Yo esperaba que mis progresos iban á asombrar á Marcos cuando nos hiciera otra visita; pero en aquel año no volvió, ni en los siguientes. Siempre que yo preguntaba por él, mi tío suspiraba, movía la cabeza y respondía de un modo evasivo:

—¿Qué quieres? Es como todos... La ambición le domina... Se sacrifica todo por hacerse un nombre...

Marcos, sin embargo, nos enviaba todas las revistas en que publicaba sus trabajos, y yo veía que era para mi tío un consuelo oirme leer sus artículos al lado del fuego cuando, en las noches de invierno, el viento maestral azotaba la casa con sus negras alas empolvadas de estrellas rutilantes.

Y hasta creo que si Marcos volviese ahora, el muerto, que tanto nos quería á los dos, lo vería desde el otro mundo y sólo entonces su felicidad de elegido sería perfecta...

Martes, 26 de noviembre.

No vendrá; no vendrá jamás... Hoy he sabido por qué no le he vuelto á ver desde la edad de doce años, y por qué no le volveré á ver más hasta que yo sea una vieja solterona, porque seguramente no me casaré con un Saturnino cualquiera.

Hace un momento, después de almorzar, vine á sentarme como ayer en el escritorio de mi tío, é iba á ponerme á escribir, pues empiezo á tomarle el gusto á mi diario, cuando, para buscar una pluma, tuve que abrir sucesivamente los tres cajones. Los dos primeros contenían paquetes de cartas en las que conocí la letra de mi tía. En el tercero no había más que unas cuantas cartas esparcidas, pero en cuanto las vi me dió un vuelco el corazón... La mano que las había escrito era la misma que había puesto tantas dedicatorias en las obras de arte musical que mi tío recibía de vez en cuando de París. ¿Podía yo leer unas cartas que no estaban dirigidas á mí?..

En un instante me respondí afirmativamente por un razonamiento tan sencillo como rápido, según creo. Mi tío me ha nombrado, sin restricción ninguna, heredera de todo lo que él poseía; luego esas cartas son mías por el único artículo de su testamento.

Pero antes de haber terminado este razonamiento ya estaba yo leyendo una de las cartas de Marcos, la primera que había cogido. Estaba fechada un mes antes, y, á pesar de la pena que me ha producido, siento un imperioso deseo de copiarla entera en mi diario:

«Mi querido tío:

»¿Por qué tiene usted escrúpulos para nombrar á mi prima su única heredera? Si bien es cierto que la mitad de su fortuna le viene á usted de mi tía, es decir, de mi familia, no por eso deja de ser de usted. No le atormente á usted, pues, la idea de que no la compartiré con mi prima, puesto que soy yo el que renuncia á hacerlo. Mi modesta renta basta para procurarme lo necesario, y puedo hasta permitirme, por medio de un trabajo agradable, un poco de ese lujo que alegra la vida. Tendría yo que ser un espantoso egoista para envidiar esa herencia á la huérfana que usted ha convertido en su hija adoptiva.

»Sigo firme en mi resolución, que muchas veces le he dicho, de no casarme nunca, y no debe usted sentirlo por mi prima. ¡Si supiera usted qué solterón me siento ya á los veintiocho años y hasta qué punto he adoptado ya en este mundo mis «cuarteles de invierno!»

»Esta frase le parecerá extraña en un hombre que va á emprender mañana un viaje á Oriente, pero pienso hacerle como erudito y como filósofo. No me interesa nada más que las cosas del pasado, y la mujer á quien mis ilusiones, ó las de usted, arrastrasen á cogerse de mi brazo y á seguirme, no tardaría en arrepentirse cruelmente y sentir una aguda nostalgia al lado de un compañero tan distraído. La belleza y el ingenio de una mujer no valdrían nunca á mis ojos lo que el misterioso atractivo de un instrumento que exprese el alma musical de las edades mitológicas, como los que hoy se descubren en las excavaciones que resucitan á la luz de los tiempos aquellos monumentos de triunfo que se creían fabulosos. ¿Sabe usted todo lo que se acaba de escribir á propósito del palacio de Minos?.. Yo también quiero ver eso.

»Créame usted, sin embargo, su sobrino afectuoso y adicto,

»Marcos Delombre.»

He registrado otros sobres que sólo contenían cartas más antiguas llenas de excusas fundadas en el trabajo, en los compromisos con los editores..., y otra del año pasado en la que rehusaba formalmente mi mano... De repente se ha caído un pliego que al pronto me pareció que estaba en blanco y en el que después he visto la letra de mi tío:

«Mira esto como una suprema invocación que te dirijo, mi querido Marcos. Te lo suplico, á la vuelta de tu viaje haz una parada en los Angles aunque no sea más que de unas horas. Conozco que estoy ya amenazado por una mano que no perdona... Antes de obedecer á esa mano cruel é inexorable, quisiera verte, querido Marcos, y, ¿por qué disimularlo?, quisiera haberte puesto en presencia de mi Enriqueta. ¡Ah! Si la vieras, no más, ir y venir alrededor de mi vejez, alegre y viva como la misma esperanza, comprenderías lo que significa esta frase: *la alegría del hogar*... Y no vacilarías en llevártela para siempre al tuyo... No te defiendas contra un buen impulso que te conduciría á la dicha... Ven á conocer á tu linda prometida, para que yo una vuestras manos y...»

¡Ah! Ahora recuerdo que mi tío estaba escribiendo esta carta cuando su grito de angustia nos hizo acudir de un salto á Rosina y á mí.. Estaba aquí, sentado todavía, oprimiéndose el corazón con una mano mientras con la otra metía maquinalmente los papeles en el cajón entreabierto... Y nunca pudo ya sentarse en el escritorio para terminar esta carta... Pero ahora recuerdo otra cosa además; esta carta fué la preocupación de su agonía. Durante el último día de su vida me buscó varias veces con los ojos, no para verme, sino para asegurarse de mi ausencia; y estando yo escondida entre las cortinas de la cama para que no viera mi llanto, él murmuraba, mirando al Sr. Loriol que le tenía cogida la mano: «¡La carta!.. ¡La carta!..»

Evidentemente, quería que mi tutor hiciera llegar á mi primo, sin decirme nada, ese último grito cortado en sus labios por la muerte, para provocar un enternecimiento y decidirle á casarse conmigo. El Sr. Loriol enviaría aún hoy la carta con mucho gusto, si yo quisiera... Pero no permitiré yo que se me arroje á la cabeza de ese caballero... ¡No! Puesto que ese es su gusto, que le dejen con sus sepulcros y sus momias que huelen á cuatro mil años de moho...

¡La verdad es que debía yo de estar fea, la última vez que mi primo me vió, para que manifieste tal horror ante la posibilidad de tenerme delante!..

Al llegar á este punto de mis reflexiones me levanto de un salto y me dirijo á la chimenea, sobre la cual hay un marco en forma de abanico que contiene mis fotografías desde que era niña.

He aquí, primero, un delicioso rorro casi desnudo al que dirijo una risita; después una muñeca de tres ó cuatro años, cubierta de encajes... ¡Cielo divino!; heme aquí á los doce años... Aunque hayan deshecho el dobladillo de mi falda, no me llega más que á media pierna, unas piernas como palillos de tambor; mis muñecas, planas como cuchillos de cortar papel, salen de unas mangas que se han quedado en el camino... La sonrisa que el fotógrafo quiso imponerme no es más que una mueca indescriptible... Y, positivamente, mi párpado izquierdo parece que oculta un ojo deslumbrado, como el de un ave nocturna...

Me separo apresuradamente de semejante esperpento, comprendiendo muy bien la repugnancia que semejante recuerdo debió dejar en la mente de mi primo Marcos, y fijo la atención en el último retrato, el que mi tío mandó que me hicieran en Lyón el mes de agosto...

Aquí ya no hay irregularidades en el ojo izquierdo. Estoy ahora segura de que ya no puede hablarse de palillos de tambor á propósito de las piernas ocultas por mi primer vestido de cola... Y lo que se ve de los brazos no carece de finura ni de redondez... En cuanto á mi talle, me basta recordar que la señora de Clement me dice algunas veces:

—Supongo, querida niña, que no se aprieta usted demasiado el corsé...

Levanto los ojos, me veo la cara en el espejo y no la encuentro desagradable. Tengo en la cabeza una hermosa mata de cabello obscuro, con bucles un poco cobrizos alrededor de la frente, y á pesar de mi gran desgracia, las mejillas siguen sonrosadas y blancas como unas flores decididas á no marchitarse nunca... ¡Ah! ¡Si mi primo Marcos viniera!..

¿Cómo es que no he recibido ni una línea de pésame desde que, hace un mes, el Sr. Loriol le escribió la triste noticia? ¡Quién sabe! Puede ser que, al volver á Francia, se haya apoderado de él el remordimiento, y esto le haga detenerse en los Angles para visitar la tumba de aquel á quien venía rehusando tan inexorablemente sus visitas...

Me estoy ya figurando la actitud que adoptaré cuando llegue mi primo. Porque no puedo menos de verle venir. La casa domina la única calle que conduce á la única plaza de la aldea, la que se extiende delante de la iglesia. Detrás del hombre que le traiga la maleta, pues los coches no se aventuran por semejante cuesta, mi primo Marcos se me aparecerá con su alta estatura, más guapo todavía que en otro tiempo con su cutis bronceado por el sol de Africa y de Asia y con su aire grave y lleno de una tristeza que él expresará con frases breves y conmovedoras. Yo quisiera presentarme á él con una dignidad no menos firme, pero estoy viendo que el recuerdo del tío me va á hacer llorar y va á enternecer también á Marcos...

Ya irá viendo que no soy el monigote gestero de hace años... Y después..., después... ¡Dios mío!.. Cosas más extraordinarias suceden en las novelas que voy á buscar los domingos en la biblioteca parroquial de *Saint-Agricol*...

Pero ¡ay!.. En mi mejor momento de exaltación Rosina me llama desde el jardín y me da por la ventana una carta tachonada de sellos extranjeros. Mi primo Marcos me escribe desde Florencia:

«Mi querida prima:

»La carta del Sr. Loriol me ha perseguido por París, Creta, Egipto, Palestina, y ha dado al fin conmigo en esta ciudad después de tres semanas de circulación. Aunque esto baste, como espero, para excusar con usted mi aparente indiferencia, no es menor mi pena por no haber podido asistir á los últimos momentos del que los dos lloramos. No comparo mi dolor con el de usted, pues sé que usted pierde más que yo la compañía y la ternura cotidiana de un padre. No puedo hacer más, querida prima, que expresar á usted mi tristeza y la profunda simpatía que me inspira la suya. Créame siempre su afectuoso primo,

»Marcos Delombre.»

Verdaderamente, hay personas que se atribuyen los adjetivos con un desahogo... ¡Mi afectuoso primo!.. La pena hubiera podido hacerme caer mala; ¿se ocupa él de eso poco ni mucho? No puede ignorar que se me ha dado un tutor; ¿expresa siquiera el deseo de que tenga yo que felicitarme por la elección de mi tío? Ya sé yo que, según la opinión del mundo, Marcos se ha hecho acreedor á mi agradecimiento «autorizando» á mi tío á dejarme por única heredera... ¡Si cree que le voy á dar las gracias por su suntuosa limosna!.. ¡No! Trabajaré..., iré al campo á guardar cabras, pero no seré rica á expensas de ese caballero á quien sólo la idea de casarse conmigo hace huir hasta el extremo de la tierra... No acepto *su* dinero y pienso explicarme pronto sobre esto con mi tutor.

Miércoles, 27 de noviembre

La explicación se ha efectuado hoy mismo, pues mi tutor ha venido á almorzar conmigo. El señor Loriol tiene, en su familia y en el mundo, la reputación de hombre «justo, pero severo.» Pero lo que es á mí, su alta y tiesa estatura, su cara seca, sus ojillos penetrantes y su sonrisa de circunstancias no me han impuesto nunca ni causado la menor cortedad. Será acaso porque las hadas omitieron darme la facultad del respeto; así, al menos, lo aseguraba mi tío.

Cuando mi tutor se presentó esta mañana, sus ojillos se abrieron de asombro cuanto pudieron y el buen señor exclamó:

—¡Cómo! ¡Y yo que creía encontrarte medio muerta de aburrimiento y que te ibas á echar á mis plantas para que te llevase á la plaza del Reloj! ¡Y te hallo con el aspecto animado, apasionado casi, palabra de honor!.. No veo qué diablos de cosa interesante puede ocurrir en este montón de piedras de los Angles...

—¿Si pasa alguna cosa? ¡Ah! Tengo que hablar con usted, Sr. Loriol... Y, ante todo, sepa usted que no viene...

Los ojos de mi tutor se redondearon como dos lunas diminutas.

—¿Se puede saber quién no viene?

Le pongo delante la carta de Marcos recibida esta mañana, la de hace dos meses encontrada en la mesa de mi tío y, en fin, la que éste escribió antes de morir.

Al leer esta última, Loriol suspira y murmura:

—¡Ah! Esta es la carta de que hablaba mi pobre amigo en sus últimos momentos... ¡Qué lástima que no haya podido hacerla llegar á su destino!.. Tu primo Marcos no hubiera resistido á una llamada tan conmovedora; hubiera venido, te hubiera visto y...

Loriol levanta con lentitud los ojos para mirarme de pies á cabeza, y añade:

—Y hubiera cambiado de opinión en la cuestión de matrimonio...

Después dice vivamente:

—Pero, en fin, nada me impide á mí, tu tutor, enviar la carta ahora.

Estas palabras me hacen arrojar fuego por los ojos.

—¡Eso es! ¡Como si mi primo pudiera pensar que no he sido yo quien ha encontrado la carta entre los papeles del tío! ¡Parecería que era yo misma quien le dirigía todas esas súplicas!.. ¡No, Sr. Loriol! Deje usted á mi primo con sus queridos amores, que son Minos y Radamanta, y sírvase usted escribirle sencillamente que el dote de mi tía le será enviado en su totalidad. No acepto la herencia de mi tío más que en la parte que era nuestra, enteramente nuestra. Me parece que es justo y natural que una no quiera más que lo que le pertenece.

Habíame yo puesto de puntillas para hacer más majestuosamente esa declaración; pero Loriol, repanchigado en su butaca y con las manos cruzadas, me responde:

—¡Ah! ¿Tú crees natural abandonar una fortuna? Pues mira, es tan natural, que tu primo no dejará de ver en esa loca renuncia el despecho que te ha producido que él haya rehusado tu mano y tu corazón...

—¡Eso es! Un señor á quien no conozco y que no me conoce á mí... Porque, por habernos visto teniendo yo doce años...

—¡Bah! Tú eres muy capaz de haber estado soñando con él desde entonces.

Y añade en tono insinuante:

—¡Vamos! Confiésame que ardes en deseos de llegar á ser la señora de Delombre.

Pero yo no me dejo coger y replico vivamente:

¡Mi tío lo deseaba! Lo sabe usted tan bien como yo...

Loriol se echa á reir y me dice:

—El caso es que, por más que le doy vueltas, no veo medio de resolver el problema, como no sea saliéndose de todas las reglas, pues, en materia de demandas matrimoniales, las conveniencias no quieren que las muchachas sean las que tomen la iniciativa... y convengo contigo en que enviar la carta ó rehusar la herencia sería tomar *la ofensiva*...

Medito un momento estas justas palabras y murmuro:

—Habría que tomarla... sin que lo pareciera...

—¡Oh, hija de Eva!, exclama mi tutor. Pues bien, indícame las armas, el sitio y el momento de la emboscada y te prometo ser de la partida.

El Sr. Loriol, que habla de esto á sus anchas, me ha dejado por la tarde después de hacerme otra vez aquella promesa, y todavía me la ha repetido con un ademán y su más irónica sonrisa cuando, al bajar la cuesta, me ha visto despidiéndole en la puerta de casa.

Jueves, por la noche.

—¡El viento maestral te emborracha, pequeña! ¡El viento maestral te emborracha!.. ¡Si alguna vez haces un disparate, será en un día de maestral!..

Mi tío me decía esto para hacerme rabiar en ciertos días de huracán, cuando me veía como desencadenada, también yo, correr desalentada por el jardín para ver volar mis faldas á mi alrededor.

Así, pues, si estoy en el día de locura, como me lo aseguraba hace un momento el Sr. Loriol, echemos la culpa al maestral, que nunca ha soplado con más furia en la llanura. Y si mi locura me conduce á la dicha, como espero me consolaré muy bien de ser dichosa sin pizca de razón.

Esta mañana -¡cuántos sucesos desde esta mañana!,—después de soñar toda la noche con mi conversación con mi tutor y con marchas, ataques y emboscadas, me desperté en unas disposiciones tan beli cosas que, al bajar á la cocina para tomar chocolate, iba tarareando la *Marsellesa.*

Pero al llegar me encontré con que, al lado del gran fogón, había una persona que se levantó de repente y me mostró una cara sonrosada y mofletuda muy parecida á la de mi nodriza, añadiéndole unas patillas canosas. Aquel hombre se quitó el sombrero y exclamó:

—¡La señorita Enriqueta!

¡No, no! Soy Miette como siempre, mi querido Merlín, ó me enfado contigo ahora mismo...

Y le tiré á modo de caricia de los pelos más largos de sus patillas de chuleta, mientras con otra mano hacía una escala en su cráneo sonrosado.

—Sí, puedes llamarla Miette, anda.. Ya ves que sigue siendo la misma, afirmó mi nodriza.

—¡Y qué mal haría en cambiar!.. Quiero decir, de hoy en adelante, porque ha habido en ella un cambio, y grande, desde que yo la enseñaba á andar cuando tú no podías con ella... ¡Y cómo ha cambiado también en los tres años que hace que no vengo al país! ¡Por vida de..!

Me callo el fin de la exclamación del buen hombre, mi «tío de leche,» pues es hermano de mi nodriza. Los tuvimos á los dos en París, en nuestro entresuelo de la calle *Madame*, hasta que nos fuimos. Merlín pasó entonces á la familia Delombre y mi primo Marcos se quedó con él cuando murieron sus padres.

Sí, convengo en ello, esta noche se me ha debido abrir alguna grieta en el cráneo, pues en cuanto vi al buen Merlín en la cocina, pensé en el sabio encantador del mismo nombre que abría y cerraba las puertas del destino á tantos príncipes encantados y á tantas hermosas damas en los pasados siglos.

Instalada ante mi chocolate, estuve oyendo hablar á Merlín, que se tomó su café sin permitir sentarse ni en un rincón de la mesa. Pasando del francés al provenzal y del provenzal al francés según que se dirigía más particularmente á mí ó á su hermana, el hombre nos contó su viaje y nos explicó el retraso de su visita, pues hacía tres semanas que estaba en Arlés, su pueblo.

Seguramente hubiera él venido al entierro del «pobre señor...,» pero al bajar del tren se había torcido un pie y el reuma había complicado el mal. Así es que pensó detenerse un día en los Angles al volver á París...

—¿Allí encontrarás á mi primo?

Hice esta pregunta latiéndome el corazón como si fuera de las que deciden la felicidad ó la catástrofe.

Merlín, que no lo sospechaba, recogió con la cucharilla un terroncito de azúcar que no se había disuelto en la taza y lo mascó con golosina, antes de responder:

—El señor estará de viaje todavía una semana... á Dios gracias, pues no me va á faltar trabajo en ese tiempo: una limpieza en regla, sacudir alfombras y cortinas y, lo que es más difícil y más fastidioso, buscar una cocinera.

—¡Ah! ¿Buscas una cocinera?, dije yo apercibiendo el oído.

—Sí; la que hemos tenido tres años se casa con el mozo de la carnicería... Le compadezco al hombre, porque tiene un genio del diablo la tal Eugenia... Pero, con todo, no podré reemplazarla tan pronto, porque como en casa se guisa tan poco, no hay modo de sisar mucho. El señor no come en casa más que cuando está resfriado; tres veces en el invierno todo lo más.

Aquí Merlín, poseído de su asunto, olvida su respeto de las distancias, se sienta á medias en una punta de la mesa y toma un tono confidencial para decirnos:

—Realmente, la plaza convendría á alguna muchacha á quien yo pusiera al corriente... Yo la formaría á mi gusto y haría su camino más adelante...

Rosina objetó con gesto de susto:

—¡Una muchacha en casa de un soltero!..

Merlín se encogió de hombros.

—La casa es tranquila... Cuando Eugenia se despidió, me dijo riendo que en tres años no le había dicho el señor ni tres palabras... Así es que había yo pensado llevar á mi sobrina, ¿sabes?, la Mion de los Begudes... Pero parece que su novio ha vuelto del ejército y tiene prisa por casarse... Tengo que buscar otra en lugar de Mion...

Y hete aquí que me levanto de un salto y exclamo:

—¡No la busques! Es inútil, querido Merlín... ¡Yo tengo tu cocinera!



¡No la busques! Es inútil, querido Merlín... ¡Yo tengo tu cocinera!

Merlín y la nodriza me miran embobados. Y yo continúo:

—Mion ó Miette, ¿qué puede importarle á mi primo? Y yo también soy tu sobrina, ¿verdad?, tu «sobrina de leche...» ¿Por qué no me has de llevar á mí á París en lugar de Mion?

Merlín balbucea muy sofocado y olvidando el «usted» y el «señorita:»

-¡Tú! ¡Llevarte á ti como cocinera!

Mi nodriza se echa á reir.

—¡Qué tonto eres! ¿No ves que lo dice por divertirse?

Pero pronto cesa de reir y se queda petrificada como su hermano cuando, plantada delante de ellos, las cejas fruncidas y el brazo extendido, les digo en tono magistral:

—¡Escuchad!... Esto está en el Corán: «Si la montaña no viene á Mahoma, preciso será que Mahoma vaya á la montaña.»

Pero ni ellos cambian de parecer ni mi cita les hace más efecto que el de afirmarles en la creencia de que estoy á punto de volverme loca...

Para quitarles esta lamentable opinión los llevo al despacho de mi tío, y sentada delante de la mesa y ellos en pie, á derecha é izquierda, les leo las cartas que he copiado en este diario. Al llegar á la última palabra de la que jamás se terminará, mi nodriza se enjuga una lágrima con el delantal, Merlín se suena ruidosamente y á mi garganta sube un sollozo... Los tres lloramos un rato, pero yo reprimo mi enternecimiento, para aprovecharme del suyo, y digo:

—Ahora lo comprendéis bien; es mi tío quien me ordena que vaya á París para que mi primo Marcos me vea y se case conmigo. Conozco su carácter y no hay que dejarle hacer las cosas solo... Pero estoy en su casa; un día ú otro repara en mí y queda impresionado... agradablemente...

Al decir este adverbio les consulto con la vista.

Rosina hace un signo afirmativo, y Merlín, no menos imprudentemente, castañetea con los dedos. Entonces yo prosigo con más fuerza:

—Mi primo se acostumbra á mi presencia; descubre que puedo hacer algo más que ponerle salado el puchero y te lo confía á ti, Merlín. Tú te embrollas con tus explicaciones, me le envías para la escena de *la declaración*, y todo pasa divinamente en el mejor de los mundos posibles...

—¡No! Si la escuchamos, dijo Rosina, ni el señor cura en el púlpito podría con ella.

Merlín se permite esta reflexión:

—¡Para que una muchacha de las nuestras, que hablase como tú, hiciese la tontería de meterse á cocinera!.. Sería lo menos maestra de escuela, como nuestra sobrina Julia Duchene, que es institutriz.

Yo adopto una actitud de orador, cruzo los brazos, echo hacia atrás la cabeza y pregunto á Merlín:

—¿Puedes decirme cuánto gana al año tu sobrina la institutriz?

—Pues, para empezar, creo que ganará unos seiscientos francos.

—¿Y cuánto *sacaba* al año la última cocinera de mi primo?

—Con ciertos gajes, podría *sacar* unos ochenta francos al mes.

—Multipliquemos por doce y llegamos, si cuento bien, á la cifra de novecientos sesenta francos, casa y comida, y á la conclusión de que tu sobrina Julia ha sido una tonta de aprender mal la aritmética en vez de aprender bien á guisar.

Merlín, que, evidentemente, pierde pie, se agarra á una cuerda que había yo dejado colgando de mi última frase, y dice triunfante:

—¡A guisar! Ante todo, ¿sabes tú hacerlo?

—Tú me *formarás*, como hubieras formado á Mion.

Rosina y él levantan los brazos al cielo con el clásico ademán de los grandes vencidos. Mi nodriza, sin embargo, se rehace otra vez y dice, volviéndose á sus cacerolas:

—En fin, todo esto que hablamos no es más que perder el tiempo. El Sr. Loriol es el tutor y no consentirá semejante locura...

—Eso pronto lo sabremos. Merlín, vas á acompañarme ahora mismo á la calle Calade.

Corro á ponerme mi toca de astracán y mi bolero, y pronto estoy bajando la cuesta con el pobre Merlín, que me acompaña sin el menor entusiasmo, aunque espera que mi tutor va á apagar de un soplo mi locura.

Entre tanto, es el maestral el que sopla desde lo alto del cielo azul. del que borra y rechaza las más pequeñas nubes. En el puentecillo doble que une *la Barthelasse* con las dos orillas del Ródano, Merlín hace eses al impulso de aquellas furias del aire, á las que ya no está acostumbrado y que yo arrostro valsando con ellas. Por fin llegamos á las fortificaciones y, por la puerta del Oulle y las tortuosas callejuelas, esquivamos su persecución.

Oyendo á Merlín, que soplaba detrás de mí como si todo el maestral se le hubiese metido en el pecho, he subido la ancha escalera de piedra del viejo caserón en que vive mi tutor y notario, he empujado la puerta de su estudio y me he ido derecha al despacho, en el que he entrado después de una breve llamada.

El busto del Sr. Loriol, inclinado sobre la mesa, se levanta al oir mi voz.

-Sr. Loriol, he descubierto el modo de tomar la ofensiva... ó, más bien, Merlín me lo ha traído...

Merlín aventura un murmullo de protesta que no consigue interrumpirme. Le presento y cuento á mi tutor cómo, al encontrar á aquel buen hombre en la cocina, pensé que el célebre encantador de que es tocayo me favorecía con una aparición, y la conversación que vino después, de la que salió mi hermoso proyecto...

Loriol, que, durante este discurso, se había cogido varias veces la cabeza con las huesudas manos, da un puñetazo en la mesa cuando acabo mi peroración y dice, interpelando al desgraciado Merlín:

—¡Cómo! Viejo loco, ¿es usted quien ha metido una idea semejante en la cabeza de esta niña?

—¡Yo!, gime Merlín, yo, que daría... cien francos por haber pasado de largo por Aviñón y los Angles...

Este grito del corazón prueba su inocencia á mi tutor y el debate se circunscribe á los dos.

—¿Pero eres bastante niña para suponer que una muchacha puede habitar bajo el mismo techo que un joven sin arriesgar su reputación?

—¿Acaso Mion hubiera arriesgado la suya? Lo mismo da que la cocinera sea Mion ó Miette...

—¡Cocinera! Si cuentas con ese título para evitar que se hable de ti...

—¿Quién ha de hablar? No conozco á nadie en París y usted se arreglará aquí para explicar las cosas.

—¡Me arreglaré! ¡Me arreglaré!.. ¿Piensas en mi responsabilidad ante semejante disparate? Cuando el Sr. Delombre lo sepa...

—¡Bah! Sea lo que quiera lo que él decida entonces, sus rayos caerán sobre mi sola, se lo prometo á usted.

—Pero, en fin, cuando viste á este solterón empedernido eras una chiquilla. ¿Y si hoy no te gusta?

—Nada más sencillo; atrapo el mal del país y Merlín me trae á los Angles en un periquete.

—... ¡Ponernos al Sr. Delombre y á mí en la situación más falsa!.. ¡Y todo lo que de eso puede resultar!..

—¿Qué puede resultar? Lo peor es que siga siendo la prima de mi primo en vez de convertirme en su mujer... Reflexione usted un poco... Si mi tío no hubiese tenido confianza en el corazón de Marcos, ¿hubiera insistido tanto en traerle á los Angles? ¿Se hubiera escrito esa última carta en que le conjura á hacer de mí «la alegría de su hogar?» ¡Oh! Parece que estoy oyendo al que tanto nos quería á los dos decirme todavía en este instante: «Puesto que Marcos retrocede ante la felicidad, llévasela tú misma; no la rehusará de tus dos manos francamente ofrecidas.»

Loriol golpea nerviosamente en un libro con un cortapapeles y Merlín se suena, y confiesa, ya vencido:

—Vamos, señor; por mucho que usted diga, ella encontrará siempre razones para todo.

Mi tutor se levanta y exclama:

—¡Ah, Merlín, Merlín, qué bien hubiera usted hecho en seguir su camino á París ó al diablo, en vez de apearse hoy en los Angles!

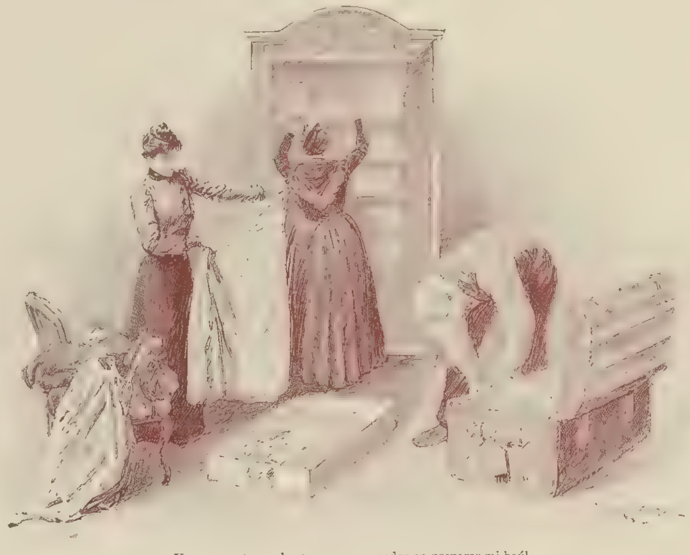
Merlín aprueba con un enérgico movimiento de su sonrosada calva. Pero yo he ganado la partida, y salto al cuello de mi tutor diciéndole:

—¡Ea, Sr. Loriol, sea usted amable y piense en redactar el contrato de boda entre Marcos Delombre y Enriqueta de los Angles!.. Y no se olvide de pasar por casa de su sastre á mandarse hacer un frac, pues usted me conducirá al altar antes de que haya pasado mucha agua por los puentes del Ródano, se lo juro.

Mientras mi relación, Loriol, con una mueca feroz, ha abierto la caja de hierro, ha sacado un fajo de billetes azules y se los ha entregado á Merlín.

—En todo caso, no quiero que carezca usted de dinero para traerla ó para hacerla cuidar en París si aumenta su locura.

Y añadió dirigiéndose á mí:



Y pronto estamos los tres muy ocupados en preparar mi baúl.

—Y tú no olvides que, suceda lo que suceda, me lavo las manos...

—Perfectamente. Y si no me deja usted marchar sin una buena sonrisa, le prometo enviarle como aguinaldo una hermosa jofaina de plata.

Nadie más que yo hubiera adivinado su sonrisa cuando le doy un beso, hasta tal punto la muerde furioso contra el labio inferior, pero yo la he visto y me voy triunfante por los puentes llevándome á Merlín como un esclavo encadenado.

Una ó dos veces me divierto en dejarme caer y levantar por el maestral. ¡Dios mío! Me parece que no tengo más que abandonarme así á los elementos para que todos me lleven al paraíso terrenal con que sueño... Cuando me vuelvo para enderezarme la falda, veo al pobre Merlín con una mano en el sombrero y la otra extendida delante de él, como un remo, y las ráfagas me traen de minuto en minuto su gemido acompasado. Acabo por cogerle del brazo y me le llevo diciéndole al oído:

—¡Eh, tonto, haz como el Sr. Loriol, lávate las manos!

¿Será el orgullo de copiar á aquel ilustre modelo? Lo cierto es que Merlín se reanima un poco.

Rosina, á su vez, al saber que el Sr. Loriol aprueba ó, por lo menos, deja hacer, no se atreve ya á gruñir, y pronto estamos los tres muy ocupados en preparar mi baúl.

De pronto veo una falda de paño verde ciruela y á su lado un corpiño de tafetán negro y un delantal perla, que forman parte de un traje de arlesiana que mi tío me regaló el día de mi santo y que me pongo de vez en cuando para divertirme. Y voy á decir á Merlín, que está en mangas de camisa componiendo una correa del baúl:

—Ahora que me ocurre, ¿no lleva tu sobrina, como mi nodriza, el traje de las arlesianas?.. ¿Sí? Creo, entonces, que debiera ponerme el mío.

Lejos de agradarle, la proposición exaspera al pobre hombre:

—¡Eso es! ¡No nos faltaba más que esa idea!.. ¡Y pensar que soy yo el que te *sacaré* por París!.. ¿Crees que no se volverá bastante la gente para vernos pasar?

Le pregunto si hay costumbre en París de volverse para ver pasar á las muchachas..., y él no se digna responder directamente, pero declara con un formidable gruñido que nunca, jamás, consentirá en tomar el tren conmigo si voy vestida de arlesiana.

No he querido hacer rebosar la copa de su amargura; pero he hecho con la falda, el corpiño, el delantal y las pañoletas un paquete que no parece nada, y por la noche, cuando Rosina y Merlín se han ido á la cama, lo he escondido en un rincón del baúl con una cajita que contiene mis pendientes y la larga cruz de oro de la *capella*.

Antes de acostarme doy un beso, á modo de buenas noches, al retrato de mi tío, y él me sonríe largamente, me aprueba sin restricción y me asegura muy bajito que no volveré sola á su lado...

París, sábado 30 Novbre.

¡Mi primer día en París! Pues bien: no me arrepiento lo más mínimo de haber venido. Preciso es, ciertamente, que el arrepentimiento no sea una enfermedad que se pegue, pues desde que bajamos juntos de los Angles, Merlín se ha dado más de diez veces golpes de pecho por su pecado de haber hecho allí una parada tan funesta.

Nuestro viaje, sin embargo, ha sido delicioso, aunque un poco antes de Lyón desapareciesen el sol y el maestral y el cielo se derrumbase, casi, sobre la tierra, tan bruscamente disminuyó el espacio entre él y la cima de las colinas; pues pasada la vega del Ródano, no se ven ya montañas. Las grandes crestas son reemplazadas por toperas, y al pie de esos montoncitos de arena veo, en toda la Borgoña y en las lindes de los bosques calados de niebla, unas filas de cabañas, de esas de que tanto se habla en los libros de poesías, pero que, en realidad, se parecen demasiado á las chozas de las tribus salvajes.

Por lo demás, todo me agradaba ó me divertía en la fuga desordenada del rápido, hasta el vuelo de los cuervos por encima de las llanuras peladas, los pueblos regados de lluvias diluvianas que íbamos atravesando con resoplidos de monstruo fabuloso, y las caras ahumadas de nuestros compañeros de vagón. Un matrimonio viejo ocupaba los dos rincones de la contravía con todo un cargamento de paquetes. La señora empleaba sus ocios en extender sobre sus rodillas y las de su marido una inmensa piel, como si tuviéramos que atravesar las estepas siberianas. Las tristes y arrugadas caras de los dos expresaban como un mortal aburrimiento por vivir juntos desde la juventud, y yo me preguntaba si dentro de cuarenta años daríamos Marcos y yo ese triste espectáculo con nuestro reuma, nuestras arrugas y nuestras canas...

La imagen de la viejecita apergaminada que llegaría yo á ser me parecía tan chistosa, que me daban ganas de echarme á reir cada vez que miraba á la respetable pareja; pero entonces me encontraba con los ojos de un joven que iba al lado de Merlín haciendo como que leía un periódico, y tenía yo que adoptar una actitud indiferente mientras velaba el sueño de mi acompañante; pues el buen hombre dormía profundamente, á pesar de sus esfuerzos estoicos y de los sobresaltos de su alarmada conciencia. Cada cuarto de hora, le veía levantar de repente la cabeza, con ojos de aturdimiento y desconfianza, é inspeccionar la actitud de nuestros compañeros, y, sobre todo, la del joven que tenía al lado. En seguida se pasaba cinco minutos haciéndome preguntas:—¿Tienes hambre?.. ¿Tienes sed?.. ¿Tienes frío?.. ¿Tienes calor?..—y acabado el interrogatorio, empezaba á dar cabezadas y á dejarse acunar por el movimiento del tren.

La hora del almuerzo fué la única penosa entre los dos. Merlín quería traérmelo al coche; pero en cuanto se detuvo el tren, salté al andén y tuvo que seguirme al vagón-restaurant con una cara desolada y lastimosa como la de un payaso zurrado. De ningún modo quería sentarse á la mesa.

(Continuará.)

La Ilustracion Artística

Año XXV — Barcelona 8 de enero de 1906 — Núm. 1.254



AL AMOR DE LA LUMBRE, cuadro de Vicente Borrás Abella

(Salón Parés)



LA VIDA CONTEMPORÁNEA

¿Os interesa la existencia de los niños, esa existencia leve, compuesta de sensaciones ligeras y de alegrías cortas y vivaces, de penas que se borran con la rapidez con que se esparce por el viento el humo de una chimenea, de lágrimas que se secan como el rocío bajo un rayo de sol; esa existencia de la cual quedan apenas rastros, memorias caprichosas de incidentes sin valor, cuando la madurez sella con su sello de plomo las frentes y los corazones? ¿Os interesa la existencia de los niños? Entonces, os interesarán los juguetes.

No creáis que los juguetes no tienen su filosofía histórica. También los juguetes revelan la evolución de la sociedad y las transformaciones del pensamiento. Noto, para señal de que esto es positivo, la decadencia progresiva y ya irremediable de los «soldados,» y el incremento y moda de las mecánicas: automóviles, canoas eléctricas, lanchas de vapor, ferrocarriles, motocicletas, generadoras, dinamos, lamparitas portátiles y otros juguetes científicos, que exigen ciertos conocimientos en el niño que con ellos se ha de entretener. Se ha aficionado también la infancia á las cajitas de pinturas, á las colecciones de lapiceros de color, á los rompecabezas que obligan á tensión mental, las esferitas y mapas, las construcciones en cartón, los libros ilustrados. Y así, el futuro pintor, arquitecto, ingeniero, literato, juega de antemano con los episodios de su propia vida.

A su vez, las mujercitas, sin perder la afición inveterada á la muñeca, han comprendido que esta muñeca, la hija de su alma, necesita vestir, comer y tener una casita confortable..., y las muñecas poseen magníficos *trousseaux*, con encajes, plegados, calados é incrustaciones, como si fuesen novias, y las cocinas de muñecas funcionan y hacen verdaderos guisos, monerías que parecen los *menús* japoneses que describe Loti en *Madame Chrisantheme*, y las casas de las muñecas están provistas de toda clase de enseres, y amuebladas con gusto y refinamiento, y alumbradas con bombillas microscópicas de luz eléctrica, y provistas de agua en los lavabos, de fuego en las chimeneas, de sábanas y mantelerías en los armarios, y las muñecas dan te, y las muñecas convidan á sus amigas á lunchear...

Es así la evolución de los juguetes la misma evolución de la vida moderna hacia el espíritu científico y hacia el bienestar material, hacia el confort y hacia la higiene... y también (con la baronesa Suttner), hacia la paz, ó al menos, hacia el *krack* de la guerra. Esto, y no otra cosa, significa la decadencia de aquellos «soldados de plomo,» de los cuales uno de nuestros dramaturgos de la generación anterior á Echegaray hizo recurso sentimental y fundamental en una de sus comedias más lacrimosas y moralizadoras. Esos «soldados» corresponden á la época en que España ardía en guerras civiles, ó en que el rescoldo mal extinguido de tales luchas sólo aguardaba un soplo imprudente para volver á levantar llama inmensa; en que cada español llevaba dentro un guerrillero en estado de canuto; en que el ideal tomaba forma belicosa, y en que la poesía de la campaña de Africa bullía en los cerebros y en las mentes; y no ya solamente los «soldados de plomo,» con su basecita para tenerse en pie siempre que no los tumbaba patas arriba el azar de las lides, sino otro ejército más barato, de papel pintado, en pliegos chillones, permitía á cada chico tener á domicilio sus huestes, dar batallas incruentas, cargar á la bayoneta, ¡sobre todo á la bayoneta!, y forjarse la ilusión de ser... eso que tanto hace soñar á los niños, y no á los niños únicamente: ser caudillo, ser héroe..., ¡ser general!

Yo los recuerdo, á esos soldaditos de plomo, y hasta no estoy completamente segura de que, á pesar de mi probada ineptitud para el *sport* que representaban, no me hayan regalado algunos, allá en los días de la niñez, cuando hacía furor el drama de Eguílaz... Compartían entonces el entusiasmo de los chicos dos clases de juguetes de plomo, muy candorosos en su hechura: los soldados y los curitas, acompañados estos últimos de sus accesorios correspondientes: viriles, custodias, altares, lámparas, candeleros, candelabros, cruces, imágenes..., todo muy vistoso, muy reluciente y de inverosímil baratura. Hoy no se encuentra ya en las tiendas de juguetería ese servicio religioso, esos objetos cuyo coste oscilaba entre dos cuartos y ocho cuartos—pues no se contaba por céntimos aún;—pero en cambio hoy, á *perro*, dos *perros* y tres *perros* se venden los útiles de jardinería, los chismes de limpieza, los cubos, las palas, los hornillos, los cogedores del polvo, las planchas, los ralladores y coladores, espeteras y hornillas de cocina, mil trebejos que corresponden á las faenas domésticas y á diferentes formas y desarrollos del trabajo humano.

Reflexionad también sobre una innovación al parecer insignificante: sobre las muñecas que maman. ¿No las conocéis? Las hay, cada vez en mayor número, en bazares y tiendas. Hace algunos años no se vendían sino en París.

La antigua muñeca mágica, superior, la que hacía llorar y reir de gozo á las niñas, se limitaba, sencillamente, á decir, en tono llorón y agudo, *papá* y *mamá*. Después se introdujo un perfeccionamiento, ó mejor dicho, se resucitó y difundió un perfeccionamiento muy antiguo (como que se encuentra ya en las muñecas dramáticas griegas y egipcias, ó sea en las marionetas de teatro, y reaparece en los monigotes del retablo de Maese Pedro): hablo de la articulación, la facultad de mover brazos y piernas. Luego, un nuevo hechizo: la muñeca, al colocarla en posición horizontal, cerraba los ojos y parecía conciliar un sueño dulce...

Y el colmo del júbilo de las *mamaítas* de bebés de cartón y porcelana, es la muñeca que mama, que acerca el biberón á su boquita, el biberón cargado de leche, y lo aspira y trasiega el líquido á su estómago, un estómago que no digiere, y del cual vuelve á extraerse el sustento lavando en seguida cuidadosamente la víscera... ¡La emoción de las pequeñas cuando ven que mama su niño!..

Hay en esto una verdadera iniciación en los cuidados maternales. La niña tiene que proceder con exquisito esmero para no dar á su crío leche agria, ni adulterada; lavar y desinfectar la botella del biberón, y atender á que el niño que mama no se manche la ropa...

La que ha tenido un muñeco mamón sabe envolver, fajar, doblar la envoltura; conoce esa *toilette* gentil y complicada del recién nacido; no la cogen de nuevo las tareas que probablemente la impondrá el porvenir.

Al lado de este juguete, tan pedagógico en el sentido humano de la palabra, hay que situar otros en que el remedo de la naturaleza es igualmente realista. La vaca y la cabra que se ordeñan; el mulo que cocea; el funámbulo que ejecuta sus saltos mortales; la bailarina que gira valsando; el borracho que apura el vaso y camina haciendo eses; el borrico que tira de una carreta y trota al natural; la noria y la fuente que vierten agua; el jardincillo con plantas verdaderas y enanos árboles; el canario cantor, juguete que puede valer miles de francos; todo género de aspectos de la realidad, cuyo mérito estriba en imitar... lo que se ve á cada instante, lo que tanto vale que no se compra..., ¡la vida!

Y es indecible la alegría profunda que los juguetes, al pronto, causan á los pequeños. Yo trato de evocar mis recuerdos de los años borrosos, y con la insaciable curiosidad que siempre me ha inspirado mi propio espíritu, pienso en cuáles fueron los juguetes que me alborozaron más, y entre estos juguetes se destaca, en primer término, una locomotora. No era entonces la locomotora cosa vulgar, ni mucho menos. La mía había venido al famoso almacén de Schropp, centro entonces del europeísmo en materia de juguetes en Madrid, y oí decir enfáticamente que otra igual había sido ofrecida, entre los aguinaldos de Navidad, á la entonces princesa de Asturias, hoy infanta Isabel Francisca. A pesar de todo, y de que la locomotora venía rellena de bombones de chocolate, de indudable procedencia extranjera asimismo, á los pocos días fué desbancada por el más basto y pesadote de los caballos de cartón que se vendían en los puestos de la Plaza Mayor—un caballo enorme, el Clavileño de los niños.—Es evidente que entre la locomoción moderna y la antigua, yo optaba por la segunda; es evidente que la tradición me sugestionaba más que la evolución. Y así he continuado, porque, si fuese posible, si no tuviese de su parte el camino de hierro tantas ventajas económicas y prácticas, yo lo detestaría, por la suciedad, por la carbonilla flotante, por el ruido incómodo, por la tiranía de la velocidad uniforme y de la parada estatuída de antemano, reglamentada como todas las cosas antipáticas y vulgares. ¡Un caballo! La imaginación no pedirá jamás un ferrocarril; pedirá un caballo y campo abierto.

Es realmente edad dichosa aquella en que basta á la fantasía un caballo de cartón, embadurnado de ocre, con crines postizas y patas eternamente quietas. Mi caballo de cartón, no sólo me hacía feliz á mí, sino que era objeto de la envidia de todos mis primitos; en cuanto á mis primas, me hubiesen envidiado más una muñeca vestida de raso, con tirabuzones y zapatitos de cabritilla sobre calado calcetín. Ahora recapacito y caigo en que no me han gustado nunca las muñecas. Tuve pocas y se me figura que debieron de ser muy baratas. No cosí para ellas, á pesar de que tuve una excelente maestra de labores, que me enseñó primorosas inutilidades, calados, bordados, desflecados, puntos de toda especie. Las muñecas las substituí con grabados recortados, por medio de los cuales armé un teatrillo en que los pobres títeres de papel representaban... ¿qué? No me acuerdo; improvisaciones, algo que sería de circunstancias, ó que sucedería acaso en regiones completamente desconocidas... Lo cierto es que también aquello era fantasmagoría de mis deseos de asistir al teatro, goce que no siempre se concede á los niños, y menos entonces, en que no era todavía institución el teatro por la tarde... Además, adonde se enviaba á los niños era al Circo, á «los caballitos,» y mi afán de ver otra cosa que saltos mortales y perros sabios, debía de ser aspiración confusa, antes que consciente...

De todo esto me asaltan reminiscencias ante los puestos clásicos de juguetería, tan surtidos, tan pintorescos, de Madrid. Madrid es la población más ingeniosa que conozco para inventar juguetes. Cada día aparece uno nuevo, hábilmente fabricado, y de baratura realmente inverosímil. No se concibe cómo por diez, hasta por cinco céntimos, pueden darse ciertos juguetes bien hechos, sólidos en su modestia absoluta. Estos juguetillos madrileños, en los bazares, se venden mucho más caros; pero en los humildes puestos ambulantes, al aire libre, el *perro gordo* es una suma no diré «respetable,» sino respetada. Y estos juguetes plebeyos tienen gracia, humorismo, un sentido de lo cómico que explica la veta sainetesca de la raza. Son el género ínfimo del juguete, y, como el género ínfimo, encierran á veces sorpresas caricaturales, parodias donosísimas, un desenfado divertido, una variedad inagotable, algo de chulesco y algo de realmente candoroso.

Esta industria da pan á mucha gente en Madrid. Y visitando los talleres en que se modelan, construyen, pintan y visten los monigotes, los *pupazzi* exhibidos en San Isidro y en Pascuas, asombra cómo puede resultar ganancia alguna de tan apurado y mínimo negocio. Sin embargo, es el sustento de muchos seres, obreras y obreros, que trabajan incesantemente para inundar á Madrid de arlequines cascabeleantes, de borreguitos baladores con vedija blanca, de diablotines que surgen de un cucurucho de papel, de *matasuegras* bufonescos, de cangrejos, ratones y gatos que se persiguen, de *nicanores* tamborileros, de todos esos caprichos de la moda pueril, que hacen también sonreir á las personas grandes... Es una razón más para comprar juguetes, para transigir con la ilusión, eterna maga, que envuelve en velos color de rosa la frente de los pequeñuelos.

EMILIA PARDO BAZÁN.



y en medio de mil gestos acaba de tragarse su cucharada amarga, gracias á aquel caballito cojo y sin peana

EL CABALLO DE LOS REYES

I

El niño está gravísimo. Si no lo revelara suficientemente su faz demacrada, con esa terrosidad precursora de la muerte próxima, bastaría para delatarlo la cara de preocupación que ha puesto el médico al acercarse á la humilde camita, el ligero é involuntario movimiento de cabeza que se escapa á la ciencia desolada y vencida en ocasiones tales. El doctor permanece unos instantes junto al lecho contemplando á la pobre criatura, y luego de pulsarla, sale de la alcoba pidiendo una pluma para recetar, que el padre del enfermito se apresura á llevar al comedor, mientras la madre del rapazuelo se queda á su lado bañada en lágrimas.

El padre con voz ronca y anhelante:

—¿De modo que usted lo considera irremisiblemente perdido?

El médico mientras extiende su receta en un mísero papel ordinario que trasciende á la legua á compra de estanco:

—¡Poco menos! Por si acaso, no abrigue usted grandes esperanzas. Sin embargo, ya sabe usted el apotegma popular: los chicos tienen siete vidas como los gatos, y como estos organismos en formación sacan de no sé dónde fuerzas inusitadas, mientras aliente cabe confiar y debe lucharse con la muerte. *(Firmando la receta.)* Yo aguardo mucho de esta medicina, de la que le va usted á dar en cuanto la traigan dos cucharadas de las de sopa, con intervalo de quince minutos. Es dificilísimo el hacérsela tomar por su amargor, pero no hay más remedio que metérsela en el cuerpo á toda costa y cueste lo que cueste. Sí le advierto que la violencia extremada le sería igualmente funesta, porque una rabieta le acarrearía la temida congestión. ¡Es un verdadero conflicto!

El padre, aterrado, hundido en profundo estupor bajo la pesadumbre de aquellas sombrías palabras, no contesta por el pronto, como si no las hubiera oído. Sólo cuando el médico se levanta y coge su sombrero dispuesto á marcharse vuelve á la negra realidad.

El médico:

—¡Vaya, D. José, ánimo! ¡Esta es la vida! Si usted se amilana en los momentos en que es más necesaria la serenidad, ¿quién va á quedar aquí para afrontar la situación? ¡Sea usted hombre y dé ejemplo á su pobre esposa!

El médico deja el cuarto, y ya en el descansillo de la escalera, previene por última vez al padre la necesidad de que el enfermito tome la medicina recetada.

El padre cada vez más sombrío:

—La tomará.

II

Un cuarto de hora, media hora, ¡quién sabe el tiempo! que el matrimonio lleva á uno y otro lado de la cama, luchando en vano para que el enfermito ceda y consienta en tragar la abominable cucharada. Llantos, súplicas, enfados, voces, amenazas, todo es inútil. Con sus seis años tercos cierra la boca y aprieta los dientes que no hay manera de separar. Por lo pronto la primera poción ha ido á parar de un infantil revés sobre la agujereada y raída colcha.

La madre con la botella de la medicina en una mano y la cuchara en la otra:

—¡Anda, menín, ángel mío, para que te pongas bueno! Si no la tomas, papá no te querrá y traerá á otro niño en tu puesto. ¡Anda, rico!

El padre con tono persuasivo:

—¡Anda, Juanito! ¡Mira, no sabe mal! ¡La hemos puesto azúcar!

El niño, apretando los dientes, mirando á sus padres alternativamente con sus grandes ojos que el enflaquecimiento hace mayores, permanece impasible. Al cabo rompe á hablar.

El niño iracundo:

—¡No quero! ¡No quero!

El padre se enfurece, se acuerda de que es hombre y trata de hacer tomar al niño á la fuerza la cucharada.

El padre:

—¡Ahora mismo vas á tomarla! ¡Basta de contemplaciones! ¡Ya me canso yo!

Vuelve á recrudecerse inútilmente la penosa lucha y torna á verterse una segunda cucharada, sin que caiga en la boca del niño ni una sola gota. ¿Qué hacer? ¡Aquella medicina es la vida para el pobre rapaz! Un instante permanecen los dos cónyuges aterrados, con los brazos colgando. De pronto suena en la vecindad un tambor y el padre recuerda el día en que vive. Es el de Reyes, todavía duran las fiestas de Navidad.

El padre iluminado por un súbito y salvador pensamiento:

—¡Mira, Juanito! Vas á tomar la medicina para que los Reyes te den tu juguete. Pero á los Reyes no les gustan los niños desobedientes, y si ven que no has querido la cucharada, no te traerán nada. ¡Anda! ¡Voy á echártela!

El padre vuelve á vaciar el sonrosado líquido en la cuchara, pero el niño ladea la cabeza y huye la boca. Algo se ha ganado sin embargo. La codicia se ha despertado en su alma infantil. Pero la aversión contra la medicina despierta en él la desconfianza.

El niño gritando desesperado:

—¡Cuando me lo traigan! ¡Mientras, no!

El padre de nuevo desalentado:

—¡Primero tienes que tomar la medicina! ¡Si no, no te lo traerán!

El niño sin ceder, siempre tenaz:

—¡Cuando me lo traigan!

La madre, sin pronunciar palabra, mira á través de sus lágrimas á su marido. Sus ojos son bien elocuentes, manifiestan con harta claridad su deseo. Es preciso que á toda costa los señores Reyes traigan su regalito al rapaz y que lo traigan en seguida para domar su rebeldía firme. El padre desdichado comprende el conyugal ruego, que por otra parte no necesita, porque él mismo se hace espontáneamente cargo de que la aparición del juguete en la alcoba, y la aparición urgente, es el único medio de que la medicina salvadora llegue al estómago del enfermo.

El padre dando un beso á su hijo:

—¿Tomarás la medicina si ves lo que te han traído los Reyes?

El niño con voz apagada:

—¡Sí, papaíto!

El padre con sombrío tono:

—¡Pues espérate un poquito, que voy por ello!

III

Los transeuntes echan al pasar una mirada temerosa á aquel hombre de raída ropa, de «facha de cesante,» que permenece sentado en el banco del boulevard, con la cabeza inclinada sobre el pecho, los brazos caídos y la consternación en el flaco rostro. No falta quien crea que va á sacar un revólver del bolsillo y á suicidarse. Está hablando solo.

El padre, trémulo, bajo un desaliento enorme:

—¡Ni una puerta abierta! ¡Ni un amigo que me oiga! ¡Nada, ni siquiera una peseta para una caja de soldados de plomo! ¡En vano he acudido á mis compañeros de oficina! ¡Y no me extraña, no; no les inculpo! ¡Es natural! ¡Llevo más de un año cesante, á todo el mundo debo! ¡Nadie me ha creído, nadie se ha hecho cargo de la situación! ¿Qué historia de fo-

lletín es esa que cuenta este hombre? ¡Un niño que para salvarse necesita que le den un juguete! ¡Los chicos de los pobres no deben tener caprichos! ¿Qué hacer? ¡Luego dicen que los hombres se pierden! ¡Yo sería capaz de robar ahora en cualquier bazar! ¡Pero robar! ¡Dios mío, Dios mío, no me abandones, no me dejes de tu mano! Yo no puedo volver á mi casa sin el obsequio de Reyes que ha de arrancar á mi hijo á la muerte. ¡Antes me pego un tiro y acabo de una vez!

Abrumado por el dolor, por la angustia, por lo horrible de su pensamiento criminal, por el cansancio de dos horas trotando de casa en casa, se queda en el banco inmóvil, á punto de perder el juicio.

De pronto, allá arriba, sobre su cabeza, se oye ruido de fallebas, de vidrieras que se desencajan, de un balcón que se abre. El infeliz padre levanta la cabeza maquinalmente, mira y detrás de la barandilla ve un niño rubio y sonriente y un hombre todavía joven. Son las nueve de la mañana. El mísero cesante adivina en seguida. Se trata de un piso principal, y desde la calle se descubre bien la escena.

La criatura ha cogido un gran caballo de cartón, que sin duda se hallaba en el voladizo. El rapaz acaba de saltar de la cama y ha corrido en busca del presente de los Reyes. Se oyen grititos de alegría, gritos que al pobre hombre se le clavan en el corazón como otros tantos puñales.

Aquella dicha ajena é inaccesible acabó de llenar el vaso.

El padre y el hijo felices se han metido en su habitación. Súbitamente una mano asoma y tira al exterior algo que cae á los pies del ex oficinista. Es un caballito sin peana y con una pata de menos.

El ex burócrata comprende en el acto. A monarca muerto, monarca puesto. El juguete nuevo ha echado al viejo.

El padre, mirando fijamente al juguete, se levanta de pronto y lo coge con mano convulsa, echando luego á correr transfigurado de júbilo.

El padre:

—¡Dios mío! ¡Tú me mandas este despojo! ¡El niño se ha salvado!

IV

¡Oh felicísimo desprecio del niño rico hacia el juguete maltrecho y destruído del año pasado, tú has devuelto la vida á otro niño pobre! ¡Oh tradicionales Reyes Magos que dejáis vuestros juguetes en los voladizos, qué ajenos estaréis de que vuestro caballo de cartón-piedra colocado en cualquier balcón ha significado el rescate de una existencia inocente!

El rapaz enfermo ha cedido en su terquedad y en medio de mil gestos acaba de tragarse su cucharada amarga, gracias á aquel caballito cojo y sin peana que acaban de traerle los señores Magos y que él estrecha ávidamente contra su pecho, mientras ilumina su semblante demacrado y enrojecido por la fiebre la primera sonrisa de la convalecencia, que llena de alegría el alma de dos padres que lloran.

Alfonso Pérez Nieva.

(Dibujo de J. Borrell.)

VICENTE BORRÁS ABELLA

No es Borrás Abella un artista novel, puesto que si bien no ha rebasado los límites que señalan los albores de la madurez, ha logrado darse á conocer ventajosamente por medio de sus producciones. Hijo y discípulo de un pintor distinguido, ha formado parte de esa pléyade de artistas que tanto han sabido enaltecer el renacimiento de la escuela valenciana, que tantas glorias ha procurado al arte patrio.



Retrato de P. C. A., por Vicente Borrás Abella. (Salón Parés)

Al observar sus producciones adivínase desde luego la procedencia del artista, no cuesta el menor esfuerzo en determinar la escuela á que pertenece, ya que se distingue por esa gama admirable, propia, exclusiva de los artistas de la ciudad del Turia. Esa robustez en la fijación de los trazos, esa parquedad de tonos, que producen, sin embargo, los brillantes efectos, cual si se arrancaran los que ofrece una naturaleza próvida y sonriente, vese en las obras de Borrás, en cuya paleta no pueden amasarse tonalidades exageradas, ni esos efectismos que rechaza el razonamiento.

Conforme hemos dicho, no se halla este artista en los comienzos de su carrera, ya que los triunfos alcanzados en las Exposiciones nacionales y en otros certámenes artísticos, así como su constante y provechosa labor, atestiguan su mérito y su entusiasmo por el arte. No es únicamente un pintor hábil que seguro de sí mismo traza la línea é interpreta el color; es algo más, puesto que es artista inteligente, que siente y discurre, que halla en el conjunto de conocimientos que le procura su no común ilustración, escoge un tema sentido, traduce un efecto observado, reproduce una escena, un tipo que significan ó expresan un estado ó situación del espíritu, que obligan á elevar el pensamiento. Véanse los varios lienzos que constituían la exposición por él organizada recientemente en el Salón Parés, entre ellos su hermoso lienzo titulado *Rosas y pensamientos* y los dos notables estudios *Retrato de mi padre* y *Al amor de la lumbre*, y podrán apreciarse las cualidades estimables del artista valenciano y la exactitud de nuestras afirmaciones. El sentimiento delicado, intenso, inspira la primera de dichas obras, sin otro recurso que el que resulta del contraste entre la pesadumbre, la congoja que agobia á la doncella y la belleza de las flores que mira con tristeza á través de sus lágrimas. Los otros dos cuadros, así como el retrato del artista Sr. Casas Abarca, bastarían por sí solos para asignar al Sr. Borrás Abella el lisonjero concepto que merece de todos cuantos conocen su labor y aprecian sus estimables circunstancias.

Sirvan estos renglones de testimonio de la consideración que nos merece y del aplauso que sin reserva le tributamos por sus últimas producciones.

A. García Llansó.

ORA ET LABORA

CUADRO DE OTTO HEICHERT

Para dar forma gráfica á pensamientos profundos no es preciso recurrir á esas composiciones abstrusas, á esos vagos simbolismos para cuya inteligencia hay que poner en tortura la imaginación. Prueba de ello es el cuadro del celebrado pintor alemán Heichert que en la siguiente página reproducimos; en él ha querido el artista presentarnos las dos ocupaciones más nobles del hombre, la oración y el trabajo; la comunicación con Dios, que purifica y eleva el espíritu, y la aplicación de las energías del cuerpo á la labor material, en cumplimiento de la sentencia divina «Ganarás el pan con el sudor de tu rostro.»

Y aclarando su pensamiento, no las presenta como incompatibles, sino como elementos integrantes de la personalidad humana que mutuamente se ayudan y complementan, ya que ni sólo de pan vive el hombre, ni la vida puramente contemplativa responde á los fines para que el hombre ha sido creado.

Si prescindiendo del fondo del asunto, digno de todo elogio, nos fijamos en la ejecución del cuadro, veremos que no merece menos alabanzas, pues en ella admiramos la sobriedad, la firmeza, la verdad, en suma, todas esas cualidades que ponen á una obra pictórica muy por encima de lo vulgar y corriente y que hacen que cause grata emoción en el ánimo del que la contempla.



ORA ET LABORA, cuadro de Otto Heichert



La mujer más rica del mundo Mrs. Hetty Green.—El hombre más rico del mundo Mr. John Rockefeller.
(Doce millones de francos de renta al año.) (Doscientos millones de francos de renta al año.)

LA MUJER Y EL HOMBRE MÁS RICOS

DEL MUNDO

Mrs. Hetty Geen y Mr. Rockefeller son en la actualidad la mujer más rica y el hombre más rico del mundo. ¿Hemos de decir que una y otro son norteamericanos? Sólo allí, en los Estados Unidos, se conocen esos potentados del dinero, al lado de los cuales resultan personas sólo medianamente acomodadas las que en los demás países se consideran como Cresos porque poseen unos cuantos millones.

Mrs. Hetty Green, dueña de una fortuna de 300 millones de francos, es hija única de Eduardo Morton Robinsón, de la secta de los kuákeros. Apenas en posesión de la herencia paterna, su única preocupación fué redondearla por medio de operaciones fructuosas, objetivo del que no lograron desviarla ni su matrimonio, que contrajo á la edad de treinta años, ni los cuidados de la maternidad (tiene un hijo y una hija); las facultades de su cerebro, que es una verdadera máquina para el cálculo, no han tenido más aplicación que ganar y atesorar, porque en esta señora la parquedad de sus gastos es tan grande como su afán de lucro.

Figura original, excéntrica, sus ademanes varoniles, su desdén para el atavío personal y su actividad infatigable son legendarios en Nueva York. Esta comerciante temible, terror de los bancos, capaz de revolucionar el mercado y ante cuya superioridad en la Bolsa se inclinan los más reputados financieros, va siempre á pie, á pesar de sus setenta y un años; y esta propietaria de tantas casas en Nueva York y en Chicago, habita sola, desde que quedó viuda, un piso amueblado, de un alquiler módico, en el bulevar de Hoboken; se levanta al amanecer, se prepara ella misma su desayuno, y después de haber trabajado todo el día, se acuesta á las ocho de la noche.

Mr. Rockefeller, á quien se calcula una fortuna de cinco mil millones de francos, no es sólo el rey del petróleo, sino que es además el rey de los millonarios, el que está muy por encima de los famosos Carnegie, Astor, Vanderbildt, Pierpont Morgan, el campeón (valga el vocablo deportivo) de la riqueza de los Estados Unidos y por ende el campeón de todo el mundo.

Nació en 1839 en Richford (Estado de Nueva York), y su padre, modesto granjero y algo curandero y vendedor de específicos, le dedicó en sus primeros años á las labores agrícolas. A los diez y seis entró de dependiente en una tienda; poco después se estableció por su cuenta, entrando desde entonces en el movimiento de los negocios, que le ha llevado á ser dueño absoluto de multitud de sociedades ó compañías mercantiles.

Para el solo *trust* del petróleo, dispone de 200 vapores y 70.000 vagones y de un verdadero ejército de empleados y obreros.

Para formarse idea de la magnitud de esta empresa, que ha valido á Mr. Rockefeller el título de rey, bastará decir que los dividendos por ella repartidos durante el periodo de ocho años que media entre 1898 y 1905 ascienden á la enorme cantidad de 317.370.000 dólars, de los cuales han correspondido á aquel potentado, que es presidente de la misma, la friolera de 105.780.000, ó sea un promedio de 12 millones de dólars al año. De modo que sin cercenar su capital y sin tener en cuenta las demás fuentes de ingreso de que Mr. Rockefeller dispone, el solo beneficio del *trust* de los petróleos le permite gastar cinco millones de francos al mes, ¡más de un millón de francos por semana!

A pesar de las violentas campañas que contra él ha hecho la prensa; á pesar de los procesos ruidosísimos de los que no siempre ha salido bien parada su reputación y que más de una vez han puesto de manifiesto los medios poco escrupulosos de que se ha valido para ganar dinero, hoy, desde la vertiginosa altura de su fortuna paradógica, se muestra á la humanidad miserable como tipo acabado del *self made man*, del hombre que se ha hecho á sí mismo.



Miss Alicia Roosevelt,
hija del presidente de la República de los Estados Unidos.

Mr. Rockefeller es actualmente un viejo de aspecto frágil; y ¡cruel ironía!, este hombre, que tiene más de medio millón diario de renta, padece del estómago hasta el punto de no poder digerir más que la leche.

John Rockefeller, que tiene talento de predicador, dirigió cierto día un sermón á varios jóvenes reunidos en la iglesia baptista de la Quinta Avenida y les dijo entre otras cosas:

«¿A qué se llama prosperar? ¿A ganar dinero? ¿Pero es este el verdadero éxito? El hombre más pobre, en mi concepto, es el que no tiene más que dinero. Si hoy hubiera yo de escoger, preferiría no poseer nada ó poseer muy poco y tener un objetivo en la vida...»

Los que le oyeron expresarse así creyeron que no tardaría en retirarse de los negocios; pero de esto hace ocho años, y Mr. Rockefeller sigue trabajando, y trabajando seguirá seguramente mientras viva.—S.

LA BODA DE MISS ALICIA ROOSEVELT

Y MR. NICOLÁS LONGWORTH

A mediados de diciembre último prometióse solemnemente la hija mayor del presidente de la República de los Estados Unidos, Miss Alicia Roosevelt, con el diputado por Cincinnati Mr. Nicolás Longworth.

Miss Alicia, que en su infancia perdió á su madre, Miss Lee, de Boston, primera esposa de mister Teodoro Roosevelt, recibió una esmeradísima educación científica, que terminó en la Escuela Superior de Nueva York.

Cuenta actualmente veintiún años, es de esbelta figura, de agraciado rostro, de trato agradabilísimo, un tanto excéntrica y resuelta y enérgica como su padre.

Hace poco regresó de un viaje al Extremo Oriente, en el que se conquistó las simpatías de todas las cortes por ella visitadas, especialmente de las de Tokío y Pekín.



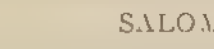
Mr. Nicolás Longworth,
prometido de Miss Alicia Roosevelt.

En aquel viaje comenzó el idilio amoroso de Miss Alicia y Mr. Longworth, que figuraba en el séquito de la ilustre viajera y cuyas expresivas asiduidades para con éste pudieron observar, especialmente desde fines de septiembre, cuantos de la expedición formaban parte. En una excursión por un lago de Mindanao zozobró la barca en que iba Miss Alicia; Mr. Longworth se arrojó al agua y la salvó. Desde entonces se dió como cosa hecha la boda de ambos, y aunque al pronto la noticia fué desmentida, no tardó en confirmarse y en ser proclamada oficialmente.

Mr. Nicolás Longworth, perteneciente á una de las más ricas familias de Cincinnati, es abogado, tiene treinta y cinco años, hace uno que figura como diputado en el Congreso de Wáshington y es amigo antiguo de la familia Roosevelt.

La boda se efectuará en febrero próximo y los novios pasarán su luna de miel viajando por Europa.—N.

RICARDO STRAUSS



SALOMÉ,

DRAMA MUSICAL EN UN ACTO DE RICARDO STRAUSS

El día 9 de diciembre último estrenóse en el Teatro Real de la Opera de Dresde el drama musical en un acto *Salomé*, letra del poeta inglés Oscar Wilde y música del famoso compositor Ricardo Strauss.

El estreno fué un verdadero acontecimiento artístico.

Bien es verdad que, aun dejando aparte la fama del autor, juntábanse cuantos elementos pudiera desear el más exigente en materias teatrales: una orquesta de ciento veinte profesores dirigidos por el célebre maestro Schuch; cantantes tan renombrados como la Sra. Wittich *(Salomé)*, la Srta. Chavanne *(Herodías)* y Sres. Perrón *(Juan)* y Burrian *(Herodes)*, y una presentación escénica realmente suntuosa, todo esto formó un conjunto de tan grandiosa belleza, que superó las esperanzas de los más optimistas.

El poema está tomado del episodio bíblico de Salomé y Juan el Bautista; mas así como en el evangelio de San Mateo se dice que aquélla pidió á Herodes la cabeza de Juan, instigada por su madre Herodías, el libretista supone que obró impulsada por el odio en que se trocó su amor á aquel hombre al verse por él rechazada.

Un notable crítico musical alemán, después de decir que el drama de Wilde «es un horrible fragmento característico de la época de la decadencia judía,» que en él aparecen confundidos en revuelto torbellino «el salvajismo elemental, animal y la supercultura, la crueldad ruda y el temor supersticioso, la lascivia sensual y el delirio extático,» y que es «como un sueño terrible y oprimente,» añade:

«Para poner en música esta dualidad, este salvajismo ilimitado, esta degeneración, nadie mejor que Ricardo Strauss, una de las personalidades más notables en la historia de la música, que va más allá de Wagner...

»Para Strauss, cada instrumento no tiene más significación que la de una máquina utilizable; la sugestión por medio de la armonía de un aparato colosal es el todo. Y esta sugestión hay que confesar que se consigue en *Salomé*. Strauss no es poeta músico, sino arquitecto músico; su labor de cálculo es admirable precisamente porque se presenta despojada de toda aridez...

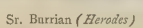
»La estructura musical de la ópera *Salomé* es como la de todos los poemas sinfónicos de Strauss... Varios grandes *ritornellos* orquestales, como el que acompaña al descendimiento de Juan á la caverna, la danza de Salomé y la música que ilustra el delirio amoroso de ésta, son las piezas culminantes de esta composición, escrita con el mayor refinamiento y cuyo punto esencial está en la orquesta.»

Otro crítico dice: «*Salomé* sólo tiene un acto, pero en este acto hay más música que en la mayoría de las óperas que llenan una noche. Este acto llena toda la noche, á pesar de que sólo dura una hora y media, pues después de haberlo oído, nadie podría oir nada más. Observar la actitud del público resultó interesante: cuando bajó el telón, hubo un rato de completo silencio y nadie se movió de su sitio; pero poco á poco el público se animó, y de pronto sonó en toda la sala un aplauso atronador, que fué creciendo de minuto en minuto y no cesó hasta que el autor y los intérpretes se hubieron presentado más de tres docenas de veces á recibir las aclamaciones entusiastas de los espectadores.»









Sr. Burrian *(Herodes)*



Sra. Wittich *(Salomé)*

Sr. Perrón *(Juan el Bautista)*

Srta. Chavanne *(Herodías)*



SALOMÉ, ÓPERA DE RICARDO STRAUSS, ESTRENADA CON GRAN ÉXITO EN 9 DE DICIEMBRE ÚLTIMO EN EL TEATRO REAL DE LA ÓPERA DE DRESDE
DANZA DE SALOMÉ EN PRESENCIA DE HERODES. (De fotografía.)

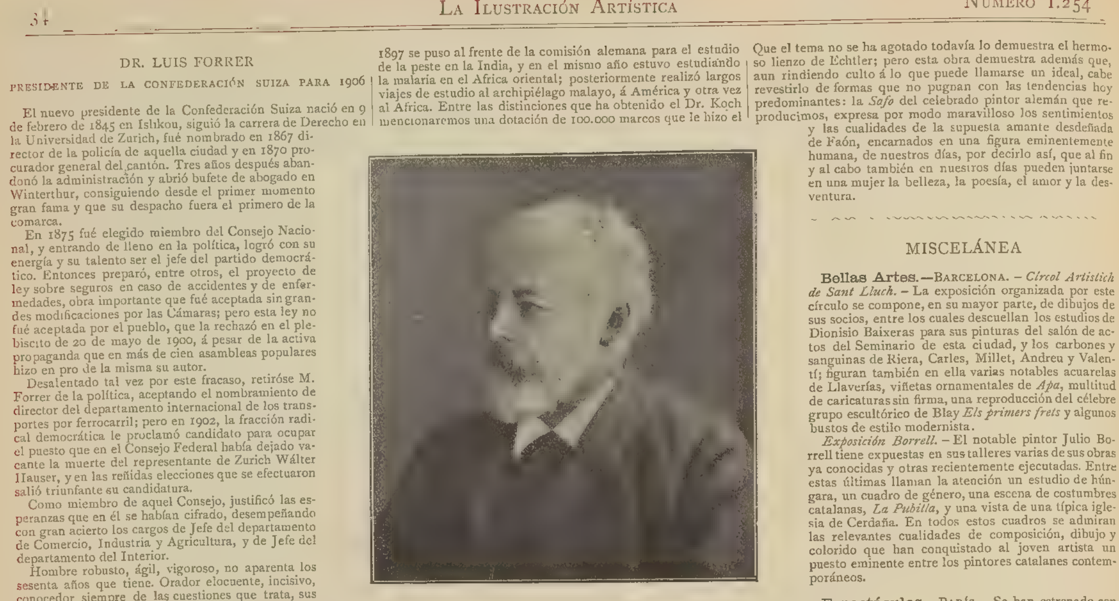




SAFO, copia del celebrado cuadro de Adolfo Echtler

DR. LUIS FORRER

PRESIDENTE DE LA CONFEDERACIÓN SUIZA PARA 1906



Dr. Luis Forrer,
nuevo presidente de la Confederación Helvética para el año 1906
(De fotografía.)

El nuevo presidente de la Confederación Suiza nació en 9 de febrero de 1845 en Ishkou, siguió la carrera de Derecho en la Universidad de Zurich, fué nombrado en 1867 director de la policía de aquella ciudad y en 1870 procurador general del cantón. Tres años después abandonó la administración y abrió bufete de abogado en Winterthur, consiguiendo desde el primer momento gran fama y que su despacho fuera el primero de la comarca.

En 1875 fué elegido miembro del Consejo Nacional, y entrando de lleno en la política, logró con su energía y su talento ser el jefe del partido democrático. Entonces preparó, entre otros, el proyecto de ley sobre seguros en caso de accidentes y de enfermedades, obra importante que fué aceptada sin grandes modificaciones por las Cámaras; pero esta ley no fué aceptada por el pueblo, que la rechazó en el plebiscito de 20 de mayo de 1900, á pesar de la activa propaganda que en más de cien asambleas populares hizo en pro de la misma su autor.

Desalentado tal vez por este fracaso, retiróse M. Forrer de la política, aceptando el nombramiento de director del departamento internacional de los transportes por ferrocarril; pero en 1902, la fracción radical democrática le proclamó candidato para ocupar el puesto que en el Consejo Federal había dejado vacante la muerte del representante de Zurich Wálter Hauser, y en las reñidas elecciones que se efectuaron salió triunfante su candidatura.

Como miembro de aquel Consejo, justificó las esperanzas que en él se habían cifrado, desempeñando con gran acierto los cargos de Jefe del departamento de Comercio, Industria y Agricultura, y de Jefe del departamento del Interior.

Hombre robusto, ágil, vigoroso, no aparenta los sesenta años que tiene. Orador elocuente, incisivo, conocedor siempre de las cuestiones que trata, sus opiniones son escuchadas en toda ocasión con gran respeto.

En su nuevo cargo de presidente de la Confederación, seguramente querrá llevar á feliz cima la gran misión que se había impuesto en el Consejo Nacional, á saber: dotar á su patria de una buena ley de previsión social. No es esta labor fácil cuando hay que contar con el referéndum; pero la experiencia de la primera tentativa permitirá sin duda hacer triunfar el nuevo proyecto en preparación; y cuando las clases obreras se verán eficazmente protegidas contra las enfermedades y los accidentes, no olvidarán seguramente el nombre del magistrado que tan poderosamente habrá contribuído á la realización práctica de tan laudable y trascendental reforma. – X.

PREMIO NOBEL. – LOS AGRACIADOS EN 1905

Completando la serie de los retratos de los agraciados en 1905 con los premios Nobel que publicamos en el número 1252, reproducimos en el presente el del profesor Dr. Felipe Lenard, de Kiel, á quien se ha otorgado el de Física.

Con tal motivo nos parece oportuno ampliar los datos que acerca de los premiados expusimos en el número 1251.



El profesor Dr. Felipe Lenard, de Kiel,
agraciado con el premio Nobel (sección de Física) en 1905
(De fotografía.)

El profesor Roberto Koch, de Berlín, goza de fama universal por sus investigaciones en materia de bacteriología. En 1870 dióse á conocer por su descubrimiento del bacilo de la esplenitis (inflamación del bazo) y poco después por sus estudios sobre las llagas infecciosas. Al poco tiempo descubrió el agente de la tuberculosis y en 1883 y 1884 los vibriones del cólera. De gran importancia fueron también sus investigaciones sobre las relaciones entre la tuberculosis del hombre y la de los animales; importante es asimismo su tuberculina, pues aunque dista mucho de responder á lo que de ella se esperaba, constituye de todos modos un notable punto de partida para ulteriores perfeccionamientos. En 1883 fué director de la expedición alemana para estudiar el cólera en Egipto y en la India; en 1896 estudió la peste bovina en el África del Sur; en 1897 se puso al frente de la comisión alemana para el estudio de la peste en la India, y en el mismo año estuvo estudiando la malaria en el África oriental; posteriormente realizó largos viajes de estudio al archipiélago malayo, á América y otra vez al África. Entre las distinciones que ha obtenido el Dr. Koch mencionaremos una dotación de 100.000 marcos que le hizo el gobierno alemán en 1884 y el nombramiento de ciudadano honorario de Berlín.

El Dr. Felipe Lenard nació en Pressburgo en 7 de junio de 1862; pero aunque húngaro de nacimiento, puede decirse que es alemán, pues en Alemania completó sus conocimientos y en ella se ha desarrollado su actividad científica. Comenzó sus estudios en Viena y en Budapest, continuándolos luego en Berlín bajo la dirección de Helmholtz y en Heidelberg bajo la de Quincke. Terminada su carrera en 1886 trabajó en el Instituto Físico de Heidelberg con el astrofísico Max Wolf, fué luego ayudante del profesor Hertz en la Universidad de Física de Bonn, pasó en 1894 á Breslau como profesor extraordinario y en 1895 á Aquisgrán como catedrático de la Escuela Superior Técnica, volvió en 1896 á Bonn y desde 1898 es profesor ordinario de la Universidad de Kiel. Su especialidad son los rayos catódicos, pudiendo afirmarse que fué el precursor de Roentgen, pero también son dignos de mención sus estudios sobre la luminiscencia del ácido pirogálico, sobre la fosforescencia, capilaridad y acción de la luz ultravioleta y sobre las propiedades eléctricas del bismuto.

El Dr. Adolfo de Baeyer nació en Berlín en 31 de octubre de 1835, estudió en aquella capital, en Heidelberg y en Jena, fué nombrado en 1860 substituto en la Universidad de Berlín y luego profesor de la Academia Industrial y de la Academia Militar. En 1872 trasladóse á Estrasburgo y desde 1875 es profesor de Química de la Universidad de Munich. Entre sus descubrimientos figura en primer término el del añil artificial, que ha substituído casi por completo en el comercio al natural; síguele en importancia el del nitrofenol, el del indol, el del oxindol y el del dioxindol y otros, todos ellos de grandísima utilidad para la industria química.

Enrique Sienkiewicz, el escritor polaco de fama universal, nació en Wola Ocrzejska en 4 de mayo de 1846; en 1863, habiéndose instalado su padre en Varsovia, asistió al Liceo de aquella capital, en donde hizo muy pocos progresos, pues aficionado á la literatura, se pasaba el tiempo leyendo á Wálter Scott y á Dumas. Siguió después el curso de Historia en la facultad de Filología, y en 1869 publicó su primer artículo y en 1870 su primera novela *En vano*. Escribió después *Nadie es profeta en su patria*, y en 1876 trasladóse á América, desde donde envió á la «Gaceta de Polonia» sus notables *Cartas de viaje*. Posteriormente dió á luz los *Bocetos al carbón*, su hermosa novela *Por el fuego y por la espada*, *El diluvio*, *Miser Wolodyjowski*, *Cartas de África*, *La familia Polaniecki* y por último *Quo vadis?*, obra traducida á todos los idiomas y que constituye uno de los éxitos literarios más grandes de nuestros tiempos.

La baronesa de Suttner nació en Praga en 9 de junio de 1843, y desde su juventud ha combatido con la palabra y con la pluma por las ideas de paz universal. Su infatigable propaganda le ha valido en muchas ocasiones burlas y desprecios; pero no por esto se ha desviado de su propósito, antes bien los obstáculos que en su camino ha encontrado han avivado su entusiasmo por los ideales, que se sintetizan en su libro *¡Abajo las armas!* – X.

SAFO, CUADRO DE ADOLFO ECHTLER

(Véase la lámina de las páginas 31 y 32)

De la figura de Safo, acerca de la cual muy poco dice la historia, apoderóse desde antiguo la leyenda, creando un personaje que, tal como lo conocemos, más tiene de fantasía que de realidad; mas aun despojándola de todo cuanto la imaginación ha atribuído á la infortunada poetisa de Lesbos, sábese de ella que fué hermosa, que amó mucho, que padeció grandes tormentos morales y que buscó en la muerte la misma poesía que de su alma en vida se desbordara. No se necesita ciertamente más para que en la *décima musa*, como la llamó Platón, haya buscado inspiración el arte de todos los tiempos. Que el tema no se ha agotado todavía lo demuestra el hermoso lienzo de Echtler; pero esta obra demuestra además que, aun rindiendo culto á lo que puede llamarse un ideal, cabe revestirlo de formas que no pugnan con las tendencias hoy predominantes: la *Safo* del celebrado pintor alemán que reproducimos, expresa por modo maravilloso los sentimientos y las cualidades de la supuesta amante desdeñada de Faón, encarnados en una figura eminentemente humana, de nuestros días, por decirlo así, que al fin y al cabo también en nuestros días pueden juntarse en una mujer la belleza, la poesía, el amor y la desventura.

MISCELÁNEA

Bellas Artes.—BARCELONA. – *Círcol Artístich de Sant Lluch.* – La exposición organizada por este círculo se compone, en su mayor parte, de dibujos de sus socios, entre los cuales descuellan los estudios de Dionisio Baixeras para sus pinturas del salón de actos del Seminario de esta ciudad, y los carbones y sanguinas de Riera, Carles, Millet, Andreu y Valentí; figuran también en ella varias notables acuarelas de Llaverías, viñetas ornamentales de *Apa*, multitud de caricaturas sin firma, una reproducción del célebre grupo escultórico de Blay *Els primers frets* y algunos bustos de estilo modernista.

Exposición Borrell. – El notable pintor Julio Borrell tiene expuestas en sus talleres varias de sus obras ya conocidas y otras recientemente ejecutadas. Entre estas últimas llaman la atención un estudio de húngara, un cuadro de género, una escena de costumbres catalanas, *La Pubilla*, y una vista de una típica iglesia de Cerdaña. En todos estos cuadros se admiran las relevantes cualidades de composición, dibujo y colorido que han conquistado al joven artista un puesto eminente entre los pintores catalanes contemporáneos.

Espectáculos.—PARÍS. – Se han estrenado con buen éxito: en el Vaudeville *Une veine de...*, vaudeville en tres actos de H. Keroul y A. Barré; en la Opera *La ronde des saisons*, baile en tres actos de C. Lomon y J. Hansen, música de Enrique Busser; en la Opera Cómica *Les pêcheurs de Saint-Jean*, escenas de la vida marítima, poema en cuatro actos de Enrique Caín, música de C. Widor, y *La coupe enchantée*, ópera cómica inspirada en la comedia del mismo título de La Fontaine y Champmeslé, adaptada por Matrat, con música de Gabriel Pierné; y en el Chatelet *Les 400 coups du Diable*, comedia de magia en cuatro actos y treinta y seis cuadros de Cottens y Darlay, con música de Baggers, que ha sido puesta en escena con una magnificencia superior á toda alabanza.

Necrología.—Han fallecido:

Armando Hultzsch, escultor alemán, profesor y miembro honorario de la Academia de Bellas Artes de Dresde.

Andrés Adolf, filólogo ruso.

Otón Erdmann, pintor de género alemán.

Juan Boesch, segundo director del Museo Nacional Germánico de Nuremberg.

Giambattista Gandino, el primer latinista de Italia, profesor de la Universidad de Bolonia.

Dr. G. R. Niemann, célebre filólogo orientalista holandés, ex profesor de lengua malaya y de Geografía y Etnografía indias del Instituto de Misiones de Rotterdam y de la Escuela india de Delft.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 411, POR F. SCHRUFER.

NEGRAS (10 PIEZAS)

BLANCAS (9 PIEZAS)

Las blancas juegan y dan mate en cuatro jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 410, POR F. WARDENER.

Blancas.	Negras.
1. Da6–f1	Cualquiera.
2. C ó D mate.	

LA OFENSIVA

NOVELA DE ALBERICH CHABROL.—ILUSTRACIONES DE JORGE SCOTT

(CONTINUACIÓN)

—¡No pidas más que para ti!..

Como quieras. Pero eso mismo va á ponernos en evidencia.

Todos los ojos estaban ya fijos en nosotros, y observé que el joven del vagón se sonreía como si se diese las explicaciones más aventuradas sobre la extraña pareja que hacíamos Merlín y yo. La comida no fué gran cosa; pero parecía que estábamos comiendo de campo, y almorcé con gran apetito, mientras que Merlín mascullaba lleno de embarazo.

Abrevié, pues, su suplicio y, vueltos á nuestros sitios, compartí con él mis pastillas de chocolate, que creo que fueron lo más substancioso de su almuerzo.

Y todavía íbamos comiéndolas cuando llegamos á París al caer la tarde.

Después del barullo de la llegada, de los empujones de los mozos y de la carrera en coche por puentes y calles enlodadas, ¡qué agradable fué encontrarse en esta tranquila calle de *Notre-Dame-des-Champs* y en la casa de mi primo Marcos! Lo curioso es que no siento asombro alguno al encontrarme en ella. Los recuerdos de mi infancia se han apoderado ya de mí, y el cuarto de mi tía, en el que he dormido esta noche, me ha parecido familiar. Recuerdo haber visto en él muchas veces á la madre de Marcos echada en su sillón, cuando pedía verme para que la entretuviera con mis juegos y con mi charla. Nunca oí de su boca ni una palabra de impaciencia ó de cansancio. Á aquella señora le hubiera gustado llamarme su hija y es imposible que me quiera mal por haber tomado *la ofensiva* con su hijo.

Hoy he visitado la casa. Al dejar los Angles me daba pena no poder tocar mi arpa. ¡Qué alegría fué la mía esta mañana cuando al visitar el gran salón me encontré en él un hermoso triángulo de oro que me apresuré á hacer brillar quitándole la funda! Inmediatamente he palpado las cuerdas y hecho algunos arpegios que Merlín ha escuchado complacido y con la boca abierta. Después he dejado el arpa y me he puesto á tocar en el piano un vals de Strauss. Sin terminarle he girado en el taburete, he sacado un hermoso violín de su caja algodonada. Y después de hacer en él unos acordes he descolgado de la pared una mandolina. Merlín me ha dicho:

—¡Anda!.. No le hará falta tanto para conocer que eres de la familia.

—Tranquilízate, no le haré ver todas mis habilidades en un día.

La verdad es que sólo del arpa saco un partido serio, gracias á la predilección que Marcos demostró por este instrumento delante de mí. Pero Merlín no entiende de esas cosas.

Un poco después vino Merlín á buscarme para hacerme ver el cuarto de la cocinera, después de haberse limpiado de arriba á abajo.

Ese cuarto, como el suyo, da al jardín y está en la planta baja de la casa, que es el sótano del lado de la calle. Es bastante grande. Está empapelado de un papel claro con florecitas, y la cama de hierro, la cómoda y el lavabo relucen con el sudor de Merlín. Falta el tradicional y útil armario de espejo; pero, encaramándome en una silla, puedo verme toda en el de la chimenea.

Me declaro satisfecha de todo, menos de la alfombra, que quisiera fuese nueva para posar en ella mis pies desnudos, y de los visillos, cuyo color resulta ya más que indeciso. Merlín me lleva al *Bon Marché*, donde bulle entre los empleados todo un pueblo femenino, como si fuera aquel el país de las Amazonas, que no admitía al sexo feo más que en estado de esclavitud.

Los «esclavos» me favorecen con una atención encantadora y me ofrecen á porfía sus servicios con la más agradable sonrisa. Elijo una alfombrita Luis XVI y unos visillos del mismo estilo, con pájaros en jaulas, flores y lazos sobre fondo blanco... Compro una colcha de tela igual y unos cachivaches de tocador, y aprovecho la benevolencia que se me demuestra para conseguir que me lleven á casa mis compras en el mismo día.

De este modo voy á entrar en funciones esta noche, sin más tardanza, puesto que voy á dormir en el cuarto de la cocinera.

Martes, 3 de diciembre.

Al servirme esta mañana el chocolate, Merlín me ha dado á leer una carta que acababa de entregarle el cartero y en la que mi primo Marcos anuncia su llegada para mañana al anochecer.

—Si quisieras, marchándonos en el tren de las diez, tendría aún tiempo de llevarte á los Angles y estar de vuelta mañana á las siete para recibir al señor.

Como yo me había quedado un poco pensativa ante aquella carta con membrete de hotel, Merlín ha creído sin duda que me punzaba el remordimiento ó, al menos, el temor, y que vacilaba como un recluta antes del bautismo de fuego. Pero me he reído en sus barbas, y con gran asombro suyo le he entonado la primera estrofa de la Marsellesa.

No, no me pesa realmente entrar en campaña, sin que esto sea decir que me haya molestado la soledad de estos días. Mientras Merlín limpiaba el mueblaje, he estado yo dando un vistazo á la música de nuestro *amo* y descifrando lo que no conocía. Hacía ya uno ó dos años que mi tío no hacía venir las *novedades*.

El domingo *me sacó* Merlín y fuimos al Luxemburgo. Todas las mujercitas de dos ó tres años que vagaban tambaleándose al lado de sus nodrizas con sus grandes pies forrados de paño blanco, azul ó rosa; todas las niñas con piernas de palillos, un poco despeinadas por los juegos y las carreras bajo los grandes sombreros de fieltro, me han recordado mis *yo* en esas edades diversas y mi más vivo placer de aquellos tiempos, que era ver venir á Marcos cuando salía de clase y correr á su encuentro para hacerle jugar conmigo, lo que él hacía siempre con la mayor complacencia.

Miércoles, 4 de diciembre,
6 de la tarde.



Rosas de Niza y claveles, y las he agrupado en un florero que pondremos en la mesa para la comida

Estamos esperándole. He obligado á Merlín á comprarme flores; unas varas de jacintos, rosas de Niza y claveles, y las he agrupado en un florero que pondremos en la mesa para la comida. Como cuidado supremo, derramo en las flores unas gotas de agua.

Merlín se rasca la cabeza, muy perplejo, y yo le obligo á explicarme su preocupación.

—Es que jamás las otras cocineras, jamás Eugenia ha pensado en poner flores en la mesa...

—Y bien, precisamente se trata de probar á mi primo que las cocineras se suceden y no se parecen.

Mi imperturbable confianza le ha devuelto un poco la suya. Cierra la noche, y mientras yo escribo, Merlín va del comedor á la cocina entre el ruido de la plata y del cristal. Los dos *le esperamos* tranquilamente.

9 de la noche.

Daban las siete cuando un coche se ha parado en la puerta. Merlín se ha precipitado al encuentro del *amo*, y yo, encaramada en un escabel, asisto por un tragaluz de la despensa á la llegada de mi futuro señor y dueño.

Como el farol del portal no envía más que una luz muy vaga al suelo del patio de entrada, apenas veo otra cosa que una alta silueta de rápida marcha. Cuando llega á la escalinata, un bigote rubio parece encenderse de repente en un rayo de luz... y no veo más. Un paso elástico y firme recorre los pasillos y se abre una puerta interior; la de su cuarto. Ahora se oye el ruido pesado del equipaje que acaban de traer... Y á los pocos instantes se me presenta Merlín con cara preocupada y se dirige al fogón. Todas las cacerolas se han hecho dignas de la confianza que había depositado en ellas, más que en mí, y Merlín respira.

Después de varias idas y venidas, me anuncia que mi primo se está sentando á la mesa, y llena la sopera. Me ocurre una idea y sigo cautelosamente á Merlín. Por la puerta que ha dejado entreabierta sin saber que estaba yo allí, veo al viajero que se está colocando la servilleta en las rodillas.

¡No! No es el solterón que decían, ni lo será á los cincuenta años ni nunca. Con esa frente de la que brota el cabello con tan lindas inflexiones, con esos ojazos obscuros llenos de luz y de dulzura, con esos labios siempre sonrosados y risueños, ¿cómo puede esperar que ninguna muchacha sueñe con él y no haga todo lo del mundo para ser correspondida?

Mi primo toma unas cucharadas de sopa mientras pasea la mirada á su alrededor y dice:

—¡Es asombroso cuánto mejor está uno en su casa que en cualquiera otra parte, mi querido Merlín!..

Y sigue diciendo en el tono del mayor placer:

—¡Calla!.. ¡Flores!..

—Sí, responde Merlín, en pie delante del trinchero, Miette es la que ha tenido esa idea...

Mi primo apercibe el oído.

—¿Quién es Miette?..

Me parece que la voz de Merlín tiembla al responder:

—Ya lo sabe el señor; la cocinera que he traído de mi pueblo...

—¿Tu sobrina?..

Merlín vuelve á vacilar y mi corazón late fuertemente. Pero mi primo continúa:

—¿Pero no se llamaba Mion tu sobrina?

—Sí, señor, pero Mion se va á casar y Miette ha querido venir en su puesto...

—Mion... Miette... Los dos nombres son igualmente graciosos... Diminutivos de María, ¿verdad?

Me dan ganas de gritarle: «¿Y de Enriqueta, señor mío!» Pero aguzo el oído.

—¿Y no se casa también Miette?

—¡Oh! No será por falta de ganas...

(Sr. Merlín, ¿chistes á mi costa?)

—¿Es porque le falta novio?.. ¿No es bonita como Nion?

—¡Oh! Diez veces más... Pero es joven, y las jóvenes tienen ideas...

Y suspira.

Mi primo cree sin duda en disensiones de familia, y para animar á Merlín, según creo, sigue diciendo:

—¿Ideas?.. Pues las tiene muy buenas, porque estas flores están colocadas con gusto.

—¡Oh! Para esas cosas se pinta sola.

—¿Y para la cocina?

Merlín hace en esto ciertas reservas:

—Para decir la verdad, estoy formándola.

—Bien, pues sigue, sigue...

Y mi primo lanza una hermosa carcajada á la que estoy muy á punto de hacer el dúo con otra mía.

Pero oigo que Merlín sale del comedor con su sopera, me levanto la falda para impedir el roce y echo á correr delante de él hasta la cocina.

Mi «tío» llega muy malhumorado.

—¡Si crees que estoy dispuesto á sufrir interrogatorios sobre tu persona!.. ¡Así que es cómodo!.. Además, no tengo costumbre de decir mentiras y me embrollaré, estoy seguro... Lo que debes hacer es presentarte y sostener tú misma la comedia que has imaginado...

—Tranquilízate... Me presentaré cuando llegue el momento oportuno de romper el fuego...

Para calmarle le tiro de las patillas y consigo hacerle reir.

Merlín quiere servirme en el acto, antes de llevar los platos al comedor, de modo que yo coma al mismo tiempo que mi primo, ya que no á la misma mesa. Pero yo me niego en redondo. Comeremos los dos tranquilamente, dentro de un momento. Merlín suspira y me predice que, con ese régimen, dentro de ocho días estaré tan delgada que daré lástima; pero por fin se decide á servir á mi primo. Y yo, un poco humillada por no haber tomado parte en la confección de aquella comida más que con la colocación de las flores, me pregunto cómo podré emplearme todavía aquella noche en el servicio de Marcos... ¡Ya dí con ello!

Al anochecer, Merlín había juzgado insuficiente el calorífero y llevado al salón un brazado de leña. ¿Marchará bien el fuego? ¿Será acogido el viajero, dentro de un instante, con una hermosa danza de las llamas? Corro á cerciorarme, y heme aquí en la habitación obscura añadiendo un leño á la chimenea y dando golpecitos con las tenazas para obtener el fuego más alegre y más brillante. Observo que los asientos están demasiado lejos de él y coloco al lado izquierdo un gran sillón y una mesita, sobre la cual pongo una lámpara encendida y con la pantalla muy baja. El arpa y los otros instrumentos envían hacia el fuego reflejos que parecen sonrisas de inteligencia...

Pero en este instante oigo el ruido que hace mi primo al levantarse de la silla y huyo como un aparecido.

EL DIARIO DE MARCOS

Miércoles, 4 de diciembre, 9 de la noche.

Hoy que, según parece, se emancipan las muchachas y no temen ya decir en alta voz lo que piensan, la inocente manía de escribir un diario va á pasar, acaso, á los solterones solitarios como yo. Ese es, al menos, mi capricho de esta noche, al lado del fuego, cuyo chisporroteo me hace compañía, y junto á esta lámpara cuya luz, velada de rosa, es inofensiva y alegre como una risa de niño...

Pero un diario debe relatar algo «sensacional,» aceptando esta palabra moderna. ¿Qué hay *sensacional* en mi vuelta á París después de un viaje arqueológico? No encuentro nada que escribir, como no sea lo que he dicho á Merlín al sentarme á la mesa. La frase es ciertamente manoseada y trivial, pero creo que el día en que la Verdad salga entera de su pozo nos quedaremos admirados al encontrarnos con que somos antiguos conocidos suyos. Me cito, pues, á mí mismo:

—¡Es asombroso cuánto mejor está uno en su casa que en cualquiera otra parte!

En primer lugar, es la imaginación la que ensancha y decora los horizontes, más que la extensión de los cielos y de los mares. ¿Y dónde encuentra la imaginación más libre ejercicio que al lado del fuego, en una noche de invierno, cuando el ser físico, enteramente satisfecho, dispensa al ser moral de escuchar sus quejas y le deja tomar el vuelo sin presión alguna?

Cuando he venido del comedor al salón he sentido como un ligero roce de alas al cerrarse la puerta del otro lado. Sería probablemente Miette, mi nueva cocinera, la sobrina de Merlín, que habría venido á encender la lámpara y huía asustada ante la idea de hallarse por primera vez en mi presencia. Esas chicas de nuestros pueblos, que proceden con frecuencia de lo más puro de la raza latina, son tan mujeres como en otras partes las del gran mundo, lo que quiere decir que no están desprovistas de esas delicadezas de inteligencia y de corazón que hacen realmente de la mujer un sexo separado.

Miette me ha puesto flores en la mesa. ¿Qué ha bastado para darle esa idea? Sencillamente que su tío le haya hablado de mí con ese cariño respetuoso de los criados de otros tiempos, de los que conservo en mi casa, por fortuna, uno de los mejores ejemplares.

La llegada de esa arlesianita á mi casa me lleva el pensamiento hacia el Mediodía y le hace detenerse en la desgracia ocurrida en los Angles... ¡Pobre tío! ¿Por qué no he podido satisfacer su deseo de tenerme por yerno? Pero casarme... ¡Dios mío!.. ¿Para qué?.. No veo cómo la presencia de una mujer en *mi hogar* le haría más cómodo ni más atrayente... Además, aquella Enriqueta era á los doce años de una fealdad que no auguraba nada bueno... ni bello para los diez y ocho...

¡Pobre niña! Creo que la parte de su fortuna que debe en parte á mi liberalidad, según los rigurosos cálculos de mi tío, no será un suplemento inútil á su dote. Me gustaría mucho saber que se había casado. Si su fealdad la obligase á quedarse para vestir imágenes, temería yo ser en cierto modo responsable ante aquel pobre tío, que se hacía con ella las ilusiones de un padre con su hija.

EL DIARIO DE MIETTE

Viernes, 6 de diciembre.

Hace dos días que está aquí mi primo, y ni la más pequeña escaramuza ni el más fortuito encuentro... Algunas veces, sin embargo, arriesgo un *reconocimiento* por los pasillos; pero al menor ruido me escapo, con la intuición de que no es tiempo todavía de descubrirme al enemigo...

Hoy, durante el almuerzo, Marcos ha preguntado de nuevo á Merlín sobre mí, ó mejor dicho, sobre Enriqueta de los Angles.

—¿Se ha puesto un poco más guapa mi prima?

—¡Oh! Un ramo de rosas, señor.

Mi primo responde á ese grito de admiración por una impertinente exclamación de duda:

—¡Hombre!.. ¿Sí?.. ¿Realmente?..

—Como se lo digo al señor... Tanto es así que mi hermana Rosina y yo pensábamos que era lástima que..., en fin... Es seguro que si el señor se hubiera detenido en los Angles al pasar...

—Mi prima me hubiera vuelto el juicio, ¿no es eso?

—¿Y á quién no se lo volvería?, responde Merlín levantando los ojos al cielo y cambiando el plato á su amo.

Marcos vuelve á decir:

—¡Bah!.. ¿Sí?.. ¿Realmente?..

Pero me parece que la impertinencia de la exclamación no es tan profunda esta vez. Pero no puedo escuchar más porque Merlín sale del comedor y se dirige á la cocina. Como siempre después de las comidas, está de un humor insoportable y me da prisa para que tome la responsalidad de mi comedia. Pero yo, mientras le dejo representar el prólogo, estoy meditando mi salida á escena. Necesito que sea brillante, si no decisiva.

EL DIARIO DE MARCOS

Viernes, 6 de diciembre.

He comido con la condesa de Saint-Marcel, una casa que me es familiar y que encuentro habitualmente muy agradable. Pero hoy, no sé por qué, todo me ha parecido vacío, desde los manjares hasta el ingenio de los convidados, á pesar de la halagüeña atención con que el viajero ha sido favorecido. He aprovechado esa atención para hablar de un resto de cansancio y me he vuelto á casa temprano. Pero, al pasar por el salón, las llamas danzaban tan alegremente, que he creído que me llamaban y me he instalado junto á la mesita. En el cajón está el cuaderno de *mi diario*. He buscado la llave en el llavero que llevo siempre conmigo, y heme aquí garrapateando en lugar de irme á dormir. Tengo una excusa; á cierta edad, si se quiere gustar el encanto de los ensueños hay que llamarlos en plena vigilia, pues ya no nos visitan por sí mismos cuando dormimos...

¿Es voluntariamente? La verdad es que ya no escribo y estoy soñando... La pluma se queda inmóvil entre los dedos y me sorprendo pensando en las musarañas, ó, más bien, en la más exquisita, imprevista, ideal y, también, extravagante de las apariciones.

Ayer vine á las seis, para vestirme, y mientras me quitaba la americana oprimí el botón de la campanilla. No vino nadie. Llamo otra vez y me cambio de calzado; nadie tampoco. Por primera vez desde que estamos juntos, el bueno de Merlín faltaba á su servicio... Algún recado urgente, sin duda... Pero ¿quién le ha mandado hacerlo? En realidad, ¿no está ahí la cocinera para reemplazarle? Voy á llamar de nuevo; pero la mano se queda en el camino porque reflexiono que Miette, que no me conoce todavía ni sabe, acaso, dónde está mi cuarto, no se atreverá á presentarse á servirme.

Á todo esto recuerdo que estoy de prisa y, sin vacilar más, cojo el jarro del agua y bajo al sótano. En cuanto abro la puerta de la estrecha escalera llega hasta mí un trino tan ligero como un vuelo de mariposas. Alguien canta el aria de las *Joyas*, de «Fausto.»

Me detengo un momento en el primer escalón, como petrificado. ¡Una actriz en mi cocina!.. ¡Ó, más bien, una discípula del Conservatorio, y de las que prometen!.. La voz, aunque emitida solamente á medias, es de una pureza admirable y de una juventud que no tiene ni á los quince años la muchacha parisiense; de una juventud de capullo entreabierto, de ruiseñor que completa por primera vez su gorjeo...

Bajo hasta la puerta de la cocina, la abro, y allí, debajo del mechero de gas, que presenta su abanico enteramente abierto, diviso, no una Margarita, sino una Mireille, la Mireille juguetona de los desposorios primaverales; una Mireille con una deliciosa carita llena de gracia y de inteligencia y con una sonrisa y una voz y unos ojos que son la alegría misma. En una mano tiene un espejo de mango en el que se mira con satisfacción, mientras con la otra se arregla la minúscula cofia de encajes, el alfiler del ancho lazo y la cruz de oro de la *capella*, que cae en el triángulo de blanca piel dejado al descubierto por los pliegues numerosos de la blanca pañoleta de muselina.—Mi aparición sigue haciendo trinos que parecen risas.

Y el hecho es que, á pesar de un rápido cambio que se opera en su fisonomía cuando me ve de repente, la risa permanece anidada en no sé cuántos hojuelos, en las comisuras de los labios, en la barbilla, en las mejillas sonrosadas...

La muchacha deja el espejo y me pregunta con una reverencia de doncellita Luis XV:

—¿Desea algo el señor?

Y añade con ligereza:

—Si hubiera creído que el señor había de llamar no hubiera enviado al correo á mi tío Merlín. Pero si el señor desea alguna cosa, un poco de agua..., agua caliente...

Miette no se engaña, aunque sólo se lo afirman dos sonidos balbuceados, pues me siento en ridículo con el chaleco, en mangas de camisa y el jarro en

la mano, delante de aquella reina de ópera cómica, ¡tan linda!..

La cocinera adelanta una mano de muñeca para cogerme el jarro, y por instinto retiro la mía, con ganas de decirle que lo que yo necesito es agua de veras y que no se trata de llenar el jarro de una fuente imaginaria entre bastidores... Pero ella me quita rápidamente el cacharro, lo arrima al fogón, debajo del grifo del agua caliente, y ésta cae mucho más en el suelo que dentro del jarro. Se lo arrebato entonces y exclamo:

—Déjeme usted hacer; va usted á quemarse.

Ella replica en seguida, como picada por no haber sido la más mañosa:

—Y el señor también...

—Nada de eso.

Sí, Miette tenía razón... Me estoy abrasando, lo que no me impide seguir negándolo; pero al levantar los ojos hacia ella, cuya cabeza toca casi con la mía, me doy cuenta de que se está divirtiendo grandemente al ver los estremecimientos de mis manos... De pronto da un grito... Por fortuna ha cerrado el grifo en que el jarro iba á rebasar y á inundarme de agua hirviendo mientras estaba yo ocupado en mirarla.

—Si el señor quiere permitirme...

Y alarga la mano de muñeca, pero yo opongo otra vez una generosa prohibición:

No, no; es inútil...

En la puerta de la cocina me vuelvo y me dan ganas de preguntarle:

—¿Quién ha enseñado á usted á cantar así?

Pero hubiera sido preciso hacerle muchas preguntas semejantes:

—¿Quién ha podido enseñar á usted á ser tan linda, tan gallarda, tan fina y tan ingeniosamente alegre? ¿Quién, á vestirse con ese traje encantador, á burlarse de la gente con tanta gracia, y, en fin, por todos los santos de la corte celestial, qué milagro ha arrojado á usted, hada maléfica ó princesa caída, á manejar las cacerolas de un solterón?

Así, al menos, me lo estoy diciendo mientras me afeito, lo que me hace cortarme dos ó tres veces. Al cabo llega Merlín y se pone á sacarme la ropa, entonando una cantata de excusas.

—Miette acababa de escribir al pueblo, y ha habido que llevar la carta al correo en seguida, pues si no, no hubiera salido hasta mañana...

¡Qué cosa tan importante! ¡La carta de mi cocinera hubiera llegado con unas horas de retraso!.. ¡Y yo esperando el agua caliente!.. Me callo, sin embargo, esas observaciones, y digo, ajustándome los tirantes:

—¿Sabes que canta muy bien tu sobrina?

Merlín se encoge de hombros.

—¿Que si lo sé? No hace otra cosa de la mañana á la noche... Cuando el señor toca el piano ó el violín, ella canta la misma música.

—¡Ah!.. La verdad es que ha debido ejercitar la voz.

Y añado para mis adentros:

—Debe de haber encontrado en el pueblo un maestro bastante bueno.., algún artista viejo y retirado que le habrá hecho esperar alguna ocupación en París más agradable que la de cocinera...

Después digo en alta voz:

—¿Qué hacía tu sobrina en el pueblo? ¿Estaya ya sirviendo?

Merlín me contesta con un asombro raro:

—¡Sirviendo!.. ¡Ella, Miette!..

—Es verdad que todavía es muy joven, le digo.

—Justamente, señor. Para decir verdad, quitando lo que ha estudiado, no ha hecho gran cosa todavía.

—¿Ha estudiado? Es extraño, entonces, que no hayáis pensado en impulsarla un poco haciendo de ella una institutriz en vez de una cocinera.

—Miette prefiere ser cocinera, porque dice que es más ventajoso. Una institutriz no gana más que seiscientos francos al año, sin la comida, mientras que la cocinera del señor tiene también esos seiscientos francos, más la comida, la ropa limpia y...

—Y la sisa, digo riendo... No te dé vergüenza decirlo; es la costumbre y sé que, gracias á ti, no salgo mal librado... Pero, ¿sabes?, tu sobrina no ha perdido el tiempo en la escuela en cuanto al cálculo...

—Ni en nada, señor.

Me viene en mientes una idea:

—Pero dime; ¿no temes que la casa se convierta en la comidilla del barrio si se ve entrar y salir á tu linda sobrina con su traje de arlesiana?

—El señor puede estar tranquilo. Jamás se viste así para salir. Se lo hice jurar en el pueblo.



En una mano tiene un espejo de mango en el que se mira...

—¿Quería hacerlo?

—Señor, declara Merlín, Miette quiere siempre las cosas más extraordinarias...

—¿Y tú haces siempre lo que le da la gana?

—¡Qué hacer!.. Pero no hay cuidado de que salga vestida de arlesiana. En casa dice que no hay peligro...

(¡Que no hay peligro! ¿Hase visto?.. ¿Qué sabe ella?.. ¡Que no hay peligro!..)

En este momento, mientras me hago el lazo de la corbata, me miro un poco al espejo y me paso revista. Nada de calva, ni una cana, lo que es siempre agradable aunque se esté decidido á la cordura y al celibato... Me pongo el gabán que Merlín me presenta, cojo los guantes, el bastón y el sombrero, y me voy á comer en casa de la señora de Saint-Marcel, de donde vuelvo antes que de costumbre para escribir estas niñerías.

¿Lo son, después de todo? Yo que, en Oriente, me he expuesto á la fiebre de las excavaciones y del clima con la esperanza de desenterrar un bajo relieve que me hiciera conocer el instrumento que tocaban los efebos babilónicos en el cortejo de Semíramis, bien puedo aplicar un momento la atención á las asombrosas modificaciones que se preparan en la sociedad de nuestra época. Me he reído, como todo el mundo, de la *instrucción laica y obligatoria* y he previsto sus desastrosos efectos, como el abandono de los campos, el desencadenamiento de las ambiciones y el aumento de los ociosos; pero debo ahora hacer justicia á uno de sus beneficios. Evidentemente, el saber desbasta al pueblo, y á medida que una aldeana armoniza su ortografía va armonizando también sus modales y llega á ser verdaderamente mujer. ¡Qué diferencia, por ejemplo, entre esta gallarda Mireille que me encontré el otro día en la cocina y el bueno de su tío, tan honradamente palurdo!.. La instrucción obligatoria nos va á librar de la maritornes que repartía el mal olor de sus zancajos por los pasillos de nuestras casas. En adelante reinará en ellas la mujer y no habrá rincón sin sonrisas ni sin elegancias... Con el tipo de antiguo criado que poseo en Merlín, no me disgusta tener en mi casa un ejemplar exquisito y precoz de la cocinera del porvenir...

EL DIARIO DE MIETTE

Viernes, 6 de diciembre.

No ha estado mal la primera escaramuza... Un poco ha influído el azar... Pero no, no ha sido el azar, ese dios de palo, autómata más alarmante que bien intencionado... Digamos la Providencia, que tiene labios para sonreir á nuestros sueños y brazos para mecerlos mientras los realiza...

Merlín no dejaba de repetirme que mi primo desenmascararía *mi condición* al primer vistazo y que tendría que volverme más que de prisa á los Angles, de donde nunca debí salir. Y yo me equivocaba sosteniéndole lo contrario. Ayer mañana me encontró en la cocina el lechero y me saludó con un respetuoso:

—Buenos días, señora.

Me contenté con salirme haciéndole una inclinación de cabeza, y oí desde fuera que aquel hombre preguntaba á Merlín:

—¿Se ha casado su amo de usted?

No sé qué le respondió gruñendo Merlín; pero yo, obligada á hacer justicia á su previsión y á fin de que mi comedia no hiciese fiasco en el primer acto, he resuelto ponerme el traje de arlesiana, si no para escapar á la catástrofe, para aplazarla, al menos, cobardemente. Merlín ha cesado de oponerme su veto y esta noche me he vestido para hacer un ensayo general, contando con presentarme á mi primo lo más pronto posible.

Pero él es el que se me ha presentado. Estaba yo mirándome al espejo en la cocina entre los dos mecheros de gas, y pensando en aquella tontuela de Margarita, al ver relucir mi cruz de oro, me puse á cantar á toda voz el aria de las *Joyas*.

Por dos veces el ruido estridente y desafinado de la campanilla eléctrica estuvo á punto de hacerme perder el tono. El *amo* reclamaba su ayuda de cámara y Merlín acababa de salir para echar al correo una carta que he escrito al Sr. Loriol. Pero mi primo conoce, sin duda, como yo, la máxima que Mahoma practicaba respecto de la montaña, pues me le vi en la puerta de la cocina, en mangas de camisa y con un gran jarro en la mano... Me deshice en excusas, reverencias y ofrecimientos de servicios... al señor.

El señor me devolvió las unas y rehusó los otros, para coger él mismo el agua caliente del fogón... Protesto, me precipito y nuestras cuatro manos se escaldan al mismo tiempo.

Pero eso no hace, sin duda, gran daño á mi primo, pues me da las gracias, y ya en la puerta, cargado y todo con su jarro, vuelve la cabeza y me mira, como si sintiera subir á su cuarto.

Parece que Merlín ha sido en seguida largamente interrogado sobre su sobrina.

—Pero, en fin, ¿no tiene todavía ninguna sospecha?

Merlín se ve obligado á responderme:

—Ese traje le confunde, me parece... En todo caso está á obscuras todavía...

Y no verá claro tan pronto. ¿Qué significaría un desenlace puesto en la primera página de un libro?

EL DIARIO DE MARCOS

Sábado, 7 de diciembre.

¿Habré asustado á mi ruiseñor? Miette no canta ya. Merlín, sin embargo, me dijo que su sobrina me acompañaba siempre que yo tocaba el violín ó el piano.

Esta mañana, antes de ponerme á estudiar, he abierto cautelosamente la puerta de los sótanos y he dejado entornada la del salón. Después me he parado de repente varias veces en medio de una frase melódica, y ninguna voz la seguía.

¿Tendría yo ayer noche el aspecto de un ogro? ¡Pobre muchacha! ¿La habré privado del único placer que tiene á su alcance en esa existencia humilde y monótona?

(Se continuará.)

LA CARICATURA EN ESPAÑA.—L. Brunet.—P. Inglada y Sallent



Recuerdo de las fiestas de Sevilla, dibujo de Lorenzo Brunet



La barba del vecino, dibujo de Lorenzo Brunet

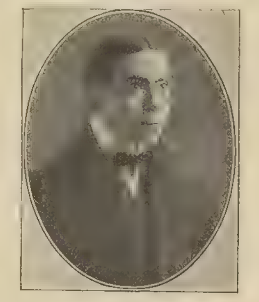
Es Brunet uno de los caricaturistas ventajosamente conocido y cuyos trabajos bien concebidos y ejecutados merecen el favor del público. Su labor, cual la de otros de sus compañeros, es razonada y responde al verdadero concepto que ha de informar la sátira artística de nuestra época. En sus dibujos obsérvase, desde luego, la obra de un artista, puesto que á pesar de ciertas acentuaciones y de la exageración de formas, responden á las reglas impuestas por el arte. Y así había de ocurrir tratándose de Brunet, que tuvo ocasión de recibir provechosas enseñanzas del fecundo y elegante dibujante Eusebio Planas, y que pudo ampliar y aun completar sus estudios durante los largos períodos de su permanencia en Madrid, París, Argel, Londres y Leipzig, colaborando en algunas de las más importantes publicaciones.



Lorenzo Brunet

Excusado es decir que no se ha limitado Brunet á ejercer la misión de caricaturista, ya que en las exposiciones por él organizadas en esta ciudad ha demostrado por medio de interesantes dibujos, cuadros y carteles, la variedad de sus aptitudes y su facilidad para producir obras recomendables pertenecientes á diversos y opuestos géneros.

Como intérprete de la caricatura política, distínguese este artista por su sobria y razonada tendencia, exenta de chocarreras exageraciones y ajustada á la medida de lo que impone un espíritu culto y una inteligencia sana. Véanse, especialmente, el semanario titulado *La Esquella de la Torratxa* y *El Diluvio ilustrado*, y podrán apreciar nuestros lectores las aptitudes de Brunet y la exactitud de nuestras afirmaciones.



Pedro Inglada *(yda)*

Aplauso merece su extensa colección de ex-libris, muchos de ellos dedicados á personajes políticos, dechado de gracejo y de sano é intencionado humorismo, mereciendo no menores elogios su copiosa colección de carteles artísticos, que se distinguen por su originalidad y buen gusto, á cuya reunión de méritos debe, sin duda, el figurar como dibujante del gran establecimiento tipográfico de los Sres. Henrich y C.ª



Concurso hípico, dibujo de Pedro Inglada *(yda)*



La bella Chelito, dibujo de Pedro Inglada *(yda)*

Joven es Pedro Inglada y Sallent, pues apenas cuenta veinticinco años, habiendo logrado ya singularizarse. Nacido en Santiago de Cuba y con habitual residencia en la



FLIRTEO,
dibujo de Pedro Inglada *(yda)*



¡AH! OSTED EN SECRETA PODER DECIRME SI HAY SEGURIDAD,
dibujo de Pedro Inglada *(yda)*

capital de la vecina nación, hállanse sus producciones saturadas de ese concepto que informa las obras artísticas de otros países, ya que los modelos, los tipos y los cuadros que observa el artista viven y se desarrollan en otro país. Esto no quiere decir que olvide cuanto al nuestro se refiere y que interprete con igual acierto lo que se propone reproducir ó satirizar característico de nuestra patria ó de alguna de sus regiones. Muestra de ello, en uno y otro aspecto, son los varios dibujos que reproducimos firmados con el seudónimo de *yda*, adoptado por este artista, uno de los más distinguidos é inteligentes colaboradores de los semanarios catalanes *La Esquella de la Torratxa* y *La Campana de Gracia*

Digna de estudio es ciertamente la personalidad de este artista, puesto que además de distinguirse como cultivador inteligente de la sátira artística sin recurrir á las exageraciones de lineas y formas, ya la nota resulta de la realidad del cuadro ó del tipo interpretado, recomiéndanse siempre sus obras por su elegancia y originalidad, de suerte que patentiza en cada caso sus recomendables circunstancias.

En los cuatro dibujos que reproducimos pueden apreciarse sus cualidades de discretísimo observador y hábil dibujante, con aptitudes sobradas para sorprender la línea, la actitud y los pormenores que han de convertir la obra en delicada y culta censura.

Bien quisiéramos que nuestros caricaturistas se inspiraran en los grandes maestros que se han distinguido por su fino humorismo y que abandonaran derroteros erróneamente emprendidos, cultivando el estudio del verdadero arte, puesto que sin este poderoso auxilio no es posible la producción discreta y razonada. Afortunadamente, según hemos consignado al ocuparnos de algunos de ellos, resultan ya numerosos los caricaturistas que se ajustan al concepto y á las modernas corrientes, por cual motivo confiamos que en un período relativamente breve entrará de lleno la sátira artística en la evolución que reclaman el arte y la época en que vivimos.

A. GARCÍA LLANSÓ.



PRISIONEROS JAPONESES SALIENDO DE REDVIED EL DÍA 12 DE DICIEMBRE ÚLTIMO PARA REGRESAR AL JAPÓN.
(De fotografía de Bulla, comunicada por «Photo-Nouvelles.»)

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustracion Artística

Año XXV — Barcelona 15 de enero de 1906 — Núm. 1.255

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



HOJAS DE OTOÑO,

fragmento de un cuadro de A. Ridel

SUMARIO

REVISTA HISPANO-AMERICANA

El cuarto centenario de la muerte de *Cristóbal Colón:* la patria de Colón: los Colones y los Fonterosas del siglo XV en Pontevedra. – *República dominicana:* nueva revolución. – La política de Roosevelt en relación con Santo Domingo y con la América española: desconfianzas y alarmas en ésta. – Dificultades para constituir Confederaciones ó grandes Estados en Hispano-América. – *El Canal interoceánico por Panamá:* temores de nuevo fracaso: otra vez el canal de Nicaragua.

En este año de 1906 se cumple el 4.° siglo de la muerte del descubridor del Nuevo Mundo, y el Centenario se va á conmemorar en América y en Europa por iniciativa de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística.

Como sucedió en 1892, las cuestiones colombinas serán tema predilecto de los eruditos, y otra vez se discutirán el origen, la vida y los merecimientos del gran navegante.

La patria de Colón—preciso es reconocerlo—ha sido y sigue siendo un problema. La opinión general, casi unánime, es que nació en Génova. Pero es una opinión, no un hecho probado con toda evidencia.

Como genovés se presentó Colón en España, y él mismo declara, en la escritura de fundación del mayorazgo, que en Génova había nacido. Y sin embargo, hay quien duda que Colón dijera la verdad; se recuerdan las incertidumbres de D. Fernando Colón, que no sabía de dónde era natural su padre, y se hace valer la circunstancia de que ninguno de los documentos escritos de su mano estén redactados en lengua italiana, siendo preciso admitir, si en Génova ó en Italia nació, que olvidó ó desdeñó su lengua nativa hasta el punto de no poder ó no querer escribir en ella á la misma Señoría de Génova.

Oportuno, pues, nos parece, ya que estamos en el año del Centenario, y que es esta una publicación española, traer á cuento los datos, los documentos, las coincidencias en que se funda un erudito español, D. Celso García de la Riega, para sospechar que Cristóbal Colón hubiera venido al mundo en tierra española.

Una escritura de aforamiento hecho á principios del siglo XVI por el Monasterio de Poyo, cerca de Pontevedra, á Juan de Colón y su mujer Constanza de Colón, fué el motivo primero de las investigaciones que hizo el Sr. García de la Riega. Rebuscó y halló en un cartulario instrumentos notariales de los siglos XV y XVI (16 documentos, de 1413 á 1528) en los que figuran los nombres de Cristobo de Colón, María de Colón, Domingos de Colón, Blanca de Colón y Bartolomé de Colón, y otros en que intervienen personas que llevan el segundo apellido del descubridor del Nuevo Mundo, María, Jacob, Benjamín Fonterosa. Y en uno de esos documentos, de 1437, juntos aparecen, como si hubiera relación de parentesco ó vecindad entre ellos, Domingos de Colón y Benjamín Fonterosa.

Existían, pues, en Pontevedra, en la primera mitad del siglo XV y en una misma determinada localidad, los apellidos paterno y materno del inmortal descubridor. El acuerdo del consejo de aquella ciudad que en 29 de julio de 1437 manda pagar 24 maravedís viejos á Domingos de Colón y á Benjamín Fonterosa induce á la reflexión de que entre individuos de las familias de personas que se asocian para negocio ó asunto de intereses, bien pudiera haberse celebrado algún matrimonio.

Hay más coincidencias. Las fincas aforadas de que se trata lindaban con heredades de la pequeña ensenada de Porto Santo, en la parroquia de San Salvador, y Colón, acaso nacido en la parroquia de *San Salvador* de Poyo, donde está el lugar de *Porto Santo*, dió el nombre de *San Salvador* á la primera isla que descubrió y á un río de Cuba, y llamó *Porto Santo* á una bahía de esta última isla. En su tercer viaje dió á la primera tierra descubierta el nombre de Trinidad, y al primer promontorio que halló el de cabo de *La Galea*. En una de las escrituras vistas por el Sr. García de la Riega se menciona «el terreno hasta la casa de Domingos de Colón el Viejo con salida al *eirado* de la puerta de *la Galea*.» Allá en las tierras descubiertas iba renovando Colón los nombres de su parroquia, de su lugar, del eirado ó ancha plaza en que tal vez estuvo la casa de sus padres.

Resulta, pues, que en Pontevedra y en el siglo XV aparece el glorioso apellido de Colón unido á nombres propios de casi todas las personas que formaron su familia; á la sazón y en los mismos lugares existía el nada vulgar apellido materno del descubridor; constan juntos en un documento los dos apellidos, y nombres de localidades á que esos documentos se refieren se aplican á islas y parajes de las Antillas.

Otra coincidencia muy notable. El íntimo amigo del Almirante, el que fué depositario en 1502 de las copias de sus títulos, se llamaba Nicolao Odérigo, legado que había sido del gobierno genovés ante los Reyes Católicos. Pues bien: una cédula del arzobispo de Santiago, fecha 15 de marzo de 1413, ordena entregar 15.000 maravedís á maese *Nicolao Oderigo de Janoua* (de Génova). Media casi un siglo entre ambas fechas; pero el *Nicolao Oderigo, genovés*, de 1413, puede ser antepasado ó próximo pariente del *Nicolao Oderigo, genovés*, de 1502, y no es ciertamente un dislate presumir que la estrecha amistad de Colón con dicho legado tenía antigua fecha en su familia y provenía de una protección cuyo origen pudiera haber sido la presencia en Santiago y Pontevedra, á principios del siglo XV, del Odérigo á que se refiere la cédula del prelado compostelano.

Los datos que preceden han inducido al Sr. García de la Riega á suponer que acaso el matrimonio Colón-Fonterosa, residente en Pontevedra, emigró á Italia á mediados del siglo XV, llevando en su compañía los dos hijos mayores, utilizando, para establecerse en la ciudad de Génova ó su territorio, ó en Saona, recomendaciones al arzobispo de Pisa, que era clérigo sine-cura de la iglesia de Santa María la Grande de Pontevedra, ó relaciones directas ó indirectas con la familia de Odérigo. Cuando Cristobal vino á España, se fingió genovés, porque no quiso que se descubriera su humilde origen. Domingo de Colón había sido alquilador de acémilas; la mayor parte de los Fonterosas tienen nombres hebreos, y posible es que el almirante perteneciese por línea materna á familia de origen judío. ¡Quién sabe, exclama el Sr. García de la Riega, si aquel hebreo que moraba á la puerta de la judería de Lisboa, para el cual dejó Colón una manda en su testamento, y *cuyo nombre reservó*, era pariente materno del eximio navegante!

El Sr. D. Celso García de la Riega se proponía, cuando en 1898 dió cuenta de sus investigaciones á la Sociedad Geográfica de Madrid, publicar en facsímile todos los documentos que posee. No tenemos noticia de que hasta ahora lo haya hecho.

Otra vez hay revolución en Santo Domingo. Causa principal de ella ha sido el famoso convenio que pactó su presidente con el gobierno de Wáshington. El parlamento dominicano no se mostraba dispuesto á aprobar el artículo 7.° de ese convenio, que da á los Estados Unidos el derecho de intervenir en el país en caso de alteración del orden público.

El caso ha llegado; según los últimos telegramas, el presidente Morales ha sido depuesto, y se ha proclamado dictador el vicepresidente Cáceres. Pero el convenio no había obtenido aún la aprobación del Senado yanqui, y Roosevelt no puede hacer valer el derecho á restablecer el orden. Sin embargo, envía buques y tropas de marina por si hubiera ocasión ó pretexto de intervenir.

La ingerencia de los Estados Unidos en los asuntos de Santo Domingo mediante el pacto que pone la Hacienda dominicana bajo la inspección de los yanquis, suscita, como lo demuestran los hechos, viva protesta en la isla. A este sentimiento de oposición, que ha sido el origen del actual movimiento revolucionario, responde sentimiento análogo en gran parte de la opinión, la más sensata, de los mismos Estados Unidos. En el Senado hay un núcleo importantísimo que se opone resueltamente á las aspiraciones de Roosevelt. La revolución, la anarquía dominicana que ahora éste fomenta indirectamente con sus propósitos de protectorado, ha de ser argumento de gran fuerza que aprovecharán en el Senado los enemigos de la política invasora é imperialista de Roosevelt.

Con esa política se van enajenando los Estados Unidos las simpatías que tuvieron en las demás Repúblicas de América. «Las declaraciones y la conducta de Roosevelt han arrancado la venda que cubría nuestros ojos... Ya sabemos á qué atenernos respecto de la interpretación que dan nuestros oficiosos tutores á la tan decantada doctrina de Monroe... «América para los americanos» significa en lenguaje diplomático yanqui que tan solamente Uncle Sam tiene el derecho de asentar el pie en esta parte del continente, para poner el clavo del jesuíta, como sucedió en Panamá... La mayoría del país, alarmada como todos los pueblos hispano-americanos, mira con desconfianza y con recelo la extensión que Roosevelt da á la doctrina de Monroe, arrogándose una especie de tutela en las Repúblicas sudamericanas... Roosevelt con su nueva faz de la doctrina de Monroe ha causado alarma y suscitado desconfianzas en toda Sudamérica.» Son éstas frases y conceptos que se vienen ahora repitiendo en los principales periódicos de Hispano-América.

Esa protesta general contra las tendencias tutelares y absorbentes de la otra América revela, á juicio de *The Spectator*, que «existe en el Nuevo Mundo una fuerza política que puede desarrollarse de improviso, con sorpresa de la humanidad.» Y las apreciaciones del diario inglés dan ocasión á un diario neoyorkino, *The Sun*, para hacer unos cuantos comentarios acerca de la posibilidad de una gran confederación latino-americana en el Nuevo Mundo. No la teme, porque las Repúblicas que habían de formarla sufren, dice, de un mal crónico, la guerra civil, la revolución en el interior; las desavenencias, la discordia, entre unas y otras.

Pero como ni revoluciones, ni guerras civiles, ni discordias entre pueblos hermanos son ni pueden ser permanentes; como tal estado de cosas, siempre pasajero en los organismos sociales, acaba por mutuas avenencias que impone el interés común, ó por el predominio de un Estado ó nacionalidad sobre los otros, resulta que el mal que los yanquis suponen crónico es accidental, y que en una ú otra forma habrá de realizarse la confederación ó la constitución de un gran Estado que represente esa gran fuerza política de que nos habla *The Spectator*.

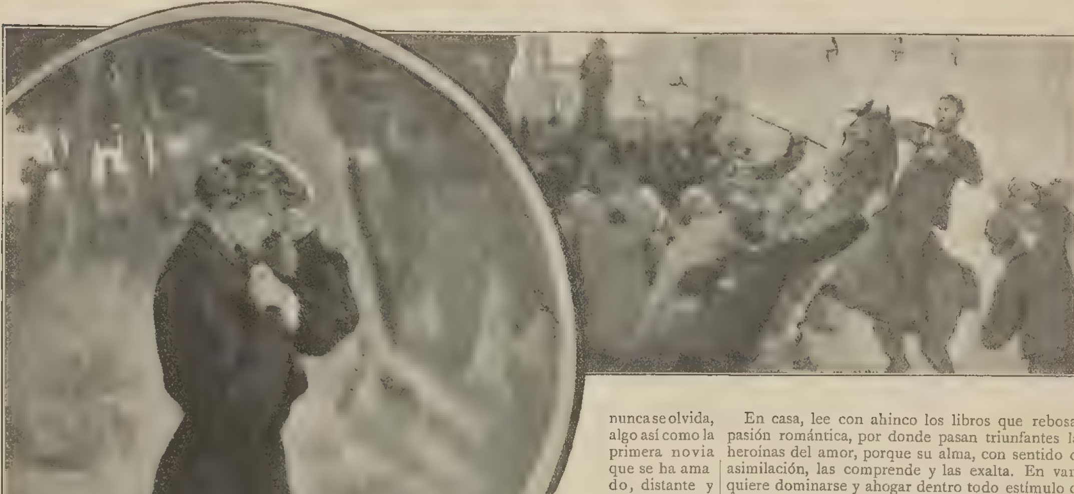
De todos modos, ya saben los hispano-americanos cuál es, según sus naturales enemigos, la única dificultad que hay para que puedan fundar Estado ó Estados poderosos capaces de contrarrestar la fuerza de la Unión norteamericana. Procuren, pues, normalizar pronto—los que lo necesiten, que no son todos—su vida política interior, y arreglar de una vez y para siempre esas enojosas cuestiones territoriales ó de límites en que ha tantos años se hallan empeñados sin llegar nunca á soluciones definitivas.

La cuestión del canal interoceánico contribuye también á que los yanquis vayan perdiendo prestigio en América.

Creyeron muchos que desde el instante en que Panamá cayó en poder de aquéllos iba á ser obra sencilla y rápida la construcción del canal. Mas no sucede así; las dificultades se suceden unas á otras, y en los mismos Estados Unidos se pone ya en duda la posibilidad de tal empresa. El *humbug*, el fraude, la trampa del siglo, la denominan muchos. Hay quien hace el cálculo del tiempo que se necesitará para dar fin á la obra, y lo fija en ¡110 años! Lo que se hace en Panamá no es un canal; son sepulturas destinadas á los incautos ó los hambrientos que se contratan para trabajar en aquellas tierras. Cuando Roosevelt deje el poder—escribe *El Progreso Latino*, de México—su sucesor, que no tendrá motivos especiales para encapricharse con la idea del canal interoceánico, se verá en la necesidad de decir al mundo: «Señores, ustedes dispensen; nos equivocamos, y ahí queda eso.» Y *eso* serán los millones tirados en Panamá, un andrajo de República partida por el eje con la zona del canal que vive precariamente, y el crédito de los yanquis hundido en las turbias aguas del río Chagres.

Y como ya se va generalizando la idea del probable nuevo fracaso de Panamá, vuelve á pensarse en el canal de Nicaragua, y hay rumores, cuyo fundamento desconocemos, de un acuerdo anglo-japonés para construirlo. Inglaterra pondrá el capital; Japón los obreros. Los que manejaron el fusil en la Mandchuria, irán á trabajar con el azadón y el pico en las tierras centroamericanas.

R. BELTRÁN RÓZPIDE.



¡Qué hermosa y triste jornada la de Gloria!..

LAS MUJERES EN GALDÓS

GLORIA

Quizás esta figura de mujer, por lo dolorosa, haya sido la más amada por las gentes de cuantas viven en la novela española contemporánea. Su vida de pasión, intensa y trágica, ha conmovido muchos corazones, y muchos ojos, por *simpatía humana,* han llorado las penas de la pobre enamorada de Ficóbriga, que vive padeciendo locura de amor y muere locamente amando.

Las almas femeninas con el temple de *Gloria,* que pasan á través de todas las desventuras, fieles al cariño, nada más que amando, tienen un encanto singular y se llevan tras sí todas las adoraciones. Siempre es igual. Los seres felices acaso nos muevan á un poco de generosa envidia, que presto pasa y se olvida. Mas los que han lastimado hondamente de piedad nuestro corazón, viven nuestra propia vida, en lo más íntimo de nuestros amores ideales, como flor de poesía, como un soplo de amor, con perdurable recuerdo.

Sólo, ante nuestra misericordia, el dolor por amor engrandece las almas. Recordamos á *Ofelia,* recordamos á *Mignon,* recordamos á *Mireya.*

También ha arraigado en nosotros el recuerdo de *Gloria.* ¿Por qué? Sólo porque han amado mucho y por amar han padecido.

Sus imágenes de mujer, tristes, silenciosas, vienen á encalmar, en horas de melancolía y de lejanas añoranzas, consolándolas, las penas de los corazones que aman sin ventura. Almas hermanas que se conocen y abrazan, para llorar juntas, con el pensamiento.

Los creadores de almas femeninas, como Shakespeare, como Goethe, como Galdós, han rastreado huellas espirituales de otras almas idénticas en la vida.

Tocados de una vaga inquietud, de una pasión de ánimo indescifrable, buscamos esas heroínas del amor desgraciado, y cuando en las letras las hallamos, su compañía nos es grata, nos identificamos con sus pesares, y fijo ya su recuerdo en nuestro interior, de tarde en tarde gustamos de revivirlas en la memoria de nuevo, como un lejano cariño que nunca se olvida, algo así como la primera novia que se ha amado, distante y quizás muerta, de quien nos separaran los azares del destino.

***

Hace mucho tiempo que conocimos á *Gloria,* Dios sabe cuántos años. Tan entrañablemente nos conmovió su historia de tristezas, que ahora la recordamos día por día, en los momentos más críticos de su sentimental vida.

Comienza á interesarnos desde que la conocemos, solitaria, olvidada, espíritu inquieto, en el rincón provinciano de Ficóbriga, consumiéndose en las soledades casi conventuales de la vieja casa solariega de Lantigua. Su tipo gracioso de mujer nos seduce por entero y rinde nuestras simpatías. Apenas llega á los diez y ocho años, la más florida edad. Es alta, esbelta, viva. En su carácter hay una inquietud, una enérgica vitalidad, verdadero ímpetu interior. Es el ansia de vida que, ganoso de desbordarse libre, el ambiente moral lo contiene en límites prudentes, violentando el ánimo, deformando el espíritu por la presión de los hábitos externos, de la educación, del medio social en que es forzoso vivir.

A los ojos negros de *Gloria* se asoma un alma curiosa, ávida de libertad, pletórica de vida, en la plenitud de sus vigores sentimentales, con sed de acción, amar, padecer, luchar, hasta morir tal vez. Ayuda esta predisposición psicológica su extremada sensibilidad de mujer, pronta á las emociones más intensas, impulsivamente pasional.

***

Con el carácter de Gloria, todo vida y acción, contrasta el ambiente tristón de la casa de Lantigua, moralista rígido su padre, intransigentemente religioso su tío el obispo que por entonces es huésped de Ficóbriga, su pueblo natal.

Educada en un convento, siendo niña, Gloria desde los primeros momentos, ya huérfana de madre, siente como á su espíritu se le desvía de su cauce natural, deformándolo al educarla bajo recia disciplina.

Ya mujer, encuéntrase solitaria, cohibida, sin alta finalidad alguna que llene su existencia, compartiendo los días entre el rezo de la iglesia y las místicas lecturas en el silencio grave de la paterna casa.

Cuando arrodillada, en el ángulo obscuro de una capilla, intenta rezar, nota una honda inquietud interior y que su pensamiento se desvía de las cosas santas solazándose con la visión de humanas dichas y de terrestres amores indefinidos, entrevistos con vaguedad de ensueño, más bien adivinados, que conturban gratamente su espíritu.

En casa, lee con ahinco los libros que rebosan pasión romántica, por donde pasan triunfantes las heroínas del amor, porque su alma, con sentido de asimilación, las comprende y las exalta. En vano quiere dominarse y ahogar dentro todo estímulo de acción, constriñendo el carácter á una pasividad resignada á todo evento.

Forzando la índole de su espíritu, busca el camino de perfección queriendo ser mística, y á ello la empujan los consejos de su padre y de su tío. Las aguas que retiene la exclusa, cuando se desbordan, son locas, crecen en ímpetu de rebeldía y lucha. Así es el alma de Gloria.

***

El azar de un naufragio trae á la casa de Lantigua á Daniel Morton. Llega herido, recogido de entre las olas, en trance de muerte. Desde el primer momento, del extranjero se enamora Gloria. ¿Por qué? La piedad es el mayor excitante, que lleva al amor fuerte y heroico, en estas sensibilidades femeninas, prontas á las emociones hondas que sacuden todo su ser.

Por compasión la pobre muchacha siéntese arrastrada hacia Morton, herido y enfermo.

Bien presto la misericordia se trueca en simpatía por las bondades personales del galán, que pasa á ser cariño cálido, muy arraigado, cuando las dos almas se acercan, se hablan y se comprenden, para á la postre tornarse en pasión intensa, desesperada, cuando la lucha se inicia, cuando las preocupaciones sociales intentan separarlos con violencia y para siempre.

Quizás sin lucha el amor de Gloria fuese querer vulgar de honesta esposa. Acosado, espoleado por la contrariedad, cobra bríos, se fortalece, intensifica su ímpetu, tórnase admirablemente heroico, con el temple extraordinario que presta el dolor á los espíritus batalladores.

Las ideas religiosas separan esas vidas, cuando el amor ha unido indisolublemente las almas. Cada religión, representada por ambas familias, una católica á machamartillo, otra recalcitrantemente judía y con intransigencia irreductible, tira con brutal esfuerzo de esas dos vidas, para desviarlas del curso común, único, que sus destinos y la pasión recíproca les señalan, rompiendo una unión espiritual que la humana naturaleza considera grande, puesto que la hace fuerte, y que la moral religiosa estima monstruosa queriendo romperla sin piedad.

***

Por amor cae Gloria; por amor es madre. Ciega en sus sentimientos, no vacila en rendirse. Mas cuando las ideas del medio ambiente social logran dominar su espíritu, huye del hombre amado, reniega de él, y hasta piensa en renunciar al cariño materno, entregando el hijo de sus amores en mercenarias manos para, arrepentida de la culpa, en larga penitencia, encerrarse para siempre, á vivir y morir, en el retiro claustral, entre las tapias de un convento.

No es tan fácil reducir el espíritu. Por encima de todas las creencias, á la postre frágiles, están el instinto, la pasión, que arrancan de las entrañas del propio ser y son las grandes fuerzas impulsoras de los hechos humanos y el sentido natural de la vida.

La idea en lucha con el sentimiento siempre será

vencida. Las ideas nos las imponen, no son nuestras; mientras que la pasión, por generación espontánea, como eflorescencia de nuestro espíritu, ávido de vivir, surge de todo nuestro ser como su esencia misma; es algo individual, personalísimo, incontrovertible.

* * *

Pudieron las creencias religiosas, ahondando esta divergencia los odios sectarios de las dos familias, separar un momento las almas de Gloria y Daniel Morton; pero, al cabo, la naturaleza había de imponer su ley y de reunirlas para siempre, acallándose entonces el quejido fatigoso de los escrúpulos morales ante el grito heroico de la pasión triunfante.

Llega á un punto de violencia el alma de Gloria, al conseguir sofocar no sólo el afecto por Morton, sino también el cariño por su hijo, que piensa y resuelve enterrarse, con ánimo de expiación, en un convento. Está decidida. Irá á morir en vida serena y convencida del deber de tan grande sacrificio.

¿Es locura la que entonces le acomete? Sí, tal vez lo sea; locura de amor. Su continente tórnase heroico, despliégase su carácter en toda su magnitud y fuerza. Es la mujer, la madre y la enamorada, que renacen entre los restos de las creencias vencidas.

¡Qué hermosa y triste jornada la de Gloria, sola, ansiosa, sintiéndose morir, y sin embargo, incansable, tenaz en el empeño, camino de Villamores! Allí, en esa aldea, está su hijo. Con locura de amor, aún desfalleci da, recoge en la senda flores que llevarle. Cuando llega, febril, enloquecida, cae sobre el lecho, estrechando al niño con exaltación calenturienta y tornando á gozar la dicha de dejar que rebose su amor por Daniel Morton, que, junto á ella, consuela la tristeza infinita, el quebranto amoroso de aquella alma de mujer que nunca ha sabido más que amar y que en sus momentos últimos ama más que nunca.

Poco á poco, los brazos que había echado Gloria al cuello de Morton desmayaron, y se tornó su cuerpo frío, blanco, inmóvil. Sonreían, sin embargo, los labios en su cara de muerta. Cerca, las campanas sonaban en la iglesia, en un canto de alegría, por la resurrección del Señor.

* * *

Al término de esta historia triste de amor y dolor, en que una vida acaba y un alma se despide, cabe preguntar: ¿por qué las ideas han de impedir la felicidad humana? ¿Por qué han de separar á los seres que el amor une? Buscando la conciliación de creencias contradictorias, muere Gloria de tristeza en Ficóbriga y Morton, loco, en Londres. ¿Qué es más fuerte? ¿La idea? ¿La pasión? Quede á resolver el grave dilema que llevó estas almas á tan trágicos destinos.

Sólo sé que esa figura de mujer, con alma toda amor, que pudo ser feliz siguiendo la ruta que sus sentimientos le señalaban, nos mueve á una piadosa misericordia cuando la vemos movida por prejuicios atávicos y respondiendo á escrúpulos morales, en una lucha trágica del espíritu, sin gritos, silenciosa, pero intensamente activa, luchar contra el sentido natural de su vida, intentando desviar, bajo una disciplina recia, el curso de su existencia, á costa del corazón y con sacrificio estéril, desoladamente inútil, de cuanto más bello y más santo puede hallarse en la tierra al goce de los humanos.

La vida no es más que amor. Y á Gloria la santifican nuestras devociones más ardientes, rompiendo contra ciertas severidades éticas, por haber amado mucho.

Angel Guerra.

(Dibujo de Cutanda.)

BONN.—MONUMENTO Á BEETHOVEN,

obra del escultor ruso N. Aronson

Bonn, la ciudad en donde vió la luz primera Beethoven, tenía hasta hace poco dos monumentos dedicados á aquel coloso de la música: uno erigido en la plaza de la catedral, y otro delante de la casa en que vivió el inmortal compositor. A estos dos monumentos se ha agregado recientemente un tercero, que en el adjunto grabado reproducimos, y que ha sido levantado por la «Asociación de la casa de Beethoven» en un pequeño jardín, delante de la casa en donde Beethoven nació en 16 de diciembre de 1770, en un sitio apacible, apartado del tráfico y del movimiento.

Sobre un pedestal tosco descansa el busto en bronce del maestro, de tamaño mayor que el natural; sus facciones responden perfectamente á los rasgos característicos de la impetuosa potencia creadora y de la profunda melancolía de Beethoven; sombreada por abundosa cabellera, la frente alta y ancha revela el genio fenomenal, el espíritu artístic que trabaja sin descanso; los ojos hundidos, los apretados labios y las numerosas arrugas que surcan su rostro, nos hablan de una dura existencia llena de amarguras y de dolores. El escultor Aronson ha sabido reproducir de un modo admirable, no sólo la cara, sino también el alma del autor de la *Novena Sinfonía*.



Monumento á Beethoven inaugurado el 16 de diciembre último en la casa de Beethoven, de Bonn, modelado por el escultor ruso N. Aronson

Aronson nació en Kreslavska (Rusia) en 25 de diciembre de 1872, y de él puede decirse que á sí solo debe todo cuanto es y vale. Su indomable ansia de saber y su desmedida afición al arte le llevaron desde muy joven á París, en donde, en medio de grandes privaciones, concurrió durante algunos meses á la Escuela de Industrias Artísticas. Sus deberes militares le obligaron á volver á su patria; pero en cuanto hubo cumplido el servicio, regresó á París, logrando ya entonces ver reconocidos sus méritos, reconocimiento que se manifestó en multitud de encargos de retratos, grupos, esculturas decorativas, etc., y premiadas sus obras en varias exposiciones, entre ellas en la de Luttich de 1905, en la que obtuvo la gran medalla de oro.

La inauguración del monumento que nos ocupa se efectuó en presencia de un corto número de personas expresamente invitadas, el día 16 de diciembre último, fecha en que se cumplía el 135.° aniversario del nacimiento de Beethoven.—X.

LA HORA GRIS

cuadro de Mme. Jane de Montchenu

En pintura hay obras que por su brillantez ó por la grandiosidad del asunto hieren directamente nuestros sentidos y se imponen de tal modo á nuestros ojos, que no dejan que la impresión penetre más adentro; otras, en cambio, apenas atraen al primer momento nuestras miradas; mas si nos detenemos á contemplarlas y las observamos atentamente, poco á poco se van infiltrando, por decirlo así, en nosotros, hasta llegar á lo más hondo de nuestra alma y despertar en ella una emoción intensísima.

A este último género pertenece *La hora gris*, de Mme. Jane de Montchenu. En presencia de ese interior dulcemente iluminado, adivinamos, al través de las transparentes gasas que cubren el amplio ventanal, uno de esos tristes crepúsculos otoñales en que la naturaleza se dispone al prolongado reposo, nos sentimos invadidos de esa melancolía que acompaña á todas las cosas que mueren, y un estremecimiento de frío, más del alma que del cuerpo, conmueve todo nuestro ser. Y si luego nos fijamos en las dos figuras que animan el cuadro, absorta la una en la música que sus manos interpretan y escuchando la otra embebecida las suaves melodías que del piano se escapan, aquella sensación melancólica aumenta, toma cuerpo ante nosotros la escena íntima á que asistimos, y nos parece oir vagamente las plañideras notas de alguna tierna sonata de Beethoven ó de algún elegíaco poema de Grieg, que nos transportan en alas del sentimiento á las más puras regiones del arte, de la poesía, de la belleza eterna.—S.



LA HORA GRIS, cuadro de Mme Jane de Montchenu

DISTURBIOS REVOLUCIONARIOS EN MOSCOU

La ciudad de Moscou, que se consideraba como la más tranquila, la más leal, la más conservadora de Rusia, ha sido durante doce días teatro de la lucha más trágica, más encarnizada que ha presenciado el imperio ruso desde que se inició el período revolucionario.

Prodújose la primera colisión en la noche del 21 al 22 de diciembre último, á la salida de un méeting celebrado en el teatro de verano del Aquarium, y al día siguiente se libró una verdadera batalla en la calle Lobkof, en una de cuyas casas se habían parapetado los revolucionarios que, después de sostener un sitio en regla, se vieron obligados á capitular.

Aquella fué la señal de una lucha espantosa, cuyos pormenores es imposible reseñar en el corto espacio que á estos acontecimientos puede dedicar La Ilustración Artística.

En los primeros momentos, la situación de las tropas fué en extremo difícil á causa de las especiales condiciones topográficas de Moscou, cuyas calles se prestan admirablemente á la lucha de barricadas. Además, el número insuficiente de aquéllas y la necesidad de acudir á muchos puntos á la vez, hizo que los sublevados, organizados perfectamente y provistos de abundancia de armas, pudieran oponer á las fuerzas del ejército enérgica resistencia.

Pero á medida que llegaron nuevos refuerzos, el gobernador general, almirante Doubassof, pudo llevar á cabo el plan de represión enérgica que desde un principio se trazara, y al fin, el día 2 del corriente se rendía el último grupo revolucionario, compuesto de 400 hombres.

Una de las medidas adoptadas por el almirante Doubassof fué castigar con la pena de tres meses de fortaleza y 3.000 rublos de multa á los propietarios ó administradores de las casas en que se refugiaran los insurrectos; otra, armar á los miembros de la Liga del orden, constituyendo con ellos una milicia.



Disturbios revolucionarios en Rusia.—Moscou.—Las barricadas de la Tverskaya.
(De fotografía remitida por «Photo-Nouvelles.»)

Después de estos sangrientos sucesos, cuya importancia puede calcularse sólo con decir que los perjuicios materiales causados por la insurrección se estiman en 150 millones de rublos, se ha restablecido la normalidad en aquella capital, habiendo cesado la huelga, origen de la rebelión, y habiéndose reanudado todos los trabajos.

En cambio continúan los disturbios en otras regiones del imperio: los ferrocarriles de Siberia, lo propio que las líneas de Vladicáucaso y Samara-Zlatovust, hállanse en poder de los huelguistas; en Novorosik, los revolucionarios han establecido un gobierno suyo; en Varsovia menudean los asesinatos, las explosiones de bombas y las luchas sangrientas en las calles; y en las provincias bálticas la insurrección dista mucho de estar dominada. Hay que tener en cuenta, sin embargo, que en todas estas noticias puede haber alguna exageración.

El conde Witte ha hecho sobre esto las siguientes declaraciones: «Si lo que escriben diariamente los periódicos extranjeros á propósito de los acontecimientos de Rusia fuese exacto, hace tiempo que el imperio no existiría; y no obstante, Rusia existe y existirá, porque á pesar de la gravedad de la crisis, saldrá de ella regenerada. Como el estado psicológico de la sociedad europea exige, en general, noticias sensacionales, los corresponsales envían noticias de este género sin preocuparse de la fuente de donde han salido.—X.



Disturbios revolucionarios en Rusia.—Moscou.—Transporte de municiones durante el combate. (De fotografía remitida por «Photo-Nouvelles.»)

REPÚBLICA ARGENTINA. - BUENOS AIRES

CUARTA EXPOSICIÓN DE PINTURA, ARTE ESPAÑOL, ORGANIZADA POR D. JOSÉ PINELO EN LOS SALONES DE CASTILLO

La gente adinerada de la capital federal va tomando gusto al arte pictórico, adquiriendo buenas obras de las primeras firmas europeas y americanas. Este año ha sido verdaderamente excepcional, pues desde el mes de marzo las exposiciones artísticas de pintura y escultura han venido sucediéndose unas á otras con éxito asombroso. Una de las más notables ha sido la organizada por el distinguido artista gaditano D. José Pinelo en los salones de la fotografía Castillo, y que es la cuarta de su serie. La presente supera en mucho á las otras anteriormente presentadas por dicho señor, y así lo ha entendido el público, adquiriendo ya en la primera semana por valor mucho más crecido que en la del año último, con haber sido aquélla de brillantísimo resultado pecuniario. Y es que el Sr. Pinelo, ya en su primer viaje á la República Argentina dióse exacta cuenta de los particulares gustos de este incipiente mercado, que de año en año ensancha su esfera de acción, extendiendo su cultura artística de modo prodigioso, escogiendo con las primeras firmas los asuntos más gratos á la vista, las figuras amables, los paisajes rientes y llenos de sol como propios de la encantadora Andalucía. Porque en las exposiciones traídas por el Sr. Pinelo brilla la nota regional andaluza, sevillana buena parte de ella, con carácter dominador, pero sin quedar excluídas ni mal representadas las demás españolas, aunque con pocas firmas para hacer el contraste debido. Y quizá en esto consista su acierto.

Bilbao es el que, en la presente, figura en primera línea. *De Sevilla á Torrijos* es una tela verdaderamente admirable, de una intensidad abrumadora. Aquella cabalgata en pleno verano, con sol, es de una realidad asombrosa. Figuras, grupos y animales están tratados con toda la maestría del gran artista sevillano. Son del mismo un estudio de mujer de rasgos enérgicos, bien entonado; un *Balcón* en que figuran dos espléndidas cabezas femeninas llenas de picaresca expresión; una tabla, *La playa de Rota*, muy alegre; *La noria*, muy fresco de color, y otros dos más.

Síguele en mérito, en nuestro concepto, Gómez Gil con sus tres prodigiosas playas, seguramente de las costas de Málaga; asombro de realidad en las espumas, en las aguas y en las arenas, y asombro mayor todavía en los efectos de luz, tan exactos que llenan de admiración al espectador. Es de lo mejor que en su género ha venido á Buenos Aires.

Sin tener nada de novedad el celebrado cuadro de García Ramos (José) *Salida de un baile de máscaras*, resulta notable por la observación en las figuras, dando á cada una soltura y expresión adecuadas sin forzar la nota ni afinar demasiado el concepto, resultando un óleo altamente atractivo, con la particularidad de ir apareciendo, á medida que se le contempla, nuevas cualidades y nuevos primores de pincel. En la tela *Un viejo chusco* resalta la gracia de ambos tipos y la técnica del maestro.

Villegas está dignamente representado por dos hermosos tipos de mujeres andaluzas, una tabla y la tela *Los pequeños Adán y Eva*, en la que el artista vence grandes dificultades de ejecución. Ruiz Luna figura con dos telas, algo parcas en el color, y seis estudios al pastel bastante recomendables. Ramos tiene dos telas con flores, una acuarela de Granada y unas veinte tablas de todos tamaños con asuntos de Córdoba y Sevilla, simpáticas de color. Pinelo, el organizador, expone una docena de amenísimos paisajes tratados con la soltura y primor que le son peculiares, poniendo en sus trabajos aquel cariño á la tierra, aquel encanto del alma que tantas maravillas produce. De Morillo son las tablas *Hermoso pasatiempo* y *Un tipo del siglo* XVII, con la característica del distinguido director de la Escuela de Bellas Artes de Cádiz. Muñoz Lucena, poeta de la mujer y de la flor, las coloca siempre armónicamente, siempre juntas y siempre complementándose, como puede verse y admirarse en *El mercado de flores en Granada*, tela hermosísima, cuyos primeros términos están tratados con superior inteligencia y acierto, como asimismo sus otros dos cuadros *Flora* y *La niña del Generalife*. El insigne Moreno Carbonero sólo tiene dos telas, pero ambas de primer orden, y así *Sancho Panza besando al rucio antes de partir para la ínsula*, tan llena de vigor, como *Venta de Malabrigo* en Sierra Morena, tan primoroso de dibujo, color y ambiente, resultan de superior mérito. Jiménez Aranda figura con unos dibujos y tres *gouaches*; Luis Jiménez con cinco telas muy hermosas de ejecución y de asuntos que quizá de todo lo de la exposición es lo menos andaluz, á pesar de ser sevillano el autor; hay algo

Disturbios revolucionarios en Rusia.—Moscou.—Agentes de policía encaminándose á un sitio amenazado por los insurrectos. (De fotografía remitida por «Photo-Nouvelles.»)



Disturbios revolucionarios en Rusia.—Moscou.—Paisanos alistados en la milicia para combatir á los insurrectos. (De fotografía de «Photo-Nouvelles.»)



República Argentina. Buenos Aires.—Cuarta exposición de pintura, arte español, organizada por D. José Pinelo en los salones de Castillo

(De fotografías remitidas por D. Justo Solsona)



República Argentina. Buenos Aires.—Cuarta exposición de pintura, arte español, organizada por D. José Pinelo en los salones de Castillo

(De fotografías remitidas por D. Justo Solsona)

de la buena escuela francesa. García Ramos (Juan) tiene dos telas: *Preparativos de fiesta* y *Tarde de otoño*, y una tabla que titula *Primeros celos;* de Alperiz son tres óleos, paisaje y figura; de Arpa, otros tres de México; de Bertodano, tres de Córdoba; de Cánovas, uno que titula *El barranco de la muerte;* Cañaveral tiene dos óleos; Clemente, tres rincones de Andalucía; el conde de Aguiar, una bonita tela, estudio de caballos y perros; García Rodríguez, dos *gouaches* y tres telas, paisajes de los alrededores de Sevilla y Cádiz; Godoy, dos óleos muy simpáticos, especialmente *La madre*. Además hay obras de Gil Gallango, González Santo, Hidalgo, Lafita, López Cabrera, Macías, Mattoni, Mellado, Rosa, Rico, Villalobos, Viniegra y Peña, pintores todos andaluces y probablemente algunos más que habrán pasado por alto.

De las otras regiones figuran en primer término algunos valencianos, como Agrasot, tan justamente apreciado, figurando con cinco preciosas telas; Barreira, con cuatro hermosas acuarelas y un abanico en que hay copiada la célebre *Vicaría* de Fortuny; Benedito, con dos óleos superiores, *Gente de mar* y *Regando flores;* Beut, con su bonita tela *Batalla de flores;* Muñoz Degrain, con dos telas; Pinazo, con una tabla y unas frutas; Pla, con tres cuadros; y Sala, con dos preciosos óleos. Además hay unos estudios militares de Unceta; un precioso cuadrito de Serra, lleno de ambiente y naturalidad en las figuras contemplando las *Pruebas de incendio en el Tíber;* una calle, de Sainz; una escena playera, de Ramírez; una acuarela, de Pradilla; cuatro telas, de Martínez Cubells, siendo la más notable *El te;* Mas y Fondevila figura con una hermosa vista de Venecia; Llaverías, con una docena de acuarelas, marinas y paisajes de Cataluña; Lhardy, con tres óleos, paisajes de los alrededores de Madrid; Hernández, con otros tres; García Mencía, con seis acuarelas; Gárate, con cuatro óleos muy notables; Francés, con dos; Campuzano, con otros dos; Brugada, con seis hermosas telas, paisajes y asuntos andaluces; Beruete, con dos paisajes; Borrell, con tres; Alcázar, con dos escenas del «Quijote;» Alvarez, con el hermoso cuadro *Pescadores de truchas*, etc., etc., etc., en número de unos ochenta expositores y cerca de doscientas cincuenta obras, amén de un buen número de postales que se han vendido y se venden como pan bendito, y una hermosa escultura en bronce, *Un árabe*, debida al cincel de D. Joaquín Bilbao, de Sevilla.

Puede quedar satisfecho y orgulloso el Sr. Pinelo del asombroso éxito artístico y pecuniario que está obteniendo su cuarta exposición, después de tantas y tantas muy valiosísimas como ha habido en esta ciudad de Buenos Aires en lo que va de año. Es la mejor prueba de la bondad, calidad y mérito de lo presentado con toda sencillez y sin el menor aliño.

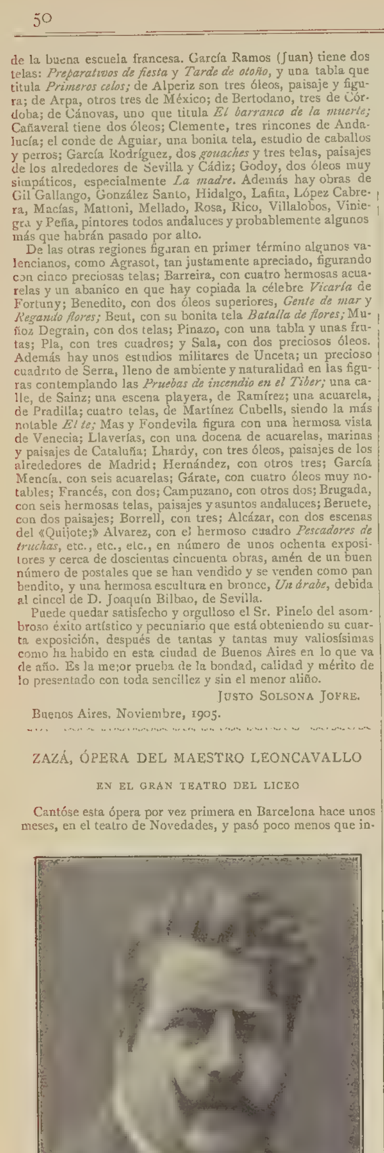
JUSTO SOLSONA JOFRE.

Buenos Aires, Noviembre, 1905.

ZAZÁ, ÓPERA DEL MAESTRO LEONCAVALLO

EN EL GRAN TEATRO DEL LICEO

Cantóse esta ópera por vez primera en Barcelona hace unos meses, en el teatro de Novedades, y pasó poco menos que inadvertida, á lo que contribuyó seguramente la deficiente ejecución que entonces le cupo. Ahora se ha reproducido en el Gran Teatro del Liceo, y la impresión que ha causado en el público ha sido mucho más favorable, habiendo podido apreciarse mejor que entonces las bellezas melódicas de la partitura del autor de *I Pagliacci*.



RUGGIERO LEONCAVALLO,
autor de la ópera *Zazá*, recientemente representada con buen éxito en el Gran Teatro del Liceo de Barcelona

Preciso es confesar, sin embargo, que el éxito de ahora se debe en primer término á los dos principales intérpretes de la obra, á la Sra. Carelli y al Sr. Sanmarco. La primera bordó, por decirlo así, su papel en el primer acto; estuvo á la altura de una gran actriz en el segundo; dijo admirablemente las escenas interesantes del tercero, y cantó con hermoso sentimiento dramático el cuarto. El Sr. Sanmarco interpretó de un modo magistral el papel de Cascart.

El público aplaudió con verdadero entusiasmo á ambos artistas, aplausos de los que participaron también muy justamente el tenor Sr. Perea y el maestro Sr. Lamothe de Grignón, que dirigió la orquesta con mucho acierto.

HOJAS DE OTOÑO

FRAGMENTO DE UN CUADRO DE A. RIDEL

(Véase el grabado de la página 41)

Lo que en este mismo número decimos de otro cuadro, *La hora gris*, de Mme. Jane de Montchenu, podemos aplicarlo á la obra del celebrado pintor francés A. Ridel. No es este lienzo de los que impresionan solamente nuestros sentidos, sino de los que producen en nosotros una emoción más honda y más duradera; no recrea simplemente nuestros ojos, sino que logra conmover nuestro corazón. La apacibilidad del sitio, la tenue claridad que ilumina el paisaje, la tristeza del agua estancada, del cielo velado por densas nubes, del árbol cuyas hojas medio marchitas están á punto de desprenderse de las ramas que durante la primavera y el verano las sustentara y nutriera, la misma actitud confidencial de esas dos figuras, todo se combina en un conjunto lleno de sentimiento, de un sentimiento plácido que insensiblemente nos invade y pone nuestra alma al unísono del alma del artista y nos hace saborear en toda su intensidad las bellezas de la obra por él creada.

MADONA CON EL NIÑO

OBRA DE DESIDERIO DE SETTIGNANO

El autor de esta obra, por la cual el célebre millonario Mr. Pierpont Morgán ha ofrecido 250.000 francos, nació en Settignano (Toscana) en 1457 y murió en Florencia en 1485. Siendo todavía un niño, recibió lecciones de Donatello, perfeccionóse con el estudio de las creaciones de tan famoso maestro y estuvo dotado de un talento tan eminente como precoz. A pesar de haber muerto á la temprana edad de veintiocho años, dejó á la admiración de la posteridad algunos bajos relieves que se ven en la galería de Florencia, las hermosas esculturas del altar del Santo Sacramento de la iglesia de San Lorenzo de la propia ciudad, el púlpito de la iglesia de Badda, población cercana á Florencia, la estatua de la Magdalena de la iglesia de la Santa Trinidad y la *Madona* que el adjunto grabado reproduce. Pero su obra capital es el magnífico mausoleo de Carlos Marsuppini en la iglesia florentina de Santa Croce, que se considera como uno de los más hermosos ejemplares de la escultura italiana del siglo XV.

MISCELÁNEA

Espectáculos.—BARCELONA. – En el teatro Principal ha dado dos notables conciertos el niño pianista Miecio Horszowski, de quien no hace mucho se ocupó extensamente LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA. En el primero tocó la Sonata patética de Beethoven, las *Escenas de niños* de Schumann, dos nocturnos, un bolero y una mazurca de Chopin, *El ruiseñor* de Listz, la *Romanza en fa* de Tchaikowski, *Fuego fatuo* de Jensen y *Junto al arroyo* de Rechetitzky; en el segundo ejecutó, acompañado por la orquesta, que dirigió admirablemente el Sr. Granados, el *Concierto en re menor* de Mozart, el *Concierto en sol mayor* de Beethoven, y el *Andante spianato* y *Gran polonesa* de Chopin. Además tocó solo un *Preludio*, la *Mazurca en si menor* y el *Nocturno en re bemol* de este último compositor. Cuanto se diga en alabanza de Miecio Horszowski ha de resultar pálido al lado de la realidad; todas las cualidades que pueden exigirse al más eminente concertista, todas las puso una vez más de manifiesto ese artista prodigioso, para quien no existen dificultades de ejecución ni sobre todo de interpretación. El público tributó á Miecio una serie de ovaciones entusiastas como pocas veces se han presenciado en Barcelona.

En el propio teatro y en la sección de Veladas literarias de los Espectáculos Audiciones Graner, se ha estrenado con buen éxito la comedia en tres actos de Bjornson *Amor y geografía*.

– En el Eldorado se ha dado á conocer como cantante de gran porvenir la niña de doce años Margarita Beltramo, que ha ejecutado con gran afinación y mucha seguridad fragmentos de las óperas *Dinorah* y *Traviata*, las *Variaciones de Proch* y otras piezas no menos difíciles.

Associació Wagneriana. – El Sr. Doménech y Español ha dado en esta asociación dos notabilísimas conferencias: la primera versó sobre *Los actuales elementos componentes de la Música (sistema y tecnicismo) y su evolución hasta Wagner;* la segunda, sobre la *Verdadera naturaleza y significación de la Música*. Ilustró el conferenciante su primera conferencia con ejemplos de la evolución musical, ejecutando en el piano obras de Bach, Mozart, Beethoven, Schubert, Schumann, Weber, Vincent d'Indy y Wagner. El Sr. Doménech Español, que ha demostrado una vez más sus grandes conocimientos musicales, obtuvo grandes y merecidos aplausos.

Necrología.—Han fallecido:

Alberto de Kolliker, anatómico, zoólogo é histólogo suizo, ex profesor de Fisiología y de Anatomía comparada de la Universidad de Zurich.

Alfredo Nicolás Rambaud, ilustre historiador francés, profesor de la Sorbona, miembro del Instituto de Francia, ex senador, ex ministro de Instrucción Pública, autor de varias notables obras.

Miguel Rieser, pintor de historia austriaco, miembro de la Academia de Viena, profesor de la Escuela de Industrias Artísticas del Museo Austriaco y varias veces director de ésta.

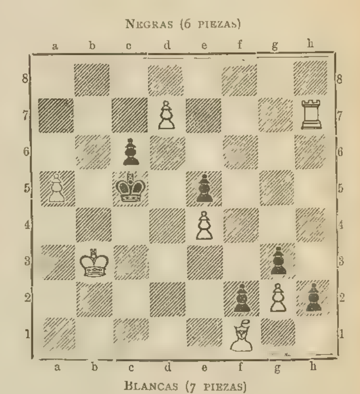


MADONA CON EL NIÑO, obra de Desiderio de Settignano existente en el Palacio Municipal de Solarolo (provincia de Rávena), por la cual ha ofrecido recientemente Mr. Pierpont Morgán 250.000 francos.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 412, POR J. SCHUMER.

NEGRAS (6 piezas)



BLANCAS (7 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 411, POR F. SCHRUFER.

Blancas.	Negras.
1. Tf7-f8	1. Ag3-f2
2. Tf8-f3	2. g4×f3
3. Ad7-h3	3. Cualquiera.
4. Ah3-f1 mate.	

VARIANTES.

2...... ... Af2-e3; 3. Tf3-g3, etc.
g4-g3; 3. Cb5-d6 jaq., etc.

LA OFENSIVA

NOVELA DE ALBERICH CHABROL.—ILUSTRACIONES DE JORGE SCOTT

(CONTINUACIÓN)

Domingo, 8 de diciembre.

Miette ha recobrado la voz. A la hora del café con leche, que este Merlín tiene la mala costumbre de traerme á la cama cuando me he acostado tarde, he dicho al buen hombre:

—Ya no se oye á tu sobrina en la casa. Tú me dijiste, sin embargo, que cantaba todo el día. ¿Está resfriada?

Merlín me responde vivamente, como si hubiese yo hecho una suposición insultante:

—¡Oh! Miette no se resfría jamás... Pero es que teme molestar al señor...

Con un calor lleno de elocuencia, encargo entonces á Merlín que la desengañe. ¿Acaso temblaban los dos al lado mío como á los pies de un tirano? ¿Es que se consideraban como unos esclavos? ¿Era mi casa una cárcel ó un claustro? ¿Qué podía molestarme que se cantase en la cocina? Yo no me ocupaba de lo que pasaba abajo... Que cantase Miette de la mañana á la noche como era su costumbre... Así me distraería oyéndola...

Sin notar las contradicciones de mi discurso, que yo mismo no veo más que á medida que las voy escribiendo, Merlín me da plácidamente esta respuesta al llevarse la bandeja:

—Bueno, señor; voy á decir á Miette que cante... El señor puede estar seguro de que no dejará de hacerlo...

Y toda la mañana, Miette ocupada en el sótano y yo sentado al piano en el salón, hemos estado hojeando juntos unas cuantas operetas y óperas cómicas antiguas y nuevas: *Le Petit Duc*, *Rip*, *Manón*, *Mignón*, *Carmen* y hasta *Luise*.



– No me han enseñado mejor

Había temas que ella no conocía y que me dejaba tocar solo la primera vez. Después se los volvía á empezar, y como un pajarillo que recibe la lección del dueño que le tiene enjaulado, empezaba la canción conmigo, se detenía indecisa con rubores por su ignorancia que yo conocía muy bien y confusiones que yo adivinaba. Algunas veces, para animarla, tocaba yo un momento trozos de orquesta, después de lo cual, familiarizada ya con la pieza, Miette emitía su voz con más seguridad y amplitud.

No me ha hecho esperar el precio de la lección. Durante el almuerzo se me ha presentado Miette, detrás de su tío, con dos platos de entremeses. El traje de arlesiana, que se confunde un poco á la luz artificial, muestra á la del día todos sus encantadores detalles, tales como el adamascado del delantal rosa pálido y amarillo sobre el color verde ciruela de la falda, que yo creía negra; el perfil de la pañoleta, con sus extremos perdidos en el cinturón, y los pliegues superpuestos de la muselina, entre los cuales parece dormir, como entre hojas de rosa, la cruz de oro de la *capella*...

Miette tiene los ojos bajos al servirme y en su boquita se exhibe la expresión grave y reposada de una experta matrona... Pero sigue teniendo sus hoyuelos llenos de sonrisas y aun de carcajadas...

—Buenos días, Miette.

—Muy buenos, señor.

Sus manos dejan los dos platos en la mesa y vuelan como dos mariposas hacia la puerta.

—Espere usted, Miette... Esta mañana no ha cantado usted mal, aunque se ve que no entiende nada de matices... Canta usted así, como si estuviera jugando al corro: «*¡Malborough se fué á la guerra!*..»

Miette baja más los ojos y dice:

—No me han enseñado mejor...

—Eso no se enseña; hay que sentir lo que se canta.

Pero ¿es porque he echado demasiado sal en los huevos y esto me obliga á hacer un gesto? ¿Es porque he hablado un poco fuerte y en tono pontifical, como todos los profesores pasados, presentes y, sin duda, futuros? Ello es que Miette ha retrocedido todavía un poco más.

—¿Se escapa usted, Miette?

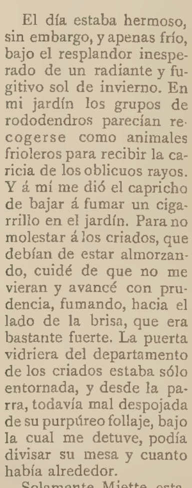
—Señor, se va á quemar el biftec...

Mi extraordinaria y deliciosa discípula ha desaparecido. Me desquito con Merlín y le dirijo, durante todo el almuerzo, una especie de filípica sobre la pretensión de los artistas jóvenes de todos los géneros, que se figuran que no hay más que dejar hacer á la naturaleza, como si la aplicación al trabajo y la adquisición de mecanismo no fueran condiciones de primer orden para el talento y para el éxito...

Vuelvo varias veces á mi tesis y la desarrollo. Merlín, que trata en vano de seguirme, acaba por colocar, en el momento que cree oportuno, su máxima favorita y jamás terminada:

—¡El señor tiene mucha razón! ¡La verdad es que la juventud de hoy!..

El bueno de mi criado parece insinuar que, por fortuna para él y para mí, ni el uno ni el otro formamos parte de esta generación sin principios... Y me levanto de la mesa de un humor muy negro.



El día estaba hermoso, sin embargo, y apenas frío, bajo el resplandor inesperado de un radiante y fugitivo sol de invierno. En mi jardín los grupos de rododendros parecían recogerse como animales frioleros para recibir la caricia de los oblicuos rayos. Y á mí me dió el capricho de bajar á fumar un cigarrillo en el jardín. Para no molestar á los criados, que debían de estar almorzando, cuidé de que no me vieran y avancé con prudencia, fumando, hacia el lado de la brisa, que era bastante fuerte. La puerta vidriera del departamento de los criados estaba sólo entornada, y desde la parra, todavía mal despojada de su purpúreo follaje, bajo la cual me detuve, podía divisar su mesa y cuanto había alrededor.

Solamente Miette estaba sentada, frente por frente de la gata criada por Merlín, la cual, sentada como una esfinge bajo un rayo de sol que doraba el blanco mantel, la estaba mirando pelar una naranja, con los ojos inseguros de un filósofo pesimista. De vez en cuando le lanzaba Miette una cáscara ó una pipa de las que retiraba de sus rojos labios, y después, para colmo de vejaciones, adelantaba, con gracioso ademán la cabecita hacia los bigotes del tranquilo animal y le cantaba á toda voz una canción popular.

La gata, al fin cansada, se levantaba y se estiraba cuan larga era, con un bostezo de desdeñoso fastidio; y Miette, entonces, la cogía en brazos, se la echaba en el hombro y acariciaba con su manecita aquel cuerpo atigrado, mientras yo me asustaba viendo las garras medio preparadas tan cerca de aquellas muselinas entreabiertas en el cuello de la muchacha.

Merlín, familiarizado con aquellos juegos, estaba en pie al lado de Miette, sirviéndole una taza de café, y reía plácidamente y tan á menudo, que casi me producía una especie de impaciencia... No hay nada tan insoportable como presenciar una diversión de la que uno no puede participar... Pero soy el amo, y como tal, tengo que ignorar sus humildes goces y penas, hasta el punto de que, si me hubiera reunido con Merlín, pronto él y Miette se hubieran privado de su alegría y de ser felices juntos.

Otra observación me ha dado más pena. Merlín, en vez de sentarse á comer enfrente de su sobrina, tenía el plato en el extremo de la mesa y estaba todavía comiendo su cocido mientras ya Miette se tomaba tranquilamente el café que su tío acababa de servirle, servilleta al brazo y en la misma actitud irreprochable que á mí...

¡Así es, por desgracia! El aspecto halagüeño de las cosas no impide que tengan un revés de fealdad.

La instrucción pule la raza y la prepara á una vida más elevada y más noble, es verdad; pero, mientras tanto, su efecto más inmediato es volver de arriba abajo las relaciones naturales entre las dos ó tres generaciones que componen una familia. Los viejos abdican ahora ante los jóvenes, como si vislumbraran confusamente que el saber de éstos equivale al derecho que antes tenían la vejez y la experiencia á todas las consideraciones.

He sentido, al menos, algún consuelo al ver que la misma Miette encontraba excesivas las pruebas que le daba su tío de ese malsano sentimiento, pues cuando Merlín le presentó además un plato con bizcochos, ella exclamó con un poco de cólera:

—Hace mucho tiempo que tengo todo lo que me hace falta... Almuerza tranquilo... ¿Quieres dejarte morir de hambre?

Aunque la forma fuese un poco brusca para hablar con un pariente de cierta edad, me ha gustado el fondo de la frase, así como la cariñosa broma que le dió cogiéndole por detrás las patillas y tirándole suavemente de ellas dos ó tres veces.

Lunes, 9 de diciembre.

Esta mañana he estado pasando el tiempo en el salón y hojeando música nueva que pensaba descifrar con Miette, pues acababa yo de abrir la puerta de los sótanos. Pero bien fuese impaciencia porque tardaba en empezar, ó bien que así fuese hoy su capricho, ello es que Miette se puso á tararear y luego á cantar á toda voz romanzas del siglo XVIII, y entre ellas, una melodía pastoril á lo Watteau, atribuída á María Antonieta y cuya monótona duración tiene algo de opresor... Y aquella voz casi infantil que la cantaba con cándida letra, como un secreto que se escapa sin querer de una boca ingenua, provocaba en todo mi ser una extraña excitación nerviosa. Al mismo tiempo que un placer dudoso, experimentaba un sufrimiento tan definido, que, para hacerle cesar, empecé á tocar en el piano una sonata de Mozart en cuanto Miette acabó la primera estrofa. Pero hete aquí que la voz de Miette se pone á revolotear por encima de mis notas y sirviéndose de la sonata como acompañamiento, canta en el mismo tono una romanza célebre:

Placer de amor sólo dura un momento;
Su desesperación, toda la vida.

La pieza, por otra parte, está muy alta para su voz, pues he puesto el pedal y la he oído perder el aliento y desgañitarse en la doliente frase en tono menor:

–Yo te amaré, dijo la ingrata Silvia...

—¡Pero qué atrocidad! ¡Qué locura!

Dejo el piano bruscamente, y Merlín, que traía leña para la chimenea, retrocede un paso y me mira con inquietud, mientras yo le interpelo con los brazos cruzados:

—¿Quieres preguntar á Miette si es de buen sentido cantar de tal modo, ó si es que se ha propuesto echarse á perder la voz?..

Merlín hace ademán de hablar, pero no oigo ninguna respuesta y sigo hablando no menos furioso:

—Que la cante en si bemol, ¿entiendes?.. Anda, pon ahí esos leños y despáchate... ¿No te hace daño el oirla?

Merlín hace un movimiento de cabeza que no es precisamente una afirmación, y se apresura, sin embargo, á transmitir á Miette aquella orden enigmática, con la esperanza de que ella la entenderá.



Continúa la lección de canto, pero llega un momento que es preciso hacer un descanso

Pero no, Miette no la entiende y él viene á decírmelo sin atreverse á pasar del umbral de la puerta.

—Señor, he debido de explicar mal esa cosa...

—Bueno, que suba, entonces...

Y Miette acude á la llamada, pero se queda en el pasillo y yo no veo al principio por la abertura de la puerta más que las redondeces de una cacerola de cobre que aquella linda mano está limpiando con un trapo.

Afirmo entonces la voz y digo en el tono más doctoral:

—Venga usted, Miette, á ver si la pongo á tono de una vez para siempre... ¡Usted no se figura, querida niña, el daño que se hace cantando así, á capricho!.. ¡Vamos á ver! Oiga usted...

Empiezo la melodía, y Miette, todavía detrás de la puerta, modula con la voz un poco melancólica y regañona de un niño enfadado:

Placer de amor sólo dura un momento.

De este modo acabamos juntos la estrofa. ¡Es absurdo, pero delicioso! Merlín, en medio del salón, con las manos cruzadas debajo del peto del delantal y contemplando á su sobrina por el hueco de la puerta, mueve la cabeza con expresión de felicidad vanidosa y sonriente.

Y yo exclamo tocando el *ritornello:*

—Pero, Miette, ¿cree usted que me la voy á comer? Entre usted... Entre usted... Y tú, Merlín, quítale esa cacerola...

Miette se adelanta á menudos pasos de pajarillo en alarma, infinitamente divertida é infinitamente intimidada. Apenas sonríe con los ojos y con la boca, pero se ríe francamente con todos sus oyuelos. Merlín, que no profesa menos que yo la opinión de que su sobrina no ha venido al mundo para los quehaceres caseros, se apresura á desembarazarla de su cacerola. Y como, después de todo, alguien tiene que dedicarse á todas esas cosas, Merlín se va á echarles una mano, andando sobre las puntas de sus anchas zapatillas, y cierra suavemente, al salir, la puerta del salón.

Continúa la lección de canto, pero llega un momento que es preciso hacer un descanso. Y mientras con una mano hojeo mis papeles de música y hago con la otra rápidas escalas ascendentes y descendentes en el teclado, pregunto á Miette, que está en pie á mi lado:

—¿Acaso usted cree, Miette, que la dicha de amar es tan corta y que no hay después más que penas y desesperación para el alma?

Levanto los ojos hacia Miette, que ha bajado los suyos y cuya linda carita expresa una meditación muy profunda; y por fin, mientras da vueltas distraídamente á una arandela de las luces, mueve la ancha cinta de su tocado que le cae sobre la oreja izquierda, y declara redondamente:

–Si eso sucede, señor, es que no se había amado de veras...

¡Calla, calla! ¡Mi discípula resuelve de plano esa verdad alrededor de la cual dan vueltas, sin descubrirla, nuestros más sutiles psicólogos!..

Pero Miette se pone más y más pensativa y por dos veces entreabré el capullo de rosa de sus labios para cerrarle sin decir nada.

—¿Tiene usted algo que preguntarme, Miette?

—¡Oh! No, señor... Es decir..., yo..., yo... quisiera saber si es posible que la persona á quien amemos no nos ame..., no nos ame nunca..

Al oir esta cándida pregunta, flotan en mi recuerdo visiones del pasado; largas y hermosas visiones de ángeles que fueron malos, ó más bien, malas; para mí... Pero no es cosa de descubrir á una niña de diez y ocho años ese fondo cruel de mi vida, y le digo sonriendo:

—En todo caso no es usted quien tiene que temer semejante pena.

—¿Por qué, señor?

—Recuerde usted con qué entusiasmo cantaba el otro día, mirándose al espejo, el aria de las *Joyas:*

Como una señorita
Me encontraré bonita...

Miette agita los lindos bucles cobrizos que se escapan de su minúscula cofia, y murmura:

—Eso no quiere decir que una guste á aquel que...

—A aquel por quien solamente se quisiera ser linda, ¿no es verdad?

La muchacha coge una punta del delantal para cubrirse con él la cara, que se ha puesto como una rosa... ¡Cualquiera diría que, verdaderamente, había alguna emoción en aquel corazoncito de alondra!..

Con una acritud repentina cuya causa no comprendo, me levanto, me pongo á pasear por el salón, me echo á reir y digo:

—No querrá usted hacerme creer, supongo, que una muchachuela de su edad ha sospechado ya las cosas del amor...

—¡Señor!..

Miette no protesta más que de ese modo oculta detrás de la punta del delantal, pero su observación basta para ponerme nervioso en extremo.

—¡Vamos! Algún mozo del pueblo que habrá cantado una noche, debajo de sus ventanas de usted, la canción de Magalí... Y su imaginación le ha convertido en seguida en objeto de sus sueños... ¡Ah! Si hiciese usted la locura de casarse con él, entonces sí que conocería la desdicha de haber amado un día sin ton ni son... Pero ahora comprendo; sin duda Merlín ha querido traérsela á usted á París para poner fin á alguna bobada de ese género... Pues bien, pobre niña, si he de dar á usted algún consejo, es el de no volver á su pueblo hasta que haya olvidado á ese palurdo, que seguramente está cien leguas por debajo de usted.

Miette se tapa un poco más la cara con el delantal. ¿Está llorando? La idea de que tiene penas me conmueve y me exaspera á la vez. Recuerdo de repente que están esperando unas pruebas en la *Revista del arte y de los artistas*, y me voy, después de despedirme de Miette con voz un poco temblorosa.

En la *Revista* encuentro al director conferenciando con el ajustador, y en cuanto me ve me dice:

—¡Adelante, querido Delombre! Iba, justamente, á enviar á usted un recado... ¡Es tan raro en usted el retrasarse! ¿Está usted enamorado?..

Pienso que creería una buena continuación de su broma el responderle:

—No, pero he estado dando una lección de canto y de sentimiento á mi cocinera...

La verdad es que mi conversación con Miette es soberanamente ridícula. ¿Por qué razón he de interesarme en la historia de esa chica?.. Y sin embargo, cuando los criados toman parte en los sucesos de nuestra vida de familia, como le pasa á Merlín, ¿no acaban por merecer, al menos, el mismo interés que se dedica á unos parientes humildes y pobres? En realidad, creo que haría una buena obra tratando de preservar contra las ilusiones que conducen al paso irreparable á una niña tan simpática, á la que Merlín considera como una hija y á la que quiere profundamente, según he visto.

Sábado, 14 de diciembre.

Yo, antiguo discípulo y hoy concurrente asiduo del Conservatorio, ¿cómo he podido asombrarme hasta ahora de la facilidad con que Miette afronta las dificultades de las piezas que le traigo todos los días? ¡Se trata de una niña prodigiosa, sencillamente! Si hubiera nacido en París y de padres menos obscuros y más enterados de las cosas, hubiera podido figurar entre esas alumnas de diez años que birlan los primeros premios á compañeras de doble edad y largos años de estudio.

Este invierno me ocurre con frecuencia pasar en casa de cinco á siete.—Sí, he acabado por aburrirme un poco de vagar sin interrupción por las triviales habitaciones del círculo hasta que me iba á trabajar un poco antes de acostarme.—Una de esas dos horas la paso al lado del fuego, escuchando de lejos la charla y las risotadas de Miette, á quien veo en mi imaginación haciendo piruetas alrededor de su tío mientras éste prepara la comida de los dos.—Porque yo no digo de esto ni una palabra á Merlín, pero dudo mucho que consiga jamás iniciar á su sobrina en los misterios del puchero de gallina.—Después oprimo el botón de la campanilla y cuando se presenta Merlín le pregunto con la mayor gravedad del mundo si Miette podría «disponer de un momentito» para descifrar conmigo una nueva partitura. Merlín, no menos gravemente, me responde que va á informarse, y pronto unos pasitos y un ligero roce de faldas en el pasillo me anuncian que la negociación ha tenido feliz resultado. Y yo no cambiaría mi «de cinco á siete» por el de la mujer más guapa de París.

Miette y yo cantamos dúos de amor, cantamos separaciones trágicas, cantamos pesares crueles; pero cualquiera que sea la expresión de mi voz, ella emite la suya de un modo uniforme, gorjeando; gorjea «Te amo;» gorjea «Quiero morir de amor;» gorjea hasta las imprecaciones al destino, y el gran salón casi á obscuras, pues sólo están encendidas las luces del piano, parece una pajarera llena de habitantes felices de estar allí reunidos y presos.

Apenas sentada en el borde de una silla alta, Miette domina de tal modo el instrumento

Esta tarde he vuelto á casa dispuesto á una de nuestras sesiones cotidianas, y al empujar la puerta, que había yo abierto con mi llave, he oído los sonidos del arpa—*¡de mi arpa!*—Alguien estaba tocando en el salón, y las sonoras gotas de agua de una pieza de Mendelssohn corrían hasta mí como para saludar mi regreso. Me he acercado cautelosamente, de modo que la alfombra ahogase el ruido de mis pasos, y el corazón me latía, pues—¡esto es lo extraordinario!—ni por un minuto me ha ocurrido que fuese algún artista amigo que me esperaba tocando. Y al entreabrir con prudencia la puerta, he visto el gracioso cuadro. Miette, con su traje arcaico, el arpa apoyada en el hombro y su perfil recortado en la penumbra por el resto de crepúsculo que se filtraba por los visillos de encaje, estaba tocando como todavía no sabe cantar; como una verdadera inspirada.

Pero me aproximo y ella levanta las manos, lanza un ligero grito y se pone en pie detrás del arpa. La veo llena de confusión y le digo, fingiendo alguna severidad:

—Muy bien, Miette; ¿así se aprovecha usted de lo ajeno?

La muchacha murmura:

—¡Hubiera debido pedir permiso!

—Sin duda alguna... Y pedir también el de tener ese talento..., que no puede menos de dificultar sus progresos como cocinera...

Miette murmura otra vez:

—¿El señor no me va á despedir?

—Tendremos paciencia, Miette, tendremos paciencia..., al menos por algún tiempo.

Mientras digo esto, vuelvo el conmutador de la luz eléctrica y las paredes del salón se llenan de flores luminosas. Miette, entonces, consulta mi cara, y en la suya aparece la más sonrosada sonrisa al lado de las sonrisas de oro del arpa, que ella vuelve á coger sin que yo se lo mande, mientras yo saco el violín del estuche...

Apenas sentada en el borde de una silla alta, Miette domina de tal modo el instrumento, que á veces toca con los ojos levantados, y parece entonces que su mirada se sumerge en una abertura del inmenso cielo azul, en el que la linda y santa adolescente irá dentro de poco á reunirse con los músicos de las alturas, levantada, á modo de alas, por las muselinas de su pañoleta...

¡Extraña y fascinadora criatura! Por muy grande que sea su talento, su gracia y su belleza serán las que hagan de ella un verdadero prodigio. Como yo lo pensé, Miette debe el haberse dado cuenta de sus felices disposiciones á un músico retirado, pariente lejano suyo, según creo. Como el buen señor era arpista y no conocía otro instrumento, en ese fué donde enseñó á la muchacha la gramática.

—Miette, su profesor debe de sentir mucho que se haya usted marchado, le dije.

—¡Si viviera, no hubiera yo venido á París!, me respondió con los ojos arrasados en lágrimas.

—¿Fué él quien, antes de morir inspiró á usted la idea de venir á la capital?

La joven dejó pasar un minuto y dijo después en voz muy baja y con labios temblorosos:

—Sí, señor, él fué.

—Pero, pobre niña, su profesor hubiera debido advertir á usted que, teniendo ese talento, no se viene á París como cocinera, sino como alumna del Conservatorio. Se hubiera usted presentado al examen de admisión este otoño, y es posible que en este mismo año hubiese obtenido el primer premio...

Miette levanta la sonrosada barbilla y me dice:

—¡Pero, señor..., para eso hubiera hecho falta mucho dinero!..

¡Ah! ¡El dinero, el dinero!.. ¿Por qué no lo tienen precisamente aquellos que mejor sabrían emplearlo? De modo que porque esta joven, tan eminentemente favorecida, carece de esa palanca irreemplazable, todos los espléndidos dones que ha recibido de Dios y de la naturaleza se perderán para la sociedad y para ella. Su destino será sacrificado y sacrificadas las horas de armonía que hubiera podido dar á conocer al mundo...

Pero ¿no es una indicación del cielo que Miette haya venido á mi casa? No tengo mujer ni tengo hijos; ¿qué mejor empleo puedo dar á lo que me sobra que utilizarlo en la salvación de una existencia?.. Mañana mismo voy á hablar con Merlín, cuando me traiga á mi cuarto el café con leche.

EL DIARIO DE MIETTE

Miércoles, 18 de diciembre.

Mi vida al lado de Marcos me interesa tan apasionadamente, que apenas tengo paciencia para escribir unas líneas en mi diario.

A las lecciones de canto añade mi primo hace algún tiempo otras de arpa, pues le he hecho ver mis disposiciones para ese instrumento.

La escena en que me preguntó si había yo venido á París por inspiración de «mi profesor,» fué un tanto embarazosa. No me repugna gran cosa, y hasta me divierte, representar comedias. ¡Pero mentir con palabras positivas!..

Por fortuna me bastó un poco de reflexión para convencerme de que he obedecido, en efecto, al deseo y aun á la voluntad de mi profesor, de mi tío, de mi padre, cuando he salido de los Angles para venir al encuentro de aquel á quien él, en su corazón, había nombrado hijo suyo.

(Se continuará.)

CÓMO VIAJAN LAS PERSONAS REALES DE INGLATERRA

Con frecuencia se oye decir: «Por nada de este mundo quisiera ser rey,» y hasta, tal vez, lo hemos dicho nosotros mismos. Sin embargo, la realeza tiene sus compensaciones, sobre todo cuando hay necesidad de viajar en ferrocarril. Si alguna vez ocupara yo el trono por espacio de veinticuatro horas, parte de ese día lo dedicaría á un viaje de esa clase.

Salón del tren real inglés del ferrocarril Londres-Noroeste

Porque el que es rey ó reina de Inglaterra, por ejemplo, viaja con todas las comodidades imaginables. La quinta esencia del lujo y bienestar que pueden disfrutarse viajando está reservada á las personas reales. Verdad es que el millonario magnate americano, propietario de ferrocarriles, puede hacerlo en un coche más semejante á un palacio que el del mismo rey de Inglaterra; puede llevar en su tren departamento de baños con pilas de mármol, biblioteca, piano y escritorio completo, con taquígrafo y quien manipule la máquina de escribir. Pero nunca podrán aislarse tan enteramente, ni trasladarse de un punto á otro, de un modo tan fácil, corriente y seguro como el rey Eduardo VII y su consorte.

Lo principal es que si fuera usted rey, los viajes no le proporcionarían molestia alguna. Principiaremos por decir que de diez veces nueve, todos los preparativos del viaje quedarían arreglados con muchos días de anticipación, sin que tuviera usted que preocuparse de nada; los más mínimos detalles se conciertan de antemano; desde el más alto hasta el más bajo de los que tuvieran que ocuparse de la seguridad de usted estarían sobre aviso.

El día señalado para el viaje, su principal adlátere, en figura de secretario particular ó de cualquier otro funcionario, le tocaría el regio codo para advertirle que el carruaje estaba esperando á las puertas de palacio y el tren en la estación. Podría usted ir con los ojos vendados ó durmiendo desde el comienzo hasta el fin del viaje, con la completa seguridad de que usted y su equipaje habían de llegar, sin tropiezos, á su destino.

La cuestión del equipaje, problema tan difícil para el viajero particular, no existe en absoluto para las personas reales. Si fuera usted rey, no se concibe que pudiera llegar el caso de hallarse usted, al fin del viaje, con que en la maleta tan sólo venía un par de calcetines y que faltaban el cepillo de dientes y los botones de la pechera de la camisa. Y no se limitarían los empleados del guardarropa á arreglar á usted las maletas, sino que en carruajes especiales las llevarían á la estación y de ella, si era mucho el equipaje, saldría en un segundo tren de carga, perfectamente dispuesto *ad hoc*.



Vagón del séquito real

Habiendo llegado á la estación, suponiendo siempre que fuera usted rey, bajaría usted, no en la entrada pública, sino en una puerta especial y reservada, pisando una roja alfombra, cruzaría el regio salón de espera y saldría al andén, donde recibiría los saludos de los altos empleados del ferrocarril.

Tal vez al aproximarse usted al tren, vendría á su encuentro el presidente del consejo de administración de la línea, par del reino; con toda seguridad estarían presentes uno ó dos directores, con quienes podría usted cambiar algunas frases. Si fuera usted el rey Eduardo, recordaría usted y hablaría á todos los empleados, á quienes hubiera usted visto alguna otra vez, porque S. M. nunca se olvida de un rostro que ha conocido, ni deja de saludar á los amigos.

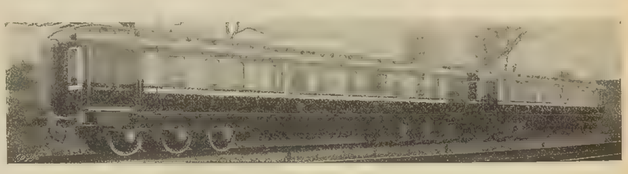
Vería usted que un tren real es tan distinto de un tren ordinario, como un palacio de la cabaña de un cafre. La idea que ha guiado á sus constructores es la de hacerle á usted olvidar que el tren es un tren, y han conseguido un éxito satisfactorio. Si usted entrara en el coche de fumar del rey, se figuraría que entraba en un salón en miniatura de un lujoso club de Londres; si en el coche de la reina, que era aquello una sala pequeña de palacio.

En cuanto usted y su séquito tuvieran á bien sentarse, el tren echaría á andar, sin esperar á que fuera la hora señalada. Sin embargo, el itinerario sería una de las cosas que primero se ofrecerían á su vista, bajo la forma de un pliego del más fino papel de cartas, en el que, con letras de oro, estaría impreso cuándo se suponía que había usted de partir y cuándo llegar. Todos los demás detalles relativos á horas y estaciones, están omitidos por completo, pues no hay para qué se preocupe de ellos una real cabeza. Cuanto tendría usted que hacer durante el curso del viaje, sería entretenerse y distraerse del modo que le pareciera á usted mejor.

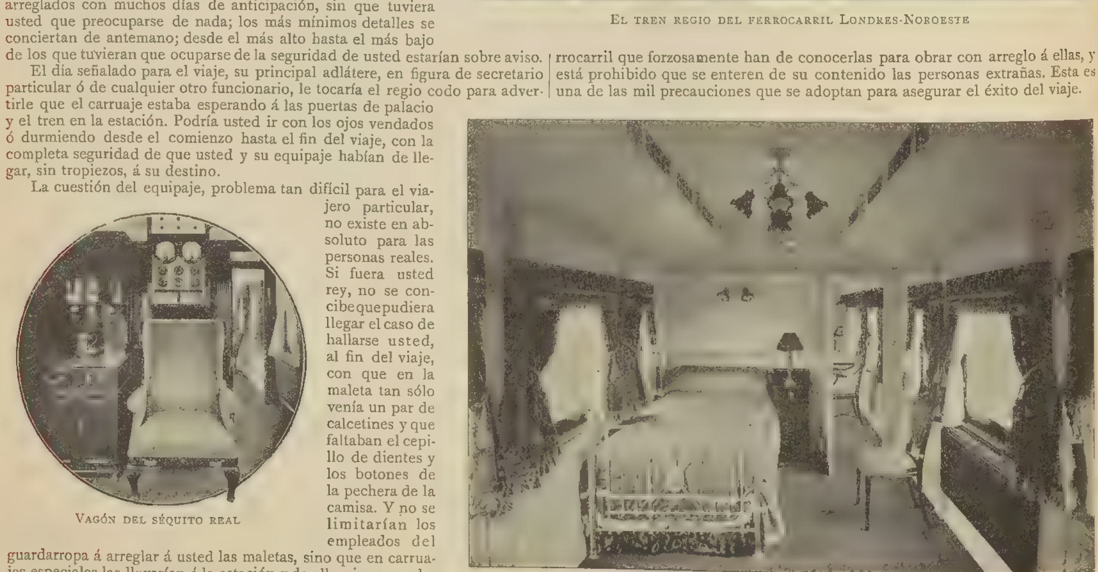
Muy distinto del regio itinerario, blanco y oro, es aquel por el que se guía el tren. Consiste éste en un pliego de papel de gran tamaño, cubierto enteramente de instrucciones impresas con las reglas que han de ser observadas por todos los empleados del ferrocarril que han de intervenir en el viaje, marcando asimismo la hora en que se ha de pasar por las estaciones principales de la vía.

El maquinista principal del tren regio marcha con sujeción estricta á ese itinerario. Si se retarda al salir, porque el rey se demora, gana los minutos perdidos tan pronto como le es posible, y desde ese momento corre sujetándose al itinerario, ni más despacio ni más aprisa, á fin de llegar en el momento preciso señalado.

Las instrucciones oficiales que regulan el viaje regio llevan el epígrafe de «absolutamente reservadas;» sólo se comunican á aquellos empleados del ferrocarril que forzosamente han de conocerlas para obrar con arreglo á ellas, y está prohibido que se enteren de su contenido las personas extrañas. Esta es una de las mil precauciones que se adoptan para asegurar el éxito del viaje.



El tren regio del ferrocarril Londres-Noroeste



Dormitorio del rey en el tren real

La primera disposición de interés general se refiere al tren explorador, que marcha siempre con quince minutos de adelanto al real, teniendo la misión de

ver si hay algún obstáculo inesperado en la vía, ó indicios de que se trata de cometer un atentado. Siempre que es posible, ese tren explorador lo forma uno de los expresos ordinarios, llevando empleados nombrados especialmente para esa comisión. Este sistema ahorra al bolsillo regio el gasto de un tren especial y evita que se desorganice el servicio del público.

Tal vez no se sepa que cuando S. M. y los miembros de la real familia viajan por ferrocarril, pagan como cualquier hijo de vecino. Sin embargo, la compañía honrada por las personas reales, al mismo tiempo que gana en prestigio, pierde en dinero, debido al exceso de trabajo que se impone á todos los que tienen que ver con el regio viaje.

Otra de las reglas dispone que el tren real sea examinado y reconocido minuciosamente antes de partir.

La siguiente ordena que el inspector del movimiento de la línea elija la locomotora más apropiada á la clase del tren, lo mismo que á los maquinistas para éste y el explorador, que han de ser los más hábiles y de confianza de los que conozcan bien el camino.

Un número suficiente de empleados de telégrafos, á las órdenes de un ingeniero electricista, van en el tren regio con los aparatos necesarios para establecer, en cualquier parte, comunicación con rapidez.

En el itinerario oficial se expresan una porción de reglas relativas á la marcha del tren. No se ha de dar la señal para la salida hasta no recibir autorización del jefe de estación y éste no puede permitir que se dé el pitazo hasta que el inspector de coches los haya reconocido y se sepa que se halla en sus asientos todo el séquito real.

Ningún tren, excepto el explorador, puede marchar delante ó cruzar la línea por donde va el real á menos de veinte minutos de anticipación, y todas las operaciones de enlaces con las vías adyacentes se suspenden durante el mismo tiempo hasta que S. M. haya pasado.

Los empleados de la vía reciben orden para asegurar perfectamente, en la correspondiente dirección, todas las agujas por donde hayan de pasar el tren real y el de exploración.

Las barreras de los pasos á nivel donde no hay guarda se cierran por lo menos una hora antes de que el tren real haya de pasar.



Gabinete de la reina en el tren real

Por último, está ordenado que estén en sus puestos los jefes de todas las estaciones por donde cruce el tren regio, visitando é inspeccionando todas las dependencias para asegurarse de que todos sus subalternos están en disposición de cumplir con su deber y que, cuando así sea preciso, estén apostados los guardavías con banderas y petardos.

No tiene el rey más que asomarse á la ventanilla del coche para quedar convencido de que su seguridad personal está bien asegurada, porque durante todo el camino y á todas horas verá como están apostados á trechos, hasta perderse de vista, los guardas de la vía, como si fueran otros tantos centinelas avanzados de un ejército.

Los coches reales más hermosos de Inglaterra y los que más agradan á SS. MM. son los que se construyeron en 1903 y que pertenecen á la compañía del ferrocarril Londres-Noroeste.

Los coches del rey contienen un cuarto de fumar, un salón para durante el día, un dormitorio y un cuarto de baño. Van provistos de calentadores eléctricos para el invierno y de abanicos eléctricos para el verano. Sobre las mesillas hay lámparas eléctricas portátiles, así como unos aparatitos para encender los cigarros, muy del agrado de los fumadores.

El salón de la reina es todavía más lindo y elegante. Los sofás y sillones, los pequeños veladores, las cortinas, alfombras y lámparas, parecen traídas del palacio de Buckingham. Desde el coche del rey se puede pasar al de la reina y de allí á los de lujo, destinados á su séquito. Por fuera éstos son iguales á los de los reyes, así es que todo el tren tiene un aspecto armónico. Detrás de los coches regios están los departamentos destinados á la servidumbre, provistos de asientos que pueden convertirse en camas para los viajes nocturnos y con aparatos eléctricos para cocinar.

Un vagón con herramientas para el caso de ocurrir algún accidente y con el material de telégrafos y sus correspondientes guardas y empleados, completa el tren real.

El tiempo que dura un viaje largo en este magnífico tren se pasa tan veloz y agradablemente, como si los viajeros se hallasen con todas las comodidades de sus habitaciones en palacio. -Turner Morton.



Disturbios en Rusia. – Meeting contrarrevolucionario celebrado en San Petersburgo para protestar contra las huelgas y contra los desórdenes. (De fotografía de Bulla.)

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

AÑO XXV — BARCELONA 22 DE ENERO DE 1906 — NÚM. 1.256



ROSAS Y PENSAMIENTOS, cuadro de Vicente Borrás Abella. (Salón Parés.)

SUMARIO

LA BODA DE S. A.

LA INFANTA DOÑA MARÍA TERESA

No vamos á ejercer de cronistas; la magnificencia de los actos efectuados en la corte de España con ocasión de la boda de S. A. la infanta doña María Teresa exigiría, si de tales actos hubiéramos de hacer una descripción minuciosa, un espacio que la índole de este periódico no consiente. Además de que con este mismo número de La Ilustración Artística recibirán nuestros subscriptores El Salón de la Moda, en donde podrán enterarse de multitud de pormenores del fausto suceso, que allí tienen lugar apropiado y que por la razón expuesta no caben en esta revista.



SS. AA. la infanta D.ª María Teresa y el infante D. Fernando
(De fotografía de Franzen, tomada después de la boda.)

Sin embargo, una publicación como ésta ha de registrar en sus páginas todas las actualidades, y más tratándose de una tan interesante como la que motiva estas líneas; fuerza es, pues, que digamos algo de las fiestas celebradas, aunque hayamos de limitarnos á dar de ellas una noticia escueta.

El día 8 la infanta Isabel dió en su hermoso hotel de la calle de Quintana un baile en honor de su augusta sobrina; aquella suntuosa morada en donde el buen gusto y la elegancia compiten con la riqueza y en la que está espléndidamente representado el arte en sus más bellas manifestaciones, presentaba un aspecto deslumbrador. Al baile asistieron la familia real, los príncipes de Baviera, el gobierno, el cuerpo diplomático, políticos, literatos, artistas; en una palabra, cuanto más notable vive en la corte.

Al día siguiente hubo función de gala en el teatro Real; con esto queda dicho cómo estaría el regio coliseo, sabiendo lo que son en él esta clase de fiestas.

En la noche del 10 celebróse en Palacio un baile de Corte, al que concurrieron 5.000 invitados. Los periódicos matritenses al dar cuenta de él llenan varias columnas; y como no hay manera de condensar tanta materia en unas pocas líneas, no nos queda más recurso que dejar á la imaginación de nuestros lectores que se represente el espectáculo tan grandioso, tan rico, tan bello como quiera, en la seguridad de que, dentro de lo racional y justo, su fantasía no ha de estar por encima de la realidad.

Lo propio debemos decir de la ceremonia de la boda, que se efectuó en la capilla de Palacio en la mañana del 12, y terminada la cual los desposados salieron á uno de los balcones del regio alcázar, siendo saludados con aplausos y aclamaciones por el público que llenaba la plaza de Oriente.

Digno remate de estas fiestas fué la recepción dispuesta en honor de Sus Altezas por el Ayuntamiento de Madrid, á la que asistió numerosa y lucida concurrencia, entre la cual llamaban la atención doce cigarreras y doce vendedoras de los mercados, que lucían ricos mantones de Manila.—X.



SS. AA. los infantes D.ª María Teresa y D. Fernando con sus respectivas familias. (De fotografía de Franzen, tomada en una de las galerías de palacio después de la boda.)



LAS MUJERES EN GALDÓS

AMPARO

Toda la enseñanza de esta vida está en el arranque final que tuerce gallardamente sus destinos. En ese punto y momento contiénese todo el interés. Precisamente al acabar la historia novelesca es cuando empieza la vida plena, libre, de esa alma de mujer.

Al partir Amparo en el tren que la aleja para siempre, no de Madrid, sino de un pasado tormentoso y de luchas, de una sociedad que con sus ribetes moralistas intenta hacerla desdichada y con la crueldad de las gentes pone obstáculos al desenvolvimiento de su querer y de su dicha, en ese instante, camino del extranjero en busca de olvido para su caída y miserias anteriores, señala una ruta á muchas otras almas, hermanas de la suya, que penan igual dolor y padecen forzadas á idéntico destino.

Para la suprema liberación ha encontrado una sencilla fórmula: «Si no puedo ser su mujer, seré su amante.» Y por encima de todo prejuicio moral, de todos los hábitos sociales, de toda creencia religiosa, mancomuna su vida con la del hombre que ama y de quien una vieja culpa, de que casi no debe hacerse á ella responsable, sino á las propias circunstancias malhadadas de la existencia, la desvía y aparta. La pasión más fuerte que la idea, los estímulos sentimentales mucho más poderosos que los escrúpulos de orden moral, rebelándose de pronto contra la tiranía de las prácticas sociales, realizan la hermosa obra de la redención por el amor.

Nada tan hondamente revolucionario y de mayor energía espiritual como la gallarda entereza con que Amparo rompe con todo, desasiéndose de la malla de prejuicios, *mentiras convencionales*, que llamara Max Nordau, para afrontar, sereno el animo y heroico el continente, el *anatema sit* de las gentes y el azar de la suerte en su nuevo camino.

Quizás esa marcha para muchos tenga aspecto de deserción y de huída. Sin duda aciertan. Mas no hay que mirar el hecho exteriormente, sino avalorar la intención á que responde.

No ha tenido Amparo, en sus días anteriores, ni fuerza para resistirse á caer deshonrada en brazos del cura Polo, ni grandeza de alma suficiente para revelar á Agustín, su prometido, la verdad de su historia y la irresponsabilidad de su falta, ni siquiera el coraje necesario para oponerse á la murmuración social, que, como avalancha, lleva su dicha á merced de rencores y de venganzas. Cierto que está sola. En esas circunstancias el alma de mayor temple tiene necesariamente que rendirse, á no ser que lleve dentro energías heroicas y voluntad para las resistencias sobrehumanas. Después, al consumar un nuevo atentado contra la moral corriente, ¿cómo va á luchar con el escándalo público?

Amparo no tiene el ímpetu espiritual de la *Nora* de Ibsen, rebelde á toda disciplina social. Es una pobre mujer que sigue su destino y por casualidad resulta que echa abajo con su conducta de rebeldía, instintiva é inconsciente, más bien impuesta por las circunstancias que excogitada reflexivamente. No hay un gran mérito en sus hechos. Cae una vez sin amor, forzada por el desamparo, en un momento de flojedad en su carácter débil, irresoluto y sin grandes alientos. Cae de nuevo—en esta ocasión por amor—también porque la suerte la empuja á ello.

En uno y otro caso, la sociedad grita despavorida contra ella, la execra y la condena. Antes que la arroje de su seno, Amparo deserta y huye. Mas estudiando su vida, desentrañando la historia íntima de sus repetidas faltas, un alto juicio sentenciador la absolvería. Indudablemente, de su deshonor no es responsable.

¿Cómo ha vivido? Quedó Amparo huérfana, niña aún, en compañía de su hermana Refugio, más pequeña que ella, muchacha de frívolo carácter, pronta á aceptar las alegrías de la vida por todos los medios y por cualesquiera caminos. Son pobres y son hermosas. ¿No se adivina ya desde el primer instante la suerte que les espera? ¿Acaso se hallan en condiciones de lucha?

Refugio desde luego coge la senda más corta y á la vez la más alegre y ayuna de cuidados. Amparo, más recia de carácter, resiste y batalla contra las miserias de una casa en ruinas, sirviendo casi de criada á parientes más favorecidos de la suerte y que fingen concederle mentirosa protección.

Dos armas tiene, la humildad y la hermosura. ¿A cuál recurrir? Por voluntaria inclinación acepta el trabajo en sus más modestos oficios, sin temor á fatigas, contenta solamente con poder vivir.

A punto fijo no sabemos la hora de su caída, ni los antecedentes que la precedieron. Algo, á flor de comentario, se indica, en el transcurso de su historia, de beneficios recibidos y de gratitudes pagadas con favores á costa de la honra. Pero de esas leves insinuaciones no pasan las noticias. Presiéntense, sin embargo, á través de ella, la asechanza y la violencia de un alma fuerte, de un pasional bravío, como Polo, selvático y desordenado, haciendo presión sobre un carácter débil que no sabe resistirse y quizás no pueda defenderse en el momento supremo en que una vida, ante la sociedad, se juega por entero su suerte. Todo eso queda en misterio no tan impenetrable que no se adivine. Conocemos á Amparo en los días de lucha, cuando su situación psicológica es asaz complicada. Unida por la culpa á Polo, su galán de ayer, desea, sin embargo, unirse, porque lo ama de corazón, á Agustín, su amador de hoy. Estas dos fuerzas contrarias hacen fluctuar su espíritu y lo ponen de continuo en tribulación. Por remordimiento, desdeña á su antiguo amante; con generosa pasión quiere al hombre que, ofreciéndole riquezas, holgura, honradez y cariño, ansía desposarla. Como clave del conflicto espiritualmente dramático que revuelve hasta el fondo el corazón de la muchacha, surge su pasado de afrenta, la acusación viva, en pie, sangrando, de su culpa, que de improviso se hace pública y le sale al paso para estorbar su felicidad futura, al buscarla dentro de la honrada moral social al uso.

No renuncia Polo al querer de su amada. Antes por el contrario, con más ahinco lo reclama, hostigado por los celos, cuando es noticioso de un próximo y definitivo abandono. ¿Quiere Galdós acaso que éste represente algo así como el remordimiento perdurablemente vivo en toda conciencia turbada por el pecado? No lo sé. Pero si así es, bien al punto sale á burlarla la decisión de los enamorados huyendo lejos, salvando todos los prejuicios sociales, para sostener el eterno triunfo de la libertad en el amor y el derecho á la dicha.

¿Qué es lo que encanta en Amparo? Hermosa es. Su hermosura «es grave, á la vez clásica y romántica, llena de melancolía y dulzura, con ojos un poco tristes y luminosos como el crepúsculo de la tarde, castaño y rizado el cabello, hay en su cuerpo cierta emanación de bondad y modestia,» altísimas prendas, que es lo que más seduce en ella. Hermosa y todo, no todos los enamoramientos se rendirían á estos encantos. Sus penas íntimas, los quebrantos de su vida llena de trágicos incidentes desconocidos, en sombra discretamente velados, quizás por la piedad llevaran el ánimo al amor.

No está, sin embargo, en esas cualidades físicas de belleza y en esas condiciones espirituales de bondad el secreto de la honda simpatía que las andanzas y desventuras de su vida en nosotros despierta. El secreto radica en el cambio de índole en su pecado.

Cuando, á la fuerza, de un modo inconsciente, cae ante los acosos de Polo, ella sale compadecida de nuestras iras justamente alarmadas. La seguimos con interés y misericordia, ya arrepentida del pasado, en su lucha de resistencia con el monstruo.

Toda nuestra benevolencia y aun nuestro aplauso los lleva tras sí en su caída última, cuando al ver que, desahuciada socialmente, en descubierto, no pudiendo ir por los rectos caminos del matrimonio, echa resueltamente por los atajos de la mancebía

No es ella culpable, en verdad, de determinación tan violenta.

Si ha pecado antes, ¿cómo redimir la culpa? Le sobra atrición, pero le faltan los perdones del público inexorable en estos extremos. Si ama de veras, ¿por qué renunciar al amor? En los términos en que se plantea el conflicto no cabe otra resolución que vivir fuera de la ley y de la moral corriente, so pena de renunciar á la dicha para siempre, heroico sacrificio que no se puede exigir á los seres en la tierra. El amor redimió también de sus pecados á Magdalena. Dios la perdonó. ¿Por qué la sociedad ha de ser más cruel en sus justicias?

Sin duda porque pensamos alto y sentimos hondo, una generosa indulgencia nos fuerza á mirar con simpatía la anárquica resolución de los amantes que huyen á vivir en mancomunidad de vidas, con libre amor, saltando por encima de toda clase de convencionalismos sociales y de respetos humanos.

Cuando Amparo, resistiendo la pasión del clérigo, piensa en la muerte como única liberación de su culpa, consideramos que el suicidio sería inhumanamente monstruoso. ¿No basta á su redención moral el solo propósito, hondamente sincero, de un arrepentimiento? Luego, más tarde, cuando de nuevo piensa en morir, antes que engañar casándose con él al hombre que intenta rescatarla á la miseria y elevarla en rango social, para que la vindicta pública no deshonre la reputación de un ser noble, leal y abnegado, por culpas ajenas, ¿no es estéril ese sacrificio?

No se lavan los pecados con sangre, ni se redimen las almas con la muerte. El arrepentimiento y el amor de corazón purifican por completo los espíritus; la vida ofrece muchos caminos, aunque repugnen la común sentir de muchas gentes, para que la dicha sea hallada y el bien satisfecho.

Galdós deja en suspenso la segunda parte de la vida de Amparo. Después que arranca el tren, llevándose á los amantes, no deja de ellos otro rastro que la murmuración de los parientes, eco de un largo murmullo social

¿Han sido felices? Fuera de los prejuicios corrientes, ¿la vida ofrece encantos á las almas libres?

Ahí está el amargo jugo del libro, y es la única cavilación que nos deja, para nuestro interno desasosiego, la vida de esta pobre mujer que unos llaman Amparo y otros apellidan Tormento.

Angel Guerra.

(Dibujo de Cutanda.)

LOS FRESCOS DE SANTA MARIA ANTIGUA

EN ROMA

Con motivo de las excavaciones que desde hace muchos años se vienen practicando en el antiguo Foro Romano y que han dado lugar á tantos y tan interesantes descubrimientos, hubo de ser demolida al iglesia de *Santa María Libera nos ad pœnis*, ó Santa María Liberatriz, que había sido construída en el siglo XIV. Esta iglesia no contenía nada de particular, como no fueran dos ó tres cuadros originales del pintor francés Parrocel, que las monjas, propietarias del templo, recibieron como indemnización junto con la cantidad de 30.000 liras.

Esta demolición permitió continuar sin obstáculo algunas excavaciones que habían sido comenzadas anteriormente y que habían dado á conocer la existencia, debajo de Santa María Liberatriz, de otro santuario de origen mucho más remoto que, á juzgar por varias noticias sacadas del *Liber pontificalis*, debía ser el templo conocido con la denominación de Santa María Antigua.



Roma.—Restos de la iglesia Santa María Antigua, descubierta en el Foro Romano.
(De fotografía remitida por Augusto Romieux.)

Los resultados de estas excavaciones no pudieron ser más satisfactorios, puesto que al poco tiempo quedaron al descubierto, primero el ábside, luego la nave y finalmente las demás partes de esa iglesia primitiva que data del siglo VI y que se encuentra á cinco metros debajo de Santa María Liberatriz, es decir, al nivel del Foro Romano, y cuyas dimensiones son 51 metros de largo por 18 de ancho.

No es posible determinar con seguridad las causas del hundimiento de Santa María Antigua; quizás se debió á un terremoto, acaso á un derrumbamiento del Palatino; de todos modos, la catástrofe dejó poco menos que intactas varias partes de la fábrica y varios fragmentos que nos permiten formarnos idea de lo que fué aquella iglesia. (Véase la fotografía de esta página.)

La arquitectura de Santa María Antigua es muy sencilla, tal vez la más sencilla de todos los templos cristianos; su decoración pictórica, en cambio, se distingue por su riqueza, y en ella se observaron los preceptos del papa San Gregorio Magno (590-604), según los cuales las pinturas de las iglesias deben hacer las veces de libros para aquellos que no conocen las letras. Los frescos de Santa María Antigua cubrían las paredes y las bóvedas, las columnas, las puertas, los basamentos, etc.

Antes de hablar de las pinturas, haremos mención de una obra escultórica en bastante buen estado que se encontró entre los escombros: nos referimos al sarcófago que reproduce el grabado I de la lámina de la página siguiente. Esta obra, de elegante factura y de un gusto exquisito, junto con otros sarcófagos y restos de urnas, también encontrados entra esas ruinas, demuestran que el lugar en donde se levantó Santa María Antigua fué un edificio pagano.

Los frescos de este templo son del siglo VIII; así se desprende de las inscripciones puestas al lado de las figuras que son representadas como bienhechores de la iglesia; así resulta también del *Liber pontificalis*, en el cual se indica además que Santa María Antigua era administrada por diáconos y servida por monjes griegos.

La decoración mural tiene un dibujo uniforme; en la primera zona (fig. V), de un metro y medio de altura, vemos una especie de tapiz simétricamente recogido y con variado dibujo, sobre el cual hay una hilera de personajes de pie al lado de los tronos del Redentor (fig. III) y de la Virgen (fig. V); encima de esta especie de friso hay varios cuadros y compartimientos, en los que están pintadas algunas escenas de las Sagradas Escrituras ó del Martirologio de los Santos.

Para formar concepto de la disposición de esta zona, basta poner la figura II sobre la V; según puede comprobarse, la parte central superior de esta última corresponde, prescindiendo de la diferencia de tamaño del grabado, á la parte inferior de la primera.

En las demás paredes y en otras partes del templo se conservan muchos fragmentos de pinturas.

De todos los frescos el mejor conservado es el que representa la *Crucifixión* (fig. II): en él vemos al Redentor clavado en la cruz con cuatro clavos, es decir, con los pies separados; su traje se compone de una túnica azul adornada con un galón de oro; sus brazos desnudos están tendidos á lo largo de la barra transversal, que está pintada de color amarillo. En el fondo se ven la luna y el sol que se obscurecen. Al pie de la cruz están Longinos y otra figura; en primer término, á un lado la Virgen, en traje negro, y al otro San Juan Evangelista.

Son varios los cuadros en que se ve á Jesús sentado en el trono y rodeado de ángeles y de santos;

pero en donde los colores y el dibujo están mejor conservados es en el friso del presbiterio (fig. III). Esta pintura es doblemente interesante desde el punto de vista artístico, porque se separa algo del estilo bizantino dominante en la decoración del templo, y por sus perfiles menos acentuados y sus formas menos duras se aproxima más al arte griego. El Salvador, figura noblemente pintada, tiene un voluminoso libro en la mano izquierda y con la derecha bendice á varios obispos que le rodean y cuyos nombres están escritos al lado de cada figura.

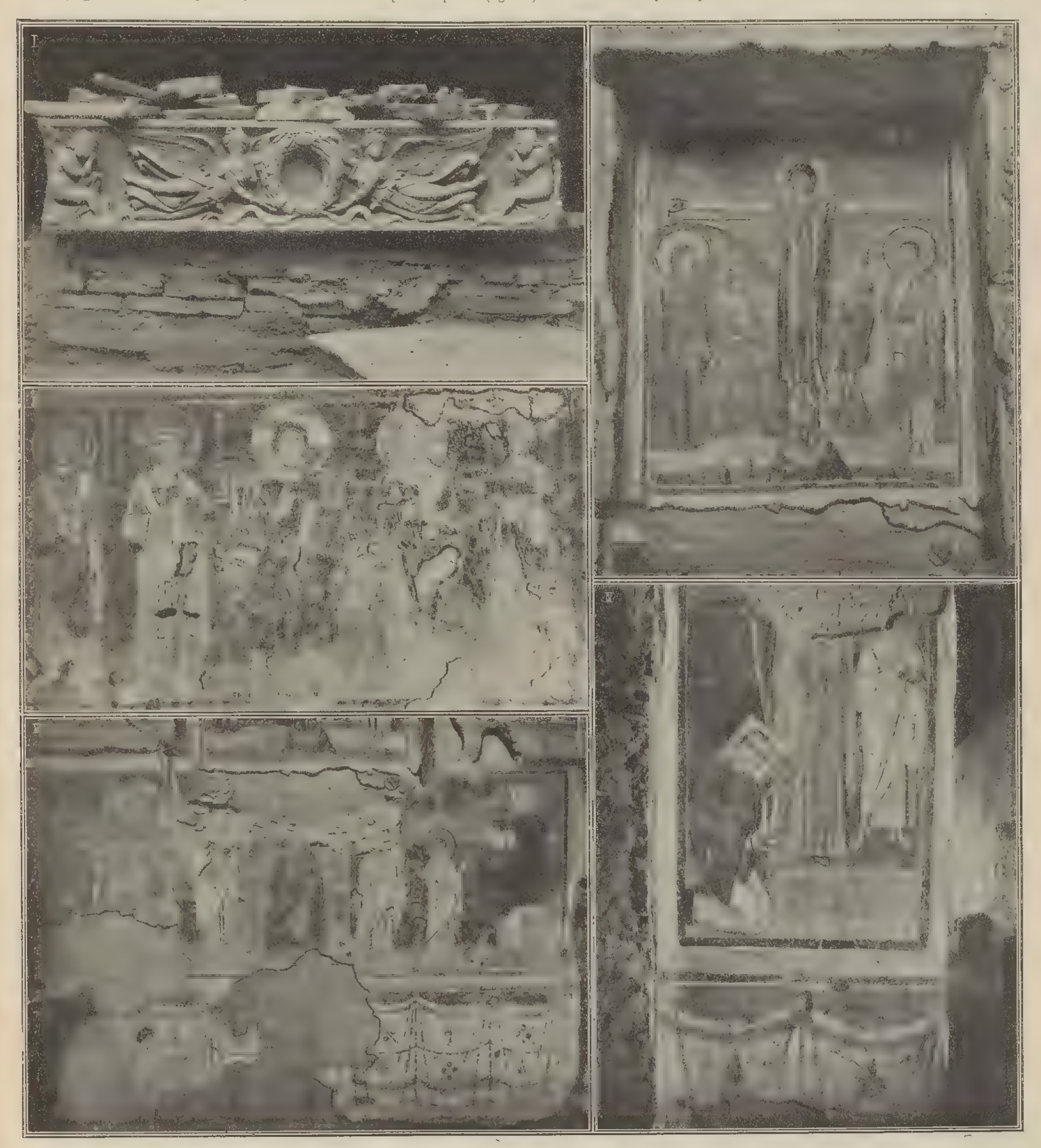
Otro fresco interesante es el que representa al profeta Isaías prediciendo la muerte al rey Ezequías. El rey está enfermo, y al oir la profecía de su muerte vuelve la cabeza hacia la pared para pronunciar la oración que, conforme se dice en la Biblia, le prolongó quince años la vida. La figura de Isaías está bien dibujada, sobre todo la cara, que tiene cierto aire de modernismo. Otra cosa digna de observarse en esta pintura es el friso, cuyo dibujo geométrico se diferencia de los demás ornamentos de la iglesia.

Hay finalmente una pintura en la que se ve una figura arrodillada á los pies de otras dos que están en la parte superior (fig. IV). La falta de inscripciones no permite decir lo que este fresco representa ni saber quién es el personaje que con dos cirios en la mano parece simbolizar algún mártir de la fe. Algunos han supuesto que se trata de San Quirico.

El mérito principal de los frescos de Santa María Antigua es la expresión de las caras, siendo particularmente digna de observarse la del Cristo de la pintura de la Crucifixión antes mencionada (fig. II): la cabeza, algo inclinada, no revela el terror de la muerte; los ojos abiertos tienen una tristeza que no es la del dolor, y en todo el rostro está impresa la resignación. El semblante de la Virgen expresa el dolor más profundo.

Por el mal estado en que, unas más, otras menos, se encuentran las demás pinturas del templo, es imposible adivinar los asuntos que representan; pero lo que de ellas queda todavía es bastante para comprender que son debidos al pincel de buenos artistas.

El templo de Santa María Antigua es uno de los monumentos más simpáticos del Foro Romano: en medio de los escombros de los monumentos de Roma pagana, esta modesta iglesia nos habla con sus pinturas de los primeros albores del cristianismo en la ciudad eterna.—S.



Sarcófago y frescos de la iglesia Santa María Antigua, descubierta en el Foro Romano.

I. Sarcófago procedente de un templo pagano. – II. La Crucifixión. – III. El Salvador bendiciendo á varios obispos. – IV. Fresco cuya significación no ha podido interpretarse por falta de inscripciones. – V. La Virgen en el trono, rodeada de santos. (De fotografías remitidas por Augusto Romieux.)

AEROSTACIÓN

EL AEROPLANO DE LOS HERMANOS WRIGHT

EL HELICÓPTERO DE SANTOS DUMONT

Los que se proponen la conquista del aire estudian el problema desde dos puntos de vista distintos; unos pretenden cruzar el espacio en globos dirigibles, es decir, en aparatos más ligeros que el aire; otros intentan el mismo fin procurando imitar el vuelo de las aves, esto es, recurren á máquinas más pesadas que el aire.

A esta última clase pertenecen el aeroplano de los hermanos Wright y el helicóptero de Santos Dumont que reproducen los grabados de esta página y acerca de los cuales vamos á dar algunas explicaciones.

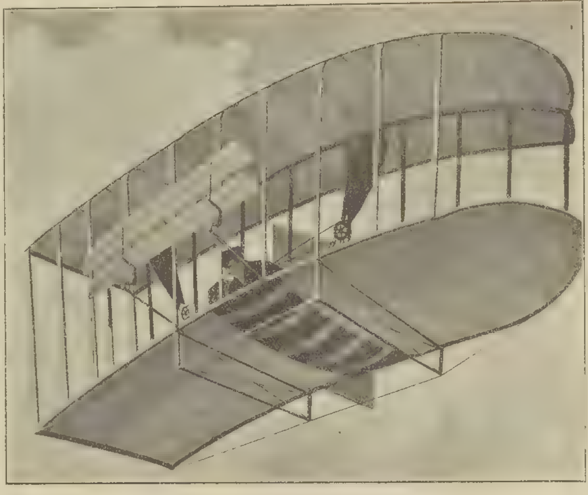
Los hermanos Wright practican sus ensayos desde el año 1900 en la Carolina del Norte (Estados Unidos), á orillas del Atlántico, en el mayor secreto. En los tres primeros años consiguieron realizar, según se dice, cosas sorprendentes, pudiendo en 1903 efectuar su primer vuelo, aunque sin lograr volver al punto de partida. Continuaron sus pruebas, guardando el más absoluto mutismo sobre sus estudios, y los que seguían con interés sus trabajos fueron poco á poco olvidándolos.

Creíase ya que habían desistido de su proyecto y vuelto á dedicarse á su comercio de bicicletas, cuando se supo que en septiembre último habían realizado los siguientes vuelos, volviendo en todos ellos á pasar por encima del punto de partida:

26 *de septiembre:* 18 minutos, 9 segundos, en un recorrido calculado en 17.961 metros; 29 *de septiembre:* 19 m., 55 s., recorrido 19.570 m.; 30 *de septiembre:* 17 m., 15 s.; 3 *de octubre:* 25 m., 5 s., recorrido 24.535 m.; 4 *de octubre:* 33 m., 17 s., recorrido 33.456 m.; 5 *de octubre:* 38 m., 3 s., recorrido 38.956 m.

Estas pruebas se efectuaron en Springfield, aldea del Ohío, y fueron presenciadas al principio por algunos labriegos solamente; pero no tardaron en acudir numerosos espectadores procedentes de Dayton, por lo que los Wright, deseosos de que no fuera del dominio público un invento que esperan ha de valerles una fortuna, suspendieron los experimentos.

El aparato de los hermanos Wright mide 40 pies de longitud máxima por seis de anchura y en su centro está el motor, que es de 24 caballos. El operador va tendido y dirige el aparato por medio de dos guías de tela. Cuando la máquina funciona, las hélices giran con rapidez extraordinaria. La falta de viento es, según los inventores, tan contraria al funcionamiento del aparato como un viento muy fuerte.

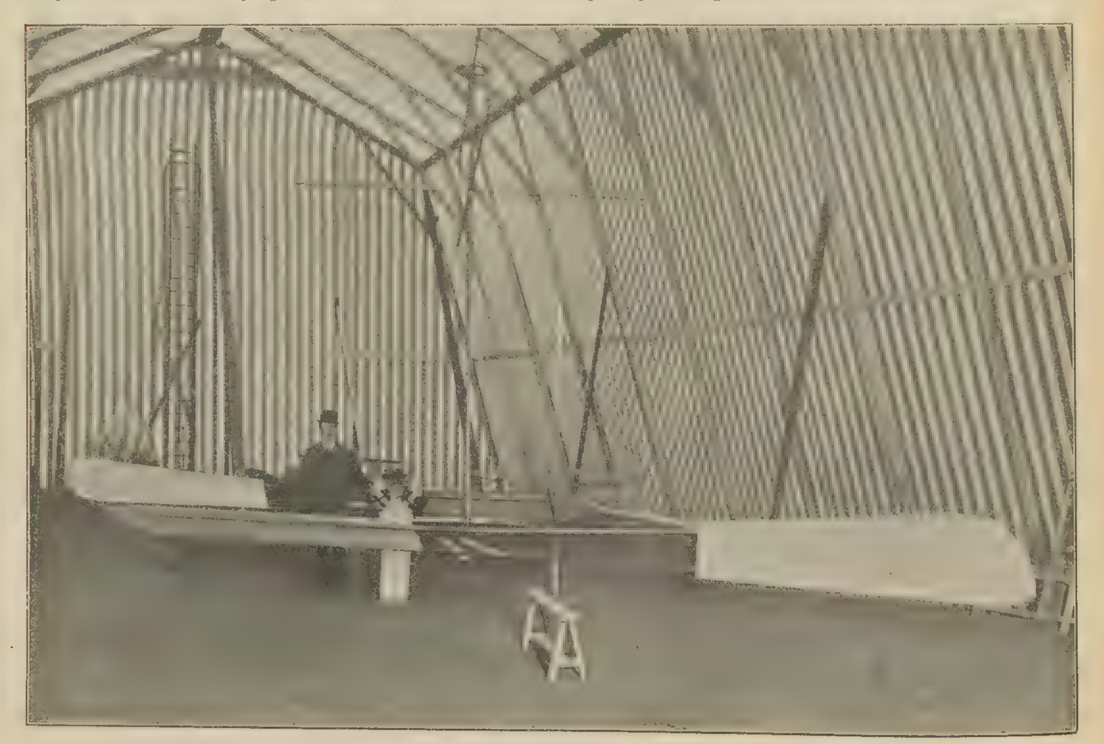


El aeroplano de los hermanos Wright

En vista del buen resultado de las pruebas, creen algunos que está ya resuelto el problema de la aviación; otros, más desconfiados, opinan que, aun significando este invento un notable progreso, no es ni mucho menos la última palabra de tan interesante asunto. No faltan quienes ponen en duda las distancias y las velocidades que se dicen recorridas y alcanzadas; pero en contra de éstos está el testimonio de personas muy formales y dignas de crédito que han asistido á los referidos ensayos, y hay quien afirma haber presenciado uno que duró una hora y 40 minutos.

Otro aparato de esta clase, es decir, más pesado que el aire, es el helicóptero de Santos Dumont que, después de haber conseguido tan notables resultados con sus globos dirigibles, quiere ahora estudiar este segundo aspecto del problema de la aerostación. El aparato consiste en un marco de bambú rectangular en cuyos extremos hay dos árboles con sendas hélices llamadas ascensionales; en la parte de atrás, se ve un timón, y en la delantera, otra hélice más pequeña que aquéllas y destinada á comunicar al aparato el movimiento de propulsión. Un poco más abajo, están suspendidos el aeronauta y los motores. Las hélices ascensionales tienen seis metros de diámetro, pesan nueve kilogramos, girarán con una velocidad de 100 á 150 vueltas, recibirán el movimiento de rotación de un motor de 18 caballos de fuerza y levantarán un peso de 180 kilogramos. El peso total del aparato con el aeronauta es de 160 kilogramos.

Dada la flexibilidad de las materias empleadas en la construcción de esta máquina, la fuerza giratoria será distribuída á las hélices no sólo por el árbol central, mas también por la extremidad misma de la aleta, lo que imposibilita las deformaciones que pudiera producir la presión del aire. Con este aparato propónese el intrépido aeronauta acudir al concurso de M. Archdeacon, en el que sólo intervendrán máquinas más pesadas que el aire, y muchos creen que obtendrá el premio, como lo obtuvo en el concurso Deutsch. –R.



El helicóptero de M. Santos Dumont en el cobertizo de Neuilly-Saint-Jacques. (De fotografía de M. Rol y C.ª)

DISTURBIOS

REVOLUCIONARIOS EN RUSIA

LA FORTALEZA SCHLUSSELBURG

Aunque en algunas regiones del imperio ruso prosigue el movimiento revolucionario, puede decirse que, sofocada la insurrección en Moscou y en otras capitales, no tardarán en apagarse los chispazos más ó menos intensos que en otros puntos han estallado. De los sucesos de Moscou tratamos en el último número; no hemos, pues, de volver sobre ellos, limitándonos hoy á señalar á la atención de nuestros lectores los grabados que relativos á los mismos publicamos en el presente, y á dar algunos pormenores y noticias que juzgamos interesantes acerca de la fortaleza Schlusselburg, de la que reproducimos algunas vistas.

Esta fortaleza, que sirve de prisión de Estado para los enemigos políticos del imperio, álzase en la isla de Orjechoff, isla baja y arenosa situada en el Neva, á 64 kilómetros de San Petersburgo, en el punto en que el río sale del lago Ladoga. Los que han visto este islote dicen que difícilmente se hallaría en el mundo un lugar más triste y desolado. La ciudad de Schlusselburg está en la playa, en una faja de tierra entre el Neva y el lago, y tiene una población de 5.000 habitantes, en su mayoría pescadores ó bateleros.

La fortaleza dista unos 500 metros de la ciudad y está rodeada de una muralla de 15 metros de altura, flanqueada por cinco torres. En ella se consumó el martirio y la muerte de un tsar: cuando el joven Iván IV Antonovitch sucedió á su tía Ana Ivanovna, Isabel se creyó perjudicada en su derecho y trató de reconquistar el trono que, en su concepto, le correspondía, consiguiendo en diciembre de 1741 destronar á Iván, á quien encerró en Schlusselburg. En 1764, un oficial llamado Mirovitch intentó libertar al infeliz prisionero, pero su tentativa fracasó: Iván fué muerto por los soldados encargados de su vigilancia y Mirovitch decapitado.



Rusia.—Disturbios revolucionarios en Moscou
Efectos de un proyectil de artillería en una casa del arrabal Pressnaya
(De fotografía comunicada por «Photo-Nouvelles.»)

Pero los recuerdos que evoca Schlusselburg se remontan á épocas más remotas. En 1323, los comerciantes de Novgorod la Grande construyeron en la isla de Orjechoff, que era en aquella sazón una marca-fronteriza que se disputaban rusos y escandinavos, una primera fortaleza, de la cual apoderóse en 1348 Magno Erikson, rey de Noruega y de Suecia. Siete meses después los rusos la reconquistaron; mas en 1611 volvió al poder de los suecos, que la conservaron hasta 1702 y le dieron el nombre de Noteborg (fuerte de las Nueces). Pedro el Grande recobró en 22 de octubre de 1702 la fortaleza, que desde entonces se llama Schlusselburg (fortaleza de la Llave) y construyó en la isla algunas fortificaciones que subsistieron hasta 1802.

Desde 1882, Schlusselburg no es sino una prisión de Estado, que en 1890 ensanchó el gobierno del tsar, destinando á esta obra 10 millones de pesetas.

Los recientes sucesos han sido causa de que en poco tiempo aumentara considerablemente la población penal de aquella fortaleza, pudiendo decirse que desde el 1.° de este mes no pasa día sin que ingresen en ella nuevos prisioneros.—S.



Rusia.—Disturbios revolucionarios en Moscou.—Lo que queda de una fábrica de caucho del arrabal Pressnaya, cuyos directores se unieron á los insurrectos. (De fotografía comunicada por «Photo-Nouvelles.»)



Rusia.—La fortaleza Schlusselburg, situada en la isla Orechow en el Neva, junto al lago Ladoga, en donde son encerrados los prisioneros políticos. (De fotografía comunicada por «Photo-Nouvelles.»)



Rusia.—Entrada de la fortaleza Schlusselburg. (De fotografía comunicada por «Photo-Nouvelles.»)



Rusia.—Gendarmes encargados de la vigilancia de la isla y fortaleza de Schlusselburg, formados en un día de inspección. En el lago se ve el barco que conduce á los deportados. (De fotografía comunicada por «Photo-Nouvelles.»)



Disturbios revolucionarios en Moscou.—Un establecimiento de bebidas en donde 300 insurrectos se defendieron durante tres días contra las tropas, que los atacaron con piezas de artillería. (De fotografía comunicada por «Photo-Nouvelles.»)

EL MARQUÉS DE VISCONTI VENOSTA

La conferencia actualmente reunida en Algeciras para tratar de los varios é importantísimos problemas relacionados con el imperio marroquí ha despertado en todo el mundo vivísimo interés. Creyóse en un principio que sólo Francia, Inglaterra, Alemania y España desempeñarían en ella un papel principalísimo; pero las declaraciones hechas por los Estados Unidos y sobre todo la designación del marqués de Visconti Venosta como delegado de Italia, han demostrado que también estas dos naciones quieren que se cuente con ellas en primer término para las soluciones que hayan de adoptarse.

El marqués de Visconti Venosta es, en efecto, uno de los personajes que de mayor autoridad gozan en el mundo diplomático y no falta quien supone que su influencia en los debates de Algeciras ha de ser muy grande, si no decisiva. Nació en Milán en 1829, tuvo parte muy activa en los sucesos de 1848 y sirvió en las filas de Garibaldi. Complicado en las conspiraciones de Mazzini, hubo de huir de su patria en 1853; unido más adelante con Cavour, fué nombrado en 1859 comisario regio en las fuerzas garibaldinas, penetró en Lombardía y asumió el gobierno de las provincias libertadas en nombre de Víctor Manuel. En 1860, después de haber acompañado á Farini en la comisión extraordinaria que desempeñó éste en París y Londres, se encargó extraoficialmente de la dirección de negocios extranjeros cuando Farini fué nombrado gobernador de Nápoles. En 1863 fué por vez primera ministro en el gabinete Minghetti, desempeñando hasta septiembre de 1864 la cartera de Negocios extranjeros; volvió á serlo en 1866-1867, firmando entonces la paz con Austria, y desde 1869 á 1876. Durante este último período fué presidente del Consejo de Ministros. Desde entonces, ora como senador, ora como ministro, ha influído poderosamente en la política de Italia y á él se deben los tratados que esa nación tiene firmados con Alemania, Francia y Austria.

EL MARQUÉS DE VISCONTI VENOSTA, DELEGADO DE ITALIA EN LA CONFERENCIA MARROQUÍ
Fotografía de C. Abeniakar, hecha en Roma la víspera de la salida del marqués para Algeciras

SU EMINENCIA EL CARDENAL SPINOLA

El actual arzobispo de Sevilla, Emmo. Sr. D. Marcelo Spínola y Maestre, promovido en el último consistorio á la digni-



SU EMINENCIA EL CARDENAL SPÍNOLA MAESTRE, arzobispo de Sevilla, promovido recientemente al cardenalato. (De fotografía de la Vda. de Amaya y Fernández, de Madrid)

dad cardenalicia por Su Santidad el papa Pío X, nació en San Fernando en 14 de enero de 1835, estudió Filosofía en Cádiz, Motril y Granada, obteniendo en todas las asignaturas la nota de sobresaliente.

Siguió luego en Valencia y en Sevilla la carrera de Derecho, ganando varios premios y obteniendo en 1854 y 1856 respectivamente con la calificación de sobresaliente los grados de bachiller y licenciado en Jurisprudencia.

Resuelto á vestir el hábito eclesiástico, á lo que le impulsaba una vocación decidida, renunció á los honores y á las prerrogativas del marquesado de Spínola, y en 3 de junio de 1864 cantó su primera misa en la iglesia de San Felipe, de Sevilla, y desde entonces se consagró con solicitud extrema al desempeño fervoroso de las funciones de su sagrado ministerio. En 17 de marzo de 1871 fué nombrado cura ecónomo de San Lorenzo, mostrándose incansable en los ministerios inherentes á su cargo, prodigando las obras de caridad, promoviendo espléndidos cultos, restaurando aquel hermoso templo é instituyendo asilos y escuelas para la niñez. En 23 de mayo de 1879 ocupó una canongía en la catedral sevillana, y en 6 de febrero de 1881 fué consagrado obispo de Milo; con este carácter permaneció tres años en la archidiócesis de Sevilla, al lado del arzobispo Lluch y Garriga, primero, y del sucesor de éste, el cardenal González, después. Durante este período, así en sus visitas pastorales como en el gobierno de la iglesia hispalense en ausencia del prelado propio, puso de relieve el Sr. Spínola sus excepcionales méritos y virtudes y justificó el alto concepto que de él tenían formado el clero y los fieles.

En 1884 fué nombrado obispo de Coria, y algún tiempo después, de Málaga. Si el mejor panegírico de un prelado es el que hacen sus propios diocesanos, el unánime sentir de éstos confirmó la excelente opinión de que el Sr. Spínola gozaba en todas partes; bien lo demostró el sentimiento de la diócesis malagueña al saber su traslación á la sede arzobispal de Sevilla y la señalada muestra de aprecio con que le honró la ciudad de Málaga nombrándole su hijo adoptivo.

La diócesis de Sevilla, huérfana de pastor, por fallecimiento del Emmo. cardenal D. Benito Sanz y Forés, recibió con júbilo y aplauso unánimes la nueva de haber sido presentado para la misma, en noviembre de 1895, el sabio y virtuoso don Marcelo Spínola, que desde entonces viene rigiéndola y cuyo nombre aumentará la larga lista de los eminentes prelados que han ocupado aquella sede.

ROSAS Y PENSAMIENTOS,

CUADRO DE VICENTE BORRÁS ABELLA

(Salón Parés)

La circunstancia de haber consignado recientemente apreciaciones y conceptos relativos á este inteligente artista, nos releva hasta cierto punto de emitir nuevas consideraciones, ya que habían de ser repetición de las anteriores. Esto no obstante, ha de sernos permitido llamar la atención de nuestros lectores respecto de la sentida producción titulada *Rosas y pensamientos*, que publicamos, gracias á la galantería de su autor, puesto que revela una tendencia diversa de las obras que reprodujimos, inspirada por un sentimiento delicado que el artista traduce con el respeto que merecen los embates que agobian el espíritu, demostrando una vez más sus estimables condiciones de cultísimo observador y hábil artista.

MISCELÁNEA

Bellas Artes. — BERLÍN. — La Asociación del Museo Federico Guillermo ha cedido al mismo tres tablas de Ugolino da Siena, procedentes del altar mayor de Santa Croce, de Florencia, y que representan tres medias figuras de tamaño natural de San Pedro, San Pablo y San Juan Bautista; una *Madona en el trono rodeada de santos*, de un discípulo de Giotto; una *Crucifixión de Cristo*, de Giovanni di Paolo; cuatro tablitas, cada una con un santo, obras de Mesaccio que formaban parte del gran retablo ejecutado por éste para la iglesia del Carmine, de Pisa; y un cuadro de Goya que representa un monje joven.

— Al Museo del Emperador Federico le ha sido cedida á título de préstamo la famosa galería de cuadros antiguos del barón Adolfo de Carstanjen, que comprende veintinueve lienzos, entre ellos varias obras maestras de Rembrandt, Franz Hals, Alberto Guyp, Hobbema, etc.

PARÍS. — Un sobrino del famoso pintor J. J. Henner, recientemente fallecido, ha regalado á la ciudad de París una colección de cuadros, dibujos y bocetos del mismo, entre ellos la *Ninfa*, pintada hace veinte años, y que el celebrado maestro tenía en particular estimación. Esta colección ocupará en el Petit Palais una sala especial, en la que figurará también el busto de Henner modelado por Dubois.

HALLE. — La casa de banca de Reinoldo Steckner, de Halle, con motivo del quincuagésimo aniversario de su fundación, ha regalado al municipio de aquella ciudad la suma de cien mil marcos (125.000 pesetas) para que la destine por mitad á la restauración del castillo de Mauricio y á la adquisición de esulturas ó cuadros.

BARCELONA. — *Salón Parés*. — Han expuesto recientemente en este salón: Brull, un bello cuadro de grandes dimensiones titulado *Adolescencia*, de carácter decorativo y factura idealista, y varios bustos, todos notables, dignos del pincel de tan renombrado artista; Freixas Saurí, algunos estudios de nuestra costa de Levante y de las riberas aragonesas del Ebro, en los cuales se muestra pintor impresionista; y la Srta. Teixidó varios hermosos grupos de plantas y flores, en los que justifica una vez más la notoriedad alcanzada en este género pictórico.

Necrología. — Han fallecido:

Rodolfo Lehmann, pintor de origen alemán, residente en Londres desde 1848.

Roberto Whitehead, ingeniero inglés, fundador de la fábrica de torpedos de su nombre, de Fiume.

Dr. Víctor Kraus, sabio pedagogo austriaco, profesor del Gimnasio de Viena, cofundador de la Asociación escolar alemana, autor de una serie de monografías sobre historia austriaca.

Dr. Waldemaro Wenck, eminente historiógrafo alemán, profesor de la Universidad de Leipzig.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 413, POR W. A. SHINKMAN.

NEGRAS (10 PIEZAS)

BLANCAS (6 PIEZAS)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 412, POR J. SCHUMER.

Blancas.	Negras.
1. d7-d8 (T)	1. h2-h1 (C)
2. Td8-d3	2. Rc5-b5
3. Td3-d5 mate.	

VARIANTE.

1........ h2-h1 (T, D ó A); 2. Th7-c7, etc.

LA OFENSIVA

NOVELA DE ALBERICH CHABROL.-ILUSTRACIONES DE JORGE SCOTT

(CONTINUACIÓN)

Me parece que el corazón de mi primo ha empezado á conmoverse en favor de Miette. Mi pobreza, que me impide «cultivar mi talento,» le contraría y le enternece. No es esto, sin duda, más que lástima; pero, en fin, ¿qué importa de qué punto del horizonte soplan los vientos tibios sobre los ventisqueros? El deshielo anuncia siempre la primavera, con sus días floridos y dichosos...



Por fin, delante de una barraca de las más concurridas...

EL DIARIO DE MARCOS

Jueves, 19 de septiembre.

Decididamente, no hablo á Merlín hasta dentro de unos meses. El Conservatorio está cerrado por este año para Miette; ¿qué lecciones podría procurarse menos costosas que las mías? Más adelante trataré de ponerla en relación con algún ilustre maestro para asegurarla esas benevolencias que nunca son inútiles para el éxito definitivo por mucho talento que se tenga.

Siento orgullo al mismo tiempo que alegría al pensar que tengo en mis manos el destino de una mujer y que lo mismo puedo dejarla en la obscuridad, en los humildes trabajos y en las privaciones, que impulsarla á la primera fila del gran escenario del mundo, entre todos los que triunfan elogiados, aplaudidos y coronados...

Hoy he preguntado á Merlín si no extrañaba el talento adquirido por su sobrina con tan poco auxilio, y me ha respondido moviendo la cabeza:

—En otra sí me extrañaría, señor; pero en Miette...

Este hombre piensa, por lo visto, que si á Miette se le antojase marcharse sola en un globo á la luna, no dejaría de realizar felizmente su viaje... Después de todo, esa infatuación por su sobrina es muy natural y creo que, con el tiempo, habrá quien participe de ella.

Sí, algunas veces pienso en el porvenir de Miette y me siento turbado por el sentimiento de mi responsabilidad. -La veo entonces, no ya con su traje de arlesiana, sino agrandada por los vestidos de cola y con el busto alargado y envarado por los corsés de moda. Sigue teniendo su belleza, aumentada por el marco del atavío y del arte femenino; tiene como siempre su boca de rosa y sus hermosos ojos azules deliciosamente mezclados de gris; pero su expresión no es ya la dulzura, el candor completo, la cándida travesura; son unos ojos que pueden ver sangrar los corazones sin derramar lágrimas de piedad ó de arrepentimiento...

Cuando pienso en estas cosas me felicito doblemente por no haber hablado todavía á Merlín...

Miércoles, 25 de diciembre.

Sí, hoy es primer día de Pascua, como me ha dicho Miette al tender el vuelo, hace un momento. Y á mí me han dejado solo como un mal colegial que ha merecido severo castigo.

Esta mañana, almorzando, Merlín me pidió permiso para llevar á Miette á dar una vuelta por los *boulevards* para ver los puestos. No he podido menos de consentir, pero no he ocultado á Merlín mi sorpresa al ver que una joven tan inteligente como Miette prefería esas horribles barracas de Pascua, con sus mercancías de baja estofa, á los espléndidos almacenes en que se exhiben durante todo el año, como en verdaderos museos, obras de arte de todo género. Merlín me ha contestado con un gesto de duda; para él no hay nada más allá del capricho de Miette.

Mi «cocinera» ha venido á poner en la mesa una compotera de fruta.

—¿De modo que se va usted de paseo, Miette?.. ¿Y nuestra lección de arpa?

—¡Oh! Señor, hoy es Pascua...

Y de tal modo era su tono el de una escolar en vacaciones, dichosa por escapar de la tarea diaria, que he sentido una extraña, pero real mortificación... Miette no la ha sospechado...

¡Ah! ¡Miette! ¡Miette! Temo que mis sueños profeticen con demasiada exactitud... Los seres de gracia como tú, las obras maestras de la naturaleza, no deben consideraciones á nadie. El mundo se lo debe todo, según el más fuerte y único verdadero derecho de nacimiento, que es el de la belleza. ¿Qué necesidad tengo de pesar con angustia en mi mente si debo ó no darte oro? Cuando lo quieras te lo darán... y también te darán corazones, Miette, los quieras ó no...

Estaba yo sumido en estos pensamientos melancólicos, mientras fumaba innumerables cigarrillos al lado del fuego, cuando he oído cerrarse la puerta de la casa al salir Merlín y Miette. He corrido á asomarme á la ventana; pero el patio de entrada es tan estrecho, que Miette estaba ya en la calle y sólo he visto á Merlín que iba detrás de ella mirando al suelo para no pisarle la cola.

Hay sin duda momentos en todas las edades en que se vuelve uno un niño llorón y poco razonable. No sé por qué, pero en cuanto se han ido mis criados he experimentado la amargura de los seres abandonados. Errante por la casa como en un vasto desierto, no tenía humor para hacer que cesase mi soledad saliendo á mi vez, y en vano pasaba revista en la mente á las casas en que estaba seguro de encontrar una amable acogida... Hay una especialmente en la que se me espera todos los días en esta época del año, como los judíos al Mesías... Pero no tenía valor para ponerme el gabán... ¿Para qué ir á ver á mis primas las de Lambrecy? ¿Para qué fomentar con un poco de esperanza la ambición que Genoveva casi no oculta de llegar á ser mi mujer, puesto que esa ambición no será nunca satisfecha? Mi pobre tío de los Angles me instó en los términos más conmovedores á que fuese á su casa, y siempre rehusé obstinadamente por miedo de ser arrastrado al altar contra mi gusto: ¿podrían tener mejor resultado las azucaradas amabilidades de la señora de Lambrecy?

Concedo que Genoveva no deja de ser linda y que, en todo caso, me gustaría más que mi primita Enriqueta, que era á los doce años fea si las hay... Merlín asegura que ha cambiado mucho, pero yo me atengo á mis recuerdos; en materia de milagros, el cielo se está volviendo perezoso... En fin, lo cierto es que Genoveva no me hubiera disgustado si hubiera querido casarme hace todavía unos meses; pero ahora, ahora que he visto la pura belleza, la gracia picante, los encantos y la distinción que se pueden encontrar reunidos en una joven... ¡Distinción, tratándose de Miette!.. ¡Pues bien, sí, distinción y de la mejor!.. De esa distinción que tiene siempre un ser escogido que posee en sí mismo los dos elementos de la educación perfecta: una inteligencia fina y un corazón delicado...

En mi peregrinación melancólica por la casa he acabado por bajar á los sótanos; me parecía que era aquel un lugar del desierto menos abandonado, como esos sitios tradicionales de campamento en los

que se reunen, se separan y se completan las caravanas.

En las habitaciones de los criados reinaba ese orden encantador que es producto de manos femeninas. Los vasares de la cocina estaban adornados con papeles de color de rosa festoneados y calados; unas cortinillas de florido tul tamizaban el sol hasta los ladrillos cuidadosamente lavados, y encima de la chimenea del comedor, en un tiesto cubierto de muselina Liberty, una enorme planta de invierno mezclaba el follaje laqueado y los granos de coral del acebo con las perlas de ámbar del muérdago.

En el cuadrado de sol que se dibujaba en la mesa dormía la gata, como el otro día, soñando sin duda con las caricias que acababa de recibir de Miette. Al sentirme entrar, el animalito me echa una mirada en la que se vislumbra una esperanza; pero al verla defraudada, sus párpados se cierran de nuevo con no disimulado desdén.

Continúo mi exploración, pensando que era la primera vez que visitaba aquella parte de la casa desde que, de niño, iba á merodear por allí las golosinas de los criados. Empujo una puerta y me detengo estupefacto al encontrarme en el umbral del más sencillo, pero también del más coquetón y más lindo cuartito que una muchacha pudiera apetecer para anidar sus ensueños... La colcha de la cama de hierro, las cortinas de la ventana, la alfombrita de delante de la chimenea, los tapetes de las mesas, todo era blanco, rosa y azul, con un poco del verde de las hojas de abril apenas desplegadas, como si se hubiera querido encerrar allí la primavera, que es la misma Miette.

La Virgen de túnica estrellada que se exhibe en la chimenea, delante del espejo, me sonríe y me hace señas de que he adivinado. Permanezco en la puerta del gracioso templo sin atreverme á entrar; y yo también, como Miette en el día de nuestra primera entrevista, siento deseos de cantar motivos de *Fausto* y tarareo, en efecto, la admirable frase, que resulta aquí de tan límpida verdad:

¡Salve, morada casta y pura!..

Pero diviso en una mesa, al lado de la ventana, un cartapacio cerrado del que sobresalen unos pliegos de papel de cartas... El espíritu de Mefistófeles sopla azufre en mi corazón... Miette debe de sentarse á esa mesa para escribir á su enamorado campesino...

¡Un campesino! No, es imposible. Miette y un campesino no hubieran encontrado jamás nada que decirse... Debe de tratarse más bien de algún maestro recién revalidado, de tez color de aceituna y ojos ardientes, á quien Miette habrá visto los domingos al frente de una larga fila de chicuelos provenzales... La esperanza de convertirse en una semiseñora habrá determinado los primeros latidos de su corazón. Pero el maestro de escuela es generalmente más pobre que el campesino «con bienes,» y por eso Merlín ha querido traer á su sobrina á París.

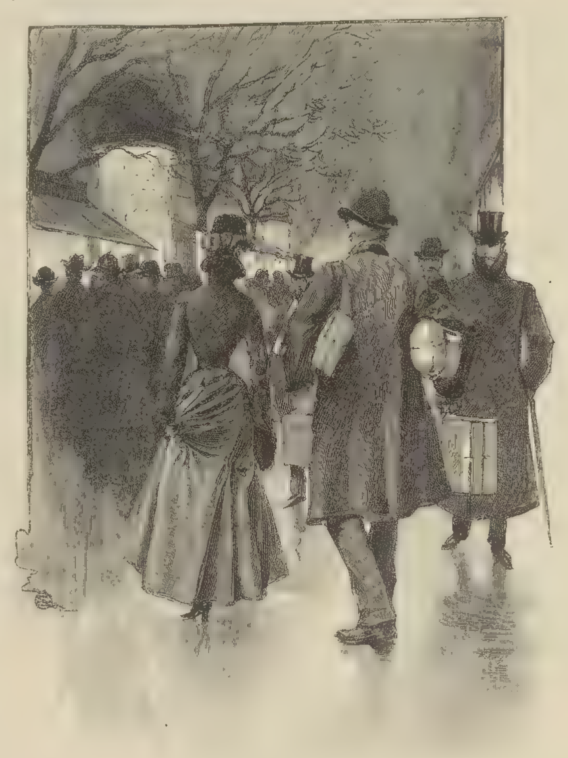
Y por lo demás, los Don Basilio no tienen costumbre de obtener la victoria... La pluma puesta en el borde del tintero parece que ha servido hace un momento... ¿Quién sabe si el cartapacio encierra alguna carilla empezada? Los enamorados hacen á veces borradores para decir mejor y con más fuerza lo que sienten... Me gustaría saber lo que dice Miette á su maestro de escuela... Debe tratar de levantarse al nivel del «título superior...»

Doy un paso hacia la mesa y, realmente, veo brillar la tinta todavía fresca en la pluma... Mi mano se aproxima á la cartera..., pero la retiro con horror... ¡Es Mefistófeles quien acaba de inspirarme un acto de tan vulgar indiscreción!.. ¡Violentar los secretos de una joven, sobre todo cuando está bajo mi dependencia y en una condición que confina con la antigua esclavitud!..

Renuncio á deshonrarme para conmigo mismo y cierro suavemente la puerta del cuartito para que el ángel guardián de Miette, que dormita sin duda á la cabecera de la cama, no se despierte y le cuente que he venido y lo que he tenido la tentación de hacer.

Pero ya en mis habitaciones, pienso que Merlín ha tenido que gastar enormemente para dorar así la jaula de aquel pajarillo... ¿Por qué no ha recurrido á mi bolsillo? Tendré que regañarle y obligarle á decirme el precio de los visillos, de las alfombras y de la Virgen de colores... Ó le compensaré de esos gastos dándole doble aguinaldo el día de año nuevo... Pero entonces tendré que confesar mi indiscreta expedición de esta tarde... ¡No! Esperemos también para esto, esperemos...

Cierra la noche; encuentro intolerable el silencio absoluto de la casa y aun de la calle, por la que, en ese día de gran fiesta, no pasa más que un coche cada cuarto de hora, y me decido por fin á salir para ir al círculo y llevar así mi desierto íntimo al centro mismo de la vida...



En este momento Merlín, cuyos paquetes han ido en aumento...

La noche de Pascua.

Mejor hubiera hecho en dejar mi desierto en casa, pues me cuesta caro el haberle llevado á la vida, ese estorbo, como dijo por aproximación Leconte de Lisle. Había yo dejado el coche de alquiler en la Magdalena. Los *boulevards* arrastraban, como siempre en este día, un doble torrente de humanidad por las aceras y un río de coches por el centro.

¿Podía tener esperanza, como no sé por qué me ocurrió de pronto, de encontrar á Merlín y á Miette entre aquellos raudales de caras anónimas confundidas bajo un tono uniforme á la luz de las lunas eléctricas que se destacaban ya en fila sobre el crepúsculo?

Tomé, con todo, la acera de la derecha, pues en la otra se está menos «en familia» á causa de los cafés que la invaden, y tuve cuidado de aumentar un momento con mi persona todos los grupos que se forman delante de las barracas. Avanzaba lenta y penosamente, empujado y maltratado luego, á causa del mismo empujón que yo no había devuelto, por las viejas alarmadas por su progenitura; y había ya pasado la Ópera, todo el *boulevard* de las *Capucines* y parte del de los *Italiens* sin haber encontrado el más pequeño indicio de que estuviese sobre la pista.

Por fin, delante de una barraca de las más concurridas, de la que salía al mismo tiempo el ruido destemplado de una trompeta, el de la charla del vendedor y el chirrido de un juguete mecánico, oigo la modulación, pronto reprimida, de una risa musical, la risa de Miette.

Sin cuidarme de las miradas furiosas que me asestan mis vecinos y vecinas, me meto á la fuerza en la apretura, aunque no, sin embargo, hasta la primera fila, donde ya veo la buena y risueña cara de Merlín, pues no quiero llamar su atención ni la de Miette... ¡Pero, Dios mío! ¡No veo á Miette á su lado!.. ¿La habrá perdido entre la gente?.. ¡No! Ahí está Miette... Mejor dicho, no es ella, no es la provenzal del país de Arles, es *una señorita*, la más exquisita entre las exquisitas parisienses... Bajo el sombrerito de astracán que cube su pura frente, las luces de las tiendas arrancan reflejos más numerosos á los bucles de sus sienes; sus facciones se dibujan más delicadas todavía; sus labios parecen más rojos y más delicados... Las miradas de Miette siguen con risueña atención los ejercicios de un juguete nuevo; unos cochinillos vestidos de encarnado que corren delante de un gigantesco boer armado de un gran látigo... Miette aproxima la manecita enguantada de negro; el vendedor y Merlín entienden la seña, y el primero coge el juguete, le mete en su caja, la envuelve en un papel y se la entrega á Merlín, que saca con mil trabajos el portamonedas y pone unas cuantas en la tabla que hace las veces de mostrador... Y los tres hendimos la multitud, yo con gran prisa y ocultándome detrás de la barraca para dejarlos tomar delantera.

Los sigo ahora paso á paso y ciertamente sin correr riesgo alguno de que me sorprendan. Merlín, cargado de paquetes, pues no es aquella la primera compra de su sobrina, trata de sortear la multitud para evitar las catástrofes, mientras Miette, muy divertida, va de barraca en barraca dispuesta á detenerse en cuanto le interese la charla de un vendedor. Hacemos cierto número de paradas, y después de cada una, la joven vuelve á echar á andar con paso de conquista y cierto aire de princesa de incógnito. Su traje de paño negro, de corte de sastre, contonea deliciosamente su busto, delicado todavía, pero de una forma admirable. El revoltoso bolero se termina un poco por encima del fino talle y se prolonga por arriba en el cuello Médicis modestamente ribeteado de astracán, por el que sobresalen los rizos dorados del cabello y las florecillas sonrosadas de las orejas.

¡Me vuelvo loco pensando que aquella princesa es mi cocinera! ¡Y me dan ganas de decírselo á todo el mundo! La verdad es que tengo derecho á acercarme á ella y decirle en alta voz delante de la multitud asombrada y profundamente incrédula:

—Miette, he resuelto comer esta noche en casa. Debe usted, pues, irse inmediatamente á prepararme mi sopa y mi asado.

Por fortuna basta á mi satisfacción íntima el reconocerme ese derecho y no quiero ejercerlo. En este momento Merlín, cuyos paquetes han ido en aumento, hace el mismo efecto que un vendedor de globos que llevase su mercancía en las caderas. Echalo, al fin, de ver Miette y quiere compartir la carga, pero Merlín se niega obstinadamente y oprime con los brazos la mitad de los bultos y se cuelga los otros de los dedos con los bramantes. La gente, que camina automáticamente, les da tales empujones que Miette se bate en retirada y, metiendo las manos en el manguito, deja de mirar á las barracas y dedica toda su atención á los suntuosos almacenes profusamente iluminados.

Se para delante del escaparate de Boutigny y pasa una revista minuciosa á las magníficas cristalerías de Venecia. Su dedito designa un objeto, que creo que es una magnífica jofaina del siglo XV, color de amatista, con montura de oro ó de plata sobredorada. Habla á su tío con sonriente animación, y Merlín aventura, según creo, una observación, que resulta enteramente inútil, pues al cabo de unos segundos hace pasar penosamente sus paquetes por la puerta de la tienda, siguiendo á Miette, que está ya

en negociaciones con un joven dependiente casi prosternado delante de ella, mientras un señor corpulento y bien portado, el gerente ó el dueño, le envía desde el mostrador las más almibaradas sonrisas.

El vendedor extiende las blancas y amaneradas manos hacia el escaparate y saca de él las dos piezas de la jofaina para hacer observar á Miette su hermoso trabajo y ostentar á sus ojos los nobles reflejos del objeto. La joven le toca también de vez en cuando y parece, por cierto, que examina con gran inteligencia ciertos detalles lamentables. A pesar de ello, hace una señal con la cabeza á Merlín para anunciarle que está decidida. El dependiente, entonces, se aproxima al buen viejo, á quien parece considerar como «el intendente de su alteza,» le dice unas palabras, el precio sin duda, y Merlín, aturdido, quiere poner sus paquetes en el suelo; pero el señor corpulento corre á cogerlos, los pone en el mostrador y se deshace á su vez en cortesías delante de Miette, á quien tantos honores no desconciertan lo más mínimo. Merlín no recurre esta vez al portamonedas, sino á la cartera, y veo á ese viejo chocho entregar dos billetes azules al amable dueño de la tienda, mientras Miette hace que escriba el dependiente algo que ella le dicta. ¿Un nombre y una dirección? Sí, sin duda, pues la casa se encarga de expedir directamente.

¿Pero á quién, á quién está destinado ese suntuoso regalo? ¿Cómo «mi cocinera» y el tío de «mi cocinera» pueden hacer una compra tan extravagante para sus recursos? Me parece de nuevo que me vuelvo loco, ó más bien, que me he quedado en mi casa solitaria, me he dormido al lado del fuego y estoy soñando las cosas más tontas y más burlescas...

Miette triunfante y Merlín resignado aparecen de nuevo en la acera, y apenas han pasado por el escondite obscuro en que yo me había metido, me precipito á mi vez en la tienda.

Con saludos no tan profundos como los que había dirigido á Miette, pero con igual solicitud, el dependiente me ofrece todos los Boutigny del escaparate y de los estantes, mientras yo miro obstinadamente la jofaina que se exhibe orgullosa en el mostrador.

—Esta está vendida, me dice; pero si usted desea otra igual...

—¡Ah! ¡Está vendida! ¿Es esa linda joven que acaba de salir la que la ha comprado? Creí que había desistido, al ver que no se la llevaba...

—Nosotros nos encargamos de expedir, me dice el dependiente.

Con la estúpida esperanza de que se le escapase el nombre que había dado Miette, repito:

—¿Expiden ustedes también á provincias?

—A provincias y al extranjero...

—¿Qué precio tiene esta jofaina?

—Ciento cincuenta francos.

—¡Es carísima!

Después de dar esta opinión con sequedad y mal humor, y no atreviéndome á marcharme sin comprar algo, escojo una bombonera de dos luises que será mi aguinaldo lleno de dulzura para la imaginación de Genoveva de Lambrecy.

El único resultado de mi indiscreta y torpe maniobra ha sido conseguir que Miette y Merlín se me escapen. Por más vueltas que doy de un grupo á otro, no vuelvo á ver el sombrerito de astracán, ó, si veo alguno, ¡qué desagradablemente se diferencia del de Miette!

Por fin, desanimado, renuncio á perseguir á mis fugitivos y me voy á comer al círculo, donde encuentro odiosas las conversaciones de mis vecinos de mesa, las sonrisas de los mozos y la deslumbradora iluminación de las salas. En cuanto son las nueve siento un infinito cansancio y sólo pienso en volverme á casa, en acostarme, en dormir... con propósito firme de no soñar con las extravagancias de aquella noche de Pascua.

En la calle de *Notre-Dame-des-Champs*, acabo por fijarme en otro coche de alquiler que hace algún tiempo viene casi al lado del mío y que se me ha adelantado pocos pasos. Mi cochero tiene que refrenar el caballo para pasar junto á la acera detrás del coche en cuestión, que está descargando delante de mi puerta.

En seguida oigo la charla de Miette.

—Sobre todo, no olvidemos nada en el coche...

Y mientras Merlín, por última vez en la expedición, abre el portamonedas para pagar la carrera, su sobrina se pone á trasladar los paquetes á la acera y sólo conserva los últimos en la mano con el manguito.

Sin ser, á Dios gracias, de una generación tan atrasada como Merlín se figura, según mis costumbres de solterón, pertenezco al menos á una en que



Miette se arrodilla y empieza á desatar las cuerdas

se enseñaba todavía á los jóvenes la urbanidad, y hubiera sido para mí insoportable el ver á aquella muchacha, tan bonita y tan distinguida, cargada de informes paquetes y teniendo que sostenerse el manguito y la falda.

—Permítame usted, Miette...

Me parece que realizo un rasgo de audacia al interpelarla con ese nombre familiar al tiempo de cogerle los nudos de los bramantes.

Miette, muy ocupada para haberse fijado en el coche que seguía al suyo, da un grito de estupor, me mira con una expresión de viva contrariedad, y en seguida, serenándose de pronto, suelta en mis barbas la más fresca carcajada, y sin cuidarse de ver si me cortaba los dedos al arrancarme los bramantes de que me había apoderado, echa á correr por el patio, donde su falda produce un ruido de alegre impertinencia.

Los dos coches se marchan y Merlín y yo quedamos frente á frente. Merlín, que tiene la expresión de haber sido cogido en misteriosa falta, disimula su embarazo recogiendo los paquetes de Miette, y yo recurro á mi derecho patronal de reprimenda para recobrar el equilibrio.

—Pero, Merlín, ¡volver á estas horas sin haber comido!..

—Dispénseme el señor... Miette ha querido comer en la fonda...

—¡Comer en la fonda!.. Pero esa muchacha le trae á usted como un zarandillo, mi pobre Merlín...

—Señor, hoy es Pascua...

Y juzga sin duda que la respuesta no tiene réplica, por ser repetición de la que me dió su sobrina, pues se apresura á separarse del amo malhumorado y se mete en el sótano, mientras yo subo la escalinata que me conduce á mi soledad.

Y ahora estoy yendo y viniendo por el salón, muy sombrío y con las manos en la espalda como pintan al gran emperador. No me queda el más mínimo deseo de acostarme ni de dormir sin soñar. Sueño despierto, por el contrario, con las extravagantes circunstancias de aquel día, que me producen la inevitable irritación de todo misterio. Hay uno en la corta existencia de Miette; pondría mis manos al fuego... Esa jofaina tan locamente comprada no es para su aldeano ni para su maestro de escuela; al primero le hubiera satisfecho enteramente una corbata de seda encarnada y al segundo le hubiera transportado al séptimo cielo una cartera con sus iniciales estampadas...

Además, el aire que tiene Miette con su traje de señorita no permite dudar; esa muchacha no ha sido educada por la hermana y el cuñado de Merlín. Como sucede muchas veces, la alquería de éstos lindaba con el castillo de la aldea, y la belleza de Miette habrá hecho que la admitan á compartir los juegos del noble heredero... Después habrá sido admitida sucesivamente en la mesa de familia y en el salón, gracias á los recursos de su genio musical...

De este modo, al crecer los chicuelos de otro tiempo, han podido jugar á los enamorados hasta el punto de cambiar los más descabellados juramentos... La noble familia se opone, probablemente, á un matrimonio desproporcionado; pero los padres de Miette, con el candor de los hijos del pueblo, deben de esperar que todo va á arreglarse, pues por muy chiflado que esté Merlín por su sobrina, no hubiera consentido la compra de la jofaina si no estuviera destinada á un prometido...

En todo caso encuentro muy extraño y un poco mortificante, lo confieso, que hayan escogido mi casa, la casa de un soltero que no ha cumplido siquiera los treinta, para hacer de ella el asilo de esa joven... Me parece que Merlín no ha mostrado en esto gran agradecimiento por mis pruebas de cariño... Lo menos que debían hacer es ponerme en el secreto y pedirme mi consentimiento... Pues bien, exijo que me revelen en seguida ese secreto... ¡No aplazaré ni un día el reclamar la explicación más completa!..

Me dirijo al botón de la campanilla, pero mi brazo se queda parado en el camino... Merlín va á venir y yo sabré incitarle á que hable, pero ¿qué pasará después? Miette, confusa al ver descubierta la novela de su corazón, no querrá ya presentarse delante de mí y saldrá de su asilo para exponerse á las peores aventuras, pues no hay que contar con la debilidad de su tío para contenerla.

Hagamos algo mejor; traigamos á la misma Miette á la confianza y al abandono. A fuerza de sonriente bondad y de discreta insistencia, obtengamos que su corazón se abra y me muestre el mal que ahora disimula su alegría natural. Entonces, mis consejos de hermano mayor la curarán poco á poco, y esa muchacha comprenderá el vacío de su primer sueño al lado del hermoso horizonte que abriré á sus ojos en el reino del arte...

Llamo y se presenta Merlín, todavía impresionado por mi reprimenda y sin atreverse á entrar más que á medias en el salón.

—¿Podría Miette venir á cantar unos villancicos provenzales?.. ¿No estará muy cansada?

Miette no lo está nada absolutamente, pero no sube hasta después de diez minutos, pues ha tenido que ponerse el traje de arlesiana. Lo siento, pero respiro, sin embargo, más á mi gusto.

—¿Se ha quitado usted el traje de calle, Miette?

—Señor, he pensado que para cantar en provenzal convendría mejor este...

Miette canta en su sonora lengua, acompañándola yo al piano, y algunas veces nos sonreímos los dos por los inocentes poemas, burlescos á trozos, como este en que yo digo el papel del hostelero duro de corazón que interpela desde la ventana á los importunos que llaman á media noche:

Me sieu deja leva tres cop:
Seico duro, dourmirai gaire.
¿Que pico abas? ¿Qu'es tout aso?
¿Quau sias? ¿Que voulès? ¿Que fau faire?

(Me he levantado ya tres veces. Si esto dura, no podré dormir. ¿Quién llama ahí abajo? ¿Qué es esto? ¿Qué hay que hacer?)

Y Miette, con voz plañidera, responde en vez del pobre José rechazado:

Moun bon ami, prenés la peno
De descendre un pau eiçavau.
¿Vou li as [illegible] custan
Iéu soulamen eme ma femo?

(Se continuará.)

LA CARICATURA EN ESPAÑA

J. Pellicer Montseny.-J. Junceda.-F. Elías (Apa)



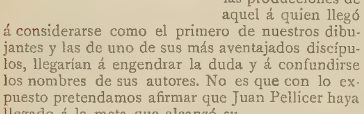
. . . . ó no lo está, dibujo de Juan Pellicer Montseny
(De *El rey que rabió.*)



En la acera de un café. – Parroquianos que cobran, dibujo de Juan Pellicer Montseny

No es Juan Pellicer Montseny un artista novel. Hace ya algunos años que su nombre es ventajosamente conocido como dibujante y como caricaturista. Sobrino y discípulo del que fué excelente artista y amigo querido José Luis Pellicer, pudo recoger provechosas enseñanzas, hasta el extremo de llegar á compenetrarse con las ideas y hasta el procedimiento del maestro. Basta examinar uno de sus dibujos para apreciar la poderosa influencia que ejerció nuestro malogrado compañero, de tal suerte que á no mediar las diferencias que necesariamente han de existir entre las producciones de aquel á quien llegó

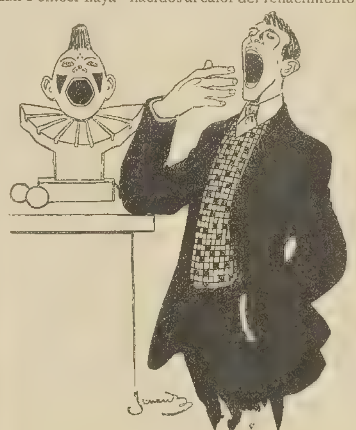
Juan Pellicer Montseny



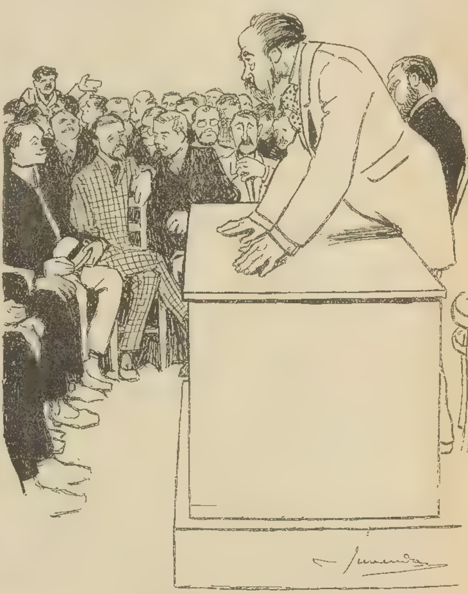
á considerarse como el primero de nuestros dibujantes y las de uno de sus más aventajados discípulos, llegarían á engendrar la duda y á confundirse los nombres de sus autores. No es que con lo expuesto pretendamos afirmar que Juan Pellicer haya llegado á la meta que alcanzó su deudo y maestro, pero sí entendemos que el discípulo llegó á compenetrarse con la tendencia y hasta el mecanismo de ejecución del que fué durante muchos años compañero nuestro en la redacción de esta Revista.

Como dibujante ha demostrado Juan Pellicer su habilidad é inteligencia, seguro en los trazos, devoto ferviente del natural y sincero, sin recurrir á falsear líneas para obtener efectos, conforme lo atestiguan las innumerables producciones reproducidas en las publicaciones ilustradas que durante el período de algunos años han visto la luz pública en nuestra ciudad. Sus trabajos á la pluma, por cuyo procedimiento ha demostrado siempre singular predilección, evidencian la solidez de sus estudios y su no común habilidad. Como caricaturista ha interpretado con acierto este dificilísimo género, comprendiendo el alcance y significación de la sátira artística, delicada y sentida las más de las veces, con manifiesta tendencia á poner de relieve vicios y defectos sociales. Muestra de ello uno de los dibujos que reproducimos, *Parroquianos que cobran,* y la copiosa serie de los publicados en los semanarios catalanes *La campana de Gracia* y *La Esquella de la Torratxa,* de cuyas dos publicaciones es desde hace años uno de sus más asiduos colaboradores. Por su modestia y sus indiscutibles merecimientos tiene derecho Juan Pellicer á todas nuestras simpatías y consideración, con mayor motivo cuando al estudiar su labor como caricaturista hemos de clasificarle entre aquellos que ante todo rinden al arte el tributo que merece.

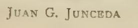
Juan G. Junceda forma parte de ese grupo de jóvenes artistas, nacidos al calor del renacimiento artístico y literario que caracteriza el actual período. Atraído por sus manifestaciones, halló pronto medio para poder dar muestra de sus aptitudes, singularizándose en el cultivo de la sátira artística de un modo personalísimo, con intencionada finalidad, demostrando un espíritu observador, propenso á recoger la nota, el rasgo y el conjunto que pueda servirle para expresar un humorismo un tanto ático, pero siempre sano, cual puede observarse en los tipos representados en uno de los dibujos reproducidos.



Contagio, dibujo de Juan G. Junceda



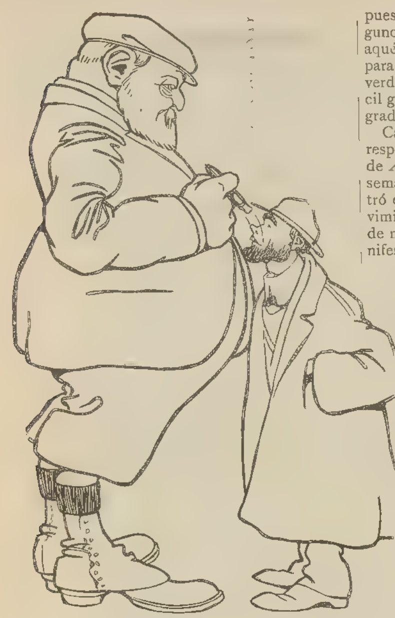
Señores, habrá que suspender la sesión porque el secretario ha perdido la «memoria,» dibujo de Juan G. Junceda



Juan G. Junceda

Dechado de gracejo é intención es el dibujo titulado *Contagio,* que asimismo damos á conocer á nuestros lectores, tan bien concebido como ejecutado, inspirado en una manifestación trivial, pero que Junceda ha sabido expresar con indiscutible acierto.

Difícil sería hacer mención de sus producciones,



¿CUÁL DE ESTOS DOS INDIVIDUOS SERVIRÁ DE TIPO PARA CALCULAR EL NÚMERO DE ASIENTOS EN LOS TRANVÍAS?, dibujo de Félix Elías *(Apa)*

puesto que habiendo colaborado activamente en algunos semanarios, entre ellos el titulado *¡Cu-cut!*, son aquéllas numerosísimas. A ellas es preciso recurrir para formar juicio de su valía y de sus condiciones verdaderamente recomendables para cultivar el difícil género á que se ha dedicado y en el que ha logrado ya obtener cierta notoriedad.

Casi análogas apreciaciones deberíamos consignar respecto de Félix Elías, conocido con el seudónimo de *Apa*, y también asiduo colaborador artístico del semanario *¡Cu-cut!* Como su compañero Junceda, entró en el palenque artístico arrastrado por ese movimiento que tantas energías ha despertado y que de modo tan decisivo ha influído en todas las manifestaciones de nuestro país. No es nuestro propósito ni esta la ocasión para analizarlas; pero sean cuales fueren sus tendencias, aun las más opuestas, representan todas, á pesar de su aparente divorcio, una suma de energías y de vitalidad que al encauzarse han de producir ventajas inapreciables para la general cultura.

FÉLIX ELÍAS *(Apa)*

Félix Elías reune condiciones de dibujante. Sus caricaturas, ejecutadas con cuidadosa atención, revelan seguridad, buen gusto y sana intención, siendo de ello muestra una de las dos que reproducimos.



FANTASÍA, dibujo de Félix Elías *(Apa)*

Por lo expuesto compréndese la importancia que reviste la sátira artística en nuestro país, y las tendencias y merecimientos de algunos de nuestros caricaturistas, la mayoría de los cuales han de considerarse como verdaderos artistas. Las cuestiones políticas han servido á muchos de ellos como tema para dar muestra de su gracejo y de sus censuras; mas justo es consignar que esta clase de sátira sólo se ha manifestado en determinados períodos, siendo de ello muestra el hecho de haber colaborado primero en determinadas publicaciones satirizando tipos, cuadros y costumbres, para tomar después activa parte en otros semanarios de carácter y tendencias políticas opuestas. Entendemos que todos merecen aplauso por la labor realizada, con mayor motivo cuando significa un conjunto de energías y de inteligencia.

A. GARCÍA LLANSÓ.



Disturbios revolucionarios en Moscou.—El Instituto Fiedler, cuartel general del comité revolucionario.
Fotografía tomada al día siguiente de haber huído los revolucionarios y remitida por «Photo-Nouvelles.»

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustración Artística

Año XXV — Barcelona 29 de enero de 1906 — Núm. 1.257



EN LA VERBENA, cuadro de Julio Borrell

SUMARIO

EL GENERAL MITRE

A la edad de 85 años, falleció en Buenos Aires, en la mañana del 19 de los corrientes, el ilustre general D. Bartolomé Mitre, la personalidad más saliente, sin duda alguna, de la República Argentina.



EL GENERAL BARTOLOMÉ MITRE,
fallecido en Buenos Aires en 19 de los corrientes

Fué militar, político, periodista, historiador y poeta, y en todas estas manifestaciones de su actividad alcanzó los puestos más eminentes.

Como militar cubrióse de gloria en los sitios de Montevideo, en la lucha contra el dictador Rosas, en la de Buenos Aires contra las provincias confederadas y en la guerra contra el Paraguay.

Como político, en el Parlamento, en el gobierno de Buenos Aires y en la presidencia de la República trabajó con celo incansable por la prosperidad de su patria, fomentando la construcción de escuelas públicas, ferrocarriles, telégrafos y demás elementos de progreso.

Como periodista, además de haber dirigido en su juventud algunos periódicos de Montevideo y de Bolivia, dirigió *La Nación*, uno de los más importantes diarios bonaerenses

Como historiador, perpetuarán su nombre la *Vida de Belgrano*, la *Historia de los generales de la independencia de América* y la *Historia del general San Martín.*

Como literato, diéronle fama de castizo prosista, además de las obras históricas citadas, multitud de escritos publicados en notables revistas, y de inspirado poeta sus *Rimas*, colección de poesías escritas á los veinte años, y sus traducciones en versos castellanos del *Infierno*, de Dante.

Su muerte ha sido hondamente sentida, no sólo en la Argentina, sino también en toda América. Apenas se supo la noticia de su fallecimiento, la población de Buenos Aires desfiló por delante de la casa del gran patriota, y todos los presidentes de las repúblicas americanas enviaron á su familia telegramas de pésame.

En España, el Senado y el Congreso se han asociado al duelo de los argentinos.

El entierro, efectuado el día 22, fué, según dicen los telegramas de allí recibidos, una manifestación imponente. Bien la merecía el hombre integérrimo que con su espada, con su pluma y con su palabra tanto contribuyó al engrandecimiento de su patria, á la que consagró todo su inmenso talento, toda su actividad infatigable, todas sus poderosas energías.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Se ha estrenado en el Real algo viejo y desconocido á la vez para este público: *La condenación de Fausto*, de Héctor Berlioz. Y estábamos como niños con zapatos nuevos, al ver decoraciones también nuevas, y á los coristas con ropa nueva, y el servicio de luz eléctrica puntual y acertado, y todo en orden. Esto, en el primer coliseo de la nación, no sucede todos los días. Allí nos tienen habituados á una trapetería con la cual debiera hacerse un auto de fe, á impropiedades chocantes, á bancos que salen andando solos por medio de un cordel, y á cocoteros en *Orfeo*.

* * *

Cuando llamo *ópera* á *La condenación de Fausto*, debiera llamarle *oratorio* ó *leyenda*, como lo denominó su mismo autor. Y ahora que conozco la creación del combatido y mal comprendido compositor francés, declaro que encuentro en ella más acertadamente expresado el elemento legendario del *Fausto*, de los *Faustos*, que en las óperas de Gounod y Arrigo Boito.

La condenación de Fausto, en efecto, tiene ese carácter de misterio y melancolía amestral y sublime que poseen las tradiciones y las consejas alemanas. Este francés se ha bañado en el Rhin y ha visto á la Loreley de cabellos de oro. En las canciones de los beodos dentro de la bodega-taberna, hay ecos de las fiestas de los Goliardos y de las orgías luteranas, en que la cerveza engendra visiones humorísticas é irónicas. No creo que exista una página más alemana que todo el acto segundo de *La condenación de Fausto*, con su *canon fugado* que parece hecho de torrentes de espuma blonda de cerveza. En la *carrera al abismo* creemos escuchar el ritmo siniestro de la balada del *rey de los álamos* oprimiendo en sus brazos á la criatura para asfixiarla, y repercute el estribillo terrible de la otra célebre balada: «¡Los muertos van aprisa!» En cambio, todo el acto de las sílfides es de una gracia voluptuosa infinita, y desarrolla un tema con la delicadeza penetrante de los *lieds* amorosos de Enrique Heine. Y en el acto primero hay una sugestión de patriotismo heroico realmente estremecedora.

* * *

Todo ello sucede *como en el alma:* he aquí, á mi juicio, el encanto peculiar de tan atractivas páginas musicales. Las leyendas que, como la de Fausto, expresan, por medio de un símbolo, algo fundamental, algo muy hondo de la vida humana, ganan al ser sugeridas de un modo ensoñador. Lo concreto las embastece, haciéndolas zarzuelescas. Este espesor de las líneas, esta tosquedad de la armazón, se han notado en la obra de Gounod y no tardarán en notarse en la de Arrigo Boito. Tal será la crítica de los espectadores algo refinados que recuerden el poema de Goethe y escuchen su transcripción musical en *Mefistófeles* y *Fausto*. En la leyenda musical de Berlioz asistimos, más que á lo material del curso de los acontecimientos, al efecto que estos acontecimientos producen en el espíritu de Fausto, ese espíritu complejo y profundo, asaltado por las dudas, contradicciones, delirios y ensueños más típicos de la intelectualidad y el sentimentalismo antiguo y contemporáneo. Y por eso la leyenda musical de Berlioz nos dice lo que no nos dijeron las óperas, que vinieron después, que se aprovecharon de las ideas anteriores y las entregaron á la multitud, la cual se ha adueñado de ellas, especialmente de la de Gounod, rebajada ya al nivel de lo ínfimo.

* * *

La biografía del autor de *La condenación de Fausto* es una verdadera historia de artista luchador, mal conocido y estimado de sus contemporáneos, capaz de todas las rebeliones y probado por todos los contratiempos. Su primer combate fué con su familia: querían hacerle médico, y él se sentía compositor. Vivió en París en la miseria, cantando en los coros de un teatro, dando lecciones de solfeo. Su bohemia fué triste y azarosa: la bohemia obscura, sin gloria y sin pan. Compuso, logró hacer ejecutar sus composiciones; pero el público ó no las entendió ó no gustó de ellas. Y esto continuó sucediéndole aun después de los triunfos, aun después de que Paganini hubo reconocido en él la huella genial. Cuando había producido ya la *Sinfonía fantástica* y la famosa cantata de *Sardanápalo*, vió silbada estrepitosamente, con brutal encono, su ópera *Benvenuto Cellini*. Enfermo y sin recursos, á duras penas recobró fuerzas y energías para defender su sistema musical, las innovaciones que han hecho de él el precursor de Wagner y el émulo de Beethoven. Gracias al maestro á quien trató tan duramente, á quien negó con pertinacia, puede oponer la nación francesa un nombre insigne á los nombres de músicos que enorgullecen á Alemania. Berlioz no obtuvo la consagración de su genio sino cuando decidió un viaje por el extranjero, dando conciertos en las principales ciudades alemanas, asociándose á Mendelssohn y á Meyerbeer, y ejecutando lo mejor de su repertorio ante el emperador de Rusia. No menos se necesitó para que en su patria fuese casi profeta Berlioz; y digo casi profeta, porque es relativamente reciente la justicia que se le ha hecho, justicia póstuma que le distingue de los compositores adocenados que aprovechan, vulgarizándola y desmigajándola, la inspiración ajena.

* * *

Y (con sesenta años de retraso, pues *La condenación de Fausto* es de 1846) llega á Madrid y se estrena en el Real, completa, tan bella obra. De sus dos primeros actos se hizo repetir mucha parte; el tercero fué *bissé* desde la primer nota hasta la última. Desde el cuarto, la aprobación dejó de ser unánime; hubo quien encontró que la música languidecía. Y como si también la empresa se hubiese fatigado, la *mise en scene* decayó. Aquella habitación de Margarita del cuarto acto parece un portal de Belén, y aquellas sombras chinescas de la *carrera al abismo* son infantiles, lo mismo que la apoteosis final, el rapto del alma de Margarita realizado por unas obleas blancuzcas que reciben el nombre de ángeles. Era difícil que en el Real llegasen hasta el fin sin desmayo en esto de poner como Dios manda una obra. La conformidad del público ante las deficiencias de más bulto y más evitables, tiene dormidos, desde tiempo inmemorial, á los que de esto debieran cuidar celosamente. Dentro de poco, si continúa en el cartel, estará *La condenación de Fausto* que no la conocerá la madre que la ha parido; porque ya ni saldrán llamas cuando deban salir llamas, ni volarán las sílfides, ni bendecirá el obispo, ni se hará nada de lo que debe hacerse para mantener la ilusión y poesía que encierran el libreto y la música.

* * *

Por supuesto que el estreno de Berlioz ha perdido importancia al lado de la noticia de la cogida de Bombita en México. Ante este evento sensacional, palidece no sólo lo que se refiere al arte, sino los mismos sucesos políticos, la ley sobre ataques á la patria y al ejército y las conjeturas referentes á la Conferencia de Algeciras. Largos cablegramas relatan minuciosamente el lance, y no se habla de otra cosa en los círculos de la villa y corte.

¡Ah! Esta es la clave de la discusión que á veces surge en pro y contra de la fiesta nacional. No importa que se den corridas de toros ni que la gente asista á ellas: el mal síntoma es que, terminado el espectáculo, vacío el recinto de la plaza, mudo ya

> «el escándalo sonoro
> de la caliente y luminosa fiesta,»

continúe la preocupación de lo que á los toros atañe, la obsesión y afán de las corridas pasadas, presentes y futuras, el interés supremo de lo que sólo debiera ser pasajero y rapidísimo—una impresión colorista, una forma de deporte y distracción, algo que sólo interesa, y eso superficialmente, mientras se ve.

No son lo malo los toros, sino el reato de los toros, el pensamiento cautivo en ellos, todas las fuerzas imaginativas y la mal guiada sensibilidad de la raza, acaparadas y absorbidas por lo que á los toros se refiere... Y esto no tiene remedio, ó al menos, no se ve por donde lo tenga. Es preciso, pues, resignarse á que suceda así, y á que el cable, tendido entre ambos hemisferios, sirva para alterarnos y tranquilizarnos cuando un cornúpeto voltea á un matador.

EMILIA PARDO BAZÁN.



Sólo se recobró al advertir que sus lágrimas caían sobre el rostro de una mujercita adorable que estaba arrodillada á sus pies

La felicidad, por J. Menéndez Agusty

Paco Bárcenas era á los treinta años un buen mozo, de aire gentil, donoso y culto en el hablar y recto en su conducta, aunque dando á esa rectitud una blanda flexibilidad que le autorizaba para acostarse tarde, comer fuera de casa y jugar en el círculo una partida de tresillo todas las noches. Por lo demás, nadie hubiera podido señalar en él ningún vicio grosero.

Quería ser correcto por cuestión de buen gusto, porque se moría de asco ante la visión de algún amigo borracho, con el sombrero torcido, la camisa ajada y el rostro imbécil.

No, él no se emborracharía nunca, ni con el más rico de los vinos. Aquello era sencillamente una porquería.

Le gustaban las tertulias de gente seria, donde hubiera muchachas con quienes flirtear discretamente, sin enseñarles más de lo que ellas buenamente sabían ni aburrirlas tampoco con discursos rígidos y ceremoniosos. Les contaba los chismes del casino, la parte cómica de la política de actualidad, sus aventuras mercantiles de la semana, comentándolo y sazonándolo todo con esa gracia especial que es sin duda alguna la base de una oratoria mucho más amena que esta otra que hace trepidar todos los días las paredes de nuestros Parlamentos con un ruido parecido á los truenos de una tempestad teatral.

***

En una de esas tertulias conoció á Lucianita Valle, una figura sutil, delicada, de ojos muy vivos y risueños y sonrisa candorosa.

No había pensado Bárcenas todavía en casarse, que á los hombres jóvenes y ricos no les suele correr prisa semejante cosa; preo el trato con Lucianita, su clara y serena conversación, sus atinados juicios y un olor á bondad que parecía desprenderse de toda la persona impresionaron á aquel perfecto soltero y le hicieron decidirse á pedir á la niña relaciones formales.

Lucianita aceptó y sus padres también, y desde aquel momento Paco Bárcenas pudo ir á casa de su amada todos los días y charlar con ella un par de horas.

No iba mal el noviazgo al principio, mejor dicho, iba muy bien. Bárcenas encontraba en aquel gabinete lleno de sol, donde la mamá hojeaba figurines ó hacía calceta, un blando calor de un orden puramente espiritual, una novedad de ambiente que le hacía el efecto de un rato de descanso después de una larga jornada, y al arrullo de estos gratos descubrimientos y de la conversación de Luciana, revelándose cada día más fuerte, más inteligente, más tierna y laboriosa, no dos horas, todo el día se lo hubiera pasado extasiado en la contemplación de aquella firme y plácida felicidad.

Mas luego empezó á enfriarse aquel entusiasmo. Y era que el bueno de Bárcenas no estaba enamorado de Luciana; estaba impresionado nada más, embebido ante la presencia de aquella novedad que ponía un punto alegre en la monotonía de su vida de rentista joven y soltero.

Poco á poco fué perdiendo el gabinete su encanto y le pareció aburrible la mamá y cursi la niña; y se acordó de que aquellas dos horas que pasaba allí en correcta postura contando y escuchando trivialidades, las pasaba antes en el casino, ante una taza de magnífico café, bien repanchigado en un diván y entregado con sus amigos á toda clase de conversaciones.

Aquel, aquel era su ambiente.

Ya hemos dicho que no era hombre vicioso ni amigo de francachelas semifemeninas, pero quería disfrutar, dentro de su sabia conducta, de una apacible libertad que le permitiera reir con los amigos las ocurrencias más libidinosas, comer en el restaurant de moda y acostarse santamente á las dos ó las tres de la madrugada sin más pecado encima que el de haber perdido ó ganado al tresillo unos cuantos duros, no muchos, porque nunca padeció la fiebre del naipe.

Y claro está, pensando en esta vida, que era la suya propia, acabó por sentirse moralmente desligado de aquella otra artificial á que le obligaban sus «relaciones formales.» No faltaba más que el rompimiento material, la retirada del gabinetito lleno de sol, y esto se obtuvo con una carta en la que se daban muchas satisfacciones y en realidad no se daba ninguna.

A bien que Luciana era mujer fuerte y que vendándose con su fortaleza la herida de aquel doloroso cambio de decoración, á los ocho días pareció que allí no había pasado nada.

***

Ni la conducta recta á lo buen tono del caballero Bárcenas ni su naturaleza sana fueron bastantes á impedir que un día le diese un violento ataque de artritismo que le hundió en un sillón como un manojo de huesos desarticulados, con una siniestra expresión de dolor en la cara y un temblor senil de todo el cuerpo, metido casi en la chimenea que ardía como un bosque incendiado.

En ocho días envejeció diez años; se le aflojaron las mejillas, pendientes y fofas sobre una mandíbula contraída; se le cambió el color, empañando todo su rostro con un vaho lívido, y los cabellos lacios, peinados de mala manera, le salían por debajo de la gorra pegados á la piel. Una gran manta le envolvía las piernas.

Allí se pasaba los días, mirando vagamente á la calle por el balcón inmediato. Cada transeunte le arrancaba un suspiro. ¡Oh! Allí estaba su vida. Se la habían arrancado brutalmente, dejándola en la alegría tumultuosa de los grandes paseos, bajo la luz bondadosa del sol, entre el aroma que despedían los trajes de las mujeres y la humedad grata que se elevaba del arroyo acabado de regar. Y él estaba separado de su vida, lleno de dolores, atornillado en aquel sillón horrible, muerto de frío á pesar de reinar ya la Primavera... Acababa por resignarse, apartaba la vista del balcón y leía. Luego le servían la cena, una cena de enfermo, sosa, triste, con su indispensable taza de caldo. La luz eléctrica, brillando en los cinco brazos de la araña que pendía del techo, le parecía pálida, fúnebre, y había que llevar más luces, inundar el gabinete de fuego, hasta darle la claridad deslumbradora del comedor del casino. Entonces se hacía la ilusión de que estaba bueno y probaba á levantarse. Imposible. La enfermedad le había atornillado al sillón concienzudamente. Cerraba los puños con ira y mandaba retirarlo todo, cena, luces, hundiéndose en la lumbre de la chimenea como si se quisiera tostar.

***

Una tarde, al través de la pared del gabinete, que era medianera del piso vecino, oyó un rumor de voces femeninas; no, oyó una sola voz que le hizo agitarse en el sillón con la sacudida de esos recuerdos perdidos que despierta de pronto el remordimiento. Escuchó atentamente. Sí, era ella. ¿Quiénes vivirían al lado? Lo ignoraba. Para él su casa era el casino, allí sabía los nombres de todo el mundo; esto otro no era más que una hospedería nocturna. Durante un buen rato la voz siguió oyéndose clara y armoniosa, con un dejo de tristeza. Esto del dejo lo adivinó Bárcenas, que escuchaba embelesado aquel rumor fresco de arroyo en estío. ¿Por qué se embelesaba ahora con lo que abandonó impíamente en otro tiempo?.. Mientras la salud nos lleva triunfadores por la calle, y la vida nos sonríe espléndida por los poros del cuerpo, no necesitamos de nadie, nos bastamos á nosotros mismos, y en este desprecio á todas las ayudas y á todos los consuelos solemos arrastrar alguna ilusión desvanecida, tal cual existencia marchitada por siempre, como arrastra el alud de un ejército victorioso muchas cosas ajenas á la guerra.

Pero cuando nos vemos destrozados en un sillón, ante una lumbre que apenas nos caldea por fuera, solos en la calma de un gabinete donde no entra,



Julio Borrell

cuando le llaman, más que el criado, atendidos por manos bastas, sin un soplo de ese calor que entibia los hogares y parece acolcharlos, entonces miramos en torno nuestro buscando un rostro amigo, la blanda almohada de un pecho amante, esa solicitud que inspira el cariño, que lo vigila todo y alegra el cuarto de un enfermo, haciéndole sonreir cada vez que se acercan á él. ¡Qué pequeñitos, qué endebles nos sentimos entonces, con cuánta humildad y dulzura aceptamos todas las ayudas, cómo nos gusta encogernos, aniñarnos, entre los brazos de la madre ó de la esposa!

Esto pensaba Bárcenas contemplando su mísera persona y mirando á la puerta, por donde no entraba nadie que no representase una cantidad de dinero á fin de mes. ¡Pagar aquellos cuidados fríos, rígidos, indiferentes, á tanto la reverencia! No, él no quería pagarlos con dinero, sino con gratitud, besando las manos suaves como seda que le ayudasen á levantarse del sillón... Y á todo esto seguía oyéndose la vocecita cariñosa, como un llamamiento, como un recordatorio. ¡Oh! Si él se atreviese... Pero en semejante estado... Tomar una mujer para enfermera... Sin embargo, aquella vocecita parecía decirle una porción de cosas dulces... ¡Ea, se decidía! Poco podría darle en indemnización de aquel disgusto; pero si la herida seguía abierta, con sólo ofrecerle en una mirada toda una expiación de amor, la herida se cerraría. Y además, haría buen enfermo, no daría trabajo.

Y allá fué otra carta larga como los dolores de Bárcenas. Pero ésta no produjo lágrimas. ¡Ah, qué alegre estaba el gabinetito lleno de sol al poco rato de recibirla!

***

Hay un momento en la vida en que pasa por nuestro lado la Felicidad. Se vistió con la forma femenina—que no otra más apropiada pudo adoptar—y la precede un leve aroma primaveral. Si en ese momento no la reconocemos y seguimos distraídos nuestro camino, ó si reconociéndola la fingimos amor y de pronto nuestra inconstancia se cansa de ella y la abandona, ¡ay de nosotros! No la volveremos á ver y nuestra vida rodará de un desengaño á otro como un trasto inútil que nadie quiere. Algunos privilegiados la ven dos veces ó la reconocen la vez segunda si la primera no la reconocieron. Bárcenas tuvo esa suerte. En otro tiempo la reconoció á medias y se burló de ella; ahora la reconocía de verdad, absoluta, de cuerpo entero, brindándole esperanzas, días risueños, plácidas conversaciones al amor de aquella lumbre á la que ya no le haría falta arrimarse tanto. Y si mejoraba y podía salir á la calle, ¡con qué gozo respiraría el aire libre, apoyado en aquel brazo tibio, mirándose en ella y sintiéndose venturoso de tener algún dolor que mitigar abrazado á su felicidad, lleno del sabroso calor en que le envolvería con sus caricias!..

El día que Bárcenas entró llevado en brazos en su hogar, el suyo, el nido, apenas se sentó en un sillón, no muy cerca de la lumbre, y advirtió á su alrededor ese orden perfumado y silencioso que las buenas amas de casa saben dejar tras de sí en sus inspecciones diarias, esos detalles que colocan en paredes y veladores el cariño y el gusto femeninos, el ramo de flores perfumando la estancia, los periódicos al alcance de la mano, las figurillas de biscuit blancas y azules retozando sobre una mesita de laca, sintió que su fortaleza de hombre de buen tono, conservada á duras penas durante su enfermedad, se derrumbaba, y rompió á llorar con la cabeza entre las manos, casi sin darse cuenta, medio desmayado de ventura. Sólo se recobró al advertir que sus lágrimas caían sobre el rostro de una mujercita adorable que estaba arrodillada á sus pies.

(Dibujo de Triadó.)

LAS ULTIMAS OBRAS DE JULIO BORRELL

En el apropiado y amplio *estudio* que en la calle de Aragón poseen los hermanos Borrell, en el mismo local donde su venerable padre y maestro produjo sus últimas obras y prodigó sus enseñanzas, allí ha exhibido algunos lienzos el joven y aventajado artista Julio Borrell, ofreciendo á la justísima curiosidad de los aficionados y de sus amigos las producciones que ha ejecutado recientemente, destinadas á figurar en el próximo Salón de París.



Primavera é invierno, cuadro de Julio Borrell

La provechosa labor realizada por su padre, en cuya Academia recibieron utilísimas lecciones varios de los artistas que han logrado singularizarse y distinguirse, así como las estimables obras que durante un largo período produjo, aparte de sus personales condiciones, han asignado al apellido Borrell un doble concepto de respetabilidad y de aptitud artística, que sus hijos han procurado sostener y continuar, cual si creyeran, con plausible acierto, que constituía un timbre nobilísimo digno de una familia de artistas.

De ahí, pues, que la exposición organizada tuviera para nosotros especial significación, ya que enlazaba aquel ya lejano ayer que conocimos y recordamos con simpatía, con la actualidad que observamos

con interés afectuoso, puesto que representa la tradición familiar y artística, el conjunto de esfuerzos y energías, que como consecuencia lógica han producido un nuevo plantel de entusiastas é inteligentes continuadores.

Y conste que por más que conociéramos las apreciables condiciones que concurren en nuestro amigo, fué causa de agradable sorpresa la exhibición de sus últimas obras, tanto que el recuerdo de algunas de sus producciones había de atestiguar la suma de sus merecimientos; pero aun así, estimamos justo consignar que los lienzos á que nos referimos representan en sus diversos géneros, puesto que esta particularidad ofrecen, un adelanto, un señalado progreso, que atestigua el resultado de los estudios realizados. Porque Julio Borrell ofrece la particularidad, muy digna de estima, de haber conquistado, siendo muy joven todavía, un puesto eminente en el mundo del arte. En él aúnanse una imaginación potente y un gran espíritu reflexivo, cualidades que le permiten sobresalir, así en los cuadros en que domina la imaginación ó el sentimiento, como en aquellos en que traslada al lienzo una escena de costumbres, acertadamente observada. Si en los primeros prevaleçe el concepto inspirado por la pasión, los toques enérgicos, los trazos vigorosos y los grandes contrastes interpretan el tema, expresan la concepción, brillando en los segundos la naturalidad y una ejecución firme, sobria y delicada, pero siempre dueño de la realidad, sin que ni en unos ni en otros aparezca el efecto rebuscado, el amaneramiento, puesto que el joven artista, ferviente adorador de la verdad, no apela en sus obras al empleo de recursos artificiosos, que si de momento deslumbran al vulgo, desprestigian al artista.



Un aprisco, cuadro de Julio Borrell

Todo ese conjunto de cualidades que indicamos y que pueden observarse en la variada labor del artista, nótase en los lienzos últimamente ejecutados, llamando la atención no sólo la variedad de los asuntos, sino también el contraste que ofrecen sus tonalidades y hasta el procedimiento. Brillante, de tonos vivos, determinados, es el cuadro representando una gitana, hermosa producción por la valentía de su coloración, ajustada á la realidad. Delicado, con cierto sello de distinción, á pesar de la índole del asunto, es el cuadro titulado *En la verbena*, ofreciendo no menor contraste la portada de una iglesia románica de uno de los pueblos de la región pirenaica, destacándose de las notas producidas por la jugosa vegetación, el notabilísimo cuadro representando un *redil*, que podría firmar Van Ostade, y la notable *Lección de anatomía*.

Las recompensas y distinciones obtenidas en varias exposiciones confirman la exactitud de nuestras apreciaciones. Vivo está todavía el recuerdo del triunfo que alcanzó por medio de su gran lienzo titulado *Pompa cirsense*, que fué premiado en una de las Exposiciones nacionales y adquirido por el Estado. Ventajosamente ocupóse la crítica de esta notable producción, que sirvió para demostrar el esfuerzo, el aliento y el entusiasmo de que se halla poseído el pintor catalán.

Consideración nos merece el joven artista, afecto sincero nos inspira, y en este doble concepto aplaudimos sus esfuerzos, celebramos su labor y deseamos que su perseverancia y sus aptitudes le conduzcan adonde deben llegar los escogidos.

A. GARCÍA LLANSÓ.



La lección de anatomia, cuadro de Julio Borrell

LA CONFERENCIA DE ALGECIRAS

Entre los problemas internacionales que mayor interés despiertan, no sólo por lo que en sí mismos significan, sino también por las complicaciones que de ellos pueden derivarse, figura la cuestión de Marruecos. De su importancia nos dan idea los tratados ha poco firmados entre Inglaterra, Francia y España, la actitud que en presencia de estos convenios tomó Alemania y que por poco es causa de una guerra entre ésta y Francia, y la conferencia actualmente reunida en Algeciras.



Algeciras. – Galería del Ayuntamiento, edificio en donde se celebran las sesiones de la conferencia. Las tres puertas que dan á la galería son las del salón de sesiones

Algeciras. - Escalera y patio del Ayuntamiento

Concurren á esta conferencia trece naciones: Alemania, Austria, Bélgica, España, Estados Unidos, Francia, Holanda, Inglaterra, Italia, Marruecos, Portugal, Rusia y Suecia, representadas respectivamente por el conde Radowitz, el conde Rodolfo Welserheimb, el barón Joostens, el duque de Almodóvar del Río, Mr. Enrique White, M. Revoil, M. Jonekheer H. Testa, Sir Arturo Nicholson, el marqués de Visconti Venosta, Sidi Mohamed Torres, el conde de Tovar, el conde Arturo Cassini y M. Roberto Sager.



Algeciras. – Salón del Ayuntamiento en donde se celebran las sesiones de la conferencia

Aunque son difíciles de prever las sorpresas que pueden surgir en cuanto á la mayor ó menor participación que en la conferencia tendrán los mencionados representantes, cabe desde luego afirmar que los primeros actores de dicha conferencia, digámoslo así, serán los plenipotenciarios francés, alemán, español, italiano y marroquí.

M. Revoil, después de haber sido jefe de gabinete con el subsecretario de Estado en las colonias M. de la Porte y director del gabinete de M. Develle, ministro de Agricultura, entró con éste en el ministerio de Negocios Extranjeros y fué sucesivamente jefe del personal, subdirector de los consulados y jefe del gabinete, cargo que siguió desempeñando con M. Hanotaux, sucesor de Develle. Pasó luego á Túnez, en calidad de residente adjunto, y después á Marruecos como ministro plenipotenciario de primera clase. En 1901 fué nombrado gobernador general de Argelia; en 1903 ciertos incidentes de política interior, á los que M. Revoil era completamente ajeno, le obligaron á presentar la dimisión; pero las dificultades marroquíes movieron al gobierno francés á recurrir nuevamente á sus servicios, que fueron valiosísimos en las negociaciones del último año.

El conde Radowitz cuenta cerca de setenta años y hace catorce que es embajador de Alemania en Madrid. Fué secretario de Bismarck, quien en 1871 le envió á París como encargado de Negocios; secretario de la conferencia de Berlín, ministro en Rumanía, en Grecia, embajador en Constantinopla y últimamente en España.

El duque de Almodóvar del Río es en la actualidad ministro de Estado por tercera vez, y esto solo dice cuáles son sus conocimientos en política internacional. Hombre de gran ilus-



Algeciras. – Edificio en donde se alojan los delegados españoles



Algeciras. – Edificios que ocupan los delegados marroquíes é ingleses


ALGECIRAS. – Llegada del duque de Almodóvar del Río

tración, que domina varios idiomas, de vasta cultura, de exquisito trato, goza de alta consideración en nuestra corte y en el mundo diplomático.

Del marqués de Visconti Venosta nada diremos porque ya en el último número publicamos su biografía.

Sidi Mohamed Torres es un venerable anciano de ochenta y cuatro años, tiene merecida fama de inteligente y de íntegro y disfruta de toda la confianza del sultán, que en varias ocasiones le ha confiado importantes comisiones.

Algeciras es una población eminentemente andaluza, de risueño aspecto, dotada de un clima delicioso; el río de la Miel la divide en dos partes, la ciudad propiamente dicha y la llamada Villa vieja, que es precisamente la moderna, la de los hoteles, chalets y fincas de recreo. En la Villa vieja está el magnífico hotel María Cristina, tan concurrido en invierno que en pocos años ha sido necesario construir otro edificio igual al primitivo y ya se proyecta levantar otro igual para la próxima temporada; en él se hospedan ahora todos los diplomáticos, á excepción de los ingleses, belgas y marroquíes, que habitan tres elegantes hotelitos situados cerca de aquél.

Con el aspecto elegante y señoril de Villa vieja, con sus hermosos paseos y carreteras iluminados eléctricamente, forma contraste la ciudad propiamente dicha por las deficiencias de su urbanización y de otros servicios; á pesar de lo cual, por su aspecto alegre y por lo pintoresco de sus costumbres, no deja de ofrecer grandes alicientes á los forasteros.


ALGECIRAS. – Llegada de los embajadores marroquíes. El alcalde, El-Mokri, Sidi-Mohamed Torres y el secretario del Gobernador Civil

Los representantes de las potencias celebran sus sesiones en la Casa del Ayuntamiento, edificio cuya construcción data de 1892 y que con motivo de la conferencia ha sido decorado y amueblado bajo la dirección del Sr. Palmaroli, funcionario del ministerio de Estado. Una artística escalera de mármol conduce al piso principal, en donde están el salón de sesiones y el despacho del alcalde, destinados á las juntas y deliberaciones de los diplomáticos; junto al salón hay un saloncito de descanso, el fumadero y el despacho del presidente. En el piso bajo se han instalado una estación telegráfica permanente y un gran salón para los periodistas.

La presidencia de la conferencia ha sido conferida por unanimidad y á propuesta del conde Radowitz al duque de Almodóvar del Río; para los puestos de secretarios se ha designado á M. de Margerie, consejero de embajada de Francia, y al Sr. Piña, secretario de embajada de España.

El duque de Almodóvar, al tomar posesión de la presidencia, pronunció un discurso señalando la importancia de las deliberaciones, la influencia que el resultado de las mismas tendrá en el desenvolvimiento del comercio y en las relaciones de las potencias con el Mogreb y la necesidad, por todos reconocida, de introducir reformas en el imperio marroquí, pero siempre sobre la base del triple principio de la soberanía del sultán, de la integridad de sus Estados y de la igualdad de trato en materia de comercio, es decir, del sistema de puerta abierta. Después de trazar á grandes rasgos los principales puntos del programa de la conferencia, terminó su discurso diciendo: «Si tales sentimientos no nos fuesen inspirados por las disposiciones de nuestros espíritus, así como por el espíritu que anima á nuestros gobiernos, nos los dictaría la actitud espectante del mundo entero, que espera soluciones de concordia conformes con las aspiraciones cada día mayores de la solidaridad universal.»—R.

(Fotografías de nuestro corresponsal, fotógrafo D. A. Pérez.)


ALGECIRAS. – Los delegados marroquíes esperando la llegada del tren especial de los demás plenipotenciarios


ALGECIRAS. – El delegado italiano, marqués de Visconti Venosta, saludando, á su llegada, al alcalde y autoridades



DESCANSO DE LOS OJEADORES, cuadro de Kowalski-Wierusz



BAILADORA ESPAÑOLA, cuadro de Conrado Kiesel

M. ARMANDO FAILLIERES, elegido presidente de la República francesa por la Asamblea nacional reunida en Versailles en 17 de los corrientes.

ARMANDO FAILLIERES

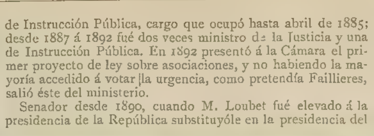
NUEVO PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA FRANCESA

El día 17 de los corrientes, el Senado y el Congreso franceses, reunidos en Asamblea nacional en Versailles, procedieron á la elección de la persona que durante siete años ha de desempeñar la más alta magistratura de Francia. Gran interés despertaba esta elección, en la que luchaban M. Faillieres y M. Doumer, apoyados respectivamente por los elementos radicales y por los moderados; y aunque el primero había obtenido la mayoría de los sufragios en la reunión previa que dos días antes habían celebrado las izquierdas reunidas, muchos eran los que creían que ninguno de los dos obtendría mayoría absoluta en la votación definitiva y que un tercero en discordia, como sucediera en otras análogas ocasiones, saldría triunfante de las urnas.

No fué así, sin embargo, y en el primer escrutinio quedó elegido presidente M. Armando Faillieres por 447 votos entre 849 votantes, habiendo obtenido M. Doumer 371 y otros varios candidatos 28.

M. Faillieres nació en Mezin, pequeña localidad del departamento del Lot-et-Garonne, en 6 de noviembre de 1841, estudió primeras letras en el colegio de su pueblo y el bachillerato en el Instituto de Angulema. En 1860, su padre le envió primero á París y después á Tolosa á estudiar Derecho, y cuando hubo terminado esta carrera, en la que obtuvo siempre excelentes notas, abrió bufete de abogado en Nerac, consiguiendo, merced á su talento y á su laboriosidad, conquistar desde el primer año un puesto eminente entre sus colegas de toda la región. Durante la presidencia de Thiers fué elegido consejero general del departamento y alcalde de Nerac; pero al ser elevado á la presidencia de la República el mariscal Mac-Mahón, fué destituído de este cargo y volvió á dedicarse á la abogacía.

Elegido diputado en 1876, desde entonces no ha dejado de figurar en el Parlamento, como diputado ó como senador. En 17 de mayo de 1880, Julio Ferry lo nombró subsecretario de Estado del Interior y de Cultos, puesto que dimitió seis meses después, cuando cayó el gabinete que aquél presidía. En 1882 desempeñó la cartera del Interior en el ministerio Duclerc, y en 1.º de febrero del año siguiente substituyó á éste en la presidencia del Consejo; pero al poco tiempo, un desacuerdo con la mayoría de sus colegas sobre la redacción del proyecto de ley relativo á la expulsión de los príncipes le movió á presentar la dimisión. En noviembre de 1883 fué nombrado ministro

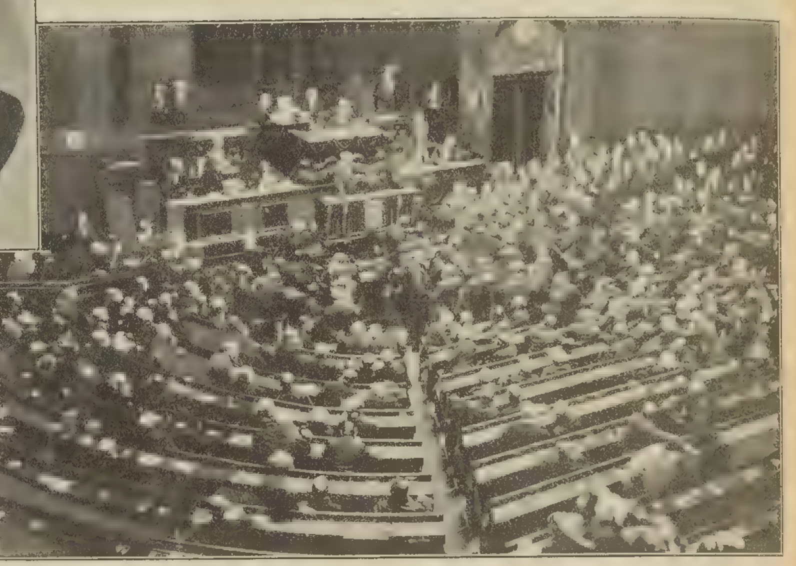


de Instrucción Pública, cargo que ocupó hasta abril de 1885; desde 1887 á 1892 fué dos veces ministro de la Justicia y una de Instrucción Pública. En 1892 presentó á la Cámara el primer proyecto de ley sobre asociaciones, y no habiendo la mayoría accedido á votar la urgencia, como pretendía Faillieres, salió éste del ministerio.

Senador desde 1890, cuando M. Loubet fué elevado á la presidencia de la República substituyóle en la presidencia del Senado, que le ha reelegido en siete períodos legislativos.

M. Faillieres es hombre afable, sencillo, comunicativo y jovial; no fuma, no le gusta ningún juego y es poco aficionado al teatro; en cambio tiene gran afición á las artes y á las letras y es un buen orador.

Su elevación á la presidencia de la República ha sido muy bien acogida en Francia y en el extranjero, siendo general la creencia de que proseguirá la política de M. Loubet, así en el interior como en el exterior.



VERSAILLES. – ELECCIÓN DE PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA FRANCESA. ASPECTO DE LA ASAMBLEA NACIONAL; EN LA PRESIDENCIA, M. FAILLIERES. (De fotografía de «Photo-Nouvelles.»)

BELLAS ARTES

(Véanse los grabados de las páginas 80 y 81)

Descanso de los ojeadores, cuadro de A. Kowalshi-Wierusz. Ha terminado la primera parte de la batida, y los ojeadores, los que con sus voces y sus carreras han empujado la caza hacia los puestos en donde los cazadores están colocados, descansan en medio del bosque en tanto llega la hora de proseguir su fatigosa tarea. La satisfacción que sus semblantes expresan denotan que la jornada ha sido buena y revela la esperanza de que la recompensa no será mezquina. En la agrupación de esas simpáticas figuras y en la ejecución del bellísimo paisaje se adivina la mano de un gran pintor.

Bailadora española, cuadro de Conrado Kiesel. – En la colección de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA vemos con frecuencia reproducidas obras de este celebrado pintor alemán; la mayoría de ellas son tipos de mujeres de un encanto y de una gracia especiales. Pocos artistas han sabido trasladar al lienzo la belleza femenina de una manera tan admirable como Conrado Kiesel, en cuyos cuadros nos cautiva no sólo la parte física, digámoslo así, sino también la maestría con que al través de la envoltura corporal nos hace ver el pintor el alma de la figura reproducida ó imaginada. De ello es nueva demostración la *Bailadora española;* en sus ojos, en sus labios, en su cabello, en su actitud, hay algo más que belleza plástica; hay en ellos el reflejo de un temperamento, casi diríamos el carácter de una raza.

Bellas Artes.—BARCELONA. – *Salón Parés.* – El reputado pintor D. Francisco Llaverías ha expuesto una numerosa colección de acuarelas que, con el título general de «*Catalunya grega,*» reproducen pintorescos paisajes y marinas de la costa ampurdanesa. Son bellísimas impresiones tan bien sentidas como ejecutadas, de correcto dibujo y vigorosa entonación; no pecan de minuciosas, ni son simples manchas de color, sino que en ellas ha sabido el artista colocarse en el punto medio, que es el verdadero, viendo la naturaleza tal como es en realidad, sin exagerados idealismos, pero también sin incurrir en el defecto contrario, es decir, en un realismo vulgar.

En el propio salón hay expuestos dos lindas cabecitas en mármol de Miguel Blay y de Enrique Clarasó, y un buen busto retrato de señora, de Latorre.

Círculo Artístico. Muy notable es la exposición íntima que actualmente se exhibe en este círculo y en la cual predominan esas obras de carácter espontáneo, impresiones, estudios, que nos permiten conocer en toda su sinceridad el temperamento de cada artista. En la sección de pintura llaman la atención los cuadros de Nonell, Tolosa, Torrescassana, Tamburini, Gili y Roig, Gimeno, Torras Farell, Olivé, Pelegrí, Ferrater, Thorn, Masriera (V.), Amiga y Vallmitjana (J.); en la de escultura, las obras de Atché, Campeny, Oslé, Gargallo y Galofre; y en la de dibujos, los de Tamburini, Cidón, Casademunt, Cardunets, Thorn, Pelegrí, Gili y Roig, Gimeno y Torras Farell.



DEPENDENCIAS, ALMACÉN Y EDIFICIOS DE EXPLOTACIÓN DE LA FINCA DE LOUPILLON, EN DONDE PASA M. FAILLIERES LARGAS TEMPORADAS Y EN DONDE COSECHA ANUALMENTE 800 BARRILES DE SUS CELEBRADOS VINOS. (De fotografía.)



Miette no vuelo y encontrando la primera á Genoveva, que tenía en la mano una taza llena...

LA OFENSIVA

NOVELA DE ALBERICH CHABROL.—ILUSTRACIONES DE JORGE SCOTT

(CONTINUACIÓN)

(Buen amigo, tómese la molestia de bajar un poco aquí abajo. ¿Querría alojarnos en su casa á mí solamente con mi mujer?)

El hostelero se las tiene tiesas mucho tiempo con el pobre ser á quien trata de vagabundo, hasta que, por fin, su *moulié* (su esposa) le da compasión y consiente en abrirle el establo, que se va á convertir, aquella misma noche, en lugar de milagro.

Después Miette entona el villancico que invita á los pastores á visitar al Niño Dios:

Pastre, pastresso,
Courrés, venés tous!

(¡Pastor, pastora, corred, venid todos!)

Y su voz toma una expresión lastimosa para decir los sufrimientos del niño:

Lou pichot plouro
Vous faire pietá...

(Su niño llora que da compasión.)

Pero yo también tengo piedad de Miette y cierro el piano, pues recuerdo que es ella á quien he visto hoy, con otro traje, pasear por los *boulevards*. A mi piedad se añade el tormento del misterio. ¿Con cuál de aquellos trajes está Miette disfrazada? ¿Cuál mostraba en el pueblo á la mirada encantada de su novio?.. Sólo ella podría decirlo, pues que ambos los lleva con igual desenvoltura. Al cambiarlos, su belleza cambia de tono, pero no resplandece menos.

Nos ponemos á hablar al lado del fuego, acechando yo una palabra de Miette que me permita asaltar su corazón.

El pueril candor de esta muchacha parece indicar que nunca ha vivido fuera de un círculo muy estrecho, ni soñado con nada que vaya más allá de su humilde familia. Después me muestra rincones de su pensamiento que solamente una educación refinada ha podido decorar con tan lindas y originales opiniones sobre las cosas de la vida y del arte.

Miette tiene la facultad encantadora, y rara en una muchacha, de saber escuchar. Pero creo que ha leído en mi frente la resolución de sorprender su secreto, porque me habla sin interrupción y me invade con aquella oleada de palabras ingeniosas para impedir que la invada yo á ella. La joven me hace preguntas que se relacionan con la instalación de los puestos en los *boulevards*.—¡Qué buena idea la de facilitar á los pobres vendedores ambulantes un medio de ganar algún dinero en esta época de los aguinaldos, en que tanto se desea gastar!..

¡Ya pareció aquello! La confesión de Miette va á salir naturalmente... Vamos á hablar de Boutigny y de lo demás. Con mi más amable sonrisa le digo:

—¿Ha gastado usted mucho esta tarde, Miette? Temo que sea usted un poquito pródiga...

—También yo lo temo, señor... Pero esta tarde no pensaba en eso y creía que hacía algo malo cuando pasaba por una barraca sin detenerme. ¡Hubiera querido comprarlo todo!.. ¡Hubiera querido hacer felices, aquí á todos los vendedores, y en el pueblo á todos mis paisanos!.. Además, me gustan esos juguetes; los hay tan graciosos...

Miette está rabiando por enseñármelos y yo porque me los enseñe. Dejo para después las explicaciones, pronuncio la palabra que ella espera y la muchacha echa á correr y vuelve poco después con su tío cargado con todo el botín infantil.

Merlín desaparece en cuanto ha soltado todo aquello en la alfombra, temiendo sin duda que le regañe por tales prodigalidades como le regañé por la comida de fonda.

Miette se arrodilla y empieza á desatar las cuerdas; pero es una operación que dura más que su paciencia... Saco entonces del estuche de mi cartera unas tijeras, me arrodillo á su lado y á medida que me va entregando los nudos gordianos los corto sin piedad. La colección está completa: el *violinista*, la *Loïe Fuller*, un *perro sabio*, un ferrocarril... con catástrofe, etc.

Damos cuerda á las máquinas y la mitad de los juguetes se ponen á funcionar al mismo tiempo. Para atrapar á algunos de ellos y darles cuerda otra vez, tengo que ponerme á gatas y meter el brazo debajo de los muebles. El salón se pone tan ruidoso como la feria de Neuilly... De los labios de Miette parten trinos de risa entrecortada... Yo me río también y lo encuentro todo milagrosamente ingenioso, aunque no haya milagro tan grande como la venida de aquella joven, unas veces tan linda como ahora, otras tan bonita como esta tarde, á casa de un solterón «de nacimiento.» ¡Ah! ¡Qué cólera siento contra el hombre que ha quemado ya la flor de su alma con un aliento de amor infeliz, si no sospecho!..

Estamos ahora en pie y miro con los ojos extraviados, y el corazón también, la deliciosa carita de Miette con la cabeza levantada y recibiendo en las manos un *Santos Dumont* que acaba de subir por los aires.

—¿De modo que esto es lo que ha comprado usted en los puestos?

Miette no parece notar que mi voz tiembla y me responde muy satisfecha:

—Sí, señor... ¿Verdad que, después de todo, he sido razonable?

—Razonable .. En los puestos, puede ser, pero en las tiendas grandes...

La joven me interroga vivamente con los ojazos muy abiertos mientras me pregunta:

—¿En las grandes?..

—¿No ha entrado usted en las grandes tiendas..., en la de Boutigny, por ejemplo?..

Miette muestra la misma impresión de contrariedad que cuando la interpelé en la puerta de casa, y

después, como entonces, esa impresión se resuelve en sonrisa y en diversión.

—¡Oh! ¿El señor ha visto?.., murmura.

—He visto, Miette, y no he comprendido... ¡Es, realmente, cosa que no se comprende que haya usted comprado una jofaina de ciento cincuenta francos!

Miette me mira otra vez, pero ahora con los ojos entornados y entre las largas pestañas. Parece que está meditando sobre mi espionaje para decidir si ha sido un acto bueno ó malo.

Yo sigo diciendo:

—Me dirá usted, sin duda, que el tío es dueño de su dinero... ¡Pero aprovecharse así del mimo desmesurado de ese pobre hombre!..

Miette replica muy tranquila:

—Mi tío no tiene nada que ver con la compra de la jofaina...

Entonces me agarro á una idea repentina:

—¿Era, acaso, alguna comisión de que estaban ustedes encargados?

La joven vacila, pero sus lindos labios se niegan sin duda á mentir, porque responde con expresión de apuro:

—No era una comisión.

—Vamos á ver, Miette, no querrá usted sostenerme que está dentro de sus recursos el dedicar ciento cincuenta francos á un aguinaldo...

La veo levantar la cabecita y echar hacia atrás la minúscula cofia y la ancha cinta para responder:

—Aun siendo muy pobre, se pueden tener todavía ciento cincuenta francos y querer darlo todo de una vez, todo...

La altivez de esta respuesta, que me parece impertinente, y la negativa que implica de explicarme el misterio, excitan mi cólera hasta el extremo. Olvido mi promesa de longanimidad, me cruzo de brazos y en tono alto y seco, como el de un fiscal, la apostrofo de este modo:

—¿Para quién ha gastado usted esos ciento cincuenta francos? ¿A quién quiere dar todo lo que le pertenece? ¿A quién ha mandado usted enviar la jofaina? ¡Respóndame en seguida!

Y no sé si es porque Miette se pone de puntillas ó porque está en este momento en una de sus metamorfosis, pero ello es que se me aparece alta, alta, como esta tarde con su traje de señorita, para responderme:

—Tengo derecho á no decir nada á nadie.

Aunque la cólera me sofoca, apelo á la ironía:

—¿De veras?.. ¿Hasta ese punto se cree usted por encima de toda autoridad? Me parece que ha venido usted á esta casa para obedecer.

—¡No en todo!.. ¡Antes me marcharía!

Miette da dos pasos hacia la puerta... ¡Oh! ¡La ingrata!.. Siento en el corazón una verdadera pena al mismo tiempo que una alarma singular, insensata...

Y con el ademán y con la voz me apresuro á llamarla.

—¡Miette!.. ¿Encuentra usted que hasta hoy me he excedido de mis derechos? ¿Ha encontrado usted en mí un amo tan exigente y tan severo?..

La muchacha vuelve los ojos y veo que tiemblan sus labios de rosa. Su cara está invadida por una especie de inquietud, de enfado, de pena, mientras me responde casi como un rumor:

—¡Oh! Perdóneme usted... Me he explicado mal...

Me sonrío, ya inundado por un sentimiento inefable al ver á mi gacela domada y temblorosa. Me aproximo á ella y le digo con mi voz más amable:

—Bueno... ¿Quiere usted explicarse ahora mejor? ¿Quiere usted decirme, sin que se trate ya de órdenes ni de obediencias, á quién está destinada la compra de Boutigny?

¡Oh! ¡Qué extraña, qué enigmática niña! Lo esencial de su secreto, esto es, que envía un regalo de precio al joven que la corteja, está descubierto. ¿No es esto infinitamente más significativo que el nombre de ese joven? Y sin embargo, duda decírmelo, vuelve de nuevo la cabeza y su perfil toma una expresión de gravedad casi melancólica.

Sus labios se despegan muchas veces para empezar á hablar y otras tantas se cierran silenciosos. Por fin me dice muy bajo y con extraña vehemencia:

—No puedo decírselo á usted ahora; no, todavía no... Pero lo sabrá usted todo un día; se lo prometo...

Miette no me habla ya en tercera persona, lo que es una consecuencia de su opinión, que no reconoce al amo el derecho de interrogatorio, aunque lo tolere del amigo benévolo.

Además es adorable el verla así, palpitante, con las manos un poco contraidas y las cejas levantadas; adorable el escucharla con su acento de angustia, como una niña que pide no ser castigada en gracia de su buen comportamiento de mañana...

Pero pienso que aquella niña ha dado ya su corazón sin precio, con todos los tesoros de su ingenua ternura... El mío parece partirse en dos por una especie de dolor cruelmente progresivo, y adelantándome hacia ella le pregunto con voz incisiva:

—Lo sabré todo... el día en que usted se case, ¿verdad?

Miette se estremece, retrocede poco á poco hasta la puerta, y de pronto, la nube que pasaba por su cara—¡oh, sí, la nube pasaba!—desaparece... y desaparece ella también, después de haberme dicho con una ligera modulación de risa:

—¡Puede que sea el día en que se case usted!..

Me quedo en pie en el salón, entre los juguetes esparcidos alrededor de mis piernas, como Gulliver entre la gente y las cosas de Liliput...

Y es, en efecto, una desesperación de gigante burlado lo que siento en el corazón. ¡Qué diestramente ha sabido esa muchacha paralizar mis manos con diminutas cadenas sentimentales cuando iban á coger su alma, y qué cruelmente ha cantado en seguida victoria! Ha imitado á la esfinge, que precipitaba á los desgraciados que no sabían adivinar su enigma.

Habría un medio muy sencillo de burlar á su vez á la esfinge, y sería dejarla aburrirse sola en el silencio de sus rocas... ¿Qué me importa, después de todo, la novela de esta muchacha ni el gran misterio que oculta en mis sótanos? ¿En qué podrán encontrarse comprometidos por todo esto mi nombre ni mi casa? ¿Por qué hacerlo objeto de una revolución doméstica?.. Acostémonos con un olvido total de mi extraña cocinera y de sus metamorfosis pasadas y futuras. Así como así, si fuera á contemplarla en su cuartito color de primavera, la vería sumida en un sueño enteramente agradable y con sus hoyuelos llenos de esas sonrisas que son su especialidad; sonrisas maravilladas, sonrisas alegres, sonrisas cariñosas, sonrisas temerarias, sonrisas hasta tiernas, sonrisas las más adorables que he visto en mi vida, porque se componen de todas esas sonrisas juntas...

Jueves, 26 de diciembre.

¿No habré sido enteramente fiel esta noche á la palabra que me tenía dada? ¿No habré logrado expulsar de mi sueño la triple imagen de Miette como exquisita muñeca de Arles, como la *bella señorita* que encontré en el *boulevard* y como la esfinge irónica y muda que volví á encontrar en casa? Lo cierto es, en todo caso, que me he levantado esta mañana molido de cansancio y con tal mal humor, que Merlín, al venir á abrirme las persianas, me hablaba muy bajito, como á un enfermo maniaco á quien se guardan consideraciones por caridad.

Mientras me vestía, se formulaban en mi mente ideas de represalias... ¡Represalias! ¿Contra quién? ¿Contra Miette? ¡Qué disparate! ¿Por qué? ¿Porque su belleza, su talento innato y sus originalidades me han divertido primero y absorbido demasiado después?.. Olvidemos todo esto, dejémosla volver á su puesto, del que no es ella la que ha pedido salir, y ocupemos nosotros el nuestro.

Para empezar, me guardo bien de abrir el piano y de sacar el violín. Hoy por la mañana no habrá lección de canto ni esta tarde de arpa. Un artículo que me han pedido ya dos veces en la Revista me ocupará más útilmente hasta la hora de almorzar, y emplearé mejor la tarde despachando una porción de visitas atrasadas y especialmente la de la señora de Lambrecy.

Resuelto de este modo á olvidar á Miette, me siento en mi escritorio y escribo en letras gordas el título de mi artículo: «*La música y el idilio*.» Pero no he acabado de redactar la primera frase, cuando del fondo del sótano surge la voz de Miette, una voz que me parece un poco asombrada de esperar y hasta un poco nerviosa:

Placer de amor sólo dura un momento,
La desesperación, toda la vida...

La voz se interrumpe; supongo que Miette está escuchando... ¡No, señorita Miette! ¡Hoy no hay acompañante benévolo! A cada cual le llega su turno de reclamar en vano...

La voz empieza de nuevo:

Placer de amor...

Después habla del arroyuelo, de la pradera, de la ingrata Silvia..., y creo que se burla del sentimentalismo del poema, como si temiese que le cogieran la palabra... Tranquilícese usted, Miette: no cabe engaño; si su imaginación de usted se ha inflamado por las bellas frases de un Don Juan de provincia, se ve que su corazón no ha latido... ¡Si conociese usted siquiera lo que es un corazón, le economizaría más las vibraciones, como lo hace con las del arpa, por miedo de que las cuerdas se rompiesen con un sonido lúgubre y doloroso!..

Y el obstinado estribillo vuelve á empezar subiendo de tono:

Placer de amor...

Por otra parte, Miette no debe siquiera sospechar hasta qué punto lo que canta es la misma verdad, ni cómo el corazón que se aventura á entreabrirse á un aliento de tierna llamada, tiene que cerrarse con prontitud á la aproximación de un viento glacial. Miette es demasiado joven y demasiado bonita y tiene promesas demasiado seguras de la vida para que las dificultades que encuentra su matrimonio le parezcan otra cosa que peripecias interesantes de una novela bien imaginada. Así es como sus iguales hacen sufrir á aquellos á quienes tantas gracias en una criatura mortal *encantan*, en el sentido nigromántico de la palabra, es decir, transforman hasta el punto de ser desconocidos á sus propios ojos.

Había yo esperado resguardarme para siempre en mi torre de marfil, ó sea en mi vida de solterón artista y arqueólogo cuyo programa se caracterizaba por mis viajes científicos; y hete aquí que la «Bella» se ha introducido furtivamente en el antro del «Monstruo» por el placer de torturarle todavía un poco, sin dejarle siquiera la esperanza de transformarle un día, por el don final de su ternura, en un príncipe hermoso como la luz...

Placer de amor sólo...

Esta vez me levanto, voy á la puerta, que había dejado entornada, y me encuentro en el comedor á Merlín, que está limpiando los muebles.

—¡Ciérralo todo, Merlín! Que no se oiga ningún ruido en la casa; estoy trabajando.

¡Pero no! No trabajo más, pues por debajo de las puertas, aunque bien ajustadas, se desliza una ligera y melodiosa brisa que llega hasta el salón con el misterio encantador de los ecos...

—¡Está bien! Ya no es uno el amo de su casa...

Pero apenas he soltado esta exclamación, el rubor me sale á las mejillas. ¡Cómo! ¡Porque soy «el amo» voy á turbar con una orden imperiosa á esa pobre muchacha y marchitar en sus labios su graciosa alegría de vivir, que se expansiona, como manda la naturaleza, en un cántico irresistible! Si realmente quiero trabajar, ¿por qué no me voy á hacerlo en la redacción de la Revista?.. Llamo y pido el sombrero y el gabán á Merlín, que se muestra ligeramente asombrado por esta serie de órdenes contradictorias.

Su cara se ha serenado solamente al ver la mía cuando he vuelto á las doce para ponerme á la mesa. He almorzado con el apetito de un buen obrero contento de sí mismo, y mientras me paseo después por el salón fumando cigarrillos, me hace sonreir el no escuchar ya el canto ni la risa de Miette, ni siquiera sus frecuentes llamadas á su tío. Me sonrío y me arrepiento en seguida de haber sonreído. ¿Iré á conocer, á mi edad, el triunfo de un chicuelo cruel que acaba de probar las fuerzas estrangulando á un pájaro?

Para poner fin á este conflicto íntimo me voy á vestirme, pues respeto inflexiblemente mi programa del día y pienso hacer visitas.

Ante todo á la calle de Lille, á casa de la generala Versombre, mi prima en tercer grado. El salón está todavía desierto, por lo que se me hace una acogida de las más afectuosas. Al indicarme la mejor butaca al lado de la chimenea, la generala me acusa maternalmente por mi negligencia, que yo achaco al trabajo encarnizado á que he tenido que entregarme al volver del viaje para clasificar mis notas. La generala me excusa con una amabilidad tanto más encantadora cuanto más vergonzoso es mi pecado, y para sufrir la pena merecida, la invito á comer pasado mañana en mi casa, con el general. Así hablaremos á nuestro gusto de viajes y de ruinas.

—¡Esta invitación en tan breve plazo es, acaso, un poco familiar!..

La generala me interrumpe:

—No, no, amigo mío... ¿No somos, en efecto, de la misma familia?

Llegan dos bellas señoras rozando sedas y susurrando cumplimientos, y me apresuro á huir de ellas, envuelto en la más amable de mis sonrisas, para ir al cuarto del general, á quien reitero mi invitación.

¡Es un rasgo de genio esa comida, en la que no pensaba hace una hora! La tal invitación me parece una especie de ceremonia litúrgica de exorcismo, que restablecerá el orden *moral* en mi casa, tan deliciosamente embrujada y, acaso, también tan peligrosamente...

Y me encuentro en el *boulevard* Haussmann, en el salón de la de Lambrecy, una pajarera de gorjeos y de suntuosos plumajes. Se está sirviendo el te, y Genoveva, que es la que hace los honores alrededor de la mesa, me ofrece una taza al responder á mi saludo. La encuentro casi bonita, tan rubia, con su traje de paño blanco... Y además no puedo menos de observar que, al verme, sus mejillas, de ordinario un poco pálidas, han tomado el más lindo matiz de rosa te.

L aseñora de Lambrecy me llama con una seña y me somete á una serie de presentaciones. En cuanto me es posible, vuelvo á Genoveva y le hablo de mi comida. Su semblante se ilumina como una estrella en el crepúsculo; su madre y ella están libres pasado mañana.—Iremos.

Y yo repito:

—Una invitación á tan corto plazo es, acaso, un poco familiar...

Ella me responde radiante, tierna y delicada:

—¡Oh! Es familiar como debe serlo...

He aquí una frase de verdadera mujer, de verdadera mujer de sociedad... ¡No es mi arlesianita la que!.. ¡Oh! Le pido perdón... Hubiera hablado lo mismo, ó mejor... Además, ¿es acaso una humilde hija de Arles?.. Y en parangón con Genoveva de Lambrecy, se me aparece la señorita seguida de su mayordomo en casa de Boutigny.

El tiempo se ha puesto muy frío al caer la noche, y en mi salón, lleno de recogimiento y de dulce calor, Miette se ha debido de poner á tocar el arpa, *esperándome...*

Pero sé que hay momentos en que no existe ningún término medio entre el heroísmo y la extremada cobardía..., y decido ser un héroe. Me calo sólidamente el sombrero y voy á llamar á la puerta del reciente matrimonio Dessollier, con los que estoy en la más franca amistad desde que los encontré en Oriente haciendo su viaje de boda. También aquí mi invitación es aceptada con evidente placer.

No querría, sin embargo, que las de Lambrecy atribuyeran á esta comida una significación demasiado precisa..., ni que Genoveva pueda esperar algo mejor que una bombonera como regalo de año nuevo... No he decidido todavía en mis adentros cuándo, dónde ni para quién compraré el anillo de mis desposorios, si es que le compro... Pero que yo sea un solterón no quiere decir que deba vivir como un oso. Hace dos años que no he tenido invitados en casa y esto es una razón para no tardar más en tenerlos.

Llegado al circulo, me siento á comer al lado de Gastón Sorreze, un hombre finísimo, que haría un excelente marido para Genoveva. No ignoro que á Gastón le gusta mi prima y sé que ella le aceptaría como uno de los mejores partidos de conveniencia con que una parisiense de sólida filosofía puede consolarse de sueño de amor disipado. Gastón será el séptimo y último de mis convidados.

Pero si él y los demás cuentan con Miette, mi cocinera, para que les prepare unas bodas de Camacho... Creo que esta idea me arranca una carcajada en plena calle, porque los transeuntes me miran con desconfianza y con gana de hacerme prender como loco, mientras yo levanto el bastón para hacer parar un coche.

En mi casa reina la calma de un Edén dormido. Ni la más pequeña impertinencia en forma de trino ó de risotada. Pero, sin embargo, ¿se habrá quedado encerrado algún pajarillo cuando, al hacerse de noche, se han cerrado las persianas? Porque se oyen roces de alas por las paredes... Voy por un pasillo, con una palmatoria en la mano, y me encuentro de pronto con Miette vestida de señorita. ¡Dios mío! ¡Qué alta parece con su larga y sedosa falda, que se arrastra á su alrededor, y con qué esbeltez surge su busto de la estrecha cintura, desembarazada de las pañoletas un tanto pesadas de la arlesiana!.. Pero el traje de calle me hace ver que en vano se buscarían huellas de lágrimas en sus ojos...

Miette se excusa y me da tiempo para recobrar mi aplomo... Venía á traer un libro que le había yo prestado hace dos días...

—¡Muy bien!.. ¿Ha salido usted hoy, según parece?.., le digo con voz firme.

—Sí, señor. Mi tío ha pensado que teniendo el señor que hacer visitas no volvería á las cinco... Y como en estos días hacen función por la tarde en el Odeón, ha querido llevarme...

¡Al teatro!.. Mientras yo, lleno de remordimientos, me la figuraba paseando por el arpa unos dedos inundados de llanto, como una castellana de otros tiempos cuando su caballero estaba en la cruzada, ella se divertía pacíficamente en el teatro y asistiendo á la desesperación de las amantes abandonadas, sin pensar lo más mínimo en su propia situación...

Disimulo mis pensamientos íntimos y digo á Miette:

Llegado al círculo, me siento á comer al lado de Gastón Sorreze...

—¡Ah! ¡Ha estado usted en el teatro!.. ¿Y qué función ha visto?

—*El matrimonio de Fígaro,* señor. ¡Oh! Es precioso... ¡Qué lástima que el señor no haya ido!

Y Miette se pone allí, en el pasillo, á cantar, casi con sentimiento, á fe mía, un motivo de la obra en cuestión.

Después exclama:

—¡Oh, señor! Querubín estaba para comérselo; tan rubio, tan gracioso, tan tierno...

—¿Qué apostamos, digo con intención irónica, á que le hubiera usted gustado desempeñar el papel de la condesa?..

—¡Debe de ser tan divertido, me responde sin vacilar, el ver que hay alguien que da vueltas alrededor de una para buscar la ocasión de decirle cosas bonitas, que se arrodilla á sus pies, que le roba los lazos, y en fin, que se vuelve loco de celos, como el conde, hasta el punto de hacer un disparate!..

El tono de Miette es á la vez jocoso y apasionado cuando su voz se precipita para decir estas interesantes cosas...

¡Qué remordimiento el mío por mis remordimientos de hoy!.. ¡Oh! En vez de la criadita á quien, desde los salones, veía yo suspirar en la ausencia de su dueño, se levanta delante de mí una radiante joven, cuyo perfecto candor muestra el instinto de las más terribles crueldades femeninas, y que no acepta ya como prueba de amor más que las lágrimas del hombre, ya que no su sangre...

En fin, sea como quiera, esa joven es la cocinera de mi casa y yo doy una comida pasado mañana.

—Miette, puesto que encuentro á usted todavía levantada, le prevengo que he invitado á siete personas á comer para pasado mañana. Piense usted un poco en lo que habrá que hacer, ¿eh?..

Digo todo esto sin reirme y ella me responde, también muy seria:

—Está bien, señor.

—Tendremos al general y la generala Versombre, al Sr. Sorreze, á los Sres. de Dessollier, á las de Lambrecy...

—Está bien, señor, vuelve á decir Miette.

Como amo paternal que no quiere aplastar á sus criados, me creo en el caso de añadir:

—No se asuste usted; haré algunos encargos fuera de casa.

Miette me da las gracias y ella es la que termina el coloquio con estas palabras:

—¿Puedo retirarme, señor?

—Sí, Miette; buenas noches.

Y, al encontrarme en la puerta de mi cuarto, me pregunto vagamente si, en la pequeña ceremonia de darnos las buenas noches, el tono indiferente que yo quise tomar fué menos *natural* que el de Miette, la cual me las dió, como de ordinario, con la deferencia que puede mostrar una joven en posición subalterna á un hombre á quien no debe ninguna consideración por otro concepto.

EL DIARIO DE MIETTE

Jueves, 26 de diciembre.

¿Ha sido la Casualidad, cuyas intenciones me parecen siempre sospechosas, ó ha sido la dulce y segura Providencia la que me ha hecho presentarme ayer á mi primo en traje de Enriqueta de los Angles?.. El hecho es que dudo si el efecto que produje es de los que determinarán mi victoria ó mi suprema aflicción...

Por el momento estoy en desgracia. Mi primo está furioso, pero su cólera me impresiona menos que el aspecto de pena que tomó anoche dos ó tres veces durante nuestra tempestuosa conversación. No sé cómo se ha forjado toda una historia de un novio que cree que he dejado en el pueblo y á quien envío suntuosos regalos. ¡Su jofaina de usted, Sr. Loriol! ¡No sospechará usted al desembalarla qué difícil va á ser que le sirva para lavarse las manos por mi aventura, puesto que es ella la que, acaso, va á servir de *Deus ex machina!*

Hoy me río; ¿será porque voy á llorar mañana, como dice el refrán?.. Siempre iré ganando eso... Lloraré... interiormente, pues juro que no he de cantar ni una copla menos, aunque se hayan interrumpido mis lecciones, aunque mi primo haya mandado á Merlín que meta el arpa en la funda y aunque haya invitado á comer á la señorita de Lambrecy, como él mismo acaba de anunciarme...

Viernes, 27 de diciembre.

He querido interrogar á Merlín sobre esa muchacha parisiense.

—¿Es verdaderamente bonita, Merlín?

El buen hombre hace una mueca y dice:

—¡Psss!.. No se puede decir que sí ni que no... A mí me habría parecido un poco flaca y un poco... paliducha..., pero está tan bien arreglada...

—En fin, ¿sabes si mi primo piensa en..?

—No, él no; al menos nunca lo ha pensado seriamente... Pero ella y su madre, sí... Y ya ves que la cosa tiene trazas de cuajar...

Tío Merlín, las apariciones engañan muchas veces, tenlo entendido... Y yo leo como en un libro abierto el razonamiento que se hace Marcos á estas horas.

—Si mi vida de anacoreta empieza á fastidiarme y si esa arlesianita caída del cielo en mi soledad me hace pensar en la alegría que podría traer á mi casa una mujer no muy fea ni muy vulgar, pero que fuese joven, ¿por qué no he de casarme con Genoveva Lambrecy?

¿Por qué?.. Pues porque la arlesianita no le permitirá á usted semejante locura, señor primo; porque no se ama á una para casarse con otra, y no es á Genoveva, sino á Miette, la cocinera, á Enriqueta de los Angles, su prima de usted, á quien usted ama, ó á quien, por lo menos, amará muy pronto...

(Se continuará)

EL BIOSCOPIO

UN INSTRUMENTO PARA OBSERVAR LA VIDA DE LOS INSECTOS

Entre los ingeniosos inventos que en estos últimos años han realizado los italianos, ofrece especial interés el instrumento inventado por el catedrático de la Universidad de Nápoles Dr. Aurelio de Gasparis y que ha sido bautizado por éste con el nombre de bioscopio.

El microscopio nos permite estudiar la forma y la estructura de los organismos más pequeños, así como las partes más insignificantes de los animales y de las plantas; pero este instrumento, aun siendo tan valioso como en realidad es, no nos sirve cuando queremos estudiar la vida de los pequeños animales que á simple vista sólo podemos observar á grandes rasgos.

A remediar esta deficiencia viene el bioscopio, merced al cual es posible estudiar la existencia de los insectos y de otros animalitos en las condiciones reales en que esta existencia se desenvuelve y apreciándola en sus más pequeños pormenores. Para ello se requiere, sin embargo, que la observación se realice de manera que el animal cuyas costumbres se quiere investigar no vea al observador, á fin de que la presencia de éste no estorbe ó dificulte la libertad entera de sus movimientos.

El bioscopio (véase la fig. 1) consiste en un tubo que puede alargarse y acortarse, provisto de una cremallera; lleva en uno de sus extremos un sistema de objetivos acromáticos, y en el otro un ocular de ancho campo visual. Colocado el instrumento á unos 50 ó 100 centímetros del objeto que se quiere observar, muéstranse á la vista del espectador cuadros inesperados, escenas animadas que ningún ojo humano ha podido presenciar y que ningún pintor podría reproducir con toda su riqueza de colores. El observador, gracias al bioscopio, penetra los más íntimos secretos del mundo de esos pequeños seres y queda admirado al ver los muchos y sorprendentes puntos de contacto que hay entre la existencia de los mismos y la del hombre y al convencerse de que la lucha por la vida constituye también en el mundo de aquéllos la nota fundamental.



Fig. 1. – El DR. AURELIO DE GASPARIS y el bioscopio por él inventado

Los grabados 2, 3, 4 y 5 reproducen unas fotografías obtenidas mediante la combinación del bioscopio con una cámara fotográfica.



Fig. 2. – Araña arrojándose sobre la presa

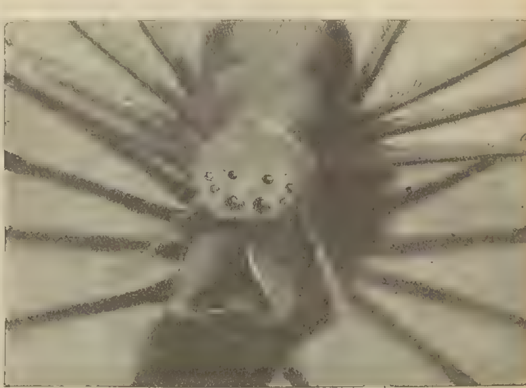


Fig. 3. – Araña observando á su víctima

La figura 2 representa una pequeña araña dispuesta á lanzarse sobre su presa; los grandes é inmóviles ojos del insecto despiden un brillo que ha de paralizar sin duda los movimientos de la pobre víctima, dejándola enteramente á merced de su implacable verdugo.

En la figura 3 vemos igualmente una araña que se precipita sobre una mosca: sus ocho ojos parecen saltársele de la voluminosa cabeza y con sus tenazas se prepara á apoderarse de su presa.

Las dos últimas figuras números 4 y 5 reproducen interesantes escenas de la vida de las hormigas.

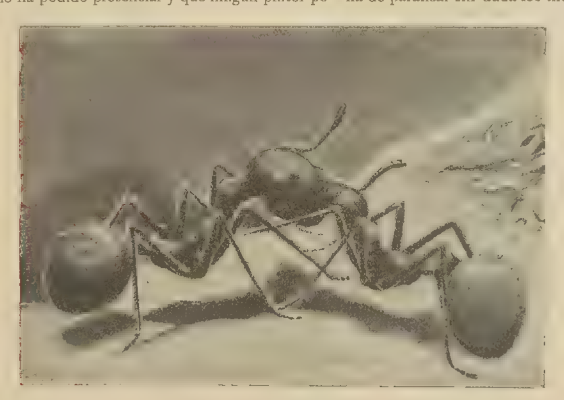
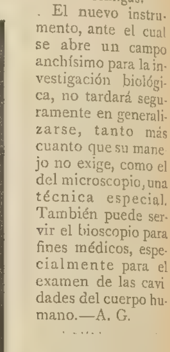


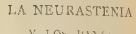
Fig. 4. – Lucha entre dos hormigas



Fig. 5. – Hormiga devorando una mosca



El nuevo instrumento, ante el cual se abre un campo anchísimo para la investigación biológica, no tardará seguramente en generalizarse, tanto más cuanto que su manejo no exige, como el del microscopio, una técnica especial. También puede servir el bioscopio para fines médicos, especialmente para el examen de las cavidades del cuerpo humano.—A. G.



LA NEURASTENIA

Y LOS BAÑOS

La hidroterapia es uno de los medios más eficaces para curar la neurastenia; pero muchos enfermos temen el agua fría. En algunos, este temor es simple pusilanimidad, que se consigue hacer desaparecer procediendo gradualmente; en otros es verdadero miedo al agua, y á éstos no es posible hacerles soportar una ducha, no ya fría, pero ni siquiera templada. Para estos últimos se ha aconsejado la balneación caliente como la practicaban nuestros antepasados cuando recomendaban á las mujeres aquejadas de vapores (las neurasténicas de hoy día) los baños calientes de tilo.



VERSAILLES. – ELECCIÓN DE PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA FRANCESA. EL PÚBLICO ESPERANDO EN LOS ALREDEDORES DEL PALACIO EL RESULTADO DEL ESCRUTINIO. (De fotografía de M. Branger.)

El baño caliente es, en efecto, un gran sedante, pero á condición de tomarlo á la temperatura que conviene más al enfermo, lo que es fácil de conseguir.

Ha de tomarse por la mañana, al levantarse, y el enfermo debe meterse nuevamente en cama después de una inmersión de media hora por lo menos, teniendo cuidado de conservar la temperatura del agua sensiblemente igual.

También es muy eficaz el baño por la noche. Dos horas después de la cena, que habrá de ser poco copiosa, un baño caliente de media hora proporciona al enfermo, si se acuesta inmediatamente, una noche tranquila, reparadora y una relajación del sistema nervioso.—X.



Rusia.—Disturbios revolucionarios en Moscou. Barricada del arrabal Pressnaya, en la que los revolucionarios se sirvieron de maniquíes para engañar á las tropas leales. (De fotografía comunicada por «Photo-Nouvelles.»)

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XXV — Barcelona 5 de febrero de 1906 — Núm. 1.258



La conferencia de Algeciras.—Sesión de apertura. Discurso del duque de Almodóvar del Río

Dibujo del natural de J. Simont

A la izquierda del duque de Almodóvar, presidente, están sentados el Sr. Pérez Caballero, segundo delegado español, y los cuatro delegados marroquíes Sidi Abderramán ben Nis, Hach Mahomed Seffar, Sidi Mahomed el Mokhri y Hach Mahomed ben Larbi Torres. A la derecha del presidente, los Sres. Radowitz y Tattenbach, delegados alemanes; el conde de Welsersheimb, delegado austriaco, y el barón Josens, delegado belga. Al extremo de la mesa, Mr. White, delegado de los Estados Unidos. Enfrente de la presidencia, M. Revoil, delegado de Francia.

SUMARIO

CRÓNICA DE TEATROS

Yo no sé si será por falta de acierto en los autores, ó por vacilación de criterio en el público, ó por equivocaciones de las empresas, ó por todas estas causas juntas; pero lo cierto es que después del brillante éxito de *Los malhechores del bien*, ninguna obra de las muchas que últimamente se han representado en Madrid ha alcanzado un triunfo definitivo. Dícese que esto depende de que el público está despistado, de que no sabe lo que quiere. No lo creo. Por instinto más que por reflexión el público distingue casi siempre lo bueno de lo malo y de lo mediano. En todo caso aplaude lo que le agrada y rechaza lo que no le gusta, y como para él escriben los autores, culpa es de ellos si no aciertan á deleitarle y por consiguiente á complacerle.

En la misma tarde del día de Nochebuena se estrenó en el teatro de la Comedia la de Jacinto Benavente titulada *Las cigarras hormigas.* No obstante ser aquella función de las llamadas de Pascua, recibidas siempre por los espectadores con amplia benevolencia, y á pesar del prestigio legítimo de su autor, la obra terminó entre los murmullos de desaprobación de la sala. El público, aunque severo, no fué injusto. *Las cigarras hormigas* es un *vaudeville* de escasa originalidad, fatigoso á ratos y que á última hora se convierte en comedia, con sus conatos de sentimental. Benavente ha querido poner en esta obra su poquito de tesis. Las cigarras, esto es, los bohemios, los artistas, los hombres desordenados, cuando por fas ó por nefas se ven ricos, aunque se propongan ser hormigas, ó lo que en este caso es lo mismo que ordenados, serios y trabajadores, vuelven pronto á las antiguas mañas.

Del fracaso ó semifracaso de la comedia se desquitó el autor de *Lo cursi* aquella misma noche oyendo los aplausos con que fué acogido en el Español su sainete *La sobresalienta*, cuadro goyesco, cuya trama recuerda una de las burlas de *Los tres maridos burlados*, de Tirso de Molina. Este sainete, al que ha puesto música muy linda y delicada el maestro Chapí, nos proporcionó el placer de oir cantar á María Guerrero, tan gentil y donairosa en lo cómico, como arrogante y conmovedora en lo trágico.

Después de *Las cigarras hormigas* nos obsequió la empresa de la Comedia con el estreno de la obra de Rusiñol titulada *Buena gente.* El público la aplaudió, celebróla la prensa casi con unanimidad; pero á la noche siguiente el teatro, como de costumbre, estuvo poco menos que vacío. Este año la Comedia sale á bombo por estreno, y sin embargo, la gente no va, lo que hizo exclamar la otra noche á un ingeniosísimo autor dramático: «A la puerta de este teatro habrá que poner pronto un cartel que diga: *Cerrado por éxitos.*»

Buena gente es un drama popular, y á esto hay quizás que atribuir su poca fortuna en un teatro que por tener escasa galería no se ve frecuentado por el pueblo. El protagonista de la obra es un avaro empedernido, que prestando á usura y estrujando despiadadamente á sus prójimos, ha logrado amasar una enorme riqueza. Al lado de este usurero, Harpagón es un infeliz y un derrochador el personaje del *Castigo de la miseria*. Pero en toda alma, por metalizada y sórdida que sea, hay un rincón para el amor, y en el alma de Bautista (que tal es el nombre del avaro), ya próximo á la vejez, prende la llama del inapagable fuego. Por codicia y no por sentimientos caritativos, ha llevado á su casa en calidad de sirviente á una muchacha inclusera desmedrada y enfermiza. El taimado usurero, como el viejo de la célebre anacreóntica, ignoraba que con la muchacha desvalida entraba en su casa el amor.

¡Y qué amor! Dicen, y es verdad, que el fuego prende con mayor fuerza y más pronto en la leña seca que en la verde, y como seco lo mismo que el esparto es el corazón de Bautista, en él estalla formidable hoguera. Porque es el caso que la hospicianilla flacucha y anémica se convierte, andando el tiempo, en rozagante y atractiva moza, que hace, como se suele decir, andar al avaro de coronilla. Con ella no reza el régimen de miseria y estrechez que impera en la casa y al cual está sometida la mujer del usurero, pobre víctima de la brutalidad y codicia de su esposo. Por fortuna, la muchacha es buena como el buen pan y de una virtud y honradez á toda prueba, tan á toda prueba, que cuando el avaro para deslumbrarla y alcanzar de ese modo sus favores le enseña la caja donde guarda su riqueza, la heroica hospiciana pone al avaro de hoja de perejil y desprecia sus fajos de billetes de mil pesetas y sus montones de oro.

Desde aquel momento cambia totalmente la condición de la muchacha en la casa de su amo. Nada de mimos, ni de buenos bocados, ni de palabras dulces. Bautista se venga de los desvíos de la joven tratándola como criada. Para colmo de desgracias, los parientes del usurero, que andan revoloteando en torno de la riqueza del avaro con la esperanza de heredarle, insultan y maltratan de continuo á la pobre hospiciana. Pero sabido es que en los melodramas encuentra siempre la virtud su merecido premio, y la virtuosa joven lo alcanza casándose con un muchacho guapo, trabajador y honrado como él solo. Por su parte el avaro no queda tampoco sin su condigno castigo. Enfermo, casi moribundo, viudo, abandonado de sus parientes, que si le acompañaban era sólo espiando los progresos de su enfermedad, le dejamos cuando el telón cae por última vez estrechando entre sus manos crispadas aquella riqueza amasada con lágrimas y que no le ha servido para comprar ni la salud, ni la felicidad, ni el amor.

Más delicado y mucho más poético es el cuadro lírico dramático titulado *La alegría que pasa*, también de Santiago Rusiñol y traducido por Vital Aza, que hemos tenido ocasión de aplaudir en el teatro de Eslava. Simboliza el lindo poema del artista catalán la melancolía del eterno pasar de la vida. Ya lo dijo el poeta:

> «Tales los hombres sus venturas vieron
> que en un punto nacieron y expiraron.»

La alegría, el amor, las ilusiones, llegan ruidosas y regocijadas, agitan ante nosotros durante unos momentos sus argentinos cascabeles y pasan, se alejan, desaparecen, dejando en nuestros corazones el amargo recuerdo de venturas que jamás han de volver.

Tal es el pensamiento de *La alegría que pasa*, encarnado en una acción que tiene más de poema que de drama y á la cual comunica expresión y realce la música del maestro Morera.

***

Mucha más expectación que las obras de que acabo de hablar produjo en el mundo literario el anuncio del estreno del drama *Verdad*, original de la insigne escritora Doña Emilia Pardo Bazán. Si para un hombre es difícil vencer en el teatro, para una mujer es incomparablemente más difícil la victoria. Nuestra sociedad es antifeminista, y ahora, como en tiempos de Vargas Ponce, cree que las mujeres deben dedicarse tan sólo á las labores de su sexo. Bien patente se ha manifestado no ha mucho tal prejuicio en el Ateneo de Madrid, uno de los centros de mayor cultura de España. Allí la autora del *San Francisco*, de *La cuestión palpitante*, de *Los Pazos de Ulloa*, de cien libros archivo de bellezas y dechado de bien decir, presentó su candidatura para la presidencia de la sección de Literatura. La insigne escritora fué derrotada, no por un literato de su talla, méritos y nombradía, sino por un socio, sin duda muy apreciable, pero de mucho menos fuste y categoría literaria que la insigne escritora. Para triunfar le estorbaba su condición de mujer.

Las corrientes que dominaban en el público la noche del estreno de *Verdad* tampoco eran favorables á la autora. Y cosa extraña ó quizás perfectamente lógica: las señoras se mostraban, aun antes de conocer el drama, menos benévolas que los hombres.

Y sonaron los timbres y cada cual de los espectadores ocupó su asiento. La sala ofrecía, como dicen los revisteros, un aspecto deslumbrador. No había allí una persona que no fuese conocida en el mundo de las letras, de la política, del periodismo, de la aristocracia. Aquella masa de espectadores era para poner espanto al más pintado. Comenzó la representación y el público, al principio reservado, fué acentuando á cada acto su severidad. Escenas hay en la obra, rasgos y frases de extraordinario valor que no sólo no fueron aplaudidos, sino que fueron rechazados.

No quiere esto decir que la obra mereciera los honores del triunfo. Sinceramente creo que *Verdad* es una equivocación de la insigne escritora; pero convencido estoy también de que en esa equivocación hay mayor cantidad de talento que en otras muchas comedias aplaudidas y celebradas.

La Verdad—viene á decir sobre poco más ó menos la autora—es una sirena que nos atrae con sus halagos, pero que nos ahoga cuando nos tiene entre sus brazos. La buscamos con ansia, y cuando la encontramos, en vez de taparnos con cera los oídos, como los compañeros de Ulises, la interrogamos frenéticos, aunque bebamos la muerte en sus crueles palabras. Por adquirir la verdad comete Martín, el protagonista de la obra, el crimen que envenena su vida; por conocer la verdad labra Ana su desgracia, y esta ansia de verdad, como la fatalidad en la tragedia griega, pesa implacable sobre todos los personajes del drama.

Basta con lo dicho para que el lector comprenda que en la concepción del drama de la señora Pardo Bazán hay más grandeza de la que suele encerrarse en otros muchos dramas modernos. La fábula en que la autora ha desarrollado su pensamiento peca de sangrienta y de sombría. De los personajes que intervienen en la obra, tres mueren de mala muerte en el transcurso de ella. Estas muertes envuelven como en vapor de sangre todo el drama, al que dan además mayor negrura episodios secundarios y relatos horripilantes. Esto, juntamente con la actitud un tanto hostil de que hablo más arriba, explica el descalabro sufrido por Doña Emilia en el teatro Español. De ese descalabro se desquitará muy pronto. Su drama *Cuesta abajo*, que al escribir las presentes líneas está en vísperas de estrenarse en el Gran Teatro, indemnizará con usura, según noticias que tengo por fidedignas, á la autora de *Verdad* de su pasado quebranto.

***

El Gran Teatro es desde primero de año la casa de María Tubau. *Gran Teatro* es el nombre con que recientemente se le ha rebautizado, y el tal nombre le cuadra á maravilla. Fuera del regio coliseo, es aquel el local de espectáculos más espacioso que hay en Madrid. Su decorado es lujosísimo, profusa su iluminación y cómodas y espaciosas todas sus dependencias. Para atraer al público cuenta además la empresa, en primer término, con el talento, el arte y la distinción de María Tubau, y con la cooperación de autores de tanta y tan justa fama como Doña Emilia Pardo Bazán, Leopoldo Cano, Sellés, Cavestany y otros varios escritores españoles, sin contar muchas comedias de renombrados autores extranjeros.

El primer estreno ha sido el de *Nuestra juventud*, interesante comedia de Alfredo Capus que el público ha saboreado con verdadero deleite. *Nuestra juventud* tiene todas las de la ley para deleitar á esa gran masa de espectadores que va al teatro, no en busca de impresiones violentas, ni ansiando estudiar tesis sociológicas, ni desentrañar símbolos enrevesados de recóndito sentido, sino deseoso de disfrutar de un par de horas de apacible entretenimiento y de suaves emociones.

Algo hay en la obra de Capus que recuerda la comedia de Alejandro Dumas (hijo). Trátase también en ella de una hija abandonada, la cual, después de varios interesantes incidentes, alcanza el cariño y la protección de su olvidadizo padre. Todo esto, como se ve, es poco nuevo; pero el autor ha sabido combinarlo con tal arte, ha logrado comunicarle tal interés, que su comedia cautiva la atención aun de los más distraídos espectadores.

Para completar la enumeración de las obras teatrales estrenadas en Madrid desde mi última revista, citaré la comedia de los Sres. Catarineu y Mata titulada *El deber*, en la cual se presenta con sobriedad é ingenio una cuestión de conciencia, que no por haber sido llevada otras veces al teatro carece de trascendencia é interés.

A juzgar, pues, por la abundancia de comedias con que el año principia, este de 1906 ha de superar en cantidad, y ojalá los supere también en calidad, á los años anteriores. Al paso que vamos, saldremos, si Dios no lo impide, á estreno por noche. Con esto quizás vaya ganando el público que se perece por las novedades, pero saldrán perdiendo los autores y las empresas.

Zeda.





Todavía ardían los cirios alrededor de la caja

LA HIENA

Contaban que ya en la cuna, á poco de nacer, el mastín de la casa mirábala como con respeto. Y el dicho, aunque evidentemente exagerado, no dejaba de ofrecer alguna verosimilitud.

Los propios padres se hacían cruces. ¡Cuidado con la cara fosca que ponía aquel retoño!.. ¡Y lo que fué en aumento con los años!..

Mala, lo era de remate, según las viejas que crecer la vieron. Llorona y rara á lo primero, arisca después, luego traviesa. Tanto, que ni había paciencia posible, ni compaña en paz, ni cosa segura con ella.

Pescozones, los llevó de órdago; reprimendas, en número incontable; malquerencia, la obtuvo como nadie. Pero si de niña no daba su brazo á torcer, ¡qué no haría en cuanto se vió ya moza, garrida y brava, con mejor cara que genio!..

Alguien aseguraba que la había picado un mal bicho. No faltó quien dijera que alguna rámila tenía parte en semejante extrañeza; porque no podía ser que hija de Dios viniera al mundo con un geniazo igual ni parecido.

Y ella..., pues ella pagaba en veneno cuanto podía, con adusta traza y mirar flechero; solazándose, al parecer, en atraerse el odio por el gusto de devolver cien por uno, malavenida adrede con los más, y casi hecha una furia.

De eso le vino el tilde. En su propia cara se lo enjaretaban los golfos: *hiena,* y sólo *hiena,* oíasela llamar con asentimiento unánime. ¡Qué mohín el de su rostro, ante el insulto!.. No era desprecio, ni coraje, ni disgusto. Diríase que apuntaba un tono de majestad diabólica con vislumbres de fanfarrona complacencia.

¿Acercársele los mozos?.. ¡Cualquiera podía con tamaño erizo! A disgustos baldaba á su padre, tiesa como un mogote y dura como el granito. ¿Qué no haría con quien intentase irla con dulzuras?

—Esa, afirmaban los más, es de las llamadas á soltería perpetua. Si por malaventura de alguien fuera al altar, ¡bueno iba á salir el favorecido!..

Y el caso es que fué. ¿Cómo? Un poema. El bruto del zagalón, de testuz más recio que hecho de encargo, se avino con *la hiena,* como se hubiera entendido con el lobo, á tener el lobo el don de la palabra.

La bestialidad chocó. Saberse el propósito y cavilar el alcance, no fué cosa de mucho. Razones de afinidad sin duda. El zagal, puro cuarzo; ella, pura roca... ¿Hablarse? Decían que sí, que en el monte, muchos días al atardecer... Pero ¡quia!, como no fuera á golpes...

***

Y se casaron, sí, á pesar de la extrañeza y de todo. El mismo cura, al echarles la bendición, hubo de hacer un esfuerzo para no reirse. ¡Cuidado con la parejita! El mejor día no iban á quedar ni los rabos...

Ella, *la hiena,* hubo de pasar á su modo cierta vez por una cavilación singularísima. Fué algo así como un relámpago no más; pero fué. De entre todos los jóvenes, uno solo, el segundón del alcalde, que había estudiado en Madrid y se trajo cierta majeza, la impresionó un tantico. *La hiena,* puede que se hubiese dejado domar por él. Pero él, aparte del físico y el aditamento de la cortesanía, era tan majadero como los demás; y la moza comprendió el mal asomo, díjose acaso que el resplandor de un rayo, más deshonra que alumbra, y aquello ni trascendió ni pasó á mayores.

Bien que hizo, porque el redomado, á la larga, probó lo que valía con un estropicio de los que afectan al honor y suelen causar víctimas.

¡Ah! *La hiena,* mala de remate, aun queriendo á aquel pazguato no hubiera caído, no. Primero le muerde. Otra sí, otra cayó... por eso, por no ser *hiena.* Y cayó tan hondo, tan hondo, que le costó el morirse dando vida á un ser.

También *la hiena* fué madre. El zagalón no cabía en sí de gozo. En eso sí que no hay fieras. Brutos podían ser los padres, y bruto el cachorro, rollizo y sano, á quien la voz general, es decir, la chunga, colgó en el acto un sambenito. Por el pueblo se corrió que había nacido con dientes, y algunos fueron tan zafios que acudieron á enterarse, aunque así, de refilón, por no exponerse á un bufido. ¡Menudo se lo llevan, á saber tal patraña la hembra bravía!..

Mas al rorro no le dió por vivir muchos meses. Un día le dió una pataleta que le dejó atroncado. Las comadres hallaron muy natural que el muñeco gastase aquellas *bromas.* ¡Tales padres, tales hijos! Ya que no lo de los dientes, sería verdad lo de los puños. La criatura, dos ó tres veces, retorcióse como un condenado, con las manos crispadas y dando en el aire así, como tajos y mandobles...

En voz baja no faltó quien insinuara una sandez: ir á buscar al cura para los exorcismos. El niño aquel tenía indudablemente los demonios en el cuerpo. *La hiena,* desesperada, no pudo oir el propósito; pero atinó en cosa mejor: llamar al médico á escape..

Y el médico fué, llamado por el zagalón, que salvó seis leguas echando los bofes.

Y el médico torció el gesto en seguida que vió al enfermito...

¿Qué era? Un caso apurado, de aquellos que á la Ciencia la dicen: «Bueno, como si no.»

La hiena no se había inmutado en su vida. ¿De qué la venía el apodo?.. Vió morir á su madre, y como si tal cosa. Vió á su padre en peligro, y tan entera. Ni la afligían desgracias, ni la placían las lágrimas. Viendo llorar, miraba con cierto pasmo.

Y el médico se levantó, y musitó unas palabras, y escribió en un papel, y se marchó moviendo la cabeza...

No fueron lágrimas, chorros derramaron de improviso aquellos párpados feroces. Pero en silencio, con solo un hipo apagado, tenue, como un eco muy hondo de algo más hondo todavía.

Las comadres miráronla con sorpresa. ¿*La hiena,* aquel peñasco?..

¡Ay, sí! Del peñasco brota el manantial más puro, y al peñasco horada la gotita de agua. ¿No era madre por ventura?

El zagalón quería consolarla, y lo que hizo fué hacer coro escandalosamente.

Por poco aquel duelo no provoca efecto contrario entre los circunstantes.

¡Y el niño acabándose por momentos como un cacho de vela!.. ¡Una hora, dos, tres..., y el último suspiro!..

***

Todavía ardían los cirios alrededor de la caja; todavía el yerto cuerpecito, como témpano de nieve, aparentaba dormir en cunita alba, cuando entró el bergantón del malcaso, aquel bestia cuya brutalidad costara á una infeliz la vida. Coincidía un nacimiento con una muerte.

Ella le vió llorar, y le agradeció aquellas lágrimas. Dúo fué de miradas y parpadeos imposible de describir.

Por fin soltó el mozo:

—Perdiste á tu ángel. ¿Salvaré yo al mío?..

Hubo un silencio.

La hiena preguntó:

—¿El tuyo, qué hace?

—Pagando mi culpa. ¡Casi hambriento!.. ¿Ves?.. Declaro que he cometido un crimen... Pero le hay mayor, mucho mayor sin duda alguna... ¡Mi niño está hambriento, y le ven cual planta maldita unos y otros, todos los de por acá!..

Hubo otra pausa.

—Tú, que has perdido el tuyo...

No se atrevió á proseguir. Pero debió de escapársele por los ojos.

En efecto, aquel fruto de un crimen no hallaba alimento. De un lado, la preocupación; de otro, el rigorismo...

Habría que sacarlo de allí, enviarlo Dios sabe dónde...

Mas, en horas perdía; y era horrible en medio de todo el dolor de aquella mala ánima.

Claro, aunque hubiese en el pueblo hembra dispuesta á criar, de fijo rechazara la oferta.

Y de añadidura, no la había ni siquiera capaz del cuidado. ¡Por un borde!.. La crueldad tiene muchas facetas.

La hiena no había chistado. Escuchó la relación transida *por dentro,* con tanda de atisbos al ataúd y al buen mozo. Al fin se le quedó mirando fijo, muy fijo, durante un rato. Y se le escapó esta sola palabra:

—¡Tráelo!..

Fué gutural, sibilante, como un gemido ronco. Fué... su último grito de fiera.

¡*La hiena* había sido madre!..

SEBASTIÁN GOMILA.

(Dibujo de Triadó.)

EL ARTE GÓTICO EN VALENCIA

LA CASA DE SAN VICENTE FERRER

Luego del período de discordias, egoísmos, luchas y barbarie, que trajeron consigo las guerras á sangre

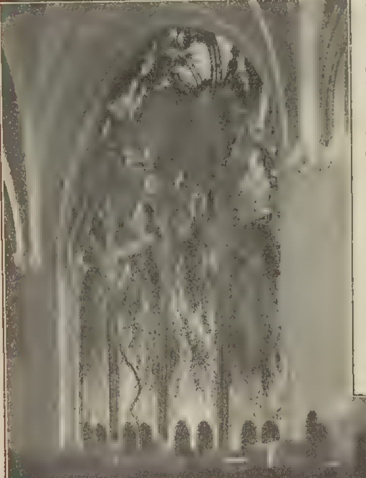


Fig. 1. – Ventanal del gran patio claustral, vista interior. Por su situación y estilo se cree que fué el último construído.

y fuego, constantes en la primera mitad de la Edad media, imponíase por incontrastable ley del Progreso, que transforma las costumbres y necesidades de la sociedad, una era nueva en que reinase la clemencia, la razón, el sentimiento, la humanidad, el idealismo.

Dos poetas, San Francisco de Asís y Santo Domingo de Guzmán, fundaron órdenes religiosas; diferentes, por completo, de las antiguas órdenes militares, pues no tenían, como ellas, el hierro para combatir, sino la persuasión y la humildad. Los discípulos de éstos se esparcieron en una y otra dirección para predicar la fe de Cristo y fundaron comunidades que á poco se extendieron por todas partes.



Fig. 4. – Vista interior del claustro. A la izquierda, dos ventanales, uno de los cuales reproduce la fig. 1; á la derecha, la puerta del aula capitular.

Con D. Jaime el Conquistador entró en Valencia el padre fray Miguel Fabra, discípulo de Santo Domingo y confesor del rey.

Para premiar los servicios de este fraile, por privilegio de 11 abril de 1277 (3 *idus Aprilis*) le fueron concedidos terrenos donde fundar un convento, frente á la puerta de la Xerea, entre la ciudad y el río. Allí se construyó una pequeña iglesia, reedificada en 1350.

En esta iglesia tomó San Vicente el hábito de la orden, en 1367, en ella vivió y de ella salió para ejercer la influencia moral y política que le abrió las puertas de la inmortalidad.

Vuelto á reedificar el templo en 1382 y luego en 1692, llegó á ocupar, con el convento adscrito á él, todo el terreno incluído en el recinto de la ciudad desde el puente del Real hasta la casa de la Fuerza, hoy cuartel de la Ciudadela.

Inspirado este edificio por dos épocas (siglos XIII y XVIII) en que tan distintas influencias artísticas dominaban, tiene estilos tan diversos como el gótico y el renacimiento.

***

Cuando Suchet entró en Valencia, uno de los vandálicos hechos llevados á cabo por los soldados franceses fué la destrucción de parte del edificio y de la torre de la iglesia, hoy reducida al cuerpo principal.



Fig. 2. Mitad del sarcófago y estatua yacente de Pedro Boyl, que construyó á sus expensas el aula capitular, en donde aquél estaba situado; actualmente se halla en el Museo Provincial. La otra mitad está en el Museo Nacional.

Vino después la exclaustración. La iglesia y convento de Santo Domingo fueron transformados en Capitanía General, cuartel, Comandancia de Ingenieros y Parque de Artillería.

Y así continuó hasta que, á petición de la Academia de Nobles Artes, por real orden de 23 de enero de 1844 fueron devueltas al culto la capilla de Reyes (construída por D. Alfonso V de Aragón, en 1463), para Panteón Provincial, y la de San Vicente, fundada en 1460 y reedificada (estilo corintio) en 1772-81, para Parroquial castrense.

***

Hoy, aparte de estas dos capillas, sólo quedan de algún mérito artístico el Aula capitular y tres arcos, de los siete decorados que había en el gran patio claustral, según el P. Sala, y que forman parte de las dependencias del Parque de Artillería.

El Aula capitular es una gran sala, de superficie cuadrada, de unos catorce metros de lado. Cuatro gallardas columnas de medio metro de diámetro por otros catorce de altura, cuando llegan á las bóvedas, se dividen en ocho baquetones cada una, de donde tomó el pintoresco nombre de *Salón de las Palmeras*, con que se conocía cuando era más popular. En el arco de la puerta, de forma lanceolada, campean los calados del tímpano, con una composición muy elegante y artística, que recuerda algunos otros de la catedral; á uno y otro lado de la puerta hay dos ventanas de idéntica construcción, y frente á éstas, tres ventanas más, junto á las bóvedas. Sobre la puerta destaca un rosetón, decorado con una composición muy simple de cuadrifolias, y bajo éste un escudo policromado, al que hacen compañía otros catorce, repartidos proporcionalmente por toda la estancia. En un tiempo, allí estaba el sarcófago de D. Pedro Boyl, que construyó á sus expensas el Aula, y de su hijo D. Felipe. Hoy está depositado la mitad y estatua del primero en el Museo Provincial, y la otra mitad con la estatua del segundo en el Nacional.

En esta sala se reunieron los capítulos de la orden y se celebraron varias Cortes del reino; hoy, destinada á Sala de armas del Parque, á esta circunstancia debe su conservación.

El claustro ha sufrido más, pues entre las obras necesarias para la conservación del material de guerra allí almacenado y las que se hicieron para el gran baile con que la guarnición obsequió á Doña Isabel II el 29 de mayo de 1858, apenas quedan tres arcos, como ya he dicho antes, y éstos mutilados y desfigurados en su parte inferior para acomodar el local á los usos de su destino presente. Los vanos hállanse tabicados en parte ó cerrados con vidrieras de desecho, procedentes de otros edificios modernos; esto produce un efecto deplorable. En el tímpano consérvanse, bastante bien, los lóbulos calados en su combinación de trifolias y cuadrifolias, ofreciendo la particularidad decorativa de los escudos colocados en el centro de algunos rosetones. Uno de estos arcos discrepa de los otros. La traza de sus lóbulos y hasta el perfil de sus mameles es más complicada que el anterior y su aspecto más moderno. Los parteluces, en su extremidad superior, tienen grandes capiteles, cuya proporción, abaco y decorado no están en armonía con el carácter dominante en dicho ventanal. La basa es una ridícula imitación hecha recientemente con ladrillos escalonados.

Ochenta y seis años del siglo pasado eran transcurridos, cuando llegó á Valencia el padre Fagés, dominico francés, inquiriendo el sitio donde se hallaba la celda de San Vicente Ferrer. La celda, destruída cuando la guerra de la Independencia, reedificada luego á capricho y abandonada



Fig. 3. – Puerta de la capilla de los Reyes. Esta capilla se destinó á panteón provincial; en ella están enterrados los marqueses de Zenete, su hija D.ª Mencía, Juan de Juanes, Fray Domingo Anaden y Fray Juan Miró.

cuando la exclaustración, estaba convertida en caballeriza. Los jefes y oficiales del Parque de Artillería procuraron reparar este sacrilegio histórico y religioso. Hoy la celda, hecha capilla, sin ningún carácter arquitectónico, no puede traer á la piedad recuerdo alguno del santo, ni á la imaginación, de aquella época en que el sabio pasó sus noches de vigilias y mortificaciones.

Para concluir, porque voy siendo extenso.

El edificio, mejor dicho, sus detalles, son bastante estimables: creo sería meritoria su conservación por mostrarnos un ejemplo del arte de nuestros antepasados, y merece cuidarse; pues aparte de que Valencia no está tan sobrada de monumentos para desdeñar ninguno de los que hoy existen, ellos son el testimonio de nuestra vida artística en la Edad media y los únicos datos en que podemos fundamentar el estudio de nuestro arte regional.

F. Muñoz Dueñas.

(Fotografías de Martín Vidal.)



FERNANDO POO. – SANTA ISABEL
CASA GOBIERNO EN LA PLAZA DE ESPAÑA

UN MEÉTING EN FERNANDO POO

Varios y complejos problemas plantéanse actualmente en Fernando Poo, cuya solución corresponde á los gobiernos de la metrópoli. Aquella importante y valiosísima colonia, que en el transcurso de algunos años ha alcanzado gran desarrollo, precisa hoy el apoyo de los altos poderes del Estado para desarrollar su portentosa riqueza y llegar á constituir una de las posesiones españolas que recuerden por su valía lo que fué y significó el poderío de la nación á quien cabe la gloria de haber contribuído al descubrimiento de un nuevo mundo.

No bastan ya los esfuerzos de aquellos que, inspirándose en nobilísimos ideales, han aportado su personal esfuerzo y cuantiosos capitales para el engrandecimiento de aquel privilegiado país, practicando trabajos importantísimos, cual lo son las extensas plantaciones y su razonada y sistemática explotación. Inútil sería el conjunto de sus energías y la acumulación de los elementos de su actividad, si la protectora gestión ministerial no viniera á premiar su patriótica labor, fomentando aquel núcleo de riqueza, que han de llegar á envidiarnos otros países.



LOS HABITANTES DE SANTA ISABEL AGUARDANDO LA SALIDA DEL MEÉTING

Su lejana situación, la deficiencia de las comunicaciones entre la metrópoli y aquella colonia y más que todo ello quizá el desconocimiento de sus necesidades, ha establecido un estado de cosas que si no se varía ó modifica podrá ser causa del decaimiento de ese movimiento que, en un período relativamente breve, ha transformado el modo de ser de Fernando Poo.

Gracias á la eficaz gestión del ilustrado gobernador general de la colonia D. José Gómez de Laserna, hállase en curso de satisfactoria solución el difícil problema de la importación de braceros, que tantos perjuicios podía causar; pero existe otro de vital importancia y trascendencia, puesto que de él depende la prosperidad ó el decaimiento de aquel país y la anulación de Fernando Poo. Nos referimos á la rebaja de derechos de introducción del cacao en la península, de suerte que permita sostener la competencia con el mismo producto que se importe de otras procedencias. Hay que advertir que al ocurrir nuestros desastres, sin tener presente que una naciente colonia precisa medidas protectoras para el fomento de su riqueza, se duplicaron los derechos de entrada, sin tener en cuenta que la producción de Fernando Poo no podía, ni puede todavía, substituir á la antes representada por las florecientes islas del archipiélago filipino y del mar de las Antillas.

De ahí, pues, que los colonos de aquel apartado país se hayan preocupado de su existencia y del porvenir de la colonia, ante el temor de ver defraudadas sus aspiraciones y sin recompensa las privaciones que se han impuesto para lograr el fin apetecido.

En su consecuencia, y previa la venia del señor gobernador general, proyectaron la celebración de un meéting, el primer acto de esta naturaleza que se ha realizado en aquel país, que tuvo lugar el día 17 de diciembre último, á las cinco de la tarde, en Santa Isabel, capital de la colonia, y al que concurrieron todos sus habitantes, así indígenas como peninsulares, ya que á todos unía igual deseo y la misma aspiración.

La unidad de miras que á todos animaba fué causa y motivo para que el acto se celebrara ordenadamente, exponiendo todos los oradores el sano criterio que sustentaban y su plausible deseo; expresión de sentimientos y aspiraciones conducentes á la mayor prosperidad de la colonia y, por ende, de la madre patria.

Presidió la reunión nuestro amigo don Joaquín Torruella, quien tuvo á su lado, como delegado, al señor secretario del gobierno y á los señores de la comisión D. Rolando Barleycorn, D. Alfonso Casajuana, D. Francisco López, D. Antonio Pérez, D. Angel Traval, D. Alvaro de Zulueta, don José Calatayud y D. José Carles.

Terminado el acto, dirigiéronse todos los asistentes á la Casa Gobierno, en donde expusieron al señor gobernador general el resultado, interesando su apoyo, disolviéndose después de vitorear á España, al rey y á la colonia, al gobernador y al alcalde.



JUNTA ORGANIZADORA Y ORADORES DEL MEÉTING. – 1. D. Rolando Barleycorn. – 2. D. Diego Martel. – 3 D. Tomás Capmany. – 4. D. Alfonso Casajuana. – 5. D. Alvaro de Zulueta. – 6. D. Joaquín Torruella. 7. D. Angel Traval. – 8. D. José W. Dongan. – 9. D. Joaquín Machado. – 10. D. Antonio Pérez. – 11. D. Luis Lolín. – 12. D. Victoriano Calatayud. – 13. D. Rafael Giménez.

Suponemos que la petición de los colonos fernandinos tendrá la favorable acogida que merece, y que el gobierno de S. M. dictará protectoras disposiciones que sirvan para engrandecer la colonia de Fernando Poo en provecho de aquel país y gloria de España.

Bien lo merecen aquellos españoles que, aportando unos sus capitales y otros su trabajo y luchando todos con dificultades sin cuento, nacidas de las condiciones del clima y de la población, han realizado lejos de su patria, y puestos siempre en ella su corazón y su pensamiento, una obra doblemente civilizadora, puesto que han dado valor á las riquezas inmensas que atesora aquella lejana isla y al mismo tiempo han difundido con plausible constancia entre los indígenas las ideas del progreso y las verdades eternas de la fe.

A. GARCÍA LLANSÓ.

(Fotografías remitidas por D. Joaquín Torruella.)

CRISTO CON LA CRUZ,

CUADRO DE GIORGIONE

El Sr. Abeniakar, al enviarnos desde Roma la fotografía que adjunta reproducimos, la acompaña con la siguiente descripción:

«Una noticia emocionante, emocionante sobre todo para los que profesan el culto de nuestros tesoros artísticos, circula actualmente por la prensa italiana.

»La maravillosa tela del pintor Giorgione que representa á *Cristo con la cruz,* que se sabía se conservaba en el palacio Loschi, de Vicenza, ha huído al extranjero y se halla precisamente en la colección Gardner, de Boston.

»Si la noticia es muy reciente, el hecho, según parece, se remonta á cierto tiempo. El conde Zileri Dal Verme, que había heredado el cuadro á la muerte de la condesa Loschi, habíase negado á contestar al crítico de arte Conrado Ricci, cuando éste le preguntó cómo se explicaba que Heriberto Cook en su libro sobre Giorgione, publicado en Londres por el editor Bell, afirme que el cuadro se halla en Boston, en el museo Gardner, afirmación confirmada por el *The Century Illustrated Monthly Magazine.*

»A propósito de esto, el diputado Florentino Rosadi ha presentado una interpretación al nuevo ministro de Instrucción Pública Sr. De Marinis, que se discutirá al reanudarse las tareas parlamentarias.

»Todo el mundo reconoce que es necesario encontrar el medio de impedir esa caza encarnizada que, de algún tiempo á esta parte, hace América á los tesoros de arte italianos.»



Cristo con la cruz, cuadro de Giorgione que se conservaba en el palacio Loschi, de Vicenza, y que actualmente se halla en la colección Gardner, de Boston. (De fotografía de Carlos Abeniakar.)

El cuadro, del cual permite formarse perfecta idea nuestro grabado, es una verdadera joya digna de figurar entre las mejores pintadas por el famoso artista.

Jorge Barbarelli, llamado *el Giorgione,* nació en Castelfranco en 1478 y murió en Venecia en 1511. «Pintor eminente—dice un biógrafo,—excelente músico, poeta agradable, aunque de humilde cuna, fué, durante su rápida existencia, el encanto de Venecia y pudo comparársele muy justamente á un brillante meteoro.» Pero aun en los días de su más loca juventud, consagraba varias horas al trabajo.

Desde muy niño entró en el taller de Juan Bellini, en donde fué condiscípulo y émulo del Tiziano; pero muy pronto le reveló su genio un estilo superior al de su maestro, y guiado por el sentimiento de sus fuerzas no conservó de Bellini más que un cierto respeto por el natural. Inspiróse también en las obras de Leonardo de Vinci, pero su colorido es más vigoroso y más verdadero. Muerto en todo el vigor de su fuerza y de su talento, no pudo llegar adonde sin duda hubiera llegado, y sin embargo, se le considera como el fundador de la escuela veneciana.

Comenzó su carrera con un gran cuadro religioso, *La Virgen acompañada de San Jorge y de San Francisco,* para la iglesia de Castelfranco, obra que reveló un mundo desconocido que destruía todas las tradiciones limitadas del arte anterior. La energía y la verdad de su colorido, que los italianos calificaron de *fuego giorgionesco,* lo atrevido de sus escorzos, la firmeza y la audacia de su pincelada, la impetuosidad de su ejecución, la finura y la perfección de sus modelados, eran entonces cualidades enteramente nuevas en pintura. Y este arte lleno de efectos, esta brillantez del conjunto, consiguiólos Giorgione con una simplicidad de medios que era uno de los caracteres de su originalidad potente.

A pesar de la brevedad de su vida, las obras de Giorgione son bastante numerosas, siendo pocos los museos de Europa que no poseen ó creen poseer algunas; y decimos *creen poseer,* porque de muchas de ellas es difícil probar la autenticidad. Entre los que conservan algunas auténticas, mencionaremos al del Louvre de París, la Academia de San Marcos de Venecia, el palacio Pitte y la galería de los Oficios de Florencia, el palacio Borghese de Roma, el Museo del Prado de Madrid, la Galería del Belvedere de Viena, la Pinacoteca de Munich, la Galería Nacional de Londres y los museos de Berlín, San Petersburgo y la Haya.—S.



Retrato pintado por Borrás Abella

LA CONFERENCIA DE ALGECIRAS

Uno de los delegados de las potencias que gozan de mayor autoridad y cuyas opiniones son universalmente respetadas, decía hace pocos días hablando de la conferencia:

«Las cuestiones marroquíes que han motivado nuestra reunión quedan relegadas á un segundo término en el fondo de nuestras preocupaciones; ante todo, es necesario pensar en destruir las dificultades que aquí nos han traído. Si abandonáramos Algeciras sin haber logrado que la conferencia cumpliera el fin para que ha sido convocada, la situación permanecería insegura. Hemos de trabajar principalmente para que esto no suceda, y no sólo es necesario que la conferencia tenga el resultado que de ella se espera, sino que precisa además que la paz quede asegurada para el presente y asentada sobre bases duraderas para el porvenir.»

Otro diplomático no menos ilustre, Mr. White, delegado de los Estados Unidos, ha resumido sus impresiones sobre los comienzos de la conferencia en estos términos:

«Se ha trabajado con exquisita cortesía sin el menor incidente desagradable; gracias á esto, se ha creado una atmósfera de calma y de confianza recíproca que no nos habríamos atrevido á esperar cuando vinimos á Algeciras y que es un buen augurio para la solución final. Indudablemente no hay que esperar sin cierta reserva; pero es necesario esperar seriamente que la conferencia será de felices resultados para todos.»



LA CONFERENCIA DE ALGECIRAS. – LOS DELEGADOS ALEMANES SRES. RADOWITZ Y TATTENBACH EN EL HOTEL REINA CRISTINA. (De fotografía de «Photo-Nouvelles.»)

Del mismo modo opinan, según parece, los demás delegados, estando todos conformes en que hasta ahora los trabajos de la conferencia marchan por buen camino.

A esto ha contribuído poderosamente, sin duda alguna, el sistema que para estos trabajos se ha adoptado y que es el que más puede facilitar el acuerdo entre los delegados. Este sistema comprende tres procedimientos: en primer lugar, las conversaciones personales que permiten la recíproca comunicación de los puntos de vista generales sobre las diversas cuestiones; en segundo, las sesiones plenas que terminan el trabajo de preparación y de inteligencia; y finalmente, el Comité de redacción que elabora el proyecto cuyos principios están aceptados y que es sometido á la sesión oficial de la conferencia.

El primer asunto resuelto ha sido el del contrabando de armas. El proyecto de reglamentación redactado por el Comité establece las penas que se impondrán á los que introduzcan armas en Marruecos; dispone que estas armas serán confiscadas y vendidas un mes después de la aprehensión; determina la distribución de las multas que satisfarán los introductores, y en su artículo último dice que la aplicación del reglamento en la región fronteriza de la Argelia será asunto exclusivo de Francia y Marruecos, y en la fronteriza de las posesiones españolas será asunto exclusivo de España.



LA CONFERENCIA DE ALGECIRAS. – MR. WHITE, DELEGADO DE LOS ESTADOS UNIDOS, DIRIGIÉNDOSE Á LA CONFERENCIA. (Fotografías de Hutin, Trampus y C.ª)

Siguiendo el procedimiento exigido por Marruecos, ese reglamento ha sido enviado á Fez, para ser sometido á la aprobación del sultán, acompañado de una carta de Mokhri y de Torres, en la cual, al decir del corresponsal de un importante periódico, manifiestan ciertas dudas acerca de la eficacia del mismo y expresan la confianza de que al final de la conferencia surgirá el desacuerdo entre los otros plenipotenciarios.

En la misma sesión plena en que se aprobó el reglamento para la represión del contrabando de armas, se leyó la traducción del discurso que en la sesión anterior habían pronunciado los delegados marroquíes. La última parte del mismo, que es la más importante, decía así:



EL SULTÁN DE MARRUECOS, EN UNIFORME RUSO (De fotografía)

«Consideró el sultán conveniente consultar con sus consejeros y con los notables acerca de la oportunidad de pedir consejo á las potencias sobre las reformas proyectadas y sobre los medios de proporcionarse los necesarios recursos para su aplicación, dentro de los límites de la independencia de Marruecos, de sus leyes religiosas y de sus costumbres locales. Habiendo España puesto la ciudad de Algeciras á la disposición de las potencias, la delegación marroquí cuenta con el apoyo y los consejos de éstas para discutir las mejores reformas que, después de haber sido unánimemente admitidas por las mismas, serán aplicadas conforme al parecer de Su Majestad Sherifiana. Convendrá especialmente examinar: 1.°, la organización de las fuerzas de policía en los principales centros para extenderla gradualmente al resto del imperio; 2.°, la cuestión del mejoramiento de la hacienda, la represión del contrabando en general y la prohibición de las armas de guerra y de caza sin una orden sherifiana; 3.°, la cuestión del curso de la moneda marroquí; 4.°, la cuestión de la percepción de los impuestos agrícolas debidos por los marroquíes y los protegidos; 5.°, la creación de nuevos recursos y de un banco; 6.°, la cuestión de la aplicación de los artículos del tratado de Madrid de 1880; y 7.°, la cuestión de la dirección de las mejoras que se han de realizar en los puertos y en otras partes.»—R.



Rusia.—Tsarkoie-Selo.—El tsar revistando el día 19 de enero último á los cosacos que se disponen á marchar á las provincias bálticas para reprimir la insurrección. (De fotografía remitida por «Photo Nouvelles.»)



Rusia.—Tsarkoie-Selo.—El tsar saludando las banderas de los regimientos que se disponen á marchar á las provincias bálticas para reprimir la insurrección. (De fotografía remitida por «Photo-Nouvelles.»)



La conferencia de Algeciras.—El puerto de Algeciras. (De fotografía de Hutin, Trampus y C.ª)



La conferencia de Algeciras.—Una calle de Algeciras. (De fotografía de Hutin, Trampus y C.ª)

LA MADONA DE LIPPO MEMMI

Lo sucedido recientemente con este cuadro es, en verdad, extraordinario. Esta obra del pintor Lippo Memmi, que floreció en Siena en la primera mitad del siglo XIV y que era pariente, discípulo y colaborador del gran Simón Memmi, fué robada hace poco de la iglesia de los Siervos de la mencionada ciudad, en donde se conservaba como joya de gran valor histórico y artístico. La noticia del robo de ese lienzo produjo impresión profunda, no sólo en Siena, sino también en toda Italia, en donde preocupa grandemente la desaparición de obras de arte que, á pesar de las severas leyes dictadas en evitación de ello, salen de las galerías particulares de aquel país para aparecer luego en museos extranjeros ó en galerías particulares de algunos potentados. Pero aún fué mayor la sorpresa cuando se supo, al cabo de algunos días, que los mismos ladrones habían restituído el famoso cuadro. ¿Obrarían, al hacerlo así, impulsados por el remordimiento ó por el temor de no poder deshacerse fácilmente de la tela robada? Sea cual fuere la causa de su determinación, su conducta merece ser alabada y hecha pública para ver si el ejemplo cunde entre los numerosos aficionados á lo ajeno.



LA MADONA DE LIPPO MEMMI, robada de la iglesia de los Siervos, de Siena, y restituída pocos días después por los ladrones (De fotografía de Carlos Abeniakar)

EMPORIUM

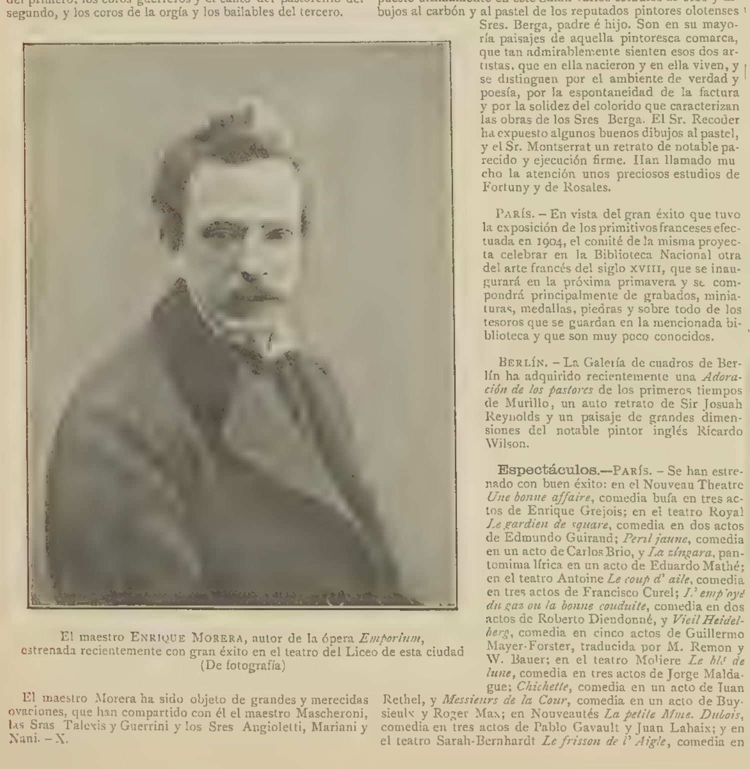
ÓPERA DEL MAESTRO MORERA ESTRENADA CON GRAN ÉXITO EN EL TEATRO DEL LICEO DE BARCELONA

El estreno de esta ópera ha sido un acontecimiento artístico de verdadera importancia. El maestro Morera, que en sus anteriores obras, como *Atlántida*, *Danza de gnomos*, *Las monjas de Sant Aymán*, había demostrado ser músico de alta inspiración y conocedor de todos los secretos de la técnica, ha afirmado en *Emporium* su personalidad, elevándola muy por encima de la que produjo aquellas creaciones.

La acción de la ópera se desarrolla en la famosa colonia *Emporium* en los últimos tiempos de la dominación romana, cuando ésta fué arrollada por la invasión de los bárbaros; el libro, original de Eduardo Marquina, es una obra llena de poesía y de color de la época y de un hermoso simbolismo que se manifiesta en el contraste entre dos civilizaciones, entre los dos elementos, la fuerza y la belleza, encarnados en Bar y en Rodia, en el caudillo cuyo ejército ha de acabar con el pueblo decadente, y en la cortesana que sobrevive á la destrucción de los suyos y huye á otras tierras en donde seguirá rindiendo culto á sus ideales.

La partitura está grandiosamente concebida y responde por modo admirable al pensamiento fundamental del poeta. En ella aparece también la lucha de dos civilizaciones, de dos pueblos que sienten de una manera opuesta, y sus notas culminantes son la guerra, la amorosa y la popular, cada una con significación propia, perfectamente acentuada. La música de *Emporium* tiene mucho de la escuela wagneriana, pero nótase también en ella la influencia de la moderna escuela francesa; la instrumentación es magistral y demuestra el profundo y completo conocimiento de todos los recursos de la orquesta.

Entre las piezas culminantes y que mayor impresión han causado en el público, mencionaremos especialmente: los dúos del primero, segundo y tercer acto; el coro de vendimiadores del primero; los coros guerreros y el canto del pastorcillo del segundo, y los coros de la orgía y los bailables del tercero.



El maestro ENRIQUE MORERA, autor de la ópera *Emporium*, estrenada recientemente con gran éxito en el teatro del Liceo de esta ciudad (De fotografía)

El maestro Morera ha sido objeto de grandes y merecidas ovaciones, que han compartido con él el maestro Mascheroni, las Sras. Talexis y Guerrini y los Sres. Angioletti, Mariani y Nani. – X.

MISCELÁNEA

Bellas Artes.—BARCELONA. – *Salón Parés.* – Se han expuesto últimamente en este Salón varios estudios al óleo y dibujos al carbón y al pastel de los reputados pintores olotenses Sres. Berga, padre é hijo. Son en su mayoría paisajes de aquella pintoresca comarca, que tan admirablemente sienten esos dos artistas, que en ella nacieron y en ella viven, y se distinguen por el ambiente de verdad y poesía, por la espontaneidad de la factura y por la solidez del colorido que caracterizan las obras de los Sres. Berga. El Sr. Recoder ha expuesto algunos buenos dibujos al pastel, y el Sr. Montserrat un retrato de notable parecido y ejecución firme. Han llamado mucho la atención unos preciosos estudios de Fortuny y de Rosales.

PARÍS. – En vista del gran éxito que tuvo la exposición de los primitivos franceses efectuada en 1904, el comité de la misma proyecta celebrar en la Biblioteca Nacional otra del arte francés del siglo XVIII, que se inaugurará en la próxima primavera y se compondrá principalmente de grabados, miniaturas, medallas, piedras y sobre todo de los tesoros que se guardan en la mencionada biblioteca y que son muy poco conocidos.

BERLÍN. – La Galería de cuadros de Berlín ha adquirido recientemente una *Adoración de los pastores* de los primeros tiempos de Murillo, un auto retrato de Sir Josuah Reynolds y un paisaje de grandes dimensiones del notable pintor inglés Ricardo Wilson.

Espectáculos.—PARÍS. – Se han estrenado con buen éxito: en el Nouveau Theatre *Une bonne affaire*, comedia bufa en tres actos de Enrique Grejois; en el teatro Royal *Le gardien de square*, comedia en dos actos de Edmundo Guiraud; *Peril jaune*, comedia en un acto de Carlos Brio, y *La zíngara*, pantomima lírica en un acto de Eduardo Mathé; en el teatro Antoine *Le coup d' aile*, comedia en tres actos de Francisco Curel; *L' employé du gaz ou la bonne conduite*, comedia en dos actos de Roberto Dieudonné, y *Vieil Heidelberg*, comedia en cinco actos de Guillermo Mayer-Forster, traducida por M. Remon y W. Bauer; en el teatro Molière *Le blé de lune*, comedia en tres actos de Jorge Maldague; *Chichette*, comedia en un acto de Juan Rethel, y *Messieurs de la Cour*, comedia en un acto de Buysieulx y Roger Max; en Nouveautés *La petite Mme. Dubois*, comedia en tres actos de Pablo Gavault y Juan Lahaix; y en el teatro Sarah-Bernhardt *Le frisson de l' Aigle*, comedia en cinco actos y seis cuadros de Pablo Gavault.

BARCELONA. – Se han estrenado con buen éxito: en el Principal *Com les fulles*, comedia en tres actos de G. Giacosa, traducida al catalán por el insigne novelista Narciso Oller, y *Els tres tambors*, visión musical en tres cuadros, letra de A. Gual, inspirada en la canción popular del mismo título, música del maestro Morera y decorado de los señores Moragas y Alarma, puesta en escena con gran lujo y propiedad bajo la dirección de los Sres. Graner y Gual; en el Eldorado, en donde actúa la excelente compañía de declamación italiana que dirigen los eminentes artistas Sr. Paladini y Sra. Mariani, *Una sfumatura*, comedia en tres actos de E. Croisset y De Waleffe; *La bella marsegliese*, comedia en cuatro actos de Pedro Bertón; *L' ovile*, comedia en tres actos de E. Bernstein; *La voragine*, drama en tres actos de Silvio Zambaldi, y *La corsa della fiaccola*, tragedia en cuatro actos de P. Hervieu; y en Romea *La mestra*, comedia en tres actos de Brieux, arreglada á la escena catalana por Juan B. Enseñat.

Associació Wagneriana. – La señorita Darné y Dalmau, discípula del maestro Vidiella, ha dado un notable concierto cuyo programa se componía de conocidas obras de Haydn, Schumann y Ole Olsen, y de otras de Bossi, Debussy, Ravel y Balakirew, que eran primeras audiciones. En todas ellas estuvo á gran altura la joven pianista, que demostró excepcionales cualidades de interpretación y de ejecución y obtuvo muchos y merecidos aplausos.

Asociación Musical de Barcelona. – Continuando el ciclo Schubert que comenzó á mediados del año último, ha dado esta asociación en el Salón de la Reina Regente del Palacio de Bellas Artes un concierto en el cual el notable cuarteto formado por los señores López Naguil, López Catalá, Ribas y Raventós ejecutó admirablemente los hermosos cuartetos en *la* menor (op. 29) y en *mi* bemol (op. 125 n.º 1) del citado maestro, que fueron aplaudidos con entusiasmo.

Necrología.—Han fallecido:

El Emmo. cardenal Marcelo Spínola, arzobispo de Sevilla, cuyos retrato y biografía publicamos en el número 1.256.

D. Ramón Bordas y Estragues, aplaudido autor dramático, uno de los fundadores del teatro catalán.

Enrique Holmes, notable violinista y compositor inglés, ex profesor del Real Colegio de Música de Londres y profesor de música de la reina Alejandra de Inglaterra.

Juan Kleinschmidt, pintor retratista y de género alemán.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 414, POR S. LOYD.

NEGRAS (6 PIEZAS)

a b c d e f g h

BLANCAS (7 PIEZAS)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 413, POR W. A. SHINKMAN.

Blancas.	Negras.
1. Ac3–e5	1. d2×c1 (T)
2. Ae4–g6	2. Rc2×f3
3. Ag6–h5 mate.	

VARIANTES.

1......... d2×c1 (D ó A); 2. Ae5–g3, etc.
d2×c1 (C); 2. Ae5–c3, etc.
b2×c1 (D, etc.); 2. Cf3–d4 jaq., etc.
Tb1×c1; 2. Cf3–d4 jaq., etc.

LA OFENSIVA

NOVELA DE ALBERICH CHABROL.—ILUSTRACIONES DE JORGE SCOTT

(CONTINUACIÓN)

Necesito estas impertinentes afirmaciones para tranquilizarme contra desagradables indicios. Mi primo parece muy interesado en esa comida á las de Lambrecy. En lugar de encargar *algunas cosillas*, acaba de enviar la lista de un verdadero banquete á casa de un fondista de fama.

Sábado, 28 de diciembre.

Ha llegado el coche del fondista. Merlín, ayudado por el dependiente de la casa, ha descargado todos los elementos de la comida, bajo la inspección facultativa del cocinero que debe poner ó conservar todo en su punto.

Los criados «extra» saben que soy la sobrina de Merlín, el antiguo doméstico, y por consecuencia, que soy una especie de «hija de la casa,» por lo que nadie debe decir palabra de mi persona ni de mi traje. El cocinero, con su blanca mitra, funciona alrededor de «mis» hornillos; pero el dependiente, simple servidor de aquel obispo, tiene tiempo para echarme algunas miradas por la rendija de la puerta.

Porque yo estoy en la pieza contigua ocupada en el papel que me ha señalado «el amo,» que es el de colocar las flores en floreritos de cristal llenos de agua y llevarlos uno por uno á la mesa, ya cubierta por el mantel de reluciente damasco, por las porcelanas de reflejos de perlas y por botellas de resplandores de ópalo y rubí.

Mi primo, cuyo papel es todavía menos complicado que el mío, aparece en la puerta del salón cada vez que yo subo con un florero. No sé si teme que no esté bien su comida; pero á pesar de la serenidad que trata de imprimir en su cara, parece un general que calcula de antemano el número de los muertos, en vísperas de un combate.

¿Será que mi canto continuo le ataca á los nervios? Pues así como hay personas que no pueden bailar sin música, yo no puedo manejar las manos sin animarme con unos cuantos gorgoritos. Además, me he prometido cantar, y canto.

Pero me callo. El momento es solemne; varios convidados están ya en el salón y no tengo gana de que á uno de ellos se le ocurra, para matar el tiempo, rogar á mi primo que me haga subir, como un loro de curioso repertorio. Por otra parte, nada sería tan contrario á los deseos del «amo» como una exhibición de mi persona. Marcos ha prohibido á Merlín que me haga intervenir en el servicio, pues mi inexperiencia podría embrollarlo todo, y ya he cumplido como buena decorando la mesa con mucha inteligencia...

El cumplimiento ha estado destinado á endulzar aquella prohibición un tanto amarga. ¿Obedeceré á esa orden? Tengo unas ganas atroces de infringirla, aunque eso sería afrontar la cólera de Marcos... ¡Quiero, sin embargo, á toda costa ver por mis propios ojos cómo es esa Genoveva! ¿Tiene atractivos? ¿Tiene gusto?.. ¿Cómo sacar nada en limpio de los informes de Merlín?.. Acabo de preguntarle qué traje trae puesto y ni siquiera ha sabido decirme el color.—¡Es blanco y no es blanco; es azul y no es azul!..

EL DIARIO DE MARCOS

Domingo, 29 de diciembre.

¡Comprendo desde ayer el enorme alivio que debió de sentir Jehová cuando abrió sobre la humanidad culpable las cataratas del diluvio universal! ¡Estoy poseído de una ira igual á la suya, sin tener, ni con mucho, el mismo medio de satisfacerla!



... me acerco á la mesa y cojo una de ellas...

Ayer me levanté para mis trabajos preparatorios de la comida con un malestar general. Aunque tranquilizado por la presencia de Merlín, el más seguro de los perros de guarda, me disgustaba de un modo extraño pensar que Miette iba á encontrarse en contacto con el personal del fondista, y mis repugnancias llegaron á tal punto, que pensé por un momento en el imposible partido de enviar á decir á mis convidados que un ataque repentino de esa *influenza* que está destronando á la complaciente jaqueca me privaba del placer de recibirlos hoy. Pero nada acarrea tantas complicaciones como la mentira, y hace mucho tiempo que la he suprimido sistemáticamente de mi vida. Me resigné, pues, á lo inevitable, proponiéndome que, al menos, ninguno de mis invitados vería el pompón de encaje que Miette lleva á modo de cofia en lo alto del moño. Cuando hube dado á Merlín las órdenes oportunas hubiera podido presidir más tranquilamente los preparativos de mi recepción, si su sobrina no se hubiera propuesto alterarlos por todos los medios ordinarios y extraordinarios que tiene á su alcance.

Como su inexperiencia en materia culinaria me condenaba á no emplearla más que en la parte decorativa de la comida, me fuí, después de almorzar, á casa de la florista y elegí sencillamente un cesto de flores cortadas y de hojas finas, para que Miette las agrupase en las diferentes piezas del *surtout*.

—No debe de haber hecho nunca semejante cosa... ¿Crees que lo hará bien, Merlín?

—¡Bah! ¿No ha visto el señor á Miette hacer cosas más difíciles que arreglar flores en los floreros?

Merlín tiene razón y apruebo que trate mi desconfianza con todo el desdén de su más característico gesto. En efecto, para Miette es un juego, dada su complexa naturaleza, el moverse en medio de la complicación de las circunstancias. Hacerse traer á París como cocinera, no sabiendo, ciertamente, poner un cocido; metamorfosearse con una rapidez de cinematógrafo de simple hija de Arles en elegante señorita; tocar el arpa como un primer premio y cantar como una colegiala del Sagrado Corazón; extasiarse ante las barracas de Pascua y comprar una exquisita obra de arte; llevar en sí misma la novela de un amor contrariado y conservar intacta la cándida alegría de una niña; y que todo esto parezca en ella natural y armonioso, son ciertamente prodigios mucho mayores que el de saber agrupar flores sobre un mantel...

Pero, en fin, estaba yo contento viéndola con mis propios ojos hacer sus arreglos, aunque tuviera también que oirla con mis propios oídos... Lejos de imitar á Merlín y al dependiente del fondista, que apenas hacían sonar los cristales, y sin cuidarse del *amo*, que se acercaba constantemente á la puerta para echar una severa ojeada, Miette entraba, colocaba en la mesa una copa ó un florero, retrocedía para juzgar el efecto, volvía á bajar, subía de nuevo, y alrededor de la mesa, por los pasillos, en el fondo del sótano, por toda la casa resonaba su canción, siempre la misma.

Y al pensar que existía realmente una persona á quien Miette enviaba presentes para significarle su ternura, aunque todo ello no sea más que fantasías de una niña deslumbrada, sentía yo crecer mi irritación, la irritación de un hombre razonable que ve que toda su razón no va á ser capaz de servir de dique á un torrente de pueril locura...

En fin, aburrido por aquel aspecto de fiesta que descomponía mi casa y cansado ya de mis invitados sin que hubiesen llegado todavía, respondo con un glacial «está bien» á Miette, que se digna solicitar, no mis luces, sino mi aprobación, y salgo para ir á renovar mi provisión de cigarros, acompañado hasta la puerta por la romanza de Siebel.

Cuando volví, hora y media después, tuve el placer de encontrar la casa en el silencio de santuario que había yo soñado. El dependiente y Merlín, ya de hábito sacerdotal, estaban tiesos y graves como diáconos á los dos lados del aparador. Las flores luminosas de la electricidad pendían del techo sobre el mantel aterciopelado por las anémonas, en una gran rama de brillo sabiamente opalizado. Miette se había encerrado en su cuarto, según me dijo Merlín, al que tuve la debilidad de preguntar.

—Yo le llevaré su comida, señor.

—Sí, mi buen Merlín, porque ya ves que tendremos que tomar una determinación: tu sobrina es tan cocinera como tú bombero...

Merlín levanta los ojos al cielo como si quisiera ponerle por testigo de su amarga decepción, y yo me apresuro á endulzarle mi frase:

—Pero tranquilízate; ya le encontraremos algo mejor, mucho mejor...

A pesar de esta promesa, que hago á Merlín en mi cuarto mientras me pongo la corbata, él mueve la cabeza con melancolía, sin tener siquiera valor

para darme las gracias, y me deja para ir á abrir la puerta á los primeros invitados.

Eran las de Lambrecy, y me agradó la encantadora coquetería de Genoveva, que había querido monopolizar un momento mi admiración antes de que pudiese establecer un paralelo entre su frágil gracia y las magnificencias de la señora de Dessollier.

Genoveva no tiene ni tendrá nunca frescura; pero su cutis, sobre todo en los hombros, adquiere á las luces agradables transparencias, y además, sus facciones son de una delicadeza enteramente aristocrática. Cuido de hacer brillar su belleza á fuerza de elogios, y mis ojos, ya regocijados, acusan á mi alma de solterón de apartarse de la dicha fácil y al alcance de la mano para dejarse arrastrar tardíamente por una irónica esfinge, que se mostrará desdeñosa al final, como lo fueron siempre las esfinges hasta con los que descubrieron la clave del enigma...

Pero todos los convidados llegan en pocos minutos.

Merlín anuncia el momento de pasar al comedor; ofrezco el brazo á la generala Versombre y mi «gran comida» se realiza con un servicio armonioso, mientras la esfinge, que ignora el nombre mitológico que yo le doy en mi mente, se está durmiendo, acaso, en su cuartito de color de primavera.

Esa imagen de Miette dormida me causaba un ligero estremecimiento lleno de encanto, y mi alegría íntima debió de traducirse por cierta viveza, pues cuando volvimos al salón Genoveva me miraba con el asombro que se experimenta después de unas revelaciones agradables al alma.

Formábamos tres grupos: el más numeroso estaba colocado junto á la chimenea; la de Dessollier acompañaba en sus paseos por el salón al general, que estaba encantado con la inteligente charla de aquella señora; y Genoveva y yo, en pie al lado de mi biblioteca de arte, estábamos hablando de una obra publicada últimamente. Pero al ver á Merlín, que traía la mesita del café, me aproximé seguido por Genoveva. La de Dessollier y ella quisieron descargarme del cuidado de hacer los honores y estaban ya distribuyendo las tazas, cuando una exclamación del general nos hizo á todos mirarle. Se había quitado el cigarro de la boca, y vuelto hacia la puerta, su cara expresaba intensa sensación de estupor, de curiosidad y de placer..

Entre las dos hojas de la puerta, con una mano en el tirador y con la otra ofreciendo á Merlín el azucarero que se había olvidado, mi linda, mi inverosímil cocinera, Miette la arlesiana, se ofrecía á la vista de todos.

—¡Una Mireille!, exclamó la de Dessollier.

—¡Que entre!.. ¡Que entre!.. ¡Pero es adorable!..

Creo que en un minuto enrojecí y palidecí diez veces por Miette, mientras ella no juzgaba conveniente cambiar el matiz de su tez de rosa. Veía pesar sobre ella y sobre mí al mismo tiempo los ojos de acero de Genoveva, aquellos ojos de parisiense, tan rápidos y tan pronto al corriente de todo.. Pero la exclamación del general y el entusiasmo de todos los demás me obligaron á intervenir.

Ya con mi venia, Miette no vaciló, y encontrando la primera á Genoveva, que tenía en la mano una taza llena, le presentó el azucarero. Genoveva se sirvió, y en los segundos que duró la acción de cada una, las dos jóvenes se observaron, se palparon, por decirlo así, se penetraron de parte á parte y se aprendieron mutuamente de memoria.

Miette dió prontamente la vuelta alrededor de los convidados, todos los cuales, según observé con cierto sentimiento de triunfo, le dieron las gracias como se las hubieran dado á Genoveva, sin añadir ni una sonrisa ni un cumplimiento familiar. Y mientras Miette, después de dejar el azucarero en la mesa, se marchaba ligeramente, todas las miradas se fijaban en mí con tan manifiesta interrogación, que no pude menos de decir, tratando de tragar un sorbo de café, muy pequeño:

—Es Miette, la sobrina de Merlín...

—¡Su sobrina de usted!.. ¡No se queda usted corto, amigo!..

Y esta interpelación del general á mi buen Merlín, que estaba poniendo coñac en los vasos, disipó la especie de encanto en que Miette había sumido á todo el mundo.

—¿Está usted haciendo visitar París á su sobrina?

Esta pregunta la hizo Genoveva con astucia femenina á fin de obtener noticias ciertas por un medio indirecto.

—¡No, señorita!.. Miette no ha venido para visitar París...

—¿Para qué, entonces?

Esta vez, como la pregunta era colectiva, tomé yo la palabra.

—Miette quería aprender al lado de su tío á ser cocinera, pero no muestra grandes disposiciones para el arte del cocido...

—Como disposiciones, las tiene mayores para el arpa...

Esta declaración de Merlín—que estaba yo tan lejos de pedirle—excita las curiosidades, cuya explosión es ya imposible contener.

Tomo entonces un tono al mismo tiempo indiferente y profesional para decir:

—Sí, por una gran casualidad, he descubierto en Miette, no ya talento, sino los más hermosos dones innatos de un prodigio infantil... Es posible que el año próximo entre en el Conservatorio y concurra para el primer premio; esa es, al menos, mi opinión.

¿Qué he ganado con dar estas noticias?.. Ahora me piden nada menos que haga subir á Miette para que exhiba su disposición fenomenal. Y Genoveva, entre dulce y agriada, dice á su madre:

—Di, mamá, ¿por qué no la invitas á nuestro concierto de pasado mañana?.. Hará un gran efecto esa «muchacha» con su cofia de arlesiana...

Pero yo me opongo á todo en una actitud invencible de tutor austero; y así para castigar á Miette, lo confieso, que estaba lejos de haberse dormido en su cuartito, como para afectar á los ojos de Genoveva mi despego por aquella «muchacha» en lo que no se refería al arpa, ruego á mi prima que cante conmigo un dúo de Schubert.

La voz de Genoveva, aunque de un timbre de soprano un poco seco, es agradable por la seguridad de su método y puedo felicitarla sin desmentir demasiado mi gusto. Creo que me lo agradeció, y había realmente muy poca animosidad en sus ojos cuando dijo mirándome fijamente:

—¿Canta también su arlesiana de usted?

—Sí, como una colegiala.

Me apresuré á dar esta respuesta, por lo mismo que no contenía más que un mínimum de mentira, y tuve la satisfacción de ver iluminarse de nuevo la cara de Genoveva y reaparecer su belleza... Pero las mujeres son indiscretas en su triunfo, y Genoveva añadió con una sonrisa dulzarrona de benevolencia hipócrita:

—Esta chica debía cantar en los patios. Su traje le atraería tantas monedas de diez céntimos, que pronto podría pagar los gastos de su año de Conservatorio...

El mordisco que tuve que darme en el labio inferior para contener la respuesta que quería salir, le hizo sangrar cruelmente. Sólo al cabo de unos segundos pude responder con una placidez digna de Merlín, á lo menos así yo lo creía:

—¡Oh! Miette posee algunos bienes, y dispondrá también de las economías de su tío.

—Además tendrá su salario de cocinera...

Y con una carcajada que, desgraciadamente, se lo debía todo á la aridez de la voz y nada á los beneficios del método, Genoveva me dejó al piano y fué á sentarse al lado de Gastón Sorreze.

Ciertamente, la brisa que me había impulsado en aquellos días hacia Genoveva flotaba muy indecisa y débil..., pero no me fué indiferente que por primera vez se negase á aspirarla con la delicia de una flor dispuesta á abrirse...

Y ahora, ¿qué decisión voy á tomar? ¿Cuál de mis proyectos voy á realizar por fin?.. Separarme de Miette; es preciso. ¡Pobre niña! Ella lo ha querido revelando anoche su presencia, extravagante hasta el absurdo, en casa de un hombre soltero... Pero ¿la despediré simplemente? ¿La meteré en un colegio para que espere allí, completando su instrucción, que debe de ser muy primitiva, la época de ingreso en el Conservatorio?..

Debiera, al menos, llamarla para regañarla como merece y hacerle comprender que no se juega con la vida como con una tierna madre de inagotable sonrisa, sino que es preciso tratarla como á una parsimoniosa madrastra y no comprometer ninguno de los dones que nos hace á regañadientes... ¿Qué va á ser de esa muchacha si la opinión del mundo, alarmada por su temeraria aparición de anoche, me obliga á abandonarla á sí misma?

Pero, si le digo todo esto, me va á responder con las más impertinentes sonrisas de sus hoyuelos y con sus locas esperanzas novelescas, que no tenga cuidado ninguno...

Observo que, si no pongo pronto remedio, no acabaré de disparatar sobre el estado psicológico de Miette. Aquí viene Merlín á traerme con aire contrito *La Revista del arte y de los artistas*... ¿No canta ya Miette? ¡Mejor que mejor, Merlín! No se saborea bien la lectura más que en una atmósfera de claustro.

29 de diciembre, por la noche.

Y á pesar de todo, temiendo ablandarme y llamar á mi culpable discípula para la lección de arpa, en cuanto han sido las cinco me he marchado al círculo.

Oculto detrás de uno de los periódicos más grandes, he evitado de cinco á siete los *abordajes* de amigos triviales, y en la comida me he encontrado una vez más al lado de Gastón Sorreze. Gastón, a quien veía en estos últimos tiempos un semblante sombrío, muestra hoy una cara de franca y abierta alegría.

—Esta noche no toco una carta, me dice después de la sopa· gracias á ti, podrían desplumarme...

Gastón tenía la costumbre de consolarse á menudo en las mesas de juego de los desdenes de Genoveva.

—Digo gracias á ti, continúa, aunque ciertamente no tienes la culpa de que Miette se exhibiera anoche á Genoveva Lambrecy... Se veían en tu cara la sorpresa y la cólera, como ciertamente se vería la admiración en nosotros... ¡No vuelvo de mi asombro! ¡Qué maravillosa aparición!

—¡Dios mío!, he dicho con indiferencia; ¡qué exageraciones por una cofia de arlesiana! Si Miette se hubiera presentado en un traje menos especial, nadie hubiera hecho caso de ella.

—¡Oh! ¡Oh!.. Quisiera yo haberla visto con el traje de Genoveva... Pero no volveremos á disfrutar el sabroso espectáculo de las dos en presencia una de otra...

Al decir esto, Gastón prorrumpe en una alegre y franca risa, como hacía mucho tiempo que no le veía, y añade bajando la voz, al ver que alguien se sienta á su derecha:

—¡Pero qué pronto se arañaron con la vista las dos rivales, las dos mujeres enamoradas de ti!..

—¡Miette enamorada de mí!.. ¿Estás loco?

—¡El grito del corazón!, replica mi amigo sin perder su alegría. ¿Luego me concedes que te ama Genoveva?.. No lo niegues; es cosa sabida que sólo el papel de plato de segunda mesa puede darme alguna esperanza. En cambio debes convenir en que Miette adora á su maestro de arpa hasta la locura y hasta ser capaz de todo el odio que cabe en el alma de un gorrión...

—¿Y quién te dice que no ha venido á París para olvidar un primer ensueño?

—¡Bah! A esa edad las mujeres cambian de ensueños como las mariposas pasan de una hermosa flor á otra que lo es más...

—¡Mil gracias!.. Pero lo mismo da que Miette adore ó no á su profesor de arpa... Aunque no habitase bajo mi techo, la sobrina de mi buen Merlín sería sagrada para mí en todas partes...

Gastón protesta:

—Ciertamente; ¿quién te dice?..

—¿Qué pensabas, entonces?

—Todo lo contrario; pensaba en el alcalde, en el cura, en los órganos, en las flores, en todo el aparato de la ceremonia... Cuando entró anoche Miette en el salón, tu vida parecía depender de cada uno de sus ademanes...

Nos levantamos de la mesa, y al ir hacia el salón de música digo á Gastón, riéndome:

—Veo que, para dejarte el campo libre con Genoveva Lambrecy, tendré que casarme con mi cocinera...

—¡Bah! ¡Tu cocinera!.. Luis XVI siguió siendo el marido de María Antonieta, lechera en Trianón. Y confiesa que Miette sabe menos de cocina que María Antonieta de hacer manteca...

El paralelo no dejaba de halagarme... Pero se me aparece de nuevo la locura de todo este asunto. Las tres últimas semanas deben ser las únicas que me haya dejado absorber por esa joven adorable y deliciosa, convenido; pero he encontrado en mi vida otras que merecían los mismos calificativos y no les he puesto, sin embargo, el anillo en el dedo.

¡Pero no! ¡Digamos la verdad! Miette es única en el mundo. ¡Jamás, jamás he visto otra que pudiera igualarla en el permanente triunfo de su belleza apenas en flor!..

EL DIARIO DE MIETTE

Domingo, 29 de diciembre.

¿Habré confiado demasiado en mí misma? Mi temeridad, que convengo en que ha sido excesiva, ¿estará á punto de ser castigada?

A pesar de las órdenes precisas, aunque indirectas, dadas por mi primo, me he presentado anoche ante sus convidados. No fué para verlos, ni para que me vieran, ni siquiera para conocer por fin á Genoveva Lambrecy, sino para que nos tuviera ante su vista á las dos juntas... ¿Quién saldría triunfante de la prueba? ¿Ella ó yo?.. ¡Tiemblo al contestarme!

¡Oh! ¡Qué alternativas de rubor y de palidez las de Marcos cuando su mirada se cruzó con la mía mientras yo alargaba el azucarero, con el brazo muy estirado, pues la verdad es que me daba miedo mi osadía!.. De todos los convidados no he visto más que á Genoveva. Me ha parecido encantadora con su traje de gasa blanca sobre un fondo azul, lo que explica las confusiones de Merlín; pero, lo digo francamente, si yo fuera Marcos preferiría sencillamente á Miette. Además, á juzgar por la mirada que me echó, no debe de ser de un carácter muy dulce. Tampoco debe de serlo á juzgar por su voz. Marcos la hizo cantar y—¡pensamiento desolador!—si le gusta su voz debe de gustarle su persona... ¡Unas notas como puntas de alfiler! Parecía que cantaba un niño de coro de San Sulpicio...

Esta mañana ha estado Marcos escribiendo en el salón y después se ha puesto á leer la revista que le entregó Merlín. Me he guardado bien de cantar; en mi corazón todo debe ser tristeza, y lo es realmente, por haber contristado á mi amo... Marcos puede llamarme de un momento á otro para decirme que arroja de su casa á la sirviente insubordinada, á quien «su mujer,» Genoveva Lambrecy, no toleraría seguramente... Ya ayer dió á entender á Merlín que había que tomar una determinación, puesto que era evidente que nunca aprendería yo la cocina.

¡Cuánto daría por saber lo que piensa y lo que se propone hacer!..

Por la noche.

¡Tampoco hoy nos hemos visto de cinco á siete! Mi primo ha salido después de almorzar y aún no ha vuelto á esta hora, ya avanzada, de la noche... Acaso pase la velada en casa de las de Lambrecy, «en familia.» ¿Ya?

La incertidumbre me ahoga como el aire de tempestad. Prefiero ser aniquilada por el rayo de una vez para siempre. Suceda lo que quiera, cantaré mañana por la mañana.

EL DIARIO DE MARCOS

Esta mañana he mandado á Merlín que me envíase su sobrina. No temía ya que se estuviese muriendo de miedo, pues acababa de oirla preludiar una ruidosa escala.

Sin embargo, Miette sube silenciosa y sus pasos ligeros van acompañados solamente de un roce sedoso sobre la alfombra, pues no es mi arlesiana la que abre la puerta del salón. Miette se presenta con el traje de calle, de larga falda de paño negro.

¡Arrebatadora criatura!.. ¡Sirena siempre nueva!.. ¡Deliciosa quimera también!

Lo que me impide suspirar ostensiblemente y lo que hace que ni mi corazón ni mi voz se ablanden cuando respondo al risueño saludo de Miette, es el evidente propósito que veo en ella de provocar mi sorpresa y mis preguntas. Quedo verdaderamente contento de mí mismo cuando, después de designarle mi escritorio, en el que hay un montón de cuartillas en blanco, le digo:

—Tengo hoy que escribir un artículo urgente, Miette; ¿quiere usted escribirle al dictado? Creo que así lo haré más de prisa.

Sin decir palabra, aunque la creo contrariada, se instala con tanta solicitud como debe hacerlo en su cuarto para escribir las cartas que harán la felicidad de su provenzal... Prueba la pluma en la uña, la moja en el tintero, la pasa por la esponja húmeda, la vuelve á mojar, y teniéndola preparada entre los dedos, espera las palabras del amo.

Con mis notas en la mano, empiezo á dictar. Miette escribe rápidamente, y lo que más me alarma, sin la menor vacilación respecto de la ortografía. Ese modo de trabajar con un secretario—¡y qué secretario!—me conviene más de lo que hubiera creído... Se siente uno así como enfrente del público, de ese público escogido á quin se desea seducir...

Miette no se detendría nunca y se muestra enteramente dueña de sí... Yo llego á estarlo mucho menos que ella... Lo que dicen mis labios no se parece á lo que hay en las notas...

Después de haber llenado tres grandes cuartillas, me acerco á la mesa y cojo una de ellas... La letra, un poco larga, pero muy clara, indica la idealidad de la imaginación y la precisión del carácter... No hay faltas de ortografía... Como dice Merlín, ¿qué será lo que Miette no sepa, fuera de la cocina?

Le pido que me lea lo que ha escrito, resignándome á oir el canturreo quejumbroso de una escuela de monjas... Pero no; Miette lee naturalmente y su ligero acento provenzal me parece que refuerza el sabor de mi prosa.

Las palabras que pronuncia no son ya siquiera las que yo he dictado; son los sonidos, son las mallas de una red de armonía en la que me veo caer para siempre como dichosísimo prisionero...

Reobro contra esa emoción de todo mi ser, y como todas las reacciones, la mía se muestra brutal. En cuanto Miette deja la última cuartilla en la mesa, le digo en el tono más irónico:

—¡De modo que abandona usted su traje de arlesiana, Miette!.. ¿Encuentra usted que no obtuvo la otra noche todo el éxito que usted esperaba?

Con la pluma todavía en la mano para poner una coma que faltaba, Miette levanta la cabeza con los ojos medio cerrados y largos, largos como hendeduras de abismo, y me replica, no sin alguna altivez:

—No es por eso; es porque no me gusta que me miren como á un fenómeno de feria, como lo hicieron esos señores y esas señoras..., esas señoras sobre todo.

Me es fácil suponer que añade para sus adentros: «Y sobre todo la señorita Lambrecy.»

Sintiendo entonces renacer, en vista de su primera impertinencia, mi cólera del otro día, respondo:

—Confiese usted que si aquella exhibición tuvo algo de mortificante para su vanidad, nadie es responsable más que usted misma.

—¡Lo sé!

La respuesta es neta y seca; quiere decir: «Muy bien; eso es cuenta mía; no hablemos más de ello.»

Por el contrario, yo no tengo otra cosa entre ceja y ceja que hablar del asunto.

—Debe usted saber también que cometió de ese modo una torpeza de las más lamentables.

—¿Una torpeza?..

La altiva señorita ha desaparecido y es la cándida niña la que me hace esa pregunta con los ojos llenos de curiosidad y de asombro.

—Sí, querida Miette, si esas personas no hubieran sido tan amigas mías, pudiera usted haber comprometido en ese momento su porvenir..., que no depende del aprendizaje de la cocina, como usted sabe muy bien, á pesar de sus misterios. ¡Y va usted á presentarse en el estado de simple criada á esos parisienses á quienes tendrá que pedir la consagración de su talento!..

Miette se ha vuelto á mirar por la ventana y la oigo con estupor decirme como un vehemente murmullo:

—Si está usted enfadado porque me presenté en el salón, no es á causa de mi porvenir ni del perjuicio que aquello pudo causarme..., es á causa de la señorita de Lambrecy, su prometida...

Como en la noche de Pascua, Miette no me habla ya en tercera persona... Así está más en el orden de las cosas.—Pero en este momento no pienso más que en la frase de Sorreze respecto de las dos rivales, enamoradas de mí... ¡Miette celosa de Genoveva! ¡Qué disparate! ¿Miette, que había traído á París toda una novela en el corazón y que, como yo mismo había visto en el día de Pascua, esperaba todavía darle un dichoso desenlace? Pero por mucho que me rociaba con estos razonamientos helados, sentía fermentar en mis venas una extraña fiebre...

Respondo entonces á Miette con la misma vehemencia:

—¿Quién le ha dicho á usted que amo á la señorita de Lambrecy?

—¿Qué necesidad había de que me lo dijeran?

—Eso significa que usted lo ha visto. ¿En qué? Vamos á ver, ¿en qué?

—En que toda la vida de la casa se ha alterado el día en que ha pensado usted recibirla.

¡Saboreo la frase deliciosa: «La vida de la casa,» como si unos importunos hubiesen venido á turbar lamentablemente y sin derecho nuestra intimidad... ¡Oh! ¿Por qué continué el interrogatorio?

—¿Quiere usted decir, sencillamente, que he interrumpido nuestras lecciones de canto y de arpa?

Miette no responde, pero yo no necesitaba su respuesta afirmativa para reirme amargamente de la ilusión que acaba de engañarme un instante. ¡Miette enamorada de mí! No; esa joven me consagra las sobras de su sentimentalismo, como todas las mujeres á quien las enseña, á quien las reprende, al profesor ó al director de su conciencia; si es que sus celos no obedecen al aguijón que se encuentra en el corazón de todas las mujeres guapas y que están enteradas de los derechos de su belleza .. Ese aguijón es el del egoismo, es el instinto cruel de acaparar las ternuras, las abnegaciones y los sacrificios de los hombres fascinados por ellas...

Pero, en fin, esas mujeres han nacido con todos los derechos, y no pienso ni un momento en poner en duda el de mi adorable cocinera. Soy yo el que explica su conducta y yo el que sufre... ¡Quisiera al menos que la alteración de mi voz no diera á conocer mi sufrimiento!

—Debía usted saber por qué no la he llamado á las lecciones y no echar la culpa á Genoveva... Recuerde usted el día de Navidad... Quise poner á usted en guardia contra un peligro que su imaginación y su inexperiencia podían hacerle correr; quise prevenirla contra una inclinación de su corazón, muy joven aún para tener legítimamente secretos... Y usted me rehusó la confianza que yo solicitaba, sin embargo, con el desinterés de un hermano mayor y que había dado á usted pruebas ciertas de su cariño.

Y Miette, vuelta ahora hacia mí, me dirige una extraña mirada en la que la vacilación y el estremecimiento se mezclan con un estudio ansioso que hace de mi fisonomía... Por fin murmura con voz no menos alterada que la mía:

—¡Retardar una confesión no es carecer de confianza!

Me aproximo á ella, y aunque sufro de antemano con lo que voy á oir, digo con dulzura para animarla:

—Dígame usted al fin quién es ese hombre en quien piensa usted constantemente y por el cual, según he visto, sería usted capaz, Miette, de ponerse á pan y agua con tal de satisfacer uno de sus caprichos...

Veo de nuevo los labios de Miette palpitar á impulso de las palabras de franqueza...

Sus párpados se bajan y se abren otra vez. ¿Va á hablar? Para oir mejor—pues es él quien va á oir—mi corazón suspende sus latidos... Pero Miette da un gran suspiro y murmura después, roja y agitada:

—¡Oh! ¡Todavía no!.. ¡Muy pronto, se lo juro á usted, muy pronto!..

Prorrumpo en una carcajada estridente y respondo:

—¡Bueno! ¡Está convenido! ¡Me lo dirá usted el día de mi boda con Genoveva!

Y antes de que haya expirado mi voz, oigo replicar á Miette con los dientes apretados:

—¡Ese día estaré yo muy lejos de aquí!

¿Por qué parece que sufre?.. Me paseo por el salón durante unos minutos, mientras ella sigue inmóvil en la silla. Vuelvo á ponerme á su lado, muy cerca de ella, con la mano apoyada en la mesa. Me inclino un poco y veo que los rizos de sus cabellos se estremecen y se apartan á mi aliento. ¡Sería exquisito cogerlos entre mis labios y morderlos hasta llegar á la piel de aquella frente pura!.. Pero me levanto y me retiro un poco para seguir diciendo en tono doctoral:

—Oiga usted, Miette, no es el día de mi boda cuando convendrá que esté usted lejos de aquí; es mucho más pronto..., en seguida.

¡Dios mío! ¿Qué mano es esa, tan excéntrica como misteriosa, que conmueve la especial sensibilidad de las muchachas inocentes? Miette se pone en pie de un salto y exclama como una loca, con las manos juntas y el semblante trágico:

—¡Me despide usted! ¡Me arroja de su casa! ¡Oh! No, no; eso no... ¡Quiero quedarme!.. ¡Quiero quedarme aquí!..

Para que deje de experimentar la sensación del abandono, le cojo las dos manos y digo:

—Pero mujer insensata é incomprensible, ¿no ve usted lo anormal de su presencia en esta casa, donde no la retiene ningún título, ninguno, pues no le conviene el de sirviente de nadie?..

—Y si yo quiero serlo de usted, ¿quién tiene derecho á oponerse?

Vuelvo los ojos, incapaces de sostener el tierno desafío de los suyos, y replico:

—¡Yo!.. Yo, que no consiento en ver á usted, en un momento de exaltación infantil, pisotear las magníficas promesas que le ha hecho la vida... Se lo ruego á usted, Miette, siéntese de nuevo y escúcheme.

Me obedece y yo doy unos pasos y me acerco á su silla, creo que con menos turbación.

—Si ha venido usted á París, ¿no ha sido porque el joven á quien ama no quería ó no podía casarse aún con usted?

Miette, con alguna lentitud, hace un signo afirmativo.

—Y ahora, ¿tiene usted la certeza de que se casará?

Hace otro signo, esta vez negativo, que penetra en mi corazón y le dilata agradablemente.

—Así, pues, la prudencia aconseja á usted hacer las cosas como si hubiera de ocurrir lo peor... Pues bien, déjeme usted decirle cómo he pensado yo esa preparación de sus éxitos y de su felicidad... Lo repito, un año de Conservatorio bastará para poner en sus manos un primer premio..., y en ese momento, su fortuna está hecha. Es, pues, preciso que entre usted en el Conservatorio, pero no puede ser hasta el otoño... De aquí á entonces, reflexione usted; ¿puedo tenerla á usted en mi casa?

(Continuará)

CURIOSIDADES CIENTÍFICAS

EL ARQUITECTO MÁS ANTIGUO

Indiscutiblemente el arquitecto más antiguo es la araña. Observando con atención las operaciones que realiza el pequeño insecto hasta ver terminada su tela, á nadie puede extrañar que se maraville el naturalista y traduzca luego á los profanos su admiración en términos interesantes y sugestivos.

Comparada la dimensión de la tela con la del insecto, resulta su obra de proporciones realmente colosales.

Atentos al trabajo de la araña, se ve que, hilo tras hilo, todo él está sujeto á un orden preciso y necesario; así como su compleja maniobra es siempre armónica y responde á leyes racionales.

Algunas de estas últimas se explican geométricamente y otras por la resistencia de los elementos que entran en la composición de la tela.

La araña tiene en su cuerpo glándulas que segregan por numerosos orificios una substancia viscosa en forma de filamentos. Estos, ya formados, adquieren gran consistencia al contacto con el aire, si se tiene presente su delgadez, y una elasticidad sólo comparable á la del caucho. La superficie pegajosa de estos filamentos les sujeta con facilidad entre sí.

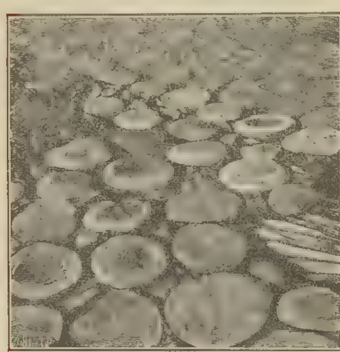


Fig. 2. – Pavimento construído con vértebras de ballena

Sobre la tela agárrase el insecto con todas sus patas, menos las dos últimas, que las emplea para coger el hilo. Cuando caza, estas patas le sirven para arrastrar su presa.

La tela se compone de tres partes:

Un cuadro suspendido en el espacio; los rayos, que parten de un centro común y se agarran á este cuadro; por último, la espiral, que es muy larga y da sin número de vueltas en torno de su centro. Véase el diagrama de la fig. 1.

El problema más difícil para el minúsculo arquitecto es la suspensión del cuadro. La araña elige casi siempre un sitio bañado por el sol de la mañana; así lleva adelantado mucho para resolver el problema del estómago, pues el sol atrae fácilmente los insectos alados que le sirven de alimento.

Una vez elegido el sitio busca puntos de apoyo convenientes, y es tal operación en la que pone más ingenio y más minucia.

La araña elige como punto de operaciones el más elevado; desde él acostumbra á descender suspendida de su hilito inseparable, se balancea, inspecciona, y si no encuentra apoyo de su gusto, vuelve á remontarse absorbiendo poco á poco el hilo de que cuelga.

Algunas veces rompe al maniobrar los hilos inútiles ú otros que le sirven de pasarelas en sus complicadas evoluciones; pero jamás rompe ninguno de los hilos auxiliares.

El laborioso animalillo prueba con exquisito tacto la tensión de los cables, revelando en ello un arte nativo de consumado constructor; y no faltan ocasiones en que de pronto interrumpe su tarea y consolida un hilo, doblándolo, siguiendo en seguida con el mismo afán las operaciones ordinarias.

Cuando el tiempo favorece su tarea, la araña se hace cada noche una tela nueva, excepto si carece de provisiones y ha de entregarse á sus correrías cinegéticas.

Una tela pierde en el transcurso de veinticuatro horas sus propiedades elásticas y aglutinantes. En cuanto á sus dimensiones varían según las del insecto; en sus comienzos las hay tan pequeñas que algunas tienen un centímetro cuadrado.

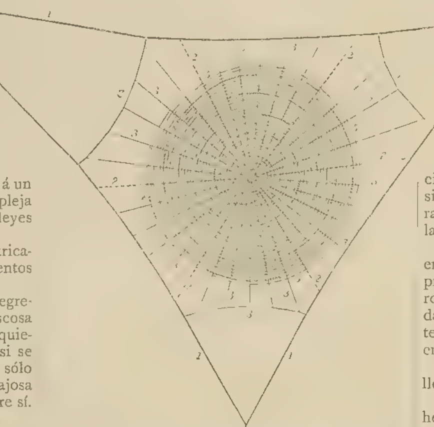


Fig. 1. – Diagrama de una tela de araña. – 1. cuadro; 2. hilos primitivos; 3. hilos intermedios; 4. hilván en espiral; 5. espiral.

¿Quién no habrá fijado su vista en esos rincones que conquista la araña estableciendo en ellos su taller de obrera incansable? Cosa bien rara: un insecto de condición tan repulsiva, y sin embargo, lleva en sí el germen de maravillosas enseñanzas para el hombre.

La araña construye científicamente. Siempre comienza la tela por el cuadro; teje luego los hilos transversales con una idéntica tensión y conservando el mismo ángulo, pues algunas telas analizadas en el gabinete del naturalista acusaron la mayor exactitud en las distancias; el trabajo más interesante es sin duda la espiral, trabajo de extraordinaria paciencia. El insecto, primero teje algunos hilos provisionales bastante separados, y luego hace las espirales definitivas.

Llega un instante en que la tela está terminada; sutil, transparente, brilla al sol, mientras el autor del prodigio se contrae en el centro antipático, nauseabundo. Y al verlo, creyérase que la Naturaleza ha querido indemnizar á la araña de su fealdad tejiéndole un nimbo de plata.



Fig. 3. – Carrera de trineos (*luge*)

BALDOSAS DE BALLENA

En la costa del Océano Pacífico existe la ciudad de Monterey, sin disputa de lo más pintoresco y encantador que puede verse en la hermosa región californiana.

Monterey es por su historia digna de mérito por haber figurado en otro tiempo en primer lugar entre todas las ciudades del Oeste, siendo en la época de la dominación española capital de la Alta California.

Hoy día se conserva en buen estado la iglesia de San Carlos, cuya edificación se atribuye al misionero español Serra; y también se guardan como reliquias los restos de otros edificios públicos, como las Cárceles y la Casa Ayuntamiento.

Pero el mayor interés ofrécelo Monterey á los ojos del naturalista.

La hermosa bahía de aquella ciudad fué sin duda en remotísima edad, quién sabe si antes de la aparición del hombre en aquellos parajes, un sitio predilecto de reunión y existencia para las ballenas.

No falta quien opine que estos enormes cetáceos encontrábanse en gran número en regiones marinas próximas á dicha bahía, y las corrientes contribuyeron á arrastrarlas á tales aguas muertas ó moribundas, pues no de otro modo se puede explicar la existencia de los innumerables esqueletos que aún se encuentran actualmente.

Por ello le llaman á la bahía cementerio de ballenas.

Prueba la abundancia de que hablo el haberse hecho de los esqueletos una aplicación industrial. El gran paseo de Monterey, que mide muchos cientos de metros desde la puerta municipal de la ciudad á la iglesia de San Carlos, tiene un caprichoso pavimento construído con enormes vértebras de ballena.

La fotografía adjunta (fig. 2), puede dar idea del aspecto de este original embaldosado, único en el mundo.



Fig. 4. – Distribución de la población china en el Imperio chino

Terminaré este apunte recordando cierta interesante digresión. Como en Monterey, se han descubierto en otros puntos acumulaciones semejantes de restos óseos. Así, en Bernissart con los magníficos *Iguanadous*, que son orgullo del Museo de Historia Natural de Bruselas. También se han encontrado otros en la América del Sur, principalmente de esqueletos de ave.

Y en todo caso, se tiene como racional que los hechos determinantes de la acumulación no constituyen un acto voluntario en los animales; la lógica rechaza cuanto se ha escrito y poetizado sobre el asunto, pues tales hechos son hijos sencillamente de una causa mecánica.

En el caso de las ballenas se atribuye la acumulación de esqueletos á las corrientes marinas; en el caso de las aves y otros animales terrestres, á la sed, necesidad fisiológica que les atormenta antes de morir y les lleva á buscar por instinto, dentro de una región determinada, los mismos manantiales.

OTRO «SPORT» PARA EL HIELO

Ahora el rey de las emociones es la *luge*. Llámase así á un pequeño trineo originario de Suiza.

La *luge* está á punto de desterrar el *tobbogau*, otro *sport* emocionante que ha gozado y goza de predi-

ción en el Canadá. Sin embargo, ambos se parecen hasta en la construcción.

Estos pequeños trineos se unen entre sí (fig. 3), formando un tren, confiándose la dirección al sportman que monta el primer cochecito; el tren así preparado se lanza vertiginoso por los abruptos parajes de nieve y hielo, y con el impulso adquirido sube á las cimas más empinadas para descender al segundo con la rapidez de un sud-expreso.

No hay para qué decir que también este *sport* tiene sus quiebras. Pero los intrépidos turistas que invernan en las estaciones montañosas no reparan en descalabradura más ó menos.

¿CUÁNTOS CHINOS HAY?

¡Apenas si ha preocupado y sigue preocupando á cuántos millones asciende la población de China!

Como en todo lo inseguro y misterioso, se ha cernido sobre este punto cierta leyenda y se han dado cifras tan disparatadas, que dejaban pálidas á las ya famosas y netamente españolas que atribuye la historia á nuestro Gran Gonzalo.

Este pleito de la población del Celeste Imperio vuelve á tener actualidad palpitante en nuestros días, que muchos consideran avocados al desenlace de toda una tragedia intercontinental, en que la vieja Europa ha de ser hollada por el astuto mogol que ahora ya caciquea en los dominios del Mikado.

Tenga más ó tenga menos fundamento lo del peligro amarillo, es sumamente curiosa, y por esto se la ofrezco á mis lectores, la siguiente estadística, copiada de un anuario del Imperio chino, por la que puede venirse en conocimiento de cuántos habitantes lo pueblan.

En el mapa de la fig. 4 se apuntan las cifras que señalan, por provincias, la población absoluta en millones.

Asimismo se indica por medio de signos convencionales la densidad por kilómetro cuadrado.

Y observando esos signos apréciase en seguida que en el Imperio chino hay una gran desigualdad en el reparto de población.

Mientras en las diez y ocho provincias del Este, ricas y fértiles, la densidad es de 107 habitantes por kilómetro cuadrado, oscilando de 32 en la de Kan-Sou á 264 en la de Chan-Tong, en otras provincias que son verdaderas estepas ó desiertos y en las regiones de altas cordilleras, Mongolia, Sin-Kiang y Manchuria, la población varía de 5 á 0'7 habitantes por kilómetro cuadrado.

Resulta que el Imperio Celeste tiene una superficie de 11.081.000 kilómetros cuadrados (Europa tiene 10.350.000) y no cuenta una densidad mayor de 38'5 por kilómetro cuadrado; en cambio, en Europa la densidad es de 37. No obstante, hay que recordar el hecho de hallarse concentrada toda la población china en diez y ocho provincias, en un espacio más pequeño que el ocupado en Europa por Rusia y la Gran Bretaña, y en el cual hay 407 millones de habitantes.

Esto da idea exacta de que, efectivamente, nos encontramos frente á un número considerable de hombres cuyo despertar puede constituir un peligro muy serio para muchos países.

Un escritor ha dicho recientemente que los chinos no serán temibles hasta que se cuenten. «Este es—añade—el primer modo de instruirlos; decirles: contaros.»

Y... la estadística á que he venido aludiendo bien demuestra que no se hallan tan divorciados con la aritmética como se ha presumido por algunos.

¡Ojo, pues, señores estadistas europeos!



Fig. 5. – Yacimiento de sal en el Africa Central

LA SAL Y LOS SALVAJES

Todos los fisiólogos están conformes en que la sal es una substancia reclamada imperiosamente por la economía.

Privad al hombre de este condimento y repugnará toda alimentación. Y no sólo el hombre: si se observa lo que ocurre en algunas especies animales, pueden anotarse hechos que confirman lo indispensable que es la sal al organismo.

Hay además otra prueba más concluyente: la avidez con que ciertos indígenas de casi inexploradas regiones africanas recogen y aprecian la sal marina.

El acopio de sal lo hacen estos habitantes cotidianamente.

Todos los exploradores antiguos apuntan esta observación en su cartera de viaje.

El indígena tiene la sal en el más alto aprecio; á todo la prefiere, pues en sus transacciones llega a cambiar por sal maderas preciosas, caucho y hasta pepitas de oro.

No es lo que menos ha contribuído á ello el abuso de la sal que hacen estos salvajes: la comen con glotonería, y está tan arraigado entre ellos este vicio, como pueda estarlo, verbigracia, entre los presumidos hijos de Europa el empleo del tabaco.

Las continuas expediciones han llevado alguna sombra de civilización al continente negro, y los indígenas se acomodan hoy día á un consumo más regular del cloruro de sodio.

M. Auguste Chevalier, que acaba de explorar recientemente el lago Tchad, confirma este último extremo.

La sal consumida por los indígenas es de origen mineral ó vegetal. La primera es blanca ó ligeramente teñida de rojo.

Es frecuente encontrar caravanas que se dedican al tráfico de este importante producto (fig. 5).

Esta sal se cría á unos 0'50 metros de profundidad y se recoge la roca en pequeños bloques.

Las sales de origen vegetal, sobre todo las del país de Assala, se utilizan en muy prósperas industrias.—EL DOCTOR FAUSTINO.



Marina, cuadro de José M.ª Marqués

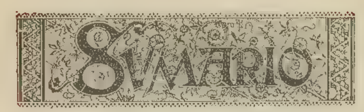
Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XXV ← Barcelona 12 de febrero de 1906 → Núm. 1.259



DOS BUENOS AMIGOS, cuadro de Borrás Abella



LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Nadie se preocupa de la Conferencia de Algeciras. Es decir: nadie se preocupa en Madrid. Es probable que en Berlín, Londres y Viena sea en cambio grande la expectación.

Los periódicos ilustrados publican fotografías instantáneas, retratos de los representantes de las potencias, vistas del comedor del hotel, moros envueltos en sus blancos alquiceles, que rebozan sus semblantes sagaces y ladinos, de verdaderos diplomáticos; pero ni por tanta información amanece más temprano; á nadie oigo que pregunte con ansiedad: «¿Y cómo va eso de Marruecos? Y nosotros, ¿qué perdemos, qué ganamos?»

Y es que en los espíritus no cabe la idea de guerra alguna en la cual España hubiese de tomar parte. La epopeya de Africa, todas aquellas himnodias de la campaña de Odonell y Prim, están más lejos para nosotros que si perteneciesen á la gesta y el Romancero de Cid Rodrigo Díaz de Vivar. No atravesamos, no, un momento belicoso; no tiene nadie, que yo sepa y vea, ganas de emprenderla con nadie á cintarazos.

Un cansancio invencible; un deseo profundo de tranquilidad y de normalidad; un gran escepticismo en política: he aquí la principal característica de nuestra situación moral á la hora presente. Y de la política exterior, ni hablar querríamos. Se dijera que el ideal de España, á la hora presente, consiste en no pensar más que en lo relativo y menudo de la vida diaria, y que todo lo que puede envolver un esfuerzo, un gesto de fuerza, de sacrificio, de previsión, despierta recelos. Amodorrada, fatigada, España de buen grado cedería la primogenitura, si primogenitura le restase que ceder, no por un plato de lentejas, sino por un colchón en que tenderse y un rayo de sol para calentarse y alegrarse.

Esta inclinación á evitar derroches de energía, este alejamiento instintivo de lo que impone actividades vivaces, se refleja en todas las manifestaciones de nuestra vida. ¡Se podría escribir tanto y tanto sobre el asunto, que será mejor no escribir nada; el sermón se perdería entre los remolinos de arena y las secas espinas del desierto! Para definir con pocas palabras tal estado del espíritu, en los momentos actuales, yo diría que atravesamos un período de interés grande por las cosas chicas, y de interés nulo por las grandes cosas.

Obsérvese y se verá confirmado el diagnóstico. Hieren á *Bombita:* interés grande. Se celebra la Conferencia de Algeciras: interés nulo.

Que los españoles residentes en Marruecos no han de ganar nada con la Conferencia, es cosa que se ve venir, que la prensa anuncia y que á nadie sorprende, aunque á nadie tampoco perturbe en la tranquila degustación de la taza de café y en la soñolienta aspiración del humo del cigarro. Los ramos de industria creados por españoles en el Africa acaso reciban con los acuerdos adoptados en la Conferencia golpe mortal, y en casos como este es donde se prueban las ventajas que reporta al individuo formar parte de poderosa colectividad, y cuando se comprende la conveniencia, hasta egoísta, de poseer una patria fuerte y protectora.

En la popularidad que desde el primer día de ser lanzada disfrutó la candidatura de una princesa de la casa de Inglaterra para el trono español, podría, sin embargo, advertirse un síntoma de los anhelos de regeneración, saludables y necesarios. Los leves indicios de descontento de los que hubiesen deseado á la futura reina católica desde la cuna, se pierden en el movimiento de simpatía de los que esperan que esta dama, educada en países más vigorosos y más infiltrados de sentido moderno, nos traerá las modas morales é intelectuales de su tierra. Un aura de esperanza sopla alrededor del idilio regio, y una ligera, desmayada y anémica ilusión se aterra á ver en una circunstancia halagüeña garantías para el porvenir... Y esta es la razón de que muchos crean (según suele creerse al rasgar la primer hoja de un nuevo calendario) que vamos á entrar en vida diferente, europea, próspera, al verificarse el enlace. Yo de mí sé decir que el curso caprichoso, casi siempre impensado, de los acontecimientos históricos y de la evolución nacional me ha hecho enemiga de pronosticar nada; por otra parte, aunque la acción que puede ejercerse desde el trono es muy poderosa, no la considero capaz de transformarnos, así de la noche á la mañana. Hasta doy por seguro que si la *young lady* de Mouriscot viniese aquí animada de intentos regeneradores, su misión sería terriblemente difícil, y se concitaría escondidos enemigos, odios secretos y antipatías feroces.

Acaba de morir uno de esos hombres que (al menos desde afuera, quién sabe lo que cada cual lleva oculto en su corazón) ha sido todo lo feliz que en la tierra se puede ser. Me refiero al rey Cristián IX de Dinamarca. Excelente hombre y ejemplar esposo, padre de dilatada familia, vió á su prole ocupando altos tronos: un hijo en el de Grecia, dos hijas en los de Inglaterra y Rusia. Sus gustos eran modestos, sencillos; su salud estuvo en relación con sus gustos, y como no la estragó, pudo conservarla hasta la avanzada edad de ochenta y ocho años, á la cual acaba de morir sin agonía, sin sufrimientos, en tránsito casi insensible. En nuestro siglo, ó mejor dicho en el siglo que ya no es nuestro, el trono de este rey no se vió sacudido por las revoluciones; la existencia de Cristián IX corrió entre alegrías íntimas y deberes cumplidos, más semejante á la de un buen ciudadano que á la de fastuoso monarca. El puñal, la pistola, las bombas de los anarquistas no amenazaron su existencia; en el seno de su familia no sucedieron esos dramas sombríos que han arrojado cendales de duelo sobre los palacios de Austria, de Baviera, de Bélgica, de Sajonia. Venturosa ancianidad, venturosa muerte la del que acaba de extinguirse como un astro poco brillante, que se eclipsa á su hora, apaciblemente.

La Cleo de Merode, rosa de beldad ya marchita por el cierzo de otoño, se exhibe estos días en la Zarzuela. Su cara es un bloque de yeso; sus trajes, á lo menos una parte de sus trajes (pues todos no los he visto), inferior á los que lucen la Sobejano y otras tiples de Apolo. Saca, eso sí, alguna joya que no desdice de su mundial reputación, unos brillantes como garbanzos, sujetos por un hilo de platino tan sutil, que parece un cabello. Por lo demás, ninguna maravillosa sorpresa parece haber traído en los pliegues de su ropaje la bailarina parisiense.

Así y todo, el espectáculo ha atraído al público, como siempre lo atraen los de igual índole, plásticos y excitantes. La mímica de Cleo ha sido juzgada con poca benevolencia; pero todo el mundo ha desfilado por la Zarzuela para darse cuenta, por sus propios ojos, de lo que Cleo vale ó no vale. Porque este es el razonamiento decisivo: ciertas cosas «hay que verlas.» Se compra así el derecho de opinar..., y de opinar en materias que no requieren poner en prensa el entendimiento.

Un suceso dramático (por dentro) ha sido el de la muerta viva; la señora que ha pasado diez días en el depósito de cadáveres sin señales de descomposición, y sin que, por lo tanto, se resolviesen á darle sepultura. Se creía en un caso de catalepsia, y se esperaba que, de un momento á otro, abriría los ojos y recobraría la conciencia de sí misma. No fué así: transcurrida la decena, plazo bien anormal si hubiese muerto desde el primer instante, la descomposición se produjo. Y he aquí el problema: ¿estaba muerta ó en catalepsia la señora cuando ingresó en aquel triste lugar? ¿Posee la ciencia medios de despertar del sueño cataléptico á los que acomete? ¿Puede sobrevenir la muerte durante ese estado en que tantas funciones vitales se encuentran interrumpidas?

A mí lo que me preocupaba era la situación de los hijos de la dormida con sueño que al cabo ha venido á ser el último. Mil veces más dolorosa que la desgracia ya conocida y sufrida, que al cabo tenía el amargo consuelo de lo irreparable, era esta incertidumbre desgarradora, que debió de despedazarles el alma.

La muerta... no me daba lástima: si para ella todo había terminado, si el reposo definitivo había sucedido á las agitaciones y luchas del vivir, no sé si era desearle bienes hacer votos porque despertase, porque sus ojos volviesen á ver la luz del día... ¡Pero los hijos! En ellos pensaba, en ellos, porque ¡cómo tendrían el corazón durante la angustiosa espera de noticias, cómo sentirían la contracción del terror cada vez que á su puerta llamasen! Ellos sí que agonizaron todo el tiempo que tardó en saberse que la muerte era real... Y como símbolo del cariño de que continuaban rodeando á su madre, en calentar el frío depósito se gastaban arrobas y arrobas de carbón; la temperatura era la del amor que hasta más allá de la muerte extiende sus dominios...

Por muy actual que sea, yo rehuyo siempre la cuestión de política interior que envuelve la famosa ley de los delitos contra la patria y el ejército. Para exponer opiniones acerca de ella, tendría que trazar extensas páginas y estudiar antecedentes, probabilidades, historia y sociología. La única afirmación concreta que cabe hacer, es que no concibo nada tan alarmante y doloroso como el hecho de que esta cuestión haya llegado á plantearse. No es cuerpo sano ni robusto aquel donde aparecen las negras manchas de la desintegración en vida, de la gangrena. No es nación sólidamente incorporada á sí propia aquella en la cual se debaten y han menester soluciones más ó menos coercitivas ciertos sentimientos que espontáneamente han de brotar de los corazones y albergarse en la conciencia de la colectividad; y los que no somos todavía decrépitos, podemos recordar tiempos en que tales sentimientos hacían innecesarias las leyes, y prestaban á las manifestaciones nacionales públicas carácter de poesía y de espiritual unión entre los españoles.

Sería preciso cerrar los ojos á la evidencia para no advertir que los conflictos, choques, asperezas y resquemores que han dado lugar á tal cuestión, nacieron á raíz de desventuras que me atrevo á llamar recientes, aunque haya sido una especie de tácita consigna el relegarlas al olvido y el hablar de ellas como podría hablarse de la pérdida de la Invencible ó de la rota del Guadalete... Por más beleño que nos hayamos empeñado en beber, por más cocaína que nos inyecten para insensibilizarnos, la herida escuece siempre una miaja, y esa miaja es la levadura que determina las fermentaciones.

El reumatismo empieza á disputar á la tisis el derecho á inquietarnos, y en efecto, parece cosa averiguada que los dos grandes enemigos de la humanidad son esos. Pero á mí se me figura que el reumatismo es sobre todo un verdugo, atormentador, y la tuberculosis una segadora rápida. Los reumáticos viven largos años, á menos que el reuma, desde el primer instante y por capricho, adopte una de esas formas crueles y expeditivas que posee en su variado repertorio.

Se distingue también el reuma de la tuberculosis en que puede influir mucho en el alivio la voluntad del paciente. La tuberculosis es más fatídica. Se apodera de un ser joven, alegre, lleno de ilusiones y de esperanzas, y sin que lo advierta él mismo, gasta su reserva vital, invade lo más íntimo de su ser con el horrible ejército microbiano, que no hay medio de combatir. No conozco, entre las impresiones tristes, ninguna igual á la de presenciar la lenta, irremediable destrucción de un organismo por la tuberculosis.

Y acaso los dos terribles padecimientos, tuberculosis y reumatismo, son los dos polos entre los cuales oscila el equilibrio siempre inestable del organismo humano... El que no peligra por la tisis, tendrá dolores de huesos, articulaciones deformadas, sangre cargada de herrumbre, cojeras temporales y rojeces en la piel bajo el influjo de la temperatura... De algo se ha morir la gente, á pesar de los Sanatorios para tísicos y el gran establecimiento curativo de reumáticos que ha de instalarse en Mondáriz y será un portento, según anuncios.

Emilia Pardo Bazán.



El buen mozo, que con la sonrisa en los labios y el puñal en la diestra adelantaba...

EL BUEN MOZO

—Acabo, señora, dijo Santiago á Genoveva, la bella matrona de triste faz y figura majestuosa, de reforzar la puerta del jardín con doble barra de hierro. Lo mismo hice ayer con las dos de la granja y las ventanas del piso bajo.

—No está de más, Santiago, exclamó Genoveva. Todas las precauciones son pocas tratándose de peligros tan graves.

—Son, señora, añadió el criado, son unos vecinos terribles los huéspedes del bosque. La comarca entera se halla aterrorizada. Se cuentan cosas espantables. Luego, nos encontramos aislados. La quinta más cercana dista lo menos una legua.

—Por eso es necesario redoblar las precauciones y extremar la vigilancia, repuso Genoveva. Desde que esa horda de miserables merodea por estos contornos, se ha apoderado de mí una preocupación constante. Mis sueños son interrumpidos por horrorosas pesadillas y á cada momento se me figura ver levantarse sobre mi pecho un puñal asesino.

La puerta de la sala donde estaban Genoveva y Santiago se abrió suavemente, y un precioso niño de ojos azules y cabellos rubios apareció en su dintel, permaneciendo inmóvil un instante. Luego, cantando y riendo, se lanzó hacia Genoveva y saltó sobre sus rodillas. Genoveva estrechó á su hijo entre sus brazos y cubrió de besos sus mejillas. Después de aquel desahogo maternal, exclamó reanudando su conversación con Santiago:

—¿Dicen que el capitán de la cuadrilla es un mozo tan simpático como arrogante?

—Eso cuentan los que le han visto, respondió Santiago; fuerte, alto, de ojos negros y pelo ensortijado. Y por cierto que el chico debe tener corazón de tigre, á juzgar por las atrocidades que comete. Su última víctima ha sido un pobre arriero, á quien después de robar cuanto llevaba colgó de un árbol. Poco antes degolló á una anciana que volvía del monte con una carga de leña, y luego, con una piedra enorme, le aplastó la cabeza.

—¡Qué horror!, murmuró Genoveva oprimiendo nerviosamente contra su seno al niño que, con los ojos muy abiertos y las cejas fruncidas, escuchaba atentamente.

—Y apenas pasa día sin que ese monstruo sacie sus crueles instintos en algún infeliz, añadió Santiago.

—Corren rumores de que van á organizar batidas para su captura, dijo Genoveva.

—Me parece difícil que lo consigan, repuso Santiago, porque esa gente parece que tiene alas como los gorriones. Desde hace un mes que los persigue la guardia civil sin poder dar con ellos. Algunas veces los ven desaparecer entre los matorrales lejanos, pero cuando llegan ya han desaparecido. Rodean aquellos lugares, escudriñan las peñas y las zarzas, y ¡nada!, como si se los hubiese tragado la tierra. No encuentran ni huellas ni vestigios de su paso. Al día siguiente, es seguro, un cadáver aparece en el sitio opuesto de aquel en que se los busca.

—Y ¿la cuadrilla se compone de cinco hombres?, interrogó Genoveva.

—Sí, señora, de cinco, respondió Santiago. Pero aseguran que la mano que ejecuta es la del buen mozo, como llaman al capitán. Los otros son sus espías y cómplices. ¡El que asesina es él!

En esto el niño rompió á llorar.

—¡Tengo miedo, mamá, tengo miedo!, balbuceó.

—Anda, Santiago, dijo Genoveva. Llévale al jardín y distráele un rato. Hemos hecho mal en hablar de estas cosas delante de él. Por Dios, no dejes de cerrar tú mismo antes de que anochezca.

—Descuide la señora y confíe en mí, repuso Santiago. Con el refuerzo de las dobles barras de hierro, la entrada es imposible. Aunque saltaran la verja del jardín se encontrarían con que la granja era un fuerte inexpugnable. Además, tenemos por centinela á León, enemigo á quien no se vence fácilmente.

Santiago saludó y salió de la habitación, llevándose al niño, que todavía lloraba.

Genoveva arrastró una mecedora hasta la ventana, abrió los cristales y se sentó frente al horizonte. La tarde comenzaba á caer. Era el mes de marzo. La brisa perfumada que subía del parque, al rozar la frente de la viuda le produjo una sensación deliciosa; y con la mirada hundida en el fondo del bosque donde realizaba sus hazañas el buen mozo, terror de aquellos humildes campesinos, Genoveva, abstraída, dejó pasar por su alma, como un sueño, toda su historia. Su niñez, dichosa y alegre, su adolescencia, alumbrada por el sol del único amor de toda su vida, por su gran amor consagrado á Germán, aquel petimetre tan simpático y gallardo como perverso, de alta estatura, complexión recia, dulce sonrisa, ojos negros y pelo ensortijado, que con la misma tranquilidad que echaba flores á las muchachas, saltaba, por entretenerse, con la punta de un alfiler los ojos á las palomas; aquel jovenzuelo que también la idolatró con locura, y á quien ella, en un arranque de energía, abandonó por no poder vencer sus impulsos de criminal innato. ¿Qué sería de él? ¿Habría llegado á operarse en su temperamento una reacción favorable? Y de no ser así, ¿cuál sería el presidio devorador de aquella encarnación de la hiena humana, ó cuál el patíbulo cuyo tablado había sostenido su cuerpo pletórico de vigor y de salud, arrastrado allí por la fuerza avasalladora de una inconsciente predisposición al mal? Aquí Genoveva se detuvo procurando prolongar su impresión dolorosa, encontrando en ella una especie de consuelo acre que le producía gran opresión en el pecho y fría sensación de aguja en las sienes. Luego, lanzando su memoria hacia adelante, recordó su matrimonio por conveniencia con el burdo, pero rico propietario, padre de su hijo; su viudez temprana y sin dolor, y por último, su retiro y aislamiento voluntario á aquellas soledades del campo, donde vivía sólo consagrada al cariño de su hijo, lo único glorioso que para ella encerraba el mundo. Y mientras la tarde caía en brazos de la noche, aquella alma altiva, noble y honrada, sollozó con el sollozo de las grandes melancolías y volvió, sin querer, á inmergirse en el recuerdo del gran amor de toda su vida, en el recuerdo de Germán, de aquel petimetre simpático y bello, que con la misma tranquilidad con que echaba flores á las muchachas, saltaba, por entretenerse, con la punta de un alfiler los ojos á las palomas...

Era la alta noche. En la granja reinaba silencio absoluto. No se oían, como otras veces, los breves y roncos aullidos de León, que ladraba á las hojas apenas se movían. Una lámpara de tenue luz, velada por una bomba de cristal cuajado, alumbraba débilmente la alcoba de Genoveva. Ésta dormía.

Junto á su lecho, en una preciosa cuna de caoba recamada de flores, dormía el niño.

Un ligero rumor que sonó en el dormitorio despertó á Genoveva, que abrió los ojos y creyó por un momento sufrir la visión de Germán; pero al convencerse de que el que tenía en su presencia era él, él mismo, con su airoso continente, sus ojos negros y su pelo ensortijado, lanzó un grito terrible.

El buen mozo, que con la sonrisa en los labios y el puñal en la diestra adelantaba con paso cauteloso hacia la cuna, volvió la cabeza, y al ver á Genoveva arrodillada y rígida sobre el lecho, con el rostro lívido y las manos en cruz furiosamente tendidas hacia adelante, dejó caer el puñal, llegó hasta el niño que seguía durmiendo, le besó en la frente y desapareció como había entrado, como una sombra.

PEDRO BARRANTES.

(Dibujo de Sardá.)

EL REY ALFONSO XIII

Y LA PRINCESA

ENNA DE BATTENBERG

Biarritz, población célebre ya por sus recuerdos históricos, ha sido el sitio elegido para los preliminares de un fausto é importante acontecimiento, la próxima boda de nuestro monarca D. Alfonso XIII con la princesa Enna de Battenberg. En efecto, en la pintoresca quinta de Mouriscot, que la princesa Federica de Hannóver y su esposo el barón Pawel Hammingen pusieron á la disposición de la princesa Beatriz de Battenberg, celebróse el día 25 de enero último la primera entrevista oficial del rey y de la princesa. Desde aquel día hasta el de su regreso á Madrid, efectuado el 2 del corriente, el joven monarca ha vivido en constante y familiar trato con la que en breve ha de compartir con él el trono de España, recorriendo juntos los pintorescos lugares de aquella bellísima comarca, entrando juntos en el territorio español que ahora ha visitado por vez primera la que pronto será en él soberana, y escribiendo en todas aquellas excursiones, en todos aquellos paseos, en todas aquellas fiestas íntimas de familia, las primeras estrofas del idilio de sus amores.

El rey, queriendo que su augusta madre fuera testigo de su felicidad, que con su presencia había de ser completa, llamóla á San Sebastián, y allí se conocieron y se amaron la reina D.ª María Cristina y la princesa Enna. La población donostiarra ha dispensado á ésta una acogida tan cariñosa como entusiasta: la multitud la aclamó y las señoras cubrieron de flores el camino por donde pasaba la ilustre prometida de D. Alfonso, que correspondía efusivamente á estas muestras de afecto dejando asomar á su rostro la felicidad que en aquellos momentos la embargaba.

Los dos grabados que en esta página publicamos representan los dos momentos más interesantes sin duda de la estancia del rey en la quinta Mouriscot: el de su primera entrevista con la elegida de su corazón y el de la plantación por los regios desposados de los dos pinos que conmemorarán una fecha decisiva en sus existencias y en uno de cuyos troncos grabó D. Alfonso con un cortaplumas sus iniciales y las de la princesa enlazadas.

En la página siguiente reproducimos varios retratos de la princesa Enna, que la representan en diferentes edades, desde la de seis meses hasta la actualidad.

Por su distinción y por su belleza extraordinarias, es la princesa la admiración de cuantos la han conocido; y esta admiración aumenta y á ella se suman las más calurosas simpatías cuando el trato hace brillar en todo su esplendor las altas dotes intelectuales y morales de la que ya podemos llamar futura reina de España.—S.



S. M. el rey D. Alfonso XIII en Biarritz. – Primera entrevista de D. Alfonso con la princesa Enna de Battenberg en la quinta Mouriscot el día 25 de enero último (Dibujo de L. Sabattier.)



S. M. el rey D. Alfonso XIII en Biarritz – D. Alfonso y la princesa Enna plantando en el parque de Mouriscot dos pinos en conmemoración de sus desposorios. (De fotografía de Jugaud.)



LA PRINCESA ENNA DE BATTENBERG, FUTURA REINA DE ESPAÑA

Retratos de la princesa que la representan en diferentes edades de su infancia y en la actualidad

(De fotografías de Hugues y Mullins, Stuart y Beresford)

EL REY CRISTIÁN IX DE DINAMARCA

A los ochenta y ocho años de edad y cuarenta y tres de reinado falleció el día 29 de enero último, en su palacio de Copenhague, el rey Cristián IX de Dinamarca, cuya muerte ha sido hondamente sentida por todo su pueblo y por las principales cortes europeas, con las cuales estaba íntimamente emparentado.

Aquella misma mañana había recibido en audiencia á muchas personas, y después de un ligero reposo, había almorzado con su hija, la emperatriz viuda de Rusia. Durante el almuerzo sintióse algo indispuesto y su hija le acompañó á su cuarto para que descansara; pero al ver que la indisposición se agravaba, llamóse inmediatamente á los individuos de la familia y á los dos médicos del monarca. Los esfuerzos de la ciencia fueron, sin embargo, impotentes y á poco más de las tres de la tarde Cristián IX dejaba de existir.

Había nacido en 8 de abril de 1818 en Gottorp (Schleswig) y era hijo cuarto del duque Guillermo de Schleswig-Holstein-Sonderburgo-Glucksburgo. Por su casamiento, celebrado en 26 de mayo de 1842 con la princesa Luisa de Hesse, hija del landgrave Guillermo de Hesse Kassel y de Luisa Carlota, hermana del rey Cristián VIII de Dinamarca, adquirió derechos á la futura sucesión del trono dinamarqués, que le fueron reconocidos en el tratado de Londres de 1852 por los Estados escandinavos, Francia, Inglaterra, Austria, Rusia y Prusia. Muerto en 15 de noviembre de 1863, sin descendencia, el rey Federico VII, fué proclamado Cristián IX; pocos meses después, el ejército prusiano invadía Dinamarca y estallaba la guerra con motivo de la posesión de los ducados de Schleswig, Holstein y Lauenburgo, que pasaron á poder de Prusia.

Desde entonces, la recuperación de estos territorios fué el punto capital de la política exterior danesa, y hasta fines del pasado siglo no abandonó Dinamarca la esperanza de recobrarlos, esperanza que estuvo á punto de realizarse en 1870, antes de que estallara la guerra franco-prusiana. En agosto de 1873, el príncipe heredero de Alemania, de regreso de su viaje á Estockolmo, visitó la corte dinamarquesa, y en octubre del mismo año el príncipe heredero de Dinamarca fué presentado en Viena al emperador alemán, en cuya corte estuvo al año siguiente dos veces. Con ocasión de estas visitas, tratóse de la cuestión del Schleswig septentrional, pero las negociaciones fracasaron y hoy la posesión de los ducados por Prusia es un hecho consumado y sancionado por la historia.



EL REY CRISTIÁN IX DE DINAMARCA, fallecido en Copenhague el día 29 de enero último

La política interior de Dinamarca durante el reinado de Cristián IX ha sido por espacio de muchos años en extremo agitada á causa de negarse tenazmente el Folketing ó Parlamento á votar las cuantiosas cantidades exigidas por el gobierno para fortificaciones, especialmente de Copenhague, y para el aumento de la marina de guerra, exigencias motivadas seguramente por la esperanza de resarcirse en una nueva guerra de las pérdidas territoriales sufridas en 1864. Ese antagonismo entre la corona y la representación nacional originó frecuentes y graves conflictos; pero con el tiempo suavizáronse estas asperezas, gracias á mutuas concesiones, y en el último período de su reinado ha sido Cristián IX un soberano perfectamente constitucional.

Aparte de la política, la nación danesa ha logrado gran prosperidad económica, artística y científica bajo el gobierno del último monarca.

Ya hemos dicho que Cristián IX estaba íntimamente emparentado con las principales cortes europeas; ello le había valido el sobrenombre de «suegro de Europa,» aunque con mayor razón pudiera habérsele llamado suegro, padre y abuelo de soberanos. Su hija Alejandra, nacida en 1.° de diciembre de 1844, se casó en 10 de marzo de 1863 con el entonces príncipe de Gales, hoy rey Eduardo VII de Inglaterra; su hija segunda, Dagmar, nacida en 26 de noviembre de 1847, casóse en 28 de octubre de 1866 con el que fué emperador Alejandro III de Rusia; su otra hija, Thyra, nacida en 29 de septiembre de 1853, contrajo matrimonio en 21 de diciembre de 1878 con el duque Ernesto Augusto de Cumberland, hijo del que fué rey Jorge V de Hannóver. Su hijo segundo, nacido en 24 de diciembre de 1845, es, desde 6 de junio de 1863, el rey Jorge I de Grecia, casado con la gran duquesa Olga de Rusia y suegro de una hermana del emperador de Alemania; su hijo menor, Valdemaro, nacido en 27 de octubre de 1858, se casó en 20 de octubre de 1885 con la princesa María de Orleáns; y finalmente su nieto Carlos, hijo segundo de su primogénito, ha sido recientemente proclamado rey de Noruega.

Todos los años, sus hijos y sus yernos, emperadores, reyes y príncipes, se reunían en torno del venerable anciano, que fué un soberano bueno, sencillo, enemigo de pompas y etiquetas, y para quien los mejores goces eran los de la familia y del hogar. Amó apasionadamente á su esposa, que murió en 29 de septiembre de 1898, y cifró toda su felicidad en la dicha de los suyos.



1. Príncipe de Cumberland.
2. Príncipe Aage (hijo del príncipe Valdemaro).
3. Princesa de Cumberland.
4. Princesa Thyra (hija del rey actual).
5. Princesa Alejandrina de Dinamarca (esposa del actual príncipe heredero).
6. Gran duque heredero de Rusia.
7. Princesa de Cumberland.
8. Príncipe de Cumberland.
9. Duquesa de Cumberland.
10. Princesa María de Orleáns.
11. Duque de Cumberland.
12. Rey de Grecia.
13. Príncipe Valdemaro de Dinamarca.
14. Emperatriz María Feodorovna de Rusia.
15. Príncipe Jorge de Grecia.
16. El rey Cristián IX.
17. La reina de Inglaterra.
18. El actual rey Federico VIII de Dinamarca.
19. Princesa Dagmar de Dinamarca (hija del actual rey.
20. La actual reina Luisa.
21. Hijo del príncipe Valdemaro.
22. Hijo del príncipe Valdemaro.

La familia real de Dinamarca reunida en Fredensborg en octubre de 1903 para conmemorar el 40.° aniversario de la proclamación del rey Cristian IX.

LA CONFERENCIA DE ALGECIRAS

Resuelto en principio el problema del contrabando de armas, la conferencia ha estudiado las cuestiones de los impuestos y de los derechos de aduanas. Sobre ambas presentaron los delegados marroquíes unas proposiciones que, en parte, han servido de base para la redacción definitiva de los respectivos proyectos confiada al comité. El relativo á los impuestos que habrán de pagar en Marruecos los indígenas y los extranjeros ha sido aprobado por la conferencia; los marroquíes sólo lo han aceptado ad referendum. La proposición de éstos referente á los derechos de aduanas, no fué admitida por la conferencia, que estimó exageradas las pretensiones de los representantes del sultán; y en su consecuencia el comité quedó encargado de presentar otro proyecto sobre la base de un recargo módico sobre los actuales impuestos, recargo cuya percepción sería debidamente fiscalizada y cuyo importe se destinaría al mejoramiento del material de los puertos.

ALGECIRAS. – SALA DE CONFERENCIAS CON TODOS LOS DIPLOMÁTICOS EN SESIÓN OFICIAL. (De fotografía.)



El representante de Italia y los representantes marroquíes presenciando la corrida de toros que se efectuó el día 4 del corriente en obsequio á los delegados de las potencias. (De fotografía de nuestro corresponsal, fotógrafo D. A. Pérez.)

De ese proyecto han sido redactados ya los cuatro primeros artículos y sometidos á la deliberación de la conferencia: en ellos se establece la reducción de los derechos de exportación de ciertas mercancías y se dictan reglas sobre el comercio de cabotaje, sobre la recaudación de los derechos de almacenaje de aduana y sobre el monopolio del opio y del kiff.

El comité además habrá de tratar del aumento de la cifra de la exportación de ganado de Marruecos, que hoy es muy limitada y sólo puede efectuarse por el puerto de Tánger.

Hasta ahora nada ha venido á turbar la pacífica tranquilidad en que se desenvuelven las deliberaciones de la conferencia, y esto hace que los optimistas acentúen sus esperanzas en que de Algeciras no sólo saldrá resuelto el problema marroquí, sino que además quedará consolidada para mucho tiempo la paz de Europa.

Téngase en cuenta, sin embargo, que las cuestiones hasta el presente tratadas son aquellas acerca de las cuales de antemano se suponía que había de ser fácil un acuerdo entre las potencias. La cuestión batallona, la de la policía marroquí, se ha dejado para el final, y en ella está el verdadero nudo gordiano de la conferencia de Algeciras; cuando llegue el momento de abordarla, Francia, según parece, reclamará el mandato de Europa para reorganizar por sí sola la policía, pretensión á la cual se opondrá con todas sus fuerzas Alemania, si no directa, indirectamente, inspirando y fomentando la oposición de los representantes marroquíes. Estos, así por lo menos se afirma con grandes visos de verosimilitud, tienen preparado sobre este asunto un proyecto que presentarán al presidente de la conferencia en el momento que estimen más oportuno, y en este proyecto, idéntico al que presentó á las potencias el sultán de Turquía para la organización de Macedonia (coincidencia que hace más evidente en sentir de muchos la inspiración de Alemania), el sultán se niega á confiar la dirección total de la policía á una sola nacionalidad.



El delegado marroquí Sidi Mahomed Torres en su alojamiento



Los representantes de Austria, Estados Unidos y España presenciando la corrida de toros. Detrás de ellos están sus respectivos secretarios. (De fotografía de nuestro corresponsal, fotógrafo D. A. Pérez.)



Los delegados marroquíes Hach-Mahomed-Sefar y Sidi Abderramán Bennís en su alojamiento

Si Francia insiste en sus pretensiones y Alemania no cede en las suyas, ¿qué sucederá? ¿Lograrán los diplomáticos reunidos en Algeciras hallar una fórmula conciliadora? No parece probable, dada la situación intransigente en que aquellas dos potencias se han colocado desde un principio en este asunto. Y en este caso, la conferencia habrá fracasado por completo y las tan cacareadas reformas de Marruecos quedarán de nuevo indefinidamente aplazadas.

En el entretanto, los delegados procuran pasar lo mejor posible el tiempo que les dejan libre las discusiones, y son obsequiados un día con una jira campestre á una hermosa finca del duque de Medinaceli y otro con una corrida de toros organizada en su honor por el alcalde de Algeciras. — R.



PASO DEL RÍO, cuadro de E. van Cauwelaert

AGITACIÓN RELIGIOSA EN FRANCIA



La multitud agrupada delante de Saint Pierre du Gros-Caillou, antes de la llegada de los delegados del gobierno



Los delegados del gobierno y los bomberos disponiéndose á forzar la verja de Saint Pierre du Gros-Caillou



El prefecto de policía M. Lepine, ordenando que los bomberos fuercen una de las puertas de Saint Pierre du Gros-Caillou



Individuos de la guardia republicana forzando la verja del atrio de la iglesia de Santa Clotilde



Arresto de uno de los individuos de la familia Larrochefoucauld delante del templo de Santa Clotilde



Guardias de la paz conduciendo arrestados á varios manifestantes que opusieron resistencia á la fuerza pública

PARÍS.—Disturbios acaecidos en las iglesias de Saint Pierre du Gros-Caillou y de Santa Clotilde, con motivo de la formación de los inventarios de los bienes de los templos, practicados en virtud de la reciente ley de separación de la Iglesia y del Estado.

(Fotografías de M. Rol y C.ª, Branger y «Photo-Nouvelles.»)

EL GENERAL D. JOSÉ GÓMEZ DE ARTECHE

El ilustre general de división D. José Gómez de Arteche y Elexabeitia, fallecido en Madrid el día 28 de enero último, había nacido en Carabanchel de Arriba en 13 de marzo de 1821, ingresó en 1836 en el Colegio de Artillería, y en 1840, terminados sus estudios, pasó al primer regimiento de aquella arma. En 1849 marchó á Roma con la división que al mando del general Fernández de Córdoba acudió á socorrer al papa



El general de división D. José Gómez de Arteche, insigne historiador y geógrafo fallecido en Madrid el día 28 de enero último. (De fotografía.)

Pío IX; en 1852 entró en el cuerpo de Estado Mayor, en el cual se distinguió mucho, desempeñando varias misiones importantes.

En 1860 fué nombrado jefe del detall de la comisión de Estadística del Reino, y en 1862 se le encargó la honrosa misión de escribir la historia de la guerra de la Independencia. Desde 1863 á 1865 fué secretario de la Junta Consultiva; en 1865 y en 1868 desempeñó la subsecretaría del ministerio de la Guerra. Durante el período revolucionario (1868-1874) permaneció alejado del servicio activo; después de la Restauración, en 1877, fué promovido á mariscal de campo; desde 1876 á 1878 fué ayudante de campo del rey Alfonso XII, pasando luego á segundo jefe del cuerpo de Alabarderos, último cargo que desempeñó en la escala activa, pues al cesar en él, entró, por haber cumplido la edad reglamentaria, en la sección de reserva del Estado Mayor general.

En 1881 fué nombrado vocal de la Junta de Defensa del Reino, y en 1885 senador por la provincia de Guipúzcoa.

Pertenecía á la Real Academia de la Historia.

Fué un militar valiente, ilustrado; fué también un sabio geógrafo é historiador. Su obra *Guerra de la Independencia* se considera justamente como obra clásica en su género; escribió además, en unión de D. Francisco Coello, la *Descripción y mapas de Marruecos*, y solo libros tan notables como *Geografía histórico-militar de España y Portugal*, *Un soldado español de veinte siglos* y *Nieblas de la historia patria*. Entre otros trabajos suyos merece especial mención la famosa conferencia sobre Hernán Cortés que dió en el Ateneo de Madrid con motivo del cuarto centenario del descubrimiento de América.

Caballero sin tacha, desinteresado mentor y protector de cuantos acudían á él en demanda de consejo ó de apoyo, hombre de profundos sentimientos religiosos, idólatra de España y cronista insigne de sus glorias, todo esto fué el general Gómez de Arteche. Su muerte ha sido honda y unánimemente sentida; es una gran pérdida para la patria.

¡Descanse en paz!

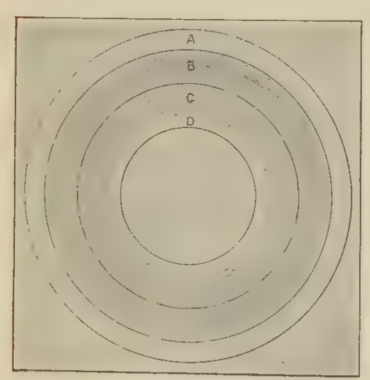


Fig. 1. – Sección central del cañón de alambre de acero. A. Envoltura exterior de acero fundido. – B. Ligadura de alambre de acero. – C. Planchas de acero segmentarias. – D. Tubo interior central de acero.

NUEVO CAÑÓN DE ALAMBRE DE ACERO

La artillería moderna realiza cada día nuevos progresos y los cañones son instrumentos cada vez más formidables, registrándose todos los años inventos de nuevas piezas.

El cañón de alambre de acero inventado por Mr. Hamilton Brown, que actualmente construyen los talleres de la «Scott Ivon Company» de los Estados Unidos, será una pieza en extremo notable, que señalará acaso el punto de partida de una revolución en la industria de la construcción de cañones de marina y de las enormes piezas de sitio.

Trátase de un cañón de 162 milímetros que, si los cálculos son exactos, podrá lanzar con una velocidad de 1.250 metros por segundo un proyectil pesado y voluminoso á una distancia de 50 kilómetros, y la bala, al término de este trayecto, aún tendrá fuerza suficiente para atravesar de parte á parte un blindaje de 15 centímetros de espesor.

Esta formidable pieza de artillería, en la que se trabaja desde hace once meses, quedará en breve terminada; su ejecución habrá exigido más de un año. Si las pruebas son satisfactorias, el gobierno de los Estados Unidos encargará doce piezas más, iguales á esa, que se dedicarán á la defensa de las costas y serán servidas por artilleros de marina. También se instalarán otros análogos, aunque más pequeños, en los buques de guerra.

Los norteamericanos ponderan extraordinariamente este cañón, que consideran como inexplosible á causa de las condiciones especiales en su fabricación y de los elementos que lo componen.

Esa poderosa máquina que nada tiene de común con los cañones modernos, está formada por una serie de planchas de acero de cuatro milímetros de grueso, cimbradas y puestas unas al lado de otras como otros tantos segmentos que se embrochalan. Esas hojas de metal tienen, antes de cimbrarlas, la forma de un trapecio y miden 8'50 metros de largo por 70 centímetros de ancho en un extremo y menos de 15 en el otro. Alrededor de esas delgadas planchas se enrollan cantidades considerables de alambre de acero, para cual operación se emplean máquinas especiales, muy potentes, que ligan el alambre y permiten apretarlo bajo una fuerte tensión, enrollándolo en torno del cilindro que forman las planchas segmentarias. En el centro se introduce á viva fuerza un tubo de acero, por donde pasará el proyectil.

Una vez terminada la ligadura metálica, procédese á vestir

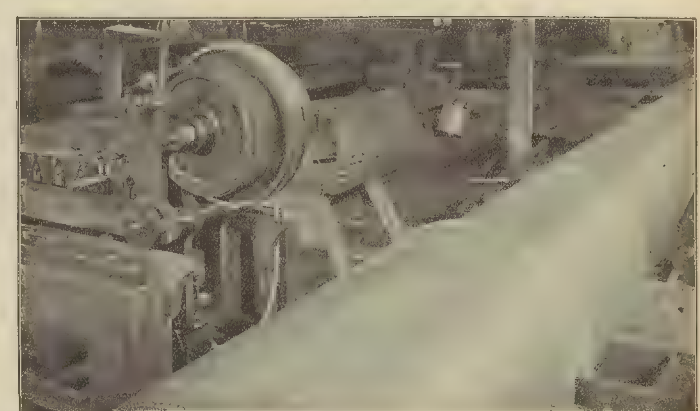


Fig. 2. – Fabricación de un cañón de alambre de acero. La ligadura

la pieza, y para ello se la reviste de una cubierta exterior de acero forjado.

El peso total del cañón está distribuído en tres partes iguales entre los tres principales elementos que constituyen la pieza: una tercera parte para el alambre de acero; otra para las hojas de acero, y otra para las piezas, armadura y tubo central de acero forjado. Así construído, el cañón pesará 12.000 kilogramos y tendrá una longitud de 8'50 metros; en su construcción entrarán unos 55 kilómetros de alambre de acero, y su coste total será de unos 24.600 francos.

Afírmase en los Estados Unidos que las planchas de acero cimbradas que entran en la construcción de ese cañón pueden considerarse á causa de su poco espesor como otras tantas cintas ó hilos de acero planos y anchos; esas planchas, junto con los alambres de acero propiamente dichos que sirven para la ligadura, hacen de esa máquina un verdadero cañón de alambre de acero.

La homogeneidad de los materiales y su elasticidad dan, al parecer, á la pieza una fuerza de resistencia dos veces mayor que la de los demás cañones, pues la presión que esa nueva pieza podrá resistir es considerable.

El coronel James W. Engalls ha sacado de la construcción de ese cañón deducciones verdaderamente curiosas. Por muy sorprendentes que parezcan, no vacilamos en reproducirlas, porque aquel oficial superior es considerado en los Estados Unidos como autoridad indiscutible en materia de artillería y de balística. El sabio artillero afirma que un cañón de 250 milímetros, de alambre de acero, del sistema Hamilton Brown, podría lanzar un proyectil á 90 kilómetros de distancia; juzga la construcción y el empleo de esa pieza como muy posibles, y de deducción en deducción llega á decir que podría construirse fácilmente un cañón de 400 milímetros, el cual, según sus cálculos, permitiría á los artilleros de Calais ó de Boulogne bombardear Londres, es decir, disparar á una distancia de unos 140 kilómetros.

No sabemos si ese cañón monstruo se construirá algún día; de todos modos, la cosa parece fenomenal ó cuando menos problemática. En presencia de tales afirmaciones, diríase que vivimos en plena novela y que el sueño de Julio Verne está en vías de ser una realidad. Mas sea de ello lo que fuere, el cañón de alambre de acero de Mr. Hamilton Brown es un instrumento nuevo que hemos considerado interesante señalar á la atención de nuestros lectores.

VILL DARVILLÉ.

MISCELÁNEA

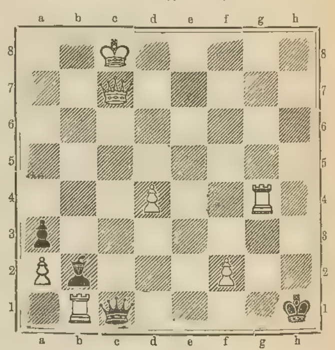
Bellas Artes.—Barcelona. – *Salón Parés.* – El conocido pintor D. Félix Mestres ha expuesto en este Salón una serie de retratos pintados por diversos procedimientos y en todos los cuales, aparte del gran parecido físico, se admira la verdad y el vigor con que cada imagen refleja el modo de ser psicológico de la persona retratada. Desde los más sencillos bustos hasta los retratos presentados en forma de cuadros de género; lo mismo en los lienzos al óleo que en los pasteles, todos responden al verdadero concepto del retrato, que no se ha de limitar á la reproducción exacta del cuerpo, sino que han de transparentar también el espíritu. Todos los retratos expuestos merecen incondicional elogio, sobresaliendo entre ellos los titulados: *Mis padres*, *Mi madre política*, el *Sr. S.*, el *Padre C.*, *El pregonero de Sardanyola*, *Una vieja mallorquina*, el *capitán D. M. C.*, la *Dama del boa*, la *Dama del velo negro*, la *Hija del pintor Mas y Fondevila*, la *Señorita S.*, *Mi h[illegible] Félix* y el *Novicio L. S.*

Casa Esteva y Figueras, sucesores de Hoyos. – Notable bajo todos conceptos es la colección de cuadros expuesta en este establecimiento por el reputado artista Sr. Galwey y que se compone de paisajes, marinas y notas del natural. El pintor en todas estas obras ha sentido honda y sinceramente la poesía de la naturaleza en sus variados aspectos y ha sabido exteriorizar sus impresiones de una manera magistral, comunicando sus diversos estados de ánimo al espectador, haciéndole no sólo ver lo que él ha visto, sino además sentir lo que él ha sentido. Admirable en su conjunto y en sus pormenores es la exposición Galwey; una sola de las telas que la constituyen, *Después de la borrasca*, basta para colocar á su autor entre los más grandes paisistas contemporáneos.

AJEDREZ

Problema número 415, por R. Sticher.

Negras (4 piezas)



Blancas (7 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas.

Solución al problema núm. 414, por S. Loyd.

Blancas.	Negras.
1. b7×a8 (C)	1. Tf6-a6
2. Ca8-b6	2. Cualquiera.
3. Dh8-a1 mate.	

Variante.

1....... Tf6-c6, c6; 2. Dh8-a1 jaq., etc

LA OFENSIVA

NOVELA DE ALBERICH CHABROL.—ILUSTRACIONES DE JORGE SCOTT

(CONCLUSIÓN)

Miette balbucea:

—¿Por qué no?

—¡Por qué no! ¿Es usted tan niña?.. ¿Qué edad tiene usted, Miette?

—Diez y ocho años y dos meses.

—Y yo, ¿qué edad cree usted que tengo?

Hace su gesto pueril y delicioso y se encoge de hombros.

—¿Qué sé yo? Además, ¿qué me importa su edad de usted?

Yo me había puesto la coraza del solterón, pero resulta que la tal coraza es de papel y que una mano de niña la desgarra, arañando un poco la piel...

Sin embargo, respondo con bastante valor:

—Para el sentimiento que yo inspiro á usted, poco importa, en efecto, mi edad; pero el mundo calcula de otro modo que usted... Y aunque me mire usted con esos ojazos cándidos y me escuche sin comprenderme, Miette, debo decirle que si la tengo á usted conmigo hasta el otoño, pronto seré acogido en todas partes con sonrisas equívocas y hasta con palabras de desprecio...

Miette parece comprender, á medias por lo menos, porque baja los ojos, se vuelve y balbucea con voz temblorosa:

—¡Pues bien, para evitar á usted toda contrariedad, me resignaré y me volveré á mi casa!

—¡Volver al pueblo! ¿Está usted loca, Miette? ¡Volver hacia un peligro del que ha huído usted tan cuerdamente!.. ¡Exponerse de nuevo, y esta vez voluntariamente, á las persecuciones de un hombre que, según usted misma acaba de decirme, no tiene la intención de hacer á usted su mujer!.. ¡Y en fin, cuando su novela se termine en lágrimas, consagrarse para siempre á una condición baja y servil!.. ¡No! Yo he pensado en algo mejor para usted..., para los dos, pues á pesar de la poca confianza que usted me concede, siento que nunca, nunca, podrá ser para mí una extraña...

Toso un poco, después de este arranque patético, para seguir diciendo con relativa firmeza:

—Me ha parecido que convendría á usted estar hasta el otoño en una casa de educación... Tenemos casi al lado las monjas de Sión... La generala Versombre irá á hablar con la superiora. Merlín irá al locutorio con la frecuencia que usted desee... La generala se encargará de usted con gusto en los días de salida..., y podremos vernos en su casa...

Me complace verdaderamente imaginar estas relaciones, acaso amorosas, que podría tener con Miette convertida en la protegida, en la hija adoptiva de la generala... Absorto en mi sueño, me paseo por el salón y pierdo de vista la fisonomía de Miette; pero, de pronto, un profundo sollozo interrumpe mi paseo. Me vuelvo estremecido y veo á Miette en pie y retorciéndose los brazos. Acudo y se los cojo con mis manos, tratando de apaciguarla, pero ella exclama con la voz entrecortada por el llanto:

—¡De todo esto... tiene... la culpa Genoveva Lambrecy!.. ¡Por qué la habrá usted invitado!.. ¡Por qué!.. ¡La detesto!.. ¡Eramos tan dichosos, sobre todo de cinco á siete, la semana pasada!..

Sigo con sus brazos cogidos y la atraigo hacia mí de manera que nuestros alientos se confunden y mis labios se estremecen en sus rizos... ¿Me amaría Miette sin saberlo y creyéndose todavía en el horizonte de su primer sueño?.. ¡Es preciso que yo lo sepa al fin, y ahora mismo!..

—Si invité á Genoveva, repito que no hay que echar la culpa más que á usted, á su ingratitud, á su silencio obstinado... ¡Abrame usted por fin su corazón hasta el fondo, Miette! ¡Hágamelo usted conocer!.. ¡Que vea yo qué es lo que quiere del mío, esfinge divina y turbadora, enigma cruel!..

Miette apenas respira, tan corto es su aliento, y creo ya oir la declaración palpitante de su ternura... Retira un poco la cabeza, como primer movimiento del pudor virginal que quiere huir..., no muy lejos, del primer beso de amor... Mis labios rozan casi su frente... Si la tocan, Miette no se sublevará, lo sé, lo siento... ¡Pero qué situación tan imposible después, teniendo entre los dos su obstinado secreto!..

La atraigo de nuevo por los brazos, que son aún



Acudo y se los cojo con mis manos, tratando de apaciguarla

mis prisioneros... La suplico... Pero de repente un ruido de pasos y de grandes suspiros nos hace estremecer á los dos... Miette se arranca á mi presión..., y por el hueco de una puerta, cerca de nosotros, vemos asomar la cara bonachona de Merlín, atraído sin duda por los gemidos de su sobrina y tan chistosamente crispado por la inquietud y el miedo, que Miette le lanza, en sus barbas, una de sus más frescas carcajadas.

Aunque guarde rencor á ese estúpido buen hombre, no puedo menos de reirme también, y conociendo que para traer la conversación al punto en que la he dejado hay que reanudarla un poco más atrás, le digo:

—Puesto que has venido, da un buen consejo á Miette y hazle comprender que debe irse á un colegio hasta el momento de entrar en el Conservatorio.

Merlín, sin entrar del todo en el salón, levanta su afeitada barbilla y me responde:

—Que yo hable ó no, es lo mismo... Miette no hará más que su capricho..., y además, ya sabe ella que en todo esto me lavo las manos.

Después de esta bella declaración, desaparece su cara, ya serena, y la puerta se cierra herméticamente. Miette está á pocos pasos de mí, vuelta hacia la ventana... El encanto está roto, y la joven me habla ya con voz tranquila, aunque baja y un tanto temblorosa:

—Suplico á usted que me conceda hasta el fin de la semana... El sábado por la noche le diré si quiero ir al convento... ó le revelaré todo lo que desea saber y usted mismo decidirá en seguida...

No sé si debo temer ó confiar después de esa frase; pero, después de todo, pienso que debo esperar. Así tengo todavía á Miette á mi lado por unos días y puede volverse á presentar la ocasión de hace un momento. ¿Se presentará?

No se presenta. Miette ha vuelto á ser, sencillamente y aparte el traje, lo que era antes de lo que ella llama el banquete Lambrecy. Pasamos los días juntos, pero observo que mi inocente sabe emprender el vuelo en los momentos, bastante numerosos, en que me vuelvo á poner... lírico, como si la más refinada coqueta de París le hubiera inspirado el arte de esas sutiles y hábiles huídas...

EL DIARIO DE MIETTE

Lunes, 30 de diciembre.

¡Qué desenlace se prepara de mi aventura! El lindo proyecto de mi primo es meterme en un convento hasta que pueda ponerme en el Conservatorio.

Marcos, sin embargo, me ama; lo sé, lo he visto; pero antes de pronunciar la palabra casamiento, quiere necesitar la bendición del mundo... Nadie se casa con su cocinera... Mientras que con una joven del pueblo, pero consagrada grande artista y saliendo de un convento bajo el patronato de la generala Varsombre...

No permitiré que se engañe á sí mismo. Quiero que se case conmigo como me ha conocido y como me ha amado, en la obscura pobreza de una pobre criada. Pero lo que querría quitarle en seguida de la cabeza es esa absurda novela que se ha forjado acerca de un amor contrariado por no sé qué joven de mi pueblo. Al principio me he burlado de su extravagante error, que podía también estimular sus sentimientos; pero ahora me hiere, me irrita y me es insoportable... Cuando vi ayer que esa idea le hacía sufrir, estuve á punto de gritarle: «¡Pero si es usted á quien amo y á quien siempre he amado!..» Y creo que hubiera sido suficiente y que hubiera podido reservar el resto de mi secreto para cuando hubiese estado en el querido asilo de sus brazos, sin que él se cuidase de las bendiciones ni de los anatemas del mundo á Miette la arlesiana...

Pero vacilé..., no me atreví... ¡Oh! Tenía un miedo horrible de su cólera..., cuando Merlín, al oirme llorar, creyó que todo estaba descubierto y vino á participar del desastre con un valor que hubiera debido salvarle de mis reproches... Porque sin él, todo estaría decidido á estas horas y acaso para mi felicidad de toda la vida...

Por si acaso, he prohibido á Merlín que intervenga en mis asuntos aunque vea por el agujero de la cerradura que mi primo me está haciendo pedazos.

Marcos y yo, por lo demás, hemos vuelto á ser los mejores amigos del mundo y casi no nos separamos. Mi primo me está contando sus viajes.

¡Oh!.. ¡Nuestro viaje de boda! Iremos á todos los sitios en que ya ha estado él. Estoy celosa de todos los goces de la vida que ha gustado sin mí y de los que no puede decir que era yo lo mejor que tenían.

EL DIARIO DE MARCOS

Martes, 1.º de enero.

Esta mañana, cuando ha venido Merlín á saludarme por el año nuevo y á colocar á los pies de mi cama la ropa cepillada, me ha dado vergüenza el entregarle el billete azul que dedico todos los años á su aguinaldo. Me parecía que cometía una falta de respeto contra un pariente anciano y contra «el chambelán de la princesa,» funciones que tan bien representa cerca de Miette. ¿Por qué no le habría comprado una tabaquera de oro incrustrada de piedras finas, como se usaba en las cortes del antiguo régimen?

Debo confesar que Merlín no ha parecido hacerse la misma pregunta ni participar de mis escrúpulos, pues su gratitud se ha expresado, si no recuerdo mal, en términos idénticos á los del año pasado y nada ha podido hacerme creer que me ocultaba una herida penosa para su orgullo.

Pero el aguinaldo de Miette me preocupa mucho más... Ayer salí para comprarle alguna cosa bonita, sencilla, sin valor, sin pretensiones, sin significación...

Y para adquirir un objeto con todas esas cualidades me encaminé á la calle de la Paix y la recorrí

observando con lentitud y escrupulosa atención los escaparates de aquellas joyerías, las más fastuosas de la tierra. Nada me gustaba para Miette... ¡Sí!.. Esta sortija; un delgado arito de oro con un brillante y una perla... ¡Sería tan lindo vérsela en el dedo anular!.. Pero huyo para no ceder á la tentación de preguntar siquiera el precio... ¿Estoy loco? Ese anillo, si yo se lo pusiera á Miette en el dedo, sería el primero de una cadena que me esclavizaría para el resto de mis días...

Vuelvo á casa con las manos vacías. Confiaré mis vacilaciones á la misma Miette, que no parece perpleja en materia de gusto. Ella me dirá lo que desea y la llevaré en coche á la tienda que haya elegido.

Pero esta mañana, como todos los años en la misma fecha, he entrado en el cuarto de mi madre y he abierto un mueble cuya parte superior encierra un gran número de cajoncitos en los que duermen, desde que ella murió, todas las alhajas de las mujeres de la familia. En el cajón de las sortijas hay lo menos quince, y entre ellas, una muy sencilla; un miosotis de zafiros con una gotita blanca en medio... Cierro el minúsculo estuche y voy á metérmelo en el bolsillo para dárselo á Miette en cuanto suba á la lección de canto... ¿De modo que está decidido, una sortija?.. ¿El primer anillo de la cadena?.. ¡No! ¡No!.. Y el miosótis, en su blando lecho de raso blanco, vuelve al cajón, que se cierra cuidadosamente. Salgo de la habitación dando vueltas entre mis dedos á una cadena de oro, de trabajo antiguo, de la que pende una cruz bizantina de esmaltes y de dibujos torneados.

Pido á Merlín que suba Miette y llega ésta cantando, sonriendo y respirando la alegría de vivir.

—Tome usted esto, Miette, para que le sirva de *capella,* pues alguna vez se pondrá usted todavía el traje de arlesiana, aunque no sea más que para ir al baile de máscaras...

—¡Voy á ponérmele ahora mismo para ver el efecto!, exclama llena de entusiasmo.

Y la oigo bajar de cuatro en cuatro los escalones del sótano y subirlos del mismo modo, diez minutos después, juguetona, radiante y embriagadora. Miette admira en el espejo su nueva *capella* y me la hace admirar... Los esmaltes de colores hacen un efecto maravilloso sobre el encantador almohadillado de seda rosa..., tan maravilloso, que tengo que mirar á otra parte y decir á Miette con mi voz «doctoral» que ha llegado la hora de las vocalizaciones... Y pasamos un día delicioso...

¡Dios mío! ¿Qué va á ser de mí pasado mañana, cuando Miette me haya hecho sus revelaciones—tan puras como sus miradas, pondría las manos al fuego—y se haya resignado, *por complacerme,* á entrar en el convento?..

EL DIARIO DE MIETTE

Martes, 1.º de enero.

¡Victoria! ¡Oh, sí..., ciertamente, victoria! Estoy segura de que mi primo me ama. ¿Me hubiera dado si no esta bonita cruz antigua que se ponía su madre, según él me ha dicho, cuando era soltera?..

¡Me ama, sí!.. Y á medida que se afirma este convencimiento mío, aumentan mi malestar y mi espanto á su lado... No tendré valor para hablarle pasado mañana, no, jamás... ¡Decirle quién soy y hacerle saber así que le he engañado!.. ¡Dios mío! Si la herida de su orgullo apagase su ternura...

Tengo un plan. Pasaré todavía á su lado el día de mañana..., el último, acaso, de los más hermosos días de mi vida... Pasado mañana, antes del alba, me levantaré y obligaré á Merlín á llevarme á los Angles en el rápido de las seis..., y solamente después de haberme marchado encontrará Marcos mi confesión escrita... En seguida... me olvidará... ¡No! ¡Correrá á los Angles, á buscar á su mujer!..

Jueves, 3 de enero.

¡Todo se ha perdido! Merlín acaba de traerme el baúl á mi cuarto y ya he echado en él mis vestidos en montón... Rosina arreglará todo esto en los Angles, mientras yo paso mi vida llorando...

¡Ah! Sr. Loriol, usted tiene la culpa de mi desgracia, usted, con su jofaina y su carta de agradecimiento...

Esta mañana, después de mis ejercicios de vocalización, estábamos hablando Marcos y yo, durante un descanso, de los teatros romanos, de los circos que hay en la Provenza y de todos esos monumentos cuya duración tiene algo de terrible en medio de las generaciones que duran tan poco... Al venir á París me traje un álbum en el que colecciono fotografías de monumentos, con la idea de añadirle los que mejor me parecieran de la capital, y ofrecí á Marcos ir á buscarlo para hacerle ver unas hermosas vistas del circo romano de Arles. Voy de un salto á mi cuarto, vuelvo, oprimo el broche del álbum, y en lugar de una fotografía se presenta á los ojos de Marcos un ancho sobre con esta dirección, escrita por uno de los escribientes del Sr. Loriol:

SEÑOR MERLÍN, DOMÉSTICO
EN CASA DE DON MARCOS DELOMBRE
Notre-Dame-des-Champs, 25
PARÍS
(Para la señorita Miette.)

¿Ha tenido tiempo Marcos de leer este sobre? Mi mano cayó encima del papel al mismo tiempo que su mirada, me parece; y al mismo tiempo también, su mano cayó sobre la mía con un golpe seco... Solamente mi acción debió de indicarle que aquella carta era para mí... y de un carácter íntimo... ¡Oh! ¡Qué voz la suya! No, aquello no era su voz, sino una especie de gruñido que debe de servir desde que el mundo es mundo para todas esas emociones mezcla de cólera y de dolor...

—¡Déjeme usted ver, Miette! ¡Lo quiero! ¿Entiende usted?..

¡No, no quiero que se entere! Trata de levantarme los dedos uno por uno y me hace un daño horrible. Nuestras manos luchan desesperadamente... Sus fuerzas de hombre van á vencer y entonces me echo sobre la mesa, sobre el álbum, sobre mi mano, sobre la suya y lo oprimo todo con mi cara cuanto puedo... Oigo á Marcos jadear y gritar mi nombre como si le estuviera dando un tormento horroroso, como una queja de herido en el alma... Tengo miedo de parecerle tan mala, lo tengo de mi loca resistencia, lo tengo también de ceder... Y enloquecida, hago lo más extraño, lo más inaudito; beso la mano de Marcos en una súplica desesperada...

Marcos da un grito no menos extraño que mi beso y que me hiela de pies á cabeza, y arranca la mano á mis labios como si sintiera en ella una dolorosa quemadura... Le veo caer en un sillón, donde se queda postrado un momento con la cabeza entre las manos... Y cuando la retira su cara está pálida hasta en los labios... Me siento á punto de morir de pena y de espanto, y mis dedos siguen involuntariamente incrustados en la carta... Marcos me habla en una voz muy baja que apenas reconozco:

—Después de... lo que acaba usted de hacer, Miette, debe usted comprender que si no me da la carta en este mismo instante, todo ha acabado entre nosotros... y para siempre.

¡Oh! ¡Cómo ha podido creer que le desafiaba! ¡Cómo! Apenas tengo fuerza para balbucear:

—¡Mañana!

Se levanta, y con los ojos extraviados y tanto con los brazos extendidos y rígidos como con la boca, me lanza estas terribles palabras:

—¡Mañana! ¡Mañana, como hoy y como siempre, mentirá usted! ¡Es usted la mentira misma y la más peligrosa simuladora que he conocido!.. ¡Salga usted de aquí, niña cruel, niña perversa!..

Quisiera abrazarle y pedirle perdón, ó más bien, explicarle que no tiene nada que perdonarme... Pero aquel furor de un hombre, que era para mí cosa tan desconocida, me ha aniquilado, y no sé cómo he podido llegar tambaleándome hasta la puerta, que él me designaba todavía con el severo ademán de su brazo...

¡Y ahora, se acabó!.. Después de tocar apenas el almuerzo, Marcos se ha vestido para ir, según parece, á un concierto que dan esta tarde las de Lambrecy. Como un hombre libre al fin, vuelve á su prometida, que es de su sociedad y que no pone entre los dos el abismo del misterio ni se burla de su ternura como parece hacerlo la audaz Miette...

¡Dios mío! ¿Por qué me he negado á hablar? ¿Por qué?.. ¡Lo sé, sí, lo sé! ¡Porque ahora le amo, le amo como no sospechaba que se pudiese amar cuando me atreví á tomar *la ofensiva* con el hombre que mi tío quería que fuese mi marido!..

¡La ofensiva! ¡Encontraba yo tan sencillo el tomarla al bajar de los Angles!.. ¡Hoy se me aparece como un acto de increíble demencia!.. ¡Así le juzgará Marcos, sin duda, cuando lea la confesión que quiero escribirle, y nunca querrá llamar su mujer á la aventurera Enriqueta de los Angles!..

¿Qué puedo esperar además?.. Ha dicho que todo había acabado entre nosotros, y para cumplirse su palabra no volverá esta noche sin haber contraído un supremo compromiso...

¡Dios mío! ¡Dios mío! Haría falta un milagro...

Pero ¿cómo no lo he pensado antes? Hay en el corazón mismo de la ciudad un sitio escogido en el que se realiza diariamente el milagro. Siendo yo niña y estando á punto de morir de la escarlatina, fuí salvada por un voto que mi madre, separándose de mi cuna, fué á hacer ante el altar de Nuestra Señora de las Victorias... ¿Por qué no he de ser yo escuchada como ella? Pedir el amor de Marcos, ¿no es pedir algo más indispensable que la misma vida?..

—Merlín, ve á buscarme un coche, te lo ruego.

—¡Un coche! ¿Adónde vamos?

—Tú, solamente al primer punto de carruajes... Yo, á Nuestra Señora de las Victorias.

—Pero ¿no te acompaño?

—No, es inútil... El cochero puede que me vuelque, pero no me comerá..., y podría volver mi primo antes de lo que creemos y tener necesidad de hablarte...

Merlín murmura muy bajo que si el señor necesita hablar con alguien á su vuelta, no será con él...

—Todo esto dará ocasión á nuevos líos, gime más alto y con los ojos levantados hacia el cielo. Y además, ¿sabes?, estoy ya sin saber qué debo decir...

—No tienes para qué ocultar mi visita á la iglesia..

Con esta seguridad, el pobre hombre, que se había visto ya de nuevo al borde del escollo de la mentira inevitable, sale para traerme un coche de punto.

Ya lo tengo á la puerta de casa... Mi toca, mi bolero, mis guantes... ¡Oh! ¡Con qué fervor voy á rezar, de rodillas en las losas!.. Si la Virgen me escucha, si me abre el corazón de Marcos, le ofrezco uno de oro con nuestros dos nombres trazados por un cordón de perlas...

EL DIARIO DE MARCOS

Jueves, 3 de enero, por la noche.

Hacía mucho tiempo que el amor sentimental no era para mí más que un escollo felizmente pasado para siempre. La mujer que en mis primeros años tuvo el placer de torturarme el corazón, me abandonó su víctima creyendo haberla dado muerte, y así pensé yo siempre llevar el corazón en el pecho como en una tumba... ¿Qué ha sido preciso para verificar la milagrosa resurrección? El contacto de un dedo de niña, que ha hecho palpitar, gritar y saltar á ese muerto, más vivo y más vibrante que nunca...

En vano llamo á mis recuerdos como testigos; jamás he temido tanto á la vida como hoy; jamás he esperado tanto de ella como esta tarde, y aun tiemblo en este momento por el resto de mis temores y por todas mis esperanzas... ¡Oh! ¡Ven pronto á disipar los míos y á trocar las otras en alegrías definitivas, hada encantadora, para quien las metamorfosis son un juego cotidiano!..

Pero ¿qué digo de metamorfosis? No, Miette es al mismo tiempo todo lo que ella es. ¿Acaso esta mañana, durante la escena más extraña en que jamás he tomado parte, cuando Miette depositó en mi mano aquel beso verdaderamente terrible y me negó al mismo tiempo un testimonio único de su confianza; acaso en el momento en que la estaba arrojando de mi presencia, no veía yo su alma de niña tan blanca como un paño bautismal y á la que un hombre, privilegiado entre todos, debía enseñar aún el bien y el mal, la vida y el amor?..

Sin embargo, había pronunciado las palabras irreparables. ¡Todo había acabado entre nosotros!

Me vestí después de almorzar y anuncié á Merlín mi intención de ir al concierto de las de Lambrecy... ¡Miette debía ver en ese hecho la confirmación de su desgracia definitiva! Así podría dejar mi casa sin tener que hacer esfuerzo alguno para revelarme unos misterios que había tenido tiempo para disfrazar á su antojo. Así volvería á su pueblo y esperaría allí la funesta conclusión de su novela con ese enamorado cobarde, á quien intimidan los prejuicios sociales y que no teme exponer la reputación de una niña tan hermosa y tan pura...

Pero de repente, casi á la puerta de las de Lambrecy, una voz interior me ha dicho que no debía asistir á esa fiesta, que daría en ella el espectáculo de un lívido fantasma, que helaría el entusiasmo de las muchachas, que espantaría á todas aquellas criaturas envueltas en gasas y en cintas que revoloteaban ya del brazo de sus parejas y, en fin, que la mofa de los hombres *que acaso el domingo estarán como yo,* según decía el borracho, me echaría á la antecámara y la de los lacayos á la calle.

—¡Cochero, al Bosque!

Me hago llevar á los sitios más solitarios, más allá del hipódromo. El día está frío y gris. No hay niebla y, sin embargo, la melancolía del cielo envuelve á los árboles y á los senderos en una especie de velo impalpable bajo el cual toda la naturaleza parece

que ahoga suspiros de amor angustiado... ¡La primavera que debe libertarla está lejos, muy lejos todavía!.. ¡Y, sin embargo, ayer mismo un hermoso día daba un presagio engañador de esa primavera!..

¡Y, como la naturaleza, yo también suspiro y amo!.. Y Miette, esa primavera adorable, se retira, se aparta sin cesar, después de haber venido á soplar en mi corazón las esperanzas de todas las expansiones... ¡Oh, misteriosa niña! ¿Quién eres? ¿Es posible que una humilde campesina te haya recibido del cielo en su rústico lecho?.. Acaso ha ocasionado tu nacimiento una trágica historia de amor; acaso no tuviste nunca más que una madre adoptiva en la hermana de mi criado, y esto explique los exagerados respetos de ese hombre honrado, lleno de compasión por una noble niña decaída...

¡Ah, Miette! ¡Si no hubiera más que ese secreto en tu corta existencia! ¡Si fuera eso solo lo que tienes que hacerme saber mañana! Entonces esperaría con una impaciencia llena de sonrisas, estando yo tan dispuesto á no tener en cuenta la parte que los demás han tomado hasta ahora en tu destino...

¡Pero ese hombre, ese hombre, á quien escribe y del que recibe cartas!.. Pues bien, tampoco... Su beso en mi mano, aquel verdadero beso de amor inconsciente, no fué dado por labios que han conocido ya el amor... ¡No! Miette ha soñado, pero no ha querido... ¿Quién sabe si la carta que me ha ocultado por un procedimiento tan extraño, era la despedida después de un rompimiento impuesto por ella?

¡Ah! ¿Por qué pronuncié, para echar á Miette, aquella especie de maldición bajo la cual la vi arrastrarse hasta la puerta llevando en la cara un indecible espanto de niña y casi un dolor de mujer?.. Puesto que me era tan penoso esperar hasta mañana, ¿por qué no provoqué sus confidencias inmediatas, empezando por la franca declaración de mi cariño y hablándole de nuestro matrimonio en vez de hablarle del Conservatorio y del convento?

¿Y si esa niña, enloquecida, ha obedecido demasiado bien mi orden de esta mañana y se ha marchado ya? ¿Quién sabe si ha salido ya para siempre de una casa cuyo dueño la ha tratado como á una esclava sin derecho á guardar los secretos íntimos de su corazón?.. ¡Miette perdida para mí! ¡Oh! ¡Loco de mí, si me he hecho á mí mismo ese daño irreparable!..

Ceso de repente mi paseo lento y sin objeto, y emprendo una marcha forzada hacia los lagos, donde tengo probabilidad de encontrar un coche de regreso que me lleve á mi casa en veinte minutos, acaso á tiempo todavía...

Pero merecía sin duda ese castigo, pues he tenido que seguir á pie hasta la estación de Passy, jadeante, con la boca seca, menos por la carrera que por la angustia, y apenas he podido dar mis señas al cochero cuando encontré uno en la puerta de la estación.

Solamente el ver mi casa, con su aspecto de solidez perfecta sobre sus cimientos, me ha vuelto á poner el corazón en equilibrio... ¡Qué quiméricos temores! ¡Como si no estuviera allí mi buen Merlín, para hacer entrar en razón á Miette en el caso de que mi cólera le hubiese inspirado alguna loca resolución!..

Entro en el salón y todo está allí en orden también, hasta el arpa, en pie en su rincón y que parece llamar con sus sonrisas de oro las caricias de Miette... El sótano está silencioso, pero no era cosa de que Miette saludase al ruido de mis pasos cantando un himno de triunfo...

Llamo y voy en seguida á sentarme á mi mesa, donde están todavía las cuartillas escritas por Miette.—Merlín tarda en venir. ¿Será que su sobrina se lo ha dicho todo y me guarda rencor por mi severidad con esa niña por la que él tiene una indulgencia inagotable?.. ¿Se negará á servirme en adelante? ¡Dios mío! ¿Se habrá marchado con ella?..

¡Respiro! Merlín viene despacio, pero se aproxima por el pasillo... Su mano coge el tirador de la puerta... Y yo finjo estar leyendo con gran atención.

—¿El señor ha llamado?

—¡Ah!.. Merlín, ¿quieres rogar á Miette que suba un instante?

He escogido esta fórmula para que Miette no tema nada de mis disposiciones actuales. Pero Merlín no cierra la puerta y su tosecilla me hace volver la cabeza. Veo entonces su ancha cara enteramente roja, excepto las dos pequeñas crestas de sus patillas canosas.

—¿Qué hay, Merlín?..

Vuelve á toser y dice:

—Señor, Miette no está en casa.

Me pongo en pie de un salto y grito á dos pasos de él, que retrocede casi hasta el pasillo:

—¿Se ha marchado? ¿Se ha marchado?



Hablo con ella arrodillado y así como ella besó...

—Ha salido, señor.

—¡Ha salido! ¿Y has dejado salir sola á esa joven, á esa niña?..

—Señor, la he acompañado hasta el coche.

—¿Adónde ha ido en ese coche?.. ¡Dilo pronto!

—Pues supongo que adonde quería ir..., á Nuestra Señora de las Victorias.

—¡Miette ha ido á Nuestra Señora de las Victorias! ¿Con qué fin? Vamos, di pronto; ¿con qué fin?..

—Pero, señor, cuando se va á las iglesias creo que es para rezar...

Al oir esta respuesta azoto al pobre hombre con una risa burlona que le hace retroceder otro paso, mientras yo exclamo:

—¡Las iglesias, en París, sirven también para dar citas!.. ¿Entiendes, imbécil?

Pero entonces la cara de Merlín toma una lividez lunar al oir aquella acusación contra su sobrina.

—¡Oh, señor!.. ¡Si el señor no fuera el señor!.. ¡Decir que Miette!..

Su cólera, contenida por el respeto, no aplaca en nada la mía y sigo diciendo todavía más alto:

—¡Y tú! ¡Si crees que con tu inaudita debilidad haces la felicidad de tu sobrina!.. Porque no negarás ese amor que alimenta todavía en su corazón, puesto que pagaste de tu bolsillo la jofaina de Boutigny. Entonces, á menos de que ya chochees, no puedes ignorar que un enamorado no se deja despistar fácilmente... ¿Te atreverás á afirmar que esa carta que entregaste á Miette esta mañana, y que ella guardaba tan preciosamente en su álbum, no se refería á la cita de esta tarde? ¡Niégalo, si puedes!

Merlín agita los brazos bajo este diluvio de apóstrofes como si se estuviera hundiendo... Y aprovecha un instante en que tomo aliento para replicarme:

—¡Yo, señor, no niego ya nada! Lo he dicho delante del señor y Miette lo sabe: en todo esto, me lavo las manos...

El cinismo de esta declaración que, en efecto, no es nueva, me deja petrificado. Decididamente, este hombre chochea. Me cruzo de brazos para evitar el zarandearle por los hombros, y le pregunto con el acento de un justiciero:

—¿Se trata del honor de tu sobrina y te lavas las manos?

Levanta los brazos por encima de su cráneo bañado en sudor, como para rechazar el espectro de la locura, y exclama:

—¡El honor de Miette! ¡El honor de Miette!

En seguida le veo que se calma y me dice con vehemencia menos ruidosa, con el brazo extendido hacia la ventana:

—¡Ahí está Miette! Oigo un coche en la puerta... ¡Y bien, explíquese el señor de una vez con ella y que acaben estos misterios para que yo me la lleve á su casa, de donde nunca debió salir, porque, por poco que esto dure, nos van á tener que encerrar á los tres!..

Merlín desaparece, y yo, tan furioso como podré estarlo cuando se cumpla su predicción, me precipito á la ventana en el momento en que Miette está abriendo la puerta del patio. Aunque empieza á caer la tarde, distingo muy bien su delicada cara medio recogida y medio sonriente, y su actitud, al abrir la puerta, es la de una persona ocupada en pensamientos completamente tranquilos.

—¡Miette!

La joven levanta los ojos hacia mi observatorio. La veo estremecerse ligeramente, y dócil, sube con su aire tranquilo, su aire de señorita, los escalones de la planta baja, en vez de meterse en el sótano.

Hago brotar la luz eléctrica, pues quiero percibir la verdad en su cara antes de que me hable, y abro ante ella la puerta del salón. Y no sé siquiera si la he cerrado antes de formular con los dientes apretados la pregunta que me está ahogando hace dos minutos:

—¿De dónde viene usted?

Miette me tiene miedo, como esta mañana, y sus labios tiemblan; pero me responde con cierta firmeza:

—De Nuestra Señora de las Victorias. ¿No se lo han dicho á usted?

—Me lo han dicho, recordándome al mismo tiempo que las iglesias se han hecho para rezar... Pero apuesto, Miette, á que se reza mucho mejor y mucho más tiempo cuando el rezo es entre dos, mientras suena el órgano y á la sombra de una columna...

Miette murmura:

—¡Entre dos!..

Medita un instante, y comprendiendo al fin mi pensamiento, palidece, lanza una débil exclamación, como el último grito de una alondra herida, y se vuelve hacia la puerta.

Su mano está en el tirador, pero cae sobre ella la mía para impedir que abra. Me pongo á hablar y mi voz no es más que un ronco murmullo:

—Miette, confiéselo usted al menos: si ha estado usted sola en la iglesia, ¿ha ido usted á rezar por el hombre á quien ama?

—¡Sí!.. Y que no me ama á mí...

También ella murmura con voz quebrantada; pero sus hermosos ojos grises, sobre los que flota un resplandor azulado, penetran en los míos... ¡Qué quiere decir, Dios mío!.. ¿Qué quiere decir? ¿Por qué me mira de ese modo? ¿Por qué su mirada lo invade todo en mí, mi ser, mi vida, mi cólera, mi dolor?.. ¿Qué queda de mí mismo? ¡Solamente mi amor, un amor de júbilo vacilante, de júbilo temeroso, de júbilo desordenado!

—¡Qué locura, rezar por un ingrato! ¡Debió usted hacerlo por el que la ama..., por el que está aquí, á sus pies!..

Hablo con ella arrodillado, y así como ella besó con locura mi mano esta mañana, beso yo ahora su manita crispada, que se esquiva en seguida como un pájaro asustadizo... Pero Miette no se esquiva, y en pie, con la cara despojada por un momento de sus gracias pueriles para revestir el encanto divino de la modestia virginal, pronuncia esta frase deliciosa:

—¡He rezado por el que está aquí!..

Quiere salir ahora y la retengo por un pliegue del vestido. Pero ya no mando; suplico:

—¡Miette, piedad!.. Aseguro á usted que me es imposible esperar hasta mañana para saberlo todo...

Y como si en la mujer, cualquiera que sea su edad, fuese el amor maternal el que domina al otro ante el hombre que sufre, Miette hace el ademán adorable de ponerme un segundo la mano en la frente y me dice como en un suspiro:

—No esperará usted hasta mañana...

Cinco minutos después se ha presentado Merlín andando de puntillas y hablando bajo como en el cuarto de un enfermo:

—Miette está escribiendo al señor y le ruega que tenga un poco de paciencia...

¿Qué me estará escribiendo Miette? Alguna confesión de colegiala en la primera comunión, como si lo viera.

Pronto llega el momento de comer y oigo á Merlín poner la mesa... ¡Lo que tarda Miette en enviarme su confesión!.. Temo que la pobre niña se atormente á causa de sus misterios, pero ya he obtenido lo principal, puesto que me ama...

¡Oh! Quiero que su confianza no le cueste esfuerzo alguno, haciéndole saber que la mía es infinita y que nada de lo que pueda escribirme en su cuartito virginal me quitará el convencimiento de que es la más pura y la más linda prometida que jamás tuvo un hombre... Voy á decir á Merlín que ponga en mi mesa el cubierto de Miette y el suyo también... Comeremos los tres «en familia.»

EL DIARIO DE MIETTE

En el tren.

Merlín me acompaña á los Angles. Así lo he dispuesto y él se presta, sin comprenderlas, á las maniobras que le impongo.

—Porque, en fin, me decía, ¿para qué marcharte si tu primo no está enfadado contigo?

—Pues precisamente porque no está enfadado.

Mientras yo acababa de escribir mi confesión y la metía en un sobre con la carta del Sr. Loriol, causa de tantos gritos y lágrimas, Merlín se fué á buscar á un portero de la vecindad que viene á ayudarle cuando hace falta.

A las siete en punto, hora en que debe salir nuestro tren, ese hombre subirá, entregará mi confesión y servirá la comida á Marcos. Todo está convenido. Son las seis y media; Merlín se ha acorazado con su gabán de más abrigo y cree conformarse mejor al programa de nuestra fuga calándose de un manotón el sombrero hasta los ojos. Coge el lío de las mantas de viaje y mi saquito, pues no llevamos otra cosa. Salgo delante de él envuelta en mi gran capa de pieles y atravesamos el patio muy despacito, para que no rechine la arena con nuestros pasos... Envío un beso con la mano á los rayos de luz que salen de las ventanas del salón... y hétenos en la calle.

Salgo delante de él envuelta en mi gran capa de pieles

A cincuenta pasos de la puerta tomamos un coche, y diez minutos antes de la salida del rápido estamos instalados cada uno en un cómodo rincón. Hace ya una hora el tren está en marcha...

Marcos ha debido de terminar su lectura... ¡Oh! No, no, ahora que sé que me ama, y cómo me ama, y que sé también cómo le amo yo, por nada del mundo hubiera querido pasar la noche bajo su techo...

¡Qué dicha que Marcos no haya venido á los Angles en estos últimos años y que yo no haya empezado á amarle más que de un modo infantil! Nunca me hubiera atrevido, si no, á tomar *la ofensiva* y hubiéramos sido desgraciados los dos en nuestra eterna separación...

Pero ¿tengo la completa certeza del éxito? Marcos, que es un hombre y sabe hace mucho tiempo lo que es el amor, ¿no irá á juzgarme mal á causa, precisamente, de lo que he hecho por él?.. ¿No irá á desconfiar y á creer que hay en mí una propensión innata á lo novelesco?..

¿Pero qué estoy pensando? Puesto que Marcos me ha declarado su amor y yo le he dado á entender el mío, es que va á completarse el milagro que tan bien comenzó á mi vuelta de la iglesia. ¡Oh! ¡Había rezado tanto y con tan entera confianza!.. ¿Podía dudar de que allí se hicieran milagros, viendo los innumerables corazones de oro que penden de los muros y á los que pronto añadiremos uno Marcos y yo?.. ¡Y luego, aquellos hombres y aquellas mujeres prosternados ante el altar del privilegio, y aquellos cirios que parecen almas ardientes, como la mía!..

LOS ANGLES

Viernes, 5 de enero.

Hemos llegado al amanecer. Si Marcos ha tomado el tren que sigue al nuestro, debe de estar aquí á la hora de almorzar. Está puesto su cubierto y también el del Sr. Loriol, pues he enviado á Merlín como heraldo cerca de mi tutor para anunciarle mi victoria. No quiero, no puedo dudar ni un momento que sea un hecho.

Acabo de mirarme al espejo; no tengo mala cara á pesar de la noche de viaje... Marcos no encontrará á la feúcha de hace años.

Vuelvo á mirar la guía; el tren de Marcos trae retraso, me parece...

Rosina, tan impaciente como yo, sale en exploración á la plaza y va hasta el principio de la cuesta... Yo me acerco continuamente á la ventana...

Rosina mueve su cinta al decir que no con la cabeza y su delantal al decirlo con la mano sin soltarle... ¡Nada! ¡Nada!..

Pero ahora sí se ve algo. Rosina se echa á reir y su cinta se entrega á movimientos desordenados. ¡Oh! ¡Cómo tiemblo!

Le he visto venir como lo había soñado un día después de la muerte de mi tío... Primero ha surgido su cabeza por la cuesta y en seguida toda su esbelta y elegante persona. Venía delante del radiante Merlín, que le traía la maleta, hacia la cual se precipitaron dos chicuelos que estaban jugando á los bolos, extasiados al ver la extraordinaria presencia de un viajero en los Angles... Por último, detrás de ellos ha aparecido otra persona de sonrisa afectada—muy poco esta vez,—mi tutor, el Sr. Loriol, cuyos movimientos de cabeza querían decir: «Sí, sí, todo acaba bien... Pero no se han hecho las cosas con prudencia...»

Marcos no pierde el tiempo en componer su actitud. De dos zancadas atraviesa la plaza y entra por la puerta al mismo tiempo que Rosina.

—¡Miette! ¡Miette!..

¡La voz del dueño querido!.. ¡No puedo, no, no puedo obedecerle! Temblando de pies á cabeza estoy apoyada en el escritorio de mi tío..., pero él ha adivinado que estoy allí... Le tengo á mi lado...

—¡Miette!

Oigo su aliento: sus brazos me aprisionan y me estrechan contra el pecho...; su cara se aproxima á la mía, que yo quiero esquivarle... Él, entonces, riendo, me coge las dos manos con las suyas y... ¡Oh! ¡Dios mío! ¿Para qué he tomado *la ofensiva*, puesto que él debía hacer sonar el clarín de la victoria?..

TRADUCCIÓN DE F. SARMIENTO.

UN CUADRICICLO

DE AVIACIÓN

EL AEROPLANO AUTOMÓVIL VUIA

En Montessón se ha hecho recientemente la prueba de un nuevo aparato más pesado que el aire. El inventor M. Vuia ha equipado un cuadriciclo metálico de ruedas provistas de neumáticos; el experimentador se coloca en una pequeña cesta de mimbre situada en el centro debajo de un motor de ácido carbónico muy ligero, que puede desarrollar hasta 25 caballos de fuerza y que mueve solamente una hélice vertical de tracción puesta en la parte delantera y cuyas dos alas, de dos metros de diámetro, pasan á cincuenta centímetros del suelo. En la parte trasera hay un timón casi rectangular y encima del marco y del motor está el aeroplano propiamente dicho, desmontable, cóncavo, de unos dos metros de ancho y de inclinación variable. El conjunto, sólidamente construído de acero y con superficies de tela rígida, pesa unos 200 kilogramos.



UN CUADRICICLO DE AVIACIÓN. EL AEROPLANO AUTOMÓVIL DE M. VUIA, RECIENTEMENTE ENSAYADO EN LA CARRETERA DE MONTESSÓN (SENA Y OISE.) (De fotografía de M. Rol y C.ª)

Fácilmente se comprende el funcionamiento racional de ese mecanismo. El aviador, instalado en su asiento y teniendo al alcance de su mano todo el mecanismo, pone en marcha el motor y la hélice aérea arrastra el cuadriciclo en una carretera recta, y cuando el operador se siente bastante seguro, suelta las alas del aeroplano propiamente dicho, y dando la inclinación que le indicará la práctica, el aparato de velocidad se eleva. La superficie de tela es bastante grande para asegurar desde una altura razonable un descenso suave en paracaídas.

El vizconde de Decazes, cuyos notables trabajos sobre aviación son bien conocidos, ha celebrado mucho el ingenioso aparato inventado por M. Vuia.

En la salida preliminar, efectuada el día 5 del corriente, no se fijaron las alas sustentadoras á causa del fuerte viento, y el aparato fué llevado desde la quinta de la Borde á la carretera que va desde el Sena á Montessón (Sena y Oise), no lejos del cobertizo de M. Deutsch del Meurthe.

M. Vuia tomó asiento y el cuadriciclo partió con una velocidad de 20 kilómetros por hora en una carretera más bien mala. El motor de ácido carbónico puede funcionar cinco minutos, lo que es suficiente para comenzar.

La gran dificultad será guiar cuando las alas estarán fijas, es decir, cuando se realice la prueba con tiempo espléndido. Todos los *chauffeurs* que presenciaron el primer ensayo no ocultaron al inventor que habría seguramente un instante de vacilación peligrosa desde el momento en que no fuera dueño de la dirección, cuando las ruedas no tocaron al suelo.—G. B.



Agitación religiosa en Francia. – París. Manifestantes católicos esperando delante de la iglesia de Notre Dame des Champs la llegada de los delegados del gobierno que en cumplimiento de la ley de separación de la Iglesia y del Estado han de proceder á la formación del inventario de los bienes del templo. (De fotografía de M. Rol y C.ª)

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XXV — Barcelona 19 de febrero de 1906 — Núm. 1.260



ALEGORÍA DEL CARNAVAL, dibujo de Julio Borrell

ADVERTENCIA

El primer tomo de la BIBLIOTECA UNIVERSAL que repartiremos á los señores subscriptores será la obra de GUSTAVO DROZ

TRISTEZAS Y SONRISAS

traducida por Arturo Masriera é ilustrada por Carlos Vázquez.

De esta obra se han impreso en Francia OCHENTA EDICIONES.

SUMARIO

REVISTA HISPANO-AMERICANA

Cuba: las elecciones generales: la fiebre amarilla: prosperidad mercantil: la inmigración española. – *Honduras:* la Asamblea nacional: la dictadura de Bonilla: un acuerdo de su gobierno citado en el Congreso español de diputados. – *Colombia:* el último mensaje del general Reyes: los nuevos ferrocarriles en construcción y proyecto. – *Ecuador:* el general Alfaro y la revolución. – *Venezuela:* la cuestión franco-venezolana. – *Paraguay:* nuevo presidente provisional.

En Cuba empezó el año 1906 sin novedades en el orden político. Las elecciones generales de 1.° de diciembre de 1905 dieron el resultado que ya se suponía; el partido liberal se abstuvo, y sin conflictos, sin lucha, triunfaron los moderados, ó sea el partido del presidente. Quedó, pues, asegurada la elección de Estrada Palma para la presidencia y de Méndez Capote para la vicepresidencia. Tranquilidad completa, gran entusiasmo, estricta legalidad, tales han sido, según la prensa adicta al gobierno, las notas características de esas elecciones. Habrá que felicitarse por ello, si la abstención de los liberales no es indicio de que intentan acudir á otros medios para alcanzar la victoria. Se habló de tentativas revolucionarias; mas hasta ahora los hechos no confirman los propósitos atribuídos á los partidarios del que fué en un principio candidato liberal á la presidencia, José Miguel Gómez.

Los ramalazos del terrible vómito negro no cesan; en diciembre hubo casos de fiebre amarilla en varias localidades de la isla. El gobierno y las autoridades cubanas se esfuerzan en demostrar que hacen cuanto pueden para combatir el mal; no quieren que se les inculpe de la reaparición de la epidemia ó endemia. Los yanquis dicen que la fiebre amarilla vuelve en Cuba porque no gobiernan ellos la isla; sin embargo, en su mismo territorio la tienen, y no logran extirparla. Y sucede así porque hay comarcas y hay épocas en que las circunstancias climatológicas pueden más que las medidas profilácticas. Al resultado favorable de las que se tomaron en 1899 y 1900 contribuyó el hecho de que las aguas fueran relativamente escasas en los tres años anteriores; por el contrario, las grandes lluvias de los últimos meses han contrarrestado la eficacia de las disposiciones adoptadas por los actuales gobernantes de Cuba. A mediados de enero el estado sanitario había mejorado; en todo caso, la Gran Antilla bajo la administración cubana es país mucho más sano que Nueva Orleáns y Panamá, por ejemplo, bajo la administración yanqui.

La situación económica continúa siendo muy satisfactoria, sobre todo desde el punto de vista mercantil. Refiriéndose á la última estadística publicada (1904), el Sr. D. Manuel Conrotte ha hecho notar recientemente, en la *Revista de Geografía Colonial y Mercantil*, la prosperidad del tráfico en la Gran Antilla y su gran potencia comercial, una de las mayores del mundo, tenidos en cuenta el número de habitantes y la densidad de población.

Breve, pero muy digno de atenta consideración, es el notable trabajo analítico á que aludimos. De 1899 á 1904, Cuba ha ganado 11.000.000 de pesos en la importación y 44.000.000 en la exportación. Esta se ha duplicado; era de 45.000.000 y llegó ya á 89.000.000. Observa el Sr. Conrotte que en este comercio España, más bien aprovechando el movimiento adquirido que utilizando nuevos esfuerzos y energías, conserva aún lugar no muy desairado en relación con los demás países europeos; pero desairadísimo en relación con la importancia total del comercio en cuanto á las importaciones se refiere: respecto de las exportaciones, su gran inferioridad es ostensible.

El único artículo que revela fuerza expansiva en nosotros es la *carne humana*, la inmigración: en todo el año desembarcaron en puertos cubanos 29.116 inmigrantes, de ellos 23.759 españoles. Triste impresión—dice el Sr. Conrotte—producen esos guarismos, que de un lado demuestran el malestar de la vida en nuestro territorio, y de otro la desdicha inmensa de los compatriotas que, sin cultura y sin recursos, se expatrían para ejercer en tierra extraña los oficios más humildes y que menos merecen la estimación social.

* * *

La instalación definitiva de la Asamblea Nacional hondureña es principio de la labor importante que deben cumplir los legisladores para normalizar la situación del país y promover su bienestar y progreso. Según la prensa que en Tegucigalpa refleja las ideas y aspiraciones del general Bonilla, el presidente dictador podía prolongar el estado actual, con suma de motivos que lo justificaran; pero pesa sobre sus hombros una responsabilidad que desea declinar, y su mayor anhelo es poner los actos de su gobierno, con entera fe, en la balanza de la opinión pública, sensata y desinteresada, y esperar tranquilo, con la conciencia satisfecha por el deber cumplido, el fallo que la patria y la historia dicten sobre su persona y su gobierno. Justo es decir que en el tiempo transcurrido desde que Bonilla asumió la dictadura, ha habido paz en Honduras, se han mantenido afectuosas relaciones con los demás Estados de Centro América y se han fomentado estudios y obras públicas de gran utilidad general.

Y ya que hablamos de Honduras, oportuno nos parece consignar que sucesos acaecidos hace más de dos años en esa República han tenido ahora resonancia en España. En nuestro Congreso de diputados, uno de éstos llamó la atención del gobierno sobre el proceder del representante diplomático de la nación en la América Central. Con tal motivo, se recordó la muerte del español D. Nicolás Armero, atribuída al Dr. D. Juan Angel Arias, y se supo que el actual gobierno hondureño había otorgado una pensión á los hijos de la víctimas, concediéndoles además una beca para que hagan sus estudios en los Institutos nacionales. Aplaudamos, como lo hizo ya la Cámara, los generosos y justificados acuerdos del Poder ejecutivo de la República de Honduras.

* * *

En Colombia ha abortado una conjura que en diciembre último se tramó contra el presidente. Tan poca importancia ha tenido esta conspiración, que no se alteró el tipo del cambio sobre el exterior, verdadero termómetro de la confianza en la paz pública.

Así ha podido el general Reyes anunciar, en su Mensaje de 1.° de enero, que la paz reina en todo el país. El amor á ella y la necesidad de mantenerla son tan grandes y tan intensos, que la tranquilidad general ha persistido á pesar de la gran calamidad del hambre que sufrió una parte considerable del país por pérdida de las cosechas pasadas, de la miseria que dejó la guerra de tres años, y de las medidas severas y extraordinarias, en algunos casos, que el gobierno se ha visto precisado á dictar con motivo de los hábitos malsanos que la sociedad colombiana ha adquirido por el imperio de las calamidades indicadas. El hecho de haber aceptado el pueblo con resignación, valor y energía esas medidas indispensables para una juiciosa administración, sobre todo las de carácter fiscal, es prueba elocuente de que la nación colombiana posee las condiciones necesarias para ocupar su puesto al lado de las naciones más civilizadas.

Se ha recuperado el crédito en el exterior, perdido por más de veinte años, y por ello el capital extranjero busca confiadamente en Colombia, país que es de los pocos que aún están vírgenes en muchas industrias, manera de emplearse en la construcción de ferrocarriles. Ya está asegurado el capital para las líneas de Puerto Berrio á Medellín, de Honda á Cambao, de Girardot á Bogotá, de Zipaquirá á Chiquinquirá y de Buenaventura á Palmira. Algunas de estas líneas se hallan ya adelantadas en su construcción, y todas ellas costarán quince millones de pesos oro. Pronto debe subscribirse el capital para el ferrocarril del río Magdalena á Bucaramanga, según aviso que ha dado el concesionario de la empresa.

Estos son los frutos de la paz, y también de la cordura con que vienen procediendo el gobierno, todas las clases de la nación y el pueblo en general.

* * *

En la República del Ecuador las cosas van ahora peor que en Colombia. El ex presidente D. Eloy Alfaro, uno de los más caracterizados jefes del partido liberal avanzado, acaudilla el movimiento revolucionario contra el actual presidente D. Lizardo García.

Ya á principios de noviembre notábase viva agitación en los alfaristas, y los bandos contrarios extremaban sus censuras contra el ex presidente. Placistas y garcistas tendían á culpar al general Alfaro y á sus radicalismos de todos los males que había sufrido el país, y aun de gastos hechos que no tenían justificación. Los alfaristas se defendían y procuraban que las responsabilidades cayeran sobre sus adversarios políticos.

El 18 del citado mes llegaba á Quito el general Alfaro y salían á recibirle gran número de sus amigos. En la capital y en las provincias comenzaron ó se activaron los trabajos revolucionarios, y en enero del corriente año se había ya sublevado el general Terán al frente de tropas y fuerzas de policía, y los alfaristas dominaban en varias de las provincias del Sur. Los últimos telegramas dan como triunfante al general Alfaro, de acuerdo con el vicepresidente Sr. Baquerizo.

* * *

De la cuestión franco-venezolana se tenían á principios de diciembre buenas impresiones, porque Castro había retirado la nota que dirigió al representante de Francia, Mr. Taigny, nota en que figuraban conceptos un tanto vivos ó enérgicos, que molestaron á éste y al gobierno francés. Pero el presidente de Venezuela se negó rotundamente á seguir manteniendo relaciones con Taigny, y ni aun consintió en recibirle con motivo de la recepción diplomática de 1.° de enero. Francia dió á entender que no estaba dispuesta á tolerar tal actitud, y de aquí los persistentes rumores de probable conflicto bélico entre las dos repúblicas.

Claro es que en realidad lo que persigue Francia es la sumisión de Castro á sus exigencias, para que no se perjudiquen los intereses de las empresas y financieros franceses que han establecido negocios en Venezuela. El que un diplomático no sea grato al gobierno de cualquier potencia nunca es motivo de ruptura; se le substituye por otro, y continúan las negociaciones pendientes.

Parece que el general Castro no vacila en hacer frente á Francia, sea cual fuere la resolución que ésta tome; en previsión de lo que pueda ocurrir, fortifica puertos y aumenta y reorganiza el ejército. Su actitud merece las simpatías de todos los venezolanos, y aun el mismo Matos, su rival, no puede menos de declarar justificada la conducta de Castro ante los abusos de la Compañía del cable, las insolentes arrogancias de Taigny y los soberbios requerimientos de Francia.

* * *

Ha terminado en el Paraguay la presidencia provisional de Gaona. Disidencias entre éste y algunos de sus ministros obligaron al Congreso á destituirle, nombrando en su lugar al ministro de Relaciones exteriores D. Cecilio Báez, quien, si no sobreviene cualquier otro incidente, continuará en ese alto puesto hasta 1907, ó sea hasta el fin del período constitucional para el que había sido elegido el coronel Ezcurra.

El cambio de presidente interino se ha hecho con toda tranquilidad; no ha habido, pues, alteración importante en la política del gobierno ni en los servicios administrativos, como no sea en las medidas financieras que se proponía tomar Gaona y que fueron la causa principal del conflicto con sus ministros.

R. Beltrán Rózpide.

El baile de máscaras (Acuarela carnavalesca), por Alfonso Pérez Nieva

I

Siglos se le antojaban los minutos del reloj de bronce que, con el tictac de su péndola, prisionera en su caja de cristal, marcaba una nota soñolienta en el silencio del salón de lectura del círculo, amueblado á estilo Imperio. Cuando oyó, por fin, dar la una, soltó las ilustraciones extranjeras que hojeaba sin enterarse de ellas, pidió á un criado su ruso, bien envuelto en el abrigo tomó por la escalera de mármol, montó en una de las berlinas que en espera de socios mostraban las linternas rojas del pescante frente al zaguán, y gritándole al cochero: «Al Real,» el carruaje se lo llevó en su caja, en el interior de la cual, bajo la influencia de su penumbra suave, dejó el joven volar su fantasía, poniendo el pie en el primer peldaño de la ilusión.



—¡Pues vente á bailar y no te aburrirás!

Su mente, anticipándose al coche, escapando por la ventanilla, llegaba jadeante al salón y miraba con esos ojos ávidos que tiene el alma cuando sueña y espera. Un año había transcurrido, un año que parecía no concluirse nunca, un año de infructuosas tentativas para averiguar quién pudiera ser la misteriosa deidad, la hermosa desconocida. Porque hermosa lo era. Aunque no consiguió que se quitara el antifaz, lo revelaban así su voz de murmullo de fuente, sus ojos de parpadeos de estrella, su continente entero que los pliegues de su traje de «pierrette» hacían más gracioso y correcto. Todos los incidentes de su extraña aventura del pasado carnaval surgían en su memoria, ahora que acudía á la cita concedida entonces. La veía ante sí, las manos en los bolsillos de su calzón de seda rosa que ahuecaba como un payaso de circo, contemplándole, riéndose de él. Se amostazó. Recordaba perfectamente cómo entraron en amistades.

—¿Te burlas de mí?

—¡Te compadezco porque te aburres!

—¡Es cierto!

—¡Pues vente á bailar y no te aburrirás!

Sonrióse con desdén. Lo mismo de siempre, la solicitación franca de la cena detrás del antifaz que oculta el rostro y descubre el pensamiento, el hambre palpitando bajo la seda de alquiler. Pero la desconocida le adivinó su idea y le devolvió su sonrisa despreciativa.

—¡Al fin hombre para que no seas vano!

Con tal tono fueron pronunciadas estas palabras, que aún se estremecía del efecto que le hicieron. Y sin darle tiempo á contestarla nada, prosiguió con una vocecita muy suave y armoniosa, pero llena de ironías:

—Contéstame á una pregunta. ¿Has encontrado alguna vez la felicidad que has venido á buscar al baile?

—¡Jamás!

—¡Pues yo te prometo que la encontrarás esta noche!

—¿Contigo?

—¡Conmigo, si me obedeces á ciegas!

Fijóse bien en su figura. Era gallardísima y había en su persona algo original que encantaba. Iba á divertirse. ¿Qué más daba ella que otra? Siguió el impulso de la suerte y la ofreció el brazo.

—Te empeño mi palabra de no hacer más que lo que tú ordenes.

—En ella confío. Así no me preguntes cómo me llamo, ni quién soy, ni te molestes en rogarme que me quite el antifaz.

Aceptó la advertencia sin ánimo de respetarla. ¿Seriedad en un baile de máscaras? A la media hora, á las dos vueltas por el salón, estaba locamente enamorado de la «pierrette.» ¡Qué finura en las bromas! ¡Qué discreción en los comentarios! Hablaba con una ironía continua, pero ingeniosa, que hacía el efecto de un sucesivo relampagueo en su voz de caída de fuente. Conocía á todo el mundo, de todo el mundo sabía algo. Era un aguijón de oro clavándose, sin descanso, en la multitud. Bailaron. ¡Qué manera de bailar! Hasta entonces no supo lo que es un vals. No se la sentía, no pesaba, parecía una pluma, pero danzaba con el alma entera, como en un éxtasis. Y los acordes arrebatadores de la orquesta llegaban hasta él á través del aliento de fuego de ella.

Llegó la hora de la cena y pasaron al ambigú. Olvidóse entonces de su palabra, de lo prometido. La primer copa de Champagne hizo saltar con su espuma sus propósitos y el esclavo se convirtió en señor. Exigióla entonces su nombre, su estado, que se quitara el antifaz, sobre todo esto. Quería verla el rostro, saber cómo era. Y cuando esperaba la victoria, la desconocida habíase levantado bruscamente, y diciéndole: «¡Hasta el año que viene!,» había desaparecido sin darle tiempo á detenerla. Luego, en vano la había buscado frenético por el salón, y ahora, al año transcurrido, la berlina del círculo acababa de pararse dentro del portalón de la Opera.

II

Preludiaba la orquesta una tanda de valses cuando penetró en el salón, quedándose junto á la puerta, pegado á la espesa cortina de terciopelo para no ser arrollado por el oleaje de los bailarines que giraban ante él en una masa policroma, como si los colores de una gigantesca paleta hubieran cobrado vida repentina. Con avidez, ayudándose de unos gemelitos de bolsillo, escudriñó uno por uno todos los palcos, buscando el traje de «pierrette» de la incógnita máscara, único dato de que podía guiarse. En ninguno descubrió tal disfraz, ni en las ondas de los danzadores acertó á pasar tampoco ante su vista. Acometióle un desaliento grande. ¿No estaría? ¿Habría muerto ó se hallaría ausente? Aquella cita es-

pontánea dada al desaparecer, ¿era una fútil forma de cortés despedida?

De pronto sintió que un brazo se apoyaba sobre el suyo. Miró prontamente. Una egipcia le sonreía, y una voz muy argentina exclamó:

—Veo que has confiado en mí. ¡Gracias!

Conoció en seguida el acento, aquel acento de chorro de fuente que dejaba caer en el espíritu una gratísima frescura. Era ella, más gallarda que nunca, más apuesta bajo aquellos paños que se plegaban con supremo donaire sobre su bizarría. El joven lanzó un grito y estrechó la mano que pendía encima de su brazo.

—¿Eres tú?, la dijo.

—Yo soy. Te cité para el año que viene y aquí me tienes contigo.

—¡Vamos á bailar! Están tocando un vals, tu danza predilecta.

—¡Espérate! Antes es preciso que me jures, no me basta ya tu palabra, no preguntarme nada ni exigirme que me quite la más cara.

—¿Todavía el misterio, corazón de pedernal?

—Agradécemelo. ¡De eso depende tu dicha!

—¡El escarnio tras de la intransigencia!

—A tiempo estás de...

—¡No, no! ¡Juro cuanto te plazca!

Se hundieron en la corriente del baile, y unos minutos no hablaron, llevados por la cadencia de la orquesta, que les arrullaba con un vals lleno de germánicas armonías. Al cabo ella preguntó al joven:

—¿Has pensado mucho en mí?

—¿Que si he pensado? ¡Todo el año! ¡Desde que te conocí te he estado buscando por dondequiera inútilmente! En paseos, en teatros, en la iglesia, fuera de Madrid, en Sevilla por la Semana Santa, en Toledo durante el Corpus, en Biarritz en los meses de verano...

—¿Pero cómo me buscabas si no me conoces?

—¡Por la voz, escuchando á todas las mujeres que podía! En cuanto oía reir á mi lado aplicaba el oído. Pero ¡nada! ¡Nunca tu risa!

—¡El procedimiento era pesadito!

—¡Eso te demuestra lo profundo de la huella abierta por tus ojos en mi corazón!

La egipcia clavó los suyos fijamente en su pareja. Por las dos comisuras del antifaz resplandeció algo sombrío. Luego exclamó la desconocida:

—Entonces este año ¿has esperado el baile del Real con más impaciencia que nunca?

—¡Soñando con él, pareciéndome que no iba á llegar jamás!, replicó impetuosamente el joven. Yo me las daba de filósofo, de escéptico y lo era. ¡Esta nebulosa de luz que nos rodea y que á todos atrae, á mí no me ha impresionado nunca y he permanecido frío siempre en medio del torbellino de fuego. Un terrón de nieve con frac. La dicha del baile cortada á patrón, sujeta á figurín... Buena para los estudiantes ávidos de lanzarse al mundo, para los viejos que se pintan. Un billete triple de lo que vale para dar media docena de vueltas con una mujer cuarta parte de lo que aparenta... Pero hoy te he conocido á ti...

—¡Es decir, no me has conocido!..

—Pero te conoceré este año, ¿verdad?

Y el acento del joven se trocó en suplicante.

—Ya te he demostrado que te acato, que te obedezco, que soy tu siervo. Un año adorando una voz y una risa. Pero esa mansedumbre merece una recompensa. Yo, más bien procaz, he cedido ante ti por complacerte, he sido tímido por primera vez en mi vida. ¿Tú no vas á poner nada de tu parte? Yo anduve ya la mitad del camino; anda tú la otra mitad. ¡Sí, sí! ¡Adivino la vacilación! ¡Tu mirada se empaña! ¿Una lágrima? ¿Lloras? ¡Estás vencida! ¡Me quieres! ¡Oh, dime quién eres, cómo te llamas! ¡Déjame verte!

Se habían parado y las máscaras que pasaban junto á ambos se les quedaban mirando, como si extrañaran la actitud triste de ella y los frenéticos ademanes de él. La lucha que se libraba en el espíritu de la desconocida era manifiesta. Su adorador creía triunfar y robustecía sus ruegos con frases de ternura. El oleaje humano seguía yendo y viniendo en un flujo y reflujo de sedas y carcajadas. No se danzaba ahora. La gente discurría por el salón. La orquesta muda preludió de improviso la entrada de un vals. Súbitamente tornó á aparecer en la incógnita la esfinge. Irguióse, se pasó la mano por la frente, vióse apoderarse de su persona entera el hielo de la calma, sus pupilas tornaron á brillar y sus labios á sonreir, y cuando el galanteador esperaba recoger de su boca de fresa la palabra de rendimiento, vióse arrastrado por la enigmática beldad, que le decía con la premura de tono del que no quiere perder un ápice de un manjar que codicia, dejándole desolado:

—¡Ven! ¡Ven! ¡Mis valses!..

III

Cuando ella quiso parar la acometida, era tarde; estaba su rostro al descubierto, tenía él ya en la mano el misterioso antifaz de raso. El arranque fué tan inesperado, que ni tiempo la dió para lanzar un grito.

Fué en un pasillo, bajo una lámpara eléctrica prisionera en su bomba blanca, que vertió de lleno sobre el desconocido semblante su deslustrada luz. Entonces comprendió la egipcia por qué su caballero había cesado de insistir en que se despojara de la careta.

No es que hubiese abdicado, es que se proponía conseguir por fuerza lo que se le negaba de grado.

Y sin duda acababa de escoger el sitio discreto, juzgando que sólo obedecía la resistencia á temor de mostrar en público la cara.

El joven había clavado los ojos con avidez, ansiosamente, en el rostro de su compañera. ¡Un año aguardando aquel semblante! Se quedó aterrado, bajo el hielo de una corriente glacial que le subió no sabía de dónde, de la sima que se abría de pronto en lo hondo de su pecho, devorando sus risueñas ilusiones.

Él se había forjado una cara supraterrena, de Rafael, resumen de todas las humanas perfecciones, blanca y sonrosada, con planos y sombras admirables, y ante sus pupilas surgía una catadura vulgar, inexpresiva, mal coloreada, sin belleza alguna.

La desconocida conoció la impresión que había causado y exclamó con amargo dejo:

—¡Tú lo has querido! ¡Por ti, por tu bien, empeñábame yo en que no me conocieras! Si hubieras respetado el misterio que me envolvía, seguirías viniendo al baile anhelante. Todos los hombres sois iguales. Por vuestra propia mano deshacéis vuestra dicha. La venís á buscar aquí, y sólo de vosotros depende conseguirla. Toda ventura es una ilusión, y la ventura del baile de máscaras es el encanto de lo impenetrable. No lo respetáis, apelando hasta á la violencia, y os encontráis forzosamente conmigo. Ya lo has visto. ¡Un año soñando! ¿Qué ventura comparable á esa? Tu imaginación no me concebía como soy: fea. En un segundo, derribando mi máscara, has deshecho por ti mismo tu ideal. Ahora vas á salir del teatro helado por el tedio. Créeme, porque no te guardo rencor. Cuando sueñes con la felicidad, no pretendas nunca comprobar la adivinación.

El imprudente oía en silencio á la egipcia, sin encontrar palabras para responderla, repelido á su pesar por las líneas desagradables y vulgares de su rostro. Al cabo le preguntó aturdido:

—¿Pero quién eres?

Y la egipcia le respondió, perdiéndose luego entre las olas de las máscaras:

—Soy la sombra de la vida: la realidad.

(Dibujo de Mas y Fondevila.)



Junto al estanque, cuadro de Carlos Vázquez

SIN CARETA, CUADRO DE V. GAMBA

Hay en los bailes carnavalescos un momento que bien podemos llamar solemne, y es aquel en que la elegante mascarita, después de haber enloquecido á su pareja con el fuego ó la dulzura de sus ojos, con la burlona carcajada ó la tierna sonrisa de sus labios, con la sátira ó la pasión de sus palabras, cediendo á impulsos propios ó á ajenos requerimientos, se quita la careta. ¡Cuántos desengaños produce la desaparición del antifaz! ¡Cuántos y cuántos mal dicen la curiosidad que les hizo abrir aquella especie de caja de Pandora, de la cual, si no todos los males, se escapan para convertirse en humo los más hermosos ensueños!

Que esta regla tiene sus excepciones, ¡quién lo duda! Por fortuna no siempre en este mundo viven divorciadas la ilusión y la realidad. Dígalo, si no, la escena que nos permite adivinar el bellísimo lienzo de Gamba que en la siguiente página reproducimos: el pintor no ha representado más que á la mitad de los personajes, á *ellas;* pero fácil nos ha de ser completar mentalmente la composición, y de fijo que al completarla con *ellos* vemos dos semblantes sorprendidos, asombrados ante la belleza real de sus compañeras.



SIN CARETA, cuadro de V. Gamba

EL REY FEDERICO VIII DE DINAMARCA

El día 30 de enero último, entre el doblar de las campanas y las salvas de artillería, el rey Federico VIII tomaba solemnemente posesión del trono de Dinamarca. A las doce del día el presidente del Consejo de ministros M. Christensen apareció en el balcón del palacio de Amalienborg y gritó tres veces: «El rey Cristián IX ha muerto, ¡viva S. M. el rey Federico VIII.» El pueblo entonces prorrumpió en aclamaciones entusiastas y pidió ver al nuevo monarca. Este, en uniforme de general, se asomó á su vez al balcón, saludó á sus súbditos y con la cabeza descubierta expresó, en una breve alocución, la esperanza de que el Todopoderoso le conceda la fuerza y la dicha de continuar gobernando el Estado dentro del mismo espíritu que su amado padre.

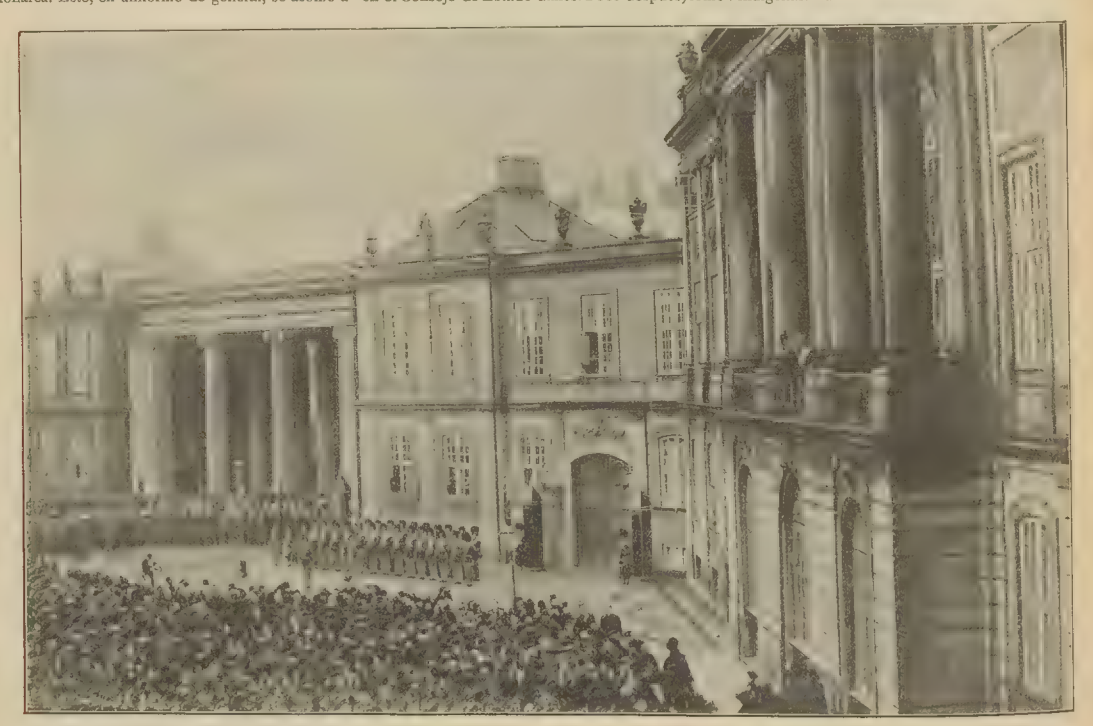
Federico VIII, el actual rey, nació en Copenhague en 30 de junio de 1843 y estudió en Oxford, en donde se graduó de doctor en jurisprudencia. La elevación de su padre al trono de Dinamarca le obligó á regresar á su patria, pues como primogénito era príncipe heredero y debía ocupar un puesto en el Consejo de Estado danés. Poco después, tomó parte en la guerra contra Prusia y Austria á las órdenes del general Hegermann-Lindencrone. En 28 de julio de 1869 se casó con la princesa Luisa de Suecia y Noruega, nacida en Estockolmo en 31 de octubre de 1851, hija del rey Carlos XV y sobrina de Oscar II, habiendo tenido de este matrimonio ocho hijos. La reina Luisa es de costumbres sencillas y de elevados sentimientos. Ha fundado muchas casas de expósitos y otros asilos benéficos, y ha enviado á las Antillas danesas buen número de enfermeras para contener la mortandad entre los niños indígenas.—X.



EL REY FEDERICO VIII DE DINAMARCA. (De fotografía.)



LA REINA LUISA DE DINAMARCA. (De fotografía.)



Copenhague.—Advenimiento al trono del nuevo rey de Dinamarca. El rey Federico VIII saludando al pueblo, desde el balcón del palacio de Amalienborg, el día 30 de enero último, después de su proclamación. (De fotografía de Hutin, Trampus y C.ª)

FABIO FABBI

Nacido en Bolonia en 1861, ha de considerarse á Fabio Fabbi como artista florentino, ya que en la célebre ciudad de los Médicis reside desde su in-



FABIO FABBI

fancia, recibió en ella sus primeras enseñanzas y encierra sus más caras afecciones. Allí ha podido saturarse su espíritu de ese sentimiento artístico que caracteriza y distingue la corte italiana, en cuyo ambiente flota todavía el impulso de aquellos artistas y próceres que la engrandecieron, convirtiéndola en centro do convergían todas las energías y todas las manifestaciones de la inteligencia.

Narrar la historia artística de este meritísimo pintor es enumerar una continuada serie de triunfos y distinciones. Discípulo de la Academia de Bellas Artes de Florencia, de la cual es hoy uno de sus más distinguidos profesores, obtuvo ya en 1880 el primer premio, otorgándosele en 1883 una pensión para estudiar el arte egipcio. Posteriormente confirióle su ciudad natal el honroso título de profesor honorario de la Academia de Bellas Artes, mereciendo, por algunas de sus obras, la concesión de diplomas otorgados por S. S. León XIII y asimismo ser condecorado por el rey de Italia.

Quien visitara la Exposición de Bellas Artes celebrada en esta ciudad en 1898, recordará, sin duda, dos hermosas producciones que formaban parte de la interesantísima sección de pintura extranjera. Nos referimos á las tituladas *Un santón* y *Una procesión en la campiña italiana*, obras las dos de Fabbi. Una y otra, de concepto y procedimiento diversos, sirvieron entonces para demostrar la habilidad y maestría de Fabio Fabbi, puesto que la primera, aparte de su exactitud, de ese algo que revelaba el resultado de un esfuerzo asimilativo y observador, admiraba por su maravillosa ejecución, sorprendía la rara inteligencia de un artista que tan dueño aparecía de los recursos que el arte podía suministrarle para aproximar su obra á la realidad. Cuanto al segundo lienzo, representando una escena al aire libre, rebosando vida y animación, iluminada por el brillante sol de Italia, habíase tratado con la amplitud que el asunto requería y ajustada al concepto y á los cánones modernos. De ahí, pues, que al ocuparnos del pintor florentino y de sus obras, hayamos escogido, para que puedan formar juicio exacto nuestros lectores, otras dos producciones, que, por sus tendencias, se asemejan á las que



Contraste, cuadro de Fabio Fabbi

mencionamos. *Contraste* es también un modelo de ejecución cuidadosa, expresivo, saturado de sentimiento, mientras que *Los judíos de Varsovia camino del mercado* es otra manifestación de la realidad y de la observación.—A. GARCÍA LLANSÓ.



Los judíos de Varsovia camino del mercado, cuadro de Fabio Fabbi



Rusia. — Disturbios revolucionarios. La represión en las provincias del Báltico. Un jefe rebelde de Curlandia condenado a muerte.

(De fotografía de «Photo-Nouvelles.»)



Rusia.—Disturbios revolucionarios. La represión en las provincias del Báltico. Aspecto de una casa de Komershoff (Curlandia) en la que se reunían los rebeldes, después de haber sido bombardeada por la artillería del general Orloff.

(De fotografía de «Photo-Nouvelles.»)



UNA SESIÓN PLENA DE LA CONFERENCIA DE ALGECIRAS, dibujo del natural de J. Simont

1. El duque de Almodóvar del Río, ministro de Estado de España y presidente de la Conferencia. - 2. Sr. Radowitz, primer delegado de Alemania. - 3. El conde de Tattenbach, segundo delegado de Alemania. - 4. El conde de Welserheimb, primer delegado de Austria. - 5. El conde de Kozielnodski, segundo delegado de Austria. - 6. El barón de Jostens, delegado belga. - 7. M. de Margerie, secretario francés. - 8. Mr. White, primer delegado de los Estados Unidos. - 9. Mr. Cummere, segundo delegado de los Estados Unidos. - 10. M. Revoil, primer delegado francés. - 11. Sir Arturo Nicholson, delegado inglés. - 12. El marqués de Visconti Venosta, primer delegado italiano. - 13. Sr. Malmusi, consejero técnico italiano. - 14. M. Regnault, segundo delegado francés. - 15. El conde de Martens-Ferrao, segundo delegado portugués. - 16. El conde Cassini, primer delegado ruso. - 17. Sr. Bacheracht, segundo delegado ruso. - 18. Sr. Sager, delegado sueco. - 19. Sidi Mahomed-Torres, primer delegado marroquí. - 20. Secretario intérprete marroquí. - 21. Sefar, delegado marroquí. - 22. Ben Nis, delegado marroquí. - 23. Sr. Pérez Caballero, secretario español. - 24. Sr. Hontoria, secretario español. - 25. Señor Piña, secretario español. - 26. Secretario intérprete marroquí.

LA BODA DE MISS ALICIA ROOSEVELT

En todo el mundo se habla de la próxima boda de la «princesa americana,» como muchos denominan á la hija del presidente de la República de los Estados Unidos, pudiendo afirmarse que el suceso despierta tanto interés como si se tratara realmente de una hija de reyes y sucesora á un trono.

Por esta razón, aunque ya dijimos algo acerca de este acontecimiento en el número 1.254 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, no creemos inoportuno insistir sobre el mismo tema publicando los grabados que van en esta página y algunas noticias que nos parecen curiosas.

El presidente Roosevelt, cuya conducta en esta ocasión contrasta con la de sus entusiastas compatriotas, que tanto ruido arman á propósito de la boda de Miss Alicia, ha dispuesto que la ceremonia nupcial, que se celebrará en la Casa Blanca, sea sencillísima; que á ella sólo asistan los individuos más íntimos de las dos familias, y que no se publique la lista oficial de los regalos, cosa esta última innecesaria, desde el momento en que los periódicos han dado cuenta minuciosa de todos los presentes recibidos por la novia.

Los futuros esposos, inmediatamente después de celebrado el matrimonio, emprenderán un largo viaje que empezará por Londres y París y durará dos años, proponiéndose visitar todas las cortes europeas.

Miss Roosevelt es alta, esbelta, rubia, elegante, cuenta veintidós años apenas y es una norteamericana en toda la extensión de la palabra. Siente las mismas aficiones á la vida activa que su padre: caza, pesca, nada, rema, monta á caballo, y si es preciso trepa á un árbol como el chiquillo más ágil. Cuéntase que un día, siendo niña, aburrida de la compañía de su institutriz, saltó por la ventana de la habitación en que estaban y echó á correr por el campo, hallándose muy lejos antes de que la respetable dama hubiese tenido tiempo de ponerse los lentes para ver qué había sido de ella.

Sin ser lo que en la América del Norte se llama rica, tiene una fortuna personal bastante considerable, heredada de su madre, y es de todos modos más rica que su padre, el cual suele decir en tono chancero: «No tengo más remedio que seguir viviendo con Alicia, porque me prestará dinero cuando me haga falta.»



LA BODA DE MISS ALICIA ROOSEVELT. – MISS ALICIA ROOSEVELT Y SU PROMETIDO MR. LONGWORTH. Última fotografía instantánea tomada en un *ferry boat* que hace el servicio entre Nueva Jersey y Nueva York. (De fotografía de «Photo-Nouvelles.»)

LA CONFERENCIA DE ALGECIRAS

En el cielo hasta ahora sereno bajo el cual se iba desarrollando la conferencia de Algeciras, han aparecido recientemente algunas nubes que inspiran ciertos recelos á cuantos siguen con interés los debates de la diplomacia reunida en la ciudad andaluza.



LA BODA DE MISS ALICIA ROOSEVELT. – CASA DE MR. LONGWORTH EN ROCKWOOD (CINCINNATI) QUE HABITARÁN LOS FUTUROS ESPOSOS. (De fotografía de «Photo-Nouvelles.»)

Pasaron sin dificultad los primeros proyectos, el de represión del contrabando de armas y el de los impuestos, y va pasando también sin grandes contratiempos el reglamento de aduanas, si bien se presiente que alguna diferencia puede surgir cuando se aborde la cuestión de quién se encargará de guardar y administrar el producto de los recargos sobre los derechos aduaneros destinados á fomentar las obras públicas en Marruecos. Oficialmente, pues, la conferencia, en sus sesiones plenas, prosigue sus tareas sin que ningún incidente venga á turbar la calma y la buena armonía entre los delegados de las potencias.

Y sin embargo, asoman, como decimos, algunas nubes, que se han condensado en la atmósfera extraoficial, precisamente como resultado de aquellas conversaciones particulares en que se cifraban las mayores esperanzas para llegar á una inteligencia.

Sabido es que una de las cuestiones sobre las cuales hacía Francia mayor hincapié es la de la organización de la policía en el imperio marroquí; sabido es también que cuando Alemania exigió la reunión de la conferencia y Francia accedió á esta pretensión, á pesar de que creía resuelto el problema de Marruecos mediante sus últimos tratados con Inglaterra y con España, se dijo que Guillermo II, satisfecho su amor propio y garantizados los intereses de sus súbditos con la proclamación de los principios de la soberanía del sultán, de la integridad del imperio marroquí y de la puerta abierta, no opondría reparos á las demás pretensiones de Francia sobre el Norte de Africa. En esta creencia, Francia acudió á Algeciras, segura de que en una ú otra forma se confiaría á ella la organización de la policía en Marruecos y convencida de que si alguna dificultad había de surgir sobre este particular sería puramente de fórmula, pero no de fondo.

En esto, el *Siecle*, de París, publicó un artículo del ex ministro de Marina M. Lanessan, demostrando la conveniencia de que Francia sólo cuidara de la policía de la frontera argelino-marroquí y de que la organización de la policía general del imperio se dejara al sultán, facilitando á éste las potencias los medios necesarios. Este artículo, como es natural, produjo en Francia una impresión malísima, tan mala como excelente la había producido en Alemania. Pocos días después, una agencia alemana, la agencia Wolff, publicó una nota aparentemente oficiosa, pero con todos los caracteres de oficial, que decía en síntesis lo siguiente:

Cuando la impresión general de los delegados era de que se llegaría á un acuerdo sobre las cuestiones más importantes y parecía que el artículo de M. Lanessan había de contribuir á aumentar esta confianza, el delegado francés M. Revoil pidió de pronto que se abordara sin dilación el problema de la policía y se mostró desde aquel momento más intransigente de lo que se había mostrado hasta entonces, reclamando para Francia el derecho exclusivo de organizar la policía marroquí y admitiendo, á lo sumo, una participación de Europa en ciertas regiones. «En estas condiciones – añade la nota – las negociaciones directas entre los delegados alemanes y los franceses no tenían finalidad alguna y se han interrumpido. Lo que Francia reclama daría por resultado la tunisificación de toda la costa marroquí y la anexión de hecho de Marruecos al Africa francesa. Pues bien, precisamente para evitar que esto sucediera se realizó el viaje del emperador á Tánger y se convocó la conferencia.»

La emoción que esta nota ha causado en todo el mundo diplomático en general y particularmente en Francia ha sido extraordinaria. La prensa francesa pone el grito en el cielo y afirma que por las entrevistas previas del presidente del Consejo de Ministros francés y del embajador alemán en París, Alemania sabía perfectamente lo que Francia opinaba y deseaba en punto á la cuestión de la policía marroquí, y que el silencio del gabinete de Berlín era una aprobación tácita de esas opiniones y de esos deseos. A propósito de esto y de la nota de la agencia Wolff, los principales periódicos de la vecina república no se ocultan de hablar de falsificaciones de telegramas inexactos y de sacar á relucir el famoso telegrama de Ems, que fué la chispa que hizo estallar la guerra de 1870. La prensa alemana, por su parte, no se muerde la lengua, y contesta á estos ataques con igual energía y arrogancia.

La diplomacia, sin embargo, sigue su obra en Algeciras sin, al parecer, inmutarse por esta campaña de la prensa de ambos países y se esfuerza por encontrar una solución que satisfaga todas las aspiraciones. ¿La encontrará? Muchos lo dudan, dados los términos de tirantez en que la cuestión está planteada: algunos creen que al fin dará con ella. Pero en lo que todo el mundo conviene es en que aunque la conferencia fracase, no estallará la tan temida guerra y que las cosas volverán al ser y estado que tenían antes. Con lo cual Alemania se habrá salido con la suya, y Francia habrá visto nuevamente defraudadas sus esperanzas y malogradas sus aspiraciones sobre Marruecos. Y en el fondo quien saldrá más ganancioso será el imperio marroquí, que habrá conseguido una vez más burlarse de las grandes potencias y ver aplazadas hasta las calendas griegas las tan cacareadas y por él nunca deseadas reformas, pese á todas las cancillerías del mundo y á todos los esfuerzos de los más sabios diplomáticos. – R.

Espectáculos. — PARÍS. – Se han estrenado con buen éxito: en el Vaudeville *Le feril janne*, comedia en tres actos de Alejandro Bissón y A. de Saint-Albin; en el teatro de la Renaissance *Les hannetons*, comedia en tres actos de Brieux, y *Au petit bonheur*, comedia en un acto de Anatolio France; y en el Palais Royal *La Grimpette*, comedia en tres actos de Jorge Berr y Marcelo Guillemaud.

BARCELONA. – Se han estrenado con buen éxito: en Romea *La bona gent*, comedia en tres actos de Santiago Rusiñol; y en el Eldorado *La raffica*, comedia en tres actos de E. Bernstein.

Asociación Musical de Barcelona. – En el Salón de la Reina Regente del Palacio de Bellas Artes ha dado esta asociación un notable é interesante concierto á cargo de los Sres. Rabentós (violoncelo) y Sabater (piano), quienes ejecutaron con verdadera maestría la sonata en *do* menor, op. 32, de Saint-Saens, la sonata en *sol* menor, op. 5, n.º 2, de Beethoven; y la sonata en *la* menor, op. 36, de Grieg, obteniendo entusiastas aplausos.

– En el teatro de Monte Carlo se ha cantado con gran aplauso *Mademoiselle de Belle-Isle*, drama lírico en cuatro actos de Pablo Michelet, tomado de la novela del mismo título de Alejandro Dumas (padre), con música de Spiro Samara.



En el mismo instante entraron dos agentes que conducían á un preso de...

EL FALSARIO

NOVELA DE JULIÁN HAWTHORNE.—ILUSTRACIONES DE MAS Y FONDEVILA

I

LA PRISIÓN

En el mes de octubre Nueva York deja de ser una ciudad desierta: las ventanas de sus casas se abren; en las avenidas y paseos públicos se vuelve á ver la multitud de todos aquellos que habían ido á buscar el cambio de aires en las montañas, en la costa ó á través de los mares; las tiendas parecen despertar del letargo producido por la estación calurosa y sus escaparates osténtanse de nuevo brillantes y tentadores; los amigos se encuentran en las calles y felicítanse mutuamente del regreso; los teatros se iluminan otra vez, y por todas partes se ven sus carteles, anunciando con pomposos elogios los cuadros de la compañía que deben deleitar al público; el café de Dolminico está lleno, desde las seis y media hasta las ocho, de negociantes afortunados; y en el vasto comedor del mismo inmortal establecimiento se encuentra, después de terminadas las funciones de los teatros, lo más escogido de la aristocracia de Murray Hill, que discute sobre el mérito de los actores comiendo ostras y apurando copas de champaña.

En los clubs, atestados de gente, reprodúcense las polémicas y los escándalos; en la calle de Wall, los bolsistas trazan su plan de campaña para el próximo invierno, resuelto cada cual á empobrecer á varios de sus colegas para ser proclamado el Napoleón de la banca; y por otra parte, la temible tribu de ladrones, rateros, falsificadores y petardistas prepárase para poner en práctica los proyectos combinados durante el verano, deseando sin duda que los agentes de policía duerman un par de meses, permitiéndola así ejercer sus mañas contra un público indefenso é incorregible.

Pero el observador que, pasando por la calle de Mulberry, subiese la ancha escalera de piedra del Departamento Central de Policía, para recorrer sus dependencias, podría convencerse desde luego, al notar la preocupación del inspector, la actividad de los empleados, la disciplina de los agentes y el incesante movimiento, de que las esperanzas de los bribones no deberán realizarse. Cada año es más eficaz la vigilancia que se ejerce sobre los criminales; y si se forma alguna cuadrilla de ladrones, seguro es que muy pronto se disolverá por la incesante persecución que sufre.

No obstante, siete ú ocho años ha, el ascendiente de la policía sobre la gente de mal vivir no era ni con mucho tan marcado como hoy. El hombre que, tal vez más que ningún otro individuo, se consideró como responsable del orden público, había sido nombrado recientemente, en aquella época, para velar por él; y las medidas que con tan buen éxito puso en práctica más adelante, no eran entonces, en su mayor parte, sino proyectos que no se debían realizar.

En el momento de comenzar nuestra historia, el nuevo inspector general de policía, Tomás Byrnes, hallábase en su despacho, conversando con un joven muy conocido, porque desempeñaba un cargo de confianza en la casa de banca de su padre y era considerado como sucesor directo de Vanderblick y C.ª

El inspector Byrnes apenas había llegado á la edad madura, y á primera vista parecía más joven de lo que en realidad era; pero notábase ya cierta gravedad en sus ademanes, y distinguíase sobre todo por una energía nada común en la mayoría de los hombres. Aunque hacía poco tiempo que desempeñaba sus funciones, había prestado ya señalados servicios, infundiendo temor á los criminales; mientras que las personas honradas comenzaban á ver en él un hombre capaz de ahuyentar á los malhechores, proporcionando á los buenos ciudadanos una seguridad que antes consideraban como muy dudosa.

Hemos dicho que el inspector hablaba con un joven: añadiremos que este último, de elevada estatura, tenía el cabello rubio, mirada inteligente, ojos azules y un gracioso bigote que favorecía el conjunto del rostro. Vestía con elegancia, y á primera vista reconocíase en el corte de su ropa la tijera de un buen sastre. Aquel joven había dado los primeros pasos de su carrera en los grandes centros bursátiles de América, y afortunadamente para él, no conocía aún los disgustos y reveses de que no escapa por lo regular un solo individuo entre diez mil.

—¿Cuánto tiempo hace que viene usted observando eso?, preguntaba el inspector.

—En cuanto yo recuerdo, repuso el joven Vanderblick, pues no era otro el visitante, el hecho se ha producido todo el verano pasado. Por supuesto, todo se reduce á una mera sospecha, pero muchas ligeras circunstancias nos inducen á creer que no son infundadas. Hace ya dos ó tres meses que algunos individuos observan la casa, hecho positivo que no admite duda para nosotros; varias personas han entrado repetidas veces para cobrar talones y negociar letras, y siempre se notó que deseaban trabar conversación con los empleados. Cierto que las transacciones han sido hasta aquí legales, mas en el modo de hacerlas se ha procedido de un modo que debía inducirnos á sospechar. Sin embargo, como ya dije antes, hasta ayer no pudimos reconocer nada que nos confirmase en nuestra creencia. Tres ó cuatro individuos entraron en la oficina, entre ellos un hombre pálido, de patillas casi negras y cuyo aspecto no prevenía en su favor, y como era el primero, se le preguntó al punto qué deseaba, á lo cual

contestó que iba á negociar una acción de la Compañía de los Caminos de hierro por valor de quinientos duros. Precisamente en aquel momento no se hallaba allí el encargado de la sección en que se negocia ese papel, y como el escribiente que le substituía le esperaba de un minuto á otro, parecióle que lo más prudente sería aguardarle; en su consecuencia tomó la acción, que al parecer estaba corriente, y dijo al interesado que tuviera la bondad de sentarse un momento.

—¿Dió su nombre ese individuo?, preguntó el inspector.

—No; la transacción no llegó hasta el punto de que fuera necesario preguntar al hombre cómo se llamaba; pero el escribiente apuntó el número de la acción y los demás detalles. El interesado parecía estar inquieto, dió dos ó tres vueltas de un lado á otro, miró su reloj, y por último dijo que debía asistir á una cita y que volvería más tarde. Sin esperar respuesta abrió la puerta y se fué.

—¿Llevándose la acción?

—Sí, señor; el escribiente no se creyó autorizado para retenerla.

—¿Qué más?

—Pocos minutos después llegó el encargado de la sección, habláronle del asunto, y se le enseñó el número del documento presentado. El oficial repasó sus listas, y persuadido muy pronto de que había algo irregular, dió cuenta del hecho á mi padre, que mandó hacer la investigación necesaria. De las averiguaciones resultó que la acción presentada era falsa...

—¿Cómo se convencieron ustedes de ello?

—El hecho es, replicó el joven banquero con alguna vacilación, el hecho es..., le digo esto en el seno de la confianza, que últimamente se han hecho muchas transacciones con el papel de los Caminos de hierro, que ha circulado mucho en Europa, donde hay numerosos accionistas, como usted comprenderá. Añadiré de paso que estuvimos á punto de aceptar como socio en la negociación á un ruso, cierto conde Fedovsky, antiguo amigo mío; pero resultó ser un hombre incompetente, y lo supimos muy á tiempo para librarnos de un percance. Pues bien, como era natural, muchas de esas acciones pasaron por nuestras manos entonces, y entre ellas se encontró, lo cual no deja de ser sumamente extraño, la misma de que es una reproducción fraudulenta la que presentó el hombre de las patillas. Fué una fortuna que nuestro oficial no se hallase aún en la oficina.

—Más fortuna fuera, observó el inspector, haber retenido el documento, pues algunas veces, cuando se tiene á la vista, es más fácil descubrir, por la clase del trabajo, alguna cosa respecto al falsificador. ¿Podría el empleado de usted, es decir, el escribiente que habló con el hombre, reconocer á éste?

—A él le parece que sí, aunque tal vez tuviese alguna duda, porque el individuo no se descubrió y ocultaba en parte sus ojos con el ala del sombrero, que según se recuerda era de fieltro negro.

—Sr. Vanderblick, repuso el inspector, todo lo que me dice usted no sirve de mucho para encontrar el hilo de la trama; pero mandaré practicar averiguaciones y veremos qué puede hacerse. Si obtengo algún resultado, le daré noticia sin pérdida de tiempo.

—El hecho no es de gran importancia en sí, repuso el joven levantándose para coger su sombrero; mas desde otro punto de vista podría tenerla, pues he oído decir que se está urdiendo una trama para poner en circulación mucho papel falso por considerable valor.

—¿Usted ha oído decir eso?, replicó el inspector sonriendo con expresión irónica mientras miraba fijamente al joven. ¿Tiene usted costumbre de creer todo lo que oye, Sr. Vanderblick?

—¡Oh! Yo no hablo más que de un rumor, apresuróse á contestar el joven.

—Pues un rumor de esa especie puede hacer mucho más daño que bien, dijo el inspector con gravedad; y creo que, así por su propio interés como por el de todos los demás, no se hará usted eco de esa noticia.

El joven Vanderblick murmuró algunas palabras, despidióse y salió algo confuso, dejando al inspector entregado á sus meditaciones.

«¿Cómo puede esa gente, se dijo el inspector, esperar nuestra protección, mientras vayan cacareando así las noticias ó rumores, verdaderos ó falsos? Si no tuviéramos que lidiar más que con los rateros, fácilmente nos arreglaríamos; pero cuando las personas á quienes los ladrones tratan de robar son las primeras en dar la voz de alarma, ¿qué probabilidad tenemos de coger á los delincuentes? Si ese joven se pusiera á mis órdenes un par de meses, seguramente aprendería á no hablar tanto y pensar más. Ha oído decir algo sobre las falsificaciones, y en vez de callárselo como si fuese un secreto peligroso, lo cual haría creer á los bribones que no se sospecha de ellos, circunstancia necesaria para que caigan en el lazo, propaga la noticia por todas partes, y esto basta para que los falsificadores se prevengan. Sin embargo, concluyó el inspector sacando un cigarro de su petaca y encendiéndole con la calma del filósofo, inútil es murmurar; siempre sucedió así, siempre sucederá, y es forzoso que la culpa recaiga por lo regular en quien no la tiene.»

A este punto llegaba el inspector en sus reflexiones, cuando llamaron á la puerta.

—¡Adelante!, gritó, dejando escapar una bocanada de humo, mientras cruzaba las piernas.

En el mismo instante entraron dos agentes que conducían á un joven de elevada estatura y bien vestido; estaba muy pálido, y parecía ser presa de una fuerte agitación nerviosa. Sin embargo, sus facciones tenían tal expresión de nobleza, y el aspecto de aquel hombre, aunque se reconociese desde luego su debilidad física, revelaba tan poco la timidez del criminal, que el inspector quedó admirado y supuso que el joven detenido no debía ser un delincuente.

Siguiendo á los agentes de policía había entrado otro hombre que nada tenía de notable, y que evidentemente era el demandante.

El inspector tomó su aire de gravedad acostumbrado, é irguiéndose un poco en su sillón, preguntó á los agentes de qué se trataba.

—Este hombre, dijo uno de ellos señalando al que iba detrás, nos suplicó que detuviéramos á este joven, á quien acusaba de haberle robado. Nosotros no hemos presenciado el hecho, ni sabemos más que lo que el demandante nos dijo. Es un agente del Banco, é iba por la calle de Nassau, cuando de pronto tropezó con un hombre, y un momento después sintió que su caja... Enseña la caja, Santiago.

El otro agente presentó el objeto, que llevaba bajo el capote, y que efectivamente era una caja de hoja de lata, semejante á la que usan los banqueros para llevar valores de una parte á otra.

—Un momento después, continuó el agente, sintió que alguien cogía su caja, y al volverse, vió á este hombre en el suelo con aquélla debajo. Sujetóle al punto, nos llamó y detuvimos al joven para conducirle aquí. Esto es todo cuanto sabemos sobre el particular, señor inspector.

El Sr. Byrnes se volvió hacia el demandante.

—¿Cómo se llama usted?, le preguntó.

—Felipe Jackson, señor.

—¿En qué se ocupa?

—Soy empleado en la casa de banca del Sr. Vanderblick, donde ejerzo el cargo de comisionista.

Al oir esta respuesta, el preso se inmutó ligeramente, pero no tanto que no lo notase la vista perspicaz del inspector, aunque aparentó no haber observado nada.

—¿Y qué opina usted de esto?, preguntó fijando en su interlocutor una mirada penetrante.

—El Sr. Vanderblick, contestó el hombre, me entregó esta caja para llevarla á la calle de Broad, diciéndome que tuviese mucho cuidado, porque contenía valores de importancia. Al llegar á la calle de Nassau, donde había en aquel momento mucha gente por ser la hora de salir de las oficinas, un hombre muy alto se cruzó conmigo, y acercándose después á mí, dióme un empujón é hízome rodar por tierra. En el mismo instante sentí que me quitaban la caja, mas no supe al pronto quién era el ladrón, y al ponerme en pie, vi á ese joven en el suelo con la caja entre sus brazos. En su consecuencia le sujeté hasta que llegaron los agentes y se encargaron de él.

El inspector fijó entonces su mirada en el preso, que la sostuvo con firmeza, aunque era evidente que estaba muy débil y que hacía esfuerzos para sostenerse en pie; su cabello, rizado y sedoso, estaba en desorden, y en su cuello y frente veíanse algunas gotas de sangre.

—¿Quién ha herido á este hombre?, preguntó el inspector á los agentes. ¿Ha hecho resistencia cuando se le detuvo?

—No, señor, se ha mostrado muy tranquilo, diciendo tan sólo que era inocente. Ha debido recibir esa herida antes que nosotros le cogiéramos.

—Siéntese usted, dijo el inspector al acusado.

Acercaron una silla, y el preso se dejó caer en ella, dando á conocer por una involuntaria exclamación el alivio que experimentaba. Al mismo tiempo saludó con un movimiento de cabeza al inspector, como dándole gracias por su humanidad.

—¿Quién es usted?, preguntó el Sr. Byrnes.

—Soy ruso, contestó el joven; me llamo Ivan Fedovsky.

—¿Cuánto tiempo hace que está usted en Nueva York?

—Unos ocho meses.

—¿Tiene usted algo que alegar en su defensa?

—El testigo ha dicho la verdad en cuanto él sabe, pero tan sólo conoce una parte de ella. No soy culpable de lo que se me acusa.

Dijo esto con tal acento de sinceridad, que el inspector, cuyo oído estaba tan acostumbrado á reconocer las diversas entonaciones de la voz del criminal como el del músico á sorprender una nota desafinada, se impresionó y no pudo menos de interesarse por él.

Sin embargo, había dicho que se llamaba Fedovsky, y esto le recordó su conversación de poco antes con el joven Vanderblick, quien habló en términos poco favorables de un antiguo amigo suyo de este nombre.

—Sírvase usted referir lo que ha pasado, dijo el inspector.

—Yo iba por la calle de Nassau, comenzó á decir Fedovsky, que así como otros rusos bien educados hablaba perfectamente el inglés, y de pronto vi á un hombre, el mismo que me acusa, que llevaba una caja debajo del brazo, la misma también que el agente ha presentado. Al pronto me ocurrió que esa caja era de las que se usan para guardar valores, y pensé que era muy arriesgado ese método de transmisión. Pocos momentos después vi un hombre alto que avanzaba rápidamente hacia mí, miró á mi acusador y dirigiéndose hacia él dióle un empujón y le derribó, descargándole después un golpe. En el mismo instante vi salir del portal de una casa otro hombre que vestía levita negra y sombrero de fieltro, acercóse al empleado del Banco y le cogió la caja. Entonces, como se volviese hacia mí, alargué el brazo instintivamente, y le cogí por el cuello. Hizo un esfuerzo para desasirse, y al ver que no le era posible, introdujo rápidamente la mano en su bolsillo. Yo temí que hiciera uso de algún arma, y solté al hombre, pero guardando la caja entre mis manos, después de arrancarla violentamente de las suyas. En aquel instante comenzaba á perder el conocimiento, y caí en tierra sobre la caja. Ya no recuerdo más; cuando recobré el sentido halléme entre los dos agentes que acaban de conducirme aquí.

El joven dijo todo esto lentamente, sin duda á causa de su debilidad, pues debió hacer muchas pausas antes de terminar el relato, en voz muy baja. Sin embargo, la declaración parecía confirmar en un todo los hechos, y no dejó de producir una impresión favorable.

El inspector, que había escuchado atentamente, escribió algo en una hoja de papel y reflexionó algunos momentos.

—¿Podría usted, preguntó al fin al acusado, reconocer al hombre que se apoderó de la caja?

—Me parece que sí, contestó el joven, y hasta se me figura haberlo visto antes en alguna parte, aunque no recuerdo ahora dónde. Es un individuo alto, que lleva patillas casi negras.

—¿Cree usted que ese hombre alto fué quien le hirió?

—No podía ser él, porque le tenía enfrente cuando caí; me descargaron el golpe por la espalda.

—¿Entonces sería el hombre alto?..

—Es posible, pero tampoco lo aseguraría, tanto más cuanto que creo que este individuo pasó al otro lado de la calle cuando yo cogía al de la levita negra.

—Jackson, dijo el inspector con acento breve al empleado del Banco, ¿ha sido usted quién ha herido al acusado?

—No, señor, replicó el hombre sin vacilar, jamás maltraté á nadie.

—¿Vió usted descargar el golpe?

—A decir verdad, no, señor.

—¿Y no vió usted tampoco al individuo que se acercó por detrás?

—No, señor.

—Si el hecho ha ocurrido de la manera que ustedes dicen, es razonable suponer que alguno de los que formaban la partida de ladrones fué quien hirió al acusado, y es preciso practicar al punto las averiguaciones necesarias. Vayan ustedes, añadió dirigiéndose á los agentes, al lugar de la ocurrencia, entérense de quiénes han sido los testigos, y vuelvan aquí con ellos. Entretanto, dijo volviéndose hacia el joven, quedará usted detenido aquí hasta que...

—¡Señor inspector, se ha desmayado!, exclamó uno de los agentes.

Efectivamente, Fedovsky había perdido el conocimiento.

II

EL CONDE FEDOVSKY

El inspector dió al punto orden de llamar un médico para que examinase al preso, á quien se atendió debidamente para conseguir cuanto antes su restablecimiento. Entre tanto, presentáronse varios testigos y se tomó nota de sus declaraciones. Uno de ellos confirmó la versión del primero; otros dos alegaron haber visto al hombre de las patillas apoderarse de la caja; uno dijo que había visto al preso luchar con el individuo de la levita; y el último, en fin, afirmó que un hombre, acercándose al acusado por la espalda, le había descargado un golpe.

Todo conducía á deducir que la acusación contra el joven y su detención eran injustas, y que los verdaderos culpables habían escapado. El inspector, pues, dió al punto órdenes para que se buscara á los delincuentes acto continuo; pero había transcurrido ya demasiado tiempo para que se pudiese abrigar la esperanza de encontrarlos.

En la investigación se emplearon dos ó tres horas, y antes de que terminase, el inspector recibió aviso de que el preso estaba sumamente débil, y al parecer afligido por el hambre. La herida de la cabeza, aunque profunda, no había fracturado el cráneo, y era más que probable que el joven se restableciera pronto si se le dispensaba el debido tratamiento.

—Condúzcanle ustedes al hospital, contestó el inspector, y encarguen de mi parte que se le cuide bien. Cuando se haya restablecido, que se presente aquí.

Transcurrieron cuatro ó cinco días, y al cabo de este tiempo se anunció á Byrnes que el paciente, Iván Fedovsky, estaba ya bastante fuerte para que se le diese de alta en el hospital. Poco después un sargento de policía fué en busca del joven y volvió con él muy pronto; presentóle al jefe y se retiró.

—Me alegro mucho, dijo el inspector cuando estuvieron solos y ofreciendo una silla al joven, de que esté usted ya restablecido y que la cosa no haya pasado de aquí.

—Muchas gracias, contestó Fedovsky con un acento que revelaba su sinceridad. Agradezco en el alma las atenciones que se me han dispensado...

—Bien, bien, interrumpió el inspector; yo he querido que se presente usted solamente para decirle que de las averiguaciones resulta que la acusación es infundada, y que en vez de intentar un robo ha procedido usted con una nobleza digna de elogio. Por mi parte no puedo hacer más que expresarle mi sentimiento por el disgusto que se le ha ocasionado; pero cuando se pide á mis subordinados la detención de un individuo, deben obedecer. Sin embargo, probablemente no se le habría traído aquí si hubiese usted citado el nombre de alguna persona conocida que respondiese por usted; y como, según me dijo antes, hace ya ocho meses que reside en Nueva York, parece extraño que no haya pensado en esto.

Fedovsky se ruborizó ligeramente, pero sostuvo con firmeza la mirada del inspector.

—No se me ocurrió, repuso; mas por otra parte, las circunstancias me impedían hacerlo. Entre las muchas personas que conozco en esta ciudad, no hay ninguna con quien tenga la suficiente confianza para pedir un favor. Sin embargo, por este hecho mismo aprecio más la bondad de usted, pues no me conoce, y además ejerce un cargo que no supone sentimientos muy humanitarios, ó por lo menos así se cree en general.

Al pronunciar estas últimas palabras, la boca del joven se contrajo, y algunas lágrimas asomaron á sus ojos.

—¡Oh!, replicó el inspector, no vaya usted á creer que todos los hombres que desempeñan un cargo como el mío carecen de entrañas y de compasión. Nuestro único objeto es reprimir el crimen, castigando á los delincuentes, y esto implica que nos interesamos por la seguridad de la gente honrada. Por lo demás, usted no debe agradecerme cosa alguna, pues me he limitado á cumplir con mi deber en cuanto las circunstancias lo permitían.

—De todos modos, repuso Fedovsky, me ha tratado usted con una bondad que no olvidaré nunca. No hay en esta población persona alguna á quien pueda hablar con franqueza; mas usted me inspira la mayor confianza, y me complacería referirle confidencialmente la historia de mi vida, para que nunca piense que ha dispensado su bondad á un vagabundo.

—Según he dicho ya, repuso el inspector, estoy completamente persuadido de su inocencia, y no hay necesidad de que me cuente su historia, con la cual evocaría tal vez algún triste recuerdo.

—Pues á mí me parece, dijo Fedovsky, que esto



.... y caí en tierra sobre la caja

me aliviaría; y en cuanto al incidente que me ha conducido aquí, tengo razones para alegrarme de él más bien que para deplorarle, pues me ha librado de cometer una locura fatal, que habría sido un crimen. Ya comprenderá esto mejor cuando llegue á cierto punto de mi relato; pero ante todo quisiera saber si tiene usted tiempo suficiente para oirme...

Por toda contestación el Sr. Byrnes tiró de la campanilla, y en el mismo instante presentóse un agente.

—Estoy ocupado, dijo el inspector; no recibiré á nadie, como no sea para algún asunto que no admita espera. Y ahora, añadió cuando el agente se hubo retirado, estoy dispuesto á escuchar á usted, caballero.

Fedovsky comenzó á referir su historia, con cierta vacilación al principio, pero á medida que avanzaba en el relato, éste adquiría vigor y colorido, llegando á presentar á veces las situaciones más dramáticas. Era la historia de una vida extraña, de singulares aventuras, é indudablemente debía mucho de su interés al estilo y personalidad del narrador. No obstante, nos extenderíamos demasiado si tratásemos de reproducirla toda; y para conveniencia del lector nos limitamos á dar la parte que ofrece mayor interés, poniendo á Fedovsky en tercera persona. Así evitaremos ciertas digresiones que carecen de importancia, y por otra parte se dilucidarán algunos puntos que no se explicaban suficientemente en el relato original.

. . . .

El hombre se entrega al juego por una de estas tres razones: ó por afición natural, ó porque espera desquitarse prontamente de una pérdida de dinero, ó porque, hastiado de todas las demás formas de excitación, no encuentra otra que le satisfaga más.

El joven caballero ruso, conocido como conde Fedovsky, se podía haber clasificado en la tercera de estas divisiones. Por naturaleza no era especialmente inclinado á los juegos de azar; y después de haber pasado dos ó tres años en las capitales de Europa, llevando una vida extravagante, aún le quedaba dinero en abundancia; pero muy pronto comenzó á cansarse de las diversiones y de la disipación bajo sus formas ordinarias, y por último sintió la necesidad de un estímulo más fuerte.

Cierto día se le ocurrió que aún no había probado su suerte en el tapete verde, y obrando bajo el impulso del momento, mandó á su fiel criado preparar el equipaje y marchó en el primer tren que salía para Mónaco.

Hasta este punto de su carrera, el conde Fedovsky podía considerarse favorito de la fortuna. Hijo único de un rico magnate ruso, había recibido excelente educación, y desde su infancia comenzó á familiarizarse con los principales idiomas europeos. Su padre, que desempeñaba un cargo de importancia en el gobierno imperial, había sido favorito del tsar, y estaba saturado de todas las preocupaciones en que le habían imbuído la tradición y las ideas de sus antecesores autócratas. Su madre, mujer tan hermosa como indolente, había tenido por lo regular demasiada condescendencia para su hijo, que no pocas veces la desobedeció; pero la buena señora, en vez de imponerle un correctivo, contentábase con castigar á sus siervos, los cuales amaban tanto á su joven señor, que sufrían resignados sin quejarse.

Cuando el conde tuvo veinte años, se enamoró desesperadamente de una joven con quien no le era lícito unirse, en primer lugar porque pertenecía á una clase inferior de la sociedad, y además de esto, otras razones de carácter político se oponían á semejante enlace. Sin embargo, la joven correspondía á la pasión de su adorador, y seguramente los dos hubieran podido ser felices. La madre del conde, que respecto á moralidad tenía las ideas de su raza, no se habría opuesto á que los jóvenes se amaran sin la intervención de las formalidades legales y eclesiásticas; pero su hijo, cuyas ideas eran puras, tuvo la rara magnanimidad de rehusar semejantes relaciones clandestinas. Vera, que así se llamaba la joven, debía ser su esposa ó nada; y en vano fué argüirle, porque estaba acostumbrado á no encontrar oposición ante su voluntad, y no hubo medio de convencerle.

La condesa, temiendo que su hijo se escapase para unirse con la mujer á quien amaba, vióse en la precisión de dar cuenta á su esposo de aquel estado de cosas; escribióle una carta sobre el particular, y el antiguo autócrata llegó de San Petersburgo tres días después.

El conde procedió desde luego con la mayor actividad y decisión. Ante todo tuvo una entrevista con su hijo, y demostróle claramente la magnitud de su locura; díjole después que debía prepararse para ir con él á la capital la semana siguiente para desempeñar allí un cargo oficial; y negándose á escuchar las observaciones y súplicas de su hijo, le mandó retirarse á su cuarto, encerróle bajo llave, y subiendo después á su coche, dirigióse al domicilio de la desgraciada Vera.

Los padres de la joven eran pobres; el conde les dió á conocer en dos palabras la situación, y terminó proponiéndoles que casaran inmediatamente á su hija con el intendente de uno de los dominios del autócrata. A fin de allanar el camino, puso en manos de los padres de Vera cincuenta mil rublos, y como aquella pobre gente no tuvo valor para oponer objeción alguna, aunque hubiese querido hacerlo, el matrimonio se efectuó antes de terminarse la semana.

Al recibir la noticia el joven conde, fué á ver á su padre y díjole que, siéndole ya imposible esperar felicidad alguna, pondría fin á sus días. Apenas pronunciadas estas palabras, apoderóse de una pistola que había sobre la mesa y se aplicó la boca del cañón á la frente. El padre permaneció inmóvil, con la vista fija en su hijo, que oprimiendo los dientes y muy pálido, apretó el gatillo del arma. Pero no se siguió explosión alguna; el sagaz noble había tenido la precaución de sacar los proyectiles, y levantándose rápidamente, cogió la pistola de manos del joven y obligóle á sentarse.

—Vamos, díjole con bondad, á pesar de todo, abrigo la esperanza de hacer carrera de ti. Acabas de probarme que tienes valor y resolución; y en cuanto á la joven por cuyo amor has querido arrancarte la vida, ningún hombre hubiera podido hacer más. Gracias á mi previsión, en vez de ser ahora un yerto cadáver, conservas la vida, y tienes ante ti una brillante carrera. No lamentes lo que es irrevocable; el suicidio es propio de los cobardes y los imbéciles, y tú no eres ni una cosa ni otra. Mañana mismo iremos á San Petersburgo; allí te pondré en buen camino, y con tus aptitudes y mi influencia, no habrá puesto bastante elevado para tu ambición. ¡Eres mi hijo; puedes contar con mi cariñoso afecto, y ahora es preciso que procures merecer también mi respeto y estimación!

(Se continuará.)

CÓMO LOS JAPONESES HAN ECONOMIZADO VIDAS DURANTE LA ÚLTIMA GUERRA

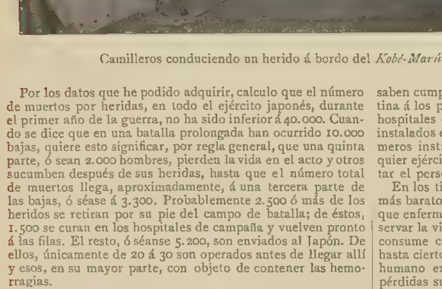
por Anita Newcomb, Doctora en Medicina

El tifus, ese azote temible del soldado, casi fué desterrado del ejército japonés durante la reciente guerra. Este es uno de los muchos resultados que, en la prevención de enfermedades y muertes, he tenido ocasión de observar mientras estuve de directora de enfermeras en Hiroshima, base principal de operaciones, y en los hospitales que se establecieron, así á orillas del Yalú, en Mandchuria, como en algunos buques.

En los tres meses que siguieron después de la batalla del Yalú, el ejército del general Kuroki sólo tuvo ochenta y tres casos de tifus. Desde que desembarcó el ejército del general Okú en Mandchuria, el 6 de mayo, hasta fines de enero del año siguiente, sólo tuvo cincuenta defunciones causadas por el tifus. Indudablemente ha contribuído mucho á ese resultado el gran cuidado que se tenía con la higiene del soldado, á quien se hacía tomar diariamente varias píldoras de creosota, que destruye los gérmenes del mal.

En el ejército japonés se cebó más la disentería que el tifus; pero su más cruel enemigo fué el beri-beri ó *kakké*. De los enfermos del ejército del general Kuroki, que el último verano pasaron por Antung con dirección al Japón, el 70 por 100 lo estaban del beri-beri, enfermedad común en el Oriente. Ataca principalmente á los nervios y á la circulación, produce una parálisis mayor ó menor é hinchazón, principalmente de las piernas. La humedad, el calor y la alimentación insuficiente predisponen á ella, y algunos médicos eminentes sostienen que una alimentación bien ordenada basta para impedir su desarrollo. Así lo han hecho en la marina japonesa, dando á las tripulaciones mayor cantidad de nitrógeno y grasa y mejorando las condiciones sanitarias de los buques, lo que ha producido muy buenos resultados. Los médicos japoneses tratan con mucho empeño en la actualidad de conseguir idéntico resultado en el ejército; el día que lo consigan se pondrá aquel país á la cabeza de las naciones en lo que concierne á sanidad militar.

Los médicos y sanitarios japoneses han hecho mucho por evitar bajas definitivas innecesarias. La mayor parte del hospital de Hiroshima estaba destinado para los heridos más graves, especialmente para los que requerían ser operados. De más de 3.000 de estos heridos, conducidos allí antes de que finalizara septiembre, sólo murieron 47. Todavía más notable es la estadística de los miembros que se salvaron de ser amputados, porque á pesar de estar en aquel hospital la principal sala de operaciones de todo el ejército, sólo se efectuaron en dicho espacio de tiempo 19 amputaciones, y de éstas, cinco fueron de dedos.



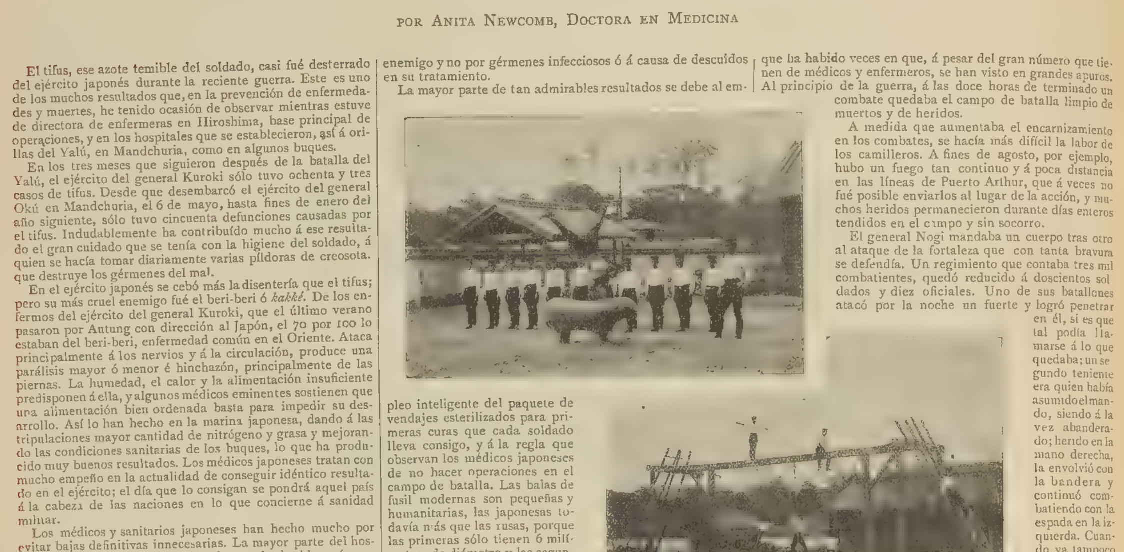
Camilleros conduciendo un herido á bordo del *Kobé-Marú*

Por los datos que he podido adquirir, calculo que el número de muertos por heridas, en todo el ejército japonés, durante el primer año de la guerra, no ha sido inferior á 40.000. Cuando se dice que en una batalla prolongada han ocurrido 10.000 bajas, quiere esto significar, por regla general, que una quinta parte, ó sean 2.000 hombres, pierden la vida en el acto y otros sucumben después de sus heridas, hasta que el número total de muertos llega, aproximadamente, á una tercera parte de las bajas, ó séase á 3.300. Probablemente 2.500 ó más de los heridos se retiran por su pie del campo de batalla; de éstos, 1.500 se curan en los hospitales de campaña y vuelven pronto á las filas. El resto, ó séanse 5.200, son enviados al Japón. De ellos, únicamente de 20 á 30 son operados antes de llegar allí y esos, en su mayor parte, con objeto de contener las hemorragias.

Un hecho curioso y que contradice por completo la opinión de varias eminencias militares, que sostienen que las bayonetas ya no tendrían ocasión de emplearse, es que el 7 por 100 de todos los heridos lo era de arma blanca. Esto, en parte, es debido á la repugnancia á rendirse que sienten los japoneses y que los obliga á combatir cuerpo á cuerpo. Uno de nuestros pacientes fué el soldado Nakano, que recibió nada menos que veinte bayonetazos; sin embargo, cinco semanas después estaba ya casi bueno. Hallábase una noche en un puesto avanzado, que fué cercado por el enemigo. Combatiendo cuerpo á cuerpo, después de recibir cinco bayonetazos en el pecho, uno de los que por poco le atraviesa el corazón, cayó al suelo, donde recibió las demás en la espalda, brazos y cabeza.

En el ejército japonés por cada 100 hombres muertos en el acto hay 66 que mueren de sus heridas, y casi todos éstos fallecen antes de que se les pueda sacar del campo de batalla. Dicho de otro modo, esos muertos lo son realmente por el enemigo y no por gérmenes infecciosos ó á causa de descuidos en su tratamiento.

La mayor parte de tan admirables resultados se debe al em-



pleo inteligente del paquete de vendajes esterilizados para primeras curas que cada soldado lleva consigo, y á la regla que observan los médicos japoneses de no hacer operaciones en el campo de batalla. Las balas de fusil modernas son pequeñas y humanitarias, las japonesas todavía más que las rusas, porque las primeras sólo tienen 6 milímetros de diámetro y las segundas 7. Debido á su composición y gran velocidad, prácticamente están esterilizadas, y á no ser que toquen en algún órgano vital, si no se la contamina con el manoseo las probabilidades son que la herida cicatrice pronto y sin complicaciones. Según se me dijo en Antung, el 82 por 100 de los heridos japoneses en la batalla del Yalú tenían heridas no infeccionadas y sin pus.

Aquel preservativo de la vida, aquel pequeño paquete, pierde gran parte de su eficacia si se pone en manos de soldados á quienes no se haya enseñado la manera de servirse de él; el gran éxito que ha tenido entre los japoneses se debe á que á falta de médicos y practicantes, cada soldado sabe la manera de aplicárselo á sí mismo ó á otro compañero.

El principal factor de ese buen éxito es el cuerpo de Sanidad del ejército japonés, cuyo primordial objetivo es conservar al soldado apto para el combate, y en segundo lugar, curarle cuando cae enfermo ó herido. Ayúdale en sus funciones otro cuerpo de análoga organización y que de él depende, en el cual hay también enfermeras con sus correspondientes jefes del mismo sexo, y está formado por la sociedad de la Cruz Roja japonesa, cuyo uniforme usa. Las enfermeras de esta sociedad son consideradas como las que mejor saben cumplir con su cometido, y se las destina á los puestos preferentes, como son los hospitales de las bases de operaciones y los instalados en los buques. Por cada dos enfermeros instruídos que pueda presentar cualquier ejército, el japonés tiene tres, sin contar el personal procedente de la Cruz Roja.

En los tiempos antiguos se creía que era más barato buscar otro soldado que curar al que enfermaba ó era herido. La idea de conservar la vida, tratándose de cosa que tantas consume como es la guerra, es moderna y hasta cierto punto anómala. Pero el progreso humano exige que se ponga término á las pérdidas superfluas é inútiles de existencias, y al fin los generales y los legisladores principian á dar la debida importancia al problema de conservar al soldado apto y en buenas condiciones para la lucha. Los japoneses, por lo menos, lo hacen así. Tienen un numeroso cuerpo de sanidad, cuyos miembros todos, desde el director general hasta el último camillero, conocen perfectamente cuanto han de practicar, y además una reserva igualmente numerosa é instruída.

Desde el punto de vista puramente militar, todo aumento de personal no combatiente es un embarazo más para un ejército en campaña; sin embargo, todas las naciones deben tener uno suficiente para que pueda prestar pronto auxilio después de una batalla encarnizada. Pero tan cruentas han sido aquellas en que últimamente han tomado parte los japoneses, que ha habido veces en que, á pesar del gran número que tienen de médicos y enfermeros, se han visto en grandes apuros. Al principio de la guerra, á las doce horas de terminado un combate quedaba el campo de batalla limpio de muertos y de heridos.

A medida que aumentaba el encarnizamiento en los combates, se hacía más difícil la labor de los camilleros. A fines de agosto, por ejemplo, hubo un fuego tan continuo y á poca distancia en las líneas de Puerto Arthur, que á veces no fué posible enviarlos al lugar de la acción, y muchos heridos permanecieron durante días enteros tendidos en el campo y sin socorro.

El general Nogi mandaba un cuerpo tras otro al ataque de la fortaleza que con tanta bravura se defendía. Un regimiento que contaba tres mil combatientes, quedó reducido á doscientos soldados y diez oficiales. Uno de sus batallones atacó por la noche un fuerte y logró penetrar en él, si es que tal podía llamarse á lo que quedaba; un segundo teniente era quien había asumido el mando, siendo á la vez abanderado; herido en la mano derecha, la envolvió con la bandera y continuó combatiendo con la espada en la izquierda. Cuando ya tampoco podía manejar este brazo, cayó al suelo con una pierna rota; entonces trató de suicidarse, como lo hacían muchos de los heridos que le rodeaban. Pero en aquel momento llegaron refuerzos, y uno de sus mismos soldados, herido ligeramente en la cabeza, le cargó sobre sus espaldas y le sacó fuera del recinto. Cuando por último los rusos, con fuerzas muy superiores, recobraron el fuerte, sólo regresaron al campo japonés un oficial y siete soldados que no estuvieran heridos. A la vista de estos casos, no es de extrañar que, á pesar de su previsión y cuidado, se encontraran los japoneses con que no bastaban sus hospitales ni sus medios de transporte para los heridos.



Reclutas practicando ejercicios en un gimnasio al aire libre en Hiroshima

El *Kobe-Marú* es uno de los dos buques hospitales que pertenecen á la Cruz Roja; en tiempo de paz estaba destinado al transporte de pasajeros; durante la guerra se le transformó rápidamente en hospital con arreglo á los planos hechos cuando se le construyó. Lo mismo que su compañero, el *Hakuai-Marú*, tiene tres puentes y mide 1.423 toneladas netas. El amplio espacio destinado para pasearse lo utilizaban todos los pacientes sin distinción de jerarquías, y ocupaban sus camarotes los oficiales y soldados que más graves se hallaban. En el lugar donde estaban los salones y comedores se colocó una armazón de hierro que sostenía unos sobre otros y muy juntos los lechos.

También tienen estos buques pequeños compartimientos para los enfermos del tifus y otras enfermedades contagiosas, cuarto de operaciones dispuesto para practicarlas, pero donde por lo común sólo se hacen curas, farmacia, depósito de cadáveres, aparato para los rayos X, y están desinfectados por un sistema de tubos de vapor.

A bordo del *Kobe-Marú* conocí á Iwasaki, soldado japonés que, después de curadas sus heridas, regresaba al Japón para reponerse de los efectos de unas tenaces fiebres intermitentes. En la batalla de Motien, rodeado por varios rusos, mató tres, y al hacer lo mismo con el cuarto, fué cogido prisionero por un gigantesco soldado ruso que por detrás le cogió entre sus brazos. Quitáronle el fusil y bayoneta; pero aquella misma noche se apoderó de un fusil, hirió á dos de ellos con la bayoneta, y á pesar de haber recibido un sablazo, pudo volver á incorporarse á su regimiento.



Los soldados Iwasaki y Nakano á bordo del *Kobé-Marú*

EL AUTOMÓVIL DE GUERRA

C. G. V.

El ministro de la Guerra de Francia visitó el día 10 de los corrientes los talleres que en Puteaux tiene la sociedad Charron, Girardot y Voigt, para examinar un tipo interesante de automóvil militar construído por cuenta del gobierno ruso por la citada casa conocida por C. G. V. Este automóvil constituye, en cierto modo, una ciudadela ambulante que se mueve con la facilidad que hoy se obtiene con el vehículo de motor y que (punto sobre el cual conviene insistir) puede evolucionar en terreno accidentado, es decir, prestar servicio útil y práctico en campaña.

La casa C. G. V., una vez resuelto el problema, ha puesto empeño en darle interés por la misma simplicidad de su solución.

El vehículo consta de dos elementos, el marco y lo que llamaremos la ciudadela, con sus casamatas, su armamento y el dispositivo especial de la torrecilla móvil que protege el cañón.

El marco es del tipo corriente, de 30 caballos; los ejes y los muelles han sido reforzados en previsión del trabajo á menudo penoso que habrán de realizar; las ruedas son macizas y los bandajes tienen cámaras de aire saturadas de una disolución especial que, en caso de perforación permiten que el vehículo ande unos diez minutos sin que la avería del neumático sea un peligro para la marcha del mismo. El automóvil lleva además dos ruedas de recambio que pueden montarse en el juego delantero ó en el de detrás, pues los constructores han hecho de modo que las ruedas puedan ir indistintamente á una parte ó á otra.

El automóvil hállase protegido enteramente por planchas de blindaje que defienden los órganos motores, el radiador, las ruedas hasta la altura del cubo, la pieza de artillería, el servidor de ésta y los conductores del vehículo. Un juego de postigos permite transformar inmediatamente el vehículo en un blocao, desde uyo interior se explora el terreno por medio de pequeñas troneras.

El conductor y el maquinista ocupan dos asientos en la delantera como en los vehículos ordinarios. Un mecanismo especial muy sencillo permite poner en movimiento el motor desde el interior del vehículo. En la parte trasera de éste hay la pieza de artillería y una especie de torrecilla en cuya plataforma está el cañón giratorio.

El comandante Guye, que ha colaborado á la construcción de la C. G. V. de guerra, se ha preocupado especialmente de encontrar un mecanismo que permita asegurar una gran regularidad del tiro, estando el vehículo en marcha ó parado.

Sus estudios han tendido á la supresión de la trepidación de la pieza, que es de tiro rápido, y de la plataforma, habiendo conseguido, por un sistema especial, asociar la una á la otra en una rigidez absoluta.

La C. G. V. de guerra en condiciones de marcha, con sus municiones y sus viajeros, pesa unas tres toneladas; puede correr á razón de 45 kilómetros por hora en terreno llano y sube con facilidad pendientes de 25 por 100.

El blindaje general que envuelve el vehículo ha sido sometido á la prueba del fuego; á 125 metros, las balas Lebel no han causado en él ningún desperfecto.—G.



EL AUTOMÓVIL DE GUERRA CONSTRUÍDO POR LA SOCIEDAD CHARRÓN GIRARDOT Y VOIGT DE PUTEAUX (FRANCIA) POR ENCARGO DEL GOBIERNO RUSO. (De fotografía de M. Branger.)



París.—Visita de los individuos del County Council de Londres al Consejo Municipal de París.—Los miembros de ambos Consejos dirigiéndose al Palacio de Justicia. (De fotografía de M. Rol y C.ª)

El Consejo del Condado de Londres ha devuelto al Consejo Municipal de París la visita que éste le hizo hace algunos meses. Durante los cinco días que han permanecido en la capital de Francia los ediles de Londres han sido espléndidamente obsequiados por sus colegas parisienses, quienes dispusieron en su honor, entre otras fiestas, un almuerzo en el Jardín de Aclimatación, una función de gala en la Opera, una visita y un almuerzo en Versailles, una recepción en el Elíseo, otra en el Hotel de Ville y otra en el Ministerio del Interior, amén de los correspondientes paseos por París y sus alrededores y de varias visitas á los más importantes establecimientos públicos.

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XXV — Barcelona 26 de febrero de 1906 — Núm. 1.261



¡AL FIN EN NUESTRA CASA!—EL TÉRMINO DE UNA PRESIDENCIA

Monsieur Loubet y su esposa entrando en su nuevo domicilio particular de la calle de Dante. Dibujo de Pablo Thiriat

SUMARIO

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

El caso del hermano vengador, que estos días ha dado pábulo á las conversaciones (con nota general de simpatía, es forzoso reconocerlo), plantea una vez más la eterna cuestión de lo que es el honor, cómo debe entenderse la palabra, á qué obliga, y hasta qué extremo conducen sus tiránicas exigencias.

No creo que nadie lo discuta: el toque del honor consiste, casi exclusivamente, en el concepto que de nosotros forman los demás. Hay en esto subjetivismos, pero nacen siempre de lo objetivo.

¿Y quiénes son *los demás,* en la circunstancia de este hermano vengador? El personal de ferrocarriles; sus conocimientos; sus amistades; el círculo en que se agita; el número de personas que le saluda, ó puede, al encontrársele, pronunciar su nombre.

Es claro que si el hermano vengador se hubiese encontrado, por arte de magia, trasladado á un punto del globo donde nadie, absolutamente nadie, sospechase la deshonra de su hermana, y por lo tanto no supusiese en él ese deber de vindidar la honra de la hembra que al varón incumbe, no cruzaría por la mente de este hermano, que no es hombre de instintos criminales, la idea de meterle cinco balas en el cerebro al seductor.

Conviene, pues, que la sociedad se muestre indulgente con semejantes delitos, una vez que es la opinión, producto de la sociedad, la que á cometerlos incita.

No quiero dar á entender que existan puntos de honra de varias clases, aplicables los unos á las personas de muy elevada posición y los otros á las que no ocupan lugar tan preeminente en sociedad. Los sentimientos hondos y fortísimos que deciden ciertos actos, pueden surgir, y surgen, quizás con mayor fuerza y energía, en los corazones de la gente humilde, ó de modesto pasar y condición; todos los días vemos confirmada esta verdad. Sin embargo, lo cierto es que la mancha en la opinión de una señorita que no brilla ni bulle, sólo se hace pública cuando alguien de su familia toma resonante y trágica venganza. No es esta de las menores anomalías que en el concepto de honor cabe observar. Ignorábamos todos el drama de familia que nos revelaron los disparos de revólver hechos con firme pulso y singular acierto por el matador de Bechades. Este drama se sabría únicamente en un círculo reducido; pero ese círculo era el que importaba, el que preocupaba, el que decidía del punto de honra, para el hermano vengador, el cual, en vez de *secreta venganza,* buscó la publicidad del castigo, compensación de ya antiguas y ocultas amarguras.

Porque es indudable que lo tardío de la resolución, en vez de probar que el hermano vengador procedió á sangre fría, prueba que obedeció á una obsesión violenta, dominadora. La indignación, el dolor de los primeros instantes, se transformaron en idea fija, con la cual habrá luchado día y noche, entre el retemblido del humeante tren y el sordo fragor con que cruza los sombríos túneles. Cuando una resolución de ese género prende en el cerebro, el tiempo no hace más que desarrollarla, prestarle caracteres de fatalidad. La superficial psicología que por ahí se gasta no comprende sino el impulso instantáneo, como de diablotino de caja de sorpresa, que salta cuando el resorte es oprimido. Hay más cuevas y recovecos en el alma humana de lo que suponen estos baratísimos Horacios, que todo lo arreglan manifestando lo que «ellos harían» en caso tal, como si existiese patrón á que ajustar la riqueza desbordante de los sentimientos, su variedad infinita, su impetuosa florescencia, su complicada maraña ó red. El que lleva en sí mismo su propio límite, no debe creer que ese es el límite universal, procediendo al modo de aquel individuo que todo lo medía con su paraguas.

Los que leen estas crónicas saben que yo les hablo poco ó nada de mi literatura. Creo no haberlo hecho dos veces en muchos años. Mi vida literaria es movida, activa y fecunda, pero no la traigo á alternar con «La vida contemporánea» en las páginas de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA. Hago ahora una excepción porque en esas páginas, en la crónica de teatros del Sr. Zeda, leo algo que á mí se refiere y que me da pie y hasta en cierto modo me obliga á escribir consideraciones de carácter personal.



BARCELONA. – Funerales celebrados en la iglesia de la Casa Provincial de Caridad el día 16 de los corrientes en sufragio del alma del ex presidente de la República Argentina D. Bartolomé Mitre, por iniciativa del Sr. Cónsul de la República y de varios argentinos y españoles admiradores del esclarecido ciudadano. – Vista del catafalco levantado en el centro de la iglesia. (De fotografía de Castellá.)

Cualquier lector, en mi caso, haría lo mismo. De cierto, lector, si te imputan una muerte que no cometiste, te apresuras á vindicarte.

Trátase de mi drama *Verdad,* recientemente estrenado en el teatro Español. *Zeda* dice que, de los personajes que intervienen en la obra, tres mueren de mala muerte en el transcurso de ella. Yo necesito rectificar: no son sino dos, y una de estas dos muertes es involuntaria. La vieja Ildara muere de su muerte natural, y no se la ve morir: el fallecimiento de este personaje episódico se sabe que ocurrió entre el primero y el segundo acto.

El pormenor tiene su importancia, no sólo por lo que significa dentro de los actuales gustos del público, que se revela abolicionista de la pena de muerte en el teatro, sino por referirse á una obra que, según el Sr. Zeda declara con sinceridad que le agradezco, tenía que luchar cual ninguna otra en la temporada y desde años hace con hostilidades del auditorio.

Esto no lo ha dicho sólo *Zeda:* voz unánime ha sido la de que existía una prevención especial en contra de mi drama, prevención que no esperó, para manifestarse, ni á que se levantase el telón y comenzase el primer acto. Los orígenes de esta predisposición feroz de los espectadores serán quizás los que señala *Zeda*, y á ellos pudieran sumarse varios móviles de muy diversa índole, que aquí no he de analizar; pero el recurso de que echaron mano para indisponer al público con mi primer drama, quince ó veinte días antes de que se estrenase, fué formarle una *leyenda negra,* dando por cierto que allí moría hasta el apuntador, y no sé si media docena de espectadores de orquesta.

Como ciertas famosas Cortes, mi drama estaba «deshonrado antes que nacido,» y tenía hasta su apodo: se llamaba por mal nombre «El huerto del francés.»

He aquí por qué me interesa, en la medida de lo posible, que no se me atribuyan mayor número de homicidios de los que realmente cometí.

A *Zeda* el drama *Verdad* le parece una equivocación, á pesar de reconocer que hay en él «grandeza de concepción, cantidad de talento, escenas, rasgos y frases de extraordinario valor, etc.» Yo no he de discutir el mérito ó demérito de una obra mía; pero sin entrar en tales apreciaciones, quisiera aquilatar el alcance de la palabra *equivocación* en arte dramático. No se me ocurre negar que, en efecto, me equivoqué en *Verdad*, ó mejor dicho, me hubiese equivocado, si de antemano llevase la presunción de ser aplaudida en esa obra; mas no la llevaba; la obra me parecía, como se dice en *argot* teatral, peligrosa, amén de extraña y nueva, que es otro peligro. Sabía yo además que detrás del público hostil vendría la crítica encarnizada, recargando; sabía que á mí no se me aplicaría absolutamente ninguno de los criterios de tolerancia que diariamente veo aplicar, y que para mí no se han hecho. En este respecto no me equivoqué, no podía equivocarme.

En el que llamaremos teatral, es indubitable que, dando por supuesto que se escribe para un público, ese público no gustó de mi obra.

Ese público era el de determinado teatro, en determinado período del arte dramático, en determinada nación. Con respecto á este público, me he equivocado. Es decir, con respecto á una gran parte de ese público, supongo que la mayoría. Una minoría importante por su inteligencia, por su sinceridad y su amor al arte, ha opinado de modo completamente opuesto, exaltando á *Verdad* en términos que no he de reflejar ni comentar. Basta saber que no fué mi equivocación de esas por nadie negadas, sino de las que promueven discusión, marejada y revuelo literario.

Y lo que me ha hecho comprender que *Verdad* no ha caído en el pozo de apacible indiferencia que se sorbe tantas obras rechazadas y aun aplaudidas, es que los partidarios de *Verdad* no son, por lo general, del número de mis amigos, y que entre mis amigos abundan los adversarios de esa obra. Yo recojo toda opinion, yo adiciono esas impresiones, con la calma rayana en flema británica que tengo en estos asuntos, y sin la cual no me hubiese determinado nunca á escribir para el teatro, pues no conozco ser más digno de compasión que un autor dramático excesivamente nervioso, y á veces he aplaudido obras que no me satisfacían, pensando en el sufrimiento del que aguarda, detrás de una bambalina, el pasajero testimonio de la aprobación de la multitud.

En parte, mi calma se debe á que tomo el teatro —sin exceptuar el mío—como *espectáculo*. Es decir, que lo referente á ensayos, estrenos, éxitos y la mecánica interior que esto lleva en sí, despiertan mi curiosidad lo suficiente para entretenerme como á un mero *dilettante*, por la observación y el análisis de pasiones, miserias, luchas é ilusiones que ello envuelve. Hay en el teatro infinitos elementos ajenos á la literatura, que le prestan interés humanísimo. Es un estudio, más viviente y sangrante que el de los libros.

Es vida en que el artificio y la realidad, combinándose, dan por resultado un poco más de experiencia.

EMILIA PARDO BAZÁN.



En las riberas del Guadalquivir y en el término de Sevilla levantábase un castillo

LA CONDESA DE LA BUENAGUA

En los campos de Sevilla sobre el borde del Guadalquivir en una sinuosidad de sus riberas, se cometió un crimen cierta noche, crimen que por las mismas circunstancias en que fué cometido, revistió gran interés para los habitantes, no sólo del campo, sino de la ciudad populosa. Fué un crimen que quedó en la sombra. En la sombra continuó mucho tiempo para todo el mundo.

Ello fué que en las riberas del Guadalquivir y en el término de Sevilla levantábase un castillo, antigua fabricación romana que restauraron después los árabes; más tarde, en tiempos modernos, la restauró otra vez, la hermoseó, la modernizó, por decirlo así, el último descendiente de la raza de aquellos señores; un conde de la Buenagua, sujeto ya de alguna edad, gastado por la vida que suele gastar á los grandes, pero fuerte aún, altivo, de continente señoril y gran aficionado á toda clase de *casas*, afición que le había costado sinsabores sin cuento. Este señor conde, que era soltero y solo, iba á contraer enlace con una jovencita linajuda, única descendiente de otra gran familia; un matrimonio, á lo que decíase en tierra sevillana, de amor y de interés... Matrimonio, como veis, de doble atractivo para aquellas almas enamoradas... é interesadas.

El matrimonio iba á celebrarse en la suntuosa capilla del castillo. El conde de la Buenagua, tanto como los padres de la novia, hicieron gran número de invitaciones, y toda la grandeza sevillana honró la noche de la boda el castillo, que resplandecía de luces y flores.

Ello fué también que, pocos momentos antes de celebrarse la imponente ceremonia, deseadísima por los novios y la familia de los novios, el conde de la Buenagua entró en su alcoba un instante, no se sabe con qué motivo. Como tardara en aparecer en la capilla, donde esperábanle la novia, los padres futuros y todo aquel tropel de grandes señoras y grandes caballeros, pasáronle aviso con su ayuda de cámara, y éste volvió loco de terror, diciendo que la puerta estaba cerrada por dentro y que no respondía nadie, por mucho que había llamado. Figuraos la algazara que hubo en el castillo; figuraos el pánico; corrieron angustiosamente á las habitaciones del conde; en efecto, la puerta estaba cerrada, la llave puesta por el interior; descerrajaron la puerta y encontráronse al conde, tendido de bruces en una otomana, muerto, con el pecho traspasado por un puñal. El mueble estaba empapado en sangre, en la alfombra había también un gran charco sin coagular aún, caliente, humeante. Era horrible.

Pero aquí entran los comentarios; aquí entran las cábalas, porque entra precisamente el misterio. Era una noche invernal; la puerta, como sabéis, estaba cerrada por dentro; las ventanas y balcones, como pudo observarse, cerrados también herméticamente. No había podido entrar nadie por lo tanto á cometer el crimen estando allí el conde. No pudieron haber entrado tampoco mientras el conde estuvo fuera de la habitación para esperarle en acecho, porque les hubiera sido imposible salir, estando, como sabéis, todo cerrado interiormente. Preguntaréis conmigo: ¿No pudo el conde haber atentado contra su vida? Podía tratarse muy bien de un suicidio. Suposición absurda. La herida demostraba que fué hecha por otra persona, por el sitio donde habían asestado el golpe. La herida era en la espalda. Los médicos opinaron, y sin ser médico lo había opinado así cualquiera, que hubiese sido imposible calificar aquello de suicidio. Quedaba otra suposición: el mismo conde, antes de morir, ¿no hubiera podido cerrar puertas, ventanas y balcones, después que el asesino hubo escapado, sin que nos pongamos á pensar ahora en las causas que pudieran haberle obligado á favorecer la fuga del criminal? Tampoco. Allí estaban los médicos para testificar, plenamente convencidos, que el conde no pudo dar un paso después de la agresión, porque fué la muerte instantánea.

Resumen: el conde fué enterrado con gran pompa; la novia desapareció con sus padres del castillo y del país, sabiéndose después que había contraído matrimonio con otro gran señor más afortunado que el difunto conde. La justicia fué y vino algún tiempo, no se aclaró nada, el crimen quedó sin castigo y el muerto en el hoyo.

Ocurrió el drama hace veinticinco años. Quien estas líneas escribe tenía sus pretensiones aún. La sangre caliente hacíame pensar que la vejez estaba lejos todavía. Hoy, mi cabeza blanca y mi cuerpo encorvado por la vejez, la verdadera vejez, están bien lejos de aquellos días alegres, aunque ya había pasado mi primera juventud. El verano último estuve con mis hijos en una linda propiedad de nuestra pertenencia, no distante de la suntuosa mansión de los condes de la Buenagua, aquel castillo donde murió misteriosamente su último poseedor.

En la época en que ocurrió el drama, estaba yo en nuestra residencia, soltero aún, en compañía de mi madre. Había alguna amistad entre el conde y yo. Fuimos juntos de cacería diferentes veces. Éramos de los invitados la noche de la boda. Fué esta la causa de que nos impresionase más el trágico suceso.

Al declinar una tarde del anterior verano á que me referí, acababa yo de contar á mis hijos lo que se sabía del misterioso crimen. Habíase suscitado esta conversación porque pudimos observar desde el día antes un movimiento singular en el castillo próximo, que estuvo cerrado sin un conserje, sin un guarda, como si no tuviese poseedor durante tantos años. Habíanse abierto de pronto sus puertas, y un tropel de obreros empezó á trabajar para hacer habitable sin duda la hasta entonces abandonada mansión.

Quedé solo, aspirando la fresca brisa. Mis hijos paseaban en su lancha por el Guadalquivir. No sé qué pensamientos acometiéronme, relacionados con aquellos días en que murió el conde. Sin duda aquel movimiento del castillo trajo á mi mente ideas melancólicas. En estas reflexiones estaba, cuando vi acercarse por una angosta senda una señora de noble continente. Me levanté para salir á su encuentro. Cuando estuvimos juntos, con una mirada tan detenida como la más perfecta urbanidad pudo permitírmelo, me hice cargo... Era una mujer de mucha distinción. Parecíame joven, pero bastante acabada por la enfermedad ó el sufrimiento. Era de estatura mediana. La frente, de palidez intensa, surcábase de arrugas, y el rostro atraía desde el primer instante, por un sello de bondad verdaderamente cautivadora. Los ojos negrísimos, de dulzura indefinible, acariciaban mirando, con una caricia honda, pura, intensísima. Quedó contemplándome con suave expresión, y la boca, que no parecía habituada á sonreir, iluminó con un principio de sonrisa aquel rostro, haciéndole rejuvenecer. Sufrí una impresión extraña de inquietud y bienestar, mezcla de sentimientos que no me pareció entonces, por una particularidad inconcebible, nueva en mi corazón. Con el sombrero en la mano, quedé silencioso. La escena hacíase difícil. Iba yo á interrogar no sé qué, y adelantándose la dama, dijo, con una gracia encantadora, á pesar de sus años y sus melancolías, como si continuase en voz alta sus reflexiones y dirigiéndose ya á mí:

—Sin embargo, señor, usted me amó mucho en otro tiempo.

La contemplé confundido, con gran fijeza. ¿Qué acababa de decir aquella señora? En sus palabras creí entrever como un dulce reproche porque no la reconocía.

Llegamos á la puerta. La ofrecí un asiento y yo quedé de pie.

—Parece que debo conocerla á usted, dije algo confuso, á pesar de mi costumbre de hablar con las gentes al cabo de mi vida y de todo mi *mundo* recorrido. Perdone usted, señora, mi torpeza; no la recuerdo.

Sonrió tristemente y repuso temblorosa:

—¿Se acuerda usted de Juanita la del conserje?

Un rayo cayendo á mis pies no me hubiese producido el efecto de su pregunta.

—¡Tú!.. ¡Usted!, dije aturdidamente.

Pasó por mi cerebro como una ráfaga la memoria de Juanita, una chicuela de diez y ocho años, hija del conserje del castillo en tiempos del último conde; una lindísima criatura por quien anduve loco,

aunque ella me rechazó sin cesar, modesta, ruborosamente; y no sé lo que habría sido de mí con aquel amor, si la muchacha no hubiese dejado el lugar al fallecimiento de su padre, antes ó después de la muerte del conde, no estaba yo seguro, pero por la misma época.

La señora mirábame á su vez en silencio.

—Sí, dijo. Yo soy... Me hallo enferma... grave. He querido ver, he querido hablar antes de morir á una persona única en el mundo á quien he recordado sin cólera y sin desprecio.

—Sí, sí, dije profundamente conmovido, estrechando su mano. Cuéntame..., cuéntemelo usted todo, añadí, en voz temblorosa; soy ya viejo, pero tengo valor. Tendrá usted en mí un amigo, un hermano leal. ¿Cómo ha venido usted aquí? ¿Cuál es su casa.

—He venido fácilmente. Mi casa es aquélla, y tendió su mano para señalar el castillo.

Permaneció así un segundo como la estatua de la Desolación, señalando siniestramente un lugar de catástrofe y ruina.

Y añadió esta sola frase, con un extraño temblor en el acento:

—¡Allí!

—Estoy seguro, exclamé emocionado, no será usted ahora Juanita la del conserje.

—No, señor. Soy la condesa de la Buenagua.

Mi estupor fué indecible. ¿Estaría loca? ¿Quién existía con aquel título para haberlo legado en la forma que fuera á Juanita la del conserje? Por otra parte, ¿qué transformación era aquella en Juanita? Y recordé su saya corta de otros tiempos, sus zapatos de cuero durísimos, su corpiño azul y su pañoleta, comparándolo todo, sin querer, con aquella dama de una elegancia sencillísima, de ademanes de gran señora, con esa indudable, suprema distinción que suele caracterizar á las razas privilegiadas. Como si comprendiese ella lo que por mi cerebro iba pasando, exclamó mirándome de una manera singular, con aquellos ojos profundos.

—Todo eso lo hice..., todo eso lo conseguí, por mi hijo.

Estuve un momento sin acertar con mis ideas. Me repuse un poco; quise hacerla una pregunta que avasallaba ya mi pensamiento hacía algunos instantes. La hice. «¿Por qué era condesa de la Buenagua?» Contestó sombríamente:

—Porque mi matrimonio con el conde se celebró diez y ocho meses antes que él falleciera; matrimonio secreto, verificado en la misma capilla del castillo, siendo testigos mi padre, que murió poco después, y un viejo mayordomo á quien usted recordará, fallecido también poco antes del asesinato del conde.

Su acento, al hacerme la revelación, era frío, monótono. Clavaba en mí una vidriosa mirada. Parecía una muerta.

Yo no pude proseguir de pie. Ella continuaba sombría, con lentitud:

—De aquel matrimonio nació un hijo. Juanita la del conserje tenía entonces diez y seis años. Acababa de cumplirlos. Una gran pena, ¿es verdad?

Y su mirada, vidriosa hasta entonces, hirió mi corazón como un acero.

—¡Una gran pena!, repitió convulsamente, como con amago de un ataque epiléptico.

Y añadió aún con espantosa ironía, que hizo estremecer mi alma de piedad y dolor:

—Fué cuando usted empezó á amar á Juanita la del conserje, sin sospechar, ¡cómo había de sospecharlo!, que era esposa de su amigo... Que era la condesa de la Buenagua.

—Pero que el casamiento fuera secreto me lo he de explicar, por las apariencias..., por las conveniencias, tal vez... Lo que no puedo explicarme es el secreto del nacimiento del hijo. ¿Cómo pudo ser así?

Ella, riendo entonces sarcásticamente, repuso:

—¿Qué hay imposible para un alma perversa, que todo lo hace por su propio placer y su propio egoísmo? Fuí madre y nadie lo supo. Lo fuí, encerrada en habitaciones reservadísimas del castillo, asistida por persona desconocida en la comarca, que vino de otros lugares.

—Pero en resumen, repliqué nuevamente, como si mi cerebro fuese á estallar, ¿cómo un hombre casado intentó casarse de nuevo? ¿Y esa esposa? ¿Y ese hijo?

Y ella, mirándome entonces con ojos febriles, centelleantes, contestó lacónicamente:

-Por eso le maté.

Nada dije. Un silencio sepulcral, reinó por algunos segundos.

No sé qué me impulsó. Mi alma se abrió de pronto á una ternura, á una piedad inmensas.

—,Juana, pobre Juana!, exclamé con lágrimas en los ojos y en el corazón, tendiéndole las manos.

Una lágrima, una sola, donde parecía haberse condensado todo el horror, todo el sufrimiento, la historia entera de una vida miserable, salió á sus ojos, quemándoselos. Con su mano entre las mías, inclinó la cabeza algún tiempo. Respeté aquel instante solemne de su alma.

—Venga usted, dijo, levantándose de pronto.

La seguí. El sol se había puesto. Las flores empezaban á abrirse. Ella andaba con dificultad y se apoyó en mí. No hablamos. Descendimos por una pequeña pendiente, hasta dar en unas canteras abandonadas de tiempos remotos. Entró decidida por una rotura del granito. Anduvimos un trecho regular, hasta que se detuvo ante la misma roca, que interrumpió nuestro paso. Empujó á la derecha, sin esfuerzo, una esquina de la roca y se abrió un postigo. Entramos. Después de subir algunos escalones y de abrir otra puerta en la misma forma, me encontré con mi acompañante en una estancia reducida, muy modesta.

—Es la habitación del conserje: la que habitábamos mi padre y yo hace muchos años. Mi padre, antiguo conserje, hijo, nieto de conserjes, me reveló el secreto del castillo que su mismo poseedor ignoraba. Este secreto pudo ayudarme á impedir que aquel hombre cometiera una villanía.

Hablando, oprimió otro resorte invisible en un ángulo de la habitación. Abriéndose otro postigo, penetramos por él, cerrando inmediatamente. A los pocos pasos dimos con una escalera, y á su final, después de abrir por el mismo procedimiento la última puerta, me vi con Juanita la del conserje en un dormitorio lujosísimo, muy empolvado, como si en mucho tiempo no hubiese nadie penetrado en él.

Puso ella la luz que llevaba sobre una mesita y quedó silenciosa, inmóvil, fijos los ojos en un sitio de la estancia. Su rostro bañábase de una lividez mortal.

—Allí, dijo señalando fatídicamente, estaba el mueble donde cayó. Entré en el castillo con pretexto de traer flores á la novia, pero con intención decidida de hablar al conde. Estuve entre los convidados. En un momento en que no podían observarnos, hablé con él. Estaba loco. Iba á casarse dentro de una hora, sin una palabra, sin una explicación, sin una excusa para mí, para su mujer, para la madre de su hijo; fiado en la impunidad, fiado en que yo, pobre criatura abandonada, no hablaría, y aunque hablase, no se me escucharía. Todos los documentos que comprobaban nuestra unión, nuestra legítima unión, estaban en su poder..., pero yo sabía dónde estaban.

Me desconoció. No era yo entonces la humilde, la linda Juanita, con quien se había casado, no pudiendo vencerla de otro modo... ¡Y yo le amaba!—añadió la infeliz con un fuerte temblor de todo su cuerpo.—Yo no quería su esplendor ni su notoriedad. Bastábame con él y con mi hijo. Me desconoció. No lo comprendía; no era yo la mujer entonces; era la madre.

—¿Qué quieres?, me dijo.

Y se lo dije: que no se casara. Rió con desprecio. ¿Quién lo impediría? Y rió más... Rió. No era hombre de súplicas ni atenuaciones. Tenía un corazón duro. Batallaba... Vencía ó moría.

—Yo lo impediré, repuse tranquilamente.

—¿Cómo? ¿Y tu fuerza?

Y me miraba desafiándome.

—Mi fuerza está en mi hijo.

Se encogió de hombros. ¿Qué le importaba? Se casaría. ¿Quién iba á oponerse? La mujer aquella sería mujer suya antes de veinte minutos.

—¿Veinte?, repetí muy serena; pues yo te doy quince para que lo reflexiones.

No eran mis palabras para reir; pero reía, reía con toda su alma.

—Bien, sí, exclamó de pronto. ¿Quince minutos? Lo pensaré.

Salí. Cuando estuvo cerciorado de que había salido, ordenó que cerrasen cuidadosamente todas las entradas. Cuando yo pudiese hablar, cuando me pudiesen oir, sería tarde. Además, lo sabía él. ¿Quién iba á oirme? ¿Quién iba á darme crédito si me oía?

Mi padre había muerto. Yo no vivía en apariencia en el castillo; entraba y salía secretamente, pero por otras puertas, que el conde conocía también, contra las que se previno al igual aquella noche para que yo no entrase. Pero la existencia de este postigo no la conocía, no quise revelársela. Fué mi única, mi última reserva contra aquel hombre.

Se alababa á solas en esta habitación de su triunfo. Alabábase y disponíase á destruir las pruebas inmediatas de nuestro casamiento. Cuando me vió entrar por ese postigo, creí que me mataba. Venía por su respuesta. Me amenazó ferozmente. Me arrodillé, le supliqué... ¡Cómo le supliqué! Volvía la cabeza despreciándome. Por último, trató á su vez de convencerme con gran ternura, con mucho apasionamiento... Me amó, me amaba todavía... Por circunstancias verdaderamente fatales tenía que unirse á la mujer que aguardaba á pocos pasos, en la misma capilla del castillo... Pero aquello no podía matar su amor por mí... No podía impedir que yo fuese su amor y su vida.

—¡Sí, sí!, decía yo palpitante. ¡Sí, sí, bueno! Pero ¿y mi hijo? ¿Y nuestro hijo?

No pudo remediarlo; su alma dura le impelía... Se encogió de hombros.

—Tú sola, exclamó.

Yo grité, revolviéndome como una fiera:

—Si hombres así engendra Dios, las mujeres, ¿para qué nacen? ¡Quiero mi honra! ¡Quiero el nombre de mi hijo!

—Es una locura que te podría matar, díjome sombríamente.

Se oían voces fuera, llamándole.

—¡Mi hijo tendrá su nombre!, repuse también sombríamente; no lo tendrá..., lo tiene, es suyo. ¡Mi hijo antes que tú! ¡Mi hijo antes que yo! Lo sabrá todo el mundo... Lo dirás tú... ¡Que es tu hijo! ¡Tu hijo legítimo!.. ¡Tu hijo honrado!

Y él, loco, feroz, rugiente, me arrojó al rostro estas palabras:

—¡Lo haré pedazos primero y te lo tiraré á los pies!

Una nube de sangre cegó mis ojos. Me volví loca. Se desprendió de mí para correr, para huir, dejándome encerrada con la esperanza de que no oyesen mis gritos. ¡Qué sé yo! ¡Alejábase! ¡Corría! Pensé en su infamia... Pensé en mi hijo... Corrí... Corrí más... ¡Fueron tres pasos!.. ¡Herí! Herí donde pude... Como pude. Murió por la espalda. ¡Como los viles! ¡Era su sino! Cuando le vi muerto, lloré... Lloré por mi amor... Lloré por mi dicha, que acababa de aquel modo; pero pensé en mi hijo y no sé qué espantosa ferocidad invadió mi alma. Le hubiera matado de nuevo.

Cogí los papeles que me podrían valer de un cajoncito secreto que hay en esa mesa—y señaló la mesilla donde estaba la luz,—y salí silenciosamente por el postigo, sin dejar rastro. Fuí á la aldea donde mi hijo criábase y me alejé de Sevilla y de España. Viví en París dedicada á mi hijo. Creció, se educó con recursos de que disponíamos, por cesión, en vida, del conde, recursos que yo acepté por su hijo. Hace algunos años escribí á España á un abogado de gran experiencia y energía. Tardó mucho, pero se tramitó... Se arregló todo. Sobre el sombrío drama se echó tierra fácilmente, después de tanto tiempo y cuando se supo la verdad de las causas que lo motivaron. Mi hijo, ignorante de mi culpa, entró en posesión de los bienes y el título que le correspondían.

Había cogido la luz, habíamos bajado la escalera oculta, habíamos salido otra vez á la campiña. Ibamos silenciosos. La luna brillaba esplendorosa. Oíanse, como suaves rezos, las aguas del río deslizándose apacibles. Como en la puerta de mi casa, otra pregunta ardía en mi corazón. Llegamos, sin hablar, hasta la orilla del río. El agua deslizábase allí entre los juncos en silencio misterioso. Pregunté temblando:

—¿Y su hijo?

—¿Mi hijo?, repitió como si no supiera lo que iba á responder.

Y transcurrida una pausa añadió con aquel acento frío, monótono:

—Mi hijo salió á su padre; no pude remediarlo... Altivo, duro, enamorado, pendenciero. Al entrar en posesión del título y la fortuna, se volvió loco.

—¿Está en París?

—Sí, en París.

Y su acento era helado entonces, lúgubre.

—¿Por qué no viene?, pregunté á mi pesar.

—Porque está allí... ¡Porque está muerto! ¡Le mataron!

Temblé de horror por los sufrimientos, por los sacrificios inútiles de aquella desgraciada. Y añadió ella en grito sordo, sin igual, compendio, resumen de su existencia miserable:

—¡Le mató una mujer!

No hablé... Me faltó la voz... Me faltó el aliento.

—Adiós, amigo mío, dijo entonces en voz muy débil tendiéndome la mano. Moriré pronto. Cuando sepa usted que estoy muriendo, vaya á verme. Veré al morir al hombre que, sabiendo mi crimen, no me condena.

Y se alejó.

No tuve fuerzas para acompañarla... Para seguirla. Se alejó. La silueta negra perdióse en el espacio, llevando en sí misma su soledad espantosa.

M. Martínez Barrionuevo.

(Dibujo de Azpiazu)



EL DESPERTAR DE CHINA.—TROPAS EUROPEIZADAS, PERO QUE TODAVÍA LLEVAN LA TRENZA. Dibujo de F. Matania, inspirado en una fotografía

El despertar de China es un hecho cuya confirmación llega por todos conductos hasta nosotros. Hace muchos meses, los chinos declararon el *boycotage* contra las mercancías de los Estados Unidos, nación que desde hace mucho tiempo se ha mostrado antichina en su legislación; y últimamente han ocurrido vergonzosas agresiones contra los extranjeros de Shangai. Por otra parte, es evidente que China imita al Japón en su obra europeizadora, pero no la emprende tan á fondo como la emprendió el Imperio del Sol naciente. En unas maniobras, ha poco efectuadas por el ejército chino, los corresponsales quedáronse sorprendidos al ver el aspecto europeo de las tropas, especialmente de los oficiales; ningun militar, sin embargo, había tenido valor suficiente para cortarse la histórica trenza, que resulta una curiosa anomalía en hombres vestidos como los occidentales.



Los veteranos formando cordón en una de las calles por donde pasó el entierro. (De fotografía de Hutin, Trampus y C.ª)

ENTIERRO DEL REY CRISTIÁN IX

DE DINAMARCA

El día 17 de los corrientes los restos mortales del rey Cristián IX de Dinamarca fueron solemnemente trasladados á Roskilde desde el palacio real de Copenhague, en cuya capilla habían estado expuestos. A las diez de la mañana había una compacta muchedumbre; á las once llegaron á la capilla el rey Federico VIII y la reina, acompañados de los miembros de la familia real y de los representantes de los soberanos extranjeros: la emperatriz viuda de Rusia, la reina Alejandra de Inglaterra, el rey Jorge de Grecia, el rey Hakón de Noruega, el gran duque Miguel Alejandrovitch, las grandes duquesas María, Xenia, Olga y Georgina de Rusia, el gran duque y la gran duquesa de Mecklemburgo-Schwerin, el príncipe Valdemaro y el príncipe heredero de Dinamarca, el príncipe Carlos de Suecia, el duque y la duquesa de Cumberland, el infante D. Fernando, en representación del rey de España, lord Althorp, representante del rey de Inglaterra, etcétera.

Después del oficio religioso, cuatro comendadores de la orden de Danebrog y cuatro coroneles condujeron en hombros el féretro desde la iglesia á la carroza fúnebre, y en seguida se puso en marcha el cortejo, entre el doblar de las campanas y las salvas de artillería del arsenal.

Las asociaciones de militares y veteranos, los estudiantes y los empleados de correos formaban cordón en las calles del tránsito.

A la una llegaba el cortejo á la estación y cuarenta minutos después partía el tren para Roskilde. Una vez allí, cuatro oficiales condujeron el ataúd al coche mortuorio, y el cortejo se dirigió á la iglesia, en donde se celebró un oficio, terminado el cual los reyes y príncipes que habían presidido la ceremonia regresaron á Copenhague.

El día 17 llegaron á la capital de Dinamarca el barón Courcel con la misión francesa, y Guillermo II, único soberano no emparentado con la familia real danesa, que ha asistido personalmente al entierro del rey Cristián. El emperador de Alemania, que iba en el acorazado *Preussen*, fué recibido por los reyes de Dinamarca, de Grecia y de Noruega, el príncipe real de Dinamarca, los príncipes Valdemaro, Haroldo, Hans, Carlos de Suecia, el gran duque de Mecklemburgo-Schwerin y el príncipe de Glucksburgo, que fueron á saludarle á bordo. Por la noche visitó Guillermo II al rey Federico y á las princesas que se hallaban en Copenhague, y asistió á la comida íntima celebrada en palacio y á la cual concurrieron los soberanos y príncipes y los jefes de las misiones especiales francesa é inglesa. El día 18 terminaron las ceremonias fúnebres con el sepelio de Cristián IX en la capilla, en donde sus restos mortales reposarán al lado de los de su esposa, la reina Luisa, enterrada allí hace ocho años.



El féretro de Cristián IX conducido por cuatro oficiales á la llegada á Roskilde (De fotografía de Hutin, Trampus y C.ª)

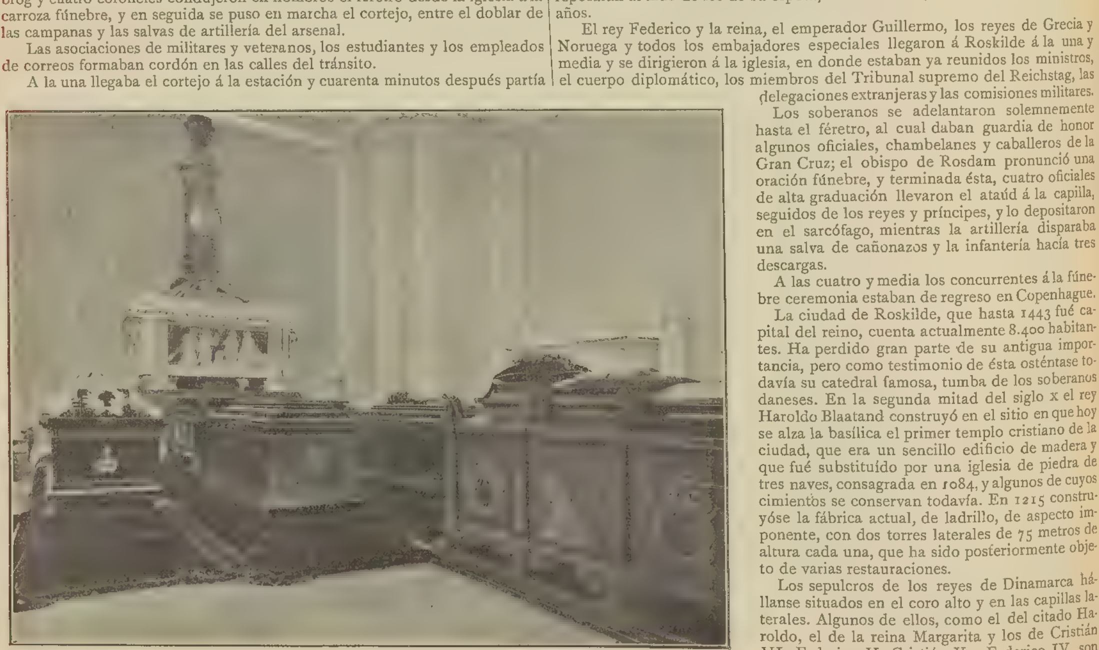
El rey Federico y la reina, el emperador Guillermo, los reyes de Grecia y Noruega y todos los embajadores especiales llegaron á Roskilde á la una y media y se dirigieron á la iglesia, en donde estaban ya reunidos los ministros, el cuerpo diplomático, los miembros del Tribunal supremo del Reichstag, las delegaciones extranjeras y las comisiones militares.

Los soberanos se adelantaron solemnemente hasta el féretro, al cual daban guardia de honor algunos oficiales, chambelanes y caballeros de la Gran Cruz; el obispo de Rosdam pronunció una oración fúnebre, y terminada ésta, cuatro oficiales de alta graduación llevaron el ataúd á la capilla, seguidos de los reyes y príncipes, y lo depositaron en el sarcófago, mientras la artillería disparaba una salva de cañonazos y la infantería hacía tres descargas.

A las cuatro y media los concurrentes á la fúnebre ceremonia estaban de regreso en Copenhague.

La ciudad de Roskilde, que hasta 1443 fué capital del reino, cuenta actualmente 8.400 habitantes. Ha perdido gran parte de su antigua importancia, pero como testimonio de ésta osténtase todavía su catedral famosa, tumba de los soberanos daneses. En la segunda mitad del siglo x el rey Haroldo Blaatand construyó en el sitio en que hoy se alza la basílica el primer templo cristiano de la ciudad, que era un sencillo edificio de madera y que fué substituído por una iglesia de piedra de tres naves, consagrada en 1084, y algunos de cuyos cimientos se conservan todavía. En 1215 construyóse la fábrica actual, de ladrillo, de aspecto imponente, con dos torres laterales de 75 metros de altura cada una, que ha sido posteriormente objeto de varias restauraciones.

Los sepulcros de los reyes de Dinamarca hállanse situados en el coro alto y en las capillas laterales. Algunos de ellos, como el del citado Haroldo, el de la reina Margarita y los de Cristián III, Federico II, Cristián V y Federico IV, son monumentos muy notables.—X.



Sepulcro de los reyes de Dinamarca en la catedral de Roskilde. (De fotografía.)



M. FAILLIERES SALIENDO DEL PALACIO DEL SENADO PARA DIRIGIRSE AL ELÍSEO. (De fotografía de M. Rol y C.ª)

LA TRANSMISIÓN DE LOS PODERES PRESIDENCIALES EN FRANCIA

El día 18 de los corrientes, efectuóse en el palacio del Elíseo la transmisión de los poderes del presidente saliente M. Loubet al presidente entrante M. Faillieres. La ceremonia fué de una sencillez conmovedora: en presencia del gobierno, de los presidentes y de las mesas de las Cámaras y de los respectivos cuartos militares, recibió M. Loubet á su sucesor, cambiándose entre ambos sentidas salutaciones. Terminado el acto oficial, M. Faillieres acompañó á su antecesor á su domicilio particular de la calle de Dante y regresó al Elíseo, en donde conferenció con el gobierno, ratificando sus poderes al ministerio que preside M. Rouvier; después se dirigió al palacio del Luxemburgo, en donde ha residido hasta ahora como presidente del Senado, y al día siguiente instalóse definitivamente en la residencia presidencial.

Al llegar á su casa, situada en el barrio latino, M. Loubet fué saludado por la municipalidad del quinto distrito, cuyo alcalde le dió la bienvenida; dos niñas y dos niños, en representación de los comerciantes del barrio, ofrecieron dos ramos de flores á M. y á Mme. Loubet. El ex presidente, muy emocionado, besó á las cuatro criaturas y entregó á M. Faillieres, para su esposa, uno de los ramos que le habían regalado. A todo esto, la multitud llenaba los alrededores de la casa y prorrumpía en estruendosas aclamaciones, que obligaron á M. Loubet á salir tres veces al balcón.

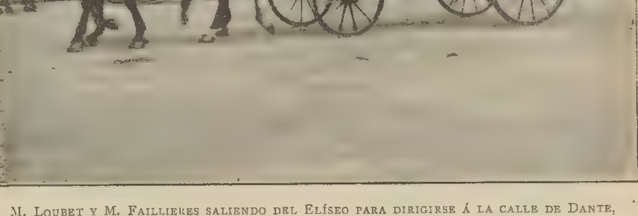
¿Qué va á hacer de hoy en adelante el que por espacio de siete años ha regido los destinos de una nación tan próspera y tan poderosa? ¿Cuál es el estado de su espíritu? ¿Qué impresión ha dejado en él el ejercicio del gobierno supremo? Para saberlo, oigámosle á él mismo contestar á algunas de las preguntas que al día siguiente de su instalación en su nuevo domicilio le hizo en interesante *interview* un notable periodista parisiense:

—Mi estado de ánimo, como usted ve, es excelente; soy un hombre dichoso, no me recato de decirlo. Durante siete años me he conducido lo mejor que he podido; terminada mi misión, me dispongo á descansar. Ya ve usted que la cosa no puede ser más sencilla. No tengo más que una ambición y es que se ocupen de mí lo menos posible.

Preguntado si pensaba intervenir activamente en los negocios públicos, respondió:

—De ninguna manera. Expondré mi opinión como otro ciudadano cualquiera, porque al fin voy á tener ahora libertad para exponerla. He pasado momentos terribles, ¿se acuerda usted? Los comienzos de mi magistratura fueron duros; me atacaron, me injuriaron con increíble violencia; no podía presentarme en público sin exponerme á los insultos más groseros. Sin embargo, me callé, porque era preciso que me callara. Mis allegados se apesadumbraban y sufrían por lo que yo había de soportar; yo me mantenía tranquilo y me decía: «Todo lo iré venciendo.» Y en efecto, de todo he salido bien, aunque no sin rebeldías que hube de dominar. Hoy finalmente estoy libre, ó relativamente libre, porque no es posible romper en absoluto con el pasado y además porque no debo olvidar mañana lo que fuí ayer. Por lo menos tendré la posibilidad de contestar si me atacan, y esto ya es algo.

M. Loubet, en concepto del mencionado periodista, es un hombre feliz; su cara sonriente y la soltura de su ademán indican la tranquilidad de que goza. Distribuirá su tiempo en tres partes: una para las labores agrícolas, «porque en este asunto, dice, hay mucho que hacer, ya que nuestros labradores no saben todavía todo el bien que pueden reportarles el cultivo y la exportación de la fruta;» otra parte para la mutualidad, que es la escuela del ahorro y de la buena conducta y una garantía de prudencia y de moderación; y otra finalmente para su distracción y reposo.



M. LOUBET Y M. FAILLIERES SALIENDO DEL ELÍSEO PARA DIRIGIRSE Á LA CALLE DE DANTE, EN DONDE TIENE SU DOMICILIO M. LOUBET. (De fotografía de M. Rol y C.ª)

Hablando de su presidencia, dijo:

—La presidencia no es, como muchos imaginan, un puesto descansado, y los honores que en ella se obtienen no son lo único que á ella va anejo. Es preciso ocuparse de asuntos de toda clase, exteriores é interiores, y los hay que no son de fácil resolución. Quizás algunos miran las cosas con más ó menos indiferencia; pero yo no soy de éstos, y cuando algún asunto me interesaba pensaba en él día y noche y no dormía. Además, la pompa externa, las recepciones, las ceremonias, las fiestas, todo esto ocupa los días por entero y produce una continua tensión de espíritu. La parte más agradable son los viajes al extranjero, pues si bien ocasionan un aumento de cansancio, tienen sus compensaciones. Además, creo que esas visitas son realmente útiles al país: el mejor medio para los hombres

ASPECTO DEL PALACIO DEL ELÍSEO ANTES DE LA LLEGADA DEL NUEVO PRESIDENTE M. FAILLIERES. (De fotografía de M. Branger.)



Disturbios revolucionarios en Rusia.—La represión en las provincias del Báltico.—El 25.º batallón de infantería de marina á las órdenes del príncipe Putjatin, disponiéndose á salir de Riga para capturar una partida de rebeldes instalada en una granja de Putin-Krastiny, en la línea férrea de Riga á Orloff.—(De fotografía remitida por «Photo-Nouvelles.»)



Disturbios revolucionarios en Rusia.—La represión en las provincias del Báltico.—Incendio de la granja de Putin-Krastiny, en donde se habían instalado los rebeldes. (De fotografía remitida por «Photo-Nouvelles.»)



Disturbios revolucionarios en Rusia. — La represión en las provincias del Báltico. — Las tropas del 25.° regimiento de infantería de marina abandonando el pueblo de Putin-Krastiny, después de haber incendiado la granja en que se habían instalado los rebeldes.
(De fotografía remitida por «Photo-Nouvelles.»)



Disturbios revolucionarios en Rusia. — La represión en las provincias del Báltico. — Regreso á Riga de las fuerzas del 25.° regimiento de infantería de marina con los prisioneros rebeldes que al día siguiente fueron fusilados. (De fotografía remitida por «Photo-Nouvelles.»)

de vivir en buena armonía es conocerse, y en cuanto á mí, los recuerdos que guardo de mis viajes á las diversas capitales son imperecederos.

La entrevista terminó con este diálogo:

—¿Le gusta á usted andar á pie?

—Sí, mucho; es un placer al que no he podido entregarme durante esos siete años; por esto ahora me propongo pasear á menudo á pie por París.

—¿Y no veremos ya á usted guiando su faetón en el Bosque?

—Mi faetón, replicó M. Loubet sonriendo, está en la Begude, y en cuanto á mis caballos, el coronel Lamy se ocupa de su venta; pero quiero ante todo que estén bien cuidados, y preferiría regalarlos á venderlos á quien no los cuidase debidamente. He tomado un abono de coche por meses, y aun esto para mi esposa. Piensen algunos lo que quieran, no estoy en situación de tener una cuadra en París. En cuanto á mí, voy á reanudar mi costumbre de subir á mi antiguo ómnibus del Odeón.—B.

EL CARDENAL PERRAUD

El cardenal Perraud, obispo de Autun, miembro de la Academia Francesa, ex superior general de la congregación del Oratorio, falleció el día 10 de los corrientes, tres días después de cumplir setenta y ocho años, á consecuencia de una neumonía, contraída en el ejercicio de su ministerio pastoral.

Oriundo de Lyón, el venerable prelado, que contaba más de cincuenta años de sacerdocio y treinta y dos de episcopado, dedicóse en su juventud á la enseñanza; después de haber estudiado en los liceos de San Luis y de Enrique IV entró en la Escuela Normal, en donde tuvo por compañeros á Taine, J. J. Weiss, Edmundo About y Francisco Sarcey; pero á la edad de veintitrés años, cuando había recibido el título de profesor



El cardenal PERRAUD, obispo de Autun, fallecido el 10 de los corrientes. (De fotografía.)

agregado de Historia, decidióse su vocación, entrando en la congregación del Oratorio. Doctor en Teología, fué nombrado en 1865 profesor de Historia eclesiástica en la Sorbona y en 1874 obispo de Autun. Era cardenal desde 1895.

En 8 de junio de 1882 la Academia Francesa le eligió para ocupar la vacante del fogoso poeta Augusto Barbier, de quien era la antítesis; Monseñor Perraud, en efecto, era poco locuaz, poco expansivo, no se reía nunca y rara vez se permitía una sonrisa. «Su figura ascética de religioso de la Edad media, ha dicho uno de sus biógrafos, sus cabellos blancos, sus demacradas mejillas, su cuerpo flaco y sus ojos de un brillo algo calenturiento, le daban el aspecto de uno de esos monjes debilitados por el ayuno que oran fervorosamente en los ventanales de nuestras antiguas basílicas.»

Bajo esas apariencias de impasibilidad glacial, ardían las llamas vivas de la fe y de la caridad; á esa rigidez correspondían la energía de carácter y la práctica de las más nobles virtudes.

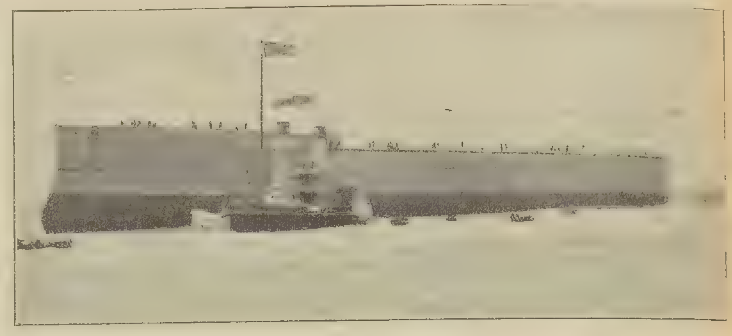
Como escritor, deja Monseñor Perraud notables oraciones fúnebres y varias obras que revelan su gran cultura literaria, y entre las cuales merecen citarse especialmente sus *Estudios sobre la Irlanda contemporánea*, sobre el *Cardenal Richelieu* y sobre el Oratorio.

Su muerte es una gran pérdida para la Iglesia de Francia. ¡Descanse en paz!

EL MAYOR ACORAZADO DEL MUNDO

El *Dreadnought (Sin Miedo)*, que recientemente ha sido botado al agua en Portsmouth (Inglaterra) y cuyo casco reproduce el grabado adjunto, superará en potencia y en velocidad á todos los acorazados hoy en día existentes. Desplazará 18.000 toneladas (los mayores acorazados actuales desplazan 16.500), y varias turbinas, aplicadas por vez primera á un buque de guerra, permitirán desarrollar una velocidad de 20 nudos por hora.

El *Dreadnought* irá armado con diez cañones de 12 pulgadas (305 milímetros) que podrán lanzar proyectiles de 380 kilogramos con una velocidad inicial suficiente para atravesar á



El *Dreadnought*, el mayor acorazado del mundo, lanzado al agua en Portsmouth (Inglaterra) el día 10 de los corrientes (De fotografía.)

tres millas de distancia la coraza más gruesa. Completarán el armamento cuatro ó cinco tubos lanza-torpedos y diez y ocho cañones de tiro rápido para rechazar los ataques de los torpederos.

Ese buque ha sido construído con rapidez prodigiosa, pues comenzado en 2 de octubre de 1905 ha sido botado al agua en 10 de febrero de 1906, ó sea al cabo de 130 días. El Almirantazgo inglés ha querido tener inmediatamente un modelo de buque enteramente moderno, cuyos planos han sido inspirados por las enseñanzas de la guerra ruso-japonesa. El coste total es de unos 45 millones de francos.

LUIS TABOADA

Este popular escritor, fallecido el día 18 de los corrientes en Madrid, nació en Lugo en 6 de octubre de 1848. Entre esta fecha y la de su muerte póngase una vida consagrada exclusivamente á la literatura, y se tendrá la biografía de Luis Taboa-



El popular escritor D. LUIS TABOADA, fallecido en Madrid el 18 de los corrientes. (De fotografía.)

da, que dirigió *La Avispa* y *El Meteoro* y colaboró en el *Gil Blas*, *El Cascabel*, *El Solfeo*, *El Mundo Cómico*, *El Liberal*, *El Imparcial* y, en una palabra, en todos los periódicos satíricos, políticos é ilustraciones más importantes de España y no pocas de América. Sus artículos cuéntanse por millares, y algunos de ellos han sido coleccionados en tomos con los títulos *Madrid en broma*, *La vida cursi*, *Siga la fiesta*, *Titirimundi*, *El mundo festivo*, *Caricaturas*, etc.

Creó un género literario que muchos han querido imitar, pero en el que nadie ha logrado siquiera igualarle: las costumbres cursis de cierto género de gentes que en todas partes abundan, la vida horteril, las escenas domésticas de esa clase social que puede llamarse del «quiero y no puedo,» jamás han tenido observador tan perspicaz ni cronista tan fiel como Taboada. Como nadie sabía ver el lado ridículo de las cosas: como nadie lo expresaba sin la menor ofensa para el ridiculizado. Sus sátiras no eran amargas, no hacían daño; eran ligeros rasguños, y sin embargo contenían no pocas enseñanzas envueltas en los chistes más cultos y, en el fondo, más inofensivos.

Para muestra de cómo se tomaba las cosas, aun las que más de cerca le afectaban, bastará decir que un accidente desgraciado á consecuencia del cual perdió un ojo, sirvióle de asunto para una de sus más graciosas crónicas, que publicó, poco después del infausto suceso, en *Madrid Cómico*. Y ni siquiera perdió el buen humor en ocasiones en que, gravísimamente enfermo y consciente de la gravedad de su mal, platicaba con su hija y con los allegados, que llenos de tristeza le acompañaban; hasta en aquellos trances críticos surgían espontáneamente de su boca los chistes más agudos.

Escribió algunas piezas para el teatro que obtuvieron buen éxito y alguna novela que ha merecido justos y grandes elogios.

¡Descanse en paz!

MISCELÁNEA

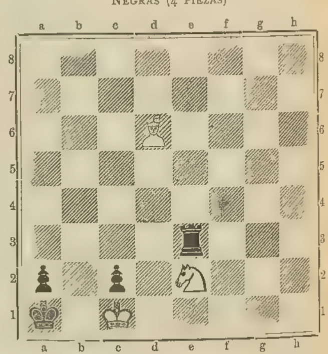
Bellas Artes. — BARCELONA. – *Salón Parés.* – Han expuesto últimamente en ese Salón los Sres. Xiró y Pascual (Ivo); el primero ha exhibido un lienzo de grandes dimensiones, de carácter simbólico decorativo, que se titula *¡Fiat Vita!*, obra grandiosa por su pensamiento, por su ejecución, de dibujo firme, atrevido, y de colorido brillante y armónico; el segundo, varios bellísimos paisajes, sentidas notas marcadamente subjetivas de poesía encantadora, que tanto como aspectos de la naturaleza representan estados de ánimo del artista.

Espectáculos.— BARCELONA. – Se han estrenado con buen éxito: en el Principal *L' Assumpció d' Hannele Mattern*, drama en dos actos de Hauptmann, traducido al catalán por C. Capdevila; *Picarol*, cuadro lírico en un acto, letra de Apeles Mestres, música del maestro Morera; y *Les alegres comediantes*, comedia en dos actos de A. Gual; y en el Eldorado *Dieci minuti di fermata*, comedia en tres actos de Jorge Duval.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚM. 416, POR W. F. V. HOLZHAUSEN.

NEGRAS (4 PIEZAS)



BLANCAS (3 PIEZAS)

Las blancas juegan y dan mate en cuatro jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 415, POR R. STICHER.

Blancas.	Negras.
1. T g 4 - g 6	1. Cualquiera.
2. D ó T mate.	



... y se aplicó la boca del cañón sobre la frente...

EL FALSARIO

NOVELA DE JULIÁN HAWTHORNE.—ILUSTRACIONES DE MAS Y FONDEVILA

(CONTINUACIÓN)

El autócrata puso por obra todo cuanto había dicho con la resolución que caracterizaba á los hombres de su especie; pero llegó á la capital con un joven aletargado é indiferente á todo. El desgraciado amante no tenía ya amor á la vida, ni el menor empeño en conservarla.

Por espacio de algunos meses persistió aquel estado negativo de su ánimo, y todos los recreos y animación de la capital no fueron suficientes para distraerle; mas poco á poco el tiempo comenzó á producir su efecto inevitable, y probablemente, si las cosas hubieran seguido su curso ordinario, el joven conde Fedovsky habría llegado á ser hombre de formas y costumbres tan rutinarias como su padre. Pero la suerte quiso que ocurriera un incidente que cambió completamente la marcha de su vida; una mañana, al entrar en la habitación de su padre, lo encontró tendido en el suelo: había muerto á consecuencia de un aneurisma.

El joven conde Fedovsky envió al punto un propio á su madre para anunciar la noticia; la condesa llegó muy pronto á San Petersburgo, y celebráronse sin pérdida de tiempo los funerales con la pompa y magnificencia que el personaje merecía.

El joven conde obtuvo entonces licencia ilimitada, y acompañó á su madre á sus dominios, heredero de una gran fortuna. La impresión que le produjo la repentina muerte de su padre, que ahora deploraba sinceramente, comunicó á su carácter cierta gravedad poco propia de la juventud; pero en lo más recóndito de su corazón sonreíale tal vez una esperanza de futura dicha al lado de Vera, esperanza que debía frustrarse, si en efecto existía. Al hacer averiguaciones sobre el paradero de la joven, súpose que su esposo había dimitido el cargo de intendente, á causa de haberse sospechado de su honradez, y que se había ido, sin que nadie supiera adónde, llevando consigo á su esposa.

Esta fué una noticia triste para el conde, que al parecer perdió su energía y su inclinación á lanzarse de nuevo en la vida pública. Dejándose dominar por la indolencia, ocupábase tan sólo en leer y dar solitarios paseos, recordando con tristeza su amor perdido. No tenía más compañera que su madre; pero como la salud de ésta se resentía cada vez más, la noble dama confió á su hijo la dirección de todo.

El joven conde hacía en cierto modo una vida de anacoreta, y esto continuó por espacio de cuatro años. Desde que Federovsky cumplió los veintiuno hasta que llegó á la edad de veintiséis, no sintió nunca el menor deseo de ver mundo y alternar con hombres y mujeres, de satisfacer cualquiera ambición y cambiar, en una palabra, de género de vida. Los instintos de la juventud parecían haber muerto en él.

Hacia fines del cuarto año la condesa falleció; su muerte no fué inesperada; mas produjo en el conde una dolorosa impresión de melancolía al verse completamente solo. Aquella pérdida dejó en su alma un gran vacío, y desde entonces se le vió recorrer continuamente la inmensa casa, inquieto y desconsolado.

Cierta noche soñó que había encontrado á Vera en el momento de amenazarla un peligro; era la primera vez que le sucedía esto, y aquel sueño produjo en el joven conde una impresión exagerada, tanto que después de reflexionar cinco ó seis días sobre el incidente, tomó repentinamente una determinación: resolvió abandonar su casa, viajar y no volver hasta que hubiese encontrado á Vera ó aclarado sus dudas respecto de su suerte.

Este proyecto produjo un efecto maravilloso en la naturaleza dormida del conde: desde aquel momento manifestóse en él una infatigable actividad; reunió á sus arrendatarios y mayordomos, y arregló con ellos sus asuntos en previsión de una ausencia muy prolongada; ignoraba adónde iba, y no sabía, ni le importaba tampoco, si tardaría mucho en volver. En su mente germinaban mil proyectos; tenía muy ocupadas todas sus horas, comía bien y dormía profundamente. El mismo conde se extrañó de este repentino cambio, sobre todo al ver que recobraba todo el impetuoso ardor de la juventud y que en su alma se despertaban de nuevo las pasiones. Parecíale que después de haber dormido un siglo despertaba con todo el vigor y las capacidades de un gigante; y aunque el recuerdo de Vera fuese la causa ostensible de este cambio, apenas podía asegurarse que solamente á él se debía tan repentino impulso. Había llegado la hora de adoptar un nuevo género de vida; y el sueño del conde sobre su perdido amor no era tal vez más que un pretexto para obrar así. Una vez lanzado en el mundo con su fortuna, su brillante educación y el ardimiento de la juventud, no era de esperar que volviese á recaer, con Vera ó sin ella, en el estado letárgico de que acababa de emanciparse.

No quiso en su viaje más que un compañero, su criado inglés, hombre que tenía diez ó doce años menos que su señor, y de una fidelidad á toda prueba. Tomás Bolán, que así se llamaba, había tenido una vida muy aventurera. Comenzando por servir en la marina, dedicóse después á diversos oficios; fué sucesivamente carpintero, cerrajero, sastre y pintor; y al mismo tiempo, familiarizóse con los idiomas francés é italiano. Tenía también algo de músico, y con la misma facilidad bailaba un minué que un fandango, con gran admiración de todos cuantos le veían. Después de hacer muchos viajes, encontróse en Nueva York sin ocupación alguna, y para no estar ocioso, entró á servir en un establecimiento de coches en calidad de mozo de cuadra. Se le confió el encargo de cuidar de los caballos de varios ricos señores, y uno de éstos, á quien agradó la buena presencia de Tomás y sus servicios, ofrecióle una plaza de lacayo en su casa. Con su nuevo amo, Tomás visitó las principales ciudades de Europa; mas al llegar á San Petersburgo, aquél murió, y el criado quedó otra vez sin colocación, sin más que unos centenares de duros en el bolsillo. Con este capital

no tenía suficiente para vivir; pero después de haber servido algunos meses en una de las principales fondas, llamó la atención de un personaje que era nada menos que el conde Fedovsky, quien se apresuró á tomarle á su servicio. Hizo á las veces de lacayo y de ayuda de cámara, y siempre cumplió á satisfacción del conde con todos sus deberes. Poco después, su amo llevó á su hijo á San Petersburgo, y Tomás llegó á ser el criado de confianza del joven Fedovsky. En los últimos tristes años hizo cuanto le fué posible para distraer á su joven señor, y no es de extrañar por lo tanto que éste tomara por compañero único en su largo viaje al fiel Tomás.

Al salir del centro de la civilización moscovita amo y criado se dirigieron desde luego á Londres, donde todos los rusos excitan más ó menos el interés. El conde llevaba excelentes cartas de recomendación, así también de crédito ilimitado, y en su consecuencia fué recibido desde luego en la mejor sociedad. Al cabo de un año de residencia en la gran capital del mundo; después de ver todo lo más notable, de asistir á los banquetes de la aristocracia, de oir los debates en el Parlamento, de hacer excursiones por el Támesis, de tomar parte en las carreras de caballos de Ascot y de cazar en los bosques del Norte, el conde Fedovsky se despidió de sus amigos ingleses y cruzó el canal en dirección á París, donde muy pronto le pareció hallarse en su casa. La vida de los bulevares, los cafés y los teatros le distraía mucho; en los jóvenes de la sociedad parisiense tuvo alegres compañeros, y entonces hizo sus primeros estudios sobre los misterios y excentricidades del mundo femenino. Pero ¡qué diferencia había entre aquellas mujeres y su adorada Vera! ¿En qué rincón del mundo podría encontrarla?

Desde París el conde se trasladó á Dresde, Berlín y Viena, visitando luego Roma, Florencia, Nápoles y Venecia; emprendió una excursión á Suecia y Noruega, y después fué á Turquía, Rumanía y Palestina. Por el mes de junio se hallaba otra vez en Londres, y los dos años siguientes se pasaron de igual manera. De este modo el conde llegó á ser una figura notable en la alta sociedad europea, y aún era tan joven y tan elegante, que á todos sorprendía que no se hubiese casado, ó por lo menos que no contrajera relaciones con una ú otra de las muchas hermosas mujeres á quienes habría bastado muy poco estímulo para asociar su suerte á la de un hombre que además de sus atractivos personales tenía el de la riqueza.

Tal vez al mismo Fedovsky le hubiera sido difícil explicar su indiferencia, que seguramente no era premeditada, puesto que no se proponía cerrar sus ojos ante los encantos del bello sexo. Por otra parte, tampoco se podía decir que la pérdida de Vera le afectaba hasta el punto de no apreciar la belleza allí donde la encontrase. Habían transcurrido siete años ó más desde el casamiento de Vera, y Fedovsky debía hacer al fin como los demás hombres: una impresión, por poderosa que fuera, no podía subsistir siempre en su alma, y natural era que el tiempo la disipase. Sin embargo, hasta la época en que marchó á Mónaco no había encontrado mujer alguna que substituyese en su corazón á Vera.

III

EL SR. WILLIAMS

Mónaco, ó hablando con más exactitud, Monte Carlo, es un lugar tan agradable como famoso, y no deja de ser merecidos los elogios que de él se hacen. Antes de que M. Blanc erigiera el palacio donde se han jugado tantas fortunas, aquel sitio era poco visitado por los viajeros, porque el camino de la Cornisa era tan escarpado, que nadie, á no ir provisto de un paracaídas, hubiera osado hacer más que dirigir al sitio una mirada por la ventanilla del coche, para ver Monte Carlo destacándose sobre las azuladas aguas del Mediterráneo. En su consecuencia, se construyó un camino de hierro por la orilla del mar, y entonces M. Blanc, desarrollando en grande escala el negocio que había proyectado, convirtió aquel punto abandonado en uno de los más ricos y frívolos de Europa.

Por más que se proteste, el juego es la expresión normal de cierta cualidad inherente á la naturaleza humana, como lo es la inclinación al amor ó á la lucha; y todas las leyes elaboradas por la moralidad abstracta serán siempre impotentes para reprimirla. Si se destierra esa afición de un punto, aparecerá en otro, y si todo el universo estuviese libre de ella, aún viviría en los corazones de muchos hombres. En su consecuencia, aunque en Baden-Baden no predomine ya, florece más que nunca en las pequeñas ciudades italianas, y si algún príncipe se esforzase para desterrarla, la observaríamos en el centro de Africa ó en los más lejanos rincones de la Tartaria.

Entre tanto, repetiremos que Monte Carlo es una residencia seductora. Cierto que el hombre que está haciendo rápidamente su fortuna ó perdiéndola no se halla en estado de apreciar debidamente los encantos de la naturaleza y del paisaje; pero muchos de los que visitan este punto no van allí principalmente para jugar; bástales ver, ó cuando más exponen una significante suma, con la indiferencia del niño que se entretiene con un juguete, prefiriendo esto á empeñar una lucha á vida ó muerte con la loca deidad cuyos secretos no ha penetrado aún ningún mortal. El juego es siempre disipación; pero si se toma moderadamente, estimula y distrae el ánimo, como las pequeñas cantidades de alcohol en el sistema físico, sin producir perniciosos efectos; y cualquiera podrá divertirse mucho en Monte Carlo sin perder ó ganar más que unos pocos duros.

Al proyectar su visita á dicho punto, las intenciones del conde Fedovsky no eran tan moderadas, pues quería saber lo que era el juego, sin cuidarse del tiempo ni de la suma que le pudiera costar su investigación. Fedovsky no tenía lo que se llama instinto del jugador; prefería el orden y el método á la casualidad; y la incertidumbre y las emociones que para muchos tienen indecible fascinación, parecíanle á él cosas muy desagradables. Pero había oído decir, y leído también, que algunos hombres llegaron á perder el juicio por su inesperada fortuna en el juego, ó se dispararon un tiro por la desesperación que les causó la pérdida de su fortuna; y como se creía susceptible de experimentar todas las emociones que agitan á la humanidad y se juzgaba fuerte contra ellas, resolvió no perdonar medio para hacer la prueba. Por otra parte, el aburrimiento le minaba, y ningún sacrificio le parecía demasiado costoso para desterrarlo.

En su consecuencia, hallándose en París, mandó á Tomás hacer los preparativos de viaje, y tomando el tren para Marsella, embarcóse después en el primer vapor que salía con rumbo á Génova. Desde este punto, que ya conocía bien, el viaje á Monte Carlo era muy corto, y llegó allí sin la menor novedad. Por telégrafo se había dado aviso anticipadamente para que se prepararan en el mejor hotel las habitaciones necesarias; y doce horas después de la llegada, la actividad de Tomás, con el concurso de su amo, y el contenido de los cofres fueron suficientes para que amo y criado pudieran estar en su alojamiento con tanta comodidad como en su casa. Hecho esto, y antes de acercarse á las mesas del tapete verde, el joven conde salía para explorar los alrededores y la localidad donde se proponía hacer su experimento.

Aquel era seguramente un lugar delicioso, donde las ventajas naturales se habían realzado por el arte, y donde se podían evocar grandes recuerdos históricos. Por un lado elevábase la inmensa mole de los Alpes marítimos, cuyas altas cimas parecían confundirse con las nubes, llenas de verdor é imponentes á la vez por sus profundos precipicios; en otro, destacándose sobre la extensa superficie azulada de las aguas, veíase el promontorio pedregoso con sus pendientes verticales, que tan á menudo habían resistido los asaltos de la guerra, y que, aun cuando fuera un peñón, contenía un reino que había sido gobernado por una raza hereditaria de soberanos desde que Europa comenzó á tener historia. Sobre aquella base de roca y tierra se ostentaba un vistoso conjunto de arquitectura moderna y de la Edad media, elegante y pintoresco, cortado por magníficos jardines de exuberante vegetación; y en todas direcciones veíanse anchos caminos, sinuosos senderos y graciosas colinas cubiertas de vides.

El Casino y los edificios contiguos estaban separados de la ciudad de Mónaco por una carretera de dos millas de longitud, por la cual circulaban de continuo las diligencias, llenas de viajeros que iban ó venían.

Había allí gente muy bien vestida que paseaba por los sitios más agradables, al parecer de muy buen humor, y que en nada tenía que ocuparse sino en sus diversiones. Los hoteles estaban junto al Casino; en las inmediaciones veíanse algunas hermosas quintas, habitadas por sus dueños unas, y alquiladas á particulares otras; y en su conjunto, aquel lugar, por todos conceptos muy agradable, era una especie de dominio encantado, donde parecían reinar la felicidad y el contento. Ante aquel aspecto seductor, nadie hubiera temido la perniciosa influencia que en un momento dado podría bastar para que se desvaneciese de repente tan hermoso cuadro, dejando en su lugar un triste desierto poblado de genios maléficos y de almas perdidas.

El conde Fedovsky recorrió la localidad con otros viajeros, admirando el paisaje, mientras que observaba al mismo tiempo á sus compañeros para formar su juicio, que por el pronto fué favorable.

No se parecía aquella ciudad en nada á ninguna de las grandes capitales que antes visitó. Allí no había sociedad, en el sentido común de la palabra, no porque faltase gente, que se reunía en su casa, sino porque aquello era una especie de comunismo. Bastaba que una persona vistiese con decencia y no hiciera mucho ruido; pero nadie se cuidaba de averiguar quién era, ni de dónde venía ó adónde iba, pues considerábase como una falta mostrarse demasiado curioso sobre los antecedentes y las circunstancias del individuo que se tuviera enfrente á la hora de comer, ó al lado en la mesa de juego. Lo mismo podía ser el hijo del tsar que un escapado de presidio; pero en un caso ú otro, pensábase que se guardaría muy bien de darlo á conocer. Si fumaba buenos cigarros, si no comía con el cuchillo ó los dedos, y si ganaba ó perdía su dinero con la debida compostura, no se exigía otra cosa de él.

En cuanto á las mujeres, sucedía una cosa semejante, aunque con las modificaciones inseparables del bello sexo. Al hombre de mundo le importa poco asociarse temporalmente con cualquiera especie de individuos; pero es por necesidad más circunspecto tratándose del sexo débil. Una mujer podrá parecer todo cuanto se quiera; pero si está fuera del centro que le es propio, único en que sería dado juzgar con certeza de su condición social, será mirada con recelo. Las mujeres que no salieron nunca de su círculo privado pueden ser, seguramente, tan inmorales como la más reconocida aventurera; pero las personas han de formar su opinión una de otra según ciertas reglas convencionales, á falta de mutua transparencia.

Muchas hermosas damas había en Monte Carlo, pero Fedovsky no encontró ni una sola conocida de él, así como tampoco ningún amigo ó conocido entre los hombres; de modo que durante varios días Tomás fué el único con quien pudo conversar. En todo este tiempo no entró una sola vez en el casino; mas al cabo de una semana, cuando el paisaje y los jardines dejaron de ser una novedad para él y temió aburrirse nuevamente, resolvióse á comenzar la prueba que tenía proyectada.

Una tarde, el conde entró en la sala de juego, fumando un cigarrillo de papel, y detúvose ante la mesa de la ruleta para contemplar la escena. Los jugadores parecían interesarse mucho; los banqueros observaban las puestas; á cada instante repetíanse las protestas y disputas; las pilas de oro y plata aparecían y desaparecían sucesivamente, produciendo en los que las miraban embriagadora fascinación; y entre tanto el plato metálico del centro de la mesa mantenía en movimiento la azarosa bola, cuya carrera incalculable hace ganar y perder tantos millones al año. Aquel era el juego de toda una vida concentrado en una hora ó un minuto; y si el interés y la excitación cobraban intensidad por igual, Fedovsky no podía menos de admitir que valdría la pena jugar.

Un caballero que estaba en el lado opuesto de la mesa, mirando como el conde, introdujo la mano en su bolsillo, inclinóse hacia adelante y puso una moneda de oro en el encarnado. Un momento después ganaba el negro; el desconocido sonrió, retirándose de la mesa, y al hacerlo así su mirada se cruzó con la de Fedovsky, fija en él casualmente.

Al notar esto, el desconocido se encogió de hombros, y su rostro adquirió una expresión singular, como si quisiera decir: «Cualquier hombre puede ser tonto alguna vez.» A los pocos minutos, el movimiento de la multitud acercó á los dos hombres; y como el extranjero notase que Fedovsky buscaba en sus bolsillos un fósforo para encender el cigarro, presentóle el puro que fumaba.

El conde se inclinó y devolvió el habano, dando las gracias. El extranjero hizo un ademán con la cabeza para corresponder, y los dos volvieron á separarse; pero diez minutos después Fedovsky se acercó á la mesa del Treinta y Cuarenta, y al volverse de pronto á un lado, tropezó con el caballero que le había dado fuego antes.

—Dispense usted, dijo el conde en francés.

—No hay de qué, contestó el desconocido; es culpa mía.

—Supongo que habrá usted sido más afortunado aquí, añadió el conde señalando la mesa.

El extranjero miró fijamente á su interlocutor, como para asegurarse de que la persona á quien hablaba era digna de consideración, y sin duda su examen debió satisfacerle, á juzgar por la afabilidad con que contestó.

—¡Oh!, dijo, yo juego muy poco; de vez en cuando expongo un luis ó dos, cuando vengo, como para

pagar mi entrada, pero á esto se reduce todo. Me parece que á usted tampoco le interesa mucho el juego...

—No lo sé aún, repuso el conde, porque no he probado mi suerte; solamente he venido aquí para ver qué es, y por el pronto creo que ese pasatiempo interesa á mucha gente.

—¡Oh! Sí, es excitante sin duda cuando se juega de veras; pero en cuanto á mí, como he ganado mi capital trabajando mucho, me parece más propio emplearle en cosas útiles que no en una hora de excitación.

Mientras el extranjero hablaba, el conde le examinó á su vez rápidamente: vestía bien, aunque llevaba su ropa con cierto descuido; era delgado, de elevada estatura, y tenía la mirada inteligente, siendo la expresión de su rostro muy agradable cuando sonreía. En cuanto á su edad, debía frisar en los treinta y cinco años.

—Supongo que usted es aquí forastero como yo, dijo el conde.

—Me parece que todos lo somos en este sitio, repuso el desconocido, ó por lo menos la mayoría de los que nos hallamos aquí. Mónaco se asemeja algo á mi país por tal concepto, con la diferencia de que en esta ciudad no se pide documento alguno que identifique la persona. Yo soy americano.

Así diciendo, el desconocido presentó al conde su tarjeta, en la cual se leía el siguiente nombre: «Jorge Williams, 15 Oeste, 41 st. Estado de Nueva York.»

—¡Ah!.. ¡Conque es usted de los Estados Unidos!.., exclamó el conde en inglés. Pues entonces podemos conversar en su propio idioma.

—¿Y á quién tengo el honor de hablar?, preguntó el Sr. Williams.

—Dispense usted..., se me había olvidado, dijo Fedovsky sacando su tarjetero del bolsillo; yo soy ruso; pero así como muchos de mis compatriotas, admiro en alto grado las instituciones americanas.

—Sí, nuestras instituciones son perfectas en el papel, replicó el Sr. Williams; mas por una causa ú otra, no siempre son tan buenas en la práctica. Sin embargo, opino que nuestra forma de gobierno está más libre del despotismo. ¿Será usted por ventura nihilista?

—Nada de eso, contestó Fedovsky sonriendo; pero estoy persuadido de que Rusia necesita más libertad civil para llegar á ser verdaderamente grande.

El joven conde había expresado á menudo semejantes opiniones, tal vez con más buen juicio que prudencia, pues en Europa hay muchas lenguas y oídos, y los espías del tsar se encuentran á veces en los sitios más inesperados; pero durante el largo período de solitaria existencia en sus dominios había leído y meditado mucho sobre las cuestiones de la ciencia política, adoptando al fin ideas muy liberales, en que le confirmaron sus viajes por los países europeos. Si en la corte rusa se hubiese sabido su modo de pensar, indudablemente le habría costado muy caro.

Sin embargo, el Sr. Williams no era ruso, y manifestó estar conforme con las opiniones de Fedovsky, aunque sin mostrarse inclinado á discutir sobre el asunto.

—Ustedes los rusos, observó, son una curiosa mezcla de opiniones; los únicos que vemos son tan ricos, que no saben cómo gastar su capital; mientras que muchos de sus compatriotas trabajan á porfía para derribar al emperador, acabando al fin por ir desterrados á Siberia.

—Creo que nunca me enviarán allí, repuso el conde sonriendo; y en cuanto á mi oro, si todo cuanto oigo decir es cierto, Blanc me desembazará muy pronto de su peso superfluo.

—Eso es cosa que no me atañe, contestó el americano; pero si yo estuviese en el lugar de usted, no me acercaría á las mesas. Si tiene usted empeño en perder su dinero, más vale que juegue usted con un amigo y se le deje ganar, y al menos hará usted un favor. Por lo demás, esto es cosa que solamente á usted interesa. Hasta la vista, caballero.

Al pronunciar estas palabras, el americano se alejó con paso indolente, dejando á Fedovsky entregado á sus reflexiones. Al principio, el conde se sintió inclinado á seguir el consejo que acababan de darle, y tal vez lo habría hecho así si hubiese encontrado allí algún amigo suyo; mas no conocía á nadie; y habiéndose propuesto jugar en Monte Carlo, nadie le haría cambiar su resolución.

Casualmente vió de pronto en la mesa una silla desocupada, ocupóla al punto é hizo su primera puesta. Llevaba en el bolsillo oro y billetes de Banco por valor de unas veinte mil pesetas; jugó toda la tarde, y después de varias vicisitudes, por una de las cuales le faltó poco para quedarse sin un cuarto, levantóse al fin después de haber doblado casi su capital, y con la vaga sospecha de que se había aburrido un poco en vez de divertirse.

Al oir hablar de Jorge Williams, el inspector Byrnes, que hasta entonces no había concentrado mucho su atención en la historia, pareció interesarse en el relato del conde, é interrumpióle para dirigirle varias preguntas sobre el aspecto y conducta del individuo en cuestión. Después le escuchó sin perder palabra, tomando muchas notas, sin que Fedovsky adivinase con qué objeto; y cada vez que éste se refería al Sr. Williams hacía alguna observación. El joven ruso continuó su historia.



Embarcóse en el primer vapor que salía con rumbo á Génova...

IV

MONTE CARLO

A la mañana siguiente Fedovsky encontró á Williams en los jardines, y después de saludarse afectuosamente, los dos comenzaron á pasear, hasta que, llegados á un sitio en que los árboles eran muy frondosos y se disfrutaba de una vista magnífica, sentáronse en un banco para descansar.

—¿Jugó usted ayer mucho tiempo?, preguntó el americano después de una pausa.

—Más de lo necesario para que pudiese parecer me agradable, contestó el conde. Yo esparaba perder, y prolongué mi permanencia con este objeto; mas aunque una vez estuve á punto de conseguirlo, recobré lo que perdía y levantéme de la mesa más rico que antes.

—Pues yo, repuso el americano echándose un poco el sombrero hacia atrás y fijando su mirada en el azulado horizonte, estuve entre tanto más agradablemente entretenido de lo que yo esperaba, pues encontré anoche una de las más encantadoras mujeres que en mi vida he visto...

—Le felicito á usted sinceramente.

—Y añadiré, prosiguió el americano, que la dama es compatriota de usted.

—¡Ah! ¿Cómo se llama?

—Es la princesa Volgarouki, ó por lo menos así la titulan; tiene otro apellido, pero yo no puedo recordar nunca esos nombres rusos. La dama vive en una de las quintas que hay cerca del hotel; viene aquí todos los inviernos, según me han dicho, mas al parecer conoce poca gente. Fuí presentado por un diplomático italiano, ese que estaba convidado á tomar el te con su esposa, y tuve el honor de hablar con la princesa. Parece que es viuda, pero muy joven aún, y verdaderamente hermosa. Allí se jugó un poco, y la reunión fué muy animada; de modo que no eché de menos el casino.

—Sí, comprendo que estuviera usted divertido, contestó Fedovsky, que no experimentaba el menor deseo de ver á ninguno de sus compatriotas, ni hombre ni mujer.

Durante las últimas horas, el conde había pensado en el proyecto de hacer un viaje á los Estados Unidos, donde tal vez podía convenirle establecer su residencia. Tomás le había dado los informes más favorables sobre el país, con cuya historia y caracteres estaba familiarizado ya por lo que había leído. No le sería difícil vender con ventaja sus posesiones para establecerse de hecho en aquel país, y parecíale que la Gran República le interesaría lo bastante para no echar de menos á Monte Carlo cuando se aburriese. Atendido este plan, consideraba su encuentro con el viajero americano como una circunstancia favorable. Williams pertenecía sin duda á la mejor clase de su país, y podría ponerle en camino para proceder debidamente.

—¡Ha pensado usted alguna vez en regresar á Nueva York pronto?, dijo el conde después de una pausa.

Si me lo hubiera usted preguntado ayer, replicó el americano, tal vez le habría contestado afirmativamente; mas ahora no lo sé. Quiero ver un poco más á la princesa, pues no se encuentra á menudo una mujer verdaderamente digna de ser conocida, y sentiría no aprovechar la oportunidad.

—Comienzo á creer, dijo el conde sonriendo, que está usted ya un poco enamorado.

—No lo niego; lo mismo le sucedería á usted tal vez si hubiese visto á la dama. El tiempo que se emplea con una mujer así no es perdido, y me propongo volver á verla esta noche.

—Le deseo á usted mil felicidades, dijo el conde; en cuanto á mí, quiero probar una vez más las fascinaciones del tapete verde.

—Antes se cansará usted de ese pasatiempo que yo del mío, repuso el Sr. Williams.

Y encendiendo un cigarro, levantóse y se despidió.

No había ofrecido á Fedovsky presentarle á la princesa, ni tampoco el conde tenía el menor interés en ello; pero habíase hablado de aquella dama lo suficiente para que el joven ruso pensara que acaso desearía alguna vez conocer á la dama. Por el pronto prefería no pensar más en el asunto y volver al casino.

Esta vez puso en su cartera diez mil duros en billetes, y se limitó á puestas de mil pesetas cada una. Al principio favorecióle la suerte, mas al cabo de algunas horas le volvió la espalda y comenzó á perder de continuo. Sin hacer reflexiones sobre este incidente, que sólo tiene una relación indirecta con la historia, baste decir que el conde perdió su dinero, levantándose, al fin, de la mesa sin un cuarto. Al retirarse detúvose en el café para comprar una cajetilla de cigarrillos, y al ir á pagar echó de ver que no le quedaba un céntimo. Aquella era una nueva sensación, y no pudo menos de sonreirse. En el mismo instante vió al americano Williams, que estaba fumando á corta distancia, y al reconocer éste al conde se acercó presuroso para saludarle.

—¿Y bien, preguntó, cómo le han tratado?

—Hablando con franqueza, repuso Fedovsky, lo que necesito ante todo es fumar. ¿Tiene usted un cigarrillo?

—No los uso, contestó Williams con aparente sorpresa; pero si quiere usted un habano, ruégole que le acepte.

Así diciendo le presentó la petaca.

—Yo no acostumbro á fumar puro, dijo el conde; pero ya que usted es tan amable, haré por esta vez una excepción de la regla.

(Se continuará.)

EL TERROR DE LOS MARES

De todos los espectáculos que el mar ofrece, ninguno tan trágico como el de un barco abandonado por su tripulación, errante y sin rumbo por sus inmensas soledades.

Porque el casco abandonado es el más temible de todos los peligros que amenazan al hombre de mar. Callado, invisible, subrepticio, es el temor del marino. Contra él ni la pericia, ni la vigilancia valen nada. Luces y silbidos, maderos y boyas, proclaman la proximidad de tierra; el latir de las máquinas, rumores de vida, indican al buque que se aproxima; los témpanos y campos de hielo se delatan por su fantástico resplandor y la frialdad del ambiente. El buque abandonado no avisa, no hace ninguna señal. La primer noticia que se tiene de su existencia es el crujido, el estremecimiento repentino del barco herido mortalmente.

Casi siempre pertenecen esos cascos á buques de madera, destinados á transportar la de construcción. Los de hierro se abren y hunden con rapidez, pero la robusta tablazón de los primeros los hace boyantes y capaces de resistir los embates del mar; si van cargados de madera son insumergibles de hecho, hasta que el casco se abre y separa y la carga se disemina por el Océano. Algunos de ellos, después de abandonados, han hecho viajes extraordinarios: la goleta *Alma Cummings* anduvo por el Atlántico 587 días y recorrió 5.000 millas. Todavía lo es más el de la goleta americana *Fannie E. Wolsten*, que durante 1.117 días recorrió al azar los mares, en una extensión de 9.115 millas; fué vista cuarenta y cuatro veces.

Un barco abandonado incrustado en un témpano de hielo. Tal fué el fin que tuvo un ballenero

El materialismo moderno ha hallado en esos buques abandonados el origen de la famosa leyenda del buque fantasma. Hace cinco años, un buque que doblaba el cabo de Hornos vió el conmovedor espectáculo de un ballenero de Nueva Bedford incrustado en una montaña flotante de hielo. Había encallado en ella, poco á poco se había ido elevando, hasta hallarse á gran altura sobre el nivel del mar, cuyas heladas aguas lo habían soldado firmemente á su cristalino pedestal. Pero todavía más espantoso fué el hallazgo que hizo el *Ariebis*, barco dedicado á la pesca, que se encontró con un casco abandonado, cuya marcha dirigía la mano de un cadáver. Cuando la tempestad destructora asaltó al barco, se hizo amarrar á la rueda del timón y allí murió. De pie seguía en su puesto, con mano inerte asiendo la rueda, mirando á proa con ojos que no veían. Los que le hallaron abrieron un boquete en el casco, y el solitario y ya difunto timonel se hundió en las profundidades del mar, digno sepulcro de aquel moderno Vikingo.

Muchos de esos buques abandonados encierran misterios que nunca se han esclarecido. Sin duda la más extraña de todas las historias que á este propósito se cuentan, es la del *María Celeste*, que más bien parece una leyenda fantástica. Salió de Nueva York para Europa, en 1887, llevando á bordo trece personas, incluyendo en ellas la esposa y un niño del capitán. Dos semanas más tarde, una barca inglesa la encontró en el Atlántico, notando que no parecía que hubiera á bordo alma viviente. Envióse un bote que la abordó; un detenido examen probó que estaba tan silencioso como una tumba, tan desierto como una casa apestada. Todo estaba en su lugar; hasta los botes en sus pescantes. En el mismo estado se hallaban mastiles y jarcias y todas las velas desplegadas. La ropa de la colada estaba puesta á secar á proa; á popa había un toldo. Brújula, rueda y timón estaban completos. En el castillo de proa se vieron las vasijas con el rancho de los marineros. En la cámara había una máquina de coser, suspendida la aguja sobre un trajecito de niño y en la mesa los restos de un refrigerio. El cronómetro seguía andando en el departamento de mapas; la caja de caudales aparecía intacta. El cuaderno de bitácora, anotado hasta cuarenta y ocho horas antes de ser visitado el barco, demostraba que el viaje había sido bueno; el aspecto del buque probaba que no había corrido ningún temporal. Nada se vió que indicara que hubiesen ocurrido á bordo riñas, insubordinaciones, ni asesinatos. Sin embargo, trece personas habían desaparecido como por arte mágico y. desde entonces, ha quedado sin aclaración ese misterio, á pesar de que el gobierno de los Estados Unidos no ha omitido medio para lograrlo.

Otro nuevo misterio fué lo acaecido al bergantín *Resolven*, que salió de Terranova para Labrador, en agosto de 1884, y que, tres días después, fué encontrado por el barco de guerra inglés Mallord, sin alma viviente á bordo. Tenía desplegadas todas las velas, encendidas las luces de situación y ardiendo el fuego de la cocina. A popa y á proa todo estaba en su sitio; en una alacena yacía intacto un saco lleno de oro, destinado á



El mar de los Sargazos. Puerto de refugio de una escuadra de barcos cadáveres



Timonel muerto de frío, que continuó solitario en su puesto, agarrando con inerte mano la rueda del timón y mirando el rumbo, con ojos sin vista

la compra de arenques. El barco de guerra lo tomó á remolque y lo trajo á puerto, todo el mundo aguardaba con ansiedad noticias de sus once tripulantes, pero éstas jamás se recibieron. No se les ha vuelto á ver. Se supone que el barco chocó con un témpano de hielo, y arrojado al mar un bote, la tripulación, acometida de pánico, lo hizo zozobrar y todos perecieron.

Otro enigma es el del barco abandonado y en buen estado que, en medio del Atlántico, encontró en 1868 el *Elena Austin;* la tripulación había desaparecido sin dejar rastro. El *Austin* envió á su bordo algunos marineros para que lo llevaran á Nueva York. A causa de un fuerte viento, los dos barcos se separaron; algunos días después, el *Austin* dió otra vez vista al barco abandonado; la segunda tripulación había igualmente desaparecido. El misterio se hizo más impenetrable todavía. Con gran dificultad se consiguió que algunos hombres se embarcaran en él; el buque no llegó á ningún puerto; el enigma aún está por resolver.

Las naciones marítimas comienzan á preocuparse del formidable peligro que ofrecen los barcos abandonados; la Gran Bretaña y los Estados Unidos se han puesto de acuerdo para ejercer una acción combinada. Ambas han establecido oficinas hidrográficas para reunir y publicar interesantes datos marítimos, en los que se incluyen el número, situación y movimientos de aquellos buques. Esas dependencias invitan á los capitanes de barcos á dar cuenta de todos los que hayan visto. El año pasado se recibieron 1.200 comunicaciones referentes á dichos buques y 3.000 á otros obstáculos para la navegación. El curso de cada uno de esos cascos se señala diariamente en grandes mapas, y todos los meses se publica uno en que están resumidos los resultados. Pero ni las oficinas mejor montadas bastan para hacer frente á ese peligro; porque al paso que toda tempestad destruye alguno de los más viejos, crea otros nuevos, cada uno de los cuales amenaza con terribles desastres por la razón misma de que no se sospecha su existencia y que marchan sin rumbo fijo. Algunos sólo recorren una milla por día; otros, centenares. Las mareas, el viento y las corrientes modifican su marcha, como también, en gran parte, su construcción, volumen y carga. Algunos navegan en línea recta, como si los guiara la mano del hombre; otros van siempre haciendo zigzás. Muchos se conservan fuertes y compactos, otros son únicamente despojos de los que un tiempo fueron hermosos barcos. Por término medio dura su carrera unos setenta días, y donde más abundan es cerca de las costas de América. Un 30 por 100 tienen la quilla hacia arriba. Estos son los más peligrosos, porque con ellas abren el fondo de los barcos con que tropiezan. El gran refugio de esos restos sin dueño es el mar de los Sargazos, ese espacio de mar lúgubre y cubierto de plantas marinas, que se cree es el gran cementerio de una escuadra de buques muertos, más poderosa que ninguna de las marinas que hoy existen. Permanece inexplorado, según se dice, porque los vapores no pueden acercarse á causa de que esas plantas se enredan en las hélices, y los buques de vela, una vez en él, quedan sujetos en los lazos de aquella vegetación, permaneciendo allí meses y hasta años.

Tal vez centenares de ellos están pudriéndose en la actualidad en aquel sitio y saldrán quizás dentro de algunos años en dirección al Norte para destruir algún soberbio transatlántico ó un modesto velero dedicado á la pesca.

P. T. MAC-GRATH.

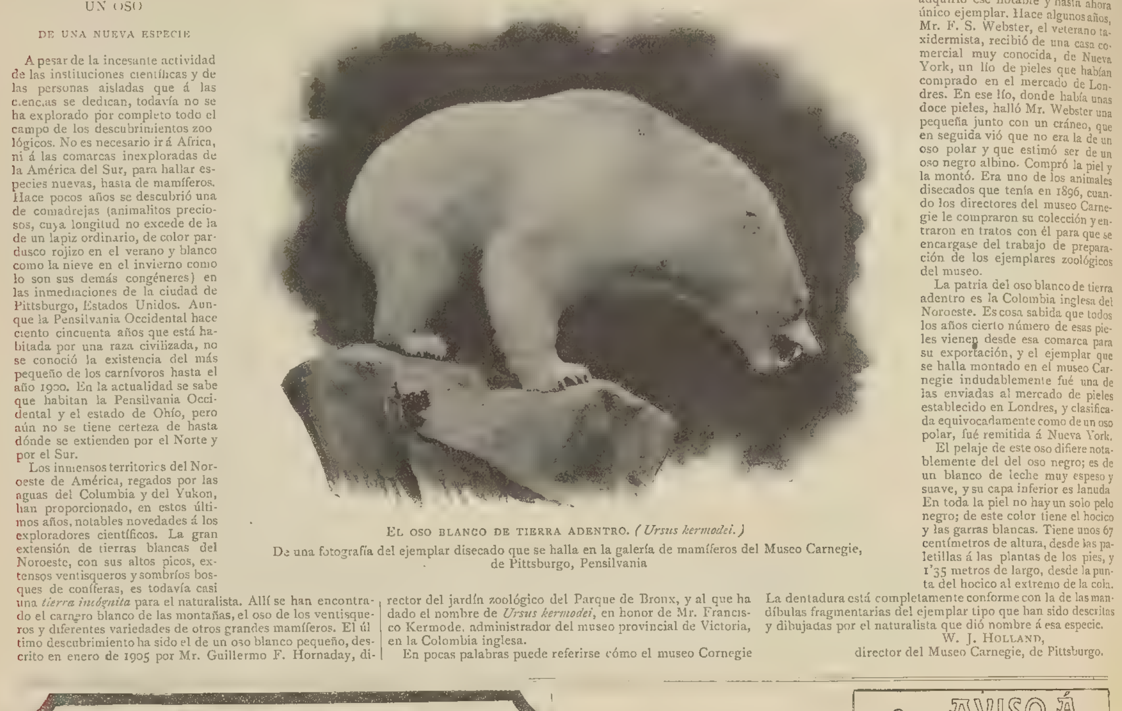


UN OSO

DE UNA NUEVA ESPECIE

A pesar de la incesante actividad de las instituciones científicas y de las personas aisladas que á las ciencias se dedican, todavía no se ha explorado por completo todo el campo de los descubrimientos zoológicos. No es necesario ir á Africa, ni á las comarcas inexploradas de la América del Sur, para hallar especies nuevas, hasta de mamíferos. Hace pocos años se descubrió una de comadrejas (animalitos preciosos, cuya longitud no excede de la de un lapiz ordinario, de color pardusco rojizo en el verano y blanco como la nieve en el invierno como lo son sus demás congéneres) en las inmediaciones de la ciudad de Pittsburgo, Estados Unidos. Aunque la Pensilvania Occidental hace ciento cincuenta años que está habitada por una raza civilizada, no se conoció la existencia del más pequeño de los carnívoros hasta el año 1900. En la actualidad se sabe que habitan la Pensilvania Occidental y el estado de Ohío, pero aún no se tiene certeza de hasta dónde se extienden por el Norte y por el Sur.

Los inmensos territorios del Noroeste de América, regados por las aguas del Columbia y del Yukon, han proporcionado, en estos últimos años, notables novedades á los exploradores científicos. La gran extensión de tierras blancas del Noroeste, con sus altos picos, extensos ventisqueros y sombríos bosques de coníferas, es todavía casi una *tierra incógnita* para el naturalista. Allí se han encontrado el carnero blanco de las montañas, el oso de los ventisqueros y diferentes variedades de otros grandes mamíferos. El último descubrimiento ha sido el de un oso blanco pequeño, descrito en enero de 1905 por Mr. Guillermo F. Hornaday, director del jardín zoológico del Parque de Bronx, y al que ha dado el nombre de *Ursus kermodei*, en honor de Mr. Francisco Kermode, administrador del museo provincial de Victoria, en la Colombia inglesa.



El oso blanco de tierra adentro. (*Ursus kermodei.*)
De una fotografía del ejemplar disecado que se halla en la galería de mamíferos del Museo Carnegie, de Pittsburgo, Pensilvania

En pocas palabras puede referirse cómo el museo Cornegie adquirió ese notable y hasta ahora único ejemplar. Hace algunos años, Mr. F. S. Webster, el veterano taxidermista, recibió de una casa comercial muy conocida, de Nueva York, un lío de pieles que habían comprado en el mercado de Londres. En ese lío, donde había unas doce pieles, halló Mr. Webster una pequeña junto con un cráneo, que en seguida vió que no era la de un oso polar y que estimó ser de un oso negro albino. Compró la piel y la montó. Era uno de los animales disecados que tenía en 1896, cuando los directores del museo Carnegie le compraron su colección y entraron en tratos con él para que se encargase del trabajo de preparación de los ejemplares zoológicos del museo.

La patria del oso blanco de tierra adentro es la Colombia inglesa del Noroeste. Es cosa sabida que todos los años cierto número de esas pieles vienen desde esa comarca para su exportación, y el ejemplar que se halla montado en el museo Carnegie indudablemente fué una de las enviadas al mercado de pieles establecido en Londres, y clasificada equivocadamente como de un oso polar, fué remitida á Nueva York.

El pelaje de este oso difiere notablemente del del oso negro; es de un blanco de leche muy espeso y suave, y su capa inferior es lanuda En toda la piel no hay un solo pelo negro; de este color tiene el hocico y las garras blancas. Tiene unos 67 centímetros de altura, desde las paletillas á las plantas de los pies, y 1'35 metros de largo, desde la punta del hocico al extremo de la cola. La dentadura está completamente conforme con la de las mandíbulas fragmentarias del ejemplar tipo que han sido descritas y dibujadas por el naturalista que dió nombre á esa especie.

W. J. Holland,
director del Museo Carnegie, de Pittsburgo.

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustracion Artística

Año XXV — Barcelona 5 de marzo de 1906 — Núm. 1.262

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



ESTATUA DE VERDI RECIENTEMENTE INAUGURADA EN TRIESTE, obra del escultor milanés A. Laforet.

(De fotografía remitida por Augusto Romieax.)

ADVERTENCIA

El primer tomo de la BIBLIOTECA UNIVERSAL que repartiremos á los señores subscriptores será la obra de GUSTAVO DROZ

TRISTEZAS Y SONRISAS

traducida por Arturo Masriera é ilustrada por Carlos Vázquez.

De esta obra se han impreso en Francia OCHENTA EDICIONES.

SUMARIO

CRÓNICA DE TEATROS

No se ha confirmado por esta vez aquello del personaje moratiniano, de que las comedias son como los besugos, que adquieren más valor á medida que aumenta el frío. Los del último mes han sido tan fuertes y tan continuados, que gran parte de la gente que acostumbra ir á los teatros ha tenido el buen acuerdo, aunque poco grato á las empresas, de quedarse en casa. Para sacar al público de tan tenaz como justificado retraimiento, han hecho los empresarios esfuerzos inauditos. Puede decirse que hemos salido á estreno por noche. Entre todos, los de mayor éxito corresponden al Español y á Lara.

En el «clásico coliseo» se trabaja sin descanso; no acaba de estrenarse una obra y ya se prepara otra con actividad verdaderamente febril. Las últimas allí representadas han sido *El ídolo, La segunda mujer* y *Más fuerte que el amor.*

El ídolo es una comedia en la cual, con carácter satírico, pero sin pasar las fronteras del sarcasmo, se pintan las costumbres, intrigas, luchas y fracasos de la gente política. Linares Rivas, que es el autor de la comedia, conoce bien ese mundo y ha acertado á trazar una serie de escenas que entretienen y divierten. Y digo serie de escenas, porque *El ídolo* no nos ofrece una acción interesante conducida y desenlazada de modo que redondee, por decirlo así, el pensamiento del autor, sino una como cinta cinematográfica que va pasando por delante de los ojos de los espectadores, mostrándoles las contrariedades y disgustos con que tropieza un presidente del Consejo de ministros, el cual consume toda su actividad, no en dirigir los destinos de su país por el camino de la prosperidad y del progreso, sino en la ruin tarea de favorecer intereses personales, hacer frente á solapadas maniobras y templar gaitas...

Todo esto puede interesar y de hecho interesó á los que están en el secreto, esto es, á aquellas personas que ó viven dentro de la política ó la conocen de cerca. Para el resto de los mortales, *El ídolo* tiene escasos atractivos; los principales son lo chispeante del diálogo, quizás demasiado chispeante, y las alusiones más ó menos veladas á personas y sucesos políticos. La obra, muy bien presentada y representada, cumplió su cometido: no entusiasmó, porque su asunto no se presta al entusiasmo, y no despertó la curiosidad malsana que otras comedias del mismo género suelen avivar en el público, porque, como he dicho ya, la sátira de Linares es poco ó nada ofensiva. Pasó con aplauso, y esto no es poco tratándose de una obra política.

Mucho más interés y fuerza dramática tiene *La segunda mujer*, obra del autor inglés Arturo Pinero y muy bien traducida al castellano y adaptada á la escena española por el distinguido escritor D. Antonio Garrido.

El asunto de la aplaudida comedia (tan aplaudida, que solamente en Londres se representó quinientas noches consecutivas), ha sido muchas veces llevado al teatro y á la novela. Trata *La segunda mujer* de lo imposible que le es regenerarse socialmente á la mujer de vida tempestuosa. Dios perdona, pero el mundo no olvida; y «cuando á lo pasado se le echa por una puerta, entra por otra.»

Aubray, un gran señor viudo, hombre de edad madura, decide casarse con Paula, mujer que durante su primera juventud ha tenido no pocas aventuras. Paula, resuelta á redimirse y á reconquistar la estimación del mundo, empieza por proceder con noble lealtad, entregando á su futuro esposo antes de casarse una relación minuciosa de sus pasados extravíos. Aubray cierra los ojos ante la historia de la que va á ser su mujer. Sabe lo que fué, pero no quiere conocer pormenores, y quema el papel que Paula le ha entregado.

El gran señor inglés tiene una hija de su primer matrimonio, Elena, la cual anuncia por carta á su padre que pronto dejará el colegio en que recibe educación para reunirse con el autor de sus días. Así acaba el primer acto.

Como era de esperar, entre Elena y Paula, después de celebrado el matrimonio de ésta y Aubray, no reina la mejor armonía. Elena mira con justificada prevención á su madrastra, y Paula, que está ansiosa de consideración y de afecto, se desespera al ver el desvío de la joven. La buena sociedad inglesa tampoco transige con la intrusa, y el mismo Aubray, pasados los primeros arrebatos de su pasión intempestiva, no siente por su mujer aquella estimación y respeto que se debe á la esposa. Por todas estas causas Paula vive en constante irritación. Una señora aristocrática que reside en una quinta vecina á la que habita el matrimonio Aubray, prescindiendo de sus prejuicios de clase, se decide á visitar á la segunda mujer. En mal hora se le ocurre á la distinguida dama hacer tal visita. Paula la recibe con sequedad y grosería capaces de encender la sangre de la persona más bondadosa y tolerante. La señora aristocrática se lleva á Elena, con gran contentamiento de la muchacha, á fin de emprender juntas un viaje á París, y Paula, tras de una reyerta con su marido, decide contra la voluntad de éste invitar á una antigua amiga, también de la cáscara amarga, y al esposo de ella, á pasar una temporada en la quinta.

Transcurridas algunas semanas, Paula no puede resistir á sus dos huéspedes; él, un aristócrata borrachín, y ella, una mujer vulgar sin sombra de delicadeza.

En el alma de Paula se arraigan cada vez con más fuerza la desilusión y el tedio. Comprende que sus sueños de consideración social son irrealizables; le falta la estimación de su marido, y Elena..., ¡oh, si Elena le mostrase cariño, si aquella alma angelical se le abriera, entonces Paula se sentiría dichosa! Y en tal momento regresa Elena de su viaje, y como es feliz porque está enamorada, siéntese piadosa y en un transporte de felicidad abraza á su madrastra. ¡Cómo se regocija el alma de la antigua pecadora al recibir las caricias de la hija de su esposo! Mas ¡ay!, cuando Paula llega á entrever la felicidad, lo pasado se presenta ante ella terrible, implacable, amenazador. Elena, como he dicho, está enamorada: su madrastra protegerá aquellos amores y hablará con el novio de Elena, que la ha seguido resuelto á pedir su mano... El novio se presenta y es... un antiguo amante de Paula.

En el último acto la segunda mujer de Aubray, convencida de que sus anhelos de estimación, amor y paz no pueden realizarse, se escapa de la vida por la puerta del suicidio.

En esta comedia, que ha tenido muy lisonjera acogida, se destaca con gran relieve la figura de la protagonista. El carácter de Paula está desarrollado con gran vigor y estudiado con suma penetración psicológica. Es Paula una mujer que quiere ser buena, que anhela redimirse, pero que después de inauditos esfuerzos llega á comprender que la vida no tiene fe de erratas y que, como he dicho más arriba, Dios perdona, pero el mundo no olvida.

La acción es interesante, lógica y en muchas escenas conmovedora, aunque algunas veces se desliza por la pendiente de lo melodramático.

María Guerrero ha hecho del papel de Paula una verdadera creación: su labor nada tiene que envidiar á la de las artistas eminentes que tienen en su repertorio tan interesante comedia.

Los grandes ingenios gustan de ejercitarse en el difícil manejo de la paradoja, y una paradoja es la tesis de la última comedia de Benavente *Más fuerte que el amor...* Pues qué, preguntará acaso el que esto lea, ¿hay algo más fuerte que el amor? A tal pregunta contesta Benavente con esta sola palabra: la compasión.

Claro es que el ilustre escritor pone en tortura su privilegiado talento para demostrar su paradójica afirmación; pero no logra convencernos, aunque le aplaudamos sin reserva como poeta y como dramaturgo.

No, no existe bajo la capa del cielo nada que aventaje en fuerza á la ley divina del amor. Cuanto vive, por el amor ha nacido; todo lo que ha existido, existe y existirá, es la obra eterna del amor. Podrán en casos determinados refrenarse sus impulsos ó torcerse su natural inclinación; pero varíe ó no de rumbo, su fuerza es siempre la misma. La compasión es caridad y la caridad también es amor; decir por consiguiente que la compasión es más fuerte que el amor, equivale á decir que el amor es más fuerte que el amor. Pero aun reconociendo las diferencias accidentales que existen entre el amor en el sentido primero que se le da á esta palabra y la compasión, ¿quién duda de que, excepto en tal ó cual caso aislado, el amor, ciego para todo otro afecto, pasa victorioso por la tierra?

En el último drama de Benavente, Carmen, enamorada de Guillermo, sacrifica su amor para consagrarse á cuidar como madre cariñosa á su marido enfermo é imbécil á causa de su enfermedad. No es el deber conyugal, no es el temor á las censuras del mundo lo que sujeta á Carmen al lado de su esposo; es la compasión, sin la cual, según frase del autor, la vida sería una lucha entre fieras.

Este pensamiento se desarrolla en cuatro hermosos actos, en los cuales el autor hace grandioso alarde de su talento privilegiado. Figura el primero en un castillo de Escocia, propiedad de un rico banquero español. En ese castillo acaba de verificarse una magnífica fiesta: los convidados, entre los cuales se cuentan Guillermo, Carlos y Carmen, lucen casi todos disfraces caprichosos. En medio de la fiesta cae la noticia del suicidio del padre de Carmen, y es á la verdad un contraste emocionante, que recuerda alguno de los dramas de Mæterlinck, el que forman aquel aparato de fiesta y la trágica noticia que pasa por entre los huéspedes del castillo, evocando la imagen de la muerte.

En el segundo acto queda acordada la boda de Carmen con Carlos, el enfermo duque de Talavera. El sacrificio que por agradecimiento consuma la hermosa joven es superior á sus fuerzas; así es que en el tercer acto la vemos entristecida ó más bien desesperada por las suspicacias y violencias de su marido. La escena entre Carmen y Carlos, en la cual se resume la acción del drama, es hermosísima. Nada tan doloroso como la pasión del pobre enfermo, sus celos, sus ansias de vivir, su ser espiritual, en una palabra, reducido á la impotencia por el aniquilamiento de su pobre cuerpo. Comprende que su mujer es digna y honrada, que tiene derecho á vivir, que la naturaleza se opone al encadenamiento de un ser vigoroso y fuerte á un casi cadáver falto de fuerza y energía; pero el infeliz no puede renunciar á aquel amor, que es lo único que le liga á la vida.

Y por piedad hacia este pobre enfermo, Carmen ahoga los gritos de su pasión y acepta su cruz, consagrando la vida á su marido y encontrando en su sacrificio el placer inefable del deber cumplido y el gozo santo de la suprema piedad.

Toda la acción está avalorada por hondos pensamientos y hermosas imágenes, resplandores vivísimos del soberano entendimiento de Benavente. El ilustre autor se apodera de nuestro espíritu y le conduce á las elevadas regiones de la poesía, desde donde se descubren bellísimos horizontes.

Para representar este drama ha hecho la empresa del Español inauditos esfuerzos; y en indumentaria, en *atrezzo*, en *mise en scene*, ha llegado á la perfección misma.

En el papel de Carlos, Fernando Mendoza ha obtenido uno de los mayores triunfos de su carrera artística. Su aspecto, sus desfallecidos ademanes, su voz y la honda tristeza de aquel carácter agobiado por la idea de su impotencia, tienen en el primer actor del teatro Español expresión delicadamente artística.

Con muchos aplausos premió su labor el público numerosísimo que asistió al estreno de *Más fuerte que el amor*, y muchos en efecto merece Fernando Mendoza como actor y como director de escena.

Zeda.

EL BESO,

POR MIGUEL CORDAY



Después, aquella flor musgosa se convirtió en una niña

La primera vez que Marcelo besó á Juana tenía ésta ocho días y él ocho años. En una habitación azul, inmensa, profunda, espléndida como un cielo, una nodriza respetable, engalanada como un icón, tenía á la niña en la falda. Apartaron los velos y apareció una cabecita dormida; el colegial inclinóse y rozó con sus labios una frente aterciopelada, tibia y tan frágil que parecía que había de hundirse á la presión de un beso.

Era el día de Año Nuevo, y Marcelo y su familia, gente modesta, visitaban á sus opulentos primos. Deslizándose sobre las blandas alfombras, caminaba deslumbrado por aquellas magnificencias de museo. Todos se felicitaban y se besaban por un año, porque no habían de volver á verse hasta el siguiente. En una de esas visitas, Marcelo se encontró con una nueva primita y desde entonces la vió cada primero de año.

Primero Juana era una niña sumergida entre encajes, tan delicadamente ataviada, adornada y perfumada, que Marcelo, cuando buscaba su rostro en el fondo de su capuchón inmenso, experimentaba la misma exquisita y fresca sensación que si posara los labios sobre el corazón de una rosa blanca.

Después, aquella flor musgosa se convirtió en una niña que gorjeaba al contestar la felicitación:

—Feliz año, Juana.

—Feliz año, Marcelo.

Y se besaban. Como él ya no crecía y ella continuaba creciendo, á cada aniversario Marcelo tenía que inclinarse menos y Juana era la que se alzaba para alcanzarle. Pero llegó un año en que no hubo de inclinarse poco ni mucho, y entonces se percató de que ella tenía diez y seis años y él veinticuatro, descubrimiento que le turbó en alto grado.

«¿Cuándo se debe dejar de besar á una prima? ¿Cuando ya no hay que bajarse para besarla?» Tenía un año por delante para meditarlo; pero aunque pensaba en ello á menudo (cada vez que delante de él se pronunciaba el nombre de los primos ricos, sin contar algunas deliberaciones intermediarias en extremo frecuentes), no fué tiempo sobrado aquel período de doce meses. En efecto, el día 31 de diciembre Marcelo todavía vacilaba. Por fin, mientras subía la escalera cubierta de alfombra y que crujía á causa de la calefacción, decidió abstenerse, y resuelto á recurrir al frío apretón de manos, entró en el salón suntuoso, en donde circulaban ya los *marrons glacés*, los *fondants*, las felicitaciones y las efusiones de cariño, y al ver á Juana que distribuía bombones, tendióle ceremoniosamente tres dedos. Pero la joven, vestida de gala, radiante de placer, presentóle la mejilla, una mejilla, ¡ay!, distraída, sin duda; una mejilla que desde la mañana se ofreciera al primero que llegara, lo mismo que los dulces... Mas ¡qué diantre!, puesto que podía besar una vez más aquella mejilla risueña... Y Marcelo, turbado, la rozó con un beso tan torpe y tan rápido, que en seguida perdió la sensación de su sabor.

Pero en los días siguientes volvió á encontrarla en lo más íntimo de su alma y se complacía en evocar aquella sensación fresca, perfumada, sedosa, juvenil. Su propio aliento al pasar por entre sus labios le recordaba la fugaz caricia, y seguramente por esto suspiraba tan á menudo desde aquel primer día de enero. Y con sólo murmurar el nombre de la joven, parecíale sentir otra vez algo de aquel beso, y de ello se convencía frecuentemente pronunciándolo.

¿Qué significaba aquel recordar continuamente la mejilla de su prima, aquel revivir tan persistente de un frívolo abrazo del día de Año Nuevo? En esa situación supo que Juana se había prometido y esta noticia le hizo tanto daño que ya no dudó: amaba.

¿A qué rebelarse? ¿Acaso una joven rica se casa con un simple auxiliar de arquitecto? Por otra parte, no tenía más que mirarse y que oirse para comprender que con su figura huesuda, su cabeza voluminosa, su gran bigote, su ruidosa voz y sus ojos y su boca tristes, no era el tipo más á propósito para enamorar.

¡Valiente partido!

¿Y su dolor? Fué trivial, como son todos esos dolores. Cada joven que se casa deja detrás de sí algunos hombres que suspiran, unos por demasiado jóvenes, otros por demasiado pobres, otros por demasiado tímidos, y á su espalda quedan siempre rabias, lágrimas, puños crispados, ojos hinchados y enrojecidos, que forman el invisible cortejo, la cola dolorosa del vestido nupcial.

Y cada día de Año Nuevo los ponía frente á frente

Marcelo no asistió á la boda, porque, á petición suya, lo habían enviado á Borgoña á vigilar unas obras; mas de Borgoña se vuelve y los grandes pesares se alivian. No quiere esto decir que el pobre arquitecto se curara; pero su mal, de agudo que era, se hizo crónico. Esas afecciones son menos graves, pero menos curables también; no causan la muerte, pero destruyen la vida.

Y además tienen exacerbaciones.

Con meses de anticipación sentía Marcelo miedo de la primera crisis, de la primera prueba, es decir, de volver á ver á Juana ya casada. Esa crisis, esa prueba, se produciría el próximo día de Año Nuevo, puesto que en veinte años sólo en tal día la había visto. Su corazón latía con violencia al encontrarse de nuevo en la escalera de roble que crujía á causa de la atmósfera caldeada, al pisar las alfombras orientales tendidas sobre los escalones, al entrar en el salón familiar, al oir el chupeteo de los bombones y de los besos, al ver á Juana presentando su copa de cristal...

Juana tampoco había cambiado; parecía, como antes, la señorita de la casa; ilusión bienhechora al pronto, porque le decía: «Ya ves que la cosa no es tan terrible como imaginabas; ya ves que no te la han quitado toda á tu Juana,» pero cuya amargura é ironía no tardaron en invadirle.

¡Ay, no! No era la joven á quien vacilaba en besar el año pasado, sino la mujer que ni siquiera podía hacerle la limosna de un beso.

Al ver que su prima se le acercaba, alargóle la mano con ademán más rápido, más reservado que nunca, y le dijo:

—¡Feliz año, Juana!

Mas como la felicidad es tan generosa como ciega, Juana, sonriente y conservando entre los suyos los dedos de Marcelo, inclinó la cabeza diciéndole:

—¿Qué, ya no me besas?

Su respuesta fué un suspiro tembloroso. Y en un recogimiento de que él mismo se asombraba y que constituye la extrema lucidez de las grandes crisis, saboreó aquel beso en que se fundían su cariño, su rabia y su dolor, hurto inocente, caricia con sabor de lágrimas, que sería lo único que conservaría en adelante de su Juana.

Entonces comenzó para él una vida extraña, la vida del amor secreto y resignado. Amaba á Juana de lejos, y cada año su cariño iba á cobrar nueva fuerza en aquel furtivo contacto. Jamás hostia alguna derramó en el corazón de un creyente el éxtasis que aquel beso en el corazón del desdichado. Conservaba en lo más hondo de su alma la caricia, la reanimaba, la mantenía viva durante meses..., y no olvidaba el beso que había dado sino para pensar en el que daría; de aquella flor marchita iba á nacer una flor nueva.

Para él las estaciones estaban trocadas; donde los demás mortales veían el otoño con la decadencia y el invierno con la suprema angustia, él sentía surgir en su interior toda la esperanza juvenil de una primavera. Y á la manera de esos alambres que al través de las ventanillas del tren vemos bajar y subir entre dos postes, su existencia transcurría entre dos días de Año Nuevo, hundiéndose en la pena y elevándose en la esperanza.

¿Se casó? ¿Tuvo hijos? ¡Qué importa! Aunque diera otros besos, el beso único era aquel en el cual revivían la infancia extasiada, la enamorada juventud, el cariño torturado del hombre, aquel que cada vez contenía todo el pasado...

Y cada día de Año Nuevo los ponía frente á frente, él siempre tímido, conmovido por la proximidad de la corta delicia, ella siempre afectuosa, distraída, fraternal. Juana presentaba una mejilla que poco á poco perdió su flor de juventud, una mejilla que se defendió contra el tiempo á fuerza de polvos y de cremas, una mejilla que se marchitó con el peso de los años y que rozaba entonces el bigote gris de Marcelo; y nunca sospechó que aquellos besos eran para aquel hombre las cumbres de la vida...

REPÚBLICA ARGENTINA. – BUENOS AIRES

MUERTE, ENTIERRO Y FUNERALES DEL EMINENTE PATRICIO ARGENTINO EL TENIENTE GENERAL D. BARTOLOMÉ MITRE Y MARTÍNEZ.

Ha desaparecido del mundo mortal una de las figuras más sobresalientes de Sudamérica, y sin la menor duda la más culminante de la República Argentina.

Baja á la tumba el general Mitre á la avanzada edad de ochenta y cuatro años, seis meses y veintitrés días, habiendo figurado esclarecidamente en las letras, en las armas y en la política. Su acción y su influencia por espacio de medio siglo ha sido poco menos que decisiva en los destinos de su patria, y en pluralidad de veces su inteligencia, su consejo y acción irradiaron hasta las Repúblicas hermanas y vecinas del Uruguay, Brasil, Paraguay, Bolivia, Perú y Chile, con potencia efectiva.

No es de este lugar escribir historia; nuestra actual misión es sólo inclinarnos reverentes ante la gloria argentina que desaparece; pero es justo hacer constar que si el general Mitre cometió errores como político ó militar - que posiblemente los cometiera, como toda naturaleza falible – el pueblo jamás los tuvo en cuenta; y si en las enconadas luchas políticas parte de él los ha recordado alguna vez, justa ó injustamente, pronto los dió al olvido para transformarlos más tarde en aciertos, y encarnar en la figura del eminente tribuno, del buen literato, del esforzado militar, la esencia de su propia esencia, el alma de su alma, como popular símbolo de ese mismo pueblo que siempre ha sentido por él fanática devoción, devoción que en vez de amenguar con los años ha crecido inconmensurablemente, y más aún en la última etapa de su vida, que la ha transformado en adoración.

Al saberse la enfermedad del insigne patricio, el amor del pueblo aumentóse con la dolorosa ansiedad; y la casa del venerado anciano vióse desde entonces, así de día como de noche, visitada por millares de personas de todas clases y categorías, y en la calle perturbada la circulación por el numeroso público que se estacionaba ante el edificio de *La Nación*, contiguo al que servía de morada al viejo general, para leer los boletines médicos inscritos en la pizarra puesta ex profeso. Y esta espectación duró los cincuenta días de enfermedad. Cuando se supo el fatal desenlace, pareció suspenderse la vida toda de la populosa capital argentina.

ULTIMO RETRATO DEL TENIENTE GENERAL D. BARTOLOMÉ MITRE

A las 4'40 de la madrugada del día 19, Mitre exhalaba el último suspiro. A las nueve de la mañana la ciudad entera sabía la triste nueva y aparecía de duelo con la casi totalidad de establecimientos y casas de comercio cerradas, los edificios ostentando la patria bandera y la de las demás naciones á media asta y adornadas con el simbólico crespón negro, adorno que las empresas de tranvías también colocaron en sus respectivos coches. La población en masa, por decirlo así, desfiló luego ante los restos mortales del eminente patricio.

A las diez efectuóse el traslado del cuerpo á la Casa de Gobierno, en donde estuvo expuesto hasta las cuatro de la tarde, hora en que se efectuó el entierro.

Para asistir á la fúnebre ceremonia, la República Oriental del Uruguay envió su 2.° de artillería, un piquete de caballería y el ministro de la Guerra con un lucido acompañamiento y estado mayor.

También rindieron honores militares la tripulación del buque de guerra alemán *Panther* y la del italiano *Fieramosca*. Las tropas argentinas, en número de seis mil hombres de todas armas, estuvieron tendidas desde la Casa de Gobierno, por la Avenida de Mayo, Avenida Callao, hasta el cementerio de la Recoleta.

Muy sentidas oraciones fúnebres se pronunciaron por los maestros de la palabra y de la elocuencia, pero ninguna como la grandiosa, la inmensa, la colosal rezada por toda la nación argentina y cuantos en su suelo viven.

La ciudad continuó enlutada, y el viernes 26, día que se declaró feriado, se repitió la gran manifestación con la celebración del funeral en la catedral metropolitana.

Podemos afirmar, sin temor de equivocación, que con Mitre ha desaparecido el hombre más popular, más respetado y querido de toda la América latina.

Nuestro humilde, pero sentidísimo homenaje, á su memoria; y á la nación argentina en general y á su ilustre familia en particular, la expresión de nuestra condolencia y del pésame más sentido.

JUSTO SOLSONA.

Buenos Aires, enero de 1906.



República Argentina.–Buenos Aires.–Entierro del teniente general Mitre. Salida del fúnebre cortejo de la Casa de Gobierno

(De fotografía de la Sociedad Fotográfica Argentina de Aficionados, remitida por D. Justo Solsona)



República Argentina.—Buenos Aires.—Entierro del teniente general Mitre. Paso del fúnebre cortejo por las avenidas de Mayo y del Callao.
(De fotografía de la Sociedad Fotográfica Argentina de Aficionados, remitida por D. Justo Solsona.)



República Argentina.—Buenos Aires.—Funerales del teniente general Mitre. Desfile de las tropas después de la ceremonia religiosa.
(De fotografía de la Sociedad Fotográfica Argentina de Aficionados, remitida por D. Justo Solsona.)

EL INCIDENTE DE LA MAR CHICA

Hace unos quince días, causó una verdadera sensación la noticia de que el *Turki*, único buque de guerra, llamémosle así, de que dispone el sultán de Marruecos, había bombardeado la factoría de la Mar Chica y hecho fuego sobre el vapor francés *Zenith*. Temióse desde luego que este hecho viniera á complicar el asunto de Marruecos, ya por sí bastante embrollado, tanto más cuanto que se decía que el crucero francés *Lalande* se había interpuesto entre los dos citados barcos impidiendo que el marroquí persiguiera y continuara disparando contra el vapor mercante, que, según unos, había conducido algunos turistas de Orán á visitar la factoría, y, según otros, había desembarcado armas y municiones para el pretendiente.



Tiendas y barracas que constituyen la factoría de la Mar Chica. (De fotografía)

Por fortuna, la cosa no tuvo mayores consecuencias, pues en seguida se aclaró la supuesta intervención del *Lalande*, y se supo que, reunidos en las Chafarinas los tres buques, mediaron entre los jefes de los mismos explicaciones, como resultado de las cuales el comandante del *Lalande* ordenó al capitán del *Zenith* que regresara inmediatamente á Orán, y previno luego á los franceses de la factoría que si no la abandonaban, él declinaba toda responsabilidad en cuanto á su protección, y manifestó finalmente al comandante del *Turki* que en lo sucesivo podía obrar con entera libertad.



M. DELBREL, jefe de estado mayor del pretendiente, y M. BOURNANCÉ, director de la factoría de la Mar Chica. (De fotografía.)

De todos modos, el incidente ha llamado la atención sobre la factoría de la Mar Chica, y por esto consideramos interesante reproducir el artículo que un periodista parisiense, Juan Rodes, recién llegado de aquellas regiones, ha publicado en una importante revista, acompañándolo de algunas curiosas fotografías, que también reproducimos. Dice así el artículo en cuestión:

Mapa de la región de la Mar Chica

«Los periódicos han anunciado que el *Turki*, el único barco de guerra de Marruecos, mandado por un alemán llamado Carol ó Korow, había bombardeado la factoría de la Mar Chica y el vapor *Zenith*, de Orán, que desembarcaba mercancías en ella.

»Esta factoría, según puede verse en el mapa, está situada á unos veinticinco kilómetros de Melilla en la estrecha lengua de tierra que separa el Mediterráneo del mar interior, y fué instalada, hace unos tres meses, por algunos franceses, previo acuerdo con el pretendiente, Muley Mahomed, cuya autoridad reconocen todas las tribus vecinas y que ha manifestado la intención de fundar allí una ciudad y un puerto. Desde hace dos meses, la concesión de la empresa ha pasado á manos de M. Say, ex teniente de navío, el mismo que fundó Port-Say, en la desembocadura del Kiss, en la frontera argelino marroquí.

»Los habitantes de Melilla, cuyos intereses comerciales resultaban perjudicados con la instalación de ese nuevo mercado, quejáronse desde un principio enérgicamente, y el gobierno francés convino con el de Madrid en considerar como una simple filibustería aquella operación realizada bajo el patronato del pretendiente.

»Mas no por eso dejaron los franceses intalados en la Mar Chica de continuar la ejecución de la obra, que, por otra parte, hasta ahora no ha sido más que bosquejada. Enviado por mi diario y transportado por el *Eider*, pequeño yate que naufragó y se estrelló contra las rocas apenas me hubo dejado en tierra, hace quince días hallábame yo en aquellos lugares. Allí encontré cuatro ó cinco tiendas de campaña en que se cobijaban las pocas personas allí instaladas bajo la protección de nuestro compatriota M. Delbrel, jefe de estado mayor del pretendiente. Había también dos pequeñas barracas de tablas que contenían mercancías, principalmente sémola y azúcar. Todo eso, á primera vista, era muy poca cosa; pero la presencia de pequeñas caravanas de Kebdana y aun de Chambaas, que acudían con gran número de camellos, demostraba que había allí el germen de un mercado que algún día podía adquirir considerable importancia. Además, habíanse comenzado trabajos que indicaban que sus autores se proponían realizar una obra duradera; por ejemplo, se había abierto ya un pequeño canal, esbozo del canal futuro que habrá de unir las aguas de ambos mares y permitir el acceso de los cargamentos á la Mar Chica.

»La intervención del *Turki* y del *Lalande*, que prohibe para lo sucesivo el transporte de mercancías, si no ha interrumpido del todo esa audaz empresa (pues, según telegrama que acabo de recibir, todos los franceses á quienes conocí en la factoría persisten en permanecer en ella), por lo menos la ha perturbado profundamente.



El buque de guerra marroquí el *Turki*, que ha cañoneado la factoría de la Mar Chica. (De fotografía de Rittwagen.)

»Estaba yo en el campamento de Seluán, es decir, con el pretendiente, cuando llegó hasta nosotros la noticia de que el *Turki* había recibido orden de bombardear la factoría; inmediatamente nos dirigimos á la costa, llevando M. Delbrel uno de los dos cañones de tiro rápido recientemente adquiridos con el propósito de rechazar enérgicamente el anunciado ataque. Delante de la factoría encontramos anclado el *Zenith*, que ha recibido recientemente su bautismo de fuego, y en el cual me embarqué para Orán. El *Zenith* es un vaporcito de hierro, de 200 ó 300 toneladas, de excelente marcha y muy bien mandado por un viejo lobo de mar, el capitán Venturini; me figuro que si tuviese siquiera un par de buenos cañones, daría no poco que hacer al famoso buque de guerra marroquí, vieja carraca incapaz de andar más de cinco nudos por hora.»

El incidente de la Mar Chica, á pesar de lo que en un principio se creyó, no ha influído poco ni mucho en la marcha de la conferencia de Algeciras, la cual se ocupa en la actualidad de la cuestión del proyecto del Banco Marroquí, cuestión en la que se van acentuando de tal modo las divergencias entre Francia y Alemania, que son muchos los que creen que no podrá resolverse satisfactoriamente á pesar de la buena voluntad de las demás potencias.—R.

EL CARNAVAL DE NIZA

A las ocho y media del jueves, día 15 de febrero último, hizo su entrada triunfal en Niza S. M. el Carnaval XXXIV. El monarca de la risa presentóse ante su pueblo majestuosamente sentado en una águila colosal, cuyas alas extendidas median, de punta á punta, la friolera de 30 metros, y acompañado de varios personajes que representaban los varios signos del Zodíaco y algunos astros de primera magnitud, tales como Saturno, Marte, Vulcano, etc., que danzaban desenfrenadamente en torno suyo. Ochocientas lámparas eléctricas iluminaban este carro, obra de M. Biasini, vicepresidente del comité de los festejos.

El carro de S. M. la reina, de sorprendente riqueza, resplandeciente de oro y pedrería, iba arrastrado por gigantescas grullas, cubiertas de rico plumaje y magníficamente empenachadas.

El día 18 celebróse el primer corso, una de las fiestas más regocijadas del programa del Carnaval nicense. El desfile de este año ha sido un espectáculo asombroso, presenciado por una multitud más numerosa aún que en los años anteriores: en las tribunas del Comité, levantadas en la plaza Massena, en los solares del Casino municipal y en los balcones de las casas por delante de las cuales había de pasar el cortejo, veíase lo más escogido de la sociedad nicense y de la colonia extranjera; en las calles una muchedumbre inmensa se estrujaba para ver el paso de los carros, de los coches y de las máscaras y para presenciar la batalla de serpentinas y confetti.

Ocho eran las grandes carrozas que en la mascarada figuraban y entre las cuales sobresalían: el *Eclipse*, el *Restañador de cacerolas* y la titulada *Boum, servez chaud!* Esta última, que el adjunto grabado reproduce, representa un gran café glacier en donde se celebra una kermesse y se baila la nueva danza la *machicha* y en donde varios japoneses enseñan el jiu-jitsú á algunos guardias de orden público.



EL CARNAVAL DE NIZA. – CARROZA TITULADA «BOUM.. SERVEZ CHAUD!» (De fotografía de Hutin, Trampus y C.ª)

Las cabalgatas eran: *El menu de S. M. Carnaval, Charanga felina, La codicia de los pueblos, El peligro amarillo, Los grandes duques en su viaje de boda, Un viaje á la luna, Una excursión célebre, Los bárbaros, Una cacería en tiempo de Luis XV, Triunfo de la Champaña, Los amos del mundo* y *Serenata á la luna.*

Había además varias comparsas, entre las que merecen citarse las llamadas *Mandarines y mandarinas, Pierrot y Pierrette, El Paseo de los Ingleses* y *Cencerrada de los pilletes.*

Añádanse á esto un número incalculable de máscaras sueltas, vestidas con los disfraces más originales, ricos ó extravagantes, una multitud de músicas de todas clases, una lluvia incesante de flores y demás proyectiles carnavalescos, un griterío ensordecedor, un movimiento verdaderamente frenético en todas partes, y se tendrá una idea pálida de lo que ha sido esa fiesta que ha durado toda una tarde y toda una noche.

El día 20 se efectuó la batalla naval de flores, organizada por los barcos de guerra franceses anclados en la dársena de Villafranche, cuyas embarcaciones menores estaban adornadas con tanto buen gusto como originalidad. Fueron premiadas las de los buques *Suffren, Saint-Louis, Du Chayla, Gaulois, Jena, Kleber, Condé* y *Marseillese.* Después de la batalla de flores, en la que tomaron parte muchas embarcaciones particulares, hubo recepciones en los distintos buques y se disparó un gran castillo de fuegos artificiales en el puerto.

Otro de los espectáculos más lucidos y más animados ha sido la batalla de flores del día 22: un gentío inmenso, la elegancia del público de las tribunas, el número de los coches ricamente adornados, todo ha contribuído á hacer de ese número del programa una fiesta inolvidable, avalorada por un tiempo magnífico verdaderamente primaveral. Los coches premiados fueron: una cesta de lilas blancas, una concha marina de alhelíes y anthuriums, una taza de fuente de lilas y rosas, una victoria de alhelíes y claveles, una victoria de violetas de Parma con arcos de lilas blancas, un nido de rosas y de bolas de nieve, un landó de violetas y narcisos, una pagoda de alhelíes y anthemis, un coche de lilas blancas con cúpula de bolas de nieve y rosas, una mariposa de alhelíes, una avispa de violetas y pensamientos, un carro de aldeanos rusos y una cesta de nenúfares y azaleas.

Completó el programa del día el gran *veglione* de la Opera, cuya sala presentaba un aspecto fantástico, así por la magnificencia del decorado como por la riqueza y la elegancia de los trajes y la belleza de las mujeres que á la fiesta acudieron.

¿A qué seguir describiendo? Los demás festejos del Carnaval, tales como los corsos y batallas de flores de los días 25, 26 y 27, los fuegos artificiales y el segundo *veglione* de la Opera han sido digno complemento de los que dejamos descritos.

En todas partes y desde hace muchos años se dice en todos los tonos que el Carnaval muere, que los días de Carnestolendas han perdido su carácter y su animación de otros días; pero á juzgar por lo que en Niza acontece, al ver que allí en vez de decrecer aumenta el entusiasmo por esta fiesta típica, bien puede afirmarse que S. M. Carnaval XXXIV tendrá allí muchos sucesores, y que si sus colegas de otros países son destronados, su dinastía continuará reinando por mucho tiempo en la hermosa perla de la Costa de Azur.—S.



SORPRENDIDOS POR LOS LOBOS, COPIA DEL CELEBRADO

Atravesaba el trineo la nevada estepa; en el solitario paisaje no se alzaba ni una sola choza, ni crecía un árbol, nada que indicara la proximidad del hombre; las sombras de la noche comenzaban á envolver la naturaleza. De pronto, los infelices viajeros viéronse sorprendidos por manadas de hambrientos lobos; los caballos se encabritaron volcando el trineo; el padre, empuñando el fusil, trata de defenderse, y rota el arma, derribado en tierra, todavía lucha [illegible]



CUADRO DE WIERUSZ-KOWALSKI, GRABADO POR RICARDO BONG.

la imaginación se anticipa fácilmente á la catástrofe final, que no puede tardar en consumarse. Tal es la grandiosa composición del eminente pintor polaco que esta lámina reproduce y cuyas excelencias nos parece ocioso encomiar: cuando una obra artística nos emociona tan hondamente como esta, cuando el ánimo se sobrecoge aterrorizado y ve con todo el relieve de la realidad lo que el pintor concibiera y trasladara al lienzo, los elogios de la crítica son innecesarios; el mejor crítico es el corazón de todos los que contemplan el cuadro, avasallados por un sentimiento común tan intenso como silencioso, que constituye el fallo inapelable de la opinión pública.

LAS BODAS DE PLATA

DE LOS EMPERADORES DE ALEMANIA

El día 27 de febrero último se han cumplido 25 años del casamiento del entonces príncipe de Prusia, hoy emperador Guillermo II, con la princesa Augusta Victoria de Schleswig-Holstein. Con este motivo se han celebrado en Berlín grandes fiestas, á las que se ha asociado la nación entera, pues sabida es la veneración que todos sus habitantes sienten por el soberano alemán.

La personalidad de éste es tan eminente, se ha hablado tanto de él en todos sentidos, que estimamos superfluo decir nada del monarca que por tantos conceptos atrae sobre sí la atención de todo el mundo y en quien se encarnan verdaderamente las ideas, los sentimientos y las aspiraciones de su pueblo, y preferimos dedicar el poco espacio de que disponemos á dar algunas noticias acerca de la emperatriz.

Augusta Victoria es, en cierto modo, el reverso de su imperial esposo: excesivamente modesta, gústale ostentarse lo menos posible y consagrarse en absoluto á los deberes de madre y gozar principalmente de los placeres del hogar. Raras veces acompaña al emperador en sus numerosos y continuos viajes, y aunque es coronel de un regimiento, jamás figura en las revistas militares; con más gusto recibe á filántropos y á médicos que á generales, y á instancias suyas va á construirse en Berlín, para conmemorar sus bodas de plata, un instituto en donde se enseñará á las madres á cuidar y á criar á sus hijos. Y aun se dice que á su iniciativa se deben todas las leyes de beneficencia que el gobierno ha presentado al Reichstag en estos últimos años.

Con motivo de sus bodas de plata se ha hecho una subscripción nacional que ha ascendido á once millones de marcos (13.750.000 pesetas); los emperadores han dispuesto que el total de la suma recaudada se destine al socorro de los viejos, ciegos, locos, idiotas y paralíticos.



MONUMENTO Á ALFREDO DE MUSSET

Diez y siete años hace que un admirador de Musset, el señor Osiris, manifestó al Municipio parisiense su deseo de regalar á la ciudad un monumento dedicado al poeta de las *Noches*, entregando desde luego los fondos necesarios para tal empresa. Desde entonces, mil incidentes y discusiones entorpecieron la realización del proyecto, hasta que en 1904 la obra quedó terminada y se fijó el sitio en donde el monumento habría de levantarse.



Monumento á Alfredo de Musset, obra de Antonio Mercié, inaugurado el 23 de febrero último en París. (Fotografía de M. Rol y C.ª)

El monumento, que se alza en la plaza del Teatro Francés, se ha inaugurado con gran solemnidad el día 23 de febrero último con asistencia del ministro de Instrucción Pública y de representaciones de la Academia y de la Sociedad de literatos, de la Asociación profesional de críticos, de la Sociedad de poetas, del Consejo Municipal de París, etc. Consta de un sencillo pedestal con la inscripción «*Alfred de Musset. 1810-1857*,» encima del cual se ve al poeta, sentado en un banco, en actitud pensativa y de sufrimiento, y detrás de él la musa que le sostiene é inspira.



Las bodas de plata de los emperadores de Alemania. – Retratos de la emperatriz Augusta Victoria y del emperador Guillermo II, hechos con ocasión del 25.° aniversario de su casamiento. (De fotografía de Bieber.)

El monumento es obra del escultor Antonio Mercié y del arquitecto Formigé.

MONUMENTO A JOSÉ VERDI

Muchas ciudades de Italia y de otras naciones, entre ellas París, Nueva York y Buenos Aires, han proyectado levantar estatuas al gran compositor; pero hasta ahora sólo Trieste ha rendido el merecido tributo á la memoria del autor de *Falstaff*, *Otelo*, *Aida* y otras obras no menos inspiradas y populares. Hace pocos días, en efecto, inauguróse el monumento que reproducimos en la página 153 en presencia de las autoridades de la ciudad y de las personalidades más notables de la colonia italiana.

La base del monumento es una simple piedra, sin adorno alguno, en la cual se lee la inscripción: «*Trieste á Giuseppe Verdi.*» La estatua del maestro, en cambio, es una obra notabilísima bajo todos conceptos, así por el parecido, como por la naturalidad de la figura y por la nobleza y el vigor de la ejecución, y honra verdaderamente á su autor, el celebrado escultor milanés Alejandro Laforet.

MISCELÁNEA

Bellas Artes.—Barcelona. – *Salón Parés.* – Los pintores Padilla y Utrillo y el escultor Gargallo son los artistas que han expuesto durante la última semana algunas obras nuevas en el Salón Parés. Del Sr. Padilla eran varios paisajes al óleo, los más de ellos reproducciones de los más poéticos lugares de la costa ampurdanesa, sinceramente sentidas y bellamente ejecutadas. Utrillo exhibía varios dibujos de tipos femeninos, muy intencionados y de correctísima factura. El Sr. Gargallo tenía expuestos algunos bajos relieves de concepción original y expresión vigorosa, varios bustos de mujer con bellísimas armonías de claroscuro y alto relieve de un realismo impresionante y muy bien entendido.

– Los Sres. M. C. Butsems y Fradera, fabricantes de cemento Portland, cal hidráulica, mosaicos y piedra artificial, nos han remitido una pequeña escultura, de factura elegante y sobria y de aspecto en extremo simpático, perfectamente moldeada en cemento del que en su casa se fabrica. Agradecemos el envío y felicitamos á los autores de esta obra artística.

Berlín. – Para completar la colección de obras del famoso pintor Adolfo Menzel que se guarda en la Galería Nacional de Berlín, se proyecta la adquisición de una serie de cuadros, dibujos, etc., del gran artista que se hallan en poder de particulares, dedicándose á este fin la cantidad de 1.450.000 marcos (1.812.500 pesetas).

Londres. – Hace algún tiempo el Museo del Louvre de París y la Galería Nacional de Berlín se disputaban la posesión del cuadro de Velázquez *Venus con el espejo*, que estaba á la venta en la capital de Inglaterra. La lucha entre ambas entidades ha sido al fin resuelta de un modo inesperado: un desconocido ha comprado el famoso lienzo por la enorme cantidad de 1.200.000 pesetas y lo ha regalado al Estado inglés.

Espectáculos.—Barcelona. – Se ha estrenado con buen éxito en el teatro Romea *Fullas secas*, cuadro dramático de los Sres. Barbosa y Crehuet (M.) En el Eldorado ha empezado á funcionar una notable compañía cómica, dirigida por los aplaudidos autores D. Juan Balaguer y D. Mariano de Lara y en la que figuran las distinguidas actrices doña Concepción Catalá y doña Sofía Alverá.

En el teatro Principal ha dado dos notables conciertos el celebrado pianista Sr. Granados, que con la brillantez y exquisita interpretación que le son características ha ejecutado en ellos hermosas y difíciles composiciones de Mozart, Chopin, Schumann, Scarlatti, Listz y Grieg, obteniendo grandes y merecidas ovaciones.

Associació Wagneriana. – Esta asociación ha dedicado una sesión especial á la audición de varios fragmentos de la ópera del maestro Morera *Bruniselda*, que se pondrá en escena en el Liceo durante la próxima temporada de primavera. Dichos fragmentos son un dúo de soprano y tenor é himno, un coro del segundo acto y un dúo del tercero, que fueron ejecutados con gran acierto por la Srta. Mercé, el Sr. Colomer y el «Orfeó Barcelonés,» á quienes acompañó en el piano el propio autor. Las tres piezas, de corte francamente melódico y en extremo inspiradas, fueron aplaudidas con entusiasmo.

Asociación Musical de Barcelona. – Interesante y notable ha sido el concierto, último del ciclo de Schubert, que esta Asociación ha dado últimamente. Componíase el programa del cuarteto en *la* menor, op. 29, el quinteto en *do* mayor, op. 163 y varios *lieders*. La ejecución de las dos primeras piezas corrió á cargo de los Sres. López Naguil, López Catalá, Ribas, Raventós y Montserrat, que interpretaron admirablemente ambas composiciones; los *lieders* fueron cantados con verdadera maestría por el barítono señor Segura. Para todos hubo grandes y merecidos aplausos.

París. – Se han estrenado con buen éxito: en el teatro Moliere *Plumes du geai*, comedia en cuatro actos de Juan Julien; y en el teatro de Varietés *La piste*, comedia en tres actos de Victoriano Sardou.

– En el teatro de la Opera de Monte Carlo se ha estrenado con buen éxito *L'Ancetre*, drama lírico en tres actos de Augé de Lassus, música del célebre maestro Saint-Saens.

– En el teatro Municipal de Niza se ha estrenado con gran aplauso *Sanga*, drama lírico en tres actos de Eugenio Morand y Pablo Choudens, música de Isidoro de Lara.

– En el teatro Del Verme, de Milán, se ha estrenado con éxito grande la ópera española del maestro Bretón *Dolores*.

Necrología.— Han fallecido:

Dr. Carlos, barón de Fritsch, geólogo y explorador alemán, ex profesor de las universidades de Francfort y Halle.

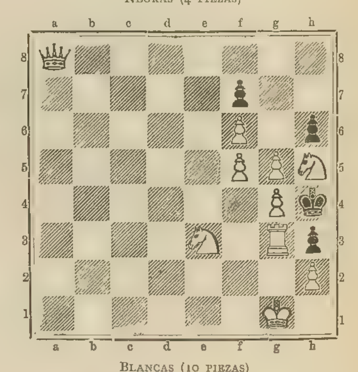
Jorge J. Holyoake, sociólogo y político inglés.

Alejandro Karatheodory, hombre de Estado turco, de origen griego, que tuvo parte muy importante en la conferencia de Constantinopla, en los preliminares de la paz de San Stefano y en el congreso de Berlín.

AJEDREZ

Problema número 417, por S. Loyd.

Negras (4 piezas)



Blancas (10 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

Solución al problema n. 416, por W. F. v. Holzhausen.

Blancas.	Negras.
1. Ad6–b4	1. Te3–a3, b3, d3, etc.
2. Ab4–c3 jaque	2. Ta3×c3
3. Ce2–d4	3. T juega.
4. C mate.	



... sentáronse en un banco para descansar...

EL FALSARIO

NOVELA DE JULIÁN HAWTHORNE.—ILUSTRACIONES DE MAS Y FONDEVILA

(CONTINUACIÓN)

—¡Ah! Supongo lo que le ha ocurrido, observó el americano arqueando las cejas; sin duda se le ha olvidado tomar moneda suelta. Yo he venido aquí para beber una copita de ginebra, y me honraría usted acompañándome. Al mismo tiempo pediremos cigarrillos.

Así diciendo, Williams condujo al conde á una mesa, donde el camarero sirvió al punto lo que necesitaban; y al reanudar la conversación, Fedovsky habló de la pérdida que acababa de sufrir, sin que su interlocutor, que escuchaba atentamente, le interrumpiera una sola vez.

—Yo supongo, dijo cuando el conde concluyó, que diez mil duros no son gran cosa para usted; mas por ese camino, la pérdida de toda su fortuna será solamente cuestión de tiempo. Yo espero que no le ofenda mi observación, señor conde, pues tengo más edad que usted y he sabido lo que es hallarse sin un céntimo en el mundo. ¿Ha trazado usted ya la línea de conducta que se propone seguir sobre este punto?

—No lo he pensado formalmente aún, contestó el conde; pero me parece que volveré á probar fortuna, para renunciar después del todo á ese pasatiempo.

—En el lugar de usted, contestó el americano, yo no me acercaría más á las mesas de juego. Mejor sería que viniese usted conmigo á ver á la princesa, cuya agradable conversación bastará para que usted no se aburra, dejándole por el contrario muy complacido.

—Tal vez no sea la dama tan filantrópica como usted supone.

—¿Quiere usted que la pida permiso para presentarle?, preguntó el americano.

—Muchas gracias; por ahora no; pero más tarde tal vez me aproveche del ofrecimiento. La verdad es que he observado tan buena conducta durante estos últimos años, que deseo cambiar totalmente de género de vida. Para mí ha sido un consuelo alejarme de la gente que conozco y no alternar con las damas; mas no dudo que experimentaré otra vez deseos de tratar con el bello sexo, y entonces tendré presente la oferta de usted.

—Está muy bien, contestó Williams con indiferencia. Hágase como usted guste... ¿Quiere usted tomar otra copita?.. ¿No?.. Pues buenas noches; me retiro á casa, porque tengo costumbre de acostarme antes de las doce.

El conde tomó también el camino de su alojamiento, pensando que el Sr. Williams tenía mucha razón en cuanto le había dicho sobre el juego, y que era una locura persistir más en probar suerte. Por considerable que sea la fortuna de un hombre, cincuenta mil pesetas representan una cantidad demasiado importante para arrojarla en un día; y siguiendo esta marcha, antes de la primavera próxima el conde sería un pobre. No necesitaba aumentar su capital, y la distracción que la ruleta le había proporcionado se podía haber obtenido por mucho menos precio. ¿Por qué no renunciar de una vez á la prueba y no pensar más en el asunto?

El conde pensó, no obstante, que debía completar el experimento, y que para ser éste satisfactorio era preciso obtener un resultado más decisivo en uno ú otro sentido, es decir, hacer saltar la banca ó ponerse en peligro de quedar arruinado. Dejar las cosas así parecía timidez; jugaría uno ó dos días más, pero de veras; y después consentiría en ser presentado á la princesa. Tal vez ésta resultaría ser al fin la verdadera causa providencial de su viaje á Monte Carlo; pero Fedovsky sonrió ante esta idea, moviendo la cabeza negativamente, porque dudaba de la facultad de la mujer para curar todos los males.

El conde encontró en su habitación á Tomás, que le esperaba según costumbre á la hora de retirarse Las relaciones entre amo y criado habían llegado á ser muy íntimas y casi familiares.

Fedovsky arrojó su cartera vacía sobre la mesa al entrar.

—He ahí, dijo, mis ganancias de hoy. He sido derrotado.

Tomás cogió la cartera y abrióla para ver qué contenía.

—¡No ha quedado ni un céntimo!, murmuró.

—Hasta he tenido que pedir un cigarrillo á un hombre que apenas he visto dos veces.

—Es el americano de que me habló usted, señor.

—Sí, el Sr. Williams... Y tuvo la bondad de aconsejarme que no jugara más.

—Eso es porque no le conoce á usted, señor.

—¿Y qué hubieras hecho tú en su lugar?

—Pues le hubiera dicho á usted que había inventado un sistema para desbancar siempre que jugara, y le habría ofrecido compartir las ganancias.

—¡Hum! Supongo que no habrás inventado tú semejante sistema, Tomás.

—He visto jugar algunas veces mientras estuve en Nueva York, repuso el criado, sobre todo en una casa de la calle Cuarta, cuyo dueño era un tunante, y allí aprendí algunas cosas que no sabía. ¡Quisiera ver á ese hombre otra vez!

—Mi amigo el americano, dijo el conde, no tiene al parecer más sistema que alejarse del casino cuanto es posible. Me ha ofrecido un entretenimiento para inducirme á no volver yo tampoco, invitándome á presentarme á una encantadora princesa rusa á quien ha conocido casualmente.

Al oir estas palabras, Tomás frunció el ceño.

—Ya te entiendo, dijo el conde sonriéndose; tú crees que se trata de alguna aventurera, y no negaré que esto es posible; pero el americano no parece tonto, y seguramente es hombre de mundo. No creo

que se dejaría sorprender por una mujer cualquiera.

—En cuanto á las mujeres, replicó Tomás, nadie podría asegurar qué son ni qué harán. Tal vez esa princesa sea cómplice del americano y hagan negocio entre los dos.

—¿Qué quieres decir?

—Muy sencillo: tal vez se hayan puesto de acuerdo para hablar; ella se estará en casa, haciendo el papel de gran señora, y él irá entre tanto á echar el anzuelo para ver si pesca un buen pez. Esta trama es muy común, y lo mismo se puede fraguar aquí que en cualquier otra parte. No tardarían mucho en saber que usted tiene dinero, y como es natural, prefieren que lo deje usted en sus manos en vez de ir á perderlo en el casino.

El conde escuchaba sonriendo las observaciones de su criado.

—Eres un cínico, Tomás, dijo al fin, y todos los cínicos exageran siempre y se equivocan por lo regular. Sin embargo, tu opinión respecto á la princesa y al Sr. Williams despierta mi curiosidad, y casi me inducen á ir á la casa para ver si hay en efecto alguna intriga. Yo no creo una palabra de todo cuanto supones; pero si fuese cierto, sería algo nuevo y digno de todo el dinero que me costara. Por lo pronto, voy á dormir; despiértame mañana á las ocho.

—Iba á preguntar á usted, señor, dijo Tomás vacilando un poco, si me necesitará usted mañana tarde y noche, pues hubiera querido hacer una excursión á los alrededores.

—No hay inconveniente, contestó el conde con bondad; mas no dejes de estar aquí á las once.

—No faltaré; buenas noches, señor.

Al día siguiente, el conde volvió al casino, sentóse á la mesa del Treinta y el Cuarenta, y haciendo puestas de dos ó tres mil duros, perdió al cabo de tres horas unos veinte mil. Esto equivalía á la mitad de su renta anual, poco más ó menos: y algo enojoso por su mala suerte, y resuelto á combatirla, volvió á su hotel, tomó un talón de trescientas mil pesetas, y le cambió en el despacho y volvió al casino. Jugaba tan desesperadamente, que á eso de las nueve solamente le quedaban ya nueve mil pesetas. Entonces se levantó de la mesa, comprendiendo que la cosa iba demasiado lejos: en tres días había perdido cerca de medio millón, y esto era casi todo lo que llevaba consigo para su viaje. Tenía, por supuesto, recursos intactos en Rusia, los cuales podía obtener, enviando una orden á sus agentes; pero le pareció más oportuno renunciar por entonces al juego, porque era de temer que la excitación que le producía le condujese á una ruina completa.

Al salir de la sala y al cruzar á la que se destinaba á la ruleta, notó que alrededor de la mesa se agrupaban los jugadores y curiosos, como si les llamase la atención alguna cosa particular: mas no se detuvo á enterarse de lo que era, y salió á la calle.

El mar estaba tranquilo, la noche serena, y la melancólica luz de la luna iluminaba los jardines, llenos del perfume de las flores. Al acercarse al camino, vió pasar por delante un faetón, en el que iba una señora, acompañada de una mujer de edad. Precisamente en aquel momento, la claridad del astro de la noche iluminaba sus facciones, y el conde pudo ver que la dama era hermosa, aunque su rostro tenía cierta expresión de tristeza y de fatiga; pero no fué esto la causa del efecto que su aparición produjo en Fedovsky.

El conde sintió que la sangre abrasaba sus mejillas, refluyendo después á su corazón, y durante algunos momentos permaneció inmóvil, como aturdido é incapaz de reflexionar.

Y sin embargo, ¿cómo podía equivocarse? En toda su vida no había visto mujer alguna que tuviese un rostro semejante al de aquella que él amaba; y considerando que habían transcurrido siete años desde la última vez que la habló y que el encuentro era tan inesperado, lo singular era que la hubiese reconocido al punto. La dama no le había visto, pero Fedovsky estaba seguro de que la mujer del faetón era la misma á quien había adorado en su juventud, la misma que él perdió, y la misma por quien abandonó al fin su casa para buscarla por todo el mundo.

Sí, aquella mujer no podía menos de ser Vera, y el conde estaba completamente seguro de ello.

V

LA PRINCESA

Cuando Fedovsky se recobró del todo de su sorpresa y estuvo persuadido de que no se engañaba, había transcurrido ya demasiado tiempo para que le fuese posible alcanzar el faetón: había encontrado á Vera para volver á perderla. Sin embargo, reflexionó que debía residir entonces en Monte Carlo y que no le faltarían oportunidades de encontrarla otra vez.

Proponíase ir directamente á su alojamiento; pero aquel incidente había cambiado de tal modo el curso de sus ideas, que mudó de parecer y fué á sentarse en un banco para pensar sobre el incidente.

¿Se alegraría Vera de volver á verle? ¿Viviría aún con el hombre con quien la obligaron á unirse? ¿Le habría abandonado? ¿Estaría viuda? Por la rápida mirada que pudo fijar en ella, el conde se inclinaba á creer que Vera vivía en medio del lujo; el faetón, muy elegante, iba tirado por un tronco de caballos magnífico; el cochero y el lacayo ostentaban vistosa librea, y en una palabra, Vera tenía todo el aspecto de una gran dama; mientras que el intendente, aun suponiendo que hubiese hecho algún buen negocio, debía ser comparativamente pobre. ¿Cómo podía explicarse, pues, el lujo de Vera?

Cuanto más se repetía el conde estas preguntas, menos deseos sentía de buscar la contestación.

Muchas cosas pueden sucederle á una mujer hermosa en el transcurso de siete años; y el hecho de que Vera hubiese mejorado de posición en el mundo, no indicaba necesariamente que fuese lo mismo respecto á sus demás condiciones. En su vida podía haber circunstancias que sería penoso conocer. El conde no era ya un muchacho inexperto y sensible, sino un hombre de mundo, y no se ocultaba el hecho de que, después de todo, había conocido á Vera muy superficialmente. La amó por su belleza, por su voz melodiosa, por su bondad, porque correspondía á su pasión; y tal vez más que por esto, por la oposición que halló cuando quiso unirse con la joven; pero nada sabía respecto á sus ideas y su constitución moral, si bien estas cualidades no podían haberse desarrollado aún lo suficiente para reconocerlas. De todos modos, sería obrar con prudencia no exponerse á descubrir algo desagradable. También se debían tener en cuenta la voluntad de la joven y las condiciones en que se hallaba; tal vez tuviera razones para no encontrarse con Fedovsky; y en todo caso, no sería conveniente tratar de introducirse en su casa sin avisarla antes. Debía dejarla optar entre recibirle ó no, y en el caso de que consintiese, había tiempo para reflexionar sobre si le convenía aprovecharse del consentimiento.

Su estado de ánimo respecto á la única mujer que había amado y cuyo recuerdo solo bastó para alejarle de todas las demás, sorprendía al mismo Fedovsky lo que no es decible: el verdadero secreto era, no el posible cambio de la joven, sino el que se había operado en él mismo; ya no era el hombre de antes; ya no podía sentir como en otro tiempo. Si amaba ahora á Vera, no sería porque fuese la misma mujer, sino porque también había cambiado, y porque la diferencia de los dos se correspondía.

Muy preocupado é inquieto, el conde se levantó del banco y dirigióse á su casa. Estaba casi resuelto á dejar Monte Carlo á la mañana siguiente y alejarse cuanto fuese posible..., á marchar tal vez á América. ¡Pero qué triste conclusión era esta, precisamente cuando tenía á mano lo que le indujo á emprender un largo viaje! Después pensó en sus pérdidas en el juego, y al recordarlas experimentó el nuevo enojo; había sido un tonto, y no se explicaba su locura. Lo primero que debía hacer era enviar á pedir fondos: escribiría á sus agentes para que le remitieran más cartas de crédito; y permanecería donde estaba hasta que llegasen. Entre tanto, si la casualidad le proporcionaba una entrevista con Vera, santo y bueno; de lo contrario, consideraría que no era conveniente volver á verla, y renunciaría á pensar más en aquella mujer. En este punto se hallaba de sus reflexiones cuando llegó al hotel.

Tomás no estaba allí para recibirle; mas aún no habían dado las once, y recordó que tenía permiso hasta esta hora. Sentóse, pues, á su mesa escritorio, y escribió las cartas para sus agentes; en el momento de sellarlas entró el fiel criado, cuya expresión de contento contrastaba con la turbación del amo.

—Dispénseme usted, señor, dijo Tomás. ¿Me habré retardado acaso?

—Nó, contestó el conde, aún no son las once; necesito que lleves al correo esas cartas mañana á primera hora, y te recomiendo que no lo olvides, porque son importantes.

Tomás cogió las cartas, y después de leer los sobres miró á su amo con expresión muy significativa.

—Sí, dijo el conde, necesitamos más dinero, y cuando llegue nos marcharemos, tal vez á América, ya estoy cansado de este lugar.

—Muy bien, señor, me alegro oir á usted decir esto.

—¿Y cómo has empleado la tarde, Tomás..., te has divertido?

—Mucho, señor; y por cierto que he tenido un encuentro muy singular.

—Sepamos cuál...

—Ya recordará usted que le hablé de un individuo que tenía casa de juego en Nueva York, y que por cierto me llevó los cuartos.

El conde hizo una señal afirmativa.

—Pues bien, señor, no quisiera engañarme, pues ha transcurrido mucho tiempo desde entonces, pero estoy casi seguro de haber visto ese hombre esta tarde. Va bien vestido, y ya no usa barba; pero tiene los mismos ojos y la misma nariz, y también igual manera de andar... Podría equivocarme, pero juraría que es mi hombre.

—Sin duda te equivocas. ¿Qué le habría traído aquí?

—Su negocio de siempre, pues lo mismo se puede hacer en esta población que en otra parte; se habrá asociado con uno ó dos caballeros de industria, y seguramente han elegido este punto para trabajar, pensando que aquí no falta nunca pesca.

—Bien, pues lo mejor que puedes hacer es evitar el encuentro con ese hombre, porque nada podrías probar contra él aunque te fuera posible identificarle, y no conviene promover aquí escándalos. Entre tanto, más valdrá que lleves las cartas al correo esta noche; tengo dinero suficiente hasta que llegue la contestación; pero no quisiera permanecer aquí ni un solo día más de lo necesario.

—Será usted servido, contestó el criado alegremente; yo he obtenido aquí ya todo lo que podía apetecer, y cuanto antes nos vayamos, mejor.

El día siguiente fué muy enojoso para Fedovsky, que pensando siempre en Vera no salió del hotel hasta muy tarde. Estaba resuelto á no volver al casino, porque no tenía ya atractivo para él. Había visitado los alrededores, viendo lo más notable de la región; no había allí libros ni sociedad para distraerse, y la perspectiva de pasar toda una semana esperando la contestación de los agentes era muy enojosa para el conde. Jamás había estado tan aburrido.

Pasó la tarde recorriendo los jardines; el día era hermoso, y en la orilla del mar se veían muchos botes. Esto le inspiró la idea de alquilar uno para hacer una pequeña excursión, pues aunque no se divirtiera, al menos mataría el tiempo.

Después de comer encendió un cigarrillo y salió otra vez; maquinalmente dirigíase hacia el casino, y sin duda hubiera acabado por entrar, á pesar de haberse prometido no volver, si no hubiese mediado un incidente que lo impidió.

Este incidente fué la aparición del Sr. Williams. Fedovsky se alegró tanto al verle, que no pudo menos de manifestar su contento. En aquel instante, el americano era para el conde como la sombra de una roca en el desierto.

—¿Y bien, preguntó el Sr. Williams con su eterna sonrisa y su penetrante mirada, qué se ha hecho de bueno? He oído hablar de usted.

—¡Ah!, exclamó Fedovsky, pensando que su interlocutor se refería á Vera.

—Sí, he oído decir, añadió el americano, que no pudo usted desbancar anoche...

—¡Oh!, repuso el conde, tranquilizado al oir esto, sí, es verdad..., la suerte no me favoreció, y me propongo seguir el consejo de usted en lo futuro. Renunciaré al tapete verde.

—Ya recordará usted, dijo el Sr. Williams, que no solamente le aconsejé no volver al casino, sino que le propuse ir á otra parte...

Y como el conde mirase á su interlocutor con expresión de duda, el americano añadió:

—Sí..., la princesa..., ya sabe usted. Aún está en la ciudad, y no dudo que le recibiría con gusto.

Fedovsky no había vuelto á pensar en la princesa, pero se acordó en aquel momento de ella, y nunca hubiera estado mejor dispuesto para aceptar la oferta del Sr. Williams. Al menos tendría en qué entretenerse toda una tarde, y necesitaba distraerse á toda costa.

—No tengo inconveniente en ser presentado, dijo, y estoy á la disposición de usted.

—Pues vamos ahora mismo, dijo el americano; es la mejor hora, y precisamente me dirigía hacia la casa.

Fedovsky tomó el brazo del Sr. Williams y se encaminaron en dirección á la quinta, poco distante del hotel.

Un lacayo abrió la puerta; el americano dió su tarjeta y la del conde, y un momento después el criado volvió para decir que la princesa los recibiría.

La sala en que se les introdujo estaba ricamente amueblada, y á primera vista reconocíase, no solamente un gusto exquisito, sino la influencia de la mejor escuela estética. Los colores eran suaves y es

taban bien combinados; los adornos, elegantes; las sillas y butacas, muy lujosas; y los cortinajes, graciosos.

Como anochecía ya, un criado entró á poco con las lámparas encendidas, y su luz se reflejó simultáneamente en un magnífico espejo que brillaba sobre la meseta de la chimenea, hiriendo también sus rayos al mismo tiempo el mango de oro de una plegadera que había sobre el velador y un vaso de ágata que adornaba su centro. Percibíase allí un delicado perfume, que se aspiraba con gusto. En una extremidad de la sala veíase un piano abierto, con un papel de música en el atril, como si acabaran de tocar el instrumento.

Todo esto, y más, pudo observar el conde antes de que se presentase la princesa, y hubo de confesarse que era muy distinto de lo que esperaba, pues le produjo la más agradable impresión. La mujer que vivía en aquel centro no podía menos de tener un gusto muy refinado, y también una individualidad que la distinguiría entre las personas de elevada cuna. Fedovsky imaginó que le sería dado adivinar algo del carácter de la dueña por el aspecto de su casa; y si su impresión era fundada, la princesa sería seguramente una mujer con cuyo trato podría honrarse cualquiera.

La cortina de seda que ocultaba en parte una de las puertas del salón, levantóse de pronto y la princesa apareció; las pantallas impedían que la luz se reflejase en su rostro, y el conde no pudo distinguirle bien, pero vió que la dama era alta y delgada, que vestía de negro, que sus brazos y cuello eran muy blancos, y que solamente llevaba por adorno una pulsera y un collar de oro.

Después de una buena pausa la princesa se adelantó hacia el conde, que se había puesto en pie, y que evocó un recuerdo del pasado al observar la gracia de aquella mujer. Adivinó lo que había sucedido sin saber nada.

—Buenas tardes, princesa, dijo el americano levantándose á su vez y dando un paso hacia la dama. Tengo el honor de presentar á usted, en uso de la autorización que me concedió, al señor conde Fedovsky... Caballero, añadió volviéndose hacia éste, está usted ante la princesa Volgorouky; y como son ustedes compatriotas, podrán hablar sin necesidad de intérprete.



El día era hermoso y en la orilla del mar se veían muchos botes

Dicho esto, el americano volvió á sentarse en la silla que antes ocupaba, sin que Fedovsky se fijase en ello, pues toda su atención se concentraba en la princesa, que acercándose á él, acababa de darle la mano, suave, pequeña y delgada, pero nerviosa y llena de vida. El conde observaba en silencio sus ojos de color castaño obscuro, su lindo rostro, de un óvalo perfecto, y su cabello negro y abundante. En aquella media luz, la mujer que tenía ante sí parecía tan fresca y lozana como la que él amó en otro tiempo; y sin embargo, en su expresión había alguna cosa que revelaba la experiencia de los años. No era ya la joven que él conoció en otro tiempo; había cambiado completamente; mas á pesar de esto, la fuerza del lazo que antes existió entre los dos parecía prevalecer todavía. La casualidad los había reunido de nuevo; seguramente se pertenecían aún mutuamente; mas aunque para el mundo fuese aquella dama la rica princesa Volgorouki, para el conde era y debía ser siempre la Vera de su juventud.

VI

¡MISTERIO!

Todos estos pensamientos cruzaron por la mente del conde con la rapidez del relámpago y antes de que la princesa le dirigiese la palabra.

—Me alegro mucho de conocer á usted, dijo la dama con la melodiosa voz que Fedovsky conocía tan bien; sea usted bien venido, señor conde.

Era evidente que Vera no quería que el señor Williams conociese las pasadas relaciones que habían existido entre ellos; debían tratarse como extraños, á fin de que no se sospechase la menor cosa; y para Fedovsky fué una buena señal de que la princesa desease el secreto, pues supuso que las antiguas relaciones renacerían.

Vera estaba sin duda preparada para la entrevista, pues no manifestó la menor sorpresa al ver á Fedovsky; el señor Williams había citado ya su nombre, y esto bastó sin duda para que la joven se previniera y reflexionara sobre la conducta que debía observar.

El Sr. Williams tomó parte en la conversación que se siguió, aunque se hablaba en francés, y aunque se dijeron cosas de muy escaso interés, para Fedovsky tenían una doble significación que la interesaba mucho. Las entonaciones de la voz de Vera eran para él muy expresivas; la joven hablaba con los ojos, con sus menores movimientos, con sus pausas, con sus sonrisas y miradas; y él respondía del mismo modo, siendo delicioso para él aquel mudo lenguaje.

(Se continuará)

Tengo el honor de presentar á usted, en uso de la autorización que me concedió, al señor conde Fedovsky...

LOS DESPERDICIOS DE LONDRES.—A CUANTO ASCIENDE LO QUE SE TIRA POR INUTIL

Los seis y medio millones de personas que habitan en el inmenso Londres, son, en su mayoría, pobres. Sin embargo, se las arreglan de modo que arrojan como inútiles cosas que, reducidas á dinero, representarían un buen capital. Todos, hombres, mujeres y niños, contribuyen por su parte á que esa fortuna se pierda.

Dice Sir Guillermo Ramsay que la ciudad de Sheffield arroja cada día laborable á sus alcantarillas cinco toneladas de excelente acero. Así, pues, en el término de un año se pierden unas 2.000 toneladas de tan valioso metal. Si se vendieran, reportarían una respetable cantidad. Desgraciadamente, hasta ahora nadie ha ideado un sistema á propósito para recoger las partículas que vuelan de las muchas piedras de afilar que funcionan en la capital de la industria cuchillera.

El tabaco que se desperdicia semanalmente en las puntas que se muerden y las colillas que se tiran, bastaría para hacer un cigarro de más de ocho metros de largo y de un grueso proporcionado

En Londres, durante estas dos últimas décadas, algo se ha hecho para evitar, aunque en muy pequeña parte, el enorme desperdicio que representa la limpieza de la ciudad. Por ejemplo, aunque una amarga experiencia desvanece á menudo las ilusiones de los campesinos, que se figuran que las calles de Londres están empedradas de oro, no mentiría quien afirmase que mucho de ese precioso metal se encuentra en los montones de basura que las *adornan* durante las primeras horas de la mañana.

Muchas son las personas que se ganan la vida rebuscando entre la basura que depositan los constructores de marcos para cuadros, fotógrafos, joyeros, doradores, batidores de oro, encuadernadores y demás industriales que tienen que hacer uso de ese metal en cualquier forma. Esas basuras, llevadas á los hornos de las refinerías, producen diminutos granos de oro, en cantidad suficiente para retribuir el trabajo de los que las recogen.

Además, los grandes depósitos donde los carros de los contratistas vierten sus cargas de basura, dan ocupación á infinitos pobres, que se emplean en examinarlo todo escrupulosamente, recogiendo cuanto pueda tener algún valor, desde las latas vacías de conservas alimenticias, hasta los botones.

Este grabado representa lo que en un mes se desperdicia en Londres en puntas de lápices; es decir, uno de tres metros de largo y de un grueso en proporción.

Hombres y mujeres se ven metidos literalmente hasta los sobacos en los desperdicios de Londres, salvando de la destrucción una multitud de objetos que á la vista no tienen valor alguno. El resultado, dicen que es muy beneficioso para los contratistas de la limpieza.

Dejando esto á un lado, puede considerarse como asombroso lo que en Londres se pierde inútilmente.

Una persona de reconocida competencia en la materia, que la ha estudiado bajo todos sus aspectos, afirma que los londinenses son unos verdaderos pródigos.

Ocupémonos, por ejemplo, de los cigarros. Lo primero que se hace cuando se saca uno de la petaca para fumarlo, es morderle la punta, que luego se escupe. El fumar, entre ciertas clases de la sociedad, es una costumbre muy extendida y cada día lo es más. Los cigarros, que sólo cuestan dos peniques, tienen tantos aficionados como el mejor habano. En la actualidad, muy pocos son los hombres que no los fumen, buenos, malos ó medianos; pues bien, á todos esos cigarros se les muerde la punta, lo que representa una gran cantidad de tabaco que se desperdicia. Y no es eso todo.

Nadie fuma un cigarro entero; lo cual significa otro desperdicio casi seguro, porque la mayoría de las colillas van á parar á las cloacas. Pues bien, la autoridad en la materia á que nos hemos referido asegura que el tabaco que se pierde por las puntas que se muerden y las colillas que se tiran, durante una semana, sería suficiente para hacer un cigarro monstruoso de más de ocho metros de largo y de un grueso proporcionado.

Adolescentes, hombres hechos y hasta parte del bello sexo encuentran más ó menos distracción fumando cigarrillos; sólo en Londres se consumen semanalmente muchos millones. Por lo tanto, está casi de más que digamos la enorme pérdida de tabaco que eso representa, puesto que ni siquiera un cigarrillo se consume en su totalidad.

Se calcula que de cada onza de tabaco que el público compra, una octava parte se desperdicia en las colillas. La pérdida que así se origina en un mes es asombrosa, mucho mayor que la de los cigarros puros. Apreciándola con cuidado, se ve que el tabaco que se pierde en esas colillas representa un cigarrillo de más de 48 metros de largo; casi la misma altura de la columna de Nelson, que se levanta en la plaza de Trafalgar.

Haciendo investigaciones para escribir este artículo, el autor ha tenido conocimiento de un negocio singular que se relaciona con las colillas de puros y cigarrillos. En los barrios orientales de Londres hay varios traficantes que sacan un buen producto comprándoselas á personas que se dedican á recogerlas en grandes cantidades.

Los mozos de hoteles y cafés, de billares y teatros y demás por el estilo, son los que se las proporcionan á esos traficantes, que diariamente compran millares de ellas y que no se desdeñan tampoco de adquirirlas de manos de los individuos, miserablemente vestidos, que frecuentan las carreras de caballos y otras diversiones populares sin más objeto que recogerlas.

Cuando ya los indicados comerciantes tienen acumulado material bastante, se separa con cuidado el papel de las colillas, y el tabaco, clasificado en distintas categorías, se coloca en diferentes bandejas y recibe pomposos títulos. Los domingos por la mañana se ponen á la venta en determinados lugares, adonde suelen ir á proveerse las clases menos acomodadas.

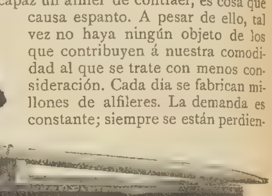
Allí, aquellas personas que no dan gran importancia á la marca del tabaco que fuman, pueden proveerse á su gusto del que necesitan por una semana pagando desde un penique á tres y medio la onza, economizándose así la diferencia entre ese precio y el del peor que en las tiendas puedan comprar. Vese, pues, que por lo menos algunas de las colillas de puros y cigarrillos no se pierden por completo.

El consumo enorme de cigarrillos que hace la muchedumbre londinense origina otra clase de desperdicios; el de las cajetillas de vivos colores en que por lo general se venden aquéllos en toda la nación. Hasta ahora parece que no se ha tratado de utilizar el material de que están hechas; centenares de millares de ellas se arrojan al arroyo para que las pisoteen y reduzcan á pulpa, que va luego á parar á las alcantarillas y de allí al limbo de las cosas que fueron.

Hay que hacer una excepción tal vez, y es la de las pocas que libran de esa suerte los amables coleccionistas, que tienen el capricho de recoger cajetillas vacías de todas clases y tamaños para enseñarlas á las aburridas víctimas cuya mala suerte los lleva á visitarlos.

Exceptuando esas, después de haber llenado su objeto las demás se tiran; aunque, de fijo, habrá muchos modos de utilizarlas para otros fines comerciales. Hoy en día, según opinión de los peritos, el número de cajetillas que se desperdician en una semana, en Londres solamente, proporcionaría una hoja de cartulina lo suficientemente grande para hacer una cajetilla inmensa de más de seis metros de largo por cuatro y medio de ancho y dos de grueso.

Uno de los artículos de mayor utilidad que se han inventado son los alfileres, de uso universal y constante. ¿Qué sería la existencia sin ellos? Se estremece uno tan sólo de pensar en lo que ocurriría en el mundo si no los hubiese. Las responsabilidades que es capaz un alfiler de contraer, es cosa que causa espanto. A pesar de ello, tal vez no haya ningún objeto de los que contribuyen á nuestra comodidad al que se trate con menos consideración. Cada día se fabrican millones de alfileres. La demanda es constante; siempre se están perdiendo; si así no fuera, se acumularían enormemente.



El total de alfileres que se pierden en Londres, en una semana, si se fundieran, podría servir para hacer uno de cuatro metros de largo y unos 20 centímetros de diámetro, carga muy pesada, aun para el caballo más fuerte.

Tan aprisa como se fabrican desaparecen, por decirlo así. Aquellas mismas personas que se bajan á recoger del suelo un alfiler, porque eso trae la buena suerte, los pierden á docenas. Esa es la razón por que las máquinas están incesantemente ocupadas, produciéndolos á millones. Pocas son las personas que se han parado á reflexionar en la cantidad enorme de valioso metal que se pierde á cada minuto tan sólo en alfileres. Londres, por no hablar del resto del mundo, parece que se alimenta de alfileres, á juzgar por la cantidad que devora. ¿No se asombrará el lector cuando sepa que los habitantes de esa ciudad, la mayor del mundo, donde tan difí-



Lo que se pierde en Londres mensualmente, en las cerillas que se tiran después de encendidas, daría material suficiente para hacer una bujía de seis metros de largo y 40 centímetros de diámetro, mucho más alta que los faroles del alumbrado público.

cil se hace ganar dinero, dejan caer de sus vestidos, en el espacio de un día corto, los alfileres suficientes para el consumo de una semana de una ciudad tan grande como Portsmouth? Pues así es. El metal que eso representa, si se derritiera, daría para hacer un enorme alfiler de cerca de cuatro metros de largo, 16 centímetros de diámetro y de un peso tal que con dificultad lo arrastraría el caballo más potente.

Sobre el pavimento de las calles de Londres cae diariamente una verdadera lluvia de alfileres; principia muy de mañana y termina mucho después de anochecido, es decir, mientras las mujeres de la ciudad y las que en ella están de paso andan fuera de su casa.

Aquellas otras que en las suyas permanecen mientras tanto, van sembrando horquillas del tocador á la sala, de la cocina á la buhardilla, con alarmante frecuencia. También sabemos que los hombres emplean las de sus mujeres ó hermanas, ya para limpiar la pipa, ya para recoger los pantalones si montan en bicicleta, ya para hacer un gancho con que llevar cómodamente un paquete, ó para abotonarse las botas ó los guantes y para otros muchos usos á que no estaban destinadas. ¿Es, pues, de extrañar que las horquillas se pierdan?

Apostó una vez cierto sujeto con otro á que recogería cien horquillas, en un trecho de otros tantos metros, dando un paseo matinal por la calle del Regente, y la ganó. Cualquiera que lo ponga en duda puede asegurarse de su certeza haciendo lo mismo, en el mismo lugar, muy temprano por la mañana, antes de que barran las aceras.

Parecerá exageración decir que más de cinco millones de horquillas se pierden y que, por lo tanto, se desperdician, dentro del recinto de Londres cada día, es decir, 35 millones por semana. Esa cantidad de metal sería suficiente, reunida en una masa, para construir una horquilla gigantesca de ocho metros de largo y un diámetro proporcionado, con una anchura, en la base, bastante para que pudiera pasar por ella un hombre montado en una bicicleta.

Nadie gasta un lápiz hasta que no queda nada de él; todo el mundo deja siempre un trozo. ¿Qué se hacen esos restos de millones de lápices? Se tiran ó se dejan olvidados en gabetas y cajones. Todo eso se desperdicia; si se reunieran esos cabos y se refundieran en uno, en el espacio de un mes habría para hacer un lápiz de tres metros de largo y de un diámetro en proporción.



El desgaste que, en un año, sufren las monedas y demas objetos de oro y plata, puede representarse por una moneda tan alta como una persona

En una ciudad donde casi todos sus habitantes varones fuman, ha de ser enorme el consumo de fósforos, sin contar los que se encienden en casas, tiendas y en las calles para otros usos. Millares de cajas de cerillas se gastan diariamente. A pesar de su baratura, es muy grande el valor de la materia que se desperdicia según van vaciándose las cajas.

El peso de los fósforos que contiene una caja de un penique, viene á ser el de onza y media. Por término medio, sólo se consume una tercera parte de la cerilla que se enciende; el resto se tira al arroyo ó adonde sea. Eso implica una enorme pérdida de material; por lo menos una onza de cera y algodón se pierde por completo por cada caja que se vacía.

Teniendo en cuenta que en Londres se encienden cada veinticuatro horas millones de fósforos, no se sorprenderán los lectores si les decimos que el desperdicio de cera y algodón, en un mes, bastaría para hacer una bujía extraordinaria, de seis metros de largo y casi 1'25 metros de diámetro.

La pérdida de material, tratándose de fósforos de madera, no será, tal vez, tan grande; sin embargo, no es de ningún modo insignificante. Esos fósforos largos de madera, que tanto aprecian las buenas amas de casa por su baratura, nos vienen de Bélgica y Suecia, y nunca se queman enteros. Un ingeniero matemático ha calculado, fundado en ese dato, que el desperdicio, en una semana, de la madera de esos fósforos, está representado por un par de vigas de pino de dos metros y medio de largo.

Casi todo el mundo, en Londres, come la carne con mostaza. Es costumbre servirse en el plato una porción, que se coloca en el borde para irla aplicando con el cuchillo á las tajadas. Siempre sobra alguna; el plato se lava, la mostaza desaparece por el sumidero.

Pues bien: la que así se desperdicia, en una semana, llenaría una mostazera que tuviera 2'30 metros de altura.

A todas horas y en todo el mundo se realiza una gran pérdida: el desgaste continuo de las monedas de oro y plata causado por el roce. Lo mismo ocurre con las alhajas de esos preciosos metales. Pulseras, sortijas, broches, etc., van gastándose de esa manera lenta, pero segura. Las pérdidas que la Casa de Moneda sufrió por este concepto durante el año pasado ascendieron á 3.000 libras esterlinas.

El ya aludido matemático, que sabe al dedillo todas estas cosas, dice que el desgaste anual, en Londres, sin tener en cuenta el producido intencionalmente por limaduras, etc., daría material para acuñar una moneda de oro que tuviese dos metros de diámetro.

JUAN E. DOYLE.



Rusia.—Preparación de las listas electorales para la convocación de la Duma. (De fotografía de «Photo-Nouvelles.»)

Rusia entra al fin en el camino de las reformas constitucionales. El manifiesto de octubre del tsar expuso el programa de las que desde luego podrían implantarse en el imperio, y entre ellas la más importante, sin duda alguna, es la convocación de la Duma, ó asamblea que en lo sucesivo ha de personificar el régimen parlamentario.

La Duma, según reciente ukase imperial, se reunirá el día 10 de mayo próximo, y desde hace tiempo se están haciendo los preparativos para las elecciones, que no son cosa fácil, como se comprenderá, tratándose de la implantación de una reforma tan grande y tan trascendental en un imperio tan vasto y compuesto de elementos tan heterogéneos, en donde luchan las ideas más encontradas y una parte inmensa de cuya población está sumida en la más profunda ignorancia.

Una circular del ministerio del Interior ha autorizado á los gobernadores de las provincias para anunciar que las elecciones de primer grado para la Duma del Imperio podrán comenzar el día 5 de marzo para que, á ser posible, queden terminadas el día 23.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustracion Artística

Año XXV — Barcelona 12 de marzo de 1906 — Núm. 1.263



UNA CALLE DE ANSÓ, cuadro de Carlos Vázquez

ADVERTENCIA

El primer tomo de la BIBLIOTECA UNIVERSAL que repartiremos á los señores subscriptores será la obra de GUSTAVO DROZ

TRISTEZAS Y SONRISAS

traducida por Arturo Masriera é ilustrada por Carlos Vázquez.

De esta obra se han impreso en Francia OCHENTA EDICIONES.

SUMARIO



D. MANUEL FERNÁNDEZ CABALLERO, fallecido en Madrid en 26 de febrero último

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Dos nombres populares acaban de ser borrados de la lista de los vivos: el satírico Luis Taboada y el compositor maestro Caballero. Leo en la prensa diaria que los dos han muerto pobres. De Luis Taboada me lo explico: como tantos periodistas, su labor diaria alcanzaba remuneración diaria, con la cual cubriría sus necesidades y sostendría modestamente á los seres queridos; pero de cierto no podría ahorrar tres pesetas. Del maestro Caballero no es tan fácil comprender por qué no dejó un capital. El género al cual se consagraba es sin duda el más lucrativo dentro del terreno artístico, y las numerosas obras del maestro Caballero —baste citar *El dúo de la Africana, La Marsellesa, Gigantes y cabezudos*— son de las que largamente han durado en carteles, de las que mayor número de representaciones obtuvieron. Un periódico, estos días, hablaba de bastantes miles de duros, producto de no recuerdo cuál de estas zarzuelas en corto tiempo. No es hacedero, ni es siquiera delicado, entrar en averiguaciones concernientes á la inversión de lo que un hombre se gana honrada y honrosamente; pero confieso que el morir pobre el maestro Caballero causa triste sorpresa. Y acaso pudiera ser una información inexacta.

***

A Luis Taboada le *sintió* (no diré que le *lloró*, porque me parece que nadie, en cuanto público, llora á los escritores y á los artistas), le sintió, repito, mucha gente que no se precia de leer, y que á él le leía. Luis Taboada fué la demostración de que, actualmente, los lectores piden que se les enseñe en un espejo su propia cara, aunque el espejo sea de estos que la ensanchan ó la estiran, deformándola de un modo cómico. La clase media, caricaturizada por el amenísimo escritor, se reconocía, sin embargo, al través de los rasgos humorísticos de la caricatura, y no perdía artículo de la sección *En broma* de *El Imparcial*, ni de los que desparramaba en otros diarios y semanarios la fecunda y ágil pluma de Taboada. Cada lector podía, mirando alrededor suyo, encontrar los tipos taboadescos, el modo de vivir, de pensar, de divertirse, de enamorarse, de hacer política, de hacer arte, de viajar, de vestirse, de comer y hasta de dormir de sus amigos y congéneres; con algo de sagacidad crítica, podría descubrir también, en la surtida galería de tipos y figuras grotescas, la suya, su fotografía achaparrada y risible; pero (en esto consistió el privilegio, la habilidad de Taboada) á fuerza de *bonhomie*, de sencillez, de lisura y de falta de pretensiones, aquella sátira no hería á nadie, nadie se creía personalmente aludido. Raro don, aquí donde la susceptibilidad es tan vidriosa y se ofenden, verbigracia, pueblos enteros porque un diputado cita en las Cortes una copla popular.

***

Taboada salvó este escollo, y salvó también el del pudor colectivo; sus artículos satíricos eran *blancos;* los leían, entre carcajadas, las niñas solteras, sin alarma de las familias. Salvó igualmente, en tan larga labor de prensa, la limpieza del estilo. Si nadie menos que Taboada aspiró al dictado de *estilista*, nadie tampoco le ganó á respetar la lengua castellana, sirviéndose de ella sin violentarla, con agradable fluidez. Las locuciones viciosas que pone en boca de sus personajes son otra forma de sátira, la sátira de lo mal que se habla, de los barbarismos, solecismos y vulgarismos que se cometen. No es este de la sátira del lenguaje usual el aspecto menos curioso de la obra de Luis Taboada.

***

A la vuelta de algunos años no creo que siga teniendo asiduos lectores Luis Taboada, justamente por lo actual y contemporáneo de su pintura de las costumbres. La clase media, la sociedad toda, cambiarán al correr del tiempo; y Taboada, como Villegas, como Paul de Koch, será el testimonio de un período histórico que ya no interesa, con vivo interés presente, á los de otra generación. Y además, nada envejece tan aprisa como lo que hace reir... Debiera escribirse una fisiología del chiste, un estudio médico-literario, en el cual creo yo que se notarían observaciones profundas: la de la caducidad de lo alegre sería la primera. Los literatos aún nos reímos á solas, á imitación del loco de la buhardilla, con chistes del *Quijote* y con chistes del teatro antiguo: el público ya no; ni que le hagan cosquillas se ríe de lo que dice un autor que no le habla de lo que le ha sucedido ayer ó va á sucederle mañana mismo. Donde se ve esto patente es en el teatro. Sacad á plaza una obra que hizo desternillarse de risa, no á nuestros abuelos ni á nuestros padres, á nosotros, hace veinte años, menos quizás. Los donaires caerán en el vacío, las ocurrencias serán pólvora mojada; y gracias si no os enoja lo que antes os entretuvo deliciosamente. ¿Quién ha cambiado? ¿El autor? ¿Vosotros? ¿El tiempo? Todo, todo... El agua ha corrido por el cauce, el sol ha cruzado por la puerta...

***

Taboada, que era realmente modesto y sólo aspiraba á ganarse el pan, que no tenía vanidades ni engreimientos, logró, sin embargo, lo que hoy no logran tan aína los que pican más alto: logró hacer escuela y suscitar discípulos. Yo no diré que los imitadores de Taboada formasen una escuela literaria propiamente dicha; esto sería desnaturalizar á Taboada y hasta quitarle el encanto de su fresca espontaneidad. Lo que imitaban de Taboada era el modo de hacer, el ambiente, las figuras; le substraían sus niñas de Ombliguete y de Besuguín, sus suegras basiliscos, sus farmacéuticos granujientos y feridos de punta de amor, sus esposas dominadoras, terribles, sus diputados estólidos y mudos, sus menegildas, sus guindillas; le cogían asuntos de artículos, frases enteras, amaneramientos suyos, caídas y extravagancias... Lo que no podían era robarle la escoba hecha; coger la totalidad de su modo de ser peculiar, y escribir un solo artículo que con los de Taboada se confundiese. Los tipos eran como de Taboada; las frases, como de Taboada; la retórica, como de Taboada; los asuntos, como de Taboada; hasta las propias dimensiones del artículo, á la medida usual de Taboada..., y he aquí que nadie lo tomaba por *Taboada*, nadie lo celebraba, nadie lo reía... Misteriosa fuerza de la individualidad en pocas cosas tan visible como en el terreno literario.

***

Debajo de la alegría de la obra de Taboada, existía un poso de tristeza: la tristeza del trabajo obligado. del chiste á hora fija. «*¡Alas! ¡Poor Yorick!*,» diremos siempre con Hamleto, cuando pensemos en las vidas condenadas á remar en las galeras del buen humor.

¡Penosas galeras! Taboada, como todos los mortales, tendría muchas veces más ganas de llorar que de reir. Y también los sentenciados á seriedad preferirían, alguna vez, la dulce risa á la contención forzosa. ¡Un artículo *serio* de Taboada! ¿Os lo imagináis? No; nadie puede representarse lo que tal artículo sería. Por dentro, á centenares los habrá escrito. Y allí se quedaron, formando el poso de melancolía de aquel espíritu sin acritud y sin doblez.

EMILIA PARDO BAZÁN.

EL MAESTRO CABALLERO

Nació D. Manuel Fernández Caballero en Murcia en 14 de marzo de 1835, y desde muy niño dedicóse á la música, recibiendo lecciones primero de su hermano político, el notable violinista D. Julián Gil, y después del célebre compositor D. José Calvo. A la edad de cinco años cantaba de tiple en la capilla de madres Angustias y comenzaba á tocar el violín y el flautín, y á los siete formaba parte de la orquesta del teatro y de la banda municipal. Más tarde, y tras una corta estancia en Madrid, aprendió sin maestro á tocar el figle, el oboe, el cornetín y otros instrumentos, y á la edad de doce años empezó á componer obras religiosas, marchas, pasos dobles, danzas y otras piezas musicales.

Volvió luego á Madrid y en 1850 obtuvo el primer premio de Composición en el Conservatorio. Fué primer violín de la orquesta del Real y, á los diez y ocho años director de la de Variedades, escribiendo entonces muchas canciones, coros y bailes para los dramas y las comedias que se representaban en aquel y en otros teatros.

En 1854 estrenó su primera zarzuela *Tres madres para una hija*, que obtuvo buen éxito, y desde esa fecha hasta 1864, en que fué á Cuba para dirigir grandes conciertos que fueron muy aplaudidos, compuso más de treinta zarzuelas en uno, dos y tres actos.

De regreso en Madrid, hubo de luchar mucho para abrirse paso; pero al fin consiguió un triunfo ruidoso con la zarzuela en tres actos *El primer día feliz*, que se estrenó en 31 de enero de 1872. A partir de esa fecha sus éxitos fueron tan grandes como continuados.

Más de doscientas obras deja escritas, y casi todas se han hecho popularísimas y se han representado centenares y algunas millares de veces, en todos los teatros de España y América y aun en el extranjero. *La Marsellesa, El sacristán de San Justo, Las dos princesas, El salto del pasiego, Los sobrinos del capitán Grant, El dúo de la Africana, Gigantes y cabezudos, Los africanistas, Los aparecidos, Chateau Margaux, El loco de la guardilla, Campanero y sacristán; El señor Joaquín, El cabo primero, La gallina ciega, El traje de luces, La manta zamorana* y tantas y tantas obras suyas cuya enumeración exigiría mayor espacio del de que disponemos, pueden citarse como modelos de zarzuela española, porque el maestro Caballero jamás se dejó influir por los compositores extranjeros, y en todas sus partituras, frescas, originales, demostró una personalidad propia que ante todo se inspiraba en el modo de ser y de sentir la música de nuestro pueblo. «Caballero, ha escrito Peña y Goñi, es de los que con más éxito han cultivado el canto popular, dándole importancia excepcional y tratándolo como nervio y vida de nuestra ópera cómica.»

Sus dos últimos estrenos han sido *María Luisa* y *La cacharrera*, puestas en escena en los teatros de Apolo y de la Zarzuela de Madrid respectivamente. Deja, al morir, una zarzuela inédita en tres actos, *El lego de San Pablo.*

Era el maestro Caballero, académico de San Fernando, caballero de la orden de Alfonso XII y miembro de importantes asociaciones artísticas de España y del extranjero.

¡Descanse en paz!



Cae María Egipciaca en un pietismo extraño..

LAS MUJERES EN GALDÓS

MARÍA EGIPCIACA

Sólo un momento, de una intensidad espiritual casi trágica, tiene en su vida. Cuando se revela en su natural complexión de mujer.

Todas las contingencias por que pasa, siempre en lucha; los hechos menudos, al detalle, que realiza, acusan en ella una extrema vulgaridad de alma. Nada más que en un instante de fierezas de hembra es gallarda y solemne.

Cuando llega la crisis de los sentimientos y con ella la explosión de las pasiones durante mucho tiempo paralíticas, adviértese en María Egipciaca, desglosado su carácter, un ímpetu espiritual, energías tan grandes, que la hacen vivir en unos minutos la plenitud de una vida entera.

Es hermosa. Quiso la naturaleza poner en ella múltiples encantos, y si en la carnosidad pictórica de su cuerpo garrido escondió tentaciones, en los mirares de sus ensoñadores ojos dejó que se asomara el espiritual reposo de dentro. La seducción que ejerce su belleza externa no la afirma nunca la picardía de alma. Por instinto tal vez, más que por escrúpulo moral, huye en todas ocasiones poner en ejercicio la sugestión de su hermosura.

Con ella se casa León Roch. Joven, sabio, rico, con un nombre adquirido merced á sus muchos talentos y con gran posición social gracias á la fortuna recibida en herencia, al tratar de constituir hogar y familia pone sus amores, y más tarde la elige para compañera por toda la vida, en aquella muchacha hermosa, de sencillas costumbres, que responde al nombre de María Egipciaca, ser de recta complexión moral en medio de la bambolla pintoresca y de la desvergüenza cínica en que viven sus padres, los marqueses de Tellería. León Roch, enamorado ciegamente de ella, renuncia al caluroso cariño de Pepa Fúcar, amiga de la niñez, que, aun mal velado por convencionalismos en uso, por una especie de pudor social no llegó á sospechar ó no quiso entender.

La vida matrimonial, en los comienzos, se desliza en tranquila paz doméstica. Conviven, pero sin llegar á compenetrarse los caracteres ni á realizar la aleación de espíritus. Silenciosamente esfuérzanse en moldear las almas cada cual á su imagen y semejanza, intentando transfundirse los propios sentimientos é ideas, en busca de una homogeneidad psicológica firme. En ese empeño, riñendo lucha por la asimilación de caracteres, surge el choque, y se agranda más y más la distancia espiritual que los separa y que se torna irreductible. Y es que saltan de pronto, hostigándose, los escrúpulos religiosos en ambas conciencias. León Roch escuda su resistencia á la transacción en sus ideas un tanto libres, si bien mantiene su derecho al respeto y al amor en la rectitud moral y en el exacto cumplimiento de toda clase de deberes; María Egipciaca muéstrase intransigente, rebelde á toda concordia matrimonial, porque la empujan en ese sentido sus recalcitrantes creencias religiosas que disciplinan fríamente los afectos en su corazón, y en una rígida ortodoxia que sanciona, como casos de conciencia, estas repulsas de odio y el abandono de legítimas obligaciones del hogar, cuando la pureza del alma se halla en peligro de contaminarse y la fe corre riesgo de ser vencida.

Así, y por pasos contados, llega el divorcio espiritual. Estos dos seres, unidos legalmente, continúan conviviendo bajo la elástica fórmula de la moral social, pero las almas han roto los lazos del amor y se han separado para siempre. Siguen distintos caminos y con orientaciones contrarias. Cae María Egipciaca en un pietismo extraño, mezcla de locura mística y de mundana frivolidad religiosa. León Roch torna á buscar la perdida senda tras la huella de aquella muy amada Pepa Fúcar, mujer cuyo corazón ha ido llorando el viejo amor que no ha muerto, mas sin ventura, vivo, á través de una vida de dolor silencioso. Al fin se encuentran, y esas dos vidas que se reunen por el infortunio, intentan seguir el cauce de un cariño remozado y cálidamente íntimo.

Al llegar este instante es cuando surge briosa, emocionante, casi trágica, la figura de María Egipciaca. Los celos, revolucionando enérgicamente sus sentimientos dormidos, y más que dormidos anestesiados por un misticismo sedante, obran con acción de revulsivo espiritual. La mujer recobra en ella su ímpetu de pasión. Olvida entonces su pietismo; abandona los modestos vestidos de asceta, y la hembra quiere vencer con su hermosura los desabrimientos amorosos del hombre que la repugna y busca en otros cariños contento á las soledades del alma. Espoleada por sed inquietante corre María Egipciaca en busca de su marido para arrancarlo de ajenos brazos. Todo inútil. Es tardío el requerimiento, y al convencerse de que todo lazo moral se ha roto y de que el antiguo amor se ha extinguido para siempre, ante la repulsa seca, razonada, implacable, de León Roch, ella cae en tierra enferma de muerte. No es el desplome de un cuerpo; es el desplome de un alma.

Muere María Egipciaca triste, dolorosamente resignada al destino de los seres, contrita de los graves errores de la vida, renunciando con grito del corazón á los desvíos pasados, con supremo ahinco aferrada al amor que ha resurgido á la hora última violento y enloquecido, mientras los labios de León Roch dejan, besando las sienes de la enferma, caer su piedad lastimada, como si de lo más hondo del alma le arrancara, estremecido el cuerpo exánime, turbia la mirada fija de los ojos que lentamente se apagan, la voz de la moribunda solloza esta frase:

—¡Oh! Gracias...

Sic transit. Y todo acaba.

Lo he dicho antes. Hay en la vida de esta mujer nada más que un punto de energía, caso de complejo psicologismo en que vuelca todo su interior.

Curioso estudio el de esa alma que se enmascara con artificiosas mansedumbres y de pronto estalla en bríos de fiereza indómita. Y del hipar mimoso, de una resignación que tiene todas las trazas de un postizo moral, de pronto pasa á la convulsión violenta, á la salvaje cólera pasional, al ímpetu bravío de la hembra en pie. Los celos, poderoso acicate de las locuras de amor, de los grandes arrebatos de pasión, desenvuelven en María Egipciaca un dinamismo espiritual extraordinario, pronto á la acción, febril en la acometividad. Para reprimir ese movimiento espontáneo, irreductible, no vale la antigua disciplina interna, la camisa de fuerza impuesta por los escrúpulos religiosos á las pasiones vivas, porque la naturaleza reintegra el carácter de la mujer á su condición primordial, y la sed de amar, el amor de amar, vencidas las ideas, recobrarán su eterno dominio sobre el corazón.

Pensar que las ideas dirijan de un modo rectilíneo la vida de los seres y que impongan una lógica inexorable á los hechos humanos, destruyendo ese amable encanto de los desórdenes pasionales, es desconocer la imperfección de los espíritus. Sobre todo en la psicología femenina, de matices tan variados y de complejidad muy extraña, es inútil esperar que el artificio moral ahogue el irresistible ímpetu de pasión. Como quiera que el sentimiento segado retoñe, siempre, al renacer, resurgirá impulsivo hasta el máximo de resistencia. Bajo la forma de celos, tristeza de no ser queridos; como odio, rencor por ser engañados, siempre habrá una plenitud sentimental en las almas, porque todo eso no es más que maneras del amor.

Anestesiada estuvo la pasión durante largo tiempo en María Egipciaca. Mas con locura de celos ardientes, en ella la intensa impulsión que la empuja á buscar de nuevo al amado ser, cuyo cariño ha perdido, no es desesperación vengativa, sino sed de amor que vuelve á calentar su corazón.

¿Cómo se formó su carácter? Blanda al molde su complexión moral, influencias extrañas, ajenas del todo á la naturaleza de su ser, fueron, con dura disciplina, deformándola, al incubar primero ideas, al amputar más tarde hondos sentimientos. Cambia de orientación su espíritu á medida que se desnaturalizan sus espontáneas inclinaciones. El sentimiento libre del amor, merced á las transformaciones morales, reemplaza el concepto en frío del deber. Lo que antes fuera sed de íntima transfusión espiritual, desviado de su cauce, contenido á violencia más tarde, á la postre cae en asco irreductible. No es la repulsa del sentido natural quien en María Egipciaca repugna á León Roch. Gusta ella saborear á sus anchas, cuando los escrúpulos religiosos se duermen en el fondo de su conciencia, la belleza plástica que en su esposa admira y en silencio ama. Solamente la hace aborrecer al *ateo,* como da en llamar á León Roch, cierto resabio de odio que pone, no en su corazón, sino en su cerebro, las irreconciliables creencias religiosas que orientan los actos todos de su vida. En ella, el corazón rebosa amores; en su cerebro, las ideas nútrense de odios.

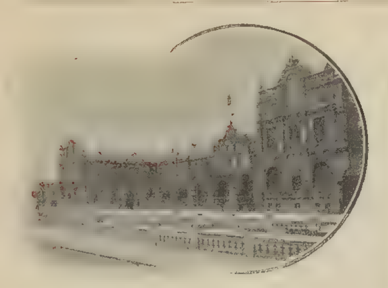
Si continuamente no hubiesen ejercido influencia en su alma los consejos piadosos de Paoleti, el clérigo italiano, y la sugestión mística de su hermano Luis Gonzaga, muerto en olor de santidad, sin duda María Egipciaca hubiese seguido el camino del amor trazado por León Roch.

Muy tarde vino á despertar la realidad, consejera desinteresada, y á destiempo impuso la naturaleza su dominio eterno á María Egipciaca. Sólo al morir, reintegrada á su pleno carácter de mujer, cuando surgen vivos, más calientes que nunca, su sangre joven y su tormentosa pasión de amar; sólo entonces comprende la vanidad de todo, y como el desventurado *conde de Albrit,* bien pudo sellar sus labios en la hora última con la solemne frase:

—*¡Amor!.. ¡La verdad eterna!*

ANGEL GUERRA.

(Dibujo de Cutanda.)



EL CONFORT MODERNO EN PEKÍN
HOTEL DE LA COMPAÑÍA DE LOS VAGONES-CAMAS
(De fotografía)



LLEGADA DEL BARÓN DE KOMURA Á PEKÍN. - UN DESTACAMENTO DEL NUEVO EJÉRCITO CHINO LE TRIBUTA LOS HONORES. (De fotografía.)

EL MUNDO AMARILLO

Mientras las naciones occidentales se dedican á liquidar en conferencias más ó menos prácticas sus rencillas y sus agravios, y en tanto que Europa, inquieta, febril, se impacienta esperando soluciones de problemas que desde hace tiempo le preocupan y cuya solución se ve cada dia más lejana, por ser cada vez más encontrados los intereses y las ambiciones de las grandes potencias, allá en el lejano Oriente los amarillos arreglan tranquilamente asuntos acaso más importantes que los disentimientos entre los pueblos europeos por las consecuencias que quizás puedan un día tener para nosotros.



EL BARÓN DE KOMURA DIRIGIÉNDOSE EN COCHE Á LA CONFERENCIA. (De fotografía.)

La guerra ruso-japonesa, como se ha dicho en todos los tonos, ha sido un golpe muy rudo y casi irremediable para la influencia europea en el extremo Oriente. El Japón, vencedor de Rusia, no ha tenido después de su triunfo más que una preocupación, cual ha sido aprovecharse del ascendiente y del prestigio que podía darles su victoria, para sacar de ellos el mejor partido posible y organizar el mundo



EL PRÍNCIPE CHINO SU

amarillo en una sola masa, en un bloque, por decirlo así, capaz de servir, cuando llegara el momento oportuno, sus personales designios, de afianzar su seguridad ó de secundar sus ambiciones y en una palabra de quedar sometido bajo su hegemonía.

Tratábase, en primer lugar, de determinar la suerte de la Mandchuria, que el tratado de Portsmouth restituyó á China, pero de la cual pretendía el Japón, más ó menos abiertamente, hacer una prolongación, un anejo de la Corea, en la que ha clavado sus garras.

Para resolver este asunto, convinieron los gobiernos chino y japonés celebrar una conferencia, que se reunió en Pekín y cuyas deliberaciones han durado desde el 12 de noviembre al 22 de diciembre últimos. En ella el Japón estaba representado por el barón de Komura y por el Sr. Uchida, ministro japonés en Pekín, y China por el príncipe Ching y SS. EE. Yuan-shi-Kai, virrey del Petchili, y Na-Tung, ministro de Negocios Extranjeros.

Los plenipotenciarios japoneses fueron recibidos con la mayor cortesía y casi con entusiasmo, por lo menos aparente; desde su salida de la estación, el barón de Komura y sus acompañantes, cuyos trajes á la europea formaban extraño contraste con las hermosas túnicas de seda y los abrigos de pieles raras de los chinos, viéronse acogidos con verdadero afecto.

Al barón de Komura se le tributaron naturalmente honores militares; tuvo permanentemente una escolta, mitad china, mitad japonesa; alojóse en el magnífico hotel de los Wagons Lits; fué agasajado con recepciones, banquetes y fiestas de todas clases por las legaciones europeas y por los grandes mandarines, y mereció el honor de ser recibido en audiencia particular por el emperador y por la emperatriz madre, quienes le dispensaron grandes distinciones.

Las negociaciones fueron lentas, pues los chinos desconfiaban y se defendían; pero cuando se dijo que para llegar á un rápido desenlace el gobierno de Tokío se disponía á enviar á Pekín al marqués de Ito, China, aleccionada por lo que el citado marqués ha hecho en Corea, cedió, según parece, en todos los puntos que eran objeto de discusión, á saber: intervención de los japoneses en el ferrocarril transmandchuriano, concesión de una línea férrea de Mukden á Antung, cesión en arrendamiento del Liao-Tung, apertura al comercio extranjero de diez y seis ciudades de la Mandchuria, entre ellas Kharbin.

Falta ahora saber si, además de este convenio principalmente mercantil, han firmado aquellas dos potencias el tratado de alianza que deseaban los nipones, eventualidad esta tan alarmante, por lo menos para Europa, como las cuestiones que la apasionan actualmente.

El peligro amarillo no es, pues, un fantasma, sino que tiene mucho de realidad. Ya se ha visto, en efecto, lo que ha podido el Japón solo contra la nación reputada como el coloso de Europa; y ello nos sirve de medida para calcular lo que podría suceder el día en que el Imperio del Sol Naciente se uniera con ese inmenso Imperio Celeste que por su población inmensa y por sus recursos y riquezas casi ilimitados y hasta ahora explotados apenas, ha de ser, el día en que abra los ojos á la razón y siga el ejemplo de su aliado de hoy y adversario de ayer, un factor de potencia incalculable en la política mundial.

Y no se diga que la civilización ó europeización de China es obra larga y trabajosa y que los amarillos son refractarios á los progresos modernos, á los cuales difícilmente se adaptan. Esa idea errónea de las aptitudes y energías de aquella raza le ha costado á Rusia uno de los desastres más grandes y vergonzosos que la historia registra. La voluntad es hoy la reina del mundo; el pueblo que verdaderamente quiere realiza los milagros más inverosímiles; y así como el Japón tuvo esa voluntad que todo lo vence, puede China también tenerla.

Es más, sobran indicios para creer que ya la tiene: en efecto, en los principales centros educativos de Europa y de la América del Norte forman hoy legión los jóvenes chinos que se consagran con verdadero entusiasmo al estudio de todas las ramas del saber humano, y comienzan á ser numerosas las comisiones oficiales que visitan y estudian los países en donde pueden aprender lo que en el suyo se ignora. Así empezó el Japón, y véase el camino que ha recorrido en bien pocos años.



Salida del barón de Komura de Pekín después de haber firmado el convenio chino-japonés. (De fotografía.)

Ahora mismo una comisión de cincuenta chinos, presidida por SS.EE. Tai-Hung-Chi y Tuan-Fang han recorrido las más importantes ciudades de los Estados Unidos, visitando museos, establecimientos públicos, fábricas, en una palabra, todo cuanto puede dar idea de la civilización yanqui, y visitando todo esto no como turistas, sino como profundos observadores.

Y en corroboración de lo que antes decimos, de que China comienza á tener esa voluntad de que hemos hablado, léanse las palabras que en un banquete con que le obsequió la colonia china de Nueva York pronunció el mencionado Tai-Hung-Chi. Después de excitar á sus compatriotas á que se aprovechasen de sus estudios, porque la patria necesitará pronto de las enseñanzas que en los Estados Unidos aprenden, les dijo: «Creo que debéis mirar el porvenir de los imperios que han de formarse en Asia; importa mucho que observéis una vida ejemplar y que os esforcéis en adquirir los conocimientos, la rectitud y la dignidad de carácter que eleven al pueblo chino á la altura del norteamericano. Vosotros podéis hacer más de lo que os figuráis para llevar á cabo las buenas relaciones y la comunicación de ideas entre vuestro país y esa gran República. China os contempla y espera de vosotros una misión importantísima.»—S.

El príncipe EITEL FEDERICO DE ALEMANIA y su esposa la princesa SOFÍA CARLOTA DE OLDENBURGO. (De fotografía de Hutin, Trampus y C.ª)

LA BODA DEL PRINCIPE

EITEL FEDERICO DE ALEMANIA

El mismo día en que los emperadores de Alemania celebraron sus bodas de plata, efectuóse el matrimonio de su hijo segundo el príncipe Eitel Federico con la princesa Sofía Carlota de Oldenburgo.

El día antes, es decir, el 26 de febrero último la princesa hizo su entrada solemne en Berlín, adonde llegó á las dos de la tarde, acompañada de su padre el gran duque Federico Augusto y de su madrastra la duquesa Isabel de Oldemburgo. La familia imperial y la población berlinesa dispensaron á la prometida del príncipe Eitel un recibimiento cariñoso y entusiasta, y la comitiva que salió á recibirla fué una manifestación suntuosa y brillante. En la puerta de Brandeburgo un grupo de señoritas, presididas por el burgomaestre Kirschner, ofreció á la princesa ramos de flores.

La ceremonia nupcial se celebró en la real capilla, en cuyo centro gran número de pajes, vestidos con casaca encarnada Luis XV, medias de seda blanca y chorreras de encaje, formaban un vasto cuadrilátero. Poco antes de las cinco de la tarde entró en la capilla el cortejo, presidido de dos heraldos: la novia, que vestía rico y elegante traje blanco y llevaba magnífica corona, daba el brazo á su prometido. Detrás de ellos iban los emperadores. Sentáronse éstos á la derecha del predicador Dryander, delante del cual se colocaron de pie los novios; detrás se situaron los parientes é invitados, la corte y el cuerpo diplomático. Terminada la ceremonia religiosa, los emperadores y los jóvenes desposados, acompañados de sus parientes y amigos, se trasladaron al salón del Trono, en donde se efectuó la recepción en corte, que fué verdaderamente deslumbradora.

Por la noche hubo banquete de gala en el salón de los Caballeros. El emperador brindó por la joven pareja, dando la bienvenida á la princesa y diciéndole que el carácter leal del esposo que ha escogido le da derecho á esperar de él cuanto de él se ha prometido.

Después del banquete, celebróse en el salón Blanco la danza de los antorchas, en la que dieron la primera vuelta el emperador y la emperatriz y la segunda el príncipe Eitel Federico y la princesa Sofía Carlota.

Los jóvenes desposados partieron en seguida para el castillo de Huberturstock, en donde pasarán la luna de miel. Por cierto que el automóvil en que hacían el viaje sufrió un grave percance, que pudo haber sido de funestas consecuencias para los príncipes; por fortuna, salieron del accidente con ligeras contusiones. Después se trasladarán á la *villa* Liegnitz hasta que estén terminadas las obras que se ejecutan en la *villa* Ingenheim, en donde establecerán su residencia definitiva.

La *villa* Leignitz, situada en Potsdam, á la entrada del parque de Sans Souci, estuvo habitada desde 1840 hasta 1873 por la princesa de Leignitz, segunda esposa morganática de Federico Guillermo III, después por el príncipe heredero Bernardo de Sajonia Meiningen, antes de su casamiento con la princesa Carlota, hermana mayor del emperador Guillermo II, y últimamente por el príncipe Enrique de Prusia.

La *villa* de Ingenheim, adquirida hace pocos años por el emperador, dista un cuarto de hora de Potsdam y fué hasta hace dos años residencia de la duquesa viuda de Albany y de sus dos hijos, la princesa Alicia, hoy princesa de Teck, y Carlos Eduardo, actual duque de Sajonia Coburgo Gotha.

La princesa Sofía Carlota, hoy esposa del príncipe Eitel Federico, cuenta veintisiete años, y en su semblante, más aún que sus bellas facciones, admírase la expresión de bondad y de dulzura que desde luego le atraen unánimes simpatías.

El príncipe Eitel Federico nació en 7 de julio de 1883, y es sin disputa uno de los más gallardos oficiales del ejército alemán. Cuando va al frente de sus dragones de la guardia, emana de toda su persona una energía poderosa, una voluntad segura de sí misma; no tiene tal vez la delicadeza que caracteriza á su hermano mayor el príncipe heredero; pero en cambio, puesto á la cabeza de su regimiento, tiene todo el aire de un vencedor, lo cual explica en cierto modo la predilección que siente su padre por ese hijo, que es el verdadero tipo del soldado por excelencia.—S.



BERLÍN. – LA BODA DEL PRÍNCIPE EITEL FEDERICO. – Entrada solemne de la princesa Sofía Carlota de Oldenburgo el día antes de las bodas. (De fotografía de Hutin, Trampus y C.ª)

BERLÍN. – LA BODA DEL PRÍNCIPE EITEL FEDERICO. – La princesa Sofía Carlota en la puerta de Brandeburgo. El burgomaestre Dr. Kirschner y las señoritas de honor le dan la bienvenida. (De fotografía de Hutin, Trampus y C.ª)

EDUARDO VII DE INGLATERRA EN PARÍS

De incógnito, con el título de duque de Lancaster, ha permanecido tres días en la capital de Francia S. M. el rey Eduardo VII de Inglaterra.

Salió de Londres el día 3 del corriente, acompañado de los personajes de su séquito sir Stanley Clarke, el hon. Sidney Greville y el doctor Bankart, y en Portsmouth embarcóse en el yate *Victoria and Albert*, al que daban escolta los cruceros *Bachante* y *Spartiate*, y desembarcó en Cherburgo á la madrugada siguiente.

A las seis de la tarde llegó á París, en donde fué recibido por M. Rouvier, en representación del gobierno; por el director del protocolo, en representación del presidente de la República; por el prefecto de policía, por la embajada inglesa en pleno y por otras altas personalidades.

Desde la estación de los Inválidos dirigióse S. M. al palacio de la embajada de Inglaterra, en donde se ha hospedado durante su estancia en París y en donde se celebró una comida íntima.

El domingo asistió al oficio de la iglesia anglicana de la calle de Aguesseau, y á las tres de la tarde visitó al presidente de la República, el cual poco después devolvióle la visita. A las ocho de la noche se efectuó el banquete con que Eduardo VII obsequió á M. y á Mme. Fallieres y á continuación de aquél siguió una recepción íntima en el salón de honor.

Al día siguiente dió S. M. en honor del ex presidente M. Loubet una comida, á la que asistió también el ex ministro de Negocios Extranjeros M. Delcassé, uno de los principales coautores de la inteligencia franco-inglesa. En la mañana del martes salió el rey de Inglaterra de París en dirección á Biarritz.



S. M. EL REY EDUARDO VII DE INGLATERRA EN PARÍS. – El rey saliendo del palacio de la embajada inglesa para dirigirse al Elíseo á visitar al presidente de la República. (De fotografía de León Bouet.)

La visita de Eduardo VII á París, que en otra ocasión no habría tenido importancia alguna, la tiene grandísima, en concepto de muchos, dadas las circunstancias críticas por que atraviesa la política europea y la gravedad de los problemas ó, mejor dicho, del problema único que entre Francia y Alemania se ventila actualmente en Algeciras. Cuando Guillermo II se muestra más intransigente con la República francesa, tiene gran significación el acto del soberano inglés, quien parece haber querido con él testimoniar á su reciente aliada que puede contar en absoluto con el apoyo de Inglaterra. Y el hecho de haber invitado especialmente á su mesa á M. Delcassé tiene todos los visos de un reto al *kaiser*, que no hace muchos meses exigió (bien puede emplearse este verbo) la destitución de aquel ministro de Negocios Extranjeros.—R.



Bajo el árbol de Ceres, cuadro de Francisco Pradilla, propiedad del Excmo. Sr. Conde del Valle



DOS VIEJOS AMIGOS, cuadro de Renato Choquet



GITANA, cuadro de Julio Borrell

D. JOSÉ M.ª DE PEREDA

Con pocas, muy pocas líneas, puede trazarse la biografía del novelista insigne recientemente fallecido en Santander. Nació en Polanco en 7 de febrero de 1834, estudió segunda enseñanza en el Instituto santanderino, dedicóse á empresas mercantiles y comenzó á escribir en «La Abeja Montañesa.» Fué diputado en 1873, figurando en la minoría carlista; mas no tardó en abandonar la política y en consagrarse por entero á la literatura, retirado en su casa solariega de Polanco.

Sus obras son: *Escenas montañesas, Pedro Sánchez, Los hombres de pro, El buey suelto..., Don Gonzalo González de la Gonzalera, Tipos y paisajes, Bocetos al temple, Tipos trashumantes, Esbozos y rasguños, El sabor de la tierruca, Sotileza, La Montálvez, De tal palo tal astilla, La puchera, Nubes de estío, Ensayos dramáticos, Al primer vuelo, Peñas arriba* y *Pachín González.*

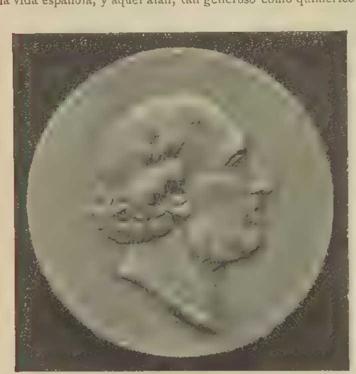
Una terrible desgracia de familia, que desgarró su corazón de padre, le había hecho enmudecer en estos últimos diez años.

No haremos el juicio de lo que fué Pereda ni de lo que su labor literaria significa en la literatura española, creemos que el mejor homenaje de admiración y de respeto que podemos tributar al escritor eminente es copiar algo de lo que de él han dicho otros grandes maestros de la pluma, no después de su muerte, hora de obligadas alabanzas, sino durante su vida, cuando los hombres más ilustres han de luchar con los rigores, con los celos, con las envidias y hasta con los prejuicios de la crítica.

He aquí un fragmento del discurso con que D. Benito Pérez Galdós contestó al de Pereda en su ingreso en la Real Academia, en 21 de febrero de 1897:

«No necesito decir que desde que me deparó mi buena estrella el grandísimo bien de trabar amistad con Pereda, me arrastró hacia él una profunda admiración. Admiré primero su ingenio, que potente se revelaba en sus obras juveniles; pronto admiré su carácter; en el trato amistoso con la persona que, andando el tiempo, había de ser una de las más ilustres de nuestra nación, aprendí muchas cosas y adquirí no pocas ideas, entre ellas una que estimo de gran valor: la idea de que existe perfecta fusión entre la naturaleza moral y la naturaleza artística. Advertí en Pereda que hombre y poeta eran uno solo, y que sus cualidades preciosas se compenetraban maravillosamente. El buen montañés escribía como pensaba, y obraba como escribía: inspiración y conciencia se confundían en una sola llama, en una sola luz. El arte y la vida no podían en él separarse; su prosa era su existencia, radiación de un alma austera en lo esencial y festiva en lo accesorio, toda pureza, convicción y exquisita donosura.

»Desde el primer día de nuestro conocimiento, le vi como un gran carácter, y mi admiración y cariño fueron madurándose y fortaleciéndose con el correr del tiempo, á medida que aquel excelso ingenio desarrollaba su primorosa labor literaria. Me seducía la firmeza de sus ideas, en las cuales veía la seguridad y permanencia de los bienes heredados; me encantaba el reposo de su noble espíritu, embargado por el culto de la vida española, y aquel afán, tan generoso como quimérico,



República Argentina. – Buenos Aires. – Medalla conmemorativa decretada por la Junta de Historia y Numismática Americana, con motivo del fallecimiento del Teniente General D. Bartolomé Mitre. Acuñada por los Sres. Bellagamba y Rossi, de Buenos Aires.

de resucitar todo lo bello y bueno de un hermoso pasado; me atraía su caudalosa vena satírica, implacable con el prosaísmo de nuestra edad de azogue; el ardor, en cierto modo caballeresco, con que sostenía sus creencias en cualquier disputa familiar; la hermosa sencillez de su vida, no turbada por otra ambición que el santo anhelo del bien moral y del bien artístico; esa fiebre del éxito que á cada cual le empuja con más ó menos fuerza en su camino, y á él le ha llevado á ganar la corona más excelsa, produciendo obras de un valor imperecedero.»

Véase ahora lo que algunos años antes que el Sr. Pérez Galdós escribía á propósito de Pereda el eminente polígrafo D. Marcelino Menéndez Pelayo:

«¿Se comprende ahora por qué al principio he confesado mi incompetencia para juzgar á Pereda? Porque yo no admiro sólo en él lo que todo el mundo ve y admira: el extraordinario poder con que se asimila lo real y lo transforma; el buen sentido omnipotente y macizo; la maestría del diálogo por ningún otro alcanzado después de Cervantes; el poder de arrancar tipos humanos de la gran cantera de la realidad, la frase viva palpitante y densa; la singular energía y precisión de las descripciones; el color y el relieve, los músculos y la sangre; el profundo sentido de las más ocultas armonías de la naturaleza no reveladas al vulgo profano; la gravedad del magisterio moral; la vena cómica, tan nacional y tan inagotable, y por último,



El eminente novelista D. José María de Pereda, fallecido en Santander en 1.º de los corrientes

aquel torrente de lengua no aprendida en los libros, sino sorprendida y arrancada de labios de las gentes; lengua verdaderamente patricia y de legítimo solar y cepa castellana, que no es la lengua de segunda ó tercera conquista, la lengua de Toledo ó de Sevilla, sino otra de más intacta prosapia todavía, dura unas veces como la indómita espalda de nuestros montañeses, y otras veces húmeda y *soledosa;* lengua que, educada en graves tristezas, conserva cierta amargura y austeridad, aun en las burlas.

»Por todo esto amo yo á Pereda; pero le amo además como escritor de raza, como el poeta más original que el Norte de España ha producido, y como uno de los vengadores de la gente cántabra, acusada hasta nuestros días de menos insigne en letras que en armas.»

Nunca con más razón que ahora podrá decirse que las letras españolas están de luto; con Pereda desaparece una de las más grandes figuras literarias de nuestra patria, el novelista más castizamente español de nuestros tiempos.

Su entierro en Santander ha sido una manifestación tan sentida como grandiosa, y á ella puede decirse que se ha asociado España entera.

¡Descanse en paz el escritor ilustre!

BELLAS ARTES

(Véanse las láminas de las páginas 169, 175, 176 y 177)

Una calle de Ansó, cuadro de Carlos Vázquez. – El valle de Ansó es uno de los rincones de España en donde se conservan las costumbres más típicas y los trajes más pintorescos. Su casi aislamiento del resto de la nación le ha permitido substraerse á las influencias del progreso, y si ello ha redundado en daño material suyo, en cambio ha sido en beneficio de los que aman la tradición y de los artistas que buscan esas notas características que de día en día van siendo más escasas. De una de estas notas es reproducción la interesante obra de Carlos Vázquez, que á sus cualidades de ejecución, bajo todos conceptos recomendables, une ese algo inefable que nos da á conocer el alma de las cosas.

Bajo el árbol de Ceres, cuadro de Francisco Pradilla. – El maestro ilustre que en algunas de sus más hermosas composiciones nos representa episodios notables de nuestra historia, ha querido remontarse todavía más en el orden de los tiempos, y en el cuadro *Bajo el árbol de Ceres* nos ofrece una escena tomada de la mitología. En esta, como en todas sus obras, muéstrasenos Pradilla artista de imaginación potente, tan grande en componer como correcto en ejecutar; con esa firmeza en el dibujo y esa brillantez en el colorido que le han conquistado merecidamente uno de los puestos más altos entre los pintores españoles contemporáneos.

Dos viejos amigos, cuadro de Renato Choquet. – El viento que sopla con violencia y el cielo que se cubre de nubes anuncian próxima tempestad; y los dos viejos camaradas, el robusto caballo y el infeliz rucio, se aprietan uno contra otro, buscando el más débil el amparo del más fuerte. La escena no puede ser más sencilla ni más vulgar, y sin embargo, el notable pintor francés autor del cuadro que reproducimos ha hecho con ella una obra eminentemente simpática que con justicia llamó la atención en el último Salón de París.

Gitana, cuadro de Julio Borrell. – En varias ocasiones, y muy recientemente en el número 1.257 de La Ilustración Artística, nos hemos ocupado con el elogio que se merece del autor de este cuadro. ¿A qué, pues, repetir los elogios que, haciéndole justicia, le hemos dedicado tantas veces? Téngalos por reproducidos nuestro querido colaborador, cuya *Gitana* es una obra de una solidez y de un vigor de dibujo, colorido y expresión que la hacen digna de figurar al lado de las más notables salidas de su pincel.

Espectáculos.—Barcelona. – *Orfeó Catalá.* – Notabilísimos han sido los dos conciertos que, con la cooperación de importantes elementos de la *Schola Cantorum* de París, ha dado en el teatro de Novedades. En ellos se han cantado el primer acto de la ópera *Alceste*, de Gluck; el cuarto acto de la ópera de Rameau *Hypolite et Aricie;* algunos fragmentos de *Els Pirineus*, de Pedrell, y varias composiciones de Bach, Nicolau, Carissimi, Nanini y Pedrell. Todas esas obras fueron admirablemente ejecutadas, habiendo obtenido grandes ovaciones el maestro Bordes, las Srtas. de la Rouviere, Pironnay, Villot y Delcourt, la señora Delamare, y los Sres. Monys, Robert y Plamondon, director y solistas respectivamente de la citada *Schola Cantorum*, así como el barítono catalán Sr. Segura, el maestro Millet y los coros del Orfeó Catalá.

***

Asociación Musical de Barcelona. – Ha dado el primero de los tres grandes conciertos anunciados en el teatro Principal. El *clou* del mismo han sido el *Kyries* y el *Gloria* de la grandiosa *Misa Solemne* de Beethoven, una de las obras capitales del maestro de Bonn, que ejecutaron con mucho acierto el cuarteto compuesto de las señoritas Soler (soprano) y Frau (contralto) y de los Sres. Dorca (tenor) y Segura (barítono) y por la orquesta y coros de la asociación, formando un conjunto de 150 ejecutantes, bajo la inteligente dirección del maestro Sr. Lamothe de Grignón. Completaron el programa varias piezas de Beethoven, Haendel, Mas y Serracant, César Franck y Wagner que, como los fragmentos de la *Misa*, fueron justa y entusiasmadamente aplaudidas.

***

Conciertos Sauer. – En el teatro Principal ha dado dos conciertos el eminente pianista Emilio Sauer, ejecutando con la maestría que le es característica hermosas y difíciles composiciones de Bach, Beethoven, Schumann, Brahms, Mendelssohn, Chopin, Listz, Pabst y varias originales suyas, obteniendo en todas ellas los más entusiastas aplausos.

AJEDREZ

Problema número 418, por W. A. Shinkman.

Negras (7 piezas)

a b c d e f g h

Blancas (5 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

Solución al problema núm. 417, por S. Loyd.

Blancas.	Negras.
1. Da8–h1	1. Rh4×g5
2. Ce3–g2	2. h3×g2
3. h2–h4 mate.	

Variante.

1....... h6×g5; 2. Dh1–g2, etc.

EL FALSARIO

NOVELA DE JULIÁN HAWTHORNE.—ILUSTRACIONES DE MAS Y FONDEVILA

(CONTINUACIÓN)

Evocaron así su pasado, recordando las vicisitudes ocurridas; hablaban de futuros planes, de lo que podría suceder; y todo esto sin pronunciar una sílaba ni decir una sola palabra explicatoria; no era aquello una narración de los incidentes pasados, sino un mutuo cambio de pensamientos.

Fedovsky se regocijó, aunque sin mucha sorpresa, de que su respectiva actitud se conservase casi la misma, confesándose que el muchacho de otro tiempo no hubiera sabido cómo amar á la mujer que estaba en su presencia; pero esta mujer convenía muy bien con el hombre de mundo que el conde era ahora. ¿Qué importaban los pequeños detalles? Ambos se habían sumergido bajo las aguas de la vida, y encontrábanse de nuevo en la superficie, á gran distancia, es verdad, del punto en que se conocieron, pero no menos unidos que antes por la simpatía y los sentimientos.

Por varias observaciones que la princesa hizo sobre su posición, Fedovsky dedujo que se había casado con el príncipe Volgorouki unos cinco años antes; y en tal caso, su primer marido, el intendente, debía haber muerto poco después de su salida de Rusia; pero el conde no pudo conjeturar cuáles serían los incidentes que condujeron al segundo matrimonio. Supuso que debió haber mediado algo doloroso; pero como quiera que fuese, Vera estaba libre otra vez, libre y rica; y habría tiempo para resolver lo que á los dos convenía en adelante.

Después de una hora de conversación, el Sr. Williams preguntó si se esperaba aquella noche la visita del Sr. Strogello y su esposa, á lo cual contestó la princesa que les había enviado una invitación especial. Los personajes en cuestión eran un diplomático italiano y su señora, de quienes el Sr. Williams había hablado ya á Fedovsky. El americano se brindó á ir á buscarlos; y Vera, después de cruzar una mirada con el conde, consintió en ello. Los dos ansiaban estar un momento solos para hablar sin testigos.

El Sr. Williams salió, prometiendo volver muy pronto, y apenas se hubo marchado, Vera fué á sentarse en el sofá junto al conde; estaba muy conmovida, y durante un minuto le miró fijamente en silencio, sin poder reprimir los apresurados latidos de su corazón.

—Doy á usted gracias, dijo, por su reserva para evitar que el Sr. Williams sospechase que nos hemos conocido antes. No quisiera que ni él ni nadie lo supiese, y no tardaré en manifestarle mis razones... Pero ¿es posible que esté viendo otra vez al conde Fedovsky?, exclamó Vera con voz temblorosa y cruzando las manos sobre sus rodillas.

—¿Y se alegra usted de volver á verme?, preguntó el conde.

—¡Que si me alegro!.. ¡Si usted supiera!.. ¡Y sin embargo, tal vez no deba regocijarme mucho, pues han sucedido tantas cosas!.. ¡Si nos hubiésemos encontrado antes!.. ¡Qué cosa tan extraña..., precisamente ahora. ¿Se ha casado usted?, añadió después de una pausa mirando al conde fijamente.

Fedovsky hizo con la cabeza un ademán negativo.

—No, contestó; sólo he conocido una mujer con quien deseaba casarme... No soy hombre caprichoso.

—¡Ah!, exclamó Vera; no me censure usted, porque no he sido feliz.

Al decir esto, hizo un movimiento con la mano y Fedovsky vió brillar en un dedo el anillo de oro que en otro tiempo regaló á la joven como prenda de su amor. A pesar de todos los cambios, Vera le conservaba; esto era una bagatela tal vez, pero produjo en el conde una impresión profunda, y le hizo pensar que su recuerdo había vivido siempre en el corazón de la joven.



En cuanto á Vera, sentóse ante el piano y empezó á tocar

—Una mujer como yo, dijo Vera, puede hacer muy poco para luchar contra su destino. Ya sabe usted cómo se me obligó á casarme; y sin embargo, no cedí hasta que se me hizo creer que usted contraía matrimonio con otra. Esto me hizo indiferente á todo lo demás, y quise morir; pero la muerte no llega cuando estamos más dispuestos á recibirla. Aquel hombre me condujo desde la desgracia á la degradación; y cuando supe que había cometido un acto deshonroso, dejé de pensar en lo que me rodeaba para acordarme tan sólo del pasado. En aquellos días olvidé... ó me pareció olvidar que había conocido á usted.

La voz de Vera parecía debilitarse por momentos... Fedovsky recordó las entonaciones musicales de aquella voz temblorosa, y las lágrimas acudieron á sus ojos; pero Vera se repuso con un movimiento de energía y continuó su relato.

—Si aquello hubiera continuado mucho tiempo, no sé lo que habría sido de mí; pero acabó muy pronto..., tan repentinamente, que apenas pude creer en el hecho... y hasta imaginé que aquello era una pesadilla, de la que iba á despertar para sufrir tanto como antes. ¡Una mujer no puede olvidar tan pronto que ha sido la esposa de un ladrón! Ese hombre fué muerto de un tiro cuando se escapaba...; pero no hablemos de ese terrible incidente, en el que nada fué más espantoso que la alegría que me produjo, pues era indudable que aquel hombre me había amado con toda su alma. Como quiera que sea, ya estaba libre, y al principio no vi nada que pudiera ser agradable para mí. Tenía algunos miles de rublos y varias joyas, lo suficiente para vivir algún tiempo; pero me habría muerto de hambre, ó me hubiera sucedido alguna cosa peor, á no ser por un afortunado incidente, que yo no podía esperar, ni merecía tampoco.

—Entonces fué sin duda cuando yo soñé que estaba usted en peligro, murmuró Fedovsky, que apoyaba su mano en la de Vera y parecía absorto en su relato.

—Yo me había anunciado en los diarios, continuó Vera, como profesora de canto; y durante largo tiempo nadie reclamó mis servicios; pero en el mismo día en que iba á suprimir el gasto que esto me ocasionaba, por creerlo inútil, recibí una carta del secretario del príncipe Volgorouki. Poco después presentéme en su palacio y tuve una conferencia con él. Era un anciano venerable, de noble aspecto; dirigióme algunas preguntas sobre mi posición; le contesté lo que buenamente podía sin perjudicarme; pareció satisfecho, y entonces me dijo que deseaba educar á una nietecita, su única descendiente, pues su esposa y su hija habían muerto. Se fijaron las condiciones y entré en la casa como institutriz.

Aquella niña tenía la salud muy delicada, y muy pronto el príncipe quiso que fuésemos á viajar. Visitamos varias ciudades, deteniéndonos un mes ó dos en Moscou; pero el verano se pasó en Italia y en la costa del Mediterráneo. En la primavera del año siguiente permanecimos demasiado tiempo en el Sud, y la niña cayó enferma, aquejada de una fiebre maligna. Cuidé á mi pupila cuanto era posible, porque la quería mucho; pero llegado el otoño, murió. Esta pérdida fué sumamente dolorosa para el príncipe, y cuando le dije que debía salir de su casa, no quiso escucharme; pero yo le advertí que no sería decoroso permanecer bajo su techo. Al fin me preguntó si tendría inconveniente en casarme con él; dijo que le quedaba poca vida, que no esperaba ser amado, y que él era muy viejo para sentir una pasión; pero que estaba acostumbrado á mi presencia, y que no podía menos de asociarme en su pensamiento con su difunta nieta. Darme su nombre, añadió, no sería más que pagar los consuelos que yo le prodigara.

Semejante oferta era demasiado honrosa y delicada para desecharla locamente; mas pensé que el príncipe tenía derecho de saber ante todo lo que había sido mi vida pasada, y le dije todo cuanto había callado antes. Me escuchó con mucha atención, y contestóme al fin que yo sería su esposa.

Después de esto, el príncipe vivió tres años, le fuí fiel, y me trató siempre con ternura y respeto. Diez y ocho meses hace que murió, y el testamento que hizo en mi favor me permite vivir independiente durante el resto de mi vida; pero conozco muy poca gente, y podría decirse que acabo de volver al mundo.

Vera refirió esta historia interrumpiéndose á menudo, como para concentrar sus recuerdos, y unas veces miraba fijamente al conde, mientras que otras parecía absorta en sus reflexiones; pero al fin se levantó repentinamente, y comenzó á dar vueltas por la sala, cubriéndose los ojos con el pañuelo. Aquellas reminiscencias del pasado, combinadas tal vez con su actual situación, excitábanla mucho sin duda.

—¡Bien, ya nos hemos encontrado!, dijo Fedovsky; pero confieso que este es el último sitio donde hubiera esperado hallar á usted.

—A mí no me sorprende ya nada de lo que me sucede ni de lo que hago, y mi carrera no me ha enseñado sino una cosa: que no puedo detener el curso de los acontecimientos, ni tampoco ser dueña de mis actos. No sucede lo que yo espero ó deseo, sino algo muy distinto. Si me hubiera usted anunciado que pensaba venir aquí, le habría dicho que tuviera la bondad de no hacerlo.

—¿Por qué? ¿Teme usted por ventura que yo la ocasione perjuicio alguno?

—No es esa la razón; pero puede suceder algo malo.

—¿Se halla usted en algún apuro? ¿Puedo ayudarla yo?

—Yo dudo que ningún ser humano sea capaz de auxiliar á otro. Aquí estamos los dos solos en esta sala, y parece que podríamos hacer lo que se nos antojase. ¿Qué me impediría decir á usted unas pocas palabras, poner mi mano en la de usted y abandonar esta casa y el país para siempre?..

—¡Hágalo usted!, exclamó Fedovsky con energía. Sean cuales fueren las consecuencias puede confiar en mí.

Al decir esto, el conde se levantó y alargó sus manos.

Vera inclinó la cabeza y miró á Fedovsky fijamente; sus mejillas, pálidas hasta entonces, se colorearon poco á poco; estaba visiblemente conmovida, y hubiérase dicho que vacilaba en adoptar una resolución. Era una mujer de pasiones fuertes, de esas que son capaces de poner por obra los actos menos pensados; pero también sabía reflexionar con serenidad, midiendo el alcance de las cosas, y gracias á esto, podía reprimir sus impulsos. Para dominar á Vera en aquel momento hubiera sido preciso no darla tiempo para reflexionar; pero Fedovsky no lo intentó para que acudiese á su deseo; hablaba con formalidad, mas no era bastante arbitrario. El momento de indecisión pasó sin que el conde insistiera; debió haber cogido á Vera en sus brazos y apurarla hasta que fuera demasiado tarde para que ella pudiera oponer dificultad; pero la costumbre de mostrarse indiferente á todo, costumbre adquirida en los últimos años, le dominó aun en aquel momento, aunque entonces hablaba con sinceridad, y por eso Vera quedó perdida para él. A decir verdad, no sabía la menor cosa respecto á los motivos y consideraciones que influían en el ánimo de Vera, y nada tenía de particular que no obrase con decisión.

—¿Cómo puede usted estar seguro de que yo debo confiar en lo que me dice?, repuso la joven, retirándose un paso. Las circunstancias influirían en usted, como en todos los hombres; yo no puedo confiar en nadie, y por lo tanto permaneceré aquí. Usted es libre de marchar ó de quedarse.

—Pues me quedaré. Si no quiere usted decirme qué la obliga á proceder así, haré todos los esfuerzos posibles para averiguarlo yo; y cuando lo sepa todo, repetiré cuanto he dicho antes. Para mí vale usted más que todas las circunstancias...

—Aquí vienen mis visitas, dijo Vera al oir que tocaban la campanilla. Ahora volvemos á ser desconocidos uno para otro. Esa gente me molesta mucho, pero es la única que conozco aquí... Un poco de conversación, el acostumbrado te y un rato de juego son mis únicas diversiones.

Así diciendo, Vera sonrió con una especie de melancólica ironía, y un momento después abrióse la puerta para dar paso al *signor* Strogello y su esposa, seguidos del americano.

VII

¡ALERTA!

El Sr. Strogello, hombre ya entrado en años, se distinguía principalmente por su corpulencia y su cabeza muy redonda, con el cabello gris; sobre su nariz aguileña apoyábanse unos anteojos muy brillantes, y sus delgados labios parecían esforzarse continuamente para sonreir con bondad. Llevaba levita negra, con solapas de seda y una cinta azul y roja en el ojal, como distintivo de alguna orden; chaleco blanco con tres botones, formado cada cual por un carbunclo, mientras que otro brillaba en la pechera de la camisa. Las manos eran gruesas y cortas, pero varios anillos adornaban los dedos.

La señora Strogello, mujer de unos cuarenta años, de formas angulosas, tenía facciones bastante ordinarias y expresión taciturna; sus ojos, pequeños y negros, se movían rápidamente para observarlo todo; y en cuanto al traje de la dama, era más bien de ostentación que de buen gusto.

Los esposos entraron cogidos del brazo, y después de saludar á la princesa y de ser presentados al conde, cumplieron con sus deberes sociales. El americano y la señora Strogello entablaron conversación con la princesa, mientras el diplomático italiano se consagraba al conde.

Fedovsky echó de ver muy pronto que su interlocutor era hombre de chispa y de instrucción. Había visitado muchas capitales de Europa, y citaba familiarmente los nombres de grandes personajes.

—He vivido siempre muy atareado, dijo, tomando parte en grandes asuntos, con hombres que rigen el destino de los imperios; pero á medida que me hago viejo me persuado más de que los placeres de la vida se encuentran mejor en el círculo social y doméstico; las relaciones no son menos variadas y divertidas, y me parecen más sinceras. Todo es relativo, y sin duda el simple labriego que cumple con sus deberes y obligaciones experimenta una satisfacción que podría ser envidiada por los Napoleones y Bismarks de la historia, que después de combatir con el mundo acaban por sufrir una derrota ó una humillación. Se ha dicho que la guerra y la diplomacia son como una partida de ajedrez; concedido; pero añadiré que para establecer esa semejanza con el juego de ajedrez ó el de naipes, se han de eliminar de aquéllas sus más rudas condiciones, quedando así solamente los elementos abstractos.

—Sin embargo, observó el conde, á quien divertía mucho aquella manera de raciocinar, no hay razón para que no se pueda disfrutar á la vez de lo abstracto y de lo concreto. Napoleón y Bismark no necesitaron posponer el ajedrez ni los naipes hasta que dejaron de dirigir los asuntos de Europa.

—Es indudable, repuso el italiano lo más grande puede comprender lo más pequeño; pero yo quería decir que el diplomático retirado puede recordar en la inofensiva diversión social que le ofrece la mesa de juego en su casa las satisfacciones y vicisitudes de su carrera pública.

—Supongo, repuso Fedovsky, que el más eminente hombre de Estado hallaría en Mónaco lo suficiente para excitarse. Blanc sería para él, por este concepto, una verdadera providencia.

—En cuanto á mí, repuso Strogello, declaro que el juego no tiene gran atractivo para mí, es decir, tal como se practica en el casino de Monte Carlo; pero en el círculo social es diferente. Poca importancia tiene el ganar ó perder algunos centenares de francos con los amigos; pero tal vez usted no lo piense así...

—Hablando con franqueza, no he pensado sobre el particular, repuso Fedovsky sonriendo. Vine aquí para saber lo que era el juego, y he visto que equivalía á quemar por capricho billetes de Banco á la llama de un quinqué, ó arrojar el oro á las olas. He satisfecho mi curiosidad, y esto me basta.

—¡Muy bien!, repuso el italiano; pero supongo que el juego social y amistoso no estará comprendido en su razonable aversión á los excesos de la mesa de juego pública.

—Creo que no; pero repetiré que entiendo poco en naipes, y dudo que haya jugado una docena de veces en mi vida.

—Pues entonces, querido conde, le aseguro que desconoce un gran medio para distraerse. Me alegraré mucho de ser yo quien se le dé á conocer.

—Me felicitaré de ello, replicó Fedovsky cortésmente.

No era la buena educación lo que inducía al conde á consentir; era que, muy sobreexcitado en aquel momento, experimentaba verdadera necesidad de distraerse en algo. Los naipes podían servir para esto á falta de otra cosa mejor; y sus pensamientos se fijaban con tal intensidad en su reciente entrevista con Vera, que hasta se hubiera sometido á una operación quirúrgica para desecharlos siquiera por un instante.

Hecha la proposición de jugar un poco, todos la admitieron; preparóse una mesa, se envió á un criado á comprar naipes, pues al parecer no los había en casa; y Vera, con no poca satisfacción de Fedovsky, rehusó tomar parte en el juego. Los demás ocuparon sus asientos. El conde tuvo por compañera á la señora Strogello; y el italiano, aunque tomando parte contra él con el Sr. Williams, hacíale indicaciones como benévolo instructor. Después de un ligero debate sobre el juego que se elegiría, se optó por el golfo, á fin de que cada cual jugase por su cuenta; y como no había fichas en la casa, el americano cortó rápidamente unos pedacitos cuadrados de papel de diversos colores.

Entre tanto, Vera se ocupaba en hacer el te. El Sr. Strogello puso en la mesa una cajetilla de cigarrillos para que todos fumaran, pero el Sr. Williams sacó de su petaca un habano, diciendo que no le agradaba el papel. Pronto se animó mucho el círculo, y después de jugar cinco ó seis partidas para instruir al conde, éste declaró que ya estaba bien preparado.

—Mejor será que no exponga usted mucho, díjole el americano, mientras barajaba los naipes; el golfo es bastante fácil en cierto modo, pero hay mucho que aprender después de conocer todas las reglas. ¿No le parece á usted así?, añadió, dirigiéndose al italiano.

—Así es, repuso el Sr. Strogello. Yo aconsejaría al conde que no aventurase nada esta noche, porque la ventaja estaría de nuestra parte.

—Eso es fácil de arreglar, dijo su esposa..., se pueden hacer puntos de una peseta, y hasta si se quiere, no jugar más que los años...

—¡Sí, sí, eso será lo mejor!, exclamaron el italiano y el Sr. Williams.

—No estoy conforme, repuso Fedovsky resueltamente; lo que buscamos aquí es un poco de diversión, y no puede haberla si no se cruza el menor interés. Dícese que la fortuna favorece al novicio, y por lo tanto apuesto á que seré el ganancioso. Demos á los papelitos blancos el valor de diez pesetas, y de veinte á los rojos. ¡Vamos, les desafío á ustedes á todos!

Al decir esto, el conde levantó la cabeza sonriendo, y vió á Vera, que de pie detrás de la señora Strogello, le miraba de un modo extraño; tenía las cejas ligeramente contraídas y parecía oprimir los labios. Aquella mirada alarmó á Fedovsky un poco, aunque sin comprender su significación; mas supuso que Vera, así como él, estaba secretamente preocupada por su última conversación. De todos modos, no quiso pensar, y bajando la cabeza, no se ocupó más que de los naipes. Los demás habían aceptado, con más ó menos repugnancia aparente, la proposición del conde, y se comenzó á jugar.

Según había pronosticado Fedovsky, la fortuna le favoreció, y no hacía más que ganar; de modo que al cabo de una hora la mayoría de los papelitos estaban á su lado.

El americano se retorcía el bigote, encogiéndose de hombros; el Sr. Strogello felicitó cortésmente á su pupilo por haberse aprovechado bien de las lecciones, y su señora aseguró que el conde era un gran jugador de golfo y que debía tener mucha experiencia. En cuanto á Vera, sentóse ante el piano, y comenzó á tocar y cantar en voz baja. La deliciosa armonía de aquella voz produjo una impresión profunda en Fedovsky, pues le hizo recordar días felices que ya no debían volver. Aquello le excitó, y quiso aumentar el valor de las puestas.

—Jugaré más cuidadosamente, dijo, y así perderé con seguridad... Para que yo pueda interesarme más, elevemos el valor de los papelitos á doscientas pesetas cada uno...

—Bien tenga usted ó no práctica en el golfo, replicó el americano, no puede negarse que es un verdadero jugador... Ha errado usted su vocación, señor conde; pero dispénseme de aceptar un juego como el que usted propone. Yo no soy millonario, y doscientas pesetas por punto sería broma demasiado pesada. Reduzcamos á veinticinco y cincuenta, y probaré mi suerte.

—Como usted guste, replicó Fedovsky. Debe usted conocer mejor que yo cuál es la costumbre.

El americano barajó los naipes, y cada cual tomó los suyos. Entre tanto la princesa se había levantado del piano para acercarse, y se colocó junto á Fedovsky de modo que éste pudiera advertir que se hallaba allí, pero sin verla bien. De repente se agachó para coger uno ó dos papelitos, que estaban en el suelo.

—Creo que es de usted, dijo; ahora mismo acaba de caer.

—Gracias, contestó el conde, colocando el papelito junto á sí. De repente notó que tenía algo escrito con lapiz; era una sola palabra rusa, que decía: «¡Alerta!»

La princesa volvió á su piano y comenzó á tocar de nuevo.

Fuera cual fuese el objeto de Vera, solamente sirvió para inquietar más á Fedovsky, á quien no le ocurrió que el aviso pudiera referirse más que á un asunto personal entre la princesa y él. ¿Habría ofendido á Vera de algún modo? En cuanto al juego, era cosa tan subordinada para él, que ni siquiera le tomó en consideración. En cualquiera parte menos en casa de Vera podría haber desconfiado de sus compañeros; mas bajo aquellas circunstancias, ni aun pensó en ellos.

Como quiera que sea, deslizó el papelito en su bolsillo, el juego prosiguió, y vióse aún favorecido por la suerte; pero también la señora Strogello se desquitaba poco á poco, hasta que los papelitos se repartieron casi por igual entre los dos. Tocóle al italiano barajar otra vez, y al coger el conde sus car-

tas, viendo que tenía excelente juego, comenzó á jugar.

La señora Strogello parecía también satisfecha con el suyo y aceptó el envite; los dos comenzaron á elevar las puestas, y esto se repitió cinco ó seis veces. Impaciente al fin el conde, envidó por quinientas pesetas, lo cual produjo gran asombro, dando lugar á varias observaciones.

—Mejor será dejarlo aquí, dijo el americano, pues se cruzan ya dos mil pesetas.

estaba ofendida por algo; pero Fedovsky no podía imaginar por qué. ¿Sería por haberla invitado á marchar con él? Esto parecía imposible, tanto más cuanto que ella misma había sugerido la idea. ¿Estaría disgustada por haberle visto jugar tanto dinero en su casa? Tal vez sí; mas en este caso, podía haberse opuesto. También era posible que estuviese enojada por no haber adivinado él la significación de la palabra «¡Alerta!»

Todas estas reflexiones cruzaron por su mente en

—¡Cómo, exclamó el conde, eso es imposible! Apenas ha habido tiempo de que se reciban las mías... Debe ser otra cosa.

—De todos modos, repuso Tomás, son de los agentes, y usted mismo puede verlo por la escritura del sobre.

Fedovsky miró: Tomás tenía razón; pero se habían echado en el correo el mismo día en que él escribió, y era cosa inusitada en sus agentes dirigirle carta alguna fuera de ciertas épocas del año, ó en



... tomó una de las cartas y comenzó á leerla...

—La señora decidirá, repuso Fedovsky inclinándose cortésmente.

—Pues me parece que debo aceptar, contestó la dama mirando otra vez sus naipes.

La puja continuó, mientras que los demás observaban en silencio con creciente interés; la cantidad que se cruzaba aumentó rápidamente, y en menos de cinco minutos viéronse en la mesa veinte mil pesetas.

El conde había llegado al límite de la suma que llevaba y tendió sus cartas, invitando á su antagonista á mostrar también su juego.

Fedovsky tenía el rey, la reina, la sota, el tres y el nueve de copas; la señora Strogello presentó el as, el rey, la reina, la sota y el tres de oros.

VIII

PÉRDIDA Y GANANCIA

Al terminar el juego, la princesa hizo resonar la cuerda más fuerte del piano y levantóse. Fedovsky hizo lo mismo, y con la sonrisa en los labios felicitó á la señora Strogello por su buena suerte, diciendo que agradecía el entretenimiento que acababan de proporcionarle.

—Pero, amiga mía, dijo el italiano á su esposa, no puedo menos de protestar contra eso, pues el señor conde creerá que tratamos de saquearle. No debías haber aceptado semejantes envites.

—¡Nada de eso!, exclamó el conde. La señora no ha hecho más que ceder á mis instancias, y sentiría que la suerte se hubiese declarado en favor mío. De este modo puedo despedirme de ustedes con la conciencia tranquila, y con permiso de la princesa, espero que nos volveremos á ver aquí.

Al decir esto, inclinóse ante Vera, pero ésta no contestó, y parecióle que su mirada, sin expresión en aquel momento, era fría é indiferente. Sin duda

un momento, dejándole con las mismas dudas que antes tenía.

—¡Ah!, exclamó el Sr. Strogello, seguramente tomará usted la revancha, y en cuanto á mí, no estaré tranquilo hasta que usted obtenga el desquite. La princesa es tan amable, que seguramente nos permitirá reunirnos aquí otra vez. ¿No es así, señora?

—Por mí no habrá inconveniente, y cuanto antes mejor, repuso la princesa con un tono que á Fedovsky le pareció irónico.

El conde pensaba encontrar un pretexto para quedarse después que los otros se hubiesen retirado, ó de volver á otra hora para hablar á Vera sin testigos; pero su proceder le desanimó. Sin embargo, ocurrióle que podía escribirle una carta pidiéndola una explicación de su conducta, y esto le consoló. En su consecuencia fué el primero en despedirse, y tal había sido su turbación hasta que respiró en la calle el aire libre, que no recordó que acababa de perder otra vez hasta su última peseta, sin quedarle esperanza de tener más dinero hasta que recibiese las letras ó cartas de crédito de sus agentes. Por lo pronto, no podía volver á ver á sus amigos al día siguiente; y por otra parte, la cuenta de la fonda, que debía ascender ya á mil pesetas ó más, le sería presentada en el momento menos pensado. La idea de no tener dinero para pagar tan insignificante cantidad era nueva para Fedovsky, y le hizo sonreir, pero enojóle al mismo tiempo. Por fortuna, le quedaban aún algunos millones, y su pobreza no era más que momentánea; pero estaba resuelto á evitar semejante apuro en lo sucesivo. Marcharía á América tan pronto como tuviese oportunidad, y antes de esto, se esforzaría para persuadir á Vera á seguirle, no dudando que aceptaría.

No debía estar mucho tiempo en esta convicción, pues al entrar en su cuarto encontró á Tomás.

—Me alegro mucho ver á usted, señor, dijo el fiel criado. Las cartas han llegado ya.

contestación á las que recibiesen. Debía ocurrir alguna novedad. ¿Qué podía ser?

El conde se arrellanó en su sillón, tomó una de las cartas y comenzó á leerla. Tomás, que le observaba silenciosamente, notó que su rostro cambiaba de expresión; sus cejas se contrajeron, y la sangre coloreó poco á poco sus mejillas. A medida que avanzaba en su lectura, inmutábase más al parecer; terminó la primera carta, dejóla sobre la mesa, y cogiendo la otra, rasgó el sobre sin pronunciar palabra. La leyó más rápidamente que la primera, y después de reflexionar algunos minutos, tomó un cigarrillo, encendióle y se volvió hacia su criado.

—Tomás, le dijo, ¿cuándo te pagué yo tu salario la última vez?

—El primero de mes, señor; hace dos semanas.

—¿Te queda algún dinero?

—Sí, señor; todo lo que usted me dió.

—Me alegro saberlo, pues tal vez no me sea posible pagarte más en algún tiempo. Entre tanto, amigo mío, deberás buscar otra colocación.

—¡Yo, señor..., no haré tal cosa, pues no quiero servir á nadie más que á usted! Si tiene suficiente para sí, yo también, y en cuanto al salario, no me importa. ¿Qué ocurre, señor?

—En estas cartas se me dice que no me queda un rublo que pueda considerar mío. Mis tierras han sido confiscadas por el gobierno; se me acusa y parece que me consideran culpable de conspiración contra el emperador; alégase que profeso opiniones demasiado liberales; que no me presenté á las autoridades como debía, y qué sé yo cuántas cosas más. En cuanto al descuido de no visitar á los diversos cónsules, algo hay de cierto en ello; pero habíanme dado á entender que las autoridades consentían en dispensarme de tal formalidad, y esta falta es demasiado leve para imponerme semejante castigo.

(Se continuará.)

UN TRATAMIENTO NUEVO

PARA LA SORDERA

Otra revolución ha comenzado en París, pero esta vez ha sido en los dominios de la Medicina. Hace algunos años que en uno de los barrios más antiguos y notables de la ciudad va progresando lentamente una gran empresa. No muy lejos de la Sorbona, del colegio de Francia y de los de Medicina; en contacto, pues, con las ideas nuevas y con todos los recientes descubrimientos científicos, el Dr. Marcelo Natier y el padre Rousselot abrieron hace pocos años las puertas de un Instituto de laringología y de ortofonía. Es un edificio de modesta apariencia, de cuatro ó cinco pisos, junto á las orillas del Sena, muy cerca de la catedral de Notre Dame. Su exterior está en armonía completa con la unidad de la labor que dentro de sus muros se realiza; no hay adornos ni magnificencias exteriores, pero en sus salas existe un tesoro envidiado por todo el mundo científico, un tesoro que ha tratado en vano de comprar una de las más ricas universidades de los Estados Unidos, á saber: el tonómetro famoso de Kœnig.

Este Instituto se ha fundado para el estudio científico del oído, la garganta, la laringe, los pulmones, la tartamudez y todos los demás defectos del habla. Unicamente en caso de no haber existido ó de haberse destruído por completo los órganos esenciales es cuando nada puede intentarse para curar la sordera, y como los casos de esa especie son extremadamente raros, el tratamiento más racional es el de procurar obtener una regeneración natural de los órganos enfermos por medio de ejercicios gimnásticos apropiados. Así como los fakires indios, no usando los miembros y los músculos, los tornan tiesos y rígidos; así como el atleta, por medio de un ejercicio continuado, desarrolla los músculos y el gimnasta consigue que su cuerpo adquiera flexibilidad, así también podemos, por un tratamiento regular y sistemático, restaurar ciertos órganos estropeados, de tal manera que puedan continuar ejerciendo sus funciones naturales. Una teoría antigua era que cuando el tímpano del oído se lastimaba ó paralizaba, nada podía hacerse en favor del enfermo; otra afirmaba que, en ciertos casos, el aire encerrado en la cavidad media del oído no tenía la misma presión que el atmosférico y que esto era causa de sordera. Se suponía que el remedio para ello consistía en que el enfermo aspirase con fuerza aire por la nariz; en algunos casos, esa operación estropeaba el tímpano. A veces también se creía necesaria la extracción de los huesecillos del oído medio; pero por lo común ambos métodos concluían por agravar la enfermedad.

El oído es un órgano construído del modo más maravilloso y delicado. Consta de tres partes: el oído externo; la caja del tímpano, que es el oído medio, y el interior ó laberinto. El conducto auditivo externo termina en un ángulo agudo, cerrado oblicuamente por la membrana del tímpano, especie de tabique cuya película es capaz de contraerse; al otro lado del tímpano está el oído medio, cavidad llena de aire y que contiene la cadena de huesecillos, que forma tres piezas distintas unidas entre sí. Esta cadena está sostenida en su sitio, en el oído medio, por sus extremos y por ligamentos y músculos. Gracias á las articulaciones y á la elasticidad de sus ligamentos, la cadena de huesecillos puede ejecutar ciertos movimientos que son resultado de las vibraciones acústicas y de la acción de dos músculos. El oído interno es la parte más complicada del órgano de la audición. Consiste en una especie de cavidad irregular llamada laberinto, llena de un líquido que transmite á los órganos sensorios de la audición las vibraciones que recibe.



NUEVO TRATAMIENTO DE LA SORDERA. – El Dr. Natier (el que está á la izquierda) se halla sentado en la silla destinada á los enfermos

Ese líquido nada tiene que ver con el cerumen amarillo contenido en el conducto auditivo del oído externo. Las células auditivas, sólo visibles con el microscopio, son en extremo numerosas. Se han contado más de 21.000, y todo parece indicar que corresponden á las numerosas vibraciones que somos capaces de recibir y que ellas transmiten al cerebro.
Ahora bien: en el nuevo tratamiento científico de la sordera, lo esencial es hallar la causa real y exacta de la enfermedad. Cuando hablamos á un sordo, tal vez no nos entienda, pero de ello no debe deducirse que no nos oiga. Si en vez de hablarle se hacen sonar al oído las vibraciones de varios diapasones, se comprueba que oye algunas, pero no todas. Queda, pues, demostrado que hay huecos ó vacíos en los órganos auditivos que no le permiten oir á la vez todos los sonidos compuestos del lenguaje. Este análisis de la sordera por medio simplemente de los sonidos de diversos diapasones, prueba que la ruptura del tímpano del oído no ocasiona, como generalmente se cree, una sordera total, sino que hace que los sonidos aparezcan uniformes y poco distintos entre sí.

Tonómetro de Kœnig

El tímpano es realmente un resonador ó instrumento para facilitar el análisis de los sonidos compuestos, y forma con la cadena de huesecillos y los filetes terminales del nervio acústico que obran sobre el líquido del oído interno un aparato semejante al de la vista, que puede adaptarse de modo tan admirable á las diferencias de naturaleza é intensidad de las vibraciones luminosas. El ojo, por la contracción de la pupila, se adapta casi instantáneamente á la luz más fuerte, y el sentido del oído, por medio de la tensión ó contracción del tímpano y por las modificaciones del líquido del oído interno, puede adaptarse á los sonidos, ya altos, ya bajos, agudos ó graves. Por medio, pues, de una serie de diapasones que están afinados con precisión absoluta y que comprenden más de doscientas vibraciones diferentes, desde la más aguda á la más grave, se hace un examen acústico del paciente, y de su resultado se deduce un diagnóstico exacto del estado del oído. Como consecuencia del examen, se adquiere el conocimiento verdadero de qué es lo que el enfermo oye ó no. Se hace entonces un cuadro, con arreglo á un sistema científico, demostrativo de la capacidad auditiva del enfermo á quien se va á tratar. Es, naturalmente, cosa fácil averiguar si una persona oye ó no los sonidos, pero la dificultad consiste en apreciar con claridad cómo los oye, y para saberlo se recurre á dos experiencias. Una de ellas consiste en medir la distancia á que deja de oirse el sonido del diapasón, y la otra en comparar el espacio de tiempo durante el cual lo oyó, con el que lo oye una persona de buen oído. El tiempo se cuenta por minutos y segundos; todo ello se anota para poder apreciar la mejoría que experimente el enfermo durante el tratamiento. En algunos casos se ve que los enfermos oyen mejor las notas altas, en otros las bajas. Para la educación del oído que hay entonces que emprender, se tienen en cuenta todos los detalles de esta naturaleza y se ordenan distintos ejercicios con arreglo á cada caso particular.

En folletos que se han escrito sobre esta materia, se explican las razones en que se fundan esas diferencias y se demuestra que el aparato receptor del oído es como un pincel formado de nervios, cada uno de cuyos filamentos está destinado á un sonido especial. Si esto es así, se comprenderá fácilmente lo inútil que resultará el limitarse á aspirar aire con fuerza por la nariz para que penetre en el oído interno, y que sería peor que inútil la extracción de los huesecillos. Si se quiere obtener de un tambor una resonancia mayor, de seguro no se comenzará por aflojar los parches que cubren sus

dos cabezas; para que haya una transmisión eficaz de vibraciones por medio de la cadena de huesecillos del oído, es necesario que ésta conserve cierta tensión. No hay necesidad de extraer ni de lubrificar esa cadena, pero sus músculos y el tímpano sí podrán necesitar que se les someta á un tratamiento á fin de que desempeñen sus funciones de una manera satisfactoria, y éste consistirá en ejercicios gimnásticos regularizados que hagan recobrar á las células auditivas su potencia normal. Esos ejercicios producen el mismo resultado que el masaje: se someten los músculos á una serie de resonancias rápidas y seguidas que les devuelven la fuerza y elasticidad que habían perdido.

Cuando se ha averiguado que una nota determinada no se oye ó se oye mal, se elige el diapasón de esa misma nota y se procura estimular el músculo y avivar el nervio. Si no basta el diapasón se aumenta su sonido por medio de un resonador. Acaba de inventarse un aparato con ese objeto, y las vibraciones del diapasón se sostienen por medio de la electricidad y llegan al oído por un tubo de goma. Demuestran los enfermos gran placer al percibir las notas que han perdido la costumbre de oir. Se han hecho experiencias con pacientes que oían perfectamente la vocal *a*, pero que no podían distinguir las consonantes *p* y *b*. Por medio de un tratamiento gimnástico, que consistía en aplicar al oído las vibraciones que constituyen esas letras, llegaba éste á educarse, y después de un tiempo relativamente corto, podía el enfermo oir las sílabas *pa* y *ba*. Los órganos inmediatos á los que están sometidos á ese tratamiento también se benefician con él, de tal modo que á su vez se hacen más fuertes y sanos. Para este procedimiento especial ha sido naturalmente indispensable inventar determinados instrumentos científicos. El más importante de ellos es el tonómetro, que ya hemos mencionado. Kœnig, sabio de reputación universal, ha empleado la mayor parte de su existencia en la creación de esa maravillosa colección de diapasones de una precisión absoluta, unidos con una serie de resonadores cilíndricos.

Sirena de ondas para averiguar cuáles son los sonidos que oye el enfermo

Muchos de los enfermos, al principiar el tratamiento, oyen tan poco, que ha sido preciso intensificar el sonido de las vibraciones por medio de resonadores cilíndricos. Además tiene el Instituto grandes sirenas de onda, con discos. Sin entrar en una detallada descripción técnica de ellas, diremos que los sonidos como el de las vocales y sílabas y por consiguiente el de todas las palabras, pueden descomponerse en vibraciones que quedan determinadas con precisión por un aparato que las registra é inscribe. Conociendo, por lo tanto, qué vibraciones son las que constituyen un sonido, una vocal ó una sílaba, sólo se necesita producir esas vibraciones con la intensidad suficiente para que obtenga el sonido la vocal ó la sílaba que se quiera. Se utilizan, pues, esos aparatos para verificar con precisión absoluta cuáles son los sonidos que una persona sorda oye ó deja de oir.

Este nuevo tratamiento científico de la sordera está fundado en los principios más racionales. Se registran algunos resultados sorprendentes en los enfermos tratados con arreglo á él, y los sordo-mudos, desde todas las partes del mundo, se encaminan hacia ese Instituto. La ciudad de París y el consejo del Sena han concedido una subvención anual para atender á los gastos del Instituto de laringología y ortofonía.—ALYS HALLARD.

LIBROS

ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

POR AUTORES Ó EDITORES

Barcelona á la vista. – Se ha publicado el cuaderno 10 y último de la segunda serie, que contiene 16 fotografías de Barcelona y de sus alrededores. Editado en esta ciudad por Antonio López. Precio, 30 céntimos en Barcelona y 35 en provincias.

Cuentos, por *Hegesippe Moreau*. Versión española de *José M.ª Ballester*. – Un tomo de 92 páginas, editado en Barcelona por Olegario Salvatella. Precio, 60 céntimos.

Alternando, por *Delfín Fernández y González*. – Colección de ocho novelas cortas y cuentos con un prólogo de José Betancort (Angel Guerra). Un tomo impreso en Valladolid en la imprenta Castellana. Precio, dos pesetas.

Banco de Bogotá. Informe de la Junta Directiva referente al primer semestre de 1905. Un folleto de seis páginas.

Señor y Don, nueva fruslería gramatical, por *R. Monner Sans*. – Un folleto de 14 páginas, impreso en Buenos Aires en la imprenta «Didot» de Félix Lajouane y C.ª

Almanaque Bastinos. 1906. – Un tomo de 82 páginas con varios grabados, editado por la casa Bastinos, de Barcelona.

Para ser elegante. La eterna seducción. Secretos femeniles, por la *Duquesa Laureana*, traducción de *Eugenio de Ochoa*. – Un tomo de 322 páginas, impreso en Madrid en la imprenta de Fortanet. Precio, 3'50 pesetas.

Rebelión, novela por *Joyzelle*. – Un tomo de más de 200 páginas, editado en Madrid por F. Beltrán (librería de Fernando Fe), impreso en la imprenta artística de José Blass y C.ª Precio, 3 pesetas



El patín automóvil de M. Constantine. (De fotografía de M. Branger.)

Este patín, que llamó extraordinariamente la atención en la última Exposición del Automóvil celebrada en París, funciona por medio de un motor de 1 y 1/2 caballos de fuerza y puede correr con una velocidad de 50 kilómetros por hora. La carga de combustible que contiene el patín permite recorrer una distancia de 75 kilómetros á la velocidad indicada.

El azafrán. Su cultivo, producción y comercio, por el doctor *M. Rodríguez Navas*. – Un tomo de 168 páginas con grabados, que forma parte de la Biblioteca Industrial y Agrícola que con tanto éxito publica en Madrid la casa Bailly-Bailliere é hijos. Precio, dos pesetas en rústica y 2'50 encuadernado.

La hulla blanca y el arte de las Minas. Utilización práctica y completa de un salto de agua para todos los servicios de una explotación minera, por *Mauricio Lecomte-Denis*. Traducido de la primera edición francesa por *Adolfo Aragonés*. – Un tomo de 96 páginas con 46 grabados, editado en Madrid por la casa Bailly Bailliere é hijos. Precio, tres pesetas

La Calatrava, novela de costumbres madrileñas, por *Francisco de Arce*, con ilustraciones de *A. Durá*. – Un tomo de 170 páginas, editado en Madrid por A. de San Martín, impreso en la tipografía de A. Marzo. Precio, 3 pesetas

Dinamismo espiritualista. Cuestiones previas. La vida en sus tres dimensiones. Proceso histórico de ética española, por *Ricardo Burguete*. Un tomo de 206 páginas, editado en Madrid por F. Beltrán (librería de Fernando Fe). Precio, 3'50 pesetas.

Emporium, drama lírico en tres actos de *Eduardo Marquina*. – Libreto en verso catalán de la ópera, música del maestro Morera, recientemente estrenada con gran éxito en el Liceo de Barcelona. Impreso en la imprenta de Fidel Giró. Precio, una peseta.

Amarguras del joven Werther, por *Goethe*, traducción de *F. del Río Urruti*. – Un tomo de 240 páginas, de la Colección Diamante que publica el editor barcelonés D. Antonio López. Impreso en la imprenta de La Campana y La Esquella. Precio, dos reales.

Al Arte, por *Angel Menchaca*. – Canto en verso, con una carta prólogo de D. Jorge Selva. Un folleto de 19 páginas, impreso en Buenos Aires en la imprenta de El Comercio.

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustracion Artística

Año XXV — Barcelona 19 de marzo de 1906 — Núm. 1.264

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



TINA DI LORENZO,

eminente actriz italiana que actualmente representa en el teatro de Novedades de esta ciudad

(De fotografía de Varischi, Artico y C.ª, de Milán.)

SUMARIO

REVISTA HISPANO-AMERICANA

México: el censo de población: situación económica: el centenario de Juárez. — *Honduras:* la nueva constitución: la deuda del ferrocarril interoceánico. — *Nicaragua:* tratados con Inglaterra: política anticlerical: instrucción pública: ferrocarriles: situación financiera: los capitales yanquis. — *Panamá:* obras de saneamiento. — *Perú:* política pedagógica: otros actos de la administración Pardo. — *Chile:* los partidos políticos: el parlamentarismo.

Se ha publicado ahora, á principios de este año, con fecha de 1905, el «Resumen general del Censo de la República Mexicana verificado en 28 de octubre de 1900.» Según ese censo, la población total de México es de 13.607.259 habitantes, es decir, 987.000 más que en 1895. Hablan los idiomas indígenas 2.878.000. De las colonias extranjeras (57.600 individuos), la más numerosa, con 16.278, es la española: siguen los yanquis, que son 15.266.

Los últimos informes ó memorias del ministro de Hacienda dan noticia de la situación económica del país. Del ejercicio 1904-1905 resultó un sobrante efectivo de 8.000.000 de pesos. Cree el ministro que en 1906 y 1907 habrá todavía fluctuaciones en los cambios con el extranjero, pues ha de transcurrir algún tiempo antes de alcanzar el equilibrio y normalidad á que se aspira mediante la reforma monetaria implantada. El alza del tipo de interés y la consiguiente diminución de negocios ó empresas financieras provocarán acaso cierto malestar pasajero que, bien considerado, ha de ser más beneficioso que perjudicial. Los pueblos, lo mismo que los individuos, no deben habituarse demasiado á situaciones prósperas, porque la facilidad de obtener capitales suele conducir á la prodigalidad y á las especulaciones aventuradas. La advertencia de ese posible malestar es tanto más oportuna y prudente si se tiene en cuenta que por haber sido las últimas cosechas inferiores á las de otros años, serán menos los recursos que las clases productoras ofrezcan, lo que contribuirá también á moderar la actividad de las transacciones de toda clase.

En este mes de marzo, y en su día 21, se cumple el 1.er centenario del nacimiento de Benito Juárez, el gran indio, el gran americano, que hizo ver á Europa cómo la poderosa raza hispano-americana del Nuevo Mundo sabe defender su libertad, su independencia y sus instituciones democráticas. A juzgar por los preparativos hechos, en los que toman parte todas las clases sociales, solemnes y grandiosas serán las fiestas dedicadas á conmemorar el centenario. La prensa de México ha acordado hacer números especiales los del día 21, consagrados exclusivamente al restaurador de la República, y ha solicitado el concurso de los principales periódicos del centro y Sur de América.

En Honduras han entrado en vigor la Constitución y las nuevas leyes decretadas recientemente por la Asamblea Nacional de la República.

La constitución política estaba ya aprobada en las sesiones de 1904; no obstante, á principios del actual año algunos representantes del pueblo pretendieron someter á la Asamblea la reconsideración de varios puntos de la Carta fundamental, y entre ellos el artículo que prohibe la reelección de presidente. Alegaban el ejemplo de los Estados Unidos y de algunas otras Repúblicas donde los presidentes pueden ser reelegidos, y sostenían que este sistema es favorable al mantenimiento de la paz interior y consiente que el pueblo ratifique y prorrogue los poderes á los hombres que se han hecho dignos, por su patriotismo, su inteligencia y sus aciertos, de continuar rigiendo los destinos del país. La mayoría de los diputados fué de distinto parecer, creyó que la reforma podría ofrecer peligro, abriendo más fácil camino á tentativas de tiranía ó dictadura, y rechazó la moción.

El ministro de Hacienda, en la Memoria presentada á la Asamblea, dió cuenta de las gestiones hechas en el famoso asunto de la Deuda del ferrocarril interoceánico, que agiotistas y especuladores sin conciencia honrada hicieron subir á muy cerca de cien millones de pesos oro. Por virtud de esas gestiones, demostrado queda ya ante el mundo que el gobierno de Honduras, celoso del buen nombre y crédito de la República, ha hecho un esfuerzo más por sarvarlos, ofreciendo lo que humanamente puede pagar á los que conservan sus Bonos, sin entrar á discutir lo que éstos de viciado tengan en su mayor parte. Tal ofrecimiento implica sacrificios de gran alcance para la nación; sacrificios que si no han podido ser justamente apreciados por los tenedores de las obligaciones, han merecido, de parte de la opinión imparcial de los centros financieros de Europa y Estados Unidos, las más honrosas manifestaciones para el gobernante que, á nombre de la nación, ofrece lo que ésta puede equitativamente pagar.

Honduras defiende su derecho y sus intereses contra la estafa de que se la quiere hacer víctima; desea conocer la cantidad de pesos que realmente recibió el país, para entrar en arreglos con los llamados acreedores, por más que el mismo Parlamento inglés haya declarado el vicio de la deuda, su ilegitimidad y hasta los fraudes cometidos.

El Sr. Santos Zelaya ha sido reelegido presidente de la República de Nicaragua. El Mensaje que leyó á fines del próximo pasado año es un completo resumen de su gestión política y administrativa y de la situación del país.

Por consecuencia de tratados que se pactaron con la Gran Bretaña durante el año 1905, esta potencia ha reconocido la absoluta soberanía de Nicaragua sobre el territorio que formó la antigua Reserva Mosquita, y se han anulado los privilegios del puerto libre de San Juan del Norte, que en lo sucesivo estará bajo las mismas condiciones que los otros de la República.

El obispo y algunos sacerdotes del culto católico fueron expulsados del país por desobediencia á los mandatos de la ley que prohibe el uso del hábito talar. El gobierno de Zelaya viene distinguiéndose por su resuelto anticlericalismo, como ahora se dice. Claramente se revela en el Mensaje la mala voluntad contra «los que, llenos de soberbia, se pusieron en pugna con el Poder público..., y quisieron hacer de su sotana bandera para la revuelta;» contra los que «llevando la oración en los labios, el rosario en una mano y la bomba de dinamita en la otra,» intentaron sublevar los cuarteles.

Atendiendo al fomento de la instrucción pública, se han creado nuevos Institutos, escuelas normales é Inspecciones de enseñanza, y se ha dispuesto el establecimiento de dos escuelas de Ingenieros topógrafos.

En los ramos de Fomento y Obras públicas se han realizado algunas de positivo progreso é iniciado otras que, llevadas á feliz término, cambiarán la faz económica del país. La construcción del ferrocarril á Metagalpa con ramales á Río Grande, Prinzapolka, Estelí y Boaco, empieza á ser una hermosa realidad, pues la compañía concesionaria envió ya varios ingenieros que hacen los trabajos preliminares de localización de la línea. Otra de las obras más importantes que se han iniciado es el ferrocarril de Punta Mona al lago de Nicaragua, que no sólo pondrá en rápida comunicación el Pacífico con el Atlántico, sino que abrirá al trabajo y al capital extensas y privilegiadas regiones donde podrán desarrollarse toda clase de valiosas empresas.

La actual situación del Erario acusa bienestar rentístico. En agosto de 1904 había déficit de un millón de pesos; á fin de 1905 resultaba un superávit de 1.257.000 pesos. Este bienestar financiero y económico se debe en gran parte á los capitalistas yanquis. La «United States and Nicaragua Company,» cuyo gerente es Dietrick, el concesionario de vastas extensiones de terreno en la comarca de Gracias-á-Dios, se propone invertir muchos millones de dólars en explotación de minas, ferrocarriles, vías fluviales de navegación, puertos, etc. Otras empresas yanquis tratan de explotar las maderas del litoral mosquito y dedicarse al cultivo y comercio de plátanos, que tanta importancia van tomando en la América Central. Nicaragua sabe aprovecharse, y hace bien, del dinero de los yanquis, que la ayuda á ir desenvolviendo sus elementos de producción y riqueza.

En Panamá van despacio las obras del canal. La insalubridad de aquellas tierras preocupa de cada vez más á los yanquis. La viruela y la fiebre amarilla ó palúdica causan numerosas víctimas, y los operarios negros á quienes, cuando caen enfermos, se trata como si fueran bestias, abandonan los trabajos y huyen del país. Ahora hay que sanear á todo trance, aunque sea haciendo arder ciudades: á las brigadas sanitarias se atribuyen los recientes incendios de Panamá. Cuando las tareas del saneamiento hayan terminado, se volverá á pensar seriamente en hacer canal.

La importante *Revista Pan-americana*, de Lima, hace constar los legítimos progresos alcanzados por el Perú en el orden interno y exterior durante el primer año de gobierno del actual presidente señor Pardo.

La instrucción pública y los cuidados más solícitos que se desarrollan para difundirla y propagarla por todo el territorio han adquirido la consistencia y el valor de un hecho práctico, exteriorizado en las escuelas creadas y sostenidas por el gobierno. El presupuesto correspondiente consigna más de tres millones de soles destinados á elevar el nivel moral é intelectual del pueblo.

Este mismo sentido de la política pedagógica imperante se revela en la fundación de la Escuela de Artes y Oficios, con propósito de crear obreros inteligentes é instruídos en las artes manuales, á fin de acrecentar y mejorar, perfeccionándola en lo posible con los adelantos modernos, la producción industrial del Perú. Además, pronto se convertirán en leyes, si no lo son ya, varios proyectos que en conjunto forman un código del trabajo, destinado á mejorar la condición moral, física y económica de los obreros.

Se da gran impulso á la obra de defensa nacional, reorganizando el ejército y proporcionándole buena instrucción y armamento moderno, y á la vez procúrase resolver definitivamente, por medio de convenios y arbitrajes, las complicadas cuestiones de límites con las Repúblicas vecinas.

Con motivo de la próxima renovación de presidente de la República, los partidos políticos chilenos se han agrupado en pactistas y antipactistas, es decir, partidarios ó no de una coalición para designar candidato común á la presidencia.

Este sistema de alianzas, pactos ó coaliciones viene siendo hace tiempo la característica de la política interior chilena, como habrán observado cuantos hayan leído anteriores *Revistas*. Un ilustre escritor peruano, el Sr. Castro y Oyanguren, confirma ahora los hechos y juicios que en aquéllas hemos expuesto en ocasiones varias. Los partidos chilenos, dice, atraviesan una honda crisis de desintegración, en que los principios políticos que antes los fecundaban, diferenciándolos entre sí, han cedido el paso á las estrechas combinaciones de carácter personal y subalterno. Los estadistas de Chile no atienden á depurar las funciones públicas, á impulsar al país por los amplios derroteros del bienestar social; su única preocupación, su único anhelo es obtener unos cuantos votos de mayoría parlamentaria y dar destinos y prebendas á los de su cofradía. Por eso los gabinetes, faltos de cohesión é inseguros de su porvenir, viven al día, desesperanzados y sin alientos para acometer grandes empresas de administración interior.

¿No ven nuestros lectores cierta semejanza entre lo que acontece en Chile y lo que sucede en España? ¿Será todo ello consecuencia de «los funestos extravíos de ese parlamentarismo de similor, transplantado prematuramente—son palabras de Castro—á una democracia poco sincera, como suelen ser las de estas Repúblicas suramericanas...» y de algunas monarquías sureuropeas?

R. Beltrán Rózpide.



Avanzó la muchacha *carrer* adelante

CÁÑAMO

Mañana y de verano y en Valencia; es decir, una mañana espléndida, hermosa, alegre y perfumada. Las brisas que llegaban de la extensa vega, traían en sus alas perfumes de azahares; los rayos del sol, que descendían oblicuamente, daban al largo y desigual *carrer* alegres y claros colores, con sus blancas cortinas caídas en las terrazas, con la blancura de las aceras, sobre las cuales parecía que no cayera jamás el agua de las lluvias. Entreteníanse algunas diligentes vecinas en barrer las aceras, levantando una nube de átomos blancuzcos; terminada esta labor, regaban otras las losas cruzándose con tal motivo animados diálogos entre las *donas;* y dominando todas las conversaciones, cruzaba el arroyo, arrastrado por miserable jamelgo, el pobre carricoche cubierto de estera y seguido del robusto huertano, carirredondo, rubicundo, y anudado á la cabeza el obscuro pañuelo de seda, pasaba, digo, pregonando con voz sonora, que delataba un pulmón sano, su mercancía: —*¡Vi!..* (Vino).

Angostas eran las aceras, y el arroyo éralo verdaderamente, pues más que calle dijérase vecinal camino sin una cuadrada losa, sin un pretencioso adoquín. Un camino polvoriento que estaba demandando el agua del cielo.

Para hacer más difícil el tránsito por las aceras, veíanse en éstas, alineados delante de las estrechas puertas, los *espardeñers* ó alpargateros, á horcajadas montados sobre sus respectivos y estrechos bancos de madera, y dándole al martillo y á la aguja, fabricando con las nudosas trenzas de cáñamo la suela redonda, á la cual en fuerza de martillazos iban dando la forma del pie humano. Abstraídos en su faena, entonaban los alpargateros alguna cancioncilla aprendida en las *festes del carrer;* gruesas gotas de sudor corrían por sus pechos mal cubiertos por la blanca camisa; al pie de los bancos, teniendo ante sí sendos haces de cáñamo en rama, entreteníanse trenzándolo las *chiquetas* de obscura falda y media azul que asomaba delatando la pureza de líneas y contornos.

Estrechas eran las casas del vecindario; dos puertas, la del hogar y la de la *escaleta,* unos cuantos palmos de terreno en junto. No era, pues, menester alzar la voz para que entre unos y otros alpargateros pudiera cruzarse animado diálogo, verdaderamente pintoresco en aquel dialecto picante, breve, salpicado de diminutivos y de palabras agudas.

—*¡Che!* ¡Lorenzo! ¿Qué te pasó ayer que no te hemos visto?

—¿Ayer?

—Sí.

—Pues ¿qué pasó ayer?

—*¡Uay!* Pues que Tomaset y otros más nos echamos la noche á *albaes.* Si *ascoltares* la guitarra de Chimet..., ¡qué! Ni Tárrega...

—Pues lo siento. Pero ayer, después de estarme *festexant* á la Doloretas hasta las once, me fuí á buscar la cama. Estaba reventado de la faena del día.

—¡Pues no lo estaba ella!

—¿Qué?

—Que le cantamos también y salió á la reja.

—¿Doloretas?

—Doloretas.

—Veas lo que dices, Manuel. Yo no diré que no le fuerais á cantar los *albaes.* Pero que ella salió...

—¡Che! Pues si yo la he *vist,* con estos ojos mismos...

—¿Y qué?

—Nada. Que... que Chimet se quedó festejándola y nosotros nos marchamos.

—Eso no puede ser. No es *veritat.*

—Bueno; pues, *chicot,* yo lo he visto, y como yo, Ramonet y Juan y... y todos.

—¿Y qué hora era?

—¡Toma! Pues serían las dos de la *matí*...

—¡Mientes!

—Veas, Llorens, que...

—¡Que mientes, digo!

En aquel momento asomaba la gentil Doloretas en la entrada de la calle su busto escultural. Airosa, esbelta, morena, alta y de delicadas facciones, traía sobre la desnuda cabeza un haz del rubio cáñamo que poco después había de ser tejido y trenzado por las *chiquetas* de la calle. Algunos de los hierbajos habíansele adherido á las obscuras ropas, y complacíase la muchacha en poner en un brete á los *señorets,* agitando su herboso haz cuando acertaban á pasar á su lado.

Avanzó la muchacha *carrer* adelante. Quedósela mirando Llorens con arrobados ojos, y pudo ver con un brinco espantoso de su corazón cómo la Doloretas, al cruzar por delante de Chimet, el afortunado guitarrista que pocas casas más arriba hallábase también dando á aguja y martillo, observó, digo, cómo entre ellos se cruzaron una sonrisa y algunas palabras dichas en voz alta, pero no lo bastante para ser oídas por el receloso Llorens.

Éste mascullό una rápida y aguda interjección, y clavó con fuerza en el trenzado cáñamo la puntiaguda y retorcida aguja.

Apenas cerró la noche, arrebujóse Llorens en su larga y rayada manta y allá se fué en dirección á la casa de Dolores.

Sentada estaba ésta en silla de anea, contemplando á través de los hierros de la convexa reja las gentes que por la calle transitaban, y esperando á su Llorens, que al fin llegó, entablando con la muchacha uno de esos diálogos interminables, diálogos de amor salpicados á intervalos de amargos reproches.

Pasóse así una hora, dos, tres... El *chicot* abandonó al fin aquellos lugares, y al doblar la esquina, oyó claro y distinto el ruido causado por la ventana de Dolores al cerrarse.

—¿Será posible, se dijo el atribulado rapaz, que esa mujer que tan enamorada parece preste oídos á las palabras de otro hombre?.. No, pues... yo he de saberlo, y si fuera verdad su traición...

No dijo más, pero en la contracción de su semblante, en la inflexión sombría de su voz al mascullar semejantes palabras, advertíase algo de siniestro y horrible... La sangre africana que corre aún por las venas de los hijos de aquella tierra privilegiada, rebelóse de repente y con toda su fuerza. Llorens alejóse de aquellos sitios.

Mortales fueron para el pobre enamorado las dos ó tres horas que se vió obligado á esperar. Al fin, cuando en la Iglesia Mayor sonó la primera campanada de las doce y los faroles del alumbrado público fuéronse apagando, deslizóse como una sombra, pegado á los muros de las casas, el receloso huertano.

Así llegó hasta la calle en que Doloretas vivía. Las negruras lo invadían todo. Tanto eran estas densas, que á cuatro pasos de distancia no podían distinguirse claramente los objetos. Llorens, sin embargo, percibió de una manera que no dejaba lugar á duda el cuerpo de un hombre, adosado, casi incrustado en la reja de su novia. Una oleada de sangre subió á su rostro, y sus ojos lo vieron todo envuelto en una nube roja...

¿Luego era verdad? ¿Luego Dolores era una infame que se complacía en hacer traición á la pureza y santidad de aquel amor que hervía en el pecho de Llorens? Y aquel hombre no podía ser otro que Chimet. Claro está que no distinguía sus facciones claramente; pero el despechado novio, si no lo reconoció, por lo menos lo adivinó.

Viniéronle tentaciones horribles, y su mano buscó en la faja anudada á la cintura algo que por fortuna no encontró... Y después de todo, ¿qué culpa tenía Chimet si acudía al reclamo? Llorens casi disculpó á su rival. Por un momento llegó á sentirse hasta orgulloso de que otro hombre que no era él amase á la *chiqueta.* Eso halagaba un tanto su amor propio, dándole á entender que también él había tenido exquisito tacto y refinado gusto al fijar sus ojos en Doloretas. ¡Era tan hermosa, tanto!..

No, no era de Chimet la culpa, y no debía ser él, por lo tanto, quien pagase la perfidia de la mujer. Ella y sólo ella era la culpable; ella y sólo ella era la infame, y en ella debían descargar las iras del desesperado mancebo.

Este no quiso ver más ni quiso oir por más tiem-

po aquel dulce cuchicheo que hasta él llegaba como susurro de brisa ó palpitar de alas.

La noche estaba negra, pero en el pecho del engañado había negruras mucho más grandes y más hondas. Meditaba una venganza horrible, una venganza que tuviera resonancia y sirviera como de perpetua recordación de la volubilidad de Dolores... Algo sangriento, pero no contra Chimet. ¡Ella y sólo ella! El también, el pobre novio despechado caería en la jornada, pero esto era lo de menos. ¡Después de todo, para lo que le importaba la vida *sin ella!*..

A la siguiente mañana, muy temprano, la muchacha fué á abrir, como de costumbre, las ventanas de su reja para rociar los ramos de claveles que en sendas y vidriosas macetas crecían rozagantes de color y de vida.

El espectáculo que se ofreció á sus ojos dejóla petrificada de espanto; llevóse las manos á la frente y no pudo exhalar ni un grito; en cambio sus dientes castañetearon con violencia, una palidez cadavérica se extendió por su hermoso rostro y un temblor mortal circuló por todo su cuerpo.

Del más alto hierro de la reja, pendiente de una trenzada cuerda de rubio cáñamo, de aquel cáñamo que el *espardeñer* empleaba en sus cotidianas faenas, veíase el extrangulado cuerpo de Llorens, rígido, aterrador, amoratado y casi negro el semblante, contraído por horrible mueca y saltándosele de las redondas cuencas los ojos desmesuradamente abiertos é inyectados en sangre...

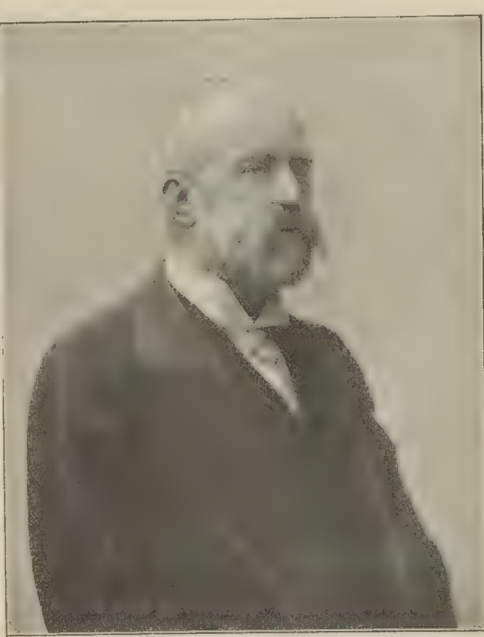
Manuel Amor Meilán.

(Dibujo de Mas y Fondevila.)

D. FRANCISCO ROMERO ROBLEDO

«Ha desaparecido en la muerte para todos dolorosa de Romero Robledo, lo que con exacta frase se llama una institución en la política y en el parlamentarismo de España.»

Así encabezaba un importante diario de la corte el artículo en que daba cuenta del fallecimiento del ilustre hombre público; y en verdad que difícilmente puede expresarse mejor y en menos palabras lo que fué el Sr. Romero Robledo.



D. Francisco Romero Robledo, ilustre político fallecido en Madrid el día 2 de los corrientes. (De fotografía de Franzen.)

Entró en la política y en el parlamento á los veinticuatro años; á la política y al parlamento se consagró con alma y vida desde entonces hasta el momento de su muerte; en la política y en el parlamento supo conquistar por sus dotes especiales las más elevadas posiciones, y á la historia política y parlamentaria del último tercio del siglo XIX y de los años que del presente van corridos está íntimamente unido su nombre.

Nació en Antequera, en 8 de marzo de 1838, dedicóse á la carrera de Derecho y fué diputado en 1862, afiliándose en el partido de la Unión Liberal, dándose á conocer desde luego como orador fácil y como hábil polemista que, á pesar de sus pocos años, no vacilaba en alternar y contender con aquellos grandes parlamentarios que se llamaron Olózaga, Rivero, Calvo Asensio, Ríos Rosas, González Bravo, Sagasta, Figueras, Figuerola, Alcalá Galiano, Benavides y Posada Herrera.

Contribuyó poderosamente á la revolución de 1868, ejerció los cargos de subsecretario de Ultramar y de Gobernación y de ministro de Fomento, en tiempo de D. Amadeo, y al proclamarse la República se declaró alfonsino y trabajó con entusiasmo por la restauración. Entronizado Alfonso XII, desempeñó la cartera de Gobernación en el ministerio-regencia y en otros varios presididos por Cánovas del Castillo, de quien se separó á la muerte de aquel monarca, organizando entonces con el general López Domínguez el partido reformista. Disuelto éste al poco tiempo, volvió á unirse con Cánovas, siendo durante aquel período ministro de Ultramar y de Gracia y Justicia, y al morir el jefe del partido conservador, formó grupo político aparte, conservando siempre su influencia y siendo un elemento con el cual hubieron de contar en todas ocasiones los grandes partidos. Ultimamente, en 1903, fué elevado á la presidencia del Congreso.

El cadáver del Sr. Romero Robledo fué trasladado desde Madrid á Antequera. Si grandiosa fué la manifestación de duelo que con motivo de su entierro hizo el pueblo madrileño, solemne y sentida como pocas fué la que á su preclaro conciudadano tributó la población antequerana en masa. De ella dan idea las fotografías que reproducimos en esta y en la siguiente página. ¡Descanse en paz!



Antequera. – Entierro del Sr. Romero Robledo. – Vista exterior de la estación del ferrocarril á la llegada del tren que conducía el cadáver del Sr. Romero Robledo.

(De fotografía de A. Caballero, remitida por nuestro corresponsal D. Enrique Aguilar.)



Antequera. – Panteón del Sr. Romero Robledo en la cripta del convento de Belén. (De fotografía de A. Caballero, remitida por nuestro corresponsal D. Enque Aguilar.)



Antequera. – Féretro del Sr. Romero Robledo en la capilla ardiente instalada en uno de los salones del Ayuntamiento. (De fotografía de A. Caballero, remitida por nuestro corresponsal D. Enrique Aguilar.)



Antequera. – Entierro del Sr. Romero Robledo. – Salida del cortejo fúnebre de la iglesia Mayor, después de celebrado el funeral. (De fotografía de A. Caballero, remitida por nuestro corresponsal D. Enrique Aguilar.)

UN PUEBLECILLO PINTADO

Que Suiza es la nación más visitada por los extranjeros hasta el punto de constituir la explotación del turismo su principal industria; que allí la naturaleza parece haberse complacido en prodigar sus más hermosas manifestaciones, ostentándose, ora apacible en sus risueños valles, en sus poéticos lagos y en sus frondosos bosques, ora grandiosa en sus cascadas gigantescas, en sus picos inaccesibles, en sus insondables abismos y en sus glaciares majestuosos; que el espíritu del pueblo y la mano del hombre han sabido, no sólo utilizarse de esas bellezas, sino también hacerlas resaltar, ponerlas al alcance de los forasteros, rodeándolas de toda suerte de comodidades y facilitando su disfrute por todos los medios que los modernos progresos proporcionan, son cosas más que sabidas y no hemos de entretenernos en demostrarlas.

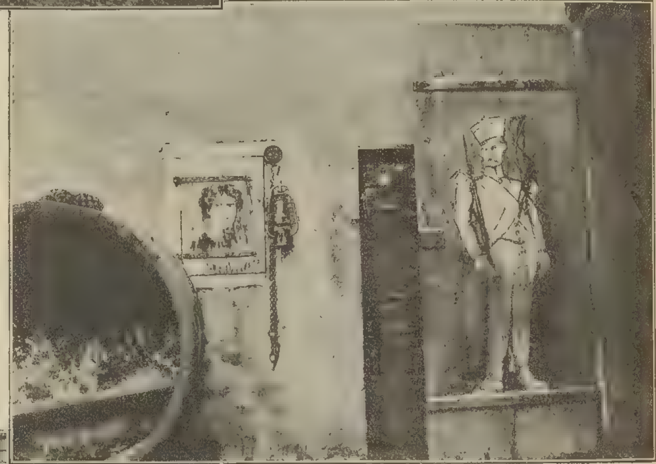
UN PUEBLECILLO PINTADO. – Saint-Leger, aldea situada cerca de Vevey, en el lago de Ginebra. Pinturas en las paredes de una casa.

Suiza es bien conocida y apenas habrá en ella rincón que no haya sido recorrido por millares y aun millones de excursionistas; y sin embargo, entre ese número incalculable de visitantes, pocos habrá de fijo que conozcan una de las mayores curiosidades que en el país helvético puede admirarse. El viajero que en Ginebra toma uno de los lindos vaporcitos que hacen la travesía del lago Lemán para dar la vuelta á éste, suele visitar el puerto de Ouchy, desde donde podrá dirigirse á Lausanne, ó los lindos pueblecitos de Vevey, Montreux y Villeneuve, ó el célebre castillo de Chillón; pero son muy contados los que deteniéndose en uno de los mencionados lugares, Vevey, se internan en las colinas que á espaldas de éste se levantan y llegan hasta el pueblecillo de Saint Leger. Y sin embargo, la pequeña excursión bien vale la pena, ya que en Saint Leger puede verse la curiosidad á que antes nos referimos y que consiste en las pinturas que adornan las paredes, las puertas y las ventanas de la principal de sus calles, convertida de este modo en un museo al aire libre. El espectáculo, como se ve, es realmente interesante y sobre todo pintoresco, tanto más cuanto que no se trata de mamarrachos trazados por manos inexpertas, sino de figuras sueltas, grupos y escenas ejecutadas con suma corrección y casi todas ellas de verdadero carácter artístico, según puede verse en los grabados que adjuntos reproducimos.

Ignórase á quién se deben y á qué época se remontan las más antiguas de esas pinturas, pero se sabe que datan de remota fecha, tanto que sin el patriotismo de un notable artista hijo de Saint-Leger tiempo ha que habrían dado cuenta de ellas el sol, la lluvia y la nieve.

El tal artista, llamado Beguin, parece que fué muy conocido en París, en donde residía y trabajaba; pero motivos de salud le obligaron á abandonar Francia y á regresar á su país natal, y una vez en él, comprendiendo el interés que aquellas pinturas tenían y llevado de su amor al arte y á su pueblo, dedicóse, no solamente á restaurar unas obras que daban gloria á la localidad y que estaban consagradas por la tradición, sino además á aumentar la galería componiendo otras nuevas.

Las antiguas pinturas estaban hechas en su mayor parte sobre las maderas de las puertas y de las ventanas, pero estos materiales ofrecían muchos inconvenientes, siendo el principal de ellos la facilidad con que las maderas podían arrancarse y pasar á poder de extranjeros generosos que, con tal de llevarse alguno de aquellos curiosos recuerdos, no vacilaban en desprenderse de algunas monedas de oro. En vista, pues, de que sus paisanos, más sensibles al dinero que al arte, repetían la fábula de la gallina de los huevos de oro, destruyendo lo que para el pueblo constituía un tesoro artístico y no dejaba de ser también fuente de ingresos, por los turistas á quienes aquella curiosidad impulsaba á visitar Sain-Leger, decidió pintar en lo sucesivo en las paredes de las casas, con lo cual sus obras vivirán mientras se conserven en pie los edificios que las llevan, y la aldea conservará la ornamentación que constituye su mayor y casi único atractivo.—S.



Pinturas en la puerta y en la ventana de una casa



Figuras pintadas en la casa del carretero del pueblo. (De fotografías de Hutin, Trampus y C.ª)

LA PACIFICACIÓN EN RUSIA

Poco á poco va restableciéndose la normalidad en Rusia. En unos sitios por virtud de la enérgica represión del gobierno; en otros por cansancio de los revolucionarios, han cesado los disturbios que ensangrentaron tantas ciudades importantes del imperio, y sólo algún chispazo suelto, como los recientes asesinatos aislados de dos agentes de policía y del capitán Ivanoff en Varsovia, y el asalto y robo de una fábrica en Riga, revelan que el rescoldo de la agitación no se ha extinguido todavía..., ni se extinguirá seguramente en mucho tiempo.

Violenta fué la rebelión que en ciertos momentos puso en grave peligro la existencia del régimen imperante; pero la represión no ha sido menos dura; aparte de los condenados á muerte y ejecutados, cuéntanse por muchos millares los que se hallan encerrados en las cárceles, de donde no pocos saldrán para los presidios de Siberia.

Pacificada Rusia, cuando menos aparentemente, entra aquella nación en una nueva era, la era constitucional, que viene á substituir el tradicional absolutismo y en la que muchos cifran grandes esperanzas.

Instaurado el sistema de reformas por el ukase del emperador de 30 de octubre último y terminados los trabajos de reorganización del Consejo del Im-

perio y de constitución de la Duma, creemos interesante dar algunos detalles acerca de lo que serán estas dos instituciones.

Las sesiones de la Duma y del Consejo del Imperio, que en lo sucesivo estará constituído por miembros nombrados por el emperador y por igual número de miembros elegidos, serán convocados y prorrogados cada año por ukases imperiales, y tendrán los mismos poderes legislativos, la misma iniciativa de los proyectos de ley y el mismo derecho de dirigir preguntas á los ministros.

Los miembros electivos del Consejo del Imperio serán elegidos por nueve años, siendo renovables por terceras partes cada tres años. Cada asamblea de los Zemstvos de cada gobierno elegirá un miembro, el sínodo ortodoxo elegirá seis, los representantes de la Academia de Ciencias y de la Universidad, seis; los representantes de las Bolsas del comercio y de la industria, doce; los representantes de la nobleza, diez y ocho, y los representantes de los propietarios territoriales de Polonia reunidos en Varsovia, seis.



LA PACIFICACIÓN EN RUSIA. – Soldados registrando á varios aldeanos de Lithuania, para ver si llevan armas (De fotografía de «Photo-Nouvelles.»)



LA PACIFICACIÓN EN RUSIA. – Arresto, en Rembat, de la agitadora Ana Krastin y del descarrilador de trenes Pedro Barovsky. Este último ha sido fusilado. (De fotografía de «Photo-Nouvelles.»)

El congreso de los representantes de la Academia de Ciencias, de la nobleza y de las Bolsas del comercio y de la industria para la elección de sus miembros en el Consejo del Imperio se reunirán en San Petersburgo. En las provincias de la Rusia europea que no tienen zemstvo, los congresos de los representantes de los propietarios territoriales se reunirán en la capital de la provincia para elegir cada uno un miembro para el Consejo.

Los individuos del Consejo del Imperio habrán de ser mayores de cuarenta años y tener un certificado de bachiller; los miembros electivos recibirán una gratificación de 25 rublos diarios durante la legislatura. El presidente y el vicepresidente serán nombrados por el emperador.

Las sesiones del Consejo y de la Duma serán públicas y la clausura podrá votarse por simple mayoría. Ni el Consejo ni la Duma podrán recibir diputaciones ni súplicas. Los ministros podrán ser miembros de la Duma, y en este caso tendrán el derecho del voto.

Las leyes votadas por las dos instituciones legislativas serán sometidas á la sanción imperial por el presidente del Consejo.



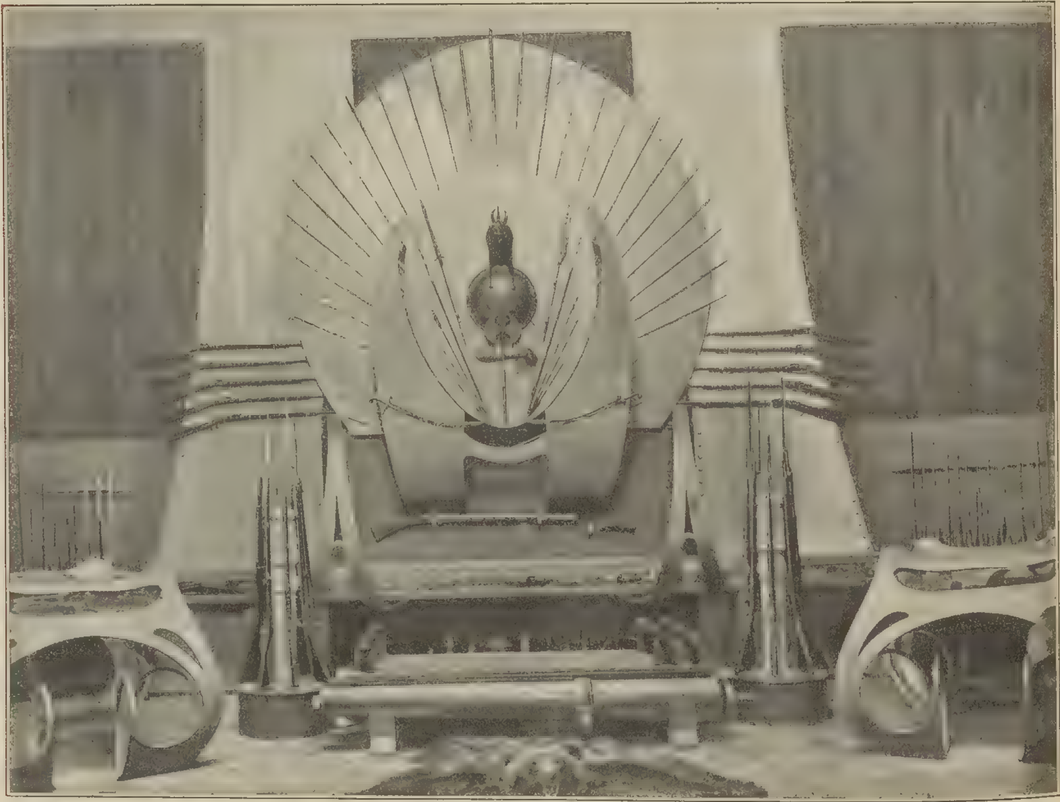
LA PACIFICACIÓN EN RUSIA. – Registros practicados en las granjas de Lithuania, cuyos habitantes son conducidos en trineos al cuartel general. (De fotografía de «Photo-Nouvelles.»)

Los miembros del Consejo y de la Duma gozarán de la inmunidad personal durante la legislatura y no podrán ser arrestados sin previo permiso del presidente del Consejo ó de la Duma respectivamente, salvo caso de flagrante delito y los delitos cometidos en el ejercicio de sus funciones.

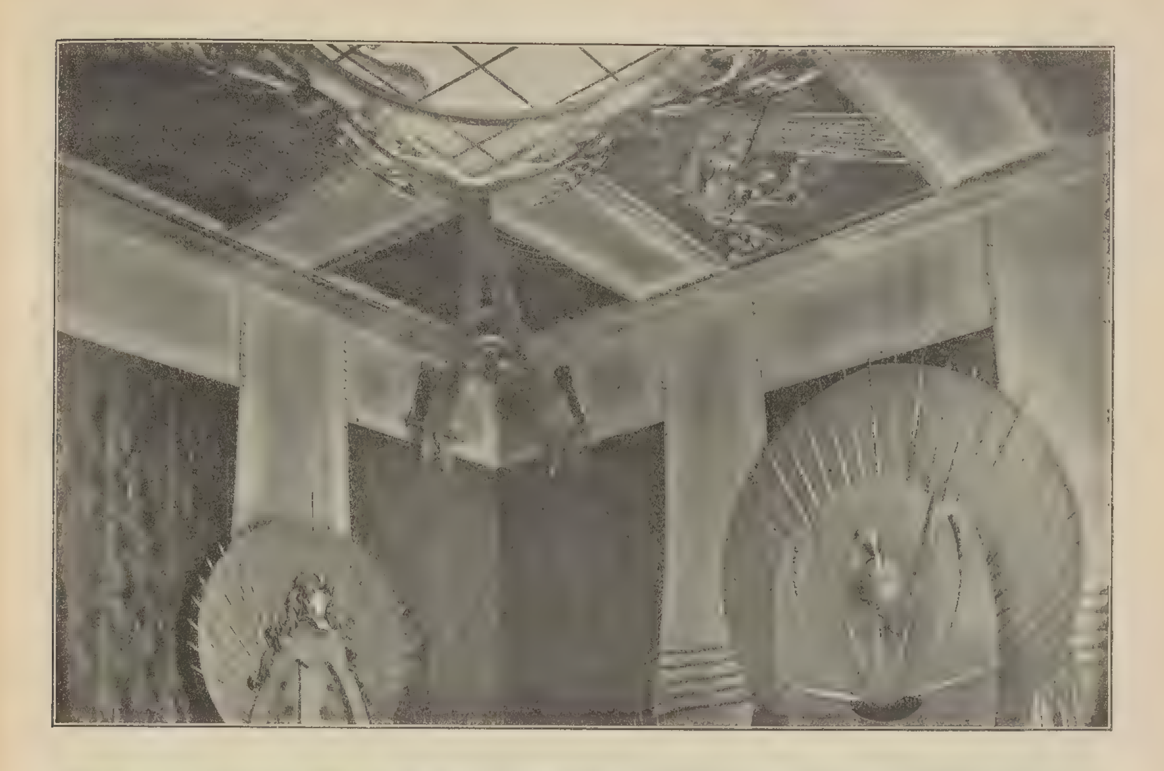
Las dos Cámaras inaugurarán sus sesiones el 27 de abril próximo.

Hemos dicho que son muchos los que cifran grandes esperanzas en ese nuevo régimen; pero muchos son también los que desconfían en absoluto del resultado de esas reformas, creyendo que todos los que compondrán la Duma serán meros instrumentos de Wite y harán cuanto á éste convenga. Y no falta quien afirma que en el fondo sería imprudente proceder de otro modo, pues Rusia no está bajo ningún concepto preparada para el régimen constitucional.—R.





México.—Sala de armas del presidente de la República D. Porfirio Díaz, decorada según el proyecto y bajo la dirección del eminente pintor español Antonio Fabrés, profesor de la Escuela N. de San Carlos de México.





México.—Sala de armas del presidente de la República D Porfirio Díaz, decorada según el proyecto y bajo la dirección del eminente pintor español Antonio Fabrés, profesor de la Escuela N. de San Carlos de México.

TINA DI LORENZO

(Véase la lámina de la página 185)

La eminente actriz italiana que trabaja actualmente en el teatro de Novedades de esta ciudad ha justificado plenamente la fama de que vino precedida. Todas cuantas cualidades puede reunir una artista dramática júntanse por modo admirable en Tina di Lorenzo: arrogante figura, que adopta sin el menor esfuerzo las más esculturales actitudes; hermoso rostro, en donde brillan unos ojos de expresión infinita y que refleja con ductilidad portentosa los más opuestos estados anímicos; voz argentina, de un timbre intensamente musical, que ora dulce, ora quejumbrosa, ora rugiente, pero siempre clara, siempre tersa y melodiosa, vibra á impulsos de los afectos más encontrados; un dominio absoluto de la escena; una naturalidad que nunca degenera en fría indiferencia; una pasión que jamás traspasa los límites de lo real, ni cae en el efectismo buscador del aplauso; un conocimiento perfecto y un estudio acabado de los personajes que interpreta; tales son las cualidades que Tina di Lorenzo atesora. Gracias á este conjunto de dotes excepcionales, puede acometer con igual maestría todos los géneros y representar los tipos más diversos, desde las ingenuas de Goldoni á las trágicas de Sardou, desde los caracteres convencionales del teatro de Dumas á los temperamentos complejos de la dramaturgia septentrional.

El público barcelonés ha sancionado con sus aplausos el voto unánime de los más inteligentes públicos extranjeros, que han proclamado á Tina di Lorenzo como una de las más grandes actrices contemporáneas.

LA JURA DE LAS BANDERAS EN BARCELONA

Con la misma solemnidad de los años anteriores, efectuóse el domingo, día 11 de los corrientes, en el Salón de San Juan el acto de la jura de las banderas por los reclutas últimamente incorporados á las filas.

A las diez y media de la mañana, los reclutas y las fuerzas veteranas de esta guarnición estaban formadas en el expresado sitio, al mando del gobernador militar de la plaza D. Luis de Castellví; á las once llegó el capitán general de esta región D. Vicente de Martítegui, acompañado de su estado mayor. Inmediatamente el teniente vicario general castrense rezó la misa en el altar de campaña, levantado en el Arco de Triunfo, y terminada aquélla, el comandante de caballería D. Rufino Montaño, que actuaba de mayor, pronunció la fórmula del juramento, á la que contestaron los reclutas con entusiasmo, desfilando luego por delante de las banderas, que besaban uno á uno.



BARCELONA. – Acto solemne de la jura de las banderas por los reclutas últimamente ingresados en las filas, celebrado el día 11 de los corrientes. La misa de campaña en el momento de la elevación. (De fotografía de A. Merletti.)



BARCELONA. – Acto solemne de la jura de las banderas por los reclutas últimamente ingresados en las filas, celebrado el día 11 de los corrientes. – Los reclutas besando las banderas de sus respectivos regimientos, después de prestar el juramento. (De fotografía de A. Merletti.)

Concluído el juramento, desfilaron las tropas en columna de honor.

Al acto, que fué presenciado por numeroso público, asistieron el gobernador civil, el alcalde accidental con una comisión de concejales, el presidente de la diputación con varios diputados provinciales, un canónigo en representación del obispo, y el presidente de la Audiencia, acompañado de varios magistrados y del fiscal.

SALA DE ARMAS

DEL PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA DE MÉXICO

(Véanse los grabados de las págs. 192 y 193)

Nuestro querido amigo y colaborador el eminente artista Antonio Fabrés, que desde hace algunos años reside en México, de cuya Escuela N. de San Carlos es profesor, recibió hace poco del presidente de aquella República, general Porfirio Díaz, el honroso encargo de decorar su sala de armas. De cómo cumplió nuestro ilustre paisano su cometido son testimonio elocuente las vistas que publicamos, pues aunque por ellas no pueden apreciarse en todo su valor la grandiosidad y el arte del conjunto, dan, sin embargo, idea de algunos preciosos pormenores que permiten imaginarse la excepcional belleza de la obra total.

Lo que sirve, por decirlo así, de armazón á toda la sala es la plancha de cobre oxidado en verde que también se ha empleado en los muebles, excepción hecha de los divanes, que se componen de tres cañones, y en el zócalo de dos metros de alto que circunda el salón. Los marcos de los balcones son de acero, en parte pulido y en parte oxidado, y los cristales, de más de tres metros y medio de alto, están grabados al fuego, son de un color azul obscuro y ostentan unas plumas de pavo real.

Las panoplias son de acero; los grandes platos que se ven detrás con hojas de espada, de oro viejo mate, y el fondo de las paredes, de cuero repujado obscuro.

En las vitrinas hay algunas armas preciosas; varias de ellas, adornadas con brillantes, son de gran valor.

El escritorio figura un cofre forrado de piel de Rusia de color granate, y está cubierto de unas visagras doradas; de él sale una especie de monstruo, representación de la guerra, que extiende sus alas de bronce del color verde del bronce antiguo, y cuyas garras se apoyan en sendos cañones de oro bruñido; en el fondo de la boca abierta se ve un montón de balas.

El techo de la sala, siguiendo el orden de las paredes, está encuadrado por las mismas planchas de bronce que de éstas suben, y en los espacios intermedios hay unos bajos relieves de oro mate con trofeos compuestos de lanzas, espadas, rodelas y cascos con penachos de plumas. En el centro del techo, ábrese un amplio tragaluz de vidrios esmaltados como los de los balcones que figuran un ocaso, con el sol y la luna, y alrededor del mismo extiéndese un marco circular, encerrado en otro cuadrado, ambos de acero. En los cuatro ángulos de este segundo marco, cubiertos de cristales de color violeta obscuro, campean estrellas blancas de todos tamaños, y en los cuatro lados otras tantas inmensas libélulas con alas de cristales de muchos colores.

Cuantos han visitado el salón, así mexicanos como extranjeros, lo han calificado de verdadera maravilla, y de que el calificativo no es exagerado podemos convencernos por las fotografías que reproducimos, que nos dan idea, si no, como antes decimos, del conjunto grandioso, por lo menos de la riqueza y del buen gusto de las distintas partes que lo componen.

Reciba el Sr. Fabrés nuestra más entusiasta y cordial enhorabuena por este nuevo triunfo que aumenta la larga serie de los alcanzados en su brillante carrera artística, y entre los cuales se cuentan últimamente el gran premio internacional de honor y la medalla de oro de primera clase, obtenidos en el Salón de Lyón de 1902 y en la reciente Exposición de San Luis de Missurí (Estados Unidos) respectivamente.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 419, POR E. FERBER.

NEGRAS (7 PIEZAS)

	a	b	c	d	e	f	g	h	
8								♛	8
7								♟	7
6						♟		♕	6
5									5
4									4
3						♗	♗		3
2		♟					♙	♜	2
1		♔					♝	♚	1
	a	b	c	d	e	f	g	h	

BLANCAS (5 PIEZAS)

Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 418, POR W. A. SHINKMAN.

Blancas.	Negras.
1. Ab7–h1	1. g3–g2
2. De6–g4	2. Cualquiera.
3. A ó D mate.	

VARIANTES.

1....... Cb6 juega; 2. De6–d5, etc.
1....... Otra jugada; 2. De6–g4, etc.



La comida con que se obsequiaba á Fedovsky en casa de Vanderblick fué puramente familiar

EL FALSARIO

Novela de Julián Hawthorne.—Ilustraciones de Mas y Fondevila

(continuación)

—De todos modos, prosiguió el conde, ahora soy un pobre, pues no tengo dinero ni para pagar mi cuenta de la fonda, y no sé si el dueño se contentará con lo que mis cofres contienen. En su consecuencia, repito que debes buscar otra colocación, y lo único que puedo hacer por ti es dar los mejores informes.

—Pobre juicio se formaría de mí, replicó Tomás tratando de ocultar una marcada expresión de alegría, si yo abandonase á mi señor en semejantes circunstancias. Por lo que hace á la cuenta de la fonda, no se apure usted por eso, porque yo tengo dinero suficiente para pagarla, y también para hacer el viaje á América si se decide á marchar. Aún nos sobrará dinero, y ya se arreglarán las cosas á pesar de la confiscación. ¡No tema usted nada!..

—¿Tanto dinero tienes? ¿De dónde te ha venido?

—Ya se lo diré á usted, señor. Sin duda recordará que la otra noche pedí permiso para salir algunas horas; no dije entonces cuál era mi objeto, pero estaba resuelto á probar fortuna en el tapete verde, recordando cierto sistema que me proponía poner en práctica. Sin embargo, no hubo lugar á esto entonces, porque lo primero que vi fué la ruleta, no los naipes, y la curiosidad me retuvo allí. Yo llevaba ochenta pesetas para jugar; mas recordando de pronto que tenía una moneda de cinco separada, quise probar suerte con ella. Sin pensar más, la puse en el encarnado; la bola comenzó á rodar y detúvose en la casilla de este color. «¡Bien!, me dije yo, lo que es bueno una vez puede serlo otra;» y dejé las diez pesetas donde estaban. Gané segunda vez, no quise retirar tampoco la puesta, y un momento después favorecióme de nuevo la suerte. De este modo llegué á tener ochenta pesetas, y pensando yo que solamente me exponía á perder un duro, no vacilé en dejar toda la suma en el mismo color. Entonces los jugadores comenzaron á fijarse en mí, manifestando el mayor interés; decididamente estaba de suerte, y resolví aprovecharla. El encarnado se repitió una y otra vez con la precisión de un reloj, y muy pronto mi puesta ascendió á trescientas veinte pesetas. «Podría llegar á mil, pensé yo; sigamos adelante.» El encarnado ganó dos veces más, y me vi poseedor de mil doscientas ochenta pesetas. Entonces alguno me dijo: «Mejor será que retire usted ahora la puesta, porque se acaban de dar nueve encarnados y es natural que al fin venga el otro color. —Pues yo persisto en dejar la puesta donde está, repuse.—Perderá usted, dijo el otro. ¿Quiere usted jugar algo conmigo particularmente?.. Yo pongo por el negro.» Pero antes de que yo tuviese tiempo de contestar, detúvose de nuevo la bola en casilla encarnada, y mi puesta aumentó hasta dos mil sesenta pesetas. «Le apuesto á usted cien duros contra cincuenta á que pierde usted ahora, me dice mi hombre.—¡Apostados van!,» contesto; y cada cual pone sobre la mesa su respectiva cantidad... ¡Con qué afán miraban todos, señor! Parecíame en aquel momento que no podía perder, y que hubiera ganado todas las apuestas; y cuando volvió á ganar el encarnado, la multitud prorrumpió en una ruidosa exclamación de asombro, y hasta una mujer se desmayó en su silla... ¿Qué hago yo entonces?.. Pues vuelvo á poner en el encarnado los cien duros que acababa de ganar á mi hombre, juntamente con todo lo demás, lo cual componía una suma de cinco mil seiscientas veinte pesetas, y digo en alta voz: «Señoras y caballeros, esa es mi última puesta; y si la gano, regalaré al señor banquero que suelta la bola doscientas cincuenta pesetas.» Todos prorrumpieron en una carcajada..., un momento después la bola comenzó á rodar, seguida en sus rápidas vueltas por las miradas ansiosas de los jugadores, cuyos ojos parecían desencajarse de las órbitas; poco á poco disminuyó la velocidad de la esfera de marfil, y el hombre que apostaba conmigo grita de pronto: «Es negro!—Espere usted un poco, le contesto, que aún no ha concluído de rodar la bola.» Y apenas acabo de hablar, aquélla salta á la casilla roja y se detiene allí. Entonces recojo todo mi dinero y digo: «Esto es muy bueno, señores, y el que quiera puede venir á ocupar mi sitio.» Después doy al banquero las doscientas cincuenta pesetas prometidas y me guardo en los bolsillos las once mil restantes; hecho lo cual, salgo presuroso de la sala. Con esto dí por terminada la diversión, y lo único que siento es no haber puesto las ochenta pesetas en vez del duro que llevaba separado.

Tomás había referido el incidente con tal animación, que el efecto fué irresistible, y Fedovsky olvidó casi sus apuros mientras escuchaba.

Cuando el fiel criado concluyó, introdujo las manos en sus bolsillos, y sacando varios billetes de Banco, los extendió sobre la mesa.

—Ahí están, dijo; no componen un millón, pero hay bastante dinero, lo suficiente para ir á Nueva York y celebrar la ganancia cuando estemos allí. Todo es de usted, señor, con tal que me permita acompañarle, y me alegro tener esta ocasión de poderle servir de algo.

—Bien, Tomás, dijo el conde después de reflexionar algunos momentos; tomaré el dinero, no como préstamo, sino como donativo de un hombre á otro. No sé si me será dado devolver la suma; pero iremos á América, donde todos los hombres son iguales, y te consideraré como amigo; aquí no hay ya amo y criado. Si allí tengo suerte, participarás de ella, como yo ahora de la tuya, aunque tú puedes prosperar más fácilmente que yo, porque tú sirves para todo y yo para nada.

—No tenga usted cuidado, señor, que juntos los dos podremos arreglarnos. Es tan fácil hacer dinero como gastarle, por más que al principio no suceda así; mas en mi opinión, es más divertido ganar diez duros que gastar ciento. Lo que usted necesita, señor, es ser secretario de alguna corporación ó empleado en un Banco; y si acaso se le antojara dedicarse á la política, no sabemos adónde llegará usted.

—Las personas que se muestran obsequiosas cuando uno es rico, repuso Fedovsky, dando esta vez una prueba de buen criterio, no se conducen de igual manera con el que es pobre; pero lo probaremos todo, y tal vez sea yo afortunado en algo. Quizás el Sr. Williams podría darme algunas cartas de recomendación, y creo que valdría la pena de preguntárselo

—Dispénseme usted, señor, si le hago una advertencia antes de que dé ese paso. Esta tarde, después de salir usted, me asomé á la ventana, y á poco le vi pasar cogido del brazo con un caballero. ¿Era el Sr. Williams de que usted habla?

—Sí.

—¿Y recuerda usted lo que le dije acerca de un individuo de Nueva York, que tenía casa de juego en la calle Cuarta, y que me limpió una vez los bolsillos?

—Bien... ¿y qué?

—También recordará que le dije que había visto aquí un hombre muy parecido á él, aunque se había quitado la barba y vestía muy bien...

—Supongo que no querrás decir...

—Sí, señor, que ese Sr. Williams y mi hombre son una misma persona; apuesto un duro contra una peseta, y no me sorprendería que ande así tras de usted para hacer algún negocio de los que él acostumbra. En tal caso, nadie sentiría tanto como él las noticias que acaba usted de recibir.

Esta indicación era tan extraordinaria para Fedovsky, que durante algunos momentos no supo qué contestar.

—¡Es increíble!, exclamó al fin. Te engañas seguramente, pues el Sr. Williams fué quien me aconsejó desde un principio que no jugara. Además...

—Es natural que trate de alejar á usted del casino, porque así obtendrá para él lo que usted pudiera perder. Esos bribones se enteran muy bien de las condiciones de un hombre antes de hablar con él; después ofrécense á presentarle en la casa de algún amigo ó amiga, y si usted va, encuentra allí á varios de los que componen la cuadrilla de embaucadores, y uno de ellos propone jugar un poco á los naipes; se le deja á usted ganar al principio, auméntanse las puestas, y no será usted poco afortunado si sale de allí con un cuarto en el bolsillo.

Tomás había descrito con tal precisión la marcha de los incidentes, que Fedovsky no pudo menos de vacilar durante un momento, pero muy pronto se repuso.

—¡Eso es imposible!, exclamó con énfasis, y voy á decirte la razón. El Sr. Williams me prometió presentarme á una princesa.

—¡Ah! ¡Bien lo decía yo!.. Es la trama de costumbre, murmuró Tomás moviendo la cabeza.

—Y esa señora, continuó el conde dirigiendo á su criado una severa mirada, resulta ser conocida mía, aunque no había vuelto á verla hace años... Es persona que se merece la mayor consideración y respeto. Supongo que no irás á decirme que forma parte de una sociedad de estafadores... En su casa pasé la tarde, y en ella perdí al golfo, enteramente por mi culpa, todo el dinero que llevaba. Sin duda te ha engañado alguna semejanza casual.

—Bien, señor, repuso Tomás, si usted conoce á la dama y puede responder de ella, nada tengo que decir en contrario; pero eso no probará nunca que el tal Williams no sea la persona á quien me refiero, y tal vez haya sobornado á la señora. De todos modos, lo mejor en este caso será que no le pida usted cartas de recomendación, pues al fin y al cabo no le conoce usted más que de haberle visto en una sala de juego.

El conde no prometió nada, pero siguió el consejo de su criado; y cuanto más reflexionaba sobre lo que había pasado, mayor era su inquietud. A no haber ocurrido el incidente del juego en la misma casa de Vera, poco le hubiera costado creer en cuanto le decía Tomás. Esta circunstancia era su única seguridad; pero ¿debería considerarla como concluyente? Hacía algunos años que no veía á Vera, y no ignoraba que su primer marido era un ladrón. En cuanto á su segundo matrimonio con el príncipe, no tenía conocimiento de él más que por algunas palabras, y recordaba que la joven le había hablado de algún lazo misterioso que la sujetaba á pesar suyo, y el cual temía romper. ¿No habría en el fondo de todo esto algo criminal? ¿No era posible que aquel Williams hubiese adquirido algún imperio



Federico Vanderblick

sobre Vera para obligarla á que le ayudase en sus infames maquinaciones? Y después de todo, ¿cómo explicar aquella extraña conducta, y la circunstancia de que escribiese en el papelito la palabra *Alerta*? ¿No trataba por ventura de preservarle de un peligro, sobre el cual no se atrevía á explicarse claramente?

Estas reflexiones inquietaban mucho al conde, tanto que resolvió visitar á Vera al día siguiente, decirla con franqueza lo que pensaba, y si sus suposiciones tenían algún fundamento, inducirla á que le siguiese á América. Pero su esperanza no debía realizarse: al otro día, cuando fué á casa de Vera, lo encontró todo cerrado, y se le dijo que la princesa Volgourouki había marchado por la mañana, sin que nadie supiera cuándo regresaría. Fedovsky no encontró tampoco en ninguna parte al Sr. Williams ni al italiano y su esposa; y de los informes adquiridos resultó que también se habían marchado, pero ignorábase adónde. Esto era muy sospechoso, pero el conde se abstuvo por entonces de comentar el hecho.

. . . .

IX

EXCENTRICIDAD RUSA

Fedovsky hizo una pausa al llegar á este punto de su historia. «No es necesario, dijo, entrar en detalles sobre el último mes que permanecí en Europa. Pareciéndome inútil dar paso alguno para recobrar mis tierras, me abstuve de toda tentativa; recogí los fondos que me fué posible obtener y marché á Nueva York con mi fiel criado. El mismo día de mi llegada encontré en la calle á Federico Vanderblick, joven americano á quien había conocido en Londres dos años antes. No conocía el cambio ocurrido en mi posición, y felicitóme cordialmente.»

Fedovsky hizo después como sigue el relato de sus aventuras en Nueva York, omitiendo los detalles de escaso interés.

Federico Vanderblick era hijo de un hombre muy rico que había hecho su fortuna en la banca y quería que el joven se dedicase á la misma profesión; pero antes le envió al Colegio de Colombia, y después á Europa, para que se desarrollasen sus facultades intelectuales y llegara á ser un «perfecto caballero.» Federico, sociable y emprendedor, estaba dotado de clara inteligencia, y comprendía muy pronto los detalles de un asunto cualquiera; pero pecaba de imprudente y no tenía bien sentado el juicio. A los veinticinco años era un muchacho por su conversación y sus impulsos, con el escepticismo y desenvoltura de un hombre de mundo que raya en los cincuenta. Hablaba bien, vestía con elegancia, y no vivía mal, considerando que sus asuntos rara vez le permitían recobrar por la mañana el sueño que perdía para cumplir con sus compromisos sociales durante la noche. Sin embargo, su vigorosa constitución le permitía resistir los malos efectos de semejante tratamiento; y así es que los ojos conservaban su brillantez y las mejillas su color. Federico desempeñaba el cargo de escribiente en la casa de banca que su padre dirigía, pero suponíase que cuando conociese bien la rutina se le admitiría como socio, para ser más tarde jeje de la casa.

El joven condujo á Fedovsky á la casa del Sr. Vanderblick, padre, y presentóle con todos los honores debidos á su categoría, como amigo particular suyo en el extranjero, distinguido noble del Imperio ruso, y siete veces millonario. Todos estos títulos fueron enumerados tan rápidamente, que Fedovsky no tuvo oportunidad para modificarlos; mas pudo observar que el último de los tres era el que más efecto producía en el banquero, que se apresuró á convidarle á comer el domingo siguiente. Aceptada la invitación, Federico observó que deseaba dar una vuelta con su amigo por la ciudad, á cuyo efecto pidió permiso para ausentarse algunas horas; fuéle concedido al punto graciosamente, y al despedirse Fedovsky, el venerable banquero se levantó para estrecharle la mano, acompañándole hasta la puerta.

Los dos jóvenes fueron desde allí al *club*, donde Vanderblick inscribió en el registro el nombre de su amigo, proporcionando á éste una tarjeta de transeunte. Después pasaron á la sala de fumar, donde se hallaban algunos de los acostumbrados concurrentes; Vanderblick pidió una botella de champaña y cigarros, y mientras le servían, presentó al conde á los presentes en los mismos términos que en casa de su padre. Aquellos señores acercaron cortésmente sus sillas para formar círculo, y entablóse la conversación con la familiaridad que distingue á los americanos en el club.

Al verse tan obsequiado, Fedovsky no pudo menos de corresponder, y era evidente que producía la más favorable impresión en sus compañeros. Hablaba bien, y supo interesar á sus oyentes, quienes le preguntaron por varios ingleses de distinción, suponiendo que el conde tendría muchos conocimientos en Inglaterra. Se pidió más champaña y generalizóse la conversación, manteniéndose Fedovsky siempre como el punto central. A pesar de su apurada situación, aún conservaba las reminiscencias y sentimientos del hombre millonario; mientras hablaba, olvidó algunas veces todo cuanto le había pasado. Cuando lo recordaba de pronto, nublábase su faz, y se preguntaba con aire pensativo en qué acabaría todo aquello.

Como quiera que fuese, todo iba bien; cada cual mostraba á cual más deseos de obtener la amistad del conde, y al cabo de pocas horas recibió invitaciones suficientes para estar ocupado durante quince días, invitaciones que seguramente traerían otras. En cierto modo disminuirían sus gastos, mas por otra parte era imposible que un caballero se asociara en iguales condiciones con otros sin gastar dinero, como ellos lo hacían. Así, por ejemplo, Fedovsky

creyó de su deber pedir una botella de champaña; nadie necesitaba beberlo entonces, y el conde hubiera preferido guardarse los tres duros, mas no podía entrar en estas consideraciones. Estos deberes incidentales son ineludibles; pueden considerarse como la contribución que impone la etiqueta social; pero pesan gravemente en la bolsa de aquel cuyos medios son limitados. Para evitar semejantes compromisos, el conde no tenía más remedio que dar á conocer su situación financiera; mas aunque á Fedovsky le desagradaba todo fingimiento, no creía razonable hacer ninguna confidencia á los caballeros que acababa de conocer. Desde el punto de vista personal, era lo que ellos creían; y mientras pagase su parte y no pidiera dinero prestado, nada tenía que echarse en cara. Si sus nuevos amigos hubieran podido sospechar su situación pecuniaria, seguramente ninguno le habría invitado á comer y dormir en su casa, ni aun á ser socio del club, y se habrían alejado de él como de un aventurero ó de una persona que trataba de aprovecharse de sus convites. Ya se comprenderá que Fedovsky no deseaba nada de esto; únicamente se proponía mantenerse por el pronto al nivel social en que era más probable encontrar protección, y en esto no había nada deshonroso. Sin embargo, no podía menos de reconocerse culpable de mantener falsas apariencias, y resolvió hacer algo para ponerse en buen lugar cuanto antes.

Eran las cinco de la tarde, y todos habían bebido ya mucho champaña, cuando Vanderblick recordó al conde que debían comer con otros cuatro compañeros en el restaurant Delmonico. En su consecuencia levantáronse y se despidieron. El restaurant estaba cerca, y no tardarían en llegar, mas antes era preciso ir al hotel donde el conde se alojaba para que éste se arreglase un poco.

—Quiero ver las habitaciones de usted, dijo Vanderblick cuando entraban en el hotel; conozco al dueño, y si no le han dado á usted las habitaciones que le corresponden, les enseñaré cómo deben tratarle.

El conde no pudo oponerse, y Vanderblick comenzó por presentar al conde al dueño como lo había hecho en el club, exagerando sus condiciones aristocráticas y pecuniarias; preguntó después dónde estaba su habitación, y al saber que le habían dado una del cuarto piso, insistió para que se trasladara al segundo y se le proporcionasen las mejores habitaciones. Arreglado esto, el joven Vanderblick acabó de dar sus disposiciones recomendando que se tratase á su amigo con todas las consideraciones que se merecía. Después dijo al conde que le esperaría dentro de una hora en el restaurant Delmonico.

—Vamos, señor, dijo Tomás mientras sacaba de los cofres la ropa de su amo, creo que las cosas van bien; por el pronto ya estamos arreglados, y no pasará mucho tiempo sin que vuelva á estar tan bien como antes.

—Al paso que vamos, contestó el conde, pronto daremos fin con todo. Te diré claramente, Tomás, que vamos por mal camino; y más valdrá dar á conocer nuestra verdadera posición antes que otros la descubran. Tu dinero se gasta lastimosamente, por no decir que se tira, sin que con esto se adelante nada; solamente el alquiler de estas habitaciones basta para arruinarnos; y si no digo que me es imposible sostener este lujo, no puedo negarme á ocuparlas. Quisiera que me autorizases para descubrir la verdad de una vez.

—¡No lo haga usted, señor!, exclamó Tomás con cierta ansiedad; no lo haga usted, pues ya verá como todo va bien, ahora que no tiene á su alrededor aquellos bribones de Monte Carlo. Yo le aseguro que puede usted vivir aquí un año sin que nadie trate de ver el color de su dinero.

—No puede ser, Tomás, replicó el conde moviendo la cabeza, y debo advertirte que no quiero contraer deudas de ningún modo, sean cuales fueren las consecuencias. Pagaré mientras haya con qué, y cuando el dinero se haya concluido, todo acabará para mí.

—Muy bien, señor, pero el dinero no se acabará, yo se lo aseguro. Las cosas están ahora tal como yo las deseaba, y ya verá usted como tengo razón.

Tal era la conversación que se entablaba á menudo entre amo y criado y que siempre terminaba lo mismo, es decir sin que Fedovsky adoptase ninguna nueva determinación.

A las seis y media el conde llegaba al restaurant Delmonico, donde encontró á Vanderblick con otros cuatro compañeros, algunos de los cuales había conocido ya antes en Europa. Sirvióse la comida muy pronto, y al tomarse el café entablóse animada conversación.



Serafina Vanderblick

—Supongo que, así como los demás personajes distinguidos que nos visitan, dijo uno de los comensales, á quien llamaban el juez Farren, el señor conde visitará el Oeste, el Norte, el Sud y el Oeste, para verlo todo y escribir algún libro...

—Nada de eso, contestó Fedovsky; trato de establecerme en Nueva York y tomar carta de naturalización.

—¡Oh! Pronto renunciará usted á esa idea cuando nos conozca algo más á fondo, dijo el Sr. Brooks, dueño de un magnífico yate, y que se había educado en Oxford. La democracia parece bien como novedad, pero al fin se hace enojosa.

—Y además, añadió el doctor Beade, hombre de unos treinta años, que había hecho su fortuna en el tratamiento de las enfermedades por electricidad, se supone que el americano se ha de ocupar en alguna cosa, aunque de esto exceptúo á Brooks; y supónese que el ciudadano adoptado se dedicará á cualquier trabajo. ¿Qué se propone usted hacer, señor conde?

—Quisiera conocer un medio para ganar mi subsistencia de una manera honrosa, repuso Fedovsky.

Al oir estas palabras prodújose un acceso de hilaridad.

—Ustedes, los nababs rusos, necesitan toda la tierra, observó el coronel Oakley, que con su cabello cortado al rape, su espeso bigote y sus robustas formas parecía la personificación del bienestar. Ustedes no pueden ganarse la vida en este país, porque no habría bastante dinero para pagarles.

—¡Oh!, repuso Fedovsky tranquilamente; yo hablo con formalidad.

—Y habla usted bien, dijo Vanderblick como para apoyar á su amigo. Esa es exactamente la idea del americano. Porque un hombre tenga algunos millones más ó menos, bien guardados por si llega un mal tiempo, no es motivo para que no aprenda á ganar algunos miles con su propio trabajo. Eso es lo que mi director nos dice siempre, y creo que tiene razón. Yo quisiera que muchos pensasen como usted, y que hubiera algunos en mi oficina.

—Estoy dispuesto á desempeñar en ella un cargo cualquiera, y lo haré por poco sueldo, dijo Fedovsky. En cuanto á los millones de que hablan ustedes, debo confesar que van equivocados. Tengo muy poco, y mi deseo de hacer dinero es práctico, no teórico.

Esto era hablar claro, mas no en el sentido que podía dar exacta idea de la situación del conde; de modo que nadie le creyó. Algunos de los que estaban allí le habían conocido muy rico algunos meses antes, y no podían imaginar que hubiera perdido sus bienes en tan corto tiempo. Si Fedovsky hubiese entrado en explicaciones sobre aquel punto, el efecto hubiera sido muy diferente; pero de todos modos, acababa de aliviar en cierto modo su conciencia, y esto podía prepararle el camino para lo que deseaba, sin hacer ninguna otra revelación.

—Nada importan los bienes, amigo mío, dijo Vanderblick, y menos que sea usted rico ó pobre, mientras no deje de ser tal como yo le conocí. Por mi parte, si usted pudiera probarnos que no tiene dinero suficiente para pagar su cuenta en el hotel, yo me encargaría de satisfacerla, ofreciéndole después las habitaciones que hay en casa para los huéspedes; pero sin duda se propone usted tan sólo conocer por experiencia los negocios bursátiles. Sin embargo, si después de madura reflexión insiste en su idea, bueno será hablar de ello á mi director mañana, durante la comida.

—He bebido más champaña del que me conviene, repuso Fedovsky, mas aún conservo bastante juicio para asegurar á usted que hablo con formalidad. Quiero comenzar el trabajo desde su principio, como lo haría otro cualquiera, y ser tratado lo mismo que el último escribiente de la oficina; pero tal vez el padre de usted tendrá otras miras...

—¡Qué excéntricos son esos rusos!, dijo el coronel Oakley al juez Farren en voz baja. ¿Cuál será su objeto en opinión de usted?

—¡Oh! Algún capricho, contestó el juez. Siempre fué un poco raro; pero yo le conocí en Londres, y allí supe que tenía veinte millones.

—Pues si es así, bien puede permitirse caprichos con semejante capital, repuso el coronel. ¡Yo también sería escribiente en una oficina bajo las mismas condiciones!

X

SERAFINA VANDERBLICK

La comida con que se obsequiaba á Fedovsky en casa de Vanderblick al día siguiente fué puramente familiar, advirtiéndose al conde que debía considerarse como hijo de la casa. La reunión se componía del Sr. Vanderblick y su esposa, Federico y su hermana, que se llamaba Serafina. Esta joven contaba veinte años, y era un buen tipo de su sexo en Nueva York. De aspecto delicado, distinguíase sin embargo por su viveza; había recibido muy buena educación, y reconocíase muy pronto que estaba acostumbrada al trato de la más escogida sociedad. Tenía el cabello castaño, cutis muy blanco, ojos grandes, de expresión algo imperiosa, y formas esbeltas, constituyendo el todo un hermoso conjunto. En sus ademanes y movimientos revelábase una dignidad que seguramente hubiera distinguido á esta joven entre otras; no solía hablar más de lo necesario, pero cuando decía algo, sus palabras indicaban una inteligencia clara y un pensamiento profundo.

(Se continuará.)

LOS REYES DE PORTUGAL EN MADRID

SS. MM. el rey D. Carlos y la reina doña Amelia de Portugal han visitado la corte de España, y el pueblo madrileño les ha dispensado una acogida en extremo cariñosa, la que más podía satisfacer á los soberanos de una nación unida á la nuestra por tantos y tan estrechos lazos de fraternidad y de comunidad de historia.

Llegaron los regios visitantes á Madrid á las cuatro de la tarde del día 12, siendo recibidos en la estación, á los acordes del himno portugués, por la familia real española, el gobierno en pleno, las autoridades, el cuerpo diplomático y numerosas representaciones del mundo oficial. Hechas las presentaciones de rigor, revistadas las tropas que formaban en el andén y dirigidas á los soberanos portugueses las correspondientes salutaciones por el alcalde y el gobernador civil, púsose en marcha la comitiva, en la que, después de los correos de la Real Casa, de los batidores, de la escolta real y de los coches con la alta servidumbre, iban en un coche á la gran d'Aumont los reyes de Portugal y España y en otro las reinas D.ª Amelia y D.ª María Cristina y las infantas D.ª Isabel y D.ª María Teresa.

La carrera, cubierta por las tropas, estaba llena de una multitud que saludaba con afecto á las reales personas. Al pasar éstas por delante del palacio del Congreso, en cuya escalinata había gran número de diputados con el presidente de la Cámara, fueron objeto de una ovación entusiasta á la que se asoció el numeroso público estacionado en la plaza de las Cortes. Las manifestaciones de simpatía se reprodujeron en todo el trayecto, cuyas casas estaban adornadas con colgaduras y desde cuyos balcones elegantes damas saludaban á SS. MM.



LLEGADA DE LOS REYES DE PORTUGAL Á MADRID. – S. M. LA REINA D.ª AMELIA DE PORTUGAL PASANDO POR DELANTE DEL CONGRESO DE LOS DIPUTADOS. (De fotografía de Toneser.)

A las cuatro y media llegaba la comitiva á palacio, en donde poco después se celebró la recepción diplomática. Por la noche efectuóse el banquete de gala, que fué una fiesta espléndida, como todas las que se celebran en el regio alcázar. Al final, cambiáronse afectuosos brindis entre D. Carlos y don Alfonso XIII.

A la mañana siguiente, la reina D.ª Amelia visitó la Armería Real, los museos de Pintura y de Artillería, mientras el rey D. Carlos dejaba tarjetas en la Nunciatura y en las embajadas, y á las doce y media ambos soberanos se dirigieron á la legación de Portugal para asistir al almuerzo dispuesto en honor de SS. MM. Terminado éste fueron al Tiro de Pichón de la Casa de Campo, en donde varios tiradores, entre ellos D. Alfonso y D. Carlos, se disputaron el premio concedido por la sociedad del Tiro de Pichón, consistente en una hermosa copa de plata, que fué ganada por el monarca portugués. Por la noche hubo función de gala en el teatro Real, cuya sala, adornada con profusión de luces y flores, presentaba un aspecto brillantísimo. Representáronse las zarzuelas *La verbena de la Paloma* y *Gigantes y cabezudos*. Los reyes portugueses y españoles fueron objeto de grandes ovaciones á su entrada y salida del regio coliseo.

El día 13, por la mañana, asistieron SS. MM. á la jura de las banderas. El acto, que fué solemnísimo, comenzó por una misa de campaña, terminada la cual D. Carlos y D. Alfonso con su escolta revistaron á los reclutas, y colocándose luego junto á la tribuna, presenciaron el acto de besar éstos las banderas de sus regimientos. Después desfilaron por delante de los soberanos todas las tropas que habían tomado parte en la ceremonia. Por la tarde concurrieron á la corrida de toros, y por la noche dióse en su honor un concierto vocal é instrumental, cuyo programa ejecutaron los señores Casals, Arbós, Enervas y Guiste.

El día 14 el Ayuntamiento de Madrid obsequió al rey de Portugal con un banquete, al que concurrieron además D. Alfonso XIII, los infantes D. Carlos y D. Fernando, los séquitos de ambos monarcas y otros invitados. El decorado de la Casa de la Villa era el mismo que en el banquete dado hace poco tiempo en honor de M. Loubet. Terminado el banquete, en el cual pronunciaron sentidos brindis el alcalde de Madrid y el rey D. Carlos, éste, acompañado de la reina D.ª Amelia y de la familia real española, fué al hotel de la infanta D.ª Isabel, en donde se celebró una agradable *matinée* teatral, cuyo programa desempeñaron los artistas del teatro Español. A las cinco y media regresó la comitiva á palacio y poco después encaminóse á la estación, tomando los soberanos portugueses el tren que los condujo nuevamente á su país. – X.



LLEGADA DE LOS REYES DE PORTUGAL Á MADRID. – SS. MM. LOS REYES D. CARLOS Y D. ALFONSO XIII PASANDO POR LA PLAZA DE CÁNOVAS. (De fotografía de Toneser.)



LLEGADA DE LOS REYES DE PORTUGAL Á MADRID. – LOS DIPUTADOS EN LA PUERTA PRINCIPAL DEL CONGRESO SALUDANDO Á SS. MM. (De fotografía de Toneser.)

LIBROS

ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

POR AUTORES Ó EDITORES

NUVOLS EN CREU, drama catalán en un acto de *R. Surñach Senties*, estrenado con gran éxito en el teatro Apolo, de Barcelona, en 16 de noviembre de 1905. Impreso en la imprenta de Fidel Giró. Precio, una peseta.

CANTARES, por *Ramón de Campoamor*. – Un tomo de 58 páginas con el retrato y algunas noticias biográficas del autor. Impreso en Madrid en la imprenta artística de José Blass y C.ª Precio, una peseta.

HIGIENE DE LA BELLEZA, por el *Doctor Monin*, traducida de la 11.ª edición francesa, por *D. Carlos Soler Aulet*. – Un tomo de 396 páginas, editado en Madrid por P. Orrier. Precio, cinco pesetas.

ANALES DE GUAYANA, por *B. Tavera Acosta*. Volumen I. – Un tomo de 364 páginas, impreso en Ciudad Bolívar (Venezuela) en la tipografía «La Empresa.»

ALMA SOCIAL. NOTAS AMENAS, por *Sebastián Gomila*. – Un tomo de 224 páginas que contiene varios interesantes artículos, editado en Barcelona por F. Granada y C.ª Precio, cuatro reales.

DELIRIUM TREMENS, monólogo de *Meterlink*, traducido por *D. Juan del Río* – Un folleto de seis páginas, impreso en Palma en la tipografía de Bartolomé Rotger.

VIDA DE CERVANTES Y JUICIO DEL QUIJOTE, por *José A. Rodríguez García*. – Un tomo de 136 páginas, impreso en la Habana en la imprenta Teniente Rey.

EL ARTE DEL COLORIDO, por *N. Dufour*. – Guía manual del colorido, arte de iluminar toda clase de dibujos, fotografías, etcétera, con un tratado especial de iluminación de tarjetas postales. Un tomo de 64 páginas, editado en Barcelona por don Salvador Manero. Precio, una peseta.

PROSA REVUELTA, por *Eugenio de La Riva*. – Colección de artículos literarios que forma un tomo de 144 páginas, impreso en Buenos Aires en la imprenta «Argos.»



El centenario MR. JAMES MAC NELLY. (De fotografía de Hutin, Trampus y C.ª)

Nació este centenario en King's County (Irlanda) en 15 de febrero de 1797, el día antes de la famosa batalla de San Vicente y cuatro años antes de la unión de Inglaterra con Irlanda. Cuenta, pues, 109 años cumplidos, ha vivido bajo el reinado de cinco soberanos ingleses y ha visto cambiarse 35 ministerios y 22 primeros ministros. Se acuerda perfectamente de los acontecimientos de su juventud y en especial de las batallas de Trafalgar y de Waterloo. Actualmente vive en un asilo de las Hermanitas de los pobres y goza de excelente salud y de todas sus facultades.

TARASS BOULBA, por *Nicolás Gogol*, traducción de *Roque del Río*. – Novela rusa que forma parte de la Biblioteca de Autores Célebres que publica en Barcelona don Olegario Salvatella. Un tomo de 156 páginas. Precio, 60 céntimos.

DICCIONARIO SALVAT. – Se han publicado los cuadernos 29 al 38 que llega hasta la palabra Beyeren. Contienen varios grabados intercalados y algunas láminas sueltas en colores. Editado en Barcelona por M. Salvat y C.ª Precio de cada cuaderno, 50 céntimos.

EL LICENCIADO DE ESCOBAR, novela por *Juan Blas y Ubide*. – Un tomo de 228 páginas con ilustraciones de Angel Díaz, impreso en Zaragoza en la tipografía de Mariano Escar. Precio, 2'50 pesetas.

GUÍA JUDICIAL DE CATALUÑA PARA 1906. – Un tomo de 382 páginas que contiene las listas de procuradores, abogados, escribanos, notarios, personal de las Audiencias territorial y provincial, de los juzgados y de las jurisdicciones especiales y varios apéndices. Impreso en Barcelona en la imprenta de la viuda de José Cunill Sala.

ANUARIO ESTADÍSTICO DE LA CIUDAD DE BUENOS AIRES. – Un tomo de 316 páginas, con interesantes datos estadísticos, publicado por la Dirección general de Estadística Municipal de la capital argentina, á cuyo frente está D. Alberto B. Martínez. Impreso en Buenos Aires por la Compañía Sudamericana de Billetes de Banco

BIBLIOGRAFÍA DE RAFAEL M. MARCHÁN, por *Domingo Figarola Caneda*, Director de la Biblioteca Nacional, delegado oficial de Cuba en los Congresos Internacionales de Bibliografía y de Bibliotecarios de París de 1900, etc., etc. – Folleto de 48 páginas; segunda edición corregida y aumentada. Impreso en la Habana en la imprenta La Universal.

CONTRIBUCIÓN Á LA CASUÍSTICA DEL DIAGNÓSTICO DE LOS CÁLCULOS RENALES POR MEDIO DE LOS RAYOS ROENTGEN. Comunicación al Congreso Roentgen de Berlín (abril-mayo, 1905) por los doctores *César Comas* y *Agustín Prió*. Folleto de 20 páginas, con varias interesantes radiografías. Impreso en Barcelona en la imprenta de Henrich y Compañía.





IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustracion Artística

Año XXV — Barcelona 26 de marzo de 1906 — Núm. 1.265



LA CATÁSTROFE DE COURRIERES.—Las familias de los mineros reconociendo los cadáveres extraídos del fondo de los pozos

(Dibujo de F. Matania, inspirado en fotografías)

ADVERTENCIA

Con el próximo número repartiremos á los señores subscriptores á la BIBLIOTECA UNIVERSAL el primer tomo de la serie de 1906, que será la obra de Gustavo Droz TRISTEZAS Y SONRISAS, traducida de la 80.ª edición francesa.

TRISTEZAS Y SONRISAS tiene algo de novela y de autobiografía, contiene hermosos pensamientos y hay en ella sus puntas de sátira política; la acción del libro es interesante, y en él se revela una observación honda y un conocimiento perfecto del corazón humano y de la trascendencia y significación de los hechos, pudiendo muchos de sus capítulos servir de guía seguro para avanzar sin tropiezos, ó venciendo fácilmente los obstáculos, por la senda de la vida. Es, en suma, una de las obras en que más resplandecen la delicadeza de sentimientos, la profundidad de las ideas, la amenidad de los asuntos y la elegancia de estilo que caracterizaron á Gustavo Droz, uno de los escritores franceses más eminentes del pasado siglo.

De la traducción que publicamos y de los grabados que la ilustran no hemos de hacer otro elogio que citar los nombres de sus respectivos autores, el reputado literato D. Arturo Masriera y el notable pintor Carlos Vázquez

SUMARIO

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Estas visitas de reyes tienen mucho de escenografía. Nada les pueden enseñar respecto al país por donde cruzan, y nada nos enseñan á nosotros respecto al modo de ser de los egregios huéspedes que casi en medio de un torbellino, ó atravesando los aires como las Walkyrias de la leyenda germánica y escandinava, se nos aparecen un segundo para que la nube los envuelva inmediatamente.

* * *

El rey de Portugal es un artista: sus cuadros, que he visto en la última Exposición Universal celebrada en París y que ocupaban un lugar muy honroso, me han dicho más acerca de él que su paso por las calles de Madrid, embutido en el uniforme, que le asfixia. Los reyes no debieran engordar nunca; he aquí una reflexión que me sale al paso: los reyes necesitan—como todas las personas que tienen el deber de presentarse en público—ejercitar una gimnasia y seguir un régimen de *entraînement* (ya hay quien dice *entrenamiento).* La obesidad, que es una enfermedad verdadera, de las más graves, para los simples mortales, es para los monarcas algo más—un elemento que se resta á su prestigio y al efecto que su presencia debe causar en las multitudes.

Y todavía exigen más estas tiranas: exigen que las reinas se presenten adornadas con los dones y atractivos de la belleza. Yo confieso que sin género de duda me agradan el cuerpo y la cara de la reina Amelia de Portugal; pero aunque esta bella soberana fuese pequeñita, negruzca y sin chiste, me atraería por su fama de caritativa y buena; y puesto á elegir entre las excelencias plásticas ó las morales, un pueblo debiera siempre inclinarse á las segundas. Hay mucho de atávico en ese entusiasta homenaje á la superioridad corporal, que recuerda el caso de Maximiliano Hercúleo, el cual debió el Imperio á su aventajada estatura. Por la puerta de los sentidos (dicho sea con exclusión de todo móvil impuro, pues en esto existe un caso de verdadero desinterés estético) entra triunfante el sentimiento monárquico, la simpatía clamorosa del pueblo reunido.

* * *

Acaso, mirándolo por otro aspecto, lleve razón en su instinto la muchedumbre. ¿No asegura la ciencia que el objeto de la educación, de todos los esfuerzos, métodos y adelantos no es sino el mejoramiento físico, camino del mejoramiento intelectual? ¿No se persigue tal fin por la medicina, la higiene, la alimentación, el ejercicio, el deporte, el estudio constante de la antropocultura? Pues los que aclaman á la reina de Portugal por su espléndido cuerpo, están del todo dentro de la corriente de actualidad, y saludan en ese brillante ejemplar de raza al tipo humano que todos desearíamos realizar, al que la ciencia aspira á hacer más general de lo que es por ahora, y al que en las sociedades nuevas, intensamente civilizadas, va abundando más que en los pueblos viejos, decadentes y consumidos.

* * *

La reina de Portugal está en su otoño, un otoño dorado y sazonado, sin señales de decadencia por ahora. En su negro pelo no hay canas, y su tez, que no ofenden afeites ni pinturas, conserva su elasticidad y lozanía. La expresión de bondad y afabilidad de su cara es la misma, ó por mejor decir, se ha aumentado con esa dulce plenitud de calma y de majestad de las matronas. He visto tres veces, con esta, á la reina de Portugal. La primera, entraba en Madrid, vestida de rojo y gualda, audacia de *toilette* que sólo puede permitirse una hermosura morena casi perfecta, como era entonces Amelia de Orleáns; la segunda, era en su palacio de Lisboa, en una recepción á los individuos del Congreso de la Prensa—del cual yo no formaba parte, pero al cual debí varias invitaciones,—y por otro atrevimiento mayor si cabe que el de Madrid, la reina vestía de rosa fuerte, estaba escotada y con los brazos al aire, y colocada cerca de un amplio ventanal de vidrieras, recibía en pleno la luz de mediodía sobre sus carnes morenas como el trigo. Sólo una mujer tan bien modelada y de tan noble estructura resiste una prueba semejante.

Y ahora, la hemos visto todos llegar de un viaje fatigoso, y no revelar el cansancio ni la ofensa de las molestias sufridas en el camino. Es el privilegio de las organizaciones fuertes, ricas de sangre y de músculos, que tienen reservas que gastar antes de rendirse.

* * *

Un suceso de orden bien diferente que el del viaje regio, es el fallecimiento del eminente costumbrista D. José María de Pereda.

Desde hace bastantes años había muerto para las letras, porque no escribía. No bajó al sepulcro como Valera, que hasta rendirse á la última enfermedad no dejó la pluma de la mano. Pereda, por el contrario, tuvo esa etapa de retraimiento y triste descanso que precede á la muerte y en cierto modo la anticipa. Sin que el puesto de Pereda en la historia literaria del último tercio del siglo XIX fuese menos alto y señalado, cabe decir que el público del XX empezaba á considerarle como un clásico, y por consiguiente á olvidarle—¡aquí donde los clásicos padecen tan profundo, tan letal olvido!

Yo estimé muy verdaderamente el mérito de Pereda, y lo demostré en varios artículos y trabajos de crítica, que fueron bastante leídos é influyeron algo en la formación del concepto de la personalidad literaria del maestro santanderino. Especialmente mi estudio sobre la novela *Pedro Sánchez*, contribuyó (en el límite que toda persona de juicio puede apreciar) al éxito de aquella obra muy ensalzada. En cuanto escribí de Pereda le demostré siempre profunda consideración y admiración: diérame Dios á mí, para los días de fiesta, críticos así, comprensivos, llenos de simpatía, de estimación intensísima por el esfuerzo de un autor. Es imposible hablar de nadie con mayor cortesía ni con mayor justicia, y los que hayan leído mis *Polémicas* y *Estudios literarios*, así lo reconocerán. Con verdad digo que al releer yo misma todos mis juicios de aquella época sobre escritores contemporáneos míos, si algo encuentro es un extremo de consideración y de elogio que revelan ese culto apasionado de los maestros propio de la juventud, hermoso privilegio de los años entusiastas, y que la edad madura, más analítica y más predispuesta á la comparación, rebaja un poco, inevitablemente. Pues bien: este modo mío de sentir y de expresarme no fué suficiente para que el ilustre santanderino, ante algunas ligeras observaciones, no se enojase conmigo y me demostrase su enojo en un artículo muy destemplado y descortés, al cual hube de responder cumplidamente, sin prescindir ni de mi urbanidad ni de mi opinión siempre favorable á sus escritos. Quedó desde entonces cortada nuestra amistad, suspendida nuestra correspondencia, bastante activa (y esto lo sentí de veras, pues los autógrafos de Pereda merecen archivarse), y limitada mi relación con el maestro montañés á la lectura de lo que publicaba, no de lo mejor, ni mucho ya, por desgracia, desde aquella época. Y quedó también confirmada una vez más la verdad de que no hay medio de conservar buenas relaciones con los escritores si se habla en público de sus escritos, así empleemos las más delicadas formas de la alabanza, y expresemos, con la mayor efusión, el interés y el agrado que nos merecen.

* * *

Es esta una de las mayores adversidades de la profesión, una de sus muecas más irónicas. En los comienzos de la vida literaria existe cierta fraternidad, las manos se tienden, las relaciones son francas, cordiales. Pero á medida que pasa el tiempo, lo que brota en el campo arado por el esfuerzo y regado por el sudor, es la cizaña de la discordia y los abrojos del odio, quizás del despecho y de la envidia. Dijérase que la personalidad, al desarrollarse y afirmarse, al caracterizarse de un modo imperecedero, provoca negaciones, antagonismos y desgarramientos de esa tela del espíritu que tejen las amistades intelectuales. A tanta costa se gana y adquiere el derecho á no ser completamente borrado del libro de la vida después de morir. Este es uno de los zarpazos con que nos halaga la *Quimera*.

* * *

Con Pereda desaparece el más caracterizado representante del regionalismo literario, dirección que, ó mucho me equivoco, ó en la lírica, en el teatro y en la novela está agotándose y decayendo rápidamente. Pereda, por sus condiciones de artista y de hablista, por su lúcida visión de pintor, por su realismo enérgico y fresco en lo popular y en lo natural, persistirá, lo repito, como un clásico, situado en su verdadero lugar y reconocidas y discernidas las condiciones de que careció y las que poseyó como nadie. Serena y desapasionada vendrá para él, como para todos, la crítica del porvenir, y le colocará al frente de esa legión en que figuran Trueba y Fernán Caballero, Arturo Campión y Oller, con los demás escritores que, enamorados de un pedazo de tierra, dominados por él, han expresado su espíritu y estereotipado sus tipos y costumbres.

El lugar de Pereda siempre será señalado, elevado, y el cariño que en su tierra le profesen y le demuestren, honrará á esa tierra más aún que al autor de *Sotileza*, porque cada país debe amar, encumbrar, laurear á los suyos, reconocerse en ellos, y cuando esta ley de afecto se quebranta, revela una depravación del sentimiento, algo que Dante expresó en frases muy amargas, y que es un estigma para los pueblos y las regiones.

EMILIA PARDO BAZÁN.



En el fondo de un terraplén yacían dos cuerpos ensangrentados

EL TREN N.° 33

Hacía rato que vagaban por las cercanías de la estación en espera de un tren de carga. Su objeto era montar, sin ser vistos, en uno de los vagones, y viajar así tan lejos como fuera posible. El lugar les era indiferente.

Mientras uno de ellos se tendía á descansar en un campo próximo á la vía, el otro, bastante más joven y mejor vestido, aunque no le faltaban rotos mal disimulados y salpicaduras de barro endurecido, dirigióse con paso mesurado hacia la pequeña estación. En la puerta hallábase un empleado fumando un cigarrillo. Saludóle cortésmente y le preguntó:

—¿A qué hora sale el próximo tren?

—Ya no hay más trenes de viajeros, contestó, hasta mañana á las seis.

—¿Y cómo entonces está usted de guardia?

—Espero un tren de carga, el n.° 33, que pasará dentro de diez minutos.

—¡Ah, vamos!.. ¿Conque hasta mañana á las seis? Lo siento.

Y salió andando á paso vivo hacia el lugar donde se hallaba su compañero. Lo encontró durmiendo.

—Fini, llamóle quedamente tocándole con el pie.

En aquel momento sonó el pitazo lejano de una locomotora. Viendo que no despertaba, le sacudió bruscamente.

—Aprisa, Fini; nuestro tren está al llegar.

Levantóse de un salto.

—¿Es tren de carga?, preguntó.

—Sí, acaba de decírmelo el mozo de la estación.

—No hay tiempo que perder.

Cruzaron la vía y se dirigieron hacia unos grandes montones de maderas y hierros viejos que estaban al lado opuesto de la estación y un poco más arriba. Tras ellos se ocultaron.

—Oye, Cubanito, díjole el italiano Fini, que era hombre avezado á aquel económico y arriesgado modo de viajar, mucho ánimo y haz lo que me veas hacer. En el vagón que yo salte, salta tú también sin miedo, procurando asegurar las manos desde el primer momento y luego los pies. No hay cuidado de que nos vean; la hora nos favorece.

Obscurecía. Era la hora solemne en que el crepúsculo se disuelve en sombras, que se agrandan por momentos hasta llenar todo el horizonte, dejando apenas una tenue franja blanquecina en el lejano Occidente.

Un nuevo y largo pitazo sonó, y en el recodo que hacía la vía antes de llegar á la estación apareció la mole gigantesca de la locomotora, avanzando majestuosa é imponente hasta detenerse á poca distancia de los dos vagabundos.

Oyéronse voces confusas, trajines de bultos y arrastre de carretillas; luego sonó un toque breve de campana, pitó el monstruo de hierro, y resoplando arrancó trabajosamente arrastrando el largo convoy.

Fueron desfilando los vagones, adquiriendo á cada momento mayor rapidez.

—¡Ahora!, gritó Fini saltando como un gato sobre una plancha cargada de bloques de piedra.

Luego ayudó al Cubanito, que, aun cuando estaba fuertemente agarrado al vagón, no acertaba á afirmar en él los pies.

El tren, mientras tanto, había alcanzado regular velocidad. Fini indicó á su compañero que le siguiera, y saltando de plancha en plancha, no sin peligro, llegaron hasta los últimos furgones. Subieron por la escalerilla perpendicular del primero y se tendieron boca abajo sobre el techo.

—Conviene mantenernos en esta posición, dijo Fini, porque es la menos peligrosa y porque así evitamos que nos descubran.

El tren corría con una velocidad vertiginosa. Había cerrado la noche y nada podían distinguir del paisaje. Sombras fugaces de postes y árboles pasaban como una exhalación; á veces veían las lucecillas lejanas de solitarias casas de campo; y de tarde en tarde el pitazo ronco y prolongado de la locomotora les anunciaba la proximidad de una pequeña estación, en la que no se detenían, el paso sobre un puente ó el cruce de alguna carretera. De la chimenea escapábanse á menudo rojas chispas, mezcladas con densa columna de humo negro que se desparramaba y envolvía á los dos camaradas; el viento batía constantemente con furia, aumentando su sufrimiento las partículas de carbón que despiadadamente les azotaban el rostro.

Un silbido resonó á lo lejos, al que contestó inmediatamente otro. Un tren de viajeros venía por la vía cercana, pasando veloz con el estruendoso rodar de sus centenares de férreas ruedas.

Otro pitazo hendió los aires al poco rato. Fini gritó algo á su compañero.

—¿Qué dices?, interrogó éste.

—Ten cuidado, repitió á voces; vamos á pasar un túnel. Agacha bien la cabeza.

Repentinamente se hizo más densa la obscuridad, se agrandó de modo extraordinario el ensordecedor ruido del tren; la atmósfera se hizo más densa, dificultando algo la respiración. Como diez minutos, que les parecieron interminables, tardaron en pasar el túnel; al salir de él, respiraron con delicia y miraron alegres el firmamento estrellado.

Un nuevo incidente les sobresaltó. El viento traía hasta ellos, sin que pudieran adivinar de dónde procedían, penetrantes gritos humanos.

—¿Has oído?, dijo el Cubanito.

—Sí; y juraría que los gritos los ha dado alguien delante de nosotros.

Siguieron algunos minutos de silencio, durante los cuales el tren fué adquiriendo mucha mayor velocidad. Luego vieron una sombra que avanzaba, saltando de una plancha á otra. Al mismo tiempo apareció en el techo del vagón en que ellos estaban una figura humana, en la que reconocieron el conductor del tren. Al verlos éste, exclamó sin sorpresa:

—¿Qué hacen ustedes aquí?

—Pues ya usted lo ve, contestó Fini con flema, viajar lo más económicamente posible.

Sin dignarse replicar, miró hacia la plancha que precedía al vagón, y dijo dirigiéndose al hombre que allí estaba:

—¿Qué pasa, Juan?

—Una cosa horrible. El fogonero, en un rapto de repentina locura, acaba de matar al maquinista, arrojando su cuerpo á la vía, y ha lanzado el tren á toda velocidad.

El jefe prorrumpió en una enérgica exclamación y agregó:

—Es necesario á toda costa evitar una gran catástrofe. Estos tres últimos vagones están llenos de dinamita para las minas.

Los dos vagabundos se miraron consternados.

—¿Oyes, Fini?, dijo el Cubanito. El viaje nos va á resultar más caro de lo que nos figurábamos.

—¿Qué hacemos?, preguntó desde abajo el retranquero.

—Inutilizar á ese loco, contestó el conductor, para poder detener el tren en la próxima estación.

—Yo solo no me atrevo...

Fini entonces se dirigió al conductor.

—Si usted lo permite, yo me encargo del loco.

—Pues á la obra, que el tiempo apremia.

Bajaron la escalerilla y fueron todos saltando una plancha tras otra. El tren marchaba á una velocidad extraordinaria, dificultando el avance; pero al fin llegaron hasta la locomotora. Fini entró resueltamente y vió al fogonero que, de espaldas y muy inclinado, echaba con furia grandes paletadas de carbón en la caldera. Considerando la ocasión oportuna, se abalanzó sobre él, intentando sujetarlo con sus brazos. El loco se enderezó con presteza y siguió una lucha tremenda y breve entre los dos hombres, que fuertemente abrazados fueron rebotando por el pequeño recinto hasta llegar al borde de la entrada izquierda; allí vacilaron un momento y cayeron á la vía, al tiempo que por el lado opuesto asomaban el retranquero y el Cubanito, lanzando un grito de horror al verlos desaparecer.

El tren de carga n.° 33 se detuvo en la pequeña estación de Greentown, con extrañeza del jefe de ella, que esperaba pasaría de largo. Al ver al conductor que descendía de la máquina con semblante demudado, le preguntó:

—¿Qué pasa? ¿Algún accidente?

—Y grave. Venimos sin maquinista y sin fogonero.

Y le contó brevemente lo que había pasado.

Mientras tanto el Cubanito había abandonado la estación y seguía vía arriba, ansioso de hallar, vivo ó muerto, á su desgraciado compañero. A la luz de la naciente aurora, miraba ansioso para ver si distinguía un bulto tendido cerca de la vía. No tardó en hallarlo á los pocos kilómetros. En el fondo de un terraplén yacían dos cuerpos ensangrentados. El fogonero estaba boca abajo, como en actitud de arrastrarse; Fini, con la cabeza destrozada y la boca muy abierta, miraba persistentemente hacia arriba con sus ojos sin luz.

—¡Pobre Fini!, exclamó emocionado el Cubanito. Caro te costó el viaje: lo pagaste con la vida.

ADRIÁN DEL VALLE.

(Dibujo de Triadó.)



LA CATÁSTROFE DE COURRIERES. – Entrada del pozo número 3, en el que se inició el incendio que produjo la explosión

LA CATÁSTROFE DE COURRIERES

La catástrofe ocurrida en las primeras horas de la mañana del día 10 de los corrientes en las minas de Courrieres, situadas en la cuenca minera de Lens, es una de las más espantosas que los anales de nuestros tiempos registran. Con sólo decir la cifra de los muertos por ella ocasionados, demuéstrase que no es exagerada esta afirmación; cerca de 1.100 personas han perecido en el fondo de aquellos pozos, quemadas unas, asfixiadas otras, otras aplastadas por los derrumbamientos.

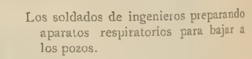
Ignóranse todavía las causas del horrible siniestro, así como las circunstancias en que se produjo. Los técnicos, hasta ahora, no pueden emitir más que conjeturas, y los pocos obreros que lograron en los primeros momentos salir con vida del horrible antro, en donde tantos centenares de compañeros suyos hallaban la más horrible de las muertes, no sólo no arrojan luz alguna sobre el misterio en que el suceso está envuelto, sino que ni siquiera aciertan á explicarse cómo se salvaron ni por qué caminos consiguieron reaparecer en la superficie de la tierra. Los sobrevivientes no habían más que de muchos cadáveres, de muchas ruinas que atrás se dejaron en su loca huída por aquellas tenebrosas profundidades, pero no aportan dato alguno que permita fundar con visos de certeza una hipótesis sobre las causas de la catástrofe.

Sábese únicamente que durante la semana anterior se había declarado en una de las galerías del pozo número 3 un incendio, para extinguir el cual habíase construído un muro que aislándolo del aire exterior lo incomunicara. ¿Fueron deficientes las obras que con ese objeto se practicaron? ¿Hubo una acumulación de gases de hulla que por alguna hendedura se propagaron á las otras galerías, determinando al fin la explosión? ¿Trátase de una explosión de grisú? Ya hemos dicho que nada se sabe hasta la hora presente.

Pero si se ignoran las causas, los efectos pudieron conocerse desde los primeros instantes. Un sentimiento de estupor se apoderó de aquella región y no tardó en extenderse por toda Francia. La población en masa de la cuenca minera acudió á las inmediaciones de los pozos números 2, 3 y 4, que eran los que más daño habían sufrido, para adquirir noticias, ayudar al salvamento, prestar auxilio á los vivos y conducir á los muertos que poco á poco iban extrayendo los que habían descendido al fondo de aquellos abismos. Hubo escenas desgarradoras de las familias de los pobres mineros sepultados en los pozos; hubo también muchos actos verdaderamente heroicos, mas no tardó en verse que todo heroísmo era inútil.

Primeramente intentóse salvar á los que tal vez vivían aún; pronto, empero, hubo de renunciarse á este intento, pues era imposible descender, sin peligro cierto de aumentar el número de las víctimas, hasta los lugares en donde aquéllos pudieran hallarse. Después, todos los trabajos se encaminaron á la extracción de cadáveres; mas tambien fué preciso desistir de ello en vista de que la presencia de gases deletéreos y las emanaciones pestilentes de los cuerpos humanos en descomposición hacían inútil todo esfuerzo y ponían en grave riesgo la vida de los que realizaban esa labor, algunos de los cuales sintieron los primeros síntomas de intoxicaciones.

A esos trabajos ha contribuído muy mucho la brigada de salvamento alemana, compuesta de diez y nueve hombres procedentes de las minas de Westfalia, que desde los primeros momentos acudió, al mando del capitán Hugo Koch, enviada por la sociedad minera Hibernia. Esta brigada forma parte de uno de los cuerpos especiales creados en las citadas minas y dotados de aparatos especiales perfeccionadísimos.



Los soldados de ingenieros preparando aparatos respiratorios para bajar á los pozos.

Desde los primeros momentos acudieron á Courrieres los ministros del Interior y de Obras Públicas, acompañados de numeroso personal técnico; el Parlamento votó un primer socorro de medio millón y se abrieron en los periódicos, en los Bancos, en las sociedades de crédito, etc., subscripciones que en pocos días ascendieron á centenares de miles de francos; sólo la casa Rothschild hermanos ha dado 100.000.

El mundo entero se ha asociado al duelo de Francia con motivo de esa catástrofe; los jefes de Estado, los parlamentos, la prensa, las principales corporaciones de todos los países, han enviado sentidos pésames al gobierno francés, y en todas partes se inician subscripciones para aliviar la triste suerte de las familias de las víctimas.

A la magnitud de la catástrofe de Courrieres ha correspondido una explosión inmensa de caridad y de simpatías universales, confirmándose una vez más el espíritu de solidaridad de todos los pueblos cuando se trata de aliviar una gran desgracia de un país hermano. – S.



TRANSPORTE DE CADÁVERES. (De fotografías de M. Erarger.)



La catástrofe de Courrieres

La multitud estacionada delante del pozo número 4. – Brigada de mineros disponiéndose á socorrer á sus camaradas sepultados en el fondo de las minas. – Grupo de mineros discutiendo con animación después de haber bajado á los pozos para intentar el salvamento de sus compañeros. (De fotografías de M. Rol y C.ª)

EL DR. D. MANUEL QUINTANA

El día 12 de los corrientes falleció en Buenos Aires el Dr. Quintana, que desde octubre de 1904 desempeñaba la presidencia de la República Argentina. Contaba setenta años de edad, era hombre de gran ilustración, abogado notabilísimo, orador elocuente y escritor correcto y elegante. Había sido diputado varias veces, ministro en dos ocasiones y plenipotenciario en los Estados Unidos.

A raíz de su proclamación decíamos en el número 1195 de La Ilustración Artística: «Llega á la magistratura suprema sin grandes compromisos y sin pomposos programas; pero está dotado de firme voluntad y de energía y aporta al ejercicio de su elevado cargo un profundo estudio y un criterio firme en los asuntos políticos, financieros y sociales.» En el ejercicio de su elevado cargo confirmó estas excepcionales cualidades demostrando ser un ilustre estadista y un prudente hombre de gobierno.

Al propagarse por Buenos Aires la noticia de su muerte, la mayoría de las casas pusieron banderas á media asta y los Bancos y las grandes casas de comercio cerraron sus puertas en señal de duelo. Todos los periódicos, inclusos *La Nación* y *La Prensa,* adversarios políticos del doctor Quintana, le dedicaron encomiásticos artículos. Una multitud inmensa acudió á la residencia presidencial á expresar sus sentimientos de pésame á la familia, la cual recibió millares de telegramas de todas partes. El gobierno decretó diez días de luto nacional para el ejército y las oficinas públicas.

El cadáver del Dr. Quintana, después de embalsamado, fué conducido á la «Casa Rosada,» quedando expuesto en el salón de las recepciones presidenciales, por donde desfiló un público inmenso.

El día 14 se efectuó el entierro. La fúnebre comitiva púsose en marcha á las nueve de la mañana, dirigiéndose á la catedral, en donde se celebró la ceremonia religiosa. Desde allí se encaminó al cementerio de la Recoleta, en donde los restos mortales del Dr. Quintana recibieron cristiana sepultura. El entierro resultó una verdadera manifestación nacional.

La Ilustración Artística se asocia de todo corazón al duelo que embarga el pueblo argentino.—S.



Dr. D. Manuel Quintana, presidente de la República Argentina, fallecido en Buenos Aires el día 12 de los corrientes. (De fotografía de Witcomb.)

M. FAILLIERES

EN LA EXPOSICIÓN DEL CONCURSO AGRÍCOLA DE PARÍS

La primera visita oficial del nuevo presidente de la República Francesa M. Faillieres ha sido para la exposición del Concurso agrícola que actualmente se celebra en París, en donde recorrió las secciones de animales, la de máquinas agrícolas y las galerías de la exposición vitícola.

A propósito de ese concurso, un ilustre cronista parisiense ha escrito unas líneas ingeniosas que vamos á copiar, porque además de ser ingeniosas no dejan de tener un fondo de importancia.

«Concurso agrícola..., pequeña solemnidad insignificante que la gente del gran mundo desdeña. La gente del gran mundo no se apasiona por el ganado.

»En verdad hace mal, pues la Galería de Máquinas es mucho más pintoresca en estos momentos que en los días en que almuerzan en ella cincuenta mil mutualistas. Además, mientras sólo comen en ella animales, huele bien; un olor de establo la llena; también de paja fresca, de leche y sus derivados. En torno de los compartimientos en que las bestias dormitan, una muchedumbre nada elegante se pasea lentamente, detenida á cada paso por un espectáculo que la divierte, seducida por las cualidades plásticas de un premiado, por la riqueza de las lanas, por la enormidad de las grupas y de los vientres y por los brillantes colores de los plumajes. Y la gente discurre por aquellos lugares entre blusas azules, gorros de formas cómicas y lindas tocas que evocan modas provinciales antiquísimas; es la «campiña» instalada en París, por unos días, demasiado pocos, á tres kilómetros del bulevar y que nada quiere saber del bulevar. ¡Gente feliz! Ese Concurso agrícola es su Salón, un Salón del cual tienen motivo para sentirse orgullosas esas gentes, si lo comparan con alguno de los nuestros, porque ellas no abren las puertas del suyo más que á las obras maestras. En el Gran Palais se han visto entrar cuadros malos; en la Galería de Máquinas no se ha visto entrar un mal buey.»—X.



PARÍS.—Visita del presidente de la República M. Faillieres á la exposición del Concurso agrícola. (De fotografía de M. Branger.)





BARCELONA. – Cuestación pública organizada por la Sociedad Barcelonesa de Beneficencia, con la cooperación de varias sociedades, en favor de las víctimas de Courrieres y efectuada en los días 18, 19 y 20 de los corrientes. – La comitiva delante del Consulado de Francia. – La comitiva en el cruce del Paseo de Gracia con la calle de Cortes. (De fotografías de Castellá.)

LA CATÁSTROFE

DE COURRIERES

CUESTACIÓN PÚBLICA EN BARCELONA. – LA BRIGADA DE SALVAMENTO DE WESTFALIA.

Durante los días 18, 19 y 20 efectuóse en esta ciudad una cuestación pública, organizada por la Sociedad Barcelonesa de Beneficencia con la cooperación de otras importantes sociedades. Formaban la comitiva varias parejas de la guardia municipal montada, algunos coches descubiertos con representaciones de las sociedades obreras adheridas al acto y que llevaban sus estandartes enlutados, varios carros de primera salida del cuerpo de bomberos cubiertos con paños negros, landós con individuos de la comisión organizadora y un carruaje del servicio de bomberos adornado con plantas y flores, banderas españolas y francesas y un gran estandarte de paño negro. La comitiva, en la que figuraban también los coros de Clavé y la banda municipal, recorrió las principales calles del interior y del ensanche; los individuos del cuerpo de bomberos se encargaron de la cuestación encaramándose á los balcones por medio de las perchas y escaleras que utilizan en los casos de incendio.

Aunque en otro lugar de este número hacemos mención de la brigada de salvamento que la compañía minera westfaliana *Hibernia* envió desde los primeros momentos de la catástrofe á Courrieres, creemos interesante ampliar algo lo que allí decimos. Los individuos de esa brigada son hombres robustos, están vestidos y equipados militarmente y llevan consigo los aparatos, que son de invención alemana, los cascos y los sacos de oxígeno.

El principio del aparato es sencillísimo; consiste en permitir que cada hombre pueda llevar consigo el oxígeno necesario para su respiración, encerrado á gran presión en botellas de pequeño volumen que no le estorban. Un «aflojador de presión» pone el oxígeno á la presión atmosférica; las vías respiratorias están protegidas por una máscara que las aisla del aire viciado y las pone en comunicación con el oxígeno contenido en las botellas. Uno de los órganos esenciales del aparato es el regenerador del aire; el aire espirado contiene todavía una proporción elevada de oxígeno, y expulsar este oxígeno al exterior sería malgastarlo, tanto más cuanto que para asegurar al salvador una respiración de alguna duración sería preciso dotarle de una provisión de oxígeno pesada y embarazosa. El regenerador por el cual pasa el aire espirado le desembaraza del ácido carbónico y lo convierte de nuevo en respirable; provisto de él puede un hombre moverse y trabajar sin peligro por espacio de dos horas en la atmósfera más inficionada.

Inmediatamente después de su llegada á la estación de Billy-Montigny, los individuos de la brigada westfaliana fueron recibidos por un representante de la compañía, y acompañados por éste se dirigieron al sitio en donde están situadas las minas. Después de hechas las presentaciones correspondientes, el ingeniero M. Weiss preguntó al capitán Kopp, jefe de la brigada: «¿Cuándo quiere usted empezar, capitán? -En seguida,» contestó.

Y en efecto, en seguida pusieron manos á la obra, descendiendo al fondo de la mina y recogiendo gran número de cadáveres que fueron sacados al exterior.

Cuantos han presenciado los trabajos de esos individuos ensalzan incondicionalmente el valor y la resistencia con que realizan su difícil y humanitaria labor.

Para cuando hayan terminado su misión han sido invitados á la capital de Francia, en donde se disponen en su honor varias fiestas.

La Universidad popular del arrabal de San Antonio los recibirá á su llegada á París, y un delegado de esa asociación, ex minero, irá á buscarlos á las minas de Courrieres. Pasarán un día en la capital y por la noche asistirán, vestidos con sus uniformes, al teatro Antoine, en donde se dará en su honor una representación de la comedia *Vieil Heidelberg*, terminada la cual se les ofrecerá un *punch*. A los westfalianos les acompañará una sección de bomberos parisienses.—R.



LA CATÁSTROFE DE COURRIERES. – Llegada á la estación de Billy-Montigny de la brigada de salvamento alemana con sus aparatos. (De fotografía.)



Mineros á la entrada del pozo número 10. (De fotografía de M. Branger.)



Vista general del pozo número 4. (De fotografía de M. Rol y C.ª)



Transporte de cadáveres extraídos del pozo número 4. (De fotografía de M. Rol y C.ª)

LA CATÁSTROFE DE COURRIERES



Conducción de cadáveres. (De fotografía de «Photo-Nouvelles»)



Entierro de las víctimas en una fosa común, en Méricourt. (De fotografía de «Photo Nouvelles.»)

LA CATÁSTROFE DE COURRIERES



MADRID. – RECEPCIÓN DEL NUEVO EMBAJADOR INGLÉS MR. BUNZEN, EL DÍA 19 DE LOS CORRIENTES. EL EMBAJADOR DIRIGIÉNDOSE AL PALACIO REAL PARA PRESENTAR SUS CREDENCIALES AL REY. (De fotografía.)

La recepción del nuevo embajador de Inglaterra ha revestido especial solemnidad. En carrozas de la real casa dirigióse la comitiva al palacio, en donde la guardia del exterior y la de alabarderos le tributaron honores reales. Los discursos que se cruzaron entre él y el monarca fueron afectuosísimos, y en ellos hubo delicadas alusiones á la próxima boda de Alfonso XIII, que contribuirá sin duda á estrechar más las amistosas relaciones entre Inglaterra y España.

Espectáculos. — BARCELONA. — Se han estrenado con buen éxito: en el Principal *La presó de Lleyda*, visión musical en cinco cuadros, letra de A. Gual, con bellísima música de Pahissa y magníficas decoraciones de Vilumara, Moragas, Alarma y Junyent; *La comtesa de Scarbanyas*, comedia en un acto de Molière, muy bien traducida al catalán, y *Cel que s'obre*, comedia en un acto de R. Suriñach Senties; en Romea *D'amor no s' en viu*, linda comedia en tres actos de José Martí y Folgueras, y *En Pep Botella*, monólogo de Angel Guimerá; en Novedades *La trilogia di Dorina*, comedia en tres actos de Rovetta, é *Il quieto vivere*, comedia en tres actos de Testoni, que han valido nuevos triunfos á la eminente actriz Tina di Lorenzo; en el Tívoli *La real mentira*, zarzuela en un acto y cinco cuadros de los Sres. Cantó y Álvarez, con música del maestro Cassadó, y en el Eldorado *El gobernador de Urbequieta*, comedia en tres actos arreglada del francés por el señor Jurado de la Parra.

***

Associació Wagneriana. – Se ha dado en esta asociación la primera de las sesiones dedicadas al estudio y audición de *La posta dels Deus (Die Gotterdammerung)*, cantándose en ella el primer acto íntegro de tan hermosa ópera, última parte de la tetralogía de *El anillo del Nibelungo*, que ejecutaron con gran acierto las Srtas. Marcé, Dachs, Serra, Puig y D'Esvern y los Sres. Colomé, Vilalta y Boatella, mereciendo todos grandes aplausos que con ellos compartió justamente el Sr. Doménech Español, encargado de la parte de piano.



SAN PETERSBURGO. – LLEGADA DEL GENERAL LINIEVITCH, DE REGRESO DE LA MANDCHURIA (De fotografía de «Photo-Nouvelles.»)

El día 7 de los corrientes llegó á San Petersburgo el general Linievitch, el generalísimo del ejército ruso durante la última parte de la guerra japonesa. La recepción que se le tributó fué simplemente afectuosa. ¡Qué diferencia entre esta *afectuosidad* y el entusiasmo con que fué acogido su nombramiento á raíz del desastre de Mukden!

AJEDREZ

CONCURSO DE PROBLEMAS EN 3 JUGADAS

Transcurrido un mes después de emitido el fallo, en vista de no haber sido demolido ninguno de los problemas premiados, se dió por definitivo el mismo, y se procedió á la apertura de los sobres que encerraban los nombres de los autores que tomaron parte en el concurso, los cuales son los siguientes:

Alemania: J. Neumann.
Austria: K. Erlin, M. Feigl, A. A. Ursic.
Bohemia: E. Palkoska, J. Smutny.
Dinamarca: J. Jespersen, J. Möller.
España: I. Casanada, R. Faus, C. López Cepero, A. Novejarque, R. Padreny, J. Paluzíe.
Estados Unidos: F. Gamage.
Francia: E. Cavrel, Com. Mirault, E. Pradignat.
Holanda: J. Cauveren, Th. A. Klaasen, L. A. Kuijers, H. L. Schuld (este compositor es ciego).
Hungría: J. Bartsch.
Inglaterra: P. Osborn.
Italia: C. Borgatti, A. Ferrari.
Noruega: K. Nielsen.
Rusia: A. Chochin, V. De-Barbieri.
Suecia: C. E. Lindquist.

Los autores de las obras premiadas son:

1.er premio. Problema n.º 8. Lema: «Emendatum.» – Autor: J. CAUVEREN, de Amsterdam.
2.º premio. Problema n.º 18. Lema: «Zobe.» – Autor: E. PRADIGNAT, de Saujon (Francia).
3.er premio. Problema n.º 29. Lema: «Carillon.» – Autor: J. BARTSCH, de Klausenburg (Hungría).
4.º y 5.º premios *ex-æquo*. Problema n.º 12. Lema: «Zdrava Marija.» – Autor: A. A. URSIC, de Kirchheim (Austria). – Problema n.º 30. Lema: «Devinette.» – Autor: K. ERLIN, de Viena.
1.ª mención. Problema n.º 11. Lema: «Miaplacidus.» – Autor: F. GAMAGE, de Westborough (Estados Unidos).
2.ª mención. Problema n.º 24. Lema: «Natura non facit saltus.» – Autor: J. PALUZÍE, de Barcelona.
3.ª mención. Problema n.º 17. Lema: «Fiat justitia.» – Autor: A. CHOCHIN, de San Petersburgo.
4.ª mención. Problema n.º 25. Lema: «Petere licet?» – Autor: M. FEIGL, de Viena.
5.ª mención. Problema n.º 7. Lema: «Vive le roi.» – Autor H. L. SCHULD, de Grave (Holanda).

Acto seguido se enviaron á su destino por el correo los premios 1.º, 2.º y 3.º, conforme estaba estipulado. Respecto á los 4.º y 5.º, que los infrascritos se vieron obligados á introducir en vista de la importancia de las composiciones premiadas, se acordó que consistieran en dos ejemplares de la obra de José Brunet *El ajedrez. Investigaciones sobre su origen.*

Terminamos esta grata tarea manifestando nuestro más profundo agradecimiento á los compositores que han honrado el Concurso, y á la vez que felicitamos á los laureados deseándoles perseveren en sus éxitos, nos permitimos aconsejar á los que no han obtenido recompensa, que no desmayen en perfeccionar su arte para que en lo sucesivo vean coronadas las obras que envíen á estos deliciosos certámenes de ingenio.

Barcelona, agosto de 1905.

JOSÉ TOLOSA Y CARRERAS. VALENTÍN MARÍN.

EL FALSARIO

NOVELA DE JULIÁN HAWTHORNE.—ILUSTRACIONES DE MAS Y FONDEVILA

(CONTINUACIÓN)

Por sus facultades intelectuales y morales era superior á los demás individuos de la familia, pues los padres, que no habían tenido la ventaja de recibir tan buena educación como su hija, conservaban aún algunos vestigios de rusticidad. La señora Vanderblick era piadosa y sencilla, y su esposo un hombre hábil, mas con el carácter brusco tan propio de hombres que han debido abrirse camino en el mundo á fuerza de trabajo. Sin embargo, toda la familia se distinguía por su bondad y su carácter hospitalario. Fedovsky, por su parte, se interesó desde luego por Serafina; había visto muchas jóvenes americanas en Europa, mas no de la mejor clase, y en todas ellas observó más bien audacia y volubilidad que no finura é inteligencia. En la mesa tuvo á su lado á Serafina, y en la conversación que con ella entabló no se limitó á lo convencional. Las preguntas de la joven revelaban mucha penetración, y sus contestaciones á las que el conde la dirigía eran siempre satisfactorias.

—¿Prefiere usted la democracia al despotismo?, preguntó Serafina á Fedovsky después de hablar de otros asuntos.

—¿Quién no la prefiere, excepto los déspotas?, replicó el conde.

—Pero debe usted tener alguna razón... ¿Cuál es?

—Yo creo que todo hombre debe tener parte en la confección y administración de las leyes que han de gobernarnos.

—Pues aquí no sucede eso, por más que la Constitución lo autorice. De cada diez hombres, uno tendrá más autoridad y talento que los otros; y entre esos mismos diez se encontrará uno más fuerte que los demás. Los subordinados votan á quien sus jefes recomiendan; estos últimos obran siempre según sus propios intereses; y he aquí cómo se hacen las leyes. Algunos hombres se encargan de todo, y aunque generalmente se distinguen por su talento, no todos son buenos; necesitan dinero y poder, y obtienen ambas cosas á expensas del pueblo. ¿No sucede algo muy semejante bajo el despotismo? Añadiré que este último tiene una ventaja, y es que no pretende ser lo que no es, como lo hace nuestra democracia.

—Pero no se me negará, repuso el conde, que ustedes tienen la libertad de la prensa, la cual debe representar al pueblo, porque depende de él para su subsistencia.

—Si se juzgase por lo que los diarios dicen uno de otro, deberíamos creer que todos son falsos y están pervertidos. Nuestro pueblo es descuidado y se aviene á todo. Yo creo que tenemos poca dignidad ó conciencia, ó fe en la bondad desinteresada; y me parece que la prensa nos excita á tener menos.

—Pero supongo, señorita, que á pesar de lo que dice no prefiere el despotismo á la democracia...

—Mis preferencias, interrumpió Serafina, no merecen aprecio. Un hombre puede tener más razón que otro, y yo quisiera saber solamente cuál se acerca más á la naturaleza humana, porque éste será quien triunfe al fin. Los hombres no serán nunca iguales por su inteligencia y fuerza de voluntad; y los que tengan más talento y energía deben gobernar á los demás; no pueden menos de hacerlo así, y los otros han de obedecer.

—Pero tomemos un ejemplo práctico, dijo el conde. Los americanos son el pueblo más ilustrado del mundo, y los rusos el más bárbaro...

—La ilustración no es necesariamente bondad, así como la luz no es tampoco por necesidad calor.

—Pero debemos llegar á ilustrarnos. ¿Es la bondad algo más que el egoísmo inteligente?

—Yo creo que es una cosa del todo distinta.

—Entonces, usted supone que la bondad tiene más importancia que la ilustración...

—Sí, contestó Serafina, yo creo que si esta última no proviene de la bondad, no vale la pena tenerla, ó por lo menos, que no será duradera.

—¿Están ustedes hablando de política trascendental?, preguntó de pronto Federico. Amigo Fedovsky, añadió, no haga usted caso de mi hermana, porque es una anarquista de la peor especie, y no se detendría ante ningún obstáculo.

Serafina sonrió, mirando á su hermano sin contestar.

La señora Vanderblick intervino entonces para decir que iban á servir el te en la sala; levantóse y salió del comedor, seguida de su hija. Los hombres se quedaron para fumar.

—A propósito, padre, dijo Federico, el señor conde desea ocuparse en algo para ganarse la vida. ¿Puede usted ayudarle?

—Federido me ha dicho ya, repuso el Sr. Vanderblick, que usted desea naturalizarse como americano. ¿Es verdaderamente tal el objeto de usted?

—Sí, he pensado adoptar este país como patria, contestó Fedovsky; mi ánimo es no volver á Rusia, y ningún otro punto me atrae tanto como éste.

—¿Y desea usted, en efecto, dedicarse al comercio en Nueva York? Yo creo que hace usted muy bien. Soy banquero, y si usted quiere emplear su capital en el negocio, verá usted que esto es tan provechoso como seguro.

—No pensaba ahora en el capital, porque es muy poco lo que yo podría emplear; mas sí quisiera estudiar bien el asunto sobre la Banca, comenzando desde el principio, y siguiendo mi aprendizaje paso á paso. Según dije ayer á Federico, quiero saber cómo ganar mi subsistencia.

—En una palabra, dijo el joven Vanderblick, el señor conde ha dado ahora en la manía de trabajar como si lo necesitase para vivir. ¿Puede usted ayudarle, padre mío?

—En cuanto á eso, contestó el banquero, sin duda encontraremos alguna colocación para él. Precisamente yo pensaba agregar una dependencia más á nuestras oficinas, y con esto tendríamos el medio; mas supongo que no hay necesidad de apresurarse. Será necesario, señor conde, que usted se familiarice primero con las costumbres americanas, relacionándose con algunos de nuestros bolsistas; y seguramente no le faltarán muchas ocupaciones sociales durante algunas semanas y hasta meses. Cuando usted se halle preparado para nosotros, podremos servirle; y tal vez no sienta haber tenido tiempo para pensar dos veces sobre el asunto, pues no pocas veces los hombres cambian de parecer.

Fedovsky dió gracias al banquero, y ya no se habló más sobre el asunto. La situación era tan halagüeña como podía esperarse; y apresurar las cosas hubiera sido exponerse á perder la oportunidad.

El conde pasó á la sala á tomar el te, muy satisfecho de tener otra ocasión para hablar con Serafina, pues era la única mujer, excepto la primera que amó, que le inspiraba verdadero interés, no por ninguna razón particular, sino porque congeniaba verdaderamente con ella, pareciéndole encontrar en la joven lo que había buscado tanto tiempo. Su sensación era semejante á la del viajero que, creyéndose perdido, ve de pronto un objeto familiar por el que reconoce que está á las puertas de su casa. La presencia de Serafina le alegraba, y no porque en aquellas circunstancias pensase ni remotamente en el matrimonio, sino porque aquella joven le agradaba mucho y le complacía haberla conocido.

Al reunirse con las señoras, Fedovsky observó que habían llegado otros dos ó tres caballeros, y que uno de éstos acababa de sentarse junto á Serafina, con el aparente propósito de no ceder su puesto á nadie; pero la señora Vanderblick, á quien al parecer inspiraba mucha simpatía el conde, trabó conversación con éste, deseosa de conocer todas las particularidades de la vida doméstica en Rusia. Fedovsky satisfizo su curiosidad lo mejor que pudo, aunque comprendiendo que tal vez escandalizaría á la buena señora con su relato; y durante el resto de la velada no se produjo ningún otro incidente particular.

El conde salió de la casa muy bien impresionado, y formando el mejor concepto de la familia americana, la primera que le había admitido bajo su techo. La sonrisa de Serafina y el contacto de su mano al despedirle le complacieron más que todo; y volvió á su hotel con el corazón más ligero, aunque no tenía ningún motivo particular para congratularse.

XI

ASUNTO INSIGNIFICANTE

El conde Fedovsky se vió considerado muy pronto, con no poca inquietud suya, como hombre de moda y de distinción en Nueva York; nada podía ser más agradable, aparentemente al menos, á Tomás, que estaba del todo satisfecho. El único gasto del conde se reducía á pagar la cuenta del hotel, y tenía en mucho satisfacerla mensualmente; pero no hacía más que dormir en su alojamiento, pues durante todo el día estaba con sus numerosos amigos. Los principales clubs le habían enviado invitaciones; y en una palabra, parecía que se conspiraba para ofrecerle alguna diversión ó pasatiempo, sin pedirle en cambio más que su benevolencia. Todos se disputaban el privilegio de pagar sus gastos, y hubiera podido pedir prestado miles de duros con la seguridad de que las personas que se los facilitasen quedarían muy lisonjeadas por la preferencia. Fedovsky, al fin, era hombre como los demás, y tal vez se infatuó un poco por aquella popularidad; pero cuando reflexionaba sobre su situación no podía menos de recordar que todo esto se basaba en la suposición de que era un nabab; y harto comprendía que si se conocieran sus verdaderas circunstancias, muy pronto se produciría un cambio radical en el trato que se le dispensaba.

A no ser por dos consideraciones, tal vez hubiera hablado con franqueza, dando á conocer á todos su situación: fundábase la primera en su esperanza de que el Sr. Vanderblick, padre, le proporcionara una colocación en su Banco; la segunda era que Serafina había producido una impresión profunda en su corazón. Difícilmente podía prever el resultado de una cosa ú otra; pero cuando las emociones y afectos intervienen, la más pequeña posibilidad basta para infundir gran confianza.

Cierto día, hallándose el conde en el club con los amigos que más íntimamente trataba, es decir, el coronel Oakley, el juez Farren, Brooks y otros dos, el primero propuso pasar la noche recorriendo los barrios bajos y algunos garitos, pasatiempo que algunas veces se permiten los caballeros cuando no saben en qué distraerse, imaginándose que van á sorprender algunos secretos de la naturaleza humana.

La proposición del coronel fué acogida favorablemente, y Brooks observó que la educación americana del conde no sería completa si no veía algo del aspecto nocturno de Nueva York. A Fedovsky no le agradaba mucho semejante pasatiempo; mas no quiso combatir la voluntad de la mayoría. El juez Farren apoyó la idea, y después de fijar la hora y el sitio en que debían volver á reunirse, despidiéronse hasta la noche.

Como el coronel conocía muy bien la ciudad y estaba perfectamente informado sobre asuntos de policía en general, cuando volvieron á reunirse Fedovsky se cogió de su brazo é hízole muchas preguntas para saber cómo estaba organizado en Nueva York el servicio de seguridad pública. El coronel era hombre muy competente para explicar cuanto se deseara saber sobre el asunto, y cuando á petición del conde comenzó á dar los informes sobre los crímenes cometidos últimamente y sus perpetradores, Fedovsky se interesó mucho en el relato.

—No comprendo, dijo de pronto, cómo en el caso de cometerse un delito, sin dejar huella ni señales, se averigua al fin quién es la persona de que se debe sospechar. Supongamos que un ladrón entra en mi casa, se lleva cuanto tengo y yo no descubro el hecho hasta la mañana siguiente; ¿cuál sería el primer paso que se daría para identificar al culpable?

—¡Oh! Por lo regular sirve de guía el sentido común, contestó el coronel. Yo he leído algo sobre el sistema adoptado en Francia para coger á los ladrones; pero aquí no se procede del mismo modo. Allí trabajan la cosa poco más ó menos como si se tratase de una suma aritmética. En primer lugar, los crímenes se cometen por criminales...

—¡Oh..., ya, ya se supone!, repuso Fedovsky sonriendo.

—Déjeme usted acabar; quiero decir criminales de profesión, como, por ejemplo, los ladrones, timadores, falsificadores y rateros. Respecto al asesinato, es distinto; los que le cometen no son siempre profesionales.

—No creo que haya profesión de asesinar, por fortuna nuestra, y es un consuelo creerlo así.

—Precisamente; y por la misma razón, la cosa se descubre á menudo más pronto de lo que se creería. No siempre, pero sí muy á menudo, el que ha cometido una muerte pierde la cabeza de una manera ú otra, y acaba por descubrirse él mismo; pero los ladrones de profesión son otra cosa, y entre ellos hay hombres muy diestros, que demuestran gran ingenio. Trazan sus planes muy de antemano, los maduran durante largo tiempo, y no dan el golpe hasta que están casi seguros del resultado.

—¿Y no se venden nunca uno á otro?

—Dícese, contestó el coronel, «que entre los ladrones hay cierto honor,» aunque la experiencia no lo demuestra así. Los jefes no se exponen á semejante peligro, porque se mantienen invisibles; dirigen las operaciones, pero nunca se les ve la cara; y a veces no los conocen ni aun los hombres que trabajan para ellos. Las instrucciones se transmiten por intervención de tercero, y nadie hace preguntas inconvenientes, comprendiéndose que cuanto menos se hable más seguro estará el secreto. Si se coge á alguno de los ladrones secundarios, nada dirá sobre el jefe, porque nada sabe de él, y es probable que no le conozca. Así tiene combinado su plan esa gente, y al parecer les da el mejor resultado.

—¿Pero cómo se llega á conocer al fin á los mismos jefes?

—Esto no es tan difícil, en cierto modo, como usted pudiera creer. Puede saberse que tal ó cual hombre es un ladrón, mas no se sigue de aquí que es dado acusarle de un crimen determinado, lo cual no impedirá que se le vigile de continuo, y que al fin y al cabo se le envíe á la cárcel. Apenas se sospecha de un hombre, queda sometido á la más rigurosa observación, y rara vez se le pierde mucho tiempo de vista. Se toma nota de las personas con quienes se acompaña, de la casa donde vive, de los viajes que hace, del dinero que gasta y de cuantas particularidades puedan ofrecer interés para el objeto. Después, si se comete algún gran crimen, determínase ante todo si es posible ó probable que sea el autor alguno de aquellos de quienes se sospecha; redóblase la vigilancia, y se averigua quién puede haberse beneficiado en el asunto. Sin embargo, añadió el coronel, para apoderarse de esos bribones hay dos medios de los que yo podría citarle á usted.

—¿Qué clase de criminales son los más difíciles de coger?, preguntó el conde.

—No lo sé á punto fijo, pero yo diría que los falsificadores figuran en primera línea por tal concepto, contestó el coronel, pues generalmente son hombres muy ingeniosos y no necesitan exponerse. La policía debe perder á veces mucho tiempo antes de que le sea posible apoderarse del falsificador... Dícese que por aquí anda un hombre, añadió el coronel después de una pausa, capaz de hacer por sí solo más daño que todos los demás si no se le coge á tiempo. Ya le han detenido más de una vez, pero nunca se pudo probar nada contra él. Es un caballero por su manera de conducirse y su educación, y tiene talento suficiente para robar el Tesoro de los Estados Unidos... Yo creo que no hay en el mundo bribón que le iguale. Jamás se detiene mucho tiempo en el mismo punto; y ha estado en Europa varias veces; viaja tranquilamente y vive bien, como hombre que se ha retirado de los negocios y quiere divertirse.

—¿Cómo se llama?, preguntó Fedovsky.

—¡Oh! Tiene más de un nombre, contestó el coronel, encogiéndose de hombros; si alguna vez se le sorprende en sus manejos, tal vez los sabremos todos; mas, por lo pronto, mejor será no citar ninguno...

—Parece que está usted muy enterado de los asuntos de la policía, dijo Fedovsky. ¿Cómo ha obtenido usted este conocimiento?

—¡Oh!, contestó el coronel sonriendo, lo sé todo porque el inspector Byrnes, es un antiguo amigo mío, y con frecuencia hemos hablado de los criminales y de sus métodos.

El conde y sus compañeros habían llegado ya al centro de la región donde pensaban dar principio á sus exploraciones; mas no será necesario seguirlos paso á paso. Las escenas y personas que pudieron observar no tenían el carácter más edificante ni eran muy propias para recrearles, mucho menos á Fedovsky, que había visto lo más interesante de Europa, y á quien complacían sobre todo los sitios históricos que le recordaban la maldad y violencia de los hombres: la habitación de la reina María, con la mancha de sangre en el suelo, mudo testigo de un espantoso drama; la prisión de Raleigh en la Torre de Londres; la guillotina de la Revolución francesa; el campo de batalla de Waterloo, y otras muchas cosas de verdadero interés. Natural era que le inspirase repugnancia la contemplación de escenas villanas; aburríase por completo, y lo mismo les sucedió á los demás. Entonces se preguntaron qué harían para distraerse, y Brooks propuso ir á una casa de juego de cierto renombre, donde fácilmente se distraerían un rato.

Los demás convinieron en hacerlo así, y poco después llegaban á la puerta de la casa; hablaron con el vigilante y se les admitió; en la sala había mucha gente, y el juego estaba muy animado.

Al entrar, Tomás, que acompañaba á su amo, fijó su atención en un hombre de mediana estatura, rostro pálido y patillas negras, que ocupaba el ángulo de una de las mesas de juego; en su aspecto había alguna cosa que excitó su curiosidad, y dirigióse hacia aquel individuo.

Entre tanto, Brooks, que se registraba los bolsillos, profirió de pronto una exclamación de cólera.

—¿Qué ocurre?, preguntóle el coronel, que estaba á su lado.

—¡He perdido mi cartera!, contestó Brooks. La llevaba en el bolsillo del pecho...

—Tal vez la haya dejado usted sobre la mesa en el café. ¿No la tenía usted allí?

—Y después también. Seguramente me la han robado.

—Sí, y el ladrón ha dejado la señal, añadió el coronel señalando un ligero corte en el lado del bolsillo, por donde evidentemente habían sacado la cartera. ¿Llevaba usted mucho dinero?

—Mucho más de lo que yo hubiera querido..., por lo menos seiscientos duros...

—Siento mucho no haber vigilado más, repuso el coronel.

—En fin, no importa, repuso Brooks, porque ahora mismo tendré dinero sin necesidad de volver á casa.

Y volviéndose hacia Fedovsky, que estaba junto á él, añadió:

—¿Puede usted prestarme seiscientos duros, señor conde?

Fedovsky tenía por costumbre llevar todo su dinero encima, á fin de estar preparado para cualquiera contingencia; pero proponíase siempre observar la más estricta economía. Prestar, por supuesto, no era gastar el dinero, é indudablemente Brooks podía satisfacer una deuda cien veces mayor; pero éste imaginaba tal vez que un hombre de millones, como él suponía á Fedovsky, pensaría muy poco en una deuda de seiscientos duros, y que no era urgente pagarle, si acaso se acordaba de hacerlo. Por otra parte, si rehusaba el dinero á Brooks, éste lo juzgaría muy extraño, á la vez que desatento, pudiendo infundirle la negativa desagradables sospechas. No tenía más que un momento para reflexionar, y al fin se decidió por entregar á su amigo la suma pedida. Brooks dió las gracias y acercóse á la mesa de juego, donde los demás compañeros estaban muy ocupados. ¡Qué poco imaginaba que á Fedovsky no le quedaban apenas mil cuatrocientos duros en el mundo!

—¡Venga usted aquí conde!, díjole el coronel Oakley tirándole de la manga. Es preciso que pruebe usted también su suerte; yo acabo de perder cincuenta duros, y me alegraría que usted los recobrara. ¡Ustedes los millonarios son muy afortunados!.. ¡Vamos!

Por la primera vez en su vida, á pesar de sus tristes experiencias, Fedovsky se sintió animado del verdadero instinto del jugador. Con un poco de suerte, en pocos minutos podía ganar bastante dinero para vivir con comodidad un año ó dos. Había sido afortunado cuando no le importaba perder, y en su opinión, lo mismo podía serlo cuando necesitaba ganar. Bajo este impulso, acercóse á la mesa, que era la del *Treinta y Cuarenta*, y comenzó á jugar.

Ganó y ganó una y otra vez, y después perdió; mas persuadido de que aquello era un revés pasajero, siguió apuntando. Sus pérdidas, no obstante, se repitieron hasta que, algo inquieto, el conde iba á retirarse, pero la suerte le favoreció otra vez. Entonces aventuró suficiente cantidad para resarcirse de todas sus pérdidas si ganaba..., vino la contraria y perdió su última puesta. Entonces el conde se retiró con la sonrisa en los labios, dejando en el tapete mil duros.

Sus compañeros se rieron también, dándole broma sobre su pérdida, y él les contestó en el mismo tono, pero con el desaliento en el corazón. ¡Solamente le quedaban cuatrocientos duros, y debía pagar varias cuentas, dos de ellas algo considerables! ¿Qué debía hacer? ¿Pediría á Brooks la cantidad prestada? Con esto no retardaría mucho tiempo el desenlace, y tal vez le apresurara. ¿Pediría mil ó dos mil duros prestados á un amigo? Sin duda los tendría al punto; pero ¿cómo devolverlos?.. ¡No..., de ningún modo podía hacer esto!

Y para colmo de desgracias, el dinero que acababa de perder no era suyo.

En aquel momento acercóse á él Tomás, que por espacio de quince minutos había conversado con el hombre de rostro pálido en un ángulo de la sala, y que no había podido presenciar la pérdida de su amo.

—¡Qué incidente tan extraño me ha ocurrido, señor!, dijo en voz baja. ¡Acabo de encontrar á mi único hermano Carlos en esa mesa de juego, y he sabido por su propia boca que es ladrón de oficio!

XII

UNA OPERACIÓN

El conde Fedovsky no había sabido nunca lo que es un hombre arruinado, y adquiría la experiencia de ello de una manera tan inopinada y repentina, que más bien le afectó como una ficción que como un hecho consumado. Un feliz incidente había cerrado algún tiempo antes la brecha abierta en su bolsa; mas ahora, el asunto era muy diferente. Durante los últimos meses había tenido sobrado tiempo para reflexionar sobre lo que significa la pobreza: ahora que llegaba, comprendíala bajo todas sus fases; y no le esperaba la pobreza tan sólo, sino también la desgracia.

Apenas sus amigos supieran la verdad, le considerarían como un petardista, ó poco menos; cierto que no trató nunca de sacarles su dinero, pero habíase asociado con ellos bajo falsas apariencias; y podían decir muy bien que no le hubieran tratado con tanta deferencia si hubiesen sabido que no tenía un cuarto. Para mayor desconsuelo, á la mañana siguiente supo que Brooks había emprendido un viaje á Chicago para evacuar ciertos asuntos, y que no regresaría hasta el otoño. Evidentemente se le había olvidado devolver los seiscientos duros que el conde le prestó.

Tomás insistió en considerar la pérdida del dinero como cosa de poca importancia, recordando al conde que aún conservaba su posición en la sociedad y su crédito, lo cual constituía su mejor capital, y que ya era tiempo de aprovecharse de las ventajas que esto le proporcionaba, puesto que no lo había hecho antes. Podría pedir lo que más le conviniera, y obtenerlo sin temor de que nadie le hiciese preguntas indiscretas, y con un poco de astucia se vencerían todas las dificultades. Fedovsky lo comprendió así también, mas no era hombre capaz de valerse de manejos de ninguna especie para conseguir cualquier objeto, y no quería hacer la menor cosa que mereciera censura.

Lo que más preocupaba á Tomás era el encuentro con su hermano Carlos; hacía largo tiempo que le creía difunto; y ahora volvía á verle sano y salvo, aunque sin duda con un pasado muy tenebroso; pero en rigor ignoraba cuáles serían sus antecedentes. Carlos había dicho á Tomás que deseaba enmendarse, y al saber que su hermano estaba al servicio de un millonario ruso, manifestó la esperanza de que éste le tendiera una mano protectora para ayudarle á ser hombre de bien; pero el conde era hombre arruinado, y Tomás dijo á Carlos que no podía esperar nada de él. El fiel criado, no obstante, pensaba, sin motivo alguno para ello, que Carlos podría servirle de alguna cosa.

Lo primero que hizo el conde fué pagar sus cuentas pendientes, las cuales resultaron ser, como sucede con frecuencia, más numerosas y considerables de lo que él calculaba, tanto que después de satisfacer la última su capital quedó reducido á ochenta y cuatro duros. Proponíase dejar sus habitaciones del hotel al día siguiente, y ya iba á pedir la cuenta, pero Tomás protestó tan enérgicamente contra esta medida, que hubo que escuchar sus argumentos. El fiel criado dijo que los efectos contenidos en los cofres valían cien veces más de lo que se adeudaba en el hotel, y podían dejarse en el almacen del establecimiento como garantía; después, tomando una maleta con algunos objetos que se pudieran vender y la ropa blanca necesaria, podría salir del hotel como si se ausentase tan sólo por un día ó dos; y luego escribiría una carta diciendo que imprevistas circunstancias le obligaban á retardar su vuelta, y

que por lo tanto podrían disponer de sus habitaciones. De este modo, el conde se guardaría sus ochenta y cuatro duros, dejando su equipaje convenientemente almacenado. El dueño del hotel quedaría satisfecho, sin abrigar la menor inquietud.

Mientras que Fedovsky vacilaba sobre aceptar este plan, llegó un mensajero con una carta, cuyo sobre llevaba el sello de la casa de banca de Vanderblick: era una invitación para que fuera á comer aquel mismo día con la familia, porque el banquero deseaba hablar con el conde sobre un asunto de interés.

—¡Ya lo tiene usted todo arreglado, señor!, exclamó Tomás cuando su amo le hubo leído la carta. Ahora le ofrecerán á usted un buen sueldo y todas las ventajas que pueda apetecer. Mejor será no pagar la cuenta del hotel hasta después de haber celebrado la conferencia, pues seguramente no volverá usted á verse en apuro por semejante causa.

Fedovsky no pudo negar que aquel mensaje comunicaba mejor aspecto á la situación, y consintió en dejar las cosas como estaban veinticuatro horas más. Dirigióse á casa de Vanderblick á la hora señalada, y fué recibido con la mayor cordialidad.

Durante la comida, los jóvenes hicieron principalmente el gasto de la conversación, es decir, Vanderblick hijo, Serafina y el conde. Federico anunció que había comprado á Brooks su yate de recreo, y que su intención era emprender una larga excursión marítima durante el verano; Serafina debía acompañarle, y así ésta como su hermano esperaban que Fedovsky fuese con ellos.

Al oir la proposición, el anciano banquero movió la cabeza como desaprobando.

—Mejor será, dijo al conde, que piense usted dos veces antes de aceptar, porque un yate tiene el espacio muy limitado, y muy pronto se aburrirían ustedes.

La idea de que la presencia de Serafina pudiese cansar al conde pareció á éste verdaderamente absurda. El banquero había echado de ver sin duda la naciente simpatía entre su hija y Fedovsky, y hubiérase dicho que le halagaba la esperanza de que sus relaciones se consolidasen. Serafina no era el primer amor del conde; pero con frecuencia sucede que el segundo, por la intensidad del sentimiento que despierta, es tan poderoso como la pasión magnética que aquél inspiró. Con Serafina podía ser dichoso; sin ella, la vida le sería enojosa. Por lo que Fedovsky observaba, la hija del banquero le correspondía, y pareciale que en el caso de solicitarla por esposa obtendría sin dificultad su consentimiento; pero ¿cómo atreverse á pedir su mano? No le era posible hacerlo honrosamente sin dar á conocer su triste situación, y siendo pobre, no se creía con derecho para aspirar á semejante unión. Por otra parte, si guardaba el secreto de su pobreza, tal vez conseguiría casarse con la joven; pero bien mirado, eso sería proceder como un aventurero vulgar; y Fedovsky opinaba que no podía ser feliz mientras no fuese caballero. La dificultad de ser lo primero sin lo segundo parece invencible á ciertos hombres, aunque no se sigue de esto que la caballerosidad baste para asegurar la dicha.

Cuando la señora Vanderblick y su hija se hubieron retirado, el banquero acercó su silla al conde, mientras que Federico escanciaba licor en las copas, y al punto se entabló la conversación.

—Deseaba, dijo el Sr. Vanderblick, hablar á usted sobre un negocio que en mi concepto podría ser igualmente provechoso para los dos. Según tengo entendido, usted desea adquirir algun conocimiento sobre la manera de proceder en las transacciones financieras... Precisamente tengo ahora un proyecto que le proporcionaría lo que desea, permitiéndole también realizar una ganancia que, si bien insignificante para un hombre millonario, no dejaría de ser de bastante consideración.

—El sueldo común de un escribiente es por ahora todo cuanto deseo, contestó Fedovsky, algo inquieto ante aquel exordio.

—¡Bah! Eso tiene algo de novelesco, repuso el Sr. Vanderblick, sonriendo con afabilidad; pero mi proposición es práctica y provechosa. Además, el cargo de escribiente supone deberes que no comprendería al pronto quien no conoce la marcha de nuestras oficinas, y obtenerle, no sería para usted ningún negocio lucrativo...

—Lo que mi padre quiere decir, amigo mío, interrumpió Federico, es que á usted no le sería posible ganar su sueldo. Podríamos señalarle uno por pura broma, mas no creo que sea esto lo que necesita.

—Ciertamente quisiera trabajar por lo que me pagaran, repuso Fedovsky, que comenzaba á desanimarse; pero ¿están ustedes seguros que yo no podría hacerlo? Todas las cosas deben tener su principio.

—Sí, replicó el joven Vanderblick, muy divertido al parecer con aquel diálogo, podría usted comenzar por ser dependiente de la oficina, debiendo encargarse de barrer las habitaciones por la mañana, sacudir el polvo y limpiar los estantes; pero esto no le enseñaría nada sobre negocios bursátiles. Se habla mucho de algunos dependientes que llegaron á ser reyes de la Bolsa; mas paréceme que ha pasado ya el tiempo de que tales cosas se realicen en la práctica. Temo mucho que deba usted comenzar por el extremo opuesto.

—¿Se me permitirá continuar?, preguntó cortésmente el banquero.

—¡Ah! Dispense usted, contestó Fedovsky.

—Es el caso, continuó el Sr. Vanderblick bajando la voz é inclinándose más hacia el conde, que ahora tenemos en la plaza cierto papel muy bien acreditado, como usted comprenderá si le digo que las acciones se cotizan hoy á noventa; son de ferrocarriles, y de una Sociedad muy conocida en Europa. Ahora bien: las circunstancias nos han colocado en situación de negociar en gran escala sobre este papel; y como no quiero molestarle con la fraseología técnica de la calle, le daré á conocer el asunto en lenguaje familiar. Nos proponemos producir una baja considerable en esas acciones, y para conseguirlo es necesario hacer de modo que el público deje de tener confianza en ellas, lo cual no se obtendrá sino convenciéndole de que se vende á cualquier precio. De este modo se producirá el pánico, como nosotros decimos, y todos los accionistas secundarios se apresurarán á vender por lo que se les dé; el público deducirá que algo va mal, y en su consecuencia, todos los que tengan papel se apresurarán á darle salida, absteniéndose de comprar los que no le hayan adquirido. De este modo bajará cada vez más, y esperamos que se cotice al fin á cincuenta, ó menos aún.

—Pero ¿por qué desea usted la baja, preguntó Fedovsky, que no veía claro el asunto, puesto que usted, según dice, tiene tanto papel de esa clase? Yo creo, por el contrario, que debería usted desear la mayor alza posible...

—Amigo mío, interrumpió Federico siempre sonriendo, no serviría usted ni para dependiente de oficina, y aún le falta aprender el *a, b, c*. En primer lugar, le advertiré que para vender papel no es necesario tenerlo; basta convenir en que se entregará á persona determinada en tal sitio y en tal fecha; y como es natural, se espera obtener un beneficio en la transacción, para lo cual es necesario haber comprado á menos precio del que se trata de exigir. Ahora bien: puede suceder que el vendedor se halle en el mismo caso que usted, y entonces...

-No es necesario entrar en tantos detalles, Federico, interrumpió el Sr. de Vanderblick. El conde comprenderá el punto esencial sin esos pormenores, que sólo pueden servir para confundirle. Si nosotros, añadió dirigiéndose á Fedovsky, nos convenimos en vender á usted mañana mil acciones al tipo de noventa, y entretanto se produce una baja de cuatro ó seis enteros, deberé haber depositado en manos de mi corredor una suma suficiente para liquidar la diferencia. Esto es lo que Federico iba á decirle; pero volvamos á nuestro asunto. Fácilmente comprenderá usted por qué razón deseamos obtener la baja en ese papel. El hecho de vender nosotros ha producido el efecto de disminuir el valor en el mercado, hasta el punto de que las acciones bajaran de noventa á cincuenta, lo cual se debe á la falta de confianza; y á fin de restablecer esta última y de que se aprecie otra vez el papel, únicamente se necesita comprar de nuevo tanto como vendimos antes. Las acciones se adquieren cuando han llegado á lo que parece ser el mínimum, es decir, á cuarenta; compramos á este precio todo el papel que se puede encontrar; y al ver esto, el público procura adquirir también y prodúcese el alza. De este modo conseguiremos que llegue á noventa de nuevo ó quizás á ciento, y así se obtendrá la diferencia entre el tipo más bajo y el más alto, es decir, á sesenta.

—Comprenda usted que eso es negociar, observó Federico.

—Pero seguramente, repuso Fedovsky, alguno ha de quedar perjudicado, si compró cuando el papel estaba en alza y vendió durante la baja.

—Todo es negocio, repitió Federico. En este asunto no se puede hacer nada sin que alguno se perjudique y pierda. Lo mismo harán con usted cuando les llegue el turno.

—Tratemos ahora de la parte de usted en el negocio, continuó el banquero después de haber apurado su copa de Jérez. Permítame advertirle ante todo que acabo de hablarle en el seno de la confianza, y que si se supiese la menor cosa sobre nuestras intenciones perderíamos la partida. Hace algún tiempo que preparamos esta operación, y solamente porque deseo que tome parte en ella le hago esta confidencia.

—¿Y qué parte es esa, Sr. Vanderblick?, preguntó el ruso.

—Yo quisiera que usted se asociara con nosotros para sostener el mercado, ó mejor dicho, para producir la baja, contestó el banquero. Claro es que podría hacer el negocio por nuestra propia cuenta; mas por varias razones..., la consideración que nos merece, el afecto que le profesamos y otras cosas, desearíamos que tomara parte en el negocio. En resumen, nosotros ganaremos con la cooperación de usted, y no puede haber duda de que á su vez se beneficiará con la nuestra; de modo que las ganancias serán mutuas.

—¿Quiere usted decir que no habrá duda respecto al éxito de la operación?, preguntó Fedovsky. ¿Puede usted estar seguro de que le será dado conseguir la baja?

—Nada de lo que no ha sucedido ya se puede considerar como absolutamente cierto, contestó el Sr. de Vanderblick. Así, por ejemplo, no estamos completamente seguros de que el sol saldrá mañana; mas sin estar cierto en absoluto, no vacilaría en garantizar el resultado. En una palabra, yo le rogaría á usted que nos dispensara de entrar en detalles, permitiéndonos dirigir el negocio bajo nuestra propia responsabilidad; de modo que no tendrá que hacer más que percibir los beneficios.

—Sin embargo, en caso de haber pérdida, supongo que también me correspondería pagar mi parte...

—Aun en esa improbable contingencia, replicó el banquero, la cantidad no sería para usted de gran importancia. En resumen, debe usted advertir que yo le hago mi proposición más bien con objeto de consolidar nuestras amistosas relaciones, tan agradables ya, que con la idea de ocasionarle las molestias que pueda producir una operación financiera. Deseamos además hacer cuanto sea posible para que usted se familiarice con nuestras instituciones americanas y costumbres, y Federico y Serafina le darán á conocer algunas de ellas durante la travesía en el yate. Yo soy solamente un hombre de negocios, y espero que considerará mi oferta bajo el mismo espíritu amistoso con que yo la hago.

Fedovsky no tenía motivo alguno para desconfiar del Sr. Vanderblick, que tenía todas las apariencias de un hombre de buena reputación y rico, y que seguramente le había tratado muy bien. No le ocurrió preguntarse á qué debía tantas consideraciones, ni por qué era objeto de tan excepcional atención por parte del banquero y de su familia; y sin embargo, si hubiese reflexionado sobre el asunto, le habría parecido algo extraño que un antiguo y cauto banquero le invitase á él, persona relativamente extraña, á tomar parte en una operación tan secreta como importante, insinuando casi al mismo tiempo que le agradaría tenerle por yerno.

Si el conde hubiese meditado sobre estos hechos, sin duda hubiera sospechado que sus reputados millones y la circunstancia de que como capitalista europeo se le consideraría bien informado respecto á la condición del papel tan distribuído en Europa, eran la causa que inducía al banquero á buscar la cooperación del conde. También hubiera podido Fedovsky preguntarse después por qué un millonario como el Sr. Vanderblick deseaba tan particularmente unir su riqueza con la de un extranjero. Esto se explicaría por el afán de engrandecimiento que caracteriza á ciertas personas; pero podía ser también una urgente necesidad de adquirir más capital; el Sr. Vanderblick podía hallarse en algún apuro y necesitar á Fedovsky para que le ayudara.

Si el conde hubiera considerado la cuestión desde este punto de vista, sin duda se habría fijado más en ella; mas lejos de hacerlo así, creyó en las palabras del banquero con la mejor buena fe, pensando solamente en la feliz oportunidad que se le ofrecía, una de aquellas que no suelen presentarse más que una vez en el transcurso de nuestra existencia. Sin hacer más que echar la mano al bolsillo, dentro de una semana, poco más ó menos, estaría en posesión de centenares de miles de duros; con este dinero volvería á ser independiente, y durante la excursión marítima que debía seguir después, seríale dado ofrecer su mano y su corazón á la mujer que amaba con la conciencia tranquila... No podía aspirar á más brillante porvenir.

Sin embargo, las condiciones eran desgraciadamente tales para Fedovsky, que no le era posible aceptar de ningún modo.

(Se continuará.)

EL TREN ESPECIAL EN QUE VIAJAN

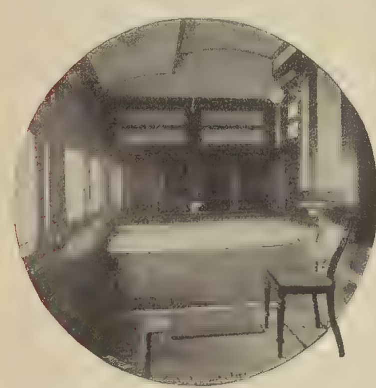
POR LA INDIA LOS PRÍNCIPES DE GALES

Muchos serán los que tengan envidia á los príncipes de Gales por su viaje á la India, porque los que no estén en el secreto sólo verán una marcha triunfal, durante la que con profusión se proporcionará á los viajeros cuantas comodidades puede procurar el dinero é idear el ingenio.

Pero el que tenga conocimiento exacto de la realidad, no envidiará á sus Altezas Reales las grandes molestias que esa excursión les ha de proporcionar. Habrá bailes de corte y revistas, ceremonias y fiestas oficiales, é interpolados entre ellos viajes por ferrocarril desmesuradamente largos.

Bueno será recordar que una excursión por la India no es lo mismo que por el Reino Unido de la Gran Bretaña é Irlanda. Aquí el viaje máximo es de 500 millas; allí los reales viajeros tendrán que recorrer miles de millas de una sola tirada.

El anterior tren oficial que usaron durante muchos años los difuntos virreyes de la India, era muy confortable; pero desde la época en que se construyó ha adelantado mucho la ciencia del ingeniero y al par de ella ha aumentado la posibilidad de emplear el lujo. En un país como la India, donde la pompa y esplendor tienen tanta parte en la conservación del prestigio del *Rajah Inglés*, es de primera necesidad que cuando el virrey viaje lo haga de una manera correspondiente á su elevada posición.



Cuarto de baño de S. A. R. el príncipe de Gales
Único baño de esta clase que se ha instalado hasta ahora en un coche de ferrocarril

El cansancio que semejante viaje ha de causar, hecho en las condiciones ordinarias, lo haría sumamente desagradable, y á fin de evitar esa molestia hasta donde fuera posible, el gobierno de la India decidió construir un tren especial para comodidad de sus regios huéspedes. Ideáronse proyectos é hiciéronse planos, y el resultado ha sido la construcción del tren más lujoso que haya probablemente existido en el mundo.

Cuando se supo que se necesitaban obreros para construirlo, hubo una viva competencia para participar del honor de contribuir á su construcción, y en ella han tomado parte hábiles artesanos de Bengala, Bombay, Burmah y el Punjaub. De esa manera llegó á ser la construcción del tren un asunto de interés para todo el imperio indio, y una prueba palpable de lo que puede hacer, en materia de material rodante, la más importante de las posesiones inglesas.

Los varios coches que lo componen tiene cada uno 24 metros de largo, ó sean cinco más que un salón ordinario, van montados en plataformas de seis ruedas, cuyo rodar es lo más suave é igual que pueda imaginarse.

Exteriormente todos los coches tienen el mismo aspecto. La caja es de un hermoso color crema, las molduras de color castaño y los dibujos que los adornan sobrepuestos y dorados.

Interiormente varían, según el uso á que cada cual está destinado. Hay el regio, el del acompañamiento, el comedor y la cocina: cada uno de ellos es un modelo en su género. Los vagones se comunican directamente entre sí, por medio de pasillos que pueden cerrarse y que están construídos de un modo especial y todos cubiertos, así es que se puede ir de un extremo á otro del tren, sin exponerse á los ardores del sol.



Comedor del tren regio. Este departamento tiene 17 metros de largo

Para cada carruaje hay, como es consiguiente, una entrada distinta. Sus Altezas pueden pasar directamente del andén de las estaciones al balcón, que se halla al extremo del salón.

Entremos y examinemos los regios coches salones. Hay uno para el príncipe, otro para su consorte.

En los dos, las paredes están ataraceadas, de una manera admirable, con caoba española y otras maderas de lujo, elegidas por el contraste que unas con otras hacen.

La cubierta en toda la extensión del tren es en forma de cúpula; al techo van fijas las lámparas eléctricas, cerradas en globos de cristal opaco. Junto á cada una hay un ventilador eléctrico para refrescar la atmósfera y preservar á los viajeros de los deprimentes efectos del calor.

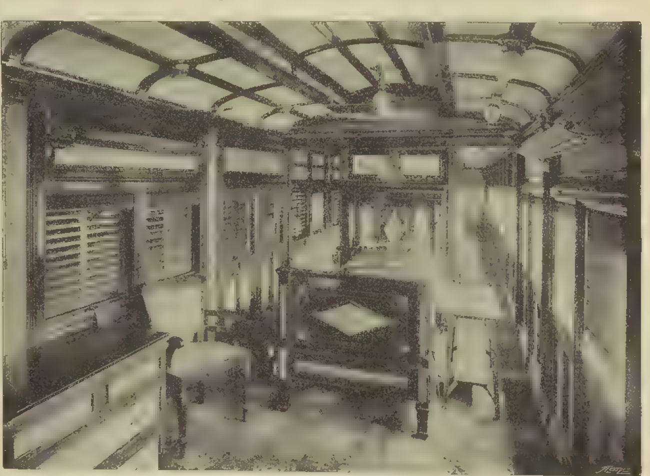
Sobre el piso de cada coche hay una doble capa de alfombra, así es que el andar por él es como pasear por un parterre de bien cuidado césped. La alfombra superior es de Axminster, de artísticos matices, que hacen resaltar más la belleza del moblaje.

En el departamento de día del príncipe los muebles son de caoba española y marroquí verde, con las armas reales estampadas en oro. El mobiliario del gabinete de la princesa es de limonero y seda brochada de un gris pálido.

Los dormitorios son en extremo lujosos y sus muebles una obra maestra del arte del ebanista. Inmediato á cada dormitorio hay un cuarto de baño de cuatro metros de largo por dos y medio de ancho. El piso de estos cuartos es de losetas de un delicado tono gris, y los muros, hasta la altura de las ventanas, están revestidos de losetas vidriadas de un verde sumamente pálido. La bañadera es de cuerpo entero y de un aspecto que convida á meterse en ella.

El comedor es una maravilla de habilidad del constructor. Su anchura, naturalmente, está limitada por circunstancias que no era posible vencer, pero su longitud no baja de 17 metros. Colocándose en un extremo y mirando al otro, la vista abarca por completo todo el departamento, pues en toda su longitud no hay una sola columna ni otra cosa que haga de sostén.

A cada lado hay mesas con tabla de mármol, unas para cuatro personas, otras para dos. Junto á cada una hay un receptáculo, ideado con mucho ingenio, para guardar el servicio de mesa. Tal vez lo más notable del decorado de este departamento es la serie de medallones colocados en las paredes, uno sobre cada ventana. Estos medallones ostentan, sobre un fondo dorado, los escudos de armas de los sucesivos virreyes y gobernadores generales, desde Lord Canning hasta Curzon, y sobre las puertas del comedor están los del propio príncipe de Gales.



Dormitorio del príncipe de Gales. Las paredes están ataraceadas de maderas preciosas

Inmediato al comedor se halla la despensa, que contiene loza de China, cristales y mantelería suficiente para proveer un regular hotel. En un ángulo hay un recipiente para enfriar el vino, donde caben varias docenas de botellas y tres quintales de hielo.

La cocina es un coche rodeado de armarios, destinado cada uno de ellos á su objeto especial. En uno de los costados hay refrigeradores distintos para carne, pescado y aves; en el otro están los fogones y parrillas. Para evitar todo riesgo de fuego se ha colocado sobre el techo de la cocina un tanque que contiene tres toneladas de agua y junto á los fogones hay una boca de incendio en comunicación con aquél.

Detrás de la cocina se encuentra un gran compartimiento para guardar efectos, y más allá hay donde acomodar hasta sesenta criadas indígenas.

Además de los dos salones regios, del comedor y cocina, hay tres coches separados destinados al séquito y dos furgones.

Los salones destinados á las personas del séquito de los príncipes están divididos en compartimientos para señoras y caballeros, y el lujo que hay en ellos en poco desmerece del de los destinados á los príncipes.

El vagón que va delante lo ocupan los empleados del ferrocarril y el último del tren está destinado á los empleados indígenas, criados y equipaje más indispensable.

No es todo eso solo lo que compone el séquito del príncipe cuando viaja. Delante de este tren van otros dos especiales llevando caballos, carruajes y el equipaje que no es de inmediato uso personal. En resumen, Sus Altezas no viajan solos, sino acompañados de un regular ejército.

Todos sus criados, exceptuando los ayudas de cámara, son indígenas.

Lord Curzon se tomó gran interés en la construcción de este tren, tanto más cuanto que, con excepción de los aparatos eléctricos y otros especiales, todo lo demás, cajas y armazones de los coches, plataformas y herrajes, fueron construídos en los talleres de carruajes de la India y con material del país; así es que ese trabajo representa fielmente el adelanto de esa industria en aquella posesión inglesa.

H. Kelway Bamber,
Inspector de carruajes del ferrocarril de la India Oriental.



María Josefa Nieto, de 125 años de edad, en el Hospital General de Madrid en el momento de la visita médica del Dr. D. Baltasar Hernández Briz. (De fotografía de Toneser.)

UNA CENTENARIA

En el número último de La Ilustración Artística publicamos el retrato y algunos datos del centenario inglés Mr. James Mac-Nelly, que cuenta 109 años de edad. La centenaria cuyo retrato adjunto reproducimos deja muy atrás á su colega, puesto que le lleva nada menos que 16 años; y cuando se llega á esas edades tan avanzadas, tres lustros son cosa algo más que respetable.

María Josefa Nieto y Santos nació en Granada en 7 de octubre de 1781; se ha casado dos veces y tuvo de su segundo esposo veintidós hijos, de los cuales ha visto morir á veintiuno; el otro se embarcó para América cuando tenía ya más de cincuenta años.

Sus progenitores murieron también muy viejos; su padre murió á los noventa y tantos años, combatiendo como fiel soldado por su patria.

A los cien años quedóse María Josefa ciega, y cinco años después entró en el Hospital general de Madrid, en donde está al especial cuidado del doctor Hernández Briz. Conserva clara la inteligencia, tiene muy mal genio y desde que se halla en el hospital no ha tenido la más ligera indisposición; come de todo lo que sus pocos dientes le permiten y tiene especial afición á los dulces y al aguardiente.



Barcelona. – Exposición organizada por el Fomento de las Artes Decorativas en los salones del Fomento del Trabajo Nacional
(De fotografía de F. Ballell Maymí.)

A las atrevidas y tradicionales energías de Barcelona débese el renacimiento de olvidadas industrias, que se desarrollan y progresan bajo la bienhechora influencia del arte. Esta compenetración produce provechosos elementos de cultura y nuevas fuentes de riqueza y prosperidad, cuya importancia se acrecentaría si todas las ramas del arte industrial recibieran el impulso y merecieran la protección á que tienen derecho.

Al Ayuntamiento de Barcelona cabe únicamente la gloria de haber procurado contribuir al fomento de dichas industrias organizando públicos certámenes, en los cuales nuestros artífices dieron repetidas muestras de su valía y de su inteligencia, que se han traducido también en el decorado, mueblaje y cuantos elementos embellecen algunos establecimientos y suntuosas mansiones con cuya posesión se envanece nuestra ciudad.

Al suspenderse la celebración de exposiciones oficiales, una colectividad de entusiastas artífices concibió el nobilísimo propósito de continuar dando muestra de su actividad organizándose bajo la denominación de «Fomento de las Artes Decorativas.»

A esta estimable agrupación débese la interesante exposición de diversas manifestaciones decorativas instalada en los salones del Fomento de la Producción Nacional. Cierto es que no alcanza la importancia y extensión de los concursos oficiales anteriormente celebrados, pero no por ello reviste menor interés y son menos apreciables los esfuerzos é iniciativas de aquellos que en la exposición á que nos referimos han tomado parte. En la imposibilidad de ocuparnos con la detención que merecen de cada una de las producciones que se han exhibido, observaremos que algunos de los expositores, como los Sres. Atché, Brosa, Joaquín y Dionisio Renart, Busquets, Triadó, Puigdengolas, Xumetra, Clapés, Oliva, Pineda, Cerberó, Pedrerol, Xiró, etc., han dado ya repetidas muestras de su habilidad é inteligencia, siendo sus nombres ventajosamente conocidos. A todos ellos felicitamos por su perseverancia y por sus esfuerzos en favor del progreso del arte que cultivan, y aplaudimos á cuantos han tomado parte en la exposición, confiando que el público, en primer término, recompensará sus afanes, dando con ello un testimonio de patriotismo y de cultura. – A. García Llansó.

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XXV ← Barcelona 2 de abril de 1906 → Núm. 1.266

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



ENSUEÑO, escultura en mármol de Miguel Blay. (Salón Parés.)

ADVERTENCIA

Con el presente número repartimos á los señores subscriptores á la BIBLIOTECA UNIVERSAL el primer tomo de la serie de 1906, que será la obra de Gustavo Droz TRISTEZAS Y SONRISAS, traducida de la 80.ª edición francesa.

SUMARIO

CRONICA DE TEATROS

Aunque el teatro no ha variado ni puede variar en lo esencial, puesto que ha sido, es y será siempre *representación* de una acción humana, es lo cierto que en su forma y desarrollo ha cambiado y ha de seguir cambiando constantemente. Puede el teatro ser considerado como un espejo en el que se refleja la vida: á medida que ésta se modifica ha de modificarse la imagen. En épocas de pasión y de entusiasmo, de actividad y de lucha, de fe y de poesía, la literatura dramática es pasional, rica de acción y eminentemente lírica; pero váyase á una sociedad como la nuestra con arrebatos de pasión delirante, con ardientes anhelos por la fe, con arranques de poesía lírica, y el autor que tal intentare saldría con las manos en la cabeza. Hoy el público silbaría *El trovador* y tomaría á risa el desenlace de *Los amantes de Teruel.* El análisis y el exceso de reflexión hacen á los hombres modernos nada creyentes, refractarios al entusiasmo y poco activos. Sólo *hacen* los que meditan poco: el pensamiento es casi siempre enemigo de la acción.

A los que viven sólo en su tiempo y no tienen fuerza imaginativa bastante para trasladarse mentalmente á otras sociedades y otras épocas, les parecen absurdos y hasta ridículos los dramas y comedias que veinte años ha entusiasmaban al público de entonces. Para estos cortos de vista, Bretón, Ayala, Tamayo, el mismo Echegaray, no son acreedores á la fama y al aplauso que sus contemporáneos les otorgaron largamente. ¡Dentro de algunos años se juzgará lo mismo de los que ahora llevan la voz cantante en el teatro, los cuales sólo encontrarán algo de justicia en aquellos hombres capaces de sentir y conocer esta época en que vivimos como nosotros la sentimos y conocemos!

Entre los autores que sostienen el crédito de nuestro teatro, los que mejor interpretan y retratan el estado intelectual y moral de nuestros días son Benavente y los hermanos Quintero. Benavente penetra en las conciencias, ve las almas modernas, siente las dudas, los anhelos, los conflictos espirituales del tiempo presente; los Quintero observan como nadie la realidad externa, las costumbres, las ridiculeces, los vicios contemporáneos. El arte del primero es más intenso, más hondo, más psicológico; el de los segundos más vivo, más plástico, más colorista; Benavente es más europeo; los Quintero más españoles. El teatro del autor de *La noche del sábado* puede interesar é interesa á los públicos extranjeros; el de los autores de *Los galeotes* es tan castizo, que con ser extremado su mérito, perdería mucho al ser representado ante otros públicos de distinta raza que la nuestra.

Benavente, para quien la temporada que está á punto de terminar ha sido una serie no interrumpida de triunfos, ensaya en estos momentos *La princesa Bebé*, y en el mismo teatro predilecto del público de Madrid acaban los Quintero de someter al juicio del respetable senado la comedia titulada *La casa de García.*

Ya Núñez de Arce, poeta á quien la nueva generación literaria maltrata con notoria injusticia, se lamentaba, veinticinco años ha, de que caían de sus altares

> bajo insensatos golpes,
> la patria, la familia,
> los reyes y los dioses.

No diré yo que hayan acabado de caer todas estas instituciones y deidades; lo que sí aseguro es que algunas de aquéllas, como la familia, han venido muy á menos. Según aseguran sabihondos filósofos, el hogar familiar se apaga, y pronto vendrá á extinguirlo del todo el divorcio, traducido ó arreglado del francés. «En la casa—dicen—como en el Estado, están ó rotos ó á punto de romperse el respeto y la obediencia;» de modo que cualquier chisgarabís á quien apenas apunta el bozo se encara por un quítame allá esas pajas con el autor de sus días y le espeta en mala prosa una insolencia como aquellas que Segismundo suelta á su señor padre, el rey Basilio, en *La vida es sueño.*

Según lo que se desprende de la última comedia de los Quintero, puede afirmarse que la *casa* moderna no es ya aquel santuario en el que al amparo del amor conyugal se desarrollaban íntimos afectos, virtudes austeras, abnegaciones y sacrificios más grandes cuanto menos aparentes. Es, por el contrario, albergue común á varias personas, las cuales rara vez se toleran y aguantan y cuya norma de conducta es el egoísmo.

La casa de García es uno de esos albergues. Constituyen la familia: el jefe *nominal* de ella, D. Pedro, cincuentón ya próximo á los sesenta, que reina pero no gobierna y á quien nadie respeta ni hace el menor caso; su mujer, una señora que jamás está en su casa y á quien sólo por referencia conocemos, y la cual ni atiende á su marido ni se cuida poco ni mucho de sus hijos; la suegra de García, una vieja idiota que con sus insensateces y extravagancias tiene constantemente en brasas á su desventurado yerno, y los cuatro hijos de D. Pedro, que son á cual peores: Momo es un cínico sin sombra de sentido moral, un superhombre de menor cuantía; Alfredito, un sietemesino tan tonto como insolente; Fili, niña cursi y mal educada, y César, que á pesar de ser el mejor de los cuatro, á fin de sostener sus vicios ha metido mano en la caja de cierta casa de banca en que está empleado. De las dos criadas que hay en la casa, la Salvadora es descarada, chulapona y por varios estilos mala pécora. Las únicas personas decentes que forman la familia de García son dos sobrinas del pobre señor, una que tiene que escaparse para huir de los asedios de Momo, y otra que si no se escapa es porque está enamorada de su primo César.

Bien se echará de ver con la enumeración que dejo apuntada que los autores se han dejado llevar, por esta vez, de un pesimismo por extremo exagerado. Pueden existir, y sin duda existen, hogares como el de la casa de García; pero en justicia, ¿quién había de ver en la tal casa la imagen de los hogares españoles? Como he dicho antes, el teatro debe ser un espejo, y el espejo es tanto mejor cuanto más fiel. El que esta vez nos han presentado los Quintero afea demasiado al original. El público debió de decir la noche del estreno de *La casa de García,* como el personaje del poeta:

> No soy bien mirado
> tan disforme ni feo,

y esto explica la frialdad con que la obra fué recibida.

La acción es sencilla: los autores prefieren la pintura de costumbres á las complicaciones del argumento. Este se reduce á lo siguiente: César, como he dicho, se ha apoderado de una cantidad que no le pertenece; su delito va á descubrirse porque se acerca la época en que se acostumbra á hacer balance en la oficina en que el mal aconsejado joven presta sus servicios. En tal situación acude á su padre y se lo confiesa todo. El pobre D. Pedro quédase consternado ante semejante revelación; y de tal manera termina el primer acto.

La familia de García tiene también no sé si sus jueves ó sus martes. A estas reuniones acuden algunos amigos, circunstancia que aprovechan los Quintero para intercalar con la acción principal algunos incidentes cómicos, entre otros las importunidades de un autor dramático que se perece por contarle á todo el mundo los argumentos de su obra. D. Pedro, en tanto, está en brasas; su disgusto no le deja sosegar y ansía que llegue el momento de que sus convidados se marchen á fin de que sus hijos le ayuden á salvar á César.

Es de advertir que entre todos los hermanos poseen una casa que García les ha donado. Si Momo, Alfredo y Fili se deciden á vender aquella finca, con el importe de la venta podrá César cubrir su desfalco y evitar la deshonra y el castigo que le amenazan. ¡Claro es que D. Pedro, que tiene sobrados motivos para conocer á sus retoños, teme, y con mucho fundamento, que se llamen Andana y dejen á su hermano, como suele decirse, en las astas del toro.

Márchanse al fin los convidados y el padre expone á los tres citados hijos la situación en que César se encuentra. Como era de esperar, ninguno de ellos se presta á perder su dinero por salvar á su hermano. «Puesto que él ha cometido la falta, que la pague. Cualquier día van á desprenderse de lo que poseen para que el otro se apodere de ello. Que salga como Dios le dé á entender del atolladero en que sus vicios le han metido.» César, que lo ha oído todo, se presenta, increpa á sus hermanos y á duras penas logra impedir D. Pedro que aquello acabe como el rosario de la aurora.

Esta escena resulta por extremo amarga, hace daño; pero es verdadera: su realismo, mejor dicho, su *verismo,* fué sin duda la causa de que no se la aplaudiese tanto como se merece. En otras obras han demostrado los Quintero gracia, ingenio, ternura; pero en ninguna han revelado tanto vigor dramático como en la escena capital de *La casa de García.* ¡Lástima que para llegar á ella hayan exagerado los autores el pesimismo que en su última obra les ha inspirado!

El último acto es el más endeble de la comedia. La pasividad y tolerancia de D. Pedro me parece verdaderamente incomprensible, aun tratándose de un hombre tan pazguato como él y de unos hijos tan irrespetuosos y desvergonzados como los suyos. Además, la parte cómica, representada en este acto por el secretario de García, personaje caricaturesco y cuyo rasgo distintivo es el de la metijosidad, resulta pegadiza é inoportuna. Al fin, después de varias escenas preliminares y que pudieran suprimirse sin que la acción padeciese por ello lo más mínimo, reanúdase el argumento. María, aquella sobrina de D. Pedro, que como ya he dicho amaba en silencio á César, acaba por descubrir su pasión. El joven se enternece, comprende que al lado de su prima estaría quizás para él la felicidad; pero su falta le obliga á alejarse, á huir, á fin de evitar el desprecio de las gentes y quizás la cárcel. Vanas son las súplicas de María para detenerle, vanos también los esfuerzos que hace el pobre padre para impedir que su hijo se expatríe. «Yo dispongo—dice—de una cantidad que se me ha confiado; haz uso de ella y yo con mi trabajo repondré lo que ahora tome.» César que, como ya he dicho, es el menos malo de los hermanos, no acepta el sacrificio (y claro es que éste es muy grande, siendo García como es un hombre honrado), y huye buscando en lejanas tierras su regeneración por medio del trabajo.

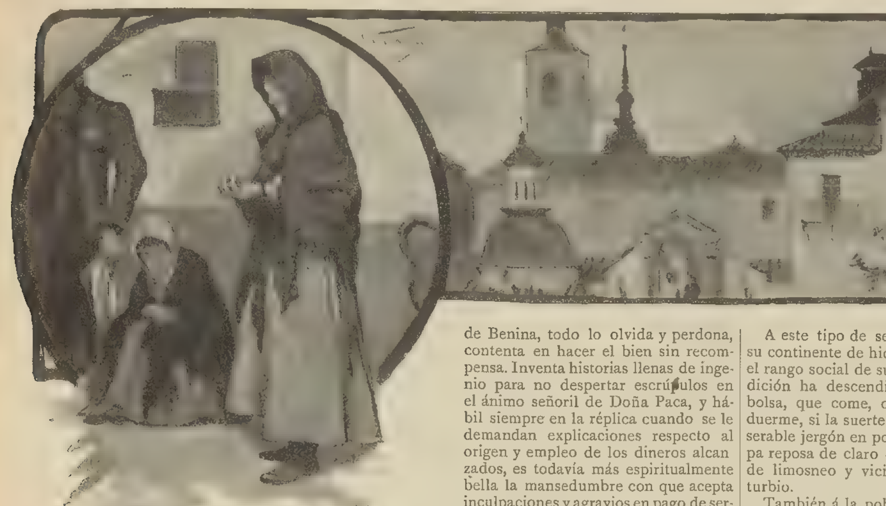
Tal es sucintamente explicada la última comedia de los Quintero, elegida por Fernando Díaz de Mendoza para su beneficio. Y ciertamente, á pesar del poco lisonjero éxito de *La casa de García,* el beneficiado obtuvo un gran triunfo. Sin exageración alguna, puede decirse que la interpretación del protagonista de la comedia fué magistral. Y como Fernando, además de actor excelente, es un director de escena sin rival en España, los espectadores que llenaban aquella noche el teatro le hicieron una manifestación entusiasta de admiración y simpatía.

***

Para que en esta crónica no falte noticia de los estrenos más notables verificados en Madrid desde mi crónica anterior, diré que el drama alemán, con su poquito de *melo,* titulado *La retreta*, sombrío y áspero, pero interesante y conmovedor, ha *calentado* algo, como se dice en el *argot* teatral, la sala de la Comedia.

La Princesa nos ha ofrecido también dos novedades: una, el drama simbólico *La herencia de Araus,* obra libresca llena de reminiscencias del teatro novísimo extranjero y que fué escuchada con cortés resignación; otra, *Benvenuto Cellini,* presentada con gran lujo de decoraciones y con rico *atrezzo,* original del joven poeta Marquina. La vistosa comedia—biografía dramática la titula su autor—interesó poco; pero el público celebró unánimemente el entusiasmo artístico y el color poético que el Sr. Marquina ha sabido dar á los cuatro episodios que en ella nos presenta de la accidentada é intensa vida del célebre artista florentino.

Zeda.



Entre el hampa de pordioseros... se sienta esa anciana de sesenta años

LAS MUJERES EN GALDÓS

BENINA

Es muy conocida de la pobretería que limosnea á las puertas de la madrileña iglesia de San Sebastián. Entre el hampa de pordioseros, mancos, cojos, viejos, borrachos, que viven de la caridad de las almas misericordiosas, se sienta esa anciana de sesenta años, con un rostro marchito que ni aun en los años juveniles despuntó por hermoso, cano el cabello, los ojos tristes. ¿Cómo es su nombre? *Benina* la llaman los mendigos, compañeros de postulación, y con voces agrias, en que el rencor y la ironía se mezclan, repiten igual nombre las mujeronas borrachas que la insultan un día en el cafetín, adonde acuden los pobres á llevar un poco de calor, con las rebañaduras del limosneo, á los famélicos vientres. *Nina*, con dulce denominación la dicen en la casa donde sirve, y el cariño de los niños, los hijos de la señora, aquella *Doña Paca* de quien, más que criada, ha sido durante toda la vida compañera y amiga, en ese nombre contrahecho, tan eufónico y poético, al pronunciarlo parece que ponen ternuras del corazón muy hondas. Más inmensa pasión pone al nombrar la el ciego Almudena, otro pordiosero que la ama con desbordada intensidad de querer, cuando la nombra y la llama con cálida y fervorosa frase: «Nina.., *amri*.»

¿Cómo es la historia de su vida? Es vulgar, corriente, y sólo en el fondo, en su intimismo, buscando en su psicología sin grandes complejidades, se halla el rastro de un espíritu fuerte, que agota todas las energías en una obra de infinita misericordia humana. Es sencillamente una mendiga. Pide limosna, y todo su ingenio lo emplea en allegar dineros, solicitando préstamos entre gente humilde. Poco rinde de la postulación; escasos recursos le proporcionan las mil argucias de que se vale para conseguir unas monedas que sirvan para aliviar miserias que parecen irremediables. Pero esos socorros no los busca para remedio de la propia pobreza; no son para ella.

Durante muchos años, con el producto del limosneo, ha ido manteniendo en pie el hogar venido á menos á causa de las prodigalidades de la manirrota *Doña Paca*, su antigua señora y dueña, á quien en servirla ha sacrificado desde la juventud trabajo, holganza, alegrías y hasta venturas que, en un amor de las mocedades presentido, presto burlado, pudieron ser ciertas. En casa de la señora, pronta á las cóleras, que «pasaba de la bondad apacible á la ira insana,» desde largos años ha, cuando sobrevino con los despilfarros la ruina de la hacienda, no cobra salarios por sus servicios de criada única, y antes por el contrario, vese obligada á limosnear á las puertas de San Sebastián, engañando la fe de la señora con hábiles mentiras en disimulo de la procedencia del poco dinero agenciado al día, para atender á las muchas necesidades del hogar empobrecido de *Doña Paca*. De ella sufre insultos, vejaciones. Más poderosos el cariño y la piedad en el corazón de Benina, todo lo olvida y perdona, contenta en hacer el bien sin recompensa. Inventa historias llenas de ingenio para no despertar escrúpulos en el ánimo señoril de Doña Paca, y hábil siempre en la réplica cuando se le demandan explicaciones respecto al origen y empleo de los dineros alcanzados, es todavía más espiritualmente bella la mansedumbre con que acepta inculpaciones y agravios en pago de servicios tan generosamente prestados.

No acaban ahí los cuidadosos afanes de Benina. Como si no fueran sobrados los que requieren los agobios constantes de la señora, ella, con plenitud de misericordia que no acaba, busca nuevos empeños de caridad, y sin cobardías de ánimo métese en andanzas de socorrer otras pobrezas, más menesterosas de alivio que las suyas propias. Llevada de esta ansia piadosa, acude también al socorro de las necesidades de la *niña*, aquella *Obdulia* romancesca y picada de un delirio de grandezas que mal se aviene con los acosos de su pobreza extrema. También á la casa de la hija de Doña Paca lleva lumbre y sustento. La limosna, recogida con penalidades y sonrojos sin cuento, que se reparte con una voluntad nunca en desmayo, á todo menester y quebranto atiende. La bambolla social de una familia altiva, mantenida en el aire, gracias al soñar sin término de la madre en futuras opulencias y merced al alocado idealismo de la moza que la hace desprenderse de las bajas y apremiantes necesidades de la tierra, ese artificio de decoro en que, por engaño, esos seres viven, no tienen más apoyo que el fértil ingenio de Benina que lo entretiene con fantásticas historias novelescas, y su mano pedigüeña que recoge limosnas para remediar al pronto, día por día, agobios y miserias. La caridad de la mendiga no tiene límites. Sus mentiras, gratas mentiras con que ayuda al engaño de las buenas gentes á quienes sirve y socorre, no son más que cariñosas ficciones que inventa la piedad en alivio de dolores morales, más espantosos tal vez que los mismos daños que el hambre acarrea. Y en el hogar de Doña Paca, lo mismo que en el de Obdulia, Benina, misericordia espiritual hecha carne humana, los vientres famélicos sacia y las almas intranquilas aquieta. ¿Qué serían sin la ayuda de ella? Dos vidas inútiles, parasitarias, que se nutren de otra vida activa, fecunda en bienes, sin ésta no podrían existir. Las hiedras verdes, todas pompa y galanura, necesitan agarrarse al viejo tronco, seco y añoso, para quien ninguna primavera le trae ya la alegría de las hojas nuevas. La savia que le quitan, que generosamente concede, sirve para embellecer la hermosura y el esplendor ajenos.

Inagotable en el favor, Benina lleva más adelante aún su empresa de misericordia. Las grandezas que han caído mueven más fuertemente su compasión, y del dolor y de la miseria de las gentes que, por males de sus pecados ó por el azar de la suerte, del holgar y del hastío de riquezas y goces han venido á caer en las pesadumbres trágicas de una pobreza sin redención, la piadosa mujer, mendiga y santa, con santidad entrañablemente humana, se lastima más piadosamente. En sentir de Benina, sin que ella razone las causas de la irritante desigualdad social, entre los humildes y desheredados de la fortuna, seres que penan dolorosamente en la vida, hay unos que son más desgraciados, más miserables, porque juntan á los sufrimientos de la miseria el tormento de la vergüenza que impone una dignidad heroicamente llevada. Por ellos siente Benina una maleante compasión, piadosa con toda sinceridad en el fondo, pero á flor, superficialmente, burladora de vanidades que ni siquiera ante la realidad, eterna desengañadora de ilusiones y sueños, pasan y se desvanecen.

A este tipo de seres pertenece Ponte. Mantiene su continente de hidalgo, su empaque de caballero, el rango social de su abolengo; pero á tan baja condición ha descendido, merced á la penuria de la bolsa, que come, cuando puede, en mal figón, y duerme, si la suerte le depara medios, sobre un miserable jergón en posada económica, donde el hampa reposa de claro en claro las fatigas de una vida de limosneo y vicio que arrastran de turbio en turbio.

También á la pobreza decente, con estoica serenidad sobrellevada, atiende la misericordia de Benina. Ella recoge al infeliz caballero, y en su ayuda acude con socorros. Toda aquella vanidad dentro de la mayor miseria de Ponte encuentra un puntal en las rebañaduras del limosneo de Benina.

Por compasión, por piedad, que también es una forma del amor sin impurezas, y no por bajas pasiones, como suponen las gentes, que malician siempre torcidamente de las más generosas y altruistas acciones, Benina sigue en sus andanzas y malaventuras al ciego Almudena, aquel morazo pordiosero, malagorando siempre, amador rendido de la pobre mujer, de piernas torcidas, con los «ojos como llagas ya secas,» que la requiebra y solicita de amores con versículos orientales, en que la poesía de su árabe raza deja el sabor de su ternura y de su encanto sugestivo é íntimo.

Por demás extraña, aunque sin grandes complicaciones psicológicas, es la complexión moral de Benina. No hay en sus actos el temple heroico de una mujer singular, extraordinaria, que afronta y vence con ánimo esforzado grandes empresas. No; es sencillamente un ser vulgar, anónimo, pobre en hechos resonantes, de baja condición social, pero con el ímpetu interior necesario para reducir esos obstáculos pequeños del vivir ordinario, que á veces exigen arrestos superiores de ánimo y hasta heroicas valentías.

Ella sufre hambres, vergüenzas, malos tratos, y no le importan. Pero llevada de un hondo sentimiento de piedad, no puede ver que sufran idénticos males las personas á quienes conoce padeciendo, y cuyos dolores se apropia, sin que en esos cuidados ponga parte ni el grito de la sangre, ni la pasión amorosa, ni siquiera el íntimo impulso de una gratitud que corresponde hasta con el sacrificio á generosidades anteriores. Su sentido de la piedad no alcanza á distinguir, por lo mismo que es connatural y más aún inconsciente, entre grandes y pobres, y así como cura los nerviosos ataques de doña Paca, más tarde también cura y asea la sarnosa piel del moro Almudena. Igualmente sufre resignada los insultos de la señora como los golpes del ciego.

Si hay algo singular en esta mujer es su altruismo, su abnegación sin límites, instintiva, irreflexiva, á todas luces inconsciente.

No hay un momento en que cavile sobre las propias desventuras. Su miseria, el abandono en que vive, la lucha continua con los sinsabores de la existencia á que se ve forzada, ni aun ligeramente la preocupan. Vive y lucha por los demás.

Cuando la llevan detenida al Asilo de mendigos, no piensa un instante siquiera en su vergüenza, ni en las penalidades que sufre, ni se lastima de los malos tratos que recibe. Aun en esos momentos de angustia interna sólo piensa en la suerte y andanzas de la desventurada señora á quien sirve. Parece en esos momentos de desolación espiritualmente trágica, en que por un superior esfuerzo del alma se desprende del propio dolor y no da lugar más que á una tristeza abnegada que se lastima de los dolores ajenos, que siente el dolor universal, el inmenso dolor humano, parece, repito, que dentro de ella resurge impensadamente el alto humanismo que Cristo pusiera en aquellas admirables palabras: *No lloréis por mí...*

No tiene Benina ningún concepto filosófico del bien. Su ética es rudimentaria; su moral social es instintiva.

Por imperio de la naturaleza, la piedad es en ella el sentimiento intensivo y más poderoso. Si respondiera al instinto de conservación; si por espontánea ley natural que impone como principio primordial de la vida el egoísmo en «la lucha por la existencia,» las fuerzas que emplea en buscar el bien para los demás, por necesidad, en propia defensa, emplearíalas en redimir su pobreza y males. En sus actos no hay ni un átomo de egoísmo, ni altruista, con ideales fines, ni de bajas cualidades que esperan materiales provechos. La índole de su sentimiento, henchido de misericordia y piedad, es francamente humano, con un desinterés en su fondo de generosidad admirable. Conduélese el alma de Benina de todo dolor, súfralo quien lo sufra. Dada su situación social y sobre todo el ambiente moral en que vive, la lógica corriente exigiría en ella complacencias por la ruina y miseria de los grandes venidos á menos, á virtud del innato odio de clases, y que permaneciera impasible ante la miseria de sus iguales, la pobretería postulante, ó que contra ellos sintiera rencor, ya que le disputaban el mísero mendrugo y la escasa limosna. Por el contrario, la miseria de unos y el dolor de otros, voluntariamente, por un impulso poderoso que la empuja á buscar á todos los que sufren, los comparte y alivia con los medios que halle al alcance de su ingenio y súplicas mendicantes. Su piedad inagotable duélese de todo mal y tristeza. En pago de las obras de misericordia que realiza, ni espera en la bienaventuranza eterna con exaltación mística, ni confía obtener bienes en la tierra con ambiciosa pasión de lucro y sed de grandezas.

A esta virtud que vive en la realidad; que se intensifica al contacto del eterno dolor que reina sobre el haz de la tierra; que nutre sus vigores en la existencia ordinaria, en medio de la muchedumbre de tristes, de forzados y de vencidos, entre las gentes más humiles, yo la llamaría *santidad humana,* ó «religión del sufrimiento,» que dijera Eduardo Rod.



La huelga de mineros del Norte. - Detención del agitador Broutchoux en una calle de Lens (De fotografía de «Photo-Nouvelles.»)

Y esa misericordia de Benina que en el bien se muestra pródiga, y que por añadidura se reviste de una gran conformidad, mansedumbre de espíritu, ante el mal; que ni siquiera se queja cuando la familia de doña Paca, vuelta á la opulencia, la arroja de la casa, y resignada, admirablemente paciente, admite los pobres socorros con que la atienden, sencilla y todo, implica una saludable y generosa filosofía de la vida.

Chorrean enseñanzas morales muy grandes, aun toscas de expresión, las palabras de Benina con que termina la obra, en el diálogo con la ingrata y al fin arrepentida nuera de la señora:

—Bueno... Tus hijos no morirán. Vete tranquila, y no vuelvas á pecar.

Angel Guerra.

(Dibujo de Cutanda.)

La catástrofe de Courrières. - La huelga

La brigada de salvamento de Westfalia y los bomberos parisienses que acudieron á Courrieres provistos también de aparatos especiales, se han dedicado últimamente á extinguir el incendio en el pozo número 2 con objeto de llegar por éste al pozo número 3. Los trabajos avanzan con lentitud suma, pues hay que luchar con grandes dificultades y que conquistar el terreno metro á metro. Todos los días se extraen algunos cadáveres, la mayoría de los cuales no pueden ser reconocidos por el estado de descomposición en que se hallan.

La triste situación de aquella cuenca minera se ha agravado considerablemente con la huelga que estalló á los pocos días de haberse producido la catástrofe y que ha ido tomando tal incremento, que más de 70 000 obreros han abandonado el trabajo.

Aumenta la gravedad de la situación la circunstancia de no saber propiamente las compañías con quién han de tratar para resolver el conflicto, pues además de la organización sindical que preside M. Basly y que puede decirse es la oficial, existe un sindicato disidente, puramente revolucionario, á cuyo frente figura M. Broutchoux.

El día 20 de marzo último efectuóse en Lens un congreso obrero, al cual asistieron 177 delegados de los tres sindicatos del Paso de Calais, del Norte y de Anzin, y en el que fueron rechazadas las proposiciones de los intransigentes; pero éstos, no conformes con su derrota, organizaron una manifestación tumultuosa, al frente de la cual iban M. Broutchoux y una mujer con una bandera roja. La manifestación fué disuelta por los gendarmes, quienes procedieron á detener á varios manifestantes, entre ellos al citado M. Broutchoux. La detención del jefe de los revolucionarios exasperó á éstos; pero las órdenes del ministro del Interior eran severas, y así la gendarmería como el ejército garantizaron la libertad del trabajo y todo ataque contra la propiedad. —S.



Aparato de la brigada westfaliana — Bomberos parisienses provistos del aparato Guglielminetti — Bomberos parisienses provistos del aparato Vangirot

Aparatos de salvamento que han funcionado en las minas de Courrieres



Trabajos de salvamento efectuados por la brigada westfaliana en las minas de Courrieres
(De fotografías de F. Schaetzke)

1. Descubrimiento de un cadáver. – 2. Aislamiento de un trozo de galería incendiado, por medio de un muro. – 3. Descenso á un pozo. – 4. Auxilios prestados á un asfixiado. – 5. Individuo de la brigada con el traje y el aparato de salvamento. – 6. Transporte de un cadáver por una galería en ruinas. – 7. Aislamiento provisional de un trozo de galería incendiado.

Algeciras.—Ceremonia de la jura de banderas. (Fotografías de nuestro corresponsal A. Pérez)



Los Sres. Ojeda, duque de Almodóvar, Visconti Venosta, Nicholson y Revoil, secretario español y delegados respectivamente de España, Italia, Inglaterra y Francia, presenciando la jura de banderas.

Acto de la jura por los reclutas

Los delegados marroquíes presenciando desde la tribuna la ceremonia de la jura de banderas. Detrás de ellos están el Sr. Pérez Caballero (centro) delegado español y otros delegados de Inglaterra, Marruecos y Austria.

ALGECIRAS

LA JURA DE BANDERAS. — LOS TRABAJOS DE LA CONFERENCIA

La circunstancia de hallarse reunida en Algeciras la conferencia diplomática encargada de resolver los problemas marroquíes ha hecho que revistiera allí este año excepcional solemnidad el acto de la jura de banderas por los reclutas.

Efectuóse éste el día 18 en la explanada que se vió invadida de una multitud inmensa. En las tribunas había hermosas damas y los individuos del cuerpo diplomático.

A las diez de la mañana llegó al sitio de la ceremonia nuestro ministro de Estado Sr. duque de Almodóvar, que fué recibido con los honores correspondientes, y en seguida comenzó la misa de campaña, que se dijo en un altar espléndidamente decorado.

Terminada la misa, tomóse el juramento á los reclutas, quienes luego desfilaron por delante de las respectivas banderas. Acto seguido, el ministro y el general Espinosa, acompañados de las autoridades y de los diplomáticos, presenciaron el desfile de las tropas que habían figurado en el acto, desfile que comenzó por la columna de desembarco del crucero *Infanta Isabel* y siguió por las fuerzas de guarnición en aquella plaza.

El duque de Almodóvar obsequió después con un *lunch* á los diplomáticos que habían presenciado la jura y á los jefes y oficiales de las tropas que habían tomado parte en ella.

Fué este acto un pequeño descanso para los representantes de las potencias, que bien lo necesitaban después de tantas semanas de un trabajo ímprobo para ver si al fin se llega á un perfecto acuerdo.

En estas mismas columnas, ocupándonos de la conferencia, hemos dicho que las principales dificultades estribaban en la cuestión del Banco y en la de la policía. Sobre estos puntos parecían incompatibles las pretensiones de Francia y las de Alemania, cuyos respectivos gobiernos mostrábanse poco dispuestos á concesiones mutuas, por entender, en el fondo muy justamente, que las naciones que consiguieran una marcada preponderancia en la vida económica de Marruecos y lograran encargarse del mantenimiento del orden de los principales puertos marroquíes serían, en definitiva, las verdaderas señoras del Imperio. Los representantes franceses y alemanes han sostenido una lucha reñida que, en algunos momentos, pudo hacer temer el fracaso de la conferencia y que se refería al número de participaciones que cada una de las dos potencias, Francia y Alemania, debía tener en el capital del Banco, á la superior inspección del mismo y sobre todo á la organización del servicio policíaco.

Acerca de este último extremo, presentó el representante de Austria un proyecto de policía mixta, según el cual en cuatro puertos del imperio los oficiales franceses tendrían á sus órdenes subalternos españoles y en otros cuatro los oficiales españoles tendrían á las suyas subalternos franceses. La intención era buena y en principio podía parecer aceptable; pero franceses y españoles comprendieron que en la práctica resultaría de aplicación difícil, por no decir imposible, y sería seguramente causa de conflictos entre España y Francia, que han de proceder necesariamente de absoluto acuerdo, y restaría fuerza moral al cuerpo de policía por falta de compenetración entre los organismos que han de ser el alma del mismo. Posteriormente el representante de Austria modificó su proyecto en el sentido de limitar á dos puertos, el de Tánger y el de Mogador, la aplicación del principio de la policía mixta franco-española, dejando los otros seis confiados exclusivamente tres á los franceses y otros tres á los españoles.



ESTUDIO, dibujo de Arturo S. Cowey

Mas tampoco esto satisfizo á los interesados, y al fin pudo llegarse al acuerdo de repartir por mitad la policía de los ocho puertos á oficiales y subalternos franceses y españoles exclusivamente, los cuales serán designados por las respectivas potencias y sometidos á la aprobación del sultán.

Quedaba por resolver la cuestión de las atribuciones del inspector general de esa policía y las de las relaciones del mismo con el sultán y con el cuerpo diplomático acreditado en Tánger. En cuanto á la primera, parece haber sido resuelta en el sentido de que el inspector, que pertenecerá á una potencia neutral, tendrá, desde el punto de vista militar, la dirección suprema y la vigilancia de los destacamentos extranjeros, en lo concerniente á su equipo, armamento, instrucción y funciones, y desde el punto de vista político cuidará de la fiscalización, dentro de los límites fijados por la conferencia, de la organización de la gendarmería y de la vigilancia del presupuesto de ésta, confiado al Banco del Estado. En cuanto á la segunda ha quedado zanjada, según las últimas noticias hechas públicas en el momento en que escribimos este artículo, mediante la aceptación por la conferencia de una enmienda que el delegado norteamericano ha presentado al proyecto redactado por el comité de ponencia.

Dicha enmienda, que pasa á formar los artículos 7.° y 8.° del proyecto, dice así: «Art. 7.° Los informes y las comunicaciones dirigidos al Maghzén por el inspector general acerca de su misión, serán remitidos al mismo tiempo por medio de copia al decano del cuerpo diplomático en Tánger, á fin de que dicho cuerpo diplomático pueda cerciorarse de que la policía marroquí funciona en conformidad con las decisiones de la conferencia, y vigilar acerca de si garantiza de una manera eficaz y con arreglo á los tratados la seguridad de las personas y bienes de los extranjeros, así como la de las transacciones comerciales.—Art. 8.° En caso de reclamaciones hechas al cuerpo diplomático por la legación interesada, dicho cuerpo podrá pedir al inspector que abra una información y emita informe acerca de tales reclamaciones.»

Por lo que hace á la cuestión del Banco, todo permite esperar que se ha dado con una solución satisfactoria, mediante la cual se concederán á Francia dos participaciones en la aportación del capital, además de la que le corresponde como á las otras potencias, á cambio de la renuncia del derecho de preferencia que tienen los banqueros franceses que hace algún tiempo prestaron 65 millones al sultán.—R.



Barcelona. – Ascensión proyectada por los Sres. Fernández Duro y Herrera para cruzar el Mediterráneo. – Aspecto que ofrecía el sitio en donde debía elevarse el globo «Huracán» en la tarde del 25 de marzo último. (De fotografía de A. Merletti.)

EL AERONAUTA Sr. FERNÁNDEZ DURO

EN BARCELONA

LA PROYECTADA TRAVESÍA DEL MEDITERRÁNEO EN GLOBO

A fines de 1905, el Automóvil Club bearnés y M. Enrique Deutsch, del Meurthe, ofrecieron una magnífica copa llamada de los Pirineos, para el aeronauta que saliendo de Pau y atravesando aquella cordillera tocase tierra en el punto más distante de España ó de Portugal. Un mes después, el señor Fernández Duro, ilustrado y atrevido aeronauta, presidente del Aereo-Club de Madrid, tripulando el globo *El Cierzo* de 1600 metros cúbicos de cabida, con 450 kilogramos de lastre, salía de Pau á las tres y cuarenta de la tarde de la mencionada ciudad francesa; á las seis se hallaba sobre los Pirineos, á 1.300 metros de altura; á las seis cuarenta y cinco pasaba la cordillera, y doce horas después, habiéndose remontado á alturas hasta de 4.000 metros y sufrido temperaturas de 16 grados bajo cero, descendía á seis kilómetros de distancia de Guadix. Había recorrido en poco menos de quince horas 800 kilómetros.

El resultado de esa travesía en globo ha sido considerado tan admirable, que la mayoría de los que se habían inscrito para disputar la copa desistieron de su propósito, pudiendo afirmarse que de todos modos el señor Fernández Duro será el poseedor del codiciado premio, pues se cree imposible que en la dirección impuesta pueda recorrerse un trayecto más largo que el recorrido por el célebre *sportman* aeronauta español.

Pocos meses antes, el mismo señor había ganado el segundo puesto para el gran premio del Aereo-Club de Francia, por haber recorrido 1.050 kilómetros en 13 horas.

No satisfecho con esos éxitos, el Sr. Fernández Duro se ha propuesto realizar la travesía del Mediterráneo, partiendo de Barcelona para descender en Génova. Para ello se ha mandado construir en París un magnífico aeróstato, cuarto de los que posee, al que ha bautizado con el expresivo nombre de *Huracán* y que tiene una cabida de 2.000 metros cúbicos.

El proyectado viaje aéreo debía efectuarse en la noche del domingo 25 de marzo último, saliendo el globo de la sección marítima del Parque. El señor Fernández Duro había recibido telegramas de distintos observatorios anunciando normalidad en la atmósfera, y en su consecuencia á las cinco de la tarde comenzó los preparativos para la ascensión. A esa hora empezó á henchirse el aeróstato, al que fué inyectado el gas mediante unas mangueras puestas en comunicación con el inmediato gasómetro de la fabrica La Catalana.

Numeroso público había acudido á presenciar aquellos preparativos, de modo que el sitio designado ofreció durante toda la tarde un aspecto animado y pintoresco. Entre los concurrentes estaban el gobernador civil de la provincia Excmo. Sr. duque de Bivona y los más distinguidos *sportmen* de nuestra ciudad.

A las siete estaba el *Huracán* enteramente lleno, y entonces pudo apreciarse bien el gran tamaño y la forma esbelta y graciosa del globo, que es esférico, de color amarillo y está envuelto en una red protectora muy resistente. La cesta es cuadrada y tiene un metro de ancho por uno y medio de largo; á uno de los lados y suspendida al exterior va el áncora, de unos cuatro palmos de altura; en el interior llevan los aeronautas una regular cantidad de comestibles, salvavidas, aparatos físicos, mapas, etc.



Barcelona. – Ascensión proyectada por los Sres. Fernández Duro y Herrera
El Sr. Fernández Duro (×) vigilando los últimos preparativos. (De fotografía de A. Merletti.)

El viento, que había estado soplando débilmente, cesó en absoluto á las ocho, en vista de lo cual se suspendieron los preparativos de marcha, quedando por fijar al globo la cesta; pero poco antes de las diez, dió el señor Fernández Duro la orden de ultimarlos y en unión del teniente de Ingenieros Sr. Herrera, que había de acompañarle en la arriesgada expedición, comenzaron á despedirse de sus amigos y se dispusieron á subir á la cesta, sujeta ya sólidamente á las cuerdas del globo.

En aquel instante sopló una fuerte ráfaga de viento que hizo oscilar con violencia el aeróstato y á la que siguieron otras á impulso de las cuales el globo, que sujetaban algunos soldados de Ingenieros, iba de un lado á otro.

Ante el peligro que aquel brusco cambio de tiempo significaba, peligro tanto mayor cuanto que el viento no llevaba siempre la misma dirección, el Sr. Fernández Duro abrió la válvula del *Huracán*.

Esta circunstancia y la persistencia del mal tiempo en los primeros días de la semana siguiente hicieron desistir por ahora del viaje á los aeronautas, que lo emprenderán así que el tiempo se asegure.—S.

PARIS. – LA «MI-CAREME»

Las fiestas de la «Mi-Careme,» que todos los años se celebran con gran pompa en la capital de Francia, han tenido en el presente una importancia extraordinaria, porque así como en los anteriores no había más que una reina, la de los mercados de París, en las de este han figurado reinas, no sólo de cada uno de los mercados parisienses, sino además tres del departamento de Calais, la de Vevey (Suiza) y las de Madrid, Roma, Lisboa y Barcelona, todas acompañadas de sus doncellas de honor y presididas por la reina de las reinas, título que se ha adjudicado á una parisiense.

La cabalgata que se efectuó el día 23 fué notable bajo todos conceptos, así por el número y la originalidad de los carros, como por el lujo y la elegancia desplegados en el cortejo. Abría la marcha el grupo de los mercados abiertos con el carro de la Primavera; seguía luego el del mercado de los Carmelitas con el carro de la huelga de los tenderos de ultramarinos; después, el del mercado de Lenoir, en el que iba el carro de las reinas de la Alianza latina, el del mercado del Temple, el del Renacimiento de los mercados, el del Sindicato de los mercados centrales y otros varios que sería prolijo enumerar. Cerraba la comitiva una gran carroza en la que estaban representados todos los emblemas de la alimentación rodeando un trono en el que se sentaba la reina de las reinas.

Todos los grupos llevaban numeroso acompañamiento, compuesto de jinetes y comparsas á pie, vestidos con trajes históricos ó caprichosos, músicas, coches descubiertos, trompeteros, portaestandartes, etc.

Entre los carros que más llamaron la atención merecen citarse, además de los ya mencionados, el de la Tortuga, el del suplicio de Tántalo, un cocodrilo, un enorme pilón de azúcar, dos gigantes de Calais, el de los pescadores, el de los navegantes y el de los Encajes.

La comitiva recorrió las principales calles de París, llenas de una multitud inmensa que aplaudía y aclamaba á las reinas. Estas, al llegar delante del palacio del Elíseo, se apearon y subieron á la presidencia, en donde fueron recibidas por el secretario general; las de Calais entregaron, para que fuese ofrecida á madame Faillieres, una cesta de flores adornada de encajes, y la de Vevey un magnífico ramo, y todas recibieron de manos de aquel alto funcionario el tradicional brazalete de oro.

Desde allí se dirigió el cortejo á las Casas Consistoriales; allí esperaba á las reinas el Consejo municipal presidido por el prefecto del Sena, que las obsequiaron con un lunch y con ramos atados con cintas de los colores de la ciudad de París.

La última recepción tuvo lugar en la Prefectura del Sena, en donde M. Lepine les ofreció una copa de champagne.

En resumen, la fiesta resultó brillantísima y estuvo favorecida por un tiempo espléndido, aunque frío. Puede decirse que todo París estaba en las calles ó en los balcones del largo trayecto.

Por la noche las reinas de París y las extranjeras asistieron á un banquete dispuesto en su honor por el Comité de las fiestas de París y terminado el cual celebróse un baile, que estuvo animadísimo.

La reina de Madrid, Srta. D.ª Concepción Ledesma, tiene diez y seis años y es hija de un antiguo picador; sus doncellas de honor, las Srtas. D.ª Matilde Gómez y D.ª Luisa Mungira, tienen diez y siete años; las tres son bordadoras, morenas, de bellísimo rostro y hermosos ojos negros. Jóvenes, morenas y hermosas también son las reinas de Italia, Srtas. Marta Speroni y Valentina Correa.

La reina de Vevey, Srta. Hermance Tuvernay, alta, guapa, morena, de facciones regulares y de cutis fresco y sonrosado, representó uno de los principales personajes de las fiestas de los viñadores celebrada el año pasado en aquella población.

Las reinas de Calais fueron las Srtas. Germana Dereuder, reina del encaje; Berta Cattez, reina de la elegancia; Elena Oisivin, reina de la moda, y Luisa Neuburger, reina de los marineros del barrio marítimo Le Gourzain.

Todas han sido muy festejadas y han llamado mucho la atención; pero bien puede decirse que se han llevado la palma las españolas, á las cuales dedican los principales periódicos parisienses los más entusiastas elogios. – N.



Las fiestas de la «Mi-Careme,» celebradas en París en 23 de marzo último

1. La reina de las reinas saliendo del palacio del Elíseo acompañada de M. Brezillón, presidente del Comité de las fiestas. – 2. Paso del cortejo por los Grandes Bulevares.

3. Salida del Elíseo de todas las reinas reunidas. (Fotografías de León Bouet, Rol y «Photo-Nouvelles.»)



Dos hermanas, cuadro de W. Lee Hankey



Abuela y nieta, cuadro de W. Lee Hankey

Un momento crítico, cuadro de José Gallegos

BELLAS ARTES

(Véanse los grabados de las páginas 217, 222, 224 y 226)

Ensueño, escultura de Miguel Blay. – El celebrado escultor catalán á quien tantas veces hemos admirado por sus obras monumentales, vigorosas, de enérgicos trazos, hoy nos encanta con esa escultura de una dulzura inefable, de una poesía encantadora. El busto de esa niña dormida, arrullada por gratos ensueños, es de una suavidad maravillosa y en él la placidez de la expresión armoniza perfectamente con la delicadeza del modelado.

Estudio, dibujo de Arturo S. Cowey. – Para juzgar del mérito de un artista no es necesario siempre tener ante los ojos una obra acabada del mismo; basta á veces un apunte, un croquis, una impresión, que en ocasiones nos dan mejor idea de su personalidad que el cuadro ó la escultura terminados. Por esto en presencia del estudio del notable dibujante inglés Arturo S. Cowey, podemos afirmar que quien lo ejecutó es un verdadero maestro en el arte del lápiz.

Dos hermanas. – Abuela y nieta, cuadros de W. Lee Hankey. – El autor de estos cuadros ocupa en la actualidad uno de los puestos más eminentes entre los jóvenes pintores de Inglaterra; la crítica le encomia y el público le admira, apreciando en él, como principal cualidad, el sentimiento. Que esa apreciación es exacta y que aquellos encomios y aquella admiración no son exagerados, lo demuestran elocuentemente las dos obras suyas que reproducimos, sentidas notas, llenas de naturalidad y de sencillez que nos atraen y emocionan.

Un momento crítico, cuadro de José Gallegos. – Como se trata de un pintor bien conocido de nuestros lectores, excusado nos parece señalar una vez más los méritos que han conquistado á nuestro compatriota un lugar tan señalado entre los mejores artistas españoles contemporáneos. El cuadro que hoy publicamos, como todos los de Gallegos, caracterízase por la acertada disposición de las figuras y de los accesorios y por los primores de ejecución que se admiran en los menores detalles. Mas no son estas bellezas de ejecución las únicas que atesora su lienzo; la expresión de los tres personajes, la vida que en ellos palpita, las diferentes impresiones que animan sus rostros y la naturalidad de sus actitudes son cualidades que acreditan á un artista de verdadero maestro.



MATERNIDAD, escultura de Edita Downing

Maternidad, escultura de Edita Downing. – Es innegable que la mujer que á las bellas artes se dedique producirá obras tanto más perfectas cuanto más expresen éstas sentimientos que sólo alienta el alma femenina. El de la maternidad es uno de ellos, y por esto no ha de sorprendernos que la notable escultora inglesa Edita Downing haya acertado á darle forma bellísima en su delicado grupo, que llamó mucho la atención al ser expuesto no hace mucho en una de las principales galerías artísticas de Londres.

Horas plácidas, cuadro de Ejnar Nielsen. – Pertenece este lienzo á la moderna escuela prerrafaelista, y en él se advierte la influencia de los maestros ingleses que, capitaneados por Burne Jones, resucitaron el espíritu y los procedimientos de los pintores de antiguas épocas. Hay en la obra de Nielsen la sencillez, la sinceridad, la ingenuidad que caracterizan á aquella escuela y que traducidas en líneas y colores nos impresionan dulcemente y despiertan en nosotros sentimientos apacibles y melancólicos pensamientos.



HORAS PLÁCIDAS, cuadro de Ejnar Nielsen

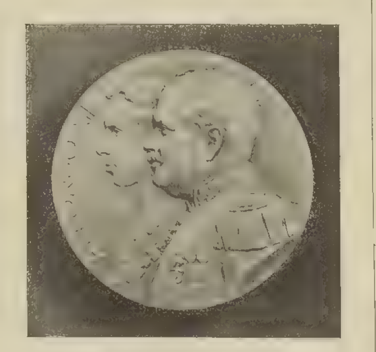
MISCELÁNEA

Espectáculos.— BARCELONA. — Se han estrenado con buen éxito: en el Principal *Esperansa*, comedia en tres actos de J. Morató; en Romea *L'Eloy*, drama en tres actos de Angel Guimerá; *Las pessigollas de la senyoreta*, pieza en un acto del Sr. Vidal Jumbert, y *Els planys den Joan Garín*, monólogo de Santiago Rusiñol; en el Eldorado *El Doctor Giménez*, comedia en tres actos de Julio F. Vahamonde, y en Novedades *Teodora*, drama en cinco actos y siete cuadros de Sardou, y *La Samaritana*, drama bíblico en tres actos de Edmundo Rostand, traducido en verso italiano por Siobbe, ambos puestos en escena con lujo y propiedad extraordinarios y admirablemente ejecutados por la compañía que dirige la eminente actriz Tina di Lorenzo.

Associació Wagneriana. – Ha dado en esta asociación un notable concierto la Schola Choral de la «Agrupació Regionalista de Terrassa,» compuesta de ciento treinta coristas, entre señoritas, hombres y niños, bajo la dirección de D. Juan Llongueras. El programa se componía de hermosas composiciones de Lassus, Palestrina, Waelrant, Mauduit, Bash, Zöllner, Mendelssohn, Schubert, Brahms y Morera, que fueron cantadas con mucho acierto y aplaudidas calurosamente.

En la propia asociación se ha dado la audición completa del segundo acto de la ópera de Wagner *La posta dels Deus*, en cuya ejecución tomaron parte las Srtas. Marcé y Puig, los Sres. Colomé, Vilalta y Boadilla, y la sección de hombres del «Orfeó Barcelonés» que dirige el maestro D. Pedro Serra, obteniendo todos los ejecutantes y el Sr. Doménech Español, encargado del acompañamiento al piano, muchos y merecidos aplausos.

Asoción Musical de Barcelona. – En el teatro Principal ha dado esta asociación el segundo y el tercero de los grandes conciertos anunciados. En ellos figuraban el *Credo*, el *Agnus*, el *Sanctus* y el *Benedictus* de la hermosa *Missa Solemnis* de Beethoven, ejecutados por la orquesta, coros y solistas señoritas Anglés L. Soler y Frau, y Sres. Dorca y Segura, formando un total de 150 ejecutantes, todos los cuales fueron justa y entusiastamente aplaudidos, lo propio que el director Sr. Lamote de Grignón, á quien deben tributarse las mayores alabanzas por haber hecho oir por vez primera en España la grandiosa obra del maestro de Bonn. Completaban los programas varias piezas para orquesta de Beethoven, Gluck, Wagner, César Franck y Bach, así como varias preciosas canciones de Morera y de Lamote de Grignón, que fueron muy bien ejecutadas y obtuvieron muchos aplausos.



MEDALLA CONMEMORATIVA DE LA VISITA DE LOS REYES DE PORTUGAL Á MADRID, modelada por el escultor grabador de medallas Tony Szirmal.

Concierto Sala-Campins. – En el teatro Principal han dado un concierto el niño Sala, notable violoncelista, y la señorita Campins, pianista ya ventajosamente conocida de nuestro público. El primero ejecutó difíciles piezas de Valentini, Saint-Saens, Strauss, Moszkowski y Popper, y la segunda, hermosas composiciones de Bach, Liszt, Chopin, Strauss y Godowsky, siendo uno y otra aplaudidos con entusiasmo.

PARÍS. – Se han estrenado con buen éxito: en el Odeón *Glatigny*, comedia en cinco actos y seis cuadros de Cátulo Mendes; en el Gymnase *Sacha*, comedia en tres actos de Regina Martial; *Le cœur d'Angelique*, comedia en un acto de Edmundo Guiraud, y *L'enfant cheri*, comedia en cuatro actos de Román Coolus; en la Renaissance *Pecheresse*, comedia en cuatro actos de Juan Carol; en el Vaudeville *Les Bourgeon*, comedia en tres actos de Jorge Feydeau; en el Ambigu Comique *Pour sa patrie*, drama en cinco actos del marqués de Castellane; en Varietés *La chance du mari*, comedia en un acto de G. A. de Cavaillet y Roberto de Flers; en Nouveautés *L'irresistible*, comedia en cuatro actos de Augusto Germain; en la Porte Saint-Martin *Sons l'epaulette*, drama en cinco actos de Arturo Bernede; en la Gaité *L'attentat*, comedia en cinco actos de Alfredo Capus y Luciano Descaves; en Capucines *París ou le bon juge*, opereta en dos actos de Roberto de Flers y G. A. de Cavaillet; en Trianon *L'assiette au beurre*, comedia en tres actos de León Marchés y Clemente Vautel; y en la Opera Cómica *Aphrodite*, ópera en cinco actos y siete cuadros, letra de Luis Gramont y música de Camilo Erlanger.

Necrología.—Han fallecido:

Antonio Stepanovitch Arenskij, compositor ruso, profesor del Conservatorio de San Petersburgo, director de la capilla del tsar, autor de varias óperas, sinfonías y piezas de música *di camera*.

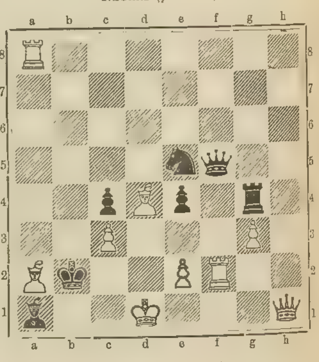
Dr. Adolfo Rosenberg, historiador de bellas artes, autor de muchas é importantes obras.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 420, POR J. CAUVEREN.

(INÉDITO)

NEGRAS (7 PIEZAS)



BLANCAS (9 PIEZAS)

Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 419, POR E. FERBER.

Blancas.	Negras.
1. Ag3–b8	1. Cualquiera.
2. A ó D mate.	

NOTA. – En el próximo número empezaremos á publicar una serie escogida de problemas compuestos por nuestro paisano Valentín Marín, el «gran maestro» según expresión del eminente ajedrecista austriaco Johann Berger, de Graz.



... y como de común acuerdo, los dos detuvieron sus caballos...

EL FALSARIO

NOVELA DE JULIÁN HAWTHORNE.—ILUSTRACIONES DE MAS Y FONDEVILA

(CONTINUACIÓN)

No era la inmoralidad de la transacción lo único que influía en él; podía considerar que si esta última no era legítima en lo abstracto, estaba admitida por la costumbre; mas no debía transigir con la posibilidad, ni aun remota, de ser llamado á pagar su parte de pérdidas, porque carecía de medios para satisfacerla, y esto le obligaba á no aceptar de ningún modo la proposición del banquero. Del efecto de su negativa no debía dudar: el Sr. Vanderblick se resentiría seguramente, y para darle una satisfacción cumplida, Fedovsky se vería obligado á manifestarle claramente cuál era su situación, lo cual era renunciar á un tiempo á la fortuna y al amor.

—Vamos, ¿qué le parece á usted el negocio, amigo mío?, preguntó Federico tocando familiarmente en el hombro á Fedovsky. ¿Será usted nuestro socio?

—El ofrecimiento me lisonjea mucho, y lo agradezco, contestó Fedovsky inclinándose ante el banquero. Lo pensaré esta noche y les daré mi contestación mañana.

—Me complace más que no conteste usted atolondradamente, dijo el Sr. Vanderblick. No se hable ahora ya más del asunto, y vamos á reunirnos con las señoras.

El tono del banquero era afectuoso y benévolo; mas al volverse para apagar el mechero de gas, hubiérase podido notar una marcada palidez en su rostro y una evidente expresión de inquietud en sus ojos.

XIII

DESESPERACIÓN

Fedovsky no permaneció largo tiempo en casa de los Vanderblick después de comer. Al entrar en el comedor con los demás caballeros no tenía trazado aún su plan de conducta, y había dicho al banquero que le daría su contestación al día siguiente tan sólo con la idea de ganar tiempo. Tal vez influyó en él sobre todo la consideración de que si manifestaba allí cuál era su verdadero estado, no volvería á ver á Serafina, de la cual no quería separarse tan bruscamente. Su amor era cada vez más apasionado, y ahora que los acontecimientos amenazaban oponer una barrera entre él y la hija del banquero, comprendía que la amaba mucho más de lo que en un principio pensó.

Al entrar en la estancia, y como su mirada se cruzase con la de la joven, adoptó de repente una resolución: era en su concepto lo mejor confesar á la joven el estado en que se hallaba y declararla su amor, aunque era indudable que Serafina le sospechaba ya; mas no podía hacer esto delante de testigos. Debía sentarse al lado de la joven, y aprovechó esta oportunidad para hablarla.

—¿No va usted á pasear al parque todas las mañanas?, preguntó.

—Sí, cuando no tengo ninguna cosa particular que hacer, agrádame ir á pasear un poco á caballo.

—¿Saldrá usted mañana?

—Espero que sí.

—¿A qué hora?

—Por lo regular, á eso de las diez.

—¿Va usted acompañada?

—Solamente de mi lacayo Duffy, contestó Serafina ruborizándose un poco al comprender la intención de estas preguntas.

—Pues mañana iré yo también á pasear al parque, dijo el conde, y estaré en la parte Sur después de las diez.

Serafina hizo una inclinación de cabeza sin pronunciar palabra.

Pocos minutos después Fedovsky se despidió, y al salir de la casa díjose que pasaría mucho tiempo antes de volver á entrar en ella. Dirigióse presuroso á su alojamiento, y para evitar gastos no quiso tomar un coche.

A la mañana siguiente el tiempo estaba magnífico y anunciaba un día de verano. A eso de las diez Fedovsky llegó á la extremidad Norte del parque, y después hizo galopar á su caballo en la dirección Sur; poco después de haber recorrido media milla, divisó una amazona que se dirigía hacia él; entonces detuvo su caballo, y reconociendo á Serafina, descubrióse respetuosamente.

Los jóvenes que se aman eligen con frecuencia este medio para declararse su pasión; mas tratándose de explicaciones delicadas y enojosas, no deja de ofrecer sus inconvenientes. Los caballos no comprenden siempre la situación, y con sus imprevistos botes ó su empeño en caracolear interrumpen á veces la palabra en el momento en que más interesa concluir una frase; mas aunque Fedovsky comprendiese esta dificultad, no hizo aprecio de ella, porque le urgía explicarse; y en cuanto á Serafina, aunque dejase de oir una palabra ó dos, no se le escaparía el significado.

—Deseaba hablar con usted á solas, señorita, dijo el conde, porque debo despedirme, y no podía hacerlo convenientemente delante de testigos.

—¡Despedirse!.. ¿En qué sentido?, preguntó Serafina, asombrada al oir aquel exordio tan diferente del que ella esperaba. ¿Ha recibido usted orden de volver á Rusia?

—No, y tal vez no salga de Nueva York; mas no podré ver á usted más.

—¿Qué quiere usted decir, conde Fedovsky?

—Algo que no me favorece mucho. Ya sabe usted que tengo aquí la reputación de ser hombre rico; lo era seis meses hace; pero seis semanas antes de embarcarme para Nueva York estaba arruinado, así por mi locura como por la acción del gobierno ruso, que tuvo á bien confiscar mis bienes. Llegué á esta ciudad con algunos miles de duros, y lo primero que me propuse fué buscar un medio para ganar mi subsistencia. No negué que fuese

rico, y por tal se me tiene; al obrar así, sin la menor idea deshonrosa, solamente quise mantener mi posición para encontrar más fácilmente la oportunidad de conseguir mi objeto; pero reconozco que era indigno obrar así, sobre todo ahora que la conozco á usted y la amo. Mis intenciones son puras; mi corazón la pertenece; pero me he acercado á usted bajo falsas apariencias, y tal vez esto la ocasione un disgusto...

Fedovsky se interrumpió, y los dos prosiguieron su camino un instante en silencio; después Serafina, volviendo la cabeza, miró fijamente al conde.

—¿Soy yo la primera mujer á quien usted ha amado?, preguntó.

—No; ocho años hace me enamoré de otra.

La joven quedó pensativa al oir esto, pero un momento después detuvo su caballo para contestar.

—Si he de ser franca, dijo, debo confesarle que jamás había fijado mi atención en hombre alguno; usted es el primero, conde.

El rostro de Fedovsky se coloreó ligeramente, y sus ojos brillaron de alegría.

—Esas palabras, repuso, me hacen feliz, y á la vez me causan tristeza porque ya no puedo visitar á usted, porque he perturbado la tranquilidad de su espíritu, y porque comprendo que me ama; mas aún podré hacer algo..., sí, lo haré todo; siento renacer nuevas fuerzas en mí, y todo lo haré para merecer su cariño.

—¡Yo también soy dichosa!, exclamó Serafina esforzándose para contener algunas lágrimas que se asomaban á sus ojos.

Fedovsky estaba tan conmovido que apenas podía hablar, y casi deseaba que aquella entrevista terminase; pero al fin dominó su agitación.

—La familia de usted, dijo al fin, no tomará esta noticia del mismo modo.

—¿No ha dicho usted nada?

—Aún no.

—Pues bien, yo me encargaré de hablar de ello, declarando á la vez que nos amamos.

—Sin embargo, no puede haber compromiso entre nosotros, replicó Fedovsky, pues no tengo derecho para exigir de usted palabra ni promesa alguna.

—La promesa no es nada en sí, repuso Serafina; inútil sería hacerlo si no tuviese la seguridad de guardarla; y poco mérito tiene prometer lo que no se puede menos de cumplir. Todo está en nuestros corazones.

—Será muy duro para mí no ver á usted ni recibir noticias suyas, dijo Fedovsky después de una pausa. ¿Preferiría usted que me ausentase de Nueva York?

—No; quédese usted si es posible, aunque no pueda verle. Tampoco me será dado escribirle, porque mi padre no lo consentiría, y no quiero desobedecerle ni engañarle; pero sí pensaré mucho en el conde Fedovsky, y aunque esto parezca poco, para mí lo es todo.

—Pero tal vez tarde mucho tiempo, dijo el joven ruso con expresión de tristeza. ¿Cuánto tiempo me esperará usted?

—¡Mientras viva!

Llegaban en aquel momento á la extremidad superior del parque, y como de común acuerdo, los dos detuvieron sus caballos.

—Usted no esperará tanto como dice, observó Fedovsky.

—No dude usted, contestó Serafina; nos amamos y esto basta. Ahora, separémonos, y adiós.

Al pronunciar estas palabras, la joven presentó al conde su mano derecha, de la cual había retirado el guante; el conde la estrechó, y sin atreverse á depositar en ella un beso, hizo un ademán de despedida y alejóse al galope. Todo esto había pasado en un momento, mas el efecto que produjo la escena que había pasado entre ambos jóvenes era visible. Al pasar Fedovsky frente al lacayo Duffy, éste observó una expresión extraña en su rostro, y le pareció que sus ojos le miraban sin verle. En cuanto á Serafina, cubrióse el semblante con el velo, y prosiguió su camino sin volver la cabeza.

Fedovsky fué á dejar el caballo en el establecimiento donde se lo alquilaron, y después se dirigió al hotel, donde Tomás le tenía preparada su valija para la marcha. Habíase convenido en que los dos irían á la estación del Camino de hierro Central en el coche del hotel, aparentando que iban á visitar algún pueblo de las inmediaciones. El equipaje del conde quedaba depositado en el almacén del establecimiento; pero Fedovsky, no queriendo dejar pendiente ninguna deuda, pagó á pesar de todo su cuenta, sin hacer aprecio de las observaciones de Tomás.

Hacía un tiempo hermoso; el puerto estaba muy animado...

El conde no sabía dónde dirigir sus pasos. Hasta entonces no había tenido oportunidad de examinar las viviendas de las personas pobres, ni esos miseros albergues donde muchos se refugian para pasar sus noches, mezclándose á menudo con gente de mal vivir. Semejantes sitios no pueden ser agradables; mas para las personas que acostumbran á ocuparlos, no dejan de tener cierto interés é importancia, y ahora el joven ruso debía prepararse para reconocerlo por sí mismo.

Los conocimientos que Tomás tenía de la ciudad fueron inútiles en aquella ocasión; podía informar sobre las condiciones de más de quinientos hoteles, y sabía las señas de todos. Era preciso ir á uno de ellos, pues el pago de la última cuenta en el hotel acababa de reducir el capital de amo y criado á una cantidad insignificante; pero si bien encontrarían fácilmente alojamiento por dos duros y medio á la semana, la comida debía costarles el doble; y este divisor entraría muy pocas veces en su cociente. El término *hambre* es muy duro, y basta para espantar á cualquiera, sobre todo á los que han de contar con los dedos el número de días que transcurrirán antes de que se les acabe el último cuarto para comprar algo de comer; pero Fedovsky no pensaba ni remotamente que pudiera morirse de hambre. ¡Esperaba hacer fortuna, casarse con Serafina y vivir feliz!

Por desgracia, rara vez nos favorece la fortuna cuando más la necesitamos, y las experiencias de Fedovsky durante el mes que siguió, ó acaso más, fueron muy desagradables. Diariamente salía con la esperanza de encontrar alguna ocupación, y todas las noches regresaba á su alojamiento sin haber hallado nada. Sus escasos recursos se agotaban con alarmante rapidez; y si Tomás no hubiese tenido la suerte de encontrar colocación en un establecimiento de coches, pronto se habrían visto en el más apurado trance. No obstante, su salario no bastaba apenas para satisfacer sus propias necesidades; era casi de todo punto imposible que dos personas subsistieran sobre él; y por otra parte, Fedovsky comprendió que sería más digno morirse él de hambre que no ayudar á Tomás á sucumbir lentamente. En su consecuencia, dijo á su fiel criado que acababa de encontrar colocación como dependiente de una tienda, cuyo dueño le daría seis duros semanales: con este inocente engaño excusábase de recibir la limosna de Tomás y de entrar en dolorosas explicaciones.

El criado se alegró mucho al recibir esta noticia, y dijo á su amo que estaba seguro de que al fin les favorecería la fortuna. Fedovsky escribió en un papel el nombre y las señas de la supuesta casa donde había encontrado colocación, para el caso de que Tomás le interrogase sobre esto; pero el criado, confiando siempre en el porvenir, no pensó en hacer la menor pregunta. Aquel mismo día, en el transcurso de su conversación con Fedovsky, manifestó á éste que había vuelto á ver á su hermano, y que tenía cita con él al día siguiente para tratar de un proyecto que en su opinión podía dar muy buen resultado; pero el conde no manifestó interés sobre el particular, como si le repugnase el asunto.

A la mañana siguiente, Tomás fué al establecimiento de coches apenas amaneció, porque había pedido permiso para que le dejaran salir por la tarde á fin de ver á su hermano. Fedovsky, por su parte, se vistió cuidadosamente y salió del hotel con todo el aire de un caballero que tiene muchos negocios. Al mirarle, nadie hubiera podido sospechar que apenas le quedaba un cuarto; su traje, muy limpio, era de moda; llevaba la camisa muy bien planchada; las botas brillantes; y su rostro, aunque más pálido que de costumbre, no revelaba por su expresión la tristeza del alma.

El joven ruso había perdido la última esperanza, y con ella todo, excepto el afán de presentarse siempre con decencia y como un caballero hasta el fin. Cansado ya de la lucha, estaba resuelto á renunciar á toda tentativa para obtener una colocación; no era propio de su carácter pedir, suplicar, recomendarse á sí mismo por su audacia y persistencia; á la primera negativa, volvía la espalda, por más que comprendiese que bastaba insistir un poco para ser admitido; y se convenció que no podía remediar este defecto, sobre todo con el estómago vacío y sin tener un cuarto.

Al día siguiente del en que tomó esta resolución, en vez de ir de tienda en tienda y de oficina en oficina ofreciendo sus servicios, dirigióse hacia la Batería y fué á sentarse en un banco. Hacía un tiempo magnífico; el puerto estaba muy animado; los rayos de un sol brillante reflejábanse en las azuladas aguas; y todo recordó al conde los días que había pasado el invierno anterior en Monte Carlo bajo condiciones tan diferentes. ¿Era en realidad el mismo hombre?

El tiempo pasaba, y de pronto Fedovsky oyó las señales de las fábricas que anunciaban la hora de almorzar. El conde no tenía con qué hacer lo mismo, pero sacó del bolsillo un bizcocho y comióselo poco á poco, sin duda para que durase más; después se dirigió á una fuente para apagar su sed. Entonces, no sabiendo ya adónde ir, encaminóse hacia el Oeste de la ciudad, y después de cruzar por muchas calles, llegó á Broadway y detúvose frente al edificio llamado Casa de Astor. En aquel momento vió á Federico

Vanderblick que bajaba por la ancha escalera, con un sombrero de paja echado hacia atrás y un palillo en la boca, sin duda porque acababa de almorzar; el joven banquero cruzó la calle, pasando entre los vehículos, y muy pronto se perdió de vista en el lado opuesto. Fedovsky se preguntó si aquel amigo habría lamentado su desaparición, haciendo alguna tentativa para descubrir su paradero; y hubiera dado cualquier cosa por saber qué opinaba de él la familia después de saber por conducto de Serafina su triste situación. No tenía la menor noticia sobre el prendero cuanto encerraban de algún valor, y adquirir así lo necesario para vivir algún tiempo; pero también esto ofrecía obstáculos, y aunque ligeros al parecer, eran muy suficientes. Sería necesario pagar al menos dos ó tres duros por almacenaje y dos más á un mozo de cordel para llevar los cofres á su casa. Ciertamente podía advertir que pagaría estas pequeñas sumas apenas hubiera empeñado ó vendido; mas su orgullo no le permitía dar semejante explicación. ¡Antes morir de hambre que humillarse de aquel modo!

en el caso de que hubiese muerto, los diarios dirían algo sobre este particular; pero no dieron ninguna noticia sobre semejante cosa.

El joven ruso se desanimó más por este incidente que por todo cuanto le había sucedido hasta entonces; aquello era para él poner el último ladrillo en el tabique que debía separarle para siempre de la luz y de la vida; acosáronle las más lúgubres ideas y llegó al colmo de la desesperación. Quedábanle solamente algunos bizcochos y sus últimos céntimos; de manera que no le sería posible pagar su aloja



... y comenzó á trazar figuras en la arena con la punta de su bastón...

particular, ni era probable que la adquiriese, pues adoptaba todas las precauciones posibles para que no le viese ninguno de sus antiguos conocidos, y no leía ningún diario.

El pobre Fedovsky llegó después al sitio llamado Parque de la Cité y fué á sentarse en uno de los muchos bancos de piedra que allí había. Casi todos estaban ocupados por personas de aspecto humilde y melancólico, cuyo traje revelaba á primera vista pobreza; algunas de ellas parecían dormir; otras tenían la vista fija sin mirar nada, y adivinábase que las más hubieran preferido estar sentadas ante una mesa bien servida que no en sus bancos de piedra. ¿Qué esperaban? Fedovsky evocó el recuerdo del reinado del Terror en la Revolución francesa, pensando en aquellos prisioneros que esperaban el paso de la carreta para ir á la guillotina; y preguntóse si algunos de los infelices que estaba viendo aguardaban la hora más propicia paa arrojarse al río á fin de poner término á su miseria.

Sentóse entre aquellos hombres, con el ala del sombrero muy inclinada sobre la frente, y comenzó á trazar figuras en la arena con la punta de su bastón. Ninguno de sus vecinos le dirigió la palabra. ¿Quién hubiera osado interpelar al caballero de aspecto aristocrático que así les honraba con su presencia? Sin duda algunos creyeron que era un espía ó un hombre que trataba de ridiculizarlos.

El conde usaba su última camisa limpia, pero en su carácter y en su educación había algo que le impulsaba á conservar las apariencias hasta el fin. Podía haberse presentado á cualquiera de sus muchos conocidos, que aún ignoraban su situación, con la seguridad de que le convidarían á comer y á pasar la noche en su casa; pero repugnábale hacer esto, aunque aún llevaba en el bolsillo las tarjetas de que no había hecho uso. Por otra parte, tenía sus cofres en el hotel, y bastábale ir á recogerlos, vender á un

De repente echó de ver que había escrito el nombre de Serafina en la arena, se sonrojó, borróle al punto, levantóse y continuó su paseo. Cruzando las calles lentamente, al fin llegó á la plaza de Wáshington y sentóse de nuevo en un banco. El sol comenzaba á declinar; á eso de las seis oyó otra vez las señales para que los obreros suspendieran su trabajo; era llegada la hora de comer, y Fedovsky sacó del bolsillo otro bizcocho, y otro y otro, que constituían su único alimento. Después se acercó á una fuente, bebió tanta agua como pudo, porque no le costaba nada, y encaminóse al fin hacia su mísero alojamiento. Esperaba tener allí noticia del resultado de la entrevista de Tomás con su hermano, y pensó que tal vez le proporcionaría aquél algún recurso; pero Tomás no había vuelto aún, é inútilmente le esperó largo tiempo, hasta que al fin resolvió acostarse. Por la mañana, su fiel criado no había parecido aún.

Fedovsky se levantó muy temprano por la mañana y vistióse muy despacio, así por costumbre como porque su debilidad era extremada. A eso de las nueve salió de su cuarto, encargando al mozo de servicio que dijera á Tomás que había ido á buscarle al establecimiento de coches. Cuando llegó manifestáronle que Tomás no se había presentado aún desde la mañana del día anterior; esperóle en vano durante dos horas, y aburrido al fin, volvió á su alojamiento, donde no encontró tampoco á su fiel criado. ¿Qué podía haber sucedido? ¿Sería posible que Tomás le abandonase en semejantes circunstancias? El hermano era ladrón, y tal vez se hubiesen convenido los dos para emprender alguna cosa... Fedovsky se interrumpió en este orden de ideas, que le repugnaban, y prefirió creer que habría ocurrido algún accidente. Sin embargo, si Tomás era víctima de algún percance, seguramente se habría valido de algún medio para anunciárselo, y

miento. Aquella noche permaneció sentado en un banco, y cuando todo quedó desierto, se echó en él, con la cabeza apoyada en el brazo.

La noche era calurosa y seca, pero Fedovsky sintió frío. Tenía los ojos cerrados; las ideas se confundían en su cerebro; parecíale ver extrañas visiones, y de pronto se le figuró que Vera, Serafina y Tomás pasaban por delante de él mezclados en una danza fantástica. Pocos minutos después, no pudiendo resistir el sueño, quedó profundamente dormido.

De repente despertó sobresaltado; acababan de darle un ligero golpe en el hombro, y oyó una voz ruda que decía:

—¡Vamos, joven, ya es hora de retirarse! ¡Aquí no queremos vagabundos!

Era un agente de policía, que al pasar había tropezado con los pies del pobre conde. Apenas Fedovsky pudo darse cuenta de la situación, levantóse sin pronunciar palabra y se alejó. Llegado á otro parque, y no pudiendo vencer su debilidad, se echó como antes; pero otra vez fué despertado rudamente y hubo de trasladarse á otro sitio. De este modo pasó la noche.

Al fin amaneció; los dorados rayos del sol iluminaron las calles mucho antes de comenzar el tráfico y el movimiento del día. Fedovsky, sentándose en un banco, cruzóse de brazos, sin saber apenas donde estaba; sentía menos dolor que la víspera, pero mucha más debilidad; y recordando de repente que aún tenía bizcochos, los sacó uno á uno y se los comió todos; después bebió bastante agua en una fuente próxima, y esto le alivió un poco.

Pero ¿dónde comería después? ¿Le sería posible resistir en las calles otra noche como la que había pasado? Al hacerse esta pregunta miró los puños de su camisa..., estaban sucios y flojos y sus botas cubiertas de polvo y barro.

(Se continuará.)

FIGURAS TRAZADAS POR EL SONIDO

Disfruto de un privilegio al describir en este artículo, con ayuda de la fotografía, los descubrimientos hechos por la señora Watts Hughes. En cualquier época esos descubrimientos habrían de despertar un profundo interés, pero me parece que en la actual ha de ser éste todavía mayor, puesto que los ensayos de Sir Guillermo Crookes y de otros con los rayos X y los subsiguientes descubrimientos



Figura parecida á un arbol, producida por impresión, empleando un pedazo de cristal, cubierto con una capa húmeda de colores á la aguada.

de las propiedades del polonio y del radio, han confirmado de un modo tan notable las teorías, que parece casi haber causado una revolución en la ciencia.

¿Cuáles son, en términos generales y sucintos, los descubrimientos hechos por la señora Watts Hugues?

Imaginad, apreciables lectores, que habéis colocado un puñado de arena sobre una superficie plana y próxima, y que comenzáis á cantar una canción ó á hacer escalas; y suponed que habéis colocado allí la arena sin ningún objetivo determinado. ¿Cuál no sería vuestra sorpresa si vierais que la arena se coloca en diferentes posiciones á cada sonido distinto de vuestra voz y que forma figuras exactamente geométricas, variando en complejidad y simetría según la extensión de aquélla? ¿Con qué asombro en ese caso recibiríais la noticia de que, por diferentes medios, podríais formar cantando la figura de una magenta, de un pensamiento, de un árbol ó de un helecho? Sin embargo, tales son los descubrimientos á que hemos aludido, con la única limitación que entraña la habilidad en vocalizar y la intervención de aparatos y medios á propósito. En los grabados que acompañan á este artículo se muestran algunos de los experimentos, resultado de las pacientes investigaciones en busca de la verdad hechas durante muchos años por la mujer infatigable y modesta á quien debemos esas revelaciones.

Tengo la seguridad de que lo dicho en el párrafo anterior inducirá al lector á hacerse cargo de los pormenores, fáciles de comprender, que voy á exponer, tanto más cuanto que estas experiencias están al alcance de cualquiera que se tome la molestia de procurarse los objetos, sencillos y de poco coste, con los que el que sepa emitir con propiedad la voz podrá repetirlos. Tal vez pueda suceder que entre mis lectores haya alguno diestro en el arte de vocalizar y dotado de paciencia y habilidad mecánica que esté destinado á hacer progresar esta materia.

Con aparatos más complicados me parece que habría razón para esperar una perfección mayor en las figuras de flores á que hacemos referencia en este artículo, al mismo tiempo que podrían hacerse observaciones más exactas respecto á la causa y á los efectos de esas hermosas producciones. Otros de menor habilidad y paciencia podrán muy bien hallar en el manejo de los sencillos aparatos aquí descritos un estudio nuevo é instructivo en que ocupar las veladas del invierno. De todos modos, espero que algún hombre de ciencia trate antes de mucho de coordinar las verdades deducidas de estas experiencias con otros descubrimientos, sabiendo como sabe todo el que ha estudiado las ciencias que no hay entre ellas líneas de demarcación, sino que el descubrimiento de una ley, en un ramo determinado, sirve para elucidar lo que en otro hasta entonces había aparecido envuelto en el misterio.

Será lo mejor que principiemos por describir el aparato, muy sencillo, inventado y usado por la señora Hughes para hacer visibles las figuras producidas por la voz humana. Puede el lector comenzar por mirar el aparato que representa la fotografía que se halla en esta página.

Consiste en un caño ó tubo que cualquier latonero puede construir; además se necesita una taza sin fondo, sobre cuya parte superior se extiende una membrana flexible hecha de goma elástica. Es conveniente tener varias tazas ó recipientes. La membrana se estira sobre el recipiente y se la sujeta fácilmente con una cinta elástica. La taza encaja exactamente en el extremo más ancho del tubo. Al usar el eidófono, que así llama la señora Hughes á este aparato, las figuras geométricas, según se ve en las escalas diatónicas, se forman con más perfección empleando las diminutas y ligeras semillas del hongo llamado licopodio, pues pesan menos y son más fáciles, bajo ciertos aspectos, de manejar que la arena. Colocando un montoncito de dichas semillas en el centro de la membrana, bien estirada, se encaja el recipiente en el extremo ancho del tubo, y al cantar una nota, puesta la boca en el otro extremo, la membrana vibra, las semillas se agitan, y á medida que las notas varían en tono é intensidad, se van formando distintas figuras geométricas. En este resultado no hay nada de casual, y con tal que el operador sea diestro en vocalizar y pueda emitir y sostener una nota en el tono y con la pureza é intensidad necesarias, podrá formar y reproducir á voluntad cualquiera de las figuras que aquí se ven representadas.

Hace poco más de ciento veinticinco años, período corto en la historia del progreso de las ciencias, que se halló la primera relación entre los sonidos y las formas. Fué en 1785 cuando Chladni hizo ese descubrimiento. En 1809 publicó su *Traité d' Acoustique*.

Ha de rendirse el debido honor á Chladni por haber hecho los primeros ensayos, pero sus experimentos fueron muy incompletos y se adelantó muy poco en ese ramo de las ciencias hasta que la señora Watts Hughes se presentó en la palestra.

Esparció Chladni en unos platos arena ó polvos y pasó con fuerza por el borde el arco de un violín, viendo entonces que los polvos se ponían en movimiento por efecto de las vibraciones y que luego se aquietaban formando dibujos regulares. Lo limitado y la elemental sencillez de las figuras obtenidas por



El sencillo é ingenioso aparato llamado eidófono y algunos recipientes, por cuyo medio se registran las vibraciones de la voz

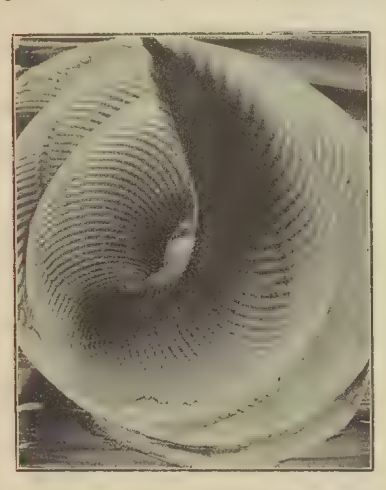
Chladni podrá verlo fácilmente el lector en el artículo sobre acústica de la «Enciclopedia Británica» ó en la obra del difunto profesor Tyndall sobre el sonido. Fué Tyndall quien explicó los descubrimientos de Chladni á la señora Hughes, la que estaba muy lejos de figurarse entonces que con el tiempo iba á arrojar más luz en lo que se refiere á las vibraciones de los sonidos, y que por medio de la voz y de un aparato adecuado iba á hacer y clasificar descubrimientos de una naturaleza mucho más definida y recóndita de los que hasta entonces se habían hecho. Como suele generalmente suceder, fué la casualidad la que le hizo emprender esos derroteros.

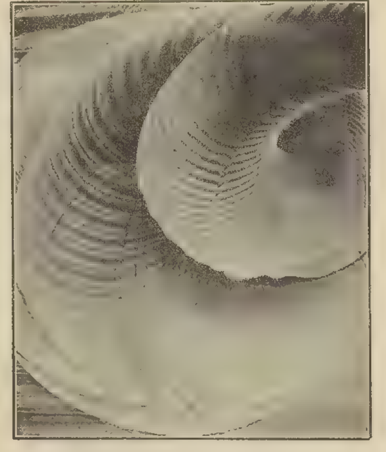
La señora Hughes es profesora de canto; citaremos sus mismas palabras: «Me hallaba muy poco satisfecha de los métodos de canto más en boga, y había yo publicado una obra sobre el arte de cantar según el método conocido por «el de las vocales,» y ocupada en enseñar la vocalización, traté de hacer algunas investigaciones prácticas sobre la diferente intensidad de los tonos de la voz humana. Vi que no existía ningún instrumento destinado á ese objeto, así es que procedí á construir uno de mi invención. El instrumento que usé para apreciar la intensidad se convirtió en el aparato que usted me ha visto usar para producir esas figuras.

»Mi idea era simplemente apreciar la fuerza de las diferentes notas cantadas á un extremo del tubo por medio del peso de varias substancias, que colocaba en la membrana extendida sobre el recipiente.

»Un día fué grande mi asombro cuando vi que las semillas que había colocado sobre la membrana, en vez de esparcirse en todas direcciones y de salirse del borde del recipiente, como sucedía cuando se daba una nota alta, se colocaban en una forma geométrica perfecta. Me pareció esto una cosa tan notable, que resolví ver si se repetía el mismo resultado. Comprendía que aquello no podía ser casual. Desparramé sobre la membrana más licopodio, y al cantar la misma nota que antes, las semillas volvieron á colocarse haciendo la misma figura.»

Bueno será decir, para afirmar más el hecho, que la mayor parte de los experimentos fotografiados que reproduzco en este artículo se hicieron en mi presencia. En todos ellos las figuras fueron trazadas





Impresiones de la voz obtenidas poniendo colores á la aguada sobre un cristal

por las vibraciones de la voz humana. Es muy interesante el observar cómo se producen. Al principio de cantarse una nota en el eidófono, las simientes están amontonadas en el centro; pero después de moverse un poco y con arreglo, como es natural, á la mejor ó peor emisión de la voz, los polvos se distribuyen y alínean formando una figura geométrica, bien simple, bien compuesta.

Es un hecho no menos notable el de que si la nota se sostiene y va decreciendo con cuidado y gradualmente, la figura se deshace y los polvos vuelven á acumularse en el centro, formando un pequeño montón.

Ha de tenerse en cuenta que para que se produzcan esos resultados geométricos, el que cante no ha de dar más que una sola nota y con perfecta limpieza.

Ya he indicado la importancia científica de estos experimentos. Puede también afirmarse que el cantante ha de aprender mucho por su medio respecto al modo mejor ó peor de vocalizar. No habrá necesidad de que le digamos que las propiedades de una nota son el tono, la intensidad, la calidad, la forma vocal y la duración. Las figuras de que tratamos representan no sólo el número, sino también los movimientos de las vibraciones de una nota mientras ésta se sostiene. No se puede en estas experiencias obtener un éxito completo si no se sabe emplear la voz perfectamente. El eidófono demuestra á la vista las faltas en la emisión de la voz que el oído más ejercitado apenas llega á percibir.

En más de una ocasión la señora Hughes ha notado el hecho de que en vez de colocarse las diminutas simientes formando el dibujo hasta entonces correspondiente á la nota que se ha cantado, éstas se desparraman, manifestando tendencias á formar otro contrario al que se esperaba. Dicha señora ha visto que esto sucedía al querer forzar la nota y que las variaciones observadas en la figura que se aguardaba eran causadas por lo que se llama sobretonos en la emisión de la voz.




Figuras formadas por el licopodio: la primera representa el efecto causado por una nota del registro alto de la voz; la segunda, otra debida al de una del registro bajo

Las siguientes observaciones servirán para explicar los grabados.

1.° El licopodio es una substancia seca. Las figuras geométricas que con su ayuda se obtienen corresponden al tono de la nota. Es una verdad elemental en la acústica que el número de vibraciones aumenta á medida que se hace más alto el tono. Una nota, en una octava, consiste exactamente en un número de vibraciones doble del que corresponde á la misma nota en la octava inmediatamente más baja; mirando las figuras producidas por la voz correspondientes á los intervalos de la escala que representan los grabados, se hace la importante observación de que las figuras de la octava más alta son un desarrollo más complicado de las producidas por las notas correspondientes en la octava más baja. Todas las cualidades que caracterizan la voz humana contribuyen á la formación de las figuras, pero prácticamente las determinan las variaciones de tono.

2.° Si se extiende una substancia líquida, como leche, agua ó una pasta semilíquida sobre la membrana del recipiente, se obtienen resultados totalmente diferentes, pues en vez del tono lo que representan es la intensidad de la nota.

Las figuras de flores, excepto cuando se emplea un medio semilíquido, se producen de una manera semejante á las secas del licopodio; pero para obtener las figuras por impresión no sólo se necesita emplear un medio líquido, sino que el procedimiento requiere alguna explicación.

3.° Las figuras hechas por impresión de la voz se obtienen extendiendo sobre un plato de cristal una capa de colores á la aguada, húmeda, y el disco del recipiente ya mencionado se prepara de la misma manera. El plato se coloca luego sobre la superficie del disco ó membrana, se canta al otro extremo del tubo una nota de una intensidad apropiada y con mucho cuidado se alza el plato, sosteniendo entre tanto la nota.

Después de haberse cantado varias notas de diferente intensidad, se verá el plato cubierto de una asombrosa variedad de figuras diversas que se llaman curvas lineales.

Si se cantan notas de diferentes tonos se puede obtener un computo aproximado del número de vibraciones de cada nota de una escala vocal.

ARTURO LAWRENCE.



CRISTIANÍA. - EXPOSICIÓN DE LAS OBRAS DEL CÉLEBRE PINTOR FEDERICO THAULOW. EL FAMOSO ARTISTA VISITANDO LA EXPOSICIÓN EN COMPAÑÍA DE SU HIJA. (De fotografía de Hutin, Trampus y C.ª)

En Cristianía se celebra actualmente una exposición de las obras del famoso pintor noruego Federico Thaulow, que goza de gran reputación, no sólo en su patria, sino también en el extranjero, sobre todo en París, en donde todos los años expone en el Salón de la Sociedad de Bellas Artes. Además de notable pintor, es un especialista en aguafuertes, de las que hay centenares en la Galería Petit, de la capital de Francia.

Al ser nombrado rey de Noruega Haakón VII, fué llamado Federico Thaulow á la capital del nuevo reino, recientemente separado de Suecia, en donde asistió á la entrada del monarca y en donde se halla en la actualidad ocupado, entre otras cosas, en hacer el retrato de aquel soberano.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustracion Artística

Año XXV — Barcelona 9 de abril de 1906 — Núm. 1.267

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



MATER DOLOROSA, cuadro de J. Victor Kramer

ADVERTENCIA

Con el número anterior hemos repartido á los señores subscriptores á la BIBLIOTECA UNIVERSAL el primer tomo de la serie de 1906, que es la obra de Gustavo Droz TRISTEZAS Y SONRISAS, traducida de la 80.ª edición francesa.

SUMARIO

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

¡Qué chaparrón de niños prodigiosos se nos ha venido encima con la Cuaresma! Cada día aparece uno de estos fenomenitos, y cada biografía y cada retrato que los periódicos nos ofrecen añaden motivos de asombro y de admiración á los que ya teníamos. ¡Cómo! ¡A los siete años se posee todo eso de la inspiración, el sentimiento, la maestría! ¡Cómo! ¡A los diez se *interpreta* á Beethoven, se comprende la recóndita intención de Saint Saens, se hacen maravillas con la música profunda y casi *invisible* de ciertos innovadores sublimes y filosóficos! Es realmente para sentirse aturdido, y para correr á aplaudir tales obras sorprendentes de la naturaleza y de Dios.

* * *

Pero es el caso que, al contemplar á esos niños pálidos, de cabello crecido y brillante, de ojos rodeados por ojeras hondas, de actitud elegantemente pensativa, esos niños demasiado finos, demasiado formales, demasiado artistas para su edad, correctamente vestidos, sonrientes y haciendo reverencias al público, al contemplarles, digo, surge involuntariamente la idea de la planta de estufa, forzada, sometida á procedimientos de cultura que no diré que sean antinaturales, pero que, por lo menos, no son los que dispone, en su armónica sabiduría, la madre naturaleza.

El niño no puede ser artista... Si lo es, infringe prescripciones de esa gran madre, más bien severa y dura que cariñosa, en cuyo seno se adquieren energías para la vida y la lucha, recogiéndolas en los primeros años para sobrellevar el desgaste de los postreros, los embates de ideas, sentimientos y pasiones, que el arte exalta y agiganta, y que consumen la sangre y la fuerza precipitando la vejez. El niño debe ser un inconsciente, y su inconsciencia, su insensibilidad, ó al menos su sensibilidad ligera y tornadiza, deben prolongarse cuanto quepa; y tal es la razón de que filántropos y médicos, cuantos se preocupan de la salud y la higiene, abominen de los artistas precoces, recriados en *serre*, como éstos.

* * *

Más que los niños asombrosos, interesan mi atención los aeronautas atrevidos y resueltos. Es verdad que, en materias de valor, nos sentimos siempre doblemente impresionados por las valentías que no seríamos capaces de realizar. La sola idea de ascender en una de esas barquillas cuyo sostén á inconmensurable altura es una burbuja de seda inflada, me da escalofríos. Todo lo que se quiera, las valentías que sean necesarias, pero sobre la tierra, que es nuestro elemento. Contribuye á la impresión de terror la idea de la falta de espacio don de revolverse—hallándose, sin embargo, flotando en el espacio infinito.—Presos en la estrecha celda de la barquilla, sin poder desentumecer el tronco ni estirar las piernas; obligados á envolverse y cubrirse para evitar el frío, inmóviles por no comprometer el equilibrio de la barquilla, y hasta privados de fumar los aeronautas, porque el cigarro, en la aerostación, constituye un terrible peligro, la angustia debe de ser grande, á menos que se posea un corazón intrépido, una envidiable serenidad. Que la poseen los jóvenes deportistas, no se puede discutir: si su espíritu se achicase, harían la primera ascensión, pero no harían la segunda, la tercera, las muchísimas que ya ha practicado el animoso y afortunado Fernández Duro.

* * *

Y hay un poco de injusticia histórica en el destino de los héroes del aire. Dijérase que así como el humo del cigarro se dispersa en el ambiente que rodea al fumador, la fama de las guapezas y bizarrías aerostáticas se pierde en las nubes hacia las cuales boga decidido el ligero globo. Todo el mundo recuerda y celebra los nombres de los paladines Bernardos y Roldanes; hay aún quien cante las fazañas de Francisco Esteban y otros contrabandistas de colmillo retorcido; pero nadie pronuncia enfáticamente el de uno de esos hombres de pelo en pecho, que sin esperanzas de que la mirada humana se fije en su hombría, se mete en la fragilísima barquilla de un globo y va á sucumbir obscuramente, precipitado como el Icaro fabuloso, revuelto entre los fragmentos de sus rotas alas, á los abismos del mar ó sobre los duros pedregales de algún valle ignorado.

* * *

Los aeronautas tienen hasta la elegancia de gesto de afirmar que su terrible *sport* no ofrece peligro. Lo repiten incesantemente, lo porfían: el globo es menos arriesgado que el automóvil... Y acaso sea así: el verdadero riesgo, en el fondo, no importa tanto como la apariencia del riesgo, que señorea la imaginación y apoca el ánimo. En el automóvil se toca la tierra, aunque sea para estrellarse en ella al chocar contra un tronco, un muro, un carro ó un transeunte. En el aire no se puede chocar con nada: sólo la impericia del navegante, su descuido, ocasionan el naufragio aéreo. El camino está despejado y libre, el camino inmenso, sin superficie, sin fondo, sin orillas... Y aseguran los familiarizados con él, que es un placer grande, original, una sensación fuerte y preciosa, el sentirse flotar así, en dulce y fantástica quietud, lejos de todo ruido, sin ver más que como puntos imperceptibles las formas del planeta.

* * *

Se podrían escribir varios volúmenes acerca de la superstición actual. «*Il ya bien du mysticisme dans ce siècle qui finit*»—oí decir allá por los años de 1889 á Emilio Zola.—Yo creo que el misticismo, cuya existencia considero efectiva, es una cosa, y otra la superstición que podemos llamar *social*, ajena á todo espíritu religioso y ajena á veces hasta á toda fe.

Y no son los países atrasados los que presentan de un modo más claro los síntomas de la supersti ción. Averiguamos con sorpresa que en Inglaterra se conservan los terrores medioevales, y no en las clases incultas, que allí las habrá también, sino en las elevadas y aristocráticas. Los periódicos han hablado de duendes y trasgos que todavía frecuentan castillos y *manors*, siendo dueños absolutos de ciertas habitaciones donde no se atreven á pernoctar ni aun quizás á entrar con clara luz del día dueños ni huéspedes. Referencias particulares y autorizadas me permiten creer que no se trata de un *canard* periodístico, sino que es real y efectivo el caso.

Cuando se pregunta, con el natural interés, ¿qué pasa en esas estancias de esos *manors* y castillos del tiempo de los Puritanos y de Cromwell, qué ocurre en esas salas cerradas que nadie osa pisar?.., la respuesta no calma ni satisface una curiosidad explicable y legítima. ¡Oh! ¿Qué pasa? Eso es justamente lo que nadie acertó á definir. ¿Qué se ve? Almas del otro mundo, espectros que se aparecen, fantasmas vagos que se deslizan sin tocar el suelo, espejos donde se refleja una figura que no tiene cuerpo real... ¿Pero esto es cosa positiva? Cuando menos, lo afirma gente muy seria, muy honorable, *que lo ha visto*... Desmentirla sería ofenderla. Los fantasmas existen.

* * *

Y yo pienso que en España, en este país de romanticismo y de leyendas, no podemos citar nada análogo, á excepción de la famosa *Cámara azul* del palacio del duque de Granada de Ega, romanceada por el Padre Coloma en páginas muy interesantes... Hay, sí, por toda España, en cualquier villorrio, *casas de los Duendes;* las hay en el mismo Madrid, y un marqués amigo mío, persona muy inteligente, asegura que su palacio, situado en el riñón de la villa y corte, está *hanté,* que allí se oyen ruidos misteriosos y quejas profundas y desgarradoras... Pero hay que ver la sonrisa escéptica con que estas afirmaciones se hacen aquí; hay que reconocer la incredulidad española, al lado de la convicción inglesa... Yo creo que, en esa Inglaterra tan tradicionalista, la superstición es una forma de la tradición.

* * *

No tengo espacio para referirme á mil supersticiones muy difundidas, que cunden cada día más en la sociedad, y que son verdaderamente candorosas. Otro día hablaré de ellas, con información detenida. Recontaré las manías contra el trece y los martes, contra el cruce de manos y la *bicha*, en favor de los jorobados y de la reunión fortuita de un cojo, un caballo blanco y un cura..., con varios graciosos dislates del mismo género, testimonio de la eterna infancia de la humanidad y de que se necesita creer..., cuando no en el cielo, en el Limbo.

EMILIA PARDO BAZÁN.



El niño violoncelista ANTONIO SALA, que ha dado recientemente y con gran éxito un notable concierto en el Teatro Principal de esta ciudad. (De fotografía de Mariné.)

Hace pocos días, el 27 de marzo último, un público tan numeroso como escogido, congregado en el decano de los coliseos barceloneses, tributaba una ovación tan entusiasta como merecida al niño violoncelista Antonio Sala, que, acompañado al piano por la notable concertista Srta. Campins, había ejecutado con singular acierto un difícil y selecto programa. Componían éste una Sonata de Valentini, el Concierto en *la* menor de Saint-Saens, una Romanza de Strauss, una Berceuse de Moszkowski y el Vito de Popper, y en todas estas piezas demostró el niño Sala ser un violoncelista en toda la extensión de la palabra, delicado y tierno unas veces, ardiente y apasionado otras, ora arrancando del instrumento notas dulcísimas, ora haciendo prodigios de agilidad y mecanismo, y siempre interpretando con verdadero *amore* y de un modo justo, sin exageraciones y sin falseamientos, el pensamiento del compositor.

Antonio Sala nació en Barcelona en 1.° de noviembre de 1893, y desde los primeros años demostró gran intuición musical y una afición decidida, comenzando antes de los siete años los estudios de solfeo y de piano bajo la dirección de su padre, el conocido profesor D. Salvador Sala. En 1902 recibió con gran contento el violoncelo ¾ que había pedido á los Reyes Magos y en el cual ha estudiado desde entonces con el profesor de la Escuela Municipal de Música D. José Soler, habiendo hecho en tres años cinco cursos y obtenido en todos ellos notas de sobresaliente.

Desde muy niño tomó parte en diversos conciertos de beneficencia, y en diciembre de 1904 hizo su primera presentación en público en la sala del establecimiento editorial de música de esta ciudad Dessy y C.ª, acompañándole el celebrado concertista D. Carlos G. Vidiella y su profesor Sr. Soler. Esta audición fué dedicada exclusivamente á los profesores de música y repetida poco después en el Círculo Artístico.

Los críticos han dedicado al niño Sala grandes elogios y le auguran fundadamente un brillante porvenir. A los aplausos de la crítica y del público une los suyos LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, que honra hoy sus columnas con el retrato del precoz violoncelista.

EL TRIUNFO DEL CRISTIANISMO

El sangriento espectáculo está en su apogeo. Los *apparitores* acaban de arrastrar con sus garfios hacia el sombrío é infecto espoliario á los gladiadores moribundos, y la arena del anfiteatro romano, recién refrescada, brilla de nuevo con los polvos de oro, de carmín, de minio, arrojados en ella para disimular el color de la sangre.

—¡A los leones!, ¡á los leones!, exclama la multitud implacable, lo mismo los caballeros que los ciudadanos, la plebe de igual manera que las ilustres damas, distribuídos en las graderías radiales y en las altas tribunas con distinción reglamentada de clases, aunque con unidad sectaria de odios y de pasiones.

Y al propio tiempo, los *apparitores,* abriendo las cárceles, conducen al centro de la arena una cadena de cristianos.

—Santo, santo, santo es el Señor Dios todopoderoso, el cual era, el cual es y el cual ha de venir.

Y el soldado que, habiéndole dado á elegir su general entre la renuncia de sus grados ó la abjuración de su fe, prefirió confesar el nombre de Cristo y perder las ventajas de que en el siglo disfrutaba; y el esclavo que, indignado, había arrancado un edicto imperial de persecución y desgarrádolo profiriendo invectivas contra los príncipes; y el diácono que á una conminación injusta habíase negado á entregar las Escrituras Santas; y el tribuno que en las inmediaciones del Foro había derribado un altar de los dioses; y el liberto que, al ver al gobernador ofrecer un sacrificio, dirigióse á él y quitóle de entre las manos el incienso; y la matrona que, negándose á servir á los emperadores, había hecho público desprecio de los dioses de palo y piedra; y la virgen que había abrazado una muerte santificante para evitar una vida de relajamiento, y otros y otros que desdeñaron las comodidades y esplendores de los palacios por las estrecheces y obscuridades de las catacumbas, agrúpanse en piña, murmurando versículos que llegan á la plebe enfierecida como flechas de Dios lanzadas por los justos á la faz de sus opresores.

—Santo, santo, santo es el Señor Dios todopoderoso, el cual era, el cual es y el cual ha de venir.



El triunfo del Cristianismo, cuadro de Julio Borrell

Y á los agudos clangores de las trompetas, que apagan los gritos desaforados de la muchedumbre aplegada en el anfiteatro, ábrense las jaulas, y las fieras, hostigadas por los látigos de los *laniatores,* parapetados tras de sólida empalizada, acuden hambreantes á clavar sus garras y sus dientes en los indefensos cuerpos de los mártires.

El anciano, el joven, la doncella, destinados al sacrificio, oyen sin estremecimientos ni pavores los maúllos del índico tigre, los bramidos del león africano, los rugidos de la onza asiática.

No así el pueblo expectante, que grita, palmotea, se embriaga, se enfurece, dilatando las narices y el pecho para recoger los vapores de la sangre que cae y humea por dondequiera. Las carnes desgarradas, las tripas rotas, las cabezas destroncadas, los miembros mutilados, nada llega á conmoverle, á despertar en él un sentimiento compasivo. Ni siquiera le dicen nada los *benedictus* con que los mártires contestan á sus imprecaciones, ni los *alleluyas* con que reciben sus insultos y desvergüenzas. Pueden más que todo ello las voluptuosas miradas y las embriagadoras promesas de nocturnos goces con que atizan las iras de los hombres las mujeres que, vestidas de ligeras gasas, vierten sobre ellos sus pomos de quintaesenciadas flores.

Mas los grandes toldos de púrpura oriental que cubren el anfiteatro, entonando el sangriento espectáculo con sus encendidos reflejos, se descorren de pronto. Una claridad pálida inunda las graderías, amarilleciendo los rostros. Los mugidos cada vez más crecientes del Tíber ensordecen á todos. La tierra se estremece con sacudidas de terremoto. Las estatuas, los trofeos, los monolitos, las columnas, los trípodes perfumeantes, esparcidos acá y acullá de la arena, se tambalean y caen. Los tigres, los leones, las onzas, que se repartían los miembros palpitantes y bebían con furor insaciable la sangre, retroceden despavoridos, aullando y rugiendo estridentemente. Y senadores, caballeros, esclavos, sacerdotes, matronas, combatientes, vestales, legionarios, lictores, el pueblo todo, abandonan las gradas estrujándose en los vomitorios para buscar, sin encontrarla muchos, su salvación en la huída, dejando por donde pasan, en confusión revuelta y abigarrada, franjas de toga, jirones de túnica, pomos de oro, joyas preciosas, fasces lucientes, cascos de bronce, cetros ebúrneos.

Sólo los cristianos no huyen. Sólo las víctimas del paganismo, ajenas á aquellos temores y sobresaltos, sonríen dulcemente, y sumergiéndose, moribundas, en los éxtasis de la beatitud eterna, conversan serenamente con los ángeles de Cristo, como flores que después de una tempestad abren sus cálices á los besos solares por entre las añosas frondas que el vendabal tronchara.

—Santo, santo, santo es el Señor Dios todopoderoso, el cual era, el cual es y el cual ha de venir.

Y los ángeles, vestidos de lino limpio y blanquísimo, y ceñidos junto á los pechos con ceñidores de oro, al oir aquel salmo unísono de fe y de esperanza, lo recogen como testamento precioso de los confesores de Cristo, para predicarle á los moradores de la tierra, á todas las naciones, y tribus, y lenguas y pueblos.

Y al celestial conjuro abandonan los héroes del paganismo sus aras y se extinguen en ellas las propiciatorias llamas.

Y Diocleciano, el último y más fiero perseguidor de los creyentes, que siente pudrírsele en la boca, corroída de gusanos, la blasfemante lengua, contempla, antes de morir vomitándola, desde su palacio de Salona, la decadencia y aniquilamiento ejemplares de sus dioses y el incremento y triunfo gloriosos del Cristianismo.

VIADA Y LLUCH.

LA MÁQUINA DE COSER

(CUENTO)

En aquella buhardilla, en la que haciendo más llevadera la pobreza, entraba antes alegre la luz del sol, embalsamaban el ambiente las flores de las macetas puestas en las ventanas que daban al tejado, cantaban dos pajarillos en sus jaulas y se oían las argentinas carcajadas de un niño, que era el único que le quedaba á María de su matrimonio con aquel perdido que después de haber estado en muy buena posición había derrochado una fortuna para dejar á su mujer en la miseria, y á quien no obstante quiso tanto, ya el sol parecía alumbrar tristemente, las macetas estaban sin flores, el canario se había vendido y hasta el niño recién salido de penosa enfermedad jugaba poco y en silencio con cierta melancolía.

Aquella mujer, mártir por su hijo, había trabajado lo increíble cosiendo ropa para un comercio, pero al presente había surgido «el paro,» no había trabajo y la situación no podía ser más apurada porque el hambre no espera.

Había, cuanto antes, que vender algo; pero ¿qué? ¿La única cama que había, el espejo, las sillas desvencijadas, el reloj de pesas tan necesario como el comer, pues gracias á sus cascadas campanadas se podía levantar al amanecer María, apenas reconciliado el sueño tras largo insomnio? ¿Los escasos chismes de cocina? ¿Las viejas perchas de hierro?.. Y sin embargo, había que vender algo, hacer dinero en seguida, porque además de los apuros del estómago, la máquina de coser, la herramienta del trabajo que se pagaba en plazos semanales, llevaba ya dos de éstos sin abonar y el cobrador había avisado que la casa no tendría más remedio que retirarla... y después de lo que ya tenía satisfecho. ¿Y luego, cuando volviera la labor?

El casero también amenazaba con el desahucio y todo, en fin, hubiérase dicho que se conjuraba contra aquella madre infeliz.

Arrinconada en la cocina, había también otra máquina de coser, pero muy antigua, de uno de los primitivos modelos, no funcionaba ya ni merecía la pena de componerla y, herrumbrosa y oxidada, permanecía allí cual trasto inútil. María, sin embargo, la tenía cierta estimación: había sido el regalo de boda de un buen amigo de su padre, del marqués de Puente Blanco, hombre extravagante que aseguraba que aquella máquina habíase comprado para su madre y que si los tiempos iban mal podría, en caso de apuro, echarse mano de ella.

* * *

Mal habían ido los tiempos para la pobre María, pero ésta había tenido que echar mano de otra máquina para su labor, y la del regalo permanecía arrinconada y polvorienta.

Faltábanle también varias piezas, y el niño de María solía entretenerse jugando con algunos tornillos, mientras su madre cosía en la máquina moderna.

Llegó un día que amaneció terrible para la que de señorita se había convertido en obrera. No había ni para el desayuno y aquel pobre hijo iba á pedirlo de un momento á otro.

¿Qué hacer?, se preguntaba María desesperada y puesta de codos sobre la mesita de camilla. Después de breve reflexión decidió llamar á un trapero y venderle la máquina del marqués. Si es que la quería, porque como aparato no valía nada y ¡pesaba tanto! que para transportarla harían falta dos hombres.

Vuelta á sus reflexiones, María oyó de pronto cerca de sí el sonido metálico que produce una moneda gruesa de plata cuando se suena en una piedra: ¡Un duro!, exclamó. ¡Bah, me habré equivocado!

Y sin embargo, no era ilusión, porque indudablemente era un duro lo que estaban sonando.

María levantóse y corrió á la cocina, contigua á la habitación en donde estaba, y halló á Luisín, á su pequeño, que sentado en el suelo entreteníase en arrojar fuertemente contra las baldosas del piso uno de los tornillos de la máquina vieja, sonriendo cual si le agradase el sonido fino y argentino que se producía.

Una idea feliz acudió con la rapidez del rayo á la imaginación de María.

—¡Oh, Dios mío!, exclamó! ¿Será ésto de plata?

En un instante se colocó la mantilla, rogó á una vecina estuviese un momento al cuidado del pequeñuelo, que siguió entretenido sentado en el pavimento, y María, después de envolver dos tornillos en un papel, salió casi corriendo.

Contados minutos bastaron á aquella mujer, que ya no parecía correr, sino volar, por las calles, para transponer la distancia que mediaba entre su casa y la de la tienda en cuya portada se leía un rótulo que decía: «Se compra oro, plata y platino.»

María saltó rápidamente el escalón y penetró ligera en el comercio. Sofocada, convulsa, arrojó sobre el mostrador los tornillos.

El dueño los cogió y los examinó ligeramente. El corazón de María latió con violencia extraordinaria.

—Sí; es plata, y buena, dijo el comerciante, y sin conceder gran importancia al asunto, como hombre curado de caprichos, arrojó los tornillos en la balanza, limitándose á añadir fríamente: ¡Vaya un gusto de tornillos!.. Y son macizos.

* * *

El final de la escena se adivina. María volvía á su casa con unos cuantos duros *de veras* y el dueño del establecimiento quedaba en ir á casa de la obrera á examinar la máquina.

No se hizo esperar mucho el comerciante, y en las primeras horas de la tarde se presentó acompañado de otro señor en la habitación de María.

Tras de un examen, por cierto no muy detenido, convinieron en que en la tal máquina era todo de plata, afirmando que no tenían el menor inconveniente en adquirirla.

María pensó, en su afecto al extraño mueble, reservarse alguna pieza como recuerdo; mas tan atolondrada estaba de cuanto veía ante sus ojos, que pronto se le borró la idea.

Conformes en la venta, una hora más tarde dos mozos cargaban con la máquina. Ya en la tienda y desarmada algun tanto, se fué pesando. María presenciaba atónita la operación.

Terminada ésta, María recibió poco más de 900 pesetas. Dios la había amparado premiando su resignación y su virtud: ella y su hijo se habían salvado. El marqués de Puente Blanco sonreiría en su tumba.

* * *

María no dejó de trabajar por eso; al contrario, afanóse más y pudo dar á su hijo una carrera y volver á ver en su buhardilla la luz alegre del sol, las flores en las macetas embalsamando el ambiente, los pajarillos cantando en sus jaulas y á Luisín reir contento.

Hoy aquel niño que estudió con aprovechamiento es un médico de gran reputación y un hijo que adora en su madre, aquella que costeó sus estudios gracias á una máquina de plata y á quien ahora no vacilaría él en comprarle, si ella quisiera, una de oro, que tal es el poder del trabajo y de la virtud.

P. Gómez Candela.

Tamino y Pamina, grupo de la fuente erigida en Viena en honor de Mozart, obra de Carlos Wollek



El corista, busto en bronce de F. Jahn



Madona, escultura de F. Jahn

EL DESCENDIMIENTO DE LA CRUZ, cuadro de Julio Borrell

EL REY EDUARDO VII DE INGLATERRA

EN BIARRITZ

Cerca de un mes ha permanecido el monarca inglés, de incógnito y con el título de marqués de Lancáster, en la linda población francesa en donde suele invernar una numerosa y distinguida colonia, especialmente de franceses y de ingleses. Lo benigno del clima, lo hermoso del paisaje, son atractivos poderosos que han hecho de Biarritz una estación de invierno muy frecuentada por los que á los ruidosos placeres de la *cote d' Azur* prefieren la tranquila existencia de la pintoresca aldea que tan én boga estuvo en los últimos años del segundo imperio.



EL REY EDUARDO VII DE INGLATERRA EN BIARRITZ. – LLEGADA DEL REY Á SARE, EN DONDE SE JUGÓ UN GRAN PARTIDO DE PELOTA DISPUESTO EN SU HONOR. ACOMPAÑÁBANLE SIR STANLEY CLARK, EL HON. MR. OREVILLE Y VARIAS PERSONAS DE LA COLONIA INGLESA. (De fotografía de Hutin, Trampus y C.ª)

Durante su estancia allí, Eduardo VII no ha cesado de realizar excursiones por los alrededores, visitando Pau, Cambó, el Paso de Rolando, uno de los sitios más deliciosos del país vasco, San Juan de Luz, Fuenterrabía, Sare, Saint-Jean-Pied-de-Port, San Sebastián y otros lugares.

En San Sebastián visitó á nuestro rey D. Alfonso XIII y á su madre la reina doña María Cristina, que se hallaban en la ciudad donostiarra con motivo de la entrevista con la futura reina de España, la princesa Ena de Batenberg, y almorzó en Miramar con los soberanos españoles, que al día siguiente le devolvieron la visita.

En Sare asistió á un partido de pelota dispuesto en su honor, en el que jugaron los más afamados pelotaris y que, según parece, agradó muchísimo á Su Majestad Británica.—X.

LA PROCESION DEL VIERNES SANTO

EN CAMBRE

Es única en su género, no porque en ella entren elementos extraños á la tristísima conmemoración representada por la urna con el cuerpo del Salvador y la imagen de Nuestra Señora de los Dolores, sino porque en la comarca, en las aldeas que rodean á la Coruña, no se celebran funciones de Semana Santa, ni hay, por lo general, otro signo que la indique, aparte de la bendición de olivos y laureles el Domingo de Ramos, que la devoción de llevar una vela de cera en la tarde del Jueves Santo á la iglesia, y colocarla, cada uno á su manera, en el altar mayor, con lo cual se forma un simulacro de monumento, la iglesia está acompañada y en el atrio hay animación, se ven y se hablan los vecinos.

El llamado priorato de Cambre es una iglesia románica, de mucho interés arqueológico. Bastante desfigurada en su interior por las injurias de las malas reparaciones, más que por las del tiempo, conserva, sin embargo, su carácter de época y muy bonitos y curiosos detalles de complicada labor, sobre todo en capiteles, enorgulleciéndose con poseer un objeto antiquísimo de mérito inapreciable: nada menos que una de las ánforas en que Nuestro Señor Jesucristo convirtió el agua en vino en las bodas de Canaán.

Sea de la autenticidad de tan raro objeto lo que quiera, es venerado y compone muy bien en aquel recinto, que cuenta las fechas por siglos, aunque más se adivina que se contempla por lo poco que deja descubierto el cierre de madera, á modo de alacena esquinada, con que ha habido necesidad de protegerlo contra los ataques de los seudo-arqueólogos que van por el mundo con un martillo á prevención, procurándose fragmentos de cosas raras. Bien dotada la iglesia, con gran casa prioral y otras ventajas, conservó siempre cierta importancia, mantuvo la supremacía sobre todas las parroquias del distrito, y nunca en ella decayó el culto. Por eso es la única donde se celebran los oficios y la tradicional procesión del Viernes Santo.

Nadie sabía de eso una palabra. Nuestra parroquia dista de Cambre no más de una hora de camino, y nunca habíamos oído hablar de tal procesión. Así, á la primera noticia que de ella tuvimos nos propusimos verla, poniéndolo por obra el día adecuado de uno de estos años últimos.

Era una de esas tardes peculiares de la Semana Santa, en que tan bien conciertan las condiciones físicas de la estación con el sentimiento que parece impreso en el mundo cristiano cada vez que se conmemoran los misterios de la Muerte y Resurrección del Señor: clara, fría, triste, con el dejo del pasado invierno y con ráfagas ó presentimientos de esperanza manifestada en la vida de los campos, por el trigo que reverdece, por los *tojales* todos recamados de oro, por las primeras flores blancas de los espinos.

Cambre está en una meseta despejada. Domina por un lado el río Mero, con sus pintorescos molinos, la estación del ferrocarril, y por todas partes campos bien cultivados, casas de recreo, huertos de frutales *brabadizos* y sotos, los cuales, desprovistos ahora de follaje, comparable en el mundo vegetal á la *beauté du diable* que lo disimula todo, dejan al descubierto las verdaderas formas del terreno, las ondulaciones, los declives, los *agros* y los mil detalles que avaloran el país.

A nuestra llegada todavía se veían por caminos y *corredoiras* y á campo traviesa filas de personas que subían á Cambre; pero ya la explanada de la iglesia estaba llena de gente que se esparcía por el contiguo soto de castaños seculares donde se celebra la feria mensual más afamada de los contornos.

La concurrencia se componía casi exclusivamente de aldeanos y del elemento ambiguo, entre campesino y burgués, que vive de la pequeña vida oficinesca y mercantil favorecida por el Ayuntamiento. El *señorío* que veranea en aquellos lugares estaba ausente. Cerradas las verjas de las lindas casitas modernas que en la vecindad de la iglesia se han levantado, y cerradas también, detrás de sus macizas, sombrías murallas, las antiguas y de más fuste y abolengo, que á distancia destacan en los campos



EL REY EDUARDO VII DE INGLATERRA EN BIARRITZ. – PARTIDO DE PELOTA JUGALO EN SARE EN HONOR DEL MONARCA INGLÉS. (De fotografía de Hutin, Trampus y C.ª)



Londres. - Los marineros japoneses de la escuadra del almirante Togo que han ido á Londres para hacerse cargo de los dos barcos de guerra construídos en Inglaterra para el Japón. - 1. El Secretario. - 2. El teniente Sosha, único sobreviviente del puñado de héroes que intentaron embotellar Puerto-Arthur bajo el fuego mortífero de la Colina Dorada. (De fotografía de Hutin, Trampus y C.ª)

el verde obscuro de sus macizos de laureles, camelias y magnolias.

Ninguna de las extravagancias exóticas de la moda disonaba en aquel conjunto serio, al cual la solemnidad del día y tal vez la estación, más adecuada al uso de paños obscuros que de percales abigarrados, daba cierto tinte armónico.

Abundaba entre las mujeres el *mantelo* y la mantilla, ambas prendas de fino paño negro con terciopelo y azabaches, sirviendo para cortar la monotonía los pañuelos de seda de colores vivos que llevaban á la cabeza y que las mantillas, al descansaren los hombros, dejaban al descubierto. Entre los hombres no se veían tampoco ni las feas boinas ilustradas, ni las blusas negras y otras invenciones con que la moda seduce á los muchachos que trabajan de peones ó ejercen sus oficios en la ciudad; todos vestían sus trajes de paño, los que, para muchos, sólo se compran una vez en la vida.

La impresión que causaba aquella reunión de gentes era enteramente distinta de la que producen, en aquellos mismos lugares, las fiestas en que se baila, se ríe y se merienda. Parecía otro pueblo, y era grato ver de manera tan incontestable cómo la frivolidad y los elementos disolventes, que atacan á las superficies sociales de la vida moderna, no llegan al fondo sólido y firme de nuestra raza.

La procesión salió formada con el mayor orden. Llevaban la urna jóvenes vigorosos; la Virgen de los Dolores, aquellos de sus devotos que consiguieron atar los primeros el pañuelo á sus andas. Iba mucho clero, el de todas las cercanías, con cruz y estandarte; también su correspondiente cofradía, y como nota amena, si así vale decirlo, un grupo de niños vestidos con trajes alusivos á la Pasión. No olvidaré nunca á la pequeña María Magdalena. Era una niña rubia y morena, con una intensidad de expresión en los ojos rarísima á su edad. Llevaba la mirada elevada al cielo, caídos los brazos y cruzadas las manos con ademán de desesperación. No sé quién la habría ensayado, ni si sería aquella actitud presentimiento de una organización de actriz, pero parecía italiana; uno de esos productos que en la tierra del arte nacen espontáneamente á favor de esas manifestaciones populares del sentimiento, que hallan tan adecuada forma en los Pasos de Semana Santa.

No lejos de la niña y mucho más interesante que ella por su sinceridad, clavados también los ojos, no en el cielo, sino en el cuerpo cadavérico de Cristo, llamó nuestra atención un anciano de tipo genuinamente gallego. Frente despejada, perfil correcto. Una aureola de guedejas como la plata le caía por la frente y las sienes. Vestía *cirolas* de blanca estopa, polainas y chaqueta de paño obscuro, chaleco de grana y en la mano llevaba la casi ya desaparecida *monteira*.



Londres. - Los marinos japoneses visitando la tumba de Nelson en la catedral de San Pablo (Dibujo de J. Duncan. Reproducción autorizada.)

Era ejemplar rarísimo de un tiempo que se pierde y de una raza que, si no degenerada como otras, parece á veces alterada también. La gente fué uniéndose á la procesión conforme ésta se desarrollaba: los hombres, formando calle con velas encendidas; las mujeres detrás, todas en silencio, roto sólo por el sonido que producía un golpe dado á intervalos iguales con un martillo en la parte exterior de la campana.

Imposible inventar cosa que más acento diese á la emoción estética de aquel cuadro vivo que se alejaba, esfumándose tras las entrecruzadas ramas de los árboles sin hojas, y llevando siempre en alto, por los caminos habitados y por delante de todas las casas desviadas y esparcidas por la aldea, aquellos santos y preciosos emblemas de la fe, de la virtud, de la resignación y de la esperanza.—Eulalia de Liaus.



CRISTO Y LA MUJER ADÚLTERA, COPIA DEL



...ado cuadro de José Block, grabado por J. J. Weber

LOS «RESUCITADOS» DE COURRIERES

Bien puede aplicarse el nombre de «resucitados» á los trece mineros que, después de haber permanecido veinte días sepultados en el fondo de uno de aquellos pozos en que hallaron la muerte centenares de compañeros suyos, han visto nuevamente la luz del día.

En las primeras horas de la mañana del día 30 de marzo último, la cuadrilla que había trabajado de noche para atajar el incendio por las galerías que comunicaban con los pozos números 2 y 3 se disponía á abandonar el trabajo, cuando uno de los obreros creyó percibir, del otro lado del hundimiento, voces humanas que pedían socorro. Lanzáronse entonces hacia el sitio de donde partían las voces, no sin tener que adoptar grandes precauciones, pues la menor imprudencia podía destruir el equilibrio de los bloques y maderos y determinar un hundimiento de horribles consecuencias que produjera la muerte de salvadores y salvados. El ingeniero Petitjean, dando pruebas de un valor admirable, deslizóse por entre los escombros y llegó hasta uno de los enterrados, el llamado Neny, que le gritó: «¡Hay otros doce detrás de mí!» Uno á uno fueron extraídos los trece y conducidos á la jaula que los remontó á la superficie.

Los relatos hechos por Neny y Pruvost, que fueron los que dirigieron y animaron á sus compañeros durante esos veinte días, ponen verdadero espanto en el corazón más esforzado ó más indiferente. Diez de aquellos hombres trabajaban en la mañana del 10 de marzo á 600 metros de distancia del pozo de Mericourt, cuando se produjo en éste la explosión; ilesos milagrosamente, acercáronse al pozo creyendo poder encontrar en él una salida; pero las inmediaciones del mismo estaban convertidas en un informe montón de cadáveres y de escombros ardiendo y hubieron, por consiguiente, de volverse atrás. Estaban entonces á una profundidad de 300 metros. Por un corredor practicado en la roca dirigiéronse hacia los pisos superiores, mas el aire irrespirable allí acumulado les obligó á volver al pozo; intentaron luego subir por uno de esos corredores verticales que unen entre sí los pozos de las minas, y también fracasó esta tentativa por haberse roto las escaleras. Cinco de los mineros perecieron allí extenuados por la fatiga y el sufrimiento; los demás siguieron su camino. Dos de ellos, sin embargo, quedáronse rezagados: el mencionado Neny y el aprendiz Víctor Martín, de catorce años, que no quiso separarse de él y que le fué arrastrando, por decirlo así, en medio de las tinieblas. Los tres restantes continuaron sus tentativas para llegar á los pisos altos. Neny y Martín, continuando solos su marcha, llegaron al mismo sitio de donde algunos días antes habían partido en unión de sus compañeros, y allí encontraron á ocho mineros que aún vivían. Juntos los diez siguieron buscando una salida, y en una de las galerías volvieron á reunirse con los tres que antes se habían separado de Neny y de Martín. La casualidad les llevó hacia el lugar en donde trabajaban las cuadrillas de salvamento, y la corriente de aire fresco que llegó hasta ellos les guió hasta las inmediaciones del pozo en donde, como hemos dicho, fueron salvados. Durante los primeros días, aquellos trece hombres se alimentaron con algunos pocos víveres que aún conservaban; agotados éstos, comieron la corteza de los puntales de las galerías, la avena que encontraron en una cuadra, las escasas provisiones que sacaron de los bolsillos de los compañeros muertos y carne de un caballo en estado de putrefacción. Para beber recogían el agua que gota á gota caía de las filtraciones del techo y la mezclaban con sus propios orines.

Al cundir la noticia del salvamento, toda la población minera acudió á las cercanías del pozo; el espectáculo que ofrecía aquella muchedumbre de hombres, mujeres y niños alentados por la esperanza de que entre los salvados hubiera alguno de los suyos es indescriptible, como indescriptibles son las escenas que se desarrollaron entre los resucitados y sus familias.



LOS «RESUCITADOS» DE COURRIERES. – × NENY, UNO DE LOS MINEROS QUE DIRIGIERON Á SUS COMPAÑEROS, CONDECORADO CON LA CRUZ DE LA LEGIÓN DE HONOR. (De fotografía de Photo-Argus.)

He aquí los nombres de los trece mineros: Carlos Pruvost Enrique Neny, Elías Lefebvre, Román Noiret, Enrique Wattiez, César Danglos, Luis Castel, León Boursier, Alberto Dubois, León Vanhoudenove, Honorato Couplet, Anselmo Pruvost (hijo de Carlos) y Víctor Martín. Carlos Pruvost y Enrique Neny han sido condecorados con la cruz de la Legión de Honor; á los demás se les ha concedido la medalla de oro de primera clase. El ministro de Obras Públicas Mr. Barthou ha ido personalmente á Courrieres á entregarles las condecoraciones, y la ceremonia de esa entrega ha sido un acto tan solemne como conmovedor. Además, se han abierto en toda Francia subscripciones en favor de los resucitados. – S.



LOS «RESUCITADOS» DE COURRIERES EN LA ENFERMERÍA.
(De fotografía de «Photo Nouvelles,» tomada inmediatamente después del salvamento.)

BELLAS ARTES

(Véanse grabados de págs. 233, 236, 237, 240, 241 y 248.)

Mater Dolorosa, cuadro de J. Víctor Kramer. – Trasladar al lienzo la figura de la Virgen en el momento de su dolor supremo, cuando vió escarnecido, maltratado y crucificado á su inocente y divino Hijo, es empresa muy arriesgada que sólo pueden acometer los grandes artistas, los que sientan muy hondo y estén animados de una fe ardiente, poderosa. Que estas cualidades se juntan en el célebre pintor alemán Kramer lo prueba elocuentemente esa *Mater Dolorosa*, en quien la aflicción más intensa de la madre aparece suavizada por la resignación de la que se sabe elegida por Dios para con sus lágrimas y con la sangre de su Hijo redimir á la pecadora humanidad.

Tamino y Pamina, escultura de Carlos Wollek. – Son estos dos personajes los héroes de la hermosa ópera de Mozart *La flauta encantada*, el príncipe egipcio Tamino y su prometida Pamina que han recibido de las tres hadas bienhechoras el talismán con que destruirán, tras largas luchas y penalidades sin cuento, la maléfica influencia de la Reina de la Noche, que se opone á su felicidad. El precioso grupo de Wollek, de una simplicidad, de una corrección de líneas, de una belleza de proporciones admirables, es digno homenaje á la obra de aquel gran maestro y forma parte de la fuente monumental erigida en Viena en honor del inmortal autor de *Don Juan*.

El corista. – Madona, esculturas de F. Jahn. – El primero de esos dos bustos nos encanta por su naturalidad; el segundo nos seduce por su poesía; aquél está arrancado de la realidad misma, éste es obra directa del sentimiento; y en ambos admiramos una ejecución irreprochable y perfectamente apropiada á cada uno de esos diversos géneros: vigorosa, acentuada, en el pequeño corista; dulce, vaga, en la Madona.

El descendimiento de la Cruz, cuadro de Julio Borrell. – Si se compara este cuadro con los que del mismo autor llevamos publicados, entre ellos los que recientemente reprodujimos en el número 1.257 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, se verá que Julio Borrell cultiva con igual éxito los géneros más opuestos, demostrando en todos ellos una solidez de conocimientos, una profundidad de observación y un dominio de la técnica dignos de los mayores encomios y justificativos de la fama que, á pesar de su juventud, acompaña ya su nombre. *El descendimiento de la Cruz*, además de sus excelencias de composición, de dibujo y de colorido, tiene un espíritu de religiosidad que hace resaltar con todo su vigor el sentimiento y el carácter divinos de la escena por él trazada.

Cristo y la mujer adúltera, cuadro de José Block. – Conocido es el asunto de este cuadro: los fariseos y escribas conducen al templo á la pecadora, y recordando á Jesús que Moisés mandó que la adúltera fuese lapidada, le dicen que juzgue. «El que esté libre de toda culpa arroje la primera piedra,» contesta el Salvador. El famoso pintor alemán, nacido en 1863 y discípulo del célebre Piglhein, es considerado hoy en día como uno de los artistas que mejor interpretan los temas bíblicos; la obra suya que reproducimos es la mejor demostración de que tal juicio no es exagerado.

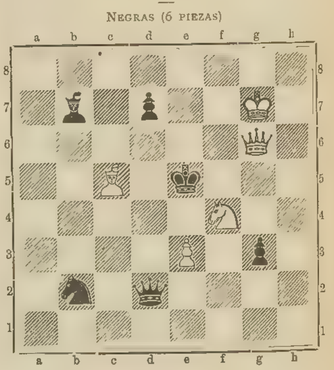
Ovejas entrando en el redil, cuadro de Antonio Mauve. – Este lienzo es una nota ruralista intensamente sentida: el grupo de ovejas, el pastor que las guía, el redil que ha de resguardarlas durante la noche, la escasa luz crepuscular que ilumina el paisaje, son otros tantos elementos reunidos con gran acierto para constituir ese conjunto en el que sobresalen las dos cualidades distintivas de ese género de obras, la sencillez y la sinceridad.

AJEDREZ



PROBLEMA NÚMERO 421, POR VALENTÍN MARÍN.

NEGRAS (6 PIEZAS)



BLANCAS (5 PIEZAS)

Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 420, POR J. CAUVEREN.

Blancas.	Negras.
1. D h 1 – f 3	1. Cualquiera.
2. T ó D mate.	

EL FALSARIO

NOVELA DE JULIÁN HAWTHORNE.—ILUSTRACIONES DE MAS Y FONDEVILA

(CONTINUACIÓN)

No sabiendo Fedovsky qué partido tomar, levantóse al fin y se dirigió hacia los embarcaderos del Río del Este; no le quedaban más que algunos céntimos para pagar la barca en que podría trasladarse á la orilla opuesta; mas estaba resuelto á no pasar del centro de la corriente, y poner término á su existencia en el fondo de las aguas. El desgraciado noble cruzó lentamente las calles, haciendo las más tristes reflexiones al ver cómo brillaba el sol y cuánta era la animación en toda la ciudad. ¡La vida es agradable y nos presenta muchas perspectivas alegres, muchos medios de disfrutar de ella; y es preciso que el hombre esté muy desesperado para poner término voluntariamente á su existencia!

El conde estaba bien resuelto, mas aún tenía tiempo para poner por obra su plan; y la idea de que muy pronto iba á despedirse del mundo bastó para que recobrase todo su aplomo; su paso fué desde aquel instante más ligero, y ya no evitó las calles muy concurridas. El hombre que se halla á punto de renunciar á la vida para conservar su dignidad tiene derecho para levantar la cabeza con todo el orgullo de un caballero.

Dejando atrás el pequeño parque en que se hallaba, continuó su camino á lo largo de la calle Cuadragésima; y por una repentina reminiscencia, acudióle á la memoria que su amigo el señor Williams vivía en el número 15 de la calle Cuadragésima Primera, es decir, hacia el centro de lo que se llamaba el Depósito. Fedovsky sonrió: aquel descubrimiento confirmaba las sospechas de Tomás; aquel hombre debía ser un petardista; pero ¿qué le importaba ya?.. Para lo que le quedaba de vida, bien podía perdonarle. Es muy fácil convertirse en bribón; y el joven ruso conocía por experiencia cuán poderosos son los alicientes para seguir mal camino en la vida.

Cuando el conde hubo llegado á la inmediaciones de la Quinta Avenida vió una dama á caballo que se dirigía hacia el Parque Central; al primer golpe de vista reconocióla; su corazón latió apresuradamente y sus ojos brillaron. Sin pensar en lo que hacía, aceleró el paso y levantó la mano para llamar la atención; pero la amazona pasó sin mirar. ¿Le habría visto? ¡Quién sabe! De todos modos, mejor era así, pues de una entrevista con la joven no hubiera resultado más que disgusto y pesar; y Fedovsky había sufrido ya bastante. Tal vez mañana la hija del banquero leería en los diarios alguna triste noticia, y si ésta le causaba pena, ¿qué más podía desear el desgraciado conde?

Al penetrar en la Avenida pasó por delante de dos ó tres clubs, cuyas tarjetas llevaba en el bolsillo; miró maquinalmente á las ventanas, y vió que no había nadie. ¿Era esto accidental, ó se habían retirado de ellas, al divisarle, los que antes le recibían con tanto agasajo? Todo había concluído ya.

Dejando la plaza de Madison á la izquierda, Fedovsky avanzó por la Avenida, y á los pocos pasos vió tres hombres que se dirigían hacia él: eran el coronel Oakley, el doctor Warren y el juez Farren. El doctor saludó ligeramente con un movimiento de cabeza; el juez aparentó no verle; mas el coronel se detuvo y ofrecióle su mano.

—¡Hola, conde!, exclamó. ¿Cómo está usted? Me alegro mucho volver á verle, y temía que nos hubiese abandonado. Supongo que ahora se quedará entre nosotros. .

—No, coronel, marcharé hoy mismo.



... quedó profundamente dormido...

—¡Vamos, no diga usted eso! Oiga dos palabras, añadió bajando la voz y poniendo cariñosamente la mano sobre el brazo del conde, lo que debe usted hacer es arrostrar con valor las circunstancias; y veo que aún no conoce bien al pueblo americano, el cual aprecia al hombre que manifiesta energía en todas las circunstancias. Se ha dicho mucho contra usted en el club, y yo tuve el otro día un altercado con Federico Vanderblick por la indigna censura que hizo de usted. Algunos hablarán mal; pero estoy persuadido que las tres cuartas partes de ellos le admitirían á usted otra vez en su sociedad si le vieran hacer frente á la situación, pues la mitad de los hombres por lo menos se han visto en tanto apuro como usted se encuentra ahora. A nadie debe usted nada, y no han podido encontrar persona alguna que reclamase un céntimo contra usted. He aquí por qué, si necesita usted dinero, le bastará pedirlo para obtenerle; por mi parte, le ofreceré desde luego quinientos duros; diga usted una sola palabra y los tendrá en su mano; y si quiere usted trabajar un poco, yo mismo me encargaré de buscarle ocupación. ¡No piense usted nunca en morir!

—Le doy á usted las más expresivas gracias, contestó Fedovsky fijando en el coronel una mirada de profundo agradecimiento; me alegro mucho haberle encontrado hoy, y más aún de conocer sus sentimientos respecto á mí... Es usted todo un caballero..., un buen amigo; y lo recordaré mientras viva; pero hay razones que me impulsan á no cambiar de resolución. En cuanto al dinero, añadió pensando en los dos céntimos que llevaba en el bolsillo, tengo por ahora cuanto pueda necesitar, y cuando llegue á la orilla opuesta, no me faltará ya nada.

-Más vale así, amigo mío, repuso el coronel estrechando la mano de Fedovsky y mostrándose más cordial aún, sin duda porque su préstamo no había sido aceptado. Yo quisiera que se quedase aquí y siguiera mi consejo; pero si se ha de reponer usted trasladándose á la parte opuesta, tal vez sea lo mejor que pueda hacer. Espero, no obstante, que volverá á vernos...

—Creo que no, contestó el conde con una triste sonrisa.

—¡Oh, sí!, replicó el coronel sin comprender todo el alcance de la respuesta de su interlocutor; y de todos modos, yo iré pronto á verle á usted. Entre tanto, adiós, amigo mío.

Separáronse los dos hombres, y el coronel se encaminó por un lado de la Avenida, mientras que Fedovsky se dirigía á la calle de Nassau, en donde fué detenido en las circunstancias que quedan referidas. ¿Por qué no aceptó la proposición del coronel? No hay contestación racional á esta pregunta; pero es indudable que el firme propósito de poner término á su existencia fascina la voluntad del hombre, á quien sólo pueden desviar del suicidio causas independientes de su voluntad.

XIV

UNA COLOCACIÓN

Según se ha observado ya, en la historia de Fedovsky había muchos pasajes que el inspector escuchó con mucho más interés que otros; y dos ó tres veces se apresuró á tomar notas. Llegada la narración al punto en que ocurrió la aventura de la calle de Nassau, y no habiendo más que referir, el inspector Byrnes se levantó de su sillón y comenzó á pasear de un lado á otro de la estancia, según su costumbre cuando meditaba profundamente.

Entre tanto el joven ruso permanecía sentado, al parecer algo abatido, sin duda por los recuerdos que con su narración acababa de evocar. ¡Qué mísera había sido su existencia, y qué pocas probabilidades veía de mejorarla al fin!

El inspector volvió á sentarse, y al levantar la cabeza Fedovsky, vió que le miraba fijamente.

—Joven, díjole después de una pausa, es preciso que piense usted en hacer su carrera en el mundo, porque tiene usted muchas ventajas. Físicamente, es vigoroso y activo; por su aspecto, predispone en su favor; tiene usted la más perfecta educación, y es todo un lingüista. Además de esto, ha podido alternar con la buena sociedad, y ya conoce usted alguna cosa de la naturaleza humana; también ha viajado, y le son familiares las costumbres y los países extranjeros. Por lo demás, es usted hombre de rara inteligencia, buen criterio y excelente memoria, veo que está acostumbrado á observar, y que posee en alto grado una penetración y sagacidad naturales. ¿Cómo no ha de encontrar ocupación?

—Sin duda lo comprenderá usted tan bien como yo, contestó Fedovsky dejando escapar un suspiro. El hecho es que no sé á qué trabajo dedicarme, y á decir verdad, no tengo especial interés por nada. Supongo que podría hacer el trabajo rutinario en una oficina; pero hay muchos que sirven para ello lo mismo que yo, y tal vez no tuviera oportunidad de hacer valer los otros conocimientos que poseo. Si encontrase una ocupación en que me fuese dado utilizarlos, me parece que podría seguir adelante; pero ¿dónde hallarla? Yo no lo sé.

—Ya me he dirigido yo esa pregunta, repuso el inspector, y creo haber encontrado la contestación.

—Le agradecería sinceramente que me dijese cuál es, dijo Fedovsky.

—Convengo con usted en que el trabajo rutinario de una oficina no es el más propio para adelantarle en su carrera, continuó el inspector. Está usted acostumbrado al cambio y al movimiento, y en cierto modo á la vida aventurera; y si encontrara usted alguna ocupación determinada que le permitiese hacer hasta cierto punto este género de vida, sin duda sería lo más propio.

—También lo creo así, pero...

—Permítame usted continuar. Puede haber un obstáculo, porque es noble en su país, y tiene todas las tradiciones é ideas de un caballero. Aquí creemos que el trabajo honrado, sea cual fuere, es bueno para cualquier hombre. ¿Es usted ya bastante americano para participar de esta idea?

—Ciertamente que sí, contestó Fedovsky.

—El trabajo en que yo pienso, sea el que quiera y lo que de él se piense, no es de aquellos que pueden avergonzar á nadie aquí; es duro, pero honrado, y no solamente honrado, sino que tiene por objeto proteger á los hombres de bien en sus derechos, preservándoles de las asechanzas de los bribones. Le hablo á usted con toda confianza, porque conozco bien el asunto de que trato. Yo he consagrado toda mi vida á la ocupación á que me refiero, y puedo asegurarle que jamás tuve ocasión de arrepentirme...

El inspector cambió repentinamente de tono, arrellanóse en su sillón después de encender un cigarro, y añadió:

—¿Qué le parece á usted el cargo de agente especial de la policía?

Esta pregunta, tan inesperada para Fedovsky, le sorprendió un poco, y si se la hubiera hecho cualquier otro hombre, tal vez hubiese vacilado, pidiendo tiempo para reflexionar; mas el inspector Byrnes le inspiró simpatía y confianza desde el primer momento en que le vió, y su persona misma era el mejor argumento que podía aducirse en favor de su profesión; de modo que sólo tardó un instante en contestar.

—Si usted cree que puedo hacerlo, dijo, me esforzaré para que se confirme la buena opinión que de mí ha formado. Con gusto serviré á sus órdenes, y si no lleno el cometido, será por falta de mis facultades y no de mi voluntad.

—Muy bien, repuso Byrnes moviendo la cabeza con aire de satisfacción, pero aún no sabe usted precisamente lo que deseo de usted. No me propongo agregarle á la fuerza ordinaria, porque aún le falta aprender mucho, y bien mirado, probablemente no haría usted más que ningún otro. Usted es un hombre especial, y el trabajo á que le destino lo será también. Tampoco tengo intención de enviarle á recorrer los barrios de mala fama para tomar informes sobre la gente de mal vivir; yo le destinaré á un servicio mucho más vulgar, y en cierto modo mucho más difícil también. En resumen, le necesito para un caso especial en que solamente algunos hombres como usted sabrían proceder como conviene. Me propongo dedicarle á usted al Servicio Secreto, y tanto tendrá tal carácter en esta ocasión, que solamente usted y yo sabremos que pertenece usted á él.

El rostro de Fedovsky, que á las primeras palabras del inspector había tomado una expresión resignada, serenóse de pronto, y una sonrisa de satisfacción mostróse en sus labios.

—En tal caso, dijo el conde, tendré más esperanzas de ser útil en algo. ¿Ha pensado usted ya en el primer servicio que debe confiarme?

—Harto hay que hacer; gracias á los criminales, nunca nos falta ocupación; mas por desgracia, tengo más servicios que desempeñar que personas propias para encargarse de ellos. ¿Qué le parecería á usted una excursión por Europa?

—Por lo menos le aseguro que erraría camino.

—Lo creo así; pero no se trataría sólo de pasear; sería preciso medirse con la más diestra y peligrosa sociedad de bribones que jamás se ha conocido.

—Pero ¿qué tiene que ver la policía americana con los pillos de Europa?

—Allí están los ladrones, pero proceden de este país; y yo necesito que usted se apodere de ellos si es posible, añadió el inspector golpeando la mesa con la palma de la mano, mientras fijaba en el conde una mirada muy significativa.

—¿Y cree usted que yo pueda hacer eso?, preguntó Fedovsky mirando á su vez fijamente al inspector. Usted conoce las condiciones y dificultades mejor que yo, y por lo tanto podría decirme si me juzga capaz para el desempeño de ese servicio.

—Usted puede hacerlo si quiere.

—¡Pues yo quiero!

El tono y la mirada con que Fedovsky acompañó su contestación convencieron á Byrnes de que tenía ante sí un hombre que no perdonaría medio alguno para cumplir su palabra. Era característico en aquel inspector, así como en otros hombres que han alcanzado una posición honrosa por sus propias fuerzas, elegir acertadamente las personas que podían cooperar con él, é inspirarlas el entusiasmo suficiente para llevar á cabo sus designios. Esa facultad se llama algunas veces magnetismo, pero no es más que una combinación de la perspicacia con el buen tacto y la energía, una cualidad que nace con el individuo y que no se adquiere.

Entendido ya con su nuevo oficial, el inspector le trazó en pocas palabras una parte del plan que se proponía llevar á cabo. Ultimamente habíase hecho al parecer una tentativa para negociar en Europa papel falso; la estafa se cometió allí, y sus autores marcharon después á Liverpool; pero cuando todo estaba dispuesto, surgió una dificultad inesperada. Otro bribón americano, obrando por su cuenta, y sin tener conocimiento de los otros estafadores, había hecho una falsificación; pero la policía europea le descubrió y fué encerrado en la cárcel. Desde aquel momento, las autoridades estuvieron prevenidas, y los que trataban de acometer la gran empresa juzgaron más oportuno mantenerse quietos. Los subordinados que los jefes de la trama habían enviado á buscar para que les ayudasen viéronse entonces sin ocupación, y como no se les daba dinero suficiente para vivir, manifestaron señales de descontento, amenazaron con una delación, y por último se les facilitó pasaje para Nueva York, donde cometieron varias estafas, hasta que al fin dieron en la cárcel.

—Por desgracia, añadió el inspector, no adelantamos mucho con prender á los subordinados mientras que los principales se hallan libres; siempre habrá hombres suficientes para la parte física del trabajo; pero los organizadores son los verdaderamente peligrosos, y contra ellos le envío á usted.

—¿Y cómo es que no se les ha prendido ya?, preguntó Fedovsky. ¿Rehusaron los subordinados revelar quiénes eran?

—Los subordinados no los conocían, contestó el inspector, pues rara vez saben quiénes son los jefes cuyas instrucciones ponen por obra, y más raramente aún en el caso de las grandes falsificaciones. En realidad nadie los conoce, aunque puede haber personas que podrían sospecharlo.

—¿Y usted lo sospecha?, preguntó Fedovsky sonriendo.

—Esto es precisamente lo que no diré á usted. Yo puedo creer que me sería fácil nombrar, sin temor de equivocarme, los hombres, ó mejor dicho, el hombre que dirige la cosa, pues probablemente no hay más de uno en el fondo de todo esto; pero mi sospecha no es hija del conocimiento ó evidencia de los hechos. Yo no hago más que inferir, y aunque esto basta en cierto modo para convencerme, no conseguiré con ello poner las esposas en las manos de un ladrón. Es necesario descubrir los hechos que prueben mis inferencias, y entonces se habrá prestado el servicio.

—Pero ¿por qué no me dice usted quién es la persona de quien sospecha?

—Porque los informes que usted obtenga independientemente, y los actos que ejecute valdrán entonces diez veces más. Si usted toma de mí su clave, y por casualidad yo me equivoco, le haré incurrir en error también. Yo podría decirle, por ejemplo, que no necesita buscar muy lejos de aquí, hasta entre sus propios conocidos, para encontrar algunas huellas del hombre á quien me refiero. Mas ahora no seré más explícito. Si usted trabaja la cosa por su propia cuenta, no sería difícil que cometiese un error; pero si sus investigaciones le condujeran á la misma deducción que yo hago..., entonces estaríamos casi del todo seguros. No; es preciso que usted comience sin ningún pensamiento preconcebido, como no sea el de observar detenidamente á una de las personas citadas en su narración.

—De todos modos, podrá usted darme instrucciones sobre mi manera de proceder. Todo cuanto yo sé es que en Inglaterra se tramaba una falsificación, la cual no se pudo llevar á cabo, y que sus autores están todavía allí.

—Los hombres que perseguimos no son de aquellos que permanecen ociosos largo tiempo, replicó el inspector; y cuando la empresa se frustró supuse que no tardaríamos en saber algo nuevo. No hube de esperar mucho; y ahora tengo motivos para creer que se proyecta otra trama, la más peligrosa que se cometió nunca. Si los bribones la realizasen, sus beneficios serían de millones.

—¿Cómo pudo usted averiguar eso?, preguntó Fedovsky.

—Si yo fuera como algunos de los agentes franceses, le haría creer á usted que sé por intuición todo cuanto sucede en Nueva York, pero yo soy agente americano y le explicaré el hecho sencillamente. Hay una clase de personas en la ciudad que, si bien no cometen un crimen, conocen á los perpetradores y éstos tienen en ellas confianza. Yo me precio de conocerlas, porque me sirvo de ellas, y en cierto modo son mis «sombras.» Cada noche veo alguna en cierto punto señalado, y por su conducto obtengo varios informes, por cuyo medio estoy al corriente de lo que intentan los más notados criminales de América y del sitio en que se hallan. Hace algún tiempo recibí noticia de que varios hombres á quienes conozco como falsificadores habían salido de Nueva York en un vapor transatlántico; desembarcaron en Europa, y por correspondencia de aquellas autoridades obtuve sus señas y varios detalles. Esos hombres no están ahora en Inglaterra, ni tampoco han vuelto á su país, por lo menos todos; y al mismo tiempo he sabido que se han intentado algunas estafas contra nuestras Bancas y varias sociedades financieras. Es de todo punto necesario que la justicia se apodere de esos hombres, tanto más cuanto que hay muchas personas interesadas en ello. Parece que se han ensayado en sus falsificaciones, y sin duda serán muy hábiles. Después de hacer algunas pruebas, debe presumirse que operarán en gran escala; pero estando usted en el terreno, confío en que los sorprenderá en el acto.

El inspector hablaba con energía, y Fedovsky se entusiasmó de tal modo, que hubiera deseado dar principio á su empresa desde luego para demostrar que podía hacer todo cuanto de él se esperaba.

—¿Cuáles deben ser mis primeras diligencias?, preguntó.

—No puedo prever las contingencias que surgirán, contestó el inspector, y á menudo deberá usted guiarse por su propio juicio en el momento; pero le haré algunas indicaciones generales. En primer lugar, viajará usted lo mismo que hasta aquí, como un caballero acomodado y rico; se informará acerca de los Bancos que hayan sufrido alguna estafa; y por medio de discretas averiguaciones procurará obtener un informe más ó menos exacto sobre las señas personales de las personas á quienes se supone complicadas en el delito. De este modo podrá usted encontrar la pista de los subordinados; y esta será la parte más fácil del trabajo. Se ha de tener mucho cuidado para que esos hombres no puedan sospechar el verdadero carácter y el objeto de usted. Lo esencial es averiguar quién es la persona con quien los falsificadores se hallan en comunicación, porque ésta será el agente intermediario y la única que pueda conocer al jefe de la sociedad. Si usted consigue descubrir esa persona, ya lo tendremos todo hecho, y usted habrá resuelto un gran problema, porque hasta hoy día, á pesar de nuestras sospechas, ese hombre sigue siendo un misterio para nosotros. Nadie podría decir con seguridad: «Ese es;» y tal vez resulte al fin y al cabo que el individuo es la persona que menos se esperaba. Sin embargo, con un poco de actividad y cuidado usted le encontrará.

—¿Y no debo prender á nadie hasta que lo consiga?

—A menos de haber alguna razón extraordinaria, de ningún modo, porque coger á uno de los subordinados sería alarmar al jefe, y entonces se perdería la probabilidad de cogerle. Se ha de proceder contra hombres sumamente hábiles, y es preciso serlo más que ellos.

—¿Cuándo debo marchar?

—Dentro de pocos días, apenas se le hayan enseñado algunos de los detalles técnicos de nuestra manera de trabajar. Irá usted directamente á Londres y después al Continente.

—Usted acaba de hablarme con mucha franqueza, Sr. Byrnes, dijo el conde con una sonrisa. ¿Qué seguridad tiene usted de que yo no esté relacionado con los falsificadores?

—Tal vez sepa más de lo que usted imagina acerca de su persona, repuso el inspector sonriendo con bondad. Mucho de lo que acaba de referirme no era para mí nada nuevo; y desde que usted dejó de presentarse en sociedad aquí, fué deber mío enterarme de lo que hacía y averiguar dónde estaba. Los informes que recibí coinciden perfectamente con lo que usted me ha dicho, y no son nada desfavorables. Me permitiré preguntarle de paso si ha practicado alguna averiguación sobre la causa del secuestro de sus bienes. ¿No ha dado usted paso alguno para tratar de recobrarlos?

—En rigor, nada, contestó Fedovsky, pues pensé que me expondría á perder lo que más se ama en en la vida, la libertad personal. No era posible dar ningún paso sin ir á San Petersburgo.

—Sin embargo, dijo el inspector, valdría la pena pensar un poco sobre este asunto. Parece que uno de sus agentes, por lo menos, era un bribón; y podría ser muy bien que alguien hubiera levantado algún falso testimonio contra usted ante las autoridades, con objeto de apoderarse de su hacienda. De todos modos, esto es cuestión que solamente á usted concierne. Por lo pronto, le daré las señas de un buen alojamiento, y hará el favor de presentarse aquí cuando se le envíe á buscar. Se le asignará un buen sueldo, y cuando se ponga en marcha, apunte usted todos sus gastos para girar contra mí cuando lo necesite. Yo me cuidaré de que se recoja en el hotel todo su equipaje, el cual será trasladado á su nueva habitación. Supongo que tendrá usted bien provisto su guardarropa...

—Hay más de lo suficiente.

—Muy bien. Viajará usted bajo su propio nombre, obrando en todos conceptos como si se hallara en la misma posición que ocupó antes de perder sus bienes. Si encuentra usted en las calles de esta ciudad alguna persona ó personas conocidas, antes de marcharse, y le dirigen preguntas, puede usted decir que se propone averiguar en qué estado se hallan sus asuntos, y que para eso debe emprender un viaje, pero que volverá en la primavera próxima. En cuanto al incidente que acaba de ocurrir con el agente del Banco, tal vez se le cite para declarar como testigo; pero esté usted sin cuidado sobre este punto, puesto que gracias á su intervención los señores Vanderblick no han perdido nada.

—¿Eran los Vanderblick los dueños de esos valores?, preguntó Fedovsky con expresión de asombro. Me parece que he leído su nombre en los diarios, y que se hablaba de ellos con referencia al pánico producido en la Bolsa...

—Sí, es verdad; parece que no han sido afortunados en su última jugada, á causa de haberse hecho una inesperada combinación en contra suya. Yo creo que mejor sería para ellos no estar mezclados en el asunto.

Al oir esto, Fedovsky pensó que era una suerte para él haberse alejado de aquella familia tan oportunamente, y hubiera querido saber si la pérdida afectaba á Serafina; mas como no era probable que el inspector pudiera contestar á sus preguntas, el joven ruso se limitó á darle gracias por haberle librado de una muerte ignominiosa, y después de cruzarse algunas palabras más, dióse término á la conferencia. Fedovsky fué conducido á su nuevo alojamiento, y el inspector pensó haber hecho una buena cosa, así en favor del servicio como desde el punto de vista filantrópico.

Pocos días después, Fedovsky tuvo otra larga entrevista con el inspector, y habiendo recibido las instrucciones más completas, emprendió poco después su viaje al Continente.



El interpelado acabó de encender el puro que tenía en la boca...

XV

UN ANTIGUO CONOCIDO

En el invierno del mismo año, un extranjero llegó al Bochmische Bahutof en Dresde, y habiendo alquilado un coche, fué conducido al hotel de Bellevue. Allí se inscribió en el registro del establecimiento con el nombre de Iván Fedovsky, diéronle una buena habitación, mandó trasladar á ella su equipaje, y después de vestirse cuidadosamente, bajó á comer en la mesa redonda.

Era la una de la tarde, hacía muy buen tiempo y el día no estaba nada frío; el conde vió muchas personas sentadas á la mesa ya; pero después de servirse la sopa entró otro huésped, eligió la silla más retirada en el mismo lado en que Fedovsky acababa de colocarse, y comenzó á comer. Sin duda no se había fijado en el conde, pero éste le reconoció al punto, y aunque no hizo ningún ademán que manifestase sorpresa, quedó muy pensativo sobre la presencia del recién llegado en aquel lugar.

Casi todos los que estaban allí eran americanos ó ingleses, y muchos de ellos se conocían sin duda, pues pronto entablaron animada conversación. El extranjero no tomó parte en ella; nadie le conocía, y fuera de algunas palabras corteses que la buena educación exige en la mesa, no dijo nada más y limitóse á comer silenciosamente.

Después de tomar el café, levantóse, saludó á todos y salió del comedor. Un momento después Fedovsky siguió su ejemplo, y pudo ver al extranjero que se encaminaba hacia el pasadizo que conducía al terrado.

Este terrado se prolongaba en toda la extensión del hotel por la fachada que da frente al Elba; estaba lleno de mesas y sillas, y desde allí dominábase el río, en cuyas aguas se reflejaban en aquel instante los rayos del sol. A corta distancia se veía el antiguo puente de piedra con sus sólidos arcos, capaces de resistir el choque de las masas de hielo que en la estación fría arrastran las corrientes. Por aquel puente pasan de continuo los viandantes y los vehículos en opuestas direcciones, y el espectáculo que ofrecen es muy animado. De las dos vías que hay en el puente, una es para los que van á Alstadt, y la otra para los que se dirigen á Neustadt. El hotel se hallaba en esta última división de la ciudad. El río mide allí de doscientas á trescientas varas de anchura, y su aspecto, gracias á los alrededores, tiene mucho atractivo.

El extranjero se había sentado á una de aquellas mesas, colocándose de modo que pudiera ver bien el río y el puente; acababa de pedir una copa de coñac, y encendía un cigarro en el momento en que Fedovsky, llegando por detrás, le tocó ligeramente en el hombro.

—¿Cómo está usted, Sr. Williams?, preguntóle.

El interpelado acabó de encender el puro que tenía en la boca, arrojó el fósforo y volviendo lentamente la cabeza, miró con indiferencia al que así le saludaba; mas apenas le hubo reconocido levantóse y le estrechó la mano sonriendo.

—¡Hola!, exclamó. Me alegro mucho ver á usted. ¿No fué en Monte Carlo donde nos encontramos la última vez? ¿Qué ha hecho usted de bueno desde entonces?

—He pasado el verano en Nueva York, contestó Fedovsky, y hará poco más de un mes que he vuelto á Europa.

—¿Conque ha estado usted en Nueva York?, preguntó el Sr. Williams. ¿Qué le parece aquel país? ¡Vamos, siéntese usted y sepamos su opinión!.. Allí se vive más de prisa que aquí, ¿no es verdad?

(Se continuará.)

EL SÁBADO SANTO EN FLORENCIA

Para todos los italianos la fiesta más importante del año eclesiástico es la Pascua de Resurrección, mucho más todavía que la de Navidad. En toda la extensión de aquella península se celebran entonces fiestas, reuniones de familia, ceremonias y usos locales, que tienen sus raíces en la más remota antigüedad, y que están relacionados más ó menos directamente con el culto al fuego, como elemento purificador.

Ha sido práctica de la Iglesia, desde sus primeros tiempos, apagar las luces la víspera de la Pascua de Resurrección, y el volverlas á encender se ha efectuado por los más diversos medios y con arreglo á ritos diferentes. Florencia siempre se ha distinguido en la realización de ese acto por una ceremonia, única en el mundo, conocida por el nombre del *Scoppio del carro*, la explosión del carro, y tiene indudablemente un origen muy remoto.

Según Ghinozzo dei Pazzi, que á principios del siglo XVI escribió una crónica de su familia, un tal Pazzo dei Pazzi, guerrero famoso, mandó la milicia toscana en la cruzada de 1088 y fué el primero que plantó la bandera cristiana sobre los muros de Jerusalén. Por esta hazaña, Godofredo de Bouillon le recompensó con tres trozos de pedernal procedentes del santo sepulcro y con un escudo de armas en que había dos delfines de oro orlados de seis cruces sobre campo azul. A su vuelta á Florencia, fué recibido Pazzi con grandes honores, y él, agradecido, regaló



El *Portafuoco*, que lleva el fuego santo

á la Signoría, ó gobierno de la ciudad, las tres piedras que había traído y que fueron depositadas con mucha pompa en la iglesia de San Biagio.

A medida que fué pasando el tiempo fué aumentando la devoción de los florentinos por las sagradas piedras, hasta el punto de que la Signoría rogó al obispo de la diócesis que las emplease para sacar las chispas con que encender el fuego sacro el Sábado Santo, llevándolo después procesionalmente á las demás iglesias de la ciudad y en primer lugar á la catedral. Poco á poco se introdujo la costumbre de encender en ese fuego unas velas pequeñas de cera llamadas *favelline*, que se llevaban por toda la ciudad, procurando con gran cuidado que no se apagaran.

Con el tiempo quiso todo el mundo ser el primero en encender su vela. En el año 1300 el que lo logró fué un joven de la familia Pazzi, lo que fué causa de tanto júbilo para ella, que resolvieron solemnizar con gran esplendor el siguiente Sábado Santo, terminando la fiesta con fuegos artificiales.



Llegada del carro tirado por bueyes

Concedió el competente permiso la Signoría, y desde entonces, año tras año, la familia Pazzi ha venido celebrando dicha festividad.

Una vez se les ocurrió construir un carro y llenarlo de cohetes, petardos, ruedas y demás artefactos de fuegos artificiales, al que colocaron frente á la puerta de la catedral y á los que se había de prender fuego con el obtenido de las sagradas piedras en el momento mismo en que repican todas las campanas de la ciudad conmemorando la resurrección del Señor. Causó tan buen efecto la idea, que los Pazzi resolvieron repetirla todos los años.

Más tarde, dicha familia, en atención á los gastos que la fiesta les ocasionaba, pidió que el carro, después de haberse quemado la mitad de los fuegos artificiales que contenía en la plaza de la catedral, fuese á situarse ante su palacio, donde habían de arder los restantes. Así les fué concedido y así se viene haciendo hasta el día.

De la iglesia de San Biagio, suprimida en el siglo pasado y convertida en estación de bomberos, fueron llevadas las sagradas piedras á la de los Santos Apóstoles. Su actual párroco, persona muy instruída, á cuya cortesía debo el haber podido fotografiarlas, me manifestó algunas dudas respecto al hecho de haber sido los Pazzi los que las trajeron á Italia, y me dijo que en el archivo de la parroquia ha hallado indicios de que ya en el siglo VIII se usaban esas piedras para encender el fuego santo. Cree que sea posible hallar otros de tiempos todavía más antiguos. Me llamó la atención sobre el pequeño pedazo de hierro que sirve de eslabón, diciéndome: «Vea usted, de cóncavo que era, se ha vuelto convexo por el uso; teniendo en cuenta que sólo se emplea una vez al año, calcule usted lo viejo que debe ser.»

También se muestra escéptico respecto á la leyenda que supone proceden del santo sepulcro, puesto que, me decía, son pedernales, y es cosa sabida que la tumba del Señor era de piedra caliza. Sin embargo, no tiene por inverosímil que fueran traídas del Huerto de los Olivos, en tiempos remotos, por algún piadoso peregrino.

Las tres piedras, que son poco mayores que nueces, están encerradas bajo muchas llaves y cerrojos; sacadas del antiguo arcón que las guarda, vi que están conservadas en un precioso saquito de brocado de oro con cordones del mismo metal, el que á su vez lo está en una pequeña caja, también cubierta de hermoso brocado antiguo. Dos de las piedras son blancas, la otra negra.

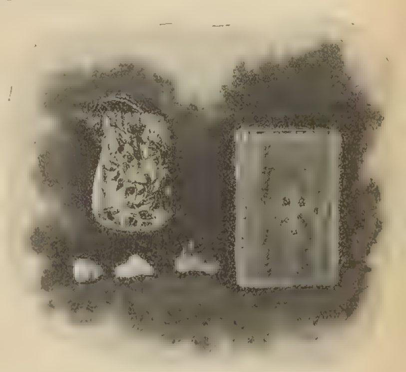
Es obligación y privilegio del párroco llevar, en la mañana del Sábado Santo, las piedras á la iglesia y encender con ellas el fuego, operación no siempre fácil, puesto que no sólo hay que sacar chispas, sino hacer que prenda el algodón ú otra materia que se tenga preparada. Cuando lo ha logrado, enciende una vela de cera y con mucho cuidado y ceremonia la coloca en la parte superior de un *portafuoco* especial en forma de paloma con alas extendidas. Este *portafuoco*, que se lleva al extremo de una larga vara, es un precioso trabajo en hierro y cobre del siglo XIV.

Hay un águila más abajo de la paloma que oprime con sus garras á un dragón; estas son las armas del partido güelfo, pues durante muchos siglos fueron los *capitani di parte guelfa* los guardianes legales de las piedras. En el braserillo de la parte inferior se colocaban carbones encendidos, pero ahora los reemplaza la vela de cera, con ventaja para el efecto deseado.

El *portafuoco* se lleva con gran pompa y procesionalmente de la iglesia de los Santos Apóstoles al Baptisterio, en cuyo altar mayor permanece mientras se celebran los diversos oficios del Sábado Santo.

En tanto que en las iglesias se realizan esas ceremonias, se prepara el carro tradicional. Al principio los Pazzi hacían uno nuevo cada año, pero luego determinaron hacerlo permanente. Construyeron un inmenso carro triunfal, tallado y dorado, que sirvió algún tiempo y luego se inutilizó; otros se quemaron. El que hoy día se emplea fué construído en 1662, según reza una inscripción que tiene. Otra nos da á conocer que fué restaurado en el siglo XVIII por el precio de 131 escudos. Tantas veces se ha compuesto y arreglado, que el interior es un conjunto de remiendos de toda clase de maderas; en cada pieza está inscrito el nombre del carpintero que la colocó. En la actualidad presenta una armazón cuadrada y maciza, de cuatro pisos, hecha de gruesas tablas y vigas empalmadas y sostenidas en sólidas ruedas de poco diámetro.

Cuando ya aquella extraña construcción está bien rellena de fuegos de artificio, se la adorna con flores de trapo y se abren de par en par las altas puertas, pintadas de azul claro, de la cochera donde se halla encerrada durante 364 días del año. Uncen al carro cuatro corpulentos bueyes de la hermosa raza que tanto abunda en la provincia de Siena, blancos como la nieve y de grandes y bien separados cuernos. Estos bueyes son elegidos con gran cuidado entre los mejores, y los ganaderos compiten unos con otros por alcanzar el honor de que sean los suyos los que tiren del carro; van adornados con jaeces de vivo color de escarlata, y llevan en el cuello y cabe-



Las piedras sagradas, la bolsa y la caja en que se guardan

za grandes guirnaldas de flores naturales. Crujiendo y bamboleándose atraviesa el carro las calles de Florencia, acompañado de innumerables bandadas de muchachos, y poco antes de mediodía se sitúa frente á las puertas de la catedral. Colócase un alambre que va del carro hasta el altar mayor y en cuyo extremo hay un pequeño artefacto de madera con una rueda y su mecha, que llaman la colombina ó paloma, porque antes era una viva la que se ponía.

Los relojes de la ciudad dan las doce, los cañones truenan desde el fuerte de San Jorge, construído por Miguel Angel, el coro entona el «Gloria in Excelsis Deo,» la sonora campana grande del *campanile* de Giotto deja oir su voz é inmediatamente responden las de todas las iglesias, que callaban desde el Jueves Santo; en medio de esos alegres clamores, el arzobispo aplica el cirio encendido en el fuego sagrado á la colombina, que parte, silbando, por el alambre á lo largo de la nave y sobre las cabezas de la apiñada muchedumbre, sale por la puerta principal de la catedral, abierta de par en par, y va á parar al carro, prendiendo fuego á su carga. Siguen tremendas detonaciones, unas tras otras, que se oyen en todo el ámbito de Florencia y que ahogan el clamor de las campanas, acompañadas por los locos gritos de alegría de los innumerables campesinos congregados en la plaza y en la iglesia; son éstos sumamente supersticiosos y consideran el tránsito sin tropiezos de la colombina por el alambre como una señal infalible de que será buena la próxima cosecha.

De los que se quedan en casa, algunos se lavan los ojos al oir la primera detonación, lo que tienen por práctica excelente para conservar la vista sana, y las madres quitan los pañales á los niños á fin de que den sus primeros pasos mientras repican las campanas, después del *Scoppio*.

Todo esto, por supuesto, si la cosa ha salido bien, y se entiende que sale bien cuando la colombina va rápida como un cohete del altar mayor al carro, prende fuego instantáneamente á las maravillas de la pirotecnia y se vuelve con la misma rapidez que vino. ¡Pero guay si se detiene, si no prende fuego, si hay el más pequeño entorpecimiento! La apiñada multitud de aldeanos prorrumpe en un diluvio de maldiciones, considerando aquello como un nefasto agüero.



La explosión de los fuegos artificiales delante de la catedral

En otros tiempos, cuando no marchaba bien la colombina, se metía en la cárcel al que había colocado el alambre; ahora, lo que se hace únicamente es dejarle de pagar su trabajo.

Cuando se han quemado los fuegos destinados á serlo ante la catedral y se ha dispersado la gente, se vuelven á uncir los bueyes al armatoste, que de nuevo recorre algunas de las calles más animadas de Florencia y va á detenerse ante el Canto dei Pazzi, donde se coloca otro alambre y se repite la función, hasta que estalla el último cohete; pero esta segunda parte no atrae tantos espectadores como la primera, pues á ella no va unido ningún presagio.

La familia Pazzi, que durante tantos años se ha envanecido de esa especial distinción, trató hace poco de verse libre de la costosa obligación de divertir á sus conciudadanos. El jefe de la misma propuso suprimir la fiesta, pero las autoridades no se atrevieron á secundar sus deseos ni á darle facilidades. Sabiendo lo apegada que está la gente del pueblo á esa antigua costumbre, temieron que ocurrieran alteraciones de orden público. Para salvar la dificultad, los Pazzi entregaron á la ciudad una cantidad de dinero, con cuyos intereses se sufragaran los gastos, pero ésta no resultó ser suficiente y el municipio tiene que suplir el déficit á fin de que no pierda el pueblo su acostumbrada diversión.

Elena Zimmern.

LIBROS

ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

por autores ó editores

Del frío al fuego, raconto fácil por *Felipe Trigo*. – Un tomo de 356 páginas, impreso en Mérida en la imprenta de Corchero y C.ª, y editado en Madrid por F. Beltrán (librería de Fernando Fe). Precio, 3'50 pesetas.

Rayos «N.» Colección de las comunicaciones enviadas á la Academia de Ciencias de París, por *R. Blondlot*, con notas complementarias. Traducida al castellano por Mariano D. Berrueta. Un tomo de 130 páginas con varios grabados y una pantalla fosforescente, editado en Madrid por la casa Bailly-Bailliere é hijos.

Alma y sangre, por *Luis Rosado Vega*. – Colección de poemas, que además de *Alma y sangre*, contiene *Las peregrinaciones*, *Del amor y del ensueño* y otros, así como varias poesías sueltas. Un tomo de 172 páginas lujosamente impreso en Mérida (México) en la imprenta de José Gamboa Guzmán.



Ovejas entrando en el redil, cuadro de Antonio Mauve (reproducido con autorización de T. Agnew é hijo

La educación del niño, por *José A. Alfonso*. – Conferencia dada en la Universidad de Chile. Folleto impreso en Santiago de Chile en la imprenta Cervantes.

Marin de Abreda, por *J. Menéndez Agusty*. – Novela que forma parte de la Biblioteca de Novelistas del siglo XX, que publica en Barcelona la casa Henrich y C.ª y que fué recomendada por el jurado en el certamen hace poco efectuado por dicha casa. Un tomo de 292 páginas.

Nueva historia y monografías geográficas de las provincias de España. – Cataluña. – Se han publicado los cuadernos 1.º y 2.º de esta nueva geografía, que comprenden parte de la descripción de Barcelona y van ilustrados con mapas, planos y grabados intercalados. Publícase la obra en Madrid en la imprenta de Ambrosio Pérez y C.ª Precio de cada cuaderno, 60 céntimos.

Tres días en la Corte de Apelaciones de Santiago, por *Alvaro Lamas*, abogado. – Folleto impreso en Valparaíso en la imprenta Sud-Americana Barra y C.ª

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XXV — Barcelona 16 de abril de 1906 — Núm. 1.268

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



MARIS STELLA, cuadro de José María Tamburini

(Salón Parés)

SUMARIO

REVISTA HISPANO-AMERICANA

República Argentina: nuevo presidente. – *Uruguay:* situación política. – *Ecuador:* el general Alfaro. – *Venezuela:* conspiración contra Castro: actitud de éste. – *República dominicana:* el general Cáceres y el tratado con los Estados Unidos. – *Puerto Rico:* la propiedad urbana: necesidad de un acuerdo de los pueblos hispano-americanos para remediar el malestar de la isla. – *Cuba:* elecciones presidenciales: los partidos políticos. – La Conferencia internacional americana de Río de Janeiro: la doctrina Monroe y la doctrina Drago.

El 12 de marzo próximo pasado murió el presidente de la República Argentina D. Manuel Quintana. Más aún que los años (tenía setenta y dos), dolencia pertinaz habíale obligado á delegar interinamente las funciones presidenciales en el vicepresidente D. José Figueroa Alcorta, que ahora, conforme al precepto constitucional, le sucede por el tiempo que falta del período para el que fué aquél elegido.

Coincidió la muerte del presidente con las elecciones para renovar la mitad de la Cámara de Diputados. Los partidos de oposición, coligados, consiguieron predominar en la capital; en general, triunfaron los adictos y no hubo conflictos ni alteraciones del orden público.

Figueroa Alcorta constituyó nuevo gobierno, y su primer acto ha sido decretar completa amnistía para todos los condenados ó procesados que tomaron parte en la última tentativa de revolución.

* * *

En la República del Uruguay la Cámara va realizando su tarea legislativa; quedó aprobada la ley para la conversión de la deuda interior 6 por 100 en 5 por 100.

A juzgar por el mensaje que el presidente señor Batlle leyó al reanudarse las sesiones, en febrero último, la situación política y económica no podía ser más satisfactoria. Agricultura y ganadería siguen en auge, aumenta la renta de aduanas y se impulsan activamente las obras públicas.

Preciso es reconocer, sin embargo, que había demasiado optimismo en las declaraciones de Batlle, en cuanto á la situación política. El partido blanco ó nacionalista no ceja en sus propósitos de ganar mayor influencia ó predominio, y lo que allí llaman el «caudillaje gauchesco» continúa siendo un peligro para la paz interior del país. El gobierno tuvo, sin duda, informes de que se preparaba nuevo movimiento revolucionario, y adoptó, á principios de marzo, rápidas y enérgicas determinaciones: las personalidades más significadas entre los «blancos» y cuantos se suponían comprometidos en la conjura fueron arrestados.

Pronto termina el período presidencial de Batlle, y es de desear que su sucesor tenga más fortuna en la difícil labor de avenir y pacificar á los bandos políticos.

* * *

En el Ecuador parece que se consolida la nueva situación creada como consecuencia de la revolución que llevó al poder al general Eloy Alfaro. Este ha formado ya ministerio y concedido amplia amnistía en favor de los prisioneros y de los que en un plazo dado se sometan á su autoridad.

Los partidos populares, avanzados, simpatizan con el vencedor, y los conservadores, salvo los más intransigentes, están dispuestos á permanecer á la expectativa, á condición de que Alfaro no extreme los radicalismos.

La Conferencia de Algeciras ha terminado, y se supone que, libre ya Francia de los temores, recelos ó preocupaciones que la infunde de vez en cuando la actitud de Alemania, resolverá al fin habérselas con el presidente de Venezuela, el famoso Cipriano Castro.

Las agencias telegráficas de Nueva York y Londres se apresuran á transmitir la noticia de que se trama un gran complot internacional contra aquél; que se alistan gentes y se recauda dinero para organizar una expedición que saldrá de puerto europeo y en la que tomarán parte voluntarios ingleses, franceses y yanquis para desembarcar en puertos de Venezuela y, unidos con los venezolanos enemigos de Castro, darán al traste con el poder de éste y constituirán gobierno mejor dispuesto á someterse á las imposiciones de los financieros ó empresas mercantiles que han comprometido su capital en industrias ú obras públicas en Venezuela.

Castro mantiene su actitud soberbia, y persiste en el propósito de no tolerar que los extranjeros usen ó abusen de su condición de tales para burlar las leyes del país. Recientemente, la policía venezolana ha apresado, en el mismo patio del edificio que ocupa el Consulado de los Estados Unidos en la Guaira, á un empleado, dependiente ó protegido de ese cónsul, que se dedicaba al contrabando en las aduanas. A las reclamaciones de los yanquis replica Castro que pondrá en libertad al preso en cuanto éste declare por cuenta de quién operaba; sin duda hay la presunción de que el contrabandista es el mismo cónsul de los Estados Unidos.

* * *

El vicepresidente de la República dominicana D. Ramón Cáceres es ahora presidente en reemplazo del general D. Carlos F. Morales, expulsado del país por sus enemigos personales y políticos, más ó menos de acuerdo con los yanquis.

Según el mensaje de Cáceres al Congreso, hay que llevar á cabo reformas constitucionales, mejorar puertos y caminos, dictar leyes agrarias, garantir la libre administración de justicia y, en suma, «tomar cuantas medidas sean dignas de una nación civilizada.» Recomendaba especialmente al Congreso el estudio del tratado que establece el protectorado financiero de los yanquis y que se sometió al Senado de éstos, tratado que el general Cáceres considera como un triste fruto de los errores de todos. Por su parte, el Senado de Wáshington se aviene á aceptar el tal tratado á condición de agregarle cláusulas que garanticen los intereses pecuniarios de los acreedores yanquis en concurrencia con los europeos.

* * *

El *Boletín mercantil* de Puerto Rico señala un efecto más de la que llama «brutal política descolonizadora» del gobierno yanqui en esa isla. La anarquía burocrática llega á su colmo, y no hay más ley ni regla que el capricho de los funcionarios públicos. En lo que se refiere á la propiedad urbana, por ejemplo, no hay disposición general que dicte reglas ó bases para valorar las fincas á los efectos contributivos. Los agentes del fisco tasan arbitrariamente, y como la miseria es tal que muy pocos pueden pagar la cuota impuesta, los mismos propietarios quieren vender; mas nadie compra, porque no hay leyes que garanticen la seguridad de la riqueza privada contra el arbitrio de funcionarios incompetentes y engreídos.

Seguramente, pocos países habrá en el mundo peor gobernados y administrados que la isla de Puerto Rico bajo la dominación yanqui. En defensa del derecho y de los sentimientos de justicia y de humanidad, los representantes de los Estados latinoamericanos en el próximo Congreso de Río de Janeiro debían proponer y adoptar una acción común para poner remedio á tal estado de cosas, indigno de nuestros tiempos y de la civilización del Nuevo Mundo.

* * *

El 19 de marzo se constituyeron en Asamblea electoral los compromisarios nombrados para designar presidente y vicepresidente de la República de Cuba. Como ya se suponía, fué reelegido para la presidencia D. Tomás Estrada Palma, y electo vicepresidente D. Domingo Méndez Capote.

Cuba ha entrado en el 5.° año de su vida como Estado independiente. A pesar de la buena voluntad de Estrada Palma, la situación política no es satisfactoria; no hay aún partidos bien disciplinados, capaces de ser verdaderos instrumentos de gobierno. La pasión se sobrepone al buen sentido y al supremo interés de la patria. En el partido liberal hay elementos impacientes, peligrosos para el orden público, que no se avienen con los temperamentos de legalidad y de prudencia que aconsejan los más caracterizados jefes de ese bando político. Ellos son los que promovieron la intentona revolucionaria del 25 de febrero último, atacando á las fuerzas de la guardia rural en Guanabacoa. Rechazados, fueron perseguidos por los rurales y alcanzados; pero la mayor parte pudieron refugiarse en la manigua.

Motivos son también de preocupaciones para los gobernantes de la República y de malestar general y desconfianza en lo porvenir las dificultades promovidas por los aventureros yanquis de la isla de Pinos y la constante falta de los brazos necesarios para las labores del campo. El problema de la inmigración aún no está resuelto. Muchos son los inmigrantes (españoles casi todos) que entran en Cuba, pero ni van á ella todos los que hacen falta, ni sirven para esas labores todos los que van.

* * *

Incidentalmente, nos hemos referido al Congreso ó Conferencia internacional americana convocada para este año en Río de Janeiro. Es el 3.° de esos Congresos; el 1.° se reunió en Wáshington, el 2.° en México. Los yanquis habían pretendido que todos se celebrasen en Wáshington, con lo que la capital de su República hubiera venido á ser la capital honoraria de toda la América. Pero comprendieron pronto que los demás Estados americanos no se hallaban dispuestos á consentirlo, y se convino en que cada Congreso designase la capital ó ciudad americana en que debía reunirse el inmediato.

El resultado práctico de los dos primeros Congresos puede decirse que fué nulo, y no es aventurado suponer que el mismo resultado tendrán el 3.° y los sucesivos, si los hay. De día en día se va marcando más la oposición, el antagonismo de ideas é intereses entre Hispanoamérica y la Confederación angloamericana. Desde un principio se vió muy claro que los propósitos del gobierno de Wáshington eran valerse de esos Congresos como medio de lograr un reconocimiento de supremacía sobre toda América, una especie de delegación de la soberanía de los demás Estados para las relaciones con Europa, y sobre todo ventajas arancelarias para alcanzar situación privilegiada en los mercados americanos y ponerse en condiciones de impedir ó dificultar la competencia que á sus propios productos pudieran hacer en Europa los de las Repúblicas más meridionales de América.

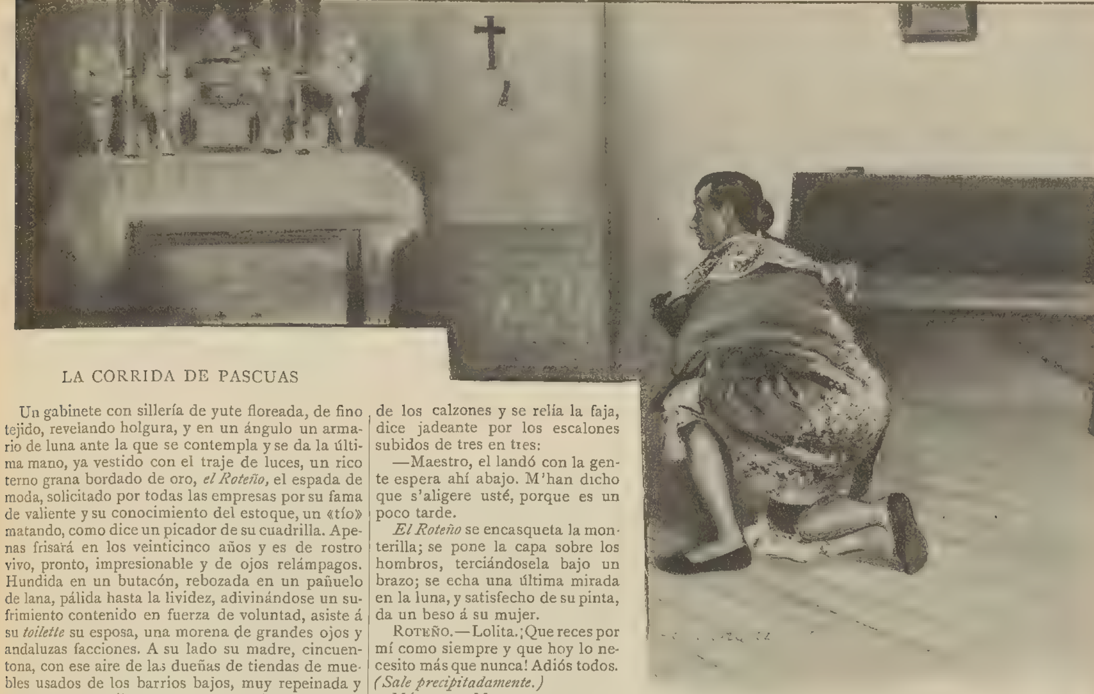
Pero los Estados hispano-americanos se cuidaron y se cuidan de enviar á los Congresos representantes que más ó menos explícitamente van haciendo comprender á los yanquis que es mucho más difícil de lo que supusieron ejercer el monopolio del Nuevo Mundo. En el 2.° Congreso hubo acuerdos ó mociones referentes al arbitraje, á convenios sanitarios, codificación del derecho internacional, propiedad industrial y literaria, ferrocarril intercontinental, etc., etc.; de lo que más importaba á los yanquis, los aranceles, no se trató.

Ahora, dícese que aquéllos llevan á Río de Janeiro, como cuestión capital, la doctrina de Monroe en su nuevo aspecto, esto es, la doctrina imperialista de Roosevelt, la tutela de los gobiernos de Wáshington sobre los demás de América para defenderlos contra agresiones ó exigencias de pueblos europeos.

Tal pretensión no han de tolerarla, ciertamente, las grandes Repúblicas hispano-americanas del Norte y Sur; ni México, ni Chile, ni la Argentina, ni el Brasil, etc., piden ni necesitan humillantes tutelas. Saben además que la misma primitiva doctrina de Monroe nunca pasó de ser más que unas cuantas palabras huecas; la idea ó aspiración que expresaban éstas sólo se cumplió cuando no había peligro y si provecho para los Estados Unidos. A pesar de Monroe y de su doctrina, Francia pudo crear un Imperio en México, y España bombardear puertos del Perú y de Chile.

Si hay que defenderse de Europa y aun de los yanquis aliados con potencias ó banqueros del Viejo Mundo, como en el caso de Venezuela, la unión de los pueblos hispano-americanos es suficiente para hacerse respetar y para imponer, en nombre del derecho y de la razón, la doctrina del argentino Drago, esto es, que ninguna potencia, sea la que fuere, puede cobrar por la fuerza lo que á ciudadanos suyos deban las Repúblicas americanas.

R. BELTRÁN RÓZPIDE.



... reza en silencio, revelando su rostro intensa emoción

LA CORRIDA DE PASCUAS

Un gabinete con sillería de yute floreada, de fino tejido, revelando holgura, y en un ángulo un armario de luna ante la que se contempla y se da la última mano, ya vestido con el traje de luces, un rico terno grana bordado de oro, *el Roteño,* el espada de moda, solicitado por todas las empresas por su fama de valiente y su conocimiento del estoque, un «tío» matando, como dice un picador de su cuadrilla. Apenas frisará en los veinticinco años y es de rostro vivo, pronto, impresionable y de ojos relámpagos. Hundida en un butacón, rebozada en un pañuelo de lana, pálida hasta la lividez, adivinándose un sufrimiento contenido en fuerza de voluntad, asiste á su *toilette* su esposa, una morena de grandes ojos y andaluzas facciones. A su lado su madre, cincuentona, con ese aire de las dueñas de tiendas de muebles usados de los barrios bajos, muy repeinada y con muchas sortijas, y en una mecedora el doctor Fernández, el médico de los toreros, jacarandoso y decidor como cumple á un facultativo de gente alegre.

Roteño *(volviéndose á mirar al médico mientras se estira una arruga de la media).*—¿Y dice usted, D. José, que puedo marcharme tranquilo, que hay tiempo?

Médico.—¡Que si hay! No ya de despacharse ocho toros, sino de ir á México, dar dos corriditas y volver con el baúl llenito de pesos.

Roteño *(mirando á su esposa).*—¿Cómo te encuentras?

Esposa *(procurando sonreir).*—¡Bien! ¡Vete tranquilo, hombre! ¡Ya sabes que yo soy franca y no te oculto nunca la verdad!

Roteño.—Es que si me lo decís ustés na más que por animarme, lo echo too á rodar y se va á la porra la corría extraordinaria, ¡ea!

Médico.—¡Pero, Joseliyo! ¿Te has vuelto loco? ¡Tú quieres que haya que declarar el estado de sitio! ¡Ahí es nada lo que acabas de soltar! ¡Un día de verano, sin un celaje, como si hubieran jabonado el cielo, el papel por las nubes, ocho Aleas como ocho leones, la flor de la tienta, y la plaza á estas horas que si se cae un alfiler no llega al suelo!..

Roteño. -¡Pues too eso me importa á mí un pitillo junto á mi Lolita de mi arma!

Madre *(persuasiva).*—Pero si D. José te garantiza...

Médico *(apoyando las palabras un poco tocadas de resabios de mostrador de la mueblista).*—Salvo lo imprevisto, que de eso nadie dispone, yo te aseguro que puedes irte tranquilo.

Roteño *(con timidez).*—¿Y... usted se queda?

Médico *(sofocando un suspiro).*—Por tu mujer y por ti hago yo ese sacrificio, que no es flojo, pero con una condición.

Roteño *(sin vacilar).*—¡Concedida!

Médico.—Que me des tu palabra de despreocuparte para que no decaiga tu valor y sea tu juego el de siempre, limpio y arrimado á la cabeza. Como te tires á matar desde las gradas, ya puedes buscar otro médico.

Roteño *(estrechándole las manos con efusión).*—¡Gracias, D. José, gracias; es usted más bueno que el pan!

Médico.—Entonces no es mucha mi bondad, como no te refieras al de tu pueblo. ¡Oye, oye, qué ojos de carnero á medio morir pone tu mujercita!

Un mono sabio, con su blusa roja, su pantalón azul y su cara de antiguo arenero, aún con las huellas de la intemperie y del cinismo de las calles, entra en el gabinete, y á la vez que se tira hacia arriba de los calzones y se relía la faja, dice jadeante por los escalones subidos de tres en tres:

—Maestro, el landó con la gente espera ahí abajo. M'han dicho que s'aligere usté, porque es un poco tarde.

El Roteño se encasqueta la monterilla; se pone la capa sobre los hombros, terciándosela bajo un brazo; se echa una última mirada en la luna, y satisfecho de su pinta, da un beso á su mujer.

Roteño.—Lolita. ¡Que reces por mí como siempre y que hoy lo necesito más que nunca! Adiós todos. *(Sale precipitadamente.)*

Médico.—¡Me parece que cuando vuelvas!..

Esposa *(dejando escapar una queja).*—¡Seguro, D. José!

La capilla de la plaza. Un sencillo altar con candeleros de largas velas y flores de trapo de vivos tonos en búcaros de porcelana y coronando las gradillas una imagen de talla de la Virgen, tendidas las manos y con los ojos bajos, como si los clavara amorosa y dulce en *el Roteño,* que montera en mano y doblada una rodilla en tierra, reza en silencio, revelando su rostro intensa emoción. Hasta el oratorio llegan rumores formidables, gritos de muchedumbre, dominados de cuando en cuando por agudas notas de clarín.

Roteño *(con fervor).*—Virgen santa, protégeme, hoy más que nunca te lo pido con todo mi corazón. Dame la serenidá, haz que no piense más que en la brega, porque lo bicho son de cuidiao y la menor distraición pudiá costarme la pelleja. Y no sólo por mí, sino por mi Soleá y por... ¡No quió ni pensar en una cogía gorda! ¡Pero no, tú, Señora, me ampararás con tu manto, que ya sabes que lo torero semos mu devoto tuyo y nos encomendamo á ti en cuantico que pisamo la arena! ¡Yo te prometo si salgo bien de esta costearte una junción á la que asistiremo toa la cuadrilla!

El Roteño se levanta, y dueño de sí mismo sale con piso firme de la capilla. Al abrir la puerta entra una explosión de voces, el rugido del público, de la fiera intransigente y hambrienta que se impacienta y pide su comida.

Roteño.—¡Cómo están hoy!

Un entradón colosal, ni un asiento vacío. En los tendidos el efecto es el de una enorme masa obscura, como el cuerpo de reptil de un animal antediluviano, arrollado alrededor de la barrera, que contara con millares de cabezas; no se ven sino bocas abiertas gritando. En la parte del sol muchos redondeles de colores, al módo de girasoles; los primeros abanicos de la temporada. Tras de las barandillas de los palcos, las vivas manchas de las mantillas blancas. El ambiente es cálido, luminoso, espléndido; un verdadero día de aficionado.

El Roteño ha despachado sus primeros toros de mano maestra, ceñido de capa y arrimándose; dos magníficos volapiés. Todos los sombreros de la plaza han ido al redondel como falanges de mariposas, entre una nevada de puros. No ha faltado más sino que el público bajara al redondel y llevara en hombros al matador.

El Roteño, animado y enardecido por las ovaciones, hace primores con la capa en el último de los toros que le corresponden. Tocan á matar, y aún no se han extinguido los ecos del lúgubre clarín, cuando un mono sabio se acerca al espada y habla un instante con él. Y entonces sucede una cosa extraña, inexplicable. El bicho es receloso, pero cobarde, carece de la sangre de los anteriores que tan frescamente ha despachado el diestro; es un buey, y sin embargo *el Roteño* no se acerca, se muestra temeroso, tendiendo á la huída, acoquinado. El público no comprende. Al principio se calla, aguanta; pero poco á poco empieza á protestar del pánico del torero. La lidia se hace interminable, comienzan las voces, el estoque apunta desde una legua. Un pinchazo, otro. La indignación estalla como una tempestad; todos los puños se blanden, amenazan descargar al aire un puñetazo. Y al cabo y entre los clásicos gritos de «¡A la cárcel! ¡A la cárcel!,» acaba *el Roteño* el suplicio del animal y el suyo propio con una estocada atravesada y deplorable.

Todo el mundo mira á la presidencia y todo el mundo silba; es un huracán. Un alguacilillo, con su traje de capa y sombrero de plumas, se acerca entonces al diestro, le dice algo y *el Roteño* echa tras el representante de la autoridad, sumiso, amedrentado. El público aplaude la decisión; parte de él, más sensata, se pregunta: «¿Qué le ha pasado?,» y pronto la noticia, transmitida de boca en boca y salida no se sabe de dónde, vuela por la plaza entera, desde la meseta del toril al palco regio.

El Roteño, montera en mano, con aire respetuoso y á la vez conmovido, casi cuadrado militarmente ante el señor teniente alcalde que preside la corrida, conminado con la multa y reprendido severamente, contesta balbuceando, excusándose.

Roteño *(con voz trémula).*—¿Es usía padre, señor teniente alcalde?

El presidente.—Sí por cierto.

Roteño.—Pues entonces comprenderá usía lo que me ha pasao. He tenío mucho canguelo, sí, señor, una gindama horrible del toro por primera vez en mi vida. Pero al empezar la brega vinieron á avisarme que acababa de nacerme un hijo, ¡el primero señor usía!, y me entró un miedo descomunal de no verle.

Alfonso Pérez Nieva.

(Dibujo de Carlos Vázquez.)

EL CÉLEBRE PINTOR ALEMÁN ADOLFO SCHREYER

(nació en 9 de julio de 1828, falleció en 29 de julio de 1899)

Las primeras manifestaciones de la pintura realista de animales en Alemania datan de principios del siglo XIX; las campañas napoleónicas y las luchas de la independencia dieron á los pintores de caballos y de batallas temas en abundancia y ocasiones frecuentes de observación. Alberto Adam y Pedro Hers, de Munich, y Francisco Krüger, de Berlín, merecen ser citados en primera línea entre los cultivadores de ese género, por la sencillez y verdad con que reprodujeron animales, batallas y revistas militares. Esas obras, tomadas directamente de la naturaleza, fueron censuradas por su sobriedad y por su sequedad y mirados con menosprecio los artistas que, apartándose del clasicismo y del romanticismo, emprendieron ese nuevo camino. Pero si los asuntos se salían de la esfera de aquellas tendencias artísticas, en cambio la técnica respondía á la preponderancia que alcanzaba el colorismo realista francés.

Adolfo Schreyer fué de todos los artistas alemanes el que, en punto á pintura de los caballos, se apropió más la técnica de los franceses y el mejor intermediario entre sus compatriotas y aquellos grandes pintores de animales que en Francia se llamaron Gericault, Gros, Descamps, Guillaumet, Fromentin y Delacroix; sus cuadros, como los de éstos, tienen vida y movimiento y hermosos efectos de luz. Bien es verdad que Francia era su segunda patria; desde 1861 vivía en París, y cuando estalló la guerra franco-alemana de 1870 abandonó con hondo sentimiento aquella capital; pero continuó pasando en ella algunos meses todos los años. Obedecía, al obrar así, á la corriente general que desde 1850 á 1870 impulsaba á los realistas y coloristas á buscar en la fuente fresca del arte parisiense nuevas energías.



El célebre pintor alemán Adolfo Schreyer en su taller

La temprana afición de Schreyer fué alimentada por las litografías de Raffet, Vernet, Charlet, Bellangé y otros franceses, así como por el estudio de los grandes maestros que hizo en exposiciones y colecciones particulares; y su predilección por dibujar caballos se explica por la circunstancia de ser Francfort, su ciudad natal, uno de los más importantes centros militares. Él y su amigo, el malogrado Teutwart Schmitson, con más gusto visitaban las cuadras que asistían á la escuela.

Cuando comenzó su carrera artística, más que en el Instituto Stadel y en las Academias de Munich y de Dusseldorf estudió en las yeguadas y en las carreras hípicas. Su gran talento para reproducir escenas llenas de vida manifestóse por vez primera en varios cuadros sobre la revolución badense, entre los cuales llamó poderosamente la atención el titulado *Carga de húsares en Kuppenheim.* Poco después, por consejo de algunos oficiales amigos agregóse al ejército de ocupación austriaco en la guerra de Crimea, y durante cuatro años asistió á todas las correrías del príncipe Emerico de Thurn y Taxis, recorriendo la estepas del Sud de Rusia, reuniendo un tesoro inapreciable de observaciones, croquis y estudios y sobre todo recibiendo una serie de impresiones intensas, que fueron para él manantial inagotable durante toda su vida.



Contrabandistas, cuadro de Adolfo Schreyer

Regresó en 1858 á Francfort, en donde al año siguiente contrajo matrimonio, y en 1861 emprendió una serie de viajes por el Africa que abrieron nuevos horizontes á su talento y le permitieron pintar multitud de escenas de la vida árabe, género que en aquel entonces tenía muchos aficionados en París. El éxito de aquellas obras fué grande: Schreyer obtuvo medallas de oro en 1864, 1865 y 1867, y sus cuadros fueron tan solicitados por los coleccionistas franceses, ingleses y americanos como los de Meissonier, Fromentin y otros franceses que gozaban de especial favor del público. Llovieron sobre él los encargos con tal profusión, que el artista apenas podía atenderlos todos, y se le pedían no sólo lienzos originales, sino también reproducciones de algunos de los más notables que de su pincel habían salido.

Una de sus mejores obras es sin duda alguna *El incendio de la cuadra,* del cual se ve un fragmento en el segundo término del grabado que representa al notable artista en su taller y que reproducimos en esta página: por la viveza y el vigor de sus colores, por el movimiento de los caballos, que en frenética y desesperada carrera huyen, locos de terror, de las llamas, estrellándose algunos de ellos en la valla que su miedo les impide ver, dan á ese cuadro un carácter, una expresión que difícilmente podrían superarse. Este lienzo data de los primeros tiempos del pintor.



Fantasía, cuadro de Adolfo Schreyer

El éxito extraordinario que obtuvo Schreyer en su carrera artística se explica perfectamente por la verdad y corrección de su dibujo, por la frescura y el jugo de su colorido, por la amplitud y seguridad de su pincelada y por la habilidad con que sabía trazar sus composiciones y combinar los distintos elemen-



Príncipe beduíno, cuadro de Adolfo Schreyer

cuadros representan grupos de caballos en una extensa y árida planicie, cubierta unas veces de hierbas y matorrales raquíticos y otras de pequeños montículos de arena. Lo que raramente se ve en ellos son árboles; sólo de cuando en cuando un árbol solitario ó un grupo de dos ó tres elevan sus ramas hacia el cielo, y aun en este caso no son árboles frondosos, llenos de espeso follaje, que de notan vida y alegran el paisaje, sino troncos desnudos, retorcidos, que contribuyen á aumentar la impresión triste del cuadro.

La existencia artística de Adolfo Schreyes puede dividirse en dos períodos: el primero, el de su estancia en París, en donde recibió las influencias de los pintores orientalistas franceses, fué el de sus grandes triunfos, que le conquistaron imperecedera fama; en el segundo, puede decirse que no hizo más que continuar su obra sin avanzar un paso en ella, sin dejarse seducir por las nuevas tendencias del arte pictórico.

De todos modos, su personalidad ocupa un puesto eminente en la historia del arte alemán, y sus cuadros, á pesar de los años transcurridos y de los cambios que en ese tiempo ha experimentado el gusto, conservan todavía sus atractivos y tienen todo el valor de esas obras que por sus méritos intrínsecos perduran al través de todas las vicisitudes del arte.—F. N.



Carga de húsares prusianos en Kuppenheim (1854), cuadro de Adolfo Schreyer

tos componentes de las mismas, dando á cada uno de ellos su valor propio y armonizándolos todos en un conjunto de líneas y tonalidades admirables.

El público, y no ya el vulgo, sino el público de los aficionados é inteligentes que adquieren cuadros para adorno de sus salones, suele preferir las obras que, sin dejar de ser fundamentalmente buenas, por sus asuntos y por su ejecución se imponen ya á primera vista y producen desde luego el efecto deseado. Bajo este concepto, las producciones de Schreyer satisficieron del todo á los *amateurs,* porque, además de las cualidades que dejamos mencionadas y que no falta en ninguna de ellas, tienen cierto aspecto decorativo que las hace sumamente agradables y simpáticas á cuantos las contemplan.

Pero estas mismas cualidades hacen que las obras de ese pintor no puedan figurar en gran número en un mismo salón ó galería; hay entre ellas demasiadas afinidades, así de forma como de fondo, para que, puestas unas al lado de otras, no se perjudiquen mutuamente. Defecto es este común á todos los artistas que han cultivado casi exclusivamente un género y que, habiendo éste merecido el favor del público, no han tenido empeño en buscar nuevos temas que dieran mayor variedad á su producción: repásense *in mente* los nombres de los «especialistas,» aun de los más eminentes, y se verá confirmada esta afirmación nuestra.

Los asuntos en que principalmente se inspiró Schreyer están tomados de la vida de los cosacos y de los árabes; sus viajes, sus campañas y sus aficiones, que consignadas quedan anteriormente, le suministraron materiales en abundancia. La mayoría de sus



Estudio, dibujo de Adolfo Schreyer



S. M. el rey D. Alfonso XIII á bordo del *Alfonso XII* durante la recepción en Santa Cruz de Tenerife

Santa Cruz de Tenerife. – Tipos de Canarias que tomaron parte en el festival de la plaza de toros
Misa de campaña celebrada antes de la jura de banderas

VIAJE DE S. M. EL REY D. ALFONSO XIII

Á Canarias

Siempre son interesantes las excursiones que por sus dominios realizan los jefes de Estado, poniéndose en contacto directo con sus súbditos, apreciando lo que valen y estudiando lo que necesitan las distintas regiones que constituyen la nación; pero el interés sube de punto cuando, como en el caso presente, se trata de unas provincias, las islas Canarias, situadas lejos de la madre patria y que en los cuatro siglos largos que forman parte de ésta no habían sido nunca visitadas por los monarcas españoles.

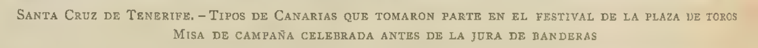
De aquí la importancia del reciente viaje de D. Alfonso XIII á aquel archipiélago; de aquí también el entusiasmo extraordinario con que el joven soberano ha sido recibido por aquellos isleños.

La expedición ha sido un triunfo continuado y en todas partes ha podido recoger D. Alfonso XIII, con las manifestaciones más ruidosas de cariño y simpatía hacia su persona, muestras patentes del amor y de la lealtad que la población canaria profesa á España.

A D. Alfonso han acompañado la infanta D.ª María Teresa y su esposo el infante D. Fernando y los ministros de la Guerra, de Marina y de Gobernación.

La duración del viaje y el poco espacio de que podemos disponer para relatarlo nos obligan á emplear una vez más el procedimiento que en otras ocasiones análogas hemos seguido y á compendiar, en una descripción resumida, los principales sucesos del mismo, suprimiendo todos aquellos pormenores que son, por decirlo así, de cajón en esta clase de excursiones.

Salió el rey de Madrid el 23 de marzo último y llegó á Cadiz al mediodía siguiente; asistió al *Tedéum*, que se cantó en





La Orotava. – Llegada de S. M. D. Alfonso XIII y de SS. AA. los infantes D. María Teresa y D. Fernando



EL PUEBLO DE VICTORIA SALUDANDO Á D. ALFONSO XIII EN LA CARRETERA DE LA OROTAVA

la catedral, presidió la recepción que se celebró en el palacio provincial, visitó el Hospital civil, fundado por el Sr. Moreno de Mora, y se embarcó en el transatlántico *Alfonso XII*, convertido en crucero auxiliar, en el que había de efectuar la travesía. El *Alfonso XII* iba escoltado por el buque de guerra *Giralda*, y había de reunirse, antes de llegar á Canarias, con la escuadra.

Día 26. – Al mediodía desembarca el rey en Tenerife, dirigiéndose á la iglesia de la Concepción y de allí al Ayuntamiento, en donde se celebra el almuerzo de gala, terminado el cual efectúase en la capitanía general la recepción, á la que asisten, además de las autoridades, corporaciones y personalidades importantes, una comisión de 16 moros de las kabilas fronterizas de las posesiones españolas de Río de Oro. A las cinco de la tarde asisten las reales personas á la fiesta insular, dispuesta en su honor en la plaza de toros, y visitan luego los establecimientos de beneficencia. Por la noche, banquete de gala en la Diputación provincial y después visita del rey y de los infantes al Casino Principal, cuyos salones ofrecían aspecto brillantísimo, así por su decorado como por la concurrencia. Las calles de la población y el puerto estaban espléndidamente iluminados.

Día 27. – Expedición á la Laguna, adonde llegan el rey y los infantes á las nueve y media de la mañana; visita á la iglesia de San Francisco; paseo por las afueras de la ciudad; visita al Instituto; recepción y almuerzo en el palacio arzobispal; visita al convento de San Diego, cuya superiora fué quien educó á la infanta D.ª María Teresa; excursión al jardín de la ermita del Siervo de Dios. A las cuatro regresan las reales personas á Tenerife, y mientras el rey, el infante D. Fernando y los ministros de la Guerra y de Marina recorren los cuarteles, la infanta D.ª María Teresa, acompañada del ministro de la Gobernación y de las autoridades locales, visita el Hospicio y otros establecimientos de beneficencia. A las seis asisten á las regatas organizadas en su obsequio. Por la noche, banquete monstruo que los cosecheros de frutas dedican á D. Alfonso XIII y á los infantes; celébrase en el teatro, que estaba decorado con tanta riqueza como originalidad con profusión de flores, frutas, escudos y banderas, ocupando los palcos hermosas y elegantes damas espléndidamente ataviadas.

Día 28. – Excursión á la villa de La Orotava y al valle de este nombre. Los reales expedicionarios salen á primera hora de Tenerife, dirígense en tranvía á Tacoronte, en donde se desayunan, y desde allí, en coches, emprenden el camino del delicioso valle, uno de los sitios más hermosos y pintorescos del mundo. A cosa de mediodía llegan á la villa de La Orotava, cuyas principales calles y plazas ostentaban como adorno preciosas alfombras de flores primorosamente confeccionadas; y después de la recepción oficial en el Ayuntamiento, almuerzan en el hotel Taoro, visitan Puerto de la Cruz y regresan á Tenerife ya muy entrada la noche.

Día 29. – El rey y los infantes presencian por la mañana desde la capitanía general la solemne ceremonia de la jura de banderas, y terminado el desfile de las tropas, dirígense á colocar la primera piedra del monumento que ha de erigirse á la memoria del general O'Donnell. Después de una visita al domicilio de la Cruz Roja, embárcanse las reales personas en el *Alfonso XII*, en donde se celebra un almuerzo en obsequio á las autoridades. Por la noche celébrase en el propio buque un te, al que asisten las principales personalidades de la capital, y á las doce y cuarenta y cinco zarpa el *Alfonso XII* para Santa Cruz de la Palma.



LA OROTAVA. – ALFOMBRA HECHA CON FLORES, IMITANDO MOSAICO, QUE ADORNABA LA PLAZA DEL AYUNTAMIENTO

Día 30. – El mal estado del mar obliga al *Alfonso XII* á cambiar de rumbo, llegando á las seis de la tarde al puerto de Las Palmas. Los augustos viajeros permanecen á bordo.

Día 31. – Por la mañana desembarcan el rey y los infantes; asisten al *Tedéum* de la catedral y á la brillante recepción que se efectúa en las Casas Consistoriales; visitan luego el Museo canario, en donde son obsequiados con un espléndido *lunch*; y por la tarde concurren al Hotel de Santa Catalina, en donde la colonia inglesa ha organizado en su honor una *garden-party*. Después, el rey y el infante visitan los cuarteles y las obras de defensa y la infanta D.ª María Teresa los establecimientos de beneficencia. Por la noche, recepción en el *Alfonso XII*; la bahía presentaba un aspecto fantástico.

Día 1.º de abril. — Por la mañana presidió el rey el acto de la jura de banderas, y terminada ésta recorrió, acompañado del infante y de los ministros de la Guerra y de Marina, las fortificaciones. Después las reales personas asistieron á una jira organizada en su honor por los comerciantes de Santa Brígida, almorzando en el hotel de este nombre y regresando á las Palmas poco antes de las ocho. Por la noche, en el teatro Pérez Galdós, función de gala dispuesta por la Sociedad Filarmónica.

Día 2 de abril. – S. M. el rey y SS. AA. los infantes visitaron los cruceros *Condé*, francés, y *San Rafael*, portugués; obsequiaron con un banquete en el *Alfonso XII* á las autoridades de la isla, y por la tarde asistieron á la batalla de flores que se celebró en la calle de Triana. Terminada ésta, concurrieron al banquete de gala que en su honor daba el Ayuntamiento en las Casas Consistoriales, desde donde presenciaron luego el disparo de un magnífico castillo de fuegos artificiales, embarcándose después en el *Alfonso XII*.

Día 3. – A las once de la mañana zarpó de las Palmas el *Alfonso XII* con rumbo á Santa Cruz de la Palma. En esta población los reales viajeros asistieron al *Tedéum* y á una recepción en el Nuevo Club, visitaron la exposición de productos y labores del país, admiraron las curiosidades que encierra el Museo y concurrieron al circo gallístico.

Día 4. – A pesar del furioso temporal que reinaba al llegar el *Alfonso XII* á la isla de Hierro, S. M. quiso saltar á tierra, efectuándose el desembarco en malísimas condiciones. Por un camino que la lluvia había puesto intransitable, dirigióse el rey al Ayuntamiento, y después de un corto paseo por la isla, regresó á bordo. A las cuatro de la tarde desembarcó en la isla de Gomera, dirigiéndose á la iglesia, en donde se cantó un *Tedéum*, y á las Casas Consistoriales, en donde hubo recepción y se le ofreció un *lunch*. A las cinco de la tarde zarpó el *Alfonso XII* para Fuerteventura.

Día 5. – Desembarcó el rey en Puerto de Cabras (isla de Fuerteventura), encaminóse á la catedral, recorrió los cuarteles, visitó el Ayuntamiento, en donde fué obsequiado con un *lunch*, y á las once de la mañana el *Alfonso XII* se dirigió á Lanzarote. A las dos de la tarde saltó el rey á tierra, y después de haber asistido al *Tedéum*, visitó las obras del depósito de aguas, los cuarteles y el Ayuntamiento. A las cinco de la tarde, el transatlántico que conducía á S. M. hizo rumbo á la península, llegando á Cádiz en la mañana del día 7.

En Cádiz embarcáronse las reales personas en el cazatorpederos *Osado* que, remontando el Guadalquivir, las condujo á Sevilla, en donde han pasado la Semana Santa, asistiendo á las solemnes fiestas religiosas que allí se han celebrado y que todos los años atraen á tantos extranjeros á la ciudad andaluza. – X.

TENERIFE. – MOROS DE LAS KABILAS FRONTERIZAS DE LA FACTORÍA ESPAÑOLA PRESENTADOS Á D. ALFONSO XIII



El vigilante, que cómodamente está sentado en una banqueta, se levanta asombrado al ver aparecer á los «resucitados.»

Cuatro mineros que esperan su turno para bajar á fin de ayudar á la extracción de cadáveres auxilian á los «resucitados,» que apenas pueden moverse.

El tercero de los «resucitados,» deslumbrado por la luz, despues de haber permanecido veinte días sepultado en las tinieblas, se tapa vivamente los ojos.

«¡Henos aquí!» Tal fué el grito que al salir de la mina dió el «resucitado» Neny. El compañero que le sostiene es el otro «resucitado» Castel.

SALIDA DEL FONDO DE LA MINA DE LOS «RESUCITADOS» DE COURRIERES.– «¡Henos aquí!»

(Dibujo de Kupka, según croquis tomados del natural, con notas escritas por el autor al margen del croquis.)



Los «resucitados» de Courrieres. – Después de veinticinco días de permanecer en el fondo de la mina. El décimocuarto «resucitado,» el minero Augusto Bertón fotografiado con su esposa, el día 4 de abril, una hora después de haber sido extraído de la mina.
(De fotografía de «Photo-Argos.»)



PARÍS. – Los «resucitados» de Courrieres, Neny y Pruvost aclamados por la multitud. (De fotografía de M. Rol y C.ª)

LA CONFERENCIA DE ALGECIRAS

De la sesión plena celebrada el día 31 de marzo último salió el acuerdo que ha puesto término á los trabajos de la conferencia. Los puntos difíciles de resolver eran la distribución de los puertos entre Francia y España para la cuestión de la policía y las participaciones en el Banco del Estado otomano. El primero se ha resuelto del modo siguiente: la policía de Tetuán y de Larache correrá á cargo de los españoles; la de Mogador, Saffi Mazagán y Rabat á cargo de los franceses; y la de Tánger y Casablanca á españoles y franceses juntamente. En cuanto á las participaciones en el Banco, Francia tendrá tres, dos de ellas en representación del derecho de preferencia que ceden los tenedores franceses del empréstito de 1904: las demás potencias, incluso Alemania, tendrán una participación cada una. Los censores del Banco serán cuatro, propuestos por el Banco de Inglaterra, por el Banco de Francia, por el Banco Imperial Alemán y por el Banco de España.

En la misma sesión nombróse un comité encargado de redactar el protocolo y compuesto del segundo delegado español Sr. Pérez Caballero y de los delegados técnicos francés y alemán Sres. Regnault y Klemet.

El día 2 de abril, reunióse de nuevo la conferencia en pleno, aprobándose en ella el proyecto de acta general y acordando rogar al Sr. Malmusi, ministro de Italia en Tánger y decano del cuerpo diplomático, que acepte el encargo de trasladarse á Fez para obtener la adhesión del sultán á las resoluciones contenidas en el acta general de la conferencia y que tan poderosamente han de contribuir al progreso del imperio sherifiano.

LA CONFERENCIA DE ALGECIRAS. – ÚLTIMA SESIÓN DEL COMITÉ DE REDACCIÓN, DEDICADA Á FORMULAR EL ACTA FINAL. (De fotografía de «Photo-Nouvelles.»)

Después, los delegados formularon varias peticiones relativas á asuntos que, aunque no estaban incluídos en el programa de la conferencia, interesan á Marruecos y á la situación de los extranjeros en aquel país. Así el delegado norteamericano pidió que el sultán adopte las medidas necesarias para mejorar la situación de los israelitas en Marruecos, petición á la que se adhirieron los demás y muy especialmente el duque de Almodóvar; el de Inglaterra formuló el deseo de que se mejorara el régimen carcelario y se aboliera la esclavitud en Marruecos; el de España expuso la conveniencia de la construcción de un ferrocarril que uniendo las costas marroquíes del Norte y del Oeste y en combinación con las grandes líneas férreas europeas, acortaría considerablemente la distancia entre Europa y la América del Sur, por las costas del Brasil.

LA CONFERENCIA DE ALGECIRAS. – DESPUÉS DEL ACUERDO: EL EMBAJADOR FRANCÉS M. REVOIL Y EL EMBAJADOR ALEMÁN SR. RADOWITZ, RETRATADOS JUNTOS POR VEZ PRIMERA DESDE QUE COMENZÓ LA CONFERENCIA. (De fotografía de «Photo-Nouvelles.»)

Finalmente en la sesión del día 7 firmóse el acta general. Consta ésta de 133 artículos agrupados en siete capítulos que tratan: el primero (arts. 1.º al 12) de la organización de la policía; el segundo (arts. 13 al 30) de la vigilancia y represión del contrabando de armas; el tercero (arts. 31 al 58) de la concesión del Banco; el cuarto (arts. 59 al 76) de los impuestos y nuevos tributos; el quinto (arts. 77 al 104) de la reglamentación de las aduanas del imperio y de la represión del fraude y del contrabando; el sexto (arts. 105 al 119) de los servicios públicos y de las obras públicas en el imperio y el séptimo (arts. 120 al 133) contiene varias disposiciones de carácter general.

Los delegados firmaron un solo ejemplar de esta acta, que se conservará en los archivos del Ministerio de Estado de Madrid y del cual recibirán copia debidamente certificada por el presidente de la conferencia todos los gobiernos que han tenido en ésta su representación. El primer delegado norteamericano Sr. White declaró que la participación de los Estados Unidos en la conferencia no implicaba ninguna responsabilidad ú obligación en cuanto á las medidas que pudieran ser necesarias para la aplicación de las resoluciones adoptadas y puso su firma al acta haciendo esta salvedad. Iguales reservas hizo el delegado sueco Sr. Sager. Los marroquíes se abstuvieron de firmar, pretextando que no tenían instrucciones bastantes de su gobierno.

Terminado el acto de la firma, el Sr. Visconti Venosta, como decano de los delegados, felicitó, en nombre de éstos, al duque de Almodóvar por su brillante gestión, que ha dado por resultado el feliz término de la conferencia. El Mokri pronunció luego un sentido discurso dando las gracias á los representantes de las potencias por el interés que han demostrado por su país. Concluyó la sesión con un elocuente discurso del duque de Almodóvar del Río. Inmediatamente después entró en el salón de sesiones el Ayuntamiento en corporación á felicitar á los delegados por el buen éxito de la conferencia y á manifestar cuán honrada se sentía Algeciras por haber sido designada para que en ella se celebrara tan importante acontecimiento.

La impresión del resultado de la conferencia es altamente satisfactoria, pudiendo decirse, y así lo afirman los principales interesados, que no ha habido vencedores ni vencidos. Además con ella se han desvanecido los temores de que se alterase la paz europea, y esto solo constituye un gran triunfo para los diplomáticos congregados en Algeciras. – R.

MARIS STELLA,

cuadro de

JOSÉ M.ª TAMBURINI

(véase el grabado de la pág. 249)

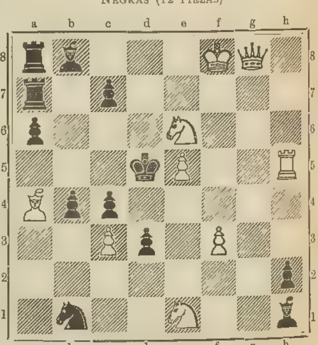
Pocos artistas aventajan al notable pintor catalán en la expresión de figuras impregnadas de la más dulce poesía. Las obras de este artista tienen una suavidad y una placidez encantadoras, avaloradas por la perfección de las líneas y por la delicadeza del colorido, y despiertan en el alma impresiones y sentimientos infinitamente apacibles. Su *Maris Stella* es la imagen por todos soñada de esa Virgen Madre que acompaña al marino en su procelosa existencia, que le conforta en los momentos de angustia, que le consuela en sus aflicciones y que en los peligros se le aparece como su salvadora, dándole energías para luchar como un héroe ó infundiéndole resignación para morir como un cristiano.

Espectáculos.—BARCELONA.—*Associació Wagneriana.* – Se han efectuado en esta asociación las audiciones segunda y tercera de la serie quinta del ciclo de Beethoven, habiéndose ejecutado en ellas los cuartetos en *mi* bemol, en *re*, en *do* y en *mi* bemol (transcripción del quinteto op. 16), doce variaciones para piano y violencelo sobre un tema del oratorio *Judas Macabeo*, de Handel, y doce variaciones sobre un tema de *La flauta encantada*, de Mozart. Estas piezas fueron admirablemente interpretadas por los Sres. Doménech Espanyol, Sánchez, Estera y Dini.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 422, POR V. MARÍN.

NEGRAS (12 PIEZAS)



BLANCAS (9 PIEZAS)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 421, POR V. MARÍN.

Blancas.	Negras.
1. e3–e4	1. Cualquiera.
2. D mate.	

EL FALSARIO

NOVELA DE JULIÁN HAWTHORNE.—ILUSTRACIONES DE MAS Y FONDEVILA

(CONTINUACIÓN)

—Pues á mí me agrada bastante, y tenía formado el proyecto de permanecer allí siempre. No he venido á Europa más que para evacuar algunas diligencias, pero me propongo volver á Nueva York.

—Yo también hablo siempre de regresar á mi país, mas por una causa ú otra me quedo aquí, y nunca llega el día de mi marcha. Si desea usted hacer algo bueno, Nueva York es el mejor punto para intentar cualquiera cosa; pero si solamente trata de divertirse, mejor es permanecer aquí. Ahora recuerdo que en Monte Carlo me habló usted ya de ese viaje.

—Sí, repuso el conde, y por cierto que me proponía pedir á usted algunas cartas de recomendación á varios amigos de allí; pero como todos ustedes desaparecieron tan repentinamente, perdí la oportunidad...

—Es cierto, contestó el señor Williams con afable sonrisa; no lo negaré; y con frecuencia me he preguntado qué juicio formaría de nosotros cuando fué á visitarnos al día siguiente; pero no hubo más remedio que marchar. La princesa recibió un telegrama de sus abogados en París, diciéndola que debía firmar allí algunos documentos, y vióse en la precisión de tomar el primer tren. Precisamente yo había ido á verla por la mañana; la encontré haciendo sus preparativos de viaje, y pensando que podría necesitar mi auxilio, ofrecí acompañarla, aunque apenas me quedaba tiempo para poner alguna ropa en mi maleta. Desde París escribí á usted dos letras, pero sin duda habría usted marchado ya, pues la oficina de correos me devolvió la carta dos meses después con la nota acostumbrada: «No se ha encontrado la persona á quien va dirigida.»

—Supongo que la princesa haría un feliz viaje, dijo Fedovsky.

—¡Oh, sí! Y parece que ahora tiene bien arreglados sus asuntos. Creo que algunos parientes trataban de usurparla parte de su propiedad.

—¿Y dónde se halla ahora?, preguntó el conde.

—No tengo sus señas, pero la última vez que la vi me dijo que pensaba pasar el invierno en algún punto de Italia. Ahora sería buena ocasión de que usted y yo fuésemos á indagar dónde está. La princesa se acuerda mucho de usted.

—Pensaré en ello, contestó Fedovsky. ¿Piensa usted permanecer mucho tiempo aquí?

—Llegué anoche, y aún no he trazado ningún plan, según mi costumbre; pero esta es la primera vez que visito Dresde, y quisiera ver los alrededores. ¿Tiene usted algo que hacer esta noche?

—No, nada de particular.

—Si no le molestase demasiado, le rogaría que me acompañase á la Inspección de policía...

—¡A la Inspección de policía!, exclamó Fedovsky con expresión de asombro. ¿Qué ha de hacer usted allí?

—¡Oh! Es una curiosa historia, dijo el Sr. Williams sacudiendo la ceniza de su cigarro, y como por ella se ve los riesgos á que se halla expuesto un hombre en estos gobiernos de Europa, voy á referírsela á usted. Es una broma contra mí, pero me río de ella porque no deja de hacerme gracia. En estos últimos meses he notado que la policía parece interesarse por mí más de lo conveniente, y yo no podía explicármelo, porque soy un hombre muy pacífico, como usted sabe, y no tengo más objeto que viajar para distraerme un poco. Sin embargo, cuando estaba en París, de donde llegué hace dos días, parecióme que un agente de policía secreta vigilaba mis pasos; quise salir de dudas cuanto antes, interrogué al hombre, y al fin supe la verdad. Era porque no me había presentado á las autoridades, como está prevenido para los extranjeros, y en su consecuencia me apresuré á cumplir con este deber. Ahora acabo de llegar á una nueva ciudad, y para que no me suceda lo de antes, visitaré á la policía para que no me vigile.

... y el Sr. Williams seguido de su acompañante...

El conde pensó que el Sr. Williams tenía algo misterioso, pues no le faltaban motivos para creerlo así, y sus últimas palabras le hicieron recordar la insistencia con que Tomás declaró que aquel hombre y el que tenía la casa de juego en Nueva York eran la misma persona. Cuando le vió entrar en el comedor del hotel resolvió al punto hablarle tan pronto como se le presentase una oportunidad con el fin de ver si averiguaba algo, porque podía ser muy bien que la misión de que estaba encargado el conde concerniese en algo al Sr. Williams. La proposición de éste respecto á visitar la Inspección sorprendióle mucho; no sabía qué pensar de esto, y hasta dudó que el americano hablase con formalidad.

—Yo no comprendo, dijo después de una pausa, qué necesidad hay de presentarse; pero de todos modos, espero que si le piden sus señas en Nueva York no dará las mismas que yo recibí de manos de usted. Digo esto porque en el número 15 de la calle Cuarenta y una vive gente muy sospechosa y de mal aspecto, de una clase á que seguramente no pertenece usted.

El Sr. Williams se inmutó al parecer un momento; pero recobrándose muy pronto, comenzó á reir de la mejor gana.

—¡Ah!, exclamó, ¿conque se ha fijado usted en eso? Es verdad; debía haberle avisado, pero se me olvidó. No, yo no pertenezco á esa clase de gente, ni tampoco vivo en el número 15 de la calle Cuarenta y una; pero es el caso que habiéndoseme concluido mis tarjetas de visita, mandé hacer otras en Londres, dí mis señas escritas con lápiz en un pedacito de papel, y cuando me las enviaron observé que habían puesto calle Cuarenta y una en vez de Cuarenta y siete, que es lo que yo escribí. Para no devolver las tarjetas, corregía el número con la pluma cuando necesitaba poner algunas en mi cartera, y supongo que por descuido no hice alteración alguna en la que le dí á usted.

Esta explicación se había dado tan tranquilamente y con tal acento de franqueza, y por otra parte el hecho era tan probable, que Fedovsky no tuvo nada que observar. Seguramente era algo absurdo sospechar de un hombre que siempre fué tan buen compañero, sólo por la circunstancia de que le hubieran cambiado su número 7 en 1, y porque á Tomás se le figurase que el señor Williams era la misma persona á quien había conocido antes como dueño de una casa de juego. Fedovsky consideró que en cierto modo debía dar una satisfacción al americano; pero hay satisfacciones más fáciles de pensar que de dar, y el conde se limitó á no atribuir importancia al asunto y á preguntar de nuevo á su interlocutor qué asunto le llamaba á la Inspección de policía.

—Mire usted, dijo el Sr. Williams sacando su reloj, ya se hace tarde, y no es necesario referirle la historia dos veces. Vamos á la Inspección ahora y podrá usted oirlo todo.

Fedovsky no tuvo inconveniente en acceder; el americano llamó al mozo para pagarle; los dos salieron del terrado, y tomando el primer coche de alquiler que pasó, dirigiéronse á la Inspección. A los pocos minutos detúvose el vehículo ante un obscuro edificio cuadrado en una estrecha calle, y el señor Williams se apeó, seguido de su compañero. Después de cruzar algunas palabras con el conserje, se les condujo á una sala del primer piso, donde un caballero, vestido casi de negro, paseábase de un lado á otro de la estancia como una fiera en su jaula. Volvióse rápidamente al oir los pasos de los visitantes, y examinó á éstos de pies á cabeza de una sola mirada.

Aquel hombre tenía un aspecto notable, que hubiera llamado la atención á cualquiera: de cinco pies y nueve pulgadas de estatura, delgado, pero de vigorosos músculos, sus movimientos eran tan imprevistos y súbitos como los de un gato; tenía la cabeza muy grande, sumamente desarrollada más arriba de las orejas, con la parte superior ancha y aplanada; la frente algo comprimida, pero saliente sobre las cejas; el cabello, de color amarillento pálido y rizado de por sí, cubría bien el cráneo, y los ojos, de un castaño obscuro, cambiaban bajo la influencia del pensamiento ó de la emoción, tomando un tinte que variaba del verde claro al negro azulado. Los

ademanes de aquel personaje revelaban una impaciencia nerviosa y un carácter imperioso, modificado un poco por la instintiva cortesía que la buena educación impone.

Aquel hombre era el barón Lemcke, el famoso jefe de la policía secreta de Sajonia, notable por su inteligencia y su carácter, dotado de una sutileza que nadie podía burlar al parecer, y de una penetración tan profunda, que producía el efecto de la omnisciencia. Al parecer, nada era obscuro para el barón Lemcke; y sin embargo, este singular personaje se equivocaba algunas veces, y había cometido los más extraños errores é indiscreciones que se pudiera imaginar. En resumen, el barón era un genio, con sus increíbles facultades y no menos increíbles achaques; y los que le conocían bien, apenas manifestaron sorpresa cuando algunos años después de ocurrir los incidentes de la presente historia se les dijo que el célebre jefe de policía había sido encerrado en una casa de locos.

Su triste colapso explicó muchas cosas que habían sido inexplicables durante su carrera pública.

XVI

CUESTIÓN DE IDENTIDAD

—Buenas tardes, Sr. Williams..., buenas tardes conde Fedovsky, dijo el barón bruscamente, llamando á los dos visitantes por su nombre como si los conociera desde algunos años antes y hablando en correcto inglés. Siéntense ustedes, añadió, señalándoles dos sillas, mientras que él permanecía en pie. ¿En qué puedo servirles?

—He venido para tratar de un asunto que tiene mucha importancia para mí, contestó el Sr. Williams con acento tranquilo y cruzando las piernas; y como en el camino encontré á mi amigo el conde, parecióme oportuno que me acompañara. Mi objeto es pedir á usted algunos informes, que no dudo me podrá dar si no hay inconveniente en ello.

—¿De qué se trata?, preguntó el barón con la misma rapidez nerviosa.

—Deseo saber, continuó el Sr. Williams, fijando en el jefe una mirada penetrante, si ha recibido usted por casualidad una circular que contiene la filiación de cierto individuo llamado Willis, que viaja por este país según dicen, y que en mi concepto debe excitar el interés profesional de usted...

—No tenemos costumbre de discutir sobre asuntos del servicio con extranjeros, replicó el barón sentándose á su mesa y comenzando á tamborilear con los dedos sobre un montón de papeles.

—Muy bien; eso es cosa que yo no sé, porque soy extranjero, dijo el Sr. Williams con mucha compostura; pero me han mezclado en cierto asunto dos ó tres veces, y no quisiera que me sucediese lo mismo en Sajonia. Yo no trato de obtener ningún informe privado; pero si quiere usted tomarse la molestia de pasar la vista sobre esa circular, para hacer desde luego sus deducciones, le quedaría muy agradecido.

Siguióse una pausa, durante la cual el barón fijó en el Sr. Williams una mirada investigadora, que éste sostuvo sin pestañear. Después, el jefe de policía, volviéndose á un lado bruscamente, abrió el cajón lateral de su mesa.

—¿Qué nombre ha dicho usted?, preguntó.

—Willis... Enrique Willis..., creo que ese es el nombre que se da.

El barón sacó un papel del cajón abierto, revisóle rápidamente, y miró después á su visitante con cierta expresión particular.

—¿Quiére usted que lo lea?, preguntó.

—Eso es lo que yo deseo, si no le molesta mucho, contestó el Sr. Williams, cruzando la otra pierna, y colocándose más cómodamente en la silla.

«Enrique Willis, leyó el barón, americano; cinco piés diez pulgadas de estatura; delgado; cabello recto; bigote de color castaño obscuro; frente espaciosa, nariz aguileña y ojos grises. Habla lentamente, se expresa con facilidad y está bien educado. Pretende ser un comerciante retirado que viaja para su recreo. Este hombre tuvo en otro tiempo un garito en Nueva York; se le redujo á prisión tres veces, pero después fué puesto en libertad. Se cree que ahora es falsificador, y jefe de una pandilla que se propone estafar á los banqueros del Continente. Es hombre de unos 36 años.—Señas particulares: tiene un lunar en la mejilla izquierda, sobre el bigote.»

—Muchas gracias, barón, dijo el Sr. Williams, que había escuchado la lectura sin pestañear y sonriendo siempre. No se puede negar que esa filiación es completa. ¿Ha visto usted alguna vez alguien que se parezca á ese Enrique Willis?

A duras penas reprimió Fedovsky un grito de asombro, pues la filiación que se acababa de leer convenía en sus menores detalles con la del mismo Williams: figura, facciones, aspecto..., todo era idéntico, y ni una fotografía hubiera sido más exacta. ¡Parecía imposible no creer que Williams y Willis fuesen el mismo hombre; y no obstante, el americano osaba introducirse en la guarida del león para pedir que se le confrontase con la evidencia de su propia criminalidad!.. ¿Trataría de confesar y entregarse?

También el barón estaba evidentemente perplejo, aunque procuraba disimularlo; pasó otra mirada por el papel, dejólo después sobre la mesa y se rascó la barba. Luego se levantó, dirigióse hacia la puerta, abrióla, y dijo algunas palabras en voz baja á un hombre que estaba fuera. Cuando volvió á sentarse, sonreía con afabilidad, y parecía estar satisfecho.

—Y bien, Sr. Williams, ¿trata usted de hacer alguna declaración?

—Algo por el estilo, contestó el americano, sacando del bolsillo interior de su levita una cartera de piel de Rusia de grandes dimensiones, repleta de cartas y otros documentos. Cuando duermo, sueño algunas veces que soy Enrique Willis; mas cuando estoy despierto, recuerdo varias cosas que me inducen á creer lo contrario. A mí me parece que no he visto jamás á semejante hombre en carne y hueso; pero de poco tiempo á esta parte encontré ciertas personas que sin duda me confundieron con él; y en más de una ocasión tuve bastante que hacer para convencerlas de que incurrían en error. Por eso ahora me he prevenido contra todas las contingencias; acabo de llegar de París, donde se me ha molestado bastante con tal motivo; los franceses se distinguen por su inteligencia, pero se precipitan demasiado para hacer sus declaraciones, como usted lo reconocería en la última guerra.

El barón movió la cabeza, sonriendo; no había transcurrido tiempo suficiente desde la victoria de Sedan para que no les agradase á los alemanes recordar cuán equivocada fué la conclusión de los franceses en aquella ocasión.

—Ahora bien, continuó el Sr. Williams, retirando el elástico que sujetaba su cartera y abriendo esta última, yo tengo aquí una serie de argumentos para demostrar que la persona que tiene el honor de hablar á usted en este instante y el hombre que se parece á mí son dos individuos diferentes, ó en otros términos, que *yo* no soy *él*. En primer lugar, aquí está mi pasaporte, expedido la semana última en debida regla; después, he aquí una carta del representante de los Estados Unidos en Francia, que es amigo mío; vea usted también una comunicación de mis abogados en Nueva York, relativa á varias acciones del Camino de hierro Occidental que yo poseo; he aquí una nota de Sir Vernon Harcourt, el ministro de Hacienda inglés, cuya esposa es americana, y prima mía por su matrimonio; en esta nota me ruega que acompañe á su señora á la Cámara de los Comunes; aquí tiene usted una esquela de W. Story, el escultor americano, residente ahora en Roma, que me habla de un banquete; y solamente se la enseño porque lleva la fecha del 3 de octubre, es decir, uno de esos días en que Enrique Willis estaba en Viena, según se asegura. Por último, vea usted un recibo de la casa Brown Bros, de Londres, por la suma de cincuenta mil duros depositados allí diez días hace; y en fin, ahí tiene usted la cartera, y le autorizo para que retenga todos los Willis que en ella encuentre.

El americano había pasado todos estos papeles al barón, á medida que los enumeraba; después dejó la cartera sobre la mesa y volvióse hacia Fedovsky, sonriendo como siempre.

El barón examinó los documentos con aire impasible, sin que la expresión de su rostro revelase en lo más mínimo lo que pensaba; parecía revisar con indiferencia aquellos papeles, como si no diera importancia al asunto; y también el Sr. Williams manifestaba la mayor tranquilidad. Sacó un pequeño cortaplumas del bolsillo de su chaleco, estiró las piernas y comenzó á redondearse las uñas con la mayor calma. Evidentemente estaba seguro de que el resultado de la conferencia no podía menos de ser favorable para él.

El barón volvió á colocar los papeles en la cartera, la cual entregó al punto al Sr. Williams.

—No creo, le dijo, que deba usted tener la menor inquietud respecto á ese Willis. Los documentos que acabo de ver me satisfacen y son suficiente garantía.

—Sí, todo está corriente, dijo el Sr. Williams, pero deseaba tener el gusto de que usted lo reconociese así. Voy á buscar mañana algún dinero al Banco, y pensé que sería oportuno ir acompañado de usted.

—Supongo que lleva usted una carta de crédito, dijo el barón.

—Sí, señor, y ya que estamos en ello, puede usted verla también, repuso el Sr. Williams sacando el documento del bolsillo. La obtuve en casa de Brown Bros, de Londres, cuando hice mi depósito, y no he girado más que una vez.

A Fedovsky le chocó que el barón examinara aquella carta de crédito con mucho más detenimiento que los otros papeles; miró con mucha atención el sello, el papel y la firma; pero sin duda le satisfizo todo, pues devolvió el documento á su dueño con expresión de cordialidad.

—¿Conoce usted al Sr. Knoup, el banquero?, preguntó.

—No, señor, jamás le he visto, repuso Williams.

—Pues sepa usted que es un hombre muy afable, y que le recibirá bien; pero si no tiene usted inconveniente en ello, me agradaría presentarle.

Mientras hablaba así, el barón tomó una hoja de papel, que llevaba el sello de la oficina, escribió dos líneas, firmó y entregó la nota al americano. El barón decía en ella que conocía al portador y estaba convencido de que era lo que representaba ser.

El Sr. Williams leyó la nota, vaciló un momento al parecer, y después, con no poca sorpresa de Fedovsky y del barón, devolviósela á este último.

—Agradezco á usted mucho su amabilidad, señor inspector, dijo; pero bajo las presentes circunstancias creo que sería mejor no aceptar la nota. Bien mirado, usted no me conoce, y yo no he venido aquí para pedir favores, sino para demostrarle que estoy corriente. No tengo derecho para pedirle su firma; mas sí quisiera que me complaciese en una cosa, que aceptara una invitación á cenar esta noche con nosotros y el Sr. Knoup. Tomaremos una habitación reservada, y se pasará bien el rato. Ya supongo que tiene muchas ocupaciones, pero es necesario que descanse un poco. ¿Qué me contesta usted?

—Gracias, Sr. Williams, contestó el barón con tono afable; creo que me será muy difícil asistir, pero trataré de que me quede un rato libre. ¿Esta noche, dice usted?

—Sí, á las ocho... También cuento con usted, señor conde.

—Acepto con gusto, contestó Fedovsky.

—¡Muy bien! Ahora iré hacia el Banco para asegurarme del Sr. Knoup.

Así diciendo, el americano se levantó, ofreciendo al mismo tiempo su mano al inspector.

—Me alegro mucho, dijo, haber tenido esta ocasión de conocer á usted.

El barón estrechó cordialmente la mano de su interlocutor.

—No le olvidaré á usted, repuso, y espero que nunca le confundiré con Willis; pero ahora echo de ver que no tiene usted una de las señales indicadas en la filiación.

—¿Cuál es?

—El lunar de la mejilla. Usted no tiene ninguno.

—Es verdad, replicó el Sr. Williams soltando una carcajada; seguramente me falta el lunar, y casi lo siento, porque dicen que es una señal de salud.

—El hecho es, dijo el barón con tono confidencial, que los hombres de mi profesión se fijan muy poco en la evidencia técnica para distinguir entre el hombre honrado y el delincuente. Yo reconocería á Willis apenas le viese, y nada bastaría para que yo tuviese confianza en él, aunque me presentara los mismos papeles que usted lleva en su cartera. Por otra parte, yo nunca dudé ni un momento de usted, y me jugaría mi reputación para garantizarle en cualquier sitio. Confieso, no obstante, añadió el inspector sonriendo, que me interesó mucho el examen de su carta de crédito. Tal vez no sepa usted que Willis y sus compañeros tienen fama de falsificar esa clase de papel.

Al oir estas palabras, Fedovsky aguzó el oído, pues la conversación tomaba el giro que á él le interesaba más.

—Yo hubiera creído, dijo el conde, que una carta de crédito era cosa muy difícil de falsificar, porque lleva señales particulares, según las sumas que representa, y además se necesitan cartas de identificación, que se dan separadamente por el Banco cuando transfiere el crédito á sus corresponsales. Además, al enviar las letras, el fraude sería descubierto de una vez desde luego.

—Todo eso es verdad, dijo el barón, y sin embargo, es indudable que se falsifica. Todos los Bancos sobre los cuales se giran créditos falsos están en América; de modo que han de transcurrir diez días por lo menos antes de que las letras lleguen á su destino. Yo tengo aquí, continuó el barón sacando un papel de un cajoncito secreto, la comunicación

del jefe de la policía en Nueva York; en ella se dan los nombres de Willis y ocho ó nueve compañeros suyos; dícese que los créditos y las cartas de identificación se falsificaron en América, para enviarlas después á Willis; este último las firmó, agregando los detalles que faltaban, y los dos agentes que habían traido los papeles volvieron después á Nueva York para evitar toda sospecha. Willis distribuyó los créditos entre sus compañeros, previniéndoles que se dispersaran en las principales ciudades de Europa; debían viajar rápidamente, realizar las letras cuando hubiese ocasión, y reunirse después en un punto señalado de antemano para repartir el dinero recogido. Como cada crédito representaba una considerable cantidad, esperábase que la suma total llegara á cuatro ó cinco millones de pesetas. Es un gran proyecto, añadió el barón; mas por fortuna, el aviso de Nueva York nos ha puesto en guardia, y esperamos coger á los estafadores con las manos en la masa, como vulgarmente se dice.

—¿Y han comenzado ya sus operaciones esos tunantes?, preguntó Fedovsky.

—No, contestó el barón; pero han hecho la primera prueba con una parte de su papel falso, y siento mucho verme obligado á decir que han conseguido un buen resultado. Cierto que las sumas estafadas no eran de mucha consideración, comparativamente; pero el *gran golpe* no se ha intentado aún, sin duda porque semejantes operaciones exigen preparativos muy cuidadosos, debiendo cada individuo de la asociación mantener correspondencia continua con el jefe ó jefes. Como quiera que sea, espero que nos apoderaremos de esos bribones antes que comiencen sus infames manejos.

—Espero que no se le escapará el amigo Willis, dijo el americano con tono zumbón, porque sin duda él es el jefe y el que lo dirige todo, según opinión de usted. ¿No es así?

—Así lo creemos, contestó el barón, pero los hechos deben confirmarlo. De todos modos, el tal Willis es un hombre misterioso, y no se ha encontrado hasta ahora nadie que pueda asegurar su identidad. Hasta la descripción que antes leí á ustedes puede estar fundada en un error, y cuantas tentativas se han hecho hasta aquí para seguir la pista á ese hombre han sido inútiles. Hasta se pudiera llegar á creer que es algún duende, y que no existe semejante hombre; pero ya lo veremos. Aquel que consiga cogerle habrá puesto una pica en Flandes.

—Si oigo hablar más de eso, observó el Sr. Williams aparentando una inquietud cómica, volveré otra vez á dudar de mi identidad, y por lo tanto, vámonos. El señor barón nos explicará esta noche durante la cena la manera de proceder de la policía secreta en este país.

—Con mucho gusto, contestó el barón; pero advierta que no pretendemos ser superiores á nuestros cofrades de Nueva York.

—El inspector Byrnes es seguramente hombre muy hábil y de gran penetración, dijo Fedovsky.



... á los pocos pasos llegaron á la puerta de una cervecería...

—¡Vamos, hasta las ocho!, dijo el Sr. Williams saludando cortésmente.

El barón se inclinó, y los dos visitantes salieron de la estancia.

—Es un hombre muy amable, observó el conde cuando estuvieron en la calle.

—Sí, contestó el americano, lo es bastante; pero si yo fuese rey de Sajonia, tendría otro hombre al frente del cuerpo de policía.

—¿Por qué?

—Porque el barón no sabe tener la boca cerrada. Está muy bien que tenga confianza en nosotros; pero aunque seamos honrados, nuestras lenguas podrían ser indiscretas, y nada nos impediría repetir cuanto nos ha dicho. En fin, eso es asunto suyo, y nada me importa... ¡Ah!.. ¿Y usted conoce al inspector Byrnes?

El americano hizo esta pregunta con aire indiferente; pero bastó para hacer comprender á Fedovsky que él tampoco había conservado la boca tan cerrada como convenía. Contestó, pues, de una manera indefinida, sin que su compañero pareciese fijar la atención en ello, y prometióse interiormente ser más cauto en lo futuro.

XVII

EN LA CERVECERÍA

La cena fué muy agradable, y durante ella hablóse principalmente de la proyectada tentativa de los falsificadores. Después el Sr. Williams trabó conversación con el inspector, y Fedovsky con el banquero; este último, hombre amable y campechano, era muy entendido en asuntos de banca, é inició en ellos al conde, dándole á conocer también los medios que se adoptaban para preservarse de la estafa. Entre tanto el barón enteraba al Sr. Williams, según dedujo Fedovsky de algunas palabras, de la manera de proceder de los agentes de policía secreta en Europa.

Fedovsky no había estado ocioso desde su llegada al Continente, y aunque en cierto modo le entorpeciera la circunstancia de no permitirle sus instrucciones consultar con ningún agente, su independencia para obrar favorecíale por otra parte, pues no necesitaba pesar las opiniones contrarias de varias personas, ni estaba expuesto á la rivalidad de aquellos que hacían esfuerzos para tener la gloria de capturar al falsificador desconocido.

Hizo sus propias observaciones, formó una idea general de lo que los ladrones trataban de hacer y de qué modo, y hasta llegó á conocer (así lo creía) á dos de los culpables; mas no le fué posible sorprender la comunicación de éstos con sus superiores, por lo cual comenzó á pensar que sería necesario arriesgarse á dar un paso audaz y peligroso para conseguir su objeto. Prefería esto á sufrir un fracaso en el cumplimiento de la misión que el inspector Byrnes le confió y en la cual se interesaba su orgullo.

La semejanza entre el hombre que el rumor público señalaba como jefe de los falsificadores y el Sr. Williams era cosa que le llamaba mucho la atención, y pensó que tal vez esta circunstancia fuera ventajosa. Si esta semejanza era realmente tal que se podía confundir á Willis con el americano, también sería fácil tomar á este último por Willis, ó en otros términos, ¿no era posible valerse del primero como una especie de sabueso para descubrir á toda la pandilla? La idea no era mala, mas ¿qué medios emplear para ponerla en ejecución? A Fedovsky le ocurrió también que podría disfrazar su carácter, buscando algún medio para inspirar confianza á los falsificadores, pero exponíase con esto á que la policía fijara en él la atención, obligándole á dar explicaciones nada apetecibles.

De buena gana hubiera discutido este punto con el Sr. Williams; mas pensó que esto sería imprudente, porque el americano sospecharía muy pronto de él. Aunque este último fuese al parecer un amable compañero, Fedovsky sospechaba que no había dado á conocer su verdadero carácter, y sabía muy bien que los hombres más corteses y amables se revelan á veces bajo un aspecto muy distinto é inesperado.

En el transcurso de la conversación, el banquero, que saboreaba con delicia un cigarro habano, preguntó de improviso á Fedovsky si hacía mucho tiempo que conocía al Sr. Williams.

(Se continuará.)

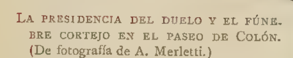
ENTIERRO DEL GENERAL D. RAMON BLANCO
EN BARCELONA



El capitán general D. Ramón Blanco y Erenas, fallecido en Madrid el día 4 de los corrientes. (De fotografía de Martí.)



Paso del fúnebre cortejo por el paseo de Isabel II. (De fotografía de Castellá.)



La presidencia del duelo y el fúnebre cortejo en el paseo de Colón. (De fotografía de A. Merletti.)



Desfile de las tropas por delante del cadáver en la plaza de Palacio (De fotografía de Castellá.)

El capitán general D. Ramón Blanco y Erenas, primer marqués de Peña Plata, una de las personalidades más salientes y más respetadas del ejército español, nació en San Sebastián en 15 de septiembre de 1833; ingresó en 1848 en el Colegio general, saliendo de subteniente de infantería en 1850; al año siguiente entró en la Escuela especial de Estado Mayor, de donde salió de teniente en 1855. En 1858 fué destinado al ejército de Cuba, cuyo capitán general le encargó importantes comisiones; tomó parte en la campaña de Santo Domingo, terminada la cual era teniente coronel.

En 1866 combatió en Cataluña contra los sublevados, y el mismo año fué destinado á Filipinas, en donde desempeñó, entre otros cargos, el de gobernador político-militar de Mindanao. De regreso en España, en 1872, se batió en el Norte contra los carlistas, y al mando de una columna que le confió el general Moriones, descolló por su actividad, por su valor y por su talento militar. En 1873 mandó la brigada de vanguardia, asistiendo al levantamiento del sitio de Tolosa y á las batallas de Puente la Reina y de Montejurra y siendo entonces ascendido á brigadier. Posteriormente concurrió al sitio de Laguardia y á los combates de Outón, Somorrostro, San Pedro Abanto, Murrieta, Abarzuza y Montejurra; por los extraordinarios méritos que contrajo fué ascendido á mariscal de campo en 1874. Durante aquel año y el de 1875 conquistó nuevos laureles en el bloqueo de Pamplona, en Monte Gárate, en el paso del río Oria y en Indamendi, así como en las operaciones de las provincias de Lérida y Barcelona, ascendiendo en noviembre de 1875 á teniente general.

En 1876 fué capitán general de Navarra, tomando parte en la expedición al Baztán, y por su comportamiento obtuvo el título de marqués de Peña Plata. Desempeñó la capitanía general de Aragón y Cataluña, fué gobernador general de Cuba en 1879, capitán general de Cataluña en 1881, director general de artillería en 1883, general en jefe del ejército de Extremadura cuando la sublevación de Badajoz y primer ayudante de S. M. el rey D. Alfonso XII hasta la muerte de este monarca.

En 1893 se le confió el mando supremo de Filipinas, y por su éxito en la campaña contra los moros de Mindanao fué ascendido á la dignidad de capitán general. Tres años después estallaba la insurrección, á la que hubo de hacer frente con escasos recursos. A poco de regresar á España, nombrósele general en jefe del ejército de Cuba, cargo que desempeñó hasta la terminación de la guerra con los Estados Unidos y consiguiente pérdida de aquella isla.

Amargado por aquellos sucesos, enfermo y achacoso, el general Blanco hacía en estos últimos años vida muy retirada.

Hallábase en posesión de las cruces de San Fernando, Carlos III, San Hermenegildo, Mérito Militar y Mérito Naval, de las medallas de Alfonso XII, Bilbao, Guerra civil, Mindanao y Cuba, y de las más altas condecoraciones extranjeras.

Por expresa disposición suya, sus restos fueron trasladados de Madrid á Barcelona para ser enterrados en el panteón de familia.

El entierro que en esta ciudad se hizo al ilustre general fué una grandiosa manifestación de duelo y una demostración elocuente de las muchas simpatías de que gozaba entre todas las clases de la sociedad barcelonesa. – X.

EL RAS MAKONNEN

El ras Makonnen, virrey desde 1887 de la provincia abisinia de Harrar, ha fallecido recientemente á la edad de cincuenta años. Sobrino y presunto sucesor del rey Menelik, era



EL RAS MAKONNEN DE ABISINIA. (De fotografía.)

un personaje importante, un verdadero gran señor, dueño de una inmensa fortuna y poseedor de la confianza de su soberano. Dotado de gran talento militar, él fué quien en 7 de diciembre de 1895 aniquiló la columna del mayor italiano Torelli, arrebató, en enero de 1896, al mayor Galliano el fuerte de Makallé y en 1.º de marzo siguiente derrotó completamente al general Baratieri, matándole ó haciéndole prisioneros á 6.000 europeos, de los 10.000 que componían su ejército, sin contar los indígenas, y tomándole toda la artillería.

Era además un excelente diplomático, y así lo demostró en 1889 cuando, comisionado por su soberano, negoció en Italia en las mejores condiciones el tratado de Uccialı, consiguiendo la contratación de un empréstito italiano y la entrega de 10.000 fusiles.

El emperador Menelik ha sentido extraordinariamente la muerte de su sobrino, que, por otra parte, crea una grave situación al imperio, dada la posición que en él ocupaba el ras Makonnen, la influencia que ejercía y sus excepcionales talentos para la gobernación del país.

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCION

POR AUTORES Ó EDITORES

LOS NUEVOS SISTEMAS DE CALEFACCIÓN, por *Enrique de Graffigny*, versión castellana de *Antonio Aguirre y García*. – Un tomo de 170 páginas con 43 grabados, editado en Madrid por P. Orrier. Precio, 1'50 pesetas.

NARRACIONES EXTRAORDINARIAS, por *Edgardo Poe*, versión castellana de *J. M. Ballester*. – Un tomo de 92 páginas que forma parte de la Biblioteca de Autores Célebres que edita en Barcelona D. Olegario Salvatella. Precio, 60 céntimos.

MEMORIA DE LOS ACTOS MÁS IMPORTANTES EN QUE HA INTERVENIDO EL ORFEÓN PAMPLONÉS DURANTE EL AÑO 1905. – Folleto impreso en Pamplona en la imprenta de Nemesio Aramburu.

FOMENTO DE LA GANADERÍA, por *B. Calderón*. – Estudio de la decadencia de la riqueza pecuaria española y medios prácticos de mejorarla. Un tomo de 424 páginas ilustrado con 92 grabados, editado en Madrid por la casa Bailly Bailliere é hijos. Precio, 6 pesetas en rústica y 7 encuadernado en tela.

DE AJENA COSECHA. COLECCIÓN DE TRADUCCIONES, por *José A. Rodríguez García*. – Un tomo de 260 páginas, impreso en Madrid y editado por R. Beltrán (librería de Fernando Fe).

ASAMBLEA DE LAS CÁMARAS DEL COMERCIO, DE LA INDUSTRIA Y DE LA NAVEGACIÓN. BARCELONA 22-26 OCTUBRE DE 1904. – Un tomo de 160 páginas, impreso en Barcelona en la imprenta de Henrich y C.ª

LA POSTA DELS DEUS, ópera de *Ricardo Wagner*. Traducción catalana de *Javier Viura* y *Joaquín Pena*, adaptada á la música y acompañando al texto la exposición de los temas y figuras musicales y un cuadro sinóptico de los mismos. Un tomo de 176 páginas impreso en Barcelona por Fidel Giró y publicado por la Associació Wagneriana. Precio, tres pesetas.

SANTIAGO DURANTE EL SIGLO XVI. Constitución de la propiedad urbana y noticias biográficas de sus primeros pobladores. Por *Tomás Thayer Ojeda*. – Un tomo de 250 páginas con dos planos de la ciudad de Santiago, impreso en Santiago de Chile en la imprenta Cervantes.



ESCRIBANÍA DE CORCHO, ejecutada por el artista sevillano D. Juan B. Olivós y ofrecida al duque de Almodóvar para que todos los diplomáticos que han asistido á la conferencia de Algeciras firmasen el acta final. (De fotografía remitida por D. Manuel Coterillo.)

TARTARÍN DE TARASCÓ, por *Alfonso Daudet*, traducción catalana de *Santiago Rusiñol*. – Un tomo de 252 páginas, editado en Barcelona por D. Antonio López. Precio, una peseta.

ESBOZOS HUMORÍSTICOS, por *Carlos Dickens*, traducción de *J. B. Hormann*. – Un tomo de 86 páginas, que forma parte de la Biblioteca de Autores célebres que edita en Barcelona D. Olegario Salvatella. Precio, 60 céntimos.



LA ALDEA DE MUHLHEIM, SITUADA CERCA DE COBLENZA (ALEMANIA) DESTRUÍDA EN GRAN PARTE POR UN MOVIMIENTO DE TIERRAS.
(De fotografía remitida por Hutin, Trampus y C.ª)

Un movimiento de tierras ha ocasionado terribles estragos en la aldea alemana de Muhlheim, situada cerca de Coblenza. De las 500 casas de que ésta se compone, más de 100 han sido destruídas, quedando sin albergue 800 personas, pues además de los edificios derruídos totalmente ha sido preciso derribar otros muchos que amenazaban ruina. Los árboles arrancados de cuajo y las grietas de algunos metros abiertas en el suelo demuestran la importancia de la catástrofe.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustración Artística

Año XXV — Barcelona 23 de abril de 1906 — Núm. 1.269



BAYADERA, cuadro de Gaspar Ritter

SUMARIO

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

—¿Por qué no dialoga usted alguna que otra vez sus crónicas? Ahora que se dialoga la novela...

—Nada más fácil... El diálogo es la forma natural en que verbaliza el pensamiento. Es una observación que hace tiempo registré, con cierta sorpresa. En esas oleadas de frases que acuden al cerebro sin salir á los labios, el diálogo predomina. El párrafo rotundo, en cambio, escasea. Abundan las interrogaciones, y las invocaciones son frecuentísimas.

—El diálogo presta á la crónica mayor rapidez, la hace más animada.

—Vaya por el diálogo.

—¿Conque la tierra, á la cual juzgábamos ya reposada y serena como antigua matrona, nos hace de vez en cuando jugarretas, descubriendo el incendio que abrasa sus entrañas?

—¡Ah, lo de Nápoles!.. ¡Pch! Eso es un atractivo más de la bella Italia, un *frisson* agradable para las *ladies* que la recorren. Quitadle á Italia Nápoles y la amenaza rugiente del volcán, y le habréis quitado infinidad de turistas.

—Millones dejan los turistas en Italia.

—Y aquí podrían y deberían dejarlos. España es más rica en monumentos y recuerdos, más diversa en aspectos y en climas, que ningún país de Europa. En Granada correría un río de oro, si hubiese hoteles amplios, confortables, á precios razonables. Los ingleses lo convertirían en estación de primavera; se pasarían allí, encantados, un mes, dos meses. Ahora, apenas si se posan, como las golondrinas. Lo ven todo aprisa, y desaparecen.

—¿Y el peligro del hundimiento de la Alhambra?

—Continúa. No tengo noticia de que se haya conjurado de un modo seguro. Nos olvidamos de él á ratos..., y un día tal vez nos sorprenda algún tristísimo telegrama.

—¿Podrán hacer con la Alhambra lo que se hizo en Madrid con la portada de la Latina, de la cual se ocupa ahora la prensa? ¿Recoger los fragmentos, numerarlos, guardarlos para una restauración conjetural y problemática?

—Ni eso. La Alhambra, si se hunde, se hace polvo menudo. Los materiales de ese palacio de silfos y gnomos son muy frágiles. No cabe reconstruir la mansión de Alhamar el Nazarita. La pátina encantadora que le han dado los siglos, tampoco se le podría dar á una reedificación, por cuidadosa que fuese. No conozco nada más odioso que las imitaciones y copias de ese estilo. Son fieles, exactas, literales, y sin embargo, son horribles, como lo es el salón de la Bolsa de Oporto.

—Existen, al lado de la Alhambra, los muros de un palacio de Carlos V, que no se terminó, si no me equivoco.

—¡Ah! ¡Y qué palacio! Aparte de la situación mágica y del paisaje incomparable que á la Alhambra rodea, estoy por decir que ese palacio del más puro Renacimiento, de la más exquisita elegancia, me gusta doble que el alcázar de los reyes moros. Si yo fuese rey español, y me casase, hubiese arreglado esa residencia divina para mi luna de miel. Muy bonita será la isla de Wight; no se le niega su mérito á la perla del Estrecho, al canastillito de flores, donde colgó su nido de poeta el laureado Tennyson; aquella isla tendrá un clima agradable, será muy salubre, estará, sobre todo, perfectamente cultivada y dispuesta por los ingleses, que no son como nosotros y saben sacar partido de los rincones fértiles y amenos; pero ¿quién soñaría bellezas como las



EL EMINENTE PIANISTA IGNACIO JUAN PADEREWSKI,
que próximamente dará dos conciertos en el teatro Principal de esta ciudad.
Medallón modelado por Alfredo Nossig

de Granada, con la Alhambra al pie, con ese edificio maravilloso por vivienda? ¿Qué monarca europeo posee un palacio semejante, como apeadero, como residencia eventual, de primavera, entre jardines poblados de ruiseñores, llenos de estanques y fuentes, tupidos de cipreses, rosales y celindas?

—¿No sería muy caro restaurar ese edificio?

—No lo creo. El Patrimonio debe de poseer bosques que ofrecerían la madera. Sus paredes son de una solidez que contrasta con la ligereza ingrávida de la Alhambra, la cual se diría que no pesa sobre el suelo.

—¡Qué pena, ver destinado á hundirse sin que nadie lo habite, un palacio semejante!

—El caso no es raro en España. En el período de abundancia y grandeza de nuestro Imperio se construyó mucho, y después, reconcentrada la vida de los reyes en la corte y en algunos sitios reales, hermosos edificios cayeron en el olvido. Lo mismo ocurrió con los caserones solariegos y las casas-fuertes de la aristocracia. Así se ven cuadros tan lastimosos como el del gran castillo de los duques de Alba en Alba de Tormes, del cual se llevaron los vecinos hasta las piedras y que hoy no es más que una desolada ruina. El abandono destruye doblemente que el paso del tiempo.

—Con las ideas que tiene usted acerca de la mujer y del respeto que en todo caso debe tributársele, estará usted indignada ante el espectáculo que estos días de Semana Santa se ha dado en la calle de Sevilla, en el corazón de la corte, silbando, estrujando y piropeando lascivamente á mujeres, obligándolas á correr y buscar refugio, asustadas y despavoridas.

—¿Indignada? No: la indignación revela siempre una mezcla de sorpresa, y yo confieso que aquí, en lo que respecta al modo de habérselas con la mujer, nada me sorprende. ¿Qué va á sorprenderme, si diariamente pruebo, por experiencia personal, los efectos de este espíritu difundido en la sociedad y en la época en que me ha tocado vivir?

—¿Lo cree usted así? ¿Tiene usted motivos de queja?

—Desde luego, sobra decirlo, no son del mismo género, no revisten la misma forma que las salvajes agresiones de la calle de Sevilla..., pero responden al mismo criterio las demostraciones más ó menos claras que yo podría catalogar, de que aquí, lejos de existir esa galantería con la cual nos han aporreado los oídos, lo que existe es un desprecio profundo, tal vez inconsciente, hacia la mujer. Un insulto y un piropo, á veces, quieren decir exactamente lo mismo.

—Pero las insultadas de la calle de Sevilla eran...

—Lo mismo importa quiénes fuesen. Artesanas puestas en evidencia momentáneamente por un suceso al cual la prensa dió resonancia internacional; artistas de este ó del otro género..., ¿qué más da? Ellas eran mujeres, seres humanos, que transitan por una calle y que tienen pleno, absoluto derecho á no ser molestados, á cruzar como los demás transeuntes, libremente, tranquilamente. La barbarie primitiva, intacta en lo que se refiere á la mujer, es la única causa de ese acosón feroz, inhumano, que todos los diarios reprueban en términos de energía; pero ninguno se da cuenta del origen de semejante fenómeno, del espíritu general á que responde.

—En efecto, este chaparrón de crímenes mal llamados pasionales, en que la víctima es siempre una mujer...

—Y en que los criminales tienen la impunidad casi segura... ó al menos un castigo tan leve, que prefieren exponerse á él que consentir la mortificación de su brutal amor propio, cuando la hembra se les va con otro más afortunado ó cuando sencillamente, sin irse con nadie, se resiste á continuar el trato amoroso. Si la mujer es un ser débil y excepcional, toda violencia contra ella debiera ser penada con severidad terrible.

—La verdad es que no pasa día que no se registre algún asesinato de mujer.

—Ya ha llegado á no conmover á nadie, á fuerza de repetirse, ese hecho.

—Debiera suceder lo contrario. Cuando un hecho se repite demasiado, indica un mal social á cuyo remedio urge acudir. Nada tiene de alarmante para la sociedad lo que sólo por excepción y muy de tarde en tarde ocurre. Los mismos atentados anarquistas, mirándolos bien, no me parecen tan graves como este espíritu de hostil desprecio á la mujer, síntoma que no puede revelarse sino en pueblos donde no penetra la cultura moral.

—España, sin embargo, adelanta.

—Algo, sí, en lo material..., aunque despacio, muy despacio. Moralmente creo que atravesamos una honda crisis, complicada con un letargo abrumador. Las direcciones nuevas del sentido social no se han impuesto, y las antiguas caducaron. Es el peor momento. Cualquier cosa que venga, será preferible.

—Y ¿eran realmente señoritos los que acosaron así á mujeres indefensas?

—¡Qué sé yo! Formarían parte de esa taifa de ociosos, sin oficio ni beneficio, juerguistas perpetuos, que unas veces salen á la calle á las altas horas llevando en burlesca procesión á las desventuradas esclavas del vicio, otras escandalizan en el Retiro y amenazan á los agentes de la autoridad, que les llaman al orden, con el desempleo—amenaza que siempre produce su efecto en este país del *bon plaisir* político y gubernamental,—otras se divierten en pegar fuego disimuladamente á las carrozas carnavalescas, y por vía de entretenimiento se estacionan en puntos concurridos, á estorbar y molestar á los transeuntes... ¡Señoritos! La palabra es elástica.

—Usted tiene decidida aversión á esa mala hierba.

—Les profeso horror. Me parece menos dañosa la partida del *Vivillo*, gente del bronce que al fin expone su vida, que esta polilla de la capital, resuelta á erigir en institución el jaleo, y preciada de graciosa, cuando su gracia es insolencia soez, su alegría mueca de mono, sus travesuras gansadas insípidas, sus chistes la desleidura del género ínfimo y chabacano... Yo les deportaría. Promulgaría una ley que dijese: «Todo ciudadano convencido de no hacer nada más que recorrer cafés y timbas, será remitido dentro de un saco á las colonias que nos queden..., que vaya usted á saber cuáles son.»

—Estoy enteramente conforme.

—¡Ya lo creo! Como que es usted..., mi desdoble, mi propia personalidad que se contesta á sí misma...

EMILIA PARDO BAZÁN.

EL SUBSECRETARIO (COMEDIA DE BOLSILLO)



¡Dos años, dos años esperándote!..

PERSONAJES

Esperanza, mujer bellísima, en cuyas delicadas y aristocráticas facciones, los desengaños han apuntado ligeras arrugas y dibujado una mueca de tristeza y de hastío que la hacen aparecer envejecida á pesar de sus veinticinco años de edad; bonísima, nada rencorosa, pero muy digna é inflexible en cuestiones de honor y de delicadeza, casada hace ocho años, cuando casi era aún una niña recién vestida de largo, con

Enrique, de treinta y tres años de edad, diputado de la mayoría, político con un hermoso porvenir y de un envidiable presente; riquísimo y elegante. De sus cualidades morales, nos enteraremos por su papá,

D. Jacobo, ex ministro muchas veces; acaudalado, más; aristócrata del más puro linaje, influyentísimo, como hombre público, y el colmo de la bondad, en su vida privada; abuelo de

Pepito, precioso angelito rubio, de ojos negros, vivaracho, acusando con sus palabras y con sus actos una precocidad intelectual nada común de los siete años de vida que cuenta.

Un secretario particular, igual á muchos otros.

ÉPOCA ACTUAL.

CUADRO PRIMERO

Un despacho suntuosísimamente alhajado.

DON JACOBO *(sentado en un amplio y muelle sillón frailuno, y teniendo á sus pies un periódico, en el que ha intentado enterarse de las cotizaciones bursátiles del día)*.—Oiga usted, Martínez, asómese usted al patio y vea si ha venido el niño... Es decir, no. No vaya usted. ¡Este Pepito! De seguro que él y sólo él tiene la culpa de la tardanza... ¡Es tan caprichoso y tan antojadizo! Bien es cierto que tiene á quien parecerse. Porque su papá tiene más años y menos juicio... *(Mirando al secretario.)* Martínez, usted es viejo en esta casa, usted ha visto nacer á D. Enrique, ¿verdad que Pepito lleva el mismo camino que su papá?..

EL SECRETARIO *(como buen secretario, cree indiscreto el opinar)*.—Señor...

DON JACOBO.—Sí, hombre, sí... Me asustan estos niños precoces. Si D. Enrique, mi hijo, no lo hubiera sido, ¡cuántos disgustos me hubiese ahorrado! Pero, claro está, le hice pasar la edad de los juegos haciendo el hombre formal, y cuando llegó la época de la formalidad se me echó á jugar como un chiquillo... ¡Diantre, sólo que no se anduvo por las ramas y jugó á los *prohibidos!*

EL SECRETARIO *(discreta y respetuosamente)*.—Para eso ahora le tenemos arrepentido y penitente...

DON JACOBO.—¡Hombre, le diré á usted!.. Arrepentido, creo que sí; penitente, desde luego, con la estocada que le ha costado la última aventura, pero queda el rabo por desollar: que su mujer le perdone...

MARTÍNEZ *(humildemente)*.—La señora marquesa es muy buena, es un ángel.

DON JACOBO.—Sí, sí... *(En tono desconfiado.)* Pero sobre tener su geniecito, es muy digna y muy celosa de su honra y está justamente ofendida. No, si yo lo reconozco, cuando no hablo con ella... ¡Porque á las mujeres no hay que darlas alas! Pero mi hijo no merece perdón. Con una mujercita tan hermosa y tan buena, porque es muy hermosa y muy buena, ¿verdad, Martínez?

MARTÍNEZ *(repitiendo)*.—Es un ángel.

DON JACOBO.—Bueno...

MARTÍNEZ.—Sí, señor marqués, muy bueno...

DON JACOBO.—No, hombre. Iba á decir: bueno, pues á pesar de ser tan ángel, mi hijo, como pasó la juventud estudiando—esto le disculpa—y luego, como le casé tan pronto, claro, quiso resarcirse del tiempo perdido... Sólo que se excedió en el reintegro... Primero, jugó al escondite, sin que su mujer se enterase; pero después, aquel demonio de bailarina francesa le hizo atreverse á descubrir el juego, sin importarle el enojo de su mujer, ni la indignación mía, ni el respeto á nuestro nombre. *(Indulgente.)* Después de todo, bien mirado, esto no es tan grave... ¡Una ligereza!.. Lo grave, lo gravísimo,

es su conducta de estos dos últimos años, en que apenas si aparecía por casa, desoyendo y huyendo de mis amonestaciones... No sé, no sé cómo me las voy á componer para reconciliarle con su esposa...

MARTÍNEZ.—La señora marquesa es un ángel.

DON JACOBO.—Sí, hombre, me lo ha dicho usted tres veces.

MARTÍNEZ.—Y quiere á su marido... Ya ve usted cómo le cuida, cómo le atiende...

DON JACOBO. — De eso no hay que deducir más que sabe cumplir su deber de esposa y... tal vez vengarse más cruelmente del olvido y del abandono... Pero yo tengo un plan para reconciliarles...

PEPITO *(entrando como un pequeño y adorable torbellino vestido de marinero)*.—¡Auelito, auelito!

EL ABUELO *(intentando fingir una seriedad que se le resiste y que no siente)*. — ¡Caballerito! ¿Sabe usted qué hora es? Le voy á azotar á usted...

PEPITO *(pretendiendo apagar con una cómica é infantil seriedad la picaresca sonrisa de golfillo celestial que se dibuja en su semblante)*.—¡Auelito!.. Pos. . si he veniro tan ponto porque macordao que querías esime una cosa...

EL ABUELO *(acordándose de su plan, cogiendo á su nieto por debajo de los bracitos y sentándole á la jineta sobre sus rodillas. Aparte)*.—¡Diantre de muchacho! El caso es que lo que he de decirle es más urgente que el sermón que iba á echarle... *(Dándole un beso.)* Tiene usted razón. Hemos de hablar de un asunto muy interesante. Dame un beso y oye... Luego, cuando la mamá y el papá...

MUTACIÓN

—

CUADRO SEGUNDO

Gabinete elegantísimo, tenuemente alumbrado con bombillas de color de rosa.

ENRIQUE *(sentado dolientemente en una marquesita, y llevando en cabestrillo el brazo derecho á consecuencia de una estocada recibida pocos días atrás de manos de un marido pundonoroso y valiente. A Esperanza, cariñosamente, agradecidamente)*. — ¡Esperanza, no sé, no encuentro palabras para ensalzar tu conducta para mí, que tan mal me porté...

ESPERANZA *(displicente, pero conmovida en su interior)*.—Eso no vale la pena. No he hecho más que lo que debía...

ENRIQUE *(humilde, arrepentido)*. — Si hubiese yo hecho igual, cuán felices hubiésemos sido.

ESPERANZA.—No lo recuerdes. Eso ya pasó. ¿Estás mejor?

ENRIQUE.—¿Y cómo no he de estarlo cuidándome tú?

ESPERANZA *(apartando la vista de su marido, que la mira suplicante y avergonzado)*.—¿Has descansado?

ENRIQUE.—Sí. Hace años que no he dormido tan tranquilo... El calor de tu cariño, el bienestar de mi casa..., ¡oh, qué loco he sido!.. ¡Qué dulcemente duermo!

ESPERANZA *(intencionadamente)*.—Ya *despertarás*, Enrique.

ENRIQUE *(desagradablemente sorprendido)*.—¿Qué quieres decir?

ESPERANZA.—Nada. Que procures curarte pronto, y luego... á ramajear otra vez por ahí...

ENRIQUE.—¡Oh, no! Esperanza, no. Hoy sé apreciar lo que vales... Yo te abandoné, y tú, al saber que estaba herido, me trajiste á casa y me has cuidado con una solicitud...

Boceto de monumento á los héroes del Bruch, obra de Rafael Atché

ESPERANZA *(luchando por no descubrir su emoción)*. -No iba á consentir que te cuidasen como á un bohemio en el hotel. Al fin y al cabo, Enrique, llevo tu apellido.

ENRIQUE.—¡A disgusto, quizás, por mi culpa!

ESPERANZA.—De eso no hablemos. Tu papá te puede decir...

ENRIQUE.—Ya lo sé. Que durante mi abandono has sido la misma hija solícita y cariñosa suya; que no has tenido jamás ni una palabra siquiera de reproche...

ESPERANZA *(saltándosele las lágrimas)*.—¿Y para qué iba á pronunciarlas, para entristecer á tu papá, que ninguna culpa tenía?.. Las penas no se alivian repartiéndolas: se agravan...

(Pausa.)

ENRIQUE *(entre avergonzado y temiendo el choque con su mujer, cuya dulzura inesperada no comprende)*. —Esperanza, yo me he portado mal, muy mal contigo...

ESPERANZA *(adivinando lo que va á decir)*.—No, no te canses... Pídeme cuidado, solicitud, lo que quieras..., menos que volvamos á ser lo que antes éramos.

ENRIQUE.—¿Eres rencorosa?

ESPERANZA.—No, soy digna...

ENRIQUE *(cogiéndola amorosamente una mano, tan humilde que ella no osa retirarla)*.—¡Esperanza!

PEPITO *(corriendo locamente)*.—¡Papá, papá!..

ENRIQUE *(tierno, conmovidísimo, cariñoso)*.—¡Hijo mío!

ESPERANZA *(interponiéndose en la carrera del niño para evitar que lastime á Enrique)*.—¡Pepito, que vas á hacer daño á papá!..

PEPITO *(sonriendo traviesamente, como poseído de una secreta misión)*.—¡Uá!..

ENRIQUE *(cogiendo al niño y montándoselo en las rodillas con el brazo sano)*.—¡Pepito! ¿Qué te has comprado hoy?

PEPITO.—La mar de cosas... *(Con un descaro incomprensible, á su mamá.)* Oye... tú..., mamá, ¿po qué no teres á papá?

ESPERANZA *(sorprendida)*.—¿Quién te ha dicho eso?..

ENRIQUE *(sin comprender el porqué de tan extemporánea salida)*.—No, hijo mío. Estás equivocado. La mamá quiere al papá; ¿verdad, *mamá*, que sí, que le quieres?

ESPERANZA *(sintiendo que le abrasa las mejillas una llamarada de rubor al verse obligada á contestar)*.—Hombre, eso no se pregunta...

PEPITO *(con terquedad monomaníaca)*. — No, no te tere, papá...

ENRIQUE *(á Esperanza)*.—Sí, sí me quiere... *(Mirándola suplicante y amoroso, conmovidísimo.)* ¿Verdad que sí me quieres?

ESPERANZA *(resistiéndose y borrando una triste sonrisa)*.—¡Qué empeño!

PEPITO.—Que no te tere... Y si no, que te bese... Auelito ma dicho que si la mamá te besa te curarás como yo, cuando me hase pupa a cabesita... Mamá *(enérgico)*, bésalo...

ESPERANZA *(un color se le va y otro se le viene)*. —Pero, mocoso...

ENRIQUE *(mirando angustiosamente á su mujer)*.—¡Esperanza!

ESPERANZA *(al niño)*.—No, señor, aquí no manda usted. ¡Pues no faltaba más!

PEPITO.—¡Bésalo!

ESPERANZA.—No.

PEPITO *(asombrado)*.—¡Uy, la mala!

ENRIQUE *(sobresaltado y vergonzoso)*.—No, hijo mío, aquí el malo...

ESPERANZA *(interrumpiendo la confesión que va á hacer Enrique)*.—Aquí el malo eres tú, chiquillo...

PEPITO.—Pos bésalo...

ESPERANZA *(inclinando la cabeza sobre su esposo, que le rodea el cuello con un brazo. Complaciente y emocionadísima)*.—Hombre...

ENRIQUE *(abrazado fuertemente á su mujer y con voz apenas perceptible)*.—¿Me perdonas, Esperanza?

ESPERANZA *(soltando á llorar)*.—¡Dos años, dos años esperándote!..

EL ABUELO *(regocijado y alborotador, entra renqueando)*.—¡Bravo, Pepito, te has portado!.. Vámonos al bazar; te compro todo lo que se te antoje, el caballo, el sable, el uniforme y la faja de general...

ENRIQUE *(enjugándose las lágrimas)*.—Yo le compro la cruz laureada...

EL ABUELO *(al niño)*.—¡Te voy á hacer ministro de la Guerra!

ESPERANZA *(agradecida é insinuante)*. — Hágale usted ministro de Estado...

EL ABUELO.—Si fuese yo el subsecretario, creo que no lo haría mal....

EL BACHILLER CORCHUELO.

(Dibujo de Mas y Fondevila.)

EL MEETING DE MÓNACO

EXPOSICIÓN Y CARRERAS DE CANOAS AUTOMÓVILES

De año en año son más importantes las carreras de automóviles organizadas en Mónaco, en donde no sólo han tomado carta de naturaleza, sino que constituyen uno de los grandes atractivos del final de la *saison*.

Antes de lanzarse á la conquista de los premios que se proponen disputarse, las canoas inscritas para ese interesante concurso han estado expuestas durante dos días en el bulevar de la Condamine. Esta exposición fué inaugurada el día 4 de este mes por S. A. S. el príncipe Alberto de Mónaco, á quien acompañaban los Sres. Camilo Blanc, presidente del International Sporting Club; Ritt, gobernador del principado; comandante Carr, ayudante del príncipe, de los cónsules de Francia, Italia é Inglaterra, y de otras personalidades notables. El príncipe, que es un gran *yachtsman*, examinó detenidamente todas las canoas que, alineadas en un trozo cercado de la playa, ofrecían un aspecto muy pintoresco, y departió con los constructores de esas embarcaciones, demostrando sus vastos conocimientos en la materia.

MÓNACO. – EXPOSICIÓN DE CANOAS AUTOMÓVILES. EL REY OSCAR II DE SUECIA VISITANDO LA EXPOSICIÓN (De fotografía de M. Rol y C.ª)

Las canoas que figuraban en la exposición eran las siguientes:

RACERS. Primera serie (de menos de ocho metros): *Antoinette IV*, *Seasick*, *La Rapiere II* y *Vol-au-Vent*; segunda serie (de ocho á doce metros): *Yarrow-Napier*, *Siola*, *Caflit*, *F. I. A. T. XIII*, *Mercedes-Paris*, *Suzette*, *Calypso* y *Vera II*; tercera serie (de 12 á 18 metros): *Le Dubonnet*, *Mercedes W N*, *Mercedes D L* y *Delahaye*.

CRUISERS. Primera serie (de menos de 6'50 metros): *Mendelssohn*, *Takumono*, *Alexandre I*, *Alexandre II*, *Muguette*, *Petroleum*, *Nautilus-Mutel*, *Extra-Dry*, *Regence-Buchet*, *Fleur d'Helice*, *Gamine*, *Poum*, *Dalifol*, *Motogodille I*, *Castor-Pollux*, *Cap Fleury* y *Petit Pierre*; segunda serie (de 6'50 á ocho metros): *Janus II*, *Florentia IV*, *Excelsior VIII*, *Mais-je-V.-Piquer* y *Nihil*.

La exposición ha sido muy visitada, contándose entre los visitantes ilustres el rey de Suecia, que actualmente se halla en la *Cote-d'Azur*, y en ella pudieron admirar los aficionados, así la gran variedad de formas de las canoas como la diversidad de ingeniosos y potentes motores de que las han provisto sus respectivos propietarios.

Las carreras comenzaron el día 8 con dos pruebas, una de moto-canoas de recreo de 6'50 metros y otra de moto-canoas de ocho metros. La distancia que debía recorrerse era de 50 kilómetros. En la primera tomaron parte 16 canoas, saliendo vencedora la *Mendelssohn*; en la segunda, ganó *Antoinette IV*, tripulada por su propio constructor M. Pitre, que hizo el recorrido en una hora y nueve minutos; llegaron sucesivamente á la meta *La Rapiere* y *Vol-au-Vent*.

El día 9 se efectuaron las pruebas de las moto-canoas de recreo de 6'50 á ocho metros, en una distancia de 50 kilómetros, y las de canoas de carrera de 8 á 12 metros, venciendo en las primeras *Excelsior II* (en dos horas, 19 minutos), y en las segundas *Yarrow-Napier* (dos horas, 41 minutos).

El día 10 corrieron por la mañana las moto-canoas de recreo de 12 metros y por la tarde las de 12 á 18, ganando respectivamente *Calypso* y *Delahaye*, que recorrieron los 50 kilómetros la primera en una hora, 28 minutos y 28 segundos, y la segunda en una hora y 18 minutos.

Las carreras del día 11 fueron reservadas á las moto canoas de serviola y de pesca, habiendo resultado vencedora *Dalifol*, que recorrió los 20 kilómetros en una hora y 17 minutos.

Las pruebas del día 12 ofrecían especial interés, porque en ellas se disputaba el campeonato del mar, y dieron un resultado brillante. El recorrido era de 200 kilómetros. Tomaron parte en ellas 20 embarcaciones, pero desde luego se vió que la lucha quedaba circunscrita á cuatro: *Delahaye* y *Antoinette*, francesas, *F. I. A. T.*, italiana, y *Yarrow-Napier*, inglesa. Durante casi toda la carrera llevó ventaja la italiana, pero en la vuelta décimonovena pasáronle delante las dos francesas. El resultado definitivo fué el siguiente: 1.° *Delahaye* (4 horas, 40 minutos, 12 segundos); 2.° *Antoinette* (4 horas, 42 minutos y 53 segundos); 3.° *F. I. A. T.* (4 horas, 46 minutos, 38 segundos); 4.° *Yarrow-Napier* (4 horas, 47 minutos y 38 segundos).

Terminó el concurso de este año con dos *handicaps* que se efectuaron el día 13, uno de *cruisers*, en el que tomaron parte 24 embarcaciones, saliendo vencedora *Florentia*, que recorrió 50 kilómetros en dos horas y 15 minutos, y otro de canoas de carrera, en el que venció *Yarrow-Napier*, después de una lucha emocionante con la *Seasick*. – S.



MONUMENTO

Á LOS HÉROES DEL BRUCH

(Véase el grabado de la página 268)

No hace mucho, vertióse en el Congreso la idea de erigir en Cádiz, Zaragoza, Gerona y Manresa sendos monumentos que conmemoraran los hechos heroicos en aquellas ciudades realizados durante la épica lucha de la Independencia. El entonces capitán general de Cataluña D. Manuel Delgado Zuleta indicó al notable escultor barcelonés D. Rafael Atché la oportunidad de trazar un boceto de monumento dedicado á los héroes del Bruch, y el artista lo ha trazado en la forma grandiosa y bella que podrán ver nuestros lectores en la reproducción que en la página anterior publicamos. Sobre un pedestal, en cuyos cuatro ángulos hay otras tantas figuras que simbolizan España, Cataluña, el Valor y la Historia, álzase una columna, al pie de la cual se ve un pintoresco grupo formado por individuos del somatén con la bandera del Santo Cristo de Igualada y al lado de ésta el célebre tambor del Bruch. En el centro de la columna ostèntase una corona condal, y en la parte superior de la misma, que figura los picos del Montserrat, detrás de los cuales se pone el sol, álzase la Fe. En la base del monumento, una matrona, representación de la patria, empuña con una mano una palma, mientras con la otra escribe al pie de la dedicatoria «A los héroes del Bruch,» la fecha de aquella gloriosa jornada.

La obra del Sr. Atché, en su conjunto y en sus pormenores, responde perfectamente al pensamiento en que está inspirada y tiene todo el carácter de grandiosidad monumental que corresponde á un hecho de tanta magnitud histórica como el que con ella se conmemora. – X.



MÓNACO. – VISTA GENERAL DE LA EXPOSICIÓN DE CANOAS AUTOMÓVILES. (De fotografía de M. Rol y C.ª)



Viaje de S. M. el rey D. Alfonso XIII á Sevilla. - 1. El rey y los infantes con su séquito en el patio de las Doncellas. - 2. El rey, la condesa de París, la princesa de Orleans, la infanta D.ª María Teresa y el infante D. Fernando en las ruinas de Itálica. - 3. Paso de una cofradía por la plaza de San Francisco. - 4. El rey dirigiéndose á pie á visitar los monumentos. (De fotografías de Nuevo Mundo.)

LA ERUPCIÓN DEL VESUBIO

De fotografías de Carlos Abeniakar)



Los habitantes de Boscotrecase construyendo trincheras para desviar la lava

El pueblo llevando procesionalmente la estatua de Santa Ana delante de la corriente de lava

La reciente erupción del Vesubio, una de las que mayores daños han causado de cuantas registran los anales históricos del terrible volcán italiano, comenzó el día 5 de este mes, si bien desde fines de enero venía observándose una gran recrudescencia en la actividad del mismo. El mencionado día la lava comenzó á desbordarse, mientras se producía una erupción enorme de bloques inflamados, de ceniza y de arenas, y se abrían cuatro nuevos cráteres que modificaban ligeramente la configuración de la montaña.

En las erupciones anteriores, el fenómeno habíase limitado casi exclusivamente á la efusión de lava hacia la vertiente, en donde no existen grandes centros de población, pero esta vez las varias corrientes han invadido las regiones en donde están Torre Annunziata, Boscotrecase, Boscoreale, Ottajano, Somma Vesubiana y otras muchas aldeas.

Toda la región vesubiana apareció desde los primeros momentos como una inmensa hoguera coronada por una enorme nube negra que se extendía hasta Nápoles y aun más allá y que dejaba caer una espesa lluvia de ceniza y de piedras en combustión que ha llegado á cubrir superficies de centenares de kilómetros cuadrados, sepultando pueblos, hundiendo edificios y formando en la misma Nápoles, distante cincuenta kilómetros del volcán, una capa de cincuenta centímetros de espesor que hundió la cubierta del mercado de Monteolivete, causando gran número de muertos y heridos, y puso en grave peligro de ruina multitud de edificios.



La erupción del Vesubio. – Nápoles. El mercado de Monteolivete, que se hundió bajo el peso de las cenizas, ocasionando once muertos y ochenta heridos

A las lavas y cenizas no tardaron en añadirse torrentes de aguas hirvientes y saladas, viniendo á aumentar todos esos horrores la densa obscuridad que en todas partes reinaba.

Para comprender la violencia de la erupción bastará saber que el cráter vomitó grandes bloques incandescentes, lanzándolos á alturas de 800 y de 1.000 metros.

El espectáculo que ofrecían las poblaciones invadidas era horrible y á la vez fantástico. Los habitantes huían en masa, refugiándose unos en los buques anclados en los puertos, asaltando otros los trenes que sin cesar partían de aquellos pueblos en dirección á Nápoles y corriendo otros desalados por los campos.

En Nápoles, en donde buscaron asilo la mayoría de los fugitivos, llegándose á contar hasta 200.000 de éstos, celebrábanse procesiones en los barrios populares y las iglesias estaban llenas de fieles que imploraban el favor del cielo. También en las aldeas la poca gente que no había huído organizaba rogativas sacando procesionalmente las imágenes de su mayor devoción.

En la vertiente Sur del Vesubio, un torrente de lava de siete metros de alto por más de 200 de ancho atravesó los pueblos de Boscotrecase y Ottajano y se encaminó á Torre Annunziata y Pompeya. En San Giuseppe, 200 personas perecieron aplastadas en una iglesia cuyo techo se derrumbó al peso de la ceniza vomitada por el volcán; Ottajano quedó completamente destruída, calculándose en 250 el número de muertos sepultados entre los escombros; en Vesubiana, Saviano, Nola, Torre del Greco, Boscoreale y otras localidades, hundiéronse multitud de edificios. Los daños materiales se estiman en cientos de millones de liras; el número exacto de muertos y heridos no se conoce todavía, pero por los datos aislados que se van reuniendo se supone que debe ser muy considerable.

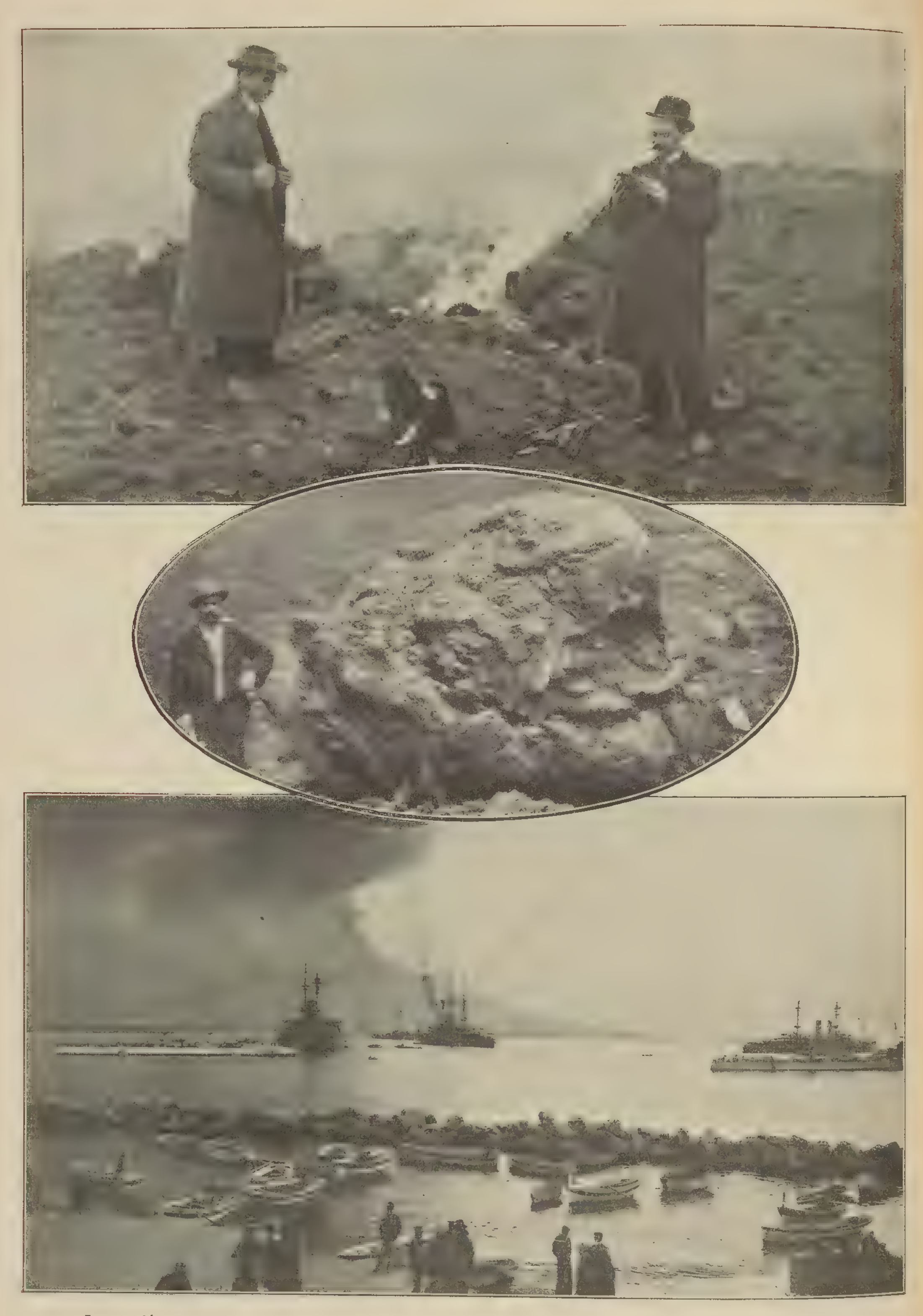
Durante la erupción, el director del observatorio del Vesubio Sr. Matteucci permaneció en su puesto, acompañado de algunos carabineros afectos al servicio del mismo, á pesar del peligro que continuamente corrían todos ellos, y ni un solo día dejó de telegrafiar á Nápoles sus impresiones y las observaciones realizadas, procurando siempre tranquilizar los ánimos.

Los soberanos de Italia, los duques de Aosta y la princesa de Schleswig-Holstein acudieron á Nápoles y recorrieron, muchas veces con riesgo de sus vidas, las comarcas devastadas por la invasión de la lava. Los reyes pusieron el palacio que en aquella ciudad poseen á la disposición de los heridos y enfermos; más de mil de éstos fueron acogidos en aquella real residencia, siendo atendidos y alimentados por cuenta de Víctor Manuel II y asistidos personalmente por su augusta esposa. Algunas damas preguntaron á la reina Elena por qué había ido á Nápoles á exponer su vida en medio de tantos peligros, á lo que aquélla respondió: «Mi deber es acompañar al rey á todas partes en donde hay calamidades que socorrer y desgraciados á quienes consolar, y sólo lamento no poder hacer todo lo que deseo.»

El rey y la reina, unas veces embarcados, otras en automóvil y otras á pie, bajo una lluvia copiosa de cenizas, visitaron las localidades más perjudicadas, prodigando por doquier socorros y consuelos y haciéndose verdadero cargo de la excepcional magnitud de la catástrofe para remediarla hasta donde sea posible.

Los actos de abnegación y de valor de los soberanos, de los duques de Aosta y de la princesa de Schleswig-Holstein han merecido universales alabanzas.

Cierto día, la duquesa y la princesa hicieron una excursión por los lugares devastados, y no pudiendo utilizar ni automóvil ni carruaje, recorrieron parte del trayecto á caballo y parte á pie. Anduvieron unos veinte kilómetros, caminando sobre una espesa capa de arenas y de ceniza y sufriendo una lluvia de ceniza espantosa, y pudieron socorrer á una porción de grupos de fugitivos, perdidos en aquellas tristes soledades. — R.



La erupción del Vesubio.— 1. Turistas en el Vesubio durante el período de reposo del volcán. — 2. Masa de lava petrificada procedente del Vesubio 3. Lluvia de cenizas en Nápoles durante la presente erupción. (De fotografías de Carlos Abeniakar.)



La erupción del Vesubio.— 1. Corriente de lava que invade un viñedo en Bosco Trecase. – 2. La columna de humo que sale del cráter del Vesubio
3. Adoración de una imagen de Santa Ana para detener las lavas. (De fotografías de Carlos Abeniakar.)

MANUEL DOMÍNGUEZ

En Cuenca, en donde se hallaba accidentalmente, ha fallecido el notable pintor don Manuel Domínguez, una de las personalidades más salientes del arte español contemporáneo.

Nació en Madrid en 1842, fué discípulo de la Real Academia de San Fernando y en 1860 presentó en la Exposición Nacional de Bellas Artes el cuadro *Doña María Pacheco logrando salir disfrazada de Toledo merced á la generosidad de Gutierre López de Padilla*, que fué premiado con mención honorífica. En 1864 ganó por oposición una plaza de pensionado en Roma; en 1871 envió el famoso lienzo *La muerte de Séneca*, que le valió una primera medalla en la exposición de aquel año y posteriormente otros premios en las universales de Viena (1873) y de París (1878); en la actualidad se conserva dicha joya artística en el Museo de Arte Moderno de Madrid.

Entre las más inspiradas obras de Domínguez pueden citarse *La Porciúncula* del altar mayor de San Francisco el Grande, *Nuestra Señora del Carmen* de la propia iglesia, *Baile de corte*, *Los caballitos del Tío Vivo en la pradera de San Isidro de Madrid*, las pinturas del palacio del marqués de Linares, los ocho *panneaux* del Ministerio de Fomento, las pinturas murales del palacio de Murga, los techos del palacio de Larios, los lienzos de la Escuela de Minas, los del palacio de los Sres. de Selgas en Muros, etcétera, muchas de las cuales hemos reproducido en diferentes números de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA.

Fué además retratista notabilísimo, y deja, aparte de los grandes lienzos citados, multitud de cuadros de caballete, acuarelas y dibujos de gran mérito.

El reputado crítico Sr. Balsa de la Vega ha dicho de él: «Tan sólida como su figura, tan reposada como su carácter, es la pintura de Domínguez. Pinta sin exaltaciones desorbitadas; concibe con gran claridad; es noble su casta de color, y una vez puesto delante del lienzo no vacila; y si no es el caballo árabe que recorre el camino con rápida carrera, su labor, en cambio, ejecutada con calma, tiene la misma solidez y perfección al comienzo que al final.»

Era profesor de la Escuela Superior de Pintura Escultura y Grabado y miembro de la Real Academia de San Fernando, y poseía las grandes cruces de Carlos III y de Isabel la Católica. Fué jurado en varias exposiciones, y en la universal de París de 1880 presidente de la sección española de Bellas Artes.

¡Descanse en paz el celebrado y laborioso artista!



EL CÉLEBRE PINTOR ESPAÑOL D. MANUEL DOMÍNGUEZ, fallecido en Cuenca el día 15 de los corrientes. (De fotografía de Tonceser.)

Bellas Artes. — BARCELONA. – *Salón Parés.* – Varias son las exposiciones recientemente celebradas en este Salón; de ellas nos ocupamos sucintamente y por el orden en que se han efectuado. El notable paisajista Joaquín Vancells expuso una serie de paisajes, grandiosos unos, como los de San Llorens del Munt, delicados otros, como los de los alrededores de Llavaneras, y todos dignos de su reputación por su poesía por su hermosa perspectiva y por su verdad; Modesto Urgell, un paisaje de nieve, bellísimo como todos los de este afamado pintor; Laureano Barrau, dos acuarelas que representaban dos medias figuras de mujer, admirablemente dibujadas y pintadas con la delicadeza de entonaciones en él característica; R. Rocamora, cuatro retratos en alto relieve vaciados en yeso y encuadrados en originales marcos que revelan en su autor notables disposiciones para el cultivo de este género; Luisa Vidal, varios retratos y estudios, en los que se admiraban una sobriedad, una armonía de color, una sinceridad y firmeza en el dibujo y un profundo espíritu de observación que sólo se encuentran en los grandes artistas; José M.ª Tamburi, una hermosa alegoría de la Primavera, de intenso valor decorativo, de dibujo correcto y atildado y de poético y delicado colorido; Dionisio Baixeras, una escena paradisíaca inspirada en los textos sagrados, en la que se armonizan perfectamente caracteres al parecer contrapuestos, resultando de ello un nuevo aspecto de la personalidad de tan celebrado pintor; E. Flo, dos cuadros de figuras de aspecto simpático; Javier Nogués, tres paisajes con algunos fragmentos bien sentidos; Carlos Vázquez, cuarenta obras de todos los géneros y procedimientos, figuras, paisajes, cuadros de género, al óleo, á la acuarela, al lápiz, todas dignas del renombre del artista, todas inspiradas en la realidad, admirablemente concebidas y perfectamente ejecutadas, mereciendo entre ellas especial mención los paisajes del Valle de Ansó y de Jaca, las marinas del Cantábrico y de las costas catalanas, las elegantes figurillas y los tipos populares. Asimismo ha podido admirar el público en el Salón Parés una exposición notabilísima de obras del tan unánime y justamente renombrado pintor D. José Masriera. De las cincuenta producciones que constituían la exposición, unas eran dibujos á la pluma con golpes de agua tinta y de blanquete, que causaban maravilloso efecto por su precisión, por su verdad y por su elegancia, y otras cuadros al óleo, reproducciones de paisajes de Cataluña, en los cuales no se sabía qué encomiar más, si el gusto exquisito con que el autor escogió los más bellos temas que la naturaleza ofrecía á sus ojos, ó la frescura, la jugosidad, la vida con que supo trasladarlos al lienzo.



Los caballitos del Tío Vivo en la pradera de San Isidro de Madrid, cuadro de Manuel Domínguez

EL FALSARIO

Novela de Julián Hawthorne. Ilustraciones de Mas y Fondevila

(continuación)

—No, contestó el conde; le encontré por primera vez el invierno pasado.

—¡Ah!, exclamó el Sr. Kosup, parece ser un caballero muy cumplido é inteligente. Debe estar muy disgustado por su semejanza con ese Willis..., ¿no le parece á usted?

—Si ese bribón tuviera conocimiento de tal semejanza, repuso Fedovsky, se podría aprovechar de ella.

—¿Cómo así, conde?, preguntó el Sr. Williams volviéndose de repente.

—Podría girar letras contra comerciantes que no sospechan y que le conocen á usted.

—¡Oh! Supongo que la semejanza no llegue hasta el punto de que usted no pudiera distinguir entre los dos si nos viera á la vez. Una simple descripción no es nunca satisfactoria, aunque se acerque mucho á la verdad; pero de todos modos, yo creo que si Willis se parece tanto á mí se hallará más expuesto á que le descubran. ¿No le parece á usted así, barón?

—Es muy posible. Las personas que vieran á cualquiera de los dos extrañarían la semejanza, y cuando se probase que la una no era usted, indudablemente debía ser la otra.

—Precisamente. ¿Cree usted, señor conde, que su amigo el inspector Byrnes haría la misma deducción?

—Yo no sé, repuso Fedovsky algo sorprendido por la pregunta.

Pero el Sr. Williams, conservando siempre su expresión bonachona, aparentaba no haber dicho nada de particular.

—Si yo no fuese tan perezoso, añadió el americano, me complacería en buscar la pista de ese hombre y prenderle. Siempre me interesó el servicio de la policía, y desde que hablamos de ella me parece comprender el asunto mejor que nunca.

—Agradeceríamos mucho su cooperación, dijo el inspector.

—¡Oh, sí, ciertamente!, añadió el banquero.

—Tal vez crea usted que comienzo á volverme loco, señor conde, dijo el Sr. Williams en tono de broma.

—¡Nada de eso!, replicó Fedovsky. Hasta yo mismo me intereso en tal asunto, y un criminal como Willis es capaz de interesar á cualquiera.

—Pues si yo estuviera siempre tan animado como esta noche, ofrecería mis servicios al barón... ó al inspector Byrnes, repuso el Sr. Williams; pero me conozco muy bien, y sé que si mañana tuviera el más ligero dolor de cabeza ya no pensaría más en el asunto. Sin embargo, caballeros, si alguno de ustedes se cruzase alguna vez con Willis, escríbame dos líneas, y yo acudiré para demostrar que él y yo somos dos personas distintas.

Poco después de mediar esta conversación, los comensales se retiraron; el banquero dijo que su salud no le permitía acostarse tarde; el barón alegó que debía cumplir con sus deberes oficiales; y el señor Williams salió con Fedovsky.

—¿Sabe usted, díjole de pronto el americano, que yo hablaba con formalidad cuando dije que de buena gana sería agente de policía secreta.

—Tal vez fuera muy divertido, replicó Fedovsky.

—¿Qué le parece á usted la idea de que usted me prestara mano?

—¡Oh! Yo no sirvo para eso, contestó Fedovsky con cierta confusión. Probablemente no serviría más que para entorpecerle á usted.

—¡Vamos, esto no ha sido más que una broma!, dijo Williams; pero voy á decir á usted lo que me inspiró la idea. Me parece que sé quién es uno de los falsificadores, ó mejor dicho, que podría señalar á un hombre complicado en las falsificaciones.

—¿Que podría usted señalarle?, exclamó Fedovsky. ¿Quién es?

—Sin duda le parecerá á usted muy divertido... Sí, creo haber descubierto á uno de esos tunantes, y no me extrañaría que fuese algún jefe. Sé que es americano, y también criminal, pues casualmente tuve ocasión de verle como acusado en la sala de un tribunal de Nueva York.

Fedovsky comenzó á temer que manifestaba demasiado interés, y abstúvose de hacer pregunta alguna; pero Williams, sin fijarse en su silencio, continuó:

—Era el tiempo en que yo trabajaba aún, y aquel hombre fué conducido á la cárcel por haber falsificado la firma de nuestra casa; pero su abogado defensor se dió tan buena maña, que le absolvieron. Yo no olvido estas cosas, y siempre tenía presente en el pensamiento á ese hombre. Hace pocos días le encontré en París, rondando una casa de banca, y estoy seguro de haberle visto anoche cuando me dirigía á mi alojamiento...

—¿Y sabe usted cómo se llama?, preguntó Fedovsky aparentando toda la indiferencia que le fué posible.

—No tengo tan buena memoria para recordar los nombres como las fisonomías, contestó el americano, y además, esos hombres cambian siempre sus patronímicos; pero una circunstancia me induce á creer que ese individuo pertenece á la pandilla de Willis. Cuando le vi en París, apenas me divisó hizo ademán de salirme al encuentro como para hablarme, pero no bien estuvo bastante cerca, se paró de repente y luego pasó de largo. En el momento no me ocurrió, pero después pensé que el hombre me había tomado por Willis y no reconoció su error hasta que estuvo bastante próximo para distinguir mis facciones. Entonces detúvose, dió media vuelta y se alejó.

—Eso sería, repuso Fedovsky, á quien produjo cierta impresión la historia, y que no sabía á punto fijo si el Sr. Williams hablaba con formalidad ó de broma. ¿Por qué no refirió usted este incidente al barón?, preguntó.

—Porque el barón, como inspector de policía, no hubiera hecho tal vez suficiente aprecio de mis indicaciones, por no ser yo individuo del cuerpo. Sin embargo, yo apostaría á que no será el barón quien consiga penetrar el misterio con que se rodean los falsificadores; y opino que un particular cualquiera, como usted ó como yo, tendría más probabilidades de lograr el objeto.

Fedovsky y el Sr. Williams avanzaban á lo largo del Schloss y habían llegado á la esquina de una estrecha calle; una vez allí, el americano se detuvo de pronto.

—Mire usted, dijo á su compañero, aún no son más que las once, y propongo que entremos en un café á beber un vaso de cerveza. De este modo dormiremos mejor.

Fedovsky aceptó sin vacilar, pues habíase acostumbrado á frecuentar tales sitios para ver si obtenía algún informe que le conviniese.

A los pocos pasos llegaron á la puerta de una cervecería, en cuyas ventanas había mucha luz, oyéndose en el interior el rumor de animadas conversaciones; y un momento después hallábanse en una estrecha sala, donde el humo del tabaco y de las luces formaban una espesa atmósfera bastante desagradable. Los concurrentes ocupaban muchas mesitas cuadradas, y cada cual tenía junto á sí un vaso ó un jarro de cerveza. Los camareros andaban de un lado á otro con las bandejas cargadas, y reinaba allí la mayor animación. Aquella sala comunicábase por medio de un arco con otra semejante, llena también de consumidores.



... reinaba allí la mayor animación...

Con no poca dificultad, uno de los mozos encontró sitio para el Sr. Williams y su compañero muy cerca del citado arco, desde donde se dominaban muy bien ambas salas. El Sr. Williams se sentó, apoyándose en la pared; sirviéronles muy pronto la cerveza que habían pedido, y encendieron sus cigarros.

—No me explico, dijo el americano, cómo los alemanes son tan apasionados por la cerveza, complaciéndose en llenarse el estómago de ese líquido hasta que no pueden más. Quizás tenga para ellos

cierta fascinación... También á mí me gusta algunas veces.

—No sería malo, replicó Fedovsky, que los rusos se acostumbraran á esa bebida, pues me parece un calmante que predispone á filosofar, y esto convendría á muchos de mis compatriotas.

—Estas cervecerías deben ser también un medio para entrar en relaciones con diversas personas; yo creo que todos los que se hallan aquí son conocidos unos de otros, y que nosotros somos los únicos extranjeros... ¡Hola!.. ¿Será posible?..

Esta exclamación fué proferida en voz baja, y Fedovsky miró á su compañero con aire interrogador. El Sr. Williams tenía la mirada fija en el ángulo más distante de la sala, con la expresión del hombre que ve una cosa inesperada y apenas da crédito á sus ojos.

—¿Qué ocurre?, preguntó el ruso.

—No somos tan desconocidos como yo pensaba, replicó el Sr. Williams, ó por lo menos yo, pues acabo de columbrar un individuo á quien he visto antes.

—Y ese encuentro le desagrada tal vez, añadió Fedovsky. ¿No es así?

—Eso sería según y cómo; pero el encuentro me parece extraño, pues precisamente hablábamos de esa persona.

—Supongo que no será el barón...

—No, no es el barón, pero sí un hombre á quien seguramente el inspector pondría la mano encima de buena gana.

—¡Ah! Ya comprendo... Será el individuo que encontró usted en París rondando el Banco... ¿Se halla aquí?

—Sí, pero no vuelva usted la cabeza demasiado pronto, pues si llega á fijar en mí su atención, seguro es que se marchará. ¿Quiere usted que urdamos alguna trama para cogerle?

—De poco serviría si no tenemos algunas pruebas contra él, repuso Fedovsky.

—Tal vez tenga usted razón, y cualquiera diría que entiende usted de estas cosas; mas opino que no estaría de más idear algún medio para que la policía le siguiese la pista.

—¡Oh! La policía no agradece siempre el auxilio de los extraños, dijo Fedovsky, quien no deseaba que el Sr. Williams se mezclase en el asunto, y por otra parte, tal vez ese individuo no sea efectivamente uno de los falsificadores. Sin duda se conoce ya su llegada aquí, y acaso no se espere más que una ocasión oportuna para prenderle.

—Bien, tal vez tenga usted más razón que yo, puesto que ha podido adquirir en Nueva York algunas nociones sobre la manera de proceder contra esa gente, replicó el americano, que con intención ó por casualidad insistía en sus alusiones sobre el conocimiento de Fedovsky con el inspector Byrnes. En cuanto á mí, soy demasiado perezoso para mezclarme en los asuntos de nadie, y menos en los de un criminal. Pero ¿qué proyectará ese hombre ahora?

Fedovsky cambió de posición en su silla de modo que pudiera ver bien el ángulo más lejano de la sala; su mirada recorrió todas las mesas, y fijóse al fin en un individuo aislado de los demás. Entonces dejó escapar una exclamación, aunque en voz baja; pero el Sr. Williams lo oyó.

—¡Hola!, dijo; paréceme que usted también conoce á ese hombre...

El joven ruso se mordió los labios, pues acababa de cometer otra torpeza; pero Williams había conjeturado bien. El conde conocía por demás al hombre en cuestión; cierto que sus patillas habían desaparecido y que ahora llevaba anteojos para disfrazar la expresión de sus facciones; pero Fedovsky no podía engañarse: era el ladrón á quien intentara detener en la calle de Nassau en el acto de robar la caja de valores al agente del Banco.

XVIII

«Roberto Cecil»

Ya no dudaba Fedovsky que había encontrado uno de los falsificadores, tal vez el mismo Willis, casi mítico hasta entonces. No conocía el nombre del ladrón de la calle de Nassau, y aunque creyera haberle visto en la casa de juego donde perdió sus últimos mil duros, ignoraba que fuese el mismo hombre en quien Tomás reconoció á su hermano. Sin embargo, así era.

El joven ruso presintió que comenzaba á llegar al fin de sus pesquisas; y ya pensaba en la manera de separarse del Sr. Williams á fin de que le quedara libre el campo para sus operaciones, cuando el mismo americano, anticipándose á sus deseos, díjole que no se encontraba bien.

—Ya sé lo que tengo, dijo el Sr. Williams; es un antiguo achaque que se suele producir cuando bebo cerveza algunos días seguidos; mas poseo unas píldoras que me aliviarán. Dispense usted, pues, que le dé las buenas noches; no es necesario que usted se retire también, pues de aquí á mi alojamiento hay poca distancia. Mañana estaré bien, y seré mejor compañero. Adiós.

Al decir esto, el Sr. Williams se levantó y dirigióse á la puerta de la sala, eligiendo para salir (casualmente ó no) el instante en que el supuesto falsificador volvía la cabeza al otro lado. Fedovsky pensó que tal vez el americano no estaba verdaderamente indispuesto, y que su marcha podría tener alguna relación con la presencia del falsificador; mas no le era posible imaginar cuál fuera. De todos modos, la ocasión era propicia y debía aprovecharla.

Las medidas audaces son á veces las mejores, y Fedovsky juzgó indispensable obrar desde luego para que el hombre no se escapara. En su consecuencia levantóse de la mesa y cruzó la sala como para marcharse; mas cuando estuvo cerca del falsificador, miróle fijamente, con expresión de duda. Después se acercó á él, le puso una mano sobre el hombro, y contestó con una sonrisa á la mirada interrogadora del hombre.

—¿Cómo está usted, buen amigo?, díjole en inglés. ¿No me reconoce usted ya?

El hombre miró á su interlocutor con expresión recelosa é hizo una señal negativa.

—No recuerdo haberle visto á usted nunca antes de ahora, contestó. Tal vez me toma por otro.

Esta contestación regocijó mucho á Fedovsky, pues por ella pudo comprender que el hombre no le reconocía como su antagonista de la calle de Nassau, sin duda porque aquel lance fué demasiado breve y confuso para que el ladrón pudiese retener en la memoria las facciones del conde, si bien es verdad que también éste había cambiado mucho de aspecto.

—Voy á refrescarle á usted la memoria, dijo; yo soy el conde Iván Fedovsky, y usted es el Sr. Roberto Cecil, de Boston, á quien tuve el gusto de ver en Londres, dos años hace.

El joven ruso esperaba, naturalmente, que el hombre negase esta personalidad, en cual caso habría hablado sobre la singularidad de la semejanza, valiéndose de un medio ú otro para prolongar la conversación. Después confiaría en la casualidad para que le ayudase á conseguir su objeto.

Pero el individuo no se prestó á llenar esta parte del programa. El hecho es, aunque Fedovsky lo ignoraba, que el criado Tomás había dado al falsificador muchos informes respecto al conde en la noche que le encontró en la sala de juego, y el bribón lo recordaba todo perfectamente. Como se le había dicho que Fedovsky era muy rico, supuso que el error de éste, al tomarle por Roberto Cecil, era verdadero, y ocurrióle de pronto que valdría la pena de aprovecharse de la equivocación para entrar en relaciones con el conde. De aquí resultó un juego de palabras y de falsos asertos por demás curiosos.

—He oído hablar de usted antes de ahora, conde, dijo el falsificador, y lo que me parece más raro es que fuera por conducto del Sr. Cecil, de Boston, muy amigo mío. Yo me llamo... (el hombre vaciló un momento) Carlos Brown, y con frecuencia he oído decir que Cecil y yo nos parecemos mucho, lo cual explica el error de usted.

Este audaz aserto divirtió mucho á Fedovsky; mas aunque le confirmase en sus sospechas, no se explicaba cuál podía ser el objeto de Brown, ni sabía tampoco, por supuesto, que su verdadero nombre era Bolan.

—¿Y cómo estaba Cecil la última vez que usted le vió?, preguntó Fedovsky.

—Bastante bien..., pero siéntese usted, señor conde, y permítame aprovecharme de su equivocación. ¿Se propone usted permanecer mucho tiempo aquí?

—No estoy seguro de nada; mañana mismo podría antojárseme ir á otra parte. La verdad es que me contraría que no sea usted la persona por quien le tomé, pues necesitaba su consejo, y al pronto creí que era providencial haberla encontrado en esta ciudad.

—¿Un consejo?, dijo Brown, cuyo pálido rostro expresó la más viva curiosidad. ¿Era el Sr. Cecil consejero de usted?

—Sí, por lo menos en cuestión de negocios; ya recordará usted que era un notable hacendista.

—Sí, ciertamente que sí..., maravilloso, dijo Brown con expresión meditabunda, como si pensara realmente en la capacidad de aquel amigo.

—En cambio yo, continuó Fedovsky, no puedo hacer nunca la más sencilla operación sin cometer alguna torpeza. Ahora, precisamente, acabo de recoger cierta suma depositada, por no producirme un interés razonable, y proponíame comprar con ese dinero papel de buena salida. Nadie como Cecil hubiera podido hallar lo más conveniente en este caso; y por lo pronto encuéntrome con todo ese dinero entre manos sin saber cómo emplearle mejor.

—¿Quiere decir, repuso el otro, que lo habrá depositado usted en casa de su banquero?..

—Supongo que es lo mejor que podía hacer, por pura prudencia, porque es muy expuesto llevar encima medio millón de pesetas; pero recibí esta mañana el dinero en billetes y obligaciones, y he tenido tanto que hacer, que aún conservo la suma entre manos. Pienso ir mañana á ver al Sr. Knoup para pedirle consejo.

—¿Al Sr. Knoup dice usted?, replicó Brown con un tono en que parecía mezclarse la sorpresa y la compasión.

—¿Por qué no? Parece un hombre muy servicial, y no sé quién podría informarme mejor que él sobre el asunto.

—Knoup será tan buen hombre como usted quiera, pero solamente mira por sus intereses, sin cuidarse de los demás. Si usted le confía su dinero, el beneficio será para él solamente; esto es indudable. Yo no tengo nada que ver en el asunto; pero si es tuviese en el lugar de usted, dejaría á Knoup en paz. Mejor es que guarde usted el dinero en su caja.

—Parece que también usted es entendido en estas cosas, Sr. Brown...

—¡Oh! Es natural, pues durante diez años fui accionista del Banco de Beacon, y director durante dos; de modo que aprendí en buena escuela.

—Pues en ese caso, repuso Fedovsky, no necesito dirigirme á otra persona.

—Nada de eso, interrumpió Brown; si puedo servirle á usted de algo, disponga de mí en cuanto guste. Cualquier amigo de Cecil lo es también mío.

—Muy bien; yo iba á decir que usted podría tal vez aconsejarme en este caso tan bien como el mismo Cecil.

—No diré lo contrario. Cecil acostumbraba á consultarme cuando le ocurría alguna gran dificultad; pero no es lo mismo aconsejar á un amigo que á un extraño, señor conde, pues para el primero se puede aceptar la responsabilidad, mientras que para el segundo...

—¡Oh! Si no hay más obstáculo que ese, diré que es usted demasiado escrupuloso, repuso Fedovsky; y si usted quiere favorecerme con su consejo, yo acepto la responsabilidad, quedando agradecido, aunque tampoco debo abusar...

—¡Oh! En cuanto al consejo, no cuesta nada, y me alegraría dar á usted alguno bueno. ¿Qué suma trata usted de emplear?

—Creo que medio millón de pesetas, poco más ó menos...

—¿Le tiene usted bajo la forma de papel negociable?

—Sí, billetes de Banco y obligaciones.

—Supongo que no lleva usted esos valores encima...

—No; los tengo en mi cofre. Yo estoy alojado en el hotel de Bellevue.

—Me parece que no será difícil encontrar buena colocación para ese dinero. Yo le diré, por lo menos, lo que yo haría en su lugar.

—Apreciaré en mucho su recomendación, repuso Fedovsky inclinándose ligeramente.

—¡Veamos!, dijo Brown aparentando que reflexionaba profundamente. ¿Lleva usted consigo la nota de esos valores?

—No, contestó Fedovsky sonriendo; mas podría decirle á usted poco más ó menos en qué consisten. En cuestión de negocios soy un niño; pero supongo que será necesario lo que usted pide.

—Por lo menos, lo creo conveniente, porque la transacción en que pienso ahora llevará consigo negociaciones con tercera persona, y ésta deseará sin duda saber con exactitud de qué se trata.

—En tal caso, creo que lo más sencillo será mostrarle á usted los valores mismos en vez de la lista.

—No había pensado en eso, dijo Brown apurando un vaso de cerveza y dejándole sobre la mesa.

—Pues bien, si usted quiere venir conmigo al hotel...

—¡Oh! Ahora no podrá ser, porque ya se hace tarde; pero si usted quiere, nos veremos mañana.

—Perfectamente; señale usted sitio y hora, y no faltaré, pues á decir verdad, me inquieta un poco tener tanto dinero en mi poder.

—La gente es bastante honrada aquí, dijo Brown; pero medio millón es cantidad más que suficiente

para tentar á cualquiera. Ahora le diré á usted en qué punto podremos vernos. Sin duda sabrá donde se halla el nuevo teatro que acaban de edificar, del cual le advertiré que soy accionista; mañana se inaugura, y yo debo estar allí por la tarde para atender á varias cosas. Le esperaré á las cuatro; procure usted ser puntual, y no olvide los valores. Yo citaré á la persona que ha de entender también en el asunto; hablaremos del negocio, y usted resolverá lo que juzgue más conveniente. ¿Le parece bien?

—Estoy en un todo conforme, y le agradezco mucho el servicio, dijo Fedovsky; pero ¿cómo podré entrar en el teatro?

—Con esto bastará, contestó Brown rasgando una hoja de papel de su cartera después de haber escrito en ella algunas líneas; presente usted este papel en la puerta del escenario y le dejarán pasar. ¡A las cuatro en punto, no lo olvide usted!

—De ningún modo. ¿No será demasiada molestia para usted?

—Nada de eso, pues me alegro mucho de tener esta oportunidad de servirle. Y ahora, añadió Brown, como acostumbro á retirarme temprano, permítame darle las buenas noches.

—Le acompañaré á usted hasta la esquina, dijo el conde.

Los dos se levantaron, y llegados á la extremidad de la calle, despidiéronse hasta el día siguiente.

Mientras se dirigía á su alojamiento, el conde pensó que el asunto de que estaba encargado tomaba buen giro. Había sobradas razones para creer que el llamado Brown era uno de los falsificadores; estaba ya en relaciones con él, lo cual era muy importante, y habíale hecho creer que tenía mucho dinero. Debía verle al día siguiente para enseñarle los valores, y era necesario prepararse á fin de que la aventura tuviese el éxito apetecido.

No debía dudar que Brown trataba de apoderarse del dinero, por estrategia si era posible, ó violentamente si no encontraba otro medio; mas un teatro le pareció sitio tan poco á propósito para esto último, que Fedovsky opinó que el hombre se decidiría por lo primero. De todos modos, debía ir bien preparado: en cuanto á los valores, Byrnes le había dado en Nueva York papel recientemente falsificado; no ascendía á la suma de medio millón, pero era suficiente para el objeto.

Si Brown solicitaba que se le confiase el papel, Fedovsky se lo entregaría, y después, cuando tratase de cambiarlo por metálico, se le prendería, obligándole con amenazas á revelar los secretos de sus cómplices. Si el falsificador trataba de apoderarse de los valores por violencia, el conde confiaba en defenderse bien; mas como no se trataba tan sólo de su vida, sino de asegurar el buen éxito de su misión, el joven ruso pensó que sería prudente buscar algún auxilio. Sin embargo, en Dresde no podía contar más que con dos personas, el barón y el señor Williams; no vaciló en decidirse por el primero; pero como el segundo había sugerido la idea de entablar una campaña contra el falsificador, sería seguramente mejor aliado, y el conde resolvió al fin hablarle á la mañana siguiente.

Pero al otro día, cuando fué en busca del señor Williams, dijéronle que éste había marchado á primera hora á Colonia, y que no regresaría hasta fines de la semana. La cita con Bolan (*alias* Brown) no podía aplazarse, y en su consecuencia, Fedovsky resolvió ir solo á encontrarse con el astuto individuo, lo cual no dejaba de ser algo expuesto.

XIX

LA CITA

En la tarde del día siguiente, Fedovsky puso en el bolsillo interior de su levita los supuestos valores, y en el del pantalón un pequeño revólver. Jamás había disparado un tiro contra ningún ser humano, y no esperaba verse en la precisión de hacerlo ahora; pero no se le ocultaba que iba á tratar con un criminal reconocido, á quien sin duda apoyaban otros de su calaña. De todos modos debía ir preparado para resistir cualquier ataque, si acaso se intentaba.

Sin embargo, era de esperar que Brown no apelase á la violencia, y que, engañado por la bien fingida credulidad del conde la noche anterior, confiaría solamente en su astucia para alcanzar el objeto. En tal caso, entregaría los falsos valores, y como el conde tenía nota de los mismos, y medio de reconocerlos dondequiera que se presentasen, era razonable suponer que así podría asegurarse de Brown.

El nuevo teatro, hermoso edificio, estaba situado en el centro de una plaza muy próxima al alojamiento de Fedovsky; junto á la puerta principal veíanse los carteles que anunciaban la primera representación de un drama, y aquella misma noche debía celebrarse la inauguración. Sin embargo, aún no se observaba allí movimiento, pues el despacho de localidades no debía abrirse hasta las cuatro; y Fedovsky se dirigió hacia la puerta del escenario, situada en la parte posterior del edificio. Allí vió un hombre que parecía ser el portero, á juzgar por su gorra galoneada; acercóse á él, enseñóle el papel, y al punto se le abrió la puerta, que volvió á cerrarse apenas hubo entrado. Ya estaba comprometido en la aventura.

Fedovsky miró á su alrededor; hallábase en la extremidad de un estrecho pasadizo que se prolongaba en el espacio de diez ó doce metros por el interior del edificio, formando después un recodo; en el ángulo veíase un mechero de gas á media luz, y en la pared una tablilla que contenía el reglamento para los actores.

El conde avanzó hasta llegar al ángulo, vió unos escalones, y después de franquearlos se detuvo; la obscuridad era completa y no se percibía el más leve rumor.

No quedaba más remedio que seguir adelante, y el joven ruso había dado ya un paso, comprendiendo que al siguiente podía caer en alguna emboscada, cuando de pronto se abrió una puerta en el corredor á cierta distancia, y oyóse un rumor de pasos que se acercaban. Un momento después Fedovsky reconoció á la débil luz del gas al hombre con quien estaba citado.

Brown se acercó al conde y estrechóle cordialmente la mano.

—Es muy amable, díjole; temía que olvidara la cita; pero ha sido usted muy puntual. Todo se arreglará; la persona de quien le hablé está aquí, é imagina que se halla bien dispuesta á facilitar el negocio. Y á propósito... ¿ha traído usted aquellos valores?

—Ciertamente, contestó el conde con expresión de candidez; los llevo en el bolsillo... Como usted me advirtió que esa persona necesitaría verlos...

—¡Sí, sí, muy bien!, repuso Brown apresuradamente. Tal vez no los pida; pero no está demás ir preparado. Ahora, permítame usted conducirle..., por aquí está algo obscuro, pero pronto tendremos luz; sígame sin cuidado. Una ó dos veces, Brown advirtió al conde que tomara la derecha ó la izquierda, y pocos momentos después se detuvo.

—Ahora, dijo al conde, espéreme usted aquí un instante, mientras voy á buscar luz, pues ya no sé por dónde ando.

Fedovsky se detuvo á su vez, y oyó los pasos de Brown que se alejaban; pero muy pronto parecióle que no se percibían ya en el corredor, sino en un espacio abierto, donde el sonido se extinguió un momento después. El conde era valeroso, y en aquella ocasión no se mostró cobarde; pero la obscuridad, el silencio y la incertidumbre son poderosos factores para influir en el sistema nervioso de un hombre, y no era de extrañar que el joven ruso experimentara en aquel momento cierta inquietud.

A los pocos instantes sintió que un brazo le rodeaba el cuello por detrás, oprimiéndole el gaznate con intolerable fuerza; revolvióse violentamente para desasirse, mas no lo consiguió; la falta de respiración producíale como un vértigo; comprendía que le arrastraban hacia atrás, y por un momento le pareció que iba á sucumbir. Otro esfuerzo que hizo para desprenderse fué también inútil; cuanto más se revolvía, más aumentaba la presión; y no pudiendo servirse de las manos, por tener los brazos sujetos, tampoco le era posible hacer uso del revólver.

Entre tanto, ninguno de aquellos dos hombres pronunciaba una sola palabra; Fedovsky porque no podía, y el otro porque seguramente tendría sus razones para callar. El conde oía á su adversario respirar con fuerza, rechinando los dientes, y pensó que no podía ser otro sino Brown, ó tal vez algún compañero suyo. Pero ¿qué se intentaba contra él?

Al principio imaginó que el objeto del ataque sería el robo; más ahora ocurrióle de improviso que Brown no se contentaría con esto; era conocido de Fedovsky, que seguramente le denunciaría; y para salvarse á sí propio, juzgaba sin duda indispensable apelar al asesinato. Esta convicción, que hubiera paralizado á un hombre cobarde, produjo el efecto contrario en el ruso, y comprendiendo que no podría salvarse sino por un ardid, apeló á él, sin perder momento. En vez de forcejear, mantúvose inmóvil, como si estuviera inerte, dejándose caer en los brazos de su enemigo; este último, observando el cambio, aflojó la presión, aunque sin separar del todo la mano del cuello de su víctima; y al fin dejó que el cuerpo se deslizara hasta el suelo.

El hombre se inclinó después y le tocó con las puntas de los dedos, sin duda para averiguar cómo estaba echado. Fedovsky, apoyándose en el costado y el brazo izquierdo, tenía el derecho extendido hacia atrás y una rodilla levantada. Satisfecho el ladrón de su examen, y resuelto sin duda á cometer un asesinato, apoyó la rodilla derecha en tierra (por lo que pudo juzgar la víctima), é introdujo una mano bajo la solapa de su levita como para sacar un arma.

Pero en el mismo instante, Fedovsky alargaba su brazo derecho, y cuando comprendió que le tenía junto á la pierna doblada del ladrón, pasóle por debajo, y haciendo un supremo esfuerzo la sujetó vigorosamente. El hombre se revolvió furioso, mas ya era tarde, pues Fedovsky, recogiendo también sus miembros, había conseguido ponerse en pie. En el mismo instante, sin embargo, sintió que le descargaban en el pecho un golpe con un cuchillo, mas por fortuna la hoja del arma, atravesando el grueso fajo de papeles que el conde llevaba en la cartera, no hizo más que pincharle la epidermis; mientras que el ladrón, rechazado con fuerza, caía pesadamente en tierra. No obstante, levantóse al punto, y entonces comenzó una lucha cuerpo á cuerpo.

Pero Fedovsky era ya dueño de la situación; vigoroso y buen gimnasta, rodeó con un brazo el cuello de su enemigo, mientras que con el otro le cogía por la parte inferior del cuerpo, y levantándole en alto le arrojó por encima de su cabeza.

El conde esperó la caída del cuerpo, mas transcurrió un intervalo inexplicablemente largo antes de que oyera el golpe, y entonces parecióle percibir también un gemido, pero muy lejano, siguiéndose un silencio profundo.

¿Qué significaba aquello? Fedovsky esperó en la obscuridad, reteniendo el aliento para escuchar mejor; mas no percibió sonido alguno, ni le fué posible explicarse el misterio. Según todas las leyes de la naturaleza, el cuerpo debió caer á pocos pies detrás de él, y era imposible que al chocar contra el suelo no produjese ruido; pero él no había oído más que un lejano rumor, y de ningún modo podía creer que éste se debiera á la caída de su enemigo. Pero ¿dónde estaba el ladrón? Seguramente no habría quedado suspendido en el aire.

«Casi creería—pensó Fedovsky—que he luchado contra un fantasma, y que al vencerle se ha desvanecido.»

Toda esta escena pasó tan rápidamente, á pesar de su carácter terrible, y las circunstancias en que tuvo lugar fueron tan misteriosas é impenetrables, que no debe extrañarse que el ruso se dejase llevar de su imaginación, tanto más cuanto que la inexplicable terminación de la lucha perturbó su sistema nervioso más aún que esta última. Sin embargo, al cabo de un minuto pensó que lo mejor que podía hacer era salir del teatro: la dificultad estaba en hallar el camino; pero debía buscarlo á toda costa, y dió algunos pasos para ver si podría orientarse. De pronto tropezó con un objeto, haciéndole rodar por el contacto de su pie: agachóse para cogerle y vió que era su sombrero, caído al comenzar la lucha. A poco llegó á una especie de planicie, que en su concepto no podía ser sino una parte del escenario; momentos después vió una salida, pasó por ella, y encontróse al fin en el corredor por donde había entrado, donde pudo ver el ángulo y el mechero de gas, encendido aún. A su luz observó que no se hallaba en tal mal estado como debía esperar; tenía la levita llena de polvo, y con una pequeña abertura en el lado del pecho, por donde la hoja del cuchillo penetrara; pero cuando se hubo limpiado un poco con el pañuelo, y arregládose el cuello y la corbata, nadie habría dicho, á no fijar bien la atención, que acababa de sostener una lucha tremenda para salvar su vida.

Satisfecho con esto, dirigióse hacia la puerta, que solamente estaba cerrada con picaporte; abrióla y salió al aire libre. Ya no vió por allí al portero, pero sí la plaza, la gente que iba de un lado á otro, el puente que cruzaba el río, y sobre todo el cielo con algunas nubes, que los postrimeros rayos del sol teñían de púrpura.

Entonces Fedovsky reflexionó por primera vez sobre el terrible peligro de que acababa de escapar, y aspiró con delicia el aire que dilataba su pecho, dando gracias á Dios por su salvación.

Sacó su reloj para mirar la hora, y con asombro vió que no eran más que las cuatro y cuarto; en quince minutos, ó menos, había pasado por lo que le parecía un largo período de su existencia. Atravesó la plaza para ir á su alojamiento á fin de cambiar de traje, y en el momento en que iba á entrar, un hombre pasó por delante de él y le tocó el brazo: era el barón.

(Se continuará)

S. M. EL REY D. ALFONSO XIII EN SEVILLA

(Véanse los grabados de las página 270)

Continuando la crónica del viaje de D. Alfonso XIII, daremos algunas noticias de su estancia en Sevilla.

Día 7. – Al desembarcar Su Majestad y los infantes marcharon en coche á la catedral, asistiendo al *Tedéum*, después del cual presenciaron el desfile de las tropas y la recepción que se celebró en el Alcázar. Por la noche hubo en la regia residencia una comida íntima.

Día 8. - Después de oir misa S. M. y SS. AA. RR. se dirigieron en automóvil á Villamanrique, en donde almorzaron con la condesa de París y sus hijos. Por la tarde asistió el rey á la fiesta organizada en su honor por la Sociedad del tiro de pichón, y por la noche presenció, en unión de los infantes, desde la tribuna levantada en la plaza de San Francisco, el paso de las cofradías, que fué un espectáculo magnífico por el lujo y riqueza de las imágenes y de los trajes de los nazarenos.

Día 9. – A las nueve de la mañana marchó el rey á Jerez de la Frontera, invitado por la Sociedad de tiro de pichón de Sevilla, regresando á las siete de la tarde. Durante ese día, los infantes estuvieron en la catedral, en donde admiraron las alhajas y joyas que en ella se conservan, subieron á la Giralda, visitaron las escuelas, la Tienda asilo y el Museo de Pinturas. Por la noche efectuóse en el Alcázar la recepción de señoras, que estuvo brillantísima.

Día 10. – Por la mañana, el rey y los infantes almorzaron en Villamanrique, y terminado el almuerzo, organizóse una cacería mayor y luego otra á caballo. Las personas reales regresaron á las ocho á Sevilla, celebrándose entonces en el Alcázar el banquete con que S. M. obsequiaba á la Maestranza.

Día 11. – D. Alfonso XIII hizo una excursión á varios pueblos de los alrededores de Sevilla, visitando las ruinas de Itálica y el monasterio de San Isidro del Campo, en Santiponce. Los infantes visitaron la Asociación de la Caridad, el hospital de la Caridad y el del Pozo Santo. Por la noche concurrieron á la catedral, en donde se cantó el célebre *Miserere* de Eslava, que obtuvo una ejecución brillantísima; los solos fueron cantados por el famoso tenor Sr. Viñas, por los tenores Sr. Sánchez Pino, del teatro del Conde Duque, y Vivas, del teatro Cervantes, por el bajo Sr. Otero y el contralto Sr. Sánchez Moreno.

Día 12. – Por la mañana, el rey y los infantes asistieron á los oficios de la catedral, terminados los cuales visitaron los sagrarios de las iglesias de San Salvador y de San Lorenzo. En esta última D. Alfonso XIII fué recibido como hermano de la cofradía del Cristo del Gran Poder. Por la tarde presenciaron el desfile de los Pasos desde la tribuna regia, instalada junto al Ayuntamiento.

Día 13. - El rey y los infantes concurrieron á los divinos oficios de la catedral, y en el acto de la adoración de la Cruz, S. M., después de haber entregado la ofrenda de una onza de oro, indultó á varios reos condenados á muerte. Por la tarde asistieron á la tribuna de la plaza de San Francisco para ver el paso de nuevas cofradías, y por la noche regresaron á Madrid.

Durante su estancia en Sevilla, el rey y los infantes han sido continuamente objeto de manifestaciones de entusiasmo.

Viaje de S. M. el rey D. Alfonso XIII á Canarias. – Las Palmas. – El rey en la misa de campaña celebrada con motivo de la jura de la bandera

En esta página publicamos dos grabados relativos á la estancia de S. M. en Las Palmas, y aunque en el número anterior dijimos algo acerca de ellos, parécenos oportuno añadir á continuación algunos pormenores sobre las dos ceremonias á que esos grabados se refieren.

A la una de la tarde del día 31 de marzo último hicieron S. M. y SS. AA. RR. su entrada en la basílica. El público, que invadía la plaza de Santa Ana, prorrumpió en vivas y aclamaciones. La plaza presentaba un golpe de vista magnífico. El rey penetró en el templo bajo palio, que era llevado por concejales del Ayuntamiento, y en seguida comenzó el *Tedéum*, cantado por los coros de la «Filarmónica.» Terminado éste, don Alfonso XIII manifestó al alcalde su complacencia por la perfecta ejecución que había tenido aquella pieza musical y expresó el deseo de oir á los elementos que componen dicha sociedad.

Desde que S. M. salió del templo hasta que llegó á la Casa Consistorial, en donde debía efectuarse la recepción, la ovación que se le tributó fué unánime é incesante; y cuando el rey salió al balcón y saludó militarmente á la muchedumbre inmensa que llenaba la plaza, la explosión de entusiasmo fué indescriptible.

La misa de campaña y la jura de banderas celebráronse el día 1.° del actual y fué un espectáculo sumamente conmovedor y simpático, realzado por la presencia de D. Alfonso XIII y de los infantes doña María Teresa y D. Fernando. Cuando después de la jura de las banderas y del desfile de las tropas subieron las reales personas á sus respectivos coches, la concurrencia les hizo una ovación delirante; desde las tribunas, que se hallaban atestadas de personalidades distinguidas de Las Palmas, lanzábanse ensordecedores vivas, y el pueblo, rodeando los carruajes, no cesaba de aclamar á los augustos viajeros.



Viaje de S. M. el rey D. Alfonso XIII á Canarias. – Las Palmas. – S. M. el rey saliendo de la catedral después de celebrado el Tedéum

(Fotografías de Luis Ojeda Pérez)



Monumento á Alfonso Karr, obra del escultor LUIS MAUBERT, recientemente inaugurado en Saint-Raphael (Var). (De fotografía de Hutin, Trampus y C.ª)

El día 8 de los corrientes inauguróse en Saint-Raphael (departamento del Var) un monumento conmemorativo de Alfonso Karr, erigido enfrente del mar y cerca de la *Maison-Close,* la quinta en donde el literato filósofo vivió tantos años dedicado al cultivo del jardín y en donde murió octogenario en 1890. El monumento, de aspecto sumamente sencillo, obra del escultor Luis Maubert, se compone de un bloque de pórfido blanco sobre el cual descansa el busto en bronce del célebre autor de *Las avispas.*

Ese monumento se ha levantado con el producto de una subscripción á la que han contribuído, no sólo sociedades literarias, sino también asociaciones de jardineros.

La ceremonia de la inauguración fué presidida por Leon Aicard, presidente del comité, quien, después de pronunciar un encomiástico discurso haciendo resaltar los méritos de Alfonso Karr, hizo entrega del monumento á la población de Saint-Raphael.

Pronunciaron otros discursos el alcalde M. León Basso, agradeciendo el donativo; el decano de los horticultores M. Nardy, tributando el homenaje de gratitud á cuantos conocieron á Alfonso Karr como jardinero, y M. Leon Parsons, que representaba al ministro de Instrucción Pública. Además, M. Aicard leyó un hermoso trabajo de Julio Claretie.

La fiesta terminó con un concierto y un banquete, al que asistieron los miembros del municipio y del comité y los representantes del gobierno, del departamento y de la prensa parisiense y regional.



EL EMPERADOR GUILLERMO II EN CREFELD, EN DONDE REVISTÓ Y CONDECORÓ Á LOS MINEROS WESTFALIANOS DE LA BRIGADA DE SALVAMENTO QUE FUÉ Á COURRIERES.
EL EMPERADOR, AL FRENTE DEL 2.º REGIMIENTO DE HÚSARES, ES SALUDADO POR EL ALCALDE DE LA CIUDAD. (De fotografía remitida por Hutin, Trampus y C.ª)

El día 2 de los corrientes la ciudad de Crefeld (Alemania) festejó la visita del emperador Guillermo II y la llegada del 2.º regimiento de húsares que, procedente de Düsseldorf, había de quedarse allí de guarnición. El soberano, vestido con el uniforme de coronel de húsares de la guardia y montado en un magnífico caballo ricamente enjaezado, salió al encuentro del regimiento, que había acampado en un campo á cinco kilómetros de la localidad, y al frente del mismo entró solemnemente en Crefeld, que estaba engalanada y cuyos habitantes, que llenaban las calles y los balcones, le acogieron con grandes muestras de entusiasmo. En una de las calles principales estaban agrupadas las autoridades, corporaciones, personalidades notables y escuelas, presididas por el alcalde, que en nombre de la ciudad saludó al emperador.

Aquel mismo día Guillermo II revistó á los mineros westfalianos de la brigada de salvamento que estuvo en Courrieres, y después de haberles felicitado con palabras elocuentes, les entregó las condecoraciones con que les ha recompensado por los heroicos trabajos que allí realizaron.



IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustracion Artística

Año XXV — Barcelona 30 de abril de 1906 — Núm. 1.270

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



EL EMINENTE PIANISTA IGNACIO JUAN PADEREWSKI
que próximamente dará dos conciertos en el teatro Principal de Barcelona
(De fotografía)

CRÓNICA DE TEATROS

Durante la última temporada, el nombre de Jacinto Benavente no ha desaparecido ni un solo día de los carteles de teatro. En Lara, la Princesa y la Comedia se han estrenado este año obras del fecundo é ingeniosísimo escritor. En el Español, puede decirse, que con muy escasas excepciones, él solo ha surtido de obras aquel favorecido teatro. A la *reprise* de *Rosas de otoño* siguió el estreno de *Manón Lescaut*, á ésta el sainete *La sobresalienta*, vino después *Más fuerte que el amor* y por último *La princesa Bebé*.

Hablemos de esta comedia.

Sabido es que de cuando en cuando le da á Benavente por escapar de la realidad, dejando vagar su imaginación por las regiones de lo fantástico. A esta clase de escapatorias pertenecen *La noche del sábado, El dragón de fuego* y *La princesa Bebé*. La acción de estas obras pasa en reinos y localidades inventados por el autor, y los personajes que en ellas intervienen, más que representaciones de seres verdaderos son figuras de movimiento, por cuyos labios expone Benavente sus ideas y teorías. Estos muñecones, aunque ataviados con vistosos oropeles y decorados con nombres rimbombantes, ni nos interesan ni nos conmueven. Que vivan ó mueran, que sus propósitos triunfen ó fracasen, que se amen ó se odien, cosas son todas que nos tienen sin cuidado. No son seres humanos, y en conformidad con el célebre dicho de Terencio, lo que no es humano nos es ajeno.

La princesa Bebé está formada por una serie de escenas que en rigor no llegan á constituir un organismo dramático. Lo que en ellas despierta nuestra curiosidad y sostiene nuestra atención no es lo que hacen los personajes, sino lo que dicen. Todos hablan mucho, particularmente la protagonista, la cual es una filósofa de tomo y lomo, que sobre todo teoriza y que somete todos sus sentimientos y sensaciones á prolijos análisis. Su preocupación constante es la libertad, su objeto el placer. Fama, reputación, deberes, le importan poco. El amor, según ella, es el fin supremo de la vida; pero el amor de que habla la princesa no es ese afecto sublime que nos hace olvidar de nosotros mismos para vivir en el objeto amado, no es abnegación ni sacrificio; es amor egoísta que sólo aspira á una satisfacción momentánea, que es más bien específico que individual, y cuyo carácter distintivo es la *diversidad*.

Esta exaltación del amor libre en el sentido más amplio de la palabra, no puede menos de producir cierta repulsión en los que ven en el amor humano algo más que el instinto fisiológico. El verdadero amor, lejos de complacerse en la diversidad, concentra en un solo ser todos sus anhelos, sus ternuras y sus esperanzas. Schiller expresaba hermosamente este mismo pensamiento haciendo exclamar á uno de sus personajes: «Me ama á mí solo en medio del Universo infinito.» Cuantos aman de verdad quisieran que su amor continuase más allá de la muerte. Cuenta una tradición poética que D. Pedro de Portugal dejó mandado al morir que se le enterrase en el templo de Alcobaza de modo que sus pies quedasen enfrente de los de doña Inés de Castro, á fin de que al incorporarse en el sepulcro el día del último juicio fuera lo primero que viesen sus ojos el rostro de su infortunada esposa.

Esa perpetuidad es la que ennoblece al amor, idealizándolo y distinguiéndolo de la atracción instintiva á que obedecen ciegamente los seres inferiores.

En derredor de Elena, que este es el nombre de la princesa Bebé, se agita una porción de personajes exóticos que contribuyen á dar visualidad, pero no interés, á la comedia. El primer acto pasa en la corte de Suavia y los restantes en una estación de lujo de la Costa Azul: la sociedad que allí nos presenta el autor, las fiestas á que nos hace asistir y las aventuras que corren los personajes nos recuerdan las narraciones de Juan Lorrain, narraciones cosmopolitas en las que figuran príncipes estrafalarios, americanos cargados de millones, aventureros de alto copete y artistas extravagantes. Pero Lorrain ha copiado estas figuras del natural y Benavente las ha visto en los libros, de modo que de unas á otras va lo que de lo vivo á lo pintado.

Todos los personajes que intervienen en *La princesa Bebé* hacen poco; pero en cambio hablan mucho, y cuanto hablan y dicen, y aun lo poco que hacen, va enderezado á defender la teoría de que hablo más arriba. Esta insistencia sobre el mismo tema, la repetición durante cuatro larguísimos actos de la misma cantilena en pro del amor libre, momentáneo y diverso, exornado todo ello con frases espirituales y hasta con versos de Scheley y D'Annunzio, cansa y empalaga aun al espectador menos impaciente.

Yo no sé si á alguna señorita histérica ó á algún esteta refinado le deleitará la monotonía erótica de *La princesa Bebé;* pero sí digo que á la casi totalidad del público la última obra de Benavente le produjo depresión, aburrimiento y fatiga.

* * *

La primavera es la estación elegida por los artistas extranjeros para hacernos sus visitas. El día de Gloria empezó á actuar en el teatro de la Comedia la compañía italiana de Tina de Lorenzo, y desde la primera función, el público, compuesto de lo más distinguido de Madrid, quedó prendado de la belleza, elegancia y talento de la celebrada actriz.

Tina de Lorenzo, como todas las verdaderas artistas, reveló muy pronto sus aptitudes y aficiones estéticas. Aunque nació en Turín, puede considerársela como siciliana, puesto que pasó su niñez y su adolescencia en aquella hermosa isla poblada de recuerdos clásicos. Apenas contaba diez años cuando se presentó ante el público, y poco tiempo después, en una modesta compañía que recorría las poblaciones pequeñas inmediatas á Nápoles, desempeñó ya los papeles de primera actriz. Su primer triunfo escénico obtúvolo desempeñando el papel de Dionisia en la célebre obra de Dumas.

De día en día ha ido creciendo desde entonces su fama, y en Italia primero y en América después, lo mismo que ahora en Madrid, es celebrada como excelente artista. Puede decirse que ha interpretado todos los personajes femeninos del teatro moderno y los más importantes del teatro que pudiéramos llamar internacional. La Nora de *Casa de muñeca*, la Mariana de *El Dédolo, Frascesca da Rimini, La locandiera, La samaritana, Tona, Zazá, Margarita Gautier, Julieta* y tantas otras hermosas creaciones tienen en Tina de Lorenzo primorosa encarnación.

Tina es casada. Casóse por amor con un actor también muy distinguido llamado Falconi. Así es que, como dice uno de sus biógrafos, después de haber negado su mano á condes, marqueses, príncipes, literatos y grandes industriales que pretendían hacerla su esposa obligándola á abandonar su arte predilecto, cedió con gusto á las amorosas súplicas de aquel compañero suyo, consintiendo gozosa y confiada en compartir con él su destino.

La hermosa artista, además de belleza y distinción, tiene lo que los andaluces llaman *ángel*, algo que es como un fluido de simpatía que se irradia de ciertas personas. Tina de Lorenzo no sólo parece hermosa á los hombres; también, caso extraño, las señoras la elogian con entusiasmo. Cuando se presenta en la escena, recorre la sala un murmullo que por fuerza ha de ser halagador para la artista: triunfa con sólo su presencia. Además Tina no tiene el descoco ni el *naturalismo* de que hacen alarde otras actrices extranjeras. Su delicadeza artística y moral es refractaria á todo lo que no es decoroso y honesto, y sin ñoñeces ni repulgos permanece siempre dentro de los límites que la imponen el respeto á sí misma y el respeto al público.

Lo mismo ella que sus compañeros, entre los cuales se distinguen su esposo Falconi y Carini, director de la compañía, trabajan con escrupuloso esmero y ponen, como suele decirse, su alma toda en sus respectivos papeles.

En otra cosa excede también la compañía que actúa al presente en la Comedia á la mayor parte de las compañías extranjeras que pasan por Madrid. Me refiero al buen gusto y riqueza con que presenta las obras. Los cómicos de otras partes, particularmente los franceses, en las rápidas excursiones que hacen á España representan sus comedias con un decorado y *mise en scene* verdaderamente vergonzosos; la compañía de Tina de Lorenzo, por el contrario, cuida con intachable escrupulosidad hasta de los más pequeños pormenores de la decoración y de la indumentaria. La otra noche, por ejemplo, púsose en escena el drama de Sardou titulado *Theodora*. Todo el mundo sabe que la acción del drama se desarrolla en la época de mayor esplendor del imperio bizantino. Nadie ignora cuánto era el refinamiento y el amor al lujo de la célebre emperatriz elevada al trono de los emperadores desde el tablado de los comediantes. Tina de Lorenzo con sus soberbios trajes, los demás actores con sus armaduras, túnicas y penachos, y el decorado, reproducción exacta de los monumentos bizantinos que existen en Constantinopla y en Rávena, daban la sensación de la realidad. Si, como dice Benavente, la decoración y el *atrezzo* son la mitad de la obra, en *Theodora*, drama efectista y de escasísimo valor literario, son, por lo menos, las dos terceras partes.

Hasta ahora, fuera del drama de Sardou, cuya novedad es harto rancia, puesto que se estrenó en París hace la friolera de veintidós años, la compañía italiana no ha representado ninguna obra nueva. Las que le hemos visto hasta ahora, *Pamela, Magda, La trilogía de Dorina, Adriana, La dama de las camelias*, pertenecen al antiguo repertorio. En honor á la verdad, aunque las protagonistas de todos estos dramas ó comedias han sido interpretadas en Madrid por actrices tan eminentes como Sarah Bernhardt, Eleonora Duse, la Simoes y la Mariani, de justicia es reconocer que Tina de Lorenzo, si no ha eclipsado el recuerdo de aquellas artistas, sale airosamente de la comparación con ellas. Lo cierto es que el teatro de la Comedia, solitario durante la temporada de invierno, se ve en estas noches de primavera rebosante de espectadores. Algo contribuye á ello el *snobismo* de una parte del público, pero mucho se debe también al mérito de Tina de Lorenzo, secundada muy acertadamente por sus compañeros.

* * *

Los que no se levantan de su postración son los teatros de género chico: el ínfimo es el microbio que le va minando la existencia. El sainete soez lleno de retruécanos, juegos de palabra y dicharachos brutales, las aburridas revistas con exposición de mallas más ó menos rellenas, los melodramas comprimidos en los que se ensalzan los vicios y bravuconerías de chulapos y golfos, han caído—y ya era tiempo—en el desprecio que merecen. Los perpetradores de tales esperpentos están, como dicen los galiparlantes, desolados. ¿Qué hacer para recobrar el favor del público? ¿Qué partido tomar para que la gente vuelva á Apolo, «la antigua catedral» del género chico, y para arrancar la Zarzuela de las garras del género ínfimo?.. A estas preguntas, formuladas por cierto en una asamblea de autores, á los que con poco respeto suele llamarse *currinches*, contestó con muy buen sentido uno de los hermanos Quintero: «Si queréis atraer de nuevo el público, escribid buenas obras.» En eso precisamente está el secreto que asegura entradas á las empresas y ganancias y aplausos á los autores.

En tanto que esto llega, la Zarzuela, olvidando aún más que antes sus antiguas tradiciones ó renegando de ellas, se ha convertido en *music-hall*, en donde triunfan los excéntricos, los payasos y las señoritas de salón. Estas últimas están ahora en el apogeo de la celebridad, y son más populares y aplaudidas que lo eran dos años ha la Arana, la Segura y la Brú.

Apolo está también de capa caída, y si ha querido defenderse ha sido llevando á su escenario las *jóvenes voladoras*, espectáculo de circo más que de teatro. Si esto, juntamente con las farsas del Cómico y con todo lo que alguien ha llamado la ola verde, sigue subiendo, no será maravilla que el día menos pensado veamos á la Fornarina bailar sus tangos atrevidos en el Real ó á la reina de la *Mi carême* dar zapatetas en el teatro Español.

Hay, sin embargo, que confiar en que la susodicha ola se retirará pronto, llevándose entre sus turbias aguas toda esa espuma que no debió salir nunca de los barracones de feria ó de los cafés cantantes. Así por lo menos lo reclaman el arte y el buen gusto.

ZEDA.



Fué en el balneario de U... donde se me apareció por primera vez

NOSTALGIA SUPREMA

¿Se transparentará quizás el alma á través de su envoltura corporal?

Debe ser así, porque la impresión que sentí al verla fué verdaderamente extraña.

Sin ser en absoluto una belleza, reunía sin embargo encantos bastante poderosos para llamar la atención y formar partido, como vulgarmente se dice; pero lo que es justificar, no justificaba ciertamente la fascinación tan grande que sobre mí ejerció no más con verla.

Fué en el balneario de U... donde se me apareció por primera vez, elegante y distinguida con su sencillo y airoso traje blanco. Y os aseguro que me extasié ante aquella carita tan remonísima que contraía á veces con mohines graciosísimos de impaciencia, de admiración ó de otras mil cosas distintas, pero todas adorables.

Era cosa verdaderamente extraña que sin haber sido nunca de mi predilección los caracteres superficiales y ligeros, al presentárseme de pronto ligera y superficial aquella criatura se apoderara en un solo momento de todas mis energías y de mi voluntad toda, que creyera poder dominar siempre á mi antojo.

Traté, lo confieso, de sobreponerme á esa fascinación que me asustaba sin saber por qué; pero fué en vano. Por primera vez comenzaba yo á sentir lo que tantas veces habíame hecho sonreir en los demás, si es que por acaso tuvieron la debilidad de contarme: que brillaba el sol con más intensidad si estaba ella cerca, que el aire era más puro y que flotaba en la atmósfera un algo especial no presentido hasta entonces.

Sí; ya comenzaba yo á comprender esas cosas.

Suplicio de Tántalo fué el que pasé hasta lograr hablarla, lo que tardé en conseguir; pues se cuidaba muy poco ella de amistades improvisadas y hasta parecía evitarlas con cuidado.

Los que la admirábamos, sólo de lejos, pues, podíamos contemplarla, y quizás ni se daba cuenta ella de tal admiración, ó por lo menos parecía importarle muy poco. Sus sonrisas y atenciones, sus mimos todos, eran para el pobre viejecito, para su enfermito del alma, para su pobre papaíto, á quien adoraba y quería ver pronto, muy pronto restablecido.

Alguna de aquellas miradas y sonrisas, acompañadas casi siempre con monaditas adorables, solían llegar alguna vez de rechazo hasta nosotros; pero eran furtivas, inesperadas, á manera de esas ráfagas perfumadas que llegan de pronto, os acarician y se os escapan en seguida.

¡Pasé tantos días contemplándola embobado, siguiéndola cautelosamente y besando (siempre que hubiera de quedar en la impunidad y en el silencio) la barandilla ó la tosca piedra en que su mano se hubiera apoyado un solo momento!

¿Os reís quizás de esas chifladuras mías?..

¡Ay, no hagáis tal! ¡Me he reído yo tantas veces de los demás!

Al fin tuve la suerte (Dios me perdone) de que una tarde, durante el paseo, diera el papaíto un pequeño tropezón que casi le hizo caer; y como solía yo encontrarme muy cerca durante esas excursiones campestres, aproveché aquella oportunidad que calmaba por entonces todos mis deseos.

Y le hablé al fin. Sí, pude hablarla.

¡Isaura! Nombre extraño que no olvidaré jamás.

Había oído hablar á veces de amores extraordinarios que de pronto surgen, de manera siempre imprevista, de esas almas afines que si por acaso llegan á encontrarse en este piélago inmenso de la vida, siéntense como atraídas por misterioso imán. Pero la verdad sea dicha; tales afirmaciones no consiguieron sino provocar mi hilaridad, pues las consideraba como inocentes desahogos de infelices poetas. No obstante, hube de convenir entonces en que los tales quizás deberían tener razón, porque Isaura era parte de mi ser, el complemento mío, á pesar de ser tan juguetona.

Fué cosa admirable. Ni preliminares ni casi explicación alguna necesitó nuestro cariño. Súbito centelleo despertó de improviso nuestras almas, que presintiendo horizontes nuevos, quedaron como asombradas de tanta felicidad.

Pero ¡ay!, la felicidad es ilusión, vana quimera que inútilmente perseguimos, pues escapa siempre, dejando solamente en el alma el doloroso recuerdo de sus sangrientas burlas y sarcasmos.

¿A qué explicar mis entrevistas con Isaura? Fueron pocas y se amargaron pronto.

Confiamos demasiado en la soberanía absoluta del amor, y la fatalidad fué más fuerte que todo.

Antes de conocernos en el balneario, llevaba ya Isaura relación con otro y yo también con otra, aun cuando las mías hubieran importado poco. ¿Qué no hubiera dejado yo por ella?

También prometió ella dejarlo todo por mí; pero sucedió que al participar nuestros amores á su padre, palideció el anciano.

¿Qué diría el novio? ¿Qué pensaría el pobre joven cuando supiera esa traición que habría él de autorizar..., él, que prometió al padre moribundo velar por la felicidad del huérfano!

Y palideció, palideció tanto al hablar así, que nos asustó á los dos.

Entonces fué algo muy amargo para mí lo que ocurrió.

Se arrodilló Isaura delante de su padre, y acariciándole mimosamente la barba blanca con sus transparentes deditos y mirándole cariñosa con sus ojos garzos, que entornó con dulzura, exclamó:

—¿Pero lo has creído tú, tontín de mi alma? ¡Si ha sido una broma que te hemos querido dar!.. ¿Es que no te divierten, no te gustan ya las travesuras de tu nena?

Y lanzando de pronto una carcajada alegre, que se me clavó en el alma, añadió:

—¡Pero mira al otro! ¡Cómo le has asustado también! ¡Pobrecillo!.. ¡Si le has dejado medio atontado!

¡Ay, sí! Atontado, aniquilado, verdaderamente aterrado estaba yo.

¿Qué iba á ser de mí? ¿Qué papel había allí representado, ni qué vendría á ser en adelante? ¡Nada, menos que nada! Un moscón importuno... ¡Pero un moscón muy desgraciado, mucho! Un pobre moscón al que una criatura inconstante y caprichosa atravesaba de pronto con un alfiler enorme, para dejarle por siempre disecado.

Le miré iracundo. Mas al encontrarse mis miradas con las suyas, tan llenas de ansiedad y de tristeza, mi encono se desvaneció en seguida.

¡Pobre Isaura!.. Cometí entonces gran injusticia al juzgarla mezquina en cariño y de un temple inferior al mío... Mas no... Era buena, y su voluntad más fuerte, más inquebrantable que la mía.

¿Qué había yo de hacer? Entabladas ya mis relaciones, comprometido con los padres de mi novia, sin ilusión ni alegría, me casé al fin.

Transcurrieron cinco años y aún no había conseguido amortiguar el recuerdo de aquellas horas de ventura que la ausencia trocaran en mortal aburrimiento.

Hay recuerdos que difícilmente se borran.

Traté en vano de aturdirme, y me engolfé en los negocios, aventurándome en empresas atrevidas, que vi siempre coronadas con éxito asombroso.

Un amigo mío, habiendo emprendido un gran negocio y deseando consultarme sobre el particular, llevóme un día á visitar sus establecimientos y almacenes.

Al penetrar en uno de los departamentos, vi dos señoritas inclinadas sobre el escritorio, junto á dos máquinas de escribir.

—Son las que me llevan la correspondencia, me indicó mi amigo.

Al mismo tiempo retrocedí yo un paso de una manera tan brusca, que tropecé y creyó mi amigo me había lastimado.

Era que en una de aquellas dos señoritas había reconocido á Isaura.

¡Ella, sí!.. ¿Pero cómo estaba allí de aquel modo? ¡Obligada sin duda á ganarse el pan de una manera tan mezquina y amarga, yo que hubiera cogido el mundo y lo hubiera puesto á sus pies!

Todo lo supe al día siguiente cuando pude hablarla.

Su pobre papaíto había muerto, y la suerte fué bien cruel con ella dejándola en la miseria.

—Pero... ¿y el otro?.. ¿Y el novio?.., la pregunté.

¡Ah, el otro! Fué el ídolo de barro de su pobre papaíto. Siempre se lo decía ella, pero no quiso creerla... Siquiera el pobre murió sin conocer su engaño. Más valía así... No; no era precisamente que su novio la hubiera plantado; eso no. Pero el muchacho era un adorador ferviente del becerro de oro. Aunque rico ya, el dinero nunca sobraba para él; y halagado también con el amor de aquella heredera tan rica... El, sin embargo, primeramente quiso casarse con ella, con Isaura, no con la heredera, pero..., ¡vaya!, la resultaba tan humillante estar siempre recordando tanta y tanta generosidad..., era ella muy orgullosa para soportar ciertas cosas, y si al fin y al cabo no había de amarle, ¿para qué quería su dinero?..

—Pero ¿y usted, amigo mío?, exclamó con rápida transacción, ¿qué es de su vida?

—Me casé, Isaura. Tengo un pequeñín.

—¡Ah, se casó usted!, exclamó con voz apagada. ¿Tiene usted esposa, un hijo?.. ¡Es usted muy feliz, amigo mío!.. Sí, bastante más que yo... Quien no lo ha experimentado, no sabe, no, lo que es estar huérfana de todo cariño, aislada siempre..., siempre. Cuando frecuentaba yo los balnearios, cuando mi pobre padre me colmaba de cariño y de solicitud, no comprendía yo esas cosas.

Y ocultando en seguida el rostro entre sus manos, la oí sollozar quedo, muy quedo, con sollozos reconcentrados y amarguísimos, con los que parecía devorar pausada y silenciosamente su dolor.

—Pero es que todo eso, exclamé, se acabó ya. No quiero, no, que sigas sufriendo, Isaura. Lo abandonaré todo por ti, esposa, hijo...

—¿A su hijo?, exclamó horrorizada.

—¡No, no, es que estoy loco! ¡A mi hijo no! Nos lo llevaremos también, nos iremos á un rinconcito de la tierra muy apartado, lejos, muy lejos, donde podamos ser felices para siempre.

—¿Felices?, exclamó secando sus lágrimas y sonriendo ya con aquel dominio tan grande que yo admiraba. ¿Felices dice usted? No, no podríamos serlo. La felicidad en un caso como el nuestro consiste en el sacrificio. ¿Para usted nada significaría su pobre esposa abandonada, su hijo, que llegaría á odiarnos y me maldeciría á mí quizás? ¿Felices dice usted? ¡Imposible! Debe usted rechazar tales absurdos, amigo mío. Es preciso que nos amemos siempre, y el sacrificio es lo único que agranda el cariño. ¡Créame!

—¡Sacrificios!, siempre sacrificios, murmuré. ¿Es que aún no ha sufrido usted bastante?

—¡Ay, sí, mucho, muchísimo..., si usted supiera! Pero mi conciencia está á salvo.

—Mas al menos, repliqué, permítame que contribuya en algo á suavizar sus penas. Su trabajo debe ser pesado y mal retribuído...

—Sí, sí, me contestó precipitadamente, un poco lo es en efecto, y más para mí, que estoy algo delicada de salud. Pero tranquilícese; una antigua amiga mía, la condesa de C..., partirá muy pronto para Italia, y como poseo ese idioma, me iré con ella. Seré su intérprete.



Un modelo, dibujo de Arturo S. Cowey

La contemplaba yo embelesado; la devoraban mis ojos con más ahinco, con anhelo más apasionado aún que allá en el balneario, cuando en tiempos más felices veíala desde mi cuarto á través de las persianas, siempre sonriente sentada en aquel banco de piedra. No se animaba ya su rostro con la movilidad de aquellos mohines graciosísimos; pero en cambio, ¡cuánto ganaba su hermosura con aquella expresión ansiosa y amarga, que tan adorablemente contraía su semblante! ¡Y se me iba con la condesa! ¡Se me quería escapar de nuevo!

Observando, observando, vi también sus ojos agrandados, sus mejillas ligeramente hundidas.

—Creo haber oído que está usted enferma, la pregunté.

—Sí, me contestó con indiferencia, un poco... ó bastante... No sé... ¿Quién sabe, añadió de pronto sonriendo con reminiscencias aún de aquella su graciosísima viveza de otro tiempo, quién sabe si no tendré que luchar tanto como me imagino?.. ¿Sería una verdadera suerte, verdad? ¡Porque me aburro tanto!

Quedéme hecho un imbécil, mirándola, mirándola siempre.

Tan desagradable impresión produjéronme sus últimas palabras, que no encontré ni una sola que contestarla.

Y se fué, ¡vaya si se fué!, con la condesa.

Y lo he sabido hace poco, muy poco.

Sus vaticinios se han cumplido, se han realizado sus presentimientos, ha muerto ya... ¡Dichosa ella; no sufrirá ya más! Pero yo... El recuerdo de aquella figura dulce y resignada grabada eternamente en mi memoria; el malogrado afán de aquel amor tan inmenso, convertido ya en delirio irrealizable, y la cruel nostalgia de mi alma... ¡Eso, eso sí que es para mí mil veces más amargo que la muerte!

. . . .

¿Que si era discreta Elvira? ¡Ya lo creo que lo era!

Averiguó los extraordinarios amores de su esposo y ni se enfadó siquiera...

Por lo contrario, fué tal su solicitud para con él, que se aman cada vez más y hasta suelen hablar con frecuencia de la pobre Isaura.

LEVDIA ONÉGAVEN.

(Dibujo de Mas y Fondevila.)

LAS ELECCIONES EN RUSIA

En virtud del ucase de 19 de febrero último, el día 10 de mayo próximo habrá de reunirse la Duma del Imperio, primera manifestación del régimen constitucional que la fuerza de la opinión ha impuesto al sistema autocrático hasta ahora imperante en Rusia.

Las elecciones, que aún se están efectuando, son muy largas y complicadas y ocupan varias semanas, porque primeramente las asambleas comunales han de nombrar delegados para los colegios electorales de los distritos, los cuales, á su vez, eligen los electores para los colegios de provincias, quienes han de elegir finalmente los diputados de la duma.

El reglamento electoral de 24 de diciembre de 1905 establece seis clases de electores: ciudadanos de las grandes poblaciones; obreros de fábricas, minas y ferrocarriles; ciudadanos de poblaciones medias y pequeñas; grandes propietarios; pequeños propietarios y labriegos.

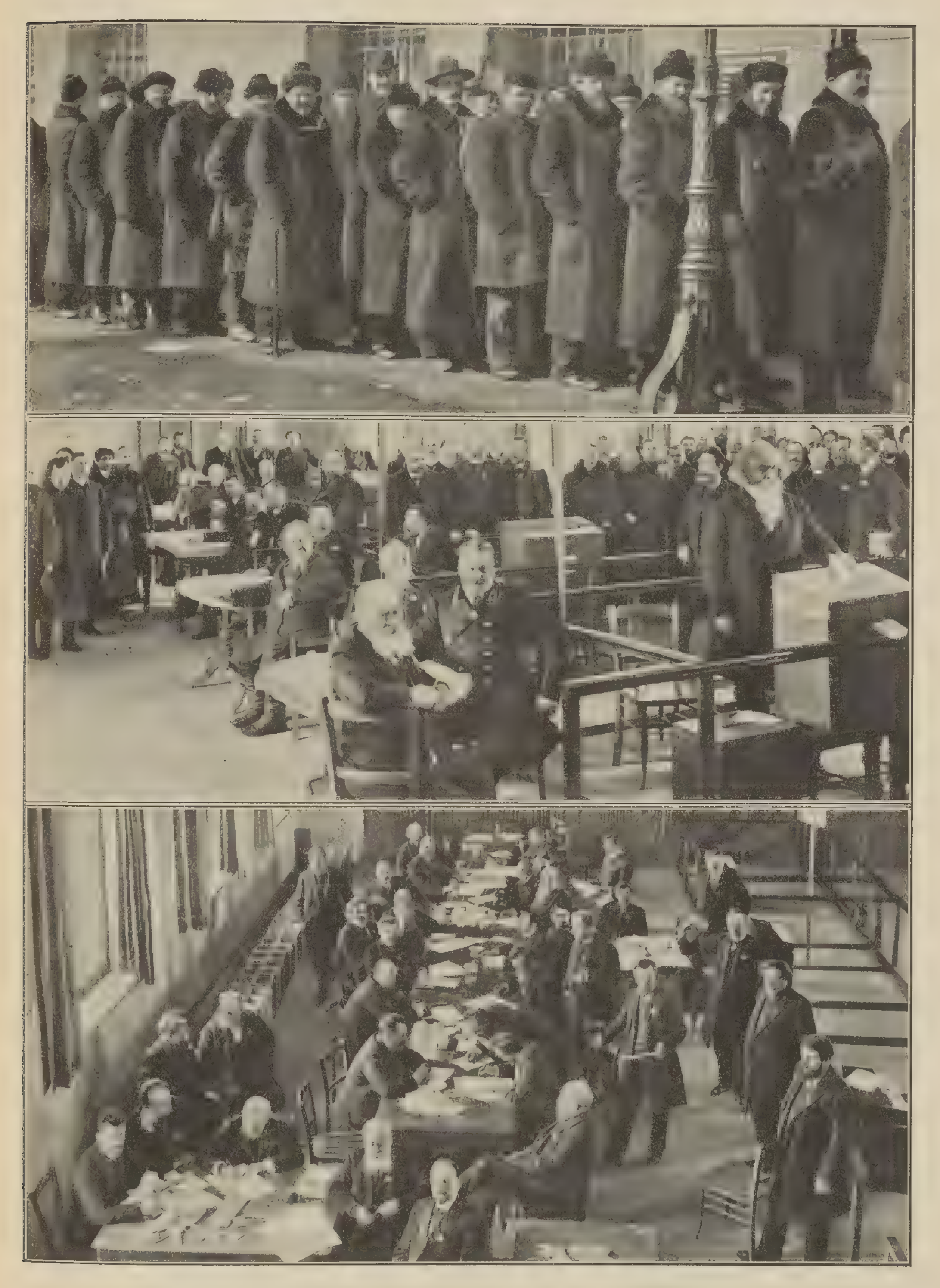
Los habitantes de las grandes poblaciones eligen 160 compromisarios en San Petersburgo y Moscou, y 80 en las demás ciudades. Los obreros nombran, en asambleas previas, un representante por cada mil de ellos y estos representantes eligen los compromisarios. Los habitantes de las poblaciones medias y pequeñas y los grandes propietarios eligen directamente sus compromisarios; los pequeños propietarios y los labriegos eligen representantes que luego nombran compromisarios.

Las elecciones hasta ahora efectuadas lo han sido en medio del mayor orden, y al decir de los periódicos que pueden considerarse como imparciales, el gobierno ha guardado absoluta neutralidad y ha dado pruebas de un gran espíritu liberal. Esas elecciones se han llevado á cabo en 27 gobiernos, y los resultados de las mismas hasta ahora conocidos son: extrema derecha, monárquicos absolutistas, 3; centro izquierda, 22; progresistas, 22; demócratas, 89; extrema izquierda (anarquistas y radicales), 9; independientes, 18; indefinidos, 16. Total de elegidos hasta ahora, 179. Como el número de diputados ha de ser de 493, falta aún conocer la filiación de 314.

En Estonia, las elecciones se habrán efectuado el día 27 de este mes, y en Curlandia y Livonia se celebrarán el día 3 de mayo próximo. Ocho días después de estas últimas, es decir, el 10 de mayo, se realizará con gran pompa y solemnidad la inauguración de la Duma, la cual se reunirá en la residencia imperial de Tsarkoieselo. En la primera sesión, el emperador pronunciará un discurso en cuya redacción está trabajando hace mucho tiempo.

Los resultados que dejamos consignados demuestran el triunfo de los constitucionales demócratas, triunfo que, según todos los indicios, aún adquirirá mayores proporciones en las elecciones que aún se han de efectuar, no sólo por el arraigo que real y positivamente tienen en el país, sino también porque no perdonan medio alguno de propaganda, enviando á todas partes emisarios bien provistos de fondos para producir la agitación necesaria en provincias.

En cambio, los conservadores se limitan á publicar proclamas y manifiestos. – R.



LAS ELECCIONES PARA LA DUMA DEL IMPERIO EN RUSIA

(De fotografías de «Photo Nouvelles,»)

1. — San Petersburgo. Ciudadanos formando cola delante de un colegio electoral para emitir su voto. — 2. Interior de un colegio electoral durante la votación en Viborg. — 3. Interior de un colegio electoral durante el acto del escrutinio en Viborg

INAUGURACIÓN DE «EL PENSADOR,» ESTATUA DE RODIN INSTALADA DELANTE DEL PANTEÓN, DE PARÍS.

El día 21 de los corrientes inauguróse con gran solemnidad en París la estatua del famoso escultor Rodin *El Pensador,* que se alza sobre sencillo pedestal delante del Panteón y que un grupo de literatos y de artistas, respondiendo á la iniciativa de la revista *Les Arts de la Vie,* ha regalado al Estado francés.

Nada diremos del mérito de esa obra, considerada como una de las más grandes creaciones del genial artista; en el número 1.184 de esta ILUSTRACIÓN la reprodujimos, y la sola contemplación de aquella figura dice más al corazón y á la inteligencia que todas las alabanzas que en honor de la misma pudieran entonar el crítico más entusiasta ó el gacetillero más fecundo en la invención de encomiásticos calificativos. La vista que en esta página publicamos permite también formarse idea de tan maravillosa escultura.

La ceremonia de la inauguración, á la que asistió numerosa concurrencia, fué presidida por el secretario de Estado en el ministerio de Bellas Artes M. Dujardin-Beaumetz. Después de algunas sentidas frases de M. Marey, director de la mencionada revista, exponiendo el objeto que se había propuesto el comité por él presidido, M. Dujardin-Beaumetz pronunció un elocuente discurso, del que estimamos interesante reproducir algunos párrafos porque constituyen un hermoso análisis de la obra y del genio de Rodin.



PARÍS. - La estatua de Rodin «El Pensador,» instalada delante del Panteón y oficialmente inaugurada el día 21 de los corrientes. El personaje que ocupa el centro del grupo es el escultor Rodin. (De fotografía.)

«Como el gran Rude y Carpaux—dijo—bajo un cielo de plena luz nos da el sentimiento intenso de la vida moral íntimamente ligada con las palpitaciones de la carne viviente; y aquellas puertas del infierno, que ha sabido presentar tan terribles y tan tiernas á la vez, quedarán como la síntesis de su genio. Nadie ha estudiado más los maestros; nadie ha comprendido mejor la grandeza serena de la escultura antigua ni la cualidad decorativa y expresiva de los tallistas de imágenes de la Edad media francesa. Su labor de práctico, que conviene recordar en el día en que se glorifica al artista, le había entregado los recursos de la materia... Hijo del pueblo, después de la ruda batalla de los años durante los cuales fué tan injustamente desconocido, Rodin, artista verdaderamente creador, de talento amasado con humanidad y fuerza, trabaja por fin en paz en medio de la radiante atmósfera de la admiración universal... *El Pensador* que hoy saludamos es también un desconocido; tiene los músculos de un atleta; es vigoroso como un roturador y reposado en su fuerza porque sólo la pondrá al servicio del derecho. Si su actitud revela cierta fatiga, es porque se acuerda quizás de los largos siglos de lucha y de opresión. Pensador de alma popular, no olvida que es él quien, encorvado sobre la tierra, ha arrojado las primeras semillas y segado las primeras espigas...»

Había terminado con estas peroraciones la ceremonia oficial; habíase descorrido el velo que cubría la estatua y la multitud aclamaba al artista. De pronto, inesperadamente, surgió la figura escultural de una mujer bellísima que vestida con blanca túnica avanzó con lento paso hasta situarse junto al monumento: era madame Segond-Weber, la incomparable trágica, que, apoyada en una de las columnas del Panteón, recitó de una manera incomparable un poema de Víctor Hugo. El efecto de aquella aparición fué indescriptible; el propio Rodin expresaba luego la impresión por él sentida con las siguientes palabras:

«Una gran corriente de público onduló hacia ella. Ha sido muy imprevisto aquel mármol viviente que se destacaba luminoso sobre la sombra del peristilo. El aire desplegaba inteligentemente el ropaje sobre la columna, y el *péplum,* amoldando el cuerpo, descubría los brazos redondos y llenos... ¿Habéis observado aquel momento cuando la artista, en el paroxismo de la emoción, blanca y palpitante se ha apoyado en la estela?.. En aquel instante me ha parecido que todo el monumento se estremecía... La artista ha sabido por la belleza de las formas elevarse á la altura del *Pensador.*»—X.

PEDRO CURIE

Pedro Curie, el gran sabio, el inventor del rádium, falleció en París el día 19 de los corrientes, á la edad de cuarenta y seis años, víctima de un accidente espantoso. Atravesaba la calle Dauphine, cuando resbaló, cayendo debajo de un carromato pesadamente cargado, una de cuyas ruedas le aplastó la cabeza, causándole una muerte instantánea.

Hasta fines de 1903, Curie sólo fué conocido de los sabios; sus numerosos trabajos de física no habían llegado aún á la masa del público, pero el descubrimiento del rádium le dió fama universal. Era en aquel entonces preparador de la Escuela de Física y de Química, y aunque había publicado importantes estudios sobre cristalización, como no era ambicioso no le extrañaba que le dejaran en lugar tan modesto y aun puede decirse que no deseaba sino que le dejaran seguir trabajando en su laboratorio de la calle Lhomond, en compañía de su esposa y colaboradora inteligente. Esta, hija de un profesor de Física de un instituto de Varsovia, había estudiado en la Sorbona de París, en donde la conoció el que después fué su marido, y había hecho notables experimentos sobre la radioactividad de ciertos cuerpos. Unidos los dos, prosiguieron en común sus experimentos y sus estudios, resultado de los cuales fué el descubrimiento del rádium, que le valió el premio Nobel en 1904 y que ha causado una verdadera revolución en la ciencia.

De este descubrimiento dedujeron hombres de ciencia y filósofos atrevidas consecuencias; pero Curie, tímido y modesto por temperamento, nada quiso deducir y se limitó á continuar regis-



PARÍS. - Inauguración de «El Pensador», de Rodin. La eminente trágica Mad. Segond-Weber declamando un poema de Víctor Hugo junto al monumento. (De fotografía de Hutin, Trampus y C.ª)

trando hechos exactos, comprobándolos unos con otros y clasificándolos, y no dejándose deslumbrar por lo que los demás profetizaban acerca de las maravillosas aplicaciones prácticas del nuevo cuerpo por él descubierto.

El gobierno quiso condecorarle, pero él rechazó ese honor, y si aceptó su designación para el Instituto fué porque con ello hallaba ocasión de proseguir en mayor escala sus experimentos. Algunos norteamericanos le ofrecieron medio millón de francos por los primeros decígramos de rádium que obtuvo; Curie no quiso desprenderse de ellos porque los necesitaba para sus trabajos, á los cuales dedicó también el importe del premio Nobel. El año pasado aceptó una cátedra en la Sorbona, pero fué con la condición de que se le facilitaría un laboratorio en donde pudiera trabajar en unión de su esposa: el día antes de su desgraciada muerte, el Boletín del ministerio de Instrucción Pública insertaba los documentos oficiales relativos á la construcción de ese laboratorio.

Pedro Curie, laborioso, modesto, aislado de lo que se llama vida social, estaba en absoluto consagrado á la ciencia, y la suprema sencillez de su vida y de su carácter era la de quien desde largo tiempo y sin espíritu de lucro se consagra á una idea magnífica é imperiosa.—N.

EL EMINENTE PROFESOR PEDRO CURIE, INVENTOR DEL RÁDIUM, FALLECIDO EN PARÍS EN 19 DE LOS CORRIENTES. (De fotografía de Hutin, Trampus y C.ª)

LA ERUPCIÓN DEL VESUBIO

Completando la información gráfica que acerca de esa terrible catástrofe dimos en el número último, publicamos en el presente algunas reproducciones de fotografías interesantísimas de los efectos de la erupción. La calle de Ottajano cubierta por una espesa capa de ceniza, la de Boscotrecase invadida por la lava y las ruinas de la importante fábrica de cristal de los hermanos Scudieri en la primera de las citadas poblaciones, permiten formarse idea perfecta de la magnitud de la catástrofe.

También publicamos el retrato del director del Observatorio del Vesubio, el eminente seismógrafo Víctor Rafael Matteucci, que acompañado sólo de cuatro gendarmes, encerrado en un frágil edificio de paredes cuarteadas que los estremecimientos del volcán y la lluvia de lava amenazaban destruir á cada instante, casi sin víveres, expuesto al furor del misterioso elemento, ha conservado una calma sobrehumana, reflejada en aquellos boletines telegráficos concisos, sencillos, exactos, que hora por hora redactaba. Y mientras los corresponsales llevaban la alarma al mundo entero exagerando las proporciones del desastre y dando por reales destrucciones de pueblos que afortunadamente subsisten todavía, el profesor Matteucci desde el sitio de verdadero peligro, entre los horrísonos estampidos del volcán y los torrentes de lava y la lluvia de piedras incandescentes y de ceniza, procuraba con sus noticias tranquilizar á las poblaciones aterradas.

La heroica conducta del señor Matteucci, á quien el rey Víctor Manuel II ha conferido *motu proprio* la condecoración de San Mauricio y San Lázaro, es tanto más meritoria cuanto que el Observatorio del Vesubio, el primer observatorio seismógrafo de Italia, carece casi de los instrumentos perfeccionados que la ciencia moderna ha creado para las investigaciones relativas á los volcanes. Aunque parezca mentira, los aparatos de que allí se dispone son primitivos y estropeados, las paredes ruinosas, las puertas desquiciadas, los muebles pobres y la dotación que le tiene señalada el Estado es de... ¡1.800 liras al año!—S.



EL PROFESOR MATTEUCCI EN EL OBSERVATORIO DEL VESUBIO, DEL CUAL ES DIRECTOR. (De fotografía de Carlos Abeniakar.)



La erupción del Vesubio.—Ottajano. La calle principal del pueblo invadida por la ceniza

(De fotografía)



La erupción del Vesubio.—Boscotrecase.—La calle principal del pueblo invadida por la lava

(De fotografía)



La erupción del Vesubio.—Ottajano. La fábrica de cristal de los hermanos Scudieri, destruída por los efectos de la erupción. En esa fábrica trabajaban 400 obreros; las pérdidas se calculan en dos millones de liras. (De fotografía de Carlos Abeniakar.)



La erupción del Vesubio.—Habitantes de las inmediaciones del Vesubio implorando del cielo que contenga la corriente destructora de lava

(Dibujo del natural de Ricardo Pellegrini.)

IGNACIO JUAN PADEREWSKI

(Véase el retrato de la pág. 281)

El eminente pianista que dentro de pocos días dará dos conciertos en el teatro Principal de esta ciudad, nació en 6 de noviembre de 1860 en Podolia (Polonia rusa) y empezó á tocar el piano á la edad de tres años. A los siete hizo sus primeros estudios con un maestro de la localidad, Pedro Souvenski, y en 1872 fué á Varsovia, en donde aprendió armonía y teoría con Roguski, perfeccionándose luego en estas enseñanzas con Federico Kiel.

Poco después emprendió su primera *tournée* por Rusia, Siberia, Servia y Rumanía ejecutando únicamente composiciones suyas. A los diez y ocho años fué nombrado profesor de la Academia de Varsovia, y en 1884 obtuvo una cátedra en el Conservatorio de Estrasburgo; pero aquel mismo año abandonó la enseñanza para dedicarse á dar conciertos. A este efecto púsose en Viena bajo la dirección de su compatriota Teodoro Lechetizki, el célebre maestro de pianistas, y al cabo de tres años de perseverantes estudios, hizo en 1887 su debut ante el público de la capital de Austria, que le acogió con entusiasmo inmenso. De allí pasó á Alemania, en donde dió varios conciertos con extraordinario éxito, y en 1889 el público parisiense le proclamó verdadera celebridad europea.

En 9 de mayo de 1890, tocó por vez primera en Londres y luego en otras capitales inglesas, consiguiendo en todas partes grandísimas ovaciones, que desde entonces no han cesado de acompañarle dondequiera que se ha dejado oir.

Su fama es universal; su habilidad, verdaderamente extraordinaria, es unánimemente reconocida, y sus triunfos son tan brillantes como indiscutidos.

En la interpretación de cuantas obras ejecuta demuestra una pureza de estilo admirable; especialmente en la de las obras de su compatriota Chopin no tiene rival. En cuanto á su mecanismo, es prodigioso, sorprendente.

Ha escrito muchas composiciones para piano que han tenido gran aceptación, otras para orquesta y varias para canto.

Los dos conciertos que Paderewski ha de dar en Barcelona serán, según parece, los últimos que el genial artista dará en España, pues dícese que en adelante se propone dedicarse exclusivamente á la composición.

EL CONDE DE ROMANONES EN BARCELONA

La índole de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA nos impide entrar en el estudio de las causas que hayan podido motivar la venida del Sr. ministro de la Gobernación á esta ciudad; trátase de cuestiones esencialmente políticas y este es un terreno vedado á nuestro periódico. Unicamente consignaremos que por acuerdo del Consejo de Ministros el Sr. conde de Romanones ha permanecido unos días en nuestra capital, poniéndose en contacto con las personalidades y entidades más importantes, tomando, por decirlo así, el pulso á la opinión barcelonesa, recogiendo las aspiraciones de Barcelona y de toda Cataluña y enterándose de los problemas principales aquí planteados, á fin de dar luego cuenta de todo ello á sus compañeros de gobierno y proponer las soluciones que á esos problemas pueden darse.



BARCELONA. – LLEGADA DEL MINISTRO DE LA GOBERNACIÓN EXCMO. SR. CONDE DE ROMANONES EL DÍA 20 DE LOS CORRIENTES. (De fotografía de A. Merletti.)

Durante los tres días que ha permanecido en esta ciudad, no ha cesado el ministro de celebrar conferencias con particulares y corporaciones, habiendo además visitado al Ayuntamiento, á la Diputación, la Casa de Caridad y la de Maternidad y Expósitos, y sido obsequiado con sendos banquetes por el Alcalde Excmo. Sr. marqués de Marianao y por la Diputación provincial.

También visitó, antes de su regreso á Madrid, las ciudades de Tarragona y Reus. En ellas, como en Barcelona, fué el señor conde de Romanones muy afectuosamente recibido.

GUSTAVO VAPEREAU

El escritor eminente, que el 18 del actual falleció en París, había nacido en Orleáns en 4 de abril de 1819 y á la edad de 19 años obtenía el premio de honor en el primer concurso general de filosofía, instituído por M. Salvandy. Entró luego en la Escuela Normal, en donde fué agregado y profesor, abandonando este cargo á raíz del golpe de Estado de 1852. Entonces estudió la carrera de derecho y ejerció la abogacía en París. Durante el gobierno de la Defensa Nacional y la presidencia de Thiers fué prefecto del Cantal y de Tarn-et-Garonne, y desde 1877 á 1888 inspector general de Instrucción pública.

Dotado de un talento enciclopédico y de una erudición sólida y variada, publicó notables trabajos de filosofía, pedagogía, historia y literatura; pero la obra que le dió fama universal fué su *Diccionario general de los contemporáneos*, publicado en 1858 con un éxito extraordinario que se reprodujo en todas las posteriores ediciones del mismo.

Además de su Diccionario escribió con el título de *El año literario y dramático* una revista anual, en la que registraba y analizaba con imparcial criterio la producción de la literatura francesa.

Deja también un libro precioso *El hombre y la vida*, en el que coleccionó multitud de máximas y pensamientos morales de gran valía.

Era caballero de la Legión de Honor desde 1878.

MISCELÁNEA

Bellas Artes.—BARCELONA. – *Salón Parés.* – El joven artista mexicano Francisco B. y Goitia, que estudia en esta ciudad bajo la dirección del profesor Sr. Galí ha expuesto una colección de obras, en su mayoría dibujos al carbón, reproducciones de sitios pintorescos de Barcelona, de Montserrat y del Montseny, notables por su vigor, por su fuerza sugestiva y por el perfecto dominio del claroscuro que revelan. En uno de nuestros próximos números publicaremos algunos de estos dibujos. Han expuesto asimismo: Juan Llimona varios cuadros de figuras y un paisaje y un interior, hondamente sentidos y bella y sobriamente ejecutados; José M.ª Tamburini un cuadro de género en el que el vigor del dibujo y del modelado se armonizan con el idealismo que á todas sus composiciones sabe imprimir ese artista; Dionisio Baixeras un paisaje con la figura de una pastora, lienzo notable bajo todos conceptos y en especial por su luz; Laureano Barrau dos preciosas acuarelas; Ivo Pascual algunos hermosos efectos de nieve, y Flo una lindísima figura de mujer.

Establecimiento de Esteva y Figueras. – El celebrado pintor Sr. Brull ha expuesto en este establecimiento treinta obras, paisajes y medias figuras, en todas las cuales se admiran la delicadeza de la composición, la corrección del dibujo y la armonía del colorido que caracterizan á tan notable artista.

Espectáculos.—BARCELONA. – Se han estrenado con buen éxito: en el Principal *Scherzo*, comedia en un acto de J. Pous y Pagés, y *Fra Garí*, visión musical en cinco cuadros, leyenda de Montserrat, letra de Javier Viura, música del maestro Morera y decorado de Vilumara, Moragas, Alarma y Junyent; en Romea *Sirena*, idilio de Apeles Mestres; *Gira-Sol*, comedia en tres actos de Ignacio Iglesias; *L'amich Cirera*, comedia en un acto de Lamberto Escaler, y *La reina*, cuadro dramático en un acto de Augusto Barbosa. En el Liceo se ha cantado con gran éxito la ópera en tres actos *Bruniselda*, letra de D. José Puigdollers y D. Arturo Masriera, traducida al italiano por el Sr. Casanovas, y música del maestro Morera, habiendo sido éste objeto de entusiastas aplausos, que compartieron con él el director Sr. Lamote de Grignón, las Sras. Carrera y Fazzini y los Sres. Blanchart y Borgatto.

Academia Granados. – Se ha celebrado en esa academia un notable concierto dedicado á Haendel y cuyo programa se componía de la sonata en *si bemol* (1.ª audición) para dos violines y piano; de la sonata en *la* para piano y violín; de la *suite* en *mi menor* para piano, y de la sonata en *re* (1.ª audición) para dos violines y piano. Todas esas piezas fueron perfectamente ejecutadas por las violinistas Srtas. Wiederkehr, Comella, Viada y Gili, discípulas de D. Enrique Ainaud, y por la Srta. Icart, discípula del maestro Sr. Granados.

PARÍS. – Se han estrenado con buen éxito: en la Comedia Francesa *Paraitre*, comedia en cuatro actos de Mauricio Donnay; en el Ambigu *La tourmente*, comedia en cuatro actos de Mauricio Landay; en el teatro Antoine *La Thune*, comedia en un acto de Jorge Fragerolle; *Severité*, comedia en un acto de León Frapié y Pablo Luis Garnier; *Depuis six mois*, comedia en un acto de Max Maurey; *Op o' my tomb*, comedia en un acto de Fenn y Price, traducida del inglés por M. Severe; *Une vieille renommée*, comedia en un acto de Alfredo Athis, y *Babouche*, comedia en un acto de Luis Marsolleau y Jacobo Lorie; en Capucines *Par ricochet*, comedia en un acto de Alfredo Edwarts, y *Potage bisque*, comedia en un acto del barón Enrique de Rothschild; en Folies Dramatiques *La troupe Chambertin*, vaudeville en tres actos de Pablo Delaroy; en el Palais Royal *Trefle à Quatre*, vaudeville en tres actos de los Sres. Nancey y Armont, y en la Renaissance *La griffe*, comedia en cuatro actos de Enrique Bernstein.

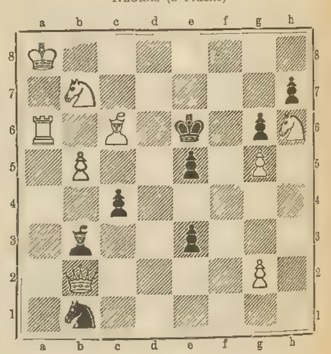


EL EMINENTE ESCRITOR, FILÓSOFO Y LITERATO FRANCÉS GUSTAVO VAPEREAU, FALLECIDO EN PARÍS EN 18 DE LOS CORRIENTES. (De fotografía.)

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 423, POR V. MARÍN.

NEGRAS (8 PIEZAS)



BLANCAS (9 PIEZAS)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 422, POR V. MARÍN.

Blancas.	Negras.
1. Dg8–g2	1. b4×c3
2. Ce1×d3	2. Cualquiera.
3. D ó C mate.	

VARIANTES

1...... Ah1×g2; 2. Ce1×g2, etc.
Cb1×c3; 2. Ce6–f4 jaque, etc.
Otra jug.ª; 2. Ce6–f4 jaque, etc.



Sacó el reloj para mirar la hora, y con asombro...

EL FALSARIO

NOVELA DE JULIÁN HAWTHORNE

ILUSTRACIONES DE MAS Y FONDEVILA

(CONTINUACIÓN)

—¿Cómo está usted, amigo mío?, preguntóle el inspector estrechando su mano afectuosamente. ¡Ah!, añadió, veo que también está usted un poco pálido á consecuencia del exceso de anoche... Me alegro encontrarle, porque voy á pedirle un favor, y no puedo solicitarlo también de nuestro amigo Williams porque, según me han dicho, estará fuera algunos días. Se reduce á que acepte un asiento en mi palco del teatro nuevo para ver la función de esta noche; pero tengo otra razón particular para desear su presencia. Me dispensará usted un señalado favor. ¿Puedo contar con usted?

—Seguramente, señor barón, y le doy las gracias.

—¡Ah, muy bien! Es muy posible que usted pueda prestarme un servicio. Pero... ¿qué rasgón es ese que veo en su levita? ¿Se ha enganchado usted en algún clavo? Dispense mi curiosidad; nosotros los de policía tenemos obligación de observarlo todo. ¡Vamos, hasta la noche, señor conde, que voy de prisa! ¡Adiós!

«Esto viene á pedir de boca—pensó Fedovsky mientras franqueaba la escalera que conducía á su habitación.—Tengo curiosidad por saber si esta noche habrá en el teatro vestigios de la escena ocurrida entre Brown y yo.»

Fedovsky se desnudó, lavó la herida de su pecho, que apenas tenía un cuarto de pulgada de profundidad, y se puso el traje de etiqueta. Después de hacer todo esto, aún le quedaba una hora de tiempo, y aprovechóla para escribir el parte de lo ocurrido, que debía enviar al inspector Byrnes. A eso de las seis concluyó, encerró el pliego en el cajón de su mesa, guardó la llave en el bolsillo y se fué al teatro.

XX

EL HORÓSCOPO

El anuncio de un nuevo drama había despertado la curiosidad del público que suele asistir al teatro, pues veíase entrar mucha gente por las puertas, y cuando Fedovsky llegó encontró casi todas las localidades ocupadas. El palco regio estaba muy bien adornado, y esperábase al monarca de un momento á otro. Después de contemplar un rato la animada escena que se ofrecía á sus ojos, el joven ruso buscó el palco del barón.

El inspector se hallaba allí ya, y recibió al conde cordialmente; llevaba la cinta de una condecoración en el ojal de su levita, y tenía un aspecto muy respetable; en el palco había otro caballero de edad media, que el barón presentó á Fedovsky bajo el nombre de Herr Klesmer, sin hacer después el menor aprecio de él.

—Según indiqué á usted antes, dijo el barón después de hablar un rato sobre cosas indiferentes, quizás le será dado prestarme un servicio. ¿Tiene usted buena memoria para recordar las fisonomías?

—Por lo regular siempre me acuerdo de las de mis amigos. ¿Es eso lo que usted quiere decir?

—Sí; pero supongo que también tendrá presentes las de sus enemigos...

—¡Sabio es quien conoce á éstos, barón!

—Es muy verdad; pero vamos al caso. Usted ha viajado bastante por Europa y América, donde ha conocido mucha gente; y si no estoy mal informado, mientras estuvo usted en Nueva York exploró algunas veces los barrios más tenebrosos de la ciudad, donde están las guaridas de los ladrones..., ¿no es así?

—Apenas puedo decir que hice eso, barón, pues todo se redujo á ir una noche con varios amigos á visitar los barrios bajos de la ciudad; pero no vimos nada digno de tenerse en cuenta.

—Eso puede ser una opinión de usted, repuso el barón encogiéndose de hombros; pero cuando menos, notará usted que no me son del todo desconocidos sus actos, ni aun allende el Atlántico. Ahora bien, según me dijo nuestro amigo Williams ayer, y como es generalmente sabido, hay una asociación de falsificadores americanos que trabajan por aquí; pero ignórase que también han venido otras personas que, sin estar relacionadas con esos bribones, hacen mucho daño por su propia cuenta. Ahora se halla en la ciudad uno de esos hombres, inglés ó americano, tenemos conocimiento de algunas de sus depredaciones, pero no nos ha sido posible identificarle. Por fortuna, he sabido últimamente, por conducto que no necesito citar, que ese individuo habla muy bien el alemán, pretende ser súbdito sajón, y se ha contratado en la compañía que trabaja esta noche.

—Eso es muy interesante, barón, repuso Fedovsky lánguidamente, mientras levantaba sus gemelos para mirar un grupo de señoras.

—No es eso todo, continuó el inspector; tengo motivos para creer que ese infame ha robado hoy mismo y tal vez asesinado dentro de este teatro á un rico extranjero que acababa de llegar.

—Me cuenta usted un hecho extraordinario, dijo Fedovsky pasando tranquilamente el pañuelo por el cristal de sus gemelos. ¿Quién era ese rico extranjero?

—Tengo mis motivos para no citar su nombre ahora. Ya se sabrá con el tiempo.

—Pero si se hubiese robado ó asesinado á un hombre esta misma tarde en el teatro donde estamos, quedarían por lo menos algunos vestigios...

—¡Precisamente!.. Y esta es la parte más misteriosa del caso; pero sepa usted que el hombre que ha cometido ese crimen debe presentarse en escena dentro de poco, y yo quisiera ver si usted le reconoce. En este caso, y si halla usted relación alguna entre su persona y cualquiera transacción ilegal en América ó en otra parte, esto simplificaría nuestro trabajo, pues las pruebas que tenemos, aunque concluyentes desde el punto de vista moral, no son del todo irrefutables.

—¿Y cómo se llama ese hombre?, preguntó el ruso.

—¡Oh! Tiene varios nombres, pero he sabido que el verdadero es Bolan..., Carlos Bolan.

Este informe fué un rayo de luz para Fedovsky. Si Brown era Bolan, explicábase que éste alegase en su primera entrevista con el conde que ya le conocía por conducto del supuesto Roberto Cecil.

Pero Fedovsky no comprendía bien aún todo, y preguntábase quién había dado el informe sobre el hecho ocurrido en el interior del teatro aquella tarde. ¿Se trataría de otro accidente análogo al que á él se refería? Imposible era creerlo así; y sin embargo, ¿por qué conducto recibiría el barón la noticia? Fedovsky no había dicho una palabra sobre el asunto, y no era de presumir que su antagonista se hubiese delatado á sí propio. En su consecuencia, era indudable que algún testigo invisible presenció la escena; pero ¿cómo podía ver en la obscuridad? Y aun suponiendo que viese, ¿por qué no dió á conocer su presencia? Fedovsky iba á preguntar al barón á qué hora había recibido el parte, cuando la entrada del rey y su acompañamiento distrajo la atención de todos, y un momento después levantóse el telón.

El drama prometía ser muy bueno é interesante, y el aparato escénico tenía mucho atractivo. El rey aplaudió, y dicho se está que todo el público imitó su ejemplo. Entre tanto Fedovsky tenía la mirada fija en el escenario, pero sin ver lo que se hacía, mientras que el barón se interesaba mucho al parecer; mas á los pocos momentos volvióse hacia su compañero Herr Klesmer y hablóle en voz baja. El hombre se levantó al punto, salió del palco, y volviendo á los diez minutos, dijo al inspector algunas palabras al oído. Un instante después terminó el acto y se bajó el telón.

—La función promete ser buena, dijo Fedovsky; pero no recuerdo ninguna de las fisonomías que he visto en el escenario.

—Ya estaba preparado á oirle á usted decir eso, contestó el barón; el hecho es que la persona en quien yo deseaba que usted fijara su atención no se ha presentado.

—¿Es decir, que no aparece en el primer acto?

—El personaje sí, pero el ejecutante no ha sido el que yo esperaba.

—¿Cómo es eso?

—Quiero decir, replicó el barón con cierta expresión de enojo, que del papel de *Zamiel* se ha encargado á última hora otro actor, pues no se ha encontrado al hombre que debía representarle.

—Es un enojoso contratiempo, repuso Fedovsky con expresión de simpatía; pero bien mirado, si el individuo acaba de robar y asesinar, nada de extraño tiene que trate de ocultarse.

—Lo que usted dice sería exacto si no fuera por el hecho de que el hombre no presume de que se sospecha de él, y le hubiera convenido más presentarse en su papel para no despertar sospechas.

—Quiere decir, replicó Fedovsky, que se le ha escapado á usted de entre las manos...

—¡Oh! No lo conseguirá, pues ya he adoptado mis medidas para evitarlo, aunque me hubiera convenido más no cambiar mi programa.

Dicho esto, el barón se recostó en su silla para continuar hablando confidencialmente con Herr Klesmer.

Entre tanto Fedovsky, no teniendo con quién hablar, comenzó á examinar con sus gemelos los palcos y la platea que estaban en el campo de su visión; pocos momentos después observó algún movimiento en el lado opuesto, y vió que una dama, cubierta en parte con un elegante abrigo blanco, entraba en uno de los palcos más pequeños. Vestía un precioso vestido de seda azul, que dejaba ver sus hombros y brazos desnudos, muy blancos y de exquisita forma; su cabello, rubio como el oro, comunicaba un encanto singular á sus facciones; y todo en ella revelaba gracia y distinción: era la princesa Volgorousky.

Lo que más sorprendió á Fedovsky en este inesperado encuentro fué la circunstancia de que le afectase tan ligeramente. La mujer que durante siete años había sido el principal pensamiento é influencia de su vida no aceleraba en aquel momento los latidos de su corazón; y no porque tuviese menos atractivos, pues hallábase en el apogeo de su hermosura, sino porque su belleza había dejado de conmoverle. Recordaba que la última vez que la vió estuvo á punto de unirse con ella para toda la vida; y ahora preguntábase si valdría la pena molestarse en pasar al otro lado del coliseo para hablarla. Gran cambio era este, pero habíase producido ya en el año en que conoció á Serafina Vanderblick, cuyos brillantes ojos y elevado carácter hicieron el milagro. Mirando á Vera y pensando en la hija del banquero, regocijóle convencerse de la supremacía de esta última en su corazón. Y sin embargo, Serafina estaba muy lejos, y no tenía esperanza de unirse con ella, mientras que Vera sería suya si lo solicitase; pero el amor se burla de lo que es fácil y complácese en alcanzar lo difícil.

El conde tenía la vista fija en la princesa, y al mismo tiempo recordaba los incidentes de su último encuentro con ella en Mónaco, su inexplicable conducta, y su repentina y misteriosa marcha; también pensó que el Sr. Williams fué quien le presentó en la casa; y no pudo menos de notar la coincidencia de que éste y Vera volviesen á estar en la misma ciudad. Tal vez había algo entre ellos; Williams era un hombre respetable y rico, y nada de extraño tenía que la princesa accediese á darle su mano. No obstante, esta solución no parecía satisfactoria al joven ruso, y tampoco creía probable que Vera deseara unirse con el Sr. Williams. ¿Podría existir entre ellos más relación que la del afecto? La verdad es que Fedovsky no sacaba nada en limpio de sus conjeturas.

La princesa, á quien acompañaba una señora de avanzada edad, parecía indiferente y no fijaba su atención en objeto alguno, como si nada la inspirase curiosidad; y en aquel momento miraba distraídamente la orquesta. Movía lentamente su precioso abanico de pluma azul, y parecía estar pensativa. Al fin la orquesta comenzó á preludiar, y entonces Vera se incorporó, paseó su mirada por la platea, y vió al fin á Fedovsky al otro lado. El abanico quedó inmóvil en el mismo instante, lo mismo que Vera, quien no hizo al pronto el menor ademán ni manifestó asombro; pero después saludó con una imperceptible inclinación de cabeza, y Fedovsky contestó del mismo modo.



La princesa Volgorousky vestía un precioso vestido de seda azul

Un momento después, el conde se volvió hacia el barón.

—Ahí veo una señora, frente á nosotros, que viste de azul, dijo, y creo reconocerla; me parece que la hablé hace algunos años. ¿Podría usted decirme su nombre, para refrescar mi memoria?

El barón era hombre que presumía de conocer todas las personas y cosas.

—Pues le felicito á usted, señor conde, contestó. Esa dama es polaca y muy distinguida; poseedora de una gran fortuna, viaja de incógnito bajo el nombre de señora Kroneska; su esposo fué ejecutado por conspirador seis años hace, pero la mujer pudo conseguir del emperador que se le devolvieran sus dominios. Creo que es algo excéntrica; vive sola y tiene muy pocas relaciones.

—No es posición nada agradable para una dama de tantos atractivos.

—Pues nada se ha dicho contra ella, repuso el barón encogiéndose de hombros, y creo que trata con la mejor sociedad de Europa. Sin embargo, tal vez algún día se canse de su respetabilidad y acabe por dar un mal paso; mas aún es joven, y sin duda aprecia mucho su posición social.

—Creo, replicó Fedovsky, que es la misma dama que yo conozco, aunque mi conocimiento con ella es anterior al casamiento de que usted habla. Para salir de dudas, y con permiso de usted, añadió Fedovsky, voy á verla ahora mismo.

Así diciendo salió del palco, dió vuelta á la platea, y fué recibido en el de la señora Kroneska.

Vera le ofreció su mano, pero sin que la más ligera sonrisa entreabriese sus labios al darle la bienvenida.

—¿Está usted satisfecho de la biografía que le ha dado el barón respecto á mí?, preguntóle.

Y sin esperar contestación, añadió:

—¿Conque al fin marchó usted á América y ha regresado ya?

—Así es; y tal vez cruce por tercera vez el Océano antes de establecerme de hecho.

—Me parece que no me gustaría la América, dijo Vera con aire distraído.

—Estoy seguro que no, replicó Fedovsky.

Vera miró fijamente al conde, y sus ojos se obscurecieron, pero después recobró su aire de indiferencia.

—Y yo estoy segura, repuso, que á usted no le agradará Europa.

—¿Por qué no? A mí me parecía muy bien antes. ¿Habrá cambiado tanto en un año?

—Sí, no han faltado cambios...

Y abriendo su abanico, añadió en voz baja:

—¿Cómo es que no me pregunta usted qué causa me indujo á salir de Mónaco sin despedirme?

—Vi al Sr. Williams ayer; me habló de usted, y díjome algo sobre...

—¡Ah, sí! Eso fué una razón; mas puede haber otras que él no conoce. ¡No importa! Yo evité despedirme de usted; y ahora ha vuelto... Bien, usted es muy dueño de obrar como le parezca.

—Casi me da usted á entender con esas palabras, dijo el conde sonriendo, que hubiera usted preferido que yo no volviera á Europa.

—¿No era usted feliz allí?

—Feliz y desgraciado, contestó el conde ruborizándose. Como sucede en todo el mundo.

—¿Y le han ido bien los asuntos desde que regresó?

—¿En qué sentido?, preguntó Fedovsky.

Vera sonrió de una manera singular.

—Por lo menos, repuso, ha escapado usted con vida; y en este punto puede darse por contento.

Esta observación era tan aplicable, dada la imposibilidad de que la joven supiese lo ocurrido en el teatro aquel día, que Fedovsky no supo qué contestar.

Vera, observando su confusión, sonrió de nuevo.

—Ultimamente, dijo, me dió por estudiar la astrología, y he buscado el horóscopo de usted. Las estrellas me dicen que está usted cruzando por el período más peligroso de su vida, y que ha emprendido algo que no le será posible realizar, porque tiene enemigos que conspiran contra usted. Yo le aconsejo que renuncie á su empresa y regrese á Nueva York antes de que sea demasiado tarde.

En aquel momento levantóse el telón para el segundo acto.

XXI

ZAMIEL

Vera volvió á tomar la misma posición de antes, fijando sus miradas en el escenario; y en cuanto á Fedovsky, no sabía qué opinar de sus palabras y de su proceder; pero pensaba que si la princesa hubiera conocido todas las circunstancias de su estancia en Dresde, no habría podido decir cosas aplicables al caso en que él se hallaba. Sus alusiones respecto á los peligros á que se exponía indicaban más claro conocimiento del que él mismo tenía respecto á su situación, pues aunque él trabajaba contra los falsificadores, ninguna circunstancia le inducía á creer que éstos lo supiesen y conspiraran á su vez para perderle. La alusión podía referirse á su terrible lucha con Brown; mas por otra parte era una locura suponer que Vera tuviese conocimiento del hecho; podía imaginar que el barón hubiera recibido algún informe; pero de ningún modo que Vera supiese la menor cosa sobre lo ocurrido.

El personaje *Zamiel*, en el drama que se representaba, aunque importante como complemento en el conjunto del cuadro, carecía de originalidad de concepción en la parte dramática; era como el Satán de todos los espectáculos teatrales, que tan sólo

ha de producir efecto por sus breves frases, pronunciadas con voz profunda y cavernosa, por el color llamativo de su traje y por lo súbito de su aparición y desaparición, generalmente entre rojizas ó azuladas llamas.

El primer acto de la obra había obtenido éxito; mas ya se llegaba al segundo, es decir, al punto culminante de la acción, en el que debía trabarse una lucha terrible entre el genio del bien y el genio del mal, representados respectivamente por la *Reina de las hadas* y *Zamiel*. Aquélla aparece primero, acompañando á los amantes á quienes protege, y dispónese á conducirlos á puerto seguro, cuando de pronto se abre la tierra bajo sus pies, se ven salir llamas sulfurosas, y en medio de ellas surge el poderoso Zamiel, que saliendo del abismo sin fondo, representado por las profundidades del foso bajo el escenario, quiere cerrar el paso á la reina. Tales son los detalles prescritos para este cuadro.

Ahora bien, la Reina de las hadas acababa de presentarse en escena con los amantes, y al llegar al centro, abrióse el escotillón por donde Zamiel debía salir; pero éste no se presentó; la Reina, sus protegidos, el público y hasta el monarca esperaban con impaciencia; mas hubiérase dicho que su majestad satánica tenía alguna grave ocupación en su tenebroso reino. Algunos espectadores se mostraban ya dispuestos á silbar.

De improviso cesó la expectativa, aunque de una manera improcedente y singular.

Oyóse un grito ahogado, que nadie supo decir de dónde venía, y se vió salir por el escotillón una figura humana que, después de caer pesadamente hacia atrás, arrastróse de rodillas y púsose al fin en pie; tenía el cabello y el rostro impregnados de sangre coagulada, y comenzó á mirar á su alrededor con expresión de espanto; mientras que sus miembros se estremecían convulsivamente.

Este incidente hizo enmudecer de asombro al numeroso público; algunas señoras se desmayaron y muchos caballeros se ponían en pie, cuando un mal intencionado gritó de pronto en la galería: «¡Fuego, fuego!» Al oir esta alarmante palabra, los más de los espectadores se levantaron para correr hacia las puertas; mas el pánico cesó casi tan repentinamente como se había producido.

El palco regio estaba situado en el centro de la herradura que la platea formaba, y como gran parte del público debía pasar por delante, natural era que fijase en él la atención. Así vió que el buen rey Alberto, que se había batido valerosamente en Sedán, lejos de participar de la alarma de sus súbditos, se reclinaba en su sillón con tanta tranquilidad como si estuviera en su palacio Japonés. Y en medio del silencio que se siguió, oyeron al soberano decir en alemán á su ayudante: «Déme usted los gemelos, Greetchen, pues nunca había tenido, hasta ahora, oportunidad de ver á *Zamiel* en traje de casa.»

Aquello era el triunfo del sentido común y de la presencia de ánimo sobre el temor ciego y el egoísmo brutal. Al pronto se produjeron murmullos y exclamaciones; después resonaron algunas carcajadas, y al fin se aplaudió al rey por su serenidad, volviendo los más á ocupar sus asientos.

Entre tanto el barón, que había salido del palco con el imperturbable Herr Klesmer, precipitábase en el escenario, y cogiendo á *Zamiel* por el cuello le arrastró hasta detrás de los bastidores. La Reina de las hadas y los dos amantes, aunque un poco desorganizados por la interrupción, repusiéronse muy pronto, y el drama siguió su curso, á pesar del rumor producido por los murmullos y comentarios del público.

Durante el tumulto, Fedovsky y Vera habían permanecido en su puesto. La aparición de aquel hombre cubierto de sangre, que salía de las entrañas del escenario, les sorprendió tanto como á los demás espectadores; mas el incidente fué para el conde un rayo de luz, y dióle la explicación de lo que había sido tan misterioso para él. La lucha que sostuvo aquella tarde contra su agresor invisible, que por supuesto no podía ser otro sino Bolan, debía haber tenido lugar cerca del centro del escenario; el hombre abrió sin duda antes el escotillón con objeto de arrojar por allí á Fedovsky después de extrangularle y robarle; y sin duda se proponía bajar después para asegurarse de que estaba bien muerto, y ocultar su cadáver entre la basura. Pero el resultado de la lucha fué muy contrario al que el asesino esperaba; cuando el conde le arrojó sobre su cabeza, en vez de caer el ladrón en el escenario, pasó por el escotillón abierto, y fué á parar al fondo, á quince pies de profundidad. donde quedaría completamente aturdido por el golpe. Allí permaneció durante algunas horas, hasta que, comenzada la representación, el ruido le hizo volver en sí. Tal vez recordó entonces vagamente el papel que debía desempeñar, y arrastróse hasta la plataforma que debía elevarse, precisamente en el momento en que la acción reclamaba su salida. El actor que debía substituirle, no siendo hombre práctico, quedó confuso al ver otro individuo en la plataforma; pero la obscuridad y la prisa del momento impidieron toda investigación por el pronto, y así se produjo el grotesco incidente.

El infame Bolan había ya recibido el castigo de su crimen, pero seguramente el barón no se contentaría con esto.

Satisfecha ya la curiosidad de Fedovsky, éste quiso saber cómo había afectado el incidente á Vera. Al ver á Bolan, la princesa se inclinó hacia adelante, con la boca entreabierta y los ojos dilatados; el temor al fuego coloreó sus mejillas, aunque no manifestase mucha inquietud; y por último, cuando Bolan fué arrastrado por el barón hasta los bastidores, volvióse hacia Fedovsky arqueando las cejas.



Así diciendo levantóse, y cogiendo el brazo de su acompañante, se dispuso á salir del palco

—Algunas veces, dijo, se confirma el antiguo proverbio: «Aquel que abre el pozo, caerá dentro.»

—¿Sabe usted algo acerca de ese hombre?, preguntó Fedovsky bruscamente.

—Lo mismo le preguntaría yo á usted, replicó Vera; pero no es necesario que me conteste, porque ya sé que ha tratado usted con él.

—¿Quién le ha dado á usted la noticia?

—Podría decir, repuso Vera, encogiéndose de hombros, como ya indiqué antes, que soy astróloga, ó bien que el barón es amigo mío.

—Pues yo contestaría que ni las estrellas ni el barón saben nada de mis asuntos.

—¡Y sin embargo, replicó Vera con una sonrisa, parecen ser bien conocidos!

Así diciendo levantóse, y cogiendo el brazo de su acompañante, se dispuso á salir del palco.

—¿Se va usted?, preguntó el conde. Sírvase decirme al menos dónde podré verla...

—Mejor será que no trate usted de visitarme; y si usted es prudente, seguirá el consejo que le dí hace poco. Si yo le hablase más claramente sería peligroso para los dos, añadió con tono más benévolo. La única probabilidad para que usted obtuviese buen éxito en su misión consistía en el secreto, y este es conocido ya. Ha escapado usted una vez; mas no lo conseguirá á la segunda. Prométame volver á Nueva York.

—No puedo prometerla á usted nada, pues no comprendo lo que quiere decir, contestó Fedovsky. Usted asegura que se ha descubierto mi secreto; yo la responderé que también descubriré el suyo.

(Se continuará)



San Francisco de California, destruída en parte por el terremoto y por el incendio. – 1. El Capitolio en Sacramento. – 2. La casa Crocker. – 3. La Casa de la Moneda destruída por el incendio. – 4. El palacio Flood en la calle de California. – 5. Vista de la Market-Street (calle del Mercado). – 6. Palacio del «New Chronicle», único *skyscraper* que resistió el terremoto. (De fotografía.)

LA DESTRUCCIÓN DE SAN FRANCISCO

DE CALIFORNIA

La importante ciudad de San Francisco de California ha sido destruída por un terremoto y por un incendio. El día 18 de este mes, á las cinco y trece minutos de la mañana, sintióse la primera sacudida, que duró tres minutos y fué de terribles efectos. Todos los edificios temblaron sobre sus cimientos y muchos de ellos se derrumbaron, sepultando entre sus escombros numerosas víctimas. A este primer sacudimiento sucedieron otros dos con algunas horas de intervalo.

La enumeración de las grandes construcciones, públicas y privadas, que en un momento quedaron convertidas en montones inmensos de ruinas, es tarea punto menos que imposible; entre las principales citaremos la Gran Ópera, el palacio de Telégrafos, el de la compañía de seguros la «Mutual Life,» el Banco Anglo-californiano, el consulado francés, la iglesia, el colegio de los jesuítas, el gran almacén *Departement Store*, los inmuebles de los periódicos *San Francisco Call* y *Examiner* y otros muchos.

Mas no se limitaron á estos los daños de la catástrofe; á consecuencia del terremoto rompiéronse las cañerías del gas, ocasionándose con ello grandes incendios que destruyeron la mayor parte de los edificios que habían resistido á los sacudimientos sísmicos. Y como tambien quedaron rotas las conducciones del agua, no hubo medio de atajar el avance de las llamas, que en cinco días redujo á cenizas barrios enteros de la ciudad, pudiendo salvarse algunos, gracias al empleo de la pólvora y de la dinamita, que se utilizaron para derribar casas y aislar el fuego.

Desde los primeros momentos, la población en masa huyó de la ciudad presa del más horrible pánico, refugiándose en el parque de Golden Gate, en el Presidio y en los pueblos de los alrededores. En 300.000 se calcula el número de habitantes que han vivido varios días á la intemperie, sufriendo toda clase de privaciones y durante algún tiempo los horrores del hambre y de la sed, pues todos los depósitos de víveres quedaron destruídos, y rotas, según hemos dicho, las cañerías del agua.

Apenas ocurrida la catástrofe, San Francisco fué declarada en estado de sitio, encargándose del gobierno de la misma el general Funston, que adoptó desde los primeros instantes las más rigurosas medidas para castigar á los ladrones que, aprovechándose del pánico, se dedicaron al pillaje, no respetando ni siquiera los cadáveres, á los cuales mutilaban para apoderarse de sus joyas. Muchos de esos criminales fueron fusilados en el acto, y con algunos de ellos, organizados en cuadrillas, hubo de sostener la tropa verdaderos combates.

El gobierno no tardó en organizar los socorros, enviándose inmediatamente á San Francisco tiendas de campaña, víveres y agua en abundancia, y el Congreso ha votado ya 2.500.000 dólars para indemnizar á las víctimas. Las subscripciones que en favor de éstas se han abierto alcanzan ya sumas que en otro país que no fuese los Estados Unidos se considerarían fabulosas: los neoyorkinos reunieron en los primeros días 400.000 dólars, la ciudad de Boston 100.000; la ciudad de Baltimore envió á San Francisco un tren de provisiones; Rockefeller, Astor, Carnegie y todos los poseedores de inmensas fortunas, que, como es sabido, son allí en número muy considerable, se han subscrito por 100 000 dólars cada uno; el presidente Roosevelt ha dado 10.000 de su bolsillo particular y en todas partes se organizan funciones á beneficio de los damnificados. Puede, pues, afirmarse que el importe total de las subscripciones llegará á una cifra muy superior á cuantas han logrado reunirse en ocasiones análogas. Y téngase en cuenta que los norteamericanos han resuelto no aceptar en esta ocasión ningún donativo de procedencia extranjera, según lo ha declarado formalmente el presidente de la República; á consecuencia de esta determinación han sido rechazados 100.000 marcos (125.000 pesetas) que había ofrecido la compañía naviera alemana «Hamburger-America.»

Como se comprenderá, no se conoce aún el número de muertos, que se calcula en más de mil, ni el de heridos, que de fijo deben contarse por millares, ni la cuantía de los daños materiales, que ascenderán seguramente á más de trescientos millones de dólars. Sólo se sabe hasta ahora que las compañías de seguros tendrán que pagar 550 millones de francos, cantidad que aquéllas satisfarán inmediatamente.

La magnitud excepcional del desastre no ha sido bastante á amilanar al pueblo norteamericano; en efecto, háblase ya de la reconstrucción de San Francisco, que, como hace pocos años Chicago, renacerá en breve de entre sus cenizas más hermosa y más floreciente que antes. Todos los grandes propietarios que estaban ausentes en el momento de la catástrofe regresan á la ciudad para ocuparse sin pérdida de momento de la reedificación de sus inmuebles. Los pedidos de materiales de hierro son tan numerosos y apremiantes, que las fábricas de los Estados Unidos no pueden satisfacerlos todos, por lo que ha sido necesario acudir á las de Inglaterra y Alemania.

Los obreros se ocupan ya en hacer desaparecer los escombros y en restablecer las cañerías de agua y de gas, mientras los electricistas trabajan para poner en estado de servicio las líneas telegráficas y telefónicas.

Entre tanto, se han enviado á San Francisco gran número de trenes de socorro para transportar gratuitamente á sus habitantes á los puntos adonde quieran dirigirse.

Los grabados que en esta página y en la anterior reproducimos representan algunas vistas de la ciudad antes del terremoto; hoy la mayor parte de esos grandes edificios han desaparecido; esas calles y esas plazas hállanse convertidas en montones de ruinas, y á la actividad febril que allí reinaba ha sucedido, tras unos momentos de estupor, la actividad no menos vertiginosa de un pueblo de indomable energía, de recursos inagotables que, lejos de dejarse vencer por la desgracia, parece cobrar en ella fuerzas nuevas y nuevos alientos para oponer á la obra destructora de la naturaleza la obra de resurrección de una voluntad poderosa, de esa voluntad que ha hecho de una nación casi sin historia uno de los Estados más grandes, más ricos, más florecientes del mundo. – R.

SAN FRANCISCO DE CALIFORNIA. – VISTA GENERAL DE LA CIUDAD. EN EL FONDO LA COLINA RUSA Y LA DEL TELÉGRAFO. (De fotografía.)

BARCELONA

Inauguración del nuevo recinto protestante en el cementerio del SO.



VISTA DEL NUEVO RECINTO PROTESTANTE. (De fotografía de Castellá.)

ACTO INAUGURAL DEL NUEVO RECINTO PROTESTANTE PRESIDIDO POR EL 1.er TENIENTE DE ALCALDE SEÑOR GINER DE LOS RÍOS, CON ASISTENCIA DE REPRESENTANTES DEL AYUNTAMIENTO Y DE LA COMISIÓN DE CEMENTERIOS Y DE VARIOS CÓNSULES. (De fotografía de A. Merletti.)

Con el objeto de substituir al deficiente cementerio protestante, fundado en 1849, ha construído el Ayuntamiento de esta ciudad un nuevo y amplio recinto en la necrópolis del SO., ajustado á las especialísimas condiciones de aquel cementerio, tal vez el único por su situación y por los elementos que lo embellecen, dando con ello una muestra de la atención que la corporación municipal presta á satisfacer las necesidades que ha experimentado una urbe de carácter cosmopolita, ya que en la nuestra se albergan un considerable número de extranjeros. Nuestro grabado reproduce el solemne acto de la inauguración del referido recinto, que tuvo lugar el día 19 del actual, al que concurrieron una nutrida representación del Ayuntamiento, la comisión de cementerios, presidida por el 1.er teniente de alcalde Sr. Giner de los Ríos, y los Sres. cónsules de Dinamarca, Francia, Inglaterra, Alemania y Suecia.









IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustracion Artística

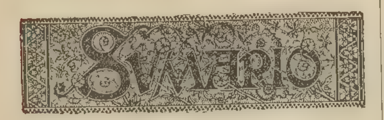
Año XXV — Barcelona 7 de mayo de 1906 — Núm. 1.271.

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



LEA, estatua; de Eugenio Maccagnani

(Exposición Internacional de Arte, de Venecia. 1905.)



LA VIDA CONTEMPORÁNEA

El asesinato de un guardia de orden público, en la calle, cuando cumplía sus deberes, ha provocado un derroche de manifestaciones y protestas contra la golfería y el hampa que inundan las calles de Madrid. No parece sino que, mientras el hampa no degüella, el hampa no existe, el hampa no molesta y el hampa no es un escándalo, una vergüenza inveterada y una sarna moral ignominiosa.

***

Pues qué, antes de haberse esgrimido la faca contra ese desventurado, ¿estaba ociosa, por ventura, el arma de los cobardísimos matones populacheros? No ciertamente. Se cebaba en el cuerpo de mujeres infelices, que se habían resistido á la brutalidad ó que habían causado una mortificación celosa al salvaje amor propio de los hampones. Funcionaba activamente en los Cuatro Caminos, á la puerta de las tabernas, en los merenderos y en las casas llanas. Dirimía las contiendas, resolvía los casos de punto de honra del vastísimo patio de Monipodio que constituye la villa y corte. Porque el hampa existe en todas las grandes ciudades; lo sabemos aun sin haber leído en folletín *Los misterios de París* y *Los misterios de Londres,* sin conocer los estudios de Máximo Gorki sobre los «bajos fondos» de San Petersburgo... Lo que no sucede en parte alguna sino en Madrid, es que el hampa domine y obstruya, literalmente, la ciudad entera, y en especial sus vías más concurridas y suntuosas; que el hampa ande mezclada íntima, inseparablemente, á lo que no es hampa, y que en el hampa nos movamos, vivamos y seamos todos cuantos tenemos en Madrid nuestra residencia.

***

El hampa que degüella no es sino un resultado matemático, preciso, fatal, del hampa que estorba, del hampa pedigüeña, insultadora, chirigotera, requebradora, descuidera, colillera, zurcidora de voluntades, procaz, ociosa, que nos infesta sin que nunca se intente la represión de sus demasías. Cuando el hampón ve que un día tras otro se le consiente molestar, injuriar, dirigir burlas, escandalizar con palabrotas, proferir denuestos contra el primero que pasa, pisotear adrede la falda de las señoras, encararse con ellas, meterse donde no tiene entrada, arrollar á los que sí la tienen, amenazar de muerte al que no le da limosna, hurtar bajo la mirada paternal de la policía, arrancar las flores y los adornos de los coches en Carnaval, atracar en los sitios solitarios... ó á dos pasos de la Puerta del Sol, correr tras una infeliz demente y echarla al suelo y hacerla poco menos que trizas..., en fin, todas las proezas que á ciencia y paciencia de la autoridad se ejecutan en las peligrosas calles de Madrid... Cuando el hampón, repito, se ha convencido plenamente de que aquí le es permitido todo y que su ilegal libertad oclocrática no reconoce freno..., el hampón sería más metafísico que el propio doctor Escoto, el Sutil, si creyese que teniendo á su disposición la tranquilidad, el decoro, la bolsa, el pudor, el sufrimiento de los transeuntes, no debe tener también á su merced los pescuezos, las yugulares y las tráqueas de los guardias que se atrevan á intentar reprimirle.

***

Semejante estado de cosas—dicen los que han estudiado á la luz de la ciencia sociológica esta cuestión—tiene su profilaxis en la escuela primaria. Es una cuestión de pedagogía. Así lo creo. Los pueblos ineducados se conocen á tiro de ballesta. Sin embargo, Portugal (aunque nos es superior en la enseñanza, á la cual dedica mayor cuidado y más dinero que dedicamos nosotros), no puede compararse, en el desarrollo de su instrucción pública, á países del Norte de Europa como Dinamarca, Noruega, Suecia y Finlandia; y sin embargo, en las calles de Lisboa no se ve el *hampa,* se ve el *pueblo,* ¡una cosa tan distinta! El pueblo no usa en ninguna parte guante blanco; pero el pueblo no es horda de mendigos y ladrones; el pueblo no se echa á la calle á satisfacer depravados instintos. Y por las calles de Lisboa se puede andar á pie..., género de peligroso *sport* al cual, si Dios no le remedia, será preciso renunciar en Madrid muy pronto.

Acaso, pues, además de la pedagogía, influya en esto el carácter, y de seguro influye, en más de la mitad ó de las tres cuartas partes, la falta de energía en la represión, la lenidad y escasez de vigilancia de cuantos tienen por oficio establecer el orden, la urbanidad y el decoro. ¡Ojalá que ellos la conociesen y practicasen sin cesar!

***

Porque es preciso añadir esta triste observación: hay gente muy buena, muy valerosa, hasta abnegada, entre los municipales, guardias, etc.; pero, con sobrada frecuencia, he tenido ocasión de comprobar que el *estilo* de los agentes de la autoridad se parece, como una gota á otra gota, al *estilo* de la golfería... A la puerta del teatro Español, no eran golfos los que he visto reunirse en corro para hacer chacota de un mísero cochero, que no se había extralimitado en nada, que permanecía inmóvil en su pescante, esclavo de su obligación, mudo por fuerza, y seguramente temblando de rabia por dentro ante aquel certamen de pullas y de insultos... No eran golfos los que he visto, en Carnavales, dirigirse á un señorito inofensivo, que no se metía con nadie, é interpelarle llamándole «tonto» y «majadero» de buenas á primeras. No eran golfos los que, requeridos para auxiliar á unas señoras que tenían derecho á pasar por determinado sitio, derecho que habían comprado adquiriendo una tribuna vendida por el Ayuntamiento y á la cual se dirigían, derecho que no podían ejercitar porque una piña de hampones se lo estorbaba, contestaron al requerimiento con groserías y encogimientos de hombros. Y este *estilo* es el que pide á gritos ser desechado, reemplazándole el estilo moderno de las grandes ciudades europeas, donde la autoridad es educada y educadora.

***

¡Qué de catástrofes, qué de conflagraciones, qué de destrozos, ruina y muertes cruentas han ocurrido en el agria primavera de 1906, la cual se nos ha presentado envuelta en chales de lana y zaleas de vellón de cordero, tiritando de frío, casi sin flores, con las lilas atrevidas y la fresa pasmada!

Esta insólita aparición de la primavera ha ocasionado perturbaciones en todos los órdenes, hasta en los más vulgares y modestos, de la vida. Los sombreros de paja—por ejemplo—están en un espantoso ridículo. Salieron á los escaparates, con el acostumbrado aparato de cintas, flores, gasas, moños, pájaros, hebillas, broches, encajes y piquillos. Y las madrileñas, tan aficionadas á exhibirse en Recoletos ó en la calle de Alcalá con el nuevo modelo de la estación, graciosamente ladeado sobre los peinados de última, ni aun se decidieron á arrimarse al vidrio para admirar desde afuera estas creaciones de la moda y fantasear su coste probable... Allí se quedaron los sombreretes, mustios y olvidados hasta que el sol brille y el aire se vuelva tibio y halagador... Y se le dieron quince ó veinte «golpes» más á los vejestorios del invierno, al fieltro, al terciopelo, á la felpilla... ¡Buenos están aún! Rizarles y esponjarles las plumas, enderezarles el alambrado, limpiarlos rabiosamente con el cepillo, y ¡adelante! Los padres y maridos, frotándose las manos, se echan su cuenta: «Hasta mayo no me exigen un céntimo para el equipo de verano: mejor, se respira.» En cambio, las modistas de sombreros reniegan de esta especie de neurosis planetaria que se llama erupción en Nápoles, terremoto en California y frío glacial en Madrid...

Asusta la corta diferencia que existiría entre este planeta nuestro y otro en el cual absolutamente no se pudiese vivir, donde todo se hundiese y desmoronase, se hiciese cisco ó no pudiese ni llegar á construirse. Los temblores de tierra, algo más frecuentes é intensos, bastarían para que no hubiese arquitectura, para que no surgiesen las catedrales, el Partenón, las soberbias pagodas indianas y los obeliscos y pirámides del Egipto... Son habas contadas; la arquitectura pide estabilidad, y si el globo temblase á cada momento, la humanidad se contentaría con casetas de caña, lodo y granzones...

***

Las tristes circunstancias parecen haber influído también en los preparativos de las fiestas próximas. No se notan aún el movimiento y la agitación que acompañan á este género de acontecimientos, y me parece malísima señal; un mes, ya escaso, es muy poco tiempo para todo lo que es preciso hacer, si las fiestas no han de salir atropelladas, desbaratadas é incluso peligrosas para el orden público—como sucedió con las de Cervantes.

En todo festejo hay mucho que no puede ejecutarse sino á última hora, pero hay mucho que debe prevenirse, único medio de evitar conflictos y atropellamientos.

Acaso se esté trabajando ya á la sordina; sería bueno, en interés del público, del gentío que acudirá á Madrid desde toda España y fuera de ella, y que tanto va á tener que sufrir y lidiar con hospederías, cocheros, rateros y timadores, entradas y billetes, órdenes y contraórdenes... No envidio, no, á los viajeros en estas ocasiones tan señaladas. No envidio esta diversión problemática, esta molestia infalible que espera á los buenos señores de provincia, á los cándidos turistas ingleses sin puesto oficial alguno.

La corte de España no se encuentra en condiciones para recibir tantas visitas á un tiempo... Ni en hoteles, ni en fondas, ni en las calles mismas, cabe la muchedumbre agolpada. Madrid «se pone imposible;» es la frase ya clásica del vecindario molestado por la intrusión de los *isidros*, los cuales, á su vez, llevan qué contar más de malo que de bueno cuando regresan á sus hogares...

***

Sin embargo, este pueblo juerguista ya está como fuera de sí con sólo el anuncio de la temporada de festejos... Aquí, el día en que hay corrida de toros, los que no disponen de dinero para comprar la entrada se sitúan en dos filas á un lado y otro del largo trayecto que media entre la plaza y la Puerta del Sol, y aguantando en pie apretujones, empellones, calor y polvo, esperan á que les caiga su migaja de diversión, el olor de la fiesta, viendo desfilar á los que de ella retornan... Y esa tarde hermosa de la estación primaveral, esa tarde larga, deliciosamente impregnada de olor de flores, que podían dedicar á solazarse en el campo, á respirar con su familia un ambiente puro, la dedica gran parte del proletariado de Madrid al goce extraño de contemplar cómo cruzan coches, ómnibus y calesas, repletos de gentes más adineradas, que vuelven de presenciar cómo han pinchado á seis cornúpetos...

***

Y cierro la crónica con esta reflexión, mientras parece zumbar en el aire la amenaza, que ya iba cayendo en el olvido, del 1.° de mayo... «¿Qué sucederá?,» se preguntan los medrosos. Nada tal vez. Colisiones en Francia, probablemente; algunos episodios más de esa lucha á que parecen condenadas las sociedades modernas, que habían conjurado, al menos por largos períodos de tiempo, el sangriento fantasma de la guerra internacional... Y no creo que otra cosa

Emilia Pardo Bazán.



Marianela lleva al ciego de la mano por las sendas del monte

LAS MUJERES EN GALDÓS

MARIANELA

¿Cómo es? No recuerdo cómo Galdós la describe. Sé decir únicamente cómo la veo resurgir en mi espíritu, en imagen, después de tantos años transcurridos desde que la conocí á través de las páginas sentidas, empapadas en lágrimas, de la novela, donde vive, pena y muere la pobre Nela. Fea, contrahecha, raquítica, encanta siempre ésta con su mimoso cuerpo de niña y su expresión ardiente de mujer. Son sus ojos negros, vividores; por ellos vaga, dormida y plácida, una luz de tristeza. Son ojos que, sin lagrimear, lloran.

Por sus labios corre una sonrisa, pero es de súplica no hablada, triste también, «semejante á la de algunos muertos cuando han dejado de vivir pensando en el cielo.»

Mal cubren sus carnes las ropas de desecho, y sus pies descalzos sangran á cada instante, como si los dañara el pisar á ras de tierra.

En su cara delgada la piel toma un tinte de palidez cadavérica, y su nariz picuda acrecienta la fealdad de líneas en aquel rostro exangüe, ni aniñado, ni envejecido. Deforme y monstruoso el cuerpo inspira más bien lástima que repulsión. Y es que en el mirar de los ojos hay bondad y en el sonreir de los labios se esconde una ternura infinita. La encarnadura humana pocas veces ha encontrado formas tan incorrectas. La belleza externa nególa encanto y gracia. Marianela, por su cuerpecillo deforme, es un capricho burlesco de la naturaleza. A tanto llega su miseria física que no sirve para ningún trabajo. Vaga, sestea, como bestezuela salvaje. Sus hombros no resistirían la menor carga, y su cuerpo se desplomaría desmayado á cualquier intento de encorvarlo sobre la tierra en las duras labores campesinas. Vive... y nada más.

Mirando adentro, al escudriñar el «interior» de Marianela, encuéntrase un alma grande, tremante de emoción, cálida de afectos, excesivamente grande para albergada en cuerpo tan pequeño.

La pobre niña es toda alma.

Su imaginación viva se desborda á cada instante; sueña con visiones de paz y delira venturas imprecisas. Sensibilidad ardiente la suya, vibra por entero todo su ser á cada impresión que la sacude grata ó dolorosamente, como cuerda herida que canta ó gime. No son los nervios en ella los que se estremecen. Es su espíritu. Dentro de su corazón la ternura fluye inagotable. Para ella, vivir es amar. Cuando el amor muere, su espíritu muere también y su cuerpo se desploma exánime para siempre.

En el trágico momento en que los ojos de la Nela se nublan y se cierran; cuando temblor de escalofrío sacude convulsivamente sus carnes, al acercarse el trance supremo de la muerte, ante el misterio de aquella vida que se desvanece por instantes, el médico, con curiosidades investigatorias de psicólogo, formula extraña interrogación:

—*Alma, ¿qué pasa en ti?*

Inútil pregunta. No es la «gran intrusa» la asesina. Como el poeta dijo, la *mort n' y mord.*

Marianela muere porque en su alma mataron el amor los desengaños. Así muere también *Mignon,* la niña gitana cantada por Goethe.

Complexión espiritual muy extraña la de Marianela. Ama con pasión intensa, pero sosegada al exterior, recóndita é íntima. Jamás se exalta con gestos ni gritos. Robustece su vigor en el silencio, y esa plétora sentimental, calor efusivo, nunca sale fuera en frases cálidas y estremecidas de pasión. Viviendo ésta dentro, solitaria y callada, crece y se intensifica. Ni odios, ni celos, esas fiebres del amor contrariado, conturban el espíritu de la enamorada muchachita. Ni aun cuando llega la crisis amorosa estalla la pasión en cóleras, ni grita enloquecida. Declina hasta apagarse con la tristeza de una puesta de sol. Entonces parece más grande por resignada y heroica.

La rusticidad salvaje de Marianela le presta un doble encanto. Guíase nada más que por el sentido natural, y sus adoraciones por la naturaleza, que arrancan del fondo mismo de la entraña, querencia del instinto más que devoción de la inteligencia, revelan á su modo cierto sabor panteísta.

Instintiva, libre en los movimientos del alma que no regula una disciplina interior—esa labor depurativa de una lenta educación moral que moldea los sentimientos y las ideas á su antojo, contrahaciéndolos como si los vistiera con camisa de fuerza, ó perfeccionándolos en ruta hacia la elevación de los espíritus superiores,—Marianela es un producto espontáneo de la naturaleza, un ser primitivo, un alma simple y sin complejidades psicológicas.

La madre tierra la cría y templa su espíritu. Si le negó corporal hermosura, le dió en cambio superior belleza de alma, como á esas plantas de tronco raquítico que toda la savia la convierten en flores.

La historia de la Nela es breve y es triste.

Pasa por la vida dejando una huella de dolor apacible, como esas estrellas que ruedan por el cielo dejando detrás un rastro de claridad melancólica, al parecer lágrimas de la luz.

Cuando la conocemos, hállase recogida, por caridad, en la vivienda del capataz de unas minas. Allí vive en medio de una familia sórdida y ataraceada por egoísmos brutales, gentes que apenas si tratan á Nela como un trasto inútil, bestia vieja ó enferma que para nada sirve. En aquel hogar de obreros casi no se dan cuenta de la existencia de la niña. Las sobras de la comida son para ella, y al llegar la noche, para dormir, se acurruca en una cesta. Durante el día, como no puede trabajar, ni sirve para ningún menester en el laboreo minero, en que revientan los músculos las fornidas mozas hijas del capataz, Marianela recorre el campo, vagabundea, «de colina en collado, de otero en monte.»

Su madre hace tiempo que murió. Un día de desesperación tiróse por aquella sima tenebrosa, en cuyo fondo la pobre niña, á través de los sordos rumores que de abajo suben desde la entraña misma de la tierra, cree oir la voz cariñosa de su madre que le habla, llamándola también al eterno reposo de su seno.

Al rodar los días Marianela encuentra compañía. Anda ahora, como lazarillo piadoso, á la vera de Pablo, el heredero único de la casona hidalga de Penáguilas. Es éste ciego desde que naciera. Sus ojos nada ven; pero despierto y vivo en espíritu, por las lecturas con que lo educa su padre, tiene una noción intelectiva de las cosas.

Pasean ambos, juntos, mañana y tarde. Marianela lleva al ciego de la mano por las sendas del monte y á través de los campos.

Ella, con pintoresca frase, cuenta sus impresiones acerca de todo lo que la rodea. El diálogo es animado, sugestivo y tierno. Todas las cosas bellas de la naturaleza á la Nela encantan y hasta parece que comprende, que siente el alma de ellas. Y habla de por qué llora el agua, cómo las estrellas viven y de qué modo se aman las flores y el sol. Su sentimiento de la naturaleza es de poeta; todo lo idealiza.

Del dulce vagar en compañía, corriendo el campo, ha nacido entre ambos entrañable cariño, hasta llegar á amarse. Y así pasan los días: en diálogos, donde se queja un dulce lastimar de amores.

Pablo adora en la chica la belleza espiritual, la bondad, la inmensa ternura que atesora. Muchas veces conmovido de pasión, no pudiendo mirarla con sus ojos sin luz, pero sintiendo revivir en el suyo, por sugestión, el calor de aquel otro espíritu, Pablo repite:

—*Debes ser muy hermosa, Nela.*

Mas ella, que se ha mirado alguna vez en el agua, tiembla. Sintiéndose querida, sin embargo, goza. Una gratitud y una alegría sin fin llenan su ser.

El idilio es largo, continuo, á través del tiempo, y súbitamente se trunca. ¡Las eternas sorpresas de la vida! Ha llegado un médico á las minas, y pronto intentará devolver la vista al ciego, y con ella el sentido exacto de las cosas en la plenitud de la realidad. Más tarde, con cortos días de intervalo, llega también Florentina, la primita escultural, grácil y espléndida de hermosura.

Entonces, ante los acontecimientos próximos, en las almas de Pablo y Marianela se incuba crisis profunda. Es de ver cómo, al calor de la esperanza, en el alma de Pablo resurge un nuevo júbilo, retoña, con fuerza enérgica, la alegría de vivir. Verán sus ojos y verán á la Nela, y su corazón, abierto á

nuevas y más intensas emociones, la han de amar con mayor intensidad de pasión.

En el alma de ella la lucha se inicia con un choque de encontrados sentimientos. Si Pablo llega á ver, ¿cómo no alegrarse? ¿Iba á desearle el dolor de no ver, un mal perenne? Pero luego, cuando al mirarla encuentre delante la realidad inexorable y se fijen sus ojos en el cuerpecillo enfermizo y enclenque, espantosamente horrible de la Nela, ¿cómo seguir amándola? . Y un dolor íntimo le hinchaba amargamente el corazón. Comprendía, de un modo vago, por extraño presentimiento, que el amor que había unido las vidas de ella y el ciego estaba próximo á romperse para siempre. Y lloró á solas.

No volvió más por Penáguilas á buscar á Pablo. Huía de allí, impulsada por secreto é inexplicable terror, y desde lejos, errante por el monte, miraba la casona y la huerta con espanto.

¿Qué había sucedido?.. Recobró el ciego la vista. Cuando sus ojos, libres de vendajes, pudieron ver, la hermosura de la prima Florentina llenó de un amor nuevo, grande, insólito, adoración de la belleza física revelada de pronto, su corazón por entero. Sólo alguna vez, recordando los días pasados, con ternura misericordiosa preguntaba por la Nela.

Por más que rastrearon su huella para encontrarla, fué estéril todo empeño. Andariega por el monte, evitaba el paso y el contacto de las gentes. El dolor de no creerse ya amada y la conciencia de su inferioridad pesaban con trágica desolación sobre su vida. Mejor era dejarla, y así cavilando, pesarosa de vivir, vencida y forzada á un dolor sin término, pensó unirse con su madre y descansar para siempre allá abajo, en el fondo del abismo, con reposo eterno.

Detúvola el médico en el acto de arrojarse en la sima insondable. Movido á compasión al comprender el desgarramiento de aquella alma, adivinando la historia íntima en aquel pecho guardada, al solar de Penáguilas la llevó, por más que ella resistíase con ansias desesperadas. Pero ulla fué.

La muerte de Marianela conmueve y despierta una tristeza sugestiva y muy honda. Tiritando bajo las mantas su cuerpecillo deforme; con la palidez cadavérica más espantosa la fealdad de su rostro, al abrir los ojos y encontrarse con los de Pablo que lastimados la miran, aún sus labios se abren para balbucir:

—Yo soy la Nela.

Y la voz se apaga, y en un último temblor la vida se extingue.

Nadie comprende lo que pasa.

—¿Qué es?, preguntan todos, ante el lento agonizar de aquella vida que se acaba.

—¡La muerte!, responde el doctor, para añadir, único explorador de aquella alma grande que vivió para amar: *Mujer, has hecho bien en dejar este mundo.*

Después le cubrió el rostro con mano piadosa, y aun se dice que lloró.

Lo demás, los hechos que epilogan el relato, poco importa al interés poético de esta historia tan espiritualmente dramática. Toda la emoción estética la va señalando, al pasar, el rastro de esa alma de mujer á través de su vida. Y el curso de la pasión que llena el corazón de la pobre niña, con sus instantes de crecimiento, de exaltación, de profundo delirio amoroso y con sus momentos de crisis, de transformación, que desgarran el alma, es el *leit-motiv* que recorrre, con dominio sobre el ánimo de los lectores, todas las páginas de la novela. Es libro en donde brota el sentimiento de la entraña misma del arte, como del seno de la tierra el chorro de aguas corrientes. La roca, al rezumar el agua, parece que la llora; la vida también llora, al parecer, las penas de los seres que fuerza al dolor de vivirla. *¡Lacrimæ rerum!..*

Más allá del cuento de amor hay que buscar el espíritu que diera forma artística á la creación de Galdós. La Nela es un símbolo de los eternos contrastes de la naturaleza y de la frágil reciprocidad de los afectos humanos.

No casan las dos bellezas, la espiritual y la del cuerpo. Existen, se perciben, pero nunca se complementan. No hay lógica que las una, ni mutua correspondencia que las hermane. Cada cual vive independiente, con relaciones incontinuas. La corporal la perciben los ojos, y es plástica, sensible, de acción. La otra, íntima, subjetiva, solamente el alma misma la comprende y la siente.

Inocencia, busto de Enrique Clarassó

Marianela es la belleza espiritual exaltada, sublimada. Pasión, ternura, bondad, un infinito de sentimientos grandes, llenan su alma; y su vivir interno, sin odios y sin impurezas, esos torcedores de los espíritus mezquinos, es de una superioridad incomparable. Mas todo ese mundo de ideas altruístas y de afectos hondos la naturaleza tuvo el capricho de encerrarlo en humana encarnadura llena de defectos, sin gallardías de formas, con incorrección de líneas, su cuerpo que los ojos miran espantados ante su fealdad y su miseria.

¿Qué vale esa belleza espiritual? Sin duda es la más alta y la de mayor estimación. Pero en la vida, por razón de las imperfecciones de la realidad, por el ansia que continuamente nos acosa de rendir adoración á la hermosura física, acallada la sed por la belleza ideal que también empuja nuestros sueños y nuestras devociones, es siempre la primera indiscutible vencedora. Ella es todo.

Y esa verdad amarga entraña en su fondo, con humano carácter, la historia, más viva que irreal, con sabor más filosófico que novelesco, de la pobre Marianela.

Mientras los ojos de Pablo no ven, siente la belleza espiritual de la Nela, le llega todo su calor á lo más hondo del alma, y la adora con cariño íntimo y reposado.

Mas cuando, abiertos á la realidad sus ojos, la contempla fea, contrahecha, enfermiza, sin encantos naturales, Pablo siente que en su corazón el antiguo querer ha caído desilusionado para siempre.

Y ella entonces, como si quisiera recordar al viejo amor del enamorado ayer que, bajo aquella mísera envoltura corporal que se derrumba, había un alma muy grande, excesivamente grande, aún abre los labios por última vez, dando en estas palabras todo su espíritu:

—Yo soy la Nela.

Angel Guerra.

(Dibujo de Cutanda.)

JUAN B. GOITIA

Hace pocas semanas, el público inteligente que visita el Salón Parés de esta ciudad pudo admirar una hermosa colección de obras, en su mayoría dibujos al carbón, de firma para casi todo el mundo desconocida. Había en aquellos dibujos una percepción tan clara de la realidad, un espíritu de observación tan profundo, una ejecución tan sólida y tan vigorosa y sobre todo una poesía tan intensa, que cuantos los contemplaban veían en ellos la revelación de un verdadero artista en toda la extensión de la palabra.

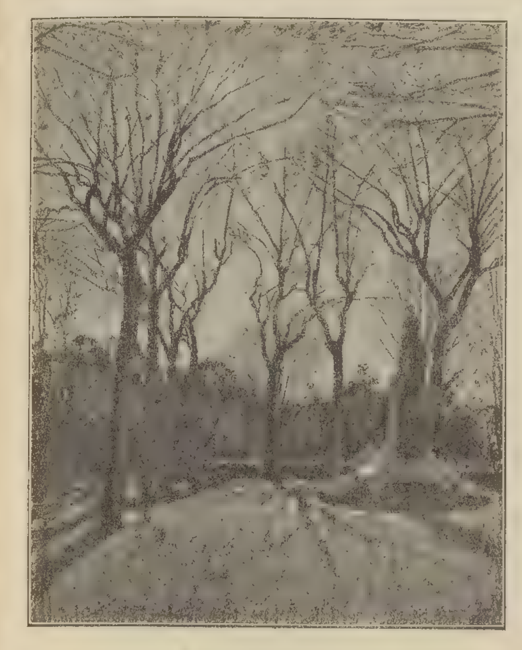
Representaban los más de ellos sitios pintorescos de la vieja Barcelona, como la plaza del Rey, la del Pino, el patio de la casa Dalmases, el del Hospital y otros muchos igualmente típicos, y en cada uno se veían reproducidos fielmente esos lugares, no sólo en sus líneas y en sus contrastes de luz y sombra, sino además en ese ambiente poético en que los vemos y los sentimos quienes los hemos contemplado con cariño en nuestra infancia y hoy los miramos con los ojos del alma y al través de los más dulces recuerdos. Reproducían otros maravillosamente interiores apacibles, vistas de las afueras de esta ciudad, grandiosos paisajes del Montserrat y del Montseny y notas llenas de color de nuestra costa levantina, y no había uno en que no se admirara el talento y el corazón de un maestro.

Diríase que el autor de esas obras tan hondamente sentidas era hijo de nuestra tierra, pues no se concibe apenas que, de no ser así, pueda trasladarse al papel de una manera tan sugestiva una visión tan íntima de todas aquellas cosas; y diríase además que quien tan firme se muestra en el trazo y tanto domina el claroscuro lleva consigo un bagaje de largos estudios y de mucha práctica. Y sin embargo, no es así; el autor de tan bellas obras, Juan B. Goitia, es mexicano, cuenta sólo diez y ocho años y no hace más de uno que reside en esta capital. Allá en su patria aprendió las primeras nociones de dibujo, copiando de lámina las distintas partes del rostro y las extremidades de la figura humana; vino aquí, y en la Escuela de Arte que dirige el profesor Sr. Galí perfeccionó aquellos estudios con el resultado maravilloso que se ha visto en su primera exhibición pública.

Hablando de su discípulo, á quien los críticos todos, sin excepción, han prodigado los más entusiastas elogios, nos decía el citado profesor: «Yo que he vivido en continua é íntima relación con él; yo que me he sentido hondamente emocionado siendo confidente de sus añoranzas de la patria, de sus amores por aquel cielo, para él sin igual, por aquellos campos cubiertos de césped, por aquellos montes de líneas bellísimas, por aquellos volcanes coronados de eternas nieves; yo que he recogido de sus labios en pocas palabras, sublimes por ser hijas de un corazón candoroso, las más encantadoras descripciones de su pueblo, de aquella cristiana vida de familia y de aquella triste despedida; yo que le he consolado en sus penas y alentado en sus decaimientos, no me he extrañado de que en sus dibujos palpitara aquella emoción que ha sorprendido á los barceloneses.»

México puede estar orgulloso de su hijo, y es de esperar que, haciendo llegar hasta él la protección oficial, contribuirá á que Goitia sea en porvenir no lejano una gloria legítima de su patria.—A.

BARCELONA PINTORESCA



Plaza Aribau



Patio de la casa Dalmases

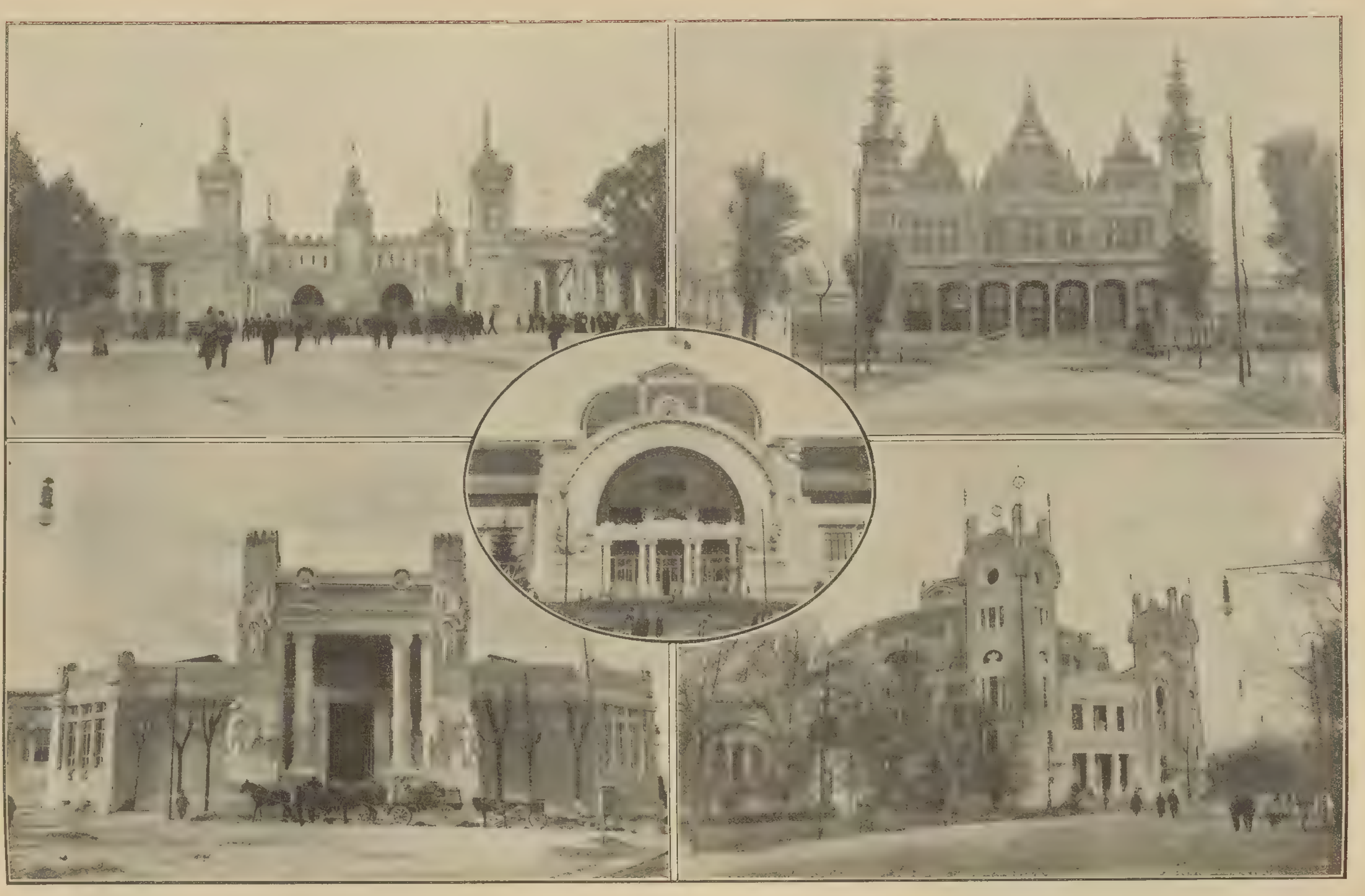


Iglesia del Pino



Patio del Hospital

DIBUJOS AL CARBÓN DE JUAN B. GOITIA (SALÓN PARÉS)



MILÁN.—Exposición Universal inaugurada por los reyes de Italia el día 28 de abril último.—1. Puerta monumental de la Exposición.—2. Pabellón belga.—3. Pabellón francés del Arte Decorativo. —4. Pabellón de la Higiene.—5. Avenida principal y palacio de las Bellas Artes. (De fotografías remitidas por Huin, Trampus y C.ª)



ATENAS. – LOS JUEGOS OLÍMPICOS DEL PRESENTE AÑO. – LOS CAMPEONES DINAMARQUESES Á BORDO DEL BUQUE QUE LOS CONDUCE Á GRECIA. (De fotografía de Hutin, Trampus y C.ª)

LOS JUEGOS OLÍMPICOS DE ATENAS

En las afueras de Atenas, entre colinas cubiertas de bosques, destácase por su nívea blancura el estadio que se utilizaba para los Juegos panateneicos. Construído por el sabio legislador Licurgo, en el año 330 antes de J. C., fué durante siglos el lugar en donde los atenienses se entregaban á los ejercicios corporales, merced á los cuales los jóvenes se preparaban para luchar en los Juegos olímpicos disputándose la corona de olivo, que era el más preciado trofeo de aquellos tiempos.

Los Juegos olímpicos, que se celebraban cada cuatro años y durante los cuales suspendíanse las operaciones militares en toda la Hélade y se consideraba inviolable el territorio de la Elide en donde se efectuaban, contribuyeron poderosamente por espacio de once siglos á la educación de la juventud griega, fomentando de un modo admirablemente armónico el desarrollo al par del cuerpo y del espíritu. La enervadora influencia de Roma fué causa de que poco á poco aquellos juegos perdieran su primitivo carácter y al fin cayeran en el más total olvido.

Hace diez años, cuando el renacimiento político é intelectual del pueblo griego hizo que éste volviera los ojos á su pasado, dictóse una ley que restablecía los Juegos olímpicos, y en su consecuencia reconstruyóse el estadio, gracias en gran parte á la munificencia del filántropo ateniense Awerof, y reanudáronse en 1896 los juegos, á los que acudieron luchadores de todo el mundo.

Lo propio ha sucedido este año en los que se han celebrado desde el 22 de abril al 2 de este mes. Los campeones de Grecia, Estados Unidos, Inglaterra, Alemania, Francia, Italia, Bélgica, Suiza, Rusia, Rumanía, Egipto, Dinamarca y otros países han respondido al llamamiento del gobierno griego, tomando parte en los concursos de esgrima, tiro, gimnasia, carrera, salto, remo y demás deportes.

Inauguráronse los Juegos olímpicos el día 22 de abril último con asistencia de los reyes de Grecia, del príncipe heredero, de su esposa la princesa Sofía de Prusia, de sus hermanos los príncipes Jorge y Nicolás, y de los reyes de Inglaterra. El príncipe heredero pronunció el discurso inaugural; los príncipes Jorge y Nicolás fueron elegidos presidente y vicepresidente.

En el inmenso anfiteatro hallábanse reunidas 45.000 personas, que el primer día aclamaron con entusiasmo los ejercicios gimnásticos, especialmente los del equipo de señoras y señoritas dinamarquesas.

Los resultados de los ejercicios efectuados han sido:

Carreras al remo: yoles francos de cuatro remeros, 1.° equipo italiano; 2.° equipo francés; balleneras de guerra de seis remeros, 1 y 2 equipos griegos, 3 equipo italiano. Concurso de revólver libre: 1 Orfanides, griego; 2 Falconnier, francés. Natación: Taylor, inglés. Lawn-tennis: Desugis y Germot, franceses. Football: equipo danés. Concurso de fusil de guerra: Richardot, suizo; Boigne, francés. Revólver de reglamento: Fauconnier, francés. Florete: 1 Dillon-Kavanagh, francés; 2 Casimir, alemán; 3 conde Hugues, francés. Lanzamiento de disco: 1 Sheridan, norteamericano; 2 Georgantas, griego. Esgrima: el equipo francés. Tiro con fusil Gras: Moreau, francés. Pesos: Toffalos, griego. Cuerda lisa: Aliforantis, griego. Salto de la percha: Gonder, francés. Salto en longitud: Ray, norteamericano. Pistola de combate: Moreau, francés. Revólver de guerra· Richardot, suizo. Carrera pedestre: Hauray, inglés. Campeonato del sable: Georgiades, griego. Pentathle atlético: Mellander, sueco.

Los reyes de Grecia y de Italia regalarán copas á los equipos vencedores.

El éxito de los Juegos olímpicos ha sido inmenso, así por la concurrencia numerosísima que los ha presenciado y en la cual figuraban los más distinguidos deportistas de todo el mundo, como por el gran interés que han despertado los ejercicios que constituían el programa de los mismos y en que se combinaron hábilmente los de la antigua Grecia con los del *sport* moderno.— S.



EJERCICIOS GIMNÁSTICOS DE LAS DAMAS DINAMARQUESAS. (De fotografía de Hutin, Trampus y C.ª)



EL PRÍNCIPE JORGE DE GRECIA, NOMBRADO JUEZ DE LOS JUEGOS OLÍMPICOS, SALUDANDO AL CORONEL DE ARTILLERÍA BALLA. (De fotografía de Hutin, Trampus y C.ª)



EL ÚLTIMO REFUGIO, cuadro de Poppe Folkerts



PRIMAVERA, cuadro de Carlos Hartmann

BARCELONA

INAUGURACIÓN DE LA TEMPORADA DEL TIRO DE PICHÓN

Hace pocos días y ante una numerosa y escogida concurrencia, en la que figuraban elegantes y distinguidas damas de la alta sociedad barcelonesa, la Real Asociación de Cazadores inauguró la presente temporada en el Tiro de Pichón, instalado junto á Miramar. El primer día efectuóse el handicap que se disputaron 26 tiradores, habiendo ganado el primer premio, un objeto de arte y 200 pesetas, D. Federico Gal; el segundo, una escopeta Browing, regalo de la casa Ed. Schilling, S. en C., de esta ciudad, D. Ignacio Pidal; y el tercero, una carabina Búffalo, presente de D. Manuel Beristain, D. Francisco Laporta.

El segundo día disputóse la copa Codina, que fué ganada por D. Francisco Laporta; el segundo y el tercer puesto correspondieron á D. Francisco J. Girona y á D. Carlos Leach.

LA EXPOSICIÓN DE MILÁN

(Véase la lámina de la página 302)

El día 28 de abril último los reyes de Italia inauguraron la Exposición universal, instalada en la Plaza de Armas y en el Parque de Milán. Aunque la Exposición dista mucho de estar terminada, los edificios construídos dan ya perfecta idea de su grandiosidad. Entre los más notables merecen citarse el palacio de la Arquitectura, obra del arquitecto italiano Locati, de estilo greco-moderno; el del Automovilismo y del Ciclismo, construcción sobria y elegante; el de la Marina, con su inmenso faro de 55 metros de altura, desde el cual se domina todo el panorama de la Exposición; el pabellón de Arte decorativo francés, uno de los más artísticos, obra de Orsini Bongi; el sencillo y majestuoso palacio de Higiene y de la Cruz Roja, del mismo arquitecto; el pabellón belga, construído según el proyecto de Waess, de Bruselas; el palacio de Bellas Artes, y otros que sería prolijo enumerar. Una de las construcciones que más poderosamente llaman la atención es la puerta principal, que representa una alegoría de las dos bocas del gran túnel del Simplón, con una bellísima estatua de Mercurio en lo alto y dos Victorias á los lados.



MÚSICA, busto en bronce de Edita Downing

BELLAS ARTES

(Véanse los grabados de las págs. 297, 300, 304, 305 y 306.)

Lea, estatua de E. Maccagnani. – El arte escultórico ha evolucionado en un período de tiempo relativamente corto; compárense las obras modernistas con las de la época clásica, y se observará entre ellas una notable diferencia. Hoy el escultor, hablamos del que sigue las nuevas tendencias, es eminentemente psicólogo, y sin descuidar los principios eternos de la estética, aspira á algo más que á modelar conforme á los cánones académicos, pues no tiene bastante con reproducir un cuerpo perfecto desde el punto de vista físico. Véase, en prueba de ello, la estatua de Maccagnani, que tan celebrada fué en la última exposición de Venecia y en la que admiramos, no tanto la factura intachable, como esa expresión de dolor moral intenso que ha sabido darle el artista.



BARCELONA. – INAUGURACIÓN DE LA TEMPORADA DEL TIRO DE PICHÓN POR LA REAL ASOCIACIÓN DE CAZADORES, EFECTUADA EL DÍA 29 DE ABRIL ÚLTIMO. (De fotografía de Castellá.)

Inocencia, busto de Enrique Clarassó. – Expresar un estado de alma por medio de la plástica; infundir en un trozo de barro ó de mármol la vida en una de sus particulares manifestaciones, es obra que no todos los que al arte se dedican pueden realizar. La corrección de las líneas, la justeza de las proporciones, la naturalidad de las actitudes, son elementos indispensables en toda escultura; mas si á ellos no se agrega ese algo que está por encima de la materia, la estatua podrá ser deleite de los ojos, pero no hablará á nuestro corazón y dejará, por ende, de producir en nosotros la emoción estética en toda su integridad. Enrique Clarassó ha demostrado en innumerables producciones que se preocupa tanto de la forma como del espíritu que ha de animarla; en la colección de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA pueden nuestros lectores hallar la confirmación de este aserto, y el busto *Inocencia* que en el presente número reproducimos es una prueba más de lo que decimos: sobriamente modelado, de una suavidad de líneas maravillosa, tiene además una fuerza de sentimiento que subyuga y hace adivinar tras aquellos párpados cerrados una mirada dulce y dentro de aquella frente los pensamientos más puros.

El último refugio, cuadro de Poppe Folkerts. – El asunto de este cuadro está suficientemente explicado en su título; es uno de esos dramas tan frecuentes en el mar y en los cuales se han inspirado tantos artistas. Poppe Folkerts ha tratado ese tema con toda la grandiosidad que le corresponde; en su lienzo todo es enérgico, no hay delicadezas de dibujo ni de color, el trazo es firme, la pincelada vigorosa y todo en él armoniza con la sublimidad del espectáculo que reproduce.

Primavera, cuadro de Carlos Hartmann. – Brotan en los árboles las tiernas hojas; asoman en los prados las primeras florecillas; el aire tibio y embalsamado infunde nuevas energías en todos los seres; es la primavera de la naturaleza. En la pradera saltan y brincan unos cuantos niños; rompen el augusto silencio de los campos argentinas voces y sonoras carcajadas; la inocencia y la alegría parecen embalsamar con sus dulces efluvios el ambiente; es la primavera de la vida. Esas dos primaveras, la de la vida y la de la naturaleza, componen el bellísimo cuadro de Carlos Hartmann, cuadro lleno de suave poesía, como todos los que se inspiran en la hermosa visión que ha servido de tema al celebrado pintor alemán.

Música, busto en bronce de Edita Downing. – Lo que antes decimos de la obra de Clarassó puede aplicarse perfectamente á la de la notable escultora inglesa Edita Downing. En el rostro de esa joven lectora vemos admirablemente reflejada la atención con que estudia el cuaderno de música que su mano derecha sostiene, y esta impresión adquiere mayor intensidad cuando nos fijamos en la reposada actitud de su busto.

MISCELÁNEA

Bellas Artes.— BARCELONA. – *Salón Parés.* – Modesto Urgell ha expuesto una serie de paisajes, hermosos y sentidos como todos los suyos. Son notas de indecible fuerza sugestiva magistralmente pintadas que reproducen pintorescos lugares de Cataluña, y en todas ellas se admiran una vez más el sentimiento poético y la ejecución perfecta que caracterizan al afamado artista barcelonés.

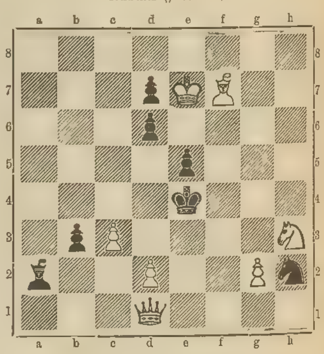
Espectáculos.— BARCELONA. – Se han estrenado con buen éxito en el Principal *La felicitat en un recó*, comedia en tres actos de Sudermann, traducida al catalán por D. Manuel de Montoliu, y *L'ingenua*, comedia en un acto arreglada á la escena catalana por el Sr. Sunyer y Casademunt.

En el mismo teatro ha dado dos conciertos el eminente pianista Risler, con la cooperación del maestro Granados y de una orquesta dirigida por el Sr. Crickboom. Risler tocó solo, de una manera admirable, las sonatas en *do* menor y en *fa* menor de Beethoven, unos fragmentos de Schumann, varias piezas de Chopin y el *Coro de las hilanderas*, de *El buque fantasma*, de Wágner-Listz: en unión de Granados, á dos pianos, el poema *Orfeo*, de Listz; unas variaciones de Schumann, tres valses románticos de Chabrier y unas variaciones de Saint-Saens sobre un tema de Beethoven; y en unión de Granados y con acompañamiento de la orquesta el concierto en *mi* bemol de Mozart, *Cadencias* de R. Hahn y el concierto en *sol* mayor de Beethoven. Todas estas piezas fueron entusiastamente aplaudidas, siendo Risler objeto de continuas ovaciones.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 424, POR V. MARÍN.

NEGRAS (7 PIEZAS)



BLANCAS (7 PIEZAS)

Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 423, POR V. MARÍN.

Blancas.	Negras.
1. T a 6 – a 2	1. e 3 – e 2
2. D b 2 – d 4	2. Cualquiera.
3. T ó D mate.	

VARIANTES

1...... A juega;	2. D b 2 – b 4, etc.
C juega;	2. D b 2 – a 3, etc.
R e 6 – e 7;	2. D b 2 x e 5 jaque, etc.
c 4 – c 3;	2. D b 2 x b 3 jaque, etc.

EL FALSARIO

NOVELA DE JULIÁN HAWTHORNE.—ILUSTRACIONES DE MAS Y FONDEVILA

(CONCLUSIÓN)

Vera miró al conde fijamente un momento, y pareció vacilar; pero después su rostro recobró la misma expresión fría de antes, y la princesa saludó y salió del palco. El primer impulso de Fedovsky fué seguirla, pero reflexionó que fácilmente averiguaría sus señas, y en su consecuencia dirigióse á su alojamiento.

Al pasar por delante del despacho del hotel, el dependiente le entregó un telegrama procedente de la Inspección Central de Nueva York; guardólo en el bolsillo y subió á su habitación. Apenas hubo entrado, volvió á cerrar la puerta con llave, se quitó la levita y el sombrero, y sentándose ante su pupitre, abrió el cajón en que había puesto el parte para Byrnes sin concluir, dejando allí también los valores falsos, atravesados por el cuchillo de Bolan.

¡El cajón estaba vacío!

Fedovsky dió un salto en su silla, mudo de estupor, esperando ver el ladrón en la estancia; pero allí no había nadie; después acercóse á la puerta para examinar la cerradura, y tampoco observó señales de que la hubiesen forzado. En cuanto á las ventanas, estaban cerradas interiormente. Entonces miró más atentamente la cerradura del cajón, que no podía ser abierta con más llave que la suya, y sólo vió una ligera raya en el borde, semejante á un arañazo. No obstante, alguien debía haberse introducido en la habitación durante su ausencia y había robado los papeles, así como el informe, en el que detallaba minuciosamente todo cuanto había hecho hasta entonces y se proponía hacer para capturar á los falsificadores.

¡El secreto se había descubierto!

Fedovsky se hundió en su sillón, aturdido y consternado, y entonces resonaron en sus oídos las últimas palabras del inspector Byrnes: «Tendrá usted que luchar contra los criminales más diestros y desesperados del mundo.»

XXII

UNA SORPRESA

No tardó Fedovsky en echar de ver que sería inútil esforzarse para recobrar sus papeles; su informe al inspector Byrnes se había leído ya; y el papel falso, del todo inútil, estaría destruído. Además, si apelaba á la policía, seríale imposible ocultar el verdadero carácter de su misión, y aunque los falsificadores le conociesen, pues no podía dudarse que ellos habían cometido el robo, nada se adelantaba con dar más publicidad á los hechos.

Al reflexionar que el inspector Byrnes había depositado en él toda su confianza, y que iba á corresponder á ella con una decepción, Fedovsky experimentó el más profundo disgusto, pues no sólo se había frustrado su empresa, sino que ni siquiera le había sido posible hacer nada contra los falsificadores.

En medio de su meditación se acordó del telegrama que estaba en su bolsillo y que aún no había leído. No sin cierta inquietud le abrió, y según esperaba, vió que era del inspector Byrnes; estaba cifrado de la manera convenida con Fedovsky, y con la clave pudo éste leer sin dificultad.

Después de dar algunas instrucciones sobre asuntos secundarios, el parte decía lo siguiente: «La confianza de usted será solicitada por los que son menos dignos de obtenerla. Piense usted bien sobre todas las personas que ha encontrado, y sospeche de aquellas de quienes menos parece que se ha de recelar. A menos de que se descargue pronto el golpe, será demasiado tarde. Dirija usted su vista hacia Italia; si en algún punto se llega al desenlace, seguramente será allí.»



... y permaneció en pie con el arma á su alcance...

«Sentado ante su pupitre en Nueva York—díjose Fedovsky—más sabe Byrnes sobre los falsificadores que yo entre ellos. El único error que cometió fué encargarme á mí de la persecución. No comprendió que yo era un tonto. ¿Qué dirá cuando sepa que no he conseguido nada? Mejor hubiera sido para mí arrojarme al río, como tenía intención de hacerlo. He causado un perjuicio en vez de hacer un bien, y no veo manera de remediarlo. Vera tenía razón..., más vale volver antes de incurrir en nuevas torpezas. En cuanto á Serafina..., bien, por lo menos, puedo felicitarme de no haberla conducido á la miseria...»

En aquel momento llamaron á la puerta; Fedovsky abrió al punto, y el criado le dijo que abajo había un individuo que deseaba hablar al conde.

—¿Cuál es su nombre?

—Dice que se llama Herr Bolan.

—¡Bolan!, repitió Fedovsky mudo de asombro; sin duda se equivoca usted.

Y después de reflexionar un momento, haciendo mil suposiciones diversas, mandó al criado que dejara subir al hombre.

Entre tanto Fedovsky se acercó á su mesa, sacó el revólver del bolsillo, dejóle sobre el pupitre, y permaneció en pie, con el arma á su alcance. Un momento después llamaron de nuevo.

—¡Adelante!, dijo el conde.

La puerta se abrió, y Fedovsky vió en el umbral un hombre de escasa estatura y de formas pesadas; el individuo se adelantó, descubrióse y miró fijamente al conde. Entonces, uno y otro profirieron un grito de alegría y abrazáronse estrechamente.

—¡Tomás, Tomás!, exclamó Fedovsky. ¿Es posible que seas tú?, añadió estrechándole ambas manos, mientras que las lágrimas se agolpaban á sus ojos. Creí que estabas muerto... ó que me habías abandonado; pero de todos modos, no esperaba verte más.

—Sí, bien podía haber muerto, contestó el fiel criado, pero más que esto se necesitaría para que yo abandonase á usted. Cuatro meses hace que le busco, y aunque mis pesquisas hubiesen durado cien años no habría renunciado á ellas. Serví al padre y después al hijo, y nada me induciría á separarme de usted.

—Pero ¿dónde has estado? ¿Qué ha sido de ti desde aquel día que me dejaste?..

—¡Sí, vaya un día! Yo esperaba encontrar á mi hermano, que debía proporcionarme una buena colocación; mas creo que es mejor para mí no haberle visto, á juzgar por lo que después he oído decir de él. A ningún hombre que sea un ladrón y un perdido le reconoceré por hermano, aunque lleve el mismo nombre.

—¿Conque no le encontraste?

—No, señor; yo debía verle en Brooklyn, y hube de embarcarme para cruzar el río; á bordo iba mucha gente, y me puse en primera línea á fin de ser el primero que saltase cuando llegásemos á la orilla opuesta. Cuando el bote estuvo á cinco pies de distancia, quise pasar á tierra de un brinco, pero resbalé y caí al agua; la corriente me arrastró hasta la hélice del barco que nos había conducido, y recibí en la cabeza un golpe tremendo, tanto que durante seis semanas no supe más de lo que me había sucedido.

—¡Seis semanas! Supongo que no estarías en el agua todo este tiempo...

—¡Eso no! Me sacaron muy pronto, y extrajéronme el líquido; pero como se ignoraba quién era yo ó de dónde venía, condujéronme al hospital. Estaba como tonto, y sordo como una tapia; de modo que no recordaba lo que hice ni lo que dije; y no pudiéndose identificar mi persona, tratábase ya de enviarme al asilo, cuando uno de los médicos tuvo la feliz idea de examinarme el cráneo; vió que un fragmento de hueso había caído dentro, lo extrajo sin mucha dificultad, y tan pronto como hubo hecho esto recobré el espíritu y la razón. Lo primero

que hizo fué preguntar quién me había sacado del río...

Al decir esto, Tomás se interrumpió para soltar la carcajada, y el conde no pudo menos de reirse también.

—Entre los médicos y otras personas que había allí, continuó Tomás, hicieron un guante que me valió veinte duros; entregáronme el dinero, y marché al punto á Nueva York para buscar á usted; mas no le encontraba por ninguna parte. Entonces pensé que tal vez la policía me daría razón, presentéme en la oficina y fuí recibido por el inspector. ¡Qué hombre tan cumplido!.. ¡Ah! Es todo un caballero.

—Seguramente, dijo el conde dejando escapar un suspiro. ¿Y te dió el informe que deseabas?

—Me interrogó hábilmente; y cuando supo quién era y se enteró de todos los pormenores respecto á mi situación, díjome que lo que podía hacer era quedarme donde estaba, porque usted había ido á Europa y era muy posible que no regresase hasta la primavera próxima. «Sin embargo, añadió, como pareces ser hombre muy listo y despejado, tal vez pueda ocuparte en alguna cosa en mi oficina.» Yo le contesté que no podía esperar; que á toda costa debía buscar á usted, y que me embarcaría en el primer vapor que saliese. «¿Y cómo pagarás tu pasaje?, preguntóme.—¡Oh!, contesté, trabajaré en la maniobra para ganar lo necesario, pues no en balde he sido marinero.» El inspector se sonrió y díjome que volviera al día siguiente; fuí á la hora señalada, y me dió una buena noticia; había encontrado colocación para mí como camarero á bordo de uno de los grandes buques que van al Havre, y que iba á salir dos días después; dióme además cinco duros, y al despedirme se mostró muy afable. «Supongo, dijo, que tu amo se alegrará mucho de volver á verte, Tomás.» Sumamente agradecido á su bondad, díle repetidas gracias y emprendí el viaje. En fin, para concluir pronto, heme aquí, loco de contento por haber encontrado á usted.

—Yo también me alegro mucho de tenerte aquí, contestó Fedovsky; pero has llegado en lo que será tal vez la hora más desgraciada de mi vida, puesto que de nada puedo servirte, ni á ti ni á nadie.

—No he venido yo para que usted me sirva, señor, contestó Tomás ruborizándose un poco. Tal vez yo presuma demasiado, pero tengo la idea de que me será posible ser útil para usted en el asunto que trae entre manos.

—¿De qué asunto hablas?, preguntó Fedovsky con aire de sorpresa.

—Mire usted, señor, dijo el criado inclinándose sobre la mesa y bajando la voz. Ahora sé que fuí un tonto en Nueva York, y que no comprendí cómo debía usted proceder; le dí á usted un mal consejo, según veo ahora, y lo siento mucho; pero en el asunto á que me refiero es distinto, y sé por dónde ando. Usted trata de prestar un servicio al inspector Byrnes..., ¿no es así?

—Pero ¿por qué te figuras eso? ¿Qué podría yo hacer para él?

—En primer lugar, yo me pregunté cómo era que el inspector sabía tanto acerca del señor conde, hallándose éste en Europa; después oí hablar de una pandilla de falsificadores que andaban por aquí; y por último, buscándole á usted, supe que siempre había estado donde ellos, deduciendo de todas estas observaciones que usted iba en su persecución. Creo que no me dirá lo contrario.

—No lo niego, Tomás, repuso el conde con triste sonrisa. Todo el mundo conoce mis asuntos mejor que yo mismo, y no hay razón para que haga de esto un secreto tratándose de un hombre tan fiel como tú. Sí, soy individuo del servicio secreto, y tengo por misión prender al jefe de los falsificadores; mas he procedido de tal manera, que todos éstos conocen mis designios, y hasta han entrado esta noche en mi habitación mientras yo estaba fuera, y han substraído de mi cajón el informe que debía enviar á Byrnes.

—¿Eso han hecho, señor? ¿Y quién puede ser el ladrón?

—No tengo la menor idea. Pensé haber dado con uno de los falsificadores, que era tu propio hermano, Tomás, el mismo de quien tanto esperabas. Tuve una entrevista con él esta tarde; trató de estrangularme, y le arrojé por el escotillón del escenario. Ahora está en manos del inspector de policía; pero aunque sea un ladrón, me inclino á creer que no está relacionado con los falsificadores.

—¿Qué le induce á usted á pensar así?, preguntó Tomás.

—Algo que me dijo un conocido mío..., ese Williams, que tú y yo vimos el año pasado en Monte Carlo.

—¡Ah, ese tunante!, exclamó Tomás con expresión de disgusto.

—Te habías equivocado respecto á él, dijo el conde; no es la misma persona que te trampeó en Nueva York.

Y el conde refirió á un criado todos los pormenores de su visita con el Sr. Williams al inspector de policía, detallándole lo que aquél dijo é hizo para apoyar su identidad.

Tomás, que escuchaba atentamente, movió la cabeza cuando el conde hubo concluído.

—¿Y usted cree en todo eso, señor?, preguntó. ¡Pues yo no; todo eso es un tejido de embustes desde el principio hasta el fin! ¿De dónde sacó él todos esos papeles para probar que era Williams y no Willis? ¿No es por ventura un falsario? ¿Y para qué sirve un hombre de esa especie sino para falsificar? ¡Todos esos papeles, cartas, recibos, pasaportes y hasta la carta de crédito, eran obra suya, papel falso! ¡Vamos, sus manejos son bien claros... y se comprenden perfectamente! ¡Ese hombre es quien abrió el pupitre de usted esta noche y sustrajo los papeles!

—¡Eso es imposible, Tomás! El Sr. Williams está en Colonia ahora.

—¡En Colonia!.. Pues debe viajar muy de prisa, porque apenas hace media hora que le vi á un cuarto de milla de esta casa.

—¿Cómo es eso?.. ¿Tú le has visto?

—Tan claramente como le veo á usted en este momento; y seguramente no hacía ninguna cosa buena. Voy á decirle á usted cómo pasó. Yo llegué á esta ciudad seis horas hace, y perdí dos en correr de un lado á otro para averiguar en qué hotel se hospedaba. Cuando supe que era el de Bellevue vine aquí al punto, pregunté por usted, y contestáronme que estaba ausente y no volvería hasta más tarde. Resuelto á esperar, comencé á pasearme de un lado á otro, y á poco vi aparecer un hombre pequeño, de expresión inteligente, que pasando por delante de mí, entró en el hotel y habló con el portero; ignoro lo que le dijo, pero éste contestó: «No, señor, el conde ha ido al teatro y no volverá antes de las nueve.» Entonces el hombre dió las gracias y se marchó. Picóme la curiosidad por saber para qué buscaba al señor conde; y como yo no tenía nada en qué ocuparme, fuí en seguimiento del individuo, que después de cruzar la plaza, introdújose por una calle lateral y se detuvo al fin frente á una casa, donde entró un momento después. Enfrente había un estanco, entré á comprar tabaco, y dí conversación al expendedor, mirando al mismo tiempo al otro lado de la calle. A los diez minutos salió mi hombre otra vez, aunque á primera vista no le reconocí: se había puesto patillas negras, y en vez del sobretodo un traje muy sucio, como el que usan los mozos de fonda, con su servilleta en el brazo. También observé que llevaba debajo del brazo una caja negra, de un pie de longitud por medio de anchura; parecióme que era de hierro, y vi que tenía la cerradura muy brillante. El hombre andaba á buen paso, como si fuese á cumplir alguna orden, y yo le seguí, deteniéndome delante de todas las tiendas para disimular. Volvió al hotel, pasó por delante de la portería, sin que el conserje le dijera nada, suponiendo sin duda que sería uno de los mozos del establecimiento, y yo permanecí junto al puente, sin apartar la vista de la puerta del hotel. Al poco rato vuelve á salir el hombre, siempre con la caja debajo del brazo, cubierta con la servilleta, y un momento después cruza la plaza, dirigiéndose hacia el arco que conduce al interior de la ciudad. Al llegar al centro se encontró con un hombre que venía por el otro lado; los dos se detienen un momento para hablar, y después cada cual va por su camino; mas el camarero no tenía ya la caja, y su compañero llevaba puesto el sobretodo; seguí á este último, que iba muy de prisa, y pude ver dos cosas: que llevaba un paquete voluminoso bajo la ropa, y que era el amigo de usted..., ¡el Sr. Williams!

XXIII

LA CAJA DE VALORES

Llegado á este punto de su narración, Tomás se interrumpió expresamente y miró con fijeza al conde durante algunos momentos. Fedovsky guardaba silencio y parecía meditar. Tal vez recordaba las palabras del telegrama de Byrnes: «Sospeche usted de aquellos que menos se prestan á la sospecha.»

—Vamos, dijo al fin; y seguiste á ese hombre.

—Claro es que sí, repuso Tomás con aire de satisfacción, y puedo asegurar á usted que no fué muy lejos. No hizo más que cruzar el puente, y una vez en el otro lado, entrar en el hotel de *Stadt Coln*, que quiere decir ciudad de Colonia.

—A fe mía, Tomás, dijo el conde, que tú aclaras mucho el asunto, y ahora que pienso en lo ocurrido, veo otras razones para creer que el tal Williams tiene que ver en todo esto. Recuerdo también que desde el momento en que pronuncié el nombre del señor Byrnes me ha tratado de una manera muy distinta, y el haberme sugerido la idea de perseguir á tu hermano no tenía sin duda más objeto que echarme tierra en los ojos. Tu hermano no tiene probablemente nada que ver con los falsificadores, y por otra parte, es muy posible que Williams quisiera deshacerse de él. Su propósito sería ponernos uno frente á otro para ver si se libraba de los dos. En tal caso, poco faltó para que se saliera con la suya.

– Yo opino, dijo Tomás, que lo primero que debemos hacer es apoderarnos de la caja de ese hombre, sin duda la de valores, para ver lo que contiene.

—Tal vez sea lo mejor; pero ¿cómo se ha hacer? No puedo penetrar en su habitación, como él lo ha hecho en la mía, sobre todo no estando cierto...

—¡Oh!, interrumpió Tomás, á mí no me cabe la menor duda. Lo que importa es poner la mano sobre la caja, y esto lo haré yo, cueste lo que cueste.

—El inspector, repuso Fedowsky, dice que debemos dirigir la vista á Italia, porque allí se encontrará el desenlace. Valdría la pena averiguar si Williams trata de ir allí, y en tal caso, si pudiéramos hacer el viaje con él, tendríamos más probabilidad de apoderarnos de la caja.

—¡Buena idea!, exclamó Tomás. Naturalmente, ese hombre abandonará la ciudad tan pronto como haya terminado su negocio, y nosotros iremos en el mismo tren. A mí no me conoce, y en cuanto á usted, con una peluca y un par de anteojos le disfrazaré de modo que no pueda reconocerse á sí mismo.

—No entiendo de disfraces, replicó el conde, ni me agradan tampoco, porque se podrían descubrir, ó por lo menos sospecharse.

—Eso sería cierto si tuviera usted precisión de obrar y hablar; pero si permanece sentado y silencisso, el disfraz es tan seguro como una iglesia, y evita contratiempos. Sí, señor, el plan es bueno; y como esos hombres se mueven tan rápidamente, cuanto antes hagamos los preparativos mejor será.

—¡Perfectamente, Tomás, veamos lo que se puede hacer!, exclamó el conde, desechando todas sus dudas y poniéndose en pie. Yo estaba á punto de renunciar á la empresa cuando llegaste, y volver á Nueva York para confesar mi derrota; mas ahora estoy resuelto á llegar al fin, y no quedará por hacer cuanto sea posible á un hombre. Mis torpezas han sido causa de que las dificultades fueran mucho mayores que al principio, pero tú me ayudarás y venceremos.

¡Muy bien dicho!, exclamó Tomás restregándose las manos. Basta que usted cobre aliento y nuevos bríos, y que yo ponga de mi parte cuanto es posible para que no se burlen de nosotros esos bribones. Ya puede usted darme sus órdenes.

—Lo primero que has de hacer es ir al alojamiento de Williams y averiguar si trata de marcharse, y cuál es la línea que tomará. Yo entre tanto prepararé el equipaje y tendré un coche dispuesto para ponernos en marcha cuando llegue el momento. Es preciso tomar el mismo tren que Williams, y no perderle ya de vista.

No será necesario entrar en detalles sobre los incidentes de aquella noche. Baste decir que Williams salió de su alojamiento al amanecer, llevando una maleta, una balija y un gran paquete de pañuelos, lo cual colocó en el coche que le esperaba, dando orden de que le condujeran á la estación del camino de hierro de Neustadt. Allí se encontró con un hombrecillo, cuyas señas personales convenían con la descripción que Tomás había hecho del misterioso camarero, y después de hablar con él breves momentos, dejóle en el tren, dándole la maleta. Entonces Williams con su balija y los pañuelos tomó otro coche de alquiler y cruzó el puente para trasladarse al lado opuesto de la ciudad, mandó al cochero dirigirse á la estación de la línea del Sud, y poco antes de marchar el tren subió á un coche de primera clase. Sin duda no fijó su atención en un caballero, al parecer achacoso, que llevaba anteojos azules y el cabello muy largo, y que ocupó el coche inmediato al suyo, juntamente con un hombre de fornidas formas, que con sus patillas de chuleta y su rostro colorado tenía todo el aspecto de un inglés. A los pocos minutos resonó la última campanada que anunciaba la salida, y el tren se puso en movimiento majestuosamente.

Mientras que corría á lo largo de las magníficas orillas del Elba, el caballero inválido y el inglés se aproximaron uno á otro para hablar en voz baja.

—Todo ha salido á pedir de boca, señor, dijo Tomás; Williams está en el carruaje inmediato y no sospecha de nosotros. Ahora la cuestión se reduce á saber si lleva la caja en la balija ó si la puso en la maleta que entregó al otro hombre.

—Si la caja tiene el valor que nosotros suponemos, contestó el conde, no es de presumir que se haya desprendido de ella. Seguramente la tiene consigo en el carruaje; y lo que nosotros necesitamos es examinarla sin que él sepa que lo hemos hecho.

—¡Sin que él lo sepa!, repitió Tomás con expresión de asombro. Eso no será tan fácil. Sin embargo, está solo, y tal vez pudiéramos introducirnos en su carruaje, atarle y examinar los efectos que lleva...

—En primer lugar, probablemente está armado y se resistiría; y en segundo, es indispensable que no sospeche que alguien ha registrado su equipaje. El objeto no es robarle, sino asegurarnos de que es el hombre que nosotros queremos; y yo creo que en esa caja se encontrarán pruebas concluyentes sobre este punto. No debemos intentar nada para detener á ese hombre hasta estar completamente seguros de que no será preciso soltarle otra vez.

—¿Y cómo piensa usted arreglarse, señor?, preguntó el criado.

Fedovsky se acercó más á Tomás, y en voz muy baja comunicóle su plan; discutieron un rato sobre el asunto, y convenidos al fin, cada cual se recostó en su asiento, esperando el momento de obrar.

El tren en que iban era el expreso, y solamente se detenía en las principales estaciones del camino. Después de tocar en la primera, el conductor comenzó á recorrer los coches, pasando por el largo estribo lateral, para revisar por la ventanilla los billetes de los viajeros. Asomó la cabeza por la del coche que ocupaban el conde y su criado, y pasó adelante después de su examen.

—Aplazaremos el plan hasta la estación próxima, dijo Fedovsky; pero no más, porque podría dejar el tren y escaparse otra vez. ¿Tienes la carta preparada?

—Aquí está, contestó Tomás sacándola del bolsillo. Me parece muy bien escrita, porque dice lo suficiente para llamarle la atención, y no contiene nada que pueda inducirle á sospechar.

—Debes estar preparado para saltar del tren apenas lleguemos, dijo el conde, pues los momentos serán preciosos y no podemos perder ninguno.

Un poco más lejos el tren comenzó á disminuir su velocidad, indicando con esto que iba á detenerse. Tomás había asomado la cabeza por la ventanilla, é hizo señas al conductor para que abriese la portezuela. Hízose así, y apenas se hubo detenido el tren, el criado saltó y desapareció muy pronto por la sala de descanso.

Sucesivamente abriéronse las portezuelas de los demás coches, y Fedovsky vió á Williams salir y detenerse enfrente de su coche, sin duda para vigilar lo que allí tenía. Transcurrió un minuto, y después otro, y ya iba á extinguirse el tercero, cuando de pronto llegó un mozo de la estación, que mirando todos los coches uno después de otro, no se detuvo hasta llegar al de Williams; entonces acercóse á éste y le entregó una carta sellada. Williams leyó las señas, miró al mozo, y abriendo la misiva, se enteró de su contenido. Parecía muy breve, mas sin duda era interesante, pues Williams leyó otra vez, vaciló un momento é hizo una señal afirmativa. Entonces Fedovsky, que observaba todo esto, oyóle decir en alemán:

—Haga usted el favor de cuidar de mis efectos un instante mientras voy al salón de descanso.

El mozo consintió en ello, y Williams se alejó presuroso. A los dos minutos, los pasajeros que se habían apeado volvieron á ocupar sus sitios, y ya se iba á dar la señal de marcha: solamente faltaba un minuto.

En aquel momento salió de la sala de espera el hombre de la cara colorada, compañero del que llevaba gafas azules, acercóse con ligereza al mozo encargado de vigilar el coche del viajero ausente y le puso una moneda de plata en la mano.

—El caballero que ocupaba ese coche, dijo, me ha encargado dar á usted esto; continuará su viaje en el otro tren y quiere que en la estación siguiente se entreguen en el almacén los efectos que deja en el coche, para que él pueda recogerlos cuando llegue. Se lo dirá usted así al conductor.

El mozo tenía el dinero en la mano, y como no viese al viajero en cuestión ni hubiera tiempo para hacer observaciones, deslizó la moneda en el bolsillo, cerró la portezuela del coche y fué á cumplir su encargo. Entre tanto, el supuesto inglés había vuelto á ocupar su sitio frente á su compañero, el de los anteojos, y un momento después el tren se puso en marcha.

Los conspiradores tenían así dos horas á su disposición para realizar el resto del plan proyectado.

—¿Te ha ocurrido alguna dificultad con él?, preguntó Fedovsky á su criado.

—Todo salió á medida de nuestro deseo, señor, contestó Tomás con aire satisfecho. Por cinco duros induje á un mozo á conducir á Williams al cuarto de los equipajes y dar después á la llave para que no saliera. Díjele que se trataba de una broma; que se había apostado á que mi hombre no llegaría á Colonia antes de la tarde; que viajaba con nosotros, y que nos cuidaríamos de su equipaje. El mozo se dejó convencer, y ya sabe usted lo demás.

Mientras Tomás decía esto, Fedovsky se quitaba la peluca, las gafas y el sobretodo, quedando con una americana ceñida que realzaba sus aventajadas formas. La ventanilla del coche bien abierta, dejaba espacio suficiente para el paso de un hombre; y el tren, que iba á toda velocidad, cruzaba en aquel momento por un sitio flanqueado de bosque. El conde sacó una pierna fuera del compartimiento y después la otra; mientras que Tomás, poniendo las manos debajo de sus brazos, le sostuvo hasta que sentó bien los pies en el estribo lateral prolongado. Después, Fedovsky, cogiéndose á los pasamanos, llegó hasta la ventanilla del coche contiguo, que por fortuna estaba abierta, y elevándose á fuerza de brazos á la altura necesaria, introdújose dentro de cabeza. Tomás, que había observado la operación con mucha ansiedad é interés, volvió á sentarse en su sitio.



Y con las manos temblorosas comenzó á desatar el lío...

Sin perder momento, Fedovsky se dispuso á practicar su registro. Llevaba un manojo de llaves de toda especie, y lo único que debía abrir era la balija que Williams había dejado allí con el paquete de pañuelos. Probó algunas de aquéllas en el pequeño candado, pero inútilmente, y ya se disponía á forzarle, cuando al aflojar las correas, la balija se abrió de por sí: el candado no tenía echada la llave.

¿Qué contenía la balija? Poca cosa; algunas camisas y otras prendas de ropa interior, un par de zapatillas, artículos de tocador, una caja de excelentes cigarros, dos novelas, un mapa de Europa y una guía de Italia: no había allí ninguna caja de hierro.

Fedovsky pensó que acababa de cometer otra torpeza, y esta vez verdaderamente fatal. O la caja estaba en la maleta que el otro hombre se llevó, ó bien Williams no tenía nada que ver con ella: la

rente del conde estaba inundada de sudor, por efecto del disgusto que le causaba este nuevo descalabro.

Volvió á sujetar las correas de la balija y arrojóla sobre el asiento; pero como chocase con el paquete de pañuelos, éste cayó en el suelo del carruaje; levantólo para ponerlo en su lugar, y entonces le llamó la atención su considerable peso. Después comenzó á palparlo, y parecióle que había algo sólido en el centro...¡ Sí, allí estaba la codiciada caja!

Era de acero, muy sólida, pintada y barnizada, y cerrábase por uno de esos candados que llaman chinos, compuestos de una serie de discos ó anillos concéntricos que giran sobre una espiga central independientemente unos de otros, teniendo cada cual de ellos una letra. Contábanse cuatro, y colocándolos de modo que formasen una palabra, poniendo las letras en línea, cerrábase y abríase la caja. Como esta última era demasiado fuerte para romperla, no quedaba más remedio sino adivinar la palabra con que se había cerrado; y Fedovsky puso todas las combinaciones de cuatro letras que le ocurrieron; mas ninguno de ellos dió resultado, y al cabo de media hora no había conseguido abrir.

Pero el tiempo pasaba, y el conductor no tardaría en recorrer los coches para examinar los billetes; Fedovsky temía sobre todo que se le encontrase en aquel compartimiento; y ya estaba á punto de darse por vencido, cuando de pronto le ocurrió probar por última vez colocando los anillos de modo que formaran el nombre de VERA. Apenas lo hubo hecho, la caja se abrió. ¡El secreto estaba descubierto!

Fedovsky palideció al pensar que conseguía su triunfo sirviéndose del nombre de la mujer que tanto había amado en otro tiempo. Si el nombre de Vera se usaba como lema de una pandilla de ladrones, no se podía menos de creer que ella era realmente su cómplice. Además, esto explicaba su pasada conducta, y muchas cosas que al conde le habían parecido antes incomprensibles. Sí, Vera era culpable, y por medio de ella se debía descubrir toda la verdad para hacer justicia.

El conde, examinando todo el contenido de la caja, encontró en ella el informe que había escrito para el inspector Byrnes, y otros muchos papeles de valor para los falsificadores, de uno de los cuales tomó notas. Después volvió á dejarlo todo como estaba, ató el lío de pañuelos, y cinco minutos después hallábase de nuevo en su coche.

XXIV

VERA

Ocho días después, un joven modestamente vestido avanzaba lentamente por un camino de las afueras de Florencia. Muy pronto se detuvo delante de una risueña quinta rodeada de jardín, una verja de hierro, con artísticas cinceladuras, precedía á la entrada principal; el joven se acercó á ella y tiró de una campanilla.

A los pocos instantes abrió la puerta una criada, que miró al visitante con aire interrogador; pero éste pronunció algunas palabras que, si bien no parecían una contestación, fueron suficientes para que se le dejase entrar sin obstáculo. Pasando por delante de la sirvienta, el joven penetró en la casa, y dirigióse á una habitación situada á la izquierda. Junto á una ventana abierta, hallábase allí una mujer joven, vuelta de espaldas á la puerta; mas al oir pasos volvió la cabeza lánguidamente; después púsose en pie por un movimiento rápido, y alzando los brazos con expresión de asombro, dejó escapar un agudo grito.

—¡Iván Fedovsky, exclamó, usted aquí!..

—Sí, Vera, ya ve usted que la he seguido.

—¿Cómo ha podido usted franquear la entrada?

—Dando el santo y seña de que otras personas se sirven para ser admitidos en esta casa, contestó Fedovsky tranquilamente.

—Usted no sabe cuál es. ¿Cómo ha podido averiguarlo?

—Por los mismos medios de que me valí para conocer los nombres de Enrique Willis y de los otros individuos de su pandilla, que tienen su punto de reunión en esta casa, y que conciertan aquí, con usted, sus proyectos de falsificación.

Vera hizo un ademán negativo con la mano, acercóse á una silla y se dejó caer en ella.

—No conozco á semejantes hombres, dijo con voz débil.

—Hace ya largo tiempo que los conoce usted, repuso Fedovsky; y á no haberles escudado la supuesta respetabilidad de usted, y sin la protección que les proporcionó el nombre de usted y su casa, no les habría sido posible llevar á cabo sus planes. Usted es la depositaria de sus secretos y la guardiana de su botín, y pude haberlo sabido mucho antes de ahora, pero no quise creer tal cosa; ahora ya no es posible la duda... y por eso estoy aquí.



¡El conde tenía entre sus brazos un cadáver!

La expresión del conde era tranquila y severa, y sus palabras indicaban tal seguridad y convicción, que la resistencia de Vera cedió.

—Aunque supiese alguna cosa de esos hombres, dijo, no se desprendería de aquí que yo conozco el daño que puedan haber hecho. Si son los hombres que dice, á mí no me tienen por confidenta.

—Vera, replicó el conde con acento severo, no he venido aquí para argumentar, y sé muy bien lo que hablo; pero usted es mujer, y hubo un tiempo en que la amaba. Un año hace, cuando la encontré en peligro, la hubiera salvado si hubiese querido aceptar mi protección; pero aún entonces tenía usted demasiado apego á su vergonzoso género de vida para aceptar mi oferta. No vengo á repetirla hoy; pero le queda á usted una probabilidad para no consumar su perdición, revelando lo que aún puede ser obscuro respecto á sus cómplices y á sus designios; pero esa revelación ha de ser inmediata y completa.

—¿Y qué derecho tiene usted para imponerme semejante condición?

—Bien sabe usted cuál es, puesto que ha leído los papeles que me sustrajeron del cajón de la mesa en Dresde, y que se entregaron á Willis ó Williams, si él prefiere que se le llame así. También conoce usted otros incidentes ocurridos allí, y tomó parte en la trama para hacerme asesinar por otro amigo de usted..., Carlos Bolan.

—¡Es falso!, exclamó Vera con impetuosa vehemencia incorporándose en parte y volviendo á dejarse caer en su silla; él fué quien fraguó esa trama, y yo no supe la menor cosa hasta después. Desconfiaba de usted y le temía, y quiso apartarle de su camino por mano del hombre de quien también deseaba deshacerse. Apenas supe lo sucedido, amenacé denunciarle, y cuando después me habló usted en el teatro, procuré por todos los medios inducirle á renunciar á su misión. Hice esto en obsequio de usted, no en beneficio de ellos, y si hubieran sabido esto, tal vez me habría costado la vida.

—¿Y cómo podría usted garantizarme que eso es verdad? En Mónaco me refirió usted una historia sobre su casamiento con un príncipe ruso. ¿Es cierto también?

—No, contestó Vera bajando la cabeza; pero me obligaron á decirlo así, y yo era impotente contra ellos.

—¿Cómo pudo ser eso?, preguntó el conde fríamente.

—Usted me juzga mal, dijo enjugando con sus dedos trémulos las lágrimas que caían de sus ojos, pues no soy tan vil como supone. El hombre con quien me unieron forzosamente, por voluntad del padre de usted, no se limitó á robar en los dominios de éste, sino que cometió otros crímenes, los cuales no pudo ocultarme. Al fin, concertándose con otros, llevó á cabo una estafa por valor de cien mil duros; le prendieron y probóse su delito, pero no se le encontró la suma; sus cómplices me la habían confiado, y ayudáronme después á escapar. Algún tiempo después, todos los ladrones fueron capturados, excepto uno, y este es el hombre que usted encontró en Mónaco. Conocía mi secreto, y de esto se valió para someterme á su voluntad; de modo que debía obedecerle en todo. Poco á poco, acostumbrándome á esta vida, dejé de pensar y de sentir. Solamente una cosa podía librar de la degradación, y bien me crea usted ó no, la conservé, y si me hubiera ido con usted para casarme, aquella noche en que me lo propuso, no habría tenido nada de que avergonzarme. ¡Era asociada y cómplice de ladrones; pero como mujer, Iván Fedovsky, soy pura!

—Lo espero así, y me complazco en creerlo, contestó el conde con expresión grave; pero no he venido aquí para hablar de esto. Es preciso que me diga usted todo cuanto sepa sobre los planes y actos de esos hombres respecto á sus falsificaciones en este país y en América; y sobre todo que me facilite pruebas para demostrar que Enrique Willis es el jefe y promovedor del crimen.

—¿Y si rehuso?, repuso Vera frunciendo el ceño.

—En tal caso, nada podré hacer por usted, y habrá de atenerse á las consecuencias, como todos los demás.

—¿Y cuáles serían las consecuencias para mí? ¿Cree usted que mi vida es tan agradable que me esforzaría para conservarla? ¿No le parece á usted que podría complacerme más contrariar al hombre que en otro tiempo hubiera besado la tierra que yo pisaba, y que ahora viene aquí para ultrajarme?

—El amor de mi juventud es todavía sagrado para mí, Vera, dijo el conde con expresión solemne, por más que después haya experimentado una pasión más elevada y más profunda. Jamás olvidaré lo que usted fué, ni la vitupero por lo que ahora es, pues la considero víctima de circunstancias que no tuvo fuerzas para vencer; pero de todos modos, ni usted misma desearía, en la situación presente, que hubiese entre nosotros más íntimas relaciones. Hemos vivido muy separados, y ahora... solamente la tumba podrá reunirnos otra vez. No estoy sometido á usted como en otra época; mas no por eso dejo de experimentar todos los sentimientos honrosos que la mujer puede infundir al hombre; y estoy resuelto á proteger á usted, mientras no falte á la justicia.

—Muy bien, repuso Vera; supongo que debo dar á usted las gracias por la rectitud de su proceder; pero tal vez, añadió fijando en el conde una extraña mirada, aún hallaría medios, si yo quisiera tomarme tal molestia, para hacerle olvidar, al menos por algunas horas, á la intachable joven que, según deduzco de las palabras de usted, tiene la fortuna de merecer sus consideraciones. No importa..., usted busca informes, aunque ya sabe tanto, que apenas puede esperar que yo le diga nada nuevo...

Vera se interrumpió y oprimióse la cabeza con las manos.

—Siempre había presentido un desenlace como este, continuó con una voz entrecortada por la emoción que conmovió á Fedovsky profundamente, y no diré que no me alegro de ello, pues llega un día en que al fin repugna vivir en la incertidumbre y la excitación, en medio de falsedades y traiciones, aunque siempre me han dispensado todas las consideraciones posibles. ¿Piensa usted casarse, Iván?

—No tengo muchas esperanzas, contestó el conde, sorprendido por esta pregunta intempestiva.

—Yo espero que sí, y también que será dichoso. Usted y yo hubiéramos podido ser felices si no hubiesen mediado circunstancias tan enojosas; mas ahora, como usted ha dicho antes, ya no está en lo posible. ¡Yo estoy destinada á las sombras!..

Al decir esto, Vera inclinó la cabeza y entregóse al parecer á una sombría meditación.

—A propósito, dijo al fin reponiéndose y con acento tranquilo, creo que este último año no contaba usted con suficientes recursos; y he oído decir que le habían confiscado sus bienes. ¿No ha hecho ninguna indagación sobre este asunto?

—Nadie se mete en la boca del lobo, dijo el conde, para probar la fuerza de sus dientes.

—Pues un poco de curiosidad es á veces muy útil, repuso Vera. Si usted hubiera practicado averiguaciones, tal vez habría sabido cosas muy propias para sorprenderle. ¿Qué diría usted si yo le asegurase que las cartas que recibió anunciándole la confiscación no eran sino una artimaña de varios conocidos míos..., del Sr. Strogello y algunos otros?.. Ellos pensaban que si conseguían hacerle creer á usted que había perdido sus bienes, tal vez les fuera posible persuadir después al gobierno ruso de que eran los herederos designados por usted.

—A esto contestaría yo que lo dudo.

—¡Oh! Es usted muy incrédulo; pero le digo la pura verdad. El gobierno rehusó hacer entrega alguna, y los bienes serán de usted cuando quiera reclamarlos. Reciba esta noticia como mi regalo de boda; y he aquí como en medio de su dicha y prosperidad deberá usted acordarse de mí...

—¿Es eso realmente verdad, Vera?.., comenzó á decir el conde.

—Sí, interrumpió Vera; pero no me dé usted las gracias, pues no hago más que poner mis cosas en orden antes de abandonar esta casa y substraerme de un peso que me agobia. Ahora desea usted una prueba contra Enrique Willis..., ¿no es así?

Fedovsky hizo una señal afirmativa.

—¡Pues bien..., yo le odio!.. Me ha tiranizado siempre, cerrándome todo camino para enmendarme, y ha hecho de mí lo que soy. ¡He sido su esclava, y él mi ruina! Y ahora, teniendo una oportunidad para vengarme, ¿no es natural que la aproveche?

—Sería extraño que no lo hiciese usted.

En aquel momento, Vera tenía los ojos brillantes; un vivo carmín coloreaba sus mejillas, y su ademán era majestuoso. Jamás le había parecido al conde tan hermosa y temible.

—¡Pues bien, exclamó prorrumpiendo en una carcajada, me complace ser extraña, y quiero serlo una vez más!.. No le diré á usted nada de Enrique Willis..., era mi cómplice, confiaba en mí... y no le venderé. ¡Cójale usted, si puede..., yo espero que lo consiga..., y entonces ajústele las cuentas; pero no se dirá nunca que yo ayudé á prenderle! ¡Yo *me voy!*

Vera se levantó al decir esto é hizo una señal de despedida; Fedovsky, que se había levantado también, no adivinaba cuál era su intención; pero de pronto la vió inclinar la cabeza y oprimir sus manos contra la boca, notando después un movimiento en su garganta, como si tragara alguna cosa. Entonces lo comprendió todo, y precipitóse hacia Vera para cortarle la acción; mas ya era tarde.

Mientras la sostenía en sus brazos, con la cabeza apoyada en su hombro, Vera le miró fijamente, y la extraña sonrisa de antes entreabrió sus labios una vez más. Después cerró los ojos; de su pecho se escapó un suspiro, y su cuerpo quedó inmóvil.

¡El conde tenía entre sus brazos un cadáver!

. . . .

Las pruebas que Fedovsky había acumulado ya eran suficientes para sus fines, y los papeles y efectos encontrados en casa de Vera apenas se creyeron necesarios para confirmarlas. Willis fué detenido á la mañana siguiente en su alojamiento, y ante la evidencia de los cargos que resultaban contra él, hizo al fin una confesión completa de sus delitos desde el principio hasta el fin, denunciando á sus cómplices, todos los cuales sufrieron las penas á que se les condenó. Esta confesión se escribió después, y una copia se conserva en el archivo secreto de la Inspección Central de Nueva York, considerándose como el documento más notable de esa especie que existe actualmente, sobre todo porque pone de relieve la sagacidad y perspicacia del jefe de policía Byrnes, que supo dar fin de una temible pandilla de falsarios.

Se necesitaría otro volumen para referir cómo el conde Fedovsky recobró sus dominios; cómo volvió á Nueva York para presentar su informe, á la vez que su dimisión de oficial del servicio secreto; y cómo buscó á Serafina Vanderblick, á quien halló al fin dedicada á la enseñanza en una escuela pública con el sueldo de seiscientos duros anuales. Su padre había perdido en parte la razón á causa de la quiebra que sufrió, y su hijo ocupaba una plaza de escribiente en casa del mismo hombre que más había contribuído á la ruina de aquél.

Fedovsky y Serafina se casaron, y disfrutan de toda la felicidad que á los mortales es dado alcanzar, de la cual participa el fiel Tomás. Serafina dice á veces que todo lo deben al inspector Byrnes, y el conde lo reconoce también así; pero cuando piensa en ello, un recuerdo triste y doloroso cruza por su mente: es el recuerdo de una mujer generosa y desgraciada que en otro tiempo le amó; y cuando eleva al cielo alguna oración, nunca deja de pronunciar el nombre de Vera.

TRADUCCIÓN DE E. L. DE VERNEUIL.







PARÍS. – Inauguración, en 27 de abril último, de la estatua de Franklin, obra de John J. Doyle, regalada á la ciudad de París por Mr. John Harjes
(De fotografía de Branger y C.ª)

En el salón de fiestas del Trocadero de París celebróse el día 27 de abril último la ceremonia conmemorativa á la vez del segundo centenario del natalicio de Benjamín Franklin y de la inauguración de la estatua de ese héroe de la independencia de los Estados Unidos, regalada á la capital de Francia por Mr. John Harjes. Fué una grande é imponente manifestación franco-americana, á la que asistieron la colonia yanki, presidida por su embajador, y muchas notabilidades francesas; el gobierno estuvo representado por los Sres. Bourgeois, Etienne y Barthou.

Pronunciaron elocuentes discursos el embajador de los Estados Unidos Mr. Smith, enviado especial del gobierno norteamericano, M. Barthou y el donador del monumento.

Terminada esta parte de la fiesta, los concurrentes se dirigieron al lugar en donde se alza la estatua de Franklin, á la entrada de la calle de su nombre, en donde peroraron los Sres. Chautard y Autrand.

El monumento, notable obra del escultor norteamericano John J. Doyle, representa á Franklin sentado y en actitud pensativa; en el pedestal, dos bajos relieves reproducen la recepción de Franklin por Luis XVI el uno, y el otro el acto de la firma de la paz entre Inglaterra y los Estados Unidos. En la cara de delante se ve el águila norteamericana y debajo de ella se leen estas palabras de Mirabeau: «Ese genio que libertó á América y derramó sobre Europa torrentes de luz. El sabio á quien reclaman dos mundos.» En la cara posterior hay la siguiente inscripción: «Regalado á la ciudad de París por John Harjes. 1906.»

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XXV ——— Barcelona 14 de mayo de 1906 ——— Núm. 1.272



TERNURA, grupo escultórico de Luis Doménech y Vicente

(Exposición Nacional de Bellas Artes. Madrid, 1906.)



REVISTA HISPANO-AMERICANA

Chile: situación interior.—*Bolivia:* el ejército: las cuestiones de límites.—*Perú:* armamentos: Tacna y Arica y la República del Pacífico.—*Venezuela:* renuncia temporal del presidente: el vicepresidente Gómez.—*Costa Rica:* nuevo presidente.—*El Salvador:* la agricultura, la instrucción pública y la hacienda.—*Guatemala:* situación actual.—*Cuba:* la isla de Pinos y los yanquis.—Los intereses de la raza latina y la necesidad del equilibrio americano.

El día 5 de marzo se hicieron en Chile las elecciones para la renovación parcial del Congreso. Se temían desórdenes; pero afortunadamente no se alteró la tranquilidad pública. Los partidos de oposición obtuvieron mayoría, y hubo que cambiar una vez más de ministerio; para presidir el nuevo fué nombrado D. José Ramón Gutiérrez.

La situación interior no es muy satisfactoria, ya por la división y subdivisión de los partidos políticos (conservadores, balmacedistas, demócratas, independientes, radicales, liberales, nacionalistas, agrupados en pactistas y aliancistas), ya por las huelgas parciales y amenazas de huelga general que pueden perturbar la vida económica del país, paralizando el desarrollo de importantes industrias y empresas, que en estos últimos años han tomado gran vuelo.

***

Bolivia reorganiza su ejército, perfecciona la educación militar y atiende á la mejor defensa del territorio. Estos trabajos y los servicios, en general, del Estado mayor y los topográficos y geodésicos están dirigidos por jefes y oficiales franceses.

La cuestión de límites con el Perú, sometida al arbitraje del presidente de la República Argentina, sigue su curso; los abogados de una y otra república preparan, amplían ó completan sus respectivos alegatos, teniendo como campo principal de sus investigaciones los archivos de España.

Otra cuestión análoga, años hace también planteada, la de frontera con el Paraguay por la parte del Chaco, apasiona los ánimos en ambos países. La polémica en la prensa es viva y se reconoce la urgente necesidad de acudir al arbitraje para evitar conflictos de otra índole.

***

Los armamentos que hace el Perú causan algún recelo en las Repúblicas vecinas. El gobierno peruano ha encargado la construcción de varios acorazados en astilleros de Inglaterra é Italia, y oficiales de la marina están completando su instrucción en Europa y Estados Unidos. La diplomacia peruana pone empeño en declarar que tales armamentos no obedecen á propósitos belicosos; es pueril hablar de preparativos de guerra porque el ejército y la marina del Perú cuenten algunas baterías más y algunas unidades nuevas. Se tiene la mira puesta en Tacna y Arica y en el cumplimiento del tratado de Ancón; mas no con intento de provocar á Chile, sino para ponerse en condiciones de pagarle la indemnización convenida si el plebiscito fuese favorable á la devolución de esas provincias. Por esto aspira el Perú á ganar prestigio y crédito y á fomentar las riquezas todas del país, con lo que le habrá de ser fácil contratar los empréstitos que necesite.

Ha vuelto á circular por la prensa el proyecto de constituir un nuevo Estado en América, la República del Pacífico, con los citados territorios de Tacna y Arica. Atribúyese la idea á los yanquis, pues dicen que con dinero de ellos se trata de ganar adeptos y promover un movimiento insurreccional que tenga por consecuencia la creación de esa República, amparada ó protegida más ó menos paladinamente por el gobierno de Wáshington. La empresa nos parece bastante aventurada.

***

Al pasado mes de abril corresponde un hecho de cierta importancia en la historia contemporánea de Venezuela. El presidente, D. Cipriano Castro, ha resignado temporalmente sus funciones, delegándolas en el vicepresidente, general Juan Vicente Gómez. En el acto de la ceremonia de entrega de poderes, que tuvo efecto ante todos los ministros y los magistrados de los altos tribunales de la República, Castro pronunció un discurso que puede resumirse así: «La paz está asegurada en todo el país, y ninguna nube obscurece el horizonte diplomático, porque todas las cuestiones pendientes van á ser resueltas amistosamente ó por medio de arbitraje.»

El acuerdo de Castro ha sorprendido y ha dado motivo á muchos comentarios; cuando se suponía que estaba fraguándose nueva revolución contra él, y que Francia, más ó menos de concierto con los Estados Unidos, se hallaba dispuesta á provocarle otro conflicto internacional, Castro, tranquilamente, abandona el poder y se retira á descansar de las tareas de gobierno en la ciudad de La Victoria, declarando que nada hay que temer en el interior ni del exterior.

Habíase dicho también que el jefe de la revolución preparada era el vicepresidente, y Castro replica confiando el mando á este mismo y dirigiendo un manifiesto al país en el que pide á todos los venezolanos que sostengan al nuevo gobierno presidido por Gómez. Añade que si ve que su retirada temporal es ventajosa para el país, de muy buen grado abandonará la presidencia de modo definitivo.

***

En 1.° de abril ha sido elegido presidente de la República de Costa Rica para el período constitucional 1906-1910 el licenciado D. Cleto González Víquez, que ha entrado en funciones, substituyendo al Sr. Esquivel, el 8 del corriente mayo. El Sr. González Víquez era uno de los vicepresidentes de la República y había desempeñado varias carteras ministeriales y la presidencia del Municipio de San José.

En las elecciones generales para diputados triunfaron en provincias los adictos, los *cletistas;* en la capital, los de oposición. Al nuevo gobierno incumbe resolver varios problemas administrativos planteados; el principal es el referente al arreglo de la deuda interior y exterior, que asciende á unos 30 millones de pesos plata.

***

El 20 de febrero empezaron las sesiones ordinarias de la Asamblea Nacional de la República de El Salvador. En el solemne acto de inauguración se leyó el Mensaje del presidente Sr. Escalón, breve reseña del curso que han llevado los asuntos de gobierno y de las medidas y mejoras más notables, realizadas unas y en vías de realización otras.

La agricultura, ramo de vital importancia para el país, ha recibido protección constante y decidida. La Finca modelo de la capital ha tenido gran ensanche con el establecimiento de nuevos y pintorescos jardines, elegantes quioscos, amplias alamedas y otros sitios accesorios que hoy constituyen el más ameno é higiénico paseo de la ciudad. Lo mismo puede decirse de la Finca modelo de Santa Ana, aunque de más reciente creación.

En el ramo de Instrucción pública se han emprendido últimamente laboriosos trabajos, dirigidos á reorganizar los centros docentes de educación é instrucción popular, adoptando, á la medida de los recursos del país y de las necesidades de la época, los métodos modernos más perfeccionados y que han producido fecundos resultados prácticos en otras naciones.

En lo que á la Hacienda pública concierne, el presidente apela á la ilustración y patriotismo de los diputados para arbitrar los medios más prácticos de nivelar los presupuestos sin acudir al recurso rutinario y contraproducente de intentar economías mal meditadas, que desconciertan y entorpecen la expedita marcha de la Administración pública.

***

De la situación actual de la República de Guatemala y de los progresos realizados durante el año 1905 da noticia el Mensaje del presidente leído con motivo de la apertura de la legislatura ordinaria el 1.° de marzo.

Continúase atendiendo con preferencia al fomento de la instrucción pública y de la cultura general del país; aumentan sin cesar el número de escuelas y de alumnos. En las últimas fiestas de Minerva se presentaron los primeros trabajos de la carta geográfica en relieve de la República, carta cuya superficie mide cuatro metros cuadrados. Se va á organizar un Museo para el estudio y conservación de los monumentos arqueológicos de Guatemala.

Adelantan los trabajos del ferrocarril del Atlántico y están en estudio nuevas vías férreas. Las rentas públicas excedieron en 14.000.000 pesos á los ingresos presupuestos.

***

El Senado yanqui se muestra poco propicio á sancionar el tratado con Cuba en la parte relativa á la renuncia de Estados Unidos á la isla de Pinos en cambio de las estaciones navales y carboníferas que les fueron concedidas por los cubanos. Los yanquis de Nueva Gerona han apelado al Congreso de Wáshington enviándole protesta contra el tratado y capítulo de quejas contra el gobierno de Cuba y los funcionarios cubanos, á quienes acusan de corrupción y venalidad. El gobierno norteamericano trata de dar largas al asunto enviando á la isla una comisión investigadora constituída por varios senadores.

***

La política de Roosevelt y los imperialistas yanquis, en relación con Hispano-América, va produciendo sus naturales resultados. Los pueblos hispano-americanos comprenden la necesidad de unirse ó confederarse para contrariar las tendencias absorbentes de aquéllos, y fiel reflejo de la opinión y de las aspiraciones de esos pueblos es el discurso que el 25 de marzo último leyó el general Tosta García en el acto de incorporarse á la Academia de la Historia de Venezuela.

El gran Bolívar, con la clarividencia propia de los genios, procuró desde el primer momento fortalecer por medio de una Confederación á los pueblos por él libertados. Fracasaron las varias tentativas hechas con tal objeto desde 1826; pero las circunstancias han cambiado, el riesgo común va acercando más de día en día á unos y otros Estados y se impone la urgencia de la alianza ó Confederación de los gobiernos hispano-americanos para hacerse fuertes ante las contingencias que puedan sobrevenir.

La raza latina tiene que ponerse en guardia para asegurar sus condiciones de vida en este siglo. Hay que establecer el equilibrio americano, que bien pudiera llegar á ser hasta equilibrio de razas.

Quiere Tosta García que se reuna pronto, muy pronto, una gran Conferencia de representantes de los Estados hispano-americanos en una de las capitales de éstos para gestionar y realizar la Unión latino-americana, tal como lo propuso el Congreso Nacional de Venezuela el 2 de abril de 1904.

Ningún pueblo de raza latina debe cruzarse de brazos ante la magnitud del conflicto con que amenazan los yanquis; cuantos latinos tengan el corazón bien puesto están obligados á contrarrestar la invasión, el auge, el predominio de esa otra raza extraña á nuestras costumbres y á nuestras glorias legendarias.

Y aun en el optimista y favorable caso—dice el nuevo académico—de que tales temores resultasen exagerados y pueriles y de que sólo fueran alharacas de los pensadores latinos alarmados, hasta en el caso feliz de que la raza invasora se detuviera prudentemente en su marcha, contentándose con lo adquirido, nunca estarán de más los esfuerzos para reunir, en fechas y en países determinados, ese Areópago de carácter esencialmente suramericano, si quiera fuese para resolver las cuestiones por el recurso de arbitraje, sin tener que recurrir al desautorizado Tribunal de La Haya, que en reciente controversia, en que era parte Venezuela, falló erigiendo en *suprema ratio* los procedimientos de la fuerza bruta.

R. BELTRÁN RÓZPIDE.

LA FELICIDAD, por JOSÉ FRANCÉS. (Dibujo de MAS Y FONDEVILA.)



Tiene en sus manos *Alma de Nobles* y termina de leer la dedicatoria

I

Era noche de fiesta. Sobre el amplio parque trotaban carcajadas y discreteos. Unos violines ocultos entre lo umbrátil extendían su languidez. Las estatuas de dioses míticos surgían altivas. Los yentes y vinientes andaban despaciosos, no rimando el arrastrar de sus pies con aquella armonía que arrastraban los violines. En el fondo acotaba un trozo de cielo el altivo palacio; en los ventanales, rebosantes de luz anaranjada, parecían nadar las sombras bailadoras. Triunfaba el Otoño y los árboles desvestíanse.

María Luisa, alta, esbelta, manos largas, ojos diminutos. En su honor era la fiesta: celebraban el anuncio de su matrimonio con

Félix de Undieta, hijo de duques, escritor de costumbres aristócratas. Enclenque, cara larga y pálida, ojos viciosos.

Están sentados fronteramente. El habla presuntuoso, arrastrando las frases, ella le escucha ingenua y bobalicona.

Undieta.—¿Has leído ya *Alma de Nobles?*

María Luisa.—Sí; y ¿cómo no, siendo tuyo el libro? Pero lo que más me encanta es la dedicatoria... La sé de memoria.

Undieta.—¿Toda, toda? A ver...

María Luisa.—Verás. *(Frunce las cejas, arrancando de lo pasado el recuerdo; repite mentalmente las frases, después sonríe y recita:)* Era en un lejano país de ensueño, el país azul en que cantan las mariposas y lloran los lirios. Dormía el poeta y su cerebro generaba pastorelas y madrigales. La Hada espantó al Sueño. Sonrió al poeta despierto y le hizo el don de un cofrecillo cincelado; su voz dulcísima musitó. «He aquí la Felicidad.» Y el poeta: «¿Qué contiene? —*Risas, Lágrimas, Amor, Talento, Riqueza, Belleza y Virtud*... Mas ten cuidado en su guarda: si lo pierdes será oculto hasta el tiempo en que un alma llena de amor desee á otra el hallazgo. Esta será feliz.» Esfumóse la Hada y el poeta reanudó su soñar. Mientras dormía unos gnomos robáronle el cofrecillo... Está perdido y la Felicidad ambula buscando reposo. Yo te deseo seas la encontradora.

Quedan un instante silenciosos. Hasta ellos llegan las notas señoriales de un minuetto.

María Luisa *(llorosa)*.—Qué lindo presente me hiciste, Félix...

Undieta *(fatuamente)*.—Ya sabes, nena; te deseo encuentres el cofrecillo. Y lo encontrarás.

II

Un gabinete femenil, tapizado de rosa. Balcón á la calle que recorta un cuadrado gris donde copos blancos danzan furiosamente. En la chimenea los leños se queman lentamente y esparcen un calor mimoso que acaricia... Hasta el deleitoso abrigaño asciende de vez en vez el campaneo de un tranvía que huye. Triunfa el Invierno y los árboles escuetos se visten de blanco.

María Luisa, sentada en un sillón de altísimo respaldar, caricatura de los sillones prerrafaélicos. Desmejorada, flaca, los inexpresivos y chiquitines ojos brillan en la pálida cara. Escucha al

Padre Joaquín, un jesuíta gordo y sanote, que viste el severo hábito con elegante atildamiento; bajo los cristales de las gafas montadas en oro, se mueven inquietos sus ojos claruchos. Tiene en sus manos *Alma de Nobles* y termina de leer la dedicatoria.

Padre Joaquín *(melosamente, como en la rejilla del confesionario)*.—Sí; verdad es que concuerdan poco las locuras actuales de Undieta con esta dedicatoria.

María Luisa *(suspirando)*.—Es horrible esta vida, padre. Hay días en que no parece por casa; sé los nombres de sus amigas, las cantidades que diariamente pierde en el Casino... Lleva una existencia febril, de goces que lo aniquilan... Y yo abandonada, sola, muy sola... *(Llora.)*

Padre Joaquín.—Vamos, vamos, hijita, no llore; esperemos en Dios, en Dios que todo lo ve y que todo lo premia.

María Luisa.—Y eso que encontré el estuche...

Padre Joaquín *(asombrado)*.—¿Qué estuche?

María Luisa.—Ese, el de la Felicidad. *(El jesuíta sonríe.)* No, padre, no se ría usted. *(Apoya la mano en un timbre. Entre los cortinones de la puerta aparece la cabecita de una doncella.)* Trae el cofrecillo que está en mi tocador. *(Desaparece la cabecita.)* Verá usted, padre, cómo Félix me engañó también en esto. *(Entra la doncella y la entrega un cofrecillo; después marcha calladamente; tras de ella caen los severos pliegues del cortinón.)* Este cofrecillo guarda mis secretos de soltera, de cuando éramos novios. *(Lo abre.)* Vea usted, padre. *(Sacando un puñado de cartas.)* Aquí están las *Risas* y las *Lágrimas* y el *Amor*. Entre sus pliegues hay el perfume de días pretéritos; en estas cartas puse yo las inocencias de mi corazón; él todas las malicias de su cerebro. *(El jesuíta coge el paquete y empieza á desflorar sus secretos.)* Aquí está el *Talento*. *(Presentándole un libro lujosamente encuadernado.)* Es la primera novela de Félix.

Padre Joaquín *(cogiendo un retrato de María Luisa que hay en el fondo del cofre)*.—Mire, hija, no puede cumplirse la ensoñada profecía. Voy á intentar demostrarlo y perdone usted mi sinceridad. Falta la *Belleza:* usted, María Luisa, no podrá nunca hacer sentir el fanatismo de la pasión, sino el misticismo de la ternura. *(Cogiendo el libro.)* Falta el *Talento:* sólo usted puede admirar á Félix. *(Señalando una carta que tiene en la mano.)* Falta la *Virtud:* esta carta habla de algo que yo, su confesor, no supe hasta ahora y que debió dar antes de tiempo á sus ojos de virgen mirada de esposa. También falta *Amor,* pues en esta otra *(señalando otro pliegucillo)* se habla de intereses con acertado tecnicismo mercantil. *(María Luisa llora angustiosa, con hipar constante.)* Vamos, hijita, vamos. En la vida no puede florecer nunca la flor del Ensueño. Creyó usted encontrar la Felicidad en este cofrecillo donde sólo hay *Lágrimas* y *Riquezas*... ¡Y están tan lejos de constituir esas dos cosas la Felicidad!..

EL 1.° DE MAYO EN PARÍS. (De fotografías de «Photo-Nouvelles.»)

La capital de Francia ha permanecido durante unos días en un estado de ánimo verdaderamente excepcional. La proximidad de la llamada Fiesta del Trabajo preocupaba hondamente á toda la población y aun al mismo gobierno; un malestar indecible, en los últimos momentos rayano en el pánico, se apoderó de los parisienses, y en cuanto á los gobernantes las medidas de precaución por ellos adoptadas demostraron bien á las claras los temores que abrigaban.

Los habitantes de París se preparaban como si hubieran de ocurrir gravísimos sucesos, proveyéndose de gran cantidad de víveres de todas clases, hasta el punto de haber quedado vacíos muchos y muy importantes almacenes. El ministerio, á su vez, demostrando una previsión en pocas ocasiones más justificada, concentró en la ciudad numerosas tropas, llevando á ella, desde diversos departamentos, 28.000 hombres que junto con la guarnición formaban un total de 100.000, y movilizó todas las fuerzas de policía. M. Lepine, á quien se confirieron poderes absolutos para la conservación del orden y para su restablecimiento, en caso de que se alterara, adoptó enérgicas medidas preventivas, y sin hacer grandes alardes de fuerzas adoptó su plan estratégico, disponiendo convenientemente la distribución de las tropas y de la policía y la vigilancia de las alcantarillas, de los depósitos de aguas y de los más señalados establecimientos públicos, y mandando limpiar de piedras las calles.

Gracias indudablemente á estas acertadas precauciones, el 1.° de mayo transcurrió en París con relativa tranquilidad. Hubo, sí, numerosas reuniones en la Bolsa del Trabajo, en donde varios oradores socialistas y revolucionarios pronunciaron discursos de tonos radicalísimos; hubo asimismo algunos conatos de manifestación y hasta algunas pequeñas colisiones; pero ni las excitaciones que en el interior de la Bolsa del Trabajo se dirigieron á los obreros se exteriorizaron en hechos de violencia fuera del edificio, ni los conatos de manifestación y las colisiones revistieron importancia.

Toda la población de París y la prensa, excepción hecha de la revolucionaria, dedican grandes elogios al prefecto de policía M. Lepine, reconociendo que á él se debe el que la Fiesta del Trabajo no haya dado lugar á los desórdenes que, no sin fundamento, se temían.—S.



UN MEETING OBRERO CELEBRADO EN LA BOLSA DEL TRABAJO EL DÍA 1.° DE MAYO. – EL PREFECTO DE POLICÍA M. LEPINE Y EL GENERAL GOBERNADOR DE PARÍS



OBREROS Á LA SALIDA DE LA BOLSA DEL TRABAJO. – EL TAMBOR AVANZANDO PARA DAR LOS TOQUES DE ATENCIÓN QUE HAN DE PRECEDER Á UNA CARGA DE CABALLERÍA

El Festival de Mozart



La cantante Srta. E. Helbing



La condesa de Pourtalés, retrato pintado por Winterhalter



La princesa de Brancován

El 27 de enero de 1756 nació en Salzburgo Juan Crisóstomo Wolfgango Mozart, cuya personalidad es uno de los prodigios de la historia de la música. *Don Juan*, *Las bodas de Fígaro*, *La flauta encantada*, *Cosi fan tutte*, *Idomeneo*, *El rapto en el serrallo*, muchas y admirables sinfonías, entre ellas la titulada *Júpiter*, sonatas, cuartetos, quintetos y otras obras de música *di camera*, formando un total de 750 composiciones, constituyen la obra maravillosa de aquel genio que moría en Viena á la edad de treinta y cinco años, después de una existencia en muchas ocasiones precaria y consumida por larga y terrible enfermedad.

Alemania ha festejado de una manera brillante el 150.° aniversario del natalicio del compositor incomparable; también en Francia se ha conmemorado esa fecha, gracias á la iniciativa del notable compositor y director Roberto Hahn, secundado con entusiasmo por tres damas ilustres: la condesa de Pourtalés, la princesa de Brancován y la célebre pintora Magdalena Lemaire. En honor de Mozart se organizó en el Nouveau Theatre de París un festival que comprendió tres conciertos, en los cuales tomaron parte una notable orquesta de 40 profesores, dirigida por Roberto Hahn, los pianistas Risler y Diemer, los violinistas Thibaud, Hayot, Denayer y Salmon, el bajo Eduardo de Reszké, los barítonos Sottolana, Ancora y Bygnon, las tiples Nova Tate, Helbig y la eminente Lili Lehmann.

Esta última es reputada como la primera tiple de Alemania y goza de fama universal, no sólo por la limpidez, la extensión, la dulzura y la homogeneidad de su voz incomparable, sino también y principalmente por su irreprochable escuela de canto. La señora Lehmann es el tipo más perfecto de la cantatriz clásica, y á pesar de que su voz se pliega á las mayores dificultades y las vence en absoluto, no hay en ella el más pequeño asomo de virtuosismo. Tiene una comprensión exacta de las heroínas que encarna y se somete devotamente á las voluntades de los compositores, y hay en su arte esa llama espontánea, comunicativa, convincente, que es la más hermosa y natural manifestación del genio.

De ella ha dicho Roberto Hahn: «La Sra. Lili Lehmann es más que una gran cantante; es la personificación del arte vocal, una especie de divinidad del canto. Hay cantatrices ligeras, cantatrices melodiosas, cantatrices dramáticas, declamadoras, trágicas líricas; algunas sobresalen en el fraseo y en la vocalización elegante, como la Carvalho; otras son notables por su agilidad y por su brío, como la Patti; otras, como la Krauss, tienen el acento elevado, conmovedor, la emoción penetrante; otras, por último, como la Carón, el encanto poético y legendario. Lo raro es que una sola artista posea en alto grado y en una proporción igual esas cualidades tan diversas y tan numerosas.»

Componían los programas de los tres conciertos fragmentos de ópera, sinfonías, obras de música *di camera*, *lieders* y otras composiciones, todas las cuales obtuvieron una ejecución realmente magistral.

Uno de los más célebres cronistas parisienses ha dado cuenta de esa fiesta en los siguientes términos:

«La otra noche, en el Nouveau Theatre... Es el



La eminente cantante alemana Sra. Lili Lehmann

festival Mozart. La sala espléndida, como en los mejores días; la concurrencia escogidísima, la que agrupa París cada año, aquí ó allí, cuando ha circulado la voz de que *aquello* será elegante y que es preciso concurrir. Esta vez ha concurrido por Mozart y la cosa vale el viaje; en muchas ocasiones se ha movido la gente por cosas menos importantes. Y apenas se entra en el teatro compréndese que se ha hecho bien en acudir. Los ojos se sienten satisfechos y el oído encantado: el aspecto de la sala corresponde á lo que se esperaba. Todos aquellos á quienes confiábamos ver están allí, mientras cruza por el aire, regocijándolo, la rima da melodía exquisita... Una vaga impresión de salón de otro tiempo, un perfume de tocador antiguo suben del escenario, cuyo decorado forman anticuados instrumentos, pálidas colgaduras, pasteles de tonos suaves. Evocado por un artista de positivo gusto, ha venido á habitar por una noche la sala efímera algo del maestro encantador...

»Y los que han venido á su encuentro lo escuchan ahora en el arrobamiento. No es una música la que sale de las amarillentas hojas; es la Música misma. Ese encanto lo experimentan todos á medida que se revelan en su serenidad tranquila las líneas armoniosas, y se sienten, inmediatamente y sin esfuerzo, llegados á lo mejor, á lo más elevado; y durante los entreactos la satisfacción sentida va comunicándose de la orquesta á la platea, de los palcos á las galerías.

»Allí se encuentran todos los fieles, todos los que, en el gran París, responden á todos los llamamientos del arte, vengan de donde vengan; los que ayer aplaudían á la Sra. Schumann Heincke en los conciertos Colonne y saludaban luego á Beethoven en los conciertos Chevillard; los que mañana se reunirán para admirar á Risler ó para aplaudir el cuarteto Joachim. Seducidos por lo Bello, no economizan su esfuerzo personal para que lo Bello triunfe, y á este fin no le niegan ni su apoyo material, ni la influencia de su nombre, ni el relieve de su presencia: entre las grandes impresiones sentidas y el patronato otorgado efectúase un cambio. Las sumidades se han hecho para entenderse.

»Así en esta ocasión, para honrar á Mozart y para consagrarle una gran velada, las más ilustres damas, aquellas á quienes la música más especialmente atrae, habían tenido empeño en no faltar á esa reunión de arte. La presencia de la princesa de Brancován, de la princesa Alejandro de Chimay, de la condesa de Grey, de la princesa Edmundo de Polignac, de la condesa de Guerne, de la condesa Grefulhe, de la condesa de Pourtalés, de la condesa Juan de Castellane, de la marquesa de Mun, de la marquesa de Pracomtal, todas músicas fervientes, contribuía á dar á la fiesta su nota aristocrática de «gran estreno.» Y en la elegancia ambiente de la sala, saturada aún de armonía, podía verse también á la condesa Jacobo de Pourtalés, á la condesa Joaquín Murat, á las Sras. de Benardaky y de Ephrusi, á las señoritas de Montebello, á la condesa Lafond, á la marquesa de Eyragues, á la baronesa Enrique de Rothschild, al conde de Vallombrosa, al marqués de Lau, al conde de Chevigné y al conde de Segur...»—M.



SAN SEBASTIÁN.–LLEGADA DE S. M. EL REY D. ALFONSO XIII DE REGRESO DE SU EXCURSIÓN Á LA ISLA DE WIGHT. ASPECTO DEL MUELLE MOMENTOS ANTES DE DESEMBARCAR S. M. (De fotografía de Federico Duclaux.)

LLEGADA
DE S. M. EL REY D. ALFONSO XIII Á SAN SEBASTIÁN
DE REGRESO DE INGLATERRA

El rey de España ha permanecido una temporada en la isla de Wight al lado de la princesa con quien en breve compartirá el trono. En aquella poética isla ha escrito D. Alfonso XIII nuevas estrofas del idilio de sus amores, y en medio de aquella naturaleza, hermosa en sí misma y más hermosa aún por el estado de ánimo en que le ha sido dado contemplarla, el joven monarca ha gozado los placeres de la verdadera dicha y su corazón ha latido á impulsos de los más tiernos sentimientos.

Muy cortos habrán parecido á nuestro soberano los días de su estancia en tierra inglesa, entregado por entero á las dulces emociones de un amor tan profundo como bien correspondido, lejos de las etiquetas palaciegas, libre de las preocupaciones que el contacto directo y continuo con la política activa causa á todo jefe de Estado, y pudiendo abandonarse sin trabas y sin reservas á su afición al ejercicio y á los deportes que tan bien sienta á sus energías juveniles. Entre las fiestas que en su honor se dispusieron merecen citarse las regatas organizadas en Cowes por el Royal Yacht, que nombró á Su Majestad miembro honorario.

Los deberes de la gobernación y los preparativos para la próxima boda han impuesto el regreso de don Alfonso XIII, el cual, tras una breve permanencia en Londres, se embarcó en el yate regio *Giralda*, llegando en la mañana del día 6 de este mes á San Sebastián. Momentos después tomó el tren que le condujo á Madrid, adonde llegó aquella misma noche.—X.



SAN SEBASTIÁN.–LLEGADA DE S. M. EL REY D. ALFONSO XIII Á LA ESTACIÓN PARA TOMAR EL TREN QUE HA DE CONDUCIRLE Á MADRID. (De fotografía de Federico Duclaux.)

LA EXPOSICIÓN INTERNACIONAL DE MILÁN

(Véanse los grabados de las páginas 320, 321 y 322.)

Para conmemorar la apertura del túnel del Simplón, la ciudad de Milán proyectó la celebración de una Exposición internacional de la locomoción y de las comunicaciones por tierra y por mar. Tal era en su origen el objeto del certamen; pero poco á poco fué ampliándose el proyecto con otras secciones más ó menos directamente relacionadas con la primitiva idea, tales como la aerostación, la construcción de máquinas, la agricultura, las industrias agrícolas, la pesca, la higiene y hasta las artes decorativas.

La iniciativa de la Exposición ha partido exclusivamente de los milaneses, y para realizarla formóse una sociedad por acciones que, aparte del capital aportado por los accionistas, ha recibido subvenciones de medio millón de liras del rey, del municipio y de la Caja Nacional de Ahorros. Además ha contado con el producto del alquiler de los terrenos tomados por los expositores y con los productos de una lotería.

El sitio en donde está instalada la Exposición se divide en dos partes: una de ellas, la que comprende las secciones de Bellas Artes, arte retrospectivo, pesca, etc., hállase situada en el Parque; la otra, mucho más extensa, ocupa toda la Plaza de Armas. Entre una y otra álzase el Arco de la Paz levantado por Napoleón I. Atravesando la puerta principal, lo primero que se encuentra es el palacio de Bellas Artes que, además de sesenta y cinco salas, contiene el gran salón de fiestas. Un ferrocarril aéreo eléctrico pone en comunicación el Parque con la Plaza de Armas, en donde están el pabellón de la Marina, el pabellón del Trabajo, la galería de automóviles, el pabellón de la Higiene y las secciones de coches, Agricultura, Correos y Ferrocarriles. Entre los pabellones que más llaman la atención figuran el de Suiza, el de Bélgica, el de Alemania, el de Austria, el de Hungría y el de Artes Decorativas francesas. De algunos de estos edificios publicamos la reproducción en el número último. Otros los reproducimos en el presente, junto con una vista del acto de la inauguración oficial que presidieron los reyes de Italia y otra de la sección aeronáutica.

La Exposición Internacional de Milán ocupa una superficie de cerca de un millón de metros cuadrados; la universal de París de 1900 ocupaba 1.200.000. Casi todos los edificios no tienen más que un piso, y el espacio dedicado á las atracciones, que en la de París era muy grande, en la de Milán es pequeño, de suerte que la mayor parte de aquella superficie está consagrada exclusivamente á las manifestaciones de la actividad humana en las ciencias, industrias y artes.—R.

PRIMERAS FOTOGRAFÍAS DE LA CATÁSTROFE DE SAN FRANCISCO

(Remitidas por «Photo Nouvelles.»)



Vista de conjunto del incendio

No es posible todavía formarse una idea exacta de la magnitud de esa catástrofe que á grandes rasgos describimos en el número 1.270 de La Ilustración Artística; de las noticias que van recibiéndose se desprende, sin embargo, que los daños, con ser inmensos, no revisten la excepcional magnitud que en un principio se supuso y que hizo creer en los primeros momentos en la desaparición total ó poco menos de San Francisco. Por fortuna también ha resultado mucho menor del que se creía el número de muertos, que no llega á 300; débese esto á la hora en que el terremoto se produjo, dado que los efectos de éste donde con más violencia se dejaron sentir fué en los barrios mercantiles. Si en vez de ocurrir el fenómeno seísmico á las cinco de la madrugada hubiese ocurrido cuatro horas después, las víctimas se habrían contado por millares, pues entonces el movimiento en los mencionados barrios es realmente vertiginoso.

Las pérdidas materiales podrán compensarse en buena parte con los socorros que los Estados Unidos en masa van allegando, que se acercan ya á 100 millones de dólars, y con las indemnizaciones de las compañías de seguros.



Efectos del terremoto en el empedrado de las calles y en los rieles del tranvía

Esto no obstante, San Francisco experimentará una crisis difícil en lo que se refiere á su desarrollo. En primer lugar perderá una parte de su antigua población, pues algunos grandes comerciantes desistirán de momento de proseguir allí sus negocios é irán á establecerse en otras ciudades que ofrezcan mayores seguridades al desenvolvimiento de su actividad ó en donde puedan gozar tranquilamente de lo que hayan podido salvar del desastre; y otros, totalmente arruinados, buscarán en otros lugares los medios de ganarse la subsistencia que de momento no encontrarían en la ciudad arruinada. Este éxodo se dirigirá probablemente no sólo á los arrabales de Oakland y Alameda, apenas perjudicados por el terremoto, sino también á las poblaciones rivales de San Francisco, como Los Angeles, situada al Sur de California, y Seattle, al Norte, en el estado de Wáshington.

En substitución de estos emigrantes, irán ahora á poblar San Francisco, siquiera temporalmente, ejércitos de obreros que hallarán ocupación bien retribuída en los trabajos de descombramiento y de reconstrucción.

Los daños materiales ocasionados por el terremoto y por el incendio son de imposible apreciación, tanto más cuanto que al par de los edificios, mercancías y objetos de valor fácilmente estimable, han desaparecido cosas que es imposible valorar. ¿Cómo calcular, en efecto, los tesoros artísticos de las galerías públicas y particulares, las joyas inapreciables de las bibliotecas que el temblor de tierra y las llamas han destruído totalmente? No se sabe aún cuál ha sido la suerte de las colecciones de la Sociedad Histórica y de la Biblioteca Bancroft; pero en cambio se sabe que no existen ya la Biblioteca Municipal que se guardaba en las Casas Consistoriales, la Biblioteca Jurídica, la Biblioteca Sutro con sus preciosos incunables y manuscritos, la de la Sociedad de Ciencias, la del Club Bohemio y otras menos importantes. Asimismo se han perdido para siempre innumerables obras de arte de los mejores pintores y escultores que constituían las galerías Hopkins y Standfort, y no pocos monumentos de gran valor histórico, como los antiguos edificios de la misión Dolores, la antigua Aduana de Vattery-Street y el viejo fuerte Gunnybags.



Ruinas del famoso palacio de las Casas Consistoriales. – Campamento de refugiados en el parque de Golden Gate

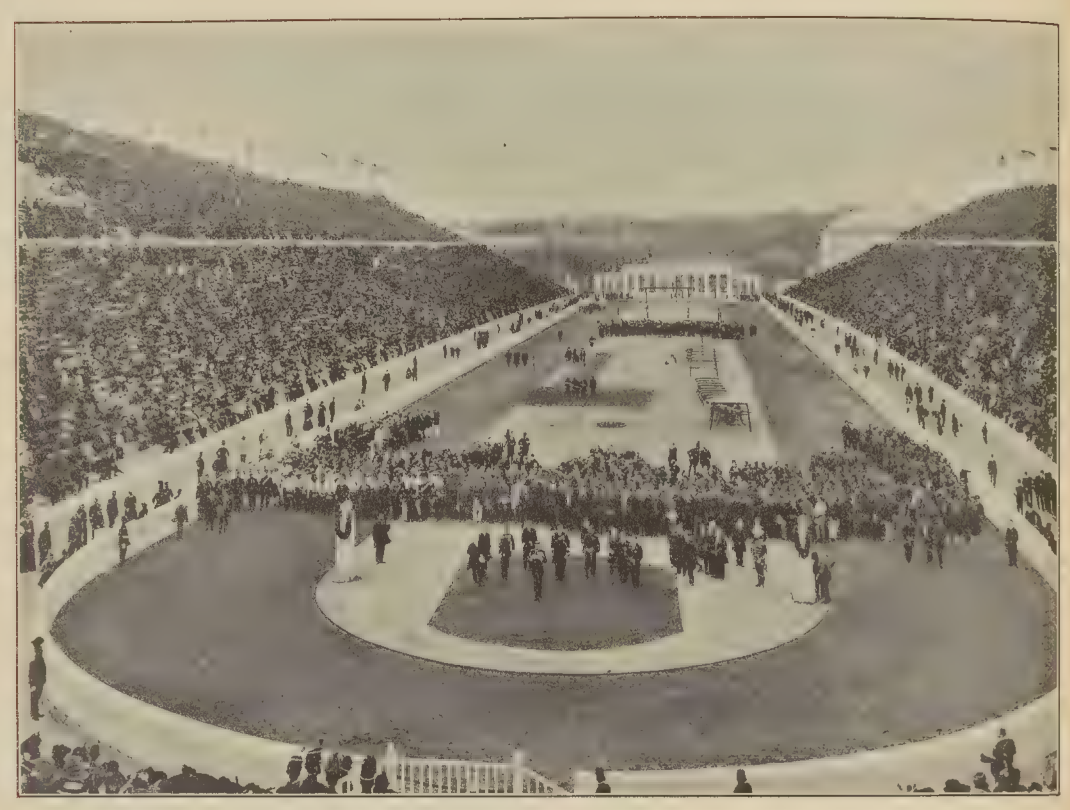
Contra lo que en los primeros momentos se había dicho, los edificios gigantescos conocidos con el nombre de *skyscrapers* han resistido perfectamente las violentas sacudidas del terremoto.

Así, por ejemplo, subsisten todavía el edificio de Spreckel, de diez y ocho pisos; el hotel San Francisco, de doce pisos; la casa del periódico «Chronicle;» la de la «Union Trust Company,» de diez pisos, y otros.

Las fotografías que en esta página reproducimos y que son las primeras llegadas á Europa después de la catástrofe, permiten formarse idea, así de la magnitud de ésta, como del aspecto de los campamentos en donde se refugiaron los habitantes de San Francisco.



Los refugiados en el parque de Golden Gate formando cola para recibir los víveres distribuídos por las autoridades



Atenas.—Los Juegos Olímpicos.—Vista del estadio en el momento de la inauguración oficial de los juegos, bajo la presidencia del príncipe heredero Constantino. (De fotografía.)



Exposición Internacional de Milán.—Los reyes de Italia inaugurando oficialmente la Exposición el día 28 de abril último

(De fotografía remitida por Hutin, Trampus y C.ª)







Exposición Internacional de Milán.—El pabellón egipcio.—El pabellón austriaco.—El palacio de la Marina

(De fotografías remitidas por Hutin, Trampus y C.ª)

EXPOSICIÓN INTERNACIONAL DE MILÁN. – CONCURSO AERONÁUTICO CON MOTIVO DE LA INAUGURACIÓN DEL PARQUE AERONÁUTICO INTERNACIONAL
ELEVACIÓN DE GLOBOS MILITARES ITALIANOS Y ALEMANES. (De fotografía de Hutin, Trampus y C.ª)

TERNURA,

GRUPO ESCULTÓRICO DE LUIS DOMÉNECH Y VICENTE

(Exposición Nacional de Bellas Artes. Madrid, 1906.)

El hermoso y sentido grupo que reproducimos es obra del joven y aventajado artista catalán Luis Doménech y Vicente, destinada seguramente á llamar la atención de los inteligentes en el certamen artístico que acaba de inaugurarse en Madrid. Vese, desde luego, en la producción á que nos referimos el resultado de las aptitudes de nuestro amigo y las influencias que en él han ejercido las provechosas enseñanzas recibidas, primero, en esta ciudad, del distinguido escultor Manuel Fuxá, y después, en París, de aquellos artistas á quienes se respeta y considera. De ahí que el grupo denominado *Ternura* exprese y signifique un sentimiento nobilísimo, y represente el concepto en que se manifiesta la escultura moderna, propio y distintivo del gran arte.

LOS JUEGOS OLÍMPICOS DE ATENAS

(Véase el grabado de la página 320)

Completando la información que publicamos en el último número, diremos algo de la carrera de Marathón, que era de todos los ejercicios que componían el programa de los Juegos Olímpicos, el que mayor interés despertaba.

Para presenciar dicha carrera, que se efectuó el día 2 del corriente, habían acudido al estadio y á las colinas que se alzan en sus inmediaciones 150.000 espectadores, y á lo largo del camino de Marathón, en una extensión de 42 kilómetros, la multitud formaba una columna compacta y tumultuosa que apenas bastaban á contener los cordones militares escalonados en el trayecto.

Después de la visita médica partieron para Marathón 52 corredores, de ellos 26 griegos, 5 norteamericanos, 5 ingleses, 3 alemanes, 3 rusos, 2 franceses, 2 italianos, 2 egipcios, 1 belga, 1 bohemio, 1 australiano y 1 dinamarqués.

A las tres de la tarde dióse la salida á los corredores, que partieron en tres filas, distantes entre sí un metro. De kilómetro en kilómetro había situados médicos y ambulancias, y en todo el trayecto había individuos encargados de distribuir entre los corredores limones y naranjas.

Los favoritos eran el italiano Petri, el francés Bonheure y el griego Kutulaki; sin embargo, el vencedor fué el norteamericano Sherring, que recorrió los 42 kilómetros en dos horas y 50 minutos. En segundo lugar llegó el sueco Lamberg.

Es imposible describir la emoción que reinaba en el estadio en el momento de entrar en él Sherring; los 60.000 espectadores le aclamaban y aplaudían con frenético entusiasmo. El príncipe heredero y el príncipe Jorge descendieron de la tribuna presidencial para salir al encuentro del vencedor, que llegó sonriente y saludando al público, mientras éste arrojaba gran profusión de flores á su paso. Después de un corto descanso de veinte minutos, Sherring salió del estadio tan ágil y fresco como si no hubiera corrido y la multitud le tributó una nueva ovación.

El mismo día se efectuó la carrera ciclista de Marathón, ida y vuelta (84 kilómetros), en la que venció el francés Vast, en dos horas, 41 minutos y 28 segundos, habiendo llegado simultáneamente en segundo lugar Bardonneau y Luguet, también franceses, en dos horas, 41 minutos y 28½ segundos.

Al día siguiente efectuóse en el estadio, en presencia de la familia real griega y de los reyes de Inglaterra la distribución de premios, terminada la cual S. M. el rey Jorge ofreció un banquete á los personajes que habían acudido á los Juegos Olímpicos.

El resultado definitivo de éstos es el siguiente:

Francia ha obtenido 19 premios, Italia 13, Estados Unidos 12, Alemania 10, Inglaterra 9, Grecia 9, Austria 7, Suiza 5, Dinamarca 4, Noruega 4, Suecia 2, Bélgica 2 y Rusia 2.

Los franceses son, por consiguiente, los que más número de premios han logrado; pero de los 19 que ha conseguido, sólo uno, el del salto con percha, pertenece al género de ejercicios genuinamente atléticos. – R.

MISCELÁNEA

Bellas Artes.— BARCELONA. – *Salón Parés.* – Se han expuesto en ese salón los dibujos de artistas catalanes que deben formar el álbum con que la Comisión ejecutiva del homenaje á S. M. el Rey obsequia al monarca con motivo de su próximo enlace. Cincuenta son los trabajos que componen esa colección, en su mayoría acuarelas, dibujos al carbón, á la sanguina y á la pluma, pasteles y *gouaches*, al pie de los cuales se leen firmas tan reputadas como las de Riquer, Cusí, Tamburini, Ribera, Cusachs, Nonell, Teixidor, Arnau, Ros y Güell, Reynés, Llaverías, Fuxá, Masriera (José), Urgell (Modesto), Casas (Ramón), Mestres (Félix), Barrau, Mas y Fondevila, Feliu, Anglada, Masriera (Luis), Mestres (Apeles), Llimona (José), Llimona (Juan), Blay, Cardona, Gosé, Xiró, Labarta, Casas (Buenaventura), Vancells, Baixeras, Brull, Galwey, Rusiñol, Triadó, Urgell (Ricardo), Utrillo (Antonio), Meifrén, Raurich, Pahissa, Querol y Opisso. Además de éstos, figurarán en el album trabajos de Graner y Pascó. Cada uno de estos dibujos va encerrado en un elegante *passepartout*, con una preciosa orla dibujada por Riquer.

Establecimiento de Figueras y Esteve, Sucesores de Hoyos. – El reputado artista Antonio de Ferrater ha exhibido en ese establecimiento veinticuatro cuadros, paisajes, interiores y estudios de figura, notables por su ejecución y por la sinceridad con que en ellos aparece observado y sentido al natural.

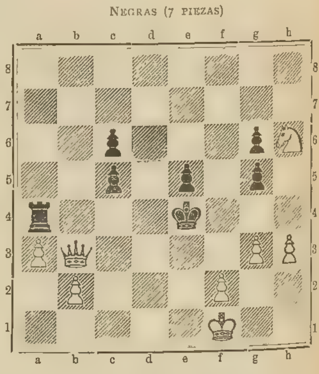
Espectáculos.— BARCELONA. – Se han estrenado con buen éxito: en el Principal *La cegueta*, cuadro lírico dramático, letra de Modesto Urgell y música del maestro Ferrán; *Rieta*, comedia en un acto de Emilio Roger; y *Valor*, drama en un acto de Modesto Urgell; y en Romea *L'impenitent*, drama en tres actos de Ramón Ramón y Vidales; *Duetto*, comedia en un acto de M. Folch y Torres; y *Jugar á casats*, diálogo de Barbosa.

En el teatro Principal ha dado dos conciertos el eminente pianista Paderewski. Componían los programas obras de Beethoven, Schumann, Schubert, Mendelssohn, Chopin, Liszt y del mismo concertista, y en la magistral ejecución de todas ellas quedó plenamente justificada la fama universal de que el artista vino precedido. Cuanto dijéramos en elogio de Paderewski sería poco en relación con lo que merece; es un verdadero genio, es un coloso del piano, para quien no existen dificultades, que sabe sacar del instrumento efectos sorprendentes y que en la interpretación de las piezas de los más diversos géneros revela una personalidad propia. El público que llenó el teatro en las dos noches tributó al artista entusiastas ovaciones á las que aquél correspondió repitiendo algunas de las piezas de los programas y tocando además otras muchas que en éstos no figuraban. Los dos conciertos de Paderewski han sido dos éxitos extraordinarios, cuyo recuerdo difícilmente se borrará de la memoria de los que á ellos asistieron.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 425, POR V. MARÍN.

NEGRAS (7 PIEZAS)



BLANCAS (8 PIEZAS)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 424, POR V. MARÍN.

Blancas.	Negras.
1. A f 7 - g 8	1. Cualquiera.
2. D, A ó C mate.	

NOTA. – El problema n.° 420 de J. Cauveren tiene una doble solución que empieza con 1. D h 1 - h 6. Puede evitarse poniendo un Peón negro en c 7.

EN LA PAZ DE LOS CAMPOS

NOVELA ORIGINAL DE MAURICIO MONTEGUT.—ILUSTRACIONES DE SIMONT

I

«La idea es más real que el hecho.»
AMIEL.

El día en que el conde Juan de Valroy se casó con Antonieta de Reteuil, su guarda de monte, Regino Garnache, se casaba también con Berta Minou.

Ambas bodas se celebraron juntas, aunque á cierta distancia, como conviene entre amos y criados.

Pero, por la noche, Berta y Regino fueron admitidos á un extremo de la mesa del castillo, pues era Berta hermana de leche y doncella de Antonieta, y Regino el último descendiente de una raza fiel que había padecido por sus amos. Juan de Valroy, por otra parte, tenía el corazón en la mano, no sentía pizca de orgullo y prefería ser amado á ser temido.

A eso de las doce de la noche, el conde Juan dió un golpecito en el hombro á Regino:

—Ahora, amigo, es preciso que dentro de nueve meses tengamos cada uno un heredero. Berta será la nodriza de los dos, como está convenido; es bastante robusta para ello.

Regino aprobó con una risa ruidosa.

Reteuil y Valroy, encaramados el uno y el otro en una altura, pero separados por el valle, los bosques y un mar de árboles, eran dos castillos sin leyenda, edificados en la misma época y con el mismo estilo en el siglo XVIII, principio de Luis XV, por la fantasía de un propietario á quien gustaba, sin duda, ver apuntar la aurora, sin desdeñar las puestas de sol en el confín del horizonte; un Valroy que era hombre de negocios y de agio, amigo de Law y bastante hábil para separarse de él á tiempo, quedándose enormemente rico. Era el grande hombre de la familia.

A vista de pájaro parecían los dos castillos bastante próximos para que fuera fácil llamarse y responderse con los sonidos de la trompa, melancólicos en los grandes crepúsculos. Pero para ir del uno al otro había que recorrer un buen trozo de camino. Era preciso atravesar la selva y el río, pasar de un departamento á otro, del Oise al Aisne, y atravesar, á mitad de camino, Caille, florido caserío; todo lo cual exigía una hora de viaje.

Alrededor de Valroy había quince ó veinte chozas diseminadas, ocupadas en su mayor parte por domésticos y obreros del castillo, jardineros, cocheros y palafreneros; otras albergaban al panadero, al carnicero y al tendero de comestibles, dueño también de una taberna; pero sólo el pabellón del guarda, en la linde del bosque, tenía alguna apariencia.

Los Garnache vivían allí de padres á hijos, no sabían ellos mismos desde cuántas generaciones; y esta herencia del cargo hacía el elogio de aquella gente. También de padres á hijos se parecían física y moralmente. Plácidamente resueltos, teniendo todo el bosque á la vista y sin ver nada fuera de la finca, aquellos mocetones de anchos hombros paseaban todo el día, y á veces por la noche, su activa vigilancia por las espesuras y las malezas; y si algún cazador furtivo hubiera resucitado después de siglo y medio y hubiera tenido la mala suerte de caer en poder del guarda actual, no hubiera dejado de exclamar con gran sorpresa y no menos terror:

—¡Calla!.. ¡Garnache sigue ahí!

El Garnache de aquel rincón de tierra era un personaje eterno. Así, pues, sus relaciones con los habitantes eran pacíficas, pero los forasteros que caían en falta no obtenían gracia.

Pasaba á caballo, á lo lejos, espoleando el fogoso corcel

Los Garnache eran inflexibles, intrépidos, leales y sin mala intención. Encima de la gran chimenea de su sala había tres reliquias; un mosquete, una escopeta de chispa y otra de pistón, armas temibles en otro tiempo, que se habían paseado al hombro de los viejos en épocas sucesivas; y alguna encina torcida y resquebrajada de la espesura hubiera podido reconocerlas por haberlas visto relucir al sol, cuando nuevas, en los días remotos en que ella salía de la tierra. Era toda la historia de aquella raza pegada al suelo, que no cultivaba; de aquellos desinteresados guardianes del bien ajeno, del que eran más celosos que de su propia piel, arriesgada en mil encuentros.

Entre el último Valroy y el último Garnache, entre Juan y Regino, existía además un sentimiento más estrecho. Aquellos dos hombres criados juntos, en el mismo aire libre, de la misma edad é hijos de la misma tierra, se estimaban y se querían, cada uno en su puesto y á su modo.

Por otra parte, se parecían. Silbaban á los perros de la misma manera y algunas veces los animales se engañaban. Tenían bigotes largos y bermejos casi iguales, y ojos azules, muy parecidos, tranquilos y de una fijeza acariciadora. Y como eran de igual estatura, los campesinos los tomaban de lejos el uno por el otro. El conde Juan se reía.

—Si alguna vez vuelve el Terror, subirás al cadalso en mi lugar, Regino.

—Con gusto, señor conde, respondía invariablemente el guarda, y los más listos no verán el cambio.

Entre Antonieta y Berta, las afinidades eran menores y los sentimientos más complicados. Ciertamente, Antonieta era linda con su delicadeza casi enfermiza, su tez rubia pálida y su gracia atávica; pero Berta era hermosa, morena, esbelta y fuerte, con unos ojos negros, voluntariosos en ciertas ocasiones y fugitivos en otras. Había vivido siempre en Reteuil como criada privilegiada, muy querida por todos, muy libre y muy familiar.

Acompañaba con frecuencia á su señorita en sus visitas á los castillos próximos, donde era acogida sin desdén á causa de su linda cara y de su alegre juventud, que parecía tan franca. Aquella existencia en una sociedad que no era la suya habíale hecho bastante daño, pues sin ser real y conscientemente envidiosa, había pensado á veces mirando á Antonieta:

«Valgo, por lo menos, tanto como ella; ¿por qué ella lo tiene todo y yo nada?»

Pero después se arrepentía y se dejaba llevar á locuras de ternura y de adhesión. Y en todas partes se decía:

—¡Qué buena muchacha!

Su matrimonio separó á las dos jóvenes por primera vez en su vida y de una manera absoluta. Las dos salieron de Reteuil; la una para ir á Valroy y la otra para ir al pabellón del guarda de monte. Ni la una ni la otra manifestaron, en verdad, una alegría exuberante en su nueva condición. Berta permaneció grave y Antonieta melancólica.

En aquellas dos almas había un secreto, únicamente personal en la sirviente y familiar en la noble dama. Y si alguien hubiera sabido la única razón que tuvo Berta para casarse con Regino, se habría explicado la tristeza de su corazón; le había aceptado por desesperación; porque se parecía á Juan de Valroy.

Hacía años, casi desde la infancia, en el silencio, en el misterio, había consagrado al joven conde una admiración fanática, que pronto se cambió fatalmente en cariño, y ese cariño, oculto, comprimido y exasperado por la misma violencia, se convirtió en pasión en cuanto Berta fué mujer.

Tenía un recuerdo que le quemaba la boca. Un día, cuando ella tenía quince años y el conde Juan apenas veinte, éste la encontró en un corredor obscuro del castillo de Reteuil, y bruscamente la cogió por el talle y la besó. Juego de señor y vasalla, sin duda, y nada más. ¿Quién sabe?

Juan se echó á correr riéndose; pero ella se quedó pálida, confusa, furiosa y encantada.

Después la trató siempre con ruda amabilidad, pero ligeramente, sin pasar adelante. Por otra parte,

en aquella época se hizo Juan novio de la señorita Antonieta, y había pasado la hora de bromear con las muchachas en los pasillos.

Pero Berta no había olvidado. Aquel beso en la sombra era el punto luminoso de su vida. Acaso lamentaba que aquella comunión hubiera sido incompleta, dejándola á la vez animada y descontenta.

Cuando el conde Juan hizo la corte á su señorita, Berta los detestó en seguida á los dos, y á ese odio equívoco fué adonde vinieron á parar una amistad y un amor de la infancia.

A pesar de todo, poco lógica, y contradictoria, como todas las mujeres, Berta acogió á Garnache á causa de su alta estatura y porque tenía los ojos y el bigote del héroe de sus sueños; pero su consentimiento no fué más que condescendencia; se concedió, se dió como una gracia, y pensó de seguro que hacía un casamiento desigual.

La preocupación que la noble Antonieta llevaba en el corazón tenía un origen más personal y causas más trágicas. Hacía dos generaciones que los Reteuil varones acababan mal; el abuelo y el padre de Antonieta, por causas diversas, se habían suicidado á los cuarenta años.

El primero resueltamente, como soldado que era. Complicado en una conspiración bonapartista, hacia 1820, bajo el terror blanco, el coronel de reemplazo se saltó la tapa de los sesos delante de los gendarmes que iban á prenderle. En la familia se supuso, por varias razones, y la cosa no dejaba de ser verosímil, que los gendarmes le habían matado porque se defendía. Pero era falso.

El segundo, treinta y cinco años después, bajo el segundo imperio. Aunque el recuerdo de su padre, asesinado por los Borbones, le había valido el favor del sobrino de su tío, y era rico, considerado y no tenía qué desear, á causa de esto mismo se le ocurrió una mañana que la vida era estúpida é insoportable, cayó en la melancolía, y en un acceso de locura, según se dijo, se tiró por la ventana más alta de su castillo.

Murió en el acto y dejó una mujer de alma ligera, que se consoló muy pronto, y una hija, Antonieta, que sólo tenía tres años y que, como apenas le conocía, no tardó en olvidarle.

Más adelante se volvió á acordar de él, cuando hubiera hecho mejor permaneciendo extraña á aquel pasado doloroso.

Hacia los diez y seis años resolvió tontamente estudiar la historia de sus ascendientes, que se le tenía oculta, y pronto descubrió aquella lúgubre repetición de suicidios de sus parientes más próximos.

Como era Antonieta, por su naturaleza, nerviosa, preocupada y mal sentada en la existencia, resultó aterrada. La sangre vertida por dos veces en las losas de Reteuil era la que corría por sus venas; le pareció que pesaba sobre su raza un destino ineluctable y que, si ella escapaba á él por ser mujer, los hijos que nacieran de ella estaban fatalmente condenados. Juró entonces permanecer soltera; pero desconfiando de su madre, que seguía haciendo alegre vida, ocultó sus pensamientos y sus decisiones y guardó el secreto de su espanto.

Pero era tal secreto muy pesado para tan débil criatura y su salud se alteró... «Es el crecimiento,» se dijo. «Es que se hace mujer,» afirmaron otros.

Se hacía mujer, sí, pero una mujer triste. Crecía, es posible, pero era en desolación y en amargura.

Berta, que crecía en plena salud, la despreciaba, y al verla tan pálida, se indignaba de que aquella joven, colmada de bienes, no pareciese feliz. Antonieta no juzgó conveniente hacerle confidencias que ella, por otra parte, no hubiera comprendido.

Ahora bien, Berta pensaba: «¿No es una lástima tener semejante cara cuando se es noble y rico y no hay más que querer para ser obedecido?..»

No sabía Berta que si hay, por casualidad, algún mortal exento de preocupaciones, su primer cuidado es creárselas ficticias para suplir á las verdaderas, sin lo cual el tiempo resultaría vacío.

Pero cuando, para colmo de dicha para la una y de despecho para la otra, á Juan de Valroy se le ocurrió hacer el amor á la heredera de Reteuil, Berta se quedó escandalizada hasta la cólera al ver que no se iluminaba la cara de aquella feliz elegida. Lejos de eso, Antonieta se puso más triste todavía.

Aquella era la prueba esperada y temida. Había que rehusar. Pero el solicitante no era de desdeñar y tenía todas las ventajas deseadas en la tierra; ¿qué motivo dar á la negativa?

Antonieta ganó tiempo, alegó su excesiva juventud y no dijo que sí ni que no; pero su madre aceptó por ella, y Juan tuvo entrada diaria en el castillo.

Por otra parte, los dos se habían conocido siempre, aunque sin intimidad; pero sus relaciones, aun siendo ceremoniosas, no habían dejado de ser frecuentes. No había, pues, que estudiar el personaje, que era conocido antes de entrar en su nuevo papel.

Juan se prestó á todos los aplazamientos y á todos los retrasos de aquella fantasía adorada, que le parecieron escrúpulos de alma delicada, terrores naturales ante lo desconocido y pudores obligatorios en toda joven castamente educada. No podía adivinar qué horribles y tenebrosos problemas ocultaba Antonieta bajo su estrecha frente y entre aquellas dos cejas ligeramente arqueadas.

Siguió haciéndole la corte, sin dudar del éxito, y se mostró tal cual era, alegre, despreocupado, tierno en ciertos momentos é ingenioso en otros; siempre correcto y elegante; inteligencia, acaso, un poco superficial; actitud un poco rebuscada; pero ¿quién es perfecto?

A pesar de todo, pasaron meses y hasta un año sin que Juan obtuviese un sí definitivo para la unión que deseaba; y entonces, á su vez, se ensombreció y no ocultó su mal humor; se marchó, volvió á aparecer, tocó á todas las puertas, quiso saber...

Y la pobre Antonieta, ya sin resistencia y cansada de luchar contra su corazón, pues creía amar á aquel robusto buen mozo, se vió reducida una tarde á confesarle la verdad.

Juan la escuchó gravemente, porque ella hablaba llorando. Delante de ellos se levantaba la lívida luna sobre las profundas arboledas. Y Antonieta habló de sus miedos de atavismo, de un porvenir idéntico al pasado y de hijos malditos antes de nacer. En su confesión, se desesperaba como si sintiera ya agitarse y germinar una raza de maníacos desesperados. Su voz vacilante se ahogó en un sollozo:

—Lo he dicho todo; tenga usted piedad de mí.

Juan bajó la cabeza y reflexionó. El silencio era pesado para ellos, sobre todo para Antonieta, que no tenía ya fuerza ni voluntad.

Juan, lentamente, la tranquilizó:

—Sí, he oido hablar de esas historias... Se me ha prevenido varias veces..., y no hace aún mucho tiempo...

—¿Lo ve usted?..

—Pero no he hecho caso alguno de esos avisos caritativos... Quiero á usted demasiado... Pero, ante todo, su abuelo de usted... Hay dos versiones: suicidio ó asesinato. Usted elige la primera y yo me atengo á la segunda.

—La segunda es falsa.

—No está probado... Su padre de usted era un enfermo; todo el mundo tiene un enfermo en su familia. En fin, hay otra cosa. Nuestros hijos—palabras dulces de pronunciar—serán Valroy y no Reteuil; y puesto que el atavismo, según usted, sólo afecta á los varones, no hay razón para que le continúe una mujer. Estando usted indemne, ¿cómo quiere propagar el mal?.. No veo el peligro.

—¿En conciencia?

—En conciencia. La prueba es que, por centésima vez, le doy á usted mi mano... Déme usted la suya; pero esta vez es para toda la vida.

Antonieta se la dió.

Al dia siguiente se apoderaban de ella otra vez todas sus aprensiones y le pesaba haberse comprometido; pero era tarde para desdecirse, y por otra parte, no se atrevía. No era enérgica más que para sufrir, pero retrocedía ante un acto.

Transcurrieron los días mientras se preparaba la boda, y entre tanto Berta, en un momento de mal humor, aceptaba la mano de Garnache, deslumbrado por el honor y loco de alegría.

Cuando llegó el gran día, las dos recién casadas aparecieron ante todos los que veían claro, la una pasiva y la otra resignada.

Los maridos fueron los últimos en echarlo de ver. El conde Juan tenía demasiada buena opinión de sí mismo para no creer que la que llegaba á ser su mujer era una criatura superlativamente dichosa; creía haber destruído sus quiméricos terrores y que su felicidad debía de ser absoluta.

Regino era tan esbelto de cuerpo como amazacotado de alma y entendía más de jabalíes que de mujeres. Puesto que Berta le aceptaba por marido era que le gustaba; y desde el momento en que tenía lo que le gustaba, debía de estar contenta y lo estaba seguramente... ¡Y vamos andando!

Nueve meses después, con tres días de intervalo, nació un hijo en el castillo y otro en el pabellón del guarda. El primero por poco mata á su madre; el segundo vino fácilmente. Hubo gran fiesta en la aldea. Se tiraron petardos y se bebió vino en honor del joven vizconde Jacobo, y un poco también en el del pequeño José Garnache. Los dos padres brindaron juntos, con lágrimas en los ojos, y en aquel momento perfectamente iguales.

Las madres, cada una por su lado y en su lecho de dolor, pensaban en cosas lejanas, la una hacia adelante y la otra hacia atrás.

Cuando Juan exclamó muy alegre: «¡Un hijo!,» Antonieta, desolada, estuvo para responder «¡Ay!» Sus temores se precisaban ya y se condensaban en aquel ser que lloraba en su cuna dorada.

La madre pasaba de un salto por encima de los años y le veía joven extraño, equívoco, preocupado por lo desconocido, visionario. Después, ya hombre, le veía huraño, huyendo de la gente, dominado por ideas de muerte; monómano del suicidio, lo preparaba con gran anticipación, sin tratar de librarse, sabiendo que estaba condenado y poseído; sintiéndose presa de una voluntad soberana y de un implacable destino; yendo á la muerte como al deber, como empujado.

Y ese impulso era ella la que se le había transmitido; aquella loca carrera hacia la nada formaba parte de las obligaciones de su herencia, y el acto que lo terminaría todo (el acto de los abuelos) le habría sido inspirado en sus entrañas como un movimiento instintivo.

Aquella mujer, enferma de cuerpo y de espíritu, lamentó ser mujer y se arrepintió de ser madre. Fué preciso que el padre, radiante y sin una sombra, le llevase el niño, porque ella no lo pedía.

Después se apoderó de ella la fiebre. Antonieta deliró tristes incoherencias.

Aquella indiferencia casi repulsiva disgustó al conde Juan, pero aún le ofuscó más. Los nueve meses de matrimonio habían sido ya bastante melancólicos y sin las fervorosas intimidades que él esperaba de aquella esposa distraída, poco atenta y menos tierna. Juan llegó á desencantarse y casi á desinteresarse de ella.

Pero la paternidad despertaba en él profundas emociones, y aquella madre, se negaba á compartir su entusiasmo al ver su raza renovada, y permanecía tan fría ante el niño como ante el esposo.

Aquel fué el punto de partida de todos los dramas que siguieron. Con otra mujer, con una mujer vehemente y enamorada que hubiera dividido su ternura entre el padre y el hijo, Juan hubiera sido sin duda el hombre fácilmente satisfecho que era por naturaleza, y se hubiera complacido con la vida, puesto que era buena.

Chasqueado en sus esperanzas, comenzó por apartarse mentalmente de su esposa.

Berta Garnache, en su cama, cultivaba ideas más precisas, pero igualmente violentas. Había tenido tiempo de reflexionar y tenía la cabeza llena de las antiguas historias.

Pensaba que la vida estaba mal arreglada; que en vez de un Juan nervioso ante una Antonieta indiferente ó timorata, y de una Berta bostezando desesperadamente ante un Regino indeciso y palurdo, hubiera sido mejor, dejando á un lado á los otros, una Berta y un Juan de la misma raza y de la misma condición, unidos ardientemente por el goce del amor.

Desde que sabía por los rumores de antecámara que los nobles habitantes del castillo de Valroy vivían sin armonía, había vuelto á ceder á su antigua ternura por Juan y la quemadura del beso salía de nuevo á sus labios.

Pero, por el contrario y por un efecto lógico, detestaba un poco más á su antigua señorita, la doliente Antonieta, la dama de pálidos colores que no tenía más que nervios en vez de sangre debajo de la piel.

¡Ah! ¡Qué buena pareja hubiera hecho con Juan, ella, la hermosa muchacha de anchos hombros, atrevido seno y talle fino y esbelto sobre caderas vigorosas! Juntos, no hubieran tenido miedo á la vida y la hubieran mirado de frente, ella, la morena de labios rojos, y él, el rubio de ojos de acero templado por el sol. ¡Ay! Todo aquello era quimérico é imposible. Y Berta concluía pensando que sólo una aristocracia debía ser reconocida; la belleza en la mujer y la fuerza inteligente en el hombre.

Después de todo, no razonaba tan mal para ser una hija de campesinos, una antigua criada, aunque educada en el castillo en condiciones particulares, de lo que estaba agradecida á su modo.

En esto también tenía, quizá, razón. Su caso no era único ni excepcional, sino muy común. Para hacer compañía á un niño rico, se coge uno pobre, hijo de criados ó de lo que en otro tiempo se llamaba un vasallo, y se ayuntan esas dos existencias, pero el uno es el caballo y el otro el cochero.

Todos los derechos de un lado y todos los deberes de otro. Aquí todos los caprichos; allí todas las sumisiones. Si el niño pobre está triste y echa de

menos el bosque y el horizonte, sus padres le reprochan aquella tristeza como una ingratitud. Lo que se hace por él es por caridad, por su bien, por su interés.

Ese niño recogerá todas las migajas que caigan de la mesa en que se sienta su dueño; migajas de pan ó migajas de saber; con las cuales alimentará con abundancia su cuerpo lo mismo que su alma.

¡Qué error! Aquel niño pobre aprende la bajeza; la ciencia, la falsa ciencia que sorprende al vuelo y á retazos, sin ilación y sin criterio, no servirá más que para depravar su pobre inteligencia. Pervertido de este modo, si es débil se someterá, al menos en apariencia, y pedirá su fortuna á la hipocresía, á la mentira y al fraude; si es fuerte, el mejor día aullará su odio y se erguirá, ingrato, sublevado y libre, con gran estupefacción de sus bienhechores, aterrados ante semejante monstruo.

Si es una muchacha será peor todavía, porque en una sociedad que no es la suya, poniéndose vestidos de desecho é imitando peinados, habrá aprendido todas las coqueterías y todos los gestos habituales de las mujeres que han nacido ricas, y sufrirá más difícilmente las diferencias y las desigualdades, sobre todo si sabe que es guapa. Acaso entonces le ocurra la aventura del corredor. Envidiosa y celosa, no se escapará como el hombre, pues no sabría qué hacer fuera de su servidumbre, después de haber crecido en la pereza y sin tener por tarea más que perfumar el cabello de la señorita ó recoser sus encajes...

Habrá también leído las novelas de la señora...

Berta las había leído.

Y la señora de Reteuil daba prueba de un gusto muy singular en su literatura preferida, pues se complacía con pasión en leer esos folletines tenebrosos en los que no hay más que muertes, asesinatos, robos, raptos, violaciones, duelos y substituciones de niñas; siempre lágrimas y sangre, truenos y alaridos. La joven Berta instruyó su alma en esa escuela, pero no fué de allí de donde sacó la parte de buen sentido que poseía.

En una mañana de mayo, el señor vizconde Jacobo de Valroy fué llevado con gran pompa á casa del guarda y confiado á la nodriza por el conde mismo, que prodigó los consejos y las recomendaciones.

Berta escuchó á Juan con la cabeza baja y evitando mirarle de frente. Por fin se decidió á decirle que podía estar tranquilo y que el niño estaría tan bien cuidado ó mejor que el suyo propio.

—No lo dudo, respondió el conde muy grave, aceptando aquellas vagas palabras como un compromiso solemne.

Regino apoyó á su mujer y se deshizo en protestas, que en él eran sinceras.

Cuando fué entregado á Berta, el vizconde Jacobo llevaba al cuello y en los brazos antiguos amuletos de los que, según dicen, preservan de todos los males conocidos... Berta miró á su hijo y pensó:

—¿Qué será lo que te preserve á ti, pobrete?

Y reapareció un instante su antigua sonrisa sarcástica de los malos días.

Los dos rorros eran robustos y hechos para vivir. Sin cuidarse de las castas, estaban tan reluciente el uno como el otro. Jacobo no tenía nada de su madre, lo que era una dicha para él. Pronto debía influir aquello en su destino.

Berta convaleció rápidamente, pero Antonieta estuvo enfermiza, herida y extenuada largos días, semanas y meses. Cuando llegó el invierno, los médicos, alarmados por su delgadez, le ordenaron el Mediodía de Francia, el sol y el aire del Mediterráneo.

¿Y el niño?.. ¿Se quedaría con su nodriza? ¿Qué había que temer con los Garnache?.. La madre consintió sin discusión y el padre con un poco más de dificultad; pero, sin embargo, sin resistencia. Seguramente quería á su hijo, pero era de esos espíritus ligeros que no prevén jamás el mal ni el peligro y que hacen de la indolencia la regla de su vida.

Los condes, pues, se marcharon, con la fugitiva tristeza de las separaciones, pero sin temor y seguros de lo que dejaban detrás. Jacobo estaba bien guardado. Habían ofrecido á Berta que se quedase en el castillo, pero ella había rehusado «por su hombre,» según dijo. La casa del guarda fué arreglada para el uso del vizconde y transformada en un invernadero, de todo lo cual se aprovechó el matrimonio, que era con lo que Berta contaba.

La mujer de Garnache, que siempre había sido interesada, se había vuelto avara. Quería aglomerar el bienestar para su hijo, á fin de que no fuese un día ni guarda de monte ni doméstico, sino un señor independiente que ejerciese un oficio honroso en la ciudad.

En una tarde de invierno, negra de bruma como todos los días de la vida, estaba Berta sola en su casa y los dos niños dormían en sus cunas.

Berta había estado mirando mucho tiempo, por los cristales, caer la nieve á lentos copos que parecían eternos. En la chimenea chisporroteaba la niña, y un perro, ya viejo para seguir á su dueño, se calentaba resignado y soñando con antiguas cacerías; de vez en cuando suspiraba.

La buena mujer pensaba en su marido, siempre de ronda, y en todos los tiempos, pues los cazadores furtivos y los merodeadores no tienen miedo á los sabañones... ¡Duro oficio el de Regino y con poco provecho!

De repente se aproximó á las dos cunas. En una de ellas, llena de filigranas de oro, cuajada de encajes y entre finas batistas bordadas, dormía á pierna suelta el señor vizconde, con su cadena de oro al cuello, como el Toisón.

Pero no era esa cuna la que Berta contemplaba, sino la otra, muy sencilla, hecha de mimbres, de cortinas de algodón y de lienzos crudos. Y sin embargo, José dormía también como Jacobo, pero la madre no lo veía así.

—De modo que tú también, si yo no pongo remedio, correrás por los campos de nieve y velarás las noches de invierno, después de las de verano, buscando á los malhechores á riesgo de recibir un tiro, para que no se robe ni un faisán en los bosques que van de Valroy á Reteuil... Tú también trabajarás sin tregua para conservar intactos unos bienes que no te pertenecen, mientras el propietario dormirá en su cama quejándose del frío...

Miró de reojo á la cuna rica y añadió:

—Este será el que lo tenga todo; tú no tendrás nada, ni siquiera las migajas de la mesa, como yo en casa de Antonieta. Se creerá buen amo dándote un vaso de vino á los postres, cuando hayas andado leguas con el vientre vacío. ¿Por qué?.. ¿Por qué?.. Eres tan guapo como él. Tienes, como él, grandes ojos azules, tan puros, que nunca debieran llorar. ¿Qué es lo que os separa? La injusticia. ¿Qué es lo que ha creado entre vosotros una diferencia? La forma de vuestra cuna, la finura de vuestras ropas, tres pedazos de encaje y una cadena al cuello. Pero vuestros cuerpos son iguales y vuestras almas están para nacer... Mi pobre José, si te pongo en lugar del señor vizconde, ¿quién lo sabrá jamás excepto yo?..

Al decir estas palabras, su sonrisa se hizo perversa, sus ojos vacilaron y su altiva cara hizo por un segundo un gesto de astucia. Ante la ruda llama del hogar, desnudó uno tras otro á los dos niños, que se despertaron y se estiraron, alegrados por el fuego. Durante un momento, Berta contempló aquellas carnes tan iguales.

Sin embargo —y esto sólo ella lo había notado— los ojos de José eran de un azul más obscuro. Después los volvió á vestir apresuradamente, pero equivocándose adrede.

Y el vizconde Jacobo de Valroy-Reteuil se volvió á dormir pacíficamente en la cuna de mimbres, mientras que el pequeño José Garnache gritaba desaforadamente, acaso para protestar, en sus pañales de corona condal, con su cadena de oro al cuello y bajo los encajes seculares.

Estaba hecho; Berta se quedó temblando. El acto no había sido premeditado, sino el resultado imprevisto de un pensamiento casual que tenía su origen en mil cosas: en sus recuerdos, en sus locas lecturas, en sus largas meditaciones sobre la iniquidad de los repartos humanos, en sus eternos sentimientos de envidia, en sus rebeldías de muchacha pobre criada en el lujo ajeno...

Berta contemplaba su obra casi con estupor. Aquel hecho tan sencillo se convertía en crimen si duraba... ¡Bah! Si su marido lo echaba de ver, le diría que era una broma, para ver si conocía bien á su hijo... Pero ¿y si Regino no notaba nada? ¿Quién, entonces?..

—¡Entonces serás rico, noble y dichoso, hijo mío! No te veré más, acaso; pero ¿qué importa? Te lo habré dado todo.

Berta se complacía en esta idea y deducía sus consecuencias lejanas. No era tan simple que pudiese creer que, más adelante, se revelase el origen del niño por alguna ineptitud ó alguna ordinariez de cuerpo ó de pensamiento. Sabía bien que el medio hace al hombre y que sólo la educación modela los cerebros; que la finura y la blancura de las manos proviene de la pereza y de la inactividad físicas; que todo hijo de marqués, obligado por la miseria á vivir de sus brazos desde los primeros años, tiene, á los treinta, hombros de mozo de carga, y que la recíproca es igualmente cierta.

Y después, ¿á quién se le ocurriría buscar tan lejos?

Pasando por auténtico el falso Jacobo de Valroy, todo el mundo, propios y extraños, estaría de acuerdo para encontrarle elegante, aristocrático, verdaderamente noble de aptitud y un alma atávicamente refinada.

Simplezas, prejuicios, etiquetas y convenciones que un pequeño fraude ponía en ridículo y reducía á la nada.

Berta veía á su hijo á los diez años moviendo con gesto imperioso sus largos cabellos rizados en torno de la altiva frente, imponer la ley en Reteuil y en Valroy, siempre servido á su capricho y arreglándolo todo á su antojo: su familia, que no era suya, sus lacayos, sus caballos y sus perros.

¡Cosa curiosa! Aquella mujer salida del pueblo, al colocar á su hijo en esferas elevadas, le atribuía un alma orgullosa y aficionada al mando. Los Valroy, sin embargo, en todo el tiempo que alcanzaba la memoria de los hombres, habían sido siempre gente tratable, pero la mente campesina imagina mal un señor sin ceño y un rico sin insolencia.

Veía aún á *su José*, convertido en *su Jacobo*, á los diez y ocho años, joven que hacía ponerse pensativas á las muchachas. Pasaba á caballo, á lo lejos, espoleando al fogoso corcel, detrás del ciervo ó del jabalí y entre el estrépito de las trompas .. ó bien al lado de una dama joven y misteriosa, cuya cara no podía distinguir Berta, paseaba lentamente por los bosques, pisando los musgos y diciendo graves palabras...

Pero en todas las posturas que le prestaba, en todas las visiones que evocaba, no distinguía á aquel héroe de su corazón más que entre brumas y á largas distancias. No podía atraerle hacia ella, verle de cerca ni escuchar su voz para ella sola.

Berta bajó la cabeza. Aquello era una advertencia simbólica de que, por su voluntad, aquella carne de su carne estaba perdida para ella; de que abdicaba de pronto todos sus derechos, rebajaba su ternura y consentía sin remisión en no ser nunca más que una vaga espectadora al lado de aquel niño del que hacía un extraño.

Le vería pasar, y nada más; pero pasaría alegre y triunfante y también ella lo estaría.

Después le imaginaba más adelante todavía, á los treinta años, grueso y fuerte, siempre breve en su modo de hablar y queriendo ser escuchado. ¿Qué sería entonces?.. ¿Soldado? ¿Viajero, regresado de los confines del mundo? ¿Sencillamente un noble ocioso que ha triplicado sus tierras por una buena boda y por contratos hábiles? Berta se atenía más fácilmente á este último personaje, pues así no se alejaría de la comarca y podría ella encontrarle todos los días en su camino...

Pero, por más que hacía, no lograba representarse á Jacobo después de los treinta años. Al llegar á ese punto todo se obscurecía y se nublaba ante sus ojos y esto la inquietaba como un triste presagio.

Entonces evitaba ceder á las aprensiones y se refugiaba en la realidad. ¡Qué fácil y rápido era convertir un campesino en vizconde y un vizconde en campesino! En las novelas que habían encantado su primera juventud, esas aventuras iban siempre acompañadas de tinieblas, de lívida luna, de misterio y de silencio, en decoraciones de soledad y de precaución... Siempre era una mano furtiva la que substituía en la sombra al bohemio por el príncipe; en el camino aparecía un coche de sordo rodar... y á poco huían unos espectros... ¿Para qué todo aquel aparato de dramas románticos?.. Ella, en su casa y en pleno día, al lado del fuego, sin dejar de cantar su canción dormilona, había realizado sonriendo y pacíficamente el mismo crimen legendario.

Berta criticó la extravagante imaginación de los poetas que les hace agrandar y deformar los sucesos que son en sí tan fáciles.

Sin embargo, no estaba tranquila viendo dar vueltas á la aguja en la esfera del largo reloj de madera pegado á la pared; la vuelta de Regino la atormentaba á pesar de todo.

No era que de ordinario temiese en modo alguno al guarda de monte. Al contrario, le hacía andar de cabeza y seguía siendo respecto de él una gran señora. Regino la escuchaba devotamente, la admiraba y creía en ella; le tenía tanto respeto como amor y la servía dócilmente como un buen criado. Para que se hubiera atrevido á criticarla solamente, hubieran sido precisas circunstancias verdaderamente extraordinarias..., pero, pensándolo bien, ésta no estaba acaso del todo dentro de lo normal.

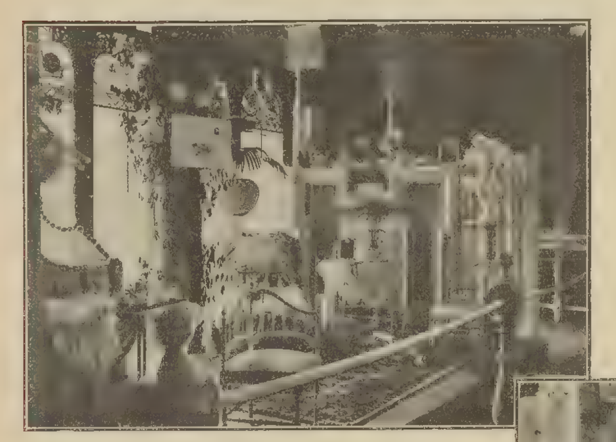
Además, las malas conciencias se extravían y temen hasta á la sombra del peligro.

Por estas dos razones, Berta, poco segura, esperaba á su amante esposo con alguna inquietud.

(Se continuará.)

LA EXPOSICIÓN BLANCA A BENEFICIO DEL ASILO CUNA DEL NIÑO JESÚS

(De fotografía de A. Merletti.)



Hermosísimo era el espectáculo que en la tarde del jueves último ofrecía el amplio salón del llamado Restaurant del Parque con motivo de la inauguración de la Exposición Blanca, organizada á beneficio del Asilo Cuna del Niño Jesús para hijos de obreros pobres. El local estaba artísticamente adornado con guirnaldas de hiedra y grupos de crisantemos, y en él se admiraban, dispuestos con el mayor gusto, más de dos mil objetos, casi todos blancos, algunos de gran valor y todos bellos, que, regalados por la familia real, autoridades, corporaciones y particulares, constituyen los premios de la tómbola cuyos productos se destinan á aquella benéfica institución.

Y á la elegancia y belleza del local correspondía la belleza y la elegancia de las damas que concurrieron al acto inaugural y cuya presencia era el mayor atractivo de tan simpática fiesta. Asistieron también á la inauguración el obispo de esta ciudad cardenal Casañas, el gobernador civil señor duque de Bivona, el capitán general Sr. Linares, el presidente interino de la Diputación Provincial Sr. Oms, el concejal Sr. Fuster, en representación del Ayuntamiento, un representante del presidente de la Audiencia y otras distinguidas personalidades.

El cardenal Casañas bendijo la Exposición, concediendo 200 días de indulgencia á cuantos contribuyan á la realización de la humanitaria obra del Asilo, y en un sentido discurso elogió la caritativa idea de la Exposición.

La ceremonia inaugural fué una fiesta solemne y simpática.

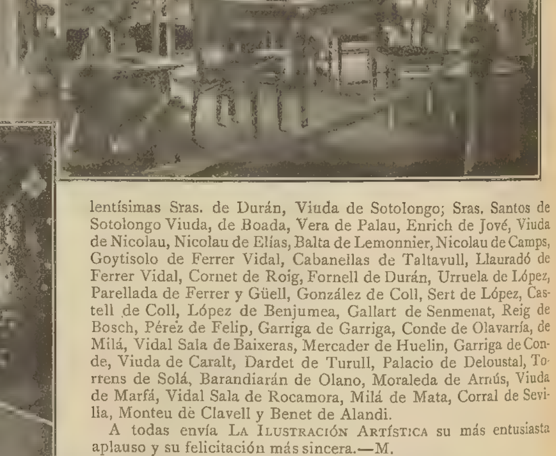
Digamos ahora algo de las instalaciones, algunas de las cuales reproducimos en esta página.

Ocupa el centro del salón una plataforma con varios juguetes lindísimos y algunos aparadores con objetos de *biscuit* y porcelana.

En el puesto de honor hay una mesita aislada por cordones, en la que se ven los objetos donados por la familia real: un servicio de plata para fresas encerrado en un rico estuche, regalo de la reina doña María Cristina; una copa de plata sobredorada, del príncipe D. Carlos; un aparato para luz eléctrica, de los infantes don Fernando y doña Teresa; dos bandejas de plata, de la infanta doña Isabel, y tres retratos del rey D. Alfonso XIII, de la futura reina la princesa Eugenia de Battenberg y de la reina madre, encerrados en artísticos marcos y con la dedicatoria «De un amante á los niños.» En la misma mesita hay un ejemplar de la *Vida gráfica de Jesucristo*, regalo del cardenal Casañas.

En el último término de la parte central se han colocado dos grandes vitrinas, de dos cuerpos cada una, que encierran valiosas joyas y objetos de plata. A los lados del salón hay nueve pequeños departamentos divididos por biombos de tela blanca que contienen muebles, porcelanas y otros objetos. Adosadas á la pared del fondo se han puesto dos vitrinas de un solo cuerpo: en la de la derecha se admiran delicadísimas labores de señoras; en la de la izquierda hay 74 abanicos.

La Junta del Asilo, que tan entusiastas plácemes merece por haberse dedicado á organizar esa Exposición, está constituída en la forma siguiente: Presidenta honoraria, S. M. la reina doña María Cristina; presidenta, Excma. Sra. marquesa de Castellflorite; Vicepresidentas, señora Rebollo de Arnau y Sra. Reig de Olano; Tesorera, Sra. Prat de Menacho; Vicetesorera, Sra. Diligeón de Jordana, Secretaria, Srta. doña Dolores Sert; Vicesecretaria, Srta. doña Montserrat Durán y Ventosa; Vocales, Excmas. Sras. marquesas de Ciutadilla, Castellvell, Monsolís, Marianao, Llanos, Juliá, Palmerola, Alós, Oliver y Casa Brusi; Excelentísimas Sras. de Durán, Viuda de Sotolongo; Sras. Santos de Sotolongo Viuda, de Boada, Vera de Palau, Enrich de Jové, Viuda de Nicolau, Nicolau de Elías, Balta de Lemonnier, Nicolau de Camps, Goytisolo de Ferrer Vidal, Cabanellas de Taltavull, Llauradó de Ferrer Vidal, Cornet de Roig, Fornell de Durán, Urruela de López, Parellada de Ferrer y Güell, González de Coll, Sert de López, Castell de Coll, López de Benjumea, Gallart de Senmenat, Reig de Bosch, Pérez de Felip, Garriga de Garriga, Conde de Olavarría, de Milá, Vidal Sala de Baixeras, Mercader de Huelin, Garriga de Conde, Viuda de Caralt, Dardet de Turull, Palacio de Deloustal, Torrens de Solá, Barandiarán de Olano, Moraleda de Arnús, Viuda de Marfá, Vidal Sala de Rocamora, Milá de Mata, Corral de Sevilla, Monteu de Clavell y Benet de Alandi.



A todas envía La Ilustración Artística su más entusiasta aplauso y su felicitación más sincera.—M.





RECUERDO DEL VIAJE DE S. M. D. ALFONSO XIII Á CANARIAS. - GRUPO DE SEÑORITAS QUE, VISTIENDO LOS TRAJES TÍPICOS DE LOS PUEBLOS DE LA ISLA DE LA PALMA, SALUDARON EN NOMBRE DE ÉSTA Á S. M. Y LE OFRECIERON RAMOS DE FLORES. (De fotografía.)



La fundación Alfonso XIII para mujeres tuberculosas en Sevres. (De fotografía de «Photo-Nouvelles.»)

Como recuerdo del viaje realizado por S. M. el rey D. Alfonso XIII á París, durante el último verano, se ha fundado en Sevres una quinta-asilo para mujeres tuberculosas El edificio, como se ve por la adjunta fotografía, es sencillo y elegante, y los jardines y bosques que le rodean, al par que le prestan los atractivos de su frondosidad y le dan un aspecto por demás poético, han de contribuir poderosamente á aumentar las condiciones higiénicas del asilo, que más que albergue para enfermos parece una de esas *villas* en donde los dulces placeres del campo se combinan con las distracciones de la vida social.

La inauguración de la quinta-asilo se efectuará dentro de pocos días y será presidida por el embajador de España en París.

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XXV — Barcelona 21 de mayo de 1906 — Núm. 1.273



TIPO ORIENTAL, cuadro de Leopoldo Carlos Muller

SUMARIO

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

¿Hablaremos del crimen de la calle del Carmen? Me inclino á hacerlo sólo muy de pasada. Fatiga la pluma, á la larga, tanto crimen; incurre en monotonía la crónica, alimentada sólo por ellos; se reduce á ediciones distintas de *Los Sucesos* la prensa diaria, y la emoción se gasta ya, embotándose hasta la fibra del horror.

Además, este crimen, á la hora en que mi crónica se publique, habrá cesado de despertar la curiosidad del público. Este es uno de esos dramas que, á semejanza de la conocida novela de Pérez Galdós, tiene su parte de *incógnita* y su parte de *realidad.* El secreto se lo ha llevado á la tumba el terrible abuelo y padre que, entre col y col, entre tiro y tiro á las cabezas de su nieta y de su hija, escribe con gran flema y letra clara la fecha de la muerte de sus víctimas y su filiación No lo puedo remediar: ninguna de las explicaciones conjeturales que dan los periódicos ha llegado á convencerme. Mi fantasía, á pesar suyo, se va por los cerros de Ubeda de una infinidad de hipótesis, mejor dicho, de dos hipótesis entre las cuales, á mi ver, está la *realidad* del espantable suceso. Repito que no lo sabremos jamás. Enterrados juntos los actores del drama—la inocente niña, la hermosa muchacha y el feroz verdugo, que no quiso irse de este mundo sin ellas, porque las idolatraba, según dejó escrito,—el olvido, que cubre piadosamente tantas flaquezas y tantas iniquidades, hará su oficio, borrándolas con su dedo rápido y silencioso, y el extraño caso no dejará más huella que un tema de chismorreo, por algunos meses, para las comadres del barrio.

* * *

¿Las fiestas? Las fiestas son... un lío. Todo se vuelve (cuando esto escribo) suposiciones, indecisiones y proyectos que, apenas concebidos, se desbaratan y ceden el puesto á otros, no más duraderos y meditados. Dicen que es la característica de todo lo español. Mucho quiero á España, mucho, y me ha costado algunas desazones el quererla bien; pero España y yo... no congeniamos. «Aquello que puede hacerse hoy, no se haga mañana,» decía Franklin...

No comprendo cómo aquí se ha desarrollado en tales proporciones la devoción á San Expedito. Conste que no discuto el culto de este santo, que ha sido combatido y no sé si al fin reconocido por la Iglesia; sólo digo que siendo el lema del bendito mártir hacer las cosas *hoy*, reprobar el *mañana* clásico, es el santo menos á propósito para que en nuestra nación le ofrezcan cirios y le regalen exvotos. Trátese de los negocios del alma, trátese de los del cuerpo mísero, el *hodie* está aquí siempre sometido al *cras.*

* * *

El Museo del Prado será una de las grandes atracciones, no diré precisamente que para los forasteros, pero sí para los extranjeros que vengan á las fiestas de las bodas reales.

Los vastos salones del edificio magnífico, aunque, según los inteligentes, mal acondicionado para Museo, se ven ya llenos de *misies* con sombreros marineros de paja, alrededor de cuya copa se enrolla la tradicional gasa blanca ó azul, con *complet* gris ó verde obscuro, con fuerte calzado, bien provistas de catálogo é instrumentos de óptica, y absortas ante el tesoro que encierra este Museo único en el mundo.

Su riqueza se ha acrecentado recientemente con dos ó tres joyas, un Cardenal infante de Borbón obra de Goya, y dos retratos de Velázquez. Son los mismos que existían en el palacio y eran propiedad de la duquesa de Villahermosa; y de uno, el de D. Diego del Corral, he tenido ocasión de hablar largamente aquí. El otro, que representa á la esposa de D. Diego del Corral, doña Antonia de Ipeñarrieta, confieso que no me parecía salido del pincel del autor de las *Meninas;* pero investigaciones de José Ramón Mélida demuestran que al menos hay allí pinceladas de D. Diego, y á los documentos me atendré. Por la ejecución de retratos hoy cotizados en millones, ha dado Velázquez un recibo firmado, que es el hallazgo de Mélida, en que la cantidad recibida suma ochocientos reales. Cierto que la cantidad es á cuenta, por lo cual puede inferirse que el valor de los retratos ascendería á una suma de dos, tres ó cuatro mil reales. Hoy que llegan á Madrid los americanos para que haga su efigie Sorolla, y traen en cartera seis ó siete mil duros para pagarse el gustazo, Velázquez no sabemos qué pediría... Tal vez no pidiese más ni menos, pero sonreiría si le hablasen de cientos de reales... ¡Cientos de reales á estas alturas! Sube más la cuenta del fotógrafo de moda.

* * *

D. Diego del Corral puede contarse entre los mejores Velázquez del Museo. Impone la figura displicente del viejo castellano que tan admirablemente refleja la severidad de su época y de su raza y lo in flexible de su conciencia rebelde á imposiciones, in capaz de torcer la vara de la justicia. Aquella misma compostura y dignidad sombría del personaje acentúan su carácter velazqueño.

El cardenal de Goya agrada á los inteligentes, por no sé qué problemas de colorido resueltos en la tonalidad del traje todo rojo, con la gallardía peculiar del maestro de lo pintoresco y lo expresivo en nuestra pintura nacional. El rostro de este ascendiente del rey Alfonso XIII presenta extraordinario parecido con el del joven rey. No es la primera vez que compruebo la persistencia de determinado tipo fisonómico en esta familia real; la reaparición, al través de varias generaciones, de un rostro, de una figura. Ni es únicamente en la casa de Borbón donde encontramos tipos, cabezas, cuerpos, rasgos idénticos á los de las augustas personas vivas hoy; es también entre los Austrias. El retrato de Felipe IV joven, por Velázquez, previos los cambios de traje y peinado que el caso pide, sorprende por su semejanza con nuestro monarca actual. En la sacristía de la catedral de Toledo hay un Borbón, joven también, cuya cara me pareció *(mutatis mutandis)* la de la bella infanta Eulalia. Es posible que si de todas las familias se conservasen series de retratos, como se conservan los de las personas de sangre real, notásemos el mismo fenómeno. Examinando reproducciones de los retratos ejecutados por Goya, encontré una Benavente de entonces que podría ser el retrato de dos Benaventes de ahora, á los cuales he conocido.

* * *

Velázquez es el sumo atractivo, el interés preferente del Museo de Madrid; pero tiene dos ó tres competidores que le disputan la viva simpatía del público, y son, para la gente sencilla y burguesa, Murillo; para los refinados y amigos de lo extraño y sentimental, el Greco, y para los aficionados á lo pintoresco, al color y al estudio de tipos y figuras esencialmente españoles, Goya.

No me atrevería yo á afirmar, como muchos ya lo afirman, que Goya es el más grande de nuestros pintores nacionales; sólo diría que es el más provocante, el más viviente. Sobre todo, el Goya del color: el de los dibujos no me parece tan fácil que se lo asimile el público. El genio de Goya se desborda en esos dibujos, y sin embargo, muchos de ellos no son sino caricaturas; geniales, sí, pero al fin caricaturas, y tienen mucho de deprimente y pesimista.

El catálogo del Museo califica á Goya de «naturalista.» ¡Cuánto habría que decir sobre el caso! ¡Naturalista! Acaso se lo pareciese á D. Pedro de Madrazo; no discutamos estas acepciones, y hasta aceptemos lo que Goya decía de sí propio, al asegurar que sólo ha bía tenido tres maestros en su arte: Velázquez, Rembrandt y la naturaleza. Esta naturaleza, á decir verdad, es más bien la naturaleza humana, de la cual Goya sabía mucho, y malo. El paisaje le interesaba menos, y lo veía al través de los artistas que le habían precedido: en los cartones de Goya se ve la frecuente imitación del estilo de Watteau, Boucher y Fragonard.

Lo más sorprendente en Goya, cuando se le estudia (aunque no sea muy á fondo), es la facilidad con que se adapta, la flexibilidad de sus facultades, sin que pierda nunca por eso el sello propio y la frescura de su originalidad. Desde decoraciones de teatro hasta cuadros religiosos; desde caricaturas hasta composiciones ornamentales; desde la solemne alegoría hasta la bambochada, no hubo género que no acometiese. Tampoco hubo procedimiento que se le resistiese, ó que ignorase. Oleo, temple, fresco, acuarela, sanguina, sepia, aguafuerte, aguatinta, miniatura, litografía—que aprendió ya en los últimos años de su robusta vejez,—de todo esto quedan muestras y ejemplares para admiración de los artistas contemporáneos.

En el Museo se conserva algo de lo mejor de Goya; y hay quien dice que lo mejor, resueltamente, señalando este puesto al grupo de retratos de «la familia de Carlos IV.» Allí pueden verse el retrato ecuestre de Carlos IV; el de María Luisa, vestida con el uniforme de coronel de guardias de Corps y cabalgando á horcajadas; los dos grandes borrones patrióticos, el paisanaje de Madrid acuchillando á los mamelucos y los fusilamientos en la Montaña del Príncipe Pío; el precioso retrato de María Luisa, en traje de maja, casi hermosa á fuerza de españolismo y garbo; el de Máiquez el actor; el admirable estudio de multitud y lejanía que se llama *La pradera de San Isidro;* el soberbio retrato del general Urrutia; los brillantes cartones para tapicería, en que se desarrolla la visión luminosa de la España alegre y feliz, anterior á la invasión francesa y á las luchas políticas; meriendas campestres, bailes populares, majas seguidas por embozados, galanteadores, borrachos gozosos, damiselas bajo quitasoles de verde seda, riñas de jugadores en ventas entre calesas, chiquillos robando fruta, ciegos rascando la guitarra, elegantes petimetras columpiándose, aceroleras gallardas porteando la fruta, agentes del resguardo, segadores sobre los haces de rubia mies durmiendo la mona al sol, leñadores, floristas, mendigos, mozas de cántaro, choriceros, novilleros, lavanderas, majas manteando al pelele, aldeanos en zancos... Desfile inimitable de tipos clásicos, que conocemos gracias á Goya, que acaso si él no los recoge estarían olvidados..., porque no había que pensar que los demás pintores de aquel tiempo se empapasen en la vida nacional y la reflejasen en sus creaciones.

* * *

Y como contraste, mirad después á Domenico Theotocopuli. Sus figuras os parecerán largas, inconmensurables. Su colorido os parecerá raro, violento, verdoso, amarilloso. Al pronto, es seguro que no os agrada. Y si sois partidarios de la realidad, daréis la vuelta y os meteréis en la rotonda, á extasiaros con Velázquez.

Mas si tenéis la paciencia de mirar despacio al Greco, de percibir el sentimiento que de él emana, y que sutil y misterioso se desprende de la contemplación de su pintura..., entonces hasta puede suceder que Velázquez os parezca inferior á su maestro, y que el colorido veneciano del Greco os seduzca más que el del discípulo, sobre todo en la última época de su vida. El Greco gusta ó no gusta; pero si gusta, no gusta á medias.

EMILIA PARDO BAZÁN.

PENSAMIENTOS

El que en medio de las miserias de este mundo no tiene filosofía es como el que aguanta un aguacero con la cabeza descubierta.

CLAUDIO TILLIER.

Si los perfeccionamientos de armas y proyectiles continuan como hasta aquí, pronto no quedarán, después de una batalla, sobrevivientes bastantes para enterrar á los muertos.

GENERAL HAESELER.

La belleza, en suma, es el arte de agradar; lo demás es geometría.

CAMILA DOUCET.

Los acontecimientos son jueces que se hacen pagar muy caras sus sentencias; la justicia de la historia es la más cara de todas las justicias.

VALBERT.

No debe hablarse mucho de la felicidad, porque hablando de ella se la asusta.

M. DE COMBELLE.

Uno de los privilegios de la poesía es imponerse reglas para infringirlas é inventar géneros para emanciparse de ellos.

EUGENIO MANUEL.

Un diplomático ha de tener el [illegible] bastante [illegible] para [illegible] volar una mosca á sus espaldas y la piel tan gruesa como la de un rinoceronte.

GENERAL DE SCHWEINITZ.



Leré ingresa en la casa provisional del Socorro

LAS MUJERES EN GALDOS

LERÉ

Nombre vulgar es el suyo: Lorenza. Mas el balbuceo infantil de *Cion*, la niña de Angel Guerra, lo torna eufónico, poéticamente sugestivo, llamándola *Leré*.

Cuidando á la niña, aya ó maestra de ella, conocemos á esta singular mujer, alma mística bajo toscas formas, doctora, sin ciencia ni letras, á su modo, por intuición de su espíritu profundamente religioso, sin exaltaciones de histérica, ni visiones de iluminada. Ser prosaico, la grandeza de su alma está en no violentar ni la naturaleza ni la realidad.

Nació en Toledo. Es un dato importante que explica la índole de su complexión psicológica. No parece sino que el espíritu de la vieja ciudad con ambiente religioso, en que las almas parecen moldearse y templarse á su calor, encarna en ella.

Criada y educada entre monjas, parece también que el ambiente conventual, todo paz y reposo, en medio de rezos y coloquios místicos, ayuda á encauzar su voluntad, disciplinando sus sentimientos é intensificando ese interno anhelo de perfecciones morales, esa sed espiritual que empuja, con caracteres de vocación piadosa, su vida hacia una ruta rectilínea, decisiva, indeclinable.

Por entonces, cuando sirve en casa del impenitente revolucionario Angel Guerra, herido en un motín callejero, Leré cuenta veinte años. No es hermosa. Mal figurada la nariz, exageradamente pletórico el seno, no muy correcta la boca, blancos y desiguales los labios, los ojos con nerviosa movilidad que marea, bien puede decirse que de encantos físicos la privó la naturaleza avara.

Cion, la niña, muere. Mientras ésta vivió, como si voluntariamente se hubiese impuesto ese deber, más de madre que de aya, Leré estuvo á su cuidado y servicio. Mas, muerta la nena, la buena mujer, recobrada la libertad, siéntese, como impulsada por una fuerza superior, necesitada de cumplir su destino, llevando su vida por el curso que le señala su firme convicción. Quiere volver y vuelve á Toledo á encerrarse para siempre en un convento de monjas, allí donde las reglas sean más rígidas, los trabajos más duros, las pruebas hasta un límite extremo penosas y rudas.

Al proponerle Angel Guerra desposarla, haciéndola su esposa, prendado el antiguo demagogo de los talentos y virtudes de ella, dolorido de la soledad en que su vida cae al morir los dos únicos seres queridos, su madre y su hijo, á punto de olvidar á Dulce, con quien, en ilícitas relaciones, ha consolado sus tristezas de viudo, Leré renuncia tanta fortuna, porque su amor está más alto que los amores humanos y su ambición pasa por encima de los codiciados bienes de la tierra.

No flaquean los ánimos de Leré ante estos requerimientos. Tampoco desmaya su vocación más tarde al ver el cuadro de miseria que presenta el hogar de su familia. Espíritu reciamente templado, ni se rinde á la promesa de venturas, ni se entrega ante las realidades del dolor. Parece que no lleva envoltura carnal, que no es ser creado con barro humano. Y es que las pasiones como los sentimientos en ella se encuentran forzados á la disciplina inexorable de una idea.

Desoyendo consejos, súplicas y promesas, sigue su camino. Ingresa en la casa provisional del Socorro, procuradora de los pobres, establecida en Toledo. Allá, con el amor que por ella sintiera aún vivo, como siguiendo sus pasos, va á buscarla Angel Guerra, en quien el ardor revolucionario, evolucionando en opuesto sentido, se trueca poco á poco en pasión mística, bajo la influencia de la amada fugitiva.

Quizás haya perdido encantos con el hábito. Cuando ve y habla á Leré á través de las rejas del locutorio, no repugna al enamorado, porque ya no sabe ver en ella más que el espíritu que la anima, la idea que encarna, aquella figura un tanto desmedrada con falda de estameña negra, la manga perdida, tosca esclavina, cerrada toca y velo blanco.

De nuevo requiere su compañía y que vuelva al mundo constituyendo un hogar. Imposible.

Leré comprende la tenacidad de Angel Guerra. Ella no ha sabido nunca lo que es amor á hombres. En cambio su amador es un definido temperamento de pasional impulsivo. Por eso le aconseja que se case con Dulce, á pretexto de legitimar sus amores, reconciliándose así con la sociedad y con Dios.

Mas quiere él unir su vida á la de la monja, seguir el mismo destino, sometiéndose á su dirección espiritual, pronto á todos los sacrificios. Leré, más piadosa que convencida, acepta convertirse en mentor. Angel Guerra ejecuta todas las decisiones de Leré. Ella es la idea, la inspiración, la voluntad que ordena aquellas obras de filantropía humana que realiza Angel Guerra, llevando al asilo que improvisa á los pobres, á las más humildes gentes, mendigos, ciegos, ladrones, tullidos.

En Leré la fe es ciega, en su convicción hay firmeza; es uno de esos seres que «son la idea neta y el sentimiento puro.» En Angel Guerra nunca llega una disciplina interior, á pesar de la santidad externa, á dominar las pasiones, que acaso se aduermen, pero siempre vivas, prontas á estallar. La ira lo lleva á reñir con aquellos facinerosos que asaltan su casa para robarla; la sensualidad espoleada súbitamente lo empuja, la noche que vela á un agonizante con Leré, á atropellarla brutalmente.

En estos casos, la naturaleza de Angel Guerra recobra su imperio, rompiendo la camisa de fuerza de su falsa santidad.

No se entienden los dos; no pueden entenderse. No llegarían nunca estos seres á compenetrarse. De distinta índole, sus caracteres no pueden ser amasados.

Más fría, Leré mantiene en pie sus resoluciones. Por un engañoso espejismo, Angel Guerra quiere variar el curso de su propia vida, desvirtuar la índole de sus sentimientos, violentándolos. Es hombre, con pasiones, deseoso de cariños, con estrechos egoísmos individuales, propios de la naturaleza humana y que responden al fin social y al espíritu de renovación y creación de la especie. Quiere un hogar, una familia, disfrutar las alegrías de la vida y las venturas de la tierra.

Leré, por el contrario, es una idea que se ha vestido de barro humano. Es altruista, abnegada, con sinceros desprecios de la propia persona. Su amor, para ser grande, necesita ser como es, no concretarse en un hombre, sino en la humanidad toda; su misericordia no se lastima solamente de las miserias de su propia familia, seres que son carne de su carne y sangre de su sangre, sino que, elevando más alto esta virtud, convirtiéndola en un sentimiento amplio, general, se conduele de los dolores ajenos, de los que sufren todos los seres sobre el haz de la tierra. Y es que á ella, en sus amores y piedades, la empuja la idea de lo grande, de lo universalmente humano.

La filosofía de Leré sobre la vida acusa alteza de intenciones. Es humilde, porque esta gran virtud es madre de todos los bienes; es contento espiritual, paz del mundo. Precisamente las variantes de esta virtud, obediencia, servidumbre, resignación, sacrificio, desprecio á la felicidad, trae la única dicha posible, olvido de uno mismo, júbilo en la alegría de los demás, tristeza ante los extraños dolores que por compartirlos nos produce el regocijo de creer que los aliviamos.

Las pasiones indisciplinadas son las que causan daño al alma, haciéndola infeliz. Conviene la mansedumbre ante la ira, la piedad para el ultraje, el perdón con el agravio, el cariño en correspondencia al desdén. Es todo un curso de disciplina espiritual, una ética altruista, de una perfección sublime. Y como virtudes activas, pródigas en regalos para el alma por el bien que produce á los demás seres, Leré piensa en la caridad, en el desinterés, en la abnegación.

Muchas veces cavila y explica que haría y sentiría un gran bien si los males ajenos los pudiera tomar para sí.

Con esta clase de convicciones se templan, en verdad, las almas heroicas, si por sus resultados humanos, más que sus fines divinos, no se las quiere llamar santas.

La fe en estos principios presta á Leré un ímpetu de batalla. «Los trabajos—dice, —las penas y enfermedades míralas yo como pruebas de las cuales no debemos huir.» No hay que buscar, al son de su filosofía de la vida, el agrado de los sentidos, los efímeros placeres que, presto pasados, se tornan crueles hasta en el recuerdo. La única verdad humana, eterna y trágicamente inexorable, es el dolor.

Pues mejor es buscarlo, hacerlo compañero, acrisolando el alma en la lucha, haciendo una religión del sufrimiento. Si ha de venir de un modo cierto, tarde ó temprano, sea el dolor hermano nuestro, amémosle como á novia que hemos de desposar y á cuya voluntad necesariamente hemos de ligar la vida.

En la adversidad es donde las almas, depurada la escoria, muestran su grandeza. ¿Acaso es vivir la holganza, la pasividad cómoda, esa especie de no ser, puesto que no se vive plenamente, porque no se lucha, ni se triunfa, ni siquiera se es vencido?

¿Qué méritos tienen esas vidas á las que todo bien les es dado sin buscarlo con afanes, ajenas en todo á la pena?

Se han deslizado por la existencia, como aguas por cauce de hierro que no han fecundado la tierra

por donde pasaran. Mientras que las aguas libres, á campo traviesa corriendo, ellas mismas se han abierto paso, han ido dejando en las márgenes por lo menos flores.

Encontrar la resignación en la adversidad es hallar la clave de la paz en la vida. La felicidad humana, si existe, no es otra cosa que esa resignación muy pocas veces perseguida, casi nunca encontrada. Los que la hallaron, como santos, como heroicos espirituales, los reverenciamos devotamente asombrados.

La soberbia pierde á los hombres, defecto moral el más grave de todos. Contra ella es inexorable el juicio de Leré, llevada de esa visión de una imposible humanidad perfecta.

«¿Qué más da—repite—pedir el pan de limosna que recibirlo de un administrador?» Mirando desde alto, con un sentido libre de preocupaciones sociales este asunto, es necesario autorizar el juicio con nuestra conformidad.

Sabia y santa alma la de Leré. No sé si será una mística, con exaltaciones de amor divino, pero hallo en ella atisbos de una hermosa fe humana, piedad sin límites para todos los seres y adecuación ejemplarísima á las inevitables miserias de la existencia. Si es una idea, Leré es grande; si simboliza un sentimiento, mayor me parece.

De todos modos, como para el pobre amador de la novela galdosiana, siempre será un sueño, una poética ficción, tanto más amada cuanto menos asequible á los humanos anhelos.

ANGEL GUERRA.

(Dibujo de Cutanda.)

REPÚBLICA ARGENTINA

BUENOS AIRES

Fallecimiento y entierro del presidente de la República Dr. D. Manuel Quintana. – Primer ministerio del doctor Figueroa Alcorta.

La noticia de la muerte del primer magistrado de la nación vino á sorprender al pueblo todo de la República. Por más que se sabía que al Dr. Quintana le aquejaba antigua dolencia, no se creía fuese enfermedad grave, y menos aún cuando los diarios adictos á su política hacía días le daban ya poco menos que por restablecido y hasta habían fijado la fecha en que volvería á hacerse cargo del poder ejecutivo, que por consejo facultativo había puesto en manos del vicepresidente Dr. Figueroa Alcorta dos meses antes.

La dolorosa nueva repercutió por toda la capital poco después de las dos de la madrugada del día 12 del corriente, cuando la sirena del diario *La Prensa* con sus agudas notas dió á entender que algo anormal pasaba en la ciudad.

Pronto la Avenida y la Plaza de Mayo llenáronse de gente ávida de saber noticias, y la nueva cundió rápidamente por todo Buenos Aires, luego por toda la República y después por todo el mundo civilizado.

De todas partes empezaron á llegar telegramas y notas de pésame á millares, pues dejando aparte pasiones políticas, el Dr. D. Manuel Quintana era persona muy estimada por sus naturales cualidades, por su preclarísimo talento y hasta por sus dotes de gobernante, que escasamente pudo desplegar durante el breve período de diez y siete meses que ejerció el mando supremo de la nación.

Al hacerse día, la ciudad presentóse enlutada. Por todas partes banderas de todas las naciones del globo flotaban al aire izadas á media asta, adornadas de negros crespones, permaneciendo cerradas tiendas, casas de comercio, sociedades, bancos y edificios públicos. El pueblo tomó sentida parte en el duelo, demostrando su sentimiento en la corrección y preocupada tristeza que se notaba en todos los semblantes, yendo las personas por las calles como meditando en lo deleznable de las pompas y glorias mundanas.



Las Bellas Artes, relieve de A. Drury

El vicepresidente, en ejercicio del poder ejecutivo, al tener conocimiento del fallecimiento del Dr. Quintana, acaecido á la una y media de la madrugada del mencionado día, reunió el ministerio y empezó á dictar las disposiciones para rendir el último tributo y los honores debidos al extinto según su elevada jerarquía.

Durante el día 12, los restos mortales del doctor Quintana permanecieron en la casa mortuoria, dándoles guardia un piquete de cadetes, y al día siguiente, á las diez de la mañana, fueron trasladados con gran pompa á la casa de gobierno, donde se velaron hasta la hora del sepelio. A las nueve del día 14 formóse la comitiva, trasladándose el féretro á la catedral, donde se ofició solemne misa de cuerpo presente, y después al cementerio del Norte, llamado de La Recoleta.

Las tropas estaban tendidas á lo largo del trayecto, presentando armas al paso del féretro, colocado sobre armón de artillería arrastrado por ocho caballos.

Como el día había sido declarado feriado, la concurrencia fué inmensa; y á pesar de la aglomeración no hubo que lamentar el más pequeño incidente. Todo el mundo estuvo correcto, paciente y respetuosísimo. Fué una verdadera manifestación de duelo, pues en el acompañamiento figuraron representaciones de todas las entidades sociales.

En el atrio del cementerio, el Dr. Figueroa Alcorta pronunció una sentida oración fúnebre, hablando después el ministro de Relaciones Exteriores Dr. Rodríguez Larreta, Dr. Pellegrini y otros notables oradores.

En tanto la artillería disparaba sus ciento un cañonazos, y poco después las descargas reglamentarias anunciaron que el que fué Dr. D. Manuel Quintana había recibido cristiana sepultura.

El Dr. Quintana contaba setenta años de edad.

Descanse en paz el gran orador é ilustre tribuno, gloria del foro argentino.

* * *

Cumplidos los deberes cristianos con el extinto Dr. D. Manuel Quintana, todos los ministros que le acompañaron durante el tiempo de su presidencia presentaron la renuncia colectiva al nuevo presidente, quien la aceptó.

El Dr. Figueroa Alcorta ha procurado rodearse desde el primer momento de personalidades, algunas vinculadas con los partidos llamados de coalición, que fueron los triunfantes en las últimas elecciones á diputados nacionales por la capital, elección que fué garantida con la absoluta imparcialidad, rectitud y firmeza del actual presidente, que entonces ejercía el poder por delegación, obligando á los elementos oficiales á no tomar parte activa y menos imponerse, como era de uso y costumbre en anteriores elecciones.

La mayoría de los ministros lo han sido ya distintas veces y todos tienen práctica en el manejo de la cosa pública. El doctor D. Norberto Quirno Costa, como ministro del Interior, está en su verdadero elemento. Es político que conoce perfectamente el tinglado de los gobiernos provinciales, amén de conocer las necesidades de los territorios hasta hoy un tanto olvidados.

El Dr. D. Manuel Montes de Oca es la primera vez que alcanza la cartera; pero su conducta, su talento y acción como secretario de la comisión asesora cerca del árbitro en Londres, cuando la cuestión de límites con Chile, su finura, caballerosidad y conocimientos de los intereses internacionales, son garantía del acierto con que desempeñará el cargo de ministro de Relaciones Exteriores.

El ministro de Hacienda, Dr. D. Norberto Piñero, es un financiero de primer orden, y la confianza que ha despertado su nombramiento indica bien á las claras las simpatías de que goza entre las gentes de negocios, la alta banca, Bolsa y comercio en general, productores é industriales.

El Dr. D. Federico Pinedo entra en el Ministerio de Justicia é Instrucción Pública en un momento de prueba, por estar en completo desquiciamiento, no sólo la enseñanza secundaria, sino también la superior, especialmente las facultades de Derecho y Medicina. Mucho tendrá que luchar el Dr. Pinedo para llevar á buen cauce esta importantísima parte de su sección, y no será menor la que tendrá que sostener en pro del mejoramiento de la justicia, especialmente en los territorios nacionales. Con tacto y los grandes conocimientos y cualidades personales que adornan al Dr. Pinedo saldrá triunfante de la prueba.

El ministro de la Guerra, teniente general D. Luis M.ª Campos, es un militar pundonoroso, todo alma y corazón, quien considera y ama la milicia como si fuese componente de su propia familia. Amantísimo de la disciplina, pero de la disciplina emanada de la justicia, no del capricho, ha de corregir grandes abusos y grandes irregularidades hijos de la incuria y falta de conciencia. Mucha satisfacción ha causado tal nombramiento y mucho se espera del estimado general encanecido en el servicio de las armas, sin deber ascensos á la política, sino á sus personales méritos.

Poco hay que decir respecto al contraalmirante don

REPÚBLICA ARGENTINA.—PRIMER MINISTERIO DEL Dr. FIGUEROA ALCORTA

(Fotografías de A. S. Witcomb y Freitas et Castillo, remitidas por D. Justo Solsona.)



Dr. D. Norberto Quirno Costa
Ministro del Interior



Dr. D. Manuel Montes de Oca
Ministro de Relaciones Exteriores



Dr. D. Norberto Piñero
Ministro de Hacienda



Dr D. Federico Pinedo
Ministro de Justicia é Instrucción Pública



Teniente general D. Luis M.ª Campos
Ministro de la Guerra



Contraalmirante D. Onofre Betbeder
Ministro de Marina



D. Miguel Tedin
Ministro de Obras Públicas



Dr. D. Ezequiel Ramos Mexía
Ministro de Agricultura

Onofre Betbeder, ministro de Marina, sino que vuelve al Ministerio á los quince meses de haberlo dejado. Sin embargo, en el nuevo período tendrá que mostrar sus grandes cualidades administrativas y náuticas, pues se hace cargo de la cartera en el preciso momento en que Chile comunica á la Argentina que va á emprender la construcción de grandes acorazados para reforzar su escuadra, cuales buques estarán listos cuando haya terminado el tratado de la equivalencia naval entre ambos países. Naturalmente que la Argentina mandará construir nuevas unidades de combate para reforzar la deficiente escuadra actual.

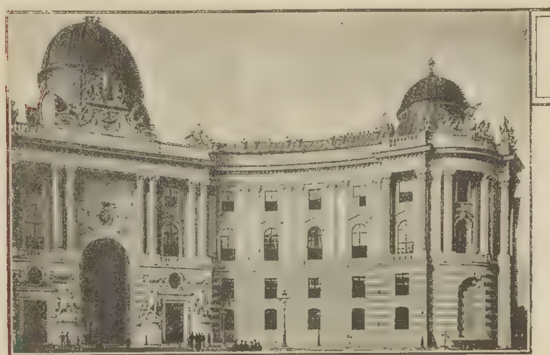
Se ha hecho cargo del Ministerio de Obras Públicas el ingeniero D. Miguel Tedin, persona competentísima y de ciencia que sabrá dar gran impulso á esta rama del poder ejecutivo.

Y finalmente, el ministro de Agricultura, doctor Ezequiel Ramos Mexía, es persona que conoce á fondo, de tiempo atrás, este Ministerio, que seguramente desempeñará á maravilla, rectificando y ampliando procedimientos que serán garantía de progreso y población de los territorios, base de la futura riqueza siempre creciente del país.

Buenos Aires, marzo 1906. Justo Solsona.



REPÚBLICA ARGENTINA.—BUENOS AIRES.—Entierro del Presidente de la República Dr. D. Manuel Quintana
(De fotografía de la Galería del P. B. T. Revista ilustrada, remitida por D. Justo Solsona.)



Rotonda de la plaza de San Miguel. (Entrada del palacio imperial.)

Un paseo por Viena, por R. Balsa de la Vega

La ciudad del Danubio tiene para el visitante español un interés grande. Las reliquias que de la España de otros siglos se guardan en sus museos y en el palacio imperial, despiertan recuerdos históricos, de tiempos y personas, que si exaltan la imaginación también producen amarguras.

Seguramente que D. Alfonso XIII habrá experimentado alguna de esas emociones. Por sus venas corre la sangre de dos familias un día irreconciliables; y de aquella lucha que convirtió á España entera en un solo campo de batalla, más de un vestigio habrá podido contemplar y estudiar en el palacio del emperador Francisco José.

No menos grande habrán sido para el joven soberano los recuerdos evocados por las preseas de Carlos de Gante, conservadas cuidadosamente en las vitrinas del Tesoro de la corona de Austria. Al contemplar aquellas joyas, habrá remembrado grandezas contadas por la historia y jamás igualadas por las naciones de los modernos tiempos, y quizá, allá en lo íntimo de su alma, habrá sentido la amargura que dictó á Dante aquellos versos famosos:

Nessun maggior dolore
Che ricordarsi del tempo felice
Nella miseria...

***

Es Viena una de las más bellas capitales de Europa. A María Teresa, como al presente al viejo emperador, débele la ciudad del río azul la mayor parte de sus bellezas.

De mis varios viajes á Viena he traído siempre recuerdos dulcemente melancólicos, á pesar de las alegrías con que brinda al viajero la hermosa ciudad. La suntuosidad de sus magníficos boulevares del Ring, las fastuosas edificaciones que se elevan especialmente en la Franzenring; sus museos y galerías como las Harrach y del Belvedere; sus salas de conciertos; su famoso Prater; los admirables *quais* del Danubio, todo allí es simpático y majestuoso, y retiene al visitante del Mediodía aun en la triste época del invierno. Pero con todo esto, Viena ofrece otro aspecto que es para mí el más interesante; y ese aspecto muy pocos son los viajeros que lo advierten.

Es frase vulgar en todo el imperio la de que «para divertirse hay que ir á Viena.» Yo recuerdo que hallándome cierto día en un café de Buda Pest, varios jovenes se citaban para concurrir á un lugar de francachela, é invitaron á un amigo mío que me acompañaba en aquel instante. Excusóse éste poniendo por pretexto el deber de servirme de *cicerone* durante mi estancia en la capital de Hungría; y como le preguntase yo qué le proponían aquellos jovenes, me contestó riendo que «les acompañase por la noche á Viena.» Pues bien: no todo es en Viena risas y orgías; también hay algo en la capital de Austria que evoca las melancolías de las viejas ciudades históricas, hoy muertas.

***

Próxima á la linda calle de Am Graben, una de las más animadas de Viena y que, por sus comercios lujosos y por la predilección que por ella muestra el vienés, recuerda en ciertas horas de la tarde la carrera San Jerónimo de Madrid, álzase la famosa catedral de San Esteban, con su magnífica torre de 138 metros de elevación. La parte de Viena que va desde este soberbio edificio hacia el Sur, pertenece todavía á la Viena antigua. Como por encanto, el viajero se cree trasladado á una ciudad de otros siglos. Las calles son estrechas y costaneras, y por encima de los tejados de las casas, denegridas por el clima húmedo y nebuloso de Viena, distínguese la silueta de la torre de la catedral, que hunde su calada aguja en las plomizas nubes.

Grandes recuerdos históricos evoca la catedral vienesa. Primitivamente fué románica y su aspecto debió de ser el de una fortaleza. Sobre los restos que aún conserva, de su primer estilo, y agrandando su área, se edificó el actual templo gótico, obra de un siglo que comienza en los mediados del XIV y concluye en los del XV. La torre tardó más de centuria y media en verse terminada.

San Esteban ofrece una particularidad digna de estudio. Siendo como es un templo gótico, no tiene arbotantes, las muletas, que dice Taine, de la criatura arquitectónica de ese estilo. Tampoco tiene crucero. Al exterior semeja la forma de una urna colosal flanqueada por la torre. La labor de sus ventanales, doseletes, rosetones y ojivas, pináculos y contrafuertes, es exquisita. La torre parece de encaje; yo no recuerdo pirámide más larga y fina en el ojivo; las otras torres que se yerguen en ambos lados de la fachada principal, por el contrario, no rebasan de ésta y parecen restos de torreones de un castillo, pese á los pináculos góticos con que los decoraron un siglo más tarde. Dichas torrecillas son del siglo XII.

En el costado izquierdo de la catedral, y al exterior, adosado á un contrafuerte, vese el púlpito famoso donde San Juan de Kapistrán predicaba la guerra contra los turcos, que apoderados de Bizancio amenazaban con apoderarse de la Morabia, de la Moldavia, de Bohemia, como lo habían hecho de una parte de Europa. Aquel púlpito recuerda una fecha gloriosa en la Historia de España: desde él se anunció á los vieneses la victoria de Lepanto.

En el interior, las tumbas de Rodolfo IV y del famoso Federico III, entre otras, traen á la memoria la fundación del imperio austro-bohemio-húngaro. Algunas de las vidrieras son muy bellas. Los frescos de la capilla de Saboya son asimismo obras maestras, y el arte escultórico alemán del siglo XV dejó varios de sus mejores *specimens* en el púlpito y en las pilas bautismales.

Otro monumento hay en Viena que á su mérito artístico une el encanto de románticos recuerdos. Me refiero á la iglesia de los Agustinos. También es obra del siglo XIV y por lo tanto ojival. La tracería de la gran nave es delicadísima. Se compone de tres y carece, como la catedral, de transepto.

En la nave lateral izquierda hállase el sepulcro de la archiduquesa Cristina, obra famosa de Canova, y que el escultor francés Bartholomé recordó más de la cuenta en su celebrado *Monumento á los muertos*. En la otra nave, ó sea la lateral derecha, álzase el mausoleo de Leopoldo II, del escultor Zanner, y el del famoso feldmariscal Daun. En una urna de cristal y plata y cerca del enterramiento de la archiduquesa Cristina está el cuerpo de Santa Victoria. El público puede ver cubierta por ropas del siglo XVI la momia de la santa.

La parte más antigua de esta iglesia, seguramente anterior al siglo XIII, es la capilla de Loreto. La impresión que causa tal recinto es grandísima. Sombrío y de baja bóveda, desnudo de toda decoración, solamente se ven los reclinatorios de tosca y pobrísima forma que utilizan el emperador y su corte para orar ante el altar, donde en ánforas de plata hállanse depositados los corazones de los Ausburgos que ocuparon el trono. Largo tiempo estuve contemplando aquellos vasos de traza clásica que tales despojos contienen. Hacía poco más de un mes que acababa de ver en la isla de Corfú, en aquel paraíso semigriego, semiasiático, asentada en la cumbre de uno de los montes que baña el mar Jonio, rodeada de palmeras, olivos, naranjos y adelfos, la suntuosa *villa* que la última emperatriz de Austria había construído allí para gozar todos los años de las primicias de la primavera, de las delicias de aquel sol, de las brisas perfumadas que orean las sagradas costas de la Jonia y de Grecia. En el oratorio de la lejana *villa* arde constantemente una lamparita delante de la imagen del *Corazón de María*; también en la sombría capilla de los Agustinos de Viena arde una lámpara en el semicírculo que forman las ánforas depositarias de los regios corazones de los Ausburgos, y á su luz amarilla y vacilante pude leer en la última ánfora de la izquierda el nombre de la desventurada propietaria de la *villa* de Corfú.

Muy cerca de esta iglesia hállase la Michaelerplatz, sobre la que da uno de los departamentos más antiguos del Hofburg ó palacio imperial. En esa parte del edificio instaló la emperatriz María Teresa el Tesoro de la casa imperial de Austria, y el actual emperador lo reorganizó.

La visita á tan singular Tesoro tiene un alto interés, especialmente para los españoles, aun cuando no existan en él muchas piezas, así de orfebrería como de pintura, panoplia, diplomática, etc., que han sido repartidas entre distintos Museos. Sin embargo, los recuerdos que relacionados con el período más brillante de la historia de España se guardan en las vitrinas de este Tesoro, son únicos. La figura del nieto de los Reyes Católicos parece surgir evocada por algunas de aquellas preseas y vestiduras cuyo valor artístico é histórico es incalculable. Allí está la corona llamada de Carlo Magno, *estema* ochavada ornada de *gemmas* y piedras preciosas, con la cruz sobre la placa frontal y el aro que parte de éste al posterior cuajado de perlas, luciendo en cada placa un asunto bíblico, esmaltado finamente; allí está la espada también de Carlo Magno, que quizá recuerda la terrible hecatombe cantaba en el Altabiscar y que costó la vida á los caballeros de la Tabla Redonda; allí está el cetro de Maximiliano I; allí está el *orbe*, joya bizantina; allí también el famoso manto bordado por los moros palermitanos en 1133, época del reinado del franco Roger II de Sicilia, obra singular, maravilla del arte del bordado. Todas estas joyas y vestiduras recuerdan á Carlos V, que las vistió al ser solemnemente coronado en Aquisgrán.

No menos interesante es la vitrina que guarda las joyas de la Orden del Toisón. Como única está la *potence*, que usó también Carlos de Gante. Los eslabones y placas son de oro purísimo, admirablemente esmaltados, y distínguese de todos los Toisones que se labraron con arreglo á lo marcado en las instituciones de la Orden, en que vense en todo el collar las armas del emperador español, grabadas juntamente con las columnas de Hércules y la leyenda *Plus ultra*. Este blasón imperial substituye á los escudos que iban entre vellón y vellón.

En el libro de la Orden aparecen los nombres de Spínola; de D. Fadrique de Toledo, duque de Alba; el duque de Segorbe; el duque de Ariano; el príncipe Felipe (después Felipe II); el almirante de Castilla, conde de Melgar, de Medina de Ríoseco; el marqués de Pescara, y otros hombres ilustres de los días de Carlos V. La evocación no puede ser más grande ni más amarga. También de Felipe II hay en esa vitrina una joya de la orfebrería española; el crucifijo de oro y esmalte ante el que juraban los caballeros.

No terminan aquí los recuerdos de España que hay en Viena. En el Museo de *Artes históricas* pueden verse joyas admirables, presentes de un valor artístico é histórico grandísimo. En el de pinturas, cuadros de Ribera, de Murillo, de Juan Bautista del Maso, y uno de Velázquez; y de este gran maestro retratos de Felipe IV y de su segunda mujer, de la infanta Margarita Teresa, del príncipe heredero, muerto prematuramente, de otros infantes y de Carlos II, monumental pintura debida á Carreño.

Verdaderamente, al contemplar estos átomos dispersos de una grandeza muerta, no puede por menos de acudir á la memoria la hermosa lamentación del poeta:

¿Quién no llora en su acordar
de aquellas cosas pasadas
que solían?..

Cierto que adondequiera que el viajero español se dirija tropezará siempre con la sombra de aquella España poderosa, cobijada en las ruinas de sus propias obras.

R. Balsa de la Vega.



La calle llamada *Am Graben*. – Teatro de la Ópera. – Monumento de María Teresa. – La iglesia votiva de Maximiliano. – El sepulcro de la archiduquesa Cristina (obra de Canova). Universidad. – La gran avenida Franzenring. – El Museo Imperial. – El palacio del Reichsrath (palacio de la representación nacional).

PRINCIPALES SITIOS Y MONUMENTOS DE VIENA. (De fotografías.)



MAÑANA DE OTOÑO, cuadro de Carlos Rochlin



UNA CAPTURA EN LOS ALREDEDORES DE BARCELONA, cuadro de Carlos Vázquez. (Exposición Nacional de Bellas Artes, Madrid, 1906.)

BELLAS ARTES

(Véanse grabados de las págs. 329, 332, 336, 337, 338 y 344.)

Tipo oriental, cuadro de Leopoldo Carlos Muller. – Cuando se quiere trasladar al lienzo una figura que sea algo más que reproducción de un individuo, es decir, que sintetice hasta cierto modo una raza, es preciso que el artista ponga en su obra, no sólo aquello que el modelo ofrece á sus ojos, sino además los rasgos fundamentales que á dicha raza caracterizan. El pintor vienés Leopoldo Carlos Muller lo ha hecho así en su



Floralia, busto decorativo de Lamberto Escaler

Tipo oriental, y gracias á ello nos da una imagen en cuyos ojos, en cuya boca, en cuya actitud, en cuya expresión, vemos esa languidez, ese sensualismo, ese abandono que nuestra fantasía toma como cualidades distintivas de las mujeres de aquellos países en donde el sol brilla intensamente sobre un cielo puro y diáfano y en cuyo ambiente flotan embriagadores aromas.

Las Bellas Artes, relieve de A. Drury. – Huyendo de la rigidez clásica, modernizando en cuanto á la factura un tema de antiguo tratado por pintores y escultores, el autor de este relieve, el célebre artista inglés A. Drury, miembro de la Real Academia de Londres, presenta á las Bellas Artes formando un grupo animado, tan artístico como lleno de vida, y en el cual aparecen aquéllas fraternalmente abrazadas, como si quisieran significar que todas ellas están unidas por un mismo espíritu, impulsadas por una misma idea, el espíritu y la idea del culto que todas tributan á la belleza. Hermosa por el pensamiento en que se halla inspirada, la obra de Drury es admirable asimismo por su ejecución perfecta.

Mañana de otoño, cuadro de Carlos Rochlin. – Para saber si un artista ha estado acertado en la interpretación de un asunto, sobre todo si el asunto consiste en la reproducción de un aspecto de la naturaleza, basta que al ponernos delante de su obra nos preguntemos si la contemplación de ésta nos hace sentir aquello mismo que sentiríamos puestos en presencia de la realidad. Aplicando este criterio al cuadro de Rochlin, preciso es confesar que la prueba resulta por entero favorable al pintor; en efecto, esos árboles que los primeros fríos van deshojando, ese agua estancada en donde se refleja un cielo uniformemente gris, ese ambiente de indefinible tristeza que flota en todo el paisaje, todo infunde en nosotros esa melancolía especial de los días otoñales, en los que nos parece asistir á la agonía de la naturaleza, tanto más dolorosa cuanto mejor recordamos la vida potente que poco antes alentaba en ella, la esplendidez de las galas con que en los días estivales se embelleciera.

Una captura en los alrededores de Barcelona, cuadro de Carlos Vázquez. – En el Salón Parés de esta ciudad primero y actualmente en la Exposición Nacional de Bellas Artes de Madrid, ha llamado con justicia la atención del público y ha merecido los mayores elogios de la crítica ese hermoso lienzo, que es un trozo de vida arrancado de la realidad. Carlos Vázquez ha demostrado una vez más su talento y con esta obra se ha colocado á la altura de los mejores artistas. Las cuatro figuras del cuadro están admirablemente sentidas y ejecutadas con un vigor, con una sobriedad difícilmente superables; cada una de ellas expresa con maravillosa intensidad un estado de ánimo perfectamente definido y todas juntas constituyen una escena dramática que no necesita explicación para ser claramente entendida. Añádase á esto la habilidad con que está trazado el paisaje, reproducción de uno de los sitios más pintorescos de los alrededores de Barcelona, cuya poesía contrasta con la prosa, por decirlo así, del grupo de personajes, y comprenderemos sin esfuerzo alguno el aplauso unánime con que ha sido celebrada esa pintura.

Floralia, escultura decorativa de Lamberto Escaler. – Varias son las composiciones de ese artista que en esta revista hemos publicado. *Floralia*, como todas sus compañeras, tiene ese aire de distinción y de elegancia que con la pulcritud de ejecución constituyen la característica de Lamberto Escaler.

Primavera, escultura de Juan Dammann. – Es la primavera de la vida la que en esta escultura nos ofrece el celebrado pintor alemán, y realmente en ella vemos toda la juventud, toda la belleza, toda la frescura, todo el ardor de esa edad feliz en que los años se cuentan todavía por mayos. Como obra plástica, la estatua que nos ocupa es elegante, correcta, bella en sus líneas y armónica en sus proporciones, revelando la mano de un consumado maestro.

Perdonada, cuadro de Lee Hankey. – En el número 1.266 publicamos dos cuadros de este notable pintor inglés, señalando como principal cualidad del artista el sentimiento, y el que hoy reproducimos es una confirmación de la opinión que entonces emitimos. En el beso con que esa madre exterioriza el perdón que en el fondo de su alma ha concedido desde el primer momento á la traviesa chiquilla hay tanta ternura, que al mirar el bellísimo grupo nos sentimos hondamente emocionados, y cuando un artista logra de tal manera conmovernos, no hay necesidad de encomiar con palabras su obra.

LA REPERCUSIÓN DEL TERREMOTO

DE SAN FRANCISCO

La experiencia ha demostrado que cuando se produce un terremoto en un punto del globo, se observa en varias regiones y á menudo muy distantes unas de otras, una repercusión atenuada de la conmoción terrestre. Así el terremoto de San Francisco ha provocado sacudimientos sísmicos en Europa. Uno de los más importantes experimentóse en Laibach (Austria), en donde, bajo la dirección del profesor A. Belar, funciona el observatorio imperial austriaco especialmente destinado á la observación de los movimientos sísmicos.

El diagrama que reproducimos indica una serie de oscilaciones que comenzó á las dos horas, 25 minutos y 33 segundos de la tarde del 18 de abril, y alcanzó su máximo á las dos horas, 59 minutos y 52 segundos. Ahora bien: esa hora de las dos y 25 en Leibach corresponde casi á las cinco y 25 minutos de la mañana en San Francisco, en donde media hora antes se produjo el cataclismo.

Hacia la misma hora registróse una sacudida en el observatorio de París, y en Barcelona registró también una el Observatorio Fabra.

MISCELÁNEA

Espectáculos. — París. – Se han estrenado con buen éxito: en el Odeon *La vieillese de Don Juan*, comedia en tres actos y en verso de Mounet Sully y Pedro Barbier; en la Opera Cómica *Le roi aveugle*, leyenda escandinava en dos cuadros, letra de Hugo Le Roux y música de Enrique Ferrier; en el teatro des Arts *La patte d'oie*, comedia en tres actos de Renato Peter y Roberto Danceny; en el teatro Antoine *La pitié*, comedia en tres actos de Mauricio Leblanc; en el teatro Moliere *Nos salariés*, comedia en cinco actos y seis cuadros de la señora Tola Dorian; y en el Palais Royal *Englis School*, comedia en un acto de Adriano Vely: *La chaste Suzanne*, comedia en dos actos de P. L. Flers; *Les grenouilles*, comedia en un acto de Max Maurey; *Gonzague*, comedia en un acto de Pedro Veber, y en el Ambigu *Roule-ta-Bosse*, drama en seis actos y un prólogo de Julio Mary y Emilio Rochard.

Barcelona. – Se han estrenado con buen éxito: en el Principal *El metge per forsa*, comedia en tres actos de Moliere, traducida al catalán por D. Manuel de Montoliu; *La casa Tiælde*, comedia en cinco actos de Bjorson, traducida al catalán por D. Rafael Folch; y *Donzella qui va d la guerra*, visión musical en cuatro cuadros, letra de D. Manuel de Montoliu y

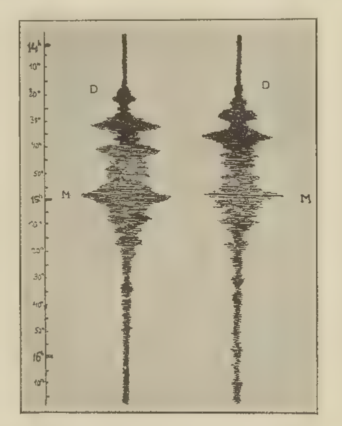


Diagrama del terremoto de San Francisco registrado en el observatorio de Laibach (Austria) por el péndulo registrador. Comienzo D, á las 14 horas, 25 minutos, 33 segundos. Máximo M, á las 14 horas, 59 minutos, 52 segundos. – Curva de la izquierda: período 7 segundos, péndulo NE.-SO. – Curva de la derecha: período 4 segundos, péndulo E.-O.

música de los maestros Juan Lambert y Sancho Marraco; y en Romea *Medicina salvadora*, comedia en un acto de D. Ramón Ramón.

Associació Wagneriana. – Esta asociación ha dado dos interesantes sesiones musicales: en la primera, cantóse el último acto de la ópera de Wágner *La posta dels Deus (Die Gotterdamerung)*, que ejecutaron con mucho acierto las Srtas. Maresch, Homs, Dachs y Serra, y los Sres. Boadella, Colomer y Vilalta, acompañados al piano por el Sr. Doménech Español; la segunda fué dedicada al estudio de la ópera *Rienzi*, también de Wágner, y consistió en una notable conferencia de D. Joaquín Pena sobre el carácter de esa obra y en la ejecución de algunos fragmentos de la misma, que cantaron, acompañados al piano por el Sr. Doménech Español, la Srta. Serra y el Sr. Bosch.

Necrología. — Han fallecido:
Eugenio Carriere, pintor francés.
Alberto Flamm, pintor paisista alemán.
Federico Gonne, pintor de historia, de género y de retrato alemán, ex profesor de la Academia de Bellas Artes de Dresde.

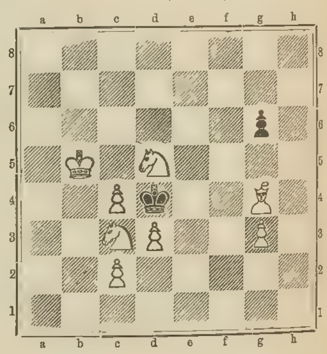


Primavera, escultura de Juan Dammann

AJEDREZ

Problema número 426, por V. Marín.

Negras (2 piezas)



Blancas (8 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

Solución al problema núm. 425, por V. Marín.

Blancas.	Negras.
1. C h 6 – f 7	1. T a 4 – d 4
2. D b 3 – f 3 jaque	2. R e 4 × f 3
3. C f 7 × g 5 mate.	

Variantes

1...... R e 4 – d 4;	2. D b 3 – d 1 jaque, etc.
c 5 – c 4;	2. D b 3 – e 3 jaque, etc.
R e 4 – f 5;	2. C f 7 – d 6 jaque, etc.
T a 4 × a 3;	2. C f 7 – d 6 jaque, etc.
Otra jug.ª;	2. C f 7 – d 6 jaque, etc.

EN LA PAZ DE LOS CAMPOS

NOVELA ORIGINAL DE MAURICIO MONTEGUT.—ILUSTRACIONES DE SIMONT

(CONTINUACIÓN)

Para ella, el hecho no debía estar irremisiblemente realizado hasta que el guarda de monte lo hubiera sancionado con su falta de perspicacia.

Los minutos corrían con lentitud; el perro roncaba delante del fuego; la nieve seguía cayendo en rayas regulares y apretados copos.

Berta tenía los ojos fijos en la llama, y abrazando de una vez su vida entera, buscaba todavía excusa en sus sufrimientos pasados. No reconocía que tales sufrimientos no habían sido nunca más que vanidad herida, loco orgullo, dureza de corazón, y á pesar de todo, ingratitud; una vez más los consideró como serios, reales é inmerecidos, y dedujo que por tales caminos era indispensable llegar á tales abismos.

Los niños seguían durmiendo en sus cunas cambiadas.

Por fin entró Regino mojado hasta los huesos y golpeando el suelo con el pie para sacudirse la nieve. El guarda dejó la escopeta en un rincón y dió un beso á Berta, que le dejó hacer más dócilmente que de costumbre. Después, inclinado sobre las cunas de aquellos dos niños á quienes quería casi lo mismo, exclamó delante de Jacobo, sin una sospecha:

—Buenos días, muchacho, buenos días, compañero...

Y añadió delante de José, llevándose la mano al quepis:

—Salud, señor vizconde.

Berta se echó á reir y sirvió la sopa... Ya estaba resuelta y tranquila.

Se habían cambiado dos destinos.

Después pasaron los años y agravaron y sancionaron el fraude, haciéndolo irreparable. La madre, muda, dejaba marchar los sucesos; no tenía más que cruzarse de brazos; había dado un impulso, y el movimiento y sus consecuencias se propagaban á lo lejos.

Los dos niños crecieron cada uno por su parte, llevando en ellos desde el origen toda la injusticia humana; el uno para su bien, acaso; el otro para su mal, probablemente.

Los dos crecieron, cándidos é inocentes, todavía tan cerca de la tierra, tan jóvenes de alma, tan poco alejados de la bestia, que todavía, á veces, se ponían á andar á cuatro patas.

Después se levantaron, se tuvieron derechos, miraron al cielo, balbucieron palabras, comprendieron gestos, tuvieron sensaciones y fueron aprendices de hombres.

Los caracteres se dibujaron al mismo tiempo que los temperamentos.

El que se había vuelto José parecía más bien pacífico y benévolo para la gente. El nuevo Jacobo parecía dispuesto á furiosas rebeldías. Los primeros mimos, sin duda, le habían ya pervertido. Era el más comprensivo, pero no el mejor.

Un día, entre otros muchos, Jacobo se reía á carcajadas.

Tenía seis años en aquella época y era el muchachuelo más alegre del mundo. ¿Cómo no serlo? Tenía dos castillos á sus órdenes, dos familias á sus pies, el país era suyo y su salud era perfecta. Tenía que encontrar la vida buena.

Por el instante, pues, en pie en el terrado de Valroy, en un delirio de alegría, se reía de buena gana porque abajo, en el camino, el viento acababa de llevarse el sombrero de un pobre viejo, y éste, impotente y enfermo, corría penosamente detrás y se esforzaba en vano por alcanzarle.



Y su padre, que se había apeado, le recibió en sus brazos

El sombrero iba más de prisa que el hombre y aquello divertía enormemente á Jacobo.

En el recodo del camino, otro niño, mal vestido, recogió el sombrero y se lo entregó al viejo. Jacobo se irritó como si le robasen su juego. Detrás del segundo niño venía con paso rápido una mujer tiesa y esbelta. Eran José y Berta, que vió de lejos al señor vizconde y apretó el paso. Al llegar á la terraza le tendió involuntariamente los brazos.

—Buenos días, Jacobo.

Este, incomodado, respondió:

—Buenos días.

—¿No bajas?

—No, estoy bien aquí.

Al lado del joven amo y muy dispuestos á defenderle, había dos perrazos que ladraban al intruso. Berta no insistió, pero se le comía con sus grandes ojos levantados hacia él, y se llenaba las pupilas de aquella visión que siempre la encantaba. José Garnache estaba á su lado indeciso; nadie le hacía caso.

Estaba vestido, sin duda adrede, con un traje viejo achicado de su padre. Era preciso que no tuviese un aspecto superior á su condición, y sobre todo, que no se notase la finura de sus facciones, que valían tanto como las del heredero de los Reteuil y de los Valroy. Todas las precauciones estaban tomadas. Negro de sol, enrojecido por el viento, con el cabello mal cortado por un barbero del pueblo, con el cuerpo perdido en una blusa y unos calzones demasiado grandes, los pies en unos zuecos y el moco en la nariz, no inspiraba seguramente ninguna idea de elegancia ni parecía otra cosa que un pilluelo de la carretera. Si hubiera pedido cinco céntimos, se los hubieran dado.

Berta, por el contrario, después de seis años de matrimonio, continuaba en su persona los cuidados de doncellita de cámara. Si su traje era de tela ordinaria, le sentaba bien; una pañoleta de seda realzaba su cabeza enérgica y bella; su falda, muy corta, descubría unas medias negras en un tobillo nervioso y unos pies delicados calzados de finos zapatos.

Al primer golpe de vista producía la impresión de un cuerpo lavado, sano y tentador. Sus manos seguían blancas, lo que se explicaba, pues no hacía ningún trabajo rudo. A la muerte de su madre, había recogido en el pabellón á una de sus hermanas que tenía cinco años menos que ella, alta y fuerte y verdaderamente fea. Berta hizo de ella su criada y todo el mundo lo encontró muy bien en el país.

Se llamaba Sofía y tenía todas las cualidades; trabajaba sin descanso; era limpia; oía, acaso, pero no repetía lo que había oído, y además era brutal para los mendigos y guardaba la casa como un dogo. En fin, comía poco, bebía agua y no se cuidaba de los hombres. Su fealdad, por otra parte, la preservaba de ello. Sí, Sofía era perfecta y no tenía más que una debilidad á los ojos de Berta, la de adorar á José, su sobrino. Ahora bien: Berta no quería á José, que era para ella una especie de remordimiento viviente, siempre delante de los ojos; si hubiera muerto de enfermedad, hubiera sido para ella un descanso.

El niño, por intuición, prefería su tía á su madre, aunque ésta, por prudencia, disimulaba cuidadosamente sus sentimientos. Pero á cada instante un gesto brusco ó una entonación ruda le hacían traición. Aquellas miradas que dirigía en aquel momento á Jacobo, húmedas de ternura, las ignoraba José. Pero Berta perdía el tiempo. La mujer volvió á decir tímida y dulcemente:

—Entonces, ¿no bajas?

—No, respondió el joven vizconde, sacudiendo sobre su frente voluntariosa las largas guedejas rubias, que se repartieron como una lluvia de oro.

Berta se quedó deslumbrada, pero con el corazón en un puño.

Siguió entonces su camino con la cabeza baja y á

grandes pasos; el pobre José tuvo que correr para seguirla, pero ella no se ocupaba del niño.

El joven vizconde, desembarazado de importunos, volvió á su puesto de observación, esperando que el viento, para darle gusto á él, se llevaría el sombrero de algún otro viejo aldeano.

Si la mujer de Regino Garnache seguía siendo coqueta y deseosa de agradar á los seis años de matrimonio, tenía sus razones, que ella y Juan de Valroy conocían.

En otro tiempo, cuando volvieron de su viaje al Mediodía de Francia, el conde y la condesa estaban melancólicos. Si Juan manifestó una alegría sincera al ver á su hijo, Antonieta permaneció más bien enigmática y miró á su hijo con una especie de repulsión, desconfiada de todo su ser, asombrada, á pesar de todo, de no sentirse más conmovida al contacto de aquella carne que era la suya.

Era Antonieta una desgraciada criatura; de resultas del parto, se había quedado estropeada y enferma para toda la vida, y consideraba aquella impotencia como un castigo por haberse casado á pesar de las manchas de su familia y de las trágicas herencias que llevaba con ella. Antonieta era incapaz en adelante de ser esposa y madre, y resultaba un personaje fuera de la vida, sin papel, sin deber y sin derecho.

He aquí lo que su hijo le había traído ya... En cuanto al porvenir, sabido es cuáles eran sus temores, quiméricos sin duda, pero artículos de fe para ella.

Aquel matrimonio, dislocado al año, debía ser y era lamentable. Con un hermoso nombre, una gran fortuna y un exterior de elegancia y de distinción, aquellos esposos envidiaban á los aldeanos que pasaban del brazo con las aldeanas, en buen camino de continuar la raza.

Al lado de aquella eterna mujer herida, más herida que cualquiera otra, el conde Juan, á pesar de su buen humor y de su bondad natural, se ensombrecía y se agriaba. Era joven y robusto y se veía reducido á vivir, so pena de ser odiosamente acusado de indiferencia, en cuartos cerrados, caldeados en todas las épocas, en medio de olores de opio y de vapores de éter, al lado de una mujer extenuada, siempre echada y doliente, exagerando para desagradarle su aspecto de moribunda y sus actitudes de mártir.

En los primeros tiempos, recordando su antiguo amor, fué un enfermero suficientemente solícito; pero después vino el cansancio, el desaliento y, por fin, la exasperación. Su vida estaba perdida estúpidamente, sin que nadie tuviese la culpa.

Vuelto á Valroy, se refugió en su hijo y quiso que fuera su consuelo; pero, para un hombre de veintiocho años, no era aquello suficiente. Durante dos años vivió rabiosamente, todo el día fuera, corriendo los bosques á caballo ó á pie, cazando en los estanques ó en el río, gastando sus fuerzas en todas las gimnasias y quebrantándose de cansancio para dormir rendido en su cama. De vez en cuando iba á la ciudad y, algunas veces, á París.

A todo esto los dos niños, Jacobo y José, habían crecido, estaban destetados, y mostraban tres dientes cuando bostezaban. El primero había vuelto á su castillo, y el segundo hacía la dicha de Garnache «en su humilde albergue.»

En aquella época Berta iba al castillo á todas horas para que su crio se fuese acostumbrando progresivamente y sintiese menos la separación. Antonieta, entonces, acogía á Berta con lánguida benevolencia y sin manifestar disgusto, pues si tenía derecho á envidiarla por su salud robusta, no tenía nada que reprocharle y encontraba en ella una compañera de los tiempos en que eran muchachas é ignoraban los verdaderos y los falsos dolores.

Y el diablo, que siempre vela, hizo lo demás...

A todo esto, y antes de tener sobradas razones de quejarse, Regino no estaba contento de su suerte. También él paseaba por debajo de los árboles tristezas confusas. Si alguien le hubiera interrogado directamente, sin duda él hubiera vacilado para responder y no hubiera sabido qué decir; pero, sin embargo, no, no estaba contento.

Su mujer nunca había sido ni era su igual. Era una princesa y no una mujer de su casa; lo que había deslumbrado á Regino al principio de su aventura, le dejaba ya la vista clara. Comprendía que había hecho mal de aspirar á semejante gran dama, y que el hombre prudente se esfuerza ante todo por permanecer en su condición.

En verdad, Berta representaba con él un papel de estatua. Regino no se atrevía á enfadarse por respeto á ella.

Pero se quejaba á los árboles, á las rocas, á las malezas y á toda la naturaleza. Delante de ella, su reina, su diosa, se hacía el amable y lo aprobaba todo. Había momentos, sin embargo, en que pensaba que mejor hubiera hecho en casarse con alguna palurda de gruesas manos, como Sofía, por ejemplo, que, muy dichosa por el honor, no le hubiera regateado sus ternuras.

El cuarto otoño que siguió al doble matrimonio, el mal indefinido, la neurosis, la neurastenia de Antonieta empeoraron. Y, por segunda vez, ante los fríos precoces, los médicos, que no sabían qué decir, ordenaron un viaje á climas más dulces.

Esta vez la de Valroy no se conformó con esta opinión; creía su muerte próxima, y se negaba á alejarse de su país, donde quería morir. Alegaba también que Jacobo era muy pequeño para tan largo viaje y que no se podía abandonarle en manos de los domésticos, por adictos que fuesen. Estaban vacilando, cuando una mañana, la señora de Reteuil, que tenía gana de ver mundo, propuso acompañar á su hija. Aquel era un buen arreglo. La buena señora sabía perfectamente que la separación de los dos esposos no tendría nada de desgarradora. Esperaba, por el contrario, que con la ausencia llegarían el uno y el otro á recobrar su afecto. Antonieta se hizo de rogar mucho tiempo; pero, por fin, se marchó con su madre.

Como estaba convenido, Berta fué todos los días á vigilar á Jacobo, que en aquel tiempo la prefería aún á todo el mundo y chillaba cuando se iba.

Durante los largos días de invierno, fueron frecuentes las conferencias entre el amo y aquella singular criada. Después, una mañana se le ocurrió á Jacobo toser y tener fiebre, y Berta, extremadamente alarmada, declaró que no se separaría de él ni de día ni de noche. Dejó su casa, su hijo y su marido al cuidado de Sofía, á quien acababa de recoger, y se instaló en el castillo.

El niño se curó en pocas horas, pero Berta se quedó...

Hubo, es cierto, algunas murmuraciones de criados, pero nadie pudo afirmar nada positivo.

A los quince días Berta se fué de nuevo al pabellón del guarda.

Cuando volvió Antonieta, con la salud milagrosamente mejorada, supo por bocas indiferentes la larga estancia de su antigua criada en el castillo, y le puso mala cara en su primera visita y todavía peor en la segunda.

Berta no volvió en unos días, pero pronto se tranquilizó, y, con su natural audacia, interrogó á su ama diciéndole que parecía que olvidaba su infancia, que en otro tiempo era buena con ella y que no creía haber hecho nada para desmerecer á sus ojos. ¿Por qué ese cambio de cara y de actitud?

La respuesta de Antonieta fué tan seca, que Berta se lo tuvo por dicho y se marchó desolada, con la idea de que, estando el castillo cerrado para ella, no vería ya á Jacobo más que en encuentros casuales.

Al cabo de un año tuvo otro motivo de tristeza: Juan ya no se ocupaba de ella y la miraba con profundo desprecio.

Cuando Antonieta vió que su marido estaba casi siempre ausente y pasaba largas temporadas en París, comprendió que las relaciones entre él y Berta habían concluído, y entonces dejó volver poco á poco á aque lla desterrada que sufría también.

Un día en que Berta le llevaba tímidamente unas flores, en la mañana de su santo, movida por el deseo irresistible de acercarse á Jacobo, la condesa le dijo:

—Ahora puedes volver... Has amamantado este niño y es natural que le quieras; no hay para qué privarte de ese cariño.

Berta le dió las gracias con las lágrimas en los ojos. Cuando se le hablaba de Jacobo toda su carne temblaba. Volvió, pues, pero cada cuatro días y sin tener en aquella casa, que había sido la suya, la libertad de otras épocas.

Por eso, al ver á Jacobo en el terrado, no se atrevió á subir la escalera del castillo, donde siempre temía ser importuna.

Otro sentimiento la apartaba también de aquellos lugares; había notado, como todo el mundo, el extraño despego de Antonieta para con su hijo, y al principio se indignó, pero después tuvo miedo. Su inteligencia, grosera á pesar de todo, se alarmaba fácilmente.

Ella, que no sabía nada ni hubiera comprendido jota de las cuestiones hereditarias, creyó en un instinto, en una especie de revelación, en una advertencia del cielo. Tuvo fe en la voz de la sangre, como toda campesina, y se figuró que la condesa presentía un extraño en aquel niño... ¡Y entonces!..

Pero ella misma se respondió en seguida:

«Y entonces, ¿qué? ¿Cómo probar nada?.. Lo hecho, hecho está... Nadie sabrá jamás nada; me llevaré este secreto á la tumba.»

Pero era aquel un cuidado más.

Al volver á su casa, encontró á Regino, que había tomado por aquel lado su ronda forestal. En pie, estaba comiendo un pedazo de pan y bebiendo un vaso de vino que le daba Sofía. José se abrazó á las piernas de su padre, con el que se encontraba á sus anchas, sabiendo que no sería rechazado.

El guarda, entonces, pasando la ruda mano por la cabeza del chiquillo, le dijo que le llevaría con él hasta la hora de cenar, dos horas, para dar la vuelta á los estanques.

El muchacho saltó de alegría.

—Andad, dijo Berta con voz dura, y sobre todo no volváis tarde.

Los dos se alejaron, el uno muy grande, el otro muy pequeñito; el uno bajando la cabeza y el otro levantando las narices para hablar y riéndose como verdaderos amigos. El niño empezó á hacer preguntas á su padre.

—¿Cuántas veces es más grande un árbol que un hombre?, le dijo.

La pregunta embarazó al guarda.

—Eso depende de los árboles.

—¿Y esos?

El muchacho señalaba unos álamos gigantescos.

—¿Esos? ¡Diablo!.. Diez veces, quince y acaso más...

Delante de un retoño, Regino añadió:

—Esos pequeños serán ya grandes cuando tú tengas treinta años.

—Entonces, los árboles crecen más de prisa que los hombres, dijo José con reflexión.

—Sí, y sobre todo, mucho más tiempo; años y años..., y cuando han acabado de crecer, engruesan, se extienden, echan ramas en el aire y raíces en el suelo... Tienen una vida suya, llena de fuerza y magnífica.

—¡Ah!

El niño reflexionaba, y Regino, simple y sin malicia, sentía un secreto orgullo. Aquel niño, tímido y mudo con su madre, descubría con él sin miedo su alma naciente. Los dos estaban de acuerdo; Regino lo veía y sabía bien que aquel muchacho le prefería á todo el mundo.

José, sin embargo, tenía otros cariños: Sofía, que le mimaba escandalosamente, y los dos perros de la casa, que jugaban con él... Pero su padre era el primero en su corazón, porque era alto y fuerte, no tenía ciertamente miedo de nada... y además tenía una escopeta. Esto era un título á su cariño... ¡Cuántas ternuras humanas no están fundadas en causas más serias!

El niño corría al lado del guarda, de largas y rápidas piernas, y perdía el aliento; el padre lo echó de ver de pronto y se maldijo á sí mismo.

—Soy un idiota y no pienso... Cuando vaya demasiado de prisa, tírame de la chaqueta.

Pero á José le humilló el confesar su debilidad y no respondió.

Era la hora en que se acortan las sombras. Aquel campo del corazón de la antigua Galia se exhibía opulento y hermoso hasta la insolencia. Bajo el sol poniente de aquel fin de abril, entre reflejos de oro y púrpura, la tierra, fértil y todavía desnuda, humeaba ligeramente al aproximarse la noche. Los bosques, que limitaban el horizonte en vasto anfiteatro, se llenaban de venerable misterio. Por los caminos avanzaban lentamente hacia las poblaciones próximas pesadas carretas tiradas por grandes bueyes blancos, unidos bajo el yugo, y los últimos pájaros apresuraban sus canciones.

Pasaron por una aldea, y en las puertas de las casas escaladas por las parras, las mujeres sonreían al niño y saludaban al guarda. Por allí eran conocidos... y bien.

Ciertamente, el oficio era duro, pero tenía sus buenos momentos. Y Regino se esforzaba por explicárselo á José.

—Por mucho que digan, es esta una buena vida... Estar siempre fuera respirando el aire libre, que huele bien, viendo á lo lejos montones de cosas, mirando crecer el trigo y las avenas; y, después, los grandes paseos por los bosques, hablando consigo mismo, también son buenos. Más vale eso que estar con el trasero pegado á un almohadón de cuero, como los empleados de la alcaldía... Al menos es uno un hombre, que circula y se siente vivir... Un trago sabe mejor después de andar cinco leguas... Que hay riesgos... ¡Bah! No son grandes, sobre todo por aquí... Hay más ventajas que inconvenientes.

El pequeño aprobaba y no concebía más género de vida que el de su padre... Tenía impaciencia por crecer para tener él también el quepis en la cabeza, un saco en bandolera, una escopeta al hombro y polainas en las piernas, sin contar la placa de cobre en el pecho, insignia respetada y que da consideración. Sí, sí, quería ser guarda.

Pero aquel sueño le parecía demasiado alto é inaccesible, y así lo confesaba:

—¿Verdad? ¿Podré ser como tú cuando sea grande?

—Seguramente... Todos los Garnaches somos lo mismo; mi padre, mi abuelo... Hombres rudos; y tú, pequeño, harás lo que nosotros.

José abría unos ojos enormes y encantados ante estas perspectivas... Él también tendría una escopeta y unas polainas... Pero movió la cabeza... No, era aquello demasiado hermoso y no podía creerlo... Y así lo confesó:

—¿Por qué?, dijo el padre; eso es lo natural y lo que te espera ciertamente.

El chico dudó de nuevo.

—No es seguro...

—¿Por qué no es seguro? Cuando yo te lo digo...

—No sabe uno si se va á morir.

Era aquella una frase habitual de Sofía, que el niño decía á tontas y á locas, pero hizo un efecto terrible.

—¡Cállate!, gritó Garnache. ¿Dónde diablos vas á buscar esas ideas? Eso no es de tu edad y te prohibo decirlo... ¡Me das pena, desgraciado!

Regino le cogió en sus terribles brazos, que temblaban en aquel instante, y le contempló con espanto. Los pequeños que hablan como los viejos, en efecto, no están hechos para vivir. Después le estrechó contra él ferozmente, como si quisiera decir: «Venid á cogérmelo,» y le volvió á poner en el suelo con precaución.

El niño sonreía; aquellos efluvios de ternura le habían penetrado y quería más que nunca á su padre... Su padre... ¡Ay!

En los mismos momentos, una escena similar, á pesar de las diferencias sociales, ocurría un poco más lejos, en el camino, al lado del castillo. Jacobo no había dejado el terrado, que era su dominio particular; allí, libre de toda vigilancia, pues el sitio era seguro, jugaba sin temor de la mañana á la noche; allí tenía su jardín reservado, que él embellecía con monumentos de piedras, pues tenía ya gustos de artista, ó defendía con reductos de arena, pues también sentía inclinaciones militares.

Además, aquel día estaba esperando á alguien, y ya se sabe que el terrado daba al camino. ¿A quién? Al conde Juan; también Jacobo quería y admiraba á su padre y no veía á nadie en el mundo que fuera superior á él en ningún punto. El niño le imitaba en todo y arreglaba su aspecto y sus gestos á los suyos.

A él solo se dignaba obedecerle, pero con una gracia condescendiente y no por temor. Le parecía que eran iguales; pero como, á pesar de todo, había uno mayor que el otro, era natural que éste fuese escuchado. Más adelante, ya hablarían.

Juan estaba ausente hacía una semana, en París sin duda, el niño no lo sabía. Pero iba á volver aquel día. Hacía media hora que había salido un criado á caballo y con otro del diestro, pues la estación más próxima distaba seis kilómetros.

Jacobo acechaba el recodo del camino y trataba de oir el trote del caballo en la tierra seca; pero no oía nada y se impacientaba.

Juan de Valroy, cansado de su triste casa, hacía un año que vivía en ella lo menos posible, y puede que, sin Jacobo, la hubiera abandonado. La falta de armonía entre la mujer y el marido había aumentado. Antonieta se encerraba más y más en la soledad y en el silencio, y quien le turbaba no hacía más que desagradarla, aun Juan, Juan sobre todo. Le guardaba rencor por ser tan sólido y tan ágil, cuando ella se arrastraba de butaca en butaca; por estar tan vivo cuando ella se juzgaba muerta. Algunas veces, al oirle reir, á lo lejos y á través de las paredes, con su hijo, al que ella también apartaba, se estremecía de cólera.

Su eterna dolencia, real por un lado é imaginaria por otro, la hacía ser egoísta y hostil á los que no sufrían. Su idea fija era que si no se hubiera casado, estaría ahora sana de cuerpo y sin temor. Juan tenía la culpa de que ella hubiera acabado por consentir y Jacobo de que viviese ahora doblemente aniquilada.

No comprendía que estas faltas no eran voluntarias. Si lo hubiera comprendido, hubiera estado curada, al menos de su crisis moral.

Una nueva idea la preocupaba también. Algunas veces pensaba en el suicidio y se decía que, acaso, la trágica herencia no amenazaba sólo á los varones... Temblaba por ella y deducía que este era un motivo más para que Jacobo fuese atacado á su vez algún día.

Delante de su marido, cuando éste la visitaba una hora por la mañana y otra por la noche, permanecía muda y con los ojos cerrados ó gimiendo y llamando á la muerte.

Juan se retiraba cerrando los puños y tratando todo aquello de comedia y de farsa. Aun cuando aquella queja eterna no hubiera sido simulada, pensaba Juan, esas enfermedades de nervios no persisten más que en las naturalezas complacientes, que no quieren desembarazarse de ellas con un poco de energía y de voluntad.

Cuando estaba fuera, respiraba á sus anchas.

Después, poco á poco, fué tomando costumbres nuevas, instaló un apeadero en París y vivió como soltero, lejos de las tristezas de su provincia.

Antonieta le detestó entonces más y dijo que no tenía corazón. Además presentía que, á su edad, con su nombre, su fortuna y su buen aspecto, debía de tener aventuras, todo lo cual la exasperaba.

Aquella singular mujer, enamorada de sus preocupaciones, padecía al pensar que los demás pudieran tratar de distraerse. Para darle gusto hubiera sido preciso llorar con ella y como ella, y Juan no tenía tal vocación.

En aquel tiempo pasaba en París cinco días de la semana, volvía el sábado á Valroy y se marchaba el lunes sin alegar pretextos. La costumbre estaba tomada.

Ahora bien: era un sábado cuando Jacobo le esperaba y se impacientaba mirando el camino. De repente se estremeció; á lo lejos y precediendo al jinete unos doscientos metros, llegó hasta él la cadencia sonora del trote largo de un caballo. El niño batió palmas y se asomó á la balaustrada.

Y apareció Juan, saludado por los gritos del muchacho y el ladrido de los perros, y alegre esta vez. Levantó entonces la cabeza y su cara se iluminó.

Jacobo se precipitó por la escalera, y su padre, que se había apeado, le recibió en sus brazos. También ellos se querían como Regino y José.

—¡La voz de la sangre!, hubiera dicho Berta con su peor sonrisa, burlándose de sus íntimos terrores.

Ahora era Jacobo el que iba á caballo, mientras su padre admiraba su confianza y su aplomo infantil.

—Estira las piernas..., el cuerpo hacia atrás..., más aún...

De repente, uno de los perros dió un salto delante del caballo, que hizo una brusca huída. Jacobo, sin asustarse, apretó las rodillas y no se movió. Juan tuvo miedo, pero después se llenó de orgullo.

—¡Bravo, muchacho! ¡Bravo, hijo mío!

Y todo el orgullo de los hombres cantaba en aquellas palabras, el orgullo de la carne y el de la raza, irrisorio en estas circunstancias; el orgullo de la fuerza, de la belleza y del valor, sin razón de ser para el que estaba al corriente. Pero, por el momento, aquellos lazos ficticios eran sólidos; nadie había sido nunca más padre que el conde de Valroy corriendo detrás de su hijo, mientras éste picaba el caballo por el gran paseo circular de castaños que conducía al castillo.

En esta forma llegaron á la pradera, delante del edificio, y el niño se dejó escurrir sobre la hierba; estaba rojo y con la frente un poco sudorosa, pero triunfante.

Valroy inspeccionó la casa de una ojeada, y su mirada se detuvo un segundo en dos ventanas del primer piso. Como de ordinario, estaban cerradas y detrás de los cristales se veían las cortinas corridas.

Y sin embargo, el día había sido tibio, casi cálido. En aquel momento, aunque el sol se inclinaba en el horizonte hasta tocar las cimas, corría por la llanura una suave brisa de verano; por todas partes, hombres, animales y cosas saludaban á la primavera; una vida intensa circulaba al aire libre y todos los seres respiraban una absurda sensación de eternidad, encantadora sin embargo.

En la escalinata se mostró una criada de cara mal humorada, flaca y seca é impregnada por contagio de olores farmacéuticos.

Aquella no haría á nadie faltar á sus deberes. Antonieta no quería más Bertas...

—¿Está visible la señora?

Y la vieja, exagerando su gesto con aquel amo que era un verdugo para su pobre señora, contestó con gana de morderle:

—La señora... Está durmiendo.

—Ven, Jacobo, dijo Valroy sin responder á la vieja.

Y se llevó al niño, que, como José á Regino, le siguió radiante de júbilo.

A Jacobo le interesaban todos los objetos del cuarto del conde, en las paredes había mil cosas: retratos, armas, grabados antiguos y cuadros de caza modernos.

Un cuadro ovalado le llamaba sobre todo la atención; en él se exhibía el abuelo, el grande hombre, Fernando de Valroy, aquel noble hacendista que era amigo de Law y supo abandonarle antes de su caída.

Esto probaba, seguramente, una admirable perspicacia, una maravillosa prudencia, y merecía ser honrado. En el fondo del cuadro se veían dos castillos que el artista, para su comodidad, había situado juntos, Reteuil y Valroy, tal como eran todavía, aunque en un paisaje menos frondoso y más claro.

Jacobo tenía gran simpatía por aquel señor majestuoso que era su antepasado, y le saludaba siempre con una mirada curiosa. Pero su pensamiento fué pronto distraído por el estante de las escopetas y por las dos trompas de cobre que brillaban á la luz.

Eso sí que daba ganas de ser en seguida hombre para soplar allí, inflando los carrillos. Hacía falta para ello un buen pulmón y su padre se hacía oir de muy lejos. Dentro de muchos años á él también se le oiría.

Horriblemente cruel, como todo hombre que empieza, se complacía en la contemplación de los diversos cuchillos de caza en sus vainas de cuero. Se atrevió á tirar un poco del puño del más grande, descubriendo dos pulgadas de hoja azulada, deleitándose en pensar que había entrado muchas veces en el costado de un jabalí ó de un ciervo moribundos.

Los relatos de caza le apasionaban, así como aquellos grabados iluminados que colgaban en las paredes, donde unos señores de casaca roja con unas señoras de amazona saltaban barreras en caballos aéreos persiguiendo á alguna pobre bestia desolada.

La escena se repetía diez veces bajo aspectos diversos; veíase allí toda la barbarie de nuestro siglo brutal, más cercano de las cavernas que de la torre de marfil, aunque con pretensiones de sensibilidad.

El niño, levantado de puntillas y apoyado en algún mueble, se hubiera estado las horas muertas en éxtasis en aquella pieza.

No se cansaba de contemplar lo que sabía de memoria y hubiera podido ver claramente cerrando los ojos.

Además había á veces cosas nuevas, una pipa recientemente comprada, y que había que examinar para dar su opinión, lo que no dejaba de hacer.

Valroy, mientras tanto, sentado ante una mesita, abría tres ó cuatro cartas llegadas en su ausencia y olvidaba al niño, pero éste se distraía muy bien solo.

Aquellas cartas no parecía que tenían el don de regocijar al conde, que arrugó las dos últimas con un movimiento de cólera y de fastidio, y recostándose en su sillón, se quedó pensativo mirando al techo y con las manos juntas.

Valroy se iba transformando; los treinta años, sin engordarle, le prestaban nueva gravedad. Algunos hilos de plata en las sienes y en la masa del cabello sombriamente rojo, añadían cierta melancolía á su cara fatigada, afinada, desprendida ya de todo carácter rústico.

No sería moral, acaso, pero sí cierto: el aire de París y la vida animada que allí hacía habían limpiado é iluminado su cutis; el corte del cabello y el pliegue del bigote modifican profundamente una fisonomía. El conde, que se había marchado siendo un noble campesino, volvía cada vez un poco más parisiense, y parisiense de cierta clase, de la de la elegancia y de las fiestas.

Era un bello caballero de la gran ciudad, discretamente perfumado y finamente vestido, que había reemplazado la franela ó el algodón de su ropa interior por una seda azul ó rosa del más bonito efecto.

El conde, pues, reflexionaba.

Jacobo, asombrado por su silencio, se acercó á él, le contempló fijamente con unos ojos investigadores y curiosos, en los que había á la vez algo del salvaje y del ser demasiado enterado; y, aproximándose á su padre, varonilmente bello á pesar de sus fechorías, el niño movió la cabeza con convicción y pronunció muy claro:

—Papá, eres muy elegante...

Arrancado á sus pensamientos, Juan se echó á reir, cogió al muchacho y se le puso en las rodillas.

—¿Verdaderamente?

—Sí.

Aquel sí era la afirmación de una sinceridad suprema y venía del fondo del corazón, como un gemido muy dulce. Aquel padre, entonces, se sintió inundado de una inmensa alegría interior, halagado en su orgullo una vez más. Y todo lo que se le ocurrió responder fué:

—Tú te parecerás á mí...

—¿De veras?

—Sin duda. Te pareces ya á lo que yo era cuando tenía tu edad.

Se engañaba de buena fe en su deseo. A la edad de Jacobo era él más fino, más delicadamente lindo y acaso menos sólido. Rebuscando en el vizconde se hubiera encontrado algo de Garnache. Pero ¿á quién se le había de ocurrir buscar? Valroy veía á su hijo con ojos de ciego y, aunque hubiera sido jorobado, él le hubiera proclamado derecho.

Jacobo, que tenía buena opinión de sí mismo, aceptó la profecía y la afirmación. No había jamás dudado de las palabras de su padre y no iba á empezar por éstas. El vizconde añadió:

—Yo también tendré caballos, escopetas y tocaré la trompa...

(Se continuará.)

NAVEGACIÓN AÉREA

LOS GLOBOS DIRIGIBLES DEL CONDE ALMERICO DA SCHIO Y DEL CONDE ENRIQUE DE LA VAULX

El hecho de haber sido admitido en el ejército francés, como recurso de guerra, el globo dirigible de los hermanos Lebaudy ha debido convencer aun á los más desconfiados de que el problema de la dirección de los globos está resuelto. A los profesionales no les han sorprendido los éxitos de los dos franceses, porque éstos, de cinco años á esta parte, han ido realizando sucesivos y cada vez mayores progresos, y bajo la dirección técnica de un excelente ingeniero y de un experto aeronauta consiguieron construir un globo que pudo realizar á entera satisfacción las pruebas á que le sometió el ministerio de la Guerra durante el verano de 1905.

Para los demás Estados militares este hecho constituye un estímulo poderoso que ha de impulsarles á lograr la posesión de un tipo de globo dirigible que, desde el punto de vista de la autovelocidad y de la estabilidad, pueda competir con el francés y aun superarle.

En Italia, el conde Almerico da Schio ha conseguido resultados notables con el globo dirigible *L'Italia*. En todos los globos dirigibles que se mueven por su propio esfuerzo, se hace preciso reducir al mínimo posible la resistencia del aire, dando á aquéllos una forma prolongada; esta circunstancia la ha tenido en cuenta el inventor italiano, cuyo aeróstato, cilíndrico en su cuerpo principal, se va estrechando en sus extremos hasta formar dos conos más ó menos puntiagudos.

Condición esencial de todo globo dirigible es la conservación de la forma externa, porque de lo contrario, serían incalculables las cambiantes influencias de la resistencia de la atmósfera. Ahora bien: el gas contenido en el globo experimenta un cambio constante; así cuando el aeróstato sube por los aires, el gas se distiende á consecuencia de la diminución de la presión atmosférica, y para evitar que la envoltura estalle por efecto de la mayor presión interior, es necesario que el gas pueda tener salida mediante algunas válvulas de seguridad. Pero cuando el globo desciende, y vuelve á disminuir la presión del aire, se produce una diminución de volumen del gas y consecuentemente una depresión de la envoltura hacia el interior. Esto se evita añadiendo sacos de aire que, en caso de necesidad, pueden llenarse con ventiladores; este procedimiento se emplea también para remediar la pérdida de gas que gradualmente experimenta el globo.

Estas variaciones sólo pueden evitarse mediante el empleo de cuerpos metálicos para la envoltura, pues entonces la pérdida del gas se compensa con la entrada del aire y de esta suerte la forma del globo se mantiene siempre igual. Por esto el conocido aeronauta alemán conde de Zeppelin había montado su globo prolongado sobre una armazón de aluminio; de esta suerte los depósitos de gas estaban constantemente envueltos en aire.

PARÍS. – EL NUEVO GLOBO DIRIGIBLE DEL CONDE ENRIQUE DE LA VAULX EN EL COBERTIZO. (De fotografía de M. Rol y C.ª)

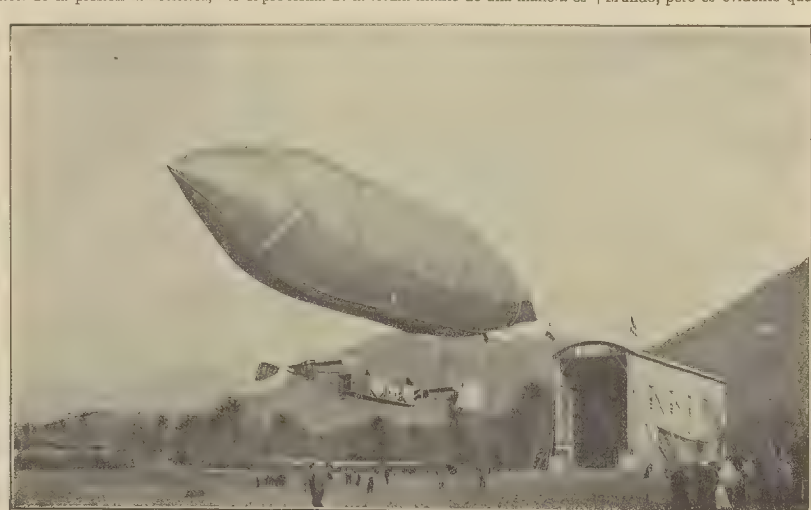
El conde Almerico da Schio pretende haber resuelto el problema de la forma tirante de una manera especial: la parte inferior de su globo, cuya longitud de punta á punta es de 39 metros y cuyo mayor diámetro mide ocho, lleva una faja longitudinal de paragoma, mientras el resto de la envoltura es de seda barnizada, protegida en su parte superior por tela de algodón; cuando aumenta la presión del gas, esa faja se dilata proporcionalmente, y, por el contrario, cuando la presión disminuye, se encoge. En estado normal, la superficie de esa faja es de 40 metros cuadrados y puede ensancharse desde 1'40 metros hasta 3'40.

Para dar salida al gas, en caso de alta presión, el inventor ha dispuesto una serie de válvulas de seguridad que funcionan cuando la faja de goma llega al máximo de su tirantez.

La góndola, cuya forma es también prolongada á fin de disminuir la resistencia del aire, hállase situada á cuatro metros debajo de la envoltura y consiste en una armazón de aluminio de 17'6 metros de longitud por 1'2 de anchura y de sección cuadrada. Con objeto de suavizar el choque del descenso y al mismo tiempo de facilitar el transporte, la góndola va montada sobre cuatro ruedas.

Un motor Buchet de 12 caballos de fuerza pone en movimiento una hélice aérea de 4'5 metros de diámetro situada en la proa de la góndola. Para gobernar el globo en sentido horizontal hay una gran superficie de 5'5 metros cuadrados dispuesta verticalmente; para gobernarla en sentido vertical hay dos grandes superficies horizontales de 10 metros cuadrados.

También en Francia reina gran actividad entre los inventores de globos dirigibles. El conocido aeronauta conde Enrique de la Vaulx se dispone á ensayar un nuevo globo dirigible de su invención. Este nuevo aeróstato tiene 35 metros de alto por siete de sección en su parte más ancha; su capacidad es de 700 metros cúbicos y será impulsado por una hélice de dos palas movida por un motor de 16 caballos.—S.



EL GLOBO DIRIGIBLE DEL CONDE ALMERICO DA SCHIO, RECIENTEMENTE ENSAYADO EN ITALIA. (De fotografía.)

LOS PROCEDIMIENTOS

DE RECLAMO EN LOS ESTADOS UNIDOS

No pretendemos que los Estados Unidos lo hagan todo mejor que en el Viejo Mundo, pero es evidente que entienden muchas cosas de una manera más práctica y seguramente más original que excita á menudo nuestra sorpresa y podría en algunos casos ser útilmente imitada.

Los procedimientos de publicidad y de reclamo, en particular, atraen toda la atención de los jefes de almacenes, directores de fábricas y de compañías de ferrocarriles ó tranvías, los cuales consideran que aquellos procedimientos constituyen una de las más importantes ramas del comercio y de la industria, y que para dirigir con resultados efectivos la sección de publicidad de una gran empresa hay que emplear métodos minuciosos, conocer la psicología del público y recurrir á la sugestión, á mil pequeños

halagos para excitar los deseos del público é impulsarlo al consumo. No puede imaginarse el cuidado que ponen las casas americanas en levantar mapas del campo en donde piensan trabajar y de la clientela á la que han de satisfacer ó han satisfecho ya. Para ello utilizan innumerables juegos de fichas que estudian continuamente y que les proporcionan todos los datos posibles sobre los competidores y sobre los resultados que éstos por su parte obtienen.

En los Estados Unidos fué donde se inventaron las distribuciones de papeles secantes con el nombre de una casa de comercio y las cartulinas iluminadas con alguna figura muy característica y propia para llamar la atención. Allí se hace constantemente la publicidad por medio de libritos que contienen, además del reclamo y de los anuncios que se quiere hacer penetrar en el público, historietas y artículos que no se desdeñarían de insertar una revista ó un *magazine* y que hacen que quien recibe el librito no lo tire nunca sin antes haberlo hojeado. Existe allí una verdadera enseñanza para los agentes de publicidad, los *advertising managers,* á quienes se recomienda sin cesar que procuren situarse mentalmente en el lugar de aquellos sobre los cuales quieren influir por medio del reclamo y que perciban el momento psicológico en que el cliente posible se halla en mejores condiciones para dejarse convencer. Además se les enseña, partiendo de observaciones absolutamente exactas, que hay ciertos días de la semana, variables naturalmente según la índole de las ventas de que se trata, en los que ese cliente se hallará en mejor disposición para leer y hasta para guardar una publicación que anuncie tal ó cual aparato, mercancía ó lo que sea; y cada *manager* llega, respetando los grandes principios que le han enseñado, á encontrar lo que denomina un sistema de ataque especialmente adecuado á los negocios de su casa y á la clientela que ha de atraer.

Tomaremos como ejemplo una de las grandes compañías de Nueva York, la Compañía Edison, que se dedica á la venta de corriente eléctrica para todos los usos. Aparte de todos los procedimientos de anuncio que emplea, ha inventado un método del que espera obtener grandes ventajas. En vez de utilizar como papel de correspondencia el papel común con membrete en el que consten el nombre de la casa y todas las varias especialidades de su empresa, ha creado una colección de papeles diversos especializados según la índole del negocio y de la clientela. Si un cliente posible le pide informes sobre aplicaciones de la electricidad á la cocina de un hotel ó de un restaurant, le contesta con un papel *ad hoc,* con una viñeta en que dos cocineros indican con su gesto la excelencia de la cocina hecha en un hornillo eléctrico. Si un particular solicita indicaciones del mismo género para su uso particular, otra viñeta humorística le enseñará anticipadamente las ventajas que una ama de casa ó un ayuda de cámara obtienen del empleo de la preciosa corriente.

El *manager* de la Compañía Edison afirma que la simple recepción de una carta escrita en ese papel causa buen efecto en el cliente.

Citaremos otro ejemplo, y uno de los más típicos, tomado de la sección de publicidad de una compañía bastante modesta, la del ferrocarril eléctrico y de la estación central de Birmingham, ciudad fabril del Alabama, cuya población no excede de 35.000 habitantes. Esa compañía, que vende coque, electricidad, gas y vapor, al mismo tiempo que se dedica á los transportes, ha hecho levantar por sus agentes un mapa de la región, casa por casa, con un sistema de fichas, y la superficie total se halla dividida en sectores, cada uno de los cuales está confiado á un agente relacionado con los que ya son clientes y con los que pueden serlo. Y no solamente publica constantemente artículos ilustrados en los periódicos regionales, sino que además distribuye manuales muy bien hechos y tira por su cuenta un pequeño semanario titulado *Illuminator,* que contiene noticias relativas á la compañía, artículos de vulgarización sobre las aplicaciones del gas, de la electricidad, del coque, etc., noticias, sueltas, historietas divertidas, artículos literarios y versos, todo ello entremezclado con los reclamos. Y ese periódico, distribuído con profusión en los coches y vagones de la compañía, aumenta de una manera constante el número de sus clientes.—D.



MAHOMED EL HADJ, BEY DE TÚNEZ,
fallecido el día 11 de los corrientes. (De fotografía de Branger.)

Mohamed el Hadj había nacido en 24 de junio de 1855 y sucedido á su padre en junio de 1902. Fué un amigo leal de Francia y un fiel colaborador de la administración francesa en Túnez. Le ha sucedido su primo hermano Mahomed el Nasr.

LIBROS

ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

POR AUTORES Ó EDITORES

Nueva Biblioteca de Autores Españoles. – La magnitud excepcional de esta publicación se demuestra con sólo decir que ha de ser la continuación de la famosa Biblioteca de Autores Españoles de Rivadeneyra, que la dirección de la misma está confiada al eminente polígrafo D. Marcelino Menéndez y Pelayo y que colaboran en ella ingenios tan esclarecidos como Menéndez Pidal, Serrano y Sanz, Bonilla y San Martín, Cotarelo y Morí, Mir (Miguel), Rodríguez Marín, Obrador Bennassar, Catalina García y otros. En esa biblioteca se incluirán obras no sólo de autores castellanos, sino también de poetas y prosistas catalanes de los siglos medios, como Don Jaime I, Desclot, Muntaner, Ramón Lull, Eximenis, Ausias March, Roig y Corella, así como traducciones de las obras latinas más notables escritas por los españoles de la Edad media y del siglo XVI. Una parte principal de la biblioteca se reservará á las mejores producciones de autores del siglo XIX fallecidos.

El primer volumen publicado es el tomo primero de un estudio, por todos conceptos admirable, sobre los orígenes de la novela, escrito por el Sr. Menéndez y Pelayo.

La Biblioteca se publica en tomos de 4.° mayor, á dos columnas, impresos en papel Vergé, con cubierta imitación de pergamino, siendo el precio de cada uno 12 pesetas.

Sentimos que la índole de nuestro periódico no nos permita dedicar mayor espacio á esta publicación, que editan en Madrid los señores Bailly Bailliere é hijos, merecedores de los más entusiastas elogios y del más brillante éxito en esa empresa que no vacilamos en calificar de altamente patriótica.

Monumentos arquitectónicos de España. – Es esta una publicación de excepcional importancia, no sólo por el objeto de la misma, que claramente indica el título, sino además por las condiciones materiales en que la dan á luz sus editores. Repártese [illegible] cuadernos de gran tamaño, perfectamente impresos en magnífico papel; el texto está redactado en castellano y en francés y va ilustrado con multitud de grabados intercalados en el texto y de preciosas láminas sueltas, muchas de ellas en colores. El precio de cada cuaderno es de tres pesetas. Se han publicado hasta ahora 14 cuadernos, á cual más interesante, dedicados á Toledo; el texto es debido al eminente arqueólogo D. Rodrigo Amador de los Ríos. Publican esta obra en Madrid (calle de San Lorenzo, 9) los editores Sres. E. Martín y Gamoneda, que merecen por su empresa el más entusiasta elogio y la protección de cuantos se interesan por la historia artística de nuestra patria.



Perdonada, cuadro de W. Lee Hankey

Obras completas de D. Juan Valera. – El principal objeto de esta publicación es dar unidad á los escritos de D. Juan Valera substituyendo las múltiples y diversas ediciones que hoy existen por una sola y uniforme, enriquecida con varios trabajos inéditos y otros no coleccionados que han visto la luz en folletos, revistas y periódicos, desconocidos para la mayor parte de la presente generación. Formará varios grupos clasificados por materias (discursos, novelas, cuentos, teatro, poesías, correspondencia, crítica política y literaria, etc), componiendo un total aproximadamente de 40 volúmenes en octavo, que se irán publicando sucesivamente, al precio uniforme de tres pesetas cada uno.

Hasta ahora se han publicado dos tomos de discursos académicos y las preciosas novelas *Doña Luz* y *Pepita Jiménez*, y se anuncia la publicación próxima de *Las ilusiones del doctor Faustino*.

La empresa que ha tomado á su cargo esa publicación merece incondicionales alabanzas de los amantes de la literatura española, porque además de rendir con ella el debido homenaje á escritor tan insigne como D. Juan Valera, presta un señalado servicio á las letras patrias divulgando las obras de quien tan admirablemente supo cultivarlas.

La administración de las «Obras completas de D. Juan Valera» tiene su domicilio en Madrid, Plaza de Colón, 2.

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XXV — Barcelona 28 de mayo de 1906 — Núm. 1.274

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



¿QUIÉN SOY?, escultura de José Montserrat



CRONICA DE TEATROS

Sea cualquiera el grado de importancia que desde el punto de vista literario se conceda al teatro, no podrá menos de convenirse en que ningún otro género le aventaja ni siquiera se le iguala en fuerza para propagar las ideas é influir sobre las muchedumbres. La representación escénica, no sólo cuenta con la cooperación de las demás artes, sino que dando caracteres de vida que se confunden con la realidad y enderezando los hechos fingidos á la demostración de una tesis moral, sociológica, filosófica, etc., etcétera, arrastra nuestro entendimiento y nos persuade, tanto, por lo menos, como el espectáculo que nos ofrece la sucesión de hechos verdaderos. Por esto, sin duda, la Iglesia, que miró siempre con ojeriza las funciones teatrales, se valió de ellas para fomentar entre los fieles los sentimientos religiosos ó para hacerles comprensibles las más hondas verdades del dogma. No tuvieron otro objeto los *Misterios* en la Edad Media y nuestros *Autos sacramentales* en el siglo XVII.

Hoy puede asegurarse que el teatro es el gran propagandista. Particularmente en España, en donde se lee muy poco, pero en donde se va mucho al teatro, la escena es para una gran parte de la nación, además de gratísimo divertimiento, cátedra ó tribuna. Lo que hay es que esta tribuna ó cátedra no siempre suele servir para la exposición ó enseñanza de las ideas que la sociedad tiene por sanas y de las costumbres que considera buenas. El individualismo anárquico, de que Ibsen es el principal y más elocuente apóstol, se ha propagado por la dramática contemporánea, tendiendo á combatir y dar por el pie á todo lo que hasta poco ha se consideraba como los fundamentos ó sostenes de la sociedad. En las obras más aplaudidas del teatro moderno se ataca ó se hace mofa, que es peor, de la fidelidad conyugal, del honor, de la familia, de los deberes de los padres con los hijos ó de los hijos con los padres... Puede decirse que todas esas comedias están inspiradas en un decálogo al revés. Cierto que las ideas y sentimientos que ellas expresan son consecuencia lógica del espíritu de rebeldía que se ha desencadenado en las almas; pero no es menos verdadero que la literatura dramática las difunde y extiende por todas partes.

Y al mismo tiempo que sembrador de buenas ó malas ideas, es el teatro, gracias al desarrollo que en estos últimos tiempos ha adquirido la *mise en scene*, una especie de exposición permanente en que se presentan ante los ojos del público, no sólo los modos de decir, de hablar, de moverse, de sentarse, de estar en visita, etc., sino las modas, las *toilettes*, los muebles, el ornato de los salones, el aderezo interior de las casas modestas, las fiestas cortesanas, los regocijos populares..., todo, en fin, lo que constituye lo exterior de la vida. Yo sé de muchas señoras que asisten al teatro Español más deseosas de ver los trajes que luce María Guerrero para luego imitarlos, que á saborear el placer estético que produce el contemplar la contraposición de los caracteres y la lucha de las pasiones. Las obras representadas en dicho teatro sirven de modelo para decorar no pocas viviendas y para hacer que se generalicen ciertos refinamientos. Por tal razón, las compañías extranjeras que nos visitan y las que de España van á América no se contentan, como antes, con llevar sus trajes y comedias, contando para el decorado y amueblamiento de la escena con los guardarropías de los teatros. Ahora las compañías de actores llevan una impedimenta superior á la de los grandes ejércitos.

La de María Guerrero y Fernando Díaz de Mendoza ha necesitado un barco de muchas toneladas para trasladar á la Argentina su material artístico, compuesto de centenares de decoraciones, muebles, alfombras, tapices, vestuario de comparsería, trastos de toda especie... El público de Buenos Aires podrá, por consiguiente, ver las comedias estrenadas en el Español lo mismo exactamente que las han visto los madrileños en el teatro de la plaza de Santa Ana.

Estas expediciones artísticas de nuestros actores por fuerza han de estrechar cada vez más los lazos que ya existen entre las Repúblicas españolas de América y su antigua metrópoli; son una penetración pacífica, en cuya virtud nuestra literatura, nuestras artes y nuestros libros van aumentando su mercado y su influencia.

* * *

Después de la compañía italiana, que ha dejado en Madrid muy buenos recuerdos, ha venido á visitarnos una *troupe* de cómicos franceses, capitaneada por M. Galipaux, artista que en París goza de bastante reputación. El contraste entre las dos compañías es grandísimo. La de Tina de Lorenzo ofrecía un conjunto armónico, las obras estaban muy bien ensayadas y los artistas, como se dice en la jerga de bastidores, perfectamente «acoplados.» Por el contrario, en la compañía que actúa en el teatro de la Comedia, todos los cómicos, á excepción de Galipaux, son menos que medianos, las obras son atropelladamente ensayadas y cada artista es, como suele decirse, de su padre y de su madre. El decorado que traía Tina de Lorenzo era elegante y artístico; el decorado con que Galipaux nos presenta sus *vaudevilles* es el que ya ha sido desechado por inservible en el teatro de la Comedia.

Este menosprecio con que tratan al público de Madrid los cómicos franceses no es cosa nueva. Por los teatros de la corte han pasado en estos últimos años los Coquelin, la Barthet, la Rejane, Le Bargy, Sara Bernhardt, Mounet Sully, rodeados cada cual de ellos de verdaderos *cabotins*. Esto no obstante, el anuncio solo de la venida á Madrid de una compañía francesa saca de sus casillas á la gente aristocrática y adinerada, y no hay aquí persona que se estime en algo que no se apresure á ir á admirar y á aplaudir á los cómicos transpirenaicos.

El público que asiste á ver á Galipaux no es muy numeroso, pero sí escogido, y lo gracioso del caso es que la mayor parte de las personas que componen este público se cree en la obligación de hablar ó chapurrar el francés, en prueba de distinción y de homenaje á los cómicos extranjeros. Hablar en la lengua de Cervantes es en esas noches de mal gusto.

El arte de Galipaux ocupa un puesto intermedio entre el del clown y el del actor cómico. En una misma obra hace á la perfección escenas de comedia y da saltos, zapatetas y respingos más propios de la pista de un circo que del tablado de un teatro. La movilidad de su rostro es extraordinaria; dijérase que su cara es de goma. Su cuerpo tiene la misma flexibilidad que su rostro y sus habilidades son tantas como las de un excéntrico de circo: baila, salta, canta y toca el violín; dice monólogos, representa papeles de *vaudeville* ó de comedia y hace pantomimas... Además es autor; él se escribe sus monólogos y sus pasillos y él se los representa... Es, en fin, un verdadero estuche...

La compañía que dirige Galipaux se anunció como de *vaudeville*, género ligero, festivo y caricaturesco que hace reir sin hacer pensar y que no deja de tener en Madrid sus apasionados. Mas lo cierto es que hasta ahora solamente han representado uno de aquéllos, *Las sorpresas del divorcio*, los actores franceses que trabajan actualmente en la Comedia. En cambio hemos visto ya dos ó tres pantomimas y hemos oído una porción de monólogos, dúos y *chansonettes*, todo lo cual da al elegante teatro de la calle del Príncipe cierto parecido con los *music hall*, al presente tan en boga, con gran quebranto del género grande y el género chico.

Este último va de mal en peor y en vano tratan de galvanizarle las compañías que funcionan en Apolo y en el Gran Teatro, entregado ahora al melodrama chulesco y comprimido y á las zarzuelillas que deleitaban al público hace diez ó doce años.

* * *

Con mala sombra abrió sus puertas aquel magnífico edificio que en un principio se llamó teatro Lírico y ha sido después rebautizado con el nombre de Gran Teatro. Recuerdo la noche de su inauguración: el público que llenaba aquel local enorme quedó asombrado, y con razón, ante la grandiosidad de la sala y del vestíbulo y ante lo lujoso del ornato. El objeto con que se había construído el Lírico era el de alojar decorosamente á la ópera española, rara vez admitida en el teatro Real. Terminado el nuevo, sólo faltaban óperas, y para escribirlas se apalabraron varios maestros y poetas. En unos cuantos meses estuvieron listas *Circe*, *Farinelli*, *Raimundo Lulio* y no sé si alguna más. La fiesta inaugural se celebró con el estreno de *Circe*, sacada por Ramos Carrión de la comedia calderoniana titulada *El mayor encanto amor* y puesta en música por Chapí. Hubo aplausos, llamadas á escena y ruidosas ovaciones, la crítica puso por las nubes la obra y ensalzó la magnificencia del nuevo teatro; pero el público se llamó Andana, y ni con esta ópera ni con las que vinieron después logró atraerle al magnífico local.

Visto que la ópera no pegaba, se llevó al Lírico la zarzuela grande. El resultado fué el mismo: el público siguió diciendo nones y la zarzuela se vió forzada también á enmudecer. Acudióse entonces al género chico... y nada; la gente que llenaba Apolo y el teatro de la calle de Jovellanos no pasaba ni por delante de la puerta del nuevo coliseo. Después de todas estas tentativas fracasadas, cerróse el Lírico á cal y canto y nadie volvió á acordarse de que existía enfrente de las Salesas uno de los mejores locales que hay en Madrid para espectáculos públicos, hasta que en enero del año presente Ceferino Palencia, con un valor heroico y casi casi temerario, acometió la empresa de resucitar aquel teatro, muerto, parecía, definitivamente para el arte.

Mucho es el talento de María Tubau y muchas las simpatías de que goza tan insigne actriz. No hay que decir tampoco si tanto ella como su inteligente esposo habrán luchado por levantar el crédito del Gran Teatro. ¡Inútil empeño! Palencia tuvo que desistir de su propósito. Un nuevo empresario acaba de probar otra vez fortuna. Hace pocos días ha empezado á funcionar allí una compañía muy numerosa, por cierto, de género chico; pero ya sea porque este género no gusta al público, sea por esa *mala sombra* que se proyecta sobre el Gran Teatro, es lo cierto que, según todas las señales, la susodicha compañía tendrá la misma suerte que las anteriores.

Los teatros, como las personas, están sujetos á la fuerza del sino.

* * *

Las que verdaderamente prosperan de algún tiempo á esta parte son las sociedades de aficionados. Existen de éstas cinco ó seis que una vez al mes celebran sus funciones en un teatro que casi siempre es el de la Princesa. Entre los artistas que trabajan en ellas hay algunos que revelan excelentes condiciones para el arte dramático, y ó mucho me equivoco, ó de estas sociedades, más que del Conservatorio, han de salir los actores ó actrices de mañana.

Una de las causas que más favorecen á estos grupos de aficionados es sin duda lo caro que cuesta en Madrid el teatro. Innumerables son las familias que no pueden darse el gusto de ver una comedia. Las sociedades proporcionan á esas familias, por una mensualidad escasa, el placer de asistir mensualmente á un espectáculo culto y simpático. Las funciones se dan por la tarde y el teatro se llena de bote en bote: los actores y actrices trabajan con entusiasmo, los espectadores y espectadoras aplauden á rabiar y todo el mundo sale complacido y durante treinta días espera con impaciencia la función próxima.

Yo, vuelvo á decirlo, confío en que estas asociaciones han de favorecer grandemente al arte escénico, tan necesitado de artistas que substituyan á los que ahora brillan en nuestros teatros. Por de pronto, han salido de entre los aficionados algunos que desempeñan ya puestos honrosos en la escena española.

En esto, como en todo, quizás tenga más eficacia la iniciativa individual que la tutela del Estado.

Zeda.



Un hombre como de cincuenta años apareció en el fondo de la sala

CALUMNIA DE ENSUEÑO

En el salón japonés del hotelito de Rosa Maury se tomaba el te de las cinco.

Estaba la tarde desapacible y solamente habían acudido á hacer la tertulia á la dueña de la casa tres de sus amigas más íntimas.

La conversación languidecía, las miradas de las mujeres vagaban distraídamente por la pintura de las paredes ó por el trozo de jardín envuelto en frías nieblas, que se divisaba á través de la galería de cristales.

De pronto abrióse la puerta y entró como un torbellino Laura N., la vivaracha esposa del juez de instrucción de la Latina.

—Os traigo grandes novedades, dijo sin dar tiempo á saludos de ningún género.

Y añadió loca de alegría:

—¡Ya he descubierto el misterio!

—¿Qué misterio?, preguntaron todas.

—El de los guantes de Bernáldez.

—Será lo que nos figurábamos, dijo Rosa; que tiene las manos feas y por eso no se los quita nunca.

—O que le faltan dedos y los lleva postizos, añadió una de las amigas.

—Nada, nada, no adivináis.

—Bueno; pues cuenta en seguida.

Laura, saboreando el efecto que su narración iba á hacer en las oyentes, comenzó de este modo:

—Ya habréis leído en los periódicos de la mañana que anoche se cometió un crimen misterioso en Chamberí. En los primeros momentos se apoderó la policía de dos personas que fueron halladas cerca del lugar del suceso. Pues bien, una de esas personas era...

—¡Bernáldez!

—Justamente. ¡El pobre Bernáldez, incapaz de hacer daño á una mosca, acusado de asesinato! Anoche estaba de guardia mi marido; figuraos su sorpresa al ver que uno de los detenidos como presuntos autores era nuestro amigo. Llevaba como siempre enguantadas las manos, esas manos que nadie ha logrado ver al natural. Después que se le hubo registrado, mi marido le ordenó que se quitara los guantes. El dice que era preciso para ver si tenía señales de lucha reciente; pero estoy segura de que si no lo hizo sólo por curiosidad, por lo menos se alegró mucho de encontrar pretexto para satisfacerla. El juez lo mandaba y no tuvo más remedio que obedecer... ¿Cómo diréis que tiene las manos?

—¡Hija, acaba de una vez!

—Pues como si se las hubieran atravesado por la palma. Dice Pepe que las cicatrices son horribles. ¿Habéis visto las efigies de Cristo desenclavado?.. Algo así.

—¡Es raro!, dijo la dueña de la casa.

—Rarísimo, ¿verdad? Pues más lo es aún la explicación que ha dado de aquellas antiguas heridas. Antes de referirla os diré que habiendo probado, como era de esperar, ser ajeno al crimen de que se trataba, fué puesto en libertad.

En aquel momento un criado anunció la visita de D. Amadeo Bernáldez.

Un hombre como de cincuenta años apareció en el fondo de la sala.

A no ser por el traje moderno, su magra figura, destacándose sobre el fondo obscuro de la antecámara y encuadrado por el marco de la puerta, hubiera sido la viva representación de un lienzo del Greco.

Su cabeza alargada, de tonos negruzcos, de cabellos cortos y grises peinados hacia arriba, de barba cenicienta y puntiaguda y ojos profundos de una obscuridad extraña, parecía reclamar la encañonada golilla de la época, para asemejarse en un todo á esas imágenes atormentadas y pensativas que nos dejó el pincel incomprensible del Theotocópulo. Bastóle una ojeada para adivinar que él era el objeto de una conversación interrumpida. La presencia de Laura N. le explicó suficientemente el punto sobre qué versaba, y así, cuando se hubo sentado, dijo:

—Indíquenme ustedes por dónde iban de mi historia y yo mismo acabaré de contarla. Puesto que se ha de divulgar mi secreto, que dará á todo el mundo derecho á creerme loco, quiero al menos que se conozca con verdaderos detalles.

Ni por cortesía, ni por ese prurito de mentir que se manifiesta en casi todas las mujeres, se atrevieron aquellas á negar.

Las noticias enigmáticas adelantadas por la mujer del juez, presentaban á sus ojos la persona de D. Amadeo envuelta en una atmósfera de misterio, aumentado por la luz mortecina del anochecer invernal.

En la semiobscuridad aparecía la prolongada cabeza de Bernáldez, cárdena é inmóvil como la de un fantasma.

Después de un momento, Laura se atrevió á hablar.

—Me preparaba á referir lo que contó usted ayer á mi esposo.

El recién llegado pareció recogerse en sí mismo, y con su voz de bajo profundo fué narrando lo que sigue:

—Yo he pasado la primera parte de mi existencia del modo más vulgar que puede imaginarse. A los veinticinco años pensé que el hombre debe hacer algo en la vida, y como la única afición que me había notado era la de las letras, pensé que tal vez podía hacerme un lugar entre los intelectuales, si ponía en conseguirlo todos mis esfuerzos.

De los distintos géneros literarios prefería el cuento, ese relato sencillo y breve que exige tanta invención como una novela, que excluye los largos diálogos y las pesadas descripciones, que puede enseñar, sin fatiga del lector, tanto como un volumen y producir más emoción estética, por lo mismo que todo en él ha de hallarse condensado.

Mas para dedicarse á este género se necesita una riqueza de fantasía que yo no poseo.

No podía cultivar la literatura *subjetiva* por el escaso estudio que hasta entonces había hecho de mi corazón; para el género descriptivo carecía de esa sensibilidad exquisita que produjo las obras admirables de Loti y de Amicis, y los estudios serios, la novela social, me aburrían.

Una noche me acosté desesperado, después de varias tentativas infructuosas.

Apagué la luz, pero no pude dormir. Experimentaba la sensación de no estar solo en la alcoba. Me parecía que andaban junto á mi lecho, creía oir suspiros, y hubo momento en que sentí sobre la frente un baho de respiración como si alguien se hubiera acercado á mi rostro.

No tuve valor para encender la luz ni para moverme siquiera, y al cabo de mucho tiempo caí en un letargo profundo.

Soñé una historia rara, pero lógica, sin las incongruencias y lapsos de los sueños. Y era en América donde se desarrollaba, y yo veía todos los detalles de las figuras y de los paisajes del Trópico con entera claridad.

Cuando desperté se me ocurrió escribir aquella historia, y después que lo hice, fuí á consultar con un amigo venezolano sobre las descripciones que de los trajes y costumbres acababa de hacer.

Como mi amigo encontrara exacta mi pintura, decidíme á enviar el cuento á un periódico. Y dos ó tres días después tuve la satisfacción de verlo en letras de molde, acompañado de una nota editorial en la que casi se pedía perdón á los lectores por insertar un trabajo de escritor desconocido, excusando tal *atrevimiento* con la belleza del artículo y la exuberante imaginación que en él desplegaba su novel autor.

¡Cómo si al gran público, que lee siempre de buena fe, le importaran estas minucias del oficio, ó fuera á gustar de una tontería porque lleve al pie un nombre venerado en los liceos y á despreciar lo que le deleita por no ser académico el que lo escribió!

Desde aquella noche tuve frecuentes ensueños de la misma índole.

Eran siempre visiones nuevas, de distintos países, de lugares desconocidos para mí, agradables ó espantosos, pero de una grandiosidad inimaginada. Escenas contemporáneas ó de tiempos pasados de insuperable fantasía, de interesante trama, de inesperada solución, llenas de poesía y de enseñanza, de pasión ó de sencillez, de perversidad ó de cariño.

Y yo no tenía sino trazar en el papel la historia soñada y enviarla á las revistas ó á los diarios de más circulación, que se disputaban ya mi firma y pagaban por mis cuentos precios desusados. Mi nombre

se veneraba en todos los centros literarios y se discutía acaloradamente sobre mi ingenio, asombrándose todos de la universalidad de mis conocimientos y de la sólida instrucción que suponía la justeza en las descripciones de tantos apartados territorios, de tantas diversas costumbres.

Yo mismo no me daba cuenta de lo sobrenatural de mis ensueños, verdaderas revelaciones que psicólogos y fisiólogos considerarían como fenomenales.

Pero en cierta ocasión...

Eran las doce de la noche y me hallaba trabajando en mi despacho. Por primera vez iba á separarme del asunto *dado,* introduciendo una modificación al final, que á mí me parecía necesaria para la mayor emoción artística. Pero este final exigía que faltase á sus deberes de esposa la delicada mujer del principal personaje de la narración, un músico japonés vengativo y terrible, llamado Dsin-Biwa.

Sentía cierta repugnancia á calumniar á aquella linda mujer de ensueño y tuve un momento de perplejidad.

Se me antojaba un acto de injusticia el que iba á cometer; pero, al fin, riéndome de mis pueriles escrúpulos, hice la variación como tenía pensado.

En el momento de firmar el trabajo se abrió silenciosamente la puerta y una persona avanzó en la penumbra.

Un terror sin límites, ese terror que ofusca la inteligencia y anula la voluntad, que llega á enloquecer y á matar, se apoderó de mí; debí lanzar un grito espantoso.

Había reconocido en la persona que entraba á Dsin-Biwa, el rencoroso músico japonés que había visto en sueños la noche anterior.

Con voz reconcentrada y aspecto iracundo se inclinó sobre la mesa para decirme:

Mi esposa ha sido siempre honrada y fiel; ¿por qué la calumnias?

No contesté porque el espanto había paralizado mi lengua.

—¡Destruye tú mismo esa falsa acusación!, prosiguió el japonés.

Era la única narración en donde ponía algo *mío,* y justamente mientras estuve escribiendo parecióme que era (tal vez por aquella circunstancia) la mejor de cuantas salieron de mi pluma. Así, pues, á pesar del miedo que me embargaba, tuve fuerzas para mover negativamente la cabeza.

—¡Dame ese escrito!, repitió Dsin-Biwa con acento terrible.



Una invocación, escultura de Gilberto Bayes

Y, apresuradamente, temiendo sin duda que alguien pudiera acudir en mi auxilio, quiso apoderarse del cuento.

Para impedirlo, puse sobre los papeles mis manos cruzadas, y entonces el feroz músico, loco de ira, cogió un puñal malayo, que me servía de cortapapeles, y descargó sobre ellas tan formidable golpe que me las atravesó, dejándolas clavadas á la mesa.

En seguida huyó.

Un segundo después, entraba en el despacho Andrés, mi fiel sirviente; corría á la mesa en donde, rugiendo de dolor, me despedazaba las manos por libertarme, y arrancaba el arma, no sin trabajo, porque la hoja se había hundido en la madera más de una pulgada.

Cuando conté lo ocurrido me creyeron demente porque nadie se explicaba por dónde pudo entrar ni salir el agresor. Además Andrés debía haberlo encontrado en el pasillo.

Pero menos aún se comprendía cómo pudiera haberme herido yo mismo, puesto que las dos manos habían sido atravesadas á la vez.

Tal es el origen de estas cicatrices que he ocultado siempre para evitar las preguntas que se me habrían de dirigir. Contestar una mentira me daba miedo, y la verdad no sería estimada, porque *son pocos los que pueden entender estos misterios.*

J. Sánchez Gerona.

(Dibujo de Más y Fondevila.)

LA CATÁSTROFE DE SAN FRANCISCO

Las últimas noticias recibidas de San Francisco demuestran que los desastres allí causados por el fuego fueron mucho mayores que los producidos por el terremoto; la superficie destruída por las llamas es de unas 15 millas inglesas cuadradas. El incendio comenzó en el barrio mercantil, invadiendo la Market Street y la Kearny Street, es decir, en la más importante arteria del gran comercio y en la vía en donde se hallaban instaladas las mejores tiendas. Igualmente sufrieron daños enormes los barrios de Tar Flat, con sus talleres, saladeros y grandes almacenes de frutas; Potrero, con sus inmensas fábricas de máquinas; y Butchertown, con sus grandiosos mataderos. Al Noroeste de la Market Street, quedaron reducidas á cenizas la Barbary Coast, con sus viviendas de marineros y sus almacenes de géneros; Chinatown, Nob Hill, en donde estaban las viviendas de la antigua aristocracia del dinero; y al Oeste, Hayes Valley, cuyas casas eran casi todas de madera, y el distrito de la Mission, que contaba con una población muy densa.

Los edificios de construcción moderna, especialmente los construídos con hierro y acero, han resistido mucho mejor que los demás los efectos del terremoto y del incendio, y alguno de ellos, como el llamado Call, apenas ha sufrido desperfectos. En cambio los construídos con ladrillos han quedado, en su mayoría, totalmente derruídos.



Náyade, escultura de Miguel Blay



SAN FRANCISCO DE CALIFORNIA. CONSECUENCIAS DEL TERREMOTO Y DEL INCENDIO. (De fotografías de «Photo Nouvelles»)

Campamento instalado en Fort Mason. — Refugiados en el campamento de Fort Mason. — El edificio del Call construído de acero, cuya armazón resistió al terremoto. Ruinas del templo Manuel. — Vista de la Powell Street



Llegada de los diputados el día 20 de los corrientes. Aspecto del Paseo de Gracia al dirigirse los diputados al Hotel Colón, en donde se hospedaron
Una multitud inmensa aplaudió frenéticamente á los diputados durante el trayecto desde el apeadero del ferrocarril hasta el hotel



Aspecto de la Plaza de Cataluña á la llegada de los diputados al Hotel Colón
Al llegar los diputados al hotel fueron saliendo uno á uno á la tribuna central, desde donde saludaban al público que, formando una masa enorme, les acogía con grandes aplausos

BARCELONA.—FIESTAS DEL HOMENAJE DE LA SOLIDARIDAD CATALANA. (De fotografías de A. Merletti.)



La manifestación de la tarde del 20 de los corrientes. – Aspecto de los alrededores del Arco de Triunfo antes de la llegada de los diputados

Desde mucho antes de la hora fijada para la manifestación, el Paseo y el Salón de San Juan estaban llenos de gente que esperaba la llegada de los diputados, á los que tributó una ovación indescriptible



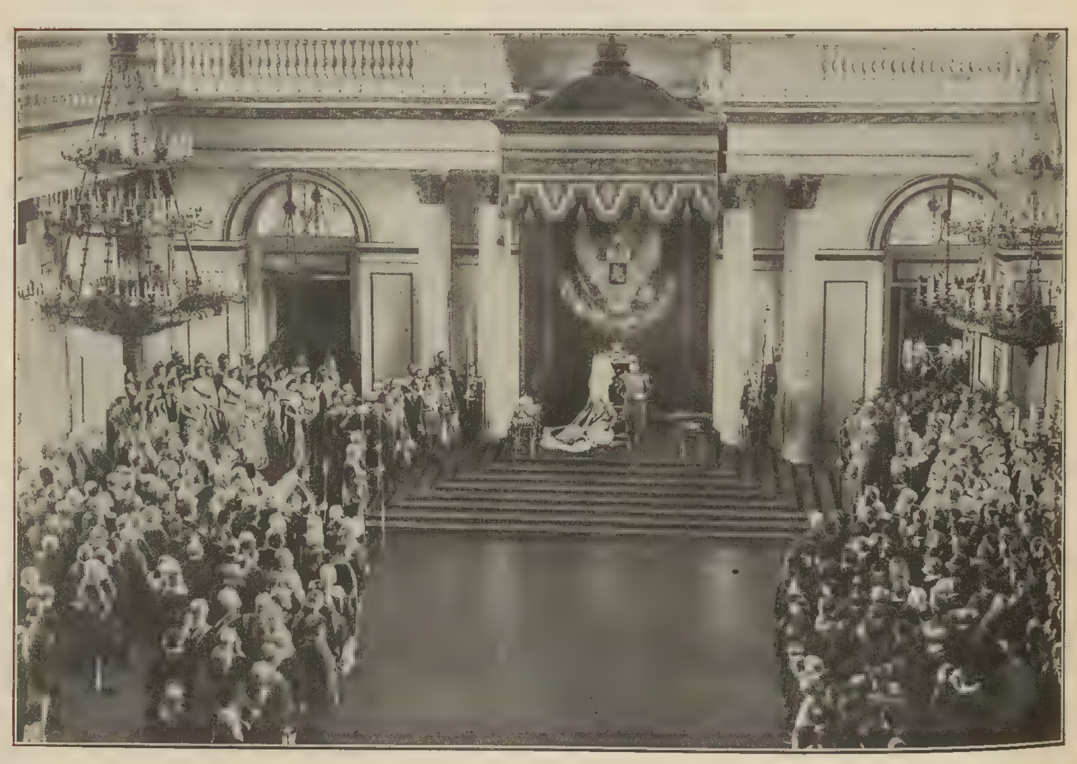
Los diputados dirigiéndose á la tribuna levantada en el Salón de San Juan para presenciar el paso de la manifestación

Cerca del Arco de Triunfo habíase construído una espaciosa tribuna de 60 metros de largo por cinco de ancho, cubierta por un amplio velarium y adornada con profusión de banderas, gallardetes, flores y ramaje; en ella se situaron los diputados, los representantes oficiales de las corporaciones y los individuos de la comisión.

BARCELONA.–FIESTAS DEL HOMENAJE DE LA SOLIDARIDAD CATALANA. (De fotografías de A. Merletti.)



San Petersburgo. – Inauguración de la Duma el 10 de los corrientes. – El tsar Nicolás II, precedido por el metropolitano Antonio, llevando á su derecha á la tsarina madre y á su izquierda á la tsarina reinante y seguido por el cortejo imperial, entra en el salón de San Jorge del Palacio de Invierno. En primer término, el altar dispuesto para la ceremonia religiosa. (De fotografía de «Photo-Nouvelles.»)



San Petersburgo. – Inauguración de la Duma. – El tsar Nicolás II leyendo el discurso del trono en el salón de San Jorge. Al lado del tsar se ven las insignias imperiales enviadas desde Moscou: el manto, la corona, el globo del imperio. En el estrado, dos altos dignatarios llevan el estandarte y la espada. En el ángulo de la izquierda están las dos tsarinas rodeadas de las damas de honor; en el de la derecha, el metropolitano Antonio y los altos miembros delclero. En el salón, á la derecha, los diputados de la Duma; á la izquierda, los miembros del Consejo del Imperio. (De fotografía de «Photo-Nouvelles.»)



Diputados aldeanos á la puerta del palacio de la Taurida, en donde celebra sus sesiones la Duma. (De fotografía de «Photo-Nouvelles.»)



San Petersburgo. Inauguración del Consejo del Imperio el 11 de los corrientes. – Sesión de apertura en el gran salón de la Asamblea de la Nobleza. En el estrado, el barón de Ixkull, de pie, á la izquierda del conde de Solsky, presidente, lee la fórmula del juramento de fidelidad al tsar autócrata (De fotografía de «Photo-Nouvelles.»)

FIESTAS DEL HOMENAJE DE LA SOLIDARIDAD CATALANA

Apenas aprobada por las Cortes la llamada ley de las jurisdicciones, constituyóse en Barcelona una comisión en la que estaban representados los partidos regionalista, republicano y carlista catalanes, con objeto de estudiar los medios más adecuados para tributar un homenaje de gratitud á los diputados y senadores que habían combatido aquella ley. Esos senadores y diputados eran los señores Salmerón, Rusiñol, Vázquez de Mella, Arana, Zulueta, Azcárate, Menéndez Pallarés, Albó, Soriano, Nocedal, Girona, Corominas, Labra, Orueta, Perojo, Balbás, Canals, Sardá, Rahola, Pi y Arsuaga, Garriga, Junoy, Salvatella, Morote, Alvarez, Bertrán y Musitu, Nougués, Mayner y Alegret, representantes de distritos de diversas regiones y pertenecientes á los más opuestos partidos, carlistas, integristas, conservadores, liberales, republicanos unitarios, republicanos federales y regionalistas.

Como resultado de los acuerdos de dicha comisión organizáronse las Fiestas del Homenaje de la Solidaridad Catalana, que se han celebrado en esta ciudad en los días 20, 21 y 22 del corriente.

En la mañana del día 20, llegaron los invitados en el tren expreso de Madrid, descendiendo en el apeadero del Paseo de Gracia, en donde les esperaban los diputados catalanes, el Ayuntamiento de Barcelona, una representación de la Diputación Provincial y numerosas comisiones. Con ellos llegaron los diputados vascos Sres. Llorente y Sánchez Marco y los individuos de la Liga Foral de Guipúzcoa Sres. Olozábal, Larreta y Albizu. Por la tarde llegó el senador Sr. Seoane.

El Paseo de Gracia estaba lleno de una multitud inmensa que saludó á los ilustres viajeros con entusiastas salvas de aplausos, que no cesaron en todo el trayecto comprendido entre el apeadero y el Hotel Colón, en donde aquéllos se hospedaron. Los organizadores de las fiestas habían recomendado que no se diera ningún viva, ningún grito; y ni un grito ni un viva salió de aquella masa incontable. Llegaron los senadores y diputados al hotel y uno á uno fueron asomándose á la tribuna central y saludando al público que llenaba la amplia plaza de Cataluña y no cesaba de aplaudirles con delirante entusiasmo.

BARCELONA. – FIESTAS DEL HOMENAJE DE LA SOLIDARIDAD CATALANA. – ASPECTO DE LA TRIBUNA DE LOS DIPUTADOS AL PASO DE LA MANIFESTACIÓN. (De fotografía de A. Merletti.)

Por la tarde, celebróse la manifestación, que se extendía desde la Granvía Diagonal al Salón de San Juan, por el Paseo de Gracia y calle de las Cortes, en una línea de cerca de cuatro kilómetros.

Los senadores y diputados, después de recorrer en coche y entre estrepitosos aplausos la larga línea de la manifestación, subieron á la tribuna levantada en el Salón de San Juan, para presenciar el desfile de la manifestación, que duró más de cuatro horas.

Es imposible describir y aun formarse idea de un acto tan imponente, tan grandioso, tan admirablemente organizado, tan serio. Ni un grito, ni un viva, ni el menor desorden turbó la magnificencia y la majestuosidad de aquel espectáculo nunca visto. No cabe dar una cifra ni siquiera aproximada del número de manifestantes; calcúlase que no bajarían de 150.000 y algunos llegan hasta asegurar que se acercaban á 200.000; el de las personas que en la calle y en los balcones se asociaron con sus aplausos á la manifestación no es aventurado afirmar que era muy superior á esta cifra.

Por la noche, las sociedades corales euterpenses obsequiaron á los senadores y diputados con una serenata.

El día 21 lo dedicaron los senadores y diputados á visitar al Ayuntamiento, á la Diputación Provincial, la Universidad, el Instituto, la Casa de Maternidad y Expósitos y varias fábricas. Por la noche asistieron á la función organizada en su honor en el teatro Principal.

El día 22 celebróse la jira al Tibidabo, que fué también una fiesta grandiosa. Después del banquete, en el que hubo 325 comensales, pronunciaron desde una tribuna levantada al aire libre elocuentes discursos los Sres. Pi y Arsuaga (federal), Orueta (fusionista). Canals (conservador), Arana (carlista), Rusiñol (regionalista) y Salmerón (republicano). Por la noche, asistieron á la sesión solemne del Ayuntamiento dedicada á colocar en la Galería de Catalanes ilustres los retratos de Verdaguer, Pi y Margall, Dr. Robert, Figueras y Ferrer y Vidal. Con esta ceremonia terminaron las fiestas de la Solidaridad Catalana, cuyos organizadores señores Cambó, Roca y Roca y Junyent pueden sentirse satisfechos del éxito de las mismas y merecen las más calurosas felicitaciones por el acierto con que las dispusieron y realizaron. – M.



FIESTAS DEL HOMENAJE DE LA SOLIDARIDAD CATALANA. – PASO DE LA MANIFESTACIÓN POR DELANTE DE LA TRIBUNA EN DONDE SE SITUARON LOS DIPUTADOS (De fotografía de A. Merletti.)

EN LA PAZ DE LOS CAMPOS

NOVELA ORIGINAL DE MAURICIO MONTEGUT.—ILUSTRACIONES DE SIMONT

(CONTINUACIÓN)

—Si quieres...

—Yo lo creo que querré..., quiero ya...

—Espera que crezcas, amigo, tiempo tienes.

Juan le palpaba por todas partes admirando su precoz vigor, que le hacía representar más edad que la que tenía. El niño se reía porque le hacía cosquillas.

De repente se puso grave para hacer esta reflexión:

—Yo también compraré un castillo.

—¿No te basta este?

—No, este es para ti, Reteuil para la abuela y yo necesito el mío, que será muy hermoso, porque yo seré muy rico...

Valroy se estremeció y una sombra pasó por sus ojos. Miró las cartas esparcidas ante él y dijo lentamente con cara sombría:

—¿Serás muy rico? ¿Quién te ha dicho eso?

—Todo el mundo...

—Todo el mundo no es nadie. ¿Quién?

—Te digo que todo el mundo... Berta, por ejemplo...

—¡Ah! Berta...

En este momento apareció en la puerta la flaca silueta de la vieja, que tosió para hacer notar su presencia, y dijo:

—La señora espera al señor conde.

Dió media vuelta y se alejó muy tiesa por el corredor...

—¡Vamos allá!, dijo Juan dejando á su hijo en el suelo.

Y los dos, sin prisa, como por obligación, se dirigieron á las habitaciones de la condesa, en la otra ala del castillo.

Juan penetró en la pieza obscura y Jacobo se quedó en el umbral con las manos caídas; se aburría en aquella sombra y el éter le aturdía.

Las primeras palabras fueron lo que debían ser y la acogida lo que era de esperar. Cuando Juan se inclinaba hacia la eterna enferma para depositar en su frente lívida el beso convencional, que ella deseaba tan poco, la condesa le rechazó brusca y violentamente, gritando con voz furiosa:

—¡Qué horror! ¿De dónde sale usted? Apesta usted á almizcle...

II

Una vez, por poco se hace traición Berta. El país estaba diezmado por una epidemia de fiebre tifoidea y en todas las aldeas fueron atacados los niños. Hubo numerosas muertes y reinaba la consternación en las cabañas como en los castillos.

Uno de los primeros atacados fué José Garnache y el mal se declaró en seguida con gran violencia. El niño estuvo en peligro y el pabellón del guarda de caza se envolvió en un silencio de terror. Regino no se apartó del lecho del enfermo, así como Sofía, y los dos, reteniendo el aliento, espiaban su delirio y no separaban la vista de él ni un momento.

La madre, mientras tanto, corría por los campos. Para ella la epidemia, al atacar á José, no había producido más que un resultado: hacerle temer que el otro, en el castillo, fuese atacado á su vez.

Este miedo no le dejaba vivir. Todas las mañanas, después de haber echado una mirada distraída al enfermo, unas veces caído y otras agitado, tomaba la puerta y subía á Valroy.

No respiraba ni descansaba hasta que encontraba algún criado y le oía repetir que no había nada de nuevo y que todo iba bien. Si no encontraba á nadie, esperaba escondida en la espesura, pues no se atrevía á dejarse ver, sabiendo que á todos les extrañaba que abandonase á su hijo enfermo.

¡Ah! Su hijo...

Esperaba que Jacobo apareciese en el terrado como todos los días á eso de las nueve, ó solamente oirle reir, cantar, silbar á los perros, en sus habituales manifestaciones de vida activa y exuberante.

En el pabellón, Regino y Sofía movían la cabeza y no comprendían. Ciertamente, Berta tenía siempre razón; pero en este caso les parecía que no obraba bien.

Algunas veces el niño, con su cara de cera, abría unos ojos agrandados por la fiebre y los volvía á derecha é izquierda, como buscando algo á su alrededor.

Garnache, con el corazón partido, creía comprender.

—¿Tu madre, hijo mío? Va á venir..., está ahí, al lado, muy cerquita...

Y su ruda voz se esforzaba por ser amable á fin de convencer y tranquilizar. Buena falta hacía que los hombres hiciesen el oficio de mujeres, y guardasen los niños en casa, puesto que las mujeres se iban ahora á correr por los campos, como los hombres, y no volvían.

Sofía no era de éstas. La pobre mujer temblaba considerando la marcha y los progresos del mal y hubiera dado los ojos y el corazón porque el niño se levantase curado. Tenía por él el cariño irracional de las naturalezas brutales. Era el hijo de su hermana y no le hubiera querido más si hubiera sido suyo; acaso menos, pues hubiera sido menos bonito y menos listo. Así lo pensaba ella y así lo decía.

Su ternura de bestia adicta se agarraba á aquel cuerpecito ardiente que parecía volver á la tierra y quería defenderle contra el mundo entero. Si el niño hubiera muerto, de seguro hubiera aullado con el cadáver en los brazos, como una salvaje ó como una loca.

Pero, así defendido, aun faltando su madre, el pequeño debía vivir.

Berta continuaba sus expediciones y hasta las multiplicaba. Nada podía calmar su inquietud y todo la aumentaba. La situación empeoraba en la comarca; donde antes había cinco casos, ahora había diez, y de los diez morían siete.

Berta estaba dominada por esa idea fija de día y de noche, al lado de José y hasta en los peores momentos; el viento de la desgracia empujaba la puerta del castillo. Jacobo estaba atacado. ¿Qué iba á hacer ella?

Impulsada por estas ideas, se levantaba bruscamente, presa de crisis nerviosas frenéticas, y no recobraba un poco de calma hasta que, en los alrededores de Valroy, las idas y venidas tranquilas de los habitantes del castillo indicaban la seguridad.

Un día, en una de esas visitas impulsivas, cuando subía la cuesta del castillo, alarmada ya por no ver á Jacobo y buscándole con los ojos, se encontró cara á cara con el conde Juan.

Hacía años que el conde no la hablaba y hasta la evitaba, como á un incesante recuerdo de un pasado sin gloria que, acaso, le humillaba. El conde la recibió duramente.

—¿Qué hace usted aquí? Su sitio de usted está al lado de su hijo, que se encuentra muy mal, según me han dicho... Y usted corriendo por los caminos... Vuélvase á su casa... Además, quién sabe si trae usted el contagio en las faldas...

Berta le escuchaba sin comprenderle, saltando de un pie á otro para buscar la ligera silueta de Jacobo entre los árboles. El conde se impacientó.

—¿Ha entendido usted? Váyase de aquí.

La mujer juntó las manos y murmuró:

—¡Jacobo!

Su actitud fué tan suplicante y tan dolorosa la expresión de su cara, que el conde, aunque no se explicaba tales extremos, respondió con más dulzura:

—Jacobo se ha despertado con la cabeza un poco pesada... y todavía está durmiendo... Pero no es nada; puede usted estar tranquila.

Después, mirándola fijamente á los ojos, pronunció esta frase, que no tenía sentido preciso para él, pero que le advirtió á ella que debía ser prudente:

—¿Sabe usted que es una extraña nodriza y una mala madre?

Berta balbuceó una vaga respuesta. Quería á los dos niños..., al suyo más, por supuesto, pero al otro inmediatamente después... La mujer sudaba al decir tales blasfemias.

En cuanto estuvo sola entre la espesura, levantó los brazos al cielo y gritó llorando:

—¡Jacobo! ¡Jacobo!

Las palabras del conde la habían desgarrado.

¡Ah, el imbécil!.. ¡Que no era nada! ¡Nada la cabeza pesada y el sueño invencible!.. Berta lo sabía bien, puesto que había visto á José...

¿Qué iba á ser de ella si Jacobo caía enfermo? No podría verle, ni velarle, ni sufrir con él, ni morir al mismo tiempo si el horrible destino exigía que él muriese.

¡Y era su madre, sin embargo!

En pie en el bosque, en medio de la alegría de la mañana, Berta confesaba su crimen y reivindicaba sus derechos. A su alrededor se deslizaba el sol á través de los árboles y se extendía en manchas claras; de cada hoja pendía aún una gota de rocío y el ruidoso pueblo de los cantores alados se desgañitaba en las cimas y celebraba la vida en transportes de éxtasis.

Y de repente, tuvo Berta una rápida visión. Se vió á sí misma en aquel lugar llevando de la mano á un niño vestido de aldeano. Era aquel á quien llamaban Jacobo siendo José. Berta no le había entregado á un extraño y le había conservado á su lado. Toda la antigua historia no era más que un mal sueño. Era madre, poseía á su hijo y éste la amaba... Después, todo se borró y se encontró sola.

Con la cabeza baja, tomó entonces el camino del pabellón del guarda, dejando detrás de ella su corazón, contra toda apariencia, y marchando á pesar suyo hacia su hogar, cuya llama se enfriaba en sus manos.

Aquel fué el primer día en que José Garnache pareció recobrar algún gusto por la existencia. El niño conoció á su gente y les sonrió á todos, pero Berta no manifestó ningún contento. Estaba distraída, lejana, con el cuerpo allí y el alma en otra parte. Garnache notó una vez más aquella indiferencia y su sencilla mente se contristó. El guarda resolvió querer doble á su hijo, ayudado por Sofía, que no deseaba otra cosa.

Durante el día, Berta no hizo más que inspeccionar y vigilar los dos caminos que se cruzaban delante del pabellón. De pronto sus ojos se pusieron fijos y angustiados, mientras sus facciones se anegaban en una intensa palidez. Había visto entre el polvo un coche del castillo, tirado por el mejor caballo, que huía furiosamente como impulsado por un viento de catástrofe.

Iba en el coche Juan de Valroy solo, y arreaba á aquel caballo, al que tenía que contener de ordinario. ¿Adónde iba Juan á aquella hora?.. ¿A la ciudad?.. ¿Para qué?.. A buscar un médico. Jacobo estaba atacado, era indudable. Berta se puso como loca.

Durante hora y media permaneció junto á la ventana, tiesa, con las manos inertes á lo largo del cuerpo y la mirada fija en el camino. Llovía, y no lo notaba. Nadie supo jamás lo que Berta pensó y vió en aquellos minutos, pero fueron seguramente la primera estación dolorosa de su futuro calvario. Más adelante debía conocer otras más trágicas todavía; pero, ya espantada, creyó sentir una mano vengadora que pesaba sobre ella é inclinó la espalda al castigo. Nadie puede rehacerse el alma á su gusto. Berta seguía siendo campesina y supersticiosa.

A la hora y media reapareció el coche de vuelta á Valroy. Juan no volvía solo; Berta no se había engañado, pues vió á su lado al médico.

Ahora bien: si en aquellos momentos Berta estaba loca, Juan no se encontraba mucho mejor y temblaba, lívido y sin valor. La condesa había salido un momento de su sopor para gemir y maldecir al destino; pero después se dió dos inyecciones de morfina en vez de una, y se sumió de nuevo en sus ensueños.

Solamente la señora de Reteuil, á la que llamaron á toda prisa, mostró alguna presencia de ánimo y algún buen sentido. La viuda tomó la dirección de aquella casa demente, y bajo su acción se regularizó la nueva vida.

Sí, Jacobo, á su vez, estaba en un mal trance, y era además un terrible enfermo, impaciente, voluntarioso, que rechazaba cuidados y medicinas y se negaba á toda persuasión. Su padre mismo fracasaba en sus tentativas al chocar con una obstinación feroz y una furiosa rebeldía.

Pero, al tercer día, toda aquella fuerza cayó y el niño no fué más que un cuerpo inerte que se mane-

jaba sin resistencia, lo que resultó todavía más lamentable, pues el silencio y la inmovilidad de aquella cama, tan agitada y ruidosa el día anterior, parecían un adelanto del resultado definitivo y un principio del fin que se temía.

Las noticias se propagaban fuera hora por hora.

Berta cayó desde el primer día en la desesperación. La noche fué para ella una larga pesadilla. Entre Regino y Sofía, que persistían en velar á José aun estando fuera de peligro, la madre miraba á éste sin verle, y tenía al otro en el pensamiento y ante los ojos.

Su marido y su hermana hicieron dos ó tres veces un esfuerzo para atraerla hacia ellos. Berta se estremecía, volvía unos ojos asustados y contestaba:

—¿Qué?.. ¿Qué hay?.. ¿Qué tengo?.. No tengo nada.

Y volvía á caer en su marasmo. Garnache hablaba en voz baja para no despertar al pequeño, y decía:

—No es este el momento de arrancarse los cabellos... ¡Está salvado!

Y aquella extraña madre levantó la cabeza y exclamó casi gritando:

—¿Quién está salvado?.. ¡Ah!. ¡Este!..

Y mostró con la cabeza al que no la interesaba.. Sofía, indignada, se atrevió á decir:

—Eso no está bien, hermana. Te remueves más la bilis por el hijo del castillo que por el tuyo propio. Deja en paz á Jacobo. Si está verdaderamente enfermo, no le faltarán cuidados. Tiene diez personas á su alrededor, su padre, su madre, su abuela y todos los criados.

Berta interrumpió:

—¡Su madre!

Equivocándose sobre el sentido de esa exclamación, la pobre muchacha fea, cuyo corazón era tan hermoso, contestó:

—Es verdad que su madre no sirve para gran cosa...; pero, sin embargo, en este caso ya se despabilará... Todas las madres se despabilan por sus hijos.

Berta le echó una mirada indefinible y respondió suspirando:

—¡Ay!

Regino apoyaba y ampliaba las palabras de Sofía.

—No, lo que es aquel no carecerá de nada. . Tienen de qué y no miran el gasto... La fortuna es buena algunas veces..., en las enfermedades sobre todo.

José se despertó y su pálida y demacrada cara se iluminó al ver alrededor de su cama á toda su gente. Tendió indistintamente los brazos al grupo, y ya Regino y Sofía estaban en pie, poseídos de ardiente alegría...

—¡José!, hijo querido; ¿te sientes bien, muchacho?

El niño sonrió á aquellos dos adictos; pero, detrás de ellos, estaba su madre postrada y sin verle ni ocuparse de él.

Garnache, entonces, se irritó.

—Mujer, dijo con voz sombría. ¿Dónde estás? ¿Qué te sucede?.. No has llorado cuando nosotros llorábamos, ni ríes cuando hay que reir... ¿Has pasado toda tu alma con tu leche á ese niño feliz que no te necesita?

Berta le respondió con mal modo:

—¡Bah!.. ¡Déjame en paz!

Regino se encogió de hombros y no insistió, pero quiso menos á Berta. Sofía estaba meciendo á José en los brazos... El niño tenía una madre, después de todo.

Durante las tardes de gran fiebre, era lúgubre la escena en el cuarto de Jacobo. Aquella pieza del piso bajo formaba el ángulo del ala izquierda y tomaba luz de dos ventanas, la una al Norte y la otra al Oeste.

De ordinario era alegre. El sol poniente encendía fuegos en sus cristales irisados, y el viento saludable entraba allí danzando, barriendo los papeles y los objetos sin consistencia y dejando olores de resina tomados al pasar á los pinos del bosque. Aquella habitación resonaba de ordinario, mañana y noche, con las risas y las canciones de su habitante, que volaba durante el día.

Ahora, el habitante yacía sin conciencia en su cama, devastado por la fiebre, y en todo el día se oía nada más que murmullos en aquella alcoba trágica donde se andaba de puntillas.

A la derecha, en una butaca, Juan con la vista en su hijo; á la izquierda, la señora de Reteuil, repentinamente convertida en mujer seria, y también con la mirada fija en el niño.

Dos ó tres veces al día, aquellos fieles vigilantes oían voces ahogadas detrás de la puerta, que se abría para dar paso á la lamentable figura de la madre, la cual iba hacia el enfermo, impulsada acaso por el cariño, y seguramente por el deber. Llegaba sostenida y casi llevada por la repulsiva criada de facciones duras y ojos aviesos; llegaba, espectral, desesperante, con los ojos anegados en una expresión de extravío, y Juan, al verla, se estremecía de terror y de cólera, pues le parecía que era la muerte que entraba á quitarle su hijo.

Y aquella madre, en pie junto á la cama del niño privado de conocimiento, balbucía incoherencias y llamadas á Dios .. A Juan le daban ganas de echarla, pero no podía. Y era para él un alivio, cuando, á los diez minutos de inútil presencia, se marchaba tratando de levantar hacia la clemencia divina sus brazos enflaquecidos, con un ademán de cuervo herido probando las alas.

Vuelta á su cuarto, con un frasquito debajo de la nariz, volvía á caer en su sopor y en su indiferencia. Por otra parte, no razonaba y había renunciado á asociar los hechos y sus consecuencias. Aquel niño, al que veía morir arrebatado por la fiebre, pocos minutos después, en un sueño brumoso, se le aparecía hombre y se pegaba un tiro en la sien delante de ella.

Así duplicaba los personajes según la ocasión y las necesidades de su tristeza, pero todo lo que imaginaba era, sin excepción, fúnebre y terrible.

Sus visitas al enfermo la sostenían en la convicción de una fatalidad encarnizada en la desgracia de su raza y le daban nuevo alimento para sus horribles ensueños. El cloral, el éter y la morfina dramatizaban y desmesuraban aún más sus visiones; y de este modo ocupaba las lentas horas del día y las más lentas aún de la noche.

En otro orden de terrores más simples y más racionales, Berta sufría también torturas de agonía.

Daba vueltas sin cesar por los alrededores del castillo, acechando las idas y venidas, y algunas veces, á paso de lobo, como un criminal que trata de cometer un asesinato, se arriesgaba por la noche á llegar hasta las ventanas, y si las persianas estaban abiertas, trataba de distinguir en la penumbra del cuarto aquel cuerpecito echado en la cama y que llenaba para ella todo el universo.

Berta sufría tanto en aquellos días, que, aun siendo una miserable, merecía lástima. Berta lloró y se maldijo á sí misma, arrepentida, humillándose ante lo que ella llamaba más y más su castigo. Caída de nuevo en todas las credulidades de la infancia, sentía pesar sobre ella la mano de Dios.

Estaba flaca y lívida, feroz y horrible; sus ojos, enrojecidos después de agotar las lágrimas, brillaban siniestramente en las cavernas de sus órbitas.

Una noche en que la fiebre había caído un instante y Jacobo estaba lúcido, aunque abatido, sin fuerzas y refugiado por entero en el apoyo de los que le rodeaban, el niño paseaba alrededor de su cuarto las miradas de asombro de un ser que ha olvidado la vida.

De repente sus miradas se precisaron y se fijaron obstinadamente en la ventana, y en la cara descarnada del niño se pintó una indecible expresión de espanto.

Jacobo miraba aterrado y con un grito ronco en la garganta; trató de levantar el brazo para designar algo, pero el brazo volvió á caer, y el enfermo se reclinó en la almohada con la cara convulsa.

Valroy, que había seguido la mirada del niño, vió á su vez detrás de los cristales de la ventana una cabeza desgreñada y furiosa, loca de pasión y de angustia, aparición de pesadilla propia para espantar á seres más seguros de sí mismos que un triste niño enfermo.

Juan estuvo fuera en tres saltos. La cólera le ahogaba.

—¡Miserable!

Al verle y al oir ese grito, Berta retrocedió como si se despertase; pero, todavía estúpida, murmuraba sonidos inarticulados.

El conde se adelantó hacia ella con los puños levantados.

—¿Quieres matarle con esos sustos?.. Te ha tomado por la muerte y la verdad es que lo pareces...

Berta cayó á sus pies sacudida por los sollozos y diciendo frases incoherentes:

—Vive..., vive... Perdón... No podía... Está ahí, tan cerca..., tan lejos... Usted comprende... No puedo...

El conde se serenó, pero una vez más la extraordinaria ternura de aquella mujer por su hijo le asombró y casi le alarmó

—Sí, vive, dijo; le tengo bien y no le soltaré... Pero tú (la tuteaba sin darse cuenta de ello), ¿por qué sufres tanto por él?.. José te preocupa menos... Cualquiera diría...

Humillada á sus plantas, Berta levantó la cabeza. Su astucia de campesina y su audacia de mujer le dictaron la respuesta. Sencillamente y con la voz anegada en tristeza, replicó:

—Es su hijo de usted...

La vanidad de los hombres es tan grande y tan generosa, que el conde aceptó el argumento sin observación. Estaba convencido. Y con voz más dulce, añadió, levantando á aquella pobre mujer:

—Vamos, Berta, hay que mirar delante de nosotros y no detrás... Vete... y no vuelvas á darnos semejantes sorpresas. A Jacobo le salvaremos, no tengas cuidado. Dentro de quince días comerá su sopa. ¡Ea, vete!..

La rechazaba, pero sin cólera y conmovido en el fondo de su corazón por aquella pasión persistente. La comedia había sido superiormente representada.

Vuelta á la espesura, bajo los negros árboles del camino, Berta tuvo una risa salvaje. ¡El imbécil!.. ¿Amar á alguien que no fuera Jacobo? Sí, para eso tenía el tiempo. En fin, Jacobo estaba mejor, que era lo principal... Sí, le salvarían.

Tranquilizada así por Juan y por sí misma, continuó burlándose:

¡Qué bien le he dicho: es su hijo de usted! Yo hubiera podido representar en el teatro; esta escena me la hubieran aplaudido.

Pero, un momento después, volvía á caer en sus angustias... El pequeño estaba mejor... Pero hay altos y bajos... Y ese idiota que dice que le tiene bien, que no lo soltará... Solamente una madre tiene bien á su hijo, y ese niño no tiene madre... á su lado.

Jacobo, por fin, fué saliendo poco á poco de su mal y recobró gusto por la vida... Una mañana estaban sus perros puestos de patas en la ventana lanzando aullidos para llamar á su amo, y él les respondió con su silbido de los buenos días y mandó que los dejasen entrar. Fué aquella una hermosa fiesta. El niño salió de la cama adelgazado, crecido y con ojos profundos, en los que había más cosas.

La primera vez que Berta pudo acercarse á él, tuvo que dominar sus nervios para no desfallecer. Se arrojó á él como una fiera, le levantó del suelo y le cubrió de besos con locos sollozos.

Jacobo se defendió, descontento, se limpió los carrillos con su pañuelo bordado y manifestó su mal humor.

—Que seas mi nodriza no es una razón para ahogarme... Esas son maneras de campesino y no me gustan nada. En lo sucesivo, un poco más de ceremonia, ¿eh?

Aquel fué su agradecimiento por cuarenta días y cuarenta noches de angustia, de ansiedad sin nombre, de espanto sin límites. A Berta se le oprimió el corazón, pero excusó al niño. ¡Qué sabía aquel pequeño! Desempeñaba su papel de vizconde, y muy bien, por fortuna.

Acabó por convencerse de que semejantes modos no debían causarle más que contento. Pero se quedó pálida del miedo que había pasado. Después de la sacudida, conservó una especie de estupor. Aquel fué el fin de su belleza.

También fué el de su voluntad precisa. Hasta aquel momento había querido dirigir la vida, pero ahora se abandonó á la corriente y se dejó arrastrar hacia no se sabe qué riberas. Algunas veces dudaba. ¿Había hecho bien ó mal, desde el punto de vista de su propio interés, introduciendo fraudulentamente á su hijo en la casa de los ricos y condenando á la miseria y á la humildad al último descendiente de una raza privilegiada?

Hasta el presente, no había obtenido más que lágrimas de este cambio criminal; el porvenir sería probablemente peor todavía. Jacobo de Valroy se separaría de ella un poco más todos los días; ya le molestaba; mañana la rechazaría con un ademán definitivo...

A esta idea le flaqueaba el corazón. Sí, en otro tiempo, de lejos, había previsto un poco todo esto, pero de un modo tan confuso, que la impresión fué blanda... ¡Ay! La realidad era mas dura.

Pero, refugiándose de nuevo en el heroísmo, aceptó este porvenir; su hijo no la conocería, pero sería un noble dichoso, que sembraría el oro, y sería amado por las mujeres, envidiado por los jóvenes y admirado por todos. ¿Ella?.. ¿Qué importaba?.. Reventaría en su rincón, una vez su misión cumplida; y esa misión no habría carecido de grandeza trágica.

Mirándose en un espejo, echó de ver la fuga de su juventud y de su belleza y les dió un adiós melancólico, pero no las sintió hasta la verdadera tristeza. En adelante eran inútiles.

Había querido seguir siendo bella para Jacobo, pensando, no sin razón, que los niños, como los perros, hacen por instinto mala acogida á los pobres de aspecto rústico.

Pero comprendía que era ya inútil tratar de agradarle; estaba harto de ella y, linda ó fea, la separaba de él.

Berta, pues, renunció.

En tres meses, de muchacha de aspecto elegante cayó de repente en el envilecimiento de las hembras campesinas. Peinada de cualquier modo, vestida con un saco y los pies en unos zuecos, envejeció diez años en unas semanas. ¡Bah! Bien estaba así...

Fenómeno extraño; los que la querían verdaderamente, la quisieron más así. Regino el primero; en aquella mujer descuidada y apenas limpia, no encontraba ya la gran señora que en otro tiempo le asustaba, y suspiraba de satisfacción al verse libre de modales y de frases ante aquella mujer de su casa, en vez de la remilgada de antaño. Sus relaciones fueron más estrechas y más tiernas... Que se discuta el amor después de esto...

Sofía, á su vez, reconocía en la nueva Berta á su hermana, su raza y su sangre. La otra era una princesa á la que no se podía tocar. Esta, enhorabuena, era de la familia: pingo y compañía... José fué menos tímido entre ella y la respetó menos.

Berta abdicó en todos conceptos, y huraña, se enterró en su casa ó vivió en el bosque huyendo de los hombres. Acechaba á Jacobo á lo lejos y se llenaba de él los ojos, pues no se atrevía á acercarse por miedo de los sofiones. Después se volvía á la espesura, andando á grandes y sordas zancadas por los musgos y las hojas secas.

En el pabellón del guarda se mostraba todavía taciturna y un poco distraída, pero más accesible y amable. Llegó á vivir casi como una persona cualquiera, lo que era ya mucho.

Mientras tanto, Jacobo y José, escapados los dos á la muerte con quince días de intervalo, habían vuelto á empezar á vivir. Y ocurrió que una mañana se encontraron en la carretera, que es de todo el mundo y no es de nadie, terreno neutro en el que los dos se sentían en su casa.

Se miraron con interés, porque habían sufrido los dos del mismo mal, y esta comunidad suprimía por un momento las distancias sociales, que Jacobo, á pesar de sus diez años, deseaba de ordinario ver observar. Pero, por el momento, el drama pasado los hizo iguales. Jacobo dió la mano á José, y éste, de ordinario salvaje y vergonzoso, aceptó aquella cortesía. Y se pusieron á hablar.

—¡Hola!

—¡Hola!

-No estás gordo.

—Tampoco tú.

—He estado enfermo.

—Yo también.

—No tanto como yo.

—Acaso más.

Jacobo se puso encarnado; aquellas pretensiones y aquella gana de sobrepujarle le parecieron impertinentes. Se contuvo, sin embargo, y con voz tranquila todavía, pero superiormente irónica, interrogó á aquel aldeanito con el solo fin de confundirle.

—Oye, José, no sabes lo que dices... Escucha bien... ¿Has tenido como yo cincuenta grados de temperatura?

Bueno es decir que el muchacho no miraba á una decena más ó menos.

—Sesenta, dijo José imperturbable.

Por este lado quedaba Valroy debajo de Garnache.

Jacobo se encogió de hombros y dijo en tono despreciativo:

—¡Qué disparate!.. No es posible tener sesenta grados...

El hijo del guarda, que no era tonto, respondió á su vez:

—Tampoco cincuenta.

Los dos, en su sopor, habían oído á los médicos hablar junto á su cama.

El vizconde dió un golpe en el suelo con el pie como si se le faltase al respeto. Pero, fiando en su educación y en su instrucción, cosas aprendidas, y en su imaginación natural, en la que creía con profunda fe, replicó:

—¿Y sueños? ¿Has tenido sueños?

—Sí, horribles pesadillas... Aquello era espantoso.

—¿Has visto ogros, brujas horribles, dragones vomitando fuego, serpientes de cien metros y leones de tres cabezas?

Si Jacobo era sincero en el recuerdo y en la exposición de sus delirios de fiebre, probaba sencillamente haber estado preocupado por la memoria inconsciente de sus libros de estampas y de los cuentos de las criadas. Sin sospecharlo, estaba haciendo literatura. José, educado en el silencio de los bosques y sin cuentos, no podía tener sueños semejantes y se explicó sencillamente:

—No, no he visto nada de eso, ni sé lo que es; pero he visto el bosque ardiendo, el bosque entero; los animales huían y yo con ellos, y fuí atropellado y pisoteado por una manada de siervos y de jabalíes. Y, aunque ya no los hay por aquí, también he visto lobos saltar en medio de las llamas, aullando furiosamente.

Otra vez Jacobo se quedó contrariado... La descripción del aldeano sobrepujaba á la suya en movimiento y en horror preciso... El vizconde le interrumpió:

—¿Has visto, detrás de los visillos de tu ventana, á la muerte acechándote para cogerte?.. Pues yo sí. Me han dicho que era Berta, tu madre, que me estaba mirando, pero son mentiras. ¡Era la muerte!

José se confesó vencido.

—No, dijo gravemente, no he visto la muerte.

Y añadió con tristeza:

—Ni tampoco á mi madre; no estaba casi nunca á mi lado...

Jacobo no notó la cándida amargura de esta última frase y, acaso, no la oyó siquiera, pues los sentimientos de aquella gente no le interesaban gran cosa; y dijo triunfante:

—Ya ves como he estado mas malo que tú.

Acaso pereza singular este extraño mérito y este extraordinario caso de honra, que consistía para él en sufrir más y mejor que otro; pero los cerebros infantiles tienen esas rarezas. José, más plácido, no insistió, y se separaron.

—Buenas tardes.

—Adiós.

Aquella enfermedad marcó el fin de su primera infancia y tuvo una influencia en cada uno de ellos; los dos salieron de la cama crecidos de cuerpo y más comprensivos de alma, según su temperamento y su medio; en lo sucesivo aquellos dos cerebros iban á modelarse según el ambiente: José, en el silencio de los bosques, se orientó hacia la sencillez; y Jacobo, en un castillo loco, entre una madre frenética y un padre exasperado, hacia la extravagante fantasía.

Al rayar la aurora de un día de verano, Regino mostró la linde del bosque á su hijo, ya fuerte, y le dijo:

—Tienes pan y vino para el día; no vuelvas hasta esta noche. Mira y escucha. Duerme, si quieres, echado en el suelo, lo que es también un buen modo de aprender.

Y el niño se fué con el saco al hombro y el palo en la mano, libre y solo por un mar de verdor, entre las hojarascas y los musgos, bajo la caricia del viento que pasaba con gran murmullo entre los grandes árboles, haciendo un ruido de tren en marcha.

José escuchó, sorprendió y recogió, y la flora y la fauna le hablaron al oído y revelaron su historia á aquel niño sin malicia. Trató de medir con los brazos encinas y hayas monstruosas, contemporáneas de los hijos de Meroveo; hubieran sido precisos treinta brazos como los suyos para abrazar sus troncos.

Observó el juego de los conejillos llenos de inocencia, que no se espantaban al verle, sus colas blancas detrás y sus saltos atrevidos en la menta que los embriagaba; vió los pesados machos de perdiz volar á su paso con grandes aletadas. Admiró á la hembra del faisán que instruye á sus polluelos en la ciencia de vivir, advirtiéndoles el peligro por un rápido gorjeo y reuniéndolos por un breve grito bajo el refugio de sus plumas, si algún ave de rapiña se cierne en la altura, sin estar en las nubes.

Se extasió al ver pasar los cervatos que huyen al menor ruido con las cabezas hacia atrás, á esconderse en las espesuras, y lamentó no saber su lenguaje para atestiguarles sus buenos sentimientos.

Aquello le hizo pensar en las horribles persecuciones en que se complacen unos cuantos brutos, hombres ó mujeres, disfrazados para ello y soplando, para más carnaval, en cobres babosos; y aunque adoraba á los perros, los vituperó en su corazón por prestar su concurso á las brutalidades criminales de hombres ociosos y mujeres estúpidas. Pero no era culpa de los perros, después de todo.

Como buen hijo de un buen guarda, observó en la orilla de los lagos las huellas recientes del jabalí que acababa de beber; la mirada que echó en aquel momento á los juncos de la orilla y á las espesuras de alrededor, fué un poco asustada. No tenían más que doce años, y tanta soledad, por primera vez, hubiera turbado á un espíritu menos joven.

Rechazó como una vergüenza aquel conato de miedo y siguió más adelante, hacia los pinos de inmensos troncos delgados y rojizos, que rayaban, como cañones de órgano, profundos fondos morados. Hizo levantarse bajo sus pasos la multitud de seres, insectos, pájaros, reptiles y minúsculos cuadrúpedos, que se albergan debajo de tierra.

Contemplaba con el mismo amor las libélulas azuladas que danzan á flor de agua, los lagartos cobrizos de reflejos irisados, los ruiseñores de las arboledas, las rojas ardillas y los obscuros topos.

Todo lo que se movía, susurraba y vivía, estaba cerca de su corazón; admiraba la vida en todas sus manifestaciones y hubiera querido la eternidad para los seres. La idea de la muerte ensombrecía ante sus ojos los más augustos paisajes; la conocía por haberla tenido cerca y había quedado vibrante y enterado.

Se preguntó dónde se ocultan los animales para morir, pues era muy raro el encontrar un cuerpo frío por los campos. Aquel problema le preocupó por algún tiempo; pero como no podía resolverle, le dejó á un lado.

En la galbana del mediodía, hizo alto al pie de una de sus amigas, las encinas sin edad, se comió el pan, bebió vino en la misma botella y soboreó sobre todo su libertad.

Derpués se echó en el suelo, queriendo dormir un rato en lo más cálido del día. Y entonces comprendió las palabras de su padre. Con el oído en tierra, percibió el ruido, ignorado por el hombre en pie, de los millares de animalillos que trabajan debajo de los espesos musgos y de las hojas caídas en antiguos otoños.

Era aquello también un cántico, un himno de reconocimiento á la vida. Las hormigas se llevaban pesos cuatro veces más grandes que ellas, y una actividad incesante se manifestaba debajo de una hoja podrida, donde debía de haber alguna cosa.

Si José hubiera tenido más edad é instrucción, hubiera reflexionado sobre la vanidad de nuestras empresas, tan locas como aquellas; pero no sabía nada; el atavismo era para él letra muerta, y limitó su esfuerzo á celebrar la potencia infinita del espléndido universo.

La caída del crepúsculo complicó su éxtasis con una especie de terror sagrado; el paso de la sombra á través del inmenso ejército de los árboles le alarmaba por sus sorpresas. Un rincón, por aquí, se obscurecía de repente, mientras que, más allá, persistía una vaga claridad.

Un poco escalofriado salió á la carretera y saludó su rectitud amiga y tranquilizadora á través del misterio y del obscuro silencio de los bosques.

Después salió la luna, benévola y un poco suave. Entonces se divirtió en ver danzar su sombra alrededor de él.

Cuando volvió al pabellón estaba impregnado de tomillo y de menta, y llevaba en el cabello todos los fuertes olores de la tierra libre y todos los agrestes aromas de las espesuras y de los campos.

—Y bien, le preguntó Garnache, ¿qué te ha dicho la selva?

Y el niño, orgulloso por su incursión en lo desconocido de los seres y por su iniciación en los ritos naturales, contestó con sonrisa encantada:

—Me ha dicho que la ame; y así lo hago.

De este modo se encaminaba hacia la virtud, por vías saludables, aquel niño que llevaba realmente en las venas la sangre tumultuosa de los Valroy y de los Reteuil. Y el otro, el substituído, el supuesto, el ladrón inconsciente, tomando prestada un alma á los que le rodeaban, iba, por el contrario, al encuentro de los desastres y de las divagaciones.

En los dos casos la herencia era mentirosa y los cerebros se formaban únicamente bajo la presión cotidiana y por el contacto habitual.

Jacobo se hizo un muchacho artificial. Admirado por los demás y por sí mismo, compuso su gesto, vigiló su voz y no se permitió ya ni un movimiento espontáneo. Y un inmenso orgullo acabó de desnaturalizarle.

Estando su padre siempre ausente y su madre sumida en lo más profundo de su tétrica apatía, fué Jacobo el dueño del castillo; todo se inclinó ante él y los criados adularon sus caprichos como único medio de conservar sus plazas.

Como era preciso, á pesar de todo, que aprendiese alguna cosa, siguió sin gloria los cursos de un colegio de la ciudad próxima. Llegaba por la mañana guiando él mismo una ligera *charrette* inglesa, y se volvía lo mismo por la tarde; aquello era elegante, y de este modo, esa vida le convenía.

Pero hizo más progresos en el arte de domar un caballo difícil que en las conjugaciones latinas ó en las declinaciones griegas. Fué un mal estudiante; y para suplir su falta de atención y su poca aptitud, que él confesaba sin reparo, su padre le tomó un preceptor particular. Pasaron sucesivamente siete por el castillo y todos se retiraron, alegando la imposibilidad de semejante misión.

El joven era rebelde á toda dirección.

—Un verdadero Valroy, decía el conde Juan, siempre contento y sin querer apartarse de su burro.

—Un verdadero Reteuil, decía la condesa Antonieta con las manos juntas por el miedo del día de mañana.

—Un verdadero libertino, se rectificaba en la antecámara.

(Se continuará.)



JIRA AL TIBIDABO. – BANQUETE EN OBSEQUIO DE LOS SENADORES Y DIPUTADOS

Asistieron al banquete 325 comensales; hubo dos presidencias, una del Sr. Salmerón, que tenía á su derecha á los Sres. Arana, Vallés y Ribot, Rahola (F.), Junoy, Albó, Morote y Junyent, y á su izquierda á los Sres. Sardá, duque de Solferino, Zulueta, Corominas, Mainer, Bertrán, Alegret y Ventosa; y otra del Sr. Rusiñol, que tenía á su derecha á los Sres. Cambó, Orueta, Hurtado, Nougués, Llorente y Garriga, y á su izquierda á los Sres. Sánchez Marco, Pi y Arsuaga, Carner, Soriano, Girona, Salvatella y Rahola (P.)



JIRA AL TIBIDABO. – ASPECTO DE LA PLAZOLETA DEL TIBIDABO EN EL MOMENTO DE LOS DISCURSOS

Terminado el banquete, desde una tribuna levantada al aire libre y delante de una inmensa multitud pronunciaron elocuentes discursos los Sres. Pi y Arsuaga, Orueta, Canals, Arana, Rusiñol y Salmerón, siendo todos ellos aplaudidos con gran entusiasmo

BARCELONA.–FIESTAS DEL HONENAJE DE LA SOLIDARIDAD CATALANA. (De fotografías de A. Merletti.)



BARCELONA. – FIESTAS DEL HOMENAJE DE LA SOLIDARIDAD CATALANA. – LOS DIPUTADOS Y LOS INDIVIDUOS DE LA COMISIÓN ALMORZANDO EN EL HOTEL COLÓN DESPUÉS DE SU LLEGADA. (De fotografía de A. Merletti.)









Madrid.—La iglesia de San Jerónimo, en donde se celebrará la boda de S. M. el rey D. Alfonso XIII

(De fotografía de *Nuevo Mundo*)

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XXV — Barcelona 4 de junio de 1906 — Núm. 1.275



SS. MM. EL REY ALFONSO XIII Y LA REINA VICTORIA

(De fotografías de Franzen. Dibujo de Diéguez.)

SUMARIO

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Estos días la crónica periodística ha dado materia para un sensacional folletín, con todo lo del castillo abarrotado de plata kleptomanizada por uñas principescas, y algo más, muy folletinesco también, que completa el carácter de tan curiosa historia mundana.

Las reflexiones de índole social á que estos hechos se prestan, no han escaseado «detrás del abanico de nácar y de oro,» como el poeta diría. Pero sin necesidad de entrar en el perfumado recinto de los salones, con sólo acudir al buen sentido popular, bastaría para que se recomendase una prudente cautela respecto á ciertos meteoros que cruzan la atmósfera, á cierta gente que viene de lueñes tierras á echar polvo dorado á los ojos de los incautos, y á ganarse, á golpe de emparedados y claret, una consideración acaso perdida definitivamente en otros países. Y sin embargo, merece notarse el síntoma, la mejor acogida está preparada siempre aquí para los allegadizos cuyos antecedentes menos se conocen. Es una tendencia que bastardeará la sociedad española en breve plazo, dándole ese aspecto híbrido, cosmopolita, lo que en París se llama de *caravansérail*, que destruye toda culta intimidad y toda discreta confianza.

Aunque sea de otro género muy distinto, esta tragedia de los príncipes Adolfo de Wrede me recuerda el gracioso episodio de la venida á Madrid, poco antes de la guerra, del escritor y turista yanqui Chatfield Taylor. Llegó este señor provisto de recomendaciones que le abrieron de golpe y porrazo puertas muy cerradas, y no se las abrieron para fiestas en grande, sino para lo que llamaban en Francia las *petites entrées*. Se le obsequió á todo trapo, se le prodigaron amabilidades, y formó parte del círculo íntimo de algunas casas de lo más *clanista* de la corte. Y apenas hubo regresado á su patria el escritor, se apresuró á publicar un libro cuya cubierta es encarnada y amarilla, pero en el cual se pone de oro y azul á la misma sociedad donde le festejaron. Sus únicas frases de respeto y algo más eran para Castelar, para quien esto escribe, y para otras dos ó tres personalidades intelectuales, que no le habíamos ofrecido ni una mala taza de te; y lo cuento, no por jactarme, sino por que conste que ninguna queja personal pudo tener de Chatfield Taylor. Sólo digo que es preciso andarse con relativo cuidado en esto de la hospitalidad. Espíritu hospitalario, sí; pero no preferencia decidida al que lleva un nombre de difícil pronunciación, sólo por el hecho de llevar ese nombre. ¿De dónde vienen? ¿A qué vienen?, es lo menos que cabe preguntar ante esa X social que es una familia extranjera, caída en Madrid de las nubes, en busca de facilidades y transigencias que en otra nación no encontraría.

¿Tiene usted ya billetes de convite para esto, aquello y lo otro? ¿Quién los da? ¿Cómo se dan? ¿Por qué concepto se dan esos billetes?

Ofrezco un premio á quien me acierte estas charadas.

Lo del reparto de los billetes de convite para las solemnidades (funciones de gala en los teatros, corridas regias, etc.), pica en historia y da lugar siempre á infinitas desazones. Díjome una vez un funcionario serio y respetable, que el único motivo por el cual presentaría su dimisión sería porque le ordenasen repartir otra vez las localidades de una gala en el Real.

Yo creo, sin embargo, que estos repartos no serían tan difíciles si los que los hacen atendiesen un poco á los porqués, cómos y cuántos de todo obsequio, y tuviesen firmeza para no dejarse arrollar por exigencias y peticiones sin fundamento ni base. La inmensa mayoría de los que solicitan billetes en casos como este, no tienen razón ni motivo alguno para solicitarlos. Son gente que no aparece en la superficie social sino cuando hay que pescar diversiones gratis, en las cuales quieren, no sólo ocupar el mejor puesto, sino dar puestos excelentes á su familia, compadres y vecinos del piso cuarto. Y claro es que á tales pretensiones no se debiera atender sino con un encogimiento de hombros, y con la firmeza de la negativa. Pero los caracteres firmes son lo que más escasea, y dada su rareza, se les debiera honrar doblemente que al genio y á la hermosura; y por carencia de esa energía para hacer la distribución de billetes de un modo acertado, se ha apelado al subterfugio y al embrollo, pues no de otra manera debe calificarse el flujo y reflujo de noticias periodísticas contradictorias, encaminadas á despistar á los pedigüeños y confundir y marear al público. Que reparte la Diputación; que ya no es la Diputación, sino Gobernación; que ya no es Gobernación, sino una serie de Comisiones del seno de esto y del seno de lo otro, las cuales se subdividirán para atender á aquello y á lo de más allá; que la corrida la pagan unos; que no, que ya la pagan otros; que un Ministerio solo ha pedido *catorce mil* billetes... Y la gente pacífica se pregunta asombrada: ¿por qué un Ministerio pide ni catorce mil ni ciento cuarenta billetes para una corrida de toros que la Diputación provincial, es decir, la provincia de Madrid, ofrece al rey con ocasión de su boda? ¿Es que el Ministerio, organismo oficial, representa algo más que eso mismo, un organismo oficial cuyos funcionarios están retribuídos? ¿Es que la provincia de Madrid, y en general la nación, han contraído alguna deuda de gratitud particular con ningún Ministerio?



Tapa del álbum de trabajos artísticos de pintores catalanes que los elementos monárquicos de Barcelona han regalado á S. M. el rey D. Alfonso XIII, con motivo de su boda, ejecutada en los talleres de D. Hermenegildo Miralles, según dibujo de Alejandro de Riquer y con aplicaciones de materias preciosas, hechas en los talleres de los Hijos de Francisco de A. Carreras.

Y echándome á discurrir sobre el asunto, he aquí cómo se me ocurriría el modo de arreglarlo sin grandes complicaciones y con notoria ventaja de la cultura, del bien y de la higiene pública en la corte de las Españas.

Nadie ignora que esta corte se halla infestada de mendigos. El Ayuntamiento, la Diputación, el Estado, se declaran impotentes para desterrar esta plaga vergonzosa, que en ninguna otra ciudad algo importante europea existe. Se ha intentado varias veces abrir subscripciones entre el vecindario para subvenir á la creación de Asilos, cantinas, casas de dormir para los pobres, como las que existen en Londres y París y dan tan excelente resultado, etc.; pero al segundo mes las subscripciones disminuyen, mientras el limosneo callejero, grato á nuestra indolencia, continúa en todo su esplendor. ¿No sería un medio de estimular la perseverancia del vecindario en la subscripción benéfica el tomar como criterio de derecho en la petición de billetes las cuotas de los vecinos, no sólo en su cuantía, sino en el tiempo que hace que las vienen satisfaciendo con regularidad? Porque en esto de obras de beneficencia, es más útil y conveniente un subscriptor de tres pesetas al mes, que no devuelve nunca el recibo y con el cual se puede contar de seguro, que un donante espléndido que envía de una vez una cantidad y no vuelve á acordarse de la obra. Yo propondría, pues, que los años y servicios en materia de beneficencia fuesen título preferente para estos repartos de billetes de convite.

Otro modo de evitar los abusos realmente descarados que se cometen, sería el que los centros oficiales diesen publicidad á los nombres de las personas invitadas. Segura estoy de que entonces se marcharía con más cuidado y se escogería mejor el personal. Veríamos menos caras sospechosas y menos gente inexplicable.

No desapruebo que á los Ministerios, verbigracia, se les repartiesen billetes, pero no para que las familias de los escribientes los usufructúen, sino para que cada Ministerio, por lista publicada, los envíe á las personas á quienes ese Ministerio debe recordar y distinguir. Y éstas no son tantas como parece. Ojalá pudiese yo creer que residen en Madrid á estas horas cien marinos ilustres, cien militares no menos señalados, cien catedráticos eminentes, cien escritores famosos, cien músicos eximios, cien políticos insignes, etc. Con mil ó dos mil billetes distribuídos pensándolo y publicando nombres, se cumple con la flor, la nata y hasta el suero de la mentalidad, la inteligencia y la acción española. Si no se trata de una corrida de toros, sino de una función de gala en el Real, entonces restrinjo el número, porque la cuestión de *toilette* hace que muchas personas, respetabilísimas y dignas, no tengan ni la ocurrencia de asistir.

Por las calles empieza á ostentarse ya la percalina. ¡Qué sería, á faltarles este tejido, de los organizadores de festejos! La percalina es como el ungüento amarillo; para todo sirve. Percalina y ramaje son, por lo visto, el brote visible de la satisfacción y alegría ante los faustos acontecimientos. No existiría un ser más original que el que dispusiese unas fiestas sin mezcla alguna de percalina, sin gastar ni una vara de la socorrida tela. Me gusta en todo la novedad, y también en el capítulo de regocijos populares *odio l'usata poesía*, como dijo Carducci...

Al cerrar la crónica leo la noticia de que Ibsen, el gran dramaturgo noruego, acaba de morir. Es una luz que se apaga; no hay muchas que con tanto brillo hayan resplandecido sobre Europa. Tuvo Ibsen la fortuna de nacer en uno de esos países septentrionales, donde las tentativas nuevas en el arte y en la mentalidad no encuentran burla y desvío, sino interés y estimación. Así y todo, la amarga autobiografía interna de los innovadores, de los que ponen el pecho contra la corriente del sentido vulgar, la dejó consignada en las páginas de *Un enemigo del pueblo*.

¿Qué hubiese escrito si nace aquí? ¡Ah! Tal vez nada; tal vez dos ó tres ensayos, que el público acogería con hostilidad feroz; tal vez—y esto es lo más frecuente—veinte ó treinta obras de ficción y engaño, de taquilla, como dicen, de concesiones bastardas, de adaptación miserable al gusto general, obra de escritor domado y humillado por la muchedumbre. Pero la briosa protesta individualista que engrandece el teatro de Ibsen no hubiese podido brotar. Y por consiguiente, Ibsen no sería lo que fué, sino algo anodino, falso, convencional, para escuchado de puertas adentro... Por algo no todos los países producen dramaturgos universales.

Emilia Pardo Bazán.



¡Con qué solicitud cuidó á aquel derrotado!

EL TENOR

Aquella noche el teatro estaba lo que se dice espléndido. La ópera anunciada era *Luccia di Lammermoor;* el tenor *debutante* era un compatriota, Augusto Lengo, que volvía á España habiendo conquistado un gran renombre.

De su vida pasada mucho decían las crónicas. Lo que no decían voy yo á contároslo. Sabed de antemano que mixtifico un nombre, y que la historia es verídica.

El origen de Lengo era humildísimo. Dedicado á las faenas agrícolas desde muy pequeño, sentía en su fuero interno el ansia de *volar,* ese no sé qué de las almas inquietas en la frágil arcilla. La del niño repugnaba lo rústico; desde luego creció adorando instintivamente lo bello. Tenía bonita voz y cantaba como un condenado. Buenas tandas de mojicones costábanle á menudo sus filarmónicos excesos. No tenía padres, y su buen tío, que amparó su orfandad, mostrábale yunta y arado como aparejos de indisputable provecho, y señalábale las mieses como producto santo de nobles fatigas, apercibiéndole al primordial y positivo objeto de una existencia dedicada al trabajo, á la labor, como único sostén y guía.

Asentir, bien asentía el muchacho; pero dejar de *trinar* por todo lo alto desde la salida á la puesta de sol, acompañando al quehacer airosas cantilenas, eso sí que no. Armonías sin fin percibía en el viento que meciera las espigas; confusos arpegios de eólicas arpas en la refrigerante lluvia; notas de infinito amor en las auras; cadencias sin par en los elementos todos. Semejaba un bobalicón tan presto en árbol no distante dejaba oir su voz ruiseñor canoro; parábase á escuchar á parlanchín jilguero que triscaba juguetón por contigua enramada...

Y eran de oir entonces las reprimendas, y de ver las *boleas* del buen tío, que esquivaba el rapaz sonriéndose, aunque contrariado por *tiranía* tan empalagosa que ni consentía un rato de solaz y ganduleo para tan magnífica audición...

Hay hormigas y hay pájaros. Hay quien trabaja y hay quien siente. Lengo *sentía* más que trabajaba.

El maestro de capilla, que notara la irresistible vocación del chico, con él á solas convino, tras algunos sondeos y cortas pláticas pertinentes al caso, en darle preliminares lecciones. A veces, con el alba acababa el estudio y empezaba el trasiego. En esa especie de balbuceo artístico agotaba tiempo y salud, es lo cierto; pero la afición todo lo puede, y las *fusas* y *semifusas,* etc., sobrepusiéronse á las siembras y cultivos por modo tal, que si con solfas germinara la semilla, lo que es el campo donde acudiera Lengo fuera una fortuna.

Harto ya el laborioso tío de la aparente ineptitud del mozo, y descubriendo ó maliciando la complicidad del musiquillo de marras, se encaró con éste... para acceder al fin á que el sobrino se dejase de surcos y embistiese el pentagrama.

Accedió con un simulado desdén que envolvía un envanecimiento; porque, en medio de todo, el músico aseguraba que en la garganta de Lengo había un tesoro; y ese tesoro no lo había de heredar el tío, pero verlo con disgusto, tampoco... Ea, que se acordó el viaje del joven á la corte, y soltó aquél unas cuantas monedas al efecto.

El *paraíso* del Real debe de guardar memoria del imberbe que no perdía ripio, como quien dice; y aquel escenario, que le tentó años seguidos y que logró pisar al cabo, fué para él un templo donde aprendió á adorar y á creer en aficiones.

Cuando hubo decidido y realizado el viaje á Italia, faltóle el principal apoyo. La muerte de su tío fué una decepción.

¿Contaros la triste odisea del novel cantante?.. No es posible. Nada hay tan vulgar como la desdicha, nada con menos interés que la miseria... Allá cayendo, y acá levantándose; unas veces silbado, otras acogido con benevolencia. Decidle á un público que se penetre de la *situación* de un artista; decidle á la crítica que indague la historia del que ha de juzgar... ¿Tienen, en rigor, para qué ni por qué preocuparse de eso?.. No faltaban condiciones ni acierto muchas veces; faltaba... lo desconocido, la suerte, la casualidad, el acaso. El arte, como todo, tiene algo de caprichoso y extraño. ¿Vencer? No vencen á veces los mejores.

Sin recursos, enfermo y desalentado llegó á Milán Augusto Lengo. Con todo y sus méritos, el hambre, ese calvario de los escogidos, llegó á torturarle. Unos compatriotas se compadecieron de él, y halló albergue en humilde casa. Sí, la casa era humilde; pero tenía algo de templo. Como que en ella habitaba un ángel, un verdadero ángel en forma de *enfermera* más linda que la propia luz de los cielos... ¡Con qué solicitud cuidó á aquel derrotado!.. ¡Con qué ternura acabó éste por quererla!..

Triunfó de la enfermedad, y triunfó luego en las tablas. Diríase que la terneza había operado un milagro, y la gratitud hecho otro. Un dúo silencioso de almas parecía atraer la felicidad. Lengo era otro hombre, y aun *otro artista.* Su voz había adquirido un timbre purísimo, su expresión una nitidez incomparable. Yo le vi en el *Teatro Comunale,* de Boloña, donde habían sido protestados dos tenores. Cantó como por recurso, y tal fué la impresión producida, que bien pronto se le escrituró ventajosamente para otros puntos...

Por fin tenía de la mano á la veleta diosa, y en medio de sus glorias, en su ya brillantísimo apogeo, su mente y su corazón iban con el recuerdo de la cariñosa niña, su ángel bueno sin duda, por quien lograba los artísticos arranques, la nota divina de sentimiento impregnando todo cuanto interpretaba el artista. No lo ocultaba el tenor á sus íntimos: ella era su norte, su numen, su dicha toda y el secreto de su arte sublime. La vanidad que proporciona el éxito, si le halagaba, era por *ella;* los aplausos, sin envanecerle, arrancábanle una expresiva sonrisa, elevaba al cielo los ojos como dedicándoselos *in mente* á una imagen bendita. Todo contribuía á hacerle altamente simpático...

Y vino Lengo á España triunfante y animoso, tras prolongada ausencia. Volvía radiante, erguido, el humilde labrador de antaño; volvía con el alma llena de recuerdos y la mente de encantadoras fantasías, con aptitudes selectas y aspiraciones nobilísimas; con *aquel tesoro* en su garganta, y otro tesoro en su pecho; deseoso de consagrar un recuerdo á sus mayores y de afirmar en su país querido su indiscutible fama. Empero, cuantos amigos y conocidos rodeábanle por aquellos días, hubieron de notar en él cierta melancolía y cierto malestar insólitos. Al interrogarle, obtenían sólo evasivas. No hicieron más caso...

¡Oh! Su fin fué una cosa extraña, algo de que se habló días seguidos con estupor y asombro. La ciencia certificó la muerte natural. Lo era, lo fué. ¡El *drama* era tan íntimo, de tan escasa amplitud!..

Aquella noche Lengo era el héroe, el vencedor gallardo. Agasajado desde un principio, parecía altamente impresionado, conmovido; salía á escena, aclamado por el público, llorando casi. En su cuarto, andaba preocupado, inquieto y tembloroso. Luego se dejaba caer más bien que se sentaba en una silla, abstraído y perplejo. ¿Quién podía explicarse aquella actitud del tenor? O era extremada emoción ó comiquería pura...

Durante el último intermedio recibió un telegrama. Leyólo, y palideció horriblemente. Empezó el acto, y llamaron á escena. El artista guardó nerviosamente el papel en el pecho, y se dispuso á salir. Los gladiadores del arte son también esclavos del deber. ¡Cuántos suspiros no ahogó el escenario!.. ¡Cuánta amargor á veces entre frases festivas!..

La animación en la sala era grande, la admiración inmensa. Lengo atacó unas notas y provocó un delirio. ¡Qué manera de cantar!.. ¡Qué intensidad dramática la que imprimía en su parte aquel portento de la lírica! No se recordaba cosa igual, no se había oído otro *Edgardo* como aquel. Ni una nota, ni un detalle se perdía entre el religioso silencio de una muchedumbre absorta. Aquello ya no era arte, sino sublimidad. La voz, el gesto, la expresión; un colmo. El público en masa contenía hasta la respiración, atentísimo, subyugado enteramente...

La última nota, en el aria final, fué un gemido doloroso, fúnebre casi, apagado, como un adiós senti-

dísimo, con el esfuerzo de un alma súbitamente herida; mezcla de inmaterial deliquio y ansia de volar á ideales confines, seductor arrobamiento y exclamación de angustia. Luego quedó inmóvil; el telón bajaba y subía acompasada y rítmicamente; el público, puesto en pie, electrizado, aplaudía, aplaudía...

La cortina no volvió á levantarse; el tenor fué llevado al *camerino* y auxiliado inmediatamente... Se ahogaba por momentos. Al desabrochársele, cayó al suelo el despacho recibido antes. Era la noticia infausta, la muerte de su ilusión, la angelical criatura á quien debía su gloria...

Augusto Lengo expiró á los pocos minutos.

Todavía resonaban en la sala los aplausos.

Sebastián Gomila.

(Dibujo de Mas y Fondevila.)



Corona que los elementos monárquicos de Barcelona han ofrecido á S. A. la princesa Victoria, construída por la casa Masriera, según dibujo de Luis Masriera

LA BODA DE S. M. EL REY D. ALFONSO XIII

Cuando este número llegue á manos de nuestros subscriptores, se habrá efectuado el enlace de don Alfonso XIII con la que hasta ahora ha sido princesa de Battenberg y en adelante será reina Victoria de España.

La Ilustración Artística, al asociarse á tan fausto suceso nacional, hace votos por que la Providencia derrame toda suerte de felicidades sobre los regios esposos y por que se conviertan en las más gloriosas realidades las grandes esperanzas que la nación española tiene puestas en su joven soberano y en la bella y virtuosa princesa por él elegida para compartir el trono.

Si alguna duda cupiera acerca del entusiasmo con que el pueblo ha acogido la boda del rey, en la que para nada ha influído la razón de Estado y sí únicamente el amor intenso de dos corazones, la comunión sincera de dos almas, habría quedado desvanecida por el recibimiento de que ha sido objeto la princesa durante su último viaje y á su llegada al palacio del Pardo. Desde su llegada á Irún, en donde la esperaba su regio prometido, en todas las estaciones del tránsito las poblaciones en masa acudieron á saludarla, tributándole las más cariñosas ovaciones. En los andenes, todas las clases sociales confundidas se agrupaban ávidas de contemplar á la hermosa princesa, la obsequiaban con profusión de ramos de flores y atronaban el aire con aclamaciones ruidosas.

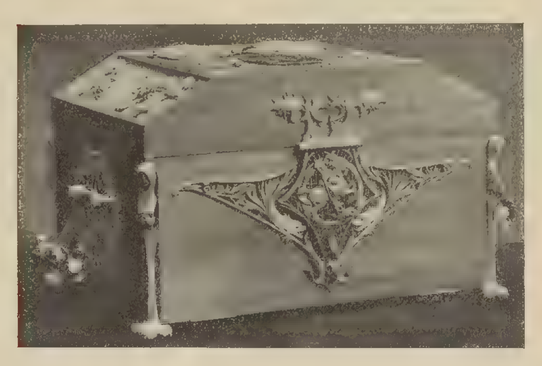
El apeadero del Plantío, en donde debían apearse los egregios viajeros para dirigirse al palacio del Pardo, ofrecía, desde horas antes de la llegada del tren, un aspecto altamente pintoresco, pues á él habían ido millares de personas, aprovechando los más diversos medios de locomoción, que formando una masa imponente aguardaba la llegada del tren regio. Poco antes de la hora señalada, hallábanse reunidos en el Plantío S. M. la reina D.ª María Cristina, SS. AA. las infantas D.ª Isabel, D.ª Eulalia y D.ª María Teresa, el infante D. Fernando, los ministros, autoridades y otras personalidades distinguidas y muchas señoras.

A las seis y media se detuvo en el Plantío el tren en que iban el rey y la princesa Victoria; cuya aparición fué saludada con estruendosas salvas de aplausos. Después de revistar las tropas que habían hecho los honores y una vez hechas por D. Alfonso las presentaciones del gobierno y demás entidades presentes á la futura reina, subieron ésta, su madre y la reina D.ª María Cristina á un landó, yendo á caballo al estribo de la derecha el monarca y al de la izquierda el caballerizo de servicio, y precedidos y seguidos de otros coches se dirigieron al palacio del Pardo.

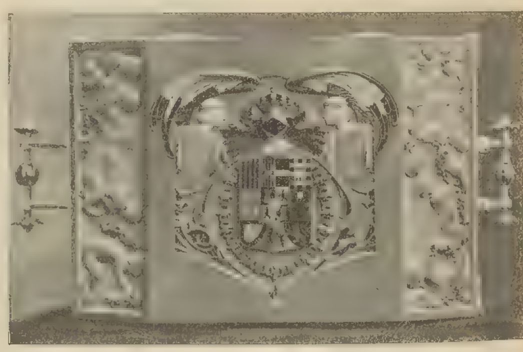
La animación de ese Real Sitio fué extraordinaria durante todo el día. A las siete y cuarto, precedida de un grupo de batidores y de una sección de la escolta real llegó la comitiva entre las salvas de la artillería, el volteo de las campanas y las aclamaciones incesantes de la muchedumbre. Iban en el primer coche las infantas D.ª Isabel y D.ª María Teresa, uno de los príncipes de Battenberg y el hijo menor de la infanta D.ª Eulalia; en el segundo, la infanta D.ª Eulalia, otro príncipe de Battenberg y el infante D. Alfonso de Orleáns; en el tercero, la princesa Victoria, su madre y la reina D.ª María Cristina, llevando, como hemos dicho, á la derecha á S. M. el rey y á un caballerizo; seguían el príncipe D. Carlos y el infante D. Fernando, los ayudantes de éstos y un escuadrón de la escolta real, y detrás iban otros coches con las altas servidumbres.

Presentó el rey á la princesa la alta servidumbre y á los oficiales de alabarderos y de la escolta real, y luego salieron los regios prometidos al balcón, siendo objeto de una ovación delirante por parte del público.

La princesa Victoria ha residido en el Pardo hasta el día de su boda. Este palacio, que mandó construir Carlos V en 1543 y que fué reformado en 1772 por Carlos III, ha sido renovado, por decirlo así, interiormente para albergar por unos días á la princesa. En las páginas 368 y 369 reproducimos algunas de las principales habitaciones del palacio. El comedor está pintado al fresco, y el decorado es de estilo Imperio; en él se ha dispuesto una mesa para 30 cubiertos y se han colocado dos magníficas arañas de cristal antiguas. La sala de Embajadores es una gran pieza cuadrada, de alto techo pintado por Bayeu, con adornos de molduras doradas que encierran camafeos de fondo de oro con relieves de figuras en blanco; frente á la puerta de entrada, se admira el famoso tapiz de Goya que representa á unos nobles jugando á los bolos; de Goya son también los demás tapices que adornan la sala, de cuyo techo pende una soberbia araña de cristal y bronce y cuyos muebles y colgaduras son de estilo imperio, de seda amarilla con adornos azules. La sala de Embajadores comunica con las habitaciones destinadas á la princesa Victoria; en las llamadas Cámara y Antecámara hay tapices de Goya, Castillo y copias de Teniers; la sillería de la cámara es de color carmesí con franjas amarillas, y sobre las mesas y las repisas de la chimenea hay relojes y jarrones de mucho gusto artístico; los muebles de la antecámara son dorados y tallados con figuras de esfinges; en esa habitación hay un tapiz de siete metros de ancho, copia del célebre cuadro *Los bebedores,* de Teniers. Otra de las dependencias del palacio que han sido restauradas es el teatro, que se ha dispuesto tal como estaba en tiempo de Carlos III y en el cual se dió el día 29 una función de gala en honor de la princesa.



Arquilla en donde va encerrada la corona, obra ejecutada por la casa Masriera, bajo la dirección de D. Luis Masriera



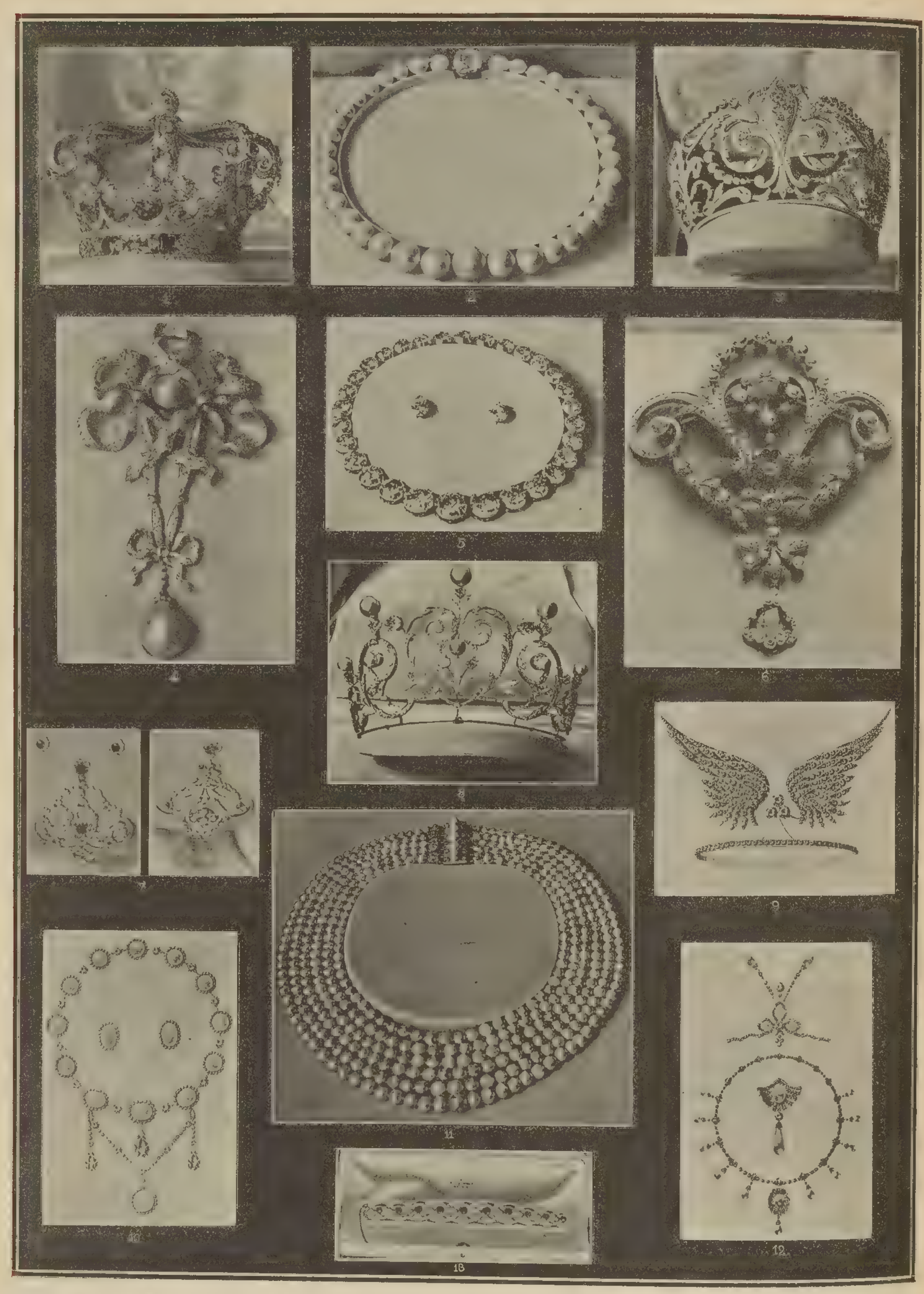
Tapa de la arquilla en donde va encerrada la corona. En el centro se ve el escudo real de España

También han sido objeto de grandes reformas las habitaciones que la nueva reina ha de ocupar en el palacio real de la plaza de Oriente. Dichas habitaciones son las destinadas hasta ahora á la reina D.ª María Cristina y se hallan contiguas á las de S. M. el rey.

Enumerar siquiera los regalos que ha recibido la princesa Victoria, es tarea poco menos que imposible. Mejor que citarlos y describirlos nos parece reproducir las joyas más importantes, que publicamos en esta página y en la 367. La de esta página es la corona de brillantes, diamantes, rubíes y esmeraldas costeada por los elementos monárquicos de Barcelona, que va encerrada en una preciosa arquilla de majagua con relieves escultóricos de exquisita factura y aplicaciones de plata oxidada. Las de la pág. 367 son las regaladas por el rey á su augusta prometida y las que ésta ha recibido de la familia real española, de la familia real inglesa y de la ex emperatriz Eugenia.—X.



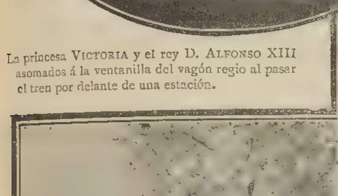
RETRATOS DE S. M. EL REY D. ALFONSO XIII EN DIFERENTES EDADES. (De fotografías.)
Vista del Salón del Trono del Palacio Real de Madrid. (De fotografía de *Nuevo Mundo.*)



1. Corona, regalo de S. M. el rey D. Alfonso XIII. – 2 y 4. Collar de perlas y broche de perlas y brillantes, regalo de S. M. el rey D. Alfonso XIII. El valor de esas dos joyas es de 2.000.000 de francos. – 3 Corona regalo de S. M. el rey D. Alfonso XIII. – 5. Collar y botones de brillantes, regalo de S. M. el rey D. Alfonso XIII. – 6. Broche de brillantes, regalo de S. M. el rey D. Alfonso XIII. – 8 y 11. Corona y collar de perlas, regalo de S. M. la reina D.ª María Cristina. – 7 y 13. Broches y brazalete, regalo de la familia real. – 9. Diadema de brillantes, regalo de la ex emperatriz Eugenia. – 10. Collar y botones, regalo de los reyes de Inglaterra. – 12. Diadema, regalo de la princesa Beatriz, madre de la princesa Victoria.

JOYAS REGALADAS Á LA PRINCESA VICTORIA DE BATTENBERG CON OCASIÓN DE SU BODA.

(De fotografías de Franzen y *Nuevo Mundo.*)



La princesa VICTORIA y el rey D. ALFONSO XIII asomados á la ventanilla del vagón regio al pasar el tren por delante de una estación.

El viaje de la princesa Victoria desde su entrada en España hasta su llegada al Pardo ha sido verdaderamente triunfal. En Irún recibió á la princesa su augusto prometido, quien le presentó al infante D. Carlos, á los ministros y á las autoridades. En los andenes, la multitud aclamaba á los augustos viajeros mientras los cañones hacían salvas, se lanzaban al aire infinidad de cohetes y las músicas tocaban el himno inglés y la marcha real.

A su llegada á San Sebastián, cumplimentaron al rey y á la princesa el Ayuntamiento en corporación, las autoridades y numeroso público; la princesa fué obsequiada con cinco ramos de flores.

En la estación de Zumárraga varios *espatadanzaris* bailaron delante del tren regio una danza típica guipuzcoana. Las músicas tocaron, en medio del mayor entusiasmo, la marcha real y el Guernicako Arbola.

La estación de Alsasua estaba vistosamente engalanada; en la entrada en agujas había un letrero dando la bienvenida á la princesa Victoria y en la estación otro que decía: «Navarra saluda á la futura reina. ¡Viva el rey!» A la salida de la estación se veía la siguiente inscripción, escrita en vascuence: «¡Felicidades!,» sobre un hermoso arco de follaje. Al entrar el tren tocaron las músicas la marcha real y se oyeron vivas delirantes. El alcalde de Pamplona, una comisión de los jefes y oficiales de la guarnición y otra de señoritas regalaron á la princesa hermosos ramos y artísticas cestas de flores.

En el andén estaban el gobernador, el general, jefes y oficiales y comisiones de la guarnición, la Diputación y el Ayuntamiento de Pamplona, los ayuntamientos de los pueblos comarcanos, la Audiencia, el clero, los comités demócrata y conservador, el administrador de Hacienda, la Cámara de Comercio, representaciones de las sociedades de crédito y muchísimos particulares.

En Victoria hubo no menos entusiasmo que en las poblaciones antes citadas. La princesa fué obsequiada con numerosas canastillas de flores. En las afueras de la ciudad estaban formados los regimientos de Infantería de Cuenca y de Guipúzcoa, el segundo de Artillería montada y el de Caballería de Cazadores de Arlabán.

En Burgos habíase prohibido á primera hora la entrada del público en los andenes; pero, revocada más tarde, una multitud inmensa invadió aquéllos, aclamando al rey y á la princesa.



TROPAS HACIENDO LOS HONORES AL PASO DEL TREN REGIO

Espatadanzaris bailando una danza popular en la estación de Zumárraga ante la princesa VICTORIA y el rey D. ALFONSO XIII



Retrato de la princesa Victoria á su llegada al Pardo. Primero y único hecho con especial permiso de S. A.

¿A qué proseguir la relación de las ovaciones que en todas las estaciones del itinerario recorrido por el tren regio se tributaron á los ilustres viajeros? Ponga la imaginación de nuestros lectores en todas ellas muchedumbres inmensas, ensordecedores aplausos, entusiastas aclamaciones, arcos, inscripciones, flores, músicas, salvas de artillería y salutaciones cariñosas de todos los pueblos, y se tendrá una idea del espectáculo que hubo de ofrecerse á los ojos de nuestro joven monarca y de la hermosa princesa.

De la llegada al Pardo damos cuenta en otro lugar. — X.

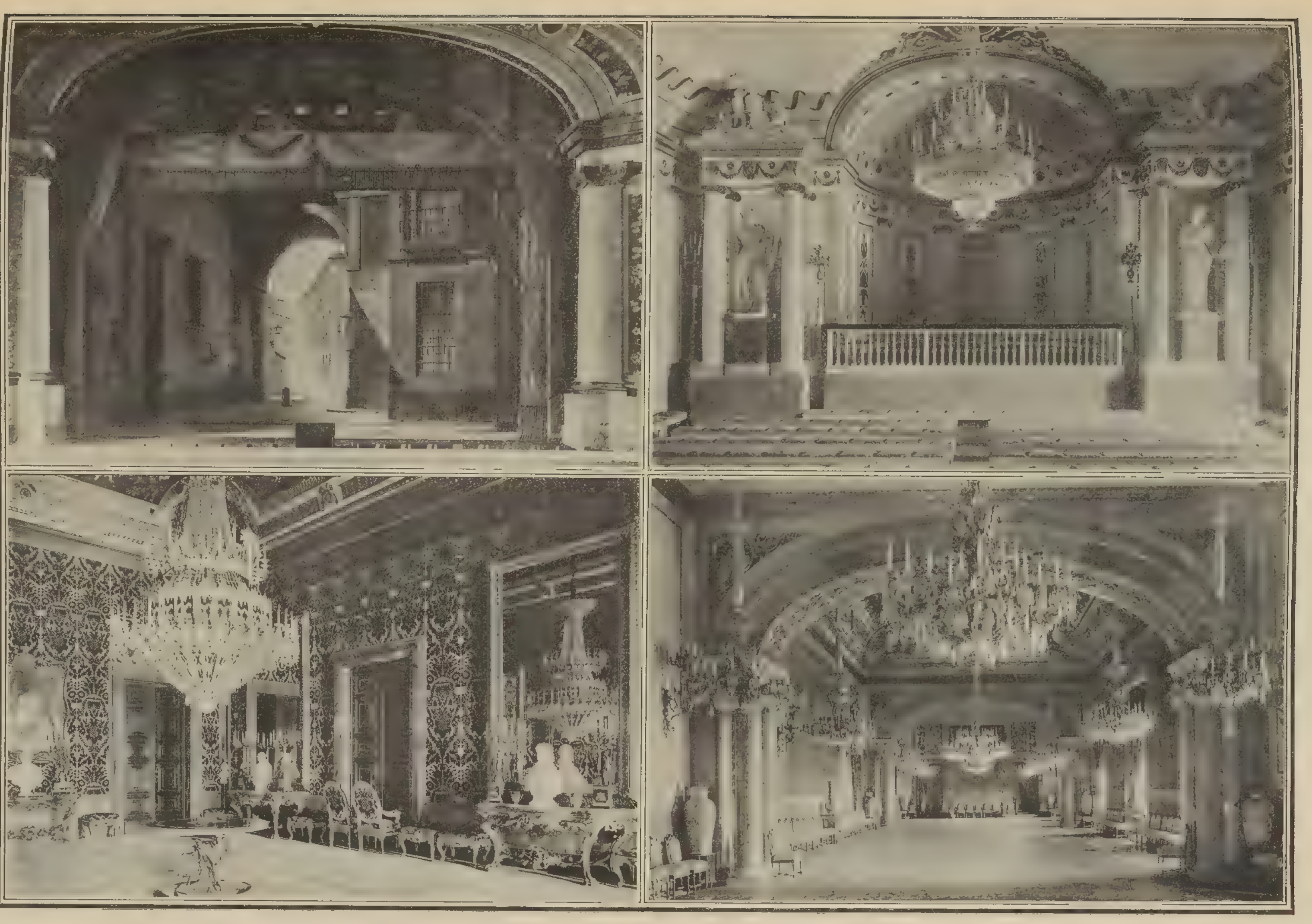


LLEGADA DE LA PRINCESA VICTORIA Y DEL REY D. ALFONSO XIII AL APEADERO DEL PLANTÍO

EPISODIOS DEL VIAJE DE LA PRINCESA VICTORIA DE BATTENBERG DESDE IRÚN AL PARDO. (De fotografías.)



PALACIO DE EL PARDO, en donde ha residido la princesa Victoria hasta el día de su boda.—Vista general del palacio.—Antecámara.—Gran comedor.—Salón de Embajadores.
(De fotografías de Franzen.)



PALACIO DE EL PARDO: Escenario en el teatro de la corte.—Palco real. — PALACIO REAL DE MADRID: Cámara de la reina Victoria.—Gran salón de fiestas.
(De fotografías de Franzen.)

LA BODA DE

S. M. EL REY D. ALFONSO XIII

EL «WEDDING CAKE»

Trajes de S. M. la reina Victoria

Con motivo de su enlace, S. M. el rey D. Alfonso XIII ha querido introducir en España la tradicional costumbre inglesa del *Wedain cake*, pastel que se come en el banquete de boda y que la novia distribuye entre los comensales.

El que ha servido para la boda de nuestro monarca ha sido confeccionado en Londres, tenía dos metros de altura y un metro de diámetro en la base y pesaba :00 kilogramos. Su cuerpo principal presentaba seis caras, separadas por columnas corintias, en las cuales hallábanse representados los principales viñedos españoles.

Un festón de flores de azahar, margaritas, mirtos y rosas blancas, escogidas por la misma princesa Victoria, rodeaban el pastel, en cuyo centro había un escudo monograma con la corona real de España.

Coronaba el pastel un grupo de amorcillos que sostenían en brazos artísticas canastillas, de las cuales pendían guirnaldas de mirtos y rosas.

El pastel, que era una obra notable de repostería, estaba hecho de una pasta que los pasteleros ingleses denominan crema *glacée*, é iba colocado en una fuente de plata maciza. El cuchillo con que se sirvió era de hoja de oro y mango de plata y medía 65 centímetros de largo.



LA BODA DE S. M. EL REY D. ALFONSO XIII. - El *Wedding cake* (pastel de boda) (De fotografía de Underwood Underwood)

Entre los muchos ricos y elegantes trajes de la que es ya reina Victoria de España, sobresalía naturalmente el de novia, regalo de S. M. el rey D. Alfonso XIII, el cual ha querido que fuese confeccionado exclusivamente por obreras españolas; cuarenta de éstas han estado ocupadas durante más de cincuenta días en el bordado de tan preciosa obra. El traje, inspirado en el estilo Luis XVI, es de raso blanco de Lyón y está bordado en plata mate con ligeros toques de brillantes.

El manto, que arranca de los hombros en pliegue Wateau, está sembrado de diminutas flores de lis y lleva alrededor un bordado en plata de rosas y azucenas; tiene cuatro metros y sesenta centímetros de largo y está orlado con ancho encaje de *point d'aiguille*, sobre un volante de tisú de plata; de tisú de plata es también el forro de esta prenda. Sobre toda la línea de encaje corre una diminuta orla de flores de azahar.

El vestido tiene bordados análogos y un volante del mismo encaje de medio metro de ancho, formando pabellones festoneados por flores de azahar.

El conjunto de ese traje es verdaderamente maravilloso.

Otro de los trajes que asimismo han llamado poderosamente la atención es el que junto con el de novia reproducimos en esta página; es de encajes de Alenzón con ramos de margaritas bordados y lazos celestes de plata.

Bellas Artes.—BARCELONA. — *Salón Parés.* — Continúan los artistas barceloneses exhibiendo sus producciones en el Salón Parés, dando con ello muestra de su actividad y de su entusiasmo por el arte.

Nutrida ha sido la representación de los pintores, puesto que el número se ha hallado en relación con la variedad, destacándose entre los paisajistas Melchor Domenge, que forma parte de esa escuela olotana, fundada por el malogrado Vayreda, que tanto ha contribuído á la evolución operada por nuestro arte regional. Sus paisajes recomiéndanse por esa nota simpática y característica, fresca y jugosa que la avalora. La Srta. Elvira Malagariga ha expuesto, á su vez, varios estudios y retratos, que revelan sus aptitudes; J. Roca, algunos dibujos, y R. Durán exhibe sus primeros empeños artísticos representados por varios paisajes, al igual que la Srta. Luisa Botet, que demuestra cualidades apreciables.

No menos interés merecen las producciones escultóricas, siendo las que debemos mencionar el modelo que ha servido para ejecutar la medalla conmemorativa de las bodas reales, obra de nuestro amigo el ya laureado escultor Manuel Delgado Brackenbury, obra digna de aplauso, inspirada en las magistrales producciones de los maestros medallistas; así como las que á su vez han aportado el Sr. Plá y Madurell, conmemorativa de la colocación de la lápida en la casa en donde nació el popular compositor Anselmo Clavé.

Resta hacer mención especialísima de la copiosa colección de fotografías expuestas por el no menos meritísimo artista Pedro Casas Abarca, quien ha logrado demostrar cuánto puede obtenerse de la fotografía cuando de ella se sirve un espíritu culto y depurado. Variada es la colección y en ella hállanse representados diversos géneros, todos ellos inteligentemente compuestos, que revelan en el Sr. Casas una refinada educación artística.





LA BODA DE S. M. EL REY D. ALFONSO XIII. - TRAJE DE NOVIA DE S. M. LA REINA VICTORIA. - TRAJE DE ENCAJES DE ALENZÓN. (De fotografías de *Nuevo Mundo*.)

EN LA PAZ DE LOS CAMPOS

NOVELA ORIGINAL DE MAURICIO MONTEGUT.—ILUSTRACIONES DE SIMONT

(CONTINUACIÓN)

Hacia los quince años se le ocurrió enamorarse; el objeto de su amor tenía doce ó trece, y fué aquel un idilio entre dos comediantes dignos el uno del otro.

Había en aquella época, á medio kilómetro de Caillefontaine, una ruina medio hundida y medio en pie, que se suponía haber sido en tiempos lejanos una fortaleza inexpugnable. Unos cuantos lienzos de muralla almenados, á veinte toesas de altura, un cuadrilátero alargado con ventanas góticas, bajo una bóveda calada sostenida por arcos, vestigio de una capilla, y en fin, los cimientos de una enorme torre brutal y redonda como un inmenso pozo, era todo lo que quedaba de la antigua morada, cuya historia no era conocida siquiera por los habitantes de la comarca de que dependía.

En el país, sin saber por qué, se llamaba á esta torre la «Torre de Carmesy.»

No era de nadie y la gente no tenía inconveniente en arrancarle piedras; la mayor parte de las casuchas de los alrededores debían á esa circunstancia el espesor y la solidez de sus fachadas.

Ahora bien: un día, un personaje de edad indefinida, alto y flaco, pero «muy distinguido,» hizo detener su coche delante de aquellos restos de los siglos. En aquel coche, alquilado en la ciudad próxima, había al lado suyo una señora todavía linda, pero que se veía que era extranjera antes de que abriese la boca; y delante de ellos, una niña esbelta, frágil, transparente, demasiado rubia, aérea, pálida, repentinamente un poco sonrosada y cuyos ojos verde mar eran sencillamente espléndidos.

Y como se supo después, cuando estuvieron establecidos en el lugar, aquellos extranjeros, ó mejor, aquellos aparecidos, eran el marqués Godofredo de Carmesy-Ollencour; su mujer, la marquesa Adelaida, una O'Brien, descendiente directa, después de ochocientos años, de los primeros reyes de Irlanda, y su hija Arabela, á la que se llamaba familiarmente miss Bella ó Bella á secas.

Apeados del coche, los tres nobles viajeros contemplaron largo tiempo, en silencio, la decoración dormida que se ofrecía á sus ojos. Por fin, con gran asombro del cochero, aldeano sin malicia, el marqués habló con grandes ademanes que abrazaban el espacio y con una voz enfática entrecortada por la emoción:

«Adelaida, Arabela, aquí es. Aquí es donde, hace ocho siglos, se detuvieron mis antepasados, de vuelta de Antioquía, y edificaron estas murallas, ahora derrumbadas, para cobijar en seguridad su raza.

»Eran entonces rudos guerreros, altos varones cubiertos de hierro, que, de la mañana á la noche, tenían la espada al costado ó en la mano para pelear. A su primer nombre de Ollencourt añadieron los árabes, para calificarlos, el sobrenombre de *Carmesí,* porque los veían siempre cubiertos de sangre en las batallas, ó porque su temido estandarte era rojo obscuro con la cruz de oro.

»Ese apodo glorioso quedó en la familia, y cien años después figuraba en nuestros pergaminos. Los descendientes de los fogosos capitanes de Gauthier Sans Avoir le adoptaron como un título, y bajo esa apelación reconocida y legitimada crecieron en nobleza, por el favor de los reyes, y llegaron á ser condes y barones hereditarios.

»Allí estaba la capilla, que contenía, todavía no hace un siglo, los blancos sarcófagos de los abuelos dormidos, aunque ya el castillo, incendiado en tiempo de Luis XIII, hubiera sido abandonado.

»¡Evocad el pasado en un sueño!

»Esta torre, de la que no quedan más que los cimientos, dominaba el país y defendía el castillo; los edificios eran vastos, escarpados los baluartes, profundos los fosos. En esta fortaleza han vivido los míos respetados y orgullosos de su valor y de su fuerza.



La niña, sentada en el suelo, se sujetaba con las dos manos la rodilla.

»Todo aquí no es más que polvo; ni el recuerdo siquiera subsiste. He preguntado, ya lo sabéis; nadie conoce nada de esas glorias de otro tiempo. Yo mismo he vivido en el extranjero hasta este día, porque así lo ha querido el destino; sólo al fin de mi vida me es permitido pisar este suelo sagrado para mí.

»Pero encuentro al hacerlo un amargo goce. El recuerdo de estas glorias, de estos poderíos y de estas riquezas muertas me consuela un poco de nuestra injusta decadencia y de nuestra miseria inmerecida.

»Yo no sé si es verdad que las almas de los muertos pueden volver á la tierra; si es así, estad ciertas, Adelaida y Arabela, de que en este instante nos acogen, nos rodean y nos desean la bienvenida...»

De tal modo y con este énfasis, Godofredo de Carmesy siguió discurriendo largo tiempo para edificación de los suyos.

En el momento en que él estaba más lleno de orgullo celebrando una vez más sus orígenes, la marquesa Adelaida, con un fuerte acento británico, arriesgó esta corta observación dirigiéndose á su hija:

—En aquellos tiempos, Bella, mis abuelos eran reyes de Irlanda.

El marqués saludó, y volviéndose hacia la niña, dijo sencillamente:

—Desciendes de dos grandes casas.

Si, después de esto, la joven Arabela, que sólo tenía doce años, no formaba buena opinión de sí misma, no sería por culpa de sus padres.

Los nobles personajes se hundieron en la ruina, treparon, se despeñaron, saltaron barrancos, siempre impulsados por el entusiasmo.

Dos meses después, aquella extraña familia se había fijado en el país; los últimos retoños de los barones y marqueses de Carmesy habitaban en pleno campo una casa de aldeanos restaurada para su uso y alquilada por doscientos francos al año. Por este precio era grande y lo parecía más por la escasez de muebles, pues aquella noble gente no era rica.

En las aldeas vecinas, donde ya su insolencia había suscitado cóleras, los campesinos se encogían de hombros...

—Barones del Pan seco. Marqueses de la Miseria.

La verdad era que no tenían gran aspecto. El marqués, vestido más bien como un pordiosero que como un noble, se pasaba la vida junto al río con una caña en la mano, «buscando su comida después de su almuerzo,» según afirmaba la benevolencia pública. La marquesa, envuelta en estrechas batas de tela ordinaria, iba del gallinero á la jaula de los conejos ó al cuadro de coles, vigilando con un ojo sus animaluchos y con el otro sus verduras. La noble heredera de un doble pasado de gloria, vestida con descuido con una especie de sacos rectos, de lienzo ó de lana,

que llegaban á las rodillas, aunque la chica era ya alta, y con unos inmensos sombreros de paja recogidos en forma de capota, recorría los caminos ó permanecía sentada horas y horas en un montón de tierra, pálida de sueños y perdida en la contemplación de un horizonte que era siempre el mismo.

Así vestida, resultaba excéntricamente linda, desconcertante, loca, inolvidable; los muchachos le tenían miedo y la respetaban. Era además arrogante, miraba á la gente de alto abajo con sus ojos diabólicos y obligaba al saludo á las tímidas campesinas.

Este trío, reunido al anochecer, apagaba sus fuegos á las ocho en invierno, y en verano no los encendía. Jamás salía ruido alguno de aquella extraña casa don de todo se hacía en silencio; acaso sus habitantes no se hablaban.

Ahora bien: ese conjunto de antigüedad nobiliaria, de rareza de aspecto y de pobreza orgullosamente sufrida, al menos en apariencia, sedujo á la señora de Reteuil, siempre al acecho de sucesos nuevos para distraerse.

No hacía seis semanas que aquella gente extravagante vivía en la comarca, y ya la preocupaban hasta el punto de hablar de ellos continuamente. De este modo se informó en su provincia y en París, y á fuerza de preguntar á todo el mundo, acabó por encontrar alguien que la respondiese.

No fué brillante la respuesta. Si en los tiempos fabulosos los Carmesy habían sido puros caballeros, hacía un siglo por lo menos que su descendencia, caída en la miseria, no presentaba más que una sucesión de aventureros sin pudor, merodeadores cosmopolitas, que traficaban con sus títulos, con sus armas y con sus coronas y vivían de amor, de juego, de intriga y acaso de espionaje, ricos un día y pobres el siguiente.

Este momento era para Godofredo un día siguiente.

Se sospechaba que se había establecido en su país de origen con la única esperanza de encontrar allí más facilmente víctimas que deslumbrar antes de despojarlas. En el suelo de sus antepasados debía maniobrar con paso más seguro.

Se añadía que había vivido quince años en Australia empleando su genio en diversos oficios; que había encontrado allí una joven, nacida en Melbourne de padres irlandeses tan nobles como miserables, y que se había casado con ella por amor, pues era el tal capaz de todo. De esta unión había nacido una hija, Arabela, que tenía en las venas sangre de Francia, de Irlanda, de Australia y sabe Dios de dónde más; y esa fusión de razas, concentradas en aquel ser, daba por resultado la asombrosa muchacha que conocemos, alucinante y alucinada, sabiéndolo todo sin saber nada, acaso ferozmente cándida y acaso triplemente perversa según esas tres herencias. Se sabía también que en los últimos años la familia Carmesy había recorrido diversos países sin fijarse en ninguno.

La de Reteuil no se desanimó por el resultado de sus averiguaciones y declaró ante su conciencia que todo aquello no era más que calumnias y bajas envidias. No dijo palabra á los suyos, y siguió ardiendo en deseos de conocer á aquellas buenas personas.

Aquellas buenas personas, recogidas en su agujero, la dejaban venir, demasiado listos para dar los primeros pasos. Los Reteuil y los Valroy formaban parte de las «esperanzas» del genial marqués. Lo mismo que Adelaida y hasta que Arabela, Godofredo notaba perfectamente que su más próxima vecina, la castellana, los miraba sin aversión; pero seguía tieso en su dignidad, dejando madurar la breva y acechando la ocasión.

En aquella época la señora de Reteuil estaba muy sola en sus veleidades de cortesía respecto de los Carmesy. Su hija no se cuidaba de ellos más que de cualquiera otra cosa; el conde Juan los encontraba sospechosos y equívocos y olfateaba la industria y el merodeo; y en cuanto á Jacobo, habiendo encontrado un día á Bella en el camino, hubo entre los doce años de la una y los quince del otro un bello asalto de impertinencia.

Iban el uno hacia el otro y sus miradas se habían encontrado de lejos; el joven, tan insolente como la muchacha, y la muchacha, tan obstinada como el joven, ninguno de los dos quiso bajar los ojos; y de este modo se encontraron de manos á boca, concentrando todas sus fuerzas en las pupilas y con ganas de morderse.

La chica murmuró:

—¡Grosero!

Y él:

—¡Saltimbanqui!

Después de aquello, las relaciones quedaron más bien tirantes.

Pero la de Reteuil tenía su idea, la cultivaba y no esperaba más que una oportunidad para ofrecer sus buenos oficios y declarar su secreta simpatía. Esa oportunidad no tardó en presentarse.

Tenía la anciana, entre otras manías, la de pasearse en coche al paso de dos jamelgos, todos los días, de cinco á siete, antes de comer, por los caminos del bosque.

Hacía quince años que no había dejado de hacerlo casi ningún día.

Algunas veces convidaba amigos á este paseo, complaciéndose en tener «salón,» según ella decía, al aire libre; y estas invitaciones, buscadas por la pequeña nobleza de los alrededores, eran bajamente solicitadas por la alta burguesía. Como en otros tiempos en las carrozas del rey, montar en el coche de la señora de Reteuil concedía á los escasos elegidos una patente de distinción.

Algunas veces también se iba sola en el gran carruaje á rodar silenciosa por las blandas rutas; eran los días en que tenía malos los nervios, un poco de jaqueca ó cierta tristeza de alma.

Esos días no se presentaban más que dos ó tres veces al mes, pero se presentaban. Y en esta ocasión fué cuando le ocurrió una aventura que al principio la alarmó mucho, para colmarla después de abundante felicidad al realizar sus deseos.

Iba una tarde, á eso de las siete, al paso dormilón de sus dos caballos, uno blanco y otro negro, antiguos servidores envejecidos en la casa, y solitaria y melancólica, atravesaba una plazoleta bajo una bóveda obscura de hojas entrelazadas, cuando una repentina aparición la hizo estremecerce y levantarse de repente en los almohadones que mecían su pereza.

En la orilla de un foso cantaba y brillaba en el verde una mancha roja; era la falda estrecha y corta de miss Bella.

La niña, sentada en el suelo, se sujetaba con las dos manos la rodilla derecha, que manaba sangre, y parecía sufrir.

La buena señora se quedó conmovida al mismo tiempo que ligeramente satisfecha por las consecuencias que eran de prever. La anciana tiró al cochero de los faldones de la levita, le mandó parar y ordenó al lacayo que viniese á ayudarla á bajar.

Y se precipitó hacia la heredera de los reyes de Irlanda, que se estaba soplando la rodilla para calmarse el escozor de un profundo arañazo.

—¡Pobre hija mía! ¿Qué tiene usted?.. ¡Sangre! Es horroroso... A ver, á ver... ¿Quiere usted sales?.. ¡Dios mío!

La señorita de Carmesy separó la mano que le ponía un frasco de sales debajo de la nariz y ocultó la rodilla bajándose la falda.

Delante de extraños volvía á tomar su aspecto de altiva dignidad y tenía vergüenza del desarreglo de su persona. Sacudió la pálida cara, contuvo sus lágrimas, ensombreció sus ojos y declaró:

—No es nada.

La de Reteuil no era de esta opinión.

—¡Cómo nada! ¿A eso llama usted nada?.. De seguro no puede usted andar... Tiene usted para ocho días de cama. Por fortuna la Providencia me ha hecho pasar por aquí... Pedro va á llevar á usted al coche y vamos á conducirla á su casa.

Bella rehusó brutalmente.

—No.

—¿Por qué no?

—Porque no la conozco á usted.

La anciana sonrió.

—¿Tendré que presentarme? Oiga usted, por el instante no tengo nombre; soy la ocasión que pasa, el socorro anónimo. A pesar de todo su orgullo, no puede usted andar á pie los tres kilómetros que la separan todavía de su casa. Está usted obligada á aceptar mi ayuda y yo la dispenso de toda gratitud... ¿Quiere usted consentir ahora en que Pedro la lleve?

La muchacha era variable y cambiadiza y esta vez respondió:

—Sí.

—Enhorabuena, exclamó la de Reteuil. Ya es usted más razonable.

Bella fué instalada en el coche, y en el momento se arrellanó como en su casa; cuando los caballos volvieron á tomar su lenta marcha, la niña soñaba con los ojos entornados y la pierna extendida en la banqueta de delante.

Un indefinido bienestar invadía lentamente su frágil persona. Aquella pobrecilla, descendiente de nobles afortunados, volvía á encontrar la riqueza con cándida voluptuosidad y se colocaba en ella graciosamente como en su marco natural.

Ablandada por estas impresiones felices, Bella se civilizaba; la de Reteuil la observaba en silencio con el corazón rebosando ya entusiasmo y una necesidad de abnegación por aquella hada vagabunda. Con resplandeciente sonrisa que deslumbró á la anciana, la joven se dignó hablar y hacer confidencias.

—Me he caído y he rodado desde lo alto del repecho; no sé cómo me ha faltado el pie, pues he dado ese salto más de veinte veces... Me he hecho daño, y sabe usted, para que yo diga esto es preciso que sea verdad, pues tengo la piel dura y una voluntad...

La de Reteuil la admiró. ¡Qué energía!.. ¡Qué bravura!.. ¡Qué asombrosa niña!..

La anciana daba gracias al cielo por haberle proporcionado al fin el medio de entrar en relación con aquella ilustre familia y de merecer su preciosa amistad, ya que no su agradecimiento, por el interés que pensaba demostrarles en estas circunstancias y en otras después.

Bella, decididamente dulcificada y de buen humor por el sordo rodar del coche debajo de los árboles, olvidaba su herida y seguía hablando con su extraordinaria voz al mismo tiempo seca y cantante.

Le gustaban los bosques á causa de su silencio y de su soledad; pero los de Francia eran bosques de juguete... Había ella visto otros que llenaban comarcas enteras y donde no se podía entrar sin armas ó en comitiva... Había en ellos de todo, serpientes y tigres... En los de Francia no había más que conejos.

Y se reía con desprecio.

Pero más que nada le gustaba el mar. Ante esa evocación, su mirada se puso lánguida y se prolongó hacia espacios sin límites; por sus grandes ojos verdes pasaron en un momento todo el Océano Indico y sus resacas de cobre.

Había vivido en los puertos y respirado el acre olor de la brea al lado de los pesados barcos amarrados al muelle, en las negras aguas; conservaba en el oído el silbido de los vapores dirigiéndose á la alta mar y la llamada estridente de las sirenas desgarrando las nieblas.

Su corta vida, en la estela de sus padres, era ya una vida de aventuras. La muchacha decía con orgullo que había dado la vuelta al mundo ó poco menos.

En aquella alma naciente, ya confusa, acaso, de origen, todas esas visiones y recuerdos recientes hervían en locura, se imponían en éxtasis ó rebosaban en una vibrante nostalgia.

Aquella niña no podía ser normal y equilibrada; no podía tener ni espíritu de ilación ni buen sentido; era fatalmente fantástica, caprichosa y sin duda embustera, siendo imaginativa y viniendo de lejos. ¿Qué mujer debía salir de aquella niña?

Cuando el coche atravesó las aldeas causó sensación; las comadres, en las puertas, no volvían de su asombro. Arabela se irguió orgullosamente, y doblando su rodilla herida sin hacer caso del dolor, se sentó muy tiesa con su más insolente sonrisa.

No respondió á los saludos, que sabía bien que no se dirigían á ella; miró á la gente desde lo alto de *su* carruaje y se divirtió mucho.

Le ocurrió la idea de que haciendo un poco la corte á su nueva amiga, obtendría acaso el acompañarla en sus paseos cotidianos.

Y esta perspectiva la sedujo.

Entonces, sin transición, se hizo zalamera, insinuante y flexible, resuelta á conquistar aquella posición, sin saber que la tenía conquistada hacía mucho tiempo.

La de Reteuil resultó así más estimulada en sus diversos sentimientos; su sed de intimidad aumentó hasta más allá de toda moderación.

Cuando el coche se detuvo ante la especie de gran cabaña en que se albergaban los altivos descendientes de los reyes fabulosos de Irlanda, la puerta siguió cerrada; nadie se presentó.

—Hay que llamar, dijo la de Reteuil.

—No, respondió Bella, es inútil; mi padre está en el río y mi madre en la huerta, detrás de la casa. Vamos allí.

Así lo hicieron. Arrastrando la pierna, pues la herida, ya fría, le ocasionaba gran dolor, la niña introdujo cortésmente, según sus nuevos proyectos, á aquella buena señora que tenía coche.

Y de repente, al volver la esquina de la tapia, la de Reteuil vió á la que iba buscando, la marquesa Adelaida de Carmesy-Ollencourt. Estaba en enaguas y cuerpo de percal blanco é inclinada con atención hacia un cuadro de verduras, dando minuciosamente caza á los caracoles.

En las disposiciones en que se encontraba la castellana, decidida de antemano á admirarlo todo, aquella actitud le pareció grandiosa, y murmuró encantada.

—¡Qué sencillez!

La presentación fué rara. Levantándose con toda su estatura, la marquesa Adelaida esperaba una explicación.

Arabela la dió á su modo, que era sumario.

—Mamá, esta señora me ha encontrado en el bos que, herida en la rodilla, y me ha traído en su coche

La de Reteuil saludó y sonrió con una cara l[illegible]

de promesas. Si el marqués hubiera estado presente, se hubiera estremecido de satisfacción como cuando veía en el río, bajo el agua transparente, alguna gran tenca alrededor del anzuelo.

Adelaida se inclinó, no sin gracia:

—Gracias, señora.

En seguida, cogiendo á su hija por mitad del cuerpo, la echó en sus brazos y le levantó las faldas.

—¿Herida en la rodilla? A ver..., á ver...

Examinó la herida y dijo después de un minuto:

—No es grave... Con un poco de alcohol se cicatrizará en seguida.

Adelaida cantaba sus frases con un fuerte acento inglés que no dejaba de tener su encanto.

La señora de Reteuil quiso enviar su cochero al castillo á buscar árnica, vendas y todo lo necesario para una cura regular, pero la marquesa rehusó con un ademán suave y casi tímido.

—Mil gracias, señora..., es inútil..., un poco de alcohol y estará curada.

—Pero, al menos, ¿tiene usted alcohol?, preguntó ingenuamente la castellana.

Al oir esta pregunta, Adelaida volvió á sonreir, pero esta vez con una sonrisa de muchacho burlón, mientras Bella murmuraba con convicción sacudiendo sus bellos rizos:

—Lo que es eso, de seguro...

Las dos mujeres y la niña entraron en la cabaña, restaurada y bautizada con el nombre de Villa Rústica.

En el umbral, la de Reteuil respiró con delicia; en aquella inclasificable morada reinaba una atmósfera particular. Olía á tabaco de Oriente, á almizcle, á pimienta y á sándalo.

Mientras la madre lavaba la herida de su hija, la visitante por accidente pudo mirar á su alrededor. Unos cuantos muebles raros, más exóticos que antiguos, guarnecían insuficientemente las vastas paredes de una sala muy grande que servía de comedor y de salón según la hora y las circunstancias.

También había, colgados aquí y allá, trofeos de armas indianas, tambores ó escudos tomados á las tribus negras, arcos, mazas y hachas, armas primitivas de todas las razas torpemente estancadas en la infancia de las edades; delante de las ventanas había tres *rocking-chairs* que habían viajado, dos grandes y uno pequeño. En medio, una ancha y larga mesa de ébano macizo, groseramente trabajado, estorbaba la circulación; debía proceder de una choza de rey negro.

Pero la señora de Reteuil no pudo continuar su examen.

La marquesa había abierto un armario y sacado unas cuantas botellas cuyas etiquetas estaba consultando. Se podía leer en ellas: Gin, Whisky, Schiedam, Marc de Borgoña, Calvados, Cognac y otros nombres elocuentes venerados por los borrachos.

Por fin, se decidió por la botella de aguardiente gascón; vertió un buen chorro en un platillo, desgarró un pañuelo de hilo, muy usado, en tiras regulares, las empapó en el alcohol y curó la rodilla de la niña de un modo hábil y casi sabio. Aquella gente no ignoraba nada.

La de Reteuil se quedó aturdida; tantas botellas, todas empezadas, la sorprendían. Acaso eran la explicación del profundo silencio que reinaba en casa de los Carmesy después de la cena. Pero no se detuvo en tan poca cosa, y para alimentar su entusiasmo, se maravilló de la destreza de la marquesa y manifestó sus sentimientos.

—¡Bah!, dijo la extranjera, en Australia y en América hemos hecho con frecuencia la guerra... Había que saber estas cosas, y las sé.

Después de esto, ¿cómo no extasiarse? ¿Dónde encontrar semejantes héroes y tales heroínas?

Había que confesar en conciencia que era una bendición para la provincia la presencia de personajes tan notables y tan preciosos. La anciana se congratuló una vez más del venturoso azar...

En este momento, volviendo á sus botellas, la marquesa Adelaida dijo:

—¿Quiere usted beber una copita?

La castellana protestó, á pesar suyo, con un gesto violento de repugnancia y de horror.

—No, no..., jamás...

La descendiente de los reyes de Irlanda guardó sus botellas en el armario, no sin un suspiro de pesar. También miss Bella hizo un gesto al verlas desaparecer.

Era probable que, por las noches, la mujer y la hija acompañaban en sus libaciones al esposo y padre. A pesar de lo cual la de Reteuil se marchó encantada.

Adelaida y Arabela, que se sostenía mejor con su pierna vendada, la acompañaron hasta el coche, en el que ella subió con ligereza en alas de la satisfacción.

Había invitado á todos los Carmesy á irla á ver, á usar de ella, á cazar en sus bosques, á pescar en sus estanques y á considerarla, sobre todo, como una amiga; y aunque Adelaida reservó las decisiones del único amo, el marqués, su esposa sumisa dejó entrever que eran posibles y hasta deseables las relaciones entre las dos casas.

Cuando el coche se alejó, se cruzaron todavía cordiales despedidas en el silencio del camino desierto.

Aquella misma tarde, no pudiendo guardar para ella sola tan grave noticia, la de Reteuil se fué á Valroy. Jacobo la recibió en la escalinata y aquel amable nieto la felicitó sin tardanza.

—¿Conque recoge usted los bohemios por los caminos, abuela?

Esta dió un salto, pálida de indignación, y replicó duramente:

—Jacobo de Valroy, tu bohemia desciende por su padre de los Cruzados del año mil y por su madre de los primeros reyes de Irlanda. No está bien que te burles de ellos.

Jacobo no cedió y dijo con guasa:

—La pequeña Carmesy..., no está mal.

Y añadió, repitiendo una expresión que había oído:

—Esa gente descenderá de donde quiera, pero lo que yo sé es que ha descendido demasiado...

—¡Qué sabes tú!, respondió la anciana, decididamente encolerizada. Cuando los encuentres en mi casa, lo que sucederá de seguro, me harás el favor de saludarlos cortésmente. Si no, tendré el sentimiento de decirte delante de ellos cuatro verdades. Ya lo sabes.

Para que la de Reteuil se atreviera á hablar de este modo á su señor nieto, era preciso que creyese tener mucha razón. Jacobo comprendió que el momento era malo, se encogió de hombros y se alejó.

Pero la nueva amiga de miss Bella pudo confiar sus entusiasmos á la condesa Antonieta, á quien todo interesaba lo mismo, es decir, nada. Pintó á la niña como una aparición de leyenda; y en cuanto á la marquesa su madre, dijo:

—¡Ah, querida, si la hubieras visto en medio de sus ensaladas!.. Es bíblica, sí, bíblica, es la palabra.

Antonieta no protestó. Con un frasquito debajo de la nariz, no pensaba en nada ni escuchaba siquiera.

Cuando Juan de Valroy conoció esta aventura, expresó su descontento, pues creía que aquello era abrir la puerta á la explotación, y trató á su suegra de vieja loca; pero esto era demasiado corriente para que se tuviera en cuenta.

En casa de los Carmesy también reinaba cierta emoción. El marqués Godofredo volvió de la pesca con una gran red al hombro; el día había sido bueno y había una buena fritada en perspectiva. Estaba, pues, de bastante buen humor.

Al entrar en la casa, dejó la pesca en la mesa y dijo noblemente:

—Aquí está la comida.

El marqués oyó con benevolencia el relato de aquella tarde llena de acontecimientos. El accidente ocurrido á su hija no le contristó gran cosa, pues no era hombre que se alarmara fácilmente, pero las consecuencias que de él se deducían encendieron una corta llama en el fondo de sus ojos, de ordinario velados de misterio.

Al oir que la de Reteuil había venido y se había deshecho en amabilidades, se frotó las manos y murmuró varias veces:

—¡Ya pican!

Pero mientras estuvo en ayunas no tradujo sus verdaderas impresiones.

Después de comer, cuando tuvo delante formadas en batalla las seis botellas de elixir reconfortante, inspiradoras de esperanza y de grandes pensamientos, se puso elocuente después del primer vaso.

Dirigiéndose á su hija lo mismo que á su mujer, pues comprendía que aquella niña, al crecer, se convertía entre sus manos en un arma formidable y en objeto de una partida brillante, se explicó de este modo:

—Es evidente que esa buena señora se arroja á nuestro cuello y se apodera de nosotros á la fuerza... Dejémosla hacer... Conocéis, hijas mías, la situación tan bien como yo. Con lo poco que nos queda, dentro de un año no tendremos un céntimo. Se trata de rehacerse de aquí á entonces. En este país es posible y por eso hemos venido.

Hizo una pausa, bebió un trago y siguió diciendo con voz inflada:

—En el suelo feudal donde mis abuelos se establecieron por fuerza, hicieron justicia y ahorcaron tanta gente, es inadmisible que yo, su único retoño, llegue á carecer de pan. El pasado salvará el porvenir; cuento con ello; pero, no lo olvidéis, sed siempre O'Brien y siempre Carmesy. Es nuestra única potencia. Todos estos noblezuelos de los alrededores, por ricos que sean, tienen pergaminos de tres al cuarto. Los Valroy son nobles de negocios, los Reteuil de toga hasta el Imperio, cuando se unieron al corso, lo que, dicho sea de paso, no les sirvió de mucho. La señora de Reteuil es de nacimiento burgués y se casó por su dinero con aquel último Reteuil que se mató de aburrimiento. Todo esto no vale gran cosa en punto á antepasados. Sin discusión, valemos más que ellos; hagámoselo comprender. No nos entreguemos sin algunos remilgos, á fin de hacernos desear. Cuando las amistades sean estrechas, yo me encargo de sacar el partido que más convenga á nuestro provecho. He dicho, hijas mías... Adelaida, una copita... Y tú, pequeña, toma tu gota.

Una hora después, el marqués, completamente borracho, roncaba en su cama. La marquesa, con los ojos brillantes, dormitaba extendida en una de las mecedoras, y miss Bella, en pie sobre una pierna, como un ibis del Nilo, miraba por la ventana crecer lentamente las sombras sobre los árboles del bosque.

Unos días después, á las cuatro de la tarde, la de Reteuil vió llegar sola y á pie, cojeando todavía un poco, á la señorita Arabela de Carmesy-Ollencourt.

La anciana, pálida de emoción, dejó prontamente la ventana desde donde contemplaba la extensión de su dominio, y se precipitó de sala en sala hasta la escalinata, á recibir á la noble visitante.

La encontró en el jardín en gran conversación con los perros, que le hicieron buena acogida, la llamó con los brazos abiertos y la recibió como una vasalla á su soberana. Bella aceptó gravemente los cumplimientos sin tratar de devolverlos.

Iba á dar las gracias á la de Reteuil por haberla recogido el otro día cuando estaba herida; era un deber que cumplía de buen grado, pero expresaba su gratitud con frialdad é indiferencia.

Traía la lección bien aprendida. Debía pensar continuamente en los abuelos de Francia y en los antepasados de Irlanda. Se dignó entrar en el gran salón, cuyas ventanas fueron abiertas para ella. El mueblaje era suntuoso y había en las paredes cuadros antiguos de gran precio, pero Bella no vió nada ni pareció mirar nada. Es de gente de poco más ó menos el admirar las cosas en casa ajena.

Hundida en un gran sillón, con las manos juntas, su anciana amiga la escuchaba extasiada de tanta desenvoltura y de tanta juventud.

Preguntó por la marquesa, y la muchacha le respondió en seguida que aquélla se encontraba bien, gracias al cielo, y seguía cultivando su jardín.

Miss Bella no pareció pensar que su madre hubiera, acaso, podido acompañarla en su visita, ó si lo pensó no lo dijo. Era ya mucho honor haberse presentado en aquel lugar y en ese instante, y así lo dió á entender.

Era aquella niña tan excepcional, impudente y cándida, orgullosa y sencilla, y tan raramente compuesta de elementos diversos, que resultaba imposible, aun para el examen más minucioso, distinguir en ella el verdadero color de su naturaleza.

Lo mismo podía ser buena que diabólicamente perversa.

La de Reteuil no buscaba tan hondo; entregada á su capricho, se complacía en su propio asombro y saludaba á aquel género de niña desconocido de ella y que la dejaba estupefacta y maravillada.

A pesar de las leyes de la etiqueta, la joven prolongaba la visita y no se iba; sabía que á las cinco debía venir el coche á pararse en la puerta; y á pesar de sus desdeñosas altiveces, alimentaba la secreta esperanza de ser invitada á ocupar en él un puesto. Preocupada en este cálculo hablaba distraidamente y volvía á cada momento la cabeza hacia el jardín espiando los ruidos hacia el lado de las cocheras y de las cuadras.

De pronto vió aparecer lo que menos esperaba ni había previsto, al vizconde Jacobo de Valroy en persona que entraba en casa de su abuela como en la suya propia.

Al ver la falda roja en una butaca del salón, el joven retrocedió al pronto, pero el orgullo le impulsó á avanzar impasible.

La de Reteuil, á pesar de su edad y la de los dos personajes, se levantó de repente y se puso solemne, queriendo ser comprendida y obedecida. Una vez no hace costumbre.

La anciana presentó ceremoniosa y largamente al vizconde la hija del marqués, con títulos y cualidades, sin olvidar á los reyes de Irlanda.

Por una de esas salidas habituales de su caprichosa naturaleza, á Jacobo se le ocurrió encontrar á la pequeña Carmesy á su gusto y saludarla como á una princesa. Bella, halagada á pesar de todo, respondió graciosamente, y la señora de Reteuil se conmovió hasta llorar.

(Se continuará.)

ENTIERRO DEL BEY DE TÚNEZ

El domingo, día 13 de mayo último, efectuóse en Túnez el entierro del bey Sidi Mahomed el Hadi, fallecido dos días antes.

Apenas ocurrido el fallecimiento, toda la familia beylical, que permanecía en el gran patio del palacio Dermech, residencia del bey, prorrumpió en ruidosas lamentaciones, y las esposas del difunto, lanzando grandes gritos, se cubrieron la cabeza y se arañaron la cara con las uñas. Poco después, el cadáver, envuelto en preciosas telas, fué trasladado desde el palacio Dermech al de Kassar-Said, situado en las afueras de Túnez, en donde quedó expuesto dentro de un ataúd provisional de madera blanca pintada con azafrán, cubierto de sederías azules y encarnadas, sobre el cual se veía el uniforme de gala del bey difunto con el cordón de la Legión de Honor, y á cuyo alrededor ostentábanse diversas plantas aromáticas.

A las seis de la mañana del día 13 comenzaron las tropas á cubrir la carrera que había de recorrer el cortejo fúnebre; poco después, el nuevo bey, Mahomed el Nasr, llegó al palacio de Kassar-Saïd y penetró en la cámara mortuoria, en donde, rodeado de los príncipes de la corte, escuchó las preces de los imanes, mientras en las habitaciones contiguas sonaban desesperados lamentos de las princesas.

Terminada la ceremonia religiosa púsose en marcha la comitiva; las tropas beylicales presentaron armas, la bandera beylical, que ondeaba en el frontón del palacio, fué arriada é izada varias veces y en las antiguas murallas se dispararon salvas de artillería. Después de algunos minutos de andar á pie, el bey subió á un coche y escoltado por sus oficiales dirigióse al galope á la Kasbah, situándose luego en la plaza que delante de ésta se extiende, rodeado del delegado de la residencia, del alto personal de la casa de Francia, de las autoridades civiles y militares, del cuerpo consular, del Consejo Municipal y de innumerables delegaciones de las cofradías musulmanas.

Llegado el cortejo á aquel sitio, depositóse el féretro en un lugar reservado, rodeado de esteras, en las que se colocaron el jeque ul Islam, los muftis y los cadís, que rezaron las oraciones del ritual; terminadas éstas, aquellos jefes religiosos besaron la mano al nuevo bey, el cual, con su acompañamiento, se retiró al palacio, después de haber recibido las expresiones de pésame de los concurrentes.

Con esto concluyó la ceremonia oficial; pero el cortejo fúnebre, precedido por los cantores y seguido por los hijos, el yerno y otros próximos parientes del difunto, encaminóse lentamente, al través de las es-



El nuevo bey de Túnez MAHOMED EL NASR. (De fotografía.)

trechas calles de la ciudad árabe, á Turbet-el-Bey, en donde están los sepulcros de los beys tunecinos. Una vez allí, el cadáver de Mahomed el Hadi fué descendido á la tumba, abierta en una gran sala, revestida de mármol y con una capa de arena en el fondo, y sobre la cual se construirá más adelante el mausoleo.

El nuevo bey Mahomed el Nasr nació en 1856 y es hijo de un hermano menor de Sidi Alí, padre y antecesor del difunto bey Mahomed el Hadi. Su proclamación efectuóse el día 12 en el palacio del Bardo, en presencia de todos los príncipes y dignatarios de la corte, recibiendo la investidura de manos del representante del residente francés, pues sabido es que Túnez se halla bajo el protectorado de Francia.—S.

ENRIQUE IBSEN

El gran dramaturgo noruego, el reformador del teatro moderno, ha fallecido el día 23 de mayo último en Cristianía. Desde hacía algunos años su privilegiada inteligencia se iba extinguiendo lentamente y sus últimos trabajos resultaban casi incomprensibles aun para sus más fervientes admiradores. Tiempo hacía también que no salía de su casa y que no recibía más que á sus íntimos.

Enrique Ibsen nació en Skien en 20 de marzo de 1828. Su padre, comerciante acomodado, arruinóse á consecuencia de desgraciados negocios, y Enrique, á la edad de diez y seis años, para ganarse el sustento y poder seguir la carrera de médico, hubo de entrar de dependiente de una farmacia. Cuatro años después escribió su primer drama, *Catilina*, que publicó impreso antes de darlo al teatro y que obtuvo muy escaso éxito. En 1850 trasladóse á Cristianía con intento de graduarse de licenciado en Medicina; pero más que los estudios de esa facultad cautivóle el cultivo de la literatura. En aquella capital conoció á Vinje y á Bjornson, y el trato con éstos aumentó su afición á las letras y le hizo abandonar definitivamente la carrera comenzada. Poco después hizo representar el drama *El paje del guerrero*, que el público acogió con aplauso, y al año siguiente fué nombrado dramaturgo del teatro nacional que acababa de fundarse en Bergen, en donde permaneció hasta 1857, época en que pasó á desempeñar un cargo análogo en el teatro de Cristianía, habiendo durante aquellos seis años hecho algunos viajes por el extranjero á fin de perfeccionarse en el conocimiento del arte escénico. En el propio año 1857 representóse su drama *Los guerreros de Heligoland;* pero la obra que le dió fama fué la *Comedia del amor*, estrenada en 1862; esta producción estaba inspirada en un espíritu eminentemente



TÚNEZ. – ENTIERRO DEL BEY SIDI MAHOMED EL HADI. Cortejo de indígenas que figuraba en la ceremonia. Cada grupo representa una cofradía de una mezquita; de cuando en cuando, los grupos se detienen, forman círculos y rezan oraciones. (De fotografía de Hutin, Trampus y C.ª)

liberal que en aquel entonces agitaba la opinión en Noruega y que dió lugar á muy reñidas polémicas. Desde aquel entonces, Ibsen fué mirado con prevención por las clases elevadas de la sociedad. Su drama histórico *Los pretendientes á la corona*, que era un llamamiento á la unión de todos los pueblos del Norte, le atrajo la hostilidad de sus compatriotas, por lo que en 1864 hubo de abandonar su país y refugiarse en Italia, estableciéndose en Roma, en donde terminó sus obras *Brand*, *Peer Gint*, *Emperador y Galileo*, *Unión de la juventud* y *Los sostenes de la sociedad*.

De Roma se trasladó en 1868 á Dresde y de aquella época de su estancia en Alemania datan sus famosas obras *Casa de muñecas*, *Los espectros*, *Rorsmesholm*, *El ánade silvestre*, *El enemigo del pueblo* y *La dama del mar*, que fueron representadas con gran aplauso en Viena unas y otras en el teatro particular del duque de Sajonia Meiningen. Con estos dramas entró Ibsen resueltamente en el simbolismo que en lo sucesivo debía predominar en todas sus producciones, tales como *El arquitecto Solness*, *Juan Gabriel Borkmann*, *El pequeño Eyolf* y sobre todo en su último y casi incomprensible trabajo, *Cuando despertaremos entre los muertos*, que publicó en 1900.

Al fin, tras algunos años de destierro más ó menos voluntario, regresó á su patria, que desde entonces le festejó y celebró como gloria nacional.

Enrique Ibsen, como todos los grandes innovadores, ha sido discutido con verdadero apasionamiento: admirado con idolatría por unos, censurado y satirizado por otros, el gran dramaturgo noruego fué un espíritu profundo y elevado, algo confuso, pero en extremo potente. Tarea en extremo difícil es la de describir en pocas palabras la fisonomía intelectual de Ibsen, fisonomía compleja constituída por elementos noruegos y filosóficos que adolecen de cierta vaguedad. Su teatro en nada se parece al que hasta hace poco estábamos acostumbrados á ver; es esencialmente intelectual, humano, altamente inspirado, poético y familiar en sus pormenores. La evolución ordinaria de la intriga está en él reemplazada por la marcha ascendente de una idea, siendo cada una de sus obras un drama de conciencia: una casualidad hace brotar en el espíritu del protagonista la sospecha de una verdad nueva, de la que hasta entonces no tenía noción alguna; poco á poco, esa verdad toma cuerpo, se impone, penetra como un rayo de luz en el alma de aquél haciéndole ver el mundo bajo un nuevo aspecto que, á modo de revelación, surge, y entonces prodúcese el choque trágico entre el ideal nuevo y el mundo viejo, y ofreciéndose éste como una mentira, una ilusión, encuéntrase el héroe en él como ser de otra especie, aislado, perdido en una tierra hostil y extraña, viéndose obligado á comenzar nuevamente la vida, como la Nora de *Casa de muñecas*, ó á matarse, como la Eduvigis de *El ánade silvestre*.

Este lado idealista del teatro de Ibsen, esta investigación implacable de las verdades y bellezas absolutas del alma, coexiste, por un contraste obligado, con un lado realista de observación y de estudio de costumbres; por esto en Ibsen, al propio tiempo que un ideal lleno de angustias, de vertiginosos conflictos, encontramos un mundo familiar, personajes de la vida real, caracteres de segundo término á quienes el ideal del poeta asusta porque les perturba en su ordinaria existencia.

La muerte del ilustre poeta ha sido para su patria un duelo nacional; para las letras universales, una pérdida irreparable. El nombre de Ibsen perdurará al través del tiempo y del espacio, como el de un apóstol de una idea nueva, como el de un reformador del arte dramático universal. —N.

EL EMINENTE POETA Y DRAMATURGO NORUEGO ENRIQUE IBSEN, fallecido en Cristianía el día 23 de mayo último. (De fotografía.)



Berlín. – Inauguración del monumento funerario del compositor R. Nordraak, autor del himno noruego. El célebre dramaturgo noruego Bjornstjerne Bjornson, pronunciando una oración fúnebre en honor de su compatriota en el acto de descubrirse el monumento. (De fotografía de Hutin, Trampus y C.ª)

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XXV — Barcelona 11 de junio de 1906 — Núm. 1.276

FIESTA AUTOMOVILISTA EN EL PARDO EN HONOR DE LA PRINCESA VICTORIA DE BATTENBERG



El automóvil de S. M. el rey D. Alfonso XIII



Los automóviles formados en filas delante del palacio del Pardo (De fotografías.)

ADVERTENCIA

Con el próximo número repartiremos á los señores subscriptores á la BIBLIOTECA UNIVERSAL el segundo tomo de la serie de 1906, que será EN EL CORAZÓN DE ASIA. A TRAVÉS DEL TIBET, por Sven V. Hedin, traducida de la edición sueca por Pelayo Vizuete, ilustrada con profusión de grabados.

SUMARIO

Texto.—*Revista hispano-americana*, por R. Beltrán Rózpide. – *El clown y la muerte*, cuento de R. Nogueras Oller. – *La boda de S. M. el rey D. Alfonso XIII. – Barcelona. Homenaje á la memoria de Anselmo Clavé. III.ª Fiesta de la Música Catalana. – Madrid. Entierro de las víctimas de la explosión de la bomba. – Barcelona. Exposición de Arte Catalán de la «Lliga Regionalista.» – Espectáculos. – Problema de ajedrez.* – *En la paz de los campos*, novela (continuación). – *Los Juegos Florales de Colonia del 6 de mayo de* 1906, por Juan Fastenrath. – *Inauguración del túnel internacional del Simplón.*

Grabados.—*Fiesta automovilista en El Pardo en honor de la princesa Victoria de Battenberg.* – *Contrastes*, copia del cuadro de José Verno, que ilustra el artículo *El clown y la muerte.* – *La boda de S. M. el rey D. Alfonso XIII. Vista interior del templo de San Jerónimo. – Llegada de los príncipes y representantes extranjeros á Madrid. – Revista militar en el campamento de Carabanchel. – Aspecto de la tribuna exterior de la iglesia de San Jerónimo. – Salida de los reyes de San Jerónimo. – Aspecto de la calle Mayor después del atentado – Vista de la tribuna de SS. MM. en la corrida regia. – Entierro de las víctimas de la explosión de la bomba. – Medalla conmemorativa de la boda de SS. MM. – Barcelona. Homenaje á Clavé. – Colocación de una lápida en la casa en donde murió Clavé. – D. Federico Alfonso. – Srta. D.ª Flora Alfonso. – Leonor Deiters Niessen. – Colonia. Juegos Florales de* 1906. – *La reina de la fiesta y la Corte de Amor. – Inauguración del túnel del Simplón. – Víctor Manuel y M. Forrer en la estación de Brigue. – Exposición de Arte Catalán en la «Lliga Regionalista» de Barcelona.*

REVISTA HISPANO-AMERICANA

México: prosperidad económica: reformas y obras públicas. – *Nicaragua:* viaje del presidente: entrevista de El Ocotal. – La fraternidad y la unión Centro-americanas. – *Colombia.* el Banco Central. – *República Argentina:* creciente desarrollo de su comercio exterior: aumento de la población. – *Chile:* otro ministerio: candidatos á la presidencia. – El Dr. Ramírez Fontecha y sus estudios sobre *Orientación de la política ibero-americana.*

El último informe leído ante el Congreso de la Unión por el presidente de la República mexicana confirma un hecho ya sabido, á saber: que la buena administración pública de que viene gozando México años hace contribuye eficazmente á su ventura y progreso.

La era de prosperidad en que ahora vive esa República se debe, en buena parte, á la reforma monetaria que, entre otros resultados felices, ha estimulado poderosamente la inversión de capitales extranjeros en el país. Puede asegurarse que la fijeza del valor de la moneda es ya un hecho, merced al cual se podrán explotar las grandes riquezas del suelo mexicano, que han permanecido estériles por la insuficiencia de los recursos con que contaba la nación.

No obstante la pérdida de una parte de la cosecha del maíz, y muy especialmente de la de trigo, las transacciones de todo género en 1905 han sido más activas y remuneradoras que nunca, como lo demuestran los balances de fin de año de las Instituciones de crédito y de las empresas industriales, mercantiles y mineras. Lo comprueban también los datos que proporciona la recaudación de los impuestos federales y locales.

En varios ramos de la Administración se van implantando ó se preparan las reformas convenientes para el adelanto y engrandecimiento del país. Con acertadas medidas sanitarias se combaten la fiebre amarilla en el litoral del Golfo y otras enfermedades endémicas en la capital de la República, cuyas obras de saneamiento van muy adelantadas.

Aumentan de día en día las vías férreas; prosiguen sin cesar los trabajos en los puertos, en Tampico, en Veracruz, en Coatzacoalcos y Salina Cruz, en Manzanillo, etc.; se celebran contratos para exploración y explotación de zonas mineras; promuévese la colonización en terrenos nacionales, y la agricultura continúa su marcha progresiva, beneficiándose con el aprovechamiento de las aguas para el regadío de terrenos, á la vez que la industria crece también, ayudada poderosamente por esas mismas aguas, bajo la forma de fuerza motriz.

* * *

El general Sr. Santos Zelaya, presidente de Nicaragua, ha recorrido los departamentos septentrionales del interior de la República (Matagalpa, Jinotega, Estelí y Nueva Segovia) para darse cuenta exacta de los progresos realizados en ellos durante los últimos años. Son tierras que por sus condiciones topográficas y climatológicas brindan gran porvenir á la colonización.

Con motivo de ese viaje realizóse un acto que confirmó una vez más las buenas relaciones que existen entre Nicaragua y Honduras. El general Bonilla, presidente de esta última República, envió á la ciudad de El Ocotal (Nueva Segovia) una misión con el especial encargo de saludar, en su nombre y en el de su gobierno, al general Zelaya.

Los comisionados eran el ministro de la Gobernación general Ordóñez y los Sres. D. Augusto C. Coello y D. Jerónimo Reina, quienes, según consigna la prensa de Honduras, fueron objeto de las más exquisitas atenciones y de las más patentes pruebas de cordialidad y simpatía.

Esa entrevista, que vino á desvanecer necios rumores propalados con intenciones aviesas por los enemigos de los pueblos hispano-americanos, llenó de satisfacción á los presidentes Zelaya y Bonilla y vino á ser elocuente corroboración de que la paz y la fraternidad centro-americanas son, hoy por hoy, hechos indiscutibles, para bien del progreso y felicidad de esas naciones.

Al mismo fin de garantir la paz, estrechar relaciones y preparar la unión de las Repúblicas de la América Central tienden centros y sociedades en Costa Rica. Según una correspondencia de San José, suscrita por D. Salvador Mendieta, se trata de fundar en dicha ciudad un Ateneo científico, literario y artístico que sirva de lazo fraternal entre las clases ilustradas de las cinco capitales centro-americanas. Existe ya en la ciudad de Heredia una asociación titulada «Sociedad unionista centro-americana,» cuyos propósitos claramente están indicados por su nombre. También debe haberse inaugurado ya en San José un Club unionista, sobre las bases que acordó el Comité de Diriamba el 14 de julio de 1904.

La idea de unión, dice el Sr. Mendieta, avanza continuamente y avanzará cada día más mientras haya centroamericanos dignos. Si el entusiasmo por la nacionalidad ha empezado á despertar en Costa Rica, ¡cuánto más no ha de suceder así en Guatemala, cuna de tantos unionistas; en El Salvador, abanderado legendario de la causa; en Nicaragua, donde las ideas y sentimientos de Jérez iluminan y encienden á la juventud; en Honduras, especialmente, base y esencia del unionismo!

* * *

Se ha publicado el informe que en 20 de febrero último dió la Comisión nombrada por la Asamblea Nacional de Colombia para examinar la manera cómo el Banco Central cumple las obligaciones que tiene contraídas con el Poder ejecutivo.

Las conclusiones del citado informe son muy satisfactorias. La actual administración se inauguró encontrando exhaustas las cajas del Tesoro, los lazos de la nacionalidad relajados, y sin más recurso financiero que las planchas litográficas de emitir papel moneda; en tan grave y amenazante situación debían concentrarse en el Jefe del Ejecutivo, y en él se concentraron, todas las vivas energías del país para conjurar su disolución y redimirlo—valiéndose de medios dolorosos, es verdad—del desgobierno en que por la insania de los partidos había caído. He ahí el origen de las nuevas rentas ó impuestos, cuya administración se confió al Banco Central, y la imprescindible necesidad de constituir dicho Banco, cuya existencia, si otras razones no militaran, se justificaría no más que con haber asumido el servicio de la Deuda exterior y haber prevenido ruinosas emisiones.

Y si, como es de esperar, la calma perdura, esa institución, prudentemente organizada como el Banco de Francia y el Banco nacional de México, en situaciones no menos difíciles y peligrosas, convertirá el papel moneda en fertilizantes cenizas, en tiempo relativamente corto, con la sola virtud prolífica de la paz y el poder creciente de los elementos fiscales que con sabiduría y tino maneja, lo cual bastará para que coseche las bendiciones nacionales, levante un monumento de inmarcesible gloria al actual jefe del Gobierno y funde la redención moral y económica de Colombia.

* * *

Sigue en aumento el comercio exterior argentino. En 1905 se importó por valor de 18 millones de pesos oro más que en 1904; la exportación alcanzó 58 millones más que en el año anterior.

Mantiénese el creciente predominio de la exportación sobre la importación. La diferencia entre una y otra en 1905 arroja un total de 117.689.000 pesos oro á favor de la primera.

El movimiento general del comercio argentino ascendió á 528 millones (323 la exportación y 205 la importación), cifra bien considerable, y mucho más aún si se tiene en cuenta que la población de esta República no llega á 6.000.000 de almas. Calcúlese lo que corresponde por habitante, compárese con la proporción que hay en las naciones más prósperas y dedúzcase luego el resultado á favor de la Argentina. En efecto, á cada argentino corresponden 88 pesos oro. En la Gran Bretaña, según datos de 1903-4, en el comercio con el extranjero (no con las colonias), cada habitante del Reino Unido participa por 80 pesos; en los Estados Unidos (1904) la proporción es mucho menor, 33; Alemania llega á 54.

Del total comercio argentino algo más de la quinta parte se mantiene con la Gran Bretaña; siguen Alemania y Francia, y en cuarto lugar los Estados Unidos. El comercio de la República Argentina se mueve con capitales europeos; la influencia mercantil yanqui es insignificante.

El mensaje últimamente leído por el vicepresidente en ejercicio de la presidencia señala la prosperidad económica y financiera de la República. Funda el señor Figueroa Alcorta grandes esperanzas en el rápido aumento de la población y considera indispensable atender preferentemente al problema inmigratorio: más que procurar que aumente la inmigración, lo conveniente ahora es depurarla, mejorar las condiciones en que se realiza.

* * *

Otro Ministerio en Chile. Lo preside, como ministro del Interior, D. Manuel Salinas, persona de gran prestigio que ha sido ministro de Estado y plenipotenciario en varios países.

El nuevo gabinete parece que se ocupará poco en política; se limitará á mantener la buena marcha de la administración, y se aspira á que pueda subsistir hasta el día en que tome posesión de la presidencia de la República el sucesor de D. Germán Riesco. Los candidatos que más probabilidad tienen de ser elegidos son D. Pedro Montt ó D. Fernando Lazcano.

* * *

Se ha publicado ahora la conferencia que en el próximo pasado año dió en la Real Academia de Jurisprudencia de Madrid el Dr. Ramírez F. Fontecha, ex rector de la Universidad Central de Honduras y presidente del Consejo Supremo de Instrucción pública y de la Academia de dicha República.

Orientación de la política ibero-americana fué el tema que magistralmente trató el Sr. Ramírez Fontecha, y como es esta una de las personalidades más ilustres de nuestra raza, y ha estudiado y conoce, como muy pocos, la vida española, y la situación actual, los sentimientos, las aspiraciones de los pueblos de Hispano-América, merecen consignarse y ser muy tenidas en cuenta las conclusiones de su conferencia referentes á la mejor política para llegar á la Unión ibero-americana, que ha de fundarse principalmente en la existencia de lazos é intereses morales.

Propone la convocatoria de conferencias ó asambleas de plenipotenciarios para pactar tratados internacionales; la creación de un Centro oficial dependiente de nuestro Ministerio de Estado, con la cooperación del Cuerpo diplomático americano, en el cual se reunan cuantos datos puedan ser de utilidad para el comercio, y se publique un *Boletín* para propagar el conocimiento de todo lo que interese á las naciones americanas y á España; subvenciones directas ó indirectas á la prensa para que ésta, sin perjuicio de sus legítimos intereses, pueda dedicar, semanalmente á lo menos, una edición especial á asuntos de interés recíproco para nuestro país y los hispanoamericanos; elección especial también del personal diplomático y consular de España en América, procurando que no entre en el desempeño de sus funciones sin previa preparación particular; establecimiento de un Museo comercial en España, con sucursales en las principales ciudades de América, á cargo de las Cámaras de Comercio y de los cónsules, en el que se exhiban los productos, así naturales como industriales, de todas las naciones que constituyan la Unión. Una sección de este Museo debe ocuparse en facilitar y proteger el cambio de libros y publicaciones de todo género entre España y los Estados americanos. Finalmente, es necesario reglamentar la emigración española y ponerla bajo la dependencia del Estado, procurando al mismo tiempo establecer acuerdos con los gobiernos de los países americanos á fin de evitar la explotación del emigrante y darle garantías para su porvenir.

R. BELTRÁN RÓZPIDE.

EL CLOWN Y LA MUERTE, cuento de R. Nogueras Oller

INSPIRADO EN EL CUADRO «CONTRASTES,» DE JOSÉ VERNO, DE LA EXPOSICIÓN INTERNACIONAL DE MILÁN (1906)



Cayó en extraña inmovilidad mordiéndose las uñas...

Encendido que fué el cigarro, salí sin objeto ni orientación, quizá sólo por no faltar á la costumbre.

La noche estaba tibia y soñolienta. Una pesadez particular se notaba en el ambiente de las cosas, y los reverberos, en vez de destacarse limpios en el aire, aparecían rodeados de una corona polvorienta.

Todo eso nada tiene de extraño; lo que sí me sorprende es que al pasar por delante de los teatros que hacían drama me alejara rápidamente de ellos, sobrecogido de invencible terror. Realmente aquella noche, por una de esas inexplicables depresiones de alma que á menudo sufrimos, no estaba por ruido de espadas, trágicos fraseos, ni escenas altisonantes.

Tenía el corazón algo oprimido, demasiado impresionable. Subí á una *imperial* y me dejé conducir á los barrios extremos en busca de aire y de alegría.

Sentíase, cada vez más próximo, el loco estrépito de órganos y manubrios, secundados por toda una cohorte de furiosos instrumentos, y pronto me vi batido por verdaderas olas humanas que iban de un lado á otro, atraídas por una abigarrada exposición de carteles.

Desprecié el convite de las compañías de melodrama; no hice caso de los cinematógrafos por temor de que me sirvieran algún *plato fuerte* del Vesubio, Courriers ó California; no me detuve siquiera delante de los barracones de pantomima, porque nunca llegaré á comprender cómo es posible que gozando de la admirable facultad de la palabra haya quien se empeñe en expresarse por signos, y me dirigí resueltamente á una especie de tienda de campaña de grandes proporciones bautizada con el nombre de Circo.

Era, sin duda, el lugar donde hacía más fresco, había más luz y sobre todo donde trabajaba Pirouette y su hermana, hombre él de cierta nombradía dentro su género artístico, que hacía reir mucho y con el cual había contraído cierta relación á fuerza de echarle cigarros.

El local estaba atestado de gente; con todo, no me faltó butaca; la *entrada general* estaba amontonada sobre bancos quejumbrosos guarnecidos con clavos que parecía fuesen remachados por sastres.

El circo es una clase de espectáculo que siempre obtendrá llenos: despierta interés, alegría, permite mucha variedad en los programas y el público amigo de sensaciones asiste confiado, sin miedo á los golpes de efecto de un amante celoso, de un marido burlado ó de un suicida, personajes que andan obligados á realizar todas las calamidades que indica el autor de la obra.

Así yo lo había creído hasta aquella noche; pero ya os he dicho que no encuentro posible explicación sobre lo pesimista é impresionable que me hallaba...

Los grandes arcos voltaicos que iluminaban suspendidos bajo la gran campana del toldo alquitranado del circo, se me ocurría que daban poca luz; llegué á sospechar que se apagaban á cada momento, y los agudos gritos de las amazonas que montaban ardidamente los ligeros y blancos caballos hacíanme estremecer como el anuncio de una próxima desgracia. Mucho se esforzaban los pobres animales en dar las vueltas con toda seguridad, pero yo no estaba satisfecho; con la punta de mis botas escarbaba la arena, diciéndome que aquella noche estaban muy alborotados.

No hay nada peor que el estado de alma á que me refiero; no solamente se me iba la cabeza, sino que ponía todo mi empeño en creer que la orquesta mezclaba perfidiosamente algunas notas crueles, fatídicas, entre el alegre torbellino de sus pasos dobles.

Me pareció que los incontables ojos del público abríanse con la extraña fijeza del que presiente algo doloroso.

Creí, pues, con toda la fantasía de mi alma que aquella noche debía presenciar algo triste, y como el número que entonces hacían era de prestidigitación, me levanté con el propósito de abandonar el circo.

Ignoro si por extraña coordinación de ideas con mi estado, ó bien por el deseo que sentía de distraerme, pero lo cierto es que mientras me dirigía á la puerta me acordé de Pirouette, de aquel clown que tanto me hizo reir en otras ocasiones.

—Y pues, dije al empleado que daba las salidas ¿no trabaja ya Pirouette en el circo?

No le pregunté si estaba enfermo por la razón de que á nadie se le ocurre pueda sufrir un hombre dedicado á la risa.

—¡Cómo!.. ¿No sabe usted lo que pasó la otra noche?..

—¿Qué noche?

—La del viernes...

—No. ¿Se hizo daño quizás?

—Él, no.

Interrumpióse dando una salida á una mano extremadamente gruesa que se abrió sobre mi hombro; tras ella siguió una verdadera avalancha de dedos, y una vez salida la última persona, una mujer que decía á su mocosuelo: *Vas á callarte ó no hay mantecado,* me puso al corriente de cómo la hermana Pirouette habíase caído con tan mala fortuna que no contaban salvarla. Añadió que él, tan hablador y alegre por temperamento, se había vuelto huraño y triste. Hablaba solo y tenía arranques de locura.

Sentí vivos deseos de consolarles.

Salí, pues, del circo por la parte trasera. Estaba

instalado en unos terrenos en venta, á cuyo extremo se levantaba un barracón de mampostería destinado á almacén, despacho del empresario y habitaciones del guardián; á continuación había la cuadra de las bestias del circo, los carros, y detrás de todo eso, en el espacio azul, reía la luna como una gruesa cara de Pierrot mirando de reojo la alta chimenea de una fábrica que le echaba negras bocanadas de humo.

Entré con mucho sigilo por el corredor que conducía á la estancia del clown. Un viejo quinqué muy triste y agonizante pendía del techo, y era tan fuerte el olor á drogas, que me faltaron fuerzas para traspasar los umbrales.

Él estaba inclinado sobre la enferma, que decía dolorosamente:

—¡Ah, no me hubieses seguido!.. ¡Debieras haberme despreciado como los demás de casa!.. Continuarías siendo el buen hombre feliz, cuidando la huerta, con una mujer sana que te amaría y unos hijos más alegres que el sol...

—¡Emilia, Emilia, me dabas tanta pena vagando sola por el mundo!..

—Bien, sí, te has sacrificado por tu hermana; pero una hermana es como otra mujer cualquiera... ¡y vale tan poca cosa una mujer!..

—Pero, hermana mía, sosiégate... El doctor ha prescrito el silencio...

—Es que..., decía ella con voz que apenas se oía, yo quisiera..., yo quisiera que realizases nuestro ensueño..., deja el circo..., el campo...

Y el alma se le escapó tras la última letra. El quinqué tuvo un descenso de luz y creí que la muerte traspasaba la estancia.

Pirouette sacudió á la muerta, llamóla con locura creciente...

Entonces el contraste fué terrible: la orquesta llamaba otra vez al público; empezaba la segunda parte.

El clown mesábase los cabellos, y en su delirio alterábanle el rostro aquellos grotescos visajes que tanto hicieron reir...

Acercóse de nuevo al cadáver, prorrumpió en una risa seca y empezó á brincar por la estancia...

La orquesta seguía chillando; entonces el clown se puso el primer traje que le vino á mano. Era de pierrot; ¿qué le importaba el carácter del vestido?.. Cayó en extraña inmovilidad, sentado en la silla, mordiéndose los dedos...

Después dió un salto, echándose á correr como una fiera.

Entró en la sala de espectáculos gritando y gesticulando... El público aplaudió frenéticamente. Le echaban de menos y consiguió la ovación más ruidosa de su vida.

Pirouette corría locamente... Dió tres ó cuatro vueltas seguidas, furiosas, y encaramándose como un gato por una de las columnas, poco le costó ganar el elevado trapecio del cual había caído su hermana.

Y desde allí, de muy cerca de los arcos voltaicos, después de gritar *Viva la alegría*, dió un salto mortal que fué verdaderamente mortal.

NOGUERAS OLLER.

LA BODA DE S. M. EL REY D. ALFONSO XIII

Un hecho criminal repugnante, vandálico, turbó desde los primeros momentos las fiestas organizadas en Madrid con motivo de la boda de S. M. el rey D. Alfonso XIII; la sangre de muchas víctimas corrió por la calle y salpicó el traje de novia de la hermosa princesa que acababa de unirse en indisoluble lazo con el joven monarca. Un milagro de la Providencia salvó la vida á los reyes, y el pueblo en masa tributó á éstos una ovación delirante, en la que con los aplausos y aclamaciones se mezclaban gritos de piedad para los muertos y maldiciones para el asesino. Éste ha dado ya cuenta á Dios de su crimen incalificable, pues por su propia mano se dió la muerte al ser detenido dos días después de cometido aquél.



LA BODA DE S. M. EL REY D. ALFONSO XIII. – VISTA INTERIOR DEL TEMPLO DE SAN JERÓNIMO EN EL MOMENTO DE CELEBRARSE LA CEREMONIA NUPCIAL. (De fotografía.)

A la protesta unánime de España, del mundo entero, une la suya LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, que se asocia también de todo corazón á las felicitaciones que de todo el mundo han recibido los regios desposados por haber salido ilesos del atentado inicuo.

No disponemos de espacio suficiente para describir las fiestas de las bodas reales; no hace falta tampoco dar cuenta minuciosa de ellas, porque la prensa diaria las ha descrito con todos sus pormenores. Preferimos, pues, dar mayor amplitud á la información gráfica que á la escrita y reducir ésta á sencillas notas que puedan servir de recuerdo cronológico del fausto suceso del casamiento de nuestro monarca.

La caravana automovilista que se efectuó el día 28 de mayo último y en la que tomaron parte unos doscientos automóviles salió del paseo de la Castellana, dirigiéndose al Pardo, en donde, después de ser revistados por el rey, que figuraba en la comitiva, así como otros individuos de la familia real, desfilaron por delante del palacio, en uno de cuyos balcones estaba la princesa Victoria.

El día 29 llegaron á Madrid los príncipes de Gales, el archiduque heredero de Austria, los duques de Génova, el gran duque Wladimiro de Rusia, el príncipe heredero de Portugal y el general Delstein, representante de la República Francesa, acompañados de brillantes séquitos, que fueron recibidos por las infantas D.ª Isabel, D.ª Eulalia y D.ª María Teresa y los infantes D. Carlos y D. Fernando. Por la tarde, los príncipes recién llegados y los que ya se hallaban en Madrid, como el de Prusia, el de Bélgica, el de Suecia, el de Grecia, el de Mónaco y otros, fueron solemnemente recibidos en Palacio.

En la tarde del día 30 firmáronse en el Pardo las capitulaciones matrimoniales, asistiendo á ese acto la familia real, la madre y los hermanos de la princesa, los príncipes y representantes extranjeros, los grandes de España y otros personajes del mundo oficial.

Desde las primeras horas de la mañana del día 31, las calles por donde debía pasar la regia comitiva fueron invadidas por una multitud enorme. Todos los balcones se hallaban engalanados y en las calles lucían elegantes adornos. A las seis y media salió el rey de Palacio dirigiéndose al Pardo; de allí regresó poco después, acompañado de las princesas Victoria y Beatriz, á las que dejó en el ministerio de Marina, en donde había de vestirse la novia.

A las nueve comenzó á organizarse la comitiva en el palacio real; abrían la marcha palafreneros, timbaleros, clarines, maceros, caballos á la mano, personal del real picadero y reyes de armas; seguían carrozas y coches que conducían al personal palatino y á los príncipes y embajadores extraordinarios, y detrás el coche de la corona, en que iban S. M. el rey D. Alfonso XIII, el infante D. Carlos de Borbón y el príncipe heredero.

Poco antes de las once púsose en marcha la comitiva de la princesa, en la que figuraban la princesa Beatriz, S. M. la reina D.ª María Cristina, los príncipes de Battenberg y de Ehrbach y varios personajes de la alta servidumbre palatina.

El interior de la iglesia de San Jerónimo, en donde se efectuó la boda, ofrecía un aspecto de magnificencia indescriptible. Bendijo la unión el cardenal Sancha, y terminado el acto, díjose la misa de velaciones.

El espectáculo que presentaba la regia comitiva á la salida del templo excedía á toda ponderación. En todo el trayecto los regios desposados recibieron delirantes ovaciones del público inmenso que llenaba las calles de la carrera. Al llegar á la calle Mayor y frente á la casa número 88 ocurrió el criminal atentado de que hablamos al principio; los reyes bajaron de la carroza y en uno de los coches de respeto se dirigieron al palacio real.

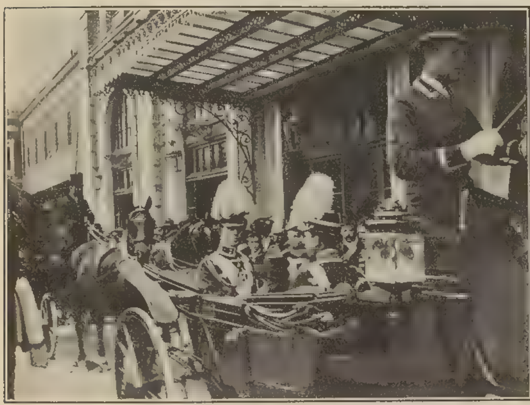
En la imposibilidad de ocuparnos de fiestas tan importantes como la recepción en Palacio, la corrida regia y la función de gala en el Teatro Real, á lo que de ellas han dicho todos los diarios nos referimos; y si esto no es suficiente, supla la imaginación de nuestros lectores la descripción que de ellas podríamos hacer, en la seguridad de que por muy alto que dejen volar la fantasía, difícilmente sobrepujarán la realidad de la esplendidez de todas y cada una de ellas, que han sido indudablemente las más fastuosas de mucho tiempo á esta parte celebradas en la corte española.—X.



Los príncipes de Gales



Los duques de Génova



S. A. R. D. Luis Felipe, duque de Braganza, príncipe heredero de Portugal



S. A. I. el archiduque Francisco Fernando, heredero de la corona de Austria Hungría



S. A. I. el gran duque Wladimiro, representante del Tsar de Rusia



El general Dalstein, representante de la República Francesa

LLEGADA DE LOS PRÍNCIPES Y REPRESENTANTES EXTRANJEROS Á MADRID

(De fotografías)



Barcelona. – Homenaje á Clavé. – Las sociedades corales reunidas delante del monumento de Clavé

BARCELONA

HOMENAJE Á LA MEMORIA DE ANSELMO CLAVÉ

III.ª FIESTA DE LA MÚSICA CATALANA

Dos actos, á cual más solemne y simpático, se celebraron en esta capital en los días 3 y 4 de este mes: el homenaje á la memoria de Clavé y á la III.ª Fiesta de la Música catalana.

La Asociación Euterpense de los Coros de Clavé, deseando tributar un homenaje á su fundador, acordó colocar una lápida conmemorativa en la casa en don de falleció el ilustre cuanto popular músico poeta. A ese acuerdo se adhirieron otras muchas sociedades artísticas y políticas, el Ayuntamiento de Barcelona y la Diputación provincial, y como consecuencia del mismo, reuniéronse en el Palacio de Bellas Artes todas esas entidades con sus estandartes y, precedidas del pendón de la ciudad, se dirigieron en manifestación numerosa á la calle de Xuclá, en cuya casa número 15 debía efectuarse la ceremonia. Debajo de la lápida, que estaba cubierta con una gasa negra, situáronse las corporaciones oficiales, y desde un balcón del primer piso de la citada casa el secretario de la Asociación Euterpense leyó el acuerdo y expresó su agradecimiento á cuantos se habían asociado al acto. En seguida, el teniente de alcalde señor Bastardas descorrió el velo que cubría la lápida y pronunció un sentido discurso demostrando la alta significación de la solemnidad que se estaba celebrando.

La lápida, que es de carácter artístico, ostenta, escrita en catalán, la siguiente inscripción: «José Anselmo Clavé, popular músico-poeta, murió en esta casa el día 24 de febrero de 1874.»

Desde allí encaminóse la comitiva á la Rambla de Cataluña, en donde está situado el monumento del inmortal compositor, en torno del cual se colocaron los estandartes de las sociedades formando un grupo en extremo pintoresco. Un gentío inmenso llenaba aquel trozo de la amplia vía. Los coros, bajo la batuta del director del Fomento Martinense, entonaron el himno *Homenaje á Clavé,* escrito expresamente para aquel acto por el maestro Ribera, y bajo la dirección del maestro Sadurní el bellísimo coro *La Gratitud* de Clavé, que fueron aplaudidos con entusiasmo.

Colocación de una lápida conmemorativa en la casa en donde murió Clavé. (De fotografías de A. Merletti.)

Después de repartirse medallas alusivas á cuantas entidades habían tomado parte en la manifestación, disolvióse ésta, en la que figuraba, al final, un carro alegórico con el busto de Clavé y varios niños que simbolizaban las más populares composiciones del gran músico y poeta catalán.



Barcelona. – III.ª Fiesta de la Música catalana. – D. Federico Alfonso, premiado con la flor natural. Srta. D.ª Flora Alfonso, reina de la fiesta. (De fotografías de Napoleón.)

Bello y grandioso era el aspecto que en la mañana del día 4 ofrecía el teatro de Novedades, con motivo de celebrarse en él la III.ª Fiesta de la Música catalana, iniciada por el Orfeó Catalá. La sala, enteramente llena, estaba adornada con colgaduras y guirnaldas de follaje y de flores; en el escenario, alzábase entre grupos de plantas el trono que debía ocupar la reina de la fiesta.

A los acordes de la banda municipal, entraron los orfeonistas, luciendo las señoritas trajes claros y mantillas blancas; los representantes del Jurado, la junta directiva del Orfeó y comisiones del Ayuntamiento, de la Diputación, del Ateneo Barcelonés de la «Lliga Regionalista,» de la Asociación Musical de Barcelona, etc.

Después del discurso del presidente del Jurado D. Antonio Nicolau, y de la memoria del maestro D. Luis Millet sobre las composiciones premiadas, el secretario del Orfeó leyó el veredicto.

Obtuvo la flor natural el joven compositor D. Federico Alfonso, quien nombró reina de la fiesta á su bellísima hermana D.ª Flora, que pasó á ocupar el trono entre los aplausos ensordecedores de la concurrencia. La obra premiada se titula *A les estrelles;* es un coro mixto, letra de Jacinto Verdaguer, sumamente inspirado y hermosamente compuesto.

Otros premios fueron otorgados á los Sres. Areso, Llongueras, Serra y Boldú, Bosch, Casademont, Gibert, Cumellas y Romeu y á la Srta. D.ª Eulalia Lambert. Las composiciones premiadas fueron ejecutadas admirablemente por los coros del Orfeó; la sardana del Sr. Casademont por la copla barcelonesa que dirige el maestro Sureda, y algunas canciones populares por la Srta. Ros y los Sres. Parés y Pujol.

Tan simpática fiesta terminó con un elocuente discurso de gracias del presidente del Orfeó Catalá D. Joaquín Cabot.—R.



Tribuna regia. S. M. la reina Victoria descendiendo de la tribuna. – Desfile de la infantería. – Desfile de la artillería. – Desfile de la caballería

LA BODA DE S. M. EL REY D. ALFONSO XIII

Revista militar efectuada en el campamento de Carabanchel en la mañana del 4 de los corrientes. (De fotografías.)



Aspecto de la tribuna exterior de la iglesia de San Jerónimo poco antes de la llegada de S. M. el rey D. Alfonso XIII



SS. MM. el rey Alfonso XIII y la reina Victoria saliendo de San Jerónimo después de la ceremonia religiosa



Aspecto de la calle Mayor poco después del atentado.—El balcón señalado con una + es el balcón desde el cual fué arrojada la bomba



La corrida regia.—Vista de la tribuna en donde estaban SS. MM. acompañadas de los individuos de la familia real y de algunos príncipes extranjeros

MADRID

ENTIERRO DE LAS VÍCTIMAS DE LA EXPLOSIÓN DE LA BOMBA

El entierro de los oficiales y soldados del regimiento de Wad Ras y del soldado de la Escolta Real, que murieron á consecuencia de la explosión de la bomba en la calle Mayor, fué una imponente manifestación de duelo á la que se asoció todo el pueblo de Madrid en masa.

A las seis y media de la tarde del día 1.° partió de la clínica militar del Buen Suceso la fúnebre comitiva, en la que figuraban los infantes D. Carlos y D. Fernando, el príncipe Alejandro de Battenberg, el de Baviera, los príncipes Alfonso y Raniero, el gobierno en pleno, los representantes y enviados extraordinarios extranjeros que se hallaban en Madrid para asistir á la boda regia, el cuerpo diplomático, diputados, senadores, autoridades, comisiones de centros oficiales y de todos los cuerpos del ejército y de la armada.

En sendas lujosas carrozas fueron colocados los cadáveres del capitán Sr. Rasilla, de los tenientes Sres. Prendergast y Reiler, de los soldados de Wad Ras Lorenzo Guerrero, Gregorio Sánchez, Isaac Romanilla y Alberto Gracia y del individuo de la escolta real José Márquez; todos fueron sacados de la clínica á hombros de jefes y oficiales. Detrás de los féretros iban varios oficiales portadores de coronas.

La comitiva se dirigió por la calle de la Princesa á la de Leganitos, Puerta del Sol y calle de Alcalá hasta la Cibeles. Allí se separó el coche que conducía los restos del teniente Prendergast, que fueron enterrados en la sacramental de San Justo; los demás cadáveres fueron conducidos al cementerio del Este, en donde recibieron cristiana sepultura.

¡Descansen en paz esas víctimas de un inicuo atentado que murieron en el cumplimiento de su deber!

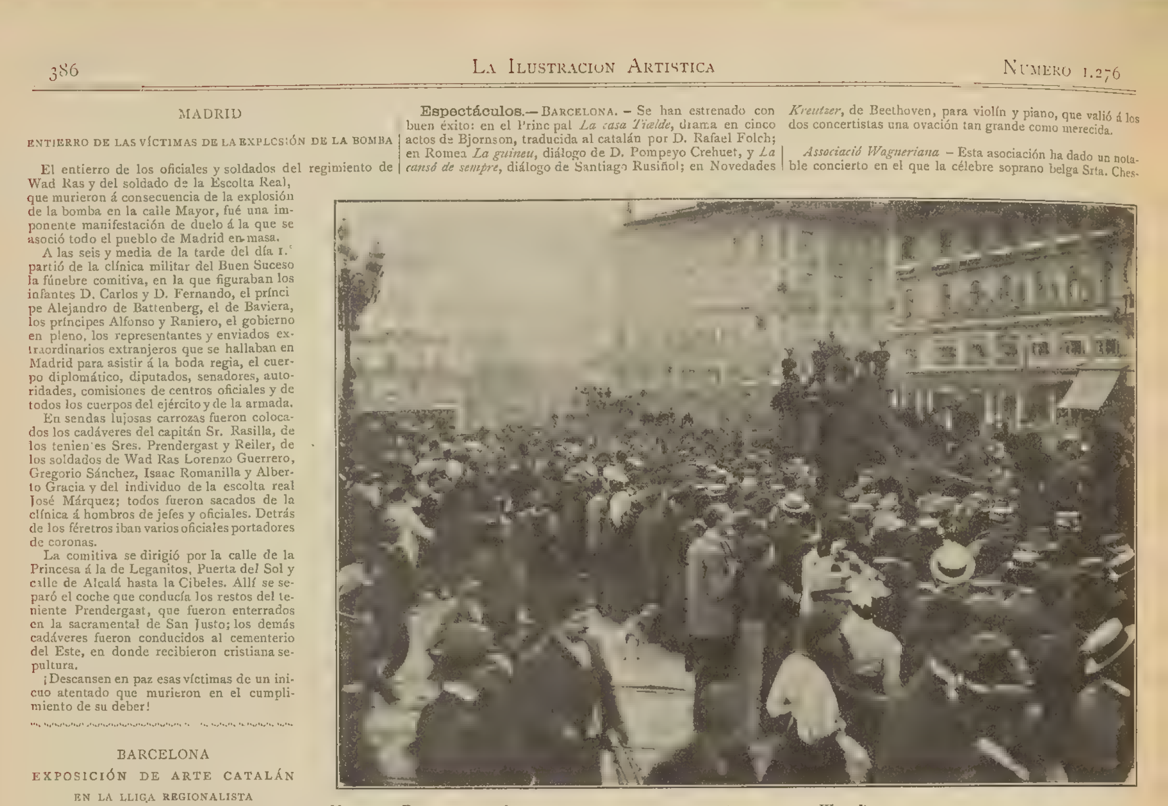
BARCELONA

EXPOSICIÓN DE ARTE CATALÁN EN LA LLIGA REGIONALISTA

(Véase el grabado de la página 392)

Con motivo de las fiestas del homenaje de la Solidaridad catalana, de las que nos ocupamos en el número 1.274, la *Lliga Regionalista* improvisó, por decirlo así, una exposición bajo todos conceptos notable é interesantísima. A pesar del poco tiempo de que para ello dispusieron sus organizadores, los diputados forasteros á quienes se dedicaba el homenaje pudieron ver instaladas en los amplios salones de aquella entidad una manifestación hermosa y completa del alto nivel que han alcanzado en nuestros días el arte y el libro catalanes. En la exposición se admiraban cuadros y dibujos de Casas (R.), Padilla, Casas de Valls, Llimona, Masriera (L.), Junyent, Tamburini, Mas y Fondevila, Llaverías, Pahissa, Ainaud, Vilumara, Moragas y Alarma, Urgellés, Labarta, Mestres (A.), Urgell (M.), Matilla, Triadó, Mestres (F.), Ribera, Canals, Vaireda, Baixeras, Sardá, Vancells, Masriera (J.), Gili y Roig, Viver, Mir, Feliu de Lemus, Xiró, Riu, Riquer, Rusiñol, Gosé, Utrillo, Galvey, Ros y Güell, Roig y Soler, Graner, Cusí, Buxareu, Nonell y otros; esculturas de Blay, Clarassó, Arnau, Parera, Pradell, Carrera, Fuxá, Oslé, Atché y Montserrat; caricaturas de Cornet, Junceda, *Apa*, *Amyc*, *Picarol*, Bagaría, Grau, Canals y Casas; y objetos de arte de joyería de las casas Masriera y Cabot, muebles artísticos de Homard, etc. En la sección del libro había ejemplares de todos los periódicos que se han publicado en catalán, obras de todos nuestros literatos, libros raros, ediciones lujosas, magníficas encuadernaciones de Miralles, Ruiz y de *L'Avenç*, etc.

La exposición ha sido con justicia muy celebrada y por su realización merecen entusiastas plácemes la *Lliga Regionalista* y en particular los Sres. Utrillo (M.), Riquer y Segarra, encargados de la organización de la sección de bellas artes el primero y de la del libro los dos últimos.



MADRID. – ENTIERRO DE LOS OFICIALES Y SOLDADOS DEL REGIMIENTO DE WAD RAS Y DEL INDIVIDUO DE LA ESCOLTA REAL VÍCTIMAS DE LA EXPLOSIÓN DE LA BOMBA ARROJADA EN LA CALLE MAYOR AL PASO DE LOS REYES EL DÍA 31 DE MAYO ÚLTIMO. (De fotografía.)

Espectáculos.— BARCELONA. – Se han estrenado con buen éxito: en el Principal *La casa Tiælde*, drama en cinco actos de Bjornson, traducida al catalán por D. Rafael Folch; en Romea *La guineu*, diálogo de D. Pompeyo Crehuet, y *La cansó de sempre*, diálogo de Santiago Rusiñol; en Novedades en donde actúa la compañía del teatro Lara de Madrid, de la que forman parte, entre otros, los actores Sres. Rubio, Palanca y Calle y las actrices Sras. Valverde, Domus, Rodríguez, Ruiz y Alba, *Bodas de plata*, comedia en dos actos del Sr. Linares Rivas; *Los malhechores del bien*, comedia en dos actos de don Jacinto Benavente, y *Amor á obscuras*, comedia en un acto de los Sres. Quintero; y en el Eldorado, en donde trabaja una compañía á cuyo frente están D. Enrique Borrás y D.ª Rosario Pino, *La retreta*, drama en cinco actos de Francisco Adam Beyerlein, traducida del alemán por los Sres. Brouta y Jiménez de Quirós; *Buena gente*, comedia en 3 actos de Santiago Rusiñol, traducida del catalán por D. G. Martínez Sierra, y *El Místico*, drama en tres actos, también de Santiego Rusiñol, traducido por D. Joaquín Dicenta.

En el Principal ha dado dos conciertos el célebre violinista Sr. Crickboom, quien, acompañado al piano por su esposa, tocó magistralmente la *Romanza en sol*, de Beethoven; un *Preludio*, de Bach; *Berceuse*, de Brahms; *Concierto* y *Romanza*, de Wieniawsky; *Aires bohemios*, de Sarasate; *Adagio*, de Corelli; *Humoreska*, de Dvorak; *Berceuse*, de Cui; *Andante y polonesa*, de Vieuxtemps; *Adagio*, de Tartani; *Andante y rondó*, de Saint-Saens, y un *Minué*, de Mozart. En unión de su discípula la Srta. Ina Littel, ejecutó el *Concierto*, de Bach; con su discípulo el Sr. Pereiló una *Sonata*, de Haendel, y los tres juntos un *Concierto*, de Vivaldi; la primera de estas tres piezas la acompañó una orquesta dirigida por el maestro Sr. Granados; las dos últimas fueron acompañadas al piano por la señora Crickboom; todas fueron admirablemente interpretadas y aplaudidas con entusiasmo. Finalmente los Sres. Crickboom y Granados interpretaron de un modo perfecto la hermosa *Sonata á Kreutzer*, de Beethoven, para violín y piano, que valió á los dos concertistas una ovación tan grande como merecida.

Associació Wagneriana. – Esta asociación ha dado un notable concierto en el que la célebre soprano belga Srta. Chesselet cantó de una manera admirable varias canciones de Chaminade, Massenet, Grieg y Carmen Karr; el aria de Antígona de la ópera *Edipo en Colonna*, de Sacchini; el sueño de Elsa de la ópera de Wágner *Lohengrin*; y el aria de Brunilda de la ópera *Sigurd*, de Reyer. La Srta. Darné, que acompañó al piano las anteriores obras, tocó con gran expresión y ejecución irreprochable *Jeux d'eau*, de Reval, y la *Sonata en mi menor*, de Beethoven. Así la Srta. Chesselet como la Srta. Darné obtuvieron grandes aplausos.



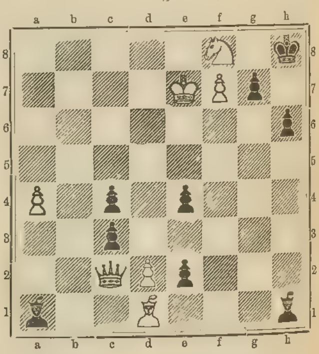


MEDALLA CONMEMORATIVA DE LA BODA DE S. M. EL REY D. ALFONSO XIII Y DE LA PRINCESA VICTORIA EUGENIA DE BATTENBERG. Modelada por Aniceto Marinas, acuñada por Alfredo Alvarez y C.ª, de Bilbao

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 427, POR V. MARÍN.

NEGRAS (9 PIEZAS)



BLANCAS (7 PIEZAS)

Las blancas juegan y dan mate en cuatro jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 426, POR V. MARÍN.

Blancas.	Negras.
1. Cc3–e4	1. g6–g5
2. Cd5–c7	2. R juega.
3. Ce7 mate.	

VARIANTE

1...... Rd4–e5; 2. Ce4–g5, etc.

EN LA PAZ DE LOS CAMPOS

NOVELA ORIGINAL DE MAURICIO MONTEGUT.—ILUSTRACIONES DE SIMONT

(CONTINUACIÓN)

¡Qué lindos niños, tan dignos el uno del otro! Aquella gracia en su amanecer y aquella naciente fuerza se unían armónicamente. ¡Qué hermosa pareja para representar la más alta categoría social en alguna alegoría!

Esto era lo que pensaba la buena señora.

Los dos héroes estaban ya hablando con toda cortesía y habían olvidado su encuentro y las injurias cambiadas por sus ojos.

En este momento, en efecto, se aproximó el coche por debajo de los árboles, describió un semicírculo regular y se paró delante de la escalinata. Entonces la de Reteuil se atrevió á proponer lo que en el día anterior hubiera considerado como un sueño imposible:

—Miss Arabela, ¿quiere usted venir al bosque conmigo?.., y tú, Jacobo, ¿quieres acompañarnos?

Y, para complemento de su alegría, ya grande, los dos jóvenes aceptaron sin hacerse de rogar.

El coche echó á andar por la alameda, llevándose, al trotecillo cochinero de sus caballejos, á la de Reteuil y á Bella en la banqueta del fondo y, en la de delante, á Jacobo de Valroy, que se dignaba sonreir. Los dos enemigos estaban reconciliados.

Entonces aquella niña extraordinaria desplegó de repente los inagotables recursos de su coquetería en todas sus actitudes, en sus menores gestos y en sus menores palabras. Se complació en levantar de cascos á aquel muchacho de quince años y en conquistar aquel corazón nuevo. Le tenía bajo su mirada y no le soltaba; y aquella mirada, alternativamente aguda, incisiva, vaga, tan pronto tierna como seria, pero siempre llena de cosas, alucinaba é hipnotizaba á aquel pobre vizconde, pálido y suspirante ante aquellas diversas influencias que le molestaban, á pesar de lo cual no hubiera cedido su puesto por un imperio.

Sentía á veces extrañas cortedades, cuya causa era, sin duda, su verdadero origen; el medio, la educación y la instrucción no le habían curado absolutamente.

Aquel día su enemiga del anterior, convertida en una hora en su más querida amiga, jugó con él, le revolvió el alma, le escamoteó la voluntad y le hizo su esclavo.

Permanecía ante ella entontecido y estúpido, sin atreverse á decir nada; mientras ella, apoyada en los almohadones del coche, contaba con su voz cantante excéntricas historias que acaso le habían sucedido. Jacobo, milagrosamente humilde, se juzgaba muy inferior á la que había visto la extensión de los mares bajo el sol y las estrellas y había recorrido tres continentes entre el estrépito de los trenes, siempre escoltada por algún peligro, á través de lo desconocido.

El vizconde volvió de aquel paseo pálido, preocupado y subyugado. A pesar de sus razonamientos, no conseguía dominarse. No tenía más que un fin y una esperanza: el paseo del día siguiente, que miss Bella, en su generosidad y grandeza de alma, había prometido honrar con su presencia.

Se volvió á Valroy con el corazón hecho pedazos. La pequeña Carmesy había logrado un buen desquite. La joven comenzaba por él la conquista del país; el genial marqués, su noble padre, tenía razón contando con ella como con su más poderosa aliada.



Ella guiaba, y lo hacía tan bien como él

Cuando Berta supo que Jacobo era el caballero de miss Arabela, sin hacer más averiguaciones consagró á Arabela todo su corazón.

III

Jacobo dijo un día á miss Arabela:

—Oiga usted; la carretela no está mal... Pero yo tengo mi *charrette*... donde no hay sitio más que para dos, usted y yo... ¿No estaríamos mejor en ella?

La joven respondió sin ambages:

—Incontestablemente.

Aquel día la señora de Reteuil se vió abandonada y lo mismo ocurrió en los siguientes.

Los dos muchachos estaban libres; ella, lanzada en la vida, sin vigilancia, á la americana ó á la australiana; él, ya bastante mozuelo para no tener que pedir permisos. ¿A quién, por otra parte? Su madre estaba demente y moribunda hacía quince años. Su padre, ausente sin cesar, pues no pasaba tres días al mes en el castillo.

Su hijo, grande, no le atraía tanto como cuando era niño. Había habido ya entre ellos ciertos rozamientos ligeros y sin consecuencias, pero cuya vibración se prolongaba en vagos ecos.

Jacobo, dueño absoluto de sus acciones, hacía la vida á su gusto.

—¿Eh? Esto vale más que los jamelgos de la abuela, decía el muchacho, mientras mis Bella, mordiéndose los labios y frunciendo las cejas, contenía con las dos manos á una robusta jaca para la cual la *charrette* y los dos niños pesaban como una pluma.

Porque era Bella la que guiaba; Jacobo, desposeído, la dejaba hacer sin la menor resistencia. Con gran asombro suyo, hacía tiempo que había renunciado á defender sus privilegios contra aquella invasión.

Ella guiaba, y lo hacía tan bien como él; se había acostumbrado en otro tiempo en los alrededores de Melbourne, como no hubiera sido en los de Chicago.

La velocidad la embriagaba. Bajo las arboledas, en el obscuro silencio de los bosques, aflojaba las riendas y excitaba al caballo con un chasquido de los labios; y en la gran velocidad se fijaba en su boca una sonrisa.

Jacobo, ocioso á su lado, estaba tentado de cruzarse de brazos como un lacayo bien enseñado y jugaba con el bastón para ocupar las manos.

A veces, una ráfaga de viento echaba hacia él la cabellera de la muchacha y le anegaba la cara en una oleada de oro pálido. Era aquello muy dulce y él no se apresuraba á apartar aquel velo viviente y tibio; pero ella, irritada y nerviosa, le decía:

—¿Cuándo va usted á acabar de lavarse la cara con mis cabellos? Eso es *improper*, querido.

Tenía pudores feroces y quería ser tratada como un muchacho y como un compañero; un instante después envolvía á su víctima con tal radiación magnética de las pupilas, desplegaba en su actitud tales recursos de coquetería y de arte encantador, que hacía olvidar su edad y pensar en los lazos fabulosos tendidos por las magas para realizar metamorfosis.

Era compleja, doble, triple y más aún.

Según los días, las horas, el sol, la lluvia ó los sueños de la noche precedente, estaba triste ó alegre, y era buena ó mala, casta ó desvergonzada, y con ella no había término medio; era lo uno ó lo otro, y se hubiera perdido el tiempo queriéndola exorcizar cuando la dominaba su demonio. Ella lo confesaba al día siguiente, cuando había cambiado el viento.

—Ayer estuve insoportable.

Jacobo vacilaba en los primeros tiempos.

—Nada de eso; estaba usted nerviosa.

Pero ella se enfadaba.

—Es usted un embustero y un cobarde; se debe decir la verdad á todo el mundo; estuve insoportable.

Y se reía sin pesar y sin remordimientos. Ella no iba á buscar á nadie y había que tomarla como era ó dejarla.

Con el tiempo, Jacobo se acostumbró y respondía con franqueza:

—¡Oh, sí! Completamente insoportable.

La muchacha le llamaba Djeck, y él lo encontraba delicioso; en cambio él la llamaba, en vez de Bella, Bellísima, y ella lo encontraba tonto.

Los campesinos se admiraban á su paso, extrañados, á pesar de su rudeza, de tanta intimidad entre un joven y una señorita.

Sin embargo, cuando llegaban á la quinta Grivoize se les recibía con palmas. Esta quinta y sus dependencias eran importantes; suelo robado cuando los acontecimientos de 1793.

Los Grivoize de la primera República tenían ya los dientes largos, ambición y sagacidad. Se habían adjudicado en el reparto, contra asignados de bienes nacionales, los confiscados á una familia guillotinada.

Desde entonces venían prosperando de padres á hijos. Los Grivoize actuales continuaban agrandándose sordamente, hectárea por hectárea.

Eran dos hermanos y su cuñado, Piscop, el más hábil acaso y el más duro, á pesar de ser el más joven y el que había llegado el último.

Cuando los herederos de Carmesy y de Valroy entraban en coche en la quinta, todos corrían solícitos á su alrededor.

«La mejor leche y la mejor manteca para D. Jacobo... La mejor crema y el pan más blanco para la señorita Bella.»

Ellos daban las gracias desdeñosamente, como personas acostumbradas al homenaje, y se paseaban por el patio, las cuadras y el establo, envueltos por la admiración salvaje y envidiosa de cinco chicos y tres chicas, Piscop ó Grivoize, que se metían los dedos en la nariz olfateando, y de obsequiosas criadas, que descubrían para ellos negras encías en horribles sonrisas.

Los tres hombres y los criados seguían en sus tareas después de excusarse. Pero de vez en cuando echaban de reojo una mirada á los nobles forasteros y esa mirada carecía de ternura.

La casa Grivoize y Piscop era un rincón temible, una amenaza en el corazón del país; aquellas honradas personas llenas de religión, de buen sentido y de moderación, soñaban por la noche que se comían la tierra y que el espacio les pertenecía. Eran capaces de todo por aumentar su haber. Piscop, particularmente, tenía un alma de bandido.

Djeck y Bellísima salían de allí arrojando una moneda de plata, pronto escamoteada por la más vieja de los Grivoize. No hay provechos pequeños.

Y mientras la *charrette* inglesa rodaba á lo lejos entre el polvo de los caminos, los dos hermanos y Piscop, dejando las herramientas, los seguían con los ojos y murmuraban vagas amenazas ó, quién sabe, feroces maldiciones.

Una vez dijo Piscop:

—Trotad, reíd, decid ternezas... Eso durará lo que dure...

Movió la cabeza y siguió diciendo:

—El señor conde hace locuras en París... Todo se sabe.

Los demás aprobaron en silencio, inclinados, encorvados, partidos en dos sobre su tarea.

Jacobo conoció al marqués Godofredo, pero no sin trabajo, pues este último se hizo de rogar mucho tiempo antes de aceptar esa presentación; y como el joven, por su parte, fiel á sus antiguos prejuicios para todo lo que no fuera miss Bella en persona, no ponía en ello más que un empeño relativo, el suceso se hizo esperar.

Pero la marquesa, instigada por la de Reteuil, intervino y preparó las cosas; no había medio de retroceder y se arregló una entrevista en la que se encontraron las dos partes.

El anciano noble no se dignó cambiar de postura; pero, sin embargo, acogió al recién llegado con una inclinación amistosa de cabeza. Este, herido en su amor propio, estuvo parco en cumplimientos; lo que hizo que Carmesy le cobrara de repente estimación y rompiera á hablar.

—Sr. de Valroy, dijo con voz seca y metálica, celebro mucho ver á usted. Pertenece usted á una antigua familia del país; yo á una familia antiquísima. Nosotros ya no existíamos cuando ustedes empezaban. Es el destino de las razas; ustedes subían y nosotros bajábamos. He vuelto á esta comarca porque todo me atrae á ella, el recuerdo, la tradición, las ruinas..., esas piedras esparcidas, que fueron una orgullosa ciudadela donde mis abuelos, encaramados como águilas, desafiaban el odio de sus vecinos y la invasión del extranjero. Sr. de Valroy, lo que hace la fuerza de un pueblo es la religión del recuerdo; la patria no es más que la tierra de las tumbas donde duermen los antepasados y el que las guarda bien es bien guardado... Es usted demasiado joven todavía para comprender estas gravedades morales, pero ya vendrá su día. Puesto que place á usted, sin tener en cuenta las injusticias de la fortuna, contarse en el número de nuestros amigos, sea bienvenido entre nosotros.

Después de esta peroración, Godofredo de Carmesy ofreció la mano al joven, el cual, animado á su vez, la estrechó con perfecta cortesía.

Bueno es decir que el marqués estaba desde por la mañana pescando en el río y que durante esta escena tenía la caña en la mano y la vista en las aguas.

Se quedaron en silencio porque un pez andaba alrededor del anzuelo, y el marqués, con los dientes apretados, concentraba en él toda su atención. De repente levantó la caña, y en el extremo del hilo, como un relámpago de plata, se retorció convulsivamente en el aire un pececillo y fué metido en la red.

Después de esta hazaña, el hijo de los héroes respiró anchamente.

Como el sol traspasaba las ramas y hacía ya calor en aquella mañana de verano, Carmesy se quitó el ancho sombrero de paja y se enjugó la frente con el pañuelo. Aquella frente estaba desnuda; no tenía ni un cabello. Con el sombrero puesto, Godofredo representaba cincuenta años; con la cabeza desnuda parecía tener sesenta; hay detalles de nada que lo son todo.

Jacobo le contempló; nunca le había visto tan de cerca. ¿Qué edad tenía realmente? Problema difícil de resolver. Sus facciones cansadas y caídas, sus hinchadas ojeras, las tres grandes arrugas entre las cejas, acusaban más bien una vida de disipación, de inquietud y de aventuras que el peso de los años; el cutis, curtido y quemado por la acción de todos los climas, tenía durezas de bronce claro; en aquella cara morena y envilecida, pero enérgica todavía, los ojos, muy pálidos, relucían casi crueles y alarmantes; un bigote rojizo, sin una cana, ocultaba una boca de delgados labios y subrayaba una nariz en forma de pico.

El cuerpo se conservaba delgado y esbelto, á pesar de sus ropas destrozadas, y tenía cierta elegancia y nobleza de líneas; sus manos, sucias por el contacto viscoso de los peces moribundos, eran finas; y se adivinaba que sus pies, calzados con zuecos de campesino, eran pequeños y de raza, como decía el mismo marqués.

Extraño hombre en verdad, que debía haber corrido aventuras de todas clases; para quien la palabra escrúpulo ó prejuicio debía sonar sin evocar un sentido; aventurero que había viajado por todo el mundo; bandido acaso y estafador sin duda; arruinado y decaído como su raza; enigmático, sospechoso, equívoco y, sin embargo, seduciendo á veces al modo de las fieras, encantador y simpático por su gracia altanera y por el atractivo del misterio. Un tipo.

De todo lo que decía se exhalaba un perfume de honradez; no hubiera cedido en honor á D. Diego ni en caballerosidad á Bayardo. Nadie rindió homenaje á la virtud como él en sus palabras; en cuanto á sus actos, esta era cuenta suya.

Era evidente que con tal exterior y tal modo de hablar había debido engañar sin gran trabajo á las almas sencillas.

Tal como era, no desagradó al vizconde, menos acostumbrado al mundo que la mayor parte de los muchachos de su edad educados en las ciudades. Su experiencia era nula y sus juicios no eran más que caprichos. Una persona le gustaba ó no le gustaba, sin más razón; y además no era acaso muy inteligente, es posible que á causa de su origen, y de aquí una cortedad inconsciente, pero real.

El marqués, pues, tuvo la dicha de ser aceptado desde el principio. Su fácil victoria no le extrañó, pues contaba con ella como cuestión de amor propio. Todos sus enemigos, al aproximarse á él, se convertían en amigos; eso sí, ellos sabían lo que tal amistad les costaba.

La sesión se prolongó bajo los sauces y fué un curso detallado y minucioso sobre las diversas maneras de pescar en un río. Jacobo le escuchaba religiosamente, aunque esta lección le hubiera hecho bostezar viniendo de otro cualquier personaje; pero en la boca del marqués todas las palabras tenían valor.

A pesar de toda esta ciencia, aquella mañana la pesca fué mala; hacía demasiado calor, el aire era tempestuoso, y los peces, nerviosos, saltaban y no mordían. El noble, cansado, recogió sus bártulos y renunció á su distracción.

Se volvieron juntos hacia la villa rústica de los Carmesy y tuvieron que pasar por la parte Oeste de la ruina; el heredero de los cruzados se exaltó de repente:

—Usted, que es hijo de esta tierra, ¿conoce usted lo que queda de nuestro antiguo castillo?

Jacobo respondió sin ambages:

—Muy poco; sin embargo, cuando era niño cazaba lagartos en las grietas de los muros.

—Esos muros, interrumpió Carmesy, son los últimos testigos de una gran historia... Vea usted, allí estaba la poterna, de la que salían por la noche, para las sorpresas, los grupos silenciosos de nuestros hombres de armas; esas piedras desunidas eran el baluarte con dos pisos de defensas provistas de parapetos. Allí había un puente de madera por el que se llegaba al puente levadizo de la segunda poterna y después al patio de honor, entre la torre principal y la capilla. Vea usted más lejos; ese cuadrilátero, todavía vagamente dibujado entre los musgos y las hierbas, era el de las grandes lizas, y más lejos, la gran torre, con su triple fila de troneras, sus barbacanas y sus almenas. Después la torre del vigía con la sala de guardias. El conjunto pasaba de tres mil toesas y podía alojar cuatrocientos habitantes, señores, escuderos, soldados y lacayos, con sus mujeres y sus proles. En las cuadras había sitio para cien caballos, cómodamente, y los ganados pastaban en libertad la hierba de los fosos en las buenas estaciones. En la más alta torrecilla flotaba el estandarte rojo, el *carmesí* de los árabes, protección ó amenaza, manifestación de fuerza, símbolo y recuerdo... A su caída, el feudalismo que representaba, sobrevivió mal, para extinguirse muy pronto...

El anciano marqués pronunció melancólicamente estas tristes palabras; dejó caer los brazos, que parecían envolver y abrazar aquella tierra, y volvió á caminar con la cabeza baja.

Djeck y Bellísima se miraban por detrás de él y se sonreían, con un completo olvido de los guerreros muertos, de los castillos derrumbados y de los tiempos desaparecidos.

Al llegar á la casa, Jacobo quiso despedirse, pero Carmesy le cogió de un brazo.

—Entre usted, beberemos un grog para abrirnos el apetito.

El joven no dijo que no; aquella atmósfera le gustaba; saludó á la marquesa Adelaida y fué acogido cordialmente con un franco apretón de manos. La extraña característica de aquella mujer, joven todavía y todavía guapa, era prestarse á las peores farsas inventadas ó exigidas por su ingenioso esposo y participar de los provechos, sin prescindir de su aspecto leal y de su alma honrada.

Miraba á la gente cara á cara con claras é intrépidas pupilas, detrás de las cuales el más suspicaz inquisidor no hubiera jamás pensado en descubrir vergonzosos misterios ni feos secretos.

Y sin embargo, aquella mujer no era inconsciente; era particular, particular en todo.

Desde su infancia tenía la idea, inculcada por unos padres maniáticos de nobleza y rabiosos de miseria, de que ciertos nombres y ciertas familias gozaban de todas las inmunidades.

Según ella, lo que era criminal para un Benoit ó un Morin, no tenía importancia en un O'Brien ó en un Carmesy. Lo que éstos hacían no era robar, sino rectificar la suerte.

Las personas bien nacidas, también según ella, tenían derecho á decirlo y á hacerlo todo... y se puede añadir: á cogerlo todo. Era la última consecuencia de la antigua fórmula: «El rey está en todas partes en su casa.» Como sus abuelos habían sido reyes, ella se guía estando en su casa.

Entre tanto, el marqués estaba arreglando en un rincón sus cañas, su red y sus diversos botes; después sacó un frasco del bolsillo y le dejó en la mesa medio vacío. Viendo la mirada interrogadora del joven, dijo alegremente:

—Es whisky, vizconde; excelente para combatir las nieblas, al lado del agua, al amanecer...

El marqués canturriaba de buen humor, á pesar de su mala pesca; por el momento tenía á la vista un pez más gordo y le veía dar vueltas alrededor del anzuelo.

—Para cambiar, dijo, vamos á tomar una copita de aguardiente..., del viejo, del fuerte. En un poco de agua fresca es muy tónico.

Jacobo aceptó. Libre desde los doce años, no temía entrar en una taberna cuando tenía sed en el camino, y ciertos días de condescendencia, brindar con los guardas del bosque ó con algún campesino acomodado.

El marqués acercó una silla y cogió otra, mientras la bíblica Adelaida iba á buscar el agua fresca anunciada y Bella, sentada encima de la mesa, movía las piernas en todos sentidos con gran vivacidad.

Hubo un silencio que parecía sueño, pero la marquesa reapareció trayendo en sus blancas manos una pesada botella de cristal.

La puso delante de los hombres y fué á recostarse en una de las grandes butacas de mimbre, abanicándose con el pañuelo.

Eran cerca de las doce. Fuera, las hojas se retorcían bajo un ardiente sol; sobre todos los seres pesaba un mudo sopor; era la canícula en su gloria excesiva.

Por esto, sin duda, el marqués se bebió tres copas seguidas castañeteando cada vez la lengua con satisfacción.

Jacobo no le siguió en sus reincidencias, pero tuvo que defenderse y que refutar el argumento pérfido, con frecuencia empleado, de que «las cosas buenas no hacen nunca daño.»

El joven salió de allí un poco aturdido y con el ánimo incierto; satisfecho por un lado y descontento por otro; y mientras detrás de él Adelaida, repentinamente activa, instalaba el almuerzo, es decir, tres tazas de te, un plato de jamón, pan, manteca y las seis botellas de alcohol, el rico castellano recorría el camino buscando la sombra de la línea de árboles y sonreía ó fruncía las cejas al recordar los actos y las palabras de aquella mañana.

Ciertamente, la intensa pasión que creía alimentar en el fondo del alma por su amada Arabela le hacía complacerse en la sociedad de los Carmesy, hacia los cuales le atraía además un sentimiento de curiosidad; pero tenía que confesarse que, por primera vez en su vida y entre aquella gente, no era ya el principal personaje objeto de respeto y admiración.

Se había convertido en persona secundaria y satélite; era verdad que su astro se llamaba Arabela; pero ello era que Jacobo no se lanzaba ya, libre y orgulloso, en una carrera independiente, á su sola fantasía.

El marqués le aplastaba también con la antigüedad de sus antepasados, perdidos en la noche de los tiempos.

No lo decía, pero se adivinaba al oirle, qué poco pesaban los Valroy ante su alta nobleza. No parecía considerarlos mucho más que á los Piscop, á los Grivoize y á los mismos Garnache; Reteuil le merecía el mismo juicio.

Aquel antiguo feudal extraviado en los siglos nuevos, miraba con desprecio á toda aquella gente.

Jacobo se sentía como disminuído, pero se consolaba pensando en la potencia del único agente moderno que gobierna el mundo; el oro y la fortuna, de la que él estaba colmado.

Los Carmesy podían decir lo que quisieran; la nobleza sin dinero es un soldado sin armas; y el joven, para apaciguar el escozor de los arañazos hechos á su amor propio, recapitulaba sus castillos, sus quintas, sus tierras y sus bosques.

Tranquilo entonces, levantaba la cabeza y su movible pensamiento gozaba con la aventura; soñaba con el día en que ofrecería todos aquellos bienes y aquellas riquezas á la última heredera de dos razas decaídas, junto con un nombre, aunque fuera menos sonoro. Esto sucedería dentro de unos cuantos años, pero sucedería de seguro, y tal perspectiva le embriagaba.

Iba cantando por el camino, pero una idea repentina cortó de repente su alegría. ¿Y si los Carmesy rechazaban su petición y no querían un Valroy descendiente del amigo de Law y de Ponchartrain?.. ¿Y si, encastillados en su orgullo, oponían á sus deseos una negativa desdeñosa?

Jacobo se sintió angustiado, pero se encogió de hombros y murmuró:

—No hay más que el dinero. Bella debe ser rica, porque si no sería desgraciada, y sus padres lo saben bien.

Así tranquilizado una vez más, cortó por el bosque, subió un escarpado sendero y se encontró detrás del castillo, en el que penetró por una puerta que daba entrada á los jardines.

Poco tiempo después su padre tuvo noticia de aquellas nuevas relaciones, cuya intimidad aumentaba todos los días.

—Tú también te pasas al enemigo, le dijo; ya sé que te acompañas con la gente roja.

Jacobo hizo un gesto nervioso. A cualquiera otro que á su padre le hubiera respondido de un modo brutal; con él se contuvo, pero no pudo menos de replicar con una frase, justa en principio:

—Papá, conócelos antes de juzgarlos.

Juan de Valroy movió la cabeza: «No, no quería conocer ni juzgar y le importaba poco aquel juego de niños.»

Aquel día Jacobo quiso menos á su padre.

Juan, por otra parte, cambiaba también y de todas maneras; si ese cambio no lo notaban las personas que le rodeaban, era porque su mujer, la doliente Antonieta, seguía indiferente, y su hijo, el egoísta vizconde, no se ocupaba más que de sí mismo. Pero el hecho no dejaba de ser cierto.

Graves preocupaciones alteraban aquella cara en otro tiempo tranquila, y una perpetua inquietud ahondaba una profunda arruga entre las dos cejas del conde. Su boca tenía una expresión amarga y desanimada y sus cuarenta años parecían cincuenta.

Estaba Juan demasiado acostumbrado á la hostilidad reinante en su casa, y vivía en ella demasiado poco para que se pudieran buscar por ahí las causas de aquel nuevo estado de decadencia y de angustia que parecía acentuarse de año en año, de mes en mes y de día en día. Había, pues, otra cosa. ¿Cuál?

El vizconde Jacobo se engañaba acaso cuando se creía poderosamente rico. Hacía algún tiempo que Valroy estaba amenazado. Nadie lo había sospechado al principio en la comarca; pero en París, entre los hombres de negocios, era cosa corriente.

El conde Juan llevaba años viviendo como un loco lúcido, gastando cuatro veces sus rentas y pidiendo á la Bolsa, al círculo ó á las carreras el medio de rehacerse, pero se hundía más cada vez y siempre soñaba con la gran combinación que debía arreglarlo todo de una vez y poner á flote su barca.

¡Ah! Eso sí, una vez reconstituída su fortuna, volvería prontamente á plantar sus repollos, á ocuparse un poco de su hijo, que parecía tomar malos vientos, y hasta á soportar á la pobre Antonieta, por la cual, á lo lejos y á medida que se sentía más culpable, se iba volviendo menos severo.

En sus horas de fiebre y en medio de la agitación de París, pensaba con enternecimiento en Valroy, en los bosques augustos llenos de silencio, en el inmenso descubrimiento de los prados después de los campos y de los campos después de los prados, por los que pasaba la caricia murmuradora de las brisas que levanta la tarde.

¡Ah! ¡Cómo hablaba á su corazón aquel rincón de tierra del que conocía todos los árboles y todas las piedras...

Toda su vida estaba allí..., el resto era mentira, disipación y demencia.

Pero después, de un empujón, echaba por tierra el fardo demasiado pesado de sus pesares, que parecían remordimientos, y volvía á lanzarse en las diversiones y en los negocios.

Arrastrado por su engranaje, no sabía cómo salir de aquella situación, y además era preciso recobrar su dinero á toda costa, mala gimnasia que conduce á la voltereta.

Había tenido aventuras. La triste condesa no se engañaba por completo cuando le suponía presidiendo orgías con una rubia á la derecha y una morena á la izquierda. Sin incurrir tanto en la «decadencia latina,» ello era que cultivaba diversas relaciones mujeriles en distintas clases sociales, y que, por una mala suerte, que ciertamente no ocurre á nadie más que á él, ni una sola de ellas fué desinteresada.

Juan fué despojado por muy lindas manos y recogió ciertos provechos y pequeñas ventajas; pero siempre, cuando la ilusión se había pasado, encontró la cuenta exagerada.

El conde no decía nada y su reputación de hombre galante seguía siendo legendaria, lo que hacía que, apenas acabada una aventura, era solicitado por otra.

¡Pobre conde!.. Provinciano recién llegado, sin haber estado en París más que con largos intervalos y cortas temporadas, al principio fué cándido; después, bueno es decirlo en su elogio, era realmente de naturaleza generosa, no sabía rehusar un servicio y tenía el billete de Banco fácil.

Súpose aquello rápidamente, y Juan fué muy buscado para aprovechar su candor y su prodigalidad. Cuando la vida le instruyó, siguió siendo débil y vanidoso, que son dos brechas abiertas á la explotación.

Todos los días se acusaba á sí mismo y se juraba reformar su vida y separarse de los falsos amigos; pero siempre volvía á sus errores, buscaba á sus compañeros habituales, abría las manos y vaciaba los bolsillos.

Un rico americano de los que cuentan los millones por miles, hubiera acaso resistido este género de *sport*, pero Juan de Valroy no era más que una vez millonario, contando con sus bienes raíces, y se vió pronto reducido á toda suerte de combinaciones.

Empezó entonces una defensa desesperada, que pronto se convirtió en derrota, y de especulación en especulación, Valroy precipitó su ruina.

Al cabo de diez años, sin que se supiera en su provincia y menos aún en el castillo, el dominio hereditario estaba hipotecado y comprometido de todos modos. El desgraciado conde, que seguía la lucha por fuerza para que no se viniera todo abajo, no conoció ya una noche de sueño ni un instante de reposo.

Orgulloso en la derrota, no confiaba á nadie su secreto y lo llevaba consigo, haciéndolo así más punzante. ¿A quién se le había de confiar? Desde el punto de vista de esposo y padre de familia, estaba solo en el mundo.

Durante dos años más, tapando un agujero y destapando otro, y gracias á los mil recursos de una mente en el último extremo, sostuvo tal cual las apariencias y fué salvando la situación.

Sin embargo, poco á poco fueron llegando rumores á los alrededores del castillo. Los Piscop y los Grivoize apercibían el oído y abrían la nariz, oliendo la ocasión y la ganga.

No se sabía aún nada preciso y sólo había insinuaciones demasiado repetidas para que no tuvieran algún fundamento.

El conde había paseado varias veces por sus campos y sus arboledas á personas sospechosas que no se parecían á sus antiguos amigos y que miraban, apreciaban, parecían investigar, tomaban notas y á veces disputaban entre sí duramente.

Era indudable que el conde los sufría por necesidad. En fin, los Grivoize tenían el mismo notario que el conde, y los pasantes, uno de ellos de doce años, no eran bastante discretos ni acaso incorruptibles.

En una palabra; se empezó á decir entre los bien enterados que «las cosas iban mal del lado del castillo.»

Curiosamente, y sabiendo bien lo que hacían, ciertos campesinos de repleta bolsa esperaban pacientemente disponiendo las mandíbulas.

Pero los que sabían se guardaban bien de advertir á los demás, lo que permitió á Juan sobrevivir á su fortuna y sostener mucho tiempo su lujo en la provincia. Pero tenía que llegar un día en que todo faltase, y entonces...

Ciertamente, la condesa Antonieta tenía bienes personales y un dote que estaba todavía intacto; pero todo eso hubiera sido un puñado de tierra para llenar una fosa, y además, ¿consentiría la condesa? Y su marido, ¿tendría valor para confesárselo todo y pedirle socorro?

Lo había pensado algunas veces y siempre había rechazado esa solución - la única práctica, sin embargo—con cólera y repugnancia. ¡Jamás! ¡Jamás!

Preveía la escena y las humillaciones... ¡No!

Pero cuando se encontraba á su lado, en una atmósfera de silencio y de éter y en su eterna penumbra, pensaba tristemente que allí estaba acaso la salvación..., allí, delante de él, en aquella mujer que llevaba su nombre y que le había amado... Y bien, no; la esperanza más lejana y más loca era más próxima y más razonable que aquella.

A todo esto, á pesar de su decadencia consumada, Valroy se negaba todavía á aceptar á Carmesy.

Había conocido en París muchos de esos nobles desbancados, sin oficio y llenos de industria, y le parecía demasiado encontrarlos en su provincia y en su casa.

A Jacobo le contrarió esa actitud, y más aún porque el conde, ya fuera en un momento de descanso, ya por desanimación, no se movía en aquella época del castillo.

Llegábanle, sin embargo, cartas que le hacían palidecer, y entonces se iba solo por los bosques hablando en voz alta y haciendo gestos.

En una de estas escapatorias, se encontró á su hijo con miss Bella, y á pesar de sus prevenciones, la gracia y la armonía de aquella pareja le conmovió y no pudo menos de sonreir, él, que sonreía tan penosamente.

Los muchachos venían á su encuentro, preocupados los dos por el efecto que iban á producir; ella, la niña seductora, sin admitir la posibilidad de una acogida que no fuese entusiasta; y él, el joven acostumbrado á disponer á su alrededor la lluvia y el buen tiempo y á imponer la ley, temiendo en aquel encuentro al único personaje cuya voluntad pudiese todavía vencer á la suya.

Jacobo hizo la presentación sin aparente embarazo, pero un poco pálido. El conde saludó gravemente y hasta con tristeza á aquella heroína de trece años que le miraba con ojos maliciosos, pues al clavar la mirada en la suya entrevió abismos y previó claramente las nuevas calamidades que aquella descendiente de las ruinas antiguas iba á sembrar en la comarca.

Tuvo el instinto profético de que era aquella adorable y fantástica niña la que, con sus manos de mujer apenas formadas, acabaría el desastre de Valroy y amenazaría Reteuil para llevárselo después.

Dominado por estos pensamientos y prescindiendo de insignificantes historias, Juan se mostró benévolo con la hija de los rojos; y ella redobló sus lindas monadas, prodigó sus efluvios y envolvió en su encanto á aquel hombre casi joven todavía, gran aficionado á mujeres y que, poco á poco, sin darse cuenta de ello, sufrió su seducción.

Una vez más la hechicera había ganado su causa.

(Se continuará.)

LOS JUEGOS FLORALES DE COLONIA

DEL 6 DE MAYO DE 1906

Muchos, muchísimos españoles apasionados de estos tres ideales eternos que se llaman «Patria, Fides, Amor,» exclaman con entusiasmo: «¡Vivan los Juegos Florales, que hacen latir el corazón, que dieron fama á Mosén Jacinto Verdaguer y sacaron de la obscuridad á José María Gabriel y Galán y lanzaron á la celebridad á Miguel Costa y Llobera, el insigne mantenedor de los Juegos Florales efectuados en Barcelona el día 6 de mayo de este año!»

Y muchos, muchísimos bardos alemanes, austriacos, suizos y germano-americanos premiados en los Juegos Florales de Colonia, exclaman asimismo: «¡Vivan los Juegos Florales de la metrópoli del Rhin, que nos hicieron sentir los goces inefables del triunfo ante un público tan numeroso como distinguido!»

Cada poeta que comprende que la poesía, sobre todo en nuestros tiempos, necesita de estímulos, ha de desear vida larga é intensa á los Juegos Florales.

Los de Colonia acaban de celebrarse por octava vez el 6 de los corrientes, estando todos conformes en decir: Nunca resultaron más brillantes, pues la Reina de la Fiesta, Leonor Deiters de Niessen, nacida por bondad del cielo en tierra rhiniana y educada en la patria de Heine en casa de artistas, pulsa la lira como Carmen Sylva y la infanta doña Paz, y parecían sueño encarnado en la ideal belleza, halagando á nuestros ojos y nuestro corazón las veintiocho señoritas que rodeaban el Trono de la Hermosura, llevando en sí un mundo que admirar.

Barcelona y Colonia han fraternizado una vez más en sus poéticas fiestas primaverales, siendo aquélla la maestra y padrina y ésta la agradecida discípula. El alcalde accidental de la ciudad condal Sr. Giner de los Ríos honró á Colonia y al presidente del Consistorio con un amantísimo telegrama que fué contestado en seguida desde las orillas del Rhin.

Remitieron poéticos saludos, bellos como suyos, desde Barcelona, los notables escritores Sebastián Gomila, Ramón Masifern y José M.ª Sucre; desde Caracas, el esclarecido vate Julio Calcaño; desde el Alcázar de Madrid, el admirado poeta conde de Andino; desde Cádiz, el eminente literato Juan Luis Estelrich y el joven trovador Eduardo de Vry; desde Provenza, distinguidos felibres, y desde Roma, simpáticos líricos italianos. La mayor satisfacción para los asistentes á la fiesta rhiniano catalana era la presencia de un dignísimo sacerdote español, el profesor salmantino doctor Gonzalo Sanz, como delegado de la infanta doña Paz. Esta se había dignado enviarnos una hermosa poesía enalteciendo á sus dos patrias.



LEONOR DEITERS DE NIESSEN, reina de la fiesta de los Juegos Florales celebrados en Colonia en el presente año (De fotografía.)

El que escribe estas líneas se hizo lenguas de la generosidad de los que con sus premios contribuyeron á fomentar la poesía: el rey de España, la reina de Rumanía, la princesa imperial Cecilia, la Reina de la Fiesta, la ciudad de Colonia, la baronesa Juncker de Ober-Conrant, la baronesa de Cotzhausen, el barón de Schorlemer, las poetisas Teresa Keiter y Sofía Fuchs-Stoermose, el poeta Ernesto Henrici, á quien se deben los Juegos Florales de Baltimore (América), y el vicecónsul de España en Mannheim (Baden) Mauricio Nauen.

Si valiosos y artísticos eran los premios, cuya mayor parte había salido del taller del Sr. José Klufisch, uno de los más famosos plateros de Colonia, meritísimas eran también las composiciones premiadas, habiéndose adjudicado todos los premios, excepto el concedido para una poesía referente al gran ducado de Baden, aquella tierra bendita, la de las vides, de las selvas y de los castillos, que hizo las delicias de nuestro llorado mantenedor Ernesto Scherenberg.

Con las leves hojas de la ansiada flor natural no se revistió la lira de un poeta, sino que una joven poetisa, la señorita vienesa Elsa Becker, había de guardarla cual guirnalda de sus sienes.

Los premios extraordinarios concedidos para poesías amatorias correspondieron á Teresa Keiter, residente en Ratisbona; á Alberta Putkamer, que busca sosiego y calma en los bosques de Baden-Baden; á María Stona, que vive en un castillo de la Silesia austriaca, á la sajona Pabla Key y al actor del teatro de Colonia Jorge Kiesau. La viola fué concedida á la señora María Krause, y el premio de doña Paz lo obtuvo por su leyenda la condesa Sofía de Waldburgo, que está enferma en su solitario castillo de Syrgenstein (Baviera) y cuya musa sonríe dulcemente.

Merece panegíricos la Reina de la Fiesta por las melodiosas estrofas de su arenga. Al terminar la recitación fué objeto la reina Leonor de una prolongada ovación por parte del auditorio.

No faltaron premios para novelas, narraciones humorísticas, baladas rhinianas, baladas coloñesas, odas á la música, canciones populares y composiciones festivas en dialecto coloñés. De estas últimas dió lectura el Sr. Julio Metz, mientras que las poesías amatorias las leyeron la joven Doris Ohliger y el joven Jorge Kiesau, leyendo las baladas el ilustre cantante Carlos Mayer y el popular Juan Eschelbach. —JUAN FASTENRATH.



COLONIA. — JUEGOS FLORALES DE 1906. — LA REINA DE LA FIESTA Y LA CORTE DE AMOR. (De fotografía.)

INAUGURACIÓN DEL TÚNEL INTERNACIONAL DEL SIMPLÓN

El día 19 de mayo último efectuóse la inauguración oficial del túnel del Simplón, esa obra grandiosa, de 20 kilómetros de longitud, que acorta notablemente la distancia entre Francia é Italia.

La noche antes, los miembros del Consejo federal suizo habían llegado á Brigue para recibir al rey de Italia, el cual, acompañado del ministro de Italia en Berna, de los oficiales superiores suizos agregados á su persona y de los altos funcionarios de la administración de los ferrocarriles, que habían ido á encontrarle en la estación italiana de Domodossola, llegó allí á las once y media. El tren real se componía de siete vagones arrastrados por dos potentes locomotoras adornadas con banderas suizas é italianas.



INAUGURACIÓN DEL TÚNEL INTERNACIONAL DEL SIMPLÓN. – Entrada del túnel en la estación suiza de Brigue. La otra boca que se ve á la derecha es la de desviación de los manantiales de agua caliente. (De fotografía de Hutin, Trampus y C.ª)

El rey Víctor Manuel de Italia y el presidente de la República Suiza M. Forrer en la estación de Brigue. (De fotografía de «Photo-Nouvelles.»)

Al apearse Víctor Manuel, la artillería disparó una salva de cañonazos y la música del batallón 89.º suizo tocó el himno italiano. El presidente de la Confederación Suiza M. Forrer saludó al rey, y después de las presentaciones de rúbrica, revistaron juntos la compañía que había hecho los honores al soberano de Italia. Este recibió á los delegados de las colonias italianas de Ginebra, Zurich y Lugano, y luego asistió al almuerzo oficial dispuesto en su honor. La mesa, para 65 cubiertos, estaba magníficamente adornada con flores de los Alpes; en el centro, sentóse Víctor Manuel, que tenía á su derecha á M. Muller, jefe del departamento militar, y á su izquierda á M. Zemp, jefe del departamento de los ferrocarriles; enfrente de él tomó asiento M. Forrer, á cuyos lados estaban el Sr. Sonnino, presidente del Consejo de ministros de Italia, y el señor Carmine, ministro de Obras Públicas.

Al final del banquete, el presidente de la Confederación brindó en alemán, felicitándose de poder saludar al monarca italiano en territorio suizo, felicitándose también de la terminación del túnel, manifestando su esperanza de que esa nueva vía de comunicación contribuirá á aumentar las relaciones materiales y á estrechar la amistad de ambas naciones, y haciendo votos por la salud de la familia real y por la prosperidad de Italia.

Víctor Manuel contestó en italiano agradeciendo el recibimiento que se le había hecho y los votos expresados por el presidente, felicitándose de poder en tan solemne circunstancia manifestar las simpatías que el laborioso pueblo suizo le inspira. Terminó su brindis saludando á los que concibieron la imperecedera obra del túnel y á los que la han ejecutado, y brindando por la salud del presidente de la Confederación, por los miembros del Consejo federal y por la prosperidad del pueblo suizo.

Por la tarde, el rey de Italia regresó á Domodossola, en donde ofreció un banquete al presidente de la Confederación. A las siete, los personajes suizos se dirigieron á Berna y poco después Víctor Manuel partió para Roma. – S.



Barcelona. – Exposición de Arte Catalán organizada en la «Lliga Regionalista» con motivo de las fiestas de la Solidaridad Catalana
(De fotografía de A. Merletti.)

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XXV — Barcelona 18 de junio de 1906 — Núm. 1.277

Exposición General de Bellas Artes. (Madrid. 1906.)



Mis amigos, cuadro de José M.ª López Mezquita, premiado con primera medalla



La Juma, la Rifa y sus amigas, cuadro de Eugenio Hermoso, premiado con segunda medalla

ADVERTENCIA

Con el presente número repartimos á los señores subscriptores á la BIBLIOTECA UNIVERSAL el segundo tomo de la serie de 1906, que es EN EL CORAZÓN DE ASIA. A TRAVÉS DEL TIBET, por Sven V. Hedin, traducida de la edición sueca por Pelayo Vizuete, ilustrada con profusión de grabados.



LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Esta quincena, la crónica tiene plétora de material y no caben en sus límites ni largas descripciones, ni las reflexiones que, por otra parte, cualquiera puede hacer sin gran esfuerzo, acerca del suceso horripilante que, aun siendo menos de lo que pudo ser—y no fué poco—dió fin moralmente á las fiestas.

Porque no puede negarse que éstas acabaron, como quien dice, en punta. Desde que la alegre mojiganga de flores, luces y colgaduras fué interrumpida por breve escena trágica, quedó la apariencia de los festejos, no suprimidos en atención á determinadas consideraciones, pero ya envueltos en crespón de tristezas y temores, de augurios fatídicos y encogimientos del ánimo, como un hermoso día que de repente encapotan nubes y enfrían turbiones de lluvia.

En dos números tan apetecidos como la corrida regia y la función de gala en el teatro Real, podían observarse síntomas de desanimación y desmayo: de los toros se retiraron temprano, después de una ojeada al espectáculo y al vistoso desfile, muchas mantillas blancas; en el teatro Real había claros numerosos en las butacas, vacíos en el paraíso. La gente tenía miedo, un miedo cerval. En los toros, en el famoso tendido 9, todo de mantillas y damas, corrió un estremecimiento al divisar, encima del tejado del palco regio, el bulto de un hombre agazapado, destacándose sobre el cielo azul. Algunas se levantaron; otras, aterradas, gritaron á los guardias la noticia. Y los guardias se rieron; porque era uno de ellos, ó siquiera un policía, el que desde lo más encumbrado de la plaza atalayaba por la seguridad de los reyes y de la concurrencia.

Precauciones por todas partes; recelos, desconfianzas, alarmismo; el retraimiento hasta de lo más agradable, y el vago terror desazonándolo todo, no son salsa á propósito para unas fiestas. Bastantes personas de las que tenían encargado que les adornasen sus coches, han retirado el encargo—según me dicen los artistas valencianos que debían engalanarlos—y han preferido pagar y no asistir á la batalla. Sin duda por asociación de ideas, las flores asustan ahora especialmente. La lluvia vino á retrasar este número dos días, y en consecuencia, á deslucirlo, pero ya lo había deslucido de antemano el frío pavor, la desazón misteriosa, la mano escribiendo en la pared sentencias y amenazas horribles.

Y yo creo que ahora es cuando, por algún tiempo, no se debe temer. Atentados como el de la calle Mayor no son frecuentes. ¡No faltaba más! ¿Tan graves sucesos históricos á diario? Sería lo nunca visto. Siempre tendrá carácter excepcional el que salga del montón anónimo un individuo tan resuelto á sembrar la muerte y jugarse la vida con seguridad de perderla, y de perderla sin lograr siquiera el feroz intento, por que el caso frecuente en este género de atentados es que queden ilesas las altas personas contra quienes se dirige el golpe, y perezcan otras muchas señaladas por el caprichoso azar. Así ocurrió en el famosísimo atentado de Orsini contra Napoleón III, y así en el de Morral contra los regios novios.

* * *

En tiempo de Orsini—el cual pertenecía á la raza de los grandes criminales políticos, y tenía la constancia y la energía de un Marco Bruto—los anarquistas se llamaban *anárquicos*, y estos *anárquicos* eran patriotas. Un móvil patriótico guió la mano de Orsini, que creía con sus bombas infernales asegurar la libertad é independencia de Italia. En la actual evolución del anarquismo, se ignora qué resultado persiguen los que esparcen en el aire destrucción y exterminio. Si desaparece un jefe del Estado, monarca ó presidente de República, otro ocupa su puesto, y la institución, lejos de sufrir quebranto, gana simpatías y adhesiones. Recuérdense, para probarlo, los casos de Carnot, Mac Kinley, el penúltimo rey de Italia, el tsar *libertador*, etc. Ignoro qué fin persiguen los lanzadores de bombas, y se me figura que ó no hay lógica ni razón en el mundo, ó este género de atentados, á pesar de alarmantes apariencias, irá en diminución, rebajándose la fiebre que á ellos impulsa. Si es cierto que la sociedad está mal organizada, no es así como se reorganizará.

* * *

Se ha acusado de negligencia á las autoridades y á la policía. Estas censuras ya se elevaron, y con mejor fundamento, cuando la mano de Angiolillo cortó la vida gloriosa de Cánovas. Aquel fué un caso de ceguera policíaca, mucho mayor que la de ahora, porque en Santa Agueda la vigilancia era facilísima y en Madrid, el 31 de mayo, la dificultaba la enorme afluencia de forasteros. Donde empieza á señalarse el descuido y el embotamiento del olfato, es después de cometido el crimen. Morral no tenía cómplices en Madrid, y si los tenía, no podían albergarle y esconderle, como se ha visto. A un hombre sin refugio, precisado á buscar un encubridor de ocasión, y á quien este encubridor de ocasión tampoco puede ni disfrazar ni ocultar en escondrijo seguro, sino que se ve obligado á pasearle por sitios públicos, corriendo por tranvías, merenderos y ventorros, no se concibe cómo no le echaron la zarpa veinte veces, antes de que emprendiese su odisea hacia Torrejón de Ardoz, y la sagacidad de la ventera de los Jaraices y la codicia del guarda jurado venteasen en él al anarquista. Yo nombraría jefa de la policía de Madrid á esa ventera, única que ha demostrado poseer el don peculiar de que habla Macé, el *flair* policíaco.

* * *

Debe de ser interesante la organización de la policía; lo que pasa es que probablemente (hablo sin datos) debe de componerse de gente nada experta en psicología, y muy poco conocedora de la vida en sociedad (no me refiero á la sociedad elegante, sino á las múltiples capas y estratos diversos de que la sociedad se forma). La policía no ha de empezar á desplegar sus actividades al día siguiente de un crimen, sino antes, en previsión de que se cometa. Y según voz general, este de la calle Mayor estaba tan anunciado como puede estarlo un eclipse. Afirma la prensa y se oye decir por todas partes que numerosos avisos anónimos habían sido dirigidos á elevados personajes, y que en alguno de estos avisos se señalaba hasta el lugar donde se lanzaría la bomba. Parece increíble, porque ó estaba enterada mucha gente, y no se concibe entonces cómo no se hicieron indagaciones y se adoptaron precauciones á raja tabla, ó sólo lo sabían Morral y acaso dos ó tres cómplices, y entonces el interés de éstos era callarlo. A ser verdad que se anunció lo que sucedió en efecto, este es uno de los misterios más extraños del drama, en el cual la fatalidad y el destino, entre las sombras, urden su tela obscura, causando en el ánimo una impresión realmente honda y depresiva. De la bomba del 31 quedarán, además de las víctimas ensangrentadas, otras víctimas sin sangre, heridas de locura, de melancolía ó de terror para el resto de su existencia.

El contraste no pudo buscarlo más fuerte ningún autor dramaturgo. Yo no he visto, ni creo que se vea en ningún país de Europa, espectáculo tan espléndido y deslumbrante como el de la comitiva nupcial de los reyes de España. Cuanto se diga de la magnificencia de las carrozas, de la riqueza de los arneses y jaeces de los caballos, de la hermosura de estas nobles bestias, que orgullosas de su carga hacían ondular al gallardo compás de sus cabezas los solemnes penachos de plumas; cuanto se encarezca la suntuosidad de trajes, joyas, mantos, velos, sedas, rasos, encajes; el charro brillo de condecoraciones, bordados, galones y plumeros; la variedad de los extranjeros uniformes, el fausto de las antiguas libreas, de las viejas gualdrapas bordadas á realce de plata y oro sobre terciopelos, de los colores más delicados, naranja, carmesí, verde veronés, avellana; cuanto se diga del cuadro mágico que ofrecía la escalinata de San Jerónimo, cobijada por amplio tapiz con las armas españolas, guarnecida por inmensas canastillas de flores, flanqueada por dos tribunas llenas de señoras con trajes de colores claros; con la subida de las princesas que soltaban su cola de corte, que prolonga fantásticamente la figura y la dejaban arrastrar por los peldaños, á menos que la recogiese, como en las leyendas, un paje, á la moderna vestido; cuanto se pondere este conjunto lujoso, oriental, esta comitiva interminable de carrozas y carrozas, blasonadas, rehenchidas de brocatel, esa cordonería y bellotaje de seda, pintados sus paineles por grandes artistas, reluciente su charolado como si fuese esmalte, iluminado por un sol radioso, un sol de bodas, que arranca al oro destellos, fulguraciones á los brillantes, rielación de raso á las ancas de los trotones, y que cae á plomo sobre las cabezas de los soldados y del gentío, protegido por sombrillas de colorines y refrescado por abanicos chillones, como enormes abigarradas mariposas..., todo será inferior á la realidad admirable. Y gente hormigueando, en el último balcón, en las buhardillas, en las bocacalles; gente endomingada, curiosa, boquiabierta ante el lujo y el rumbo tradicionales de la corte española, ante el orden grave y escrupuloso, casi hierático, con que la ceremonia se desarrollaba, el único festejo en que se guardaban estrictamente la mesura y la solemnidad, el único que *resultaba* por completo, más allá de lo esperado y de lo que la imaginación sueña...

* * *

Una mano, un poco de metal, unos gramos de substancias químicas..., y en vez del aparato magnífico, la confusión, el estrago, el horror, gritos, llantos, imprecaciones, sangre, sangre á arroyos, una nota cromática que estremece, sobre las otras notas que embriagaban la vista... Los nobles caballos, llenos de ufanía momentos antes, reciben el proyectil destinado á sus reyes, y se retuercen agonizando en el suelo, que alfombran cadáveres; la real desposada baja de la carroza, reprimiendo las lágrimas, envuelta en los pliegues rígidos de su manto blanco bordado de plata y salpicado de sangre también. La comitiva solemne se ha roto un momento; pero ni aun así se impone la confusión. Los soldados, silenciosamente, sin vacilar un segundo, sin mirar á los que han caído, cubren otra vez la fila; reemplazan los vivos á las «bajas;» la disciplina restablece su imperio..., el orden se rehace, los reyes prosiguen su camino hacia Palacio... El acto de drama ha terminado, el telón baja. El epílogo ya lo conocemos: es la venta de los Jaraices, es la prisión de los sospechosos y encubridores de Madrid.

* * *

También esta es dramática hasta lo sumo. Yo no conozco ni de vista á Nakens; y es tanto lo que de él oigo hablar desde hace veinticuatro horas, que su figura casi hace olvidar la del autor del atentado. Para un novelista, para un aficionado á la psicología, nada más curioso que la diversidad de juicios acerca de un acto moral. Así como la acción de lanzar la bomba nadie dejó de reprobarla —al menos que yo sepa,—la actitud de Nakens es juzgada de mil modos, ya censurada, ya defendida con apasionamiento y vehemencia. Lo más exacto acaso que sobre este punto escuché, lo dijo un sabio antropólogo, afirmando que, en situaciones inesperadas y supremas de la vida, hay un primer movimiento del cual no se es dueño, y al cual se eslabonan ya inevitablemente los siguientes. Sobre este predicado está basada la tragedia griega.

Emilia Pardo Bazán.



... lanzó la copla de ritual, que sonó como un lamento en la noche

LA GUITARRA DE SAN JUAN

I

Dentro de una hora escasa, al fin de aquel camino vecinal que culebreaba entre cercas de prados y que flanqueaban de trecho en trecho como mojones naturales los ariscos cabrahigos, de que se acabara la humilde ruta obstruída de pedruscos por el olvido y el abandono, y en los que se destrozaban ruedas y pezuñas los carromatos y caballerizas á quienes la dura necesidad obligaba á enderezarse por semejante tránsito, surgiría difuminada en la noche, pero visible al resplandor de las estrellas, la torre de la iglesia, ese simpático y cariñoso campanario que empinándose sobre sus cimientos y como si poseyera un corazón, parece el destinado en todos los pueblos á dar el último adiós al alejarse al que se va y á dar la bienvenida desde lejos al que llega.

En aquella hora, envuelta la tierra en la noche profunda, comenzaba el reposo de la naturaleza, entregándose á ese sueño reparador del estío en que sólo entonces respira libremente oreada por el rocío de la sombra, no oyéndose en el desierto camino sino los últimos aleteos de las aves al recogerse en las copas de los árboles y los postreros rumores de los lagartos rastreando por entre las hierbas de las lindes. Toda la vida parecía refugiada en el horizonte, en el que los astros iban apareciendo lentamente y comenzando á brillar, cumpliendo así su misión eterna y solemne de velar por el hombre mientras él duerme, como otros tantos ojos divinos siempre despiertos.

El pobre licenciado sabíase de memoria el camino, lo había recorrido millares de veces con el azadón á cuestas ó á horcajadas sobre el borriquillo, y á buena cuenta de resbalones y tropiezos, perdida ó amortiguada la costumbre de trotar por él, avanzaba con toda la celeridad que le permitían sus pies, abiertos por los largos y repetidos cansancios y mal defendidos por el cáñamo podrido de sus alpargatas de munición. Estaba ya cerca, respiraba el fresco olor de las jaras nativas, aquel olor tan sano y conocido de sus días felices, y sin embargo no concluía de creer en la realidad, antojándosele mentira el que se encontrara allí, podía decirse que á la vista de su pueblo.

Dos años hacía que había partido á la guerra, á cumplir el deber de ofrecer su vida y sus fuerzas á la patria en aquel terrible horno cubano, y todo le parecía un sueño, un sueño de martirio del que aún no había acabado de despertar. Su ingreso en las filas; su marcha precipitada á campaña casi concluída su instrucción militar; sus jornadas interminables, siempre bajo un sol de fuego ó bajo torrentes de agua que le helaban en pleno bochorno; sus luchas con un enemigo por lo regular invisible, que fusilaba á las columnas tras de los muros naturales de una vegetación salvaje é impenetrable; sus retiradas que hacían desear después de horas y horas de hambre, de asfixia y de sed, la muerte por un balazo; su estancia, al fin, en el hospital, acometido por el vómito, que tantas existencias cortaba allá lejos, en la soledad de un lecho de transeunte, sin el consuelo de los rostros queridos, de las voces amigas; la enorme pesadilla de aquellos dos años eternos, en que le parecía haber estado loco ó tonto, haber vivido en otro mundo, en otro planeta, no haber vivido, le pesaba todavía como un enorme plomo de que en vano intentaba librarse.

Y menos mal que lo contaba, que había escapado á la fiebre amarilla, que á tantos otros había cercenado con su hoz insaciable, dejándolos para siempre metidos en aquella tierra ingrata, privados de los cipreses nativos, compañeros compasivos de los que se van. Cierto que volvía exangüe, en los huesos, medio muerto de anemia, convertido en un espectro, pero volvía, era uno de los afortunados en aquella gran repatriación en que regresaba á los lares patrios la cuarta parte de los soldados que se fueron, reducidos á sombras con ojos, especie de inundación humana de que él era una burbuja y que á la hora presente se esparcía por todo el país, seguía todos los caminos, se abismaba en todas las montañas, cruzaba todos los valles, buscando cada cual el rinconcito querido en que apoyar acaso, por última vez, la cabeza antes de morir.

El repatriado andaba y andaba, las carnes no le pesaban mucho y el hatillo colgado de su palo de viandante le pesaba menos. En la mano izquierda llevaba, cogida por el mástil, una vieja y asendereada guitarrilla, y en el cuidado con que la conducía conocíasele su vehemente interés por el instrumento. La guitarra es una de las tradiciones de nuestras tropas, es algo de la casa, algo del solar, algo de la aldea que se va á campaña con su amo. A veces no se sabe quién sea éste ni cómo ha venido al batallón. Se sabe que hay uno que la toca; á lo mejor se lleva una bala á este uno, y otro hereda la vihuela, que concluye así por impersonalizarse, por sér de todos. Cuando, va en el carro; cuando, en la banda; cuando, sobre un bagaje; pero ella va siempre con el cuerpo y canta en el primer descanso y suena en la tienda, llegando á compartir con la bandera el amor de los soldados: la bandera les da el heroísmo en el fuego, la guitarra la paciencia fuera del combate.

También aquella que volvía con el licenciado había tenido suerte, había escapado á un testerazo. Con él había salido del pueblo y con él tornaba. Y mientras la estrechaba con sus convulsos dedos, pensaba en las noches de parranda en que le acompañaba á dar serenata á las mozas. En otras iguales, por ejemplo, á la en que regresaba á su tierra enfermo y triste. Era la víspera de San Juan y los mozos estarían ya aprestándose para recorrer el pueblo y soltar delante de la ventana de cada novia sus jotas más baturras. De seguro que él llegaría á tiempo de tomar parte en el jolgorio, de incorporarse á la rondalla;

pero hacía meses que no sabía de su morena, que no recibía carta suya. ¿Se habría muerto? ¿Le habría olvidado?

Y á pesar del cansancio, arrastrándose casi, seguía su camino, espoleado por la impaciencia cada vez mayor, bajo la mirada serena de aquellos astros radiantes que siempre allá arriba le alentaban á esperar.

II

Se encontró con la rondalla en una obscura calleja del pueblo, y amparándose en la sombra de una casa, se detuvo á verla pasar. Era toda ella de gente moza, de esa dura gente baturra, de clásica raza aragonesa, hombros nudosos, verdaderos robles con formas humanas, en los que no se concebía que no estallasen á cada paso las lugareñas ropas, incapaces de ceñir, á pesar de lo bastas, aquellos músculos de hierro. Si no con frecuencia, tampoco muy raramente, concluían las serenatas en una de linternazos que metía miedo, *por mor*—como se decía en el dialecto indígena—de los ojos de alguna muchacha que miraba á este ó no miraba al otro, abriendo ó dejando de abrir su ventana al oir la nocturna música, y nunca salía á relucir la traidora navaja, bastándoles á los obscuros nietos de los almogávares con el propio y sólido puño y cuando más con la inocente guitarra, que hacían astillas en la sesera del rival afortunado.

Aquella noche no lo era de regañar; era la de la víspera de San Juan, y la rondalla en masa, contenta y alegre, festejaba á las mozas del lugar dándoles música y dejando en el alféizar de toda ventana un ramito de flores. Es una poética y antigua costumbre.

Los rondadores se detienen ante la casa, uno de ellos se agacha como el chico *que se queda*, en el juego del paso, y subiéndose sobre sus costillas otro galán, sin que las espaldas que le soportan se doblegen bajo el peso de la cariátide, deposítase en la ventana cerrada el puñado de rosas. Luego viene la copla, la jota bizarra cantada por la boca incansable, amorosa y rendida, aunque siempre varonil, respirando fiereza, bravía y terrible, y los instrumentos que la corean en un unísono ternísimo en el que destacan las notas del guitarrillo, agudas y chillonas como si las lanzara la más joven de las vihuelas. Y luego la comparsa se va, fresca, rozagante, en mangas de camisa, en chaleco, con sus pañuelos de hierbas liados á la cabeza en guisa de capacete, mientras la ventana se abre de par en par si el corazón que hay detrás de sus vidrios ha palpitado de regocijo, ó permanece cerrada si no ha tenido un latido para los acordes.

El repatriado asistió á la escena con los ojos llenos de lágrimas; le recordaba otras iguales en que había tomado parte, en que había sido protagonista, en que siempre se abría la ventana para recoger sus flores y su copla, y sin poderse contener se adelantó, poniéndose ante la comparsa y diciéndola con desfallecida voz:

—¿Hay sitio para un antiguo camarada, compañeros?

Bruscamente, de pronto, como caballos parados en firme, detuviéronse los mozos ante aquel hombre que surgía de un modo inopinado de la sombra. Ninguno le reconoció de momento. Era de noche, iban transcurridos dos años, parecía un esqueleto con sola la piel.

—¡Soy Celipe, el de la tía Tona!

¡Celipe! La rondalla fué un solo grito de asombro y de alegría.

—¿Pero de dónde sales tan de repente? ¿Cuándo has llegado? ¿Conque no te has quedado por allá? ¡Todo el mundo te daba por muerto al no saber de ti!

En seguida adivinaron la pregunta, muda y anhelante.

—¿Tu novia? ¿La Juliana? ¡Vive y te espera siempre! ¡Y por lo visto hacía bien en esperarte! ¡Es mu maja y mu fiel esa chica! ¡Oye, vente con nosotros y le daremos serenata! ¡De fijo que conoce tu voz! Te prestaremos una guitarra. Pero qué, ¿traes una? ¿La que te llevaste? ¡Otra que Dios! ¡Mia que conservarla entadía! ¡Na, que se te puso en la mollera que no se quedara allí, entre aquellos cochinos! ¡Es mucha cabezota la de los aragoneses!

El licenciado, estrujado por veinte brazos cariñosos que amenazaban ahogarlo en sus expansiones, se dejó llevar al cabo y fueron á parar todos ante una casa pequeña. El pobre soldado exangüe no pudo, sin embargo, realizar la hazaña de encaramarse á espaldas de un camarada, y otro puso por él en el alféizar un ramito de flores. Pero cantar ya era otra cosa, y aunque con voz débil y apagada, lanzó la copla de ritual, que sonó como un lamento en la noche.

El efecto fué instantáneo. En el acto se abrió bruscamente la ventana, asomándose una mujer, una figura desolada que pareció querer precipitarse á la calle. Sin ponerse nadie de acuerdo, guardó súbito silencio la rondalla y la moza gritó como fuera de sí:

—¡Ese que ha cantao es Celipe!

—¡Yo soy, sí, Juliana de mi alma, yo soy!, respondió el soldado adelantándose.

Y no había aún concluído de pronunciar sus palabras, cuando un cuerpo querido caía á plomo en sus brazos, mientras por la abierta puerta de la casa, á la mortecina luz de los velones, se distinguían los atortolados padres de la novia, que habían echado tras ella escalera abajo. Todo el mundo lloraba. Los ojos de los que derribaban un toro de un puñetazo regaron con sus lágrimas las guitarras mudas. Hasta que una voz de trueno gritó á los demás:

—¡Maños, que paicemos de pastaflora! ¡Vamos á continuar la ronda!

III

El licenciado, con el semblante radiante y los ojos encendidos de felicidad y hasta con un principio de color en el rostro, que nada repone como la dicha, deja en manos del cura, el párroco bondadoso que le ha visto nacer y que le adora, la mísera guitarrilla de la campaña. Presencian la entrega su novia, la Juliana, una manzanita aragonesa; su tía, una vieja de códice, y sus futuros suegros, dos campesinos entrados en años, la mujer limpiándose los ojos llorosos, lo mismo que su hija, con el borde del delantal, y el hombre mordiéndose los labios para no soltar el trapo á gimotear. Y el pobre soldado exclama mirando á la Virgen, erguida entre dos velas en el único y humilde altar de la iglesita:

—Padre cura, yo deseo y quisiera que se colgara esta guitarrilla como un voto junto á la santa Virgen. Porque conmigo fué á la guerra y en todas mis agonías me acompañó, y no parece sino que se había llevado algo de ustedes todos para darme alientos, porque cuando la tocaba me sentía revivir. Y entonces prometí depositarla á los pies de nuestra divina patrona, como lo hago, si me permitía volver á mi patria y á mi pueblo. ¡Ahí la tienes!

Alfonso Pérez Nieva.



Madrid. — Exposición general de Bellas Artes. 1906. — In extremis, escultura de José Campeny, premiado con segunda medalla

Exposición general de Bellas Artes de Madrid. 1906.

Sección de pintura

Lectores: estamos ya dentro del Palacio del Hipódromo, que el Estado español destina para Exposiciones. Esta, la de mayo de 1906, es un concurso muy notable, escogido y que tal vez deje grata memoria entre todos los hombres que aman el arte.

La presente Exposición de Pintura es muy notable. Las obras son 700 ú 800, y en su mayoría, cada grupo dentro de su género, son bellas. Los lienzos rechazados por malos han sido pocos, en comparación con otros años.

La colocación de las obras no nos satisface, lo decimos con claridad. Se ha mezclado todo sin orden ni concierto. Nosotros tenemos otra idea, bien distinta que la del Jurado, de lo que debe ser la más acertada y exquisita colocación de cuadros en las Exposiciones de este siglo. La selección y distribución ordenada por escuelas y procedimientos hácese ya indispensable, y los Jurados, aquí en España, tienen muy distinto criterio, sin protesta seria de los expositores.

Pasemos, pues, á otra cosa, á lo más importante.

Visitando una y otra sala de las ocho ó diez que tiene el Palacio de la Exposición, hemos quedado firmemente convencidos, lector, del triunfo grande, completo, de los jóvenes artistas y de todas sus más modernas tendencias.

Triunfa también, para gloria del arte, ¿por qué no decirlo?, el espíritu del Greco, de Goya, de Velázquez, los inmortales y divinos maestros, transparentando su genio en las obras de casi todos los buenos discípulos, de los escogidos; y el talento y buen gusto de Zuloaga, como mezcla victoriosa de los tres grandes maestros citados, influyendo con ellos poderosamente en uno y otro lienzo de Bilbao, de Hermoso, de Sotomayor, de Mezquita, de Baroja, de otra docena de muchachos concienzudos, exquisitos, que con sus admirables cuadros prueban los hondísimos conocimientos que la juventud actual tiene de aquellos maestros. Y hasta tal punto es esto cierto, que si nuestro grandioso Zuloaga hubiera presentado en esta Exposición nada más que un cuadro pequeño, para él y para su historia, admirada en todas partes menos en España, habría sido, por voto de todos los artistas, la medalla de oro, el premio de honor.

D. Fernando Alvarez de Sotomayor es un artista joven y ya con una historia muy notable. Es rico, y cultiva el arte con tanto amor y fortuna, que sus éxitos deben servir de ejemplo á muchos desidiosos, sin ilusiones, que, por tener buen patrimonio heredado, no trabajan ni educan su talento... He aquí cómo el notable artista que nos ocupa ha laborado sin descanso hasta lograr que su nombre sea ya ilustre en el mundo artístico.

En el presente año expone Sotomayor un cuadro de dos metros de largo por uno y pico de alto, titulado *El rapto de Europa*.

Nada más elegante, más bello, más atrayente, más bien pintado que este lienzo.



Cosquillas, de Cipriano Folgueras (1.ª medalla). – El Ángel del Silencio, de Luis Perinat (2.ª medalla). – El gorrión, de Aurelio Carreterro (2.ª medalla).
Militza, de Luis Perinat. – Los humildes; los castos, bajo relieve de P. Gargallo. – Los héroes, fragmento de un monumento, de González Pola.
Esclavos, de Miguel Oslé

Imagínome al exquisito artista recorriendo medio mundo en busca y en estudio de cuadros que, con el mismo asunto mitológico que el que ahora él nos muestra, han dejado los más famosos maestros. Visitaría, á este propósito, el palacio ducal de Venecia, donde atalayarían sus ojos la obra maravillosa de Pablo Veronés; más tarde llegaría también nuestro artista al castillo del conde de Darnley, en Inglaterra, de cuya magnífica colección de pinturas forma parte el original de Tiziano, de donde Rubens copió el que existe en nuestro Museo; y por último, encontraría en uno y otro Museo Sotomayor los lienzos de Dommichino, Van Halen, etc., y hasta la estatua de Benvenuto...

Y conociendo ya todos los raptos de Europa, pintó el artista español su lienzo completamente distinto á los conocidos. No es el rapto: es el preludio del rapto. Aún no se ha postrado de rodillas el cornúpeto, ni tampoco la celestial princesa Europa, hija del rey de Fenicia, se ha sentado sobre los blandos lomos del enamorado padre de los dioses, que, más tarde, atravesará con su amada carga el Mediterráneo, hacia la isla de Creta, donde esta cándida y bella Europa va á ser la esposa del rey Asterion y madre de Minos.

Nos encanta el cuadro de Sotomayor, ya lo hemos dicho, por su elegancia, por su maestría, por la belleza de fondo, difícil trabajo en que el artista de nuestra época llega á estar muy próximo á los que conservamos de los grandes maestros.

Y obsérvese en esta admirable producción otro acierto que aplaudimos también: el cuerpo y la cara —de mujer de la tierra, que vive en nuestras latitudes—que Sotomayor pinta á la princesa Europa. Algunos ven en esto un defecto; nosotros una gracia.

El mismo joven maestro presenta también en esta Exposición otro cuadro, el retrato fidelísimo de dos aldeanos, que es una verdadera maravilla de dibujo y color.

Todos recordaréis el nombre de López Mezquita. Fué un hallazgo, un pintor notable descubierto en la Exposición de hace cuatro años, como ahora, en la del 1906, se descubrirá y elevará á Hermoso, á un pintor extremeño de veintidós años. El primer cuadro de Mezquita lo premió el Jurado con una primera medalla. Después, en el siguiente concurso, vino el pintor endeble de trabajo y sin pretensiones de pelea. Ahora, en cambio, expone un cuadro grande, del mismo tamaño que el de Sotomayor.

Mis amigos, que así se titula, es un lienzo de estudio de caracteres; de rostros y cuerpos vestidos más bien, no de espíritus, que, como todos sabéis, es cosa más honda y seria... No es elegante, ni original, ni atrevido el asunto. Son retratos de cuerpo entero de algunos sencillos y vulgares señores que yo he visto en Córdoba ó en Montilla y en otros lugares, y que tú, lector, verás y tratarás á diario en el mismo casino provinciano donde esto lees, pongo por sitio.

Allí, en el lienzo de Mezquita, están el cura, el notario, el donjuanesco capitán retirado, con su pequeña hija; el pintor, tenido en el pueblo como un Velázquez sin Felipe IV, sin protector; el médico, con su paraguas rojo, etc.

El cuadro está muy bien pintado, tal como el autor lo vió en la realidad, y son efectivamente sus modelos sus amigos. Es pintura moderna y libre de esos aborrecibles efectos de luz, de esos recursos que todos criticamos y son como los latiguillos en los dramas.

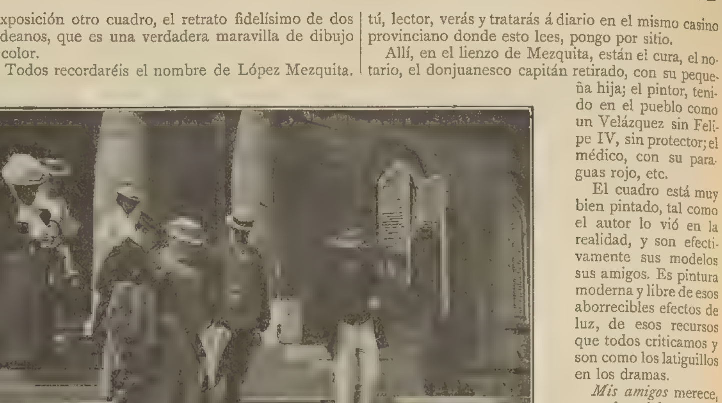
Mis amigos merece, pues, las alabanzas de los inteligentes, que si no ven en este trabajo una obra acabada, celebran con entusiasmo que el talento del joven pintor no decaiga y, por el contrario, lleve camino de asentarse con verdadera pujanza para las Exposiciones sucesivas.

Eugenio Hermoso es un niño aún, casi sin bozo en el labio; tiene veintidós años, y era perfectamente desconocido hasta hace quince días para los maestros, para los pintores ancianos. Mas hoy este jovenzuelo fuerte y atrevido se ha hecho el hombre del día en la Exposición. Uno de los cuadros que ha presentado, el que más se admira, lleva por título *La Juma, la Rifa y sus amigas;* es el pintoresco é inocente regreso de la fuente del pueblo de seis ú ocho mocitas que, en el primer término del cuadro de Hermoso, aparecen sonrientes, ingenuas, sanas y felices. Detrás de este encantador grupo atisbamos el sublime, el fenomenal paisaje que el desconocido artista nos muestra en su cuadro: leguas y leguas, muchas hanegas de tierra, de verdes hazas, con altibajos pintorescos de belleza exquisita...

Manuel Carretero.

(Fotografías de Toneser.)

(Se continuará.)



La ex emperatriz Eugenia saliendo del Observatorio del Vesubio, que ha visitado recientemente, después de las últimas erupciones. (De fotografía de Carlos Abeniakar, de Nápoles.)



Madrid. - S. M. la reina Victoria, acompañada de su madre la princesa Beatriz y de sus hermanos en el tiro de pichón, aplaudiendo al rey en el momento en que éste hace un blanco. (De fotografía.)

MADRID

LA BATALLA DE FLORES

Digno remate de las fiestas con que en la corte se ha solemnizado la boda de S. M. el rey D. Alfonso XIII ha sido la batalla de flores, efectuada el día 8 en el paseo de coches del Retiro.

En ella figuraron las siguientes carrozas:

Carro de Juno, proyecto del Sr. Sánchez Arcís; de claveles rojos y amarillos con dos grandes pavos reales.

Los cisnes, dirigida por el Sr. Rivas Comenge; de claveles blancos.

Un nido, proyecto del Sr. Sánchez Arcís, ejecutado por el Sr. Rivas Comenge; de bambúes, claveles y hojas de guadalobo.

Un pescado, proyecto del Sr. Rivas Comenge.

Un carrete, proyecto del Sr. Herreros; de gramínea y claveles rojos.

Una mazorca, proyecto del Sr. Herreros, ejecutado por el Sr. Cabrelles; de manzanilla, claveles amarillos y otras flores.

Una rama de limón, proyecto del Sr. Herreros, ejecutado por el Sr. Cabrelles; de manzanilla y claveles.

Porcelana japonesa, proyecto del Sr. Sánchez Arcís, ejecutado por el Sr. Cabrelles; de flores de todos los tonos.

Rosas y avispas, proyecto del Sr. Soriano Torrejón, ayudado por el jardinero Sr. Martínez.

Gemelos de teatro, proyecto del Sr. Herreros, ejecutado por los Sres. Soriano Torrejón y Martínez; de manzanilla y claveles.

Estas diez carrozas eran del Ayuntamiento.

Entre las costeadas por particulares llamaron la atención preferentemente una *Barca egipcia*, proyectada por el Sr. Sánchez Arús y ejecutada por los Sres. Cabrelles, Herreros, Rivas y Soriano Torrejón; unas *Ranas en un estanque*, proyecto también del Sr. Sánchez Arús; un automóvil eléctrico convertido en un magnífico *Elefante*, y una *Sombrilla japonesa*.

Los coches particulares adornados fueron en gran número.

Lo mismo las carrozas que los coches particulares iban tripulados, valga la palabra, por señoras y señoritas de la alta sociedad madrileña elegantemente ataviadas.

El paseo en donde se celebró la fiesta estaba adornado con mástiles unidos por guirnaldas de flores y gallardetes de los colores nacionales españoles é ingleses, y en él se habían levantado las tribunas regia, del cuerpo diplomático, del Centro del ejército y la Armada, de la Sociedad Fotográfica, de la Gran Peña, de la Prensa, del Jurado y otras para el público.

La batalla resultó poco animada por la escasa cantidad de flores que en ella se arrojó.

Los premios fueron adjudicados en la siguiente forma:

Carrozas: se declaró desierto el primer premio y se adjudicaron, en su lugar, dos segundos, á la *Barca egipcia* de D. León Rovira, y al *Elefante* del señor Latorre; el tercero, desierto; el cuarto, á las *Ranas en un estanque*, y el quinto, á la *Sombrilla japonesa* de D. Víctor Peñasco.

Carruajes: primer premio, al de D. José Vindas; segundo, al de la Sra. de Ochando; tercero, al de la Sra. de Malladas; cuarto, al de D. Luis Canalejas, y quinto, al del Sr. Sáiz de Carlos. El público que presenció la fiesta fué poco numeroso. – S.

MADRID. – BATALLA DE FLORES EFECTUADA EN EL RETIRO CON MOTIVO DE LA BODA DE S. M. EL REY D. ALFONSO XIII
CARRO DE JUNO, CARROZA PRESENTADA POR EL AYUNTAMIENTO. (De fotografía.)



MADRID. – BATALLA DE FLORES EFECTUADA EN EL RETIRO CON MOTIVO DE LA BODA DE S. M. EL REY D. ALFONSO XIII
1. BARCA EGIPCIA (2.° premio). – 2. PORCELANA JAPONESA. – 3. UN DOSEL, carruaje de D. Luis Canalejas (4.° premio). – 4. GEMELOS DE TEATRO. (De fotografías.)



HÉRCULES LUCHANDO CON LA MUERTE, QUE QUIERE ARREBATAR EL CA

Alcestes, la más bella de las hijas de Pelias, ha consentido en morir en lugar de su marido Admeto, rey de Tesalia. Junto á su cadáver lloran sus deudos, cuando Thanatos, la muerte, se presenta para llevarse su presa; Hércules, huésped de la corte, lucha con la terrible divinidad y la obliga á volver al reino de las sombras sin haber logrado su objeto.
Tal es el asunto, tomado de la famosa tragedia de Eurípides en que está inspirado este célebre cuadro del famoso pintor inglés lord Federico Leighton, presidente de la Academia



DAVER DE ALCESTES, CUADRO DE LORD FEDERICO LEIGHTON, GRABADO POR RICARDO BONG

de Londres. El artista ha sabido distribuir con habilidad admirable los grupos, haciendo destacar sobre todos ellos el cadáver de la hermosa y abnegada reina, de una severidad de líneas verdaderamente clásica; y con igual acierto ha dado á cada una de las figuras la expresión de los sentimientos de dolor, de sorpresa, de espanto que en su alma despierta la visión de la lucha entre la Muerte y Hércules. Contribuyen al buen efecto del lienzo los seculares troncos que encuadran la escena y el bellísimo trozo de mar que la cierra en el fondo.

PARÍS. – EL MONUMENTO Á CORNEILLE

La capital de Francia ha celebrado grandes fiestas literarias y artísticas en conmemoración del tercer centenario del nacimiento de Corneille, habiendo sido iniciadas con la inauguración de un monumento erigido á la memoria del gran poeta en la plaza del Panteón.

Presidió la ceremonia, que fué solemne y que presenció numeroso público, el secretario de Bellas Artes M. Dujardin-Beaumetz, á quien acompañaban representaciones de la Academia, de la Comedia Francesa y del Odeón y muchas eminencias de la política, de las letras y de las artes.

Pronunciaron discursos alusivos los Sres. Le Senne, presidente de la Asociación de la crítica; Tautet, secretario del Consejo Municipal; Autrand, secretario general de la Prefectura del Sena; Faguet, en nombre de la Academia Francesa; Claretie, en representación de la Comedia Francesa; Víctor Marguerite, por la Asociación de Literatos; Blemont, presidente de la Sociedad de Poetas franceses; Gourkuff, presidente de los Hugófilos, y Dujardin-Beaumetz, en nombre del gobierno.

Terminó la ceremonia con la lectura de algunas poesías de Corneille y de un poema de Gustavo Zidler, que recitó con su característica maestría el eminente actor Mounet Sully.

El monumento, obra del escultor Allouard, representa á Corneille de pie, recogiendo con una mano su capa, en actitud sencilla y severa; en el pedestal, debido al arquitecto Latour, apóyase una matrona que simboliza la Tragedia. La máscara trágica, la corona real de las heroínas de Corneille y otros atributos completan la ornamentación.

Por la noche efectuóse en el hotel Continental un banquete de ciento veinte cubiertos, al que asistieron la mayoría de las personalidades que habían concurrido á la ceremonia de la mañana, y á cuyo final se pronunciaron elocuentes discursos. Después celebróse un concierto íntimo, en el que tomaron parte varios notables artistas.

En los teatros de la Opera y de la Comedia Francesa se han dado representaciones conmemorativas, habiéndose representado en el primero *El Cid* y en el segundo *La muerte de Pompeyo*, *Cinna*, *El embustero*, *Horacio*, *Nicomedes*, *Rodoguna*, *Poliuto* y *El Cid*, obras todas de Corneille. Además se representaron piezas alusivas de Moreau, Le Lusseur y Marsolleau, y se leyeron poesías de Zidler, Sully Prud'homme, Essarts y Blemont. – X.



PARÍS. – MONUMENTO Á CORNEILLE, INAUGURADO EL DÍA 27 DE MAYO ÚLTIMO, obra del escultor Allaud y del arquitecto Latour. (De fotografía de Hutin, Trampus y C.ª)

MISCELÁNEA

Bellas Artes.—BERLÍN. – El emperador ha regalado al Museo del Emperador Federico de Berlín, tres preciosos cuadros de Rubens, *Magdalena penitente*, *Venus y Adonis* y un *Retrato de un niño*, que pertenecían al soberano y figuraban en las galerías de los reales palacios.

MILÁN. – El gobierno italiano ha nombrado una comisión de historiógrafos de arte y de químicos para que estudien los medios de conservar en lo posible el famoso fresco *La Cena*, de Leonardo de Vinci, que existe en el antiguo convento de Santa María de las Gracias, de Milán, cuyo estado de deterioro, cada día mayor, hace temer su próxima y total desaparición.

LEIPZIG. – Siguiendo el ejemplo de otras ciudades alemanas se ha fundado una asociación, cuyo objeto es la construcción artística y el embellecimiento de las ciudades y el fomento y conservación de monumentos, entendiendo por tales todo lo que tiene carácter público en la esfera de las artes plásticas, como obras y testimonios del pasado, y muy especialmente los edificios.

BARCELONA. – *Salón Parés.* – Se han expuesto recientemente un boceto de la portada para la cripta del templo del Sagrado Corazón que se erige en el Tibidabo, original del arquitecto D. Enrique Sagnier; unos notables estudios de Esquirol; un hermoso cuadro de Rusiñol que representa una cala de Mallorca, y varios estudios de S. Matilla de factura muy elegante.



BUENOS AIRES. – Medalla acuñada en la casa Bellagamba y Rossi, en conmemoración de la fecha histórica en que la población de la capital de la República Argentina ha alcanzado la cifra de un millón de habitantes. – Buenos Aires fué fundada por Garay en 1580; en 1801 tenía 40 000 habitantes; en 1905, 1.000.000. Actualmente es la primera ciudad del hemisferio Sur y la segunda de la raza latina.

Establecimiento de Figueras y Esteve, sucesores de Hoyos. – Dos notables exposiciones han celebrado en ese establecimiento los reputados artistas Sres. Cusachs y Utrillo (A.). El primero ha expuesto varios bellísimos pasteles y gran número de hermosos cuadros al óleo de asuntos principalmente hípicos, como revistas militares, carreras de caballos, escenas de caza, etcétera, todos hermosamente compuestos y admirablemente pintados, y todos de carácter elegante y aristocrático. El señor Utrillo ha exhibido una colección de cuadros y dibujos que representan tipos femeninos, trazados con la soltura y elegancia características de su celebrado autor.

Espectáculos.— PARÍS. – Se han estrenado con buen éxito: en el Odeón *L'etrange aventure*, comedia en tres actos de Luciano Gleize, y *Le jeu des ans et de l'amour*, comedia en dos actos de Adolfo Aderer y Armando Ephraim; en el Gymnase *Le tour de main*, comedia en tres actos de Francisco Croisset y Abel Tarride, y *La chance du mari*, comedia en un acto de G. A. de Caillavet y Roberto de Flers; en Varietés *Le paradis de Mahomed*, opereta en tres actos y cuatro cuadros de Enrique Blondeau, música de Roberto Planquette; en los Bouffes Parisiens *Virage*, comedia en cuatro actos de madame Jane de La Vandere, y *Tout s'arrange*, ópera cómica de Jorge Signeu; en el Vaudeville *Chaine anglaise*, comedia en tres actos de Camilo Oudinot; en Nouveautés *Le mari de Loulou*, comedia en tres actos de Mauricio Soulié y Enrique de Gorse; y en el Nouveau Theatre *Le reformateur*, comedia en tres actos de Eduardo Rod.

BARCELONA. – Se han estrenado con buen éxito: en Novedades *Mariposas blancas*, comedia en dos actos de los Sres. López Silva y Pellicer, y *Zaragatas*, sainete en un acto de los hermanos Quintero; y en el Eldorado *La pista*, comedia en tres actos, última producción de Victoriano Sardou, traducida por los señores Catarineu y Bueno.

En el teatro del Bosque funciona una buena compañía de ópera italiana, castellana y catalana, bajo la dirección del maestro Petri, en la que figuran entre otros artistas las señoras Babot, Balagué, Darnis, D'Arroyo, Oliver, Parés, Rabassa, Polo, Homs, Italiani, Marquet, Riera, Serrats y Duval, y los Sres. Bosch, Cantarell, Goiri, Pacareu, Quintana, Saludas, Serretti, Balaguer, Puiggener, Romeu, Banquells, Giral, Guardiola, Martino, Oliver y Hernández. El repertorio se compone de las más aplaudidas óperas de Meyerbeer, Wágner, Verdi, Saint-Saens, Boito, Thomas, Puccini, Donizetti, Rossini, Mascagni, Leoncavallo y Bellini. La temporada se ha inaugurado con la ópera en tres actos y cinco cuadros del maestro Morera *Bruniselda*, cantada en catalán.

Associació Wagneriana. – Ha dado en esta asociación un notable concierto la notable pianista Srta. Campins, quien interpretó admirablemente hermosas y difíciles composiciones de Bach-Liszt, Beethoven, Deodat de Severac, Fauré, Strauss y Debussy, que le valieron entusiasta aplausos.

Necrología.— Han fallecido:

Dr. Lampertico, economista italiano, autor de muchas y muy importantes obras.

Alejandro Lange Kielland, poeta noruego, autor de multitud de novelas y dramas.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 428, POR V. MARÍN.

NEGRAS (7 PIEZAS)

BLANCAS (4 PIEZAS)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 427, POR V. MARÍN.

Blancas.	Negras.
1. Dc2–b3	1. c4×b3
2. Cf8–g6 jaque	2. Rh8–h7
3. f7–f8 (C) jaque	3. Rh7–g8
4. Ad1×b3 mate.	

VARIANTES

1...... e4–e3; 2. Db3–c2, Ah1–e4; 3. Dc2×e4, etc.
g7–g6; 3. Dc2×g6, etc.
g7–g6; 2. Db3–b6, c3–c2; 3. Db6×g6, etc.
h6–h5; 2. Db3–b5, Ah1–f3; 3. Db5–f5, etc.

EN LA PAZ DE LOS CAMPOS

NOVELA ORIGINAL DE MAURICIO MONTEGUT.—ILUSTRACIONES DE SIMONT

(CONTINUACIÓN)

Juan como Jacobo, el padre como el hijo, la admiraban ya y la escuchaban con la misma expresión y la misma atención embelesada, mientras ella, que lo veía muy bien, caminaba ligeramente entre los dos. Se hubiera dicho que se los llevaba cautivos.

Fué aquel uno de sus más hermosos éxitos; la conquista de un señor de París, de un hombre de círculo, de un *sportman*, amigo de los autores, amante de las actrices y que representaba para ella el colmo de la dificultad en la empresa, pero también un ideal de gloria si triunfaba. Bella se acordó siempre de aquel día.

Por la noche, cuando estuvieron solos, Jacobo dijo al conde:

—Celebro mucho, papá, que hayas prescindido de tus prejuicios respecto de los Carmesy, que son...

Valroy, ofendido por el tono de la frase, le interrumpió:

—¿Quién te ha dicho que he prescindido?

El joven se encabritó.

—La acogida que has hecho á miss Arabela no ha sido de un enemigo..., me parece; parecía que la encontrabas á tu gusto...

El conde se enfadó por completo. Acaso se reprochaba secretamente haberse dejado coger, en efecto, por las monadas de aquella diminuta hechicera... ¿Tenía él, pues, todavía tales extravíos de juventud?.. Un niño, su hijo, los había notado... ¡Un niño! Sí, eran dos niños; esta palabra cantaba en su cerebro, y el conde se sirvió de ella para replicar con desdén:

—Yo no soy enemigo de una criatura y he podido encontrar graciosa á esa niña sin que esto me comprometa á nada. Tampoco es ella responsable de las fechorías de su padre.

Jacobo se estremeció... «¡Criatura..., niña!,» términos injuriosos según él... Y disipado su sueño de aproximación de las dos familias, le dominó la cólera y se atrevió á decir, olvidando quién estaba delante de él:

—Papá, por última vez, te ruego que hables de Arabela y de los suyos con el respeto que merecen; pues, de otro modo, tendré el dolor de evitar tu presencia. Elige.

Juan se esforzó por sonreir.

—¿De modo que es la paz ó la guerra lo que me traes en los pliegues de tu manto?

—Justamente.

—Pues bien, escucha: eres mi hijo; te he querido de niño, te he velado estando enfermo, te he cuidado y rodeado de cariño y no he vivido más que para ti, porque eras el único ser que me atraía en esta casa; empiezas á crecer y tratas de morderme... ¡Cállate y sigue escuchando! El haber adorado á un niño no es una razón para que se adore también al hombre que debe salir de él. Me hablas de un modo odioso, y yo debiera coger un látigo y responderte con ese argumento para probarte que, á falta de otros derechos, tengo el de la fuerza. Pero no; acabo de echar de ver, en mi poca cólera, que tus ultrajes no hacen efecto... Prefiero esto... Ten cuidado... Eres todo orgullo y te crees muy fuerte en la vida; pero, te lo repito, ten cuidado... Puede que un día—muy próximo—te encuentres solo y desnudo en el camino... Veremos, entonces, si el Sr. de Carmesy-Ollencourt te abre su puerta. En cuanto á mí, un poco más desencantado de esta casa, en la que, decididamente, sólo el odio prospera, me vuelvo á París, á mis negocios, á mis hermosos negocios...



—Berta, me harás el favor de no tutearme más...

Se calló un momento y añadió, dando un profundo suspiro:

—Acabas de librarme de un gran peso... Tú no puedes comprender... Sí, de un gran peso... Después de mí, el fin del mundo...

Y después de estas palabras sibilíticas, el conde se alejó, dejando á Jacobo entregado á sus reflexiones. El joven estaba, más que asombrado, enteramente desconcertado.

—¡Bah!, pensó; mañana lo habrá olvidado.

Al día siguiente, el conde se marchó.

—Ya volverá, se dijo Jacobo, no queriendo cargarse con un remordimiento.

Y siguió su existencia sin cambiarla en nada.

La tal existencia era fácil; los estudios no le fatigaban. Salía de Valroy, donde los Carmesy no entraban todavía, para ir á Reteuil, donde aquéllos empezaban á instalarse. Era una gran alegría para la castellana el ver llegar, uno tras otro ó todos juntos, á sus amigos de la Villa Rústica.

El mismo marqués Godofredo se dejaba domar, sin prescindir por eso de hacer sentir de vez en cuando el precio de su condescendencia. Hacía poco había tomado la costumbre de pedir prestado un caballo en la cuadra de Reteuil, tres veces á la semana, para recorrer montado los alrededores, lo que le permitía ver la comarca.

Acaso sus expediciones, que sólo parecían guiadas por la aventura, tenían un fin más práctico y más interesado. Se le veía con frecuencia hacia la granja de los Grivoize, donde los dos hermanos y Piscop le mostraban ahora gran consideración.

Era aquel un buen cambio, pues un año antes eran ellos los primeros de calificarle de marqués del Pan seco y conde de la Miseria. Pero todo varía, y sin duda aquellos tres compañeros, cuyas almas eran astutas, tenían sus razones para ello.

A veces se les veía pasear los cuatro delante de la granja ó sentarse en el interior delante de una mesa con vasos y una botella de aguardiente, juego en el que Carmesy no tenía rival.

La marquesa Adelaida, con gran descontento de las señoras de la vecindad, acompañaba casi todos los días á la señora de Reteuil en sus paseos en coche por el bosque.

Estaban en la más tierna intimidad, aunque había entre sus edades la diferencia de un cuarto de siglo; pero esas barreras no existen para los espíritus elevados.

Adelaida, con su aspecto de franqueza, contaba de buen grado su vida y sus desgracias, por lo menos las que podían contarse, y su amiga se indignaba al oir el relato de aquellos infortunios tan poco merecidos; acusaba á la suerte de injusta y repetía con frecuencia:

—¡Es para dudar de Dios!..

La madre de Arabela, entonces, con una de esas miradas envolventes y encantadoras que había transmitido con la vida á su preciosa hija, murmuraba con su voz singular:

—No, querida amiga..., puesto que hemos encontrado á usted...

Y la querida amiga, conmovida hasta llorar, pensaba en los medios de sacar de su inicua miseria á unas personas tan distinguidas y tan delicadas.

Y debió de encontrarlos, pues es de notar que, en aquella época, la existencia se mejoró en casa de aquellos seres replantados en el suelo de sus antepasados.

Arabela no variaba; con Jacobo cosido á sus faldillas cortas, perseveraba, para divertirse, en su idilio romántico y todos los días ensayaba un nuevo papel; tan pronto loca sentimental como camarada casi masculino y tan atrevido como otro cualquiera; ya reina de leyenda gobernando á su antojo; ya domadora de circo haciendo pasar, á imaginarios latigazos, por los aros de su fantasía á su único partidario *adicto hasta la muerte*, como él decía.

Era imposible saber lo que pensaba aquella extraña muchacha, que acaso no pensaba nada más que en reir y en respirar; es posible que aquellos ojos inmensos, de mil expresiones, no contuvieran más que el vacío; acaso en aquella cabeza de santa ó de gitana, según los días, no hubiera alma alguna. Con ella, todas las suposiciones eran permitidas. Pero Bella seguía siendo misteriosa.

Su vanidad, sin embargo, no se desarmaba y se hacía ver en todas ocasiones. Berta fué la primera en sufrir sus temibles efectos, á pesar de que se hubiera ofrecido á ella con los puños atados, como esclava, por haberla elegido Jacobo.

Los días eran desdichados hacía mucho tiempo para la mujer de Regino, y mucho más por lo mismo que, en apariencia, no tenía derecho á quejarse.

Todo parecía prosperar en el pabellón del guarda. Garnache seguía sus rondas metódicas por los bosques. Berta, con Sofía, se ocupaba en la casa sin cansancio. José, que se había quedado algo delicado después de su enfermedad, la gran fecha de su existencia, no inspiraba cuidado alguno; era dulce é iba con regularidad á la escuela, aunque sin gran curiosidad.

En aquella familia reinaba un ancho bienestar, pues el conde de Valroy, en otro tiempo, había colmado de bienes á la nodriza de su hijo, por agradecimiento—nadie veía otras razones para tal generosidad,—y Berta había sido además dotada, al casarse, por la de Reteuil y por la condesa.

La vida hubiera debido ser apacible para ella, pero era en realidad un perpetuo suplicio.

Hacía años que Jacobo se había apartado de ella, fastidiado por sus demostraciones demasiado ruidosas. Cuando la veía, volvía la cabeza ó, cuando más, le hacía un ligero saludo con la mano. No la dejaba acercarse más que en el último extremo, y desde que tuvo diez años, se escapaba de sus caricias con repugnancia.

Berta no le tocaba ya y le miraba de lejos, sobre todo desde que renunció á ser bella y se dejó llevar á los descuidos campesinos.

Tenía conciencia de que una paleta como ella, sin cuidados y hasta sin limpieza, invadida por la mugre en sus ropas y en su persona, no podía menos de repugnar al señor vizconde, siempre exageradamente pulido y perfumado.

Se resignaba, puesto que el sacrificio había sido consentido de antemano, pero padecía horriblemente, aunque trataba de consolarse pensando que su fin estaba conseguido, que sucedía lo que ella había deseado y que todo aquello estaba previsto.

Pero lo conseguía mal. Las previsiones, por fúnebres que sean, resultan insignificantes en presencia de las realidades. Prever que se sufrirá no es sufrir, y así lo veía Berta. Pero tenía que disimular puesto que no podía ser comprendida, y lo lograba á veces, para caer en seguida en sus tristes anonadamientos.

Entonces se estableció la leyenda de que estaba enferma, como su antigua señora, Antonieta, de una de esas dolencias nuevas inventadas por los ociosos de las ciudades y perdidas, por azar, hasta el fondo de los campos. Un médico pronunció una palabra rara: neurastenia. ¿Por qué? ¿Qué era eso?.. El médico movió la cabeza con aire de importancia. Nada de causa; nada de definición; un estado general morboso porque no era de otro modo. Con esto se podía ya saber á qué atenerse...

Los campesinos, fácilmente crédulos, se conformaron con esta explicación, que no lo era. Berta tenía malos los nervios y la compadecían, aunque burlándose un poco. Esto era lo que se ganaba viviendo al lado de los ricos.

¡Bah! Todo lo que decían de ella le era indiferente. Su único cuidado era no faltar al paso del vizconde; llenarse los ojos furtivamente con su vista y llevársela con ella para soñar por la noche.

Le esperaba oculta en las malezas, sin dejar ver jamás su presencia, y le seguía por los bosques con precauciones de indio tras de una pista. Sabía que le desagradaba verla y quería evitarle esa contrariedad.

Pero cada día era mayor en ella aquel amor desmesurado por el hijo perdido, que era noble, rico y dichoso por la sola voluntad de su madre, pero que no le pertenecía ya y para la cual no era nada.

Cuando volvía á su casa y se encontraba á José, se esforzaba por sonreirle, pero había llegado á temerle como á un remordimiento vivo.

Era el que hubiera debido ser legítimamente vizconde, afortunado y lleno de orgullo y de alegría.. Y no era más que su hijo y el de Garnache. Y aquel niño, á quien había robado, desheredado y apartado de su sangre y de su raza, la quería, mientras que el otro... Y la quería á pesar de su dureza y de su indiferencia, y todo se lo perdonaba creyéndola desgraciada por falta de salud.

Tampoco José se aproximaba á ella; pero, al revés que el otro, era por temor de ser rechazado; la quería de lejos, él también, como ella al otro...

Algunas veces le daba lástima José é intentaba ser tierna, ser madre con él... Pero al verle de cerca, al oir su voz, se estremecía de repente y retrocedía con el espanto de un aprendiz de verdugo ante su primera víctima.

Y José, que no comprendía y se había acostumbrado, con el tiempo, á aquella conducta, se refugiaba entre las piernas de su padre ó las faldas de Sofía.

Cuando creció aumentó su compasión por aquella desequilibrada en la que veía su madre. Por ella aprendió la dulzura, pues, para hablarla, atenuaba su voz, más bien dura, y dulcificaba su ademán, más bien breve. Berta no se lo agradeció, ni lo notó siquiera, pues no le veía más que á través de un velo de contrición.

Doble dolor: el uno siempre lejos y el otro demasiado cerca.

Hacía mucho tiempo que había cesado todo trato entre José y Jacobo. Se decía en el país que éste no se parecía á su padre, el conde Juan, el cual no había sido nunca orgulloso ni duro con nadie.

El vizconde sí lo era. José, de niño, no había recibido de él más que malos tratos y le evitó resueltamente. Jacobo tampoco le buscaba, y de este modo llegaron á ser totalmente extraños el uno al otro.

Apenas si, en el tumulto de los niños al salir de la escuela, el señor vizconde, que pasaba por casualidad á caballo ó en coche, distinguía una cara que le parecía conocida. Jacobo no profundizaba el conocimiento, y de un latigazo se iba lejos, pues no tenía nada común con aquella gentuza, con aquella simiente de labradores.

Por una irrisión mental enteramente extraordinaria, Berta sentía rencor por José porque no admiraba y no quería á Jacobo. Era un sentimiento loco, pero exacto. Su depravación rayaba en la demencia.

En una mañana de julio, el cielo estaba salpicado de nubecillas de color de rosa, la naturaleza parecía de buen humor y el viento era alegre. Jacobo y Bella atravesaban, uno tras otro, el estrecho surco que dividía un campo de trigo alto y dorado.

Los jóvenes se perdían allí como en un mar y sólo veían á su alrededor una inmensa ondulación de espigas, en el extremo de la cual se distinguía en lontananza el campanario de una iglesia.

El vizconde y la hija de Carmesy, contagiados por el alegre ambiente, andaban ligeramente y dichosos de vivir.

Hacía algún tiempo, como si se hubieran puesto de acuerdo, que habían crecido simultáneamente. Los diez y seis años del joven representaban bien diez y ocho, y los catorce de la muchacha parecían diez y seis. Se habían formado; ella había tomado anchuras de cuerpo y él de hombros.

No eran ya niños, y con la mejor voluntad del mundo no era posible descuidarlos; se habían vuelto «personas,» como decía la misma miss Bella, la cual, por fin, llevaba falda larga.

¿Habían las almas imitado á los cuerpos en aquella metamorfosis? Puede ser, pero en esa mañana no lo parecía, pues en aquel campo de oro, los dos se divertían en coger amapolas entre los trigos, como dos muchachos despreocupados...

Iban lentamente, sin cuidarse de la hora, como quien no tiene más regla que su capricho. La masa de los trigos los aisló, y los dos sintieron á la vez una cortedad repentina... Ambos suspiraron, un poco encarnados y sin decir nada, mientras una vaga sonrisa les descubría los dientes.

Desde que era más alta, Bella se había hecho menos atrevida y menos hombruna, y tenía algunas veces ciertas veleidades de azoramiento. Y así le ocurrió en aquel instante.

Jacobo, también turbado, sin saber por qué, le tendió las manos en un ademán implorador, y la joven puso en ellas las suyas; pues, esta vez, era aquella muchacha enigmática la que estaba sugestionada.

Así permanecieron sin hablar, en una postura simbólica, y su acto irreflexivo tomó de la esplendidez de la decoración, de la grandeza de los personajes, gravedades y solemnidades de esponsales bíblicos...

De repente se oyó detrás de ellos una respiración entrecortada y unos pesados pasos en los haces, y como un paquidermo que surge de los cañaverales, apareció Berta, triste, sudorosa, repugnante, sin verlos todavía.

Cuando echó de ver á aquellos dos amigos extraordinarios estorbados en su éxtasis y que la estaban ya maldiciendo con terrible fruncimiento de cejas, la vieja—sí, vieja ya á los treinta y cinco años—se quedó encantada y de su cara se escapó un reflejo de entusiasmo y de pasión ardiente...

Berta juntó las manos maravillada.

Estaba á dos pasos de la pareja, y los contemplaba radiante, enternecida, grotesca, sobre todo, y decididamente horrible.

—¿Qué hay, Berta?, dijo Jacobo muy seco.

La mujer rompió á llorar acentuando su actitud de adoración.

—¡Jacobo! ¡Jacobo! ¡Qué guapo eres!.. Estás hecho un hombre... Hace tanto tiempo que no te he visto... de cerca, al menos, así, delante de mí... Sí, eres hermoso como el arcángel de los vidrios de la iglesia... Hermoso..., hermoso... como... no sé de nada que lo sea tanto como tú... ¡Y la señorita! Tan bella, con esos ojos tan grandes... Estáis bien juntos... Sois la gloria de Dios...

La infeliz deliraba, loca de amor y de alegría. Pero su discurso disgustaba á Arabela, y Jacobo, que lo notó, le puso término.

—Sí, sí, nodriza, está convenido; somos dos maravillas; pero sigue tu camino, y buen viaje... ¡Basta por hoy!

Berta bajó la cabeza y obedeció. No quería molestar á aquellos dos muchachos, que querían estar solos y tenían razón de despedirla.

Se alejaba, pues, pesada y palurda, volviendo la cabeza para verlos aún, cuando Bella dijo secamente al vizconde:

—Dejek, no me gusta ver que esa mujer le tutea á usted... ¿Cómo es que usted lo permite? Es incorrecto y vulgar... ¡Una campesina, y tan sucia!.. ¡Ah! No, evite usted esto ..

Bella manifestaba una gran repugnaucia, arrugaba la nariz y alargaba los labios. Jacobo se ruborizó como si recibiera un bofetón.

—Tiene usted razón, Bella.

Y llamó:

—¡Berta!..

Estaba la nodriza á treinta pasos y se paró en seguida al oir aquella voz que la hubiera hecho arrojarse al fuego. El vizconde dió unos pasos y dijo secamente:

—Berta, me harás el favor de no tutearme más... Soy ya grande, y eso me fastidia.

La mujer no comprendió al principio el sentido de esas palabras. Cuando se dió cuenta de él, bajó la cabeza y de sus ojos se desprendieron dos lágrimas; pero dominó su pena y balbuceó:

—Bien, como tú..., como usted..., como el señor quiera.

Le hablaba como una criada. ¿Qué otra cosa era para él? Jacobo acogió sus palabras con un gesto de satisfacción, y la misma Bella pareció apaciguada.

Berta Garnache se fué por los trigos con la cabeza más baja y el cuerpo más doblado que hacía un momento... Y aquel esqueleto era sacudido á cada paso por un sollozo: «¡Jacobo!»

SEGUNDA PARTE

I

—Valroy, dijo Carmesy cogiéndose familiarmente del brazo del conde, nuestras pipas hacen estornudar á estas señoras... Vámonos más lejos.

Y ambos se marcharon apoyados el uno en el otro como dos buenos amigos.

—Eso es, déjennos ustedes solas; todos los pretextos son buenos, exclamó la condesa Antonieta, incorporándose en su butaca y con la cara casi animada... Jacobo y Berta nos han dejado ya... Me parece bien...

—Un instante, respondió Valroy volviendo la cabeza; nada más que un instante, querida amiga.

—Déjalos, hija mía, dijo dulcemente la de Reteuil, llena de beatitud; tienen que hablar de sus negocios.

Pero la marquesa Adelaida apoyó á Antonieta y aprobó su reproche. Para todo había tiempo y no se debía dejar la mesa, así, inmediatamente después de tomar el café. ¡Los negocios! Tiempo tenían durante todo el día...

Era aquella la táctica habitual de la marquesa; no dar la menor importancia á esas cuestiones de dinero en que se ocupaban los hombres. Eso era vulgar é impropio de grandes señoras.

Con ese apoyo, Antonieta triunfaba de su madre, siempre débil, pero que dejaba decir, con las manos cruzadas en el vientre, contenta de vivir y de ver lo que veía.

Al que cuatro años antes le hubiera profetizado los sucesos actuales, la de Reteuil le hubiera tratado de loco incurable, y se hubiera encogido de hombros si alguien le hubiera dicho que un día vería reunidos en Valroy, en torno suyo, en la misma mesa y en una dulce intimidad, á su hija, casi curada por una serie de milagros; á su yerno, vuelto á una benevolencia general; á Jacobo, cada vez más tierno, y al marqués Godofredo, después de haber probado su lealtad, con

su mujer Adelaida, aquel ángel, y su hija Arabela, aquella hada.

Era verdad que tal resultado no se había obtenido de una vez; para llegar á él habían sido precisos una porción de hechos, peripecias y aventuras, en las que los Carmesy habían representado siempre el primer papel.

¡Cuánta razón había tenido, cuando acababan de llegar y todo el mundo les volvía la espalda, en ir hacia ellas á pesar de todo y procurando atraerlos y conquistarlos!

¡Qué bien había acertado cuando decía que la vuelta de aquellos nobles señores era una bendición para la comarca!

El marqués, gran cabeza y hermoso corazón, había sabido desembrollar los negocios de Valroy... y á tiempo. Todavía le daba escalofríos el recordarlo... ¿Y la marquesa? No podía olvidar que se le debía ni más ni menos que la resurrección de Antonieta. Parecía que la estaba oyendo decir á su hija la primera vez que las presentó mutuamente:

—¡Oh! Señora, son todos estos olores los que la ponen á usted enferma... Hay que tirar pronto todo esto y beber grog caliente.

¡Qué cara puso Antonieta!

¿Y Bella? ¡Ah! ¡Bella!.. Era la alegría de las tres casas. ¡Cómo había pesado, con ser tan frágil, en el destino de Jacobo! Su nieto se lo debía todo.

A su lado, en su culto, había aprendido todos los refinamientos y todas las delicadezas, educado sus propensiones violentas y corregido su naturaleza salvaje.

Por el camino del corazón, Bella había penetrado en su mente y la había iluminado con nueva luz. Un poco paleto, á pesar de sus pretensiones de elegancia, ella le había desbastado, y sobre todo, había vencido su egoísmo y despertado su sensibilidad.

Era una hermosa victoria, que se perfeccionaría á su tiempo con una brillante manifestación del poder adquirido. Bella obtenía de aquel muchacho de diez y seis años, sin saber ni conocimientos de ninguna clase, que se expatriase diez meses del año, y que siguiese, primero, los cursos de una universidad inglesa, después los de una alemana, luego que recorriese la América, y por último, que visitase la Australia, sólo para complacerla.

El marqués Godofredo era el que había establecido ese programa. Bella se encargó de hacérselo aceptar á Jacobo y el mismo Godofredo á la de Reteuil. Antonieta no puso obstáculo alguno y el conde Juan no se opuso; el proyecto no le desagradaba, pues su hijo tenía necesidad de cambiar de aires.

Jacobo se marchó sin sentir más que separarse de Bella, pero se escribían sin cesar, y el día en que el joven escribió á su amiga la primera carta en inglés, fué para él de los más memorables.

Todos los años, en el mes de julio, volvía á Valroy, y el segundo, tuvo la feliz sorpresa de encontrar grandes cambios; en su ausencia, los intransigentes habían transigido y los irreconciliables se habían conciliado; Carmesy y Valroy se daban la mano; su padre parecía contento y su madre gozaba de mejor salud. ¿Cómo había sucedido esto? El invierno anterior y en una mañana de terrible helada, la marquesa Adelaida llegó á Reteuil á pie, sola y envuelta en una gran piel, y se hizo anunciar.

-¿Usted, á esta hora y con este frío? ¿Qué hay?, exclamó la castellana, alarmada al verla, pues realmente se necesitaba una causa grave para hacer salir á una mujer delicada con aquella nieve endurecida; pero Adelaida no era una mujer ordinaria.

La marquesa sacudió su abrigo de piel, en la que seguían agarrados los témpanos de hielo, y respondió:

-No hay nada..., sino que hace fresco.

La de Reteuil, más tranquila, se echó á reir.

—¿Fresco, eh? Sí, con diez grados bajo cero... ¿De modo que es una simple visita de amistad?..

—De amistad, sí... Pero, más que visita, es un paso que doy para serle á usted útil...

La buena señora se alarmó de nuevo.

—Hable usted pronto; ya ve usted cómo hay algo.

—Sí, algo hay; pues bien, yo no sé expresarme bien y digo las cosas de prisa. Mi marido tiene amigos en París que conocen al conde... El Sr. de Valroy está en camino de la ruina...

—¿Eh?.. ¿Qué me está usted diciendo?.. ¡Juan!. Después de todo, es posible. El vivir en París cuesta caro, y más cuando se vive de cierta manera... ¿Y qué hay que hacer?

—Mi marido cree que podría ser útil á usted y á su yerno..., si éste quiere. Si mi marido lo propone, es por usted, que es una buena amiga, y no por él, que no es nada simpático.

La anciana reflexionaba y una serie de observaciones recientemente hechas corroboraban las afirmaciones de Adelaida. Al cabo de unos instantes respondió:

—Hija mía, me alarma usted mucho y no sé qué hacer. Entre Juan y yo, sin haber enfado, reina cierta frialdad. No me hace confidencias y debo confesar que yo tampoco le consulto... ¿Tengo el derecho..., el deber?.. Voy á pensarlo.

—Piénselo usted, dijo la irlandesa de Australia.

Y después de su vigoroso apretón de manos de costumbre, dejó á su anciana amiga.

La de Reteuil se quedó preocupada, pero profundamente agradecida por aquel paso dado en aquella mañana lúgubre, en la que los pájaros se morían de frío en los huecos de los árboles.

Unos días después, el conde Juan volvió á encerrarse en Valroy á pesar de la estación. Nunca su humor había sido más sombrío, y estaba abatido de tal modo, que todos á su alrededor tuvieron que echarlo de ver. La de Reteuil se atrevió á forzar la consigna que cerraba su puerta, y penetró en su cuarto.

Le encontró caído en un sillón delante de una mesa cubierta de papeles, en los que había largas columnas de números. Era la confesión.

Vencido y agotado su orgullo, Juan recibió á aquella suegra intrépida, á pesar de la audacia de su entrada, con un gesto de quebrantada dulzura y una voz sin cólera y más bien dolorosa.

—¿Qué desea usted, señora?.. Dispénseme usted... No estoy bueno... Una jaqueca persistente..., desde hace tres días...

—Juan, respondió la de Reteuil, aunque entre usted y mi hija se haya roto todo lazo desde hace mucho tiempo, y aunque usted no me haya tenido nunca gran cariño, no soy su enemiga. ¿Lo cree usted?

Juan hizo un gesto de afirmación indiferente y dijo:

—Es usted demasiado buena para ser enemiga de alguien. ., acaso al contrario...

Se calló, no creyendo que tenía ya derecho para vituperar á nadie.

La anciana continuó, sin querer comprender:

—Voy á sorprenderle á usted, pero sé de dónde viene esa jaqueca de angustia y de preocupación... Juan, parece que ha hecho usted en París operaciones desastrosas y que se ha dejado engañar y hasta robar. En una palabra, á estas horas Valroy está en peligro y su fortuna de usted más que amenazada.

Juan se levantó bruscamente y la fiebre de sus ojos aumentó.

—¿Quién le ha dicho á usted?.. ¿Quién la ha enterado tan bien?

—¿Qué importa, puesto que confiesa usted que es verdad? Ha debido usted decírmelo antes en confianza, y acaso se hubiera ahorrado la mitad del mal.

Juan la miró, sorprendido por aquella magnanimidad. La creía frívola y sin seriedad, siempre ocupada de sus placeres ó de alguna chochez, y se revelaba buena, digna é indulgente y hablaba como amiga.

Y Juan, que hacía años guardaba secretos que le roían el corazón y se creía solo á la hora del naufragio, se conmovió hasta la medula de los huesos por aquella voz caritativa y aquellas palabras dulces. Quiso darle las gracias, pero ella le contuvo con un ademán.

—No hablemos de eso... Hay alguien que cree poder serle á usted útil y que se ofrece. ¿Acepta usted su concurso, sin saber de dónde viene y con toda confianza? El interés que yo le manifiesto debe ser su única garantía.

—¿Alguien se ofrece?, murmuró el conde, que no era ya capaz de rebelión ni siquiera de resistencia. ¿Es Carmesy, verdad?

—El mismo.

Juan vacilaba, sin embargo.

—Señora, he visto mucha gente en estos últimos años y he encontrado pocas personas desinteresadas y muchos falsos amigos. ¿No cree usted que los suyos?..

La anciana le interrumpió:

—No, no temo nada. Esos son seguros. Se los calumnia porque son pobres, pero nadie ha podido presentar una prueba. En fin, estando usted ahora cierto de mi ayuda efectiva, si hay necesidad—y recalcó esta última frase—¿quiere usted aceptar que el marqués de Ollencourt le hable una hora?.. Es hombre de buen consejo y que, según parece, conoce á las personas que le han engañado á usted. Su opinión debe ser oída; eso no compromete á nada.

Juan se entregó.

—Estoy en ese estado de desesperación en que el ahogado se agarraría á un clavo ardiendo. No discuto, pues... Que venga el marqués; le recibiré, hablaremos, y el porvenir dirá quién tenía razón.

El marqués fué, en efecto, y en diez minutos volvió al conde de Valroy como un guante.

Aquel diablo de hombre tenía realmente un encanto irresistible cuando quería, y jugaba con las almas maravillosamente. En diez minutos, pues, conquistó á Juan, el cual, sin saber por qué, á las cuatro frases cambiadas no dudaba ya de él y le abría su corazón.

A todas sus confidencias, Godofredo, que le oía con atención, respondía moviendo la cabeza: «Sí, ya sé, ya sé...»

Y sabía, en efecto, como lo había probado desde el comienzo de la conversación citando nombres, fechas y hechos.

El marqués salió del castillo acompañado hasta el camino por el conde Juan metamorfoseado y lleno de confianza. Las últimas palabras de Carmesy le tranquilizaron aún más.

—Es claro que ha sido usted robado como se robaba en este bosque en los buenos tiempos de mis antepasados..., pero todo puede arreglarse. Permita á un viejo camastrón decirle que no entiende nada de negocios. Se ve que han abusado... Pero ahora el juego va á cambiar, ya que quiere usted encargarme de su defensa.

Aquí Godofredo hizo una pausa, miró bien de frente á su interlocutor y añadió:

—Usted se pregunta, acaso, de dónde viene mi interés...

El conde, á quien estas palabras acababan de hacer caer en sus antiguas vacilaciones, hizo un gesto vago que no significaba nada; pero el marqués continuó:

—Mi interés es muy natural. Nuestros hijos se aman; mi hija no tiene nada más que sus pergaminos, pero éstos valen tanto como sus dos castillos de usted y las propiedades que los rodean. ¿Estamos convenidos?

Juan dió las dos manos á Godofredo y respiró profundamente, como si le hubieran quitado un peso del pecho. Ahora podía creer y dejar mecer su descuido en una confianza sin límites; había una razón y era plausible. Los Carmesy querían «encajar» su hija á Jacobo, el cual no pedía otra cosa. ¿Con qué derecho y con qué motivo iba él á rehusar?

En tales condiciones, era natural y explicable que el marqués, ducho en los negocios, tratase de defender lo que consideraba como los futuros bienes de sus hijos. No había ya ni una nube.

A consecuencia de lo cual se establecieron entre las dos casas unas relaciones cordiales primero é íntimas después. En cuanto á Reteuil, hacía mucho tiempo que estaba conquistado.

En verdad, el marqués desplegó inmediatamente la mayor actividad en el servicio de su amigo. No se veía más que á él en el ferrocarril entre París y la estación de la comarca. Juan, dichoso de dejar hacer y de olvidar las cifras, se dormía en su tierra, donde, por otra parte, ya no se aburría.

Después del marqués había venido la marquesa y había realizado por su parte un milagro más asombroso todavía. Había despertado á la condesa Antonieta de su eterno sopor, y por un extraño caso de magnetismo ó de sugestión, la había obligado á vivir, á volver á la luz y al ruido, sin frascos en la mano ni jeringa de Pravaz en el bolsillo.

La había resucitado, galvanizado y acaso exorcizado; y aquella semidemente, convertida en lúcida, había vuelto á ponerse en contacto con los que la rodeaban y reconocido á los suyos.

La antigua criada de dura fisonomía, guardadora de las tradiciones, quiso protestar; pero Adelaida obtuvo que la pusieran en la puerta. Después de tal victoria, era evidente que lo podía intentar todo.

Por otra parte, la condesa, como su madre, no podía ya pasarse sin Adelaida, y así lo confesaba. También había concebido una gran pasión por Bella.

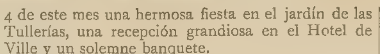
Desde entonces, no se separaban, y como las reuniones eran en Valroy, pues Antonieta no podía aún andar por su pie, Juan, que seguía impresionable á pesar de sus cuarenta y dos años y se divertía con aquel roce continuo de faldas, cabelleras y mujeres excéntricas, empezó una nueva existencia entre Adelaida y Arabela, sin saber cuál de las dos le interesaba más.

La condesa, rejuvenecida y vivificada, le mostraba una amabilidad desconocida hasta entonces. No sabía nada de aquellos apuros de dinero; pues, por un acuerdo tácito, le ahorraban una revelación que hubiera podido hacerle caer en sus antiguos males.

Ya que renacía, había que dejarla renacer. Había rechazado sus visiones habituales y se dejaba llevar de sueños de un porvenir dichoso, olvidando el atavismo y sus amenazas y sin pensar ya en aquella muerte trágica que por tanto tiempo había creído suspendida sobre la cabeza de su hijo.

En otro tiempo le temía y le apartaba por esta causa; pero ahora que le veía de lejos surcando los mares y corriendo todos los días algún peligro, por un raro capricho mental y una extraña contradicción tenía confianza en su destino y le consagraba, á través del espacio, un nuevo cariño depurado de preocupaciones.

(Se continuará.)



D. Secundino Esnaola, director del Orfeón Donostiarra, de San Sebastián, que ha obtenido el gran premio de 10.000 francos en el concurso de orfeones organizado por el diario *Le Journal*, de París. (De fotografía de Frederic.)

EL ORFEÓN DONOSTIARRA

DE SAN SEBASTIÁN EN PARÍS

Organizado por el periódico parisiense *Le Journal* se ha celebrado recientemente en la capital de Francia un concurso internacional de bandas, charangas y orfeones, de cuya importancia puede formarse idea teniendo en cuenta que en él han tomado parte más de 300 entidades musicales, no sólo de Francia, sino también del extranjero, y que la cantidad destinada á premios ascendía á 50.000 francos. Las más famosas sociedades corales francesas, belgas y alemanas acudieron al concurso; á él acudió también el Orfeón Donostiarra, de San Sebastián, y después de reñidas pruebas, ha vencido en toda la línea este último, dirigido por D. Secundino Esnaola, obteniendo la mayor recompensa, el gran premio de 10.000 francos, y siendo su presidente D. Elicio Irigoyen condecorado con las palmas de oficial de Academia.

En honor de los concursantes celebráronse el día 4 de este mes una hermosa fiesta en el jardín de las Tullerías, una recepción grandiosa en el Hotel de Ville y un solemne banquete.

Desde mucho antes del mediodía, una multitud inmensa llenaba el citado jardín, en el que se había reservado un sitio especial para las 300 sociedades; á la una penetraron éstas en el parque, siendo aclamadas con entusiasmo, y una hora después llegaron el ministro de Correos y Telégrafos M. Berard, en representación del gobierno, los miembros del Consejo Municipal, los individuos que constituían el jurado del concurso y el director y los redactores de *Le Journal*.



San Sebastián. – Aspecto del puente de María Cristina al paso del Orfeón Donostiarra á su llegada de París (De fotografía de Frederic.)

El ministro pronunció un discurso ensalzando la fiesta que se celebraba y luego procedió á distribuir las recompensas. Terminado este acto, desfilaron las sociedades, dirigiéndose al Hotel de Ville, entre los delirantes aplausos y ensordecedoras aclamaciones de la muchedumbre. Llegadas á la plaza en donde aquel palacio se alza, las diversas sociedades, con sus estandartes al frente, ocuparon los puestos que les habían sido señalados, mientras sus presidentes y la comitiva oficial entraban en el Hotel de Ville, que se hallaba artísticamente engalanado y en cuyo grandioso salón M. Morel, vicepresidente del Consejo Municipal, dió la bienvenida á todos los que habían tenido parte en el concurso y felicitó al diario que tan brillantemente lo había organizado. M. Autrand, secretario general de la Prefectura del Sena, habló en nombre del prefecto, pronunció un hermoso discurso, algunos de cuyos párrafos nos parece interesante reproducir:

«Mas no solamente perseguís un fin artístico; también ejercéis una influencia social y patriótica. Vuestras orquestas, vuestros orfeones, vuestras bandas se componen de asociados que aprovechan los cortos ocios de la vida de trabajo, de taller, de oficina, de los campos. Después de una jornada de labor, la música es para el espíritu lo que el rocío á la planta después de un día tórrido; reconforta y hace olvidar los rudos trabajos de la lucha por la existencia. El ensayo de la noche es la velada ocupada en una obra interesante; es para el padre de familia la economía realizada, es el contacto más frecuente entre los jóvenes, que aprenden á conocerse mejor; es una verdadera escuela de compañerismo y de fraternidad.

»Por esto vuestras sociedades son las asociaciones populares por excelencia. Ellas lanzan en nuestras ciudades sus acentos vibrantes y sus voces alegres; ellas ejecutan y cantan esas páginas musicales que nos cautivan, y en las poblaciones privadas de teatros y de conciertos revelan y popularizan las composiciones de maestros célebres ó las obras maestras de la música de todos los países.»

Hermoso fué también el discurso del presidente del Jurado, el eminente maestro Lorenzo de Rille: «Señor presidente—dijo dirigiéndose al del Consejo Municipal—en nombre del jurado de que tengo el honor de formar parte, en nombre de los orfeonistas cuyo decano soy, deseo deciros cuán orgullosos y agradecidos estamos al recibir vuestra hospitalidad en ese palacio, en donde habéis recibido á reyes y en donde ahora recibís á pueblos, pueblos vecinos y amigos. Gracias os doy también por la liberalidad que habéis mostrado á la obra del orfeón; esa liberalidad, permitidme que os lo diga, no es una prodigalidad, sino una imposición de capital que la ciudad de París ha hecho al modo de una madre de familia, porque la ciudad de París ha comprendido que la obra del orfeón era no sólo una obra de instrucción pública, sino también una obra de educación popular.

»Nuestra lengua musical es universal, es una lengua de sentimiento que empieza allí donde la poesía acaba; expresa todos los sentimientos del alma humana que no pueden expresarse con la palabra.

»Lo que hoy importa no es atiborrar de conocimientos nuestro cerebro, sino elevar nuestros caracteres, formarlos, porque en la vida los caracteres pesan más que los conocimientos y la ciencia. Los conocimientos son el poder, pero el carácter es quien dirige el poder hacia el bien ó hacia el mal. El alma será encaminada hacia el bien si se la eleva hacia lo bello, detrás del que está lo verdadero, porque, como ha dicho Platón, «lo bello es el esplendor de lo verdadero.» Por esto esperamos que la población demostrará como vos un afecto potente hacia lo bello y que recogerá en todas partes el bien que habéis sembrado; fecunda será la cosecha que obtendréis.»

Terminados los discursos, los concurrentes al acto fueron obsequiados con un *lunch* y luego hubo un brillante desfile de todas las sociedades, que con sus estandartes y al son de las bandas de trompas y trompetas y de las charangas formaban un conjunto en extremo animado y pintoresco.

Por la noche, celebróse en honor del Consejo municipal, de los miembros del jurado y de los presidentes de las sociedades un banquete en el que pronunciaron elocuentes brindis el director de *El Journal*, el jefe de gabinete del ministerio de Comercio, el concejal M. Tantet, un delegado de las sociedades suizas, M. Deville, en nombre de la Comisión de Bellas Artes, y otros. Todos dedicaron encomiásticos elogios al concurso que se había celebrado y á las sociedades que en él habían tomado parte, aplaudiendo la iniciativa del periódico que lo había organizado y alabando la obra de cultura que realizan los que dedican sus esfuerzos á la propagación de la música entre las clases populares.

El triunfo del Orfeón Donostiarra causó satisfacción inmensa en San Sebastián, cuya población en masa hizo un recibimiento entusiasta á los orfeonistas á su regreso de París, organizando en su honor una manifestación grandiosa y saludándoles con aplausos y aclamaciones delirantes.—M.



Estandarte del Orfeón Donostiarra (De fotografía de Frederic.)

D. CASIMIRO PRIETO Y VALDÉS

El 13 del mes de marzo último dejó de existir en esta capital el notable cuanto fecundo y humorístico escritor D. Casimiro Prieto y Valdés, regocijo y alegría de cuantos tuvieron la dicha de leer la variada producción del popular y aplaudido literato catalán, con residencia continuada de más de cuarenta años en la ciudad de Buenos Aires.

Nació D. Casimiro, como familiarmente le llamábamos, el día 27 de octubre de 1847 en la noble y culta ciudad de Reus, siendo sus padres don Casimiro Prieto y D.ª Josefa de Valdés; habiendo tenido la dicha de ser alumno del célebre pedagogo D. Alejandro García, que también fué maestro del gran artista D. Mariano Fortuny, del gran político el eminente general D. Juan Prim y de tantas otras personalidades que más tarde han descollado notablemente en letras, artes y ciencias.

Desde muy joven el Sr. Prieto y Valdés demostró sus gustos, tendencias y aptitudes para la literatura y el periodismo, redactando cuando apenas contaba 19 años, conjuntamente con Joaquín M.ª Bartrina y Martí Folguera, un periódico que se llamó *El Crepúsculo*, en el que publicó una novela titulada *Pilar*, ilustrada por Llorens.

Cuando se vió exento del servicio militar por su enfermedad en la vista, embarcóse el 12 de octubre de 1867 á bordo de un buque de vela llamado *Joven Joaquín*, que zarpaba del puerto de Tarragona con rumbo al Río de la Plata.

Ya en Buenos Aires, ingresó en la redacción del diario *España*, dirigido por D. Benito Hortelano. Luego pasó á la de *La Nación Argentina*, que en aquel tiempo dirigía el gran poeta y literato argentino, de fama universal, D. José M.ª Gutiérrez. En ese diario que después adquirió el general D. Bartolomé Mitre y que acortó el título hasta quedar *La Nación*, de grande y feliz existencia todavía, permaneció la friolera de trece años consecutivos teniendo á su cargo distintas secciones; pero la más célebre fué la titulada *Conversación*, que refundía y comentaba con mucha gracia y sal los principales acontecimientos del día, firmando los amenísimos artículos con el seudónimo Aben-Xoar.

D. CASIMIRO PRIETO Y VALDÉS, notable escritor catalán fallecido en 13 de marzo último en Buenos Aires. (De fotografía de Freitas y Castillo.)

En compañía del gran político D. Nicolás Avellaneda redactó otro diario apoyando la candidatura de dicho señor para la presidencia de la República.

Por la misma época redactó en *La Prensa* una sección de igual índole.

En 1876 escribió con el famoso Villergas el no menos famoso semanario satírico *Antón Perulero*, todavía de regocijada memoria; en 1888 fundó con Rafael Carrillo y Ricardo Conde Salgado el diario *La Prensa Española*.

Además colaboró en *El Correo Español, El Nacional, El Sud-América, Unión Argentina, El Sud Americano, La Ilustración Sud-Americana, Pluma y Lapiz, Caras y Caretas*, y en infinidad de revistas americanas y españolas.

En 1877 empezó á publicar el almanaque *Sud-Americano*, que continuó año tras año hasta 1902, en que desapareció por fracasos financieros sufridos por los editores.

Casimiro Prieto y Valdés también escribió para el teatro, siendo sus obras representadas con éxito.

También desempeñó gran papel en la administración pública del país, ocupando el puesto de oficial en la oficina del Censo Escolar, siendo secretario del departamento de Estadística y últimamente jefe de sección en la Dirección General de Estadística.

Aquí formó su hogar, dejando numerosa familia amante y respetada.

D. Casimiro Prieto y Valdés, el fecundo escritor el infatigable artista de la pluma, nuestro estimado paisano, ha muerto lejos de su amada Cataluña, bajando á la tumba á los 60 años querido y llorado de los argentinos y de toda la colonia española.

¡Que descanse en paz el cuerpo en la tierra y su alma goce de la inmortalidad y de la gloria eterna!

Buenos Aires, abril de 1906. JUSTO SOLSONA.

LIBROS ENVIADOS

Á ESTA REDACCIÓN

por autores ó editores

Fuera de combate, por *Alejandro Larrubiera*. — Interesante novela de costumbres madrileñas. Un tomo de 284 páginas con una portada de Pedrero, editado en Madrid por Sáenz de Jubera, hermanos. Precio, tres pesetas.

Cel que s' obre, comedia en un acto de *R. Suriñach Sentíes*. – Estrenada con gran éxito en el teatro Principal de esta ciudad en 12 de mayo último; impresa en Barcelona por Fidel Giró. Precio, una peseta.

La educación fundada en la ciencia, por *C. A. Laisant;* traducción de *Eusebio Heras*. – Un tomo de 240 páginas con un prólogo de Alfredo Naquel, editado en Barcelona por D. Ramón de S. N. Araluce, é impreso en la imprenta de Pedro Ortega. Precio, tres pesetas.

Leyenda de la Alhambra, por *Washington Irving*, traducción de *Augusto Muro*. – Un tomo de 92 páginas que forma parte de la biblioteca de Autores célebres que edita en Barcelona D. Olegario Salvatella. Precio, 60 céntimos.



Nuevo aeroplano Bleriot, ensayado en el lago de Enghien-les-Bains. (De fotografía de M. Rol y C.a)

El hábil constructor de aparatos más pesados que el aire M. Bleriot, ha terminado uno nuevo que por sus disposiciones y por sus grandes dimensiones permite fundar grandes esperanzas en sus buenos resultados. Los planos horizontales que hasta ahora se habían utilizado han sido redondeados y reunidos para describir inmensas elipses, de unos ocho metros de mayor diámetro, que asegurarán toda la estabilidad deseable. El aviador M. Voisin, colaborador de M. Bleriot, se coloca en el centro del marco entre las dos grandes elipses. El aparato va montado sobre dos flotadores y el lanzamiento se efectúa en el agua, mediante una canoa automóvil que da la velocidad necesaria para elevar esa cometa de nuevo género, dejándolo luego en libertad. Los ensayos se han realizado en el lago de Enghien-les-Bains, sitio tan conocido de los parisienses.

Idearium español, por *Angel Ganivet*. – Libro en que se plantean los más grandes problemas de la política, de la literatura, del arte, de la ciencia, del trabajo y, en suma, de la vida española, estudiados con el claro y elevado criterio que caracterizaba al célebre y malogrado filósofo y literato granadino. Un tomo de 164 páginas, editado por «El Defensor de Granada.» Precio, 2'50 pesetas.

Rienzi, de *Ricardo Wágner*, traducción catalana adaptada á la música por *Javier Viura* y *Joaquín Pena*. Un tomo de 98 páginas, publicado en Barcelona por la Associació Wagneriana é impreso en la imprenta de Fidel Giró. Precio, 1 50 pesetas.

Diccionario Salvat. – Se han publicado los cuadernos 39 á 43 que comprenden hasta la palabra Borton y van ilustrados con grabados intercalados en el texto, láminas sueltas y un mapa de Canarias.

Novelas picarescas. – Un tomo de 208 páginas, que forma parte de la Biblioteca Diamante, editada en Barcelona por D. Antonio López, y que contiene *Lazarillo de Tormes* y *Rinconete y Cortadillo*, precedidas de un prólogo de J. Givanel y Mas. Precio, dos reales.

Imp. de Montaner y Simón

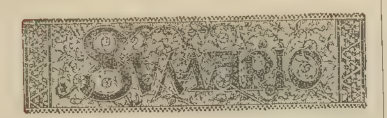
La Ilustración Artística

Año XXV — Barcelona 25 de junio de 1906 — Núm. 1.278

Exposición General de Bellas Artes. (Madrid. 1906.)



AL ABISMO, cuadro de Fernando Cabrera Cantó, premiado con primera medalla



CRONICA DE TEATROS

Con la partida de Galipaux y compañeros de la legua cerró sus puertas la Comedia, el único teatro de género grande que ha funcionado en Madrid durante la temporada de primavera. Por benevolencia, que pudiéramos llamar corrosiva, ha elogiado una parte de la prensa á esos malos cómicos en lo que permanecieron entre nosotros; en cuanto levantaron el vuelo, los periódicos han reconocido casi unánimemente que eran detestables... Vayan con Dios los tales comediantes, y ellos y los que como ellos piensen otra vez venir á España, desistan de su propósito: de actores de su talla hartos tenemos en nuestra casa.

La porción de público que actualmente concurre á los espectáculos teatrales se reparte entre Eslava, Apolo, la Zarzuela y el Gran Teatro. En este último atraen á los espectadores, no precisamente el libro ni la música de cierta bufonada cuyo título es *El triunfo de Venus*, sino el lujo y aparato con que la tal obrilla ha sido puesta en escena. La noche del estreno, *El triunfo* fué derrota; pero gracias al pintor escenógrafo, al sastre y al maquinista, «la señora Venus, madre de D. Amor,» que por obra y no gracia de los Sres. Fernández Shaw y Muñoz Seca, auxiliados por el maestro Chapí, bajó del Olimpo con intento de correrla en grande por la villa y corte, sigue haciendo de las suyas en el escenario del que hasta poco ha fué teatro Lírico.

Esta resurrección poco afortunada de lo bufo prueba que los autores de género chico van haciéndose cargo de que el público no traga ya el melodrama comprimido... Lo malo es que tampoco parece muy dispuesto á divertirse con bufonadas semejantes á las que tanto gusto dieron á los contemporáneos de Arderíus.

Otra farsa de ninguna substancia literaria, pero también de muchos telones, cintajos y colorines, obra de los Sres. Perrín y Palacios, ha «refrescado» últimamente el cartel del teatro de Apolo y servido durante las últimas fiestas para dar una muestra, á la verdad no muy estimable, de nuestra vis cómica á los forasteros y extranjeros que acaban de visitarnos.

La Zarzuela no ha querido ser menos que los otros dos teatros sus rivales, y ha echado el resto en lo tocante á bambalinas, vestimentas caprichosas, efectos de luz y otros excesos para representar una revista salpicada de chistes, que el público bastoneó de lo lindo, pero que se salvó al fin y á la postre, gracias á lo agradable de la música y á los esfuerzos desesperados de la claque. El título de la revista es *Los Campos Elíseos*, y sus autores, los Sres. López Marín y Pérez Cabrero, de la letra, y Nieto y Alvira, de la música.

Y estas son todas las novedades que en el actual momento histórico ofrecen los teatros de Madrid. También ha habido drama y aun tragedia; pero no entre telones y bambalinas, sino á la luz del sol y con los horribles pormenores que todos conocemos...

Entre las fiestas palatinas celebradas con motivo de las bodas reales, ha sido una de las más interesantes la que se verificó en el palacio del Pardo la noche del 29 de mayo.

A unos catorce kilómetros de Madrid, entre extensos encinares, á cuya sombra pastan tranquilamente ciervos y corzos, alza sus torres puntiagudas y plomizas el palacio en donde se albergó á su llegada á la capital de España la reina Victoria. Veinte años ha que se proyectaban sobre este palacio sombras de tristeza. Allí había muerto en la flor de su edad don Alfonso XII, y desde entonces habían huído de aquella morada regia la alegría y el bullicio de las fiestas cortesanas. Desiertos estaban sus salones y galerías, adornados con tapices cuyos cartones son debidos á Goya y Theniers, silenciosos sus patios y jardines y trocado en obscura capilla lo que fué despacho y alcoba del malogrado monarca.

En vísperas del regio enlace multitud de trabajadores invadió el real palacio, y en pocos días recobraron las hasta entonces melancólicas estancias la belleza y alegría que tuvieron durante el reinado de Isabel II. El teatro, en donde no se había dado función alguna desde los tiempos de la abuela del actual soberano, se decoró en un abrir y cerrar de ojos lujosamente, y todo quedó dispuesto para la solemnidad palatina que en él había de celebrarse la noche del 29 de mayo.

La sala, que tiene una extensión de 150 metros cuadrados, ofrecía un aspecto deslumbrador. En la tribuna regia que da frente al escenario tomaron asiento las personas reales, y en la sala, en bancos sin respaldos forrados de badana, príncipes y princesas, archiduques y embajadores, ministros y generales, ostentando todos vistosos uniformes, bandas, collares, cruces y placas. Aquella noche puede decirse que María Tubau representó, como en otro tiempo Talma, ante un patio de reyes.

Y empezó la función, cuya parte más atractiva fué la representación del sainete de Ceferino Palencia titulado *La vicaría*. Es este sainete una página viva y coloreada de la España de Carlos IV. Parecía, al ver moviéndose en escena manolos y majas, petimetres y comediantes, toreros y damiselas, que las figuras de los tapices que decoran los muros del Palacio, dejando los puestos que ocupan hace más de un siglo, se habían congregado en la escena para rendir, á su modo, respetuoso homenaje á los reyes y al brillante concurso que llenaba la sala. Los castizos versos de Ceferino Palencia evocaron al mismo tiempo los donaires de la manolería, las disputas de los autores en aquellos días de pelea entre *chorizos* y *polacos*, los celos de los cómicos, las jactancias de los toreros, los chichisbeos de los pisaverdes. Y toda aquella reaparición momentánea del pasado encontró su definitiva expresión en la copia del cuadro famoso de Fortuny, realzado con la fuerza que daba á las figuras la vida y el movimiento.

Al terminar el sainete avanzó María Tubau hasta la batería, y recitó un bello romance, del cual recuerdo los versos siguientes:

> A vos, reina, madre augusta,
> reina ejemplar, madre santa,
> dos veces santa por mártir;
> doblemente coronada
> con corona de virtudes
> y con diadema de lágrimas...

No faltó entre las personas que formaban el auditorio quien observase que los ojos de la augusta señora se llenaban de llanto...

* * *

De otra clase de espectáculo también teatral he de hablar en esta crónica: me refiero á los exámenes de Declamación del Conservatorio.

Dice uno de los más ilustres pensadores de nuestro tiempo que en apariencia existe hoy en España todo lo que poseen las más adelantadas naciones, pero á la manera como se representa la realidad en el teatro, por medio de lienzos pintados, detrás de los cuales no hay nada. Tenemos fachadas de universidades sin universidades, bastidores de laboratorios sin laboratorios, escuelas sin enseñanza ó con enseñanza tan deficiente como pobre... A este último grupo de instituciones más aparentes que reales pertenece la sección de Declamación del Conservatorio, y no por incompetencia de los profesores, entre los cuales los hay tan excelentes como María Tubau y Fernando Díaz de Mendoza, sino por vicios y defectos de organización.

Días pasados se verificaron los exámenes de fin de curso, á los cuales tuve la honra de asistir. Hubo, según es uso y costumbre en aquella casa, sobresalientes á granel. Las alumnas con sus trajecitos de cristianar y los alumnos también muy atildados y compuestos, después de dar pruebas de su aprovechamiento en las asignaturas teóricas, hicieron sus ejercicios prácticos. A estos ejercicios, que se verifican en el escenario de un espacioso salón dispuesto en forma de teatro, asiste numerosísimo público, lo que no es extraño, dada la afición que hay en Madrid á todo lo que se relaciona con el arte escénico.

Justo es decir que los examinandos demostraron gran entusiasmo por la difícil profesión á que se dedican, y algunos, particularmente las alumnas, dieron pruebas de muy estimables aptitudes para el teatro. Esto es verdad, pero no lo es menos que en el trabajo de todos ellos échase de ver mucha menos intensidad de la que exige el arte de la declamación en su más alto y lato sentido. En vez de representar una ó más comedias, los discípulos se limitaron á recitar unos cuantos parlamentos ó alguna que otra escena, con lo cual puede, sí, juzgarse de la dicción de los futuros artistas, pero no de sus condiciones para interpretar caracteres, que es en lo que estriba la verdadera dificultad para el comediante.

Ignoro en qué forma se da la enseñanza práctica durante el curso; pero si es en la adoptada para los exámenes, mucho temo que los alumnos y alumnas al salir del Conservatorio, cargados de sobresalientes, no puedan desempeñar con mediano acierto ni un insignificante papel. ¿Qué ha de aprenderse del arte dificilísimo de expresar los afectos y pasiones, del dominio sobre el gesto, de las actitudes que brotan ó deben brotar de los diferentes momentos de la acción y del lógico desarrollo de los caracteres, aprendiendo de memoria y recitando con mejor ó peor entonación una tanda más ó menos larga de versos?

Si durante el curso se hiciesen seis ú ocho obras de distinto género, ensayadas concienzudamente y procurando que los intérpretes de los distintos papeles penetrasen todo lo más adentro que fuese posible en las almas de los personajes por ellos representados, se lograría orientar convenientemente á los alumnos, aguzar en ellos el talento psicológico y desarrollar sus medios de expresión. Cada personaje es ó debe ser una individualidad determinada, y el actor tiene, si quiere merecer el nombre de artista, que prescindir de su propia persona para fundirse, por decirlo así, en la persona fingida por el autor. Esto, vuelvo á decirlo, no se consigue recitando un parlamento ó una escena desglosada de un drama, sino interpretando totalmente una obra escénica.

Y las obras elegidas para el estudio y enseñanza de los discípulos no deben ser como muchas de las que este año se han elegido, fragmentariamente por supuesto, para los ejercicios prácticos, anodinas y endebles, sino obras maestras del teatro antiguo y moderno, cómicas, dramáticas y trágicas; con lo cual adquirirá flexibilidad el alumno, se educará su gusto y fijará su vocación.

Muy bien está que estos ejercicios prácticos vayan precedidos de los estudios teóricos que hoy se exigen en el Conservatorio: Literatura general, Historia del teatro é Indumentaria; mas para que estas enseñanzas tuvieran la eficacia debida habrían de venir después de un examen de ingreso serio y riguroso. ¿Cómo es posible que sin preparación anterior de ninguna especie, sin tener ni siquiera remota idea de lo que es el arte en general ni el arte dramático en particular, y sin otra vocación que el deseo vago é inconsciente de ser lo que son los cómicos cuyos retratos publican á troche y moche los periódicos de monos, pueda un alumno entender las difíciles cuestiones estéticas, apreciar bellezas literarias, comprender los graves problemas morales, sociales y aun filosóficos que el teatro plantea y desarrolla en forma artística?

Y para el ingreso en el Conservatorio debieran exigirse también determinadas condiciones: figura, voz, pronunciación y distinción de modales. Una niña gangosa, un jovenzuelo medio afónico, una moza de cántaro ó un mozo de cordel, no sirven para la escena. El arte se ha hecho para los escogidos, y al que no reuna el conjunto de cualidades que aquél exige, deben cerrársele las puertas de una institución que tiene por objeto crear artistas.

Este rigor que debiera observarse para el ingreso debería mantenerse durante todos los años que constituyen la carrera. Ahora, por el contrario, la benevolencia y blandura que se observa con los examinandos es tan grande, que el alumno ó alumna que saca solamente nota de notable se considera poco menos que reprobado.

Por este camino, el Conservatorio será una de tantas instituciones inútiles que servirá para despertar ridículas ambiciones é insensatas esperanzas en unas cuantas docenas de jóvenes, pero no para crear y formar un solo artista.

Zeda.



Descansa, alma mía; yo te vengaré

Venganza guajira, por Adrián del Valle

Por la calzada de Arroyo Naranjo iba Joseíto montado en su caballejo criollo, con las pistoleras de la montura llenas de dijes baratos que había comprado en la Habana para regalar á su novia. De vez en cuando cantaba una sentida *guajira,* cuyas melancólicas cadencias transportaba la brisa á lo lejos, deshaciéndose en suspiros por entre los palmares.

No obstante lo sentimental de sus endechas, Joseíto estaba alegre. Pensaba constantemente, con ternezas de enamorado, en la mujer que al día siguiente iba á ser su esposa, una hermosa guajirita de tez trigueña, ojos negrísimos, abundosa mata de azabachado pelo y acariciadora voz de ángel. Nacida y criada en los campos cubanos, tenía de ellos la lozanía. La palmera le había prestado su esbeltez, el cucuyo la fosforescencia de sus ojos, el cielo sin nubes su transparente pureza.

Era la envidia de todas las mujeres de aquellos contornos y la admiración de cuantos hombres la veían. Muchos la habían cortejado, sin resultado; algunos, con su amor, le ofrecieron ricas haciendas, que ella despreciaba; no pocos, aun sabiendo que estaba ya prometida, cuando la pálida luna subía por el horizonte estrellado ó se ocultaba tras los palmares, iban á la puerta de su *bohío* y, acompañándose de la guitarra, le cantaban sus amorosas cuitas en improvisadas décimas.

De toda aquella legión de enamorados, el preferido había sido Joseíto, que á una figura arrogante unía un corazón noble y generoso. Tenía fama de valiente y de poeta. Nadie le aventajaba en *versar* y en bailar un zapateado caladas las espuelas y con el machete ceñido. Honrado y trabajador, constituía un partido excelente para cualquier muchacha hacendosa. El ideal de su vida se reducía á dos grandes amores: su *Cheché* querida, que pronto sería su esposa, y su caballejo Moro, el inseparable compañero de trabajos y fatigas.

La tarde languidecía. El sol se ocultaba tras un monte, proyectando una gran sombra obscura que contrastaba violentamente con el vivo amarilleo de los campos más lejanos. Joseíto no divisaba todavía el bohío de su amada. Impaciente, exclamó:

—Aprisa, Morito, aprisa, que mi alma estará ya impaciente.

Y el caballo, cual si lo comprendiera, meneó la cabeza y avivó el paso.

***

Cheché cosía sentada en una mecedora. Estaba sola en la casa; su padre y hermano hallábanse todavía ocupados en las labores del campo. De vez en cuando dejaba de coser y levantaba la cabeza. Esperaba impaciente á su Joseíto.

Oyó las rápidas pisadas de un caballo. Su corazón dió un salto de alegría.

—¡Será él!, exclamó fijando la vista en el pedazo de calzada que se extendía á poca distancia del bohío.

Un caballo se paró y un hombre saltó de él; pero ni el primero era el Moro ni el segundo Joseíto. El hombre ató el animal á la tosca cerca y adelantó hacia la casa. Vestía el típico traje del guajiro cubano: pantalón de dril crudo y guayabera listada; al cuello, un pañuelo de seda rojo; al cinto, un machete Collins de ancha y larga hoja; calzaba anchos zapatos de cuero amarillo y cubría la cabeza con un sombrero de jipijapa. Su rostro, renegrido por el sol, tenía facciones duras y sus ojos pardos miraban airados.

—Buenas tardes, *Cheché,* dijo desde el umbral.

—Buenas tardes, Juanín, contestó ella sin mirarlo y continuando su interrumpida labor.

—¿Ha venido Joseíto?

—Todavía no.

—¿Estás sola?

—Sí.

—¿Puedo entrar?

—Como gustes.

Entró y se sentó en la mecedora que estaba frente de ella. Después de un momento de silencio, sin cesar de mirarla fijamente, dijo:

—Esperas á Joseíto.

—Sí, contestó secamente.

—Lo quieres mucho.

—Con toda mi alma.

—¿Y por qué lo preferiste á él y no á mí?

—Quise al que mi corazón eligió.

—Me han dicho que os casáis mañana.

—No te han mentido.

—¿Y crees que serás feliz con él?

—¡Oh, sí, muy feliz!

Una mirada más intensamente airada brilló en los ojos de Juanín, que se mordió el labio inferior de rabia. Los celos torturaban su alma y nublaban su razón. De pasiones indómitas, de temperamento violento y casi salvaje, no podía consentir que la mujer que él tan ardientemente amaba pudiera gozar en brazos de otro.

—¿Sabes á lo que he venido?, dijo de pronto.

—No.

—A decirte que no te cases con Joseíto.

Admirada, le miró por primera vez fijamente.

—¿Y por qué no he de casarme con quien yo amo?

—Porque yo no quiero, porque si no puedes ser para mí, tampoco serás de nadie.

Y al decir esto, la miró con tal expresión de locura en los ojos, que ella tuvo miedo y, levantándose, dirigióse hacia la puerta. El la detuvo, sujetándola por un brazo.

—No te vayas.

—Déjame...—Y viendo que no la soltaba, gritó con todas sus fuerzas:—¡Padre!.. ¡Joseíto!..

—No grites.

—¡Padre!.., ¡padre!..

Asqueada por el contacto brutal de aquellos brazos, forcejó rabiosa y le arañó en el rostro; pero fácilmente logró él dominarla, sujetándola fuertemente por las muñecas.

—Suelta, que me haces daño, suplicó ella.

—Dime que no te casarás con él.

—Eso no; le amo, le quiero tanto como á ti te odio.

Rápido, sacó del cinto su ancho cuchillo y lo hundió en el pecho de la infeliz, que se desplomó al suelo sin proferir un grito.

—Antes que de otro, te prefiero muerta, exclamó con voz ronca, y huyó de allí como un loco.

***

Cuando al poco rato llegó Joseíto, alegre y cantando, la vista del cuadro horrible paralizó la voz en su garganta. Transido de dolor, inclinóse sobre el rostro pálido de *Cheché,* oyendo aún de sus labios, contraídos por la agonía, la revelación del crimen y el supremo adiós de despedida.

Muerta ya, lloró sin consuelo, besó su boca y le dijo bajito como si pudiera oirle:

—Descansa, alma mía; yo te vengaré.

***

A los pocos días los rurales encontraron cerca de Bejucal el cadáver de un hombre, cuya cabeza estaba casi partida por un tremendo machetazo. Identificado, resultó ser Juanín, que la justicia reclamaba como presunto asesino de la hermosa *Cheché.*

Joseíto había cumplido la promesa que hiciera á la muerta.

(Dibujo de Triadó.)

EXPOSICION GENERAL DE BELLAS ARTES

Madrid. 1906

SECCIÓN DE PINTURA

(Continuación)

No tengo espacio para hablar mucho de todas las obras expuestas por Hermoso; diré como resumen que me gustan todas ellas, que son originales, que tienen ritmo y un gran espíritu hasta en los menores detalles. El dibujo es asombroso y al color no se sujeta la fantasía del moderno artista.

En la labor es el cuadro que tiene mis mayores cariños y todas mis loanzas: por su sencillez, por su verdad. Y puede asegurarse que quien ha logrado

exponer tanta belleza y sana poesía sin recurrir á efectismos de ninguna clase, será muy pronto, por su gran talento y modernas tendencias, una gloria indiscutible de España.

Su obra *La salida del Folies Berge*, es un lienzo dificilísimo de ejecución. De Baroja, de Sancha, de Solana y otros hablaremos al ocuparnos de las aguas fuertes y de los dibujos expuestos.

toda la escena, muy corriente en nuestras tierras, vese expuesta con armonía y elegancia, sin caer en exageraciones chabacanas. Algunos retratos del mismo autor con modelos andaluces están muy bien y son bellos.



Exposición general de Bellas Artes. Madrid, 1906. – Cerámica artística, de Juan Zuloaga, premiado con tercera medalla

La historia de Rusiñol es larga y siempre brillante: es el camino, nunca torcido, todo el trabajo de un exquisito poeta con dos almas, como de Rusiñol dijo con acierto no sé quién...

Trae á esta Exposición el padre de los jardines abandonados otros dos más, románticos, sublimes, acabadas obras de arte. Y al lado de estos lienzos expone tres más: *El calvario, Ruinas* y un retrato. Los dos primeros estoy por decir que tienen más alma que el hombre retratado, que aun expresando mucho no nos cautiva.

Lástima grande que Joaquín Mir, el insigne pintor-poeta, busque sus paisajes en los lugares escondidos donde jamás han penetrado nuestras miradas. *Mar oriental, El cuerno de la abundancia* y otros lienzos muy notables y bellos, que producen un efecto grande, pinturas donde el color siempre es el mismo—azul fuerte—confesamos que no nos convencen por su tonalidad, que creemos propia de otros países del Norte y no de nuestra España. Pero este requisito de la luz y el color en el arte moderno va siendo—como sabéis—accidental, y está substituído en algunos casos con ventaja por el dibujo la poesía infinita que el artista de inteligencia pone en sus lienzos. Merece, pues, Mir alabanzas por su labor de hondo sentimiento.

Meifrén expone ocho ó diez paisajes, unos con flores, *Rincones de España*, y otros, los menos, con calles sórdidas, de España también, lienzos merecedores de elogio y dignos del notable artista.

Ricardo Baroja, Miguel Nieto, Regoyos, Zárraga, Sancha, Solana, Otto Boyer, Lezcano, Villodas, Nonell; son estos jóvenes los más formidables luchadores que siempre caminaron hacia el ideal superartístico: desentendidos, sordos como tapias á todo vitando convencionalismo que les llamaba sin cesar para mostrarles piadosamente la conocida, la odiosa ruta por donde marchan la multitud, el revulgo y las medianías.

Visitad la Exposición y recorred una y otra sala, y fijaos en los cuatro ó seis mejores retratos que en ellas se exponen. Uno es de Ricardo Baroja, el inimitable discípulo de Goya. Este hermoso cuadro firmaríalo el divino maestro sin desdoro.

Otros retratos son de Sancha, de Boyer, de Zárraga, el del admirado amigo Valle Inclán; de Villodas, de Lezcano; y son todas pinturas muy bellas.

De Anselmo Miguel Nieto encontraréis un retrato de una señora inglesa, y en una de las salas de la Exposición que llaman «la escuadra,» hallaréis otra obra grande firmada por este joven pintor ya tan admirado entre los buenos artistas.

Zárraga, Nonell y Regoyos tienen mucho talento y un gusto exquisito. Sus cuadros, colocados en los últimos pisos de la Exposición, nos producen una sensación bella, y esta virtud no la tienen, por desgracia, los lienzos de otros, de infinitos artistas cuyas producciones estan en sitio mucho más visible.

Chicharro, Benedito, Pinazo Martínez, Carlos Vázquez, Rodríguez Acosta y Cecilio Plá. Como me sucede con el original y notable paisista Darío de Regoyos y con otros muchos artistas que en estas cuartillas voy citando, no conozco á ninguno de estos seis notables pintores. Todo lo que diga, pues, de ellos me lo inspiran sus obras. Mis amigos tampoco me han hablado del arte de estos expositores.



Exposición general de Bellas Artes. Madrid, 1906. – El Bardalón (Corrales de Buelma), cuadro de Mariano Pedrero

De Chicharro creemos que en este concurso no ha estado muy feliz al escoger sus asuntos, en los que necesariamente habían de entrar grandes y viejos efectos de luz roja, amarilla, verde, como se observa en sus cuadros *De verbena* y *Campesinos griegos adorando los evangelios*.

¿Por qué no presentó el Sr. Chicharro, este artista de talento, en lugar de uno de los cuadros siquiera otro más real y difícil, moderno, en fin? Y es lástima, porque este pintor es ya un maestro notable, muy acreditado de la Exposición pasada.

Benedito fué premiado con primera medalla, como Chicharro, en el último concurso. Ahora, sin exponer cuadros que alboroten por su hermosura, trae á esta Exposición algún lienzo muy acertado. Un retrato de un ama con su bebé al pecho, expuesto en la sala tercera, despierta nuestro entusiasmo.

De Rodríguez Acosta es una pintura bastante difícil y honrada: *En el santuario*. Los rostros de algunos viejos fanáticos de su lienzo son admirables, y

Pinazo Martínez expone varias obras de no pequeño tamaño; desprecia el color, lo exagera, quiere idealizarlo con tonos falsos y olvida, por último, que este concurso no es una exposición parisina. Aquí, en la nuestra, las gentes que un día y otro la visiten disfrutarán, por su felicidad, del espléndido sol, y no perdonan, más que en gracia á otras bellezas, que se olviden el credo y las enseñanzas del admirable Sorolla. Por eso triunfó aquí este maestro tan pronto...

Carlos Vázquez tiene colocado en el salón que podemos llamar de honor un cuadro grande y hermoso, *Mozos de las Escuadras de Barcelona* (1). Las figuras, admirablemente sentidas, están ejecutadas con gran vigor y verdad y el paisaje es de una belleza imponderable.

Cecilio Pla, este maestro, no nos convence del todo con sus obras, con sus arranques, con sus titánicos esfuerzos en busca de la originalidad y elegancia. Su lienzo *La aparición de San Isidro* nos abstenemos adrede de juzgarlo; ello es que allí en el lienzo hay una mezcolanza de cosas terrible, aunque de seguro será todo de perlas, muy agradable para el místico que le hizo el encargo al pintor. En algunos retratos de señora Cecilio Pla está más feliz y nos muestra enseñanzas de depurado gusto. Le felicito.

De todos los cuadros que los cuatro pensionados por nuestro gobierno en Roma, Ortiz Echagüe, Zaragoza, Llorens y Alvarez, presentan en esta Exposición, fijamos más nuestro cariño artístico en los de Ortiz Echagüe y Zaragoza. Y reconocemos, con justicia, que los paisajes de Llorens son agradables y pintados á la moderna; como también difíciles de ejecución y con escaso lucimiento los interiores de Alvarez Sala.

Pero Ortiz Echagüe y Zaragoza son dos pintores más fuertes, más elegantes y sencillos que sus compañeros de pensión. El cuadro *Lady Godiva*, de Echagüe, aun con sus defectos de dibujo, demasiado abocetado, y sus abusos de contraste de color, tiene aciertos de un gran artista; y si no es este lienzo un triunfo completo, es un gran paso en la brillante carrera de su joven autor.

De Ramón Zaragoza es el cuadro *Orfeo en los Infiernos*, obra valiente y de firme pintura, que, como la del lienzo anterior, asegura para próximos días la completa victoria de este notable artista.

Manuel Carretero.

(Fotografías de Toneser.)

(Se continuará.)

(1) Se publicó en el número 1.273 de La Ilustración Artística, con el título *Una captura en los alrededores de Barcelona*.



LOLITA, retrato de José Rodríguez Acosta (2.ª medalla). – NOCHE DE VERANO EN UN BARRIO DE SEVILLA, cuadro de Gonzalo Bilbao (fuera de concurso). – EL RAPTO DE EUROPA, cuadro de Fernando Alvarez Sotomayor (1.ª medalla). – ¡QUÉ DESENGAÑO!, cuadro de José García Ramos (condecoración de 1.ª categoría). – RUINAS, cuadro de Santiago Rusiñol (condecoración de 1.ª categoría). – LA GITANILLA, cuadro de Gonzalo Bilbao (fuera de concurso).



EL REY DE CAMBOYA EN MARSELLA. – VISITA DEL REY AL FAMOSO SANTUARIO DE NOTRE-DAME DE LA GARDE (De fotografía de León Bouet.)



CUATRO HIJOS DEL REY SISOWATH DE CAMBOYA

EL REY DE CAMBOYA EN FRANCIA

Para muchos franceses, la presencia de Sisowath, rey de Camboya, en Francia constituirá simplemente una curiosidad, una nota pintoresca, tanto más cuanto que el monarca asiático viene á Europa acompañado de sus princesas favoritas y de unas cuantas bailarinas de su corte, que ejecutarán en público las danzas típicas de su país. Pero para el gobierno francés, ese viaje del soberano protegido reviste singular importancia y tiene una finalidad política de no poca trascendencia.

En primer lugar, interesa á Francia que su protegido se cerciore por sí mismo de la fuerza y de la riqueza de su protectora, que vea el poder de sus escuadras, la fuerza de su ejército, la productividad de su suelo, la actividad de su industria, para que se sienta orgulloso de recibir protección de tal país y al propio tiempo vea cuán caro podria costarle el tratar de substraerse á ella.

Por otra parte, los honores y los obsequios que el gobierno ha dispensado en Marsella y dispensa ahora en París á su ilustre visitante inclinarán cada vez más favorablemente el ánimo de éste hacia su protectora, y predispuesto de esta suerte, robustecida además su autoridad con tales distinciones, podrá colaborar mejor en su reino á la obra de Francia, imponiendo á sus súbditos, como si emanasen de él, las prescripciones que aquélla le inspire ó le dicte. Gracias á ese sistema, lo que de otro modo exigiría largo tiempo y rigores que acaban por hacerse odiosos, lo consiguen hoy las naciones verdaderamente expertas en materia de colonización, como Inglaterra y Francia, con relativa rapidez y sin enajenarse la buena voluntad de los indígenas.

Acompañan á Sisowath, además de las princesas y bailarinas, sus hijos, los príncipes Essaravong, Duong-Maturo, Moniyong, Sofanonwong y Wong-Kat; el príncipe Chantaleka, hermano de su predecesor Norodón I; el ministro de Instrucción pública, y el de la Corte, Hacienda y Bellas Artes.

Llegó el monarca á Marsella el día 11 de este mes á bordo del acorazado francés *Amiral-Kersaint*, siendo recibido con los honores debidos á su alta jerarquía por un representante del ministro de las colonias, el prefecto de las Bocas del Ródano, el alcalde, el general gobernador y los directores de la Exposición colonial que actualmente se celebra en aquella ciudad.

Durante su estancia en Marsella, Sisowath visitó los principales monumentos, edificios públicos y museos, el famoso santuario de Notre-Dame de la Garde y la citada exposición, en donde pudo ver, en el pabellón de Camboya, reproducida exactamente una de las torres de la pagoda de Angkor y multitud de recuerdos de su corte de Pnom-Penh.

El traje que viste el soberano consiste en frac ó smoking lleno de condecoraciones, en unos anchos calzones de seda que le llegan hasta la rodilla, medias negras, zapatos y sombrero hongo con un gran brillante.

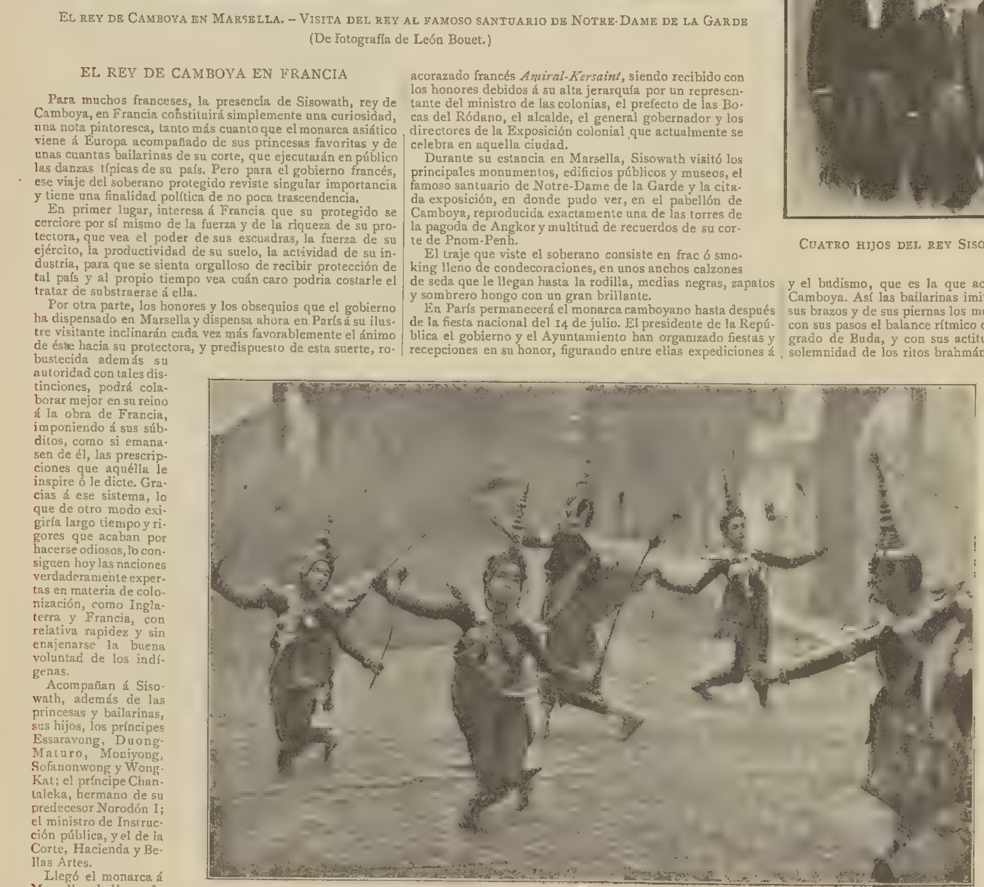
En París permanecerá el monarca camboyano hasta después de la fiesta nacional del 14 de julio. El presidente de la República el gobierno y el Ayuntamiento han organizado fiestas y recepciones en su honor, figurando entre ellas expediciones á Versalles, á la Escuela de Saint Cyr, á Fontainebleau, á Saint Germain y á Compiegne.

Ya hemos dicho que Sisowath se ha traído de su país algunas princesas favoritas y varias bailarinas; este séquito femenino, que es lo que más interés despierta entre los franceses, lo forman setenta y ocho mujeres, presididas por la princesa Sunphady. Con ellas han venido también á Europa doce músicos, un bufón, el joyero del rey, diez delegados del Camboya y los cinco guardianes de aquellas damas.

He aquí algunos datos que en la prensa francesa circulan como auténticos acerca del cuerpo coreográfico camboyano.

Por la mañana, en cuanto se levantan, las bailarinas ofrecen sus respetos á la princesa Sunphady, la cual les entrega las joyas con que han de adornarse durante el día y que ellas le devuelven por la noche para ser guardadas en el cofre cuya llave única tiene el tesorero. Después las bailarinas se retiran y pasan el día jugando ó bailando en los jardines hasta las ocho, en que, tras los saludos á la princesa y previa devolución á ésta de las joyas, se retiran á descansar en sus habitaciones.

Las danzas camboyanas son un resto del glorioso pasado de aquel imperio de los khmeres que los antiguos denominaban el *Quersoneso de oro*, y en ellas se ha perpetuado la influencia de tres religiones, la primitiva del *Naga*, la serpiente-dios de las primeras edades, el brahmanismo y el budismo, que es la que actualmente se profesa en el Camboya. Así las bailarinas imitan con las ondulaciones de sus brazos y de sus piernas los movimientos de las serpientes, con sus pasos el balance rítmico de los elefantes, el animal sagrado de Buda, y con sus actitudes y evoluciones graves la solemnidad de los ritos brahmánicos. Además de las danzas rituales, los bailes camboyanos comportan la representación mímica de los dramas históricos del país khmer, y la lectura de poemas nacionales acompaña la interminable sucesión de escenas trágicas ó burlescas.



LAS BAILARINAS DEL REY DE CAMBOYA EJECUTANDO LA «DANZA DE LAS NINFAS»

Para representar reyes y reinas, pónense las bailarinas el *pnom*, casco de oro en forma de pirámide; y para representar los genios maléficos se cubren el rostro con una máscara de repugnante fealdad.

Una especie de mesa baja cubierta con una estera figura el trono real, y la bailarina que hace el papel de monarca toma posesión de ella después de muchas carreras ó de rudas batallas, que dan lugar á movimientos de conjunto combinados con mucho arte.

Las bailarinas camboyanas del rey Sisowath visten trajes suntuosísimos, túnicas de brocado de oro llenas de piedras preciosas, ricas diademas, magníficos cinturones, brazaletes y sortijas. – R.



PARÍS. – MONUMENTO Á ALEJANDRO DUMAS (HIJO), OBRA DE RENATO DE SAINT MARCEAUX. CEREMONIA DE LA INAUGURACIÓN EFECTUADA EL DÍA 12 DE LOS CORRIENTES. (De fotografía de M. Rol y C.ª)

MONUMENTO A ALEJANDRO DUMAS (HIJO)

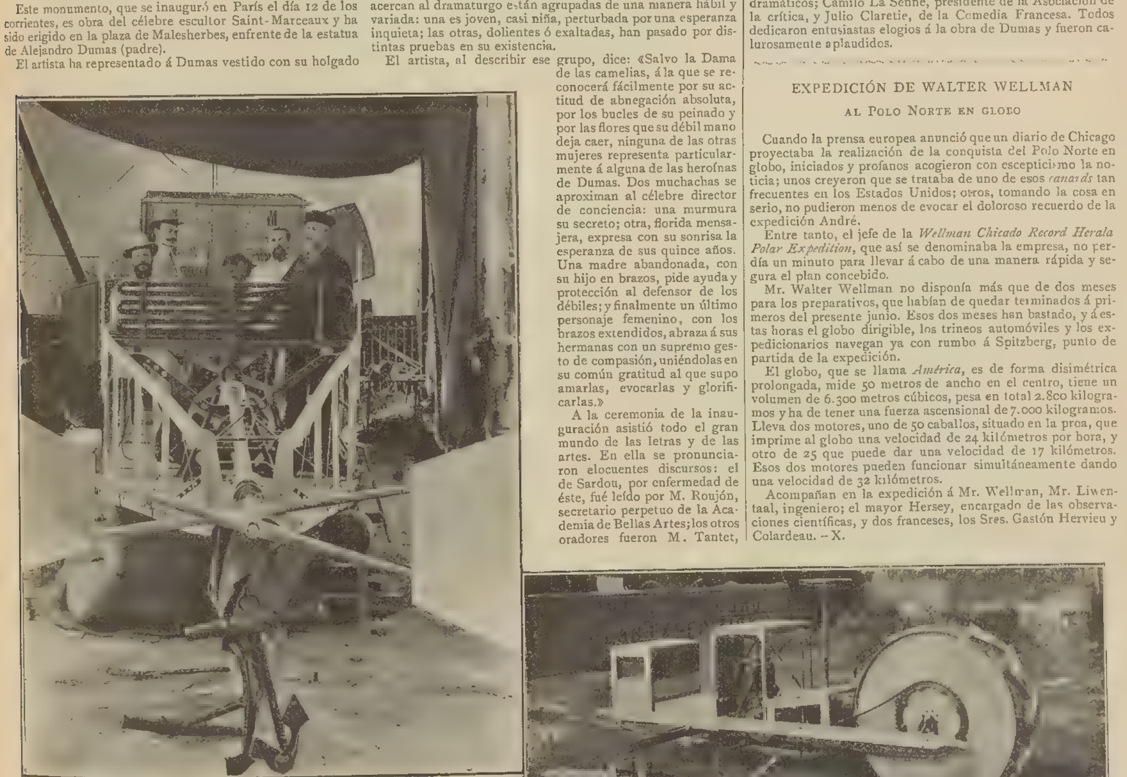
Este monumento, que se inauguró en París el día 12 de los corrientes, es obra del célebre escultor Saint-Marceaux y ha sido erigido en la plaza de Malesherbes, enfrente de la estatua de Alejandro Dumas (padre).

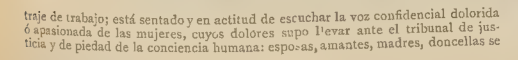
El artista ha representado á Dumas vestido con su holgado traje de trabajo; está sentado y en actitud de escuchar la voz confidencial dolorida ó apasionada de las mujeres, cuyos dolores supo llevar ante el tribunal de justicia y de piedad de la conciencia humana: esposas, amantes, madres, doncellas se dirigen á él, que las comprende, las compadece y las defenderá.

Esas figuras de mujeres que rodean el pedestal y que se acercan al dramaturgo están agrupadas de una manera hábil y variada: una es joven, casi niña, perturbada por una esperanza inquieta; las otras, dolientes ó exaltadas, han pasado por distintas pruebas en su existencia.

El artista, al describir ese grupo, dice: «Salvo la Dama de las camelias, á la que se reconocerá fácilmente por su actitud de abnegación absoluta, por los bucles de su peinado y por las flores que su débil mano deja caer, ninguna de las otras mujeres representa particularmente á alguna de las heroínas de Dumas. Dos muchachas se aproximan al célebre director de conciencia: una murmura su secreto; otra, florida mensajera, expresa con su sonrisa la esperanza de sus quince años. Una madre abandonada, con su hijo en brazos, pide ayuda y protección al defensor de los débiles; y finalmente un último personaje femenino, con los brazos extendidos, abraza á sus hermanas con un supremo gesto de compasión, uniéndolas en su común gratitud al que supo amarlas, evocarlas y glorificarlas.»

A la ceremonia de la inauguración asistió todo el gran mundo de las letras y de las artes. En ella se pronunciaron elocuentes discursos: el de Sardou, por enfermedad de éste, fué leído por M. Roujón, secretario perpetuo de la Academia de Bellas Artes; los otros oradores fueron M. Tantet, secretario del Consejo Municipal; Pablo Bourget, de la Academia Francesa; Pablo Hervieu, de la Sociedad de Autores dramáticos; Camilo La Senne, presidente de la Asociación de la crítica, y Julio Claretie, de la Comedia Francesa. Todos dedicaron entusiastas elogios á la obra de Dumas y fueron calurosamente aplaudidos.





EXPEDICIÓN DE WALTER WELLMAN AL POLO NORTE EN GLOBO
Vista de la barquilla del globo con los expedicionarios. (De fotografía de Branger.)

EXPEDICIÓN DE WALTER WELLMAN

AL POLO NORTE EN GLOBO

Cuando la prensa europea anunció que un diario de Chicago proyectaba la realización de la conquista del Polo Norte en globo, iniciados y profanos acogieron con escepticismo la noticia; unos creyeron que se trataba de uno de esos *canards* tan frecuentes en los Estados Unidos; otros, tomando la cosa en serio, no pudieron menos de evocar el doloroso recuerdo de la expedición André.

Entre tanto, el jefe de la *Wellman Chicado Record Herala Polar Expedition*, que así se denominaba la empresa, no perdía un minuto para llevar á cabo de una manera rápida y segura el plan concebido.

Mr. Walter Wellman no disponía más que de dos meses para los preparativos, que habían de quedar terminados á primeros del presente junio. Esos dos meses han bastado, y á estas horas el globo dirigible, los trineos automóviles y los expedicionarios navegan ya con rumbo á Spitzberg, punto de partida de la expedición.

El globo, que se llama *América*, es de forma disimétrica prolongada, mide 50 metros de ancho en el centro, tiene un volumen de 6.300 metros cúbicos, pesa en total 2.800 kilogramos y ha de tener una fuerza ascensional de 7.000 kilogramos. Lleva dos motores, uno de 50 caballos, situado en la proa, que imprime al globo una velocidad de 24 kilómetros por hora, y otro de 25 que puede dar una velocidad de 17 kilómetros. Esos dos motores pueden funcionar simultáneamente dando una velocidad de 32 kilómetros.

Acompañan en la expedición á Mr. Wellman, Mr. Liwentaal, ingeniero; el mayor Hersey, encargado de las observaciones científicas, y dos franceses, los Sres. Gastón Hervieu y Colardeau. – X.



Uno de los trineos automóviles que llevan los expedicionarios. (De fotografía de «Photo-Nouvelles.»)



París.—Salón de la Sociedad de Artistas franceses. 1906.—**Juventud**, cuadro de L. F. Kowalsky



París.—Salón de la Sociedad de Artistas franceses. 1906.—**Danza campestre**, cuadro de E. Artigue



París.—Salón de la Sociedad de Artistas franceses. 1906.—Los lobos, cuadro de H. D. Etcheverry

D. JOSÉ CAMPABADAL

Hace poco falleció en la capital de Costa Rica ese excelente músico catalán, cuyo nombre, poco menos que ignorado en su patria, logró en lejanas tierras respeto y admiración grandes.

D. José Campabadal y Calvet nació en Balaguer (provincia de Lérida) en 1849, y después de haber hecho sus primeros estudios musicales en Lérida bajo la dirección del organista de aquella catedral D. Magín Puntí, vino á Barcelona, en donde estudió armonía y composición con el maestro D. Antonio Rius.

En esta ciudad residió hasta 1876, dedicándose á la enseñanza y contando entre sus discípulos al notable organista don Eusebio Daniel, actual profesor de órgano y contrapunto en la Escuela Municipal de Música de nuestra capital.

En el citado año de 1876, una ventajosa contrata que le ofrecieron desde la capital de Costa Rica decidió al Sr. Campabadal á dejar su patria, y allí, en aquella República centroamericana, desplegó toda la actividad de artista y hombre emprendedor, consiguiendo en poco tiempo y con sus propios méritos, su afable trato y su bondadoso carácter, la estimación y el respeto de todo el mundo. Fué maestro de capilla y organista de la basílica de los Angeles y de la parroquia de Cartago y profesor en varios colegios, y además fundó una escuela de música, única en aquel país, á la que puso el nombre de



D. JOSÉ CAMPABADAL Y CALVET, notable músico catalán fallecido hace poco en San José de Costa Rica. (De fotografía.)

«Sociedad de Euterpe» y de la que han salido notables artistas que son honra de Costa Rica.

Dotado de un alma generosa y de un espíritu franco y altruista, estableció clases gratuitas para jóvenes faltos de recursos, á quienes protegió con paternal solicitud, y logró que se diera enseñanza de la música en todas las escuelas de capital de provincia.

Escribió gran número de obras líricas y didácticas, entre las cuales figuran un Método de Solfeo y Canto, un Tratado de Armonía, un Método de Piano, una colección de cantos escolares, el A. B. C. musical para las escuelas primarias, multitud de misas solemnes á varias voces y á grande orquesta y otras muchas obras religiosas é innumerables piezas de música profana.

BELLAS ARTES. – SALON DE LA SOCIEDAD DE ARTISTAS FRANCESES. PARÍS, 1906

(Véanse los grabados de las páginas 416 y 417.)

Los dos cuadros de Kowalsky y de Artigue están inspirados en una misma idea, la Juventud, esa edad de las ilusiones, de la alegría, en que los goces se saborean sin reserva y los dolores se mitigan al calor de la esperanza. La juventud, como fase de la vida humana, ya es bella por sí sola; pero su belleza sube de punto cuando se nos aparece entregada á sus naturales expansiones y rodeada de los encantos de la primavera, esa juventud de la naturaleza cuyos encantos cautivan los sentidos y producen en el alma las más dulces emociones.

Comprendiéndolo así, los dos pintores de cuyas obras nos ocupamos han unido en sus cuadros todos esos elementos, trazando dos composiciones que respiran frescura y bienestar y en los cuales el radiante espectáculo del despertar de los campos aumenta la impresión grata de esos grupos femeniles entregados á las danzas y á los juegos propios de su edad.

A un género muy distinto pertenece el cuadro *Los lobos*, del celebrado pintor Etcheverry. También en él vemos á la Juventud; mas ya no la hallamos libre y espontánea, regocijándose entre árboles y flores, bajo un cielo límpido y en un ambiente puro y natural, sino aprisionada en los convencionalismos sociales, movida por artificiosos sentimientos, y respirando una atmósfera enrarecida por la hipocresía y el engaño. La protagonista de esta composición vese asediada por varios pretendientes; las palabras de éstos, apasionadas acaso, en vez de conmoverla la perturban, quizás la atormentan, porque ¿quién sabe si esos amorosos conceptos están dictados únicamente por la vanidad y el egoísmo? Su actitud, la expresión de su rostro demuestran á las claras su perplejidad; su corazón, no embotado todavía, siente ansias de cariño. ¿Las verá satisfechas entregando su mano á aquellos que la solicitan? El problema es de solución difícil y el pintor se limita á plantearlo, dejando que cada cual lo resuelva según su propio criterio; pero bien nos da á entender con el título de su obra que no es aquel medio ambiente el más á propósito para llegar á la verdadera felicidad.

EL GRAN PREMIO DE PARIS

Ya es tradicional el interés que despierta en Francia el Gran Premio de París, de 250.000 francos, que se concede al vencedor de las carreras de caballos de Longchams.

Este año, como todos los anteriores, acudió al hipódromo un público numerosísimo, y como siempre ofrecían las tribunas un espectáculo deslumbrador, que no es necesario describir porque ya es sabido que en tal fiesta se juntan allí todas las reinas de la moda luciendo las más elegantes, ricas y originales *toilettes*.

La victoria ha sido para un caballo inglés *Spearmint*, del mayor Loder, vencedor también del Derby de Epsom, que es en Inglaterra lo mismo que el Gran Premio de Longchamps para los franceses. Veinte años hacía que el Gran Premio lo ganaba un caballo francés y bien puede decirse que el amor propio nacional entraba por mucho en esas famosas carreras. Esto no obstante, el triunfo de *Spearmint* fué acogido con grandes aplausos y estrepitosas aclamaciones, acaso debidas en gran parte á esa corriente de fraternidad y simpatía que entre Francia y la Gran Bretaña ha creado la *entente cordiale*.

Para que nuestros lectores se hagan cargo de la importancia que este año ha tenido la célebre fiesta hípica, bastará decir que se recaudaron por entradas 334.047 francos y que se cruzaron apuestas por 5.157.725 francos, dos millones más que el año pasado.

MISCELÁNEA

Bellas Artes.— PARÍS. – En la Galería Petit se ha celebrado una exposición de obras del eminente pintor valenciano Joaquín Sorolla. He aquí lo que acerca de ella ha dicho el importante periódico parisiense *Le Figaro*: «Al fin el público de París podrá juzgar la obra de uno de los más grandes pintores de nuestro tiempo. Ayer se inauguró en las galerías de la calle de Seze una exposición admirable de los cuadros de Sorolla y Bastida. Ya en los salones anuales habían llamado la atención sus lienzos, todos potentes; pero el conjunto de sus telas, ofrecido actualmente en el establecimiento de Jorge Petit, es á propósito para presentárnoslo en todo el esplendor de su talento y de su arte. El catálogo no cuenta menos de cuatrocientos números y muchos de éstos son obras maestras. Los artistas que han visitado ya la exposición, Bonnat el primero, han expresado á su colega español toda la admiración que en ellos ha producido la vista de tan magnífico esfuerzo. Delante de esas telas de prestigioso esplendor, el encanto es completo.»

Análogos juicios han emitido los demás periódicos de la capital de Francia.

Felicitamos de todas veras al artista por ese nuevo triunfo.



Medalla conmemorativa de la coronación de los soberanos de Noruega, ceremonia que se ha celebrado en Trondhjem el día 22 de los corrientes. (De fotografía de Hutin, Trampus y C.ª)

Necrología.—Han fallecido:

Roberto Henze, escultor alemán.

Sir Wike Bayliss, pintor inglés, presidente de la Sociedad de Artistas ingleses.

El cardenal José Calligari, obispo de Padua.

El cardenal José Guillermo Labouré, arzobispo de Rennes.

Dr. Ricardo Garnett, bibliotecario del *British Museum* de Londres, poeta, colaborador de la *Encyclopædia Britannica* y del *Dictionary of National Biography*.

P. Luis Martín, desde 1892 general de la orden de los Jesuítas.

Pablo Muller, escultor alemán.

Flora Neuhaus, poetisa suiza.

Augusto Seidel, notable paisista muniquense.



PARÍS. – El caballo inglés SPEARMINT, ganador del gran premio de Longchamps (De fotografía de M. Rol y C.ª)

Federico Sturm, pintor paisista y marinista alemán.

Miguel de Zichy, pintor húngaro, ex pintor de la corte de Rusia.

Samuel Pierpont Langley, astrónomo y físico norte-americano, director del Observatorio de Allegheny.

Carlos, barón de Ehrlanger, ilustre africanista, célebre por sus viajes de exploración á Abisinia y á Somalilandia, miembro de honor de multitud de sociedades geográficas.

Nils Ryberg Finsen, profesor dinamarqués, inventor de la fototerapia, uno de los agraciados con el premio Noebel.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 429, POR V. MARÍN.

NEGRAS (7 PIEZAS)

BLANCAS (6 PIEZAS)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 428, POR V. MARÍN.

Blancas.	Negras.
1. Dd2–d6	1. f5–f4
2. Ag1–d4	2. Cualquiera.
3. D mate.	

VARIANTES

1 ..... Re4–f4; 2. Dd6–d5, etc.
b7–b6; 2. Dd6–c6 jaque, etc.
c4–c3; 2. Dd6–d3 jaque, etc.

EN LA PAZ DE LOS CAMPOS

NOVELA ORIGINAL DE MAURICIO MONTEGUT.—ILUSTRACIONES DE SIMONT

(CONTINUACIÓN)

Arabela encarnaba la dicha futura de aquel hijo ausente; la condesa la amaba por eso y porque veía en ella una especie de potencia caritativa que había llegado á tiempo para cambiar la faz de los acontecimientos y convertir en luz toda aquella sombra.

Estaba escrito que aquella muchacha sería acogida en todas partes como mensajera de felices pensamientos.

Tales eran las metamorfosis que había observado Jacobo la segunda vez que volvió de su viaje. Desde entonces, siempre encontró la misma serenidad y la misma confianza establecida entre las dos casas.

Aquella tarde, su padre y el marqués conversaban apaciblemente, apoyados de codos en la balaustrada del terrado, mientras la marquesa, la condesa y la de Reteuil permanecían de sobremesa. Jacobo con su amiga Bella, cada día más amada, y al parecer, más amante, cantaba la alegría de las reuniones íntimas después de las largas y lejanas ausencias.

Estaba el vizconde, alto y grueso, en la gloria de los veinte años; era ancho de hombros, como el conde Juan ó como el guarda Garnache, y tenía, como ellos también, grandes bigotes rojizos.

El contacto de los diversos pueblos le había dado maneras rudas; la costumbre de vivir solo y de no contar más que consigo mismo daban á sus ademanes cierta decisión y cierta seguridad á su mirada. Había sufrido sin notarlo una serie de transformaciones; el joven indeciso habíase convertido en hombre práctico, y al frecuentar hombres libres había perdido cierta tiesura aristocrática.

Tal como era, no carecía de severa belleza. Había traído de sus viajes esa aparente serenidad de los hombres que han visto demasiadas cosas para asombrarse de ninguna; pero seguía, sin embargo, exaltado de cerebro y de corazón.

Cada vez que volvía mirábale Carmesy con cierta inquietud, preguntándose, sin duda, lo que pesaría aquel corpanchón en la balanza de los destinos comunes...

Después se tranquilizaba pensando que aquel hijo no sería más listo que su padre, y que, en caso de violencia, tenía él aliados de buena talla. Al pensar esto sonreía.

Mientras tanto, Jacobo y Arabela, reunidos en un ángulo del terrado, hablaban lentamente, viendo caer en el bosque la ceniza morada del primer crepúsculo.

Bella, curiosa y sintiendo un placer con la turbación del joven, le decía:

—Vamos á ver, ¿cuáles son más guapas, según usted, las americanas ó las australianas? Cuénteme usted sus coqueteos... Yo puedo oirlo todo, pues no he aprendido á leer en los colegios de Francia. ¿Cuáles prefiere usted?

Jacobo se defendía, pero con cierta cortedad, como si no tuviera la conciencia muy limpia, y aseguraba que no sabía nada de eso y que, teniendo llenos los ojos con la imagen de Arabela, no había en ellos sitio para otras, aunque fueran fugitivas y efímeras.

Arabela movía la cabeza riéndose y sin querer creerlo, y él, ante la mirada de aquella muchacha atrevida, se cortaba y se balanceaba sobre los dos pies. Había afrontado peligros y desafiado intrépidamente á los hombres; y ante aquella debilidad insolente, á la que hubiera podido retorcer con dos dedos, abdicaba su voluntad, su independencia y su orgullo de hombre.

Arabela estaba alta, elegante, undulante, envolvente, felina y formidable; y cumplía lo que había prometido, pues de aquella extraña niña había salido una mujer alarmante.

Aparentaba amar á Jacobo de Valroy, y eran oficialmente novios. Todo el mundo lo sabía en diez leguas á la redonda. Pero había veces que acechaba al vizconde con ojos nada bondadosos, como una pantera á su presa.

Jacobo era todavía demasiado rústico para poner en claro aquellos matices; no comprendía el juego misterioso de una mirada de mujer, y como él la adoraba, se creía muy amado.

Mientras aquella adorable muchacha arrollaba entre sus dedos, como un cigarrillo, el alma de ese robusto y cándido mozo, unos pasos más allá su padre, el genial marqués, escamoteaba la voluntad del conde Juan para substituirla con la suya. Era aquel un trabajo bien hecho. El noble señor decía:

—Valroy, es un negocio soberbio, ¿me entiende usted? La *Modern Ahorro* hará ruido en el mundo. *Modern*, sin *o*, en inglés, lo que seduce á las multitudes... Sí, así es, y conviene usar todos los medios. Todo sigue lo mismo desde que, en 1784, el duque de Orleáns puso de moda la anglomanía, los *jockeys* y las carreras de caballos... El *Modern Ahorro*, con capital social de cinco millones y la cuarta parte realizada... La renta vitalicia accesible para todo el mundo... ¡Calcule usted! Es una combinación asombrosa, querido... Diez por ciento de dividendo en el primer año y quince en el segundo. ¿Qué dice usted? ¡Es increíble!.. Los que no tienen costumbre de hacer negocios y los espíritus malévolos dirán—parece que los estoy oyendo—que una cosa así no puede ser honrada... Déjelos usted decir. Ya conoce usted el Consejo de administración... Por algo es usted presidente, hombre de suerte... ¡Ah! Es un buen empleo de fondos para su mujer de usted y para la señora de Reteuil sobre todo..., sus trescientos mil francos se multiplicarán... Debía usted aconsejarle que nos llevase el resto de sus fondos líquidos... No puede encontrar cosa mejor; usted lo sabe, que ha estudiado las cifras y me ha dicho...

—Sí, sí, decía Juan, pero con acento poco convencido.

Todo aquello le aburría mortalmente. El marqués, en efecto, le había presentado hacía tiempo un gran legajo lleno de números con totales locos; y él juró que se había enterado... ¡Ay! Si lo hubiera intentado, no hubiera comprendido ni jota, y convencido de ello, no se había tomado tal trabajo, había declarado que todo estaba muy bien y aceptado una presidencia en la que no sospechaba que hubiese peligros... Como de costumbre, había dejado correr las cosas.

El marqués continuó:

—Sé que no tiene usted más que decir una palabra para que la de Reteuil tenga un placer en escucharle. Amigo mío, es un medio de salir de apuros el que le propongo á usted... Es usted presidente del Consejo de administración... Se le dan por este concepto sesenta mil francos al año; sus capitales y los de su suegra, que es lo mismo, le producirán cuarenta ó cincuenta mil... ¿Eh?.. La cosa sube pronto. Con eso se pueden pagar los intereses atrasados de las hipotecas, por grandes que sean, y aun redimir la prenda en poco tiempo... Piénselo usted.

—Ya lo pienso, respondió Juan ahogando un bostezo con la mano medio cerrada; pero los negocios me fastidian, ya lo sabe usted, Carmesy; puesto que usted se ha encargado de los míos, ¿por qué diablos quiere meterme en nuevos cuidados?

—¿Por qué?, dijo Godofredo desempeñando su papel habitual; ¿por qué? Porque quiero que mi hija sea rica cuando se case con Jacobo; porque deseo que nuestras casas sean grandes; porque -y perdone usted esta flaqueza á mi amistad—considero un poco su fortuna como mía y quiero emplear todas mis fuerzas y toda mi inteligencia, no sólo en conservarla, sino en aumentarla, engrandecerla y duplicarla...

—¡Amigo querido!, exclamó el conde dando la mano al marqués, que la estrechó sin reparo.

¡Carmesy! De su entrada en Valroy databa la ruina definitiva del conde. La maniobra, de una sencillez grande en su audacia, había sido magistralmente conducida y ejecutada. El conde estaba en aquella época entre las manos de diez ó doce acreedores cansados de esperar.

Debía á los unos los intereses capitalizados hacía años de primeras y segundas hipotecas, y á los otros sumas de dinero prestadas sencillamente bajo su firma..., ¡pero á qué precio!..

Había recurrido á usureros, proveedores ordinarios de la nobleza desmantelada; y estaba próximo el momento en que todos los acreedores reunidos iban á exigir la liquidación y la venta de castillos, granjas, bosques y tierras y á arrojar de allí al conde despojado.

Carmesy le dijo:

—¿Qué necesita usted? Ganar tiempo. Mi adorable amiga, la de Reteuil, tiene sesenta y cinco años y por desgracia, una salud delicada; su estado cardíaco nos preocupa mucho. Vendrá un día en que la heredará usted por parte de su mujer, también, desgraciadamente, poco fuerte, y entonces podrá usted remediar el pasado. ¿Pero hasta entonces? Hasta entonces conozco un grupo de hombres de negocios que le estiman y saben lo que valen usted moralmente y sus haciendas financieramente; esos capitalistas se proponen comprar sus créditos y no exigen siquiera los intereses pasados, presentes y futuros, que se capitalizarán, sencillamente. Vendrán tiempos en que podrá usted pagar de una sola vez y quedar libre. Si esto conviene á usted, déme una lista completa de acreedores y déjeme hacer.

Valroy vacilaba todavía, sintiendo cierto escrúpulo.

—¿Quiénes son esos capitalistas?

—Ya lo sabrá usted; por el momento, debo callar sus nombres; por otra parte, en la transmisión de las hipotecas podrá usted verlo si quiere; espere quince días. ¿Qué arriesga usted? Sus acreedores están resueltos á estrangularle mañana. Los que yo propongo —aun admitiendo que me engañe sobre sus sentimientos—no pueden hacerlo peor... Y gana usted tiempo.

—Es verdad, dijo el conde.

Y dió la lista.

Cuando Godofredo la tuvo en el bolsillo, dijo aún:

—¿Tiene su mujer de usted algunos bienes?

—Su dote; doscientos mil francos... Pero nuestras relaciones me prohiben...

—¡Bah! Todo se arregla, exclamó el marqués dando media vuelta.

Vuelto á su casa, dijo á Adelaida:

—Es preciso absolutamente reconciliar á Valroy con su mujer... Hace falta para nuestras operaciones.

En seguida, con su paso ligero, se fué á la granja de los hermanos Grivoize y de Piscop. En aquella época fué cuando se le vió con frecuencia en conciliábulo con ellos en algún rincón del bosque; la decoración era á propósito.

Cuando el conde supo que aquella sórdida familia era la que compraba sus créditos, se quedó sorprendido y descontento.

—¡Gente del país!.. ¿Y cómo pueden?.. ¿Tan ricos son esos miserables?

—Esté usted tranquilo; no se sabrá nada... Ellos son los primeros que no quieren que se sepa... Ocultan sus riquezas, y la prueba es que usted no las conocía. Son efectivas é inmensas. Hace cuatro generaciones que están acumulando, amontonando, enterrando, sin permitirse siquiera tocar su oro con la punta del dedo, por miedo de desgastar las monedas. Esos harapientos son consecuentes en sus ideas. Pero han conservado el respeto de sus padres á la nobleza y á sus señores. Lo que hacen por usted no lo harían por otro cualquiera; Valroy y Reteuil representan para ellos recuerdos hereditarios y son nombres sagrados. Tienen todavía almas de siervos, y la prueba es que me veneran, á mí, que no tengo más que mis títulos...

Valroy escuchaba y acogía todas estas frases, expresamente llenas de incoherencia, con el mismo gesto cansado; Carmesy le aturdía.

El pobre conde, envejecido y agotado por quince años de vida airada, aspiraba al reposo y al silencio. Todo lo encontraba bueno con tal de que le dejasen en paz aquel mismo día.

—Sí, amigo mío, me parece bien. Desde el momento en que usted lo cree así, está convenido.

Tales eran sus respuestas habituales. No había sido nunca de un carácter muy autoritario, y la conciencia de los errores cometidos en los últimos años acababa de deprimirle.

Presa fácil para las ambiciones que le rodeaban, aquel loco dormía tranquilo en la seguridad de que llegada á su término la hipoteca general en que se había convertido toda su deuda, sería renovada sin más que añadir los intereses atrasados.

Y mientras tanto, acechando la tierra y las veletas del castillo y contando los días, el enemigo oculto velaba y preparaba su triunfo.

Si el marqués insistía para que la de Reteuil entre-

gase sus últimos fondos á aquella quimera fantasmagórica bautizada por él de *Modern Ahorro*, era porque quería que Reteuil, después de Valroy, fuese tomado por asalto con una compañía de alguaciles por vanguardia.

Era preciso que la anciana no estuviese en posesión de un dinero líquido que le permitiese intervenir en la ruina de su yerno, socorrerle y acaso salvarle. Inmovilizados y perdidos aquellos quinientos mil francos que representaban próximamente la suma de sus valores negociables, la castellana estaba también desarmada y reducida á préstamos sobre sus tierras, como aquel á quien querría ayudar.

Los cálculos habían sido escrupulosamente hechos, las mallas se apretaban y el conde tenía aún delante de él unos doce meses de estúpida seguridad.

La hipoteca terminaba á los cinco años y habían pasado cuatro. Tenía promesas de renovación y hasta palabras de honor, pero eran las de los Grivoize y los Piscop, á las cuales, para mayor garantía, se había añadido la de Carmesy. ¿Qué arriesgaba con todo esto?

Pobre castellano desposeído, que seguía soñando con un porvenir dichoso, cuando todo crujía ya bajo sus pasos de sonámbulo.

Juan dijo al marqués:

—Aceptemos esa colocación, si usted cree que la operación es buena... Consiento en principio, pero hable usted mismo á mi suegra y decídala; en usted tiene más confianza que en mí...

Después de decir esto, el marqués y el conde volvieron á reunirse con las señoras en el gran comedor, que estaba al mismo nivel que el terrado.

Jacobo y Arabela, entonces, dejando también su conferencia, se les reunieron silenciosamente.

Caía la noche, ya obscura, y borraba los horizontes próximos...

En torno de las lámparas, á las que iban á quemar sus alas las mariposillas reanimadas por la noche, se estableció una conversación llena de confianza é intimidad...

Jacobo se levantó lentamente, se acercó á la pared y descolgó una trompa de caza; después, avanzando en la sombra, con los carrillos inflados y el cuerpo echado hacia atrás, lanzó al espacio, con sus pulmones vigorosos, una ruidosa llamada que saludó á la luna.

Ahora tocaba mejor que su padre, cuya fuerza estaba cansada.

La tocata subió por bosques y colinas, y se extendió, llenando con sus ecos las aldeas para advertirles que allá, en las alturas, los castellanos manifestaban, como en los antiguos tiempos, su presencia molesta y su orgullo de vivir.

Aquel toque de trompa tuvo dos resultados diversos: por una parte despertó el odio y por otra el amor.

En la granja de los Grivoize, alrededor de la larga mesa de un comedor bajo y ahumado, amos y criados acababan de cenar. Eran unos treinta, entre hombres y mujeres, aplastados en sus asientos por el cansancio de un largo día de trabajo: rudas caras de viejos, de mujeres mal alimentadas, de jóvenes de ojos duros; fauces de lobo, hocicos de zorro, cabezas acarneradas y perfiles de aves de rapiña; mezcla de humanidad y animalidad en unos cerebros astutos ú obtusos por las ambiciones, los rencores y la escala de pasiones naturales, cuya primera nota es el instinto del robo y la última el del homicidio.

También había niños, pero sucios, sin gracia, rabiosos y desmedrados, que se zurraban por los rincones.

Circuló por la mesa el aguardiente y las caras se inflamaron. Los dos hermanos Grivoize, que se parecían hasta confundirse, bebían metódicamente y á traguitos, saboreando el alcohol y reteniendo el sorbo.

Piscop vaciaba su vaso de un trago.

Sus hijos y sus sobrinos le imitaban, porque era el grande hombre de la familia, el más robusto, el más imperioso y el que siempre tenía razón.

Sus hijos eran Gervasio y Anselmo; sus sobrinos, Timoteo, Antonio é Hilario; los dos primeros hijos de Grivoize el mayor, y el tercero hijo de Grivoize el menor.

Todos aquellos mozos variaban entre quince y veinte años y eran ya temibles. Pero los Piscop, Gervasio y Anselmo, aventajaban á sus primos en estatura y en educación.

Estos dos eran señoritos, á pesar de su origen, y tenían el uno y el otro un certificado de estudios en el cajón.

Con todo su saber y sus trajes de paño, los dos Piscop vigilaban ásperamente sus tierras y se les veía, á caballo, con el sombrero sobre los ojos y látigo en mano, símbolo ya excesivo, pasar y repasar por los campos en que trabajaban los jornaleros en tiempo de la recolección.

Si un brazo flaqueaba, si la fatiga suspendía el trabajo de alguno, sus voces resonaban furiosas para amonestar á los trabajadores con chasquidos de látigo.

—¡Canalla! ¡Holgazán!.. ¿Te pagan para no hacer nada?.. ¡Espera un poco!..

El obrero, entonces, volvía á su labor sin decir nada y sudaba al sol, como el siervo de la gleba en los tiempos feudales.

Y sin embargo, los Piscop y los Grivoize eran republicanos á su modo.

Fuera de Reteuil y de Valroy, eran dueños de todo el término.

Si algún obrero les desagradaba por sus opiniones liberales ó por algún vago intento de fugitiva rebelión, le echaban con una palabra ó con un gesto.

Y aquel hombre, que tenía su cabaña en el país y dentro de ella su mujer y sus hijos, no encontraba ya empleo para mantener á su gente.

Si intentaba emplearse más lejos, Grivoize ó Piscop, al firmarle su cartilla, ponían en ella sin decir nada un signo masónico y los Piscop y los Grivoize de las granjas lejanas, fuera del término, al ver aquella señal, rehusaban al obrero.

Éste, entonces, no tenía más que vender su pedazo de tierra, que Piscop ó Grivoize compraban en seguida, y expatriarse hacia las aventuras indefinidas.

De este modo eran marcados los trabajadores insumisos, los enemigos de la Iglesia, los habladores sospechosos de socialismo y los poco ó demasiado republicanos, según su medida.

Porque los ricos labradores de aquel rincón de provincia detestaban á los nobles, pero también á los harapientos, y encontraban de buen tono invitar al cura los domingos.

Mezcla obscura y criminal de los más bajos instintos y de las más audaces ambiciones, aquellos campesinos enriquecidos hacían excusable con su insolencia el orgullo de los nobles, más accesibles al menos á la piedad de los seres y muchas veces exentos de aspereza en sus transacciones, cuando no demasiado blandos como el conde Juan.

La tocata lejana salida de Valroy fué á interrumpir bruscamente y á cubrir el ruido de aquellas voces groseras, que se callaron. Todos apercibieron el oído con las cejas fruncidas.

—Escuchad, dijo Piscop con horrible sonrisa, escuchad, los niños se divierten.

Grivoize el viejo movió su cabeza gris y dijo, haciendo á su vez un gesto:

—Dejadlos cantar... Hoy es la trompa; mañana recibirán la trompada...

—¡Bravo!, exclamó el hermano menor. Eso está bien dicho.

Piscop se dignó aprobar, lo que era raro, y aquella aprobación envalentonó al chistoso, que siguió diciendo, cada vez con más ingenio:

—Es la trompeta del juicio final.

Sonó una carcajada general. Aquel viejo zorro tenía buenos golpes y sus ocurrencias se celebraban en el pueblo.

Pero Gervasio, repentinamente encolerizado, dió en la mesa un formidable puñetazo y gritó con la cara roja:

—¡Ya le oís!.. Nos desafía delante de ella... Esto no puede durar; yo os lo digo...

—Hijo, advirtió Piscop con severidad, muy alto hablas.

El joven se inflamaba más y más.

—Hablo alto, padre, es verdad, pero es que me falta la paciencia. No creo además desagradar á usted maldiciendo al castillo... Esa gente hace demasiado ruido..., y eso estaba bien en otro tiempo..., pero ahora... Además, no están siquiera en su casa, sino en la nuestra... y si quisiéramos...

—Paciencia, dijo Grivoize el menor, todo llega á su tiempo; hay que esperar.

Se quedaron callados, pero Gervasio volvió á decir:

—¡Esperar!.. Y mientras tanto él le hace el amor; ya ha vuelto de su viaje, y el mismo Carmesy confiesa que no sabe cómo alejarle... Lo tratado es lo tratado, y es muy natural que todo esto me ponga rabioso...

Piscop, que era débil con Gervasio porque le recordaba su juventud, le habló de nuevo con voz menos ruda:

—Puede que tengas razón; pero piensa que cada día que pasa aumenta su deuda y los arruina un poco más... Luego, hay los plazos legales... Dentro de un año serás satisfecho.

—De modo que tengo que sufrir durante un año... ¿Sé yo lo que hacen allá arriba? No estoy seguro de ella... Me desprecia en sus adentros como os desprecia á todos... Después tendremos nuestro desquite..., si no se escapa con él...

—No, dijo Piscop; son míos. Además, si esa joven no te ama, tampoco le ama á él. No ama á nadie más que á sí misma. Quiere ser rica. Tú tienes dinero porque eres mi hijo.

—Ya puedes correr detrás de ella, dijo Anselmo, el más celoso y envidioso de todos. Si la atrapas, estarás arreglado. A pesar de tus humos, te llevará con un látigo, amigo.

Gervasio miró á su hermano de reojo.

—Eso ya lo veremos; ya sé que deseas mi desgracia, porque querrías mi puesto á pesar de tus diez y ocho años.

—Ya creceré, respondió Anselmo con tono tranquilo.

—Haya paz, hijos, exclamó Piscop, que no permitía las disputas.

La tocata se prolongaba, unas veces triunfante y otras triste, por los bosques taciturnos.

Gervasio rompió entre los dientes el tubo de su pipa de barro, escupió los pedazos en las losas y salió furioso. Los viejos se encogieron de hombros; Anselmo, Antonín, Timoteo é Hilario se rieron astutamente; la cólera de su hermano y primo les regocijaba el alma. En aquella feroz familia no había más que disentimientos.

Piscop dijo, en medio de la atención aprobatoria de la asistencia:

—Está loco; la australiana se ha apoderado de él. Y sin embargo, no es digno de lástima, porque la muchacha será suya, y con ella, serán suyos la tierra y los pergaminos, lo que es un lindo sueño para el nieto de mi padre. Hemos trabajado para él...

Las mujeres quitaban la mesa en silencio y los chicos se dormían en los bancos.

Por las diversas frases cambiadas en aquella mesa de campesinos, que seguían grasientos á pesar de ser ricos, se deducía de nuevo en todo su esplendor el plan de Carmesy.

Siguiendo su consejo, habían comprado los créditos de Valroy, reunido en sus manos todas las hipotecas y dejado correr los intereses; al cabo de cinco años no tenían más que reclamar su dinero ó el embargo del objeto empeñado, es decir, del castillo y de sus dependencias. Estrangulado de una sola vez, el conde estaba perdido.

Mientras tanto, el marqués se estaba ingeniando por despojar todavía á su buena amiga la de Reteuil, pues los Carmesy, Grivoize y Compañía tenían el apetito bastante abierto para comerse dos propiedades.

¿Pero cuál debía ser la parte del instigador, del director de escena, del inventor, en una palabra, de la combinación?

Nada ó casi nada: en primer lugar, el dominio de Valroy para su hija, que iba á casarse con Gervasio Piscop.

A los ojos de Godofredo, en punto á casamiento desigual, un Piscop valía tanto como un Valroy, y un Piscop rico valía más que un Valroy pobre. Transmitiría á Gervasio legalmente su título y sus armas; Gervasio Piscop se convertiría, gracias á él, en marqués Piscop de Carmesy-Ollencourt; la descendencia olvidaría á Piscop y se restablecería la raza.

Ese título y esa nobleza antigua debían pagarse muy caras, y aquellos paletos republicanos, que así lo reconocían, no habían regateado. Carmesy viviría en Valroy con su hija, y además de su parte líquida considerable, se reconocía á Arabela una importante dote. Adelaida había exigido regalos que valían una pequeña fortuna.

Todo estaba convenido y arreglado entre las dos familias; lo que no impedía que los nobles herederos de los cruzados de Antioquía y de los reyes de Irlanda continuasen sus papeles de amor y de amistad con las víctimas designadas, que no podían comprender ni defenderse.

Arabela se obstinaba en representar su personaje de enamorada llena de caprichos; Adelaida, siempre franca y leal, conservaba sus ojos claros é ignorantes de malos pensamientos.

El secreto estaba bien guardado y la conspiración seguía circunscrita á la granja y la villa rústica, entre las cuales eran muy raras las relaciones, para no dar pretexto á la más ligera sospecha.

Gervasio, pues, tenía derecho á considerarse el *prometido* de Bella, y soñaba con ello día y noche, pero no debía buscarla, y si la encontraba, debía pasar de largo después de un saludo tieso.

Pero aquella noche, mientras la trompa de Jacobo llenaba de graves armonías ó de cantos de victoria el silencio y la paz de las llanuras dormidas, aquel paleto tan poco desbastado, aquel mocetón rudo y feroz, loco de amor por la joven de los ojos verdes, apretaba los puños con la cara vuelta hacia el castillo que iba á ser suyo y en el cual el enemigo de su raza, convertido en su enemigo personal, envolvía en ternura inefable á la futura esposa del hijo de los harapientos.

A la misma hora, en el pabellón del guarda, la escena era diferente. La casita estaba lo mismo que en los tiempos, ya lejanos, en que el conde de Valroy llevó á ella con gran ceremonia al heredero de su raza para ponerle en los brazos abiertos de la fiel nodriza Berta Garnache, joven en aquellos tiempos de una gran belleza.

Pero sólo la casa no había cambiado. Regino, más seco y más curtido que nunca, tenía ya las sienes muy canosas. Berta no era más que una masa movible, que no recordaba nada el pasado. Sofía estaba todavía más fea que en otro tiempo; y José era un hombre tranquilo, silencioso, resignado y muy dulce.

Un día le dijo su padre:

—Y bien, muchacho, ¿has conservado tu amor al bosque? ¿Quieres ser guarda como tu padre, tu abuelo y todos los Garnache conocidos en lo que alcanza la memoria?

José dijo que no tres veces con la cabeza.

—No, padre; podrá ser bueno estar al servicio del conde Juan, pero el vizconde Jacobo será un mal amo. He renunciado á tal idea.

—¿Qué vas á hacer entonces?

—No lo sé... Quisiera estar aquí, con los que quiero; pero no veo en qué voy á trabajar. Si tuviera un pedazo de tierra, la cultivaría sin buscar cosa mejor... Pero usted está demasiado ocupado en proteger la tierra de los demás para haber pensado en tener una.

—Verdad, dijo Garnache; no tenemos nada más que un poco de dinero, que es de tu madre.

—Entonces, respondió José, me iré á la ciudad para aprender un oficio.

—Hará bien, dijo Berta; no tiene nada que hacer aquí.

—Hará mal, replicó Sofía; cada cual debe vivir y morir donde ha nacido. Y además, nos quedaremos sin hijo.

Esta vez, Berta no respondió.

A un kilómetro del pabellón había una cabaña de techo de paja y rodeada de jardines, cuyas flores eran cultivadas por un buen hombre, el tío Balvet. Había sido en su juventud jardinero de los castillos, y ahora, en su casita, llamada el *Vivero*, era horticultor y seguía plantando esquejes y casando plantas.

Tenía un hijo casado en la ciudad, que iba á verle de vez en cuando con su mujer y su hija Clara, y cuando esa familia pasaba en su carricoche por delante de los Garnache, cambiaban un saludo.

Cuando Clara tenía quince años, perdió en un mes á sus padres, que murieron de la misma enfermedad. Y entonces el abuelo Balvet fué á buscar á su nieta y se la trajo al Vivero, triste, con los ojos enrojecidos y vestida de luto.

Clara vivió allí dichosa, y poco á poco sintió endulzarse su pena, ya que no se consolase. Por aquellos días iba á cumplir José diez y ocho años.

Era Clara poco bonita de cara y más bien melancólica de aspecto; sus duelos repetidos aumentaban aún su melancolía. Su cutis pálido y sus facciones irregulares no atraían las miradas; pero tenía unos ojos de tal dulzura y de tal expresión de caridad, que solamente con mirarlos había que ser bueno. Eran ojos de santa; y Juan se enamoró de aquellos ojos.

Hay que añadir que la joven era seductora de cuerpo, alta y noblemente formada. El trato diario entre aquel vecino y aquella vecina tomó un encanto suave.

El pabellón y el Vivero eran los dos únicos techos visibles en un trayecto de un kilómetro; el bosque los rodeaba y los enterraba en su verdor. Desde los jardines del horticultor se veía levantarse como una barrera en el horizonte la espesura de los grandes árboles, encinas y olmos de grises troncos, y detrás de ellos, como un resplandor rojizo, los pinos de delgados troncos, semejantes á cañones de órgano.

Los conejos del bosque hacían incursiones en los cuadros de flores del viejo, que se desesperaba. Pero no ponía lazos por respeto á la vida.

Alrededor no había más que la agreste profundidad en la que el hombre no es más que un pasajero. En la carretera no se veía ninguna taberna, ninguna rama colgando sobre una puerta abierta para detener al viajero, que pasaba por delante de aquellas dos viviendas sin verlas siquiera.

Reducidos así á ellos mismos y sin distracción alguna, los jóvenes, taciturnos por naturaleza, meditabundos y sin gran ocupación, pasaban los largos días en silenciosas entrevistas al azar de sus encuentros, al lado del pozo ó al borde del camino, ó pensaban silenciosamente el uno en el otro con la misma dulzura de sentimientos.

Eran tan sencillos, que no se reparaba en ellos y á nadie se le ocurría sonreir al ver aquel mocetón eternamente parado delante de aquella muchacha.

Ahora bien, cuando se trató de que José dejase el país para ir á buscar fortuna en otra parte, tuvo necesidad de advertírselo á su amiga.

Y lo hizo una mañana, con algún embarazo y buscando las palabras, pues temía disgustarla.

—Clara, le dijo, las contrariedades empiezan. Éramos camaradas y teníamos costumbre de vernos todos los días y á todas horas, lo que era para mí una gran alegría... Pero la vida es la vida y hay que saber ganar el pan. Estoy obligado á dejar la comarca, pues no sé qué hacer de mis dos brazos, teniendo, como tengo, veinte años.

La chica le dejó hablar sin interrumpirle y sin que pareciera alterarse su placidez habitual. Acaso, sin embargo, palideció bajo su cutis moreno.

Cuando José se calló, Clara bajó la cabeza y miró maquinalmente al suelo. Por fin hizo un esfuerzo; su dura garganta se levantó con un gran suspiro, y pudo hablar:

—He perdido mi padre y mi madre; era preciso que tú te fueses sin saber siquiera si vas á volver... Debe de ser que he venido al mundo para ser desgraciada, pues tú eres mi único amigo... ¿Cuándo te vas?

—Puede ser que á fin de este mes.

—Bien... De aquí á entonces, tratemos de vernos más á menudo.

Clara, razonable, se resignaba, encontrando justo, en efecto, que José trabajase; pero cuando le dejó aquel día, sus ojos inmensamente dulces estaban también inmensamente tristes.

La joven se volvió á su casita enterrada entre rosas; los vidrios de las estufas brillaban al sol hasta deslumbrar la vista; en los cuadros de flores, en los espalderas y en los arbustos la flora cantaba en mil colores en medio de los verdes y de los rojos morados; una bandada de pájaros se perseguía con ruido por las ramas; todo respiraba alegría.

Clara entró consternada. Su abuelo la miró y dijo en seguida:

—¿Qué hay? ¿Qué pasa? No tienes tu cara ordinaria.

Clara respondió, sin pensar un instante en ocultar sus pensamientos:

—José se va...

El anciano no se asombró tampoco de aquella confesión ni de aquella pena que revelaba el amor.

—¿Por qué se va?, preguntó.

—Porque no encuentra aquí trabajo y ya tiene edad de ganarse la vida.

El viejo reflexionó y dijo después de un rato:

—¿Le quieres mucho?

Clara se ruborizó, y confiando en que aquel buen anciano la adoraba, se atrevió á decir:

—Le amo.

—¿Hace mucho tiempo?

—No lo sé; lo he descubierto hace un momento, cuando me ha dicho que se iba.

—¿Y él?

—Creo que también me ama...

—Bien..., bien... Es un buen muchacho... El padre es un hombre honrado; la madre un poco chiflada..., pero son buena gente... y tienen dinero ahorrado..., Garnache me lo ha dicho... La cosa se puede arreglar, y dentro de dos ó tres años... Sí, vamos á ver eso...

Se levantó de su asiento apoyándose en la mesa, y un poco encorvado, se fué hacia la puerta arrastrando los zuecos.

—¿Adónde va usted, padre?, dijo Clara asombrada.

—Tengo mi idea; déjame hacer... Espérame, hija mía; dentro de media hora estaré de vuelta.

El buen Balvet, arrastrando las piernas, se fué al pabellón.

Por una dichosa casualidad, Regino estaba allí en aquel momento, y el viejo dijo:

—Oiga usted lo que traigo; hablemos poco y bueno. Su hijo de usted busca un empleo; yo le tomo si quiere. Gustándole los árboles, le gustarán las flores, y mi hija por añadidura. ¿Eh, José?

José soltó una carcajada para ocultar su emoción.

Pero Regino pedía explicaciones y Balvet las dió con prolija benevolencia.

—¿Qué tendrá que hacer?.. Pues lo que yo; ¿cree usted que yo holgazaneo?.. No vaya usted á figurarse que se trata de un oficio de perezosos. Se trabaja y se gana el dinero, mucho dinero. Tengo algún capital, pero soy viejo y estoy para retirarme. Cuando José sepa manejarse—hace falta un año—me reemplazará, bajo mi dirección todavía, porque hay ciertos secretos. Proveo de plantas raras y de arbustos de lujo á todos los castillos de los alrededores... y á fin de año esto produce un buen pico... Su hijo de usted ganará jornales de seis francos por mi cuenta, hasta que sea dueño de la casa y se case con la heredera, con el permiso de usted y el de Dios.

Garnache se convenció pronto, y José, por otra parte, aceptó sin pedirle su opinión. Berta, por casualidad, encontró buena la idea; Sofía se puso á palmotear.

Sacaron dos botellas de la bodega, mientras José iba á buscar á Clara. En el camino le contó las decisiones tomadas y ella sonrió. Sus ojos, libres ya de tristeza, se iluminaron de amor; y como estaban solos, en medio del camino desierto, ante los árboles y los pájaros, se besaron por primera vez.

Desde entonces trabajaba José desde la mañana hasta la noche en casa del tío Balvet, y no volvía al pabellón más que á la hora de cenar; y había veces que el viejo, después de cenar, venía, conducido por su nieta, á sentarse á la mesa del guarda, á charlar con él y con las mujeres, mientras que en un rincón, los dos amantes rústicos, siempre taciturnos hasta en la dicha, y sentados el uno al lado del otro, se cogían las dos manos y se miraban en silencio con ojos encantados y cándida sonrisa.

Así sucedía el día aquel en que el viento Oeste trajo de Valroy la brillante tocata que estallaba en el puro silencio de la noche. Todos levantaron la cabeza, pero Berta se irguió bruscamente con las manos temblorosas.

Escuchó las primeras notas con la cara á la vez ansiosa é iluminada... y se le oyó exclamar de repente con voz de delirio:

—¡Es Jacobo, es Jacobo que toca!..

—Sí, dijo Regino, es Jacobo el que toca; su padre no es ya capaz de semejante resoplido; y sin embargo, en otro tiempo tocaba todavía más fuerte.

Berta exclamó sordamente:

—Jamás... Nadie ha tocado nunca como Jacobo; todo el mundo lo dice...

—Está bien, dijo Regino encogiéndose de hombros.

Y al ver que su mujer, inclinada en el umbral con el cuerpo casi fuera, permanecía en éxtasis bebiendo la tocata, que á todos se dirigía menos á ella, el guarda continuó:

—Es su chifladura... Sueña con él y todo lo que hace ó dice es maravilla y milagro. No hay más que él; ¿qué quiere usted?, le ha criado, y parece que se dan casos como este. Lo que no impide que el joven tenga sus defectillos...

Berta volvió á entrar; la trompa se había callado un instante en lo alto de la colina. Balvet tomó un polvo de rapé, le saboreó un momento y se puso á decir cosas graves.

—Parece que las cosas no van bien allá arriba.

—¿Dónde es allá arriba?, preguntó Berta con voz temblorosa, como siempre que se aludía á los castellanos.

—En Valroy, respondió tranquilamente el viejo. Se dice...

Se detuvo, dudando hablar, prudente como todos los aldeanos.

—¿Qué se dice?

Berta estaba en pie delante de él aplastándole con su masa y clavándole una mirada aguda é intensa.

—Se dice que el conde, en París, ha hecho una vida alegre sin calular, y que bien podría suceder que todo esto acabase feamente...

Berta se encogió de hombros con un perfecto desprecio de tales chismes. No sabían lo que se decían. Ella conocía la cifra de la fortuna y el valor de las tierras, granjas, bosques y hasta del castillo. El conde no había tenido jamás los dientes bastante largos para comérselo todo. Sus rentas bastaban para una vida de gran señor... Y por otra parte, hacía años que se había retirado de la vida parisiense. Todo aquello no eran más que dicharachos de los envidiosos.

—Dios le oiga á usted, contestó el horticultor. Yo no quiero mal á nadie y prefiero saber la felicidad de los demás que su aflicción.

Aquella fué la primera advertencia que recibió Berta; pero esta vez se negó rotundamente á creerlo. Las vagas y tímidas insinuaciones de un viejo crédulo no alteraron en nada su soberbia confianza en la inmutable fortuna de los opulentos Valroy.

Cuando el tío Balvet y Clara se retiraron, á eso de las diez, la tocata había vuelto á empezar y llenaba de nuevo el espacio. Con el único objeto de encantar á Arabela, á quien el sonido de las trompas enloquecía y embriagaba, como á un ser semisalvaje que era, Jacobo, sin orden y al azar de la inspiración, producía brutales armonías en aquel cobre recalentado.

Cuando entonó la tocata de San Huberto, le respondió una trompa lejana.

Y fué aquello tan melancólico, que la misma gente sencilla se quedó suspensa y conmovida. El abuelo y la nieta estaban dando la mano á José, que los habia acompañado hasta la puerta de su casa.

—Es triste esa música, dijo José.

—Sí, respondió Clara, parece un adiós...

(Se continuará.)



SS. MM. el rey D. Alfonso XIII y la reina Victoria en el Real sitio de San Ildefonso (La Granja). – Procesión del Corpus en los jardines de la Alameda. – El rey presenciando el paso de la procesión. (De fotografía.)

SS. MM. EL REY D. ALFONSO XIII Y LA REINA VICTORIA EN LA GRANJA

Apenas terminadas las fiestas con que se solemnizó su boda, los regios desposados se marcharon al Real sitio de San Ildefonso (La Granja), en donde se proponen pasar las primeras semanas de su luna de miel antes de emprender su excursión veraniega á San Sebastián.

No podían escoger nuestros jóvenes monarcas mejor sitio que aquel suntuoso palacio, rodeado de hermosos jardines, de frondosas arboledas y de espesos bosques. Lejos del bullicio de la corte, libres de las etiquetas palaciegas, escriben Alfonso XIII y la hermosa princesa que hoy comparte con él el trono de España, un nuevo capítulo del idilio de sus amores, idilio en todas cuyas estrofas palpitan los más bellos sentimientos.

Los días transcurren deliciosamente para los reyes: á pie, á caballo y en automóvil, realizan continuamente excursiones á los pintorescos alrededores, unas veces solos, otras acompañados de los demás individuos de la familia real que con frecuencia les visitan, y siempre gozando de las bellezas de aquellos paisajes, que tan bien han de armonizar con el estado de sus almas enamoradas.

En todas partes son acogidos, no sólo con respeto, sino además con simpatía, con esos homenajes de afecto que á los reyes deben serles mucho más gratos que las demostraciones de reverencia y consideración cortesanas. Y á esas pruebas de cariño de que el pueblo les hace objeto, corresponden ellos con esa familiaridad que constituye el mejor atractivo de los reyes y el más fuerte lazo de unión entre ellos y sus súbditos.

La fotografía que en esta página reproducimos representa la procesión que el día de Corpus se celebró con gran pompa en La Granja. Los muros exteriores de la colegiata hallábanse cubiertos de magníficos tapices antiguos. El rey asistió á la procesión, que pasó por delante del palacio, desde cuyos balcones la presenciaba la reina Victoria, y que se detuvo delante de dos altares portátiles, en donde el rey, arrodillado, oró breves momentos.

La ceremonia resultó solemne en medio de la sencillez propia de esas fiestas religioso-populares de las poblaciones rurales.—S.



Estatua ecuestre de S. M. el rey D. Alfonso XIII, escultura en bronce de G. Violet (Salón de la Sociedad de los Artistas franceses. París, 1906.)

Estatua ecuestre de S. M. el rey D. Alfonso XIII, obra de G. Violet.

En el Salón de París de la Sociedad de Artistas franceses llama actualmente la atención esa hermosa escultura del celebrado artista rosellonés G. Violet. De este escultor nos ocupamos detenidamente en el número 1.221 de La Ilustración Artística, con motivo de la exposición de algunas de sus obras que se celebró en el Salón Parés de esta ciudad; por esto nada diremos hoy acerca de sus talentos y de la importancia de su producción artística, y nos limitaremos á elogiarle una vez más por ese grupo escultórico que adjunto reproducimos.

La figura del joven monarca y la del brioso caballo están modeladas con un vigor y una naturalidad superiores á todo encomio; el jinete está realmente sentado en la silla y el animal realmente galopa, y el conjunto del grupo tiene el movimiento que á esta clase de obras corresponde.

Es, en suma, una escultura bajo todos conceptos notable, llena de vida y sobriamente ejecutada.—N.

D. ALBERTO CASARES,

NUEVO INTENDENTE DE BUENOS AIRES

Por segunda vez vuelve á la Intendencia de la gran capital argentina el distinguido caballero D. Alberto Casares, cuya anterior actuación tan beneficiosa fué á los intereses comunales.

La ciudad con júbilo ha visto ocupado de nuevo tan elevado puesto por persona de tan preclarísimas cualidades administrativas, y de probidad, labor é inteligencia bien probadas, cualidades muy á menudo recordadas durante su ausencia de quince meses. Su constante batallar en favor del bienestar, cultura, higiene y comodidad y contra ciertos monopolios que consideraba el Sr. Casares atentatorios al buen régimen municipal de Buenos Aires, no quedaron olvidados.

La prensa en general, así del país como la extranjera, servidora de los intereses de las diversas colonias aquí residentes, ha felicitado entusiastamente al Presidente de la República y al Ministro del Interior por el acertado nombramiento.

En el lapso transcurrido sin sentir la ciudad su benéfica dirección, mucho se ha hecho en contra de las ideas del nuevo Intendente y gran trabajo ha de costarle llevar las cosas al estado de volver á las provechosas campañas en pro del abaratamiento de la luz y fuerza motriz, municipalizándolas, ya que no quieren ceder las poderosas empresas de las fábricas eléctricas en rebajar sus elevadísimas tarifas, como asimismo en pro del abaratamiento del pan, de la carne, y hasta de los alquileres, hoy á precios poco menos que imposibles. Buenos Aires, pues, está de enhorabuena.

D. Alberto Casares, desciende de antigua y distinguida familia española, siendo nieto del respetable, estimado y muy recordado Sr. D. Vicente Casares, cónsul que fué de España en esta república, é hijo de D. Sebastián Casares, persona que también gozó de gran fama por sus envidiables prendas personales y de carácter muy activo, bondadoso y servicial, cualidades que parece haber transmitido íntegras al hijo, que por sus méritos ha llegado á puestos importantísimos en la administración pública, todos de gran relieve y responsabilidad.

Desde muy joven se distinguió el Sr. Casares por su laboriosidad y clara inteligencia, prestando sus primeros servicios á la provincia de Buenos Aires como diputado á la legislatura, como Ministro de Hacienda y como Intendente Municipal de la importante ciudad de Arrecifes, cuyo vecindario guarda gratísimos recuerdos de su gobierno.



D. ALBERTO CASARES, NUEVO INTENDENTE DE BUENOS AIRES (De fotografía de A. S. Witcom.)

En el orden nacional formó parte, actuando como secretario, de la Comisión de Canalización del Riachuelo, portentosa obra que fué puerto preliminar y hoy es gran desahogo del actual conocido por puerto Madero, cargo en el que demostró sus cualidades de organizador, allá por el año 1882.

En 1886 fué director del Banco de la Provincia, y un año después el Directorio le designó para que llevase á cabo una detenida inspección á todas las sucursales, misión en cuyo desempeño dió inequívocas pruebas de rectitud y saber corrigiendo deficiencias y hábitos que afectaban el buen nombre de la entonces poderosísima institución bancaria. Después fué el Director Gerente de la casa matriz, y en mayo de 1890 ocupó la presidencia del Banco.

Dos años más tarde fué nombrado por el Gobierno Nacional Director de la *Caja de Conversión*, y luego pasó al Consejo Escolar del primer distrito de la capital. Poco después tomaba posesión de la Intendencia de Marina, y en 1902 fué nombrado Intendente Municipal, substituyendo al inolvidable señor D. Adolfo Bullrich, de imperecedera memoria. Ocupó ese cargo hasta llegar á la presidencia de la república el doctor don Manuel Quintana, ó sea octubre de 1904.

Tan asidua y múltiple labor, desempeñada siempre con gran celo, actividad y acierto, explica mejor que los más ditirámbicos elogios la satisfacción del pueblo porteño al ver empuñar de nuevo las riendas del gobierno comunal á persona tan bien conceptuada como el señor D. Alberto Casares, de quien se esperan felices iniciativas que seguramente reportarán brillantes resultados para el embellecimiento de la ciudad, y la resolución de trascendentales problemas de viabilidad, higiene, rodados, etc. y de aguas corrientes y otras de salubridad en provecho de los barrios extremos de la gran metrópoli. Sólo así, á pesar de su constante y colosal crecimiento, podrá conservar la fama de ser Buenos Aires una de las ciudades más sanas del mundo y la de menor mortalidad proporcional.

Buenos Aires, marzo, 1906. JUSTO SOLSONA.

LOS ÓMNIBUS AUTOMÓVILES

DE PARÍS

Hace pocos días la Compañía general de Ómnibus de París inauguró el servicio de ómnibus automóviles en la línea Montmartre-Saint-Germain-des-Prés.

Los nuevos *autobus*, como los denomina el público parisiense, tienen exteriormente el mismo aspecto que los ómnibus antiguos; el motor mecánico impulsa cajas del mismo tipo que aquellas de las que tiraban dos caballos, es decir, cajas con plataforma é imperial capaces para 30 asientos. El vehículo va servido por el cobrador y por el cochero maquinista, sentado éste sobre el motor de 35 caballos, alimentado por medio del alcohol desnaturalizado.

La velocidad máxima de los *autobus* es de veinte kilómetros por hora, suficiente para recorrer en unos veinticinco minutos la línea antes mencionada, cuya longitud es de 5 800 metros y que los antiguos ómnibus recorrían en cuarenta y cinco minutos. Esta velocidad no presenta el menor peligro.

El *autobus* estorba menos el tránsito que el ómnibus arrastrado por caballos, precisamente por la ausencia de éstos; se maneja mucho mejor; es más preciso en sus maniobras y más silencioso, pues el constructor, M. Brillié, ha conseguido hacer un motor muy poco ruidoso y además las ruedas llevan neumáticos. Estos son sencillos en las ruedas delanteras y dobles en las traseras para evitar que el vehículo patine lateralmente en ciertos pisos, como el asfalto mojado. Por ahora la compañía ha puesto en circulación doce *autobus* solamente; pero tiene encargados cien más que han de serle entregados á razón de diez cada mes, de modo que dentro de poco se abrirán al público cinco líneas más.



París. – Los nuevos ómnibus automóviles. – Primera salida con servicio regular. (De fotografía de M. Rol y C.ª)

El interior del *autobus* va iluminado por dos potentes lámparas de acetileno y en invierno se calentará con calórico tomado del motor. Cada coche lleva dos pedales-frenos y una palanca-freno.

El consumo de cada vehículo es aproximadamente de 70 litros de alcohol para un recorrido de 176 kilómetros.

El público ha acogido con gran satisfacción los nuevos ómnibus automóviles. – X.

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XXV — Barcelona 2 de julio de 1906 — Núm. 1.279

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

Salón de la Sociedad de Artistas franceses. París. 1906



EN LAS MINAS DE ANZIN, lienzo que forma parte de un tríptico de L. Jonas



LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Parece empezar á disiparse el humo negro de la explosión de la bomba: los viajes de veraneo preocupan las imaginaciones, cada cual forma sus planes, arregla el empleo alegre ó descansado de los meses calurosos, y el terror desaparece, ó al menos se calma. Es la ley natural y social: que no se eternicen las impresiones por fuerte que sea la causa que las determina. El oleaje de la vida borra sus propias huellas en la playa, alisa la arena y siembra de nuevas conchas y nuevas algas el espacio libre. Y una ola sigue á otra ola, y hoy la ola desafía al cielo y mañana se extiende mansa y acariciadora. Queda, eso sí, su perenne amenaza, su ronco y lejano murmurio de cólera implacable. Pero el espíritu reposa en las largas horas de bonanza...

* * *

Y saltaron bodas y bailes y regocijos en Madrid, como si nada hubiese interrumpido la vida habitual de la corte. Y el mismo proceso de la bomba, y las mismas ramificaciones que se descubrieron en él, perdieron bastante interés; la atención del público se cansó un poco; únicamente la refrescó la siniestra inscripción del árbol del Retiro, sobre la cual tantas opiniones contradictorias he oído emitir. Para unos, la inscripción es hecha *á posteriori*, y el señor que asegura haberla visto hacer es víctima de un error involuntario, ó es una de esas personas «que quieren haberlo visto todo;» para otros, es una de las muchas imprudencias adrede cometidas por el criminal á fin de ser preso antes de realizar el atentado y librarse del compromiso de realizarlo; no falta quien diga que es un desahogo lírico, en otro tiempo reservado al amor, y del cual hoy se apodera el odio; no falta quien vea en la tal inscripción una mera *fumisterie*, una broma de pésimo gusto... De cualquier modo, si la inscripción es anterior al atentado, constituye un cargo nuevo contra esa policía, que debe de andar como andan en España casi todas las cosas. Su papel en el desarrollo de este asunto no puede ser más pasivo y desairado. Gentes que no forman parte de ese organismo, gentes avispadas y observadoras, son las que han observado, olfateado y descubierto lo que se descubrió. Y cuenta que conspiradores de la naturaleza de los que mediaron en el asunto de la bomba, son como para formar la reputación de un polizonte genial. Es imposible clarearse más, descubrirse más, hacer las cosas con mayor sencillez, con inocencia más primitiva. No aparece ningún Maquiavelo en este proceso. Todo es romántico, franco y de tela de cedazo pura.

* * *

Una fiesta de la cual se habló poco y que encontré muy divertida, fué la ascensión de los globos, el *rallye*, como se decía «deportistamente.» —Era una monada, una especie de jugueteo caprichoso en el aire, el subir de los globitos, confundidos los de las postales, que lanzaban las señoras, con los verdaderos aerostáticos, tripulados por hombres.—La calma chicha del día ardoroso de junio; la pureza cristalina de la atmósfera, mantenían los globos quietos después del primer movimiento pausado y dulce con que se elevaban á cierta altura. Dijérase que iban á quedarse así, fijos á manera de grandes lámparas, pendientes por un hilo de la bóveda del cielo; y dentro de esas lámparas caprichosas, un muñeco ó dos agitaban los brazos, saludaban... Eran los tripulantes de las barquillas, que miraban á la gente de abajo, á la curiosa muchedumbre apiñada en el campo ya libre, donde momentos antes oscilaban las gigantescas burbujas de jabón de los globos inflados y prontos al «¡larguen!»

Las apariencias acusaban una expedición casi en broma, algo puramente representativo del peligro de la aerostación... Y en realidad, el peligro existía, á pesar, ó á causa, de la misma serenidad del aire, que no impulsaba á los globos hacia parte alguna, y de la falta de lastre. El lastre es el paracaídas del globo, es el que le salva del tejado, de la chimenea, del balcón de hierro; con el lastre se cae donde se quiere, y sin el lastre se cae donde la casualidad dispone. Y los globos de la fiesta—oí á los tripulantes lamentarlo—apenas llevaban la vigésima parte del lastre que habían menester... Además, en el inmenso palenque del aire también hay choques. Dos globos estuvieron á punto de embestirse. La gente, apretujada en el recinto de donde partieron los globos, ó aglomerada en la populachera calle del Gasómetro, contemplaba el espectáculo, sin darse cuenta de que allí se arriesgaban vidas. Por fortuna salió todo á pedir de boca; no hubo un descenso que no se verificase suavemente, y lo que empezó como juego, acabó como juego sencillo y gozoso.

* * *

En la función de gala del teatro Real cantaron *Lucía de Lammermoor*... Érame imposible no pensar toda la noche, más que en los plumeros, joyas, colorines y bordados charros de uniforme, en lo que pensaría la joven reina, que ha nacido en Escocia, viendo una *Lucía* por el estilo. Raya en lo grotesco la *mise en scène* de esta ópera, una de las que con mayor impropiedad y ridículo descuido salen á las tablas del regio coliseo. ¡Qué escoceses, santo Cristo de Burgos!

Algunos coristas llevaban el calcetín á cuadros; pero otros salían de tonelete de colorines, y la pierna, desde arriba de la rodilla, cautiva en luenga media de rico algodón color rosa, preso el pie en elegante zapato de becerro en mal uso; y como el tonelete respingaba por delante, hacían el fantástico efecto de hallarse en meses mayores. Los hermanos de la reina, esos preciosos chicos que con tanta gracia lucían el característico traje escocés, debieron de reirse por dentro á puchadas, pues el caso no era para menos.

Y no le extrañaría poco á la reina la insólita novedad de que, usando el *laird* de Lammermoor unos colores, usasen los de su *clán* otros distintos, puesto que justamente por los colores del señor se reconocen en la tierra alta de Escocia los hombres de cada *clán* ó tribu, siendo esto cosa de las más sabidas y vulgares, y siendo esos colores una especie de blasón de las familias nobles y antiguas. Y también le gustaría á la reina, no cabe duda, lo fiel de las decoraciones y del mobiliario..., es decir, el mobiliario de *Lucía*, en el Real, se parece á todos los que allí suelen ostentarse; consta de una mesa y un sillón, para la escena de la firma del contrato, y... del vacío reconcentrado en sí mismo, para la escena del delirio con bata de mangas perdidas, cabello suelto y gorgorito libre. ¿Es que habían venido á embargarle á Astón, la víspera de las bodas de su hermana? Y si no, ¿qué significa ese palacio con sólo las paredes?

* * *

Por cierto que me han contado una escena cómica, ocurrida la noche de la función de gala; si no es verdad..., ahí va tal cual me la refirieron. Uno de los coristas, con su traje de escocés... de menos que Carnaval, tuvo la ocurrencia de salir por la puerta del pasillo, no sé con qué objeto. Verle y tomarle por uno de los príncipes extranjeros, fué lo mismo. La gente se apartó con respeto, le abrió calle, y se absorbió en la contemplación de su indumentaria. Verdad que, cuando se enteraron del error, sufrió el mísero corista un formidable abucheo, y hasta tengo entendido que una multa, castigo de la *plancha*... de los demás.

* * *

Y en pos de tanto festejo—agradables ó no, porque algunos tuvieron de todo—vino el revuelo político, la zambra del cambio de ministerio y el decreto de disolución, fantasma cuya existencia niegan los adversarios y afirman los adictos, con igual seriedad y empeño... No sé si en esta variación habrá algo más que un cambio de nombres. Temo que en efecto no haya otra cosa, pues la experiencia nos ha demostrado que otra cosa no suele haber en casos análogos. Ya nadie espera nada de ningún cambio de ministerio. Estoy por decir que nadie espera nada de cambios de ninguna especie. Una indolencia fakirista se ha apoderado del público, del verdadero público, del que no tiene para qué aparentar creer en farsa alguna.—La única ilusión que todavía persiste en el espíritu de varias personas, de las que conocen á otras, es la ilusión individualista; la que se funda en el valer de los individuos superiores, profesen las opiniones que profesen, militen en el bando que militen. Así, existe una figura de ministro que ha motivado esperanzas en los que le tratamos y estimamos. Me refiero á Alejandro San Martín, el eminente médico y cirujano, llamado á la cartera de Instrucción pública. Este no es un político; si militó en las filas de un partido, fué al modo discreto y con la sordina del que no aspira ni á resaltar ni á conseguir. Sus trabajos de clínica, sus estudios concienzudos, profesionales, le absorbieron. Sin embargo, su cerebro, su pensamiento, tenían casillas donde las ideas, no políticas en el sentido estrecho y egoísta de la palabra, sino en aquel otro generoso y amplio que se acerca al patriotismo, germinaban y se desenvolvían silenciosamente. No es San Martín hombre de propaganda y agitación: si no hubiese sido llamado, en substitución de Ramón y Cajal—otro fundamento de esperanzas,—al puesto donde el pensamiento influye en la realidad de un modo inmediato y eficacísimo, San Martín se guardaría sus aspiraciones latentes, su deseo de arreglar algunas cosas, ya que todas, ni Dios, con ser Dios, quiere arreglarlas...

* * *

Yo confío en el ilustre facultativo, cuyo bisturí me ha rasgado la piel, en operaciones, insignificantes por fortuna, pues el mejor operador es temible, y líbrenos Dios de necesitar su ciencia. Confío en que corte y raje la recia piel y la hinchazón inveterada de tanto abuso, de tanto abandono, de tanta inercia, que vician la sangre de nuestro organismo pedagógico. Anhelo ese bisturí salvador, que extirpe la rutina y el atraso y aplique luego sobre lo vivo de la carne herida la cura aséptica, que no permite la formación ni de una gota de pus.

En nuestras cortas oraciones pedimos á Dios que inspire á San Martín. La mitad de su capa, para los enfermos del cuerpo; la otra mitad, para los del entendimiento. Y más útil la segunda mitad que la primera.

EMILIA PARDO BAZÁN.

PENSAMIENTOS

Al revés de la naturaleza, que crea el órgano para la función, las administraciones tienden á multiplicar las funciones para el órgano, á fin de justificar la existencia de éste.

DE FREYCINET.

El refinamiento del espíritu en las naturalezas superiores tiene, en cambio, el inconveniente de crear dolorosos estados de alma que el vulgo no puede comprender.

G. M. VALTOUR.

La vida, como el fuego, sólo se conserva comunicándose, lo que depende de la ley fundamental que nos ha enseñado la biología, á saber, que la vida no es únicamente *nutrición*, sino que es, además, *producción* y fecundidad. Vivir es consumir y adquirir á la vez.

GUYAN.

No basta estar dispuesto á cumplir el deber; es preciso también conocerlo.

GUIZOT.

Cuando por vez primera se encuentran las personas de verdadero mérito, las almas buenas, no traban por primera vez conocimiento; puede decirse que se reconocen como antiguos amigos separados solamente por la distancia ó por la desigualdad de condiciones.

J. DE MAISTRE.

Se puede ser constante con un alma pusilánime y una inteligencia limitada; pero sólo puede haber firmeza en un carácter lleno de fuerza, de elevación y de razón. La ligereza, la facilidad y la debilidad son opuestas á la firmeza.

DIDEROT.

La amistad es tan divina sólo porque da el derecho de decir la verdad á los hombres que tan poco la dicen y que tan raras veces la oyen.

LACORDAIRE.

El hombre justo no es aquel que no comete injusticia, sino el que pudiendo ser injusto, no quiere serlo.

MENANDRO.

El que no tiene carácter no es un hombre, es una cosa.

CHAMFORT.



ÉRASE QUE SE ERA..., cuadro de E. Paupión. (Salón de la Sociedad de Artistas franceses. París, 1906.)

Cuento de Rafael Ruiz López inspirado en el mismo

La recuerdo perfectamente, como si todavía aguardara con ansiedad infantil la hora de la salida de la escuela para ir á escuchar ensimismado y boquiabierto su voz dulce como bendición celestial, su charla amorosa é instructiva y sus deliciosos cuentos, sencillos como pláticas apostólicas que confortaban nuestros tiernos espíritus y nos impulsaban suave y maternalmente hacia el escabroso camino del bien. Serena como la vejez sin remordimientos, siempre reía; dijérase que tenía ante sus cansados ojos, cerca, muy cerca, casi tangible, la visión esplendente de un mundo perfecto en el que retardaba la entrada por voluntad propia, con el fin de instruirnos en la santa moral y llenar nuestros ojos del resplandor de las verdades eternas.

No fueron para ella los placeres de la ociosidad, ni jamás el sol pudo sorprenderla inactiva; pero al verse rodeada de pequeñuelos, dichosa como una abuela, dejaba á un lado la monótona rueca y el lino blanco, y al ver el ensimismamiento bobo con que la escuchábamos sin osar interrumpirla jamás, poníase muy contenta y experimentaba la felicidad de los viejos maestros seguros de que sus lecciones serán semilla fecunda.

No había de menester muchos ruegos para empezar: «Erase que se era...» Y era una muchachita rubia de piel de terciopelo nácar sonrosado, de manos de marfil, «pura y bella como los ángeles del coro del Señor.» Y «esta muchachita» se veía acosada por siete galanes de hermosa apariencia, revestidos con brillantes oropeles; pero malos, muy malos; «¡como que uno era la soberbia, otro la avaricia, otro la gula..., en fin, cada uno representaba un pecado capital!» Y todos luchaban afanosamente por reinar en el cándido corazón de la muchacha.

Empeñábase la lucha tiránica y cruel. Gozábase primero la niña en verse solicitada por tan apuestos galanes, y entregada á la coquetería, «que es el arma de que se vale el demonio para vencer á la mujer,» no se daba cuenta del peligro hasta que los solicitantes, cada cual por su lado, lograban estar muy cerca de su corazón.

Y la muchachita de cabellos de oro, «pura y bella como los ángeles del coro del Señor,» asediada por los siete galanes que la deslumbraran con su brillante exterior, empezaba á conocer el mal, y al pretender huir por haber conocido la monstruosidad de sus adoradores con los que un tiempo coqueteara, veíase perseguida tenazmente, en peligro constante de ser alcanzada, sufriendo angustias indefinibles, hasta que encontraba una viejecita humilde á quien pedía socorro y consejo. Hablábale la viejecita, y su voz era celestial, como música jamás oída; cogíala de la mano, y mientras caminaban á lo largo de interminables y polvorientos caminos le decía:

—Hija mía, la jornada es larga y penosa y serán crueles las angustias que has de sufrir. Agobiante es la virtud y fácil el pecado... Si no huyes de los que te persiguen, si á ellos te entregas, encontrarás la juventud alegre, mas no siempre tendrás la conciencia limpia. Elige.

Y la muchacha, elevando los ojos al cielo y cruzando las manos blancas y angélicas en actitud de plegaria ferviente, exclamaba:

—¡Dios mío, quiero el peso agobiante de la virtud, deseo conservar mi conciencia sin mácula: guiadme en la jornada larga y penosa, llena de tormentos crueles!

Entonces llegaba para la niña angélica la hora sublime del premio: veía con asombro que la viejecita se convertía en excelsa matrona, y á poco, en la Santa Virgen, amparo de los pobres y consuelo de los afligidos, que se remontaba á los cielos mirándola amorosamente.

Llegaban los siete galanes, acosábanla de nuevo queriendo deslumbrarla con sus oropeles; pero la joven resistía con heroísmo á esta última tentación, hasta que un pastor, mancebo gallardísimo, la libraba de ellos, y arrodillándose reverentemente le decía:

—Soy de humilde condición; vine á defenderte porque hace poco me aseguró una viejecita que en este lugar había una mujer en grave peligro. Yo no conocía tu hermosura y corrí; de haberla conocido, alas me hubiese dado mi anhelo de salvarte... Tengo una pobre cabaña; ¿quieres compartirla conmigo? Sobre nuestras humildes cabezas descenderá la bendición de Dios y el amor nos hará felices.

Enamorada de tanta sencillez, contestaba afirmativamente la muchacha de los cabellos de oro y de las manos angélicas, y se encontraba con la gratísima sorpresa de que el pastorcillo era un rey que peregrinaba en busca de una mujer virtuosa para con ella compartir su trono.

Otras veces era un rey fiero, tiránico y cruel castigado en su orgullo y arrojado de su reino tras vergonzosas guerras, ó ya niños perversos que por burlarse de sus ancianos padres se veían luego, como justo castigo, despreciados y abandonados por sus hijos... Y siempre en sus narraciones, que ella juraba verídicas, había algo de encantamiento y mucho de maravilloso y milagrero, sin que faltase el premio á los virtuosos ni el severo castigo á los malvados.

«Érase que se era...»

Estas palabras suenan en mi oído como el principio de una oración purísima de la infancia y traen á mi memoria en poética é incomparable fantasmagoría procesiones interminables de princesitas de cabellos de oro y de humildad angélica, de pastores gallardos que acaban en reyes y de reyes que concluyen en pastores, de hadas bienhechoras..., todo junto flotando en una ternura infinita y en una moral saludable.

«Érase que se era...»

¡Anciana interesante, vieja divina!, yo recordaré siempre con lágrimas en los ojos tus cabellos blancos y venerables, tu sonrisa grata á los niños y tus cuentos encantados, sencillos como lecciones de santa moral, que impulsan derechamente hacia el escabroso camino del bien y llenan las pupilas del resplandor de las verdades eternas; llevaré siempre sobre mi corazón tus palabras que inspiró la santidad de tu larga vida, pura y austera como la de los elegidos. Generosa y humilde, lo diste todo con la sonrisa en los labios. Dolor conocido por ti era dolor consolado, y sé que buscabas afanosamente hasta los más ocultos... Y cuando ya nada te restaba por dar, tu imaginación despejada de mujer que supo vivir santamente inventaba cuentos que, recreándonos, fueron sabroso alimento de nuestros espíritus infantiles...

¡Oh sagrada viejecita, abuela de todo un pueblo! Yo bendigo tu memoria desde lo más profundo de mi corazón, y quisiera tener el poder de resucitarte para solicitar de ti en las horas de tedio y en las de aflicción amarga un «érase que se era» armonioso como el mejor de los preludios.

RAFAEL RUIZ LÓPEZ.



Exposición General de Bellas Artes. Madrid, 1906. – Pescadoras bretonas, cuadro de Manuel Benedito, premiado con primera medalla

EXPOSICIÓN GENERAL DE BELLAS ARTES

MADRID. 1906

SECCIÓN DE PINTURA

(Continuación)

De todos los géneros hay en la Exposición de Bellas Artes, hasta lienzos de franca alegría, ahora precisamente que varios señores sencillos culpan á la juventud de estar muy triste y llorosa. De Muñoz Lucena es una escena típica de Sevilla pintada junto á la campana de la Vela. Este cuadro es tan notable y está tan bien pintado como uno de Medina Vera, *Tipos de la huerta*, allí próximo.

La boda, de F. Posada, otro joven de diez y nueve años, es una completa revelación. Yo aseguro que quien ha sabido componer aquel grupo con tanta armonía y gracia y pintarlo más tarde con mucho arte y verdad, no es un pintor adocenado ni terminará aquí, con esta obra, su carrera.

Julio Romero de Torres, á quien tampoco conozco, tiene gran talento, sabe dibujar á la perfección y es un alma moderna. Sus cuadros son muy notables. De todos nos agrada más el titulado *A la amiga* ¿Por qué este excelente artista, que vale mucho, no prescinde de ese color cetrino con que cubre todas sus obras? No necesitan de este feo recurso R. de Torres ni tampoco su hermano para ser unos pintores admirables.

El gran maestro Gonzalo Bilbao es vicepresidente del Jurado de Pintura. Fuera de concurso, pues, presenta siete ú ocho cuadros, ninguno de gran tamaño.



Exposición General de Bellas Artes. Madrid, 1906. - Charla gaditana, cuadro de Juan Vitórica

La gitanilla, *Una noche de verano en Sevilla* y un *Retrato de señora* nos traen á la imaginación el recuerdo de la pintura de los grandes maestros, que vivirán siempre por sus geniales creaciones. Goya alabaría mucho los lienzos de Bilbao.

Como no tenemos espacio para, como quisiéramos, hablar de todos los cuadros que nos agradan, diremos que han presentado también obras muy notables: Gárate, Junquera. Santamaría Morelló, Vázquez Díaz, Enrique Romero, Juan Zuloaga, Pellicer, Emilio Sala, Vitórica, Salaverría, Fernández Arderin, Hidalgo Caviades, Fillol, Díaz, Pedro Sáenz. Maldonado, Pinelo, Urquiola, Baixeras, Juan Francés Cerdá, Raurich, Verdugo Saudes, García Rodríguez, Mencía, Mestres, Grau, Poy Dalmau, Beruete, Bertodano, Blanco Coris, Zubiaurre, Ribas Andreu, Arranz, Soro, Morera, Huidobro, Taboada, Godoy, J. A. Benlliure, Abella, Tamburini, Alperia, Pueyo, Ricardo Madrazo, A. Navarro, Alberti, M. Peña, Cabrera Cantó, Hernández, Nagera-Andrade, Vilaprades Iborra, Nogués Sáenz y el simpático Gómez Gil y otros que siento no recordar.

SECCIÓN DE ESCULTURA

Está visto: nuestros escultores triunfan en el mercado y huyen de la Exposición. Basta para cerciorarse de esta terrible verdad conocer el número escaso, casi ridículo, de obras que presentan este año en el Palacio del Hipódromo. Y casi todas, fijaos bien, llevan las firmas de los más jóvenes, de los no premiados y desconocidos para el público; que los otros, los un poco amados, los predilectos, los maestros, ni siquiera nos muestran ya los bocetos de tantas y tantas maravillosas obras encargadas por el Gobierno, Academias, Municipios y particulares, tales como los monumentos á Castelar, á Martínez Campos, á Sagasta, á Carlos III, el grandioso del Retiro á D. Alfonso XII, donde colabora lo más granado de los escultores españoles, el de la reina doña María Cristina de Hapsburgo en San Sebastián, y el de Odonell en Canarias, cuya primera piedra puso en su reciente viaje S. M. el rey D. Alfonso XIII.

Con justicia se les culpa de no acudir á la Exposición á enseñar ó encarrilar, mejor dicho, los gustos de una juventud perdida, según por todos se afirma, en las laberínticas ideas modernas.

Una excepción hay que hacer en favor de Querol; pero aun esta excepción es relativa, puesto que el eximio escultor tortosino se ha limitado á presentar, aparte del busto de la que fué princesa de Asturias, dos esculturas ya conocidas, *Sagunto* y *La Tradición*, y fotografías de obras suyas que decoran el Ministerio de Fomento y el Palacio de Bibliotecas y Museos, y del panteón de Cánovas del Castillo y del monumento á Quevedo, que permiten formarse idea de la belleza de tan grandiosas composiciones y de los talentos excepcionales del famoso artista.

Veamos ahora las obras de los escultores jóvenes, obras que, en su mayor parte, constituyen un gran paso en la senda del arte verdad, y en las cuales estos espirituales artistas consiguen aunar con gran fortuna la elegancia, la sencillez y el sentimiento exquisito de las cosas.

Esclavos (1), escultura de Miguel Oslé, es un grupo sentimental, vigoroso, sencillo y copiado de la vida misma. Son dos trabajadores, dos pescadores pobres; el, rudo, fuerte, con rasgos muy pronunciados de la bestia incansable en la labor. Los pómulos salientes; los cabellos crinosos; los labios grandes, carnosos, típicos; los brazos, ¡bellos brazos del trabajo!, fuertes como columnas; las manos enormes, encallecidas por la pelea de un día y otro con el remo. La izquierda descansa sobre el hombro de ella: es una niña de diez ó doce primaveras, ¡y ya trabaja!, y es esclava de la vida, más dura por haber nacido la criatura pobre.

¡Qué bello contraste observamos en algún detalle de este hermoso grupo de piedra! El brazo ó la garra de un domado león sobre el pecho de una niña que más tarde será el único consuelo del hombre infeliz. Y ella está también como su compañero: triste con su cabecita baja, sus manos caídas y uno de sus pequeños pies torcido en descanso... Es este grupo uno de los más bellos de la Sección de Escultura.

La pobladora, grupo escultórico de Luciano Oslé, hermano del anterior, no nos satisface por completo, lo confesamos sinceramente. Es una aldeana con un pequeño niño en sus brazos. La figura de la mujer nos parece de cera; con tener expresión, no tiene la suficiente; en cambio, la cara del chico está muy bien modelada y nos recuerda las mejores de los ... del grupo de Marín, artista más delicado y del cual luego ... ocuparemos.

MANUEL CARRETERO.

(Fotografías de Toneser.)

(Se continuará.)

(1) En la lámina que publicamos en el número 1.277 olvidamos mencionar que esta escultura había sido premiada con primera medalla. *(N. de la R.)*

Exposición General de Bellas Artes. (Madrid. 1906.)



1. Retrato de la Srta. D.ª Cecilia Yurmury, pintado por Cecilio Pla (premiado con una condecoración de primera categoría). – 2. En la labor, cuadro de Eugenio Hermoso (premiado con segunda medalla). – 3. El último tributo, escultura de Joaquín Bilbao (premiado con segunda medalla). – 4. En el santuario, cuadro de José Rodríguez Acosta (premiado con segunda medalla). – 5. La pobladora, escultura de Luciano Oslé. – 6. Paisaje, cuadro de Eliseo Meifrén (premiado con primera medalla). – 7. Retrato de miss K., pintado por Anselmo Miguel Nieto (premiado con 3.ª medalla).

TAPICES PINTADOS POR B. GILI Y ROIG

No es el Sr. Gili y Roig un artista desconocido para los lectores de La Ilustración Artística ni para el público en general; en nuestras páginas hemos reproducido multitud de obras suyas, y en los salones artísticos de nuestra capital y en varias exposiciones se han podido admirar dibujos y cuadros del joven pintor, reveladores de cualidades no comunes para el cultivo del arte á que se dedica.



Tapiz pintado por B. Gili y Roig

Gili y Roig, además de sus felices disposiciones naturales, reune otras condiciones que le hacen en extremo simpático y recomendable: es modesto y sobre todo es estudioso y tiene una cultura sólida adquirida en sus largos viajes y en sus prolongadas estancias en los centros artísticos del extranjero.

Trabajador infatigable, ansioso de descubrir cada día nuevos horizontes á su actividad, no se contenta con la faena rutinaria, sino que ensancha de continuo la esfera de su acción; pero no se lanza á nuevas empresas sin antes armarse de todas las armas que le aseguren el triunfo, y cuando acomete un género hasta entonces por él no cultivado, lo hace preparándose fundamentalmente, poniendo todos sus talentos y todas sus energías en el estudio de aquello que trata de emprender.

Sólo así se comprende el éxito que ha logrado con los dos tapices que reproducimos adjuntos, primeras obras de esta clase que ha producido. Su composición elegante, su carácter eminentemente decorativo y la amplitud de su ejecución se ajustan tan admirablemente á lo que esta especialidad del arte pictórico exige, que no parece sino que su autor tenga gran experiencia y larga práctica en ese género de pinturas. Trazados con encantadora elegancia, de correcto dibujo y fresco y jugoso colorido, producen una impresión gratísima en primer término por la poesía de que están impregnados y después por el acierto con que el artista ha sabido armonizar las figuras con los árboles y las flores, produciendo un conjunto de exquisita belleza.

Los tapices del Sr. Gili y Roig han sido muy celebrados; á los plácemes que por ellos ha recibido su autor unimos los nuestros más sinceros.—M.

LA VELOCIDAD DE LOS TRENES EN LOS ESTADOS UNIDOS

Los trenes más rápidos de los Estados Unidos son los que van de Camden, pequeña población situada enfrente de Filadelfia, en la orilla opuesta del Delaware, á la estación balnearia de Atlantic-City. Por la línea directa, la distancia es de 90 kilómetros y se recorre en 50 minutos; por la línea de Pensylvania, el trayecto, aumentado en cuatro kilómetros, dura 54 minutos, es decir, que en ambos casos la velocidad es de 104 y medio kilómetros por hora.

Un tren regular ocupado por los miembros del Congreso internacional de ferrocarriles celebrado hace poco en Wáshington, que se componía de siete vagones y dos furgones, con un peso total de 410 toneladas, recorrió aquel trayecto con una velocidad de 96 kilómetros por hora, y otros trenes especiales de cinco coches, con un peso total de 211 toneladas, hicieron el mismo recorrido á razón de 121 kilómetros á la ida y de 127 á la vuelta. Estas velocidades excepcionales son, al parecer, las máximas obtenidas en la América del Norte y sólo pueden mantenerse en una distancia corta.



Tapiz pintado por B. Gili y Roig

Los mayores trenes rápidos de largo recorrido son los que van de Nueva York á Chicago; el de Pensylvania recorre el trayecto, que es de 1.457 kilómetros, en 18 horas, lo que da una velocidad de 86 kilómetros por hora; el del New-York Central salva en el mismo tiempo 1.578 kilómetros, alcanzando, por consiguiente, una velocidad de 87 kilómetros por hora. Téngase en cuenta que esos trenes sólo llevan cuatro ó cinco vagones con un peso total de 200 á 250 toneladas, lo que representa cargas muy pequeñas.

La mayor parte de los trenes rápidos tienen, por el contrario, más peso, pues constan de ocho ó diez vagones, con una carga total de 400 á 500 toneladas. La velocidad comercial de los mismos, es decir, sin deducción de las paradas, no excede de 75 kilómetros; pero la velocidad media de marcha es superior, porque la lentitud de la arrancada, la diminución de la velocidad en las calles y en los puentes y las paradas hacen perder un tiempo no despreciable.

En Francia, el rápido de Calais á París corre con una velocidad media de 81 kilómetros por hora y el rápido de la Costa Azul con la de 78. El más rápido de Inglaterra lleva una velocidad media de 89, recorriendo, sin pararse, en 4 horas y 25 minutos, los 395 kilómetros de Londres á Plymouth.—F.



PARÍS.—LA REVISIÓN DEL PROCESO DE DREYFUS ANTE EL TRIBUNAL DE CASACIÓN. EL PONENTE M. MORAS LEYENDO SU PONENCIA. (De fotografía de «Photo-Nouvelles.»)

LA REVISIÓN DEL PROCESO DE DREYFUS

Ante el Tribunal de Casación de París se ve de nuevo actualmente este asunto, que tanto apasionó á los franceses hace algunos años. Trátase ahora de la revisión del proceso de Rennes, de 1899, cuya sentencia fué, como es sabido, desfavorable al capitán Dreyfus, á quien un consejo de guerra había condenado en 1894 como traidor á la patria.

El indulto que posteriormente se concedió á Dreyfus no bastó á devolver á éste lo que más estimaba, su honor de soldado y de patriota; de aquí la actual revisión, conseguida tras largos años de grandes y continuados esfuerzos.

Cuando escribimos estas líneas, no se conoce todavía el fallo del Tribunal de Casación; pero á juzgar por el trabajo del ponente, el resultado de los debates será la casación de la sentencia de Rennes, la proclamación de la inocencia de Dreyfus y de que su nombre ha debido figurar desde 1894 entre los de los oficiales más dignos de la estimación de sus jefes y de la confianza de su patria.

La rehabilitación, pues, será absoluta y podrá servir de lenitivo al que durante tantos años se ha visto torturado por los más terribles tormentos.—S.

CORONACIÓN DEL REY HAAKÓN VII

DE NORUEGA

En la catedral de Trondjem, el monumento gótico ás notable de Escandinavia, cuya construcción data de los siglos XII y XIII y en la cual están enterrados los reyes noruegos San Olav, Magnus *el Bueno* y Olav Kyrre, ha sido coronado el día 22 de junio último el rey Haakón VII de Noruega.

Al llegar SS. MM. fueron recibidos á la entrada del templo por los obispos de Trondjem, Cristianía y Bergen, el primero de los cuales saludó al monarca con las palabras: «Que Dios proteja tus actos á partir de este día y hasta la eternidad.» Formado después el cortejo, entró éste en la catedral y los reyes se sentaron en los tronos dispuestos en el centro del templo; el obispo de Trondjem recitó una larga plegaria y Haakón VII subió al coro y ocupó el trono levantado frente al altar mayor, teniendo á su izquierda al jefe de la Corte y á su derecha al generalísimo, portaestandarte del reino. El presidente del Tribunal de Casación y el obispo de Trondjem colocáronle el manto real y el prelado le ungió la frente y las muñecas diciendo: «Que el Dios Todopoderoso te dispense su gracia y te dé la sabiduría, la fuerza y la bondad necesarias para el cumplimiento de tu real misión, de manera que el Santo Nombre de Dios y el derecho y la verdad queden afirmados para el bien y la felicidad del pueblo y del país.»

Después, M. Michelsen, presidente del Consejo de ministros y el verdadero fundador de la independencia noruega, ciñó al rey la corona, el ministro de Negocios extranjeros le entregó el cetro, el de Comercio la manzana y el de la Guerra la espada; á la entrega de cada uno de esos emblemas, el obispo de Trondjem pronunció una corta invocación y bendijo al soberano. Durante la entrega de la espada, los fuertes de la población y los buques dispararon una salva de cuarenta y dos cañonazos. Terminado ese acto, el rey bajó del coro y volvió á sentarse al lado de la reina.

Efectuóse luego la coronación de ésta con el mismo ceremonial, y después de la última invocación del obispo, disparóse una nueva salva.

Mientras se realizaban esas ceremonias, los coros y la orquesta ejecutaron una cantata compuesta ex profeso por el notable compositor noruego Juan Halvorsen.

El presidente del Storthing declaró terminada la ceremonia y los reyes regresaron al palacio entre las aclamaciones del pueblo.—R.



EL REY HAAKÓN VII DE NORUEGA, RECIENTEMENTE CORONADO EN TRONDJEM, EN SU DESPACHO (De fotografía de Hutin, Trampus y C.ª)



Remendando la red, cuadro de María Camerón-Gelón



En el taller del pintor, cuadro de Edgar S. Cameron



En vísperas de exámenes, cuadro de José Pinazo



En alta mar, cuadro de sir J. E. Millais. (Galería Nacional de Arte Británico de Londres.)



Derviches aulladores, cuadro de Fausto Zonaro. (Exposición de Milán.)

TELÉFONO AUTOMÁTICO SISTEMA LORIMER

El actual sistema telefónico, en medio de sus inmensas ventajas, adolece de algunos inconvenientes, de los cuales no es el menor el que un abonado, para ponerse en comunicación con otro, necesite recurrir á la central, que sirve de intermediaria entre ambos. Este procedimiento, aparte de la pérdida de tiempo que supone, es expuesto á equivocaciones y aun á indiscreciones lamentables, y el temor de que una conversación pueda ser sorprendida casual ó expresamente por tercera persona, hace que no siempre pueda confiarse al teléfono aquello que quisiéramos que sólo fuese oído por una persona determinada.

Al remedio de esos inconvenientes responde el teléfono automático inventado por dos norteamericanos, los hermanos Lorimer, que suprime los intermediarios y pone á dos abonados en comunicación directa.

El aparato (figura 2) consta de dos mitades, cada una de las cuales sirve cien abonados. En la parte inferior, á la izquierda, se ve un motor eléctrico que por medio de ruedas dentadas mueve un árbol; éste mueve una serie de ejes que á su vez transmiten el movimiento á un cierto número de tambores (cinco cada uno). La energía eléctrica necesaria la proporciona una batería de acumuladores. A la izquierda de los tambores hay varios discos de distintas formas que hacen las veces de los empleados de teléfonos, pues unos registran el número pedido, otros establecen la comunicación, otros avisan al llamador cuando la comunicación está establecida y otros, por último, señalan las averías del aparato.

Sería largo dar una descripción minuciosa de ese ingenioso aparato, en parte complicado y en parte sencillísimo; además, toda descripción sería insuficiente para que nuestros lectores se formaran de la máquina una idea exacta que sólo puede conseguirse viendo aquélla en funciones.

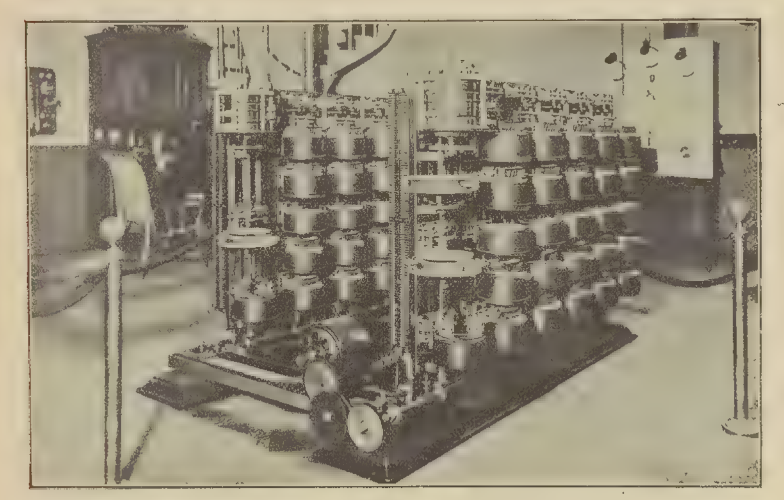
La figura 1 reproduce el aparato transmisor. En la parte superior del mismo hay cuatro anillos movibles, cada uno de ellos con los números necesarios para formar el del abonado con quien se desea comunicar. Una vez puesto el número correspondiente, se da un cuarto de vuelta hacia la derecha á la llave que se ve en la parte inferior, y por este medio se efectúa la llamada al aparato automático. En cuanto se da vuelta á esa llave, comienza á moverse la aguja situada encima de ella y que en un tiempo de uno á cuatro segundos da una vuelta completa al disco á cuyo alrededor se mueve. Durante este movimiento, el aparato central ha transmitido el número de aquel á quien se llama, y entonces el abonado llamador descuelga el auditivo y oprime un botón que hace sonar el timbre del otro abonado, quedando entonces establecida la comunicación.

El aparato no sólo establece la comunicación, sino que además *almacena*, por decirlo así, las llamadas cuando se producen varias simultáneamente, poniendo las respectivas comunicaciones por el mismo orden en que las llamadas se han hecho, sin necesidad de llamar de nuevo. Su mecanismo es tan perfecto que cuando ocurre una avería en uno de los tambores, no sólo da aviso de ello al inspector señalando el punto en que la avería ha ocurrido, sino que automáticamente entra en funciones el tambor siguiente; los tambores funcionan sucesivamente por turno á fin de que ninguno de ellos se estropee prematuramente; cuando hay muchos tambores funcionando á la vez, por ser muchas las llamadas, la corriente misma busca y encuentra el primer tambor que hay libre, y si ocurre un cruce, el aparato da la señal de alarma y avisa á los abonados cuya comunicación ha quedado interrumpida.

Los hermanos Lorimer han trabajado quince años en su aparato y lo tienen en su despacho de la galería Vivienne, de París. El gobierno francés se propone ensayar ese sistema instalando aparatos en algunas pequeñas ciudades.



Teléfono automático sistema Lorimer. – Fig. 1. Aparato transmisor (De fotografía.)



Teléfono automático sistema Lorimer. – Fig. 2. Aparato central. (De fotografía.)

BELLAS ARTES

(Véanse los grabados de las páginas 425, 432 y 433.)

El lienzo *En las minas de Anzin* es el cuerpo central de un tríptico del celebrado pintor francés L. Jonás, que completan otros dos en los cuales se ven representadas las mujeres y los hijos de los mineros. La composición total es hermosa, así por la idea que en ella ha presidido, como por la ejecución, de la que da perfecta idea el fragmento que reproducimos, trazado con un vigor y un espíritu de observación admirables.

Remendando las redes y *En el taller del pintor* son dos notas sumamente sentidas; la segunda es del pintor norteamericano Edgardo S. Camerón; la primera, de su esposa María Gelón, de origen francés. Ambos artistas son muy estimados, no sólo en los Estados Unidos, sino también en París, en cuyos salones han expuesto varias veces con no poco éxito. La señora Camerón-Gelón es una notable retratista.

Digno continuador de su padre y maestro es el pintor valenciano José Pinazo, quien en Roma, adonde le condujo el deseo de completar sus estudios artísticos, ha dado muestra de sus recomendables aptitudes, produciendo obras tan estimables como *En vísperas de exámenes*. El artista, sin renunciar á esa gama característica de la escuela valenciana, ha procurado ajustarse á los cánones modernos, prefiriendo la simplicidad á los efectismos, reveladores de habilidades de procedimiento, pero jamás de tendencias sanas y razonadas.

Nada hemos de decir en elogio del gran pintor inglés sir John E. Millais ni de su bellísimo cuadro *En alta mar;* trátase de uno de los grandes maestros ingleses, de los que han entrado ya en la categoría de los indiscutibles, y de un lienzo que se considera entre los mejores de su autor. Hechas estas dos afirmaciones, ocioso ha de ser insistir sobre los talentos del artista y sobre las excelencias de su obra.

Las varias obras que hemos publicado del excelente artista Fausto Zonaro, han servido seguramente para que nuestros lectores hayan podido apreciar las relevantes cualidades del pintor del sultán de Turquía, á quien tanto debe el arte en aquel país. La que reproducimos, *Derviches aulladores*, magistralmente ejecutada y que con justificado motivo llama la atención de los visitantes en la actual Exposición de Milán, representa un grupo de fanáticos derviches en el paroxismo de su misticismo exagerado, ya que después de entregarse á violentos ejercicios prorrumpen en gritos con toda la fuerza de sus pulmones, hasta que rendidos y extenuados caen en el suelo cual masas inertes, creídos que se transportan al soñado paraíso.

Espectáculos. – Barcelona. – Se han estrenado con buen éxito: en Novedades *El ídolo*, comedia en tres actos del Sr. Linares Rivas, y *El nuevo servidor*, entremés de los hermanos Quintero, y en el Eldorado el drama en tres actos de Ignacio Iglesias *Las urracas*, traducción castellana de Antonio Palomero, y *Amor y ciencia*, drama en tres actos del Sr. Pérez Galdós.

En el teatro del Bosque se han cantado varias óperas del repertorio antiguo y moderno, en cuya ejecución han sido muy aplaudidos los artistas Sras. Polo, Riera, D'Arroyo, Homs, Serrats y Oliver y Sres. Serretti, Romeu, Banquells, Bosch, Puiggener, Goiri, Toval y Oliver.

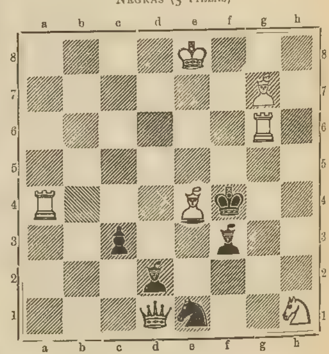
Associació Wagneriana. – El notable artista D. Anselmo Icart ha dado un interesante concierto de armonio, en cuyo programa figuraban hermosas composiciones de Rinck, Haendel, Bach, Mendelssohn, Lemmens, Masilly, Almagro, Saint-Saens, César Franck, Bigont, Tournemire, Huilmant, Boellmann y Mouquet. Todas estas piezas fueron ejecutadas admirablemente por el Sr. Icart, que obtuvo entusiastas aplausos.

Asociación Musical de Barcelona. – Las dos sesiones de *música di camera* dedicadas á Mozart y celebradas en el Salón de la Reina Regente del Palacio de Bellas Artes, han sido en extremo interesantes. En ellas ejecutaron varios cuartetos del inmortal compositor los Sres. López Naguil, López Casals, Ribas y Raventós, que fueron objeto de justas ovaciones por la magistral interpretación que dieron á todas las piezas de los programas.

AJEDREZ

Problema número 430, por V. Marín.

Negras (5 piezas)



Blancas (7 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas.

Solución al problema núm. 429, por V. Marín.

Blancas.	Negras.
1. e6–e7	1. Re5–d6
2. Dc3–c7 jaque	2. Rd6×c7
3. Cd4–b5 mate.	

Variantes

1..... Re5–f4;	2. Cd4–e2 jaque, etc.
e4–e3;	2. Dc3×e3 jaque, etc.
Ah5×g4;	2. Dc3–c5 jaque, etc.
Cf3×d4;	2. Dc3–c7 mate.
Otra jug.ª;	2. Cd4–e6 jaque, etc.



... á sentarse á la mesa del guarda, á charlar con él y con las mujeres (pág. 421.)

EN LA PAZ DE LOS CAMPOS

NOVELA ORIGINAL DE MAURICIO MONTEGUT.—ILUSTRACIONES DE SIMONT

(CONTINUACIÓN)

José se volvió á paso largo hacia el pabellón; y en medio del camino encontró á su madre extática, con los ojos cerrados, los brazos caídos y el cuerpo vibrante y sacudido por escalofríos, al oir aquel ruido que venía del otro, de él...

De este modo, en las dos vertientes de la colina, la tocata del castellano hacía salir á la gente de sus casas; pero si de un lado se tendían los brazos, del otro se apretaban los puños...

Las dos trompas continuaron su diálogo de cobre á través del espacio.

II

Un día estaba Antonieta mirando á su hijo. Hacía algún tiempo que se sumía con frecuencia en profundas reflexiones, de las cuales era él el objeto.

Jacobo echó de ver aquel examen y se aproximó sonriente.

—Y bien, mamá, ¿qué hay en mí de nuevo?

La madre movió la cabeza y sonrió á su vez...

—Nada desde ayer ni desde hace meses. ¡Pero hay tanto nuevo en mí, respecto de ti, hace años!

Jacobo acercó una silla y se sentó á su lado.

—Otra vez tus frases enigmáticas... Nunca quieres responder á mis preguntas; ¿lo harás hoy?.. ¡Ea!, ya te estás negando... Y sin embargo, tengo derecho á saber. Es verdad que hay una gran diferencia entre la madre que eras y la que eres hoy. Cuando era yo niño, no me gustaba mucho la atmósfera de tu cuarto. Pero entonces estabas mala y ahora estás curada. No veo en todo eso nada que no sea físico...

Antonieta puso en el brazo robusto de su hijo su mano fina, larga, blanca y surcada de venas de un azul pálido.

—Oye; todo lo que dices está bien y estoy contenta de oirte. Disculpas mi pasado, tan triste para mí y tan triste para los demás... Pero tú no sabes, no puedes saber...

Se calló, como si de nuevo hubiera caído en el misterio. Jacobo hizo un gesto de desaliento que quería decir:

—Puesto que no hay medio de hacerte hablar...

La hora era tranquila; una mañana de otoño muy dulce; una ligera bruma empenachaba los árboles del bosque y algunos tonos de precoz rojizo cantaban aquí y allá en el espesor de los verdes obscuros. De la tierra húmeda de la llanura subía un aliento tibio. El viento era suave; nada había excesivo, ni brisa, ni lluvia, ni frío; daba gusto vivir.

La de Valroy, después de un largo silencio de recogimiento, siguió diciendo con su voz siempre lenta:

—Acaso hiciera mejor diciéndotelo todo, porque debes de guardarme rencor...

Jacobo protestó con una exclamación:

—¡Oh!

El joven se había hecho más sensible y mejor en el curso de sus viajes, durante los cuales había podido echar de menos su casa y juzgar así su verdadero precio.

—Sí, debes de guardarme rencor, porque he sido una mala madre..., así como una mala esposa; pero en esto había más razones.

Calló de nuevo con la cara doliente y un poco contraída.

—¡Bah!, dijo Jacobo levantándose; quédese esto aquí. Se ve que este asunto te es penoso y te fatiga; bastante hemos hablado hoy; más adelante, si quieres, trataremos este asunto.

La madre le retuvo.

—No, quédate... Es preciso. Hace mucho tiempo que vacilo, pero es verdad que tienes derecho de saber..., porque ahora eres un hombre. Cuando naciste, tu vida estuvo á punto de costarme la mía; tu nacimiento me ha dejado enferma para el resto de mis días. ¿Pero acaso una madre cuenta sus sufrimientos? Si no hubiera habido más que esto, hubieras sido el niño más querido de Francia. Lejos de eso, te he separado... ¿Por qué?

Jacobo la miró y repitió como un eco:

—¿Por qué?

—Ahora puedo decírtelo, puesto que los sucesos desmienten todas las estúpidas imaginaciones de mi juventud preocupada; porque la dicha entra ahora aquí á raudales, como el sol, por todas las puertas y por todas las ventanas. Porque serás amado—ya lo eres—y vivirás largos días rodeado de ternura y en la prosperidad. Esto es lo que te espera; lo demás es locura...

Antonieta se exaltaba demasiado; en el momento en que arrojaba el pasado al olvido con un movimiento voluntario, volvía á caer un poco en su antigua fiebre de los malos días.

—Gracias, madre mía, dijo el joven; esas son hermosas profecías...

Antonieta se estremeció al oir esta palabra.

—Profecías... Justamente hace quince años hacía otras. Entonces te consideraba como un ser destinado de antemano á los destinos trágicos, un objeto de horror para los tuyos; y por eso te tenía miedo, por eso te alejaba... ¿Comprendes?

Le atrajo hacia ella y le contempló de cerca repitiendo:

—¿Comprendes?

—No muy bien, lo confieso, respondió el joven dejéndose atraer; ¿por qué estaba así destinado á las Furias?

Antonieta se volvió á recostar en su butaca.

—¿No sabes, pues, la historia de tu familia?

—Sí, los Valroy, en 1415...

—Deja eso. Los Reteuil...

—Perfectamente; los Reteuil, en 1623...

Jacobo bromeaba, y ella le interrumpió:

—Eres insoportable. Esos están muy lejos... Más cerca, más cerca...

Bajó la voz y dijo muy bajito:

—Mi padre, por ejemplo...

—Tu padre, dijo Jacobo sin la menor aprensión, era un original que se aburrió de vivir. Hizo mal, pues no tenía, al menos según se dice, ningún disgusto serio.

—¡Ah!, murmuró la condesa; ¿y su padre, tu abuelo?

Jacobo no vaciló para responder á esta pregunta más que para la primera.

—Su padre valía más. Un valiente soldado que conspira por su emperador, que ve que todo se viene abajo y que se mata ó se hace matar... Eso es glorioso. ¿Te avergüenzas de ello?

—Se mató...

—Hizo bien; en aquel tiempo la vida no tenía importancia.

—¿Entonces no ves nada?

—Nada, lo confieso; nada que pueda indicar que el descendiente de este hombre está fatalmente designado á la mala suerte.

—¿No crees en la herencia, en el atavismo, según se dice?

Antonieta se animaba.

—¿No crees que he podido, que he debido transmitirte su sangre con la mía? Existen todas las razones para creerlo; y con su sangre van su manía y su locura de suicidio.

Jacobo se quedó como asombrado.

—¡Ah! ¿Es eso?

Reflexionó un momento y decidió en conciencia.

—No, madre. En primer lugar, ¿por qué he de tener más de Reteuil que de Valroy? Y entre éstos, ¿por qué de los últimos y no de los primeros, que eran buenos vividores á quienes gustaba comer caliente y beber frío? No creo en nada de eso, te lo juro, y vuelvo á decirte que has estado enferma y que la enfermedad ha sido la que ha creado esos malos sueños. Sin la enfermedad no los hubieras tenido. Te curas y desaparecen. Es lo lógico y lo razonable.

Antonieta no insistió, sintiéndose muy feliz al estar aún más convencida y confirmada en sus nuevas creencias y en un porvenir de felicidad. Hubiera podido decir, sin embargo, que sus temores databan de mucho más lejos de lo que él creía, de su primera juventud. Pero ¿para qué? Antonieta cedió.

Por otra parte, el joven acabó de entusiasmarla con otra canción triunfal:

—No, madre mía; á pesar de los abuelos, no se piensa en el suicidio, y por el contrario, se ama la vida y se agarra uno á ella cuando se tienen, como yo, veinte años, padres muy queridos, tierras al sol, oro en los Bancos, castillos, granjas, campos y bosques, un hermoso nombre, fuerza, salud, y ante todo, el amor de Arabela... Ahí la tiene usted, madre, que viene á reir con nosotros...

Como se ve, Jacobo estaba cambiado.

La encantadora apareció, radiante con todas las admiraciones recogidas en el camino; su encanto inefable y su gran belleza habían vencido la malevolencia y la maledicencia; ahora todo el mundo la festejaba y los niños y los animales iban á ella. Bella estaba rodeada de simpatía, de elogios y de cariño.

Estaba radiante.

¿Cómo no iba á ser buena, no recibiendo de todos más que homenajes y cumplimientos? ¿Era buena?..

Entraba en su casa libre y sabiendo que tenía todos los derechos y ningún deber. Ciertamente, era una gracia viviente, una emanación de la bondad celestial ó bien una criatura diabólica, espléndidamente nefasta; y aun así, era natural que se la amase todavía.

Hay mujeres de esas, que arrebatan los corazones, vuelven las cabezas, hacen el vacío, acaparan, devoran, arruinan... y pasan. El único consuelo del hombre que las contempla es pensar que el tiempo vengará á las víctimas. Las horas del encanto son breves, pero el relámpago es también rápido, y ha lucido, brillado y abrasado.

Arabela jugaba con Jacobo; ese era su placer.

Algunas veces se callaba en medio de una frase para considerarle como un fenómeno grotesco, con despreciativa piedad; ó bien se le reía en sus barbas, y era que, en aquellos momentos, pensaba sencillamente con qué candor se dejaba engañar por ella aquel mocetón sanguíneo, de largos bigotes, que la hubiera matado de un papirotazo; era que se admiraba á sí misma en su doblez y se aplaudía por desempeñar tan bien su papel de perfidia.

Era preciso que embrujase á toda aquella familia hasta el punto de volverla ciega, sorda é indiferente á todo lo que no fuese miss Bella. La hija de Godofredo lo lograba maravillosamente y sin ningún esfuerzo.

¿La señora de Reteuil? Pobre alma de anciana siempre satisfecha de haber descubierto á los Carmesy... La buena señora seguía gloriándose de ello de la mañana á la noche.

¿El conde Juan?.. Al pensar en este nombre aumentaba el regocijo de Arabela. El conde estaba un poco turbado; la prometida del tonto de su hijo le gustaba á él más de lo regular... Sí, acaso...

Cuando la perversa, la cruel, se divertía en tratarle como suegro, las finas facciones de aquel antiguo aficionado á mujeres, que se suponía cansado de todo, se torcían á veces con una expresión de despecho que llegaba hasta el sufrimiento.

No tenía cincuenta años, estaba más envejecido que viejo, y en ciertos días, cuando ella le rozaba de cerca, sus ojos se ponían extraños... En todo caso le era adicto hasta la muerte... Eso sin discusión.

¿La condesa Antonieta? Muñeca descompuesta, cuyos muelles habían sido arreglados por la marquesa, quería entrañablemente á Ollencourt, y sobre todo, á su futura nuera, cuya presencia, decía, le iluminaba el alma.

¿Quién todavía? ¡Ah! Jacobo... El vizconde estaba anulado. No era ya un hombre; no era un ser pensante y activo, sino un autómata del que ella era el resorte, un reflejo del que ella era la llama.

Durante sus largos viajes por los países extranjeros, ella le había seguido, siempre presente. Era aquella la toma de posesión más completa que se pudiera imaginar. Esa naturaleza de niño más bien brutal, y sobre todo egoísta, había sido modificada de arriba á abajo y cambiada fundamentalmente.

Si no hubiera encontrado en su camino á Arabela, es de suponer que hubiera sido él también un noblezuelo de provincia, que se hubiera comido sus bienes en París ó hubiera vivido lastimosamente en su tierra entre una botella de vino y las faldas de una criada, hasta tomar mujer, para perpetuar, como era necesario, su augusta estirpe.

Por orden de una muchacha, se había marchado á la conquista de los mundos y se había instruído en el camino. Era posible que los que así le expedían á lejanos países tuvieran malos designios, pero el resultado inmediato y práctico había sido bueno.

El que se marchó era un niño nervioso, voluntarioso y rebelde, y el que volvió era un hombre reflexivo y ponderado.

En un solo punto no había variado; el único equipaje que se llevó y trajo á su vuelta en el corazón fué el amor inmutable de Arabela.

El marqués podía dormir tranquilo; sus planes estaban bien guardados... Nadie hubiera pensado en Valroy en dudar de un Carmesy.

Aunque las apariencias hubieran sido menos dichosas, el deslumbramiento causado por la gran heroína hubiera impedido distinguir bien á los comparsas. Pero esos comparsas, particularmente, eran irreprochables.

—Jacobo, dijo Arabela—no le llamaba ya Djeck, pues había renunciado hacía mucho tiempo á sus entonaciones exóticas—Jacobo, hoy es la peregrinación á Santa Margarita... ¿Vamos?

El joven se entusiasmó. Solamente ella podía tener esos lindos pensamientos y esas atenciones delicadas.

Era una capilla abandonada en el bosque y muy antigua, á la que iban una vez al año los mozos y las mozas en procesión; los que allí se prometían estaban siempre unidos y, por consiguiente, eran dichosos.

Aquella costumbre antigua seguía existiendo; pero los fieles iban siendo cada vez menos numerosos.

—¡Que si vamos! ¿Adónde no iría yo con usted?

Arabela sonrió y le interrumpió con un ademán...

—Sí, sí, ya sé.

Y añadió después:

—¿Cómo, á caballo ó en coche?

—En coche es más cómodo; el lacayo nos guardará allí más fácilmente un caballo que tres.

—Como usted quiera...

La joven era todo dulzura y todo amenidad; Antonieta los admiraba y los animaba.

—Id, hijos míos, id; no tengáis reparo.

Pero ellos no la oían y estaban ya en las cuadras. En diez minutos estuvo pronto el coche.

—¿Guía usted, Bella?

—No, usted.

La joven renunciaba ya á usurpar las funciones masculinas y no era más que mujer, pero lo era deliciosamente.

Tomaron por la avenida y salieron al camino y al bosque. Las ruedas marchaban sin ruido por los musgos, hundiéndose un poco. Un cuervo graznó en un árbol; un conejo cruzó por un claro.

—Se está bien, dijo Jacobo, respirando á plenos pulmones.

Era la confesión de una dicha perfecta. El vizconde dejaba las riendas flojas y el caballo al paso para ir lentamente, como si hubiera dependido de la suya la rapidez del tiempo.

Bella, burlona, estuvo conforme como siempre.

—Sí, no se está mal... Hay personas que son más de compadecer que nosotros.

El vizconde se volvió hacia ella. Su ancho cuerpo parecía enorme al lado de aquel fino talle; su fuerza le inspiraba cierta necesidad de protección.

—Querida Bella, murmuró, ¿qué dice usted? Nosotros somos los privilegiados, los dichosos de la vida... Algunas veces esta idea me da miedo y me pregunto por qué he nacido, qué he hecho yo para nacer en un medio de fortuna, de distinción y de elegancia...

¡Si Berta hubiera podido oirle!

—¿Con qué derecho lo tengo todo, y, sobre todo, su amor de usted, no habiendo hecho nada para merecer esa dicha y cuando tantos otros, que valen más que yo, no recogen en su camino más que miseria, humillaciones, eternos sufrimientos y eternos rencores?

Bella se puso alegre.

—Eso, querido, es filosofía ó algo que se le parece. Si me trae usted al bosque para tratar los grandes problemas, confieso que estoy mal preparada. Déme usted tiempo para reflexionar si quiere que le conteste.

Jacobo se encogió de hombros, tocó al caballo con la punta del látigo y el coche salió al trote. Medio risueño y medio ofendido, replicó:

—Siempre la misma...

—¿Le desagrado á usted?

—¡Oh! No.

Salieron de la arboleda para entrar en la llanura; el camino atravesaba tres kilómetros de campos antes de volver á entrar en el bosque; á los dos lados, la tierra gris estaba erizada de duros barbechos; acabado su trabajo de la estación, la tierra estaba reposando.

Al ruido del coche se levantaban pesadamente bandadas de cornejas, y algunas veces, una perdiz iba á refugiarse cincuenta pasos más allá, después de haber saltado de un surco.

De repente, á lo lejos del camino, se interpuso una masa, primero confusa y después más distinta; un grupo de jinetes venía en sentido contrario.

A pesar de su imperturbable serenidad acostumbrada, miss Bella palideció ligeramente bajo su velo. Había reconocido á los que llegaban.

Era la cuadrilla de los jóvenes granjeros Piscop y Grivoize; Gervasio, Anselmo, Timoteo, Antonín é Hilario, que á cien pasos ya se burlaban, la mirada de reojo, todos iguales con su expresión de enfado y sus anchas mandíbulas salientes en una mueca bestial.

Lentamente y como obrando en virtud de un derecho inconcuso, Gervasio Piscop se puso á la cabeza del pelotón. Los otros cuatro alinearon detrás de él los caballos en fila. Y en este orden miraron venir del coche.

El vizconde, erguido en su asiento, olió al enemigo. Sin saber por qué, aquellos mozos crecidos, que seguían siendo niños por su inteligencia, le atacaban los nervios; su saludo hipócrita, iniciado de mala gana, le ponía rabioso. Tenía la certeza de que aquella familia odiaba á la suya y á él muy particularmente, y los despreciaba por completo. Para él seguían siendo unos paletos á pesar de su disfraz de caballeros campesinos, y olían á estiércol y á cuadra. Si tenían tierras y dinero, mejor para ellos... Cierto que sus caballos eran más hermosos y, acaso, mejor cuidados que los del castellano; pero ¿qué tenía de particular, puesto que los cuidaban ellos mismos? Eran palafreneros en el alma, y bueno era que sirviesen para algo.

El coche pasó por delante de los jinetes, los cuales, con el mismo movimiento automático, se acercaron el látigo de caza, aquel látigo que no les abandonaba, al ala del sombrero, mirando única y fijamente á la señorita de Carmesy, para indicar que era á ella sola á la que saludaban y que sólo á ella se dignaban conocer.

Jacobo comprendió; sus ojos echaron chispas, su cara se inflamó, y el joven, restañando el látigo, dijo en las barbas de aquellos brutos una sola palabra:

—¡Paletos!

Entonces les tocó á ellos ruborizarse; sus caballos piafaron asustados por el látigo del vizconde, y el ruido cubrió la respuesta que debieron de darle.

—Compadre, dijo Anselmo á su hermano, tu dulce amiga corre por los campos con tu señor... Decididamente no tendrás más que sus restos.

—Cállate, dijo Gervasio, no es este el momento de hacerme cosquillas...

Pero Hilario no quiso dejar tan pronto su broma, y siguió diciendo:

—¡Bah! ¿Sabes adónde van? A Santa Margarita, á poner un cirio cándidamente... Ya ves que Dios está con ellos.

Gervasio quiso dar una bofetada á su primito; pero éste, listo como un mono, esquivó el golpe echándose rápidamente sobre el cuello del caballo, y siguió riéndose á carcajadas mientras ponía tierra por medio.

—Sí, es verdad, afirmó Antonín, es el camino de Santa Margarita.

Pero Timoteo, que veía palidecer á su primo, pensó que la broma había durado bastante y dijo en tono de conciliación:

—¿Qué prueba eso? Nada. Aunque fueran á la capilla y pusieran tres cirios, ya nos ha dicho Godofre-

do que su hija tenía que representar la comedia. No es cosa de quererla mal porque la representa á lo vivo. Todo eso lo hace por vuestro interés; hay que engañar á la gente sin dejarla abrir los ojos. Nos los comeremos, y nuestra mejor aliada es la pequeña Carmesy... Sin ella, los del castillo no estarían tan ciegos.

Y mostró los tejados de Valroy entre una masa de árboles.

—Gracias, Timoteo, dijo Gervasio. Tú eres razonable y dices la verdad. Déjalo; que ya vendrá mi día...

Se animó y añadió con los dientes apretados:

—Los paletos tendrán su desquite... Señor vizconde, nos veremos.

Soltó entonces las riendas, dió un espolazo y salió al trote largo; los demás le siguieron.

El diálogo entre Arabela y Jacobo se resintió también del incidente y se hizo más vivo que de ordinario. El joven, por excepción, emitió algunas opiniones personales y contradictorias. Primero dijo:

—Es intolerable... Esos harapientos que, hace quince años, corrían descalzos detrás de nuestros coches para mendigar cinco céntimos, nos desafían ahora y hasta nos insultan, pues hay miradas que son ultrajes... Todo esto acabará mal... Si hubiera estado solo...

Bella le interrumpió.

—Acaso no esté usted en lo cierto, Jacobo. ¿No tienen derecho todos los hombres á pasar por el camino, á edificar una casa, á vivir en ella y á tratar de mejorar su porvenir?

—Es posible, dijo el joven sordamente; pero éstos no han hecho nada; sus padres han trabajado y siguen humildes, pero la simiente crece insolente, lo invade todo como la mala hierba, y habrá que segarla.

Bella se encogió de hombros.

—Esos tiempos se acabaron, Sr. de Valroy; esa gente vale tanto como usted.

—¿Es usted la que dice eso?

—Yo misma. Son lo que eran, sin duda, sus padres de usted hace trescientos años.

—Y los de usted hace mil.

—Ya es más lejos, después de todo... No se puede saber...

—El tiempo importa poco en este asunto y con tanto remontar se dicen tonterías. Lo que hay que considerar es la hora presente. Doy á usted las gracias por sus apreciaciones.

Bella sostuvo su opinión, obstinada, á pesar de la amargura de las palabras de Jacobo y á pesar de verle irritado, acaso por primera vez; la sostuvo en toda conciencia y en toda libertad de pensamiento, pues en este instante preparaba el porvenir; estaba excusando sus actos futuros ante aquel que, más adelante, se creería con derecho á juzgarla y á condenarla.

—Vamos á ver, Jacobo, ¿qué diferencia notable encuentra usted, excepto una que se puede subsanar, que es la educación?.. Son unos jóvenes sanos, robustos, un poco huraños, pero le aseguro á usted que nada feos; usted no los ha mirado bien.

—Muchas gracias... Todo lo contrario.

—Se lo aseguro á usted... Han ido á la escuela y han aprendido lo que han podido. Son groseros, es cierto; pero concédales usted cinco años de permanencia en París, en Londres, en Berlín ó en Viena, déles usted un amigo, una mujer si usted quiere, que hable bien, que sepa un poco, que les vigile y les advierta cuando sea necesario, y al cabo de esos cinco años serán perfectos caballeros que volverán aquí y usted será el primero en acogerlos.

—¿Yo? No, por cierto... Además, esa proposición cae por sí misma, puesto que esos cinco brutos no aprenderán en cinco años ni cinco palabras y seguirán siendo asnos como hasta aquí. A esa especie hay que tratarla con el látigo.

La joven se volvió vivamente; aquellas palabras la herían, ella sabía por qué. Murmuró, sin embargo, pérfida y dulce:

—Son robustos... El mayor de los Piscop...

El vizconde de Valroy dió un salto de cólera é imprimió al mismo tiempo tal sacudida al freno del caballo, que éste dió una brusca huída, pronto reducida de un latigazo.

—Son robustos... para partir terrones ó para llevar sacos. ¿Qué es lo que ha hecho el mayor de los Piscop, puesto que los conoce usted tan bien?

Bella tomó un aire indiferente, advertida por esta última frase de que era imprudente ó, por lo menos, inútil insistir demasiado.

—Yo no sé... Se dice—yo no lo he visto—que derriba un toro de tres años por los cuernos...

Jacobo se echó á reir, pero con una risa forzada.

—¿Usted cree eso? Los únicos que lo han visto han sido unos borrachos, á no ser que lo estuviera también el toro... Disparates... Que tengan cuidado todos ellos, porque si los encuentro un día estando solo, los paso revista y le garantizo á usted que ninguno hace un gesto.

—Puede ser; dijo la joven mirando á las nubes y con cara enigmática.

Jacobo se incomodó más aún.

—¿Cómo que puede ser? He aprendido el box en Londres, el palo en Nueva York, el sable en Berlín y la espada en Francia; creo que basta.

Entonces, sencillamente y por el solo placer de la impertinencia, Bella replicó sin alzar la voz y como cosa natural:

—Ellos tienen su látigo.

Jacobo la miró de reojo y no supo qué responder; estaba estupefacto. Por fin balbuceó:

—Vamos á ver, Arabela, ¿qué tiene usted hoy? ¿Es conmigo con quien está hablando?

Bella, nerviosa, le cortó la palabra; todo aquello la molestaba.

—Jacobo, bastante hemos hablado de esto; es usted el dueño del país, está convenido; maltrate usted á sus siervos, pero déjeme á mí en paz; yo soy hija de noble.

El joven se resignó, temiendo ante todo el descontento de su prometida.

—Como usted quiera...

El camino continuó en silencio. La discusión no había probado nada.

A derecha y á izquierda, por los senderos de travesía, desembocaban grupos de mozos y mozas que iban también á la peregrinación; algunas veces pasaban parejas solitarias más graves, más humanas y más enamoradas, hablándose muy bajo con gran fe en la vida, en su amor y en santa Margarita.

Oíanse canciones y no cánticos, pues era la fiesta un poco pagana, y esas canciones jalonaban el camino repartiéndose por el bosque.

El coche rodaba de nuevo bajo la arboleda y por una tierra húmeda llena de profundas rodadas. Jacobo sostenía el caballo, pero á cada instante una rueda se metía en el surco y la sacudida arrojaba á los dos viajeros el uno sobre el otro. Los dos se reían y este incidente les devolvió la tranquilidad.

Cuando llegaban á la colina en que estaba situada la capilla, se cruzaron con una pareja que volvía; los dos tenían los ojos brillantes y la cara satisfecha y avanzaban en silencio cogidos de la mano.

Saludaron al pasar y les fué devuelto el saludo. Eran Clara y José. Los dos hermanos de leche se habían encontrado y no habían cambiado ni una palabra.

Una vez más, la justicia clamó al cielo ante aquel contraste monstruoso. Pero el cielo es muy grande y la justicia no grita fuerte. Además se reservaba para otra ocasión.

Acaso Jacobo no había conocido siquiera á José... ¿Qué importaba por otra parte? Clara dijo al ver la brillante pareja:

—También ellos van como nosotros...

—¿Por qué no?, respondió José, pero es más por diversión que por creencia. Conozco á Jacobo, y no cree más que en sí mismo. En cuanto á la señorita, habla más á menudo con el diablo que con los ángeles.

Clara, muy cándida y un poco simple, se quedó asombrada.

—Es muy linda, sin embargo...

—No importa; si todos los malos fuesen feos sería preciso que los buenos tuviesen lindas caras... Y sería demasiado fácil el conocerlos.

Clara murmuró:

—Es verdad.

Todo lo que José decía le parecía á ella el Evangelio. Le admiraba en todo y él no se enorgullecía ni aprovechaba esa superioridad para establecer su dominación. La amaba más al verla tan confiada y reconocía en sus adentros que su novia le estimaba en más de lo que valía.

José se juzgaba con bastante justicia: educado en la soledad y en la majestad de los bosques, gustában le los ensueños y el silencio, pero esos ensueños no se elevaban nunca mucho. En su carácter taciturno había un poco de pereza de alma. Su espíritu era lento en moverse y temía tener que tomar una decisión; pero una vez tomada, no desistía de ella. Era obstinado como buen campesino.

Lo era, sí; lo era fundamentalmente, á despecho de la herencia y del atavismo. Aquel retoño real y auténtico de los Valroy-Reteuil se lo debía todo al ambiente y nada á sus antepasados. Se había hecho al medio en que había vivido, y no conservaba del pasado ninguna manifestación ni influencia alguna.

Aquel campesino andaba meciendo el cuerpo; tenía las manos anchas y callosas de los trabajadores de la tierra; sus cabellos, mal cortados, alteraban la armonía de una cara cuya regularidad había que adivinar; su bigote rojizo, cortado al rape del labio, carecía de elegancia; era el hijo de Garnache tanto y mejor que el otro era vizconde. Acaso es más fácil al hombre descender que subir, si se admite que existe alguna escala.

Entre tanto Arabela, cuyos ojos perspicaces lo distinguían todo, dijo de pronto al vizconde de Valroy, que volvió á dar un salto:

—Diga usted, Jacobo, esa pareja que hemos encontrado...

—¿Qué, amiga querida?

—No sé; es una idea, pero encuentro que él se parece á usted...

El vizconde puso mal gesto.

—Decididamente, Bella, está usted hoy de vena... Todos los desdichados del camino son mis iguales ó mis semejantes... Dios mío, ¿qué es lo que me va usted á servir á la vuelta?..

Se callaron; estaban entrando en la capilla.

A la misma hora, en el otro lado de la comarca dos hombres se encontraron de manos á boca en un recodo del camino y se dieron la mano con evidente satisfacción.

—¡Garnache!

—¡Grivoize!

—¿Cómo va, amigo?

—No mal; en tu casa...

—Va bien; todos andan derechos.

Entre el guarda y Grivoize el menor existía una amistad de larga fecha. Habían nacido en el mismo día del mismo mes y del mismo año, lo que después los aproximó. Habían gastado lo menos posible los bancos de la escuela, y habían servido juntos en el mismo regimiento y hecho juntos la guerra.

De vuelta á su tierra, habían seguido siendo compañeros, deteniéndose al pasar el uno en casa del otro y sin dejar de ofrecerse una copa, cuando se encontraban, en la más próxima taberna.

Ciertamente, Grivoize el menor era treinta veces más rico que Regino, ó más bien, poseía mucho cuando éste no tenía nada; pero un Grivoize ó un Piscop no hablan jamás de su fortuna, y además aquellos labradores, que trabajaban con sus brazos y eran miserables, al menos de aspecto y de modales, tenían mucha consideración á la persona casi militar de un guarda de monte jurado, con su placa en el pecho y su escopeta debajo del brazo.

Con esto y con los recuerdos y el compañerismo, resultaban dos hombres perfectamente iguales los que se daban la mano en la linde de Taillefontaine. Esta vez, como tantas otras, se dirigieron por un convenio tácito á la posada del pueblo.

Instalados delante de un jarro de vino en una sala desierta, hablaron primero en voz baja en gran amistad; pero al tercer vaso y al segundo jarro, el tono se levantó y creció la confianza. Grivoize, un poco chispo, contestó á preguntas cordiales con ciertas confidencias y dijo:

—Entonces, tu hijo está en casa de Balvet... ¿Está bien allí? El oficio no es duro y se dice que produce.

Regino, todavía grave, movió la cabeza. Sí, el muchacho había ido por el camino que le convenía; tenía edad de elegir por sí mismo. Balvet era un buen hombre y un honrado anciano... Su hija una buena chica y todos se entendían.

—Sí, le interrumpió el otro, ya sé que se van á casar.

—Dentro de un año, está decidido. Harán una pareja sólida y trabajarán en buena armonía; con eso todo irá bien.

Garnache suspiró al pensar que él lo sabía bien por la experiencia contraria.

—Sí, dijo Grivoize, que estaba enterado; Berta..., siempre con sus lunas...

—Más que nunca...

Pero, ahí está, había cometido el error de casarse con una especie de señorita, educada en el castillo y acostumbrada á los amos... Esas mujeres hacen malas compañeras para un hombre sencillo como él, y no siempre son excelentes madres, sin que los hijos tengan la culpa.

Sí, sí, repetía Grivoize.

Conocía todo eso, que corría por el país hacía veinte años. Berta había seguido demasiado adicta á los señores... Había hecho muy mal. Ahora, sin embargo, vivía separada de ellos.

—Por fuerza, dijo Garnache, Jacobo no nos conoce ya... Juzga sin duda que una nodriza es una criada como otra cualquiera, y acaso tenga razón. La condesa está mejor, según se dice, pero no ha sido nunca muy amable y ahora no lo es nada. Hay que olvidar todo eso. Hasta el conde Juan... En otro tiempo era un buen corazón con franqueza y con las manos tendidas..., pero hace quince años parece que evita el pabellón y que allí le quema el suelo... Si se cruza conmigo en el camino, nos saludamos y nada más.

(Se continuará.)

REPÚBLICA ARGENTINA.—BUENOS AIRES

EL NUEVO TEATRO-CIRCO «COLISEO ARGENTINO»

Ha poco tiempo inauguróse este grandioso edificio, que por su belleza, condiciones acústicas, estética



REPÚBLICA ARGENTINA. – BUENOS AIRES. – Teatro-circo «Coliseo Argentino» recientemente inaugurado. Fachada principal que da á la plaza de la Libertad. (De fotografía remitida por D. Justo Solsona.)

y *confort*, es sin duda el primero en su clase en toda la América del Sur.

El público goza de todas las comodidades apetecidas, amén del lujo, del arte arquitectónico, pictórico y plástico, de la seguridad y de la solidez en toda la fábrica, pues los propietarios, hombres de gusto y grandes capitalistas, no han querido limitar su coste y el arquitecto alemán Sr. Nordmann ha podido desplegar todos sus conocimientos en esta clase de construcciones, haciendo una obra modelo bajo todos sus aspectos.

Amplísimas y lujosas escalinatas de mármol ponen en comunicación todos los pisos, incluso las galerías altas y paraíso, y los corredores que dán acceso á palcos y platea son de tal anchura y están tan artísticamente adornados, que son muy á propósito para paseos durante los entreactos. Esos corredores, sumamente frescos en verano gracias á los grandes ventanales que en ambos costados hay abiertos sobre los anchos patios que circundan todo el edificio, están muy bien templados en invierno por el sinnúmero de caloríferos á vapor diseminados por todas partes del interior y exterior de la sala de espectáculos. Además en verano, durante las noches tranquilas y apacibles, se corre toda la parte alta de su gigantesca cúpula, lo que permite gozar de una ventilación natural y perfecta por hallarse situado dicho teatro-circo dando frente á la gran plaza de la Libertad, llena de flores y de gran arbolado, por lo que llega el aire puro á los pulmones de los espectadores.

La iluminación de la sala es verdaderamente espléndida; sus elegantes aparatos eléctricos forman un conjunto de luces alegre y brillante. En noches de moda resulta su aspecto mágico y sorprendente.

La platea está dispuesta de tal modo que todos los concurrentes sin excepción pueden ver perfectamente el espectáculo sin sufrir la más insignificante molestia. La eterna cuestión del sombrero femenino parece resuelta en este local gracias á la construcción y colocación de las butacas.

Los palcos se hallan distribuídos en tres secciones: platea, bajos y balcón. Su decorado es de tintas suaves sobre fondo granate claro, resaltando admirablemente y armonizando con los cortinajes de felpa de un tono algo más obscuro.

El *foyer* es grandioso, magnífico y cómodo. Ocupa todo el frente del primer piso y sus grandes y anchos balcones dan sobre la mentada plaza de la Libertad. El decorado es blanco y oro, y en cada cuadro del artístico artesonado del techo hay un foco eléctrico, contándose éstos por centenares.

Posee una pista montada sobre sólida armazón de hierro, sostenido por una poderosa columna que se mueve á presión hidráulica. Con este nuevo sistema la pista puede hacerse desaparecer rápidamente, transformándose en pocos instantes en enorme pileta de dos metros de profundidad que llena de agua se utiliza en diversas pantomimas y ejercicios.

El escenario es grandiosísimo y está construído con los más modernos adelantos para adaptarlo á toda clase de espectáculos por complicada que sea la maquinaria.

Los cuartos para los artistas están completamente aislados del escenario; son espaciosos y con grandes comodidades. Además los artistas tienen un gran salón para reunirse y recibir sus visitas, amigos, periodistas, etc.

En todos los pisos hay elegantes tocadores para señoras y caballeros, adornados y puestos con todo aseo.

Aparte tiene los establos y pesebres para distinta clase de animales con abundancia de aguas corrientes, ventilación y calefacción.

El cuerpo principal del edificio está circundado por un gran patio cubierto, á la altura del primer piso, de cristales y alfombrado especialmente para que puedan circular los coches en noches de lluvia, sin molestar al público el ruido completamente amortiguado, dejando y tomando á los concurrentes sin que éstos hayan de salir al exterior.

La capacidad es para tres mil personas sentadas con toda comodidad.

Posee grandes depósitos de agua, perfeccionado servicio de incendios, telón de boca metálico y gran número de salidas estratégicamente dispuestas. Verdadero modelo en su género.

JUSTO SOLSONA.



Detalles del techo y altura del teatro. (De fotografías remitidas por D. Justo Solsona.)

REPÚBLICA ARGENTINA. – BUENOS AIRES. – Teatro-circo «Coliseo Argentino.» Pista y sala

LA TEMPERATURA DEL SOL

Los sabios que se han dedicado al estudio de la temperatura del sol nos han dado cifras muy diferentes como resultado de sus observaciones. El padre Secchi, director del observatorio de Florencia, fundándose en la altura de las protuberancias solares atribuyó al rey de los astros una temperatura de seis millones de grados centígrados.

Hace algunos años, Violle señalaba una temperatura comprendida entre 2.000 y 3.000 grados. El método de que se valía para llegar á este resultado era sumamente sencillo é ingenioso: colocaba un termómetro en el centro de una esfera hueca opaca que dejaba penetrar el calor solar por un agujero muy pequeño; el diámetro del agujero y la elevación de calor en el termómetro permitían resolver el problema hasta cierto punto, por medio de cálculos basados en el diámetro del sol, en la distancia que separa á éste de la tierra y en la ley de la radiación al través de la atmósfera.

Otros físicos obtuvieron distintas cifras; así Pouillet y Soret señalaban una temperatura de 1.400 á 1.700 grados, Wilron la elevaba á 6.590, etc.

Estas divergencias notables se explican por el hecho de que los métodos empleados por todos esos observadores adolecían de vicios fundamentales. Por una parte, un error infinitesimal en esa clase de observaciones se traduce en una cifra enorme; y por otra, digan lo que quieran ciertos especialistas, nada se sabe con verdadera exactitud acerca de la constitución de la atmósfera y de lo que la reemplaza á algunos kilómetros encima de nosotros, y por consiguiente nada se sabe tampoco sobre la manera como se efectúa la radiación calorífica en las alturas misteriosas.

M. Moisán, valiéndose de un procedimiento indirecto que descansa sobre bases particularmente sólidas, ha aportado recientemente nueva luz á la solución del problema. Ese eminente químico francés, inventor del horno eléctrico gracias al cual ha podido volatilizar los metales rebeldes á la acción de los hornos anteriores, ha demostrado que no existe en nuestro planeta ningún cuerpo que no pueda ser licuado y destilado al calor del arco voltaico, cuya temperatura máxima se ha admitido que es de 3.500 grados. Ahora bien: el espectroscopio nos enseña que la mayoría de los cuerpos simples existentes en la tierra existen también en el sol. Por otra parte, es verosímil que el sol, á causa de la cantidad de calor que irradia, no puede estar formado exclusivamente de materias gaseosas que, caldeadas con exceso, podrían alcanzar temperaturas mucho más elevadas que la temperatura de destilación, sino que ha de contener un núcleo líquido ó sólido, y en su consecuencia su temperatura no habría de ser mayor que aquella en que se destilan los numerosos cuerpos que en su composición tiene de común con la tierra.

Téngase, sin embargo, en cuenta que las destilaciones de M. Moisán se efectuaron á la temperatura



REPÚBLICA ARGENTINA. - BUENOS AIRES. - TEATRO-CIRCO «COLISEO ARGENTINO.» FOYER Y RESTAURANT.
(De fotografía remitida por D. Justo Solsona.)

ordinaria y que puede haber en el sol una presión que modifique esa temperatura, la cual, según parece, debe estar comprendida entre los 6.590 grados señalados por Wilson y los 3.000 que, según hemos dicho, señala Violle.

De todos modos, del resultado de esos últimos experimentos y cálculos se desprende que la temperatura solar dista mucho de los seis millones de grados indicados por el padre Secchi.—F.

MONUMENTO Á ADALBERTO STIFTER

Nació este célebre poeta en Oberplan (Bohemia meridional) en 23 de octubre de 1806; estudió en Viena derecho, filosofía y ciencias naturales; fué profesor del príncipe Ricardo Metternich, y en 1849 fué nombrado consejero de Enseñanza popular del Alta Austria. Establecióse entonces en Linz, en donde falleció en 28 de enero de 1868. Escribió multitud de poesías que han sido coleccionadas con los títulos de *Estudios* y *Piedras de colores* y varias hermosas novelas.

El monumento que á su memoria se ha erigido en Haimbach es tan sencillo como grandioso. Como se ve en el grabado adjunto, consiste simplemente en una roca en la cual están grabados un medallón con el busto del poeta y el nombre de éste. El agreste sitio en que el monumento se alza y que tan bien armoniza con el carácter de la obra plástica, contribuye poderosamente al buen efecto que ésta produce.



Viena. – Inauguración del monumento erigido en Haimbach (selva vienesa) á la memoria del poeta Adalberto Stifter (De fotografía de Hutin, Trampus y C.ª)

LIBROS

ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

POR AUTORES Ó EDITORES

La jura de la bandera, por *Augusto C. de Santiago-Gadea*. – Catecismo Patriótico recomendado á los Cuerpos é Institutos del Ejército y de la Armada, Escuelas públicas y Centros de enseñanza, por Reales órdenes de los ministerios de la Guerra, Gobernación y Marina. Un folleto de 96 páginas, impreso en Madrid en la imprenta del Patronato de Huérfanos de Administración Militar. Precio, 25 céntimos.

La confesión. La sorpresa. Palabras póstumas, por *Severo Amador*. – Un tomo de 126 páginas, impreso en Aguascalientes (México) en la imprenta de J. T. Pedroza é Hijos.

Romero Robledo. – Discurso pronunciado en la sesión pública de 27 de marzo de 1906 de la Real Academia de Jurisprudencia y Legislación de Madrid, por *Adolfo Pons y Umbert*. Un folleto de 16 páginas, impreso en Madrid en la imprenta de Hijos de J. A. García.

Monografía geográfico-histórica de Cataluña. – Se han publicado los cuadernos 3 y 4 de esta monografía que forma parte de la Nueva historia y Monografías geográficas de las provincias de España. Contienen 16 páginas de texto cada uno y numerosos grabados. Se subscribe en todas las librerías y quioscos de Cataluña. Precio del cuaderno, 50 céntimos edición corriente y 50 edición de lujo.

La Calatrava, novela de costumbres madrileñas, por *Francisco de Arce*, con ilustraciones de *A. Durá*. – Un tomo de 172 páginas, editado en Madrid por A. de San Martín é impreso en la imprenta de A. Marzo. Precio, tres pesetas.

Las turbinas de vapor y de gas, por *Giuseppe Belluzzo*, traducción de *don José M.ª Samaniego*. Teoría gráfica de los fluidos elásticos y de su movimiento. Aplicación de los métodos gráficos al cálculo de las turbinas de vapor y gas. Estudio crítico de los diversos tipos de turbinas de vapor actuales. Aplicación de las turbinas de vapor á la marina. Un tomo de 416 páginas con 22 láminas y 300 figuras intercaladas en el texto, editado en Madrid por la casa Bailly-Bailliere é Hijos. Precio, 10 pesetas en rústica y 12 encuadernado.

Concherías, por *Aquileo J. Echeverría*. – Colección de poesías con prólogos de A. Zembrana y Rafael Villegas. Un tomo de 140 páginas, impreso en la Imprenta Nacional de San José (Costa Rica.)

Prosa revuelta, por *Eugenio de la Riva*. – Colección de artículos en prosa sobre variados asuntos. Un tomo de 144 páginas, impreso en Buenas Aires en la imprenta Argos.

Manual del ajedrez. Parte segunda: Estrategia. Por *José Tamarit y Lucena*. Un tomo de 250 páginas con numerosos grabados, editado en Barcelona por su autor. Precio, 4'50 pesetas.

Diccionario Salvat. – Se han publicado los cuadernos 44 á 47 de esta obra que publica en Barcelona la casa Salvat y C.ª Comprenden hasta la palabra *Boso* y contienen, aparte de numerosos grabados intercalados, algunas láminas sueltas en negro y en colores.

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XXV — Barcelona 9 de julio de 1906 — Núm. 1.280



LA VIRGEN DE LOS ARBOLITOS, cuadro de Juan Bellini



REVISTA HISPANO-AMERICANA

Cuba: el 2.° período presidencial de Estrada Palma: la fiebre amarilla. – *Guatemala:* tentativa de revolución: el general Barillas: los extranjeros. – Los beneficios de la paz en Centro-América. – *Honduras:* la costa Atlántica. – El canal de Panamá: vacilaciones y dificultades. – *Chile:* relaciones con el Perú: situación económica: el salitre. – La tercera conferencia internacional americana: su programa: propósitos de los yanquis.

Por virtud de las últimas elecciones presidenciales fué proclamado presidente de la República de Cuba el Sr. Estrada Palma para un nuevo período de cuatro años que empiezan á contarse desde el 20 de mayo último. En dicho día tomó aquél solemne posesión de la presidencia, asistiendo al acto oficial y á la recepción en palacio los representantes diplomáticos acreditados en la Habana, las autoridades, senadores, diputados, etc. Algunos de éstos, los liberales, no concurrieron á la ceremonia; Estrada Palma es jefe de partido á la vez que jefe de Estado, circunstancia poco propicia para la paz y tranquilidad públicas.

En este su segundo período constitucional el presidente de Cuba debiera tener muy en cuenta las palabras del presidente de Colombia general Reyes, pronunciadas en el acto de prestar juramento: «No aspiro á ser jefe de partido, sino jefe de la administración pública y servidor del pueblo.»

Han vuelto á presentarse casos de fiebre amarilla; la enfermedad parece importada de los puertos yanquis del golfo, y por ello las autoridades cubanas resolvieron establecer cuarentena contra las procedencias de Texas, Luisiana, Mississippi y Alabama.

***

Durante el mes de junio han circulado noticias muy alarmantes sobre la situación de Guatemala. A fines de mayo empezaron á invadir el territorio de la República gentes armadas que se proponían derribar del poder á Estrada Cabrera. El caudillo de los revolucionarios era el ex presidente general Manuel Lisandro Barillas.

Como siempre que hay guerra civil en cualquiera de las Repúblicas americanas, la prensa europea ha publicado telegramas é informes contradictorios, y no hay medio de saber á ciencia cierta cuál es la verdadera causa de la revolución, ni quiénes son vencedores y vencidos. Los telegramas que de allí vienen reflejan la parcialidad de quien los envía; lo que aquí se escribe reflejo es también de intereses particulares de una ú otra índole, cuando no de la ignorancia ó ligereza con que en Europa se trata, por lo general, de las cosas de América.

A lo que parece, Estrada Cabrera, reelegido en 1905 para otros seis años, tiende á dar condiciones de estabilidad y firmeza al poder ejecutivo, y aspira á ser el Porfirio Díaz de Guatemala. De tirano y déspota le califican sus adversarios, y el de mayor prestigio y autoridad entre ellos, Barillas, que se considera con iguales derechos y aptitudes que aquél para seguir los rumbos trazados por el presidente perpetuo de México, apela á las armas, á la revolución, para lograr sus propósitos.

Los descontentos se agrupan en derredor de Barillas, y entran en juego algunos miles de pesos yanquis y europeos, pues sin ellos seguramente que no hubiera sido posible reclutar las bandas de aventureros que procedentes de México, El Salvador y Belice penetran por varias partes de la frontera en territorio guatemalteco.

Según los datos más verídicos, los revolucionarios que desde México marcharon contra Ocós, no pudieron mantenerse en este punto; los del lado de El Salvador fueron también rechazados, así como los que luego intentaron la entrada por la frontera de Honduras. Apoyaba á estas invasiones y ataques un buque yanqui, fletado por Barillas, que iba y venía por el Pacífico, y que al entrar en puertos de las demás Repúblicas izaba el pabellón estrellado para embarcar impunemente hombres y material de guerra.

Los jefes de la revolución y los periódicos que les son adictos no ocultaban – antes al contrario, lo aducían como prueba de simpatías hacia su causa – la adhesión al movimiento de colonos alemanes, ingleses y yanquis establecidos en Guatemala; eran, sin duda, los que en estas guerras civiles en América se dedican á prestar unos cuantos centenares de pesos, ó cosa que lo valga, á la revolución, ó á fingir grandes perjuicios causados por ella, para luego poner el grito en el cielo y reclamar miles ó millones, amparados por los buques de guerra de las respectivas nacionalidades.

***

Estos movimientos revolucionarios, aparte el daño moral y material que ocasionan en el país víctima de ellos, producen otro deplorable efecto; contrariar, aunque sólo sea transitoriamente, al mantenimiento de las buenas relaciones con los Estados vecinos. Claro es que los gobiernos de El Salvador, Honduras y México, en el caso de que se trata, no toman parte en la revolución de Guatemala, ni la estimulan ni favorecen; mas no pueden evitarse ciertos recelos y aun las consiguientes reclamaciones por falta de la debida vigilancia de las autoridades en las zonas de la frontera en que se organiza la expedición invasora.

Son así las tales revoluciones una rémora para la cordial y constante inteligencia entre todas esas Repúblicas centroamericanas, y para el conveniente aumento de población y riqueza en cada una de ellas. Sin confianza en la paz interior y exterior, no es posible fomentar la inmigración y la colonización, base de la prosperidad y grandeza de estos países.

Los hechos, la experiencia, demuestran que unos cuantos años de sosiego bastan para alcanzar evidentes progresos. Así, por ejemplo, se realizan ahora en Honduras importantes obras de utilidad pública, mereciendo señalarse especialmente el desarrollo pasmoso de la costa atlántica, en la cual se llevan á cabo empresas y trabajos de toda clase. Líneas de tranvías ya construídas, ferrocarriles, canales con los que se aumentan las facilidades del cultivo y de la exportación, nuevas aduanas que ayudan al comercio, juntas de fomento, todo lo que con manifiesto poder contribuye al desarrollo y progreso de un pueblo, todo se hace ya en Honduras.

Gracias á los tres años de paz que lleva la República, su gobierno ha podido empeñarse en esas tareas con meritorio esfuerzo; estudia nuevas líneas por donde se puedan construir carreteras y ferrocarriles, y concede derechos y privilegios razonables á todos los empresarios que en esta clase de trabajos y en los de colonización y explotación de tierras quieran emplear sus capitales y energías.

***

Siguen discutiéndose las condiciones técnicas del canal de Panamá. El presidente de los yanquis es partidario del canal con esclusas, de acuerdo con la mayoría de los ingenieros constructores. Recomienda un canal cerrado, de 85 pies de ancho, porque así costará la mitad de lo que habría que gastar si se hiciera al nivel del mar y se invertirá mucho menos tiempo en la construcción.

Las obras van muy despacio; la falta de braceros, las fiebres, la mala fe y la inmoralidad de los funcionarios yanquis, todo contribuye á que las dificultades aumenten. Se han gastado ya muchos millones de dólars, y las cosas siguen casi como estaban en los días en que se proclamó la independencia de Panamá.

Ni las medidas sanitarias dan hasta ahora los resultados que se esperaban. Como acertadamente escribe un periódico mexicano, exterminar los millones de mosquitos que generan la fiebre amarilla y las demás enfermedades palúdicas, desecar los pantanos, acabar con los animales ponzoñosos, etc., puede parecer cosa fácil á quien recibe comisiones y despacha mensajes en la Casa Blanca, ó discute tranquilamente en las alturas del Capitolio; pero no á quien lucha cuerpo á cuerpo con el sinnúmero de plagas y calamidades que hacen de Panamá mortífero país, y suelo inhospitalario para quien llega de otras latitudes, hecho á otra temperatura y á condiciones geográficas muy diferentes.

***

El presidente de Chile en su último mensaje (1.° junio) señala con satisfacción la cordialidad de relaciones que la República mantiene con la del Perú y expresa su confianza en que pronto habrán de establecerse acuerdos que garanticen la buena y permanente amistad entre ambas naciones.

Pero lo cierto es que la cuestión de Tacna y Arica sigue en pie, que Chile hace cuanto puede para afirmar definitivamente su soberanía en dichos territorios y formula ahora nuevo programa de construcciones navales y fortificación de puertos en previsión de que los armamentos que constantemente viene haciendo el Perú puedan servir á esta potencia para reclamar con mayor eficacia el cumplimiento de los tratados.

A la situación económica de la República dedica también párrafos de su mensaje el Sr. Riesco. Las cifras que aduce revelan la actividad de las fuerzas productoras del país; pero hace notar que la prosperidad comercial de Chile se debe casi exclusivamente á la exportación del nitrato. Preciso es, pues, atender á otros veneros de riqueza, aplicar grandes capitales á otros ramos de la minería, cobre, plata y oro, y estimular el desarrollo de la agricultura, ganadería é industrias manufactureras.

La recomendación del presidente merece, en verdad, tenerse muy en cuenta. Baste decir que en 1903, de los 194 millones de pesos en que se valoró la exportación total de Chile, 142 millones correspondían al salitre. Pueden calcularse los enormes perjuicios que sufriría el país si por cualquier circunstancia cesara ó se redujera considerablemente el mercado que hoy tienen esos abonos minerales.

***

Camino de Río de Janeiro van ahora la mayor parte de los delegados á la tercera Conferencia internacional americana que debe reunirse en la capital de los Estados Unidos del Brasil el 21 del corriente mes.

Variado es el programa de la Conferencia; reorganización de la Oficina internacional, arbitraje, reclamaciones pecuniarias, codificación del derecho internacional público y privado, naturalización de ciudadanos, tratados de comercio, leyes aduaneras y reglamentos consulares, patentes y marcas de comercio, policía sanitaria, ferrocarril panamericano, propiedad literaria y ejercicio de las profesiones liberales.

Pero, como ya se vió en el anterior Congreso, celebrado en México, esos temas ó cuestiones sometidos á deliberación y acuerdo por iniciativa ó influjo del gobierno de Wáshington sirven para encubrir los verdaderos propósitos de éste; imponerse, á modo de tutor ó protector, á las demás naciones del Nuevo Mundo, y favorecer, sobre todo, la expansión económica de los Estados Unidos del Norte.

A eso tienden especialmente los temas 7.° y 8.° que se refieren al desarrollo de las relaciones comerciales entre las Repúblicas americanas y á la simplificación y unificación de las leyes aduaneras y consulares relativas á la entrada y despacho de buques y mercancías.

Las cuestiones de arbitraje y reclamaciones pecuniarias, á las que tanta importancia aparentan dar los yanquis, no les interesan, en realidad, gran cosa.

Pídese un acuerdo que confirme la adhesión de las Repúblicas americanas al principio de arbitraje para el arreglo de las cuestiones que entre ellas puedan suscitarse y otro acuerdo de recomendación á la Conferencia de La Haya para que considere hasta qué punto es admisible el uso de la fuerza para el cobro de las deudas públicas.

Seguramente, los Estados Unidos no tienen que temer que potencias europeas les cobren á cañonazos lo que deban, porque este procedimiento sólo se usa contra los débiles, ni tampoco habrían de aceptar un arbitraje si, por ejemplo, Colombia persistiera en hacer valer su derecho sobre territorios que dejaron de ser colombianos por un acto de perfidia y de fuerza de los yanquis.

R. BELTRÁN RÓZPIDE.





El abuelo, el viudo, detúvose junto á la cabecera...

CONFORMIDAD

(drama rural de Víctor Catalá)

Las campanas doblaban lentamente, lastimeramente, con largos tañidos espaciados y tristes que llenaban el corazón de angustia. Parecía como si el campanero fuese un artista que supiese remover el rescoldo de amor que hay en lo profundo de todas las almas, aun las más ateridas, para hacer brotar de ellas una llamarada de sentimiento y de misericordia fraternales.

En torno del atrio, sentadas en sillas medianas apoyadas en el muro, una hilera de mujeres, inmóviles y con los brazos doblados, permanecían en actitud de recogimiento y afectando en los semblantes un gesto doloroso, con las cejas elevadas y los párpados caídos. Parecían una guardia misteriosa de estatuas parlantes, que seguían á coro el rosario que con voz entera y saludable rezaba la mujer alquilada, presidiendo el círculo desde allí abajo, desde el fondo de la pared frontera á la calle.

Pendiente de un clavo en un rincón, el candil de aceite parpadeaba desazonadamente, como un ojo enfermo, removiendo con sus titubeos de claridad herrumbrosa las sombras inseguras que, como grandes cortinas de gasa negra, enlutaban la pieza.

Más adentro, en la cocina, completamente obscura, la familia, reunida, hacía como de tornavoz distraído al murmurio monótono del atrio.

—Padre nuestro que estás en el cielo..., decía la mujer alquilada, en tono lastimero y sin inflexiones.

—El pan nuestro de cada día dánosle hoy..., respondía más bajo el coro de estatuas dolientes.

—... dánosle hoy..., zumbaba rezagadamente el murmurio apagado dentro de la cocina obscura.

Y percibíase un leve rumor de rosarios movedizos, y las campanas de la parroquia, *ninc!, nanc!, ninc!, nanc!*, desgranaban sobre el pueblo, sumido en la paz del anochecer, su plañidero toque mortuorio.

De pronto, el abuelo, el viudo, se levantó de entre los suyos, y sin ruido, como si no tocase al suelo, subió la escalera. Cuando ya llegaba á los últimos peldaños, la escalera de roble crujió.

—Alguien sube, suspiró con sobresalto la nuera.

—Mi padre, añadió el primogénito con voz imperceptible.

Y prosiguieron mansamente el rezo.

Arriba, un débil resplandor salía de la portezuela del pasadizo: era el de la luz que velaba á la difunta.

El abuelo, el viudo, entró en la estancia: llevaba los brazos colgando y la cabeza sobre el pecho. A raíz del ruedo encarnado de la barretina, envesada, blanqueábanle los cabellos como un copo de cáñamo: el pañuelo de merino negro, enroscado á modo de bufanda, tapábale la barba y la boca: su pecho parecía más hundido que de costumbre bajo la almilla, y más saliente la espalda.

Se acercó pausadamente al lecho, arrastrando los pies como si no pudiese hacerlos seguir. Sobre la frialdad de la sábana estaba extendida la difunta, rígida, vestida de negro, con los brazos estirados y las manos amarillentas, de color de latón sucio, cruzadas sobre el vientre; por entre los dedos salíanle los rosarios de gachumbo, cuya borla, de un azul perdido, había resbalado hacia el muslo izquierdo y colgaba, con los torzales desgreñados, como la peluca extendida de una mujer que se despeñase. La cabeza reposaba sobre el pecho, más baja la frente que la barba, con el pañuelo negro puesto, y otro de color, doblado y pasado como una venda por las quijadas, y atado en la parte superior de la cabeza para evitar que se abriese la boca del cadáver; y la boca, cerrada á la fuerza, formaba en la parte inferior del rostro un largo pliegue travesero, con los labios hacia dentro, sorbidos por la cavidad de las encías sin dientes. Lindando con el pliegue, la nariz, afilada como pico de ave, mostraba los orificios dilatados, negros, abiertos. Los pies, con sendas medias de lino, extendían las dos plantas juntas, llanas, rígidas, como manos paradas que quisiesen detener á los que entraban.

A pesar del aire que se colaba por la ventana abierta de par en par, como hálito por las fauces de un monstruo quieto, dentro de la estancia sentíase un tufo extraño, tufo de éter de la postrera pócima que había tomado la enferma, y tufo de cera de los cirios del Viático. En la mesita cercana á la puerta, un candil de fanal, dentro de un plato de tierra, chisporroteaba de tanto en tanto, como si tuviese sal en el pábilo: y al lado del plato, los zapatos de la difunta parecían hacerle compañía. No se los habían puesto, porque calzar á un muerto acarrea desgracia: el muerto que va calzado al cementerio, antes de un año hace que le siga otro de la familia.

El abuelo, el viudo, detúvose junto á la cabecera: tenía los ojos secos como trozos de cristal empañado, y á lo largo de las bragas temblábanle las manos, roñosas y endurecidas como garras de cigüeña, con aquel temblor crónico que le hacía inútil para toda clase de trabajo. Levantó la cabeza lentamente y miró á la difunta: hacía más de veinte años que no la había mirado así, á derechas, por voluntario impulso. Miróla, pero como se mira una cosa que no se conoce ni se tiene deseo de conocer: con una mirada apagada, fría, más muerta que la muerta misma; y vió una frente lisa, con la piel tirante, como encolada sobre los huesos, y un cuello flaco, pellejudo, que amarilleaba por entre el jubón y los pañuelos como vejiga de saín rancio. El abuelo, el viudo, sintió que una especie de extrañeza hurgaba en su interior, haciéndole parecer que aquella mujer rígida no había sido nunca la misma mujer con la cual se casó y vivió tantos años; y extrañado de aquella extrañeza, se quedó contemplando el cadáver con mirada fija, como si también á él se le hubiesen inmovilizado para siempre las pupilas entre los párpados.

Mientras tanto, por la garganta obscura de la ventana seguían entrando los rezos lastimeros:

—Padre nuestro que estás en el cielo...

Ninc!, nanc!, ninc!, nanc!

—... perdónanos nuestras deudas así como nosotros perdonamos...

Y por el hueco de la escalera subía suavemente el murmurio rezagado de la cocina:

—... como nosotros perdonamos... á nuestros deudores...

De pronto, por la quieta espesura del cerebro del abuelo pasó la luz de un pensamiento como pasa un rayo de luna por un claro de una selva primitiva. Pensó que aquellas campanas no tardarían en volver á doblar por los difuntos, y las mujeres, inmóviles, á rezar el rosario en el atrio. Mas él ya no lo escucharía: él estaría rígido, yerto, sobre aquel lecho matrimonial, allí mismo donde ahora estaba su esposa. Aquel pensamiento fué claro, de una claridad crepusculina y limpia; pero dejó al abuelo sereno y tranquilo como si nunca hubiese pasado por las tinieblas de su cerebro, como si no le hubiese hecho ver nada. Ni el corazón reforzó un ápice su tic-tac descompasado y débil de maquinilla gastada, ni los cristales empañados relucieron al paso de una lágrima. El ya sabía que era viejo y que los viejos se han de desprender de la vida como se desprende del árbol la fruta madura. Esto era natural, y lo natural nada tenía de atemorizador para el abuelo. Cada compañero ó compañera de su tiempo que *se iba*, parecía mostrarle el camino y hacerle seña para que les siguiera: y él estaba dispuesto á seguirles sin necesidad de ruegos. Al fin y al cabo, «¿qué tenía que hacer en este mundo?,» se decía. En su hora había cumplido como un hombre, pero ya no podía levantar la azada ni empuñar la podadera, y hacía tiempo que el primogénito y la nuera tenían la dirección de la casa y no había en ella suficiente espacio para los pequeñuelos. Era preciso, pues, hacerles sitio: aquella estancia pedigüeñeaba huéspedes nuevos, y él, el abuelo, se la dejaría de gana. Ahora, además de sus compañeros, llamábale *allá arriba* la esposa, quien le tendía la mano para ayudarle á atravesar el vado que separa un mundo de otro. Que lo hiciese pronto, mejor cuanto más pronto... Y el abuelo miró á la difunta, como haciéndole presente aquel secreto deseo, oculto tras de sus pupilas empañadas y fijas. Mas, como si de pronto le asaltase el temor de que la esposa había de olvidarse de él y dejarlo solitario sobre la tierra, tuvo una inspiración para hacerle memoria.

Poco á poco, arrastrando los pies que no querían obedecerle, con la cabeza sobre el pecho hundido y la espalda más saliente que nunca, separóse del lecho y se acercó á la mesita, alargando sus manos temblorosas; y pareció que al ver aquel ademán del anciano, los dos zapatos de terciopelado, fraternalmente aparejados y movidos por un impulso misterioso, avanzaban hacia él para que los alcanzase más pronto.

Y el abuelo los cogió, volvió hacia el lecho, y á la claridad tremulante del candil, que chisporroteaba como si tuviese sal en el pábilo, calzó tranquila y serenamente los pies rígidos de la difunta.

Por la garganta negra de la ventana penetraban en la estancia las postrimerías amortiguadas del rosario que terminaba, y el espaciado y lastimero *ninc-nanc* de las campanas.

Traducción de Viada y Lluch.

(Dibujo de Triadó.)

EXPOSICION GENERAL DE BELLAS ARTES

Madrid. 1906

SECCIÓN DE ESCULTURA

(Conclusión)

Jesús, por José Clará. Otro escultor catalán, como los anteriores, y de mucho mérito. Presenta un Cristo de tamaño natural, amarrado á la columna. En este desnudo, ejemplo de lo que debe ser el arte grande, y en toda la expresión del Maestro, comprendemos que Clará conoce perfectamente ya todo su arte, en el que de fijo le aguardan días de mucha gloria. Las cabezas del Bautista y de una mujer afirman más sus éxitos y son también bellas muestras de un gran escultor moderno y de gusto.

A Enrique Marín, escultor andaluz, hay que pedirle cosas de mayor enjundia que los detalles que ahora expone, y no por el tamaño... Marín tiene talento, ilustración, alma de artista, y de la masa compone los dibujos más difíciles y correctos que yo en obra de escultura he conocido. Ved, si no, el grupo de mármol titulado *Amparo y Pepito.* Yo, lectores, por más esfuerzos que hiciera no podría daros aquí una idea de la armonía, de la naturalidad, de la tierna poesía y gracia sencilla que en los rostros de los dos niños se admiran. Y aquellos ángeles están dormidos, trasladados en éxtasis celestial, purísimo, de las almas vírgenes. Admiremos al escultor que supo transparentar en sus figuras sueños blancos, sueños de color de rosa, de dos almitas de la tierra. Y pidámosle para pronto obras de mayor empeño, menos dulces y de más lucha.

Compraríale yo á Perinat, ese delicado artífice, mármoles blancos como el armiño para adorarlos orgulloso en mis gabinetes de ensueño. A mi lado *Militza* coronada, á mi diestra *la Cleo.* La una haríame soñar con las mujeres egipcias y en su diosa Isis de la fecundidad; la Cleo de Merode en la picardía parisiense y en el *chic* de los Music-Halls... ¡Quién tuviera dinero para enriquecer al Sr. Perinat, á ese escultor frívolo, delicado, sugestivo, á cambio de tan bellas esculturas femeninas que nos muestra!

Mi correcto y amable amigo González Pola, que es Jurado en esta Exposición, presenta fuera de concurso un fragmento del monumento que á los repatriados se eleva en Vigo: un soldado español que atenaza, ya caído en la batalla, con sus crispados dedos la enseña de la patria, la gloriosa bandera. Y á pesar de lo sobado del asunto, el notable escultor nos conmueve con su triste escena, que es una maravilla de verdad.

Las cosquillas es un grupito gracioso de Folgueras, que nos recuerda los buenos tiempos de la escultura y los nuestros también.

In extremis es un hermoso grupo de Campeny; la figura de la leona está modelada con gran vigor; la de la mujer es un excelente estudio del desnudo y denota en el artista no escasos conocimientos anatómicos. El conjunto impresiona por su originalidad y por su verdad.

El último tributo es un grupo de buen tamaño de Joaquín Bilbao, hermano del gran pintor sevillano: dos hermanos, los del grupo, han depositado una corona de siempreviva en la tumba de sus padres. Es un grupo moderno y bien sentido el del Sr. Bilbao.

El Sr. Carretero, mi homónimo á quien admiro, expone *El Gorrión,* que es una escena graciosa. Si está bien ó mal su obra no soy yo quien debe decirlo, ya que los dos llevamos el mismo apellido.

Dícenme los amigos de Gargallo que este artista quiere ser un escultor genuinamente español; quiere representar nuestros dolores, los de los hombres castellanos, con caras y cuerpos que no nos sean desconocidos á todos los que los atisbamos bien un día y otro, en la calle y en nuestras casas; quiere luchar por la verdad en el arte, sin recovecos, producto de una idiopatía aborrecible... Y con estos grandes propósitos lanzóse este soñador á la pelea, y expone aquí por vez primera unos bajos relieves que yo voy á afirmar, contra lo que otros han opinado, que están muy bien, que tienen carácter, espíritu y sobre todo originalidad. No, no son rostros caricaturescos y exagerados los de los *Castos* y los *Humildes,* ni es trabajo fácil de hacer el que nos presenta Gargallo. Unas líneas sólo, la morbidez de un labio, la dilatación de un rostro, para darnos exacta idea de que la persona representada en el barro padece ó una locura ó una virtud. Creo que á este escultor — como también á Catoli y Canalías — debemos animarles para que sigan su camino nuevo y muy ancho.

También han presentado obras dignas de mención los distinguidos artistas Coullaut Valera, Borrás, Angel García, Parera, Pérez, Garnelo, Canalías, García González, Doménech, Cerveto, Vega, Callejo, Loizaga, Moreno, Castaños, Laurel, Jimeno, Higuera, Pelayo, Taso y Moisés Huertas.

Exposición General de Bellas Artes de Madrid, 1906. – Calvario, cuadro de Santiago Rusiñol, premiado con condecoración de primera categoría.

SECCIONES DE ACUARELAS, PASTELES Y OTRAS OBRAS.

En una de las salas pequeñas están todos los pasteles de Ruiz Luna, el gran marinista y paisista; tiene este pintor una fama grande y muy justa; es un artista sincero, apasionado de la impresión verdad, honda, poética, que sabe llevar siempre á sus lienzos y á veces á una tablita de una cuarta cuadrada lo sumo.

Las obras de Sancha y Nonell vense reunidas en la misma sala de la Exposición. Y bien hizo el Jurado en colocarlas cerca; que aunque la manera de interpretar de estos dos jóvenes es diferente, el espíritu, la novedad y el gusto que se observan en todas sus bellas producciones es muy semejante. Pero el uno, Nonell, prescinde por completo de la forma, se aleja de las medianías que no le comprenderán jamás, y con sus endemoniados trazos es uno de los más terribles anarquistas artísticos de este concurso. No pinta nunca las caras, no termina los cuerpos, no redondea los brazos ni cuadra los hombros, pero la impresión que dan todos sus dibujos es grande y exacta.



Exposición General de Bellas Artes. Madrid, 1906. Retrato de niño, por Juan Antonio Benlliure, premiado con condecoración de segunda categoría.

Sancha es otra cosa: es más amante de la forma y sabe engañar muy bien; aun siendo en algunos dibujos más despiadado que el anterior artista, parece más alegre y menos filosófico, y hasta hacen reir, á muchos infelices sujetos, las cuatro viejas del Retiro de la hermosa pintura de Sancha. ¡Reir ante este cuadro!.. Yo sé quien lloró viendo aquellas viejas quintañonas cobijadas en el parterre bajo unos tupidos y tétricos bojes, en un atardecer silencioso del otoño... ¡Y las otras obras de Sancha, de los traperos, los mendigos y los golfos! En todas se observan originalidad y belleza grande.

Son veintitantas aguafuertes las de Baroja, Ha merecido este artista loanzas de todos los grupos, hasta de los más apegados á una tradición mediocre y vulgarísima.

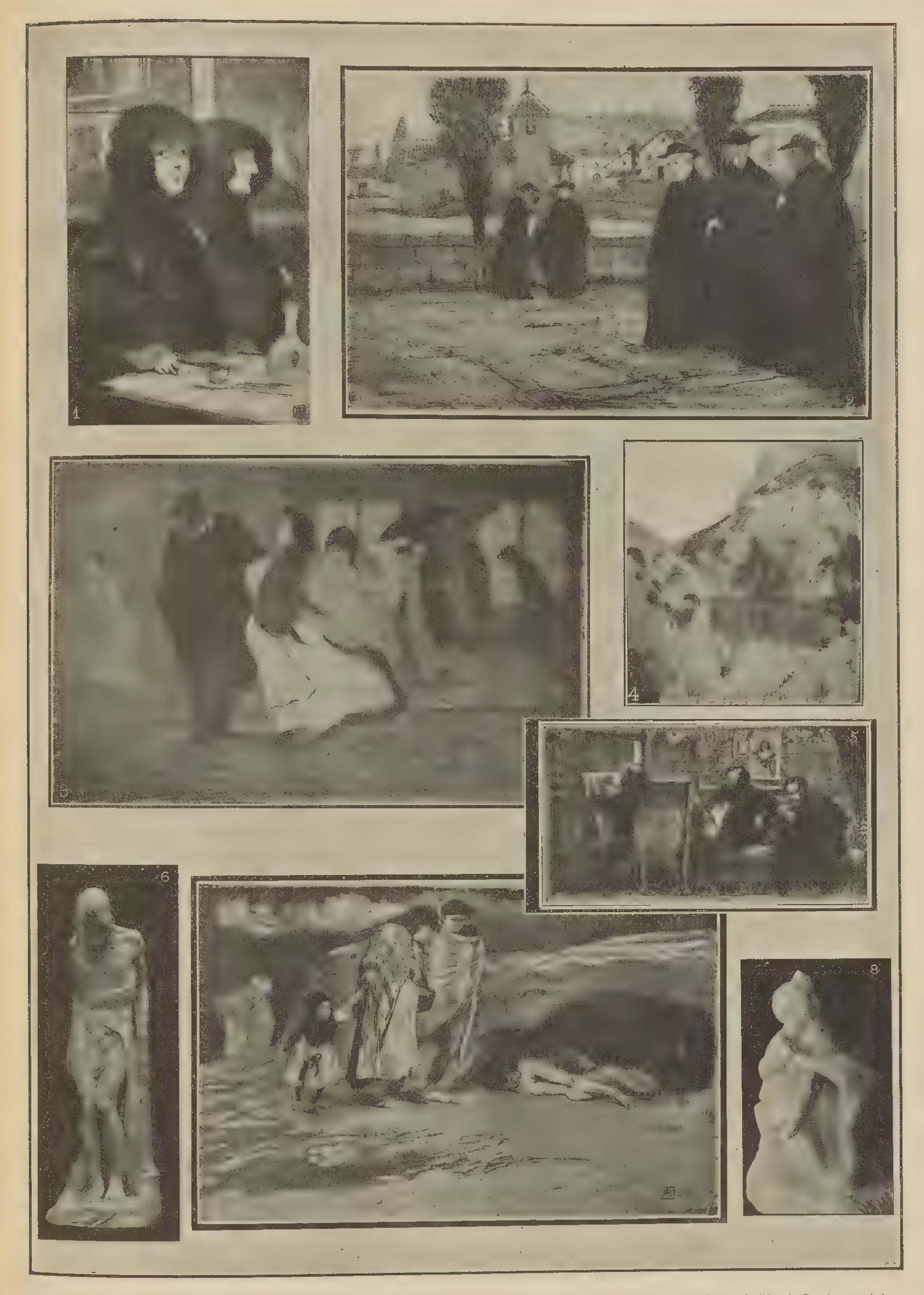
Ricardo Baroja es poco conocido en España, pero sus aguafuertes se admiraron en los centros de arte de Londres, se alabaron por los más inteligentes y por último se vendieron pronto.

Los maestros ingleses estimaron á Baroja por la semejanza de sus trabajos con los de Goya Es esto cierto y la semejanza existe, elevando el mérito del joven pintor. En *Los desastres de la guerra* y en *Los caprichos* pueden apreciarse los que han sido únicos guías y amores del mejor discípulo del maestro español.

El Viático, El colegio, Paseo de curas, Un chicoleo, Buscando albergue y *Las afueras,* entre otros varios, son trabajos, no interesantes, sino grandes, hermosos y con fuerza para vivir, muchos años en los mejores museos.

Baroja, como su hermano, mi querido amigo

Exposición General de Bellas Artes. (Madrid. 1906.)



1. Esperando en el café. – 2. Paseo de curas. – 3. Un chicoleo. – 5. En el estudio. – 7. Buscando albergue. Aguafuertes de Ricardo Baroja, premiadas con segunda medalla. – 4. Mar Oriental, cuadro de Joaquín Mir, premiado con condecoración de primera categoría. – 6. Jesús, escultura de José Clará, premiado con tercera medalla. – 8. Amparo y Pepito, escultura de Enrique Marín.

el notable novelista, prefiere elegir sus modelos en las clases últimas, donde dice hay ambiente y rasgos bien definidos: detalles de lucha, de miseria, de agonía, de vicios de los hambrientos...



El rey Haakón VII y la reina Maud de Noruega. Retratos hechos inmediatamente después de la coronación.

En la misma sala que Baroja exponen también los Sres. Riquer, Campuzano Espina, Verger y Orox algunas aguafuertes muy interesantes, y allí, al lado, Méndez Bringa y Valera, estos dos antiguos ilusttadores de revistas, nos muestran casi todos los originales que con su firma publicaron en varios periódicos. Yo no voy á hablar de su labor, que ya fué conocida y muy apreciada por el público.

Un artista novísimo, Solana, expone en este departamento unas obras muy originales, más que las de Nonell y Regoyos. Demuestra con sus raros trabajos talento y osadía. Ya es algo.

De Daniel Zuloaga vemos ya en la sección del arte decorativo todo un gran testero lleno de obras de cerámica, bellos y artísticos azulejos que, encajonados los bordes de uno con los del inmediato, representan escenas del campo, pastores que vuelven á la ciudad con sus ganados, arrieros que transitan por un puente, labradores con sus capas pardas, mujeres viejas, etc. Y pregunto yo: ¿por qué no estimará la gente estas preciosidades artísticas y con ellas no adorna sus cuartos, todas sus casas? Yo, lectores, repito ahora lo mismo que dije ante los mármoles de Perinat: ¡Quién tuviera dinero!

SECCIÓN DE ARQUITECTURA

Este año hay algo que alabar en esta sección. De ello nos congratulamos, que hora era ya que los arquitectos españoles evolucionaran hacia el arte. Siguiendo así, su transformación en la arquitectura, muy pronto van á convertirse nuestros edificios en moradas suntuosas y de agradable vista. Los notables arquitectos Flores, Aznar, Roca Saldaña, Carrasco, Berlanga y Guimón van á hacer el milagro. Ahora sólo falta que el público y los constructores de fincas los protejan y se dejen guiar por ellos.

Los pensionados Flores y Aznar exponen obras tomadas en Italia y en La Cartuja, verdaderos cuadros llenos de belleza. Para estos jóvenes es nuestro sincero aplauso.

***

Y aquí, lectores, terminan estas modestas notas sobre la Exposición de 1906. Nada de notable, para nuestro gusto, queda en ella que nosotros no hayamos citado.

Manuel Carretero.

(Fotografías de Toneser)

LA ILUMINADA

A fuerza de observar el grande efecto que producen desde la escena las eminentes artistas de la dramática, había llegado á imaginarse la aristocrática señorita de Rodríguez de la Granada, la adorable María Luisa, que el teatro era un templo pagano ideado para las elegidas.

Viéndolas desde la platea, las artistas aparecían ante los ojos de María Luisa llevando nimbo en la frente. El mante; las filas de palcos, elevándose unas sobre otras hasta llegar á las pinturas del techo, y apareciendo, ante los ojos de los espectadores, como un bajo relieve con aristas de oro; el rumor, marejada con sordina; murmullo rezado, hondo, bajo cuyo runrún parece que se hallan encarceladas diez mil carcajadas, un inmenso orfeón de dolores y de placeres, una marcha real de palabras dulces de idilio, todo metido á la fuerza, á puñados, empotrado allá, dentro de la camisa de fuerza de los convencionalismos sociales. Y sobre todas esas sensaciones, estaba para María Luisa la influencia arrolladora de la multitud, asam-



Coronación del rey Haakón VII de Noruega. – Vista del interior de la catedral de Trondjem en el momento de ser coronado el monarga. (De fotografías de Halfstones, Limited, London.)

(Véase la descripción en el número anterior.)

caso es que de sobra sabía que no; que era pura ficción de sus ojos; la razón no tiene nada más que un camino; pero de todas maneras, mirándolas así, con la mirada benévola de las indulgentes, de las ilusionadas, de las fanáticas, las actrices parecíanle á la joven figulinas oriadas de sol...

—Será el genio, quizá, lo que las endiosa; ¡porque el genio, el gran genio, debe tener fluido y luz!

Y la predestinación artística de María Luisa advertíase en mil detalles pequeños. No había quien se lo quitase de la cabeza; ella tenía en el corazón y en el cráneo gloria.

Al entrar en el palco sentía en el espíritu el deslumbramiento del panorama. Aquella grandiosa concavidad dorada, como el interior de un huevo de dia-

blea ¡de almas... Se decidió. Se decidió después de una noche de íntimas consultas con la almohada.

—Yo lucharé con los ridículos convencionalismos sociales, con la mogigatería aristocrática, con mi familia, con mis amigas, y si después de intentar todos los recursos posibles para conseguir la persuasión se obstinan en no comprenderme y me desdeñan, con no hacer caso...

Y un día, de sobremesa, en familia, planteó valientemente la cuestión.

Al principio, la revelación cayó como una bomba; pero María Luisa, que ya inconscientemente tenía inspiraciones geniales, logró dar á su voz, á sus energías, á sus ruegos, tal acento de pasión y de grandeza, que á las dos horas ya había logrado que su fa-



SS. MM. los reyes D. Alfonso XIII y D.ª Victoria visitando la Academia militar de Segovia. (De fotografía.)

milia le prometiese construir un teatro en casa, un teatrín aristocrático y diminuto, que, más tarde, cuando quedó construído, vió con alegría que tenía todo el aspecto de un portal de Belén ricamente decorado.

Los mejores profesores de declamación fueron á enseñarla; todas las eminencias de la escena fueron pasando por el hotel.

Y María Luisa, cierta noche—augusta para ella por lo señalada y memorable—debutó en su teatro con la *Mariana*, de Echegaray, magnífico estudio psicológico de mujer.

Arrebató á la concurrencia, la entusiasmó. El gran arte no es ni plebeyo ni aristócrata; es arte. Si Sara Bernhardt, por ejemplo, hubiese nacido de una familia de gitanos, no por eso hubiera dejado de ser Sara Bernhardt.

Aquella pequeña satisfacción, que en noventa y nueve por ciento de los casos supone un estímulo, produjo en María Luisa efectos contrarios.

En su cerebro impresionable se efectuó una *debacle;* las ilusiones se le desmoronaron; la pintura de brocha gorda de las decoraciones, el artificio de los efectos, la prosaica realidad del teatro por dentro, le dieron repugnancia: vió que todo aquello eran sencillamente oropeles de guardarropía; una gran careta, del tamaño del escenario, que servía para caricaturizar las pasiones, la vida toda, y cerró los párpados con vergüenza. Y aquella noche, precisamente la de su éxito, encerrada después en su alcoba, lloró.

—¡Oh, qué caída más grande han soportado mi mente y mi alma!

Mandó destruir el teatrín aristocrático; se puso insoportable de puro caprichosa, de puro rara. Para una mujer histérica, una decepción es una catástrofe.

María Luisa enfermó; avergonzada de haberse dejado subyugar por las ficciones del arte, se refugió en el misticismo.

—En lo sucesivo Dios será mi poeta, mi genio, mi inspirador; ¡siquiera Dios es absolutamente verdad!

Y miró al cielo con éxtasis...

La señorita María Luisa Rodríguez de la Granada profesó.

En el mundo y en el convento produjo el hecho sensación. Una belleza que abdica, un alma que se transforma en espiritualidad, una gran mujer que desaparece del escenario social, supone una página de luto para la historia galante.

—Se eclipsó como una estrellita..., dijo la hermana de María Luisa llorando y mirando con sus ojitos candorosos de niña al cielo.

Una mañana en el convento circuló una noticia extraordinaria; produjo honda conmoción en la casa santa. Sor María se estaba muriendo.

Fueron todas las religiosas á su celda; con sus tocas blancas y aglomeradas junto al lecho presentaban un conjunto teatral.

—¿Qué te pasa, hermana?

—Me muero.

—¿De qué, hija mía?

—No sé, no sé; es que me quiero ir al cielo; quiero profesar en el convento de la gloria... ¡Allí, allí es donde está la verdadera verdad; aquel es el gran teatro sin comedias!

Se quedó absorta, sonriendo con deliciosa expresión en su instante supremo de agonía. Cogió el crucifijo, lo besó, recibió la Unción y quedó quietecita como una pavesa.

F. de la Escalera.



S. M. el rey D. Alfonso XIII bajando á caballo una de las escaleras de los jardines de La Granja (De fotografía.)

SS. MM. EL REY D. ALFONSO XIII y D.ª Victoria en La Granja

Continúan nuestros jóvenes monarcas su jornada en la hermosa residencia de La Granja, viendo transcurrir plácidos y venturosos los días de su luna de miel en medio de los encantos de la naturaleza, y haciendo de reyes lo menos posible. En efecto, la vida que allí llevan D. Alfonso XIII y su augusta



Las bailarinas camboyanas saludando al rey Sisowath y á M. Faillieres antes de dar comienzo á la danza



El rey Sisowath, M. y Mme. Faillieres y los invitados á la garden party presenciando la danza de las bailarinas camboyanas

PARÍS.—GARDEN PARTY CELEBRADA EN EL ELÍSEO EN HONOR DEL REY SISOWATH. (De fotografías de Branger.)



La procesión católica que dió lugar á la matanza de judíos. Vista tomada pocos momentos antes de hacerse los primeros disparos



En el jardín del hospital judío de Bielostock. Las familias de las víctimas reconociendo los cadáveres de éstas

RUSIA.—LA MATANZA DE JUDÍOS EN BIELOSTOCK. (De fotografía de «Photo-Nouvelles.»)

esposa, salvo los momentos en que por precisión han de actuar oficialmente, es una vida campestre, sin etiquetas palaciegas, paseando solos como simples particulares por aquellos pintorescos lugares, alternando con las gentes más humildes, realizando alegres excursiones á los alrededores de aquel real sitio y celebrando fiestas de carácter íntimo.

Hace pocos días, D. Alfonso XIII invitó á la oficialidad del batallón de las Navas, que está allí de guarnición, y á los redactores corresponsales de Madrid, á que le vieran saltar los obstáculos colocados en la pista de los reales jardines. Su Majestad, que es un consumado jinete, dió una vez más pruebas de su agilidad y de su resistencia, ejecutando durante una hora difíciles ejercicios, entre ellos el salto de 1'20 metros de altura y el de 8 metros de longitud. Además, montado en la yegua *Pityma*, subió y bajó las escalinatas de piedra de los jardines en la forma que se ve en el grabado de la página 447.

El otro grabado que en la misma página publicamos representa á SS. MM. en la Academia de Artillería de Segovia, población que visitaron en la mañana del día 2 de los corrientes. Allí fueron recibidos por los jefes y oficiales de la Academia y por el gobernador civil. Los reyes recorrieron detenidamente las distintas dependencias de aquel centro docente militar, quedando muy complacidos de su visita. – S.

LA VIRGEN DE LOS ARBOLITOS,

CUADRO DE JUAN BELLINI

(Véase el grabado de la pág. 441)

Este cuadro es una de las obras más notables del famoso artista de la escuela veneciana del siglo XV, Juan Bellini, el maestro de Giorgione y de Tiziano. En 1838, el patricio Jerónimo Contarini lo donó, junto con otros hermosos lienzos, á la ciudad de Venecia con la obligación de que se conservara perpetuamente en la galería de aquella Academia de Bellas Artes. Allí está todavía siendo objeto de la admiración de cuantos lo contemplan, que se extasían, más que ante la delicadeza y los primores de ejecución, ante el sentimiento dulcísimo, la espiritualidad cristiana de la Virgen y de su Divino Hijo.

Recientemente fué objeto de una inteligente restauración que puso nuevamente al descubierto la excepcional belleza de su colorido, empañado y amenazado de muerte á consecuencia de varias capas de barniz que restauradores sin conciencia habían extendido sobre el célebre lienzo en distintas ocasiones.



Manuel García, célebre laringólogo español fallecido en Londres el día 2 de los corrientes. (De fotografía.)

MANUEL GARCÍA

Con ocasión de celebrarse en Londres hace poco más de un año, el centenario de Manuel García, publicamos en el número 1212 de La Ilustración Artística una extensa biografía del famoso laringólogo español.

No hemos, pues, de repetir todo lo que tan recientemente dijimos, y al dar hoy cuenta de su muerte sólo consignaremos los datos más importantes de su vida.

Nació en Madrid en 17 de marzo de 1805, fué discípulo de su padre, notable cantante y compositor, y con él recorrió Europa y América, estableciéndose al fin en París, en cuyo Conservatorio de Música entró como profesor en 1855. Pocos años después trasladóse á Londres, en donde ha residido hasta su muerte.

Como profesor de canto su fama fué universal; pero lo que le ha dado mayor celebridad ha sido la invención del laringoscopio, cuya descripción presentó en la Sociedad Real de Londres en 1855 y que causó una verdadera revolución en el estudio de muchas cuestiones de patología de la garganta, de la laringe y de la tráquea.

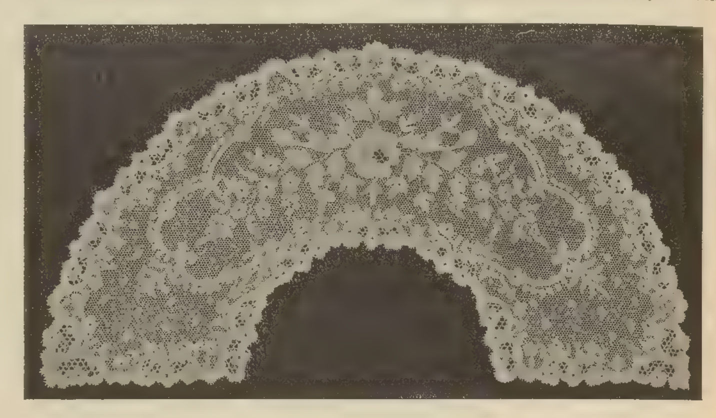
El homenaje que en marzo de 1905 se tributó á Manuel García fué una demostración evidente del respeto y de la admiración que al ilustre sabio profesaba el mundo entero.

¡Descanse en paz!

ENCAJE PARA ABANICO

EJECUTADO POR D.ª TERESA CATÁ, VIUDA DE MARPONS

En Arenys de Munt, pintoresca población de la costa levantina catalana, celébrase actualmente una interesante exposición de encajes, á la que han acudido con hermosos trabajos, no sólo las encajeras de aquella comarca, tan famosa en esa clase de labores, sino también de otros puntos de Cataluña y aun algunas de fuera de España. Entre las obras allí expuestas llama de un modo especial la atención el encaje para abanico ejecutado por D.ª Teresa Catá, viuda de Marpons, que adjunto reproducimos. Obra de mucho mérito, no se necesita ser muy inteligente en la materia para apreciarla en lo mucho que vale, pues la elegancia de su dibujo y la delicadeza y la pulcritud de su ejecución son cualidades que desde luego se imponen á los más profanos.



Encaje para abanico ejecutado por D.ª Teresa Catá, viuda de Marpons, y que figura en la exposición de encajes que actualmente se celebra en Arenys de Munt. (De fotografía.)

PARÍS. GARDEN-PARTY CELEBRADA EN EL ELÍSEO

EN HONOR DEL REY SISOWATH DE CAMBOYA

(Véanse los grabados de la página 448)

El presidente de la República francesa obsequió el día 1.º de este mes al rey Sisowath con una *garden-party* en los magníficos jardines del palacio del Elíseo. El monarca camboyano, que asistió acompañado de los príncipes y de los ministros de su séquito, vestía el traje de gran gala: *shampott* de color violeta con bordados de oro y plata, amplia túnica con deslumbradores recamados y sujeta por broches de brillantes, esmeraldas y rubíes, y un sombrero de fieltro de alta copa y anchas alas, rodeado de un aro de oro y terminado en una pirámide también de oro bellamente cincelada.

En el centro de un césped habíase levantado un inmenso estrado cubierto de alfombras; en el extremo derecho de éste, sentados en un banco, estaban los primeros actores; en el extremo izquierdo, los músicos de la orquesta camboyana, y enfrente del sitio presidencial el coro de mujeres que con sus cantos acompañaban la pantomima.

Alrededor de ese escenario hallábanse los invitados á la fiesta, cuyo número pasaba de cinco mil, ocupando los puestos preferentes el rey Sisowath y M. y Mme. Faillieres.

Después de una melopea en que alternaron la orquesta y el coro, presentáronse las bailarinas camboyanas vestidas con traje de punto de seda, *shampott*, túnica de tisú de oro y de plata y encima de ésta una especie de rica casulla bordada en oro y sembrada de piedras preciosas. Cubrían sus cabezas ricos cascos de oro, finamente cincelados y terminados en una especie de tiara más ó menos alta, según la importancia del personaje representado.

Todos los papeles de las pantomimas camboyanas son representados por mujeres; pero para distinguir los personajes masculinos de los femeninos, vestidos todos casi de idéntica manera, las que han de hacer papeles de hombre se cubren el rostro con una fea máscara.

Las bailarinas ejecutaron con mucha gracia la pantomima *Prea-Samut*, en la que se describen los amores del príncipe de este nombre con la princesa Butsualy, hija del rey de los gigantes Virulachak. Antes de la pantomima bailaron una danza de introducción y salutación y un baile de los abanicos, en el que las bailarinas desplegaron tanta gracia y una elegancia tal de actitudes que les valieron grandes ovaciones.

La fiesta resultó sumamente agradable y en extremo pintoresca.

LAS MATANZAS DE JUDÍOS EN BIELOSTOCK

(Véanse los grabados de la página 449)

La ciudad de Bielostock ha sido recientemente teatro de sucesos sangrientos que han venido á añadir una nueva página trágica á las que, de algún tiempo á esta parte, constituyen la historia de Rusia. Según la primera versión oficial, durante el paso de una procesión católica que se celebraba en aquella ciudad el día 15 de junio último, de varias casas habitadas por judíos se hicieron multitud de disparos que ocasionaron numerosas víctimas entre los que asistían á la ceremonia religiosa y la muchedumbre que la presenciaba; los católicos, indignados, asaltaron aquellas viviendas y asesinaron á muchos de sus moradores. La intervención de las tropas, sigue diciendo la versión oficial, permitió reducir á proporciones insignificantes aquel motín, que al día siguiente se reprodujo.

Las noticias extraoficiales, que parecen ser las que relatan la verdad de los hechos, contradicen en absoluto aquella versión, y según ellas, las matanzas y los saqueos de Bielostock no fueron consecuencia de una agresión iniciada por los judíos, sino más bien una explosión premeditada y preparada del furor antisemita, que se realizó con la complicidad directa ó indirecta de la policía.

La discusión planteada en la Duma y la información por iniciativa de ésta practicada parecen corroborar en absoluto esta última explicación.

Sea de ello lo que fuere, es lo cierto que las matanzas han durado varios días; que los antisemitas han asesinado casi á mansalva á los judíos; que éstos, exasperados, han contestado como han podido á las criminales agresiones y atentados de que ellos y sus bienes eran objeto, y que el número de muertos y heridos, judíos en su casi totalidad, ha pasado de 600.

Apaciguados al fin los ánimos en Bielostock, no por esto se ha calmado la agitación antisemita en el gobierno de Grodno, al que aquélla pertenece, sino que, por el contrario, ha originado graves disturbios en otras poblaciones.

Bellas Artes.— Barcelona. – *Salón Parés.* – Pedro Inglada ha expuesto una colección de notas y apuntes, en su mayoría reproducción de tipos y escenas de la vida parisiense, en todos los cuales se advierte un gran espíritu de observación, una laudable sinceridad al trasladar al papel las impresiones recibidas y un especial cuidado en huir de cuanto pudiera resultar artificioso ó efectista, cualidades que revelan en Inglada un verdadero temperamento de artista y no comunes dotes de dibujante.

Han llamado mucho y con justicia la atención en el propio Salón Parés las pequeñas esculturas humorísticas de Smith, obras llenas de intención, de gracia y de movimiento y ejecutadas con admirable soltura.

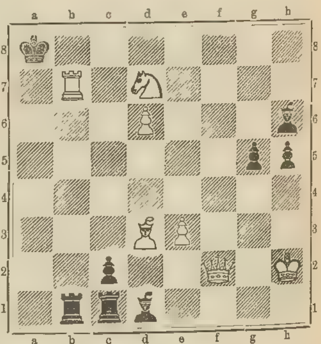
Necrología.— Ha fallecido:

D. José Menéndez Agustí, notable novelista y colaborador antiguo de La Ilustración Artística, en donde se han publicado muchos de sus hermosos cuentos.

AJEDREZ

Problema número 431, por V. Marín.

Negras (8 piezas)



Blancas (7 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

Solución al problema núm. 430, por V. Marín.

Blancas.	Negras.
1. Tg6–g3	1. Cualquiera.
2. T ó D mate.	



Eran Clara y José. Los dos hermanos de leche se habían encontrado y no habían cambiado ni una palabra

EN LA PAZ DE LOS CAMPOS

NOVELA ORIGINAL DE MAURICIO MONTEGUT.—ILUSTRACIONES DE SIMONT

(CONTINUACIÓN)

—Sí, en otro tiempo cazábamos juntos, siguió diciendo Garnache, comíamos en el campo y cada cual bebía en su botella, al aire libre, sin etiquetas y sin orgullo. Todo aquello se acabó... Y el amo que viene será más duro todavía y más señor en sus tierras... Jacobo... Ese tiene una piedra en el pecho, y esta es una razón para que José haya tomado otro camino. No sería cómodo ser guarda del tal Jacobo.

Grivoize el menor escuchaba en silencio, pero sonreía para sus adentros. Cuando Regino acabó de hablar, movió la cabeza y dijo, poniendo las manazas en la mesa:

—Oye, amigo, no debemos arreglar el porvenir á nuestro gusto, porque nos exponemos á equivocarnos... Todos tus condes y vizcondes flaquean por la base y nadie sabe dónde estarán mañana. Eres un amigo de veras y se te pueden decir cosas... Pues bien, todo eso no son más que farándulas y embusterías... y la cosa no se tiene en pie. Los castillos serán comidos por las granjas, soy yo quien te lo dice. Tu vizconde Jacobo no tendrá cazas, ni bosques, ni siquiera un conejo... Todo eso está podrido y se cae por sí solo... Amigo, se sabe lo que se sabe; pero, á fe de camarada, toma tus precauciones, y sobre todo, no hagas planes sobre Valroy, porque tanto valdría apuntar á la luna. Dentro de un año habrá por aquí novedades; si hemos trabajado toda la vida, sudado y echado sangre, no ha sido para nada. Piscop, mi hermano y yo tenemos las manos largas, tú verás. Y ahora, queda convenido que morirás guarda en el pabellón, si se te antoja, y que podrás—yo te invito—cazar otra vez con tu amo, que será tu amigo, y comer y beber al aire libre, á no ser que prefieras tu mesa, pues ese amo seré yo, compañero, yo mismo. Cuando venga el reparto se me adjudicarán los bosques de Valroy; son mi lote.

Garnache le escuchaba aturdido, sin pensar en decir palabra. Pero cuando el otro vaciaba el cuarto vaso, le interrogó sin embargo:

—Vamos á ver, compañero, yo sé bien que no te burlarías de un antiguo amigo, pero no comprendo. ¿Qué estás ahí diciendo? El conde Juan arruinado..., la propiedad repartida..., Valroy en venta...

—Tú lo has dicho; y después de Valroy vendrá Reteuil muy de cerca, te lo juro. En dos palabras, el conde Juan, arruinado, ha empeñado sus bienes, nosotros hemos comprado sus créditos y está en nuestras manos. Dentro de ocho meses tendrá que pagar ó de lo contrario, granjas, tierras y castillos serán embargados á nuestro provecho, como puedes comprender. Y ahora, guarda todo esto para ti. Te pido el secreto por ocho meses todavía... Después reventará el petardo. Me he escurrido y te lo he dicho todo, pero no lo siento porque estoy seguro de tu silencio y de tu discreción.

Garnache le dió la mano.

—Puedes estar tranquilo; no diré palabra á nadie... Pero todo esto es muy raro... Berta es capaz de morirse...

Grivoize, entonces, mirándole con el rabillo del ojo, gruñó:

—Berta, Berta... Cuando era joven y guapa valía la pena, y se sabe..., en fin, basta. Ahora que es vieja y fea, si canta, que cante..., no te preocupes. Y bien, mi guarda, á tu salud.

Brindaron, y Garnache, aturdido, no encontraba las palabras, pues además aquel vinillo blanco era un poco traidor.

Los dos se levantaron algo chispos y se separaron en el umbral de la posada con un apretón de manos. Grivoize volvió á decir:

—Ni una palabra á nadie, sobre todo á tu mujer.

—Está jurado; duerme tranquilo. Hasta la vista, amo.

Y los dos hombres siguieron su camino volviéndose la espalda.

En el curso de su ronda, el pobre guarda, conmovido en sus más antiguas certezas, no conseguía sacudir el estupor en que le habían sumido las confidencias de Grivoize.

¡Cómo! ¿No había ya nada sólido ni estable en el mundo? Aquellos Valroy, á quienes sus padres habían seguido, de generación en generación, iban á ser arrojados de sus muros y del país como pordioseros sin asilo... ¿Dónde íbamos á parar?

Y aquel Grivoize, cómo se le iba la lengua y qué tupé tenía...

Los pequeños se comen á los grandes, entonces, y no parece que eso les atasca... Si, diga lo que quiera el camarada y sea el que quiera el porvenir que presenta, José había hecho bien de no querer ser guarda como su padre. Los Grivoize y hasta Piscop podían aún pasar; se conocían y podrían entenderse. Pero todos ellos tenían también hijos que no valían más que el vizconde y con menos urbanidad acaso. La vida no hubiera sido cómoda con aquella simiente.

En fin, él mismo no estaba amenazado; tenía tiempo de ver venir los sucesos. A los cincuenta años se retiraría; tenía algún dinero ahorrado para el caso probable de que le faltara la pensión. Además, José recogería á sus padres y á Sofía, aunque, á la verdad, eran mucha gente.

¡Bah! El no sería manco en aquella época, y sabría bien hacerse útil y ganar el pan...

¡Pero cuántos sucesos para ponerlo todo patas arriba! Garnache se proponía pensar en ello el día siguiente, con la cabeza fresca; pues reconocía con vergüenza que siempre que encontraba á aquel maldito Grivoize bebía un poco más de lo razonable. Era posible que, una vez disipado el vinillo blanco, se le ocurriese alguna medida para poner á salvo sus intereses.

Y se metía entre los árboles para ocultarse, pues el pobre hombre, que era sincero, comprendía que no andaba derecho por los paseos y prefería no ser visto en semejante estado.

Pero mientras se metía en lo más intrincado de la selva, no podía menos de dar vueltas en la cabeza á todas aquellas novedades, y parándose de repente, exclamaba:

—¡Demonio, demonio!..

Por fin, dominado por la emoción, el cansancio, el calor y el vino, se echó á la sombra y se durmió.

Al día siguiente hubo en la granja una violenta consecuencia de todos estos incidentes. Por la mañana muy temprano, Arabela de Carmesy se presentó inopinadamente en los patios.

Como no era esperada, los sorprendió á todos en traje descuidado y entregados á las ocupaciones más humildes. El feroz Gervasio estaba almohazando su caballo, cuidado que no confiaba á nadie y que él desempeñaba concienzudamente. Sus hermanos, sus tíos y su padre no estaban entregados á trabajos más nobles; los unos descargaban carretas de hierba; los otros llenaban cubos de agua para las cuadras y los establos.

Amos y criados, estrechamente unidos, trabajaban juntos y del mismo modo. Las mujeres circulaban muy lentamente, pero también ocupadas y dirigidas hacia un mismo fin y por una misma causa.

Arabela, la divina, entró con las cejas fruncidas y con la cara de los malos días. Hilario exclamó al verla: «¡Firmes!» y presentó armas con la escoba que tenía en la mano.

Le encantaba pensar que su primo Gervasio había sido sorprendido en flagrante delito de falta de nobleza.

Pero Arabela no se dignó reparar en las maneras de aquel mono, y se fué derecha al hijo de Piscop, el cual, al verla venir, soltó su almohaza y contempló lastimosamente la heroica sencillez de su traje. Hubiera dado un mundo por encontrarse vestido, por arte de encantamiento, con su terno de paño, sus polainas y látigo en mano, pues necesitaba todavía pedir el aplomo á la decoración y á los accesorios. Vestido de lienzo, volvía pronto á caer en la rusticidad.

La saludó, sin embargo, con toda su gracia, pero ella hizo un ademán enérgico con la mano, como si rehusase aquella atención, y en el silencio atento y curioso de los otros, le interpeló en seguida:

—Gervasio Piscop, cuando usted y los suyos me encuentren en un camino, les ruego que me saluden, á mí y al que me acompañe, sea quien sea, de otro modo que con la punta de los látigos, es decir, quitándose el sombrero mientras paso y hasta después que haya pasado. Tomen ustedes nota, ó de otro modo, renuncien á sus sueños... Tendría que estar loca una mujer para confiar sus destinos á semejantes salvajes. He dicho; no necesito respuesta. Buenos días.

Volvió la espalda y se fué como había venido. Gervasio, confuso y con la vista en el suelo, daba vueltas á la gorra entre los dedos, y estorbado por su traje de cuadra—lo que son las cosas—no encontró nada que responder.

Sus hermanos y sus primos, aunque la lección se dirigía también á ellos, se divertían con su confusión. Pero Piscop padre y los dos Grivoize preguntaban la causa primera de aquel enfado y exigían explicaciones y detalles.

Gervasio, para colmo de contrariedad, tuvo que sufrir el regaño de su padre y la desaprobación violenta de sus tíos. Piscop gritó muy fuerte:

—Tiene razón la señorita... ¡Cómo! Los cinco... Sí, sí, ya comprendo, es á causa del vizconde... Pues bien, ha sido grosero, estúpido y torpe. Os he dicho mil veces que era preciso no inspirar desconfianza á esa gente, sino dejarlos dormir en su seguridad, aunque haga falta para ello soportar sus insolencias. ¿Y sois vosotros los que los buscáis, los desafiáis y los provocáis? Sois unos imbéciles, y tú, Gervasio, más que ninguno porque eres el más interesado. Si os importa mi opinión, ya la tenéis.

Los cinco mozos bajaron la cabeza. Anselmo, sin embargo, dió un codazo á su hermano mayor y le dijo:

—Es la ley del embudo, á ti la parte estrecha.

Y se apartó para evitar una respuesta sin frases.

Bella estaba ya lejos y se iba apaciblemente por los campos, satisfecha en su orgullo de mujer y en su altivez de raza.

Extraña muchacha; con Jacobo defendía á los Piscop, y con éstos se erguía con la cabeza alta y exigía el respeto legítimo y el homenaje debido al vizconde.

Pero su alma, su alma..., ¿de qué color era su alma?

En el mismo día y pocas horas después, se trató el mismo asunto entre el conde Juan y su hijo Jacobo. Este último contó con indignación la imprudencia de aquella gente de baja estofa, abundó en recriminaciones y pintó la escena con grandes ademanes y voces descompasadas.

Su padre, al escucharle, movió la cabeza sin convicción y murmuró en tono de duda:

—¡Gente de baja estofa!..

El joven se calló de pronto muy asombrado.

—¿Tú también?..

—¿Qué, yo también?

—Sí, como Bella... ¿Vas á defenderlos y á abogar por ellos?

El conde, con voz grave, respondió sencillamente, mientras sus ojos claros se cubrían con un velo de tristeza:

—No defiendo ni abogo, pero escucha bien, tienes el defecto de tu edad, que es juzgar demasiado de prisa. Esa gente es más digna de consideración de lo que tú piensas. Mientras que tú te convertías de niño en hombre, ellos, de campesinos, llegaban á burgueses; y son ricos, ¿comprendes? Sabes, sin embargo, lo que es el dinero y no ignoras ese valor. Son ricos, poderosa y pesadamente ricos; si quieres darme gusto, déjalos tal como son, evita los choques y sigue tu camino... Tenemos en muchos puntos intereses comunes, y si no estuviéramos de acuerdo, podrían venir pleitos muy desagradables.

—Entonces, dijo Jacobo contrariado, son ellos los dueños del país...

El conde Juan vaciló un segundo y murmuró:

—Puede ser... Seguramente más que nosotros...

Después, viendo el estupor de su hijo, añadió muy de prisa:

—Jacobo, dejemos esto; un día, cuando sea oportuno, hablaremos de ello seriamente. Ya no eres un niño y pronto habré de darte cuentas. De aquí á entonces, como tu madre, conténtate con tener confianza en mí y déjame hacer. A Dios gracias, nada está verdaderamente comprometido..., pero no te metas con Piscop ni con Grivoize. Acuérdate de América y de los americanos y procura ser menos sangre azul de Francia... ó de Irlanda.

El conde se marchó dejando á Jacobo con la cabeza baja. Aquello era nuevo. El joven miró á su alrededor, y de repente, por una inducción profética y una advertencia del misterio, la decoración se ensombreció á sus ojos y se desnaturalizó. Aquellos bosques, aquellos campos, aquellas llanuras que creía suyas, le aparecieron de repente con aspectos extraños, distintos, alejados y casi hostiles. Apoderóse de él un secreto terror al pensar que un día, mañana acaso, podía ser desposeído, dejado solo y abandonado á sí mismo. Le pareció que allá, á lo lejos, por el camino, huía una mujer sin mirar hacia atrás... Y en aquella visión reconoció á Bella.

III

Aquel fué un trueno en pleno cielo azul.

Una mañana corrió la noticia por la aldea de que el castillo y sus dependencias estaban á la venta. Todos se precipitaron.

Era verdad.

En la verja del parque y en los muros había pegados unos cartelones amarillos.

Un mes antes, Piscop, Grivoize y Compañía habían exigido al conde Juan el capital é intereses de sus hipotecas ó el embargo de los bienes.

Aplastado y aniquilado, el conde recordó las antiguas promesas y se le rieron en las barbas. Las palabras y los escritos son dos cosas distintas; lo que estaba firmado, estaba firmado.

El conde buscó á Carmesy.

El marqués se había ido á Londres hacía tres días para sus negocios; Adelaida no sabía nada, y Arabela abrió unos ojos enormes.

La ejecución fué rápida y completa. El papel sellado llovía sin cesar; cuando salía un alguacil, entraba otro. El conde perdió la cabeza, y Jacobo, ignorante de todo procedimiento, trató de comprender sin conseguirlo.

La condesa Antonieta, forzosamente advertida del drama, no hizo ni un reproche; pero aquella misma tarde recurrió á su antigua consoladora, la morfina, dispensadora de olvido, y volvió á sumirse con delicia y sin vacilar en los vapores de éter.

La señora de Reteuil la tomó de muy alto y gritaba:

—Pagaremos; vamos á pagar...

En la comarca no se sabía ya qué creer, y fuera de algunos iniciados, como Garnache y el tío Balvet, todos estaban confundidos.

Berta aullaba enseñando los puños á la granja; para ella, estaban robando y despojando á Jacobo. La campesina se llenaba de un inmenso terror al pensar que aquel á quien ella había hecho rico, iba, acaso, á quedarse pobre; y que el sacrificio de su carne y de su corazón, así como todas sus renuncias y sus abnegaciones, iban, por un soplo de la suerte, á volverse contra ella y contra él...

A ese terror se unía una cólera tan intensa como loca; no quería que aquello sucediese así y prodigaba las amenazas á los cuatro lados del horizonte.

El horticultor, su hija, Regino y José se esforzaban en vano por calmarla y hacerle entrar en razón; pero perdían el tiempo, pues ella no quería oir nada. Había carteles en el castillo; iban á venderlo, y era de Jacobo...

—Es posible, decía Balvet, pero le queda Reteuil.

—Evidentemente, añadía Garnache sin convicción, pues recordaba que todo lo que le había dicho Grivoize el menor se había realizado, y éste afirmaba que después de Valroy no tardaría en seguir Reteuil en el desfile de los bienes perdidos.

Pero Berta, con los puños en las caderas, los insultaba por atreverse á hablar así.

—Reteuil... Eso no basta... Entonces no será ya dueño del país ni podrá andar todo un día en línea recta sin salir de sus tierras... Habrá extraños en Valroy, donde ha nacido, en su cuarto... Y qué extraños, si es verdad lo que se dice; esos boyeros, esos tratantes en cerdos, esos Grivoize y esos Piscop... No habría Dios si el cielo alumbrase tal cosa...

—También tiene un poco de culpa el conde Juan, se aventuró á decir el razonable José.

Berta le miró á los ojos y exclamó con una loca ironía que podía perderla:

—¿Eres tú el que dice eso?.. ¡Qué bien te está!..

Pero se corrigió, más prudente:

—¿Qué sabes tú? Tú no conoces esos negocios y lo mejor que puedes hacer es callarte.

José no insistió, siempre indulgente con ella. Clara, aterrorizada, no decía palabra. Sofía pensaba en cosas lejanas; y solamente el tío Balvet se arriesgó á seguir hablando, autorizado por su mucha edad.

—Vamos á ver, Berta, eso es tomarse mucho disgusto por gente muy lejana. ¿Tanto la quiere á usted el castillo para que tome su defensa de ese modo?.. Sus antiguos amos y hasta su mismo hijo de leche no la conocen ya y pasan á su lado sin decirle jamás buenos días... ¿En qué piensa usted entonces?

Al hablarla así la exasperaban; pero ella no podía demostrarlo. Muy tiesa y con la vista en el suelo repetía sordamente:

—Se lo debo todo...

Al evocar el pasado, aludía á su infancia, sin duda. Garnache, que se expresaba ya libremente delante de esta gruesa y fea comadre, la interrumpió con mal humor:

—Puedes hablar de eso... Con lo feliz que eras al lado de la condesa cuando era soltera... Te daban de comer y te vestían, pero era con los restos y los deshechos de tus amos... Más vale ahora, créeme.

Pero Berta no le escuchaba, absorbida por el único pensamiento importante, que era el desastre, no pudiendo acostumbrarse á la perspectiva del vizconde de Valroy fuera de Valroy, de Jacobo echado de su casa... Y después, ¿quién sabía si, tras de tales vergüenzas, la familia dejaría el país? Entonces no le vería más, ni aun de lejos, y sería el fin, el golpe de gracia.

Y presa de una suprema rebelión, levantó los puños, balbuceó unas sílabas inarticuladas con los labios llenos de espuma y se desplomó en una cama, con las facciones torcidas y los ojos convulsos. En todas aquellas caras de campesinos se pintaba un indecible asombro y un tremendo espanto. Para todos ellos, aquella criatura estaba endemoniada.

El drama, por otra parte, aumentaba por todos lados.

Cuando Juan, desengañado y desesperado, comprendió ya tarde que le habían burlado como á un niño, convocó en el castillo á sus tres acreedores, en otro tiempo amables y cautelosos y hoy arrogantes é implacables. Solamente los dos Grivoize acudieron á la cita. Piscop se abstuvo.

Los dos hermanos achacaron al ausente todas las responsabilidades. Todo era Piscop, siempre Piscop.

Ahora bien: éste, como un ídolo chino en el misterio de las silenciosas pagodas, hacía consistir su poder en la invisibilidad.

Se le podía cargar con todo; tenía buena espalda y no estaba allí, para que no se le interpelase directamente. Los otros se aprovechaban de ello.

Por fin, el conde Juan, renunciando á toda dignidad, resolvió ir él mismo á la granja y sorprender en su guarida á aquel enemigo tan determinado como incoercible.

Y así lo hizo.

La cena de los labradores acababa á eso de las ocho y media. Una noche, á esa hora, cuando todo el mundo estaba todavía á la mesa, el conde de Valroy, con estupefacción general, empujó la puerta y entró.

Al principio no le conocieron en la penumbra; habían oído el ruido de un caballo que entraba al trote largo en los patios; pero aquel noble señor era el último á quien se podía esperar en tales lugares. Juan se anunció á sí mismo con voz breve:

—El conde de Valroy.

Hubo una conmoción en la asistencia; algunos cuerpos se levantaron de bancos y sillas. El conde añadió:

—Seguid sentados.

Mandaba todavía á pesar suyo; pero las circunstancias le inducían á la cólera y las inflexiones de su

voz tradujeron ese sentimiento. Después de un instante de silencio, continuó:

—Piscop, tengo que hablar con usted, quiero hablarle..., hace un mes que usted me rehuye. No se digna usted responder á mi llamamiento..., pues bien, vengo yo mismo..., sus cuñados me dicen que es usted el que lo dirige todo y quiere mi ruina. Va usted á decirme por qué. Esta vez le tengo y no se me escapará.

Piscop, sintiéndose observado por toda la familia, se afirmó en su papel, aunque un poco de emoción hiciese temblar sus primeras palabras:

—Señor conde, no trato de escaparme y estoy á su disposición. Después de todo, vale más que se digan estas cosas de una vez para siempre.

Se volvió hacia el extremo de la mesa y dijo:

—¡Eh! Las mujeres, los chicos y los mozos, fuera. Vosotros, mis hermanos, mis hijos y mis sobrinos, quedaos..., estáis interesados y sois del consejo.

El labrador se tomaba tiempo para reflexionar y calcular lo que iba á decir.

Cuando, con gran ruido de zuecos, la sala quedó vacía de faldas, criados y chiquillería, Piscop se levantó, cogió en un aparador una botella de aguardiente, puso nueve vasos delante de las nueve personas presentes y los llenó con lentitud. Juan rechazó su vaso.

—No, yo no bebo...

—Pero, señor conde, es del bueno, del añejo...

—Bueno, añejo, me es indiferente... No he venido á buscar urbanidades, sino explicaciones.

—Puede que haga usted mal, señor conde; á veces las explicaciones se modifican después de beber un trago juntos; pero, en fin, sea como usted quiera.

El campesino levantó el vaso á la altura de la vista, le miró, saludó con un gesto y se lo bebió de un trago. Los demás le imitaron puntualmente.

Ninguno decía palabra. Tiesos en sus sillas, dejaban hablar á aquel á quien aceptaban como amo. Gervasio, sin embargo, rojo como una escarlata, se comía los labios y se desgarraba con las uñas las palmas de las manos.

Juan de Valroy, sentado en un sillón de madera, esperaba que el labrador hablase.

Este cruzó los brazos sobre la mesa y con la cabeza baja abordó el asunto.

—Señor conde, parece que se queja usted muy alto de haber sido engañado, y hasta robado, por nosotros en las operaciones realizadas hace cinco años. ¿Puede usted decirnos cómo?

Juan se irritó en seguida.

—¿De modo que es usted quién interroga?.. Palabra de honor, es el mundo al revés... No parece sino que constituís los ocho una especie de tribunal ante el cual no tengo yo más que inclinarme. Nada de eso, Piscop y todos vosotros, sabed que vengo á acusaros y convenceros; falta saber si estáis bastante endurecidos en el crimen para perseverar en él ó si la voz de la justicia y de la razón puede todavía traeros á caminos más rectos y á soluciones mejores...

—Ande usted, señor conde, dijo Piscop recostándose en su silla con los brazos todavía cruzados.

Después, cerrando los ojos, añadió:

—Acúsenos usted y convénzanos; le escuchamos.

El conde se levantó no pudiendo estarse quieto, é inclinado sobre la mesa, vagamente iluminada por dos lámparas de estilo antiguo, empezó:

—Hace cinco años, cuando os substituisteis á mis diversos acreedores y os consentí hipotecas sobre mis edificios, mis bosques y otras garantías además, se convino en que después de estos cinco años el contrato sería renovado por sí mismo y que nuestros convenios volverían á tomar fuerza y derecho para otro plazo de igual duración...

Piscop le interrumpió:

—¿Tiene usted un papel y firmas que establezcan lo que afirma?

—No, dijo el conde, tengo su palabra de usted y la de Carmesy.

Piscop movió la cabeza.

—No veo qué tiene que ver Carmesy con todo esto; nunca ha sido portador ó concesionario de ninguno de sus créditos de usted. Era un amigo que le aconsejaba...

Al decir esto no pudo menos de sonreir y miró de reojo á sus hermanos.

—En cuanto á nuestra palabra no recuerdo haberla dado... ¿Os acordáis vosotros?

Los dos Grivoize negaron todo recuerdo con un enérgico movimiento de cabeza. El conde murmuró entre dientes:

—¡Canallas!

Ninguno quiso oir, pero Gervasio se puso lívido.

Piscop, muy tranquilo, siguió diciendo:

—Ya ve usted, señor conde, que se puede tener educación é instrucción y ser de gran familia, é ignorar los negocios. Usted lo prueba una vez más. No hay más promesas ó palabras válidas que las palabras y las promesas escritas. Las otras serían demasiado discutibles para darles fe. Es muy posible que uno de nosotros, un día cualquiera, en el aire y respondiendo á una petición entre otras mil, le haya prometido á usted, en efecto, una renovación; pero si lo ha hecho, no ha podido hacerlo seriamente y usted lo sabía bien, pues no tenía autoridad para comprometer al grupo; solamente nuestros compromisos firmados y colectivos podían asegurar á usted la ejecución de un verdadero contrato...

Juan miraba á aquel hombre mientras hablaba.

Su cara, que parecía tallada en dura madera, se iluminaba de contento al ver delante de él á aquel noble señor del país, humillado de tal modo y vacilando entre un movimiento de cólera y una petición de gracia.

Fué aquella una dura lección para el pobre conde; para los demás fué un nuevo desquite de un pasado de diez siglos; todos gozaron de ella en silencio, astuta y maliciosamente.

Piscop continuó:

—Si fuera usted justo, ya que habla de justicia, y razonable, ya que habla de razón, recordaría cuál era su situación hace cinco años, cuando nos substituímos á sus primeros acreedores. Aquellos eran usureros, judíos y árabes, que le habían trasquilado hasta el pellejo; en aquella época pagaba usted, sin pestañear ni gritar, intereses de treinta y cuarenta por ciento. Con nosotros no ha habido nada de eso; hemos venido, le hemos ofrecido cinco años de plazo para rehacerse, para prever y remediar el mal, y cinco años son tiempo... Si no sale uno de apuros en cinco años, no sale nunca... ¿Qué hemos pedido en cambio? Seis por ciento, nada más, con una pequeña comisión para los intermediarios. ¿Somos unos ogros?

La pregunta quedó sin respuesta; y el labrador siguió diciendo lentamente:

—Durante cinco años, ha dormido usted á pierna suelta, ha vivido usted bien, dado fiestas, gozado del presente y olvidado el porvenir, es decir, el vencimiento. ¿Debíamos nosotros ir á su casa, á turbar la fiesta, para advertirle que los días se iban y con ellos los meses y los años?.. ¿Cómo nos hubiera usted recibido?.. Y pasados los cinco años, se despierta usted y grita: «¡Fuego!..» No comprendo; no comprendemos.

El conde escuchaba impasible y con los brazos cruzados. Por un momento estaba reconquistado y se esforzaba por estar tranquilo. Con voz reposada, replicó:

—Habla usted como un libro; son ustedes unos santos; pero lo que los pierde es el orgullo. Tienen la pretensión de burlarse del mundo, y olvidan que todo el mundo tiene más talento que ustedes. A pesar de sus órdenes de bolsa y de sus operaciones de banca, siguen ustedes siendo gentecilla de cerebro obscuro, de espinazo encorvado y de mirada vizca por herencia. Sus abuelos han arañado demasiado la tierra, temiendo recibir golpes, y á ustedes les queda algo. Esto en cuanto á su moralidad, y para probarles que no me engañan sus hermosas frases y que si quieren burlarse de mí, después de quedarse con mis bienes, la cosa no es posible... Llegan ustedes cien años tarde; el Terror ha pasado...

Al oir aquellas impertinencias dichas sin prisa, la cuadrilla de los harapientos agrupada en torno de la mesa se estremeció primero; después se produjo un sordo rumor, y por fin estalló un clamor de odio en la sala baja y ahumada.

Todos se pusieron en pie gesticulando; Gervasio aullaba:

—Basta, basta; está usted aquí en nuestra casa... ¡Cuidado!

Se adelantó amenazador, pero Piscop le cogió por un brazo y le obligó á volver á la sombra. Grivoize el mayor, rodeado de sus hijos, vociferaba amenazas:

—¡Enhorabuena! Mejor es así... Si había algún escrúpulo, ya no le hay... Le estrangularemos á usted como á un conejo, sí, como á un conejo.

Grivoize el menor é Hilario también rabiaban.

—¿Le oís? No se anda con rodeos; somos unos harapientos, unos destripaterrones, unos descamisados... ¡Y quiere que le tengamos consideraciones!..

Pero Juan de Valroy, dominando el tumulto, siguió diciendo:

—Ladrad, pero no morderéis... ¿Queréis la guerra? La tendréis; vuestras transacciones no pueden ser honradas y hay tribunales en Francia. Ya veremos. Os creéis muy fuertes, como todos los brutos, pero entre un procurador y un juez, cambiaréis de color y de tono.

Todos se quedaron callados.

Aquellos campesinos, á pesar de su confianza en su causa y de su certeza de tener el derecho de su parte, estaban confusos. No les gustaba aquella especie de evocaciones, pues conservaban todavía, por atavismo, miedo á una justicia poco clemente con los pobres.

Por fin Piscop, mirando al suelo, dijo con indiferencia:

—Como usted quiera...

Pero Gervasio avanzó de nuevo y habló; su padre, cansado de ser prudente, le dejó hacer.

—Señor conde, tiene usted razón, somos unos brutos y gente de poco más ó menos; pero entonces, ¿por qué está usted aquí? No se va á implorar piedad y á mendigar tiempo, que es dinero, á casa de los brutos cuando se es como usted un magnífico señor cuyos abuelos zurraban á los nuestros... Por esto está usted perdido y todos los discursos son inútiles. Cuando un villano tiene en la mano la garganta de un noble, el villano aprieta los dedos si no está loco. Vengamos á los viejos del tiempo de los reyes; á los que no comían para que ustedes engordasen; á los que sufrían, trabajaban, lloraban y deseaban la muerte como único descanso... Ahora somos los más fuertes y debemos aprovecharnos. ¿Qué almas serían las nuestras si no? No somos tan cristianos...

Gervasio tomó aliento para continuar la peroración:

—Lo que pasa está dicho en pocas palabras. Del lado de usted orgullo, locura y desidia; del nuestro odio, envidia y voluntad. Hace cien años que los Grivoize y los Piscop trabajan para conseguir lo que hoy sucede, que la granja se coma al castillo, para que el castellano venga á la granja á implorar al villano, y para que el villano responda á ese señor vacío: «Siga usted su camino, buen hombre, no tenemos nada para usted.»

El conde Juan, lívido bajo aquel chaparrón de insultos, trataba de protestar; pero siempre su voz había sido cubierta por un rumor creciente, que se apaciguaba al instante cuando era Gervasio el que hablaba.

Cuando éste se calló, se manifestó en los presentes cierto asombro. Aquellas frases excedían á todo lo que se había previsto como réplicas violentas. Los jóvenes estaban satisfechos; los viejos movían la cabeza. Todos contemplaban al enemigo, el señor conde Juan de Valroy-Reteuil, esperando y temiendo lo que iba á decir ó á hacer.

El conde, viendo que su ruina era definitiva, sentía ganas de matar.

Si en aquel momento hubiera tenido un arma en la mano, la sangre hubiera acaso corrido.

Perdió la cabeza, opuso la injuria al insulto y se dirigió con los puños cerrados hacia aquellos brutos, que retrocedían á pesar de todo.

—¡Canallas! Los salteadores de caminos valen más que vosotros, porque al menos arriesgan el pellejo. Y tú, hijo de tu padre, miserable, hijo de miserable, que vomitas tu odio delante de mí, paleto de manos sucias, que te crees mi igual porque tu saco está lleno y mi bolsa vacía, escucha y comprende. No, no serás nunca delante de mí más que un triste pelagatos... Soy y seré siempre tu amo. Y la prueba es esta: si te hubieras atrevido á decirme una sola palabra más alta que otra en el castillo que es todavía mío, te hubiera hecho arrojar á la calle por mis lacayos, mientras que yo, en tu casa, á ti, á tu padre y á toda tu familia de bandidos, os escupo á la cara cuatro verdades que no pueden ser más que cuatro ultrajes, y ni uno de vosotros, viejo ó joven, pequeño ó grande, se atreve á hacer el gesto de mostrarme la puerta... Esta es la diferencia. Tú eres Piscop y yo Valroy; yo te tuteo y tú me llamas señor conde; cuando yo levanto la mano, tú preparas la espalda; es cuestión de costumbre y está muy bien así. Sí, ya lo ves, gran imbécil, orgulloso de tu fuerza, te mueves encogido y no sabes dónde meterte... Tu padre y tus tíos bajan la nariz y sienten cosquilleo en las piernas... ¡Paletos! Como los perros de trailla, habéis conocido la voz del dueño y os corre el escalofrío por el pelo. Aquí estoy, delante de vosotros, en vuestra casa, y ninguno se mueve. Si me voy es porque quiero y porque me da asco respirar vuestro aire y mirar de cerca vuestras caras de estúpidos lavadas en sudor... Adiós.

Y considerándose por fin superior en el insulto y contento de sí mismo, Juan de Valroy salió de la casa y se marchó.

Detrás de él se levantó de nuevo un griterío. Pero todos los Piscop y todos los Grivoize se quedaron cabizbajos y humillados.

—Ya nos desquitaremos en el arreglo de cuentas, dijo el mayor; se le apretarán los tornillos una vuelta más y se irá en cueros, yo os lo digo.

Pero por más que hacía, la broma sonaba á hueco. Cada uno en su rincón pensaba en algo y se rascaba la oreja. El conde había dejado rencores ardientes.

—¡Bah!, dijo Piscop afectando desenvoltura, hay que bajarse para recoger.

(Se continuará.)

POESÍA,

CUADRO DE ROBERTO FOWLER

Bien le cuadra el título al bellísimo cuadro del celebrado pintor inglés; sí, todo en él respira poesía, lo mismo la ideal figura cuyo cuerpo cubren tenues gasas que dejan adivinar formas esculturales, que el umbrío bosque á cuya sombra la hermosa doncella descansa. La poesía está allí hasta en los más pequeños pormenores; flota, por decirlo así, en el aire invadiéndolo todo, penetrándolo todo, derramando sobre todos los objetos sus dulces y misteriosos efluvios.

Contemplando este lienzo no habrá quien no sienta la emoción suave que se apodera de nuestra alma ante la presencia de cualquiera manifestación de la verdadera belleza, de esa belleza absoluta, inmanente que subsiste al través de los siglos, desafiando la acción del tiempo, y que resiste á los caprichos de la moda, triunfando siempre de las veleidades de la inteligencia humana.

Contribuye no poco á ese efecto que produce *Poesía* la admirable factura, la armonía del colorido, la misma vaguedad de algunos trazos con que el autor ha exteriorizado su idea y ha dado forma á su sentimiento.



Poesía, cuadro de Roberto Fowler

PAISAJE DE LA GARRIGA,

CUADRO DE RICARDO DURÁN

Existe junto al pintoresco pueblo de La Garriga un pequeño bosque poblado de árboles seculares que hasta ahora ha respetado, en gran parte por lo menos, la mano del hombre. Es un sitio delicioso, encantador, en donde no pocos de nuestros más afamados artistas han encontrado abundantes temas para sus composiciones; díganlo, si no, Modesto Urgell, Galwey y tantos otros que han reproducido en el lienzo los más poéticos rincones del «Bosque de 'n Tarrés.»

Raimundo Durán se ha inspirado también en ese precioso bosque y ha sabido sentir intensamente toda su poesía en el cuadro que en esta página publicamos: los añosos troncos de las encinas, su espeso follaje al través del cual los rayos del sol se filtran, el rústico sendero bañado á trozos en luz y á trozos envuelto en la penumbra, todo está en esa obra hondamente sentido y ejecutado con una sobriedad y una sinceridad que revelan un verdadero temperamento de artista.

NUEVO TRATAMIENTO

CONTRA EL MAREO

Un alemán, Roberto Otto, ha descubierto un medio de combatir el mareo, que ha sido ensayado con éxito en varios buques. El invento consiste en una butaca cuyo asiento está animado de un doble movimiento de trepidación, horizontal y vertical, producido por un pequeño motor situado entre los pies de aquélla.

La butaca determina en el cuerpo del que en ella está sentado las mismas sensaciones que se experimentan yendo en automóvil por una carretera, y la teoría del sistema es que las pequeñas vibraciones rápidas del asiento relegan á un segundo término las largas ondulaciones del buque ó las anulan, por lo menos en sus efectos sobre el organismo.

Sea lo que fuere de la teoría de ese tratamiento, basada en el hecho de que un dolor artificialmente engendrado atenúa en muchos casos otro dolor natural, parece que la butaca vibratoria ha dado buenos resultados. En los ensayos practicados á bordo del *Patricia*, vapor de la línea de Hamburgo á Nueva York, varios pasajeros aquejados de mareo han podido comprobar que sentándose en la butaca vibratoria se sentían enteramente aliviados, unos inmediatamente y otros al cabo de un rato.

Y, cosa curiosa, parece que una sola sesión de butaca puede dar la inmunidad para toda la travesía; á lo menos así se ha notado en la mayoría de los casos.

En algunas personas el mareo se ha reproducido al cabo de algunas horas; pero una segunda sesión las



Paisaje de La Garriga, cuadro de Ricardo Durán

ha restablecido definitivamente. Otros individuos, la minoría, sólo se sentían bien mientras permanecían en la butaca, experimentando nuevamente el malestar en cuanto se levantaban; así es que pasaban sentados en ella la mayor parte del tiempo.

Hay que hacer constar, sin embargo, que la butaca no producía alivio alguno en los pasajeros que habían dejado que el mareo se apoderara de ellos durante algunos días, lo cual indica que ese tratamiento debe emplearse más bien como medio preventivo que como medio curativo de tan molesta enfermedad.

RETRATO

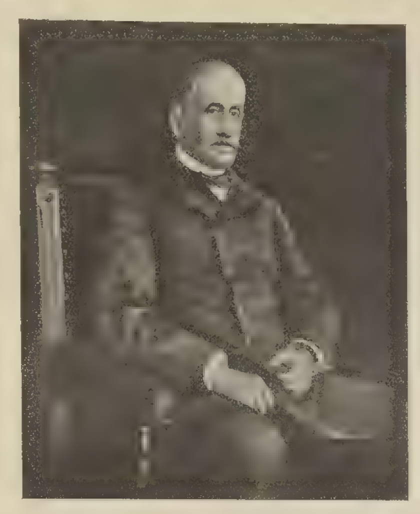
DEL EXCMO. SR. D. MANUEL GIRONA

PINTADO POR JOSÉ M.ª MARQUÉS

Hace pocas semanas, los concurrentes al Salón Parés tuvieron ocasión de admirar un retrato que con destino al Banco de Barcelona ha pintado el notable artista José M.ª Marqués del Excmo. Sr. D. Manuel Girona, presidente que fué de aquella importante sociedad mercantil.

El retrato, que adjunto reproducimos, es notable por el parecido, no sólo en lo físico, sino además en la expresión; el rostro tiene la serenidad, la viveza, la mirada penetrante, que caracterizaron al Sr. Girona, y en la actitud que al cuerpo ha dado el artista se reflejan la seriedad, el reposo, la reflexión madura que constituían el modo de ser del eminente financiero.

Muchas y muy justas felicitaciones ha recibido Marqués por esa obra, nueva demostración de su talento y de sus dotes artísticas; á ellas unimos las nuestras más sinceras y entusiastas, que expresamos con tanta mayor complacencia cuanto que se trata de un antiguo y querido colaborador de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA.



RETRATO DEL EXCMO. SR. D. MANUEL GIRONA, pintado por José M.ª Marqués con destino al Banco de Barcelona

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCION

POR AUTORES Ó EDITORES

CENSO GENERAL DE POBLACIÓN, EDIFICACIÓN, COMERCIO É INDUSTRIAS DE LA CIUDAD DE BUENOS AIRES, levantado en los días 11 y 18 de septiembre de 1904 bajo la administración del Sr. D. Alberto Casares, por *Alberto B. Martínez*, Director de la Estadística Municipal. – Un tomo de 554 páginas, repleto de interesantes datos estadísticos ampliamente razonados y con multitud de grabados, láminas en negro y en colores, planos, etc. Impreso en Buenos Aires en la imprenta de la Compañía Sud-americana de Billetes de Banco.

ALEGRE, por *G. A. Martínez Zuviría*. – Interesante novela que ha valido á su autor, joven escritor argentino, los más entusiastas y justos elogios de la prensa americana. Dos tomos editados en Madrid por Fernando Fe. Precio, cuatro pesetas en España y dos pesos, m. n. en América.

PILAR. EL CIGARRILLO. Habaneras, por *F. Xalabardé*. – Pieza musical editada en Barcelona por la casa Musical Emporium. Precio, dos pesetas.

LA CONQUISTA DE MÉXICO. EL DESCUBRIMIENTO DEL OCÉANO PACÍFICO. LA CONQUISTA DEL PERÚ. Poemas por Bernabé Demaría. – Forman estos tres poemas, escritos en diversos metros, dos tomos (30 x 22) de 418 y 324 y LXIV páginas respectivamente. Contienen los retratos de Hernán Cortés, Vasco Núñez de Balboa y Francisco Pizarro y muchas interesantes notas explicativas. Han sido impresos en Buenos Aires en la Imprenta Europea.

DON LUIS DE REQUESENS Y LA POLÍTICA ESPAÑOLA EN LOS PAÍSES BAJOS. Discursos leídos ante la Real Academia de la Historia en la recepción pública del *Sr. D. Francisco Barado y Font* el día 27 de mayo de 1906. – Un tomo de 154 páginas que, además del notable discurso del Sr. Barado, contiene el de contestación de D. Julián Suárez Inclán y unas notas biográficas de D. Francisco Silvela. Impreso en Madrid en la imprenta del Patronato de Huérfanos de Administración Militar.

EL CIRCUITO DEL SARTHE

EL GRAN PREMIO DEL AUTOMÓVIL CLUB DE FRANCIA

El gran premio del circuito del Sarthe ha sido consecuencia del acuerdo del Automóvil Club de Francia de no tomar parte en las carreras de la copa Gordón-Bennet, y las condiciones para el mismo adoptadas tendían á poner de manifiesto, en un largo esfuerzo, las dos cualidades ideales del automóvil, la velocidad y la resistencia, puesto que contrariamente á lo que sucede en aquéllas, se declaraba vencedor al que recorriese el trayecto en menos tiempo, fuesen cuales fuesen las causas del retraso de los que tardaran más.

El recorrido de 1.240 kilómetros debía hacerse en dos etapas y en un circuito de 104 kilómetros de forma triangular, situado cerca de la ciudad del Mans. Los automóviles inscritos han sido 34, de los cuales 25 eran de once casas francesas y los otro nueve de marcas extranjeras; á última hora se retiraron dos de los primeros.

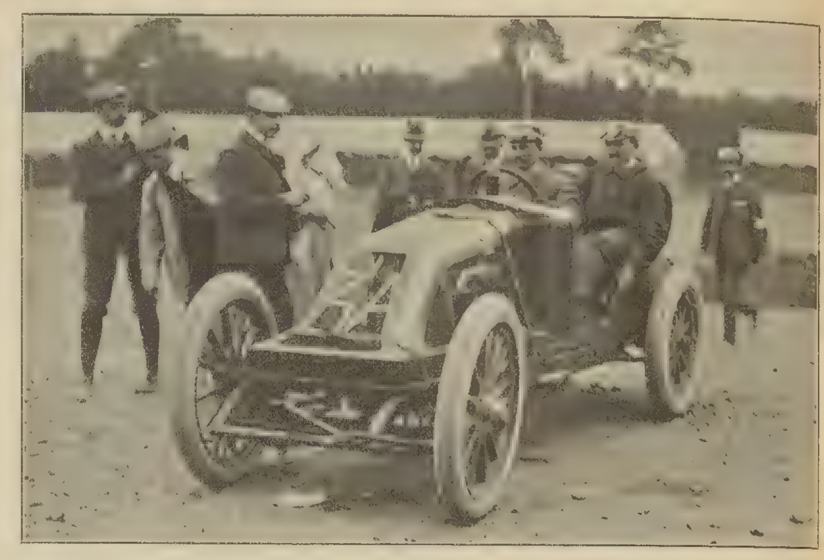
En la prueba del primer día, que se efectuó el 26 de junio último, resultó vencedor Sisz que montaba un Renault de 105 caballos y empleó 5 horas y 45 minutos en recorrer los 600 kilómetros; de los 32 automóviles que la empezaron, solamente la terminaron 17, trece franceses y cuatro extranjeros.

En la prueba del segundo día, 27, tomaron parte los diez y siete que habían terminado la prueba anterior; pero sólo pudieron correr hasta el final once, siete franceses y los cuatro extranjeros.

El resultado definitivo de las dos pruebas fué el siguiente:

1.° Sisz (automóvil Renault con llantas desmontables y neumáticos Michelin), en 12 horas, 14 minutos y 7 segundos; 2.° Nazzaro (automóvil italiano con llantas desmontables y neumáticos Michelin), en 12 horas y 46 minutos; 3.° A. Clement (automóvil Bayard, con neumáticos Dunlop), en 12 horas, 49 minutos y 46 segundos; 4.° Bariller (automóvil Brasier, con neumáticos Continental), en 13 horas y 53 minutos; 5.° Lancia (automóvil italiano, con llantas desmontables y neumáticos Michelin), en 14 horas y 22 minutos; 6.° Heath (automóvil Panhard, con neumáticos Michelin), en 14 y 47 minutos; 7.° Barras (automóvil Brasier, con neumáticos Continental), en 15. 15 minutos y 50 segundos; 8.° Duray (automóvil Lorraine A. Dietrich, con neumáticos Michelin), en 15 horas y 26 minutos; 9.° Pierry (automóvil Brasier, con neumáticos Continental), en 16 horas y 15 minutos. 10.° Burton (automóvil Mercedes, con neumáticos Continental), en 16 horas, 18 minutos y 40 segundos; y 11.° Mariaux (automóvil Mercedes, con neumáticos Continental), en 16 horas, 38 minutos y 51 segundos. En toda la carrera no hubo que lamentar más accidente grave que el de Testa, que guiaba un automóvil Panhard y que en un vuelco, cuando llevaba una velocidad de 140 kilómetros por hora, sufrió la fractura de un muslo y de dos costillas.

Las carreras fueron presenciadas por numerosa y distinguida concurrencia. – S.



EL CIRCUITO DEL SARTHE. GRAN PREMIO DEL AUTOMÓVIL CLUB DE FRANCIA. – EL VENCEDOR SISZ REGRESANDO AL PARQUE DESPUÉS DE SU TRIUNFO. (De fotografía de M. Rol y C.ª)

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustración Artística

Año XXV — Barcelona 16 de julio de 1906 — Núm. 1.281



FIGURA DECORATIVA, cuadro de Alfredo Agache

(Salón de la Sociedad Nacional de Bellas Artes. París, 1906)

SUMARIO

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

¿No habéis experimentado algunas veces un goce especial, de sedación, con la vida, no digo del campo, sino de provincia?

Salís de Madrid, donde os acosan innumerables quehaceres, infinitas distracciones, impresiones múltiples, reiteradas, de agitación ardorosa y vehemente—noticias, ingeniosidades, chistes, chismes, maledicencias, augurios políticos, juicios literarios fustigadores, solicitudes, asuntos de poco momento pero de gran tráfago, encuentros de amigos, de conocidos que apenas recordáis, de negociantes con quienes tenéis alguna relación momentánea de compraventa; todo el ruido de la sociedad y todo el remolino de la aglomeración humana en una capital casi grande,—y entráis en el apacible remanso de una ciudad de provincia, que, en opinión de muchos de sus habitantes, «está muerta,» y que á vosotros no os produce la impresión repulsiva de la muerte, sino la grata del sueño, de la siesta prolongada, que acorta las horas tediosas del día.

Podrá mucha parte de esta impresión ser efecto del contraste; el organismo recibe siempre con placer el cambio; la diversidad es como rocío para una flor mustiada y lacia. Ello es que sentís complacencia. La lucha, esa lucha fiera de los intereses y los apetitos, existe en provincia quizás más intensa y encarnizada que en Madrid, pero á primera vista no se nota: hay que penetrar en la entraña de la provincia para darse cuenta de la batalla sorda que se riñe. Por encima se extiende una capita de vegetación fresca, que parece la misma imagen de la paz, esa vegetación corta y florida de los estanques inmóviles.

Y os halaga, en primer término, la apacibilidad de las calles. La gente va y viene» no es que estén desiertas; únicamente la falta de coches y tranvías, automóviles y pregones ruidosos, les presta esa blanda quietud. Por otra parte, este gentío de provincia no es el insolente y vocinglero de la corte española: no escucháis esas frases secas, insolentes, fanfarronas, que hombres y mujeres, chulos y chulas, cambian con el menor pretexto, sin que medie ofensa ni discusión, sólo por el *sport* de insultarse. Los mendigos son menos tercos y porfiosos; los chiquillos, en cambio, más pegajositos: se ve que andan mejor tratados, y que se les consiente. Los curas no se deslizan furtivos y avergonzados: van con aire tranquilo, bien plegado el manteo, camino de su iglesia. El domingo se diferencia de los demás días de la semana, no en el griterío procaz y pintoresco de la fiesta tauromaca, sino en el clangor insistente de las campanas mañaneras, y por la tarde, en la irrupción de muchachas, criadas de servir, que repeinadas y con sus mejores atavíos, inundan el paseo, y van y vienen al son de la música. Muchas tardes de domingo veis que se abren aprisa los balcones y las ventanas; que manos solícitas cuelgan trapos más ó menos ricos, y viejas colchas de damasco prelado, cortinas de percal, banderines descoloridos, las variedades de la colgadura de fiesta. Y un olor de hinojo pisado sube del pavimento de la calle, y señoritas de blusa clara se asoman sosteniendo en las manos bandejas llenas de pétalos de rosa. La procesión desfila: San José y la Virgen, juntos y protegiendo al Niño, pasan como pasaban en nuestros sueños infantiles: bondadosos, graves, luciendo la Dama su amplio manto de cola, rozagante, de tisú de plata y azul zafir, el Carpintero envuelto en pliegues de terciopelo amaranto recargado de oro... Cabezas calvas, manos que empuñan cirios, uniformes recién cepillados, lustrosos al sol, estridores de música militar, y el hinojo que perfuma más recio, con su aroma agreste y tosco... La gaita, repitiendo un mismo compás de danza regional; el tamboril, alborotando con la ingenuidad de un chico travieso; el palio, el *tac* solemne de sus varas en las losas de la calle...



Colegio de niñas en la procesión de Corpus, Hospital de Beaune, cuadro de J. Geoffroy. (Salón de la Sociedad de Artistas Franceses. París, 1906.)

En los balcones la gente se postra; manos blancas, pequeñas, proyectan la lluvia de rosas hacia el flojón que forma la tela del palio en el centro. Y el oro de las capas pluviales se matiza de colores vivos de pedrería: hojas bermejas, hojas carmesíes, hojas pálidas, flotan alrededor y caen despaciosamente sobre los cráneos desplumados y las rizadas pellices. Después de que la procesión se aleja, la calle queda en religioso silencio absoluto, en soledad completa, trascendiendo fuertemente á flores y hierbas campestres; las ventanas siguen abiertas y están vacías; veis pasar á un criado que entra en una casa, llevando en las manos una especie de linterna de hojalata, que sostiene con cuidado exquisito... Es el «helado,» el refinamiento característico de los días de procesión. En copas celestes, de pie blanco, se yergue una pirámide amarilla, de mantecado, una pirámide rosa, de fresa, á veces un arlequín, bicolor. La familia espera ansiosamente la llegada de la linterna misteriosa. «Ya lo tenemos ahí,» exclama con bonachona alegría el padre. Sobre el velador de la sala—retirado el tapete de *macramé*—se colocan en círculo las copas colmadas; en el centro, la ligera cestilla llena de barquillos. Y la chiquillería, antes de disfrutar su parte, se enguanta con ella los dedos; diez barquillos, diez dedos tiesos que esgrimen riendo los varones contra sus hermanitas...

¿Por qué ha de ser menos interesante este cuadro patriarcal, que el de las señoronas empingorotadas en su *mail coach* y merendando emparedados que el Champagne riega? Declaro que, allí donde la suerte me depara una escena llena de vida, la contemplo con el mismo encanto. Cada día el espectáculo del mundo me parece más digno de fijar en él los ojos; con lo que tiene de malo y de bueno, de cruel y de inocente, de inmoral y de honesto... Y bajo estos suaves y apenas delineados resaltes de las costumbres provincianas, está la humanidad tan viviente y tan activa como puede estarlo en el brillante cosmopolitismo y la agitación desenfrenada del París que se divierte, y que á mí no me divierte sino por la observación.

En esta existencia sin relieve violento, llana y uniforme, el acontecimiento es la llegada de los periódicos. Los dos ó tres primeros días que se pasan en provincia, no se tiene gana de leer diarios madrileños. ¿Para qué? Se viene saturado de esa lectura, mejor enterado que ellos, por las conversaciones, donde se dice y cuenta lo que en letras de molde no puede decirse. A la media semana, vuelve á preocupar lo que «por allá» sucede, y es una emoción, leve, pero al cabo emoción, el oir vocear, en la calle principal, al encenderse los primeros focos del alumbrado, la prensa de Madrid. Un enjambre de pilluelos se esparce, gritando á todo pulmón: «*¡Dencia! ¡Beral! ¡Parcial! ¡Paña Nueva!..*» Una lluvia menuda de *perros chicos* va ingresando en sus bolsillos rotos y pringosos. En los cafés se lee con avidez; los excelentes padres de familia se llevan á sus casas el periódico preferido, á fin de comentarlo y desmenuzarlo entre el pescado frito y la ensalada de la cena. ¿Qué ha sucedido? ¿Se han descubierto más cómplices de Morral? ¿Quién viaja? ¿Quién se casa? ¿Quién se muere? Todo esto sazona con sal de curiosidad las blancas rajas de merluza.

¡Ah! Si el pueblo de provincia es un puerto de mar, cuento entre sus delicias la de comer peces frescos. En Madrid la frescura del pescado es rigidez artificiosamente obtenida por el hielo. El pescado que se saca del mar para llevarlo á la cazuela ó la sartén, tiene un jugo y una gracia sabrosa que pierde con los viajes, las preparaciones frigoríficas y el audaz retoque de carmín en las agallas...

Los pueblos de provincia que ven el mar no pueden confundirse con los del interior. Son ventanas por las cuales se divisa una extensión siempre variada, siempre hermosa. El puerto anima la ciudad. Desembarques y embarques hacen latir más aprisa su pulso, con la sana elevación del trabajo activo. Las mercancías le traen nueva sangre, el tráfico da finalidad á su movimiento; surgen fortunas, se crean capitales, el lujo viene detrás del dinero; y algo de fiebre moderna invade á la provincia, ansiosa de divertirse, ya que trabaja. La paz antigua se resiente á veces de esta inevitable transformación. Por las calles casi solitarias cruza un *auto*, desempedrándolas. Va como alma que lleva el diablo. Afortunadamente no tiene á quien aplastar: los chicos, medrosos ó reñidos ferozmente por sus madres si hacen alardes de valentía, se refugiaron en los portales ó se achantaron en los ángulos de la plazoleta: una vieja, santiguándose, corre hacia el atrio de la iglesia románica, para tomar asilo: una sardinera, en jarras, se ríe, arrimada á la pared, de la facha de aquellos señoritos con antiparras verdes. El monstruo pasa, sin despachurrar á nadie. Un vago asombro flota en el ambiente. ¿Antes tanto estruendo, ahora este silencio hondo, casi palpable? Y la sardinera, con voz clara y juvenil, de gallo encaramado, arroja su pregón: «¡Ay queee... sardiñas!»

Al obscurecer, las canciones de los niños derraman melancolía. ¿Quién dijo que alegraban la vida las canciones de los niños? En Madrid apenas se oyen, al menos en los barrios céntricos; en provincia, sobre todo las tardes de los domingos, ritman de un modo poético la calma que nos rodea. Los estribillos de esas canciones son folklóricos, y encierran la sugestiva tristeza de la tradición. Hay en ellas elegíacas lamentaciones de princesas Delgadinas encerradas por su tirano padre en alta torre; relatos de los martirios de Catalina, con su rueda de cuchillos y navajas; quejas sollozantes de la doncella que se quería casar y á quien sus padres llevaban engañada al monasterio; apenas si la conocida ronda de las carboneritas de la villa de Arévalo interrumpe este catálogo de antiguas tragedias. El eco puro, cristalino, de los cantos, evoca lágrimas y dolor. Y eso es lo que probablemente aguarda á los cantorcillos.

Emilia Pardo Bazán.



El demonio de los celos apoderóse del bueno de Pedro y no le dejaba sosegar

¡EL MAYOR MONSTRUO LOS CELOS!

I

He tomado para epígrafe de este artículo, que es una narración verídica, el título de una famosa comedia de Calderón; pues, aunque en pequeño, es un ejemplo más del desvarío á que pueden conducir las pasiones en su período álgido.

Pedro Vergaz era un joven de veintiséis años de edad, natural de Córdoba, en cuyo Gobierno civil estaba empleado con el modesto sueldo de dos mil pesetas anuales.

Hará próximamente dos años se casó con una joven llamada Rafaela, pues en Córdoba abundan los que llevan este nombre, por ser el de San Rafael, que según tengo entendido, es el patrón de la ciudad. Rafaela era pobre, juiciosa, de honrada aunque humilde familia. Tenía veintitrés años, y renombre de agraciada en la población. Vivía este joven matrimonio en el piso tercero de una casa contigua al paseo de *El gran Capitán*.

Permitíanse el lujo de tener un cuarterón de criada, como diría Narciso Serra, como lo era una serranita de quince años llamada Nemesia.

Pedro y Rafaela podían haber sido felices con su juventud, y con su modesto peculio, que como Córdoba no es cara, bastaba para atender á sus necesidades, con algo de economía; pero no lo eran por la siguiente razón: uno de los trece mil trescientos treinta y tres demonios que según el padre Petavio atormentan á los hombres, el demonio de los celos apoderóse del bueno de Pedro y no le dejaba sosegar. Se hizo tan celoso como el extremeño de Cervantes ó *el moro de Venecia* ó *el Tetrarca de Jerusalén*. Y estos celos repercutían como es consiguiente en la pobre Rafaela para disgustarla. Voy á contar dos ó tres rasgos del carácter de Pedro.

Una tarde al volver á su casa vió á Rafaela asomada al balcón. Cuando subió la dijo:

—¿Qué hacías en el balcón?

—Pues tomar el fresco.

—Se toma mejor dentro, fuera hay resistero.

Ya antes la había dicho:

—Mira, procura salir lo menos posible; para eso tenemos á Nemesia, para que te vaya á los recados; *la mujer casada la pierna quebrada y en casa.*

Generalmente comían cerca de anochecido, pero un día de fiesta lo hicieron algo más temprano, y salieron de día á dar su acostumbrado paseo. En la calle de José Rey se cruzaron con Rafael Guerra, el célebre ex matador de toros. Guerrita miró á Rafaela porque le gustó, como gustan todas las mujeres guapas, y Rafaela miró al Guerra con la curiosidad que inspiran los toreros, sobre todo si son de *tronío*. Pasó el diestro, y entonces Pedro dijo á su mujer con voz algo alterada:

—Mucho te ha mirado el Guerra y tú á él; parece que os conocéis de hace tiempo.

Rafaela era muy prudente, pero no pudo menos de replicar:

—¿Y qué que nos hayamos mirado? Por eso no nos hemos comido.

Los días de trabajo, los paseos de ambos cónyuges solían ser á palo seco; pero los festivos se permitían descansar en un café, en donde Pedro le tomaba leyendo algún periódico y Rafaela refrescaba con un sorbete ó barquillo relleno. La tarde á que me refiero era domingo; aguardaron á que fuese de noche y se dirigieron al café Suizo. Pedro iba á entrar delante y retrocedió diciendo:

—Vámonos.

—¿Pues qué pasa?, preguntó Rafaela.

—Que está ahí D. Lesmes.

Esto de D. Lesmes párrafo aparte merece.

II

D. Lesmes Ibarrola era un buen señor de cincuenta y un años de edad, que reunía una renta de cinco mil duros anuales, producto de un cortijo que tenía en la Sierra, de algunas tierras en la Vega y de tres casas en Córdoba. Era grande amigo de la familia de Rafaela y había visto nacer á ésta y á sus hermanas María y Carmen, aquélla casada con un capitán de carabineros, que á la sazón actuaba en Barcelona, y ésta esposa de un maestro guarnicionero establecido en la calle del conde de Gondomar.

Rafaela desde niña había sido la predilecta de don Lesmes; la mimaba, la regalaba juguetes y golosinas, y hacíala bailar sobre sus rodillas. Cuando la niña llegó á cierta edad, el cincuentón quiso casarse con ella, pero ella estaba ya en relaciones con Pedro Vergaz, y no obstante las observaciones de su familia, se casó con éste.

Pedro sabía la pretensión de D. Lesmes y no podía verle ni pintado.

A Rafaela la molestaban mucho los celos infundados de su marido, como á todas las casadas con celosos. Los celos demuestran desconfianza en la honradez de la mujer, y además á veces hacerla pensar en el fruto prohibido de la madre Eva.

D. Rafael Soler, el jefe del negociado de Pedro, protegía á éste y un día le dijo:

—Muchacho, vas á abreviar el ascenso. Mañana lleva estos pliegos á Madrid para entregarlos al secretario de aquel Gobierno. Supongo que te agradará ver la capital de España.

A Pedro le agradó á medias porque dejaba en Córdoba á Rafaela. Estuvo seis días en Madrid, pues el secretario no le despachó antes, y sesenta veces se preguntó mentalmente:

—¿Qué hará Rafaela?

III

Rafaela no hacía más que aburrirse. Quedóse sin criada, porque el padre de la serranita vino á buscarla y se la llevó á consecuencia de haberse quedado viudo. Rafaela no quiso buscar otra sin anuencia de su marido.

Una noche á las ocho salió á comprar petróleo para el quinqué y aceite para la ensalada. Cuando volvió sintió que llamaban á la campanilla de su cuarto, y vió al propio D. Lesmes, que era el que llamaba.

—¡D. Lesmes!

—Hola, Rafaelita.

—¿Pues cómo usted por aquí?

—Vengo á traerte una carta de tu hermana María, incluída en otra para mí. No sabe tus actuales señas en Córdoba.

Entre tanto Rafaela había abierto la puerta y encendido el quinqué.

D. Lesmes se sentó en un sillón y siguió diciendo:

—He venido porque sé que está ausente tu marido, pues bien me consta que no soy santo de su devoción. Vengo algo tarde por haber tenido convidados, y para esperar que refresque algo, pues hace un calor insufrible.

D. Lesmes estaba muy colorado y se limpiaba el sudor.

—¿Vas á comer?

—Sí, no le invito á usted porque ya lo ha hecho.

—¡Demasiado!

Mientras Rafaela comía el cocido hablaron de cosas indiferentes; D. Lesmes recordó particularidades de la infancia de aquélla, y la joven le oía complacida, porque le quería bien. Habíale preguntado si al entrar habló con la portera, y él la dijo que no había nadie en la portería. Esto la tranquilizó, pues supuso que Pedro no llegaría á saber que aquel viejo amigo había estado en su casa. Comió el cocido y fuése á la cocina para aderezar la ensalada. Cuando volvió al comedor encontró á D. Lesmes con los ojos cerrados, muy encarnado y respirando fuerte.

Creyó que dormía.

Acabó de comer y D. Lesmes no despertaba. Rafaela observó que su respiración era más fuerte. Eran cerca de las diez y no se apresuró á despertarle, pues la portera cerraba á esta hora y así no le vería salir, abriéndole ella. Pero dieron las diez y media y don Lesmes continuaba en el mismo estado.

Rafaela empezó á inquietarse; aquel sueño no parecía natural. Decidióse á despertarle, le llamó, le meneó; pero D. Lesmes no abría los ojos. La joven se sobresaltó; no cabía duda: á aquél habíale sobrevenido algo extraordinario. Rafaela quedóse consternada; si lo supiese Pedro iba á tener la gran desazón del siglo.

¿Qué hacer? Reflexionó y tomó una determinación. La respiración de D. Lesmes arreciaba, y para evitar que algún vecino la oyera, hizo rodar el sillón en que aquél estaba sentado que tenía ruedecillas, y le llevó como pudo á un gran cuarto al lado de la cocina, en el que había dos cofres llenos de papeles, maletas y la cama en que había dormido la serranita criada Nemesia.

Eran más de las once y media.

Se puso un pañuelo á la cabeza, cogió las llaves, bajó la escalera y abrió con precaución la puerta de la calle, salió y dirigióse al Casino de Córdoba, pues sabía que su cuñado el guarnicionero estaba allí todas las noches hasta la una. Expúsole su cuita; Martín, que así se llamaba aquél, comprendió que era necesario sacar á D. Lesmes á la calle, y así lo hicieron entre él y Rafaela, con la fortuna de no ser sentidos por nadie.

—Súbete, dijo el guarnicionero, yo le llevaré á su casa.

D. Lesmes vivía en la calle del Conde Gondomar, cuatro números más abajo que Martín. Pero llevarle no era cosa fácil, aunque aquél pesaba poco. Le sentó en un banco del paseo, llamó al guarda, que vino acompañado de un vigilante de consumos. Todos conocían á D. Lesmes por rico y por antiguo en el barrio. El guarnicionero les dijo que habíale encontrado en aquel estado, y entre todos llevaron á aquél á su casa, en donde no tardó en restablecerse.



Riña de gallos, cuadro de P. Ivanowitch. (Salón de la Sociedad de Artistas Franceses. París, 1906.)

IV

Pedro regresó de Madrid, fué á la suya, enteróse de la despedida de Nemesia é hizo á Rafaela la siguiente pregunta:

—¿Ha venido alguien?

—Nadie, contestó Rafaela, algo turbada.

Al día siguiente, D. Rafael, el jefe de negociado, dijo á Pedro:

—Mira, muchacho, tráete mañana tu credencial; vamos á pensar seriamente en tu ascenso.

A consecuencia, cuando á la mañana siguiente vistióse Pedro para ir al Gobierno, entróse en el cuarto contiguo á la cocina, pues la credencial estaba en uno de los baúles. Mientras le abría, en la penumbra del cuarto vió brillar una cosa en el suelo, alzóla y encontróse con una cartera, cuyo cierre relucía. La abrió, y por poco se queda convertido en estatua de magnesia como el diablo en la fábula de Miguel de Los Santos Alvarez, cuando registrándola, se halló con dos cartas y dos tarjetas que decían:

LESMES IBARROLA

Ex diputado provincial y propietario

Buscó á Rafaela, que limpiaba un vestido, y con los ojos echando ascuas la dijo:

—Como me has dicho que no ha venido nadie, supongo que esta cartera de D. Lesmes se ha entrado sola al cuarto obscuro.

Rafaela consternada contestó:

—Ya te explicaré...

—Luego, es tarde, y no quiero faltar por ti á mi obligación.

Y dando un portazo salió de su casa.

Estuvo en el Gobierno agitado y nervioso, regresó á su casa, y ya había rebasado la portería, cuando llamóle la portera.

—¡D. Pedro, D. Pedro! Su señora me ha dejado el picaporte para que se le dé á usted.

—¿Dónde ha ido?

—No ha dicho nada; ha salido con un mozo que llevaba un baúl.

Pedro subió corriendo la escalera, entró en su casa y lo primero que vió sobre la mesa del comedor fué una carta que decía así:

«Pedro, estoy cansada de sufrirte. Yo me creí tu compañera y he sido tu esclava. Adiós, me voy con mi hermana María.»

V

¡Pobre Pedro, aunque lo tuvo bien merecido! Aquella ausencia y aquella carta fueron como un rayo que pulverizó su no muy firme inteligencia. Desde aquel día cometió varias inconveniencias, que aumentando en los sucesivos no hubo más remedio que dejarle cesante. Como á la vez acreció su perturbación mental, de tumbo en tumbo cayó en la miseria.

¡Pobre Pedro! Al principio razonaba algo, y afirmaba que su mujer había huído con D. Lesmes. Ahora, pues aún vive, sólo se le oye murmurar por lo bajo: «¡D. Lesmes, D. Lesmes!»

Vive porque un cubero que fué amigo de su padre le da un rincón para que duerma sobre un jergón, y porque D. Rafael, el del Gobierno, hace que le bajen al portal de su casa restos de su comida. Los celos fueron para Pedro el monstruo de la miseria.

Cuando le quedaba un átomo de juicio, Pedro aseguraba la fuga de Rafaela con su viejo pretendiente. ¡Quién sabe si tenía razón! Lo cierto es que ninguno de los aludidos han vuelto á parecer por Córdoba.

¡Los niños y los locos dicen las verdades!

F. Moreno Godino.

(Dibujo de J. Borrell.)



La dama del sombrero, cuadro de Mme. M. Curot-Barberel

(Salón de la Sociedad Nacional de Bellas Artes. París, 1906.)



El primer baile, cuadro de A. Faugerón

(Salón de la Sociedad de Artistas Franceses. París, 1906.)



Danza campestre, cuadro de E. Doigneau. (Salón de la Sociedad de Artistas Franceses. París, 1906.)



Desórdenes en Finlandia.— Grupo de revolucionarios dirigiéndose á un «meéting» llevando la bandera roja

DESÓRDENES EN FINLANDIA

El espíritu revolucionario que desde hace tantos meses domina en una gran parte del imperio ruso y que mantiene en importantes ciudades un perpetuo estado de lucha, se ha propagado á Finlandia, en donde ha encontrado el terreno perfectamente abonado, gracias al modo de ser especial de aquel territorio y á los agravios que del autocratismo ruso tienen los finlandeses recibidos.

Aquel pueblo que hasta hace poco disfrutó de una completa autonomía, vió suprimidas sus más caras libertades sin otra razón que la voluntad omnipotente del tsar, y se encontró sujeto á un régimen excepcional cuya única ley era, por decirlo así, el capricho de unas autoridades despóticas que trataban como esclavos á quienes por naturaleza habían sido hasta entonces libres. Los pactos que unían á Finlandia con el Imperio fueron alevosamente infringidos; la fuerza se impuso al derecho, y á las sabias instituciones propias, piadosamente conservadas y transmitidas por la historia y por la tradición, substituyeron instituciones exóticas que al par que se oponían al modo de ser de aquel pueblo constituían para él una humillación vergonzosa.

Creyó el coloso ruso que la obra anexionista, uniformadora, quedaba sentada sobre bases firmísimas y se hizo la ilusión de que los oprimidos soportarían, quieras que no, la dominación ominosa, pues adonde no llegaran la resignación ó el convencimiento llegaría el látigo del tirano para hacer doblar nuevamente la espalda á los que osaran resistirse.

El tiempo se ha encargado, y mucho antes de lo que podía esperarse, de demostrar hasta qué punto se engañaban los que tal creían. La soberbia rusa ha sido abatida; el Japón, un pueblo joven, casi insignificante al lado de Rusia, aniquiló en poco más de un año su poderío militar y marítimo; y en el interior, los que eran considerados como humildes siervos, incapaces de pensar por su cuenta y á quienes fácilmente ponían á raya, en caso de que intentaran rebelarse, los látigos de unos cuantos cosacos, han dejado al fin oir su voz y han expresado con firmeza su voluntad, derribando en un momento lo que era obra de siglos y poniendo el espanto en el corazón de quienes, cegados por su soberbia, se juzgaban omnipotentes.

Apenas iniciado el movimiento revolucionario ruso, adhiriéronse á él los finlandeses y el gobierno del tsar hubo de hacerles algunas importantes concesiones que, como impuestas por la fuerza de las circunstancias, no fueron por ellos agradecidas ni estimadas suficientes.

Hoy Finlandia reclama imperiosamente lo que de derecho le pertenece y está dispuesta á conquistarlo, cueste lo que cueste; Finlandia quiere recobrar su antigua autonomía, toda su autonomía, y lo conseguirá seguramente, que nunca resultan estériles los esfuerzos de un pueblo cuando defiende una causa justa. Y á estas reivindicaciones autonomistas se juntan ahora otras que la revolución social proclama. Los finlandeses agitan hoy la bandera roja y en frecuentes «meétings» suenan enérgicas voces de libertad y de emancipación; la corriente revolucionaria es imponente y amenaza arrollar cuantos obstáculos se opongan á su paso; y los oprimidos de Finlandia ya no piden para sí solos, sino que exigen para ellos y para sus hermanos, los demás oprimidos rusos, cosa que les hace más simpáticos y les da mayor fuerza.

Decíase que el tsar Nicolás II se proponía hacer una excursión á Finlandia, tal vez confiado en que su presencia y el prestigio de su majestad bastarían para acallar aquellos clamores y poner término á tan crítica situación; pero ya se ha desistido, según parece, del viaje por haberse descubierto últimamente que se habían colocado minas submarinas en los sitios por donde debía pasar el yate imperial.

Este hecho y el no menos significativo de haberse sublevado uno de los batallones del regimiento de Preobrajenski, del famoso regimiento que presta el servicio de guardia al lado del tsar, demuestran que los revolucionarios cuentan con medios cada vez más poderosos para imponerse, si no por el convencimiento, á lo menos por el terror.

Y si á todo esto se agrega que cada día es mayor el abismo que separa á la Duma de los consejeros del emperador y que la voluntad nacional está resuelta á seguir el camino emprendido que ha de conducirla indefectiblemente al logro de sus aspiraciones, se comprenderá que ha llegado para los que se hallan al frente del Estado ruso el momento supremo de acabar con toda la podredumbre existente y de fundar cuanto antes sobre las ruinas de la vieja Rusia una Rusia nueva.— R.

Desórdenes en Finlandia.— Una mujer revolucionaria arengando á la multitud

LOS SALONES DE PARÍS DE 1906

En números anteriores hemos publicado algunos cuadros de los que han figurado en los Salones de París del año actual; en el presente reproducimos varios más y sucesivamente reproduciremos otros. De esta suerte habremos dado á conocer á nuestros lectores las obras más notables que en aquellas exhibiciones han podido admirarse.

Son varios los cuadros de Alfredo Agache, el autor de *Figura decorativa,* que en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA han aparecido, y en todos ellos se observa la misma tendencia al simbolismo, pero á un simbolismo que se armoniza con la realidad. Sus figuras nada tienen de ideales, son hombres y mujeres que, físicamente considerados, en nada se apartan de lo vulgar y corriente; y sin embargo, hay en todas ellas algo inexplicable que las eleva muy por encima de la prosa de la vida, que, como en la matrona del lienzo que nos ocupa, el artista ha sabido poner en el rostro y en la actitud y que las diferencia del común de los mortales, logrando que expresen algo muy hondo y muy trascendental.

A un género bien distinto pertenece *Riña de gallos,* de Ivanowitch. Es una escena sorprendida en la intimidad de uno de esos pueblos orientales, que tantos atractivos tienen para los artistas por lo pintoresco de sus trajes y lo típico de sus costumbres. El pintor no ha necesitado recurrir á su imaginación para producir una obra grata á los ojos; le ha bastado poner en ejercicio su espíritu de observación y trasladar luego fielmente á la tela lo observado, dando á cada personaje su valor propio, agrupándolos á todos en armonioso conjunto y combinando en su paleta la rica gama de colores que el asunto requiere.

¡Hermosa y simpática figura la de *La dama del sombrero!* Belleza, elegancia, gracia, todo lo reune; sus ojos de expresión dulcísima, su boca de líneas irreprochables, sus cabellos artísticamente desordenados y tocados con sencillo fieltro, su cuerpo de esbeltez exquisita, su actitud airosa, todo en ella cautiva y atrae, todo pregona el buen gusto, el talento, el dominio de la técnica de su autora, Mme. Curot-Barberel.

¿Qué hombre no recuerda su *debut* en sociedad, su entrada en el gran mundo? ¿Y quién al recordarlo no se verá reproducido en el protagonista de *El primer baile,* de Faugerón? Vedle ahí tímido, encogido, apartado de los demás, de los veteranos, con quienes no se atreve á alternar y á quienes no puede imitar por más que quiera. Bien le seducen las muchachas encantadoras que pueblan aquellos salones; bien envidia á los que enlazándolas con sus brazos las arrastran en las vertiginosas vueltas del vals ó se inclinan ante ellas y unidos á ellas trazan las graves figuras del



Roto el cántaro, ¿qué haré?, cuadro de G. S. Maury

ceremonioso rigodón; pero algo más fuerte que su deseo le impide lanzarse, y si alguna niña compasiva se le acerca y trata de allanarle el camino, el infeliz se sonroja, entorna los ojos, y aunque sus labios intentan sonreirse, la sonrisa es triste como de quien se siente vencido ya antes de empezar una lucha. ¡Qué bella, qué real la escena pintada por Faugerón!

También representa un baile la *Danza campestre,* de Doigneau; pero ¡cuánta diferencia de este cuadro al anterior! Aquí nos coloca el artista en medio de la naturaleza; aquí no hay artificios, todo es sencillez, franqueza, hermandad. Muchachas solas danzan en regocijada ronda, teniendo por alfombra el polvoriento camino ó el verde césped y por techo la inmensidad del cielo azul; dentro de un rato acudirán los mozos del lugar, y se ensanchará el círculo y alternarán ellos y ellas, y juntos acabarán la tarde en santa paz y sana alegría.

En la antesala del editor es un estudio psicológico ó, mejor dicho, una serie de estudios psicológicos. Todos los personajes que en él intervienen están además de bien observados intensamente sentidos. El joven poeta lleno de ilusiones, que todo lo espera del editor para ser conocido del gran público y ver de este modo abiertas las puertas de la gloria; el escritor escéptico que piensa en el precio probable que le ofrecerán por su última novela, si es que la novela es aceptada; el anciano que tal vez va á solicitar un modesto empleo y que se ha dormido mientras le llega el turno de entrar en el santuario editorial; la enlutada señorita, novata en esas lides á juzgar por la expresión de su cara y por su actitud, que viene á ofrecer acaso por un pedazo de pan la obra póstuma de su padre; el dependiente que, insensible á todas aquellas esperanzas, deseos y emociones, mata el tiempo leyendo un periódico, son otras tantas almas que sienten y piensan, encarnadas en cuerpos que realmente viven sus ideas y sus sentimientos.

La alegría roja, de Rochegrosse, ha sido el *clou* del Salón de la Sociedad de Artistas franceses y ha obtenido la mayor recompensa, la medalla de honor. Es una composición de una grandiosidad imponderable y de una ejecución bajo todos conceptos magistral. La idea fácilmente se comprende: es la imagen de los mayores azotes que afligen á la humanidad, la guerra, la destrucción, el saqueo, el incendio, prosiguiendo su marcha victoriosa, que la civilización no ha logrado contener, arrollándolo todo, devastándolo todo, por el solo placer del mal, y respondiendo con satánicas carcajadas de bestial alegría á los ayes de dolor de las víctimas que los cascos de sus caballos pisotean y que sus asquerosos brazos profanan. No hay manera de describir una por una las bellezas de ese cuadro; cada figura es una obra maestra, y la variedad inmensa de expresiones y de actitudes demuestra una potencia de concepción tan vigorosa y un dominio de la técnica tan absoluto como solamente los vemos en los verdaderos genios. La impresión que *La alegría roja* produce es de asombro, así en el conjunto como en los pormenores, así por el pensamiento como por la forma que el famoso maestro ha sabido darle.

Digno de especial mención es asimismo el cuadro de J. Geoffroy representando un *Colegio de niñas del*



Ensueño, cuadro de C. A. Lenoir. (Salón de la Sociedad de Artistas Franceses. París, 1906.)



EN LA ANTESALA DEL EDITOR, cuadro de L. Balestrieri

(Salón de la Sociedad de Artistas Franceses. París, 1906.)



LA ALEGRÍA ROJA, cuadro de G. Rochegrosse, premiado con la medalla de honor

(Salón de la Sociedad de Artistas Franceses. París, 1906.)

Asilo de Beaune en la procesión, que ha figurado también en el Salón de la Sociedad de Artistas franceses, obra preñada de delicado sentimiento, que evoca el recuerdo de una costumbre de Borgoña, de esa región tan rica en tradiciones, en donde se rinde ferviente culto á las creencias, ofreciendo al artista vasto campo para su observación, cual acontece con el pintor á quien aludimos, ya que en esa interesante agrupación de infantiles creyentes ha sabido expresar la candidez y el fervor.

Roto el cántaro, ¿qué haré?, de G. S. Maury, expuesto en el mismo local, es otra producción que, á pesar de la sencillez y trivialidad del asunto, interesa por su simplicidad y por haber sabido el autor representar la angustiosa situación de la pobre niña, presa su ánimo de cruel congoja al darse cuenta del efecto producido por su inadvertencia.

En el *Ensueño,* de C. A. Lenoir, una sola figura, ó mejor dicho, parte de ella, bastan al artista para significar su pensamiento, proponiéndose sin duda demostrar que según sea el dominio que en nuestra imaginación ejerzan las impresiones que recibimos y los sentimientos que se aniden en nuestro corazón, despiertos, pero con la mirada perdida en la inmensa vaguedad de las ideas, construímos *castillos en el aire,* ó bien soñamos, que no otro nombre merecen las rápidas variaciones á que nos conduce la fantasía. Este fenómeno psicológico manifiéstase en la edad juvenil, en la que todo aparece á nuestra vista con los atractivos de la belleza y del idealismo.

La actitud, la luz hábilmente combinada y la hermosa tonalidad del conjunto contribuyen á aumentar el efecto que esta obra produce. En los ojos de la joven y en su inclinada cabeza adivínase que se halla entregada á recuerdos que la absorben.

Cuanto al *Café concierto en Sevilla,* obra de R. Canals, que se ha exhibido en el Salón Nacional de Bellas Artes, hemos de consignar que reproduce una página de costumbres de la reina del Guadalquivir, exuberante de animación y vida, que el artista ha sabido expresar en toda su vibrante realidad. Quien haya visitado la ciudad andaluza ha de conservar el recuerdo de esa clase de espectáculos, esencialmente locales, característicos, en los cuales se vierte á raudales la gracia y donaire de nuestras meridionales compatriotas, en donde después del *cante,* plañidero, vivo y retozón, repleto de chistes, producto de fecundas imaginaciones, comienza el baile, recordando uno y otro razas y pueblos que desaparecieron, de los cuales quedan estas manifestaciones, que persisten á pesar de las evoluciones y de la marcha de los tiempos.

Castañas calientes titúlase la maliciosa producción de P. Chocarne-Moreau, que ha figurado en el Salón de la Sociedad de Artistas franceses, inspirada en la picaresca travesura de unos niños á quienes su pecado les acarrea la consiguiente penitencia, ya que su golosina y atrevimiento recibe el castigo de quemarse los dedos al atreverse á sacar del asador las castañas que se preparan para la venta. Y á este objeto creemos oportuno observar el propósito nobilísimo que revelan las producciones de algunos artistas, quienes convencidos y penetrados de la misión que han de llenar en la época en que vivimos, reproducen cuanto nos rodea, cuanto se agita y vive á nuestro alrededor, aportando materiales para la historia, ya que esta clase de producciones, destinadas muchas de ellas á transmitirse á las venideras generaciones, han de servir para dar á conocer, en una forma siempre agradable, tipos, escenas y costumbres que de otra suerte sería difícil conocer ó adivinar. S.



Café concierto en Sevilla, cuadro de R. Canals
(Salón de la Sociedad Nacional de Bellas Artes. París, 1906.)

Castañas calientes, cuadro de P. Chocarne-Moreau
(Salón de la Sociedad de Artistas Franceses. París, 1906.)

MISCELÁNEA

Bellas Artes.—PARÍS. – En el Hotel de Ventas han terminado las de toda clase de objetos de valor artístico que comprendía la última serie. Por una preciosa tabaquera de forma redonda; de puro estilo Luis XVI, montada en oro cincelado y adornada con cuatro pinturas á la aguada firmadas por el célebre Van Blarenberghe, se ha pagado 48.000 francos, y 53.500 por una bellísima papelera plana, época Luis XV. adornada con bronces cincelados y dorados, debiba al maestro ebanista Joseph.

Espectáculos.—BARCELONA. – Se han estrenado con buen éxito: en Novedades *Zarzamora*, comedia en un acto de los Sres. López Silva y Pellicer; *Eva*, comedia en un acto de M. Zarraga; *La Sardinera*, comedia en un acto de Luis Ibáñez, y *Morritos*, entremés en un acto de los hermanos señores Quintero; en el Eldorado *El deber*, comedia en dos actos de los Sres. Catarineu y Mata; *Don Pedro Caruso*, drama en un acto de Roberto Braco, traducido por los Sres. Costa y Arimón; *La ráfaga*, drama en tres actos de Bernstein, traducido por Ricardo J. Catarineu y Manuel Bueno; *Los noveleros*, comedia en tres actos de Edmundo Rostand, traducida por Antonio Palomero; *Las cigarras hormigas*, comedia en tres actos de Jacinto Benavente, y *La huelga de los herreros*, monólogo de Coppée, traducido por Ricardo J. Catarineu; en el Circo Barcelonés *La bagassa*, drama en tres actos, en catalán, de Juan Puig y Ferrater; y en el teatro Nuevo el monólogo *Azahares*, de Luis Planas de Taverne.

Necrología.—Han fallecido:

Antonio Grilo, poeta español, de inspiración inagotable, de imaginación lozana y de una facilidad para versificar pocas veces superada.

Juan Martorell, arquitecto español, que edificó en Barcelona, su ciudad natal, gran número de monumentos y edificios públicos, que le granjearon muy eminente lugar en la moderna escuela arquitectónica catalana.

Eduardo de Hartmann, notable filósofo alemán, autor de varias importantes obras.

Pablo Duval, celebrado novelista, poeta y periodista francés, más conocido por el seudónimo de Juan Lorrain.

Carlos Hummel, paisista alemán, profesor de la Escuela de Bellas Artes de Weimar.

P. de Josselin de Jong, notable retratista y paisista holandés.

Juan Felipe van der Keller, ex director del Gabinete de Pinturas de Amsterdam.

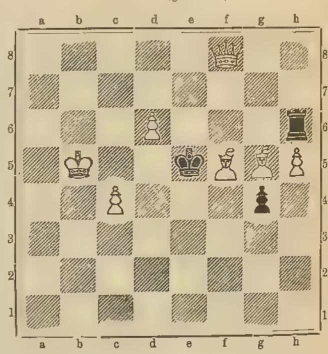
Dr. Platón Michailowitch Melioranski, eminente orientalista ruso.

Hennie Raché, novelista alemana.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 432, POR V. MARÍN.

NEGRAS (3 PIEZAS)



BLANCAS (7 PIEZAS)

Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 431, POR V. MARÍN.

Blancas.	Negras.
1. D f2 – f7	1. R a8 × b7
2. C d7 – b6 jaque	2. R juega.
3. D mate.	

VARIANTES

1..... T b1 × b7;	2. D f7 – a2 jaque, etc.
T b1 – b2, b4, etc.;	2. A d3 – e4 etc.
Otra jugada;	2. D f7 – a2 jaque, etc.



El conde se levantó no pudiendo estarse quieto

EN LA PAZ DE LOS CAMPOS

NOVELA ORIGINAL DE MAURICIO MONTEGUT.—ILUSTRACIONES DE SIMONT

(CONTINUACIÓN)

El conde Juan volvió al castillo de una galopada; tenía necesidad de movimiento y de velocidad; el viento que le azotaba en su carrera activaba todavía el vértigo de sus reflexiones. La noche había cerrado llena de estrellas en un cielo radiante; una noche hecha para los paseos furtivos de tímidos amantes.

Juan se apeó delante de su puerta y confió el caballo á un lacayo que le salió al encuentro.

—¿El señor vizconde?

—El señor vizconde está en el salón.

—Bien.

Juan entró; su hijo, en efecto, estaba sentado en un sillón y reflexionando profundamente en la obscuridad. El conde no le distinguió, pero el joven se levantó y salió á recibirle.

—Vengo de allí, dijo el conde.

—¿De dónde?

—De casa de los Piscop y los Grivoize.

—¿Tú, mi padre?..

—Yo, tu padre... Tienes razón; son unos bandidos. Es maquiavélico, inconcebible. Hemos sido minados silenciosamente durante años y hoy es la explosión de un odio secular; si no pagamos estamos perdidos.

—Lo sospechaba, respondió el vizconde; había olido al enemigo.

El conde no le escuchaba y le interrogó brevemente.

—¿Qué pasa aquí? Tu madre...

Jacobo hizo un gesto de aburrimiento y de tristeza.

—Está durmiendo; ya sabes, esta era la respuesta acostumbrada en otro tiempo... Está durmiendo, es decir, que una vez más se encuentra en el sopor de la morfina. He querido verla hace un momento y me ha rechazado con un grito y ojos de espanto... Tiene otra vez miedo de mí, del heredero de los Reteuil que se matan.

Juan se estremeció y miró á su hijo con el corazón oprimido por una nueva angustia; después replicó encogiéndose de hombros:

—Dejemos estas tonterías; tenemos demasiados motivos serios de disgusto para ocuparnos en vanos sueños... ¿Ha venido la señora de Reteuil?

—Hoy no.

—Ven entonces; vamos á su casa.

El padre y el hijo se fueron á pie cortando por los atajos del bosque. Por el camino preguntó el conde:

—¿Has visto á Arabela?

El joven respondió dando un suspiro:

—Sí, esta tarde.

—¿Qué te ha dicho?

—Que no comprende... Ha escrito á su padre que venga en seguida.

—¿Es verdad?

—Quién sabe...

—¿No está cambiada contigo?

—No parece... Además es impenetrable. Miss Bella es una esfinge.

—¿Su madre?

—No ha venido; parece que está muy enferma en la cama.

—Inoportuna enfermedad... En fin, todo esto se va á poner en claro muy pronto... Pobre hijo mío, temo que no estemos más que á la mitad del camino del sufrimiento... He sido muy culpable.

—No te acuses, padre mío.

—Tienes razón, no es este el momento. No hay que quejarse, sino que defenderse y luchar palmo á palmo contra la invasión de los bárbaros... Si los hubieras visto...

—Supongo que los has tratado...

—Puedes estar tranquilo, iba á conciliarlo todo y á pedir tiempo... Pero me hervía la sangre delante de aquellos brutos y lo he echado todo á rodar... Los he azotado como negros. Pero no me arrepiento, pues el resultado hubiera sido el mismo aunque les hubiera suplicado de rodillas. Esos bandidos premeditaban el robo hace mucho tiempo.

—Por fin, dijo Jacobo, me consuelas un poco; tus consideraciones me atacaban los nervios... ¿Gervasio?..

—Tiene lo que necesitaba. El es, en verdad, el único que me ha hecho frente un minuto, pero le he destrozado particularmente... Ahora vendrá su venganza... ¡Si yo tuviera dinero!

Llegaron al castillo de Reteuil y la anciana amiga de los Carmesy los recibió en bata, papillotes y gorro de dormir.

—Buenas tardes, hijos míos... ¿Qué nueva desgracia?..

—Tranquilícese usted, dijo Juan, no hay nada nuevo; la cosa no puede ir peor; pero tenemos que hablar. Tengo dudas ó, más bien, temores. ¿Cómo está usted con el marqués? ¿Qué fondos ha colocado usted por su consejo en el famoso *Modern Ahorro*?

La de Reteuil abrió las dos manos en un sencillo ademán.

—Es fácil de saber; todo lo que tenía. Dinero y valores negociables por más de quinientos mil francos.

Valroy apretó los puños.

—Está bien, dijo; con la dote de Antonieta son setecientos mil arrojados á ese abismo, porque es un abismo, señora, un abismo sin fondo... Tengo ahora casi la certeza. ¡Ah! Los Carmesy nos cuestan caros...

—Papá...

—Juan...

Jacobo y la anciana se referían cada uno á un pensamiento distinto. El conde siguió diciendo:

—No acuso á usted ni á nadie; no tengo ese derecho porque soy el primer culpable. Si no hubiera disipado mis bienes, no hubiera tenido necesidad de dinero, Godofredo no me lo hubiera ofrecido y no nos hubiera arrastrado á todos al abismo en que nos agitamos. Mañana iré á París, al *Modern Ahorro*, y veré lo que vale esa extraña compañía financiera. ¡Cuántos reproches tengo que hacerme en esta ocasión! Lo he aceptado todo con los ojos cerrados, después de haber tenido tantas prevenciones... Mi estupidez no tiene igual y he merecido lo que sucede; pero ustedes..., ustedes...

La anciana gimió á su vez y confesó sus errores:

—Si todo eso es verdad, Dios mío, ¿en quién creer? Yo soy, mi pobre Juan, quien le llevó á usted el marqués y le suplicó que confiase en él... Lo recuerdo. Yo también confieso mis culpas, y no son menores...

Se irguió, queriendo cobrar valor.

—Pero no; no es posible; Carmesy va á venir y á arreglar todo esto... Seremos dichosos todavía... Yo creo...

—Dios oiga á usted, señora, pero yo no creo ya nada, interrumpió el conde con voz sorda.

Se levantó y la de Reteuil tomó por testigo á su nieto, que triste y con la cabeza baja escuchaba sin decir nada.

—Vamos á ver, tú, Jacobo, habla; ¿sospechas de Carmesy, de Adelaida y de Arabela?

El joven sonrió tristemente:

—Yo..., yo no sé nada... Defenderé á Arabela mientras me quede aliento. La creo inocente de estas maniobras; es tan joven..., y además los negocios de dinero no atañen á las muchachas. La marquesa... tenía yo gran fe en ella..., pero esa fe ha disminuído acaso. En cuanto al marqués, su partida precipitada, sin advertirnos, y su ausencia en estos días, me parecen inexplicables ó de una explicación terrible... Tengo miedo, sí, mucho miedo, la verdad.

Se calló porque su voz era temblorosa y tenía vergüenza de su emoción.

El padre y el hijo volvieron á Valroy por la carretera, discutiendo las probabilidades buenas ó malas; pero hablaban sobre todo por hacer ruido y aturdirse, pues ni el uno ni el otro creía en lo que decía ni en lo que decía su compañero. Era aquello el cataclismo. El conde estaba seguro de que el día siguiente iba á saber en el *Modern Ahorro* algún nuevo desastre. Jacobo tampoco lo dudaba. Carmesy de viaje era Carmesy en fuga; era la confesión; todo lo que él había edificado debía derrumbarse.

Jacobo, sin embargo, se agarraba á una última esperanza. Si el marqués pensase alejarse para mucho tiempo, no hubiera dejado á su mujer y á su hija detrás de él. Pero el joven refutó él mismo esta afirmación. ¿Por qué no, después de todo? Adelaida y Arabela no arriesgaban nada permaneciendo solas en la villa Rústica. Aun cuando estuviese probado y averiguado que el marqués había conseguido arruinar á Valroy y Reteuil juntos, nadie pensaría en hacer responsables de sus actos á aquellas dos mujeres, que podían quedarse en el país sin tener nada que temer. ¿No sería él el primero en protegerlas?

Al pensar en esto embotó su cólera un sentimiento de infinita dulzura.

Los dos hombres, de la misma estatura, andaban rápidamente por la carretera; la luna proyectaba delante de ellos, como vanguardia, sus dos inmensas sombras; la noche era clara y un poco fría.

En un repliegue del terreno dormía el caserío de Taillefontaine, con sus cabañas diseminadas y su pobre iglesia, sin una luz detrás de sus vidrios muertos; un perro ladró y rompió el silencio.

Padre é hijo llevaban el mismo pensamiento. ¡Era verdad, Dios mío! Mañana, acaso, aquellos paisajes familiares, aquella tierra, todo lo que formaba sus propiedades, sería dividido y despedazado por una cuadrilla de ávidos bandidos. Les quitarían sus bienes, delante de ellos, por la fuerza, y no tendrían más que cruzarse de brazos y dejar hacer, para volver después la espalda á los antiguos muros amigos y partir sin objeto hacia cosas nuevas.

Ante esta perspectiva sus corazones se oprimieron; los dos sintieron por adelantado la amargura y la áspera nostalgia de los desterrados errantes, sintiéndose ya extranjeros en aquella atmósfera y con vergüenza de que así fuese.

De repente sonaron detrás de ellos unos pasos precipitados y poco seguros, el ruido de un galope de bestia perseguida; después una voz sin aliento gritó:

—¡Jacobo!

El conde y el joven se detuvieron bruscamente, hasta tal punto resultaba siniestra en el silencio de la noche aquella llamada ronca y casi desesperada.

Volvieron la cabeza y esperaron ansiosos; poco después, una forma ó más bien una masa rodó hasta ellos con un ruido de fuelle roto y un lastimoso anhelo. Y aquello hablaba.

—Señores..., perdón si he dicho Jacobo..., pero era preciso para llamar á ustedes... Señores, *ella* se va... *Ellas* se van... ocultamente, sin decir nada..., sí, en la villa...

Habían conocido á Berta y la escuchaban horrorizados, pues se estaba ahogando con el pecho levantado por el hipo, la cara lívida y los ojos saltones; y las palabras que decía la estrangulaban al salir.

Al oir la advertencia, los dos se estremecieron; Jacobo dió un salto.

—¿Qué dices?.. ¿Se van los de la villa Rústica?

La mujer, comprimiéndose con ambas manos las agitadas caderas, hizo con la cabeza una señal enérgica.

—¡Sí!

Y por retazos, por sílabas, trató de precisar:

—Esta tarde ha venido un coche... de la villa..., el tren..., las once..., son las diez... Se van..., cargan las maletas... Entonces he corrido..., aquí estoy.

No lo decía todo. Advertida por casualidad de que la marquesa había encargado un coche, había adivinado en seguida alguna fuga fraudulenta, contraria á los intereses de Jacobo y por la que éste sufriría.

Entonces había acechado y espiado como ella sabía hacerlo, sin que se sospechase su presencia, oculta entre la espesura.

Jacobo ni siquiera le dió las gracias, estaba ya lejos, corriendo hacia la villa Rústica. Cuando Jacobo no estuvo ya allí, Berta se dejó caer como un montón en la cuneta del camino, siempre anhelosa.

El conde Juan la miró y sintió á la vez una inmensa piedad y una inmensa repugnancia; piedad hacia aquel pobre ser caído, pero fiel, sin embargo, á sus primeros cariños, pues el conde no dudaba de que Berta le adoraba todavía; repugnancia por la que había llegado á ser una criatura deforme. Juan se estremecía recordando el pasado de la hermosa Berta y pensando que había amado la juventud de aquella cosa decrépita.

Berta estaba delante de él derrumbada, casi asfixiada, trágica, con las piernas abiertas y las manos crispadas en la hierba. Por fin dijo todavía:

—Señor conde, sígale usted; no se sabe lo que va á hacer.

—Es verdad, murmuró Juan pensativo. Gracias, Berta. Adiós.

A los trescientos metros se detuvo, sin embargo, vaciló, estuvo unos minutos pensativo en medio del sendero y por último volvió pies atrás.

—No, dijo en voz alta, no voy á hacer más que importunarle... Es negocio de amor.

Y siguió de nuevo el camino de Valroy. Berta había desaparecido.

Jacobo seguía corriendo. Cortó por una antigua cantera, cuyos agujeros y sinuosidades conocía, tomó por un campo de zanahorias, que pasó á saltos, y vió por fin, reluciendo á la luz de la luna, el tejado de pizarra de la villa. Estaba cerca. Delante de la puerta había parado un ómnibus de ferrocarril con imperial para los equipajes; los faroles arrojaban fulgores rojizos en la noche.

Cuando Jacobo apareció, dos hombres estaban cargando penosamente un baúl muy pesado, apoyado por una esquina en la rueda de delante; el cochero, en pie sobre el techo, tiraba de él con una cuerda, y un campesino, vecino sin duda, hacía mil esfuerzos para levantarle.

Al ver surgir en medio de la noche un hombre, el cochero se alegró.

—Eche usted una mano, compañero, gritó.

Arabela, que salía de la casa, repitió la invitación, pero en otra forma:

—¿Quiere usted ayudar? Se le dará propina.

Pero retrocedió de repente dando un grito ahogado; á la luz amarilla había conocido á Jacobo. Por muy dueña que fuese de sí misma, se quedó sorprendida; y como estaba inquieta, se puso insolente.

—¡Usted!

Y esta palabra sonó seca, hostil, amenazadora. Jacobo comprendió por aquellas dos sílabas que su causa estaba perdida y que también ella era cómplice de la ruina de Valroy; se contuvo sin embargo, y con voz fría respondió:

—Yo.

Después preguntó:

—¿Deserta usted?

Bella palideció y dijo sordamente:

—No comprendo; cualquiera diría que no somos libres...

—No, gritó violentamente el vizconde, usetd no lo es... ¿Luego mentía usted? ¿Luego hace cinco años que está usted mintiendo?

Bella buscaba todavía pretextos y excusas. Con los ojos fijos en el suelo, declaró:

—Juzga usted demasiado de prisa y me condena sin oirme. Esta partida repentina tiene sus razones. Mi padre está muy enfermo y nos llama á su lado. ¿Qué tiene esto de extraño?

El joven se encogió de hombros.

—Nada, en efecto, nada tiene de extraño..., todo es muy natural; tan natural, que no ha pensado usted siquiera en avisarme y esta tarde todavía me ha dejado usted soñar con un amor eterno y me lo ha jurado por centésima vez...

—El telegrama ha llegado hace dos horas.

Jacobo la miró de frente, y ella evitó esa mirada; entonces el joven respondió brutalmente:

—No creo ni una palabra. No hay tal telegrama ni su padre de usted está enfermo. Huye usted porque nos amenaza la ruina, que es su obra de usted y de sus padres; sí, de todos los Carmesy...

Bella se irguió, herida en su orgullo.

—Es usted absurdo; no hay nada de eso. Si el conde de Valroy ha disipado su fortuna, la culpa no es de nadie más que suya. Esto es lo que se gana esforzándose por salvar á los que se ahogan; ese es el agradecimiento.

Jacobo recogió la palabra y respondió en tono amargo:

—¡El agradecimiento!.. Está completo; mas aún, esto excede á todo... Oiga usted, Arabela, hace apenas una hora la defendía á usted y no quería creer en su complicidad en tal aventura. Pero su fuga me prueba que me equivocaba una vez más; es usted un instrumento en la mano de su padre. Es usted una admirable comedianta, pero bueno es que sepa que sus gaterías no engañan ya á nadie..., ni á mí... no, ni siquiera á mí... Y, sin embargo...

Se calló porque su voz no era ya segura; y ella cobró audacia al verle flaquear. Era preciso aprovechar aquella pequeña ventaja.

—Gracias, señor de Valroy, esas son buenas palabras; si tuviese alguna pena, bastarían para disiparla.

—¿No tiene usted pena?

—No; no puedo tenerla por un viaje de ocho días acaso.

Aún trataba de ilusionarle y él comprendió la mentira, pero se dejó coger todavía un minuto, tanto deseaba ser tranquilizado.

—¿Ocho días?

—Sin duda; aunque sean quince... Cuando vuelva, Valroy estará todavía en su sitio.

—¿Quién sabe?

Se quedó pensativo; y después, cogiéndole las dos manos y atrayéndola hacia él, le dijo:

—Arabela, júreme usted que su corazón no ha cambiado desde los primeros días en que decía que me amaba; que la mujer que es usted hoy tiene los mismos sentimientos para mí que aquella niña.

Por los ojos de miss Bella pasó un breve fulgor burlón; bajó la cabeza y respondió con una voz que quería ser franca:

—Eso se lo juro á usted.

No se comprometía á mucho, y él debió de comprenderlo, pero esta vez todavía prefirió ser engañado.

Sin embargo, la luz iba entrando poco á poco en su pobre alma espantada; empezaba á ver claro, á sospechar de aquella muchacha singular, á penetrar aquel enigma viviente cuyo secreto pesaba sobre toda su vida. Después de un momento de silencio, añadió con ironía:

—¿Quiere eso decir que no me ha amado usted nunca?

Bella se impacientó. Dos veces ya la marquesa Adelaida se había asomado á la puerta y le había hecho seña de que cortara la conversación, en la que ella no quería mezclarse. La hora pasaba, los equipajes estaban al fin cargados. Jacobo iba á hacerles perder el tren.

—Estamos diciendo siempre lo mismo y así no adelantamos nada. Además, esto es desagradable. Tengo derecho á tener una voluntad; cualquiera que sea, respétela. ¡Abur!

Bella trataba de desprenderse, pero él la retuvo.

—No, así no..., sería demasiado cómodo y se reiría usted dentro de un momento cuando el coche se hubiera marchado. Por mucho que usted diga, veo que huye para no volver. Huyen ustedes después de dar el golpe, como dos criminales cuyo jefe se ha escapado el primero. Dice usted que se va por ocho días, y hay en el ómnibus cuatro grandes baúles y dos cestos de mimbre. Se llevan ustedes todo menos los cuatro muebles que no quieren conservar... Es una mudanza sin propósito de regreso... No hay en ustedes más que cobardía y traición... Pues bien, tenga al menos el valor de sus actos y confiéselo; eso será más leal. Reivindiquen ustedes sus derechos de mujeres libres y terminemos todo esto con una carcajada. Reconozcamos que la farsa ha estado bien representada.

Se calló y esperó; pero ella permaneció muda. Jacobo siguió diciendo:

—No responde usted y yo lo haré en su nombre. He aquí lo que debía usted decir: «Sí, durante cinco años me he burlado de usted y de los suyos; he ayudado á mi padre á entrar en sus casas; cuando el agujero es estrecho, los niños pasan los primeros... y esto es lo que he hecho; estaba amaestrada para agradar y he agradado á los viejos, á los jóvenes, á los hombres, á las mujeres, á todos. He prodigado miradas, hecho gestos y afirmado mis caprichos, pues parece que para ser tan voluntariosa hay que estar segura de sí misma... He vuelto todas las cabezas y escamoteado todos los corazones, mientras mi madre estaba en acecho y mi padre forzaba las cerraduras y registraba los

cajones. Todo ha resultado maravillosamente; las buenas personas que nos habían recogido con los brazos abiertos y los ojos cerrados están en peligro y su casa se inclina. Entonces abrimos la puerta á los bandidos del exterior para que acaben de consumar la ruina, y nos escapamos sin volver la cabeza, llevándonos, sin duda, en el bolsillo el precio de nuestras sonrisas y de nuestras traiciones.» Sí, esto es lo que usted diría si tuviera sencillamente un poco de valor... Pero no, en vez de eso, niega la evidencia y se esquiva como un chiquillo mal criado, gritando: «No es verdad.»

Jacobo, en la prueba, volvía á ser el mismo, lo que era en otro tiempo, un joven violento y pronto al ultraje, que se embriagaba con las palabras y lo echaba todo á rodar, sin cuidarse de causar así males irreparables.

La señorita de Carmesy-Ollencourt creyó perder el aliento y la razón bajo aquel chaparrón de insultos. Los sacudimientos hacíanla retroceder como automáticamente, para erguirse de nuevo bajo la granizada de injurias. El furor la ahogaba.

Por fin volvió de un salto hasta Jacobo, y le devolvió golpe por golpe.

—¡Cállese usted, yo se lo mando! ¿Usted?.. ¿A mí?.. ¡Pobre muchacho! Espere usted...

Estaba sofocada y trataba de recobrar el aliento por profundas aspiraciones. Por fin lo consiguió.

—¡Oiga usted la verdad!.. Hace cinco años, era yo una niña y no sabía nada... Hemos venido á este país, á esta tierra que debía ser nuestra, porque en ella dormían nuestros antepasados... Mis padres no querían ver á nadie; éramos orgullosos dos veces, porque éramos muy nobles y porque éramos pobres... No poseíamos, como usted dice, más que cuatro muebles de tres al cuarto... Así, pues, evitábamos á la gente. La señora de Reteuil vino entonces...

—¿Va usted á acusarla también?

—No; déjeme usted hablar..., ya le llegará la vez. Vino, y fué absolutamente preciso aceptar sus servicios y sus ofrecimientos... Insistía tanto, que mis padres cedieron por mí.

Miss Bella, al contrario que el vizconde, se calmaba poco á poco hablando; aspiraba á más que á fáciles injurias; quería herir mortalmente; y hablaba sin apresurarse, buscando las palabras y eligiendo el sitio vulnerable:

—Sí, sí, es sabido, dijo Jacobo con ironía; sus padres de usted son admirables, su padre sobre todo...

Bella continuó, resuelta á no conmoverse más:

—Hemos aceptado invitaciones á paseos primero y á comidas después, sin sospechar que un día los que nos las ofrecían, reducidos á nada, sentirían sus larguezas y nos las echarían en cara.

Jacobo saludó, pero no respondió; todavía era suya la ventaja. Bella continuó, preparando los efectos, produciéndolos gradualmente en una escala ascendente, desde lo burlón á lo trágico.

—Yo particularmente fuí atraída á sus castillos, no porque usted lo desease al principio, lejos de eso; recuerde usted que ya hemos sido enemigos...

Al decir esta frase, se encendió en sus ojos una chispa de cólera; su voz era más baja y más sorda, como una amenaza. Pero tomó de nuevo el tono de una conversación ordinaria.

—Sí, se me invitaba todos los días á volver el siguiente. Decían que yo llevaba la alegría y la luz. La realidad era que sus quince años de usted se habían enamorado de mis trece, y que siendo el amo en Valroy como en Reteuil, exigía usted mi presencia. Consentí, porque no sospechaba que en pocos días le convertiría á usted, de tirano que era, en esclavo á estilo noble, que fué lo que ocurrió en estilo vulgar. Me ha hecho usted la corte infatigablemente. ¿Le he alentado yo nunca? Sea usted sincero. Jamás... Tenía yo demasiado orgullo por ser usted rico y yo pobre; por ser yo demasiado noble y no serlo usted bastante...

El vizconde se ruborizó:

—¡Ah! Eso sí que es nuevo...

—No; es muy antiguo. Mis padres, previendo en seguida una demanda de matrimonio, habían resuelto responder con una negativa pura y simple sin más explicaciones. Pero el diablo tomó cartas en el asunto. Al conocerse mejor, vino la estimación y el cariño; esto era, al menos, lo que se decía entonces. Y yo la primera, encontré que si la fortuna no podía suprimir las barreras que existían entre nosotros, el amor tenía alas y podía saltar por encima.

—¡Arabela!

—¡Cállese usted! No he acabado... Era aquel el tiempo en que el marqués de Carmesy era el amigo, el confidente, el hombre necesario del conde de Valroy; la condesa Antonieta no podía pasarse un día sin su querida Adelaida, que la había arrancado á las drogas narcóticas y devuelto á la vida; la señora de Reteuil adoraba á todo el mundo, y Arabela era idolatrada por los suyos, primero, y después por ustedes, y principalmente por su señor padre de usted...; sí, querido, así. Si Juan de Valroy, con diez años menos, hubiera sido simplemente el hermano mayor de Jacobo, creo que hubiera habido alguna rivalidad... Pasemos adelante; el conde se aburría en la paz de los campos, y una falda que pasa es siempre una diversión.

—Bella, si va usted ahora á usar los venenos...

—Nada de eso; hago la historia de tres familias en provincia durante estos últimos años. Continúo: Todo iba bien, cuando empezaron á circular feos rumores. El conde de Valroy había disipado parte de su fortuna, y lo que quedaba estaba muy comprometido por la imprudencia y hasta la locura de sus operaciones. Mi padre, que lo sabía, pero no hablaba jamás de ello, trató con toda su alma de evitar el desastre y trabajó para ello durante años. Por la noche, cuando estábamos solos, nos decía muchas veces: «No sé cómo acabará todo esto..., tengo mucho miedo.» A pesar de todo, no habían cambiado nuestros proyectos, sobre todo los míos. No me disgustaba que fuese usted menos rico, pues esa riqueza le hacía tener el orgullo de creerse igual á las personas mejor nacidas, lo que es un error lamentable; y puesta á hacer sacrificios, poco me costaba uno más. Soy valiente, usted lo sabe... Pero un día...

Se calló para ganar tiempo. El vizconde comprendió que iba á oir algo enorme, é instintivamente afirmó su posición y aumentó su aplomo en el suelo.

Bella continuó:

—Pero un día, mi madre volvió preocupada de una visita á Valroy; y cuando le preguntábamos el porqué de su tristeza, nos dijo bajando la cabeza, después de hacerse rogar algún tiempo: «Hay una mancha en esta familia.»

Ante este golpe inesperado Jacobo retrocedió á su vez, y también él rugió de cólera:

—¡Señorita!

—Espere usted... Mi madre, viendo á la condesa Antonieta curada de sus antiguas manías, le había preguntado la causa de aquel mal sin nombre, y su madre de usted le confesó esto...

La voz de Arabela silbó; llegada al fin de su discurso, soltó las riendas á su odio con salvaje alegría porque iba á pisotearle. En sus labios se veía una ligera espuma.

—Su madre de usted confesaba: que su nacimiento de usted la había herido para siempre y había estado á punto de costarle la vida. Pero esto no era nada y sólo lo menciono por incidente. Su madre de usted confesó también que sus ascendientes por parte de Reteuil eran unos maníacos peligrosos, poseídos por la locura del suicidio; que su padre se había matado sin que nada le obligase á ello; que su raza estaba condenada y maldita; que ella misma llevaba en sí el germen de esta locura, lo que era su mal, y que temía haberle á usted transmitido ese germen con la vida. Por esto le había á usted alejado de ella, por el terror del hombre fatal que debía usted ser y por el remordimiento de haberse casado y dado á usted una existencia condenada al drama, siendo así que ya conocía la historia de su familia. Guardaba rencor á su marido por haberla amado y héchose amar, amor funesto que, á pesar de sus escrúpulos, había decidido su unión. Durante años le había á usted considerado como marcado y poseído, y más aún al ver que sus cóleras, sus furores infantiles, sus caprichos y sus inconstancias anunciaban ya un cerebro sin equilibrio y un alma preparada á hundirse en la nada. Añadió, sin embargo, que hacía algún tiempo había recobrado el valor al verle á usted dichoso; esperaba que estando bien rodeado escaparía usted á la mala suerte y contaba conmigo para defenderle si llegaba la ocasión. Ahora bien, mi padre concluyó brevemente: «No se casa uno con esa gente.»

—¡Ah!, dijo Jacobo, muy bien..., ya veo..., siga usted...

Bella continuó:

—En aquella época estaba usted en América. Esperábamos que los viajes y sus aventuras traerían el olvido de sus afecciones..., y con este fin también mi padre le aconsejó á usted el año siguiente que explorase la Australia... Volvió usted de uno y otro continente en las mismas disposiciones y siempre tan tierno... En vista de eso, mis padres han decidido marcharse, para probar el efecto de la distancia y del alejamiento. Pero no se arreglan estos asuntos en un día; ha habido dificultades y retrasos..., yo misma me he negado mucho tiempo, queriendo consagrar á usted mi vida... Sólo al ver la desesperación de los míos he aceptado esta prueba del tiempo... Ha querido usted una explicación franca, y aquí la tiene. He aquí por qué nos vamos esta noche y por qué no ha sido usted avisado.

La cabeza del vizconde era un torbellino de ideas. Hubiera querido responder á aquella muchacha de ojos verdes, que le sacrificaba sin una lágrima y adoptando modulaciones de burla, con un bofetón que la marcase para siempre. Pero no encontraba nada; tantas mentiras é injurias dichas al principio en tono tranquilo, tantas burlas crueles en seguida, tanto odio por fin, saliendo de aquella boca de la que tenía derecho á esperar una canción amorosa, aumentaban su dolor.

En este momento apareció por cuarta vez la marquesa Adelaida. El cochero, en el pescante, restañaba el látigo para advertir que los minutos pasaban. La marquesa gritó:

—¡Arabela!

Y se dirigió al coche.

Entonces, por un recuerdo repentino del pasado y una reproducción de las primeras impresiones, ocurrió una escena rápida y violenta, que terminó con dos palabras ya dichas en otro tiempo. El destino quiso que se separasen con las mismas palabras con que se habían saludado hacía cinco años en su primer encuentro.

Arabela, al oir á su madre, se dirigió al coche. Jacobo, perdiendo la cabeza, la cogió brutalmente por un brazo y la retuvo. Bella se desprendió dando un grito de dolor y exclamó:

—¡Grosero!

Y él respondió rechazándola:

—¡Saltimbanqui!

Bella saltó al coche y la marquesa cerró violentamente la portezuela. Aquella mujer de ojos puros y mirada leal no había juzgado á propósito intervenir... Conocía á su hija y sabía bien que ella bastaba.

El cochero arreó á los caballos, que salieron al trote largo; estaban retrasados.

Jacobo, con los brazos cruzados delante de aquella casa, ya abandonada, donde había vislumbrado la dicha, vió huir entre las sombras de la noche todo lo que había amado...

El ómnibus, mal equilibrado bajo la masa de equipajes, avanzaba con un ruido de hierro viejo y de vidrios sacudidos.

De repente, cuando atravesaba una plazoleta inundada de luna, salió de la cuneta del camino una granizada de piedras que dió en el coche y rompió un vidrio. Arabela resultó herida en una oreja. Las piedras fueron acompañadas de imprecaciones: «¡Canallas! ¡Harapientas!,» pronunciadas por la ruda voz de una campesina vieja y encolerizada.

El cochero, no sabiendo lo que significaba aquel ataque imprevisto, tomó el partido de huir á toda prisa, y los caballos, envueltos en un doble latigazo, salieron á galope tendido en la obscuridad.

En el interior, la marquesa y miss Bella, muy pálidas, no estaban tranquilas. Un poco más lejos se calmaron y comentaron el incidente.

—¿Has visto?

—Sí..., una mujer, creo..., muy gruesa y muy alta...

—Alguna loca, entonces...

—Puede ser.

Y añadió después de un rato de silencio:

—No hay más que locos en este país.

—No digas eso, mamá; antes de seis meses habremos vuelto.

La dulce marquesa entornó los ojos y replicó:

—Sí, pero dentro de seis meses muchos locos se habrán marchado.

Tras de estas buenas palabras de esperanza, las dos mujeres se sonrieron.

Arabela, sin embargo, tenía el pañuelo apretado contra la mejilla que sangraba un poco.

Un cuarto de hora después vieron los faroles de la estación; la marquesa, decididamente pensativa y preocupada, dijo entonces:

—¿Qué es lo que gritaron al arrojar las piedras?

—¿Qué puede importarnos?.. Gritaron: «¡Harapientas! ¡Canallas!..» ¿Estás contenta?

—¡Bah!, dijo Adelaida; no ha podido ser por nosotras.

Arabela estaba menos convencida.

En los mismos momentos Jacobo se volvía á Valroy. Maquinalmente y sin tener conciencia del camino que seguía, se metió por el bosque; el ancho camino que le atravesaba se desarrollaba recto y blanco bajo una luna muy alta.

El vizconde caminaba por en medio, perdido en sus horribles pensamientos. Todo se derrumbaba, amor, orgullo y fortuna. Valroy no era ya Valroy; los ricos eran pobres; Arabela le había renegado. Sí, la ruina era cierta, evidente. La fuga de Carmesy anunciaba seguramente el desastre de las empresas financieras que había aconsejado y dirigido sin intervención de nadie.

(Se continuará.)

Ocupaciones y recreos en alta mar, por W. B. Northrop

Es un error muy generalizado el creer que, en estos tiempos de constante actividad, tenga algo de descansada la travesía del Atlántico. Mucho se ha hablado de lo monótono del viaje entre Liverpool ó Southampton y Nueva York. Sin duda que eso era en parte verdad en tiempo de los buques de vela, pero en los modernos vapores transatlánticos los viajes de todo tienen menos de aburridos. Desgraciado del que busque en esos hoteles ambulantes verdadera tranquilidad. Con la diaria publicación de periódicos en algunos de esos barcos, con el envío y recibo de despachos por el telégrafo sin hilos, con los innumerables proyectos que inventan la mitad de los pasajeros para fastidiar á la otra mitad, no encuentra reposo el que busca verse libre de la bulliciosa multitud en la soledad del mar.

Apenas han pasado escasas horas después de embarcado, cuando algún representante de este ó del otro comité se le aproxima á uno con objeto de averiguar qué es lo que sabe hacer para entretener al público; si toca algún instrumento, si recita, canta, boxea, lucha ó baila. De nada sirven las negativas más corteses. Fuerzan á manifestar categóricamente á qué se sabe jugar. Si se puede salir bien de ese mal paso, quedan diez probabilidades contra una de que algún fanático del ajedrez le eche la vista encima y le persuada á entablar una partida de amigos, diciendo falazmente que hace muchos años que no juega. Acepta usted esperando obtener una victoria fácil, y él, con perfecta calma, comienza á propinarle una soberbia zurra, con gran contentamiento de los habituales concurrentes al salón de fumar.

Aparte, sin embargo, del afán grande de divertirse, pura y sencillamente, que se observa en todos los vapores, en ellos se efectúa una cantidad inmensa de trabajo verdadero. Muchos de los viajeros del Océano toman la vida en serio. En el salón comedor, por lo general después del almuerzo, puede verse todos los días á varias personas bien tecleando en las máquinas de escribir, dictando á sus secretarios ú ocupando al taquígrafo y escritor en máquina de á bordo. Los comisionistas de casas de comercio y otros hombres de negocios están constantemente recibiendo mensajes por la telegrafía sin hilos.



Jugando al tejo con aros de cuerda

De modo que puede con verdad decirse que los modernos galgos del Océano se van convirtiendo para muchos en sitios donde con toda regularidad ventilan sus negocios. En lugar de alternar con los placeres los negocios que casualmente se presenten durante sus viajes marítimos, muchos son los negociantes que una y otra vez cruzan el mar para hallar y combinar, en una ú otra forma, transacciones mercantiles. Algunas de las grandes casas comerciales de Nueva York envían durante ciertas épocas del año, con toda regularidad, á sus comisionistas para que vayan y vengan sin más objeto que el de buscar, durante el viaje, pedidos de ropa y otras mercancías. Varias de esas casas tienen la costumbre de procurarse la lista de pasajeros de los grandes vapores, especialmente de los del Lloyd de la Alemania del Norte, y embarcan á sus agentes siempre que ven que se marcha alguien que tal vez pudiera hacer un pedido. La prontitud, tan sabida, con que se hacen conocimientos á bordo, facilita el que se pongan al habla el comisionista y el cliente que se busca; y con frecuencia resulta de todo ello que se hagan grandes pedidos que en tierra hubiera sido imposible conseguir.



El departamento de correos

El Océano es también campo de operaciones muy del gusto de los periodistas. En el mar se consiguen fácilmente interviews y retratos fotográficos, y sucede con frecuencia que personajes notables accedan con gusto á conceder en sus camarotes entrevistas que hubieran negado en su casa ó en su despacho. Otra clase de labor que se practica asiduamente á bordo de los grandes transatlánticos es la fotografía. En la actualidad todos los vapores tienen sus especiales camarotes á obscuras para comodidad de los pasajeros; en algunos de ellos hay un fotógrafo contratado sin más objeto que el de retratar á los pasajeros ó revelar y fijar las fotografías que éstos hacen. Esos fotógrafos tienen un sueldo fijo, y todo lo que ganan con su trabajo, que muy á menudo es una cantidad considerable, va á parar á manos de la compañía. La comodidad de tener quien á bordo revele las películas y placas, hace que la mayoría de los pasajeros esté dispuesta á pagar con largueza el gusto de ver sus trabajos antes de llegar á tierra. Un emprendedor fotógrafo de Nueva York saca todos los años libre el pasaje de ida y vuelta á Inglaterra haciendo y vendiendo á bordo, durante la travesía, sus fotografías. Viaja en 1.ª cámara y con fausto y encuentra numerosos pasajeros dispuestos á pagarle de cuatro á ocho chelines por cada fotografía. Un buen negocio para los fotógrafos marinos es el de sacar varias pruebas de los grupos que en tierra se estacionan junto al barco antes de desatracar del muelle. Cuando uno ó dos días después de dejar el puerto las revela y fija, las vende como pan bendito, pues cada pasajero espera encontrar en ellas una cara que personalmente le interesa. De esos grupos solamente ha habido fotógrafo que ha sacado veinte libras esterlinas, amén de lo que después pueda sacar de los retratos que luego ha hecho á bordo.



Leyendo los radiogramas

La costumbre que se ha introducido en algunos de los transatlánticos de mayor porte de publicar todos los días un periódico, es causa para muchos de los pasajeros de constante entretenimiento y laboriosa ocupación. Además de los radiogramas del día, contiene artículos remitidos por los numerosos pasajeros que en el mero hecho de hallarse á bordo del buque en que se publica se creen con aptitud suficiente para convertirse en escritores. Suelen editarlo los sobrecargos de los buques y no es su tarea fácil. Se necesita mucho tacto para no ofender á los señores cuyos manuscritos no pueden aceptarse. La excusa de no haber espacio suficiente, tan consagrada por la costumbre, echa un velo caritativo sobre infinidad de pecados.



Billar de sobre cubierta

Por las noches, en el salón, es cuando se viene en conocimiento de la suma de habilidades que van á bordo; casi en todas ellas tienen lugar funciones de diversa índole; en los programas se incluyen piezas de música en varios instrumentos, discursos jocosos, declamaciones patéticas, cantos, diálogos, bailes (el cake-walk está ahora muy en boga) y otras clases de esas llamadas diversiones.

También durante el día la cubierta se ve invadida por multitud de pasajeros que no pueden soportar la existencia si no juegan á algo; bien al billar de sobre cubierta, al tejo con aros de cuerda, al cricket ó bien improvisando partidas de boxeo ó de lucha. A veces

estos últimos pasatiempos son dignos de verse, sobre todo cuando da la casualidad de que vayan á bordo gentes del oficio.

Hace muy poco se ha ideado organizar compañías dramáticas con el exclusivo objeto de dar funciones durante los viajes á través del Océano. Las supuestas compañías habrían de formarse con los mejores artistas que se pudieran contratar y á quienes se abonarían pingües sueldos.

Irían de continuo de uno á otro continente, dando variadas representaciones por el camino.

Este proyecto ha sido favorablemente acogido por los pasajeros de 1.ª clase, algunos de los que han ofrecido tomar acciones de la compañía que con tal objeto se formase. Para el que hace con frecuencia la travesía entre Europa y América, el fastidio de las representaciones de aficionados llega á hacerse insoportable. Los actores de profesión librarían á aquéllos de la tarea que se imponen voluntariamente y á los demás pasajeros de la prueba á que ponen su paciencia los esfuerzos hechos con la mejor intención por dichos aficionados para distraerlos.

Bien mirado todo, no puede afirmarse que los veloces corredores modernos del Océano sean lugar muy á propósito para el que tenga fatigado el cerebro por exceso de trabajo. Si se estableciera una línea de rápidos buques de vela de primera clase que hicieran la travesía entre Inglaterra y América en catorce días ó tres semanas, según el tiempo, es seguro que se vería favorecida por los que buscan el reposo en los viajes por mar. En el estado actual de cosas, con periódicos diarios, telégrafo sin hilos, comedias de aficionados, conciertos, *sports* sobre cubierta, tecleo de maquinillas de escribir y constante charlar de negocios, el moderno transatlántico no es ni más ni menos que un hotel inmenso y una gran casa de contratación.

Sin duda alguna, antes de que pasen muchos años, ciertas oficinas de negocios se establecerán permanentemente á bordo de algunos de los transatlánticos más grandes, y los pasajeros que vayan en busca de reposo tendrán que formalizar contratos especiales con las compañías á fin de no ser molestados, ó bien habrá que darles alojamiento en determinados lugares del buque, de los que se excluya á los que viajen para hacer negocios, y á los que no lleguen ni los radiogramas ni los periódicos diarios.



Una partida de boxeo



Desórdenes en Finlandia.—Un grupo de agitadores haciéndose retratar con sus banderas rojas en que se leen inscripciones sediciosas

(De fotografía de «Photo-Nouvelles.»)

Imp. de Montaner y Simón



Año XXV — Barcelona 23 de julio de 1906 — Núm. 1.282

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

DESAMPARO, cuadro de Edmundo Suau. (Salón de la Sociedad de Artistas Franceses. París, 1906.)



CRÓNICA DE TEATROS

El nuevo ministro de Instrucción Pública D. Amalio Jimeno parece que se propone «transformar»—son sus palabras—el teatro llamado Español en verdadero teatro Español. Según dice el nuevo consejero, y dice bien, es una vergüenza que el Estado subvencione generosamente la ópera italiana y no preste la menor ayuda al teatro Español, cuyas obras constituyen el más rico tesoro de la literatura nacional.

Cierto; si se exceptúa el *Quijote,* una de las más altas cimas del mundo del arte, nada existe en nuestro tesoro literario que pueda compararse ni en abundancia ni en grandiosidad ni en españolismo con nuestra poesía dramática, sin hipérbole la más original, la más comprensiva y variada de cuantas han existido ó existen. Aventájale sin duda en elevación filosófica el teatro griego; quizás Shakespeare supere individualmente á cualquiera de nuestros grandes dramaturgos; pero en conjunto el teatro inglés, salvo esa admirable excepción, es incomparablemente inferior al nuestro, y si el francés es más ordenado, más *clásico* que el español, es en cambio menos original, puesto que, como es sabido, muchas de sus obras maestras son imitaciones de comedias españolas, é infinitamente menos variado y rico que nuestra exuberante producción escénica. Tampoco los alemanes, ni menos los italianos, se nos igualan en este punto, y aunque en nuestro tiempo Ibsen pueda y deba ser considerado como un renovador del arte escénico, como el Shakespeare escandinavo, es evidente que ni el teatro noruego tiene raíces tradicionales, ni es seguro tampoco que el gran coloso que acaba de morir deje herederos de su genio.

Siendo esto así, siendo nuestro teatro una de las mayores glorias nacionales, y no de las afeadas por la violencia ni de las manchadas de sangre, deber es, hasta ahora olvidado por los gobiernos, velar por él, contribuyendo con una protección sabia y generosa á que el teatro de hoy y el de mañana sean dignos continuadores del pasado.

***

Ya sé yo que con reglamentos, subvenciones y premios no se conseguirá que nazcan Lopes y Calderones. La aparición del hombre extraordinario depende de causas más altas y complejas; pero es innegable que desarrollando y fomentando lo que pudiéramos llamar el ambiente artístico, acostumbrando los ojos y los oídos del pueblo á la contemplación y percepción de la belleza literaria, se prepara, por decirlo así, el terreno para la producción de la obra de arte. Para que aparezca un verdadero artista es indispensable que el pueblo á que aquél se dirija esté dotado de un gran sentido estético. Para que existan un Esquilo ó un Aristófanes, es menester que estén rodeados de una sociedad como la ateniense capaz de admirarlos y comprenderlos. «Imaginemos—escribía Macaulay con admirable elocuencia en uno de sus incomparables estudios literarios—que nos hallamos en los tiempos de mayor grandeza y poderío de Atenas. La multitud se agolpa junto á un pórtico y contempla con admiración su cornisa: Fidias está en lo alto colocando un friso cincelado por él. Entremos en una calle: un rapsoda recita; hombres, mujeres y niños le rodean curiosos y anhelantes y estrechan cada vez más el círculo en que él se mueve; la emoción del auditorio es grande, las miradas no pierden un solo movimiento del actor, las respiraciones se contienen para escuchar, las mujeres se afligen y lloran, el rostro de los hombres se contrae: es que relata la escena tan terrible aquella en que Príamo cayó de rodillas á los pies de Aquiles y le besó las manos, manchadas todavía de la sangre de sus hijos. Llegamos á la plaza pública; Sócrates, rodeado de gran número de jóvenes que le escuchan, disputa con el famoso ateo de Jonia, y en corto espacio le hace contradecirse en los términos mismos de su razonamiento. Pero he aquí que una voz nos interrumpe; es el heraldo que grita: «¡Paso á los Pritaneos!» La asamblea se reune. Llega el pueblo de todos los extremos de la ciudad. Se oye la pregunta: «¿Quién quiere hablar?» Aplausos unánimes y atronadores resuenan ensordeciendo el aire; luego se hace un silencio sepulcral: Pericles sube á la tribuna De allí va el pueblo á asistir á una tragedia de Sófocles; más tarde, los escogidos se dirigen á casa de Aspasia... No sabemos que exista en los tiempos modernos universidad ninguna que posea tan brillante programa de enseñanza.»

A acercarse á la realización de este programa tienden los gobiernos en las ciudades modernas: para ello existen los monumentos que adornan calles y plazas, y que evocan en la memoria de los ciudadanos el recuerdo de hechos gloriosos; los museos, en que se ofrecen á la vista de los visitantes las maravillas del arte; las bibliotecas, en que se atesoran los frutos de la meditación y del estudio; las academias, en que se vela por la conservación de las tradiciones literarias y artísticas; el teatro, en que el pueblo encuentra como animadas y vivas las creaciones del ingenio nacional.

***

En España el gobierno sostiene todas esas instituciones, menos la del teatro. El Ayuntamiento de Madrid, dueño del llamado Español, tiende, es cierto, á proteger la producción dramática española, limitando á los empresarios de este teatro el derecho á representar obras extranjeras, exigiéndoles poner en escena cada año dos comedias no representadas en los anteriores del repertorio clásico, y obligándoles á sostener una compañía escogida y bastante numerosa para poder representar con el debido decoro toda clase de producciones dramáticas.

Pero todo esto, con ser muy acreedor á alabanzas, no es bastante. Al teatro Español, si ha de ser una institución nacional y eminentemente popular en el buen sentido de la palabra, le hace falta en primer lugar una orientación artístico-española que no es posible pedir á un empresario, el cual, por grande que sea su amor al arte, se ve forzado á torcer sus aficiones en pro de respetables intereses económicos. En una palabra, el teatro español, para ser español, no ha de estar pendiente de la taquilla.

Debe—y en esto el teatro francés da un buen ejemplo—conceder importancia preferente al teatro clásico, realizando de tal modo misión análoga á la que cumplen los museos. Muchas y muy hermosas obras creadas por el ingenio de nuestros más famosos dramaturgos son únicamente conocidas de los literatos, y no de todos, pues sabido es que hay entre nosotros muchos que se adornan con aquel nombre, que desprecian, porque no las conocen, las joyas más hermosas de nuestra literatura. Esas obras deben ser expuestas á la vista del gran público con escrupulosa propiedad, y ellas contribuirán de seguro á difundir en el pueblo, no sólo el gusto estético, sino el amor á las tradiciones, leyendas é historia de nuestra raza, que en ninguna parte como en nuestras comedias famosas son presentadas con mayor belleza ni con más verdad.

***

Claro es que la representación de estas obras no ha de tener carácter industrial, sino educador é instructivo, para lo cual debe abaratarse mucho el precio de las localidades, hoy excesivo—y no puede menos de serlo—en los teatros grandes. Porque es de advertir que una de las causas que ha contribuído más poderosamente á fomentar el género chico y el ínfimo es la relativa baratura de estos teatros por secciones. En igualdad de precios, el público prefiere y hubiera preferido siempre el drama y la comedia españoles en que vibran los sentimientos y cualidades de la raza, al fárrago de obrillas, sin que esto quiera decir que no haya algunas muy estimables, con que se ha divertido al público durante los últimos quince años. Y prueba de esto que aquí digo, es lo ingresado en el Español durante la última temporada, adonde, no obstante lo subido de los precios, ha acudido mayor número de espectadores que á cualquiera de los otros teatros de Madrid.

Conveniente será también que el teatro nacional no se convierta en una especie de coto cerrado, en el cual no puedan entrar más que los autores ya aplaudidos. Injusto sería excluirlos de él, pero no se cometería mayor injusticia cerrando la puerta sistemáticamente á los ingenios desconocidos. O hemos de renunciar á la continuidad de nuestra labor dramática, ó hemos de abrigar forzosamente la convicción de que en estos momentos, quién sabe en qué ignorada buhardilla ó en qué rincón de España se están elaborando las comedias que han de aumentar la serie de las que se han escrito en lengua española. En los templos del arte debe haber siempre altares para el dios desconocido.

El nuevo teatro Español debe extender como en Francia su beneficiosa influencia sobre los actores. No es envidiable á la verdad en España la suerte de los artistas escénicos. Durante un breve período de su vida brillan, se ven lisonjeados y aplaudidos y aun recompensados con más largueza que otros artistas; pero ese período, vuelvo á decirlo, dura poco, y cuando el público les vuelve las espaldas, los que fueron un día ídolos de la muchedumbre, pasean luego, olvidados, su tedio, su tristeza y acaso su hambre por las aceras de la calle de Sevilla. Estos actores tienen derecho á una vejez decorosa y tranquila, que rara vez pueden crearse ellos mismos por el ahorro, pues si grandes son sus sueldos, grandes é imprescindibles son también sus gastos. Dadas las exigencias de la escena, el vestuario hoy de una primera actriz, es tan costoso como el de la más encopetada duquesa.

El teatro Español, sin convertirse en una especie de asilo, deberá asegurar á sus actores y á sus estrellas un ocaso sin las angustias de la miseria.

***

Por otra parte, el Estado podrá, si el pensamiento de D. Amalio Jimeno se realiza, conseguir lo que ha sido hasta ahora imposible para las empresas: la formación de una buena compañía. La vanidad de los artistas, la imposibilidad en que se encuentran las empresas para satisfacer las exigencias de aquéllos, la falta de autoridad ó de prestigio en los directores y la instabilidad de los cómicos en sus respectivos teatros son causas que impiden la formación de agrupaciones que puedan desempeñar con la perfección debida las grandes obras dramáticas: donde la dama es *genial,* al galán no puede tolerársele; allí falta el actor de carácter; en el otro lado el gracioso es un botarga, y en todas las compañías, aun en las mejores, se echa de menos la debida armonía y el necesario acoplamiento.

Esto último podrá conseguirse, como se ha conseguido en la Comedia francesa; y aquí en donde, se diga lo que quiera, en el arte, como en todo, abundan los elementos valiosos, pero falta la organización, no es imposible que se pueda constituir una compañía dramática tan buena como las mejores que funcionan en los teatros extranjeros.

Y á ello contribuiría también la reforma y el mejoramiento del Conservatorio, que puede convertirse, y no sin grande esfuerzo, en excelente plantel de artistas teatrales.

Atendiendo á la regeneración del teatro—como se propone hacerlo el Ministro de Instrucción Pública, que lo es también de Bellas Artes,—se realizará obra altamente patriótica y civilizadora; porque, como escribe un ilustre pensador moderno, no consiste tan sólo la gloria de los pueblos en la sabia administración de justicia, ni en los triunfos sangrientos de las batallas, ni en la elocuencia de los Parlamentos, ni en la enseñanza de las Universidades; su gloria estriba también en la prosperidad de las artes, las cuales elevan el corazón y el entendimiento del hombre á las regiones de la eterna belleza, en donde encontramos ideales que seguir, fuerzas para perseverar en las nobles luchas de la vida y consuelo para nuestros dolores.

No debe olvidarse que el arte es el precursor de todo progreso. Es una verdad, aunque envuelta en las formas del mito, que al son de la lira se edificaron ciudades.

Zeda.



En contacto con estas gentes humildes...

LAS MUJERES EN GALDÓS

DOÑA LEANDRA

Nada tan vulgar como esta buena señora manchega. Es un tipo de lugareña con la costra rural pegada al alma, más que al cuerpo. Estos seres sencillos, humildes, con tosquedad campesina, que van denunciando á la legua su procedencia aldeana, que no se han cepillado decentemente, conservando hábitos y costumbres del pueblo, acostumbramos verlos todos los días y en todas las calles de las ciudades. Nos mueven á risa, quizás porque no sabemos mirar adentro y únicamente nos fijamos en el traje.

Llaman la atención de las gentes en ley del contraste, porque, rebeldes al medio, inadaptados estos seres al ambiente social cortesano, no han sido conquistados por «el espíritu de la ciudad.» Cientos de años que vivieran, aun en trato continuo con otros seres más dados á las frivolidades urbanas y bajo la acción de costumbres más cultas y á la moda, no perderían nunca su bravía naturaleza campesina, el carácter nativo, indomable, bien amasado y cocido, durante años de vida activa, que moldea el espíritu, en el rincón lugareño, cuyo sabor se lleva perdurablemente dentro como la cal en los huesos.

De esta casta de tipos aldeanos es doña Leandra Quijada, que lleva, como se ve, el apellido de su paisano, el *ingenioso hidalgo*. Bien es verdad que al nacer en tierras de la Mancha, en un lugar «de cuyo nombre no quiero acordarme,» más heredó el espíritu socarrón y positivista del escudero, que el alto idealismo romancesco del caballero andante, el de la triste figura, D. Alonso de Quijada el Bueno.

Cuando la conocemos, al leer *Bodas reales*, doña Leandra ha dejado el natal pueblo y vive en Madrid, precisamente en días de conmociones políticas y de revueltas populares.

Ningún accidente de trágica resonancia presta interés al vivir vulgar de la pobre señora. Sus intimidades caseras, los pequeños sucesos que hacen deslizar sus días con poco turbado sosiego, nada importan. Las mismas tribulaciones familiares que á cada instante conturban la paz doméstica reinante obedeciendo al tirón de los acontecimientos públicos, tribulaciones que son como el pulso de la historia viva de España por entonces, más interés tienen por lo que representan, por la acción externa que van indicando, que por lo que en sí mismas valen. Esos duelos y quebrantos que afligen el humilde espíritu de doña Leandra carecen de intensidad subjetiva. La grandeza de ellos está en el carácter objetivo que entrañan, en que son reflejo de la violenta sacudida que conmueve el alma de todo un pueblo.

Tres años de vida lleva en Madrid, después que azares de la suerte la trasplantaron *del cortijo á la corte*.

Casada con D. Bruno Carrasco, por obediencia á éste deja el pueblo natal en busca de los amplios horizontes cortesanos, donde la intriga política puede dar al marido, á tenor de sus ansias, el destino con larga renta, que ambiciona siempre todo español provinciano, en olor de perezoso, á quien espolean afanes egoistas y acosa la locura quijotesca de grandezas. Con ellos viven en holgada paz las dos hijas Eufrasia y *Lea*, con más los otros retoños que al cielo plugo darles por descendencia.

Bien se hallan todos en la corte, menos doña Leandra. Campo fértil á las correrías é intrigas de D. Bruno, á caza siempre de la soñada prebenda; lugar á propósito para divertir sus ocios y desahogar sus coqueterías las muchachas, Madrid es encanto de estos seres frívolos, de carácter versátil, fácilmente adaptables al medio ambiente madrileño.

Sólo doña Leandra conserva su corteza aldeana, y en lo más hondo de su corazón siente reverdecer de continuo la querencia por el solar nativo, que añora con pena muy íntima.

Así, en ese punto, revela todo su «interior.» En ella, en su modo de ser ordinario, ningún detalle sobresaliente la distingue. Digno de alta estima no hay más que la tenaz inclinación del alma que la hace vivir una segunda vida espiritual en pensamiento y con el recuerdo.

Vive porque no vive. Con esta frase podía muy bien expresarse ese estado psicológico suyo, á virtud del cual, aun residiendo en Madrid, continúa todavía viviendo en la Mancha.

Es un desdoblamiento de la personalidad que desglosá el cuerpo del alma. Son dos vidas las que funde en una sola doña Leandra.

Tiene su vida en la corte algo de sonambulismo, y su ser no llega á compenetrarse con la realidad ambiente, por el esfuerzo de la imaginación y de la memoria que de continuo la hace vivir en el lugar lejano donde naciera, lugar de sus devociones y amores, con una especie de anestesia de los sentidos y cierta inconsciencia asaz extraña.

Renuncia á vivir en casas de las calles céntricas, y en la Cava Baja se aposenta.

Con el traslado pierde comodidades, pero ¿qué importa? Alimenta así la ilusión de hallarse más cerca de su pueblo. Su naturaleza de campesina se rebela contra el vivir cortesano. Tiene una idea de la fuerza de los hombres y de la fecundidad de la tierra, que ve contrariada, negada, al discurrir por las calles madrileñas. Las gentes no saben arar; los árboles de adorno, estériles, aunque pomposos de verdor, no dan fruto; en estas callejas no corre el aire libre como en los campos de barbecho y en las tierras de sementera; ni siquiera puede gozar á sus anchas, en los patios de húmeda sombra cargada de tristeza, del alegre y amado sol.

Repugna además el habla relamida de los señores, y saborea mejor, entre la gente aldeana, «los tonos vigorosos de la lengua madre, caliente, vibrante y fiera.»

A la busca de estas emociones, que son las únicas que satisfacen su contento, sale todas las mañanas doña Leandra de casa, ya instalada en la Cava Baja, rincón verdaderamente pintoresco en plenos barrios bajos madrileños, y visita, de husmeo y charla, las pajerías por el olor á granero y las cererías por el aroma de iglesia y de colmena de que se hallan impregnadas, que llevan á su alma la sensación del campo y de la dulce vida lugareña.

Su mayor contento era ver llegar las galeras que entraban por las puertas de Madrid y venían de los pueblos distantes en largas jornadas, y los carromatos, sonando la recua las colleras, cargados con los productos del campo, pellejos de vino, banastas de olorosas frutas, sacos de maíz y frescas hortalizas que parecían conservar aún el acre olor de la tierra removida.

Y entraba en los paradores de ancho portal y amplio patio, donde descansaban galeras y carromatos arrumbados en espera del viaje de retorno; y visitaba los mesones donde yantaban en la cocina y dormían en el pajar los ordinarios manchegos y los encuarteros de otros lugares. Así aliviaba el fastidio cortesano buscando «el contacto con arrieros y trajinantes, zagalones y mozos de mula, respirando entre ellos el aire del campo que pegado al burdo paño de sus ropas traían.»

Con ellos charlaba á placer. Gratas le eran las noticias que le daban y que su curiosidad insaciable pedía. A unos con interés demandaba referencias del estado de las cosechas en las tierras de pan sembrar y en las campiñas de viñedo, enterándose de paso del precio de los granos y á cuánto los vinos se vendían. Y con las noticias dadas, venía el discutir á roso y velloso, como si en el pueblo estuviera y en la propia hacienda con mercaderes contratara. A otros, sobre todo á los ordinarios manchegos, no dejaba en paz á fuerza de preguntas.

Entonces era el informarse de las andanzas, venturas y desventuras de las gentes de allá. Casa por casa recorría y nombre por nombre de conocidos sacaba á colación, y así, de esta forma y manera, al tanto estaba de entierros, bodas y bateos y hasta de los más pequeños sucesos que por tierra manchega, y más que nada en el nativo lugar, acaecieran.

Con este remozamiento á diario de recuerdos, á compás de estas evocaciones afectivas en que toda su sentimentalidad se interesaba, doña Leandra podía ir tirando de la vida, despabilar la nostalgia y desenojar el tedio que la consumía, royendo en el corazón como úlcera en carne viva. En contacto con estas gentes humildes, que renovaban en su interior la grata visión del pueblo y de los predios distantes, bien amados siempre, y que complacían las inclinaciones de su temperamento esencialmente campesino, feliz considerábase en medio de las desdichas de su hogar, á mal traer con las inquietudes camino del desengaño del marido y los amoríos de aquellas cabecitas locas de las hijas.

Ni aun este gozo de las visitas á paradores y mesones dura á la buena señora. Ya no puede salir. Paralítica, quéjase y delira en el lecho.

La fiebre trastorna su cerebro, y la idea fija, más tenaz ahora que nunca, pone en sus sueños calenturientos alucinaciones extrañas.

Giran sus pensamientos desordenados y sus palabras incoherentes en torno á la misma querencia con raigambre indestructible en su espíritu. No parece sino que es este mismo amor enfermo quien delira.

Y doña Leandra, suspirante, como si la añoranza fuese en ella intensa pasión del alma, que hasta á los dolores del cuerpo se sobrepone, dice á la criada:

—Mira lo que te encargo; en cuanto llegues á Peralvillo lo primero que haces es enterrarme..., pero ello ha de ser en el soto de Claveros para que yo tenga sobre mi corazón todo el día las patadas de mis ovejitas...

Así continúa su extraño delirio, en una especie de *ritornello* que repite á cada momento el amoroso recuerdo. Aun en medio de la fiebre, la dulce ilusión mantiene sus encantos, y la querencia por la nativa tierra confía esperanzada triunfar y vivir después de la muerte. Para ella, como dijo el poeta, *morir..., dormir...*



FIESTAS ÉUSKARAS CELEBRADAS EN SAN SEBASTIÁN. – NIÑOS AGRUPADOS ALREDEDOR DEL RETOÑO DEL ÁRBOL DE GUERNICA DISPUESTOS Á ENTONAR EL GUERNIKAKO-ARBOLA. (Fotografía de Frederic.)

Tenaz, obsesionada con la idea alma de su vida, una vez y otra encarga:

—Llevaos toda la ropa, y en el patio grande de casa colgadla para que le dé el aire y el sol.

Las frases que hilvana torpemente en su delirio de agonía entrañan un alto sentido. Son un testamento de amor. Quiere que vuelva á la tierra, en ley de justicia, todo lo que de ella salió.

Cuando llega el instante último, al acabar la vida, en la boca de la buena señora se dibuja un mohín desdeñoso. Parece que vuelca en él todo el inmenso asco que ha sentido por las vanidades y locuras de los suyos que la trajeron á morir bajo techo extraño y no le concedieron el último consuelo de cerrar los ojos para siempre, allá en la casa aldeana, frente á la ventana por donde entrara la luz del sol, el son del agua, el olor de las flores y el vaho caliente y saludable de la madre tierra que se ha amado tanto.

ANGEL GUERRA.

(Dibujo de Cutanda.)

LAS FIESTAS EUSKARAS DE SAN SEBASTIÁN

El día 7 de este mes comenzaron en San Sebastián las fiestas éuskaras que todos los años se celebran en un pueblo distinto de la provincia. Son fiestas muy características y en todas ellas alienta el alma de la antigua y noble Euskeria.

De las principales, que reproducen los grabados de la página siguiente, vamos á dar algunos detalles.

El concurso agrícola celebróse en un campo cercado entre el paseo de Atocha y la plaza de toros vieja, y en él pudieron admirarse hermosos ejemplares de ganado de todas clases, aves de corral, máquinas, aperos y diversos productos de la industria agrícola.

Uno de los festejos más interesantes ha sido la inauguración de las escuelas públicas que el benemérito donostiarra Sr. Viteri ha regalado á la ciudad de San Sebastián; el edificio en que están instaladas ha sido construído según los planos del Sr. Aguinaga y reune todas cuantas condiciones exige la moderna pedagogía. El acto inaugural, que se efectuó en la mañana del 7, fué solemnísimo y terminó con un grandioso banquete en honor del espléndido donante, cuya conducta ha merecido los más entusiastas elogios.

En la tarde del mismo día reuniéronse en la Diputación el Consistorio y el Jurado de los Juegos Florales y los presidentes de las Diputaciones de Vizcaya y Alava Sres. Urquijo y Velasco, y todos juntos se dirigieron á las Casas Consistoriales, siendo recibidos por el Ayuntamiento en corporación con sus maceros, tamboril, trompeteros, banda municipal y *makil dantzaris*. La banda municipal tocó los himnos *Ongi etorri* y *Guernikako arbola*.

Al anochecer, todas las corporaciones en pintoresca comitiva se encaminaron á la iglesia de Santa María á escuchar la Salve, que cantó de un modo admirable el famoso Orfeón donostiarra.

Por la noche hubo iluminaciones en muchas calles y en el teatro del Circo se puso en escena la ópera vascongada en tres actos *Chanton Piperri*, música del maestro D. Buenaventura Zapirain y letra de don Toribio Alzaga, que fué perfectamente interpretada por la Srta. Lacambra y por los Sres. Tabuyo, Mundín, de Arando, Carasa, Berastegui y Erquicia, todos hijos del país. La obra tuvo un éxito colosal, siendo al final de cada acto los artistas y los autores objeto de delirantes ovaciones.

El domingo, día 8, después de una alborada que organizaron las sociedades «Sporti-Clai» y «Euskal-billera,» la Diputación, el Ayuntamiento y diferentes corporaciones asistieron á la solemne procesión que salió de Santa María, siguiendo la costumbre foral; los miqueletes daban guardia de honor á las imágenes de los santos. Terminada la procesión, hubo oficio solemne que celebró el Ilmo. Sr. obispo, de pontifical, y durante el cual el Orfeón donostiarra cantó magistralmente la misa del célebre Riga. El venerable orador sagrado, párroco de la ciudad de Hernani, pronunció un elocuente sermón en lengua éuskara.



FIESTAS ÉUSKARAS CELEBRADAS EN SAN SEBASTIÁN. – FESTEJO DE LOS JARDINEROS. – ENTRADA DE LA DIOSA FLORA EN LA PLAZA DE TOROS, DONDE SE HA CELEBRADO EL FESTIVAL. (Fotografía de Frederic.)

Después del oficio, celebróse en las Casas Consistoriales un suntuoso banquete con que el Ayuntamiento de San Sebastián obsequió á las representaciones de las diputaciones hermanas, á 150 alcaldes de los pueblos de Guipúzcoa y á los alcaldes de Bilbao, Guernica y Vitoria.

Por la tarde, efectuóse en la plaza de la Constitución el reparto de los premios del concurso agrícola, y á las seis se celebró la fiesta del Arbol de Guernica. La comitiva oficial, que salió de las Casas Consistoriales, estaba formada por la Diputación, el Ayuntamiento de San Sebastián, los alcaldes de los pueblos guipuzcoanos y de Vitoria, Bilbao y Guernica, los presidentes de las Diputaciones de Alava y Vizcaya, el Consistorio de los Juegos Florales, los comparsas de *makil dantzaris*, la banda municipal, trompeteros, maceros y guardias municipales; delante

FIESTAS ÉUSKARAS CELEBRADAS EN SAN SEBASTIAN. (De fotografías de Frederic.)



El Sr. Viteri firmando el acta de donación de las escuelas. – Edificio de las escuelas Viteri, donado por dicho señor á la ciudad de San Sebastián. – Ceremonia de la plantación del retoño del Arbol de Guernica en el Paseo de los Fueros. – El Alcalde de San Sebastián Sr. marqués de Rocaverde descubriendo el retoño del Arbol de Guernica. – Banquete celebrado en las Casas Consistoriales por el Ayuntamiento en honor de los representantes de las diputaciones forales, de 150 alcaldes de los pueblos guipuzcoanos y de los de Bilbao, Vitoria y Guernica. – Procesión al estilo del país. – El Jurado calificador del concurso agrícola; una vaca del país premiada. – Ejemplares de ganado caballar premiados.



PARÍS. – LA FIESTA DEL 14 DE JULIO. – LA REVISTA MILITAR DE LONGCHAMP. VISTA DE LA TRIBUNA DE HONOR EN DONDE ESTABAN EL REY SISOWATH DE CAMBOYA Y SUS MINISTROS. (De fotografía de Branger.)

de ella iban todos los niños y niñas de las escuelas municipales, con sus estandartes de los colores de San Sebastián y los nombres de los respectivos colegios.

El retoño del sagrado y venerable Arbol de Guernica, plantado en un extremo del Paseo de los Fueros, estaba rodeado de una cortina y de varios mástiles con gallardetes y banderas. Al descubrir el alcalde señor marqués de Rocaverde el retoño, disparáronse centenares de cohetes, y la multitud inmensa que presenciaba el acto, acompañada por las bandas de música, entonó con entusiasmo indescriptible el patriótico himno *Guernikako arbola*. Fué una ceremonia tan grandiosa como conmovedora.

Brillante ha sido la fiesta de los jardineros, que se celebró el día 9 en la plaza de toros. Ofrecía ésta un aspecto hermoso; el ruedo estaba primorosamente adornado con flores que representaban los escudos de España, Guipúzcoa y San Sebastián admirablemente confeccionados, y en el centro se había dispuesto un amplio tablado adornado también con mucho gusto. Primero desfiló la comparsa de niños cantores y niños jardineros precedida por una banda de música y al final de la cual iba una magnífica carroza con la diosa Flora y once niñas vestidas con trajes griegos. Subieron al tablado los niños jardineros y en él hicieron algunas evoluciones; luego, con trozos de madera y macizos de flores, improvisaron una preciosa glorieta con cuatro fuentes. La música ejecutó algunos *zortzicos* y los niños cantaron algunas composiciones genuinamente vascongadas. El festival terminó con un desfile que resultó brillantísimo.

A estas fiestas han asistido representantes de la Solidaridad Catalana y de la Lliga Regionalista de Barcelona, que han sido en todas partes acogidos con las más cariñosas muestras de hermandad y simpatía.—S.

PARÍS. LA FIESTA DEL 14 DE JULIO

LA REVISTA DE LONGCHAMP

De todas las fiestas con que en París se conmemora el aniversario de la toma de la Bastilla, la más interesante ha sido siempre la revista militar de Longchamp.



PARÍS. – LA FIESTA DEL 14 DE JULIO. – LA REVISTA DE LONGCHAMP. DESFILE DE LA ARTILLERÍA (De fotografía de Branger.)

En la de este año han tomado parte las guarniciones de Versailles, Vincennes y París, formando un total de 40.000 hombres que desde las siete y cuarto de la mañana comenzaron á ocupar los puestos que les habían sido señalados, colocándose en tres líneas: la primera, mandada por el general Dubois, se componía de los alumnos de las escuelas militares y de las tropas especiales; la segunda, al mando de los generales Joffre, Percin, Menetrez y Sucillon, de las divisiones 6.ª, 7.ª y 10.ª de infantería y de la 5.ª brigada de infantería colonial; y la tercera, á las órdenes de los generales Mounier y Gillain, de la artillería, del tren y de la caballería.

A las ocho llegó el presidente de la República, acompañado del ministro de la Guerra Sr. Etienne, y después de revistar las tropas y de proceder á la solemne ceremonia de la entrega de las condecoraciones decretadas con motivo de la fiesta del 14 de julio, se dirigió á la tribuna oficial, en donde se hallaba, entre otros personajes, el rey Sisowath de Camboya, comenzando entonces el desfile. Desfilaron primero los alumnos de las escuelas y las tropas especiales; luego la infantería de línea y la infantería colonial; después la artillería, al trote, y finalmente la caballería, al galope.

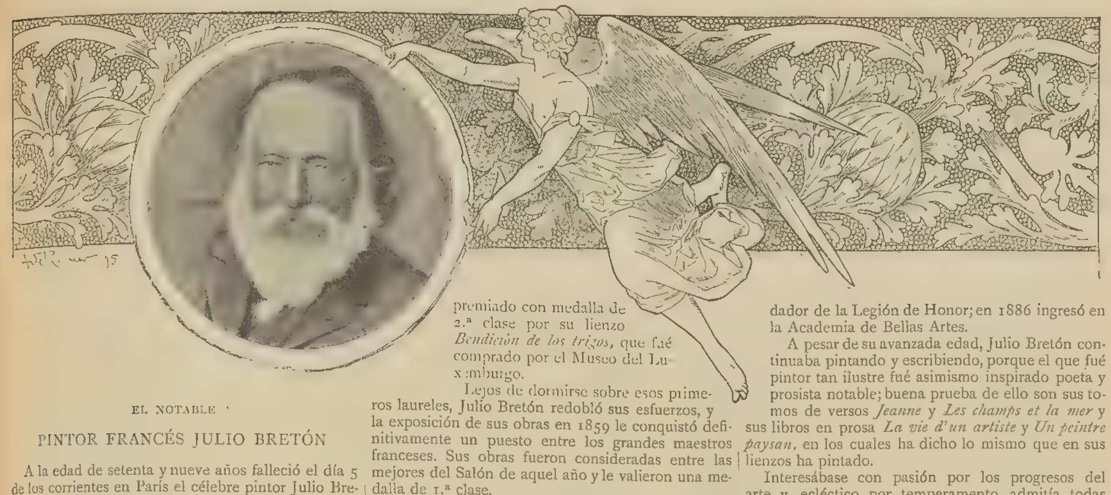
Terminado el desfile, la caballería se formó en el fondo del campo de carreras, dando frente á las tribunas, y en líneas compactas se lanzó al galope, deteniéndose en seco á pocos metros de distancia de las tribunas y siendo objeto de una ovación entusiasta.

A las nueve y media acababa la revista.

Las tropas fueron aclamadas en todas partes, especialmente cuando de regreso de Longchamp pasaron por el bosque de Boulogne y por la grandiosa avenida de los Campos Elíseos.

M. Faillieres, que también fué muy vitoreado, envió, después de la revista, al ministro de la Guerra una carta en extremo laudatoria para el ejército, carta que el ministro transmitió al gobernador militar de París.

La revista de Longchamp fué presenciada por un gentío enorme. Las tribunas ofrecían un aspecto brillantísimo; en la oficial, al lado de Mme. Faillieres, estaba la hija del presidente de la República de los Estados Unidos Alicia Roosevelt con su esposo Mr. Longworth. – X.



EL NOTABLE

PINTOR FRANCÉS JULIO BRETÓN

A la edad de setenta y nueve años falleció el día 5 de los corrientes en París el célebre pintor Julio Bretón, uno de los artistas que de mayor fama disfrutaron en Francia durante la segunda mitad del siglo XIX. Nació en Courrieres en 1827; era hijo de aldeanos y desde su infancia amó la naturaleza, á la que siguió rindiendo culto durante toda su vida. Fué discípulo de Félix de Vigne primero y después de Drolling, y en 1853 expuso por vez primera en el Salón, mereciendo su cuadro *Regreso de los segadores* las alabanzas de la crítica y de los aficionados.

La Exposición universal de 1855 consagró aquella reputación naciente; de los tres cuadros suyos que en ella figuraron y que le valieron una medalla de 3.ª clase, uno, *Las espigadoras*, fué adquirido por el opulento banquero parisiense Isaac Pereire, y otro, *Jóvenes aldeanas consultando las espigas*, por la emperatriz Eugenia. Dos años después, en el Salón de 1857, fué premiado con medalla de 2.ª clase por su lienzo *Bendición de los trigos*, que fué comprado por el Museo del Luxemburgo.

Lejos de dormirse sobre esos primeros laureles, Julio Bretón redobló sus esfuerzos, y la exposición de sus obras en 1859 le conquistó definitivamente un puesto entre los grandes maestros franceses. Sus obras fueron consideradas entre las mejores del Salón de aquel año y le valieron una medalla de 1.ª clase.

Desde entonces los triunfos de ese pintor fueron continuados, lográndolos no solamente en Francia, sino también en el extranjero; en 1860, por ejemplo, ganó una primera medalla en Bruselas. En el Salón de 1872 obtuvo la medalla de honor por sus cuadros *La fuente* y *La vaquera*, el primero de los cuales, después de haber sido vendido varias veces, pasó á poder del conocido aficionado parisiense M. Roucherón, que todavía lo conserva y que pagó por él cien mil francos.

En 1886, su cuadro *Primera Comunión*, expuesto dos años antes, se vendió en Nueva York por 247.000 francos. Otros lienzos suyos alcanzaron también precios elevadísimos: por la *Recolección de adormideras*, que reproducimos, se pagaron 145.000 francos.

En 1867 fué nombrado oficial y en 1885 comendador de la Legión de Honor; en 1886 ingresó en la Academia de Bellas Artes.

A pesar de su avanzada edad, Julio Bretón continuaba pintando y escribiendo, porque el que fué pintor tan ilustre fué asimismo inspirado poeta y prosista notable; buena prueba de ello son sus tomos de versos *Jeanne* y *Les champs et la mer* y sus libros en prosa *La vie d'un artiste* y *Un peintre paysan*, en los cuales ha dicho lo mismo que en sus lienzos ha pintado.

Interesábase con pasión por los progresos del arte y, ecléctico por temperamento, admitía todas las tendencias, aun las más atrevidas, rebelándose únicamente contra el desprecio de la forma y la ausencia de expresión artística.

Era un realista por la elección de sus temas; pero era un poeta por la interpretación de los mismos; sabía encontrar grandiosidad en las más humildes escenas de la vida rústica y tenía el verdadero sentimiento de la belleza. Creía que un paisaje era un estado de alma, que encerraba un pensamiento, y ese pensamiento, que él adivinaba, le servía de asunto para sus cuadros.

En estos últimos años vivía en un retiro encantador, en un delicioso hotelito de la calle de Longchamps, al lado de su hija, la célebre pintora madame Demont-Bretón, y de sus nietos, gozando de una existencia dulce y apacible.—R.

Recolección de adormideras, celebrado cuadro de Julio Bretón



Los niños, cuadro que forma parte del tríptico de J. L. Jonas «Los mineros.»
(Salón de la Sociedad de Artistas Franceses. París, 1906.)



Las mujeres, cuadro que forma parte del tríptico de J. L. Jonas «Los mineros.»
(Salón de la Sociedad de Artistas Franceses. París, 1906.)



Declaración de amor, cuadro de E. A. F. Deuilly
(Salón de la Sociedad de Artistas Franceses. París, 1906.)



¡Adiós!, cuadro de J. Beraud
(Salón de la Sociedad Nacional de Bellas Artes. París, 1906.)



En el teatro, cuadro de L. F. Garrido. (Salón de la Sociedad Nacional de Bellas Artes. París, 1906.)

EL DRAMA DE MADISON SQUARE (NUEVA YORK)

Hace pocos días cometióse en Nueva York un crimen que produjo gran sensación, así por la calidad de las personas que en él intervinieron, como por las circunstancias en que fué realizado.

EL DRAMA DE MADISON SQUARE (NUEVA YORK)
El millonario MR. THAW, asesino de MR. WHITE

Miss Florencia Evelyn Nesbit, joven de extraordinaria belleza y huérfana de un abogado de Pittsburgo, trasladóse al morir éste á Nueva York, en donde ejerció la profesión de modelo, que no tardó en trocar por la de artista de teatro. En aquel tiempo fué amante del arquitecto Mr. Stanford White, que poco después la abandonó.

En París conoció Miss Florencia al millonario Mr. Thaw, que la recondujo á América y se casó con ella el día 5 de abril de este año. Después de su boda los jóvenes esposos hicieron un viaje por América y por Europa, y en París, en donde residieron una larga temporada, conoció el marido á Mr. Stanford White y supo por su esposa, según parece, las relaciones que entre éste y ella habían mediado.

De regreso en Nueva York, cenaba una noche el matrimonio en el café Martin, en Madison Square; estaban muy contentos y se prometían pasar alegremente la velada, cuando de pronto, Mr. Thaw vió que su esposa palidecía, y al preguntarle qué le pasaba, Mrs. Thaw escribió en el *menu* estas palabras: «El miserable está aquí,» y se lo entregó á su marido.

En efecto, Mr. Stanford White comía también en el café Martin, del cual era asiduo parroquiano.

Terminó sin otro incidente la comida, y los esposos Thaw subieron al café concierto instalado en el mismo edificio de Madison Square, al que fué también Mr. Stanford White.

Durante la representación, Mr. Thaw se acercó á su rival y sacando un revólver disparó sobre él tres tiros. Mr. Stanford White cayó muerto, y el asesino, sin inmutarse, se entregó inmediatamente á un agente de policía diciéndole: «Le he matado porque perdió á mi mujer. No me arrepiento de ello.»

A excepción del *New York Herald*, la prensa de los Estados Unidos se muestra poco favorable á la víctima, de quien dice que llevaba una vida de disipación y escándalo.

En cuanto al matador, sus amigos pretenden que al cometer el crimen no gozaba de la plenitud de sus facultades mentales y quieren hacerlo pasar por loco; pero él mismo combate esa suposición y afirma que está perfectamente cuerdo y que mató á Mr. Stanford White con pleno conocimiento de lo que hacía.

La causa se verá pronto ante el jurado de Nueva York.

CUADROS DE LOS SALONES DE PARÍS DE 1906

(Véanse los grabados de las páginas 473, 480 y 481.)

Desamparo, cuadro de Edmundo Suau. – ¡Cuánto dolor en este lienzo! ¡Cuánta tristeza en esas figuras! Murió el que era sostén de aquella mujer y de aquella niña, y esos dos seres, privados de su único apoyo, viven en el mayor desamparo. La madre lleva reflejadas en el semblante todas las torturas de su alma; pálida, con los ojos entornados y sin fuerzas siquiera para llorar, piensa en el porvenir que les espera; tal vez acude á su mente la idea del suicidio; acaso cruza de cuando en cuando por su imaginación un rayo fugaz de esperanza, sintiendo que la Providencia no puede menos de condolerse de su mísera suerte. La niña, á quien sus pocos años resguardan contra pensamientos negros, se ha dormido en la falda de su madre; el cansancio y quizás el hambre han cerrado sus párpados. ¡Quién sabe si, en alas de su fantasía, sueña cosas alegres que harán más doloroso aún su despertar!

La obra de Suau es de una intensidad extraordinaria y emociona profundamente; además está pintada con un vigor y una simplicidad admirables.

Los niños. Las mujeres, cuadros que forman parte del tríptico *Los mineros*, de J. L. Jonas. – Estos dos lienzos, con el que reprodujimos en el número 1.279 con el título de *En las minas de Anzin*, forman el hermoso tríptico que ha figurado en el Salón de la Sociedad de Artistas franceses de este año y que ha merecido los mayores elogios. Las tres pinturas son otras tantas notas arrancadas de la realidad y trasladadas á la tela con singular energía; en ellas se ve sintetizada en toda su crudeza la existencia de esos obreros que descienden á las entrañas de la tierra para extraer el carbón, alma de la industria moderna, con riesgo de sus vidas; en ellas podemos estudiar cómo viven esas pobres gentes, cómo se crían sus hijos, cómo cuidan del modesto hogar sus madres y sus esposas. Y de todas esas fases de la existencia de los mineros parecen escaparse los mismos lamentos, los mismos gritos de protesta, los mismos deseos de emancipación, sentimientos á los cuales el pintor ha sabido dar forma admirable, apropiándolos á las condiciones distintas de edad y de sexo de los diferentes personajes que en las respectivas composiciones entran.



MRS. THAW, esposa de MR. THAW y causa del crimen

Declaración de amor, cuadro de E. A. F. Deuilly. – Grande es el contraste que ofrece este lienzo con los de Suau; en él la vida se presenta plácida, alegre, llena de belleza en el presente, pródiga en esperanzas para el porvenir. Todo en él respira poesía: el escenario no puede ser más pintoresco; ese frondoso bosque en donde penetra suave luz tamizada por las ramas de los árboles, parece creado solamente para ser lugar de amorosas escenas; y esa joven pareja cuyos labios pronuncian las más dulces palabras que pueden escuchar oídos humanos, es la más bella expresión de ese sentimiento que hace latir al unísono dos corazones y junta en una sola dos almas heridas por el amor. Contemplando la obra de Deuilly, casi percibimos los leves susurros del follaje, las perfumadas emanaciones de las flores y de las hierbas silvestres, la grata sensación de frescura de la umbría, y casi escuchamos los tiernos conceptos de los dos enamorados, la interrogación de él y el sí de ella que sella un pacto solemne y abre un nuevo camino á aquellas dos existencias.

¡Adiós!, cuadro de Juan Beraud. – La expulsión de las congregaciones religiosas de Francia dió lugar á muchas escenas análogas á la representada en este cuadro. Muchas fueron, en efecto, las poblaciones que protestaron contra una medida que las privaba especialmente de esas santas hijas de San Vicente de Paúl en quienes la infancia encontraba cariñosas maestras, las mujeres consejeras prudentes y los desvalidos ayuda y consuelo. El amor de Dios y los sentimientos de caridad las inspiraban, y por el bien de sus semejantes hacían gustosas el sacrificio de su libertad y si era preciso hasta de su vida, prodigándose en escuelas, hospitales y asilos, siempre pacientes, siempre cariñosas, puestos sus cuidados en las miserias de la tierra para aliviarlas y fijas sus almas en el cielo para merecer la única recompensa por ellas ambicionada. Por esto al ser expulsadas de sus asilos, de sus hospitales, de sus escuelas, fueron despedidas con lágrimas en los ojos y bendiciones en los labios, y en muchas ocasiones costó gran esfuerzo á los gendarmes encargados de cumplir la dura é injusta ley arrancarlas de los brazos de los pequeñuelos y separarlas de las gentes que no se avenían á perder con ellas á unos seres que tantas veces endulzaron su mísera existencia y les enseñaron, con la palabra y con el ejemplo, las más grandes virtudes cristianas, las que nos hacen perdonar los agravios y sufrir resignadamente las mayores adversidades.

Juan Beraud, además de una hermosa obra artística, ha hecho con su cuadro una buena obra social, perpetuando en el lienzo ese episodio de la historia francesa contemporánea.

En el teatro, cuadro de L. F. Garrido. – Fijar en el lienzo la expresión de una sensación ó de un sentimiento fugaz que por un instante anima á un rostro humano, ha de ser para un artista labor difícil en extremo; provocarla artificiosamente en el modelo es imposible, pues nunca por este medio se logrará ni una aproximación siquiera de la realidad, y si tiene que sorprenderla del natural necesita estar dotado de un espíritu de observación extraordinario para posesionarse bien de ella en el corto lapso de tiempo en que le sea dado apreciarla. Esta consideración, que es de sentido común, permite formarse concepto del mérito de la obra de Garrido, en la cual vemos catorce rostros animados por distintas expresiones ó, mejor dicho, por diversos matices de una expresión sola. El efecto que la representación produce en los espectadores se refleja por modo tan admirable en cada uno de los semblantes de éstos, que nos parece estar también nosotros presenciando el espectáculo y leer en el alma de aquéllos la impresión que en ella va dejando la acción escénica.

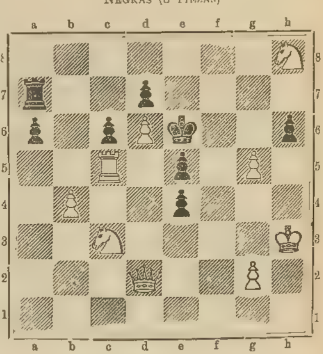


EL ARQUITECTO MR. STANFORD WHITE
(De fotografías de «Photo-Nouvelles.»)

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 433, POR V. MARÍN.

NEGRAS (8 PIEZAS)



BLANCAS (9 PIEZAS)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 432, POR V. MARÍN.

Blancas.	Negras.
1. Df8 - a8	1. Cualquiera.
2. D mate.	

EN LA PAZ DE LOS CAMPOS

NOVELA ORIGINAL DE MAURICIO MONTEGUT.—ILUSTRACIONES DE SIMONT

(CONTINUACIÓN)

¡Qué tristeza hoy! ¿Qué se sabría mañana? En ninguna parte se veía un resplandor de salvación; estaban rodeados de tinieblas. Pero lo que más profundamente le hacía sufrir era la última metamorfosis de la compleja Arabela. Esta vez se había desenmascarado á pesar de sus ironías, de sus pretextos y de sus insinuaciones.

Así, pues, durante tantos años, desde su primera juventud, casi desde su infancia, Arabela estaba mintiendo y sabía hacerlo; se burlaba de él y no le había amado ni un día, ni una hora. Lo que hacía era envolverle, cegarle, para que no viese nada y consintiese en todo.

¡Ah! Si, para colmo de dolor, hubiera sabido que aquella misma Arabela, al prometerse á él, se prometía también á otros y era el objeto definitivo de la partida jugada; que Gervasio Piscop, aquel tunante, tenía los mismos derechos que él sobre la heredera de los Carmesy de Francia y de los O'Brien de Irlanda, la misma que no encontraba bastante noble para ella á un conde de Valroy..., acaso entonces, en un momento de demencia, hubiera buscado el crimen y le hubiera pronto encontrado.

Por el momento, no podía tratarse de venganza, puesto que no tenía delante de él más que un viejo y dos mujeres; era una fuerza más de aquel terceto tenebroso la de oponer tanta debilidad á toda explicación...

Después se cambió su pensamiento y volvió á ver á Arabela paseando con él en su *charrette* inglesa por aquel mismo bosque. Bella, que guiaba con mano nerviosa y firme, tenía catorce años y él diez y seis; sus largos cabellos de un rubio pálido le cegaban á veces y le anegaban la cara en un tibio raudal. Jacobo creía sentirlos todavía en la mejilla.

Su recuerdo quedaba inscrito en todas partes; aquellos árboles la habían visto; había hollado aquellos musgos con su ligero pie de sílfide; todo aquel paisaje se había pintado en sus profundas pupilas.

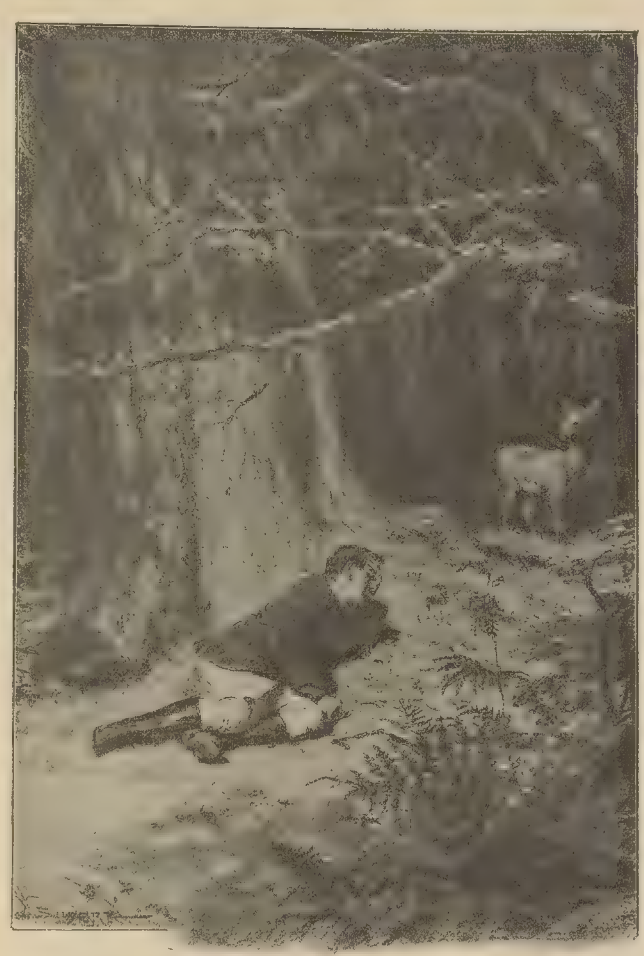
Jacobo tendió los brazos á la noche, oprimió el pasado en su corazón, y presa de un desfallecimiento, se dejó caer al pie de un olmo secular y lloró.

El vizconde Jacobo no era ya más que un desdichado.

La flora y la fauna, en la quietud de las sombras adormecedoras, se callaban alrededor de él para escuchar los sordos sollozos escapados de aquel pecho de hombre...

Y las encinas casi eternas, expertas en el dolor por haber visto tanto, y bajo cuyas ramas habían dormido en otro tiempo los druidas y los reyes merovingios, le abanicaban con sus hojas mecidas por el blando viento de la noche.

Toda la selva compasiva exageró su dulzura para mecer y dormir aquella desesperación sin límites. El alma de las cosas cantó en un murmullo y le dijo: «¡Espera!» Los antiguos dioses, que permanecen fieles á los bosques, vertieron sobre su cabeza el perfume de las resinas y de las hierbas. La tierra le manifestó su ternura.



... se dejó caer al pie de un olmo secular y lloró

Pero él, aplastado en el suelo, en una postura de agonía, continuó su angustia hasta los límites humanos. Ahora se acordaba de ciertas palabras: «Hay una mancha en esa familia; no se casa uno con esa gente.» ¿Qué gente? Los hijos de los maníacos, de los locos dominados por ideas de muerte, de los sangrientos suicidas...

Una cierva atravesó lentamente el camino, escuchando curiosa los gritos sordos de aquel hombre. En otro tiempo, á falta de escopeta, Jacobo se hubiera armado de una piedra para herir á aquel animal confiado. Entonces la miró con amor durante un segundo, porque no tenía pensamiento para mentir. La cierva se metió tranquila en la espesura. Y él reanudó sus reflexiones desoladas.

Hijo de locos, predestinado él mismo y habiendo probado ya que era de su raza por delirios de infancia; esto era lo que se decía de él. Estaba fatalmente condenado al último acto del jugador vencido y del amante engañado. Podía elegir entre la ventana del bisabuelo y la pistola del abuelo; era siempre el mismo salto en lo desconocido, en la nada...

¡La nada, no sufrir!.. Volver libremente á esa tierra que ahora le parecía amiga, mezclar sus cenizas con las raíces y con los gérmenes y florecer en ellos... ¿Por qué no, después de todo? ¿Era la locura que se apoderaba de él á su vez? Ello es que Jacobo no juzgaba ya ese acto tan difícil ni tan doloroso.

Ahora que estaba solo en la tierra—porque el mundo estaba vacío para él sin Arabela,—¿no era la muerte el refugio supremo y el remedio absoluto?

Entonces, más y más tentado por aquella visión deslumbradora de un próximo aniquilamiento, en el silencio del bosque paternal, entre las quejas del viento y la calma imponente del universo nocturno, Jacobo repitió en voz alta y solemne, como un proyecto, casi como un juramento:

—¿Por qué no?

IV

—¿Berta no está aquí?, preguntó Garnache empujando la puerta.

—No, respondieron á la vez el tío Balvet, José y Clara.

Los dos hijos de éstos, unos chicos de cuatro y tres años, acudieron con los brazos abiertos al ver al guarda y se le arrojaron á las piernas. Y él, con cara preocupada y la vista fija en el exterior, murmuró mientras acariciaba la cabeza de los niños:

—¿Dónde puede estar?.. No ha vuelto á casa y no se la ha visto desde esta mañana.

Los otros tres movieron la cabeza en silencio. José dijo:

—No os alarméis; está rondando por Reteuil..., y además ya sabéis que no tiene bien la cabeza.

—Justamente, respondió Regino, por eso temo siempre algo... No sabe lo que hace...

—Vamos, entre usted, Garnache, dijo el horticultor, y siéntese... Bastante ha andado usted hoy sin correr todavía detrás de ella.

—Sí, suspiró el guarda, el día ha sido duro. Hay que trabajar ahora.

Se produjo un silencio, durante el cual todos meditaban. Regino siguió diciendo:

—No es tanto por Grivoize el menor como por Hilario... Grivoize tiene sus ideas; cuando está de buen humor se pone como otras veces; pero Hilario, el *señor Hilario*, es siempre el mismo... Puede que Jacobo hubiera valido más... En fin, dentro de un mes, suceda lo que quiera, me retiro; sin la pensión que me han prometido para aquella época, ya lo hubiera hecho.

Se volvió hacia su hijo y añadió:

—Tú has hecho bien; tu oficio es mejor. Al menos no tienes amo.

José asintió; no había para qué compadecerle; entre el anciano Balvet, su mujer, la dulce Clara y los pequeños, que iban creciendo, su vida era posible. José sonreía con gran contento.

El tío Balvet habló á su vez, muy lentamente, porque tenía ya mucha edad y sus palabras como sus actos se hacían difíciles.

—Sí, José ha hecho bien; hoy es el amo y sabe tanto como yo, que no sirvo para nada más que para regocijarme con la dicha de los demás Este muchacho había nacido para ese oficio, pues le gustaba todo lo que vive, los animales, los árboles, las flores y las plantas... Por eso ha tomado el gusto al cultivo; se cuida mejor lo que se quiere... Sin embargo, las flores han bajado desde hace cinco años, desde la ruina de Valroy y de Reteuil, dos castillos menos para la provisión de jardines y de estufas... No serán los Piscop los que hagan pedidos, de seguro. Y Reteuil está desierto, esperando la venta, que no tardará.

Regino continuó:

—Y entonces será Grivoize el mayor el que se instale allí con su prole, y tampoco serán buenos clientes.

Balvet hizo un gesto.

—¡Oh, no!

Se quedaron de nuevo en silencio, sólo turbado por las voces un poco lejanas de los niños en el jardín. Era una noche después de cenar, una de esas noches de verano en que la luz no quiere marcharse. El abuelo de Clara habló otra vez:

—La verdad es que en otros tiempos nos quejábamos de los condes y vizcondes... y hemos cambiado un caballo tuerto por uno ciego; por mucho que se diga, más vale ser mandado por un capitán que por un sargento..., es más fácil de soportar... Pero á nosotros, salvo los negocios, eso no nos importa.

—Tienen ustedes suerte, dijo Garnache.

Clara estaba en la puerta observando el camino. Al volver de Reteuil, Berta tenía que pasar forzosamente por el Vivero.

—¿No ves nada?, preguntó otra vez el guarda.

—Nada, dijo Clara; pero ya sabe usted, padre, que el lunes no volvió hasta muy tarde...

—Sí, demasiado lo sé; esto no es vivir...

Y volviéndose hacia Balvet y José, habló de nuevo del asunto que siempre le preocupaba:

—Vosotros tenéis suerte... En otro tiempo no tenía yo más que un amo, el conde Juan; dos si queréis, con Jacobo; pero á éste le había criado mi mujer y había comido la primera sopa, echado los primeros dientes y dado los primeros pasos en mi casa, y teníamos por él cierta indulgencia, aunque se había hecho muy orgulloso... El conde Juan también había cambiado al hacerse viejo, pero yo recordaba su juventud... Teníamos la misma edad...

Garnache se calló con la garganta un poco temblorosa, se quitó el quepis y murmuró:

—¿Dónde estará ahora?

Balvet bajó la cabeza; José se torció los dedos por hacer algo, mientras Clara, que seguía observando en la puerta, sintió que sus ojos se enrojecían en la luz indecisa del crepúsculo. El recuerdo del drama y de los muertos estaba todavía vivo.

Y Regino añadió:

—El conde Juan tenía cosas buenas..., era generoso, caritativo, alegre..., recuerdo estas cosas aunque ya están lejos; en fin, lo repito, no tenía más que á él como amo, mientras que hoy tengo siete ú ocho, diez ó doce con las mujeres; habría que contarlos; el señor *marqués Piscop de Carmesy* á la cabeza..., porque éste se mete en todo, hasta en los intereses de Grivoize y de Hilario... No puedo pararme un minuto en una taberna sin que uno de ellos me vea al pasar por el camino y me pregunte delante de todo el mundo si me pagan para empinar el codo... Otro día, si echo una siesta en la espesura, el diablo me trae á Hilario, que me despierta y me ruega políticamente que haga mi servicio... A veces es Timoteo ó Antonio, que aseguran que han oído tiros por la noche. Dicen que duermo demasiado... Grivoize el pequeño no se atrevía conmigo al principio, pero poco á poco ha tomado la costumbre y dentro de seis meses será como los otros. Aquí tenéis cómo estoy, yo, Regino Garnache, descendiente de seis Garnache, que fueron todos guardas en este bosque desde los tiempos más antiguos hasta nuestros días de República... ¿Quiénes son más felices, los padres ó los hijos?

Regino, lleno de amargura, terminó sus quejas con esa pregunta.

Balvet, á quien los años habían hecho prudente, respondió con sencillez:

—Ninguno ha sido feliz; todos se han quejado, puede usted estar seguro... No hay buenos amos, sino menos malos. En esas condiciones es como hay que echar de menos á Valroy.

El guarda se levantó y se ató una correa de la polaina derecha, mientras decía:

—Sí, se le echa de menos... No tanto como Berta..., pero con todo...

José dijo sentenciosamente, con su voz tranquila:

—Mi madre ha perdido la razón en la ruina de sus amos, porque los quería demasiado..., sobre todo á Jacobo.

—No la acuses, hijo, porque al cabo es tu madre.

José no se quedó convencido.

—Padre, una madre quiere á sus hijos, y ella no me ha querido nunca, y tampoco á usted; no quería más que á sus amos... De niño me separaba de ella y me rechazaba siempre, ya lo sabe usted. ¿Me he quejado jamás? No; todo lo he sufrido en silencio, conservándole mi cariño. Pero desde hace algún tiempo, es verdad, le tengo rencor... No lo puedo remediar.

Los dos hombres que le oían no protestaron, sabiendo, sin duda, por qué. Balvet murmuró sencillamente:

—Hay que olvidar eso.

Y Regino:

—Ya sabes que no es responsable.

José dijo en seguida:

—Se dice eso muy pronto... Ahora puede que sea verdad, pero no lo era hace unos años, y mi queja no viene de ayer. Estoy seguro de que no sabe si Clara es rubia ó morena; no la ha mirado nunca un minuto, ni el día de nuestra boda... Clara no es más que mi mujer y le es á ella indiferente. Recuerden ustedes, en el tiempo en que miss Bella debía casarse con Jacobo, cómo hablaba mi madre de ella, la detallaba y se la sabía de memoria... Pero hay más, los chicos, y eso es un clavo en el corazón... No los conoce ni los ha cogido nunca en brazos, ella, la abuela... Cuando usted ha entrado, padre, han corrido hacia usted; que venga ella, y se irán á esconderse en el fondo del jardín, por instinto. Los niños, como los animales, saben bien quién los quiere y quién... no los quiere.

Regino interrumpió á su hijo, cuya voz iba subiendo á impulso de la cólera y del resentimiento:

—Muchacho, no aumentes mi pena... Ya sabes que yo tampoco tengo el corazón contento...

—Bien, dijo José, no hablemos más de esto; pero que nadie se extrañe si yo también me aparto; no lo puedo remediar.

Clara, que era parca en palabras, se inclinó hacia su marido y le dijo al oído:

—No te apures..., hay otras personas...

—Sí, estáis, por fortuna, tú, los dos papás y los chicos.

Volvió la cabeza y sonrió largamente á aquella cara tan tranquila, tan confiada y tan adicta de mujer siempre amante.

La noche se hacía obscura. Clara llamó á los niños, varón y hembra, Víctor y Flavia, de cuatro y tres años. Tenían dos caritas redondas, muy morenas, con cabellos rubios y ojos límpidos; ella los encontraba sublimes; José hablaba de ellos con satisfacción.

—Me voy, dijo Regino cogiendo la escopeta de un rincón; esa mujer no vuelve; bonita noche nos espera á Sofía y á mí.

¡Sofía!.. Al oir ese nombre los dos niños palmotearon. La tía Sofía los quería y los mimaba, más como madre que como tía; era su gran amiga.

—¿Pero qué espera Berta?, preguntó Balvet.

—A Jacobo, respondió brevemente el guarda. Hace cinco años, desde que se vendió Valroy y Reteuil está amenazado, espera ella que vuelva. Y no le diga usted que no volverá jamás; ella sabe que sí.

Dicho esto, se aseguró la escopeta en el hombro empujando la correa, y se marchó.

—Buenas noches, Balvet, y vosotros, muchachos.

Estaba ya lejos, y la voz risueña de los niños le perseguía aún con sus despedidas y caldeaba un poco su alma obscura embotada por la pena.

Al llegar al pabellón, encontró á Sofía en la puerta:

—¿Y bien?

—Nada, no ha vuelto.

—Me lo figuraba; hemos estado vigilando el camino. Es verdad que no sabemos dónde está.

—¡Bah!, dijo Sofía, siempre en el mismo sitio; en Reteuil, puesto que Valroy no es ya Valroy.

Y á la pobre mujer, tan sencilla, se le ocurrió una frase casi bonita:

—Ya no tiene recuerdo; va á la esperanza.

—Y á nosotros nos espera una noche sin sueño...

—Acuéstate, Regino, aconsejó Sofía; yo me basto para velar.

El guarda montó en cólera:

—Eso es; tú harás todo el trabajo; cavarás el jardín, lavarás la casa, harás la comida, y por la noche te estarás en pie paseándote.

—Tú también trabajas.

—Yo soy un hombre.

—¿Soy yo una mujer?, respondió Sofía dulcemente, en su humildad de muchacha fea.

Regino no respondió en seguida; pero dijo después de un momento:

—Ojalá que todas tuvieran tu corazón.

Aquello no se dirigía contra nadie en particular, pero correspondía al estado de cosas y á los pensamientos que estaban en el aire.

De repente rechinó la arena del jardín bajo unos pasos pesados, y apareció Berta. El que no la hubiera visto en aquellos cinco años no la hubiera conocido. La desesperación había desgastado la grasa y era ahora una mujer flaca y descarnada; sus cabellos blancos enmarañados y sus ojos asustados explicaban la acusación de locura que todo el país lanzaba contra ella.

Entró, y en el umbral gritó con voz vibrante y exaltada, en una superabundancia de alegría:

—¡Ha vuelto!

Regino y Sofía no necesitaron explicaciones; en el momento comprendieron que se trataba de Jacobo.

—¿Ha vuelto?, repitió el guarda.

—Sí, dijo Berta; le he visto de lejos, pero le he visto.

—¡Ah!, exclamó Sofía sin satisfacción, porque preveía nuevas locuras.

Pero la poseída continuaba su relato; acaso no se dirigía á los demás y hablaba sola, en una necesidad de expansión.

—Estaba allí, errando por el parque, solo, con la cabeza baja, las manos en la espalda y con una expresión tan triste, que me ha hecho llorar. Sin duda veía los fantasmas. ¡Ay! Es loco todo esto...

Cuando hablaba de locura, resultaba siniestra. Su marido y su hermana se estremecieron.

—Pues bien, ahora que sabes que está ahí, descansa, come y duerme.

—¿Y si se fuese?..

—No se irá, respondió Regino en el tono que se emplea para hablar á los niños.

—¿Es verdad?.. ¿Es seguro?.., preguntaba, queriendo creer.

—Ciertamente, confirmó Sofía; cuando vuelve hoy, no será para irse mañana.

—Puede ser, murmuró Berta.

Y dejándose caer en un escabel, gimió:

—¡Tengo hambre!

Pasaba así días enteros fuera, errando continuamente y sin cuidarse del alimento, del sol, del viento ni de la lluvia; y algunas veces, en invierno, había vuelto con las manos rígidas y la cara azulada de frío.

Le sirvieron, y comió glotonamente, como una bestia; bebió, sin saber qué, vaso tras vaso. Estaba inconsciente, de seguro, y no se daba cuenta de la necesidad de alimentos más que delante de la comida.

Apenas hubo comido, se durmió con la cabeza caída sobre el pecho y los brazos inertes á lo largo del cuerpo. La llevaron á la cama y se quedó insensible; dormía rendida.

Era verdad. Jacobo de Valroy, después de cinco años de ausencia, estaba aquel día en el castillo de Reteuil. Había venido á pie de la estación, tomando caminos de travesía, para no ser encontrado ni conocido.

Su historia y la de su familia en aquel tiempo era lúgubre. Ningún derrumbamiento había sido más completo, más desastroso ni más irremediable. Primero el negocio del *Modern Ahorro*, aquella tenebrosa estafa.

Cuando el conde Juan entró en las oficinas de aquella empresa, sus temores se confirmaron en seguida. Un director sospechoso contestó á sus primeras preguntas que el dinero colocado no se retiraba, y que puesto que los accionistas cobraban sus dividendos, no tenían nada que reclamar.

El conde insistió, reclamó cuentas, y se las rehusaron, á él, presidente del consejo, con mil pretextos. Se dirigió entonces á los tribunales, y en el momento se vino abajo toda la superficie de aquel gran edificio de fabulosas estafas. Los famosos dividendos eran pagados con los fondos mismos de los subscriptores y los inventores de aquella explotación no esperaban más que un resultado, es decir, que las sumas estafadas fuesen bastante considerables para valer la pena del escamoteo final y de la fuga de los interesados, dejando la llave en la puerta, que fué lo que hicieron al primer viento de alarma.

Carmesy había sido seguramente el alma creadora de la empresa, pero su nombre no figuraba en ninguna parte. Era el Dios invisible y estaba libre de toda persecución y de toda alarma.

No sucedió lo mismo con el Sr. Valroy; aquel despojado fué comprometido. ¿No era presidente de un

consejo ficticio, compuesto de testaferros pagados y perfectamente insolventes?

Su denuncia á la justicia dió la señal de alarma á los que habían sido engañados como él; llovieron las reclamaciones, los reproches y las amenazas. Y sucedió que Valroy perdió el dote de su mujer y la fortuna de su suegra y fué condenado á pagar á las víctimas de cuya suerte participaba.

Protestó y alegó su buena fe; pero le respondieron que le creían de buen grado, pero que la ley era la ley, y que él había aceptado cargas y responsabilidades sin estar obligado á ello y por un entero y perfecto consentimiento.

Peor para él si garantizaba con su nombre un negocio, sin estudiarlo previamente. No tenía más que pagar, sin lo cual sería condenado por sus jueces y habría, acaso, consecuencias infamantes.

Al mismo tiempo, el castillo y las tierras de Valroy iban á ser vendidos á instancia de Piscop y Grivoize, portadores de créditos en regla.

Entonces aquel hombre, arrojado de su tierra, arruinado por sí mismo y en vísperas de verse cubierto de infamia siendo el primer robado en aquel negocio; aquel hombre, cansado y descorozonado, sin grandes lazos que le uniesen á su país, desapareció una mañana sin decir nada á nadie.

El escándalo estalló en seguida. Valroy en fuga, fué condenado por quiebra fraudulenta y estafa, á pesar de las pruebas contrarias, á indemnizar á los diversos acreedores del *Modern Ahorro*, á los gastos del proceso y á tres mil francos de multa. Aunque contumaz, todavía se apreciaron en su favor circunstancias atenuantes.

Solamente los suyos supieron vagamente lo que había sido de él. Jacobo recibió una carta que decía:

—«Hijo mío, bien lo sabes, soy una víctima, pero viviría deshonrado y me voy, llevándome unos cuantos billetes de mil francos. A los cincuenta años voy á tratar de rehacer mi vida y mi fortuna. Si dentro de cinco años no he vuelto ni has recibido noticias mías, considérame como muerto, que es, acaso, lo mejor que pudiera sucederme. Te escribo á tí porque, en los días de tu infancia, nos hemos querido profundamente. Pide perdón en mi nombre á tu madre y á tu abuela por haberlas arruinado ó poco menos. Tratad de vivir con ese poco y desconfiad de los bandidos que exhiben sus falsas amistades. Hasta la vista, acaso; adiós más bien.»

Todos estos sucesos tuvieron un resultado inmediato. La víspera del día en que la condesa Antonieta debía salir de Valroy para ceder el puesto á los Piscop, tomó, por inadvertencia, por obtener un olvido momentáneo ó con un objeto definitivo (nunca se supo la verdad), una dosis cuádruple de morfina y se durmió para no despertarse más.

Fue su ataúd el que salió de Valroy en el momento en que entraban los Piscop. La enterraron en el cementerio del pueblo, y ella, al menos, no salió del país.

Jacobo, pobre y llevando un nombre envilecido, fué á habitar en París con la señora de Reteuil; vivieron de pequeñas rentas y su existencia fué sencillamente lamentable.

Al cabo de un año supieron por un periódico la boda de Arabela con Gervasio.

Y, aquel día, Jacobo deseó morir.

Pero tenía aún un deber y un fin en la vida, porque ya Jacobo reconocía deberes y se imponía fines.

La desgracia había elevado aquella alma, en otro tiempo tan pequeña y ahora casi grande.

El deber era permanecer al lado de su abuela mientras viviese y protegerla y consolarla en lo posible.

El fin era lejano; cuando muriese la abuela, estaba resuelto á vender el castillo y las tierras de Reteuil para reembolsar á los acreedores del *Modern Ahorro*.

De este modo pensaba rehabilitar á su padre, ó su memoria, y el nombre del Valroy.

La anciana, que no se atrevía á presentarse en el país, arrastró sus penas y sus recuerdos de la cama á la butaca durante tres años.

La muerte de su hija había quebrantado aquella alma demasiado ligera para no ser frágil; estaba además llena de remordimientos y acusándose sin cesar de haber causado la catástrofe al atraer tan inconsideradamente á los Carmesy después de los informes más que dudosos obtenidos acerca del marqués.

Como decía éste último en otro tiempo, la pobre mujer estaba atacada de una afección cardíaca; y en aquel régimen de pesares y remordimientos, el mal creció rápidamente.

Vivió, sin embargo, cuatro años.

Y después, murió á su vez, dejando al vizconde Jacobo solo en el mundo y libre de pagar con su herencia las deudas ficticias y morales de su padre desaparecido.

Durante un año, Jacobo, convertido en hombre de negocios por la fuerza de las circunstancias, buscó sin ruido compradores para su castillo y sus tierras, pues no quería de ningún modo venderlos sencillamente por subasta, seguro de que los Grivoize los comprarían á cualquier precio.

Había calculado que una venta razonable le produciría la suma necesaria para liquidar lo que él consideraba como su pasivo personal, con algunos miles de francos además. Esto le bastaba, y dejaba para aquel momento el resolver sobre su porvenir.

Cinco años habían pasado desde la fuga del conde Juan y jamás había llegado á su hijo una palabra suya. Jacobo le consideró como muerto y le lloró. Todos los recuerdos lejanos vinieron á su memoria. Vió á su padre, joven y rozagante, que no volvía á Valroy más que por cariño á su hijo; pensó que los únicos disentimientos que después los alejaron al uno del otro, al menos moralmente, habían sido por su pasión á Arabela.

Al hacer esta evocación le rechinaban los dientes.

Por fin, encontró el comprador que buscaba. Éste, enteramente extraño al país de los Grivoize, visitó solo y secretamente el castillo y las tierras y se declaró satisfecho.

El contrato de compraventa fué hecho legalmente, estipulando que el comprador pagaría los fondos el quince de septiembre y tomaría posesión á principios de octubre, en la época de la caza. Hasta entonces Jacobo conservaba el libre uso de sus bienes.

Ahora bien: en el mes de junio volvió á aquel castillo que ya no era suyo, sin duda para vivir allí todavía unas semanas, reunir sus recuerdos, evocar los espectros y decir adiós á todo.

Pero estaba resuelto á no salir de sus muros y de sus arboledas y á permanecer invisible para las curiosidades malévolas y para los odios de los alrededores.

Tenía, por otra parte, miedo de sí mismo y quería evitar los encuentros, pues si alguna vez el azar le presentaba á aquel bandido de Gervasio Piscop, que ya se hacía llamar Piscop de Carmesy, con su mujer, la nueva castellana de Valroy, no estaba seguro de evitar un homicidio, perdonable después de todo.

Se encerró, pues, con un solo criado llevado de París, que profesaba el más profundo desprecio á los paletos y no quería revelar los secretos de su amo.

A pesar de esta precaución, Berta, que hacía cinco años acechaba ansiosamente aquella vuelta tan deseada, descubrió su presencia ó más bien la adivinó.

Había contemplado de lejos á aquel hijo encontrado por milagro y se volvió á su casa sin dejarse ver y no sabiendo ya si era feliz ó desgraciada; mezclaba el pasado con el presente y los remordimientos y desesperaciones con las vagas esperanzas, sin llegar á distinguir, por falta de razón acaso, el verdadero color de sus pensamientos.

Eran éstos complejos. Hacía veinticinco años la vida de esta miserable mujer no había sido, en suma, más que una perpetua mentira y una continua angustia, y después de la ruina de Valroy, un eterno martirio.

Todo lo que había esperado, previsto y querido se había vuelto contra ella; por una terrible ironía del destino, la preciosa existencia de Jacobo, que ella había preparado para las más grandes felicidades, iba á parar á las peores catástrofes.

Había cometido un crimen y separádose de un hijo para llegar á edificar su doble infortunio. Le había cogido pobre y desnudo de su cuna de mimbre, y con un simple ademán, creía haberle ennoblecido y privilegiado en la escala social...

Y en esto estaba la irrisión.

Aquella nobleza se hundía en la infamia; el nombre estaba deshonrado; la riqueza ya no existía; Jacobo, sin haber contraído deudas personales, luchaba desesperadamente contra cien acreedores.

Había querido que fuese hermoso, alegre y amado, y estaba envejecido y tan pálido, á pesar de su juventud, que le quedaba muy poco de su hermosura de otro tiempo. Lejos de estar alegre, estaba desesperado, y en cuanto á sentirse amado... A este recuerdo, á la madre le rechinaban los dientes. Todo su odio era para la nueva castellana de Valroy, la mujer de ojos verdes que siempre había mentido.

Así, pues, en lugar del orgullo, de la opulencia y del amor le había dado la vergüenza, el rebajamiento, peor que la miseria y el amor vendido, peor que la indiferencia.

Esto era lo que había hecho con su hijo; para esto había consentido que viviese lejos de ella, sin conocerla, peor aún, rechazándola y despreciándola.

No podía menos de pensar que, acaso, el destino de José, del dichoso marido de Clara, del padre feliz de Víctor y de Flavia, fuese más envidiable por lo mismo que era más tranquilo... Mejor que el del vizconde de Valroy, seguramente: ¿entonces?..

En fin, le quedaba Reteuil y era una hermosa finca. Si podía olvidar á la mujer de los ojos verdes, acaso su vida se arreglase todavía.

También la exasperaban otros pensamientos; la idea, por ejemplo, de que Jacobo estaba desesperado por la muerte de su madre y de que acaso se reprochaba el no haberla querido bastante en otro tiempo.

¡Su madre!.. Su madre estaba allí bien viva. Era por una extraña por quien lloraba.

Extraña también aquella señora de Reteuil á la que Jacobo se había consagrado hasta su muerte... Era verdad que la había heredado. La campesina tenía atenuaciones sutiles.

¡Ah! Si hubiera sabido á lo que su hijo destinaba esa herencia... Si hubiera sabido que las sumas considerables que Jacobo iba á recibir por la venta de Reteuil servirían para rehabilitar la memoria del conde... Entonces hubiera gritado ante la demencia de semejante acto: «¿A ti que te importa? Esa gente no es nada tuyo; su nombre no es tu nombre...» sin pensar siquiera que destruía de ese modo el derecho á la herencia. Pero ella no sabía sino que había sufrido y que seguiría sufriendo. El misterio de que era depositaria la espantaba. Le parecía que hubiera aliviado su cuerpo y su alma confesando su falta. ¿Pero á quién? Además retrocedía ante ciertas revelaciones.

El punto maravilloso de la aventura era que tenía rencor á José porque vivía sin grandes cuidados, rodeado de afecciones, con su mujer al lado y teniendo á sus hijos sobre las rodillas.

Si era feliz, aquella felicidad se la había robado á aquel cuyo nombre llevaba. Encontraba esto injusto, extraviada al fin en un dédalo de razonamientos contradictorios.

Y lo que ella pensaba no era gran paradoja y podía aceptarse en cierto modo. Era evidente que al substituir á su hijo con otro no había pensado entregarle á la adversidad, así como no había querido que el otro, la víctima, fuese á recoger por este cambio un porvenir de goces.

Se había, pues, engañado en todas sus voluntades y en todas sus esperanzas, como en todas las verosimilitudes... Tenía derecho á indignarse, á rebelarse y á acusar á la suerte.

Esto era lo que afirmaba para sí misma en las horas más lúcidas. En las demás deliraba simplemente, sin el menor cuidado del buen sentido, y se deshacía en amenazas con los puños cerrados á los cuatro puntos cardinales y, sobre todo, hacía Valroy, aquel castillo tan familiar en otro tiempo y hoy residencia de sus más negros enemigos.

Ahora bien: aquellos enemigos que triunfaban en apariencia, estaban, sin embargo, muy lejos de la serenidad.

Aquella noche, en el mismo momento, acababa la comida en el vasto comedor á cuya mesa podían caber treinta personas; donde en otro tiempo se había sentado tantas veces la niña Arabela, entre su Djeck y el conde Juan, hoy en fuga, y enfrente de la condesa Antonieta y de la señora de Reteuil, ambas difuntas. Era preciso que la nueva castellana no tuviese miedo á los fantasmas.

Arabela estaba allí sola con su esposo Gervasio Piscop. Él se atracaba de fruta sin decir palabra y bebía enormes tragos; ella, con los ojos fijos, miraba sin duda el porvenir, á no ser que estuviese dando una vuelta al pasado.

Sus veintitrés años brillaban en todo su esplendor. Estaba magnífica; pero si alguien se lo hubiera dicho, se hubiera encogido de hombros y hubiera respondido: «¿Para qué?»

Para ella también era la vida una larga decepción; también ella merecía las amarguras con que la atormentaban; pero ella, al menos, podía hablar y hacer frente á su verdugo, el cual, por el instante, no notaba siquiera su presencia.

Antes del matrimonio, Bella había puesto sus condiciones, fuera de la cuestión de dinero. Habitarían en París el invierno y en Valroy en verano, con sus padres, el noble marqués y la dama de las miradas francas. En los primeros meses, sin embargo, debían hacer un viaje á Italia.

Bella tendría la dirección absoluta de la casa y de los domésticos, y fijaba la suma que quería recibir para eso todos los trimestres. El precio de sus gastos particulares, coches, caballos, trajes y demás corrientes, subiría á tanto..., amén de otras muchas cosas.

Todo lo había arreglado y calculado en su cabecita, y su presupuesto estaba establecido con una seguridad de viejo hacendista.

Gervasio, embriagado de amor, al parecer, había respondido á cada una de esas peticiones con una aceptación completa. Bella le decía, desconfiando aún:

—Júrelo usted.

—Lo juro.

(Se continuará.)

LA CONFERENCIA INTERNACIONAL

DE GINEBRA

El día 11 de junio último inauguró sus tareas la Conferencia internacional reunida en Ginebra para revisar el convenio de 1864 en el sentido de humanizar las condiciones de la guerra y atender á la asistencia de los heridos. España ha estado representada en ella por el conde de Baguer, acompañado del coronel Sr. Jofre Montojo y del director del Parque de Sanidad militar Sr. Cortés y Bayona; Francia, por M. Revoil; Rusia, por el profesor Martens; Italia, por el marqués de Maurigi; Alemania, por Bulow; y Austria, por Heidler. Los demás Estados, hasta el número de 39, europeos, americanos, asiáticos y africanos, tenían también en ella sus representantes.

Presidió la conferencia, que fué inaugurada por el presidente de la República Helvética, el Sr. Odier, ministro plenipotenciario de Suiza en Rusia. M. Moynier, que tanto hizo con el inmortal ginebrino Dunant por la institución de la Cruz Roja, fué elegido presidente honorario.

El nuevo convenio tiene 33 artículos y se estima como un gran paso en el camino de la civilización; fué firmado el día 6 de los corrientes por todos los plenipotenciarios en el salón Alabama del antiguo palacio del Gobierno cantonal y del Municipio de Ginebra.

Además de la conformidad con el artículo 16 del convenio de 29 de julio de 1899, que reconoció el arbitraje como el medio más eficaz y más equitativo de solucionar los litigios que no hayan podido resolverse por la vía diplomática, la conferencia ha formulado la siguiente proposición:

«La conferencia expresa el deseo de que para llegar á una interpretación y á una aplicación lo más exactas posible del convenio de Ginebra, las potencias contratantes someten al Tribunal permanente de La Haya, si los casos y las circunstancias lo permiten, las diferencias que en tiempo de paz surjan entre ellas acerca de la interpretación de dicho convenio.»

Esa proposición ha sido aprobada por todos los Estados, excepto Corea, Gran Bretaña y Japón.

En Ginebra se han celebrado muchos festejos y banquetes en honor de los delegados de las potencias.

La fotografía que adjunta reproducimos representa la sesión de clausura de la Conferencia. El personaje que está de pie detrás de la mesa presidencial es M. Dunant, el fundador de la Cruz Roja.

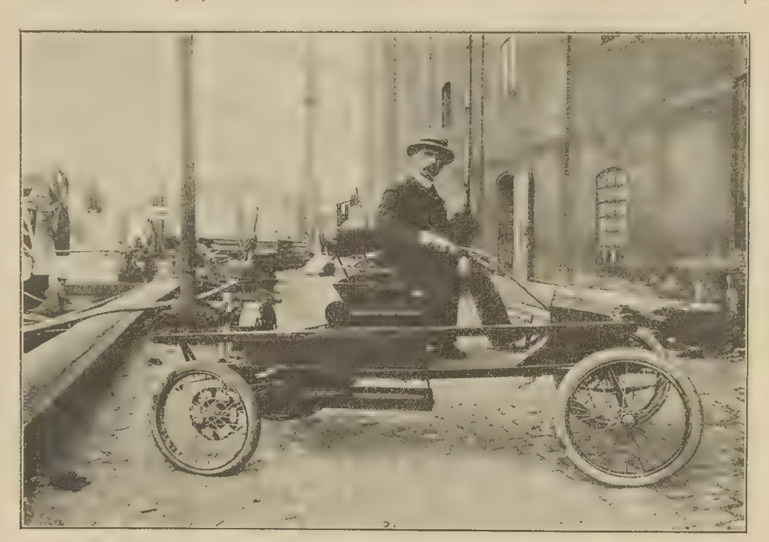


Ginebra. – Sesión de clausura de la Conferencia internacional reunida para la revisión de los artículos del convenio de 1864 sobre los reglamentos de guerra. (De fotografía de Boissonas.)

EL EXPLORADOR POLAR MYLIUS ERICHSON

Los que pretenden arrancar su secreto al misterioso Polo Norte no cesan en su empeño, y no vacilan ante las dificultades de su empresa, ni se desalientan por los fracasos de sus predecesores, ni se dejan intimidar por la desgraciada suerte que muchos de éstos han sufrido.

En el número 1.278 de La Ilustración Artística dimos cuenta de la expedición Wellman que se propone llegar al Polo en globo; pocos días después de haber emprendido su viaje esa expedición ha salido de Copenhague otro explorador, Mylius Erichson, con intento de recorrer las regiones polares en un automóvil de construcción especial, según puede verse en el grabado adjunto, para estudiar las condiciones climatológicas de aquellos lugares y buscar los restos de la infortunada expedición André, que hace algunos años quiso realizar la conquista del Polo en globo y de la cual no se ha tenido la menor noticia.



El explorador polar Mylius Erichson, que se propone explorar las regiones del Polo Norte en automóvil. (De fotografía de Hutin, Trampus y C.ª)

Dios quiera que la suerte corone los esfuerzos de esos intrépidos viajeros ó que por lo menos no encuentren, como tantos otros, su tumba en aquellos remotos parajes.

Y ya que de expediciones al Polo hablamos, nos parece oportuno decir algo del Congreso internacional para el estudio de las regiones polares que se inaugurará en Bruselas el 6 de septiembre próximo y del cual serán miembros por derecho propio los delegados de los Estados, de las academias y de las sociedades científicas y las personas que hayan formado parte del estado mayor de alguna expedición polar científica. También podrán inscribirse, mediante el pago de una pequeña cuota, todos aquellos á quienes esas cuestiones interesen.

El objeto de ese congreso consiste especialmente en la elaboración de un plan metódico de exploraciones científicas y en la creación de una sociedad internacional para el estudio de las regiones polares. Además se discutirá en él un proyecto de expedición polar publicado por M. Arctowsky.

La sesión de clausura se efectuará en Marsella el día 15 de septiembre.

UNA VÍCTIMA PROFESIONAL

DE LA ENFERMEDAD DEL SUEÑO

Desde hace algunos años se ha tratado mucho de la enfermedad del sueño que diezma á los negros del Africa ecuatorial. Al presente se sabe que esa enfermedad es debida á un parásito microscópico, de naturaleza animal, que vive en la sangre como el parásito de las fiebres palúdicas, y que es, como éste, inoculado por una picadura de insecto; pero así como los mosquitos inoculan la fiebre palúdica, la mosca tse-tse es la que inocula el tripanosomo, agente infeccioso de la enfermedad del sueño.

Suponíase que los europeos presentaban una inmunidad contra esa enfermedad; pero tal suposición ha sido desmentida por el caso del médico militar doctor Forbes Tulloch, que formaba parte de la misión científica enviada por el gobierno británico á Uganda para estudiar esa dolencia y que ha fallecido recientemente en Londres, víctima de la misma que se había inoculado accidentalmente en la mano haciendo experimentos de laboratorio. Los primeros síntomas aparecieron hace sólo cuatro meses, lo cual prueba que en este caso la evolución del mal ha sido mucho más rápida que cuando la inoculación se efectúa por mediación de la mosca tse tse. Mr. Tulloch no es la primera víctima europea de la enfermedad del sueño, de la que tal vez en un porvenir más ó menos próximo habremos de defendernos en nuestros países.

A propósito de esto, debemos decir que la Sociedad de Geografía de Francia ha organizado últimamente una misión científica encargada de estudiar sobre el terreno, en Africa, la enfermedad del sueño y los medios de combatirla, y que se creará en Brazzaville un laboratorio y un hospital para el tratamiento de los blancos y de los negros infectados.—X.

EL CABALLO VIROTE

Hace pocos días ocurrió en esta ciudad un suceso que es una prueba más de los nobles instintos de ciertos animales, el caballo en primer término. Juan Vara, ordenanza del oficial de Carabineros D. Paulino Suárez, quiso bañar al caballo de éste, y montado en él se metió en el mar, en la playa de la Barceloneta. Virote, que así se llama el caballo y que es de hermosa estampa, aunque receloso y fácilmente asustadizo, entró en el agua con cierto temor, cuando de pronto, espantado por los gritos que desde una lancha daban unos chiquillos, tiró al jinete y salió precipitadamente á tierra. El asistente, que no sabía nadar, hundióse en el mar, y al volver á salir poco después á la superficie, púsose á bracear luchando con la muerte.

El caballo, que galopaba alocado por la playa, al ver al infeliz soldado en aquel peligro, entró de nuevo resueltamente en el agua, dirigióse hacia el que se ahogaba, dióle dos golpes con el testuz, como para llamar su atención, y cuando vió que se había agarrado al ronzal, tiró de él y lo sacó á tierra con vida.



BARCELONA. – El ordenanza Juan Vara y el caballo Virote, que le salvó de morir ahogado en la playa de la Barceloneta. (De fotografía de Castellar.)

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCION

POR AUTORES Ó EDITORES

EL PROBLEMA DEL AGUA, por *Pedro M. González Quijano*. – Breves nociones de hidráulica agrícola, con un extracto de la legislación de aguas. – Un tomo de 240 páginas con algunos grabados, en que se estudian: el agua en la naturaleza; la lucha por el agua; la defensa contra el agua, y la política hidráulica. Editado en Madrid por la casa Bailly-Bailliere é hijos.

TRATADO DE CARRETERAS Y FERROCARRILES (Estudio, construcción y conservación) por *Luis García Barzanallana*. Obra escrita y basada en las materias que constituyen la preparación para el ingreso en el Cuerpo de Ayudantes y Sobrestantes de Obras Públicas. Un tomo de 786 páginas con 471 grabados y un índice alfabético, editado en Madrid por la casa Bailly-Bailliere é hijos. Precio, 12 pesetas en rústica y 13 encuadernado.

LAS PESSIGOLLAS DE LA SEÑORETA, comedia en un acto y en prosa de *J. Vidal y Jumbert*. – Estrenada con éxito en el Teatro Romea en la noche del 21 de mayo de 1906. Impresa en Granollers en la imprenta de Francisco Cucurella. Precio, 75 céntimos.

JUEGO DE DAMAS, novela por *Rafael Pamplona y Escudero*. – Un tomo de 300 páginas, editado en Madrid por la Librería de la Asociación de Escritores y Artistas. Precio, tres pesetas.

ESTUDIOS PRELIMINARES DE PEDAGOGÍA MILITAR SUPERIOR, por *Luis Rodríguez García*. – Un tomo de 130 páginas, impreso en San Sebastián en la imprenta de Federico Ferreirós. Precio, tres pesetas.

MACBETH, tragedia de *Shakespeare*. Traducción y prólogo de *Antonio Ferrer Robert*. – Un tomo de 164 páginas, editado en Barcelona por Olegario Salvatella. Precio, dos pesetas.



Edgardo Quinet y Michelet tomando nuevamente posesión de sus cátedras en 1848, cuadro de A. Brouillet
(Salón de la Sociedad de Artistas Franceses. París, 1906.)

Quinet y Michelet, dos grandes figuras de la historia francesa moderna. Ambos fueron sabios eminentes, filósofo, poeta, historiador y político, el primero; político, historiador y filósofo el segundo; ambos hicieron de sus cátedras del Colegio de Francia tribunas de propaganda de las doctrinas democráticas que enardecieron á la juventud sembrando entre ella las semillas que habían de producir la Francia moderna.

Quinet fué nombrado en 1842 catedrático de Lengua y Literatura de la Europa meridional; Michelet entró á desempeñar la de Moral é Historia en 1838. Juntos escribieron varios libros, juntos lucharon por la libertad y contra la reacción. El gobierno de 1846 los despojó de sus cátedras; pero la revolución triunfante en 1848 los reintegró en ellas y su reaparición en el Colegio de Francia alcanzó las proporciones de gran acontecimiento histórico.

El cuadro de Brouillet representa ese momento grandioso y solemne: los dos sabios, en actitud serena y majestuosa, se ven aclamados por una multitud inmensa, en la que figuran hombres de todas edades y de clases diversas, unidos en el mismo entusiasmo, en el mismo sentimiento de amor y admiración á los dos maestros, y consagrando con sus aplausos y sus vítores la obra de justa reparación realizada por el gobierno revolucionario.

La composición de esa obra es admirable; el movimiento de la muchedumbre está perfectamente expresado, y á pesar del gran número de figuras que hay en ella, no se nota la menor confusión, gracias á lo bien agrupadas que están y al talento del pintor de dar á cada uno de los términos el valor propio y adecuado, detallando lo que admite el detalle y dando cierta vaguedad á lo que ha de ofrecerse al espectador como masa hasta cierto punto indecisa. La luz que penetra en la sala por los dos grandes ventanales es de un hermoso efecto y contribuye á la excelente impresión de esa pintura.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustración Artística

Año XXV — Barcelona 30 de julio de 1906 — Núm. 1.283

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



Rusia.—El almirante Rodjeswenski ante el consejo de guerra encargado de juzgarle por su conducta en la batalla naval de Tsushima (28 de mayo de 1905) y especialmente por la rendición del torpedero «Biedovy» después del combate.

(Dibujo de F. de Haenen, inspirado en una fotografía.)



LA VIDA CONTEMPORÁNEA

¿No leéis con interés las noticias del proceso de rehabilitación de Dreyfus? No ciertamente con aquel interés de lucha y batalla que revestían allá por los años de 1899 y siguientes, sino con otra especie de curiosidad asombrada, al comprobar el cambio verificado en el espíritu de la inmensa mayoría de la opinión francesa.

En el extranjero, han abundado los dreyfusistas, desde el primer instante de las reivindicaciones del prisionero de la isla del Diablo; en Francia, en cambio, los partidarios de la culpabilidad de Dreyfus eran más en número, y hasta en respetabilidad, que los defensores de su inocencia.

Y poco á poco, embate tras embate, han ido arrollando á los acusadores los defensores, y el capitán de artillería degradado y perseguido se convierte en el héroe, en el mártir, que al frente de las tropas va á ser condecorado solemnemente con la Legión de honor.

¡Extrañas vueltas de la rueda de la Fortuna; singulares mareas de la Historia, que alza y deprime á las personas, en su instable curso!

* * *

Yo no lo puedo remediar. No he mirado jamás la cuestión Dreyfus por su lado político. No tengo opiniones políticas en Francia: apenas si las tengo aquí... He visto este problema como algo de interés dramático, apasionante, en el cual hay que buscar y desentrañar los móviles de los actos humanos, única explicación de los grandes crímenes y de las grandes abnegaciones, de los actos de justicia y de los actos de odio y venganza.

Y lo primero (lo confieso) que se me había ocurrido, dándome en qué cavilar, ¿qué género de interés animaba al general Mercier y á algunos otros contra la persona de Dreyfus? Es cierto que, según voz general, Dreyfus no tiene nada de simpático. ¿Basta esto, sin embargo, para explicar una conjura tan negra y horrible contra él? ¿Se inventa todo lo que tuvo que inventarse, á ser inocente Dreyfus, sin motivo ni causa alguna? Si esos generales querían proceder contra los espías, no les faltaban seguramente dentro de las oficinas técnicas: los hay, según parece, á manta de Dios, en Alemania como en Francia... ¿A qué cargar con el delito á un inocente? ¿A qué esa perfidia inconcebible, más inconcebible si la consideramos tramada entre varios oficiales, cuando existían gentes á quienes acusar no sin fundamento?

De aquí nacían mis primeras confusiones. Las segundas reconocieron por origen una multitud de detalles no satisfactoriamente explicados, y que serían largos de indicar. De su conjunto, yo he sacado una impresión que seguramente no es la dominante ahora en Francia. Para mí, la inocencia de Dreyfus no aparece tan clara, de tan resplandeciente claridad, como aparece sin duda, en este momento, á los ojos de su patria, de sus amigos, de sus partidarios. Los tribunales han juzgado, la ley ha hablado, oigo decir... Sí, en efecto, han hablado los jueces, ha dictado su fallo la ley... ¿Y no era ley, no eran tribunales los que le enviaron á la isla del Diablo? Seríamos felices en este mundo si creyésemos en la infalibilidad de los jueces, de esa reunión de hombres que se llama un tribunal...

* * *

No he asegurado nunca que Dreyfus fuese culpable; pero tampoco me atrevería á afirmar lo que hoy la ley impone.

La intervención de Zola... De esto he hablado largamente en unos artículos publicados poco después de la muerte del gran novelista en la excelente revista madrileña *La Lectura.* Este acto de Zola tiene dos ó tres aspectos, por los cuales se le debe considerar. Creo que no es dudosa mi admiración hacia el Zola que escribió algunas novelas destinadas á no perecer: yo no soy sospechosa en esto. Nada tiene que ver, por otra parte, la admiración que puede inspirar un literato, con la aprobación de su proceder en estas materias sometidas á discusión y debate, y sobre las cuales tal vez hasta dentro de cien años no pueda decirse la palabra definitiva y justa.

Voltaire tomó la defensa de Calas. Balzac, la de Peytel. Zola, la de Dreyfus. Acaso, sin el ejemplo de Voltaire y Balzac, el autor del *Assommoir* no hubiese escrito la célebre carta *J'accuse.*

La actitud de Zola, al defender á Dreyfus, fué de abnegación: se expuso—así lo he leído mil veces, así se repite aún hoy—á los insultos, á las persecuciones. Sí y no, digo, al tomar en cuenta la afirmación que precede. Sí y no: para comprender esta aparente contradicción, hay que conocer muy bien la historia literaria de Zola; y la muchedumbre no conoce bien jamás historia literaria ninguna.

Emilio Zola fué, desde su primer libro algo importante, el escritor más vilipendiado, insultado y deprimido de cuantos en el mundo manejaron pluma. Se le llamó cerdo triste, alcantarillero, basurero, corruptor y mercader de infamias; se apartaron de él los ojos con horror y el estómago con asco. Se prohibieron sus libros, no por la Iglesia, sino por los Gobiernos, en Inglaterra, Alemania, Austria y Rusia; y una especie de acuerdo general social los prohibió en el hogar y en la familia. Los que nos atrevimos á defender algo de la teoría literaria de Zola y á sostener que en sus novelas (de la primera época) existen páginas insuperables en el concepto de descripción y observación, nos ganamos de rechazo antipatías y censuras, y casi se nos miró como á seres desprovistos de delicadeza y gusto, si no de conciencia moral. Nosotros sí que fuimos valientes; nosotros, los primeros que leímos y juzgamos á Zola situándonos en el sencillo punto de vista del arte literario, y nos lanzamos á decirlo en público.

Zola, durante algún tiempo, navegó contra las corrientes, y se complació en afrontar la hostilidad de las multitudes escandalizadas, y á la vez curiosas y ávidas del mismo escándalo. Una escuela se había formado alrededor suyo; tenía su cohorte de discípulos; ganaba dinero. Pero el arte, insensiblemente, evolucionaba. Los novelistas rusos le minaban el terreno á Zola; el neo-idealismo, el misticismo, el decadentismo, flotaban ya en el aire. Al publicar Zola *La terre,* exageración de su fórmula y de su teoría, los jóvenes, sus mayores partidarios, se separaron indignados de él, le renegaron, en ruidoso, célebre manifiesto. Después de este episodio, Zola tenía que evolucionar y modificarse, ó callar para siempre: *La terre* no se podía repetir. Y en efecto, desde aquella fecha evoluciona Zola: pasa de *La terre* al *Rêve,* y da principio á una serie de novelas de carácter social, humanitario, diferentes de las anteriores.

Lejos de cobrar alientos vigorosos con el cambio, la nueva manera señala en Zola una decadencia artística que él mismo percibe. Y se encuentra, en la madurez que precede á la vejez, declinando, sin haber conseguido ni un día solo esa popularidad cariñosa de la cual plenamente habían disfrutado otros escritores, bastando citar, para ejemplo, á Lamartine, á Hugo. Entonces es cuando indudablemente surge en su espíritu el deseo de ejercer una acción social, que si no le gana las simpatías de todos, le conquiste, por lo menos, las de una gran parte de sus conciudadanos. Zola quiere dejar de ser *el paria* (la frase es suya, textual). Y entonces eleva su voz en favor de Alfredo Dreyfus.

* * *

Los resultados no se hacen esperar. Es cierto que muchos gritan: «*A mort, Zola! A l'eau, Zola!*,» pero Zola está avezado á las maldiciones y á los dicterios; á lo que no está hecho es á recoger testimonios de afecto y de entusiasmo, públicamente; á tener un partido numeroso, que le aclame. Severina, la célebre periodista, lo confiesa: Zola, antes, le repugnaba; ahora se mira con una especie de culto. El movimiento se acentúa; se convierten á Zola los que siempre le reprobaban, los indignados de *Naná* y de *Pot Bouille.* Desde el extranjero le llegan saludos y adhesiones con que no contaba, que se le habían regateado en concepto de artista, y que ahora se le dirigían como filántropo y campeón de la justicia: la voz de Ibsen, la de Tolstoy, halagaba los oídos de un escritor no inferior á los más famosos de su época, pero siempre impopular y maldito, hasta que se presentó luchando, no por la eterna verdad del arte, sino por la verdad contingente de un hecho histórico, entre el fragor de las pasiones de un día...

* * *

La prueba de que Zola iba ganando, en ventajas inmediatas, al declararse paladín de Dreyfus, la da patente esta rehabilitación, más que rehabilitación, esta apoteosis final. Si el desgraciado accidente de la chimenea no hubiese cortado la vida de Zola, hoy le veríamos á la cabeza de Francia. Muerto, vamos á verle en el Panteón, y no por *L'Assommoir,* ni por *Germinal,* sino por haber sacado la cara en favor de un reo injustamente sentenciado; y nótese que no niego la injusticia cometida con Dreyfus; para mí, el que Dreyfus sea lo que sea no tiene, en este caso especial, suma importancia; mi cabeza se resiste á admitir la maquinación infernal en daño de un hombre absolutamente inculpable, pero admitámosla; lo que me subleva de la serie de acontecimientos, desarrollados con motivo del proceso, es que la gloria literaria y su consagración oficial dependan de la política hasta tal punto...

* * *

¿Qué sucederá al ser honrado y condecorado Dreyfus ante el ejército? El terrible duelo Pugliesi-Sarraut revela que las pasiones y las cóleras, adormecidas, no están muertas; que todavía, de buena fe, eso es innegable, hombres de honor dudan del honor militar de Dreyfus. ¿No corre su albur, una aventura algo impremeditada, el gobierno francés, al exigir é imponer una reparación tan ruidosa?

Quisiera asistir á esa ceremonia, estudiar las caras, los gestos, las palideces y los rubores... Quisiera leer en los corazones y en las conciencias... ¡Quién conocerá la clave de tantos enigmas! De todas suertes, si Dreyfus no ha sido un traidor, alegrémonos de su felicidad actual. Que ha sufrido, no tiene duda. Y más vale perdonar á cien culpables, que oprimir á un solo inocente...

Emilia Pardo Bazán.

PENSAMIENTOS

Dondequiera que vayas encontrarás tu conciencia.

Diderot.

El remordimiento es un dolor que nos advierte que hay en nosotros algunas perturbaciones, y sirve como el dolor físico para la conservación de la vida.

Lamenais.

Sed equitativos y justos en toda vuestra conducta; poneos siempre en el lugar de vuestro prójimo y ponedle á él en el vuestro, y juzgaréis equitativamente. Ocupad el puesto del vendedor cuando compréis y el del comprador cuando vendáis, y vuestro comercio será de buena fe.

San Francisco de Sales.

No se vive de lo que se come, sino de lo que se digiere. Principio exacto, así para el cuerpo como para el espíritu.

Franklin.

Los hombres sensatos son los mejores diccionarios de conversación.

Goethe.

Nuestras dudas son traidoras que nos hacen perder el bien que podríamos hacer, desviándonos de intentarlo.

Shakespeare.

La ciencia da en poco tiempo la experiencia de muchos siglo

D'Auguesseau.

Las ideas sin el amor que las fecunde son como el sol de invierno, que alumbra, es verdad, pero bajo cuyos rayos puede uno morir helado.

Bersier.



... lloró á la vista de todo el mundo, puestos los ojos en el cielo, sofocando con lágrimas la blasfemia que asomoba á sus labios...

EL ÚLTIMO ARTÍCULO

(HISTORIA INVEROSÍMIL)

Fermín López pasó el día entero recorriendo las redacciones de los periódicos llevando en la mano unos cuantos artículos, cuyo mezquino importe, convertido en pan, serviría para secar el llanto en el rostro de su mujer y producir la risa en los semblantes de sus hijos.

En muchos sitios se negaron á recibirlo: en otros diéronse el gusto de oir una lectura entrecortada, medrosa, balbuciente; aquello más que leer fué llorar cuartillas. Y todo, ¿para qué? ¡Si el un artículo era muy largo, el otro demasiado corto, y aquél carecía de novedad y éste sobraba en atrevimiento! Cosas nuevas querían las empresas, cosas nuevas buscaba el lector. En literatura, como en todo, lo raro, lo estupendo, lo imprevisto, es la más abundosa fuente de emociones.

Con la mansedumbre del mártir dióse Fermín á buscar esa cosa nueva que representaba el pan de dos ó tres días; para encontrarla puso toda la reserva de vigores al servicio de la imaginación, y del choque de la voluntad con las neuronas brotaron ideas y más ideas, todas negras, todas amargas, todas sangrando, pero todas viejas, raquíticas, harapientas, como hijas del dolor caduco y eterno padre de miserias.

Aquel incesante golpear de la impotencia en las congestionadas sienes, el titánico trabajo del pensamiento hurgando en el cerebro para hacerle producir la salvadora idea, el supremo alarde vital de su cuerpo aniquilado por el infortunio, dieron por fin el fruto apetecido. El escritor encontró la idea; para que no huyera de la memoria dióse prisa á encerrarla en blancas cuartillas; y el rostro congestionado, los ojos asomándose á las órbitas, seca la garganta, tembloroso el pulso, trabajó como jamás lo hubo hecho, sin un descanso, sin una enmienda, sin una vacilación; trabajó, no como quien inventa, sino como quien copia, y copia eran en último término aquellos párrafos violentos, aquellas frases amarguísimas, el apóstrofe duro, la blasfemia encubierta... Fermín se copiaba á sí mismo.

La idea parecióle nueva, ó al menos como tal la vistió. Hela aquí: un mísero escritor, sin más patrimonio que su pluma, harto de sufrir piensa en la muerte, pero piensa también que el día del descanso para él ha de ser día de hambre para su familia; para que así no suceda discurre explotar la muerte, ya que no pudo explotar la vida, y dirigiéndose á un editor poco escrupuloso contrata el último artículo, que no era otra cosa que el relato verídico y emocionante de un suicidio que él mismo, como protagonista del suceso, se prometía revestir de la mayor novedad posible. Un triunfo inmenso para el periódico y un pedazo de pan para sus hijos; poco pan parecióle á tan caro precio, pero menos suele dar la muerte.

Amanecía cuando Fermín López puso el punto final en el artículo; la vela quedó reducida á intermitente lengua de fuego que acariciaba las paredes del candelero; los chiquillos, con el fácil y alegre despertar de los pájaros, saludaron á la luz estallando en ruidosas manifestaciones de contento; la madre pagaba al dolor el tributo debido por unas cuantas horas de modorra. Miró la mujer al hombre con una de esas miradas interrogativas que brotan de los ojos cuando el miedo á la respuesta ata la pregunta en la lengua, y el hombre sonrió, y tras sonreir expansionóse con su compañera de desdichas contándole su último triunfo sobre el hambre. También la mujer quiso reir, pero la risa se convirtió en un sollozo; ¡ella, con la intuición maravillosa del sexo, no creía en tanta ventura!

—Descansa un poco, si puedes, dijo la mujer.

Y de prisa, pero con la encantadora solicitud de la madre, vistió á los niños; primero al pequeñuelo, que gruñía sin cesar por la tardanza en recibir la tibia caricia del pecho; después al mayor, que con el primer rayo de luz reclamaba imperativamente, á gritos, con la desconsideración de la inocencia, el pedazo de pan del desayuno, y al poco rato tumbábase Fermín sobre el revoltijo de harapos, mientras su mujer, con titánico esfuerzo, mantenía relativa quietud en la miserable estancia.

Era ya muy entrado el día cuando Fermín abrió los ojos y púsose en pie por un esfuerzo supremo de su ánimo decaído. La primera mirada es siempre de una clarividencia desconsoladora; el infeliz vió la situación con todas las negruras de la realidad espantosa; fuera preferible no despertar, ó cuando menos que al volver á la vida hubiese quedado la memoria envuelta para siempre en la caritativa malla del sueño.

Repasó el escritor el último fruto de su maltrecho ingenio; al terminar la lectura dibujóse en la boca del articulista fúnebre sonrisa y acudieron á su mente pensamientos horribles sugeridos por la originalidad del tema; pero la contemplación de la familia hambrienta hízole recobrar un asomo de energías, se dispuso á partir depositando en el rostro de cada ser querido un beso largo, muy largo, y fuése á la calle con el atolondramiento del que huye.

Auras fresquísimas acariciaron las sienes de Fermín; la vida, circulando á chorros por las arterias de la ciudad, dióle vigor y alientos; sintióse otra vez fuerte contra el infortunio, y echándose en los brazos de la esperanza comenzó de nuevo la peregrinación de la víspera.

La lectura fué soportada por algunos directores de periódico con relativa complacencia, y todos encontraron el artículo muy bien sentido, correcto en la forma, pero crudo, crudísimo, en el fondo. El público, según ellos, gustaba de manjares más delicados. La idea, á fuerza de querer ser nueva, podía calificarse de inverosímil; nadie vende la existencia por un puñado de pesetas, y sobre todo no hay malvado capaz de comprar la vida de un semejante para conseguir un éxito editorial. Decididamente el artículo era bueno, pero no encajaba en los moldes de ninguna publicación.

Dicha respuesta, repetida por todos como si obedecieran á una consigna, dió al traste con las últimas energías del infeliz escritor, y apoyado éste en el quicio de una puerta, estrujando las cuartillas, creyendo oir entre el tumulto de la gente y el rodar de los carruajes las voces atipladas de sus hijos que pedían pan, lloró, lloró á la vista de todo el mundo, puestos los ojos en el cielo, sofocando con lágrimas la blasfemia que asomaba á sus labios; y muchos lo vieron llorar y pasaron de largo, contentándose con apiadarse del triste al dedicarle un «¡Pobre hombre!,» único tributo que rendía á la desgracia esa perfecta humanidad hecha á imagen y semejanza de Dios.

—¿Qué hago?, preguntóse Fermín.

En aquel instante recordó que todavía quedábale una puerta á que llamar, una mala puerta, á creer las murmuraciones de la gente del oficio, por la que se entraba en la covacha del amo de un periódico tan conocido por su circulación callejera como por el poco escrúpulo con que eran acogidas en sus columnas toda clase de miserias morales; y deseoso el escritor de verse cuanto antes en la cumbre de su calvario, dirigióse presuroso al cubil de la fiera editorial, frotándose antes los ojos para limpiarlos de las nubes de lágrimas que los empañaban.

Llegó; tras breve espera fué introducido en angosto cuchitril, bajo de techo, infesto por atmósfera pestilente y humosa, y en el que detrás de ruin mesa cubierta por periódicos enteros y recortados, papeles blancos, plumas, obleas, todo revuelto y en completo desorden, descubríase una figura raquítica é insignificante; ¡que á veces la maldad gusta de encerrarse para mayor escarnio en cuerpos desmedrados é irrisorios!

—¿Qué le trae á usted por aquí?, preguntó aquel viejo con tonillo impertinente y voz chillona.

—Esto, contestó Fermín mostrando en la mano el pequeño rollo de cuartillas.

—¿Y qué es eso?

—Un artículo.

—No me hace falta.

—Léalo usted.

—No tengo tiempo.

—Lo leeré yo; escuche, se lo suplico.

Dulce coloquio, dibujo de Antonio Utrillo

Con tan sugestivo acento supo Fermín formular este ruego, que el hombrecillo, haciendo un gesto de forzada mansedumbre, se dispuso á complacer al articulista, no sin decir antes:

—Le advierto que se cansará en vano.

Hizo Fermín caso omiso de la advertencia y empezó la lectura. ¡Cómo leyó! Derecho, detrás de aquella mesa mugrienta, en la semiobscuridad producida por la falta de luz y la sobra de humo, dando á la voz acentos conmovedores, obedeciendo en las pausas al metrónomo del corazón, con accionar vivísimo, arrestos de artista y maneras de tribuno, leyó con ternura tanta, con tan apasionado entusiasmo, que momentos hubo en que hallóse próximo á desarrugar en el sombrío rostro del antipático oyente el ceño adusto y burlón impuesto por la obligada y constante disconformidad con todo lo nacido y por nacer.

—Muy bonito, muy bonito; pero literatura, nada más que literatura, fué cuanto se le ocurrió decir el vejete.

—De manera...

—No me sirve. Eso irá bien en una ilustración; pero aquí queremos verdad. Ya ve usted, si lo que cuenta ahí fuese cierto, podría darse por ello cualquier dinero.

Miróle fijamente Fermín, y dando forma á una determinación tomada en aquel momento.

—¿Como cuánto?, preguntó.

—Quince duros, contestó el viejo, sorprendido por la actitud de Fermín.

—Es poco.

—Veinte.

—Es poco.

—No puedo dar más.

Hubo una pausa; las ideas del escritor volvieron otra vez al cauce de sus amarguras; hizo breve examen de penas, y dijo con tono imperativo:

—Veinte duros; vengan. Aceptado.

—Poco á poco, exclamó el viejo, vuelto de la admiración que aquel inopinado y estupendo negocio le produjo. ¿Está usted decidido?

—En absoluto.

—De manera que el protagonista de esa historieta...

—Lo seré yo.

—¿Cuándo?

—Cuando usted quiera.

—¿Y cómo?

—Como en el artículo se dice. Eso ya no es literatura, es un sucedido. Hoy servirá usted á sus lectores un plato de gusto.

—Mi dinero me cuesta.

—Bueno; acabemos.

Fríamente, como si se tratase de vulgar negocio, se fijaron las condiciones del suicidio de Fermín, y el momento y la forma en que el crimen debía efectuarse para que no hubiera discrepancia entre el suceso y el relato; cuando todo estuvo previsto, sacó el viejo un billete de mugrienta cartera, entregóło á Fermín; despidióse éste del espléndido protector, tan absorto en su pena que padeció la distracción de decir un «gracias por todo» que hizo casi asomar la risa á la desdentada boca del canalla; fuése á la calle el articulista, entró en una casa de cambio para convertir en moneda el flamante billete, y allí mismo acabaran sus desdichas si el *inri* puesto en la cruz de su infortunio por la maldad del viejo no le sirviera de acicate para la vida.

¡El billete era falso!

MARIANO TURMO.



ANTONIO UTRILLO



ANTONIO UTRILLO. (Fotografía de Audouard.)

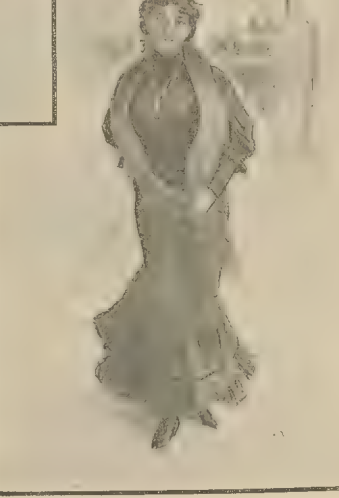
Forma parte Antonio Utrillo de esa agrupación de artistas que estimulados por su entusiasmo y patriotismo, han contribuído poderosamente á ese renacimiento artístico que se traduce en todas las manifestaciones de la cultura de nuestra ciudad. Y tanto es así que puede afirmarse que ya desde los comienzos de su carrera artística, emprendida en edad asaz juvenil, ha tomado activa parte en ese movimiento evolutivo al que debe Barcelona su engrandecimiento, aportando sus aptitudes y esfuerzos para lograr la armónica asociación del arte con la industria, la compenetración del artista y del artífice. Esta nobilísima misión la ha cumplido nuestro amigo con todo el ardimiento que le prestan sus varoniles energías y con la perseverancia de un recto convencimiento. Penetrado su espíritu de que los pueblos modernos sólo pueden progresar con el auxilio de sus propios y peculiares elementos, ha unido su esfuerzo al de los demás y en todos los órdenes no ha sido reacio para aportar su concurso, para lograr que su región, el país que le vió nacer, se distinguiera y encumbrara cual lo concibe ese sentimiento que alimenta su espíritu para el engrandecimiento de la patria.



Una ráfaga, dibujo de Antonio Utrillo

De ahí, pues, que desde hace algunos años se vea asociado el nombre de Utrillo á cuantos empeños, á cuantas empresas tengan como objetivo y finalidad el logro de tan elevadas aspiraciones y que sus producciones representen la adaptación razonada de los conceptos y corrientes modernas. Basta para convencerse de ello recordar las obras que ha producido, y podrá apreciarse la diversa tendencia que revela su sentido cuadro *Lujo y miseria,* ejecutado en vísperas de su primer viaje á la capital de la vecina nación, y los hermosos dibujos en color que ha producido recientemente. A ellos hemos de referirnos en particular, ya que gracias á la galantería del artista podemos dar á conocer algunos de ellos á los lectores de esta Revista. Parece como si nuestro amigo se hubiera propuesto, al igual de lo que practican otros artistas de diversas regiones peninsulares, dar á conocer en forma bella y agradable tipos y cuadros de costumbres de nuestra ciudad. La garbosa modistilla, la costurera, la menestrala y ese conjunto de jovencitas tan sencillas como elegantes en su vestir, inspiran al artista esos preciosos dibujos, en los que se retrata la belleza, la gracia y hasta la honrada modestia de esas jóvenes dignas de respeto y simpatía.

Bien haya el artista en su loable empeño. Nosotros aplaudimos sin reserva su labor y su perseverancia. A una y otra debe haberse singularizado, obteniendo sin esfuerzo y sólo á sus merecimientos la consideración y el afecto de todos aquellos que se interesan por lo que puede significar el engrandecimiento y el progreso del arte patrio.



Modistilla, dibujo de Antonio Utrillo

A. GARCÍA LLANSÓ.



UN PERCANCE, dibujo de Antonio Utrillo



París. – El conde Enrique de La Vaulx en la barquilla de su nuevo globo dirigible. (De fotografía de M. Branger.)

ACTUALIDADES PARISIENSES

El nuevo globo dirigible del conde Enrique de La Vaulx.—La fiesta del 14 de julio en las calles.—Concurso de natación.

En la mañana del día 17 de los corrientes, el distinguido y entusiasta aeronauta conde Enrique de La Vaulx ensayó su nuevo globo dirigible. El aeróstato fué llevado en brazos desde el parque del Aero-Club, en donde estaba instalado, y conducido por el puente del Avre al otro lado del Sena para comenzar sus ensayos en el hipódromo de Longchamp, y por la tarde realizó varias evoluciones, virando, describiendo numerosas curvas y regresando siempre al punto de partida. Las pruebas duraron hasta las siete y todas fueron de resultado satisfactorio.

El nuevo dirigible La Vaulx es de forma elipsoidal perfecta, tiene 32 metros de longitud y seis en la cuaderna maestra; su volumen es de 720 metros y había sido henchido con hidrógeno puro. Está construído de tela cauchoada y puede resistir una presión de 300 milímetros de agua; la tela va montada sobre un armazón de madera y de hierro.

Las válvulas de gas están calculadas para que puedan abrirse á 25 milímetros de agua, lo que da un coeficiente de seguridad enorme.

La hélice va situada en la proa y á dos metros debajo del aeróstato; el árbol que la mueve y que también está suspendido debajo de una viga de pino, funciona merced á un engranaje de ángulo que recibe su fuerza de un árbol vertical telescópico montado de manera que pueda seguir todas las inflexiones del globo en todos sus planos.

El motor tiene una fuerza de 16 caballos y es de dos cilindros en forma de V; da 1.800 revoluciones por minuto. La hélice, por virtud de la desmultiplicación, sólo da 900.

El material completo, en orden de marcha, pesa unos 600 kilogramos, y como la fuerza ascencional es de 800, quedan 200 kilogramos para el aeronauta y el lastre.

Es muy probable que, á consecuencia de esos últimos ensayos, el conde de La Vaulx se decida á buscar un terreno á propósito para instalar un aeródromo que permita realizar las salidas con más facilidad y sin peligro de deteriorar el mecanismo de su dirigible, que es notable bajo todos conceptos.



París. – El nuevo globo dirigible del conde Enrique de La Vaulx en el hipódromo de Longchamp, antes de su ascensión. (De fotografía de M. Branger.)

Dejando á un lado la revista de Longchamp, los demás festejos con que en París se solemniza la fiesta nacional del 14 de julio van perdiendo en importancia y en animación de año en año. En el presente las iluminaciones, aparte de las de los edificios públicos, han sido poco numerosas y notables, y en cuanto al adorno de las calles, nada de particular han ofrecido en general, siendo no pocas las que otros años aparecían vistosamente engalanadas y en éste apenas si han ostentado algunos mástiles con gallardetes. Una de las que más han llamado la atención ha sido el faubourg Saint-Denis, que con sus guirnaldas de flores y de lámparas eléctricas presentaba un aspecto en extrémo pintoresco.

La nota saliente han sido, como siempre, los bailes populares que se han celebrado en casi todos los barrios, y uno de los cuales reproduce el primer grabado de la siguiente página.

Siguiendo la costumbre comenzada el año último, el periódico deportivo parisiense *L'Auto* ha organizado un concurso de natación que se efectuó el día 15 de los corrientes y que consistió en recorrer á nado el Sena, desde el puente Nacional hasta el viaducto de Auteuil, es decir, un trayecto de 11.620 metros.

Tomaron parte en él doce nadadores: Achard, Bernhard, Becker, Billy, Bougoin y Paulus, el campeón del año pasado (franceses); Janssens, belga; Bobur (austriaco); y Burgess, Billington, Greasley y Standring (ingleses); y tres nadadoras, las señoritas Kellermann (australiana), Frauendorfer (austriaca) y Herxheimer (inglesa).

A las ocho de la mañana se lanzaron al agua estas tres últimas y á las ocho y media, á las nueve menos cuarto y á las nueve los demás, según el orden en que habían sido designados.

En el puente de Enrique IV se retiraron Bernard, Achard, Standring y Bobur.

En el puente de Solferino, las Srtas. Kellermann y Frauendorfer iban juntas y así siguieron sin separarse más que unos instantes durante los tres últimos kilómetros, habiendo llegado juntas también á la



París. – La fiesta nacional del 14 de julio. – Baile infantil al aire libre en la calle de San Martín. (De fotografía de M. Rol y C.ª)

meta, después de una lucha desesperada de 100 metros.

Los nadadores fueron clasificados por el orden siguiente: 1.° Bougoin, en 3 horas, 6 minutos, 6 segundos; 2.° Billington, en 3 horas, 7 minutos, 6 segundos; 3.° Greasley, en 3 horas, 12 minutos, 15 segundos; 4.° Paulus, en 3 horas, 13 minutos, 58 segundos; 5.° Burgess, en 3 horas, 31 minutos, 50 segundos; 6.° Becker, en 3 horas, 41 minutos, 15 segundos; 7.° Señorita Kellermann y 8.° Srta. Frauendorfer, en 3 horas, 59 minutos, 3 segundos; 9.° Janssens, en 4 horas, 6 minutos, 24 segundos; y 10.° Srta. Herxheymer, en 5 horas.

Bougoin, el vencedor del concurso, es un obrero ajustador que trabaja en París y cuenta diez y ocho años. Ha empleado en la travesía 23 minutos menos de los que empleó el ganador del concurso del año pasado; bien es verdad que las condiciones atmosféricas han sido este año más favorables que en 1905, pues el frío y el viento contrario retardaron entonces algo la marcha de los nadadores; pero en cambio la corriente del río era de un kilómetro por hora y este año era solamente de 500 metros.

De todos modos el esfuerzo de Bougoin ha sido muy admirado, y su triunfo, obtenido sobre famosísimos nadadores extranjeros, fué acogido con gran entusiasmo.—S.



Miss Kellermann, una de las nadadoras que tomaron parte en el concurso



M. Bougoin, nadador francés, ganador del premio

PARÍS.—Concurso de natación en el Sena, organizado por el periódico deportivo «L'Auto.» (De fotografías de M. Rol y C.ª)



LA VISITA DEL DOCTOR, cuadro de Harry Roseland



EN EL TEMPLO DE CUPIDO, cuadro de A. Schram



Tranvía conduciendo las palomas en la avenida del Tibidabo



Conducción de las palomas en el funicular

Barcelona. – Fiesta en el Tibidabo organizada por la Real Sociedad Colombófila de Cataluña para la suelta de palomas mensajeras belgas. (De fotografías de Castellar.)

SUELTA DE PALOMAS MENSAJERAS BELGAS EN EL TIBIDABO

Las sociedades colombófilas belgas de Bruselas, Amberes, Lieja, Gante, Namur y Wavres resolvieron efectuar un concurso de palomas mensajeras, bajo la dirección de la federación «Le Printemps,» escogiendo como punto para la suelta Barcelona y confiando la realización del acto á la Real Sociedad Colombófila de Cataluña.



En el Tibidabo. – Los Sres. Naudin (2) delegado francés, Wandervorst (1) y Becker (3) *convoyeurs* belgas. (De fotografía de A. Merletti.)

Las palomas, en número de más de 1100, fueron traídas desde Bélgica por los *convoyeurs* belgas Sres. Wandervorst y Becker, y llegaron á esta ciudad en la mañana del 20 del actual, siendo recibidas en la estación por el cónsul de Bélgica, por la Junta de la Real Sociedad Colombófila y por una sección de ingenieros militares. Colocadas las jaulas en dos troles arrastrados por un tranvía eléctrico vistosamente adornado, el convoy, después de dar una vuelta por las Ramblas, dirigióse hacia la estación del funicular, que las condujo á la cumbre del Tibidabo.

Para solemnizar la suelta, la Real Sociedad Colombófila de Cataluña dispuso varios festejos para la noche del 21, y con este motivo acudió á la pintoresca montaña una muchedumbre enorme, que no bajaría, según cálculos aproximados, de 20.000 personas. Desde las primeras horas de la noche los tranvías y el ferrocarril funicular subían atestados, y á pesar de haber aumentado considerablemente su servicio, contáronse por miles los individuos que no pudiendo encontrar cabida en ellos hubieron de hacer á pie la ascensión á la montaña.

En la cima de ésta el espectáculo era en extremo pintoresco y animado. Hubo festejos variados en el teatro-entoldado, sardanas al aire libre, concierto por la banda municipal, que entretuvieron agradablemente al público hasta la madrugada. A las tres y media comenzaron los preparativos para la suelta, bajo la dirección de los representantes extranjeros, de los miembros de la Colombófila y del capitán de Ingenieros, D. Miguel Domenge, delegado por la Capitanía general por orden del Ministerio de la Guerra. Poco después, D. Carlos Ossorio y Gallardo leyó un notable discurso de D. Salvador Castelló encomiando los servicios que prestan las palomas mensajeras; y á las cinco menos cuarto, á toque de corneta, se abrieron todas las jaulas, y las palomas, rápidamente orientadas, emprendieron el vuelo en dirección al Norte, ofreciendo un hermoso golpe de vista.

EL ALMIRANTE RODJESWENSKI ANTE EL CONSEJO DE GUERRA

Se ha celebrado en Cronstadt un consejo de guerra para juzgar la conducta del almirante Rodjeswenski y de varios oficiales de la marina rusa en la desastrosa batalla naval de Tsushima. El tribunal absolvió al almirante y á otros siete oficiales y condenó á muerte á cuatro, si bien recomendándolos á la benevolencia del tsar, quien seguramente los indultará, limitándose á expulsarlos de la armada.

BELLAS ARTES

(Véanse los grabados de las páginas 496, 497 y 504)

La visita del doctor, cuadro de Harry Roseland. – El autor de este cuadro, nacido en Nueva York en 1866, se ha dedicado preferentemente á pintar escenas de la vida de los negros, de quienes ha hecho un estudio profundo, observando sus costumbres pintorescas y ahondando en sus complejos sentimientos. Gracias á esto y á sus talentos artísticos, ha conseguido que sus obras no sólo tengan un interés etnográfico, sino que además resulten bellas desde el punto de vista pictórico.

En el templo de Cupido, cuadro de A. Schram. – Los asuntos de la antigüedad clásica tienen grandes atractivos para ese pintor vienés, pero al trasladar al lienzo esos temas de remotos tiempos los moderniza, por decirlo así, dándoles vida real y adaptándolos, en sus formas externas, á las tendencias de nuestros días, según puede apreciarse en el cuadro que reproducimos.

La buenaventura, cuadro de Domingo Fernández y González. – Hemos publicado tantos cuadros de Fernández y González, que nos parece ocioso repetir lo que en anteriores ocasiones hemos dicho de ese notable artista, que tan bien ha sabido estudiar y reproducir la vida andaluza.



En el Tibidabo. – Suelta de las palomas mensajeras belgas. Fotografía de Castellar, en el momento de emprender el vuelo las palomas



–Nos han engañado á nuestra vez..., á mí por lo menos.

EN LA PAZ DE LOS CAMPOS

NOVELA ORIGINAL DE MAURICIO MONTEGUT.—ILUSTRACIONES DE SIMONT

(CONTINUACIÓN)

—¿Por el Cristo?

—Por el Cristo.

Una vez, por un inoportuno recuerdo de su infancia vagabunda y sin distinción, Gervasio añadió á sus juramentos el acto ritual del chulo que toma un compromiso, y escupió en el suelo. Bella se estremeció de horror y retrocedió pálida y temblorosa, alarmada por tales modales. Durante ocho días le evitó, y para volver á su gracia, tuvo él que humillarse, repetir mil excusas, prometer que no se permitiría más semejante inconveniencia y ponerse á sus pies. Bella por fin le perdonó.

Pero él, con los dientes apretados, después que se separó de ella, se alivió la bilis llamándola gazmoña. Ya vería más adelante, cuando le llegase su vez.

Se casaron en invierno, casi vergonzosamente. El pueblo se burlaba de los labradores advenedizos, y por una repentina vuelta á los pasados sentimientos, compadecía á los Valroy y maldecía á los Carmesy. Los esposos pudieron recoger desde sus carrozas algunas impresiones populares, y no fueron halagüeñas.

Hacía entonces un año que Valroy estaba vendido y seis meses que el marqués, su mujer y su hija habían vuelto de Inglaterra.

Aquellos seis meses se habían empleado en restaurar el castillo, en amueblarle y en darle un aspecto nuevo y diferente, no por sentimiento, sino por vanidad.

Cuando los esposos tomaron posesión de la finca, la morada era seguramente más rica que en otro tiempo, más lujosa y de un decorado más artístico. El marqués era un hombre de buen gusto, y como pensaba vivir allí, había cuidado los departamentos que se destinaba.

Por fin podía anclar en el puerto. Tenía dinero, mucho dinero, y buenos valores en su arca, muchos más de los que él sospechaba, pues el *Modern Ahorro* había sido verdaderamente una especulación genial y sus provechos en el último momento habían excedido á sus esperanzas. El marqués se reía solo y se frotaba las manos. Sí, sería delicioso vivir con Adelaida, á la que conservaba una ternura inmutable, en aquel lugar cómodo, sin cuidados y sin inquietudes de ninguna clase. Aquello los descansaría y sería para ellos una novedad.

Carmesy pensaba poéticamente que su estrella se ponía brillante hacia el fin de la noche, y se consolaba de la melancolía de ver que era su felicidad breve y tardía, pensando que más vale tarde que nunca.

Durante los tres primeros días que siguieron á la boda, los padres de la esposa se estuvieron discretamente en la villa rústica para no ser importunos.

Por fin, una mañana se presentaron.

A la primera ojeada echaron de ver que su hija no estaba alegre. Gervasio los recibió medio burlón, me dio agresivo, con las manos en los bolsillos, el sombrero puesto y la pipa en la boca, por añadidura.

Godofredo hizo un gesto, y Adelaida dijo:

—¡Oh!

Aquello se anunciaba mal. Sin embargo, aquel yerno sin cortesía tuvo á bien dejar un momento á aquella niña con su madre y se marchó sin decir adónde iba.

—¿Y bien?, dijo la marquesa, curiosa é inquieta.

Arabela, con los labios contraídos, vacilaba para responder.

—¿Qué hay, pequeña?, añadió el marqués animándola; ¿estás contenta?

La joven no pudo contenerse más tiempo y estalló:

—¡Ah, sí, puedo estarlo!..

Y en seguida, en un raudal de amargura, confesó sus rencores y sus decepciones.

—Nos han engañado á nuestra vez..., á mí por lo menos. ¡Bonito negocio he hecho! No os podéis figurar lo que es este hombre... Con él se gastarán mis uñas y seré vencida, porque es de piedra.

Tales palabras en boca de Arabela eran graves. Aquella heroína, orgullosa de su belleza y de su raza y segura de su poder, no había nunca dudado de sí misma ni siquiera una hora. Era preciso que estuviese verdaderamente dolorida para expresarse de aquel modo.

Los dos Carmesy bajaron la cabeza. ¿Sería que se les cambiaba ya la suerte?

—Pero, en fin, dijo Adelaida, ¿qué hay? ¿De qué te quejas?

—De todo; me he casado con un bruto, con un tirano; habrá que doblarse ó romperse..., yo no me doblaré, pero el porvenir es bonito... Hay que, por añadidura, se burla de mí. Escuchad esto. Al día siguiente de la boda -la cosa no se ha hecho esperar—se ha mostrado tal cual es, un bruto tozudo é irreductible... Y no hay nada que hacer; no hay medio de cogerle; una obstinación obtusa de paleto hinchado; una resolución tomada hace mucho tiempo; se está vengando, es seguro... Esperaba y ha llegado su día. ¡Ah, sí!..

Bella estaba anhelosa y palpitante al exponer sus vergüenzas y sus rabias imprevistas. En el mismo tono continuó:

—Nuestro viaje..., ¿sabéis? Le he preguntado si íbamos á marcharnos pronto... El invierno es tan rudo, le he dicho, y me atrae el cielo azul... El me ha respondido, todo asombrado:

—«¿Qué viaje?.. Es verdad que hace frío... ¿Qué cielo azul?

»Yo le contesté:

—»Bien lo sabes..., nos vamos á Italia.

»Y él dijo con mucha calma:

—»¿Sí? Pues yo no tengo semejante intención.

»Confieso que me quedé estupefacta, pero insistí, sin embargo:

—»Me habías prometido...

»El se echó á reir:

—»Esta gente de partícula es siempre lo mismo; siempre se les ha prometido algo... El conde de Valroy aseguraba también que se le había prometido la renovación de sus créditos... ¿He prometido eso? Pues no me acuerdo.

»Y añadió triunfante—porque conmigo las echa de ingenioso—esta frase que ha debido oir al maestro de escuela:

—»El rey de Francia no se acuerda de las injurias del duque de Orleáns... Gervasio casado no se acuerda de las promesas de Gervasio soltero.

»Le hubiera abofeteado... Pero hay algo mejor. Yo debía gobernar la casa á mi gusto y recibir dinero por trimestres, sin tener que dar cuentas. Suprimido todo eso; él es quien lleva la caja día por día y hace el gasto moneda por moneda... Mi presupuesto personal, suprimido antes de haber existido.

—»Si tienes necesidad de algo, ya me lo dirás; y si es razonable, tendré mucho gusto en complacerte.

»Esto es lo que me espera.

»Otra cosa que os concierne á vosotros. Le he recordado que ibais á instalaros aquí, con nosotros, dentro de unos días, como estaba convenido; y sin turbarse tampoco, ha respondido:

—»No, querida, he cambiado de opinión. Tus padres están muy bien en la villa Rústica y no hay que cambiar sus costumbres... Además, los mejores padres son siempre molestos para unos recién casados...

»¿Qué decís de esto? Se os despide.»

—Eso es lo más serio, dijo el marqués ofendido. Me contraría mucho, mucho...

Adelaida no encontró más que una palabra:

—*Shocking*.

Una vez más era aquello *improper*.

—Vamos á ver, dijo Godofredo, lo que no se obtiene directamente, se gana por rodeos... ¿No habría un medio?..

Su hija le interrumpió con áspera convicción:

—No hay ninguno, lo repito; es una resolución tomada. Para las cuestiones de dinero he vuelto muchas veces á la carga, y en fin de cuenta, he aquí lo que me ha dicho con su risita disimulada:

—«No insistas, Bella; ¿te has casado conmigo por amor, no es cierto? Pues bien, no puedes querer mi ruina como la de Jacobo...

»Es posible burlarse así del mundo?.. Que me he casado con él por amor... ¡Un pastor, un palafrenero! Ayer tarde fué más franco por casualidad; después de yo no sé qué disputa, me dijo bruscamente:

—»Cállate, ya estoy harto... Si crees que no sé lo que pasa en tu cabeza, te engañas. Por muy bestia que yo sea, no llego hasta ese punto. Sé que me desprecias porque no tengo nacimiento y soy un paleto indigno de ti, mi noble dama; pero yo me río de todo eso. Echas de menos á los condes de Valroy, porque la cabra siempre tira al monte y la nobleza va siempre á la nobleza... Échalos de menos, pero hazlo de modo que yo no lo vea, porque si no, te verás obligada á echar de ver que, á falta de pergaminos, tengo la fuerza.

»Es amable, ¿verdad? Por mucho que le dije que, ante la antigüedad de nuestras razas, un Valroy no valía más que un Piscop...»

—¡Muy bien!, exclamó el marqués.

—Enteramente justo, confirmó la marquesa.

—No quiso oir nada... Es ya la guerra declarada. Así estamos después de tres días de matrimonio.

—Y bien, está bonito, confesó Godofredo. Ya no hay respeto en la época en que vivimos...

—Es un palurdo, dijo Adelaida.

—Ciertamente, respondió la joven, pero es un poco tarde para reconocerlo; ese palurdo es mi marido.

—¡Bah!, dijo Carmesy siempre ligero, todo eso se arreglará al primer hijo.

—¡Gracias!, respondió Bella, la perspectiva es alegre...

En este momento apareció Gervasio sonriendo astutamente.

-Y bien, dijo al entrar, ¿me han quitado ustedes bastante el pellejo?.. ¿Sí?.. Pues hablemos de otra cosa... Si el invierno continúa así, se van á helar las patatas...

Gervasio exageraba su grosería con un gozo de desquite. Tenía en su poder á toda aquella gente.

Tales eran las relaciones de Piscop y Carmesy tres días después de la boda de los dos herederos de aquellas razas tan distintas.

Con el tiempo, la diferencia, la división y la aversión no hicieron más que crecer. Las familias Grivoize y Piscop se aliaban á Gervasio, le sostenían y le animaban en sus venganzas brutales contra los Carmesy y sobre todo contra Arabela.

Hombres y mujeres la detestaban. Los hombres porque envidiaban á su marido; las mujeres porque la envidiaban á ella por espíritu de origen y por ese sentimiento, natural en la fealdad, de odiar á la belleza.

Además, las familias se aumentaron pronto con nuevas reclutas que no fueron las menos activas en la animosidad. Anselmo, Timoteo y Antonín se casaron también; pero, con mejor sentido, eligieron campesinas ricas, cuyos padres, gente de zuecos, amontonaban los escudos. Venidas de los cuatro lados del departamento, aquellas mocetonas de apariencia regocijada fueron las más rabiosas para morder á aquella cuñada delicada y pálida que descendía de reyes y no se dignaba conocerlas.

Todas ellas, en dos años, tuvieron dos hijos. Arabela, en cambio, no fué madre; y este fué el golpe de gracia para aquel matrimonio ya desavenido.

Piscop echaba en cara todos los días á su mujer el dejarle sin sucesión.

¡No tener hijos! Gervasio no cesaba en su amarga elocuencia sobre este punto.

—No valía la pena de haber comprado muy caro un nombre como el tuyo para no tener nadie á quien transmitírselo después... La nobleza..., ya sabes que me burlo de ella. Era por mis hijos.

¡Sin hijos! Casa vacía, silenciosa ó llena de voces furiosas y de vergonzosas querellas, en las que el soprano agudo de la mujer respondía, sin bajar el tono, al bajo sombríamente amenazador del marido.

Fué aquella una trágica lección y un primer castigo para la orgullosa que había aceptado semejante boda contando con ser una reina rodeada de vasallos.

En otro tiempo, cuando preparaba el porvenir, había visto á todos aquellos aldeanos á sus pies, su marido el primero, en una especie de adoración, con los ojos siempre fijos en ella, esperando una señal para tomarla por una orden.

Había creído que los sacos de dinero, llenos durante cuatro generaciones por aquellos rudos trabajadores, reventarían por sí solos ante su fantasía, y que no tendría más que alargar las manos para tenerlas en seguida llenas, pues se le evitaría hasta el trabajo de bajarse.

Había esperado súbditos y esclavos, y tenía un dueño y perseguidores. Sus padres, disgustados, según decían, se alejaban de ella y la dejaban sola y entregada á las fieras. Se habían ido á vivir á la ciudad próxima, en una hermosa casa, comprada y pagada al contado.

Y Bella, sola con Gervasio y con la jauría de sus parientes, sentía que su indomable valor la iba poco á poco abandonando.

A los tres ó cuatro años de matrimonio, recobró la memoria como por encanto, y vió en el pasado á aquel Jacobo que tanto la amaba, que la servía de rodillas y con todas las galanterías y todas las delicadezas de una pasión juvenil.

Le echó de menos, y por odio á su marido más que por un tierno remordimiento, se puso á amarle á su vez. Encontraba en su propia casa huellas suyas y la historia de su infancia. En su misma alcoba—su alcoba conyugal—había nacido Jacobo.

Parecíale á veces que del suelo, del techo y de las paredes salían olores de opio y perfumes de éter, como en el tiempo de la pobre condesa; volvía á ver á Jacobo saludándola de lejos con el sombrero cuando ella llegaba por el camino.

Pero donde la tristeza del recuerdo la angustió más profundamente fué en el cuarto que había sido de Jacobo durante su existencia de niño y de joven.

Aquella pieza estaba casi vacía desde la partida de sus antiguos dueños. Bella hizo instalar allí unos cuantos muebles y la transformó en saloncillo, para aprender en él, no sin dificultad, la ciencia sobrehumana de tener un corazón y de sufrir.

No hay que pensar, sin embargo, que Arabela había llegado sinceramente al remordimiento y al pesar de los actos de otro tiempo. No, era más bien lástima de sí misma por comparación con aquel antiguo tiempo; si su nueva vida hubiera sido dichosa, jamás hubiera echado de menos á Jacobo ni hubiera pensado en él, como no fuera por casualidad.

Pero ultrajada, humillada y oprimida, se escapaba del presente por los caminos del pasado, sin atreverse á aventurarse en los del porvenir. Y en esos caminos encontraba forzosamente al que le había acompañado en ellos, á su Djeck.

¡Pobre muchacho!.. ¿Dónde le habría arrastrado la desdicha?.. ¡Pensar que sus dos dolores hubieran podido sumar una felicidad!

El abandono en que la dejaban sus padres era también para ella una fuente de cólera y de rencor. Había servido de envite en una tenebrosa partida y de cebo á todos los apetitos; y ella sola era desgraciada.

Como Berta, llegaba á acusar á la suerte de injusticia, sin ver, también como Berta, que ella misma había edificado su destino. Adiestrada en la astucia desde la infancia, le había tomado el gusto, y cuando mentía, encontraba en ello un encanto. En sus exámenes de conciencia, dudaba á veces para definirse y reconocía lo complejo de su naturaleza y lo pérfido de su vocación.

Pero se absolvía muy de prisa. ¿Era culpa suya? De ningún modo. Debía lo que era á sus múltiples orígenes, á todas las sangres mezcladas en sus frágiles venas, sin contar la influencia de las aventuras, de los viajes incesantes y de los países diversos por los cuales había, cuando menos, atravesado.

¿Acaso estas neurosis de raza y estas emociones de la vida errante no podían depravar inicialmente un alma y suprimir su responsabilidad? Así lo admitía ella.

Pero con más frecuencia volvía á Jacobo y á todos los Valroy: al conde Juan, su primera víctima, y á la pobre condesa. Y su memoria se enternecía ante el fantasma, que seguía benévolo, de la señora de Reteuil.

Tales eran sus distracciones más habituales; otras veces hacía ensillar un caballo y salía á galope tendido por el bosque ó á través de prados y campos sin cuidarse de los sembrados... Pero allí también encontraba sus espectros.

Cuando pasaba así, á una velocidad loca, los campesinos que no eran aliados de los Grivoize se encogían de hombros y no se descubrían. A veces un insulto la seguía con el viento. Se sentía rodeada de odio. Berta se erguía á su paso y le prodigaba las injurias.

Cuando encontraba en el camino gente de la granja, criados de Piscop, también ellos se burlaban por lo bajo, si no manifestaban abiertamente su poca estimación.

En aquella atmósfera hostil, la joven seguía siendo intrépida; levantaba la cabeza, manejaba el látigo, y cuando se presentaba un obstáculo, como un seto ó una cerca, empujaba al caballo y pasaba de un salto, dejando detrás de ella á los campesinos asombrados y obligados á confesar que no tenía miedo.

Pero cuando volvía acabábase su fiebre al apearse, y Bella se encerraba de nuevo con la cabeza baja en el saloncillo que había sido el cuarto de Jacobo.

Piscop, que ignoraba la antigua distribución del castillo, supo por un criado cuál era en otro tiempo el destino de aquella pieza transformada.

Y su furor fué grande; pues comprendió al fin por qué á su mujer le gustaba estarse allí tan largo tiempo. Fué para él una ofensa más, de la que juró vengarse un poco mejor.

A todo esto, tuvo una satisfacción; después de años de pasos é instancias, á petición de Carmesy, último de este nombre, Gervasio Piscop fué autorizado para usar los títulos y las armas de aquella familia á punto de extinguirse.

Era, al fin, Piscop de Carmesy... A la muerte del marqués, él también lo sería. Y una de las formas de su agradecimiento fué desear la muerte de su suegro.

Pero pronto olvidó esta satisfacción; y con una obstinación de bruto, se sumió más y más en los odiosos celos de aquella mujer, á la que no amaba, á propósito del pobre vizconde Jacobo, desaparecido del país para siempre, según se creía.

Para siempre, pues era evidente que Reteuil se vendería también. Los Grivoize esperaban con la mano en los cordones de su bolsa, para ser á su vez castellanos.

Sin embargo, habían pasado años sin que por aquel lado ocurriese nada nuevo.

Ahora bien: aquella tarde Gervasio y Arabela, marido y mujer sin hijos, estaban solos, como de ordinario, en aquel inmenso comedor cuyas dimensiones disminuyen aún la importancia de los dos silenciosos personajes.

Han comido tarde, pues Gervasio ha vuelto retrasado; no tienen horas fijas; cuando él está allí, se come; cuando no está, se espera.

Poco importa que Arabela tenga apetito; no es más que la segunda en la casa.

Gervasio ha vuelto tarde sin decir una palabra de excusa ni de explicación. Ha devorado tres platos, según su costumbre, se ha bebido dos botellas, ha encendido su pipa y se está sirviendo una copa de aguardiente. Físicamente está satisfecho.

Arabela le contempla fijamente con sus ojos verdes, en los que se leen pensamientos de asesinato. Aquella mirada acaba por llamar la atención de Gervasio, el cual levanta la cabeza á su vez, y dice brutalmente:

—¿Cuándo vas á acabar de mirarme?.. ¿Me vas á aprender de memoria?

—No, te sé demasiado.

Gervasio rechaza la silla de un empujón, y sale á la terraza para tomar el fresco. Bella le imita, pero se dirige hacia el lado opuesto. La noche está obscura y muy cálida, con una amenaza de tempestad que viene del lado del bosque.

Ambos están perdidos en las tinieblas; á ella se la adivina por la blancura de su bata, que forma como una mancha de luz confusa en un fondo de obscuridad; él se revela por la lumbre de la pipa, que se enciende á cada chupada é ilumina una parte de su dura

fisonomía, su recio bigote y su nariz carnosa, como una aparición vaga y sin gracia, más bien siniestra. Pero él desea muy poco agradar y hasta ha olvidado, sin duda, que su mujer está á dos pasos de él.

Piensa en los trigos, que se anuncian mal; en los árboles frutales, que no han dado nada, y en la fiebre, que diezma los ganados. Parece que por todas partes reina la mala suerte, y todo aquello le irrita profundamente.

Mientras remueve todo esto en su espeso cerebro, escupe de vez en cuando con afectación la saliva de la pipa.

Es uno de sus placeres; ciertamente es palurdo y grosero; pero él se llena de gusto exagerando esa grosería y apareciendo todavía más palurdo de lo que es.

La señora de Piscop—¡oh rabia!—siente profundamente aquellas injurias tácitas.

En aquel momento se estremece cada vez que el hombre expectora, y se aleja unos pasos más. Él lo ve y lo comprende y se ríe silenciosamente en la sombra.

Bella piensa que pasarán años y años sin que cambie en nada aquel estado de cosas... Tal es la existencia á que está condenada. Se hará vieja y fea, y su vida se habrá pasado sin dejar de ser desgraciada.

Arabela mira maquinalmente hacia el lado de Reteuil. La luna, que acaba de salir, proyecta un reflejo en los vidrios de una ventana del piso alto al lado del tejado; desde aquella ventana, hace cuarenta años, se tiró de cabeza un Reteuil, por odio á la condición humana... ¡Cómo le aprueba ahora!..

Y esas previsiones de un dolor monótono aumentan todavía su postración. Apoyada en la balaustrada de piedra, con la cabeza entre las manos, Bella se entrega á una inmensa desolación, segura de no ser sorprendida en aquel estado de desarreglo.

Pero, de repente, los dos se estremecen á la vez; á lo lejos, del lado de Reteuil, las notas graves de una trompa preludian en la noche; y, á poco, se oye la tocata, potente, imperiosa, queriendo ser oída.

Es la *Diana*, que empuja á los ecos y espanta á los bosques; es un cobre rabioso, soplado por robustos pulmones, que llena el espacio con sus sonoras llamadas y arroja un «alerta» á las conciencias turbadas.

Un solo hombre, en la comarca, ha tocado con aquella enérgica ciencia. Gervasio exclama:

—¡Es él!

—¡Jacobo!, grita Arabela.

Y espontáneamente, en un ademán involuntario, tiende hacia allí los brazos.

Pero ya Gervasio se dirige hacia ella con los puños levantados.

—¡Ha vuelto!.. Lo sabías, ¿verdad?.. Entra, entra, lo quiero, lo ordeno...

Bella retrocede delante de él, pero no puede resignarse á huir de aquellos acentos metálicos que cantan para su corazón el despertar del pasado. La joven escucha y bebe la armonía ancha y agreste que resuena en los alrededores.

Gervasio, entonces, loco de cólera, la coge por un brazo y la arrastra hacia la casa. Ella se resiste y grita, mientras, á lo lejos, la trompa frenética de Jacobo canta la *Cita*...

Piscop masculla sílabas incoherentes y grita en su furor:

—¡Si tu embocadura estuviera á tiro de fusil!..

Encierra á Arabela en el comedor y cierra la puerta; pero todas las ventanas del edificio están abiertas en las cuatro fachadas y Gervasio sabe bien que ella oye y que el otro le dice desde lejos cosas que él no entiende.

Después le ocurre una idea; entra, descuelga una trompa, se la pone en la boca y sopla en ella hasta reventarse las sienes, como el paladín Rolando en el paso de Roncesvalles.

Entonces se entabla un duelo entre las dos trompas obstinadas; pero la superioridad del primero es pronto evidente y se afirma cada vez más, mientras el otro se va debilitando.

Gervasio tiene conciencia de que está tocando como un vaquero que llama á sus vacas; el vizconde, en cambio, da al cobre un alma que habla á todos los espíritus. Gervasio, desanimado, deja caer los brazos y renuncia, mientras la trompa de Jacobo toma á lo lejos un acento burlón.

En todas las cabañas, en la granja, en el Vivero, en el pabellón, la tocata ha sonado como una advertencia. El antiguo amo ha vuelto. Los Grivoize dejan ver malas sonrisas un poco inquietas; los campesinos neutros mueven la cabeza con tristes previsiones; en el Vivero, Balvet, que es sordo, pregunta qué es lo que pasa. José lo explica:

—Es Jacobo... Parece que está de vuelta en el país... Vamos allá: mi madre se va á volver enteramente loca...

Pero Berta, á la primera nota de la trompa, se ha levantado de un salto de la cama en que la tenía postrada el cansancio, y se ha presentado desgreñada, espantosa, radiante, y ha gritado á Sofía y á Regino:

—¡Escuchad!.. Bien os lo decía...

Pero es en Valroy, sin duda por efecto de la sorpresa, donde el efecto producido es más violento. Gervasio Piscop, en su inútil furor se deshace en injurias que no alcanzan á nadie, amenaza al vacío y se bate con las sombras.

En el primer piso, Arabela, encerrada en su cuarto, un poco retirada de la ventana para no ser vista por su feroz esposo, que le tiraría piedras, escucha la canción con los ojos cerrados.

Aquella tocata evoca en su mente enferma una visión de caza vertiginosa que pasa ante sus ojos; una brillante tropa de jinetes con casacas rojas y de señoras con tricornio y faldas de amazona; otros van en coche, y todos tienen caras conocidas. Allí el conde Juan, allí Jacobo; más allá su padre, el marqués, y ella misma, Arabela, cabalgando al lado de su madre, también á caballo. En una elegante carretela ve á la condesa Antonieta al lado de la señora de Reteuil.

Cosa rara; los picadores y los ojeadores tienen las cabezas de Piscop y de Grivoize, y la librea les sienta muy bien. Toda aquella gente se apresura y se empuja entre los gritos de los cazadores y los ladridos de la récova, y pasa al galope arrastrada por un viento de locura.

¿Qué bestia fantástica persiguen así esos cazadores desalentados? ¿Para qué aquel ataque? Bella no lo sabe, y, curiosa, sigue á la multitud por los paseos familiares del bosque.

Pero, de pronto, delante de los caballeros y de las amazonas falta la tierra y se descubre una sima profunda é insondable; nadie parece verle siquiera... Toda la tropa se dirige hacia allí, caballos coches, picadores y perros, hombres y mujeres, y todos se precipitan en el abismo tumultuosamente y con descuido.

Arabela, á la cabeza de su cuadrilla, va como los demás, sin volver la vista; y, en su sueño, creyendo estar despierta y lúcida, ve distintamente aquella demente cabalgata caer en el precipicio, rodar por el barranco y disgregarse en el vacío, mientras la armonía belicosa que viene de Reteuil (era un símbolo) con nuevo vigor y casi enfado, activa su estrépito y prodiga su amplitud y sus sonoridades en un hurra supremo...

En este momento, con el alma vencida, la mujer de los ojos verdes, que siempre ha mentido, se plantea una pregunta:

«¿Le he amado?»

V

El día de su vuelta á Reteuil fué lúgubre para Jacobo.

En vano su criado, llegado el día anterior, había sacudido el polvo de los años y abierto las ventanas; la atmósfera seguía pesada como en un palacio encantado; los objetos abandonados tomaban formas extrañas, con más razón aún porque en las antesalas y vestíbulos estaban amontonados en desorden los raros objetos que habían escapado al desastre de Valroy. El retrato del primer antepasado ilustre, el amigo de Law y Pontchartrain, estaba tirado boca arriba en un cesto lleno de libros.

En un cajón cerrado dormían los pergaminos, los títulos y los privilegios, tan irónicos en aquella ocasión.

Estuches olvidados contenían alhajas sin gran valor, como copas y cubiletes de plata, algunas de estilo antiguo y marcadas con una cifra; pesados muebles estaban puestos al azar junto á las paredes de un viejo salón de honor, ya vacío en tiempo del primer Imperio; la pieza, muy alta, era sonora; y, con la humedad, la madera de los veladores y de las consolas crujía y gemía lastimosamente.

El conjunto recordaba una prendería; pero, para Jacobo, era melancólico. El joven no encontró recuerdos precisos ni el antiguo estado de cosas familiar hasta el primer piso.

Allí no había cambiado nada desde el tiempo en que la señora de Reteuil habitaba el castillo. Al entrar en una pieza, toda su infancia se le presentó ante los ojos, y lloró; era su rincón cuando tenía doce años, pues era entonces tan dueño de Reteuil como de Valroy, y su abuela, á veces, le tenía á su lado cuando el conde estaba ausente.

Quiso vivir allí nuevamente, y dió sus órdenes para ello.

En los corredores desiertos, aquellos en que el conde Juan besó al pasar á la linda Berta, sus pasos resonaban siniestros y tomaban una importancia angustiosa.

A pesar del verano y del sol del exterior, hacía frío. Jacobo se estremeció diciendo: «Esto es sepulcral.»

No, la tristeza venía de él y no de las cosas; eran sus ojos los que veían negro.

Comió en un extremo de la mesa, atestada de vajilla, resto de la casa perdida. Al levantarse tropezó con un objeto que brillaba en la sombra á pesar del polvo que le cubría; era una trompa de caza, aquella con que en otro tiempo exasperaba los instintos guerreros de Bella, que le escuchaba entonces con las narices dilatadas.

La tenía con las puntas de los dedos é iba á arrojarla al olvido, cuando, ante aquel recuerdo, hizo un movimiento brusco, impulsado por una decisión repentina.

Volvió á la mesa, cogió una servilleta y limpió á golpes el polvo del cobre que reapareció brillante por ciertos sitios. Frotó entonces la embocadura, raspó el moho y trabajó con ardor hasta que el instrumento estuvo en buen estado.

Salió y se adelantó por la pradera; allá, hacia el Oeste, entre las arboledas, divisó las veletas de Valroy y murmuró: «Espera un poco...»

Y lanzó su tocata como una llamada, como un desafío; enviaba su tarjeta ó su cartel á sus vecinos los castellanos. Pero no esperaba ser tan bien oído y comprendido.

Al día siguiente estaba en pie muy temprano. La noche anterior había sido mala; había soñado sin dormir.

Anduvo errante por el parque, sin salir de sus límites; de lejos, oculto entre la espesura, vió pasar por el camino personas que conocía, y tuvo un triste placer recordando por lo bajo sus nombres.

Pero pasó un Grivoize, fámulo á caballo, látigo en mano, detalle por el que le conoció Jacobo; sin embargo, estaba demasiado lejos para saber cuál de ellos era. A su vista, el joven se retiró.

El país ofrecía para él sentimientos diversos y opuestos; le amaba porque había sido testigo y escenario de su vida cuando ésta era dichosa; le detestaba porque seguía siendo el mismo, después de arruinado Valroy, y sirviendo de marco á la alegría de los demás.

Guardaba rencor al cielo por seguir siendo azul, al viento por ser todavía tibio, al bosque por ser aún verde y al campo por ser dorado, cuando un Piscop tenía á Arabela por mujer en el castillo de Valroy. Y todo lo que le rodeaba le parecía hostil.

Trataba de consolarse pensando que valía más que fuera así, puesto que debía dejar pronto aquel rincón de tierra, sin esperanza de volver, y era mejor no llevarse buenos recuerdos; pero, en otros momentos, esta idea le partía el corazón; el joven dirigía entonces una mirada desesperada á todo aquel paisaje, que era ya el pasado, y se llenaba de él los ojos para no olvidarle.

Alma contradictoria, ficticia y fabricada por los medios en que había vivido, no debía nada á sus orígenes, que hasta ignoraba, y no sabía de la vida otra cosa que aquellos asombros...

Los días fueron tristes. Jacobo inventarió los retazos de herencia que le quedaban después de la catástrofe de las dos familias de que creía descender, interrogó los papeles, visitó los archivos, abrió los cajones y los armarios y sacudió de nuevo los polvos de antaño.

En el curso de sus investigaciones y de sus descubrimientos, aprendió á conocer mejor la historia y las manchas de los Reteuil, que apenas sospechaba. Siempre se las habían ocultado con cuidado, pensando, sin duda, que era inútil profundizar tal materia.

Pasó días enteros frente á frente con los que le habían precedido en la existencia y cuya sangre, creía él, corría por sus venas. Y se asombró muchas veces de la intensidad de vida que revelan las cosas muertas.

Su abuelo, coronel en tiempo de Bonaparte, le sedujo por sus triunfos militares y por la brevedad de su brillante carrera. Jacobo le veneró.

Manejó con mano respetuosa, como santas reliquias, la espada, las cruces, las charreteras, las espuelas de aquel caballero del Imperio; desdobló sus diplomas y leyó sus cartas intrépidas, en las que las frases entusiastas sonaban como músicas.

Llegó así hasta las horas supremas: 1816 1820; el coronel á medio sueldo, retirado de oficio, se aburría y viajaba, para «distraerse,» decía, pero en realidad para hacer propaganda, como primer obrero de una vasta conspiración.

De repente, volvía al castillo y se recataba; la policía de los Borbones miraba hacia él.

Por último el joven recordó aquel fin digno de la antigüedad; el tiro que todo lo arregla; el cuerpo del coronel tendido y con la cabeza deshecha en medio de los gendarmes, que saludaban á aquel cadáver y hacían á aquel soldado los honores militares.

(Se continuará.)

LA REHABILITACIÓN DE DREYFUS

Como era de esperar, el Tribunal de Casación ha proclamado la rehabilitación de Dreyfus; la sentencia dictada anula sin apelación el fallo del consejo de guerra de Rennes de 1899.

Inmediatamente después de publicada la sentencia, la Cámara de Diputados y el Senado aprobaron por gran mayoría de votos dos proposiciones, en virtud de las cuales el capitán Dreyfus era ascendido á comandante é inscrito en el cuadro de la Legión de Honor para el grado de caballero, y el coronel Picquart, otra de las víctimas del famoso proceso, ascendido á general de brigada.



París. – Manifestación en el cementerio de Montmartre ante la tumba de Zola, después de proclamada la rehabilitación de Dreifus. (De fotografía de Branger.)

El Parlamento votó asimismo la traslación de los restos de Zola al Panteón, rindiendo de esta suerte el debido homenaje al escritor eminente que con su terrible *J'accuse* inició el movimiento en favor de Dreyfus y de la revisión del fallo del consejo de guerra, y comenzó y alentó la valerosa campaña cuyo término tan favorable ha sido al ex prisionero de la isla del Diablo.

La Liga de los Derechos del Hombre ha querido asociarse al homenaje á Zola organizando una manifestación ante la tumba del gran novelista, en el cementerio de Montmartre. Más de 2.000 personas acudieron el día 19 á la citada necrópolis llevando flores y coronas que depositaron sobre el sepulcro. La delegación de la Liga mandó una inmensa corona con la siguiente inscripción: «Homenaje al gran ciudadano;» Dreyfus envió un ramo de orquídeas con una tarjeta. Sobre la losa funeraria destacábase un rótulo de grandes dimensiones hecho con flores que reproducía las célebres palabras *J'accuse*.

Pronunciaron fogosos discursos Pressensé, Charpentier, Anatolio France, Delpech y Romanet y se dió lectura de una carta de la viuda de Zola agradeciendo el acto que se efectuaba en honor de su esposo y excusando su asistencia por lo quebrantado de su salud. Los discursos fueron interrumpidos algunas veces por los gritos de «¡Mercier á presidio! ¡Abajo los consejos de guerra!,» pero no se registró ningún accidente desagradable ni hubo desorden alguno.

Alfredo Dreyfus asistió, aunque ocultándose á la vista del público; pero á la salida del cementerio fué reconocido por un grupo numeroso, que le vitoreó calurosamente.

Dos días después celebróse en el patio de artillería de la Escuela Militar la ceremonia de la entrega de las insignias de la Legión de Honor á Dreyfus y al comandante Targe. No se efectuó en el patio de honor, como es costumbre, defiriendo á los deseos de Dreyfus; en el patio de honor había sido éste degradado en 5 de enero de 1895 y el recuerdo de aquella horrible escena hubiera sido para él muy doloroso.

La entrada en el patio había sido prohibida por órdenes severas, así es que sólo contado número de personas presenciaron aquel acto.

A la una y media de la tarde formaron en fila en tres de los lados del patio las fuerzas de artillería y coraceros, encargadas de tributar los honores á los nuevos legionarios, mientras éstos permanecían en una de las salas esperando ser llamados. A las dos llegó el general Gillain, comandante de la primera división de caballería que debía presidir la ceremonia, y poco después los soldados presentaron armas y penetraron en el patio los comandantes Dreyfus y Targes, acompañados de dos oficiales, y se situaron al frente de la primera batería. Todas las miradas se fijaron en Dreyfus, que avanzaba con paso firme logrando apenas dominar la emoción que le embargaba.

El general Gillain, después de haber revistado rápidamente las tropas, colocóse en el centro del patio y desenvainó la espada, y el coronel Gaillard Bournazel llamó á los oficiales que pertenecían á la Legión de Honor. Inmediatamente salieron de filas un capitán de infantería colonial y otro de coraceros, que se colocaron detrás del general.

Sonaron las trompetas, y el general, dirigiéndose á Targes, dijo:

—Comandante Targe, en nombre del presidente de la República y en virtud de los poderes que me han sido conferidos, os hago oficial de la Legión de Honor.

El general, después de haberle dado los tres espaldarazos, le prendió al pecho la insignia de la orden y le abrazó, entre los toques de las cornetas y los aplausos de los espectadores.

Hubo luego un silencio emocionante, y el general, acercándose á Dreyfus, repitió la ceremonia, terminada la cual resonaron grandes aplausos y se dieron gritos de «¡Viva el ejército! ¡Viva Picquart! ¡Viva la verdad! ¡Viva la República!»

Después las tropas desfilaron por delante de los nuevos legionarios, á quienes el general Gillain dirigió algunas frases afectuosas.

—Felicítome, dijo á Dreyfus, de haber saludado vuestro ingreso en la Legión de Honor y de haberlo hecho en el patio de este cuartel en donde habéis pasado seis años de vuestra vida y en donde habéis dejado sólo amigos.

Retirado el general y terminada la ceremonia oficial, todos los asistentes se acercaron á Dreyfus para expresarle sus simpatías.

Dreyfus, substrayéndose á aquellas manifestaciones de cariño, subió á la sala en donde le esperaban su esposa y sus dos hijos, desarrollándose allí, como es consiguiente, una escena conmovedora.

Momentos después, Dreyfus y su familia abandonaron el cuartel, en donde, con un intervalo de once años y medio, habrá aquél sentido las dos más intensas emociones de su vida.

Grande fué la injusticia con él cometida, pero la rehabilitación ha sido también grande y completa, y si algo puede compensar los terribles tormentos padecidos durante tantos años, es la satisfacción que hoy ha de experimentar al ver tan solemnemente proclamada su inocencia y reparado, en lo posible, el daño que á su honor de patriota y de militar se había inferido.

La sentencia condenatoria hubo de causar en su corazón dolorosas heridas; sobre ellas habrán derramado un bálsamo los siguientes párrafos de la ponencia aprobada por el Consejo de la Legión de Honor:

«Ateniéndome sólo á los años de servicio del comandante Dreyfus, dice en aquélla el general Mensier, podría limitarme á deciros que el nombramiento está hecho de conformidad con los reglamentos y que á nosotros únicamente incumbe dar ampliación de él. Pero un deber muy diferente nos incumbe, y ante una cuestión que tan dolorosamente ha repercutido en el mundo entero, he de añadir que debemos considerar nuestra decisión como una reparación justa á un soldado que ha sufrido un martirio sin igual.»—R.



Dreyfus (×) á la salida del cementerio de Montmartre rodeado de un numeroso grupo que le aplaude y vitorea. (De fotografía de «Photo-Nouvelles.»)



París.—La rehabilitación de Dreyfus. Imposición de las insignias de la Legión de Honor á los comandantes Dreyfus y Targe en el patio de la Escuela Militar. (De fotografía de Branger.)

LIBROS

ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

por autores ó editores

DEFECTOS É IRREGULARIDADES EN MÁQUINAS ELÉCTRICAS, por *Gisbert Pfretzschner.* – Resumen y explicación de los defectos é irregularidades frecuentes en dinamos y motores de corriente continua, generadores, motores y transformadores de corriente alterna, mono y polifáxica. Un tomo de 160 páginas ilustrado con 52 figuras y acompañado de un cuadro sinóptico. Editado en Madrid por la casa Bailly-Bailliere é hijos. Precio, dos pesetas en rústica y 2'50 encuadernado en tela.

LA MUJER MODERNA, por *Ignacio Gamboa*, con un prólogo del eminente filósofo y sabio publicista *D. Manuel Polo y Peyrolón.* – Un tomo de 136 páginas, impreso en Mérida (Yucatán) en la imprenta Gamboa Guzmán.

RIMAS DE AMOR, por *G. A. Martínez Zuviria.* – Colección de inspiradas poesías del joven escritor argentino. Un tomo de 134 páginas con un prólogo del autor, impreso en Madrid en la imprenta de Ricardo Fe. Precio, un peso.



La buenaventura, cuadro de Domingo Fernández y González

LA CARN, por *J. Burgas.* – Cuadro dramático, adaptación libre del drama francés *Les Bouchers*, de F. Icres, estrenado con buen éxito en el teatro de las Delicias de esta ciudad en 27 de enero de 1906. Editado en Barcelona por D. Antonio López. Precio, una peseta.

SIRENA, marina en un acto y en verso de *Apeles Mestres.* – Obra estrenada con gran éxito en el teatro Romea de esta ciudad en la noche del 6 de abril de 1906. Editada en Barcelona por D. Antonio López. Precio, una peseta.

EL CASTELLANO EN AMÉRICA. SU EVOLUCIÓN. Por *Juan B. Selva.* – Un tomo de 88 páginas con un prólogo del autor, impreso en La Plata (República Argentina) en los talleres gráficos de Sesé y Larrañaga.

ELEMENTOS DE ELECTRICIDAD GENERAL, por *Enrique de Graffigny*, traducidos del francés al castellano por *D. José M.ª de Soroa*, ingeniero militar, y *don Enrique de Pineda*, ingeniero de Minas. – Un tomo de 304 páginas con 206 grabados intercalados en el texto, editado en Madrid por la casa Bailly-Bailliere é hijos. Precio, seis pesetas en rústica y ocho encuadernado.









IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustración Artística

Año XXV — Barcelona 6 de agosto de 1906 — Núm. 1.284

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



RETRATO DE JOAQUÍN SOROLLA, PINTADO POR ÉL MISMO

SUMARIO

REVISTA HISPANO-AMERICANA

América Central: incumplimiento de los pactos internacionales: guerra entre *Guatemala* y *El Salvador.* — Participación de Europa en el comercio salvadoreño. — *Venezuela:* el presidente Castro otra vez al frente del gobierno: abstención de esta República en la Conferencia internacional de Río de Janeiro. — El ferrocarril ibero-afro-americano: llamamiento á los pueblos hispano-americanos para que intervengan en las cuestiones de Marruecos. — La campaña contra los yanquis en la prensa hispano-americana.

Hace próximamente dos años, el septiembre y octubre de 1904, dábase cuenta en estas Revistas de importantes acuerdos tomados por los gobiernos de las Repúblicas de Centro-América para fortalecer los vínculos de fraternidad entre ellas.

Se había aprobado en todas sus partes el tratado convenido en la ciudad de San Salvador en noviembre de 1903 por plenipotenciarios de Guatemala, Nicaragua, El Salvador y Honduras. Los cuatro gobiernos aceptaban como norma de conducta el principio de *no intervención* de ninguno de ellos en los asuntos de los otros; confirmaron como obligatorio para todos el arbitraje para dirimir contiendas entre las Repúblicas signatarias, y se comprometieron á solicitar la mediación amistosa de naciones neutrales para el inmediato restablecimiento de la paz si hubiera peligro de guerra entre ellas.

Después, en agosto de 1904, los presidentes de El Salvador, Honduras y Nicaragua y un delegado especial del presidente de Guatemala, reunidos en el puerto de Corinto, hicieron y subscribieron solemnes declaraciones de que la paz era el primordial objetivo de los cuatro gobiernos, que tenían el firme propósito de vencer cuantos obstáculos se opusieran á aquélla, que el cumplimiento estricto de los pactos internacionales había de ser la regla á que ajustaran sus actos, y que cualquier obra disociadora, empeño subversivo ó sugestión que propendiese á romper su leal amistad, no encontraría apoyo en ellos.

Dos años apenas han transcurrido, y ya las obras disociadoras, empeños subversivos y malas sugestiones encuentran apoyo en unos ú otros, se procede contra lo convenido en los pactos internacionales, no se pone resuelto empeño en vencer los obstáculos que puedan contrariar el mantenimiento de la paz, se acude á las armas sin cuidarse de solicitar mediación amistosa ni arbitraje de nadie, y más ó menos directamente, por acción ó por omisión, unas Repúblicas *intervienen* en los asuntos de las otras.

En resumen, de los hechos ocurridos en el pasado mes de julio se deduce que alguna ó algunas de las Repúblicas centro-americanas que tomaron los acuerdos é hicieron las declaraciones antes extractadas, han faltado á sus compromisos.

Fracasó la revolución contra el actual presidente de Guatemala, á la que nos referimos en la Revista anterior, é inmediatamente surgió guerra entre aquella República y la de El Salvador. Fuerzas de Guatemala habían invadido el territorio de esta última, y también penetraron ó intentaron penetrar en el de Honduras; pero el general Bonilla había colocado las suyas oportunamente en la frontera, y se frustró el plan de Estrada Cabrera.

¿Qué había sucedido? Lo de siempre. Que los revolucionarios guatemaltecos prepararon sus expediciones en los países fronterizos, y que Guatemala inculpaba, con razón ó sin ella, á los gobiernos de El Salvador y Honduras, si no de connivencia, por lo menos de incuria en el cumplimiento de sus deberes respecto de una nación amiga.

Pero después de los tratados, pactos y conferencias de 1903 y 1904 no debió hacerse *lo de siempre,* sino lo resuelto en esos pactos y tratados, lo declarado en las conferencias, pues precisamente para evitar *lo de siempre* se celebraron y convinieron.

La guerra entre Guatemala y El Salvador ha sido breve, guerra de unos cuantos días; pero de resultados bien deplorables. Por una y otra parte hubo muchas y sensibles bajas; en uno de los combates murió el general Regalado, presidente que había sido de El Salvador y candidato que era de nuevo á la presidencia.

Se apresuró á ofrecer sus buenos oficios el ilustre presidente de los Estados Unidos mexicanos, secundado por el gobierno de Wáshington, y aceptada la mediación amistosa de ambos, la paz ha quedado restablecida.

***

Hemos visto en estos días una estadística muy detallada del comercio de la República de El Salvador en 1904. De ella resulta que la exportación total ascendió á 16.588.611 pesos plata, y que la mayor parte, 13.321.384, representan el valor de los artículos enviados á naciones europeas (Francia, Gran Bretaña, Alemania é Italia, en primer lugar, y por ese orden). La participación de los Estados Unidos del Norte en dicho comercio fué de 2.757.574, y el resto, 509.653 pesos, correspondió á los demás países de América.

Estas cifras demuestran, aparte otras muchas razones, cuán infundada es la pretensión de los yanquis á ejercer hegemonía en la América central, y confirman todo lo que hay de huero y de contrario á la realidad en la famosa fórmula de «América para los americanos» con la significación y consecuencias que pretenden darle aquéllos en nuestros días.

***

En Venezuela las cosas suceden como quiere que sucedan y como previamente anuncia Castro, y no como suponen y predicen sus enemigos. Se retiró aquél del poder, encomendándolo interinamente al vicepresidente Gómez. Los anticastristas de Nueva York y de París se despacharon á su gusto, lanzando á los cuatro vientos la noticia de que Gómez se había sublevado ó iba á sublevarse, y que ya podía considerarse á Castro como hombre perdido y poco menos que expulsado de América: hasta se dijo que había llegado fugitivo á Europa.

El general Castro había declarado que si comprendía que su retirada temporal era ventajosa para el país, de muy buen grado abandonaría la presidencia de modo definitivo. Sin duda no ha visto demostrada esa ventaja, y ha resuelto volver al poder, sin oposición de nadie en Venezuela, ni siquiera de ese Gómez á quien los adversarios de Castro procuraban presentarnos como un traidor de melodrama.

El día 5 de julio, aniversario de la independencia de Venezuela, ha reasumido la presidencia D. Cipriano Castro. El general Gómez cesa en su función delegada, quedando ambos en perfecta inteligencia, como lo estaban antes.

El acto se ha cumplido con gran pompa y mucho festejo, y se ha procurado además hacerlo grato á los mismos enemigos del presidente, puesto que los confinados ó detenidos en cárceles ó fortalezas fueron puestos en libertad y se les han devuelto los bienes que tenían confiscados.

Castro, pues, continúa gobernando, y nada se habla ya de conflictos pecuniarios con naciones europeas, ni de la Compañía del asfalto y consiguientes exigencias de los Estados Unidos, ni de la cuestión con Francia con motivo del embargo de las propiedades de la Compañía del Cable. Por ahora, Castro manda en Venezuela, se hace lo que él quiere, y yanquis y franceses moderan su soberbia y aplazan reclamaciones para mejor ocasión.

Por otra parte, Castro insiste en protestar, no sólo con palabras, sino con hechos, contra la supremacía que pretenden ejercer los yanquis en América. La Conferencia internacional americana que ahora se ha reunido en Río de Janeiro, no puede ya llamarse *panamericana.* A ella no concurre *toda* América; Venezuela, es decir, un Estado americano de casi un millón de kilómetros cuadrados de superficie, con 2.600.000 habitantes, se abstiene de concurrir á ese Congreso. Según un periódico del país, «Venezuela no toma parte en la Conferencia porque no quiere ser instrumento de los Estados Unidos en el siniestro designio de éstos contra las débiles Repúblicas suramericanas.»

***

El señor marqués de Camarasa, iniciador del proyecto del ferrocarril ibero-afro-americano (de la costa Norte de Marruecos, por el litoral Oeste de este país y del Sahara español, á lo más occidental de Africa, ó sea á las tierras africanas más próximas á la costa Este de la América del Sur), se ha dirigido á los actuales representantes diplomáticos y agentes consulares de las Repúblicas de la América latina llamándoles la atención acerca del derecho que asiste á dichos Estados para intervenir en ese proyecto, y por consiguiente, en la llamada cuestión de Marruecos. Debieran las Repúblicas americanas haber solicitado puesto en la Conferencia de Algeciras, en la que ha entrado todo el que ha querido; igual ó mayor razón para ello tenían que Austria, Bélgica, Holanda y los Estados Unidos.

Con derecho propio pueden y deben las Repúblicas hispano-americanas intervenir en Marruecos, en Europa, en el mundo entero, como tantas veces, con mayor ó menor tino y justicia, han intervenido é intervienen en sus asuntos los europeos. Ahora, sobre todo, tienen para ello un motivo bien poderoso. Hay más ó menos probabilidad de que Marruecos venga á ser el camino por el cual se comuniquen Europa y la América del Sur. El proyecto de ferrocarril figura en las actas de la Conferencia de Algeciras y tiene, por tanto, estado político internacional.

Propone el señor marqués de Camarasa que los gobiernos suramericanos dirijan á España, aislada ó colectivamente, una nota formulada en estos ó parecidos términos:

«Las naciones representadas en la Conferencia de Algeciras se han adherido á una moción, presentada por España, relativa á un proyecto de camino de hierro cuyo principal objeto consiste en facilitar las comunicaciones entre la América del Sur y Europa. Este asunto, de tan gran interés para la mayor parte de la América latina, no figuraba en el programa de dicha Conferencia. Si hubiese formado parte de éste, los gobiernos de las Repúblicas que subscriben no hubieran dejado de haber solicitado oportunamente representación en el Congreso de Algeciras. Nos adherimos al deseo de España y de las demás naciones de la Conferencia..., deseamos tener intervención y participación en cuanto, desde ahora, se relacione con el proyecto... y pedimos á España, para que esta nación lo solicite de las demás, la convocatoria de un Congreso especial internacional, cuyo objeto sea el inmediato estudio y la más breve solución de la cuestión de Marruecos en lo que ésta se relaciona con la proyectada línea férrea, á la que se ha dado el nombre de Ibero afro-americana, ferrocarril que ha de ejercer tanta influencia en nuestras relaciones con varios continentes y sobre todo con Europa.»

Desde puntos de vista más generales, afirma el iniciador de la idea que América puede prestar el mayor de los servicios á la Humanidad convirtiendo la de Marruecos en cuestión de derecho de gentes é interviniendo en la misma. Cuantos más pueblos y naciones intervengan en esta cuestión mayor será la garantía que proteja á la razón y á la justicia. La independencia é imparcialidad de los más harían triunfar las soluciones de equidad y de interés general. Las Repúblicas de América son muchas y su intervención sería un gran contrapeso y una gran fuerza reguladora y moderadora.

***

Arrecia en gran parte de la prensa hispano americana la cruzada contra los Estados Unidos. En «El Mundo Latino» el ilustre peruano Madueño protesta virilmente contra la flaqueza de espíritu, la pusilanimidad y la resignación servil que muestran los pueblos de Hispano-América ante los avances cada vez más pronunciados y efectivos de la atropelladora política imperialista de la poderosa República del Norte. Esta es el verdadero enemigo, no Europa, de las Repúblicas americanas, y ya es tiempo de oponerle formidable dique, llamándola al orden y al terreno de una confraternidad respetuosa y moderada.

Como medio de conseguirlo propone el Sr. Madueño una alianza entre todas esas Repúblicas para ir llegando gradualmente, primero á la Confederación latino-americana ó Repúblicas Unidas del Sur, y después á unión más íntima, ó sea á la fundación de una gran nacionalidad compuesta de Estados autónomos, desapareciendo las actuales Repúblicas para refundirse en la Gran República federal del Sur, con todos los Estados actuales, desde el límite Norte de México hasta el estrecho de Magallanes.

R. BELTRÁN RÓZPIDE.



El eminente pintor Joaquín Sorolla en su estudio, al terminar de trabajar. (De fotografía.)

LOS MAESTROS EN LA INTIMIDAD

JOAQUÍN SOROLLA

Hemos penetrado furtivamente en el jardín, todo en flor, de la casa del maestro, y sin que sea notada nuestra presencia, atalayamos la labor del artista. Son unos instantes agradables, de grata sorpresa. He aquí el cuadro, en un atardecer de Primavera. Figuraos una mujercita con rostro de Virgen, de imponderable atracción; morena, de ojos verdinegros, y cabello como la endrina, apretado en trenzas y rizos y sujeto con largas horquillas de oro, en peinado regional. El traje, ¡qué bello traje! La mujercita luce bordadas faldas y un juboncillo pintoresco lleno de alamares, como los usarían, hace ya algunos lustros, las más poderosas hijas de la huerta de Valencia. Y está la mayor de las hijas de Sorolla —que hoy, lectores, es la modelo—amazona en un brioso corcel andaluz, y muy á su vera, caballero también, en primer término, firme en su silla y tirante el diestro del mismo potro, su pareja: un mozo jovencito y garrido, con vestimenta del país de las flores. Sorolla traslada al lienzo otra vez más á sus hijos, y este cuadro, el último del notable pintor, veréislo pronto.

En el jardín conozco á toda la familia: otro hijo tercero y la esposa del maestro, señora de mucha discreción y bondad, que admiramos tanto. El retrato de esta dama le es al público bien conocido. El pintor ilustre, una y otra vez, copió las gracias y el sugestivo é íntimo encanto, que quizás para las personas vulgares pase inadvertido, de la que comparte alegrías, tristezas, infortunios con el pintor famoso.



Joaquín Sorolla retratando á su esposa

En la mansión ó taller de Sorolla hácese intensa é interesante vida de arte. Vívese para él exclusivamente, sin casi intervalo de descanso. Confiesa el maestro que trabaja de sol á sol, un día y otro, en invierno, en verano, aquí en los estudios de su hotel de la calle de Miguel Angel, ó en la playa de su tierra en los meses de estío. Y que esto es verdad, que el pintor no descansa, lo atestiguan bien á las claras dos cosas: el gusto, la alegría infinita con que el artista pone colores y colores, mira y remira, y en poco tiempo concluye sus lienzos. En el estudio los cuadros se renuevan como por ensalmo, diré que como en ningún otro de Madrid. Y justo es consignar que aquí en nuestra pobre España, donde muy pocas veces se venden los lienzos—que los ricos roñosos no estiman nada, quiérenlos regalados ó con más frecuencia no los quieren,—Sorolla vende algo, casi todo lo que pinta, no todas sus obras, porque si esto no fuera un sueño el ilustre amigo sería á estas horas poderoso capitalista. Baste, para probar á los lectores la facilidad, el vértigo, con que el maestro maneja los pinceles, un dato, y es que en los dos ó tres meses de verano tráese de Valencia á Madrid el pintor más de cincuenta cuadros y apuntes.

Yo atestiguo que no he conocido entusiasmo, inspiración y destreza semejante en ningún otro artista; y he de confesar que estas condiciones de producción turbulenta no siempre son envidiables; creo también que—como ya dije en otro apunte hablando del mismo Sorolla—la vida así, en enfermedad continua, no es vida racional ni acusa talento práctico... Y si fijos en la fama ó por el sueño de inmortalidad es por lo que se achicharra y mortifica constantemente una existencia que, por el bienestar adquirido, podía ser ya regalada, opino como el amigo maestro *Azorín:* que en las alturas de la civilización actual, donde ya nada puede ser nuevo, «vale más hacer un nombre un poco célebre, que ser célebre del todo.»

***

Repantigados sobre cómodas butacas, ya dentro del estudio, mientras duran los clarores del crepúscu-

lo y nosotros espiamos el sublime adiós del padre sol que, allá lejos, por encima de la montaña, se solapa, háblanos Sorolla de cosas en extremo interesantes. Nos cuenta su atareada vida, que ya la conoce el lector, pura y sencilla, monótona como el curso del río, sin variantes ni grandes emociones, desde hace años, desde que el pintor hízose conocido y tuvo reputada su firma. ¿Su historia en la lucha? No fué ni más blanda ni menos curiosa que la de todos los artistas. Tuvo desde niño afición á la pintura; fué pensionado; obtuvo medallas de 3.ª, de 2.ª, ¡ya de primera! Y no terminó aquí su éxito; llegó á más: un año alcanzó el premio de honor en un certamen nacional, premio que ya sabéis es votado por todos los opositores. De entonces para acá quedó afirmado para siempre su prestigio y su gran talento. El triunfo del maestro por nadie fué discutido. Era Sorolla el pintor más joven de España, más moderno en la manera de amar la naturaleza; y por saberla copiar sin artificio, sobriamente, estuvo por algún tiempo aislado, solo en su racional escuela, por aquellos años ya triunfante en países cultos. Recordemos ahora en este punto alborozados dos ó tres lienzos del maestro que hace diez ó doce años fueron el proemio y base de las nuevas formas de representar lo bello: *La trata de blancas, Cosiendo la vela, En la playa, Sacando el copo,* todos los cuadros de escenas valencianas, probaron á los verdaderos artistas, á los sinceros, que á Sorolla debe agradecerle la juventud un gran paso en la vida del arte. Es el precursor de una pléyade de pintores jóvenes que seguramente nos probarán con bellas obras en la próxima Exposición, y no con vanas entropelías de café, que son instruídos, sentimentales, elegantes, progresivos.

Y no sólo no se contentó Sorolla con guiar en sus cuadros á los nuevos pintores. Hizo más: abrió clases, y á la vez que trabajaba como un azacán por afirmar el triunfo de su talento, enseñaba á diario en su misma casa á todos los jóvenes que le pedían consejos. Aquellos muchachos, sus discípulos, público es que no perdieron el tiempo. Chicharro, Benedito, entre otros muchos, ya han alcanzado primeras medallas y son estimados como buenos maestros. Discípulos son de Sorolla.

***

Nos habla el pintor valenciano de un arte mucho más adelantado que el que hoy se aprecia. Y como por ahí van nuestros ideales, le escuchamos con curiosidad. Sorolla, sobre este interesante punto, motivo, en estos años, de batallas en todos los centros artísticos, no tiene dudas. Como hombre instruído recibe el maestro á diario hermosas revistas editadas en el extranjero; ha viajado también, y visitó los museos famosos, las exposiciones modernas llenas de lienzos originales, raros á la simple vista. ¿Cómo, pues—lo descubrimos en el maestro—no va á sentir Sorolla cierta estimación y admiración por todos los más modernos artistas, esforzados campeones, ardorosos, llenos de ideales superartísticos, de representaciones originales, mezcla de la fantasía, genio y vida?

—Yo también, dice Sorolla, me he encontrado alguna vez solo, ó muy poco acompañado, con la antipatía del público, y siempre en medio de mis luchas y tristezas supe recordar á tiempo de no desesperarme, con el bello poema de Baudelaire, al perro Tu tu del gran poeta, que era un animalito muy parecido al vulgo. Destapaba su amo un frasco de esencia de exquisito heliotropo del Perú y lo aproximaba á la nariz del can. ¡Figuraos lo que haría el perro! Apartaba con repugnancia al instante su hocico del bote, é iba en cambio á posarlo con arrobo, extasiado, en el rincón del fregadero, donde se hacinaban todas las basuras...

***

Muy pronto va á exponer Sorolla cien cuadros entre grandes y pequeños y bocetos en el «Salón Petit de París.» Ocupará nuestro pintor, unos días, la atención de los artistas y aficionados de casi todo el mundo. Aseguramos su triunfo. La pintura de Sorolla se hace agradable á la vista, el colorido es perfecto, está bien estudiado y la composición no es caprichosa. Es nuestro maestro un innovador; pero sin romper moldes.

Y como en estos apuntes no es posible hacer un artículo algo serio de crítica, á que la personalidad notable del maestro, sin gran esfuerzo, podría llevarnos, enumeraremos algunos de los lienzos que el pintor termina en estos días.



Retrato de la esposa de Joaquín Sorolla, pintado por éste

Desde hace tiempo Sorolla ha dedicado su talento á la pintura del retrato. En los dos últimos años no ha hecho otra labor. Cundióse la noticia, y ¿quién más hábil que Sorolla para hermanar cosas viejas con algo nuevo? Esto repitió la gente, la gente aristocrática, se entiende, que sueña con perpetuar sus interesantes rostros, y en poco tiempo ya tenemos al pintor dueño de otro campo, en verdad muy productivo. No es mi intención hablar de todos los retratos que ha pintado Sorolla, porque el artista valenciano me adelanta que muchas de sus pinturas, de esta clase, no las firma con entusiasmo. Conoce también, y de ello hablamos, el parecer del gran maestro Nietzsche: «La facilidad de gustarlo todo no es el mejor de los gustos. Yo alabo las lenguas delicadas y los estómagos escrupulosos.»

Pintó Sorolla los retratos á los Sres. de Beruete, á la señora de Eguilior, á la de Rodríguez, á la de Laiglesia, Hurdelaiz, de las marquesas de Santillana, San Félix, Vistabella, Somosandro, Casol, etc., etc. E hizo un retrato á doña Elena Ortuzagal, bella hembra chilena.

—¿De qué cuadro retrato está usted más conforme?, oigo que le pregunta un curioso al maestro.

—De todos, contesta Sorolla con una sonrisa.

—Pero éste, ¿no le gusta á usted más, es más bello, más importante? ¡Qué grupo tan delicioso!, insiste de nuevo el amigo.

Es efectivamente el lienzo aludido un trabajo digno de mención. En él hay una armonía plácida, encantadora. Los colores fueron dejados por mano habilísima, soberbiamente. El grupo es delicioso y puede parangonarse con algunas obras de los grandes maestros, de Goya, por ejemplo. En este lienzo se atiende también, con estimable valentía, al gusto de la gente nueva, aunque sin extralimitarse un tilde. Copió el maestro caritas blancas de nardos y de rosas de pitiminí con nimbos dorados: almitas del cielo, encarnadas en pequeños seres de la tierra, y junto á la dulce mirada de una virgencita protectora, menuda, sencilla, todo dulzura, castidad y belleza. Es la madre. Y como contraste aparece—en este lienzo donde se contempla á toda una familia—el fundador de esta sugestiva y bellísima prole. Es un hombre de faz dura, fuerte, enérgica; un vasco legendario, un guerrillero de la Santa Causa, oficial en Estella á las inmediatas órdenes de D. Carlos. Fáltale sólo en el retrato la boina. Lleva los apellidos de Errazurriz y Ormeneta. En Chile es poderoso, y á esta República trasladará un lienzo que en España ha sido la mejor obra de estos tiempos.

MANUEL CARRETERO.

La exposición de obras de Sorolla en la Galería Petit, de París, á que se hace referencia en el anterior artículo, se ha celebrado después de escrito éste, y el éxito que en la capital de Francia ha tenido el famoso artista ha superado las esperanzas aun de sus más optimistas y entusiastas admiradores. Ha sido el suyo un triunfo moral y material inmenso, pues si por un lado los críticos más autorizados le han colmado de calurosísimos elogios, por otro los grandes aficionados han adquirido la mayor parte de las telas expuestas, pagando por ellas precios muy crecidos.

Rochefort, que además de un eminente político es un crítico de arte notable, dedicó en *L'Intransigeant* un artículo en extremo encomiástico á nuestro ilustre compatriota, artículo que comienza con el siguiente párrafo:

«Ha nacido un magnífico pintor; desgraciadamente no ha sido en Francia.»

Y añade luego: «No conozco pincel que contenga tanto sol. Nadie como Sorolla sabe hacer destacarse del cielo de sus cuadros el ocre de las rocas. La pintura de ese artista nada tiene que ver con el impresionismo, pero es increíblemente impresionante.»

El célebre crítico de *Le Figaro* Arsenio Alexandre no le va á la zaga á Rochefort en punto á alabanzas de Sorolla. En el artículo que á propósito de la exposición publicó en el citado periódico, escribía, entre otras, las siguientes consideraciones:

«Sorolla es un hombre prodigioso, un fenómeno más bien que un hombre y un hombre sorprendente aún más que un artista, y eso que es uno de los artistas más eminentes; en fin, qué sé yo... La personalidad de Sorolla no se define, como todo lo que es sorpresa, maravilla natural, abundancia y superabundancia; es un pintor *que no puede menos de triunfar* en todo cuanto emprende; no hay en su numen un desfallecimiento, ni una parada en su placer de pintar, ni una fatiga en nuestro placer de contemplar su obra...

»Rapazuelos que se bañan con sus cuerpos goteando el agua del mar y enrojecidos por un sol espléndido; retratos de mujeres, de retozona elegancia y de una armonía rica y simple; marinas con esas famosas velas que Sorolla hincha como nadie; multitudes que hormiguean en las playas; labriegos con sus bueyes, esos bueyes célebres que fueron el asombro de tanta gente en el último Salón; más retratos y más estudios en los que reverbera la luz, el agua cabrillea y el sol abrasa y matiza los objetos; un gran cuadro con dos niños montados en una mula con jaeces de abigarrados colores, obra reciente y más atrayente, si cabe, que las demás; en fin, todo cuanto puede dar á manos llenas un talento que no conoce dificultades y un encanto de pintar que ignora las segundas intenciones. He aquí lo que es la exposición Sorolla.»—S.

LA ESPONJA

El marido de Adela entró en su casa, satisfecho, delante de los dos mozos que llevaban el mueble.

Cuando estuvo éste colocado en el despacho, Marcelo llamó á su esposa.

—¿Qué tal? ¿Verdad que no eran exagerados mis elogios? Algo caro es para adquirido de lance, pero, mira, mira.

Y mostraba con minuciosidad y deleite de anticuario los cincelados herrajes, la fina labor de ataujía, las buriladas placas marfileñas y la bombeada y transparente concha del antiguo vargueño. Preciso era que estuviese muy dentro de sus aficiones para que el avaro Marcelo se hubiera decidido á gastar en aquella compra algunos cientos de pesetas.

Los hijos, una rubita de once años y un niño de diez, habían entrado bulliciosamente á enterarse de la compra.

La madre no participaba del entusiasmo del marido, iba mirando con frialdad los detalles señalados y su mano jugueteaba con el tirador de bronce de uno de los cajoncitos. Distraida lo abrió, y entonces el marido dijo sonriente:

—Ya sé lo que buscas; tú has oído hablar de que estos muebles ocultan casi siempre en su interior una cavidad destinada á guardar papeles de interés. Ahora lo encontraremos, porque los artífices de la época tenían tan poca malicia y sus escondites eran tan inocentes, que pueden descubrirse á poco que se busquen...

Se puso á sacar los cajoncillos del vargueño; Adela, por no disgustar al marido, fingía interesarse en la requisa.

—Me parece, Marcelo, que si tiene secreto está tan disimulado que no daremos con él.

—Fíjate en que estas paredes son de un grosor inútil. Esto me indica que se han hecho así para construir en ellas un hueco... ¡Ya, ya dimos con él!

Efectivamente acababa de ver un botón que figuraba la cabeza de un clavo, y al tirar de él se corrió una tablilla dejando al descubierto el secreto.

De la oquedad cayó una cosa que Adela recogió. Era una esponja de gran tamaño, pero aplastada; el lugar donde había permanecido, durante mucho tiempo sin duda, la había prensado dándole aquella forma. Además su color no era el ordinario; diríase que la caoba del mueble le había comunicado también su tinte obscuro.

—¡Buena esponja!, dijo Marcelo. Lávala y podrá servir.

—Es una porquería; cualquiera sabe quién la habrá utilizado...

—¡Pshe! Limpiándola bien... ¡Es muy grande! Lo menos vale quince pesetas.

Y el mismo económico esposo la echó en una palangana con agua que había traído ya la niña.

Después siguió tentando en el hueco recién hallado por si encontraba dinero; pero sólo había una carta.

Marcelo miró la fecha, que era del 28 de marzo del año anterior. Después leyó en voz alta lo siguiente:

«A mi respetable y bondadoso amigo D. Guillermo Alberto Téllez de Toledo, marqués de la Vega de Cadiar.

»Usted que ha sido para mí como padre amantísimo, no sólo durante el tiempo en que estuve bajo su tutoría, sino cuando, hombre hecho, me lancé á la corriente del mundo; usted que conoció á mis padres é inculcó en mí el respeto al apellido ilustre que me legaron, tiene antes que nadie derecho á conocer las causas que motivan la resolución que tomo. Unicamente usted disculpará al desgraciado que no ha sabido apartarse del camino de la deshonra más que apartándose del de la existencia.



Retrato de la nieta de los Marqueses de Vistabella, pintado por Joaquín Sorolla

»Sólo de usted deseo ser perdonado y compadecido, ya que el único temor que en esta suprema hora turba mi ánimo es el de acortar los días de su vejez con la pena que voy á originarle.

»La causa de todo ha sido mi ciego amor hacia una mujer vana y superficial, incapaz de sentimientos. No quiero hacer relación detallada de estos amores adúlteros (ella es casada), sí únicamente exponer las circunstancias más principales de esta historia negra á la que hoy pongo fin.

»El marido, hombre brusco, indiferente, consideraba el lazo del matrimonio como garantía de una fidelidad á prueba de todos los abandonos, y tenía en su mujer la confianza que se tiene en un animal doméstico. Ella veíase por ende dueña de una libertad omnímoda, de la que se aprovechaba viajando sola, sin pensar en su hogar ni siquiera en sus hijos, entretenida en recorrer los balnearios más de moda. En uno de éstos la conocí é intimamos. Ignoro si me ha querido verdaderamente ó no; yo sí puedo asegurar que he estado y aún estoy loco por ella. Recibía pequeñas sumas de su marido, al cual hacía creer que con ellas sufragaba todos los gastos de su vida casi fastuosa, fingiéndose convidada por amigas ricas, y él, orgulloso de las simpatías de su mujer, aveníase á pasarse sin su presencia durante gran parte del año.

»Desde que comenzaron nuestras relaciones puse á su disposición mi bolsa, pero sus exigencias dieron al traste con la poca fortuna de que podía disponer. Empeñé mi sueldo y al cabo de los dos años que duró nuestra intimidad vime desposeído de todo medio de conseguir el dinero que ella tiraba á manos llenas. Un día tomé cierta cantidad de la caja del batallón, jugué después en la esperanza de recuperar lo que había substraído y perdí siempre. En fin, convencido de que no era posible ocultar por más tiempo mi acción indigna y sin ánimo para renunciar á su amor, hace tres días la escribí contando la verdad de mi situación, suplicando que viniese á mí, ofreciéndola huir de España con ella y con sus hijos, si no quería separarse de ellos. Viviríamos de mi trabajo..., no obtuve respuesta. Volví á escribir dándola veinticuatro horas de plazo para resolverse y anunciándola mi *ultimátum:* ó la fuga con ella ó el

suicidio. Tampoco ha contestado y yo he sido tan crédulo ó tan cobarde que he aguardado un día más. Ya estoy decidido y ahora se acabará todo. Me he encerrado en el cuarto de baño, he puesto en la pila agua tibia, cuando acabe de escribir entraré en ella y me soltaré una vena, dejando correr la sangre hasta la muerte. Dicen que ésta es así muy dulce.

. . . .





PARÍS. – CONCURSO DE NATACIÓN EN EL SENA, ORGANIZADO POR EL PERIÓDICO «LES SPORTS.» – JARVIS, GANADOR DEL PRIMER PREMIO SRTA. CECILIA ROBERT, SRA. WALBURGA DE ISACESCU Y SRTA. MARTA ROBERT, QUE TOMARON PARTE EN EL CONCURSO (De fotografías de Branger.)

»Tengo un deseo que me obsesiona desde que pienso en morir: ¿querrá usted ayudarme á cumplirlo?

»Cierta vez, tonterías de amantes, guardé una esponja que ella utilizaba en el baño. La he conservado como una reliquia; había acariciado su cuerpo de diosa, habíase deslizado halagadora sobre su carne blanca y tersa como mármol pentélico; quiero que esta esponja vuelva á su poder tinta en la sangre que ella misma derrama. Yo la empaparé en la primera que salga de mis venas y la encerraré en una caja que usted recogerá de junto á mi cadáver. Quisiera que el día del aniversario de mi muerte la recibiese como recordatorio de su infamia, quisiera que un poder sobrenatural liquidara ante sus ojos mi sangre coagulada y seca, que su deshonra fuese conocida por sus propios hijos y que sufriera su existencia toda, comida por la vergüenza y los remordimientos.

»Adiós para siempre. Mi protector, mi padre. Adiós.»

—La firma es tan revesada que no la entiendo... Es una historia terrible, ¿verdad?

Adela, apoyada en el balcón de espaldas á la luz, contestó tranquilamente:

—Es una historia vulgar.

Los hijos habían escuchado, sin perder concepto, á su padre, que no se había recatado de ellos, porque, cuando ya somos hombres, no recordamos con precisión la edad en que el velo de la inocencia se empezó á rasgar para nosotros y creemos á los niños más ignorantes de ciertos misterios de lo que en realidad son.

—No, no, insistió Marcelo, es espantosa. Esa mujer merece que caiga sobre ella la maldición del suicida y siento de veras no conocerla para enviarla el sangriento regalo... Se ve con claridad lo sucedido; el marqués de la Vega de Cadiar guardó la esponja en este secreto en tanto que llegaba el día de cumplir la voluntad del amante. Después, según sospechaba éste, ha muerto de dolor, se han vendido sus muebles y la maldición no ha podido verificarse.

Marcelo, impresionado por aquella historia, fijó su vista por casualidad en el almanaque del escritorio.

—¡Qué coincidencia!, exclamó. Estamos justamente á 28 de marzo, y según el deseo del difunto, hoy debía liquidarse su sangre en presencia de la esposa infiel...

Cortósele la voz en la garganta y se quedó más pálido que un muerto.

Al mirar á la palangana donde estaba la esponja, vió que el agua, habiendo disuelto la sangre seca, estaba teñida de un rojo obscuro y siniestro. El esposo siguió con voz enronquecida el hilo de sus ideas, en tanto que miraba con fijeza terrible á su mujer:

—Y también esta predicción se ha cumplido y... y ¡tú eres la adúltera!

J. SÁNCHEZ GERONA.

PARÍS. – LOS VELOCIPEDISTAS POTTIER Y PASSERIEU DANDO LA ÚLTIMA VUELTA Á LA PISTA AL TERMINAR LA CARRERA DE LA «VUELTA ALREDEDOR DE FRANCIA» (4.752 KILÓMETROS), EN LA QUE HAN ALCANZADO EL PRIMERO Y EL SEGUNDO PREMIOS RESPECTIVAMENTE. (De fotografía de Branger.)

CONCURSO DE NATACIÓN

En el número anterior dimos cuenta del concurso de natación organizado por el periódico *L'Auto* y efectuado en el Sena el día 15 de julio último. Quince días después efectuóse otro por iniciativa del periódico *Les Sports*, con el mismo recorrido (11.620 metros), pero con la diferencia de que así como el primero fué para profesionales y en él las salidas de los nadadores no fueron simultáneas, en el último sólo podían tomar parte aficionados y todos los concursantes habían de salir al mismo tiempo. Estos fueron veinte: 16 varones (tres ingleses, cuatro italianos, dos holandeses, un belga, un suizo y cinco franceses), y cuatro hembras (una austriaca, dos suizas y una francesa).

El resultado del concurso ha sido: 1.º Jarvis, inglés, en 2 horas, 42 minutos; 2.º Ooms, holandés, en 2 horas, 52 minutos; 3.º Maas, belga, en 3 horas, 3 minutos; 4.º Rossi, italiano, en 3 horas, 6 minutos; 5.º Altieri, italiano, en 3 horas, 7 minutos; 6.º Cattaneo, italiano, en 3 horas, 9 minutos; 7.º Meijer, holandés, en 3 horas, 10 minutos; 8.º Dubois, francés, en 3 horas, 11 minutos; 9.º Theuriet, francés, en 3 horas, 17 minutos; 10.º Marta Robert, suiza, en 3 horas, 20 minutos; 11.º Bonnard, francés, en 3 horas, 27 minutos; 12.º Cecilia Robert, suiza, en 3 horas, 28 minutos; 13.º Schweckert, francés, en 3 horas, 38 minutos; 14.º Lefargue, francés, en 4 horas, 5 minutos; y 15.º Señorita Marvingt, francesa, en 4 horas, 11 minutos.

Jarvis hizo su recorrido en 23 minutos menos que Bourgoin, el ganador del concurso *L'Auto*; y la Srta. Marta Robert, la primera de las nadadoras, en 39 minutos menos que miss Kellermann, la primera del concurso anterior.

CARRERA VELOCIPÉDICA

DE LA «VUELTA ALREDEDOR DE FRANCIA»



Para que se comprenda la importancia de esa carrera bastará decir que el recorrido total era de 4.752 kilómetros dividido en doce etapas: París-Lilla, Lilla-Nancy, Nancy-Dijón,



TEATRO AL AIRE LIBRE DE LA CASA-RETIRO PARA ACTORES DE PONT-AUX-DAMES, INAUGURALO EL DÍA 25 DE JULIO ÚLTIMO. (De fotografía de Hutin, Trampus y C.ª)

Dijón-Grenoble, Grenoble-Niza, Niza-Marsella, Marsella-Tolosa, Tolosa-Bayona. Bayona-Burdeos, Burdeos-Nantes, Nantes-Brest, Brest-Caén y Caén-París.

De los 32 ciclistas que comenzaron la carrera, sólo 14 la terminaron, habiendo resultado vencedores en primer lugar Pottier y después de él Passerieu, Trousselier, Petit Breton y Wattelier.

TEATRO AL AIRE LIBRE

EN LA CASA-RETIRO PARA ACTORES DE PONT-AUX-DAMES

El día 25 de julio último inauguróse el teatro al aire libre que el célebre Coquelín ha hecho construir en la Casa-retiro por él fundada en Pont-aux-Dames para refugio de los actores ancianos y desvalidos.

A la inauguración asistieron el presidente de la República M. Faillieres, la mayoría de los ministros y gran número de personalidades ilustres de la política, la literatura y las bellas artes.

Antes de la representación celebróse un banquete, á cuyo final pronunció Coquelín un sentido discurso, que fué contestado por M. Faillieres; y á las cuatro de la tarde los invitados se dirigieron al teatro, en donde recitaron y cantaron las señoras Carré, Simón-Girard y Thibaud y los Sres. Galipaux, Huguenet y Polin.

El teatro, construído por M. Binet, es como los de la antigüedad, en forma de pórtico circular, y se levanta en medio de frondosos jardines y alamedas.

EL AEROPLANO SANTOS-DUMONT

Santos-Dumont, que hasta ahora se había dedicado exclusivamente á los globos dirigibles, se ha hecho inscribir en los concursos del Aero Club y de la Copa Archdeacon para aeroplanos.

El aparato construído por él lleva el número 14 bis de su colección. El sustentador está constituído por seis celdas de



PARÍS. – EL AEROPLANO DE SANTOS-DUMONT. (De fotografía de M. Rol y C.ª)



Retrato de la Sra. de Beruete, pintado por Joaquín Sorolla

Retrato del Sr. Beruete, pintado por Joaquín Sorolla



UN RINCÓN DEL TALLER DE SOROLLA



TRISTE HERENCIA, cuadro de Joaquín Sorolla que obtuvo el premio de honor en el Salón de París de 1900

cometa Hargrave, de bambúes y cañas cubiertas de seda, dispuestas en dos grupos de tres, de modo que forman dos alas á manera de V abierta por arriba. Las alas van fijas á una viga armada que tiene en su extremo delantero un timón, formado por una celda análoga á las de las alas y que puede moverse en todos sentidos. En el extremo posterior de la viga hay la hélice impulsada por un motor Levaseur de 24 caballos; la barquilla está situada cerca del motor, en el vértice del ángulo formado por las alas. La longitud total del aparato es de 10 metros; la superficie, de 80 metros cuadrados, y el peso, de 160 kilogramos sin contar el aeronauta.

El aeroplano va montado sobre ruedas provistas de muelles muy finos, de manera que pueda tomar impulso en una pista especial. Para familiarizarse con la maniobra de ese nuevo aparato, Santos-Dumont lo engancha á su globo dirigible número 14; pero cree que pronto estará suficientemente preparado para poder lanzarse al espacio sin auxilio del aeróstato.



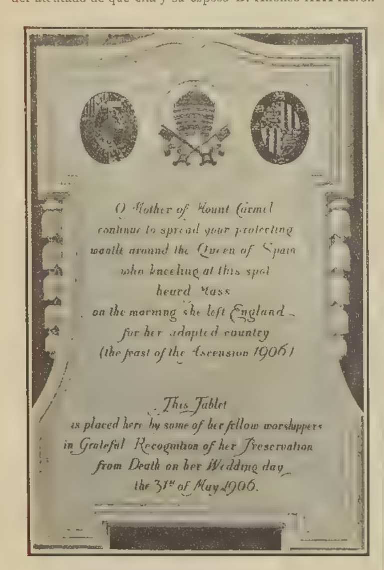
San Sebastián. – SS. MM. el rey D. Alfonso XIII y la reina Victoria embarcándose en el yate «Giralda» para dirigirse á Santander. (De fotografía de Frederic.)

UNA LÁPIDA CONMEMORATIVA

En la iglesia de los Carmelitas de Kensington se ha colocado recientemente la lápida conmemorativa, que adjunta reproducimos, y que ha sido costeada por los católicos ingleses en acción de gracias por haber salido salva la reina Victoria del atentado de que ella y su esposo D. Alfonso XIII fueron objeto el día de su boda. La lápida es de mármol blanco y ha sido puesta en el sitio mismo en donde la entonces princesa de Battenberg se arrodilló é imploró la protección de Nuestra Señora del Monte Carmelo antes de salir de Inglaterra para venir á sentarse en el trono de España. En la parte superior se ven las armas pontificias, en el centro, á la derecha las de la reina Victoria y á la izquierda el escudo de España.

La inscripción dice: «¡Oh Madre del Monte Carmelo! Continúa envolviendo con tu manto protector á la reina de España, que arrodillada en este sitio oyó misa en la mañana del día en que abandonó Inglaterra por su patria adoptiva. (En la fiesta de la Asunción de 1906). Esta lápida ha sido colocada aquí por algunos de sus compañeros de religión en acción de gracias por haberla preservado de la muerte el día de su boda, 31 de mayo de 1906.»

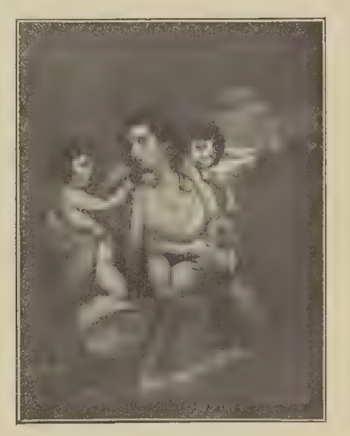
Al acto de la inauguración asistió el embajador de España en Londres.



O Mother of Mount Carmel
continue to spread your protecting
mantle around the Queen of Spain
who kneeling at this spot
heard Mass
on the morning she left England
for her adopted country
(the feast of the Ascension 1906)

This Tablet
is placed here by some of her fellow worshippers
in Grateful Recognition of her Preservation
from Death on her Wedding day
the 31st of May 1906.

Lápida conmemorativa costeada por varios católicos ingleses en acción de gracias por haber resultado ilesa del atentado del día de su boda la reina Victoria de España. Esta lápida ha sido colocada en la iglesia de los Carmelitas de Kensington. (De fotografía.)



Lady Cockburn y sus hijos, famoso cuadro pintado en 1773 por Reynolds y legado á la Galería Nacional de Londres por el millonario Mr. Beit, que lo había adquirido por 22.000 libras esterlinas.

UN CUADRO DE REYNOLDS

Hace poco ha fallecido en Inglaterra el famoso millonario Mr. Alfredo Beit, dueño de una fortuna inmensa de la que supo usar en bien de sus semejantes. En demostración de este aserto, véanse algunos de los principales donativos que hizo en vida á varias instituciones de enseñanza y beneficencia: al Colegio Tecnológico de la Universidad de Londres, 160.000 libras esterlinas; á la Universidad de Johannesburgo, 200.000; á distintos establecimientos educativos y benéficos de Rhodes, 200.000; al Instituto de Ciencias Médicas de la Universidad de Londres, 25.000; á la Universidad Rhodes, de Grahamstown, 25.000; al «Rhodes Memorial Fund,» de Capetown, 10.000; al club «Union Jack,» de Londres, 10.000; al Hospital de Eduardo VII, 20.000; y al Hospital Guy, 20.000.

Al morir ha legado á la Galería Nacional de Londres el famoso cuadro de Reynolds que reproducimos y que había adquirido hace algunos años por 22.000 libras esterlinas.

VERANEO DE SS. MM. EL REY D. ALFONSO XIII Y LA REINA D.ª VICTORIA

Después de la temporada que han pasado en el Real sitio de San Ildefonso, los jóvenes reyes se trasladaron en automóvil á San Sebastián, adonde llegaron en la noche del 18 de junio último, instalándose en el palacio de Miramar, residencia también de S. M. la reina D.ª María Cristina y de S. A. la infanta D.ª María Teresa. Allí permanecieron hasta el día 28, en cuya mañana se embarcaron en el yate real *Giralda*, siendo despedidos en el muelle por las autoridades y por un inmenso gentío que los aclamó con entusiasmo. En el *Giralda* almorzaron, y cuando se creía que el yate iba á zarpar para Santander, SS. MM. desembarcaron y en un coche de alquiler dieron un paseo por la población, tomaron el te en una pastelería, se dirigieron á Miramar, en donde comieron, y á las diez, en automóvil regresaron al muelle, embarcándose en una falúa que les llevó á bordo. A las doce zarpó el *Giralda*, que llegó á Santander á la mañana siguiente.

En Santander han estado los reyes dos días, habiendo salido en la tarde del 30 para Cowes.

MONUMENTO A REMBRANDT EN LEYDEN

Con asistencia de la reina madre de Holanda, del príncipe Enrique de los Países Bajos, del gobierno, de representantes de las cámaras, de los Estados generales y provinciales y de muchos artistas, inauguróse el día 14 de julio último ese monumento, obra del notable escultor belga Toon Dupuis. Ha sido erigido en uno de los más pintorescos sitios de Leyden, cerca del lugar en donde nació el famoso maestro. El busto es de bronce y el pedestal de granito; en éste se lee el nombre de Rembrandt.

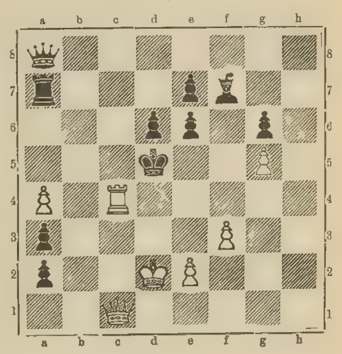


Monumento erigido en Leyden á Rembrandt con ocasión del tercer centenario del nacimiento del inmortal artista. Obra de Toon Dupuis. (De fotografía.)

AJEDREZ

Problema número 434, por V. Marín.

Negras (10 piezas)



Blancas (7 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

Solución al problema núm. 433, por V. Marín.

Blancas.	Negras.
1. Cc3–d5	1. Re6–f5
2. Dd2–f4 jaque	2. Cualquiera.
3. T ó D mate.	

Variantes

1..... e4–e3;	2. Dd2–d3, etc.
c6×d5,	2. Dd2×d5 jaque, etc.
Re6×d6;	2. Dd2–f2, etc.
Ta7–a8;	2. Cd5–c7 jaque, etc.
h6×g5;	2. Dd2×g5. etc.
Otra jugada;	2. Dd2–f2, etc.

EN LA PAZ DE LOS CAMPOS

NOVELA ORIGINAL DE MAURICIO MONTEGUT.—ILUSTRACIONES DE SIMONT

(CONTINUACIÓN)

Jacobo se ponía febril con aquellas evocaciones y se quedaba pálido y con una arruga en la frente... ¡Cáspita! Había hecho bien el coronel; para lo que valía la vida.. Y después, un Reteuil no se rinde. Jacobo cobraba orgullo y aquello le confortaba.

Pero la idea de la fuga espontánea de los tormentos humanos se establecía, pérfida y peligrosa, cada vez más autoritaria, en aquel cerebro fácil á las malas persuasiones.

Y siempre dejaba para más tarde el decidir cuál sería su destino cuando hubiera abandonado el país para no volver. El mal se agravó. «Hay una mancha en esa gente,» había dicho Adelaida.

Poseído por la admiración de un suicidio épico, quiso conocer también cuáles habían sido los motivos que tuviera el segundo Reteuil para desprenderse voluntariamente de la vida tirándose por la ventana.

Y buscó la crónica de aquel abuelo tan cerca de él; del marido de aquella pobre anciana, muerta en sus brazos pocos meses antes.

La viuda había conservado todo lo que venía de él; no por cariño póstumo ni por la religión del recuerdo, sino porque después de aquella muerte lamentable había encerrado en un cofre, para no abrirlo más, todos los papeles y los menudos objetos que podían recordar á aquel desertor cansado de la batalla humana.

A los cuarenta años, fué el nieto quien primero levantó la tapa de aquel segundo ataúd, y trató de percibir un alma en aquellas hojas amarillentas. Jacobo lo logró ó creyó lograrlo.

El hijo del soldado del Imperio no se parecía á su padre; ningún entusiasmo; de su correspondencia y de sus notas se desprendía desde la juventud un profundo aburrimiento y una sorda impaciencia contra la vida.

Hasta cuando se dirigía á la joven que debía ser su mujer, el tono no variaba y seguía sin creencias y sin gustos.

Aquel Reteuil debía padecer lo que se llamaba entonces la enfermedad del siglo; había llegado demasiado tarde á un mundo demasiado viejo. Nada le interesaba y todo lo veía negro, pero sin causa real para tanta melancolía.

Parecía que, aparte algunos viajes rápidos, había vivido en sus tierras y había vegetado encerrado en su castillo. Ninguna curiosidad, ninguna ambición, ninguna esperanza; un *spleen* inglés á la Chatterton; una niebla alemana á lo Werther; un desaliento antes de hacer nada, mucho más francés, como Escousse y Lebras, debieron de ser la característica de aquel espíritu apenado.

Era de su tiempo con exageración; la inutilidad de todo le cansaba de antemano y se cruzaba de brazos. De todas las filosofías, interrogadas sin duda, pues aquel desocupado había leído, no había recogido más que la negación, en una época en que el nihilismo estaba todavía sin inventar.

Su mismo ocio y la pereza que le estaba permitida fueron sus peores consejeros; buscó demasiado y muy lejos, y no encontrando nada, dedujo el vacío.

Mal de rico; mal de ocioso; si hubiera tenido que trabajar la tierra, ararla, sembrarla, segar su trigo y cocer su pan, no hubiera tenido tiempo ni gusto para criticar el universo ni para desesperarse.



El guarda le contemplaba á la luz de la luna

Se había dejado casar por desidia, por no discutir, por falta de valor ante todo acto voluntario; pero era de presumir que nunca amó á su mujer, la cual, por su parte, se casó con él sin gran convicción.

Debieron de formar una pareja poco unida, por ser ella dada al placer y él á la amargura. Al cabo de un año cada uno se fué por su lado sin cuidarse gran cosa del otro. Hacia aquella época fué cuando viajó más aquel extraño marido.

Sus cartas daban fe; fechadas en países diversos, todas contaban, sin embargo, un incurable aburrimiento.

Jacobo se deleitó con aquella prosa falaz, y aquel abuelo que afirmaba tan bien que todo hombre era un imbécil y toda mujer una infame, le pareció un sabio y un pensador sin igual.

Aquel hombre había contemplado la verdad cara á cara, discernido la fragilidad de los sentimientos humanos y demostrado la vanidad del esfuerzo y la estupidez de todas las creencias. Para el joven, cuya inteligencia era más bien sorda, aquellas frases amargas de un misántropo aburrido resonaron como palabras de oráculo.

Y aquel segundo Reteuil participó en su corazón, aunque en forma diferente, de la admiración filial que ya había dedicado al primero. Sí, tenía mil veces razón aquel desilusionado que había huído de la vida en un acceso de repugnancia un poco más violento que los otros...

Jacobo hizo una peregrinación solemne á aquel cuarto junto al tejado, donde su héroe vivió los últimos minutos y se precipitó por la ventana hacia aquel vacío que le atraía como expresión definitiva de la fórmula humana universal.

Apoyado en el alféizar, abrazó de una ojeada aquella decoración en anfiteatro en la que se había fijado la última mirada del otro, midió la altura y se retiró espantado al echar de ver cuán fuerte era la tentación.

¡Ay! Andando los días, la idea perseveró, creció y se exasperó. Jacobo marchaba ya entre dos espectros, que le hablaban en voz baja alternativamente.

Abandonó todo proyecto para el porvenir, sin querer precisar nada consigo mismo. Le parecía que llegaba al fin de un largo viaje y que iba á descansar al cabo. Y esta perspectiva le llenaba de dulzura.

Una noche en que el habitual insomnio le tenía con los ojos abiertos, vió con sorpresa que sus odios eran menos violentos: buscó la causa de ello y se dijo, después de reflexionar, que también aquello era indiferente, como todo lo demás. Empezaba á aprovechar las lecciones del abuelo.

Otra vez ocupó su memoria la muerte de su madre; pensaba en ella con frecuencia; pero, de ordinario, afirmaba que su fin no había sido más que un acto de imprudencia. Aquella vez prescindió de sus antiguas ideas y dijo en voz alta:

—¡También ella se mató!

Era natural; su madre era una Reteuil y la mancha persistía.

Quedaba él; Valroy, sin duda, pero también Reteuil. Ahora se creía unido con preferencia á aquella familia trágica.

Recordaba, como si tuviera necesidad de convencerse mejor, los terrores y los remordimientos que su madre le confesó en un día de esperanza; terrores por haberle transmitido la siniestra herencia; remordimientos por haberse casado, sabiendo que llevaba en ella una gangrena capaz de envenenar dos razas.

La pobre condesa Antonieta no estaba tan loca como parecía por sus aprensiones; sus tardías penas podían justificarse.

Así lo deducía Jacobo, impulsado hacia su destino.

Sintiéndose entonces mejor y más ligero, como si sus penas se hiciesen menos pesadas ante la certeza de la curación próxima, amplió su averiguación sobre las cosas pasadas, y buscó en aquella morada que había sido suya y en medio de aquellos muebles y de aquellos objetos por ella tocados la presencia de la señora de Reteuil, aquella admirable abuela que tanto le había querido. Juzgó que aquella señora había sido siempre y en todo esencialmente buena, y la quiso más. Trató otra vez de reconstituir la personalidad de su madre en aquel marco en que había vivido de soltera, y reconoció que había sufrido siempre, por lo que la quiso más también.

Un soplo de libertad refrescaba sus pensamientos, antes de confundirse con el gran Todo; se sentía el corazón anegado de ternura por el ambiente impersonal y de caridad solidaria por unos seres arrojados como él en lo desconocido.

Llegó á encontrar la serenidad y se aproximó á la razón pura, pero pensó cada vez menos en preparar sus días.

¡Qué bueno será, pensaba, formar parte del pasado; dormir debajo de tierra, ese rinconcito en la inmensidad; dormir para siempre, aproximado -por la grandeza misma del espacio y del infinito -á todo lo que se ha conocido y amado!

La amplitud de sus pensamientos le admiró; era otro hombre, y sonrió al echar de ver que ese hombre acababa de nacer en el momento de morir.

El castillo entero llegó á ser un recuerdo y un motivo de recogimiento; el medio le envolvía y le ahogaba; la locura que había quedado en los rincones obscuros le penetró.

Aquella educación desarrollada todos los días y favorecida por la soledad y la vida de las horas; aquella instrucción de los hechos y de los seres desaparecidos, produjeron lo que debían producir: un razonamiento loco, una imaginación alucinada, la descomposición completa de un cerebro extenuado por los ensueños.

Jacobo tenía conciencia de ello y saludaba el fin como una aurora. Aquella hiperestesia no dejaba de tener su encanto. En aquel corazón dilatado, los latidos rítmicos respondían á veces á sensaciones dichosas y á impresiones de gozos negativos; nada había ya, ni bueno ni malo, y todo resultaba beneficio, pues la suma del mal es la más grande.

Un día vió pasar por el camino á Gervasio Piscop de Carmesy con una escopeta debajo del brazo. Piscop no salía ya sin armas, alarmado por la presencia de Jacobo no lejos de él; aquel duro campesino tenía sus flaquezas.

Le vió pasar sin cólera... Arabela se alejaba de su mente como todo lo demás.

A veces se sonreía y hablaba solo, como las personas que han perdido la costumbre de toda vecindad. Un día dijo en alta voz:

—Pero ese 15 de septiembre no llega nunca...

Era la fecha en que debía cobrar el precio de su última finca. ¿Preocupación muy humana?.. No, por que ocultaba otra.

Por fin llegó aquel día tan deseado. El vizconde de Valroy recibió un aviso de su notario; los fondos estaban á su disposición.

En el momento respondió con una larga carta recordando el destino de las sumas recibidas y el nombre de los acreedores del *Modern Ahorro* á quienes había que pagar contra recibo en regla.

Aquella mañana el huésped errante de Reteuil volvió á ser hombre de negocios.

El dinero que quedase estaba destinado á procurar la rehabilitación, después de lo cual, si había todavía algún remanente, sería para el municipio en que había nacido.

Rogaba á su notario que considerase aquella carta como la expresión de su última voluntad, como un testamento, pues se sentía muy enfermo y estaba seguro de su próximo fin.

De todos modos, el castillo de Reteuil sería evacuado y estaría á la disposición de su nuevo dueño en la fecha indicada en el contrato.

Tomadas estas disposiciones, Jacobo suspiró como quien se siente aliviado de un gran peso.

Ya no tenía más que hacer que ocuparse de sí mismo.

Después de su testamento legal, imaginó un instante hacer uno sentimental. Aquel sería más complejo y exigiría más estudio y cuidado. El joven murmuró un nombre. «Arabela...»

Este era todavía el punto sensible.

Hacía tres meses que estaba respirando su aire y no la había visto ni una vez ni sabía de ella. Su criado no era hablador y atravesaba el país para hacer sus compras sin detenerse en las puertas.

El primer pensamiento de Gervasio al saber la vuelta de Jacobo fué alejar á su mujer y hasta viajar con ella; pero después pensó que si viajaba sola podría aquél reunirse con ella, y que si él la acompañaba sería mucho gasto y mucha molestia. Lo mejor era quedarse como estaba y vigilar á la gente.

No estaba solo para esta tarea; su hermano, sus primos y sus mujeres tenían todos buenos ojos, sin contar los criados, que veían bastante claro cuando el juego les gustaba, y todos los campesinos, que no se engañan ordinariamente.

Arabela quedó, pues, si no prisionera, por lo menos con guardias de vista, y Jacobo no pudo verla ni siquiera de lejos. El, por otra parte, no lo procuró

Lógico consigo mismo, se consideraba ya fuera de la tierra y no tenía para qué perseguir su amor ni su odio hacia los que le sobrevivían; pronto renunció al fugitivo pensamiento de imponer su memoria como un remordimiento y como un castigo.

Poco á poco se apoderó de él el deseo irresistible de ver por última vez, si no el castillo de Valroy, al que su orgullo le impedía aproximarse, aquel bosque que encerraba un mundo, aquella selva encantada, que había abrigado tantas escenas y cuyas tres mil hectáreas pertenecían ahora á Grivoize el menor y á su hijo Hilario...

Y una noche, él, antiguo dueño, se metió en el bosque furtivamente.

Acusado por la mañana de pereza por Grivoize el menor en persona, que decididamente olvidaba el pasado, Garnache salió aquella noche gruñendo y con la escopeta al hombro.

Le reprochaban no hacer ya rondas de noche, como si no fueran bastantes las de día... Si su trabajo no les gustaba, no tenían más que buscar otro guarda... A los cincuenta años las piernas flaquean y hace falta reposo.

¿Y todo para qué? Para contemplar la luna; no había un cazador furtivo en todo el término desde que Grivoize había comprado el bosque; se sabía que con él el asunto sería grave y nadie se aventuraba.

En fin, la orden era andar y andaba..., no por mucho tiempo, sin embargo. Una mañana de estas les tiraría el quepis á la cabeza á modo de despedida, y se iría á otra parte á plantar sus coles.

Ciertamente, le daría pena dejar el pabellón donde había nacido, donde se había casado, donde había nacido José á su vez, y donde todos habían crecido y héchose viejos; pero había que conformarse y no inclinar la espalda continuamente...

Así monologaba Regino mientras daba zancadas por las malezas.

Una intención le seducía; la de tenderse tranquilamente debajo de un árbol y dormir como un justo hasta el alba...

Pero se rehusaba este gusto por diversos motivos: en primer lugar un Grivoize ó un Piscop (los había por todas partes, como si brotasen de la tierra) podía tropezar con él; además, cogería frío y humedad y podría atrapar un reuma; en fin, la consigna era la consigna y el deber era el deber.

Y después de esta conclusión estoica, siguió su ronda y llegó á los matorrales.

El bosque era allí espeso.

Los juegos de sombra creaban fantasmagorías en las escasas plazoletas; por entre las altas ramas de los olmos y de los fresnos deslizaba la luna sus rayos hasta producir manchas claras en los musgos, en las hierbas bajas ó en los detritus de estaciones muertas.

De las espesuras salía un dulce suspiro de gran animal dormido; era la respiración de la selva, formada de los cien mil alientos de los seres nacidos en ella y refugiados en el suelo; el bosque los ocultaba, los defendía y los alimentaba, y se perdían en él como en un todo misterioso.

El guarda no estaba penetrado de estas caridades ambientes, demasiado acostumbrado á ese espectáculo para reparar en él; cargó una pipa, golpeó con lentitud el eslabón y encendió metódicamente. Después de unas chupadas, se sentó en el suelo diciendo en voz alta, por el solo placer de romper aquel profundo silencio:

—Supongo que puede uno sentarse; no se pagan las sillas.

Se quedó inmóvil con la barba en las rodillas y las manos cruzadas en las piernas... Pasaron unos minutos, durante los cuales se veía la lumbre de la pipa como un punto rojo en la vaga obscuridad. La sorda manifestación de las existencias dormidas siguió solamente produciendo un rumor junto al suelo; el silencio era profundo como la nada.

De pronto, Garnache se estremeció y apercibió el oído; bastóle un segundo para formarse una opinión, y vació despacio la pipa, la metió en el morral, se aseguró las polainas y, con la escopeta en la mano, se escondió entre las malezas; una culebra hubiera hecho más ruido.

—¿Eh? ¿Tendrán razón los piojosos de mis amos?.. Alguien anda por ahí; algún pordiosero sin duda; pero esos son justamente los que mejor saben poner lazos. Hay que ver...

Regino seguía avanzando á paso de lobo; sus ojos, experimentados desde la infancia, distinguían todos los movimientos de la sombra. De pronto, vió una forma negra en medio de una calle.

Jacobo se creía solo á aquella hora de la noche y, sin ocultarse, erraba á la ventura entre los árboles; con gran sorpresa suya, veía sin emoción aquellos mil testigos de su infancia.

Con la costumbre que había tomado desde que la vecindad de la locura le había afinado la inteligencia, trató de buscar la causa de aquella indiferencia, y se la explicó.

Decididamente, nada terrenal, pasado ó presente, podía atraerle ni interesarle una hora. Los tiempos habían llegado; estaba maduro.

Recordaba, es cierto, mil cosas de su infancia y de su juventud; pero todo aquello estaba tan lejos como la toma de Troya.

Sí, siendo muchacho se había revolcado en aquellos musgos y escondídose entre aquellas hierbas; el cuerpo de aquel chico había cambiado y más todavía el alma. Allí había soñado con grandes cacerías ó guerras indianas, á los doce años, siguiendo las veredas; tenía en aquel tiempo pocas ideas.

Un recuerdo le preocupó más tiempo.

En aquella plazoleta con tanta tierra, le había dado su padre las primeras lecciones de equitación... ¡Su padre!.. Era el único ser que le preocupaba todavía á causa de su fin misterioso y de la posibilidad de que viviese aún.

Y en esto estaba pensando cuando le vió Garnache sin conocerle al pronto.

Pero no; Juan de Valroy estaba también muerto y bien muerto. Ni una carta, ni una noticia en cinco años; él mismo había dicho que en este caso se le debía considerar difunto...

Jacobo atravesaba en aquel momento un espacio alumbrado por la luna; Garnache, á tres pasos de él, salió de la sombra y exclamó:

—¡Señor vizconde!

El joven, al oir aquella voz inesperada, dió un salto que decía bien el estado de sus nervios; y después de reponerse, respondió:

—¡Ah! Eres tú, Garnache...

—Sí, señor vizconde.

El guarda tenía la mano en el quepis, en actitud respetuosa, y, sin embargo, era un vagabundo, un merodeador nocturno el que estaba delante de él.

—Garnache, dijo Jacobo, la casualidad hace bien las cosas y celebro encontrarte; pero, ante todo, ¿me vas á denunciar?

—Eso sí que tendría que ver, señor vizconde.

—Sois personas honradas, tú y los tuyos, respondió el joven pensativo, y algunas veces tengo pesares por vuestra causa... Regino, tu mujer me ha criado, la pobre Berta... Me quería mucho, y tú también, lo sé, pero ella demasiado acaso..., puede que más que á su hijo...

El guarda aprobó con la cabeza:

—Es exacto, señor vizconde, le quería á usted más que á nuestro José y no se podía remediar; era así.

—Sí, continuó el heredero sin patrimonio, lo sé... pero cuando se es niño se ignoran muchas cosas, sobre todo cuando se está mimado por todo el mundo... Regino, di á Berta y repítete tú mismo que no hay que guardar rencor á vuestros antiguos amos. Mi madre era una enferma sin responsabilidad; no quería ver á nadie, ni á mi padre, ni á mí mismo, y mucho menos á los demás, como á Berta, por ejemplo. Mi padre ha estado preocupado y triste durante los diez últimos años; había planteado mal sus negocios y, aburrido de sí mismo, se apartaba de todo el mundo, como de ti, Garnache.

Su voz se debilitaba y tomaba una expresión de angustia.

El guarda le contemplaba á la luz de la luna con una expresión de cándida sorpresa, que ni siquiera pensaba en disimular. ¿Era aquel el tiranuelo del país, que no se dignaba responder á los saludos desde lo alto de sus carruajes y llevaba el orgullo hasta la ferocidad?

¡Bien cambiado estaba! El infortunio le había convertido en otro hombre; tanto mejor; y el marido de Berta se sintió conmovido.

—No, nunca he pensado que el señor conde hacía mal cuando nos olvidaba; ya sabía yo que tendría sus motivos, y no conservaba de él más que buenos recuerdos. ¡Qué buen muchacho cuando tenía su edad de usted! Tan poco orgulloso, tan alegre... Salíamos los dos al amanecer, con la escopeta debajo del brazo y el saco á la espalda, y así estábamos hasta la noche. Comíamos al aire libre, sin etiquetas,

pues él no las toleraba. Cuando, avergonzado á pesar de todo, ponía yo reparos, él se enfadaba y me decía: «No seas imbécil. Hace doscientos años que los Garnaches sirven á los Valroy y la fidelidad equivale al título; si me fastidias, te ennoblezco y te llamo señor de Garnache... Ahora cállate y echa un trago...» Esas palabras se oyen siempre, aun después de veinte años. Decían que nos parecíamos y la verdad es que, á lo lejos y con la niebla, nos tomaban á veces el uno por el otro, y esto me halagaba. Por mucho que se diga, cuando el corazón está lleno de tales recuerdos hay para toda la vida...

—Gracias, Regino, dijo Jacobo con la voz cada vez menos firme, gracias por hablarme así...

—Y á usted también le queríamos á pesar de todo, respondió el guarda con su brutal franqueza. Es verdad que usted no nos miraba, pero nosotros le veíamos bien y estábamos contentos cuando era dichoso.

—¡Regino!

Jacobo casi lloraba...

Y entonces, en medio de la plazoleta, los dos hombres se dieron la mano por un impulso espontáneo. El apretón fué vigoroso por ambas partes. Garnache, á su vez, sintió que un sordo sollozo se le atrevesaba en la garganta.

—Señor vizconde... aunque tuviera usted todas las culpas, lo que no es verdad, este minuto las borraría para mí... ¡Dios mío!, es preciso que los buenos se vayan y padezcan, cuando los malos se quedan y rebosan de alegría... El conde Juan y usted mismo... al lado de un Piscop ó de un Grivoize... Los tiempos son duros también para nosotros, sin contar que Berta está casi sin razón.

—Pobre mujer, interrumpió el joven, pobre corazón demasiado fiel; la aparté de mí por un orgullo estúpido, del que ahora tengo remordimientos..., pero en aquel tiempo no pensaba yo solo, pues tenía alguien que me apuntaba sus malas voluntades... ¡Pobre Berta! Cuánto tiempo hace que no la veo... Sí, desde aquella famosa noche en que vino á advertirme la fuga de Arabela..., pero no hablemos de esto.

—Pues bien, dijo Garnache sonriendo á pesar de su tristeza; yo puedo decir á usted la verdad; si usted no la ve, ella le ve todos los días.

—¿Cómo es eso?, dijo Jacobo asombrado.

—Lo más sencillamente del mundo. Durante los cinco años de su ausencia de usted, no ha cesado de rondar por Reteuil, convencida de que un día ú otro iba usted á presentarse. Estaba aferrada á esa idea y es obstinada. El día en que usted volvió estaba allí y le vió pasear por el parque. Desde entonces se pasa la vida en el bosquecillo sin apartar de usted los ojos. Ahí tiene usted lo que es Berta.

—¡Ah!, exclamó el joven sorprendido y encantado, pues para aquel aislado de la vida toda prueba de cariño era preciosa; entonces soy todavía más culpable. Dile que tendré gusto en que vaya á Reteuil, contigo... y con José á quien tanto he despreciado..., pero daos prisa.

Dijo estas últimas palabras en un tono tan plenamente triste, que el guarda se estremeció á pesar de su poca inteligencia.

—¿Por qué, señor vizconde? Cómo dice usted eso...

—Porque dentro de quince días Reteuil estará vendido y tendrá otro dueño... Preciso era pagar las deudas de mi padre y lavar el nombre de Valroy de una mancha que no ha merecido, pero que existe. Ya está hecho. Pero, después, todo habrá acabado para nosotros en la comarca.

—Entonces, dijo Garnache con la cabeza baja, siento haber encontrado á usted... para dejar de verle dentro de poco. ¿Pero qué va á ser de usted? Es un antiguo servidor el que se atreve á preguntárselo.

—Tú lo sabrás, Regino, dijo lentamente Jacobo; y por eso te repito que os apresuréis.

—Señor Vizconde, murmuró el guarda, tiene usted todo el aspecto de pensar malas cosas; á los veinticinco años se puede rehacer la vida.

—¡Bah! No vale la pena, exclamó el último Valroy Reteuil con un ademán de cansancio.

Y dijo en seguida, pasando á otro orden de ideas:

—Esta noche tenía gana y necesidad de volver á ver la selva que también ha sido mi nodriza... Hace tres horas que ando por aquí rodeado de fantasmas...

Con un poco de extravío, añadió:

—Tu presencia los ha ahuyentado; pero dentro de un momento, cuando esté solo, volverán á venir... Créeme, antiguo amigo de los Valroy, este es el fin de nuestra raza...

Y, dicha esta frase, cuyo lúgubre sentido confirmaba las precedentes, Jacobo se separó bruscamente y echó á andar, haciendo un gesto con la mano que era un adiós y una prohibición de seguirle.

Garnache se quedó vacilante en la plazoleta, pero su respeto al amo le impidió correr detrás de él.

El guarda, una vez solo, encontró que la noche era más sombría y la selva más huraña; había luto en el aire y Regino sentía el corazón oprimido y el alma desamparada... Por fin murmuró: «No puedo hacer nada,» y siguió su ronda por los bosques silenciosos.

¿Qué hacer? ¿Y Berta? Estas preguntas quedaban sin respuesta. El guarda, taciturno, meditaba andando.

Ahora bien, en realidad, para demostrar la locura de las apariencias y probar una vez más que la idea es más real que el hecho, los que acababan de encontrarse y de hablar así eran padre é hijo.

Al día siguiente Regino se fué á ver al anciano Balvet para pedirle consejo; no había dicho nada á Berta, temiendo causarle una alegría de un día precediendo á una eterna desesperación.

Contó la aventura al anciano y á José y les confió sus temores... «Jacobo parecía resuelto á morir.» Los otros le escucharon indecisos y asombrados de que el antiguo amo se hubiese metamorfoseado hasta ese punto.

—Y bien, dijo el guarda como peroración, ¿debo decírselo á Berta?

—No, dijo Balvet.

—No, dijo José.

Habían respondido á la vez y sonriendo al ver que también entonces eran de la misma opinión.

—No, mil veces no, repitió José; no hay más que penas que recoger por ese lado... Que deje el país para siempre ó que muera, será para nosotros el mismo dolor, puesto que no le veremos más. Pues bien: mi madre está acostumbrada hace años á esa idea y resignada á su modo. Si le vuelve á ver, si él le dice sobre todo buenas palabras como á usted, llorará de alegría; pero, después, cuando suceda lo que deba suceder, llorará sangre y estoy seguro de que morirá. Preparada como está, sufrirá menos. Dejémosla tranquila.

—Creo que José tiene razón, dijo Balvet; hay que cuidar á Berta y evitarle las emociones. Si realmente Jacobo debe morir, es preferible que no le haya visto, al menos de cerca, y sobre todo convertido en bueno. Le querría aún más, si es posible, y después sería horroroso...

—Esa es también mi opinión, afirmó Garnache; no le diré nada. Y aun así estoy bastante inquieto.

Berta no fué advertida y continuó en su puesto de observación contemplando á Jacobo, sin sospechar que le era permitido acercarse á él.

Con frecuencia el ver al joven la llenaba de curiosidad y no comprendía sus acciones. ¿En qué pensaba? Así, cuando retrocedía en la pradera, tenía la vista fija durante largo rato en una ventana, la más alta, al lado del tejado.

Berta levantaba los ojos y examinaba á su vez el sitio, sin descubrir nada que mereciese tanta atención.

Otras veces el joven iba y venía, con las manos en la espalda, delante de la fachada principal; se detenía cada vez que pasaba por la escalinata y parecía que contaba los escalones con la cabeza baja.

Berta no sabía que fué en aquel sitio donde el conspirador bonapartista cayó con la frente agujereada por una bala; si lo hubiera sabido, hubiera comprendido.

Otros días y á otras horas, el pobre vizconde se sentaba en un banco de madera al lado de un castaño gigantesco, y allí, bajo la bóveda de la arboleda, permanecía con los ojos cerrados. Berta le distinguía apenas, más bien le adivinaba; y para no turbar lo que ella creía sueño, la infeliz mujer, aunque estaba muy lejos, retenía el aliento y le mecía mentalmente.

Aquel amor maternal, al que nunca se había permitido una libre expresión y que había sido desnaturalizado desde el principio, se convertía á la larga en una temerosa idolatría. A fuerza de desempeñar ante aquel falso vizconde papeles de sirvienta, había contraído una indestructible humildad y una habitual sumisión.

Y, ciertamente, si por un milagro se le hubiera devuelto aquel hijo con todas las pruebas de su verdadero origen y reconociendo él mismo que aquella era su madre, Berta no hubiera podido hablarle de otro modo que como una esclava.

Era ella, sin embargo, la que le había puesto donde estaba; pero las circunstancias le habían levantado todavía y el joven se perdía en unas cimas de gloria.

Algunas veces, en un corto instante de lucidez, se comparaba con él: ella, mujer de los bosques, casi salvaje y con un aspecto impropio todavía de la mujer de un guarda, á pesar de haberse criado en un castillo para servir los monótonos caprichos de una noble dichosa.

Y él—su mirada aumentaba de intensidad—un hombre robusto, elegante, refinado, con el bigote largo, como Juan (Juan, qué recuerdo...). Y en seguida, se decía para sus adentros que era una suerte que el amo y el guarda, hijos de la misma tierra, hubieran tenido entre sí grandes puntos de semejanza.

Después pensaba que siendo ella vieja, fea y repugnante, valía más que Jacobo no pudiese verla, puesto que ella le veía.

Pero al día siguiente del encuentro de Jacobo y el guarda en el bosque, le pareció que varias veces el joven levantaba la cabeza hacia ella y detenía la vista en su escondite, como si esperase ó viese algo.

Berta se escondió y se aplastó un poco más, temblando haber sido sorprendida... Después, el joven dejó de mirar.

Al otro lado del valle, en la vertiente Oeste y en medio de la espesa arboleda, también acechaba Arabela.

Por rebeldía, por espíritu de oposición, hacía profesión de amar á Jacobo. El día en que acabó de ver que cada uno de sus pasos era medido y que un ojo la seguía detrás de cada mata; que el más palurdo de los campesinos, cómplice de sus enemigos naturales, entornaba los ojos á su paso y la observaba mientras era visible; cuando comprendió que todo el país se declaraba contra ella y se aliaba con Piscop y con Grivoize; cuando vió que estaba sola y abandonada, hasta por sus padres, que querían vivir bien, Arabela aceptó la lucha y emprendió la batalla.

Las escaramuzas no cesaron ya entre ella y Gervasio, y como él no estaba en el castillo más que á las horas de comer, á ésas era sobre todo cuando se empeñaba la acción, especialmente por la noche que era cuando había tiempo.

¿Pero en qué emplear el día tan largo y vacío? Arabela vigilaba el camino desde el terrado, como Jacobo cuando era niño, siempre con la esperanza de ver pasar á aquel que ahora le complacía llevar en su corazón, únicamente por odio á otro más cercano.

Durante tres meses aquella esperanza no se realizó. Arabela se admiró al ver que Jacobo no la buscaba. ¿La habría olvidado? No, el joven no poseía ese temple de carácter. Huía de ella más bien porque la temía, por no sufrir al ver á aquella mujer que era de otro.

Ante esta idea se encogía de hombros; su moral fácil no hubiera retrocedido ante ciertos acomodamientos. Era la mujer de un Piscop porque éste era muy rico, aunque ella no lo había notado hasta entonces; pero esto no era una razón para no ser amada por un caballero sin fortuna y distinguido por sí mismo, papel honroso para ella.

No sospechaba el estado de eterno extravío ni la monomanía creciente en que vivía su antiguo enamorado.

Ella misma, con todas sus seducciones y todo su encanto, si se hubiera ofrecido estando libre y con un completo olvido del pasado, hubiera sido, sin duda, impotente para retener aquella alma que quería escaparse; aquella alma penetrada por el contagio de la muerte voluntaria, latente en los muros de Reteuil, y que agitaba las alas en su cráneo demasiado estrecho como un pájaro en su jaula.

Si Bella hubiera corrido hacia él con los brazos abiertos, ella, la amada de los quince años, Jacobo la hubiera rechazado exclamando: ¡Es tarde!, y hubiera vuelto á su sueño que ya no acababa.

Pero ella ignoraba esto y creía que continuaba siendo soberana y que él no se atrevía.

No le costó trabajo á Piscop adivinar la causa de aquellas esperas prolongadas; y se reía de ellas, ahora que sus espías le habían enterado. Era sabido que el vizconde de Valroy no salía de sus muros ni quería ser visto. La señora de Piscop podía, pues, esperarle cuanto quisiera; él no tenía más que divertirse con ella, y esto era lo que hacía.

Todas las tardes reanudaba la misma guasa en el punto en que la había dejado la víspera, y preguntaba con solicitud si había pasado bien la tarde y si el punto de vista del terreno seguía siendo tan encantador... Después le decía:

—¿A quién has visto pasar por el camino? ¿Al cura?.. ¿Al notario? ¿Tampoco?.. Entonces has visto al cartero... ¡Bah! No dirás que te falten distracciones.

Arabela se indignaba y palidecía de cólera al oirle, y su delicada mano se crispaba en el mango de un cuchillo de plata. Él lo veía y gozaba extraordinariamente.

Ante el desdén de su mujer hubiera desistido sin duda; pero Bella vibraba y era demasiado violenta para disimular.

Soñaba con la venganza y hasta con la fuga... ¿Pero dónde y con qué dinero? Sus padres la acogerían acaso, pero sería con el único objeto de traérsela sumisa y arrepentida al soberbio esposo que la reclamaría. No había que esperar ayuda por ese lado.

(Se continuará.)

TAPICES DE KAIRUÁN (TÚNEZ)

La reputación de los tapices de Kairuán es universal y se debe principalmente á la armonía de sus dibujos y á la fijeza de sus colores.

Kairuán es la ciudad santa en donde los tapices se tejen y son entregados al comercio; pero el europeo que la visitara buscaría en vano los talleres en donde esos maravillosos productos se fabrican, pues en realidad no los hay. En cambio, si puede visitar algunas viviendas indígenas, es casi seguro que en cada una de ellas encontrará, ya sea en el patio interior, ya en una estancia de aspecto miserable cuyo suelo desigual cubre una estera más ó menos estropeada, el famoso telar, esencialmente primitivo, en el cual el ama de la casa teje, en sus ratos de ocio, el tan renombrado tapiz.

¡Oh, ese telar! Es todo un poema de rusticidad y de sencillez: dos pies derechos, mal encuadrados y á veces torcidos, se alzan verticalmente y sus extremos se introducen en sendos orificios practicados en el suelo y en la pared de manera que los sostengan en posición inclinada; esos pies derechos sostienen, á su vez, los dos enjulios, es decir, un travesaño superior en el que está enrollada la urdimbre y otro inferior, á unos decímetros del suelo, en el cual se enrollará el tapiz á medida que se confeccione.

Los útiles, pocos en número, están tirados en el suelo y consisten en un peine de hierro de largas púas y mango encorvado que sirve para apretar la lana fijada en la trama, y en unas tijeras de hojas anchas y algo curvas y de extraña longitud; uno y otras evocan por su forma las herramientas arcaicas que figuran en las colecciones de nuestros museos industriales. Completan el instrumental un calibre, pieza de madera dura y reluciente que permite tundir las lanas á la medida que se quiere y de una manera uniforme, y varias devanaderas primitivas y cestas en donde hay madejas de lana de varios colores, generalmente obscuros.



Fig. 2. – Telar tunecino

Sentada delante del telar, la madre trabaja ayudada por sus hijas, que le preparan los cabos de lana y aprenden así poco á poco todos los secretos del trabajo. Casi todos los árabes del Sur tunecino fabrican tapices y hasta hemos visto telares instalados en tiendas de familias nómadas (fig. 1); cuando la tribu cambiaba de residencia, el telar, plegado y cargado á lomos de un burro entre los más extravagantes objetos, seguía la larga caravana de camellos que llevaban las tiendas y los utensilios de toda la colonia. Al llegar ésta al nuevo campamento, el telar era desdoblado y reinstalado y la obrera reanudaba la confección del tapiz, interrumpida durante el viaje.



Fig. 1. – Telar instalado en una tienda de nómadas

La lana que se emplea para esa fabricación es dura al tacto y muy resistente al desgaste y se tiñe por los procedimientos antiguos; como está prohibido usar los colores de anilina por ser demasiado fugaces, la gama de colores es limitada y comprende el amarillo, el azul, el verde, el encarnado y el pardo, más ó menos claros ú obscuros, y el negro. El blanco se utiliza muy pocas veces.

El tapicero está sentado en el suelo al modo oriental (fig. 2), con las piernas cruzadas, delante del telar en que la urdimbre está fijada en los enjulios, y anuda á los hilos de ésta cabos de lana del color escogido, dejando en los extremos libres un espacio de unos 25 milímetros. De esta manera coloca varias hileras horizontales de cabos de lana, separándolos por medio de una hilada de cabos de lana neutra y cruzando la urdimbre á cada hilada; después, con el peine de largas púas, aprieta los puntos puestos y regulariza su horizontalidad, y finalmente, con el calibre y las tijeras, tunde los cabos flotantes á la altura conveniente, lo que le permite juzgar de la regularidad del dibujo y del efecto obtenido. A medida que adelanta la confección del tapiz, el tapicero lo va enrollando en el enjulio inferior de modo que «el campo de trabajo» se mantenga siempre á la misma altura. El procedimiento es sencillo y es igual en todas las casas y para todos los talleres; el árabe lo ha heredado de su padre y lo transmitirá á sus hijos sin modificarlo.

El tapicero trabaja sin modelo; tiene el dibujo «en los ojos y en la mano» y hace siempre el mismo tapiz ó repite siempre los mismos temas. Las vacilaciones que se descubren en su trabajo, las combinaciones á veces chillonas de los colores demuestran el sentimiento á menudo rudimentario que tiene del dibujo de las formas que representa y su dudoso gusto de la armonía de los colores.

La industria de los tapices es una industria familiar y por esto han dado escasos resultados los esfuerzos hechos para rehabilitarla. Hace algunos años, vimos en Túnez á varios niños trabajando en el telar bajo la dirección de un excelente contramaestre indígena, que sabían sacar los puntos dibujados en una tira, con lo cual se enmendaba el trazado algo descuidado del dibujo, se educaba la vista y se corregía el sentimiento del colorido; pero ese taller ya no existe y la industria del tapiz no ha salido de la vivienda del árabe.

Más de 450 familias kairuanesas fabrican tapices, estimándose en 250.000 francos su producción anual. Esos tapices son los que llevan los nombres de zerbias, merghumes, ketifas y klimes; estos últimos son los más conocidos y sirven para cortinajes. Fabrícanse asimismo tapices en todo el Sur tunecino, en los oasis del Djeriel, en el Arad y en el territorio de los Trogloditas. Los del Sahel y del Arad son, á veces, tan bellos como los de Kairuán.—G. Chertous.

UNA ESTACIÓN BIOLÓGICA DINAMARQUESA EN GROELANDIA

Pronto comenzarán los trabajos para la instalación de una estación científica dinamarquesa en las regiones polares. La organización de la misma ha sido confiada al profesor Morten T. Possild, de Copenhague, quien, después de la inauguración, continuará al frente de ella como director.

El Sr. A. Holck, consejero de Justicia, ha hecho á esa obra científica un donativo importante que asegura su vitalidad y además el gobierno de Dinamarca ha prometido una subvención anual de diez mil coronas, que son unas 14.000 pesetas.

Esa estación, que empezará á funcionar desde el verano próximo, tendrá por objeto el estudio de todos los problemas científicos relativos á las regiones árticas, las investigaciones biológicas, etnológicas, etc., para lo cual se hallará admirablemente situada en la isla de Disco, en las posesiones dinamarquesas de Groelandia, y estará en relaciones con los diferentes museos y laboratorios de Europa y de América que quieran pedirle envíos de cualesquiera ejemplares.

La instalación se llevará á cabo de una manera perfecta, contará con todo el instrumental necesario y en ella no faltará nada para que los sabios puedan dedicarse á un trabajo serio. Habrá allí un vasto laboratorio con los aparatos más recientes, especialmente dispuesto para las investigaciones biológicas, y salas de trabajo dotadas de todas las comodidades para los profesores y sabios adscritos al establecimiento, así como para sus colegas, dinamarqueses ó extranjeros, que vayan á visitarles durante algunos meses y á trabajar con ellos.

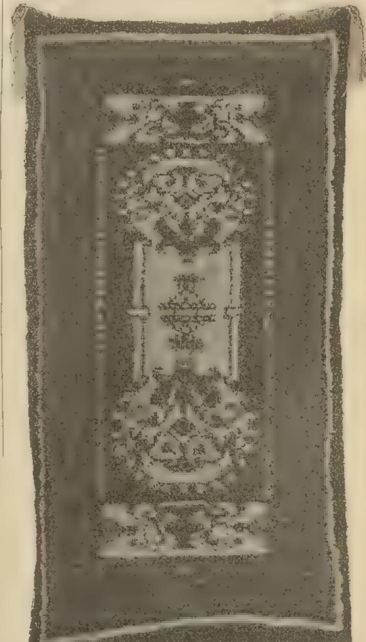


Fig. 3. – Tipo de tapiz tunecino

La biblioteca de la estación estará abundantemente

provista y se compondrá de las principales obras que han tratado hasta el presente de todas las cuestiones científicas relativas á las regiones polares.

Los hombres de ciencia que visiten aquel establecimiento podrán utilizar el laboratorio, tendrán á su disposición la biblioteca y además dispondrán de los trajes necesarios para las excursiones. Asimismo hallarán en él alojamiento gratuito en habitaciones que los organizadores procurarán sean lo más cómodas posible, no teniendo que satisfacer más que la manutención durante su permanencia en la isla de Disco.

Los organizadores creen que podrán recibir á los primeros directores en 1907. El establecimiento funcionará á partir de agosto ó septiembre del presente año, pero en esa época no podrá albergar más que al profesor Morten Possild, al subdirector y al personal subalterno.



BARCELONA. – EJEMPLAR NOTABLE DE GARAÑÓN EMBARCADO RECIENTEMENTE EN ESTE PUERTO CON DESTINO Á BUENOS AIRES. (De fotografía de A. Merletti.)

La isla de Disco está situada en el mar de Baffin, en la costa occidental de Groelandia, al Noroeste de la bahía de su nombre. La localidad principal de esa isla dinamarquesa es Godhavn, puerto frecuentado por los pescadores de ballenas que sólo cuenta 213 habitantes.

Desde la estación biológica se enviarán á todas partes noticias y avisos relativos á los estudios científicos que allí se practiquen; y entre Copenhague y la isla de Disco se organizarán servicios especiales de vapores á precios económicos para los sabios que quieran acudir á aquel establecimiento.

WILL DARVILLÉ.

UN GARAÑÓN NOTABLE

Hace pocos días fué embarcado en este puerto, en el vapor francés *Mont-Ventoux* y con destino á Buenos Aires, el garañón que la adjunta fotografía reproduce.

Es un ejemplar notabilísimo que ha sido la admiración de las muchísimas personas que lo han visto mientras ha permanecido en esta capital. Su abundante pelo en forma de melenas lo cubre enteramente y llega hasta el suelo.

Tiene tres años, es oriundo del Poitou y ha obtenido un primer premio en un concurso de ganado.

Pertenecía al Sr. San Martín, que lo adquirió por cuenta de unos comerciantes catalanes de Buenos Aires, habiendo pagado por él 10.000 francos.

Según parece, se le destina á la remonta de artillería de la República Argentina.



Munich.—Fiestas del 15.° concurso de tiro federal alemán. La cabalgata histórica; el carro de la diosa de la Felicidad
(De fotografía remitida por Hutin, Trampus y C.ª)

La capital de Baviera ha celebrado con grandes festejos el décimoquinto concurso de tiro federal alemán, al cual han concurrido tiradores, no sólo del reino bávaro y de los demás Estados de Alemania, sino también de Austria, Suiza, Francia, Italia, Bélgica, Rusia y América. El emperador de Austria autorizó á la charanga militar del famoso regimiento del «Gran maestre teutónico» para que acompañara á los tiradores austriacos.

Munich se vistió de gala para recibir á sus huéspedes, y en el adorno de sus calles y plazas principales han tomado parte los más ilustres artistas muniqueuses, que transformaron muchas de ellas en verdaderos cuadros arquitectónicos, inspirados en el antiguo estilo bávaro.

La cabalgata histórica con que se inauguraron las fiestas se efectuó en la mañana del domingo, 15 de julio, y fué un espectáculo pintoresco en extremo y hermoso desde el punto de vista artístico. La comitiva, al pasar por delante del palacio real, saludó con entusiastas aclamaciones al príncipe regente Leopoldo, alto protector de la fiesta, que presenciaba el acto desde uno de los balcones de la regia residencia, y desde allí se encaminó á la Casa Consistorial, depositando en manos del burgomaestre la bandera de la Federación.

En el banquete que aquel mismo día se celebró, el príncipe heredero Luis, á quien el príncipe regente había confiado la presidencia, pronunció un discurso de tonos patrióticos que ha sido objeto de grandes comentarios, así por los consejos que dió á los austriacos alemanes respecto de las luchas que han de sostener con las otras nacionalidades que constituyen el imperio austro-húngaro, como por las advertencias que dirigió á los alemanes del Imperio tocantes al deber difícil de conciliar entre sí los intereses de los diversos Estados particulares.

Después del banquete, el príncipe regente inauguró el concurso de tiro haciendo el primer disparo.

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustracion Artística

Año XXV — Barcelona 13 de agosto de 1906 — Núm. 1.285



FRAGMENTO DE UN BAJO RELIEVE PARA EL MONUMENTO A MAZZINI, obra de Héctor Ferrari.

(Exposición de Bellas Artes de Milán.)

SUMARIO

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

¿Y si hablásemos un momento de lo que hablan todas las señoras cuando se reunen en conciliábulos, sea á la salida de misa, sea á la puerta de una tienda, sea al obscurecer, en alguna «casa de confianza,» sea en el paseo, sentaditas en sillas de paja, mientras las niñas se entretienen charlando con la demás gente joven de «otras cosas?» ¿Si hablásemos, una vez nada más, del *servicio?*

***

Yo he observado algo en que seguramente habrán reparado también los que me leen, sin necesidad de enfrascarse en estudios profundos y trascendentales. He observado que, mientras los demás obreros y artesanos, con rarísimas excepciones, saben «su obligación,» conocen su oficio, de los servidores, el 75 por 100 lo desconoce absolutamente, lo mismo en Madrid que en provincia. Llamad á un albañil: él sabrá recebar, encalar, sentar ladrillo—sin que necesitéis intervenir para que se cumplan estas faenas.—Llamad á un carpintero: no será menester que le déis una lección de ajuste y ensamblado. El zapatero os entrega zapatos que os calzan; el confitero os vende dulces que podéis comer; el fumista os arregla la cañería y os limpia la estufa, que vosotros no acertabais á hacer funcionar.—Tomad, en cambio, un sirviente, una doncella, una cocinera, un mozo de comedor. Por milagro estarán enterados de la vigésima parte de sus deberes. El mismo día en que entran en vuestra casa empiezan á aprender. ¿Dónde se ocultan los que ya han aprendido? Lo ignoro. Nadie me ha dicho que haya tenido la dicha de tropezar con ellos.

***

Lo primero que os veis en el caso de enseñarles es que los fósforos no se raspan en la pared. Lo segundo, que es fórmula de respeto dirigirse á los amos en impersonal. Lo tercero, que no se habla á gritos, pero tampoco masculando las palabras: que se pronuncia con claridad y buen modo. Lo cuarto, que el calzado se limpia por las mañanas, y cómo, y en qué forma. Lo quinto, que las cartas y periódicos no se entregan con la mano. Lo sexto, que se barre así y asá, se aclaran los cristales de esta y la otra manera, se lustran los muebles, se bruñen los metales..., en fin, todo, absolutamente todo cuanto constituye el protocolo del aseo, del cual se enteran con un asombro infinito y una vaga sospecha de que son «monsergas de los señores.» Y cuando habéis conseguido que bajo vuestra inspección se haga un «sábado» pasable, tenéis que dedicaros á combatir la perniciosa idea de que ese «sábado» es definitivo, durando un lustro sus efectos y resultados.

***

Ninguna doncella admitiréis que al colgar vuestra ropa no la deje en desorden, suspendida por la mitad de la espalda, lo cual desfigura la prenda y hace una bolsa bajo el cuello. Ninguna tendrá ni la más ligera noción de cómo se cepilla, de cómo se dobla, de cómo se coloca un sombrero en la caja, de cómo se repasan las medias finas, de cómo se plancha un encaje: no hablemos ya de sabidurías más complicadas, de artes de tocador, de peinar, ondular, vestir y prender adornos. No hablemos de servir un te, de introducir á las visitas con discreción, de recibir y transmitir un recado, sea de palabra, sea por teléfono. En cuanto á su vestimenta, lo que os salta á los ojos, en las mujeres que se dedican al servicio, es el falso lujo, unido al absoluto desconocimiento del traje *convenable* para su labor. Se peinan con sobra de coquetería, abusando de los peinecillos y peinetas; lucen blusas con entredoses y adornos, mientras llevan los bajos sucios y desflecados y chancletean en zapatillas á cualquier hora; prefieren las telas de colorines para los contados vestidos, á veces tan contados que no pasan de uno, que traen en su baúl; se dan polvos de arroz con olor de patchulí, y os atosigan y encalabrinan al acercarse; y os miran abriendo mucho los ojos, cuando les ordenáis—al regalarles ropa negra—que la usen siempre, no sólo los domingos, y que lleven un cuello blanco muy limpio, un delantal de nieve... Ellas creen «más elegantes» sus faldetas de medio color, sus blusas rosas ó azules, su toquilla colorada...

***

Y he guardado para el *bouquet* á las cocineras, que ya constituyen un serio problema social, familiar, hasta higiénico. En Madrid las cocineras sisan formidablemente, es cosa descontada; mantienen á quien se les antoja, eso ya lo sabemos; pero ó mucho me equivoco, ó hace unos veinte años, con tener estos vicios, al menos guisaban. Hoy, ¡qué han de guisar! No conocen el guiso más sencillo; no hacen los platos más burgueses; no componen el más humilde *menú.* No hay que figurarse que esto es una exageración: no saben ni pasar ni freir un huevo, ni hacer el puchero, el caldo de substancia. Han suprimido, por artículo de lujo, su oficio, ó mejor dicho, han conservado de él, solamente, el «ir á la compra.» Lo demás... es lo de menos.

He aquí el diálogo invariable:

—¿Qué sabe usted hacer?

—Pues..., así..., lo corriente... Amos, lo que se pone en todas partes.

—¿Lo corriente? Explique usted lo que entiende por «corriente.» Por ejemplo: sopas. ¿Qué sopas sabe usted?

—Pues... de fideos... Amos, de diferentes pastas.

¿Nada más?

—Como sopas..., no, señora, no sé más. Pero si la señora me explica...

—Bueno... ¿Y de fritos?

—*Cloqletas.*

—¿Nada más?

—Y merluza frita. También sé freir merluza.

—¡Ah! ¿También? Siga, siga... ¿Y de entradas?

—¿Eeeeh? ¿Entradas? Dispense la señora, que no entiendo.

—Adelante... ¿Asados? ¿Repostería? ¿Postres?

Un minuto de angustioso silencio. Sonrisa humilde ó irónica, según los temperamentos.

—¿Nada de eso sabe usted?

—Como asar..., claro, sé unos bistés... y sé asar la ternera... Ahora, de lo otro... En las casas donde estuve, se traía el postre de la confitería.

—¿Cuánto ganaba usted en esas casas?

—Ocho duros (con aplomo).

—¿Al año?

***

La pretendiente se tercia el mantón y desfila... Viene otra, que debe de ser su hermana gemela, y se repite exactamente la indagatoria anterior, con la coletilla: «Pero, si la señora me explica... Porque, ¿verdá usté?, cada amo tiene su gusto... y en cada casa hay sus estilos...»

Total, que os proponen entrar en aprendizaje, ó lo que es lo mismo, que del oficio que ellas ignoran os piden lecciones, y en vez de pagaros os exigen dinero...

En esto del aprendizaje está el toque de la cuestión. Los obreros y artesanos saben su obligación, sencillamente á causa de haber sido aprendices en la adolescencia; y durante el tiempo que lo fueron, unos pagaron al maestro en moneda contante, otros le pagaron en trabajo, y en una ó en otra forma, reconocieron explícitamente que el enseñar vale algo, y el aprender algo cuesta, así sea lo aprendido tarea mecánica y material, como amasar yeso ó picar piedra. Sólo esta importantísima ciencia de la cocina, la preparación de los alimentos que han de nutrir el cuerpo, sostener el equilibrio de la salud, sanar á los enfermos, fortalecer á los niños, reparar las pérdidas del organismo fatigado, alegrar la vida de familia, estrechar los lazos de la intimidad, repartir un goce lícito y consumir buena parte de la hacienda, sólo este oficio necesario por excelencia se ejerce sin aprendizaje, y en el mejor caso, se aprende á costa de los mismos que pagan al que viene á ejercerlo, ignorándolo completamente...

***

He dicho «en el mejor caso...» En efecto, las nociones no adquiridas en los primeros años de la vida, rara vez se ganan en los últimos. Las cocineras no suelen ser muy jóvenes, y la lección no les aprovecha.

Yo tengo afición á dirigir platos de cocina. Me he formado una pequeña biblioteca de libros de culinaria. No creo ser, de las señoras que conozco, la más torpe para este ramo de economía doméstica, al parecer reñido con las Musas (sólo al parecer). Así es que he ejercido la enseñanza, sin poder decir que han aprendido, por lo general, gran cosa mis discípulas. En efecto, yo les dirigía un plato poniendo en él los requisitos que la fórmula exige: midiendo y pesando lo que debe medirse y pesarse; refinando delicadamente para que ni falte ni sobre y el paramento y la sazón lisonjeen el gusto. Aquel día, el plato, como una seda. A los ocho días, lo repetía la cocinera, suprimiendo la mitad de lo que constituye el intríngulis del guiso, y procediendo «á ojo.» Ya era difícil aplicarle nombre. A los quince, golpe nuevo, suprimiendo casi todo. ¡Y no reconocía el guiso ni la madre que lo parió!

***

Jamás he logrado persuadir á una de estas atropelladoras de que muchas legumbres se sangran, la carne no se lava, el caldo no debe hervir á borbotones, el pastel no se sirve templado, sino frío como el hielo ó sudando de puro caliente, y otras varias reglas é instrucciones nada complicadas, que desacatan á cada momento. No he conseguido enterarlas ni del secreto casero y humilde de los huevos bien pasados, bien estrellados, bien escalfados ó bien revueltos. No he obtenido ni que pongan corcho á la botella del vinagre. Y es la falta de aprendizaje; es que en la escuela no se les inculcó el *a b c* de la economía doméstica, que la mujer debe saberse de corrido. Si no me equivoco, en Noruega y Dinamarca se cocina en las escuelas, y la maestra va con las alumnas al mercado y á la compra. Gran idea y grandes países—aunque pequeños.

***

¿Y el *cocinero?* ¿También él desconoce los rudimentos del arte? No. Los cocineros que he tenido sabían su oficio, unos mejor, otros peor, pero, al cabo, lo sabían. Un día *de convite* se lucían; adornaban, cuidaban el *menú.* A diario, en cambio, yo no vacilaría en preferir hasta á las atropelladoras. El cocinero nos servía aguachirle en vez de caldo; carbones en vez de *entrecôte,* y como legumbre, judías verdes crudas. En media hora preparaba la comida ó el almuerzo; después, colgaba de un clavo el mandil y desaparecía, cinco horas, seis horas, ocho, diez. ¿Adónde iba? Yo he sospechado si alguno de ellos era, á espaldas nuestras, torero, sastre ó limpiabotas.

Y estos servidores emigran, pasan á Buenos Aires ó Montevideo, y escriben que ganan una porrada de «pesos» mensuales... ¡Pobres señoras sudamericanas!

EMILIA PARDO BAZÁN.

PENSAMIENTOS

Quien vive sin un objetivo, al azar, vive tristemente. En la vida moral, para sentir placer, es preciso proponerse un fin y alcanzarlo.

DE GERANDO.

Para resolverse á atacar el honor de un hombre se requieren hechos; si las simples apariencias pueden bastar es cuando se trata de defenderlo.

DE BRUIX.

Todo se le perdona á aquel que nada se perdona á sí mismo.

CONFUCIO.

En todas ocasiones, no prometas sino aquello que pienses cumplir, y ten siempre la voluntad absoluta de obrar bien.

LEE.

Hasta el presente no se ha encontrado modo de hacer navegar un buque con las velas desplegadas por los mares más peligrosos sin piloto y sin gobierno.

RENÁN.

El socorro á domicilio es una escuela de caridad para los ricos; para los pobres, es una escuela de abnegación, de economía y de virtud.

Las personas débiles son las tropas ligeras del ejército de los malos y causan mayores daños que el ejército mismo, pues infestan y devastan.

CHAMFORT.



Se adelanta con la boina en la mano. (Dibujo de Mas y Fontdevila.)

LA VIRGEN DE AGOSTO A BORDO

I

El suntuoso comedor de primera de un transatlántico que rinde viaje á la Península desde las costas argentinas. Sobre las mesas, las tazas del café que acaba de tomar el pasaje y que empiezan á recoger los camareros. Dos solos pasajeros apuran aún el aromático líquido: una jovencita elegante vestida de batista blanca, medio oculto el traje bajo un cubrepolvo de seda, y un señor maduro, de crespas patillas, con aspecto de hombre adinerado.

SEÑORITA.—¿De modo, papá, que dentro de tres semanas?..

SEÑOR.—Habremos tocado á tierra, hija mía; tú conocerás la en que tu padre nació, el humilde solar de sus mayores, y yo habré vuelto á pisar aquel bendito terreno en que duermen el sueño eterno mis padres, á la sombra de un ciprés y en un olvidado cementerio de aldea, y estaré dando gracias á la Virgen nuestra patrona en su ermita del cerro por haberme permitido volver. *(El señor termina sus palabras con trémulo acento de emoción.)*

SEÑORITA.—¡Te parecerá un sueño, papá!

SEÑOR.—Hazte una idea. Salí de casa joven, con todos mis cabellos negros, á probar fortuna una vez huérfano, con una carta de recomendación por todo tesoro para un pariente del señor cura de mi pueblo, muy amigo de mi familia, para un rico comerciante establecido en el Plata, y torno viejo, con la cabeza gris, rico, poseedor de un cuantioso capital y considerado y querido en mi nueva patria. ¡Treinta años han mediado entre uno y otro suceso, hija mía, la vida de un hombre de trabajo, el período en que se siembra y en que se puede recoger la cosecha, y á Dios sean dadas millones de gracias, que ha permitido que la mía sea abundante!

SEÑORITA.—¡Ya tendrías verdaderos deseos de ver otra vez tu tierra!

SEÑOR.—¡Muy grandes, hija mía! Son cosas que no se olvidan nunca cuando está uno á millares de leguas de su país, por bien que le vaya. Su madre, si la tiene, y su aldea, es decir, sus dos madres. Yo carezco de la primera, pero no he querido morirme en mi patria adoptiva sin haber visto por última vez aquel casuchón en que supe lo que era la miseria en la edad en que todo sonríe y no se comprende que no se tenga pan. ¡Tú y tus hermanos, hija mía, no habéis pasado por ese trance ni quiera Dios que nunca os veáis en él!

SEÑORITA *(interrumpiéndole cariñosamente)*.—Vamos, papá. Todo eso ya pasó; ¿á qué apenarte ahora por un ayer sobre el que ha llovido tanto? Acuérdate sólo de que vuelves á tu valle nativo, en el que nos daremos muy buenos paseos, pues ya sabes lo que me gusta el campo y mucho más si es tan bello como lo pintas.

SEÑOR *(entusiasmado)*.—¡Que si lo es! ¡Ya lo verás! Un mar de maíces más altos que yo y unos castañares que no tienen que envidiar nada á las selvas donde se alza nuestra vaquería junto al Paraná. Lo que siento es que el estado delicado de salud de tu madre no la haya consentido venir á conocer el pueblo de su marido.

SEÑORITA.—Vaya, papá, ya has acabado tu café. Si quieres, vamos á dar una vuelta por cubierta. Aquí se ahoga uno.

SEÑOR *(dejando la taza después de apurar el último sorbo)*.—Vamos, sí, tomaremos el fresco.

SEÑORITA.—Y veremos esos delfines que se encabritan como caballos y que se han venido con nosotros. ¡Y aun haremos una visita á los emigrantes que regresan!

SEÑOR.—¿No es esta noche cuando tendremos concierto á bordo?

SEÑORITA.—Eso dijo el del camarote frente al nuestro. Parece que esa señora joven, que subió en la única escala, toca muy bien el piano.

SEÑOR.—Pero es una egoísta con habérselo tenido tan callado. En estos sitios, el que posee una habilidad que pueda significar una distracción, no le pertenece, es de todo el mundo. *(Subiendo la empinada escalerilla que conduce á cubierta.)* ¡Qué hermoso día!

SEÑORITA.—El mar está como un plato. *(Asomándose por la borda.)* ¡Hola! Los delfines. ¡Muy señores míos! Mira, papá, allá en proa, el pasaje de tercera. ¡Pobre gente! ¡Qué viaje tan incómodo traerá!

SEÑOR.—¡No mucho mejor fué antaño el mío! ¡Puedes creerlo! Molestísimo. ¡Y al fin al ir lleva uno la maletilla llena de esperanzas! ¡Pero esos que vuelven las han perdido todas y menos mal que vuelven! ¡Esa es la vida, y considerar que yo podría tornar así!

SEÑORITA.—¡Otra vez, papá! Pero... Allí pasa algo extraordinario, se oyen voces. Asoma un camarero y todos le rodean. ¡Qué agitación! ¡Vamos á ver lo que es, papá!

SEÑOR.—Pero, chica, no corras así como si esto no se moviera. ¡Cuidado con ese calabrote! ¡Vas á estrellarte!

II

El sollado del buque, de piso resbaladizo de húmedas tablas y el techo encima de la cabeza. Huele á brea y á aglomeración de gente. Dondequiera calabrotes y rollos de jarcia. En cualquier rincón unas jaulas vacías, de aves, que un pasajero ha transformado en armario para depositar un mísero saco donde trae su ropa. Un grupo de reemigrantes, todos pálidos, flacos, tristes, con las huellas del sufrimiento en el semblante y el ansia de tocar en tierra en los ojos, ellas con sus remendadas faldas de percal, ellos con sus blusas rotas; son, en su mayoría, campesinos. El señor de la cámara de primera y su hija aparecen de pronto en el sollado sin ser advertidos.

SEÑOR *(levantando la voz)*.—¿Qué es eso, señores? ¿Qué ocurre?

Vuelven todos súbitamente la cabeza, boina en mano los hombres. A bordo se impone, como en parte alguna, la diferencia de clases. El continente del ricachón inspira además respeto y luego... las sortijas son siempre sortijas. El grupo rompe á hablar en masa. Las mujeres quieren hacerlo todas á la vez.

UNA REEMIGRANTE.—¡Pues que el pasaje se ha aumentado!

OTRA.—¡Pues que somos uno más!

OTRA TERCERA *(volviéndose hacia un hombre como de treinta años)*.—¡Pero, Antucho, habla tú, que eres el interesado! ¡Vaya una cachaza!

El aludido es un reemigrante delgado, macilento, curtido por el sol, de pelo crecido, ancho á pesar de su flacura, de callosas manos, tipo de labriego habituado á la lucha con la tierra; viste un puro andrajo. Se adelanta con la boina en la mano.

SEÑOR *(sonriéndose)*.—Por lo que he oído, no se trata de nada malo.

REEMIGRANTE *(con la torpeza de lengua del labriego que habla en público delante de un señor)*.—Pues malo, no, señor, no es malo, porque lo que manda Dios porque así lo tiene establecido no es malo. Y luego... que para eso se casa uno, para que...

Se hacia un lío. El señor rico le saca del atolladero en que se iba hundiendo cada vez más.

Señor.—Para tener hijos. ¡Eso quiere decir que has tenido uno á bordo!

Una mujer.—¡Y bien reguapo!

Otra.—¡Más grande que uno de esos bichos que saltan en el agua!

Reemigrante.—Pues, sí, señor. ¡No lo siento, es mi sangre! Pero ¿qué va á ser de nosotros? ¿Y de él, del pobrecito?.. Porque aquí donde usted me ve, señor, vuelvo de América peor que me fuí, es decir, si cabe peoría... He estado por allá seis años, pero he perdido la salud, señor, y al embarcarme acababa de salir del hospital... Y la parienta también vuelve enferma. ¡Las hambres que hemos pasado!.. Volvemos sin una perra, y en cuanto que desembarquemos tendremos que ponernos á pedir limosna...

Señor. —¿Es el primer hijo que usted tiene?

Reemigrante. —El segundo, señor. El primero se nos murió antes de emigrar. ¡Y mire usted ahora con lo que sale la costilla!

El señor rico se echa á reir de la ingenua exclamación, coreándole los reemigrantes.

Señor.—¿Y dónde ha estado usted trabajando?

Reemigrante.—En Rosario.

Señor.—En el campo, por supuesto. ¡De bracero!

Reemigrante.—Sí, señor.

Señor.—¡Mala cosa! Poco salario y jornadas de leguas para ganarlo bajo las cataratas de la lluvia.

Señorita *(con acento enternecido)*.—¡Pobre hombre!

Reemigrante. ¡Veo que el señor conoce bien aquello! Unas angustias espantosas, señor. Mal estábamos en la tierra, pero al fin y al cabo era la nuestra, Parece que donde uno ha nacido hasta los árboles le tienen algo de lástima. ¡Pero allí! ¡Ca! ¡Uno se inutiliza, pues otro en su lugar! Y luego muchas veces separados la mujer y yo. Ella también ha estado en el hospital, la pobre. ¡Bien nos engañaron diciéndonos que íbamos á ganar el oro y el moro! A los dos años ya jipábamos por volver. Hemos tardado cuatro en hacerlo. Hasta que dijimos, allá adentro, en aquellos mares de hierba, tan lejos, tan lejos, ¿los conoce el señor?: «¡Aunque sea arrastrándonos, vámonos á un puerto!» ¡Y arrastrándonos llegamos! ¡Y la mujer en ese estado! ¡Lo que hemos padecido sólo Dios lo sabe! Pero ella quería tener el chico en su país. ¡En América, nunca!

El reemigrante se calla, arrollado por su dolor. Todas las angustias pasadas se le han revuelto en el alma. El señor también se ha puesto grave y serio.

Señor.—¡Vaya, hombre, no hay que apurarse! Ahora á olvidar esas agonías. Lo principal es haber escapado con vida

Reemigrante.—Por mí no me apuro, no, señor. Pero por ella sí, y sobre todo por esa pobrecita que viene al mundo en tan mala hora. Pero es lo que yo digo, que me vea en mi tierra, que Dios me abrirá camino.

Al oir tales palabras, expresando sencillamente tan gran conformidad, el rostro del señor deja vislumbrar un profundo enternecimiento.

Señor.—¿De dónde es usted?

Reemigrante. De orilla de Lugo.

Señor.—También soy yo de la provincia. Somos paisanos.

Señorita *(interviniendo)*.—¿Y cuándo ha sido usted padre?

Reemigrante.—Hace una hora, señorita.

Señorita.—¿Felizmente para la madre y el hijo?

Reemigrante.—Sí, señorita.

Señorita.—¿Dónde está su mujer de usted?

Reemigrante.—Le han habilitado un camarote de tercera. No faltan buenas almas, señor. El sobrecargo se ha portado como un hombre. Luego, entre todas las mujeres que vuelven con nosotros, no le ha faltado asistencia. Todas han echado una mano. Los pobres se ayudan siempre unos á otros.

Señorita *(habla aparte á su padre dos palabras, obteniendo un asentimiento revelado por un movimiento de cabeza)*. —Vaya, vamos á verla. Guíenos usted y de que la veamos véngase con nosotros á nuestro camarote. Tenemos que hablarle á solas.

El grupo se abre respetuosamente y padre é hija echan á andar seguidos de los reemigrantes.

III

El día de la Virgen de la Asunción, de la poética Virgen de agosto. El señor y la señorita en su camarote, ella vestida con sus mejores galas, con un traje de fulhard blanco que realza la gallardía de su porte, y un sombrero de paja adornado de flores; él, de levita.

Señor *(satisfechísimo)*.—Has tenido una feliz idea, hija de tu gran corazón, y vamos á celebrar el día de la Virgen como no podíamos ni soñarlo. El de hoy es solemnísimo en nuestra región. No hay pueblo que no cuente con su ermita de la Virgen empingorotada en un cerro, blanca como una paloma y rodeada de castaños. A estas horas, si pudieras descubrir nuestros valles, los verías convertidos en hormigueros de la gente que se encamina á esas ermitas. Y todas poseen su esquililla que no cesa de repicar. Subiéndose en un globo, por todas partes se oirían los campaneos. Y oirías también gaitas y más gaitas y charangas y vivas. Y no te digo nada la de cohetes, que en Galicia parecen cañonazos. Yo hubiera querido hallarme en mi aldea para esta fecha; pero ya que no ha podido ser, la festejaremos á bordo, haciendo esa gran obra de caridad, prohijando á esa niña que ha de llevar su nombre.

Señorita.—La Virgen te ha permitido hacer un capital; tú has sido un emigrante afortunado y ella te ha puesto en su camino á esos desgraciados, precisamente cuando vas á volver á ver tu aldea, para que tiendas una mano á los que partieron como tú y regresan tan pobres como se fueron.

La camarera toca en la puerta, diciendo con regocijo: «Señoritos, les están á ustedes esperando.» Salen padre é hija. En el pasillo no cabe ni una persona más. Repitiendo la frase del vulgo, si se cayera un alfiler no llegaría al suelo. En primer término una mujer artesana, una reemigrante, vestida con sus trapitos de cristianar, miserables y raídos, pero limpios, llevando en brazos un niño de pocos días, envuelto en finas ropas que ha improvisado el pasaje de primera; junto á ella, el padre, aturdido, embobado, sin saber lo que le pasa, en fuerza de la emoción, hasta sin voz Las reemigrantes en pelotón, cada cual con lo mejor del ajuar que le quedaba, y confundidas con las infelices, las señoras de la cámara de primera, elegantísimas, de sombrero todas. El capitán del barco, con su levita galoneada, se adelanta al señor tendiéndole una mano y hace una reverencia á su hija.

Capitán.—Todo está preparado para el bautizo, don Justo. El cura aguarda.

Señorita.—¿Qué tal la madre?

Capitán.—¡Calcule usted! ¡Volver en la miseria, tener un hijo en tales condiciones y encontrarse de pronto con que llueve sobre ella una fortuna!

Señor.—¡Vaya! ¡Vamos!

El capitán ofrece su brazo á la señorita y echan á andar; el mar sigue tranquilo, como si quisiera coadyuvar por su parte á la buena obra; el buque apenas cabecea.

Todos *(un hurra formidable)*.—¡Vivan los padrinos!

Alfonso Pérez Nieva.



Fragmento del cuadro de Rembrandt «La lección de anatomía» que se conserva en el Museo de La Haya

CARETAS Y NETSUKÉS

Afirma el inteligente japonista M. Gonze que en el llamado Imperio del Sol naciente no ha existido gradación en las manifestaciones artísticas, puesto que todas ellas responden al elevado concepto del gran arte y todas las ramas ó derivaciones se subordinan ante todo á los cánones decorativos aplicados á los usos, á las costumbres y á cuanto constituye y representa la vida de aquel pueblo tan interesante y tan digno de estudio. De ahí la conexión, la unidad que revelan todas las producciones, aun aquellas en que con mayor amplitud campea la fantasía del artista, puesto que todas son objeto de cuidadosa atención y quien las concibe realiza la obra con igual interés, sea cual fuere el uso á que se destinen y la aplicación que se les reserve.

Las mil nonadas que en forma de juguetes, abanicos, kakemonos, caretas, netsukés, estuches para pipas, etc., constituyen hoy principalísimo venero para el comercio de exportación, atestiguan la maravillosa fantasía de aquel pueblo, que tan admirablemente interpreta cuanto le rodea, vive y se agita y en forma tan gallarda expresa el sentimiento, avalorando sus creaciones con la precisión de la línea, la belleza de la forma y la armonía de la coloración, presentándose siempre originalísimo y devoto de la simplicidad.

Las caretas ofrecen grandísimo interés, ya que por sus variadísimas y exactas formas de expresión, trasunto fidelísimo del natural, han de estimarse necesariamente como producciones escultóricas y manifestaciones características, quizás las más esenciales y determinadas del arte japonés.

La costumbre de cubrirse el rostro con mascarilla para tomar parte en las ceremonias religiosas, fiestas cortesanas ó representaciones teatrales, remóntase á una época muy lejana, sin que sea posible determinar con fijeza su origen, por más que ha de ser lícito suponer que se deriva y confunde con el de los mitos del panteón indígena. Esto no obstante, cabe afirmar que el uso de las caretas es anterior al siglo XII de nuestra Era, puesto que en el tesoro del templo de Idzuku-Shima consérvase entre otros objetos de peregrina belleza y extraordinario mérito una careta de madera admirablemente esculpida y laqueada que ostenta la fecha de 1173.

Hay que observar dos tipos esenciales de esta clase de producciones, de diversa y antitética aplicación, por más que ambos respondan al mismo concepto artístico: la careta de guerra, de plancha de hierro ó cobre, laqueada en varios colores, representando la faz humana con fantástica ú horrible expresión, que asumía el oficio de la visera, barbote, vista, ventalla y nasal de las celadas europeas y se sujetaba al casco por medio de grandes y fuertes cordones de seda que se anudaban bajo la barba y la cintura para evitar su ladeamiento, y la careta hierática y civil, que tanto sorprenden y admiran por la extraordinaria habilidad de los artistas que las produjeron, ya que no cabe mayor intensidad en la forma de expresión.

Al igual que los griegos propusiéronse los japoneses acentuar la expresión trágica ó cómica del personaje representado con el auxilio de la mascarilla de madera esculpida y pintada, de manera que causara la impresión del natural, ó bien con tonos convencionales cuando el actor que debía con ella cubrir el rostro tenía á su cargo la representación de divinidades ó genios, en cuyo caso aplicábanse coloraciones tan determinadas como las producidas por el verde, rojo, amarillo y negro, sujetándose en la nuca por medio de cordones de seda.

En el siglo XVI es cuando alcanzó su mayor apogeo la fabricación de caretas, comenzando su decadencia en la siguiente centuria, hasta tal extremo que ya en sus últimos años proscribióse su uso en la escena, substituyendo los actores la mascarilla por medio de afeites.

Varios son los artistas que se distinguieron como habilísimos escultores, sobresaliendo de entre ellos Jinsan, que conquistó justificada celebridad. Exagerados podrán parecer los juicios que se emitan acerca del mérito artístico de las caretas esculpidas en la buena época, que corresponde al mando de Yoritomo, mas justo es consignar que por lo que respecta á la intensidad de la expresión, pocos artistas occidentales han podido igualarse á los escultores japoneses, puesto que supieron representar de modo admirable y con pasmosa exactitud las situaciones más diversas.

Esas caretas consérvanse en los museos y colecciones como verdaderas é indiscutibles obras de arte, aun en el mismo país en que se produjeron.

Hoy han sufrido una variación. Destinadas á servir de complemento decorativo, no tienen los ojos agujereados, y á pesar de formar parte de los productos destinados á la exportación, son á modo de reproducciones de los ejemplares de la buena época. De ahí la estima en que se tienen por los aficionados, que las aprecian, con justicia, como producciones artísticas, dignas de ostentar la firma de escultores meritísimos.

Otra manifestación curiosísima de la escultura japonesa son los *netsukés* ó suerte de dijes, que atados á un cordón de seda servían para sujetar al cinturón la tabaquera, el estuche de la pipa, el frasco de la medicina y otros objetos de continuo uso. En esta clase de obras es en donde con más gallardía se revela la inagotable y originalísima fantasía é inventiva de los artistas de aquel privilegiado país y su buen gusto. Afectaban variadas formas y ejecutábanse en diversas materias, ya que existen hermosos ejemplares en laca, coral, porcelana, barro esmaltado, madera, marfil y metal cincelado. Los temas ó asuntos representados hállanse todos inspirados en funciones ó manifestaciones de los seres vivientes, interpretados con portentosa exactitud y fidelidad y con un humorismo ático que sorprende por la intención y delicadeza que revela en quien con tan discreta forma hallaba medio para poner en evidencia defectos que corregir y faltas que castigar. De ahí que pueda afirmarse, sin temor de incurrir en exageración, que algunas de estas obras deben clasificarse entre las más notables producciones escultóricas y que todas ellas merecen detenido estudio por su doble significación.

El uso de los *netsukés* remóntase al período en que pudieron completarse los elementos constitutivos de la indumentaria nacional, mas el propósito de embellecerlos con artísticas labores data de la décimaséptima centuria. Familias de artistas meritísimos dedicábanse á la ejecución de esta clase de obras, en las que brillaba con extraordinaria galanura su inagotable fantasía y rara habilidad. El núcleo existía en Nara, verdadero centro de la producción, y allí residieron el célebre Miva-Shiuzan, Kovin, Tomikaru y otros no menos dignos de aplauso.

El *netsuké* ha perdido su primitivo carácter, y hoy, al igual de lo que acontece con otras producciones, constrúyense reproducciones de ejemplares antiguos destinados á la exportación, ya que á excepción de los campesinos, no tienen aplicación para los habitantes de las ciudades, que van introduciendo en su traje prendas de la indumentaria occidental.—A. GARCÍA LLANSÓ.

Retrato de la hija de Joaquín Sorolla, pintado por éste

Gente de mar, cuadro de Pieretto Biánco. (Exposición de Bellas Artes de Milán.)

EL MONUMENTO FUNERARIO

de Chateaurouge

Hace pocos días efectuóse en el cementerio de la pequeña aldea de Chateaurouge (Lorena alemana) la inauguración de un modesto monumento erigido á la memoria de Pedro Monty, primer soldado francés que murió en la guerra franco-prusiana. Monty era carabinero y estaba de servicio en Schrekling cuando en la tarde del 23 de junio de 1870 fué atacado aquel pequeño destacamento por numerosas fuerzas de infantería prusiana. De sus diez compañeros, ocho huyeron y sólo él y otro llamado Lejust se defendieron heroicamente. Monty, gravemente herido, seguía denostando á los alemanes, quienes lo remataron de un tiro á quema ropa y á culatazos; Lejust recibió diez y nueve heridas y fué dejado por muerto en una zanja, pero pudo volver en sí y escapar y se curó y en enero de 1871 volvió á la guerra, siendo poco después hecho prisionero é internado en Alemania.

Lejust, que actualmente está retirado como sargento de carabineros y que vive en una pequeña aldea del departamento del Mosa, asistió á la inauguración del monumento dedicado á su compañero, siendo objeto de grandes felicitaciones y elogios.

La ceremonia resultó grandiosa en medio de su sencillez. Organizada por la sociedad *Souvenir Français*, á la cual y á las activas gestiones del párroco de Chateaurouge, el padre Fabing, se debe la erección del monumento, asistieron á ella delegaciones de dicha sociedad, que depositaron sobre la tumba una hermosa corona con una cinta tricolor, algunos oficiales de carabineros franceses y varios delegados de sociedades alemanas, unidos todos por un mismo sentimiento de piedad y de admiración hacia el que murió gloriosamente en defensa de su patria.



Monumento erigido en el cementerio de Chateaurouge (Lorena) á la memoria de Pedro Monty, primer soldado francés que murió en la guerra franco-prusiana. (De fotografía de Hutin, Trampus y C.ª)

LA CATÁSTROFE DE FOURNEAUX

Un cataclismo ha destruido recientemente casi por entero la aldea de Fourneaux (Saboya), población de 1800 habitantes, situada á un kilómetro de la estación internacional de Modano. A las tres de la tarde del 23 de julio estalló una violenta tempestad que duró cosa de media hora y unas tres horas después oyóse un ruido formidable, como de varios truenos, por la parte del monte Arrondaz que domina la comarca, al mismo tiempo que un alud de agua, fango y piedras enormes caía sobre la aldea arrasando cuanto á su paso encontraba. Los habitantes á duras penas pudieron huir. El torrente del Charmaix, repentinamente engrosado por una tromba de agua, había roto los bordes de la hendidura que forma su lecho y se precipitaba en el valle junto con las rocas y las tierras arrancadas.

La guarnición de Modano, reforzada por otras tropas, acudió al sitio de la catástrofe realizando muchos actos de abnegación y de heroísmo, gracias á los cuales no hubo que lamentar ninguna desgracia personal. En cambio los daños materiales han sido de mucha consideración, pues han quedado devastadas más de 200 hectáreas de tierra y destruídos 50 edificios, entre ellos dos importantes fábricas, una de aserrar maderas y otra de pasta para papel.

El alud destruyó, además, un kilómetro de la vía férrea internacional, quedando, por consiguiente, interrumpidas por aquel lado las comunicaciones entre Francia é Italia, que tardarán un mes por lo menos en restablecerse.

LA REVOLUCIÓN EN RUSIA

Malos vientos corren de algún tiempo á esta parte para el imperio ruso, en donde la revolución toma cada día mayor incremento. Los dos partidos extremos prosiguen implacables la terrible lucha emprendida y la Duma, en la que tantas esperanzas se habían cifrado, ha sido causa de nuevos y gravísimos conflictos, puesto que su disolución, decretada por Nicolás II en ukase de 21 de julio último, ha recrudecido la agitación revolucionaria y ha dado pretexto á los exaltados y á los intransigentes para decir que el régimen constitucional es incompatible con el gobierno del zar.

Son tantos los graves sucesos acaecidos en estos últimos días que sólo podremos dar una ligera descripción de los más importantes.

La Duma fué disuelta de modo tan imprevisto, que muchos diputados no se enteraron de ello hasta que al ir al día siguiente, como de costumbre, al pa-



Destrucción de la aldea de Fourneaux (Saboya) á causa del desbordamiento del torrente del Charmaix. – Vista de la plaza de la iglesia después de la catástrofe. (De fotografía de Hutin, Trampus y C.ª)

lacio de la Taurida, en donde aquélla celebraba sus sesiones, se encontraron con que la policía les impedía entrar en él.

La mesa de la Duma, en vista de ello, invitó á los miembros de la asamblea á reunirse en Viborg (Finlandia) y allí fueron efectivamente ciento ochenta y seis diputados acompañados de un centenar de amigos y periodistas. Reunidos aquéllos en el hotel del Belvedere, después de deliberar en secreto, acordaron dirigir al pueblo ruso un manifiesto que, redactado inmediatamente por una comisión de seis individuos, fué aprobado por aclamación. En dicho manifiesto se exponen sucintamente los trabajos realizados por la Duma y los que tenía en preparación, se señalan los males que el gobierno puede causar á Rusia durante el período de siete meses que ha de transcurrir hasta las nuevas elecciones y se excita al pueblo á que se niegue á pagar los impuestos y á dar soldados para el ejército.

Grande ha sido el efecto que en Rusia ha producido ese documento, pero mayor lo ha causado aún el del grupo del trabajo y de los demócratas socialistas de la disuelta Duma dirigido al ejército y á la marina á los que aquél aconseja la desobediencia, la indisciplina y la rebelión. Esa proclama esencialmente revolucionaria se imprimió y distribuyó secretamente y ha comenzado á dejar sentir sus efectos primero en Pottava, en donde se amotinó un regimiento que pudo ser sometido rápidamente, y luego en Sveaborg, pequeña isla situada en el golfo de Finlandia, á pocos cables de distancia de Helsingsfors. La sedición que allí ha estallado ha sido realmente grave; iniciada por una compañía de ingenieros y algunos artilleros que se apoderaron de los fuertes avanzados y de la fortaleza principal, no tardó en ser secundada por otras tropas y por la población civil, especialmente por la llamada «guardia roja» que proclamó la huelga general en Helsingsfors y destruyó el ferrocarril entre esa ciudad y Abo. La lucha entre los rebeldes y las fuerzas leales, auxiliadas por algunos buques de guerra, ha durado tres días, habiendo sido totalmente dominada la sedición. Una parte de la tripulación del crucero *Pamiat Azova* se amotinó dando muerte al comandante del buque y á varios oficiales y marineros, y uniéndose á las tropas de tierra sublevadas; pero á los dos días los amotinados fueron reducidos á la obediencia y desembarcados en Reval para ser sometidos á un consejo de guerra.



La revolución en Rusia.—El fuerte de Sveaborg en donde han luchado encarnizadamente los revolucionarios durante tres días. (De fotografía de «Photo-Nouvelles.»)

También en Cronstadt se sublevaron algunos marinos; sin embargo la rebelión no tomó pie gracias á la energía con que procedieron á reprimirla las autoridades militares.

En Helsingsfors ha sido asesinado el diputado de la Duma, Herzenstein, israelita riquísimo, afiliado al partido de los demócratas constitucionales; el asesinato, que se supone realizado por la policía, ha exasperado á los revolucionarios, quienes se proponían hacer una gran manifestación con motivo de su entierro. El gobierno, para evitarla, dispuso que Herzenstein fuese enterrado en Terioki, en vez de serlo en Moscou; esto no obstante, la ceremonia del sepelio ha sido imponente, habiendo concurrido á ella una multitud inmensa, compuesta de estudiantes de ambos sexos con banderas rojas y negras, de obreros, de diputados y de intelectuales.

San Petersburgo y Moscou están amenazadas de una huelga general que ha sido proclamada por los comités obreros socialistas y revolucionarios y que ha comenzado por varias huelgas parciales. Las de San Petersburgo, sin embargo, no han tomado gran incremento; tanto es así que el número de huelguistas, que el primer día era de 81.000, quedó reducido, al día siguiente, á 48.000. En Moscou es cada vez mayor la agitación revolucionaria.

Y si á todo esto agregamos los continuos atentados contra personalidades constituídas en autoridad, bien podremos afirmar que la situación de Rusia justifica los mayores pesimismos sobre la suerte del Imperio de los zares.—R.



La revolución en Rusia.—El diputado Herzenstein (×) en el bosque de Terioki, cerca de Viborg, dos días antes de ser asesinado (De fotografía de «Photo-Nouvelles.»)



La policía impidiendo á los miembros de la Duma la entrada en el palacio de la Taurida al día siguiente de la disolución de aquella asamblea



Llegada de los miembros de la Duma á Viborg (Finlandia) el 22 de julio último



Los miembros revolucionarios de la Duma reunidos en el bosque de Terioki, cerca de Viborg



Juan Kock (1) y Notinen (2), jefes de la llamada «guardia roja» finlandesa que ha ayudado poderosamente á los insurrectos de Sveaborg



El vapor «Sirio,» de la compañía «Navigazione generale italiana,» que naufragó el día 4 de los corrientes en el Cabo de Palos (Cartagena)
(De fotografía de A. Merletti.)

EL NAUFRAGIO DEL VAPOR «SIRIO»

El día 4 de los corrientes, á las cuatro de la tarde, naufragó en los bajos de las Hormigas, cerca del Cabo de Palos, el grandioso transatlántico *Sirio*, de la compañía «Navigazione Generale Italiana,» que el día antes había hecho escala en Barcelona procedente de Génova.

Nadie se explica ese naufragio, ocurrido en pleno día, con mar tranquilo y en unos bajos que conocen perfectamente todos los marinos; y menos puede explicarse que en tales circunstancias y á 1.400 metros de la costa el naufragio fuera una verdadera catástrofe, sobre todo teniendo en cuenta que el buque no se hundió de repente ni del todo, pues quedó con la proa al aire, y que desde los primeros momentos acudieron multitud de embarcaciones á salvar á los náufragos. A pesar de esto. de las 900 personas que entre pasajeros y tripulantes iban en el *Sirio*, perecieron unas 300. Algunos de los que se han salvado atribuyen la culpa de ello á la falta de serenidad del capitán que, según dicen, fué el primero en abandonar el barco, con lo que el pánico se apoderó del pasaje, ocurriendo gracias á esto el número inmenso de desgracias que en otro caso habrían podido evitarse.

La mayoría de los pasajeros eran emigrantes italianos y españoles que se dirigían á la América del Sur.

En los trabajos de salvamento se distinguieron en primer lugar los patronos del pailebot *Joven Miguel* y del laúd *Vicente Lecombe*, que dando pruebas de verdadero heroísmo salvaron á centenares de náufragos; también salvó muchos el vapor francés *Marie Louise*.

Los náufragos han sido recogidos en Cartagena, cuyas autoridades y habitantes han rivalizado en hacer menos aflictiva su situación, proporcionándoles toda clase de auxilios y abriendo subscripciones para socorrerles.

El *Sirio* era un vapor de 4.141 toneladas, que medía 380 pies de eslora, 42'1 de manga y 33'6 de puntal. Había sido construído en Glascow en 1883 y recientemente se habían hecho en él importantes reformas. Su máquina desarrollaba una fuerza de 5.012 caballos. Mandábalo el capitán Piconer que ha hecho más de cien viajes redondos á la América del Sur y cuya brillante hoja de servicios hace tanto más incomprensible su conducta en ese naufragio, en el que por su escasa presencia de ánimo han perecido centenares de infelices, mientras él ha quedado con vida.



Monumento á Jorge Sand, recientemente erigido en París en los jardines del Luxemburgo
(De fotografía de Hutin, Trampus y C.ª)

MONUMENTO Á JORGE SAND

El día 29 de julio último inauguróse en París ese sencillo y hermoso monumento dedicado á la famosa novelista que apenas si es conocida por su nombre verdadero de Armandina Dupin, condesa Dudevant, y que, en cambio, se ha inmortalizado bajo el seudónimo de Jorge Sand.

El monumento, erigido en el jardín del Luxemburgo, en París, es de mármol blanco y en él está representada la ilustre escritora en actitud melancólica y reflexiva, que responde perfectamente á su modo de ser y á las vicisitudes de su existencia, como responde á la poesía de sus sentimientos y de su amor á la naturaleza la belleza del sitio en que ha sido instalado.

MONUMENTO Á D.ª CONCEPCIÓN ARENAL

(Véase el grabado de la página 535)

Hace algunos años falleció en Vigo la insigne pensadora D.ª Concepción del Arenal, cuyos restos han permanecido desde entonces depositados en un modesto mausoleo en el cementerio de aquella ciudad.

Recientemente el Ayuntamiento viguense, considerando deber de patriotismo dar á aquellos restos una sepultura digna de la ilustre autora del «Manual del visitador del pobre,» de los «Estudios penitenciarios,» del «Ensayo sobre el derecho de gentes» y de tantos otros libros que son la admiración de propios y extraños, encargó al arquitecto D. Benito Gómez Román el proyecto de mausoleo que ha de erigirse en la nueva necrópolis y que reproduce el grabado de la página 535. El modelo que ha servido para la fotografía ha sido ejecutado por el escultor portugués José Carballo.

Dentro de poco comenzará la ejecución de esa obra, con la cual la ciudad de Vigo ha demostrado que sabe cumplir su deber elevando á sus expensas ese soberbio monumento á una de las más grandes y legítimas glorias de Galicia y de España entera.

BELLAS ARTES

(Véanse los grabados de las páginas 521, 524, 525 y 536)

Fragmento de un relieve para el monumento á Mazzini, obra de Héctor Ferrari. – A juzgar por esa muestra, la obra artística de Ferrari será tan grandiosa como lo fué la obra política en que tanta parte tuvo el famoso revolucionario italiano á cuya memoria se erige el monumento. El grupo de esas gentes que, acaudilladas por la Revolución, avanzan hacia la consecución de su ideal arrollando cuanto se opone á su paso triunfante, tiene un movimiento y una vida que subyugan, y está compuesto y ejecutado tan magistralmente, que nos parece adivinar en cada figura un sentimiento y en cada gesto una pasión que sólo los grandes artistas saben imprimir en la materia inanimada.

Fragmento del cuadro «La lección de anatomía» de Rembrandt. – Rembrandt figura entre los primeros pintores del mundo y su lienzo *La lección de anatomía* se considera como una de sus obras más admirables. ¿Qué más podemos decir en elogio del fragmento de ese cuadro que reproducimos? La profunda impresión que sentimos al contemplarlo constituye su mejor alabanza.

Retrato de la hija de Joaquín Sorolla, pintado por éste. – En el número último nos ocupamos extensamente del ilustre artista, autor de ese hermosísimo retrato; nada hemos de añadir hoy á lo que allí se dijo y únicamente felicitaremos una vez más al gran maestro por esa obra digna de colocarse al lado de las mejores en su género por él producidas.

Gente de mar, cuadro de Pierello Bianco. – Es una nota arrancada de la realidad misma y trasladada al lienzo con habilidad suma. Esos hombres son hombres de mar; junto al mar han nacido, en él se han criado y de él sacan su subsistencia; no es posible confundirlos con otras gentes, y aunque el pintor no los hubiese situado en la playa, necesariamente habríamos de reconocerlos por lo que son. Cuando un artista consigue este resultado, bien puede estar satisfecho de su obra.

Sueño inocente, cuadro de W. Llewellyn. – El tema de la maternidad es inagotable para el arte, y aun siendo tan gastado, es de los que con más deleite se contemplan cuando el artista acierta en el modo de presentarlo á nuestros ojos. Ese acierto lo ha tenido el pintor inglés Llewellyn y de aquí que su cuadro nos produzca esa emoción dulce que llega hasta lo más hondo de nuestra alma.

EN LA PAZ DE LOS CAMPOS

NOVELA ORIGINAL DE MAURICIO MONTEGUT.—ILUSTRACIONES DE SIMONT

(CONTINUACIÓN)

Pensaba á veces marcharse sola llevándose un buen fajo de billetes de Banco; pero Gervasio no era hombre de dejar á la vista papeles de ese género.

Por fin, en los últimos tiempos, Bella creyó que había sufrido bastante para afrontar el escándalo; se persuadió de que su amor á Jacobo podía salvar todos los obstáculos y decidió ir á él ya que él no venía.

Gervasio seguía riendo y preguntando noticias del cartero, del notario y del cura. Ella, entre tanto, buscaba los medios de realizar su plan.

Un día vió pasar á Berta y se le ocurrieron ideas que creyó ingeniosas.

Era legendario que aquella mujer se arrojaría al fuego por Jacobo, y, con más razón, se encargaría de todas las misiones que pudieran agradarle y de darle las cartas que hubieran de causarle placer.

Era aquel un mensajero seguro y confidencial, y Arabela se prometió bajar al camino y detenerla la primera vez que la viera pasar. Tanto peor si alguien sorprendía la conversación... En primer lugar no tenía en sí nada de sospechosa, y además estaba decidida á todas las audacias...

Pero Berta no volvió á parecer durante tres días.

Por fin, al cuarto, á eso de las cinco, la miserable, con el cabello lleno de hierba y arrastrando los zuecos, se presentó junto á los muros de Valroy, que seguían siendo sagrados para ella. Allí vivía un fantasma, la infancia de Jacobo.

Levantó la cabeza y vió á Arabela; su negra cara se contrajo al ver á su peor enemiga y cerró los puños, pero, con gran sorpresa suya, la joven se inclinó sobre la barandilla y le gritó:

—Espere usted, tengo que hablarla; ya bajo.

La anciana campesina, intimidada á pesar de todo por aquella orden, se quedó inmóvil.

Berta esperó, pero mascullando por lo bajo vagas amenazas hacia la mujer de los ojos verdes. Bella se acercó rápidamente, escondiéndose con la pared para no ser vista, é hizo seña á Berta para que se acercase; después inspeccionó el camino de una ojeada.

La joven tomaba precauciones á pesar de su aspecto de bravura, no enteramente exenta de temor por el salvaje de su esposo. Por fin dijo muy de prisa:

—Berta, ¿quiere usted complacer á Jacobo?

Al oir ese nombre, á pesar de su desconfianza, la cara de la vieja se iluminó de ardiente pasión y dijo: «sí» con la cabeza, sin hablar.

—¿Quiere usted llevarle una carta mía?

Berta retrocedió y, también por señas, sin una palabra, dijo: «¡No!» Había tenido tiempo de reflexionar.

Arabela, despechada, preguntó:

—¿Por qué?

Y la vieja, con los labios babosos, la mandíbula contraída y el cuerpo inclinado como si quisiera morderla, le dijo en la cara con voz ronca y furibunda que se oía de lejos:

—¿Por qué? Porque eres el diablo y no sabes más que mentir y hacer daño; porque bastante ha sufrido por tu causa para que la cosa siga adelante. Una carta tuya es un papel que apesta á traición. ¿Qué más quieres cogerle? Tienes su castillo, el cuarto en que ha nacido, sus tierras, sus bosques, todo su patrimonio; tienes su corazón, que has hecho pedazos; ¿quieres su cerebro?.. No es seguro que sea suyo todavía. Pero no cuentes conmigo para entrar en su casa; la puerta está guardada; hay un perro, que soy yo.

Y dejando á la señora de Piscop-Carmesy estupefacta y aturdida por tal acogida, la mujer de Garnache se fué gesticulando y dando zancadas por el camino. Berta gruñía:

—Hubiera debido tirarle piedras, como hace cinco años...

Arabela subió los escalones lentamente y muy pensativa. Decididamente, no la amaban; por una vez que quería vengarse, la cosa le salía mal. Los dioses protegían á Piscop.

Pero, por muy poco tiempo que había pasado en el camino recibiendo los piropos de aquella vieja, había sido vista y aquella intentona abortada iba á tener consecuencias como si fuera un crimen realizado.

Serían las seis y ya caía la noche, cuando Gervasio volvió al castillo en su caballo negro y látigo en mano, después de haber pasado la tarde inspeccionando sus tierras.

Ya llegaba, cuando se cruzó en el camino con un labrador, que iba con su horquilla al hombro hacia la aldea. Aquel hombre dijo al pasar:

—Buenas tardes, señor Gervasio.

—Buenas tardes.

Pero el aldeano insistió:

—Buen día hemos tenido... Ya he visto á la señora.

Piscop tiró de las riendas, y sospechando que debajo de aquel cumplido podía haber alguna guasa, preguntó:

—¿Qué señora?

—La de usted.

—¿Dónde?

—Allí, en el camino..., estaba hablando con la Garnache.

—¿Berta?

—Sí, Berta.

Gervasio soltó un sordo juramento, pero después, aparentando calma, respondió:

—Buen provecho les haga. Buenas tardes.

Gervasio volvió las riendas y se alejó. El espía voluntario se quedó riéndose silenciosamente. Piscop pensaba:

—Ahora habla con Berta esa loca... ¿Qué estarán fraguando las dos? Esto es nuevo..., hay que ver.

Trescientos metros más allá, una criada de la granja desembocó por una senda, conduciendo las vacas; el caballo de Gervasio se asustó en la penumbra, sorprendido por aquel rebaño, y su dueño le sujetó vivamente; después interpeló á la muchacha:

—No sabes siquiera conducir las vacas..., ten cuidado, idiota.

Pero la idiota, mientras reunía su ganado, murmuraba palabras confusas:

—Se conduce como se puede... No haría usted mal de guardar mejor á su gente...

—¿Qué estás diciendo?, respondió Gervasio deteniéndose por segunda vez.

—Nada..., se ve lo que se ve; se sabe lo que se sabe...

Y cambiando de tono como si sus nuevas palabras no tuviesen relación con las precedentes, añadió:

—He visto á su señora de usted hace un momento.

—¿Tú también?

—Se ha estado cerca de una hora hablando con la mujer del guarda... Parece que tenían muchas cosas que decirse...

—Sí, ya lo sé, respondió Gervasio.

No quería confesarlo, pero la cólera le ahogaba. Siguió andando.

No hacía cinco minutos que trotaba por el camino, cuando oyó detrás de él el paso de otro caballo. Una voz que le llamaba le hizo volver la cabeza, y reconoció á su hermano Anselmo.

—Gervasio...

—¿Qué quieres?

—Espérame; te andaba buscando.

Cuando estuvieron juntos, Anselmo explicó en voz baja:

—Escucha; no me gustan estas comisiones, pero el honor de la familia ante todo. Me acaban de decir que Arabela ha hablado largo rato, hace un momento, con Berta, ya sabes, la nodriza del vizconde y su sirviente adicta. Parece que no es la primera vez que lo hace. Ten cuidado, porque eso no me huele bien. Presumo que hay más correspondencia de la que tú crees entre Valroy y Reteuil. Mucho ojo...

—Gracias, dijo Gervasio, que esta vez sentía impulsos sanguinarios; lo sabía ya, pero gracias de todos modos.

—No hay de qué, respondió el hermano; es un servicio que te presto.

Volvió las riendas y se fué satisfecho.

Una vez solo, Gervasio puso el caballo al paso y reflexionó. Así, pues, gracias á Arabela, se burlaban de él en la comarca; todo el mundo, su familia, sus criados y los campesinos, se guaseaban con él y bromeaban sobre su aventura.

En efecto, la cosa debía de ser cierta; Bella estaba demasiado tranquila para no maquinar algo. Y él, el imbécil, que se creía tan seguro y no sospechaba nada... Pues bien, su mujer iba á ver quién era él.

—¡Ah, señora marquesa! Se cree usted demasiado gran dama para tener nada que temer... ¿Sí? Pues vamos á ver eso.

Dió un espolazo, soltó las riendas y salió á galope tendido, impaciente por presentarse como un vengador ante aquella culpable.

La culpable no sospechaba nada; su conversación, si así podía llamarse, con Berta Garnache, había sido tan rápida que no podía figurarse que nadie la hubiera sorprendido.

Bella vió llegar á su amable esposo sin la menor aprensión. Traía un aspecto agresivo y furioso; pero, como era lo habitual, no hizo de ello ningún caso.

Al echar pie á tierra, Gervasio se preguntaba cómo iba á proceder en sus acusaciones, y creyó de buen tono empezar por la ironía, en la que se creía una especialidad, lo que era una de sus debilidades.

Se mostró descuidado y tranquilo, papel en el que resultaba todavía más irritante. Arabela se puso pronto nerviosa y frunció las cejas. El marido dijo:

—¿Cómo va, hermosa mía? Veo que te brillan los ojos... ¿Has pasado un día feliz?.. ¿Has visto pasar al?..

—¡Déjame en paz!, dijo Bella con impaciencia; eres insoportable con tus estribillos; se te debía ocurrir otra cosa.

—Espera, espera; hoy tengo novedades.

Bella, ya inquieta, se estremeció.

—¡Qué casualidad! ¿Cuáles son?

—Mucha prisa tienes...

Pasaba un criado y Gervasio se calló. Cuando estuvieron solos, se plantó delante de ella y le preguntó mirándola á los ojos:

—¿Qué has hecho esta tarde?

—¿Yo? Nada, como de costumbre. Ya sabes que no salgo de aquí. ¿Para qué?.. Además, no quiero cansar á tus espías.

Gervasio, entonces, estalló.

—Pues bien, mis espías aseguran que has salido esta tarde; no muy lejos, al camino, al lado del terrado.

Arabela palideció al ver venir el drama.

—Es posible..., pero no se trata de un acto tan importante que te dé derecho á pedirme cuentas.

—Eso depende de las apreciaciones. ¿Qué tenías que decir á Berta?

Sintiéndose cogida, furiosa por estarlo y cansada de sumisión aún fingida, Bella, á su vez, se puso violenta.

—Si trata usted, señor mío, de buscarme una querella más, no le responderé. Esto es completamente estúpido... Si no puedo siquiera decir dos palabras á una mujer del país...

—¿No me respondes? ¡Cuidado! Esa mujer del país es la nodriza de Jacobo; vas á decírmelo todo, lo quiero..., ó si no...

—¿Si no, qué?

Bella le desafiaba frenética y tan hermosa en su enfado, que Gervasio se quedó deslumbrado y lleno de amarga pena por no ser amado por tal mujer; al pensar que amaba á otro, una furiosa rabia de celos le mordió en el corazón y le volvió loco.

—Si no, te aplastaré con estos dos puños y pisotearé tu linda persona con mis zapatones de campesino... Pero vas á responderme, y ahora mismo...

La cogió del brazo y la levantó del suelo, tan grande era su fuerza; ella le insultó, convulsa y retorcida:

—¡Bruto, cobarde, bandido!.. Sería una delicia engañarte, patán...

Todas sus palabras eran bofetones que él recibía en plena cara.

Gervasio le puso la mano en la boca para cortar los insultos, pero ella le dió tal bocado, que el hombre soltó su presa y retrocedió dando un grito de dolor.

Levantó el brazo y ella vió venir la muerte, pero no se movió. Aquel brazo, sin embargo, cayó sin tocarla; Gervasio, con la cara morada, se ahogaba. Se

arrancó el cuello y la corbata, y anheloso y grotesco, se quedó mirándola con expresión estúpida. Bella se aprovechó de aquella impotencia momentánea.

—¡Cuidado, señor mío!.. Hay gendarmes... No se mata á la gente sin ser molestado... Creo que para los dos se ha llenado la medida. Lo mejor y lo más digno es separarnos. Se lo propongo á usted; acepte pronto.

Gervasio volvía en sí y recobraba el aliento, todavía hiposo, pero su cólera se calmaba. El marido murmuró:

—¡Me estás matando!..

Bella se echó á reir, juzgándole vencido y ya sin cólera. La tempestad se alejaba y con ella el peligro.

Aquella risa le dejó estupefacto; no comprendía á las mujeres y encontró superior y admirable á la suya. Además, recordaba una frase de su serie de ultrajes: «Sería una alegría engañarte,» y aquel condicional le tranquilizaba. En su furia, Bella no podía haber mentido; luego no había nada todavía..

Arabela seguía riendo con una risa aguda que hacía daño y que él, que jamás la había comprendido, creía sincera. Gervasio balbució:

—Pero, en fin, ¿qué es lo que quieres?

Bella triunfó; los papeles se cambiaban.

—Es muy sencillo, divorciarme.

Gervasio se encogió de hombros.

—Tú dices eso...

—Lo digo porque lo pienso. Escucha: me he casado contigo, bien lo sabes, para ser rica. Me habías prometido de lejos mil ventajas, y no has cumplido ninguna de tus palabras. Soy más pobre que nunca y estoy además sujeta, prisionera y rodeada de espías, lo repito. ¿Cuál es mi vida? ¿Es esto vivir? Como, bebo y duermo, es verdad... ¿Pero qué más? Estoy enclaustrada en este castillo, en el fondo de esta provincia, sin afecciones, sola conmigo misma y sin esperanza de cambio.

Gervasio murmuró:

—Exageras...

—No, por cierto. Puesto que se me rehusa todo lo que había creído obtener por mi matrimonio, tengo el derecho moral de romper la alianza; y desde hace un instante, tengo el derecho legal. Acabas de pegarme.

Con aspecto de enfado, frotándose el dedo como un niño rencoroso, Gervasio replicó:

—Tú me has mordido..., estamos en paz.

—Ha sido después, para defenderme... Ahora bien, las vías de hecho legitiman el divorcio; y las ha habido.

—Nadie lo ha visto, objetó Gervasio con astucia.

—¿Estás seguro? Hace un momento he dicho tres palabras á Berta y una hora después lo sabías, porque me habían visto... No dudes que alguien ha visto la naturaleza de nuestra conversación... Yo me encargo de buscar los testigos...

Piscop miró alrededor, investigando las sombras. Tenía un aspecto tan lastimosamente grotesco, que Bella estaba encantada. Gervasio preguntó por fin:

—¿Cómo vivirás divorciada?

—En primer lugar, tengo la casa de mi padre...

Piscop movió la cabeza:

—Lo que es ese...

Pero ella le interrumpió resuelta:

—Y después no importa cómo...

Y añadió resplandeciente de orgullo:

—Una mujer como yo, encuentra siempre un asilo.

Los dientes de Gervasio rechinaron y exclamó:

—Cállate; todavía eres mi mujer...

—Bueno, respondió Bella, no vayamos á volver á empezar. Esos modales pueden pasar una vez. Está dicho; nos divorciamos.

Y respiró violentamente, como aliviada de un gran peso. Gervasio vaciló, y después se negó, descubriendo cándidamente su alma:

—No, no quiero; habría que devolverte tu nombre, y eso jamás. Soy Carmesy, y seguiré siéndolo.

—Eso es todo lo que te detiene..., dijo Bella admirada al ver que la tenía tan poco en cuenta.

Gervasio replicó:

—No, hay otra cosa...

—¿Qué? Anda, puedes decirlo todo...

—Tengo miedo de que te vayas á buscar á Jacobo.

—¿No hay nada más?

Gervasio se quedó pensativo y dijo muy bajo:

—Puede que no sea todo...

—¿Qué hay más?

Piscop la miró con fijeza y respondió:

—Nada..., te pondrías demasiado contenta...

Bella vió la victoria é insistió con su encanto diabólico y sus maneras de los grandes días, cuando quería seducir. Gervasio, vencido, bajó la cabeza y confesó:

—Hay tu persona... Puesto que estamos dándonos explicaciones, ¿crees que no sufro yo también un poco?.. Si hubieras querido, la casa sería tuya... Pero desde el primer día, y aun antes, he comprendido que no te casabas conmigo más que por el interés. No tenías inconveniente en decírmelo. Por eso no he cumplido mis promesas y he sido muchas veces duro contigo. Si hubieras aparentado un poco de amistad por mí, no hubieras tenido más que hablar para ser servida, á pesar de mi familia, de mis padres y de todo lo demás... Pero me has tratado como un lacayo, como un Piscop... Y te he devuelto golpe por golpe, maldad por maldad, desdén por desdén. Esta es toda la historia... Acuérdate de nuestra primera noche de boda.

Bella se sonrojó é hizo un gesto para rechazar aquel recuerdo.

Gervasio continuó:

—Trata una vez de ser menos gran dama... un poco menos altanera conmigo, y creo que ganaremos los dos.

Bella le escuchaba encantada y sin pensar ya en Jacobo, puesto que el déspota abdicaba... Su respuesta fué más condescendiente:

—Confieso que me asombra ese nuevo tono en tu boca. ¿Por qué has esperado tanto tiempo para hablarme así?

—¿Qué sé yo?.. Mi naturaleza en primer lugar, después los consejos... Creía en la fuerza y ya no creo.

Bella contestó entusiasmada:

—Entonces hacemos las paces...

Y una vez más se puso tentadora, linda y sonriente, con los blancos dientes á flor de los labios y dejando filtrar de sus ojos á través de las pestañas un rayo incendiario.

—Sí, repitió Gervasio, las paces, á despecho del mundo entero.

Después, cogiéndole la mano, añadió mirándola de frente:

—¿Entonces, Jacobo?..

Bella prorrumpió en una risita seca y, esta vez, despreciativa.

—¿Jacobo? Puedes estar tranquilo por ese lado. Le amo enteramente igual que en otro tiempo...

Gervasio, á su vez, respiró con satisfacción...

En este momento apareció un criado en la escalinata y anunció:

—La señora está servida.

Piscop, convertido en galante, ofreció el brazo á su mujer, que se mostraba muy divertida, y entraron en la casa. La comida fué muy alegre... Piscop habló de numerosos proyectos é hizo nuevas promesas. Pero esta vez debía cumplirlas y las cumplió.

De este modo Jacobo, hasta en sus últimos días, hacía la felicidad de Arabela.

VI

Aquella mañana corrió la noticia por la aldea, sin que se supiera su origen, de que el castillo de Reteuil y sus tierras estaban vendidos.

El nuevo propietario, un señor de París, un barón, según se decía, debía instalarse allí la semana siguiente, á principios de octubre.

Formáronse grupos en la plaza de la iglesia y comentaron el suceso. Los unos negaban sin saber por qué; los otros afirmaban con empeño, sin estar mejor enterados.

—Se hubiera sabido... Hay periódicos que anuncian las ventas.

—¿Los ha leído usted?

—No.

—Entonces...

Pero Regino Garnache se acercó al grupo, se enteró del sentido de la discusión y los sacó de dudas.

—Sí, dijo, es verdad; lo sabía.

Los que negaban protestaron ofendidos, y uno de ellos dijo:

—¿Y cómo lo sabías?

Se oyeron otras voces que también pedían explicaciones.

—¿Quién te lo había dicho?

—¿Por qué no se lo has contado á nadie?

Garnache se encogió de hombros y respondió desdeñosamente:

—Alguien me lo había dicho.

Pero los campesinos, obstinados, no se contentaban con tan poco, y por todas partes preguntaban en tono de burla:

—¿Quién es ese alguien?

Entonces, para cerrar el pico á todas aquellas comadres y desembarazarse de ellas, el guarda contestó claramente:

—Ese alguien, puesto que queréis saberlo, es el vizconde Jacobo de Valroy en persona; creo que él debía saberlo.

Garnache, después de soltar estas palabras, sintió haberlas dicho. ¿Quién le metía á él?.. En esas historias más vale callarse... Y siguió su ronda vagamente inquieto.

No se equivocaba. Pasó un criado del castillo, recogió los rumores, preguntó detalles y se fué con gran prisa á llevárselos á su amo, el Sr. Piscop de Carmesy.

Este, al oirle, se asombró á su vez; ¿cómo no se le había advertido?

La cosa había estado bien hecha; Jacobo no había querido de ningún modo que su última tierra pasase á los Piscop ó á los Grivoize; y lo había logrado...

Gervasio se reía solo al pensar en la cara que iban á poner su buen hermano Anselmo, sus queridos primos Antonín y Timoteo, y principalmente el joven Hilario.

Este muchacho de veinte años, vanidoso como un pavo real, había heredado de un hermano de su madre una fortuna particular, y no ocultaba la intención de comprar Reteuil aunque tuviese que aplastar á sus competidores pagando aquella finca tres veces más de lo que valía.

Hilario confesaba ingenuamente las causas de esta aparente prodigalidad.

Como Gervasio, se ennoblecería á su vez, pues no habiendo ningún Reteuil, á los tres años de ser dueño de aquella tierra se llamaría Hilario Grivoize de Reteuil.

Al cabo de cinco años suprimiría el Grivoize y sería Hilario de Reteuil, noble si los hay, para su gloria y la de su posteridad.

Tal era de ordinario su razonamiento, al que sus primos respondían con burlas y amenazas de no dejar perder la presa cualquiera que fuese el precio; pero él sabía que eran demasiado avaros y prudentes para arriesgarse así.

Había, pues, disputa acerca de Reteuil, y la buena armonía de aquellas familias, en otro tiempo unidas para su bien y el mal ajeno, estaba rota por nuevas ambiciones y rivalidades.

—Y bien, pensaba Gervasio, esto lo arregla todo; aparece un tercer ladrón que pone á todo el mundo de acuerdo... Ese Hilario es capaz de coger una enfermedad.

Después, siguiendo sus reflexiones, frunció las cejas descontento y murmuró:

—La verdad es que ese Garnache es más adicto á sus antiguos amos que á los nuevos... Puesto que Jacobo se lo había dicho todo, hubiera podido advertir á mi padre ó á mis tíos cuando, acaso, era tiempo... Como Berta, Regino tenía demasiada memoria.

El nombre de Berta, por una natural asociación de ideas, le recordó á su mujer, la divina Arabela, y sonrió... Aquello era el cielo... Sin embargo, escamón por naturaleza, pensó que la venta de Reteuil le proporcionaba una prueba que era preciso poner en práctica.

Se dirigió á la habitación de su mujer, llamó y entró con el aspecto de un marido que sabe que se le recibirá bien. Bella se estaba peinando, con los brazos y los hombros desnudos, delante de un espejo muy alto.

—¿Eres tú, querido? ¿Qué hay?

Gervasio contestó sin transición:

—Hay que el castillo de Reteuil está vendido á un barón parisiense.

En pie detrás de ella, el marido espiaba su fisonomía en el espejo.

Bella, impasible y rectificando un rizo rebelde, contestó:

—¿Sí?..

Su tono era de una indiferencia tan glacial, que Gervasio tuvo que contenerse para no abrazarla, y añadió:

—De este modo, Jacobo deja el país para no volver más.

Siempre tranquila, Bella dejó caer lentamente de sus labios:

—Y bien, buen viaje..., que sea feliz en otra parte.

Esta vez, en su alegría, Gervasio no se contuvo... Aquel matrimonio se iba haciendo ideal; Arabela tenía tres sortijas en cada dedo.

Satisfecho en su casa, el caritativo Gervasio pensó que era tiempo de ir á gozar un poco de la confusión de los demás. Un cuarto de hora después entraba en la inmensa granja donde seguían viviendo, menos dichosos que él, los Piscop y los Grivoize á secas.

Los encontró reunidos en el comedor y en plena excitación. Acababan de saber la noticia, pero por persona vacilante y mal enterada.

Gervasio tuvo el placer de sacarlos de su incertidumbre.

—Sí, es cosa definitiva; el famoso barón llega dentro de ocho días (Gervasio inventaba para divertirse). Un gran señor inmensamente rico, muy noble y muy orgulloso de su nobleza, que trae carruajes, caballos y grandes récovas para revolucionar el país... Hay

que resignarse á ocupar el segundo puesto; es un nuevo amo que se nos viene encima.

Anselmo reflexionaba; Antonín gruñía; Timoteo dejaba ver una sonrisa forzada; Hilario echaba espuma por la boca.

Pero los viejos, Piscop padre y los dos Grivoize, sentados en sus bancos, mirando al suelo y con las manos juntas, no manifestaban ni pesar ni despecho.

—Acaso sea mejor así, dijo Grivoize el menor en tono reflexivo. ¿Dónde íbamos á parar?.. ¡Cuánto dinero enterrado!..

—Usted habla bien, padre, exclamó Hilario dando un salto, pero yo no pienso lo mismo. Tengo derecho á hablar, pues mi dinero no le debe nada á nadie. Quería Reteuil y lo hubiera comprado si hubiera sabido...

—¡Bah!, dijo Anselmo, eso hubiera sido si nosotros hubiésemos querido.

—Hubiera sido de todos modos, porque yo podía comprar solo y vosotros necesitabais el dinero de vuestro padre.

—¡So mocoso!, exclamó Anselmo adelantándose con la mano levantada.

Gervasio se interpuso.

—Vamos, nada de tonterías... No vais á pegaros por cosas ilusorias. El que tiene Reteuil es el barón... y esto debe reconciliaros.

Los dos primos retrocedieron gruñendo todavía. Gervasio continuó:

—Pero hay en este negocio un personaje que ha desempeñado un papel extraño; el guarda Garnache.

—¿Qué es lo que ha hecho?, preguntó Hilario, pronto á desahogar su cólera con alguien á quien juzgaba inferior.

Gervasio siguió diciendo:

—Yo no sé dónde se ven, pero Jacobo había advertido á Regino, hace meses, que quería vender sus propiedades... Garnache no ha dicho nada, y sin embargo, sabía bien vuestro deseo...

Hilario le interrumpió rebosando furor:

—¿Oye usted, padre? ¿Qué le decía yo á usted? Toda esa gente es una canalla. Es preciso que esta misma tarde estén fuera... Ya tomará usted otro guarda... ¿Conque lo sabía y no ha dicho nada?.. Espera un poco. Supongo que no va usted á tolerar eso.

Grivoize el menor movió su cabeza calva:

—¿Tolerar qué?

—Que se nos haga traición, gritó Hilario empleando las grandes palabras.

—Sí, replicó el padre, puede que tengas razón...; pero yo, no la tendría si pensara como tú.

—No comprendo...

—Pues yo sí, dijo Grivoize el mayor; habla movido por el sentimiento, y con eso se va á la ruina.

Con el apoyo de su tío, Hilario insistió:

—¿Qué más quiere usted que hagan?

—Nada, dijo Grivoize el menor sin gran decisión. Pero Regino ha nacido el mismo día que yo; hemos ido juntos á la escuela; después hemos servido siete años en el mismo batallón y hecho la guerra juntos; esos son recuerdos. Habíamos seguido siendo amigos, aunque confieso que, hace algún tiempo, para complaceros, había marcado las distancias echándomelas de gran señor... Además, hace doscientos años que los Garnaches son guardas en el bosque... y no me atrevo á tocarlos, aunque fuese para bien.

Piscop padre tomó la palabra en medio del silencio general, pues su opinión era respetable.

—Grivoize, dijo, reflexiona un poco; no me gusta dar la razón á los hijos contra sus padres; pero este muchacho, por malos motivos, pide una cosa justa. Oye la verdad: Garnache tiene cincuenta años y, falto de fuerzas, descuida su servicio; en otro tiempo los antiguos Garnache, al llegar á esa edad, entregaban la escopeta á su hijo. José no la ha querido y esto es cuenta suya. Pero no estando él para reemplazar á su padre, no podemos conservar á éste eternamente. Además está averiguado que Berta está loca y es causa de disgustos. Y puesto que, por añadidura, Regino nos oculta lo que debiera decirnos, soy de opinión yo también de que, todo bien pensado, debemos renunciar á sus servicios. Por otra parte, no es ningún desgraciado... Tienen bienes.

—¿Y la pensión?, preguntó Grivoize convencido.

—Es un pretexto para no dársela, dijo tranquilamente el mayor, siempre práctico y de buen sentido.

—Está bien, dijo por fin el padre de Hilario, pero tú te encargarás de la comisión, muchacho.

—Con gusto, y ahora mismo, respondió; y salió del comedor con aspecto radiante.

Gervasio se marchó también entonces; se había divertido bastante.

Hilario iba casi corriendo por el bosque, tal prisa tenía por llegar al pabellón. Mientras andaba iba dando vueltas en la cabeza al texto del discurso que iba á pronunciar.

Hacía años que detestaba á Regino, recordando que no pocas veces le había levantado de una oreja ó por el fondillo de los calzones, en los tiempos del merodeo, siendo chico, cuando no sospechaba que vendría un día en que podría comprar castillos.

Tampoco José le era simpático; su gravedad y su indiferencia molestaban á aquel señorito que soñaba sencillamente con que todo el universo tuviese los ojos fijos en él. Sentía bien que por aquel lado no gozaba de ninguna estima y odiaba por eso á aquella familia.

¡Qué voluptuosidad la de humillarles y ponerlos él mismo en la puerta, sin más razón que porque ese era su gusto!

A quinientos pasos del pabellón disminuyó la velocidad; su dignidad le prohibía los movimientos desordenados y las palabras anhelosas.

Cuando recobró el aliento y una apariencia de calma, abrió la valla, atravesó el jardinillo, empujó la puerta y entró en casa del guarda.

Sofía, que estaba delante del fogón agitando una marmita, le miró con ojos admirados, pero él no se detuvo y entró en el comedor.

Berta, sentada al lado de una ventana, miraba hacia fuera sin ver nada; Regino, en pie al lado de la mesa, estaba limpiando su placa de cobre con un pedazo de franela empapado en polvos de greda mojada. Levantó la cabeza, vió á Hilario y pensó: «La cosa no va bien.» Pero no demostró sus aprensiones.

—Buenas tardes, mi... señor Hilario, es usted amable por venir á vernos...

Le presentó una silla, pero Hilario le detuvo con un ademán.

—No vale la pena..., no se moleste usted; me voy en seguida.

Examinó á Berta, que no se había movido; pero, sin embargo, fué por ella por quien empezó:

—Regino, mi primo Gervasio se queja de su mujer de usted.

—¿Por qué?

—Dice que se ha ofrecido como intermediaria entre Jacobo de Valroy y Arabela... y supone...

El guarda se encogió de hombros:

—Mírela usted, dijo simplemente. ¿De qué es capaz la pobre?

—Bien, dijo Grivoize aceptando la explicación, pero hay otra cosa.

Garnache movió la cabeza y le interrumpió:

—Señor Hilario, creo que viene usted con ideas de disputa; si es así, más vale que empiece usted por el fin y diga lo que quiere.

Hilario se irritó.

—Empiezo como quiero..., pero tiene usted razón, no hay que tomar precauciones ni andarse en remilgos con usted. Es usted un mal servidor que hace traición á la confianza de los que le emplean...

—¿Qué? ¿Qué?, exclamó Regino estupefacto.

Pero el otro, una vez lanzado, continuó sin querer oir nada.

—Perfectamente... Ha seguido usted siendo el hombre de confianza del vizconde Jacobo; tiene usted con él citas sospechosas y ocultas en las que le cuenta sus negocios y le hace sus confidencias...

—Todo eso es falso; para una vez que le he encontrado de noche y por casualidad...

—El fué, sin embargo, el que dijo á usted que Reteuil estaba vendido...

—Sí, el fué.

En este momento Berta, al oir el nombre de Jacobo y de Reteuil, volvió la cabeza y escuchó con los ojos dilatados y tratando de comprender.

Hilario dijo triunfante:

—¿Confiesa usted que lo sabía?.. Y nos lo ha ocultado, sabiendo cuánto deseábamos esa tierra.

—El negocio estaba concluído.

—Es usted quien lo dice.

—Porque es verdad.

—No lo creo.

—Como usted quiera.

El guarda se cruzó de brazos y se apoyó en la pared golpeando el suelo con su ancho pie. Hilario volvió á la carga.

—Es una traición. Reteuil vendido, pasa á manos extrañas...

Pero su frase fué cortada por un grito terrible. Berta se había levantado é iba hacia él con ojos locos y un aspecto horroroso.

—¿Qué es lo que dices? ¿Reteuil vendido?

Humillado al ver que le tuteaba é impacientado por el incidente, Hilario rechazó á aquella bruja y le gritó en su cara:

—Sí, sí, Reteuil vendido y Jacobo arruinado, sin un céntimo... Va á dejar el país y á dejarnos en paz de paso. ¿No lo sabía usted? ¿Su marido no le cuenta sus asuntos? Hace mal, porque sería usted buena consejera.

Hilario bromeaba y se divertía en ver á Berta palidecer á cada palabra que él pronunciaba.

La mujer le escuchaba muy atenta, haciendo esfuerzos por comprenderle; de pronto debió de conseguirlo, pues dió otro grito más agudo, levantó los brazos y echó á correr.

La vieron atravesar el jardín y llegar al camino antes de que Sofía hubiera podido contenerla.

—Buen viaje, dijo Hilario.

Y añadió volviéndose hacia Regino:

—Acabemos; nos disgusta á mi padre y á mí tener en el pabellón una loca y un guarda adicto á los demás; todo esto produce escándalo y mala administración. Hemos decidido pasarnos sin usted; le damos las gracias por sus servicios y deseamos que esta casa esté libre dentro de tres días. En cuanto á lo que se le debe, presente usted su cuenta y se le aprobará.

Esta vez Regino se quedó anonadado. Había previsto una escena de acusaciones y hasta de palabras duras; pero ser arrojado fuera, como un lacayo que ha robado, él, cuya honrada vida había transcurrido bajo aquel techo; él, cuyos seis antepasados habían habitado aquella morada, en otro tiempo cabaña cubierta de paja y transformada poco á poco, era una idea que le partía el corazón. Bajó la cabeza con el bigote tembloroso y por fin murmuró:

—Me extraña, después de todo, en Grivoize el pequeño.

El joven, ofendido por aquellas palabras familiares, aumentó su impertinencia:

—Regino, mi padre se llama el señor Grivoize. Pero, en realidad, esto no tiene ya importancia, puesto que no es usted de los nuestros. Conque, está dicho; dentro de tres días la casa libre y la llave en la puerta. Es dinero perdido pagar guardas como usted.

Hubiera acaso desenvuelto más abundantemente sus apreciaciones personales, pero alguien se lo impidió. José acababa de entrar en casa de su padre y se había detenido un momento á escuchar en el corredor.

De pronto, entró muy pacífico y con aspecto adormilado. Hilario, al verle, retrocedió imperceptiblemente. José se acercó á Regino y dijo con su voz sombría:

—¿Sufre usted esto, á su edad?.. ¿Permite usted á este canalla que le insulte en su casa, pues aquí está usted en su casa, diga él lo que quiera? No tiene usted sangre en las venas...

Hilario palideció y apretó los puños, pero no dijo palabra. Si él era robusto, José, de cinco años mayor que él, más alto y más ancho de hombros, era realmente temible. El hijo del guarda siguió hablando:

—¿No le ha conocido usted, padre? Es el chico de Grivoize, el mocoso de la granja; no hay más que darle un puntapié, va usted á ver...

—¡José!, gritó Hilario, cuidado...

—¿De qué?, dijo José acercándose á él. ¿Crees que te tengo miedo? Eres rico, pero yo no dependo de ti y no por eso dejas de ser un campesino; tratas de rasparte la grasa, pero no puedes y se te queda en la cara.

Y con el revés de la mano le rozó la mejilla. Hilario dió un sordo rugido y se registró el bolsillo buscando sin duda un arma; pero José le cogió por un brazo, le empujó hasta el jardín y allí, con un nuevo impulso, le envió á la carretera.

—¿Lo ves? A ti es á quien se arroja fuera... Lárgate y cuidado con el trasero.

El hijo de Grivoize recogió el sombrero, que había rodado por el barro, y se marchó á buen paso; si hubiera tenido su escopeta, José hubiera muerto. Pero lo dejó para otra ocasión.

José volvió hacia su padre, que le dió la mano.

—Gracias..., pero no soy ya joven y tengo miedo de los disgustos... Y después, dejar esta casa... dentro de tres días...

—¿Cree usted que le hubiera hecho gracia ni de una hora si yo no le hubiera echado?

—No.

—Entonces...

—Entonces todo se va; la comarca ya no existe.

—¿Donde está mi madre?, dijo José; la he visto pasar corriendo hace un momento, más loca que nunca...

—Sí, dijo Garnache, es también por culpa de ese buen corazón. Le ha contado que Reteuil está vendido y que Jacobo se marcha.

José meditó unos instantes y dijo:

—Hay personas que hacen daño por el gusto de hacerlo.

Berta seguía corriendo. Una vez más pasó por los campos cuya hierba habían desgastado sus pies, se metió por aquellas espesuras en las que estaba marcada la huella de su cuerpo y recorrió su camino de todos los días desde que el alma de Valroy habitaba en Reteuil.

(Se continuará.)

TRES CASOS NOTABLES DE APARICIONES

Al famoso Dr. Johnson preguntaba una señora, amiga suya, qué opinaba respecto á las historias de espectros y apariciones. «Señora, contestó con mucha seriedad, es esa una cuestión que, después del transcurso de cinco mil años, está aún por resolver y que, considerada así teológica como filosóficamente, es una de las más importantes que presentarse pueden á la inteligencia humana.»

Ahora invito yo al lector á que, teniendo presente esas palabras, preste su benévola atención á estas historias de apariciones que han hecho profunda impresión en mi ánimo, y á que no las acoja con incredulidad, fundado sólo en no haber visto personalmente algo semejante y atribuyéndolo todo á fantasías é imaginaciones. No; hay que dejar por entero esta cuestión en manos de la ciencia para que investigue y decida, conviniendo con el Dr. Johnson en que es una de las más importantes que puedan someterse al examen de la razón del hombre. Hay que leerlas con espíritu tolerante y sin prejuicios. Por mi parte, las refiero sin tratar de exponer ninguna teoría determinada que las explique, pero con la convicción de que no son infranqueables los límites que ahora cierran nuestros conocimientos en ese particular.

Un amigo mío fué á pasar unos días en casa de un caballero extranjero que residía en Inglaterra en una finca situada junto á la costa del mar. Después de comer, la primera noche que allí pasó, se hallaba sentado fumando en la biblioteca con su anfitrión, instalados cómodamente cerca de la chimenea, cuando de repente un gran sabueso alemán, cazador de jabalíes, que se hallaba tendido entre los dos próximo á la lumbre, se levanta gruñendo y se lanza al centro de la habitación y allí se detiene, ladrando furiosamente al aire.

Mi amigo volvió la cabeza, creyendo que entraba algún criado, y luego, dirigiéndose con una sonrisa al amo de la casa, le preguntó por qué el perro ladraba de aquella manera. El dueño, que también se sonreía, se llevó un dedo á los labios indicándole que guardara silencio y le hizo un gesto indicando al perro, como para decirle: «Observe usted, que la cosa lo merece.»


Tan real parecía la visión que se levantó

Y entonces vió mi amigo una escena que le tuvo en suspenso hasta que hubo terminado. El perrazo ladraba sin que se viera á qué; hacía rápidos y cortos avances como atacando un objeto invisible; cada vez se iba enfureciendo más y acorralando el objeto invisible hacia una ventana tapada por unas cortinas. Los ojos del sabueso echaban chispas de cólera; los labios, cubiertos de espuma, se abrían dejando ver los dientes, de los que caían gotas de baba por la violencia de la ira; su piel luciente se erizaba de rabia y todo su cuerpo parecía que iba á estallar de furia. No era posible dudar de que algo veía delante de él; á mi amigo le costó gran trabajo convencerse de que sus ojos no podían descubrir lo que era.

Tan pronto como el sabueso obligó á su enemigo á refugiarse tras de las cortinas, se volvió á la chimenea y se tendió ante el fuego; pero esta vez conservó levantada la cabeza y la vista fija en el cortinaje.

—Eso mismo hace casi todas las noches, dijo el amigo de mi amigo sonriéndose tranquilamente; eso me distrae y me enseña. Me demuestra que los animales ven lo que nosotros no.

—¿Pero qué es lo que ve?

—Un espectro. O bien, si no le agrada á usted la palabra, una aparición. Sí, la ve. Muchas veces he tratado de verla yo también, pero no he podido nunca conseguirlo.

Díjole después que la casa hacía mucho tiempo que tenía fama de haber en ella fantasmas y aparecidos; que la alquiló sin dar crédito á dichas leyendas, ni preocuparse de ellas, hasta que vió casi una noche tras otra alzarse al perro de delante la chimenea y siempre próximamente á la misma hora, y entregarse á demostraciones de furia iguales á las que acabamos de describir. Extrañóle mucho á mi amigo ver la indiferencia con que el amo de la casa tomaba un hecho tan extraordinario, pero éste le aseguró que estaba ya tan acostumbrado, que esperaba hasta con impaciencia la hora en que el fantasma debía atravesar la habitación y que no perdía la esperanza de verle alguna vez con sus propios ojos.


Vió al perrazo ladrando al aire

Pero lo que más le interesaba era el perro, y el resto de la velada lo pasó refiriendo leyendas de almas en pena que se han aparecido á perros en vez de hacerlo á las personas.

Ahora podrá tal vez decir entre sí el lector: «Está bien; esa historia tiende á confirmar lo que siempre he tenido por cierto, es á saber, que en el mundo hay cosas tan extrañas que no se explican por medio de las ciencias físicas; pero lo que yo deseo es una que me pruebe, de una manera conveniente, que la personalidad subsiste después de la muerte, ó en otros términos, una historia, bien comprobada, de la aparición de un difunto.»

Pues bien, la hay de una aparición sucedida mucho tiempo después de muerta la persona aparecida, la cual tiene tantas pruebas evidentes de esa realidad, que hasta el más escéptico ha de admitir su valor. La referiré lo más sucintamente que pueda, y ruego al lector que crea que los testimonios que la apoyan se han sometido á la más rigurosa comprobación y que la veracidad de la persona que vió la aparición no la han puesto en duda ni aun aquellos mismos que tratan de dar al suceso una explicación física.

Un joven viajante de comercio, en los Estados Unidos, estaba un día anotando los pedidos que le habían hecho los comerciantes de la localidad. A la mitad de su trabajo, mientras la pluma corría velozmente por el papel, fumando un buen tabaco, sintió de repente una sensación que le sobrecogió; le pareció que no estaba solo en la habitación. Alzó la cabeza y allí, sentada á la mesa, á su lado, con un brazo apoyado en ella, vió á su única hermana, á quien hacía nueve años que había perdido para siempre. Tan real parecía la visión, que se levantó para saludarla y darle un abrazo.

Pero, al acercarse á ella, desapareció y volvió otra vez á la realidad, preguntándose qué era lo que había pasado. ¿Habría soñado? Imposible. Aún estaba la pluma húmeda de tinta; entre los dedos humeaba todavía el tabaco. Estaba despierto y en sus cinco sentidos. Algo había visto, diérasele el nombre que se quisiera, algo de una perfecta semejanza con su difunta hermana. La había visto con sus propios ojos. La había visto estando ocupado en un trabajo comercial. En pleno día, á las doce, inundado el cuarto por rayos de sol.

Cuando trataba de convencerse de la realidad de la visión, recordaba un pequeño detalle; había notado en una de las mejillas de su hermana un arañazo rojo. La impresión recibida fué tan viva, hizo tal efecto en su imaginación, que no podía apartar de sí la convicción de que por modo maravilloso había visto á su difunta hermana en carne y hueso. Todos los detalles de su traje, la peineta que llevaba en la cabeza, el pasador del pecho, la tela y el color del vestido, todo quedó indeleblemente grabado en su memoria; pero lo que más claro veía, la prueba más fuerte y convincente de su realidad, era el arañazo rojo que había en el rostro de la aparecida.

Pues bien, iba á confirmarse de extraordinaria manera la verdad de la visión. Dejemos ahora la palabra al mismo que la tuvo: «El espectro, ó como quiera llamársele, me causó tanta impresión, que tomé el primer tren y me volví á casa, y en presencia de mis padres y de otras personas referí cuanto me había ocurrido. Mi padre, hombre de muy buen sentido y muy positivo en todas sus cosas, se sentía inclinado á reirse de mí por la completa buena fe con que creía lo que había contado; pero también él se quedó asombrado cuando, un poco después, les dije lo de la raya ó arañazo, de un rojo vivo, que con toda claridad había visto en el lado derecho de la cara de mi hermana, pues al decirlo mi madre se puso en pie temblando y por poco se desmaya, y en cuanto se serenó algún tanto, corriéndola las lágrimas por el rostro, exclamó que verdaderamente había yo visto á mi hermana, puesto que ninguna persona viviente, excepto ella, tenía conocimiento de aquel arañazo que sin querer la había causado mientras la estaba peinando después de muerta. Dijo que recordaba muy bien lo mucho que había sufrido por haber casualmente desfigurado el rostro de su difunta hija y que, sin que nadie lo supiera, había con mucho cuidado borrado las huellas del ligero rasguño cubriéndolas con una capa de polvos de arroz, y que desde aquel día hasta entonces no había hablado de tal cosa con nadie.»


En el asiento delantero había un hombre á quien no conocía

¿Qué explicación daremos á estos hechos? ¿Se pretenderá que la madre, sentada en su casa, recordando á su difunta hija, entró repentinamente en comunicación telepática con su hijo, cuyo cerebro recibió la imagen que en el de ella había? En este caso recordaremos el dicho de Lord Byron, hablando de la Me-

tafísica de Coleridge: «Quisiera que me explicara su explicación.»

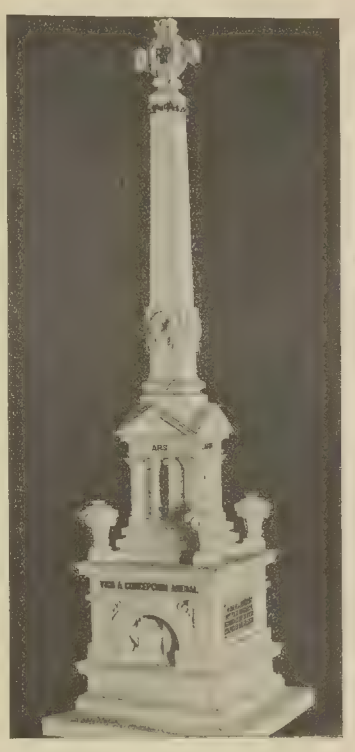
La hija hacía nueve años que descansaba en su sepulcro. ¿Hemos de suponer que su recuerdo estaba todavía tan vivo en la imaginación de su madre, que podía inconscientemente transmitírselo á su hijo á tantas leguas de distancia y de una manera tan clara que pudiera distinguir el arañazo cuya existencia ignoraba? ¿Estaba la madre pensando en ese triste incidente? Entonces, ¿por qué la imagen reflejada en el cerebro del hijo no fué la de su hermana en el féretro? Además hemos de tener presente que éste no estaba arrobado ni en éxtasis, ni tan siquiera en ese estado de inactividad propicio para la recepción de esas ondas mentales, sino que estaba afanosamente ocupado en anotar pedidos cuando la aparición ocurrió.

Una señora llamada la condesa Eugenia Kapnist se encontraba en Talta, en 1889, en compañía de su hermana, la condesa Ina. En casa de un amigo conocieron, una noche, á un caballero, Mr. P., que estaba en aquella población, como otros muchos enfermos, buscando la salud, y que se estaba muriendo á ojos vistas de consunción.

Tenía este señor algo de espiritista y se empeñaba en decir que había conocido antes á la condesa Ina. «No en este mundo, decía, eso es imposible, sino en otro.» Y tanto se encaprichó con esta idea, que la prometió que volvería después de su muerte y se le presentaría para darle la prueba de que hay otra existencia más allá de la tumba.

En marzo del año siguiente se hallaban las dos condesas en San Petersburgo y cierta noche convidaron á una amiga suya para ir á ver *El mercader de Venecia*. Esta amiga fué allí desde Tsarskoye Selo nada más que para ir al teatro y regresar aquella misma noche. Las tres damas cambiaron de traje terminada la función y en coche fueron á la estación del ferrocarril; la amiga partió en el tren que sale á la una de la mañana.

Al bajar las escaleras de la estación, la condesa Ina anduvo más aprisa que su hermana, y viendo que ya estaba el carruaje aguardando, subió á él inmediatamente. La condesa Eugenia tardó tal vez dos minutos más en llegar al landó, á cuya abierta portezuela estaba un lacayo dispuesto á ayudaria á montar. Pero al poner el pie en el estribo se detuvo. Creyó que no era aquel su coche y razón tenía para creerlo, porque en el asiento delantero, alumbrado por un rayo de luz cenicienta que podía provenir de un farol, estaba un hombre que no conocía, un hombre pálido, con cabello rojizo y vestido con una levita de color de avellana. Tanto se detuvo la condesa Eugenia contemplando á aquella persona, que el lacayo se figuró que el vestido se le había enganchado en el estribo y se inclinó para desprenderlo.



Proyecto de monumento que el Ayuntamiento de Vigo erigirá en la nueva necrópolis de aquella ciudad á la memoria de la insigne pensadora D.ª CONCEPCIÓN ARENAL. (De fotografía de Eduardo Bello.)

—¿Estás segura de que este es nuestro coche?, preguntó á su hermana.

—Ya lo creo, respondió la condesa Ina. ¿Por qué lo preguntas?

Al decir esto, la visión desapareció; subió la otra hermana al carruaje y ocupó su asiento.

Entonces refirió ésta lo que había visto y ambas convinieron en que les era conocido, por la descripción, aquel hombre Pero ocurren tantos y tan diversos sucesos durante un año de la existencia de una mujer de la buena sociedad, que ninguna de ellas podía acertar con su nombre.

Algún tiempo después se encontraron con un amigo de Talta, quien les manifestó que el excéntrico Mr. P. había muerto dos días después de aquel en que tuvo lugar la aparición de su espectro en el carruaje. Al nombrarle cayeron en la cuenta de quién era el señor de la cara larga y de la levita color de avellana; el fantasma tenía ya nombre.

En esta historia tenemos un espectro que debía aparecerse en persona después de muerto y que lo efectúa estando todavía vivo, aunque moribundo y á una hora de la noche en que, según todas las probabilidades, debería estar profundamente dormido. Además, el fantasma fué invisible para la persona á quien había prometido aparecerse y lo vió la hermana, que ninguna participación tuvo en el ofrecimiento.

He referido este caso el último, porque me parece que ha de dejar al lector en el estado de ánimo que se requiere para seguir investigando la verdad. No se sabe qué deducción sacar de él. No deja establecer ninguna teoría y destruye cuantas hipótesis se hagan.

Y eso justamente es lo que debe hacer un fantasma. El antropomorfismo necesariamente ha de ir perdiendo terreno á medida que el hombre vaya avanzando en el conocimiento de los secretos del universo.

Lo infinito y eterno nunca podrán encajar dentro de los límites de las teorías sobre la telepatía y la acción refleja del cerebro, ni someterse al tribunal correccional de la lógica humana, ni conformarse á la enseñanza de las aulas respecto á las causas naturales. Todo lo que sabemos es que no sabemos nada, pero creemos que el hombre está destinado á ir ensanchando la esfera de sus conocimientos y aproximándose á la Verdad absoluta.

HAROLDO BEGBIE.

LIBROS

ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

POR AUTORES Ó EDITORES

COMEDIAS DE TIRSO DE MOLINA. *Tomo I.* – Este tomo es el cuarto de la importante «Nueva Biblioteca de Autores Españoles» de la cual nos ocupamos hace algún tiempo en esta misma sección y que bajo la dirección del ilustre polígrafo Sr. Menéndez y Pelayo publica en Madrid la casa Bailly-Bailliere é hijos. Forma un volumen de 680 páginas á dos columnas con una colección de 24 comedias de Tirso de Molina, ordenada por D. Emilio Cotarelo, de la Real Academia Española, y un discurso preliminar (LXXX páginas) sobre esa colección y sobre la vida y obras del gran dramaturgo. Es un libro notabilísimo bajo todos conceptos, como todos los que constituyen la publicación que con entusiasmo y cariño dignos de los mayores elogios han emprendido los citados editores madrileños.

***

EL PROBLEMA DE LAS PENSIONES PARA LOS OBREROS EN ESPAÑA, por *Práxedes Zancada.* – Un tomo de 176 páginas con una carta-prólogo de D. Gumersindo de Azcárate, editado en Madrid por la casa Bailly-Bailliere é hijos. En él se estudia el problema de los retiros para obreros en las principales naciones de Europa y se plantea el problema en España dando los términos para su solución. Precio, dos pesetas en rústica y 2'50 encuadernado en tela.

***

LA TELEGRAFÍA Y LA TELEFONÍA SIN HILOS CONDUCTORES, obra escrita en italiano por el profesor *Domingo Mazzotto*, traducida al castellano por *D. Eugenio Guallart.* – Un tomo de 520 páginas con 252 figuras intercaladas en el texto y un índice alfabético, editado en Madrid por la casa Bailly-Bailliere é hijos. La historia de las infatigables y sagaces indagaciones de Marconi para perfeccionar y extender la aplicación de su sistema, los granciosos resultados ya logrados por él, la descripción de sus aparatos y la de los debidos al estímulo y concurrencia de los demás inventores constituyen el objeto de este libro, escrito en forma amena é inteligible aun para los poco versados en esas materias. Precio, cuatro pesetas en rústica y 4'50 encuadernado en tela.



Sueño inocente, cuadro de W. Llewellyn

***

DICCIONARIO SALVAT. – Se han publicado los cuadernos 49 á 53 que alcanzan hasta la palabra *Cancanear* y van ilustrados con grabados en el texto y láminas sueltas.

***

DESPUÉS DE LA CÁRCEL, por *Alvaro Lamas G.* – Colección de artículos sobre sucesos forenses chilenos. Un tomo de 134 páginas con ilustraciones de F. J. Impreso en Santiago de Chile en la imprenta y litografía Universo. Precio, un peso.

***

EL ACETILENO, SU PRODUCCIÓN Y APLICACIÓN, por *Antón Ludwig*, traducido y ampliado por *Gisbert Pretaschner.* – Guía práctico para constructores é instaladores de gas acetileno, propietarios, directores y empleados de instalaciones de acetileno y de fábricas de carburo de calcio. Contiene, además del estudio técnico, una porción de atinadas consideraciones inspiradas en puntos de vista económicos, y de excelentes consejos prácticos. Un tomo de 244 páginas con grabados, editado en Madrid por la casa Bailly-Bailliere é hijos. Precio, tres pesetas en rústica y 3'50 encuadernado en tela.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

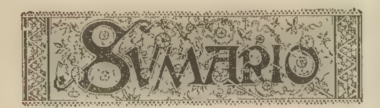
La Ilustración Artística

Año XXV — Barcelona 20 de agosto de 1906 — Núm. 1.286

Regalo á los señores suscriptores de la Biblioteca Universal Ilustrada



ESTUDIO PARA EL CUADRO «EL FILÓSOFO,» ORIGINAL DE REMBRANDT



REVISTA DE TEATROS

El burlador de Sevilla, el célebre conquistador de corazones femeninos, acaba de hacer una nueva y no del todo afortunada salida. El teatro de sus últimas hazañas ha sido el Odeón de París. Allí le han llevado el famoso cómico francés Mounet Sully y Pierre Barbier. Quiero decir, que estos dos autores han escrito un drama, cuyo protagonista es el famoso don Juan, tan llevado y traído al través de todas las literaturas, desde que nuestro Tirso le dió vida imperecedera. El título del nuevo drama es *La vejez de D. Juan*: este drama, recién estrenado, tiene su poquito de historia.

He aquí como la cuenta un crítico parisiense:

«Mucho se ha hablado de esta obra: los periódicos han publicado varias reclamaciones formuladas por cierto joven escritor, el cual recababa para sí la paternidad del pensamiento capital del drama, afirmando que este pensamiento fué expuesto por el reclamante en una conversación que hubo de tener con Mounet y Barbier, y que estos dos señores, enamorados del asunto, se habían apoderado de él para escribir *La vieillesse de D. Juan.*»

Véase, dicho sea de paso, cómo en todas partes cuecen habas. En París como en Madrid, el autor prudente debe, si se le ocurre un pensamiento cómico ó dramático, guardarlo bajo siete llaves, y aun así no estará bien seguro de que algún husmeador literario dé con él y se lo birle en un abrir y cerrar de ojos. De estos hurtillos hay peste en los teatros de dentro y fuera de España.

Por otra parte, y volviendo á *La vejez de D. Juan*, Julio Claretie, el Director de *La Comedia Francesa*, rechazó la obra, y Mounet Sully, societario del teatro oficial, solicitó y obtuvo del Ministro de Bellas Artes un decreto especial en que se le autorizaba para ir á representar él mismo el papel del protagonista de su comedia en el teatro del Odeón. «Todas estas cosas—dice el crítico aludido—eran excelentes reclamos para estimular la curiosidad del público de París.»

El éxito del drama no ha correspondido á la expectación que su anuncio produjo. A pesar del renombre de Mounet Sully, *La vieillesse de D. Juan* solamente logró un *succès d'estime*, y el viejo seductor que tantas conquistas ha sabido hacer en el espacio de cuatro siglos, no ha conseguido, esta vez, conquistar el favor del público.

En la obra de Mounet y Barbier D. Juan es viejo: su cuerpo ha perdido la antigua gentileza; su barba y cabellos se han vuelto grises, y su espíritu, antes tan enérgico y decidido, siente ahora nostalgia y aun remordimientos por sus aventuras juveniles. Falto ya de fuerzas para proseguir sus pasadas galanterías, piensa en los encantos, que él no ha conocido, del amor puro. El diablo harto de carne... Hay que advertir que D. Juan, aunque viejo, no es precisamente un caduco; todavía hay fuego entre las cenizas de su edad, y no desespera, por consiguiente, de encontrar una mujer que realice para el arrepentido conquistador el último ideal de su vida borrascosa. Cuenta para ello con el prestigio de su nombre, famoso por sus amoríos, en toda España. La mujer—piensa y con fundamento el jubilado burlador—se deslumbra ante todo lo que brilla, «y ¿quién brilla más ante los ojos de las mujeres que los salteadores de corazones? La mujer además siente siempre mayor inclinación hacia los diablos que hacia los santos.»

El caso es, prescindiendo de filosofías, que D. Juan, acosado y herido á traición, ha pedido y encontrado asilo en casa de sus parientes D. José y doña Isabel. D. José tiene una hija, Inés, candorosa, inocente y soñadora, á quien ama cierto joven llamado D. Fabián. Pero ¿cómo es posible que un galante pueda competir en fuerza sugestiva con un hombre como D. Juan? Acontece, como ya habrá presumido el lector, que Inés, sin cuidarse de la solicitud amorosa de D. Fabián, queda deslumbrada por la aureola de escándalo que circunda la frente del viejo conquistador. D. Juan se percata bien pronto de la influencia que ejerce en el corazón de la joven, y por sus antiguas costumbres de galanteador y por hacerse agradable á los ojos de Inés, la rodea de atenciones y rinde continuo homenaje á sus encantos, pero sin que entre para nada en tales agasajos la más leve sombra de maldad... A veces el viejo seductor se burla de los amores de Inés y Fabián; pero solamente por donaire. «¡Ah! dice en una linda escena á la hija de su amigo,—si yo tuviese la edad de tu novio, bien sé lo que te diría.—¿Qué me diríais?,» pregunta Inés. Don Juan entonces improvisa un elocuente y poético parlamento amoroso. Al oirlo la candorosa joven no puede ocultar su secreto, y cae á los pies del seductor, besándole las manos, declarándole su pasión é implorando su amor.

La declaración de Inés sorprende y turba á D. Juan, pero al mismo tiempo le halaga, puesto que ella le prueba que no es tan viejo que no pueda inspirar amor... Todavía le reserva el tiempo algunas horas placenteras. Quizás pasa un mal pensamiento por la mente de D. Juan; pero la tentación dura poco: el antiguo burlador tiene ya conciencia de sus deberes. Bajo la influencia de tan nobles sentimientos, rechaza la pasión de Inés y emplea su ingenio y sus palabras para que la joven incline su corazón hacia su olvidado amante. ¿Qué va á ser de D. Juan ahora? Volverá á su antigua vida de aventuras. El temor de una vejez solitaria y sin amor que la perfume y haga llevadera, le aterra, y entonces líbrase del peso de la vida tomando un veneno. D. Juan se abraza con la muerte sonriendo: ella será su última amante.

Aunque, como ya he dicho, *La vieillesse de D. Juan* no ha obtenido en París más que un éxito de cortesía, es evidente que allí el D. Juan imaginado por el ilustre comediante y su colaborador no ha debido de parecer tan exótico y desfigurado como nos parece á los que hemos nacido en la patria de D. Juan. Ya Molière alteró en gran manera los rasgos característicos del personaje de Tirso. Recuérdese, por ejemplo, la escena del burlador con su sastre. ¡D. Juan apurando su ingenio y su labia para no pagar la cuenta de sus vestidos!

Nuestro D. Juan se parece muy poco al personaje de Molière y menos al de Mounet y Barbier: el de Tirso es moralmente un hombre corrompido, que mira á las mujeres como seres inferiores, como objeto de placer, y que es incapaz de sentir ni por un instante el menor remordimiento por sus tropelías; es un malvado, sin ninguno de los afeites románticos con que lo desfiguró Zorrilla, y cuando la estatua vengadora se lo llevaba al infierno, el público del siglo XVII debía sentir satisfacción semejante á la que sienten los espectadores de los modernos melodramas cuando los guardias civiles ó los gendarmes se llevan al traidor á la cárcel, de donde ha de salir para el palo ó la guillotina.

A D. Juan tampoco le comprendemos viejo. Un anciano echándoselas de conquistador y diciendo ternezas á las muchachas, es en todo caso un ente ridículo, y el burlador de Sevilla tenía muchos y muy graves defectos, pero no el de la ridiculez. La vejez de D. Juan, para ser digna de él, solamente nos la explicamos en la fría celda de una cartuja, con el áspero cilicio en la cintura, demacrado el rostro por el ayuno, llorando lágrimas de sangre ante el recuerdo de sus aventuras criminales, ni más ni menos que el célebre Mañara; pero en ningún caso diciéndole ternezas inocentes á una jovenzuela de poco seso.

Lo mejor de todo sería dejarle allí donde le condujo la estatua vengadora, y no meterse en hacer hipótesis acerca de lo que hubiera podido ser en la ancianidad. A los personajes legendarios ó poéticos no es lícito disminuirles ó aumentarles los años. No comprendemos á Ofelia anciana, ni al rey Lear recién casado, ni á D. Quijote jugando al peón. D. Juan será siempre joven, valeroso, duro de corazón, bello de cuerpo, de espíritu indomable, atropellador de las mujeres, engañador de hombres y superior á todos en brío, en energía y en arrogancia. Un D. Juan con canas, arrugas, reuma y catarro crónico es un vejete grotesco á quien de seguro puede llamársele el *burlado*, pero no el burlador.

***

Y ya que he hablado de la famosísima comedia de Tirso, una de las joyas más preciadas del teatro del ilustre mercedario y de las más valiosas de la literatura dramática de todos los tiempos y naciones, he de decir aquí que, según nos ofrece el erudito académico D. Emilio Cotarelo en el prólogo del tomo IV de la *Nueva Biblioteca de Autores Españoles*, podrán muy pronto las personas de buen gusto y aficionadas á la lectura de las obras de nuestros grandes escritores conocer el texto íntegro del *Burlador de Sevilla*, y á más de la refundición de esta obra, *Tan largo me lo fiáis*, la inédita de D. Alonso de Córdoba y Maldonado, titulada *La venganza en el sepulcro*, «pieza, según dice el Sr. Cotarelo, casi desconocida á los que modernamente han escrito sobre el D. Juan, tema que parece despertar en estos días un interés mayor que nunca.»

También se debe al Sr. Cotarelo en el citado prólogo del tomo 1.º de las comedias de Tirso un estudio muy completo acerca de Fray Gabriel Téllez de la Merced.

Hasta poco ha, de este insigne escritor, si no el primero, uno de los primeros de la dramática española, apenas conocíamos más que su nombre y muy escasos datos de su vida, sacados de algunos episodios y alusiones de sus comedias. Hoy ya se sabe, gracias á los trabajos de erudición de varios literatos, entre los cuales merecen mención especial D.ª Blanca de los Ríos y el académico citado, que Fr. Gabriel Téllez nació en Madrid por el mes de octubre de 1571, que estudió en Alcalá de Henares, que en 1601 profesó en el convento de la Merced de Guadalajara. Sábese también de una manera exacta que hizo un viaje á la isla de Santo Domingo para reformar en ella los monasterios de la orden: dos ó tres años después regresó á su patria, detúvose algún tiempo en Sevilla y se dirigió desde allí á Toledo. En la ciudad imperial debió de trabar amistad con el gran Lope, y ciertamente serían de oir y de admirar las pláticas que tendrían aquellos dos colosos de la escena, ambos poetas de altos vuelos y ambos profundos conocedores del corazón humano. De que esta amistad fué larga y duradera dan testimonio varios pasajes de las comedias de Tirso de Molina.

Muy estimado por la gente de pluma debió de ser Tirso en la corte, en donde permaneció largo tiempo, y gran popularidad debió gozar entre el pueblo que acudía en tropel á aplaudir sus hermosas comedias. Pero sus mismos triunfos hubiéronle de suscitar varios enemigos, los cuales lograron, poniendo en juego malas artes, hacerle salir de la corte é impedirle escribir para el teatro. Durante diez años permaneció silenciosa la musa de Tirso, que ya había producido entonces más de cuatrocientas comedias.

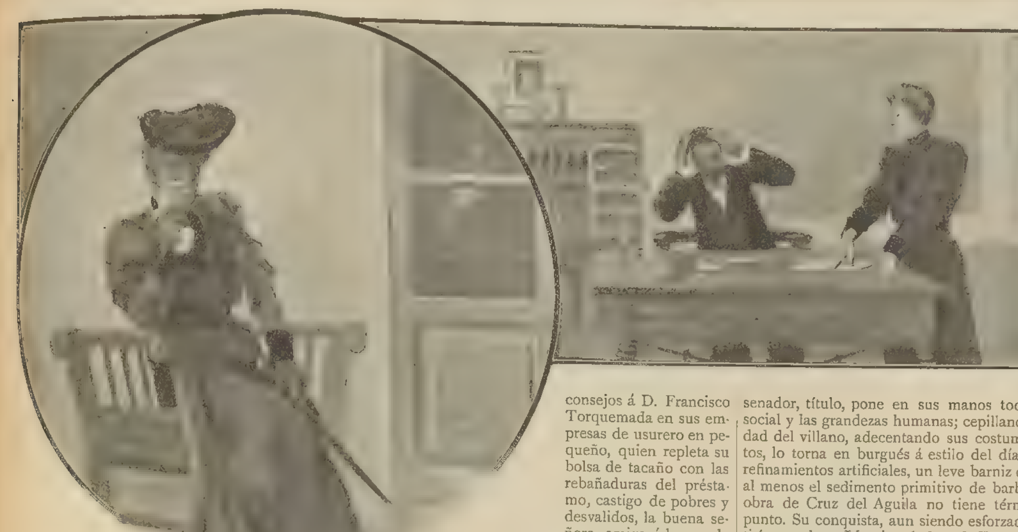
Créese que estuvo desterrado en Salamanca; se sabe que fué nombrado Comendador del convento de Trujillo, que volvió á Toledo, que desempeñó el cargo de cronista y definidor de su orden y que murió en Soria á 12 de marzo de 1648 á los setenta y seis años y cinco meses de edad.

«Ningún escritor del tiempo nos ha conservado noticias de su muerte; nadie lloró sobre su tumba; olvidáronle los poetas madrileños, bien es verdad que ya estaba muerto para el mundo hacía muchos años. Fué sepultado en el convento de Soria; pero nuestras bárbaras luchas políticas han hecho desaparecer sus preciosos restos.»

Sus restos, es verdad, han desaparecido; su cerebro, reducido á polvo, ha sido arrebatado por el viento; pero los personajes inmortales que de él brotaron, los lances y aventuras por él inventados, las sales y donaires que él esparció en sus obras, las voces de dolor, de venganza ó de amor que resuenan aún en sus comedias, todavía nos interesan y emocionan y son motivo de inspiración para autores extranjeros.

Al cabo de cuatrocientos años el público del Odeón ha acudido á recoger las migajas que allí les han servido, no muy sabrosamente aderezadas, Mounet Sully y P. Barbier.

Zeda.



LAS MUJERES EN GALDÓS

CRUZ DEL ÁGUILA

El magno problema queda en pie. A las puertas de ultratumba, la investigación de la inteligencia humana y la lógica de la vida quédanse desarmadas, desorientadas. ¿Se salva el viejo Torquemada? En el último instante, puede que la sugestión haya cesado, que la naturaleza recobre su primitivo ser y estado, y que el empedernido usurero, transformado en vida bajo la dominante dirección de Cruz del Aguila, su cuñada, vuelva á la razón, á la plenitud de su ser anterior, como el ingenioso hidalgo manchego. Indeciso, á la hora de morir, no se puede traslucir de sus palabras si es entonces grande ó pequeño, si acaba en caballero y santo ó ha tornado á su vulgaridad de gran tacaño. *Conversión,* dicen sus labios con trémulo balbuceo agónico. ¿Qué idea expresan? ¿Piensa en la conversión de su alma? ¿Cavila, despertados en su interior de nuevo los acosos del egoísmo, en la con versión de la Deuda?

Cruz, que conoce el alma de Torquemada, que ha dirigido y orientado con rígida disciplina espiritual, calla. También Gamborena, el clérigo tocado de misticismo, muestra incertidumbre.

Allí, en ese estado de duda, estriba toda la fuerza del problema planteado, y de su solución dependen los méritos de esta singular mujer que lleva por nombre Cruz del Aguila.

Si no ha conseguido hacer feliz en vida, á ras de tierra, al pobre Torquemada, cuyos destinos cambia variando el curso de su existencia, ni le asegura la dicha de un morir tranquilo, en la creencia de hallar, más allá del *velut umbra,* paz y reposo eternos, la misión que se ha impuesto esta mujer, ¿es grande y provechosa ó por el contrario es mezquina y perjudicial?

Cierto que ella en su labor de conquista, en el tesón que ejercita en dominar aquel carácter tosco del usurero, corroído por bajos instintos, sin más ideal que una ambición pequeña, no pone amor, calor de corazón, calor humano, sino impasibilidad calculadora, fuerza cerebral, inteligencia.

El problema queda sin resolver, ante el misterio que deja tras sí la muerte de Torquemada. ¿Cómo juzgar entonces el mérito de la obra espiritual que realiza Cruz del Aguila?

Al criterio de cada cual queda el medir este mérito. Ella ha puesto todos los medios; ¿por qué no conseguir el propósito? Pero ¿la lógica de los hechos humanos es tan inflexible que pueda generalizar las consecuencias? Nada; ante el misterio del destino de los seres surge siempre la trágica duda de *Hámlet.*

Conozcamos por dentro la historia sencillamente novelesca de estas dos vidas contradictorias y de estas dos almas en guerra.

Al morir doña Lupe, una amiga que ayuda con sus consejos á D. Francisco Torquemada en sus empresas de usurero en pequeño, quien repleta su bolsa de tacaño con las rebañaduras del préstamo, castigo de pobres y desvalidos, la buena señora, amiga á la vez de aquellas dos muchachas, Cruz y Fidela del Aguila, venidas á menos en su hacienda y posición social, pide al logrero y prestamista desposé á una de las chicas. La idea se le clava al pobre hombre en el cerebro. Acostumbrado á un vivir mezquino, bien contento con la sordidez que es única pasión que le domina, por un extraño caso psicológico, sin duda por la sugestión que desde el primer momento en que se ven, en una obligada visita para tratar de intereses, siempre en funciones del oficio, ejerce sobre su espíritu el talento superior de Cruz del Aguila, aquel aire señoril de distinción en ella natural y subyugante, Torquemada siéntese empujado misteriosamente á ligar sus destinos á los de aquella familia, menesterosa, pero humildemente altiva. A riesgo de caer en ridículo formula con timidez su pretensión el usurero. Y es, contra sus recelosas sospechas, francamente aceptada. Se casará con una de las Aguilas. En este punto y momento Cruz entra en acción, revelando toda su extraordinaria personalidad espiritual. Hasta ahora la habíamos conocido nada más que en la obscuridad, en sus privaciones, luchando con temple heroico contra las adversidades de la suerte, cruel con los suyos al dejarlos en la miseria. Desde ese instante, surge en ella algo así como un espíritu nuevo, se desdobla su carácter, y aparece guiando sus actos y los ajenos una inteligencia activa, perseverante, conquistadora.

¿Qué lleva esta mujer dentro de sí para imponerse? Su charla discreta es la que arrastra á Torquemada á realizar la súplica de doña Lupe. La sola presencia de Cruz, su continente señoril, aquella distinción dentro de la pobreza, son los que, por extraña sugestión, despiertan en el tacaño la conciencia de su mezquindad y el sentido del aseo, cierto embrionario sentimiento de largueza y caridad.

Ella, como si desde las alturas de sus pensamientos gobernara, asumiendo una especie de dirección espiritual, ordena á su hermana Fidela, ser débil, sin voluntad para resistir, que se desposé con Torquemada, y domeña también las hurañas resistencias, asco moral, de Rafael, el hermano ciego, que se rebela contra la ingerencia en la familia de aquel tosco villano, que ha amasado groseramente su riqueza. Todos estos vencimientos caseros son fáciles á la acometividad de Cruz. Su empeño extraordinario es dominar y vencer al «monstruo,» moldear el barro é infundir en él un alma, rendir las asperezas rebeldes de Torquemada, haciendo de él «su hechura y su obra maestra.» Lo consigue. ¿Cómo?

Ya he dicho que pone en el esfuerzo conquistador inteligencia y no corazón. De un modo rectilíneo, á saltos lógicos, buscando una lenta evolución, realiza su empeño, sin recursos de violencia, antes por el contrario, de un modo insinuante, blando, como al loco se le consigue vestir la camisa de fuerza.

Poco á poco, día tras día, Cruz del Aguila va transformando á Torquemada y consigue llevarlo á las alturas sociales; de lo pequeño saca grandezas con soberana habilidad de artista. De un mísero usurero, que no comprende más que los negocios mezquinos, ella, por un poderío de voluntad, lo hace banquero, senador, título, pone en sus manos todo el oropel social y las grandezas humanas; cepillando la tosquedad del villano, adecentando sus costumbres y hábitos, lo torna en burgués á estilo del día, con ciertos refinamientos artificiales, un leve barniz que disimula al menos el sedimento primitivo de barbarie. Mas la obra de Cruz del Aguila no tiene término en este punto. Su conquista, aun siendo esforzada, no revestiría grandeza. Limpiar el alma de Torquemada de la roña de los bajos egoísmos, poner generosidad donde estuvo la tacañería, convertir la impasibilidad ante la miseria en un sentimiento de lastimada misericordia, es el empeño en que pone todos sus esfuerzos. ¿Lo consigue?

Esta es la parte que queda en la incertidumbre. A la hora de la muerte, ¿Torquemada se salva?

Allí radica la clave.

Mas volviendo á Cruz del Aguila, ¿cuál es su poder? No está su fuerza dominadora en la hermosura, ni es su gentileza la que triunfa. Es «alta, de cabellos blancos prematuros, con rostro cuarentón.» Por ella no siente Torquemada pasión amorosa que fuerce sus ánimos á declararse esclavos de la voluntad de ella. Puesto que contraría sus gustos, ya que de continuo lo atormenta al disciplinarlo irreductiblemente, como fiera al látigo del domador, Torquemada por «la dominanta,» como la apellida en su jerga villanesca, siente un odio manso, pasivo.

En ella la fuerza dominadora es la superioridad mental, el sentimiento de orden y de autoridad que encarna. A su acción nada resiste, porque su grandeza aplasta la pequeñez de los seres que giran en torno suyo.

Firme en sus propósitos, segura del éxito, como un gran artista, con las miserias humanas, depurándolas, corrigiéndolas, pretende formar un ser superior, dándole las propias ideas, como de la arcilla, infundiéndole el soplo espiritual, brotara el hombre.

Hay en la lucha que entabla con el «monstruo» Cruz del Aguila un punto digno de reposado estudio. ¿Qué móviles la empujan en su empeño de conquista? A la violeta juzgando, con arreglo á ese criterio social corriente, que en la novela representa Rafael, parece que el móvil único es salvar la miseria, vivir en la holganza, en grande, á costa de los roñosos ochavos del usurero. Nada tan lejos de las intenciones y de los hechos de esta mujer fuerte. Su único empeño es rodear de grandezas al hombre que las sacó de la miseria, y si le obliga á desangrar la bolsa, con mayores cantidades le hace repletar las arcas.

A más, un alto ideal mueve su empresa. Ella asocia sus iniciativas á los actos de Torquemada. Son una y otro cerebro que ordena y brazo que ejecuta. En ella todo es grande; en él todo pequeño. Tiende Cruz del Aguila, por inclinación de su espíritu, á las alturas, opulencia, pompas sociales, mientras que Torquemada tira, por exigencias de su natural plebeyo, á los bajos oficios, á la mezquindad y tacañería de los ínfimos seres humanos.

Con talento superior esta mujer singular busca la suprema fórmula de concordia en la vida, el equilibrio social, fundiendo miserias y grandezas, lo feo y lo bello en un haz de armonía conciliadora.

Serían mezquinos los móviles de su empeño, por otra parte, si en él pusiera egoísmo. Ella misma, resumiendo su filosofía en esta frase: «las buenas obras son la riqueza perdurable,» y aconsejando más tarde, cuando las lecturas devotas la tornan mística, al buen Torquemada moribundo que reparta su fortuna entre los desheredados, desmiente todo interés ambicioso en sus propósitos, altos, humanamente generosos. Porque ella también se empeña en ser «escultor de almas.»

Después de desarmar el carácter de Torquemada, quiere afinarle el espíritu. Donde estuvo la avaricia busca poner la caridad y que una vida que se moldeó en medio de la sordidez y del egoísmo más personalísimos acabe, deformada, rehecha, contenta, en un ambiente espiritual de lástima, de concordia y de cariño, derramándose entre los demás.

¿Qué vínculos, por otra parte, une esos dos seres? No son los de la sangre, ni son los del amor. Ni para seguirla espolea á Torquemada la pasión; ni para conquistarlo á Cruz del Aguila acosan mezquinos egoísmos de lujo y logrerías. Leyes de una psicología compleja muy difícil al análisis determinan estos casos extraños de aproximación entre dos espíritus contradictorios mancomunados fatalmente.

Hay en Cruz del Aguila, y va esto para explicar su extraordinario poder de sugestión y de dominio, un aliento de superioridad, de grandeza, que rinde á discreción cuanto pequeño y mísero á su alrededor se agita y vive. Se advierte en su complexión espiritual el ímpetu de esos caracteres bravos, enérgicos, que han dominado pueblos. Ella reduce su acción al círculo casero. Su empeño no es heroico; no alcanza los límites de lo sobrehumano, porque apenas llega á dominar vidas humildes y pocas almas; pero en ella existe la levadura de los talentos superiores, de las virtudes heroicas, de los corajes bravíos en la lucha de conquista, y modesta, demasiado sencilla, de Cruz del Aguila bien puede decirse que dentro de ella revive un espíritu grande como el de los caudillos, como el de los apóstoles y como el de los artistas.

Angel Guerra.

(Dibujo de Cutanda.)

DE CÓMO MURIÓ

FRASQUITO CAMORRA

No encuentro palabras bastante sonoras y contundentes para pintar á ustedes el valor de Frasquito Camorra: preciso sería hallar voces que vibrasen, al ser pronunciadas, como toques de clarín guerrero; vocablos que estallasen entre los labios como disparo de ametralladora; frases detonantes, períodos explosivos, interjecciones incisivas y punzadoras como daga damasquina. En la ciudad en que Frasquito vivía, en el corazón de Castilla la Vieja, ciudad cercada en lo material por recia muralla de ciclópeas piedras y defendida en lo espiritual por otra más recia de viejos é inmutables dogmas, un dogma más se asentaba en los corazones y en las inteligencias de sus moradores: el del insuperable valor de Frasquito.

¿Quién osó jamás mirarle si no con expresión de humildad y acatamiento? ¿Quién pasar por su lado sin saludarle cortés y ceremonioso? ¿Quién soñar siquiera en tropezarle, sin deshacerse en excusas; en contradecirle, sin valerse de mil perífrasis y circunloquios; en pisarle un callo, sin antes ponerse bien con Dios y hacer testamento?

Por esta aureola de inmaculado valor, por esta leyenda de carácter insufridero y altivo, era, hacía veinticuatro horas, la única conversación de la ciudad el lance pendiente entre Frasquito y el forastero. ¿Quién era este desdichado? Un caballerete llegado la noche antes, en el tren de las once, que por no hallar muy de su gusto la comida recalentada de la fonda, fuese á dar con sus huesos al Casino en busca de un biftek recién hecho y un trozo de jamón tierno. ¿Cómo nació el lance? Declamando Frasquito, sin que alma viviente le fuese á la mano en atajar sus gritos contra las empresas ferroviarias; llegando en el calor de su improvisación á motejar á sus Consejos y funcionarios de ser un hato de ladrones; levantándose en aquel punto y hora el forastero (que hacía rato le escuchaba cenando en silencio) y dirigiéndose á Frasquito para decirle que tenía el honor de ser el Ingeniero Director de la línea que por la ciudad cruzaba y rogarle retirase tan ofensivas é inexactas palabras; negándose Frasquito, con la insolencia y el desprecio en él habituales; y participando el recién llegado á su estupefacto interlocutor que al día siguiente ó más bien aquel mismo día recibiría la visita de sus padrinos, si entre los circunstantes tenía la suerte de encontrar dos caballeros que se dignasen serlo.



Las primeras azucenas, cuadro de Isabel Stanhope Forbes

¡Y cómo si los encontró! No tuvo sino dificultad en elegirlos, porque todos ambicionaban un papel, aunque fuera de comparsa, en la representación de aquel drama de gran espectáculo que se iba á poner en escena tan sin anuncios ni ensayos previos.

Frasquito no volvía de su apoteosis. ¡Cómo! ¿Existía un mortal, un gusano miserable, un suicida inconsciente, que osaba mirarle cara á cara, tratarle de potencia á potencia, medir su corazón de pigmeo con aquel que le latía en el pecho, hermano gemelo del de Sidi-Ruiz Díaz? ¿Y no asomaba un alma llena de caridad que advirtiera al inadvertido lo absurdo de la hazaña que iba á acometer?

Frasquito, con la espada en la mano, era un Guisa; con el sable eclipsaba al más desaprensivo y hambriento de los cesantes; con la pistola escribía su nombre y apellido en letra gótica con blancos hechos á cien pasos de distancia. ¿Qué arma eligiría aquel desdichado que no tuviera que decir, al llegar al terreno, parodiando á los romanos gladiadores, la clásica salutación: «Frasquito, el que va á morir te saluda?»

Pues nada: los improvisados padrinos del irreflexivo ingeniero eligieron la pistola y á la madrugada siguiente de la en que surgió el lance hallábanse reunidos en amplia avenida de un jardín de la quinta de uno de ellos, éstos, los dos adversarios, un médico y hasta un aficionado á la fotografía dispuesto á perpetuar, con la ayuda de su verascopo, la memoria de aquel inesperado y ya famoso duelo.

Las condiciones eran: disparar alternativamente, designando la suerte á quién tocaba hacer el primer disparo, y avanzar cinco pasos, comenzando desde una distancia de veinticinco, en cada tiro, hasta que uno de los contendientes quedase fuera de combate. Y es lo que pensó Frasquito al conocer las reglas á que se había de sujetar: «¡Desdichado de él si soy yo el que tira primero!..»

Un duro arrojado al aire vino á dar la preferencia á Frasquito. Este sonreía, saboreando su próximo triunfo: el ingeniero esperaba el disparo frente á él, tranquilo y tan inmóvil que parecía silueta humana puesta allí para hacer ejercicios de tiro al blanco. Dudaba Camorra en su interior qué sitio elegiría para herir á su osado contendiente y dejar terminada la trágica escena mostrando á la vez su superioridad y su magnánima hidalguía; y al fin resolvió que fuera en el hombro derecho para imposibilitar á su adversario sin inferirle herida de gravedad. Después de todo á él le era lo mismo: donde ponía el ojo ponía la bala.

Sonó la señal y Frasquito bajó el cañón de su pistola que apuntaba al cielo, y al tenerle casi horizontal, disparó: la bala fué á perderse entre los evónibus que cerraban la avenida con sus hojas almidonadas de color verde obscuro, y la silueta del ingeniero siguió ante él rígida, sin que la blanca camisa se colorease ni con la más leve motita de sangre.

Frasquito sintió que una ola de angustia le subía del corazón á la garganta. Tocaba disparar al ingeniero. Avanzó éste cinco pasos y esperó, siempre tranquilo é impasible, la señal. Frasquito la oyó sonar y vió como la mano de su adversario bajaba el cañón de la pistola en donde estaba encerrada su muerte; vió que apuntaba recta á su corazón, á aquel corazón recio y valeroso que no temblara jamás y que ahora palpitaba apresurado como si estuviera metido en un baño de azogue; vió que el cruel verascopista le asestaba el visor de su aparato para sorprender el luctuoso instante de la fúnebre voltereta del invencible Camorra; vió...

Escuchóse el estampido del disparo y Frasquito cayó de bruces en el centro de la avenida. Todos acudieron despavoridos y el ingeniero con más solicitud que otro alguno. ¡Inútil cuidado! Frasquito estaba muerto.

. . . .

Y es lo extraño del caso que el ingeniero, queriendo corresponder á lo que juzgara exquisita cortesía de su adversario, había disparado al aire.

Luis Cánovas.



LOS REYES DE ESPAÑA EN COWES. – S. M. EL REY D. ALFONSO XIII EMBARCÁNDOSE EN EL YATE «SHEILA,» PROPIEDAD DE LA PRINCESA DE BATTENBERG. (De fotografía de Halftones Limited, 17 Fleet Street, E. C. Londres.)



LAS REGATAS DE COWES. – VISTA DE LA BAHÍA DE COWES CON LOS YATES DISPUESTOS PARA LAS REGATAS (De fotografía de Halftones Limited, 17 Fleet Street, E. C. Londres.)

LOS REYES DE ESPAÑA EN COWES

A las primeras horas de la mañana del día 1.° de este mes llegaron SS. MM. D. Alfonso XIII y doña Victoria á Cowes á bordo del *Giralda*, al que daba escolta el *Princesa de Asturias*. La población hallábase empavesada y todos los buques y yates del puerto ostentaban banderas españolas. Al desembarcar SS. MM. fueron saludados con la marcha real y después de revistar D. Alfonso XIII la fuerza de voluntarios que le había tributado los correspondientes honores, dirigiéronse á Osborne Cottage, acompañados de la madre y del hermano de la reina Victoria, la princesa de Battenberg y el príncipe Alejandro, siendo aclamados con entusiasmo por la multitud que llenaba las calles.

Los reyes de Inglaterra han ido á Cowes á saludar á los soberanos españoles y para asistir junto con éstos á las famosas regatas organizadas por el *Royal Yacht Squadron*.

Comenzaron éstas por las del *Royal London Yacht Club*, que presenciaron los reyes de España y de Inglaterra desde los yates reales *Giralda* y *Victoria and Albert* respectivamente. La bahía de Cowes ofrecía un espectáculo hermoso sobre toda ponderación; el mar estaba cubierto de embarcaciones de todas clases, figurando entre ellas algunos buques de guerra ingleses. De las regatas del primer día, la que despertaba mayor interés era la de *schooners*, en la cual tomó parte el *Meteor*, del emperador Guillermo II de Alemania, que ganó el premio.

En las regatas de automóviles venció el *Yarrow-Napier*.

En la regata de la copa del rey resultó vencedor el yate *Satanita*. Al día siguiente efectuóse la de la copa del emperador de Alemania, en la cual tomaron parte ocho yates, habiendo triunfado también el *Satanita*.

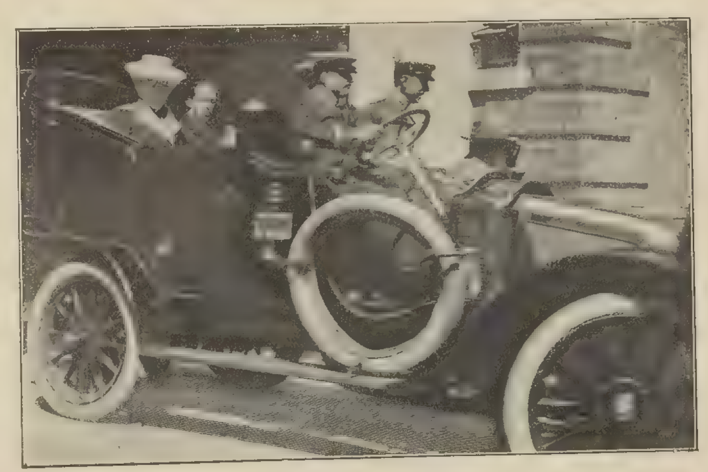
La copa de Cowes fué ganada por el yate *Weather*.

Terminaron las regatas con el *handicap* de *schooners*; en uno de éstos iban el rey Eduardo VII y el príncipe de Gales, pero se vió claramente que no hacían ningún esfuerzo para triunfar. Salió vencedor el *Adela*.

No han sido los marítimos los únicos festejos á que han asistido nuestros reyes durante su estancia en Cowes. El rey de Inglaterra les obsequió con un almuerzo en el yate *Victoria and Albert*; el *Royal Yacht Squadron* con un banquete, y los más ilustres aristócratas ingleses dispusieron varias fiestas en su honor. Además han hecho frecuentes excursiones en yate y en automóvil por aquellas deliciosas costas y por el interior de la pintoresca isla, visitando el campamento de voluntarios de Beaulieu, el parque de lord Montagu, los buques de guerra *Britanic* y *Renown* y el yate del emperador Guillermo II *Meteor*, el Chateau Carisbroxe, la posesión del duque de Connaught.

Durante la permanencia de nuestros reyes en Cowes ha habido también magníficas iluminaciones y fuegos artificiales.

D. Alfonso y D.ª Victoria han sido, en suma, festejados con tanto cariño como entusiasmo y se han conquistado unánimes y calurosas simpatías.—R.



LOS REYES DE ESPAÑA EN COWES. – SS. MM. DIRIGIÉNDOSE EN AUTOMÓVIL AL ROYAL YACHT SQUADRON PARA PRESENCIAR LAS REGATAS. (De fotografía de Halftones Limited, 17 Fleet Street, E. C. Londres.)



LA REVOLUCIÓN EN RUSIA. – HELSINGFORS (FINLANDIA). LA POLICÍA DETENIENDO Á LOS INDIVIDUOS DE LA «GUARDIA ROJA.»

LA REVOLUCIÓN EN RUSIA

En los sucesos de Sveaborg, de que dimos cuenta en el número último, tomó parte principalísima la llamada «guardia roja,» dirigida por el coronel Kock; para combatirla, reuniéronse algunos centenares de jóvenes voluntarios que adoptaron la denominación de «guardia blanca» y en el combate que se trabó entre ambas salió vencedora esta última, poderosamente auxiliada por los cosacos, siendo hechos prisioneros gran número de rojos que serán severamente castigados.

Los 230 diputados que firmaron el manifiesto de Viborg han sido procesados y se dice que serán tratados con gran rigor por haber excitado al pueblo ruso á la rebelión. También lo han sido 2.000 complicados en los acontecimientos de Cronstadt, en donde se sublevaron el regimiento de zapadores, buen número de soldados de la guarnición, varios marinos de guerra y multitud de obreros y revolucionarios de profesión. Los sublevados se apoderaron del arsenal y del más importante de los fuertes, el llamado Constantino, pero al fin fueron vencidos después de largo y sangriento combate.

En San Petersburgo parece haberse restablecido la normalidad y así lo demuestra el hecho de haber regresado los regimientos de la guardia al campo de Krasnoe-Selo para efectuar maniobras; el zar ha decidido pasar allí una gran revista, la primera que se efectúa desde la guerra ruso-japonesa, en la que figurarán 50.000 hombres.

A pesar de todos esos síntomas relativamente tranquilizadores y de haber fracasado la huelga general proclamada en San Petersburgo y Moscou, dista mucho de haberse restablecido la tranquilidad en Rusia; todos los días, en efecto, se reciben de allí noticias de nuevos atentados cometidos por el partido terrorista, de nuevos chispazos de sublevaciones y de insubordinaciones militares, de huelgas y de motines, que demuestran que todos los rigores del gobierno de Stolypine no son bastantes á extinguir enteramente el incendio que desde hace tiempo viene incubándose en el imperio de los zares.



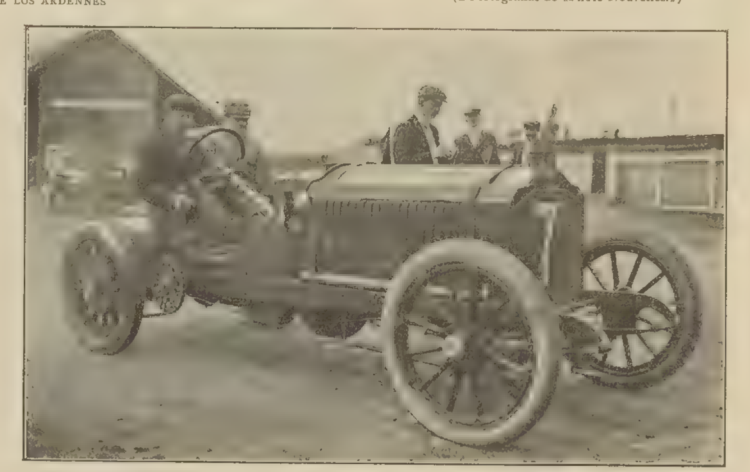
UNA PATRULLA DE LA «GUARDIA BLANCA» ORGANIZADA PARA COMBATIR Á LA «GUARDIA ROJA.» (De fotografías de «Photo-Nouvelles.»)

CONCURSO DE AUTOMÓVILES

EL CIRCUITO DE LOS ARDENNES

Este concurso se inauguró en 1902 y su objeto es probar la valía de los automóviles en una carrera sin parada y en un recorrido limitado, de 600 kilómetros, y en un tiempo mínimo de siete horas.

En el concurso de este año han tomado parte diez y ocho vehículos, doce de los cuales hicieron el recorrido en el tiempo reglamentario. Todos hicieron una carrera magnífica, sin ningún accidente desgraciado que lamentar, habiendo llegado á la meta por el orden siguiente: 1.° Duray (en un Lorraine-Dietrich, con neumáticos Michelin), en 5 horas, 38 minutos y 39 segundos, lo que da una velocidad media de 106'300 kilómetros por hora; 2.° Hanriot (en un Mercedes, con neumáticos Michelin), en 5 horas, 40 minutos, 31 segundos; 3.° Rougier (en un Lorraine-Dietrich, con neumáticos Michelin), en 5 horas, 50 minutos, 11 segundos; 4.° Baillier (en un Brasier, con neumáticos Michelin), en 5 horas, 50 minutos, 27 segundos; 5.° Gabriel (en un Lorraine-Dietrich, con neumáticos Michelin), en 5 horas, 52 minutos, 14 segundos; 6.° A. Clement (en un Mercedes, con antiderapantes Samson), en 6 horas, 2 minutos, 55 segundos; 7.° Sorel (en un Lorraine-Dietrich, con neumáticos Michelin), en 6 horas, 4 minutos, 38 segundos; 8.° Wagner (en un Mercedes, con neumáticos Continental), en 6 horas, 14 minutos, 50 segundos; 9.° Salzer (en un Mercedes, con neumáticos Continental), en 6 horas, 14 minutos, 50 segundos; 10.° Jenatzy (en un Mercedes, con antiderapantes Samson), en 6 horas, 15 minutos, 10 segundos; 11.° Villemain (en un Mercedes, con antiderapantes Samson), en 6 horas, 32 minutos, 40 segundos; y 12.° Garcet de Vauresmont (en un Mercedes, con antiderapantes Samson), en 6 horas, 51 minutos, 37 segundos.



DURAY EN SU AUTOMÓVIL LORRAINE-DIETRICH, VENCEDOR DEL CIRCUITO DE LOS ARDENNES RECIENTEMENTE EFECTUADO. (De fotografía de Branger.)

INCENDIO DEL PALACIO DE ARTES DECORATIVAS

EN LA EXPOSICIÓN DE MILÁN

En la madrugada del 2 al 3 de los corrientes declaróse en el palacio de las Artes Decorativas de la exposición de Milán un violento incendio que destruyó totalmente el edificio en donde estaban las secciones italiana y húngara. A pesar de la prontitud con que se acudió á combatirlo, fué imposible dominar el fuego, quedando en pocas horas aquel palacio convertido en un montón de ruinas; la rapidez con que las llamas consumaron su obra destructora se explica teniendo en cuenta la clase de materiales que suelen emplearse en esas construcciones que se levantan con carácter provisional.

La destrucción del edificio es una pérdida relativamente de poca importancia; lo que constituye un desastre de gran magnitud es la desaparición de los millares de objetos, muchos de ellos preciosos y algunos de valor inestimable, que el palacio encerraba. Hungría tenía allí objetos de arte valiosísimos, en particular multitud de antiguas estatuas de bronce que han sido totalmente fundidas por el incendio. Pero las pérdidas verdaderamente irreparables las ha sufrido Italia. Entre los objetos desaparecidos merecen citarse los siguientes, que permiten apreciar lo terrible de la catástrofe: todos los documentos pontificios originales relativos á la catedral de Milán; una carta del duque Juan Visconti, de Milán, de 1396, concediendo privilegio á la fábrica de aquel templo; cartas del duque de Sforza; un diploma de Luis XII rey de Francia, señor de Milán; tapices dibujados por Julio Romano; magníficos objetos de bronce, encajes de Venecia; toda la instalación de la casa editorial de música Ricordi, que comprendía, entre otros, todos los autógrafos de Verdi y de Ponchielli y las partituras originales de las óperas de este último compositor *Gioconda*, *I promessi sposi* y *Marion Delorme*; varios autógrafos y originales de Rossini, etc., etcétera. Para formarse concepto de lo mucho que se habrá perdido, bastará saber que el palacio incendiado ocupaba una superficie de 15 000 metros cuadrados.

Las pérdidas se calculan en seis millones de francos; pero téngase en cuenta que en esta cifra no puede comprenderse el valor inestimable de muchas de las cosas destruídas por el incendio. – R.



Vista del palacio de Artes decorativas en donde se produjo el incendio



Vista de las ruinas del mismo palacio después del incendio

MILÁN.—INCENDIO DEL PALACIO DE ARTES DECORATIVAS DE LA EXPOSICIÓN. (De fotografías de Hutin, Trampus y C.ª)



EN LA PLAYA DE OSTENDE, cuadro de Raimundo Germela



BAILARINAS, cuadro de Luis de Langenmantel

UNA CASA EN UN ÁRBOL

La Reserva de los Mosquitos, que es una estrecha faja de tierra que corre á lo largo de la costa oriental de Nicaragua, en la América Central, no toma su nombre de los insectos alados que así se llaman, sino de los indios Moscos ó Mosquitos, si bien es cierto que con dificultad habrá un lugar en que tanto abunden aquellos insectos como en la citada costa. Tanto es así que en una localidad de aquellos contornos, á saber, en un afluente del río Escondido ó Bluefields, llamado Rama, abundan tanto los mosquitos y los miasmas palúdicos, que para precaverse de ellos el dueño de una hacienda ha creído que era prudente abandonar el sistema ordinario de albergarse y se ha construído un *nido* en lo alto de un árbol.

La citada propiedad se llama El Reposo y el nido consiste en un *bungalow* ó casa india erigida en un ibo, á setenta pies de altura sobre el nivel del suelo. Esa especie de árboles es muy fuerte y resistente y el *bungalow* en todos conceptos es tan cómodo y sólido como cualquier edificio de tierra firme. Tiene tres pisos construídos alrededor del tronco, que pasa á través del centro de cada uno de ellos á semejanza del mástil de un barco que atraviesa por las cámaras; además del tronco, el edificio está sostenido por cuatro soportes y otros tantos cables tendidos, que parecen unas patas largas y dan al conjunto la apariencia de una araña gigantesca.

El propietario entra en su extraña morada por medio de un ascensor primitivo, pero que funciona perfectamente.

La casa está muy bien amueblada, y una vez dentro, exceptuando el tronco del árbol, muy hábilmente disimulado, que pasa por el centro de cada habitación, nada hay que haga recordar al visitante que se halla encaramado en un árbol. Dispuesto el ascensor de modo que no pueda bajar, se encierra para pasar la noche el ingenioso constructor de esta habitación única en su clase, y es de presumir que gozará de un reposo y seguridad que ninguno de sus vecinos podrá disfrutar, justificándose así el nombre de la finca, porque además de no llegar tan alto los miasmas palúdicos, se halla también fuera del alcance de mosquitos, animales feroces, escorpiones, ciempiés y otras muchas plagas con que tendría que contender si la casa estuviera en tierra. No es la menor de las ventajas de este nido el verse libre de las culebras, que en aquellas regiones abundan mucho, así las venenosas como las que no lo son, y que con frecuencia penetran en las habitaciones.



Una casa en un árbol, en la Reserva de los Mosquitos (América Central)

MR. LEACH,

QUE DESCENDIÓ LA CATARATA DEL NIÁGARA

METIDO EN UN BARRIL

La estupenda catarata y los espumantes remolinos del Niágara parece que ejercen una fascinación sui géneris, con demasiada frecuencia fatal, sobre ciertos espíritus. Publicamos aquí la fotografía de Mr. Roberto Leach, natural de Bolton, junto al barril de acero dentro del cual atravesó los famosos rápidos ó remolinos de dicha catarata en junio de 1898. Mr. Leach por dos veces realizó esa hazaña, primero en un barril de madera, la segunda en la especie de caldera que representa el grabado. Este macizo artefacto pesaba, después de lastrado, más de una tonelada, y en su interior se colgó una hamaca, en la que se acostó, durante el viaje, el intrépido aventurero. La segunda vez quedó muy magullado, pero no se fracturó ningún hueso.

MR. ROBERTO LEACH, natural de Bolton, con el barril de acero, en el que descendió la catarata del Niágara

En abril de 1899 descendió otra gran cascada, la de Cohoes, en el Estado de Nueva York, dentro de su barril de acero. La conmoción, al efectuarse la caída, fué tan grande, que se rompió el aparato de donde iba suspendido Mr. Leach, que por poco queda muerto. La sacudida recibida fué tal, que ha renunciado á dar más saltos en el barril y ha vuelto á dedicarse á su antigua profesion, bastante temible para el común de los mortales, la de aeronauta y buzo.

BELLAS ARTES

(Véanse los grabados de las páginas 537, 539, 544, 545 y 552)

Estudio para el cuadro «El Filósofo,» original de Rembrandt. – Mucho se ha escrito sobre Rembrandt y cuantos críticos en él se han ocupado proclámanlo unánimemente como uno de los más grandes maestros del arte universal. El ilustre Taine lo juzga en los siguientes términos: «Rembrandt, libre de toda sujeción y guiado por la extraordinaria sensibilidad de sus órganos, ha podido representar del hombre no sólo la disposición general y el tipo abstracto que basta al arte clásico, sino también las particularidades del individuo, las infinitas é inextricables complicaciones de la personalidad moral, la impresión que en un momento dado hace asomarse á su rostro toda la historia de un alma y que únicamente Shakespeare con su admirable clarividencia ha sabido contemplar. En este concepto, es el más característico de los artistas modernos y forma el extremo final de una cadena cuyo extremo forjaron los griegos.» La verdad de este juicio puede comprobarse en todas las obras del inmortal pintor holandés, y así en sus cuadros acabados como en sus estudios, si cabe más en éstos, según puede verse en el que reproducimos y que fué hecho para el soberbio lienzo que se conserva en el Museo del Louvre.

Las primeras azucenas, cuadro de Isabel Stanhope Forbes. – Pasó el invierno con sus crudezas y á los primeros besos primaverales despertó la naturaleza de su letargo; los árboles se poblaron de yemas prometedoras de ricos frutos y en la tierra empezaron á brotar las primeras flores, que con sus colores alegres y sus perfumes deliciosos son encanto y recreo de los sentidos. ¡Cuántos artistas, cuántos poetas se han inspirado en ese momento de delicia inefable! Y es que hay pocos asuntos que tan hondamente penetren en nuestra alma y para los cuales tan bien preparado se halle nuestro espíritu. La notable pintora inglesa Isabel Stanhope Forbes ha sabido sentir y expresar ese momento de una manera tan bella como original; la alegría de la primavera está en su cuadro, y para lograr este resultado le ha bastado hacer brotar entre la verde hierba unas cuantas azucenas y pintar tres juveniles figuras que á la vista de las modestas flores se detienen complacidas y risueñas admirando aquella primera manifestación de una vida que renace.

En la playa de Ostende, cuadro de Raymundo Germela. – Es este un lienzo de una verdad sorprendente. No ha tratado el artista de hacernos sentir la poesía de esas playas en donde se congrega la sociedad elegante de las grandes capitales; más bien parece que ha querido presentar una colección de retratos situándolos en un medio que se aparta de lo vulgar y corriente en ese género de pintura. Si es así, hay que confesar que ha triunfado enteramente, porque los personajes parecen ciertamente arrancados de la realidad y el escenario en que los ha puesto constituye un fondo grandioso que realza la belleza de las figuras y armoniza con la amplitud con que éstas están ejecutadas.

Bailarinas, cuadro de Luis de Langenmantel. – En materia de bellas artes no hay asunto, por frívolo que parezca, del que un pintor ó un escultor de verdadero talento no pueda sacar partido para un cuadro ó una escultura. ¿Puede darse nada más sencillo que la escena pintada por Langenmantel? Y sin embargo hay tanta gracia, tanta elegancia, tanta armonía en esa obra, que la vista se deleita contemplándola, sin cuidarse de si es ó no trascendental, de si satisface ó no las exigencias de esos severos aristarcos que entienden que el arte sólo debe ponerse al servicio de grandes ideas ó de complicados sentimientos.

Labores campestres, cuadro de Eugenio Prati. – Si otros méritos no tuviera este lienzo, merecería de todos modos alabanza por la luz que lo inunda y por la admirable perspectiva del campo, cuya superficie se aleja hasta perderse de vista, confundiéndose con el horizonte. Pero si el paisaje está hermosamente pintado no lo está menos ese grupo de mujeres entregadas á las faenas agrícolas; analícense una por una las labradoras y se verá que todas viven, que todas se mueven, que todas dicen algo. El artista no se ha limitado á pintar bien unas figuras, sino que ha sabido infundir en ellas el espíritu que las anima.

MISCELÁNEA

Bellas Artes.—FRANCFORT. – El Museo Stadel ha adquirido por 122.000 francos un hermoso tríptico de Cranach, única obra del gran maestro alemán que tiene la firma completa de éste. El tríptico procede de la venta pública efectuada recientemente en París de la sucesión del tratante en objetos artísticos M. Molinier.

BERLÍN. – Un particular ha regalado á la Galería Nacional de Berlín un cuadro de Courbet, valorado en 36.000 pesetas.

NUREMBERG. – Después de tres años de trabajo, ha terminado la restauración del salón de las Casas Consistoriales de Nuremberg, que ha costado 350.000 pesetas, de las cuales más de 125.000 se han invertido en restaurar los antiguos frescos, algunos de ellos de Alberto Durero, operación que se ha realizado bajo la dirección del profesor muniquense Haggenmiller.

Necrología.— Han fallecido:

Alberto Sorel, historiador francés, profesor de historia de la Escuela Militar de Saint-Cyr, académico, autor de muchas obras históricas importantes.

Juan Lorrain, notable novelista y dramaturgo francés.

Leopoldo Bode, pintor de historia alemán.

Carlos Schonherr, pintor alemán, profesor de la Real Academia de Bellas Artes de Dresde.

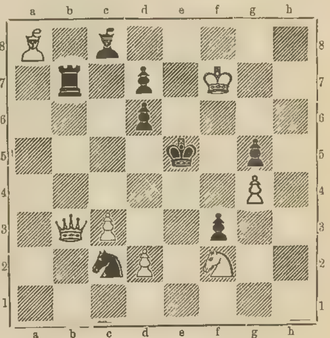
RECTIFICACIÓN

La notable é interesante fotografía que reprodujimos en el número 1283 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, página 498, y que representa la suelta de las palomas mensajeras belgas en el Tibidabo, en el momento de emprender el vuelo, no es del Sr. Castellar, como equivocadamente pusimos al pie de la misma, sino del aficionado barcelonés D. JUAN SALART.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 435, POR V. MARÍN.

NEGRAS (8 PIEZAS)



BLANCAS (7 PIEZAS)

Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 434, POR V. MARÍN.

Blancas.	Negras.
1. Dc1 – f1	1. Rd5×c4
2. e2 – e3 jaque	2. R juega.
3. D mate.	

VARIANTES

1..... Rd5 - e5; 2. f3 – f4 jaque, etc.
e6 – e5; 2. e2 – e4 jaque, etc.
Otra jugada; 2. e2 – e4 jaque, etc.

EN LA PAZ DE LOS CAMPOS

NOVELA ORIGINAL DE MAURICIO MONTEGUT.—ILUSTRACIONES DE SIMONT

(CONCLUSIÓN)

Al pasar por el puente miró el agua. El río estaba amarillento y revuelto; aquel fin de septiembre era húmedo y, sin embargo, templado todavía. Aquella agua le interesaba.

Pero se proponía un fin y siguió su carrera. Entró en el bosquecillo que dominaba á Reteuil, se metió por la enramada en su observatorio, se echó en su montón de hojas secas y miró.

Al principio no vió á Jacobo, pero oyó su voz; el criado le respondía desde el jardín. Estaba, pues, allí, y Berta reflexionó entonces.

No veía ningún preparativo de viaje. La calma de las costumbres no se había alterado y esto la tranquilizó. En todo caso, no era para hoy.

Aquel plazo le pareció de una gran importancia y disminuyó su pena. Para los simples lo que no es inmediato casi no es real y puede no suceder.

Berta alimentaba así una esperanza, la de tener tiempo de ver á Jacobo, de presentarse á él... Puesto que no debía volver, no podría rehusarle esta suprema entrevista. Aquella perspectiva hubiera debido anonadarla y arrancarle las últimas lágrimas; y, á pesar de eso, hizo proyectos.

Aquel día peinaría sus pobres cabellos y se pondría su traje de los domingos, abandonado desde sabe Dios cuándo. Le estaría un poco ancho, sin duda, pero Sofía le pondría alfileres. Llevaría su gran cruz de oro, regalo del conde Juan, y, así adornada, le daría menos vergüenza. Además, no era más que su nodriza después de todo.

Y con los dientes apretados repetía mil veces:

—Su nodriza..., su nodriza...

Berta manifestaba en su mímica una superior ironía.

El tiempo pasó sin que Berta se diese cuenta. Dos ó tres veces vió á Jacobo, que abrió una ventana, miró al cielo, que estaba nublado, y se retiró dejando la ventana abierta.

Otra vez salió á la escalinata sin nada en la cabeza, raspó una losa con la punta de la bota y pareció discutir consigo mismo. Pero nada de aquello era para asustarla.

Jacobo entró en la casa, para almorzar, sin duda; Berta oyó un ruido de vajilla, pero no pensó que ella misma podría tener hambre.

A eso de las cuatro, Berta volvió á alarmarse; algo ocurría anormal. Jacobo bajó al jardín con su criado, el cual iba vestido como un caballero, según pensó Berta. Su amo le enviaba sin duda lejos para su servicio, acaso á París.

Y Berta repitió:

—Sí, á París.

Aquello era nuevo. Desde su observatorio, oyó á Jacobo dar las últimas órdenes.

—¿Tiene usted las cartas?.. Las llevará usted esta misma noche; á las seis estará usted en París y tendrá tiempo... Es preciso que así sea, porque son urgentes.

—Sí, señor; y mañana, á las nueve de la mañana, estaré de vuelta.

Te he querido como una madre, Jacobo, porque soy tu madre...

El amo no pareció hacer caso de esta última afirmación.

Despidió con un ademán al criado y se creyó solo. Entonces se frotó las manos mirando á su alrededor.

Los campos, á lo lejos, se borraban en las flotantes brumas impulsadas por un blando viento de otoño; los bosques se afirmaban sin detalles por su masa violada; pero el aire era suave y la vida resultaba todavía soportable.

Por el camino circular, del lado de Taillefontaine, avanzaban grandes carretas cargadas de hierbas y lentamente tiradas por bueyes blancos uncidos de dos en dos; se veía salir humo de los tejados de la aldea; el gallo de la iglesia presentaba un punto brillante. Todo aquello respiraba paz y amistad.

Pero él veía aquella naturaleza y aquel paisaje huraños, hostiles y amenazadores; había galopadas de espectros á traves de los prados, recuerdos amenazadores colgados de cada rama, una orden de destierro y una sentencia de muerte en cada poste del camino y en cada tapia blanca.

Jacobo los miraba todavía para recoger mejor la extraña impresión que creía obtener de ellos. Él no era ya nada en el mundo, estaba borrado y olvidado. Los seres y las cosas rechazaban su memoria; había pasado.

Su boca se crispó é hizo un gesto como si hubiera probado alguna cosa amarga.

—¡Puah!, dijo.

Todas las decepciones, todas las mentiras y todas las traiciones que componían la historia de su vida le acudían á la garganta y le producían aquella náusea.

Le quedaba, sin embargo, algo que hacer.

Entró en la casa y, en la chimenea de una sala del piso bajo, encendió un gran fuego, que ardió en seguida chisporroteando; las paredes se tiñeron de rosa, y por los vidrios, incendiados á su vez, Berta vió aquel resplandor que la llenó de curiosidad.

Jacobo puso en medio de la pieza un cofre en el que hacía tres días estaba amontonando papeles y objetos sin fin determinado.

Primero fueron arrojados á las llamas los pergaminos de las dos antiguas familias cuyo último heredero iba á desaparecer; Valroy, Reteuil, los títulos, los contratos, los privilegios, se abarquillaron, se ennegrecieron y se redujeron á polvo rojo.

Su último propietario los vió desaparecer con los ojos secos y sin emoción; después vinieron los papeles íntimos, las cartas, los testimonios de los antepasados, del coronel de Bonaparte, de los suyos, del gran melancólico del segundo Imperio, de su mujer; y todo esto subsistía en el fuego un segundo para volar en humo. Pasado destruído.

En un rincón del cofre y envueltos en un pedazo de seda gris, había aún unos papeles que Jacobo sacó con precaución; esta vez su mano tembló; era su vida lo que estaba allí dentro: cartas de sus padres, recibidas en el curso de sus viajes; cartas de Arabela, conservadas piadosamente.

Antes de desdoblar aquellos papeles por última vez, dudó si sumirse de nuevo en la horrible novela de perpetua mentira.

Pero su voluntad triunfó de esta última tentación, y las cartas de Arabela fueron á las llamas, que en el momento se avivaron, danzaron alegres y la pieza entera se iluminó magníficamente.

—¿Está todo?, preguntó con voz sorda.

Movió la cabeza y se respondió:

—No.

Lentamente, y esta vez como á pesar suyo, buscó en su bolsillo una carterita usada, sacó tres fotografías: una de niña con las piernas desnudas, otra de una joven más grave y un grupo: *Ella* y *Él* apoyados en la tapia del terrado.

Las contempló un momento con los ojos turbados y murmuró:

–¿Para qué?

Aquella interrogación lanzada al vacío tenía muchos sentidos, pero podía resumirse en una fórmula única:

—¿Para qué he existido?

¡Ay! ¿Qué hubiera añadido si hubiera sabido la verdad?

Impaciente por acabar, arrojó bruscamente las tres fotografías á reunirse en las cenizas calientes con las cartas de la que le mataba, porque era ella y no otra cosa.

Los cartones se retorcieron, y Jacobo vió subsistir un momento unas caras siniestramente alteradas que se resquebrajaron y desaparecieron, también aniquiladas.

En un último impulso, arrojó á la chimenea una porción de objetos distintos: cruces militares, flores secas, cintas descoloridas; estaba liquidando el pasado y el presente, su alma orgullosa y su corazón despedazado. Y todo aquello no fué más que polvo ó restos informes.

Miró en torno suyo en un supremo inventario. Nada había escapado de lo que tenía condenado. Entonces respiró. Lo más duro quedaba hecho.

Le pareció que estaba más solo, más desprendido y más alejado. En aquel retroceso juzgó al mundo con una gran dulzura.

Se dejó caer en una silla y reflexionó; el fuego seguía ardiendo y devorando los leños. Jacobo recapituló sus faltas, con gran pesar de haber herido corazones; su infancia había sido arrogante, imperiosa y sin caridad; su juventud egoísta y poseída de un solo deseo: Arabela. Fuera de ella nada había existido.

Su indiferencia por el resto de los seres había sido prodigiosa; lo reconocía. Hubiera visto morir sin pena real á todos los que le rodeaban con tal de que quedase Arabela.

Aquella era la venganza de la suerte, la justicia inmanente. Su amada le había abandonado, pero él no tenía ya valor, ni fuerza ni siquiera deseo de maldecirla. Como á todos los humanos, la perdonaba. Aquella mujer era, acaso, inconsciente é irresponsable, y, desde luego, de una mentalidad dudosa...

A sí mismo no se perdonaba. ¡Qué camino tan seco el suyo! No recordaba en unos primeros años ni un movimiento de efusión, ni una impresión de sensibilidad.

Su recuerdo se detuvo en Berta. ¡Pobre nodriza! Adicta hasta lo extraordinario, su ternura le molestaba en otro tiempo y la encontraba humillante por venir de tan bajo... La había apartado de su camino y rechazado duramente, hasta el punto de que había desaparecido y héchose invisible para seguirle con los ojos.

¿Por qué no habría venido como se lo pidió á Garnache? No se había atrevido, sin duda, temiendo todavía algún sofión del orgulloso señor... Había hecho mal. La hubiera acogido dulcemente y le hubiera dado las gracias por sus constantes afecciones y por su fidelidad, pagada con ingratitudes.

Remontó hasta su infancia y recordó el pabellón del guarda y, después, su enfermedad... Ya en aquella época, Berta...

En este momento se creyó juguete de una alucinación, sin poder conocer si era evocación del pasado ó visión real lo que tenía ante él...

Maquinalmente, sus miradas se habían dirigido á la ventana, cuyos vidrios ensombrecía ya el crepúsculo.

En aquella pieza, desocupada hacía años, no había visillos ni cortinas. De pronto, vió detrás de los vidrios, como en los días febriles de su enfermedad, una cara siniestra y lívida, cuyos ojos ardientes y locos estaban fijos en él y le devoraban á distancia.

Corrió entonces á la puerta, la abrió y salió gritando:

—¡Berta!

La mujer trató de huir, pero él la volvió á llamar:

—¡Berta!

La loca se detuvo indecisa, y después volvió pies atrás, como un niño cogido en falta que teme que le regañen, y se quedó temblando á dos pasos.

Jacobo la miró.

Tenía cien años; era una salvaje ó una depravada, dominada por la idea fija. Su persona contaba su historia.

Ante aquel desarreglo y aquella decrepitud, Jacobo se conmovió á su vez, y la vaga lástima que sentía por aquella mujer se agrandó y se coloreó.

—¿Qué hacías ahí?

Como su voz era dulce y sin cólera, Berta sonrió, y aquella sonrisa fué horrible; quiso responder y no encontró las palabras.

—El fuego..., las llamas..., he tenido miedo... y he venido.

Jacobo comprendió que los resplandores del incendio la habían atraído é infundido temor; y aquel miedo era una de las formas de su cariño.

Estaba asombrado.

Ella, mientras tanto, le contemplaba en aquel crepúsculo, le inspeccionaba de alto á bajo y se llenaba de él los ojos.

Aquel examen le hubiera irritado profundamente en otro tiempo; pero, curado de las vanidades terrenales, se prestó á él con tristeza. Berta murmuró:

—¡Jacobo!

Y él respondió:

–¿Por qué no has venido?

La mujer le miró con sorpresa, sin comprenderle. Él siguió diciendo con paciencia:

—Sí, había encargado á Regino que te dijese que vinieras.

Berta dijo: ¡Ah! y abrió las manos para manifestar su ignorancia.

—¿No te lo ha dicho?

—No.

En aquella negación había gran energía.

Después de un momento de silencio, Berta añadió:

—Hubiera venido, pero más maja que ahora... con mi traje azul.

Y con dos dedos desdeñosos se cogía los harapos, sintiendo seguramente haber sido sorprendida con tan mala ropa. Aquellas preocupaciones infantiles denunciaban una vez más la pobreza de su alma.

De pronto se aproximó.

—¿Es verdad?, dijo tímidamente.

—¿Qué?

—Que Reteuil está vendido, que se va usted á marchar, que ya no le veré más...

Aquellas frases, largo tiempo comprimidas, se le escapaban. Jacobo vaciló... ¿Lo diría todo? ¿No valía más despedirla con buenas palabras que serían otras tantas mentiras? Pero hacía años que Jacobo tenía horror á la mentira; y, además, á medida que hablaba olvidaba aquella presencia y hablaba una vez más consigo mismo.

—Sí, respondió, es verdad... ¿Qué quieres?.. Es preciso. Había que pagar las deudas de mi padre y no dejar una mancha en un nombre hasta hoy intacto... y que va á acabar.

Berta comprendía confusamente, pues estaba poco al corriente de las historias financieras; pero se sublevó ante la idea de que Jacobo pagase las deudas de un Valroy y se privase de todo por el honor de aquella familia. Aquello le parecía injusto, grotesco y desesperante.

Sin pensar más en ella, Jacobo continuó diciendo con las pupilas fijas en la línea del horizonte:

–Vendido Reteuil, no queda nada..., adiós todo... ¿Se puede vivir después de lo que he sufrido y cuando allá, al otro lado de la vega, vive en la casa que fué mía la mujer á quien he amado, casado con uno de mis verdugos? No tengo ya más que recuerdos que hacen gritar... Estoy solo, pobre y maldito. Agarrarme á la existencia sería una cobardía... Nodriza, tú, que has vivido en estos muros y formado parte de esta familia, debes saber que fué en esa escalinata donde mi bisabuelo se pegó un tiro antes que rendirse; debes saber que fué por aquella ventana por la que mi abuelo se arrojó por repugnancia de una vida demasiado monótona... Lo que no sabes es que mi misma madre se mató; he adquirido la certeza de ello... Ya ves que es un mal hereditario y contagioso; es el consejo de los que se han marchado á los que quedan, el consejo de seguirles... Oigo sus voces y voy hacia ellos... Y más vale que sea así.

Tantas palabras apresuradas y sonoras aturdían á Berta, que no lograba comprenderlas á pesar de su atención apasionada. Hacía tanto tiempo que no escuchaba las palabras humanas, que era ya un esfuerzo y casi un sufrimiento el distinguirlas.

Y además Jacobo hablaba esta vez lo mismo al viento, á los árboles, á los muros y á sí mismo que á la mujer ansiosa que tenía delante. El joven concluyó:

—Celebro que hayas venido para verte por última vez y decirte que si he sido duro é ingrato contigo en mi infancia, ahora lo siento; que habrás tenido en el último momento un buen puesto en mi corazón..., y que si no hubiese más que buenas personas como tú, tu marido y tu hijo, me costaría más trabajo morir.

Esta última palabra se le quedó á Berta en el oído, y ya alterada, exclamó:

—¿Morir? ¿Quieres morir?

Jacobo cometió el error de no fingir; pero no sabía...

—Ya te lo he dicho; es el único partido que me queda... y el que más me gusta.

Esta respuesta confundió todavía á Berta, que repitió:

—¿Quieres morir?

Esta vez, Jacobo se contentó con hacer una grande y melancólica afirmación con la cabeza, y Berta, que comprendió ese lenguaje, exclamó desesperada:

—No quiero..., júrame que no es verdad..., no quiero..., no tienes derecho... ¿Y yo? ¿Y yo?

Cayó de rodillas y estrechó su cintura con frenéticos brazos, levantando hacia él sus ojos espantados y llenos de lágrimas. Y su negra boca seguía vociferando y tuteándole como en otro tiempo:

—¿Qué es lo que dices?.. Tu padre, tu abuelo y los otros... ¿Qué puede importarte todo eso?.. Déjalos donde están. Tú eres joven y hermoso..., tú eres tú... ¿Acaso se muere á tu edad y voluntariamente? ¡Jacobo, Jacobo, yo te lo prohibo!

A pesar de su complacencia, el vizconde se iba cansando y trató de desprenderse, pero no pudo; hubiera tenido que emplear la fuerza. Entonces quiso convencer á aquella demente.

—Tú me olvidarás, Berta. Pero en nuestras familias somos solidarios, es decir que los hijos pagan por los padres... La nobleza conserva todavía...

Berta le soltó, se levantó de un salto y se echó á reir. En seguida, separando los cabellos grises que le caían por la cara, dijo con fuego:

—La nobleza, tu padre, el contagio..., basta, todo eso es estúpido. ¿Es por eso por lo que quieres morir? Pues bien, no morirás; volverás á nuestra casa á ocupar tu puesto. Escúchame, escucha lo que te digo; es claro porque es verdad; Jacobo, tú crees entonces que una nodriza podría quererte como yo te quiero... Tú, que todo lo sabes, no conoces nuestros corazones. Te he querido como una madre, Jacobo, porque soy tu madre... ¡Ah! ¡Ah! Todavía me crees loca... Jacobo, tú te llamas José y José se llama Jacobo... Sí; yo lo he hecho todo... Te puse en lugar del otro para que tuvieses dinero, nobleza y todos los bienes de la tierra. Pero puesto que la nobleza te dice que te mates, puesto que no tienes más que desdichas, puesto que me he engañado en mi esperanza, vengo á decirte la verdad. ¡Eres mi hijo! Ahora vas á vivir...

Ninguna estupefacción, ninguna confusión son comparables á las del joven ante aquellos clamores reveladores.

Por un instante, midió el horizonte que se le ofrecía y lo admitió; Berta decía la verdad: él era su hijo y el de Regino... Entonces el conde Juan..., la condesa Antonieta..., la señora de Reteuil... ¿Debía arrojarlos de su corazón? No solamente eso; él mismo...

Se encogió de hombros; no era posible. Después creyó comprender que aquella supuesta revelación era una abnegación sublime de su nodriza para salvarle rompiendo la línea de nobles trágicos. Admiró la sublime invención de aquella alma inferior y respondió:

—Pobre Berta, gracias, te comprendo; tu pobre y sincero corazón te ha inspirado eso..., pero es inútil. No llores; tienes á José que vale más que yo; tienes á Regino y á todos los tuyos...

Berta sollozaba, envejecida y lastimosa.

—¡No me cree! ¡No me cree! ¿Por qué quieres que te lo jure? ¿Es asombroso que una madre cometa un crimen por la dicha de su hijo?

Jacobo cerró los ojos y palideció un poco. ¿Si fuese verdad, sin embargo? Él, el hijo de aquella mujer... y de Regino... y lo demás robado... Su repugnancia por la tierra creció todavía. Una mentira más; todo era mentira.

Después, sondando su corazón y consultándose en un último movimiento de orgullo, se negó ese origen. Se sentía Valroy y Reteuil de pies á cabeza, con sus virtudes y sus vicios, sus glorias y sus tachas. El joven saludó á los antepasados que se trataba de hacerle renegar.

Y para no matar á aquella mujer herida en el corazón, no la desmintió y respondió simplemente:

—Si es verdad, es una razón más para acabar..., pues soy el personaje más inconsistente y con menos razón de ser del mundo; soy una mentira viviente.

Berta volvió á caer de rodillas en la arena mojada, murmurando:

—¡Esto es lo que he hecho!

Jacobo añadió:

—Aunque así fuera. ¿Quién lo creería?

Y dijo todavía más bajo:

—Además, ¿qué ventaja?...

Y por fin:

—¡Adiós, Berta!

—¡Soy tu madre!

Jacobo consintió por caridad, puesto que iba á morir.

—¡Adiós, madre!

Berta dió un grito que era á la vez de desesperación y de entusiasmo, y le tendió los brazos.

Pero el joven se había ya metido en el castillo y Berta le oyó echar la llave y los cerrojos.

La noche había cerrado.

Berta atacó las puertas y las ventanas á puñetazos, llamando:

—¡Jacobo! ¡Jacobo!

Nadie respondió.

Entonces, al pensar lo que pasaba detrás de aquellos muros, en aquella casa cerrada, agotada de emociones, de fatiga y, acaso, de inanición, Berta perdió el sentido y se desplomó de bruces en la hierba.

Cuando cesó todo ruido, se abrió una ventana del primer piso. Jacobo asomó la cabeza é investigó con una mirada las sombras del jardín y del camino. No vió nada y dijo en voz alta:

—Se ha marchado.

La ventana se cerró silenciosamente. Dos minutos después sonó un tiro. El último de los Valroy-Reteuil se había alojado una bala en el pecho.

La detonación despertó á Berta de su desmayo; la mujer se puso en pie de un salto, levantó los brazos al cielo, aulló la muerte y la locura y echó á correr hacia las casas de los hombres para buscar socorros.

En su habitación de la infancia, Jacobo yacía en el suelo trazando un ademán sin esperanza; la lámpara ardía en la mesa; por la puerta abierta se veía el corredor donde, treinta años antes, el conde Juan besó á Berta al pasar.

Aquella existencia estaba terminada: ninguna había sido jamás tan falsa y tan ficticia; nunca actor de comedia ó de drama había tenido que desempeñar un papel más complejo y más vacío bajo las apariencias.

Hacia las tres de la mañana, la lámpara se apagó.

La noticia de aquella muerte trágica fué acogida diversamente.

En Valroy, Gervasio fué el encargado de advertir á Arabela. El marido no cabía en sí de gozo; la muerte de un enemigo es siempre una fiesta.

Quería juzgar así una vez más los verdaderos sentimientos de aquella esposa enigmática á la que miraba á veces con desconfianza. La encontró cerca de las cocinas, en un corredor muy claro, y le soltó la noticia:

—Jacobo se ha matado ayer noche.

Bella se apoyó en la pared, palideció ligeramente y sus narices se dilataron; pero se repuso y dijo con voz tranquila esta breve oración fúnebre:

—En el punto á que había llegado, era lo mejor que podía hacer.

Gervasio conoció la dicha sin mezcla. Desde ese día Arabela fué colmada de atenciones, tuvo la llave de la caja y dirigió la casa á su voluntad.

Cuando se conoció la noticia en la granja, al acabar de almorzar, padres é hijos, amos y criados bebieron alegremente á la extinción de las aristocracias.

—La cosa sería completa, dijo Hilario, si nos hubiera quedado Reteuil.

En el pabellón, Berta, la loca, fué la que advirtió á Garnache y á Sofía por retazos de frase y palabras incoherentes. Los dos enjugaron una lágrima y evocaron los desaparecidos; pero se ocuparon en acostar á la infeliz que deliraba y cuyos miembros temblaban de fiebre.

—¿Qué vamos á hacer?, dijo Regino á Sofía; ahora cae mala y tenemos que mudarnos dentro de cuarenta y ocho horas...

—Nos la llevaremos; no es lejos.

No lo era, en efecto, porque Balvet había ofrecido á los desterrados un rincón libre de su cabaña, y éstos habían aceptado, pues José les instaba y era además su deseo. Estarían todos juntos; en invierno tendrían más calor; en verano abrirían las ventanas; en todo tiempo su vida sería buena.

La muerte de Jacobo conmovió á José á causa de los recuerdos de su infancia; pero pronto se distrajo trabajando.

Jacobo fué enterrado en el cementerio de la aldea. De toda su persona una sola cosa era cierta y auténtica: que había nacido en aquella comarca.

El marqués Godofredo, llegado expresamente de la ciudad, siguió con la cabeza descubierta el ataúd, llevado en hombros en medio de la lluvia; estaba casi solo, con Balvet, Regino y José y unas cuantas mujeres curiosas. El cura no fué por tratarse de un suicidio.

Pasó una semana. Regino se había llevado su mujer, sus muebles y sus efectos á casa de Balvet; todos vivían juntos, lo que era para ellos un consuelo.

Berta deliró durante tres días y gritó frases absurdas que hacían encogerse de hombros hasta á los que la querían. Era, en verdad, demasiado amor al vizconde; se veía que ella, á su vez, iba á morir.

En el tercer día la fiebre desapareció y Berta, lúcida, reconoció á los que la rodeaban, pero se quedó muy postrada. Rehusó todo alimento y toda bebida y el médico sospechó que había formado en su mente alguna resolución funesta.

—Hacedla comer y beber..., si no...

No acabó la frase, pero su gesto dijo bastante. La suplicaron, y ella fingía dormir para no ser importunada. Cuando la dejaban sola un minuto, abría los ojos, que brillaban como faros en aquella cara cada vez más demacrada.

No pedía ninguna noticia; le habían dicho que Jacobo reposaba al fin en el cementerio; y tenía, sin duda, prisa por ir á reunirse con él.

Regino, en pie junto á la cama, se estaba mirándola horas enteras; Sofía la cuidaba, pero ninguno de ellos tenía influencia sobre ella.

José dejaba con frecuencia su trabajo para ir á verla; pero creyó notar que el verle le causaba una especie de terror que aumentaba su fiebre. Entonces disminuyó sus visitas, lamentando que su madre continuara no queriéndole, ni aun en los últimos instantes.

Berta se debilitaba sensiblemente.

Una noche, José, sentado en un sillón viejo al lado de la cama de la enferma, luchaba con el sueño; de vez en cuando su cuerpo se erguía de pronto y echaba una mirada aguda, aunque vaga todavía, al cuerpo acostado que distinguía en la sombra. La enferma estaba tranquila.

En la chimenea ardía una lamparilla de campo en un vaso de aceite; un reloj de pared cortaba el silencio con su ruido acompasado; en el exterior ningún murmullo, ningún aliento turbaba la inmensa noche que arrastraba su manto negro en la paz de los campos. La muerte no es más silenciosa.

Después de asegurarse de que su madre descansaba tranquila, José resistió todavía desesperadamente el asalto del sueño, pero acabó por sucumbir. Al cabo de un rato se despertó sobresaltado. Una voz decía:

—Señor vizconde.

José, despierto en seguida, se aproximó á la cama:

—Señor vizconde.

Y, al hablar, se dirigía á él y le miraba con ojos extraños; era evidente que hablaba con él.

—Vamos, madre, cálmese usted y trate de dormir... No soy el vizconde; soy José.

Al decir esto le cogió la mano pensando en el delirio ó que una fiebre intensa se había apoderado de ella... Con gran asombro suyo, aquella mano ruda y seca estaba fría y el pulso era apenas perceptible.

Berta, al verle en pie delante de ella, se estremeció y dijo con voz débil, pero todavía bastante fuerte para hacerse oir:

—Perdón, señor vizconde.

José empezaba á asustarse.

—Vamos á ver, madre, ¿qué hay? No me conoce usted; soy José...

La enferma designó con un dedo un vaso de agua y alcohol que había en la mesa, y dijo:

—Démelo usted...

José le dió el vaso y la sostuvo para que bebiera. Berta, que de ordinario rehusaba una cucharada, se lo bebió de un trago; en seguida se puso menos pálida y su voz se afirmó.

—Siéntese usted ahí, en la butaca, y, diga yo lo que quiera, déjeme hablar sin interrumpirme. No estoy loca ni deliro. Mañana estaré muerta..., pero antes debo confesar... y decir á usted... Siéntese...

José, confundido, obedeció maquinalmente; tenía el presentimiento de que la hora era grave y de que iba á oir algo inaudito. Con la cabeza baja, se quedó inmóvil y dijo:

—Ya escucho.

Berta siguió diciendo:

—José, no se llama usted José Garnache, sino Jacobo de Valroy; el que ha muerto era mi hijo.

Ante aquella afirmación brutal, José dudó una vez más de la razón de aquella á quien llamaba madre; pero ella le explicó sus palabras de un modo que no por ser extraño dejaba de ser razonable; Berta le dijo:

—La historia es sencilla; bastó un minuto para que mi hijo le reemplazase á usted en la vida como en la cuna. Por esto no le quería á usted y le amaba tanto á él. Todo lo hice para que fuera feliz, y ya sabe usted si lo he logrado... Pero existe usted, que tenía todos los derechos á la fortuna, á la nobleza y á los goces de la existencia... En vez de eso, ha sido usted un campesino pobre, mal vestido, mal peinado, corriendo por los caminos en todos los tiempos; ha sido usted el hijo de Berta y de Garnache y ha encontrado, á veces, dura la vida. ¡Ese es mi crimen! Le he robado á usted su destino para dárselo á mi hijo. Por esto le digo ahora: perdón, señor vizconde...

A medida que Berta hablaba, las nubes se amontonaban y se disipaban en el cerebro del que seguía siendo á pesar de todo José Garnache. El joven no dudaba. Aquella moribunda ni divagaba ni mentía. Ciertos recuerdos personales, ciertas observaciones antiguas, y sobre todo, el cariño de Berta por el hijo del castillo y su indiferencia para él, constituían un conjunto de pruebas que acababan por convencerle.

Con aquella explicación, la vida de Berta se iluminaba y se aclaraba; sin ella, era incoherente y absurda.

El pobre muchacho, tentado un momento por el orgullo, buscó en el fondo de su ser la huella de algún noble sentimiento que revelase su origen. Pero no encontró nada más que un poco de justicia y una gran bondad, que le venían más bien de su amor á los seres y de los consejos panteístas de la selva.

Tuvo que reconocer que la inteligencia superior de una raza no se transmite fatalmente con la sangre, y que hacen falta además circunstancias y medios para desarrollar el alma de los hombres, como la naturaleza de las plantas.

Sintió después un poco de cólera al pensar en lo que hubiera podido ser; pero su buen sentido le inspiró que si sus comienzos en la vida hubieran sido semejantes á los del vizconde imaginario, también lo hubieran sido las consecuencias, y él sería ahora quien, después de mil sufrimientos y vergüenzas, estaría en la hoya con el pecho ensangrentado.

Esta idea le hizo estremecerse; no tenía nada que sentir en la comparación; se felicitó de vivir y prefirió cándidamente su suerte.

Entonces, extendiendo la mano, un poco alterado á pesar de todo, y más solemne que de costumbre, dijo como una absolución:

—Si dice usted la verdad, vaya en paz; la perdono.

Berta dió un ligero grito, que era su última alegría, y se quedó callada. José continuó:

—Pero que esto quede entre los dos; no hablemos de ello á nadie, porque mi padre y mi tía se morirían de pena. Seguiré siendo para todo el mundo lo que usted me ha hecho; y por otra parte, ¿quién querría creer?.. Cuanto más reflexiono, más creo que me ha ahorrado usted no pocas penas, sin quererlo, es posible, pero ciertamente. Si en realidad hubiera yo sido el vizconde de Valroy, ¿dónde estaría hoy? Donde él...

Berta, al oir esta evocación, lloró silenciosamente. Su corazón seguía siendo del otro. José continuó:

—No sé si debería dar á usted las gracias. Tengo una mujer y unos hijos...

Berta le interrumpió con un gesto de dolor.

—¡Oh! Sí, él tendría todo eso y viviría como usted... Yo no lo he querido.

José vió en esa frase una reticencia y un pesar que le entristeció.

Aquella mujer sentía visiblemente que no fuese él el muerto y el otro el que sobreviviera. Esto le hizo endurecerse contra su emoción.

Pero Berta tenía todavía que hablar; una campesina no se va sin recomendar su dinero.

—Después de mi muerte encontrará usted en mi saco diez ó doce mil francos. Tómelos usted sin escrúpulo, Jacobo, porque vienen de su padre el conde Juan... Pero esto está tan lejos que se ha borrado.

El joven hizo un gesto vago, no queriendo profundizar; aquella mujer seguía siendo para él su madre, á pesar de sus convicciones.

Le daba un vértigo el pensar en aquel pasado tan lleno de hechos que él no había comprendido.

Su nuevo personaje le espantaba; y como conclusión sintió haber sabido.

Por fin, la moribunda dijo aún:

—Esto hay, señor vizconde. Cuando piense en mí, no me maldiga; he sufrido tanto, que merezco lástima...

Era tan desgraciada, que el corazón del joven estalló en un sollozo.

—¡Madre! ¡Madre!

Berta sonrió.

—¿Todavía? Gracias.

—¡Para mí, siempre!

La mujer cerró los ojos y se extendió por sus facciones una gran serenidad. Estaba absuelta.

Desde entonces, no dijo una palabra más.

Al día siguiente, á las doce, Berta Minou, mujer de Garnache, murió sin sufrimiento. En el último momento vagó un nombre por sus labios blancos, como un suspiro:

—¡José!

Regino, mucho después, repetía con frecuencia:

—Decían que no quería á su hijo..., pues lo último que dijo fué su nombre...

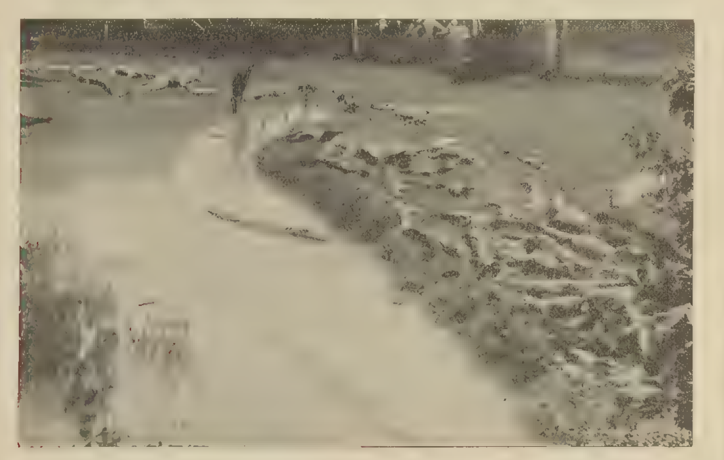
Pero el hijo seguía dudando, pues había, para Berta, dos que llevaban ese nombre. Confesada su falta en el umbral de lo desconocido, acaso llamaba á aquel hijo, tan trágicamente querido y con el que iba á reunirse, con su nombre verdadero, con ese nombre que no había llevado en vida.

Durante algunos años, José guardó en el corazón su pesado secreto. Sin embargo, después de morir Regino, el joven aventuró algunas veces esa tímida confidencia, y todavía terminaba siempre su fantástica historia confesando que, después de todo, no sabía bien cuál era en ella la verdad exacta.

TRADUCCIÓN DE F. SARMIENTO.

UN CRIADERO DE CAIMANES

Debido á la incesante persecución que sufren, muy pronto quedarán exterminados los caimanes en los Estados del Sur de la confederación norteamericana, y como ya ha sucedido con el bisonte, tendrá el gobierno antes de poco que dictar medidas que los protejan si se quiere evitar su desaparición.



Vista general del criadero, donde hay siempre disponibles de 500 á 800 caimanes

Hasta hace pocos años, la caza del caimán era únicamente un deporte, pero la gran demanda que actualmente se hace de sus pieles para satisfacer caprichos de la moda, ha traído consigo que se les mate sin tasa ni medida. Puede fácilmente apreciarse la magnitud de esa demanda por el siguiente dato: de 1890 á 1900, según la Comisión de Pesca de los Estados Unidos, en el solo Estado de la Florida fueron muertos tres millones de caimanes, y aunque son extraordinariamente fecundos, á ese paso no pueden tardar mucho en extinguirse.

Comprueba el hecho de su creciente diminución el aumento constante del precio de sus pieles sin curtir y el empeño grande que demuestran algunos industriales emprendedores en imitarlas con otras de menos precio. Aunque muy hábilmente preparadas, las falsificadas no pueden sufrir comparación con las verdaderas, ni á la vista ni por su duración.

También se buscan con afán los dientes para hacer con ellos objetos caprichosos y raros que alcanzan, por lo tanto, buenos precios, pagándose á diez chelines y más la libra.

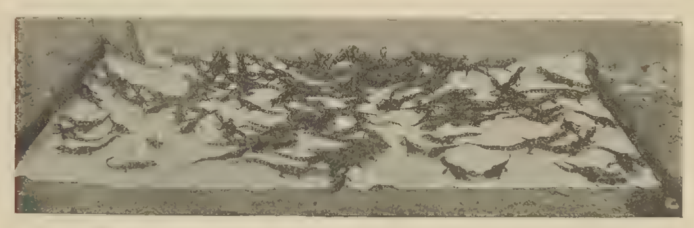
Unicamente los caimanes de cierta edad y tamaño tienen valor para el cazador comercial, y si se tiene en cuenta que uno de dos pies de largo cuenta por lo menos quince años de edad y uno de doce ha de tener de 75 á 150, se comprenderá que si continúa la matanza en las actuales proporciones, el atrapar un animal cuya piel merezca la pena de exponerse á los peligros de cazarlo será muy raro y que la piel valdrá su peso en oro.

Convencido de ello, Mr. H. I. Campbell, cazador de caimanes muy conocido, determinó criarlos por medios artificiales y siguiendo métodos científicos; hace unos tres años fundó un criadero para la propagación de los caimanes con un objetivo puramente comercial, y sin disputa es esta la más rara industria que en el mundo existe. El sitio elegido es sumamente adecuado para el caso. Está en Arkansas, cuyas condiciones naturales y climatológicas son muy favorables para criar con éxito esos saurios. El buen resultado que desde el principio tuvo su empresa le ha permitido extender su negocio, y hoy su criadero ocupa una gran extensión de terreno donde siempre tiene de 500 á 800 caimanes disponibles. Como el resultado ha sido tan beneficioso, es de creer que antes de mucho la cría artificial de caimanes tome grandes proporciones y llegue á constituir una industria importante.

El criadero está situado á orillas de un pequeño riachuelo que baja de las montañas y que en su curso va formando cierto número de pequeños lagos y charcas, constituyendo así un local inmejorable para aquel objeto. Allí se ven en abundancia caimanes de todos tamaños, desde los monstruos de doce y más pies de largo, hasta los que acaban de salir del huevo, poco mayores que una lagartija.

Mr. Campbell ha pasado toda su vida cazando esos reptiles, por lo tanto está sumamente familiarizado con ellos y conoce los lugares donde hacen los nidos y los medios más fáciles para capturarlos sin lastimarlos ni aminorar, por lo tanto, el valor de la presa. Así es que los cuida y dirige con la misma facilidad con que un pastor á su rebaño, conociendo cómo y de qué manera ha de tratarlos.

Los animales grandes que tiene en el criadero han sido cogidos en los pantanos y esteros de los Estados del Sur, bien por el mismo Mr. Campbell, bien por hábiles y experimentados cazadores que pueden venderle siempre á buen precio las presas que hacen. Para la mayoría de los cazadores, el caimán tiene más valor muerto que vivo por la piel y los dientes, pero los que están al servicio de Mr. Campbell saben que obtendrán más provecho llevándoselos vivos y sanos. Para poder hacer frente á los pedidos necesita que la existencia de caimanes grandes no disminuya, reemplazándolos constantemente. Así es que tanto él como sus dependientes hacen periódicamente excursiones á los sitios donde viven de ordinario esos animales, para atraparlos vivos y para recoger los huevos.



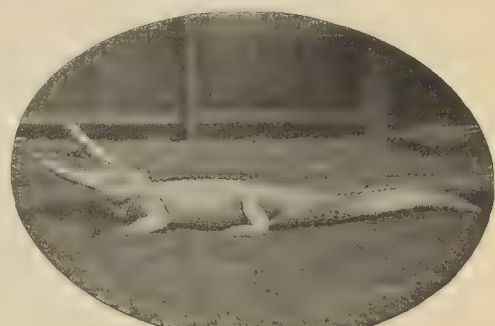
Caimanes recién sacados de la incubadora. Al nacer son casi del tamaño de una lagartija y de una viveza parecida á la de ésta

La serie de pequeños lagos formados por el riachuelo hace que sea posible el separar por tamaños á los saurios. Esto es más importante de lo que á primera vista parece, porque debido á la tendencia que tienen los grandes á comerse los pequeños, si así no se hiciera, pronto la existencia de ellos quedaría reducida á mínimas proporciones. Así, pues, los más pequeños se colocan en un lago, los que son un poco mayores en otro y así sucesivamente, según su tamaño y edad. En uno de ellos se ve un magnífico caimán que tiene unos quince pies de largo y unos doscientos años de edad. Estos animales viven mucho; algunos llegan hasta los quinientos años; así es que es muy probable que el «Viejo Pepe,» como le llaman, sobreviva á su actual dueño.

El profundo conocimiento que el propietario tiene de las peculiaridades de estos saurios le ha valido de mucho para poder llevar adelante su industria, hasta ahora sin competencia, sobre todo para criar á los pequeños, empleando para coadyuvar á su desarrollo medios artificiales fundados en sólidas bases científicas. Por ejemplo, en sus guaridas naturales este animal forma en el fango madrigueras y en ellas permanece durante el invierno. Pero esto no se lo permite Mr. Campbell á sus caimanes, porque, como dice jovialmente, «eso sería paralizar el negocio durante seis de los doce meses del año.»

Para contrarrestar esa costumbre ha hecho construir sobre una serie de charcas pequeñas y poco profundas cuarteles de invierno formados por unas construcciones largas y bajas divididas en cierto número de compartimientos. Atraviesan las charcas unos tubos por donde circula vapor, y de este modo el agua conserva durante todos los meses invernales una temperatura igual y templada. En esa agua tibia flotan dormidos los caimanes y pueden con facilidad cogerse siempre que sea necesario para satisfacer algún pedido. Durante ese período no comen nada, por muy apetitosos que sean los bocados que se les pongan ante el hocico, y puede echárseles mano con facilidad y sin riesgo.

La única época del año en que el caimán se muestra en extremo peligroso es durante el mes de julio. Entonces mugen como toros enfurecidos, oyéndose en el criadero una algarabía infernal; los machos se tornan excesivamente fieros, pelean ferozmente entre sí, hay que tener mucho cuidado para que no se hagan daño mutuamente y pierdan así parte de su valor. Al mes siguiente las hembras comienzan á hacer el nido, amontonando con las patas traseras toda clase de deshechos, juncos, palos, cañas y lodo. Sobre tan heterogéneo amasijo depositan de 30 á 60 huevos, que se parecen en su forma á los del pato común y que tienen dos pulgadas y media de largo. Sobre ellos extiende la madre otra capa de los mismos componentes, ocultándolos completamente, y permanece de centinela hasta que el calor del sol los empolla. Durante el período de incubación la hembra es sumamente feroz y ataca sin vacilar á todo el que se aproxime á su nido. No se sabe á punto fijo cuánto tiempo dura la incubación, pues sobre este particular hay mucha disparidad de opiniones, y hasta Mr. Campbell, á pesar de criar á estos animales científica y artificialmente, no puede afirmar nada con precisión. Al parecer en ello influyen mucho las condiciones climatológicas, pues si el tiempo está variable es mucho mayor ese período que cuando el sol brilla constantemente.



«El Viejo Pepe,» caimán de cinco metros de largo y de doscientos años de edad

Cosa bastante rara: la madre, que durante la incubación se muestra tan feroz, en cuanto se rompe el cascarón y sale el pequeñuelo da por terminada su

misión y abandona inmediatamente á su prole, dejando que se las componga como pueda, siéndole ya indiferente que alguien se les aproxime ó los coja.

Los recién nacidos son muy resistentes y no requieren que se tenga con ellos ningún cuidado especial, exceptuando el darles dé comer con regularidad los primeros días; al parecer, estos animales son inmunes á toda clase de enfermedades.

Para aumentar sus existencias y facilitar la reproducción, Mr. Campbell ha recurrido también á medios artificiales para empollar sus caimanes. La incubadora que con este objeto utiliza es del tipo de las que se emplean para los pollos, pero de muchas mayores dimensiones y con varias modificaciones en su construcción. En seguida que la hembra acaba de poner, se le roban los huevos y se colocan en la incubadora. Se depositan en grandes bandejas, 45 en cada una, y se les cubre con paja, que se humedece todos los días. La temperatura se mantiene á 80 grados Fahrenheit hasta que nace el caimancito. Los huevos que dejan de incubarse son en número muy insignificante, así es que las pérdidas por esta causa son infinitesimales, lo cual es una circunstancia muy favorable, pues los huevos valen á 25 chelines la docena.

Afortunadamente el caimán es un animal muy barato de mantener y sus órganos digestivos son tales, que no hay que ser muy escrupulosos en la preparación de sus alimentos. Este reptil apechuga con todo y una buena comida semanal basta para satisfacer sus necesidades. Esta se efectúa los domingos por la tarde y todos los habitantes de las cercanías acuden á ver tan extraño espectáculo. Como los compartimientos están separados por fuertes redes de alambre y los animales tienen un gran pedazo de terreno á la orilla del agua donde poder tomar el sol, se puede contemplar perfectamente el festín. El menú consiste, por lo general, en carne en malas condiciones, no aprovechable para el consumo público, que envían de las grandes carnicerías, acompañada de cuando en cuando de pollos, pichones y otras aves, que siempre se matan antes de echárselos. A los recién nacidos se les sos tiene los primeros días con carne de vaca picada.

Diversos son los motivos que originan la gran demanda de esos saurios. No tan sólo tienen gran precio las pieles y los dientes, sino que también se venden muchos de ellos vivos. Los más crecidos se destinan para jardines zoológicos y para colecciones ambulantes de animales raros, pero los que tienen mayor salida son los caimancitos más pequeños, que no excedan de seis pulgadas de largo, de los cuales se venden muchos centenares al año. Casi todos los compran damas elegantes para servirles de entretenimiento; su precio, por término medio, es el de cinco chelines. Pocas son las personas que visitan el criadero que no se lleven algún animalito, y como son muchos los visitantes, muchos son también los que se venden.



Mr. Campbell, el propietario del criadero, andando con los caimanes, á los que, según asegura, hipnotiza

Son muy raros algunos de los objetos á que se destinan los caimanes. En los parques y hoteles de verano los utilizan para entretenimiento de sus huéspedes ó como anuncios llamativos, sobre todo si pueden procurarse alguno de 6 á 8 pies de largo. Los de mediano tamaño, de 24 á 30 pulgadas, los buscan los dueños de cafés, que los colocan en los escaparates ó en los mostradores para diversión de sus parroquianos. Un gran número se venden para servir de anuncios á distintas casas de comercio, que desean llamar la atención del público sobre alguna especialidad de un modo original. Para esto, por lo general, se procura un reptil de los mayores y el anuncio se imprime indeleblemente y en grandes caracteres en su arrugada piel y luego le dejan andar en libertad por un recinto cerrado, donde pueden verle todos los que por allí pasen.

No hace mucho tiempo que el propietario de una gran industria compró cien caimanes de regular tamaño. Imprimióse el anuncio en el lomo de cada uno y se les colocó en los escaparates de las cien sucursales que tiene la casa en otras tantas localidades de California. Como era consiguiente, la vista de aquellos animales andando por los escaparates fué un verdadero imán, que atrajo grandes multitudes que se paraban para observar sus extraños movimientos. Cuando ya hubo pasado la novedad del espectáculo, fueron los saurios transportados á otro de los Estados de la América del Norte y así fueron recorriéndolos todos sucesivamente.

El cuidar esos pesados animales es sin duda alguna peligroso y distraído. Mr. Campbell anda entre ellos sin temor alguno, aunque siempre con mucho cuidado. Afirma que únicamente los domina por efecto del hipnotismo que con ellos emplea. Al parecer no les tiene miedo y dice que aun cuando sus dientes son ciertamente muy temibles, su arma más formidable es la cola; un golpe dado con ella por un caimán ya crecido, derriba á un hombre en tierra sin sentido. A pesar de que, en realidad, ha pasado su vida entre ellos y los ha estudiado muy de cerca, no oculta la repugnancia que le inspiran. «Son muy traidores, dice, y jamás puede uno fiarse de ellos.» Por esa razón siempre anda con ojo avizor, en espera de algún movimiento sospechoso de las formidables mandíbulas ó de la temible cola. «Puede usted pasar junto á un caimán, al parecer dormido, suele decir, noventa y nueve veces sin que dé la menor señal de que le ha visto; pero á la centésima, sobre todo si va usted descuidado, le tirará un bocado. ¿Qué sucedería si llegara á hacer presa? Pues bien, la cosa no podría tomarse á broma, porque el caimán nunca suelta lo que muerde. En su comparación es poca la tenacidad del bulldog ó de la tortuga. No hay nada que pueda compararse á la de un caimán.»

Mr. Campbell ha logrado enseñar á cuatro de los mayores, de unos 8 pies de largo cada uno, á dejarse deslizar por un plano inclinado de unos 18 pies de altura. Los pesados animales suben torpemente hasta la parte superior por otro plano inclinado, que á intervalos tiene unos travesaños de madera á fin de que puedan afirmar en ellos las patas. Cuando han llegado á la cúspide aguardan la voz de mando para descender, y al darla juntan las patas y con mucha gravedad se dejan caer hasta el agua, recorriendo unos treinta pies. Mr. Campbell es el primero que ha logrado educar á los caimanes, cuya inteligencia es tan poca que casi pudiera decirse que no la tienen.

Federico A. Talbot.



Labores campestres, cuadro de Eugenio Prati. (Exposición de Bellas Artes de Milán.)

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XXV — Barcelona 27 de agosto de 1906 — Núm. 1.287



EL EMINENTE ESCULTOR AGUSTÍN QUEROL,

premiado con la Medalla de Honor en la Exposición Nacional de Bellas Artes de 1906

ADVERTENCIA

Con el próximo número repartiremos á los señores subscriptores de la BIBLIOTECA UNIVERSAL el tomo tercero de la serie del presente año, que será el precioso libro

CUENTOS DE UNA REINA

escritos por Carmen Sylva, reina de Rumania, cuya fama literaria es universal.

La traducción española, debida al conocido y reputado escritor D. Pelayo Vizuete, ha sido hecha de la última edición alemana.

Nuestra edición de tan interesante obra, especialmente autorizada por la egregia autora, va ilustrada con un retrato de Carmen Sylva y con numerosos grabados intercalados en el texto, de los artistas alemanes Elías, Fidus y Kado.



LA VIDA CONTEMPORÁNEA

No sé si será cierto que atravesamos una época angustiosa, que en algunas comarcas españolas la gente se muere de hambre, y que la situación económica de la inmensa mayoría de nuestros compatriotas antes es apurada que desahogada. Me inclino á creerlo, y sin embargo, veo con cuánto rumbo y gallardía se gasta el dinero en las fiestas en que arde España y de las cuales tengo presente una brillante muestra en las de la Coruña.

* * *

¿Verdad que no se lee otra cosa en los periódicos? No hay ciudad, villa ni lugar que no quiera la alternativa en este capítulo de festejos. Y es curioso observar cómo al tratarse de la preparación y arreglo de unas fiestas, la pereza clásica de la raza desaparece, y se desarrolla una actividad vertiginosa, sólo comparable á la esplendidez con el mismo fin desplegada.

Vierais en tales días correr de un lado para otro á los obreros y obreras, agitados, anhelantes, serios como el que tiene un alta misión que cumplir. Vierais á las personas más graves salirse de sus casillas, y como una botella de espumoso líquido, hacer saltar el tapón, ese cierre de formalidad algo tediosa en que se enclaustra la vida provinciana durante el invierno. Vierais á todo el mundo pendiente del goce anunciado, del espectáculo que se aguarda, de la emoción placentera prevista y seguramente acrecentada por la fantasía. Vierais, claramente—si teníais el candor de dudarlo—cómo la orientación de la vida moderna es hacia el placer, y cómo este afán de goces no es privativo de las clases pudientes y acomodadas, sino que se extiende á las más humildes, desde el sirviente que abandona una buena casa para encontrarse libre mientras duren «las fiestas,» hasta el golfillo de cara escuálida y harapienta vestidura, que os pide con inmenso afán, no comida ni ropa, sino una «contraseña,» la entrada que no os sirve, el derecho á rebañar una sobra de diversión ó una migaja de espectáculo. ¡Con qué ímpetu se arroja ese desharrapado sobre las serpentinas, las flores marchitas, los pedazos de oropel, todo lo que tira y desprecia en el polvo del arroyo el placer de los ricos! ¡Cómo se disputan los residuos del goce ajeno! A puñadas, á coces, á empellones, bajo la férula de los guardias, que unas veces les dejan campar por sus respetos y otras les hartan de puntapiés, esos míseros chicuelos van á la rebatiña de un jirón de papel color rosa ó azul... Del cieno recogen su manchada y arrugada ilusión, y yo les he visto guardarla en el pecho, gritar de júbilo al adueñarse de ella... Por un momento se creen á la altura de los que lanzaron la serpentina entera; y esto les satisface más que si se considerasen á la altura de los que almuerzan y comen, todos los días, un alimento sano.

* * *

Un fenómeno también singular es el que, mientras los festejos duran (y estos de mi pueblo natal se prolongan veinte días, casi un mes), no se registran esos crímenes de brutalidad y borrachera, que convierten las afueras de una población culta y hermosa en los aledaños de un aduar africano. Y dentro de la población, á pesar de la enorme afluencia de gentío, tampoco ha ocurrido el menor desorden, el más ligero disgusto; por lo cual yo me doy á pensar que esto de las fiestas y diversiones debe de ejercer un efecto sedante, dulcificador del carácter y resolutivo de la bilis; en suma, altamente benéfico.

Otra observación realizo, y es igualmente consoladora y grata. Los festejos van hacia la cultura: ya se hace algo más que correr toros. Hasta diría yo que van hacia la cultura principalmente, si tomamos como nota de cultura el desarrollo de ciertos *sports*, que pueden contribuir á robustecer y mejorar la raza. Aquí hemos tenido, en esta temporada, regatas, ejercicios gimnásticos, concursos hípicos, concursos de baile y canto, cucañas (*sport* popular y muy divertido), en fin, una contribución copiosa á la idea de que el cuerpo humano es el santuario del alma, y conviene edificarlo con toda la solidez y vigor de las fábricas bien sustentadas y de firmes cimientos.

Volvemos, pues, insensiblemente hacia el pugilato y los juegos olímpicos. Cuando salen á plaza los que llamó Teófilo Gautier «ventrudos burgueses» y se muestran deseosos de demostrar que en vez de vientre tienen músculos; cuando levantan una pesa de á doscientas libras, empujan la pelota enorme con hombros y puños, vuelan por los aires ayudados de la pértiga, ó jalan de la maroma estribando fuertemente en el suelo á fin de no ser arrastrados y arrastrar ellos á sus contendientes, se me figura que la burguesía compensa algo, con estos ardorosos y saludables ejercicios atléticos, la tumefacción y el recargo de la vida sedentaria, en escritorios y casinos—vida degeneradora si las hay.—Confieso mi gran simpatía por esta clase de ocupaciones, que crean la fuerza física.

* * *

El abuso que hoy se hace del revólver y de la navaja, ha restado importancia á la fuerza... Ya hasta los aldeanos del Noroeste, que solían resolverlo todo con los puños, lo resuelven ahora á tiros y á *viajes* de faca andaluza. Así es que los *boxeadores* ingleses me parecen unos cumplidos caballeros, con sus enormes guantes de piel y sus *jerseys* adheridos al nada recio torso...

¿A cuáles *boxeadores* me refiero? A dos que acabo de ver combatir en la plaza de la Coruña, y que, según noticias, son auténticos; vienen del mismo Londres, donde figuran con números altos en el campeonato, y cobran sendos miles de pesetas por darse unos cuantos sopapos encima de un tablado, á presencia del concurso.

Mi primer sorpresa fué que estos boxeadores sean delgaditos, no muy altos y tan poco hercúleos. Mi segunda sorpresa, que después del combate se quedasen frescos y tranquilos, sin un ojo *au beurre noir* ni una costilla en puré... Dijérase que las guantadas que se aplicaron eran de la misma índole que las de los *clowns* en la pista. Hay quien cree que durante la travesía y el viaje de la capital de Albión á esta tierra de Finisterre, que linda con Inglaterra «mar en medio,» los dos artistas de la morrada celebraron un pacto misterioso, basado en que no nos merecemos los de por acá ni equimosis ni larga efusión de sangre. Y á la verdad, ningún interés teníamos—yo por lo menos—en que se hiciesen pupa los dos hijos de la Gran Bretaña. Todos dicen que el boxeo es brutal, por lo cruento y feroz de los golpes dados y recibidos. Un boxeo incruento, suave y lleno de consideraciones y delicadezas amistosas, es preferible.

* * *

Todo el mundo, conocidos y desconocidos, lamenta la muerte tan temprana é inesperada del joven aeronauta Jesús Fernández Duro. Se le siente como si fuese un amigo, aunque no lo haya sido, y como si al irse de entre los vivientes á la hermosa edad de veintiocho años, defraudase esperanzas y malograse proyectos, no suyos, sino de cuantos fueron sus contemporáneos.

¿Sería aquí donde se resolviese la cuestión de la dirección de los globos; donde un aeroplano en condiciones de *réussite* contribuyese á ensanchar el campo de la experimentación científica? Viviendo Fernández Duro, podíamos esperarlo... Aquí, lo bueno y lo malo se espera ó se teme, no de la colectividad, sino del individuo. Las escasas iniciativas de la masa están compensadas por las energías individuales, poderosas en la Península ibérica. Todo el movimiento de aerostación en España fué obra de Fernández Duro: el *Real Aero-Club* le debe la existencia: con su fallecimiento, el *sport* aéreo recibe un golpe del cual tal vez no se rehaga en muchos años. Cuando en España cunde una idea, estad seguros de que tiene detrás, no una muchedumbre, sino un individuo. Debíamos ser, los españoles, la raza más admiradora, más fanática de los grandes hombres que existiese en toda Europa; y esto no significa que yo otorgue á Fernández Duro el dictado de grande hombre, como no convendría otorgárselo á aquellos conquistadores del Perú y de Chile, fuertes ejemplares de la raza hispánica, sin embargo, individuos-tipos, en toda la extensión de la palabra. Y el arriesgado surcador del aire, el navegante del infinito, ha muerto, no precipitado como Icaro al derretirse sus alas de cera, gasa ó tafetán sutil, sino postrado por una infección de la tierra, que acaso movido por presentimiento obscuro tenía tal deseo de abandonar, buscando la pureza de las alturas... Muere Fernández Duro de tifoideas...

Aún parece que fué ayer mismo cuando intervino en la fiesta del parque del Gasómetro, en Madrid, almirante de aquella escuadrilla de globitos primorosos, que se elevaron con gracia y alegría festejando la boda de los reyes. Y no estará ni mediado el *wedding cake*, el pastel nupcial que se conserva años en los hogares ingleses, dando á su conservación cierta importancia misteriosa y simbólica, cuando duerme bajo tierra el joven y valeroso aeronauta. Triste, infecundo pensamiento el de la muerte en la juventud, mejor es alejarlo, ó pensar que la infección puede haber salvado á Fernández Duro de un fin más cruel, de una caída trágica—siempre bella.

* * *

Hablaría del naufragio del *Sirio*..., pero estas grandes calamidades materiales pierden la actualidad á los pocos días de acaecidas; y en el presente año de 1906 han menudeado tanto, que casi no impresionan. El espectáculo de la lucha feroz por la vida y de las grandes abnegaciones que la desdeñan, es lo más interesante del siniestro. Hará un mes ó mes y medio publiqué en *El Imparcial* un cuento titulado *El fondo del alma*, cuyo asunto estaba tomado de la realidad. Salen de expedición por un río dos enamorados; la embarcación se hunde; el amador, verdaderamente apasionado, intenta salvar á la amada; pero ella, inconscientemente, paraliza los movimientos de él y le arrastra á lo hondo, y entonces él la rechaza y se salva solo, en un arranque del instinto de conservación. Mi amigo Saint-Aubin, en *El Heraldo*, se mostró sublevado por lo que él creía una tesis..., cuando, por desgracia, no es más que una observación, un dato de psicología experimental, que la catástrofe del transatlántico italiano ha venido á corroborar cumplidamente.

Sólo las madres murieron agarradas á sus niños, alzándolos, como banderas, sobre las olas.

EMILIA PARDO BAZÁN.



Fragmento del panteón de D. Antonio Cánovas del Castillo, recientemente erigido en la Basílica de Atocha,
obra del laureado escultor Agustín Querol

AGUSTÍN QUEROL

Si digno de atención y estudio es el progreso realizado por los pintores catalanes desde mediados de la pasada centuria, mayor interés ofrece el desenvolvimiento que ha logrado la escultura. Los artistas del cincel, desprovistos casi de antecedentes, sin maestros ni guías, careciendo de modelos y sin más precedentes que escasas y limitadas creaciones, por fortuna conservadas, han podido determinar con sus obras el glorioso período del renacimiento de la escultura, tan completo, tan genial y tan vario, que no titubeamos en afirmar que de nuestro país ha salido ese núcleo de inteligentes é inspirados cultivadores de esta especial é importantísima rama de las Bellas Artes.

De esa pléyade de artistas meritísimos, á quienes debe nuestra patria el renacimiento de la escultura, formó parte Agustín Querol, cuyo nombre debe figurar entre el de aquellos que más señalados servicios han prestado al arte de nuestro país y al que ha rendido siempre ferviente culto.

Debido quizás al elevado concepto que el arte le merece, ha buscado las fuentes de inspiración en las obras capitales que señalan períodos gloriosos en ese gran arte, tan característico de la escultura. La personalidad de Querol, su vida artística, la narración de sus primeros triunfos, los tanteos de sus juveniles años y cuanto puede recordar el modo y forma en que se han desarrollado sus excepcionales aptitudes, exigiría mayor espacio del que podemos disponer y permite las condiciones de esta Revista. De ahí que nos limitemos á consignar escasas noticias, con mayor motivo cuando en diversas ocasiones nos hemos ocupado de tan excelente escultor en estas páginas, y hoy nos impulsa únicamente el propósito de unir nuestro aplauso á los que se le han dedicado por la importancia y valía de su última producción y por la excepcional recompensa con que se le ha distinguido, otorgándole el Jurado de la Exposición Nacional de Bellas Artes de 1906 la medalla de honor.

Cual acontece con casi todos aquellos que se singularizan, debe Querol la merecida fama alcanzada al esfuerzo de su inteligencia y á sus propias energías. Con estos dos factores se ha ennoblecido, y cada uno de los señalados triunfos que á costa de su laboriosidad y perseverancia ha obtenido, significa un nuevo timbre de su blasón artístico, que dulcifica el recuerdo de los sinsabores y afanes que hubo de soportar en los comienzos de su carrera. No está todavía lejano el recuerdo de aquella estatua de *San Juan predicando en el desierto*, que presentada en público concurso valió á Querol el pensionado en Roma, y aún recordamos el hermoso relieve representando á *Tulia pasando por encima del cadáver de su padre*, que remitió desde la Ciudad Eterna como resultado de sus estudios, modelado ya con esa soltura y amplitud tan peculiar en nuestro amigo, cuya poderosa concepción corre parejas con sus aptitudes, así como su celebrado grupo *La tradición*, subordinado á otros cánones, en abierta rebelión con el seudo clasicismo, que á pesar de las empeñadas controversias á que dió lugar, se impuso y reportó á su autor la medalla de primera clase en la Exposición de Bellas Artes de 1887. El grupo *Sagunto*, el frontón de la Biblioteca y Museos Nacionales de Madrid, el grandioso coronamiento del edificio en donde se halla instalado el Ministerio de Agricultura y Bellas Artes, el sentido bajo relieve representando á *San Francisco curando á los leprosos*, la estatua titulada *El vencido de hoy*, así como los notables monumentos, á *Moyano*, emplazado en Madrid; el de *Méndez Núñez*, en Vigo; el de *Legazpi y Urdaneta*, en Manila; el dedicado á los heroicos *Bomberos* de la Habana; el de la viuda de *Epalza*, en Bilbao; el de los *Mártires* de Zaragoza; el de *Bolognesi*, en Lima, y un considerable número de bustos, estatuas y retratos, entre ellos los del rey Alfonso XIII, de la reina regente y de la malograda princesa de Asturias, que demuestran todos ellos el aliento y el temperamento del artista, su pasmosa labor y cuán justificados son los elogios que se le tributan, ya que alguna de sus obras embellece alguna de las ciudades más importantes del extranjero.

Resta ocuparnos de la última de sus producciones, de aquella que reviste caracteres verdaderamente excepcionales, destinada á perpetuar la memoria y conservar los mortales despojos de un hombre eminente que dirigió los destinos de nuestra patria durante varios períodos y cuya existencia fué violentamente cortada. Nos referimos al panteón erigido recientemente á D. Antonio Cánovas del Castillo en la Basílica de Atocha. Allí, en esa obra, verdaderamente notable, puede apreciarse en toda su extensión la valía del artista, su acierto en concebir ese conjunto que tan apropiadamente interpreta el doble objetivo del monumento y esa facilidad en modelar, exenta de amaneramientos, que no revela en sus menores detalles cansancio ó fatiga, antes al contrario, atestigua el potente esfuerzo, las energías que sin el menor decaimiento ha desarrollado el artista. Consta la obra á que nos referimos, y cuyo conjunto y granados fragmentos reproducimos en estas páginas, de dos partes esenciales: el sarcófago que contiene el cadáver de Cánovas del Castillo y el gran bajo relieve, limitado por dos pilares, que adosado al muro sirve de fondo y complemento del panteón. En el sepulcro propiamente dicho, destácase, en primer término, la estatua yacente de Cánovas del Castillo; y en las hornacinas que decoran el frente del sarcófago, las alegóricas estatuas de la Justica, la Prudencia, Templanza, Sabiduría, Fortaleza y Elocuencia, y encerradas en un escudo las palabras *Pro Patria*. Descollando en el testero la bella estatua, que simbolizando la *Patria*, ampara dolorida los restos del hombre público. Cuanto al bajo relieve, hemos de consignar que en él se desarrolla una sucesión de alegorías delicadamente sentidas y magistralmente representadas.

Por lo expuesto, compréndese la importancia de la obra realizada por nuestro amigo, sobria y severamente concebida, cual correspondía al artista y al objeto á que se destinaba, no titubeando en afirmar, que es una de las más hermosas creaciones de tan notable escultor.

Es indiscutible que el nombre de Agustín Querol representa y significa una personalidad artística de gran relieve, que á pesar de los merecimientos y al igual de lo que ha acontecido á otros artistas eminentes, no obtendrá los severos juicios de la crítica hasta la posteridad. ¡Triste privilegio, ciertamente, reservado sólo para algunos que logran singularizarse! Querol, por fortuna, vive y conserva sus energías y brilla su inteligencia, pudiendo esperar que ha de ofrecernos nuevas ocasiones en que aplaudirle y ensalzarle.

Y para que nuestros lectores puedan completar el juicio que hayan podido formar, próximamente reproduciremos otras varias obras, tan dignas de ser celebradas como las que hemos mencionado. Interin, ofrecémosle nuestros plácemes por la labor realizada y por la altísima distinción obtenida en el último certámen artístico en que ha tomado parte.

A. GARCÍA LLANSÓ.



PANTEÓN DE D. ANTONIO CÁNOVAS DEL CASTILLO,

recientemente erigido en la Basílica de Atocha, obra del laureado escultor Agustín Querol



BAJO RELIEVE DEL PANTEÓN DE D. ANTONIO CÁNOVAS DEL CASTILLO,
recientemente erigido en la Basílica de Atocha, obra del laureado escultor Agustín Querol

Entrevista del rey Eduardo VII de Inglaterra con el emperador Guillermo II de Alemania

Mucho ha dado que hablar la visita que Eduardo VII ha hecho recientemente á su sobrino Guillermo II. El monarca inglés había atravesado el verano último dos veces Alemania, y á pesar de haber pasado muy cerca de la residencia del emperador, no había querido verle, pretextando la situación excepcional en que se hallaba Europa á consecuencia del extraño viaje de aquél á Tánger y ante la proximidad de la conferencia de Algeciras. A esta actitud prudente y reservada de Eduardo VII contribuyó no poco el tratado anglo-francés, entonces recientemente firmado, pues no parecía lógica, á raíz de la *entente cordiale*, la visita del rey de Inglaterra al soberano de la nación contra la cual se sienten aún agraviados los franceses.

El tiempo transcurrido desde entonces y la normalización de la política europea después de la conferencia de Algeciras, han hecho desaparecer aquellos inconvenientes, y la entrevista entre Eduardo VII y Guillermo se efectuó el día 15 de los corrientes en el castillo de Friedrichshof. El rey Eduardo llegó por la mañana á la estación de Kronberg, en donde fué recibido por el emperador, y después de almorzar y de visitar el monumento del emperador Federico, la iglesia evangélica y el Saalburg, antigua ciudadela romana recientemente reconstruída, se dirigieron al expresado castillo, en donde celebraron una larga entrevista.

A la mañana siguiente Eduardo VII tomó en Kronberg el tren que le condujo á Marienbad.

Como es natural, nada se sabe positivamente de lo que en su entrevista trataron ambos soberanos; pero la impresión dominante es que en ella se han discutido importantes problemas políticos dentro de un espíritu que no puede menos de fortalecer la paz europea.



Visita del rey de Inglaterra al emperador de Alemania. – Llegada de Eduardo VII á Kronberg, en donde le recibió Guillermo II. (De fotografía de Hutin, Trampus y C.ª)

EL REY DE ESPAÑA EN EL CAMPAMENTO DE BULFORD

Durante su estancia en Cowes, los reyes D. Alfonso XIII y D.ª Victoria visitaron el campamento de Bulford. En la mañana del día 11 de este mes, embarcados en el yate *Sheila*, propiedad de la princesa Beatriz, madre de la reina, y acompañados de ésta y de dos de sus hijos, se dirigieron á Southampton y de allí á Salisbury y al citado campamento, en donde el soberano español revistó el 16.° regimiento de lanceros, del que es coronel honorario

En Bulford fueron recibidos por el general Hamilton, con quien conversó largamente D. Alfonso. Después de la revista, alineáronse las tropas y el rey pronunció un discurso expresando la satisfacción que le producía ver su brillante regimiento, del cual se siente orgulloso.

Los soldados contestaron con entusiastas hurras.

Nuestros reyes almorzaron con los oficiales del regimiento y regresaron á Cowes, después de haber visitado al duque de Pembrocke en su residencia de Milne Park, en donde fueron obsequiados con un te.



Los reyes de España en Inglaterra. – S. M. el rey D. Alfonso XIII revistando en el campamento de Bulford el 16.° regimiento de lanceros, del cual es coronel honorario. (De fotografía)

LA ESCUELA NORMAL MILITAR DE JOINVILLE

Hace pocos días celebróse en la Escuela normal militar instalada en Joinville le-Pont, en las inmediaciones de París, la fiesta anual que es presenciada siempre por un público numeroso y distinguido, y en la cual se admiran los ejercicios de gimnasia y de esgrima, que constituyen las materias de enseñanza de aquella interesante institución.

El objeto de la escuela es, en efecto, hacer de los oficiales, sargentos y soldados que le envían los diversos regimientos instructores aptos para propagar, una vez reincorporados en sus regimientos respectivos, las enseñanzas en ella recibidas. Esas enseñanzas se refieren únicamente á la educación física y comprenden todo cuanto se relaciona con los deportes y con el atletismo: gimnasia, boxeo, esgrima, lucha, lanzamiento de discos, *football, rallye papers,* natación y hasta danza.

La gimnasia que se enseña en Joinville es la moderna, la sueca, que ha substituído á la puramente acrobática y que se basa en el estudio anatómico del cuerpo humano. Esa gimnasia científica exige, sobre todo en las lecciones más difíciles, ejercicios muy duros; pero no ofrecen peligro alguno para los órganos internos, pues el cuerpo ha sido paulatinamente preparado para esos esfuerzos razonados.

Al mismo tiempo que la gimnasia se cultiva con gran atención la esgrima de espada y florete especialmente.

En la fiesta á que hemos hecho referencia los alumnos de la escuela practicaron de un modo admirable ejercicios de gimnasia científica, sin más aparato que el *bomme* sueco; ejercicios en la barra alemana, asaltos de boxeo, de esgrima de bastón y de lucha francesa, carreras de obstáculos y finalmente el escalo de un muro vertical de ocho metros de altura, que efectuaron con una ligereza y una rapidez asombrosas.

Puso término á tan agradable fiesta una danza lenta, rítmica, elegante, ejecutada por los profesores y alumnos de la escuela con gracia y corrección intachables.

A la fiesta asistieron con carácter oficial el capitán Mayer, en representación del ministro de la Guerra, el general ruso Sino y el comandante Lefebure, director de la Escuela militar de gimnasia de Bélgica, y además oficiales de todas las armas, conocidos *sportsmen,* elegantes damas y una gran multitud.

La Escuela de Joinville, dirigida en la actualidad por el comandante Coste, ha llegado á su apogeo. Hace poco, obtuvo el primer premio en la prueba militar organizada por la Unión de las sociedades francesas de deportes atléticos; y en el mismo concurso, uno de sus sargentos, Steiner, admirable atleta y corredor de primer orden, ganó el campeonato individual militar, y otro sargento, Cadot, fué clasificado el primero en el lanzamiento de pesos.

Un importante periódico parisiense al dar cuenta de la fiesta, termina su reseña con el siguiente párrafo: «Ayer toda la escuela, esa gloria del ejército francés, ha conseguido un nuevo triunfo. Si, su fiesta ha sido una verdadera apoteosis que han aplaudido las notabilidades deportivas más calificadas: la Escuela normal militar de Joinville-le Pont se nos ofrece más admirable que nunca.»—R.







Escuela normal militar de gimnasia y esgrima de Joinville.—Ejercicio de la cuerda.—Ejercicio de flexibilidad.—Escalo de un muro

(De fotografías de M. Rol y C.ª)



LA PATRIA, ESTATUA ALEGÓRICA DEL PANTEÓN DE D. ANTONIO CÁNOVAS DEL CASTILLO,
recientemente erigido en la Basílica de Atocha, obra del laureado escultor Agustín Querol



LA HISTORIA, ESTATUA ALEGÓRICA DEL PANTEÓN DE D. ANTONIO CÁNOVAS DEL CASTILLO,
recientemente erigido en la Basílica de Atocha, obra del laureado escultor Agustín Querol

EL NAUFRAGIO DEL VAPOR «SIRIO»

En el número 1.285 dimos cuenta del naufragio de ese vapor, embarrancado en los bajos de las Hormigas. Los pormenores que con posterioridad se han hecho públicos han confirmado las primeras impresiones que entonces relatamos: nadie se explica satisfactoriamente la causa del horroroso accidente ni que, á pesar de la prontitud con que se acudió en socorro de los náufragos, haya llegado á cerca de 300 el número de las víctimas de la catástrofe.

El sitio en que se perdió el *Sirio* es un grupo de islotes bajos, especie de continuación submarina del cabo de Palos (Murcia), al que está muy próximo. La circunstancia de llevar el buque una velocidad de 16 millas hizo que el choque fuese terrible, cayendo al suelo todos los pasajeros y tripulantes, que, una vez repuestos de la primera impresión, se lanzaron al mar ó se agarraron fuertemente á los palos, barandillas, cuerdas y cuantos objetos podían ofrecerles algún apoyo. El pánico que de todos se apoderó en aquellos momentos, la falta de serenidad ó energía de quienes venían obligados á dirigir los trabajos de salvamento en la forma en que en tales casos se efectúan, y acaso el mismo afán de los náufragos por refugiarse cuanto antes en las embarcaciones que acudieron en su auxilio, fueron probablemente las principales causas de que el siniestro alcanzara tan aterradoras proporciones.

Describir los episodios trágicos que después del naufragio se desarrollaron es tarea punto menos que imposible; hubo, como en todos los casos análogos, actos de abnegación sublime, junto á otros de verdadero salvajismo en que la bestia humana y el ansia de vivir se sobrepusieron á todo sentimiento altruista; hubo también actos de heroísmo entre los que desde el primer instante socorrieron á los náufragos, gracias á los cuales pudieron centenares de éstos ser salvados de una muerte cierta.

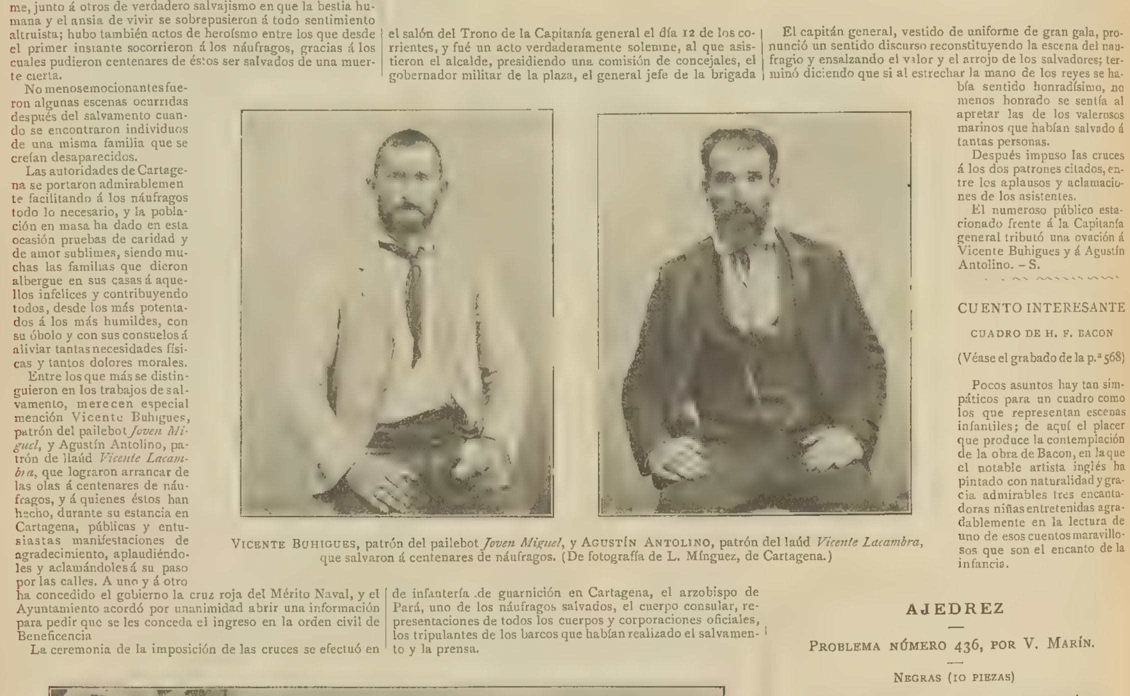


Posición en que quedó el «Sirio» después del naufragio. (De fotografía de L. Mínguez, de Cartagena.)

No menos emocionantes fueron algunas escenas ocurridas después del salvamento cuando se encontraron individuos de una misma familia que se creían desaparecidos.

Las autoridades de Cartagena se portaron admirablemente facilitando á los náufragos todo lo necesario, y la población en masa ha dado en esta ocasión pruebas de caridad y de amor sublimes, siendo muchas las familias que dieron albergue en sus casas á aquellos infelices y contribuyendo todos, desde los más potentados á los más humildes, con su óbolo y con sus consuelos á aliviar tantas necesidades físicas y tantos dolores morales.

Entre los que más se distinguieron en los trabajos de salvamento, merecen especial mención Vicente Buhigues, patrón del pailebot *Joven Miguel*, y Agustín Antolino, patrón de llaúd *Vicente Lacambra*, que lograron arrancar de las olas á centenares de náufragos, y á quienes éstos han hecho, durante su estancia en Cartagena, públicas y entusiastas manifestaciones de agradecimiento, aplaudiéndoles y aclamándoles á su paso por las calles. A uno y á otro ha concedido el gobierno la cruz roja del Mérito Naval, y el Ayuntamiento acordó por unanimidad abrir una información para pedir que se les conceda el ingreso en la orden civil de Beneficencia



Vicente Buhigues, patrón del pailebot *Joven Miguel*, y Agustín Antolino, patrón del laúd *Vicente Lacambra*, que salvaron á centenares de náufragos. (De fotografía de L. Mínguez, de Cartagena.)

La ceremonia de la imposición de las cruces se efectuó en el salón del Trono de la Capitanía general el día 12 de los corrientes, y fué un acto verdaderamente solemne, al que asistieron el alcalde, presidiendo una comisión de concejales, el gobernador militar de la plaza, el general jefe de la brigada de infantería de guarnición en Cartagena, el arzobispo de Pará, uno de los náufragos salvados, el cuerpo consular, representaciones de todos los cuerpos y corporaciones oficiales, los tripulantes de los barcos que habían realizado el salvamento y la prensa.

El capitán general, vestido de uniforme de gran gala, pronunció un sentido discurso reconstituyendo la escena del naufragio y ensalzando el valor y el arrojo de los salvadores; terminó diciendo que si al estrechar la mano de los reyes se había sentido honradísimo, no menos honrado se sentía al apretar las de los valerosos marinos que habían salvado á tantas personas.

Después impuso las cruces á los dos patrones citados, entre los aplausos y aclamaciones de los asistentes.

El numeroso público estacionado frente á la Capitanía general tributó una ovación á Vicente Buhigues y á Agustín Antolino. – S.





Grupo de los primeros náufragos del «Sirio» que llegaron á Cartagena
(De fotografía de L. Mínguez, de Cartagena.)

CUENTO INTERESANTE

CUADRO DE H. F. BACON

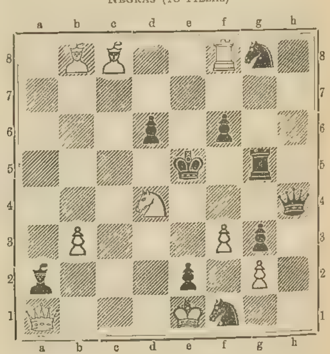
(Véase el grabado de la p.ª 568)

Pocos asuntos hay tan simpáticos para un cuadro como los que representan escenas infantiles; de aquí el placer que produce la contemplación de la obra de Bacon, en la que el notable artista inglés ha pintado con naturalidad y gracia admirables tres encantadoras niñas entretenidas agradablemente en la lectura de uno de esos cuentos maravillosos que son el encanto de la infancia.

AJEDREZ

Problema número 436, por V. Marín.

Negras (10 piezas)



Blancas (9 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

Solución al problema núm. 435, por V. Marín.

Blancas.	Negras.
1. D b 3 – h 6	1. Cualquiera.
2. C ó D mate.	

LA FUERZA DEL PASADO

NOVELA ORIGINAL DE DANIEL LESUEUR.—ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

I

Aquella suave tarde de febrero empezaba á obscurecerse. Las sombras se amontonaban, llenas de misterio y de olores húmedos, por las profundas calles de la gran selva de Othe, en la Champaña. Las nubes se arrastraban, pesadas y lentas, casi al ras de los más altos árboles, sin amenaza inmediata de lluvia.

Un momento antes, hubiéranse oído los ecos de las trompas, pues los Valtín estaban cazando aquel día; pero los rumores de los cobres, estridentes de cerca, se apagaban pronto, débil ruido, en seguida tragado por el enorme silencio de los bosques.

En la plazoleta de la Croix-Marie, cortada por el empedrado de Villeneuve, la larga perspectiva del camino desierto, ondulando en el horizonte de una parte á otra entre inmóviles negruras, medía una pequeña parte de aquellos espacios, en los que se respiraba la agreste paz de la naturaleza.

En una eminencia cubierta de hierba, estaba sentada una vieja, alguna abuela, sin duda, de una familia rural, que se había sentado para descansar, después de haber buscado leña, según se veía por el haz que tenía al lado.

Apagado por la tierra blanda, alfombrada de hojas podridas, oyóse un ligero galope por la vereda próxima. De repente, las herraduras golpearon las piedras y después se pararon. La amazona, detenida bruscamente, estaba examinando los alrededores.

La vieja miró, indiferente á aquella gracia y á aquella juventud como hacía un momento á la tristeza mágica de la selva, cosas familiares á sus ojos y lejanas para su alma. Aquello no le interesaba.



... allí, en la orilla del camino..., aquellas dos formas de horror y de dolor, de la que partían sollozos...

La joven que acababa de detenerse esperando á sus compañeros, era encantadora y montaba con gracia. Una chaquetilla negra indicaba las finas líneas de su busto, y bajo el ala del honguito de fieltro, su blanca y delicada cara, sus hermosos ojos negros coronados de perfiladas cejas, y su estrecha nuca, cargada de un pesado nudo de cabello obscuro, ofrecían una rara seducción por su expresión, su elegancia y su penetrante suavidad.

Otras pisadas de caballos golpearon el elástico suelo, y apareció un jinete con levitín y *leggings*. Después llegó una joven vestida con casaca roja y el clásico *lampion* sobre el cabello rubio. Una linda criatura también, pero de un tipo ficticio, atrevido y sensual, muy diferente de la primera.

—Estamos completamente perdidos..., completamente, dijo con mal humor.

—Pues no soy yo quien puede sacar á usted á buen camino, suspiró el jinete.

—Por supuesto, Sr. Le Bray; ni tampoco Cristina de Feuilleres, puesto que ni ella ni usted han cazado nunca á caballo ni conocen el bosque de Othe. Por otra parte, cuando digo «perdidos» no quiero decir que ignoro mi camino. ¿Pero cómo encontrar la cacería? No comprendo á mi marido; Andrés es absurdo. Debía enviarnos los picadores á la plazoleta de la Faneuse.

Estaba extraordinariamente ofendida la hermosa señora de Valtín, como se la llamaba en su sociedad de alto lujo y de alta industria. Su marido, Andrés Valtín, el riquísimo fabricante de automóviles—eran los «Valtín» los más veloces del mundo,—pasaba por un excelente director de cacerías en aquel bosque de Othe, cuya caza tenía arrendada. Su esposa, Francisca, se jactaba sobre todo de resucitar las verdaderas tradiciones de la montería y sus pretensiones en este arte eran extremadas. Y había algo de humillante, para una persona tan versada en los términos y en los usos, en no haber podido comprender la táctica del ataque ni el lenguaje de las trompas para mantener á sus invitados en buen camino.

En esto la señorita de Feuilleres notó la presencia de la vieja, tan grisácea é inmóvil en el anochecer, que apenas se la distinguía de las vegetaciones muertas. La amazona hizo dar un paso á su caballo.

—Dispense usted, señora... ¿Está usted aquí hace mucho tiempo? ¿Ha visto usted pasar la cacería?

—¡Qué idea, murmuró la de Valtín, llamar «señora» á semejante ser!

—¿Cómo la llamaría usted?, preguntó Le Bray.

—No sé... Buena mujer, ó nada, dijo Francisca con una mueca de desdén.

Cristiana de Feuilleres, que había oído la observación, dirigió involuntariamente una mirada al jinete, y ambos conocieron una vez más cuán bien se comprendían. Pero mientras las obscuras pupilas de la joven se inundaban de dulce piedad, las del jinete chispearon de ironía.

—Nosotros, señorita, no tenemos el botón de la cuadrilla, no somos dignos.

—¡Qué gracioso!, dijo la hermosa Francisca con una sonrisa ambigua y ese movimiento de ojos con que estimulaba á sus adoradores.

Es de observar que, para ella, todo hombre pertenecía á esta categoría, y le gustaba comprender en ella al interesante joven Antonio Le Bray, conocimiento muy reciente, y sin embargo, ya casi de su intimidad. Presentado por los Sebourg, hermana y cuñado de Cristiana, como un amigo ante todo y también como un arquitecto de gran porvenir, estaba instalado en Otheval, el admirable castillo histórico de los Valtín, para dirigir en él ciertas reparaciones difíciles. Nada más natural que una encantadora dueña de casa y un huésped de veintinueve años, artista, ingenioso y de ese tipo meridional fino, moreno y erguido, que recuerda la invasión sarracena, entrasen rápidamente en mutuas coqueterías.

Ella, por otra parte, no pensaba en nada más que en coquetear, y mucho menos él, sobre todo en aquel momento en que la frase tontamente despreciativa respecto de la pobre, denunciaba para el corazón generoso del joven una naturaleza de mujer absolutamente desagradable.

La vieja no había contestado á la pregunta amable, y sin embargo, debió de oirla, pues levantó su cara color de arcilla y hendida de arrugas. Pero al ver que los tres jinetes se disponían, después de un corto coloquio, á volver á tomar el camino por donde habían venido, se le ocurrió de pronto decir algo.

—Puede que haya una desgracia, exclamó; he oído voces.

—Voces... ¿Dónde?

La vieja levantó la mano hacia un paseo que desembocaba también en la plazoleta. Su gesto, su aspecto, el silencio en que había caído después de sus alarmantes palabras, produjeron un ligero escalofrío á los cazadores. Aquella mujer parecía una bruja fatídica.

Pero ocurrió algo que los alarmó todavía más.

En la entrada del paseo designado de aquel modo, y por el que iban á meterse, apareció un caballo con silla de amazona. Y aquella silla estaba vacía. El animal llegaba á un trotecillo circunspecto. La posición de sus orejas, su paso y toda su inquieta fisonomía, decían más distintamente que la palabra humana de la campesina: «Ha ocurrido una desgracia.» Cuando vió á sus compañeros, se paró en seco. Después, levantó la cabeza y relinchó, mientras sus hermosos ojos asustados giraban en la órbita con un reflejo de fuego y de sangre.

Cristiana exclamó con acento desesperado:

—¡El caballo de Antonieta!..

Y se lanzó en la dirección de donde venía el caballo. Pero levantó el suyo con tal ímpetu, que enloqueció al otro, y sin la prontitud de Le Bray, que le agarró por las riendas que colgaban, el caballo libre hubiera sido para la amazona una peligrosa compañía en la vereda obstruída por las ramas.

—¡Dios mío!, exclamó la señora de Valtín con una voz que sonó á fingimiento. ¿Qué ha sucedido á esa pobre señora de Sebourg? Ayúdeme usted, Sr. Le Bray, creo que me voy á desmayar.

—¡Téngase usted firme, señora, y sujete á su caballo!, ordenó casi brutalmente el arquitecto.

El joven sintió que le exasperaba aquella mujer amanerada que complicaba la situación. Haciendo como que se desmayaba, dejaba de sujetar á su caballo, excitado por aquella escena y que amenazaba desbocarse queriendo seguir el galope de su compañero.

Antonio, cuya alma se iba detrás de la joven por aquella calle brumosa en el rojizo invierno de los bosques, por la que Cristiana corría á alguna emoción horrible, tuvo, sin embargo, que atender primero al embarazo inmediato. Se bajó del caballo, y después de haber preguntado en vano á aquella vieja rara si sabría sujetar un caballo, ató á un árbol por la falsa rienda aquel de que se había apoderado. Después se aseguró de que Francisca, á pesar de su modo de volver los ojos verdes bajo las cejas negras y de crispar la temblorosa mano sobre el hábil relleno de su casaca roja, seguía perfectamente dueña de sí misma y de su caballo, y montando el sólido irlandés que las cuadras Valtín le prestaban aquel día, echó á correr á toda rienda detrás de la señorita de Feuilleres.

Antonio no era un hombre de *sport*. La habilidad que demostraba dependía de sus cualidades naturales de energía, de agilidad y de presencia de espíritu, estimuladas por el apasionado interés que le inspiraba Cristiana. La poca equitación que recordaba era un resto de un viaje á Grecia realizado por cuenta del gobierno cuando era pensionista de la villa Médicis, en Roma. Como primer premio, había aprovechado la facilidad que se le ofrecía de pasar fuera de Italia una parte de los cuatro años privilegiados. Su gusto por los ejercicios físicos se había desarrollado en el curso de sus viajes. Y aunque no hubiese montado á caballo, no hubiera resistido aquella mañana al amable ofrecimiento de los de Valtín, que ponían á su disposición una de sus soberbias monturas para ir á una cacería en que tomaba parte la cuñada de su amigo Sebourg. Cristiana de Feuilleres, en el poco tiempo que la conocía, ocupaba su pensamiento un poco más de lo que él mismo juzgaba razonable.

En aquel momento, Antonio se dejaba llevar por su caballo, el cual, una vez recibida la indicación, había salido en línea recta y al más fogoso galope. El valiente animal esperaba ver pronto las casacas rojas, cuyo solo aspecto le hubiera hecho precipitar su paso, ya tan rápido, y oir las tocatas, que él, con su segura memoria, distinguía tan infaliblemente como los mozos de jauría. El caballo sentía una confusa vergüenza al comprender que se había perdido la cacería y al echar de ver la ignorancia del jinete de ocasión instalado en su lomo. Pero como ese jinete no tenía en los tacones irritantes espuelas y le dejaba en libertad de boca y de cuello, le llevaba sin mal humor, á grandes y fáciles galopadas, saltando los obstáculos sin esperar que se le rogase y entregándose magníficamente á su vocación de velocidad.

No fué muy lejos. Por sí mismo, y á despecho de su ardor desenfrenado, se paró bruscamente, con las cuatro patas pegadas al suelo, las orejas tendidas y las narices palpitantes de espanto. El que le montaba hubiera intentado en vano obtener de él semejante prudencia. Pero el caballo, aun en plena velocidad de caza, tenía demasiada inteligencia y generosidad para pasar como una fuerza bruta é inerte delante de aquella escena angustiosa, allí, en la orilla del camino..., aquellas dos formas de horror y de dolor, de las que partían sollozos, gritos é interrogaciones conmovedoras.

Antonio, con el corazón contraído de angustia, se apeó del caballo y se acercó sin atreverse á preguntar:

—¿Está muerta?

Esta era, por otra parte, la pregunta que formulaba la voz doliente de Cristiana:

—¡Antonieta!.. ¡Antonieta mía!.. Háblame... Respóndeme... Dime que me oyes..., que vives todavía...

¡Cómo!.. Era la realidad, aquella escena inverosímil y desgarradora... Aquella joven inanimada, caída en el suelo, con la frente ensangrentada bajo sus cabellos rubios..., sola..., sola..., y á la que su propia hermana acababa de encontrar allí, por una fatalidad atroz, en una partida de placer en la que había veinte jinetes, sin contar los lacayos y los curiosos de los alrededores... ¿Cómo era posible? ¿Por qué aquel aislamiento increíble de la señora de Sebourg? El estupor paralizó un instante á Antonio. Después vino la reacción y el profundo enternecimiento por Cristiana.

—Señorita, se lo suplico á usted; cálmese; déjeme ayudarla... Vamos á ver..., no es más que un desmayo; la herida no parece tan grave...

—¡Oh! Sr. Le Bray, coja usted su caballo, corra usted, cójalo... ¿Qué vamos á hacer si se escapa? Estamos tan lejos... Vaya usted á buscar socorros... ¡Un médico, Dios mío!.. Y no hay nadie con nosotros que tenga una trompa para tocar llamada...

Cristiana cambió de posición y se arrodilló para apoyar en ella la cabeza de Antonieta.

La herida llevaba la casaca roja, porque tenía el «botón» de las cacerías Valtín, ese privilegio de gran elegancia de que hablaban hacía un momento Antonio y Cristiana.

Gerardo de Sebourg era miembro del consejo de administración de la sociedad de Automóviles Valtín, puesta en comandita á la muerte del fundador, hermano del director actual. Sebourg se ocupaba directamente del negocio, organizando la gran publicidad, encargándose de las relaciones con la prensa y dirigiendo las cuestiones litigiosas y de propaganda. Era vagamente literato, había estudiado Derecho y poseía grandes relaciones, pues pertenecía á la antigua aristocracia, que conserva todavía su prestigio, por él y por su mujer, hija mayor del conde de Feuilleres. Por todos estos motivos se imponía en las redacciones, que le gustaba frecuentar, y no menos en la sociedad de advenedizos á que pertenecía su jefe. Habiendo comprado una propiedad próxima al castillo de Otheval, aquella magnífica construcción del Renacimiento, que se llamaba corrientemente Otheval tín, sostenía en ella caballos de caza, lo que le permitía tomar parte en las cacerías. Allí era donde estaba hacía quince días su cuñada Cristiana, que no había nacido de la misma madre que Antonieta, sino de otra condesa de Feuilleres.

El placer de la caza á caballo, nuevo para la joven, tomaba hoy y para siempre una trágica significación en su recuerdo.

Antonio, entre tanto, había cogido maquinalmente las riendas de su caballo y vacilaba confuso. Era preciso, sin duda, ir á buscar socorros... ¿Pero cómo? No conocía ningún camino del bosque y no descubriría á nadie; pero, aun admitiendo que tuviera la suerte de un encuentro, ¿cómo volver á este sitio que se parecía á todos en una superficie de veinte mil hectáreas?

En la perspectiva de la vereda, vió á Francisca Valtín que venía á un trote acompasado; y aunque Antonio no se hacía ilusiones sobre el egoísmo que acorazaba á la linda mujer, su impulso fué prepararla é impedir que viese bruscamente aquella cabeza horriblemente herida, que cubría de sangre la falda y las manos de Cristiana.

El joven corrió á pie, abandonando su caballo, que se defendía.

—Señora... Una horrible desgracia..., la pobre señora de Sebourg...

—¡Antonieta!.. ¡Cómo!.. ¿Herida?..

Antonio bajó la voz:

—Temo que algo peor.

—¡Muerta!

La entonación sorprendió á Antonio. También le chocó la prisa fríamente curiosa con que impulsó su caballo y dirigió la primera mirada, limpia y ávida, á aquella cara de amiga, á aquella tierna cara de joven, de cutis más fino que un pétalo de flor, de facciones dulces y delicadas y manchado de sangre hasta el punto de no distinguirse dónde acababa la herida de la frente y de la sien. ¡Qué singular tranquilidad, después de los aspavientos de hacía un instante!

—¡Ah, señora!.. Diga usted al Sr. Le Bray dónde encontrará socorros. Usted conoce el terreno; ayúdenos, suplicó Cristiana.

Aun en el extravío de tal minuto, Cristiana observaba la dureza de actitud de aquella mujer á caballo, cuya postura de cuerpo y de riendas no había sido modificada por un estremecimiento, y cuyo busto, rígido como el de un teniente en la parada, miraba aquel espectáculo intolerable con la vista fija bajo los párpados entornados y solamente con un poco de palidez en las mejillas y en los labios.

Las súplicas de la joven recordaron á Francisca su papel. Dijo unas cuantas palabras de lástima y añadió decidiéndose:

—Voy yo misma á buscar alguien; el señor Le Bray se perdería y sería demasiado largo explicarle... Conozco una casa de guarda muy cerca. Y acaso encuentre á nuestra gente. Valor, Cristiana. Antes de un cuarto de hora tendrá usted socorros.

Fué aquello prontamente dicho y más prontamente ejecutado. Francisca Valtín, frágil muñeca, poseía un organismo de acero. Al decir la última palabra, estaba ya lejos en un galope vertiginoso. Montada en un caballo rápido y seguro, uno de esos animales que ella sabía escoger y hacer domar á fin de brillar en la caza con el mínimum de dificultad y de peligro, era para ella un juego aquella carrera. Acaso también la lanzaba con más vehemencia en el espacio algo violento y excitante que se había desencadenado en ella. Sus ojos, de reflejos verdes, brillaban y sus delicadas narices palpitaban con un vivo aliento. La oleada de la vida era potente en sus venas. Durante su fuga febril la gran selva la rodeaba llena de silencio y ya envuelta en el crepúsculo.

Al dar una vuelta se levantó un poco de viento que traía ecos de tocatas. Francisca apercibió el oído; pero vió ponerse tiesas las orejas del caballo y se fió más de ellas. Orientándose poco más ó menos, soltó las riendas, y el caballo partió con más velocidad todavía, cortando por el bosque. Un instante después aparecieron enfrente de ella las casacas rojas en lo alto de una cuesta.

Los jinetes vieron aquella amazona sola y se precipitaron hacia ella; pero uno ganó á los demás en velocidad. Aquel debía conocerla aun de muy lejos, y se reunió con ella á doscientos metros delante de los otros.

—Gerardo, es usted aterrador y le adoro...

—¡Francisca!.., exclamó el hombre palideciendo.

—Desconfíe usted ahora y salve nuestra dicha, que será divina. Ya no le haré sufrir más.

—¿Qué dice usted?

—Ya no seré más celosa, aunque sobreviva.

—¿Quién?

—Antonieta.

Sebourg dió un grito y los otros cazadores le rodearon. La de Valtín admiró su habilidad, pues pareció que sabía por ella el accidente ocurrido á su mujer. Su emoción se manifestó tan espontánea y expresiva, á pesar de su natural reconcentrado, que la misma Francisca estuvo un momento por creer en ella. Pero no. Puesto que se representaba la tragedia, ella quería tomar parte plenamente en ella con todo su orgullo, con toda su imaginación y toda su nerviosidad. Era al mismo tiempo una primitiva de las cavernas y una descompuesta de la excesiva civilización, aquella linda criatura de casaca roja y de cabello tan bien dorado y undulado, aquella mundana que refinaba todos los refinamientos, no encontrando toda vía en la extravagancia del lujo moderno bastantes adornos ni bastantes ritos para su cuerpecito de actitudes y flexibilidades felinas. El pensar que el hombre cuyo amor exigía hubiese, si no matado á su mujer, expuéstola al menos á algún mortal accidente para que las sospechas de la esposa legítima no estorbasen su intriga, le producía una embriaguez mal vada y deliciosa. Veía ya las leyendas que circularían en torno de ese drama por todos los salones, donde todo se admite y aun las peores infamias encuentran excusa, con tal de que estén cubiertas de oro. Francisca descontaba de antemano una especie de gloria atroz. Un crimen cometido por la hermosa señora de Valtín... Eso sí que fanatizaría á los hombres. Eso despojaría de todo sabor los éxitos de las demás mujeres...

—¿Dónde está, Dios mío?, preguntó Gerardo... ¿Qué esperáis? Llevadme.

Francisca hizo una observación bastante oportuna.

—Quédese usted aquí, ordenó á uno de los cazadores. Tiene usted los mejores pulmones. Tocará usted «la carretela de las damas,» y cuando venga el *break*, nos le lleva en seguida. Nosotros tocaremos allí llamadas de trompa para guiarles. Es el camino que va de Fontaines Closes á la encrucijada de la Croix Marie.

Al oir esta indicación, Gerardo echó á correr. Francisca se puso en seguida de un salto á su lado, pero otros los siguieron de cerca. Imposible cambiar una palabra.

Gerardo de Sebourg, con la casaca de caza, era un jinete magnífico. Hasta en un salón, vestido de frac ó de *smoking*, chocaba por el contraste entre su tipo de fuerte raza y las siluetas menudas, demasiado finas, si no ridículas, de los elegantes de hoy. Tenía más de seis pies de estatura, anchos hombros y un sobrio aspecto, aunque los treinta años empezasen á engordarle. La cara era regular, un poco maciza, con frente estrecha bajo espesos cabellos negros y rizados; fuerte bigote, cierta animalidad en la pesada mandíbula inferior, ojos llenos de una llama obscura, que se hacía fácilmente ruda y casi salvaje en las contrariedades. Tal como era, con el misterio de su boca sensual y silenciosa y sin tomarse el trabajo de expresar ideas, sentimientos, un corazón ó una inteligencia, que acaso no tenía, Sebourg había tenido innumerables éxitos con las mujeres, pero no tenía

por ello vanidad alguna, al contrario, decía que le fastidiaban. El placer que podía obtener en su compañía no le parecía aceptable más que con el mínimum de molestias posible. Por eso, hasta que á la señora de Valtín se le puso en la cabeza convertirle en cosa suya, las infidelidades conyugales de Gerardo, si existían, eran de esas que una mujer como Antonieta ignora ó desdeña. Pero, hacía poco tiempo, las empresas de Francisca contra la dicha—relativa—de su amiga se habían hecho notorias.

Se aproximaban al lugar del siniestro. Los dos amigos que seguían á Sebourg y á Francisca acortaron el paso, acaso por distracción, acaso porque habían cambiado una mirada cuyo sentido trataban los dos de profundizar.

Entre los dos hombres hubo un coloquio en voz baja:

—¿Dónde se ha reunido con nosotros Sebourg?

—En las Bruyeres, donde saltó el ciervo. Gerardo le vió el primero...

—Cerca de Fontaines-Closes... Y volvía solo. ¿No se había marchado con su mujer para tomar un atajo?

—Ciertamente. Oí que su mujer le decía: «Yo no me separo de ti, Gerardo.»

Cambiaron otra mirada más expresiva que la primera y estas palabras vacilantes:

—¡Oh, no!.. Con todo...

Y finalmente esta reflexión:

—¡Asombroso!.. Esta, que viene á anunciarle delante de nosotros...

Y ciertos movimientos de cabeza comentaron el «ésta» y la coincidencia, por lo menos extraña.

Todos se agrupaban ahora alrededor de la desgraciada Antonieta, que no había recobrado el conocimiento. Pero un poco de agua fresca, encontrada por Antonio en el hueco de una piedra y en la que había mojado el pañuelo, había restañado ligeramente la sangre y se distinguía mejor la herida. La frente estaba horriblemente magullada y abierta por encima de la ceja derecha. Una rama, sin duda, con la cual había tropezado rudamente su cabeza en el fuego de la carrera y con la violencia del caballo.

Su marido, inclinado hacia ella, trataba de percibir su respiración y la manejaba con una dulzura de mujer. Los que quisieron sorprender algo en la fisonomía de Gerardo quedaron chasqueados, pues sus facciones, de una gravedad casi triste, no tenían que hacer mucho para caer en la tristeza, y su expresión, tan poco cambiada, no revelaba nada.

De repente contrajo sus brazos de atleta y levantó á la herida como á una niña.

—Yo puedo llevarla bien, dijo, hasta la casa del guarda.

Estaba á dos kilómetros y quisieron ayudarle, pero él rehusó. En la plazoleta apareció el *break,* que llegaba á todo escape, seguido de toda la cacería, á la que tocatas enloquecidas habían reunido allí en las primeras tinieblas de la noche.

La vieja que recogía leña no se había movido de su puesto y miraba las idas y venidas, las caras asustadas, los gestos de estupor y aquella forma inanimada que estaban colocando con precaución en el coche, sin que sus ojos tiernos expresasen más que una vaga curiosidad mezclada con cierta ironía.

En el momento en que el *break* echaba á andar acompañado por los cazadores y por unos cuantos perros, que no comprendían semejante abandono de la caza, alguien se acercó á la campesina.

—Diga usted, buena mujer, ¿qué es lo que usted sabe? Ha debido usted oir algo.

—Han gritado, respondió.

—¿Quién?.. ¿Cómo?.. ¿Qué gritaban?..

La vieja no respondió.

—¡Cuidado!.. Reuna usted sus recuerdos, porque, acaso, se le pedirá su testimonio.

—¿Quién?, preguntó la vieja desconfiada.

—La justicia, si hay sospechas de crimen.

Aquellos viejos labios se torcieron en una rara sonrisa.

—¡Bah! ¿Acaso los ricos cometen crímenes?.. Se arreglan entre ellos y pagan á los jueces... No hay miedo de que yo me meta en semejantes historias, donde no hay más que malos resultados para los pobres.

Menos de una hora después, un médico de la comarca, llevado á gran velocidad en automóvil, examinaba á la herida, que estaba acostada en la cama de la casa del guarda.

Alrededor de ellos, no había en el cuarto, además de la servicial dueña de la casa, más que Sebourg, Cristiana y la señora de Valtín.

El marido de esta última, Andrés Valtín, con su traje de director de cacería y su trompa en bandolera, estaba sentado fuera de la casilla con la barba caída contra su casaca roja y un aspecto de consternación decente, pero echando pestes en su interior con todos los juramentos que alivian una excesiva contrariedad.

«Era cargante, por vida del diablo; muy cargante... Una temporada de caza perdida... Su buena amistad con Sebourg y sus alegres expediciones echadas á perder por las jeremiadas, el luto y todas las farsas. Las cosas lúgubres no le sentaban nada bien. ¡Qué torpe la tal señora de Sebourg! Una amazona mediana... Una mujer de trapo con manos de manteca, que no había sabido sujetar su caballo. ¡Mil truenos! ¡El primer accidente que ocurría á la cuadrilla Valtín!.. ¡Qué mala sombra!..»

Alrededor, en medio de la noche, siluetas de hombres y caballos. Nadie hablaba; nadie se movía; todos esperaban. De vez en cuando, el piafar de un caballo nervioso, un gruñido de perro y la reprimenda murmurada por un doméstico. Mas allá, la obscuridad, el silencio, la glacial frescura... Kilómetros y kilómetros de selva nocturna.

Las imaginaciones, hipnotizadas por el hecho trágico, pensaban en aquel camino, perdido entre mil, donde había un poco de sangre en la hierba y en las piedras. Entre la multitud enmarañada de las ramas, había una en actitud siniestra, la inmutable actitud del árbol mortífero contra el cual se había aplastado como un fruto aquella dulce frente de gracia y de amor, en la que nadie ya posaría unos labios em briagados.

Alguien, menos capaz que los otros de dominar su ansiedad, se acercó á Valtín. Era Antonio Le Bray, el joven arquitecto. Tenía de la brida un caballo, que, acaso, no era el suyo, pues todos los cazadores se habían apeado en un completo desorden. Antonio se ofreció á volver á montar, á correr á cualquier parte, al telégrafo, al castillo, á llevar una orden ó un mensaje. No podía soportar al estarse quieto, sin hacerse útil.

—Gracias, todo está hecho, dijo el industrial en tono triste. El picador está en Otheval, para telefonar á Steinnetz y á Tournaire. (Dos eminencias de la medicina y de la cirugía.) Si el doctor de aquí juzga transportable á esta pobre mujer, vamos á llevarla al castillo en el eléctrico. Es más cerca que á su casa. Dos hombres galopan hacia Aix-en Othe con telegramas urgentes. No veo... Además, querido Le Bray, usted no conoce el país.

—¿Se ha telegrafiado á sus padres?, preguntó el joven.

—¿A los condes de Feuilleres?, contestó Valtín en tono alterado. No á fe mía; es demasiado delicado. Su marido lo hará, si lo juzga conveniente.

—¿Teme usted asustarlos? Pero la situación es tan grave...

—No sólo temo asustarlos, sino cometer una torpeza. ¿Cómo está Sebourg con los ancianos? ¿Lo sabe usted de fijo, siendo como es su amigo íntimo, más y desde hace más tiempo que yo?

Antonio respondió:

—El enfado está muy atenuado, ahora que Cristiana va y viene entre las dos casas y pasa de vez en cuando unas semanas con el joven matrimonio. Mientras fué pequeña, los Sebourg se esforzaron por ignorarla y tenerla á distancia. Era la enemiga, el producto viviente de ese segundo matrimonio que tanto había hecho sufrir á la hija de la primera mujer. Para Gerardo, menos sentimental, era sobre todo—preciso es decirlo—un estorbo venido fuera de tiempo, al que iría á parar la mitad de la fortuna. Pero Cristiana ha crecido y su encanto ha hecho su efecto. ¿Quién podrá tener contra ella un mal sentimiento? Es la bondad y la gracia mismas. Es un ángel esa muchacha...

—¡Hola, hola!, pensó el marido de Francisca, á quien el interés de estas explicaciones y el calor del final habían hecho olvidar, como al que hablaba, la preocupación urgente del momento.

Pero se lo recordó un incidente muy singular y que en las almas excitadas y vibrantes de los presentes tomó en seguida un alcance extraordinario.

En el umbral de la casa del guarda apareció una forma femenina vivamente dibujada sobre el fondo iluminado del interior, y la voz temblorosa de Cristiana dijo:

—¿Está por aquí el Sr. Le Bray?

El joven, al que no había visto á pesar de estar muy cerca de ella, se acercó precipitadamente.

—Mi hermana desea hablar á usted, caballero. A usted solo... Venga pronto.., está muy mala.

El asombro sumió en el mutismo al grupo de los amigos, que, en su mayor parte, más que tales eran feroces observadores, envidiosos de los Sebourg, almas atentas á la vida como los espectadores en la barraca de las fieras, al acecho de sorpresas abominables, en las que haya crueldad, destrozos y dolor. Todos se preguntaban qué podía significar la escena que se indicaba, y á nadie se le ocurría la idea tranquilizadora de que la señora de Sebourg vivía, hablaba y tenía conocimiento. La impresión se acentuó hasta la molestia—y fué por eso mismo más deliciosa—cuando se vió salir de la estrecha cabaña, en la lividez de la noche, primero al marido, después á su amiga Francisca, luego al mismo médico, apartándose todos de aquella habitación—una habitación de moribunda, sin duda—para dejar libre la conversación de aquella joven de veintiocho años con aquel hombre de veintinueve que no era siquiera pariente suyo.

Pero todos los que se encontraban allí eran del gran mundo, duchos en el arte de salvar las apariencias, y se guardaron muy bien de manifestar con una reflexión, con una actitud ó solamente con el silencio su verdadero estupor y de dejar ver uno solo de los cien comentarios, á cual más malévolos, que acudían á su mente.

Todos acudieron solícitos al grupo á enterarse por preguntas emocionadas del estado en que se hallaba su pobre y encantadora amiga.

Francisca se encargó de las explicaciones, pues Sebourg no abría la boca y Cristiana dejó al fin escapar los sollozos hasta entonces contenidos en el corazón. El médico de pueblo, muy embarazado probablemente, se agarraba á la esperanza de ver llegar pronto á uno de sus ilustres colegas, para lo cual calculaba mentalmente las horas de tren y del trayecto en automóvil desde la estación al castillo y del castillo á la casa del guarda.

La señora de Valtín aseguraba que no había que exagerarse la gravedad de la herida. Lo más alarmante no era la herida de la frente, sino un chorrito de sangre que persistía en escaparse por la oreja. Pronunció las palabras de lesión transversal y operación del trépano; pero nada de esto es mortal hoy en día. ¡La cirugía es tan maravillosa! Steinnetz, que hacía milagros, salvaría ciertamente á la pobre Antonieta. Por otra parte era posible que el cráneo estuviese intacto, pero el terrible choque había sumido á la infeliz en un síncope tan semejante á la muerte, que los había asustado á todos. Una inyección de éter la había sacado de aquel letargo. Había conocido á los que la rodeaban y no había dicho nada acerca de su accidente; pero, creyéndose perdida, acababa de reclamar de un modo insistente la presencia del Sr. Le Bray, á quien quería hablar á solas.

La señora de Valtín detalló este hecho con un tono de inocencia y de sencillez peor que todas las insinuaciones. El marido de Antonieta, con la cara impenetrable y los ojos fijos, no pareció oir. Para no caer en un silencio demasiado significativo, se volvieron hacia el médico en cuanto se calló Francisca.

¿Verdad que no se debía temer lo peor desde el momento en que la herida había recobrado ya la fuerza de hablar y una lucidez tan perfecta? El doctor murmuró algunas frases poco claras. No había nada desesperado. La juventud tiene tantos recursos... Y si ninguna lesión...

No pudo acabar su discurso. Antonio salió corriendo de la casa á reclamar ayuda. La señora de Sebourg acababa de perder el conocimiento.

Esta vez ninguna inyección de éter debía reanimar á la desgraciada Antonieta. Apenas entreabrió los ojos, no habló más y expiró.

Cuando, más adelante, Francisca Valtín quiso saber por la mujer del guarda las circunstancias que ésta hubiera sorprendido durante la corta conversación de la moribunda con Antonio, supo solamente que la pobre señora había querido escribir. El caballero ofreció su librito de apuntes; pero como no encontraba el lápiz, había pedido uno. Al llevárselo, había visto á la herida un poco incorporada, sostenida por el caballero y disponiéndose á escribir con una voluntad y una energía increíbles. Aquel esfuerzo tan imprudente fué, de seguro, lo que le hizo desmayarse.

—¿Antes de escribir?, preguntó Francisca.

—Después de haber escrito unas palabras, respondió la mujer del guarda.

II

En la avenida Kleber, delante de la casa de los Sebourg están invadidas las aceras ante el aparato de un gran entierro. Pero lo que anima el barrio más que los penachos del carro, que el número de los coches y el entrar y salir de los visitantes, es el hormigueo de los curiosos, sus grupos excitados y sus relatos mil veces repetidos y á cual más absurdo.

Aquella muerte trágica de una hermosa señora, dotada de todos los dones de raza, de elegancia y de fortuna, el misterio del accidente y el hecho mismo de haberse producido en una cacería, lo que se presta á las suposiciones asombrosas, todo aquello apasionaba al populacho.

(Se continuará.)

VARIAS APLICACIONES DEL AUTOMÓVIL

Uno de los últimos adelantos hechos en la cuestión de automóviles indica una orientación que era de esperar. La fuerza disponible es tan grande, y por decirlo así, tan manejable, que todo aquel que tenga cierta inclinación á la mecánica es casi seguro que se habrá preguntado si en caso de necesidad no sería posible destinar el automóvil á otros usos. Se lee en un periódico que ha ocurrido un incendio en una casa de campo, y que pinturas de gran valor, muebles, etc., han sido destruídos por el fuego por hallarse á leguas de distancia la bomba de incendios más próxima, y se ocurre la siguiente duda: ¿no podría el automóvil adaptarse para que sirviera de bomba de incendio?



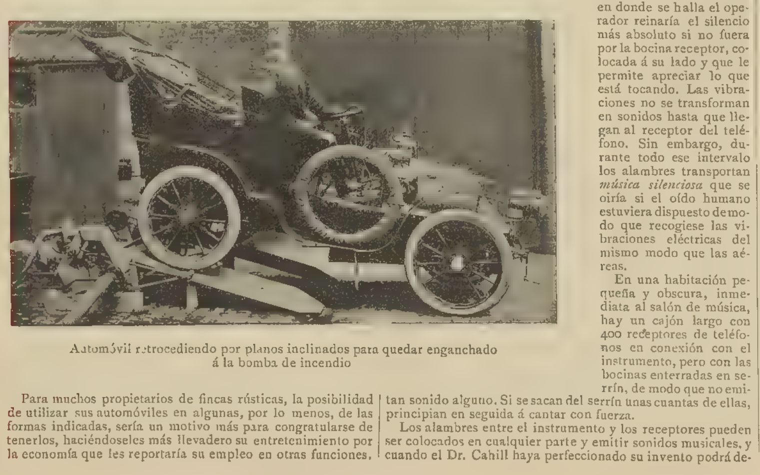
Automóvil arrastrando una bomba de incendios

Esa misma idea han tenido, sin duda alguna, los señores Menyweather é hijos, conocidos fabricantes ingleses de bombas de incendio, quienes han pedido patente para un aparato que acaban de construir y por medio del cual un automóvil puede hacer funcionar una de sus bombas de patente Hatfield, de gran velocidad y de triple chorro. Con dificultad podría concebirse otra adaptación más útil, porque de ese modo se puede tener dispuesto en cualquier casa de campo de alguna importancia un medio propio de salvamento en caso de incendio.

El mecanismo por cuyo medio se efectúa esa adaptación es en extremo sencillo. Se le coloca debajo del automóvil, al que se empuja hacia arriba por medio de dos planos inclinados para poderlo poner en la debida posición. Se le coloca de modo que los neumáticos de las ruedas extremas vengan á caer entre los boceles de dos ruedas con ranuras en conexión con la barra del émbolo de la bomba. El automóvil se pone en movimiento lo mismo que de ordinario y la bomba principia á funcionar; un tubo de succión se coloca en el estanque, pilón de fuente, aljibe ó cualquier otro depósito de agua que haya á mano, y por medio de la manguera de riego se arrojan sobre el fuego grandes chorros de ella á alta presión.

El aparato está provisto de un eje con ruedas que puedan quitarse á voluntad, y cuando éstas están en su lugar puede engancharse todo él á la trama del automóvil y ser transportado para que funcione al lugar del incendio.

El aparato es tal que no sólo permite el empleo del automóvil como bomba de incendio, sino también para otros usos, por ejemplo, para llenar los depósitos de agua de una finca trayéndola de los pozos inmediatos. De la misma manera podrían regarse los jardines, huertos y plantíos. También puede utilizarse para hacer funcionar una sierra circular ó un taladro, colocando una correa en la barra de la rueda de fricción. Asimismo pudiera aprovecharse para mover una sierra para tumbar árboles y para otras muchas cosas que necesitan de una fuerza grande y que se presentan con frecuencia en una propiedad rústica. Los inventores indican lo á propósito que es su mecanismo para poner en movimiento un molino, y realmente de ese modo pudiera hacerse toda la molienda de granos y demás substancias que necesitara una familia numerosa; así como también otras labores parecidas, por ejemplo, cortar paja y nabos para el ganado, cargar acumuladores, etc.



Automóvil retrocediendo por planos inclinados para quedar enganchado á la bomba de incendio

Para muchos propietarios de fincas rústicas, la posibilidad de utilizar sus automóviles en algunas, por lo menos, de las formas indicadas, sería un motivo más para congratularse de tenerlos, haciéndoseles más llevadero su entretenimiento por la economía que les reportaría su empleo en otras funciones.

MÚSICA ELÉCTRICA

Aunque la electricidad ha producido muchas maravillas, han sido éstas por lo general relativas á las labores ordinarias. Ahora se ha realizado un invento que prueba que la electricidad es capaz no sólo de reproducir, sino de producir música. Si se visita cierto laboratorio de Holyoke, en Massachussets, Estados Unidos, se verá una máquina que materialmente fabrica música.

El Dr. Tadeo Cahill, que es el inventor, afirma que es tan fácil *hacer* música al extremo de un alambre de 50 millas como enviar un telegrama. A un teclado de su invención puede sentarse una persona y hasta dos, y oprimiendo ligeramente las teclas, en los receptores, situados tal vez á muchas millas de distancia, se oye la música. Al oprimir las teclas el ejecutante produce una vibración ó una serie de ellas en el hilo que se convierten en vibraciones aéreas ó en música perceptible cuando llegan al diafragma de un receptor telefónico. Estas vibraciones, que representan notas y tonos, marchan con gran velocidad á cumplir su misión en cuanto se producen. El ejecutante tiene conciencia de lo que toca, pero no lo oye, ni es tampoco necesario que conozca el procedimiento mecánico que pone en movimiento al oprimir las teclas.

Diremos cómo funciona en pocas palabras: un generador de corriente alterna corresponde á cada nota de la escala musical, y cada uno de ellos produce tantas vibraciones eléctricas por segundo como vibraciones aéreas produce en ese mismo espacio de tiempo la nota de la escala musical á que corresponde cada uno. Desde el generador un manojo de alambres va á parar á las teclas. Estas operan sobre los conmutadores, que conducen la vibración que se desea desde los generadores de un modo análogo al que emplea el organista, que oprimiendo determinadas teclas, hace que el aire vaya de los fuelles á los diferentes tubos á fin de producir el tono que quiera. Esas vibraciones pasan por varios transformadores ó combinadores de notas que las hacen todavía más complejas, y después las vibraciones combinadas se transmiten por el alambre.

Aunque el procedimiento parece muy complicado, la acción es instantánea. El ejecutante oprime la tecla, que pone en movimiento una serie de vibraciones eléctricas que corresponden á una nota determinada, y en la milésima parte de un segundo resuena ésta clara y distintamente en el receptor, bien esté colocado junto al que toca ó bien á muchas leguas de distancia.

En el salón de música en donde se halla el operador reinaría el silencio más absoluto si no fuera por la bocina receptor, colocada á su lado y que le permite apreciar lo que está tocando. Las vibraciones no se transforman en sonidos hasta que llegan al receptor del teléfono. Sin embargo, durante todo ese intervalo los alambres transportan *música silenciosa* que se oiría si el oído humano estuviera dispuesto de modo que recogiese las vibraciones eléctricas del mismo modo que las aéreas.

En una habitación pequeña y obscura, inmediata al salón de música, hay un cajón largo con 400 receptores de teléfonos en conexión con el instrumento, pero con las bocinas enterradas en serrín, de modo que no emitan sonido alguno. Si se sacan del serrín unas cuantas de ellas, principian en seguida á cantar con fuerza.

Los alambres entre el instrumento y los receptores pueden ser colocados en cualquier parte y emitir sonidos musicales, y cuando el Dr. Cahill haya perfeccionado su invento podrá decirse que materialmente envolverá al mundo en una red musical.

Las aplicaciones que de ese instrumento pueden derivarse son casi infinitas, porque no solamente produce los tonos de casi todos los instrumentos de orquesta conocidos, sino que crea sonidos musicales que nunca se habían oído.

Una de las más notables cualidades de este invento es la absoluta influencia que da al ejecutante sobre los tonos producidos. Se presta instantáneamente á la expresión que quiera dársele y responde más armónicamente al alma del músico que ningún otro instrumento, con excepción tal vez del violín. Es tan sensible á los afectos y emociones como un ser viviente. El operador, con un simple toque, imprime distintos matices de las notas y los varía á voluntad. Los tres músicos que se están perfeccionando en el manejo de este instrumento en el laboratorio del Dr. Cahill, ven con júbilo que todas las diversas interpretaciones y emociones de la música clásica pueden expresarse de una manera artística.

Para producir música eléctrica el ejecutante ha de tener algún conocimiento del piano y ha de ser un músico consumado. Tan delicado es este instrumento, que los oyentes de una estación receptora, á leguas de distancia, pueden apreciar la distinta manera de pulsar de los que tocan. Un Bauer ó un Paderewski puestos á ello podrían deleitar á su auditorio á diez millas de distancia en tanto grado como si estuviera en el mismo salón de música que ellos. El teclado tiene dos filas de teclas y está provisto de mecanismos para regular las vibraciones armónicas y dar expresión á lo que se toca. Pero en todo el aparato no hay un solo tubo ni una cuerda ni una caña. Todo es eléctrico.

En la estación receptora, el aparato se compone sencillamente de un receptor de teléfono unido á una gran bocina como la de un fonógrafo. El receptor telefónico no debe aplicarse al oído, porque la corriente es tan fuerte que haría daño; pues al paso que ¡una corriente de sólo seis diezmillonésimas de la millonésima de un ampere basta para producir un sonido en un receptor de teléfono ordinario, en el sistema Cahill á veces se usa una de un ampere por un instante para los tonos altos. En virtud de la fuerza de la corriente, las notas musicales no quedan alteradas por ninguno de los ruidos que pasan por la línea y que con tanta frecuencia perturban á la corriente más débil de los teléfonos comunes.

Este invento ya ha pasado de la etapa de los ensayos, puesto que está terminada la primera instalación comercial; la segunda se está construyendo y probablemente se colocará en Nueva York como estación central para la distribución de música.



Automóvil funcionando como bomba de incendio
Esta fotografía fué hecha al probar por primera vez el aparato unido al automóvil

El instrumento ya construído pesa más de 200 toneladas y ha costado 40.000 libras esterlinas.

Lo más importante, comercialmente hablando, es que la música eléctrica puede producirse simultáneamente en miles de lugares, distantes leguas unos de otros, con la misma fuerza que si hubiera en cada uno de ellos una orquesta. Varios de los generadores de ciertas notas tienen de 15 á 19 caballos de fuerza.

El Dr. Cahill se propone colocar primeramente su red en los teatros, salas de concierto y los grandes establecimientos; pero abriga la esperanza de que más adelante se extienda hasta á las casas particulares.

En las poblaciones pequeñas, donde rara vez se oye buena música, se podrían concertar varias casas con la estación central de una gran ciudad, y así se oirían cuando se quisiera las obras maestras de la música.

Las estaciones centrales no estarán probablemente á más de 50 millas de distancia unas de otras, á fin de obtener los mejores resultados. Es de suponer que en ellas habrá ejecutantes durante las veinticuatro horas. Cada cual podrá acostarse ó levantarse á los acordes de la música, según su capricho, y una ama de casa, con sólo oprimir un botón, tendrá una orquesta que amenice las horas de comer. A medida que el sistema vaya adquiriendo mayores proporciones, llegará el tiempo en que desde la estación central cuatro series diferentes de conductores funcionarán, cada una con su música especial: poniendo en comunicación las cuatro con un establecimiento público ó una casa particular, podrán oirse sucesivamente canciones populares, música clásica, piezas de ópera ó composiciones sacras, á gusto de cada cual.

El Dr. Tadeo Cahill nació en 1867 en Iowa (Estados Unidos), pero pasó la mayor parte de su juventud en Oberlin, en donde comenzó sus experimentos de música eléctrica. Desde 1889 vive en Wáshington y en 1892 se graduó de abogado en aquella Columbian Law School, siendo el número tres entre más de cien alumnos. El estudio de las leyes no aplacó, sin embargo, sus entusiasmos por los estudios científicos, según lo demuestra el ingenioso é importante invento descrito en este artículo.

MANÓN MELIUS.



Música eléctrica.—Teclado del instrumento que produce música por medio de la electricidad

Oprimiendo una tecla se pone en movimiento la corriente de un generador de determinada intensidad. Las vibraciones producen sonidos en el receptor de un teléfono situado al extremo del alambre, que lo conecta con el generador. Las variaciones de intensidad de los diferentes generadores producen la diferencia de los tonos. La música se oye lo mismo en la habitación donde está el teclado, que en un teléfono receptor situado á setenta millas de distancia.





RECOLORACIÓN

DE LOS CABELLOS

POR MEDIO DE LOS RAYOS X

Desde hace muchos años, el Dr. Imbert, de la facultad de Montpellier, y el doctor Marqués, su jefe de laboratorio, se ocupan diariamente de las aplicaciones médicas de los rayos X. En el curso de sus experimentos observaron con la natural sorpresa que la barba y los cabellos de uno de ellos, que eran casi blancos, se pigmentaban progresivamente hasta el punto de tomar muy pronto un tinte más obscuro que su color primitivo.

Esos mismos profesores trataron por los rayos X á un hombre de cincuenta y cinco años que tenía un lupus en la mejilla izquierda y cuyo cabello era gris. Durante los primeros meses de tratamiento, se habían abstenido de limitar por medio de una pantalla la superficie que debían irradiar; los cabellos del enfermo cayeron en una superficie de varios centímetros alrededor de la oreja, pero pronto volvieron á salir, apareciendo entonces casi negros junto á la oreja y atenuándose su coloración á medida que se alejaban de ésta. Al mismo tiempo la mitad izquierda del bigote había tomado un color menos blanco que la mitad derecha.

Cuento interesante, cuadro de H. F. Bacon

Posteriormente, los cabellos de ese enfermo no han estado sometidos á la acción de los rayos X y han sido cortados varias veces, permaneciendo seimpre negros.

Resulta, pues, que el efecto conseguido es permanente.

Otras observaciones realizadas por los mismos doctores les autorizan, al parecer, para declarar que bajo la influencia de los rayos X los cabellos rubios toman un tinte más obscuro.

Esta nueva propiedad de los rayos descubiertos por el Dr. Roentjen será mirada acaso con indiferencia por la gente joven; pero los que empiezan á sentir la pesadumbre de las canas se interesarán sin duda vivamente por ese nuevo procedimiento que les permitirá disimular la acción de los años, ocultando una de las más potentes manifestaciones de la aparición de la vejez.

La dificultad estriba en saber hasta qué punto puede ser inofensivo este tratamiento para el resto del organismo, pues sabido es que en este punto los famosos rayos han dado algunas desagradables sorpresas.

Si la experiencia demuestra la inocuidad del procedimiento, bien pueden darse por muertas todas esas tinturas que, aparte de sus perniciosos efectos desde el punto de vista de la salud, tienen el grave inconveniente de no engañar más que al que las usa, porque á la legua denuncian el artificio, con lo que el teñido no se rejuvenece y en cambio se pone lamentablemente en ridículo.

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XXV — Barcelona 3 de septiembre de 1906 — Núm. 1.288





VALPARAÍSO, RECIENTEMENTE DESTRUÍDA POR UN TERREMOTO. — Vista de la bahía. Vista de la ciudad

(De fotografías de Díaz y Spencer, facilitadas por D. Francisco P. Moas)

ADVERTENCIA

Con el presente número repartimos á los señores subscriptores de la BIBLIOTECA UNIVERSAL el tomo tercero de la serie del presente año, que es el precioso libro

CUENTOS DE UNA REINA

escritos por Carmen Sylva, reina de Rumania, cuya fama literaria es universal.

La traducción española, debida al conocido y reputado escritor D. Pelayo Vizueto, ha sido hecha de la última edición alemana.

Nuestra edición de tan interesante obra, especialmente autorizada por la egregia autora, va ilustrada con un retrato de Carmen Sylva y con numerosos grabados intercalados en el texto, de los artistas alemanes Elias, Fidus y Kado.

SUMARIO

REVISTA HISPANO-AMERICANA

Cuba: tratado de comercio con Inglaterra: la riqueza minera: la insurrección. – *Puerto Rico:* malestar económico: las industrias fabriles. – América central: *Guatemala, El Salvador* y *Honduras:* tratado de paz: la situación en *Costa Rica*. – *Perú:* el arbitraje para la cuestión de límites con Colombia: progresos del país: inmigrantes y capitales extranjeros. – *Uruguay:* la inmigración: la colonia española. – *Chile:* el nuevo presidente.

El Senado de Cuba aprobó el tratado de comercio y navegación pactado con Inglaterra. Hizo algunas enmiendas, entre ellas la que preceptúa que ninguna de las partes contratantes podrá invocar la cláusula de nación más favorecida consignada en el tratado, respecto de concesiones recíprocas ó que, por vía de compensación, cualquiera de ellas haga en lo futuro á una tercera potencia.

No hubo, pues, la oposición que se temía por parte de los Estados Unidos, y los hechos han venido á demostrar que la República de Cuba goza de completa libertad para convenir tratados con otras naciones.

Elementos técnicos y financieros de la isla tratan ahora de emprender en gran escala las explotaciones mineras. Existen yacimientos de cobre, oro, plata, hierro, manganeso, plomo, cinc, etc., en varias provincias, especialmente en la de Santiago, que pueden rendir considerables beneficios. A pesar del abandono relativo en que se encuentra esta riqueza, la exportación de minerales de hierro, manganeso y cobre, y de asfalto, se valuó en 1904 en 1.362.700 pesetas.

Pero la paz pública es garantía y condición indispensable para el desarrollo de las industrias mineras, de la producción agrícola y del comercio exterior. Por desgracia para Cuba, las últimas noticias de allí recibidas en Europa son poco satisfactorias desde ese punto de vista. Hay revolución, sostenida principalmente por la gente de color, y la acaudillan hombres que lograron mucho prestigio durante la guerra de independencia. Los mismos que combatieron á España combaten ahora el gobierno de Cuba libre.

Otra vez nos da cuenta de la situación de Puerto Rico, en informe oficial de mayo último, el cónsul de España en San Juan, D. Enrique de Vedia.

El señalado progreso que se nota en la producción de azúcar y tabaco no satisface ni puede satisfacer á la generalidad de los habitantes de la isla, porque nada se ha hecho, hasta ahora, por el café—producto que constituye el gran núcleo de la riqueza pública,—y sigue, por consiguiente, el malestar económico en el país. Hoy, muy poco más del veinte por ciento del terreno plantado de cafetos está cultivado; centenares de acres de aquellos que, algunos años hace, constituían la mayor parte de la riqueza de la isla, se hallan abandonados, y van convirtiéndose en maleza envuelta por lianas tropicales.

Existen, pues, actualmente, capitales que no producen nada; capitales que representan una riqueza muerta para el país, y que están llamados á desaparecer totalmente, por el abandono que ha sucedido al desconcierto económico que operó el cambio de dominación. Propiedades que valen de sesenta á setenta dólares por acre, se ofrecen hoy por quince ó veinte, y con frecuencia se subastan las fincas para el pago de la contribución ó del dinero á que han sido hipotecadas.

En las industrias fabriles obsérvase cierta animación, gracias á los capitales españoles. La Compañía industrial de Santurce ha establecido una fábrica de fósforos, y tiene en proyecto otras instalaciones diversas, donde podrán encontrar trabajo muchos de los obreros que hoy viven en la mayor indigencia.

Como ya indicamos en la anterior *Revista*, terminó la guerra entre Guatemala y El Salvador. El tratado de paz contiene bases generales según las que los ejércitos debían retirarse de las fronteras; se recomienda una amnistía para todos los perseguidos ó procesados políticos, y se conviene en establecer una serie y formal vigilancia de los emigrados, negociar en breve plazo tratados de amistad, comercio y navegación y someter las cuestiones que en lo sucesivo pudieran surgir al arbitraje del presidente de los Estados Unidos mexicanos ó del de la Unión norteamericana.

En el tratado intervino también Honduras, y se hizo con la sanción moral de las potencias mediadoras y de Nicaragua y Costa Rica. Trátase ahora de renovar los acuerdos de confraternidad entre las cinco repúblicas centro-americanas. Buena falta hace, porque los últimos sucesos han producido general disgusto y los ánimos siguen un tanto sobreexcitados en Honduras, Guatemala y El Salvador.

Hay que procurar que los hechos no vengan á desmentir, á los pocos días ó meses, lo que en documentos oficiales y públicos se consigna. Así, por ejemplo, en la Memoria en que el Ministro de Gobernación y Fomento de El Salvador daba cuenta, en marzo último, de los actos del Poder ejecutivo, hacíase constar que gracias al estado de paz y tranquilidad que reinaba en el país, no había que preocuparse «en previsiones contra la tirantez ó ruptura de relaciones con los vecinos Estados.» Satisface notar—añadía el documento á que nos referimos—que cada día va alejándose más «aquella aciaga época de trastornos en que consumíamos nuestra riqueza y agotábamos nuestras energías, acaso sin obtener otros frutos que el acrecentamiento de intestinos rencores y el justificado descrédito en el exterior.»

También el Ministro de Hacienda y Comercio de Costa Rica, en la Memoria que en mayo presentó al Congreso, al señalar las causas del bienestar económico del país, cita como una de ellas la paz absoluta de que ha gozado la República. Durante los últimos cuatro años, el costarricense y el extranjero residente en el país han podido dedicarse con entera libertad y confianza al cultivo del suelo, al desarrollo de las industrias, al incremento, pues, de la riqueza nacional, sin que acto alguno del gobierno haya ido á perturbar la faena bienhechora; antes el contrario, recibiendo de continuo los pueblos pruebas fehacientes de la protección del gobernante á las vías de comunicación por donde puedan circular los frutos de zonas privilegiadas, y avivarse, por lo tanto, la actividad y producción nacionales.

S. S. Pío X ha aceptado el nombramiento de árbitro para fallar en la cuestión de límites entre Perú y Colombia; pero á condición de que ambas repúblicas retirasen sus tropas de la zona en litigio. Así se ha hecho, mediante convenio entre uno y otro Estado.

El territorio peruano es uno de los más ricos de América bajo todos conceptos, y de año en año va mejorando su situación económica y financiera. Aumenta el comercio exterior, crecen los ingresos del Estado y se da gran impulso á las obras públicas. El presidente, en su último Mensaje, recomienda que se haga un empréstito para construir ferrocarriles.

El desarrollo y explotación de todas las fuentes de riqueza del país, minería, agricultura, caminos, etc., exigen capitales y brazos. Aquéllos no faltan; conseguir éstos en breve plazo, ya es más difícil. Como dice el Dr. D. Luis Pesce en reciente notable libro publicado en Lima, *Indígenas é inmigrantes en el Perú*, el problema más vital del país, aumento y mejoramiento de su población, se debe resolver atendiendo, simultáneamente, al fomento de sus factores intrínsecos y extrínsecos, que son: por una parte, la higienización del país, la educación é instrucción de las masas, la regeneración de los indígenas, y por otra, la inmigración extranjera.

El Perú ofrece un campo rico, inmenso y suficientemente preparado para recibir una vasta corriente de hombres y capitales; pero esa corriente debe ir á instalarse, de preferencia, en la zona marítima y en la zona amazónica, y desde allí infiltrarse después, en progresión ascendente, hacia las sierras y montañas. El Perú no puede dedicarse hoy ni á la colonización ni á la inmigración oficial; debe limitarse á trabajos preparatorios de índole general, y á favorecer la iniciativa particular en lo que concierne á la inmigración libre y espontánea.

Ábranse amplia y juiciosamente—dice el Sr. Pesce—las puertas y los brazos, á fin de que vengan en buena hora á estas tierras americanas, que tanto necesitan poblarse y desarrollarse, todos los hombres sanos y de buena voluntad, cualquiera que sea la raza, nación ó casta social de que formen parte, y cualquiera que sea su credo político ó religioso; pues todos hallarán en ellas ancho y tranquilo campo para sus energías y aptitudes y provechosa y segura colocación para cuanto dinero quieran invertir en su suelo, industrias y comercio.

En otro reciente informe oficial, el del cónsul de España en Montevideo, se hacen interesantes observaciones acerca de la inmigración en el Uruguay. Aquí tampoco hay acción directa del gobierno para atraer inmigrantes. No se conceden tierras, ni útiles para el trabajo, transporte al interior ni alojamiento gratuito en los primeros días de la llegada, como ocurre en otros países americanos. El emigrante, desde el momento en que desembarca, sólo puede contar con sus propias fuerzas y recursos hasta que logra encontrar colocación. Los que se dedican á trabajos manuales, con facilidad hallan trabajo bien remunerado; también pueden encontrarlo los dependientes de comercio si se resignan á comenzar su profesión por los grados más modestos y á ejercerla fuera de la capital. Por el contrario, los que van en busca de un empleo burocrático, ó los que provistos de título académico se proponen ejercer allí su profesión, deben contar de antemano con un fracaso inevitable. La empleomanía ha cundido en América lo mismo que en Europa, y para revalidar los títulos se tropieza con tantas dificultades, que aun los más obstinados llegan á desistir de su propósito.

La inmigración que recibe el Uruguay es, aunque constante, poco numerosa; la falta de los beneficios ó estímulos que en otras repúblicas se ofrece, aleja del país á esos emigrantes aventureros que, con completo desconocimiento de América y empujados por la miseria, son los que más fácilmente se dejan seducir por promesas y reclamos.

Refiriéndose á nuestros compatriotas, dícenos el cónsul que los españoles que emigran al Uruguay, casi todos oriundos de Galicia, son genta modesta, trabajadora y práctica, que van con propósito perfectamente definido, conocen ya las condiciones del país, pues la mayor parte tienen familia allí establecida, y encuentran colocación segura á su llegada. A tales circunstancias se deben el bienestar y prosperidad de la colonia española del Uruguay.

El 18 del actual mes de septiembre substituirá al Sr. Riesco en la presidencia de la República de Chile el Sr. D. Pedro Montt, elegido para tan alto cargo en junio último.

El nuevo presidente es oriundo de familia catalana, ampurdanesa, y descendiente (creemos que es hijo) del insigne D. Manuel Montt, que de 1851 á 1861 presidió la República y cimentó sobre sólidas bases el engrandecimiento y prosperidad de Chile.

Puntos fundamentales del programa político y administrativo del Sr. Montt son el restablecimiento del valor de la moneda, la promulgación de leyes protectoras del trabajo y el fomento de las obras públicas y de la instrucción popular. Pero el tremendo desastre que acaba de sufrir Chile ha de obligarle á dedicar, por ahora, preferente atención al remedio de los daños causados por el terremoto, tomando, sin pérdida de momento, cuantas disposiciones sean necesarias para restaurar la riqueza perdida y levantar el espíritu del país.

R. BELTRÁN RÓZPIDE.



Llega con su traje blanco de novicia

LAS MUJERES EN GALDÓS

VICTORIA

La noble casa está en ruina. Las deudas, á causa de despilfarros continuos, han dado en tierra hasta con el crédito, después de dejar vacía el arca. Más que este desplome de la riqueza, adviértese en el ruinoso estado de la noble casa un desplome moral. No hay allí una voluntad que se imponga y resuelva la crisis económica: no hay un «carácter» con bríos espirituales suficientes á reconstruir un hogar nuevo. ¿Cómo sacrificar aquellos seres frívolos, tocados de mundana vacuidad, con empuje heroico, vanidades, honores, toda esa bambolla externa, lacra moral, apariencias sociales en desacuerdo con las realidades penosas de la vida? No responden á un sentido lógico; no se compenetran, identificándose por fuera con el interior, estas existencias parasitarias. No tienen el ímpetu necesario para triunfar, almas pasivas que se dejan arrastrar, sin alientos de lucha, al azar de los tristes destinos.

La casa de los padres de María Victoria es una «casa de muñecas.»

La ruina inminente no despierta, en todos los seres que la constituyen, más que una desolación sin tregua. Sumisos á la desgracia sobrevenida, no buscan remedio á ella en el propio esfuerzo salvador. Fían el logro de las esperanzas á contingencias extrañas.

¿Cómo salvar el crédito, y con él el holgar de la familia y hasta la honra de la casa? ¡Perplejidad espantosa! Piénsase entonces en un remedio heroico. Allí está *Pepet*. Fué criado en la casa, y con soberano esfuerzo de voluntad, andando como los viejos esclavos bajo el látigo del negrero, ha logrado dineros y hacienda. Es rico, es bueno. No debe haber olvidado los favores que recibiera antaño, en sus días de pobreza, cuando en su rostro sentía el caliente salivazo con que las niñas lo burlaban, ni los golpes con que éstas, como si fuera bestia mansa, herían sus hercúleas espaldas.

Grave es el caso. El orgullo hidalgo resiéntese en estos señores al tener que limosnear auxilios de los antiguos siervos, ahora enriquecidos. Mas fuerza es intentarlo. Se pedirá el dinero á préstamo, forma pudibunda con que la miseria noble enmascara su deshonor desnudo. Y se pide.

¿Cómo? ¿Niégase aquel villano de ayer, becerro de oro hoy, á salvar la ruina de aquella casa? Bien afrentosos son los pretextos de su negativa. No quiere malgastar su dinero en mantener el ocioso holgar, la vanidad de abolengo, la bambolla ridícula de gentes que carecen del sentido de vivir. Costó llenar las talegas muchas fatigas para malgastarlas en lustrar blasones, nuevamente, y en próxima fecha, vueltos á caer en ruina.

Pero en aquella tosca naturaleza de obrero, en el espíritu de *Pepet* ha surgido la ambición de los hombres plebeyos, esa sed de entroncar en la nobleza decadente la sangre de las clases bajas que la suerte ha enriquecido.

Quiere ser amo allí donde fué siervo. No le mueve un estímulo de amor, sino un ansia de vanidad. Desposar una de las niñas es pasión que desarma su codicia, desglosa su carácter, rinde sus fierezas y pone un punto de transigente desinterés en sus afanes de avaro irreductible.

A la demanda del noble, responde con su petición en regla. ¡Tremendo conflicto! ¿Cómo resolverlo?

Quebranto sufre el honor de la casa y menoscabo es para la estirpe allanarse. *Pepet* ha hecho elección en la mayor de las niñas. Con invencible escrúpulo rechaza ésta la pretensión enojosa. Sería ella, aceptando, la salvación de la casa; pero su orgullo no resiste esta prueba heroica, no tiene en el alma esa virtud de los sacrificios santos. Ultima ilusión que resta á aquellos seres, la ven, con la negativa, desvanecerse, y la tribulación con caracteres trágicos de irremediables desesperanzas, llena el hogar en desplome.

En esos momentos tristes, María Victoria hace su entrada. Llega con su traje blanco de novicia, solemne el andar, gallardo el continente; bajo las tocas sus ojos miran humildes hacia la tierra y en las pálidas manos de virgen trae la palma simbólica del día de Ramos. Tiene algo de visión bíblica, de aquella paloma con el ramo de oliva que anuncia la paz.

Alma grande la de Victoria, comprende la excelsitud del sacrificio, y en holocausto de los suyos, por salvarlos, quizás por redimirlos, renuncia á ilusiones gratas, á amores místicos, y llegada la hora tremenda de poner á prueba el temple de su espíritu, con abnegado arranque acepta el sacrificio. Se casa con *Pepet*.

Ya están frente á frente. Sumisa, sencilla, sin más armas que su alto idealismo y su amor, comienza la lucha para domar al monstruo.

Aspero, apegado á la querencia de los bienes materiales, con un recio sentido positivista de la vida, sin que libres y desinteresados ideales muevan su alma, *Pepet* resiste también y lucha con desesperado ímpetu. Poco á poco va cediendo.

Primero son los cariños hondos de aquella mujer los que doman sus airadas rebeldías; más tarde el sentimiento paterno, que al nacer el hijo hacen retoñar en el interior de *Pepet* emociones puras, hondos afectos, amores entrañables superiores en intensidad á las pequeñas miserias y codicias de la vida. Es, á la postre, un hombre nuevo. La fiera está domada y se entrega humilde á las caricias de la gentil domadora. Nuevo triunfo del *eterno femenino*. ¡Siempre el amor ha redimido las almas!

Pepet ha llegado á las mansedumbres santas, no á violencia, sino de un modo evolutivo, por la transformación de su carácter, por la crisis de sus sentimientos. Basta para ello la lenta influencia de un espíritu superior como el de Victoria, lleno de ternuras, ingenuamente delicado, pronto al bien, con amor de amar.

No ha puesto ella en esta conquista ardides de psicólogo, ni siquiera sugestiones artificiosas en que triunfaran sus encantos externos de mujer.

Su éxito en el empeño no sería entonces tan grande. No intriga; no se insinúa. Ama, y con esto sobra en su espléndida sencillez.

¿Quién ha vencido? No se puede afirmar. En el amor no hay triunfos.

¿Qué es Victoria? Sin duda un ejemplar de la «mujer fuerte.» Más que la debilidad del espíritu que cede al sacrificio, por pasiva resignación á los ajenos consejos, hay que advertir en sus actos cierta energía de acción, algo de afirmación de una fe en las propias fuerzas, temple acerado de voluntad. Sin confianza en la virtualidad de su destino en la vida, sin la plena visión de una conquista cierta en lo futuro, indudablemente no aceptaría en tan desventajosas condiciones para su naturaleza de mujer, débil, inferior en esfuerzos, la lucha con aquel *Pepet*, rebelde á toda disciplina espiritual, enérgico en la pasión, indómito en su individualismo irreductible y de combate. Y ella no es vencida. Si careciese de voluntad, á los primeros inútiles esfuerzos en la lucha se declararía desarmada. Mas hay en su interior un aliento prepotente, dinamismo espiritual vigoroso, que templa los ánimos y á cada revés los hace cobrar nuevos y más intensos bríos.

¿Con qué armas lucha? No es la belleza del cuerpo, los divinos mirares de sus ojos, la gentileza sin par, el gallardo hechizo, cuanto la humana hermosura amasó en sus carnes. Belleza que pasa con los años, la pasión que despierta, el tedio y la fatiga la enfrían.

Hay en Victoria una belleza espiritual mil veces más seductora que la de sus encantos corporales. Aquella simplicidad de alma, ingenua, bondadosa, que se derrama en cariños tenaces, tan débil en su complexión, es fuerte en estas luchas de caracteres contrarios, porque su misma debilidad despierta la piedad, luego la simpatía, después el amor.

En *Pepet* el renacer de cariños con honda raigambre en el alma, que se sobrepone á todos los demás groseros estímulos que encierra, es lo que lo entrega sin fierezas, como un niño.

Tiene por añadidura Victoria una alta significación social y una representación suprema en la vida. Simboliza el idealismo, la belleza, la espiritualidad que triunfan siempre del positivismo, de las bajas pasiones, de las pequeñas miserias humanas. Convierte el amor activo como se extrae el oro de la escoria, los ruines instintos y los sentimientos perversos, modificándolos, depurándolos, en sanos afectos y en virtudes santas. Los moldea á su imagen y semejanza. Pisando la tierra, sabe también remontarse á los cielos.

Contento de amar, pasión del bien, el mísero barro, á su contacto, parece que vive con eterna vida, y la flaca naturaleza de los humanos seres como que, con el aliento de un ideal que seguir, alboroza las tristezas de sus destinos. Por esa virtualidad espiritualista, reviste soberana grandeza. Sólo las almas grandes lo comprenden y lo sienten.

Es la poesía de la vida.

Hermosa, como la visión de la dulce *Ofelia* que á lo largo de las trágicas desolaciones de Hámlet, loca y cogiendo flores, pasa, amando y cantando, Victoria, *bianco vestita*, con la palma triunfal en las manos, entra en el paterno hogar, en horas de tribulación infinita, y sus ojos dulces, con mirar de mística, se incendian de amor. ¡Ella, más tarde, flor de poesía, ráfaga de espiritualidad, pasa también, amando y cantando, á través de las cóleras y de las rebeldías intensamente brutales de *Pepet*!

ANGEL GUERRA.

(Dibujo de Cutanda.)

LA CONCIENCIA DE PERICO

No puede caberme la menor duda de que Perico, mi antiguo amigo Perico, mi querido amigacho Perico, era un ser original, dotado de grandes y envidiables condiciones para salir á flote en el mar proceloso de la existencia, en el que las rocas y escollos abundan tanto que constituyen un verdadero peligro para quienes por él navegan sin la debida preparación y sin la experiencia, madre de la ciencia, necesaria.

Desde pequeñuelo mostró á sus maestros y condiscípulos cualidades extraordinarias, que á nosotros, sus compinches de aula, nos producían una inocente envidia y á los catedráticos les hacía exclamar entre preocupados por el porvenir del muchacho y acaso envidiosos por el mismo:

—Este muchacho llegará muy lejos.

¡Y tan lejos como llegó!

A poco de separarnos, terminado que hubo el curso que juntos estudiábamos en la Universidad Central, el hombre, ó por mejor decir, el hombrecillo, de la noche á la mañana se emancipó *motu proprio*, proporcionando un disgusto mayúsculo á sus padres, que no sabían explicarse por dónde ni cómo se había penetrado en el alma del joven el espíritu aventurero que indicaba semejante escapatoria, sin justificación, pretexto ni excusa, y desapareció de Madrid de forma igual, como si un fenómeno sísmico le hubiera tragado.



Florencia antigua. – El Palacio del Arte de la Seda. En el fondo, á la derecha se ve el Palacio de los capitanes de los Güelfos; á la izquierda, la iglesia de San Blas. (De fotografía de Lolli, remitida por Augusto Romieux.)

Pasaron los días, los meses y aun los años y las consecuencias de aquella calaverada seguían en el mayor de los misterios, pues nadie supo del muchacho, por más que muchos lo procuramos, ni él por su parte tuvo el capricho de dar á los demás mortales señales de su vida, explicación de su conducta ó siquiera las señas de su nuevo domicilio, por más que todos estábamos conformes en considerar que éste no estaría ni cercano ni asequible.

¿Qué fué de Perico? ¿Qué suerte corrió Perico? ¿Cuáles eran los planes de Perico?

Cada una de estas interrogaciones que durante algún tiempo nos hacíamos los que le conocíamos y aún apreciábamos, fueron contestadas indefectiblemente con un elocuente encogimiento de hombros ó una desdeñosa contracción de labios.

Era un náufrago más en el vaivén mundanal, y á los náufragos la humanidad los olvida pronto.

Pronto olvidamos todos á Perico. ¿No habría hecho él lo propio con todos los que inconsideradamente abandonó? Era una reciprocidad tan justa como lógica.

Pero á veces los que son tenidos como víctimas de las olas, son por ellas, ondulantes, inquietas, rumorosas y caritativas, devueltos á la tierra de donde partieron, y así sucedió con nuestro héroe.

Era una tarde de primavera, tranquila, calentona y perfumada.

Barcelona estaba convertida en un vergel de flores, y para que los desocupados pudieran regodearse con sus encantos, admirando de paso el flujo y reflujo de caras bonitas y cuerpos salerosos que en mareo constante circulaba por las Ramblas haciendo competencia en frescura y colores á las rosas que en artísticos bouquets se apiñaban debajo de los inmensos parasoles, cafés y cervecerías habían sacado sus mesas de mármol y sus sillas de caña á las aceras, como invitando al transeunte para un rato de descanso y como diciéndole:

—Párate, ¡oh paseante!, quien quiera que seas; párate y goza de los encantos con que te brindo desde este mirador sin igual, á cambio de un jarro de cerveza ó una copa de ajenjo.

Fuí débil y acepté aquella muda pero elocuente invitación, tomando asiento en torno de una mesilla que ya estaba ocupada por un caballero de porte distinguido, aunque algo *vastaquero;* alhajado quizás demasiado ostensiblemente, con un aire de fatuidad simpática, estudiadamente ameno y en grado sumo galante. Me hizo un sitio al momento, quitando de una silla que á su lado estaba un enorme y costoso *jipi japa*, que se caló en la sesera, sin demostrar la menor contrariedad por el inesperado abrigo que le daba.

Con una franqueza y familiaridad inusitada en la ciudad de los condes, pronto aquella galantería superficial fué la base de una conversación larga, tirada y amena. Se notaba á la legua que el hombre quería expansionarse con el primero que se lo consintiese, y en breve, tras las inevitables exclamaciones de «¡Qué calorcito hace!, ¿eh?..» «¡Caramba y qué mujerío hay por esta tierra!..» «Usted no es de aquí, ¿verdad?..» «Yo he desembarcado hoy mismo...,» que lo mismo podían ser el comienzo de un sablazo, los preliminares de un timo ó el lazo tendido para embaucar á un incauto con que aumentar el contingente de *habitués* á cualquier chimbirimba, la conversación adquirió mayores notas de franqueza.

Decididamente mi vecino era un hombre encantador, y entretenidos en amena charla, piropeando á cuanta buena moza pasaba por nuestro lado, hablando á ratos de amor y á ratos de política, cuando de literatura y cuando de esas mil superfluidades con que se esmaltan las conversaciones que se sostienen con personas que no sabemos quiénes son, transcurrió rato más largo del que decorosamente puede emplearse saboreando el amargor de la absenta ó refrescando el gaznate con la espuma plateada de la bebida de Gambrinus.

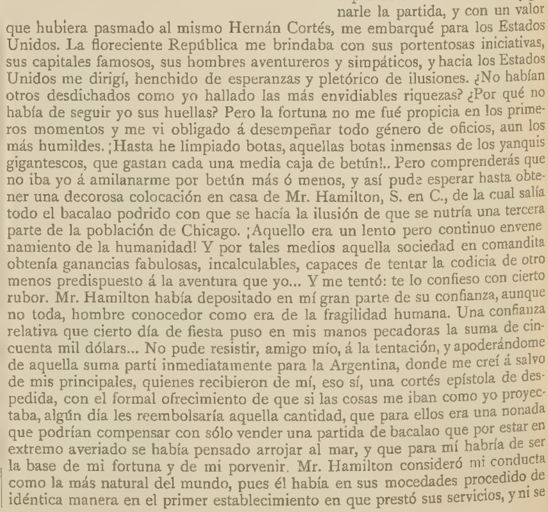
Simpatizamos. ¿Qué de particular tiene esto? La simpatía, como el amor, penetra en nosotros á veces como el rayo del sol por el cristal. Simpatizamos, y él, como hombre mundano que no teme ofrecerse ni estrechar su diestra con el primer advenedizo que le sale al paso, aun con el firme propósito de no volverse á acordar de él en el resto de su vida, al ver que yo me disponía á abandonar su compañía, se levantó exquisitamente diciéndome:

—Caballero..., como le he explicado á usted, estoy solo y solo vivo en Barcelona... No sé hasta cuándo será..., de todos modos, si mi amistad no le molesta, se la ofrezco sincera y en el hotel... *tal* me tiene á sus órdenes. Pedro del Sobral...

¡Oh! Pedro del Sobral... Pedro del Sobral... ¿No se llamaba Sobral nuestro antiguo y desaparecido Perico? Indudablemente.

En un instante acudió á mi memoria un mundo de recuerdos... Sentí placer, un verdadero placer ante aquel encuentro inesperado. ¿No os ha pasado nunca cosa análoga? Pues os juro que constituye un emocionante y simpático momento.

Al oir aquel nombre le insinué mis agradables temores de que él fuera el antiguo camarada que pensé no volver jamás á ver, y después de breves explicaciones dedujimos que, en realidad, los vaivenes mundanales habían vuelto á juntar á quienes los mundanales vaivenes habían separado. Y tras un fuerte y cariñoso abrazo, vinieron las explicaciones íntimas, los recuerdos que nunca se olvidan cualesquiera que sean los trasiegos de la suerte, las remembranzas del pasado, las inquietudes por el porvenir...



—Te soy deudor, me dijo, de una amplia explicación de mi conducta... Yo no podía vivir entre las estrecheces de mi familia, á la que, á pesar de haber disgustado como lo hice, quería mucho. Quizás por lo mucho que la quería me acongojaba ver los sacrificios á que mi sostenimiento y educación la obligaban... Sentía deseos de volar, de volar mucho, de ver mundo y explotarle, de pelear denodadamente contra la desgracia pícara y abordar lleno de resolución la conquista de la fortuna... Con una pequeña cantidad que gané en el cafetín que había enfrente de la Universidad, me consideré capaz de desafiar al mundo y ganarle la partida, y con un valor que hubiera pasmado al mismo Hernán Cortés, me embarqué para los Estados Unidos. La floreciente República me brindaba con sus portentosas iniciativas, sus capitales famosos, sus hombres aventureros y simpáticos, y hacia los Estados Unidos me dirigí, henchido de esperanzas y pletórico de ilusiones. ¿No habían otros desdichados como yo hallado las más envidiables riquezas? ¿Por qué no había de seguir yo sus huellas? Pero la fortuna no me fué propicia en los primeros momentos y me vi obligado á desempeñar todo género de oficios, aun los más humildes. ¡Hasta he limpiado botas, aquellas botas inmensas de los yanquis gigantescos, que gastan cada una media caja de betún!.. Pero comprenderás que no iba yo á amilanarme por betún más ó menos, y así pude esperar hasta obtener una decorosa colocación en casa de Mr. Hamilton, S. en C., de la cual salía todo el bacalao podrido con que se hacía la ilusión de que se nutría una tercera parte de la población de Chicago. ¡Aquello era un lento pero continuo envenenamiento de la humanidad! Y por tales medios aquella sociedad en comandita obtenía ganancias fabulosas, incalculables, capaces de tentar la codicia de otro menos predispuesto á la aventura que yo... Y me tentó: te lo confieso con cierto rubor. Mr. Hamilton había depositado en mí gran parte de su confianza, aunque no toda, hombre conocedor como era de la fragilidad humana. Una confianza relativa que cierto día de fiesta puso en mis manos pecadoras la suma de cincuenta mil dólars... No pude resistir, amigo mío, á la tentación, y apoderándome de aquella suma partí inmediatamente para la Argentina, donde me creí á salvo de mis principales, quienes recibieron de mí, eso sí, una cortés epístola de despedida, con el formal ofrecimiento de que si las cosas me iban como yo proyectaba, algún día les reembolsaría aquella cantidad, que para ellos era una nonada que podrían compensar con sólo vender una partida de bacalao que por estar en extremo averiado se había pensado arrojar al mar, y que para mí habría de ser la base de mi fortuna y de mi porvenir. Mr. Hamilton consideró mi conducta como la más natural del mundo, pues él había en sus mocedades procedido de idéntica manera en el primer establecimiento en que prestó sus servicios, y ni se

impresionó por el desfalco ni se inquietó por averiguar mi paradero: conducta noble y levantada que bien merecía mi agradecimiento eterno y mi compensación futura. Te la explicaré. Una vez en la República Argentina, mi espíritu emprendedor obtuvo el galardón esperado, y mi crédito, mi negocio y por lo tanto mi capital fueron creciendo como la espuma... En pocos años, á pesar de no ser hombre yo aficionado á escaseces, tacañerías ni miserias, pude acumular una fortuna considerable..., que pongo á tu disposición.

—¡Tantas gracias!



Florencia antigua. – El Palacio del Arte de la Lana

—Pero, chico, la conciencia es un gusanillo que no deja de molestar aun á los más curtidos é insensibles, y conforme iba ganando dinero, me iba dando cuenta de la gravedad de mi conducta y la falta de corrección con que procedí en Chicago... Debo y quiero confesarte que, no obstante mi especial manera de ver los hechos de las personas y de la espléndida generosidad con que disculpo y perdono sus desaciertos y sus locuras, mi deuda con mis confiados principales llegó á atormentarme, á no dejarme dormir tranquilo, á ser mi único pensamiento y mi obsesión única. Cada hombre lleva en su propia conciencia su juez más inexorable, su verdugo más tirano... Cada moneda que llegaba á mis manos me parecía que me acusaba de ladrón y que me quemaba para que la arrojase lejos de mí, como indigno de poseerla... Aquella vida me llegó á ser imposible; ¡cuántas veces eché de menos mis miserias de otros tiempos y mis apuros de cuando éramos tú y yo compañeros en la misma Universidad!.. Iba por la calle y me parecía que todo el mundo me señalaba con el dedo; asistía á un teatro y siempre temía hallarme por compañero de butaca á Mr. Hamilton; penetraba en un café y el vecino de al lado, el de enfrente, el de detrás, todos, todos se me mostraban con el aire acusador con que sin duda se me hubiera presentado el propio yanqui... ¿No te ha ocurrido al día siguiente de un baile de máscaras el figurarte que todas las mujeres que pasaban por tu lado eran las mismas que en el baile habías visto envueltas en sus capuchones?.. Pues para mí toda la vida era un perpetuo carnaval y cuantos seres me rodeaban otros tantos fiscales de mi conducta, otros tantos torturadores de mi conciencia... Como comprendes, la situación que á mí mismo me había creado era por completo insostenible, abrumadora, aplastante... Llegué á pensar en el suicidio...

—¡Tú!

—Sí, amigo mío... Dios te libre de tales amarguras y tales pesadumbres.

—Pero todo ello, me atreví á replicarle, tenía un remedio sencillísimo...

—¿La restitución, verdad?.. A ella confié el alivio de mis penas y mis quebrantos y... mira; todavía llevo aquí en la cartera el borrador de la carta que ha devuelto la tranquilidad á mi espíritu, la alegría á mi existencia, la felicidad á mi alma...

El borrador decía así:

«Mr. Hamilton: Ignoro si usted vive y, en este caso, si se acuerda del infeliz dependiente á quien su casa recibió como hijo y de la infame conducta con que pagué todas sus bondades. Pero deseoso de descargar mi conciencia y de volver á merecer, ya que no su confianza personal, su perdón, habiendo cambiado radicalmente mis medios de vida, quiero asegurar la tranquilidad de ésta subsanando mi falta, hija de las circunstancias y acaso de la miseria y tal vez de las ambiciones que en mí se despertaron ante la riqueza de la casa que usted regentaba, y al efecto ruego á usted acepte los adjuntos 25.000 dólares que á su nombre ó el de sus herederos le incluyo. Creo que merecerá mi conducta su aprobación y con ella volverá á ser feliz su hasta el presente desgraciado amigo *Pedro del Sobral.*»

—¡Admirable, amigo, dije al terminar la lectura, admirable!.. Así se portan los hombres que quieren borrar con una acción digna sus antiguas y acaso inconscientes calaveradas.

—¿Verdad?

—De corazón te felicito... Pero..., oye..., una duda: la cantidad con que habías desaparecido, ¿no importaba el doble?

—Sin duda; pero esos otros 25.000 dólares me los reservo ¡hasta que de nuevo me vuelva á remorder la conciencia!..

C. Ossorio y Gallardo.

FLORENCIA ANTIGUA

LOS PALACIOS DEL ARTE DE LA SEDA Y DEL ARTE DE LA LANA

En Florencia, como en todas las grandes urbes, las exigencias de la vida moderna imponen la reforma del casco antiguo de la ciudad. Convencidos los florentinos de la necesidad de proceder á esa obra renovadora, disienten entre sí acerca del modo de efectuarla, habiéndose marcado en este punto dos tendencias opuestas: una que quiere la demolición total de la parte antigua, substituyendo los edificios viejos con construcciones modernas, y otra que pide se modernice lo referente á la viabilidad, pero respetando los monumentos interesantes



El Tabernáculo del Palacio del Arte de la Lana
(De fotografías de Alinari, remitidas por A. Romieux)

desde los puntos de vista histórico ó artístico. Esta última es la que cuenta con mayor número de partidarios, así entre la gente del pueblo como entre los intelectuales, y gracias á ella han podido salvarse y ser restaurados algunos importantes monumentos, entre los cuales merecen especial mención los palacios del Arte de la Seda y del Arte de la Lana.

En el período del apogeo comercial de Florencia, es decir desde 1300 á 1600, cada rama de la industria tenía su corporación oficial y cada corporación su residencia; pero de todas ellas las de las industrias sedera y lanera eran las más florecientes y numerosas y las que contaban con mejores edificios propios.

El Palacio del Arte de la Seda data del siglo XVI, y aunque se halla en muy mal estado, tiene elementos bastantes para que los arquitectos, con ayuda de los documentos antiguos, puedan realizar con buen éxito su completa restauración. Hasta hace poco estaba casi escondido entre casuchas del viejo casco; pero las obras de reforma llevadas á cabo lo dejaron al descubierto, y con él quedaron al descubierto también otros dos edificios histórica y artísticamente importantes: el Palacio de los capitanes de los Güelfos (el que se ve en el fondo, á la derecha, en la fotografía de la página anterior), y la antiquísima iglesia de San Blas (el que se ve en el fondo, á la izquierda).

El Palacio de los capitanes de los Güelfos es una construcción también del siglo XV hecha por Francisco delle Lune, según los planos de Brunelesco, y es el verdadero tipo de los palacios del tiempo de la prosperidad mercantil de Florencia, tipo caracterizado por la azotea. El interés histórico de este edificio consiste en haber sido durante muchos años residencia de los jefes del partido güelfo, que tanta influencia tuvo en la historia de la República florentina.

La iglesia de San Blas nada ofrece de particular interés en el sentido artístico; lo tiene únicamente por su mucha antigüedad, pues con el nombre de Santa María fué la primera capilla que los cristianos erigieron en Florencia, en el sitio en donde estaban las termas romanas.

El Palacio de la Lana fué construído á fines del siglo XIII, y después de un largo período de prosperidad, hubo de pasar por varias vicisitudes y de sufrir algunas desgraciadas restauraciones. Hasta 1890 estuvo, como el Palacio del Arte de la Seda, escondido entre las casuchas del centro de la ciudad; en el citado año, en que se decretó la reforma, fué adquirido por el Municipio, con el propósito de restaurarlo una vez más. Este proyecto de restauración fué muy combatido; pero en junio de 1903 la Sociedad Dantesca Italiana compró el edificio, lo restauró por completo y estableció en él su domicilio oficial. El estado en que se hallaba el palacio, á consecuencia de las alteraciones exterior é interiormente sufridas en el transcurso del tiempo, obligó á la citada Sociedad á emprender una obra larga y minuciosa, que se encargó al profesor Enrique Lussini. La parte superior del edificio es casi la misma antigua, pues apenas se restauraron en ella más que algunos pormenores; la inferior ha sido reconstruída según las tradiciones y los elementos recogidos en documentos antiguos.

En uno de los ángulos del edificio, se ha colocado la antigua obra de arte conocida con el nombre de *Tabernáculo de la Virgen de la Tromba;* este tabernáculo, que data del siglo XIV y cuya pintura es de Jacopo da Tasentino, es muy popular, gracias á la circunstancia de que delante de él rezaban por última vez los condenados á muerte. Durante mucho tiempo, esa obra se guardó en el Palacio de la Signoría.

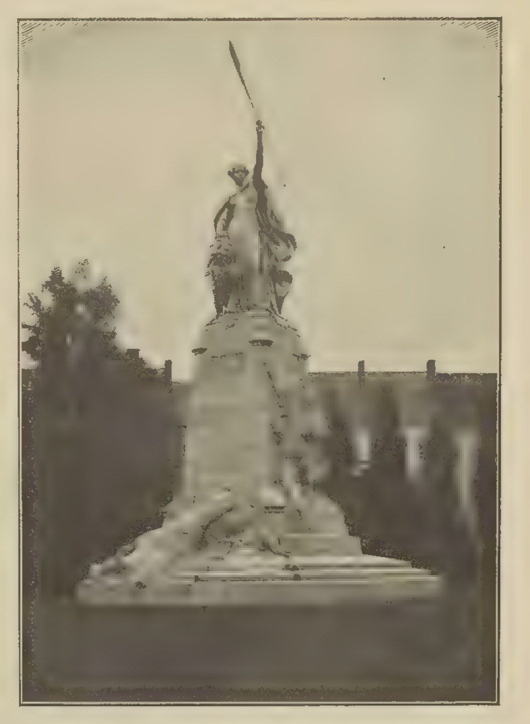
La inauguración de ese monumento, después de su restauración, se efectuó hace poco con gran solemnidad y varias fiestas populares.

A. ROMIEUX.

MONUMENTO EN MEMORIA DE LA BATALLA DE LAS ESPUELAS DE ORO.

Dueño de Flandes, Felipe el Hermoso, rey de Francia, en vez de conquistarse el afecto de los países nuevamente conquistados, púsolos bajo el gobierno de Jacobo de Chatillón, hombre ávido é insolente que con sus exacciones y vejaciones tiránicas exasperó á los flamencos, tan amantes de sus privilegios y de sus libertades. Quejáronse los ciudadanos de Brujas, y el gobernador mandó prender á treinta jefes de oficios y corporaciones; amotinóse entonces el pueblo, é invadiendo el castillo en donde estaban encerrados, puso en libertad á los prisioneros. Chatillón entró en Brujas en 17 de mayo de 1302 al frente de 1.500 hombres, amenazando á los habitantes con terribles castigos, pero á la mañana siguiente, los soldados franceses, alojados en las casas de la ciudad, fueron sorprendidos mientras dormían y asesinados. A esa matanza se le ha dado el nombre de los *Maitines de Brujas,* que han sido comparados con las *Vísperas sicilianas.*

Después de esto, no había que esperar gracia de Felipe, y los brujenses, comprendiéndolo así, procuraron arrastrar en su rebelión á los demás flamencos y nombraron jefe á Guillermo de Juliers.



COURTRAI (BÉLGICA). – MONUMENTO CONMEMORATIVO DE LA BATALLA DE LAS ESPUELAS DE ORO, recientemente inaugurado, obra del escultor Devreese. (De fotografía de Hutin, Trampus y C.ª)

Declarada la guerra, Juliers puso sitio á la ciudad de Cassel, cuando supo que Roberto de Artois avanzaba sobre Courtrai con un ejército formidable, compuesto de 47.500 hombres y del que formaban parte casi todos los grandes barones del reino, que habían acudido al llamamiento de Felipe el Hermoso, atraídos por el cebo del rico botín que esperaban conquistar en Flandes. Guillermo de Juliers replegóse inmediatamente sobre Courtrai y con su tío Guido de Namur concertaron el plan de campaña, y aunque sólo contaban con 20.000 hombres, burgueses y artesanos en su inmensa mayoría, resolvieron aceptar el combate, resueltos á vencer ó á morir.

Libróse la batalla el día 11 de julio de 1302 y en ella obtuvieron los flamencos una victoria brillantísima, poniendo en fuga á los enemigos, después de una encarnizada lucha en la que perecieron los más ilustres señores franceses, entre ellos Roberto de Artois, el condestable de Francia; Godofredo, duque de Brabante, y su hijo; Pedro Flotte, canciller de Francia; el gobernador de Flandes, Jacobo de Chatillón; los condes de Tancarville, Eu, Aumale, Dreux, Dammartin, Soissóns y Vienne y multitud de otros nobles pertenecientes á las principales familias del reino.

La circunstancia de haber perecido en aquella batalla la flor y nata de la nobleza de Francia hizo que se la denominara la batalla de las Espuelas de Oro.

En conmemoración de tal victoria, la ciudad de Brujas ha erigido el monumento que adjunto reproducimos y que es obra del escultor Devreese. Sobre un amplio pedestal álzase una matrona que representa Flandes, blandiendo con su mano izquierda una lanza y apoyando la derecha en el león, una de cuyas garras pisotea un trozo de cadena. En la cara anterior del pedestal y al pie de los escudos de Courtrai y de Brujas, léese esta inscripción: «*Courtrai. Bataille des Eperons d'or. 11 Juillet* 1302;» en la cara posterior está grabado el antiguo grito de guerra de los flamencos «*Flandre au lyon!,*» y en una de las caras laterales hay dos guerreros armados de todas las armas. Al pie del pedestal yace la estatua de Roberto de Artois, vestido con su armadura, empuñando una espada rota y cubierto el cuerpo con un manto sembrado de flores de lis, noble tributo de admiración al ilustre adversario que murió heroicamente en la batalla.

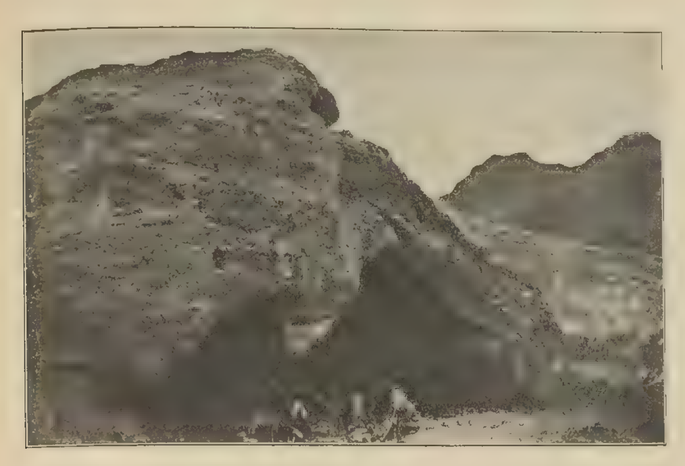


EL NUEVO ESCAFANDRO RESTUCCI PARA EXPLORAR LAS GRANDES PROFUNDIDADES SUBMARINAS. (De fotografía de Carlos Abeniakar.)

NUEVO ESCAFANDRO PARA LAS GRANDES PROFUNDIDADES.

Un maquinista de la Marina real italiana, el Sr. Restucci, oriundo de Nápoles, ha realizado recientemente algunos ensayos con un nuevo escafandro metálico de su invención. El aparato es de hierro, tiene un centímetro de grueso y sus dimensiones son tales que puede contener á un hombre de pie dejándole una relativa libertad de movimientos; es de forma cilíndrica con el extremo superior casi esférico y provisto de lentes que permiten explorar el fondo del mar en todas direcciones.

Lo más ingenioso de ese escafandro es la construcción de los dos brazos de bronce, enteramente parecidos á los brazos humanos: el antebrazo es articulado, la mano derecha tiene dedos dotados de los mismos movi-



Chile.—La isla de Juan Fernández que ha desaparecido á consecuencia de los terremotos. Cueva en donde vivió enteramente solo durante cerca de cinco años Alejandro Selkirk, que sirvió de héroe para la famosa novela de Daniel Foe *Robinsón Crusoe*. (De fotografía.)

La primera sacudida sintióse allí á las ocho de la noche del 16 de agosto último y sus efectos fueron terribles, habiéndose desplomado con gran estrépito multitud de edificios, entre cuyas ruinas quedaron sepultados gran número de habitantes. Aún fué más fuerte la que se dejó sentir pocos minutos después, que completó la obra destructora de la anterior y á la que siguió casi inmediatamente el incendio. Las llamas surgieron simultáneamente en varios puntos de la ciudad, destruyendo innumerables edificios que el terremoto había respetado.

El barrio del Almendral ha quedado reducido á un montón de escombros; la avenida del Brasil ha sido en su mayor parte destruída, lo propio que las calles Esmeralda, Blanco y Candelle, y las plazas del Orden y Prat. Entre los principales edificios arruinados cítanse el teatro Victoria, el teatro Nacional, las Casas Consistoriales, el palacio Edwarts, la Intendencia, el Círculo Naval, el Club 13 de septiembre, las iglesias del Espíritu Santo y de la Merced y el establecimiento de los Hermanos franceses.

Desde los primeros momentos quedaron totalmente interrumpidas las comunicaciones por haberse roto las líneas telegráficas y telefónicas y haber sufrido grandes desperfectos todos los puentes y túneles del ferrocarril de Santiago á los Andes.

En cuanto se sintieron las primeras sacudidas, los habitantes de Valparaíso, presa de indecible pánico, se refugiaron en las colinas, en donde fueron inmediatamente socorridos por el gobierno, que se apresuró á enviar víveres, tropas y todos los auxilios necesarios.

El número de muertos se calcula que asciende á cinco mil. Las pérdidas materiales se estiman en 250 millones de pesetas.

Como en San Francisco de California, no faltaron criminales que se aprovecharon del desastre para entregarse al saqueo de los edificios y al despojo de los cadáveres; contra ellos adoptaron las autoridades medidas rigurosísimas, por virtud de las cuales fueron fusilados, previo juicio sumarísimo, más de 150.



Valparaíso.—El monumento de la Marina. (De fotografía de Díaz y Spencer, facilitada por D. Francisco de P. Moas.)

mientos que los del hombre, y la izquierda está substituída por unas tenazas y unas tijeras.

El interior del aparato contiene una pequeña lámpara eléctrica con la que se puede iluminar un determinado espacio en el fondo del mar.

El buzo se comunica con el buque de escolta por medio de un teléfono; un aparato especial le proporciona el aire necesario, haciendo posible su permanencia durante mucho tiempo debajo del agua.

El escafandro Restucci ha dado ya resultados prácticos, puesto que ha servido para encontrar en el mar Negro un buque ruso que se fué á pique cerca de Balaclava durante la guerra de Crimea con un cargamento de 45 millones en oro. En vista del éxito hasta ahora obtenido, el gobierno ruso repetirá las pruebas á fin de poder determinar los medios de recobrar tan precioso tesoro.—C. A.

LOS TERREMOTOS DE CHILE

DESTRUCCIÓN DE VALPARAÍSO

Apenas desvanecida la horrible impresión producida por el terremoto de San Francisco de California, una nueva catástrofe del mismo género ha devastado multitud de poblaciones en el otro extremo del continente americano, en la República de Chile. Valparaíso, Santiago, Mendoza, Quillota, Melipilla, San Fernando, Casa Blanca, Concepción, Talca, Llai-Llai, Los Andes, San Felipe y algunas más han sufrido daños importantes á causa del fenómeno sísmico; pero en donde esos daños han revestido proporciones más espantosas ha sido en la ciudad de Valparaíso.



Valparaíso.—Plaza de la Victoria
(De fotografía de Díaz y Spencer, facilitada por D. Francisco de P. Moas.)







VALPARAISO, RECIENTEMENTE DESTRUÍDA POR UN TERREMOTO

Calle de San Juan de Dios.—Calle de Arturo Prat.—Teatro de la Victoria. (De fotografías de Díaz y Spencer, facilitadas por D. Francisco P. Moas.)







VALPARAÍSO, RECIENTEMENTE DESTRUÍDA POR UN TERREMOTO

Plaza de Echaurren.—Calle Blanco.—Calle Esmeralda. (De fotografías de Díaz y Spencer, facilitadas por D. Francisco P. Moas.)

Las últimas noticias que de Valparaíso se reciben dicen que, aunque todavía se sienten algunas sacudidas, va renaciendo la confianza y restableciéndose la normalidad.

A consecuencia de esos terremotos ha desaparecido la isla de Juan Fernández, célebre por haber vivido solo en ella, durante cerca de cinco años (1704-1709), el marinero inglés Alejandro Selkirk, á quien al fin recogió el capitán Rogers y que sirvió de héroe á Daniel Foe para su famosa novela *Robinsón Crusoe.*



San Sebastián. – El crucero chileno «General Baquedano,» buque escuela de guardias marinas, engalanado con motivo de la visita que le hizo S. M. el rey D. Alfonso XIII el día 27 de agosto último. (De fotografía de Frederic.)

SAN SEBASTIÁN

VISITA DE S. M. EL REY D. ALFONSO XIII AL CRUCERO CHILENO «GENERAL BAQUEDANO»

El día 23 de agosto último fondeó en San Sebastián el crucero chileno *General Baquedano*, buque escuela de guardias marinas. La capital de Guipúzcoa ha celebrado varios festejos en honor de la dotación, y S. M. el rey Alfonso XIII, después de haberla recibido en el palacio de Miramar, le devolvió la visita en la mañana del 27.

D. Alfonso, vestido con uniforme de almirante de gala y acompañado de un brillante séquito, embarcó á las diez en la escampavía *Guipuzcoana*, dirigiéndose al *General Baquedano*, cuyos cañones hicieron las salvas de ordenanza y cuya tripulación estaba formada sobre cubierta. El rey fué recibido por el ministro de Chile y por el comandante del buque, y después de haber visitado todas las dependencias del crucero y revistado la marinería y las fuerzas de infantería de marina, fué obsequiado con un exquisito *lunch.* Nuestro monarca brindó por sus hermanos de América y por la marina de Chile, y el comandante del barco le regaló un hermoso cuadro, obra del notable marinista Sr. Martino, que representa al *General Baquedano* en alta mar.

La visita terminó á las once, y al salir S. M. del crucero fué saludado con otra salva, mientras la marinería, subida á las vergas, daba entusiastas vivas al regio visitante.

BARCELONA

FESTIVAL INFANTIL EN EL TIBIDADO

Simpática fué en extremo la fiesta infantil celebrada el domingo, día 26 de agosto último, en la cumbre del Tibidabo. De todo hubo en ella: concierto por la banda de los Veteranos de la libertad, bailes populares, un circo ecuestre en miniatura en el que varios pequeños *clowns* hicieron las delicias de la chiquillería, un teatro de polichinelas en el que se representaron producciones propias para diversión de los niños, elevación de aeróstatos, fuegos artificiales y por último reparto de globos y sorteo de juguetes.

Un día espléndido contribuyó á hacer más agradable el festival, que estuvo, como era de esperar, muy animado y que fué muy del gusto de la gente menuda, en cuyo honor se había dispuesto.



S. M. el rey D. Alfonso XIII á bordo del «General Baquedano,» revistando las fuerzas de infantería de marina que le tributan los honores á su llegada. (De fotografía de Frederic.)

EL HEREJE, cuadro de Frank Craig

(Véase el grabado de la página 584.)

En la exposición de la Real Academia de Londres celebrada en el presente año, ha llamado con justicia la atención este cuadro que reproducimos y en el cual la crítica ha encomiado así la habilidad con que está compuesto y el carácter de la época que el artista ha sabido imprimir en él, como la intensidad de expresión que reflejan los rostros y hasta las actitudes del gran número de figuras que ocupan el lienzo: el terror, la indiferencia, la curiosidad, la compasión, el fervor, son los sentimientos que animan á los distintos personajes; para cada uno de ellos, en sus más variados matices, ha encontrado el pintor la nota adecuada, la pincelada justa.

MISCELÁNEA

Bellas Artes.—Esmirna. – Se ha descubierto en Esmirna un cuadro de Murillo, hasta ahora desconocido, que representa á la Sagrada Familia. La direccion del Louvre ha certificado la autenticidad de esa obra, que se halla en poder de una familia inglesa residente en aquella ciudad y por la cual dícese que se ha ofrecido un millón de francos.

Helsingfors. – En breve se colocará en Helsingfors (Finlandia) la primera piedra de un Museo Nacional Finlandés, cuyo coste ha sido presupuesto en 2.000.000 de pesetas y en el cual se reunirán todas las colecciones históricas, arqueológicas y etnográficas que actualmente se hallan diseminadas en aquel país.

Necrología.—Han fallecido:

Dr. Brouardel, eminente médico francés, profesor de la Escuela de Medicina, miembro de la Academia.

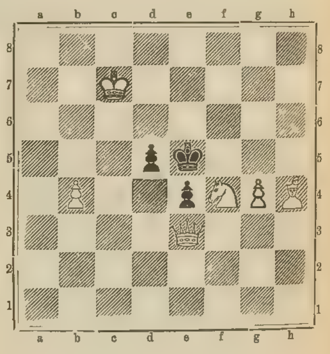
Vizconde Gentaro Kodama, jefe del estado mayor del ejército japonés, ex ministro de la Guerra.

Jorge Rauchenecker, compositor alemán, ex director de la célebre orquesta Filarmónica de Berlín y del Conservatorio de Avignón, autor de varias óperas, sinfonías, coros, etc.

AJEDREZ

Problema número 437, por V. Marín.

Negras (3 piezas)



Blancas (6 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas.

Solución al problema núm. 436, por V. Marín.

Blancas.	Negras.
1. Tf8–d8	1. Dh4×d4
2. Td8×d6	2. Dd4×a1 jaque.
3. Td6–d1 mate.	

Variantes

1..... Aa2×b3;	2. Ab8×d6 jaque, etc
f6–f5;	2. Cd4–e6 jaque, etc.
Re5–f4;	2. Cd4–e6 jaque, etc.
Re5–d5;	2. Td8×d6 jaque, etc.
Otra jugada;	2. Ab8×d6 jaque, etc.



Barcelona. – Festival infantil en el Tibidabo. Circo ecuestre en miniatura. (De fotografía de A. Merletti.)

LA FUERZA DEL PASADO

NOVELA ORIGINAL DE DANIEL LESUEUR.—ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)

Los que tienen la suerte de acercarse á la casa no se cansan de contemplar en el portal, entre los cirios y bajo un montón de flores, los rígidos pliegues que dibuja alrededor del ataúd el paño negro estrellado de plata. Encima está el triple cofre de los ricos, roble, plomo y madera de violeta, acolchado de seda. Y dentro, el cuerpo delicado y la cara rubia con la frente rota. Al representársela, humildes vecinas pobremente vestidas lloran como por ellas mismas y como si su dura existencia les dejase lágrimas que verter por los demás. «Figúrese usted..., tiene dos niños pequeños...» Los hombres experimentan cierta secreta emoción, pero creen necesario bromear é invocar las desigualdades sociales. «A ti no te sucederá lo mismo, Juana. Tú no caracoleas más que en las jirafas de la feria de los Inválidos.» Después vienen las leyendas: «Parece que es su amante el que ha procurado este mal golpe.—No, es su marido.» Y por fin, la filosofía envidiosa de los proletarios: «¡Bah! Una menos para divertirse. No habría tantas historias si reventase mi mujer.»

De repente cesa la charla y las cabezas se descubren. Los que peroraban más descaradamente no fueron los últimos en quitarse la gorra ó el hongo grasiento cuando los hombres de las pompas fúnebres levantaron hasta el carro el pesado ataúd, que cayó en él con un ruido mate. Había llegado en un furgón la noche antes, después de haber recibido la bendición de la iglesia y el sello de la alcaldía de Aix-en-Othe, término municipal donde se encuentran el castillo de los Valtín y la casa de caza de los Sebourg.

Hizo falta tiempo para disponer la masa de ramos y de coronas. Los curiosos se asombraban de aquella profusión de flores en febrero y calculaban la fortuna que representaban aquellas cascadas de orquídeas, aquellos almohadones de violetas blancas orladas con las de Parma, aquellos ramos de rosas y aquellas enormes brazadas de lilas.

Después se cernió de nuevo un silencio respetuoso. Dos hombres se adelantaban para presidir el duelo. El aspecto del de más edad causó cierta emoción en los pechos varoniles de los obreros, que se irguieron instintivamente cuando apareció aquel anciano. Era el conde de Feuilleres, padre de Antonieta de Sebourg. Nadie ignoraba que fué uno de los héroes de Sedán. Muchos recordaban su célebre rasgo antes de cargar á la cabeza de su escuadrón de cazadores. Había prendido su pañuelo en el quepis, y aquel lienzo flotante estuvo rodeado durante una hora del mismo prestigio que el penacho de Enrique IV. Una bala se llevó un pedazo. Cuando el jefe de escuadrón, herido y hecho prisionero, tuvo que rendir las armas, quisieron arrancarle el pedazo de pañuelo que quedaba. Pero el rey de Prusia, que guardaba la espada del emperador, no se creyó con derecho á retener el pañuelo del comandante Feuilleres é intervino él mismo para que se le devolviera.

Se dice «los cazadores de Feuilleres» como se dice «los zuavos de Charrette.» Nadie lo ignoraba entre la multitud que veía ponerse en marcha el convoy. Todos los ojos se fijaban en el antiguo héroe. Su fisonomía no era conocida de los parisienses. Desde su segundo matrimonio, en 1884, aquel hombre de acción y de energía había abdicado todo esfuerzo, toda ambición y todo interés de carrera. Había hecho dimisión siendo general de brigada y encerrádose en el castillo que, en la orilla del Tarn, cerca de Montauban, recuerda con triste majestad el dominio de sus antepasados y conserva su nombre. Allí era donde Cristiana había nacido y donde habían transcurrido su infancia y su adolescencia. No había salido de Feuilleres por primera vez hasta dos años antes de aquella desgraciada cacería, para ir á pasar unas semanas con los Sebourg y tratar de poner de acuerdo á éstos con la casa paterna. Después renovó la visita. Le parecía haber conquistado el corazón de aquella hermana diez años mayor que ella. Hasta esperaba aproximarla á su madre, á quien ella adoraba, cuando, por una desgracia tan atroz como inesperada, Antonieta desapareció.

Cristiana dió un grito, extendió las manos y se agarró al brazo de su padre...

Cristiana, que ocupaba el primer carruaje del cortejo, pensaba con ardiente amargura en todo lo que desgarraba en ella y alrededor de ella aquella muerte brutal. Con la cabeza inclinada bajo su velo de crespón, se sustraía por el silencio á importunos consuelos. Francisca Valtín se los hubiera prodigado. La esposa del industrial millonario se encontraba á su lado en la oscilante berlina, pequeña caverna de paño negro y de olor lúgubre é indefinible. Vestida con un sobrio luto de amiga, del mejor gusto, la hermosa señora de Valtín se unía á Cristiana con una abnegación teatral que la muchacha se acusaba de no apreciar. En el momento del desfile, muy numeroso, que llevó á los Sebourg los pésames más distinguidos de París, Francisca adoptó el papel de ama de casa. (Aquella pobre Cristiana—¿verdad?—recién llegada de su provincia, no conocía á nadie.)

Las dos recibieron á las visitantes en un saloncillo, mientras que, en el grande, el conde y su yerno devolvían sin decir palabra los apretones de manos de los hombres. Entre las mujeres no reinaba esa ley del silencio. La señora de Valtín presentaba sin cesar á Cristiana personas que ésta veía apenas en la pieza obscurecida y entre el luto semejante de los trajes. Y aquellas señoras abundaban en preguntas y empezaban por declarar, como si esto debiera anular la catástrofe, que «no habían podido creerlo» y que «aquello no era posible.»

Cristiana dejaba responder á la señora de Valtín; y de este modo la pobre joven oyó cien veces seguidas los detalles horribles que le traspasaban el corazón.

Otra tristeza, sin embargo, vino en su ayuda, apartando un poco su mente de la tristeza dominante. Su madre no había venido de Feuilleres. «Un estado enfermizo, agravado por el choque moral,» decía el conde para justificarla de no haber emprendido el viaje. ¿Era enteramente exacto? Era más fácil suponer que la segunda señora de Feuilleres no había creído que su sitio estuviese aún al lado de un ataúd, en casa del yerno de su marido, de aquel Gerardo de Sebourg que, según ella creía, había agriado el desacuerdo, ya penoso, entre su nuera y ella. Y esto era lo que presentía Cristiana y lo que la hacía sufrir. Su obra de conciliación, ¿era, pues, una niñada, una ilusión de su candidez?.. Y qué pena para su alma piadosa el ver en la madre admirable, á quien debía su fe, un sentimiento de rencor bastante fuerte para persistir ante una tumba... Cuestión de dignidad en la condesa de Feuilleres ante un joven del que tenía graves quejas. Pero aquel desgraciado Gerardo, quebrantado

Por el dolor, se hubiera fundido en arrepentimiento ante una mano generosamente ofrecida.

Aquella manera de ver las cosas no preparaba á Cristiana para la conversación que tuvo con su padre casi en seguida de la fúnebre ceremonia.

En cuanto se acabaron las escenas rituales del cementerio, el Sr. de Feuilleres cogió del brazo á la única hija que le quedaba y se la llevó hacia el coche de duelo.

—Al hotel Bedford, dijo al cochero.

—¿No volvemos á casa de Gerardo?, preguntó Cristiana sorprendida.

—Por el momento, no. Los pequeños no están allí, ¿verdad?

—Roberta y Francisco están en casa de la señora de Valtín con su *governess,* miss Gertie.

—Bien; entonces, espera, dijo el anciano.

Se inclinó por la portezuela y dió una indicación. Un momento después se paraba el coche delante de una oficina de correos.

—Voy á telefonar, dijo, para que miss Gertie nos traiga los niños.

—¿No teme usted ofender á la señora de Valtín?

—¡Oh, no! Ahí tienes una cosa que no temo absolutamente nada, exclamó casi rudamente el general, ya en la acera.

Cuando subió y se encontró con aquellas tiernas pupilas negras un poco inquietas, le explicó:

—Puedes estar tranquila, Cristiana. He usado en mi petición las mismas precauciones que hubieras usado tú misma. La presencia de mis nietos me es indispensable para sufrir un poco menos... Eso es.

El general recalcó la última palabra al volverse. En sus dedos, endurecidos por el manajo del sable, sintió la presión de los dedos de su hija.

—De todos modos, se vendrán mañana con nosotros á Feuilleres, como está convenido, dijo la joven.

El conde no respondió y los dos fueron silenciosos hasta la calle de la Arcade.

Al entrar en el hotel, el primer cuidado de Cristiana fué tomar dos habitaciones para los niños y su aya inglesa. Quería que estuviesen lo más cerca posible de la suya y vigiló su arreglo y su ventilación como si sus sobrinos no debiesen habitarlas simplemente una noche. Cristiana tomaba ya profundamente en serio su papel de segunda madre, que llegaría á ser efectivo, pues Gerardo, aunque poseía muy viva la fibra paternal, no era hombre de seguir de cerca la educación de un niño de tres años y de una niña de cinco.

—Con tal, pensó, que no ofendamos á mi cuñado quitándole hoy mismo los niños como si se los robásemos.

Era ya verdaderamente duro que su padre hubiera ido á un hotel en lugar de aceptar su hospitalidad.

—Voy á hacer pedir la comunicación para ver si ha vuelto á la avenida Kleber y si piensa comer con nosotros.

Pero, después de reflexionar, prefirió conocer las intenciones del conde, antes de dar un paso, sin embargo tan natural. ¡Sentía algo tan hostil entre los dos hombres! Aquella desgracia, en lugar de aproximarlos, parecía haber agravado su disentimiento con una levadura de odio. ¿Por qué?.. Cristiana iba á saberlo, Dios sabe con qué horror.

Se reunió con su padre en el salón particular que había alquilado para recibir á sus íntimos y hacerse servir las comidas fuera de las indiscreciones y de las curiosidades. El anciano estaba sentado en una butaca con los hombros encorvados de fatiga ó de tristeza y las manos cruzadas entre las rodillas, en una actitud á la vez rígida y triste. Su marcial fisonomía de cráneo calvo, bigote y perilla blancos y delgadas facciones llenas de distinción, expresaba un sentimiento más áspero que el dolor. En sus ojos grises brillaba el fuego de la cólera.

La joven notó ese detalle en cuanto entró en la pieza, donde, sin embargo, se espesaban ya las tinieblas de un anochecer de invierno.

Se acercó á su padre, se arrodilló á su lado y quiso cogerle la mano.

—Siéntate, Cristiana, dijo el conde con voz sorda; tengo que hablarte.

La joven obedeció y tomó asiento en la punta de un diván que estaba al lado.

Feuilleres sumergió en los ojos de su hija aquella mirada en que se encendían todavía chispas de mando, y aun en aquel minuto, bajo el peso de ideas tiránicas, experimentó la habitual suavidad que subía hacia él de aquellas pupilas de un negro tan fluído, entre la doble y larga línea de espesas pestañas. ¡Qué rectitud, qué pureza, qué belleza las de aquellos ojos queridos!

El padre vaciló un instante ante aquel candor. Pero hubo en él como una sacudida de voluntad, y empezó:

—Cristiana, ¿tenías idea de que tu hermana era desgraciada?

Aquella fina fisonomía, hacía un momento pálida, se cubrió de rubor más bien de emoción que de embarazo.

—Desgraciada... ¿Desde qué punto de vista?

—Por su marido.

El rubor aumentó y sus párpados pestañearon.

—Sé franca, hija mía..., á pesar de tu dificultad para hablar de ciertos asuntos. Tienes diez y ocho años y no puedes ignorar ciertas fealdades de la vida, por muy delicadamente que te hayamos educado. Habla. Para hacerte semejante pregunta tengo las más graves razones.

Cristiana bajó la cabeza y murmuró:

—Creo que..., en los últimos tiempos..., estaba un poco celosa.

Feuilleres se mordió el bigote y dijo en tono seco:

—¿De la señora de Valtín, no es verdad?

La joven sintió un estremecimiento de sorpresa.

—¿Cómo puede usted saber, padre mío, una impresión tan secreta, que Antonieta me confió á mí sola, estando usted allá, tan aislado y tan lejos?

—¡Inocente!.., dijo el general con entonación enternecida. No conoces el mundo. Tu pobre hermana hubiera podido ignorarlo todo y no tener nada que decirte, mientras había algo que era objeto de malignidad para todo el mundo. Si te pregunto, es justamente para saber hasta qué punto ha podido sufrir mi pobre hija...

—¿Sufrir de qué, papá?.. ¿Quién ha hablado con usted?.. ¿Qué maldades y qué falsedades han podido decirle?

—Mi antiguo camarada el general Aumailles ha venido esta mañana, cuando tú te habías marchado ya á la avenida Kleber.

—El general Aumailles no es hombre de hacerse eco de feos chismes.

—Puedes estar segura de ello. Y sin embargo, ha creído en su alma y conciencia que debía prevenirme de los rumores que corren.

—¡Rumores!.. ¿Qué rumores? Usted, papá, no se da cuenta de su tono ni de su expresión... Me hace usted temblar.

Era literalmente exacto; las manos y los labios de la joven temblaban y la oleada rosa había desaparecido de su cara.

—Oye, hija mía, siguió diciendo Feuilleres, sepamos ver las cosas de frente. No trato de decirte lo que es, ni siquiera lo que yo creo; voy á decirte lo que se cuenta. Es ya para nosotros una prueba suficiente que se pueda decir semejante abominación..., después de la cual, sería casi dulce para mí haber perdido solamente á mi hija.

Aquella voz enérgica se quebrantó y Cristiana sintió que su corazón palpitaba de angustia. Su padre vió aquellas facciones ingenuas palidecer y crisparse, y apresuró su revelación. La verdad, por inaudita que fuera, no alteraría á su hija más que tal incertidumbre.

—La gente del gran mundo—de su mundo—esa cuadrilla de advenedizos que forma la sociedad de los Valtín, todos esos sietemesinos y esas lindas damas que desfilaban esta mañana delante de nosotros con gestos de mentirosa simpatía, ¿sabes lo que afirman corrientemente? Que Sebourg no es extraño á la muerte de su mujer. ¿Y por qué? Porque está enloquecido por esa coqueta de la señora de Valtín, por la cual tiene una pasión insensata.

Cristiana dió un grito, extendió las manos y se agarró al brazo de su padre como si hubiera sentido oscilar el suelo debajo de ella. Y la joven fijó en él unos ojos agrandados, vacíos de pensamiento en el reflujo aterrado de su alma.

El anciano la observó con intensa mirada, buscando algún indicio, algún retazo de verdad ignorado por ella misma, en aquel desorden de impresiones.

—De modo, dijo el conde vivamente, que tú no sospechabas nada... Nada había llegado hasta ti de semejantes insinuaciones...

Cristiana le interrumpió con vehemencia:

—Diga usted de esa calumnia horrorosa, padre mío...

—Bien, dijo el conde después de una imperceptible vacilación. No has observado nada que te preparase...

Y al ver un gesto de su hija, añadió:

—No te indignes y reflexiona. Una calumnia, por odiosa que sea, se funda en una apariencia cualquiera. ¿Ves tú esa apariencia?.. Tú, que has vivido en casa de tu hermana y que estabas en aquella maldita cacería, ¿no descubres material ó moralmente alguna cosa?..

Cristiana retrocedió sin que su mirada se apartase de la de su padre. Apoyó los codos en las rodillas y el delicado óvalo de su cara en las dos manos. Todo estaba como contraído en ella: su busto recogido, sus puños cerrados bajo la barbilla, sus facciones exangües. Solamente sus ojos se abrían desmesurados. Poco después preguntó lentamente:

—¿Se ha dicho eso, padre mío?.. ¿Verdaderamente se ha dicho?

El conde bajó la cabeza.

—¿Las personas que estaban esta mañana en casa de mi cuñado, que le compadecían y le estrechaban la mano?..

El conde repitió su gesto afirmativo y corrigió solamente:

—No todos, de seguro; pero los que no lo afirmaban, lo oían con complacencia.

—¿Y los que se inclinaban con tan respetuosa galantería delante de la señora de Valtín, sospechaban de ella también?..

Los blancos labios se torcieron y se callaron, no queriendo emitir una sospecha que les parecía repugnante é imposible de expresar, sospecha, sin embargo, con que todo París envolvía á la hermosa Francisca como con una excitante y sedosa atmósfera.

El héroe de Sedán hizo un movimiento casi de impaciencia.

—Vamos á ver... ¿No me has comprendido?.. Sí, eso es lo que se dice, lo que se cree y lo que se repite. Pero no es de la opinión de lo que yo me ocupo. No se tratará con más rigor á Gerardo que á esa mujer. Nadie en el mundo piensa en inculpar á Sebourg ante la justicia, porque nadie tiene interés en ello. Los Valtín son inexpugnables detrás de sus montones de oro. Lo que yo quiero saber de ti, compréndelo bien, es si tu pobre hermana ha sufrido, si has visto correr sus lágrimas, si debo pedir cuenta de ellas á ese miserible, si...

—¡Basta, padre!.. Basta..., basta..., dijo Cristiana anhelosa y con las manos en el pecho, como si no pudiera soportar el seguir oyendo.

—Pero explícate, hija mía... Habla... ¿Qué es lo que tú crees?, interrogó el anciano con la voz dulcificada.

Cristiana no pudo obedecerle en seguida, porque los sollozos y las lágrimas la sofocaban. Por fin pronunció el nombre de Antonieta y pudo así romper á llorar. Recobró entonces las palabras, sílabas presurosas y entrecortadas, pero tan ciegamente generosas y de tanta incredulidad para el mal... Toda su alma de candor y de ignorancia, herida como por el rayo por aquella horrible revelación de los abismos de la vida, palpitó fuera de sí misma.

¡Su pobre Antonieta!.. Era matarla dos veces lanzar aquella infame acusación contra el marido á quien amaba y por el que era amada. Los únicos criminales eran los que se atrevían á concebir semejante monstruosidad ó á hacerse eco de ella. Ellos creaban la atroz acción, para su propia vergüenza, puesto que seguían siendo amigos de aquel de quien debieran huir como del más cobarde y vil de los hombres, y de la mujer que le daban por cómplice, aquella mujer á la que manchaban por detrás y adulaban abiertamente.

—Dice usted, padre, que es rica..., y usted, el más noble de los hombres, hace constar eso como una cosa muy natural... Pero, entonces, la sociedad es una caverna de bandidos. ¿Por qué me ha dejado usted venir? ¡Lléveme usted de aquí, padre!.. Condúzcame á nuestra casa, á nuestro nido, al lado de mamá, donde yo no vea, donde yo no oiga...

Cristiana se ocultaba con las manos los ojos y los oídos. Su exaltación de joven agravaba su verdadero horror. ¿Pero podía exagerar la abominación de que se creía envuelta de repente como por una pesadilla? Su hermana engañada y asesinada... La hipótesis horrible circulando de boca en boca apenas discutida, admitida fácilmente y por eso mismo más repugnante... ¡Cómo! Aquella imputación infernal era una simple hablilla de salón... ¿Había comprendido bien? ¿No había perdido el sentido?

En su cara y en sus ademanes convulsivos se vieron todas las señales de un sufrimiento casi insoportable. Feuilleres empezaba á asustarse de una crisis moral provocada por él sin bastantes precauciones. Pero cuando trataba de calmarla, aquella pobre alma enloquecida volvió en sí, en cierto modo, por la lástima. Cristiana exclamó con voz más contenida:

—¡Ese desgraciado Gerardo!.. Ha cometido culpas, es cierto. Sobre todo con mi madre. ¿Pero las ha cometido también con mi hermana?.. ¿Cómo puedo yo saberlo?.. Todo lo que puedo afirmar es que era un matrimonio realmente unido. Sus insignificantes querellas se referían á pecadillos. El pobre muchacho no tiene maldad ninguna bajo su exterior un poco rudo. Es de un carácter sombrío y concentrado y, convengo en ello, enteramente incomprensible para mí. Pero de esto á cometer un crimen... Hacer traición á Antonieta con su mejor amiga... Meditar una emboscada

mortal... Herir acaso... Él, tan fuerte, y ella, tan desarmada y tan débil..., y que le amaba... La madre de sus dos hijos...

La joven se calló estremecida por un escalofrío y dando un indecible suspiro. Su padre aventuró lentamente y buscando las palabras:

—Ciertamente, comparto tu sentimiento. No creo en un crimen tan horroroso. Pero, en fin, Antonieta ha sido una víctima... en su corazón, si no en su vida. Tú misma no puedes menos de pensarlo y de dejármelo entender. Hablas de culpas posibles de Gerardo para con ella; convienes en que estaba celosa... Tenía sus razones, sin duda.

—Ella no se lo hubiera á usted dicho y no me perdonaría el hacerlo, exclamó vivamente Cristiana.

Su dulzura se llenó de energía. Hasta contra un padre, hasta contra aquel á quien admiraba por encima de todo, sabría defender esa cosa inaccesible y sagrada que es el pudor de un sentimiento de mujer. ¿Había sorprendido en la que no existía una palabra de desencanto, una mirada que revelase la íntima ansiedad ó una confesión de angustia?.. Ningún oído humano recibiría la confidencia. El misterio del amor tomaba en su corazón de virgen una belleza huraña y secreta. La ignorancia de Cristiana se recogía temblando de entusiasmo ante lo desconocido apasionado. Presentía que su destino entero cabría en un estrecho y profundo santuario, velado todavía para ella misma en lo profundo de su ser, y en el que palpitaría un pensamiento de única ternura, aunque este pensamiento no debiese resplandecer nunca al sol de la dicha humana. ¿Cómo profanar en otra lo que ella cuidaba tanto en sí misma por la altivez del silencio? Era lo mismo que dejar tocar á la mortaja blanca con que había vestido á la muerta.

Feuilleres comprendió que prolongando aquella conversación no haría más que turbar irremediablemente á una niña muy poco preparada para la vida. Cristiana no veía las realidades; no se podía sin peligro representarle los excesos. Las reacciones desesperadas de aquella naturaleza ingenua desconcertaban al padre. Creía que una niña educada austeramente en la soledad de Feuilleres por unos padres apartados adrede de las relaciones exteriores, y uno de los cuales, por lo menos, no comprendía ya nada de la juventud, habría podido, sin embargo, desenredar, en unas semanas pasadas en París, lo falso y lo verdadero de las cosas mundanas. El antiguo soldado no se daba cuenta de que la educación no da solamente nociones, sino órganos. La de Cristiana, llena de ilusión, de confianza y de fe, no había desarrollado en ella ninguna facultad de observación. Muchos años todavía no la hubiesen conducido á la luz, y una conmoción como la de hoy amenazaba arrojarla en los extremos, sin dejarle más que la posibilidad de ver el mal.

Esta confusa intuición hizo que el general lamentase haberse confiado á su hija, y mucho más no habiendo sacado de ella ningún dato que pudiese introducir un poco de luz en la obscuridad del drama. El anciano se esforzó por tranquilizarla reduciendo su revelación á los límites de una maniobra de envidiosos, de una miserable perfidia, por la que se habría alarmado exageradamente la amistad de su camarada Aumailles. Aunque no persuadió á Cristiana, que había, sin duda, sentido demasiado por sí misma, la vió recobrar una aparente sangre fría. Por ternura hacia él, la joven aceptó la situación convencional en que él se colocaba por su causa.

Cuando, después de un momento de calma silenciosa, el conde anunció su intención de salir, su hija no le preguntó; tenía demasiada deferencia por la voluntad paternal. Además, temió que le sonase á falsa aquella voz que le había enseñado el culto á la verdad. En el actual desarreglo de su imaginación, todo le parecía inexplicable. Y, en realidad, Feuilleres no le hubiera dicho que iba á buscar á su yerno, para que no temiese una explicación inmediata entre los dos hombres.

Antes de salir del cuarto, el conde fué á dar un beso en la frente á su hija.

—Celebro verte tan valiente, querida mía. Sobre todo, nada de lágrimas cuando yo esté fuera. Tus sobrinos van á llegar de un momento á otro. Pon buena cara á esos pobres niños, que no conocen su desgracia y que no podrían comprenderla.

Después de titubear unos segundos, dijo más bajo:

—Ahorraremos á tu madre el roce de estas vilezas; que no sepa nada, ya que allí está libre de ellas. ¿Me lo prometes?

Un gesto le tranquilizó. El conde salió de la habitación.

Cristiana se quedó mucho tiempo inmóvil, sentada en el ángulo del diván. Con los brazos abandonados, el talle doblado y la cabeza inclinada sobre su delgado cuello, tenía el aspecto dolorido y quebrantado de una frágil planta á la que acaba de torcer un viento de tempestad.

La obscuridad habría sido completa, á no ser por el resplandor de un farol de la calle, que llegaba á través del tul de los visillos. La joven no pensaba siquiera en dar la vuelta á un botón eléctrico.

Un golpe en la puerta la sacó de sus ensueños tan diferentes de los que hacía poco tiempo la llenaban todavía de felicidad.

—Adelante, dijo, creyendo que eran Roberta y Francisco con su aya.

Una voz de hombre preguntó:

—¿Está el señor conde?

Cristiana se levantó, dió luz y se encontró en presencia de un criado que traía en una bandeja la tarjeta de un visitante.

La joven no necesitó siquiera coger la tarjeta para leer el nombre: Antonio Le Bray. Estas sílabas se le entraron por los ojos y chocaron dulcemente con su alma como por un efecto mágico; aquel nombre le infundió seguridad. En el momento en que todo vacilaba, huía y se transformaba en una fantasmagoría lúgubre de cataclismo, Cristiana evocó una fisonomía franca, una fuerza tranquila y un apoyo sólido implantado en la roca y no en el lodo. ¡Antonio Le Bray!.. Que sea bien venido. La desconfianza de todo, esa acre y nueva sensación con que la pobre niña sentía envenenada el alma, dejaba intacto aquel nombre.

—Ruegue usted á ese caballero que suba, dijo.

Cuando Antonio fué introducido y los dos jóvenes se encontraron solos y juntos por primera vez, hubo un minuto de silencio. Él no se explicaba el terror que seguía visible en aquella cara cuyas expresiones conocía, hasta la del reciente dolor; ella no comprendía qué profundo sentimiento tenía á aquel hombre más turbado que un colegial en su presencia.

Y, sin embargo, el contacto de sus miradas, involuntariamente prolongado, no les causó ningún embarazo. Había tanta pureza en los ojos negros de Cristiana y tanto respeto en las pupilas de oro de Antonio, que ninguna molestia les hizo bajar los párpados.

El joven habló el primero. Venía á presentar sus respetos al general Feuilleres y sentía no encontrarle en casa.

—Desea usted ver á mi padre, dijo Cristiana. ¿Tiene usted algo importante que decirle?

Antonio se asombró, sin dejarlo ver, por el tono ansioso de la pregunta.

—No, señorita; mas á pesar de estar íntimamente relacionado con su familia de usted, sólo he encontrado al Sr. de Feuilleres en la boda de Gerardo, y quería expresar á ese glorioso soldado mi respetuosa simpatía en una desgracia que me afecta casi tanto... como si fuera su hijo.

—¿Es verdad?, insistió Cristiana. ¿No tiene usted nada grave que comunicarle?

Una viva emoción apareció en la cara del joven, aquella cara morena, de líneas acentuadas y nerviosas y prolongada por una barba rizada y puntiaguda. Los ojos, sobre todo, eran expresivos y cambiaban de matiz entre sus pestañas de terciopelo negro al menor reflejo de sentimiento; verdes ó grises, con un círculo dorado obscuro, parecían de fuego ó de sombra según los prontos movimientos del alma.

—Sí, replicó, tendría que decir algo muy grave á su padre de usted; pero no me atreveré, hoy sobre todo, ni antes de saber si usted misma...

Se interrumpió, y dijo dulcemente, muy bajo y con la cara inclinada hacia ella:

—¿Me comprende usted?

La joven no protestó ni movió negativamente la cabeza. Sin duda le comprendía y no la incitaba á negarlo ninguna coquetería remilgada. ¿Cómo no iba á presentir lo que pasaba en él? No era una observación psicológica, de la que su candor era incapaz, la que se lo había revelado; era una advertencia más insidiosa, pero muy clara: la suavidad que su corazón experimentaba. Sin embargo, no había pensado ni un momento en provocar una declaración. Por lealtad, más aún que por confusión ó por disgusto, se apresuró á rectificar el error:

—¡Oh!, exclamó, si usted supiera... No me ocupa más que una cosa... Ya no soy yo misma... ¿Podré todavía pasar mi vida como había creído vislumbrar la?.. Pero no se trata de eso. Pensaba en mi hermana.

Antonio, con un estremecimiento de decepción, repitió en tono de lástima:

—¿En su hermana de usted?..

—Sí; en lo que le dijo á usted á solas... Creí que venía usted á hablar de eso con mi padre.

Por las facciones del joven pasó una especie de espanto, pronto dominado. Como rehuyendo una explicación directa, respondió:

—Es verdad... Usted fué testigo. La señora de Sebourg me dirigió unas palabras que fueron casi las últimas. Quisiera estar seguro de que usted no se ofendió por eso y de que no me juzga indigno de esta suprema confianza.

—Es usted el único de toda aquella sociedad mundana á quien puedo representarme al lado de su lecho de muerte sin que esto me haga sufrir, respondió Cristiana con viveza.

A Antonio le chocó el acento, en el que vibraba un sentido oculto. Cristiana añadió:

—No hablo de su marido, por supuesto; Gerardo es la lealtad misma bajo su exterior abrupto; usted lo sabe tan bien como yo.

Antonio asintió vivamente. Vió que Cristiana conocía las odiosas murmuraciones. ¡Qué tristeza!.. De eso venía aquel penoso cambio de la impresionable niña. El joven escuchó ansioso mientras ella proseguía:

—No encuentro extraordinario que, sintiéndose morir y en circunstancias tan excepcionales, la esposa más unida con su marido pueda tener que hacer una confidencia á un amigo seguro... Acaso en interés del mismo marido...

¡Qué ardor en estas últimas palabras! Aquello hizo daño á Antonio, que se quedó callado. Siguió un silencio penoso, que Cristiana rompió diciendo con voz temblorosa:

—Esta interpretación que me doy no es una manera indirecta de preguntar á usted. No trato de saber lo que Antonieta pudo decirle; mi confianza en la delicadeza de su corazón y en la nobleza del de usted, es absoluta. Que usted hable ó se calle, sé que su deseo será cumplido lo mismo que su deber de usted.

Los ojos de Antonio se llenaron de lágrimas. El acento y el aspecto de la joven, su angustia íntima, su valeroso acto de fe, y, más todavía, la imposibilidad de evitarle toda causa de sufrimiento, le excitaban los nervios.

Cristiana, lejos de imaginar lo que el encanto del joven tenía de conmovedor; no vió en él más que la lástima. Y aquello la asustó. Hacía una hora que todo le aparecía amenaza y engaño en la suerte y en los hombres, excepto en aquel que tenía delante y todo lo que se refería á él.

Antonio dijo muy bajito, y, sin embargo, con una gran vibración de las dos almas:

—¿No me pregunta si ella me habló de usted?

—¿De mí?.. ¡Oh!..

—Antonieta había adivinado... Sospechaba... Yo le había confiado...

Antonio inclinó la frente y bajó los ojos para murmurar al fin:

—Hubiera querido que yo fuese... su hermano.

Y no cambió de actitud, paralizado por la inmovilidad de la joven.

Cristiana no experimentó la emoción profunda que Antonio esperaba y temía á la vez; lo que acababa de revelarle no proyectaba sobre ella ningún resplandor inesperado. Su hermana había sido la primera que adivinó los sentimientos de Antonio y los había observado con tierna aprobación: había bromeado, efectivamente, sobre eso con Cristiana, pero sus bromas tendían á animarla. La joven no podía extrañar que una de las preocupaciones últimas de Antonieta hubiera precisado ese vago proyecto de matrimonio que habría protegido con gusto si hubiera vivido. ¿No había tenido más que este pensamiento al llamar á Antonio á su lado?

Una vez más, la idea que preocupaba á Cristiana se interpuso entre su corazón, pronto á abrirse sin embargo, y la solicitud amorosa. El joven levantó lentamente la cabeza, con una pesadez de desilusión, mientras ella seguía diciendo:

—Sr. Le Bray..., no puedo escuchar eso más que si me libra usted de un temor horrible. ¿Es de ese asunto solamente de lo que mi hermana habló á usted en la hora de su muerte?

Cristiana miró de frente á aquella cara que se endurecía con un poco de amargura. Vió que la fisonomía de Antonio se cerraba contra su invocación y rehusaba dejarse leer. Y Cristiana sintió una dolorosa impaciencia.

—¿No puede usted responderme?.. ¿Se trataba, pues, de otra cosa?..

El joven entreabrió los labios y se inclinó como atraído por un imán, pues emanaba de ella una fascinación. ¡Ah! ¿Por qué aquella llama deliciosa no era una respuesta á su ternura? ¿Por qué aquella niña insensata se empeñaba en poner todas esas cosas lúgubres por encima de su amor? Estuvo por gritárselo, pero se contuvo. Retrocediendo, volvió la cabeza y articuló en tono firme:

—No insista usted, Cristiana, se lo suplico; no puedo decirle nada.

(Continuará)

TEMPERATURAS DE LAS DIFERENTES CLASES DE SOMBREROS

¿Por qué se han de llevar sombreros?

He aquí la cuestión que con calor se debatió en Inglaterra durante el verano del año pasado.



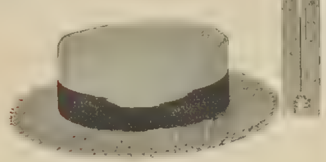
Sombrero de Panamá, 25°

El punto se discutió hasta la saciedad. Muchos fueron los que dirigieron á los periódicos artículos ensalzando las ventajas de ir sin cubrecabezas de ninguna clase y proponiendo que se dejara á los sombreros entregados á su triste suerte.

Díjose que el uso del popular hongo, del aristocrático sombrero de copa y hasta del limpio si bien exótico Panamá, traía consigo varios peligros en los que al parecer nunca antes había nadie puesto atención. La calvicie, la ceguera, la locura, eran males de los que, según decían, tenía la culpa, en más ó menos grado, la perniciosa costumbre de cubrirse la cabeza. Se rogaba con ahinco al público que se acordara de las razas primitivas y por civilizar de la especie humana, entre quienes jamás se oye esta impertinente pregunta: «¿Quién es su sombrerero?» Y se añadía con aire triunfante: «¿Quién ha visto nunca á un Bingo calvo?» La contestación era el silencio. Otro exclamaba: «Búsqueme usted un papuano con lentes,» y nadie le encontraba. Luego un guasón demandaba: «¿Qué sabe usted de los manicomios de los Ashantis?» Ninguno sabía nada. Lo probable es que no los tengan.

Todas esas cosas servían para probar que en los países donde no se conoce el sombrero, la calvicie, la ceguera y reblandecimiento del cerebro son cosas en extremo raras. Al revés en Inglaterra, donde florecen los sombrereros, casi todas las personas que uno encuentra ó son calvos ó están en camino de serlo, y usan gafas; en cuanto á la locura, las estadísticas oficiales bien claro demuestran su creciente frecuencia.

Así fué que el movimiento de opinión contrario al sombrero recibió nuevo y vigoroso impulso é hizo muchos prosélitos dispuestos á andar con la cabeza al aire. En Piccadilly se veían tan pocos sombreros como en Capel Court, donde los bolsistas reciben con rechifla á todo el que trae cubierta la cabeza. «¡Fuera sombreros!,» gritaban en Henley y en Hurlingham, y de Brighton y de Bognor



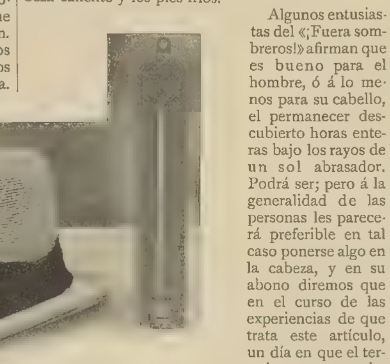
Canotier, 28°

se desterraban los *canotiers* de paja. Ciclistas y automovilistas entraron en la moda y cogieron abundante cosecha de resfriados; los sombrereros, taciturnos, se asomaban á las puertas de sus tiendas para ver pasar tantas cabezas descubiertas, unas negras, otras rubias, blancas ó entrecanas, cuales con el pelo corto, cuales con melenas, hasta que se ocultaban, obsesionados por la idea de una próxima bancarrota, viendo su industria perdida.

Muy bien podrá suceder que el furor contra los sombreros del verano de 1904, helado por los rigores del invierno británico, decaiga y muera y no vuelva más á oirse hablar de él, relegado al limbo de los entusiasmos desvanecidos; pero también pudiera ocurrir que continuara y prosperara, dando solución al problema de la caída del cabello y á los de otros males.

Sin dar su opinión respecto á si es ó no acertado ir siempre sin sombrero, el autor de este artículo se limita á manifestar el resultado de varios experimentos encaminados á comprobar las variaciones de temperatura de la cabeza, según sea la cubierta que se la ponga, bien por exigencias de la profesión, de la costumbre ó del gusto. Ya un filósofo ha dicho lo conveniente que es conservar los pies calientes y la cabeza fresca si se quiere vivir mucho, y todos sabemos por experiencia lo desagradable que es cuando los términos se cambian, es decir, cuando tenemos la cabeza caliente y los pies fríos.

Algunos entusiastas del «¡Fuera sombreros!» afirman que es bueno para el hombre, ó á lo menos para su cabello, el permanecer descubierto horas enteras bajo los rayos de un sol abrasador. Podrá ser; pero á la generalidad de las personas les parecerá preferible en tal caso ponerse algo en la cabeza, y en su abono diremos que en el curso de las experiencias de que trata este artículo, un día en que el termómetro marcaba 33 grados centígrados al sol, un hombre de regular peso y estatura se sentó al aire libre durante un cuarto de hora; un termómetro colocado en el interior del sombrero de Panamá, que traía puesto, sólo señaló al terminar ese tiempo 25.



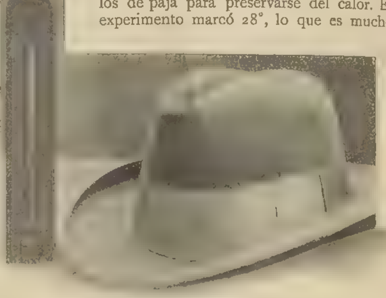
Sombrero de paja de Homburgo, 27°

Con esa misma persona se llevaron á cabo todas las demás experiencias sucesivas. En cada caso estuvo un cuarto de hora sentado al sol teniendo puesto un sombrero de distinta clase, dentro de los que se colocó un termómetro muy sensible á una pulgada de distancia de la cabeza. Todas se hicieron en un mismo día, siendo sensiblemente la misma la intensidad del calor solar.

Puede desde luego afirmarse que la mejor protección contra el sol, en un día caluroso del estío, es un legítimo sombrero de Panamá. Los experimentos realizados así lo demostraron de una manera concluyente. Su ligereza y condiciones para rechazar los rayos solares no tienen igual en ninguna de las otras clases de cubrecabezas.

Sigue en mérito el de paja fina de Homburgo; dentro de uno de ellos, exactamente en las mismas condiciones en que se probó el de Panamá, la temperatura registrada fué de 27°. Se ve, pues, que un buen sombrero de esa clase se aproxima mucho al costoso Panamá en cuanto á conservar la cabeza fresca en tiempo de grandes calores. Gran parte de este resultado depende, como es consiguiente, del peso del sombrero, y en este punto ninguno supera al de paja de Homburgo.

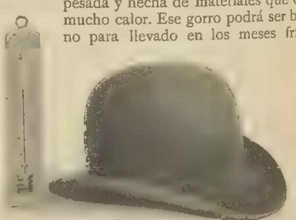
La diferencia de temperatura entre el popular *canotier* de paja y su aristocrático pariente el Homburgo, resultó ser la misma que la que hay entre éste y el de Panamá. El *canotier*, debido á que se necesita darle más consistencia, está hecho de paja menos fina que la de los de las dos clases mencionadas y que le son superiores; por lo tanto es más caliente y más pesado. Es el menos á propósito de todos los de paja para preservarse del calor. En mi experimento marcó 28°, lo que es mucho tratándose de un sombrero hecho expresamente para el verano.



Sombrero blanco de fieltro de Homburgo, 30°

Habiendo ya hablado de los de paja, hablemos ahora de los sombreros de fieltro, blancos y flexibles. Aunque el que nos sirvió para las pruebas era en extremo ligero y de un matiz gris tan débil que permitía que se le llamara un sombrero blanco, resultó mucho más caliente que el *canotier* de paja. Su aspecto vistoso y elegante es sin duda causa del favor de que goza esta clase de sombreros entre muchas personas, que con facilidad podrían adquirir un Panamá, más costoso, pero más fresco en cinco grados, porque el termómetro colocado dentro de la copa del de fieltro, durante el tiempo señalado para las experiencias, llegó á marcar 30°.

Estas pruebas nos tenían reservada una sorpresa, á saber: que los sombreros de copa no son unos cubrecabezas intolerables, como generalmente se cree. Hace muchos años que se le acusa de ser el tipo de sombrero más molesto de cuantos se han inventado para uso de los ciudadanos; medio siglo ha estado sufriendo los denuestos de los que lo usan y que, á pesar de ello, continúan usándolo. Y sin embargo, bien miradas las cosas, hay que admitir que esa llamada monstruosidad de la indumentaria de los pueblos civilizados no es, ni con mucho, el horrible instrumento de tortura de que nos hablan. En realidad sostiene muy bien la comparación con otras clases de cubrecabezas. Relativamente es fresco y ventilado. Por lo menos el que nos sirvió para hacer la prueba era únicamente responsable de abrigar en su interior, durante la misma, una temperatura de 32°, que no es gran cosa para un sombrero de copa.



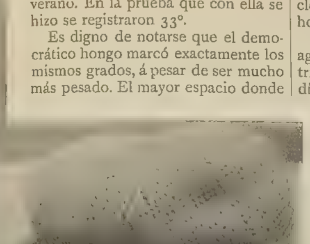
Sombrero de copa, 32°

¿Por qué llevan los profesores y estudiantes de las universidades inglesas esa gorra parecida al chascás de los lanceros polacos? Parece que las gentes que estudian mucho necesitan tener la cabeza fresca; sin embargo, usan una quisicosa de muy extraña forma y muy ajustada, con frecuencia pesada y hecha de materiales que dan mucho calor. Ese gorro podrá ser bueno para llevado en los meses fríos,

Hongo, 33°

pero de ningún modo en el rigor del verano. En la prueba que con ella se hizo se registraron 33°.

Es digno de notarse que el democrático hongo marcó exactamente los mismos grados, á pesar de ser mucho más pesado. El mayor espacio donde alojar aire que tiene este último, compensa, sin duda alguna, su mayor peso, comparado con el pintoresco gorro universitario.



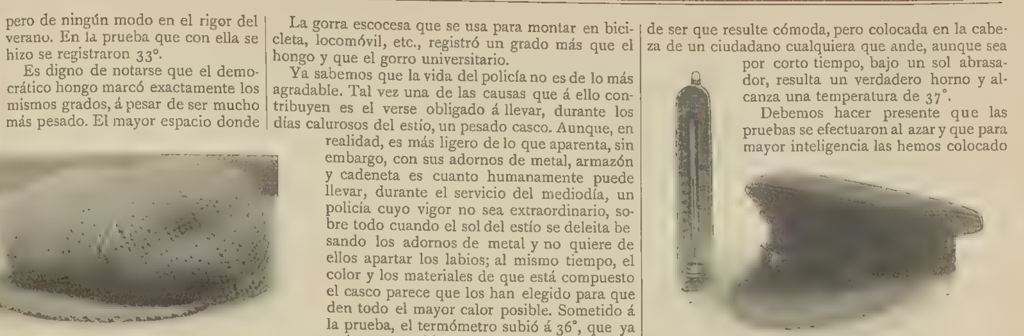
Gorra escocesa, 34°

La gorra escocesa que se usa para montar en bicicleta, locomóvil, etc., registró un grado más que el hongo y que el gorro universitario.

Ya sabemos que la vida del policía no es de lo más agradable. Tal vez una de las causas que á ello contribuyen es el verse obligado á llevar, durante los días calurosos del estío, un pesado casco. Aunque, en realidad, es más ligero de lo que aparenta, sin embargo, con sus adornos de metal, armazón y cadeneta es cuanto humanamente puede llevar, durante el servicio del mediodía, un policía cuyo vigor no sea extraordinario, sobre todo cuando el sol del estío se deleita besando los adornos de metal y no quiere de ellos apartar los labios; al mismo tiempo, el color y los materiales de que está compuesto el casco parece que los han elegido para que den todo el mayor calor posible. Sometido á la prueba, el termómetro subió á 36°, que ya es bastante subir.

Hay, según se ha demostrado, otra forma de cubrecabezas todavía más calurosa que el casco de la policía, y es la gorra que se usa á bordo de los yates y para montar en automóvil. Cuando esa gorra se usa para el objeto á que está destinada, puede ser que resulte cómoda, pero colocada en la cabeza de un ciudadano cualquiera que ande, aunque sea por corto tiempo, bajo un sol abrasador, resulta un verdadero horno y alcanza una temperatura de 37°.

Debemos hacer presente que las pruebas se efectuaron al azar y que para mayor inteligencia las hemos colocado luego por orden, partiendo de la temperatura más baja hasta la más alta.



Gorra para yate ó automóvil, 37°

H. J. HOLMES.



El hereje, cuadro de Frank Craig

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XXV — Barcelona 10 de septiembre de 1906 — Núm. 1.289



EL BESO, cuadro de Tony Tollet.

(Salón de la Sociedad de Artistas Franceses. París, 1906.)

SUMARIO

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Como no ignora nadie que se estime, los Estados Unidos son el país donde suceden todas las cosas raras y se producen los tipos de originalidad en el modo de pensar y de proceder. Estos días me encuentro en relación transitoria con uno de ellos, el millonario James Carleton Young.

Erase un señor que tenía el gusto de hacer frecuentes viajes á pie por Europa. Durante una de sus peregrinaciones á través del Atica, algo rendido de tanta caminata, se detuvo en Atenas á fin de tomar descanso. Y en una hermosa tarde de junio, hallándose entregado á sus meditaciones en la Acrópolis, tuvo la inspiración de la biblioteca que debía fundar. Pensando en las maravillosas esculturas de la antigua Grecia, hoy dispersas por los Museos de Europa y que él hubiese deseado ver reunidas en la misma capital de la Grecia heroica, adoptó la resolución de componer una biblioteca que fuese esplendoroso testimonio de admiración hacia un arte más alto, más divino que la escultura: la literatura.

Para este objeto resolvió juntar bajo un techo mismo, en su admirable y amada ciudad de Minneapolis (Minnesota), las obras más notables de los mejores escritores vivos de todos los países del mundo, en toda lengua. Cada obra deberá llevar una dedicatoria autógrafa del autor, que resuma el peculiar carácter de sus aptitudes. Si se trata de un poeta, debe escribir un poema corto. Si un novelista, una confesión autobiográfica-literaria: cómo pensó el asunto, cómo estudió á los principales personajes. Si historiador, deberá anotar algún detalle curioso del período histórico á que el libro se refiere. Si biógrafo, alguna anécdota sobre la vida del personaje á quien biografía. Si viajero, alguna entretenida particularidad de las comarcas que haya visitado. Si teólogo, una alusión á los dogmas y ritos de la religión que profesa. Si filósofo ó sabio, un resumen de los hechos observados ó de las teorías profesadas. De este modo—advierte Carleton—el ejemplar será en cierto modo único, y llevará en la frente, por decirlo así, la garra de su autor.

Realizar la empresa no era tan sencillo como parece. Recoger los libros, preparados en la forma que el aficionado deseaba, pedía tiempo, dinero y paciencia—lo que toda empresa humana pide.—El dinero sabemos que es una droga yanqui, pero la paciencia no sabíamos que fuese la principal virtud de este pueblo improvisador. Sin embargo, toda persona ó colectividad enérgica es paciente á punto. Carleton, como primera providencia, se agregó cuatro excelentes colaboradores, que se repartieron el trabajo de un modo racional, y no cejarán hasta llevar á término la empresa. Entre tanto, Carleton sigue viajando por Europa y Asia, con objeto de enriquecer su colección, y nos entera de que en cada país deja formado una especie de comité, compuesto de todos los críticos literarios de autoridad. El oficio de tales comités es elegir, entre las producciones literarias de su patria, las mejores y más dignas de figurar en la biblioteca ideal del aficionado.

Porque Carleton no quiere broza. Arguye él que, así como en los Museos no se admite lo primero que llega, y se depura cuidadosamente el mérito y autenticidad de cuadros, estatuas, tallas y esmaltes, en la biblioteca conviene escoger también, y con detención y gusto. Al objeto de reunir y guardar convenientemente su tesoro, Carleton proyecta construir en Minneapolis un edificio á prueba de fuego, donde instalar la colección reunida. La biblioteca tendrá su personal, adscrito en debida forma, y el público entrará libremente á admirar tantas riquezas y curiosidades. Su dueño entiende, y así lo declara, que es un deber grato hacer á la multitud partícipe de los beneficios y los goces de la iniciación en la vida altamente intelectual de nuestra época, y que sería egoísta quien no lo realizase, y ocultase celosamente sus libros.

Otra opinión del infatigable coleccionista es que los autores son muy amables, y más amables cuanto más renombrados y famosos. Es en extremo lisonjero para nosotros, los literatos, que Carleton nos tenga por las gentes más nobles, desinteresadas y simpáticas del mundo, con raras excepciones. Al leer esta afirmación del original coleccionista, no pude menos de meditar breves instantes; y después, alzando los hombros, murmurar ese «quizás» en que se resume la substancia de largas reflexiones sobre lo contradictorio de la psicología...

Y ved como el norteamericano cuyos intentos refiero camina hacia una especie de inmortalidad, al coleccionar la inmortalidad (permítase la frase) de otros. El *Sheridans men and women,* revista ilustrada que ve la luz en Nueva York, trae su retrato y le otorga el título de *rey del libro,* más honroso que el de *rey del petróleo* y *rey del mercado de carnes,* atribuídos á compatriotas de este bibliófilo, que á los cuarenta años es dueño de la biblioteca más notable del orbe, centenares de miles de volúmenes. Por cierto que semejante dato me sobresalta un poco. ¿Cabe en lo factible reunir una biblioteca de cientos de miles de volúmenes, y que siga siendo muy selecta?

O yo no interpreto bien las intenciones del coleccionista, ó sólo entran en su programa autores vivos, porque los muertos no pueden realzar el mérito del ejemplar (primera edición, á ser posible) con inscripciones autógrafas. Y catalogando sólo autores vivos, y autores de algún merecimiento, la cifra de cien mil volúmenes me parece desenfrenadamente ambiciosa.

En fin, pongamos que el Sr. Carleton comete el pecado general, el pecado de indulgencia, y abriendo la mano, acoge en el templo de ese suntuoso edificio que se dispone á elevar en Minneapolis á muchos á quienes las Musas, inflexibles, cerrarían la puerta. Así debe de ser, pues si se aplicase un saludable y justo rigor, tendría el Sr. Carleton muy suficiente con la modesta sala donde caben los contados libros gloriosos de nuestra edad contemporánea y de la generación que respira aún.

Carleton, por otra parte, confiesa que ha cometido errores, que ha solicitado libros de escritores que nada valen y omitido solicitarlos de otros más señalados. Espera corregir estos yerros, y hacer de su biblioteca algo único en el mundo. Entre las inscripciones que avaloran los libros de la colección, existen algunas proféticas. Uno de los historiadores más grandes que hoy existen escribió, en un ejemplar de su historia de una importante nación europea, las razones que le inducen á anunciar que esta nación perderá, en el plazo de veinticinco años, su actual poderío. Al hacerlo, exigió que el libro permanezca sellado hasta su muerte. Sistema que me parece muy recomendable, ya que permite el desahogo póstumo de tantas especies como pesan sobre el entendimiento y el corazón, y que respetos y miramientos obligan á callar, mientras el divulgarlas puede acarrear serio perjuicio y desazones sin cuento.

Una objeción tengo que oponer á las hojas circulares que el Sr. Carleton me envía, acompañadas de una carta muy amable. En el texto de una de ellas leo algo que me confunde. Al quejarse el coleccionista de cierta oposición á su idea, que al comenzar á divulgarla notó en los mismos autores, dice textualmente: «Los que al principio me contestaban con enérgica negativa, empiezan á comprender que dentro de algunos años podría pesarles no encontrarse en compañía de autores ilustres. Después de que uno se muere, es tarde ya para dedicar sus obras.» En efecto, pero yo interrogo: ¿cómo le puede pesar á un autor difunto el no encontrarse en excelente compañía literaria?

Aparte de este reparo del género nimio, pues es evidente que la hoja no dice lo que quiso decir, la empresa del Sr. Carleton es en sumo grado interesante y hasta útil. Es además algo que considero inestimable, algo que á todos nos hace falta: una manera de llenar la vida. Padece la vida humana, por extraña asociación, dos males que parece excluirse: el peso y el vacío. A veces gravita sobre el espíritu como enorme chapa plúmbea; á veces es un pozo seco, y no hay medio de colmar su vacuidad. Cuando el capitalista de Minneapolis nos repite que su labor de coleccionista es deliciosa, que le inunda de alegría y de felicidad el realizarla, le creemos, y hasta le envidiaríamos, si también no hubiésemos buscado, desde los primeros años de la existencia, algo que la llene. A la verdad, el recurso de Carleton es superior al nuestro, porque se ha propuesto un objeto fácil, y su Quimera de papel, cartón y tinta es accesible; no le devorará; no rugirá, insaciable y fiera, dentro de su corazón. El secreto de la dicha posible es este: proponerse lo que está al alcance del brazo, lo que la voluntad con su esfuerzo consigue obtener. La biblioteca de Carleton será un primor y honrará infinito á Minneapolis; y yo, por mi parte, declaro que estoy dispuesta á auxiliar todo lo posible al que sus contemporáneos llaman *filántropo,* comprendiendo que tanto ama á sus semejantes el que les da pan como el que les da instrucción y cultura.

Otro mérito del Sr. Carleton es que se encuentra decidido á comprar, positivamente comprar, vamos, pagando su importe en librería, las obras que han de integrar su biblioteca. Esto solo hace el elogio del Sr. Carleton, y causa un asombro involuntario, aquí, donde la dulce costumbre es regalar un objeto sin valor reconocido, que se llama libro, y que su autor, sin duda por entretenerse, ha compuesto, impreso y publicado. El que recibe la dádiva la mira de un modo piadoso, lleno de bondad, y se apresura á prestarla á un amigo, el cual se precipita á facilitarla á otro, y así sucesivamente; esto, en el mejor caso, dando por supuesto que sea un libro que alguien encuentre ameno y digno de leerse. Rarísima vez vuelve la obra á la estación de origen, y yo he dado dos ó tres veces libros míos á una misma persona, que se los había dejado «pisar,» con dedicatoria y todo, por bibliórrapos de ocasión. La bizarra resolución del rey del libro, adquiriendo uno á uno y mediante dólares sus súbditos, es digna de loor eterno.

¿Qué prosperidad no representaría para las letras la existencia de un centenar de bibliotecas públicas compradoras de los diez ó doce buenos libros que salen á plaza en España anualmente? Con un presupuesto mínimo, se protegería y divulgaría el arte literario. Y lo que se hace es, al contrario, obligar á los autores al donativo forzoso de *tres* ejemplares, para que la Biblioteca Nacional se enriquezca á cuenta de los que producen, sin costarle al Estado un céntimo.

Emilia Pardo Bazán.



EL ILUSTRE PINTOR FRANCÉS ALFREDO STEVENS
† EN PARÍS EN 24 DE AGOSTO ÚLTIMO

A la edad de setenta y ocho años ha fallecido hace poco en París ese pintor ilustre, que tanta celebridad alcanzó durante el segundo imperio.

Nacido en Bruselas, hizo sus primeros estudios artísticos en el taller de Navez, y muy joven todavía, se trasladó á París, recibiendo allí las lecciones de Roqueplan y de Ingres. En 1849 se dió á conocer por vez primera en público, mereciendo sus obras excelente acogida, así de los críticos como de los aficionados. Desde entonces su fama fué creciendo de día en día hasta conseguir que su nombre figurara entre los grandes pintores modernos.

Era caballero de la Legión de Honor y había alcanzado en distintas exposiciones las más altas recompensas.

Hablando de él, ha escrito un notable crítico parisiense: «Mirada en conjunto su obra considerable, en la que las fechas están señaladas por la incesante evolución de la moda, Alfredo Stevens se nos presenta como un pintor de historia, el más asombroso, el más sincero, como el pintor de la historia de la mujer de su época, pero no de la mujer en la representación artificiosa de su belleza que aspira á las conquistas, sino de la mujer sorprendida en su hogar, en el retiro de su alma, hermosa ó fea, criatura de sueño ó de carne, abierta á la esperanza ó agotada ya por las decepciones, con ojos que revelan lo que el espíritu quisiera ocultar, con miradas que encierran caricias, curiosidades é inquietudes..., la mujer, en fin, que lleva en su modo de ser y en su secreto de vestirse el reflejo de la educación de su tiempo, contemporánea sin preocuparse de perdurar, flor que pasa, que se marchitará... y que eternamente vive.»



UN HOMBRE CELOSO



Junio, 1.º

Mi muy querida Florentina: Aquí me tienes al fin; llegué á Oaklands; ya estoy instalada y dispuesta á sacar el mejor partido posible de mi visita. Mrs. Frebasth está conmigo muy cariñosa. Además de mi persona, hay aquí también otros invitados; un par de muchachas tan agradables como bien parecidas y algunos hombres muy simpáticos. Y á propósito de hombres, te diré que pasé una media hora terrible con Rodolfo antes de salir de casa. Ya sabes lo extremadamente celoso que es; en verdad no tengo inconveniente en confesarte que con frecuencia me siento herida y lastimada por su falta de confianza en mí. No quiero faltarle en lo más mínimo, pobrecillo mío, pues tú sabes cuánto le quiero y que nada hay en este mundo que estime en más que su amor y su fe; pero no se fía de mí ni un poquito; me hace la vida desgraciada con sus celos exagerados. Si hablo ó tan siquiera miro á otro hombre, riñe conmigo; lo que le agradaría es que fuera grosera con mis antiguos conocidos y con todo el género masculino del universo entero, excepto él; esto de ningún modo puede ser.

Rodolfo leyendo la correspondencia de Paulina

En una sola quincena hemos reñido once veces, y aunque tengo la seguridad de que á ti te parecerá todo esto muy gracioso, lo que es á mí maldita la gracia que me hace, y comprendo que si Rodolfo no llega á tener más confianza en mí, nunca podremos ser felices. Cuando, sin embargo, sobrevino el momento crítico fué el día antes de mi partida; como te digo, quería que le prometiese, primero, que no bailaría con nadie dos veces en el baile que el día 9 da Mrs. Frebasth; segundo, que no pasearía á caballo, en coche ó á pie con ningún hombre solo; que en las expediciones y meriendas no me separaría del lado de Mrs. Frebasth, y creo que hasta exigía que no jugase al *tennis* sino con mujeres únicamente.

Por supuesto, me enfadé con él, aunque no reñí por ser la última tarde que pasábamos juntos; pero á pesar de ello, no pude menos de sentirme muy ofendida. A veces me dan ganas de coquetear de firme con alguno para darle una lección.

Escríbeme pronto y cuéntame muchas cosas. ¡Cuánto daría por que estuvieras aquí también! ¡Qué pláticas tan sabrosas echaríamos!

Tuya, como siempre,

Paulina.

Oaklands, Ballyweston, 3 de junio.

Querido Rodolfo: Qué bueno has sido escribiéndome tan pronto; grande fué mi alegría al ver tu letra, tan conocida y tan cara para mí, pero me aumentó el deseo de verte.

Sí, lo estoy pasando muy bien, hay aquí personas sumamente agradables; las dos más simpáticas son Miss Naneta Rivers, que es una muchacha muy linda, delicada y menudita, y Sir Antonio Crane, que ha venido con su madre. Es encantador, inmensamente rico, bien parecido, siempre gracioso y se ha encaprichado mucho conmigo. Según he sabido, quedó huérfano de padre á la edad de tres meses, así es que casi desde que nació heredó el título y las propiedades. Tengo la seguridad de que él te gustaría mucho; ¡es tan guapo y tiene unos ojos de un azul obscuro tan hermosos! Tiene conquistadas á todas las señoras; las muchachas están locas por él; pero sólo de mí hace caso.

Lady Crane me dijo esta mañana que su hijo es muy difícil de contentar cuando se trata del sexo bello, pero que evidentemente está muy prendado de mí; esto me lisonjea mucho.

Pobre amor mío, cuánto estarás trabajando y cuánto daría yo por tenerte aquí conmigo... Unicamente que en ese caso, como es natural, no vería tanto á Sir Antonio, pero no sé si me importaría gran cosa estando tú aquí...

Te incluyo en ésta un ramito de verbena; huele muy bien, ¿no es verdad?, y esa violeta aterciopelada que significa que siempre estoy pensando en ti.

Tuya,

Paulina.

Oaklands, Ballyweston, junio 7.

Amor querido: ¡Qué tonto eres en enfadarte conmigo porque le muestro buena amistad á Sir Antonio! Cierto es que nos vemos con mucha frecuencia, pero ¿qué mal hay en eso? Y si tú le conocieras te gustaría, porque á todo el mundo encanta.

Dimos un paseo delicioso, ayer por la mañana, Naneta, un cierto capitán Frere, Sir Antonio y yo. Andábamos los dos tan despacio que nos dejaron solos atrás, así fué que nos metimos en un prado y en él nos pasamos toda la mañana.

Sí, te prometo que no bailaré con él si así lo quieres, tanto más cuanto que él no sabe bailar; por esa parte, pues, puedes estar tranquilo.

El domingo pasado tuve un dolor de cabeza horrible y no fuí á la iglesia.

Sir Antonio se pasó toda la mañana conmigo, mientras yo descansaba en la hamaca. Le dije que con su presencia se me aliviaba el dolor.

Adiós, hasta mañana.

Tuya,

Paulina.

Oaklands, Ballyweston, junio 11.

Mi muy querido Rodolfo: De veras no creía que fueras capaz de escribirme una carta semejante. Siempre he sido completamente franca contigo en todo cuanto se refiere á Sir Antonio; tus acusaciones son de todo punto falsas é injustas.

Mucho me temo que cuando hayas terminado de leer esta carta te pongas más colérico todavía, pues estoy resuelta á no ocultarte nada. Dices que supones que yo le había ocultado afanosamente que estoy comprometida con otro hombre.

Al contrario, tuve especial cuidado en hacerle saber á Sir Antonio que llevaba relaciones contigo; pero él hace como si no lo supiera y no ha cambiado en lo más mínimo su manera de proceder conmigo. Sí, yo veo que le agrado mucho; pero ¿acaso puedo yo remediarlo?

Por supuesto, tontuelo, que no le quiero á él más que á ti. Te amo más que á nadie de este mundo, pero me gusta infinito Sir Antonio; ¡es tan gracioso y guapo! Además me figuro que mi amor propio se ve un tanto halagado al notar que, entre todas las muchachas que aquí estamos, soy yo el objeto preferente de sus atenciones.

Tengo que decirte una cosa, amado Rodolfo, que temo te vaya á poner de muy mal humor; pero nunca te he ocultado nada y no quiero ocultarte esto tampoco. Hazme el favor de no incomodarte... Pues bien, amor mío, la cosa sucedió de esta manera:

Ayer tarde había salido todo el mundo; Sir Antonio y yo estábamos solos en el jardín charlando buenamente, cuando de pronto, sin más ni más, me echó los brazos al cuello y me dijo que me quería y... sí, debo escribírtelo, me dió efectivamente un beso. Ya está dicho; espero que no te importará gran cosa, porque, en realidad, en ello no hubo malicia. A ningún otro hombre le permitiría que se tomase conmigo esas libertades; pero Sir Antonio, en cierto modo, es distinto de los demás. Abrigo la convicción de que no le darás á eso gran importancia.

Mrs. Frebasth no quiere de ningún modo que me vaya el viernes próximo, sino que me esté hasta fin de mes; así es que creo que me quedaré.

No lo sentiré, y eso que ya principio á echarte mucho de menos... Vaya, ahora escríbeme lo más pronto que puedas diciéndome que no estás enfadado conmigo.

Tuya,

Paulina.

Oaklands, Ballyweston, junio 17.

Mi querido Rodolfo: ¡Qué idea tan extravagante! ¡Irme á casa en seguida, cuando todavía no ha pasado ni la mitad del tiempo que mi visita debe durar! No en verdad, no haré tal cosa. No sé cómo has podido imaginarte que yo lo había de hacer, hallándome aquí tan á gusto. Por lo que respecta á tus amenazas de venir y ajustarle las cuentas á Sir Antonio, te diré que eso son ridiculeces. Sir Antonio se reiría de ti. Pero ven de todos modos, si así lo deseas.

Me dices que está claro que yo en realidad no te quiero; pues si así no fuera, no coquetearía con Sir Antonio de un modo tan público, positivo y cruel. Pero, querido mío, Sir Antonio en nada cambia mis sentimientos hacia ti. Y aunque es verdad que me gusta mucho y realmente le quiero, ni por pienso puedo comparar el cariño que le tengo con el amor que por ti siento, que es parte integrante de mi ser.



Paulina escribiendo á Rodolfo

Pero ya se ve, querido Rodolfo, siempre fuiste tan extremadamente celoso, que ya sabía yo que habías de incomodarte cuando te contara que Sir Antonio me había besado.

Verdaderamente no puedo prometerte que no le dejaré que vuelva á besarme si se empeña; creería que yo era cruel con él y que no le quería, y eso yo no lo puedo consentir. No ignoras que le he hablado con entera franqueza de nuestros amores; tanto es así que esta mañana me ha estado alabando mi sortija de novia, que tanto quiero. ¿Te acuerdas del día en que me la diste?

¿Me preguntas que si quiero romper nuestras relaciones? Pues bien, con toda verdad te digo: no quiero. ¡Vaya una pregunta! Sir Antonio nunca me ha pedido tal cosa, y si lo hubiera pedido habría sido lo mismo. No había ni el más ligero motivo para que te pusieras tan furioso, como sé que lo estabas, cuando me escribiste esa carta. Si fuera á hacer caso de todas las cosas desagradables que me dices, sería muy desgraciada. ¿Acaso no puedo disfrutar con una amistad inocente? Mis relaciones con mi querido Sir Antonio son enteramente platónicas.

¿Que cómo me llama? Pues bien, para decirte la verdad, me ha puesto un nombre, me llama Linita. ¿No lo encuentras muy dulce? Quiere que le dé el medalloncito que llevo en la cadena y que fué tal vez la primera cosa que me has regalado; pero yo le dije que á ti no te agradaría que se lo diese. No pareció quedar contento con mi contestación y tuve que prometerle que le daría otra cosa en su lugar.

A decir verdad, no puedo asegurarte cuándo regresaré á casa. Mucho me alegraré de volverte á ver.

Tuya,

Paulina.



AL POLO NORTE EN GLOBO
El explorador Wellmann y sus amigos en el Spitzberg

Oaklands, Ballyweston, junio 21.

Mi muy querida Florentina: Tengo muchas cosas que contarte y espero que cuando hayas terminado de leer ésta no pensarás mal de mí. En verdad, no pude resistir á la tentación de curar los celos de Rodolfo.

Por supuesto que habrás oído hablar de Sir Antonio. Mucho he escrito tocante á él, tanto á ti como á Rodolfo, y me atrevo á asegurar que hasta tú, mi íntima amiga, me has colocado en la categoría de una coqueta sin corazón, completamente indigna del amor de un hombre de bien. Sin embargo, no me condenes irremisiblemente sin oir antes el final de la historia. Ya sabes que yo trataba íntimamente á Sir Antonio, y Rodolfo, ¿tendré necesidad de decírtelo?, se puso incomodado y celoso de un modo terrible.

Es verdad que algunas de sus cartas casi me hacían llorar; ¡el pobrecillo parecía estar tan afligido! ¡Como si yo no apreciara en más un solo cabello de su cabeza querida que á todos los Sir Antonios del mundo!

Rodolfo, como te he dicho, estaba furiosamente celoso y me escribía unas cartas, ¡pero qué cartas! Quería á todo trance, sí, esa es la palabra, quería á todo trance que me volviera inmediatamente á casa, á lo que me negué redondamente, y entonces me dijo que vendría y no le dejaría hueso sano á Sir Antonio.

Y vino.

Era un domingo por la tarde; todos estaban jugando al *tennis;* yo había ido á la casa en busca de una sombrilla; en el vestíbulo encontré á Sir Antonio y con él me fuí á un gran invernadero; á Sir Antonio le gusta mucho verse entre flores. Allí estábamos, cuando llegó mi triste, celoso y desdichado novio. Según parece, llamó á la puerta principal y la criada le condujo á la alameda, creyendo que yo me hallaba allí. Mrs. Trebasth dice que poco le faltó para quedar enamorada de él cuando se le presentó y le manifestó que había venido á verme; pero añade que nunca ha visto á nadie de semblante tan fiero y adusto. ¡Pobrecillo! Todo el tiempo que pasó en el tren se fué excitando la cólera, y cuando llegó estaba á punto de estallar. A Mrs. Trebasth le pareció muy guapo, y realmente lo estaba y mucho. La buena señora le acompañó hasta la casa, en donde le dijeron que yo estaba en el invernadero con Sir Antonio.

Mrs. Trebasth le indicó á Rodolfo que entrase solo á buscarme, á lo que con presteza asintió él. Me ha jurado Mrs. Trebasth que los ojos le echaban chispas, como si ya tuviera á Sir Antonio, con las ansias de la muerte, entre las manos.

Nada supe yo de todo esto hasta que estrepitosamente abrió la puerta Rodolfo, que entró y nos vió á Sir Antonio y á mí estrechamente abrazados; sí, estrechamente abrazados. Yo me sorprendí mucho y me puse intensamente colorada; me parecía que el sol invadía precipitadamente aquel lugar; que mil pájaros cantaban á un tiempo entre las flores. Sir Antonio se quedó lo mismo que estaba, mirando á Rodolfo con los ojos muy abiertos. Yo fuí la primera que hablé. (Me parece que te oigo decir: Por de contado.)

—Rodolfo, dije, aquí tienes á Sir Antonio Craue.

Dió un paso hacia él y... ¿le derribó de un puñetazo? No, le cogió en brazos y le besó..., porque Sir Antonio no ha cumplido aún tres años y es el niño más dulce, guapo y hechicero que en tu vida has visto. Después Rodolfo me abrazó... y ya puedes figurarte lo demás; me ha perdonado enteramente la jugarreta que le hice y me ha prometido no volver á ponerse celoso á no ser que tenga motivos muy fundados; y como hago el firme propósito de no dárselos nunca, seremos muy felices. Mrs. Trebasth, que está prendada de Rodolfo, se empeñó en que se quedara hasta terminar la semana y lo hemos pasado divinamente. Y á propósito te diré que nos casaremos para octubre. Rodolfo ha querido que fuera pronto y tú, como es consiguiente, serás una de mis damas de honor.

Tuya, como siempre,

Paulina.

EVELYN CUTHBERT.

(Dibujos de C. T. Howard.)

LA EXPEDICIÓN WELLMANN

AL POLO NORTE

En el número 1278 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA dimos cuenta de esa expedición, organizada por un importante periódico de Chicago, para la realización de la conquista del Polo Norte en el globo *América,* y de la salida de los expedicionarios, dirigidos por M. Walter Wellmann, con rumbo á Spitzberg.

Apenas llegados los viajeros á aquellas regiones boreales, comenzaron á circular en Europa rumores de que Mr. Wellmann había desistido por este año de llevar á cabo su atrevida empresa. Tales rumores fueron desmentidos, y hace pocos días la agencia Havas comunicaba á la prensa un radiograma puesto por los exploradores el día 14 de agosto último, en el que se manifestaba la posibilidad de emprender la marcha al polo en la primera semana de este mes.

Las últimas noticias, sin embargo, son de que Mr. Wellmann aplaza para el año que viene la realización de su proyecto y de que en breve regresará á Francia.



ESTACIÓN DE LA EXPEDICIÓN WELLMANN EN EL SPITZBERG. (De fotografías.)

Las razones que le han movido á obrar así parece que son las siguientes:

1.ª El cobertizo que debía construirse en Spitzberg y en donde había de efectuarse el henchimiento del globo, no estaba terminado á la llegada del material, á pesar de que el constructor del mismo había partido dos meses antes que Mr. Wellmann;

2.ª Los trineos-automóviles han funcionado de una manera imperfecta, á causa de la insuficiencia de las pruebas; y como esos trineos son el único recurso con que cuentan los exploradores para el caso en que se inutilice el globo, habría sido imprudente ponerse en camino en esas condiciones.

3.º La instalación de la telegrafía sin hilos á bordo de la barquilla se ha considerado casi imposible;

4.ª Entre los que forman el estado mayor de la expedición hay diversidad de pareceres acerca del rumbo que ésta haya de seguir.

Además Mr. Wellmann se lamenta de algunos defectos que ha observado en la parte mecánica de su aeróstato.

Por todos esos motivos, la exploración se ha aplazado hasta mayo del año que viene.

Durante su estancia en Spitzberg, Mr. Wellmann y sus compañeros han sido muy visitados, figurando entre los visitantes el príncipe de Mónaco, que se interesa mucho, como es sabido, por todas las empresas de carácter científico y particularmente por las que se relacionan con el descubrimiento del Polo.—S.



LA CARIDAD, estatua del laureado escultor Agustín Querol

LA REVOLUCIÓN EN RUSIA

ATENTADO CONTRA STOLYPINE

Sigue imperando en Rusia la agitación revolucionaria y no se pasa día sin que el telégrafo nos traiga noticias de asesinatos de generales y gobernadores, de terribles conspiraciones, de motines sangrientos, de choques entre las tropas ó la policía y el pueblo que causan en ambos bandos numerosas víctimas. Individuos de todas las edades, condiciones y sexos, impulsados por implacables odios y por un fanatismo ciego, matan á los que la revolución señala como enemigos, jugándose en ello la vida que pierden las más de las veces; y el gobierno responde á esos ataques desesperados con ejecuciones y destierros. Es una lucha encarnizada, feroz, que en ocasiones reviste caracteres de verdadero salvajismo.

Entre los numerosos y recientes atentados, el que mayor sensación ha producido, así por el número y la condición de las víctimas como por las circunstancias en que se ha realizado, ha sido el dirigido contra Stolypine, presidente del Consejo de ministros ruso, y uno de los hombres más ilustres de aquel imperio.

Colaborador del último presidente Goremykine, á la caída de éste hubo de encargarse del poder y desde los primeros momentos hizo declaraciones francamente liberales, conformes con su historia política, y se mostró deseoso de implantar paulatina y oportunamente las reformas que la nación solicitaba; pero al mismo tiempo, en presencia de la revolución, que por todas partes surgía amenazadora, y de los procedimientos terroristas á que recurrían los revolucionarios, manifestóse resuelto á restablecer, á todo trance, el orden y la normalidad en el país, para poder luego desenvolver tranquilamente el programa liberal, que ha constituído siempre su credo en materia de gobernación del Estado.



La revolución en Rusia. – Stolypine, presidente del Consejo de Ministros ruso, y su esposa disponiéndose á dar su paseo cotidiano. (De fotografía hecha poco antes del atentado y comunicada por nuestro corresponsal.)

Esos buenos deseos, esas rectas intenciones, no le han preservado de la furia revolucionaria, según lo demuestra el atentado cometido contra él el día 25 de agosto último y del cual salió milagrosamente ileso.

Stolypine se había instalado, con objeto de pasar en ella el verano, en una *villa* de la isla de los Boticarios, en el pequeño Neva, en el centro de un magnífico paseo frecuentado y habitado por la aristocracia de San Petersburgo; esa vivienda, propiedad del Estado, y residencia del ministro del Interior durante los meses de estío, era una simple *dacha*, ó casa de madera, con tres cuerpos de edificio, de planta baja y un piso.

A la una de la tarde del citado día, detúvose delante de la puerta de la *villa* un coche de dos caballos en el que iban tres individuos, dos vestidos de paisano y uno con uniforme militar. Los recién llegados penetraron en el vestíbulo, pretendiendo llegar hasta la estancia en donde, en aquellos momentos, celebraba el presidente del Consejo su recepción semanal; mas como no llevaban invitación, el portero



La revolución en Rusia. – Aspecto que ofrecía inmediatamente después del atentado el coche que había conducido á los terroristas que lanzaron la bomba contra la casa de Stolypine. (De fotografía comunicada por nuestro corresponsal.)

les cerró el paso. Inmediatamente el que vestía uniforme arrojó una bomba, produciéndose una explosión espantosa, cuyas consecuencias fueron terribles. La parte central de la casa, el vestíbulo, la sala de guardias y en parte el salón en donde esperaban los visitantes, quedaron destruídos; el suelo del primer piso fué levantado y las personas que allí había, entre ellas dos hijos de Stolypine, una niña de catorce años y un niño de tres, fueron lanzadas al aire, resultando horrorosamente heridas. La explosión arrancó la puerta que separaba el despacho de Stolypine de la sala de recepción y destruyó el coche que había conducido á los tres terroristas. De éstos, dos murieron y el otro quedó gravemente herido.

El número de víctimas del atentado ha sido veintisiete muertos y más de treinta heridos; entre los primeros figuran el señor Kovostoff, miembro del Consejo de ministros, el príncipe Nakeschidze, el capitán de gendarmes Fedoroff, un agente de policía, varios guardias, criados y correos. La mayoría de los cadáveres quedaron horriblemente mutilados y algunos ni siquiera tenían forma humana.

El principal asesino aparentaba tener unos veinticinco años y debajo del uniforme, que era nuevo, llevaba un traje de paisano. Uno de sus cómplices, gravemente herido fué arrestado inmediatamente y conducido al hospital Pedro y Pablo, adonde fueron transportados también los demás heridos y los restos de los muertos.

Stolypine no perdió la serenidad y él fué quien dirigió los primeros trabajos de descombramiento, que dieron por resultado el hallazgo, entre los escombros, de sus dos hijos, vivos aún, pero con las piernas horriblemente destrozadas la niña y con tres grandes heridas en la cabeza el niño. En los primeros momentos creyóse que ambos morirían, pero su estado ha mejorado y se confía en su curación.



LA REVOLUCIÓN EN RUSIA. – EL VESTÍBULO DE LA «VILLA» HABITADA POR STOLYPINE DESPUÉS DEL ATENTADO. (De fotografía remitida por nuestro corresponsal.)

El día antes del atentado, Stolypine, en una *interview* con el corresponsal de un importante diario londinense, rechazó enérgicamente las imputaciones de los que le atribuyen tendencias reaccionarias é hizo, entre otras, las siguientes declaraciones:

«La necesidad de reformas es evidente, pero el fin primordial de todo gobierno es la conservación del orden. Si yo otorgara la libertad absoluta, en seguida se producirían graves desórdenes y las tropas se verían obligadas á fusilar á millares de exaltados. El liberalismo, así entendido, no sería más que una provocación criminal. Soy partidario de la implantación gradual de la libertad. En cuanto á la situación actual, á pesar de los robos y de los asesinatos, reina en el país mayor tranquilidad que de ordinario; en este punto, todo el mundo está equivocado, lo mismo en el interior que en el exterior, y de ello tiene la culpa la inmensidad del territorio, pues si se incendia una granja, se dice que toda la provincia está ardiendo.»

Al día siguiente del atentado contra Stolypine, una joven asesinó en Peterhof al general Minn, y al otro día un asesino desconocido daba muerte al general Wonlarlarski, gobernador general interino de Varsovia.—R.



LA REVOLUCIÓN EN RUSIA. – DESTERRADOS POLÍTICOS CAMINO DE SIBERIA. (De fotografía comunicada por nuestro corresponsal.)



LA RECONCILIACIÓN DE ESAÚ Y JACOB, cuadro al óleo pintado por Rembrandt en 1642 que se conserva en el museo del Ermitage de San Petersburgo



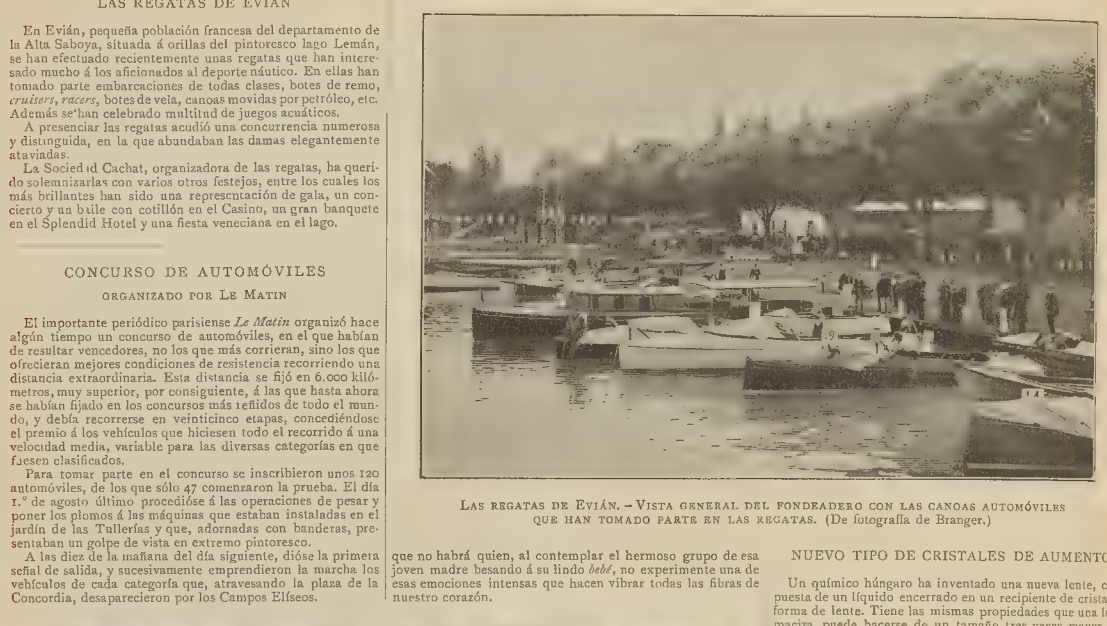
LOS PRESIDENTES DEL GREMIO DE LOS PAÑEROS, cuadro al óleo pintado por Rembrandt en 1661, que se conserva en el Rijksmuseum de Amsterdam

LAS REGATAS DE EVIÁN

En Evián, pequeña población francesa del departamento de la Alta Saboya, situada á orillas del pintoresco lago Lemán, se han efectuado recientemente unas regatas que han interesado mucho á los aficionados al deporte náutico. En ellas han tomado parte embarcaciones de todas clases, botes de remo, *cruisers*, *racers*, botes de vela, canoas movidas por petróleo, etc. Además se han celebrado multitud de juegos acuáticos.

A presenciar las regatas acudió una concurrencia numerosa y distinguida, en la que abundaban las damas elegantemente ataviadas.

La Sociedad Cachat, organizadora de las regatas, ha querido solemnizarlas con varios otros festejos, entre los cuales los más brillantes han sido una representación de gala, un concierto y un baile con cotillón en el Casino, un gran banquete en el Splendid Hotel y una fiesta veneciana en el lago.



LAS REGATAS DE EVIÁN. – VISTA GENERAL DEL FONDEADERO CON LAS CANOAS AUTOMÓVILES QUE HAN TOMADO PARTE EN LAS REGATAS. (De fotografía de Branger.)

CONCURSO DE AUTOMÓVILES

ORGANIZADO POR LE MATIN

El importante periódico parisiense *Le Matin* organizó hace algún tiempo un concurso de automóviles, en el que habían de resultar vencedores, no los que más corrieran, sino los que ofrecieran mejores condiciones de resistencia recorriendo una distancia extraordinaria. Esta distancia se fijó en 6.000 kilómetros, muy superior, por consiguiente, á las que hasta ahora se habían fijado en los concursos más reñidos de todo el mundo, y debía recorrerse en veinticinco etapas, concediéndose el premio á los vehículos que hiciesen todo el recorrido á una velocidad media, variable para las diversas categorías en que fuesen clasificados.

Para tomar parte en el concurso se inscribieron unos 120 automóviles, de los que sólo 47 comenzaron la prueba. El día 1.º de agosto último procedióse á las operaciones de pesar y poner los plomos á las máquinas que estaban instaladas en el jardín de las Tullerías y que, adornadas con banderas, presentaban un golpe de vista en extremo pintoresco.

A las diez de la mañana del día siguiente, dióse la primera señal de salida, y sucesivamente emprendieron la marcha los vehículos de cada categoría que, atravesando la plaza de la Concordia, desaparecieron por los Campos Elíseos.

PARÍS.—CARRERA DE AUTOMÓVILES ORGANIZADA POR EL PERIÓDICO «LE MATIN.» Los automóviles vencedores desfilando delante de la redacción del periódico á su llegada á París, después de haber recorrido los 6.000 kilómetros en las condiciones fijadas para el concurso. (De fotografía de Branger.)

El día 27 llegaron á París los automóviles que habían recorrido todo el trayecto de 6.000 kilómetros á las velocidades medias señaladas, habiendo resultado vencedores: Pelegrín, Sivé, Paquette, Bardin, Didier, Dumont y Renaux, que pilotaban el primero, el cuarto y el quinto las marcas Dion-Bouton; el segundo, la Darracq; el tercero, la Cottereau; el sexto, la Bayard; y el séptimo, la Mercedes.

Los vencedores á su llegada á París fueron aclamados por una gran multitud que se agolpaba en los bulevares y especialmente delante de la redacción de *Le Matin*.

BELLAS ARTES

(Véanse los grabados de las páginas 585, 592 y 593)

El beso, cuadro de Tony Tollet. – Una de las cosas más difíciles en pintura es expresar esos sentimientos tiernos y delicados que por su misma sencillez no se prestan á grandes y emocionantes composiciones. En los cuadros de ese género, el pintor no puede apelar á esos efectismos de éxito seguro que se imponen por la habilidad de su ejecución, sino que ha de hablar directamente al alma; y para ello se necesita ante todo estar dotado de una exquisita sensibilidad y al mismo tiempo dominar de tal modo la técnica, que pueda exteriorizar la impresión sentida sin que pierda nada de su pureza ni de su intensidad. El lienzo de Tony Tollet llena en absoluto esos requisitos: el autor ha sentido hondamente la bellísima escena, y al trasladarla á la tela lo ha hecho con tal maestría, que no habrá quien, al contemplar el hermoso grupo de esa joven madre besando á su lindo *bebé*, no experimente una de esas emociones intensas que hacen vibrar todas las fibras de nuestro corazón.

La Caridad, estatua del laureado escultor Agustín Querol. – Conforme ofrecimos á nuestros lectores al ocuparnos de una de las últimas y más notables producciones de Querol, cual es el panteón de Cánovas del Castillo, en la Basílica de Atocha, reproducimos hoy otra de sus obras, cual es la augusta representación de la Caridad, en la que el artista ha empleado el caudal de sus aptitudes, puesto que en su conjunto hállanse de manifiesto todas las cualidades que caracterizan las producciones de Querol, quien acaba de obtener otro triunfo, ya que tal significa el hecho de haber sido premiado el proyecto de monumento á Garibaldi, que ha de erigirse en una de las plazas públicas de Buenos Aires.

***

La reconciliación de Esaú y Jacob. – Los presidentes del gremio de los pañeros, cuadros de Rembrandt. – El primero de esos lienzos fué pintado en 1642, fecha triste en la historia del gran maestro holandés; en aquel mismo año, falleció su esposa Saskia, con la que se había casado en 1634, y la muerte de la compañera á quien adoraba fué para él un golpe terrible que puso fin al período más feliz de su existencia. Ese rudo golpe no fué bastante, sin embargo, para abatir sus energías; Rembrandt siguió pintando con la misma maestría de antes, como lo prueba el otro cuadro que reproducimos, *Los presidentes del gremio de los pañeros*, terminado en 1661, y del que con razón se ha dicho que es la obra en la cual se acercó más á la perfección suprema. Aunque vivió ocho años más, pues murió en 1669, no se conoce de él ningún otro lienzo que lleve fecha posterior á aquélla.

NUEVO TIPO DE CRISTALES DE AUMENTO

Un químico húngaro ha inventado una nueva lente, compuesta de un líquido encerrado en un recipiente de cristal en forma de lente. Tiene las mismas propiedades que una lente maciza, puede hacerse de un tamaño tres veces mayor que ésta, se fabrica con mayor facilidad y resulta mucho más barata.

La lente más grande fabricada hasta ahora y que sirve para usos astronómicos, tiene 1'50 metros de diámetro; su construcción ha exigido algunos años y ha costado centenares de miles de francos.

La misma lente en cristal y líquido puede hacerse en pocas semanas y su coste no llega á 4.000 francos.

El precio de una lente de cristal macizo de 25 centímetros de diámetro, de la mejor fabricación alemana, es actualmente de 8.000 francos; el de una del nuevo sistema y de iguales dimensiones es de menos de 200.

La nueva lente consiste en dos cristales de reloj muy duros y pegados, entre los cuales se pone el líquido; la oclusión es hermética y no puede haber evaporación, por ser los mismos los coeficientes de expansión del cristal y del líquido.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 438, POR V. MARÍN.

NEGRAS (2 PIEZAS)

BLANCAS (8 PIEZAS)

Las blancas juegan y dan mate en cuatro jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 437, POR V. MARÍN.

Blancas.	Negras.
1. D e 3 – b 3	1. Cualquiera.
2. D, C ó A mate.	

LA FUERZA DEL PASADO

NOVELA ORIGINAL DE DANIEL LESUEUR.—ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)

Entre ellos pasó un soplo frío.

Antonio tuvo la intuición de que Cristiana se concentraba en sí misma y se alejaba de él. No le hacía, sin duda, responsable de su papel involuntario en el drama, ni del secreto que le estaba impuesto, ni de la rígida discreción con que le guardaba; pero, en lugar de un alivio, había sido un peso más lo que había llevado á aquella pobre alma, ya tan cruelmente angustiada. Le veía, también á él, en aquellas perspectivas nuevas y desproporcionadas que una claridad demasiado ruda para sus ojos cándidos acababa de abrir ante ella.

Antonio comprendió el daño que la horrible prueba había hecho en aquella tierna naturaleza, cuando oyó á Cristiana exclamar:

—La vida es abominable... Ahora lo veo al mirar hacia atrás... ¡Qué alegre estaba yo cuando dejé nuestro castillo para venir á divertirme en París!.. Aquí encontraba la fiesta perpetua, los bailes, las cacerías, los trajes, las invitaciones... Por las noches, en el teatro, se hacían visitas de un palco á otro. Todos los salones eran delicados y todas las caras sonrientes. Veía la lealtad en los matrimonios, la bondad en los corazones y la abnegación en las amistades... Y esto oculta traiciones, emboscadas y calumnias... La mentira florece y el crimen no causa siquiera escándalo. ¡Dios mío!.. Ahora me explico la alarma de mi madre al despedirme. ¿Por qué he dejado Feuilleres un solo día? No me vol verá á suceder.

—Cristiana, puesto que siente por mí alguna benevolencia..., no hable usted así, exclamó el joven.

Tampoco él podía considerar fríamente las cosas ni tener en cuenta la exageración de la juventud. Veía ya á Cristiana separada de él para siempre y encerrada en aquel lejano Feuilleres donde él no podía siquiera ir á verla. Ya no estaba allí la encantadora señora de Sebourg para aproximarle á la que amaba y para envolver su idilio naciente de una atmósfera propicia. Aquella sociedad de lujo y de placer que Cristiana condenaba tan implacablemente, era la suya, artista mundano, que no podía prescindir de ella para sus éxitos, su reputación y su fortuna. Se creía cerca de obtener en esa sociedad un puesto digno de Cristiana. ¿Era posible que ese sueño se desvaneciese, por errores que no eran suyos, allí, en aquel trivial saloncillo de hotel, que le pareció siniestro de repente, al ruido de aquel indiferente reloj que le marcaba irreparables minutos?

—Acuérdese usted, Cristiana... ¿No me dijo un día que aceptaría con gusto vivir en París?

Esta frase debía recordar á la joven una especie de aliento dado á la esperanza, no expresada, pero muy visible, del arquitecto.

Antonio no obtuvo más que una mirada vaga y un movimiento negativo de cabeza.

—¿Cree usted, murmuró Cristiana, que es este el momento de pensar en el porvenir?

—¡El porvenir!.., repitió Antonio; una palabra de usted va á cerrarle para mí acaso para siempre. Déjeme usted hablar, suplicó al ver que la joven levantaba una mano para interrumpirle. Dice usted que no es el momento... ¿Qué otro podré tener? En Feuilleres estará usted tan lejos... Más lejos, lo veo, por esa horrible crisis de alma que por la distancia, que será ya tan grande. ¿Cómo, no ya ver á usted, sino seguir su pensamiento? Sus padres apenas me conocen, y su cuñado, del que soy amigo, no es el intermediario más á propósito para que aquéllos me acepten. Por otra parte, ¿por cuánto tiempo seré todavía amigo de Gerardo?

Su voz se apagó al hacer esta pregunta, que él murmuró como para sí mismo. Pero la joven irguió su busto de repente.



Pero la joven irguió su busto de repente...

—Antonio Le Bray, dijo con una solemnidad que quitaba á ese nombre así pronunciado toda libertad familiar, no admito ese punto de vista. Ayer, hace una semana, hace un mes, era cuando estábamos lejos el uno del otro sin saberlo. En cuanto al porvenir, tengo la esperanza de que nos aproximará; así lo espero con todo mi corazón. Porque yo elijo mi camino en la claridad, en la verdad, y usted es demasiado noble para que no venga también á él tarde ó temprano. Vuelvo al nido de mi familia, donde están las fuertes tradiciones de honor, de fidelidad y de fe; tengo sed del aire que allí se respira. Poco importa que haya kilómetros entre nosotros, pues yo veo á través de barreras mucho más insuperables; á usted le toca hacerlas caer.

Antonio balbuceó sorprendido y apenado:

—¿Qué barreras?

—Toda la fealdad de un mundo en el que usted vive sin repugnancia y del que yo huyo por haberle vislumbrado realmente hace unas cuantas horas. Usted es un escéptico; pero vale usted más que la sonrisa y que los movimientos de cabeza con que acoge mis curiosidades. ¿No ha previsto usted jamás que la vida podría darme otras respuestas? Me las ha dado, y terribles. Si le pregunto á usted todavía el porqué de todos esos papeles que yo veía desempeñar y cuyas contradicciones no comprendía, no podrá usted ya mover la cabeza. O si lo hace usted todavía...

No acabó. Se abrió la puerta, y dió paso á la alta silueta del anciano á quien el arquitecto había seguido, no sin cierta admiración, aquella mañana, detrás del carro fúnebre.

Antonio vió de frente al héroe de Sedán, á aquel conde de Feuilleres, que pasaba por ser uno de los representantes más intactos de la Francia de otro tiempo, de la Francia tradicionalista y cristiana. Solamente el aspecto del septuagenario evocaba un conjunto de ideas características de su carta y hasta de una época anterior á su edad. Tenía lo que ya no se tiene, lo que ya no se aprecia, lo que no puede producirse más que por casualidad en una sociedad democrática, pues hacen falta siglos de herencia para establecerlo; esa cosa indefinible y fútil para muchas personas que se llama «un gran aspecto.» Aquel prestigio, más fácil de percibir que de definir, se unía, por otra parte, á una extremada sencillez de maneras y al corte indudablemente provinciano de su levita. El largo bigote blanco y la perilla á la moda de 1830, no modernizaban aquellas facciones llenas de gravedad y cortadas con esa acentuación particular que crea el tipo y presta á la cara humana la amplitud expresiva de la raza. Los ojos imperativos de aquella cara, sin dureza por otra parte, se fijaron en Antonio Le Bray.

El joven soportó la mirada con respetuoso atrevimiento y se inclinó profundamente, mientras Cristiana recordaba al conde el nombre del visitante y algunos detalles relativos á su familia.

Delante de aquel anciano, cuya alma adivinaba, y que hacía comprender muy bien la de la hija, Anto-

nio percibió de repente lo que podía pasar en ésta. Las últimas palabras de la joven se iluminaron en su mente, que acababa de percibirlas. Al mismo tiempo la impetuosidad de su carácter y de sus sentimientos y una exaltación desesperada estuvieron por arrastrarle á uno de esos actos impulsivos que resultan el colmo de la locura ó de la habilidad, según sus resultados, y que conducen á la confusión total ó á la victoria. Ya abría la boca para gritar á aquel padre, en un impulso de sinceridad: «Amo á su hija de usted; déjeme conquistarla; ayúdeme; me siento digno de ella.»

Pero tuvo la extraña impresión de ver la fisonomía casi impasible del anciano alterarse más y más á medida que Cristiana precisaba la personalidad del amigo que estaba presentando.

—¿Es usted, caballero?.. ¡Usted!.., repitió el general dejándose caer, más que sentándose, en una silla.

Antonio no sabía qué responder. ¿A qué se refería el conde? ¿A qué característica de su vida ó de sus actos debía el joven referir aquel «usted?»

Por fin, con una emoción que Cristiana no había descubierto en él durante aquellos tristes días, el conde balbuceó casi:

—¿Es usted... á quien mi pobre hija... habló antes de morir?

Antonio palideció. ¿Iba á volver á empezar el interrogatorio desgarrador de hacía un momento? ¿Quién había contado aquella escena al conde, al que se hubieran debido ahorrar las conjeturas dolorosas? Hacía un momento, durante los funerales, lo ignoraba todo, pues Antonio no había encontrado en él más que una mirada vaga y una política fría.

Cristiana experimentaba el mismo estupor. ¿A quién acababa de encontrar el conde? ¿Quién le había contado la suprema entrevista de Antonieta y Antonio? Por un acuerdo tácito, los testigos de aquel hecho inexplicable se habían guardado bien de aludir á él delante de los interesados. Para la familia, parecía que nada había ocurrido. El asombro del uno y del otro no disminuyó por lo que vino después. Sin insistir en una circunstancia que le conmovía el corazón hasta ese punto, Feuilleres dió la mano al joven.

—Gracias, caballero, dijo con energía; tendrá usted siempre en mí un amigo agradecido.

Por caluroso que fuese, aquel ademán implicaba una despedida. Le Bray se retiró perplejo, pero con el consuelo de pensar que, al menos, el padre de la que amaba no le era hostil.

Cuando el joven se marchó, Cristiana dirigió al conde una mirada interrogadora.

—¡Cristiana mía!, dijo. Hija mía querida...

La efusión de su voz y sus brazos abiertos eran una llamada. Su hija se aproximó cariñosa, y él la envolvió en un abrazo inquieto, como si quisiera protegerla contra un peligro.

—¡Qué preciosa eres para mí!, murmuró acariciando la seda espesa de su cabello negro. ¡Ah, que no te suceda ningún mal...

Y añadió cerca de su oído:

—He visto á Gerardo, y no tengo más que una palabra que decirte: olvidemos.

—¿Olvidemos, qué?, preguntó la joven con una vivacidad casi severa. ¿Las calumnias... ú otra cosa?

—Las calumnias, contestó sordamente Feuilleres.

Su cara se puso impenetrable, como hacía un momento la de Antonio, con la diferencia de que sus facciones envejecidas se cubrieron de un velo infinitamente triste.

Su hija no hizo ninguna otra pregunta.

No hubiera podido, por otra parte, aunque alguna cosa opresora é indecible no la hubiera obligado á callarse. Junto á la puerta se oyó un ligero rumor de pasos y después el golpe seco de un índice británico. Miss Gertie abrió y dejó paso á dos lindas siluetas blancas en sus abriguitos forrados de cisne, con un brillo de límpidas pupilas, rubios cabellos y exclamaciones cariñosas:

—¡Tía Cristiana!.. ¡Abuelito!

Eran Roberta y Francisco de Sebourg.

Cristiana los estrechó en sus brazos con el sentimiento de que su inocente gracia era todo lo que conservaba de su antigua ilusión de la vida.

III

Al día siguiente del entierro y de su visita al hotel Bedford estaba Antonio examinando unos planos en su estudio, cuando oyó sonar el timbre de la puerta exterior. Levantó la cabeza sorprendido y escuchó con atención. ¡Eran apenas las diez de la mañana! ¿Quién sería?

El joven acogía con gusto, por otra parte, una interrupción de su trabajo. Acababa de emprenderlo sin animación, con la mente distraída y el corazón pesado. ¿Qué había sido de los sueños de amor y de éxito, de la estimulante ambición y de aquella ligera llama de esperanza diaria que, precisamente, le producían los encuentros posibles con Cristiana? Todo había desaparecido; habíase desvanecido su alegre fervor. Además, aquellos cartones que hojeaba, aquellos proyectos, aquellos planos que volvía á encontrar en su casa de la calle de La Rochefoucauld, olían á abandono y á polvo. Hacía muchos meses que su talento no se empleaba más que para el castillo de Otheval; llevaba en él muchas semanas y de un día á otro le volverían á llamar para terminar las obras empezadas. Pero la preciosa existencia no se reanudaría; Cristiana no iría por allí, donde flotaba la sombra sangrienta de la pobre Antonieta; y los propietarios renunciarían á ir, según costumbre, del lunes al miércoles, durante la estación de la caza, que estaba terminada para ellos, pues los Valentín no darían ciertamente más cacerías durante el invierno.

Antonio oyó los pasos de su criado por el corredor, luego un coloquio en la antesala y la introducción del visitante en el salón próximo.

En seguida, su único servidor fué á decirle, con el aspecto compungido que creía deber tomar á causa de la desgracia, que no ignoraba:

—El Sr. de Sebourg desea hablar á usted

Antonio se levantó. Unas rápidas zancadas, una cortina levantada, una puerta abierta, y se encontró en la sala de su lindo departamento, bonita pieza decorada al estilo ultramoderno, llena de espejos, de ligeras telas pálidas, de lustrosas blancuras, con la fantasía y el alegre capricho que puede permitirse un artista soltero.

—¡Mi pobre Gerardo!, dijo el arquitecto con las manos abiertas.

Sebourg no cogió aquella mano.

Estaba erguido, vestido de negro en aquel marco dulcemente claro, en el que se difundía la luz plateada de una fría mañana. Su estatura casi gigantesca, su traje de luto, su cara sombría y hasta aquel sombrero rodeado de gasa que pendía de su brazo, se dibujaban entre los fluidos reflejos con un relieve conmovedor. Sin decir palabra fijó en Antonio una mirada dura.

—¿Qué hay?.. ¿No me das la mano?, preguntó éste.

—No.

—¿Por qué?

Gerardo no respondió en seguida. Era un hombre para quien las palabras no tenían esas fáciles complacencias que suplen á todo, hasta á los sentimientos y á las ideas. No las tenía á sus órdenes y, por otra parte, las despreciaba; esperaba siempre para servirse de ellas á no poder valerse de otro medio de expresión. Fuera de las fórmulas corrientes de la vida diaria, eran raras las circunstancias en que la necesidad de exteriorizar alguna cosa de su ser íntimo sobrepujaba á su repugnancia por las frases y á su real dificultad de hablar. Seguía fijando en su camarada de la infancia dos pupilas de color de pizarra ensombrecidas por la contracción de las espesas cejas negras.

—Siéntate y habla, dijo Antonio.

Sebourg no obedeció más que á la segunda de esas invitaciones.

—No me sentaré en tu casa, y no estrecharé tu mano, hasta que me hayas dicho por qué mi mujer quiso hablarte antes de morir.

Su acento ronco, su emoción, que no quería explayarse, y cierta expresión cándida en su testaruda rudeza, hacían daño. Antonio le miró, presa de una horrible tristeza.

—¡Gerardo!..

La exclamación vibró y se extinguió en el silencio. Los dos hombres, mudos, permanecieron frente á frente.

—¡Cómo, Gerardo!, dijo de repente éste con expresión brutal. ¿No ves que me vuelves loco diciendo así mi nombre y callándote?

Antonio, con la cara descompuesta de pena, hizo un ademán con los brazos que quería decir: «¿Qué quieres que te diga?»

—¿Rehusas?.., exclamó Sebourg.

Y dió un paso con expresión tan violenta y extraviada, que un interlocutor poco firme no hubiera contenido un movimiento de retroceso. Pero Antonio, con su estatura menos alta y más esbelta, no carecía de orgullosa energía. Por otra parte, acostumbrado al carácter de Gerardo, era para él menos impresionante aquella furia de jabalí que ataca. Se cruzó de brazos y habló, esforzándose por poner en su voz lo que había en su corazón de sentimientos conciliadores y compasivos.

—Vamos á ver, amigo mío, escucha y reflexiona... Lo que me pides es insensato. Si tu mujer quiso hablarme á mí solo, era porque tenía que confiarme un secreto.

—No tenía ese derecho..., gruñó el marido.

—¡Oh! No piensas lo que estás diciendo. Porque una criatura humana sea la esposa de otra, ¿crees que le debe hasta la última parcela de su alma?.. ¿No puede, sin ofenderla?..

—Guárdate tu filosofía, que me tiene sin cuidado...

—Sin embargo...

—¡Bah! No trates de engañarme con un discurso. El hecho está ahí. ¡Bruto de mí, que no me opuse!, exclamó aquel hombre atormentado, cambiando de tono y aplicándose un epíteto que hubiera merecido en el caso contrario. Hubiera debido no consentir y no moverme de su lado... Pero yo no sabía... No la creía tan mala... Y, además, la otra me arrastró.

Sebourg dejó escapar esta evocación imprevista de Francisca Valtín en la preocupación de la escena, y, ante la mirada bruscamente aguda de Antonio, aquella soberbia cara se puso de color de amapola. Sin embargo, la conciencia de su torpeza exasperó su fiebre, que estalló en una lógica abominable.

—Cuando una mujer, en una hora suprema, quiere confiarse á un hombre que no es su marido, es que ese otro hombre es su...

—¡Cállate!..

El grito de Antonio expresó tan fulminante indignación, que Gerardo no acabó y contuvo la blasfemia á causa de la vergüenza que le producía, pero no porque le intimidase la acción con que Le Bray acompañó su palabra.

Antonio había dado un salto á su vez. Aquellos dos seres, que toda su vida se habían querido fraternalmente, se amenazaban como fieras. Poco faltó para que la varonil animosidad desencadenada les hiciese venir á las manos materialmente en un duelo sin preparativos y sin testigos, en el que sus miembros hubiesen crujido en furiosas torsiones, como estallaban sus almas y se torcían con invisibles heridas.

Si los puños crispados no se levantaron, fué porque Sebourg se refrenó borrando el odioso concepto que él mismo se negaba á admitir.

—Ya sé... Estoy seguro... de que no es así. No nos envilezcas defendiéndola. ¡Ah!.. (Un espasmo de repugnancia le sofocó.) Y sin embargo, esto es lo que la pobre loca ha hecho creer. Nos ha..., se ha deshonrado.

—¿Y si fué un sacrificio sublime?..

La especie de enternecimiento que apaciguaba la sombría efervescencia de Gerardo desapareció ante aquella hipótesis, que volvió á encender sus dudas, sus sospechas y sus torturas de amor propio. ¡Cómo! Antonieta confiaba á otro un fragmento tan precioso de su corazón, un cuidado tan sagrado y tan grave que ponía debajo de él la pureza misma y el ultraje á su marido... Los dientes de Gerardo rechinaron.

—Está bien, dijo, pero tú vas á pagar caro su sacrificio. Hablarás ó nos batiremos.

—No hablaré.

—Entonces me darás razón de tu imprudencia... ¡Te atreves á declarar, rugió ahogándose de rabia, que la voluntad de mi mujer—su última voluntad, Dios del cielo...—fué conspirar contigo contra mí!

—No he dicho semejante cosa, exclamó Antonio.

—En fin, ¿era contra mí lo que te comunicó?.. ¿Contra mí?..

El arquitecto hizo un gesto vago y se pasó la mano por la frente, como desesperado por aquella horrible escena.

Para sufrirla sin desfallecimiento hacía falta tanta firmeza moral como valor físico. A cada instante, Sebourg parecía á punto de cometer algún feroz abuso de su temible fuerza muscular. Crecía en él una especie de delirio ante la resistencia de Antonio y sobre todo ante la convicción de que esa resistencia sería indomable. Ahora bien, aquel coloso de sentimientos simples y en el cual la materia exuberante dominaba al razonamiento, era de esos á quienes la cólera pone fuera de sí mismos. Y el infortunado tenía en él y alrededor de él, en aquel cruel momento, más de una causa para caer en ese estado de demencia momentánea en el que se dice de un ser que «ve sangre.» Su aspecto iba siendo espantoso: cara lívida de miradas homicidas, anchos hombros por los que pasaban intensos estremecimientos, manos que se abrían y se cerraban como para triturar, y mandíbulas temblorosas cuyo choque involuntario se oía á veces.

En pie delante de él, muy cerca, Antonio erguía su estatura relativamente pequeña, pálido como un muerto, los brazos caídos y sin intentar con una palabra ó con un gesto oponerse al desencadenamiento de lo inevitable. Dijo, sin embargo, con sencillez, no para influir en el otro, sino porque su corazón y su conciencia se lo dictaron:

—Lamento profundamente, Gerardo, que haya en esto algo que te hiera ó te aflija. Pero no puedo elegir mi actitud. Se me ha impuesto un deber, que yo no reclamaba. Y lo cumpliré.

—Mejor de lo que tú crees, gruñó el marido de Antonieta, pues guardarás vuestro famoso secreto

para siempre cuando te haya metido en el cuerpo seis pulgadas de hierro.

—De modo que nos batiremos..., murmuró Le Bray encogiéndose de hombros.

—¡Pardiez!

—Como quieras... Pero de este modo serás tú el que deshonrarás á tu mujer muerta.

Gerardo dió un grito ahogado en el que pareció que su alma en tumulto se le salía del pecho. Sus pesados párpados velaron la llama de sus ojos y se desplomó en una silla como un toro á quien han dado el cachete.

Antonio se sentó igualmente. Se sentía ablandado por una reacción, ahora que no tenía ya que poner en tensión todas sus fuerzas contra una pregunta suplicante ó contra una agresión impetuosa, y miró al adversario de hoy y amigo de ayer y de todo el pasado. Sebourg tenía la cara oculta entre las manos. Sobre el dibujo amplio y noble de su cabeza ostentábase una cabellera negra de un terciopelo igual y rapado como el de un muchacho. Antonio le volvió á ver en el colegio, inclinado sobre aquellos textos latinos que hacían su desesperación y en los que él le había ayudado con tanta frecuencia á no perderse. ¡Cuántas veces había lanzado bolitas de papel contra aquel buen cráneo, tan espesamente tapizado y que no ofrecía ningún acceso posible á las sutilidades literarias!..

Le Bray se sintió invadido de una profunda melancolía; y también de un sentimiento cobarde, pues pensó que Gerardo, al convertirse en su enemigo, alargaba la distancia entre él y la mujer á quien no desesperaba de conquistar. Estuvo por nombrar á Cristiana y revelar la parte que su amor hacia ella había tenido en la confidencia de Antonieta. Hubiera sido una caridad para con aquel desgraciado que sufría realmente y con un dolor tan exasperado. ¿No hubiera sido para Antonio la afirmación de una especie de derecho? Abrió la boca... y hasta emitió algunos sonidos indistintos. Pero se calló, irritado contra su propia debilidad, pues era demasiado leal y escrupulosamente delicado para permitirse continuar. Dar un fragmento de verdad por una verdad entera—¡y tan diferente!—constituiría un subterfugio indigno de él. Y además un subterfugio inútil. La más simple reflexión impediría á Sebourg engañarse, y en cambio, tomaría odio al sueño amoroso de su compañero de la infancia. La prudencia, lo mismo que la sinceridad, contuvieron las palabras de Antonio.

Gerardo, sin embargo, le había oído balbucear un comienzo de frase; y aquellas palabras inciertas y repentinamente suspendidas hicieron levantarse á aquella cabeza agobiada y aquella alta silueta negra. El viudo se puso en pie, cogió el sombrero envuelto en gasa que, en un momento de excitación, había arrojado en una mesa, fijó otra vez ferozmente en Antonio sus pupilas sombrías de siniestra expresión, y dijo al fin mientras el arquitecto se erguía esperando los peores insultos:

—¡Veremos lo que sucederá!..

No dijo más. ¡Pero qué acento!.. Antonio, sin embargo, que le vió marchar sin ocurrírsele nada para evitar el inmediato rompimiento, le agradeció el no haberle lanzado alguna imputación de cobardía ni haberle hecho la atroz y fácil acusación de esconder se detrás del cadáver de una mujer; una de esas injurias que ensucian como el lodo y que son más envilecedoras para el que las profiere y para el que las escucha, por lo mismo que los antagonistas no pueden creer en ellas y no cesan de estimarse en secreto.

Sebourg, ya en el coche de alquiler que le esperaba en la calle con el caballo de través á causa de la cuesta, no alivió su violencia, ni consigo mismo, con groserías oratorias, que hubieran repugnado á su naturaleza más por su tontería que por su bajeza. Ningún ser del mundo sentía como aquél, por un instinto rudimentario, lo absurdo de las palabras. Gerardo, pues, no las formulaba en su fuero interno mientras iba en aquel estrecho carruaje de plaza, cuyas dimensiones le obligaban á subir las piernas y á doblar el cuerpo. Oía latir en sus venas la corriente furiosa y precipitada de la sangre, y sufría de un modo casi animal por accesos de sensación y por imágenes irritantes ó mortificantes que le hacían gemir sordamente.

Cuando, llegado á su casa, avenida de Kleber, subió en el ascensor hasta su piso y abrió la puerta con la crispación de corazón que provoca ese acto cuando el día anterior se han llevado un muerto, vió en seguida correr á él á los dos niños.

—La tía Cristiana nos ha traído, comenzó la niña, para despedirnos de ti y hacer los baúles con miss Gertie.

—¡Oh! papá, estás negro como la tía y el abuelo. ¿Por qué?

Gerardo los besó sin responder, levantándolos uno tras otro á la altura, considerable para ellos, en que se encontraba su triste cara.

—¿Vamos adonde está mamá?, dijo Paquito por una intuitiva analogía de ideas. Has dicho que se había marchado muy lejos.

—Cállate, Loley, murmuró su hermana, mientras su padre le ponía á su lado.

Roberta llamaba así á su hermano menor con la inexplicable fonología de los niños, que substituyen las palabras con otras que no tienen con ellas la menor analogía de sonido. Toda la familia, imitándola, llamaba Loley á Francisco. Cuando aquella niña de cinco años hizo callar así á su hermanito porque reclamaba á su mamá, el padre vió en aquel corazón pueril, ya femenino, presciencias y delicadezas que no trató de profundizar. ¿Qué adivinaba Roberta ante aquellos trajes de luto, aquellas caricias afligidas y aquellas bocas silenciosas coincidiendo con la desaparición de su mamá? Gerardo se guardó bien de preguntárselo á la niña, la cual, por otra parte, no se lo hubiera dicho. Pero hizo otra pregunta:

—¿Dónde está Cristiana?

—En nuestro cuarto; está haciendo el equipaje con miss Gertie.

—Decidle que he vuelto y que venga; la espero en mi despacho.

Cuando entró Cristiana en aquella pieza, encontró á su cuñado sentado ó, más bien, desplomado con todo su peso en el diván color de tabaco, con franjas de paño bordado, que guarnecía una de las esquinas. La joven se fué derecha á él con la mano abierta, mientras su cuñado se levantaba con un movimiento cansado.

—Yo también tenía que hablar á usted, Gerardo; por eso sobre todo he acompañado á los niños.

—Es usted muy buena, dijo Gerardo con el único matiz de ironía de que era capaz. Le ha autorizado á usted su padre...

—Mi padre nada tiene que ver en el paso que doy.

Cristiana subrayó esta afirmación con un silencio. Y después, conociendo bastante á su cuñado para no esperar que la animase á hablar de otro modo que con la mirada, más bien maligna, con que la estaba examinando, añadió:

—Ignoro lo que ha podido pasar ayer entre mi padre y usted, y no es él quien me lo dirá, estoy cierta de ello.

—Yo también, dijo Gerardo con energía.

Cristiana le miró. Y á él le chocó, á su vez, la alteración de aquella encantadora cara. Su puro óvalo se había prolongado; los ojos estaban como ennegrecidos y ensanchados y el cutis más terso y transparente; la boca, de un color rosa más pálido, se contraía por las comisuras y temblaba. El conjunto estaba envuelto en una bondad profunda.

—Siéntese usted, Cristiana, dijo Gerardo en un tono brusco que ocultaba su enternecimiento. Espero que usted no me odia todavía.

Acercó otra butaca á la que ofrecía á la joven y se sentó en ella, mientras Cristiana exclamaba vivamente:

—¡Odiar á usted!.. No. ¿Pero cree usted que verdaderamente el mundo le tiene odio?

Gerardo repitió «¿El mundo?» como si no comprendiese; no pensaba más que en el Sr. de Feuilleres y en Antonio.

Cristiana explicó:

—Sí, el mundo, los miserables que se hacen eco de esa invención odiosa. Lo hacen por necesidad de emociones viles, por estupidez..., puesto que no tratan de sacar partido de su calumnia contra usted, y siguen poniéndole buena cara. Eso no merece más que desprecio.

Gerardo miró á su cuñada con curiosidad. ¡Esperaba tan poco aquellas palabras! Los experimentos que estaba haciendo desde el día anterior, y sobre todo, la ardiente llaga de humillación que su orgullo traía de la conversación con Antonio, no le preparaban á encontrar confianza en la joven, al contrario; la exaltación natural en las mujeres debía inclinar á ésta á dramatizar los sucesos. Y habiendo sido siempre poco tolerante con lo que ella llamaba las maneras de oso de su cuñado, le vería hoy sin duda más fácilmente bajo la figura de un criminal.

—¡Cómo!, exclamó. ¿No soy, pues, un monstruo á sus ojos de usted, como á los de sus padres y sus amigos?

No siguió su pensamiento; pero excitado por un acceso de rabia, dijo enseñando el puño:

—Ya me las pagarán... Hasta aquellos á quienes su edad—ú otra cosa—me impide pedir satisfacción.

Sus facciones tomaron una expresión terrible. Cristiana le tocó ligeramente la mano; aquella cólera masculina le daba miedo.

—¡Mi pobre Gerardo! Escuche usted... ¡Cuidado! Tiene usted un carácter al mismo tiempo concentrado y violento, y esto es lo que le hace daño. No dé usted lugar á... Pero no quiero predicar á usted moral, añadió amablemente al ver que se volvía hacia ella de nuevo aquella cara contraída. He venido á decir á usted esto: he vivido en la intimidad de su matrimonio, le he visto á usted al lado de Antonieta, estoy segura de que la amaba usted á pesar de sus maneras bruscas, y estoy fraternalmente á su lado en su dolor, cuya sinceridad conozco. Ninguna insinuación malévola puede alterar mi confianza en usted. Y puesto que sus hijos van á estar mucho tiempo, acaso, con nosotros en Feuilleres, tenga usted la seguridad de que están entre las manos de su hermana Cristiana, que no tiene duda alguna sobre su padre y que sabrá hacer que le amen.

La cara de Gerardo se serenó al principio y se puso rígida después contra la emoción. Pero no pudo resistir á las últimas palabras; se ocultó la cara entre las manos y fuertes sollozos conmovieron sus hombros.

El taciturno gigante lloró como un niño.

Con sus hermosos ojos, en los que brillaba la más delicada piedad entre dos lágrimas inmóviles, Cristiana vió aquel espectáculo que su juventud y su inexperiencia no habían podido prever tan impresionante. No sabía qué decir ni qué hacer, dudando si había hecho bien ó mal al provocar aquella efusión casi trágica.

Cuando al fin Sebourg, con un movimiento de resolución, se irguió y miró á la joven, sorprendió inclinada hacia él aquella linda cabeza llena de ansiedad y deslumbradora de divina expresión.

—¡Ah! Cristiana, exclamó, no la conocía á usted.

Ni ella ni él supieron exactamente de dónde brotaba la ardiente impetuosidad de aquel grito. Cuando la mente tiene muchas razones para justificar los impulsos desordenados del ser, ¿cómo medir lo que añaden los obscuros estremecimientos del corazón y de los sentidos?.. Aquel hombre, viudo de ayer, y aquella joven, su cuñada, se agitaban en una tempestad de pensamientos que bastaba para impedir que oyesen algunos rayos más lejanos, precursores de peor tormenta.

En la misma ignorancia de lo que nacía en él en aquel minuto, Gerardo cedió á un impulso irresistible; no pudo menos de confiarse á Cristiana, al menos parcialmente. Algo muy pesado le ahogaba, y el primer efecto de aquella gracia deliciosa, que obraba en él demasiado vivamente, fué hacer salir de sus retiros, como por un magnetismo, su alma elemental y huraña, una de esas almas extrañamente construídas, producto de los infinitos azares de las combinaciones atávicas, amasadas con materiales primitivos y bárbaros algunos de los elementos refinados de nuestras modernas psicologías.

—¡Pobre niña!, suspiró, tiene usted razón en tenerme lástima. Mi desgracia es más grande de lo que usted cree.

—¿Cómo?, dijo la joven llena de aprensión.

—No soy el malvado que han dicho á usted, Cristiana; pero ¡ojalá lo fuese! porque no sufriría tal suplicio.

—¡Qué deseo!, dijo la joven confusa; pero es un modo de hablar, ¿verdad? Usted sufre, mi pobre Gerardo, y esto es lo que quiero comprender. No me confíe usted nada más.

Sentía cierta timidez ante lo desconocido de aquel carácter de hombre. En el fondo, no había simpatizado nunca con su cuñado. Había sido preciso el imperioso sentimiento de una injusticia para que fuese á él como había ido y le hablase como le había hablado. ¿Pero qué iba á saber ahora? Hubiera querido interrumpirle y alejarse.

Gerardo seguía hablando en frases entrecortadas y con la pobreza de palabras que pintaba los sentimientos y los hechos en crudo y sin matices:

—Sí, mejor sería... Si yo tuviese una naturaleza de verdugo hubiera obrado voluntariamente y no tendría remordimientos... Entonces me burlaría de lo que se piensa... Pero es mucho peor... Ha muerto por mi causa... Sin quererlo yo, pero por mi culpa... ¡Eso es lo espantoso!.. No me consolaré jamás... Parece que estoy viendo aquel camino que tomó... Se marchó enfadada, en un momento de nervios... Debí seguirla... Y no lo hice... «Anda con Dios, y rabia á tus anchas»... Yo también estaba nervioso, y contuve mi caballo... Parece que la veo marcharse... ¡Ah! La pobre muchacha...

—¡Dios mío!, gimió Cristiana anegada en llanto. ¡Antonieta querida!.. Y añadió cuando estuvo un poco serena: ¿por qué me dice usted eso? Bastante era haberse explicado con mi padre. .

El hombre singular con quien la joven hablaba pasó de repente del abatimiento á una cólera casi indignada y exclamó:

(Se continuará.)



Barcelona. – Regreso de las colonias escolares organizadas por la Sociedad Económica Barcelonesa de Amigos del País. Paso de las colonias por la Plaza de la Constitución. (De fotografía de Enrique Castellá.)

BARCELONA. – LAS COLONIAS ESCOLARES

Desde hace algunos años, la Sociedad Económica Barcelonesa de Amigos del País viene organizando, cada vez con mayor éxito, colonias escolares y proporcionando con ello á un gran número de niños los placeres del veraneo en el campo, tan provechosos para el espíritu como para el cuerpo. Las de este año han sido seis, formadas cada una por veinte pequeñuelos, y se han instalado: una de niños y otra de niñas en Tona; dos de niñas en la Gleva y en San Pedro de Torelló, y dos de niños en Alella y en una finca de los alrededores de Sabadell, puntos para los cuales salieron el día 5 del pasado agosto.

El Ayuntamiento, siguiendo el laudable ejemplo de la Económica, ha organizado por vez primera este año seis colonias escolares municipales, tres de niños y otras tantas de niñas, de 20 individuos cada una, que han permanecido un mes en San Celoni, Collbató y Llinás las primeras, y en San Felio de Codinas, Vilasar de Mar y Caldas de Montbuy las segundas.

El regreso de las colonias de la Económica se efectuó el día 30 y el de las del Ayuntamiento el 31 de agosto; y lo mismo unas que otras fueron solemnemente recibidas por aquella sociedad y por la corporación municipal. Presenciando el desfiel de aquellas criaturas tostadas por el sol, contemplando la sa-



Barcelona. – Regreso de las colonias escolares organizadas por el Ayuntamiento. Salida de las colonias del Palacio de Bellas Artes para dirigirse á las Casas Consistoriales. (De fotografía de Enrique Castellá.)



BEZIERS. – REPRESENTACIÓN DE «LA VESTALE,» ÓPERA DE SPONTINI, EN LAS ARENAS. (De fotografía de Hutin, Trampus y C.ª)

tisfacción y la alegría que todas ellas rebosaban, hasta los más indiferentes sentíanse emocionados y no podían menos de aplaudir las iniciativas de las dos entidades, gracias á cuyos desvelos son accesibles á los niños pobres los goces que parecían exclusivamente reservados á los ricos. ¡A cuántos de esos párvulos habrán salvado esas semanas de vida campestre de las asechanzas de esos males que se ceban en los organismos infantiles débiles! ¡Cuántos más podrían salvarse si todos los que pueden contribuyeran á la hermosa obra comenzada por la Económica y secundada por el Ayuntamiento!

Ensalcemos todos esa obra como se merece; pero aportemos también todos á ella nuestro concurso para que el número de las colonias escolares vaya aumentando de año en año en progresión geométrica, hasta que llegue un día en que se cuenten por miles los niños que las formen. Con ello llevaremos la vida y la salud á los hogares humildes; quizás llevaremos también semillas de sentimientos que, germinando en cuerpos y en almas sanos, maten envidias, extingan odios y engendren ideas de gratitud y de amor. Y cuando esto suceda, ¿no podrán considerarse pagados con usura los pequeños sacrificios que se necesitan para lograr tan grandes resultados?

REPRESENTACIÓN DE «LA VESTALE,»

ÓPERA EN TRES ACTOS DE SPONTINI, EN LAS ARENAS DE BEZIERS

La ópera escogida para ser representada este año en las Arenas de Beziers ha sido *La Vestale*, de Spontini, que aunque cuenta un siglo de existencia, no ha perdido nada de sus encantos, á pesar del tiempo transcurrido y del profundo cambio que ha experimentado el gusto de los públicos.

La Vestale ha sido cantada en Beziers por artistas tan notables como las Sras. Paquot-Dassy y Bastien, y los Sres. Duc, Delmás y Cazeneuve, y puesta en escena con un lujo y una propiedad admirables. La inmensa y soberbia decoración, cuyo efecto grandioso puede apreciarse en el grabado de esta página, es obra de M. Jambón. La orquesta constaba de 250 profesores, el cuerpo de coros de 150 individuos de ambos sexos y el de baile de 60 bailarinas procedentes de la Scala de Milán.

A la representación, que ha sido un éxito inmenso para todos cuantos en ella han intervenido, asistieron muchas notabilidades literarias y musicales, entre ellas el maestro Saint-Saens.



Interlaken (Suiza).—Reloj de flores del Parque. (De fotografía de Hutin, Trampus y C.ª)

Ese reloj señala exactamente las horas, los minutos y los segundos. Los números del año 1906 y las cifras de las horas y las divisiones de los minutos están formados por florecillas de distintos colores

Imp. de Montaner y Simón

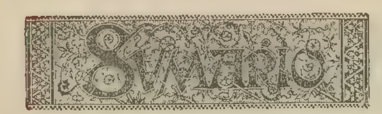
La Ilustración Artística

Año XXV — Barcelona 17 de septiembre de 1906 — Núm. 1.290

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



ELENA, busto en mármol, obra del laureado escultor Agustín Querol



CRÓNICA DE TEATROS

En los primeros días de septiembre puede decirse que terminan «las imperiosas vacaciones del estío.» Cierto que la gente adinerada anda todavía luciendo galas por balnearios de moda y playas elegantes ó devorando en automóvil kilómetros de carretera; pero las personas modestas que salen de Madrid á mediados de julio ó principios de agosto, en busca de un poco de frescura y de algo de reposo, están ya de regreso en la coronada villa. En las oficinas del Estado se advierte relativa actividad; muchos comercios, cerrados durante los dos meses de calor, engalanan sus escaparates y portadas; los estudiantes, suspensos en junio, se disponen á ser examinados de nuevo, aumenta la circulación callejera, los paseos y cafés recobran su interrumpida animación y los teatros de género chico han abierto todos sus puertas.

***

Digo mal; todos, no.

Eslava, en donde el año anterior funcionó con gran provecho, la compañía Prado-Chicote, ha sido «clausurado,» como ahora se dice, por disposición gubernativa. Según el informe dado por los arquitectos, en el caso de estallar durante el espectáculo un incendio en el teatrillo del pasadizo de San Ginés, ni las ratas podrían salvarse. Existiendo este temor, bien está lo hecho. Quizás en otros teatros de los autorizados para funcionar, ocurrirá sobre poco más ó menos lo mismo que en Eslava; pero de todos modos, no está mal que de los peligros que arrostra todas las noches el público madrileño se haya evitado el que parecía más inminente.

En general, los teatros de Madrid ofrecen á los espectadores pocas seguridades en casos de incendio. A excepción del Real y del Lírico, todos ellos se hallan como incrustados en otras casas; tienen pocas salidas, y sus dependencias, escaleras y pasillos ni están bien dispuestos ni tienen bastante anchura para que el público pueda desalojarlos fácil y rápidamente. Confiemos, pues, al ir al teatro, en la Divina Providencia, que Ella velará por nuestras vidas.

***

Cerrado Eslava, Loreto Prado, Chicote y compañía han tenido que apechugar con el Gran teatro. Aquello sí que es chico en grande. La noche de la inauguración los alrededores del *ex lírico* presentaban un cuadro animadísimo: la muchedumbre se agolpaba ante las puertas que dan acceso al soberbio vestíbulo del grandioso coliseo, circulaban por entre los grupos las vendedoras de flores, embalsamando el ambiente con sus varas de nardo, y los revendedores hacían su agosto, aunque con la limitación prudentemente impuesta por el gobernador. El magnífico aspecto del edificio, por cuyas puertas y ventanas se escapaban torrentes de luz y la impaciencia que por entrar en él mostraba la multitud, hacían presumir que allá dentro se preparaba una suntuosa fiesta artística... Por desgracia, al leer el cartel tal presunción se desvanecía: *La Machaquito, El Recluta, Los Granujas* y *Las estrellas* eran las joyas con cuya contemplación iba á solazarse todo aquel numeroso é impaciente público.

La sala enorme, lujosa y profusamente iluminada, parecía, como suele decirse, un ascua de oro; no había ni una sola localidad desocupada. En palcos y plateas muchas mujeres guapas denunciaban, con sus rostros ligeramente tostados, que acababan de regresar de sus excursiones veraniegas y se veía en las butacas á muchas personas conocidas. Como se desprende de lo dicho, el comienzo de la temporada no ha podido ser mejor para la compañía de que es alma la inimitable Loreto. ¿Perdurará el favor del público? ¿Se librará ahora el Gran teatro de la mala sombra que pesa sobre él y que ha sido causa de la ruina de tantas empresas? Pasadas estas hermosas noches de verano, cuando empiecen las nieves, las lluvias y los grandes fríos, ¿se verá concurrido aquel suntuoso local, del que puede decirse lo que con menos razón dijo Vico de la Princesa, á saber: que era el teatro de provincias más próximo á Madrid? Estas preguntas se hacía la numerosa, ó mejor dicho, la innumerable concurrencia que asistió á la función inaugural del Gran teatro.

Desde el punto de vista artístico, si se exceptúa la labor nunca bastante aplaudida de Loreto Prado, poco hay que elogiar. Las obrillas que forman el repertorio de la compañía podían pasar en teatros de ínfima clase y ante públicos de gustos ineducados y bajunos; ante una sala, no sólo elegante, sino fastuosa como lo es la del Lírico y en presencia de espectadores de aficiones más cultas que las de la gente que solía asistir á Romea, el Cómico, el Moderno y Eslava, engendros como *Los Granujas, La Trapera, La Cuna...* han de resultar, por fuerza, intolerables. En arte, como en todo, y más que en todo, el lugar en que se nos presenta la obra artística ó que pretende serlo, influye mucho sobre ella: la pantomima que nos hace reir en un circo, nos aburre y hasta nos repugna en un teatro, y el melodrama que en Novedades obtendría quizás un triunfo, caería al foso entre silbidos en el Español ó la Comedia.

De todas veras creo que Chicote, conocedor, como pocos empresarios, de lo que su público apetece, sabrá, en la nueva campaña que ahora emprende, mejorar su repertorio. Entonces Loreto, que es una gran artista, podrá sin necesidad de representar tipos pingajosos y tabernarios, alcanzar triunfos aun mayores que los conquistados por ella hasta ahora. Con esta que yo creo imprescindible *evolución*, nada perderán Chicote ni Loreto, y en cambio irán ganando no poco el arte y el buen gusto

***

También Apolo, la Zarzuela y el Cómico han empezado ya á funcionar, que para alguno de estos teatros es sinónimo de padecer. El Cómico es el único que se ve favorecido, y no por razones de carácter artístico, sino por otras que caen fuera de los dominios de la crítica literaria. Apolo es menos afortunado y la Zarzuela no da todavía señales de desquitarse de sus pasadas malandanzas. Todo esto significa que el género chico, si no herido de muerte, como algunos afirman, está atravesando una dificilísima crisis.

A los sainetes rústicos y chulescos, de equívocos cuartelarios y despreciables juegos de palabras, siguió el melodrama comprimido con sus golfos caballerescos, sus traperas románticas y sus lances disparatados, sin otro objeto que el de adular bajos sentimientos y ruines pasiones. Durante algún tiempo esos guisotes antiliterarios, en cuya comparación son manjares suculentos las desatinadas comedias de Comella, han deleitado el paladar de una gran parte del público y no sólo del de más baja condición... Hoy los melodramas comprimidos están en completo descrédito, hasta el punto de que de ellos se ven rebosando los fosos de Apolo y la Zarzuela. ¿Qué es lo que el público pide?, se preguntan ahora atortolados los autores de género chico; y como no dan con la apetecida contestación, cada cual tira por su lado buscando, en vano hasta el presente, el nuevo molde en que vaciar su desorientado ingenio. Algunos permanecen fieles al socorrido melodrama, otros más prácticos buscan su ganancia en lo sicalíptico y no falta quien trata de aclimatar en nuestros teatros, por supuesto también comprimidas, las operetas francesas.

Los Mosqueteros grises, que era ya una vejez, no sólo en Francia donde nació, sino en España donde fué traducida hace la friolera de veinte años, se presentó ó se representó la otra noche en la Zarzuela, empequeñecida é *ilustrada* con chistes de color y sabor de guindilla. Los espectadores la dejaron pasar sin protesta, y es de suponer que los autores de la casa, alentados por este semitriunfo, continuarán suministrando á aquel escenario extractos más ó menos condensados de las operetas que treinta años ha hacían furor en la capital de Francia. De algún autor sé yo que se jactaba noches pasadas de haber traído de París una maleta llena de *libretos franceses,* con los cuales se proponía imponer nueva dirección—son sus palabras—á los gustos del público madrileño.

Claro es que otro es el camino que debe seguirse para regenerar al género chico. España con sus pintorescas costumbres populares, con sus fiestas típicas, con sus cantos regionales, con su rica variedad de caracteres, consecuencia natural de las diversas razas que pueblan la península, ofrece á los artistas materia prima abundante para la producción de verdaderos sainetes. Mas para ello se necesita talento, observación y estudio, y estas cosas no son las que más abundan entre los abastecedores de los teatros por horas.

***

En vísperas de comenzar la temporada teatral, todo se vuelve cálculos más ó menos fantásticos, fábulas, chismes y cuentos entre literatos, cómicos y danzantes. Días pasados, en los mentideros de la calle de Sevilla, se juraba y perjuraba que María Guerrero y Fernando Díaz de Mendoza habían rescindido ó iban á rescindir su contrato de arriendo del teatro Español, y con tal motivo se fantaseaba de lo lindo acerca de la próxima campaña en el teatro municipal. ¡Conversaciones—como dicen en Cádiz—de Puerta de Tierra! María y Fernando, después de su carrera triunfal por la Argentina, regresarán á España á mediados de octubre y reanudarán en su teatro la labor artística que con tanto aplauso del público vienen desde hace años realizando en el «clásico coliseo.» Cuentan con muchas obras nuevas, y en lo tocante á mecánica teatral se proponen introducir en el escenario del Español grandes reformas.

Respecto de la Comedia se miente también mucho. Hasta ahora lo que se sabe á punto fijo es que Enrique Borrás no figura en la lista de la compañía. El aplaudido actor, en unión de Carmen Cobeña, se propone hacer una larga excursión por América.

De América también, que por lo visto es ahora para los cómicos el país del oro, acaba de llegar Emilio Thuiller. Por allá, por Chile y el Perú, parece que ha alcanzado aplausos y mucho provecho. Dios se los conserve y aumente en el teatro de la Princesa, en donde comenzará á actuar en la primera quincena de noviembre.

***

De todas estas noticias se desprende que en la temporada entrante, como en las anteriores, por exceso de ambición, de amor propio y de injustificada vanidad, elementos artísticos que podrían formar un buen cuadro artístico, se disgregan y fraccionan, viniendo á constituir algo parecido á las monteras de Sancho. Muchos de los que se llaman á sí mismos primeros actores y primeras actrices son tan sólo racionistas distinguidos que debieran darse con un canto en los pechos ocupando lugares modestos en una compañía de primer orden.

Bien es verdad que en el desvanecimiento y ridículo orgullo de tanto mediano ó mal comediante de uno ú otro sexo como anda por los teatros de Madrid y de fuera de Madrid vociferando y manoteando, tenemos no poca culpa los que escribimos de cosas de teatro en periódicos y revistas. Nuestros adjetivos rimbombantes y nuestros bombos desaforados hacen creerse genios á muchos cómicos y cómicas que no pasan de la humilde categoría de los que nuestros abuelos calificaban, con frase expresiva, de *cómicos de la legua*.

Un poco de austera sinceridad en la crítica, sin descender por supuesto al dicterio ni á la injuria, podrían tal vez moderar un tanto los humos de algunos de nuestros actores, con lo cual se les haría un verdadero favor, evitándoles no pocos desengaños y quebrantos. La verdad, por dura que sea, produce á la corta ó á la larga positivos beneficios.

Zeda



Carmen languidece de amor

LA TENTACIÓN

Declina la tarde con silenciosa majestad; las ramas abrileñas, cuajadas de hojas jóvenes y de capullos entreabiertos, derraman sus ricas fragancias por el jardín; las alondras se remontan á las alturas para gozar un momento más de la suave caricia del sol; canta con claridad divina el agua de los surtidores, y en las copas rumorosas de los árboles las brisas primaverales juguetean plácidamente. Es la hora bendita en que los oídos se abren gozosos al halago y los corazones al amor.

Carmen está triste, vagamente triste; con la tristeza de la tarde que declina, del canto de la alondra que despide al sol, de la melodía lenta de los surtidores. Recuerda las largas horas de su solitaria y silenciosa viudez, las felicidades del pasado... Tal vez piensa apesarada en sus veintisiete años: ¡juventud estéril, condenada á ver transcurrir los ardientes días primaverales sin anhelos y sin pasiones!

Y es bella, soberanamente bella: su carne apretada y blanca tiene tonalidades de alabastro, azulea su cabello abundante y nudoso, brillan sus grandes pupilas negras; el ligero rumor de la arena que pisa suena como un himno de alabanza á su pie breve y arqueado...: parece hecha para el amor, pero la risa no despliega sus labios descoloridos ni muestra los dientes diminutos y primorosos; su pecho es un manantial de suspiros, y sólo se entreabre su boca para darles salida. Carmen está triste de continuo, vagamente triste.

Su niña, único recuerdo que le queda del hombre amado, no está con ella; es un querubín de cinco años á quien fueron á buscar otros querubines con los que juega en el jardín vecino.

Y Carmen, sin su hija, encuentra más pesada, más triste, más fría su viudez. Se ha sentado en un banco, bajo los limoneros en flor. El perfume penetrante del azahar le recuerda las grandes alegrías de su boda, turbadas á ratos por invencibles rubores y por el ligero temor que producen los misterios entrevistos. A los efluvios primaverales, parece abrirse su pecho á sentimientos que no le son desconocidos; no puede precisar el fin de su deseo, pero desea: no ha muerto todo en su corazón ni está seco todo en su naturaleza.

Rompiendo la armonía majestuosa de la tarde, óyese por el camino impaciente galopar. Los gorriones que piaban en las acacias huyen asustados; á la puerta de la artística verja que forjaron manos catalanas, un caballo, obediente á la voluntad del que lo monta, acaba de pararse; repica la campana bulliciosamente y un criado corre á abrir.

Carmen, curiosa y sobresaltada, se pone en pie. ¿Quién irá á visitarla? ¿Quién se acuerda de ella y viene á turbar la monotonía de su vida solitaria y triste? ¿Acaso no huyen todos de las lágrimas y de los duelos? ¿Existe en el mundo alguien que voluntariamente salga al paso del dolor para consolarlo?

Sin saber por qué, tiembla. En sus ojos se pinta cierta expresión de susto, como si acabaran de sorprenderla... Y está muy hermosa, dulcemente hermosa en aquella actitud expectante.

Oye rumor de pasos. Es por una de las vereditas enarenadas del jardín. El que se acerca tiene el andar firme de los hombres resueltos.

—Hace poco la señora paseaba por aquí—afirma la voz del jardinero.

Poco después una voz vibrante y cariñosa grita:

—¡Carmen!

—¡Fadrique!

Se estrechan las manos alegre, amorosamente, experimentando el hondo regocijo que proporcionan las sorpresas agradables.

El jardinero saluda con reverente inclinación y se va confiado. El caballero debe ser gran amigo de la señora cuando así lo recibe. No hay nada que temer.

Fadrique está allí, frente á Carmen, mirándola emocionado: tiene muchas cosas que decirle y no sabe cómo empezar.

Es hermoso y varonil, tipo árabe puro, con su barba negra y rizada, sus ojos grandes y soñadores guarnecidos de largas pestañas, su cabeza noble de frente alta. Viste elegante traje de montar y es joven, esbelto y ágil.

Empiezan á hablar como viejos amigos que nada tienen que reservarse, en dulcísima intimidad.

¡Cuánto tiempo sin verse! Desde los quince años en que él salió de Madrid para emprender una larga peregrinación por el extranjero. Primero Italia, la poética y divina Italia, el sueño preciado de todos los artistas jóvenes; después París, el loco y bullicioso París, verdadero manicomio suelto, centro de toda locura y de todo heroísmo; más tarde Londres, Berlín, Rusia, América... todo el mundo; su padre, conociendo su afición al arte, había querido darle una base sólida y firme, y le tuvo doce años viajando, conociendo idiomas, estudiando costumbres tratando á los grandes artistas...

—He visto mucho; he aprendido bastante, pero también perdí el tiempo lastimosamente. Las nostalgias de la patria persiguiéronme por todas partes y me ataron las manos. Con la ausencia, la patria se engrandece y se poetiza. Podemos estar rodeados de todas las comodidades del lujo, de todas las bellezas sublimes del arte, pero no se olvida el querido rincón donde tuvimos los primeros sueños y acariciamos las primeras ilusiones... Sí, sí; la grandeza de la patria aumenta en relación á la distancia que de ella nos separa. Los que no salieron nunca del rincón en que nacieron desconocen la soberanía de su encanto y no le aman con la intensidad con que le aman los ausentes.

Carmen escúchale con placer; la llegada del amigo de la infancia le ha hecho olvidar las tristezas de la soledad. Agrádale estar al lado de aquel á quien conociera desde la niñez y dejara de tratar en la edad de las más preciadas ilusiones. Cuando Fadrique deja de hablar, aún le escucha.

Luego le toca el turno á ella, y sus primeras palabras son para decir que no habrá sentido tanto la ausencia cuando nada hizo por volver.

—Hace siete años—repuso él con melancolía—estaba resuelto á repatriarme. No me sentía bien en parte alguna, en sueños acariciaba una ilusión bendita y una imagen amorosa que me atraían hacia aquí con fuerza irresistible; lo que no pensara nunca pensábalo entonces, lo que nunca sintiera entonces lo sentía... Ya tenía hecho el equipaje cuando recibí una carta de mi padre en que me anunciaba tu boda... ¡Y no volví!

Guardan silencio largo rato. Carmen, azorada, no sabe qué decir. No esperaba aquella declaración hecha en tal forma, y aunque toda mujer se enorgullece de ser amada, ella, saboreando el halago, experimenta un profundo sentimiento.

Fadrique sigue hablando, explicando aquel fenómeno: el amor es así: raro é ilógico. A lo mejor esclaviza un corazón cuando menos motivo parece haber. Él, que miraba siempre á Carmen como alegre camarada de juegos, la amó ausente y hasta mucho tiempo después no se dió cuenta de que la amaba.

Sentados en el mismo banco, bajo los limoneros en flor, Fadrique arrulla á los oídos de Carmen la estrofa más brillante del poema de la vida; aquella estrofa en que el amor habla, los corazones palpitan, los oídos creen escuchar sinfonías misteriosas, los ojos se entornan con dulce suavidad y todo el cuerpo experimenta un sublime estremecimiento de placer.

Fadrique habla ardientemente; sus palabras son arrebatadoras, inspiradas sin duda por el demonio de la tentación.

Carmen languidece de amor. Arden sus mejillas; sus ojos llamean, y escucha con deleite, dejándose vencer.

El canto de la alondra parece más apasionado y amoroso; hay amor en el piar de los gorriones, en las fragancias de los capullos entreabiertos, en las ternísimas hojas de las ramas abrileñas, en el perfume penetrante de los jazmines, en el suave de las acacias... El ambiente es amor. Los insectos, buscándose por entre la hierba se aman.

Ha sonado la hora del pecado. Tal vez la serpiente se enrosca en el tronco del limonero y mezcla en las ardientes palabras del enamorado el soplo perverso de la fascinación. Todo parece confabularse contra Carmen, que desfallece: su sangre que abrasa la piel derramándose como fuego por las venas, su corazón que palpita, la lenta melodía de los surtidores, los efluvios primaverales...

Fadrique reconoce que la victoria va á ser suya, y rodea en un arrebato ardiente la cintura grácil de la amada, que se siente atraída irresistiblemente... Va á caer; sus labios se prestan al beso y al retreparse en un último esfuerzo de lucha, muestra su divina garganta á la caricia abrasadora...

Suena un canto; canto alborozado, infantil, poético como coro de ángeles, suave como la mirada protectora de la Virgen.

«A la víbora, víbora del amar
por aquí podéis pasar.»

Son las voces angelicales de las niñas que cantan en el jardín vecino, y entre aquellas voces está la de su hija. Dijérase que es la voz del cielo que triunfa de la tentación.

Rápidamente, sofocada, Carmen se pone en pie.

—¡Mi hija!, murmura levantando los ojos al cielo, cruzando las manos, fervientemente agradecida á Dios que le ha dejado oir á tiempo la voz dulce y triunfante de la inocencia.

Y mientras Fadrique la mira confuso y arrepentido de su arrebato, Carmen llama al jardinero.

—Mi hija, dice ansiosamente, que venga mi hija; quiere conocerla este señor.

Cuando llega saltando como un pajarillo al despuntar el día, la coge en brazos y la besa con amor infinito.



El notable pintor asturiano Juan Peláez que recientemente ha expuesto sus obras en el Salón Witcomb de Buenos Aires

Y presentándola á Fadrique, le dice con una emoción que no trata siquiera de disimular:

—Este es un amigo; un amigo muy bueno de mamá que va á emprender un largo viaje, y viene á despedirse...

(Dibujo de Luis García.) Rafael Ruiz López.

REPÚBLICA ARGENTINA.—BUENOS AIRES.

Exposición del pintor español D. Juan Peláez, en el Salón Witcomb.

La temporada artística ha comenzado con bríos y hasta con cierta precipitación, sin duda recordando los artistas el éxito que en general tuvieron las exposiciones pictóricas del año pasado

En el pasado mes de mayo ha habido varias, resultando por ahora la más importante la organizada por el joven pintor español D. Juan Peláez, que desde hace seis meses está establecido entre nosotros.

Los cuadros presentados en el favorecido Salón Witcomb, de la lujosa y comercial calle de Florida, han sido cuarenta y seis.

Lo que ante todo llama la atención y sorprende en los trabajos de este artista, es el vigor del colorido, la jugosa frescura y la exacta visión del natural. Sus dibujos son verdaderas joyas, habiendo sido sumamente celebrados una cabeza de niña de admirable expresión, y una vieja vaca que muge llamando al ausente ternerillo, obra en la que se admira una gran riqueza de detalles.

Los retratos al pastel le resultan de una exactitud fisonómica, de una plástica, de un modelado y finura verdaderamente encantadores, mucho más que los al óleo, que le resultan con menos *ángel* y menos alma, aunque perfectamente entonados y bien concebidos.

Seguramente que si los segundos no estuvieran junto con los primeros, nos parecerían admirables; pero como los primeros son perfectos, se nota la pequeña diferencia.

En cuanto á los paisajes, casi todos ellos de la provincia de Salta, al pie de la gran cordillera de los Andes, han sido tan del agrado del público, que en pocos días fueron adquiridos totalmente.

La exposición del Sr. Peláez ha sido el primer gran éxito con que empieza la temporada. El simpático artista asturiano no podía menos que triunfar, poseyendo como posee un espíritu eminentemente cultivado, muy observador y además una base de sólida instrucción.

Comenzó sus estudios con el célebre paisajista ma-



República Argentina. – Buenos Aires. – Exposición de obras del pintor asturiano Juan Peláez en el Salón Witcomb. Vaca llamando á su ternerillo, dibujo. (De fotografía remitida por D. Justo Solsona.)



República Argentina. – Buenos Aires. – Exposición de obras del pintor asturiano Juan Peláez en el Salón Witcomb.
Paisaje de Chicoano, cuadro al óleo. (De fotografía remitida por D. Justo Solsona.)

drileño D. Julián Tordesillas, pasando después á la Academia de San Fernando, siendo distintas veces laureado en las clases de dibujo al natural, colorido y composición.

Apenas salido de la Academia, ya ganó distintos premios y menciones honoríficas en exposiciones de Madrid y de provincias. Por fin, vino á la República Argentina, y habiendo hecho un viaje por la pintoresca provincia de Salta, ha traído las bellísimas obras de su larga excursión, de las que presentamos á nuestros lectores algunas reproducciones gráficas que dan prueba palpable de su notabilísimo mérito, obras que le han valido gloria y provecho, y un nombre ya consagrado, en forma muy elogiosa, por toda la crítica.

El Sr. Peláez, con sólo contar veinticinco años ha hecho un gran camino dentro del arte, y persistiendo en él, con la fe que le anima, llegará á los puestos más avanzados.

Justo Solsona.

Buenos Aires, mayo, 1906.



República Argentina. – Buenos Aires. - Exposición de obras del pintor asturiano Juan Peláez en el Salón Witcomb.
Puesta del Sol en el río Mojotoro, cuadro al óleo. (De fotografía remitida por D. Justo Solsona.)

SS. MM. D. ALFONSO XIII Y D.ª VICTORIA EN BILBAO

Con gran animación se han efectuado hace unos días en Bilbao las regatas internacionales que se suspendieron con motivo de las recientes huelgas. A ellas han asistido SS. MM. que desde San Sebastián se trasladaron á la capital de Vizcaya en el yate real *Giralda*, y han concurrido muchas embarcaciones de todas clases, nacionales y extranjeras, que se han disputado, entre otros premios, las copas del rey, de la reina, del Cantábrico y de Glandares. Esas copas han sido ganadas respectivamente, después de reñida lucha, por los balandros *Princesa de Asturias*, de Bilbao; *Concordia*, francés, *Sogalinda*, de Bilbao, y *Amelita*, también de Bilbao.

Durante la estancia de los reyes en aquella capital se han celebrado en su honor varios festejos, entre los cuales sobresalió el banquete del «Sporting Club» que resultó brillantísimo. La casa flotante del Sporting estaba preciosamente engalanada con plantas, banderas y flores y en sus inmediaciones esperaron á los reyes 150 embarcaciones ocupadas por distinguidas familias. El banquete fué presidido por D. Alfonso XIII, quien tenía á su derecha á la reina y á su izquierda á la esposa del presidente del club Sr. Zubiría, y á él asistieron los representantes de los clubs náuticos de Francia, Alemania é Inglaterra y de los de Santander y San Sebastián.

Bilbao. – SS. MM. el rey D. Alfonso XIII y la reina D.ª Victoria en la cubierta del «Sporting-Club»

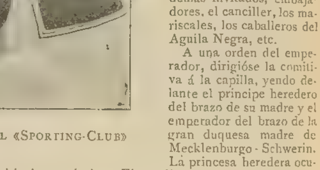
SAN SEBASTIÁN. – Jira náutica en el río Urumea

De todas las fiestas que la capital donostiarra celebra cada año en obsequio de los veraneantes forasteros, es sin duda la más notable la jira náutica en el río Urumea. En la de este año, efectuada el día 7, los invitados por el Ayuntamiento salieron á las tres de la tarde del faro del Árbol de Guernica, en cien embarcaciones adornadas con banderas, flores y farolillos. A la llegada á Loyola, los expedicionarios fueron recibidos con músicas y disparos de bombas, celebrándose inmediatamente cucañas y otros entretenidos juegos náuticos y reñidas batallas de serpentinas.

Después del *lunch* con que el Ayuntamiento obsequió á los invitados, todas las barcas lucieron caprichosas iluminaciones y emprendieron el regreso á San Sebastián, mientras en las orillas del Urumea se encendían multitud de bengalas y fuegos artificiales y en los montes ardían grandes fogatas.

BAUTIZO DEL HIJO DEL PRÍNCIPE HEREDERO DE ALEMANIA

En el nuevo palacio imperial de Potsdam efectuóse el día 29 de agosto último la ceremonia del bautizo del hijo del príncipe heredero de Alemania, nacido el día 4 de julio anterior, acto solemnísimo al que se revistió de toda la pompa de aquella fastuosa corte. En uno de los salones del palacio reuniéronse á las seis de la tarde la familia imperial y los ilustres huéspedes que debían figurar en la ceremonia en calidad de representantes de los padrinos, tales como la princesa heredera de Grecia, el príncipe Cristián de Schleswig-Holstein, el gran duque Uladimiro de Rusia, el archiduque José de Austria y el duque de Génova, en representación de los reyes de Grecia é Inglaterra, del tsar, del emperador de Austria y del rey de Italia. Al mismo tiempo reuníanse en otros salones los dignatarios de la corte, los séquitos de los príncipes y los demás invitados, embajadores, el canciller, los mariscales, los caballeros del Aguila Negra, etc.



A una orden del emperador, dirigióse la comitiva á la capilla, yendo delante el príncipe heredero del brazo de su madre y el emperador del brazo de la gran duquesa madre de Mecklenburgo-Schwerin. La princesa heredera ocupó un sitio junto al altar. El predicador mayor de la corte bautizó al recién nacido, á quien se pusieron los nombres de Guillermo, Federico, Francisco José, Cristián y Olaf.

Después de la ceremonia religiosa hubo desfile en corte ante la madre del bautizado.

Finalmente por la noche los invitados al bautizo fueron obsequiados con un banquete de gala, en el que el emperador brindó por el nuevo príncipe.









San Sebastián. – Jira náutica en el río Urumea. – Gabarra de la prensa. – Batalla de serpentinas. – Llegada de los expedicionarios á Loyola. Cucañas en Loyola. (De fotografía de Frederic.)



Potsdam (Alemania). – Bautizo del hijo del príncipe heredero de Alemania. El emperador Guillermo II sostiene en brazos á su nieto; la madre de éste está sentada junto al altar. (De fotografía comunicada por Hutin, Trampus y C.ª)

SALZBURGO. – FIESTAS EN HONOR DE MOZART

Salzburgo, la ciudad en donde nació Mozart, ha querido festejar dignamente el 150.° aniversario del nacimiento de ese genio musical incomparable que, como ningún otro, tradujo los más delicados sentimientos en el lenguaje musical más sencillo y más encantador; y para ello ha organizado una serie de representaciones de sus óperas, que han sido cantadas por famosos artistas, y de conciertos en los cuales se han ejecutado sus principales sinfonías y sus más hermosas obras de música *di camera* y religiosa.

Entre esos conciertos ha sobresalido el celebrado en la *Aula académica*, en el que tomaron parte Saint-Saens, Ricardo Strauss, Félix Motl, la orquesta Filarmónica de Viena y el notable orfeón «Salzburger Liedertafel.» En ellos se ejecutaron, además de composiciones de Mozart, otras de Beethoven, Bach y Haydn.

Las fiestas en honor de Mozart han sido grandes solemnidades artísticas, y á ellas han concurrido renombrados músicos y multitud de entusiastas aficionados.



Salzburgo (Austria). – Fiestas celebradas en honor de Mozart con motivo del 150.° aniversario de su nacimiento. – Concierto en el «Aula Académica,» dirigido por el maestro Saint-Saens. (De fotografía comunicada por Hutin, Trampus y C.ª)



LA BARCA VIEJA, cuadro de Virginia Demont-Bretón. Copyright 1906 by Virginie Demont-Bretón. (Salón de la Sociedad de Artistas Franceses. París, 1906.)



TARDE DE ESTÍO, cuadro de A. P. Roll. (Salón de la Sociedad Nacional de Bellas Artes. París, 1906.)

LA MODERNIZACIÓN DE CHINA

INAUGURACIÓN DEL FERROCARRIL DE SHANGHAI-NANKING

El Celeste Imperio parece querer sacudir el sopor letárgico en que durante tantos siglos ha vivido; el ejemplo del Japón ha surtido allí gran efecto, y hoy los chinos, empezando por el emperador y por la emperatriz viuda, tan refractaria hasta ahora á toda reforma, desean entrar de lleno en las corrientes de la civilización moderna.

La primera consecuencia de los viajes de estudio realizados recientemente en Europa y en América por altos funcionarios de aquel país, ha sido un manifiesto imperial en el que se leen los siguientes conceptos: «Desde el comienzo de nuestra dinastía, ha habido sabios emperadores que han dictado leyes ajustadas á las exigencias del momento; ahora que China sostiene relaciones con todas las naciones, es menester que aceptemos de éstas lo que responde á las actuales necesidades, ya que, de lo contrario, seríamos indignos de nuestros antepasados y de la confianza de nuestro pueblo. La Constitución será proclamada cuando el pueblo habrá estrechado sus relaciones con el gobierno y se habrá dejado ilustrar.»

Ese manifiesto ha sido muy bien recibido en todo el imperio, y la comisión encargada de redactar la Constitución y de la cual forman parte los hombres más ilustres y de tendencias más reformadoras de aquel Estado, ha comenzado ya sus tareas.

Otra de las consecuencias de los referidos viajes de estudio ha sido la creación de un cuerpo de voluntarios organizados á la europea y encargados de las funciones de policía en las principales ciudades del imperio.

Mas no se limita á esto la modernización de China, sino que también acepta otras ventajas más positivas del moderno progreso. Prueba de ello es la inauguración celebrada hace poco de la línea del ferrocarril de Shanghai á Nanking, que ha de recorrer las orillas del Yang-tse-Kiang y abrir al comercio internacional toda la parte central de aquel imperio.



MODERNIZACIÓN DE CHINA. – INAUGURACIÓN DEL FERROCARRIL DE SHANGHAI-NANKING, RECIENTEMENTE EFECTUADA. (De fotografía.)

JOSÉ GIACOSA

Ha fallecido recientemente uno de los más célebres dramaturgos italianos, José Giacosa. Desde 1873, en que obtuvo su primer triunfo con la preciosa leyenda dramática y en verso *Una partita a scacchi*, su carrera literaria fué un éxito continuado. Su fama pronto traspasó las fronteras de su patria, ya que sus principales obras, representadas en todas partes y traducidas á varios idiomas, lograron el aplauso entusiasta de los más diversos públicos.

Entre sus principales producciones escénicas merecen citarse especialmente, además de la antes citada, *Il trionfo d'amore*, leyenda dramática en dos actos; *Il marito amante della moglie*, comedia en tres actos y en verso; *Il fratello d'armi*, drama en cuatro actos y en verso; *Il conte rosso*, drama en tres actos y un prólogo, en verso; *La signora di Chalant*, drama en cinco actos; *Diritti dell'anima*, comedia en un acto; *Tristi amori*, comedia en tres actos; *Comme le foglie*, comedia en tres actos, é *Il piu forte*, comedia en tres actos.

Giacosa, que empezó tratando con predilección asuntos medioevales, acabó por escribir la comedia moderna, basada no sólo en la observación real de los hechos, sino también en el profundo estudio psicológico de los personajes. Influído un momento por las tendencias ibsenianas, dió á la escena su *Diritti dell'anima;* pero no tardó en volver á su escuela propia, y en *Comme le foglie* alcanzó el triunfo más ruidoso de cuantos en su vida de autor dramático había conseguido.

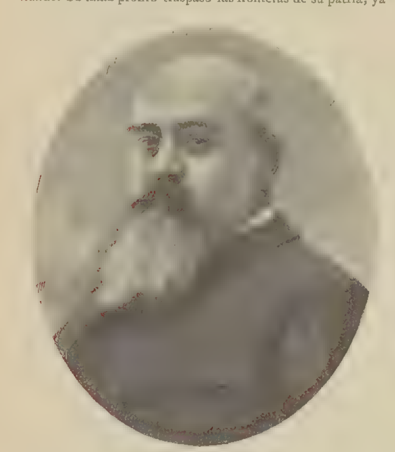
DR. D. CARLOS PELLEGRINI

Este eminente estadista argentino fallecido recientemente, nació en Buenos Aires en 11 de octubre de 1846, graduóse en la facultad de Derecho cuando apenas contaba veinte años, y á poco de graduarse marchó á la guerra del Paraguay con el cargo de subteniente de artillería. De regreso de aquella sangrienta lucha, entró en la vida política, en una época de hondas agitaciones internas, y en 1873 fué elegido diputado nacional, llamando desde luego la atención en el Parlamento por sus vastos conocimientos y por la concisión y claridad de su palabra convincente, razonada y enérgica.

Fué ministro de Guerra y Marina en 1880, y en 1886 vicepresidente de la República, ascendiendo á la presidencia por renuncia del Dr. Juárez Celmán, después de la revolución de julio de 1890, y siendo saludado su encumbramiento con grandes manifestaciones populares de simpatía. En 1892 abandonó la presidencia y en 1893 ocupó un sitio en el Senado nacional, hasta 1904. En los dos años siguientes fué presidente del Banco Hipotecario Nacional, á cuyas operaciones dió gran impulso, y en mayo de este año fué elegido nuevamente diputado.

Como hombre de acción y de ideas propias, tuvo fanáticos partidarios y apasionados detractores; pero aun estos últimos reconocían en él talento, rectitud y caballerosidad grandes.

A su cadáver se tributaron honores de presidente de la República y su entierro fué una imponente manifestación de duelo á la que se asociaron todos los partidos y clases sociales.



El eminente dramaturgo italiano JOSÉ GIACOSA, fallecido en Colleretto Parella el día 2 de los corrientes. (De fotografía.)



El ilustre estadista argentino DR. CARLOS PELLEGRINI, recientemente fallecido en Buenos Aires. (De fotografía de Witcomb, remitida por D. J. Solsona.)

BELLAS ARTES

Elena, busto en mármol, obra del laureado escultor Agustín Querol. – Otra obra verdaderamente estimable del distinguido maestro Agustín Querol podemos dar á conocer á nuestros lectores, gracias á la galantería de su autor. La circunstancia de habernos ocupado recientemente de la labor realizada por nuestro amigo, nos releva en cierto modo de emitir apreciaciones, que serían repetición de las muy merecidas alabanzas ya consignadas en las páginas de esta revista.

La barca vieja, cuadro Mme. Demont-Bretón. - El nombre y la fama de esa notable pintora son bien conocidos de nuestros lectores, que en las páginas de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA han podido admirar varias de sus hermosas obras. La que hoy reproducimos merece figurar entre las mejores que de su pincel han salido, y así lo ha reconocido la crítica parisiense al ocuparse de ella con motivo de su exposición en el último Salón de la Sociedad de Artistas franceses.

Tarde de estío, cuadro de A. P. Roll. – Contemplando este cuadro, parece que el sol nos deslumbra, que el caluroso ambiente nos asfixia y que de nuestro cuerpo y de nuestro espíritu se apoderan ese cansancio, esa languidez propios de los abrasadores días estivales. Esta impresión, que casi llega á ser sensación, constituye el mejor elogio de la obra del celebrado pintor francés.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 439, POR V. MARÍN.

NEGRAS (8 PIEZAS)

BLANCAS (8 PIEZAS)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 438, POR V. MARÍN.

Blancas.	Negras.
1. Dh4-e1	1. d3×e2 jaque
2. Rf1×e2	2. Rd4×e4
3. d2-d4	3. R juega.
4. D mate.	

VARIANTES

1.. Rd4×e4; 2. e2-e3, Re4-f3; 3. De1-h4, etc.
Rd4-c4; 2. De1-b1, d3×e2 jaq.; 3. Rf1×e2, etc.

LA FUERZA DEL PASADO

NOVELA ORIGINAL DE DANIEL LESUEUR.—ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)

—¡A su padre de usted! No he dicho nada de esto al conde. Me pedía una explicación y le amenacé simplemente con pedirle otra á mi vez. ¿Me cree usted capaz de acusarme con quien me habla con altivez? Si he llorado al lado de usted, Cristiana, si le he descubierto la verdad, es porque ha sido usted buena conmigo y me ha mostrado confianza.

¡El, Gerardo, pedir una explicación al conde de Feuilleres!, pensó Cristiana, á quien esta frase había chocado. Pero no insistió; si más adelante debía encarnizarse sobre este enigma, en aquel momento otras impresiones múltiples y agudas le destrozaban el corazón.

—¿Habían disputado en aquella cacería Antonieta y usted?, preguntó con voz débil, como si no pudiera ya compadecerle y no quisiera agobiarle.

Sebourg inclinó la cabeza. Su desesperación aparecía más real por lo mismo que carecía de todo énfasis. No sólo no intentaba discurrir y arreglar su papel, sino que no trataba siquiera de salir de la especie de atonía que siguió á los sollozos de hacía un instante y á la crisis de la confesión. Gerardo volvió á caer en su mutismo y se refugió dentro de la ruda barrera que de ordinario impedía llegar á su sensibilidad y hasta creer en ella. Solamente sus ojos de un gris sombrío, en los que el llanto febril había dejado purpurinas vetas, acusaban su punzante pena á través de una bruma de sangre.

—Pero la disputa no debió ser grave, insistió Cristiana. ¿Cómo Antonieta, tan dulce, pudo dejar á usted en un acceso de mal humor?

El viudo se encogió tristemente de hombros.

—¿Qué le había usted hecho?

Gerardo respondió:

—Había visto á la señora de Valtín darme una carta cuando la ayudé á montar á caballo.

La cara de Cristiana se puso de mármol, repentinamente pálida y helada. Aquella joven que, después de haber rechazado una cosa repugnante, se sentía tocada bruscamente por la realidad, pasó un minuto horroroso. Se levantó, y Sebourg, con la angustia de un ahogado, la retuvo por el vestido.

—¿Huye usted de mí?

La joven volvió la cabeza. Todo se sublevaba en ella. Aquel hombre y la mujer á quien acababa de nombrar eran, en efecto, los que habían matado á su hermana.

Entonces llegó hasta ella un acento tan ahogado y desgarrador, que le hizo estremecerse:

—¡Cristiana!.. Ya no me comprende usted... Creí, hace un momento... ¡Era tan dulce su piedad!.. Pero me la quita usted... y haré alguna cosa inaudita... Verá usted... Sufro demasiado... Esa Francisca..., una enferma, una loca... que me perseguía... ¡Oh!.. ¡Aplastarla como un bicho malo!..

Gerardo desgarró el velo de la única dulzura que había encontrado en aquellos horribles días, y que se marchaba. Volvió á ser la fiera acorralada que, hacía un momento, había estado para saltar sobre su antiguo amigo.

—Me vengaré, exclamó ¡Ah! ¿Me rechazan como un perro, personas que tienen todas algún cadáver sobre la conciencia?.. Va á ser gracioso...



Sebourg se quedó un instante petrificado

Su boca dejó oir una risa feroz, y en seguida, un estertor horrible.

—¡Antonieta ha muerto odiándome!..

Después, temblando de lágrimas, expresó este recuerdo:

—¿Podía yo decirle?.. ¿Podía enseñarle el infernal papel que me exigía?.. Echó á correr al azar, cegada por la pena... Yo estaba furioso contra ella y contra la otra... ¿Sé yo, acaso, consolar mujeres?.. No la llamé; no la seguí... ¡Oh, Dios!.. ¡Oh, Dios!..

De aquel cuerpo de atleta salió una lamentación sorda y que horrorizaba. Gerardo volvió á sentarse y ocultó de nuevo la cara entre las manos.

Cristiana también volvió á caer desfallecida en el sillón que antes ocupaba junto al desgraciado. La joven lloraba en silencio. Ninguno de los dos evocó ya nada más que aquella frágil silueta de mujer galopando en la selva negruzca y azulada del invierno, y aquel caballo excitado por la amazona, huyendo ante la pérfida vida hasta encontrar la rama demasiado baja que, bruscamente, lo termina todo.

Un momento después, Cristiana oyó las llamadas del niño—á pesar, sin duda, de todos los esfuerzos de miss Gertie—y se dispuso á reunirse con sus sobrinos.

Volvió hacia Gerardo una mirada que parecía aconsejar la calma. Pero él no se contentó con eso.

—Usted sola, dijo precipitadamente, puede darme la ilusión de que ella me perdona.

Cristiana movió la cabeza con desconsuelo; pero la bondad de su corazón, por una emanación inconsciente, fué á él como un bálsamo, demasiado suave, por desgracia; hacia Gerardo de Sebourg, lobo herido que mordía el hierro hundido en sus carnes.

IV

Era un curioso espectáculo el que presentaba, al amanecer de aquel día de abril, la ladera de Beau-Soleil, más allá de Montauban.

Apenas rompía el alba y una agitación inusitada, el murmullo de la multitud y el paso de unas masas obscuras de formas apocalípticas, turbaban la fresca serenidad de las viñas y de los prados, bajo un cielo inmenso de maravillosa pureza que poco á poco iba tomando transparencias de cristal.

No era, sin embargo, un campamento de tropas ó de gitanos, como hubiera podido creerse en la vaguedad del crepúsculo. Se estaban haciendo los preparativos de una de esas solemnidades enteramente nuevas en los fastos de la industria y en los de la elegancia, que la moda y el interés consagran con tanto prestigio: la salida de una carrera de automóviles. Por primera vez en Francia, se iba á disputar la que se llamaba «la Copa de los Soberanos,» á causa de la protección concedida á esa prueba por varios jefes de Estado. El itinerario, que debía ser recorrido tres veces, se desarrollaba al Sur de Montauban por una región de admirables carreteras, llanuras y cuestas moderadas. Bajaba hacia Tolosa, á la que daba vuelta, tocaba en Auch, en una incomparable línea recta, costeaba un instante el Gers, separándose de él hasta Fleurance, volvía á subir hasta Moissac por Saint-Clar y Saint-Nicolás, para cerrarse en aquella eminencia de Beau-Soleil, que domina á la antigua capital del Bas-Quercy, y le da su nombre, pues se debe ver en él el *Mons Albanus* de los romanos.

Todos los que se apasionan, por elegancia ó por otra razón, por la tracción mecánica en los caminos, habían evaluado hasta la más pequeña pendiente y el más fácil recodo, las cualidades y defectos de aquel recorrido que se designaba gloriosamente con el título de «el Circuito de Gascuña.»

Hablábase de esto, no sólo entre los especialistas, sino por todo el mundo. El patriotismo tomaba cartas en el asunto. En Francia se contaba con la victoria. ¡Es tan dulce esa palabra! ¡Y hace tanto tiempo que

hemos dejado de usarla! Muchos periódicos la anunciaban, y las pruebas eliminatorias la hacían esperar. Los dos coches Valtín, que, en Francia, habían llegado el primero y el segundo, habían desarrollado una velocidad por kilómetro superior á la de sus rivales de otros países.

Gerardo de Sebourg, en esta carrera nacional, había conducido al éxito la más poderosa de estas máquinas. Algún asombro había causado el ver á una persona de su nombre y de su posición manejar él mismo el vehículo en que se cifraba la fortuna de una sociedad industrial y hacerse el campeón material de esa casa, uno de cuyos jefes era. Pero, lejos de vituperarle, aquella opinión, que, con tan escandalosa indulgencia, le había considerado como el asesino de su mujer, aprobaba ese modo de lanzar su pena ó su remordimiento á una velocidad de ciento cincuenta kilómetros por hora. Se veía en esta acción aventurada algo atrevido y desesperado, que seducía. Además, aquel antiguo concurrente de los salones notorios y de las fondas en boga, á quien se veía en todas partes, antes de estar de luto, con su silueta de gladiador de frac y su cara heroica y taciturna, parecía el hombre mismo de ese *sport* aterrador que se llama una carrera de automóviles. Desde el principio surgió vencedor, y aquello fué una apoteosis. Ahora se contaba con él para el triunfo definitivo. Era el gran favorito del día, de ese día que se levantaba deliciosamente azul y claro en la ladera de Beau-Soleil.

Los síntomas de la animación actual aparecieron bajo la dulzura de los primeros rayos del sol. Personas de todas clases habían pasado allí la noche, por fortuna seca y tibia. Desde los *snobs* millonarios, que acampaban en tiendas suntuosamente arregladas ó en casas de ruedas, hechas de caoba y plata, hasta los mecánicos sin plaza y los que iban á apostar con los calzones rotos, y que habían dormido en el suelo, podían contarse allí seres de todas las clases sociales agitados del mismo frenesí.

La despreocupación de la multitud había devastado las viñas, sin que los propietarios se quejasen, pues sabían que serían indemnizados por los organizadores de las carreras, de las que dependían tan grandes intereses.

Mientras tanto, el golpe de vista era verdaderamente pintoresco. La salida del sol blanqueaba las telas de las tiendas y hacía chispear los barnices de los coches. Llamas amarillentas y alegres humaredas se desprendían de las hogueras de sarmientos, alrededor de las cuales se movían los cocineros vestidos de blanco, con su gorro en la cabeza y tan graves como si estuvieran delante de los fogones de sus monumentales cocinas.

Por las aberturas de las tiendas y por las ventanillas de las casas de ruedas, salían ya cabezas de parisienses, peinadas por milagro como si hubieran llevado con ellas á su peluquero, y que se interpelaban con carcajadas más ó menos espontáneas y más ó menos jóvenes. Todos los ojos acechaban los trajes que empezaban á exhibirse. Las mujeres se habían entregado á las más laboriosas y costosas combinaciones para aparecer con la «creación» más original en aquel *meeting*, en el cual las leyes de la etiqueta estaban aún mal establecidas.

La elegancia, y también la necesidad, habían decidido aquellas instalaciones al aire libre. Las fondas de Montauban estaban atestadas de gente. La del *Midi*, en la plaza de Armas, albergaba príncipes. Se decía que un rey de incógnito iba á venir de Tolosa, donde estaba alojado con su séquito. Los montalbaneses se encogían de hombros, pensando que un soberano no habría tenido el mal gusto de preferir la ciudad rival.

A todo esto, las sombras de la noche se disiparon y una luz de incomparable limpidez se difundió por el paisaje, que se desarrolló de repente como una visión sin límites. Hacia el Sur, se abría una llanura más infinita que el mar. Desplegábase en ella el verdor en capas tan fundidas y tan dulces, que no se distinguían los bosques de nuevas frondosidades de los terrenos cultivados y de las praderas. Veíanse cientos de aldeas, con sus casitas blancas y sus agudos campanarios. A lo lejos, se extendían ciudades, vaporosas como regueros de brumas violáceas. De vez en cuando, un anillo de plata revelaba el curso de un río. En el fondo, y á enorme distancia hacia una lontananza prodigiosa en la que la tierra se confundía con la fluidez del cielo y no era más que espacio y matiz, había algo que interesaba y después engañaba la vista: una serie de formas impresionantes y ligeras de un brillo y una inmovilidad tales, que, cuando surgían del fondo azul, no se podía confundir con ninguna nube su blancura precisa y aguda. Eran las cimas de los Pirineos.

Ante la grandeza vertiginosa de aquella llanura, una de las más vastas y fértiles del mundo, todo se achicaba, aun aquella altiva ciudad de Montauban, que levantaba á la derecha, en otro repliegue de la ladera, su torre de Saint-Jacques, que la mañana teñía de rosa, y los siete arcos ojivales de su célebre y viejo puente sobre el Tarn.

Pero lo que parecía de una mezquindad lastimosa, ahora que el sol colocaba su gigantesco abanico al ras del horizonte haciendo visible la magnificencia de la naturaleza, era todo aquel aparato de campamento mundano, que semejaba un puesto de juguetes en medio de tal inmensidad. Veíase la fealdad de las gradas puestas á lo largo del camino soberbiamente vacío, y de las empalizadas de madera blanca medio cubiertas de percalina, cuyo color rojo violentaba atrozmente la delicadeza de las cosas matinales, y que estaban cubiertas—¡oh sacrilegio! -de guirnaldas de flores de papel. Hasta las colgaduras de terciopelo con franjas amarillas que marcaban los sitios reservados á los espectadores regios y á las personas notables, agravaban el ridículo de la decoración.

Sin embargo, los soldados, que, mandados por sus oficiales, empezaban á escalonarse á lo largo de la pista, llegaban á tiempo para compensar aquel lamentable aspecto de feria, haciendo pensar en las posibilidades trágicas de la prueba. En aquel camino blanco y desierto, que la presencia de los soldados iba á prohibir por unas horas á todo ser viviente, se iba á representar un drama entre voluntades humanas y fuerzas ciegas. La muerte iba á acechar á sus presas. Había muchas probabilidades para que no llegase hasta el fin tal desafío del pensamiento á la materia sin el sacrificio de algunas existencias.

—No es aquí, en el punto de partida, donde habrá más gente, hizo observar Andrés Valtín á su esposa, mientras ésta se hacía arreglar la falda por su doncella y se frotaba las uñas con un pulimentador polvoreado de «coralina.» ¿Sabes dónde son más numerosas las gradas y se pagan más caros los asientos?

La linda Francisca preguntó vivamente:

—¿Dónde?

A pesar de preocupaciones verdaderamente angustiosas, le alarmaba el pensar que hubiera en todo el recorrido un sitio en el que fuera más elegante hacerse ver.

—Es en la bajada de Montestruc, respondió el marido; una cuesta que cae á plomo sobre el Gers, con una vuelta enteramente al lado del puente. Es el único sitio peligroso del circuito y conocido por la frecuencia de las desgracias. Los alquiladores de banquetas cobran lo que quieren, pues se espera ver aplastarse allí algunos corredores.

—¡Público encantador!, exclamó la hermosa señora de Valtín, poniéndose pálida.

—Es el mismo en todas partes.

—Pues es alegre.

Aquellas manitas de uñas arqueadas, más brillantes que la porcelana rosa, se cansaron un poco y suspendieron la ágil fricción.

Francisca murmuró con voz alterada:

—Ese Gerardo está loco. ¡Qué idea, llamándose Sebourg, hacer ese oficio de maquinista!

Su marido la miró. Desde el drama del bosque de Othe tenía sospechas, pero nada las había confirmado hasta entonces, sino, acaso, la loca nerviosidad de su mujer, una especie de desarreglo, notable aun en aquella naturaleza de desequilibrio y de capricho. Valtín replicó:

—Yo lo encuentro muy natural. La mayor parte de los fabricantes corren ellos mismos.

—Pero no se llaman Sebourg.

—Yo, que no me llamo más que Valtín, podría muy bien estar en mi máquina.

—No haya miedo...

—¿Por qué?

—Porque correrías el riesgo de hacerte pupa.

La doncella que le estaba atando la cintura del vestido, no pudo contener una furtiva crispación de los labios. Pero, también, la señora tenía un talle dos centímetros más ancho que el estrecho círculo en que se trataba de encerrarle.

—Serás la única que se atreve á decir que yo soy cobarde, respondió Andrés.

Aquella conversación poco amable, que lo era todavía menos por el tono que por las palabras, tenía lugar en una piececita que se hubiera podido tomar por un lindo camarote de transatlántico. Era la alcoba de la casa de ruedas de los Valtín, coche extraordinario, de lujo ingenioso y de una comodidad imposible de imaginar para el que no examinase de cerca su minucioso arreglo. Aquel vehículo, con sus galerías exteriores, con todo lo que se abrochaba, se suspendía y se disimulaba dentro y fuera, y con todos sus accesorios de plata y de oro, había sido la admiración de los curiosos en la Exposición de 1900. Francisca declaraba, en cambio, que era una verdadera barraca, buena para saltimbanquis. Los ingenieros de su marido tenían en estudio, para satisfacer su extravagante fantasía, un modelo que acaso la contentase por fin.

Aquel marido que se plegaba á todas sus voluntades, no por ternura, sino por vivir en paz, y á quien ella acababa de insultar con tal insolencia, pues no carecía de valentía, estaba delante de ella, ya preparado para la gran prueba. Llevaba levita y sombrero de copa, en aquel lugar campestre y á las seis de la mañana. Sentíase penetrado de su importancia y sabía que tendría que desplegar su cortesía con herederos de tronos, si no con algún soberano en persona. De estatura mediana, pero bien formado y de aspecto vigoroso, Andrés Valtín tenía ese aplomo físico que se aproxima á la distinción y que debía á los ejercicios corporales y á la equitación cinegética, de la que era apasionado, más que á las maneras de su clase, la de los grandes burgueses vividores, una de las de más crasa vulgaridad.

Tenía la tez rosada, corta barba castaña, un comienzo de calvicie, ojos de color de avellana y aspecto de buen muchacho. En el fondo era astuto como un zorro. Su astucia, siempre despierta, tendía á dos cosas: ganar dinero y no dejarse «fastidiar.» La vida le parecía buena, y quería gozar de ella á sus anchas. Era, por otra parte, sensible al ridículo y muy vanidoso. Tenía una manera distraída de desanimar á los que le proponían negocios «maravillosos» y un silencio indiferente cuando algún amigo reclamaba su concurso para alguna acción útil ó generosa. Cesaba entonces de oir y de comprender; era un muro. Pero las subscripciones de los periódicos presentaban siempre á la cabeza el nombre de Andrés Valtín, Sociedad de Automóviles, al lado de la mayor suma. Aquello no figuraba en las limosnas; era reclamo. Y en este artículo no escatimaba nada, porque todo era reproductivo.

Valtín miraba á su mujer.

Francisca no había medido, acaso, la potencia de egoísmo de aquel carácter. Aunque le decía á cada paso: «No piensas más que en ti;» ó: «Todo lo que haces es para ti,» no creía reprocharle más que una debilidad. Demasiado fútil para poseer en sí misma una fuerza cualquiera, no imaginaba que el amor de sí mismo y del propio reposo pudiese convertirse en un móvil temible. Aunque ella no vivía más que para su personilla, era capaz de aventurar lo que apreciaba más que la existencia por el capricho de un minuto, en una locura de los nervios ó en un exceso de imaginación. Andrés no era así. En él, el egoísmo era intransigente, dogmático, absoluto como un ideal. Aquel ser lleno de urbanidad, era capaz, si algo turbaba la plenitud de sus goces, de convertirse en heroico y feroz, como un fanático molestado en su fe.

Francisca alteraba, hacía algún tiempo, la serenidad de aquel culto autosensual. La idea de que debería, acaso, mostrarse celoso y obrar como un marido burlado, ó sufrir la burla universal, él, Andrés Valtín, sociedad de Automóviles Valtín, la primera del mundo, esa espina en su vida triunfalmente alegre, aquella piedrecita en su zapato, le exasperaban más de lo que le hubieran exasperado los celos mismos, si él hubiera sido capaz de tal paroxismo amoroso. Los celos, en efecto, tienen un derivativo, que es manifestarse; mientras que la suprema inquietud de aquel hombre era verse obligado á una manifestación cualquiera. El día en que hubiera cesado de ser ciego, no tendría ya derecho para divertirse con Francisca como con una amante, tan insoportable, pero también tan exquisita como otra cualquiera, como la más capaz de exhibir con un cinismo asombroso la gloria pecuniaria de los Valtín y de hacer repetir continuamente aquel nombre, que era una razón social, por todos los cronistas mundanos. No tendría ya ni un segundo de tranquilidad; su vida estaría envenenada. ¿Cómo continuar con aspecto de Otelo la fiesta perpetua, las expediciones en yate, en coche ó en auto, las cenas en las fondas de moda y las bromas en los teatrillos donde se hace burla de los maridos engañados?

Antes que sufrir una preocupación punzante, Valtín hubiera hecho un disparate. Como el que se tira al agua por huir de la lluvia, Andrés lo hubiera echado todo á rodar por no oir el pequeño crujido, irritante y progresivo, de la grieta. Prefería no saber nada, pero el día en que supiera, su egoísmo le haría temible.

Francisca pudo sospecharlo al ver la mala mirada que fijó en ella cuando le trató de cobarde delante de una criada, después de haber dejado adivinar su interés por el que sería el héroe del día, Gerardo de Sebourg.

Valtín examinaba rabiosamente á aquella mujer—la suya—sublevado en secreto contra el poder que tenía de alterar toda su existencia, pero guardándose bien de demostrárselo.

Francisca, muy tranquila entonces, estaba ahuecándose con dedos ligeros la aureola de sus rubios cabellos á la sombra del vasto sombrero. Y Andrés se decía: «Es asombrosa, después de todo,» pues representaba la efigie ideal que un Cheret hubiera podido dibujar para los carteles de los automóviles Valtín. Era la muestra viviente y, por esto mismo sin duda, el tipo femenino por excelencia para aquel marido en quien el amor no existía más que en una combinación de elegancia y de industria.

El talle exageradamente arqueado de la joven se moldeaba en una larga levita de paño gris ratón, igual á la falda. Las solapas, ribeteadas de terciopelo heliotropo, dejaban ver, al entreabrirse, su complicado bordado interior y adivinar las delicadezas de una blusa de encajes. La corbata de tul y antiguas Valenciennes iba prendida con un medallón de esmeralda, una piedra célebre en la joyería de los dos mundos, y la única alhaja que llevaba Francisca aquella mañana, además de sus sortijas, que los guantes de piel de Suecia gris perla iban á ocultar. Su sombrero era un *gainsborough* de fieltro del mismo color del traje, sobre el cual se arrollaba una admirable pluma amazona de tinte heliotropo. No se podía imaginar una elegancia más refinada ni más sobria, una línea más conforme con la plástica femenina tal como la concibe la moda reciente, ni un atavío más en armonía con el lugar y con el acontecimiento del día.

La satisfacción que experimentó Valtín aumentó su rencor al pensar que otro recibía, acaso, el secreto homenaje de aquella mujer. Andrés dijo, en un tono que hubiera podido alarmar á su esposa, si la voz, los gestos y los pensamientos de aquel hombre no hubieran llegado á ser para ella tan indiferentes que no percibía ya su sentido:

—Es posible que Sebourg no llegue el primero. El segundo coche, el de noventa y seis caballos, se portó admirablemente en la prueba eliminatoria. No fué vencido más que por cinco minutos y medio.

—Está conducido por un imbécil, dijo la Sra. de Valtín.

Hacía sonreir que la hermosa Francisca juzgase la capacidad del ingeniero mecánico á quien confiaba su segunda probabilidad de éxito una de las más grandes casas industriales del mundo. Pero su marido no tuvo gana alguna de risa. Desagradablemente impresionado, acaso contra toda razón, y de un humor de mil demonios, salió de la casilla haciendo resonar las minúsculas puertas de aquella casa de muñecas.

Su mujer no le hizo caso. Otra cosa le atacaba á los nervios, á pesar del asombroso dominio que tenía sobre ellos, y lanzaba su corazón, enloquecido como un pájaro huraño en su jaula, contra la pared opresora del corsé.

Francisca salió al inmenso espacio, preocupada á pesar de todo por el efecto que iba á producir, y no viendo en aquellos campos, desarrollados hasta las lejanas montañas, en aquella ciudad ardiente en que se incubaba la ceniza de un vehemente pasado, aquel Montauban crispado de orgullo; y en aquel camino, entre las filas de soldados y recogido en la espera de la lucha fulminante, más que unas cuantas caras de parisienses en las que trataba de leer la consagración del modisto autor de su traje.

No le desagradaban ni los más cándidos homenajes. Un pilluelo montalbanés se paró á contemplarla con atrevida admiración, y después se dió un cachete en el carrillo izquierdo como si acabara de cogerse un mosquito, pantomima de todo gascón excitado por la vista de una mujer guapa. Francisca sonrió; aunque no comprendía aquel galante simbolismo, no podía engañarse sobre el sentimiento que le dictaba.

La Sra. de Valtín se metió en el lindo edificio de lienzo en el que sus domésticos estaban poniendo la mesa para el desayuno. Debían tomarlo allí unas veinte personas de su sociedad, además de ellos mismos, Sebourg y el ingeniero que conducía el segundo coche. La cita era para las seis de la mañana, pues la partida comenzaba á las siete.

En la tienda, una larga mesa presentaba su orden impecable. Los encajes de la mantelería, las porcelanas preciosas, la plata y las orquídeas y las rosas, traído todo de París en furgones automóviles, recordaban, sin omitir un detalle, los esplendores del comedor de Otheval ó del hotel de la avenida Montaigne. Alrededor estaban los lacayos de gran librea,

La Sra. de Valtín echó una ojeada y prorrumpió en agrias quejas:

—¡Es inconcebible! No puede una hacerse escuchar. Le había á usted recomendado, Clemente, que trajese las escudillas de Sajonia para el caldo frío. ¿Vamos á beberle, entonces, en tazas de café con leche? Va á ser ridículo... ¿Por quién nos van á tomar?

Volvió la espalda á Clemente, el mayordomo, cuya cara expresaba la más respetuosa compunción, pero que prefería aquella algarada prevista á la rotura de las frágiles maravillas y á la despedida que hubiera venido después. El hombre se quedó impasible, aunque oyó perfectamente esta frase apenas disimulada:

—Es imposible esperar un poco de gusto de esta gente... ¡Qué brutos!

Detrás de la esbelta silueta de sabias redondeces y agresiva tiesura que salía por la cortina de lienzo, los lacayos cambiaron una breve sonrisa. Abyectos pensamientos les ofrecieron una diversión y un desquite. Sólo Clemente, á causa de su dignidad, no compartió sus furtivas represalias.

Cuando salía de la tienda, Francisca tropezó con alguien que iba á entrar. Su alta estatura, su traje de luto y el estremecimiento interior que anuncia á aquel á quien se busca, hiciéronle exclamar:

—¡Gerardo!..

Y añadió en seguida:

—Por fin... Venga usted... Tengo necesidad de hablarle.

Sebourg se quedó inmóvil mirándola con expresión dura.

Los ojos de Francisca, claros entre las pestañas negras, elevaron una súplica.

—Una palabra, por Dios, una palabra... ¿No hace bastante tiempo que soy razonable y evito encontrar á usted?

—Diga usted perseguirme, contestó Gerardo implacable.

—Es usted cruel al reprochármelo. Yo le amaba.

—Cuidado, señora murmuró Sebourg echando una mirada alrededor.

Tenía sus razones para temer que aquella mujer perdiese la cabeza y cometiese alguna extravagancia. Desde que, hacía tres meses, había querido romper con la que era la causa de la muerte de Antonieta, Gerardo estaba midiendo el peso de una amistad á que le habían arrastrado las facilidades de una vida absurda y la imperiosa fantasía de una coqueta. La exaltación producida en aquella neurótica por el drama del bosque de Othe, la interpretación criminalmente romántica de la que no quería dejarse desilusionar y, además, la defensiva de Gerardo, que ella tomaba por una crisis pasajera de remordimiento, excitaban hasta el paroxismo aquel amor de imaginación y de vanidad. La desdeñosa mujer del gran mundo que se cernía por encima de la existencia, garantizada contra los azares vulgares por su lujo de ídolo y su ejército de lacayos, se había arrojado á las aventuras de una modistilla alocada para acechar á Sebourg y contrariar su resolución de no volverla á ver á solas.

Gerardo, que tenía debilidades y casi candores bajo su exterior de fuerza y de tenacidad, acababa por sentirse aturdido ante las inconsecuencias de aquella criatura sin lógica, de locuras imprevistas y de invencible fragilidad. Siempre había considerado con más inquietud que amor aquella conquista involuntaria. Hoy estaba harto de ella hasta el odio.

—Entremos allí, le dijo Francisca.

Y al tiempo que Clemente, con su cara imperturbable, en la que nada se reflejaba, salía de la tienda principal, Sebourg, molestado por aquella mujer que parecía olvidar las realidades presentes, la siguió á otra tienda próxima.

Era la que debía servir de vestuario á los carreristas de la casa Valtín. Se veían allí los gabanes de hule llamados «paraguas de mecánico,» los pasamontes con orejeras y las máscaras con anteojos que aquellos señores se pondrían dentro de un momento. Había también un espejo, enteramente superfluo, para que contemplasen su grotesca apariencia. Francisca no vió nada de todo aquello; sólo vió que no había nadie y que por un instante se encontraba sola con Gerardo entre las cuatro paredes de lienzo.

—Es indigno, empezó, conducirse conmigo de este modo...

Pero no siguió mucho tiempo en ese tono. Antes de que él la respondiese, pasó de las acusaciones á las quejas.

—¡Cuando pienso que puede usted morir en esa prueba de hoy en que arriesga usted su vida!

Francisca lloraba y balbucía, sincera sin duda. Su cara, de una belleza artificial, estaba iluminada por una llama que se parecía á la pasión.

Gerardo, movido á piedad, y cediendo, por otra parte á un sentimiento de aversión y á un vértigo brutal, estrechó en sus brazos fogosos aquel esbelto busto.

Un reflejo de claridad que se movió de repente delante de él le hizo levantar los ojos. El espejo de enfrente se había puesto blanco y reflejaba la cara de alguien que acababa de levantar la cortina.

Era Andrés Valtín.

Sebourg se quedó un instante petrificado. Francisca, en éxtasis, no había notado nada.

La cortina de lienzo volvió á caer. El blanco rayo se apagó y con él la visión de aquel hombre en el espejo.

—¡Su marido de usted!, dijo sordamente Gerardo.

Francisca se separó precipitadamente con una gran palidez alrededor del rosa artificial de sus mejillas.

—Señora, añadió Gerardo, yo detendré ó repararé, no hay necesidad de decirlo, las consecuencias de este desagradable asunto. Suceda lo que quiera, estoy pronto á cargar con todas las responsabilidades. Pero dondequiera que me conduzca su fantasía, sépalo usted bien, la comedia se representará contra mi gusto, pues no tengo, ni he tenido ni tendré jamás amor por usted.

Dicho esto, hizo un gesto que parecía rechazar el lazo antipático y salió fuera con un impulso de evasión.

Oíanse estridentes sonidos de instrumentos de cobre. Una banda instalada en la parte alta de la cuesta tocaba sin descanso, no se sabía por qué.

De la ciudad afluían millares de personas por los senderos de la ladera ó por el trozo final de la carretera, pues el de la partida estaba ya cerrado á la circulación. Cada cual se alzaba como podía, en banquetas, en mesas, en escalas ó en tablados instalados en todas partes. Los dueños de puestos privilegiados en las tribunas desdeñaban el ir tan temprano.

Todo el mundo contemplaba los coches de carrera, alineados por orden de salida, según el sorteo del día anterior, y que estaban rodeados de gendarmes. Aquellas formas raras que ocultaban un organismo perfecto, inspiraban respeto y revestían cierto carácter sagrado, pues además del misterio de su vida mecánica encerraban los del éxito y de la muerte, que causaban la febril espera de aquel día.

¿Cuál mataría á los audaces que pidieran demasiado á sus almas trepidantes y á sus músculos de hierro?.. ¿Cuál llegaría la primera entre el delirio de los vivas?

¿Sería aquella, la azul, una francesa, la victoriosa en la prueba eliminatoria? El tal coche no tenía nada de heroico, con su delantera cuadrada, su forma fatalista de ataúd y aspecto ventrudo y tranquilo. No parecía un monstruo de hocico anguloso y feroz como su compatriota la Georges-Sireuil, ni como aquella ridícula tarasca, que, á pesar de sus ojazos de vidrio y de sus fauces armadas de dientes, no parecía tanto una bestia de pesadilla como la aterradora máquina inglesa, pintada de verde, de armazón prolongada entre unas ruedas más altas que ella, fija en un furor inmóvil y cuyo funcionamiento debía ser algo sobrenatural é inhumano.

Hacíanse apuestas por la belga, de color amarillo, cuya capota se prolongaba en forma de proa y cuya estabilidad se ponderaba. Pero la facundia gascona se callaba delante del coche alemán, que en el año anterior había ganado la copa de los soberanos y que debía de haber sido reparado después ocultamente. Presentaba su delantera vertical con mil agujeros, un radiador en forma de panal que debía aspirar el viento y utilizarle para enfriar el carburador. Su sencillez de líneas, su color obscuro y sus ruedas muy separadas dábanle no se sabía qué aspecto de voluntad indomable.

Por otra parte, para los curiosos, ignorantes de las cuestiones técnicas, había una atracción de curiosidad superior á la de los coches. Era el campamento de los Valtín, la casa de ruedas, los furgones, las tiendas y la numerosa hueste de lacayos. El público se reunía alrededor de las cocinas al aire libre y trataba de ver aquella mesa de dichosos por los intersticios de los lienzos. Los que habían podido distinguir la elegancia de los preparativos, y, sobre todo, las fisonomías célebres—la hermosa señora de Valtín sonriendo á sus invitados; Andrés Valtín, el poderoso constructor, animado por la certeza del triunfo y tratando de exaltar la confianza de los que iban á correr por él; Gerardo de Sebourg, la esperanza del campeonato francés,—describían todo esto á sus vecinos. La gente del pueblo estaba admirada porque los dos mecánicos que iban á arriesgar la vida al lado de los conductores habían sido invitados al almuerzo de sus amos. Cuando los patronos brindaron con ellos, la emoción de la multitud estuvo para echar abajo los muros de tela.

A las siete en punto empezó la salida delante de las tribunas atestadas. Aquellos á quienes se llamaba «los huéspedes ilustres de Francia» se habían acordado de su legendario deber de puntualidad, sin excluir al mismo soberano, un simpático rey de aspecto sencillo, con sus gemelos en bandolera.

Los comisarios pusieron en manos de S. M. la bandera blanca que autorizaba la salida del primer coche. El brazo augusto se levantó, y fué aquello como la partida de un rayo.

(Se continuará.)

LA ATRACCIÓN QUE EJERCEN

LAS ORQUÍDEAS

No es cosa fácil comprender por qué se ha despertado, en estos últimos años, una afición tan extremada por las orquídeas. Medio siglo atrás, esas plantas no llamaban mucho la atención; hoy en día está muy en moda su cultivo. No puede negarse que en las flores de las orquídeas hay una atracción sutil, que no tienen otras plantas comunes; siempre de formas extrañas, las flores de algunas de esas variedades, presentan un aspecto casi grotesco; los colores de las diferentes especies varían hasta el infinito; no se encuentra nada parecido en ninguna otra familia vegetal.



Orquídea de la especie *Odontoglossum crispum Cooksonia*, ejemplar adquirido el año pasado por un aficionado de Bruselas que pagó por él 650 libras esterlinas.

Donde hay demanda, siempre habrá quien procure satisfacerla; la gran boga de las orquídeas ha dado ser al especialista en ellas, que se pasa la vida dedicado á buscar, importar y producir distintas variedades. Es un espectáculo nuevo el que ofrece la visita á un plantel de orquídeas, y sólo haciéndola, se puede llegar á comprender cuán importante es la industria comercial que se ha desarrollado. Allí se ven grandes estufas, puestas bajo la dirección de personas inteligentes y destinadas exclusivamente al cultivo de las orquídeas; en cada una de las que hay miles de plantas de todas edades y tamaños. Las cuatro partes del mundo contribuyen á formar la colección del floricultor, pues las orquídeas son indígenas de casi todos los países. El reproducir con perfección las condiciones naturales que cada especie requiere, ha puesto á prueba el ingenio de los horticultores; existen todavía algunas variedades que han desafiado los esfuerzos hechos para cultivarlos, aun teniendo á su disposición el jardinero todos los modernos adelantos. Muchas especies de orquídeas no echan raíces en la tierra, sino que se adhieren á los troncos de los árboles; para algunas hay que mantener constantemente una atmósfera sumamente húmeda, á fin de que sus raíces aéreas encuentren suficiente humedad. En contraposición á éstas, otras, de las regiones templadas, necesitan una estufa fresca y ventilada, y no se darían bien en un medio ambiente húmedo.

La única manera que tiene el floricultor de producir nuevas variedades es la siembra; para obtener plantas híbridas hay que recurrir al sistema de la fecundación artificial. Las orquídeas son una de las plantas más caprichosas, y el experimentador con frecuencia ve muy mal recompensadas las molestias que se ha tomado. Por regla general, tarda la semilla en madurar de nueve meses á un año, después de haberse fecundado la flor; tres ó cuatro meses más tarde, las pequeñas orquídeas hacen su aparición, bajo la forma de unos cojincitos verdes, que apenas tienen el tamaño de la cabeza de un alfiler y á los que se cuida muchísimo para preservarlos de los extremos de calor y frío, lo que se comprende bien, teniendo en cuenta que algunas de esas diminutas cabecitas verdes puede llegar á ser una planta que valga mucho dinero. El floricultor nada sabe en este particular, porque se necesita que transcurran cinco años y, en algunas especies, hasta diez ó doce, para que la nueva orquídea tenga edad suficiente para florecer. Espérase con ansia que llegue ese tiempo, y cuando así sucede, con mucha frecuencia ocurre que en vano el cultivador examina minuciosamente sus plantas, pues no encuentra en ellas ninguna de gran novedad, y un desengaño más se suma á la larga serie de ellos, que todo el que tiene orquídas ha de sobrellevar. Sin embargo, si es hombre de suerte, entre centenares de flores habrá tal vez alguna enteramente nueva, y si su forma es vistosa no faltarán coleccionistas que se apresuren á hacerse, sin tardanza, con la nueva variedad, cualquiera que sea el precio que su dueño pida por ella.

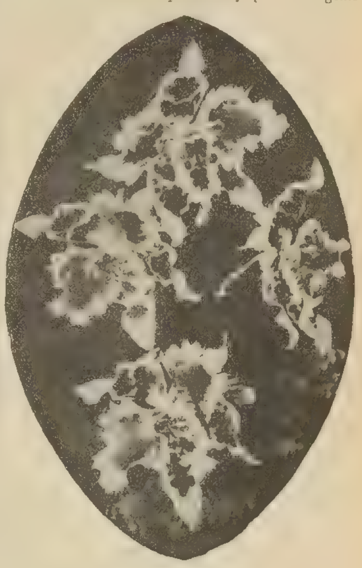
A muchos parecerá increíble lo que, sin embargo, es un hecho, á saber: que en la actualidad hay quienes se pasan la vida buscando orquídeas para satisfacer los pedidos que hacen los coleccionistas de todo el mundo. Su existencia, en realidad, nada tiene de agradable ni de cómoda, pues sin contar con los sufrimientos y duras pruebas á que tienen que someterse, muchas veces corren grandes riesgos de perderla. No hay necesidad de decir que las especies más valiosas se encuentran en localidades lejanas de las vías de comunicación, tal vez en comarcas pantanosas, azotadas por el paludismo, donde un blanco, con dificultad, puede vivir más de una semana seguida, ó muy probablemente en territorios poblados de indígenas hostiles, deseosos y dispuestos á matar y acaso á comerse al intrépido explorador si logran atraparlo. Efectivamente, si pudiera compilarse una historia de los más notables buscadores de orquídeas, su lectura sería muy triste; á docenas se cuentan los que han perdido la vida yendo tras de esas extrañas flores. Las orquídeas viven en toda suerte de lugares y se las encuentra con frecuencia en los de más difícil acceso. Mr. Hamelin, célebre buscador de esas plantas, famoso entre los aficionados por haber hallado la especie rara, la *Eulophia Elisabethae*, dice: «que ésta se encuentra únicamente en una región muy limitada y en la parte más alta de los más altos árboles... Me vi obligado á derribarlos y luego, con sumo cuidado, yo mismo fuí recogiendo las plantas, una por una.» Un buscador de orquídeas, en Nueva Guinea, tropezó con una especie única, que vegetaba con gran profusión en un cementerio de indígenas y que sólo podían cogerse removiendo las sepulturas, á lo cual se opuso tenazmente la gente del país. Por último se llegó á un arreglo, y dando una gran cantidad de cuentas de vidrio pudieron cogerse las plantas, que á los pocos meses se vendían en Londres, en pública subasta.

Por lo menos una de las especies de orquídeas ha sido causa de que se organizaran expediciones especiales en su busca. Esta es la, al presente famosa, *Cypripedium Fairieanum*, que en enero pasado causó en Inglaterra gran sensación. Esa variedad era muy conocida hace por lo menos 25 años, y en aquel tiempo era efectivamente muy común. Por uno ú otro motivo se perdió de vista la localidad exacta donde se da esa especie (una de las más hermosas), y consecuencia de ello fué que esa flor que antes abundaba en el mercado llegó á ser enteramente imposible de adquirir. Se sabía que era originaria del Norte de la India, y varias casas de comercio gastaron grandes cantidades de dinero en costear expediciones para encontrarla otra vez, sin resultado alguno. Debido á las guerras entre diversas tribus, no pudieron explorarse muchos territorios, y hasta que el gobierno inglés abrió los Himalayas Orientales, por medio de un numeroso cuerpo de ejército, no se volvió á encontrar la *C. fairieanum*, con gran alegría de los amantes de las orquídeas. Para demostrar el gran deseo que los que con ellas comercian tenían de obtener ejemplares de esa planta, bastará decir que una sola de estas casas ofreció nada menos que 1.000 libras esterlinas por un dato que sirviera para hallar su localidad nativa.



La orquídea gigante *Dendrobium Dalhousianum*

Con recoger las plantas no han dado término los trabajos del que las busca, porque hay que enviarlas á Inglaterra, y esto no es cosa fácil, desde lugares remotos y apartados. Algunas veces se las encuentra á quince días, ó más, de distancia de la costa, y para la conducción de las orquídeas hay que buscar gente de toda confianza. Afortunadamente muchas especies de orquídeas resisten muy bien el viaje, que pasan en un estado de sopor, recobrando vida y fuerza al llegar á su nueva patria. Por regla general, se las sujeta con alambres en cajas y se las protege con material de embalaje adecuado. Es sumamente necesario que las orquídeas se conserven en una atmósfera calurosa, y no es raro que, durante el invierno, las casas importadoras tengan que tomar un departamento especial en los buques para el transporte de esas delicadas plantas. A pesar de esos múltiples cuidados, á centenares perecen durante la travesía.



La planta más cara del mundo. – *Odontoglossum crispum Pittianum*, vendido en marzo último en pública subasta en Londres por 1.150 libras esterlinas.

Al llegar á Inglaterra, poco se ve en estas plantas que anuncie la belleza que luego han de ostentar, si todo marcha bien; parecen secas, arrugadas, con unas cuantas hojas de un verde amarillento. Hasta que no florecen, no se puede decir cuál será su valor, y es práctica común sacar á pública subasta grandes cantidades de orquídeas recién importadas, clasificadas únicamente por sus especies, sin que nadie pueda decir si habrá ó no en ellas nuevas variedades. Así es que los que las subastan las adquieren á ciegas, sin saber á ciencia cierta lo que compran. A todo coleccionista de orquídeas le ha pasado comprar plantas recién importadas por un chelín, ó cosa así y luego resultar que eran unas híbridas naturales, que valían 20 ó 30 libras esterlinas, ó tal vez más. Hace poco ocurrió un caso curioso. Una casa importadora de las principales vendió en subasta una porción de plantas de desecho, y un coleccionista modesto compró varios lotes, á razón de dos chelines seis peniques cada uno. Los cultivó, y al florecer, una de las plantas dió flores de una forma nueva y preciosa. El afortunado dueño corrió á la casa importadora y vendió en 500 libras esterlinas la mismísima planta que

algunos años antes había aquélla cedido por media corona, descontados los gastos de corretaje.

El año actual ha sido notable para los aficionados á las orquídeas, porque en él se ha dado en una subasta el precio más alto conocido por una planta sola. Gran excitación causó la noticia de que la famosa colección Pitt iba á ponerse á la venta, y que uno de los lotes consistía en la incomparable *Odontoglossum crispum Pittianum*. No es exageración decir que la lucha fué encarnizada; muy pronto se pasó de las 500 libras, luego de 750, más tarde de 1.000 y no cayó el martillo hasta no haber alcanzado 1.150. Esa respetable suma se daba por una planta delicada, que una helada podía matar en un cuarto de hora. En la actualidad hacen furor las *Odontoglossum*, con flores bien salpicadas de manchas, y esa única *Pittianum* es la flor mejor manchada que existe, tal es la razón porque tiene tanto valor; razón muy convincente, sin duda para un entusiasta coleccionista de orquídeas.



Orquídea *Miltonia Vexilaria*. Un buen ejemplar de esta especie lindísima vale 20 libras esterlinas

Se podría pasar uno la vida estudiando las orquídeas, sin llegar nunca á conocer todas sus maravillas. Según hemos visto, el interés del coleccionista moderno se cifra en los ejemplares únicos de plantas híbridas, obtenidas natural ó artificialmente, pero eso no pasa de ser una manera caprichosa de estimarlas. A los ojos de las personas estudiosas, las orquídeas aparecerán siempre como las plantas más dignas de que en ellas se fije la atención, por varios conceptos. Su característica principal consiste en la maravillosa ingeniosidad que despliegan para conseguir la fecundación de sus flores, por medio de los insectos. Hasta las humildes especies británicas son en extremo habilidosas en sus procedimientos á fin de asegurar la transmisión del polen; pero tales procedimientos quedan muy por bajo, si se les compara con algunos otros, empleados por sus exóticas congéneres. Muy poco se parecen los de dos especies diferentes; algunas variedades tienen una sensibilidad exquisita en las partes vecinas á sus órganos esenciales, y el más ligero contacto con un visitante alado, hace que caiga sobre él una nube de polen. En otras, mientras el insecto busca afanoso la miel, los estambres se inclinan lentamente hacia adelante y le cubren de polvos de oro. Asimismo hay especies en que una mosca infeliz queda enteramente aprisionada en una á modo de trampa, y cuando recobra la libertad, después de haber forcejeado mucho, sale cubierta de un polvo amarillo. En todos estos casos, como es natural, la primer flor que el insecto visita después, tiene grandes probabilidades de quedar fecundada. Las flores de muchas orquídeas tienen notable semejanza con varios seres animados, y por ese motivo se ha dado nombre á esas especies con el de los animales á que se supone que aquéllas se parecen. Así es que en Inglaterra hay las orquídeas abeja y araña, y en los trópicos, para no citar más que dos, existen las raras variedades del pájaro-mosca y del murciélago. Es difícil decir si esas plantas reportan algún beneficio de esa semejanza, aunque varias veces se ha tratado de demostrar, que esas flores tratan efectivamente de imitar á esos animales. En el estado actual de nuestros conocimientos, es de todo punto imposible afirmar nada respecto á este particular.

Se tiene comúnmente por pasatiempo de ricos el cultivo de las orquídeas, lo cual es un error. Según hemos visto, algunas de las variedades ordinarias pueden adquirirse por unos cuantos chelines y muchas de ellas son tan hermosas como las muy raras. Además, es muy posible que hasta el más humilde coleccionista descubra un día, entre sus plantas, alguna flor nueva y valiosa de la que, en estos tiempos positivistas, pueda sacar gran provecho. Debemos hacer una advertencia á los que se hallen dispuestos á emprender el cultivo de las orquídeas: pocas plantas hay que respondan tan perfectamente á un tratamiento adecuado, mientras que, por lo contrario, nada hay que dé menos resultado que una colección de orquídeas mal atendidas.

Un excelente sistema para los principiantes consiste en dedicarse, primero, únicamente á las variedades más comunes y sufridas; hasta que no hayan aprendido bien el cultivo de éstas, no deben emprender el de las otras más delicadas.

S. L. BASTIN.



AUSTRIA. – EL NUEVO PUENTE SOBRE EL RÍO ISONZO. EL ARCO DE PIEDRA, QUE ES EL MÁS GRANDE DEL MUNDO, MIDE 85 METROS DE ANCHO
(De fotografía de Hutin, Trampus y C.ª)

Se ha inaugurado hace poco la primera sección del ferrocarril transalpino que ha de poner en comunicación el importante puerto de Trieste con los principales centros de Alemania. Hasta ahora sólo se explota el trozo de línea hasta Assling; pero se cree que á fin de año podrá hacerse el servicio en la totalidad. Entre las muchas obras que ha exigido la construcción de ese ferrocarril y algunas de las cuales son grandiosas obras de arte, merece especial mención el puente sobre el río Isonzo que reproduce el adjunto grabado y cuyo arco es, al decir de personas competentes, el mayor de los arcos de piedra que hay en el mundo.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustración Artística

Año XXV — Barcelona 24 de septiembre de 1906 — Núm. 1.291



ESTATUA DE FEDERICO SOLER (SERAFÍ PITARRA) para el monumento que en breve se inaugurará en Barcelona, obra de Agustín Querol. (De fotografía de A. Merletti.)

SUMARIO

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Extraordinario me parece que, dada la escasez de asuntos sensacionales de crónica que sufren los periódicos diarios, en este fin de veraneo, no haya vuelto á levantar cabeza la tan acreditada como temerosa *serpiente de mar.* No sería mucho que hubiésemos tenido noticia de su aparición en las playas de nuestras rías ó en las abras de nuestras costas. Este viejo fantasma de horror, saurio-ofidio gigantesco, recuerdo de los organismos monstruosos del período en que acaso el hombre no habitaba aún la superficie del globo, á falta de colear en las borrascosas extensiones del Océano, colea en la fantasía de los periodistas, obscuro recuerdo de relatos ancestrales, ó percepción confusa de lo que fué y ya no es, pero actúa aún sobre nuestra imaginación. Al cruzar el Atlántico para trasladarse del antiguo al nuevo mundo, más de un viajero creerá divisar, entre la bruma, el colosal cuerpo retorcido, la espantable cabeza de la serpiente marina: tantos y tan serios son los testimonios que de su existencia se han recogido, desde la Edad media acá.

***

¿No os ha sucedido á veces titubear, sufrir un instante de penosa incertidumbre, cuando gentes que os merecen fe aseguran una cosa que tenéis por absurda é increíble? Yo he sacado en limpio que nunca debemos comunicar á nadie, lo que se dice á nadie, lo que, siendo cierto para nosotros, pone á dura prueba la ajena credulidad. Quizás la especie humana se ahorre contrariedades y decepciones, si llega á persuadirse de la verdad que encierran las santas palabras: «Mi secreto para mí.» Si alguna cosa extraña nos acaeciese, si un hecho que no explican las leyes naturales actualmente conocidas nos pareciese sin embargo evidente é innegable, procederíamos como filósofos al callárnoslo. Lo que ese hecho nos sugiriese ó enseñase, la cantidad de sentimiento ó de poesía que gracias á él se desarrollase en nuestra alma, se convertiría en paja picada, sería como las serpentinas y las flores pisoteadas por inmundos pies, al pasar á otros oídos y ser acogido por la risa burda de los escépticos de pan llevar... Además, las impresiones algo singulares ganan, como las esencias, con guardarse cerradas, bien ajustado el tapón, y que sea de cristal esmerilado, porque el corcho es poroso en demasía...

***

Y nadie saque en consecuencia que yo creo en la serpiente. En primer lugar, soy muy poco marinera. Mi viaje más largo por mar ha durado ocho días, que pasé mareada como un cesto, sin asomarme al puente. Aunque la consabida bicha marítima rondase por allí, yo no la hubiese visto. Y á no verla, lo que se dice verla por mis ojos, juro á Dios que no creeré en ella jamás. Eso sí que no. Por lo cual, mi incredulidad lleva trazas de ser eterna.

***

Tal es la inopia de nuevas que interesen (porque el perpetuo degüello de Rusia ya casi no importa, es un resorte que se ha gastado), que hasta se quiso echar mano de una efeméride literaria, el centenario de Hartzenbusch, para sacarle jugo. ¡Y cuidado que le importan poco al público esta clase de efemérides!

Entre los literatos más olvidados—relativamente á sus méritos—tenemos que contar al ilustre ebanista y poeta, autor de *Los amantes de Teruel.* Fué Hartzenbusch una nueva demostración de que en el teatro son pocos los que entran desde luego con pie seguro. Sus primeras tentativas dramáticas obtuvieron muy mala acogida. El aura del romanticismo sopló favorable para él cuando, en 1837, se halló cubierto de aplausos y de gloria por *Los amantes.* El argumento no sólo pertenecía á la tradición, como el de *El trovador,* de su émulo García Gutiérrez, sino que tenía completos precedentes en nuestra antigua dramaturgia, cosa que no le sucedía al *Trovador,* concebido sobre la base de una vaga leyenda del castillo de la Aljafería, en Zaragoza. Y la suerte de Hartzenbusch fué la de otros muchos autores españoles: que escriben una obra teatral encomiada hasta las nubes y no tienen *teatro;* que publican una novela ensalzada hiperbólicamente y no son *novelistas...* Hartzenbusch intentó en vano, no sobrepujarse, igualarse á sí mismo; producir algo que se pareciese, en belleza ó en fortuna, á *Los amantes de Teruel.* Ni aun lisonjeando las pasiones políticas del momento en que escribió, supo conseguirlo. ¿Quién se acuerda hoy de *Doña Mencía, Alfonso el Casto, Primero yo, Honoria, El bachiller Mendarias, La jura en Santa Gadea, La muerte de Pelayo, La ley de raza, Vida por honra,* serie de lienzos que entonces se llamaban *históricos,* y donde lo que menos encontramos es historia, según ahora entendemos el concepto de esta palabra? Hartzenbusch sigue siendo el autor de *Los amantes* y no más. A lo sumo, nos interesan todavía, entre los recuerdos de la niñez, sus comedias de magia, muy divertidas y populares: *La redoma encantada, Los polvos de la madre Celestina.* Si hubiese que hacer una selección en lo producido por Hartzenbusch, después de *Los amantes* creo que debemos conservar las magias; el abuso que se ha hecho después del género, las inepcias que se han llevado á las tablas, defendidas por el derroche de bengalas, percalina, rasete y piernas, deben probarnos que no es tan fácil componer una comedia de magia decente, bonita, con algún asunto y mucha sal é imaginación, sin más rivales en la escena española (dentro de esta especialidad) que la grimaldesca *Pata de cabra.*

He aquí las ironías del destino literario: de la labor honrada, seria, llena sin duda de intención artística, de su autor á quien nadie discute y á quien se considera como á una de las columnas del teatro castellano en la época romántica, sólo quedan en pie unos gritos de pasión y unos gracejos para chiquillos... Hartzenbusch no es el único ejemplar (en el romanticismo abundan) de escritores que entran en escena con ardiente impulso de juventud, con lirismo y sentimiento, y á quienes poco á poco el clasicismo académico va enfriando y petrificando, hasta dejarles convertidos en estatuas. ¿Quién sabe si tal hubiese sido el destino de Espronceda, á no morir relativamente muy joven?

***

Las tormentas hacen de las suyas. Este año no sé qué resorte se habrá roto en la altura

«por donde los astros van»

que no se leen sino catástrofes, incendios, erupciones, terremotos, inundaciones, granizadas, calamidades fruto de convulsiones de la naturaleza. La en este particular afortunada región donde veraneo, Galicia, desconoce estos desastres. Aquí no hay temblores de tierra; apenas si por milagro se desborda un río; las lluvias no encharcan los campos; nunca nieva, y son fenómenos inusitados el pedrisco, la manga de agua y la nube de langosta. Alguna compensación habíamos de recibir del cielo, quien nos ha negado la cosecha de aceite y la de vino (al menos en la mayor parte de las cuatro provincias) la naranja y la bellota, la algarroba y la almendra, la granada y el dátil, la pasa y el garbanzo. Sí, la humilde, útil, castiza leguminosa, chuleta de huerta, carne vegetal, *cicer aristinum,* de Linneo, en la cual ha llegado á simbolizarse el sustento de la vida hispánica, no se cría en esta tierra (generalmente, por lo menos). No sufre la humedad el garbanzo: es seco de suyo, y quiere terreno donde no le empape la lluvia. Su carátula (el garbanzo tiene una especie de fisonomía, una «carita de vieja, costilla de ganapán y pico de papagayo» según el popular dichete) no la vemos en esta región sino dentro de los sacos en que los despacha el ultramarino. No conocen los chiquillos gallegos la sencilla y arcaica golosina de los *tostones,* preparados remojando primero el garbanzo en salmuera, tostándolo después en caldera, y dándole un baño de yeso mate y sal..., que el de azúcar ya es regalo de poderosos, refinamiento para delicados. Aquí se conforman y chupan los dedos asando una espiga lechal de maíz, y sobre todo juntando palitroques de ramillas rotas por el aire, y formando con hojas muertas una hoguera en que salten las castañas, apenas el primer ábrego de otoño, nuncio ya del invierno, haga caer al suelo, con ruido mate, el fruto envuelto en su abrigado capote impermeable de cuero *mordoré...*

***

Volviendo á las tormentas trágicas, las hay en Madrid, en Bilbao, en Sagunto, en Zamora, en Alcalá de Henares, en Guadalajara. Ya una chispa hace que suenen solos los timbres eléctricos del ministerio de Fomento, y una señora cae desmayada en la antecámara, y la asiste su Excelencia el señor ministro; ya descarga un granizo con piedras como huevos de paloma, y tres hombres, refugiados bajo un árbol, son heridos por el rayo; dos de muerte. Las cosechas son arrasadas; las casas, demolidas; los ganados se dispersan y caen en los precipicios, sin atender á las llamadas del pastor; en las torres de las iglesias, la centella hace estragos; en Bilbao, calles, barrios enteros son navegables, y el agua entra en las habitaciones urbanas con ese sordo, fúnebre chapoteo, que eriza el cabello al más valeroso. ¿De qué sirven el denuedo, la resolución, contra la acometida del agua? Con las inundaciones no se lucha: casi no se puede ni huir. Es la renovación de los terrores del Diluvio, la retirada del hombre ante el elemento desencadenado, subiendo y subiendo hasta situarse en lo más alto, por si no alcanza allí el nivel de las ondas. Bilbao no ha llegado á este caso tristísimo, pero no faltaron mujeres sorprendidas y arrastradas por la corriente, niños arrollados, envueltos en fango que asfixia... El Henares, hinchadas las narices, desbordado, llevaba flotando en su sábana amarillenta animales domésticos, cadáveres de labradores, muebles, tablas, árboles arrancados de cuajo. Sobre los campos, una capa líquida, cenagosa, de tres metros de altura, se extiende uniforme y siniestra. La aridez celtibérica, la escasez de agua, tiene este cruel contrapeso: sed todo el año, y un día del año, la crecida del río...

***

¿Existe alguien nacido en España que no se alegre de todo corazón de otra calamidad, de otro desbordamiento: la insurrección de Cuba?

Aun cuando ya ni nos viene ni nos va nada en el asunto; aun cuando el mal de muchos no sea consuelo de discretos; aun cuando el sentimiento patriótico (que si es un sentimiento, se parecerá á los demás en tener violencias y locuras) ande muy disminuído, habría que ser de corcho para no reirse gozosamente al leer noticias como esta: «Un fuerte destacamento de rebeldes alimenta el propósito de atacar á la capital...» «Ayer atacaron los insurrectos á un tren blindado...»

Donde hubo fuego queda ceniza, y esto de las insurrecciones es un fuego inextinguible acaso en un país en que nuestros yerros y nuestras desdichas dejaron hacerse crónico el desorden. Esto dirán los que todavía, después de haberse arriado en la divina Antilla nuestra bandera, nos culpan de cuanto allí haya de ocurrir en largos años. Y entre tanto, nosotros disfrutaremos de la única compensación que nos resta: ver cómo el enemigo triunfante roe ese hueso que le dejamos entre sus dientes duros y ávidos de *bulldog.*

Emilia Pardo Bazán.

PENSAMIENTOS

El pensamiento sin poesía y la vida sin infinito son como un paisaje sin cielo.

Ausiel.

Si padecéis por causa de la injusticia de un hombre malo, perdonadle á fin de que no seáis dos hombres malos.

San Agustín.

Cuando la justicia desaparece, no queda nada que pueda dar valor á la vida de los hombres.

Kant.

La pereza anda tan despacio, que la pobreza no tarda en alcanzarla.

Franklin.

La patria vive del concurso y del trabajo de todos sus hijos, y en el mecanismo de la sociedad no hay pieza inútil.

Jouffroy.

Si alguien me desprecia, allá él; por mi parte cuidaré de no hacer ni decir nada que sea digno de desprecio.

Marco Aurelio.

Muchos que se quejan de la suerte no tienen motivos para quejarse más que de sí mismos.

Voltaire.



¡Pareja de huérfanos!

IDILIO COSTEÑO

I

La decoración, un portento. Al fondo el mar, la playa extensa; á un lado el semicírculo de crestas festoneado de verdor; al otro el pueblo, pequeñurrio, alegre, de casonas chatas y campanario esbelto. Cara al mar, tonos azules; la lejanía, argentada; en la rompiente, el níveo adorno de espumoso encaje.

Arriba, entera nitidez; ni una mancha, ni un celaje siquiera. Del toque azulino, con un reflejo de sol al promediar la tarde, pasa al matiz carmíneo apenas acusado.

En la arena un lanchón, quilla al aire, da idea de pasado apuro, tal vez desastre, descubriendo *caricias* del roquedal en el costillaje, y como en angustia, boquiabierto, quitada la mecha de la carlinga.

Nota animada: un revuelo de gaviotas, en lo alto unas veces, otras casi rozando la ácuea superficie. La mar es toda ella un rizo, las olas besuquean el playado, festosas, mansurras. No iría un velero con andar de muchas millas, porque el aire es ledo, de brisa ni un soplo. Tan diáfana es la atmósfera, que sin ojos de lince se verían danzar los corpúsculos.

Al leve musitar de las ondas suceden ecos de risas. Frescas son y lozanas, casi infantiles, al diapasón de la placidez ambiente...

II

Ved ya figuras para el cuadro. Ni escogidas: moza y mozo, triscando muy retozones hacia el ringle de chinas, con los pies desnudos, al aire el pelo, abundoso en ella, en él casi mocho.

¿Años? Pocos. ¿Sueños? Muchos. Nadie en el pueblo va á notar la ausencia. Ahí les vierais todas las tardes, incluso aquellas en que el mar no canta, sino que ruge; incluso aquellas en que el viento bate, y esos besos de ahora tórnanse violencias, y lo azul es gris, y el blanco encaje rómpese en pedazos, y entrechocan las chinas, y no hay grano de arena quieto...

Cierto que, cuando eso ocurre, las bocas no ríen, las piernas no saltan, las manos no juegan: ante el deshecho temporal los labios oran, las rodillas se hincan, las manos se juntan en ademán piadoso.

¡Pareja de huérfanos!.. Ella, garbosa, de tez marfileña, ojazos negrísimos, con cada pestaña que mete miedo, no tiene padre ni madre. Él, gallardo, de rostro agareno, de frente playera por lo lisa y amplia, solito anda desde los años ocho...

¡Ese mar!.. ¡Parece imposible lo traidor y perverso que es á menudo! Da en ser feral, y allí quedan los hijos, las madres, sin pan ni ventura... Pero, á manera de deidad gazmoña, torna al quietismo, al contoneo mágico, al color purísimo; vuelven el rumoroso vaivén de las ondas mansas, el vaporoso tul, el bello horizonte, y engaña y alegra, y atrae y encanta!

III

Las miradas van primero allí, á la lejanía incierta. Después, á compás de sendas sonrisas, se cruzan y chocan.

—¡Pepín!

—¡Maruja!

—¿En qué piensas?

—Lo primero, en ti; luego... ¡en tantas cosas!

—¡Dímelas, anda!

—¿Una vez más?

—Y mil que sean. ¿No?

—Sentémonos.

Casi tocando la espuma, ella sacude el torso hacia atrás para apartar las guedejas; él, gravedoso un instante, ha cogido un chinarro y lo tira á flor de agua. La piedra rebota y brinca hasta perderse. Al estirar el brazo para repetir, ella le impide inclinarse.

—¡Deja!

—¡Que no!.. ¡que no!

—¡Maruja!..

—¡Pepín!.. ¡Anda, dime esas cosas!

—¡Si ya las sabes!

—¡Te vuelves más tonto!..

—Tú sí que eres tonta.

—Me decías ayer...

—Lo que *antiayer*, y que el otro, y siempre...

—Que en siendo yo mujer y tú hombre...

—¡Eso!

—Eso. ¿Qué?

—Nada. Porque... como no soy hombre *entavía*...

—Ni *entavía* yo mujer. Pero serlo, sí que lo seremos. ¿No? Pues *pa* cuando lo seamos, ¿eh?, bueno es que empecemos á pensar miajita... *Pa* el caso, como si lo fuésemos... Mira: tú, en tres años, cátate ya con bigote. Y yo... ¿no *icen* ya que moza parezco, más que niña?

Él no contesta al pronto: su diestra se extiende hacia la línea lejana que une mar y cielo. Un puntito obscuro empieza á divisarse.

—¿Qué es, Pepín?

—Buque de vapor.

—¿Dónde?

—Allí, fíjate... Yo casi distingo penacho de humo.

—¡Ay, sí!

—Pues con eso, ¿eh, Maruja?, no con la barca, que es poquita cosa para tanto charco. Con eso, ¿ves?, en cuanto yo pueda, vía á la otra parte del mundo... Un año, dos, *ú* los que sean menester...

—¡Ay, Pepín, toda me estremeces!

—¡Tonta!

—Bien, sí; ya te dije que entiendo la intención, que eso es muy bonito; mas...

—La barca, Maruja, nos dejó sin padres...

—¿Rezamos?

—Después. Dígote que tu miedo...

—Miedo... de eso, de un año, dos, *ú* los que sean... ¿Tú sabes lo que es un año, nada más que un año de... ¡Ríete, malo, ríete!.. Todas las tardes, ¿eh?, por lo menos todas las tardes, yo sola aquí, mirando á lo lejos... ¿dónde?.. lejos, ¡tanto!.. ¡Ay no, Pepín!.. ¡ay no!; que no quiero, vaya, que no quiero!.

Márcase un contraste: ella vierte lagrimones, él se echa á reir escandalosamente.

—Bueno, ríete. ¡Serás bicho! Siempre que lloro—y es por culpa tuya,—has de burlarte... ¿Y si te murieses, Pepín?..

La frase es una andanada. La propia explosión seca el lagrimeo.

—*¿Morime?*.. ¡Anda! ¿Que acaso no puedo *morime* si cojo un día los arreos y me lanzo á la mar con un lanchón así, ves, como ese, de nostramo Bruno? ¡Ahí lo tienes, lleno de *bujeros*, el palo hecho astillas!.. *¡Na!* Una bromita del *señó* tragabarcos... ¿No?

—Claro que es así.

—*¿Entonce,* Maruja?..

IV

El parlero runrún de las olas es algo más acentuado que antes; el cenit adquirió un brillo escarlata, el astro rey dora un tanto los picos, las gaviotas han vuelto y aletean más recio. El penacho de humo de la nave distante se alargó un tantico, y el punto negro se agrandó hasta verse cómo hace vía á levante, á doblar el cabo. Tras de un silencio, la moza exclama de súbito, abriendo mucho los ojos, arqueando las cejas y apuntando un donaire:

—Y ¿por qué, en vez de mar *adrento,* no sea tierra *adrento* donde tú vayas?

El muchacho brinca. Espalda al mar, contempla fijo unos segundos á la niña. Ahora sí que el gesto es de hombre, y también la mirada.

Él no entiende: por esto su silencio interroga, más que si lo hicieran los labios. ¿Qué?, ¿qué ha dicho Maruja?, ¿qué ha querido indicar?

Ella mide el efecto que sus palabras producen, y

se ufana en lo hondo, y estalla la risa, entrecortada, aguda, entre nerviosa y franca.

—Sí, Pepín, ni barca ni barco...

—¡Bah!.. Tanto como eso, imposible. Sin el mar, no vivimos. ¿Ves qué hermoso, Maruja?, ¿ves qué grande?.. ¡Tiene *nuestros muertos* y todo!

BARCELONA. – Casa propiedad de D. Alberto Lleó, obra del arquitecto D. Luis Doménech y Montaner. Premio del Excelentísimo Ayuntamiento en el concurso de edificios de 1905. (De fotografía de A. Merletti.)

Rascándose en la sien, el muchacho pugna por hallar palabras. Las concibe así, vagamente, pero huyen, huyen burlonas y rebeldes. Lo que calla á la fuerza expresaría á buen seguro la purísima veneración á unas egunda vida, un cariño invencible á aquel grao donde ella y él, día tras día y año tras año desde los más tiernos, soltaron mil lindezas; gorjear de pájaros, un arrullo inconsciente; donde se deslizaron sus contentos y sus fanfurriñas, donde sus almas se nutrían de recuerdos y de ilusiones... En la sola frase que acudió á su boca, se ha condensado todo esto: «¿Ves qué hermoso, Maruja?.., ¿ves qué grande?...»

Ella, puesta en pie, se ha abrazado á su cuello entre socaliñera y medrosa. Su Pepín quiere ser hombre, ¡harto lo comprende! Los ensueños, los planes, las falordias que se han tramado entrambos para el porvenir, no tienen cuento. Su instinto de mujer en ciernes la dice que han de ser felices, eternamente felices, los más felices de la tierra...

Pepín se sonríe, Maruja señala al sol que va á trasponer la cumbre. Él renuncia á la meditación, por fuerza, y torna á coger chinas y á dispararlas gacho. Ella saltitonea airosa acá y allá de la menuda arena. Sí, está contenta y le da á él la razón. Sólo que... ¡aquello de un año, dos, ú los que sean menester!..

El playazo se ensombrece. La mar, de crespa que estuvo, tiende á alisarse, quieta y aletargada en ansia de reposo. Vivo carmín entona la ancha bóveda fugazmente. Apunta una estrella, mensajera de paz.

La pareja anda ya hacia el poblucho, mano con mano, riendo, riendo...

SEBASTIÁN GOMILA.

(Dibujo de José M.ª Marqués.)



Detalles de la fachada de la planta baja y del primer piso de la casa de D. Alberto Lleó. (De fotografía de A. Merletti.)

BARCELONA.—CONCURSO DE EDIFICIOS DE 1905

Si fué acertado el acuerdo adoptado por la Corporación Municipal de nuestra ciudad, consistente en otorgar un premio anual á los edificios que más se distinguieran de entre los construídos durante dicho período, extensivo á los establecimientos que también descollaran por su mérito, atestíguanlo las construcciones que van embelleciendo las vías de Barcelona, asignándole un carácter especialísimo, causa de admiración para los extranjeros y de justificado orgullo para los barceloneses.

Esta plausible resolución, que honra á nuestro Municipio y á sus iniciadores, va produciendo los resultados que se apetecían, puesto que al constituir un medio de estímulo para los propietarios, arquitectos y artistas, atentos á obtener un premio que significa el reconocimiento de merecimientos dignos de aplauso, produce como natural consecuencia el desarrollo y progreso de determinadas artes é industrias, el fomento de la cultura, la depuración del buen gusto y el cambio ó transformación de los edificios, que se convierten en bellas y galanas manifestaciones artísticas, ya que tal concepto ha de asignárseles por responder á las corrientes que han de informar todas las creaciones del arte moderno.

Es muy probable que aun sin el estímulo que representa ese premio á que nos referimos, nuestros arquitectos y artistas hubieran demostrado también su valía. Para ello basta recordar la importancia adquirida por la vidriería, cerrajería, fundición de bronces, la decoración, etc., etcétera, para comprender la cuantía y riqueza de que pueden disponer los arquitectos para realizar sus concepciones. Mas entendemos que merece alabanza la fundación del concurso anual de edificios por su significación y trascendencia.

El premio destinado al mejor edificio ha correspondido este año al que posee D. Alberto Lleó en el Paseo de Gracia, chaflán á la calle del Consejo de Ciento, proyectado por el arquitecto don Luis Doménech y Montaner, á quien tanto debe el que pudiéramos denominar renacimiento artístico de nuestro país, puesto que sus provechosas enseñanzas, su poderosa iniciativa, su inteli-



BARCELONA. – Interior del Restaurant Pince, obra del arquitecto D. Juan Alsina. Primer premio del Excmo. Ayuntamiento otorgado á los edificios industriales en el concurso de 1905. (De fotografía de A. Merletti.)

gencia y entusiasmo, han logrado fijar una nueva orientación al arte de la construcción y contribuído á que creciera ese núcleo de jóvenes arquitectos, gloria muchos de ellos del arte de nuestro país.

Consta la casa á que nos referimos de planta baja y cuatro pisos. El vértice de la fachada hállase formado por un bellísimo y saliente cuerpo central, que se separa por completo de la monótona uniformidad á que obedecen los edificios situados en los ángulos de las grandes vías del Ensanche. Cuanto al estilo del edificio, justo es consignar que no corresponde á alguna de las tradicionales clasificaciones arquitectónicas conocidas; pertenece á un género especial, peculiar y personalísimo del docto arquitecto, digno de admiración por su originalidad, por la amplitud de la concepción y por su riqueza y suntuosidad.

Aparte de los caprichosos capiteles, templetes y otros elementos, así como los trabajos escultóricos obra de Eusebio Arnau, llama la atención la planta baja, toda ella abierta y rasgada por grandes aberturas, en la que se halla instalado el notable establecimiento fotográfico del Sr. Audouard, del cual reprodujimos algunas vistas en las páginas de esta Revista al efectuarse su inauguración.

Cuanto al premio destinado á los establecimientos, ha sido otorgado al restaurant Pince, situado en la calle de Fernando, cuyo proyecto es obra del arquitecto D. Juan Alsina, quien ha dado muestra de su inteligencia y habilidad en la ejecución de la empresa que se le encomendó, venciendo dificultades de espacio y de construcción.

A todos felicitamos por sus plausibles esfuerzos, deseando que así los propietarios como los arquitectos y artistas nos ofrezcan ocasión en los años venideros para aplaudir y ensalzar las nuevas obras que ejecuten, en la seguridad de que con ello contribuirán al engrandecimiento de nuestra ciudad.


CLERMONT-FERRAND. – RIGOLY, vencedor en la carrera automovilista «La copa de Auvernia.» (De fotografía de M. Rol y C.ª)

DE SPORT

LA COPA DE AUVERNIA. – CAMPEONATO DE LA CARRERA Á PIE «LA VUELTA ALREDEDOR DE PARÍS» CARRERA VELOCIPÉDICA «BOL D'OR»

El día 3 comenzó en Clermont-Ferrand la carrera automovilista en que se disputaba la Copa de Auvernia, consistente en un objeto de arte de plata maciza de un valor de 12.000 francos. La carrera se dividía en cinco etapas, á saber: Clermont-Ferrand á Vichy, Vichy á Le Puy, Le Puy á Brioude, Brioude á Clermont-Ferrand, y para ella se habían inscrito 37 automóviles, divididos en seis categorías, de los cuales se retiraron cinco. El recorrido total era de 1.000 kilómetros.

El día 8 terminó la carrera, habiendo ganado la codiciada copa Rigoly, que montaba un automóvil Gobron y que recorrió el trayecto de 1.000 kilómetros á una velocidad media de 53 kilómetros por hora, lo que ha sido considerado como una gran victoria, dado lo accidentado del terreno que constituía el circuito. La velocidad media que se exigía á los vehículos clasificados en la quinta categoría, en la que estaba incluído el vencedor, era de 40 kilómetros.

Rigoly conservará, pues, la copa de Auvernia durante un año, pero no se le considerará como poseedor definitivo de la misma hasta que la haya ganado durante dos años consecutivos.

El periódico deportista de París *L'Auto* organizó recientemente una carrera á pie, concediendo un premio de 500 francos al corredor que en menos tiempo diera la vuelta alrededor de París, siguiendo los bulevares y las fortificaciones. La extensión total del recorrido era de 37 kilómetros, 75 metros.

La carrera se efectuó el día 9 de los corrientes y en ella tomaron parte 250 carreristas, que salieron de la avenida Suffren á las nueve y media de la mañana, habiendo sido el vencedor Siret, que hizo el recorrido en dos horas veinticuatro minutos, lo que da una velocidad media de 15 kilómetros, 610 metros por hora.

Siret es un joven de diez y ocho años, flacucho y de aspecto casi enfermizo, lo cual no ha sido óbice para que en la carrera á pie por él realizada diera pruebas de gran resistencia física.

Terminaremos estas notas deportivas dando cuenta de la carrera velocipédica titulada «Bol d'Or,» que se corrió en los días 8 y 9 en el velódromo Búffalo de París. La prueba consistía en correr 24 horas seguidas, y en ella se disputaron el premio nueve ciclistas; terminó con la victoria de Renato Pottier, que no hace mucho triunfó también en la carrera de la vuelta alrededor de Francia. – S.


PARÍS. – SIRET, vencedor del campeonato de «La vuelta alrededor de París» á pie (37 kilómetros). (De fotografía de M. Rol y C.ª)


PARÍS. – POTTIER, vencedor de la carrera velocipédica «Bol d'Or» (24 horas). (De fotografía de M. Rol y C.ª)

MI POLICÍA

Existe un extraño sujeto que se empeña en andar sobre nuestros pasos. Lo extravagante del caso es que no sigue á mi esposa, sino á mí. Hoy me he convencido de ello. Me ha visto y hase acercado como si algo tuviera que decirme. No obstante, *mi policía* me ha franqueado el paso, escudriñándome con disimulo.

Si yo no anduviera muy limpio de conciencia, sería muy capaz de llenarme de sobresalto. Estoy tranquilo por esta parte, y lo único que me sucede es que me estorba.

Los dos hemos hecho el mismo camino. Y aunque sus pisadas resonaban lejos, me sublevaba la presencia de mi impertinente y misterioso policía. Heme parado distintas veces ante los escaparates de las tiendas. No veía en ellos ni sedas, ni joyas, ni pasteles; desviábanse mis ojos aguzados por una extraña é irresistible curiosidad: ¡mi perfidioso y extraño policía!

A eso de las tres de la tarde han llamado en la puerta de mi casa. Era él y ha preguntado por mí con marcada insistencia. Mi Carmen, que en todo ve malos presagios y es muy asustadiza, me ha negado.

A las ocho ha vuelto á llamar. Mis órdenes estaban dadas, y á pesar de los temores de mi mujer, ha sido introducido en mi estudio.

Es un joven nada vulgar, tiene mucha luz en los ojos y habla con vehemencia.

—Hace mucho tiempo que ando en busca de una persona. La vi por primera y única vez, su imagen penetró en mi alma para no ausentarse nunca. He interrogado al espacio para saber su nombre, y el insondable infinito ha permanecido mudo. He escudriñado pueblos y más pueblos, ciudades y más ciudades, indagando en todas partes, y el mundo ha permanecido cerrado para mí, ocultándome el más interesante y amable de sus seres.

Sugestionado por su voz dulce y triste, que acaricia gimiendo, sigo su extraño relato con verdadera atención. Y es tanto lo que me llega al alma, que temo descuidar por completo mi grave papel de hombre ofendido antes que intervengan satisfacciones. Prosigue:

—Ese silencio, ese caos horrible me desespera, me hunde noche tras noche en un abismo de dolor inabordable...

Chupa una lágrima furtiva que se ha deslizado por su mejilla pálida, y en un arranque de su alma, acercando á mi rostro la luz que estaba sobre mi mesa, dice:

—¡Oh, sí, sois vos! Es la segunda vez que os miro tan de cerca y no me cabe duda... Me ha sido preciso observaros atentamente para convencerme de que os conocía...

Aparto mi cabeza instintivamente. Brutal hiere la luz mi rostro, y por cuarta ó quinta vez sospecho que me las tengo con un loco. No sé á qué viene su discurso, y cuanto más habla menos le entiendo. Si no despertara en mí una inexplicable curiosidad, le despediría. No me causa temor alguno.

—Dos caballeros la acompañaban. El uno, alto y delgado, se parecía vagamente á la joven. Juraría que era su padre. A ese tampoco le he vuelto á ver. El otro sois vos. Ha pasado mucho tiempo, mucho... Habéis cambiado lo suficiente para que sea costoso reconoceros; no lleváis barba como entonces...

Esa verdad de cuatro años atrás en boca de un desconocido que tenía por insensato, me hace estremecer involuntariamente. Mis codos se pegan á la mesa y mi cabeza, súbitamente preocupada, abandona el sillón y busca las palmas de mis manos. Mis ojos están fijos. Hablo secamente:

—Vais á hacerme el favor, caballero, de decirme qué hay de común entre nosotros dos...

Mi desconocido tiene una táctica y aplomo que desconcierta.

—Sé que he sido harto molesto siguiendo vuestros pasos con una tenacidad tal vez irritante; no había remedio, faltaba estar seguro...

—Y no obstante me parece que os equivocáis...

—¡Equivocarme!.. Hace próximamente cuatro años os encontrabais una tarde en la estación de X, entre la ruidosa aglomeración de viajeros que invadían el restaurant...

Sus ojos están abiertos sobre los míos con una firmeza tremenda. Sus palabras han salido contundentes, seguras.

Sin embargo, juraría dos veces que se equivoca.

—Caballero, ya os lo he dicho: estáis en error.

—En el mismo tren en que ibais se cometió un asesinato. Confesad, pues...

Todos los nervios de mi cuerpo han estallado, la sangre me colora... Decía verdad. Estuve en la estación de X. Se cometió un crimen. El misterioso asesino da juego aún á los tribunales. Todas las pesquisas han resultado infructuosas. Mi desconocido perseguidor no es un loco, es mi policía, un policía real, incansable. ¿Se sospecha de mí? ¿Pesa alguna acusación horrible sobre mi inocencia?..

¡Ah!.. Ahora comprendo perfectamente por qué hablaba con tanto rodeo... Ha inventado una farsa para hacerme confesar lo que no he hecho... ¡Razón tenía mi mujer!.. ¡Ah, cuando las mujeres tienen malos presagios!..

—¡Vais á confesarme la verdad!..

Dos gruesas gotas de un sudor de hielo ruedan sobre mi frente.

—Acompañabais al caballero alto y delgado y á su hija... Nos sentamos los cuatro á una misma mesa: yo ante vosotros. Mientras comimos hablamos mucho del crimen, de sucesos extraños, de muchas cosas... Ella tenía frío, muy abrigada temblaba de miedo recostada á la pared... Sus pupilas brillaban en la sombra de sus ojos... ¡Su nombre, decidme su nombre; reveladme dónde está!..

Respiro al fin. No se trata de un policía verdad ni de un demente, pero sí de un loco enamorado...

Le referí cuanto sabía. Herrera había quebrado, y para escapar más libremente llevaba á su hija á un convento regido por su tía.

Han pasado dos años próximamente y hoy tengo convidados en casa. Son Alberto, á quien sigo llamando en broma *mi policía;* su esposa, la tierna Luisita Herrera, que prefirió á los brazos constantemente abiertos de Cristo, unos que se cerraran con transportes de pasión humana, y un chiquitín que chupa y duerme que es una felicidad. Y una envidia para mí mujer y... para mí, pues en París se empeñan en decirnos que *nones*.

NOGUERAS OLLER.



VISITA DE S. M. EL REY D. ALFONSO XIII AL FUERTE DE GUADALUPE. – S. M. RECIBIENDO LAS LLAVES DEL FUERTE.



Almuerzo al aire libre con que S. M. el rey D. ALFONSO XIII obsequió á los jefes y oficiales del fuerte de Guadalupe, después de presenciar los ejercicios de tiro. (De fotografías de Frederic, de San Sebastián.)

S. M. EL REY D. ALFONSO XIII

EN EL FUERTE DE GUADALUPE

Con objeto de presenciar los ejercicios de tiro de artillería visitó S. M. el rey D. Alfonso XIII en la mañana del día 11 el fuerte de Guadalupe. Vistiendo uniforme de campaña de capitán general y acompañado del infante D. Carlos, de su cuarto militar y del escuadrón de la Escolta Real, salió de Miramar á caballo, dirigiéndose al fuerte; momentos antes habían partido en automóvil el presidente del Consejo de Ministros y el director de la Guardia Civil Sr. Sánchez Gómez.

El rey revistó las fuerzas, y poco después comenzaron los ejercicios de tiro de la batería de obuses y morteros y de los cañones de 12 centímetros, terminados los cuales celebróse un almuerzo al aire libre con que el monarca obsequió á los jefes y oficiales.

Después del almuerzo, los cañones Ordóñez de 15 centímetros hicieron fuego sobre el blanco que figuraba un crucero.

A las cuatro de la tarde salió S. M. del fuerte de Guadalupe, regresando al palacio de Miramar por Rentería.

EL AEROPLANO SANTOS-DUMONT

En el número 1.284 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA publicamos la reproducción y una descripción del aeroplano in-



PARÍS. – ENSAYO DEL AEROPLANO DE M. SANTOS-DUMONT, EL PRIMERO DE ESOS APARATOS QUE POR SU PROPIO IMPULSO HA LOGRADO ELEVARSE Y VOLAR
(De fotografía de M. Rol y C.ª)

ventado por el inteligente aeronauta Santos-Dumont y con el cual se propone éste tomar parte en el concurso del Aero-Club de París y en el de la Copa Archdeacón. De esos dos concursos, el primero tiene un premio de 1.500 francos para el primer aeroplano, provisto ó no de motor, que recorra contra viento una distancia de 100 metros; en el segundo, la copa, que no ha sido ganada por nadie y que desde 15 de octubre de 1904 se halla depositada en el Aero-Club, se ha de adjudicar al aeroplano que recorra una distancia de 25 metros.

A fin de prepararse para esos concursos, Santos-Dumont ha practicado recientemente varios ensayos, y en el realizado el día 13 el éxito ha sido superior á cuanto podía esperarse, puesto que el aeronauta ha logrado efectuar un vuelo de siete metros. Puesto en marcha el motor, el aparato comenzó á deslizarse por el suelo cada vez con mayor velocidad, recorriendo de este modo 300 metros; de pronto, y cuando había alcanzado su mayor velocidad, separáronse del suelo las dos ruedas delanteras y á poco la trasera, y el aparato voló, á un metro



LA FAMILIA IMPERIAL RUSA RODEADA DE LOS JEFES Y OFICIALES DEL REGIMIENTO DE SEMENOVSKY QUE MANDABA EL GENERAL MINN (×) RECIENTEMENTE ASESINADO
(De fotografía hecha en Peterhof, pocos días antes del asesinato del citado general, comunicada por nuestro corresponsal.)



JÓVENES PATRIOTAS, cuadro de A. J. Elsley. (Copyright by Landecker et Brown, London E. C.)



RETRATO DE NIÑO pintado por F. A. de Kaulbach (Copyright by Franz Hanfstaengl, Munich).

de tierra, y en la distancia indicada de siete metros. Un falso movimiento le hizo caer, estropeándose á consecuencia del choque una parte del aeroplano.

Este accidente en nada mengua el valor positivo de la prueba llevada á cabo; el experimento de Santos-Dumont es concluyente, siendo esta la primera vez que un aparato más pesado que el aire se ha elevado por sus propias fuerzas y ha volado realmente, salvando un espacio más ó menos largo.

LA FAMILIA IMPERIAL RUSA

En ese grupo, reproducción de una fotografía recientemente hecha en Peterhof, están el emperador, la emperatriz y sus cinco hijos: al lado del tsar, la gran duquesa Olga, nacida en 1895; al lado de ésta, la gran duquesa María, nacida en 1899; delante de ésta, la gran duquesa Anastasia, nacida en 1901; de pie, delante de su madre, la gran duquesa Tatiana, nacida en 1897; el niño que lleva en brazos la emperatriz es el único hijo varón de los tsares, el tsarevitch Alejo, nacido en 1904.

Los militares que rodean á la familia imperial son los jefes y oficiales del regimiento Semenovsky que mandaba el general Minn (el personaje que tiene señalada una × en el pecho), recientemente asesinado y que se considera como el más leal al emperador.

EL APLASTADO VIVIENTE

Los más impresionantes espectáculos hasta ahora presenciados en los circos resultan cosa de juego ó poco menos al lado del que actualmente se ofrece al público parisiense en *Folies-Bergere*; el *looping the loop*, el *looping en el vacío*, el *autobólido*, el círculo de la muerte y tantos otros ejercicios por el estilo, en los que la vida de una persona pende, por decirlo así, de un cabello, son muy poca cosa comparados con «el aplastado viviente,» que así se titula el espectáculo á que nos referimos.

Un tal Gadbin, célebre en el barrio de Montmartre por sus canciones, se tiende en el suelo, con el torso desnudo, y por encima de él pasa un automóvil de 40 caballos de fuerza y 2.000 kilogramos de peso, en el que van sentados seis individuos; después que la máquina ha pasado sobre su cuerpo, Gadbin se levanta sonriente y sin haber sufrido el menor daño.



PARÍS. – El aplastado viviente, espectáculo que en la actualidad se ofrece al público de «Folies Bergere.» (De fotografía de M. Rol y C.ª)

No se trata de un *truc* más ó menos hábilmente combinado, sino de un *tour de force* hercúleo, según pudieron comprobar los periodistas y los médicos que asistieron á la representación privada que se dió en su honor; además, el espectáculo se ejecuta en el jardín de *Folies-Bergere* y los espectadores de primera fila están á un metro del «aplastado viviente.»

He aquí cómo un periódico parisiense describe la primera representación pública: «Después del aplastamiento á toda velocidad, el aplastamiento en marcha moderada, que es aún más angustioso. Después de haberse hecho aplastar primero las manos y luego los pies, Gadbin se tiende tranquilamente en el suelo delante de la rueda del automóvil, y cuando grita «¡En marcha!,» los espectadores escuchan emocionados cómo el motor se pone en movimiento, y reina un silencio sepulcral. Y cuando la pesada máquina se levanta lentamente para pasar por encima de la espalda de aquel hombre, con el torso desnudo, experiméntase una sensación de estupor y luego de admiración.»

El éxito del «aplastado viviente» ha sido inmenso.

Un detalle para terminar: la empresa de *Folies-Bergere* ha dispuesto que ese espectáculo terrorífico sea el último número de cada función á fin de que las personas demasiado impresionables puedan retirarse del teatro antes de que se efectúe y sin perder nada del resto del programa.



El general ruso TREPOFF, recientemente fallecido (De fotografía.)

EL GENERAL TREPOFF

Repentinamente falleció el día 15 del actual en San Petersburgo, víctima de un aneurisma, según unos, envenenado, según otros, ese personaje cuyo nombre está íntimamente enlazado con la historia interior de Rusia, especialmente en los tres últimos años.

Intimo amigo y protegido de Plehve, al morir éste solicitó Trepoff que lo destinaran al ejército de la Mandchuria; pero cuando se disponía á partir, una orden del tsar lo retuvo en Rusia, en donde, á juicio del soberano, la agitación revolucionaria hacía necesaria su presencia para la defensa del imperio y del trono. Desde entonces, fué el alma de la resistencia á la revolución, y cuando en enero de 1905 estalló la sublevación en San Petersburgo, organizó la represión sangrienta, y como gobernador de aquella capital fué de hecho el verdadero jefe del gobierno ruso.

Iniciado en Rusia el gobierno parlamentario, el general Trepoff perdió aparentemente la preponderancia de que hasta entonces gozara y se habló mucho menos de él; mas no por eso había disminuído su influencia cerca del tsar, que seguía dispensándole toda su confianza.

En este último período de su vida, circularon las opiniones más contradictorias sobre el papel que desempeñó en la política, y en oposición á los que le presentaban como encarnación del despotismo, otros afirmaban que había aconsejado á Nicolás II que entregara el poder á los jóvenes demócratas, afirmación que parecía confirmada por explícitas declaraciones formuladas por él en una reciente *interview*.

De todos modos, la opinión general le consideraba como continuador de Plehve, y por ende, como campeón implacable del régimen autocrático.

Después de su muerte, empero, la prensa rusa, inclusa la radical, ha ensalzado sus grandes dotes administrativas y su beneficiosa influencia en punto á la extensión de los derechos de la Duma y al impulso dado á la autonomía universitaria. «El general Trepoff, ha dicho un periódico, diferenciábase de otros muchos consejeros del tsar en que conocía el espíritu de la época y en que expresó, sin vacilar, su firme convencimiento de que la situación exigía un ensayo leal y completo del parlamentarismo. Pero seguía siendo servidor fidelísimo del tsar, y por esta razón le execraban los revolucionarios.»

BELLAS ARTES

Estatua de Federico Soler (Serafí Pitarra), obra de Agustín Querol. – En breve se inaugurará el monumento que en esta ciudad se proyectó erigir á la memoria del insigne creador del teatro catalán, el celebrado y popular dramaturgo Federico Soler, conocido con el seudónimo de *Serafí Pitarra*. El copioso caudal de sus producciones justificará siempre el homenaje que le rinde nuestra ciudad, y el monumento que se le dedica será siempre para los catalanes testimonio del respeto, simpatía y consideración que en este país se tributa á todos aquellos que han procurado enaltecerle y ensalzarle.

Confiada la ejecución de la estatua á un artista de reconocido mérito como Agustín Querol, éste ha correspondido plenamente á la confianza que inspiraron sus excepcionales aptitudes y su cariño á todo lo que se relaciona con la tierra que le vió nacer. Querol ha dado cima á su trabajo, y justo es consignar que la obra es digna de aquel á quien representa y del artista que la ha producido, de tal suerte que no titubeamos en afirmar que es una de las más notables producciones del insigne escultor tortosino.

Represéntase al dramaturgo catalán en actitud reposada y tranquila, cual si concibiera alguna de sus celebradas producciones, con la cabeza descubierta y sirviendo de coronamiento á su expresivo y simpático semblante aquella abundosa cabellera, distintiva y característica del poeta.

Toda la obra está tratada con notable maestría y, repetimos, enaltece á su autor.

Pequeños patriotas, cuadro de A. J. Elsley. – Los cañones de los buques de guerra y de los fuertes anuncian que es día de gala, y el viejo marino iza la bandera nacional, haciéndose ayudar por sus nietecitos, á quienes explicará sin duda con palabras al alcance de sus infantiles inteligencias la alta significación del acto que por vía de juego están realizando. Y cuando esos niños lleguen á hombres y saluden con amor y con respeto aquella enseña, recordarán las explicaciones del abuelo que por vez primera hizo latir sus corazones al nombre sagrado de la patria.

Retrato de niño, por F. A. Kaulbach. – Si no estuviese ya bien cimentada la fama como retratista de ese eminente pintor alemán, de quien hemos publicado varias hermosas obras, el retrato que hoy reproducimos bastaría para colocarle entre los primeros artistas cultivadores de ese género. Cuanto puede exigirse en esa clase de pinturas, naturalidad, fuerza de expresión, ausencia de toda *pose*, ejecución intachable, elección acertada de accesorios, todo lo reune ese retrato de niño que no vacilamos en calificar de verdadera maravilla.

Caballos sorprendidos por la tormenta, cuadro de Teutwart Schmitson. – Nació este pintor en Francfort en 1830 y murió en 1863, y con ser tan corta su vida, dejó multitud de cuadros bellísimos y tanto más dignos de admiración cuanto que no parecen producidos en una época en que prevalecían las tendencias académicas, sino en los tiempos modernos, concebidos y ejecutados al aire libre, en el campo, bajo la inspiración directa de la naturaleza y en contacto inmediato con ella, como puede verse en la obra suya que damos en el presente número.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 440, POR V. MARÍN.

NEGRAS (6 PIEZAS)

BLANCAS (9 PIEZAS)

Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 439, POR V. MARÍN.

Blancas.	Negras.
1. Ab7-c8	1. g4-g3
2. Dc5-d5 jaque.	2. e6×d5 ó otra.
3. T ó D mate.	

VARIANTES

1	e6-e5;	2. Td7-e7, etc.
	Cc2-b4;	2. Dc5-d4 jaque, etc.
	Otra jug.ª;	2. Td7-d5, etc.

LA FUERZA DEL PASADO

NOVELA ORIGINAL DE DANIEL LESUEUR.—ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)

Las salidas se sucedieron de cinco en cinco minutos. Una oleada de gritos y de bravos que salió por las barreras de aquella multitud meridional y francesa, acompañó al tercer vehículo. Era la primera máquina Valtín, montada por Sebourg, y que había ganado la carrera eliminatoria. Por detrás del coche, más bien ligero de aspecto, se conocía la gran estatura gigantesca, aumentada aún por las ropas impermeables. La gorra de barboquejo, los anteojos y la careta, le daban un aspecto formidable. Le aclamaron alegremente, y, en el rudo asalto del viento, percibió él aquellos estimulantes gritos, que le produjeron la embriaguez y el olvido de todo. Su dócil máquina se deslizaba sin esfuerzo. Podía exigir de ella mucho más. El espacio no existía, desaparecido instantáneamente antes de que sus ojos le hubiesen medido. Su alma cedió al vértigo, y Sebourg no fué más que el animador de una fuerza de conquista y de velocidad.

Francisca, desde la tribuna oficial, le había visto lanzarse; y en aquel minuto creyó odiarle. Resonaban todavía en ella las palabras que la rechazaban con un acento de despreciativa resolución. Y deseó su derrota, aun más, su destrucción, la catástrofe que tritura y que mata. Su marido, sentado á su lado, no significaba nada. Un menguado. No había mostrado, ni con un gesto involuntario, que pudiesen existir en él los sentimientos de los celos y del honor conyugal. Pero se había entusiasmado en la mesa en una discusión sobre los muelles de freno. ¡Qué miseria!.. «¡Qué pobres seres son los hombres!,» pensaba Francisca con el desprecio de su vanidad herida. Apenas acogía el halagueño bálsamo de la admiración de un príncipe. Un gran duque, barbudo hasta los ojos y más alto todavía que el ingrato Sebourg, acababa de hacerse presentar á ella y parecía fascinado por aquella mujer de encanto excitante y desdeñoso, de tan perfecta elegancia, y más parisiense que un *bibelot* de la calle de la Paz.

—Puesto que Su Alteza es tan amable que te hace compañía, te dejo un instante, Francisca, dijo Valtín. He visto salir á mi número uno, y voy á echar una ojeada á mi número dos, al que no le toca la vez hasta dentro de veinticinco minutos.

Nadie le respondió ni pareció cuidarse de su explicación.

Valtín bajó la escalera de las tribunas y se dirigió al sitio en que estaban los coches. Había aún diez y seis para salir. Su ingeniero, que le vió aproximarse, le salió al encuentro.

—Voy á conducir el coche, dijo Valtín. Déme usted la chaqueta de cuero, la gorra y los anteojos.

—¡Cómo, señor Valtín!

—¡Déjeme usted; no es por falta de confianza, y se lo probaré aumentándole el sueldo... Cobrará usted además todas las primas, pero ni una palabra más... No tenemos más que el tiempo justo. Venga usted.

Y se le llevó detrás de las tribunas, hacia las tiendas, á fin de que no se notase su maniobra. El ingeniero trató aún de protestar, pero se calló ante el silencio resuelto de su jefe y le ayudó á ponerse su bárbaro disfraz. Los dos hombres eran aproximadamente de la misma estatura, y no era fácil distinguirlos con el hermético capuchón, la careta y los anteojos.

Si embargo, no estaba todavía instalado en su volante, y ya corría el rumor entre los espectadores: «Andrés Valtín corre él mismo.» Por muy discretamente que se hubiese hecho el cambio, algunos ojos le habían sorprendido y algunas bocas señalado.

Cuando aquel coche se adelantó hacia la línea de partida y se paró para esperar la señal, hubo un rumor hasta en la tribuna oficial, donde el deseo de ser correctos tenía reservados á los asistentes. Muchos se levantaban y alargaban el cuello, después de lo cual, hacían á sus vecinos una seña de afirmación ó de negación.

Francisca no se asombró todavía, aunque oyó salir de la multitud los gritos de «¡Viva Valtín!» Su marca era muy popular y se podía contar con sus coches para dar á la industria francesa una brillante victoria. Pero, de repente, se estremeció. El conductor se había vuelto hacia ella. ¿Qué significaba aquel movimiento de cabeza y aquella larga mirada de los grandes ojos de vidrio que agujereaban la fantástica cara de cuero? Pero... ¡Dios mío!... acababa de conocer aquel movimiento de hombros...



Todos siguieron la formidable visión: los dos coches monstruosos, lanzados en un esfuerzo disolvente...

Francisca se inclinó, con los labios entreabiertos por un espanto no razonado. Fué aquello como un sueño que se desvanecía.

—Estoy soñando, pensó.

Pero antes de que lo que se decía la hubiera enterado, algo en ella afirmó que no soñaba, una de esas intuiciones que surgen como relámpagos, formadas por todas las observaciones de lo inconstante reunidas en un haz.

¿No había herido á Andrés en lo más vivo negando su valor, y comparándole con la intrepidez de Gerardo? Cuando la sorprendió en los brazos de aquel mismo Gerardo, ¿no se encontraba en el estado de rabia humillada, en el que la revelación debía de ser más enloquecedora?... Su sangre fría, después, y su indiferencia aparente no debieron engañarla. A menos de una abyección moral de que ella no podía en conciencia acusarle, ¿qué marido hubiera mostrado semejante paciencia sino por alguna resolución terrible y secreta?... Además, había la carrera, los enormes intereses comprometidos, el honor de la casa, el punto de vista patriótico... Para el vanidoso Valtín los dos últimos móviles se confundían en un verdadero delirio de ambición: Francia y él... O, más bien, él, con Francia para realzarle, para engrandecer á proporciones sublimes su personalidad de fabricante.

Su mujer, aterrada y lívida bajo su color sonrosado de muñeca finamente pintada, no oía las reflexiones de su cortesano el príncipe, se preguntaba qué debía temer y lo temía todo vagamente y sin poder atar sus ideas por un hilo de lógica.

Bien es verdad que no la había en la acción de Valtín. ¿Qué quería? Acaso nada más que buscar un derivativo á la espantosa efervescencia nerviosa en que el desorden de las pasiones instintivas arrojan á un ser humano en ciertas crisis abominables é inesperadas. Acaso ganar la carrera contra Gerardo y efectuar con el rival un duelo sin precedentes, en el que la humillación de éste sería mil veces más sensible que una estocada, sin hacer intervenir á Francisca. ¡Sentimiento delicado y heroico para un Andrés Valtín! Pero la sonrisa desdeñosa de una mujer que dice «tú no harás esto, y el otro, el que yo admiro, lo hace,» puede inspirar una rabia grandiosa á un hombre, aunque sea tan poco caballeresco como el poseedor de la primera marca de automóviles del mundo.

No pensaba tales cosas el que se hundía locamente

en el espacio, ebrio como con una droga diabólica. Por un instinto exacerbado, había buscado y estaba probando, lo que parece, contra toda moral, el paroxismo de la expansión humana: el estado de delirio en que se representa en nosotros el drama de las fuerzas superiores á nosotros mismos. Su acción frenética iba á procurarle esa intoxicación que va de la vulgar embriaguez del alcohol hasta los vértigos apasionados del arte ó del amor y que hace de los narcóticos el último recurso de nuestro orgullo ó de nuestro sufrimiento.

Apenas puesto en marcha el automóvil, sentía ya un voluptuoso alivio á su furor; estaba fuera de sí mismo, fuera de lo normal y casi de lo humano. Con una especie de terrible alegría, Andrés impulsaba su máquina en la claridad del camino, con más velocidad todavía de la que podía dar razonablemente, con este pensamiento único: alcanzar á Gerardo... ¿Por qué?... No lo sabía. Para adelantarle, probablemente. Para aplastarle, acaso, y para aplastarse á sí mismo con él.

Aquello no tenía sentido, puesto que el segundo coche Valtín podía ganar al primero permaneciendo lejos detrás de él, descontando la anticipación de la salida. Pero no importaba; lo que quería Valtín era su victoria personal, la victoria de su casa para él, sin debérsela al hombre á quien acababa de tomar un odio furioso, pero también el triunfo inmediato y físico sobre el otro, la sensación de desafiarle, de dejarle detrás, en la desesperación y el estupor.

Repártese entre la multitud una especie de fluido magnético que establece singulares comunicaciones de pensamiento y sorprendentes intuiciones. No se sabe qué impresiones volaron ni qué palabras corrieron alrededor de aquel circuito de cerca de doscientos kilómetros enteramente circundado de seres humanos. Desde la primera vuelta de la carrera se tuvo la idea de que pasaba algo trágico. Una ansiedad anhelosa y ese apasionado goce que se mezcla con la angustia en los espectáculos de espanto, hicieron estremecerse desde Montauban á Tolosa, y de Tolosa á Auch, á Fleurence y Moissac, á aquella cadena viviente, apenas interrumpida, que formaban tantos miles de curiosos.

¿Era la noticia, propagada como eléctricamente, de que Valtín había montado, en el último momento, en su segundo coche? ¿Era la velocidad horrible de este coche? ¿Era el siniestro mutismo de su conductor cuando tuvo que detenerse en diversos sitios de intervención? No se sabe la parte que tiene la observación y la que tienen los fluidos psíquicos en los presentimientos colectivos.

Al fin de la primera vuelta, Valtín pasó diez minutos solamente después de Gerardo, que había salido media hora antes que él.

Apenas se le aplaudió. Los corazones estaban en suspenso; le creían loco.

Francisca que, bella y envidiada, ocupaba literalmente un trono al lado de un rey, y era reina en aquella fiesta, expiaba en aquellos instantes como hubiera podido expiar si su pobre alma enferma hubiera sido plenamente responsable. ¿Qué rayo iba á caer? ¿Sería una derrota humillante ó una victoria atroz? ¿Qué vendría después? ¿Qué prever? Ya no desdeñaba á su marido. ¡Qué cuentas iba á tener que dar á tal hombre!

Aquellos ojos frívolos descubrieron por primera vez la grandeza de aquel paisaje que iba hasta los Pirineos, dulcemente iluminado por un sol todavía suave. Pero ciudades, bosques y campos no tenían importancia. ¿Dónde estaban en aquella inmensidad los dos puntos imperceptibles, los dos seres á quienes ella había vuelto locos y que se lanzaban á sus destinos?

Gerardo de Sebourg, que había tomado la delantera, tuvo la sensación de que alguien le iba á los alcances, y murmuró:

—Ese condenado belga se nos viene encima.

—No es él, dijo su mecánico que había mirado hacia atrás.

—¿Quién, entonces, ira de Dios?

El mecánico no distinguía, á pesar de lo bien regado que estaba el camino. Gerardo forzó la velocidad, y la distancia siguió invariable durante algún tiempo.

En la peligrosa bajada de Montestruc, cuando Gerardo corría á todo escape, comprendió, por los imperativos sonidos de la trompa y por la exclamación asustada de su compañero, que el otro trataba de adelantarle en la vuelta más peligrosa, apoderándose de la cuneta.

—¡Nos van á abordar!..

—Ellos son los que arriesgan más, dijo el mecánico, resignado á todo.

En el puente del Gers se disipó el polvo, y se vió que los coches no estaban más que á veinte metros.

—¡Es el nuestro, es el azul!, exclamó alegremente el obrero.

Y añadió:

—¡Oh! Asombroso el amo, que la conduce...

Gerardo volvió la cabeza, y en el espacio de un segundo, reconoció á Valtín... El adversario, con un rápido movimiento, acababa de quitarse la máscara y le miraba frente á frente.

Aquello fué desde entonces épico é insensato. Una verdadera carrera al abismo. Gerardo, no sabiendo las intenciones del marido ultrajado, ni siquiera si tenía intenciones razonables, corrió para no dejarse alcanzar, para mantener su máquina, su vida y su victoria fuera del alcance de un atentado de loco. Andrés se pegó á él, para emplear una expresión que representa bien esos aparatos desenfrenados que corren al mismo paso como si un imán llevase al segundo á remolque del primero.

Durante media hora no ganaron ni perdieron un centímetro el uno ni el otro. Cuando pasaron por segunda vez delante de la tribuna oficial estaban muy delante del segundo carrerista é iban rueda con rueda á una velocidad tan incomprensible, dada su delantera y siendo los dos de la misma casa, que el público no aplaudió, poseído por el espanto.

Todos siguieron la formidable visión: los dos coches monstruosos, lanzados en un esfuerzo disolvente sobre sus ruedas vertiginosas y encarnizados el uno contra el otro como dos bestias rabiosas. Los cuatro hombres, agarrados á aquellas fuerzas en demencia, como espectros sin forma y sin fisonomía, iban inmóviles como estatuas, los humildes en su impasible resignación, y los fuertes en su rabia mortífera.

Había que esperar aún más de media hora para saber quién vencería al fin en aquella rivalidad espantosa.

Los otros coches pasaron á intervalos irregulares. A todos se les vió. Ningún accidente se había producido en aquel recorrido admirable que no tenía más que un punto peligroso, que era la bajada de Montestruc.

Pero casi no se hacía caso de aquellos valientes, que cometían el error de no estar dentro de lo imposible y de lo inaudito. Se hizo, sin embargo, una ovación al coche belga, que sostenía admirablemente su velocidad. Había salido el quinto y no tenía delante de él más que la pareja endemoniada de los franceses.

En éstos era en quien todos pensaban con fiebre tan extraordinaria, que nadie se movía ni quería perder su puesto en los alrededores del poste de llegada. Nadie hablaba ni pensaba en distraer la espera con alguna satisfacción del apetito. Los vendedores de comestibles y de refrescos hicieron malos negocios.

En la tribuna oficial, donde las actitudes estaban arregladas á la hipocresía mundana y á la cortesía extranjera, se proclamaba ya el triunfo de la casa Valtín y se felicitaba á Francisca. Todos decían algo para obtener una sonrisa de la belleza del día.

La señora de Valtín respondía como una autómata, más pálida que una muerta é hipnotizada por aquella cinta de camino vacío donde debían reaparecer los carreristas.

Cuando llegó el momento en que se pudo esperar verlos surgir, cogió un catalejo y se le puso delante de los ojos.

¡Qué largos momentos!

Por fin, allá, á lo lejos, en la parte del camino en que las dos orillas parecían tocarse, se movió un punto negro seguido de una larga cola blanca, que se aproximó como un meteoro singular que subía y bajaba según las ondulaciones del terreno. Aquel punto negro creció arrastrando su inmenso penacho de polvo, y pronto fué una mancha bien distinta. ¡Una sola!.. ¿Cuál de los dos luchadores llegaba, Gerardo ó Andrés?..

Francisca fué la primera que supo á qué atenerse. Dió un grito y los anteojos se le escaparon de la mano. Mientras la gente acudía á socorrerla, el coche belga, acortando la velocidad, pasó la meta. Se conoció, además de su color amarillo, su capota inclinada en forma de proa, su delantera separada, su radiador lateral y la cara de su conductor, que se había quitado la careta y saludaba á derecha é izquierda, con los ojos ebrios y la fisonomía grave.

Para saber si su victoria era absoluta ó relativa, era preciso esperar á los otros coches, salidos todos antes que él. Pero cuando el belga llegó al punto de parada, se supo en seguida por su conductor que no había ninguna probabilidad de volver á ver los dos coches de la casa Valtín. Habían volcado juntos en la bajada de Montestruc. Uno de ellos había dado un terrible salto, después de haber chocado con la esquina del puente, y había rodado por la orilla, casi hasta el Gers. El campeón belga ignoraba el número de víctimas.

V

El castillo de Feuilleres, en la orilla izquierda del Tarn, es una de las hermosas moradas históricas de la Gascuña. Su fundación data del siglo XII, pero resulta de un estilo compuesto, como todos los edificios particulares que han atravesado los siglos y sufrido las vicisitudes de los tiempos, con los caprichos de sus propietarios. Estropeado por las luchas contra los ingleses, desmantelado por orden real bajo el ministerio de Richelieu, convertido después en habitación de placer, abandonado luego á un arrendador, mientras sus dueños estaban en la guerra ó en la corte de Versailles, y vendido á vil precio durante la Revolución, no era más que una ruina magnífica cuando el conde Hugo de Feuilleres volvió á Francia en 1815, reintegrado en todos sus bienes y gratificado con un empleo lucrativo por la munificencia de Luis XVIII.

En aquella época tomó el castillo el aspecto que tiene todavía. Los arquitectos y los obreros levantaron lo que pareció ser habitable, y se contentaron con conservar como curiosidad arqueológica los cuerpos de edificio demasiado antiguos y lo que quedaba de la fortaleza.

La torre almenada, algunas ojivas de la capilla, los restos de la muralla con sus reductos, algunos de los cuales están todavía en pie, las prisiones y los subterráneos que van hasta el Tarn, pero que el río no puede inundar á causa de la elevación de la colina, son monumentos en los que vive el alma de una Francia que ya no existe. Asimismo, los archivos de Feuilleres guardan los recuerdos de los antiguos derechos de la castellanía. El feudo correspondía al principio al obispado de Montauban, que ejercía en él alta y baja justicia, el derecho de diezmo, una carga de hombre por cada cuadro de viña, privilegio de pesca exclusiva en el Tarn, desde los molinos hasta Meauzac, el beneficio de los despojos de los ahogados, cuyo oro pertenecía al obispo y la plata á sus sargentos, y todos los demás derechos señoriales.

El dominio, en otro tiempo muy rico en tierras, en granjas y en bosques de gran arboleda, fué separado del obispado y constituído en condado en tiempo de Luis XII. El padre de Cristiana era el último titular de un nombre antiguo, cuyo brillo resucitó durante una hora por su hermosa conducta en la guerra del 70.

En la actualidad, aquella morada, aquel título aquel anciano y aquella existencia de altivo aislamiento en que se encerraba desde su segundo matrimonio, todo allí parecía pertenecer á las cosas pasadas. Los escasos invitados ó los visitantes de distinción admitidos excepcionalmente en Feuilleres, vacilaban entre la admiración, la ironía y la melancolía, según los caracteres. Había profanos que murmuraban, al salir, que aquel castillo, demasiado noblemente arruinado, parecía una decoración de ópera. Los siglos habían trabajado como expertos tramoyistas y dispuesto demasiado bien la hiedra donde hacía falta y suspendido una ojiva en los aires con una elegancia un poco afectada.

Acaso el último Feuilleres tenía alguna culpa en ello. El antiguo oficial consagraba á la conservación de aquella enorme y maravillosa reliquia todas las rentas de su fortuna, cuando no parte del capital.

—Feuilleres será para ti, decía á Cristiana, pues se complacía en reunir las dos ternuras supremas de su vida: su hija segunda—siempre preferida y única hoy—y la morada de sus antepasados.—Sí, Feuilleres será para ti. Toda mi fortuna mobiliaria, que representa el equivalente y, acaso, mucho más al precio en que se venden los castillos viejos, irá á mis nietos Sebourg. De este modo se evitará la venta de nuestra querida casa, pues sería preciso, no sólo liquidar á mi muerte, sino distribuir en seguida mis bienes entre ellos. Su interés evidente decidirá á su padre á aceptar este arreglo que figurará en mi testamento.

Cristiana eludía esta conversación; pero el anciano insistía:

—¿Por qué?.. No querrás convencerme de que soy inmortal... Déjame, pues, resolver uno de mis grandes cuidados: la suerte de nuestro nido de familia. Si te pertenece, sé que lo conservarás aunque te cueste sacrificios. Será para ti un dote molesto, pues te obligará á elegir un marido que tenga medios y gana de conservar esta riqueza improductiva.

Al oir la palabra marido, la futura heredera del castillo se sonrojaba y sonreía, como hacen todas las muchachas. Por el momento, ya parecía una viuda joven, con su gravedad, sus sencillos trajes negros y la solicitud de que rodeaba á sus sobrinitos. Ella sola dirigía sus comidas, sus juegos, sus paseos y las primeras enseñanzas á su alcance. Miss Gertie, la inglesa, se plegaba dócilmente á sus indicaciones. Su madre, la condesa de Feuilleres, aunque era joven

todavía, parecía como retirada en la especie de inercia melancólica en que se encierra la vejez.

La condesa no exageraba una ternura, que no podía ser muy viva, por los nietos de su marido. Perfectamente buena para ellos por dulzura de carácter, no olvidaba lo que le habían hecho sufrir sus padres.

Adriana de Feuilleres mostraba el otoño de una belleza, cuya primavera debió ser tan radiante como la de su hija, que se le parecía mucho. Tenía la misma cara estrecha y de un óvalo elegante y la misma estatura. De espalda, se las hubiera podido confundir si la primera no hubiera tenido el cabello prematuramente blanco. De frente, su cabellera parecía empolvada: hasta tal punto la juventud de sus facciones se avenía poco con el acompañamiento de la nieve. Los ojos eran más profundos, más negros y más expresivos que los de Cristiana. La vida había puesto en ellos algo apasionado y como un poco de asombro, que se disfrazaba pronto en orgullo. La condesa de Feuilleres era conocida por su piedad. Hubiérasela podido calificar de austera si ese término no implicase igual severidad para los demás que para ella. Aquella mujer de corazón triste y tierno, no tenía severidades más que para sí misma.

Cuando su hija volvió de la lejana capital donde ella no había puesto los pies desde sus años de colegio en el Sagrado Corazón, descubrió en seguida las indignaciones de aquella alma joven y no aprobó sus sentencias definitivas.

—No se debe juzgar sin comprender, mi querida Cristiana. ¿Y cómo comprender sin haber vivido?

—¿Cree usted mamá, que vendrá un día en que yo comprenda la traición y la mentira?

—Dios te libre de ello.

—Entonces...

—Comprenderás, sin duda, el sufrimiento, porque eres una criatura humana y, sobre todo, porque eres una mujer. Aquel día sabrás toda la miseria moral y física que lleve consigo el mal, y tendrás piedad.

—Tengo piedad de los salvajes ignorantes que no conocen la ley divina, respondió Cristiana. Pero no puedo tenerla para una sociedad que se ha burlado de mi credulidad y de mi buena fe. Esa gente tiene iglesias que llama cristianas; me ha llevado á ellas y se ha arrodillado conmigo; la he visto practicar los sacramentos, y, los que parecía que los reverenciaban tanto como yo, no me han dicho, á pesar de que era lo cierto: «Esto no es ya en nosotros una creencia, ni siquiera un símbolo; es una forma de nuestra elegancia social.» Al menos así no me hubiese engañado, y yo habría huído de ella y no habría esperado á verlos cometer crímenes.

—El acto de fe, respondió la señora de Feuilleres, tiene siempre una virtud, aun para el corazón que le realiza ligeramente.

—Sin duda, replicó la joven, cuando es por lo menos una señal de respeto hacia la religión que se echa de menos, un recurso hacia la gracia perdida; pero en lo que se llama la alta sociedad burguesa, la de los Valtín y sus amigos, aquella en que vivía nuestra pobre Antonieta, ¿sabe usted por qué se practican el bautismo, la comunión, el matrimonio y la extremaunción? Porque es de buen tono. Ya lo ve ested; esto no es siquiera hipocresía; no es la genuflexión ante el Dios en quien se quisiera creer, en quien se quería, siquiera, hacer suponer que se cree. No es, pues, más que una forma de mentira, la más degradante de todas para el alma. No se puede esperar nada de un mundo tan convencido de su fealdad moral, que no se atreve á despojarse de las apariencias de lo que ya no existe. Ese mundo no tiene lógica, ni luz ni ideal. Puesto que ha pasado de la fase religiosa en que nosotros permanecemos, ¿por qué no ha descubierto virtudes diferentes de las nuestras? ¿Qué tiene que ver con nuestros ritos?

Adriana se asombraba de oir á su hija hablar de ese modo. Su pensamiento no se embarazaba con esas cuestiones generales. Pero sus preocupaciones personales hacían penoso para ella el espectáculo de aquella intransigencia que endurecía el alma y un poco las facciones de la joven razonadora. La madre miró á su hija con infinita alarma. Un día dió parte á su marido de su temor:

—No hemos preparado á esta niña para las sorpresas que la suerte cruel puede reservarle cuando nosotros no existamos.

—La hemos educado según nuestro corazón, dijo el conde, y puedes creer que nos hará esa justicia; eso la ayudará si debe sucederle lo peor.

Los esposos no cambiaron una palabra más. Pero había en su mirada cosas tan constantemente presentes, que no necesitaban ser dichas.

Al final de una tarde de abril, tan luminosa y tibia que la primavera meridional tomaba aspecto de verano, unos visitantes inesperados se detuvieron delante de la verja de aquel dominio en el que la vida toda parecía suspendida en un sueño de otro tiempo.

Desde el castillo mismo los vieron, pues la entrada principal está muy cerca de una de las fachadas.

Una simple fila de hierros de lanza se interponía entre dos torrecillas de la antigua muralla, y más allá de una agreste pradera llena de gramíneas, á la sombra de dos pinos seculares, dejaba ver el lado menos arruinado y el más curioso, sin embargo, del edificio: una antigua casa de planta baja romana con un arco cegado en medio punto y una puerta del mismo estilo, elevada sobre tres escalones entre dos columnitas delicadas que soportaban un friso en semicírculo de un arcaísmo delicioso. En un ángulo del primer piso, una ventana databa también de la misma época, mientras que el enorme alero, con su gran chimenea cuadrada, eran de un gótico primitivo. Aquel edificio, de una admirable sencillez, estaba como guardado por dos pabellones; el de la izquierda de un gótico elegante, y el de la derecha de estilo renacimiento.

Ante aquel maravilloso portalito romano fué donde un automóvil—el primero que hollaba con sus ruedas la arena de aquel altanero retiro humano—se paró rápidamente, después de dar una gran vuelta. El vehículo llevaba dos señores y el mecánico. Uno de los primeros se apeó y preguntó á un criado que salió del vestíbulo si podía hablar al señor conde de Feuilleres para un asunto muy urgente.

—Aquí tiene usted mi tarjeta, añadió.

El hombre la miró vacilando.

—¿Podrá el señor esperar un momento?

—Es el Sr. de Feuilleres el que no puede esperar, dijo nerviosamente el visitante. El conde necesita saber sin tardanza lo que tengo que decirle.

—En ese caso, dijo el criado, voy á pedir á la señora condesa la autorización para tocar la campana. Porque el señor conde está en paseo por el parque, y como éste es grande, puede estar lejos.

Aquel servidor, por cierto mal enseñado, reflexionó todavía un instante; evidentemente, no tenía costumbre de recibir extraños. Pero el aspecto tranquilizador del que tenía delante le hizo tener confianza.

—Si el señor quiere tomarse la molestia...

Abrió una puerta, que daba á una sala casi desnuda, pero en la que se exhibía una chimenea monumental y desde donde se veían los profundos verdores que descienden por el otro lado de la casa hasta el Tarn. El visitante, despreciando la invitación de los antiguos sillones de esquinas rectas, se puso á pasear de un lado á otro con aspecto preocupado.

El doméstico, entre tanto, se fué en busca de la condesa, y la encontró en un terrado en compañía de su hija. Su expresión de interés indicaba que habían visto ú oído el coche.

Era aquel un acontecimiento para su sensibilidad femenina; pero lo fué más todavía para la más joven de las dos, cuando su madre le pasó la tarjeta con un gesto de ignorancia ó de decepción, y leyó el nombre de Antonio Le Bray.

—Es un amigo de Antonieta y casi un hermano para Gerardo, explicó Cristiana, mientras creía perder el aliento en los desordenados latidos de su corazón.

—Viene por mí, pensó, no sabiendo si lo que le oprimía más era la angustia ó la alegría.

La señora de Feuilleres, sin notar la turbación de la joven, dijo sin gran interés al doméstico:

—Toque usted, entonces, las siete campanadas.

Y añadió dirigiéndose á Cristiana:

—Tu padre puede que no oiga. Ha debido de salir del parque, pues se ha llevado la *charrette* y la jaca para pasear á los niños.

Un instante después, las dos escucharon atentas la voz clara y sonora de la campana. Siete campanadas bien distintas; después de un intervalo, otras siete, y así sucesivamente. Era la llamada para el dueño del castillo en casos urgentes, pero sin gravedad imperiosa. La madre y la hija escuchaban. El grito del metal atravesaba el aire puro rozando las antiguas piedras; las primeras golondrinas, asustadas, se dispersaban fuera de los nidos en construcción; el sol descendía en un cielo de turquesa, y en todas partes había en suspenso esperanza y una inmensidad de recuerdos.

En la sala baja, también Antonio oía la campana, pero más sordamente. El joven miró á su alrededor: las paredes, en las que se distinguían ligeras aristas, más nerviosas en la curva de la bóveda hasta anudarse en el techo, la ruda chimenea atestada de emblemas, los muebles, tan antiguos como los muros... Más allá, por las ventanas de cruceros, se veía la grandeza un poco triste de las arboledas, cuyo verdor se ensombrecía á través de los pequeños vidrios empañados.

Antonio pensó:

—Aquí es donde ha sido educada... ¿Cómo podría tener otra alma?.. Pero lo que me encanta en ella, porque la comprendo, acaso le impida siempre comprenderme á mí...

La campana cesó de sonar, y, casi en seguida, sonaron las puertas y se oyeron risas de niños.

Antonio se estremeció. Sus manos se pusieron rígidas y temblaron. Durante cinco minutos había olvidado lo que le llevaba á aquella casa.

No había tenido tiempo de componer su cara, cuando el Sr. de Feuilleres estuvo allí. El primer encuentro de sus miradas tuvo fulgores siniestramente expresivos.

—¿Es una desgracia, lo que le trae á usted á mi casa, caballero?.. Su aspecto...

—Es una gran desgracia, dijo en seguida Antonio.

El anciano pareció alarmado, pero no tanto como se hubiera podido creer. Tenía en Feuilleres, á su alrededor y en seguridad, todo lo que quería en el mundo: su mujer, su hija, sus nietos. En cuanto á su yerno...

Se tomó, pues, tiempo para hacer sentarse á su visitante y se sentó él también.

—Hable usted, caballero.

—Sabe usted, señor conde, que Gerardo corría por la sociedad Valtín en la copa de los...

El anciano le interrumpió:

—¿Un accidente?...

Antonio inclinó tristemente la cabeza.

—Espantoso... Cuatro víctimas.

—¿Mi yerno?...

—No está muerto, pero sí en un estado muy alarmante.

Las facciones y la mirada del conde se inmovilizaron en una gravedad que no era de dolor y que indicaba una profunda concentración de pensamiento y una lucha secreta de sensibilidad. Con un ligero sobresalto, como quien recuerda que debe hablar, dijo por fin:

—¡Desgraciado!.. Pero, también, qué locura tan poco digna de su nombre... ¿Dónde está?.. ¿Qué tiene?.. ¿Qué ha sucedido exactamente?.. ¡Dios mío!

—Una cosa atroz, dijo Antonio, por lo mismo que ha ocurrido fuera de toda previsión y de toda verosimilitud. Gerardo estaba seguro de la victoria y se conservó á la cabeza constantemente. Corría otro coche Valtín, al que no se pedía más que alcanzar un puesto honroso. Pero en el último momento se le ocurrió á Valtín el capricho de conducir él mismo este segundo coche y de hacerle ganar. Y emprendió contra Gerardo, contra su propia casa, una lucha insensata é inútilmente peligrosa. En la segunda vuelta los vimos pasar rueda con rueda, como un rayo... Aquello era espantoso... No podíamos respirar. ¡Y la señora de Valtín estaba allí...

El conde miró profundamente al narrador.

—Comprendo, dijo.

—¡Qué drama!, continuó Le Bray, dando un suspiro por respuesta. ¡Y qué inesperado!.. Porque, en fin, aquellos dos hombres se encontraban una hora antes á la mesa, tranquilos y contentos..., según se dice al menos. Pues, no queriendo encontrar á Gerardo, no había yo querido aceptar más que un sitio en una tribuna.

—¿Están ustedes reñidos?, interrumpió el anciano.

—Sí.

—Desde... (La expresión de la mirada suplió la frase.)

—Sí.

—Sírvase usted acabar, caballero.

—Nadie puede acabar, excepto mi infortunado amigo, si vuelve en sí. ¿Hubo torpeza, desarreglo de máquina ó voluntad de demencia y de crimen?.. El hecho es que en la bajada de Montestruc, los dos coches chocaron probablemente, y el uno, según los testigos, dió un salto terrible como un caballo que se encabrita. El otro se precipitó hacia el río y fué rodando por la orilla después de haber roto el ángulo del puente. En éste estaba Gerardo, á quien salvó el caer en el lodo, casi en el agua. En cuanto á Valtín y los dos hombres...

—Muertos, naturalmente, terminó el conde.

—¡Oh! ¡Peor que muertos!, dijo Antonio con voz sorda.

—¿Dónde está mi yerno?.. ¿Quién le cuida?, preguntó Feuilleres.

Antonio explicó que se había transportado al herido á una casa particular, cerca del lugar del siniestro. Los dueños eran personas ricas, hospitalarias y amables, en relación precisamente con el automovilismo. Tenían un Valtín, y en ese coche precisamente había venido Antonio á Feuilleres.

—Sin imponerme á Gerardo, que me odia hoy, añadió el joven, he podido ocuparme de él. He debido hacerlo, pues era el único allí que fuese allegado suyo y que tuviera el honor de conocer á usted. Gerardo no me ha visto; no había recobrado el sentido.

(Se continuará.)

SISTEMA DE PROVEERSE DE AGUA

LOS TRENES EN MARCHA

La encarnizada competencia para acaparar el tráfico que hoy en día existe entre las compañías de ferrocarriles, exige imperativamente que en los viajes no se pierda ni un minuto. De esto resulta que los trenes marchan con mayor velocidad que antes y recorren mayores trayectos sin detenerse.



Un tren expreso tomando agua á toda velocidad
En el momento de sacarse la fotografía acababa de llenarse el tanque y se ve el agua derramándose por las aberturas superiores

Las locomotoras que arrastran trenes rápidos de pasajeros consumen de 70 á 140 litros por kilómetro, cantidad que varía según el peso del tren, el estado del tiempo y otras circunstancias. Por consiguiente, un tren tenía con frecuencia que pararse en alguna estación para que la máquina apagara la sed con el agua de un depósito situado en alto, siendo así que, desde el punto de vista del tráfico, semejante parada era innecesaria. Pero desde la introducción de atarjeas con agua, en los ferrocarriles importantes las máquinas pueden tomar de 4.500 á 9.000 litros en unos quince segundos corriendo á toda velocidad.

Para efectuarlo se colocan entre los rieles atarjeas descubiertas de unos 400 metros próximamente de largo, y el ténder de cada máquina va provisto de una especie de vertedero con bisagras que puede bajarse de modo que la boca penetre y corra por el agua de la atarjea mientras el tren pasa por encima de ella. La velocidad hace que el agua suba por el caño inclinado y penetre en el tanque del ténder.

Según va marchando el tren, así el conductor como el fogonero vigilan la vía para enterarse del sitio exacto en que están las atarjeas. Esto es fácil durante el día, pero ya no lo es tanto por la noche; entonces tienen que orientarse por alguna señal, bien sea algún objeto visible, bien el ruido que produce el tren al pasar por un puente de hierro. Mientras el conductor, con la mano en el regulador, mira con cuidado á su frente, el fogonero vigila para distinguir las atarjeas, y en el momento mismo en que el ténder pasa sobre ellas, dando una vuelta rápida al mango de un tornillo baja el vertedero y ve cómo sube rápidamente el agua en el tanque por medio de un escandallo. Ha de andar listo para dar vuelta al tornillo antes de que se llene el tanque, si no el agua se escapa en gran cantidad por los conductos superiores é inundaría el tren. Un poco de práctica, sin embargo, basta para vencer esa dificultad, y un fogonero experimentado conoce en el acto cuándo está lleno el tanque.

Las atarjeas suelen colocarse á una distancia de 80 á 100 kilómetros unas de otras, distancia que se subordina á la capacidad del tanque que llevan los ténders usados en cada línea y á la posibilidad de hallar agua en determinados lugares. Un ténder lleva por lo común unos 13.000 litros de agua; pero por no tener aparatos para cogerla, en algunos ferrocarriles importantes donde recorren grandes distancias sin detenerse trenes muy pesados, se han visto en la necesidad de aumentar la capacidad de los tanques hasta 18.000 y 20.000 litros.

Al elegir los lugares donde han de situarse las atarjeas, es indispensable procurar que en ellos haya agua buena y abundante; que el terreno sea llano ó que por lo menos pueda con facilidad hacerse tal; que la línea tenga una dirección sensiblemente recta y que hasta donde se pueda queden las atarjeas distantes de los postes de señales, estaciones y pasos á nivel. Son tan necesarias estas condiciones, que no es extraño que no queden situadas las atarjeas á intervalos regulares.

Cuando las vías son dobles se colocan en las dos, y en las cuatro si son cuádruples, de manera que las máquinas de los trenes de mercancías y de pasajeros cojan el agua á la vez y sin retraso alguno.

Inmediato á las atarjeas se construye un depósito grande, capaz para unos 180.000 litros de agua, á fin de llenarlas en pocos minutos cuando los trenes que han cruzado las dejan secas.

Uno de los más importantes problemas mecánicos relacionados con el sistema de coger agua los trenes en marcha era el ver el modo de regular el agua en las atarjeas, de tal manera que tuviera siempre la misma profundidad de 15 centímetros; este problema se solucionó colocando debajo del tanque una cisterna auxiliar al mismo nivel de la atarjea con un flotador grande que funciona de un modo parecido al aparato de los inodoros.

Al coger la máquina el agua deja casi vacía la atarjea y al mismo tiempo el agua de la cisterna baja. Esto hace que el flotador descienda y abra una válvula que deja que el agua salga del tanque á la atarjea y la vuelva á llenar. Al subir en ésta el agua, sube simultáneamente en la cisterna y levanta el flotador, que cierra la válvula y no deja entrar el agua en cuanto la atarjea se llena. Todas estas operaciones se hacen automáticamente.

La atarjea, colocada equidistante de los rieles, tiene por lo general 15 centímetros de profundidad y 45 de anchura. El fondo es plano en la extensión de 400 metros y en los dos extremos se levanta con una inclinación de 1 por 350. Los rieles de cada lado se colocan paralelos con el fondo de la atarjea, es decir, están al mismo nivel por espacio de 400 metros y en los extremos suben con la misma inclinación.

El nivel del agua de la atarjea, cuando está llena, es de unos cinco centímetros sobre el de los rieles.

El vertedero del ténder se baja antes de llegar á la atarjea, y al descender la rampa penetra gradualmente en el agua y llega á la profundidad necesaria en el punto en que el fondo de la atarjea y los rieles están al mismo nivel.

Al otro extremo, á medida que el ténder va subiendo la rampa, el vertedero va saliendo del agua. En la práctica, el fogonero baja y sube el vertedero mientras el ténder pasa por encima de la parte llana de la atarjea; pero las rampas, á cada uno de sus extremos, impiden que ocurra un accidente si el fogonero baja el vertedero antes de llegar á la atarjea ó no la sube después de pasada. En realidad, si no fuera por los cruces y pasos á nivel, podría llevarse siempre bajo el vertedero.

El agua de las atarjeas, que con frecuencia se hallan en lugares fríos, está expuesta naturalmente á helarse, sobre todo cuando no está agitada continuamente por el frecuente paso de trenes que la toman. Para que no suceda así, en algunos ferrocarriles han colocado en las atarjeas conductos de vapor. En otras líneas, cuando la helada no es muy intensa, se emplean jornaleros que quiebren el hielo á medida que se forma; pero cuando el mal tiempo se prolonga algunos días, no se puede coger el agua en marcha y hay que recurrir al sistema antiguo.

El de atarjeas está hoy en uso en mayor ó menor escala en la mayoría de los ferrocarriles importantes de Inglaterra.

En el London and North Western hay quince secciones diferentes de atarjeas (algunas de cuatro vías á la vez) y casi todas las máquinas van provistas de vertederos. El mayor trayecto que se recorre sin detenerse es, en los meses de verano, de 310 kilómetros; en esta distancia los trenes toman agua en seis lugares diferentes. El viaje expreso más largo que se ha hecho sin detenerse ha sido el efectuado por el rey Eduardo el 7 de octubre de 1903, recorriendo 480 kilómetros desde Carlisle á Londres.

C. H. JONES.

BARCELONA.—INSTALACIÓN SÍSMICA

DEL OBSERVATORIO FABRA

El Observatorio Fabra, situado en el monte Tibidabo y puesto bajo la inteligente dirección de D. José Comas y Solá, ha terminado hace poco una instalación sísmica, compuesta de los más perfeccionados aparatos, que permiten apreciar los más pequeños movimientos de la corteza terrestre y cuya perfección pudo demostrarse con ocasión de los recientes terremotos de Chile.

Esta instalación, que en la actualidad es la más completa de España, consta de un sismógrafo de dos componentes horizontales sistema Agamennone *(elementos:* amplificación, 10 veces; peso de la masa, 220 kgs.; duración de una oscilación simple, 2 s. 5); de un sismógrafo de dos componentes horizontales, sistema Caucani (amplificación, 20; peso, 250 kgs.; oscilación, 2 s. 2); de un microsismógrafo de tres componentes, sistema Vicentini (amplificación de los componentes horizontales, 80; peso de la masa correspondiente, 150 kgs.; oscilación de la misma, 1 s. 11; amplificación de la componente vertical, 400; peso de la masa, 100 kgs.; oscilación de la barra horizontal, 0 s. 43); en fin, un sismoscopio eléctrico de Agamennone, enlazado á un reloj sísmico, completa esta instalación destinada á advertir y registrar los movimientos del suelo.

La dirección del Observatorio Fabra, comprendiendo que el estudio y la divulgación de la actividad interna de la tierra ofrecen hoy tanto interés científico, por lo menos, como el estudio y la divulgación de los fenómenos meteorológicos, publica semanalmente en los periódicos de Barcelona un resumen de las observaciones realizadas.

Esta información es la primera que se efectúa en semejante forma, y las observaciones que la constituyen se ajustan á la escala sísmica de Mercalli que comprende los siguientes grados:

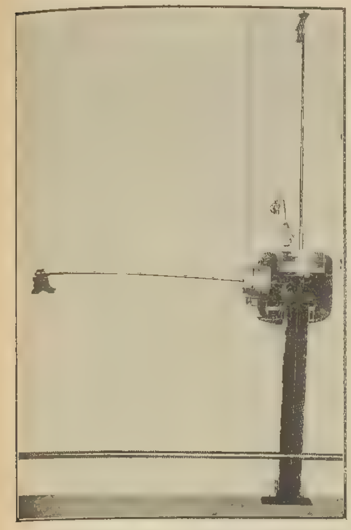
I.—Sacudida *instrumental,* es decir, señalada solamente por los aparatos microsísmicos.

II.—*Ligerísima,* advertida solamente por personas en perfecta quietud y silencio, especialmente en los pisos superiores de las casas, ó bien por personas muy sensibles ó nerviosas.

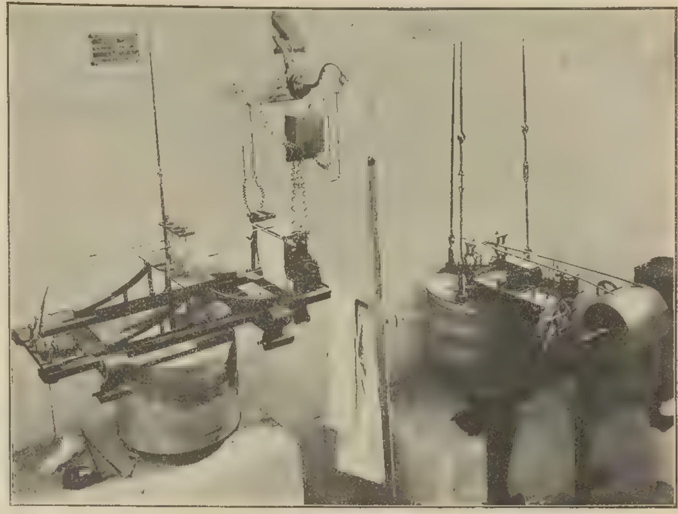
III. -*Ligera,* notada por personas que se encuentran en análogas condiciones del caso anterior, pero pocas en atención al número de habitantes de un determinado país. Se dice, por lo común, que estos movimientos fueron *apenas advertidos* sin producir



Un tren tomando agua en marcha



Microsismógrafo Vicentini de tres componentes.



Sismógrafo Caucani. Sismógrafo Agamennone.

APARATOS SÍSMICOS DEL OBSERVATORIO FABRA INSTALADO EN EL TIBIDABO (BARCELONA) (Fotografías de E. Castellá.)

temor alguno; generalmente no se creería que se trata de un terremoto si no fuera por los demás, que independientemente también advirtieron el fenómeno.

IV.—*Sensible*, notada *no generalmente*, pero sí por muchas personas que se encuentran en sus casas; poco sensible en la planta baja y sin ocasionar espanto. Trepidaciones de cristales, de objetos suspendidos, etc.

V.—*Fuerte*, notada generalmente por los que están en casa, pero por muy pocos transeuntes. Se despiertan gran número de personas y algunas se espantan, huyendo de las casas. Toque de campanillas, oscilaciones extensas de objetos suspendidos, parada de los péndulos de reloj.

VI.—*Muy fuerte*, notada por todos los que permanecen en casa y por muchos transeuntes. Espanto general y fuga precipitada al aire libre. Caída de objetos en las habitaciones, caída de revoques y estucos; ligeras averías en las casas de construcción poco sólida.

VII.—*Fortísima*, notada con profundo espanto. Todo el mundo sale de sus casas; sensible en las calles. Suenan las campanas de torre; caída de chimeneas y tejados; averías en muchos edificios, aunque, en general, ligeras.

VIII.—*Destructora*, produce pánico general; destrucción parcial de algunas casas y considerables averías en las demás; sin víctimas ó solamente alguna desgracia personal aislada.

IX.—*Desastrosa*, destrucción total ó casi total de algunas casas; averías graves en muchas otras, quedando inhabitables, y víctimas humanas no muy numerosas y diseminadas.

X.—*Muy desastrosa*, con destrucción de muchos edificios y muchas víctimas humanas, agrietamiento del suelo, derrumbamiento de masas montañosas, etc.

Al reproducir en nuestras páginas los principales aparatos de tan notable instalación sísmica, nos complacemos en felicitar muy entusiastamente á la Real Academia de Ciencias y Artes de Barcelona, de la que depende el Observatorio, y al director de éste, el sabio astrónomo y eminente físico D. José Comas Solá.—P.



Caballos sorprendidos por la tormenta, cuadro de Teutwart Schmitson

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XXV — Barcelona 1.° de octubre de 1906 — Núm. 1.292

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



POMPAS DE JABÓN, cuadro de M. C. Pelecier. (Salón de la Sociedad Nacional de Bellas Artes. París, 1906.)



REVISTA HISPANO-AMERICANA

Cuba: la revolución: el mensaje de Roosevelt y la intervención de los yanquis. – *República dominicana:* resultados de la acción é influencia de aquéllos en este país.—*Ecuador:* el manifiesto de Alfaro y su programa de gobierno. – *Perú:* el último mensaje del presidente: progresos de esta República: comercio: riqueza minera: agricultura: instrucción pública: reorganización militar: la cuestión de Tacna y Arica. – *Bolivia:* certamen nacional de Historia.

La reelección de Estrada Palma para la presidencia de la República y el predominio en la política y en los servicios administrativos de los hombres del partido conservador, han sido la causa ocasional de la guerra civil en Cuba.

A principios de año decíamos ya en estas *Revistas* que había temores de tentativas revolucionarias, y que los trabajos hechos con tal propósito se atribuían á los partidarios del general José Miguel Gómez, candidato que fué para la presidencia, si bien no llegó á luchar porque comprendió que el partido liberal no se hallaba en condiciones de obtener la victoria en los comicios.

Lo que legalmente no pudo entonces conseguirse, fuese por una razón ó por otra, ya porque los llamados liberales estuvieran en minoría, ya por abusos de la acción oficial dispuesta á impedir á todo trance el triunfo de los enemigos del presidente, se ha pretendido ahora lograr por medios de fuerza.

Reducido á prisión Gómez y muerto en un combate el general Quintín Banderas, el más caracterizado de los jefes rebeldes, pareció que el movimiento revolucionario iba á contenerse. Sin embargo, no sucedió así; Pino Guerra, Mendieta, Campos Marquetti y otros jefes militares ú hombres políticos del bando contrario al gobierno mantuvieron la agitación, y durante el pasado mes han venido librándose hechos de armas entre la guardia rural y las partidas de insurrectos, sin éxito decisivo para unos ni para otros.

Los periódicos de la isla, aun los mismos gubernamentales, reconocían la gravedad de la situación, no tanto por la importancia numérica de los revolucionarios, sino porque la guerra civil podía dar motivo á los yanquis para intervenir y pretexto para declarar que los cubanos eran incapaces de constituir un Estado libre, independiente.

La acción de Roosevelt se ha hecho sentir, por cierto, mucho antes de lo que podía presumirse. Se ha apresurado á lanzar un mensaje á los cubanos, en el que les recuerda que el único medio que tienen de conservar su independencia es vivir en paz, y les intima que si en plazo breve no cesan las hostilidades hará valer el derecho que tienen los Estados Unidos de intervenir en Cuba para mantener en ella un gobierno capaz de proteger la vida, los bienes y la libertad individual de sus habitantes. Un solemne tratado le confiere ese derecho; tiene medios, dice, de hacer cumplir lo que es para los Estados Unidos una obligación, y está dispuesto á procurar que se cumpla. Con la amenaza coinciden hechos que demuestran que no se trata de una vana intimación; barcos yanquis fondean en el puerto de la Habana, y soldados y cañones yanquis desembarcan en él, apercibidos para imponer en la isla la voluntad del soberano á quien sirven.

Las últimas noticias revelan cierta paralización en las operaciones por parte de los insurrectos; se habla de armisticio y de entrevistas de las personalidades más influyentes de ambos bandos para llegar á un acuerdo que impida la gran vergüenza de la ocupación militar de la isla por los yanquis, por los «libertadores,» á los cuatro años de haberse reconocido la relativa independencia de Cuba.

***

La indirecta intervención de los Estados Unidos en la República dominicana no produce, hasta ahora, resultados favorables en cuanto al orden y paz interior del país. Administran los yanquis las aduanas, sus cañoneros van y vienen entre los puertos, hacen pesar su influencia en los actos del gobierno, y sin embargo, unos á otros se suceden los motines, las rebeldías, sobre todo en la parte Noroeste de la República.

La acción del gobierno de Wáshington es aquí, como probablemente llegará á serlo en Cuba, una causa más de intranquilidad y desorden; á las discordias que hay entre parcialidades ó personajes políticos se agrega la simpatía de los unos y la animadversión de los otros respecto de los yanquis. Acaso si éstos se decidieran á anexionarse Cuba y Santo Domingo la situación podría simplificarse, porque los que no simpatizan con ellos se unirían contra la dominación extranjera, prescindiendo de las rivalidades que hoy los separan. Mas no creemos que los Estados Unidos lleguen á anexionarse esas Repúblicas; los buenos políticos yanquis tienden á explotarlas, no á dominarlas. Poseer colonias ó territorios que obligan á guerra permanente, y consiguientes gastos, no es negocio. Ya tienen hecha la experiencia en Filipinas.

Esa tendencia de los yanquis se va viendo ya muy clara en los demás pueblos americanos. Prueba de ello es, entre otras, la creación, según noticias recibidas de San José de Costa Rica, de un *club americano* «para oponerse á los esfuerzos que hacen los Estados Unidos con el fin de aniquilar la independencia comercial de la América latina.»

***

Con fecha 5 de junio de 1906, undécimo aniversario de la transformación liberal de la República del Ecuador, el general Eloy Alfaro dirigió á sus compatriotas, como «Encargado del mando supremo,» un breve manifiesto, á modo de proclama. Era la primera vez que lo hacía después del pronunciamiento de Riobamba, en enero último, que le dió el poder.

La prensa ecuatoriana ha dado gran importancia á este documento, porque el país necesitaba ya saber de modo auténtico los propósitos de Alfaro y las reformas que trataba de introducir en la administración pública. La falta de un ideal bien definido, las dudas acerca del rumbo que iba á tomar la política, daban fuerza á los partidos de oposición.

El manifiesto de Alfaro es un escrito de tonos muy enérgicos contra los adversarios políticos, y con grandes promesas para lo porvenir. «Hay que romper toda traba al pensamiento y emancipar en absoluto la conciencia..., oponer á la división y á las discordias civiles un espíritu de amplia tolerancia y de concordia..., ensanchar la instrucción pública, multiplicando los colegios y las escuelas..., construir caminos y ferrocarriles para extender y facilitar la explotación de las grandes riquezas naturales..., transformar los dilatados bosques ecuatorianos en pueblos y en ciudades florecientes por medio de la inmigración.»

Esa es la gran labor que aspira á iniciar el gobierno de Alfaro, para que la completen las generaciones venideras. Se han dado ya los primeros pasos: al finalizar este año se inaugurará el ferrocarril en Quito y principiarán los trabajos de prolongación de la misma línea hasta Ibarra; muy pronto se perfeccionará el contrato para la construcción de una vía férrea al Curaray; prepáranse leyes acordes con las exigencias de la civilización moderna; se estudia la manera de aumentar las rentas fiscales con la más prudente equidad, y de establecer un sistema rentístico que garantice la exactitud en el servicio administrativo; en fin, estaban preparados los proyectos trascendentales de reforma para someterlos á la Asamblea Constituyente.

***

Llega en estos días á nuestro poder el texto íntegro del mensaje presentado al Congreso ordinario de 1906 por el presidente del Perú. Resaltan en ese documento los progresos evidentes alcanzados por la República, merced al amor al trabajo que se estimula más cada día, al espíritu de empresa que se despierta, al número de capitales que ingresan en el país, al crédito público y privado que se consolida y extiende y á la labor activa y fecunda de los Poderes del Estado.

Mejora de tal modo la situación económica, que el Poder ejecutivo ha propuesto al Congreso un aumento de sueldos para el año 1907 á favor de todos los funcionarios administrativos, judiciales y militares, y se confía en que aún podrán concederse nuevos aumentos en los subsiguientes años.

La recaudación en 1905 superó en 147.866 libras esterlinas al ingreso presupuesto. El comercio exterior, que en 1905 tuvo un valor de 10.080.000 libras, se mantiene en alza, puesto que en los seis primeros meses de 1906 llegaba á 5.181.369, es decir, 963.000 más que en igual período de 1905.

El valor de la producción minera en 1905 fué de 1.636.179 libras (648.000 plata y 622.000 cobre). Se han efectuado grandes transacciones, cada día afluyen al país nuevos capitales destinados á empresas mineras y se descubren y comprueban riquezas considerables de oro, plata, cobre, plomo, carbón, petróleo, y aun de metales raros, como níquel, bismuto, vanadio y molibdeno. El Perú va á producir, en dos ó tres años más, sumas considerables en substancias minerales, que le harán recuperar en los mercados extranjeros el prestigio de sus extraordinarias riquezas.

En la industria agrícola no se espera, por el pronto, incremento tan grande como en la minera. La agricultura peruana tiene dos grandes obstáculos para su desarrollo: la falta de brazos para el trabajo y la escasez de agua para el riego. El gobierno ha consignado una partida para el pago de los pasajes de inmigrantes europeos cuyos servicios contraten los hacendados ó que puedan lograr ocupación en determinadas labores en las explotaciones agrícolas, é impulsa los estudios y presupuestos de las obras necesarias para aumentar el caudal de agua de algunos valles de la costa.

En la producción agrícola de 1905 figuran en primer término por su mayor valor azúcar (1.638.593 libras), gomas (955.157), algodón (522.843) y lanas (440.774).

Se reorganizan y perfeccionan los servicios de Instrucción pública y de cultura general. Pedagogos alemanes dirigen importantes escuelas; se han fundado el Instituto histórico y las tres secciones—incaica, del coloniaje y de la República—del Museo Nacional; finalmente, el régimen de la enseñanza primaria, que á cargo de las Municipalidades estaba mal atendida, se halla ahora bajo la acción inmediata del Poder ejecutivo, con arreglo á nuevo plan que se ajusta á los preceptos de la pedagogía moderna en sus métodos y en su orientación.

La misión militar francesa continúa prestando sus valiosos servicios al ejército, en el Estado Mayor general, en la Escuela superior de guerra, en la Escuela de Chorrillos, en la de Tiro y en la Naval. Durante el año 1905-6 se han creado los servicios de Topografía y de Ingenieros, las Inspecciones de las armas y los Cuerpos de artillería de campaña y de costa; se ha adquirido material de artillería; se ha lanzado al agua el crucero *Almirante Grau* y se ha contratado la construcción del segundo crucero *Coronel Bolognesi*. Varios guardias-marinas hacen sus prácticas en las armadas extranjeras; siete de ellos en la española.

La cuestión de Tacna y Arica continúa siendo objeto de la preferente atención del gobierno y de las gestiones del ministro peruano en Santiago, quien ha reiterado á la cancillería de Chile el sentir del pueblo y del gobierno del Perú, que consideran que en el tratado de Ancón está pactada la manera de resolver la condición definitiva de aquellas provincias, y que su cumplimiento lo exigen la fe de los pactos, la responsabilidad de las naciones signatarias, su conveniencia económica y la cordialidad de sus mutuas relaciones.

***

El Ministerio de Instrucción pública de Bolivia ha anunciado nuevo concurso nacional para conceder recompensas á las mejores historias del país. Habrá un primer premio, de 5.000 pesos bolivianos y 200 ejemplares de la obra; un segundo premio de 1.800 pesos y diploma de honor, y un tercero, de 500 pesos. Los trabajos deben presentarse antes del 10 de agosto de 1907. Aunque el concurso se titula «nacional,» suponemos que en él pueden tomar parte escritores españoles, pues en otro anterior así también titulado, el Certamen nacional «6 de agosto» de 1896, fué premiada una Geografía de Bolivia escrita por un español, el Sr. Limiñano.

R. BELTRÁN RÓZPIDE.



Antoñita escribiendo sus cartas á Teresita

ODIO DE ENAMORADA

(FRAGMENTOS DE CARTAS DE MUJER)

Mi queridísima Teresita: No sé cómo empezar esta carta, que debió de ser alegre, como de participación de mi enlace matrimonial... y que no sé cómo me va á salir. Porque estoy furiosa, todo lo furiosa que puede estar una gatita bien amarrada á quien estén pinchando á todas horas y que no pueda mostrar los dientes más que para sonreir á sus verdugos...

Te escribo—aparte porque siempre te comuniqué mis alegrías y mis tristezas, mis ilusiones y mis desengaños, porque tú eres mi más querida, íntima y leal amiga—para desahogarme, para quitarme la careta del fingimiento que llevo puesta desde anteayer.

¡Ah! Si supieras qué desahogadamente suspiro sólo al pensar que voy á poder hablar como pienso, que puedo desnudarme ante ti sin miedo á que te burles. Yo, que siempre he fingido, comprendo ahora la necesidad y el placer de la sinceridad... No hay como las penas para hacernos saborear lo dulce y lo amargo de la vida...

Anteayer debí dejar de ser soltera... Pero no fué así... ¿Te crees que se me ha muerto el novio? ¡Ojalá! No escribiría tan nerviosa, tan irritada...

. . . .

Ya sabes que nunca le quise. Es decir, me he propuesto hablarte con sinceridad y voy á ver si lo consigo. (¡La pícara careta!..) Quererle como quieren á sus novios ó á sus amantes las protagonistas de las novelas, dispuesta á cometer locuras y á aceptar sacrificios por él, así no le quería, no. Era el más simpático de los hombres que yo conocía, es decir, que *trataba*, que no es lo mismo. Lo que más me atraía á él era, precisamente, la única cualidad suya que desagradaba á mis papás: su fama de aventurero galante, de conquistador irresistible... Después me fué más simpático, porque su carácter se parecía mucho al mío (no pienses en la afinidad electiva de Goethe, porque al final de esta carta verás que ó entre nosotros no la había ó que de haberla se equivocó el poeta filósofo al confundirla con el amor): alegre siempre, despreocupado, socarrón, gracioso en el hablar, además de buen mozo y guapo («¡Qué buena pareja haremos!,» me decía el muy pillo), y un tantico suspicaz y desconfiado, era yo misma con frac y monóculo.

Si me dispuse á casarme con él, fué porque los papas se empeñaron en que era un novio que ni encargado á mi medida y á mis manitas derrochadoras y caprichosas—él es mucho más rico que yo—y sobre todo porque alguna amiga mía se empeñó en quitármelo...

Pero, aparte eso, como no le quería... Mejor dicho. No sé si sabré explicártelo... Creo que le quería á mi modo... No te rías, á mi modo. Verás cómo me explico yo esto de que cada uno sienta y piense á su modo y unos se vuelvan juiciosos antes que otros... Dicen que nuestras almas vienen del Limbo... Pues yo creo que unas almas (y esto es indiscutible) son más perezosas, más soñadoras que otras, más inadaptables á la realidad que otras que nacen despiertas, activas.

A mí me han traído el alma dormidita. Yo no conocía la vida, yo tenía los ojos cerrados—¡se vive tan á gusto así!—hasta que hoy un zarpazo de la realidad me los ha abierto y me ha hecho sentir y pensar como una persona juiciosa... Y ¡sarcasmos de la vida!, hoy tengo que fingir más que nunca por miedo á que se me rían los demás...

Pues como te decía, al no quererle, ¡le he jugado cada partida!.. Con decirte que hasta la víspera de la boda no podía él asegurar que yo era su novia, te figurarás la serie de celos, de desdenes y hasta de burlas—¡alguna verdaderamente estupenda!—que habrá padecido por mí.

Pero yo era así y no lo podía remediar... Bien es verdad que lo he pagado todo con creces...

. . . .

Al preguntarle el cura si me quería por esposa, se quedó mirándome fijo, muy fijo... Yo no he podido interpretar aquella mirada... Creí ver desconfianza, miedo, ¡qué sé yo! Tal vez él en aquel momento pensó lo que á mí no se me ocurrió: ¡que iba á ligar su vida con una persona á quien apenas conocía!..

En la iglesia no se oía ni el vuelo de una mosca. Todos, estupefactos ante la vacilación de mi novio, dejaron de respirar, impacientes, atónitos...

Volvió el cura á interrogarle... y sin decir palabra echó á correr como alma que lleva el diablo...

Lo que allí ocurrió, no lo sé... Yo me desmayé...

. . . .

Las amiguitas—¡lástima de epidemia en ellas!—me daban *el pésame* tapándose la boca con el pañuelo para no reirse...

. . . .

¡Lo que he padecido y padezco!.. Vergüenza, despecho, ira... ¡Ah! No le quería, pero hoy le odio, le odio con toda mi alma.. O poco he de poder ó me las paga todas juntas... ¡Lo peor es que no sé cómo va á ser, porque le han buscado por todas partes y nadie sabe dónde está!..

Y yo acordándome de él á todas horas... No te rías, pero muchas veces pienso que Dios da las uñas á quien no tiene en donde clavarlas...

. . . .

Para postres, mamá me atormenta á todas horas diciéndome que yo me tengo la culpa... Le he contestado que si acaso lo es suya, por recomendarme que no le demostrase cariño para que *él* no se engriese... y no se tomase confianzas...

. . . .

Mi tía Jacinta, á quien las genialidades y las rarezas de su marido hacen muy desgraciada, me da *la enhorabuena*... ¡Esto me faltaba!

He empezado á escribirte muy nerviosa y me voy quedando sin fuerzas...

¡Teresita, Teresita, qué aturdida estoy!

Te quiere mucho esta *casada frustrada*, que te besa,

Antoñita.

P. S. Estoy sin fuerzas, pero si encontrara ahora á mi novio, es decir, á mi ex, á Lorenzo, se podía sonreir su santo del tormento que le aplicaron, comparado con el que yo le iba á hacer sufrir...

***

Mi querida Teresita: Mañana vamos á la iglesia otra vez Lorenzo y yo. Voy á vengarme de él. ¡Por fin!

Días atrás volvió á su casa... Mi papá, que estaba deseando saberlo, le mandó los padrinos... Se concertó un desafío... Yo me enteré por una casualidad. ¿Te parece á ti que yo iba á consentir que papá expusiese su vida por mí... y que me privase de vengarme?.. ¡Oh, cuánto deseo que llegue mañana!



El tango, cuadro de C. Castelucho
(Salón de la Sociedad Nacional de Bellas Artes. París, 1906.)

Me presenté en su casa, acompañada por mi tía Joaquina, á la que comuniqué mi plan de venganza.

Lorenzo, que esperaba á sus padrinos, se quedó asombradísimo...

Le hablé ¡y me desahogué!.. ¡Con las ganitas que le tenía!..

El justificó su conducta diciendo que una amiga mía le había asegurado que yo pensaba hacer lo que él hizo, y como yo tengo esta fama de burlona y como él y yo nos habíamos pasado las relaciones riñendo todos los días, y él no estaba muy seguro de mi cariño y es tan desconfiado!..

Quedamos en que para evitar el lance con papá él me pediría perdón en una carta, haríamos en apariencia las paces, fingiríamos reanudar las relaciones; él pediría otra vez mi mano, que se le concedería, é iríamos otra vez á la iglesia, en donde. . yo sería la que diría «no» después de oirle decir á él «sí.»

Estoy deseando que llegue el momento...

¡Si papá se enterase!..

No puedo escribirte más.

Tuya siempre,

Antoñita.

* * *

... Sí. ¡Por fin!.. Todo ha salido á pedir de boca... Tal como lo deseé... Y lo más chistoso del caso es lo que he disfrutado estos días anteriores. . Lorenzo, que empezó fingiendo cariño para cumplir su palabra, acabó enamorándose de veras... ¡Claro, como ahora no le daba ni la esperanza que presta á los hombres la coquetería!.. ¡Como ahora sabía fijamente que yo le odiaba!.. ¡Y como además para hacerle sufrir he procurado agradarle más!..

. . . .

Pues sí. Al preguntarle el cura si me quería por esposa, me ha mirado Lorenzo con toda la ansiedad de su alma enamorada y ha tartamudeado temeroso un apagado «sí.»

Yo no le he dejado concluir y...

¡Pásmate!

He dicho que sí, que también le quería.

Lorenzo se ha vuelto pálido y se ha estremecido de sorpresa y de felicidad...

Cuando hemos salido le he dicho que no se alegrase, que me he casado por terquedad, por despecho y sobre todo ¡por odio! Sí, porque no se me va el recuerdo del ridículo que me hizo correr...

. . . .

Mi tío le pregunta á su mujer en qué ha consistido mi venganza. Mi tía, á quien ya sabes lo que hace padecer su marido, le ha respondido:

—Hombre, le ha casado. ¡Si te parece poca venganza!

. . . .

Al encerrarnos, para mudarnos de ropa, mi marido ha querido besarme... Me he negado... Pero he querido negarme seria, altiva, y no he podido... Me ha atacado una risa extraña, nerviosa, convulsiva... He rechazado á mi marido, pero riendo, siempre riendo nerviosa... ¡Maldita risa!.. Le he pedido que me dejase escribirte un momento...

. . . .

No creas que le quiero, no. Yo no sé explicarme lo que me pasa... ¡Le odio! ¡No le he de querer en mucho tiempo! ¡Hasta hacerle sufrir mucho!

Ahora viene andando de puntillas, se coloca detrás de mí, siento su aliento sobre mi pelo... ¡Mejor! Si quiere enterarse de esta carta se va á divertir. ¡Le odio! ¡Le odio!

¡Ay!.. Me ha besado en la nuca como un loco...

Me ataca la risa otra vez. Una risa como nunca la tuve, que me hace sentir escalofríos...

. . . .

Por la copia,

EL BACHILLER CORCHUELO.

EL PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA FRANCESA EN MARSELLA

Grandes satisfacciones experimentan durante su vida los que ocupan el alto puesto de jefe de Estado; pero hay que confesar que también sufren molestias y contrariedades de que el común de los mortales suele hallarse libre. ¿Qué placer pueden hallar, por ejemplo, en esos viajes rapidísimos en que han de ver muchas cosas sin enterarse de nada, en que han de escuchar y contestar innumerables discursos, en que padecen la horrible tiranía de las horas y de los minutos, del tiempo dosificado no á la medida de sus deseos, sino conforme á las necesidades de un programa que nunca suele pecar de ligero?

Concretándonos al reciente caso de la excursión de M. Faillieres á Marsella, una simple exposición de las cosas que el presidente hubo de hacer durante las treinta y dos horas que permaneció en aquella capital bastará para convencer á cualquiera de que en muchas ocasiones no es envidiable la suerte de los que están al frente de una nación. Y cuenta que cuando llegó á la citada ciudad á eso de las once del día 15 de septiembre último, ya había *actuado* en Arlés, á las seis de la mañana, y en Aix.

A su llegada á Marsella encaminóse á la Prefectura, en donde fué saludado por el alcalde con el correspondiente discurso de bienvenida, discurso al que M. Faillieres contestó con otro agradeciendo el recibimiento que se le había dispensado. Después de la recepción, almuerzo íntimo, y terminado éste otra recepción de los jefes y oficiales de las escuadras francesa y extranjeras reunidas en aquel puerto para tributar homenaje al presidente. A las tres, visitó la exposición colonial, presenciando ante todo el desfile del cortejo alegórico, que resultó un espectáculo magnífico sobre toda ponderación; recorrió luego rápidamente las distintas y á cual más interesantes instalaciones, y de regreso en la Prefectura obsequió con un banquete de gala á las autoridades y á las oficialidades de las escuadras francesa, inglesa, italiana y española.

A cada uno de los almirantes extranjeros dedicó M. Faillieres un cariñoso brindis.

Concluído el banquete, el presidente se retiró á descansar.

A la mañana siguiente, á partir de las nueve, visitas al Consejo general y al Consejo municipal, inauguración del nuevo palacio de la Mutualidad y visita al hospital general, cada uno de esos actos con los indispensables discursos; á las once y media, en el palacio de la Bolsa, gran branquete ofrecido á M. Faillieres por el Ayuntamiento, el Consejo general y la Cámara de Comercio, con sus discursos correspondieutes, y después, inauguración del monumento al escultor Puget.

A las tres de la tarde, embarcóse el Presidente en el contratorpedero *La Hire* y, escoltado por los contratorpederos *Claymore* y *Mousqueton,* visitó las escuadras ancladas en la rada.

A las seis de la tarde desembarcó en el viejo puerto, y poco después tomó el tren que le condujo á París.

M. Faillieres ha sido recibido en Marsella con gran entusiasmo, no habiendo cesado un momento de escuchar aplausos y aclamaciones.

Mucho le habrán halagado, seguramente, tales muestras de cariño, pero ¿habrá sido esto bastante á compensarle del cansancio de una excursión tan precipitada?

Y en cuanto á los marselleses, aparte de la satisfacción que les haya producido el haber albergado por unas horas al jefe del Estado, ¿pueden creer que M. Faillieres se haya hecho cargo en su rapidísima visita de lo mucho que vale su ciudad y de lo que significa la por tantos conceptos notabilísima exposición colonial por ellos organizada?—R.



Vanidad, cuadro de A. Fourié. (Salón de la Sociedad Nacional de Bellas Artes. París, 1906.)



Viaje del Presidente de la República Francesa á Marsella. - M. Faillieres á bordo del contratorpedero «La Hire» revistando las escuadras francesa, española, italiana é inglesa ancladas en la rada. (De fotografía de León Bouet.)



Viaje del Presidente de la República Francesa á Marsella. - Coros y músicas infantiles saludando á M. Faillieres en la Plaza de la República, cuando el Presidente se dirige al nuevo palacio de la Mutualidad. (De fotografía de León Bouet.)

LAS MATANZAS DE SIEDLCE

(POLONIA RUSA)

La ciudad de Siedlce, que cuenta 28.000 habitantes, ha sido recientemente teatro de una de esas horribles matanzas de judíos que desde que estalló en Rusia el movimiento revolucionario ocurren en aquel imperio con espantosa frecuencia. El día 8 de septiembre último un grupo de terroristas hizo fuego contra las tropas y contra la policía, las cuales contestaron á la agresión atacando las casas desde donde se hacían los disparos, y destruyendo por medio de la artillería aquellas en que mayor era la resistencia de los revolucionarios. Esta es la versión oficial; pero no falta quien supone que se trataba, como en otras ocasiones, de un complot contra los hebreos, que componen cerca de la mitad de la población de aquella ciudad.



La revolución en Rusia. – Las matanzas de Siedlce. Casa desde donde los revolucionarios dispararon contra las tropas y que éstas cañonearon. (De fotografía de E. Frankl, de Berlín.)

La lucha duró treinta y seis horas y fué acompañada de saqueos de más de ciento cincuenta tiendas y de numerosos asesinatos, habiendo sido las víctimas principales los judíos. El número de muertos pasa de cien, el de heridos excede de trescientos y el de los detenidos asciende á algunos centenares.

Pocos días después, el nuevo gobernador de Polonia, el general Skanlof, tomaba posesión de su cargo y publicaba un bando en el que se leían, entre otros, los siguientes párrafos:

«Con gran sentimiento, hállome enfrente de actos de violencia de los cuales han sido víctimas honrados y celosos funcionarios. Los desórdenes de esos últimos días, que han costado la vida á tantas personas, y las agresiones contra los encargados de velar por el orden público y contra las tropas leales, causan profunda indignación. Ciudadanos, ¿dónde y cuándo pueden hallarse en la historia de la humanidad ejemplos de profetas y de reformadores que instiguen á los atentados y á los asesinatos con el fin de conducir de nuevo á la descaminada sociedad por el camino recto? No es oponiéndose á las leyes, sino denunciando enérgicamente y sin temor los delitos y dando ejemplo de sangre fría, opuesta á la agitación y á la licencia, como se reconduce á los pueblos á la razón. Predicar con las armas en la mano no puede producir nada bueno. Al lado de los que hacen una propoganda criminal hay una muchedumbre de malhechores cada vez más numerosa que engaña al pueblo, conspira contra su prosperidad y prepara la ruina de la obra legalmente concebida.

»¡Ciudadanos! A vosotros invito para trabajar enérgicamente y de común acuerdo para restablecer la calma en nuestra ciudad desolada. ¡Que la voz de la verdad vibre, pues, en vuestros oídos! ¡Que esa voz hable á la conciencia de todos! Trabajad con todas vuestras fuerzas para que Siedlce, hasta hace poco pacífica y trabajadora, no parezca una cárcel vigilada por las tropas ó un cuartel vigilado por el enemigo.»

Los judíos de Siedlce, por su parte, han enviado al Comité de la Asociación hebrea inglesa una protesta solicitando la pronta intervención de sus correligionarios extranjeros á fin de evitar que sean juzgadas por los consejos de guerra y quizás condenadas á muerte más de doscientas personas que han sido arrestadas arbitrariamente y sin razón alguna. Temen, y la experiencia demuestra que sus temores no son injustificados, que después de haber sido los que han sufrido más en las matanzas y saqueos, ahora se les haga principales responsables de sucesos de los cuales han resultado ser las principales víctimas, como antes decimos.—R.



MONUMENTO Á GOETHE

EN FRANZENSBAD

El día 9 de septiembre último inauguróse en la ciudad bohemia de Franzensbad el monumento á Goethe que en la siguiente página reproducimos y que por su composición, por su distribución arquitectónica, por la elección de los materiales y por lo pintoresco del sitio en que ha sido erigido produce en el ánimo de quien lo contempla una impresión gratísima.

Un gran bloque de piedra que constituye el cuerpo central ostenta en su parte superior la cabeza de Goethe en bronce y de un tamaño cuatro veces mayor que el natural, y escrito en letras de oro, el nombre del poeta. Debajo de la inscripción brotan dos chorros de agua que caen en un amplio estanque. A cada lado se ve una figura en mármol de Carrara: la de la derecha representa la Verdad; la de la izquierda, la Belleza. En las paredes de los cuerpos laterales, que son de granito rojo, se destacan dos grandes relieves también de mármol de Carrara: la Lírica y el Drama.

El monumento, que tiene ocho metros de ancho por cuatro de alto, es obra del notable escultor austriaco Carlos Wilfert.

La idea de erigir en Fanzensbad un monumento al autor inmortal de *Fausto* data de 1883, pero durante muchos años nada se hizo para realizarla. Al actual burgomaestre, el consejero imperial Gustavo Wiedermann, y á la «Sociedad para el Fomento de la Ciencia, de la Literatura y del Arte alemanes en Bohemia,» de Praga, se debe que el laudable pensamiento se haya finalmente llevado á cabo.—S.



La revolución en Rusia. – Las matanzas de Siedlce. Grupos de judíos que han quedado sin hogar (De fotografía de E. Frankl, de Berlín.)

PARÍS. - EL NUEVO HIPÓDROMO DE TREMBLAY

En una época en que los hipódromos franceses parecen haber alcanzado el máximo de su perfeccionamiento, no era fácil cosa crear uno más que ofreciera cierto carácter de novedad; sin embargo, ese problema difícil ha sido resuelto por la «Sociedad del Sport de Francia.»

Los antiguos hipódromos que vieron el nacimiento de una institución cuyos modestos comienzos no dejaban prever el grado de prosperidad y de riqueza que actualmente han logrado, han sufrido una transformación radical de cincuenta años á esta parte; y mientras en otros países los campos de carreras hípicas semejan vastos campos de feria de los que están totalmente excluídos el gusto y la elegancia, la tendencia de los franceses es de convertir los hipódromos en deliciosos jardines y substituir las primitivas instalaciones por cómodas y espléndidas tribunas, algunas de las cuales son verdaderos monumentos. La reputación de elegancia de los hipódromos parisienses es universal, y además de la parte técnica, cuyo gran valor reconocen los deportistas del mundo entero, la parte mundana no es ciertamente una de las causas menos principales del éxito de las reuniones hípicas de la capital de Francia.

La «Sociedad del Sport de Francia,» que se sentía demasiado estrecha en el hipódromo de Colombes, en donde la mala conformación de las pistas no consentía la creación de pruebas sensacionales, ha fundado en Tremblay, es decir, á las puertas mismas de París, un hipódromo que responde en absoluto á las exigencias modernas. M. Raquin, el arquitecto de la Sociedad, ha comprendido perfectamente la idea de los comisarios, y siguiendo las indicaciones de éstos, ha construído un hipódromo que, en concepto de los inteligentes, no tiene pero. La tribuna, sencilla, sin pretensiones arquitectónicas, es elegante y esbelta; el *pesage* se extiende hasta las orillas del Marne, en un paisaje encantador, y todas las dependencias de este último local están perfectamente entendidas, mereciendo especial mención el buffet.

Hacia el lado del *paddock* se han construído cómodas cuadras.

Las pistas son hermosas y la *pelouse* destinada al público está formada por una serie de bancales superpuestos que permiten á los espectadores situados en esta parte del hipódromo abarcar con la vista todo el campo y seguir sin molestia todos los incidentes de las carreras.

El día de la inauguración el ministro de Agricultura visitó detenidamente las instalaciones del nuevo hipódromo y felicitó calurosamente al presidente de la sociedad, conde de Greffulhe, distribuyendo además algunas condecoraciones entre distintos miembros de la misma.

Las primeras carreras celebradas en el nuevo hipódromo han resultado animadísimas; una concurrencia tan numerosa como selecta llenaba las espaciosas tribunas, abundando en éstas las elegantes *toilettes* de las señoras de la alta sociedad. El público era también numerosísimo.

El programa de la sesión inaugural comprendía seis carreras, de las cuales la más interesante fué la del premio de inauguración, de 20.000 francos, que ganó el caballo *Punta Gorda,* propiedad de M. Lieux.

Los deportistas franceses han renovado, con motivo de la inauguración del nuevo hipódromo, sus quejas contra la disposición gubernativa dictada no hace mucho tiempo y por la cual no se autorizan en las carreras de caballos más apuestas que las llamadas mutuas. A esta prohibición atribuyen muchos la depreciación que se observa en las ventas públicas de los caballos.

La verdad es que si en todas las naciones se hiciese lo mismo, no se pagarían por ciertos ejemplares los precios fabulosos que en algunas se pagan con la esperanza de ganar en las carreras sumas enormes; pero, en cambio, esa limitación del juego acaso sería beneficiosa bajo otros muchos conceptos.—T.



Franzensbad (Bohemia).—Monumento á Goethe recientemente inaugurado, obra de Carlos Wilfert



PARÍS. - EL NUEVO HIPÓDROMO DE TREMBLAY, CONSTRUÍDO POR LA SOCIEDAD DEL SPORT DE FRANCIA É INAUGURADO EL DÍA 19 DE SEPTIEMBRE ÚLTIMO

(De fotografía de M. Rol y C.ª)



RECUERDO DE AMOR, cuadro de R. Hope



LEDA, cuadro de F. Zmurko



SAN SEBASTIÁN. – CONCURSO HÍPICO

SAN SEBASTIÁN. – CONCURSO HÍPICO. REGATAS

Con gran animación se han celebrado en la capital donostiarra el concurso hípico y las regatas que han puesto digno remate á los festejos allí organizados en honor de los veraneantes y á cuyo mayor lucimiento ha contribuído en gran modo la presencia de la familia real.

En el concurso hípico hubo carreras para todos los gustos, en las que se disputaron la gran copa del rey, valiosos objetos artísticos regalados por los infantes, la copa de San Sebastián, el campeonato del salto de altura, la copa de la marquesa de Squilache y otros varios premios. Entre los jinetes vencedores mencionaremos al conde de Torre Palma, al duque de Andría, al capitán de artillería francés M. Crousse, al vizconde de Monfort, y á los Sres. Santibáñez, Loewenstein, Paloming, Plandolit, Balmosi, Haentjens y Gómez Acebo.

Las regatas ofrecieron la particularidad de que los balandros que en ellas tomaron parte iban patroneados por señoritas. Los premios se adjudicaron en la forma siguiente: el de honor, copa de S. A. la infanta D.ª María Teresa, al balandro *Gorri*, patroneado por la señorita Angela Vivar; el segundo, alfiler de oro y brillantes, regalo de la duquesa de Bailén, al balandro *¡Olé!*, patroneado por la señorita Clara Pardiñas; y el tercero, medalla de oro del Club de San Sebastián, al balandro *Anufa*, patroneado por la señorita Concepción Eloisegui. Además se concedió fuera de concurso un premio al balandro *Reina Victoria*, que patroneaba la señorita Rosa Martínez de Irujo.

EL NUEVO GENERAL DE LOS JESUITAS

El P. Wernz, recientemente elegido general de los jesuítas, nació en Rottweil (Wurtemberg) en 4 de diciembre de 1842 y á la edad de quince años entró en la Compañía de Jesús. En 1862 era profesor en el colegio de la orden de Feldkirch, y apenas ordenado sacerdote fué nombrado catedrático de derecho canónico en Ditton-Hall. En 1883 confiósele una cátedra en el Colegio Romano, siendo en 1894 elevado á la dignidad de rector del mismo, y desempeñando al propio tiempo otra cátedra en el Colegio Gregoriano, fundado en Roma por San Ignacio de Loyola en 1570.



EL P. FRANCISCO JAVIER WERNZ, nuevo general de los jesuítas. (De fotografía.)

El P. Wernz, por su profunda y vasta cultura y por su fino trato se había captado las simpatías de León XIII, que le había llamado para formar parte, en calidad de consultor, de las congregaciones de la Santa Romana Inquisición, de la del Concilio y de la especial para la revisión de los Concilios provinciales. Pío X le nombró el año pasado consultor de la Congregación de los asuntos eclesiásticos extraordinarios, que es la que se ocupa especialmente de todas las cuestiones políticas.

Tiene escritos cuatro tomos con el título de *Jus decretalium*, y aunque no es del todo contrario al progreso y á las ideas modernas, no transige con nada que se oponga á la supremacía de la Iglesia. «El Estado, dice en su citada obra, está subordinado á la potestad jurisdiccional de la Iglesia, en virtud de la cual el poder civil viene sometido al eclesiástico y le debe obediencia. Esta subordinación es indirecta, pero no sólo negativa en cuanto el poder civil, aun dentro de su propia esfera, nada puede hacer que, en concepto de la Iglesia, redunde en daño de ésta, sino ademas positiva, de suerte que el Estado ha de contribuir, cumpliendo el mandato de la Iglesia, al provecho y beneficio de la misma.»

Desde hacía mucho tiempo, el P. Wernz era siempre consultado en los más graves asuntos de la orden y fué un auxiliar valiosísimo del último general, el P. Martín.

Es el vigésimo segundo general de la Compañía, y en su elección ha influído poderosamente, según se dice, el emperador Guillermo II de Alemania.

FIESTA A LA MEMORIA DE BALMES

El día 24 de septiembre último efectuóse en una casa de campo situada entre San Felío de Codinas y Caldas de Montbuy (Barcelona) la ceremonia de inaugurar una lápida conmemorativa de que en aquella *masía* llamada *Prat de Dalt* escribió el gran filósofo catalán Jaime Balmes su inmortal libro *El Criterio*. Al acto asistieron los Ayuntamientos de Vich, Caldas y San Felío de Codinas, muchas representaciones de entidades importantes y numeroso público.

La casa, propiedad hoy de D. Salvador Boquet, hallábase adornada con damascos, banderas y ramaje, y en su balcón principal ondeaban varios estandartes de sociedades, entre ellos el de «*Catalunya Vella*,» de Vich, iniciadora del pensamiento.

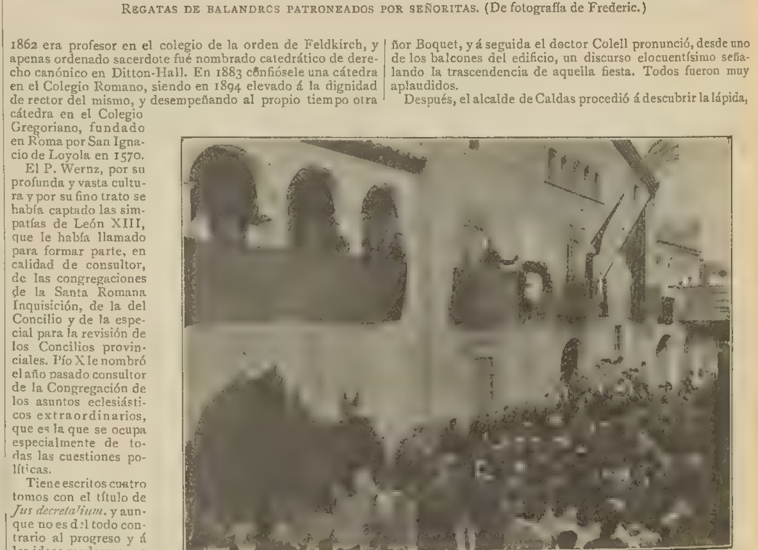
D. Luis B. Nadal dió lectura del acta explicativa de cómo había surgido y cómo se había desarrollado la idea que en aquel momento se llevaba á cabo; ese documento estaba impreso en letra gótica y á varios colores en elegante pergamino.

Dijeron luego sentidas palabras el alcalde de Vich y el señor Boquet, y á seguida el doctor Colell pronunció, desde uno de los balcones del edificio, un discurso elocuentísimo señalando la trascendencia de aquella fiesta. Todos fueron muy aplaudidos.



REGATAS DE BALANDROS PATRONEADOS POR SEÑORITAS. (De fotografía de Frederic.)

Después, el alcalde de Caldas procedió á descubrir la lápida, que apareció rodeada de palmas y de laureles: es de mármol blanco con cuatro clavos de bronce y en ella se lee, escrito en catalán y en caracteres romanos, «En el año MDCCCXLII, retirado en esta casa á causa de las turbulencias de Barcelona, el Dr. D. Jaime Balmes escribió su famoso libro *El Criterio*.»



CASA PRAT DE DALT (BARCELONA). – Inauguración de la lápida conmemorativa de que en aquella casa escribió Balmes su obra «El Criterio.» (De fotografía de Heliodoro González García.)

Fué una ceremonia solemne, y cuantos á ella contribuyeron merecen entusiastas elogios, especialmente la citada entidad «*Catalunya Vella*,» á cuya iniciativa se debe ese homenaje á una de nuestras más grandes y más legítimas glorias.

Espectáculos. — BARCELONA. — En el Principal se ha inaugurado la temporada de los Espectáculos y Audiciones Graner, habiéndose estrenado con gran éxito *Nit de Reis*, cuento en dos actos, letra de Apeles Mestres, música del maestro Morera y decorado de Moragas y Alarma, y *Dama d'Aragó*, visión musical en tres cuadros, letra de José Morató, música del maestro Esquerra y decorado de Federico Brunet.

LA FUERZA DEL PASADO

NOVELA ORIGINAL DE DANIEL LESUEUR.—ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)

—¿Pero qué tiene?

—No se sabe exactamente.

—¿Puede ser transportado aquí?

—No en seguida. Si desea usted verle, el automóvil le llevará en menos de una hora. He venido con un joven, Máximo Tournet, hermano del dueño de la casa donde está Gerardo, y que se pone, con su coche, á la disposición de usted.

—¡Cómo! Es mucha amabilidad... ¿Dónde está ese caballero? Que le hagan entrar..., dijo el conde con una cortesía que predominaba en seguida en aquel perfecto caballero.

Las salas y los vestíbulos sonoros se llenaron de idas y venidas inusitadas. Arriba, crecía la ansiedad de las dos mujeres, que pronto supieron á qué atenerse. La primera exclamación de Cristiana fué:

—Roberta... Francisco... ¿Dónde están?

Porque su terror era que en medio de la confusión general y por la indiscreción de algún criado, los pobres niños oyesen algo de la horrible noticia. Apenas se había conseguido tenerlos en la ignorancia respecto de su madre... y su desgracia se duplicaba espantosamente. Pero no estaban en edad de conocerla.

Su impulso por los pequeños la salvaba también de estar en presencia de Antonio. Cristiana se reprochaba el tener interés en esa presencia, cuando debiera ocuparse solamente de la catástrofe que la ocasionaba.

Aquella mezcla de emociones, por otra parte, una sola de las cuales bastaba para alterar el corazón de una joven, acabó con los ánimos de ésta. En cuanto se encontró sola en el cuarto de los niños, entre ellos y miss Gertie, se desmayó. La inglesa le prodigó sus cuidados, ayudada por una doncella, mientras los niños, llenos de inquietud, preguntaban:

—¿Por qué cierra los ojos la tía Cristiana? No va á dormir de día como nosotros, porque es demasiado grande. ¿Es que tiene pupa?

Una hora después, sonó otra vez la campana en Feuilleres, pero otra más modesta y colocada, no en la torre como la otra, sino en el ángulo de un balcón en la parte habitada. Muy burguesamente, anunciaba la comida.

Cristiana la oyó desde el mismo sitio en que estaba y donde poco á poco se había repuesto, preocupada en seguida por aquellos dos niños á quienes se debía más que nunca. Los pequeños estaban aprendiendo á quererla, acaso más de lo que hubieran querido á su propia madre, pues Antonieta, absorbida por mil obligaciones mundanas, vivía lejos de ellos. Pero aquí, en esta austera y grande morada, donde, sin embargo, había tanto espacio para jugar y unos jardines tan bonitos, el único puesto caldeado en que los niños podían refugiarse, entre dos viejos y una fría anglosajona, era el corazón de la tía Cristiana.

—¿Es el primer toque para la comida, miss Gertie?, preguntó la joven. Voy á prepararme. Pero, añadió ocurriéndosele una idea, creí que mi padre iba á salir. Si mi madre se ha quedado sola, ¿por qué no ha venido con nosotras?



Roberta, loca de placer, se aturdía con sus gritos y corría en círculo alrededor del palo...

Cristiana tuvo la explicación de este pequeño enigma cuando bajó al comedor, después de un rápido arreglo de su traje y de su cabello.

Aquella gran pieza, con sus maderas de caoba, sus tapices del siglo último, su gran araña de cobre y su mesa un poco grande para la intimidad, no tenía nada de feudal. Cuatro altas puertas vidrieras daban á una escalinata, y más allá se veía un jardín, cuyos cuadros de boj recortado constituían una decoración deliciosamente vieja y amanerada en aquel ángulo del gran parque. La señora de Feuilleres le llamaba la Estufa, á causa de unos cuantos arbolillos puestos en cajones verdes que se alineaban allí durante la buena estación.

Cristiana no vió á nadie al entrar. En la mesa había tres cubiertos; pero uno estaba destinado á un extraño, pues notó una servilleta doblada en forma de mitra, en vez del antiguo servilletero de plata de su padre.

Casi en seguida, y viniendo de fuera, donde persistía un poco de claridad diurna, apareció la señora de Feuilleres con Antonio.

—Tu padre se ha marchado, dijo la condesa, y no volverá, sin duda, esta noche. Todo depende del estado en que se encuentre ese pobre Sebourg. El Sr. Le Bray tiene la bondad de quedarse aquí; pero temo, añadió con una débil sonrisa, que sea porque no puede hacer otra cosa que quedarse.

Cristiana hizo una ligera inclinación de saludo ó de asentimiento, sin atreverse á mirar al joven por miedo de encontrarse con la mirada de éste.

Antonio dijo:

—Espero que su señora madre de usted no persistirá en esa idea. La verdad es, sin embargo, que la imposibilidad de estar al lado de un amigo siempre querido, pero que no puede soportar el verme, unida á mi deseo de estar cerca de él, explican mi indiscreción y la amable violencia que me han hecho sus padres de usted.

El joven explicó además:

—Si la desgracia quisiese que la herida de Gerardo fuese mortal y él consintiese en verme, creo que, antes de morir, podría ayudarle mucho moralmente. Por eso no quiero alejarme.

Mientras Antonio hablaba, los tres se sentaron. La gran lámpara colgada los envolvía en un círculo de claridad. Por las ventanas abiertas, se veía fuera el crepúsculo verde y oro en el jardín á la francesa, en el que se destacaban los bosquecillos negros. Todo el silencio de la noche, del vasto parque y del pesado castillo lleno de secretos, se estrechaba alrededor de ellos hasta pesar sobre sus corazones. Los tres tenían para reunirlos ese lazo que liga tan fuerte: una tristeza trágica y común. Nunca Antonio, en su vida de artista y de parisiense, había sentido nada análogo á aquella hora extraña que estaba atravesando. El, á su vez, no se atrevía á mirar á Cristiana; y sin embargo, apenas se habían sentado el uno enfrente del otro, sus ojos se encontraron.

VI

Por el lado opuesto á la fachada, el castillo de Feuilleres domina al valle del Tarn. El parque desciende hasta la orilla del río, en el que los castellanos tienen derecho de pesca, último vestigio de sus derechos señoriales, y todavía porque pagan la contribución.

Un capricho del terreno da una belleza particular á la finca. La cuesta no empieza hasta ciento cincuenta metros después de la vivienda, y en esos ciento cincuenta metros, á un lado y á otro de una ancha explanada, se extienden dos filas de olmos centenarios á lo largo de una pradera rectilínea semejante al tapete verde de Versailles. Más allá y hasta la orilla,

bajan varias hectáreas de hermosas arboledas, á las que la mano del hombre no toca más que para hacer las cortas indispensables para las profundas chimeneas del castillo.

Hacía unos días que Antonio llevaba allí una vida nueva para él, en aquella naturaleza á la vez agreste y llena de un inolvidable pasado humano, al abrigo de la noble y tranquila morada y cerca de aquella familia que variaba tan completamente sus relaciones parisienses. Podía saborear esa existencia é interrogarse á su gusto sobre las correspondencias secretas que despertaba en su carácter y en sus sentimientos, pues la alarma causada por la herida de Gerardo no había durado. Sebourg viviría, el estado de postración del que se había creído que el enfermo no saldría, se había transformado en una fiebre cerebral, y á una inercia que parecía la de la muerte, había sucedido la violencia del delirio. Sin embargo, los fenómenos temibles se atenuaban y los médicos respondían de la curación. Había también la fractura de la clavícula, que había complicado las cosas, sobre todo durante la agitación febril, pero esto no ofrecía ningún peligro.

Gerardo iba á ser transportado al castillo de Feuilleres y el conde esperaba con impaciencia que los médicos diesen la autorización, pues soportaba mal la idea de la obligación en que quedaría su familia respecto de los extraños que habían recogido y cuidado á su yerno. La escasa afección que éste le inspiraba hacía más pesada la carga moral; el anciano, sin embargo, la consideraba como hombre galante y hacía justicia á unas personas delicadas que no querían oir hablar de agradecimiento.

La próxima llegada á Feuilleres de su antiguo amigo iba á desterrar á Antonio de allí. Sin insistir mucho en su enfado con Gerardo, que nadie ignoraba en el castillo, el arquitecto pretextaba sus trabajos para renunciar á la dulzura de una estancia que ya se acusaba de prolongar demasiado.

Ante la necesidad indiscutible, los señores de Feuilleres no insistieron en demostrar al joven la poca urgencia de los trabajos que le servían de pretexto. Su principal ocupación era, en efecto, restituir á Otheval el aspecto que aquella magnífica morada presentaba cuando fué construída en tiempo de los Valois; pero la muerte del propietario suspendía por el momento tales propósitos. Antonio había enviado el pésame á la joven viuda y una excusa para no asistir al entierro. En el mismo día de la ceremonia había aumentado el peligro de Gerardo, y un deber, acerca del cual el arquitecto no se explicaba, le retenía cerca de su amigo moribundo. En la hora suprema podría renunciar al silencio que había torturado al marido de Antonieta.

—Por otra parte, dijo Antonio al Sr. de Feuilleres, hubiera encontrado un pretexto para no dar á la viuda consuelos que me hubieran ruborizado como una mentira. Hubiera soportado mal el ver los desmayos y las lágrimas que seguramente ha dado como espectáculo á los que la rodean y que venían sin que ella se diese cuenta de ello. Lo peor en tales naturalezas es que se engañan ellas mismas con la comedia que representan para los demás; no se sabe dónde empieza ni dónde acaba la sinceridad en esas mujeres peligrosas á quienes los nervios transforman según las impresiones y las circunstancias. Francisca no amaba á su marido y le engañó notoriamente y en varias ocasiones. Acaso está ya pensando en los brillantes partidos que le atraerá su inmensa fortuna, en la excitación de los homenajes y de las intrigas y en la elección final. Y, sin embargo, llora acaso con verdaderas lágrimas al hombre que ha perdido y al que se puede decir que ha matado.

—¿La supone usted, en efecto, la causa de ese drama?, preguntó el conde.

Y añadió muy bajo, pensando en la funesta cacería que costó la vida á su hija mayor: «como del otro.»

Pero estaba resuelto á no juzgar, á no hablar, á no agitar esos problemas, ni aun con aquel joven que iba ganando todos los días en su confianza, y se apresuró á concluir:

—De todos modos, debió de pasar un terrible momento mientras los automóviles de esos locos se precipitaban por su culpa hacia no se sabe qué abominación. Si eso no es un castigo, ¿cómo será preciso que tenga el corazón?.. Déjeme usted pensar que ha sufrido, aunque no haya sido más que el horror físico...

Aunque se puede creer otra cosa, aquel tema de conversación se agotaba pronto entre los dos hombres. Ninguno de los dos quería profundizarlo. Cuando Gerardo estuvo fuera de peligro y cesaron las idas y venidas entre Feuilleres y la casa hospitalaria en que yacía el pobre hombre, un asunto muy diferente alimentó sus conversaciones. El tema era el pintoresco castillo, medio arruinado y tan querido para el corazón del conde. Tener allí, á la mano, un arquitecto enamorado de su arte, experto en arqueología y fanático por los monumentos de la antigua Francia, ó que acababa de sentir nacer en él ese fanatismo, era para el anciano aristócrata un goce inefable. No tenía él los millones de los Valtín, que permitían á aquellos advenedizos, por vanidad y sin comprender las divinas gracias de la piedra, encargar la resurrección de un edificio histórico como encargaban sus retratos al pintor que los hace más caros ó como compraban un yate. El conde no hubiera jamás llamado á un profesional por temor de las tentaciones imposibles. Pero ya que la casualidad le llevaba uno, ¿cómo no gozar de aquel entusiasmo inteligente y no embriagarse de orgullo y de ensueños? Le hizo visitar todo, hasta los peligrosos caminos de ronda en lo alto de las torres medio derruídas, hasta los subterráneos, no menos pérfidos á causa de las filtraciones del Tarn y de los hundimientos.

Antonio le siguió pensando en Cristiana. Su fervor por las taciturnas murallas procedía de que la rudeza de las mismas premeditaba aquella flor delicada en lo más profundo del pasado. El joven se enternecía ante los negros baluartes cegados de hiedra, pensando que protegieron contra mil asaltos á las delicadas castellanas abuelas de aquella encantadora criatura; contemplaba largo tiempo las fachadas y comentaba la fusión de los estilos, tomando sin querer un aspecto de importancia y de sagacidad, porque detrás de todas las ventanas desiguales había, acaso, una punta de cortina levantada, de la que bajaba hasta él la atenta mirada de los hermosos ojos negros. A veces imaginaba demasiado vivamente aquella mirada, y se estremecía, con el corazón palpitante y la voz conmovida.

Pero lo que Antonio prefería era el gran parque abandonado, de paseos obstruídos por las ramas, en el que las piernas un poco anquilosadas del anciano no le acompañaban lejos, y donde encontraba á veces á Cristiana sola con sus sobrinitos.

La joven, por otra parte, no manifestaba el menor embarazo en aquellas entrevistas. Sin embargo, ella no buscaba á Antonio; perfectamente natural en todos sus actos y en todos sus ademanes, tenía una reserva tan discreta, que no se veían en ella ni la torpeza ni el susto con que creen afirmarse los pudores poco sinceros. Sus padres, lo mismo que ella, no se cuidaban de esas vigilancias, buenas para las virginidades frágiles ó para aquellas á quienes se quiere hacer valer artificiosamente. Los señores de Feuilleres encontraban muy natural que su hija tuviese más que decir que ellos á un joven á quien había conocido anteriormente durante sus estancias en París y con el cual tenía muchos recuerdos comunes, en los que aparecían su hermana muerta y sus alegres expediciones de otro tiempo. No habían necesitado observar mucho á Antonio al lado de Cristiana para apreciar su perfecto comportamiento y el respeto más bien exagerado de que la rodeaba, respeto de sentimiento más que de modales, algo involuntario y profundo, enteramente incompatible con la impertinencia de un noviazgo.

El día antes de aquel en que debía salir de Feuilleres, Antonio, después de escribir unas cartas en su cuarto, salió para reunirse con el dueño de la casa. El conde le había advertido que le encontraría pescando en la balsa. Esta balsa, colocada en unos pies derechos y abrigada por un toldo de lienzo, en la orilla del Tarn, era un lugar de delicias para el general. Como la edad le prohibía ejercicios más animados, había tomado el gusto á la pesca con caña.

Antonio salió tranquilamente y resuelto á aprovechar aquel paseo solitario para recoger y condensar por última vez todos los aspectos y todas las impresiones de aquellos días de retiro que habían sido los más felices de su vida. No había necesidad de apresurarse, pues el Sr. de Feuilleres, preocupado con sus peces, olvidaba las horas y no necesitaba compañía.

A través de los nuevos y ligeros verdores se diseminaba la dulzura luminosa de una tarde de mayo, y la flexibilidad y la frescura de las hojas jóvenes, penetradas de sol, encantaban los ojos. En la larga pradera que Antonio seguía, las hierbas y las gramíneas, ya altas, daban ganas de cogerlas con las manos ó de revolcarse en su masa undulante. Su caricia viviente era tentadora como la de un lago perfumado.

Llegaba el joven al extremo de la calle é iba á meterse por uno de los paseos en cuesta que llegan hasta el río, cuando oyó á su izquierda risas y voces, y, casi en seguida, una exclamación de susto. Entró de prisa en la espesura, luchó un instante para separar las vigorosas ramas, y encontró por fin la salida hacia una plazoleta.

Allí, en una pradera en miniatura, la jaca Cabri, atada á un palo con una correa de cinco á seis metros, estaba jugueteando, y en aquel momento tenía una compañera de juego. Antonio se hubiera divertido con la linda escena, si no hubiera visto en seguida la cara ansiosa con que Cristiana observaba la imprudente desobediencia de su sobrina.

—¡Roberta!, mandaba Cristiana, deja eso... Ven aquí al instante.

Roberta de Sebourg no obedeció el mandato. Era una niña de cinco años, pero que representaba más bien siete; se parecía á su padre, con su cabello corto y rizado de un rubio obscuro, sus ojos de pizarra y sus facciones de infantil estatua romana. Voluntariosa, intrépida y aficionada á los juegos en que se corre el riesgo de romperse las narices, se parecía en todo á Gerardo, el cual estaba por eso loco con su hija y la prefería al tierno Francisco, mucho más femenino que ella y el vivo retrato de la pobre Antonieta.

—Roberta, ¿me oyes?.., repitió la joven.

No era muy seguro que la niña la oyese. Roberta, loca de placer, se aturdía con sus gritos y corría en círculo alrededor del palo á que estaba atada Cabri; y el caballejo, no menos excitado, la perseguía. Era un gracioso animal, listo y juguetón como la niña; su espesa crin negra ocultaba á medias su cabeza maligna y se enmarañaba sobre sus brillantes ojos. Enredábase su cola en las recias hierbas y el animal botaba sobre sus finas herraduras como sobre un suelo elástico. Pero, cuando se ponía de manos, su caída podía ser peligrosa hasta para una persona mayor.

—El caballo no tiene mala intención, explicó Cristiana cuando vió aparecer á Antonio; conoce bien á Roberta, pero estas jacas son muy caprichosas, y como se pone nerviosa, podría atropellarla ó morderla.

La tía se adelantó para interrumpir por fuerza el juego, puesto que no podía hacerse escuchar. Pero, antes de que fuese posible su intervención, el caballo alcanzó á la niña, la tiró al suelo de un topetazo y empezó á mordisquear y sacudir su faldita como un perrillo sacude una muñeca de trapo. Roberta se reía más fuerte.

Antonio dió un salto. Con un fuerte manotón en las narices, hizo soltar su presa á Cabri, y en seguida cogió en brazos á la niña. La jaca tiró de la correa, se puso de manos y relinchó con cólera. Roberta, no menos furiosa, empezó á dar golpes con sus minúsculos puños en el hombro de Antonio mientras éste la llevaba á su tía.

—¡Oh! Roberta, qué pena me has dado... ¿Qué voy á decir á papá, que está tan enfermo, cuando me pregunte si su hijita ha sido buena?

La fisonomía de Roberta se llenó de gravedad. Ya en pie, con los rizos caídos por la frente bajo una cinta que la agitación había colocado en forma de diadema, con su cara de óvalo corto, sus grandes ojos y su nariz recta y pequeña, la niña tenía el aspecto de una dura princesita bizantina.

Iba, acaso, á producirse en ella algún cariñoso arrepentimiento. Pero Antonio se permitió defenderla:

—Perdónela usted; estoy seguro de que no lo volverá á hacer.

Y la niña le lanzó una mirada de enfado y se encerró en su dignidad.

En esto apareció miss Gertie, la institutriz, muy sofocada y arrastrando á Francisco de la mano.

—¿Qué pasa?, preguntó en inglés.

Cristiana, á pesar de su dulzura habitual, respondió un poco vivamente en la misma lengua. Antonio, que la comprendía mal, distinguió sin embargo la amonestación. Los niños no estaban bastante vigilados, observaba Cristiana; si ella no hubiera estado allí por casualidad, hubiera sucedido á Roberta un accidente grave. Era como el otro día, cuando se encontró con la terrible niña, no ya jugando con la jaca, sino montada en ella á horcajadas y galopando por el parque.

—¿Y qué inconveniente hay en eso?, respondió plácidamente la inglesa, disculpándose en su mal francés para hacerse un aliado de Antonio. ¿Cómo van á tener los niños el sentimiento del peligro y de la responsabilidad; cómo se harán diestros y tendrán iniciativa si se les sujeta siempre por la brida?

Antonio no pudo menos de echarse á reir.

—Ahí tiene usted la educación anglosajona...

—Por eso, dijo Cristiana, los niños ingleses, en el colegio, se ahogan, se rompen la cabeza ó expiran de cansancio durante los juegos. Los hay que mueren de eso y los periódicos no lo ocultan.

—Son los más débiles, respondió tranquilamente miss Gertie. Los que quedan son así tanto más fuertes. En Inglaterra hay siempre bastantes niños.

Esta vez, también Cristiana soltó la carcajada.

—Aquí no tenemos más que dos, dijo, y queremos guardarlos. Trate usted de conservar sus miembros intactos, miss Gertie.

—*I love them, the darlinges,* dijo la extranjera, desenfadándose de pronto y envolviendo á los dos pequeños con sus largos brazos.

Cristiana se volvió hacia Antonio.

—Usted iba á buscar á mi padre. Yo voy también, dijo con una gracia que parecía excusarse de aquella pequeña escena de familia.

Los dos jóvenes se alejaron juntos. En lugar de cortar por veredas, como lo hubiesen hecho separadamente, tomaron el paseo cuya vuelta se prolongaba en dulce pendiente. La hierba le invadía en sus tres cuartas partes; amarillas ó blancas estrellitas y preciosas violetas pálidas se ofrecían á granel hasta bajo sus pies, y algunos árboles, medio desarraigados por los hundimientos del terreno, se inclinaban hacia ellos en lo alto de las laderas. A veces, por los claros de la enramada aparecía el agua del Tarn, francamente azul desde aquella altura, bajo el reflejo del cielo. Y por todas partes, en el aire silencioso, palpitaban las hojas nuevas, todavía no obscurecidas por el viento y el polvo, más lisas, más transparentes y más ingenuas que párpados de niño.

Cristiana y Antonio iban hablando, y sus palabras lentas llenas de sus almas, rebosaban del uno sobre el otro y penetraban en ellos con ecos infinitos. Como escrupulosos que eran, ponían una ardiente conciencia en esta mutua revelación. Ninguna declaración de amor les hubiera hecho más conmovedora ni más segura la convicción de que sus dos pensamientos como sus dos existencias no podían ya esperar la felicidad si no la realizaban juntos.

Sin embargo, aquellos dos seres, hechos para comprenderse, no hablaban el mismo lenguaje; en el fondo íntimo de su naturaleza, compuesta de sentimientos muy parecidos, diversas educaciones y tradiciones habían elevado mil complicados parapetos que les impedían verse como eran realmente. Los dos se creían á gran distancia moral, siendo así que sólo meras fórmulas separaban sus dos personalidades de generosos impulsos.

—Una cosa me ha disgustado, decía Cristiana; y es que, el domingo último, se negó usted á acompañarnos á misa. Que no crea usted, puede pasar; no es, sin duda, por su culpa. ¿Pero es usted uno de esos espíritus estrechos que llevan el odio á la religión y el orgullo del libre pensamiento hasta negarse á entrar en una iglesia? ¡Si supiera usted qué modesta es la de nuestra aldea de Feuilleres!.. Ese templo rústico de cándidas imágenes no podría nada contra la altiva razón de usted... Y yo hubiera querido tanto verle allí á mi lado...

¿Podía decir mejor que le amaba y que á la hora del sacrificio divino su preocupación había sido entera para él? Antonio experimentó al oirla una turbación deliciosa. Acaso hubiera preferido dejar exhalarse su alegría y su agradecimiento mejor que meterse en sutiles nociones metafísicas; pero también en esto tenía que expresar algo que tradujera su entusiasmo y su ternura.

—Con cualquiera otra hubiera entrado en la iglesia, Cristiana, y hubiera estado allí como en paseo; hasta hubiera, acaso, saboreado cierta dulce emoción mística en aquel pobre santuario, porque adoro las iglesias de pueblo; pero con usted me estaba prohibido.

—¿Por qué?, preguntó la joven asombrada.

—Porque hubiera usted podido engañarse sobre el sentido de mi acción. Debo á usted la verdad sobre mi persona, y no podía tomar á su lado la actitud de la oración si no oraba realmente.

Cristiana, á su vez, sintió el gran aliento que hace temblar de alegría á los corazones. ¿De dónde venía aquel cuidado de Antonio, dedicado exclusivamente á ella, sino de que la amaba? Y este amor tomaba la forma conmovedora que debía interesar á su sensibilidad... Aquella joven, que llevaba en el alma el ideal doloroso de una raza y todas las profundas voces de aquel antiguo castillo y de aquel parque solitario, no podía ser amada como aquellas á quienes se corteja en el baile, en el *tennis* ó en el *five o'clock* de los hoteles de *tziganes*.

Cristiana levantó los ojos, y al encontrar la mirada de Antonio experimentó una sensación inefable; pero se apoderó de ella el hermoso tormento que daba á su amistad una espiritualidad rara y como la ansiedad de lo imposible. La joven siguió diciendo:

—Si todos los hombres que participan de su escepticismo tuvieran la misma sinceridad que usted, ¿cuántos se atreverían á cometer el acto de abominable engaño que ha llegado á ser el matrimonio religioso? ¿Ha reflexionado usted esto? Una joven se arrodilla al lado del hombre que se convierte en su esposo; esa joven acepta un sacramento que la une para siempre, creyendo que él lo acepta del mismo modo, y sin embargo, en el hombre es aquello un vano simulacro. Su vida conyugal empieza por un error y una mentira. ¡Qué horrible cosa!

—¿Piensa usted, replicó Antonio, que la novia tiene muchas veces una fe más viva que su compañero? Si la mujer es engañada por la comedia religiosa, también lo es el hombre por la comedia de la candidez virginal. Usted no sabe lo que es la joven moderna, sobre todo en París. Usted es una joven de otro tiempo.

—¡Y habla usted tranquilamente de eso!, exclamó Cristiana.

Antonio respondió con dulzura:

—No tengo las mismas razones que usted para indignarme. Usted juzga el mundo á la medida de su sueño intacto; yo no poseo ningún criterio de ese género. Pero soy rico en lo que es el desquite de la incredulidad: una inmensa indulgencia.

—¡Cuidado! La indulgencia está tan cerca de la aceptación...

—Y la aceptación de la complicidad, añadió Antonio sonriendo. Pero usted no lo piensa en lo que me concierne.

—No, ciertamente, dijo la joven con calor. Veo muy bien que le gusta á usted la verdad tanto como á mí.

—¡Ay!, murmuró Antonio entristecido de repente. ¿Comprenderá usted alguna vez hasta qué punto mi verdad está cerca de la suya?

—Será un día la misma, estoy segura, afirmó Cristiana con extraña confianza.

Antonio la miró un poco desorientado. ¿Exigiría de él una profesión de fe católica?.. Mentir á aquella criatura leal le parecía imposible.

Cristiana se explicó, sin embargo, y el joven admiró la claridad extraordinaria de aquel noble espíritu.

Cristiana de Feuilleres, los suyos, su casa, su casta y su pasado se creían en lo cierto, no porque conservasen la fe—¿quién es dueño de tenerla?,—sino porque aceptaban las leyes de un ideal sin el cual no podía pasarse su alma. La religión cristiana ha recogido el sueño humano de moralidad, de fraternidad y de esperanza; tiene valor por lo que da, pero también por lo que exige. Mientras se acepte su poesía, hay que aceptar su regla. Todo el bien que se realiza está contenido virtualmente en ella, y sus ritos sublimes forman tan verdaderamente la dignidad de la vida, que los más escépticos no se atreven á desprenderse de ellos. Los ateos de profesión pueden exhibir una existencia desprovista de todo acto religioso, y todavía no es rigurosamente posible; se tolera esto porque es la excepción; pero generalizad de un día á otro, suprimid todo emblema, toda ceremonia, todo campanario, toda campanilla, toda oración... ¡No cabe ni pensarlo siquiera! La mente retrocede ante esa abolición de una soberana belleza, ante esa extinción de la llama primordial y ese silencio del otro mundo... ¿Cuál es, pues, la verdad?.. La verdad es guardar el yugo mientras no puede uno pasarse sin su esencia maravillosa. Hay que permanecer cristiano por las prácticas y las obras mientras las apariencias del cristianismo parezcan necesarias para la vanidad mundana y para el buen orden social. El crimen de la sociedad moderna es renegar un ideal tan superior á sus propias concepciones que solamente los vestigios de ese ideal le impiden caer en el fango de los instintos. Se encarniza contra él sin ser capaz de reemplazarle; pero, al mismo tiempo, se agarra á él porque si le rechazase por entero, no tendría más que la nada. Esa sociedad está saturada de falta de lógica y de mentira.

—Nosotros, franceses de la antigua Francia católica, añadió Cristiana, pensamos, acaso, falsedades, pero vivimos verdades, y de estas verdades es de lo que hablaba á usted hace un momento. Sólo ellas importan. Nadie tiene obligación de conocer lo incognoscible, pero sí de ser honrado, es decir, de arreglar su conducta y su actitud á sus principios. ¡Tanto peor para los que no los tienen! Pero vergüenza mil veces para los que ocultan la fealdad de los suyos bajo la apariencia de los nuestros, porque sin esa máscara no se atreverían á mirar á su conciencia.

—Ya ve usted, dijo Antonio, no sin cierta amargura, que yo no podía acompañarla á su pequeña iglesia de pueblo. El pensamiento, al menos, se ha encontrado con el suyo en una absoluta necesidad de sinceridad conmigo mismo y con usted.

El joven bajó la cabeza y guardó un silencio preocupado.

En seguida, volviéndose hacia Cristiana y sumergiendo su mirada en el fondo de sus negras pupilas, que se ensancharon como fascinadas, dijo:

—Si yo esperase la dicha inaudita de ser admitido un día por una joven como usted, pero altamente intransigente, como usted también, usted no concebiría el matrimonio sin el sacramento religioso, ni aceptaría que su marido participase de ese sacramento sin creer en él... Y, sin embargo, conviene usted en que la fe no depende de nuestra voluntad; la intención no basta. ¿Ha pensado usted en que puede producirse tal situación?

La cara de Cristiana, de ordinario blanca y mate, se llenó de una llama rosa:

—No, dijo, no he pensado en eso.

Los dos se callaron oyendo latir sus corazones. En la soledad verde y dulce, entre la vida resignada de las plantas, su humano ardor vibraba de inquietud y de amor.

Acababan de llegar á una especie de plataforma estrecha, en la que la calle formaba una plazoleta antes de dar la vuelta para bajar. Rodeábanla altos pinos, cuyas ramas, ennegrecidas por los inviernos, llevaban en sus extremos una punta de esmeralda; parecían millares de llamitas verdes en gigantescos mástiles de bronce. La savia silvestre saturaba el aire de perfumes de terebinto. Al llegar al Tarn, los árboles se separaban y había un banco desde el que se veía el río, los cultivos de la otra orilla y la ondulación lejana de las colinas del Alto Quercy.

Cristiana y Didier se sentaron en ese banco; el joven se inclinó hacia ella é hizo un movimiento para cogerle la mano y ella no se atrevió á adelantar la suya. Antonio, temiendo disgustarla, permaneció con el brazo levantado en una actitud cuya torpeza la conmovió.

Antonio dijo entonces, como si aquellos minutos de silencio no hubieran interrumpido la ilación de sus pensamientos:

—¿Querría usted pensar ahora?

La joven miró fijamente á lo lejos por encima de los sauces grises y las frondosas viñas, hacia el horizonte orlado de franjas moradas, y una lenta sonrisa apareció en sus labios. Se volvió hacia aquella cara que hubiera querido ver sin cesar..., aquella cara que mañana no estaría ya allí, y pronunció:

—El sacramento del matrimonio pone la eternidad en la ternura humana. No..., no podría casarme con alguien que no creyera en él.

—La eternidad de la ternura, la eternidad del amor... En eso sí creo con toda mi alma, exclamó Antonio.

La facilidad un poco pueril de la exclamación no pasó inadvertida para Cristiana, que continuó distraídamente, como si no hubiera comprendido:

—¿Cómo ser mujer y no temblar cuando el ser á quien se da toda la vida, arrodillado á nuestro lado en el altar divino, no siente nada sobrenatural y místico que fortifique la debilidad de sus juramentos?.. ¿Cómo fiarse de aquel que en el momento mismo en que se compromete para siempre, se presta á una escena de la que se burla en sus adentros?.. Aquel hombre ama sin duda á la mujer con quien se casa; sin duda piensa que ese amor será imperecedero; pero no importa; solo, no puede responder de ello, porque no es más que un hombre. Además, es horroroso que mienta por ese simulacro en el momento mismo en que su sinceridad es la única garantía de dicha para la que se une con él.

Antonio fijaba unos ojos ardientes y tristes en la joven, cada una de cuyas palabras le encadenaba más. No la veía más que de perfil, pues un rubor delicioso no permitía á Cristiana hablarle de frente. Antonio la encontraba asombrosamente hermosa, como si la viese por primera vez; y en efecto, era la primera vez que se revelaba á él en la plenitud de su gracia y con toda la claridad interior proyectada sobre sus facciones. Era aquello una iluminación. Se escondían bajo la dulce placidez habitual de aquella cara tan vivo esplendor, tanta fuerza inteligente y tantos sueños delicados, que á la menor alteración un poco profunda surgía todo eso con un brillo de expresión incomparable.

Antonio pensaba: «He sido un loco en permanecer aquí hasta este minuto. ¿Cómo olvidar á tal mujer? ¡Con qué certeza de felicidad pondría mi corazón entre sus manos!.. Pero sus padres desearán un brillante partido para ella y yo no tengo más que mi arte y mi modesto nombre de antigua burguesía. Me he ilusionado con la simpatía que me mostraba, y ahora levanta entre nosotros la barrera de los escrúpulos religiosos.»

El joven se calló desanimado.

Tan cándido en aquel momento como ella, pero más conmovido y temeroso, no ponía en claro más que ella lo que había de pasión ya exigente en las reflexiones que acababa de emitir la joven razonadora. ¡El sacramento del matrimonio! Ciertamente, ese sacramento aparecía para Cristiana como un dogma ineluctable. ¡Pero qué precio tenía para ella ese dogma, hoy que amaba! Todas las hurañas reivindicaciones de su corazón, hecho para las ternuras exclusivas, se afirmaban en su deseo de conducir á su elegido á los compromisos que la religión consagra y que toman de ella una fuerza de eternidad. Era aquello la aspiración inconsciente bajo la consciente adhesión á la fe.

(Se continuará.)

MODO DE ENSEÑAR Á LOS CIEGOS

Á MANEJAR LAS HERRAMIENTAS

Es cosa triste contemplar á los que han perdido el más noble de los sentidos. Los que han nacido ciegos no tienen idea de lo que es la visión y carecen de todas aquellas otras ideas que provienen del sentido de la vista; no pueden, por consiguiente, sentir tanto su desgracia como los que cegaron después de tener uso de razón. Pero sirve de consuelo el saber que ha habido una diminución muy grande en el número de ciegos, debida, sin duda, á los progresos de la ciencia del oculista.



Fig. 1. – Ciego midiendo una distancia con la regla especial

El programa de la escuelas es todo lo práctico posible, teniendo como objetivo principal el enseñar á los ciegos de manera que puedan llegar á ser independientes, ganándose por sí mismos el sustento. Sus ocupaciones son, por regla general, algunas de las siguientes: tocar y afinar pianos, fabricar cepillos, esteras, sacos, cuerdas, redes, escobas, cestos, colchones, tapizar muebles, poner asientos de paja á las sillas, partir leña, etc., etc.

Las escuelas citadas tienen jardines, donde se entregań los ciegos á distintas clases de juegos con el mismo ardor que á los suyos los que no lo son. Desde sus primeros años se les educa para que tengan gran habilidad de manos; se les enseña á cortar moldes, á coser, á hacer media y últimamente también á manejar la máquina de escribir (el presente artículo fué escrito con una de ellas por una niña ciega). En algunas se han establecido también clases de modelado en barro, con muy buenos resultados, adquiriendo en ellas gran destreza sin tener otro guía que el tacto. Se principia por hacer figuras geométricas con una perfección á que muchos con vista no llegan. Después se reproducen objetos vivientes, hojas, plantas, cabezas de animales y hasta animales completos, y por último modelan flores, reproducciones admirables del natural. Se imitan en cera fucsias, botones de rosa y otras flores con exactitud increíble en el número de hojas, en el grueso y tamaño de las mismas y de los pétalos y estambres, absolutamente en todo, menos en el colorido, que son los profesores los que lo dan. De esta suerte se ponen gran diversidad de formas al alcance de esos niños, que aprenden materialmente á ver con las puntas de los dedos.

La enseñanza manual, que está ya incluída en los programas de casi todas las escuelas y colegios, lo ha sido también ahora en los de ciegos y se ha visto que esto estimula la confianza en sí mismo y la aplicación. El deseo natural de crear algo provechoso hace contraer nuevas aficiones y contribuye al desarrollo de la inteligencia y del cuerpo. A medida que la obra adelanta, cada paso exige alguna nueva teoría que el discípulo ha de recordar y aplicar, ejercitando el juicio y la razón si ha de llevar á cabo su empresa y hacer un trabajo perfecto. Al paso que los primeros modelos son substituídos por otros más complicados, se va necesitando mayor cuidado; se exige mayor concentración del pensamiento, una observación más atenta y una voluntad más decidida para poder vencer todas las dificultades. Aquí tiene el profesor que desempeñar también su papel, y durante ese tiempo ha de tratar de ponerse en el lugar de su discípulo ciego, ver ó sentir sus dificultades y pensar del modo que éste, á fin de obtener los mayores y mejores resultados de su enseñanza.

El que haya visto con qué afán aprenden los muchachos las enseñanzas manuales, no se extrañará cuando se le diga que las dos horas por semana que los niños ciegos emplean en esas labores son para ellos de las más agradables que pasan en la escuela. En ellas demuestran gran paciencia. Si el discípulo no acierta en alguna labor á manejar las herramientas, parece como que se duplican sus energías y su facultad de reconcentración en las sucesivas intentonas. Cualquier pequeña equivocación que sufra altera la serenidad de su espíritu. Lanzará una exclamación de desagrado y confesará á su maestro que no ha sabido acertar. Nunca ha visto el autor de este artículo que los discípulos hayan tratado de ocultar sus fracasos.

En algunos pocos casos los discípulos conservan todavía un poco de vista en un ojo, pero es tan poca que hay que enseñarles de la misma manera que si fueran enteramente ciegos, siendo lo más común que acaben por perder la poca vista que les queda.

El que escribe estas líneas está enseñando á un sordomudo, que además es tuerto y ve muy poco con el otro ojo. El placer que experimenta con la instrucción manual se le conoce en cuanto entra en el taller de la escuela. En su rostro resplandece la alegría, no quiere estar ocioso ni un momento y las obras que ejecuta demuestran el alto grado de desarrollo que tiene en el sentido del tacto.

Los discípulos que aprenden juntos son diez. Este número se ha visto que es al que puede atender debidamente un profesor, porque siempre tiene que ser la instrucción individual y son ellos los que indican la marcha que se ha de llevar en el trabajo; algunos lo hacen más aprisa que otros y comprenden mejor las instrucciones; así es que cuando ya uno marcha por sí solo, otro requiere todavía la atención toda del maestro.

Las herramientas que se usan en los obradores de las escuelas son las mismas que emplean los que tienen vista, con más algunas especiales adaptadas al sentido del tacto, como son: compases de distintos calibres, sondas y reglas con púas. Se colocan en un estante en el centro de la sala y cada alumno tiene un juego completo destinado para su uso exclusivo.

Las herramientas de repuesto se cuelgan de los muros ó se guardan en el armario que hay á un extremo del taller; cada una tiene su sitio señalado. Los alumnos encuentran sin dificultad las suyas y las vuelven á colocar en su puesto; cuando han terminado el trabajo, guardan la labor por concluir, limpian los bancos y mesas, dejándolo todo arreglado.

A los discípulos más adelantados se les enseña á afilar y componer sus herramientas, y es cosa rara que se hagan heridas en las manos.

La tarea ó el modelo que el profesor quiere que el alumno haga ó imite la hace aquél antes en sus diferentes etapas. Estos bocetos los coge en las manos el discípulo y los recorre minuciosamente con sus sensibles dedos, haciéndose cargo de todos sus detalles, que muy pronto comprende y fija en la memoria. Hay que advertir aquí que se les permite que se dejen crecer las uñas hasta que sobresalgan un poco de los extremos de los dedos. Es mucho lo que esto facilita el trabajo. La contestación que generalmente dan al profesor es la de «Ya lo veo.» Si tropieza con alguna dificultad, el profesor coge la herramienta y trabaja en la posición misma que quiere que el discípulo imite y luego deja que éste le palpe con detenimiento. Fácil es la tarea del profesor cuando emplea gradualmente un sistema bien ideado, pero hay que probar diferentes posiciones, herramientas y métodos antes de acertar con el que conviene. El maestro adelantará mucho en ello observando con atención á los discípulos y viendo cuál es el modo más natural que tienen de valerse de las manos.

El primer problema difícil que se presentó para la enseñanza manual de los ciegos fué el de hallar el medio de que pudieran medir, pues la regla común empleada por los que ven no sirve para ellos. Esta dificultad ha sido vencida por el autor de estas líneas por medio de la regla que representa el grabado número 2; la proyección más alta representa las pulgadas, la siguiente las medias, la otra los cuartos, las cortaduras entre estas últimas los octavos de pulgada.



Fig. 2. – Regla especial para que los ciegos puedan tomar medidas

El año 1851, en que, por primera vez, se formó la estadística de esos desgraciados, en Inglaterra y el país de Gales había un ciego por cada 979 habitantes; en cuarenta años la proporción ha disminuído hasta uno por cada 1.235.

La primera idea de fundar una institución para enseñar á los ciegos la concibió Valentín Hauy, hermano del célebre mineralogista, y se la sugirió la amistad que contrajo con una señora ciega alemana, la baronesa von Paradis, de Viena, que en el año 1780 dió en París algunos conciertos de órgano, recibiendo muchos aplausos. Hauy visitó repetidas veces á esa habilidosa dama, y se quedó muy sorprendido al ver en sus habitaciones varios objetos destinados á la instrucción de los ciegos, como, por ejemplo, un mapa bordado al realce y un mecanismo de imprimir de bolsillo, por medio del cual sostenía correspondencia con von Kempelen, de Viena, inventor del jugador de ajedrez y del orador automáticos, y con un caballero ciego muy instruído llamado Weissenburg, de Manheim. Hauy no pudo menos de establecer la comparación entre esos dos alemanes tan instruídos y el estado de ignorancia absoluta de los ciegos en Francia. Se dice que comenzó sus tareas enseñando á un muchacho sin vista que pedía limosna á la puerta de una iglesia, y que, animado por el buen éxito que obtuvo, fundó en París en 1784 la primera escuela para ciegos, introduciendo los primeros impresos con caracteres de realce. En 1786 hizo patentes ante Luis XVI y la corte de Versalles los progresos realizados por sus discípulos.

El primer establecimiento de enseñanza para ciegos de la Gran Bretaña se inauguró en 1791 en Liverpool, sostenido por iniciativa particular; luego se fueron fundando otros, y hoy en día existen más de sesenta, la mitad de los que son á la vez escuelas y establecimientos industriales.



Fig. 3. – Objetos varios hechos por un niño ciego con un cortaplumas

Los ciegos *leen* en esta regla con tanta rapidez como una persona con vista. Por ejemplo, si les dice que

marquen 9 ⅝ de pulgada, en un momento recorren los puntos con los dedos y deducen 2 ⅜ del otro extremo de la regla, que tiene 12.

El curso que se estudia el primer año, compuesto después de practicadas muchas pruebas, fué presentado en la conferencia internacional sobre los ciegos celebrada en Edimburgo, y ha sido aprobado por los inspectores principales de los establecimientos de enseñanza para sordomudos y ciegos y recomendado para que sirva de modelo en los citados establecimientos. Consiste en una serie gradual de ejercicios y modelos que comprende los siguientes trabajos con herramientas: señalar distancias dadas por medio de la regla para ciegos y del cuchillo de marcar; sondear, aserrar madera contra hebra, taladrar con berbiquí, clavar clavos, manejar el escoplo, trazar plantillas de un ancho y grueso determinados, ataracear contra hebra en ángulos rectos y oblicuamente, marcar con el compás, barrenar, acepillar, trazar tiras paralelas y encolarlas, trazar plantillas de prismas cuadrados, octógonos y redondos, partir en dos tablas de canto y de plano.

Fig. 4. - Colección de modelos ejecutados por niños ciegos

De diez veces una el discípulo acierta cuál es la madera con que está trabajando. La conoce bien, sea por su tacto exquisito, por su contextura ó á veces por el olor y por el peso.

En estos modernos adelantos vemos el desarrollo y aplicación de la idea de Federico Froebel de poner en ejercicio la facultad inventiva y la actividad de los niños. Los adelantos que realizarán esos niños después de dos, tres ó cuatro cursos anuales de esa enseñanza, serán dignos de ser estudiados con atención. El profesor inteligente hará que se desarrollen sus facultades inventivas, como el sol hace que se desarrollen las flores.

Cualesquiera que fueren las ocupaciones á que cada uno de esos niños se dedique ulteriormente, podremos tener la seguridad de que el resultado de esta manera de enseñar será que algunos ciegos llegarán á poseer oficios mecánicos de un nivel más elevado que aquel á que hasta ahora han podido aspirar y que serán muchos los que consideren las escuelas de enseñanza manual como lugares donde aprendieron á querer y á poder trabajar.—R. TOMS.



El entierro, cuadro de José Israels. (Exposición de los secesionistas berlineses, 1906.)

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XXV — Barcelona 8 de octubre de 1906 — Núm. 1.293





SAN SEBASTIAN.—COLOCACIÓN DE LA PRIMERA PIEDRA DEL NUEVO ASILO DE BENEFICENCIA.
(De fotografías de Frederic.)

SUMARIO

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

¿Y si consagrásemos esta crónica á un arte de que rarísima vez tengo ocasión de hablar, á la música? Debo confesarlo humildemente: tengo fama de sorda, es decir, de indiferente á las bellas combinaciones del ritmo y del sonido. Es una fama injusta, un cargo arbitrario, como otros muchos que sin saber por qué nos dirigen. A mí no me encanta toda la música que oigo, con lo cual creo demostrar buen gusto, porque muchas de las piezas de concierto que escucha el público atentamente, son frías, lánguidas, poco ó nada inspiradas, y se parecen á las poesías académicas en las cuales no es fácil señalar defectos, y sin embargo no llegan al alma ni causan emoción alguna. A mí esas piezas, tan científicas, tan importantes, no me importan. Por eso asisto á conciertos rara vez. Es preciso que el programa me satisfaga por completo para que me resuelva á arrostrar tres horas de música *di camera*, en un local cerrado, y por la tarde, que es el momento de respirar un poco el aire libre, sobre todo cuando por la mañana se ha trabajado con cierta actividad en el cuarto de estudio.

Y si los conciertos que no me ofrecen bastante Beethoven, Chopin, Schumann y Mendelsohn (á los cuales permanezco fiel), me dejan un poco fría, hay otras manifestaciones musicales que tienen el don de ponerme los nervios tirantes como cuerdas de guitarra, y de sacarme de mis casillas enteramente. Sentiré, lector, que seas aficionado á los organillos, á los pianos de manubrio, á las zarzuelas con tangos y á las murgas callejeras. Estos ruidos yo los prohibiría; pero debe de ser mi severo juicio algo extraño, cuando todo ese estrépito y batahola produce muy buen dinero, atrae gente al teatro, da de comer á tantos industriales (esto tiene de bueno siquiera) y no lleva trazas de desaparecer. Los pianos de manubrio constituyen un lucrativo oficio, y las murgas van teniendo asegurada su perpetuidad mientras no se supriman las bodas, los bautizos, las inauguraciones de tiendas de comestibles y almacenes de géneros al pormayor, barberías, salones de limpiabotas y otros establecimientos del mismo jaez. Luego toda música viene á ser del presente y del porvenir, y muy necesaria en la república, por lo cual debemos respetarla, y para salvarnos de ella, aplicarnos en los oídos un par de bolitas de algodón en rama, previamente embebidas en aceite de almendras dulces.

Tampoco he solido experimentar una fruición estética refinada cuando alguno de los *virtuosos* ó *virtuosas* que andan por ahí asombrando al mundo, nos ofrece una muestra de su perfecta y asombrosa ejecución, hiriendo el teclado con unos dedos fuertes y ágiles como martillos de acero. Para decirlo de una vez: la *virtuosidad*, en música, me produce un efecto análogo al que me produjo un despampanante palacio que se exhibía en Madrid, creo que en la calle de la Concepción Jerónima, en una tienda de zapatero. El palacio estaba edificado con pepitas de melón, es decir, con la envoltura exterior de las pepitas de la sabrosa cucurbitácea; y habían entrado en sus muros y techos, según cálculo exacto, cinco millones setecientas veintidós mil y cinco pepitas, lo cual suponía en el insigne arquitecto que las había descascarado, recortado y pegado, dos años y medio, invertidos escrupulosamente en ejecutar... una ridiculez. Hay *virtuosos* del piano y del violín que son verdaderos artistas en pepitas de melón.

El piano es un instrumento que casi no me suena bien, la mayor parte de las veces que lo oigo tocar. Y lo siento, porque ¿dónde existe un goce más accesible, más al alcance de todas las fortunas, que este de oir tocar el piano? No iréis á tan escondida aldea, á tan mezquino lugarejo, donde no os salteen y acometan los sonidos de un piano, si existe en tal aldea ó lugar una señorita «bien educada,» las cuales abundan tanto ó más que los pianos. Milagro me parecería que no encontraseis en cada tertulia un «profesor» ó «profesora» eminentes que sepan interpretar las composiciones del repertorio, y que os entretengan agradablemente recordándoos óperas y zarzuelas, canciones y valses; y menos mal si el profesor no es de los que exigen que la gente se forme en corro y guarde religioso silencio mientras zurran, porque en realidad lo mejor del piano es la falta de pretensiones en quien lo toca, y el murmullo de la conversación adquiere especial encanto al acompañarlo los acordes del familiar instrumento.

Es indudable que lo ingrato del piano está en el piano mismo, en su sequedad y dureza; por ahí dicen que el piano ha sido una conquista de la civilización, una transformación mágica del realejo y el clavicordio; no lo discuto, entiendo poco de esta materia, pero noto algo que confirma mi tesis: es que apenas el mismo aficionado que tocaba el piano se sienta á herir las teclas de un armonio, nos hace percibir emoción de belleza, algo de ternura y de gravedad, una dulce fusión del sonido, una majestuosa calma favorable al ensueño que la música engendra. Yo lo explico así, por no acertar á explicarlo de otro modo, y sin pretensiones de acertar. Necesito darme alguna razón del por qué el piano me es físicamente antipático las nueve décimas partes de las veces que tengo ocasión de oirlo, y por qué en cambio el armonio, en sí, aparte de la maestría de los que lo pulsan, me asegura una impresión agradable y sedante.

Hay, sin embargo, preciso es reconocerlo, dedos bajo los cuales el mismo piano seco y duro se transforma y adquiere suavidad y sones ligados y terciopelosos. Recuerdo á un polaco admirable; de esos polacos de pelo amarillo y ojos alocados y saltones, nuez prominente y dedos largos y flacos como manojos de varillas para batir las claras de huevo. Se dejaba caer sobre el taburete imperiosamente, echaba atrás la rutilante melena, sacudiendo la cabeza con movimiento clásico en los *virtuosos...*, y apenas hería el teclado, demostraba que en vez de ser el *virtuoso* sin alma ni sentimiento, era un espíritu, una llama, un diablillo, algo que lleva en las venas la inspiración musical. No he averiguado nunca qué composiciones eran las que ejecutaba aquel hombre: y hasta he llegado á pensar si las improvisaba él, enlazando reminiscencias y cosiendo, con el hilo de oro de su luminoso capricho, trozos sueltos que llevaba en la memoria. Debía de ser aquello una ensalada ó menestra de Beethoven, Saint-Saens, Mozart, Chopin, Weber..., ¡quién sabe! Por momentos se me figuraba que reconocía algo, y al punto mismo la melodía se desataba, y la absorbían y disolvían temas nuevos. Había gritos de pasión, explosiones de rabia y cólera, quejas infinitas de dolor, acentos desesperados, furores y protestas, sordas y tenaces lamentaciones de incurable melancolía, y también efusiones del alma entusiasmada, cantos de éxtasis que parecían venidos del cielo, frescos murmullos de arroyos, profundas, augustas harmonías de hojas agitadas por el aire, graves ecos del mar del Norte que se deshace contra la playa, gorjeos de pajarillos en los boscajes solitarios, los rumores de besos y batires de alas que cantó el poeta... Tan pronto el piano evocaba viejas baladas alemanas, de ritmo pueril, como enfilaba minuetos arcaicos, elegantemente pasados de moda, ó pavanas insolentes del tiempo de los Valois. A veces, un soplo heroico erizaba la cabellera de lino mal tascado del artista, y una marcha guerrera, estridente, se alzaba, retando al universo con sus sonoridades briosas. Clamores de muerto y de sangre parecían estallar en el aire como maldiciones, como si las vírgenes belicosas, las Walkirias nunca saciadas, galopasen allá por entre las nubes. Y cuando el himno de guerra moría glorioso, se elevaba otro himno lleno de recogimiento, de unción, de casta pureza: un cántico religioso que parecía entonado por monjas bajadas del cielo para alabar una vez más al Señor con piadosas lenguas. Tantas y tan diversas eran las emociones que el piano, dominado por aquel extraño artista, hacía sentir y sabía expresar. Como en el magnífico oratorio de Berlioz *La condenación de Fausto*, diríase que desfilaban en los motivos musicales todos los episodios grandes y conmovedores del humano existir. Llantos, ironías, plegarias, serenatas de guitarra á la luz de la luna, explosiones victoriosas del sentimiento y vagas neblinas del ensueño brotaban del teclado y se difundían por el alma del oyente. Y si se me pregunta: «¿Qué piezas eran las que ejecutaba ese hombre?,» responderé siempre que lo ignoro. Acaso lo ignoraba él mismo. Libremente, espigaba á los maestros, adoptándoselos de un modo suyo, infundiéndoles su sensibilidad propia.

Y por eso yo le escuchaba complacida, prescindiendo de su tipo caricaturesco, de sus melenas, de sus gestos nerviosos cuando no hería el instrumento del cual sacaba tanto partido. Cerraba los ojos para figurarme que no era aquel el ejecutante, sino que paseaba por el teclado sus manos delicadas y hechizadoras alguna ondina, alguna nixa hija del Rin— Woglinda ó Floshilda, las guardadoras del oro.— Aquellos sonidos imaginaba yo que eran como revelaciones del mundo inefable que duerme mientras el arte no le despierta.

Acaso el secreto del arte sea éste: que no miremos quién lo produce, sino el efecto que en nosotros causa. He conocido á poetas muy grandes, que eran hombres muy despreciables y pequeños.

Habrá que leerles olvidándose de su personilla, de sus actos, de todo lo que les manchaba de impureza y de miseria humana, y no empeñarse en crearles mentirosa aureola de virtud y de honor que no poseían. Tomemos del poeta la poesía, del músico la música... y no pidamos más. ¿No nos basta?

Dos clases de música me interesan especialmente: la religiosa y la popular.

Las misas *de requiem*, los *Stabat*, las *Siete palabras*—aunque no sean obra de Palestrina, de Mozart ó de Stradella,—me hacen sentir emociones que no experimento en los conciertos oficialmente *selectos;* y creo que en esto entra por mucho el fondo, la decoración. Es posible que, según la teoría de Wagner, mi oído necesite, para penetrarse de la belleza de la música, el auxilio de mi vista. ¿Qué veis generalmente en un concierto? A cuatro señores de frac, en actitudes algo forzadas, rozando las cuerdas del violoncelo ó del violín, en un escenario vacío, sin más muebles que las sillas contadas para que se siente el cuarteto. En el templo todo os sugiere el misterioso estado de ánimo á que la música responde fielmente. Las altas columnas, el murmullo tenue de la muchedumbre que se agolpa en la nave, la semiobscuridad, el olor casi disipado del incienso, el parpadeo de los cirios en el altar de oro, sombrío, de antiguas coloraciones..., constituyen una decoración del gusto de Wagner (el artista que mejor ha comprendido la estrecha, íntima relación de la *mise en scene* teatral y la *mise en scene* religiosa). Con la diferencia, á favor del templo, de que en el teatro, hágase lo que se haga, siempre se conocerá que es farándula y figuración, mientras que en la iglesia la sensación de realidad contribuye á realzar la poesía. Y así, un *Stabat* escuchado en la catedral de Sevilla será uno de los recuerdos artísticos más sinceros que me quedan.

EMILIA PARDO BAZÁN.

PENSAMIENTOS

El honor de un hombre no está en manos de otro: existe en sí mismo y no en la opinión del pueblo, y no se defiende con la espada ni con el broquel, sino con una vida irreprochable. Y en punto á valor, ese combate vale tanto como el otro.

J. J. ROUSSEAU.

La memoria, como los libros que permanecen largo tiempo encerrados en el polvo, exige que se la airee de cuando en cuando; es menester, por decirlo así, sacudir sus hojas para encontrarla disponible cuando haga falta.

SÉNECA.

No cumple mejor los fines de la vida el hombre que se procura más placeres, más poder, más honores y más reputación, sino el que es más hombre y realiza la mayor suma de trabajos y de deberes humanos.

SAMUEL SMILES.

El deber y el derecho son hermanos; su madre es la libertad. Nacen el mismo día, y crecen, se desarrollan y mueren juntos.

VÍCTOR COUSIN.

El hombre justo no es el que no causa daño á nadie, sino el que, pudiendo dañar, reprime la voluntad de hacerlo.

PITÁGORAS.

El talento se forma en la soledad; el carácter, en la sociedad.

GOETHE.

No siempre es bueno decir todo lo que se siente; pero hay que procurar no sentir sino aquello que puede decirse.

P. JANET.



Ya sabes, dice solamente; llévasela

¡VENGANZA!

Los nacionales huían, ó fueron fusilados... ó estaban en sus casas, fingiéndose inocentes en absoluto de *aquello que pasó*. La furia de los soldados había ido extinguiéndose como el humo de un reguero de pólvora encendido de pronto. Yo contemplaba, admirado, la alegría y animación de estos hombres que horas antes lo destruían todo y traspasaban con sus bayonetas á cuantas personas hallábanse en su camino.

Era de noche; la ciudad estaba á obscuras. Los faroles habían sido rotos, las cañerías del gas obstruyéronse; en algún ventanucho ó en el pretil despedazado de algún balcón ardía una luz tenue que puso tal ó cual vecino; acá y acullá escuchábase, soñoliento y lánguido, el alerta de los centinelas, que permanecían inmóviles sobre un reducto ó tras el tabique de un caserón amenazando ruina.

—Patrona, había dicho un soldado, ¿no habrá por ahí unos leños que quemar?

No había. Mi madre lo expuso así. El soldado, sin enfadarse, dijo:

—Los traeremos nosotros.

Salió, siguiéronle algunos, los vi volver al instante... Traían una cama de matrimonio magnífica de palo santo, y las hojas de nogal, con bellas incrustaciones, de un armario, que allá se iría en valor con la cama.

Mi madre comprendió al momento: la cama y el armario componían parte de los muebles de una casa riquísima próxima á la nuestra. Intentó mi madre oponerse con blandura á que se quemaran maderas tan preciosas... Los soldados reían... Un sargento dió orden de que se rompiera todo. Instantes después ardía en el espacioso hogar un gran fuego. Los soldados, alrededor, calentábanse, gritaban, reían, jurando unos, bebiendo otros, apostando, contando cuentos ó recordando escenas de la lucha anterior. Este hablaba de su novia, aquel de sus padres, aquel otro de un hermanito enfermo... Hablaban á la vez, alegres, dicharacheros, nerviosos, con una gran risa á lo mejor, con un suspiro enorme más tarde... El fusil contra la pared, el ros echado atrás, desabrochado el peto, el cinturón flojo, la punta del faldón recogida en la cintura.

No sé qué entusiasmos hicieron vibrar mi corazón de niño; contemplaba aquel cuadro con éxtasis que hoy no puedo explicarme aún. Las lenguas de fuego que se levantaban sobre las grandes astillas pareciéronme de una viveza y un color sorprendentes; no he visto nunca más color de oro ni tonos azules tan brillantes y tan bellos como el oro y el azul de las llamas de aquella hoguera. ¡Tampoco, ay, he vuelto á tener ocho años!

Un soldado grita de pronto:

—Basta, basta, que el sargento Rodríguez va á hablar.

Se hizo el silencio, un silencio como el de la calle, que es cuanto puedo decir. Ni un murmullo..., ni una respiración... Oyéronse entonces los alertas de los centinelas como lamentos quejumbrosos. Creyérase que las campanas de la Trinidad aguardaron esta hora para lanzar sus sones, tan tristes como el gemido de los centinelas... Las llamas pareciéronme más vivas, más ondulosas, más ardientes; su oro más puro, su azul más intenso... Las sombras de los soldados proyectadas en las paredes de la cocina semejaban grandes monstruos amenazando devorarse mutuamente.

Mirábamos ansiosos al sargento... Al principio no pude ver su cara; envolvíase el hombre soñolientamente en una rica colcha de damasco, como César envolveríase en su púrpura. Aunque muy niño, no fué mucha mi precocidad comprendiendo que la colcha era de la cama que en aquel instante calentábanos á todos.

—Pues, señor, dijo el sargento Rodríguez, estoy acordándome... Hará ocho años, poco más ó menos, de la última vez que estuve en Málaga... Ahora nos han recibido á cañonazos... Aquella vez nos recibieron con vítores y palmas... Ahora ha caído sobre nosotros metralla pura y aceite hirviendo... Aquella vez caían ramos de flores y oíamos gritos de entusiasmo... Es que ahora hemos venido á pelear contra Málaga, y aquella vez desembarcábamos en Málaga de pelear contra el moro.

El sargento calló un instante; su voz había temblado ligeramente. Mientras hablaba arrollósele hasta los hombros la colcha de damasco que le envolvía casi la cabeza. Apareció una cara varonil, morena, curtida, de ojos negros, duros, de pestañas largas, de boca grande, de labios rojos, gruesos, de pelo fino en la cabeza y crespo, erizado en el bigote.

—En los muelles de Málaga, continuó pensativo, y en las calles próximas había más de treinta mil criaturas esperándonos; fué un delirio de aclamaciones y vítores; las calles se cubrían de banderas; los balcones estaban atestados de niñas bonitas flotando todas sus pañuelos y tirándonos flores de los huertos de Málaga famosa, y los curas nos bendecían, las campanas repicaban, las madres se arrojaban á



Me puse más blanco que el papel mientras la señora leía

nosotros como leonas para abrazarnos y besarnos; las calles por donde íbamos estaban llenas de juncias y clavelillos de los montes... ¡Bendita sea la Virgen, qué día aquel! Una muchacha de mantilla negra, hermosa como el cielo, con ojos grandes como la mar, con la cintura finilla como una juncia de aquellas que pisábamos, se vino á mí con un manojito de rosas, yo metí las rosas por el tallo en el cañón de mi fusil y perdido el seso por la patria... y por los ojos de la niña morena, sin saber lo que me hice, ¡pum!, le dí un beso en un carrillo. Quedé loco de espanto por lo que había hecho; pero ella gritó graciosamente: «¡Viva España! ¡Viva la reina!» Y me puso el otro carrillo.

Yo me alejé llorando con el manojo de rosas en el cañón de mi fusil, orgulloso como si llevara en él toda la sal y todo el garbo de las mujeres andaluzas.

Aquella misma noche fuí con una carta que me dió el gobernador de Melilla para una señora malagueña. Recuerdo que vivía la señora en la Alcazaba... Gordo era lo que en la carta le decía el general á la señora... «Su hijo único, un cadetillo bravo como una fiera, que en pocas semanas fué teniente y que estaba ya promovido para el grado de capitán, fué degollado á traición por unos rifeños.» Me puse más blanco que el papel mientras la señora leía. ¡Como que estaba enterado de todo! Pero la señora ni se inmutó siquiera. ¡Vaya un corazonazo el de estas mujeres, Cristo mío! Me cuadré de respeto.

Dobló la carta, preguntándome si sabía detalles de la muerte de su hijo. Se los dije. «El gobernador de la plaza tenía que enviar unos pliegos urgentes á D. Leopoldo O'Donell. ¡Qué día! La plaza llena de heridos, oficiales y subalternos; el teniente Armental, el hijo de la señora malagueña, convalecía de una herida en el hombro, por la que le promovieron al grado... Se brindó el teniente al gobernador para llevar los pliegos. Negáronselo por no estar restablecido del todo; insistió diciendo que era una vergüenza, que quería ganar los galones de verdad, y el gobernador, gran amigo de su padre, ya muerto; el gobernador, que amaba al muchacho como si fuese cosa suya, accedió al fin, no teniendo á otro, entonces, que le inspirase igual confianza.

Era por la tarde, partimos; poca gente; el muchacho, cuatro hombres y yo... Parece que le veo preguntándome si quería seguirle: el bigotillo rubio se le erizaba como á los gatos en pelea, y sus ojos azules movíanse como centellas locas. No sé qué picor me entró en la sangre al ver el entusiasmo de aquel niño... Le dije que sí, designó á los otros... ¡A caballo! ¡Fuera! ¡Hala, hala!.. De pronto... ¡Virgen! De entre unas pitas salen algunos tiros; cae el teniente, el caballo escapa, disparamos nosotros sobre las pitas, me apeo, quito al teniente el papel, vamos á las pitas... Un moro muerto, otro herido... El teniente, que era lo que nos importaba, estaba muerto: el moro que reventase allí, si quería. Yo sigo á galope con los otros. Cumplo, entregando el pliego, volvemos, y al llegar á las pitas voy á buscar el cadáver del pobrecillo del teniente... ¡Mil demonios! El cuerpo estaba allí... Estaba allí..., pero sin cabeza. La cabeza, lo supe después, la habían enviado los moros al gobernador de Melilla, mofándose de él y del muerto y encargando al gobernador que se la enviara á la madre del teniente como regalo de las cabilas del Riff.»

Sin chistar oía la señora lo que le conté; pero le corrían por la cara lagrimones como el puño.

—¿Y el moro herido?, me preguntó.

—En Melilla, prisionero: lo llevamos allá con el cuerpo de mi teniente.

—¿Ha curado?, me preguntó otra vez.

—Sí, señora.

—¿Le conocería usted si lo viera?

—Sí, señora.

—¿Quiere usted venir á Melilla conmigo?

Me parece que oigo todavía aquella voz de la señora; parecía la voz de un muerto... Le dije que sí, pero que con qué licencia.

—La pediré, me contestó; vuelva usted mañana.

Volví. Tenía ya la licencia. Aquella misma tarde nos embarcamos. Al llegar á Melilla se presentó la señora al gobernador. Pidió ver al moro... Se lo concedieron.

—¿Es este?, me preguntó ella cuando le tuvimos delante.

—Sí, señora.

—Déjenos solos.

¿Qué hablaron la señora y el morito? ¡Quién sabe! Aquello duró mucho. Cuando acabó de hablar con el moro parecía más muerta que antes. ¡Tendría buenas aldabas la señora, que aquella misma noche quedó el moro en libertad!

Cuando el moro se fué, la señora me dijo:

—Sargento Rodríguez, he averiguado quién disparó sobre mi hijo y quién le degolló; no fué el moro que murió en las pitas, no fué tampoco el que ha quedado libre ahora. El que fué huyó y está vivo. A este que hoy libertamos le daré cuanto poseo; venderé mis casas, venderé mis tierras, le daré todo mi dinero, le daré todas mis joyas, para que haga lo que yo necesito... Nos llevará primeramente adonde el otro vive... Tengo que hablar con él... ¿Quiere usted venir con nosotros?

Muchachos, yo tenía los pelos de punta... Pero la voz de la mujer me tocaba en la sangre como una cosa de mi corazón «Sí,» dije.

Aquella misma noche salimos; íbamos á caballo los dos solos. El moro esperaba. Fué la primera vez que un pillo de aquellos cumplió lo que ofrecía, porque más traicioneros ni más malos no los vimos nunca. Pero es lo que pienso: mediaban en el asunto las talegas de la señora.

Caminando ya, me dijo la señora muy bajito:

—Ese hombre afirma que el hombre á quien buscamos se llama Mahomet Jara y que vive con su madre.

—Pero ¿y si éste mintió? ¿Y si la tropelía la hizo éste y no el otro?

Yo pregunté eso y la señora me contestó muy serena:

—Este no fué; le miré á los ojos y no los inclinó. Un asesino baja los ojos si le mira la madre del hombre á quien ha matado... Además, sólo eran tres: Mahomet Jara, el que quedó muerto entre las pitas y éste, á quien dejaron ustedes muy mal herido; el que murió no pudo cortarle á mi hijo la cabeza, éste tampoco, porque estaba como sin vida y por muerto le dejaron allí. Fué Mahomet Jara.

Caminamos otro rato; la señora habló así, bajito siempre:

—Mahomet es un cabo de cabilas; anda en conferencias misteriosas con el bajá; se ven de noche en un chozón oculto entre nopales... Este que nos guía era el medianero entre los dos.

Nos callamos, porque el moro se detuvo.

—Aquí es, dijo en un español que merecía cuatro tiros.

—Llama, ordenó la señora.

Llamó, y cuando contestaron dentro, respondió el moro en su infame lengua:

—Abre, Mahomet Jara, que te busco de parte del bajá.

La señora me dijo en tanto:

—Yo entraré sola; espéreme usted con ese.

Se abrió un poco la puertecilla. Yo temblaba... La señora empuja con fuerza y se mete de pronto... Nada se oye. Los minutos me parecían siglos. Creí que era ya un viejo, cuando escuché otra vez las pisadas menuditas de la señora.

—¿Qué ha pasado?, le pregunto ansioso.

—Venga usted.

La seguí. Llegamos... El postigo abierto; un gran candelón colgado de una viga; su luz dificultosa cae lúgubremente sobre Mahomet, tendido en tierra con el corazón atravesado de una puñalada.

—¡Salgamos!, digo con horror.

—¡Aún no!, responde.

Saca el cuchillo de la herida y cercena con un empuje, que no sé de dónde saca, la cabeza del moro. La coge del pelo, la lía en un paño, salimos y va la señora hasta el otro moro que la aguarda.

—Ya sabes, dice solamente; llévasela.

Toma la cabeza el moro y se escabulle sin chistar.

—¿A quién se la lleva?, pregunto muerto de espanto.

Y la señora responde:

—A su madre.

MARTÍNEZ BARRIONUEVO.

ALTAR REGALADO POR EL EXCMO. DR. D. JOSÉ MESSEGUER Y COSTA, OBISPO QUE FUÉ DE LÉRIDA Y HOY ARZOBISPO DE GRANADA, AL SEMINARIO DE LÉRIDA. Obra proyectada y ejecutada por D. Félix Ferrer y Galcerán.

ALTAR DEL SEMINARIO DE LÉRIDA

Cuando el sabio y virtuoso prelado Excmo. doctor D. José Messeguer y Costa hubo de dejar la sede episcopal de Lérida por haber sido nombrado arzobispo de Granada, quiso que el grandioso Seminario de aquella ciudad conservase un recuerdo de su piadoso afecto, y para ello encargó al laureado escultor D. Félix Ferrer y Galcerán el altar que en esta página reproducimos. El altar es de mármol, de estilo románico, y en su centro se destaca una bellísima imagen de la Inmaculada Concepción, de expresión dulcísima y delicadamente modelada.

Al Sr. Ferrer y Galcerán, de quien hemos reproducido en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA algunas esculturas bajo todos conceptos notables, enviamos nuestro aplauso por esta última obra, que ha sido con justicia muy admirada por cuantos han tenido ocasión de verla.



BERLÍN. – MUSEO DEL REY FEDERICO GUILLERMO III

MUSEO DE FEDERICO GUILLERMO III

Hállase situado este museo en la llamada Isla de los Museos, porque en ella están reunidos el de Pérgamo, el Olimpia, la Galería Nacional, el Antiguo y el Nuevo, y sus tres fachadas dan al ferrocarril metropolitano del río Spree y á la calle de Kupfergraben respectivamente.



LAUDATE EUM IN CORDIS ET ORGANO, fragmento de un retablo pintado por Huberto y Juan Van Eyck

El edificio es de estilo italiano barroco y sus fachadas principales, divididas por dos resaltos, se elevan junto al agua como los palacios venecianos. El ángulo en donde se abre la entrada forma un hemiciclo en el que se alza la estatua ecuestre del emperador cuyo nombre lleva el museo. Seis columnas enormes sostienen el piso superior, que termina en una cúpula, y en el ático se admiran diez grupos escultóricos, obra de A. Vogel y Wideman, que representan las Bellas Artes y algunas ciudades famosas desde el punto de vista artístico.

La construcción de este museo, comenzada en 1898, terminó en 1902 y se realizó según los planos y bajo la dirección del arquitecto Ihne.

El interior comprende 30 salas en la planta baja y 50 en el primer piso, que reciben luz, además de la que les llega por las fachadas, de cinco grandes patios. En la escalera principal hay una estatua ecuestre del Gran Elector, copia de la que en 1703 modeló en bronce Schluter y que se considera como una de las mejores obras de los últimos tiempos del Renacimiento; en la escalera pequeña se han colocado las estatuas de los generales de Federico el Grande que antes adornaban la Wilhelmplatze.

En la sala llamada Basílica hállanse las obras de escultura y de pintura procedentes de altares y los mobiliarios de iglesias; mereciendo entre ellas especial mención el famoso retablo de los Van Eyck, del que reproducimos un fragmento en esta página. Las salas del lado del Spree están destinadas á las esculturas de los tiempos cristianos primitivos y bizantinos; las de la parte del Kupfergraben contienen esculturas originales de las escuelas italianas y alemanas.

Hay en ese museo salas especiales reservadas á los tapices de Rafael y á obras de Van Eyck, Rembrandt, Rubens y Tiepolo.

Es imposible dar, en un solo artículo, idea de los tesoros artísticos que en el museo se hallan reunidos. Citaremos, sin embargo, las principales obras que contiene. La antigua escuela de los Países Bajos hállase representada por el retablo citado, por otros retablos de Roger van der Weyden y por cuadros de Petrus Cristus, Dierick y Massys. Las escuelas italianas de los siglos XV, XVI y XVII, por lienzos de Botticelli, Signorelli, Tura, Bellini, Rafael, Sebastián del Piombo, Andrea del Sarto, Franciabigio, Bronzino, Leonardo de Vinci, Correggio, Tiziano, Romanino, Savoldo, Moretto, Moroni, Caravagio, Maratti, Tiepolo y Belotto. La antigua escuela alemana, por retratos de Holbein y Durero y por numerosos cuadros de Kulmbach, Altdorfer, Cranach, Pencz, Amberger y Bruyn. Las escuelas de los Países Bajos del siglo XVII, por cuadros de Rubens, Van Dyck, Diepenbeeck, van Thulden, van Mol, Snyders, Teniers, Franz Hals, Rembrandt, Ruisdael, Terburg, Hooch, van der Meer, van de Velde, Wonwerman, Heem; Huysum, Weenix y Hondecoeter.

La sección de esculturas italianas es tan rica, que en este punto el Museo de Federico Guillermo III supera, excepción hecha de las de Italia, á las principales colecciones, incluso las de Londres y París. Bastará enunciar los nombres de los principales maestros en ella representados para que el lector se forme cargo de la importancia de la misma, así en cantidad como en calidad: Juan de Bolonia, Andrés Bregno, Bartolomé Buon, G. B. Cavalli, Donatello, A. di Duccio, Fiamingo, Federighi, Mino da Fiesole, Houdon, F. Laurana, Leopardi, B. da Majano, F. Maratti, Guido Manzoni, Miguel Angel, Pigalle, Andrea Pisano, Giovanni Pisano, Andrea della Robbia, Luca della Robbia (entre otras obras el relieve que adjunto reproducimos), Cristóbal Romano, Antonio Rosellino, J. Sansovino, D. da Settignano, Sperandio, Tamagnini, Verrochio, A. Vittoria, Bellano, Bertoldo, Benvenuto Cellini, Moderno, Riccio, Valerio Bello, etcétera.

En las salas de esculturas alemanas, se admiran obras del llamado maestro Cregling, H. Daucher, G. Labenwolf, Mangiot, D. Mauch, Miguel Pacher, T. Riemenschneider, Veit Stoss, J. de Zar. Hay además varias estatuas de greda procedentes de Wurzburgo, un relicario de San Patroclo, dos retablos de Soest, del siglo XIII, grupos del éxodo de los Apóstoles y una preciosa colección de pequeñas esculturas de madera, cera, nácar, bronce, marfil, etc., gran número de marfiles bizantinos, alemanes y franceses, y una interesante colección de bajos relieves de los tiempos cristianos primitivos y del primer período romano, excelentes obras de las épocas romana, más reciente, y gótica, antiguas lámparas de barro cocido y bronce, dípticos, etc.



MADONA, relieve de Luca della Robbia

El gabinete de medallas contiene 250.000 ejemplares, de los que 75.000 son griegos y 50.000 romanos y se enriqueció especialmente merced á la adquisición de las colecciones Fox, Prokesch-Osten, por cada una de las cuales se pagaron 350.000 marcos, y de las Grote, Dannenberg, Fikentscher é Imhoof, que costaron al Estado 460.000 marcos. Además de las monedas antiguas, hállanse admirablemente representadas en esa colección las alemanas y las orientales, y lo mismo las piezas modernas que las de la Edad media.

En resumen, el Museo del emperador Federico Guillermo III puede considerarse como uno de los más interesantes del mundo por la variedad, por el número y por el valor artístico de las obras que encierra. —P.



VISTA GENERAL DE LA PLAZOLETA DE LAS TULLERÍAS, MOMENTOS ANTES DE LA ASCENSIÓN DE LOS GLOBOS (De fotografía de M. Rol y C.ª)

PARÍS. - CONCURSO DE LA COPA AERONÁUTICA GORDÓN BENNETT

El conocido director del *New-York Herald*, que instituyó hace tiempo la Copa que lleva su nombre para pruebas de automóviles, ha fundado recientemente otra para pruebas de aeróstatos, concediendo al vencedor un valioso objeto de arte consistente en una preciosa copa de plata maciza, cincelada por Aucoc, y 12.500 francos en metálico.

EL GLOBO «NORTE,» DEL ESPAÑOL SR. SALAMANCA, EN LOS AIRES. (De fotografía de M. Branger.)

La organización del concurso inaugural fué confiada al «Aero Club de Francia,» á cuyo llamamiento respondieron Alemania, Estados Unidos, Bélgica, España, Inglaterra é Italia, representadas por el «Deutscher Luftschiffer Verband,» el «Aero Club of América,» el «Aero-Club de Belgique,» el «Real Aero Club de España,» el «Aero-Club of the United Kingdom» y la «Societa Aeronautica Italiana.»

He aquí la lista de los aeronautas representantes de las distintas naciones que se inscribieron para el concurso:

Alemania: Hugo von Abercron, en el globo *Düsseldorf*, de 2.250 metros cúbicos.—El barón von Hewald, en el *Pommern*, de 2.200 metros cúbicos.—I. Scherle, en el *Schwaben*, de 1.500 metros cúbicos.

Estados Unidos: Frank P. Lahm, en el *United States*, de 2.080 metros cúbicos.—Santos Dumont, en el *Deux Ameriques*, de 2.150 metros cúbicos.

Bélgica: E. van Driessche, en el *Ojouki*, de 2.200 metros cúbicos.

España: G. Herrera, en el *Ay-ay ay*, de 2.250 metros cúbicos.—A. Kindelán, en el *Montaña*, de 2.550 metros cúbicos.—E. G. de Salamanca, en el *Norte*, de 2.250 metros cúbicos.

Inglaterra: F. H. Butler, en el *City of London*, de 2.200 metros cúbicos.—A. V. Huntington, en el *Zephir*, de 2.200 metros cúbicos.—C S. Rolls, en el *The Britannia*, de 2.200 metros cúbicos.

Italia: A. Vonwiller, en el *Elfe*, de 1.850 metros cúbicos.

Francia: Conde Enrique de La Vaulx, en el *Walhalla*, de 2.250 metros cúbicos.—Conde Castillon de Saint-Victor, en el *Fœhn*, de 2.250 metros cúbicos. —J. Balsan, en el *Ville de-Chateauroux*, de 2.250 metros cúbicos.

El más viejo de esos campeones es Mr. Huntington, que cuenta cincuenta años; el más joven, el señor Salamanca, que tiene veinticuatro.

El concurso efectuóse en la tarde del 30 de septiembre último en París, en el jardín de las Tullerías y fué una fiesta brillantísima, favorecida por un tiempo espléndido y presenciada por un público inmenso, en el que descollaban las más conocidas personalidades de la aristocracia y del mundo deportivo. La plazoleta en donde estaban instalados los 16 aeróstatos ofrecía un aspecto sumamente pintoresco y animado.

A las cuatro de la tarde soltáronse las amarras del globo italiano *Elfe*, á quien por suerte había correspondido ser el primero en ascender; y sucesivamente fueron remontándose en los aires los otros.

La ascensión se realizó en las mejores condiciones y sin el menor tropiezo, lo que dice mucho en favor de la Junta del «Aero Club de France,» presidida por el conde de La Vaulx, que cuidó de todos los trabajos preparatorios, trabajos difíciles y muy complicados, dado el número y la capacidad de los globos.

La dirección del viento, contraria á la que se deseaba, ha obligado á los aeronautas á tomar tierra antes de lo que se creía; nueve de ellos descendieron en Francia y los demás, *Montaña, Ville de-Chateauroux, Zephir, Britannia, Walhalla, Elfe* y *United States*, atravesaron el Canal de la Mancha y bajaron en Inglaterra por el mismo orden en que los enumeramos.

En su consecuencia, ha ganado la copa Gordón Bennett el americano Mr. Frank P. Lahm, que ha recorrido 640 kilómetros. Mr. Lahm nació en Mansfield (Ohío) en 1877 y es profesor de la Escuela Militar de West-Point.



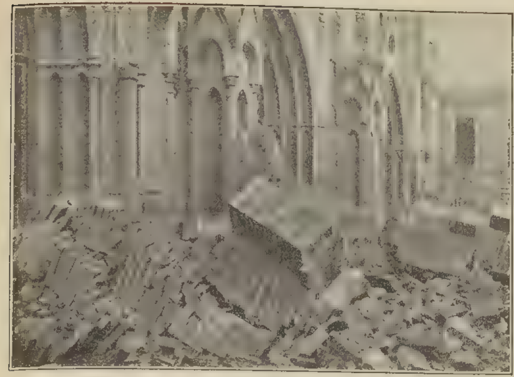
MR. FRANK P. LAHM, GANADOR DE LA COPA AERONÁUTICA GORDÓN-BENNETT. (De fotografía de M. Branger.)

La copa queda, pues, en poder de los Estados Unidos, pero la propiedad definitiva de la misma será de la nación que la gane en tres concursos seguidos.—R.



LA COPA GORDÓN-BENNET. (De fotografía de M. Branger.)

EFECTOS DE LOS TERREMOTOS EN SANTIAGO DE CHILE



Templo del Salvador



Una casa derrumbada en la calle de la Catedral

EFECTOS DE LOS TERREMOTOS EN VALPARAISO



Intendencia y casas de D.ª J. R. de Edwards



Plazuela de Bella Vista



Calle de la Victoria



Teatro de la Victoria



Casas de D. Roberto Délano y D. Jorge Garlands



Gran Avenida

EFECTOS DE LOS TERREMOTOS DE 16 DE AGOSTO ÚLTIMO EN SANTIAGO DE CHILE Y EN VALPARAISO. (De fotografías.)



LA RUEDA, CUADRO DE BERTOLDO GENZMER, GRABADO POR WEBER.



tografía de la Neue Photographische Geselschaft en Steglitz-Berlín.)



BARCELONA. – INAUGURACIÓN DEL NUEVO EDIFICIO DESTINADO Á LA FACULTAD DE MEDICINA Y Á HOSPITAL CLÍNICO. EL ESTRADO PRESIDENCIAL.

BARCELONA

INAUGURACIÓN DEL HOSPITAL CLÍNICO

En la tarde del 2 de los corrientes efectuóse con gran solemnidad la inauguración del grandioso edificio destinado á Facultad de Medicina y Hospital Clínico. La ceremonia se celebró en el paraninfo y fué presidida por el rector de la Universidad Sr. barón de Bonet, quien tenía á su derecha al gobernador civil Sr. Manzano, al presidente interino de la Diputación Provincial Sr. Oms, al canónigo Sr. Almera, en representación del obispo cardenal Casanyas, y al vicerrector Sr. Benito; y á su izquierda, al presidente de la Audiencia Sr. Muñoz, al alcalde Sr. Sanllehy, al fiscal de S. M. señor Díaz Guijarro y al decano de la facultad de Medicina y delegado regio de Enseñanza Sr. Batllés y Bertrán de Lis.

Las gradas del paraninfo estaban ocupadas por una numerosa y selecta concurrencia, en la que figuraban elegantes damas.

El presidente dió lectura de un telegrama en que el Ministro de Instrucción Pública manifestaba que trabajos urgentes reclamaban su presencia en la corte, impidiéndole asistir al acto que se estaba celebrando.

El catedrático de la Escuela de Arquitectura D. Luis Doménech y Estapá, arquitecto y director del Hospital Clínico, leyó una interesante y bien escrita Memoria relatando la historia de la construcción del edificio y describiendo minuciosamente las dependencias del mismo.

El Sr. barón de Bonet dió lectura de un elocuente discurso, en el que después de ensalzar á los iniciadores de la obra señores Magaz y Casaña, relató las vicisitudes por que ha pasado la edificación del nuevo hospital y los obstáculos que habían tenido que vencerse para llevarla á feliz término, dedicó grandes elogios á la Junta Administrativa y dirigió sentidas frases á los alumnos y al claustro universitario.

Terminado su discurso, que fué muy aplaudido, el Sr. barón de Bonet, en nombre del Sr. Ministro de Instrucción Pública, declaró inaugurados el Hospital Clínico y la Facultad de Medicina, y después de dar las gracias á los concurrentes, levantó la sesión.

SAN SEBASTIÁN

COLOCACIÓN DE LA PRIMERA PIEDRA DEL NUEVO ASILO DE NIÑOS Y ANCIANOS DE LA BENEFICENCIA

(Véanse los grabados de la página 648)

El último acto á que asistieron en San Sebastián Sus Majestades el rey D. Alfonso XIII y D.ª Victoria fué la colocación de la primera piedra para el nuevo asilo de la Beneficencia que se ha de construir en el sitio llamado Zorroaga, próximo al apeadero de Santiago, de la línea del tranvía eléctrico de San Sebastián á Hernani.

Efectuóse el acto el día 24 de septiembre último, habiendo oficiado en él el obispo Sr. Cadena y Eleta. El rey asistió acompañado de su cuarto militar y de la escolta real; una compañía del regimiento de Sicilia, con bandera y música, concurrió á la ceremonia para tributar los honores á SS. MM. También concurrieron la banda municipal y la de los asilados de la Casa de Misericordia.

El nuevo asilo ocupará un monte entero y se compondrá de una serie de pabellones y edificios aislados, según exigen las necesidades modernas; será una instalación verdaderamente espléndida, no faltando en ella nada que pueda afectar á la comodidad é higiene de los asilados.

LOS TERREMOTOS DE CHILE

En el número 1.288 describimos minuciosamente los efectos de los espantosos terremotos ocurridos en Chile el 16 de agosto último; no hemos, pues, de insistir sobre tan terrible catástrofe, cuyas consecuencias podrán, en parte, apreciar nuestros lectores contemplando las vistas que publicamos en la página 655 y comparando algunas de ellas con las que reprodujimos en el antes citado número.



EL PÚBLICO EN EL ANFITEATRO DEL PARANINFO. (De fotografías de A. Merletti.)

LA RUEDA, CUADRO DE BERTOLDO GENZMER

(Véase la lámina de las páginas 656 y 657)

¡Cuánta verdad, cuánta vida, cuánto movimiento en ese lienzo! Los siete niños cogidos de las manos, sorprendidos por el artista en un momento de expansión, son un prodigio de naturalidad; esos rostros están animados por la alegría que suele ser patrimonio de los pocos años, y sus cuerpecitos se mueven con esa agilidad y esa gracia propias de los hijos del campo, de los que han nacido y se crían en contacto directo con la madre naturaleza.

El prado que esmaltan algunas silvestres florecillas y el paisaje que apunta en el fondo son dos notas sobriamente tratadas que contribuyen al buen efecto de la composición y que armonizan por modo admirable con el delicioso grupo infantil.

MISCELÁNEA

Bellas Artes.—PARÍS. – El famoso escultor Augusto Rodin está trabajando actualmente en un monumento que se ha de erigir en París á la memoria de Puvis de Chavannes. En el boceto se ve el busto del gran pintor y á su lado un laurel; un genio arranca una rama del árbol para ofrecérsela al artista.

– El conocido pintor y ceramista Moreau-Nelaton ha regalado al Museo del Louvre su gran colección, que comprende 92 cuadros y 50 dibujos y pasteles; entre estas obras hay 35 cuadros de Corot, 11 de Delacroix, 6 de Decamps y varios lienzos y dibujos de otros artistas más modernos, como Manet, Fantin Latour, Carriere, etc.

Espectáculos.—PARÍS. – Se han estrenado con buen éxito: en la Gaité *Jean Chouan*, drama en cinco actos y seis cuadros de Luis Decori y Pablo Olivier; en Cluny *Mes oncles s'amusent*, vaudeville en tres actos de Hugo Delorme y Francisco Gally; en el teatro Antoine *La vie publique*, comedia en cuatro actos de Emilio Fabre; y en la Porte Saint-Martin *Cendrella*, comedia de magia en 45 cuadros de Arturo Collins y Emilio Herbel.

BARCELONA. – Se han estrenado con buen éxito: en Romea *Saló de conferencias*, pieza en un acto de D. Eduardo Aulés; *Cor d'angel*, comedia en dos actos de D. Ramón Surinyach Baell; y *Arrels mortas*, drama en tres actos de D. J. Puig y Ferrater; y en el Principal *Festa completa*, cuadro de costumbres ampurdanesas, letra de Federico Palma y música de doña Narcisa Freixas.

En el Eldorado funciona una buena compañía de declamación castellana que dirige el conocido primer actor Sr. García Ortega y de la que forman parte las reputadas actrices señoras Alverá, Nestosa y Bremón.

Necrología.—Han fallecido:

Mrs. Craigie, notable escritora norteamericana, más conocida por su seudónimo de John Oliver Hobbes.

Eugenio Félix, célebre pintor austriaco, ex presidente de la Sociedad de Artistas de Viena.

El príncipe Alberto de Prusia, regente del ducado de Brunswick desde 1885.

Filiberto Audebrand, el decano de los escritores franceses, contemporáneo de Dumas (padre), Gautier, etc.

Carlos Cantoni, filósofo italiano, profesor de la Universidad de Pavía, autor de varias obras notables, entre ellas una sobre Kant.

Nicolás Ssobke, historiador de arte ruso.

Wolfgango Kirchbach, novelista y poeta lírico y dramático alemán.

Dr. Jacobo Ulrich, profesor de Filología románica de la Universidad de Zurich.

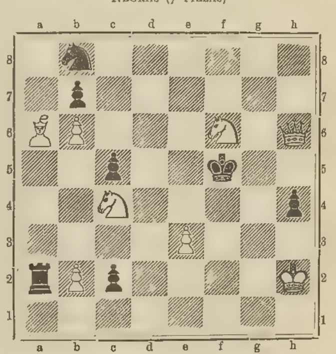
Dr. Eduardo Freudenreich, célebre bacteriólogo suizo.

Dr. Isidoro Neumann, profesor de Dermatología de la Universidad de Viena.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 441, POR V. MARÍN.

NEGRAS (7 PIEZAS)



BLANCAS (8 PIEZAS)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 440, POR V. MARÍN.

Blancas.	Negras.
1. d2-d3	1. Cualquiera.
2. P, A, D ó T mate.	

LA FUERZA DEL PASADO

NOVELA ORIGINAL DE DANIEL LESUEUR.—ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)

Si Cristiana hubiera tenido sangre bohemia en las venas en vez de su pura sangre azul, la hubiera vertido toda para apagar la sed de aquel á quien quería unir á ella para siempre, y hubiera dedicado á ese rito bárbaro un pensamiento místico, aumentado por la intensidad de su deseo. Su sentimiento religioso, que ella conocía, era vivo y sincero; su amor, que ella no conocía, se mezclaba con él en seguida para inspirarse en él y añadirle más fuerza.

Se conmovió, sin embargo, porque Antonio se callaba y creía ver un dolor en ese silencio. Cuando los labios tratan de interpretar á unos corazones que se entienden por lo bajo, pero que los discursos separan, son más elocuentes permaneciendo callados ó pronunciando palabras sencillas que no turben las armonías secretas.

—¿Le he disgustado á usted?, preguntó Cristiana.

Antonio se puso la mano en los ojos y murmuró:

—Perdóneme usted...

¿Ocultaba sus lágrimas? La joven tembló como los débiles tallos que un vientecillo agitaba alrededor de ellos.

—¿Por qué me ha hablado usted de matrimonio?, dijo. Yo no me casaré nunca.

—Yo tampoco, exclamó el joven, mostrando bruscamente una cara en la que Cristiana descubrió, en efecto, trazas húmedas alrededor de los párpados.

Cristiana sonrió al oir esta exclamación. Aquel fué su primer movimiento de malicia y de coquetería involuntaria; á pesar de todo, era mujer.

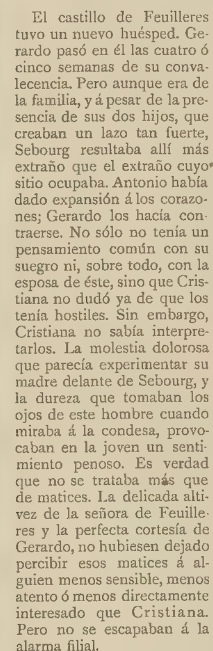
—Se asegura, dijo, que el amor transforma la visión que se tiene de la vida.

—¿Amará usted bastante para que cambie la suya?, preguntó Antonio.

—¿Y usted?

—¡Pero si es la misma, admirable y poco razonable niña!, exclamó el joven. ¡Ah! Quisiera hacerme la ilusión de que no era á usted indiferente para que fuera inútil demostrárselo. Entonces le probaría á usted que en mi respeto de los antiguos mitos, que han dado la vida á mi arte y formas de belleza á los ensueños de mi alma, existe el sentido de su piedad. Como en mi comprensión de todo lo que es humano, hasta del mal...—sí, me atrevo á decirlo, hasta del mal—existe el sentido de su caridad. Como en el heroísmo que empleo en no engañar á usted en cuanto á mi incapacidad de creer, existe el sentido de su verdad. Hace un momento me decía usted que sería un día la misma. ¿Qué día, si no es hoy? ¿Aquel en que venga á decirle que tengo fe?.. ¿Quién le probará entonces si la tengo ó si mi adoración por usted pone en este pobre mundo una mentira más, una de esas mentiras que le causan á usted tan justo horror?

Un dejo indefinible daba á estas últimas palabras no se sabe qué sonriente inverosimilitud, qué ligereza en el ardiente fondo de pasión que permitía á la joven no ofenderse. Cristiana no se engañó, sin embargo. En su conversación no había sido interesante más que lo que no decían; pero, justamente, llegaban al fin de lo que podían decir. Una palabra más y llegaban á las frases demasiado decisivas. Los dos retrocedieron; la una por pudor, el otro por el terror de lo irrevocable.

¡Ah, qué hermosa es usted!.., murmuró Gerardo con una entonación apasionada...

Por otra parte, les parecía que habían removido los mundos. Estaban colmados por lo infinito del sentimiento; no podían ya dudar de su mutuo amor. Lo que sería de él era el secreto del porvenir; el presente estaba demasiado nutrido para que no se detuviesen en él para saborearle mejor. Se hallaban en ese adorable período del amor en el que confesarlo es menos delicioso que callarlo.

—Vamos á buscar á mi padre, dijo Cristiana.

Y hasta la orilla no cambiaron más que palabras insignificantes. Solamente un tacón de los zapatitos de Cristiana se torció contra una piedra, y Antonio extendió prontamente los brazos para sostenerla durante unos segundos.

¡Cuántas veces iba Antonio á rehacer ese ademán en pensamiento!.. ¡Cuántas Cristiana, en la soledad, sentiría deslizarse alrededor de ella aquel brazo tan cariñoso y se apoyaría contra aquel hombro tan querido!..

Hasta tal punto el amor más ardiente se considera, á veces, rico con un pobre recuerdo.

VII

El castillo de Feuilleres tuvo un nuevo huésped. Gerardo pasó en él las cuatro ó cinco semanas de su convalecencia. Pero aunque era de la familia, y á pesar de la presencia de sus dos hijos, que creaban un lazo tan fuerte, Sebourg resultaba allí más extraño que el extraño cuyo sitio ocupaba. Antonio había dado expansión á los corazones; Gerardo los hacía contraerse. No sólo no tenía un pensamiento común con su suegro ni, sobre todo, con la esposa de éste, sino que Cristiana no dudó ya de que los tenía hostiles. Sin embargo, Cristiana no sabía interpretarlos. La molestia dolorosa que parecía experimentar su madre delante de Sebourg, y la dureza que tomaban los ojos de este hombre cuando miraba á la condesa, provocaban en la joven un sentimiento penoso. Es verdad que no se trataba más que de matices. La delicada altivez de la señora de Feuilleres y la perfecta cortesía de Gerardo, no hubiesen dejado percibir esos matices á alguien menos sensible, menos atento ó menos directamente interesado que Cristiana. Pero no se escapaban á la alarma filial.

Sebourg, sin embargo, se esforzaba por no imponer el aspecto de una fisonomía taciturna por costumbre y que las catástrofes recientes impregnaban de una ruda tristeza. Gerardo se encerraba en el departamento puesto á su disposición y recibía los cuidados de un doméstico adicto venido con él de París para la carrera de automóviles y que no se había separado de su cabecera desde el accidente. Cuando tomaba parte en la vida de familia, se ocupaba sobre todo de Roberta y de Francisco; los niños eran un pretexto de distracciones, sin el cual semejante existencia íntima apenas hubiera sido tolerable, y su travesura impedía que durase ese silencio prolongado que es tan dulce entre personas que se entienden y tan cargado de un peso opresor cuando se adivina que hay en él pensamientos de desconfianza ó de amargura.

Cristiana era la única persona á cuyo lado parecía Gerardo recobrar un poco de elasticidad de alma, sobre todo cuando estaban solos ó con los dos niños. ¿Qué carácter no se hubiera dulcificado al lado de Cristiana? Tenía una dulzura tan contagiosa y una bondad tan comprensiva... Tocaba los puntos más irritantes del corazón con tan ingeniosas y hábiles precauciones... Su defecto era, acaso, un temor exagerado de hacer sufrir, y la imposibilidad de hacer ver á los demás que percibía sus deformidades morales. Así, había guardado de la confesión de su cuñado una especie de horror; y sin embargo, como le

suponía remordimientos proporcionados á lo que había de odioso, de astuto y de brutal en su conducta con Antonieta, á la que enloqueció hasta la muerte, Cristiana sentía por él una inmensa lástima. Lo que comprendía de la espantosa tragedia de Montestruc, le hacía entrever en aquel desgraciado angustias íntimas de las cuales se espantaba su sensibilidad. En sus relaciones con él cuidaba de ocultarle su antipatía, á fin de no añadir una pena más á las que estaba sufriendo, aunque fuese justamente.

En aquel generoso cuidado había un peligro en el que la modestia impedía á la joven pensar. Y era que su compasión y su deseo de consolar á un ser menos culpable que víctima de extrañas fatalidades, se expresaban en la cara más deliciosa y en unas pupilas negras cuya dulzura se embellecía con las suaves intenciones de la caridad interior. El peligro se agravaba porque Gerardo, alma simple y violenta, estaba predestinado á inflamarse tarde ó temprano con alguna pasión temible. Nunca había experimentado lo que podría ser en él la fuerza del amor, pues no había tenido por su mujer más que una afección tranquila, ni por otras más que breves caprichos sensuales. Podía suceder que lo ignorase siempre, pero su naturaleza no le permitía sentir el amor á medias.

El destino anuda sus intrigas y hace estallar sus efectos teatrales con un arte al que no podrían llegar los más presuntuosos novelistas, que no disponen, como él, de lo infinito de las causas ni de la multiplicidad innumerable de los resortes. Sus preparaciones se limitan á algunos breves datos. Por eso no tienen derecho de desarrollar ante sus lectores los inauditos azares de la vida. Los sucesos que nos asombran sin cesar en realidad, no serían más que baja literatura de folletín sin el inconmensurable encadenamiento de los hechos que los hacen, no verosímiles, puesto que no los percibimos más que en una escasa parte, sino teóricamente posibles. Ese encadenamiento es lo que ningún autor podría plagiar de la obra de ese prodigioso dramaturgo que es Dios y cuyos prólogos proceden de siglos.

Todas las circunstancias, sin exceptuar una sola, que orientaban la vida de Cristiana y la de Gerardo, convergían hacia la situación terrible en que iban á encontrarse y los mantenían en la imprevisión que la haría ser más inextricable.

Cristiana amaba, lo que duplicaba en sus ojos el velo de ceguera ya colocado por su candor y su inexperiencia. Sebourg llevaba apenas hacía cinco meses el luto de su mujer, un luto lleno de remordimientos, y estaba más ignorante todavía de las sorpresas del amor que aquella casta joven, porque él era incrédulo. Pensó al principio que sólo le conmovía una simpatía delicada, único bálsamo bienhechor caído en la cruel irritación de sus heridas. En seguida percibió en sí mismo la gratitud y la admiración por aquella segunda madre que habían encontrado sus hijos.

—Mi pobre Antonieta no se ocupaba de ellos tanto como usted, decía á Cristiana; los abandonaba demasiado á los criados y á su aya; pero las exigencias del mundo la absorbían por completo, y los trajes... Solamente el tiempo de probárselos devoraba sus días.

—¡Cállese usted!, decía dulcemente Cristiana, con un reproche melancólico más cerca del ruego que de la acusación.

—¡Qué poco se parece usted á ella!, seguía diciendo Gerardo. Es verdad que es usted solamente su hermana de padre. Pero ella había recibido la misma educación que usted en este austero castillo...

—No, explicaba la hija de Adriana. Mi padre, según he oído decir, no hizo dimisión ni vivió tan retirado hasta después de su matrimonio con mi madre. Su primera esposa tenía gustos muy diferentes. Antonieta fué festejada y rodeada como lo es una hija de general en la más brillante sociedad militar, teniendo un nombre como el nuestro y siendo bonita como ella. Debió de contárselo á usted.

—Es posible, dijo distraídamente Gerardo, con una mirada que más bien se dirigía hacia aquella criatura graciosa y llena de una vida chispeante, que al fantasma ya menos distinto de la muerta.

Cristiana insistía en el cambio producido en su padre por su segundo matrimonio.

—Sólo mamá ha sabido comprenderle; en seguida participó de su culto por Feuilleres y se encerró aquí con él. Joven como era, se complació en esta soledad. Mi pobre papá había sufrido mucho por los gustos frívolos de su primera mujer.

—Por fortuna, desapareció á tiempo, replicó una vez Sebourg con una áspera ironía que dejó á Cristiana confusa.

A causa de Roberta fué sobre todo como Gerardo empezó á sentir confusamente la influencia de Cristiana y la atmósfera de alma que esta joven creaba alrededor de ella y que iba á llegar á no tener precio para él. La niña, con su cara redonda y grave, de grandes ojos, de princesita bizantina, con sus intrépidos caprichos y su voluntad testaruda, encantaba y exasperaba á su padre. Gerardo la adoraba, la mimaba y la trataba con dureza; no se podía decir que la educaba mal, pues sus procedimientos con ella estaban muy lejos de ser un sistema cualquiera de educación, aun detestable; pero tan pronto se regocijaba con las escapatorias de la niña, la admiraba contra toda razón y exaltaba su pueril orgullo, como se arrebataba en bruscas cóleras si las desobediencias de la pequeña dejaban de corresponder á lo que podía agradarle ó á su humor del momento. Había entonces luchas, que no dejaban de ser cómicas, entre las dos voluntades igualmente obstinadas de aquel hombre y aquella niña caprichosa, de aquel coloso y de esa sílfide. Se parecían demasiado para no chocar, y estos choques se producían muy pronto á causa de la importancia que Sebourg daba á la pequeña. Esta le hacía frente con una audacia que no tenía precio, y él no lo encontraba siempre gracioso y no se acusaba de aquel estado de cosas. No viendo más medio que la fuerza para domar á la niña, se servía de la suya y llegaba á veces hasta pegar á Roberta.

Cuando Cristiana vió un día aquella mano, que hubiera hecho daño á un caballo, levantarse contra una niña de cinco años, se quedó consternada. Miss Gertie, que había llevado la culpable á su padre, no parecía muy extrañada por aquellos procedimientos correccionales verdaderamente británicos. Roberta estaba tiesa y firme bajo la amenaza de un cachete que parecía deber aniquilarla, y con su carita pálida hasta los labios y los ojos agrandados y brillantes de furor y de lágrimas contenidas heroicamente, protestaba con esta sola frase:

—La tía Cristiana no me pegaría...

El nombre produjo un efecto mágico, pero más aún la aparición de la que evocaba la infantil angustia.

Cristiana, que vituperaba por lo bajo al padre, trató de no dejarlo ver.

—No te pegaría, dijo, porque te portas conmigo como una niña sensible que da pruebas de tener corazón á falta de razonamiento; pero con papá resultas un animalito tozudo. Se dan latigazos á los burros rebeldes porque no hay otros medios de hacerse comprender por ellos.

—Yo no soy un burro, declaró Roberta, pues un burro, con sus herraduras, no podría recortar estampas, y yo he recortado las del alfabeto que el abuelo me ha dado para que aprenda á leer.

—¡El abecedario del Delfín!, exclamó Cristiana, pensando cuánto estimaba su padre aquel precioso y único ejemplar y cuánto sentiría su pérdida.

—Era un librote viejo, declaró Roberta encogiéndose de hombros.

—Ahí tiene usted lo que ha hecho, dijo Gerardo; y acaba de gritar pataleando que lo volverá á hacer si le parece. Tía Cristiana, le abandono á usted esta fea niña; no quiero oir más hablar de ella. Ha sido suerte que haya usted venido, porque le iba á administrar la corrección que merece y respondo de que se hubiera acordado.

Cristiana, que había sentido un verdadero espanto ante la cólera de Gerardo, le agradeció, sin pensar siquiera en atribuirse el mérito de ello, que se hubiera dominado tan pronto. La joven no dedujo ningún indicio alarmante para su propia tranquilidad de aquella flexibilidad en una naturaleza tan brusca y no notó la entonación singularmente tierna de aquel «tía Cristiana,» pronunciado por él en presencia de la niña.

El instinto más perspicaz de la pequeña no se engañó en esto.

—Tía Cristiana, dijo cuando su padre salió dando un portazo, puesto que papá desea tanto darte gusto, pídele que no me vuelva á pegar... Porque si lo hace, siento que le voy á odiar.

Y añadió levantando su orgullosa cabecita:

—No quiero que se me toque... Soy Roberta de Sebourg.

Cristiana se servía precisamente de esa altivez para obtener un poco de juicio de aquella niña difícil, y en esta ocasión trató también de hacerlo; pero la ingeniosa educadora estaba un poco distraída de su misión. Las palabras de su sobrina: «Puesto que papá desea darte gusto,» habían proyectado en el fondo de su mente un vago resplandor. Como siempre, cuando se forma en nosotros una noción inconscientemente preparada, ese resplandor se avivó con ligeros indicios hasta entonces inadvertidos y que surgieron bruscamente en su memoria. Cristiana sintió un extremo malestar, pero se acusó de él más que le sufrió. Y, en seguida, se absorbió en el deber inmediato.

Lo más importante no era el arrepentimiento de la pequeña culpable, sino obtener del padre una modificación en su manera de tratar á la niña, manera que la joven consideraba deplorable. Cristiana buscó la ocasión de hablar á Gerardo á solas, y la encontró por la noche, después de comer, mientras Gerardo fumaba un cigarro paseando por el jardín, entre la claridad gris y rosa de un largo crepúsculo de junio.

Cristiana le expuso los argumentos que había meditado todo el día, y lo hizo con un ardor frío y una gravedad que él no le conocía. La joven trataba de no apartarse de su tema y de no emplear más que argumentos de razón, evitando toda alusión á sus propios sentimientos y, sobre todo, esas frases de comprensión lastimera sobre las tristezas que podían ensombrecer el alma de su cuñado y excusar su rudeza. Ayer hubiera hecho uso de esos llamamientos al corazón y de esas dulzuras envolventes; hoy se lo prohibía una tardía presciencia.

Sebourg escuchaba y no respondía. No era el hombre de esos análisis ni de esas sutilidades. Si la voz deliciosa de Cristiana no hubiera parecido deliciosa á sus oídos, sobre todo en aquella sombra creciente del antiguo parque, cuya poesía sentía vagamente, á pesar de su poca impresionabilidad para los encantos de la naturaleza, hubiera tratado todo aquello de ergotismo; pero el amor despierta en los seres menos finamente vibrantes sensibilidades imprevistas. Entre los dos interlocutores se extendía la vasta sábana de la ancha pradera entre las filas de obscuros olmos. Veíase en el fondo un cielo verdoso y rojizo en el que se dibujaba la ligera media luna apenas visible del cuarto creciente. Y las líneas simples de aquel decorado, la claridad infinita en que iban á parar, los matices de la luz moribunda y el fresco olor de la noche producían la nostalgia de un vago pasado. Los nervios resultaban disueltos en cierto enternecimiento.

—¿Por qué se toma usted tanto trabajo para convencerme, Cristiana? Diga usted que tal es su deseo, y haré lo que usted quiera.

¡Qué acento tan cambiado!.. ¿De dónde venía aquella dulzura y aquel estremecimiento nunca advertido?

—No se trata de mí, replicó vivamente la joven.

Todo su ser se retraía, como ofendido ya, sin comprender todavía. Antonio no le hubiese hablado con esa sumisión trivial que hacía desagradable la extrañeza del tono; habría tenido ideas propias y las hubiera dicho, sugiriéndole á ella otras. Su matizada inteligencia era un campo de descubrimiento, y el quisquilloso pudor de Cristiana se sentía en completa seguridad á su lado. En aquel minuto, el contraste entre los dos hombres se marcó tan vivamente, sobre todo por lo que inconscientemente echaba de menos al otro (qué divina velada si el uno hubiera estado en el puesto del otro...) que Cristiana se separó de su cuñado con un movimiento de imperceptible repulsión.

Gerardo no adivinó más que su descontento porque no le traía más pronto á sus teorías; pero puesto que prometía conformarse con ellas... Él no tenía pretensiones pedagógicas; para él, cuando un niño se mostraba poco dócil se le daban azotes. El temor al castigo era para los chiquillos el comienzo y el fin de la sabiduría, y había que castigarlos, no cuando hacían mal, sino cuando el mal que hacían molestaba á sus padres. Eso les enseñaba á vivir y á saber que la libertad de los unos tiene por límite el daño que hacen á los otros. No teniendo teorías psicológicas más profundas que presentar á su cuñada, tuvo la prudencia de guardarse aquéllas para él.

—Para qué tantas demostraciones, dijo de repente. Usted hace de Roberta lo que quiere, casi sin castigarla, y yo, que la aplastaría de un papirotazo, no consigo dominarla. Esto prueba la inmensa necesidad de usted que tenemos ella y yo, mi querida Cristiana: ella para aprender á parecerse á usted, yo para no sufrir con esta niña á quien adoro, y, sobre todo, para no hacerle sufrir inútilmente.

—Pero, dijo Cristiana con una claridad intencionada, yo no estaré siempre con ella. Los niños no están con nosotros más que durante el verano, é irán después á vivir con usted en París.

Sebourg guardó silencio.

—Vamos á casa, dijo Cristiana. Siento que no consienta usted en...

Gerardo la interrumpió poniéndole la mano en el brazo, pero ella se separó con vivo ademán.

—¿En qué no consiento?, dijo Gerardo con una emoción casi impresionante. ¿En qué puedo yo no consentir que usted desee? Si no comprendo mal, no encuentra usted oportuno que sacuda un poco á ese diablillo de Roberta; pues bien, doy á usted mi palabra de honor de no levantarle más la mano. ¿Es eso lo que esperaba usted de mí?

—¡Ah!, exclamó Cristiana en la alegría del resultado, doy á usted las gracias; es ese un juramento por el cual le estoy profundamente agradecida.

Gerardo vió que la sinceridad de su decisión y la totalidad de su obediencia le habían valido todo lo que podía esperar aquella tarde. No se le habían escapado ciertas entonaciones casi ofensivas de Cristiana ni la retirada ostensible de la joven ante una familiaridad hasta entonces tolerada como fraternal. ¿Era ya aquello una lucha abierta?.. ¿Era la lucha eterna entre la virginidad asustadiza que se defiende y el atrevimiento masculino que quiere conquistar? Gerardo sufrió el salvaje vértigo de la fiera que siente estremecerse su presa, hasta entonces sin desconfianza, cuando ve de repente una mirada fija y terrible, y desde ese minuto, sintió en sí mismo el desencadenamiento de la pasión.

Cristiana no advirtió esa fatalidad hasta dos ó tres días después.

Estaba sentada en el banco de la plazoleta rodeada de pinos, allí donde había comprendido que Antonio la amaba y tenido la intuición de una dicha inmensa. Venían á su memoria todos los detalles de su grave conversación; pero, sobre todo, el minuto conmovedor en que los dos se habían callado y en que su silencio les había unido más fuertemente que todas las palabras.

Desde que Antonio se marchó, había escrito dos veces al conde de Feuilleres, y siempre había colocado en el mismo sobre una carta para Cristiana. El padre entregó aquellas misivas á su hija con una reflexión sonriente:

—Nuestro amigo te envía consideraciones filosóficas y te toma por director de conciencia; me parece que desea mucho ser convertido por ti.

—¿Me permite usted que le conteste, papá?

—¿Yo? Desde luego, si tu madre no ve en ello inconveniente. ¿Pero tendrás alientos bastantes? Tu corresponsal aboga con elocuencia por la causa del humanitarismo racional y de la evolución, contra la religión revelada y contra la fijeza de ciertos principios que nosotros tenemos por inmutables y eternos. Es una cosa tan rara, al menos en Francia, ver á las muchachas discutir con los jóvenes sobre tales materias, que te autorizaría para ello, aunque no fuera más que por la originalidad del hecho. Le Bray vale más, por otra parte, que este argumento de excepción. Contéstele, hija mía; es digno del honor que le hará así la señorita de Feuilleres.

La joven había visto en aquella frase la aprobación de una amistad que sus padres consideraban como susceptible de transformarse después en otro sentimiento, sin que hubiese razón para temerlo. Sus padres, pues, tenían por Antonio una estimación suficiente para hacerles pasar por la falta de origen aristocrático que podían desear en un yerno, y esta certeza fomentó el ensueño, ya tan dulcemente distinto, que palpitaba en el corazón de Cristiana. Al escribir á Antonio, dejó correr por su pluma la esencia misma de su alma, dominada ahora por la idea que él le había inspirado y que se desarrollaba en ella: «No hay nada irreducible entre nosotros.» Pero ella quería realizar esa unión de sus pensamientos en el dominio de sus entusiasmos y de su fe, y esa perspectiva se le aparecía ahora como un fin accesible, inefable y supremo.

En esto pensaba en aquel banco, en la cálida soledad del verano, entre aquel aroma de los pinos que llegaba ahora tan fuerte hasta su corazón. La potencia evocadora del perfume iniciaba á su candor juvenil en las primeras complicidades turbadoras de la naturaleza y del amor, y su alma formal estaba meditando sobre los argumentos con que podría reducir á aquel querido espíritu incrédulo. Pero el aliento de los árboles, al hinchar su pecho y al rozar su nariz y sus labios, hacía presente para ella la presencia corporal en que brillaba aquel espíritu; veía la cara morena de tan fina energía, con su nerviosidad sarracena y sus ojos cambiantes de terciopelo y oro; oía su voz de entonaciones un poco veladas, y sentía alrededor de su talle el brazo tan pronto y tiernamente protector.

Una extraña inquietud la arrancó bruscamente de sus sueños. Cristiana tuvo el sentimiento de que la espiaban. Una penosa atracción le hizo volver la cabeza, y, á poca distancia, entre la hojarasca, vió á su cuñado que la contemplaba con una expresión que nunca le había visto.

La sangre se agolpó en la cara de la joven: le pareció que aquellos ojos extrañamente ávidos acaban de sorprender su alma desnuda y de violar en ella el secreto que ella misma no se atrevía á descubrir, y su indignación se aumentó con la instintiva antipatía que sentía á veces por Gerardo. Nunca aquella fisonomía brutalmente bella le había causado tan verdadera repulsión.

Cristiana irguió el busto sin levantarse del banco, pues se sentía muy temblorosa, y miró á aquel hombre que la contemplaba y que no era ya para ella un pariente, un amigo ni un hermano, sino una especie de agresor. Pasó un minuto lento, revelador, intolerable.

Por fin, Gerardo dió unos pasos y se aproximó á Cristiana, y á medida que avanzaba, la expresión de sus facciones se hacía más humilde, más sumisa, y, por fin, enteramente suplicante. Cuando estuvo á su lado, juntó las manos é hincó una rodilla en tierra.

Pero no tuvo tiempo de acabar su acción; Cristiana se levantó como galvanizada de horror y Gerardo la oyó balbucir:

—¡Oh! No, eso no, eso no, aquí no...

Y echó á correr, pero él la alcanzó y la cogió de un brazo.

—Escuche usted... Respóndame, Cristiana. ¿Qué le he hecho yo á usted?

Cristiana pudo desprenderse y se quedó inmóvil con los hombros pegados á un pino y más pálida aún al lado de aquella rojiza corteza; una indecible angustia hacíale desfallecer.

—¡Ah, qué hermosa es usted!.., murmuró Gerardo con una entonación apasionada hasta el sufrimiento y como si esa exclamación hubiera brotado de él contra su voluntad.

—¡Le prohibo á usted hablarme así, se lo prohibo!..

—¿Por qué? ¡Oh! Cristiana...

—¡Dios mío!.., dijo la joven con los ojos dilatados y como si no pudiese creer en la realidad. ¡Es horroroso!..

—No, no es horroroso, Cristiana querida, sino muy natural. Tenía que suceder; ¿podía yo no adorar á usted?.. ¡Oh! Hace poco tiempo que lo sé... y lo temía... No soy digno de usted, pero usted me ha cambiado ya y hará de mí el hombre que quiera... ¡Ha tenido usted de mí una lástima tan divina! Y la lástima está tan cerca de la ternura... Que había creído...

Cristiana le interrumpió. Aquella lástima que invocaba no existía ya en su corazón. La repugnancia que crecía en ella y que se inflamaba con todos los recuerdos y todas las visiones, y sobre todo por el recuerdo de Antonio, hubiera hecho cruel á aquella niña tan dulce, que le dijo anhelosa:

—¿Pero mi hermana, mi hermana, á quien usted ha?..

Sin duda no hubiera pronunciado la palabra, pero era bastante el sugerirla. Gerardo, sin embargo, la sintió hundirse en él como la hoja de un puñal en plena carne. ¿Había olvidado la joven, al verle allí temblando de amor y deshecho en súplicas, el ser de violencia que realmente era aquel hombre?.. Cristiana se estremeció de espanto físico ante el relámpago salvaje que le ordenaba callarse.

—¡No diga usted eso!.. Es usted la última que debiera decirlo.

Cristiana tembló ante el sentido profundo de aquel grito y se quedó muda. Gerardo retrocedió dos pasos y se puso las manos en los ojos, sacudido por un desgarrador sollozo.

Un poco después se repuso y se acercó á ella con cara sombría, en la que los ojos de pizarra relucían duramente bajo unas cejas demasiado crespas y demasiado negras.

—Nunca hubiera creído que usted me odiase.

—No le odio á usted, Gerardo; nada me haría odiarle, nada..., excepto...

—¿Qué?

—La idea de que pensase usted en mí de otro modo que como en una hermana.

Gerardo mostró una risa sardónica y dolorosa.

—¡Una hermana!.. ¡Convención absurda!.. No lo era usted de Antonieta más que á medias, puesto que no tenían la misma madre, y de todos modos no lo será usted mía. Nada se opone á que sea usted mi mujer..., ninguna conveniencia, ninguna ley.

—¡Jamás!.., exclamó. ¡Jamás seré su mujer!

Gerardo fijó en ella una mirada obscura, llena de amenazas, de ironía, de orgullo herido y de sufrimiento; una mirada tumultuosa que se esforzaba por mostrar una frialdad implacable.

—Hace usted mal, dice Gerardo con expresión de enigma.

Dió en seguida una vuelta sobre sí mismo, como una fiera cautiva á la que un enemigo inaccesible acaba de tocar con un hierro ardiendo á través de los barrotes de su jaula. Encontró al paso el tronco, ya sólido, de un arbolillo, le cogió con una mano y le rompió fácilmente de una sacudida. Una maraña de ramas cayó al suelo y se mezcló con las hierbas en la sombra verdosa y tranquila. Hacía ya un momento que Sebourg se había marchado, y todavía estaba Cristiana, con el corazón atrozmente oprimido, mirando aquella vida vegetal que iba á marchitarse allí, mientras el tronco mostraba sus filamentos arrancados, tiernos y húmedos como nervios. Era aquello un presagio y como un símbolo que aumentaba el terror de la joven.

—Es preciso que hable á mis padres, pensó Cristiana; debo advertirles.

Volvióse al castillo con esas intenciones; pero á medida que se aproximaba asaltábanle vacilaciones imprevistas. ¿Debía agravar las disposiciones ya severas en que se encontraba el conde respecto de su yerno?.. ¿Era indispensable alarmar el alma naturalmente asustadiza de su madre?.. Si se producía una explicación tempestuosa, era de temer que Sebourg se marchase precipitadamenle de Feuilleres y se llevase á sus hijos... Y Cristiana quería tener á su lado á aquellos pobres niños que tanto la necesitaban. El padre se iría, no cabía duda. ¡Le había hablado tan claramente!.. Por otra parte, estaba curado de sus heridas y próximo á marcharse de todos modos. Si las cosas seguían su curso, Gerardo regresaría á París y dejaría allí á sus hijos todo el verano, con su institutriz. Un rompimiento podría traer la separación definitiva entre ella y sus sobrinos. ¿Y cómo evitar un rompimiento si los señores de Feuilleres sabían que el hombre del que tenían tantas quejas, el marido casi voluntariamente matador de Antonieta, el adversario irreconciliable de la segunda condesa, el huraño intruso que nunca había obrado como hijo respecto de ellos, pensaba en casarse con su segunda hija?.. Solamente ese deseo provocaría su indignación. Y el hecho de haber expuesto esa pretensión á su hija sin consultarlos previamente, los incitaría al rigor.

—Sería abominable para todos nosotros, pensó la joven, y las primeras víctimas serían Roberta y Francisco. No, no, no diré nada. ¿Para qué? No he dejado á ese insensato ni sombra de esperanza, y, después de todo, es hombre galante. Nos va anunciar su partida y todo acabará sin escándalo.

No se engañó mucho en sus previsiones en cuanto á la marcha material de los sucesos. Gerardo, en efecto, no tardó en dejar Feuilleres y no hubo con él ninguna explicación desagradable; al contrario, hacia el fin de su estancia pareció que se mejoraban sus relaciones, y el conde tuvo con su yerno movimientos de confiada cordialidad. La misma Adriana debió de sentir menos en su presencia la contracción interior que su hija conocía tan bien.

Pero hubo un punto en el que Cristiana conoció que se había equivocado. Su poco conocimiento de los hombres y de la pasión le habían hecho pensar que un amor como el de Gerardo se desanimaba ante una negativa terminante; pero Sebourg, antes de marcharse, le hizo comprender claramente que no era dueño de cambiar de sentimientos y que se obstinaba en conservar esperanza. Aunque Cristiana evitó cuidadosamente encontrarse á solas con él, no separándose de su madre en cuanto estaba fuera del seguro asilo de su cuarto cerrado, Gerardo había sabido decirle esas palabras llenas de ardor y significación y echarle esas miradas en las que se pone toda la llama interior, tales como podían ocurrírsele á un ser como él, tan poco acostumbrado á las flexibilidades del lenguaje y á las gracias aduladoras, pero cuyos impulsos simples, impetuosos y sinceros surgían como el relámpago de la nube ó el torrente de la roca, con un ímpetu natural que no carecía de grandeza.

El alma de Cristiana se llenó de tristeza y de miedo. Tembló al pensar lo que podría ser la rivalidad de Gerardo y Antonio si la desgracia quería que esos dos hombres se encontrasen frente á frente. No ignoraba que habían estado ya á punto de batirse á causa de Antonieta. ¿Qué pasaría entre ellos en el día, que ayer preveía de un modo tan radiante y que hoy casi temía, en que fuese la prometida del hombre á quien amaba?

Por lo menos iba á estar libre del malestar inmediato que le causaba la presencia de Sebourg. El día de su partida, cuando se cerró la verja, después de dar paso al coche que se llevaba al viajero, acompañado hasta Montauban por el conde, Cristiana tuvo la sensación de que se desataban las cuerdas que le anudaban el corazón. Los mismos niños, que vertían sus lágrimas fáciles y sin dolor porque «papá se marchaba,» echaron de ver el alivio repentino que hizo á su tía arrojarse alegremente en sus brazos.

—Te gusta, tía Cristiana, tenernos para ti sola, dijo Roberta con la psicología de egoísmo y de vanidad de los niños á quienes se da demasiada importancia.

Unas horas después, Cristiana, con la sonrisa en los labios, se acercó á sus padres, á quienes acababa de ver sentados en sillones de mimbre debajo de un emparrado del jardín á la francesa.

—¡Qué graves parecéis!.. ¿Qué estáis fraguando?, preguntó la joven con aquella clara música de la voz y aquella iluminación de las facciones que la transformaban desde el adiós reciente, y acerca de los cuales sus padres se equivocaban singularmente, como iba á echar de ver.

(Se continuará.)

BARCELONA.—NUEVO EDIFICIO DESTINADO Á FACULTAD DE MEDICINA Y HOSPITAL CLÍNICO



1. Vista general exterior. — 2. Vista de uno de los patios interiores del Hospital. — 3. Escalera central de la Facultad. — 4. Biblioteca de la Facultad. 5. Lavaderos y estufa del Hospital. — 6. Cámara frigorífica y de congelación. — 7. Sala de operaciones. — 8. Sala de Anatomía de la Facultad. (De fotografías de A. Merletti.)

BARCELONA

NUEVO EDIFICIO PARA HOSPITAL CLÍNICO Y FACULTAD DE MEDICINA

Era realmente vergonzoso que en una ciudad de la importancia de la nuestra, la enseñanza de las Ciencias Médicas hubiera de darse en locales de capacidad deficiente y sin ninguna condición adecuada á los fines á que se les destinaba; y lo era también que la Facultad de Medicina no pudiera utilizar más elementos de estudio, en cuanto á clínicas, que los que buenamente le facilitara un hospital de fundación particular, como el de Santa Cruz.

Un solo dato demostrará cuán necesario era poner término á ese estado de cosas: el mismo edificio que en 1762 levantó Carlos III para Escuela de Cirugía, cuyos cursos reunían en conjunto 50 alumnos, ha servido hasta hace pocos meses para albergar á toda la Facultad de Medicina con una matrícula de más de 500 alumnos en el último año.

De aquella necesidad hízose eco por vez primera en 1879 el Claustro de la Facultad, que en 31 de mayo y bajo la presidencia del entonces rector D. Julián Casaña, aprobó un luminoso dictamen emitido por una comisión de su mismo seno y en el cual se estudiaban con profundo conocimiento, no sólo el problema en sí, sino también todas las soluciones que podían dársele y se exponían los motivos que abonaban la adopción de una de ellas. De aquel dictamen arranca la historia del magnífico edificio de cuya reciente inauguración damos cuenta en otro lugar de este número y que responde perfectamente al doble objeto de la enseñanza y de la beneficencia, puesto que si, de una parte, contiene cuantos elementos puede exigir para su misión instructiva la Facultad de Medicina, de otra llena con el Hospital Clínico la necesidad, tanto tiempo sentida, de aumentar el número de nosocomios públicos de Barcelona, hasta ahora reducidos al solo Hospital de Santa Cruz, ya citado é insuficiente á todas luces aun para una urbe de la mitad de la población de la nuestra actualmente.

No relataremos la historia, accidentada por más de un concepto, del nuevo edificio; sólo diremos que de su construcción definitiva se encargó el notable arquitecto y docto catedrático D. Luis Doménech y Estapá, quien, á pesar de los 30 años transcurridos desde la aprobación del primitivo proyecto, ha sabido adaptarlo perfectamente á los adelantos modernos, y que á su realización han contribuído poderosamente, aparte del Estado y de nuestro Ayuntamiento, todas las autoridades académicas que ha ido teniendo sucesivamente la Facultad de Medicina y muy en particular el Excmo. Sr. barón de Bonet, que ha podido ver recompensados sus abnegados esfuerzos y su voluntad firme é inquebrantable con la satisfacción de la solemne ceremonia inaugural.

BARCELONA. – HOSPITAL CLÍNICO. VISTA INTERIOR DE LA CAPILLA
(De fotografía de A. Merletti.)

Si hubiéramos de describir minuciosamente el edificio de que hablamos, necesitaríamos un espacio del que no disponemos; habremos de limitarnos, pues, á exponer los datos más salientes acerca del mismo.

Levántase en el Ensanche, en el solar comprendido entre las calles de Casanovas, Provenza, Villarroel y Córcega, y ocupa un área total de 27.700 metros cuadrados. Los pabellones del Hospital Clínico, dispuestos en forma lineal doble, paralelos á la fachada principal, son en número de 12: dos, convenientemente aislados, para enfermedades infecciosas; cinco para enfermedades de hombres, y cinco para enfermedades de mujeres. Cada pabellón consta de planta baja, primer piso, semisótano y altillo, estando destinadas las salas de la planta baja á enfermedades de cirugía y las del primer piso á las de medicina general. En los patios que dejan entre sí los pabellones hay ocho anfiteatros operatorios de forma semicircular y con luz cenital. Las salas enfermerías han de contener 18 camas las de la planta baja y 20 las del primer piso, correspondiendo á cada enfermo 95 metros cúbicos de aire. Los servicios de calefacción y ventilación están perfectamente estudiados.

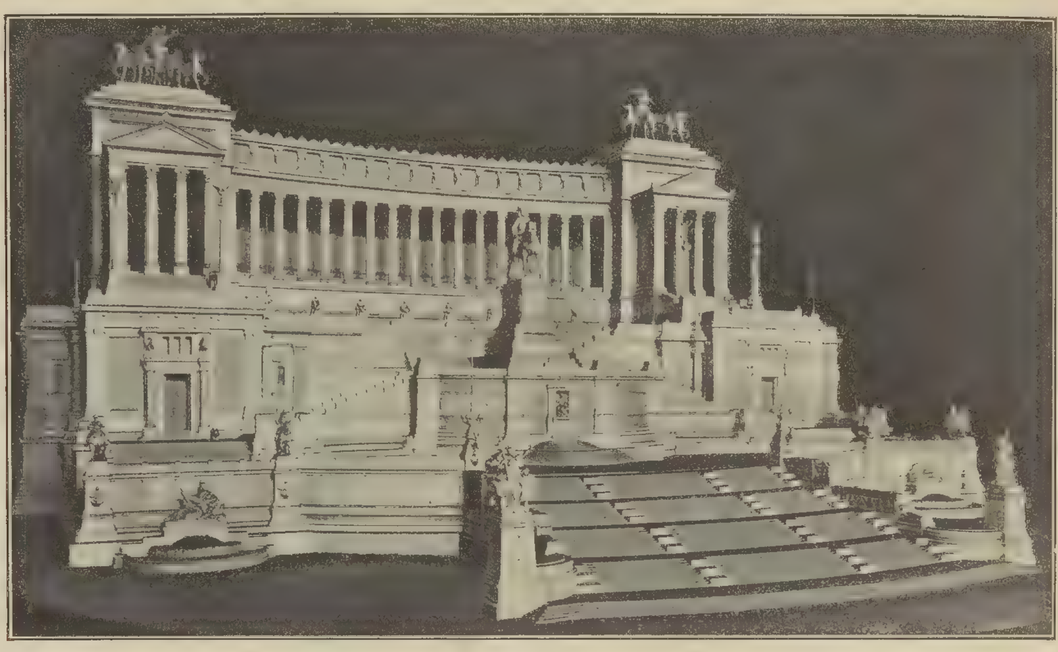
Completan la instalación del nosocomio las cámaras de Hidroterapia, Electroterapia, Neumoterapia, lavadero mecánico con estufa de desinfección y crematorio de residuos, y las dependencias para médicos, enfermeros, farmacia, comedor de convalecientes, dispensarios y administración, y la capilla. La comunicación entre los pisos se efectúa por medio de cuatro ascensores eléctricos.

El edificio destinado á Facultad de Medicina forma el cuerpo central del edificio total, ocupa una superficie de 7.800 metros cuadrados y tiene siete ingresos para facilitar su cómoda comunicación con el Hospital Clínico. Contiene un grandioso paraninfo, tres grandes museos (instrumental, anatómico y de Higiene), una espaciosa biblioteca, una sala de Juntas, otra de togas, Decanato y Secretaría de la facultad, sala de fotografías, talleres de escultura, dos cátedras en forma de anfiteatro para 300 alumnos, seis de forma rectangular para 200 alumnos, dos salas de disección, siete gabinetes con varias dependencias cada uno, once laboratorios, una sala de proyecciones, tres salas para profesores, una cámara frigorífica y un depósito de cadáveres.

Todos esos departamentos reunen cuantos requisitos exigen para esa clase de establecimientos las necesidades y los progresos de nuestros tiempos.

Al publicar hoy algunas de las principales vistas del Hospital Clínico y de la Facultad de Medicina, LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA se complace en felicitar entusiastamente á todas las personas y entidades que han contribuído á la realización de una obra tan necesaria y que tanto honra á nuestra ciudad. – C.





El monumento más grande del mundo. – Modelo del monumento que actualmente se erige en Roma á la memoria del rey Víctor Manuel II, obra del arquitecto Sacconi. (De fotografía.)

Más de veinte años hace que se trabaja en ese colosal monumento que se erige en Roma á la memoria de Víctor Manuel II; cuando esté terminado, será una obra maestra de arquitectura y escultura, la mayor en su género de cuantas en el mundo existan. Para su realización se necesitaban capitales enormes; pero gracias á la munificencia de la aristocracia italiana, que facilitó importantes cantidades, y al desprendimiento de los artistas, no tardó en vencerse aquella dificultad.

El arquitecto Sacconi, que durante veinte años puso todos sus talentos y todas sus energías al servicio de la obra, no ha podido ver terminado el monumento al que consagró la mitad de su vida, pues murió el año pasado. Los trabajos han continuado bajo la dirección del escultor Passerini, que por espacio de catorce años fué el auxiliar eficacísimo de Sacconi.

El monumento se erige entre el Foro Trajano y el Capitolio, y se espera que dentro de tres años quedará terminado, coincidiendo entonces la inauguración con el 50.º aniversario de las victorias de 1859 que iniciaron la unidad italiana.

El grabado que publicamos es reproducción del modelo que ejecutó Sacconi para que figurase en la actual exposición de Milán y que fué destruído á consecuencia del incendio del pabellón de Artes Decorativas. El modelo había costado más de 80.000 liras.

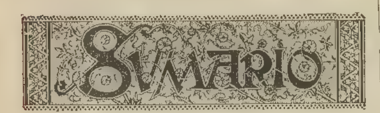
Imp. de Montaner y Simón

La Ilustracion Artística

Año XXV ← Barcelona 15 de octubre de 1906 → Núm. 1.294



FLORES DE ESTÍO, cuadro de F. Innocent



CRÓNICA DE TEATROS

Los teatros de género chico han roto ya todos el fuego: los otros, los que hacen ó pretenden hacer arte *serio*, á saber, el Español, la Comedia y la Princesa, han pegado sus carteles en las anunciadoras ó han publicado sus listas de compañía y de obras en los periódicos de Madrid.

En el Español no se anuncia modificación alguna importante respecto de los años anteriores. María Guerrero y Fernando Díaz de Mendoza saben lo que realzan el trabajo escénico el acoplamiento y armonía de los diversos elementos que constituyen un cuadro artístico, y procuran no alterar, por lo menos en lo esencial, la formación de ese cuadro. Figuran, pues, en la lista de actrices y actores del «clásico coliseo» los mismos, con muy ligera variación, que figuraron en la última temporada.

El empresario del teatro de la Comedia entiende, sin duda, como Arderíus, que «obras son amores y no buenos actores,» y por lo visto, el año presente se propone llevar á la práctica tan atrevido axioma. A excepción de Rosario Pino, artista como todo el mundo sabe de mérito sobresaliente y que ya para bien del arte y satisfacción de sus admiradores se encuentra completamente restablecida de sus pasadas dolencias, los actores de la Comedia pertenecen á la legión anónima de las medianías.

Tampoco hay en la compañía con que Thuiller ha recorrido gran parte de la América del Sur, recorre ahora algunas de nuestras provincias y actuará desde principios de noviembre en la Princesa, ninguna figura, si se exceptúa al director, de extraordinario relieve. Esto es achaque ya inveterado de nuestros teatros. Aquí cualquier actor á quien el público y la benevolencia de la crítica le hacen creer que está aunque no sea más que una línea por encima de sus colegas, prefiere, imitando, quizás inconscientemente, á César, ser, pongo por caso, el primero en Arganda que el segundo en Madrid. Es más, y véase cómo nuestros cómicos aventajan en cierto modo al vencedor de Pompeyo: no sólo no quieren ser segundos, sino que aspiran á ser únicos. Por tal razón, Borrás se dispone á cruzar los mares, y la Cobeña falta hace no sé cuánto tiempo de Madrid, y Fuentes y Morano andan de la Ceca á la Meca, y por igual motivo desertó Tallaví del teatro de la Comedia, en donde había conquistado, en muy poco tiempo, un puesto envidiable.

Y á propósito de Tallaví: este actor joven, estudioso, entusiasta y apasionado por su arte, se propone dar unas cuantas funciones en el teatro de la Princesa. Es Tallaví un admirador convencido de Ibsen, y fundamento tengo para asegurar que ha hecho un estudio detenido y concienzudo de algunos de los personajes creados por el soberano ingenio del dramaturgo de Noruega. Pronto le veremos hacer el papel de Oswaldo en *Los espectros*, y podremos juzgar de su labor escénica, que si es en la práctica como en la teoría, no creo aventurado suponer que será excelente.

Prescindiendo ahora de los artistas anunciados para la temporada que comienza, y fijándonos en las obras que han de representar las tres citadas compañías, desde luego se echa de ver que la producción escénica española es, por lo menos en número, muy inferior á la que nos proporcionan los autores extranjeros.

En la Comedia casi todo lo anunciado procede principalmente del francés: la función inaugural consistirá en la representación de *Les Romanesques*, obra de Edmundo Rostand que con el título de *Los noveleros* ha traducido, y de seguro bien, Antonio Palomero; se estrenará después *Le tour de main*, arreglo ó traducción por Martínez Sierra, y á éstas seguirán otras traducciones. De obras originales no cuenta hasta ahora la empresa más que con una obra de Benavente. En la Princesa, Thuiller empezará su campaña con *Papá Lebonard*, comedia melodramática francesa, y pondrá después en escena un arreglo de *Numa Roumestan*, de Daudet. De las cuatro obras que anuncia Tallaví, una es *Los espectros*, de Ibsen, otra *El adversario* y otra *Magda*. Hasta el Español, que antes estaba cerrado á cal y canto para toda comedia ó drama extranjeros, ha abierto para ellos de par en par sus puertas.

Los únicos autores que en la temporada que comienza mantendrán la tradición del teatro nacional serán Echegaray, Benavente, los Quintero, Dicenta, Linares, quizás Galdós y algún otro... En junto se representarán seis ú ocho obras españolas entre veinte ó treinta extranjeras.

Esta invasión de lo extranjero en nuestros teatros grandes (en los de género chico la opereta francesa va substituyendo también al sainete nacional), acabará, si Dios no lo remedia, por ahogar toda tentativa teatral en los autores noveles. ¿Cómo luchar con obras ya sancionadas por el éxito y que además traen el marchamo de fuera, aquí donde tan grande va siendo el menosprecio á todo lo nuestro? ¿Cómo un López ó un Pérez, aunque el López sea de Ayala ó el Pérez, Galdós, no han de ser postergados á hombres que se llaman nada menos que Bernstein ó Bjornson?

De otra parte, los mismos autores españoles hasta ahora desconocidos, que quizás tengan ingenio bastante para componer obras originales, convencidos de que han de encontrar estos obstáculos acaso insuperables para que sus comedias compitan, en concepto de los empresarios, con otras extranjeras ya aplaudidas, ¿no optarán por dedicarse ellos también á traducir, tarea mucho menos gloriosa que la de componer, pero de resultados más prácticos, inmediatos y seguros?

En verdad, los que á pesar de todo se deciden á estudiar por sí mismos la realidad española y á llevarla al teatro, sólo por esto merecen elogio y aplauso. Este aplauso y elogio los han alcanzado recientemente en Buenos Aires nuestros autores en competencia con los más famosos del extranjero. Allí Benavente, los Quintero, Linares, entre los escritores jóvenes, y Echegaray, Galdós y Dicenta entre los de fama hace tiempo adquirida, han hecho patente que aún no está agotado el ingenio dramático español que tanto brilló, cuando Dios quería, dentro y fuera de nuestra patria.

* * *

La obra más importante de las estrenadas recientemente es el sainete de los Quintero titulado *La mala sombra*. El teatro de Apolo se llena todas las noches de público que acude á aplaudir el nuevo sainete. Sus afortunados autores buscan los asuntos de sus obras, no en la lectura de libros ni en las combinaciones caprichosas de la fantasía, sino en el estudio directo del natural. Particularmente el lado cómico de la vida lo ven los Quintero como ninguno de los autores modernos, y saben trasladarlo á la escena de un modo admirable.

En el sainete que acaban de dar al teatro no hay ni decorado vistoso, ni ligereza de ropa, ni tangos ó baileteos dislocados, ni chistes de color subido, ni nada, en fin, de lo que suele constituir el principal elemento en los triunfos alcanzados por las farsas que ahora privan en los teatros por horas. En *La mala sombra* no hay nada de esto; solamente hay observación de la realidad, ingenio para transformarla en materia artística, conocimiento de la escena y gracia inagotable para sazonar tan valiosos elementos.

La acción del sainete pasa en Sevilla, en una botillería fundada por cierto sujeto de tan mala sombra, que nada hay en donde él pone mano que no le salga al revés, ó como suele decirse, patas arriba. Por su establecimiento desfilan unos cuantos tipos todos ellos de extraordinaria fuerza cómica, no tan caricaturescos que desfiguren la verdad, y cuyas ridiculeces, hábitos y preocupaciones dan lugar á escenas naturales y chistosas.

Se ha señalado á este sainete como único reparo el de ser un tanto largo. En efecto, su acción escasa, como la de todo sainete, se prolonga demasiado, y si no llega á causar fatiga es por el donaire que en su obra han derramado los Quintero á manos llenas. Justo es, sin embargo, reconocer que este exceso de longitud depende, en rigor, de la necesidad en que los autores se encuentran de *llenar* con una sola obra toda una sección que por fuerza ha de durar de cincuenta á sesenta minutos. Antes el sainete era, según su nombre indica, algo así como bocadillo sabroso, y cuyo objeto es, más bien excitar el paladar, que satisfacer las necesidades del estómago. Por eso el sainete se representaba como fin de fiesta, como *postre* del espectáculo teatral. Cuando las empresas implantaron el género chico, el sainete constituyó por sí solo una función teatral, y de aquí esa dilatación ó alargamiento que en cierto modo lo ha desnaturalizado.

Además, lo caricaturesco, y el sainete es siempre caricatura, resulta un tanto violento, y del mismo modo que al hombre de cuerpo más flexible le sería por extremo difícil conservar durante mucho tiempo una postura forzada, así es igualmente punto menos que irrealizable que durante largo tiempo conserven los personajes una actitud caricaturesca sin que esta actitud nos parezca un tanto cansada y fatigosa.

No obstante lo dicho, *La mala sombra* triunfó en toda la línea, y hoy es sin duda alguna la mejor obra de las que se están representando en los teatros de Madrid.

En los demás, como ya indico más arriba, van dominando las operetas comprimidas, cuyos principales atractivos son las decoraciones, los juegos de luz, los trajes y en muchos casos la ausencia de ellos.

Estos espectáculos, que suelen tener la menor cantidad de literatura posible, van casi siempre seguidos de exposiciones cinematográficas. Hay ya cinematógrafos en el teatro Cómico y en el circo de Price. Bien mirado, los tales cinematógrafos tienen una ventaja sobre la mayor parte de las quisicosas que en dichos teatros se representan. Las figuras de los cinematógrafos no hablan ni cantan..., y eso va ganando el público.

* * *

He de recoger para terminar esta crónica lo que por mediación de persona de tanta autoridad como Mariano de Cavia proponen Carmen Cobeña y Enrique Borrás. Estos dos artistas se han acordado de que los restos de Vico duermen en tierra hoy extranjera, y los de Rafael Calvo, aunque en España, lejos de Madrid, en donde, como su compañero de arte y de gloria, alcanzó el insigne comediante sus mayores triunfos. La Cobeña y Borrás, patrocinados por Cavia, quieren que las cenizas de los dos ilustres actores sean trasladadas á esta corte para que descansen entre los que fueron sus más entusiastas admiradores y en un sepulcro digno de su fama.

Que la idea es plausible, basta con enunciarla para que el lector como tal la reconozca. No es inferior el mérito artístico del cómico al del pintor y el escultor. El primero se vale de los colores para dar vida á su creación; el otro del mármol; el comediante tiene que sacar de su propio ser sus medios de expresión: su cuerpo y su alma son la materia sobre que trabaja; anula su personalidad para crear otras nuevas, y solamente alcanza el *summum* de su arte siendo un verdadero Proteo. Su trabajo y su gloria son flor de un día, y á él como á ningún otro artista pueden y deben aplicársele los versos que Calderón pone en boca del príncipe Segismundo:

> el aplauso que recibe
> prestado, en el viento escribe
> y en cenizas lo convierte
> la muerte...

¿Qué quedan, en efecto, de aquellas ruidosas ovaciones que premiaron tantas veces el trabajo de Antonio Vico y Rafael Calvo? De ellos sólo resta un recuerdo que desaparecerá tan pronto como se extinga la generación que hubo de admirarlos. Justo es que sus compañeros de profesión, sus discípulos, los dramaturgos que encontraron en ellos verdaderos colaboradores y los que disfrutaron, merced al arte de los dos insignes comediantes, horas de intenso placer estético, secunden el pensamiento iniciado por Borrás y la Cobeña.

Demos, pues, honrosa sepultura en la capital de España á aquellos dos grandes artistas, y demostraremos que sabemos honrar la memoria de nuestros hombres esclarecidos.

ZEDA.



La niña colocó en ellas una guirnalda de flores silvestres...

LA MEJOR DIADEMA

Érase una princesa, bella como la aurora, buena como los ángeles, y tan afortunada, que una hada poderosa y benéfica había presidido su nacimiento.

Desde pequeñita, se había visto adorada de todos, porque era cándida y sencilla como una paloma; poseía juguetes admirables que su madrina le llevaba de maravillosas y desconocidas regiones; entre arrullos y caricias, pasó la niñez dichosa, y creciendo, creciendo, llegó á ser la princesa más hermosa de la tierra.

Muchos fueron los poderosos príncipes que vinieron desde países lejanos á solicitar su amor, pero ninguno logró conmoverla.

Un día, apareciósele su madrina y le dijo:

—Hija mía, has llegado á la edad de casarte ¡y te casarás con un rey!

Efectivamente; á los pocos días, se presentó en la corte de su padre un joven apuesto y arrogante, caballeroso y bueno, que era soberano de un hermoso país; en cuanto vió á la princesita, se quedó prendado de su belleza y su bondad; pidió su mano al rey su padre, y como ella no se mostró indiferente á esta pasión, le fué concedida con beneplácito de todos.

Nunca princesa alguna poseyó trajes tan valiosos ni tan ricas preseas como la de nuestro cuento; las más hábiles costureras de los dos reinos cosieron durante muchos días hermosas telas, tejidas por la mano de las hadas, y las bordaron con perlas y mil preciosas piedras.

Cuando estuvo vestida con su traje de boda, que había sido hecho por su madrina con alas de mariposas, ciñó su frente con la corona real que el enamorado novio le había regalado; y cuando cubrió sus hermosos cabellos con sutil velo, que las ninfas habían fabricado con transparentes destellos de luna, estaba tan hermosa que no había mortal que igualársele pudiera.

Se organizó el cortejo para dirigirse á la iglesia; la joven caminaba al lado de su padre, ruborosa y conmovida bajo las miradas de la multitud, que se aglopaba para verla pasar, cuando de pronto vió adelantarse hacia ella á su madrina; pero apenas se atrevía á dar crédito á sus ojos:

¿Era aquélla la anciana abatida bajo el peso de los pesares, de los que aunque hada no había sabido eximirse?

No, era una hermosísima señora, joven y bella, ataviada con magnificencia y coronada por una diadema, tan esplendorosa como la niña no había visto jamás.

Pero lo más sorprendente era la radiante expresión de su rostro; parecía como si un destello de divinidad brillase sobre su frente é invadiera todo su ser de una belleza sobrehumana.

Una vez terminada la ceremonia, volvió á su palacio la princesa, al lado de su ya feliz esposo; corrió á sus habitaciones, y encerrándose en su cámara, llamó á su madrina: ésta se presentó resplandeciente.

La princesa, echándole los brazos al cuello, le dijo:

—Madrina querida, ¡cuan hermosa estás! ¿Dónde están las arrugas que surcaban tu rostro? ¿Dónde el peso de los años que hacían inclinarse á tus hombros? ¡Ninguna dama de la corte te iguala en juventud ni belleza!

—Todo es debido á la virtud de la diadema que oprime mis sienes, contestó el hada.

—¡Oh, madre mía!, tú que eres tan buena y me quieres tanto, regálame otra igual—dijo la princesita uniendo sus manos con actitud suplicante;—teniendo tanto poder, bien puedes hacerlo.

—No está en mi poder hacer una diadema como ésta; solo Dios puede concedértela; y para que te convenzas mira, dijo quitándosela y entregándola á la princesa.

Esta quedó satisfecha; al contacto de su mano, la refulgente diadema se había convertido en una guirnalda de florecillas silvestres; miró pesarosa á su madrina, y vió con asombro que había vuelto á su primitivo estado, y que de hermosa y erguida, se había convertido en anciana y encorvada.

—Hija mía, dijo el hada, no te atormentes. Tú misma puedes cultivar estas maravillosas flores; brotan en un campo muy fértil y muy extenso, que se llama la Caridad.

Pasaron días, y al fin la princesita siguió á su esposo á sus dominios.

La princesa, que siempre había sido buena y compasiva, lo fué aún más.

Cuando ocurría alguna desgracia, enviaba á una de sus almas á remediarla en lo posible, la miseria jamás llamó á su puerta en vano.

Poseía el cariño de su esposo y el respeto de sus súbditos, todo la sonreía; pero no era completamente dichosa, el recuerdo de la brillante diadema de su madrina la mortificaba.

Una secreta melancolía embargaba su corazón, y un ligero pliegue de pesar se dibujaba en su frente.

Su esposo, que la amaba en extremo, advirtió muy pronto su pena y la interrogó con inquietud; y la reina le confesó su deseo. Entonces el rey convocó á los mejores artífices de su reino, quienes combinando con arte las más hermosas piedras, forjaron una rica corona de tan admirable trabajo, que quedó asombrado de tanta perfección y corrió á entregársela á su esposa, quien agradecida la puso sobre sus cabellos; pero al mirarse al espejo, se encontró como siempre bella, aún más si cabe, por el rico adorno; pero el divino destello que había visto brillar sobre la frente de su madrina no estaba allí, y el ligero pliegue de su frente se acentuó aún más.

Una tarde salieron los reales esposos á dar un paseo por las afueras de la corte.

Al borde del camino se hallaba una mujer sentada sobre la hierba; á juzgar por su traje y lo demacrado de su rostro, debía ser muy pobre; apoyado sobre su seno tenía un angelillo de pocos meses, pálido y raquítico, con esa carita de tristeza resignada que tiene una criaturita que ha venido á este mundo á pasar hambre; una niña mayorcita correteaba delante de su madre, buscando florecillas entre la hierba.

Al pasar el rey tiró una moneda á la falda de la mujer; la reina se incorporó para mirarla y experimentó un vehemente deseo de acercarse á ella; hizo parar el carruaje y aproximóse al grupo.

De los brazos de la mendiga, que se quedó paralizada por la sorpresa, cogió la criatura envuelta en harapos; sin temor de ajar su rico traje, la aproximó á su pecho, y la dió un beso en la frente. Al contacto de sus labios con aquella carita mustia, sintió la buena princesa que todas las fibras de su corazón se conmovían.

Llenáronse de lágrimas sus ojos, y una llama generosa invadió su alma; un ardiente amor por los desheredados, los tristes, los miserables, brotó en su pecho; devolvió el niño á su madre, y abriendo los brazos los extendió sobre la ciudad que dominaba desde aquella altura; hizo ferviente propósito de amar á los pobres, de asistirlos y socorrerlos; no como socorre el potentado que da lo que le sobra, sino como el hermano favorecido por la fortuna acaricia y consuela al hermano desdichado.

Mientras permanecía la reina como inspirada y con las manos extendidas, la niña colocó en ellas una guirnalda de flores silvestres que había estado tejiendo.

Cuando la reina volvió al lado de su esposo, éste tomó de sus manos la guirnalda y riéndose la puso sobre su frente.

¡Oh prodigio! Las flores se cambiaron en piedras preciosas; una diadema tan magnífica que la mano del hombre sería incapaz de fabricar, brilló sobre la cabeza de la reina, y en su hermoso rostro resplandeció aquel destello de divina hermosura que tanto había envidiado á su madrina.

MARÍA DEL OLVIDO PICARDO.

(Dibujo de José M.ª Marqués.)

UNA BALA VENGADORA

(Episodio histórico venezolano)

En la última década del siglo XIX agitábase Venezuela, y nueva lucha civil hacía derramar sangre de hermanos, alterando los ánimos y sacrificando tal vez seres inocentes en aras de esa exaltación de las ideas, hija de evoluciones que engendran casi siempre crisis violentas y trastornos, cimiento de sucesos inesperados y trascendentales.

Los revoltosos, en armas, intentaban hacer frente á las tropas del gobierno, y en escaramuzas y en encuentros de escasa importancia habían transcurrido algunas semanas sin que los unos se diesen por vencidos ni los otros fuesen vencedores.

El general D. Joaquín Crespo, ex presidente de la República, había salido de Caracas resuelto á poner coto á las pretensiones revolucionarias, y contando con su prestigio, daba por punto menos que concluído aquel conato autoritario de algunas personalidades.

Sobrevino un encuentro que no tuvo grandes resultados ni para uno ni para otro de los dos bandos, pero sí fué la base de un acontecimiento triste y de alguna trascendencia política.

En el sitio donde el combate fué más encarnizado y siguiendo á la izquierda el contorno del valle, medio oculta por un grupo de árboles y como acariciada por la mansa corriente de un cristalino brazo de río, había una casita de modesta apariencia, habitada por una familia indígena de costumbres sencillas y que jamás había tomado parte en las diversas contiendas políticas que desde la época de Guzmán Blanco habían alterado el orden y la tranquilidad.

El abuelo era muy anciano; la hija de éste había perdido á su marido hacía algunos meses y tenía tres hijos ya jóvenes, robustos y ocupados constantemente en las labores del campo y en llevar á la ciudad próxima frutos y hortalizas para su venta.

En los recodos de aquel valle tenían sus sembrados en praderas lozanas, frondosas y de feracidad extraordinaria.

Uno de los jóvenes indios habíase encaminado como de costumbre á la población, y cosa extraña, pasaron dos días sin que estuviera de regreso.

Entre tanto se acentuaba el espíritu de rebelión que un célebre *manco* capitaneaba con esperanzas de éxito.

Angustiados y no exentos de miedo escucharon desde la vivienda indígena las descargas de fusilería, los gritos y el movimiento de un combate reñido y prolongado.

El abuelo había salido hasta las lindes de un maizal; su hija, más medrosa, no se atrevía á moverse de su asiento, pero cada disparo la hacía estremecer de terror.

Los dos jóvenes abandonaron sus faenas agricultoras para defender su hogar en el caso de que surgiera un atropello ó que tal vez algún herido buscase asilo en el humilde rancho.

De repente se hizo un gran silencio, porque el bando revolucionario, vencido por las tropas del gobierno, había retrocedido, constantemente perseguido por la columna triunfante, dejando en el valle algunos muertos y varios heridos.

Al alejarse, los soldados del general Crespo tropezaron con un hombre y dispararon tomándolo por revolucionario, y allí quedó sin sentido por algunos momentos.

Al recobrar el conocimiento se incorporó trabajosamente, miró en torno suyo é hizo un gran esfuerzo para levantarse, logrando ponerse en pie. Anhelante, dió algunos pasos, volvió á caer, tornó á levantarse, y tropezando con los muertos y estremeciéndose al contacto de los heridos que imploraban auxilio, se dirigió como ebrio á la casita indígena que entre árboles y huertecillos se destacaba abrillantada por el sol.

De nuevo tropezó y cayó, porque perdía sangre con abundancia; otra vez logró incorporarse, lanzando un grito ronco que repercutió en el corazón de la india y en el del abuelo, que desde el maizal contemplaban aterrados los vestigios de la batalla.

—Padre, es aquel hombre que cae y se levanta...

—Sí; y me ha parecido Isidoro.

—¡Corramos!

Y sin dar espera al abuelo, se lanzó con la velocidad del relámpago, llegando sin aliento hasta el sitio donde el herido había vuelto á caer diciendo:

—No puedo más...

—¡Mi hijo!, gritó la india.

Casi á la vez llegaron el abuelo y los otros dos jóvenes, y sin detenerse levantaron al herido, conduciéndolo rápidamente hasta depositarlo en la casa y sobre una cama.

—Está muerto, dijo el anciano.

—No, contestó uno de los indios.



Vieja silesiana, busto de Naum Aronson

Isidoro abrió los ojos, miró á sus hermanos, á su madre, á su abuelo y balbuceó:

—Han sido los soldados del general Crespo... Me muero... Madre...

No acabó la frase. Sus ojos se cerraron y quedó inerte. Había muerto.

La india y su padre cayeron llorando al pie del cadáver. Los dos jóvenes, con los ojos secos, la mirada brillante y el rencor pintado en el rostro salieron del pobre rancho sin pronunciar una palabra, y cual movidos por un resorte extendieron ambos el brazo en dirección de la hondonada por donde habían desaparecido los soldados.

—Ellos han sido, dijo el más joven.

—Tú eres cazador y yo también; sabremos darles caza...

—Sí, haremos con ellos lo que han hecho con Isidoro.

—Uno solo, vida por vida...

Y taciturnos y sombríos volvieron al rancho para enterrar al muerto y llevar á la práctica su idea. El indio es de suyo reservado, y temiendo se opusieran á su proyecto nada dijeron, pero desde el día siguiente espiaron, investigaron y siguieron de lejos todos los movimientos militares.

Ni el abuelo ni la india les interrogaban, pero tal vez adivinaron su pensamiento sin que tratasen de disuadirlos.

En aquella gente sencilla y hasta entonces inofensiva se había operado un cambio total. Horas y horas permanecía el abuelo ensimismado y á veces murmuraba: «Si no fuera viejo...»

La madre lloraba en silencio, y los dos indios jóvenes solían estar días enteros fuera de la casa.

Una tarde volvieron cuando cerraba la noche, cargaron los dos fusiles viejos que les servían para la caza, abrazaron á su madre y al abuelo, y al mediar la noche salieron al campo, internándose por una vereda apresuradamente diciendo:

—¿Llegaremos tarde?..

. . . .

Horas después adelantaban las tropas del general Crespo por un camino sembrado de zarzas y matorrales. Hacía días que se cansaban en la persecución del enemigo, y éste no se presentaba á cara descubierta ni aceptaba combate formal.

Rumores confusos anunciaron que entre las tupidas malezas y entre los arbustos estaba oculto el enemigo, siguiendo su sistema de rehuir la lucha, provocando el desaliento en algunos y el empeño formal en otros de activar la persecución.

El lujo de la vegetación tenía semejanza con la entrada de una selva, y no cabía duda que en aquellas espesuras se ocultaba el enemigo.

—A ver, muchachos, á desalojar esos matorrales y ¡fuego!

Era el general Crespo quien había formulado la orden, y varios soldados se lanzaron á ejecutarla, in terín su jefe adelantaba algunos pasos, deteniendo su caballo y abarcando con la mirada las evoluciones ordenadas.

De repente sonó un tiro, y el general Crespo, abandonando las riendas, cayó desplomado.

La muerte fué instantánea. La bala había sido certera, tal vez no dirigida contra él; ¡quién sabe!..

El indio había vengado á su hermano.

Baronesa de Wilson.



DE LA CAMPIÑA ROMANA, cuadro de Vicente Caprile

NOTAS DE SPORT

La copa Vanderbildt.—Paseo retrospectivo de velocípedos.—Paseo de tricars y mototris

En Long Island, isla situada al Este de Nueva York y residencia veraniega de los millonarios neoyorkinos, se corrió el día 6 del que rige la célebre copa Vanderbildt, fundada en 1904 por Guillermo K. Vanderbildt, para una carrera internacional de automóviles que se efectúa todos los años. Ese concurso está establecido casi bajo las mismas condiciones que el de la copa Gordon-Bennett, sin otra diferencia que así como en esta última sólo se admiten tres representantes por cada país, en aquélla pueden tomar parte hasta cinco.

En 1904 y en 1905, la copa fué ganada por la industria francesa; de aquí el interés que ofrecía la prueba de este año, teniendo en cuenta que la copa había de quedar definitivamente adjudicada á la nación que la gane tres años consecutivos. También esta vez ha resultado vencedora Francia, de suerte que á ella pertenece ya en absoluto el tan codiciado premio.

Cuatro países se habían inscrito: Alemania con tres representantes, los señores Jenatzi, Luygten y Foxhall Keene (automóviles *Mercedes*); Italia con cinco, los Sres. Cagno, Fabri, Lancia, Nazzaro y Weillshott (automóviles *Itala* los dos primeros y *Fiat* los tres últimos); los Estados Unidos con cinco representantes, los señores. Tracy, Le Blon, Harding, Lowel y Christie (automóviles *Locomobile, Thomas Flyer, Hayne, Frayer Miller* y *Christie*); y Francia con cinco, los Sres. Clement, Fitz-Scheppard, Heath, Duray y Wagner (automóviles *Bayard-Clement, Hotchkiss, Panhard, Lorraine-Dietrich* y *Darracq*).

La prueba ha consistido, como en los años anteriores, en recorrer diez veces un circuito de 48 kilómetros, y en ella han resultado vencedores: 1.° Wagner, 2.° Lancia, 3.° Duray, 4.° Clement y 5.° Jenatzy que hicieron el recorrido: el primero, en 4 horas, 50 minutos, 10 $^2/_5$ segundos; el segundo, en 4 horas, 53 minutos, 28 $^4/_5$ segundos; el tercero, en 4 horas, 53 minutos, 42 segundos; el cuarto, en 5 horas, 1 minuto, 59 $^4/_5$ segundos, y el quinto, en 5 horas, 3 minutos, 22 $^1/_5$ segundos. Las velocidades medias alcanzadas por los cinco corredores han sido, pues, de 100, 98'200, 98'150, 97 y 96'800 kilómetros por hora respectivamente.

La carrera ha sido en extremo emocionante, pues á causa de la exigüidad de la pista, el público ha podido contemplar diez veces el paso de los automóviles, ora agrupados, ora persiguiéndose y siempre corriendo vertiginosamente.

La gran afluencia de espectadores, cuyo número era de algunos centenares de miles, hizo en extremo difícil el servicio de orden, y además de estorbar no poco á los que corrían, fué causa de que ocurrieran varios accidentes desgraciados. Tres corredores, el italiano Weillshott, el americano Tracy y el francés Fitz Sheppard hirieron con sus máquinas á varias personas. El primero, al dar una vuelta, perdió la dirección y su automóvil, saltando por encima de una valla, fué á caer entre el público hiriendo á tres individuos, á uno de ellos muy gravemente. El segundo, que á la segunda vuelta se había detenido para quejarse porque la gente invadía la pista, se despistó á la sexta vuelta, hiriendo más ó menos gravemente á varios espectadores. El tercero arrolló á un espectador imprudente, destrozándole las dos piernas, á consecuencia de lo cual murió el infeliz al poco rato; Fitz-Sheppard, que para evitar la desgracia estuvo á punto de perder la vida, abandonó en seguida la carrera, desesperado por tan fatal accidente.



Wagner, el ganador de la Copa Vanderbildt, montado en su automóvil Darracq. (De fotografía de M. Rol y C.ª)

El diario deportista parisiense *L'Auto* ha organizado una exhibición original de todas las clases de «velocípedos históricos,» logrando juntar en ella un centenar de máquinas que el domingo, día 7 de los corrientes, desfilaron á lo largo de los Campos Elíseos.

En aquel paseo retrospectivo figuraron el gran biciclo denominado «la araña,» el velocípedo Michaux, que data de 1864 y que montaba Francisco Michaux, hijo del célebre inventor de aquella máquina; el triciclo de 1866 de Sargent, el inventor de la cadena; la bicicleta Grossot, con un desarrollo de 18 metros; la sextupleta Grossot, de 1896, y la bicicleta más antigua, la de Meyer, de 1868. También concurrieron varios velocípedos de palancas y el coche hipo-automóvil, que hace algunos meses llamó la atención de los parisienses, como curioso medio de locomoción.

El paseo de tricars y mototris no ha sido un concurso de velocidad ni de resistencia, sino una excursión de placer organizada en París y que se efectuó en los días 6 y 7 del presente mes. En ella tomaron parte multitud de turistas que montaban las conocidas marcas Stimula, Contal, Austral, Darcon, Bruneau, Griffon, Guerry et Bourguignon.—S.



París.-Paseo retrospectivo de velocípedos organizado por *L'Auto*, diario parisiense. (De fotografía de M. Branger.)



París.-Paseo de tricars y mototris efectuado en los días 6 y 7 de los corrientes (De fotografía de M. Rol y C.ª)

UNA REVOLUCIÓN PACÍFICA EN PERSIA

Los persas han dado recientemente al mundo civilizado una lección de calma y de dignidad: sin disturbios, sin más que un cierre de los bazares, apoyando con una especie de huelga general ó fiesta nacional la energía de sus reivindicaciones, están á punto de obtener de su soberano, quien, por otra parte, se presta á ello con la mejor voluntad, lo que llaman una constitución.

Ya se ha creado allí un Ministerio de Justicia; se han instituído tribunales á los que todos, grandes y pequeños, están sometidos, y próximamente se reunirá en Teherán un parlamento compuesto de diputados, elegidos entre los comerciantes, los sabios, los mulas, los kadjares, etc.

¿Cómo se ha logrado todo esto en unas pocas semanas? En los últimos días del pasado julio los *mujteheds* ó jefes del clero intentaron, aunque sin éxito, amotinar al populacho contra el gobierno, al que calificaban de demasiado retrógrado, de poco cuidadoso de los intereses de la nación, y al que sobre todo censuraban porque dejaba en manos de los europeos la administración de las aduanas y de los correos, principales fuentes de los ingresos del Estado. Con esa algarada sólo consiguieron que los soldados del shah Mozaffer-Edin mataran á algunos *seyyeds* fanatizados, teniendo los fautores del movimiento que huir de Teherán y refugiarse en la famosa mezquita de Qum, puesta bajo la protección de Santa Fatma.



Una revolución pacífica en Persia
Los mulas refugiados en la legación de Inglaterra en Teherán. (De fotografía.)

Mas el pueblo no había de tardar en comprender que no podían abandonar sus intereses á los *mujteheds* fugitivos, ni dejar abortar un movimiento del que dependía acaso su bienestar futuro. En efecto, cuatro mil primero y luego quince mil comerciantes y mulas solicitaron de la legación de Inglaterra una hospitalidad, que había de dar á sus reivindicaciones toda la fuerza de la amistad de Eduardo VII, resueltos á no salir de allí y á no reanudar su vida ordinaria hasta después de haber visto enteramente satisfechas sus aspiraciones, que eran: la destitución del *Atabek* ó primer ministro, que les parecía demasiado reaccionario, y el otorgamiento de una constitución que les garantizara las libertades cívicas.

Sabido es qué el shah accedió á sus deseos nombrando ministro de Negocios Extranjeros á *Sadr' aazam*, afecto á las ideas liberales, y dando á conocer inmediatamente las medidas por las cuales se proponía conceder á su pueblo los beneficios de la libertad.

Las fotografías que en esta página reproducimos representan el espectáculo curioso que en el mes pasado ofrecía la residencia del representante diplomático inglés en Teherán. Allí, bajo la sombra de los árboles del parque en donde se habían levantado las pintorescas tiendas de campaña y se confeccionaba la comida para aquella multitud, el pueblo de Teherán esperaba sin impaciencia la realización de sus esperanzas. Ninguna muchedumbre europea se habría portado con más tacto ni con tanta dignidad como aquellos quince mil recluídos que, sin necesidad de embajadores, habían concertado con Inglaterra un nuevo y fecundo acuerdo cordial; no hubo la menor demostración de fanatismo, ni el menor desorden, y todas aquellas gentes mostraron la mayor corrección y la más perfecta cortesía con los europeos que todas las tardes acudían á contemplar la transformación de uno de los jardines más elegantes de la capital. R.



Una revolución pacífica en Persia. – La comida para los quince mil manifestantes, compuesta de pan, queso y leche agria. (De fotografía.)



EN ORACIÓN, cuadro de Juan Llimona. (Salón Parés.)



PEGASO, grupo escultórico, obra del laureado escultor Agustín Querol



OLOT. – LA REINA DE LA FIESTA (×) Y SEÑORITAS QUE FORMABAN LA CORTE DE AMOR EN EL XVII CERTAMEN LITERARIO CELEBRALO EL DÍA 10 DE SEPTIEMBRE ÚLTIMO (De fotografía de J. Gasiot.)

OLOT. – XVII CERTAMEN LITERARIO

CATALÁN

En Olot celebróse el domingo 10 de sep iembre último el XVII Certamen literario, que constituye todos los años el número más interesante de las fiestas que en esa época se efectúan en aquella pintoresca villa.

El teatro Principal ofrecía un hermoso aspecto; todas las localidades estaban ocupadas por una concurrencia tan numerosa como selecta, en la que predominaban distinguidas damas y hermosas señoritas. Presidió la ceremonia el alcalde D. Ramón Torres, y después de un magistral discurso del presidente del Jurado D. José Puig y Cadafalch, y de una interesante memoria del secretario D. Claudio Bassols, procedióse á la apertura del pliego que contenía el nombre del poeta premiado con la flor natural, que resultó ser el joven D. Oriol Martí. Eligió éste por reina de la fiesta á la bella y elegante señorita doña Catalina Casademont, la cual pasó á ocupar el trono seguida de la Corte de Amor.

Los demás premios literarios fueron concedidos á los Sres. D. Manuel Ribot y Serra, doña Juana Mallol, D. Agustín Granada, Anguera y Bassedas, D. Jaime Bofill, D. Rafael Masó, Reverendo D. José Espel, D. Ramón Vinyas, Franquet y Serra, D. Federico Serra, Busquets y Punset, doña María Antonia Salbá, D. J. M. Tous, Balansó, D. Ramón Vinyas, Juncosa, D. Jerónimo Gelada, D. Javier Viura y D. Joaquín María Nadal; los premios musicales fueron adjudicados á los Sres. D. Federico Alonso, Sancho Marraco, D. Juan B. Lambert y D. Julio Garreta.

Terminó tan hermosa fiesta con un brillante discurso del presidente de la Junta organizadora D. Esteban Cardelus.

POTES

MONUMENTO Á JESÚS DE MONASTERIO

La villa de Potes ha querido honrar la memoria de su ilustre paisano el eminente músico don Jesús de Monasterio, erigiéndole un monumento, obra del notable escultor D. Pedro Estany. Sobre una columna circular, surge de entre unas ramas de laureles el busto de Monasterio, de extraordinario parecido; de pie, junto á la columna, en la que se lee el nombre de aquél, una hermosa figura simboliza la Inmortalidad. En la base, hay la siguiente inscripción en letras de bronce: «A Don Jesús de Monasterio sus admiradores.»

La ceremonia inaugural se efectuó con gran solemnidad el día 30 de septiembre último y á ella asistió numerosa concurrencia; pronunciaron sentidos discursos los Sres. cura párroco, alcalde, presidente de la Comisión, y Rodríguez Cosgaya, este último en nombre de la colonia lebaniega de América.



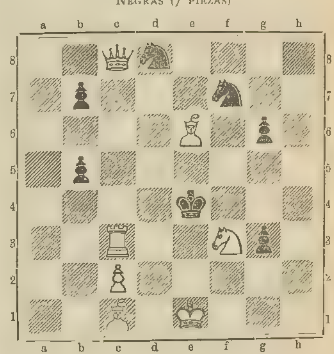
POTES (SANTANDER). – Monumento recientemente inaugurado y erigido á la memoria del eminente violinista y compositor Jesús de Monasterio, obra de Pedro Estany. (De fotografía de Alvaro Fernández.)

RECTIFICACIÓN. – Al dar cuenta en el número último de la inauguración del nuevo edificio para Hospital Clínico y Facultad de Medicina y al describir dicho edificio, incurrimos en algunas equivocaciones: el Sr. Doménech y Estapá, director de las obras, es D. José y catedrático de la Facultad de Ciencias, no de la Escuela de Arquitectura, como erróneamente dijimos.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 442, POR V. MARÍN.

NEGRAS (7 PIEZAS)



BLANCAS (7 PIEZAS)

Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 441, POR V. MARÍN.

Blancas.	Negras.
1. C f 6 – g 4	1. R f 5 – e 4
2. D h 6 – h 5	2. R juega ú otra.
3. C mate.	

VARIANTES

1......	c 2 – c 1 (C);	2. C g 4 – f 2, etc.
	c 2 – c 1 (D);	2. C c 4 – d 6 jaque, etc.
	R f 5 × g 6;	2. D h 6 – g 6 jaque, etc.
	Otra jug.ª;	2. C g 4 – f 2 ó C c 4 – d 6 jaq., etc.

LA FUERZA DEL PASADO

NOVELA ORIGINAL DE DANIEL LESUEUR.—ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)

El matrimonio cambió una mirada de inteligencia; la condesa hizo una inclinación de cabeza dulcemente resignada y el conde tomó la palabra:

—Querida niña, sospechamos por tu expresión dichosa que Gerardo te ha hablado antes de marcharse, y que lo que te ha dicho no te disgusta. Si tu corazón—guiado, acaso, por esos dos niños inocentes á quienes ambos amáis—está de acuerdo con el suyo, no pondremos obstáculo á vuestra voluntad. Nuestras ideas se han modificado hace algún tiempo, y añadiré que hay un interés de familia de los más poderosos que nos hace desear tu matrimonio con Sebourg. Te explicaré...

No pudo acabar; su hija abrió unos ojos de espanto, juntó las manos convulsas, y con la cara tan alterada que nunca la habían visto de aquel modo, arrojó un grito del que sus padres quedaron como traspasados.

—¡Mi matrimonio... con Sebourg!.

También ellos palidecieron, y Cristiana distinguió en su estupor una molestia, una confusión, una complicidad, que la consternaron. ¡Pero fué aquello tan rápido! Acaso se había engañado. Su madre se levantó, la rodeó con sus brazos como temiendo verla caer al suelo, y murmuró á su oído:

—Creíamos... Pensábamos que estabas al menos preparada. Cálmate, querida mía... (Cristiana estaba temblando á su lado.) Puedes estar segura de que nadie te obligará..., nadie.

Cristiana pensó, mientras le parecía que aquel paisaje familiar cambiaba de aspecto:

—¡Que nadie me obligará! ¿Hay, pues, razones para obligarme? Mis padres ven una necesidad en esa cosa horrible. La desean. ¡Es inaudito!.. ¡Inverosímil!.. ¿Pero desde cuándo?.. ¿Por qué?

VIII

SR. D. ANTONIO LE BRAY

Calle de La Rochefoucauld, París.

Feuilleres y octubre de 19...

«Muy señor mío: No quiero que sepa usted por una simple esquela la nueva desgracia que nos hiere y que es inmensa. Mi pobre padre ha dado el último suspiro al amanecer de ayer. La causa inmediata de su muerte ha sido un enfriamiento cogido en la pesca durante uno de los primeros días helados y húmedos del otoño. Pero temo que haya preparado ese fin rápido una gran depresión moral.

»Hacía unos meses el conde estaba triste y preocupado. No he podido medir más que en parte la profundidad de la pena que le minaba y que no me reveló—sin duda por no afligirme—cuando estaba en buena salud. ¡Y nos ha dejado tan de prisa!.. ¿Qué inquietud roía á aquel pobre corazón? ¿Se refería á mí?.. Lo ignoraré acaso siempre, pues no me atrevo á preguntar á mi madre, cuyo dolor es horrible.

»Usted ha conocido de cerca al ser admirable que nos es arrebatado; usted le ha dado su última alegría terrenal. Nunca olvidaré su fisonomía feliz y animada cuando acababa de recorrer con usted nuestra querida y vieja morada, cuando su arte de usted había resucitado para él sus muros medio derruídos.

En uno de los salones del castillo, el notario de la familia Sr. Rastoul...

»Creo que nunca antes ni después he visto á mi padre como en aquellos días benditos.

»¡Cómo esperábamos todos entonces que volverían muy pronto, para ser más duraderos!.. ¡Ay!.. Poco después, no sé qué atmósfera de desgracia ha penetrado en esta casa.

»Si no creyera más que en el ciego azar ó en el encadenamiento de causas cuyo punto de partida estuviera en no sé qué antro horrible de las universales tinieblas, diría que una fatalidad pesa sobre nosotros; pero ya sabe usted que tengo fe. ¡Ah! ¡Qué preciosa es para mí en este minuto!.. Piense usted que tengo la completa certeza de no haber perdido para siempre á mi padre adorado; tengo la sensación de que su alma está presente, de que me habla, de que me consuela, de que me presta su fuerza. ¿Qué haría yo sin ella, Antonio, y sin el socorro de Dios? Porque no es solamente mi dolor lo que me aniquilaría, pues debo soportar también el de mi madre...

»Hasta la vista, amigo mío. La pluma se me cae de las manos. ¿Qué decir á usted?.. Me creía valiente, y las lágrimas me están ahogando. Piense usted en mí.

»*Cristiana.*»

Cuando Antonio recibió esta carta, experimentó primeramente, y antes de que la voluntad interviniese en sus sentimientos, una sacrílega dicha; así es el corazón humano; el suyo saltó con una alegría inmensa. Había una circunstancia que le obligaba á ver á Cristiana, en seguida, sin tardanza, en cuanto un tren pudiera llevarle. Y Cristiana huérfana, aislada y quebrantada de pena, le parecía ya suya; la joven se refugiaba en él, y él iba á convertirse en todo para ella. Ya la envolvía moralmente de protección y de consuelo. Una loca fiebre de palabras cariñosas y tiernas le temblaba en los labios. ¡Cristiana!.. ¡Cristiana en lágrimas!.. ¡Cristiana en tal duelo!.. ¡Qué abnegación se apoderaba de él!.. ¿Cómo no confesarse, á pesar de la rebelión de su conciencia, la terrible alegría de poder demostrar esa abnegación?

El acto físico estuvo en correspondencia con la exaltación inmediata. El joven se precipitó hacia su biblioteca y buscó el sitio en que creía encontrar una guía de ferrocarriles. El primer tren para Montauban salía aquella noche á las nueve; por la mañana estaría en Feuilleres, á tiempo de asistir al entierro. La esquela de funeral, que llegó por la tarde, le cercioró en esa idea; el conde sería enterrado al día siguiente en el cementerio de la aldea, que era el antiguo cementerio del castillo, en el que estaban enterrados sus antepasados.

Al recibir Antonio aquella esquela, había ya recobrado el dominio sobre su ser íntimo. No llegaba á ahogar el clamor de embriaguez que zumbaba en él á la idea de que iba á ver á Cristiana y á tomar en su corazón un puesto mucho mayor por lo mismo que estaba más desolado; no, no podía substraerse á esa satisfacción detestable, pero conseguía no abandonarse á ella y no convenir en eso consigo mismo, único recurso de la pobre virtud humana contra la sorpresa de los instintos.

La intervención material de la esquela fúnebre prestó ayuda á la honrada voluntad de Antonio, que fijó en ella unos ojos llenos de lástima; una sincera emoción se apoderó de él cuando leyó impreso en solemnes mayúsculas, dentro del ancho cuadro negro y entre las fórmulas mortuorias, este nombre ya borrado de entre los vivientes: el conde Enrique Horacio de Feuilleres. Aquella existencia que había hecho palpitar á la suya de simpatía, de ansiedad y de esperanza durante unos días inolvidables..., estaba abo-

lida. Antonio apoyó en la mano una frente melancólica; asaltáronle las lágrimas y su pecho se contrajo; la imperiosa alegría de hacía un momento se disipó en él como el humo ante un soplo de angustia que tenía el frío de la muerte y el gemido de la incertidumbre.

Ese momento de turbación pasó, y se iniciaron en él reflexiones más precisas. En aquella esquela de defunción chocó á Antonio otro nombre, el de un vivo, de vida tenaz, molesta y agresiva: Gerardo de Sebourg, como yerno, venía en primera fila entre los parientes; él era quien conduciría al difunto hasta la última morada. Su encuentro era inevitable.

¡Qué importa! Pensó el arquitecto después de haber reflexionado rápidamente si ese encuentro podía alarmar á la señora de Feuilleres ó á su hija, y si no tenía el deber de conveniencia de abstenerse. (Muy urgente tenía que haber sido ese deber.) Antonio no le vió, y era buen juez en delicadeza. Su diferencia con Gerardo no podía impedirle ocupar su puesto de amigo de la familia en los funerales del conde; y por muy violento que fuera el carácter de su antiguo amigo, sabía que era incapaz de provocar un escándalo ni siquiera un incidente de rencor personal entre mujeres llorosas y delante de un ataúd.

Las cosas pasaron en esto de distinto modo que como Antonio las había previsto: se había representado de antemano la actitud glacial de Gerardo, y puesto que éste era el iniciador del rompimiento, esperaría su saludo, que no vendría sin duda. Sebourg afectaría ignorarle y él guardaría la mayor reserva, lo que sería fácil, puesto que no se encontrarían en presencia más que en el momento de la ceremonia fúnebre.

Ahora bien, cuando al día siguiente, á las diez de la mañana, se presentó Antonio en el castillo é hizo pasar su tarjeta, preguntando si la señora ó la señorita se dignarían recibirle, se quedó lleno de estupor al ver aparecer á Gerardo en el salón en que él esperaba.

Sebourg tenía aún en la mano la tarjeta que le habían entregado.

—He visto tu nombre, dijo, y he venido á ti.

Antonio se quedó vacilante. ¿Qué significaban aquella frase y aquel acto? La cara taciturna de Gerardo no lo explicaba, sobre todo en el lúgubre ambiente que la ensombrecía aún. Pero Sebourg le presentó la mano.

—Vamos, Antonio, mi cólera ha sido, acaso, injusta. Y además..

Hizo un gesto vago, como para separar para siempre ciertos recuerdos, y no acabó, impedido como siempre por su poca facilidad de palabra. Antonio, que le conocía, creyó comprenderle; aquel hombre casi desprovisto de sentimiento, dotado de una potente vida instintiva y al que había conocido libre de pensamiento, alegre á su modo y en plena satisfacción de sus gustos deportivos y sensuales, acababa por sublevarse contra el encarnizamiento de la suerte funesta, contra el drama, las lágrimas y la muerte; si su pensamiento brutal y simple se hubiera atrevido á traducirse, hubiera, acaso, tomado esta forma:

«Y además, los muertos y sus secretos ya no me interesan. Estoy harto de sollozos y de duelos; me pesa todo lo que me une á la tumba; quiero olvidar, quiero vivir.»

La intuición de Antonio era justa, pero no iba hasta el fin. Gerardo, enamorado de Cristiana y habiendo olvidado á Antonieta, no comprendía ya el sentimiento del marido engañado ni la celosa angustia, ardiente de remordimientos, que le enloquecía contra su amigo mientras vivía en él la cabeza sangrienta y creía oir á aquella pobre boca convulsa designarle como un homicida.

Antonio tomó la mano que se le ofrecía, pero sin entusiasmo. En aquel ofrecimiento de reconciliación percibía otra cosa, en la que tampoco se engañaba: la intención en Sebourg de interponerse entre Cristiana y él.

La verdad fué que tuvo que insistir para ver á la joven, á la que se suponía encerrada en sus habitaciones. Cuando al fin fué advertida Cristiana y le hizo subir á verla en la biblioteca, Antonio tuvo la contrariedad de ver que Gerardo le seguía los pasos.

El joven se sintió paralizado por aquella presencia, que le pareció sospechosa y significativa. Por otra parte, los lazos amistosos entre su amigo y él, brutalmente rotos, no se reanudaban de aquel modo, instantáneamente; resultaba una situación molesta, y Antonio se sentía más cortado y más frío que cualquier extraño ante aquella Cristiana pálida y con los ojos enrojecidos hacia la que toda su alma gritaba ternura, mientras sus labios permanecían torpes y balbucientes.

Su turbación no le impidió notar que también Cristiana estaba violenta. Pero la joven dominaba singularmente su dolor y dió detalles sobre la última enfermedad de su padre con esa calma impersonal y ese pudor defensivo de los sentimientos íntimos que los seres más sensibles obtienen al contacto de una naturaleza antipática. Antonio no la reconocía ni la comprendía; Cristiana le parecía alejada de repente. ¿Cómo iba á adivinar que el elemento de malestar estaba entre la joven y su cuñado?

Pero Cristiana le dijo, con una voz en la que se percibió al fin una vibración profunda:

¿Quiere usted verle?

Antonio respondió con una inclinación de cabeza y una mirada.

—Venga usted, dijo Cristiana.

Salieron y Sebourg los siguió. Pero en el ángulo del vasto corredor que conducía á la habitación del conde, Cristiana se volvió.

—Se lo ruego á usted, Gerardo...

Y le detuvo con la voz, con la mano y con los ojos. Bajo aquella forma de ruego había una orden tan terminante, que aun aquel hombre tan locamente voluntarioso se quedó como clavado en el suelo. La hora era solemne; el deseo filial, sagrado; la silenciosa altivez de la joven, impresionante; Gerardo no insistió, y Antonio vió en la actitud de aquellos dos seres alguna cosa anormal.

Pasó un minuto, y otras soberanas impresiones barrieron ese débil presentimiento fuera de su mente. Estaba solo con Cristiana enfrente del muerto. La religiosa, á quien habían encontrado en oración al lado de la cama, se eclipsó discretamente.

Los dos guardaron silencio; pero sus dedos se unieron, y ambos contemplaron aquella cara de nobles perfiles, de líneas finas y puras, como de una cera admirable. El cuerpo se borraba bajo la colcha de un rojo sombrío que se levantaba ligeramente en el sitio de los pies. Sobre el embozo, sus manos elegantes tenían un rosario. En su pecho reposaba un crucifijo. En la sombra de la habitación, cuyas ventanas estaban cerradas, palpitaban débilmente las llamas de las velas. Un perfume amargo y nostálgico subía de un brazado de crisantemos, cuyas flores rojizas, amarillas ó blancas rodeaban la larga y rígida forma. Ultima florescencia de otoño cortada en el antiguo parque. El alma del dominio, todos los vientos que lloraban en las encrucijadas de los paseos y en las grietas de las piedras, como voces confusas de la raza, se exhalaban en aquel aroma agreste. El misterio de la muerte y de la vida oprimió dolorosamente á Antonio.

¿Qué sabemos? ¿Qué audacia filosófica es esa que pretende explicar el enigma inexplicable de nuestro destino? ¿En qué viene á parar el orgullo más afirmativo ante la faz inmóvil para siempre de un ser querido? La ciencia dice: «Nada.» Pero debiera entender la nada de sus propios fines. ¿Cómo el pensamiento viviente puede concebir una verdad más allá de él mismo? Si ese pensamiento se extingue para siempre en la agonía, no puede definir un estado que sucederá á lo que él fué. ¿Qué es la aniquilación? Esa idea es menos accesible á nuestra mente que, por ejemplo, la de la gravitación universal, otra apariencia con que se engaña nuestro saber, el cual no puede percibir en parte alguna el sentido de la naturaleza ni el de sus leyes. ¿Por qué disponer, entonces, de lo incognoscible en la infatuación de nuestra débil inteligencia? ¿Por qué no murmurar: «Ignoro...,» cuando la imposibilidad de admitir una revelación divina no nos permite exclamar: «Espero?..»

Esto le ocurrió á Le Bray. Su alma, todavía llena de ecos cristianos, como casi todas las nuestras, y más mística por sentimiento que verdaderamente racional, debía recibir esa enseñanza ante aquel lecho de muerte. Allí yacía un hombre cuya existencia tenía, por los abuelos de la misma sangre, del mismo ideal y de la misma creencia, infinitas raíces en el pasado. ¿Acaso tantas fuerzas acumuladas á través de los siglos no proyectaban nada más allá de aquella carne enfriada? Todavía decían algo en la intensa expresión de las nobles líneas. La cabeza muerta desprendía de sus facciones la esencia misma de la raza más aún que en otro tiempo la cabeza viva. Sobre aquel reposo flotaba una inmensa esperanza.

Pero sintió además una emoción al lado de aquella querida criatura, el temblor de fe y de dolor que pasaba de los frágiles dedos de Cristiana á la mano varonil que los estrechaba silenciosamente... ¡Ah! Creer con ella y como ella... Darle ese consuelo en semejante hora...

El ardiente impulso se convirtió en realidad. De repente, Antonio cayó de rodillas, y apoyando la frente en la cama, prorrumpió en un profundo sollozo; Cristiana se arrodilló y lloró también... Aquello duró cinco minutos.

Cuando se levantaron, la joven le miró profundamente y dijo:

—¿Ha rezado usted?

Antonio respondió bajando la cabeza y con los ojos blancos todavía de su ensueño:

—Puede ser...

Cristiana le señaló á su padre con la mirada.

—¿Cree usted que no todo estaba aquí, y que este ser tan admirable y tan bueno no será enterrado entero esta tarde?

—Lo creo.

—¡Ah!, exclamó Cristiana con ardor, su alma está aquí todavía; ella ha conquistado la de usted, Antonio. Él ha obtenido esta gracia para su hija.

Se inclinó hacia la almohada, pasó un brazo por el pecho del muerto con un ademán de indecible ternura, y aproximó los labios á aquella frente helada. Antonio le oyó decir en un suspiro:

—¡Gracias, padre mío, gracias!

Él también juntó las manos para dar las gracias no se sabe á qué fantasma ó á qué dios. Su corazón se fundía en una emoción sobrehumana. El amor iba á él en la muerte tan divinamente fuerte y puro, que le dejaba anheloso y deslumbrado. No se atrevía, sin embargo, á arriesgar un movimiento ni una palabra, pues nada hubiera sido digno de aquella niña maravillosa en aquella hora solemne. Pero ¡cuánto amaba á Cristiana!.. En aquel instante le consagraba todo su ser y hasta su orgullo filosófico. Se sentía lleno de la antigua invocación nupcial: «Tu casa será mi casa, y tus dioses mis dioses.»

Cuando Cristiana salió con Antonio de la cámara mortuoria, los dos estaban dominados por una de esas impresiones desmesuradas que ensanchan el alma más allá de los límites ordinarios de la vida. Cada uno de ellos estaba cierto de que el otro participaba de ella y se creían más irrevocablemente ligados que si hubieran cambiado juramentos. Todo esto estaba en sus ojos cuando se miraron; pero Cristiana dijo simplemente:

—Voy á ver cómo está mi madre. Nadie entra á verla más que yo; sin embargo, creo que deseará darle á usted la mano.

En la obscuridad casi total del saloncillo en que estaba la condesa y al que él fue llevado, Antonio distinguió mal la cara de la viuda. Su corazón se oprimió con una intensa piedad. No era aquel ya el dolor magnífico de entusiasmo, de esperanza y de juventud y caldeado por las llamas insidiosas del amor; se encontraba en presencia de lo irreparable. Desplomábase allí una existencia más atrozmente que en la pieza próxima donde yacía el cadáver. Hasta tuvo el presentimiento de un desastre que iba más allá del trágico duelo. Adriana, sin embargo, no había proferido ni una queja. Cogió en la sombra la mano del joven, hizo un indecible movimiento de cabeza y, con un gesto, le impidió decir lo que pensaba. Antonio no pudo hacer más que inclinarse y marcharse en seguida.

A pesar de la exaltación en que siguió viviendo todo el día, acometieron á Antonio crisis de egoísmo como las que había tenido que combatir el día anterior. De este modo, le fué absurdamente penoso ver á Sebourg ir solo delante de todo el mundo detrás del coche fúnebre. La afirmación visible de que aquel hombre era el jefe de la familia, ocupaba ahora en Feuilleres un puesto preponderante y tenía, hasta cierto punto, derechos de árbitro, de director y de consejero para con Cristiana, mientras que él no era más que un amigo, reducido á la discreción de ese papel, le hacía un daño casi físico. Las observaciones fugaces de la mañana volvían á su mente más significativas. Gerardo no tenía con su cuñada una actitud solamente fraternal. Esta noción se impuso á Antonio. Su voluntad la rechazó; pero volvió á presentarse.

En el cementerio sintió de nuevo otros mezquinos sufrimientos. La concurrencia era allí poco numerosa, pero casi enteramente compuesta de primos en diversos grados, personalidades aristocráticas de Montauban y sus alrededores, á quienes él, parisiense á quien nadie conocía, debía ceder el puesto. La distancia material y moral entre Cristiana y él, aumentaba; la joven estuvo rodeada y sostenida por solícitas señoras, y Antonio no encontró aquellos queridos ojos á través del velo de crespón que ocultaba la explosión de llanto del cruel minuto, cuando, con la pala de plata en la mano, tuvo que arrojar la primera tierra sobre el ataúd.

Antonio se alejó tomando al azar un camino que le parecía ser el de Montauban. Quiso ir á pie, importándole poco que la distancia fuese larga. Lo que iba á serlo hasta parecerle sin fin, era esperar en esa ciudad que las conveniencias le permitiesen volver á Feuilleres para tener con la que amaba, y por la que sabía que era amado, una conversación decisiva. No podía dudar de lo que sería esa conversación ni del final delicioso que la terminaría. Aquel debía ser el

compromiso supremo. Después..., tendría todas las paciencias. Por muy lejana que fuese la fecha que ella fijase para su unión, se resignaría. Llegaría á ser feliz, estaba seguro; pero hoy... Toda su esperanza palpitaba bajo las cortinas de una cama mortuoria, cuya sugestión sagrada evocaba sin cesar, pero cuya sombra pesaba sobre su corazón. Su varonil juventud ardía en deseos de volver al claro esplendor de la vida. ¿Cuándo tendría entre sus manos las de Cristiana y recibiría la confesión de su amor, no entre lágrimas, sino con la más divina sonrisa?

Antonio caminaba entre estas alternativas de loca impaciencia y de enternecimiento; su fiebre de amor animaba apasionadamente el paisaje de octubre, el camino amarillento y medio seco con finas rodadas de agua reluciente, las viñas rojizas y deshojadas y el gran espacio tranquilo bajo un cielo de gasa y de nácar, hasta los horizontes morados.

IX

En uno de los solemnes salones del castillo, el notario de la familia, Sr. Rastoul, de Montauban, leyó el testamento del difunto conde de Feuilleres.

Aquel testamento era corto. Como el difunto, al casarse por segunda vez, había reconocido á su mujer una renta vitalicia, que no podía ser cedida ni embargada, no nombraba á la condesa Adriana en sus últimas voluntades más que para proclamar su ternura hacia ella y su agradecimiento por la dicha que le había dado. Así evitaba el escollo de que pareciese que en el último momento perjudicaba en nada á los descendientes del primer matrimonio en favor de una persona por la que siempre había temido sus disposiciones hostiles. Todo lo que poseía en bienes muebles é inmuebles era dividido en dos partes: una para Cristiana y otra para los hijos de Antonieta. Siendo éstos menores, debía efectuarse una liquidación total; pero Feuilleres expresaba el deseo, en forma de ruego solemne á sus herederos, de que el castillo no fuese vendido, sino que, por un arreglo amistoso, esta morada y sus dependencias perteneciesen á su hija. El resto de la fortuna, superior á la valoración más elevada que se pudiera hacer de la finca, garantizaba los intereses de sus nietos. El título hereditario no constituía, según la ley francesa, un valor transmisible. El último poseedor de ese título expresaba solamente el deseo de que el hijo mayor de Cristiana—si Cristiana tenía hijos—le llevase en recuerdo de los antepasados, después de haber obtenido legalmente la autorización de añadir á su nombre el de Feuilleres. A falta de herederos directos de Cristiana, ese privilegio recaería en el joven Francisco de Sebourg.

El testamento fué escuchado en el más respetuoso silencio y no suscitó ninguna objeción. Sebourg dijo en seguida al notario que iba á ponerle en relación con el suyo de París para que entre los dos buscasen los medios de conciliar las exigencias administrativas con la más estricta ejecución de la voluntad de su suegro.

La señora de Feuilleres y su hija, que oyeron esta frase, no pudieron menos de cambiar una mirada de satisfacción. Pero en seguida se retiraron. Desde la muerte del conde, vivían aisladas en sus habitaciones y comían juntas en el saloncillo particular de la condesa, mientras Gerardo, con sus hijos y la institutriz, era servido en el comedor. El estado moral y físico de su madre proporcionaba á Cristiana el mejor pretexto para alejarse de un hombre cuya obstinada esperanza y cuya tenaz pasión le inspiraban una alarma que llegaba, á veces, hasta la angustia. Eran tales su reserva y su prudencia, que, á pesar de su solicitud por sus sobrinos, evitaba ocuparse de Roberta y de Francisco desde que la desgracia reciente había traído á su padre al lado de los niños. Aquellos inocentes, por sus mismas monadas, tenían un modo peligroso de establecer la familiaridad. Había, pues, sido precisa la apertura del testamento para ponerla enfrente de Sebourg; pero también allí la emoción de su madre le permitió eclipsarse en cuanto la formalidad estuvo cumplida. Cristiana pensaba que nada retenía allí á su cuñado, siendo así que en Feuilleres estaba Gerardo en casa de la joven, según la decisión del difunto jefe de la familia. No dudaba de que su cuñado tendría el tacto de marcharse prontamente.

—Estimémonos dichosas, le hizo observar su madre, de que Sebourg no haya objetado nada contra la última voluntad de tu pobre padre; me hubiera aterrado entrar en lucha con él.

Había en la entonación de Adriana una expresión de tranquilidad que se parecía casi al gozo. En aquella mujer tan quebrantada por la pena y envejecida diez años en unos días, era asombrosa tal vivacidad de satisfacción, que chocó á Cristiana.

—Ciertamente, mejor es así, dijo. Pero, en fin, ¿de qué puede quejarse? Los intereses de sus hijos están á salvo.

—Esta hermosa finca de Feuilleres...

—Es una carga; hay que quererla como yo para reivindicarla. Por otra parte, hubiera habido que venderla, con gran pérdida naturalmente.

—El título va unido á ella.

—Sí, pero el título no es en nuestras costumbres más que una convención cortés; Gerardo no iba á pleitear conmigo ó con mis herederos por un valor ilusorio.

—¡Pleitear contra ti!, murmuró la condesa con un extraño estremecimiento.

—No se trata de eso, dijo la joven en tono más ligero, envolviendo en sus brazos á la pobre mujer, como se tranquiliza á un niño miedoso.

Pero Cristiana pensaba: «Mamá no sospecha que el amor de Gerardo es más temible para mí en este momento que su ambición ó su cupidez. ¡El, intentarme un pleito! Si no fuera odioso el discutir los deseos de mi padre, casi lo desearía. ¡Qué barrera entre él y yo!»



—¿Por qué huye usted de mí?.. ¿Por qué me tiene miedo?

Cristiana hubiera visto con gusto que se abriese un abismo entre ellos dos. Mientras sintiera merodear alrededor de ella, en la sombra, el ardor de aquel hombre, no se atrevería á abrir su corazón á la esperanza y al amor. Sin saber exactamente lo que debía temer, sentía pesar sobre su destino como una amenaza.

Al día siguiente sintió una aguda punzada de aprensión cuando su doncella fué á entregarle una esquela de Sebourg solicitando el favor de hablar con ella en particular de un asunto de los más graves.

La veleidad que tuvo Cristiana de eludir semejante obligación no duró más que el espacio de un relámpago. Su cuñado sentiría terriblemente la injuria de una desconfianza, después de todo inmerecida. Lo que tenía que decirle sería probablemente de un orden distinto de lo que ella temía: la memoria de su hermana y de su padre, la seguridad moral de su madre y la educación de sus sobrinos, eran asuntos de los que podía ser necesario que hablasen. Cristiana no tenía derecho á suspender intereses sagrados de familia en nombre de sus delicadezas particulares. Su altivez la garantizaba contra lo demás. Armada con esa altivez, acudió á la cita.

Gerardo la esperaba en una pieza de la planta baja, especie de despacho en el que, en otro tiempo, pasaba ella las veladas con sus padres.

En una tarde como aquella, cubierta y lluviosa, la decoración era sombría. Los tapices de las paredes, los retratos antiguos, las obscuras molduras, los profundos huecos de las ventanas que hacían retroceder la luz turbia y gris, y un mueblaje macizo de cuero incrustado de pálidos dorados, todo allí llevaba un carácter de recogimiento y de recuerdo; en aquel salón de una intimidad tan antigua, parecía que el menor movimiento debía despertar el murmullo de las confidencias de otro tiempo, dormidas en las esquinas obscuras.

Sebourg, en pie al lado de una ventana y con los ojos perdidos en las mojadas perspectivas del parque, se volvió vivamente al oir entrar á su cuñada.

Gerardo le salió al encuentro y dijo en seguida cogiéndole la mano:

—¿Por qué huye usted de mí?.. ¿Por qué me tiene miedo?

Aquel coloso temblaba y su voz era insegura. Cristiana hubiera preferido verle brusco y agresivo. El sufrimiento del prójimo le quitaba toda su fuerza. Pero una imagen evocada de repente se interpuso como una armadura é hízole erguirse para la lucha.

—¿Para qué tales frases, Gerardo? No huyo de usted, puesto que aquí estoy. Pero, si he venido, es que espero de usted palabras razonables y serias.

—¡Ah, muy serias!, dijo Sebourg reponiéndose por un acceso de orgullo, mientras la sangre se agolpaba en su rostro.

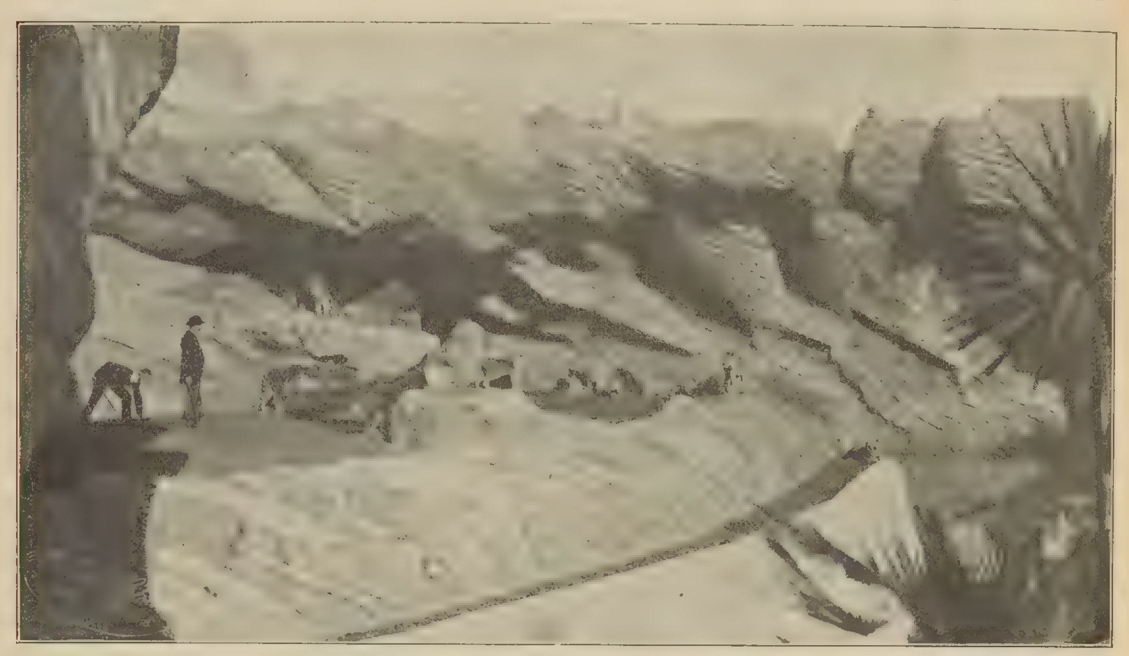
(Se continuará.)

UN PARQUE ZOOLOGICO EXTRAORDINARIO

Hasta ahora, el público que visitaba los parques zoológicos contemplaba los ejemplares de animales fieros al través de los recios barrotes de las grandes jaulas en donde aquéllos permanecían encerrados. Las pobres bestias, nacidas y criadas en los grandes desiertos ó en los espesos bosques, revolvíanse desesperadamente dentro de sus estrechas cárceles, y los que acudían á verlas no podían hacerse cargo de lo que son puestas en su ambiente propio, es decir, en plena naturaleza.

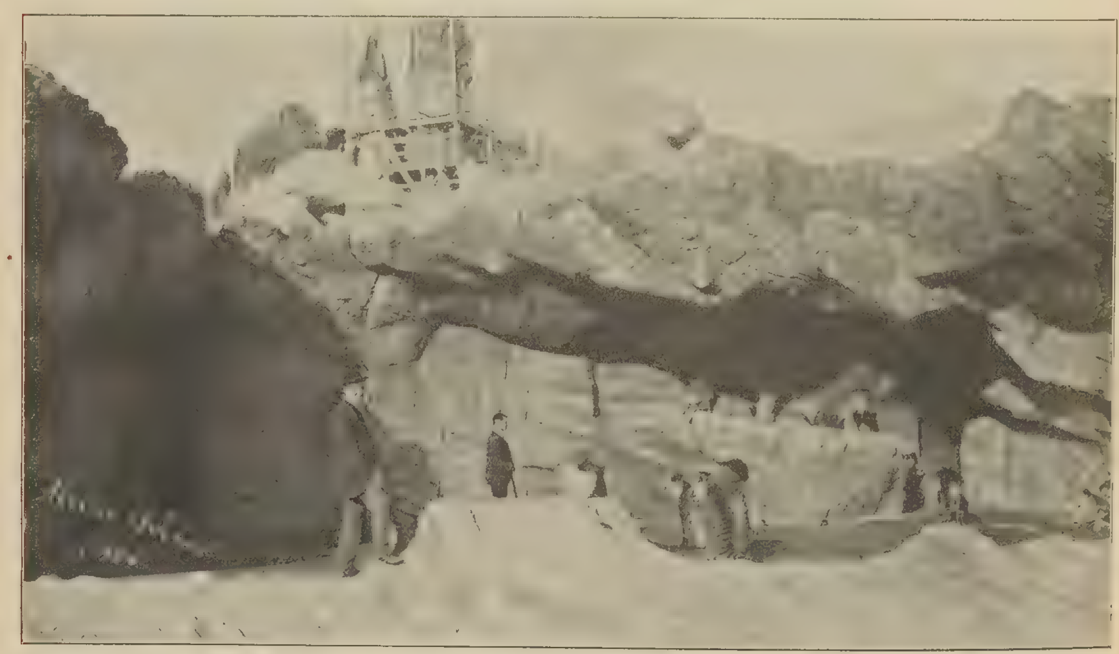
De hoy en adelante, no será así; el público podrá contemplar los animales más fieros sueltos, al aire libre, corriendo por entre árboles, saltando por encima de rocas, albergándose en obscuras cavernas. Así se les ve en el parque que M. Hagenbach ha instalado en el Jardín Zoológico de Hamburgo y que ocupa una superficie de unas quince hectáreas, tanto como el Jardín Zoológico de Londres. En ese parque, la mayor parte de las fieras, leones, tigres, osos, etc., vagan libremente por junglares y selvas artificiales.

La seguridad de los visitantes es absoluta, merced á un conjunto de barras y de rejas de hierro y sobre todo gracias á un profundo foso que les separa de las instalaciones por donde discurren los animales; pero todo está tan bien disimulado, que á los que recorren el parque les parece que se pasean entre las fieras.



Hamburgo. – Parque zoológico de M. Hagenbach. Leones en libertad. (De fotografía comunicada por Hutin, Trampus y C.ª)

Recientemente se ha terminado una guarida de león: en los tres lados de un espacio que mide 20 metros de largo por 15 de ancho se ha acumulado una imponente masa de peñascos imitados; una zanja muy ancha y de 17 metros de profundidad, abierta alrededor de dicha guarida y disimulada por un trozo de jardín tropical, separa los animales de los espectadores.



Hamburgo. – Parque zoológico de M. Hagenbach. M. Hagenbach y un ayudante entre los leones en libertad. (De fotografía de Hutin, Trampus y C.ª)

Hace pocos días, una joven leona cayó en esa zanja y se enfureció al ver que no podía salir de ella; M. Hagenbach, acompañado de un ayudante, descendió al foso, y sin hacer caso de las demás fieras, logró con sus halagos que la leona volviera al junglar, entre los aplausos de la multitud.—S.

EL TELEFONO VISIBLE

Los periódicos norteamericanos se han ocupado extensamente de un descubrimiento sensacional del Dr. Graham que, aplicado al teléfono, permite, por medio de una combinación de hilos especiales, ver á la persona con la cual se está hablando. ¿En qué consiste el invento? Hasta ahora no tenemos pormenores acerca del mismo; por consiguiente, hemos de limitarnos á aceptar el hecho escueto y á reproducir la fotografía á él referente que nos ha sido remitida por la conocida agencia de información internacional Hutin, Trampus y C.ª

Si el hecho resulta ser tal como se dice, el invento será trascendentalísimo y vendrá á resolver uno de los problemas más importantes de la ciencia y de los que parecían de solución más difícil, ya que no imposible.

El TELÉFONO VISIBLE, inventado recientemente por el norteamericano Dr. Graham
(De fotografía remitida por Hutin, Trampus y C.ª)

UN HOSPITAL PARA PECES

Sería un error creer que los peces disfrutan de salud robusta y que están indemnes de afecciones y enfermedades, puesto que á menudo se ponen enfermos, sobre todo cuando viven en cautiverio. De aquí que un gran acuarium, como el que hay en Nueva York, tiene como indispensable corolario una enfermería y un hospital para la curación de los animales acuáticos que alberga.

Y aunque la cosa parezca extraña á primera vista, es lo cierto que el remedio que más comúnmente se aplica á los peces enfermos son los baños; lo cual se explica perfectamente teniendo en cuenta que los peces enfermos de que se trata son peces de agua dulce y que los baños á que nos referimos son baños de mar. Nada mejor para un pez de agua dulce enfermo que una temporada de baños de mar; estos baños han de ser cortos y templados, y á veces hay que añadir al agua marina un poco de agua dulce para los individuos debilitados.

Cuando los enfermos son peces marinos, los baños que se les dan son naturalmente de agua dulce; pero, al parecer, no produce en ellos este tratamiento tan buenos resultados como los baños de mar en sus congéneres de agua dulce.

La acción del agua del mar se explica bastante bien. En efecto, las principales enfermedades de los peces son debidas á parásitos, á hongos que viven sobre su piel, y el agua de mar mata esos hongos y esos parásitos.

En cuanto á la susceptibilidad de enfermar, varía según las especies: en el hospital para peces de Nueva York se ha observado que el lucio es uno de los peces que más atacados se ven por los parásitos; que la trucha, en otro tiempo indemne, va haciéndose de día en día más delicada; y que al salmón le sucede lo mismo que á la trucha. Se conoce que la vida de cautiverio les sienta malísimamente.

En cambio, las carpas gozan de buena salud y ofrecen gran resistencia á las enfermedades parasitarias, siendo de todos los peces que existen en el acuarium de Nueva York los que menos necesitan el tratamiento de los baños de mar.



El Presidente de la República Francesa M. Faillieres, al llegar á su hacienda, el Loupillón, despide la escolta que le ha acompañado durante el viaje. (De fotografía de nuestro corresponsal.)

Después de su viaje á Marsella, el Presidente de la República Francesa ha realizado otro menos ceremonioso, pero seguramente más agradable para él, puesto que se trataba de visitar el departamento en que ha nacido, el de Lot y Garonne, y sobre todo su gran hacienda, el Loupillón, en donde ha descansado unos días de las fatigas de su vida oficial, gozando del reposo y de las delicias de la existencia campestre. En Nerac y en Agen fué recibido con grande entusiasmo; el recibimiento de Mezin, de Villeneuve y de Loupillón fué algo más que entusiasta, fué cariñoso en extremo. Al llegar á Loupillón, M. Faillieres despidió la escolta; durante su permanencia allí, no ha querido ser más que un simple propietario rural, al cuidado de sus viñedos, de los cuales está más orgulloso quizás que de la misma investidura presidencial.

Imp. de Montaner y Simón



Año XXV — Barcelona 22 de octubre de 1906 — Núm. 1.295

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

ARTE ESCULTÓRICO MODERNO

FRAGMENTO DEL MONUMENTO ERIGIDO EN LIMA EN HONOR DEL GENERAL BOLOGNESSI,

obra del laureado escultor Agustín Querol

ADVERTENCIA

Próximamente repartiremos á nuestros suscriptores el cuarto tomo de la presente serie de la BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA, titulado

POETAS FRANCESES DEL SIGLO XIX,

selecta y completísima antología ordenada por don Teodoro Llorente, y por este esclarecido vate fidelísimamente vertida al castellano en sonoros versos y cadenciosas estrofas. Lamartine, Hugo, Sully-Prudhomme, Musset, Gauthier, Vigny, Baudelaire, Lecomte de Lisle, y otros cuarenta poetas eminentes del Parnaso francés del siglo pasado, tienen su adecuado lugar en este libro, hecho con un cariño y con un atildamiento de forma nada comunes en esta clase de obras, pero que son la característica del ilustre literato valenciano ya mentado. Contribuyen á realzar esta edición primorosas orlas alegóricas, debidas al lápiz de Nicanor Vázquez.

SUMARIO

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Oigo decir que el romanticismo ha muerto, y que, desde hace ya bastantes años, hemos enterrado su cadáver á la luz de la luna, bajo el sauce que sombrea la tumba de Alfredo de Musset, y cuya sombra es ligera á la tierra en que el poeta duerme... La pompa fúnebre del romanticismo, como la de la angelical Isabel en *Tannhauser*, había dejado, al pasar, en nuestras almas, un poco de tristeza y añoranza indefinible, como si lo mejor de nosotros mismos se fuese á dormir bajo la tierra, y no nos quedase ya más que la caverna de las bajas pasiones, el antro de la maga maléfica que embruja y pierde á la humanidad. Pues bien, el romanticismo, empeñado en probarnos su inmortalidad divina, ha resucitado, llevando en una mano el puñal y en otra el revólver... Y hemos vuelto á encontrarnos con Diego de Marsilla y con Werther, enamorados fatales, líricos, que arrojan la vida como carga inútil, cuando les falta el amor.

***

El nuevo Diego de Marsilla... era gallego. ¿Por qué sonreir? ¿No fueron gallegos *Macías el enamorado* y Juan Rodríguez del Padrón, que es nuestro *minnesinger* del siglo XV, nuestro Tannhauser ó nuestro Gualterio de Wogelveide? La hierba mágica y maldecida de la pasión desesperada se da en todas las latitudes, en todas las regiones, en todos los climas. Sólo escasea, hasta el punto de constituir un verdadero fenómeno de rareza, en ciertos países donde la mujer vive secuestrada y clausurada, y donde los reyes—como el shah de Persia padre del actual—tienen sus 1.620 mujeres guardadas en el harén, ó como allí se le llame... La libertad (relativa) de la mujer, al elevarla de cosa á persona, la hace capaz de inspirar esas vehementes inclinaciones, esas ardorosas preferencias que llevan consigo la prescripción «á vida y muerte...» Ahora, pues, el Diego de Marsilla de mi historia, casi aldeano, vió como la muchacha á quien quería se encontraba obligada por sus padres á unirse á otro hombre. La idea bárbara de matarla no acudió á su mente: la idea africana de matar á su rival, tampoco. Puesto que era él mismo quien sufría y se retorcía desesperado, él era seguramente quien debía irse del mundo. Y esta resolución no se le ocurrió tampoco en el primer instante. En esos momentos cruelísimos, cuando se diría que el mundo entero gravita sobre un corazón llagado y partido á cuchilladas, las resoluciones se atropellan y confunden; cada minuto sugiere una nueva, quizás opuesta á la anterior. El primer pensamiento que Diego de Marsilla quiso poner por obra, fué emigrar á América. Fiaba en la distancia, y en que á la distancia ayudaría la acción sedante del tiempo. El veía que en su aldea el viaje á América lo remedia todo. Cargados de deudas, oprimidos por el fisco, muertos de hambre, autores de fechorías por las cuales les persigue la justicia, agobiados por las mil circunstancias que pueden hacer penosa y difícil la existencia, los aldeanos emigran en masa, y la esperanza, verde como las campiñas que van á abandonar, les sonríe en medio de las aflicciones de la despedida. Acaso, al respirar las primeras emanaciones salitrosas del Océano, la pena del amor se disipase y el maleficio se deshiciese. Y el enamorado se vino á la Coruña, dispuesto á embarcar. Para una inclinación pasajera y frívola, de esas que no arraigan, la estancia en la Coruña hubiese sido suficiente distracción. Un puerto de mar, una capital de provincia animada y alegre, ofrecen al mozo aldeano tentaciones y placeres fáciles, que embeodan los sentidos groseros y causan locas excitaciones á la juventud no gastada ni cansada. Pero el Marsilla galaico tenía el signo y marca funesta del que bien y de veras quiere: no existía para él más que una mujer en el mundo, y fuera de aquella mujer todo era sombra, vacío y tedio sin límites. El contraste mismo entre la quietud de la aldea apacible donde corrió el período de sus amores y el bullicio de la alegre ciudad, con sus músicas en el paseo, sus tiendas lujosas y sus cafés decorados, debió de serle físicamente intolerable, porque le gritaba que su porvenir era distinto de su pasado. Y su pasado era lo único que acertaba á querer...

***

Y sin poderlo remediar, hostigados por la necesidad de representarnos de un modo sensible lo que preocupa el ánimo, pensamos: ¿cómo sería aquella mujer, tan añorada? ¡Bah! Seguramente que ni un tipo de belleza, ni una sirena seductora (en las aldeas no suelen existir), ni cosa por el estilo. Acaso una muchacha de esas que nada tienen de particular para el que las mira indiferente. El amor transforma las condiciones materiales, y cuelga sus alas de ángel en los hombros rechonchos de la moza de cántaro. La Isabel de este Diego acaso tenga hoyos de viruelas en la morena faz; sus pies, desfigurados, irán calzados con medias gordas y zapatos de suela ruda; su cuerpo exhalará el vaho del sudor ó el aroma mil veces más repulsivo de la perfumería barata que se compra en las ferias... ¿Qué importa? Al igual de todo lo que arrebata y embelesa al hombre, el amor sale de dentro, de lo íntimo del ser; se forma de la tela de nuestros sueños, no de las realidades. Si así no fuese, sería un cálculo estricto, una exacta relación entre el sujeto y el objeto. Es lo contrario: la mayor expresión del subjetivismo; lo que sólo cada cual, en el santuario de la emoción propia, adora y profesa. Jamás entenderán ese culto los profanos. Mi secreto para mí—pueden decir con energía y orgullo los que quieren líricamente.

***

Y el *Amante*—con mayúscula, como escribiríamos el *Poeta* si se tratase de un Enrique Heine—paseándose por los muelles, al borde del mar verdoso y espumoso, pensó ó sintió que su pena era más inmensa y más amarga que las olas, y no se curaría aunque pusiese entre el teatro de sus dolores y su nuevo rumbo el ancho de la infinita sábana líquida que separa á Europa del continente americano. Y meneando la cabeza, abismado, se retiró á su posada, se encerró en su habitación y se dió siete puñaladas, casi todas mortales, sin que la mano temblase, cuando ya la sangre corría de tantas bocas abiertas y por ella se iba el ánima dolorosa... No murió, sin embargo, en el momento. Le acudieron, y duró unas horas. En ellas, con desmayada voz, pudo articular que su desesperación no reconocía otra causa sino el casamiento de la predilecta. Ninguna lamentación por la vida que dejaba, ningún pesar de haberla cortado con tan sangrienta violencia. Sólo la afirmación reiterada y sencilla de que no podía vivir, puesto que se había casado aquella mujer. Los que le asistían, menos románticos, porfiaban en preguntar si el suicidio no reconocía otra causa; les costaba trabajo avenirse á que hubiese solamente amor detrás del furioso apuñalamiento del mozo. Y él, en medio de los desfallecimientos de la agonía, no acertaba sino á repetir su profesión de fe: ningún motivo más.—Dios habrá perdonado á esa pobre alma.

***

El nuevo Werther es francés. Su caso me parece todavía más interesante que el anterior. Le había prometido á su amada que si ella moría, moriría él á la vez, ó antes si fuese posible. Atacada ella de gravísima enfermedad, desahuciada por los médicos, yacía casi insensible en la cama: á la cabecera velaba su madre. Un hombre penetró en la habitación, y sonó un tiro. La madre se alzó despavorida, creyendo en un atentado. Era un suicidio. El Amante venía á cumplir su promesa, muriendo antes que la amada, para esperarla en el umbral de la eternidad obscura.—Tuvo, no obstante, la mano menos certera que el lírico de la Coruña; la bala no fué mortal. La ley psicológica, en estos casos, es que no se repite la tentativa. El que por cualquier causa no consigue quitarse la vida del primer intento, rara vez lo segunda. Vuelve á encontrarse entre los mortales, en el triste mundo, y acepta su destino, embargado por contradictorios sentimientos, remiso en agradecer á la suerte que le haya dejado aquí para sufrir más. Unos se consuelan; otros llevan siempre á cuestas el grave peso de la memoria; pero la obsesión antinatural del suicidio se ha conjurado, de cien casos, en noventa y nueve. La obsesión es más curable cuando no procede de desengaño atroz. El Werther francés se curará, aunque su amada se muera, porque siquiera su amada, al morir, no le inflige el suplicio de destruir la ilusión que le hermoseaba la vida. El dolor acerbo de ese Werther puede transformarse en nostalgia dulce, en melancolía resignada: no llevará consigo la vergüenza bochornosa del engaño, la herida enconada de la traición. En suma, el Werther, después de perder á su ídolo, seguirá teniéndolo por ídolo, en lugar de verlo transformado en un horrible demonio; y podrá ser casi feliz, ó al menos conformarse, que ya es media felicidad.

***

De todos modos, se me figura que los dos casos que acabo de reseñar demuestran la exactitud de mi aserto: el romanticismo no está llamado á desaparecer... Si caducó como escuela literaria (¿y quién podría sostener que no son manifestaciones románticas las nuevas tendencias del arte y de la literatura?) en el carácter, en la psicología, nunca se extinguirá. No es sólo el amor el que sostiene y hace perdurable el romanticismo. Son también románticos los aeronautas, los salvadores de niños que se ahogan, los revolucionarios de acción, los nihilistas que abrasan á tiros á los generales rusos y se dejan ahorcar, todos cuantos tienen en poco la existencia ante un ideal, una quimera, un ensueño, una exaltación espiritual... El romanticismo es una tendencia fundamental humana.

***

¿Quién sabe si era un romántico desconocido el heroico cochero de Lugo que se dejó destrozar por un perro rabioso para matarlo é impedir que mordiese á otras personas? El hecho es realmente inaudito, de una abnegación increíble, y ese hombre obscuro y humilde merecería un recuerdo, una lápida, algo que perpetuase su memoria. No hicieron más, ni siquiera tanto, los paladines que las historias celebran. Sabía él de cierto que buscaba la muerte, ¡y qué muerte! De cuantos mordió el perro, el único que contrajo incurable hidrofobia fué el valiente luchador que, abrazado al animal, rodando por el suelo, le entregó su carne en sacrificio. Siempre que hayáis de serviros de la frase «portarse como un cochero,» acordaos de éste, que se portó como un Bayardo ó un Cid... y como un San Juan de Dios, y cambiad de fórmula retórica...

EMILIA PARDO BAZÁN.



LOS COMIENZOS DE UN TORERO



Desde su niñez era Rafaelito novio de Carmela, y bien puede afirmarse que en la Algaba, su pueblo natal, y aun en todos los alrededores de Sevilla, no había más encantadora pareja de enamorados.

Cuando al anochecer, concluída la jornada, el joven labriego, según costumbre de la tierra, acudía á la reja de la ventana, detrás de la cual esperábale su novia, todos los transeuntes volvíanse involuntariamente para contemplarlos. El, un modelo de robustez armoniosa, rara en aquella raza más bien cenceña, apoyaba en los barrotes su cabeza, de color bronce claro, máscara tranquila de estatua animada por dos pupilas grises, móviles y misteriosas como las aguas del Guadalquivir, á cuya orilla se amontonan las rústicas casas de la Algaba. El delicado rostro de Carmela tenía esa blancura de mujer morena que recuerda la pulpa de ciertas flores muy blancas y el granito de ciertos blanquísimos alabastros. Sus ojos negros, brillantes y aterciopelados, estaban hechos lo mismo para la coquetería que para la languidez de las caricias, y sus retortijados cabellos se unían en un artístico moño, adornado siempre con claveles, rosas ó geranios.

Esos muchachos se amaban como se ama en aquella patria de la pasión, con todo el ardor de sus almas fogosas é ingenuas, de sus cuerpos jóvenes y llenos de deseos.

Rafaelito era mozo de granja al servicio de un rico propietario de las inmediaciones, y su trabajo consistía en ir á vender paja por las calles de Sevilla y en llevar al matadero las reses destinadas al sacrificio. Apenas amanecía, dejaba la enjabelgada casita en donde sus viejos padres moraban, situada al extremo de la aldea, y no regresaba hasta la caída de la noche para comer apresuradamente el frugal gazpacho preparado por su madre, y correr inmediatamente á la ansiada cita. Carmela, de familia algo más acomodada, después de haber ayudado á los quehaceres domésticos y de haber engalanado lo mejor posible su gentil cuerpecito, sentábase, cual lindo pájaro matizado de colores, en aquella especie de jaula saliente sobre la calle que con sus cartelas de albañilería y sus antiguos enrejados forman las ventanas de la planta baja de la mayor parte de las casas rurales de Andalucía. Y allí, cosiendo y soñando, esperaba la hora en que el rumor de unos pasos bien conocido la colmaba de felicidad.

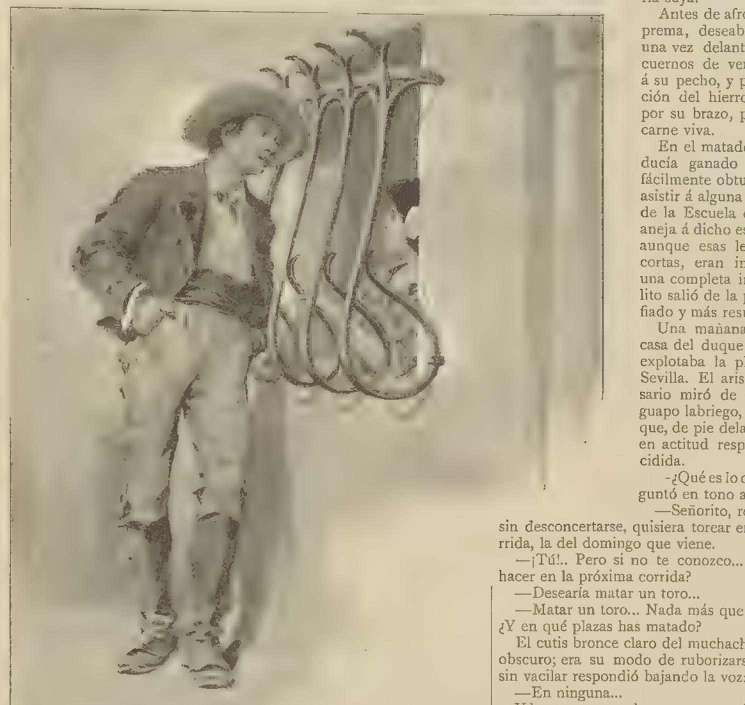
Y todas las veladas, esas veladas perfumadas y tibias de la tierra sevillana, transcurrían para ellos en el éxtasis de un coloquio íntimo, á menudo silencioso, pero en que las miradas hablaban un lenguaje tan expresivo como los labios.

Sin embargo, cumpliéndose en ellos la regla de fragilidad de las humanas dichas, llegó un tiempo en que inquietas preocupaciones ensombrecieron aquellas citas. Rafaelito, con la lealtad que generalmente caracteriza en aquellas campiñas las relaciones amorosas, no tenía más que un objetivo, perseguido ardientemente, casarse con Carmela; mas por desgracia había cumplido la edad de entrar en quinta y no podía casarse sin antes haber cumplido el servicio militar.

Cierto que podía redimirse mediante el pago de mil quinientas pesetas; pero ¿de dónde sacar esa cantidad para él fabulosa? Al pronto pensó en pedirla prestada á su amo; mas luego se convenció de que nadie consentiría en anticipar tanto dinero á quien ofrecía, por toda garantía, el trabajo de sus brazos.

Recurrió entonces á la lotería y ganó un premio de seis duros que, si en otras circunstancias le habría colmado de gozo, en aquella ocasión, después del espejismo de la esperanza, no hizo más que aumentar su angustia.

Sólo tenía dos meses para redimirse, pasados los cuales habría de resignarse á servir al rey y á renunciar, hasta la época de un regreso muy lejano, si no muy problemático, á la felicidad de poseer á Carmela.



... las miradas hablaban un lenguaje tan expresivo como los labios

Comenzaba ya á desesperar, cuando un día, estando en la ciudad y mientras descansaba en el patio de la posada, después de haber vendido paja durante toda la mañana, llamaron su atención las charlas de los labriegos que le rodeaban. Hablábase de los toreros, de esos hombres del pueblo, casi siempre pobres é ignorantes, que con habilidad y suerte alcanzan notoriedad, consideración y sobre todo fortuna.

Para Rafaelito fué aquello un rayo de luz... Y después de todo, ¿por qué no?.. Cuando niño, había tomado parte muchas veces, en las encrucijadas de la aldea, en la diversión en boga entre la chiquillería, que con unos cuernos de desecho clavados en una tablita ó en una cabeza de toro de mimbres, y sirviéndose de sus blusas á guisa de capas, imitan apasionadamente los lances de la corrida. Era aquella toda su experiencia, y á decir verdad no podía pretender practicar así de pronto, sin otros estudios, las maniobras de los toreros y ejecutar esas atrevidas vueltas á dos pasos de las astas amenazadoras, esos pases que excitan al fogoso animal y que, merced á un movimiento hábilmente medido, le dejan proseguir en el vacío su ciega carrera...

Pero matar el toro, es decir, apuntar al punto flaco de la nuca y con un estiramiento brusco del brazo encogido hundir en aquel sitio el estoque, ¿no era cosa que estaba á sus alcances?.. Con sangre fría, vigor y vista, no había de ser difícil realizar tal faena...

Su vacilación fué corta. Puesto que matando el toro se ganaba dinero, él lo mataría..., y Carmela sería suya.

Antes de afrontar la lucha suprema, deseaba verse siquiera una vez delante de un par de cuernos de verdad, apuntando á su pecho, y percibir la sensación del hierro que, empujado por su brazo, penetrase en una carne viva.

En el matadero, adonde conducía ganado con frecuencia, fácilmente obtuvo permiso para asistir á alguna de las lecciones de la Escuela de tauromaquia, aneja á dicho establecimiento, y aunque esas lecciones, pocas y cortas, eran insuficientes para una completa iniciación, Rafaelito salió de la prueba más confiado y más resuelto que nunca.

Una mañana, encaminóse á casa del duque de la Pena que explotaba la plaza de toros de Sevilla. El aristocrático empresario miró de arriba abajo al guapo labriego, fornido y esbelto que, de pie delante de él, estaba en actitud respetuosa, pero decidida.

-¿Qué es lo que quieres?, preguntó en tono algo brusco.

—Señorito, respondió Rafael sin desconcertarse, quisiera torear en la próxima corrida, la del domingo que viene.

—¡Tú!.. Pero si no te conozco... ¿Y qué quieres hacer en la próxima corrida?

—Desearía matar un toro...

—Matar un toro... Nada más que matar un toro... ¿Y en qué plazas has matado?

El cutis bronce claro del muchacho tomó un tinte obscuro; era su modo de ruborizarse. No obstante, sin vacilar respondió bajando la voz:

—En ninguna...

Y luego, apresuradamente, para evitar embarazosas preguntas, refirió su historia.

Al escuchar las primeras palabras, el empresario había sonreído; el asunto, en verdad, tomaba á sus ojos un sesgo interesante. Entreveía un buen reclamo para su corrida en aquellos amores contrariados por el rigor de la ley militar; un artículo del periódico, oportunamente publicado, no dejaría de excitar la curiosidad del pueblo andaluz, siempre aficionado á novelescas aventuras.

—¿Y cómo te las compondrás para matar el toro?, preguntó el duque así que Rafaelito hubo cesado de hablar.

El aspirante á torero, por toda respuesta, arrojó su sombrero al suelo y se cuadró, rígidas las piernas, erguido el busto, la cabeza inclinada atentamente, y apuntando, con el brazo replegado á la altura del hombro, su vara de fresno á manera de estoque.

La actitud era tan escultural, el gesto tan clásico, la puntería tan precisa y la mirada tan aguda, que el empresario se entusiasmó.

—Supongo que no irás á hacerte matar, dijo ofreciendo á su interlocutor un cigarrillo.

—No..., Dios mediante, contestó Rafaelito.

Al siguiente domingo, desde las tres de la tarde la plaza de toros de Sevilla estaba totalmente llena. Cuando, á los sones de un paso doble, salieron las cuadrillas á la arena, la atención de aquella inmensa multitud se concentró en el debutante. La primera impresión fué favorable; y en verdad que Rafaelito, con su traje encarnado y oro que marcaba sus formas de efebo antiguo, con la elasticidad de su andar y

con la expresión un tanto altanera de su fisonomía, era un modelo acabado de la belleza del torero, de esa belleza varonil que entusiasma á las mujeres.

Rafaelito dirigió su mirada á una de las gradas inferiores de sombra, en donde habían tomado asiento sus ancianos padres y la familia de Carmela. La joven, al ver aparecer á su novio, quedóse anhelante, con los ojos desmesuradamente abiertos; aquella centelleante visión de púrpura, aquel ser fastuoso que se parecía al arcángel del altar de la Algaba, ¿era realmente su Rafael, su amigo de la infancia, el asiduo compañero de sus veladas?.. Sintió oprimírsele el pecho, parecióle que de pronto se abría un abismo entre ellos y un frío extraño invadió su alma; pero apenas sus ojos se encontraron con los ojos grises de los que el amor se desbordaba, aquella pasajera tristeza cedió el puesto á una expresión interna de alegría. Entonces irguió su lindo cuerpo y sintióse reina de aquel recinto, ya que, al fin y al cabo, el punto de mira de la general admiración era una cosa suya, la corteza de un corazón que le pertenecía...



—¿Y cómo te las compondrías para matar un toro?

La corrida empezó. La lidia de los dos primeros toros, á cargo de famosos espadas, excitó, como de costumbre, el apasionado interés del público andaluz; pero cuando llegó el turno al tercero, reservado á Rafaelito, la atención subió de punto. La primera fase de la labor del aprendiz torero consistía en efectuar, durante la sangrienta suerte de picas, los quites cuyos más elementales principios ignoraba. En aquella faena estuvo deplorable, y como su valor temerario le lanzaba á veces sobre los mismos cuernos de la fiera, de fijo habría sido herido y acaso muerto si sus compañeros no hubiesen sabido distraer á tiempo el furor del animal.

Al ver sus movimientos, cuya gracia natural no bastaba á excusar la inexperiencia, el público no tardó en manifestar su descontento, al principio con murmullos, luego con silbidos y finalmente con general gritería, no tardando en convertirse el escándalo en verdadera tempestad. Los puños cerrados señalaban amenazadores al redondel; los gritos injuriosos cruzaban el aire como latigazos, y voces estridentes lanzaban las más salvajes injurias.

Rafaelito, que conocía las costumbres de la plaza, esperaba esa escena cruel; pero como su único objeto era matar el toro, habíase jurado soportarla estoicamente, y por muy dura que fuese la prueba, cumplió su juramento y aguardó, no sin impaciencia, que el presidente le sacara de aquella situación penosa mandando tocar á banderillas.

Cuando sonó ese toque, el público se calmó; aquel fué para Rafaelito un momento de tregua; y mientras los banderilleros, con sus aéreos gestos, continuaban preparando el toro para la suerte suprema, el espada pudo, como de costumbre, apartarse del sitio de la lucha y reposar un instante.

Lanzó el clarín al viento las agudas notas que sirven de aviso del último tercio de la lidia, y Rafaelito se adelantó, pálido pero resuelto, sosteniendo en su mano izquierda el estoque que relucía sobre el color escarlata de la muleta. En la plaza oyéronse algunas voces de protesta, pero la mayoría del público, á quien un momento de reflexión había devuelto su benevolencia para con aquel principiante tan valeroso, impuso silencio á los descontentos.

Rafaelito, después de haber saludado al presidente, dirigióse hacia el tendido en donde estaba Carmela. Esta se levantó como para recibirle; estaba tan blanca, tan blanca, que más no lo estuviera encerrada en el ataúd; su mantón de crespón azul con ramajes amarillos, y el puñado de flores que coronaba su moño, acentuaban aún más aquella blancura.

Cuando su novio se detuvo delante de ella, una divina sonrisa abrió sus labios y de sus pupilas de azabache brotó un rayo de inefable ternura. Rafaelito, quitándose con gesto rápido la montera y agitándola en el aire, pronunció con voz vibrante su brindis, esa alocución que el espada dirige á la persona por él escogida antes de consumar la última suerte y de correr el supremo peligro.

—Voy á matar el toro en honor de Carmela, dijo; es el primero que mato. ¡Que las miradas de mi amada me infundan el valor y la fuerza que necesito!

Luego, dando una vuelta, arrojó la montera lejos de sí y se encaminó al centro del redondel, en donde la fiera rascaba el suelo con sus pezuñas.

Faltábale aún, antes de tirarse á matar, salvar el escollo de los pases de muleta, preliminares de la muerte en que tanto se lucen los maestros en el arte del toreo, pero cuya práctica él desconocía. Sus compañeros abreviaron esa prueba esforzándose en dejar lo más pronto posible al toro en buena postura delante de su sacrificador.

Había llegado el momento decisivo. Al contemplar enfrente de él, casi al alcance de su mano, el enorme testuz con sus afilados cuernos, Rafaelito sintió que una oleada de ideas confusas invadía su cerebro. Cierto que pensaba en Carmela; pero también surgía en él algo nuevo, lo que podría llamarse el alma del torero, la ambición de igualar la habilidad de esos profesionales que evolucionaban á su lado, y sobre todo el deseo de vengar las injurias que poco antes le había lanzado el público y la esperanza de borrar el recuerdo de las mismas bajo una explosión de aclamaciones. Este último sentimiento acaso se sobreponía á los que le habían llevado al toreo.

Cuadróse en la actitud clásica, con el codo en alto y apuntando con los ojos un punto único en el arranque de la espina dorsal; alargó el brazo como impulsado por un muelle, y la espada, tocando exactamente el punto sensible de la nuca, penetró entera, hasta la empuñadura, en el cuerpo del toro, que se estremeció, vaciló unos instantes y al fin cayó pesadamente, dejando asomar en sus labios un poco de espuma sanguinolenta.

Ante aquella estocada magistral que llegaba al grado supremo de perfección, el público en masa, movido por un solo impulso, se puso de pie y estalló en una manifestación de entusiasmo delirante. Millares de cuerpos, inclinados hacia delante, parecían dispuestos á tirarse al redondel; las manos frenéticas agitaban sombreros y pañuelos, y en todas partes se oían los más encomiásticos apóstrofes: «¡Gloria al hijo de la Algaba!» «¡Eres el honor de tu patria!» «¡Bendita sea la madre que te echó al mundo!» Y de un extremo á otro de las gradas, lo mismo en las de sombra que en las de sol, así en los palcos aristocráticos como en los bancos de la plebe, resonaba el grito unánime de «¡Viva el Algabeño!»



Voy á matar el toro en honor de Carmela...

Sí, el Algabeño, el apodo definitivo del torero, el nombre de batalla, el nombre de victoria, acababa de nacer en los labios embriagados.

Rafaelito, al ver que la fiera se desplomaba, habíase quedado inmóvil, con los brazos caídos y la cabeza inclinada, pudiendo apenas dar crédito al inesperado triunfo conseguido casi inconscientemente. Los rumores de la multitud le hicieron volver en sí; miró

á su alrededor y vió la ovación colosal de que era centro y objeto, y entonces, con esa prodigiosa facilidad de asimilación de su naturaleza meridional y ayudado por la esbeltez de su cuerpo de semidiós, entró en seguida en su papel de triunfador. Irguió con altivez la cabeza, su hermoso rostro se iluminó con una sonrisa de gloria, é imitando la soltura del torero, emprendió en torno del redondel su paseo victorioso. Alrededor suyo caían sombreros, abanicos, flores y cigarros que le arrojaba una multitud enloquecida, y él, saludando con la mano con gesto protector, bajábase de cuando en cuando para recoger un sombrero que devolvía á sus admiradores.

Al pasar por delante de Carmela, paróse de nuevo, y apoyando en sus labios las puntas de los dedos con un amplio ademán de los dos brazos, le envió un prolongado beso.

La joven no observó lo que había de teatral en la actitud del novel torero, ni la expresión de fatuidad que las miradas femeninas habían hecho asomar á su rostro.

Al salir de la plaza, Rafaelito se vió rodeado del grupo entusiasta de los aficionados sevillanos, que haciéndole subir á un coche de cuatro caballos, condujéronle al Paseo de las Delicias, en donde al atardecer se da cita la buena sociedad. Allí, la insistencia con que le miraba todo el mundo le suministró la prueba de su naciente celebridad; á su paso, las bellas señoritas lánguidamente recostadas en sus landós, se incorporaban para distinguir el perfil mate y los turbadores ojos del Algabeño, el cual creía sentir sobre sus mejillas el calor de los efluvios que de sus pupilas brotaban.

Además, su nueva corte le aturdía con sus alabanzas: en él revivía el Espartero, el gran torero cuya muerte trágica llora aún España; como espada, en la suerte de matar, igualaba á los más famosos, y muy pronto, con un poco más de estudio, el arte sublime ya no tendría secretos para él... Era la esperanza y sería la gloria de la escuela sevillana.

Rafaelito, escuchando esos elogios, se sonreía vagamente, sin decir nada, y algo embarazado todavía; pero en el incienso que junto á él se quemaba, percibía un perfume delicioso.

Al anochecer, sus nuevos amigos lleváronle primeramente á un restaurant á la moda, en donde le sirvieron manjares extraordinarios que el sobrio comedor de gazpacho apenas probó; y á la hora del café hiciéronle fumar cigarros muy fuertes, envueltos en una anilla de papel dorado, y beber licores extranjeros de extraño sabor, un tanto amargo. Después asistieron á una sesión de baile andaluz, en la que Lola, la graciosa Lola, la que él había admirado desde lejos, como humilde espectador, en el teatro Burrero, la célebre bailadora de tangos, lo acaparó.

Aquella feliz estocada había, pues, transformado un destino. El empresario de la plaza de toros, encantado con su descubrimiento, cuya gloria entera se atribuía, habíase mostrado generoso; varios amigos, á quienes halagaba presentarse en público con el hombre del día, le ofrecían su bolsa; y un agente, husmeando grandes ganancias, habíase presentado, ó mejor dicho, impuesto como intermediario para las contratas futuras. Porque era de esperar que lloverían proposiciones de numerosas ciudades, ávidas de conocer á ese nuevo espada cuyas hazañas relataba minuciosamente la prensa en esas copiosas poesías que suele dedicar á la reseña de las corridas.

Ante aquel porvenir, el Algabeño, embriagado por el triunfo, adquiría la confianza de un maestro; contaba soberbiamente con su brazo y su golpe de vista, y su vocación se revelaba absorbente é inquebrantable: era torero por los músculos y por el corazón, torero en cuerpo y alma.



... la célebre bailadora de tangos lo acaparó



... su mirada sigue un pensamiento obsesionante que á nadie comunica

Por supuesto que ya no se hablaba del servicio militar, pues el agente se había comprometido á pagar las mil quinientas pesetas en tiempo oportuno; de suerte que Rafaelito podía abandonarse sin inquietud á aquella nueva vida que, desde la primera noche, le había prodigado sus más delicados placeres y sus más intensas voluptuosidades.

Desde entonces dióse de lleno á la *juerga*, que vertió en su alma á chorros el sabroso veneno de sus filtros y cuyas sacerdotisas, las galantes sevillanas, le enseñaron en pocos días, en medio de la embriaguez de los vinos de oro, el sabor de todos los besos.

Así adiestrado, el joven labriego de la Algaba no tardó en moverse en aquel ambiente de fiestas con tanta soltura como si en su vida hubiese vendido paja. Un rasgo puso el colmo á su fama. Una noche, la partida de alegres compañeros que formaba su habitual escolta atravesaba una calle bastante obscura, cuando á uno de ellos se le cayó una moneda; para buscarla, encendieron un fósforo, y cuando éste iba á apagarse el Algabeño sacó de su bolsillo un billete de cien pesetas y lo encendió en la pequeña llama á fin de facilitar la busca de la moneda perdida.

Frenéticos aplausos acogieron esa prodigalidad, que demostraba que Rafaelito había nacido para ser tan espléndido vividor como afortunado torero.

¿Qué ocurría entre tanto en la Algaba?

Carmela, después del grande acontecimiento que interrumpió la monotonía de sus días, todos iguales, había vuelto á su vida ordinaria. Sentada, desde la tarde siguiente, junto á su enrejada ventana, esperaba la próxima entrevista, que se imaginaba llena de expansiones, de cariño, de gozo. Su blanco semblante radiaba de orgullo al pensar que el vencedor, cuyo triunfo resonaba aún en sus oídos, aparecería dócil y enamorado, para apoyarse en los barrotes familiares, y hasta le parecía que aquella gloria había hecho crecer su amor...

Llegó la noche, pasó la velada, y Carmela no oyó resonar ni de la parte del río, ni del lado de la aldea, el paso cuyo ruido encantador reconocía entre todos los demás.

Al día siguiente, la misma espera é igual decepción, no por esto, sin embargo, quebrantóse su confianza, sino que supuso que á Rafaelito le entretenían las gestiones para redimirse del servicio militar.

Al otro día, parecióle que algunas personas, al toparse con ella en la calle, cuchicheaban y la miraban sonriendo burlonamente, y sintió en su corazón una punzada, como una picada de aguja, comenzando entonces su tormento... ¿Qué sucedía para que se mofaran de aquella manera?

Intentó concretar conjeturas, pero era tal su ceguera que no concibió la menor sospecha.

A la siguiente tarde, sorprendió la misma expresón maliciosa en el saludo de algunas amigas que pasaban, y aunque herido su amor propio por tener que recurrir á gente extraña, las llamó. Todas aquellas muchachas tenían novios que iban diariamente á Sevilla y les traían noticias; Carmela las interrogó, y aunque al principio se hicieron de rogar, adoptando aires misteriosos y dejando escapar, como al descuido, insinuaciones reveladoras que terminaban en reticencias evasivas, al fin acosadas á preguntas y cediendo, por otra parte, á ese instinto de crueldad femenina que se goza en mortificar á la que puede llegar á ser una rival, repitieron, sin perdonar un solo pormenor,

Rdo. Dr. D. Antonio M. Alcover, iniciador y presidente del primer Congreso Internacional de la Lengua Catalana.

todo lo que les habían referido de las hazañas de Rafaelito.

Carmela, cuando se vió sola, quedó abatida por su lacerante descubrimiento. Primero, la sorpresa y el horror embotaron su pensamiento; después, sintió de pronto en su corazón la mordedura de los celos. No se preguntaba si la habían abandonado; no lloraba por sus ensueños desvanecidos; únicamente estaba celosa.

Transcurridos algunos días de tales sufrimientos, sus amigas le anunciaron que los padres de Rafaelito estaban á punto de marcharse de la Algaba para establecerse en Sevilla, en donde su hijo había alquilado una casa en el paseo de Hércules.

A pesar de ese indicio, su fe prolongaba aún sus dudas; mejor hubiera sido para ella formarse un convencimiento, por penoso que fuera, ya que su incertidumbre era peor que la certeza más espantosa. Para salir de dudas, resolvió consultar con San Rafael, cuya imagen se venera en la iglesia de la Algaba. Durante nueve mañanas iría con su hermanita á la parroquia; una vez en ella, arrastraríanse de rodillas desde la pila de agua bendita hasta la capilla del Arcángel, y al llegar allí rezarían la oración especial que enseña doña Perfecta, la maestra de escuela; después se sentarían en el suelo, inclinando el cuerpo á la izquierda ó á la derecha, según la inspiración celeste. Si la niña, que no conocería el objeto de la novena, se sentaba más veces á la izquierda que á la derecha, sería señal de que el Algabeño había olvidado á Carmela.

Realizóse el piadoso experimento, y la niña, bajo la mirada ansiosa de su hermana, sentóse cuatro veces hacia la derecha y cinco hacia la izquierda; el Arcángel, pues, respondía categóricamente que Carmela no tenía novio.

No importa. Carmela quiere permanecer fiel á su amor, y aunque no pocos muchachos de la aldea se estimarían dichosos si pudieran recoger la sucesión de Rafaelito y prodigan las sonrisas y los requiebros á la abandonada, ésta ni siquiera se fija en ellos.

Continuamente ve Carmela la plaza de toros, la fulminante estocada, el toro derribado en tierra, el paseo triunfal de su ídolo que recorre el círculo de las entusiasmadas sevillanas. En su imaginación reprodúcese la escena indefinidamente en todas las ciudades de España; en todas partes ve al mismo torero resplandeciente, las mismas mujeres delirantes, y entonces se siente celosa, locamente celosa de todas las españolas.—Manuel Sorra.



Barcelona.—Sesión inaugural del primer Congreso Internacional de la Lengua Catalana celebrada en el Teatro Principal



Barcelona.—Primer Congreso Internacional de la Lengua Catalana.—Inauguración de la Exposición del Libro en el Palacio de Bellas Artes

EL PRIMER CONGRESO INTERNACIONAL

de la Lengua Catalana

Ha sido un acontecimiento de gran importancia y de trascendencia suma el primer Congreso Internacional de la Lengua Catalana recientemente celebrado en nuestra ciudad; y lo ha sido tanto por los nobles y altos fines que movieron á sus iniciadores á celebrarlo y por las interesantes cuestiones que en él se han planteado y resuelto, cuanto por el grandioso entusiasmo que ha despertado en todas las tierras, aun las más apartadas, en que se habla el catalán, y por la participación que en él han tomado eminentes filólogos de otras regiones españolas y del extranjero.

De toda Cataluña, de Mallorca, de Valencia, del Rosellón, de Provenza, de Alguer, ese rincón de Italia cuyos habitantes conservan casi intacta la lengua que allí llevaron los colonos de la confederación catalano aragonesa, han acudido al llamamiento que se dirigiera á los amantes y cultivadores del idioma catalán. Pero no han sido solos los catalanes los que han colaborado á tan hermosa obra; á ella se han adherido, concurriendo personalmente ó enviando su representación: los Sres. Bonilla Sanmartín y Menéndez Pidal, catedráticos de la Universidad de Madrid; el eminente poliglota Menéndez Pelayo; el laureado poeta valenciano D. Teodoro Llorente; el Sr. Mancho, catedrático de la Universidad de Valencia; el doctor

Schadel, el joven y sabio profesor de la Universidad de Halle; Morel Fatio, el eminente romanista secretario de la «Ecole des Cartes,» de Paris; Sairoihandy, profesor del Instituto de Versailles; Augusto Brutails, director del Archivo de la Gironda, de Burdeos; José Calmette, catedratico de la Universidad de Montpellier; Foulché-Delbosc, director de la importante *Revue Hispanique*, de París; Pagés, profesor del Instituto de la Rochela; Vidal, bibliotecario de Perpignán; Monseñor Carselade, obispo de Perpignán; Zossimo Consigliere Pedroso, director de la Facultad de Letras de la Universidad de Lisboa; Teófilo Braga, Cándido de Figueiredo, Gonzálvez Vianna, ilustres filólogos portugueses; Guarnerio, profesor de la Universidad de Pavía; Counzon, profesor de la Universidad de Halle; Ciuffo, inspirado poeta alguerés; Palombo, profesor de la población de Alguer, y otros muchos.



BARCELONA. – PRIMER CONGRESO INTERNACIONAL DE LA LENGUA CATALANA. – GARDEN PARTY CELEBRADA EN EL PARQUE GÜEL EN HONOR DE LOS CONGRESISTAS

El iniciador del Congreso, el alma del mismo, ha sido el Rdo. Dr. D. Antonio M.ª Alcover, eminentísimo filólogo mallorquín, que ha consagrado por entero sus grandes talentos, su laboriosidad y actividad prodigiosas al estudio del catalán y á la confección del Diccionario de la Lengua Catalana.

No relataremos las tareas que en las seis sesiones celebradas ha realizado el Congreso; diremos únicamente que las tres secciones en que éste se ha dividido, han estudiado de un modo profundo los más importantes problemas con la especialidad de cada una relacionadas.

La sesión inaugural se efectuó en la noche del 13 de los corrientes en el teatro Principal. Fué un acto solemnísimo en el que pronunciaron elocuentes discursos el Dr. Alcover y los Sres. Rubió y Lluch, Cornelio, Delbosc, Bonilla y Sanmartín, Mancho, Casaponce y Palombo, que fueron entusiastamente aplaudidos por el público que llenaba totalmente la sala.

En honor de los congresistas se ha organizado una notable exposición bibliográfica, en la que se ha reunido casi todo cuanto se ha escrito en catalán desde mediados del siglo XIX, y se han celebrado varios festejos.

En el hermoso Parque Güell efectuóse una *garden party* á la que acudió una concurrencia tan numerosa como distinguida; el espectáculo que ofrecían aquellas amplias avenidas, por las que millares de paseantes discurrían escuchando los cantos de varias sociedades corales y presenciando el baile de las típicas sardanas, excedía á toda ponderación.

Magnífico fué también el banquete celebrado en el Hotel Tibidabo, terminado el cual procedióse á la inauguración de una lápida erigida como homenaje á Verdaguer por la Sociedad anónima «El Tibidado,» y en la que, junto al busto en relieve del inmortal poeta, se leen los dos versos que en su imponderable oda *A Barcelona* dedicó á aquella montaña.

Además se han dado interesantes representaciones de obras dramáticas catalanas en los teatros Principal y Romea y un notabilísimo concierto por el «Orfeó Catalá» en el teatro de Novedades, y se ha efectuado una brillante recepción en el Ayuntamiento.—S.

(Fotografías de A. Merletti.)



BARCELONA. – PRIMER CONGRESO INTERNACIONAL DE LA LENGUA CATALANA – BANQUETE CELEBRADO EN EL HOTEL TIBIDABO EN HONOR DE LOS CONGRESISTAS



ENSEÑAR AL QUE NO SABE, CUADRO DE WALTER FIRL



...VADO POR WEBER. Reprod. [illegible]

ADELAIDA RISTORI

La eminente actriz italiana que hace pocos días falleció en Roma, había nacido en 29 de enero de 1822 en Cividale, en donde en aquella sazón representaban sus padres, modestos actores de una pobre compañía trashumante. A los cuatro años, Adelaida era aplaudida en la escena, y á los catorce figuraba en la compañía del célebre Moncalvo y dos años después entró á formar parte de la Real Sarda, que dejó en 1840 para ingresar en la de Romualdo Mascnerpa.

Representó con gran éxito en Parma, en Liorna y en otras ciudades italianas, alternando en el repertorio dramático y en el cómico, y en 1846, estando en Roma, enamoróse de ella el marqués Capranica del Grillo, hijo del propietario del teatro en donde actuaba. La familia de él recurrió á todos los medios imaginables para impedir aquellos amores; pero la enamorada pareja resistió todas las persecuciones y venció todos los obstáculos, y en 1847 se unieron al fin en matrimonio.

Adelaida permaneció entonces cinco años alejada de la escena; pero transcurrido ese tiempo, volvió á abrazar la profesión que tanto la atraía, entrando de nuevo en la Real Compañía Sarda. En 1855 representó en París *Francesca da Rimini* y *Mirra*, obteniendo triunfos que con ser muy grandes fueron superados por el que alcanzó al año siguiente recitando la *Medea* de Legouvé, que la célebre Rachel no había admitido y que su autor hizo traducir al italiano para que fuese interpretada por la Ristori.

Desde aquel momento la genial trágica no tuvo rival en el mundo, y las más importantes capitales se disputaron el honor y el placer de admirarla. En 1857 estuvo en Barcelona y en Madrid. Una noche, representando en un teatro de la corte *Medea*, supo que había sido puesto en capilla un infeliz soldado á quien debían fusilar al día siguiente; en uno de los entreactos, la Ristori subió al palco de la reina doña Isabel II, sin quitarse el traje de escena, y arrodillándose á los pies de la soberana, pidióle con lágrimas en los ojos el perdón para el sentenciado á muerte. La reina accedió á sus súplicas y el reo fué indultado; y la Ristori conservó toda su vida, como una de las más preciadas reliquias recogidas en su carrera artística, la pluma con que doña Isabel había firmado el indulto.

¿A qué relatar minuciosamente sus posteriores éxitos? En Europa, en América, en todas partes, fué aplaudida con entusiasmo delirante, hasta que en 1885 se retiró de la escena, en la que no reapareció sino muy de tarde en tarde para tomar parte en funciones benéficas.

Los festejos que en su honor se celebraron en toda Italia en 29 de enero de 1902 para conmemorar el 80.º aniversario de su nacimiento, fueron una hermosa apoteosis de la trágica incomparable. Fueron además un homenaje de respeto á la virtuosa dama que con sus bondades, tan grandes como su talento, supo captarse el cariño de los suyos y de los extraños, de la aristocracia que un día la rechazara y del pueblo que siempre la halló dispuesta á socorrer sus infortunios.



ADELAIDA RISTORI, eminente trágica italiana fallecida en Roma en 9 de los corrientes (De fotografía de Carlos Abeniakar.)

Bellas Artes.—BARCELONA. – El Ayuntamiento ha publicado el Reglamento de la V EXPOSICIÓN INTERNACIONAL DE ARTE que, bajo sus auspicios, se celebrará en el próximo año de 1907. La exposición se abrirá el 23 de abril y se cerrará el 15 de julio, pudiendo, empero, la Comisión Ejecutiva prorrogarla si lo estima conveniente; se dividirá en salas regionales españolas, salas extranjeras y salas internacionales; en ella serán admitidas, previo examen del Jurado, las obras de pintura, dibujo y grabado, modelos de escenografía, escultura, grabado en hueco, reproducciones artísticas, industrias artísticas que no hayan figurado en anteriores exposiciones ni sido expuestas públicamente en esta ciudad. Cada expositor no podrá presentar más de dos obras por cada grupo, pero el Jurado podrá aceptar mayor número cuando la naturaleza del asunto lo exija ó circunstancias apreciables lo aconsejen. El plazo para la recepción de las obras será del 15 al 30 de marzo, á las seis de la tarde, y las obras habrán de ser presentadas en el Palacio de Bellas Artes por el expositor ó su representante debidamente autorizado. El presidente y diez individuos de la Comisión Ejecutiva, juntamente con diez artistas y artífices designados por la misma, constituirán el Jurado de admisión y colocación de las obras. El Jurado de recompensas se compondrá de seis vocales elegidos por los expositores de la sección de Bellas Artes, cinco elegidos por los de la sección de Industrias Artísticas, cinco individuos de la Comisión Ejecutiva y dos artistas extranjeros y dos nacionales, no residentes en Barcelona, que serán nombrados por dicha comisión y representarán á los expositores internacionales y de las demás regiones españolas. El Jurado de recompensas podrá conceder un premio de honor á la obra que estime digna de tal distinción, sea ó no enajenable; si fuere enajenable, el Jurado fijará, según su mérito y circunstancias, el precio y condiciones para su adquisición. El Jurado podrá además conceder medallas de 1.ª, 2.ª y 3.ª clase, no pudiendo exceder el número de premios del 5 por 100 de las obras expuestas en cada sección. También designará el Jurado, teniendo en cuenta la cantidad consignada en presupuesto, las obras premiadas con medallas de 1.ª y 2.ª clase que se considere conveniente adquirir con destino á los Museos Municipales.

Sobre el precio fijado por el artista á cada una de sus obras, la Comisión Ejecutiva percibirá, en caso de venta, el 6 por 100. El expositor no podrá declarar invendible una obra que conste como vendible en el boletín de admisión si antes no ha satisfecho á la Comisión Ejecutiva el 6 por 100 de su valor declarado.

Tales son las principales disposiciones del reglamento de la V EXPOSICIÓN INTERNACIONAL DE ARTE, cuyo éxito, á no dudarlo, superará al éxito brillantísimo que alcanzaron las anteriores.



BARCELONA. – PRIMER CONGRESO INTERNACIONAL DE LA LENGUA CATALANA. – RECEPCIÓN EN EL AYUNTAMIENTO EN HONOR DE LOS CONGRESISTAS

LA FUERZA DEL PASADO

NOVELA ORIGINAL DE DANIEL LESUEUR.—ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)

Los dos se sentaron maquinalmente. Gerardo, con el codo apoyado en una mesa, se quedó mirándola. Al principio no distinguió Cristiana más que un fuego brutal en aquellos ojos fijos, atizados por el color rojo de la cara. Después, sus mejillas palidecieron y sus pupilas se enturbiaron por una bruma semejante á las lágrimas. Gerardo murmuró:

—Vea usted, pues, cómo la amo... Podría hablarla como dueño y probar á usted que no puede ni debe pertenecer á nadie más que á mí... Y no me atrevo á decir á usted nada; estoy á su lado como un niño.

Cristiana se levantó; no había comprendido más que el sentido general de las palabras, y las suyas brotaron precipitadas.

—Esto es lo que yo temía. Pretende usted obligarme á escuchar tales cosas, pero yo no quiero. ¿Entiende usted?.. No quiero...

Se volvió y se dirigió hacia la puerta; pero oyendo unos pasos pesados detrás de ella, se detuvo rígida, estremecida y con los párpados medio cerrados.

—Gerardo, dijo, es usted un hombre cortés. Somos aquí dos mujeres solas, dos mujeres afligidas... Déjenos... Déjeme usted.

Una voz sorda le dijo casi al oído:

—¿Pero es posible, Cristiana, que su padre de usted no le haya hablado antes de morir?..

La joven se volvió rápidamente como herida del rayo, y sus ojos dilatados en su pálida cara interrogaron locamente.

—Aunque le cause á usted horror, ¿no tomará usted en consideración el deseo de su padre? ¿Negará usted que deseaba nuestro matrimonio?.. ¿No le dejó adivinar por qué?

Cristiana se quedó callada. Alguna cosa terrible trepaba hacia su corazón é iba á llegar á él. ¿Pero qué era? ¿De dónde venía? Sus pensamientos vertiginosos daban vueltas como en un torbellino. ¿Su padre?.. Sí..., su padre... Aquella idea sorprendida en él... ¿Cómo podía saberla Gerardo?

Gerardo volvió á preguntar:

—¿No le habló á usted el conde en ese sentido?

Los descoloridos labios de Cristiana formularon apenas esta sílaba:

—Sí...

La joven no sabía mentir; pero aunque hubiera sabido, su espanto ante el misterio hubiérale impulsado á convenir en lo que sabía para aclarar el resto. Con paso de sonámbula, volvió, pues, por sí misma al sitio que había ocupado, mientras que su cuñado ocupaba el suyo. Y entonces Cristiana, sobreponiéndose á la molestia intolerable que sentía hacía un momento ante el deseo amoroso, y no pensando siquiera en el ardor próximo de tal amor, dominada por entero por la trágica situación moral, dijo claramente:

—Convengo en ello. Mi padre me dió la profunda sorpresa de parecer inclinado á favorecer un matrimonio entre usted y yo; sin embargo, se engañaría usted suponiendo que me expresó este pensamiento como un deseo en su lecho de muerte. Fué objeto de una conversación bastante lejana, pero ante mi oposición absoluta, no insistió; no me dijo sus razones ni me volvió á hablar del asunto.



—El arquitecto Sr. Le Bray, gran premio de Roma, y al que sería imperdonable que usted no conociera

—¿Pero le convenció usted?.. ¿Tuvo usted la certeza de que no lo deseaba?..

Hubo un silencio, durante el cual los ojos de Gerardo estuvieron fijos en los de Cristiana.

Por fin, la joven dijo, aunque débilmente:

—Mi padre me quería demasiado para desear mi desdicha.

El cuerpo de Gerardo se conmovió como el de un toro al que se pone una banderilla.

—¿Sería, pues, su desgracia de usted el casarse conmigo?

Ante la mirada elocuente de la joven, Gerardo estalló y dijo como en un rugido inesperado:

—Cuando me habla usted así, es que ama á otro...

Tal terror se apoderó de Cristiana, que sin reflexionar y como quien se guarece de un peligro mortal, protestó con un «¡No!» más rápido que su sincera voluntad. ¡Gerardo enfrente de Antonio!.. Esta perspectiva era superior á su valor.

De los párpados entornados de Sebourg salió una mirada de salvaje ironía. Se encogió de hombros y se puso á pasear furiosamente por el cuarto. Después volvió plantarse delante de ella.

—¡Qué mal miente usted, mi pobre Cristiana!, dijo.

La joven se dió cuenta de ello, y la humillación de pensar que había llegado á ese caso, é inútilmente, hízola sublevarse por segunda vez. ¿Por qué sufría ella estas cosas? ¿Qué pesadilla era aquella? Púsose en pie de nuevo, pronta á marcharse.

—Y bien, dijo, ¿qué le importa á usted? No tengo para qué responderle. ¿Con qué derecho me habla usted como lo hace?..

Pero no acabó. Las palabras murieron en sus labios ante la expresión que tomó la fisonomía de Gerardo, que veía ahora la realidad de lo que había dicho hacía un momento: «Ama usted á otro.» En este momento preciso le penetraba el sentido de su propio grito, confirmado por la actitud de Cristiana. Una verdadera locura le extravió pasajeramente y cogió la muñeca de la joven.

—No puede usted honradamente casarse con nadie más que conmigo... No tengo que decir más que una palabra para dar á usted la prueba, su padre de usted lo sabía, y para evitar á usted el oir esa palabra deseaba nuestro matrimonio. Yo amo á usted... La amo... ¡Ah! Dios es testigo de que quisiera ahorrar á usted toda pena... ¡Pero no me tiente usted, no me tiente!.. ¡No me deje suponer que sueña con entregarse á otro!..

Gerardo se estremeció como bajo el peso de un sufrimiento físico. Pero, de repente, viendo desfallecer á la joven, que se caía en su asiento palpitante de espanto, Gerardo se cogió la frente con las manos y casi sollozó:

—¡Desgraciado de mí!.. ¿Voy á conducirme como un cobarde?

—Estoy esperando, dijo una voz triste, pero dulce. Y aquella voz repitió con más firmeza: estoy esperando, Sr. de Sebourg.

Cristiana reunía todas sus fuerzas, nerviosamente tranquila, con los brazos cruzados y una cara tan blanca que daba miedo, con sus grandes ojos sombríos. Parecía un cordero que comprendiese lo que es el cuchillo del carnicero. Gerardo sintió remordimiento. Cristiana siguió diciendo:

—No puede usted negarse á esclarecer este enigma, cualquiera que sea; ha dicho usted ya demasiado. Por otra parte, ya comprendía yo que representaba usted para nosotros una amenaza; mi padre también lo comprendía, y esa fué la amargura de sus últimos días. Con tal que mi madre... En fin, diga usted... ¿Cuáles son sus armas? Uselas como le parezca, excepto para contar con que nunca seré su mujer.

—¡Oh!, gimió Gerardo; sin embargo...

Se arrodilló, levantó hacia ella las manos y la cara llena de pasión, aquella cara fuerte y sombría, que no sabía expresar los matices, pero magnífica de intensidad cuando se desencadenaba la tempestad interior. Un hombre así podía entusiasmar á una mujer, pero no á Cristiana, que tenía en el corazón el

más delicado jardín de los sueños y que mezclaba con su ternura todas las sutilidades de su pensativa naturaleza. Además amaba, y aquel hombre atacaba á su amor. Cristiana se separó como de una cosa repugnante y odiosa de aquella cabeza inclinada hacia ella, cuya vehemente belleza no podía siquiera percibir y cuya angustia no le daba piedad.

—No, decía Gerardo con voz ronca, arrancándose, por decirlo así, las palabras de la garganta—aquellas palabras de las que no disponía fácilmente y cuya indisciplina temía más que nunca—no, no me ordene usted que hable. No tengo nada que decir, sino que la adoro y que la deseo por mí, por mis hijos, por la justicia de las cosas y por su propio reposo... Usted no sabe... Es la verdad de la vida de todos nosotros. Su padre de usted sabía y veía nuestro casamiento como la solución de todo; así me lo dijo, se lo juro á usted... Su mismo testamento lo prueba.

—¡Su testamento!

—¡Oh, Cristiana, no me pregunte usted! Ya ve que estoy de rodillas para implorar su felicidad lo mismo que la mía. Sea usted mi esposa, sea la madre de Roberta y de Francisco, y nada podrá entonces alcanzarla... ¡Quiere usted tanto á esos pequeños!.. Y yo la amo á usted como un loco..., sí, como un loco...

Su delirio y su acción de aproximarse á ella exasperaron á Cristiana, que se volvió de hielo y lo desafió todo.

—Yo le obligaré á usted á ir hasta el fin de su cobardía, exclamó. Todo lo comprendo; me ahorrará usted alguna revelación desgarradora si le concedo mi mano; es una venta, pero yo no consiento en ella ni puedo consentir. Había usted adivinado, en efecto; amo á un hombre y me considero como comprometida con él; ahora, realice usted su villana acción.

La joven era injusta en su desprecio, que su acento convirtió en atroz. ¿Pero cómo no iba á serlo? Él, que se defendía sinceramente contra la tentación más inaudita de cautivar como en una jaula de acero á aquella alma altiva y encadenar aquel destino que quería para él; él, que resistía con toda su energía á los impulsos de sus rudos instintos, sintió hasta en las fibras más profundas de su corazón el latigazo con que ella le laceró.

En un segundo estuvo en pie y detrás de una mesa, como si tuviera miedo de no contener una violencia física. Se cruzó de brazos, en los que se hundían sus uñas crispadas, y dijo:

—Usted lo ha querido. Sepa usted, pues, que hay un misterio en su nacimiento; usted es, según su estado civil, hija de los condes de Feuilleres; pero yo poseo documentos que me permiten exigir la rectificación de ese estado civil. Si mañana le intentase un pleito, que no puedo perder, no tendría usted ya derecho á llevar el nombre de su padre, y mis hijos serían sus únicos herederos.

Sebourg acababa de pronunciar esas terribles frases con una rotundidad de hachazos y una dureza, por decirlo así, mecánica. Todo lo que había en él de humano parecía desinteresarse de la obra cruel; pero apenas la hubo realizado se llenó de horror. No podía ya mirar la cara martirizada de Cristiana, y tapándose los ojos con la mano gimió:

—Me ha tratado usted de cobarde, y no lo soy. No intentaré ese pleito. ¿Pero qué diré á mi hijo cuando tenga edad para conocer sus derechos al título y al castillo de Feuilleres? ¿Podré impedirle que despoje á los de usted? ¡Ah! Cristiana, Cristiana, el cielo ha tenido piedad de todos nosotros el día en que ha permitido que yo amase á usted ciegamente... ¡Si usted hubiese querido!.. Hasta hubiera usted podido ignorar lo que tengo la horrible obligación de decirle. ¡Si usted hubiera querido!..

Se quedaron callados. Cristiana no había hecho un gesto ni una exclamación; en su estupor, ahora que no oía ya la voz de Gerardo, sentía dentro de ella misma otras voces que le traían una extraña convicción.

Recordó lo inexplicado y todo se iluminó con un lúgubre fulgor. Mil recuerdos pasaron por su memoria: su padre á su regreso de casa de Sebourg el día del entierro de Antonieta; había ido á pedirle cuenta de la dicha y de la vida de su hija mayor, y volvía amargamente resignado con esta palabra en los labios: «Olvidemos.» Oía el acento de Gerardo cuando al declararle ella por primera vez que no sería su esposa, le dijo: «Hace usted mal;» veía la cara de satisfacción de sus padres cuando pudieron creer que se casaría con su cuñado; recordaba el cuidado roedor que envenenó los últimos meses de la existencia de su padre, y algo de una evidencia más dolorosa y también más lejana; la melancolía incurable de su madre, su abnegación, su humildad, su piedad ardiente que parecía un largo arrepentimiento. El arrepentimiento... Su madre..., su santa... Aquella alma querida de dulzura y de bondad... ¡Oh! Dios...

Una temblorosa queja resonó en la intimidad de la pieza sombría y familiar, donde parecía que cualquier movimiento había de despertar el murmullo de antiguas confidencias en aquella tarde gris de otoño, entre los muebles de cuero de dorados pálidos.

—Señor de Sebourg, ¿puede mi madre padecer en todo esto?

Gerardo levantó la cabeza y dijo vivamente con la satisfacción de aparecer magnánimo:

—¿Me cree usted capaz de deshonrar á una mujer? Ya he dicho á usted que no intentaré ese pleito.

Un agudo sufrimiento desgarró á Cristiana. ¿Era posible que ella conociese semejante dolor? La deshonra de una mujer... Y se trataba de... No estaba soñando, era la realidad, el comienzo de una situación abominable que no tendría fin. ¿Iba á vivir dominada por esta idea y, acaso, por este temor positivo?.. Jamás libraría de él á su corazón...

Aquello fué más poderoso que su voluntad, que su orgullo y que las claridades temibles que se imponían á su mente. Sus manos se retorcieron. Todo se quebrantó.

—¡Gerardo, piedad!.. Usted no es malo... Dígame que todo eso no es verdad.

Sofocáronla los sollozos, y Gerardo se acercó precipitadamente á ella, también llorando.

—¡Cristiana... Cristiana adorada!.. Perdón... Le he hecho á usted daño... Pero me ha enloquecido el oír que ama usted á otro. No quiero, no puedo ver á usted pertenecer á otro hombre,.. Y sé que no se casará con él si conoce la verdad... Es cierto..., todo es cierto. ¡Pero qué importa!.. Yo la adoraré tanto... Usted dirá: «Después de todo, ese pobre hombre...» Entonces consentirá usted y mis hijos serán suyos; así quedará todo reparado. Su madre de usted no sabrá jamás que yo he sospechado nada; hasta debe de ignorar que el estado civil de usted sea atacable. Yo explicaré á usted... No es más que una sutileza de la ley.

Gerardo continuó así, mezclando sus protestas con extrañas aspiraciones prácticas, atenuadas por torpes delicadezas. El embarazo de su táctica y de su lenguaje podía hacer creer que el sentimiento de sus intereses aguijoneaba singularmente su amor. Pero no era así. Solamente después de haberse enamorado de Cristiana, había echado de ver que aprovechando la situación y despertando los escrúpulos de aquella conciencia delicada, conseguiría sus fines. Sobre todo, no se trataba de él, sino de sus hijos, y no sólo de ellos, sino de la condesa. Por la tranquilidad de su madre y para que Francisco llegase á ser, según el orden legítimo de las cosas, conde de Feuilleres y dueño de la vetusta finca, la joven, una vez enterada, aceptaría el ser la señora de Sebourg. Cristiana le rechazaba y él tenía un medio infalible para conquistarla; Gerardo se servía de ese medio, simplemente porque su pasión no le hubiera permitido el no hacer uso de él.

Hacía mucho tiempo que su esposa y él, en su animosidad contra la condesa Adriana, habían reconstituído la novela de la boda de ésta con el conde. Aquella pobre Antonieta, tan trágicamente muerta en la cacería, no era solamente la víctima, ya sustraída á los juicios severos de los hombres; había poseído una personalidad muy positiva y muy sagaz. Su odio por la segunda mujer de su padre se alimentaba de indicios precisos, falsamente interpretados, pero como era fatal que ella los interpretase. Aquella historia de familia la conoció Gerardo por ella, á quien hacía sufrir en sus sentimientos, y él la acogió como una persona á quien tal suceso debía hacer sufrir en sus intereses. Ciertos datos poco claros parecían autorizar su malevolencia, que se agrió dándola vueltas en la cabeza. Y cuando el azar puso á Sebourg en el caso de poner en claro los puntos dudosos de la aventura, nadie hubiera puesto en ello más áspera perspicacia.

He aquí lo que reconstituyó, y que era perfectamente exacto, sin que descubriese las circunstancias atenuantes que él mismo hubiera admitido á pesar de sus prevenciones, pero que ninguna boca le había de revelar.

Si el conde de Feuilleres se había casado en el extranjero y muy prontamente después de la muerte de su primera mujer, era que no había esperado que ésta desapareciera para hacerse amar por Adriana, una Feuilleres como él, prima pobre de la que ciertos obstáculos le habían separado en su adolescencia, pero de la que siempre se había acordado. Había cometido la imprudencia de llamarla á su vida íntima para cuidar á la que se moría á su lado de un mal que el mundo creía una enfermedad de ánimo.

Así, pues, en la segunda boda eran dos culpables los que se unían, dos cómplices que legalizaban su falta. De esa falta acababa de nacer en secreto una niña, que era Cristiana. Reconocida por sus padres, legitimada por su matrimonio y educada en aquel castillo de Feuilleres donde el conde encerraba celosamente una dicha no exenta de remordimientos, aquella niña no parecía que hubiera de sufrir nunca las consecuencias de una aventura que aparentemente no las tenía. La dimisión del conde, largos viajes y el retiro final habían embrollado ó borrado tan bien las cosas, que no había quedado en los ecos públicos ningún rumor desagradable ni las malas lenguas habían encontrado cebo.

Sólo Antonieta, que tenía unos diez años cuando el nacimiento de su hermana, pensó sin cesar en unas circunstancias que la herían y que más adelante juzgó singulares. El culto que Antonieta consagraba á su madre muerta era muy natural, así como lo era que ignorase hasta qué punto el objeto de ese culto estaba lejos del ideal concebido por su infantil cariño.

En efecto, si algo podía justificar la infidelidad del conde, eran los tormentos que su primera mujer le había causado; la ligereza de aquella frívola criatura y el no haber comprendido el noble carácter de su marido, hubieran bastado para hacer á éste muy infeliz. Pero hubo mucho más; la condesa se enamoró tan locamente de un capitán del regimiento en el que Feuilleres era entonces jefe de escuadrón, que su escabroso idilio rayó en el escándalo público.

El capitán permutó por orden, pero no enteramente contra su voluntad, pues no manifestó más que un pesar muy moderado, y la mujer de quien se le separaba tomó una dosis de veneno, y creyéndose á punto de morir, declaró á su marido que su desesperación de amor, no el remordimiento, la impulsaba al suicidio. El conde, aun después de este atroz cinismo, tuvo la abnegación de hacer todo lo posible para salvarla, y lo consiguió, al menos por el momento. La droga absorbida le destruyó el estómago, y la desgraciada arrastró una vida lamentable, sin poder alimentarse más que á costa de los más crueles sufrimientos y necesitando un cuidado de todos los instantes. Como el comandante de Feuilleres, á pesar de su magnánima grandeza, no podía ejercer ese cuidado, tuvo la idea de recurrir á su prima Adriana, sola en el mundo, y á quien una situación precaria obligaba á buscar un empleo que no la rebajase. Adriana se presentó; su presencia al lado de la enferma permitió al esposo burlado desinteresarse de la mujer que le había hecho sufrir atrozmente y hasta dejar de verla. Así pudo conseguir que se calmasen las irritantes llagas y casi olvidar que su vida estaba unida á la de una criatura indigna. Pero desde aquel momento se desarrollaba á su alcance algo muy dulce y muy consolador. Los corazones desgarrados resisten menos á la influencia de la dicha; ese soplo delicioso penetra en ellos por todas las salidas por donde se escapa la sangre. Cuando se ha llorado hasta la última lágrima, la reacción hacia la alegría es muy viva; se es capaz entonces de inventar la felicidad. ¿Qué ha de pasar cuando se la encuentra en una concordancia perfecta con nuestras aspiraciones?

El conde y su prima se amaron mucho tiempo sin confesárselo y se defendieron valientemente contra ese amor hasta que ya no pudieron callarlo. Pero llegó un día en que la ocasión fué demasiado insidiosa y el vértigo demasiado irresistible. Y fueron débiles... Pocas semanas después Feuilleres se encontró viudo y libre; pero lo irreparable se había realizado. La terrible esperanza de ser madre consternaba y encantaba á Adriana.

Fácil es pensar con qué colores pintaba Antonieta de Sebourg aquel drama, del que ella suponía que su madre había sido la víctima inocente. Jamás en las palabras ni en las intenciones sobreentendidas de su padre ó de la segunda condesa pudo ver que aquella supuesta víctima hubiera merecido su suerte. Por otra parte, esa noción no hubiera entrado en su corazón filial. Antonieta conservaba un vago y poético recuerdo de la linda criatura que la había traído al mundo, y en su adolescencia de huérfana sentimental besaba los retratos que se la recordaban y lloraba al pensar que su madre había conocido los horrores de la traición doméstica mientras agonizaba en el lecho del dolor.

Apenas casada, saturó á Gerardo de esa leyenda, y aquel joven sencillo y fácilmente impresionable se encontró pronto en un estado de alma que correspondía á tales noticias. Se sentía además mal dispuesto hacia la segunda esposa de su suegro, porque, sin ella, todos los bienes del conde, y sobre todo el magnífico castillo, hubieran ido á él íntegramente. Un yerno, por muy generoso que sea, no ve escaparse la mitad de semejante herencia sin alguna contrariedad, sobre todo cuando se cree perjudicado por el desorden y la intriga.

Tales fueron las influencias que hicieron á Sebourg examinar más de cerca aquella antigua historia, y á fuerza de pensar en las fechas, le asaltaron algunas

dudas. Se puso en campaña, hojeó los libros del estado civil, y encontró, no sólo todas las partidas de defunción, de matrimonio y de nacimiento, sino las transcripciones á Francia de los papeles que habían sido expedidos en el extranjero. Y cuando tuvo aquellos papeles en la mano y los compró—lo que ocurrió muy poco antes de la muerte de Antonieta,—adquirió la certeza de que Cristiana había nacido menos de ciento ochenta días después de la muerte de la primera condesa. Estaba, pues, en la categoría de los hijos cuya legitimación no admite la ley francesa. Si esa legitimación estaba inscrita al margen de la partida de matrimonio de los padres, era por consecuencia de un error ó más bien de un fraude fácil y ligero. Los señores de Feuilleres habían hecho el reconocimiento de su hija en el extranjero, y no pidieron la autorización de añadirla á su partida de casamiento en Francia hasta algunos años después, con pretexto de omisión y rectificación de estado civil. Los empleados de la administración no se ocuparon en contar los días de una viudez anterior, viendo una partida de matrimonio en toda regla. Ni siquiera se suscitó la cuestión, que no podía salir ahora á luz más que con gran ruido y con todo el aparato de la justicia.

No era en causar ese espantoso escándalo en lo que pensaba Sebourg cuando, en su cruel explicación con su cuñada, le resumió los hechos y le propuso enseñarle los papeles. En estricto derecho podía abrir el debate, y cuando decía que sus hijos le pedirían, acaso, mañana, cuenta de su abstención, establecía una probabilidad que no tenía nada de quimérica.

Pero corrigió en seguida el duro argumento con dos consideraciones: la primera que sus hijos no tenían probabilidad de conocer jamás una falta legal, tan oculta, que los mismos legistas tenían que ser muy avisados para descubrirla; la segunda, que no admitía que unos seres que tenían su sangre pudiesen cubrir de lodo un nombre que era el de su madre, deshonrar á una mujer y despojar á su tía, tan cariñosa para ellos, sólo por una cuestión de dinero. Había ciertamente otra cosa que el interés; había aquel noble castillo de Feuilleres y el título que llevaba anejo. Francisco podría un día echarlos de menos sin bajeza, pero no podría hacer valer sus derechos sin villanía. Todo seguiría, pues, en el mismo estado—concluía Sebourg,—aun en contra de los últimos deseos del conde de Feuilleres. Éste había visto el callejón sin salida y había considerado como un acto de necesaria justicia y de inevitable prudencia el matrimonio de su segunda hija con el marido de la primera. Era el solo medio de dejar ignorar á Cristiana una verdad desagradable, de facilitar, si no de asegurar (en el caso de que no hubiera más hijos) la restitución de la herencia entera á los descendientes de Antonieta, y de borrar todo rencor del corazón de Gerardo por el don magnífico de la que amaba. Cristiana no podía negarse á sí misma que su padre había tenido esos pensamientos, y, mirándolo bien, veía la huella en la forma especial del testamento; el conde no había podido manifestarlo más claramente, ahora se veía por qué.

A todo esto, las horas habían pasado durante esta conversación martirizadora; la proximidad del crepúsculo llenaba de sombras la antigua pieza, ya bañada de recogimiento. Los dos infortunados que habían removido allí tantos sufrimientos y que se habían mortificado mutuamente, se callaban al fin, con el alma sumida en una horrible angustia y la boca llena de un sabor amargo. Una sorda vergüenza y una irresistible repugnancia les oprimía la garganta... Habían entreabierto en ellos y en sus allegados los profundos escondites en que se elaboran los móviles de nuestra conducta y veían vagamente el fondo nauseabundo de la naturaleza humana, como si, bajo las rosas de un cementerio, se hubiera abierto la fosa donde se descompone el cadáver que alimenta los tallos, las raíces y el esplendor de las flores.

Cristiana se levantó.

—Tengo que ir á buscar á mi madre; temo que se alarme. Ya diré á usted mi resolución.

—¿Me perdona usted?, dijo Gerardo en voz baja. ¿Puedo conservar una esperanza, por débil que sea?

—Ninguna, contestó rotundamente Cristiana; ninguna en cuanto á mi corazón y á mi persona. En cuanto á la herencia, es otra cosa.

Y después de este insulto y del enigma de esta última frase, lanzada con sonrisa desdeñosa, Cristiana se marchó.

Gerardo no se encontraba en pleno bosque, como cuando recibió otra decepción menos categórica, y no pudo partir un árbol. Así, pues, su furiosa desesperación, sin salida entonces, estuvo para ahogarle. Se arrancó la corbata y el cuello, y su garganta se hinchó de imprecaciones que no se atrevía á gritar. Finalmente se desplomó sobre una mesa y escondió entre las manos la cabeza, que oscilaba al ritmo de sus sollozos, mientras murmuraba muy bajo:

-Es á Antonio á quien ama... Ya lo sospechaba yo... ¡Ah! Por lo menos no se casará con él... No, la conozco, ahora que lo sabe todo, no se casará...

Mientras aquel hombre infeliz, lacerado de pasión, se sublevaba contra su suplicio, Cristiana inclinaba bajo el suyo las débiles espaldas. Para sentir su alma levantarse hasta el valor necesario, alzó la cabeza y fijó los ojos en el cielo. El gesto físico apoyaba el esfuerzo interior. Subió las escaleras, atravesó varias habitaciones y llegó á la de su madre. Cuando abrió la puerta se quedó aterrada al ver el precipitado ardor con que su madre volvió hacia ella una cara contraída de aprensión. La viuda estaba sentada á la luz moribunda de una ventana; sus manos pálidas temblaban sobre su traje negro; su frente y sus mejillas estaban del color de su cabello, recientemente encanecido hasta volverse blanco. Ciertamente, su hija la había visto dolorida en su terrible duelo, pero nunca con aquella expresión desesperada ni con aquel miedo en el fondo de las miradas. El corazón de Cristiana se anegó en una piedad y en un amor infinitos.

—Perdóname, mamá querida, por haberte dejado tanto tiempo sola.

—¿Has visto á Sebourg?, balbució la madre.

—Sí, hemos hablado un momento, dijo la joven en un tono que logró hacer tranquilo.

—¿Qué teníais que deciros?

-Muchas cosas para el arreglo de nuestra vida y la educación de los niños. Figúrate, teme que estemos solas en este castillo, que se va á quedar tan triste.

—Lo será menos cuando su cara sombría no esté más aquí, observó la condesa.

—¡Oh!, mamá, no seamos injustas precisamente en el momento en que él se muestra conciliador.

—¡Conciliador!.. ¡Él!.. ¿Es verdad?

¡Qué alivio había en aquel grito! Cristiana afirmó:

—Te lo aseguro.

—Temía tanto, dijo la condesa, que te hiciera sufrir...

Cristiana se arrodilló; puso tiernamente la mejilla en el hombro de su madre y levantó hacia ella sus hermosos ojos tranquilos.

—¿Qué sufrimiento puede causarnos?.. ¿No tenemos nuestro grande y querido dolor?

Por aquella encantadora y dulce cara pasó un aliento. La condesa decía muy bajo.

—Tu padre ha muerto y es sagrado para ti; pero, á mí que estoy viva, ¿me quieres tanto como antes?

—Mil veces más, mamá querida.

Adriana rompió á llorar abrazando á su hija; sus lágrimas eran de alegría, pues estaba segura de que Gerardo no sabía nada ó nada había dicho si sabía. Y las dos delicadas formas negras, cuyas caras clareaban en el crepúsculo, permanecieron abrazadas, mientras la lluvia dejaba de azotar los árboles del antiguo parque y, entre las ramas despojadas, brillaba al Oeste un largo reguero de oro en el sitio por donde se hundía el sol bajo las pasadas nubes moradas.

X

—¡Calla!.. ;Vaya una casualidad!..

Francisca Valtin lanzó esta exclamación al ver dirigirse hacia ella una silueta conocida que subía por el abrupto y fresco sendero cortado por escalones rústicos.

La cabeza que dominaba á esta silueta se levantó, y, debajo de las alas del sombrero de paja, apareció la cara elegante y nerviosa, los ojos sombreados y la barba negra y cortada en punta de Antonio Le Bray...

La presencia inesperada de aquel buen mozo animó en seguida á la alegre mundana. En otro tiempo, en Otheval, le había gustado mucho y, sin duda, se hubiera arreglado para hacérselo ver si no hubiera sido por la locura que se había apoderado de ella por Gerardo, el capricho vertiginoso, único sentimiento que nunca podría darle la ilusión de la gran pasión y que la había tenido fascinada unos cuantos meses por el gigante soberbio, indiferente y brutal.

Sin volver de su sorpresa, exclamó de nuevo:

—¡Pero mire usted que encontrarnos aquí!.. ¡Es insensato!.. ¿De dónde cae usted así, mi querido Le Bray?

—No caigo; subo, dijo el joven sonriendo, y más de prisa desde que he visto á usted en lo alto de esos escalones, señora.

Antonio se descubrió inclinándose, ya en la rocosa meseta. Y, en el acto, sin tener tiempo de reflexionar, con su flexibilidad de parisiense, se puso en armonía con el tono alegre de la joven, sospechando por el aire de ésta, por su traje y, sobre todo, por el aspecto de un segundo personaje, que los recuerdos trágicos hubieran estado fuera de tiempo.

Y, sin embargo, la vista de Francisca había despertado esos recuerdos de un modo fulminante. Le parecía que era ayer el día, aún no hacía un año, en que se había estremecido mirando la inquietud, luego la ansiedad y, después, el espanto alterar horriblemente aquellas lindas facciones. No las había visto desde entonces y seguía asociando con ellas el reflejo de la catástrofe. Antonio creyó encontrar instantáneamente en aquellas pupilas de un verde luminoso las imágenes vertiginosas y sangrientas, el ataque de los odios feroces provocados por su llama perversa, la escapada al abismo de las máquinas dementes, los miembros y los cráneos aplastados y el estupor inmóvil de los cadáveres. Ahora veía aquellas facciones chispeantes de vanidad y de alegría; leíase en ellas una satisfacción sensual y egoísta de ser ella misma y de vivir, que la hacía provocadora é irritante. Nunca había tenido mejor aspecto. Su belleza—con un no sé qué ficticio que dependía del arreglo más que de la perfección plástica ó de la expresión—se irradiaba en un nimbo de claridad. Llevaba un precioso traje blanco, uno de esos trajes flexibles y sencillos, cuya hechura es una obra de paciencia y de arte y cuyos encajes incrustados valen un dineral. Sobre las lustrosas ondulaciones de sus rubios cabellos sobresalía una capotita de paja de arroz con ramos de violetas de Parma blancas y moradas. La sombrilla era de este mismo color, y ese matiz delicado, combinado con el blanco, marcaba todavía una vaga intención de luto.

Entre sus labios de carmín apareció el nácar de sus dientecitos regulares cuando se volvió sonriéndose hacia un joven demasiado guapo, demasiado moreno, demasiado bien puesto, con un bigote exageradamente retorcido y un aire arrogante y zalamero. Francisca le presentó:

—El arquitecto Sr. Le Bray, gran premio de Roma y al que sería imperdonable que usted no conociera ya, querido César, pues mañana será célebre. El príncipe César Cesalpino, mi prometido. (Los claros ojos verdosos se volvieron hacia Antonio con tranquila malicia.) Todavía no es oficial, y pedimos á usted el secreto hasta el fin de mi año de viudez.

No pareció creer que Antonio pudiera concebir alguna sospecha sobre la pureza de su noviazgo, que parecía realizarse tan conyugalmente. O, por lo menos, no pareció hacer caso de tal cosa. Se echó á reir con gran franqueza mientras decía:

—¡Y pensar que nos creíamos ocultos en este rincón perdido de la costa! Jamás hubiéramos creído encontrar á nadie. Pero, en fin, ¿cómo es que está usted aquí?..

A pesar de la afectación que ella ponía en todo, su sorpresa era sincera y motivada. El sendero en que se encontraban los tres desciende en ángulo desde el único hotel del cabo de Aggio hasta la estación de la Turbie, último punto de parada antes de Monte-Carlo, viniendo de Niza. Es un sendero privado que conduce también al mar, pues el estrecho promontorio en cuya cima se encuentra la inmensa posada del *Paradise Hotel*, baja bruscamente hasta el Mediterráneo, y la vía férrea, al ras de las olas, ha sido conquistada por la roca.

No se puede imaginar sitio más delicioso que aquel en que Antonio acababa de encontrar á la pareja. El sol provenzal de febrero desgastaba allí su fuerza á través de suntuosas enramadas, de quitasoles aterciopelados de pinos, de las ramas dentadas de las carrascas, de las orlas movibles de los helechos. Aquel pintoresco desorden de rocas se erguirnaldaba de plantas floridas, y, en los huecos en que se amontonaba un poco de tierra, de sábanas de violetas y de narcisos. Todas las formas tomaban más gracia, todos los colores se hacían más vivos al destacarse sobre el profundo azul del mar. El menor soplo de aire removía perfumes. Mas allá de las dependencias del hotel, un poco debajo de su bosquecillo medio silvestre, se descubrían jardines de quintas, de un cultivo más amanerado, pero tan risueños con sus terrados, sus ligeros pórticos, sus cascadas, sus grupos de naranjos, limoneros y palmeras, sus cortinas de rosas y geranios y los penachos de oro de sus mimosas.

Antonio designó una de aquellas lindas casas de estilo compuesto, coronada de balaustres y de una elegancia florentina, con su galería de columnitas.

—Vea usted, señora, una cosa cruel para mi vanidad; todas estas villas del cabo de Aggio, que pertenecen á una misma sociedad, son obra mía. Uno de los caminos que entre ellas se abre lleva mi nombre. ¡Y no vuelve usted de su asombro por encontrarme aquí!..

—¡Bah! Presento á usted mis excusas...

Francisca miró con sus impertinentes.

—¡Pero es encantadora esta bombonera! Prefiero esto á las torres con almenas que restauraba usted en Otheval. Cesar mío, tenemos que comprar una de estas casas. Pero, á propósito de Otheval, diga usted, Le Bray, ¿no trabaja usted allí?

(Continuará)

PARÍS.—GRAVES DESÓRDENES

EN EL HIPÓDROMO DE LONGCHAMP

En la tarde del domingo, día 15 de los corrientes, ocurrieron graves desórdenes en el hipódromo de Longchamp. Ibase á efectuar la tercera carrera; diez caballos estaban formados esperando la señal. Dió ésta el *starter*, pero algunos caballos echaron á correr antes de que el aparato acabara de funcionar; algunos jockeys, creyendo que había habido una equivocación, no se movieron, al paso que otros partieron, bien que reteniendo sus monturas como si vacilaran acerca de la validez de la salida. En una palabra, hubo gran confusión que vinieron á aumentar los gritos del público.

A pesar de esas circunstancias anómalas, se dió por válida la salida. Entonces los espectadores de una de las tribunas comenzaron á protestar ruidosamente, no tardando en unirse á su protesta la no menos ruidosa de los de la *pelouse*. Muy pronto los agentes de la seguridad fueron impotentes para conservar el orden; la gente invadió la pista reclamando á gritos la anulación de la carrera y la devolución de las apuestas mutuas; y al ver que sus reclamaciones no eran atendidas, recurrió á la violencia, destrozando cuanto hallaba á su paso.

La valla que separaba el pabellón de la pista fué arrancada y sus barrotes, junto con sillas y otros objetos, arrojados al aire á manera de proyectiles; los municipales, algunos agentes y unos cuantos soldados trataron de contener á la multitud y de proteger el *pesage;* pero era ya tarde. Un grupo numeroso de revoltosos habíase hecho dueño del hipódromo, y aprovechándose de la insuficiencia de la policía y del desorden, asaltó los pabellones de las apuestas mutuas.

El espectáculo fué indescriptible; los pabellones quedaron en un momento derribados, y los revoltosos, después de agredir á los empleados, se apoderaron de los fondos que éstos guardaban y que ascendían, según parece, á unos 100.000 francos.

No terminó aquí el escándalo, sino que aquellos energúmenos incendiaron todo cuanto habían destrozado, produciéndose en un momento gran número de hogueras, alimentadas en gran parte con el petróleo de los automóviles.

El pánico se apoderó del público pacífico, que no se tranquilizó hasta que la llegada de algunas tropas y de una sección de bomberos puso fin al tumulto, practicando varias detenciones y extinguiendo los incendios.

Varias personas resultaron heridas.

Los destrozos causados se estiman en 250.000 francos.

La prensa parisiense unánimemente censura con las frases más duras tales hechos, que desdicen ciertamente de una población culta como la de la *Ville lumière.*



París.—Graves desórdenes ocurridos en el hipódromo de Longchamp el día 15 de los corrientes. El público rompiendo las vallas. (De fotografía de M. Branger.)



París.—Graves desórdenes ocurridos en el hipódromo de Longchamp el día 15 de los corrientes. Los pabellones de las Apuestas Mutuas incendiados. (De fotografía de M. Rol y C.ª)

LO QUE SE CONSUME

Á BORDO DE LA FLOTA DEL NORD-DEUTSCHER-LLOYD

La flota de la compañía alemana «Nord-Deutscher-Lloyd» es la flota mercante mayor del mundo. Comprende 82 transatlánticos, 46 vapores para el servicio de las costas indochinas, 2 buques escuelas y 167 barcos alijadores y carboneros, y hace el servicio de 37 líneas: 5 á la América del Norte, 4 á la América del Sur, 1 á Cuba, 2 al extremo Oriente, 2 á Australia, 3 al Mediterráneo, 16 de cabotaje é interinsulares en Oriente y 4 en Europa.

A bordo de esa flota se consumieron durante el año 1905 las siguientes vituallas: 79.000 quintales de carne procedente de matadero, 13.000 bueyes, 14.200 puercos, 7.000 terneras, 16.000 carneros, 564.000 aves, 59.000 piezas de caza, 424.500 kilogramos de manteca, 1.102.000 litros de leche fresca, 61.000 botellas de leche esterilizada, 4.900 latas de leche condensada, 5 millones de huevos, 144.500 quintales de patatas, 70.000 quintales de pan y de harina, 272.500 botellas de vino (46.700 de champaña, 93.200 de vino tinto y 132.600 de vinos del Rhin y del Mosela), 27.274 botellas de coñac, 17.870 de vinos de postres, 54.495 de vinos generosos, 1.820.450 litros de cerveza, 473.700 botellas de agua mineral, 165.420 kilogramos de café, 10.800 kilogramos de cacao y chocolate y 1.181.000 cigarros.

Durante el citado año la flota recorrió 5.732.000 millas marinas, transportó 449.000 pasajeros y gastó 27.500.000 francos de carbón.



MILÁN. – CONCURSO INTERNACIONAL HÍPICO CELEBRADO CON MOTIVO DE LA EXPOSICIÓN. – EL CABALLO VENCEDOR «VISSUTO,» PROPIEDAD DEL TENIENTE CONDE DE ARRIVABENE Y MONTADO POR EL TENIENTE CAPECE, EN EL MOMENTO DE DAR EL SALTO DE 3'20 METROS. (De fotografía remitida por Hutin, Trampus y C.ª)

Cada día toma mayor desarrollo el deporte hípico, que ya no se limita á las carreras de caballos, sino que se desenvuelve en otros ejercicios, quizás menos brillantes que aquéllas, pero seguramente de mayor utilidad práctica. En todos los ejércitos de las grandes naciones, la caballería realiza incesantes esfuerzos para utilizar el caballo en empresas que antes se consideraban punto menos que imposibles, y así en las ascensiones y descensos de grandes pendientes, como en el cruce de los ríos y en los saltos de abismos y alturas, se han conseguido resultados maravillosos.

La caballería italiana es, sin duda, la que más sobresale en esos ejercicios, realizando verdaderos *tours de force* que nos parecerían increíbles si las instantáneas fotográficas no demostraran su realidad. Recientemente en el concurso internacional celebrado en Milán, con motivo de la exposición, y en el que han tomado parte los más notables jinetes de distintas naciones, ha obtenido Italia un nuevo triunfo; el caballo *Vissuto*, propiedad del teniente conde de Arrivabene y montado por el teniente Capece, ha ganado el primer premio saltando con admirable limpieza, según puede verse en la fotografía que reproducimos, una valla de 3'20 metros.



Marruecos. – Salida de la embajada alemana de Tánger para Fez. (De fotografía de Hutín, Trampus y C.ª)

Se aproxima la fecha en que han de plantearse en Marruecos las reformas acordadas por la conferencia de Algeciras, y las naciones interesadas en los trascendentales problemas que con tal motivo han de resolverse van tomando sus posiciones en en aquel imperio, á fin de sacar el mayor provecho posible del nuevo estado de cosas que allí ha de implantarse.

Recientemente ha salido de Tánger para Fez la embajada alemana, á cuyo frente se halla el hábil diplomático Sr. Rosen; su viaje, al revés de lo que ha sucedido con otras misiones diplomáticas, se ha efectuado con gran pompa, y la recepción del embajador por el sultán ha revestido especial solemnidad.

Los alemanes saben cuánto influye el aparato externo en el ánimo de un pueblo como el marroquí, y no ignoran que la impresión que los representantes extranjeros producen en la generalidad de los súbditos de Abd-el-Azis influye no poco en las decisiones del soberano, dependiendo en gran parte de ella el respeto y la consideración con que son tratados los Estados respectivos.

Imp. de Montaner y Simón



Año XXV — Barcelona 29 de octubre de 1906 — Núm. 1.296

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

OBRAS NOTABLES DE LA ESCULTURA MODERNA



MATERNIDAD,
obra del laureado escultor A. Teixeira Lopes

SUMARIO

REVISTA HISPANO-AMERICANA

Cuba: la fiebre amarilla: la intervención yanqui: los anexionistas y los patriotas: los Estados hispano-americanos y Cuba: la dimisión de Estrada Palma: gobierno provisional bajo la autoridad de los Estados Unidos. – *México:* situación actual según el último informe del presidente: progreso incesante de la República. – *Paraguay:* nuevo presidente: situación política y financiera. – *Chile:* el presidente Montt y el programa del nuevo gobierno. – La tercera conferencia internacional americana.

Dos plagas han vuelto á caer sobre Cuba: la fiebre amarilla y la intervención yanqui.

La *Gaceta de Madrid* nos dice que, según participa con fecha 13 de octubre el cónsul de España en la Habana, se ha reproducido la fiebre amarilla, habiendo ocurrido en el citado día cinco casos. A los lectores de estas *Revistas* no extrañará la noticia; venía anunciándose en ellas meses hace. Ahora la reproducción del terrible vómito negro tiene ya estado oficial. Bien es verdad que coincide con la reaparición también de los yanquis en la isla, y su famoso servicio sanitario tiene ocasión de realizar por segunda vez el saneamiento de Cuba... si las circunstancias meteorológicas ayudan.

No cabe duda de que la fiebre amarilla ha de ser mal recibida por todos los habitantes de la isla. En cuanto á la segunda plaga, ya es otra cosa. Hay cubanos, y no cubanos que en la gran Antilla viven, para quienes la intervención y aun la dominación yanqui es preferible á la independencia, porque la consideran como garantía de orden y tranquilidad, y de consiguiente bienestar material. Pero no puede negarse que calamidad, infortunio grande es para los cubanos patriotas, para los que sobreponen á todo otro interés ó medro personal la dignidad de hombre y de ciudadano y el orgullo de raza, para los que de buena fe gritaban frente á España «Viva Cuba libre,» tener que humillarse ante los yanquis, y por falta de medios de acción para la lucha con enemigo poderoso, tener ahora que tascar el freno y que aplazar la guerra para ocasión oportuna, sin poder, desde luego, frente á él y armas en la mano, lanzar el mismo grito con que ensordecían los oídos de los soldados españoles.

Todos los demás Estados de la América que fué española, con revoluciones, con guerras civiles casi continuas hasta hace pocos años, y aun algunos de ellos hoy mismo en estado casi permanente de discordia política, son libres, son independientes. Alcanzaron libertad é independencia por su propio esfuerzo, y la mantienen, y nadie atenta contra ellas. Cuba necesitó el concurso activo y directo de los yanquis, y éstos, desde el instante mismo en que le otorgaron la relativa independencia que gozaba, hiciéronle saber su resuelto propósito de intervenir, de ocupar militarmente la isla para restablecer el orden público si éste llegaba á alterarse y el gobierno de Cuba era impotente para pacificar el país.

Dados esos antecedentes, la intervención de los Estados Unidos hubiera podido justificarse tras largo período de guerra civil. Pero lanzarse sobre Cuba al primer asomo de revolución, es hacer alarde de un protectorado, de una tutela verdaderamente insoportables. En condiciones tales, sería imposible la existencia de pueblo ninguno que empieza á vivir como nación soberana.

¿Qué ha pasado en Cuba? Una protesta armada contra las *chicanas*—que, allí dicen—hechas por el gobierno en las últimas elecciones. El partido liberal cubano quería que se anularan. Era la lucha entre dos partidos políticos. Así, por ejemplo, combatieron en México los liberales contra los presidentes Juárez y Lerdo; y México, á pesar de esa y otras contiendas y revoluciones, ha llegado á ser una gran nación.

La revolución en Cuba iba ganando terreno, el presidente convocó el Congreso á sesión extraordinaria, se buscaron fórmulas de avenencia, no se entendieron liberales y moderados tan pronto como exigía el gobierno de Wáshington que, por otra parte, venía tolerando los trabajos de la junta revolucionaria instalada en Nueva York, y Roosevelt envió á la Habana una comisión informadora, y barcos, cañones, soldados; todo rápida, brutalmente. Las gestiones del comisario Taft no dan resultado; liberales y moderados mantienen sus puntos de vista y sus exigencias; Estrada Palma dimite, y Taft corta por lo sano. Bajo la autoridad de los Estados Unidos establece el gobierno provisional.

Los fundamentos de su resolución los hace saber Taft mediante proclama ó manifiesto dirigido al pueblo cubano. Como el Congreso no había tomado acuerdo en cuanto á la renuncia irrevocable del presidente, ó elegido un substituto, quedaba el país sin gobierno en época en que prevalecía gran desorden; hacíase, pues, necesario, *de conformidad con lo pedido por el presidente Estrada Palma*, tomar las medidas indispensables, en nombre y por autoridad del presidente de los Estados Unidos, para restablecer el orden y proteger las vidas y propiedades en la isla de Cuba y adyacentes. Con este fin, se establece el gobierno provisional de los yanquis, que sólo existirá el tiempo que fuere necesario para restaurar el orden, la paz y la confianza pública. Una vez obtenidas éstas, se celebrarán las elecciones para determinar las personas á las cuales debe entregarse el nuevo gobierno permanente de la República. En lo que sea compatible con el carácter de un gobierno provisional establecido bajo la autoridad de los Estados Unidos, este será un gobierno cubano que se ajustará en cuanto quepa á la Constitución de Cuba. La bandera cubana se enarbolará, como de costumbre, en los edificios del gobierno en toda la isla.

Un yanqui será, provisionalmente, gobernador de Cuba. Como se ve, todo es *provisional*. Roosevelt declara que no tiene el menor propósito de anexionarse la isla; sólo se trata de organizar un gobierno libre y estable. Los cubanos no saben hacerlo, y los yanquis acuden á suplir su ineptitud. Pero si las turbulencias se renovaran, podría llegarse á la ocupación permanente. Entonces Cuba sería otro Puerto Rico.

***

El 16 de septiembre se inauguró el primer período de sesiones del XXIII.° Congreso de la Unión mexicana, y en cumplimiento del precepto constitucional, el ciudadano presidente general Porfirio Díaz informó á los representantes de la nación acerca del estado que guardan los intereses públicos confiados al Poder ejecutivo.

La antigua y debatida cuestión con los Estados Unidos, referente á la presa internacional para la distribución equitativa de las aguas del río Bravo, ha tenido al fin término satisfactorio, mediante el tratado que se firmó en Wáshington el 21 de mayo de 1906.

Durante el verano de dicho año hubo en la República algunos conflictos ocasionados por huelgas y reclamaciones de los obreros de minas y de ferrocarriles. Se consiguió restablecer la normalidad.

Continúa progresando la instrucción primaria. Varias misiones pedagógicas estudian en Europa los mejores sistemas de escuelas primarias industriales para introducir en las de México el trabajo manual.

Las Comisiones geográfico-exploradora y geodésica siguen trabajando con gran actividad; se han publicado nuevas hojas de la Carta general de la República, y se lleva muy adelantada la cadena meridiana de triángulos que forma la continuación de los trabajos similares que ejecutan el Canadá y los Estados Unidos.

En comunicaciones y obras públicas señala el presidente grandes progresos. Hoy la red ferroviaria federal alcanza un desarrollo de 17.446 kilómetros, que unidos á 4.165 de ferrocarriles concedidos por los Estados y vías particulares, dan un total de 21.611.

Continúa y mejora el estado bonancible de la Hacienda pública. Aumentan los ingresos y funciona con toda regularidad el nuevo régimen monetario. Actualmente, la moneda de oro mexicana circula en el país como la moneda de plata.

En suma, el mensaje del presidente demuestra que la paz y el orden legal están produciendo en abundancia los frutos que eran de esperarse. En lo moral, el crédito que la nación ha conquistado permite á su gobierno ejercer una influencia saludable para la pacificación de Repúblicas hermanas desgraciadamente empeñadas en sangriento conflicto (Guatemala y El Salvador): en lo material, los adelantos que por dondequiera se palpan en territorio mexicano; el hecho solo de que las rentas federales hayan subido á un punto jamás alcanzado en la historia de México, sin que esto se deba á aumento alguno en los impuestos; el asombroso movimiento en los negocios de toda especie, y otras ventajas que pueden comprobarse con datos estadísticos seguros, tienden á confirmar la creencia de que la República Mexicana ha entrado de lleno en la vía que siguen las grandes y prósperas nacionalidades.

***

Han sido elegidos presidente de la República del Paraguay el general Benigno Ferreyra, y vicepresidente D. Emilio González Navero. Entrarán en funciones el 25 de noviembre próximo.

Ahora parece que hay tranquilidad en el país. La situación política se normaliza y todos los esfuerzos se dirigen á fomentar las industrias agrícolas y á proseguir las obras del único ferrocarril que hay en la República.

La situación financiera es menos satisfactoria. El último número que hemos recibido del *Diario Oficial* del Paraguay (13 septiembre), fija en un 1.085 por 100 el tipo oficial del oro para el pago de los derechos aduaneros. Un mes antes, á principios de agosto, el presidente de la República pedía autorización al Congreso para pagar en oro el presupuesto de 1907, partiendo del supuesto de que el tipo de cambio no excediese de 1.050 por 100. Desde aquella fecha hasta el 13 de septiembre ha venido oscilando entre 1.040 y 1.085 por 100.

En el presupuesto citado se aumentan los gastos. Los hay urgentes é indispensables, que el gobierno no puede menos de hacer, tales como renovación de armamentos, ferrocarriles, puentes, telégrafos, etc., las obligaciones contraídas por consecuencia de la última guerra civil y el pago de la expropiación de tierras aptas para instalar colonias. Los terrenos han adquirido en estos últimos tiempos mucho mayor valor que el que tenían antes; especuladores que habían comprado tierras á 2.500 pesos oro la legua cuadrada, las están vendiendo ahora á 6.500.

***

Como ya anunciamos, el 18 de septiembre se hizo cargo de la presidencia de la República de Chile el Sr. D. Pedro Montt. El período presidencial dura allí cinco años; terminará, pues, en 1911.

El programa del nuevo gobierno, á cuyo frente y como ministro del Interior figura D. Javier Figueroa, se resume en lo siguiente: conversión del papel moneda en especies metálicas; reglamentación de la propiedad de los nitratos en los extensos y vastos yacimientos de Antofagasta y Atacama; concesiones de tierras en el territorio de Magallanes; fomento de las obras públicas, especialmente ferrocarriles, puentes y carreteras para favorecer la explotación de las minas de cobre que existen á lo largo de la cordillera andina; finalmente, aumento y mejora de las fuerzas de mar y tierra.

***

El 27 de agosto, por la noche, terminó, con la sesión de clausura, la 3.ª Conferencia internacional americana inaugurada en Río de Janeiro el 23 del mes anterior.

Las comisiones trabajaron mucho; los oradores poco. Hubo, en general, cierta frialdad; los discursos se oían como quien oye llover.

Mucha fraternidad en las palabras; poca en los corazones. Y no podía ser de otro modo; la política de los Mac-Kinley y los Roosevelt va apagando los entusiasmos de los panamericanistas y aviva los antagonismos, los recelos entre americanos de lengua española y de lengua inglesa.

Nada positivo, nada verdaderamente práctico hay en los acuerdos ó conclusiones del Congreso; recomendaciones para que se haga esto ó lo otro, manifestar interés en favor de tal ó cual obra, empresa ó proyecto, proclamar una vez más las excelencias del principio de arbitraje... En cuanto á la doctrina Drago, que cada gobierno proceda como pueda ó más le convenga.

Se indicó la ciudad de Buenos Aires para la próxima Conferencia.

R. Beltrán Rózpide.



No faltaba entre los pescadores y compañeros la simpática pareja de viejos...

LOS MUERTOS ERRANTES

I

Con verdadera zozobra veía llegar aquel año el señor Guillermo, el viejo arrendatario de la aldea, la piadosa y solemne fecha, y la veía llegar desolado porque en vano se preguntaba cómo podría cumplir con la caritativa y tradicional costumbre. Porque la cosecha había sido detestable; primero una sequía pertinaz que mantenía la pobre tierra seca y dura, convertida en un cristal bajo el azote de los continuos vientos del Nordeste, siempre con aquel horizonte terso y puro, alto el barómetro, acusando total ausencia de vapor de agua en la atmósfera; una lluvia abundante al cabo, aunque efímera, que en cuatro días hacía cuajar los granos, llenando de esperanza todos los pechos, bien que el fruto no fuera el obtenido en épocas normales; y como epílogo triste, de pronto, en un día nefasto, cayendo de un cielo cobrizo un pedrisco violento que cubría el campo como una nevada, descabezando las verdes espigas, dejándolas dobladas en las praderías como otros tantos cadáveres, seguido de unas escarchas tardías que helaban lo que había conseguido quedar en pie del azote del granizo.

¡Ah! Era el hambre, sí, era la penuria, era la escasez, era los días sin pan, era el negro cuervo de la usura cerniéndose sobre la casita blanca, sobre la heredad rodeada de cambroneras, sobre el agradecido huerto de blanda tierra, de nobles entrañas, que daba dócilmente cuanto se la pedía, como si comprendiera, como si tuviera inteligencia para percatarse, al sentir el corte del azadón penetrando en su carne porosa, que aquel golpe continuado era la amistosa y fecunda caricia del esposo encargado de ponerla en condiciones de que procreara; era el préstamo para evitar el embargo por el fisco, lo que en realidad venía á equivaler á huir de un abismo para caer en otro, á escapar de la muerte inmediata y brusca para sucumbir con una muerte lenta, por extenuación. Y claro es que en condiciones tales, en que apurando mucho apenas si se sacaría con que pagar las contribuciones y los réditos del anticipo, quedando lo restante para mal comer, ¿cómo iban á cercenar lo que costaba el viaje de los dos á la costa? Cierto que estaban cerca, cinco horas de tren; pero así y todo sumaban los billetes, de tercera, por supuesto, unos cuantos duros. De haber podido habrían ido á pie, carretera adelante: con la ayuda de Dios se llega á todas partes; pero su pobre mujer, enferma habitualmente, estaba en una situación de debilidad extrema desde la pérdida de su único hijo varón, y él mismo, el más fuerte de la casa, abrumado por la misma causa, no se atrevía á contar ya con aquellas piernas de hierro, que en sus mocedades le permitían andarse guapamente cinco ó seis leguas de mal piso, á través de los sembrados, por sendas pedregosas, y ponerse en seguida á bailar con las mozas sin permitirse el más mínimo descanso intermedio.

Y en aquellas noches de octubre ya cada vez más largas, en que después de venir del rosario, mientras la esposa preparaba la cena sobre el fuego encendido en el hogar campesino, al ras del suelo, bajo la gran chimenea de ancha campana renegrida de hollín, sentábase en un poyo al amor de la lumbre y allí permanecía silencioso y meditabundo hasta que la pobre mujer le sacaba de su ensimismamiento llamándole á la humilde mesa en que se comían el modesto guiso de patatas que les servía de cena.

Siempre eran estas veladas tristes, melancólicas, desde que el hijo había partido para servir en la escuadra, como habitante de un pueblo enclavado en la circunscripción marítima, más triste aún desde que ya cumplido y de regreso á su casa, había muerto á bordo arrebatado en dos días y en plena juventud por una fiebre maligna, veladas que á las veces animaban un poco, como un rayo de sol en un nublado, la charla de alguna convecina ó convecino de su intimidad: de la señora Lucía la estanquera, por ejemplo; del Sr. Perico el herrador, pongo por caso. Iban estos tales al entrar la noche, la una á hilar y el otro á fumarse un cigarro en compañía, y al Angelus, rezado por todos entre el chisporrotear de la leña en la mala estación, cada cual á su covacha, y los pobres viejos á yantar para luego acostarse, siempre con sus recuerdos dolorosos, recrudecidos en esa hora íntima y dulce del descanso, en que parecen echarse con nosotros y con nosotros parece que se posan en la almohada en que recostamos la cabeza.

II

De aquella noche no pasaba. El pobre Sr. Guillermo se sentía incapaz de soportar por más tiempo en silencio el peso de sus angustias. Al sentarse, pues, á la mesa, su rostro curtido, afeitado si bien un poco crecida la barba por la lejanía del domingo, se nubló más que de costumbre, revelando la violencia que se hacía al hablar.

—¡Ursula!, exclamó de pronto, después de un bocado que tragó de mala manera. ¿Has pensado en que dentro de ocho días es el de los difuntos?

Su esposa, más envejecida que vieja, la tez pálida de la anemia y del continuo llorar, soltó el tenedor de palo exclamando con voz triste:

—¡Lo he pensado!

—¿Y has pensado también, añadió el labriego después de vacilar un tanto, en la situación en que nos coge este año? La cosecha puede darse por perdida; del poco maíz que tenemos no quedan cien mazorcas sanas y salvas, y lo mismo le sucede á la cebada y al huerto. ¡No, no, bien nos pone Dios á prueba! ¡Como que vamos á tener que acudir al Sr. Dimas para que nos preste, aunque se quede hasta con la cerilla de nuestros oídos!

—¡Que se quedará!

—Y sacando lo preciso para no morirnos de hambre, ¿cómo vamos á quitar de eso el dinero del viaje?

—¡Imposible!

—¡Y no creo que debemos renunciar á ir!

¿Renunciar? El rostro rugoso de la señora Ursula, circundado de su noble cabello gris, expresó un verdadero asombro, tocado de indignación. ¡Cómo! ¿Todos los compañeros de desgracia de su hijo tendrían su recuerdo amado, sus preces de costumbre, allí mismo, frente á su inmensa y augusta tumba, y él iba á carecer de ellos? ¿Cómo había podido ocurrírsele tan insensata idea? Aunque tuvieran que mendigar el sustento, que privarse del pan, no dejarían de realizar su compasiva excursión. El semblante de la campesina se serenó en seguida y exclamó con una dulce y amorosa sonrisa, alargando á su marido la jarra del vino, único lujo que por necesidades de salud se permitían:

—¡Bebe tranquilo, que eso está arreglado!

El Sr. Guillermo se ladeó tan bruscamente, que á punto estuvo de echar á rodar la mesa. Y luego preguntó estupefacto:

—¿Que está arreglado? ¿Y quién lo arregló?

—¡Yo!

—¿Tú?

—Yo misma. ¡Mira!

Y sacando un bolsillo de estambre del seno, luego de desabrocharse el corpiño, enseñó á su marido tres relucientes duros, que tomó de entre las verdes mallas.

—¿Pero de dónde te viene ese dinero? ¿Has ido al Sr. Dimas?

La estupefacción del pobre rústico llegaba á su más alto grado.

—Has acertado á medias. A él precisamente no, pero sí á su mujer.

—¡Pues te aseguro que no lo entiendo!

Se lo contó entonces todo. De sobra veía ella el desastre de la cosecha, el mal año, el prado y el huerto poco menos que perdidos, y la fecha solemne y triste echándose encima á más andar. Habíase acordado entonces que de cuando se casó le quedaba todavía una cruz de plata de rosario, de la que por ser legado de una tía suya con la que se había criado no había querido desprenderse en anteriores penurias y que á la consorte de Dimas le gustaba extraordinariamente. Dios le había inspirado, sin duda, el salvador pensamiento, y venciendo sus escrúpulos y dando de mano á su pena de separarse de ella, había ido á ofrecérsela en tan buen hora, que sin dejarla acabar de ponderarla la había puesto quince pesetas en la mano, eso sí, rebajando cinco, que por algo era la cónyuge de un usurero.

—De modo que no te apures, concluyó, que iremos como todos los años. Yo no quería decírtelo, viendo si encontraba un pretexto para que no supieras que había dado ese paso por si no te gustaba; pero no lo encuentro y he concluído por preferir decirte la verdad.

El Sr. Guillermo no pudo desplegar los labios, no pudo hacer otra cosa que levantarse y estrechar á su mujer contra su pecho con las lágrimas en los ojos.

III

Es una piadosa, una antiquísima y cristiana costumbre. El día 2 de noviembre es la fecha del corazón, la fecha de los recuerdos, la fecha del acatamiento á los seres queridos que se fueron para no volver, la fecha en que los que quedan se arrodillan ante sus tumbas y depositan sobre sus losas sus coronas. Es un supremo consuelo, una gota de agua dulce en el permanente caudal de la amargura: rezar al pie de un sepulcro, allí donde descansan unos restos. Y ponerle unas flores frescas y hacer que el buen sacerdote rocíe de agua bendita la lápida que los cubre. Pero hay unos muertos doblemente desgraciados y unos vivos que no lo son menos; los que han desaparecido de este mundo sobre las cuatro tablas de un barco, los que han sido echados entre las olas, los que tienen por fosa la inmensidad del mar, los que no saben concretamente sus deudos dónde están. ¡El mar es tan grande! Pero en él, en su enorme masa, duermen las pobres víctimas de los naufragios, los que han sucumbido en las travesías... y tiene orillas. ¿Por qué no prosternarse en su ribera, al borde de sus mareas? ¿Por qué no confiar á éstas las coronas, que se llevarán mar adentro en sus reflujos? Y el 2 de noviembre por la mañana, en toda aquella costa se repite la misma tierna escena. El cura de cada aldea revestido de capa pluvial, de pie, asperjando al mar con el hisopo, lanzándole el agua bendita, todos los habitantes del lugar arrodillados detrás de él, y concluído el compasivo responso, extinguida la voz solemne del perdón, como nunca augusto, repercutido por los chasquidos de la resaca, los enlutados costeños que se levantan y echan las coronas de siemprevivas al mar, que rasga sus espumas para recibirlas como si les abriera sus brazos. Y aquel día 2 de noviembre, como en los anteriores, no faltaba entre los pescadores y compañeros la simpática pareja de viejos que todos los años llegaba en el tren y á la que todos conocían, la señora Ursula y el Sr. Guillermo, llevando su humilde corona, que lanzaron como todas las restantes al mar por el hijo sepultado en él.

ALFONSO PÉREZ NIEVA.

(Dibujo de Calderé.)



Monumento funerario, obra de J. Uphues

NUESTROS GRABADOS ARTÍSTICOS

Maternidad, escultura de A. Teixeira Lopes.—El autor de esta obra, nacido en 1866 en Oporto y descendiente de una familia de artistas, es hoy en día uno de los más famosos escultores portugueses. Después de haber estudiado en su país natal, estuvo una larga temporada en París, en cuyos Salones alcanzó varios premios. De regreso en Portugal en 1894, establecióse en Villa Nova de Gaya, en donde no cesa de trabajar, contando por triunfos el número de sus obras. En la Exposición Universal de París de 1900 obtuvo un gran premio por su escultura *La Caridad.*

Monumento funerario, obra de J. Uphues.—Discípulo predilecto del famoso escultor alemán Reinhold Begas, Uphues, nacido en Westfalia en 1850, ha hecho honor á su maestro. Desde que en 1889 terminó sus monumentos al emperador Guillermo y al príncipe Bismarck erigidos en Duren, su celebridad ha ido aumentando incesantemente. Citar todas sus producciones notables sería tarea por demás difícil; mencionaremos entre ellas, como más sobresalientes, los sepulcros de Enrique Stephan y de la familia Scholler, los bustos del emperador Federico, de la emperatriz madre, de dos de los príncipes imperiales, el monumento á los héroes de Worth, los grupos del margrave Otón II y de Federico el Grande que adornan la avenida de la Victoria de Berlín, y las estatuas de Moltke y del emperador Federico que se admiran en Mannheim y en Charlottenburg. Ha obtenido numerosos premios, entre ellos varias medallas de oro en las principales exposiciones, es profesor de la Escuela de Bellas Artes de Berlín y posee gran número de condecoraciones.

Monumento al arquitecto Hunt, obra de Daniel Chester French.—Alzase este monumento en Nueva York y es digno de admiración, así por la clásica severidad de sus líneas como por la belleza de las tres esculturas que lo animan: el busto del notable arquitecto Hunt y las estatuas de la Arquitectura y de la Escultura. Su autor, celebrado artista yanqui, lo es también de los monumentos á Gallandet (Wáshington) y al poeta y patriota irlandés Juan Boyle O'Reilly (Boston).

Descanso en el bosque, cuadro de W. Lee Hankey.—La mejor alabanza de cuadros como el del celebrado pintor inglés es la impresión que nos producen; ante la obra de Lee Hankey sentimos una dulce sensación de quietud, de reposo, de poesía; todo en ella invita al plácido descanso, al apacible ensueño. Y esta es una de las pruebas más elocuentes de que el pintor ha creado una verdadera obra artística.

Bajo relieve de Agustín Querol.—No hemos de tributar nuevos elogios al laureado artista, de quien tantas veces nos hemos ocupado como él se merece; nos limitaremos á felicitarle una vez más, con motivo de la publicación del precioso relieve que reproducimos en la siguiente página.



Monumento erigido en Nueva York á la memoria del arquitecto Hunt, obra de Daniel Chester French

San Francisco de Borja y un condenado. San Francisco de Borja despidiéndose de su familia, cuadros de Goya.—No es necesario señalar las bellezas de estos dos lienzos, porque á la vista saltan; el genio del gran maestro está impreso en ellos. Consérvanse en Valencia y hasta ahora nunca habían sido reproducidos á causa de la dificultad de fotografiarlos; su publicación tiene, pues, mayor interés y es para nosotros una verdadera satisfacción darlos á conocer á los lectores de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA. Las fotografías de donde están tomados son del fotógrafo valenciano Sr. Grollo.



Descanso en el bosque, cuadro de W. Lee Hankey



Relieve original de Agustín Querol

EXCAVACIONES ALEMANAS

EN LA PIRÁMIDE DE CHEOPS

En 1903, los alemanes practicaron por vez primera excavaciones en la gran necrópolis egipcia anexa á la famosa pirámide de Cheops. Al Oeste del gigantesco



Fig. 1. – Cabeza de piedra caliza. (De fotografía.)

sepulcro del antiguo Faraón que data del año 2.800 antes de J. C. y que constituye el más imponente monumento que el viejo Egipto nos ha legado, pusiéronse al descubierto una porción de tumbas, en las cuales se encontraron multitud de objetos interesantísimos para la historia del arte y de la civilización.

Aquellos descubrimientos avivaron el deseo de proseguir las investigaciones en aquel suelo tan rico y de descombrar otras porciones de aquel vasto cementerio. Para estas nuevas excavaciones, como para las anteriores, facilitaron los medios necesarios algunas generosas personas de Leipzig, amantes entusiastas del arte y de la ciencia, y el opulento comerciante del Cairo Guillermo Pelizaeus, oriundo de Hildesheim (Alemania). También el municipio de Leipzig coadyuvó con una cantidad importante á tan levantada empresa, demostrando con ello que agradecía debidamente las donaciones de los objetos encontrados en la primera campaña que había recibido con destino al Museo de Antigüedades de su Universidad.

En los primeros días de febrero de 1905 comenzaron los nuevos trabajos bajo la dirección del egiptólogo doctor Moller y del arquitecto Dittmar; posteriormente fuí yo también allí y pude tomar parte en la dirección de los trabajos. Practicáronse excavaciones durante ochenta y cuatro días, y en este período se descubrieron no menos de cincuenta grandes tumbas construídas de piedra ó de ladrillo; todas databan de la época de la quinta dinastía (2.850 á 2.600 antes de J. C. aproximadamente), y correspondían á un mismo tipo, al tipo que por su forma exterior han denominado los arqueólogos *mastaba*, palabra árabe que significa banco. Esas tumbas son construcciones macizas, de superficie rectangular y paredes oblicuas; en su cara Este, un nicho plano, especie de puerta simulada, señala el sitio que se suponía ser la entrada en la tumba y en el reino de los muertos; delante de él reuníanse los sobrevivientes para rezar por el viaje feliz del difunto y depositar en una losa de piedra sus ofrendas, especialmente manjares y bebidas. A menudo, en vez de esos nichos se encuentran estancias, adornadas algunas de ellas con dibujos en relieve é inscripciones. Debajo de la mastaba hay una cámara practicada en la roca, á la que generalmente se llega por un pozo vertical practicado en el techo, y en la que descansa el muerto. En algunas de esas cámaras se ha dejado en la pared ó se ha abierto expresamente en ella un pequeño espacio que recibe, al través de una tronera, aire y luz del exterior. Ese espacio era la vivienda del difunto, y en él había una estatua de éste acompañada por lo común de las estatuas de su esposa, de sus hijos y de sus criados, que debían estar con él después de muerto, como habían estado durante su vida.

La estancia de las estatuas y la tumba subterránea del difunto eran las partes de la mastaba que por su contenido llamaban principalmente nuestra atención. Por regla general, el muerto había sido enterrado muy sencillamente, sin ataúd, envuelto en un sudario de hilo, con la cabeza en dirección al Norte, el rostro mirando al Este, por donde sale el sol, y las rodillas ligeramente dobladas. En algunos casos, se había practicado en el suelo de la cámara un hoyo, que se cerraba con losas una vez metido en él el cadáver. Muy raras veces se había encerrado á éste en un sarcófago, consistente en un cajón de madera cuadrangular con tapa plana ó convexa. Cuerpos embalsamados encontramos muy pocos; según parece, en la época de que databan las tumbas por nosotros descubiertas, el embalsamamiento, tan característico en tiempos posteriores, era costumbre poco generalizada y sólo se practicaba con los reyes y personajes ilustres. Los objetos que se depositaban en los sepulcros eran escasos y bastante pobres: sartas de cuentas vidriadas, imitaciones de toda clase de instrumentos de cobre, escoplos, cuchillos, etc., que el muerto había de utilizar en el otro mundo en lugar de los verdaderos. También se encontraron numerosas navajas de cobre. Uno de los hallazgos más interesantes fué el de una cabeza de piedra caliza y de tamaño casi natural, que en el cuello presentaba una sección plana (fig. 1); esa cabeza se la llevaba de reserva el difunto para el caso de que los malos espíritus le cortaran y quitaran la suya. Por si esto sucedía, para no perecer miserablemente podía, por medio de un hechizo, ponerse la otra cabeza y proseguir, sin menoscabo, su existencia en el otro mundo.

Las estancias de las estatuas habían sido en muchos casos despojadas, antes de nuestros trabajos, de su contenido, tan interesante desde el punto de vista de la historia del arte, por excavadores incompetentes, que habían vendido su botín á comerciantes en antigüedades. Esto no obstante, logramos descubrir unas treinta estatuas, en su mayoría de piedra caliza ó de granito. Así encontramos en una estancia enteramente intacta dos hermosas figuras (fig. 6) que aún permanecían en su antiguo puesto; las dos representan el mismo individuo, en una de ellas sentado en un banco en actitud rígida y digna, y en la otra de cuclillas en el suelo. Otra estancia nos proporcionó dos figuras de piedra caliza de un hombre llamado Memi, que todavía conservaban su antigua pintura. Una de ellas especialmente (fig. 4) es interesante por la inscripción grabada en una de las caras del banco en que el individuo está sentado: «Memi habla: he mandado hacer esta estatua al escultor, el cual ha quedado satisfecho del precio que por ella le he pagado.» Esta inscripción es un recibo esculpido, destinado á proclamar el pago de la figura á fin de que la paz del difunto allí enterrado no se vea turbada por las maldiciones del artista descontento.

Pero las figuras que mayor interés ofrecen son las de los criados y criadas representados en sus diferentes ocupaciones y que se colocaban cerca del difunto para que cuidaran de él en su existencia póstuma.



Fig. 3. – Estatuitas que representan á un cocinero y á una criada que tamiza harina. (De fotografía.)



Fig. 2. – Estatuita que representa á una criada sacando cerveza de una tinaja. (De fotografía.)

Zacha, el sacerdote de los muertos, se había llevado á la tumba en estatua á toda su servidumbre y se había mandado hacer dos estatuas de él, una de su esposa y una de su hijo. Sus criados se ocupan en proveer de manjares y bebidas á su amo: así vemos (fig. 3) á una criada que agachada en el suelo tamiza harina con un cedazo redondo; á su lado, un cocinero sentado delante de un fogón, cuyo fuego aviva con un abanico, vigila la cochura de los pedazos de carne que se cuecen en un gran puchero y saca de éste un trozo de costilla para ofrecérsela á su señor; otro mide trigo, metiéndolo en unos sacos que, comparados con el tamaño de la figura, resultan un tanto pequeños; otro, de pie ante una gran olla, amasa panes sobre una cesta plana que tiene al lado; hay también un cervecero que prepara la cerveza de cebada. Aun hoy en día los campesinos egipcios proceden del mismo modo que los antiguos en la fabricación de la bebida llamada *busa* que, como en Rusia, se fabrica en el campo. El procedimiento es el siguiente: se toma cebada, se la deja germinar un poco, se muele groseramente y con la harina se amasan unos panes, añadiéndole levadura; se cuecen un poco esos panes de manera que sólo se forme la corteza, quedando el interior crudo, y luego se parten en pedazos que se echan en una tina y se cubren de agua, dejándolos allí un día hasta que la mezcla entra en fermentación. Después se pasa el líquido por una cesta ó por un tamiz, echándolo en una gran tinaja y estrujando al mismo tiempo los pedazos de pan mojados.

El criado de cuya estatua hablamos está ocupado en esa faena, mientras una criada (fig. 2) saca cerveza de la tinaja con una escudilla plana. La cerveza, una vez fabricada, se pone en pequeñas vasijas. Otra estatuita representa á un hombre sentado en el suelo que con la mano derecha unta un cántaro con una masa que ha de conservar mejor la cerveza. Delante de él hay una porción de cántaros semejantes.

Los egipcios eran también muy aficionados al vino, y en ninguna de las largas minutas de comidas para los muertos que se grababan en las paredes de los sepulcros, faltan el vino blanco y el tinto. De aquí que un criado especial cuidara del vino que debía servirse á su amo; el de nuestra tumba tiene delante una gran cesta llena de cántaros de vino de forma esférica, de los cuales saca dos. Estas y otras figuras semejantes tienen una expresión extraordinaria y es-

tán ejecutadas con una frescura y una viveza que contrastan notablemente con la rigidez de las demás estatuas egipcias.

La obra maestra entre esas figuras es una molinera que se ha encontrado en otra sepultura. Envuelta en



Fig. 4 – Estatua de Memi con una inscripción referente á la misma. (De fotografía.)

una túnica estrecha y corta, arrodillada delante de una gran muela, tritura trigo con una piedra, convirtiéndolo en harina que cae por el otro lado. Para proteger su peluca, se ha liado á la cabeza un pañuelo á fin de que el polvillo de la harina no se adhiera á sus cabellos perfectamente untados con sebo de carnero. Así como en las otras figuras el rostro está tratado de un modo bastante convencional, la fisonomía de la molinera es muy individual y en extremo simpática.

De las demás esculturas encontradas merece especial mención un relieve ejecutado con gran delicadeza (fig. 5): á la izquierda está el difunto sentado junto á su esposa; delante de ellos hay toda clase de manjares; un joven, su hijo, se presenta á sus padres y quema incienso levantando la tapadera del pebetero en donde aquél arde.

Las excavaciones, que han dejado al descubierto una nueva y extensa porción del cementerio, han proseguido durante la primavera del presente año, siendo de esperar que el éxito coronará nuestros ulteriores trabajos y que nuevos descubrimientos vendrán á aumentar el caudal de interesantes objetos hasta el presente encontrados, que tanta importancia tienen para la historia del arte y para el conocimiento de la antiguedad egipcia, sobre todo de la vida social del país de los Faraones, puesto que, como hemos visto, en las tumbas es en donde mejor pueden estudiarse las costumbres y la existencia de familia de aquel pueblo.—DR. STEINDORF.



Fig. 5. – Bajo relieve encontrado en una tumba y que representa á un hijo quemando incienso delante de sus padres (De fotografía.)



Fig 6. – Estancia de las estatuas con dos de éstas que representan al mismo individuo y que han sido encontradas tal como fueron depositadas en aquélla (De fotografía.)



San Francisco de Borja y un condenado, cuadro de Goya, propiedad del cabildo de Valencia, que se conserva en la capilla de San Francisco de Borja. (De fotografía de J. Grollo. Propiedad reservada.



San Francisco de Borja despidiéndose de su familia, cuadro de Goya, propiedad del cabildo de Valencia, que se conserva en la capilla de San Francisco de Borja. (De fotografía de J. Crollo. Propiedad reservada.)

MONUMENTO Á FELIPE LEBÓN

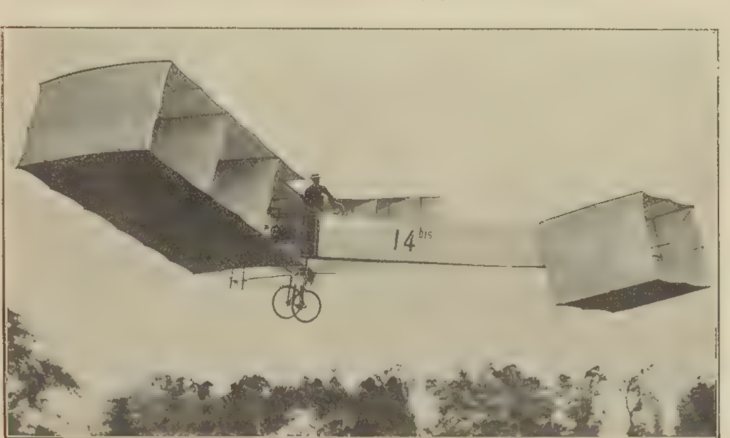
Pocos inventos habrán sido tan útiles á la humanidad como el del gas del alumbrado, cuyas excelencias no hemos de mencionar porque son harto evidentes y apreciadas.

Su inventor, Felipe Lebón, notable ingeniero y químico francés, nació en Bruchay (Alto Marne) en 1769; fué ingeniero de puentes y calzadas y tuvo desde muy joven la idea de hacer servir para el alumbrado los gases producidos por la combustión de la leña. Después de varios experimentos practicados en Bruchay y en la Isla de San Luis, en París, comunicó su descubrimiento al Instituto de Francia, recibió un privilegio de invención en 21 de septiembre de 1799 y para realizar en grande escala pruebas de su invento, obtuvo en 1803 la concesión del bosque de Rouvray, cerca del Havre. Llamado á París para dirigir los trabajos de una refinación de azúcar, murió súbitamente, sospechándose que fué asesinado.



MONUMENTO Á FELIPE LEBÓN, inventor del gas del alumbrado, que se ha de erigir en los Campos Elíseos de París. Obra de Pechiné. (De fotografía de M. Rol y C.ª)

París se dispone á erigir á Lebón un monumento que ha sido confiado al célebre escultor Pechiné y que se levantará en los Campos Elíseos. Ese monumento, cuyo boceto reproducimos adjunto, representa al sabio inventor haciendo pruebas de su experimento; junto al elegante pedestal se ven dos figuras simbólicas hermosamente modeladas.



PARÍS. – SANTOS-DUMONT EJECUTANDO SU VUELO DE 60 METROS EN LA LLANURA DE BAGATELLE CON SU AEROPLANO N.° 14 BIS, LO QUE LE HA VALIDO EL PREMIO ARCHDEACÓN. (De fotografía de M. Rol y C.ª)

EL AERÓSTATO SANTOS-DUMONT

La fecha de 23 de los corrientes será memorable en los fastos de la historia de los esfuerzos para la conquista del aire. Por primera vez un hombre ha volado por sus propios medios; el atrevido aeronauta brasileño Santos-Dumont, superando todos los experimentos efectuados hasta ahora, ha partido del suelo, ha creado su velocidad y se ha elevado en los aires, llevando consigo el aparato volador. De modo que ha volado, en toda la extensión de esta palabra, y ha volado recorriendo un espacio de sesenta metros.

A las nueve de la mañana montó el aeronauta en su aeroplano n.° 14 bis y éste comenzó á funcionar; sin embargo, una ligera avería le hizo interrumpir la prueba, que continuó por la tarde, y esta vez con éxito completo. A las cuatro y media puso Santos-Dumont el motor en marcha; apartóse la gente que presenciaba el acto; desplegó el aparato sus alas y recorrió 200 metros sobre el suelo. Entonces el aeronauta hizo maniobrar el timón ascensional y el ave gigantesca elevóse tres metros, recorrió á esa altura una distancia de 60 metros y descendió á tierra.

Los circunstantes, emocionados profundamente, aclamaron á Santos-Dumont, mientras la comisión del Aero-Club registraba los resultados conseguidos á los efectos del premio Archdeacón, á que el aeronauta aspira. Ese premio fué instituído en 1904 y consiste en una copa de un valor mínimo de 2.000 francos que guarda el Aero-Club de París hasta que sea definitivamente adjudicada. Según el reglamento, ganará primero la copa el que en aeroplano recorra un espacio de 25 metros, á condición de que el ángulo de caída sea inferior á 25 por 100; será propietario en definitiva de la copa el que la gane dos años seguidos.

Santos Dumont, á pesar del triunfo conseguido, proseguirá incesantemente sus ensayos, después de haber introducido una ligera modificación en los órganos de dirección de su aeroplano, y está seguro de que en la próxima prueba conseguirá resultados mucho más satisfactorios aún que los de la última. Además se propone optar al premio Deutsch-Archdeacón instituído en 1905 y consistente en 50.000 francos en metálico, que se entregarán al aviatorista que recorra un kilómetro, medio de ida y medio de vuelta, es decir, que vire á 500 metros del punto de partida para regresar á éste, moviéndose siempre en el aire.

EL NADADOR BONAERENSE ELÍAS REGUERA

El deporte de la natación tiene muchos aficionados en la capital de la República Argentina, siendo uno de los más notables el niño Elías Reguera, que sólo cuenta doce años y que ha sido proclamado campeón entre los menores de dieciséis años, habiendo además vencido en un trayecto de 2.000 metros á muchos nadadores de más de treinta años, varios de ellos ingleses y alemanes.

Elías Reguera es argentino, descendiente de españoles, y ha ganado nueve premios en reñidos concursos, entre ellos dos campeonatos de 300 y 500 metros.



ELÍAS REGUERA, niño de doce años que ha ganado varios concursos de natación en Buenos Aires y ha sido proclamado campeón de los nadadores menores de dieciséis años. (De fotografía de Worth y C.ª, remitida por D. J. González.)

MISCELÁNEA

Bellas Artes.—BARCELONA. – *Salón Parés.* – Recientemente se han expuesto en ese Salón algunos fragmentos de las pinturas murales que con destino á la catedral de Vich está pintando en París el genial artista José M.ª Sert. La impresión que esas obras han producido á cuantos las han visto, desde el crítico más exigente al simple aficionado, ha sido grandiosa é intensa, así por la magnitud de la composición como por la forma magistral que el pintor ha sabido darle. Los más difíciles problemas de perspectiva, agrupación y enlace de los distintos elementos que constituyen el conjunto decorativo, hállanse resueltos en aquellos fragmentos de una manera admirable; y si á esto añadimos que el dibujo y el color son de una valentía y un vigor maravillosos, se comprenderá que se trata de una de esas producciones que no sólo señalan una fecha gloriosa en la vida de un artista, sino que forman época en los anales artísticos de un pueblo.

En el propio Salón han expuesto: Cusí, un precioso cuadro de género y un buen retrato; y Cabot y Negrevernis, cinco paisajes que producen agradable impresión.

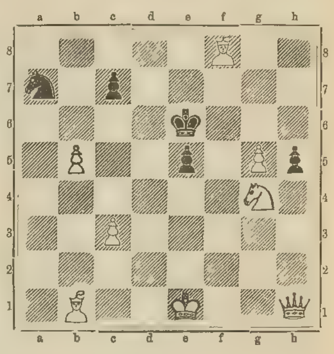
Espectáculos. — BARCELONA. – Se han estrenado con buen éxito: en Romea *La sabia casualitat*, comedia en un acto de M. Folch y Torres; *Un niu*, traducción catalana de *El nido* de los hermanos Alvarez Quintero, hecha por D. Joaquín M.ª Nadal, y *El tren de tres quarts de quinze*, sainete en un acto de D. Pedro Busquets; y en el Eldorado *Como las hojas secas...*, comedia italiana en cuatro actos de José Giacosa, traducida por D. Luis París; *Querer de veras*, entremés de D. Joaquín M.ª Nadal, y *La juventud*, comedia francesa en tres actos, traducida por D. Alejandro P. Maristany.

En el teatro de Novedades, el «Orfeó Catalá» ha dado un concierto en honor de los miembros del Primer Congreso Internacional de la Lengua Catalana. Formaban el programa escogidas composiciones de Millet, Vives, Clavé, Noguera, Nicolau, García Robles, Mas y Serracant, Romeu, Sancho Marraco, Pujol, Lambert, Alfonso, Brudieu, Gibert y Pedrell, que fueron magistralmente cantadas bajo la dirección del maestro Millet y aplaudidas con gran entusiasmo.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 443, POR V. MARÍN.

NEGRAS (5 PIEZAS)



BLANCAS (8 PIEZAS)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 442, POR V. MARÍN.

Blancas.	Negras.
1. Tc3-c5	1. Cualquiera.
2. A ó D mate.	

LA FUERZA DEL PASADO

NOVELA ORIGINAL DE DANIEL LESUEUR.—ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)

—Espero sus ordenes de usted.

Francisca se echó á reir; nunca la había visto Antonio de un humor tan alegre.

—Las va usted á esperar mucho tiempo, pues me he desinteresado completamente de Otheval. Mis agentes de negocios están procurando la venta de ese castillo, y había creído que ellos harían continuar las construcciones; pero prefieren, sin duda, dejar el campo libre á la fantasía de los compradores.

Mientras hablaba, la viuda de Valtín se había vuelto hacia el hotel y empezado la subida del sendero.

—Ya no tenemos tiempo de tomar el tren de Monte-Carlo, dijo al príncipe italiano. Ahí sale silbando del túnel.

—Yo les he hecho á ustedes perderlo; lo siento infinito, señora, dijo Antonio.

—¡Si supiera usted qué poco me importa! Todo se reduce á que almorcemos aquí; después, iremos á jugar. El príncipe y yo estamos en vena. Le Bray, le llevo á usted conmigo.

Antonio trató de protestar, pero acabó por ablandarse. La sociedad de aquella mujer le atraia y le espantaba al mismo tiempo. Esperaba y temía oir hablar de Cristiana. Por otra parte, juzgaba á Francisca como una criatura de desastre y de frivolidad, pero le ofrecía un curioso objeto de observación. Ahora bien: para un hombre de treinta años, un objeto de observación, por menguado que sea, no carece nunca de interés cuando tiene una cara de refinada seducción, usa trajes de los grandes modistos y emanan de su persona efluvios de perfumes embriagadores y de perversos caprichos. Si en aquella curiosidad, muy poco perversa en sí misma, había, sin embargo, una sombra de lejana ofensa para el amor puro y absoluto que llenaba el corazón de Antonio, el joven iba á ser cruelmente castigado.

En esto, llegó con sus dos compañeros al vasto terrado del *Paradise-Hotel,* desde el cual la vista del mar y de la costa, erizada de rocas, es espléndida. El sol abrasaba allí, por lo que estaba desierto el terrado. No había nadie ni en los nichos de mimbre ni debajo de los grandes quitasoles de lienzo.

Subieron la escalinata protegida por las persianas rojas y por el velo de las plantas trepadoras, y entraron en el vestíbulo monumental con sus columnas de mármol dignas de un templo babilónico y sus tiestos de porcelana en los que crecían enormes palmeras.

Francisca se dirigió al ascensor.

—Hasta muy pronto, Le Bray... Almuerza usted con nosotros.

Antonio asintió é hizo ademán de entrar en el salón de lectura. Pero, en cuanto estuvo seguro de no ser visto, entró en la oficina del portero y consultó el cuadro en que se inscriben los nombres de los viajeros. Era la primera vez que lo hacía en las tres semanas que acababa de pasar en el hotel. Había pasado aquellas tres semanas enteramente apartado de la vida real, en un alejamiento de ensueños, enfrente de un enigma absorbente y sumido en un solo pensamiento y en una sola imagen.



Su mano violenta se levantó y se crispó sobre el hombro de Gerardo.

En pie delante del cuadro, se embrollaba entre aquellas casillas y aquellos nombres de terminaciones extranjeras, sin encontrar lo que buscaba. La viuda de Valtín debía de estar allí de incógnito, ¿pero bajo qué designación? Sería divertido el saberlo. ¡Oh! Aquellos nombres desconocidos... Aquellas personas que se inscribían allí por veinte, por diez, por dos días, y cuyo nombre se retiraba después al marcharse en el ómnibus cargado de baúles, con la cara nerviosa de la partida y la expresión de los soldados que dejan la etapa sin saber en qué emboscada ni en qué revuelta del camino les espera el invisible enemigo...

—¡Cuando pienso que hay viejos entre ellos!, pensó Antonio. ¡Qué valor se necesita para viajar siendo viejo! Bajo la máscara indiferente de la partida, no hay uno que no se diga: «¿Será la última vez?..» ¡Y cómo se guardan de pronunciar eso en voz alta!.. El ser humano es, después de todo, un buen jugador ante el tapete verde de la vida, donde está seguro de perder contra la puesta inagotable de los días. Pero pensó en seguida: «No así los que tienen una esperanza eterna. Cristiana la posee... ¿Y yo?.. ¡Ah! Ella me la hubiera hecho tener. Pero me ha quitado hasta la esperanza terrenal...»

—¿No encuentra el señor lo que busca?.. ¿Necesita el señor algún dato?

Esto decía el portero, extrañando la larga inmovilidad de aquel viajero. ¿Sería algún agente de policía, á pesar de su título de arquitecto? ¿Se atrevería á pensar que pudiera haber algún sospechoso entre la clientela escogida del *Paradise-Hotel*?

El importante personaje dió un paso hacia Antonio, que se retiraba confuso y como quien despierta de un sueño; pero la última mirada al cuadro le enseñó más que su minucioso examen. De pronto vió destacarse esta línea entre las otras, como si hubiera salido por resorte:

Príncipe y princesa
César Cesalpino, de Milán

—¡Ah! Muy bien..., pensó.

Media hora más tarde, en una de las mesas mejor colocadas de la rotonda, cerca de los cristales, donde se gozaba de hermosas vistas sin ser incomodado por el sol, Antonio empezaba á almorzar, sentado entre el príncipe, que le inspiraba una desconfianza increíble, y la falsa princesa.

César hablaba un francés arrullador y ceceante, pero bastante correcto. El italiano emprendió en seguida la tarea de explicar á Antonio una martingala infalible; pero se cayó de las nubes al saber que el arquitecto, en las tres semanas que llevaba en el hotel, á un cuarto de hora de Monte-Carlo, no había puesto todavía los pies en el casino.

—Un jugador, pensó Antonio. ¿Pero no será más que eso? Acaso un aventurero, y según varios indicios, un explotador de mujeres. La pobre Francisca va á pagar cara la vanidad de ser princesa.

Tenía aquella mujer bastante fortuna para permitirse esa fantasía; rica por sí misma, había heredado á su marido, que, no habiendo visto claro hasta el momento de morir, no pudo cambiar el testamento que tenía hecho enteramente en su favor. Pero por frívola que fuese, debía de haber en aquella estructura de muñeca alguna fibra sensible que le hiciera sufrir. La joven parecía querer á su César. ¿Sería por éste por donde vendría la expiación?

Antonio no tuvo tiempo para filosofar. Estaba el príncipe divagando aún sobre sus cálculos del treinta y cuarenta para un oyente que pensaba en cosa muy distinta, cuando de repente dijo Francisca:

—Y bien, Le Bray, cuénteme usted... ¿Cuándo se casan Cristiana de Feuilleres y ese patán de Sebourg?

Y sin esperar respuesta, añadió con una mala sonrisa:

—¿Pero no hay nadie que ponga en guardia á esa tontuela? Gerardo es el peor de los canallas, y no le

querría para jefe de mis cuadras. ¿No asesinó á su primera mujer, la pobre Antonieta, que era un ángel?

—¿Cómo es eso?, preguntó Cesalpino. ¿Quiere usted decir «asesinado» literalmente?

—Ya lo creo... La cosa pasó casi ante mi vista.

—¡Oh!, exclamó el italiano, más contento que escandalizado. Es una historia de las nuestras lo que está usted contando, querida mía.

—Ahí está Le Bray que no me desmentirá, dijo Francisca volviéndose hacia su convidado, cuya repentina palidez no había observado. Fué en una de nuestras cacerías; se vió al marido y la mujer marcharse juntos por un paseo, y cinco minutos después se encontraba á Antonieta en aquel mismo paseo, con el cráneo partido, cubierta de sangre y moribunda.

Antonio intentó una protesta, pero no pudo articular una palabra, mientras César, apasionado por el relato, preguntaba:

—¿Pero por qué quería desembarazarse de ella? ¿Era para casarse con esa cuñada, la Cristiana de que usted nos habla?

—¡Caballero!.., dijo Antonio casi gritando.

Después, observando cierta sorpresa en las mesas vecinas, continuó en tono más bajo:

—Ruego á usted que no hable de cosas que ignora y que nadie sabe...

—Vamos, querido amigo, repuso pérfidamente Francisca. ¿Pues no recibió usted la última confidencia de aquella desgraciada Antonieta?

De pálido que estaba, Antonio se puso como la púrpura; pero vió posarse en él la mirada irónica del italiano. Cesalpino sospechaba que aquel marido había obrado por la instigación de los celos ocasionados por el mismo Le Bray. La repugnancia le hizo callarse, y así sintió más plenamente el ardor de la primera herida, la alusión á un matrimonio posible entre Cristiana y Gerardo. Ese ardor llegó á ser intolerable cuando Francisca dijo con irritante segunda intención:

—Parece que Sebourg estaba perdidamente enamorado de otra mujer, que le desdeñaba. Hay que haber sido educada en el salvajismo provinciano de Feuilleres para enamorarse de ese buitre peligroso. Después de la catástrofe que me arrebató á mi pobre Andrés—las verdes pupilas se perdieron á medias bajo las negras pestañas—y que pasó enteramente por culpa de Sebourg, no comprendo que la Sociedad de Automóviles Valtín acepte todavía los servicios de ese caballero.

—Sobre todo, creyó que debía observar Cesalpino, si esa sociedad conserva el nombre de la víctima.

—¡Oh! No es eso, dijo Francisca. En los negocios el sentimentalismo... no. Pero ese loco comprometió la marca é hizo que la industria francesa fuese vencida. ¡Figúrese usted!.. La que ganó fué la máquina belga. Nuestros dividendos se resienten todavía.

—Pues usted cobra, sin embargo, bonitas sumas, dijo el príncipe como hombre que ha comprobado la cosa de cerca.

—Dispense usted, señora, interrumpió Antonio; me gustaría saber de dónde viene la noticia que me ha dado hace un momento y que no puede haber sido imaginada por usted.

—¿Cuál?, preguntó Francisca volviendo hacia él sus ojos claros y con la expresión más ingenua que le fué posible.

—El supuesto matrimonio de Cristiana con Gerardo.

—¿Supuesto?.. ¡Cómo! Usted no sabe... Pues es de notoriedad pública en París.

—¡Imposible!.., dijo Antonio con sorda vehemencia.

Francisca levantó las cejas y contempló al joven con una ironía mezclada de fingida conmiseración.

—¡Oh!.. Perdóneme usted, mi pobre Le Bray... ¡Quién había de sospechar!..

—¿Sospechar qué, señora?

Antonio se dominaba y trataba de conservar un tono reposado en la conversación, primero, porque su carácter de simple amigo de Cristiana no le permitía tomar otro, y después, porque quería descubrir el origen de un rumor que le parecía abominable.

A todo esto, la viuda de Valtín empezaba á guasearse con él, con la impertinencia que se creía permitida respecto de un artista que estuvo en otro tiempo á sueldo suyo y que teniendo que trabajar para vivir, aspiraba á la mano de una heredera de la antigua nobleza. Francisca se divertía con él, no sin una real maldad. ¿No le hacía la injuria aquel muchacho de no morirse por ella y de pensar en otra mujer?.. ¿No había, acaso, pensado en ésta cuando vivía en Otheval, bajo su techo?

Lo que complicaba el suplicio de Antonio era que el príncipe, con sonrisas de adulación para Francisca, parecía tomar al arquitecto bajo su protección.

—Vamos, querida amiga, no atormente usted á este infortunado Sr. Le Bray. Su discreción es loable. Puesto que él asegura á usted que se engaña...

—No se trata de mí, protestó el joven; pero como amigo de la condesa de Feuilleres, sin otra pretensión, debo reducir á la nada unas historias que la comprometen.

—Es Cristiana la que se compromete, replicó vivamente la viuda de Valtín. Es ya tiempo, se lo garantizo á usted, de que se casen ella y su cuñado. ¿De dónde sale usted, mi pobre amigo? ¿Cuánto tiempo hace que salió usted de su casa de París?

—Hace varios meses, lo confieso, respondió el arquitecto con repentina desanimación.

Insinuábase en sus venas una impresión de frío, la misma que le había hecho salir de Feuilleres y después de su casa y de su vida habitual. No sólo se trataba de encontrar á Cristiana cambiada, sino también de una obscuridad de misterio y de equívoco. A lo lejos, sin consolarse, había, al menos, desterrado los pensamientos bajos, las sospechas, la duda. Había vuelto á colocar en la luz inmaculada la suave figura amada. ¿Qué horrible nube la obscurecía de nuevo?..

—Le excusa á usted la ausencia, continuó la voz mordaz de Francisca; ignora usted las extravagancias cometidas por Cristiana. Debe de estar loca de amor. Ha hecho salir á su madre de su antiguo castillo, aquella reliquia en la que vivía el alma de su padre y que éste habíale dejado como el hogar de la raza, cuyo fuego debía ella sostener. Son tan simbolistas esas personas... Pero ella se ha apresurado á dejar plantados á los antepasados y su hogar, en cuanto el viejo cerró el ojo, y se ha marchado á París, donde vive Gerardo. Allí se ocupa de los hijos de su cuñado, á quienes adora, lo que es una manera de adorar al padre. Va á hacer donación de Feuilleres al niño, con la cláusula esencial de que reclamará el título de conde; el chiquillo de Sebourg va á ser el jefe del título y de las armas. Si, después de esto, Gerardo no se casa con ella, se mostrará verdaderamente ingrato.

—No firmará la donación antes de casarse, ó sería muy imprudente, su heroína de usted, dijo descuidadamente Cesalpino. ¿Es bonita esa muchacha?

—Hasta cierto punto, respondió Francisca como de mala gana.

Antonio la miró profundamente. Sus facciones estaban contraídas de angustia; sus dientes apretados no hubieran podido dejar pasar un bocado, por lo que había abandonado el cuchillo y el tenedor.

—Si hubiera sabido que se iba usted á alterar de ese modo..., murmuró la viuda de Valtín.

La falsedad de aquel pesar dió al joven el estimulante necesario para reponerse y acabar el almuerzo casi naturalmente. Pero antes de terminar aquella conversación tan penosa, Antonio afirmó sus convicciones:

—La inexactitud de uno de los hechos que acaba usted de contar, señora, prueba la fe que se puede dar á los otros. Cristiana de Feuilleres dar la morada hereditaria de su familia y desprenderse del castillo... ¡Imposible! Tiene un culto demasiado ardiente por todo lo que respetaba y quería su padre. Si el conde legó á Cristiana aquel viejo nido, es porque sabía que es capaz, como él, de privarse de todo por sostener sus piedras. Vive en ella la fuerza del pasado y jamás hará una cosa que parezca una traición á su raza.

—El amor ha hecho otros milagros, dijo la viuda de Valtín con ironía.

Esta vez Antonio se calló. Una palabra más de aquel género y lo echaba todo á rodar, insultaba á Francisca y abofeteaba al belitre del príncipe. ¡Qué escándalo! ¡Y qué severa cuenta podría pedirle Cristiana!

Púsose, pues, á hablar de otra cosa con la calma convulsa de un extremado furor y la sonrisa de unas mandíbulas que quisieran morder. Por fin se levantaron de la mesa. Sus compañeros le ofrecieron tomar el café al aire libre, pero él rehusó.

—¿Dónde nos encontraremos?, preguntó Francisca.

—¿Para qué, señora?

—Está convenido que se viene usted con nosotros á Monte-Carlo.

Y añadió malignamente, irritada por la fisonomía glacial de Antonio:

—Si el proverbio es verdad, ganará usted hoy á la ruleta todo lo que quiera.

—No comprendo, dijo Antonio en un tono y con tan agresiva mirada á Cesalpino, que Francisca dejó de reir.

—Vamos, querido Le Bray, no esté usted de mal humor; había usted prometido acompañarnos.

—Habrá sido por distracción, señora, pues salgo hoy mismo para París. El rápido se detiene aquí á las tres y cuarenta, y apenas tengo tiempo de meter mis chismes en el baúl.

En los ojos fríos de la viuda de Valtín se encendió un relámpago de animación y casi de simpatía. La novela adivinada por ella, y de la que se burlaba hacía un momento, se agrandaba y tomaba un sesgo interesante. Francisca abrió la boca para hacer reflexiones mejor intencionadas, pero que no hubieran sido sin duda menos inoportunas y ofensivas; mas la cerró en seguida. Por segunda vez acababa de ver que los ojos de Le Bray pasaban de ella al príncipe con una expresión poco tranquilizadora. La mímica quería decir claramente que, si se le reducía al extremo, tendría con quien desahogarse.

Cambiáronse breves saludos, como entre personas que no cuentan con encontrarse á menudo en la vida, y Antonio se marchó.

XI

La condesa de Feuilleres y su hija se habían, en efecto, instalado en París. Sin embargo, cuando Antonio, después de haber escrito á Montauban para obtener su dirección, se presentó en su casa, creyó encontrarlas en algún asilo provinciano menos majestuosamente romántico, pero tan tranquilo y retirado como su castillo.

El coche de alquiler que le llevaba por lejanos barrios que nunca había visto, se detuvo en el extremo de una calle solitaria, la calle Boileau, en los parajes más rústicos de Anteuil. Una tapia vieja, una verja verdosa, un jardín descuidado como un terreno en venta, en el que los árboles mostraban su corteza todavía desnuda y ennegrecida por la humedad; una casa antigua, de aspecto bastante aristocrático. Sin duda una «locura» del penúltimo siglo, una habitación campestre donde se dieron fiestas galantes cuando Anteuil era un caserío, lugar de expediciones elegantes para la gente de la corte, los arrendadores generales y las muchachas de la Ópera. La decoración no había aún tenido tiempo para tomar el aspecto y el gusto de sus actuales habitantes. Por eso el visitante que penetraba en la casa sintió que se le oprimía el corazón. Una impresión muy diferente y no menos penosa vino á ensombrecerle más cuando, después de pasar la verja, que le abrió una doncella, vió correr hacia él á Roberta de Sebourg. La niña había crecido; toda su cara menuda y pálida parecía ocupada por los ojos, pero aquel aspecto enfermizo procedía, acaso, del capuchón de lana roja que le cubría la cabeza, ocultándole las orejas, el esbelto cuello y los obscuros rizos.

—Buenos días, Sr. Le Bray; la tía Cristiana se va á alegrar de ver á usted... Y también la abuelita, añadió por escrúpulo de conciencia.

Después de dar la mano á Antonio con su amabilidad altanera de princesita, arrojó su aro y echó á correr gritando:

—Voy á prevenirlas.

Al entrar en el vestíbulo, Antonio sintió menos frío en el alma; encontraba allí una atmósfera benévola, impregnada de una conocida dulzura. Allí estaban los muebles de Feuilleres, los maderajes, las cortinas; reconoció las lámparas de bronce, las banquetas del siglo quince, un cofre y un tapiz de la misma época.

Ciertas cosas parecían un poco desmesuradas para aquel estrecho marco; pero estaba todo tan ingeniosamente dispuesto, que se podía creer en una adaptación inmemorial de los amplios objetos á las pequeñas paredes.

Se le hizo entrar en una pieza que le produjo verdadera sensación; vió allí, tocando casi al techo, aunque se había sacrificado el remate, la chimenea de madera tallada que había admirado en el salón más íntimo de Feuilleres, y el mueblaje de aquel mismo salón, tapizado de cuero obscuro y oros pálidos. ¡No sospechaba Antonio la trágica conversación que recordaban aquellos muebles! En otro tiempo había él pasado horas deliciosas en el reposo que le ofrecían sus formas envolventes...

Se abrió una puerta y apareció Cristiana.

Antonio llevaba la intención de escudriñar aquella cara y obligarla á mostrar los pensamientos secretos bajo su mirada penetrante. Pero no vió más que su tristeza y su gracia. En vano trató de endurecer la llama de sus ojos, que se velaron de emoción.

Una alteración igual hacía temblar á la joven, la cual, después de haber tocado la mano de su amigo, tranquilizó como pudo su voz para decirle:

—Mi madre está arriba. ¿Quiere usted tomarse la molestia de subir á verla?

—Por favor, un minuto..., murmuró Antonio. Tengo que hablar con usted .., con usted sola.

Cristiana palideció.

—¿Es muy necesario?

—¡Y lo pregunta usted!.., dijo Antonio con agudo reproche.

Al ver que se callaba, conmovida por aquel grito

y desconfiando de su propia turbación, Antonio continuó:

—¿No es usted, Cristiana, quien me ha enseñado á poner por encima de todo la verdad?.. Para levantarme hasta las nobles exigencias de su alma de usted, he arriesgado el perder lo que me parecía el bien más precioso del mundo, que era la esperanza de su amor, y he tenido el valor de no simular una fe religiosa que me faltaba. ¿Recuerda usted cuando no quise entrar en la iglesia de Feuilleres porque no creía tener derecho á tomar una actitud que la hubiese engañado? ¿No recuerda usted?

—Sí.

—¿Comprende usted ahora qué valor necesité?

Cristiana sólo respondió con los ojos.

—Y en el parque, bajo los pinos... Aquella conversación que tuvimos... ¡Ah! Cristiana, cada palabra se grabó en el fondo de mi ser. ¡Qué tentación, Dios mío!.. Hubiese puesto mi corazón á sus pies y pude no plegar mi espíritu á una sumisión que hubiera sido una mentira y una ofensa, por tanto, á la divina sinceridad de usted. ¿Sabe usted lo que me costó entonces aquel esfuerzo? ¿Lo sabe usted?

—Lo sé, Antonio.

El joven siguió hablando tan profunda y solemnemente, que surgió una evocación augusta. El lecho fúnebre del conde de Feuilleres se apareció con el cuerpo rígido y la noble cabeza de ojos cerrados.

—Y después... después..., cuando me arrodillé y recé al lado de usted, estaba también dentro de la verdad de...

Cristiana le interrumpió para no oir el relato de una escena que no se atrevía á recordar. ¿No estaba castigada por él éxtasis que la había arrebatado á la cabecera de su muerto y por la inefable victoria que había cantado en una efusión de reconocimiento á aquel oído cerrado á los ruidos de la tierra? ¡Misterio de delicia y de espanto! ¿Por qué no había muerto ella también en aquel transporte? A pesar de todo, no podía creer que su corazón filial hubiera sido sacrílego.

—Antonio, sé todo eso como usted. ¿Dónde quiere usted ir á parar?

—A esto. He sido verídico con usted á toda costa, yo, que no soy más que un hijo de este siglo, y he merecido que lo sea usted conmigo. Me lo debe usted, diré más, se lo debe á sí misma, á su nombre, á su raza, á toda esa fuerza del pasado que levantaba enfrente de mi incertidumbre. Me ha conquistado usted para su ideal. ¿Quiere ahora hacerme blasfemar de él?

—¡Ah!, exclamó desesperadamente Cristiana. He aquí el suplicio, que es justo. ¡Cuál ha sido mi orgullo!.. No hay ninguna criatura humana que pueda creerse por encima de las demás. Las que se jactan de poseer la luz están tan cerca de la caída como las que titubean en las tinieblas. No lo sabía.

Antonio escuchó ávidamente esas palabras, tratando de seguir sus menores inflexiones. Un momento creyó comprender... ¿Pero cómo poner en claro lo que percibía?.. No podía establecer claramente las circunstancias hasta estar seguro de los sentimientos. Volvió, pues, á su invocación de un momento antes:

—Cristiana, conjuro á usted á que me diga la verdad...

—He dicho á usted la única que le importa: he renunciado al matrimonio. No me pida usted otra cosa, Antonio; sea generoso como lo fué cuando nuestro último adiós en Feuilleres. Entonces se marchó usted prometiéndome no hablar más de estas cosas; bajo la fe de esa promesa he venido á usted en este instante.

—No conocía, dijo Antonio con expresión sombría, la extensión de mi sacrificio.

Ambos se miraron, no sólo á los ojos, sino con toda la ardiente luz de sus almas. Uno y otra habían permanecido en pie. De vez en cuando, la molestia de sus sentimientos desnudados ó la agitación en que se encontraban, hacíales volverse y andar al azar por la habitación, cogiendo los objetos que sus dedos trémulos abandonaban en seguida. Pero siempre volvían á ponerse frente á frente y á cambiar miradas al lado de las cuales la intensidad de sus palabras no era más que un rumor sordo é inexpresivo, como una vibración de alas invisibles en el ardor de un jardín en verano.

—Escuche usted, Cristiana, dijo de repente Antonio. Hay una pregunta que quiero y que debo hacer á usted. Y va usted á responderme, porque su silencio mismo sería una respuesta.

Se calló un momento y dijo después:

—¿Obra usted libremente?

—Completamente, dijo ella con energía.

—¿Nadie ha dictado á usted su conducta, ni le ha obligado á venir á París, ni ha ejercido presión para... (Una vacilación.)

—¿Para qué?

Antonio se mordió los labios.

—Para nada... Más adelante...

—¿Y quién, preguntó Cristiana con altivez, había de poder darme órdenes?

—No se trata de órdenes. Se puede obligar de muchos modos. Pueden amenazar á usted.

Cristiana protestó con un ademán.

—No á usted misma, sino á alguien á quien usted quiera. (Antonio la miraba profundamente.)

La joven palideció y sus ojos se cruzaron de nuevo.

—No es eso, afirmó.

—¿Me lo jura usted?

—Se lo juro.

—¿Ha dejado usted de buen grado el castillo de Feuilleres?

—Por mi sola voluntad.

—¿Cuando volverá usted á él?

—¡Jamás!

La cara de Antonio se cubrió de una expresión de terror. Sus pupilas, que en la alegría brillaban como el oro, se ensombrecieron hasta parecer negras. Su tez tomó el color de la ceniza.

—¿No volverá usted nunca á Feuilleres?

Cristiana dijo lentamente que no con la cabeza.

Antonio la miró con una aspereza que le puso desconocido y que llenó á Cristiana de angustia. El joven esperó un instante y preguntó:

—¿Me permite usted cuidar del entretenimiento del castillo? Su padre de usted hubiera tenido confianza en mí para tal misión.

—Ese era mi deseo, respondió Cristiana; con usted se hubiera conservado la belleza de nuestra antigua morada; pero no tengo derecho para pensar en eso, porque, dentro de poco tiempo, Feuilleres no será mío.

—¡No!.. No es posible... Me lo han dicho y no lo he creído. He afirmado que preferiría usted morir antes que separarse de Feuilleres... ¿Es posible, Cristiana?.. Parece que estoy soñando... Y es menos posible todavía que haga usted donación del castillo al hijo de Sebourg...

—Sí, el castillo, con el nombre, pasará á mi sobrino Francisco. Después de todo, es el último heredero varón, puesto que yo no me casaré.

—¿No se casará usted?

—No.

—No es eso lo que se asegura ni lo que sus extrañas determinaciones hacen creer.

—¡Cómo! Lo que se asegura... ¿Quién se ocupa de mí? No veo á nadie y pocas personas saben mi existencia...

—¿Cree usted que la calumnia necesita conocer á aquellos á quienes ensucia? Hay millares de personas á las que usted nunca ha visto y que no podrían designar á usted entre la multitud, que interpretan su conducta, la vituperan y la condenan. Ignoran los rasgos de su fisonomía, pero describen sus más secretos sentimientos. Así es. Usted, personalmente, es para la crónica mundana una presa más refinada que otra cualquiera. Lleva usted un nombre brillante, ilustrado por su padre, y es la cuñada de un hombre muy conocido, aunque por otras razones. Pero el *sport* da también hoy la gloria. Además, desgracias muy notorias han despertado respecto de su familia de usted una curiosidad que no se calma.

—¡Con qué amargura dice usted todo eso!.. ¡Pobre Antonio! Alguien le ha hecho á usted daño por causa mía. ¿Qué han podido contar á usted?

Nada más que lo que usted misma acaba de confirmar. ¡Da usted Feuilleres al hijo de Sebourg!

Antonio pronunció este nombre con tan rechinante ironía, que Cristiana se estremeció y retrocedió poniéndose lívida.

—Pero, balbució, torturada por la mirada con que él la hería y la imploraba al mismo tiempo, ¿qué tenía usted en la mente?.. ¿Qué decía hace un instante?.. ¿No se trataba de un supuesto... matrimonio?

—Sí.

—¿Del mío?

—Sí.

—¿Con quién?

—Con el padre de ese niño por el que desgarra usted la última voluntad del conde de Feuilleres.

—¡Oh!

Aquel grito de indignación, de repugnancia y de rebelión, fué más suave que una música para el oído de Le Bray.

—¡Y ha creído usted eso, Antonio!..

—No, no lo he creído; quisiera al menos no creerlo. Pero he sufrido mucho y sigo sufriendo, porque, en fin, la prueba que se me ha dado, esa circunstancia que une los dos nombres de ustedes es cierta sin embargo. ¡Ah! ¿Por qué escrúpulo, bajo el imperio de qué sentimiento se desprende usted de Feuilleres?

¿Cuántas veces iba Antonio á repetir esta pregunta desesperada? Su diálogo no era ya la conversación mesurada de hacía un momento, en la que los dos se esforzaban por no remover el fondo de sus almas, esas cisternas llenas de sollozos, de deseos, de súplicas y hasta de injurias, donde se asfixiaba su amor. Este sentimiento se escapó ya en ecos exquisitos y horribles.

Hubo un momento en que Antonio exhaló toda su ternura apasionada con dulzura sumisa y, por esto mismo, más conmovedora. En otro, acusó á Cristiana de haberle burlado. En fin, usando de un recurso que repugnaba á su delicadeza, trató de forzar la confianza de la joven con alusiones de tan aventurada gravedad que á él mismo le espantaron:

—Si me dijera usted solamente que el cambio ocurrido tiene una causa extraña á su voluntad, acaso podría yo reducir esa causa á la nada.

—¿Cómo?, dijo Cristiana abriendo sus hermosos ojos, cansados de martirizarse cruelmente y de haber defendido su secreto.

—Porque eso estaría de acuerdo con una misión que me fué confiada.

—¿Qué misión? ¿Por quién?

—Recuerde usted que su hermana me habló antes de morir.

—¡Dios mío!, suspiró Cristiana.

—Lo que ocurre, continuó lentamente Le Bray sin mirar á la joven, me fué casi predicho por la infortunada Antonieta. Ya sabe usted que su hermana había adivinado mis sentimientos. En aquella noche me puso en guardia... contra... un peligro que podía usted correr y del que ella no podía advertirla...

El joven buscaba las palabras, y bien porque dijese demasiado ó porque no quisiese decirlo todo, componía laboriosamente las frases, en las que había algo disimulado é incierto que perjudicaba al efecto que podían producir. Ese efecto, sin embargo, era grande, pues Cristiana, petrificada, repetía anhelosamente:

—¿Un peligro?..

—Sí... Y, según ella, podía depender de Gerardo.

—De su marido... ¿Le acusaba?..

—No le acusaba de nada; temía, al desaparecer, dejar á usted expuesta á su odio.

—El Sr. de Sebourg no me odia, dijo Cristiana.

El tono de la joven fué tan altivo y tan frío, que Antonio creyó ver en él cierta jactancia. ¡Cómo se engañaba! La desgraciada niña no pensaba en aquel momento ni en ella ni en él; pensaba en su madre. El terror de que, por intuición ó de otro modo, supiese Antonio el secreto cuyo peso agobiaba ahora su existencia, helábale el alma. Cuando el joven le recordó la suprema confidencia de Antonieta, aquel terror crispó á Cristiana hasta suspender en ella todos los demás sentimientos, incluso el del amor. ¿Había tenido su hermana, á la hora de la muerte, el presentimiento de que podía nacer una catástrofe del hecho de que el violento Gerardo conociese la temible verdad? ¿Había invocado el apoyo de un amigo seguro, que sabía era adicto á Cristiana hasta el sacrificio? ¿O había previsto que esa verdad llegaría á ser para su hermana una barrera moral que la separaría del único ser del que podía venirle la dicha, pues, al saberla por Gerardo, no quería ni revelarla ni callarla á un marido y, por consecuencia no se casaría?.. En una y en otra hipótesis, Antonieta había hablado... Y Antonio sabía...

Aquella posibilidad aterró á Cristiana. Era la desgracia suprema, cuya idea no podía soportar; para conjurarla, sacrificaba su vida y retorcía su corazón. Antes causar la desesperación del hombre á quien amaba y condenarse á sí misma á pesares sin fin, que revelar una mancha de su raza, humillar á sus padres, divulgar su debilidad y hacer saber la mentira social que había sido su consecuencia. Sí, la mentira de los suyos, la mentira de su propio nacimiento... ¿Y á quién?.. A aquel á quien había hecho arrodillarse á la cabecera de su padre muerto, á quien había obligado á reconocer la esencia divina de su fe hereditaria, la superioridad de su ideal tradicional, y sobre todo, aquel fervor de verdad que ella mostraba en el acuerdo de la vida con los principios que sus ojos entusiastas habían considerado tanto tiempo como exclusivos de su casta.

Un exceso de escrúpulo, un exagerado orgullo, un sentimiento exaltado de lo que debía al honor de los suyos, y el miedo intolerable de desmerecer con ellos en la opinión de Antonio, prestaba á aquella altanera joven una voluntad heroica de martirio.

Pero había más. La más sencilla delicadeza, aun sin aquel intransigente orgullo, le prohibía decir á aquel hombre: «Me ha amado usted cuando era yo sin discusión Cristiana de Feuilleres, y le dí á entender entonces que le concedería mi mano. ¿Aceptará usted todavía casarse con la que, por los celos exasperados de otro, puede perder sus bienes y hasta su nombre?»

(Continuará)

EL LORD-MAIRE DE LONDRES EN PARÍS

Correspondiendo á la invitación del Ayuntamiento parisiense, deseoso de estrechar con nuevos lazos la *entente cordiale* anglo-francesa, el Lord-maire de la



París. – Visita del Lord-maire de Londres. – Las carrozas del Lord-maire y de su séquito en el patio del palacio del Elíseo. (De fotografía de M. Rol y C.ª)

ciudad de Londres sir Walter Vaughan Morgan, cuya magistratura terminará el día último del próximo noviembre, ha visitado París, permaneciendo en ella seis días, desde el 13 al 18 de los corrientes.

Durante su estancia en aquella capital, el huésped ilustre ha sido recibido en el Elíseo por el presidente de la República, ha comido en el Ministerio de Negocios Extranjeros, ha visitado monumentos y edificios públicos y recibido multitud de obsequios, presentándose en todas partes con todo el prestigioso aparato inherente al elevadísimo cargo que desempeña.

Donde más brillante se manifestó esa pompa fué en la recepción celebrada el día 15 en el Hotel de Ville. Desde el Grand Hotel hasta el palacio municipal la población parisiense vió desplegarse ante sus ojos un cortejo análogo, si no idéntico, al de la ceremonia que se efectúa en Londres el día en que el Lord-maire hace su entrada oficial en la Cité: el *city-marshall,* vestido de encarnado, á la cabeza de la comitiva; sir Walter Vaughan, con su magnífico uniforme y su bicornio con plumas; el macero, los dos sherifs y la servidumbre con sus lujosas libreas y sus blancas pelucas.

Una de las cosas que más llamaron la atención fueron los soberbios carruajes de gala, arrastrados por hermosos caballos y conducidos por cocheros y lacayos ataviados lujosamente.—R.

El Lord-maire saliendo del Hotel de Ville. (De fotografía de M. Rol y C.ª)



París. – El salón del Hotel de Ville dispuesto para el banquete celebrado en honor del Lord-maire de Londres. (De fotografía de M. Rol y C.ª)

LAS REFORMAS EN CHINA

De algún tiempo á esta parte, háblase con insistencia del deseo de la emperatriz de China de dotar á su país de una constitución, y el envío de varias comisiones al extranjero atestigua cuando menos el propósito de realizar algunas mejoras en el interior del Celeste Imperio.

Los estudiantes chinos residentes en Paris han dirigido á esos comisionados una petición rogándoles que recomienden la adopción de grandes reformas en la administración general del imperio. Los puntos principales de esa petición son los siguientes:

1.° Es preciso trabajar para fortalecer el sentimiento de lealtad al emperador y el sentimiento patriótico y para fomentar la unión entre el pueblo.

2.° Se constituirá una asamblea legislativa.

3.° Se fomentarán la educación y la multiplicación de periódicos y se autorizarán los discursos públicos.

4.° Se reforzarán las defensas nacionales y se aumentarán las facilidades de comunicación.

5.° Se reformará la administración financiera.

6.° Se fomentarán la construcción y otras empresas de utilidad pública y la explotación de las minas.

7.° Se prohibirán la costumbre de oprimir los pies, el concubinato y el matrimonio prematuro.

Por lo que hace á los comisionados enviados al extranjero, parece que han encomiado mucho las instituciones francesas en la memoria que han redactado después de su gran viaje. El duque Tsai-Tze y sus dos colegas recomiendan en alto grado el sistema de administración francesa, como el que mejor puede adaptarse al gobierno chino, y dicen que á su llegada á París, procedentes de Londres, estudiaron todas las ramas de la administración política francesa, que difiere algo de los sistemas de Alemania, de Inglaterra y de algunos otros Estados europeos. Aunque en Francia la forma de gobierno es la República, los plenos poderes están aún en manos de un gobierno central como en un Estado monárquico, y la mayor parte de las leyes judiciales y de las instituciones establecidas por Napoleón están vigentes todavía. Comparando Francia con Inglaterra, se encuentra una diferencia entre ambas: el gobierno central de París es más poderoso que el de Londres.

Y luego añaden: aunque Francia fué derrotada en 1870 por Alemania, gracias al alto patriotismo de su pueblo y á su política bien dirigida, poco tiempo después había recobrado su puesto de gran potencia; la industria y la educación siguen en ella las mismas vías que en Alemania, en Inglaterra y en otras naciones importantes.

El emperador ha sometido la memoria de los comisionados al estudio de elevados personajes del imperio, y mientras éstos dictaminan, el soberano ha publicado un edicto en que promete el «gobierno constitucional para el momento en que el país esté preparado para ello.»

Conviene, sin embargo, hacer constar que entre los extranjeros comienza á observarse un sentimiento muy visible de pesimismo en lo que concierne á la eficacia y al orden del movimiento reformista chino. Indudablemente hay que tener en cuenta que el movimiento reformista, que tiene por base el deseo expresado en la fórmula «la China para los chinos,» es naturalmente antipático á muchos extranjeros que por él se ven excluídos de la futura explotación de China. La opinión inglesa, que hace poco aceptaba todavía con entusiasmo toda idea de progreso chino, ve ahora con peores ojos el movimiento reformista, desde que el espíritu de éste se manifestó en el edicto de 9 de mayo, subordinando á sir Roberto Hart y al cuerpo extranjero de las aduanas imperiales marítimas á elevados funcionarios chinos, y desde que se manifiesta en China una evidente tendencia, no sólo á no otorgar nuevas concesiones de ferrocarriles á los extranjeros, sino aun á rescatar y hasta á recobrar sin grandes escrúpulos las que ya están otorgadas. El descontento engendrado por esas causas puede ex

plicar en parte el pesimismo de los observadores extranjeros.

Mas sea de todo esto lo que fuere, reina una incertidumbre absoluta en lo tocante al porvenir del movimiento reformista chino, y no se sabe si el movimiento actual parará en un progreso ó en la destrucción, sin compensación inmediata, de las antiguas fórmulas de la vida china; es decir, que se teme una anarquía que amenazaría á los europeos con un peligro más brutal que la exclusión de que en la actualidad son objeto por parte de la política xenófoba, hoy más en predicamento que nunca después de las últimas victorias japonesas.

LOS TERREMOTOS Y LA TERAPÉUTICA

Después de la catástrofe de San Francisco, los médicos observaron cierto número de casos en los cuales parecía resultar que las consecuencias de aquélla no habían sido desastrosas para todo el mundo. Algunos de sus enfermos recobraron repentinamente la salud por efecto de la emoción que experimentaron, y se cita especialmente una persona que estaba paralítica desde hacía quince años y que, en pocos minutos, recobró el uso de sus miembros. Evidentemente se trataba en ese caso de una parálisis neuropática ó histérica. En cambio, una joven quedóse afónica á consecuencia de los sacudimientos sísmicos, pero la curó una segunda emoción, la que sintió al ver á su madre, á quien creía muerta.

Durante la guerra ruso japonesa, varios extranjeros dieron un banquete en una ciudad del Japón y casi todos se emborracharon; de pronto se produjo un temblor de tierra que disipó su borrachera.

Los casos de este género son bastante frecuentes: cítase, entre otros, el de un individuo que, durante un viaje, fué acometido de una fiebre reumática; prefiriendo estar enfermo en su casa á estarlo en una población extranjera, tomó el tren para regresar á su domicilio, á pesar de que se hallaba en plena crisis de la enfermedad. Hubo un choque de trenes y el enfermo sanó inmediatamente.

Lo cual quiere decir que hasta las catástrofes tienen á veces algo bueno.—X.

FUENTE MONUMENTAL ERIGIDA EN VIENA

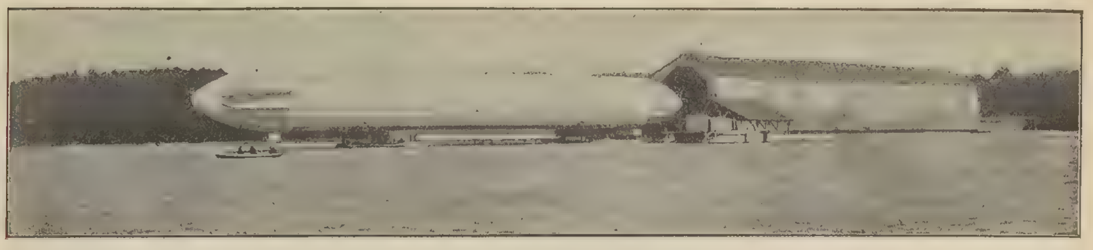
Á LA MEMORIA DEL ARCHIDUQUE CARLOS LUIS

El día 8 de los corrientes inauguróse en Viena ese hermoso monumento que los vieneses dedican á la memoria del archiduque Carlos Luis, hermano del emperador Francisco José fallecido en 1896. Es grandioso y elegante en su conjunto, y las esculturas que lo adornan están admirablemente modeladas y son otras tantas obras dignas de la fama de su autor, el notable artista austriaco Edmundo Hoffmann. Las dos estatuas especialmente que, situadas junto á la columna, contemplan el busto del archiduque en actitud de señalarlo á la posteridad, son de una belleza extraordinaria.

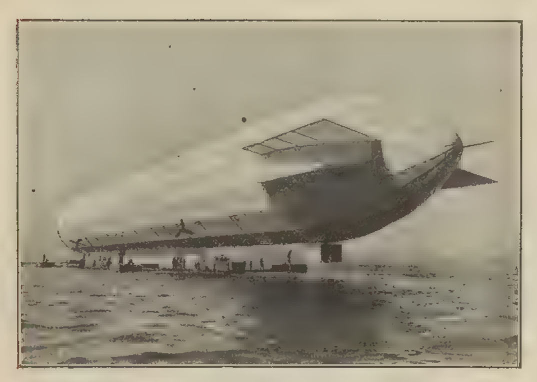
El acto inaugural revistió gran solemnidad y durante el mismo se colocaron al pie de la fuente numerosas coronas.



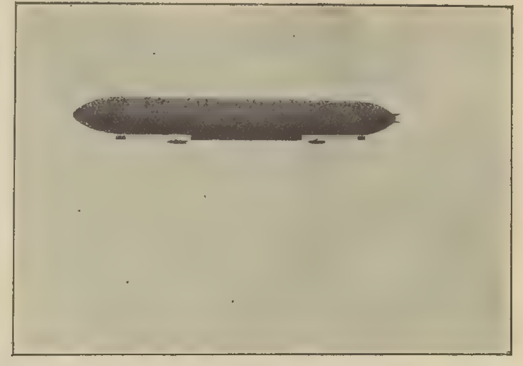
VIENA.—FUENTE ERIGIDA Á LA MEMORIA DEL ARCHIDUQUE CARLOS LUIS, HERMANO DEL EMPERADOR FRANCISCO JOSÉ. Obra de Edmundo Hoffmann. (De fotografía de Hutin, Trampus y C.ª)



El aeróstato saliendo del cobertizo de Manzell, junto al lago de Constanza



El aeróstato en el momento de elevarse en el aire



El aeróstato maniobrando en el aire

Ensayos del nuevo aeróstato del conde de Zeppelin, efectuados con excelente éxito en los días 9 y 10 de los corrientes en el lago de Constanza. (De fotografías.)

Después de muchos años de incesantes trabajos, de alguno de los cuales hemos dado oportunamente cuenta en La Ilustración Artística, que suponen un gasto de millón y medio de marcos y que han ocasionado no pocas decepciones al conocido aeronauta alemán conde de Zeppelin, ha conseguido éste un gran triunfo, que significa la solución del problema de la dirección de los globos.

A las diez de la mañana del día 9 de los corrientes, fué sacado el aeróstato del cobertizo construído en Manzell, junto al lago de Constanza, y remolcado por un vaporcito á 300 metros lago adentro. A la una pusiéronse en movimiento los motores, y poco después el globo se elevaba en los aires, dirigiéndose á Krenzlingen, evolucionando sobre el agua y remontándose luego hasta la altura de Arbón. Desde allí los aeronautas enderezaron la proa á Frierichshafen y se dirigieron al castillo desde donde los reyes de Wurtenberg presenciaban el experimento; y al llegar delante de aquella residencia, el globo dió una vuelta entera sobre él mismo y regresó á Manzell, descendiendo á las tres de la tarde con toda felicidad.

Al día siguiente repitióse la prueba maniobrando el globo en los aires durante cuatro horas, con el mismo excelente resultado.

Imp. de Montaner y Simón



AÑO XXV — BARCELONA 5 DE NOVIEMBRE DE 1906 — NÚM. 1.297

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

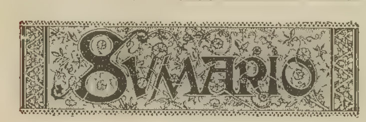
LA VIRGEN, SAN FRANCISCO Y SAN JUAN EVANGELISTA,
cuadro de Andrea del Sarto que se conserva en la Galería de los Uffizi, de Florencia.

ADVERTENCIA

Con el presente número repartimos á nuestros suscriptores el cuarto tomo de la presente serie de la Biblioteca Universal Ilustrada, titulado

POETAS FRANCESES DEL SIGLO XIX,

selecta y completísima antología ordenada por don Teodoro Llorente, y por este esclarecido vate fidelísimamente vertida al castellano en sonoros versos y cadenciosas estrofas. Lamartine, Hugo, Sully-Prudhomme, Musset, Gauthier, Vigny, Baudelaire, Lecomte de Lisle, y otros cuarenta poetas eminentes del Parnaso francés del siglo pasado, tienen su adecuado lugar en este libro, hecho con un cariño y con un atildamiento de forma nada comunes en esta clase de obras, pero que son la característica del ilustre literato valenciano ya mentado. Contribuyen á realzar esta edición primorosas orlas alegóricas, debidas al lápiz de Nicanor Vázquez.



LA VIDA CONTEMPORÁNEA

El anuncio, en la prensa, de haberse presentado algunos casos de lepra en una aldea del país gallego, ha sido suficiente para infundir alarma y dar al suceso las proporciones de calamidad nacional. Como si no supiésemos de toda la vida que la lepra (en reducida proporción, es cierto) persiste endémica en muchos puntos del litoral, y no sólo del Cantábrico, sino del Mediterráneo. En Valencia he tenido ocasión de ver mendigos leprosos; y en el famoso balneario de la Toja constantemente hay alguno, sea ó no mendigo, que anda en medio de los demás bañistas, y naturalmente se baña en las pilas donde se bañan todos, sin que nadie se asuste excesivamente, y sin que se dé cuenta tampoco nadie de que siendo la lepra un mal incurable (en el estado actual de la ciencia) y contagioso y espantoso, no tiene finalidad recibir á los leprosos en los balnearios.

***

He dicho «en el estado actual de la ciencia» porque, á tientas y luchando con las fatalidades de la naturaleza y las imperfecciones realmente infinitas de nuestra pobre máquina, los científicos persiguen el ideal de la curación de esas enfermedades cuyo solo nombre estremece: cáncer, hidrofobia, lepra, tuberculosis. ¿Conseguirán algo? Aunque hasta el día los resultados sean mínimos, en comparación con el fin que se persigue, no son nulos, y cabe suponer que se ha encontrado el hilo tras del cual vendrá la madeja entera. Lo más seguro, el método ya puesto en práctica con bastante fortuna, es el del virus antirrábico que se inocula á la gente mordida por perros ó lobos rabiosos. No es infalible, por desgracia, el procedimiento; de los enviados á Institutos antirrábicos, no todos sanan; esa afección conserva su misterio, su rebeldía, su caprichoso fatalismo; pero el número de curaciones es suficiente para que nos postremos ante la ciencia que obra prodigios, y ante la paciencia, que prepara los caminos de la ciencia. Respecto al cáncer, parece que van hacia la solución los ilustres médicos dedicados á buscarla: incesantemente hablan las Revistas especiales y luego los diarios de tentativas más ó menos afortunadas, entre las cuales, por ahora, se destacan la de las aplicaciones del *radium* y la de los rayos X. ¿Será verdad que un día la humanidad quede libre de tan horrenda afección? Porque el sufrimiento del cáncer es una de las formas más crueles de la degradación física, que precede al no ser. Objeto de repulsión el canceroso, ve un día y otro día cómo le roe los tejidos el mal, y su esperanza única—mientras no se descubra el anunciado remedio—estriba en el frío brillo del bisturí... Esperanza más dolorosa tal vez que el propio padecimiento; esperanza que eriza el pelo de terror. Venga enhorabuena el fin de nuestra jornada, pero venga sin suplicios lentos. Redímanos la ciencia médica de esas antesalas del sepulcro, como redimió la ciencia penal á los criminales del tormento y del calabozo obscuro y sin aire. Si se obtiene la curación del cáncer, no hay estatua de oro—como diz que se la erigieron los griegos á Esculapio—que baste para conmemorar al autor de tal beneficio.

***

En cuanto á la tuberculosis, es indudable que habiendo desaparecido, merced á la higiene y la desinfección, las grandes pestes que se propagaron en la Edad Media, la bubónica y el cólera morbo, actualmente el azote de la humanidad es la tuberculosis. No advertimos sus estragos, por lo mismo que no tenemos la sensación del aire que nos rodea, por lo mismo que las cosas demasiado familiares llegan á no impresionar nuestros sentidos; y además, de la tuberculosis nos creemos libres muchos que hemos pasado de la edad peligrosa, ó no tenemos antecedentes de familia que nos alarmen, ó fiamos en los efectos preventivos de la nutrición para que ese enemigo no entre en nuestra casa. No asusta la endemia como asusta la epidemia. Y sin embargo—los médicos no cesan de repetirlo en todos los tonos, en divulgarlo por todos los conductos que pueden—la tuberculosis hace más víctimas que epidemia alguna; siega el trigo que aún no maduró, se lleva á la gente joven, abona con carne fresca las ortigas de los cementerios... La generación que la tuberculosis arrebata es la que había de florecer en el trabajo, en el arte, en las mil empresas reservadas á la juventud. Y no es lo peor que la arrebate, sino que no la arrebate antes de la edad en que el hombre es apto para reproducir su especie. Los tuberculosos jóvenes dejan preparada otra cosecha de tuberculosos. Sobre si es hereditario el mal, hay discusiones acaloradas y opiniones contradictorias; pero yo, sin suficiencia alguna, desde mi puesto de observadora, declaro que todo es hereditario en este mundo, y cometen el mayor de los errores las escuelas económicas que pretenden suprimir la herencia, ley ineludible del género humano. Si alguna vez esta ley parece desmentirse, es que se confirma: el ser á quien no se transmitieron los rasgos y caracteres de su padre, reproducirá los maternos, ó los ancestrales, y esto es seguro, aunque no podamos comprobarlo siempre.

***

Las dinastías reales, en este particular, nos presentan un campo de observación admirable. La historia conserva los hechos, el arte inmortaliza los rostros de las familias reales, y en la que mejor conocemos, la de Borbón, llega á ser maravillosa la persistencia, al través de generaciones y generaciones, del tipo, ó por mejor decir, de los varios tipos predominantes. El retrato del Cardenal Infante, obra de Goya, que este año ha venido á enriquecer el Museo del Prado en Madrid, sorprende por la semejanza con el rey Alfonso XIII. No menos se le parecen algunos retratos de Austrias, por Velázquez, de los Felipes y de Carlos II. Otro cardenal, en la sala capitular de la catedral de Toledo, diríase que es hermano del rey y á la vez de su tía, la infanta Eulalia.

***

A pesar de que he escrito una novela sobre el debatido y curiosísimo asunto Naundorff, no me atrevo á lanzar la afirmación explícita de que este relojero fuese el propio Luis XVII, evadido de la prisión del Temple y renegado por su familia que le proscribió y le dejó morir expatriado y pobre; pero un argumento, tal vez el más impresionante, si no el más poderoso, en favor de la causa naundorfista, es la continuidad del tipo borbónico, no sólo en él, sino en sus hijos y nietos. Tan marcada fué, que sus propios adversarios, no pudiendo negar este hecho que saltaba á la vista, le acusaron de «explotar una fortuita semejanza.» Entre la progenie de Naundorff existen todos los tipos principales de la prosapia de Borbón y de los Austrias con ellos enlazados: la hija mayor de Naundorff, Amelia, reproduce el semblante y el escote y garganta de María Antonieta; otra hija—no recuerdo ahora su nombre—se asemeja á Luis XIV de un modo singular. Puede ser casualidad; es para mí evidente que los ejemplares fisonómicos humanos se reducen, en su origen, á varios tipos principales, de los cuales se deriva la infinita variedad morfológica de las caras, ninguna exactamente igual á otra. En el caso de Naundorff, no obstante, constituye un vehemente indicio la perseverancia del tipo Borbón-Austria-Lorena, y, en la misma persona del Pretendiente, del carácter y aficiones de Luis XVI.

***

Sobre tal asunto he de insistir, considerando que encierra, no sólo una novela ultradramática, sino un enigma no esclarecido, y más bien obscurecido deliberadamente por historiadores y políticos. Que Naundorff fuese ó no Luis XVII, convenía suprimirle para los fines de alta política que concurrieron á la Restauración de los Borbones en Francia. Dadas las circunstancias de su evasión, siempre sería dudosa, romántica y discutida la persona del niño mártir, ya convertido en hombre y probado por los azares de la existencia. El rey de derecho divino tiene que ser algo auténtico é indiscutible—y por eso, políticamente hablando, prescindiendo de la justicia,—Luis XVIII convenía más que el redivivo Luis XVII. No tiene entrañas la mecánica de gobernar á los hombres. Mirado así el extraño misterio de Naundorff, se comprende mejor la apretada red cuyos hilos le envolvieron, estorbándole hablar con la duquesa de Angulema, reiterando los atentados contra su vida, organizando la persecución de que parece ser víctima constante el más desdichado relojero, y que no se explicaría á no suponer que le consideraban peligroso.

***

La causa de Naundorff, es decir, de sus descendientes, tiene en Francia, aun hoy, y mejor diría que hoy especialmente, numerosos y decididos partidarios. Cuando empezaba á reclamar Naundorff el derecho, no á la corona, sino al nombre y rango que suponía pertenecerle, el gobierno y la policía hicieron aparecer numerosos falsos delfines, diesiséis ó veinte, de todas las condiciones sociales, hasta las más bajas, y que en nada se asemejaban ni á Luis XVI ni á su familia. De estos falsos delfines ninguno conserva parciales ni defensores, excepto un cierto Richemont, á mi parecer tan apócrifo como los demás, pero que todavía encuentra quien escriba libros abogando por él. Son, sin embargo, muy contados los mantenedores de la hipótesis Richemont, y los de Naundorff aumentan cada día. Existen y se sostienen, desde años hace, revistas que consagran todo su texto á elucidar esta cuestión histórica; personas serias y de reputación—citaré á Julio Favre—se han puesto de parte del relojero decididamente; aparecen á cada momento testimonios, no diré que concluyentes, pero muy dignos de tomarse en cuenta; y yo, que ningún interés especial tengo en alterar la verdad histórica, que contemplo desde lejos esta discusión apasionante, declaro que Naundorff no se parece en nada á un impostor, y que los datos ya reunidos en favor suyo constituyen imponente masa, que los historiadores serios no deben desdeñar, y en efecto no desdeñan. En la correspondencia de Naundorff—dos gruesos volúmenes que acabo de recibir—lo que más resalta es la absoluta buena fe con que se creía Luis XVII. Por eso repito que no causa la impresión de un impostor, y que, cuanto más leo y estudio el caso, más se apodera de mí el convencimiento de que la evasión pudo verificarse. Es inverosímil, es estupendo..., conformes. Mi espíritu lucha aún con la realidad de ese folletín. Mi sentido de la historia me dice, al mismo tiempo, que el período revolucionario es la época de los melodramas, las tragedias y las bufonadas incomprensibles en otros momentos menos anormales. La evasión del niño en un ataúd es pura novela por entregas... ¡Corriente! ¿Acaso la novela por entregas no tiene también su dosis de vida?

Emilia Pardo Bazán.



La vaga alegría que aquellas páginas atesoran abre las puertas al joven...

LA VIDA QUE SE ALEJA

Las vereditas del jardín, un tiempo limpias, enarenadas y lucientes, desaparecen invadidas por los hierbajos; los rosales, tristes y raquíticos, fenecen en prisiones de enredaderas; algunas flores pálidas destácanse desfallecientes entre las amarillas de los jaramagos... Fuera un jardín, un hermosísimo jardín, del que huyeron todos los rumores, todas las alegrías y todos los perfumes. Entre las hojas amarillentas de los árboles no gorjean los pájaros, y las ramas, escuálidas y retorcidas como brazos desesperados y amenazadores que se elevasen al cielo, parecen clamar contra aquel abandono. Fué huerta frondosa aquel herbazal salvaje coronado de flores funerarias, y ancho camino, que conducía desde la verja hasta la casa, la veredita estrecha y húmeda por donde penetran en la triste morada las cosas indispensables para conservar vidas lánguidas que retardaron su llegada al sepulcro. Desmorónase la alegre quinta de días más felices; se agrietan las paredes, por las que al declinar la tarde corren las salamanquesas, y las puertas y ventanas, herméticamente cerradas, tienen algo de luctuoso y tétrico.

Por los largos corredores no se nota una señal de vida; en las habitaciones solitarias las polillas celebran su festín; en el gran salón, un piano abierto espera en vano á que alguien despierte las armonías que duermen en su seno: aquel teclado, en el abandono del salón, trae á la memoria las sonrisas amargas de los viejos que esperan, desencantados y solos, el fin de sus días.

Los ancianos marqueses están allí en aquel gabinete que han convertido en comedor; es la habitación más abrigada de la casa, pero la chimenea permanece encendida desde mediados de septiembre á primeros de junio. Los muebles son viejos, como los amos; desvencijados, los butacones gimen dolorosamente á la presión de los cuerpos: dijérase que se lamentan de que se les haga servir tanto tiempo. La señora gruñe constantemente y el marqués se queja. No puede permanecer una puerta abierta ni una persiana descorrida; los amplios cortinones, descoloridos, caen pesadamente formando pliegues de severa majestad. Dos criadas, antiguas como los muebles y los cuadros que adornan los testeros, acostumbradas al inacabable regañar de la marquesa y á las quejumbres del señor, prestan silenciosamente sus servicios, deslizándose como espectros por las alfombras.

En medio de aquel cuadro desolado, destácase una bellísima figura, desolada también. Es un ángel que languidece como las rosas del jardín entre las enredaderas y los jaramagos; una niña de dieciocho años que muere de melancolía como las plantas alejadas del sol; la hija de la vieja rezongona y del viejo quejumbroso, enemigos del aire que los acatarra y de la luz que los ciega. Pasara la vida entre aquellas cuatro paredes muriendo entre mil extremosos cuidados. Vino al mundo á destiempo. Sin duda la engendraron en una hora de fastidio, y como ya nadie la deseaba, en vez de llenar aquellos corazones de alegría, les hizo vivir en insoportable sobresalto.

La criaron con huraño cariño. De niña no le fué dado correr nunca, porque los viejos temían que pudiera caerse ó enfermar; no pudo entregarse á los cantos y charloteos infantiles porque á los marqueses les dolía la cabeza. Ni podía comer mucho ni beber á deshora; tuvo que llevar una vida reglamentada y seria. A los ocho años era una mujercita formal y melancólica, que rezaba el rosario por la noche después de cenar con devoción profunda: reunidos en el gabinete, los padres y las criadas la acompañaban en el rezo. A los diez, leía en el *Año Cristiano* la vida de los santos. Los marqueses la enseñaron á leer y á escribir para que no fuese á los colegios: estaban arruinados, tenían mucho orgullo y se habían alejado de todo trato social.

Rara vez, en los esplendorosos días primaverales, había logrado salir al jardín. Vivía como los pobres canarios que nacieron en una canariera para ser encerrados después en una jaula, y quitada la huerta y el jardín abandonados no conocía más mundo.

A los dieciocho es hermosa, arcangélicamente hermosa, y está pálida y mustia como las flores enfermas. Viste de blanco, y bajo el oro de sus cabellos, su cara interesante resplandece como iluminada por una luz interior. Cuando anda, de las alburas de su vestido sale un rumor como el que producen las aves al desplegar sus alas... ¡Y está triste de continuo, vagamente triste!

Un día turba aquel reposo de muerte algo verdaderamente insólito: la campana, que nadie toca porque los contados proveedores entran sin llamar, vibra alegre y sonora como agitada bulliciosamente por la vida. Refunfuña la marquesa escandalizada, quéjase el marqués de que el repiqueteo le atolondra los oídos produciéndole en la cabeza un dolor insoportable como si le diesen martillazos, y el corazón de Esperanza, la hija, palpita violentamente, con el aceleramiento con que debe palpitar el corazón de los pajarillos cuando sienten la detonación de una escopeta.

Santiguándose, sale una de las criadas á saber quién se atreve á llamar de aquel modo, y á poco se presenta en el gabinete trayendo una carta en la mano.

—Es un joven, dice, un joven que desea ver á los señores.

—Ya sabes que no recibimos á nadie, grita la marquesa.

—Así se lo dije; le aseguré que los señores están muy delicados y no reciben; pero él insistió. Dice que viene de muy lejos, y que cuando lean esta carta le recibirán.

Extiende el señor su brazo débil y tembloroso; mas la señora, con la ligereza de un felino que coge su presa, ha cogido ya la carta y rasga el sobre regruñendo.

Y con pésimo humor dice:

—No veo sin mis gafas; no puedo leerla.

Y la alarga al marqués, que en vano pretende descifrar la firma.

—Toma, léela tú, dice á Esperanza, que permanece en actitud expectante y piensa sin duda en el recién llegado.

—Es de D. Rogelio Ampudia, dice la niña.

¡Rogelio Ampudia!.. Los viejos se entregan á recordar. Aunque no de noble estirpe, fué para ellos un gran amigo el alegre y bullicioso Ampudia... Y un tumulto de recuerdos pasa por aquellas cabezas níveas y temblorcillo plácido agita sus fríos corazones.

— Lee, lee, dice el padre más animado.

Dispónense á escuchar con atención profunda.

Es una canción lejana y dulce, algo así como el eco suave de un himno á la amistad.

Rogelio no puede ir á abrazar á sus buenos amigos; está muy torpe y apenas puede moverse de un rincón; pero manda á su hijo Pedro, á aquel pedazo de su corazón que está ya hecho un guapo mozo, y que en aquel año acabara con gran aprovechamiento la carrera de ingeniero. Terminadas sus tareas esco-

lares iba á conocer mundo, á saborear la vida como corresponde á todo corazón joven: necesitaba ver y aprender.

Una poesía suave y melancólica, la poesía de las cosas que fueron, emanada de la carta del viejo amigo, parece fluctuar en el ambiente. Por un instante el marqués olvida sus dolamas y la marquesa cesa de gruñir. Tiemblan ligeramente los labios de la joven; su corazón se abre á nuevas emociones, á emociones que experimentara en sueños, porque también el *Año Cristiano* hace soñar con el amor á los corazones jóvenes. Y leyendo la carta que recuerda placeres pasados siente turbación extraña y congoja incomprensible.

La vaga alegría que aquellas páginas atesoran abre las puertas al joven, que penetra en el gabinete llenándolo todo de ligero, delicado y gratísimo perfume, que embriaga los sentidos de Esperanza y recuerda á los viejos las deleitosas convulsiones de un amor ya fenecido.

Es alto, esbelto, fuerte, con toda la pujanza de la juventud luchadora; un bello tipo, un tipo admirable. Lleva en sus labios la sonrisa triunfante de los hombres seguros de sí, y se mueve con desenvoltura.

Al principio, la conversación es muy animada; los marqueses preguntan mucho; el joven habla: su voz es vibrante y atrayente y embriaga á la joven como la embriagó el suave perfume que de él se desprende. Luego los señores empiezan á cansarse: él se queja de dolor en las sienes; ella murmura palabras ininteligibles de fastidio. Pero en el primer momento de entusiasmo convidaron á comer al joven Ampudia y no es cosa de lanzarle á la calle.

—Enséñale la quinta, dice el marqués á Esperanza. Y si no hace mucho frío, la huerta y el jardín.

Y dirigiéndose á él:

—Todo está un poco descuidado; no tenemos humor para nada... Y luego, ¡como no recibimos á nadie!..

Es el mes de julio y no hace frío, como teme el marqués.

Los jóvenes salen. El habla y su conversar fluido resuena en los descuidados salones como algo inaudito. Su voz es una voz acostumbrada á entonar himnos á la vida y propensa siempre á cantar alabanzas al amor. Esperanza pregunta con curiosidad inocente é infantil, porque á los dieciocho años no ha visto nada, ni oído nada, ni sentido otra emoción que la que experimenta al lado de aquel joven que viene de muy lejos y que va á países lejanos llevando á todas partes las alegrías de su juventud bulliciosa é inquieta.

Y se ve agitada por un deseo, por muchos deseos, por un tumulto de deseos, ¡ella que nunca deseó nada!

Están en el jardín, en aquel jardín triste que despierta ideas melancólicas, pero que á él empieza á parecerle un paraíso al lado de Esperanza, á quien encuentra adorable, entre las alburas de sus vestidos un poco anticuados, con su carne que tiene tonalidades alabastrinas, sus ojos azules, grandes, serenos é inocentes, sus cabellos de oro que brillan al sol.

Impulsado por irresistible fuerza, sin saber por qué lo hace, ya que todo en la creación parece raro é ilógico, Pedro arrulla á los oídos de Esperanza la estrofa más brillante del sagrado poema de la vida; aquella estrofa en que el Amor habla, los corazones palpitan, escuchan los oídos sinfonías misteriosas, los ojos se entornan suavemente y todo el ser experimenta sublimes estremecimientos.

Habla ardientemente, y sus palabras son dulces como promesas y arrebatadoras como tentaciones.

Esperanza escucha con deleite, languideciendo de amor, mientras llamean sus ojos y sus mejillas arden.

Pasan unos días. Pedro se decide, da á los marqueses la noticia y pide la mano de Esperanza. Los viejos protestan indignados: habla el egoísmo á sus corazones; no quieren quedarse sin su hija, le llaman



Estudio de J. Walter West

bellaco y plebeyo y le arrojan ignominiosamente á la calle. Marcha Pedro con la cabeza erguida, llenando de esperanzas el corazón de la joven con una mirada que es un juramento ferviente de amor inmenso.

A los oídos de Esperanza llegan pertinaces la voz gruñona de la marquesa que riñe y las quejumbres del padre. Y aquel murmullo resuena agrio y punzante como el refunfuñar de la muerte que odia y condena al amor porque es el principio de la vida...

. . . .

Es el declinar de una tarde en la que el canto de la alondra parece más apasionado y amoroso: hay amor en el piar de los pájaros, en las fragancias de las flores, en el zumbido de las abejas, en las tintas rosadas del crepúsculo, en los insectos que corretean persiguiéndose entre la hierba... El ambiente es amor.

Esperanza apóyase en el brazo de Ampudia oyendo su voz apasionada y tierna, sintiendo que su corazón palpita con mortal zozobra y que la sangre hierve derramándose por sus venas como fuego vivificador: está decidida á seguirle á compartir con él serenidades y sobresaltos, miserias y abundancias, congojas y dichas. Y volviendo la cabeza para mirar la ruinosa quinta, los herbazales incultos, las rosas descoloridas que fenecen aprisionadas por las enredaderas y jaramagos, aún tiene un suspiro para ellos y una lágrima amarguísima dedicada á los que quedan...

Rompiendo el silencio sepulcral que reina en el interior de la quinta, entra una criada temblorosa y gimiente clamando:

—¡Señora!.. ¡Señor!.. ¡La señorita se va..., se va con aquel joven!

La marquesa ruge, pónese en pie airada, alza las manos iracundas al cielo como para maldecir, y vuelve á caer rabiosa y sin fuerzas sobre el viejo butacón. La impotencia la enloquece y grita al marido:

—¡Anda..., corre, persíguelos, detenlos antes de que deshonren nuestras canas!

El viejo se levanta, considera su honra en peligro y entra en ganas de correr, de apresar entre sus manos al ladrón, de reñir con él y destrozarle. Avanza algunos pasos, llega hasta la puerta, donde se detiene tembloroso, desarmado, inútil, y se deja caer en el umbral.

—¡Cobarde! ¡Viejo imbécil!, grita furiosa la mujer.

Y él, con amargura infinita, ocultando la cara entre sus flacas manos de esqueleto, gime:

—¿A qué perseguirlos? ¿A qué detenerlos? ¿A qué luchar? ¡Son la juventud que huye; la vida que se aleja!..

Rafael Ruiz López.

(Dibujo de Julio Borrell.)

La Virgen, San Francisco y San Juan Evangelista, cuadro de Andrea del Sarto.

(Véase el grabado de la pág. 713.)

La ordenación general de la composición, el estilo del dibujo, el sentimiento del color, todo en ese lienzo es de una elegancia suprema, de una belleza encantadora. Esa Virgen y esos santos son bellos, humanos, dichosos; esos angelitos sonríen á Jesús, juegan con él como simples mortales y le persiguen hasta en los brazos de su Madre que sirven de refugio al Divino Niño. No es la Virgen gótica que, envuelta en ropajes, no tiene cuerpo; no es el Jesús endeble que bendice á los hombres; no son los santos extenuados por el ayuno y que parecen salir de la tumba. No es ese, en suma, un lienzo como los de los primitivos que querían dar á entender que la vida es miserable, que la humanidad es pecadora y que sólo debemos pensar en rezar y en arrepentirnos, si no queremos ser condenados eternamente. Al contrario, esos santos, esa Virgen y ese Jesús nos dicen que la vida es buena, que Dios ha puesto en este mundo razones para que el hombre viva en él, que nos ha concedido los goces de la familia, recordados por la Virgen, los del trabajo, recordados por San Juan Evangelista, y aun los de la oración, recordados por San Francisco, porque la oración ya no es sólo un llamamiento que el espanto nos mueve á dirigir á la misericordia divina, sino que es también un canto de gratitud y de deseo.

El mundo ha variado porque ha mirado atrás y ha descubierto todo el pasado antiguo, ese pasado en que el hombre amaba la vida terrena, comprendiendo al fin que hemos venido á la tierra para vivir, no para morir, y que la naturaleza, obra de Dios, es buena, es bella y merece nuestra admiración; y así ha renacido en estos tiempos el amor á la forma bella, que antes se despreciaba.

En este espíritu hállase inspirada la magnífica obra de Andrea del Sarto, el admirable pintor florentino, nacido en 1486 y fallecido en 1531, á quien sus contemporáneos dieron el sobrenombre de Andrés *senza errori*, y que, según no pocos críticos, iguala á Rafael en pureza de líneas y gracia de expresión y le supera como colorista.—X.

HABANA. – EL ACORAZADO NORTEAMERICANO «VIRGINIA» PASANDO POR DELANTE DEL MORRO.

LA SITUACIÓN EN CUBA

Siempre la realidad empequeñece el ideal; ó en otras palabras: todo ideal, al realizarse, pierde gran parte de su prístina belleza.

El caso de Cuba es una demostración de ello.

Aquella Cuba libre y feliz con que soñaron tantos de sus hijos, y que era el móvil que les guiaba al luchar por independizarla de la metrópoli, se ha convertido, realizado el ideal, en uno de tantos países convulsivos, entregado á manos de ambiciosos políticos, que no han vacilado, los que en el gobierno estaban, en vulnerar los principios democráticos para asegurarse el poder, y los que estaban en la oposición en recurrir á un

HABANA. – LOS COMISIONADOS NORTEAMERICANOS MR. TAFT Y MR. BACON SALIENDO DEL PALACIO DE LA PRESIDENCIA DESPUÉS DE HACERSE CARGO DEL GOBIERNO PROVISIONAL.

movimiento armado para del poder apoderarse cuanto antes.

Los hechos son los siguientes, escuetamente relatados:

Al constituirse la República, fué elegido presidente, por el voto casi unánime de todos los ciudadanos, sin distinción de partidos, el Sr. Estrada Palma. Fiel á su compromiso, gobernó los primeros años con criterio independiente, alejado de las luchas de los partidos; pero solicitado constantemente por éstos y deseoso de asegurar su reelección, afilióse al fin al partido moderado.

Adueñados los moderados del poder, y efectuadas las elecciones, el partido liberal, entendiendo que en éstas se les había cohibido el libre ejercicio del sufragio, y que el partido triunfante le cerraba las puertas de la legalidad, recurrió á la revolución, aun á riesgo de hacer peligrar la existencia de la República.

El resultado de la revolución ya se ha visto. Impotente el gobierno de Estrada Palma para dominarla, solicitó y obtuvo la intervención de los Estados Unidos; sólo que éstos, en vez de ponerse al lado de Estrada Palma, nombraron una comisión para que mediara y pusiera de acuerdo á los contendientes. Las bases de arreglo, propuestas por los comisionados americanos Mr. Taft y Mr. Bacon, aceptadas por los revolucionarios, no fueron del agrado del Sr. Estrada Palma, que dimitió, entregando el gobierno á los comisionados citados, haciéndose así efectiva la intervención de los Estados Unidos, que han asumido la dirección de la administración pública y efectuado la ocupación militar de la isla.

Por las formales declaraciones de Roosevelt, la intervención será de duración corta. Se ha fijado para junio del próximo año la celebración de elecciones generales para elegir un gobierno propio, y una vez éste constituído, abandonarán de nuevo los yanquis á Cuba.

Hay motivos para creer que, por esta vez al menos, se salve la nacionalidad cubana de la absorción yanqui. Después de las formales declaraciones hechas en Río de Janeiro y en otras capitales de Sur América por el secretario de Estado Mr. Root, sería contraproducente para los Estados Unidos pretender quedarse con Cuba.

Hay que advertir que la última revolución cubana ha sido un movimiento exclusivamente político. Cuba, económicamente, hallábase en buenas condiciones; afluían los capitales, abundaba el trabajo, desenvolvíanse paulatinamente todas sus fuentes de riqueza y todo hacía esperar un próximo hermoso porvenir.

La alteración de la marcha regular del país ha sido una gran desgracia.

Es de esperar que todavía luzcan para la República de Cuba días de bonanza. Si los políticos cubanos saben aprovechar las lecciones de la experiencia, comprenderán que es mala consejera la pasión, que es peligroso desconocer los derechos del adversario y que en los instantes supremos, por encima del interés particular y de partido, debe estar el interés de la conservación de la República.

ADRIÁN DEL VALLE.

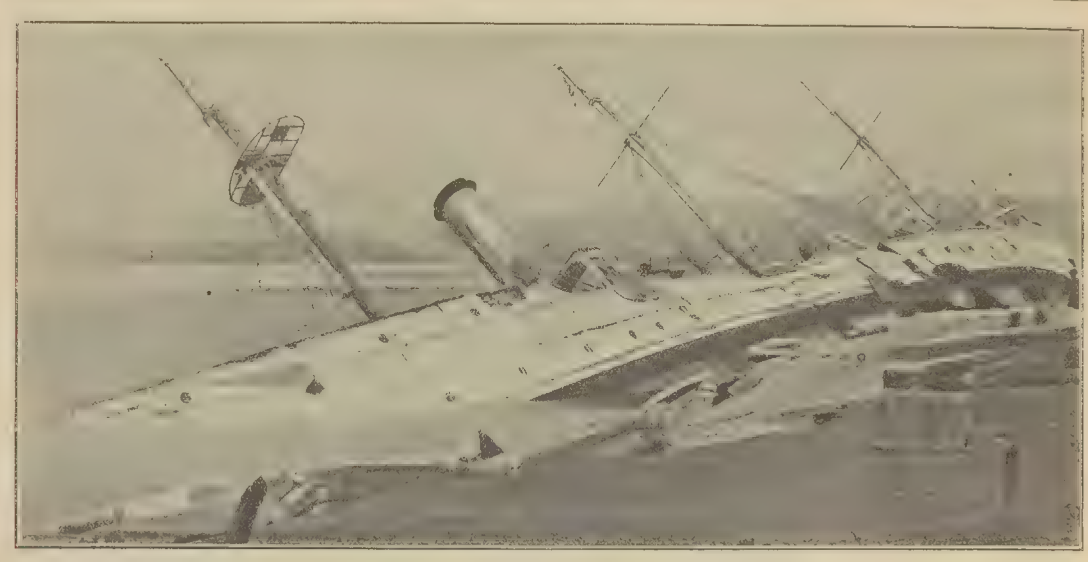
Habana, octubre 1906.



HABANA. – EL PÚBLICO DELANTE DEL PALACIO DEL CONGRESO EL DÍA DE LA DIMISIÓN DEL PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA SR. ESTRADA PALMA



HABANA. – DESFILE DE LA GUARDIA RURAL POR DELANTE DEL PALACIO DEL CONGRESO EL DÍA DE LA DIMISIÓN DEL PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA SR. ESTRADA PALMA



Hong-Kong. – Efectos del tifón de 18 de septiembre último. – El aviso inglés *Phœnix* zozobrado y estrellado contra un muelle. (De fotografía.)

EL TIFON DE HONG-KONG

El día 18 de septiembre último un violento ciclón devastó la ciudad y el puerto de Hong Kong, causando grandes estragos especialmente en las embarcaciones. Dos buques de guerra franceses *Fronde* y *Francisque*, fueron arrojados á la costa con grandes averías; el primero, á pesar de los heroicos esfuerzos de su estado mayor y de su tripulación, se perdió del todo, habiendo sido preciso limitar los trabajos de salvamento á la extracción de las partes menos perjudicadas del armamento y de las máquinas.

La marina de guerra inglesa ha sufrido igualmente graves daños: dos cañoneros, un contratorpedero y un torpedero han tenido importantes averías, y el aviso *Phœnix*, barco de tipo antiguo, se estrelló contra el muelle, destruyéndolo en parte.

Multitud de buques mercantes, particularmente el *Charles-Hardouin*, francés; el *Petrach*, alemán; el *Monteaug*, inglés, y el *Hitchcock*, norteamericano, quedaron desmantelados ó se fueron á pique.

De la infinidad de juncos y embarcaciones pesqueras que ordinariamente pululan en el puerto, sólo quedaron restos informes que cubrían la superficie del mar en todas partes.

En tierra firme, especialmente hacia la ciudad de Kowloon, los daños fueron inmensos; casi todos los diques habían sido destruídos, y enormes bloques de granito, que se alzaban cerca de los diques, habían sido arrancados por la fuerza del viento. Varios edificios se convirtieron en montones de ruinas y gran número de árboles fueron arrancados y lanzados á gran distancia.

El espectáculo, al día siguiente de la catástrofe, era indescriptible, y un duelo general pesaba sobre toda la colonia. Sólo dos horas habían bastado para ocasionar tantos desastres.

Hong-Kong ha sufrido varias catástrofes análogas, mereciendo especial mención las de 1841, 1874 y 1900; pero la de este año se recordará siempre como el suceso más trágico, hasta ahora, de la historia de la floreciente ciudad. — X.



Hong-Kong. – Efectos del tifón de 18 de septiembre último. El torpedero francés *Fronde* lanzado contra un muelle. (De fotografía.)



Un combate de gladiadores reconstituído por atletas modernos.

1 y 2. Mirmilón (M. del Prat) y reciario (M. Dubois) en descanso. – 3. Parada de la red con el escudo y avance simultáneo del mirmilón, que ataca. – 4. Estocada recta del mirmilón preparada por tracción de la red. – 5. Defensa del mirmilón, cogido bajo la red y amenazado con el puñal por el reciario. – 6. Golpe de parada en la careta. – 7. Caída del mirmilón derribado, después de cogido con la red por el pie, y herido en el vientre. (De fotografía.) – (Véase la descripción de la pág. 722.)



SUBIACO (ITALIA).—ALREDEDORES DEL SACRO SPECO, cuadro de Enrique Serra

Concurso de fotografías recientemente celebrado en la ciudad de Reus





Fotografías de la colección agraciada con el gran premio de honor, original de D. Carlos Iñigo y Gorostiza, de Madrid



Fotografía de la colección agraciada con medalla de oro, original de D. Juan Vilatobá, de Sabadell

REUS. - CONCURSO DE FOTOGRAFÍAS

La sección artística del Centro de Lectura de Reus ha celebrado recientemente un Concurso y Exposición Nacional de Fotografía, al que han concurrido muchos y muy hábiles aficionados. La exposición de las fotografías enviadas resultó en extremo interesante, así por lo selecto de los asuntos reproducidos en aquéllas, como por la bondad técnica de las mismas.

El Jurado otorgó el gran premio de honor á D. Carlos Iñigo y Gorostiza, y los premios siguientes:

Asunto y composición: diploma de medalla de oro á D. Juan Vilatobá, de Sabadell; diploma de medalla de plata á D. José Bosch Ximenis, de Sarriá; diploma de medalla de bronce á D. Joaquín Fungairiño y Gómez, de Madrid, y menciones honoríficas á D. Gabino L. Seijó, de Guernica, y á D. Jaime Ferrer Massanet, de Palafrugell.

Paisaje, Marina y Arquitectura: diploma de medalla de oro á D. José Bosch Ximenis; diploma de medalla de plata á don Emilio Massó Masip, de Valencia; diploma de medalla de bronce á D. Santiago Trías, de Barcelona, y menciones honoríficas á D. Juan Vilatobá, D. Joaquín Fungairiño y D. Benito Rodríguez García, de Madrid.

Desnudo: diploma de medalla de bronce á D. Juan Vilatobá, y mención honorífica á D. Ciriaco Nieto, de Bilbao.

Estereoscopia: diploma de medalla de oro á D. Manuel M. de Victoria, de Granada; diploma de medalla de plata á don Francisco Toda, de Madrid; diplomas de medalla de bronce á D. Joaquín Salcedo, de Monzón, y á D. Arturo Cerdá y Rico, de Cabra del Santo Cristo (Jaén), y menciones honoríficas á D. Joaquín Fungairiño; á D.ª Vicenta Baysauli, de Valencia; á D. José M.ª Cala Sánchez, de Morón; á D. Antonio Ubach Elosegui, de Barcelona, y á D. Víctor Andreu Miralles, de Barcelona.

Las muestras de las fotografías premiadas, que reproducimos en esta página y en la 721, dan idea de la importancia del concurso. Para los grabados hemos utilizado las reproducciones de los originales que nos ha remitido el reputado fotógrafo reusense D. E. Puig.



CONCURSO DE FOTOGRAFÍAS DE REUS. - Fotografía agraciada con medalla de oro, original de de D. José Bosch y Ximenis, de Sarriá (Barcelona.)

ATLETAS MODERNOS

(Véase la lámina de la página 719)

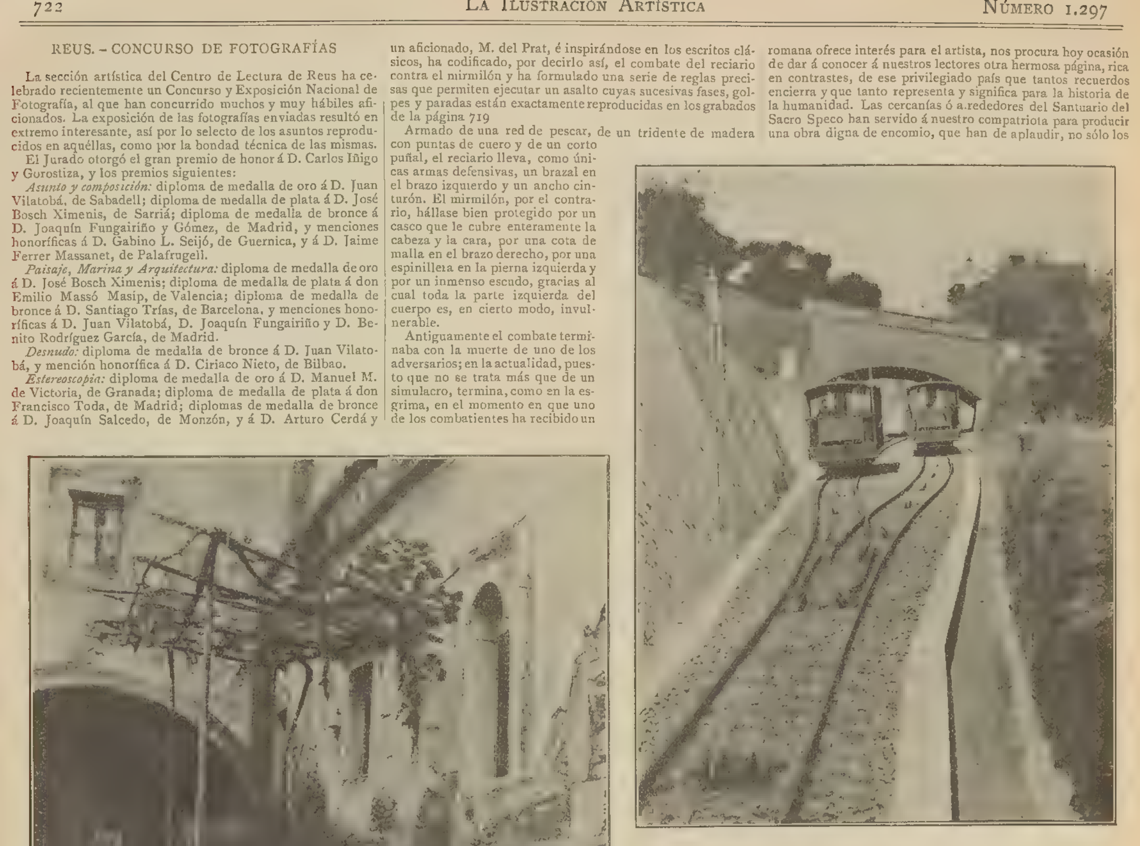
Sabido es cuánto gustaban los pueblos antiguos, especialmente el griego y el romano, de los espectáculos que hoy llamamos deportivos. Desde hace mucho tiempo se ha querido restaurar los juegos de la antigüedad, de suerte que muchos de nuestros actuales deportes no son sino adaptaciones de aquéllos; pero hasta ahora nadie había probado de reconstituir los combates de gladiadores, tan en boga en épocas remotas en Atenas y en Roma.

Uno de los modernos maestros de atletismo, el profesor francés Dubois, ha intentado esa empresa con el concurso de un aficionado, M. del Prat, é inspirándose en los escritos clásicos, ha codificado, por decirlo así, el combate del reciario contra el mirmilón y ha formulado una serie de reglas precisas que permiten ejecutar un asalto cuyas sucesivas fases, golpes y paradas están exactamente reproducidas en los grabados de la página 719

Armado de una red de pescar, de un tridente de madera con puntas de cuero y de un corto puñal, el reciario lleva, como únicas armas defensivas, un brazal en el brazo izquierdo y un ancho cinturón. El mirmilón, por el contrario, hállase bien protegido por un casco que le cubre enteramente la cabeza y la cara, por una cota de malla en el brazo derecho, por una espinillera en la pierna izquierda y por un inmenso escudo, gracias al cual toda la parte izquierda del cuerpo es, en cierto modo, invulnerable.

Antiguamente el combate terminaba con la muerte de uno de los adversarios; en la actualidad, puesto que no se trata más que de un simulacro, termina, como en la esgrima, en el momento en que uno de los combatientes ha recibido un determinado número de «toques.»

En los últimos Juegos Olímpicos, la exhibición de ese deporte obtuvo un gran éxito; también lo ha logrado en un asalto efectuado recientemente en las Arenas de Lutecia y durante el cual tomáronse las interesantes fotografías que publicamos.



VISTA DEL FERROCARRIL FUNICULAR DE SARRIÁ Á VALLVIDRERA (BARCELONA), recientemente inaugurado. (De fotografía de Enrique Castellá.)

FERROCARRIL FUNICULAR DE SARRIÁ Á VALLVIDRERA.

Entre los muchos y bellos alrededores de Barcelona merece citarse como uno de los más pintorescos el pueblo de Vallvidrera, situado en lo alto de la montaña de Sarriá. Desde él se domina el panorama vasto y hermosísimo del llano de Barcelona, que tiene por fondo la inmensidad del mar, y á este atractivo une aquel sitio el de los frondosos bosques que por la parte del monte lo rodean.

Siempre ha sido Vallvidrera lugar predilecto de los barceloneses, que encuentran allí grato esparcimiento á su espíritu los sanos, y aires puros y tonificantes los enfermos y convalecientes; de aquí su constante desarrollo, que ahora aumentará sin duda considerablemente, gracias á la facilidad de comunicaciones. En efecto, el viaje que antes se hacía en coche y que resultaba un tanto pesado, hoy se hace cómoda y rápidamente, ora en el tranvía eléctrico del Tibidabo, ora en el ferrocarril funicular de Sarriá que se ha inaugurado recientemente y del cual adjunta publicamos una vista.

SUBIACO (ITALIA). ALREDEDORES DEL SACRO SPECO

CUADRO DE ENRIQUE SERRA

(Véase la lámina de la página 720)

El distinguido pintor catalán Enrique Serra, que desde hace años ha logrado singularizarse en extranjero suelo, reproduciendo en forma bellísima y agradable cuanto en la comarca romana ofrece interés para el artista, nos procura hoy ocasión de dar á conocer á nuestros lectores otra hermosa página, rica en contrastes, de ese privilegiado país que tantos recuerdos encierra y que tanto representa y significa para la historia de la humanidad. Las cercanías ó alrededores del Santuario del Sacro Speco han servido á nuestro compatriota para producir una obra digna de encomio, que han de aplaudir, no sólo los amantes del arte, sino quienes recuerden que en aquella comarca se halla emplazada la casa matriz de la orden Benedictina, á la que cabe la gloria de haber impreso el primer libro que se publicó en Italia.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 444, POR V. MARÍN.

NEGRAS (7 PIEZAS)

BLANCAS (6 PIEZAS)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 443, POR V. MARÍN.

Blancas.	Negras.
1. Dh1-a8	1. Re6-f7
2. Cg4-h6 jaque	2. Rf7-e6
3. Ab1-f5 mate.	

VARIANTES

1......	h5×g4;	2. Da8-e8 jaque, etc.
	Ca7×b5;	2. Da8-e8 jaque, etc.
	Ca7-c8 ó c6;	2. Da8×c8 jaque, etc.
	Otra jugada;	2. Da8-e8 jaque, etc.

LA FUERZA DEL PASADO

NOVELA ORIGINAL DE DANIEL LESUEUR.—ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONCLUSIÓN)

Pues la amenaza de pleito que Gerardo evitaba á Cristiana, sería realizada contra la esposa de su rival Antonio Le Bray. ¿Debía exponer á éste á las represalías ó á la generosidad de Sebourg?.. ¿Podía hacerlo? ¿Podía conseguir que la realidad no fuese? ¿Debía ofrecerse en la humillación á aquel á quien en otro tiempo quería elevar hasta ella y hacer entrar como dueño en aquel hermoso castillo de sus antepasados, en el que no era ya más que una intrusa y del que se marchaba para que no la echasen?

No fué, pues, por instigación de coquetería, sino como defensa contra unas alternativas temibles para tan noble amor, por lo que Cristiana dió una respuesta precipitada, la primera que le ocurrió, para eludir el curso fatal de la explicación; respuesta, por otra parte, muy verídica:

—El Sr. de Sebourg no me odia.

—Confiese usted que la ama, exclamó Antonio, arrebatado él también por la impetuosa lógica de su sufrimiento y de su pasión.

Cristiana, bruscamente ruborizada, volvió la cara. Ambos se quedaron silenciosos. Le Bray se levantó y un torrente de amargura brotó de sus labios.

—¡Y quiere usted hacerme creer que no le ama y que no se casará con él!.. ¡Cómo! Ese hombre ama á usted... Y usted deja Feuilleres para acercarse á él, educa á sus hijos y se despoja por el mayor de ellos:.. Si no pensase usted pertenecerle, ¿obraría abominablemente sosteniéndole así en esa ilusión?.. ¿Por qué no se atreve usted á decirme la verdad? No merezco esa desconfianza. Después de todo, si me ha dado usted esperanzas, no se ha ligado conmigo por ningún compromiso; es usted libre, lo reconozco. Y si es que teme por Gerardo, puede usted estar tranquila... No tengo derecho á atacarle; sin descender de una estirpe de magnates, soy hombre bien educado.

La idea fija de Cristiana hízole ver en esta última frase una irónica insinuación. La agitación de su alma se condensó en una angustia única... ¿Sospechaba Antonio algo?.. Desdeñando al defenderse, dijo vivamente:

—Y bien, al hombre bien educado me dirijo; respóndame usted, Antonio. ¿Precisó mi hermana Antonieta el peligro de que hablaba usted hace un momento y que hacía necesario el apoyo de usted?

El joven repitió encogiéndose de hombros:

—¡Mi apoyo!.. Pude pensar en ofrecérselo á usted contra la animosidad de su cuñado que temía Antonieta; pero la pobre moribunda no habia previsto que, á pesar de su recuerdo, se atrevería á hablar á usted de amor. ¡Él!.. á usted... ¡Dios mío!.. No, la pobre no lo había imaginado, y menos aún...

Cristiana le interrumpió.

—No acabe usted, Antonio, no se cargue con un remordimiento. En realidad no tenemos nada que decirnos sobre tal asunto. Si continúo esta discusión, á riesgo de que nos lleve á procedimientos indignos de nosotros, es porque quiero saber lo que le confió mi hermana.

—Lo sabe usted ya.

—¿No habló más que de esa vaga aprensión?



Todos creyeron en un fervor de gratitud...

Antonio pareció recogerse un momento y dijo con fuerza:

—No.

—¿Nada más?

—Nada.

—Déme usted su palabra de honor.

Antonio fijó en aquella cara interrogadora una mirada llena de tristeza. ¿Vacilaba? ¿Quería dar precio á las palabras esperadas al ver palpitar convulsivamente aquellos párpados sobre unas pupilas anegadas en angustia? Al cabo de un momento añadió:

—Doy á usted mi palabra.

En aquella cara tan querida, y que él continuaba observando, se pintó una repentina tranquilidad. Antonio, entonces, mostró una sonrisa de indecible angustia y siguió diciendo:

—Ya está usted satisfecha, señorita de Feuilleres. Al convertirme en un extraño para usted no me llevo nada que me dé derecho al menor de sus pensamientos; hasta olvidaré, si ese es su deseo, las horas en que me pareció que alimentábamos el mismo ensueño. Su recuerdo será lo más precioso que haya para mí en el mundo, pero prescindiré de él si usted me lo ordena.

—Es preciso, murmuró la joven.

Le Bray se inclinó.

Aquel gesto de aceptación y de adiós, simbolizó de repente para Cristiana lo irreparable. Su corazón se partió y la joven, rígida, no encontraba nada que evitase tan atroz dolor. No se puso más pálida de lo que estaba y sus facciones permanecieron inmóviles; apenas temblaban sus manos y no parecía que una de ellas, apoyada en una mesa, fuese indispensable para sostenerla. Toda su vida, sin embargo, se iba de ella, como si sus arterias se hubiesen quedado vacías de sangre, y en su garganta había un grito desolado, agudo y persistente, que no podía salir por los mudos labios.

Volvíase ya Antonio para salir, sin que Cristiana hubiese hecho un movimiento, cuando se abrió una puerta interior del salón y apareció la condesa. En una persona tan poco comunicativa, chocaba la turbación que dejaba ver. Apenas se dió cuenta de la presencia de un visitante, sin recordar, sin duda, que se le habían anunciado, y se fué derecha hacia su hija:

—Cristiana, sube pronto á ver á Roberta; que se queja y pregunta por ti: ¡Con tal de que no esté atacada á su vez!..

Cristiana echó á correr con tal ímpetu, que Antonio sintió un escalofrío de furioso sufrimiento. ¡La hija de Gerardo!.. El joven creyó ver una ternura exageradamente inquieta hacia la hija del hombre adorado, allí donde no había más que la fuga apresurada ante su amor, que la pobre Cristiana hubiera desencadenado un minuto después en un sollozo de pena mortal.

—Sírvase usted dispensarme, señora; me retiro, balbució el arquitecto.

—Yo soy quien pide á usted perdón, respondió la señora de Feuilleres con la fría cortesía de una persona preocupada por cosa muy distinta. Hemos traído á esta niña con nosotras para preservarla del contagio, pues su hermanito está enfermo. Y, de repente, la he visto en un estado que me da miedo. Si me atreviera á pedir á usted... No tenemos teléfono...

—¿Quiere usted que vaya á avisar al médico?, ofreció Le Bray con la cortesía obligatoria.

—El del Sr. de Sebourg, porque nosotras no tenemos. Estamos en París hace tan poco tiempo... Aquí tiene usted las señas del médico que asiste al niño, añadió la condesa escribiendo dos palabras en una tarjeta. Y como usted tiene un coche...

—Voy corriendo, señora.

—¡Ah, mi pobre Sr. Le Bray!, suspiró la condesa, que pareció darse cuenta entonces de la personalidad del joven. La desgracia se encarniza con nosotras. Esos niños, á quienes mi marido quería tanto por ser de su hija Antonieta... Y Cristiana no los querría más si fuesen suyos... ¡Qué responsabilidad!

—Las indisposiciones de los niños rara vez son graves, dijo Le Bray.

Y se marchó, temiendo dejar ver la indiferencia feroz que sentía hacia aquellas molestas criaturas y hasta por la doliente Adriana, cuya melancólica dulzura le agradaba en Feuilleres, pero á la que hacía hoy responsable en parte de las inconsecuencias de su hija.

—¡Cristiana esposa de Sebourg!.., pensaba Antonio mientras su coche de punto recorría las interminables calles de Auteuil. ¡Cristiana esposa de Sebourg!.. ¡Es para volverse loco!..

XII

Antonio Le Bray, como todos los seres humanos que sufren, y sobre todo, como los más razonadores y refinados, se encarnizaba en circunscribir su sufrimiento y en determinar ciertas punzadas más agudas, pensando que el resto sería soportable. De este modo se decía:

—Si estuviera seguro de que Cristiana era dichosa y no se sacrificaba á alguna idea falsa ó exagerada de su deber, me resignaría á perderla.

O bien:

—Si no fuera por Sebourg por quien ha cambiado su corazón, me parece que sufriría mejor su abandono. La idea de que esta alma deliciosa ha podido dejarse llevar por la grosera fascinación de un ser tan pesadamente material, es la peor de las torturas.

Peor ó no, la tortura era de las que no se describen y de las que hieren á un desgraciado en todos los puntos de su ser por donde puede sufrir. Antonio había experimentado, hasta un encanto casi sobrehumano, la delicadeza de un amor que tan poco se parecía á las realidades tocadas por él con escepticismo, y tanto al sueño secreto al que dedicaba todo su fervor. Antes de encontrar á Cristiana, no había tenido siquiera la ilusión de amar; desde el primer día en que la vió, no había salido de su pensamiento. Después nació la esperanza, y tembló ante ella como un niño ante el aspecto demasiado maravilloso de la felicidad. Por fin se había adherido á ella por el invencible lazo de lo que daba de sí mismo cuando inclinó su pensamiento ante las manos juntas de aquella niña en oración. El milagro se había realizado tan suavemente, que apenas se dió Antonio cuenta de él. No había sido un golpe fulminante lo que le hizo arrodillarse en el camino de Damasco; pero había probado la alta embriaguez de asociar una esperanza de eternidad al sentimiento más querido que su vida. Además, esa esperanza correspondía en él á unas aspiraciones cuya fuerza ignoraba. ¿Había sido aquel dulce encantamiento más terrenal que divino?.. ¿Quién se atrevería á decirlo? El joven se daba cuenta de que si perdía la criatura adorada, conservaba la huella luminosa que había dejado, al pasar, en su alma. «Al menos, pensaba, conservaré la fe que ella ha querido darme. Dios, que la ha hecho tan perfecta, aceptará el ser adorado á través de ella. Acaso un día no veré más que á El solo. Mientras tanto, me perdonará si es en ella en quien pienso al entrar en las iglesias de pueblo que se parezcan á la de Feuilleres.»

Tales reflexiones inspiraban al pobre muchacho una exaltación con que se anestesiaba un poco su dolor. Después, si veía de repente en la calle una alta estatura masculina y unos anchos hombros que le recordaban que hay seres de fuerza y de conquista á los que las mujeres ceden á su pesar, Antonio deliraba impulsado por los celos y se sentía atacado por las más bajas sospechas antes de haber podido prevenir las. Y aun después de haberlas rechazado, se quedaba dolorido, frenético y anheloso.

Una tarde, dos semanas después de su adiós á Cristiana, atravesó una crisis particularmente abominable.

Estaba trabajando en su casa, ó más bien, sintiéndose casi incapaz de trabajar, había distribuído obra á sus dibujantes y encerrádose en su despacho con el pretexto de elaborar un proyecto. Habían pasado horas muy penosas para él. Antonio no podía menos de esperar. ¿Qué?.. Acaso una carta de Cristiana, esperanza nacida de un exceso de sufrimiento, del instintivo deseo de alivio ó de cambiar, al menos, de suplicio. El presentimiento, por absurdo que fuese, de que todo aquello no podía acabar así, de que iba á recibir aquel día una explicación de la joven, empezó por procurarle un poco de calma; pero después su pena fué mayor. Todos los ruidos de la vida, las idas y venidas, las llamadas de la campanilla, amartillaron á decepciones su creciente fiebre. Cuando cerró la noche—una noche fría de marzo, gris y opaca en el crepúsculo y después de luna pálida y helada—y se encontró en su cuarto delante de su ropa de etiqueta preparada por su criado para una comida, se creyó más cerca de una locura desesperada que de una fiesta mundana.

Se vistió sin embargo. La actividad maquinal parecía su último recurso contra el desarreglo de su corazón y de su voluntad. Cuando estuvo preparado, se dejó poner el gabán de pieles, cogió el bastón y salió.

Su intención era cumplir hasta el fin el rito trivial y vivir durante aquella velada, no su vida tumultuosa y llena de impulsos obscuros, sino la vida convencional del hombre de mundo cuyo traje llevaba y cuyo cubierto estaba marcado por un delicado cartón en una mesa resplandeciente y florida bajo las luces eléctricas.

Salió á pie hacia la avenida Hoche. En el parque Monceau, los árboles silenciosos y desnudos en el aire argentino, las praderas pálidas, el olor agreste y aquel triste cielo en la brillante fase de la luna, cambiaron su resolución. Decididamente, quería vivir su propia vida en aquella atmósfera excitante y glacial como un brebaje. ¿De qué manera? No lo sabía.

Para escribir dos palabras de excusa á las personas que le esperaban á comer, entró en un café, no lejos del *Tattersal*. Hízose servir un plato frío y un poco de cerveza inglesa y envió su carta con un mozo. Después volvió á encontrarse en la calle.

Sin objeto determinado, empezó á andar en dirección á Auteuil. Pasó por el arco de la Estrella y entró en la avenida del Bosque.

El inmenso paseo se extendía casi solitario en una claridad de plata bajo el enorme vacío del cielo. A los dos lados, los macizos hoteles, cuidadosamente cerrados, guardaban como un misterio alguna forma de la alegría ó del dolor humanos, cuyos aspectos son más variados que las hojas de una selva. Algunos presentaban numerosas ventanas iluminadas y la animación de siluetas movibles contra la transparencia de los visillos de tul. Otros no tenían en toda su negra fachada más que la luz filtrada de una discreta lámpara. Otros, en fin, dejaban salir por su luminosa puerta cochera una berlina, detrás de cuyo cristal se vislumbraban palideces de telas y fulgores de alhajas. Las ruedas bajaban de la acera con una sacudida y el coche se marchaba hacia la ciudad. Un lacayo, entonces, cerraba las altas puertas de roble y la noche azulada invadía dulcemente aquel umbral.

Antonio marchaba con paso enérgico, sintiendo merodear en torno de su corazón destrozado los estremecimientos de todas aquellas fiebres desconocidas. En el mal que le quemaba había un poco de las tristezas sin nombre y sin número que se ocultaban bajo las arandelas de las arañas, en el fondo de las habitaciones semiobscuras y entre los tibios almohadones de los correctos carruajes. El mal de vivir le retorcía el corazón hasta el espasmo, entre el orgullo impasible de los simulacros humanos, y la indiferencia, mil veces aún más impasible, de la noche espléndida y muda.

En su exaltación nostálgica, no sabía más que una cosa: que iba hacia la casa de Cristiana. ¿Por qué?.. Sin duda porque no podía evitarlo. No tenía intención ninguna de presentarse allí á semejante hora. Por otra parte, ¿volvería allí jamás? No se iniciaba en él ningún proyecto, ni aun insensato. Pero como la incertidumbre sobre las causas de su desgracia era lo que más le torturaba, obedecía á un obscuro deseo de ver, de acercarse, de observar, de adivinar acaso. O era que seguía sencillamente una invencible atracción.

No se le ocurría siquiera la idea de andar más de prisa ó de tomar un coche. Cuanto más largo fuese el camino, más duraría aquella especie de alivio que un alma atormentada obtiene del hecho solo de hacer algo, y la esperanza vaga é imprecisa que nace y se acelera con la acción. Por otra parte, el movimiento en sí mismo, en la estimulante frescura, le producía ya como una saludable embriaguez.

Dirigíase al azar, ignorando el camino, excepto en la orientación general. Cuando llegaba al extremo de la calle Boileau experimentó una sorpresa: el silencio extraordinario de aquel barrio impresionante. Debía de ser muy tarde, y Antonio sintió cierto embarazo por encontrarse allí y un remordimiento como si cometiera una falta de delicadeza. Pero pensó que Cristiana ignoraría siempre su extraño paso. No corría ningún riesgo de encontrarla; las dos mujeres, en duelo, no saldrían por la noche.

De repente, se encontró enfrente de la casa. ¡Qué inaccesible le pareció, al otro lado de la verja cerrada, con su jardín agreste, con un lado blanco de luna y otro negro de sombra, igualmente herméticos bajo las persianas cerradas!

El joven creyó ver luz en una de las ventanas; pero el brillo de aquella noche pura, inundada de un resplandor dudoso, le impidió cerciorarse.

No hubiera creído experimentar al mismo tiempo tanta dulzura y tanta angustia ante una contemplación imaginada de antemano tan claramente. ¿Qué hay, pues, en las cosas?.. ¿Por qué aquellos muros, que no le entregaban nada y cuyo aspecto se había figurado cien veces, le fascinaban como por un encanto de magia?

Llevaba ya un rato inmóvil en sus reflexiones, sin poder arrancarse á ellas, cuando se produjo un hecho tan inesperado, que el estupor clavó á Antonio en el suelo impidiéndole hacer un movimiento. La puerta de la casa se abrió y se cerró. Un hombre, á quien no acompañaba siquiera alguna criada, atravesó el jardín, pasó la verja, la cerró de golpe como si estuviera en su casa ó en una morada familiar, y sin volver la cabeza ni reparar en Antonio, que estaba parado enfrente, en la sombra, se alejó con paso vivo. Era Gerardo de Sebourg.

Iba Gerardo á un paso tan desordenado, que Antonio hubiera sospechado, á no conocerle tan bien, que había creído ser visto por su rival y huía de él; pero no había ningún peligro que hiciese volver la espalda y precipitar la carrera á aquel hombre audaz. El que le seguía no se preguntó siquiera la razón de tal prisa, y sólo trató de adelantarse á las zancadas del gigante, cuya alta estatura parecía aumentada por su desmesurada sombra en la luz lunar. Antonio no quería ponerle en guardia por un galope ostensible detrás de él, sino sorprenderle á su vez y hacerle sufrir el sobresalto deprimente que él mismo acababa de experimentar... Y en ese sacudimiento, arrancar á su naturaleza impetuosa un grito que fijara su antagonismo y que permitiera la lucha...

El sitio á que llegaban facilitó esa maniobra. La calle Boileau va á parar al *boulevard* Exelmans, que, desde la estación de Auteuil hasta la de Point-du-Jour, tiene en medio el viaducto del ferrocarril de circunvalación. Arcadas extrañas, que la hora hacía siniestras, con el juego de las blancuras de luna y las negruras de sombra entre los fuertes pilares. Sospechoso refugio para los conciliábulos de amor y de crimen que agrupan allí, aun en pleno día, ágiles y furtivas siluetas. La proximidad de tétricos arrabales y de las casuchas que ocultan las fortificaciones aumenta el horror de aquella lúgubre construcción, cuya vasta curva ofrece, sin embargo, una especie de grandeza babilónica bajo la limpidez del espacio.

¿Adónde iba Gerardo? ¿Por qué se metía por aquellas bóvedas de emboscada en vez de seguir la acera descubierta? Tales cuestiones no preocuparon á Antonio mientras veía disminuir la distancia entre ellos. Unos saltos más y le alcanzaba. Pasó un instante, y llegó á tocarle. Su mano violenta se levantó y se crispó sobre el hombro de Gerardo...

—¡Sebourg!..

El que huía hacía un instante con loca prisa, se detuvo y se volvió. Su cara mortalmente pálida surgió en un rayo glacial que la palideció más todavía. Los huecos obscuros de los ojos y la línea sombría del bigote se destacaban sobre aquella máscara lívida, cuya tristeza detuvo hasta la cólera que se precipitaba hacia él.

—¿De dónde vienes?.. ¿Qué haces aquí?, preguntó Antonio aterrado por aquella aparición.

—No lo sé, balbuceó el otro con extravío. No lo sé... Me voy por... no ver morir... á mi hija...

—¡Oh!..

La niña... Roberta... Su indisposición de hacía unos días... Antonio no se había vuelto á acordar de semejante cosa. Aquella bonita niña, tan llena de vida, tan voluntariosa, con su aspecto de princesita bizantina, no sabía cómo la adoraba su padre... Antonio exclamó movido á piedad:

—¡Pobre Gerardo!..

—Déjame, dijo éste con voz ronca y horriblemente quebrantada, déjame marcharme...

—¿Pero adónde vas?

—¿Qué sé yo?..

—Te engañas sin duda... Todavía hay esperanza... No se ha acabado todo.

—Para mí, sí.

—¡Cómo!.. ¿Para ti?..

—Soy un desgraciado, Antonio. Estoy maldito...

Aquel gran cuerpo de tan prodigiosa resistencia se conmovió de pies á cabeza con un estremecimiento de atroz dolor. Antonio, estupefacto, pensó que se iba á caer. Al mismo tiempo, Sebourg se llevó las dos manos á los ojos y dejó escapar un sollozo.

—Oye, le dijo su amigo. A la edad de tu hija se producen milagros... Y si está cuidada por Cristiana...

Aquel nombre produjo en el infortunado un efecto mágico. Descubriendo su cara convulsa, por la que rodaban gruesas lágrimas, cogió el brazo de Antonio.

—Cristiana..., dijo, Cristiana..., repitiendo ese nombre con un fervor infinitamente doloroso. ¡Ah, no sabes!..

Inclinó la cabeza y después siguió diciendo en una explosión, como si su corazón estallase:

—¡Si la cuida!.. Se la está disputando á Dios, que quiere quitármela para castigarme; se la disputa hora

á hora, minuto á minuto... La fiebre tifoidea es horrorosa en aquel cuerpecito delicado... No puedes imaginar qué abominación... Es un combate de todos los segundos... Siempre hay que hacer alguna cosa; baños helados, inyecciones, crisis que espiar... Una negligencia, y todo acabaría. Cristiana, siempre en la brecha, no ha descansado un instante hace diez días. Los médicos están asombrados de su valor y de su presencia de ánimo... Dos veces han creído que había salvado á Roberta, ella, ella sola; no los médicos. Hace esto por mi hija... y yo me he portado con ella como un miserable... A causa de mi hija, soporta mi presencia, que es para ella un suplicio. Porque me odia, y con mucha razón...

—¿Te odia?.., exclamó Antonio.

Desde el fondo de su angustia, Gerardo percibió la alegría, en vano disimulada, de aquella exclamación. Hubo en él un estremecimiento, sus ojos se agrandaron y echaron llamas y sus mandíbulas se cerraron violentamente; pero aquella fué la última rebelión del antiguo hombre, cuyas facciones se apaciguaron con una sonrisa de tristeza.

—Naturalmente..., puesto que te ama.

—¡A mí!.., murmuró Antonio.

—Preciso es que yo lo admita... ¿No debo realizar su dicha después de lo que acaba de hacer por mí, su peor enemigo?.. Cristiana conoce la sinceridad de mi arrepentimiento. He besado el borde de su falda y le he pedido perdón de rodillas junto á la cama en que mi hija se está muriendo... Ella me perdona, esa santa... Pero no me perdona Dios...

—¡Pobre amigo mío!, exclamó Antonio cogiéndole el brazo. Eso no es posible; tu Roberta vivirá... Ven, vuélvete, acaso está mejor en este momento. ¿Por qué te ibas?

Sebourg se lo explicó en frases entrecortadas por los sollozos. Aquella noche había habido consulta. La niña permanecía inerte y los reactivos no despertaban ya en aquel organismo aniquilado la más pequeña excitación vital. Era el fin; no había nada que hacer ni que esperar. El último suspiro se exhalaría antes del alba. A no ser que...

—¿Lo ves?.. Todavía hay una esperanza, exclamó Antonio.

—¡Es tan débil!, dijo Gerardo moviendo la cabeza. Los médicos la han dado por lástima. «Si la niña, me han dicho, recobra por sí misma el conocimiento por un gesto, por una palabra, aunque sea por una queja... Entonces... puede ser...» He espiado el menor movimiento de aquella pobre carita... ¡Oh!.. Creía verla disolverse y amenguarse más y más... Ha llegado un momento en que me han faltado las fuerzas... y me he escapado como un loco.

—Ven, dijo Le Bray, que le empujó

Los dos volvieron lentamente. Sebourg se apoyaba en el brazo de Antonio crispando en él la mano hasta hacerle daño, menos para buscar un punto de apoyo —aquel robusto organismo ignoraba los desfallecimientos —que para retenerle. Hubiera querido no llegar jamás al fin de aquella acera desierta en la que llovía una claridad azulada. La tardanza era todavía un poco de esperanza, de esa esperanza insensata que él suponía no admitir y que le llenaba como el aire que respiramos á pesar nuestro. Al pasar aquella verja cerrada, aparecería la ineluctable realidad.

El espanto de llegar hizo que Sebourg buscase por instinto una dilación. Acaso también las palabras que brotaron de sus labios y que él acentuó, obligando á Antonio á detenerse por instantes para oirlas mejor, expresaron una necesidad de contrición, de orgullo inmolado, de sacrificio ofrecido, que evitasen el castigo cuando era tiempo todavía.

—¡Ah! Si se pudiera borrar y rescatar el mal que uno hace... Pero nada puede quitar del corazón de Cristiana el dolor que le he causado. He obrado como un cobarde hiriéndola para siempre con una revelación irreparable. ¿Cómo pudieron salir aquellas palabras de mi boca?.. ¡Dios mío!.. Durante una hora cesé de ser un hombre honrado... ¿Qué digo?.., de ser un hombre, sencillamente. Me dió á entender que te amaba y no fuí ya dueño de mí mismo.

Antonio escuchaba con tembloroso interés. ¿Qué consecuencias tendría aquella acción obscura de la que Gerardo parecía arrepentirse con tal sinceridad? ¿Crearía un obstáculo insuperable para la dicha que empezaba de nuevo á vislumbrar? Y, al mismo tiempo, sabía que era amado. ¡Qué delicia y qué angustia! No replicó nada, sin embargo. Le repugnaba toda preocupación personal junto á aquel desgraciado á quien la imagen de su hija moribunda arrancaba una dolorosa confesión.

—En cuanto á las consecuencias materiales, he hecho lo que he podido, continuó Gerardo como si hubiera vaciado en alta voz su conciencia y sin cuidarse de ser comprensible. He pronunciado un voto solemne y he renunciado á Feuilleres para mí y para los míos. He conjurado á Cristiana á jurar conmigo ante Dios que no abandonaría la casa de sus antepasados... De otro modo traería la desgracia á mi hija y haría caer sobre nosotros el rayo que yo había atraído y quería apartar en la medida de lo posible... ¡Lo que he tenido que implorarla!.. Cristiana no quería, pero ha acabado de ver que el exceso de su delicadeza se convertía en la peor injuria para mí y era un ultraje que yo no merecía. . ¿Acaso había dictado mi conducta el interés?.. Sería yo el más abyecto de los seres. Lo que quería conquistar por cualquier medio era ella, y puesto que nunca llegaría á ser mía, no me quedaba más que la vergüenza y el pesar de mi mala acción; tenía derecho, por lo tanto, á que se me dejase restituir esa finca maldita que trae la desgracia á mis hijos.

Y Gerardo añadió cambiando de tono:

—Porque también Francisco ha estado muy malo y su convalecencia no va como yo quisiera. ¿No lo sabías?

El ruido de un coche, aumentado por el sonoro silencio de aquel barrio y de aquella hora, suspendió la respuesta de Antonio. En el momento en que los dos amigos llegaban á la casa de las señoras de Feuilleres, una berlina se paró en la puerta. Sebourg se lanzó hacia un hombre que acababa de apearse.

—¡Doctor! ¡Usted por aquí, después de las doce!.. ¿Tiene usted entonces esperanza?

—¿Salía usted para ir á buscarme? ¿Qué pasa?, preguntó el médico.

Y sin esperar la explicación, al ver que la puerta se abría, el doctor subió la escalera, habituado ya á aquel trayecto. El padre, con la vista sombría y fija y las mandíbulas contraídas, le siguió como un condenado á muerte sigue al sacerdote hacia el lugar del suplicio.

Antonio titubeó antes de pasar la verja y después en el vestíbulo. Nadie le detuvo y como su corazón velaba delante de él, subió también la escalera con los otros dos hombres.

En medio de una vasta habitación, no amueblada todavía, á no ser que se la hubiera desamueblado adrede, se veía una estrecha cama de hierro plateado, en la que estaba acostada Roberta. Una mesa, un baño de niño y unas cuantas sillas completaban aquel decorado de enfermería. Todo estaba al principio un poco indistinto á la única claridad de una lamparilla, pero se subió la mecha de una lámpara y se encendió otra...

Entonces vió Antonio dos cosas inolvidables: la carita lívida, inmóvil en la almohada, de aquella linda niña que estaba desconocida con los huesos salientes bajo la piel, la nariz contraída, los labios exangües y los pesados rizos cortados al azar y reducidos á mechones desiguales para desahogar la cabeza dolorida y siempre reluciente de sudor. Después fué la vista de Cristiana, también desencajada y pálida, pero de una belleza más conmovedora con su gran delantal sobre la falda negra y las hombreras de lienzo, que ajustaban una chaquetilla de franela blanca.

Sus ojos, agrandados por las ojeras y por la delgadez de las facciones, se encontraron pronto con los de Antonio y se dulcificaron, pero sin extrañeza. El peligro de la niña traía la visita del amigo. Cristiana había perdido la noción de la hora, y no se le ocurrió ni un pensamiento para ella misma.

—¿Ningún cambio?, preguntó el doctor.

—Ninguno.

El médico se acercó, y levantó con un dedo los párpados de la enfermita, que volvieron á caer inertes. El médico no hizo ninguna reflexión y permaneció en pie mirando, mordiéndose el labio inferior y pasándose la mano por la barba. El padre no preguntó nada y se dejó caer en una silla baja, donde se encontró montado, con los brazos en el respaldo, la barbilla en las manos y los ojos fijos en su hija. Cristiana y Antonio no pudieron contemplar mucho tiempo lo que había en aquellos ojos; separaron de ellos los suyos y cambiaron una rápida mirada, después de lo cual observaron á la niña, admirados de que el médico no hubiera dicho todavía: «Se acabó.»

Ahora bien: en aquel recogimiento desesperado, en aquel silencio absoluto, en aquella tensión ardiente de los corazones, de los que emanan acaso fuerzas misteriosas, he aquí lo que pasó:

Un movimiento tan débil que apenas fué perceptible, agitó la sábana hacia el pecho de Roberta, y al poco rato se repitió más distinto y subió hacia la barbilla. Cristiana, á una seña del médico, bajó un poco las ropas, y entonces se vió cómo se desprendía una manita casi inverosímil de fragilidad, cuyos ligeros dedos se extendían para no se sabe qué dulce señal.

Es imposible pintar la emoción producida por aquella manita, en la que se volvía á ver la voluntad de vivir y que permanecía suspendida como para anunciar una buena noticia á los que allí estaban. A no ser que les pidiera que la sostuviesen en el camino de horrorosa sombra por el que se iba su alma inocente.

Gerardo hundió la frente entre sus brazos y rompió á sollozar.

Una mano le tocó en el hombro.

—¡Cállese usted!.. Cállese y mire!..

Antes de que hubiera tenido tiempo de ver nada á través de sus lágrimas, oyó un sonido que le conmovió hasta el fondo de las entrañas y que él atribuyó á un vértigo. Una voz imperceptible como un aliento acababa de murmurar: «¡Papá!..» Y cuando le acercaron, aturdido é incrédulo, á la cama, vió los ojos de Roberta desmesuradamente abiertos en su lívida cara, y que le reconocían.

—Márchense ustedes todos, dijo el doctor, al ver que la puerta se abría y que se presentaba una doncella seguida por la condesa.

—Tengo casi la seguridad de que la niña está salvada. Pero con la condición de que no se quede aquí nadie más que la señorita de Feuilleres y yo.

—¿No puedo ser útil en nada? ¿No puedo ayudar á Cristiana, que debe estar muerta de fatiga?, dijo el padre.

—Nadie puede ayudar á esta señorita, dijo el doctor; apenas puedo yo. Mi ciencia no es nada al lado de una abnegación tan tenaz y tan inteligente como la suya; á ella deberá usted su hija, Sr. de Sebourg.

Gerardo se dirigió hacia Cristiana, inclinó delante de ella su alta estatura é hincó una rodilla en tierra. Los presentes vieron su altanera y ruda cara cubrirse de humildad, mientras él bajaba los párpados y levantaba para rozarla con su frente la mano pendiente de la joven.

Todos creyeron en un fervor de gratitud; pero sintieron estremecerse allí sentimientos más complicados y significaciones más profundas cuando se oyó esta palabra, vibrante de turbación, arrancada á las fibras profundas de un alma fuera de sí misma:

—¡Perdón!

XIII

El invierno acaba y se anuncia la primavera en el jardinillo agreste de la calle de Boileau, poniendo en él ese encanto delicioso de que es susceptible el más estrecho rincón de tierra y que conmueve, acaso, más en una naturaleza cautiva. Un tierno verdor se estremece en las ramas de algunos árboles, velando las casas próximas y dando una ilusión de bosque. Junto á la verja florecen las lilas y un codeso columpia sus racimos de oro; un castaño sorprende con sus tirsos color de rosa, y las violetas florecen hasta en medio de las calles, cuyo dibujo acaba de borrarse más completamente bajo el brote de la hierba.

Roberta de Sebourg, ya curada, se había marchado con su padre, para buscar para ella y para su hermano Francisco un aire más vivificante que el de París, á fin de favorecer su convalecencia.

En aquella alegre tarde de abril, en la que los colores eran tan nuevos y tan lindos, Cristiana y Antonio, sentados en un banco en medio del bonito desorden del jardinillo y entre los gorjeos de los pájaros, escuchaban por fin libremente la voz de su juventud, de su amor y de la dicha que les estaba permitida.

En el corazón de la joven pesaba todavía un escrúpulo que iba á ser disipado de un modo que ella no preveía.

—Sí, decía á Antonio, puedo aceptar el ser su esposa; no arriesgo ya el exponer su delicadeza y su orgullo á luchas y humillaciones indignas de usted, pues las dificultades de familia suscitadas por mi cuñado han sido suprimidas por él y no podía obstinarme, ni por desinterés, en mantener sus consecuencias. Mi actitud hubiera sido injustamente insultante para Gerardo, el cual, por otra parte, hubiera rechazado mis sacrificios. Puesto que mi conciencia no se oponía, he debido volver á la voluntad de mi padre. He debido también, añadió con un rubor y una sonrisa llenos de gracia, cuidar de un porvenir que ya no era solamente mío, puesto que le compartiré con usted.

—Querida Cristiana..., murmuró apasionadamente su prometido.

—Además... he pensado en mi madre..., dijo Cristiana con dolorosa gravedad.

Movió la cabeza, como para apartar de la mente alguna cosa imposible de enunciar, y continuó:

—Todo está, pues, restablecido en el orden, al menos en lo que llamaré el orden humano. Volverá usted á encontrar, querido Antonio, la misma Cristiana que conocía y —añadió con una adorable mirada —que amaba en vida de mi padre. La tormenta, que me hizo ser para con usted tan diferente de mí misma, se ha calmado y no volverá: sin embargo, ha dejado en el fondo de mi alma un dolor y un secreto.

¿Quién me hubiera dicho que al entregarme á usted con toda la sinceridad de mi ser, estaría obligada á reservar para mí un pensamiento?.. ¡Ay! Necesito tanto valor para callarlo como necesitaría para decirlo, y no distingo cuál es mi deber. ¡Qué lejos está mi intransigente orgullo!.. No veía la verdad más que en mi raza, en mi casa, en mí misma... La fuerza del pasado me hacía levantar la frente y me desataba los labios. Hoy, esta misma fuerza me hace doblar la cabeza y me sella la boca. Ningún ser humano puede jactarse de poseer la luz; todos vamos á ciegas y expuestos á los mismos errores y á las mismas caídas. Ciertamente sigo creyendo en una revelación eterna, pero ninguna revelación es absoluta cuando ha pasado por nuestros corazones inciertos. He querido enseñar á usted á rezar, y su oración sin fórmula era más cristiana que la mía, porque era más generosa y más humilde. Respetemos todas las creencias, hasta la duda; ningún dogma está por encima de la tolerancia y de la bondad.

—El Evangelio lo ha dicho, afirmó Antonio. Es su frase más divina: «Paz en la tierra á los hombres de buena voluntad.»

Calláronse un momento, y Cristiana siguió diciendo con voz conmovida:

—Tengo, sin embargo, la buena voluntad de decírselo á usted todo, pero una potencia superior me detiene. ¿Qué hacer? Es para mí un sufrimiento intolerable tener un secreto para usted; y si hablo, me parece que haré traición á los míos. Antonio, venga usted en mi ayuda; nuestra felicidad depende de eso.

El joven fijó dulcemente la mirada en los ojos sombríos que apelaban á él con más ardor todavía que los cándidos labios.

—Cristiana... Alma querida, transparente y pura... Si dijese á usted que conozco su secreto ó, al menos, que lo adivino..., ¿se sentiría usted aliviada?

La joven retrocedió, un poco anhelosa, con los ojos muy abiertos, vaciló un segundo y pronunció en tono firme:

—Sí.

Antonio sonrió con alegre gravedad.

Cristiana exclamó:

—Lo he temido cuando no debíamos ser el uno para el otro. Ahora, por el contrario, lo deseo. Pero... (una reflexión suspendió su frase; sus facciones se ensombrecieron). ¿Cómo lo sabe usted? ¿Fué Antonieta quien le hizo esa revelación?

—Sí..., hasta cierto punto.

—¡Antonio!.. Me había usted dado su palabra de honor...

—Podía darla. Su hermana de usted no me reveló al morir nada preciso, y yo tenía el derecho estricto y sagrado de enterrar en lo más profundo de mí mismo, de olvidar, si era posible, lo que había pasado entre ella y yo, desde el momento en que usted no debía ser mi esposa.

—¿Y ahora que debo serlo?, preguntó Cristiana con radiante vivacidad.

—Ya no tengo nada que ocultar á usted, Cristiana querida. ¿Pero no le basta á usted?..

—No; dígalo todo.

—Sabe usted lo que más nos importa. Su hermana había adivinado nuestro sentimiento recíproco, medía la fuerza que tenía en mí y sabía hasta qué punto le era á usted adicto.

—Sí; y qué más...

—Apeló á esa abnegación, por si un día le era á usted necesaria.

—¿En qué circunstancias? ¿Cómo? ¿Qué le dijo á usted?

—Cristiana... Ahorrémonos la delicadeza de esta explicación. Tuve solamente la dicha de expresarle...

—Repítamelo usted todo, ordenó Cristiana.

El joven no pudo excusarse más y despertó en pocas palabras el recuerdo de la trágica escena. Antonieta, sintiéndose morir y con el alma más quebrantada que el cuerpo por la traición de su marido, estaba transida de espanto ante la idea de que ese marido poseía un secreto temible, del que usaría, acaso, contra su padre y contra su hermana cuando ella no existiese. Sin duda la desgraciada, en el desastre de su felicidad conyugal y en el extravío de la hora suprema, había visto con colores nuevos y terribles el carácter de Gerardo. Sintió, acaso, remordimiento por haber puesto en sus manos unas armas de las que podría servirse en su nombre para una acción que la proximidad de la muerte le hacía juzgar abominable, y entonces, enloquecida, había llamado á Antonio para decirle: «Cristiana, á quien usted ama, puede encontrarse un día en una situación atroz por culpa de Gerardo. Tengo miedo de este hombre. Protéjala usted contra él. Si llegase á intentar un pleito á los míos, invocando una circunstancia de familia que no puedo revelar, interpóngase usted para afirmar que yo lo desapruebo.» A fin de que hubiese una prueba de esta última voluntad, Antonieta quiso escribir y firmar una declaración en ese sentido; mientras la mujer del guarda, en cuya cama agonizaba la pobre Antonieta, iba á buscar un lápiz, la moribunda añadió á sus ruegos una petición. Pero en este punto del relato, Antonio se calló, y fué precisa toda la insistencia de Cristiana para que siguiese diciendo:

—Su hermana de usted suspiró, con voz tan poco inteligible que tuve que inclinarme para oirla: «Moriría tranquila si supiera que ninguna prueba le separará á usted de ella.—Ninguna, lo juro, exclamé, si Cristiana se digna aceptar el don de mi vida.—Cristiana ama á usted...,» pronunció distintamente la moribunda.

Los ojos de Cristiana se llenaron de lágrimas, mientras toda su alma estaba pendiente de las palabras de Antonio.

—Tuve entonces, continuó éste, tal movimiento de entusiasmo, que Antonieta fijó en mí una mirada casi viva y me dijo con voz reanimada de repente: «¿Le será usted fiel suceda lo que quiera?.. ¿Aunque perdiese padres, nombre y fortuna y no fuese ya la señorita de Feuilleres?..» Encontré sin duda, murmuró Le Bray con el acento de confusión con que hubiese confesado un exceso de audacia, expresiones capaces de tranquilizar su corazón y de mostrarle lo que ardía en el mío, pues tuvo una tranquila é inefable sonrisa y me llamó «hermano mío.» Ya ve usted, Cristiana, añadió el joven en tono implorante y como si se excusara, que me he encontrado iniciado á mi pesar en la intimidad de su familia. He podido presentir un misterio, y sin embargo, dar mi palabra de honor de que no le conocía y de que era usted la única dueña de ese secreto como lo era de su corazón.

Se calló bajando la cabeza.

Cristiana profirió un grito bajo y profundo.

—¡Antonio!

Aquella cara finamente varonil se volvió hacia ella con una tierna timidez que aumentó la emoción de la joven.

—De modo, dijo, que en Feuilleres, cuando yo ponía orgullosamente entre nosotros barreras morales, cuando hablaba de las tradiciones de mi casta y suponía poseer, con los míos, la más alta verdad...

—Expresaba usted su ideal, interrumpió vivamente Antonio. Ese ideal era hermoso y semejante á su alma. ¿Cómo había usted de saber que la debilidad humana le hace á veces imposible de realizar? ¡Ah! ¡Cuánto amaba á usted por ser así!..

—Y en esta misma casa, cuando mi orgullo le alejaba á usted para siempre, cuando rehusaba su ayuda antes que mostrarle mi angustia y arrastrarle en mis peligros...

—Si los hubiera previsto, exclamó Antonio, hubiera tenido el atrevimiento de imponer á usted mi protección. Pero Antonieta me había hecho temer para usted el odio de Gerardo, y usted me revelaba su amor; había hablado de luchas y pleitos, y los veía á ustedes de acuerdo; declaraba usted que obraba de grado y libre de toda presión, y yo no tenía más que callarme.

—¡Oh! Antonio... Lo que usted callaba era que había jurado á mi hermana moribunda casarse conmigo aun dolorida por la peor catástrofe, falta de todo y sin derecho al nombre de que estaba yo tan orgullosa. Para ocultarme tal generosidad me dió usted noblemente su palabra de honor.

—¡Cristiana!.. ¡Cristiana mía adorada!.. ¿No sabe usted cuánto la amo?

—¡Qué amor!.., murmuró la joven.

Dejó caer la frente en el hombro de Antonio, y los dos unieron sus manos en silencio, con el alma deslumbrada por maravillosa ternura.

Traducción de F. Sarmiento.



Cuadriciclo para bomberos empleado en Inglaterra é inventado por Mr. Merryweather

EL USO DE LOS CICLOS

EN LOS CUERPOS DE BOMBEROS

Los bomberos de Londres y los de la mayoría de las ciudades inglesas emplean con mucha frecuencia la bicicleta pára trasladarse al sitio de los siniestros señalados como de escasa monta. A menudo se encuentran uno ó varios bomberos pedaleando en sus ciclos, con la destral á un lado y el manojo de cuerda atado á la cintura. En tales casos se trata de incendios de poca monta para los cuales no es necesario poner en movimiento un material más importante.

Los bomberos alemanes son también habilísimos ciclistas. Los de Altona usan un tipo de motocicleta construído expresamente para ellos que les presta grandes servicios; este aparato, utilizado especialmente por el jefe de brigada y por su estado mayor, está provisto de un motor de tres caballos y transporta dos hombres con tal velocidad que, gracias á él, el comandante y un bombero pueden llegar al lugar del siniestro mucho antes que los aparatos de socorro, lo cual permite al jefe examinar la situación, adoptar sus disposiciones y formar el plan de combate, que ejecutará sin pérdida de momento en cuanto lleguen las bombas, escalas, etc. No es necesario encarecer las ventajas de esa rapidez, pues es sabido que en la lucha contra el fuego, los instantes son preciosos, y el ganar algunos minutos puede á veces evitar grandes catástrofes.

Los bomberos suizos y belgas hacen también gran uso de la bicicleta, pero seguramente son los de Inglaterra los que más se sirven de esa máquina, que transforman de mil maneras á fin de sacar de ella el

mayor partido posible y hacer que responda en la mayor medida á sus necesidades especiales. En las brigadas provinciales y en el campo la bicicleta es más útil aún á los bomberos que en las ciudades, en donde los retenes de socorro son generalmente numerosos y están cerca unos de otros.

El ingeniero Merryweather, inventor de una serie de construcciones automóviles aplicadas á la lucha contra el incendio, lo es también del cuadriciclo que reproduce el grabado de la página anterior. Esa máquina, muy práctica, puede ser utilizada en muchas circunstancias, pues permite el transporte rápido de cuatro bomberos con herramientas, mangueras y aparatos de poco peso á cierta distancia por cuestas, caminos difíciles y vías mal conservadas, como las rurales y las sendas que atraviesan los campos. El aparato, que responde perfectamente á las necesidades de las compañías en el campo y en las pequeñas poblaciones, se compone de dos tándems paralelos entre los cuales hay un gran cajón de madera con anillos de acero. El conjunto de ese vehículo es muy fuerte y resistente, y está construído á propósito para tareas pesadas; no es un cuadriciclo de lujo ni siquiera de carreras, sino que es, por el contrario, un aparato rudo y macizo destinado á transportar al mismo tiempo que los cuatro bomberos ciclistas un material pesado, compuesto de cubos de tela, 200 metros de manguera de tela de Sajonia con sus enchufes, dos ó tres lanzas, un trípode de aluminio, llaves, herramientas y un juego completo de instrumentos especiales. Además cada ciclista lleva un destral y una cuerda. -D.



EL NUEVO AERÓSTATO DIRIGIBLE «VILLE DE PARÍS,» DE M. ENRIQUE DEUTSCH, recientemente ensayado en Sartrouville (Sena y Oise). (De fotografía de M. Branger.)

EL NUEVO GLOBO DIRIGIBLE

«VILLE DE PARÍS»

Recientemente se han efectuado en los alrededores de París algunas pruebas de situación y á la mano de ese nuevo aeróstato construído en Sartrouville por M. Surcouf, por encargo del aeronauta Enrique Deutsch.

La forma de ese globo es sumamente original: por la proa termina en punta y por la popa en un cilindro enorme flanqueado por varios pequeños globos cilíndricos apareados, cuyo objeto es aumentar la estabilidad del aparato, evitar el temible cabeceo y asegurar la permanencia de dirección. Su longitud total es de 62 metros, su diámetro máximo de 10'50 y su volumen total de 3.200 metros cúbicos.

La envoltura es de tela de caucho con forro protector interior. La barquilla, suspendida por medio de una red triangular, consiste en una viga armada de 32 metros de largo, en la que está situado el motor de cuatro cilindros y 70 caballos de fuerza. La hélice funciona por medio de un engranaje de reducción y constituye una de las particularidades más interesantes del nuevo aeróstato; se compone de dos ramas articuladas libremente en el cubo que bajo la acción de los diversos esfuerzos de impulsión tomarán automáticamente la posición inclinada resultante. Este nuevo modelo ha permitido instalar una hélice de un diámetro superior á seis metros, de una rigidez absoluta y de una ligereza extraordinaria.

Cuando escribimos estas líneas, no han podido realizarse todavía, á causa del viento, las pruebas decisivas de ese nuevo aeróstato.—S.



El teniente Fepoux

Bardane



Ollivier



Fortain



Maingault



El alférez Millot

Algunas víctimas de la catástrofe del submarino francés «Lutin.»

La desgracia pesa sobre los submarinos franceses. Hace poco más de un año, perdióse en aguas de Bizerta al *Farfadet;* el 16 de octubre último ha desaparecido allí mismo el *Lutin*

Había éste salido á practicar ejercicios en alta mar, y á las doce y media efectuó su inmersión en condiciones aparentemente normales; pero el remolcador *Iskeul*, que le convoyaba, esperó en vano á que reapareciese en la superficie, y viendo que el tiempo pasaba y el submarino seguía sumergido, señaló con una boya el sitio de la desaparición y regresó apresuradamente á Bizerta en busca de socorros.

Practicáronse en seguida los trabajos necesarios para sacar á flote al barco, aunque sin esperanza de salvar á la tripulación; y efectivamente, después de muchas exploraciones, en las que tomaron parte activa varios buques de guerra ingleses enviados por el Almirantazgo inglés desde Malta, se pudo encontrar el submarino, á 36 metros de profundidad, y por medio de un dique flotante fué levantado paulatinamente y remolcado hacia la costa. En la mañana del 26 el *Lutin* entraba en el dique de carena de Bizerta.

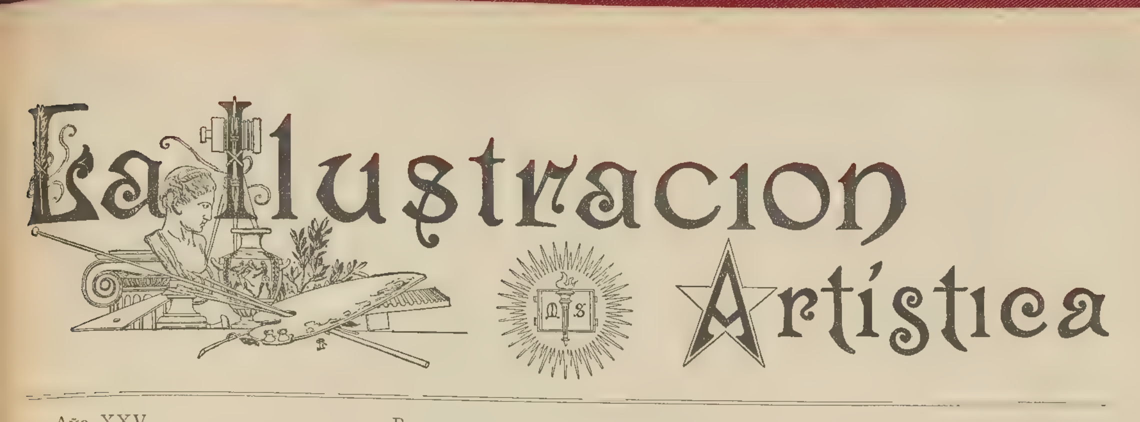
Fué un espectáculo conmovedor: apenas el semáforo anunció el dique flotante, remolcado por el vapor *Cyclope*, todas las banderas de los buques y de los edificios públicos se pusieron á media asta y una multitud numerosa se situó en los muelles, en medio de un profundo silencio. Al pasar el dique, que arrastraba al submarino, todos se descubrieron y el buque de guerra *Phlegetón* disparó una salva de veintiún cañonazos.

Al día siguiente efectuáronse las maniobras necesarias para depositar el *Lutin* en el fondo del dique de carena, y el domingo, 28, procedióse á la extracción de los cadáveres de los infelices náufragos, que fueron encontrados formando dos grupos ó más bien dos racimos humanos, porque permanecían estrechamente abrazados.

Los infortunados tripulantes del *Lutin* que perecieron en el cumplimiento de su deber, eran: el teniente de navío Fepoux, el alférez de navío Millot, los contramaestres Bourgés y Nicolás; los segundos contramaestres Ollivier, Maingault y Douval; los torpedistas Bellec y Ollivier; el timonel Dufau, y los segundos contramaestres maquinistas Bardane, Fortain, Sicher, Guezel, Monsarrat y Clairet.

La catástrofe del *Lutin*, que ha sido debida á una vía de agua, ha causado honda emoción en toda Francia. – R.

Imp. de Montaner y Simón



Año XXV — Barcelona 12 de noviembre de 1906 — Núm. 1.298

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

Obra del escultor Antonio Carminati

BOCETO PREMIADO DEL MONUMENTO QUE SE HA DE ERIGIR EN MILÁN Á LA MEMORIA DE VERDI

(De fotografía remitida por Hutin, Trampus y C.ª)

ADVERTENCIA

Con el número pasado repartimos á nuestros suscriptores el cuarto tomo de la presente serie de la BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA, titulado

POETAS FRANCESES DEL SIGLO XIX,

selecta y completísima antología ordenada por don Teodoro Llorente, y por este esclarecido vate fidelísimamente vertida al castellano en sonoros versos y cadenciosas estrofas. Lamartine, Hugo, Sully-Prudhomme, Musset, Gauthier, Vigny, Baudelaire, Lecomte de Lisle, y otros cuarenta poetas eminentes del Parnaso francés del siglo pasado, tienen su adecuado lugar en este libro, hecho con un cariño y con un atildamiento de forma nada comunes en esta clase de obras, pero que son la característica del ilustre literato valenciano ya mentado. Contribuyen á realzar esta edición primorosas orlas alegóricas, debidas al lápiz de Nicanor Vázquez.



CRÓNICA DE TEATROS

Si los esclarecidos ingenios que tanta gloria dieron á nuestro teatro del siglo XVII volvieran, por caso maravilloso, al mundo y vieran á María Guerrero dar vida escénica á las heroínas de las comedias famosas por ellos imaginadas y compuestas, cierto estoy de que la proclamarían reina sin rival de la escena española. Ella encarna como ninguna otra artista moderna la poesía dramática de nuestro pueblo; lo característico de nuestra raza en ella adquiere su más intensa y vigorosa expresión, y en ningunos labios como en los suyos vibra tan elocuente y armoniosa el habla nacional.

Gracias á María Guerrero, aún vemos vivas aquellas damas que retrató Velázquez, que celebraron en sus conceptuosos versos Góngora, Jáuregui y Villamediana, y que satirizaron Quevedo y Lavaleta. Nadie como ella sabe expresar el desenfado villanesco de las labradoras de Tirso, la pasión vehemente de las mujeres de Lope, la enfática rigidez de las damas de Calderón. De rústica zagala son sus donaires y arrebatos en *Fuente Ovejuna*, de austera y noble rica hembra sus trágicos dolores en *La estrella de Sevilla* y de astuta palaciega sus fingidas esquiveces en *El desdén con el desdén*. Su candorosa simplicidad en *La dama boba* desarruga el entrecejo del más ceñudo espectador; sus maternales congojas en *Reinar después de morir* conmueven los más duros corazones; sus discreteos en *Casa con dos puertas* y en *El vergonzoso en palacio* suspenden y maravillan aun al auditorio más refractario al enrevesado conceptismo de los autores dramáticos del siglo XVII.

La eminente actriz y su esposo Fernando Díaz de Mendoza han elegido este año, para la inauguración de la temporada, el drama de Calderón de la Barca titulado *El mágico prodigioso*. No es cosa de que trate yo aquí de ensalzar al insigne dramaturgo ni su renombrada comedia. Puesto que en ella he puesto mis manos pecadoras y procurado, en la medida de mis fuerzas, que el público fije su atención en bellezas que por estar encerradas en el libro carecían del relieve que les da el teatro, claro es que creía, como sigo creyendo, que *El mágico* pertenece al número de las joyas valiosísimas que constituyen el tesoro de nuestra poesía dramática. No está de más que de cuando en cuando fijemos nuestra mirada distraída en las riquezas artísticas que nos legaron nuestros antepasados.

Mas si por razones fáciles de explicar debo pasar por alto cuantas observaciones pudieran ocurrírseme respecto al mérito, que yo creo extraordinario, de *El mágico prodigioso*, omisión imperdonable sería no ensalzar la labor artística realizada por María Guerrero en la interpretación del papel de Justina. Si Calderón «hubiera levantado la cabeza» la noche de la inauguración de la temporada en el Español, habría exclamado de seguro como el príncipe Segismundo, en *La vida es sueño:*

> En cada vez que te veo
> nueva admiración me das
> y cuando te miro más
> aún más mirarte deseo.

Admirable es, en efecto, en dicha obra el trabajo de nuestra insigne actriz. No es posible expresar con más alta y noble belleza las ansias de un corazón virginal agitado por todos los sugestivos encantos con que el amor le cerca y seduce. En la inmortal escena en que aves, plantas y flores ofrecen á los ojos de Justina la imagen del amor, María Guerrero hizo pasar por la sala del teatro el estremecimiento de lo sublime.

Y no es maravilla que triunfe de este modo. A sus extraordinarias dotes artísticas junta María Guerrero fanático entusiasmo por su arte, entusiasmo que con ella comparte Fernando Díaz de Mendoza. Ambos sienten lo que pudiéramos llamar la locura del teatro. El teatro, en efecto, absorbe por completo su vida: su mundo es la escena, su casa la forman los telones y bambalinas, sus jardines los setos, arriates y macizos de papel pintado, su sol la luz de las candilejas y baterías.

Para María y Fernando, como para el paladín del romance, «su descanso es trabajar.» No se limitan á representar las obras; colaboran con los autores, auxiliándolos con su exquisito sentido estético. Cuando después de largos ensayos y de cuidadoso estudio, no sólo de los papeles, sino de todo lo que se refiere á la *mise en scene* y al *atrezzo*, estrenan una obra, el público, cualquiera que sea el éxito literario de la comedia representada, no puede menos de aplaudir y celebrar el esmero, el gusto y la perfección con que así María Guerrero como su esposo han dado vida á la creación del dramaturgo.

Gracias á ellos dos aún nos deleitan, conmueven y cautivan las comedias y dramas genuinamente españoles.

***

Aunque de muy distintas aficiones artísticas que María y Fernando, es tan entusiasta como ellos por el arte dramático Francisco Tallaví. Ganoso de gloria, endereza este joven actor todos sus esfuerzos á llevar á la escena las creaciones dramáticas del teatro moderno. Ibsen es su ídolo, y con la tenacidad inteligente que constituye en las más difíciles empresas el secreto del éxito, intenta—empeño, ciertamente, difícil—aclimatar entre nosotros las obras más renombradas del insigne escritor noruego. Entre ellas, la de mayor fama, como todo el mundo sabe, es la que lleva por título *Los espectros* ó *Los aparecidos*.

No hay en la literatura novísima drama más trascendental ni de intención más demoledora que el célebre drama ibseniano. En él se combaten los fundamentos de la sociedad y de la familia. Su idea capital puede expresarse en pocas palabras: la señora Alving, cediendo á las imposiciones de sus padres, se casó con un capitán de marina; á los pocos días de su boda echó de ver que su marido era un hombre disipado y lleno de vicios. Indignada por la conducta de su esposo, abandona el hogar conyugal y corre á refugiarse á casa del doctor Manders, por quien sentía cierta inclinación amorosa. El pastor, fiel á lo que considera sus más sagrados deberes, obliga á la señora Alving á que vuelva á reunirse con su marido y á que cumpla su deber de esposa cristiana. La infortunada señora obedece el mandato del pastor Manders y reúnese con el capitán Alving. Fruto de tal unión es el nacimiento de Oswaldo.

En este desdichado ser se cumple la ley de herencia, por la cual él, sin culpa, paga con una enfermedad medular la disipación y el alcoholismo de su padre. El pobre joven, en la flor de su edad, ansiando trabajar, amar, vivir, se encuentra condenado á la imbecilidad, que es peor que la muerte. Y la ley fatal de la herencia se cumple y Oswaldo, según quiere demostrar el autor, viene á ser la víctima de lo que Ibsen califica de dañosos prejuicios sociales.

El papel de Oswaldo ha tentado á los más grandes actores contemporáneos, entre ellos á Novelli y á Zacconi. Tallaví, no obstante tener que luchar con el recuerdo de aquellos dos eximios artistas, ha querido también acometer la ardua empresa, y de ella ha salido honrosamente. Para dar caracteres verdaderos á la enfermedad del personaje ibseniano ha hecho un detenido estudio de las enfermedades medulares, y según el parecer de los médicos, Tallaví en el transcurso de la representación de *Los espectros* expresa con pasmosa exactitud todos los grados por que pasan en el último período de su dolencia los enfermos atacados de reblandecimiento de la medula.

Sinceramente declaro que las enfermedades en el teatro me producen una impresión que nada tiene de estética. Cuanto más verdaderas parecen, más me repugnan. Un tísico espectorando, un atacado de peritonitis retorciéndose de dolor, un enfermo de ataxia vacilante y tembloroso, me inspiran piedad y conmiseración, pero nada que se parezca á la emoción artística.

«Estos dramas patológicos—me decía la noche de la representación una notabilísima actriz—debieran representarse en los anfiteatros de las escuelas de Medicina.» Admitido, sin embargo, el género, claro es que el actor debe esforzarse por conseguir la imitación de la verdad. Esto es lo que intenta y consigue Tallaví cuando desempeña el papel de Oswaldo.

Sea, pues, cualquiera la opinión que se tenga acerca de los límites del teatro, es lo cierto que tendiendo el drama de ideas, no á expresar lo bello, sino á la exposición y propaganda de doctrinas sociológicas, el trabajo de Tallaví merece toda clase de elogios sin ninguna especie de regateo. El actor que intente representar el Oswaldo de Ibsen, si ha de responder al pensamiento del autor y causar la impresión que él se propuso producir, tiene por fuerza que hacer patentes ante los espectadores los males y miserias que de padres á hijos transmite la herencia patológica.

***

Otro aspecto del arte dramático contemporáneo nos ofrece la comedia de Croisset y Tarride *Le tour de main*, que con el título de *La mentira piadosa* acaba Martínez Sierra de traducir al castellano. Así como Ibsen, Bjoernson, Hauptmann, Butti procuran que triunfe la verdad por amarga y dolorosa que sea, los autores de *Le tour de main* ensalzan en el teatro la eficacia y conveniencia social de la mentira. Creen ellos que es preferible el engaño al desengaño y que el objeto principal de la vida es pasarla del modo más agradable posible. Según el personaje que lleva la voz cantante en esta comedia, el toque del saber vivir está en el arte de engañar. «Miente con habilidad—dice á su hijo—y serás feliz y harás felices á cuantos te rodean.» Y generalizando su doctrina añade: «La mentira es toda la civilización.» Firme en sus ideas este personaje, descendiente en línea recta de los famosos razonadores de Dumas, vive contento y feliz engañando á todo bicho viviente.

Tan ingeniosa paradoja está desenvuelta con la ligereza peculiar del espíritu francés, en una fábula entretenida, animada y abundante en frases felices y en escenas interesantes y escritas con conocimiento del arte teatral. Su asunto recuerda el del drama de Hauptmann *Almas solitarias;* pero mientras la obra alemana tiene un desenlace trágico, la comedia francesa se resuelve felizmente y con arreglo á un sentido no inmoral, sino amoral...

Las teorías de *La mentira piadosa* no convencieron al público. El carácter español, en lo tocante á la mentira conyugal, que es como en casi todas las comedias francesas lo que sirve de eje á la de Croisset y Tarride, no transige con las componendas de los dos ingeniosos autores. Y ciertamente la mentira, sobre todo en el hogar, por cómoda que sea lo mismo para el engañador que para el engañado, engendra un ambiente constante de disimulo y de traición que acaba por envenenar la vida. «Una atmósfera de mentira—dice Ibsen por boca de uno de los personajes de *Casa de muñeca*—esparce en el hogar miasmas insanos y contagiosos. Cada vez que los hijos respiran, absorben gérmenes dañinos. Casi todas las personas depravadas han tenido padres mentirosos.»

Por otra parte, yo no sé si podría defenderse seriamente lo de que toda la civilización está basada en la mentira; pero si así fuese, ¿no deberíamos trabajar esforzadamente por fundamentarla en la verdad?

ZEDA.



No, no, ¡Ten lástima! ¡No me martirices!

LAS CEREZAS

Personajes: *Antonia*, de veintisiete años, morena, ojinegra, esbelta, elegante. – *Pedro*, de treinta años, rubio, delgado, con escaso cabello y bastantes arrugas. – *Federico*, de veintiséis años, guapetón, fornido, arrogante. – *Doña Teresa*, vieja, fea, antipática. – Un señor obeso que usa gafas azules y escupe mucho.

La acción, en una huerta, á orillas del Guadalquivir. - El señor obeso fuma junto á doña Antonia. Pedro y la muchacha, separados de los viejos, charlan amistosamente.

Pedro.—Tu madre me quiere fulminar con los ojos. ¿Creerá que voy á comerte?

Antonia *(por decir algo)*.—¿A mí?

Pedro.—No ha variado la buena señora...

Antonia *(después de una pausa)*.—No. *(Callan meditabundos.)*

Pedro.—Tú tampoco has variado... Tan bonita, tan fresca como antes. *(Con amargura.)* Y yo... El trabajo.

Antonia *(confusa)*.—Pues trabajar sin regla, sin...

Pedro.—Envejece. Me encuentras viejo, ¿verdad? Y enfermo. Arrugado, calvo como un setentón... Un paseo me inutiliza para tres días; un discurso me cuesta una semana de mudez. Los señores pulmones que se han propuesto declararse en huelga... ¡Resignación! Ellos me han traído á la tierra. Dicen los médicos que el clima de Madrid no me conviene. ¡Claro!

Antonia *(con interés)*.—¿No se te quita el catarro?

Pedro *(con naturalidad)*.—¿El catarro? Sí, por completo. Ya estoy tísico. *(Burlándose.)* Un ascenso.

Antonia *(apenada)*.—¡Pedro!..

Pedro.—Perdona. *(Hay un largo silencio.)*

D.ª Teresa.—Perico, ¿es cierto que te hacen gobernador?

Pedro.—¡Calumnias, señora! Me harán ministro.

D.ª Teresa.—¡Eche usted *jumo!*

El señor obeso.—¡Qué país! *(Escupe.)* Así nos luce el pelo.

Antonia *(en voz baja)*.—¡Yo me alegraría tanto!.. ¿Lo crees?

Pedro *(con gravedad irónica)*.—Lo creo. *(Pausa.)* Oye: Federico, ¿es concejal?

Antonia.—¿Por qué lo preguntas?

Pedro.—¡Pchs!..

Antonia.—No lo es.

Pedro.—Pues si me habían dicho... Pero no importa, lo será, tiene todas las condiciones precisas. ¿Quieres que le hable á Ibarra?

Antonia *(con despecho)*.—Yo no quiero nada.

Pedro *(fingiendo asombro)*.—¿He tenido la desgracia de disgustarte? *(Antonia no contesta.)* ¿Nada dices? *(Irónico.)* Es raro lo que me sucede con vosotras. Me echasteis como á un perro: vuelvo ahora sin rencor, después de haber olvidado desdenes y crueldades y burlas, y me recibís como á un enemigo. ¿Por qué?

Antonia.—Es que no veo... ¡Como á un enemigo! Yo, recibirte... ¡Qué cosas se te ocurren!

Pedro *(interrumpiéndola)*.—Han pasado los años; el ayer murió, se fué para no retornar.

Antonia.—¿Para no retornar?

D.ª Teresa.—Atiende, ministro. *(Señalando al señor obeso.)* Pregunta que si te gustan las cerezas.

Pedro.—Si á él le gustan, no.

El señor obeso *(reflexionando)*.—Si á mí me gustan, á él no le gustan... ¡Pues no lo entiendo! *(Suelta un salivazo.)*

Pedro *(á Antonia)*.—Me llama ministro para burlarse. ¡Pobre! Ella no olvida, Antonia. ¡Como la dije tantísima fiera atrocidad!.. Paréceme estarla viendo todavía con los labios apretados, los ojos fulgurantes... Tu madre es una magnífica hembra. Atila con faldas. Donde su ambición pone el casco, no vuelve á brotar nada hermoso.

Antonia.—Déjala. Es mi madre.

Pedro.—No, hija; si esto no es criticarla. Yo la admiro. Deseaba para ti un príncipe; yo no era más que un abogadillo sin pleitos, y me plantó en la calle. Hizo bien.

Antonia.—Hizo mal.

Pedro.—¿Y tú..., que te pusiste de su parte?

Antonia.—Yo..., también hice mal.

Pedro.—Vamos, llegó el día; por fin llegó. *(Pausa.)* Sí, hicisteis mal. Aquello fué una infamia. ¿Cuál era mi delito? ¿La pobreza? ¿Y hasta los dos años de relaciones no caisteis en que yo era pobre? Es gracioso. *(Pausa.)* ¡Y qué ridículo estuve! ¿Recuerdas mis últimas cartas? «Me moriré, me vengaré, me suicidaré.» *(Riendo, pero algo pálido.)* Los veinte años, el sarpullido poético de la edad del bobo. Y sufrí, ¡vaya! Como que llegué á desear la muerte. ¡Palabra de honor!

Antonia *(con la voz ronca)*.—No tanto, hombre.

Pedro.—Sí, sí. Fué un año espantoso. Te he querido yo mucho, Antonia. Luego...

Antonia.—¿Luego?..

Pedro *(fríamente)*.—Luego olvidé, hija de mi alma; olvidé del todo, y me quedé en la gloria. Y se acabó el amor. Una y no más. Soy muy bruto, ¿sabes?; me entrego en cuerpo y alma, y esa es la atrocidad más grande que puede hacer un hombre. Claro es que si encontrase mi pareja como tú la has encontrado... Hoy no me rechazarían por falta de dinero.

Antonia.—¡Dinero!

Pedro.—¡Caramba, no lo desprecies! Yo lo adoro. Soy ambicioso, ya que no puedo ser otra cosa. Y tu Federico, ¿tiene ambición?

Antonia *(desdeñosa)*.—¿Él? Se contenta con ser guapo y con poseer cuatro fincuelas.

Pedro.—Hace bien. Es bello y dispone de lo necesario. ¿Qué más desear? Belleza y paz. Los dos ejes de la vida. Tu Federico es un filósofo. Y... ¿te quiere?

Antonia *(con indiferencia)*.—Sí, parece que sí.

Pedro.—¿Y tú?..

Antonia *(ruborizándose)*.—Es mi novio...

Pedro *(con ironía)*.—¡Bah! También yo lo fuí; y sin embargo... No le dejes; te hará dichosa. Es el hombre ideal: hermoso é imbécil. ¡La gran persona! Un noble y valiente borrico que poblará la casa de muchachos bonitos y recios. No será ni celoso.

Antonia *(ofendida)*.—No lo es.

Pedro *(con envidia)*.—Feliz mortal. Para él y los de su ralea se hizo la tierra. Yo, en su pellejo, enloquecería de celos. Figúrate—y es una suposición,—figúrate que se muriera ese hombre..., ó que lo dejaras, y que yo me volviese á enamorar de ti... Figúratelo.

Antonia *(con ansiedad)*.—Sigue, sigue...

Pedro.—¿Crees que te lo diría? Pues sólo al pensar en vuestras intimidades de novios...

Antonia *(vivamente)*.—¡No, eso no! ¡Te lo juro!

Pedro.—Pero ¿qué tiene de particular? ¿No vas á casarte con él? Si conmigo, á pesar de no quererme, no eras reservada, con él, á quien adoras...

Antonia.—No, no. ¡Ten lástima! ¡No me martirices! *(Entra Federico con un canasto de cerezas.)*

D.ª Teresa *(aproximándose á su hija, apoyada en un remo del señor obeso)*.—Ahí está Federico. Pero ¿qué te pasa?

Antonia *(conteniendo las lágrimas)*.—Nada.

Pedro.—La contaba una historia y se ha conmovido.

D.ª Teresa *(con acritud)*.—¡Qué le parece á usted!

Federico *(muy contento)*.—Ya están aquí. Las primeras. Y dulces como el almíbar. *(A su novia.)* Abre la boca.

Antonia.—Déjame de tonterías.

Federico *(haciendo visajes)*.—Abre la boquinita, verás cómo atino. ¡A la una!..

Antonia *(iracunda)*.—¡Déjame! ¡Te lo he dicho ya!

Federico *(cogiéndola cariñosamente por un brazo)*.—¿Qué es eso? ¿No se me obedece?

Antonia.—¡Suélteme usted! ¿Qué confianza tiene usted conmigo para tocarme? ¡Suelte! *(Le empuja colérica y las cerezas ruedan por el suelo.)*

Federico *(sorprendido)*.—Niña, niña ..

Antonia.—¡Idiota! *(Doña Teresa y Federico miran á Pedro, que sonríe fríamente.)*

El señor obeso *(contemplando las cerezas desparramadas y bombardeándolas ferozmente)*.—¡Nos reventó el amigo con sus historias! *(La muchacha se refugia en los brazos de su madre y rompe á llorar.)*

J. López Pinillos.

(Dibujo de José M.ª Marqués.)

"ARIANE" EN LA GRAN ÓPERA DE PARÍS

En la primera escena lírica de Francia se ha estrenado hace pocos días la ópera en cinco actos *Ariane*, en cuya composición se han juntado en felicísimo consorcio, según expresión de un eminente crítico parisiense, el más músico de los poetas y el más poeta de los músicos: Catulo Mendes y Julio Massenet.

El poema está basado en la conocida leyenda mitológica de los amores de Theseo con Ariana y Fedra.

Acto primero.—Theseo, rey de Atenas, llega á Creta para matar al Minotauro, lo que consigue merced al hilo que le ha dado Ariana á fin de que pueda orientarse en el laberinto en donde el monstruo se oculta. Ariana se enamora de Theseo y se promete seguirle si sale vencedor en la terrible empresa, desoyendo los consejos de su hermana Fedra, que trata de disuadirla de su sacrílego proyecto y le echa en cara la traición que intenta contra su padre y sus dioses. Theseo ha dado muerte al Minotauro y prendado de Ariana se la lleva hacia la orilla del mar, en donde les espera el barco que ha de conducirles á Atenas; Fedra, inconsciente de su destino, les sigue y se embarca con ellos.


Cátulo Mendes, autor del libreto de «Ariane»


Julio Massenet, autor de la música de «Ariane»

Acto segundo.—Los dos amantes, bajo la tienda de púrpura de la galera, cantan sus amores, mientras Fedra, sola en la proa, medita dolorosamente. De pronto estalla una tempestad, y cuando ésta cesa, la galera, que ha perdido su gobierno, se halla á la vista de Naxos, en donde desembarcan los viajeros.

Acto tercero.—Theseo está hastiado del amor dulce y quejumbroso de Ariana y se siente atraído por Fedra, la cual, temerosa de sucumbir á la tentación, huye de la pasión culpable. Ariana, convencida de que Theseo ya no la ama, implora la ayuda de su hermana; pero casi en el momento en que ésta consiente en interceder por ella, la infortunada esposa sorprende el apasionado coloquio de los dos amantes y se desmaya. Fedra, desolada y maldiciendo á los dioses, se refugia en el bosque sagrado y amenaza la estatua de Adonis, la cual cae y la mata. Ariana, ante el cadáver de su hermana, lamenta la terrible expiación y pide á Cypris que devuelva la vida á Fedra; Cypris le concede que vaya á buscarla á las profundidades del Hadés, guiada por las tres Gracias.

Acto cuarto.—Persefoné, diosa de los Infiernos, recuerda con tristeza el tiempo feliz en que vivía libremente en la tierra. Acompañada de las tres Gracias aparece Ariana, á cuyas súplicas responde la diosa con una inexorable negativa; pero al ofrecerle aquélla el brazado de rosas que lleva, Persefoné se estremece, y devolviendo la vida á Fedra, permite á Ariana que se la lleve.

Acto quinto.—La muerte de Fedra y la desapari-


Decoración del segundo acto de la ópera «Ariane.» La galera que conduce á Ariana y á Theseo. Dibujo de E. Clair-Guyot.

ción de Ariana parecen haber enloquecido á Theseo, á quien sus compañeros tratan en vano de distraer proponiéndole nuevas y heroicas empresas. Llegan, en esto, las dos hermanas, y Ariana, en su inmensa abnegación, entrega Fedra á Theseo; éste, hondamente conmovido, le jura que sólo á ella ama y amará en lo sucesivo; mas no pudiendo resistir á la pasión que siente por Fedra, parte con ella á Atenas en la misma galera que antes fué testigo de sus amores con Ariana. Ariana, desolada y abandonada, oye el canto de las sirenas y se deja arrastrar por ellas al fondo del mar.

Massenet ha demostrado una vez más en la partitura de *Ariane* las seductoras cualidades que distinguen su música y el delicioso encanto que ha prodigado en todas sus óperas; pero en esta, el dibujo melódico, las armonías, los ritmos y las sonoridades orquestrales revisten un carácter especial de elevación y firmeza, que se revela desde el primer acto en el relato de Pirithous, el rudo compañero de armas de Theseo, y que, con cortas intermitencias, continúa dominando hasta el final.

Difícil es citar los trozos más notables de esa partitura, llena de ternura y al mismo tiempo de pasión avasalladora; tal es el número de ellos que la ópera contiene. Mencionaremos, sin embargo, como más salientes y más aplaudidos, el delicado dúo de Ariana y Fedra, la descripción del combate contra el Minotauro y el brillante final del acto primero; el dúo de Ariana y Theseo y la tempestad del segundo; todo el acto tercero, que es, sin disputa, el mejor de la obra y en el que están admirablemente expresados los ardores de Theseo, la confusión de Fedra y el dolor de Ariana; el triste canto de Persefoné, la poética entrada de Ariana y las tres Gracias y el bellísimo episodio de las rosas del acto cuarto, y el final del quinto.

La ejecución de *Ariane* ha sido inmejorable por parte de las señoritas Breval *(Ariana)*, Grandjean *(Fedra)* y Arbell *(Persefoné)*, de los señores Delmás *(Pirithous)* y Muratore *(Theseo)*, y de la orquesta, magistralmente dirigida por Vidal.

El decorado es hermoso, y el del segundo acto, sobre todo, que reproduce el grabado de la página anterior, es un verdadero *tour de force* del arte escenográfico; baste decir que la galera que en él figura mide 16 metros de longitud y pesa seis toneladas.

El éxito de *Ariane* ha sido franco, las principales piezas han sido muy aplaudidas y Massenet ha añadido un nuevo triunfo á los muchos conseguidos en su brillante carrera.—S.

Día de colada, cuadro de Eduardo Stott



El volante, cuadro de L. Campbell Taylor. (Reproducción autorizada por Humphrey Roberts, Esq.)



HERCULANO.—Vista de las ruinas hasta ahora descubiertas en la parte de la ciudad que mira al Vesubio
(De fotografía de Carlos Abeniacar.)

LAS NUEVAS EXCAVACIONES EN HERCULANO

Y EL PROYECTO WALDSTEIN

Cuando hace algunos meses Carlos Waldstein anunció en los periódicos italianos que había hecho con éxito satisfactorio algunas gestiones cerca de varios soberanos y jefes de Estado europeos y de algunos millonarios norteamericanos, para constituir un comité internacional que, provisto de los fondos necesarios (unos cuantos millones), acometiera la empresa de arrancar el sudario de lava y de fango que cubre la casi totalidad de la antigua Herculano, creyóse, según me afirmó el profesor Inocente Dall'Osso, inspector del Museo y de las excavaciones de Nápoles, que se trataba de un ensueño de arqueólogo. Pero cuando el gobierno italiano envió á Nápoles una comisión que estudiara el proyecto Waldstein, y esa comisión, compuesta de sabios arqueólogos, emitió un dictamen favorable, todo el mundo comprendió que se trataba de un proyecto serio que de un momento á otro había de ser llevado á cabo.

Mientras el Sr. Waldstein se prepara á presentar su proyecto completo desde los puntos de vista técnico y financiero, veamos lo que dice el citado profesor Dall'Osso acerca de las nuevas excavaciones.

Ubicación de la antigua ciudad. – Si las indicaciones son exactas, la ciudad ó mejor el viejo castillo, el *Frourion* de Estrabón, forma un cuadrado de 400 metros de lado, cuyo extremo Norte llegó á 100 metros de la carretera real de Portici, hacia Pugliano, y cuyos límites Noroeste y Sudeste están determinados por la Villa de los Pisones; de suerte que el grupo de casas de Resina (ciudad construída sobre el emplazamiento de Herculano) que habría que derribar no sería extraordinario ni por su número ni por su importancia.

Dificultades de las excavaciones. – La erupción del Vesubio que en el año 79 vomitó un torrente de lava sobre Pompeya, inundó Herculano con un torrente de fango que, en algunos puntos, alcanzó una altura de ocho metros. Sobre esa costra de fango endurecido, que se denomina *pappamonte*, cayó en 1631 una corriente de lava que aumentó aquella altura hasta 22 metros. De manera que hay que penetrar en esa profundidad practicando galerías y triturando con potentes máquinas, no según el primitivo sistema, el material durísimo.

Tesoros artísticos y arqueológicos. – El sabio Beulé, tan competente en este asunto, ha escrito que Herculano «era un sitio hecho para los ociosos que querían gozar de un encanto perpetuo.» En efecto, los antiguos le señalaban el tercer lugar, después de Nápoles y de Capua, desde el punto de vista de la belleza de los monumentos.

Herculano era una ciudad griega ó, mejor dicho, una ciudad fundada por la colonia griega de Neapolis, y tenía la misma forma cuadrangular y la misma división en cuatro zonas de las urbes de la antigua Grecia; es, pues, natural que en ella se reunieran las obras maestras del arte helénico. Y así lo demuestra de sobra el hecho de que así como los tesoros artísticos encontrados en Pompeya son en número escaso, los descubiertos en Herculano llenan cuatro salas del Museo de Nápoles, pudiéndose citar entre los principales el *Atleta herido*, el *Atleta vencedor*, *Cleopatra*, las estatuas de *Balbus*, *Orestes*, *Electra*, *Minerva*, *Baco*, *Euterpe*, la estatua colosal de *César Augusto* sentado, *Terpsícore*, *Mneimosyne*, etc., todas de mármol; y entre las de bronce, *Berenice*, los *Luchadores*, la estatua colosal de *Faustina*, *Safo*, los celebres *Fauno dormido*, *Fauno bailando* y *Fauno ebrio*, el *Discóbolo*, el *Mercurio en reposo* y tantas otras universalmente admiradas.

Todos esos tesoros, arrancados de su sitio por el torrente de fango, han sido encontrados en el espacio recorrido por éste y del que sólo se ha explorado una pequeña superficie; del mismo modo que en una sola *villa* se encontraron 700 papiros.

¿Qué número de tesoros nuevos nos revelará el grandioso proyecto de Waldstein?

CARLOS ABENIACAR



HERCULANO.—Vista de las ruinas hasta ahora descubiertas en la parte de la ciudad que mira al mar
(De fotografía de Carlos Abeniacar.)



RUINAS DE HERCULANO.—1. La casa de Argus.—2. La taberna.—3. La carretera que conducía al mar y los almacenes de mercancías
4. Almacén de un comerciante en aceite.—5. Las termas.—6. La casa de Galba

(De fotografías de Carlos [illegible])



LA FIESTA DEL MAÍZ EN ITALIA, co



DEL CELEBRADO CUADRO DE FRANCISCO PRADILLA

EL CONDE DE CHESTE

D. Juan de la Pezuela y Ceballos, marqués de la Pezuela y conde de Cheste, fallecido en Madrid en 1.º de los corrientes, nació en Lima en 10 de mayo de 1810 y allí comenzó su carrera militar, siendo capitán de arqueros honorario. A la edad de ocho años vino á España, ingresó en el famoso Colegio de Madrid, en el que eran profesores, entre otras celebridades, D. José Hermosilla y don Alberto Lista, y después de practicados algunos estudios literarios, que le atraían más que las armas, ingresó en el ejército, obediente á los deseos de su familia.

A la muerte de Fernando VII era capitán, y en la guerra civil que estalló después de fallecido aquel monarca se portó bizarramente, ganando merecida fama en Lidón, Montejurra, San Adrián, Cheste y en otras muchas acciones. En 1848, á la muerte del general Fulgosio, fué nombrado capitán general de Madrid; al año siguiente desempeñó el mando supremo en Puerto Rico y en 1853 en Cuba, dejando en ambas islas el más grato recuerdo por su administración integérrima. En 1867 se le confió la captianía general de Cataluña, cargo en el que le sorprendió la revolución de 1868; durante el período revolucionario permaneció fiel á la reina doña Isabel II y trabajó mucho por la restauración de la monarquía borbónica.

Alejado de la política desde hacía mucho tiempo, vivía retirado en Segovia, consagrado al amor de su familia y á sus aficiones literarias, y sólo muy de tarde en tarde reaparecía en la corte con motivo de las grandes solemnidades palatinas.

En las letras, como en las armas, conquistóse el conde de Cheste gran renombre: desde que á la edad de veintidós años presentó á la Academia Española su poema *El cerco de Zamora*, no descansó en su labor literaria; escribió para el teatro la comedia *Las gracias de la vejez* (1833), y aparte de sus innumerables poesías sueltas y de sus muchos trabajos académicos, tradujo en verso castellano *La Jerusalén libertada*, de Tasso; *La Divina Comedia*, de Dante; *Orlando Furioso*, de Ariosto, y *Los Lusiadas*, de Camoens.

Era capitán general de los ejércitos nacionales desde 1867, caballero del Toisón de Oro, llavero de la Orden de Calatrava, presidente de la Real Academia Española, en la que ingresó como individuo honorario en 1845, fundador de la de Puerto Rico, miembro de las de Barcelona, Sevilla y Arcada de Roma; estaba en posesión de la gran cruz de San Fernando y de sinnúmero de otras condecoraciones nacionales y extranjeras. Había sido diputado, ministro varias veces y senador por derecho propio.

Con él desaparece una de las figuras más notables y más simpáticas de la historia española contemporánea.

¡Descanse en paz!

El conde de Cheste, fallecido en Madrid en 1.º de los corrientes. Copia del último retrato hecho al pastel que posee su familia

BARCELONA

Asamblea de Diputaciones Provinciales

Con objeto de estrechar las relaciones entre las Diputaciones de las distintas provincias de España y de adoptar acuerdos que recaben para ellas las facultades que deben tener, concediéndoles verdadera personalidad y emancipándolas de la exagerada tutela del poder central, se ha celebrado en esta ciudad una asamblea solemnísima y cuyos resultados pueden ser de gran trascendencia y altamente beneficiosos para el país en general. A ella han concurrido representantes de la mayoría de las corporaciones provinciales, y las que no han enviado representación personal se han adherido á la asamblea.

En honor de los asambleístas se han dispuesto varios obsequios: visita á los establecimientos de beneficencia que están á cargo de nuestra Diputación; banquete en el Tibidabo, función en el teatro Romea, expedición á Montserrat y banquete y recepción en el palacio de la Diputación Provincial.

Los asambleístas se han mostrado complacidísimos de su estancia en esta ciudad, la cual también conservará gratos recuerdos de su permanencia entre nosotros.



Barcelona. – Banquete en el Hotel Tibidabo ofrecido por la Diputación de Barcelona á los representantes de las demás diputaciones de España que han acudido á la Asamblea. (De fotografía de A. Merletti.)

NUESTROS GRABADOS ARTISTICOS

(Véanse los grabados de las páginas 729, 733 y 736 737)

Monumento á Verdi, boceto de A. Carminati. – En un concurso celebrado en Milán para la erección de un monumento á Verdi, presidido por el famoso escultor Enrique Butti y del que formaban parte artistas tan notables como Bistolfi, Calandra, Gallori, D'Orsi, Pirovano, Pogliaghi, Trentacoste y Colauti, ha sido elegido por unanimidad, entre los sesenta y dos bocetos presentados, el del escultor milanés Antonio Carminati.

Sobre un amplio pedestal, que se eleva sobre una escalinata, está sentado el maestro; en la cara delantera del pedestal, un bajo relieve representa las cuatro principales óperas de Verdi; las dos estatuas que completan el monumento simbolizan la Melodía y la Armonía

Aunque por el boceto solo no pueden apreciarse todas las bellezas del monumento, es bastante para que por él pueda verse el efecto de conjunto, que es realmente digno de los mayores elogios.

Día de colada, cuadro de Eduardo Stott. – Son de admirar en este cuadro, aparte de sus bellezas de dibujo y de color, la frescura y la sobriedad con que está pintado; es una nota llena de vida en la que palpita la realidad; una escena sencilla, un episodio de la vida corriente que el artista ha sabido envolver en un ambiente poético, un lienzo, en suma, que produce una impresión por demás agradable.

El volante, cuadro de L. Campbell Taylor. – Es la obra de un pintor joven que ha merecido grandes elogios de la crítica en la última exposición de la Real Academia de Londres. La disposición general del lienzo, la corrección y naturalidad de las figuras, la misma sencillez del asunto, los contrastes de color, todo demuestra que se trata de un pintor dotado de verdadero talento y que domina la técnica de su arte.

La fiesta del maíz en Italia, cuadro de Francisco Pradilla. – La importancia que en Italia tiene la cosecha del maíz hace que la recolección de ese grano revista en todas las comarcas de aquella península los caracteres de fiesta solemne. El eminente pintor español Francisco Pradilla, enamorado con razón de una costumbre tan típica y tan pintoresca, la ha trasladado al lienzo que reproducimos con la maestría que caracteriza al ilustre autor de *Doña Juana la Loca*, de *La rendición de Granada* y de tantas otras joyas de la pintura española contemporánea.

MISCELÁNEA

Bellas Artes.—Barcelona. – *Salón Parés.* – Hanse expuesto recientemente en ese salón cinco bellísimos paisajes y una marina de Vancells; un retrato de factura elegante de Simonet; una bonita figura de Tamburini; un buen retrato y dos bellos interiores de Cusí, y seis hermosos lienzos de distintos géneros de Laureano Barrau.

Espectáculos.—Barcelona. – Se han estrenado con buen éxito: en el Principal *Gaziel*, poema lírico dramático en un acto y tres cuadros de Apeles Mestres, música de Granados y decorado de Moragas y Alarma, y *Permetí'm*, pasatiempo en un acto de Luis Puiggarí, música del maestro Esquerrá; en Novedades *La infanta de los bucles de oro*, cuento en un acto, letra de Sinesio Delgado, música de Serrano, y *La mala sombra*, sainete en un acto, letra de los hermanos Alvarez Quintero y música de Serrano. Esta última obra se ha estrenado también en el teatro Granvía.

Asociación Musical de Barcelona. – Ha dado dos notables conciertos en el teatro Principal: el programa del primero, á cargo exclusivamente del famoso violoncelista Sr. Casals y del notable pianista Sr. Socías, componíase de tres sonatas, una de Beethoven (op. 69), otra de Moor (op. 55) y otra de Saint-Saens (op. 123), que fueron admirablemente ejecutadas; en el segundo, el Sr. Casals tocó de un modo magistral, acompañado por la orquesta de la Asociación, el célebre *Concierto* de Dvorak, la *Elegía* de Fauré y las *Variaciones* de Boellmann, piezas que le valieron entusiastas ovaciones; y la orquesta, hábilmente dirigida por el Sr. Lamothe de Grignón, tocó la obertura de *Egmont*, de Beethoven; *Hoja de álbum*, de Sancho Marraco; *Mascarada*, de Rodríguez Alcántara, y dos *Marinas* de Víctor M.ª Gibert premiadas en la última Fiesta de la Música Catalana. Todas estas composiciones fueron calurosamente aplaudidas.

Necrología.—Han fallecido:

Cristián Mali, pintor muniquense.

Carlos José Alfredo Hedenstjerna, notable escritor noruego.

Arturo Paulowitch, barón de Mohrenheim, diplomático ruso.



CORAZONES DE ORO

NOVELA ITALIANA DE SALVADOR FARINA

ILUSTRACIONES DE CALDERÉ

CUATRO PALABRAS DEL AUTOR

A SALVADOR DELOGU.—ROMA.

Navidad de 1888.

Mi querido Salvador: Como ves, he escrito otra novela que juzgarás por lo menos curiosa, porque se compone únicamente del prólogo y del epílogo de una gran novela que cualquiera de nosotros más ó menos ha vivido.

Razones de arte que no tengo por qué explicar, pero que tú comprenderás sin gran esfuerzo, me habían movido, en un principio, á no dividir esta novela en capítulos y finalmente á no escribir una novela propiamente dicha, indicando sólo de lejos aquello que bastase para iluminar el estudio psicológico. «Estudio filosófico» diría, si no temiera que se me calificara de pedante, porque sabido es que la filosofía, la poesía y todo lo muy elevado son cosas que niegan al que actúa de novelista, no ya los profanos en literatura, sino muchos hombres altaneros que la enseñan en la cátedra. De modo que mi «novela» queda entregada á la imaginación del lector, el cual no dejará de componerse una con los elementos que le he dado: he escrito únicamente el principio y el fin.

Lee tú con la bondad que siempre me has demostrado, pensando que aunque mi libro no tuviese otro mérito, tiene para mí el de estar dedicado á ti, que, entre los muchos amigos queridos, eres uno de los poquísimos que me quedan; los demás han muerto ó peor aún. Que te halles libre de aflicciones y que tus afectos tengan larga vida.

S. FARINA.

PROLOGO

I

El primero que se despertaba en aquel vasto dormitorio era siempre Desiderio; cuando entraban por las ventanas las pálidas claridades del alba, ya el muchacho se había sentado en la cama esperándolas, y para no volver á dormirse había contado los lechos que había en la sala y que eran treinta y dos, además del del vigilante, situado allá en el fondo, debajo de la imagen de la Virgen.

Todos aquellos niños que dormían, llenando el aire de sonidos extraños, vistos de escorzo y de perfil, á la escasa luz matutina, con las bocas abiertas y los ojos cerrados, ofrecían cierta distracción á Desiderio; pero asimismo le infundían algún miedo desde el día en que, al despertar, no oyó la respiración del pequeño Julio, que dormía en la camita inmediata á la suya, y vió luego que el lecho estaba desocupado: durante la noche, Julio se había sentido mal y había sido llevado á la enfermería.

Aquel Julio era un buen chico, pero siempre lloraba, porque habiendo conocido á su madre, que había muerto, se obstinaba en querer tenerla á su lado.

Mil veces había tratado Desiderio de consolar á su vecino, diciéndole que á las madres se las encuentra de nuevo en el paraíso; pero un día habíale contestado Julio que él no podía saber nada de esas cosas porque no había conocido á su propia madre y quizás ni la había tenido siquiera.

Era verdad; Desiderio no había conocido á su madre y acaso ni siquiera la había tenido; de suerte que no considerándose con autoridad para hacer cesar las lágrimas de Julio con aquel argumento, no había sabido qué otra cosa aconsejarle... Sin embargo, si procurase distraerse, leer, por ejemplo... ¡Bah! A Julio no le gustaban los libros más que en las rodillas de su madre y quería morir para ir á leer en el cielo.

Cada mañana, pues, Desiderio, al despertarse, casi á obscuras, se ponía á escuchar para ver si entre los varios ruidos de los compañeros que roncaban podía percibir la débil respiración del pequeño Julio; pero no oyendo nada y comprendiendo, aun antes de que el alba se lo demostrara, que el lecho continuaba vacío, preguntábase con cierto terror si su amiguito se habría realmente muerto para reunirse con su madre, y su infantil criterio le contestaba que no, porque, de haber muerto Julio, su cama no habría permanecido tanto tiempo desocupada.

Después entraba la luz por las ventanas y Desiderio sacaba de debajo de la almohada un libro, un hermoso libro lleno de historietas, olvidando á Julio enfermo y á todos sus compañeros que roncaban en el dormitorio, para no pensar más que en Pulgarcito y en la Hermosa dormida en el bosque.

La cama de Desiderio era la última de la sala; un espacio como de un palmo de ancho la separaba de la pared; venía luego otro espacio algo mayor y después el lecho vacío de Julio; de modo que el muchacho hallábase casi aislado en medio de sus compañeros, de lo cual no le pesaba, porque solo se viaja mejor con las botas de las siete leguas.

Además, aquella barrera que la enfermedad de Julio interponía entre él y el *mundo* le hacía pensar en otro personaje de quien había oído hablar: en un tal *Robinsón,* que se había perdido en una isla y había vivido mucho tiempo sin comer sopas de leche, porque allí no tenía leche ni pan, pero que en cambio se había dado grandes atracones de fruta. Desiderio no había podido darse nunca un atracón de fruta, y estaba casi convencido de que nunca podría dárselo, á no ser que fuese también á parar en una isla desierta. Pero ¿quién sabe si han quedado islas inhabitadas? Desde que Robinsón enseñó á los niños cómo se vive en tales islas, todos habrán querido sin duda ir á ellas y seguramente comerán allí lo que en Milán: la sopa de leche por la mañana, la sopa y la carne cocida al mediodía, la sopa de caldo por la noche y alguna pequeña manzana de cuando en cuando.

Una noche Desiderio se despertó y se puso á escuchar atentamente. La lámpara nocturna que solía arder al otro extremo del dormitorio, encima del lecho del vigilante, se había apagado; la obscuridad, sin embargo, no era absoluta, pues por las amplias ventanas entraba, además de la luz difusa de las estrellas, un vago resplandor rojizo, el rayo perdido de un farol lejano.

Era difícil, aun á los ojos avezados de Desiderio, forjarse en aquel espacio negro la visión que todas las mañanas se le aparecía; pero trató de evocarla porque no tenía sueño. Vamos á ver..., delante de él, allí, precisamente allí, debe estar la cama de Gabriel, del pequeño Gabriel, el de los ojos encendidos y el rostro encarnado. Mas ¿qué había sucedido? Allí donde estaba la cama de Gabriel no había nada y en aquella misma dirección, pero lejos, muy lejos, surgía la figura de un gigante negro puesto en cuclillas. Desiderio comprendió que si se hubiese hallado solo habría tenido miedo de aquel cuerpo negro; pero como sabía que estaba en compañía numerosa, clavó audazmente los ojos en el gigante para obligarle á desenmascararse y á decirle: «Ha sido una broma, no soy un gigante, sino la caja con patas de la cama de Gabriel.» La figura negra, no obstante, no cambió de postura, y Desiderio, perdida la paciencia, quiso dormir. ¡Dormir! ¡Que si quieres!.. No tenía sueño. Entonces dió media vuelta de modo que su oreja derecha pudiese percibir la respiración de alguno... ¡Y he aquí que observa otro fenómeno! Junto á él, tan cerca que parece que le soplen encima, alguien ronca ligeramente; es allí mismo, cerca, muy cerca, más cerca de la cama de Julio; no puede ser más que en el propio lecho de éste...

¿Quién habrá ocupado durante la noche aquella cama, si no es Julio mismo? Desiderio escuchó largo rato; era una respiración regular, no sonora, pero sí robusta, sin aquellos gemidos que algunas veces le habían recordado la escena del ogro cuando, queriendo degollar á Pulgarcito y á sus hermanos, degüella á sus propias hijas. Aquella respiración que se sobreponía al ruido de las otras respiraciones más lejanas, después de algunas cadencias rítmicas precisas,

hacíase más complicada y variada, tenía acentos singulares, sonidos débiles, suspensiones misteriosas, y luego, de pronto, crecía en intensidad, se preparaba deliberadamente como si quiera decir algo tremendo, algo en que entrasen la muerte y la condenación eterna hasta dejar el tema agotado..., y luego un silencio, un gran silencio oratorio antes de comenzar de nuevo.

Desiderio, que no había tenido miedo del gigante negro, acurrucado á larga distancia, empezaba á sentir la tormentosa fascinación de aquel extraño lenguaje que llenaba sus oídos, y para destruir de una vez aquel encanto llamó en voz baja:

—¡Julio'

Viendo que nadie le respondía, volvió á llamar con voz más fuerte:

—¡Julio!

—¿Qué pasa?, preguntó *alguien* despertando sobresaltado.

Aquella voz no parecía la de Julio; pero el muchacho, no sabiendo de qué fiarse en medio de aquella obscuridad, repitió, por lo que pudiera ser, su llamamiento:

—¡Julio!

—¿Qué sucede?, preguntó una voz robusta que salía de la cama de Julio, pero que no era la voz de éste. ¿Qué quieres?

—Creí que me habías llamado..., dijo Desiderio.

—No te he llamado; dormía.

—¿Quién eres, cómo te llamas?, preguntó Desiderio.

—Desiderio, respondió el otro; tengo sueño... Y tú, ¿cómo te llamas?

—¡Desiderio!

El incógnito, en vez de contestar al inmenso asombro de su vecino con un asombro semejante, se puso nuevamente á roncar.

En aquel momento entró la luna en el dormitorio de los huérfanos y Desiderio buscó ante todo con la mirada al lejano gigante negro. Había desaparecido.

Allí está la cama de Gabriel, el de los ojos enrojecidos, y allí están en fila las camas de todos los demás; pero junto á él, en el puesto durante tanto tiempo vacío, duerme *alguno* que le vuelve la espalda, Julio, sin duda, aunque ha dicho que se llamaba Desiderio. ¡Vaya una idea de querer llamarse Desiderio! Pero tal vez soñaba.

El verdadero Desiderio tampoco tardó mucho en soñar.

Y soñó que había llegado al castillo de la hermosa durmiente, la cual se parecía á una niña á quien él había visto un día en el locutorio; pues era rubia como aquella niña y llevaba, como ella, un vestido de color de rosa.

De repente la hermosa habíase despertado y se había arrojado á su cuello diciéndole: «¡Hace mucho tiempo que te espero!»

Y hasta la voz era la misma de la niña aquella.

La cual, para decir de una vez todo lo que acerca de ella sabía el muchacho, llamábase Esperanza.

II

Como había perdido una horita de sueño, Desiderio se despertó algo más tarde de lo que solía, es decir, cuando las primeras claridades del alba habían entrado ya en el dormitorio gris y melancólico. Al abrir los ojos, vió á un chico de su edad sentado en la cama de Julio que le miraba fijamente. No era Julio. Tenía una carita angulosa, una gran frente prominente, los ojos negros y profundos y el cabello rojo. Aquel desconocido, sin darle tiempo á que saliera de su sorpresa, le preguntó:

—¿Cómo te llamas?

Y viendo que el interpelado no respondía en seguida, repitió la pregunta:

—¿Cómo te llamas?

—Desiderio, balbució el niño.

—Me has quitado el nombre, repuso el otro; yo también me llamo Desiderio, pero en la tienda no era más que Derio, porque todo el nombre resultaba demasiado largo. Llámame tú también Derio, si lo prefieres.

—Yo no; pero de seguro que tendrás algún otro nombre; te llamaré con él para que no nos confundamos.

—Entonces llámame el Loco, también me llamaban así.

—Prefiero Derio.

—Tengo otro todavía... Coppa, Desiderio Coppa, el Loco. Puedes escoger.

—¿Dónde has estado hasta ahora, que nunca te había visto?

—En la tienda; se me ha muerto padre, que era zapatero, un oficio de perro; te aseguro que no me divertía poco ni mucho. Mi tía es pobre y me ha hecho entrar aquí; para traerme me ha dicho que se está muy bien, que el sitio es bonito y que se vive como los hijos de gente rica. Precisamente estaba mirando y no me parece esto tan bonito como una casa de señores; he estado tantas veces en casa de señores cuando vivía padre... ¡Si vieras! ¡Qué diferencia de esto!

—Pero aquí no se está mal, dijo Desiderio, sintiéndose inclinado por una extraña simpatía hacia aquel muchacho que llevaba su mismo nombre y que de un modo tan insólito le habían puesto al lado. Ya verás...

—He visto bastante, replicó el otro con gravedad. Esta casa es negra y á mí me gustan las blancas, por dentro y por fuera, ó de color de rosa, azules y doradas, con escaleras de mármol.

—¡Como la casa de la hermosa dormida en el bosque!, exclamó Desiderio.

—No he estado nunca en ella, repusó Coppa con gran seriedad. ¿Es bonita?

—¡Anda, si es bonita!

Y Desiderio comenzó á describirla; pero cuando, acosado por las preguntas de su tocayo, confesó no haberla visto más que en un libro, el Loco alzó los ojos al techo é hizo con los labios un mohín de compasión. Nada dijo que delatara su pensamiento, pero aquel gesto era por sí solo bastante expresivo.

—¿Quieres que hagamos un pacto?, preguntó al cabo de un instante.

—Hagámoslo.

—Prometamos que seremos amigos por toda la vida. ¿Quieres?

—¡Vaya si quiero!, respondió Desiderio bajando bastante la voz porque el otro la alzaba demasiado.

—¡Cómo lo dices!

—Lo digo bajito para no despertar al vigilante que nos haría callar.

—Espera, es preciso jurarlo...

Y saliéndose casi de la cama y estirando los brazos, presentó á su amiguito los dos índices puestos en cruz.

—¿Qué he de hacer?

—Pon la mano encima y jura que seremos amigos en la vida y en la muerte.

Desiderio no se hacía bien cargo del papel que en aquello representaba la muerte; pero aquel juramento solemne, prestado de un modo tan extraño durante el sueño de todos los compañeros, le halagaba, así es que juró por la vida y por la muerte, no sin experimentar un cierto asombro. El Loco hizo en seguida lo propio y luego dijo:

—Más tarde te daré á beber mi sangre y yo beberé de la tuya.

¿Que cómo se haría eso? De un modo sencillísimo, ya lo vería; por de pronto, Desiderio no debía preguntar más sobre el asunto.

—Ahora que somos amigos, añadió Coppa, debemos proponernos ir más adelante á visitar juntos aquel magnífico palacio...

—¿Qué palacio?

—El de la hermosa que duerme; iremos á despertarla los dos... ¿Estás contento?

Desiderio manifestó la duda de que aquel palacio ya no existiese ó acaso no hubiese existido nunca; pero el Loco no quiso hacerle caso. Puesto que lo había leído en un libro, por fuerza el palacio había de existir. ¿Que el libro no decía dónde estaba situado? Bueno, no importaba; ya lo encontrarían del mismo modo que si lo dijera.

—Todavía no me has dicho cómo has venido á ocupar la cama de Julio sin que yo te haya visto.

—Cuando he llegado aquí dormías. No querían admitirme porque era demasiado tarde; pero un señor de barba, que no sé quién es, se ha tragado todas las mentiras que mi tía le ha contado para disculparse, y me ha dejado entrar... Me han puesto aquí sólo por esta noche; pero si creen que han de cambiarme de cama, se equivocan; aquí estoy muy bien.

Había en el lenguaje del Loco algo que á Desiderio no le gustaba, y sin embargo no menguaba por ello la simpatía que le inspiraba su nuevo amigo.

—¿Cuántos años tienes, le preguntó Coppa?

—Diez cumplidos.

—Pues yo diez no cumplidos aún, repuso el otro como humillado por ser más joven; pero soy más alto que tú, mira.

Y de repente, sin decir más, sacó las piernas de debajo de las sábanas, y cuando se hubo puesto de pie, repitió:

—¡Mira!

Quizás no era verdad que fuese más alto que Desiderio, pero éste no se cuidó de corregir aquella pequeña vanidad y se limitó á decir que se acostara en seguida porque estaba prohibido levantarse antes del toque de campana.

—¿Y cuándo toca la campana?, preguntó el pequeño intolerante metiéndose de nuevo en la cama.

—Son las cinco..., dentro de media hora.

Coppa no oyó esa respuesta; parecía distraído por otra idea, y Desiderio lo estuvo contemplando un buen rato con gran indulgencia, como si ya supiese el papel que le tocaba representar en la nueva amistad.

—Tú y yo somos dos Desiderios, dijo de pronto Coppa. ¿Qué es lo que tú deseas?

El muchacho ante esa pregunta estuvo un momento perplejo.

—A la verdad, dijo luego, no sé qué deseo; tal vez nada.

—No es cierto, replicó el otro; piénsalo bien; algo debes desear.

Entonces el chico confesó que deseaba que pasasen dos años para poder entrar en la segunda sección, en la que los huérfanos aprenden el dibujo.

—¡Esto no es un deseo!, exclamó Coppa.

—¿Por qué?

—Porque es una cosa segura. ¿Qué gusto da desear las cosas cuando positivamente han de suceder? Es lo mismo que desear que dentro de siete horas sea mediodía.

Desiderio no se hallaba preparado para contestar á ese argumento y se contentó con repetir que por el momento no deseaba otra cosa.

—Por el momento, replicó Coppa. ¿Y para después?

—Para después, no sé.

Su ignorancia era tan sincera como el asombro del Loco.

—Yo, en cambio, dijo éste solemnemente, pienso siempre en el *después,* y deseo, ¿quieres saber lo que deseo?

—Sí, dilo.

—Deseo llegar á ser rico, rico, muy rico; poder tener siempre los bolsillos llenos de monedas de oro y de plata y gastarlas sin contar, y regalarlas á los amigos, pero teniendo siempre otras.

—Pero tú deseas imposibles...

—¿Quién te dice que sea una cosa imposible?

—Es que... me parece... ¿Qué esperanzas tienes de llegar á ser tan rico?

—Ninguna.

—¡Lo ves!, exclamó con altanería el pequeño filósofo.

Pero acto continuo, comprendiendo que había dicho algo que daba qué pensar á su interlocutor y cuyo fondo él mismo no veía bien claro, se puso á meditar en silencio.

—También temo yo que sea una cosa imposible, dijo el Loco; pero en desearla no hay ningún mal.

Desiderio entonces nada contestó; pero un momento después, estremeciéndose al oir los prolongados sones de la campana matutina, dijo más hablando consigo mismo que respondiendo al compañero:

—No sé.

—¿Qué es lo que no sabes?

—Si hay algún mal en desear lo imposible.

Y saltó de la cama.

El aspecto del dormitorio había cambiado totalmente y en cada camita se repetía la misma escena: un muchacho medio desnudo, de pie ó sentado ó todavía tendido, pero con los brazos en alto; bostezos que hundían las mejillas, así las gordas como las flacas. En pocos momentos todos los chiquillos estuvieron de pie; registraron el arca, se pusieron los pantalones, sacaron lustre á los zapatos, fueron al lavatorio común á lavarse la cara con gran estrépito y volvieron por último á hacer las camas.

Desiderio hubo de enseñar al nuevo amigo cómo se hace una cama, cosa que el Loco aprendió en seguida; y éste, en recompensa, quiso que aquél aprendiera de él á dar lustre á los zapatos sin cansarse mucho, alternando en el cuero el aliento cálido y las acepilladuras rápidas y ligeras.

En resumen, aquella escena del despertar no había parecido demasiado fastidiosa al Sr. Coppa; pero quedaba todavía por hacer algo que Desiderio no sabía cómo lo tomaría el novato: el embozo de las sábanas. También esta operación se hizo sin contratiempo: apenas el Loco oyó repetir de boca en boca por todo el dormitorio «¡La cuerda, la cuerda!» y vió que veinte brazos se agitaban para coger una cuerda, rápido, sin saber siquiera de qué se trataba, apartó á empujones á cuantos delante de él estaban y, dando un salto, se apoderó de la soga. Mas cuando la tuvo en sus manos no habría sabido qué hacer con ella si Desiderio no le hubiese dicho que había que estirarla de un extremo á otro del dormitorio, encima de las camas, para..., ¿para qué?, para alinear los embozos.

Resultado semejante después de una proeza, ¿no descorazonaría el heroísmo del novato? Desiderio lo temía, pero se equivocó, porque Coppa, cuando hubo estirado la cuerda, pareció contento de poder arreglar el embozo de su propia cama.

Los huérfanos estaban lavados; secados y cepilla-

dós; el tumulto no podía prolongarse, y sin embargo duraba todavía por culpa de unos cuantos aturdidos que se habían ensuciado los dedos y corrían de nuevo al lavatorio, ó no se habían secado bien la cara, ó se habían olvidado de guardar los cepillos en el arca, mientras los más sosegados estaban ya formados en fila delante de la Virgen para rezar la oración de la mañana.

El vigilante, que con su alta estatura dominaba aquel pelotón infantil, reunió á los que andaban sueltos é hizo que los rezagados se apresuraran, y luego, á una señal, se arrodillaron todos.

Aquella mañana tocábale á Desiderio leer la oración; pero como se la sabía de memoria, no necesitó mirar siquiera el cartel en que estaba impresa.

Cuando comenzó con su límpida y dulce vocecita: «Ha pasado la noche y vivo todavía, ¡oh Señor!, mientras quién sabe cuántos han comparecido esta noche misma delante de Vos para ser juzgados...,» el Loco, que se había arrodillado junto á él, clavó los ojos en sus labios para no perder una sílaba de lo que decía. Cuando Desiderio, en nombre de todos sus compañeros, prometió al Señor aprovecharse de la educación intelectual y prepararse, á fuer de buen ciudadano, á honrar á su patria, su voz temblaba un poquito como agitada por una secreta conmoción; y cuando dijo: «Aun cuando esta tierra no es la patria eterna, la vida es un don con el cual podía prepararse la corona del cielo,» bajó la voz y recitó más despacio, como si se tomase tiempo para comprender todo el significado de aquellas palabras místicas. Después, resonó nuevamente en la sala la vocecita aguda de Desiderio para asegurar á los compañeros que los amaba y procuraba servirles de buen ejemplo.

Al llegar á este punto, una mano apretó, á escondidas, el borde de la blusa de Desiderio; era la mano de su nuevo amigo que sentía la necesidad de apretar algo.

«Todo esto os prometo, ¡oh Señor!, dijo para terminar el muchacho; dadme Vos la gracia de que no falte á mi promesa. Enviadme á vuestro ángel que me ilumine, que me guarde, que me dirija y me salve de todos los peligros que encontraré en este día.»

—*Amén*, dijo el ayudante.

Y todos los huérfanos, poniéndose en pie, repitieron *amén*.

Después de lo cual se encaminaron al refectorio.

Sólo uno permanecía aún de rodillas, como distraído, mirando á Desiderio que colgaba de un clavo el cartel de la plegaria. El vigilante se le acercó y le dijo:

—No te he visto nunca, ¿cómo te llamas?

—Desiderio Coppa, el Loco, respondió el interpelado alzándose del suelo.

—¿Por qué te llamas el *Loco*?

—No lo sé.

—Es preciso ser cuerdo, pequeño, cuerdo como ese compañero tuyo que lleva tu mismo nombre... ¿Lo prometes?

Coppa, echando un brazo al cuello del nuevo amigo, contestó sin perturbarse:

—Si ha de ser así, es preciso que no me cambien de cama; hay que decirle á aquel señor de la barba que quiero dormir siempre donde he dormido esta noche.

Bajaron al dormitorio para comer la sopa de leche caliente; pero Coppa, que aunque tenía hambre no tenía prisa, se detuvo en el rellano, después del primer tramo, y cogió á su amiguito para decirle:

—Oye, ¿todas las mañanas hacéis lo mismo?

—Sí, todas.

—¿Y todas las mañanas le dices tú al Señor que te envíe el ángel?

—No siempre soy yo quien lee; vamos por turno y también á ti te tocará leer.

—Y ese ángel, insistió Coppa, fijo en su idea, ¿ha venido alguna vez?

—Creo que sí...

—¿Lo has visto tú?

Desiderio hubiera podido contestar que lo había visto muchas veces mirando desde el patio al través de los cristales del locutorio, que era un ángel de color de rosa, que, acompañado de su madre, iba á visitar á uno de los mayores de la primera sección, y que se llamaba Esperanza; todo esto habría podido decir, pero no sabía aún si Coppa era digno de tal confidencia.

—Comprendido, dijo el pequeño indiscreto leyendo en la cara de Desiderio una cierta vacilación; me lo dirás más adelante.

—Sí, más adelante, exclamó su amigo, contento, en el fondo, de tener á su disposición un confidente.

—Más adelante, repitió el Loco con acento miste-



Esperanza

rioso, cuyo significado oculto adivinó Desiderio con espanto.

Aún no había bebido la sangre de Coppa, ni éste había bebido la suya.

III

Desiderio no había olvidado á Julio; sin embargo, á pesar de que hacía mucho tiempo que lo conocía, no se sentía ligado á él por aquel lazo misterioso que, en pocas horas, le había unido tan fuertemente á Coppa. El ingenuo huerfanito casi se lo reprochaba, y tratando de disculparse, no halló otra excusa que decir á su corazón una pequeña mentira: «No es verdad -intentó decirse á sí mismo- que el recién venido á quien ayer no conocía siquiera, me inspire mayor cariño que Julio, que tantas veces ha llorado delante de mí y hasta en la cabecera de mi cama... No, no es verdad...» Pero sí que era verdad, y entonces Desiderio comprendió que las mentiras que á veces decimos al corazón no surten el menor efecto.

Desiderio, pues, pensaba en Julio; pero pensaba también en la ceremonia de la sangre, la cual le daba cierto miedo, primero porque se figuraba que no se podía hacer brotar sangre sin pincharse en alguna parte del cuerpo, y segundo porque, no habiendo nunca bebido sangre de nadie, no sabía qué influencia extraordinaria había de ejercer en su amistad con el Loco.

Cuando después del desayuno fué llamado Coppa por el director, Desiderio se asustó al pensar que si su amigo no sabía responder á las preguntas de catecismo y de gramática, no lo dejarían en la misma clase ni en el mismo dormitorio.

—¿Qué es lo que sabes?, preguntóle apresurada mente.

—¡Qué sé yo!, contestó ingenuamente Coppa.

—¿Quién nos ha creado?, insistió el otro.

—La madre, respondió el Loco impasible.

—No, no; no se dice así. Si el director te pregunta quién nos ha creado, has de decir que «Dios;» luego te preguntará para qué fin Dios nos ha creado, y tú contestarás: «para amarlo y honrarlo...»

Y al ver que Coppa movía la cabeza, añadió:

—Es que si no sabes esto te pondrán en la primera clase y habremos de separarnos.

Fué aquel un golpe rudo para el pobre Coppa.

—¿Y sabes qué es artículo y qué pronombre? ¿Y las conjugaciones del verbo, ¿las sabes?.. ¿Pero qué es lo que sabes?

—Sé leer, escribir, sumar y restar.

Ya era algo.

—¿Y nada más?

—Espera que haga memoria...

—Ve, ve; que el director no se impaciente.

Y el Loco se marchó con la cabeza baja, procurando recordar los pocos conocimientos olvidados en la tienda.

Desiderio, durante la media hora de recreo que precede á las clases, vagó por el patio como alma en pena. Hasta se había olvidado del pequeño Julio y todo se le volvía mirar á la puertecita por donde había de asomarse de un momento á otro la roja cabeza de su nuevo amigo. ¡Cuánto tardaba!

Al fin apareció Coppa en el patio; con el cabello rojo cortado al rape y con la alegría que irradiaban sus ojuelos, parecía un rayo de sol perdido en aquel lugar melancólico.

—¡Me dejan aquí contigo!, gritó desde lejos. ¡Me dejan aquí contigo!, repitió cuando estuvo al lado de Desiderio.

Y al decir esto, lo sacudía abrazándole efusivamente.

—¿Y cómo te las has compuesto?

—Ha sido muy fácil. El director ha querido saber quién me ha creado y yo le he dicho: «Dios;» me ha mandado hacer una suma, me ha hecho leer, me ha hecho escribir..., y aun quería que le dijese qué es pronombre posesivo; pero yo le he contestado que en otro tiempo lo supe y que si me dejaba contigo lo recordaría. Entonces ha meditado un rato. Luego quería que le dijese al menos qué es artículo... ¡Y dale! Dentro de ocho días lo sabré todo.

—¿Y él que ha hecho?

—Ha meditado otro rato, me ha puesto la mano en la cabeza y me ha dicho que me fuese, que quería complacerme. Tú me enseñarás lo que no sé y estaremos siempre juntos... ¡Qué gusto!

—¿Y Julio?, preguntó entonces Desiderio.

—¿Cuál Julio? ¿El que dormía en mi cama?

—Sí, ese.

—Han dicho que está enfermo, muy enfermo.

A Desiderio se le ocurrió que para legitimar la simpatía irresistible que sentía por su tocayo, era preciso visitar al pequeño Julio enfermo y presentarle á Coppa.

—Ven, dijo á éste.

Y se acercó al vicedirector, que en aquel momento atravesaba el patio.

—Señor, le dijo con la gorra en la mano; Coppa y yo, en vez de jugar, quisiéramos hacer una visita al pobre Julio, que está enfermo. ¿Nos da usted su permiso?

No era aquella la primera vez que el señor de la barba negra daba pruebas de buen corazón, y Coppa observó la melancólica sonrisa con que acogió la súplica.

—Venid conmigo, dijo el vicedirector, el cual no era hombre que cediera á otro la satisfacción de gozar del espectáculo triste y sano que á veces ofrecen el afecto y el infortunio unidos.

Los dos chicos, cogidos de la mano, con aquella timidez que dan aun las mismas acciones generosas, volvieron á subir las escaleras, atravesaron varias salas grises y melancólicas y llegaron á la puerta de la enfermería. En la primera estancia había dos camas y en una de ellas un enfermito con el cuerpo apoyado sobre dos almohadas, movía fatigosamente algunos soldaditos de plomo que no querían tenerse en pie encima del embozo de la sábana. El leve rumor que hicieron los dos muchachos ni siquiera le hizo levantar la cabeza; Desiderio contenía la respiración contemplando la sombra de aquel que durante tanto tiempo había sido su vecino de cama.

—¡Julio!, murmuró al fin.

(Se continuará.)

CÓMO SE CULTIVAN Y RECOGEN LAS FRESAS EN INGLATERRA

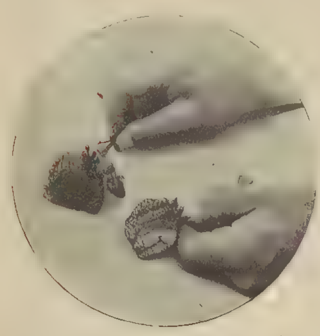
Lo mismo que su pariente, algo lejano, el rosal, la planta que da la fresa ha ganado mucho, gracias á un cultivo inteligente y continuado de generación en



Un campamento de cogedores de fresa

generación. Hace trescientos años no valía mucho más que cualquier otra planta despreciada de las que crecen á orillas del camino. Era enteramente silvestre; su fruta pequeña y de poco sabor. A principios del siglo XVII alguien se ocupó de mejorarla, y entonces fué cuando comenzó á cultivarse.

Luego se la cruzó con otras de la misma familia traídas de diferentes países de Europa y América, y el resultado de ese maridaje fué excelente. Sucesivas generaciones de jardineros continuaron haciendo experimentos, cruzando y volviendo á cruzar distintas especies. Hasta ahora lo mejor que con ello se ha obtenido es la producción de la variedad conocida por Real Soberano.



Los dos modos, bueno y malo, de coger la fresa

La mano derecha la coge como es debido, dejando una parte del tallo adherida á la fruta. La izquierda lo hace mal y sin cuidado.

Pocas de las personas que saborean las primeras fresas del año se paran á reflexionar en la suma enorme de cuidados que han de tener los que las cultivan, quienes desde el principio hasta el fin son presa de gran temor é incertidumbre. El proteger las plantas más tiernas de los estragos de las heladas y del clima, tan variable, de Inglaterra en otoño é invierno; el cuidarlas y atenderlas como es indispensable hacerlo á principios de la primavera; el trabajar constantemente para tener la tierra limpia y libre de malas hierbas que las maten, requieren una vigilancia incansable. Más tarde,



Reconocimiento de los cestos llenos de fresas

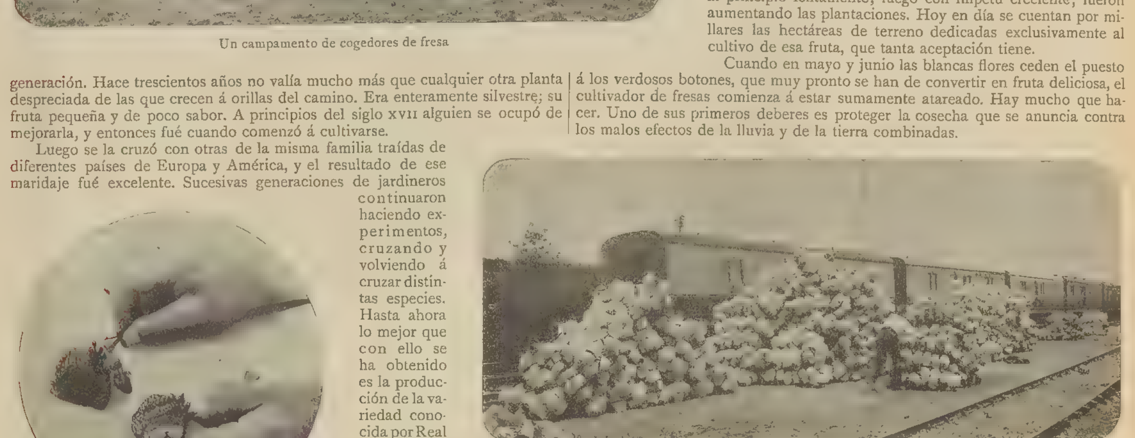
los perjuicios que los elementos le causan en marzo y abril hacen desesperar al infeliz cultivador de fresas. Además, el sol tampoco suele portarse bien, pues á veces no brilla lo bastante cuando más falta hace para que madure pronto el fruto, y otras luce con tal fuerza que lo pudre antes de que se pueda recoger.

El distrito que más fresa produce en Inglaterra está en el Hampshire, no lejos de Southampton, cuya vía de comunicación es un ramal del ferrocarril South Western, que en determinada época del año más se emplea en el transporte de esa fruta que en el de ninguna otra clase de mercancías.

Muy cerca se halla la estación de Swanwick, que en tiempo de fresa parece una colmena donde incesantemente se trabaja, desde el amanecer á la puesta de sol, desde la puesta de sol al amanecer. Un ejército de jornaleros, cuyo número aumenta cada día que pasa, se reune allí todos los años.

Hace próximamente unos cincuenta años que en dicho distrito se introdujeron algunas plantas de fresa. Resultó ser el terreno muy á propósito para su cultivo. Desde entonces, al principio lentamente, luego con ímpetu creciente, fueron aumentando las plantaciones. Hoy en día se cuentan por millares las hectáreas de terreno dedicadas exclusivamente al cultivo de esa fruta, que tanta aceptación tiene.

Cuando en mayo y junio las blancas flores ceden el puesto á los verdosos botones, que muy pronto se han de convertir en fruta deliciosa, el cultivador de fresas comienza á estar sumamente atareado. Hay mucho que hacer. Uno de sus primeros deberes es proteger la cosecha que se anuncia contra los malos efectos de la lluvia y de la tierra combinadas.



Una remesa de cestos de fresa que acaba de ser descargada del tren

Por regla general, cuando cae un buen chubasco de verano las gotas de lluvia hacen saltar otras de lodo que ensuciarían la fruta. Para impedirlo, entre cada dos filas de plantas se coloca una delgada capa de paja, sobre las que descansa la fruta hasta que esté en sazón, sin peligro de que la tierra mojada la mancille.

Al mismo tiempo siguen su curso otros preparativos para la próxima cosecha. La fruta madura se envía siempre á los consumidores en unos cestos manuables que pesan, estando llenos, de cuatro á cinco libras.

Se puede formar idea del número de esos cestos que se emplean en todo el Hampshire durante el corto período de la recolección, con sólo decir que el año pasado, en la sola estación de Swanwick, se despacharon 940.000 para el mercado de Covent Garden de Londres y otros centros de distribución del Reino Unido. Durante un solo día de los de mayor movimiento, se suelen remitir hasta 42.000 cestos. Y téngase en cuenta que Swanwick es una de la media docena de estaciones exportadoras que hay en aquel distrito.

Entre otros preparativos, demasiado numerosos para que de ellos hablemos citaremos el de levantar tiendas de campaña ó tinglados donde pesar, sentar en los libros y poner la dirección á los cestos que se han de enviar al ferrocarril; otro el de buscar con anticipación pedidos, y por último, aunque no es lo menos importante, el de contratar los cogedores.

La verdadera recolección de fresas comienza hacia los primeros días de julio.

Las plantas sanas y bien cultivadas, de dos ó tres años de edad, producen, con frecuencia, fresas de extraordinario tamaño y peso; no es cosa rara el enviar



Grupo de cogedores de fresa trabajando

al mercado algunas gigantescas que pesan de una á tres onzas; las hay también de formas caprichosas.

Algunas especies de fresas son mucho más prolíficas que otras. De una sola planta se han cogido hasta tres libras de fruta, por cierto muy buena.

Cuando ya las variedades más tempranas de fresas están en estado de enviarse al mercado, comienzan á llegar los cogedores. En el Hampslein, la delicada labor de arrancar la fruta está, por lo general, encomendada á ciertas gentes que habitan en carros, conocidas por el nombre de «caminantes.» Llevan una vida muy parecida á la de los gitanos, pero se ofenden si les toman por descendientes de esa raza.

En las fincas más grandes suelen contratar más de cien de esos caminantes para la recolección. Llegan al distrito en carros y carretas pintados de colores chillones; forman su campamento, erigen tiendas de campaña y cobertizos ó algo que se les asemeja, y allí acampa, durante semanas enteras, esa extraña gente. Una de las cosas que más llaman la atención del que visita esos campamentos es el número extraordinario de chiquillos, sucios y harapientos en su mayoría, especialmente los más pequeños. Sin embargo, no sirven de estorbo, pues ayudan en el trabajo á sus padres.



Cargando un vagón con cestos de fresas

Saben esos «caminantes» coger perfectamente la fresa; sujetando, entre el pulgar y el índice, el tallo y tronchándolo de cierto modo para dejar unido á la fruta cerca de una pulgada. Los dedos del que la coge no la tocan nunca, y algunos propietarios suelen imponer multas, con mucha razón, á los que así no lo hacen.

Cuando la recolección está bien organizada no es faena tan pesada como á primera vista parece. El pequeño ejército de hombres y mujeres se esparce por todo el campo; dos ó tres personas en cada fila de plantas. Dada la señal, todos comienzan su tarea. Cada uno lleva dos cestos, uno para las fresas de primera calidad, otro para las de segunda, y ambos quedan muy pronto llenos.

En cuanto lo están, un muchacho ó muchacha los lleva á la tienda de campaña, donde los han de examinar, y al mismo tiempo dan al cogedor otros cestos vacíos. Trabajando de este modo, de veinte á cuarenta cogedores dejan limpio un campo extenso en poquísimo tiempo. El que ya está práctico llena dos cestos, unas ocho libras, en media hora.

En cuanto los muchachos llevan los cestos de fresa á la tienda citada, los reconocen escrupulosamente, los cubren con esmero, empleando un pliego de papel grueso en donde va, escrita ó impresa, la dirección del destinatario, y los asientan en el libro de salida.

Los cestos, consignados tal vez á lugares situados á muchas millas de distancia, no llevan otra cosa que los proteja de la mano de un ratero que el citado pliego de papel. Sin embargo, según le han asegurado al autor de este artículo, llegan invariablemente á su destino sin haber sufrido ninguna merma.

Los carros que llevan las fresas á la estación más próxima están construídos de un modo muy ingenioso; van provistos de muchos anaqueles, de modo que pueden transportar gran número de cestos sin temor de que la fruta se estropee por el peso de los unos sobre los otros. El mismo sistema se emplea en todos los vagones del ferrocarril destinados á ese transporte.

En las estaciones se colocan dos trenes formando una calle larga y ancha; los carros se arriman junto á las portezuelas de los vagones, cada uno de los cuales lleva un letrero indicando el punto adónde va. Estos vagones están llenos de estantes que ocupan todo el espacio aprovechable, dejando, sin embargo, sitio para que puedan manejarse los cestos fácilmente; 600 de éstos se considera una buena carga para cada vagón. La ventilación es perfecta.

Cuando la recolección está en todo su apogeo, seis largos trenes salen diariamente con fresas sólo de la estación de Swanwick; entre ellos uno á las cinco de la mañana, lleno por completo de cestos que llevan la inscripción «acabadas de coger,» destinadas al mercado de Covent Garden.

Uno de los grandes propietarios del distrito de Swanwick dijo al autor de estas líneas que remitía por término medio, anualmente, á distintos puntos 40.000 cestos, conteniendo cada uno cuatro libras de fresas.

Londres, con sus seis millones de habitantes, todos aficionados, más ó menos, á comer fresas, sobre todo con nata, es donde se consume la mayor parte de las que en Inglaterra se producen.—H. J. HOLMES.

UN LADRÓN AUDAZ.—EL ROBO DE LA CAJA DEL AYUNTAMIENTO DE KOEPENICK (ALEMANIA)



Voigt en su dizfraz de capitán



Voigt en traje de faena



Voigt en traje de calle

El zapatero Voigt, que, disfrazado de capitán del ejército, cometió el robo. (De fotografías de Franke, de Berlín.)

Acaba de suceder en Alemania una aventura extraordinaria, un robo audaz cometido en una forma que se sale de lo corriente.

A las cuatro de la tarde del 16 de octubre último, reinaba gran alarma en la ciudad de Koepenick, situada en las cercanías de Berlín; un capitán de ejército, al frente de doce soldados, ocupaba las Casas Consistoriales, y mientras los gendarmes contenían á la multitud que se había reunido en la plaza, aquel oficial, exhibiendo una orden del gabinete imperial, intimaba al burgomaestre y al cajero la rendición inmediata de las cuentas de la municipalidad y la entrega de los fondos existentes en caja, unos 4.000 marcos, de los cuales dió el correspondiente recibo. Después metió en un coche á los dos funcionarios municipales y los mandó, bajo escolta, á Berlín, dándoles cita en la delegación de los Tilos.

Allí esperaron, pero esperaron inútilmente; el capitán era simplemente un impostor que gracias á su disfraz se hizo ayudar por un pelotón de doce granaderos del campo de tiro de Ploetzensee, y que, después de cometida su hazaña, se apresuró á tomar las de villadiego.

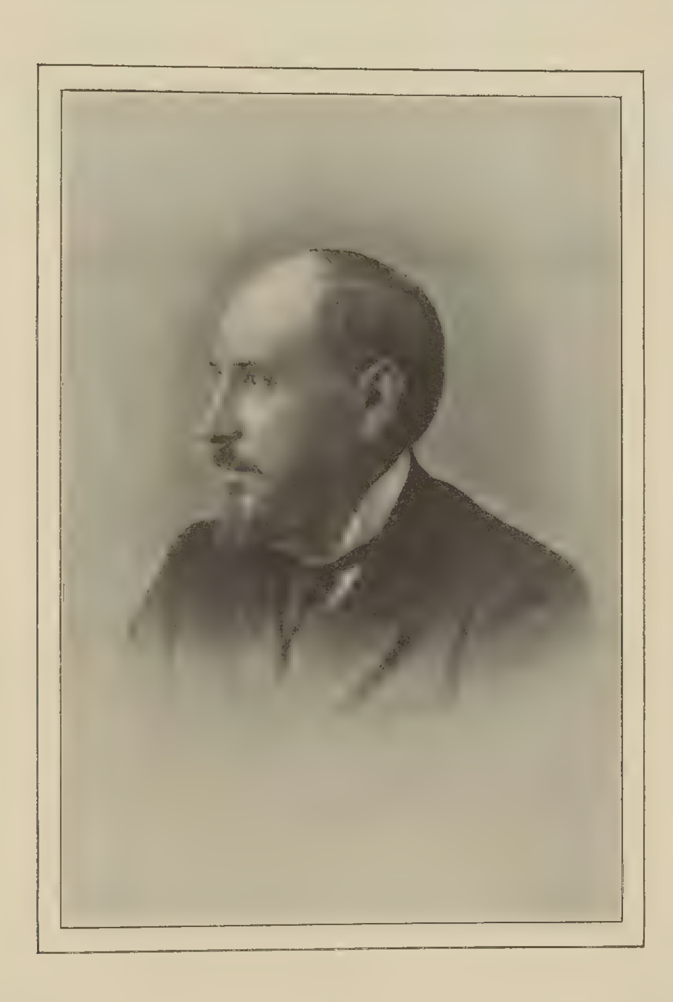
Aclarado el hecho, faltaba coger al falso capitán, lo que no era cosa fácil; pero al fin, al cabo de diez días de incesantes pesquisas, fué detenido, resultando ser un zapatero de Tilsitt, de cincuenta y siete años de edad, que había tenido que habérselas muchas veces con la justicia y que había cumplido ya innumerables condenas. Al ser detenido y después interrogado por el juez, dió muestras del mayor cinismo.

Ese robo, que revela una osadía extraordinaria, ha causado gran emoción en toda Alemania, en donde nadie se explica cómo la primera autoridad municipal de una población de 20.000 habitantes se dejó engañar en la forma que hemos descrito, y sobre todo cómo un hombre de la facha innoble del zapatero, mal vestido con un uniforme comprado en casa de un ropavejero, pudo burlar tan fácilmente y poner en danza á soldados, gendarmes y polizontes.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustracion Artística

Año XXV — Barcelona 19 de noviembre de 1906 — Núm. 1.299



EL EMINENTE HISTÓLOGO D. SANTIAGO RAMÓN Y CAJAL
á quien le ha sido adjudicado el premio Noebel



LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Mi amigo el ilustradísimo escritor Luis Morote ha presentado una proposición á fin de que (como acaba de realizarse en Francia) se suprima la pena de muerte de los códigos. Y digo de los códigos, porque de la costumbre ya cabe afirmar que estaba suprimida. Ha sido necesaria una serie de crímenes tan horrendos como los del *Huerto del francés* para que se ejecute una sentencia de pena capital; y aun así, aun después de la execración que despertó aquel negro y prosaico drama en seis actos, sin unidad de tiempo, á pique estuvieron de salvar sus pescuezos Aldije y Muñoz. Como si hubiesen sido dos de esos criminales á quienes la pasión y una especie de fatalidad empujan, y que infunden sentimientos de conmiseración aunque comprendamos que la ley que pesa sobre sus cabezas es justa y necesaria, se desarrolló en favor de los repulsivos reos del *Huerto* un movimiento de...—¿escribiré la palabra?—de simpatía, manifestado en gestiones muy activas y reiteradas á fin de conseguir el indulto. Y si se hubiese indultado á Aldije y Muñoz, ¿qué necesidad tendría Morote de presentar la proposición? ¿Qué decreto más terminante, aunque implícito, de abolición de la pena de muerte que el indulto de esos dos monstruos?

***

La cuestión es discutida y discutible: las consideraciones á que se presta no caben en los límites de una crónica periodística, ni son propias del género, ni ofrecen ya novedad, aunque ofrezcan actualidad constante. Los que no nos dedicamos á la ciencia penal, apenas tenemos opinión; sólo tenemos impresiones de sensibilidad más ó menos delicada, que se exteriorizan al producirse un episodio severo y triste, como es el de una ejecución capital. La sensibilidad y el corazón son buenos jueces en otras materias; en estas, no. El estadista y el legislador no pueden atender más que á los dictados del orden social, á la seguridad y bienestar de los individuos que viven bajo el amparo de la ley. La discusión acerca de la pena de muerte, si es racional, se basa en tales consideraciones, haciendo abstracción de las puramente subjetivas. Si la pena de muerte, impuesta y ejecutada, por lo menos en la mayoría de los casos, atajase el desarrollo de la criminalidad, sería imposible negar su conveniencia y utilidad en este período de la evolución social española. ¿Es cierto que la frecuencia de los indultos, la tácita abolición de la pena, ha coincidido con un incremento extraordinario de los crímenes de sangre? Lo afirman muchos observadores: sólo un estudio estadístico verdadero, positivo, podría (con la autoridad de la ciencia) resolver este problema. Y científicamente, y clínicamente, se debiera tratar la cuestión de la abolición de la pena de muerte en un Estado.

***

Por otra parte, este género de problemas nunca aparece aislado: siempre van unidos á ellos otros infinitos, que en ellos influyen poderosamente. Los crímenes de sangre y violencia—es un hecho tan evidente que no necesita comprobación estadística—no se producen sino muy rara vez en las clases cultivadas. Recientemente, un millonario yanqui cometió uno de esos crímenes, que llamó la atención del mundo entero, gracias á la circunstancia de tratarse de un hombre colmado por la fortuna. Igual asombro determinaría el crimen de un sabio. ¿No es cierto que no comprendemos á Ramón y Cajal esgrimiendo un arma contra un semejante? Quiere esto decir que la cultura, la riqueza, la alta posición, los conocimientos, casi de un modo invencible se oponen á tal delincuencia. La media cultura, sin embargo—y esto es desconsolador y tumba patas arriba muchas ideas pedagógicas—parece refinar el instinto criminal, dictándole precauciones y perfeccionamientos que llegan hasta el sistema organizado por los tremendos artistas en carne humana de Peñaflor. Eran los dos inteligentes y algo instruídos, y uno de ellos, Aldije, el hombre más sereno, apacible y dueño de sí mismo que puede existir, si nos atenemos al desinteresado informe de un facultativo que estudió la fisiología y la psicología extrañas de este reo. Ambos murieron con el impertérrito valor que, para confusión de la especie á que pertenecemos, brilla igualmente en los héroes y en muchos grandes criminales. Aldije no mandó el fuego, como el romántico Diego León, conde de Belascoain, pero ordenó al verdugo que apretase fuerte. Y no sé cuál de las dos órdenes requiere más intrépido corazón, más señorío sobre los nervios.

Sea como quiera, si estos dos compadres fundaban ilusiones en la ociosidad á que la costumbre iba condenando al verdugo, la cuenta les ha salido equivocada. Es cierto que esperaban, que fiaban en el indulto... La constancia con que se ejercía la gracia les autorizaba, hasta cierto punto, á no creerse una excepción. Y sin embargo, ni la decepción de serlo alteró el ánimo de Aldije, tranquilo, con el pulso normal, sonriente, resuelto hasta el último instante. ¿Será esta una señal de esa insensibilidad de los criminales natos, diagnosticada por Lombroso, Ferri y otros antropólogos?

***

Para hablar de cosas más gratas, recordemos que Ramón y Cajal acaba de obtener el premio Noebel, de la sección científica. Es premio no completo (la mitad de la recompensa), como fué el de Echegaray; pero la diferencia en dinero no rebaja la distinción honorífica, que nadie ignora hasta qué punto es merecida. Ramón y Cajal, por otra parte, es el primer sabio popular en España (si exceptuamos al brujo y nigromántico marqués de Villena y al flamenco Juanelo Turriano). Los demás sabios propiamente dichos que en España existieron, trabajaron solitarios en su gabinete, sin el ambiente de simpatía de la juventud, sin el ardoroso aplauso de las muchedumbres. El eminente histólogo ha tenido el privilegio de romper esta tradición de indiferencia letal.

Allá en junio, cuando fuí nombrada presidente de la sección de literatura del Ateneo de Madrid, quise traer á mi pueblo natal, la Coruña, la primer misión de extensión del Ateneo. Reuní á los presidentes de las sociedades recreativas, y los encontré dispuestos á secundar mi idea en todo y á prestarme la cooperación más decidida y generosa. Al pronunciar los nombres de los ilustres conferenciantes á quienes pensaba dirigirme, todos fueron acogidos con demostración de respeto, pero el de Ramón y Cajal produjo una emoción extraordinaria. La ovación futura estaba ya contenida en aquella sorpresa lisonjera. Si yo hubiese conseguido, hallándose tan adelantado el verano, que pudiesen emprender el viaje los designados conferenciantes, Ramón y Cajal hubiese tocado con la mano su inmensa popularidad. Y me resuelvo á decir que, en este punto, mi pueblo puede ser un excelente tubo de ensayo; porque es frío, escéptico, parado, desconfiado de las reputaciones y muy amigo de echarlas por tierra. Sin género de duda Cajal no es el único sabio español digno de recoger homenajes: antes que él han existido otros, no diré que muchos, pero suficientes á demostrar que la raza no es enteramente inepta para las altas indagaciones científicas. Pero en Cajal se ha concentrado y simboliza do la aspiración española (tardía, confusa, medio inconsciente) á no carecer de esa capacidad, á no ser relegada á un grado inferior entre las mentalidades europeas y latinas. No creo aventurado afirmar que los admiradores de Ramón y Cajal—y para que nadie se ofenda me incluyo en el número—no *sabemos* por qué le admiramos; es decir, no nos sería fácil penetrar en el fondo de su labor y aquilatarla en su valer relativo, pues en este caso conoceríamos tanto como él. De un literato, de un artista, todo el mundo juzga, porque todo el mundo tiene emotividad, nervios, sentidos, aficiones, ideas, más ó menos amplias y cultas, pero ideas al cabo; y esta es la ventaja que lleva la gloria de Cajal, indiscutida é indiscutible, á otras glorias mordidas y baqueteadas, y quizás por eso, mi pueblo, donde nunca faltan enfriadores para todo hervor de entusiasmo, aprovecharía con Cajal la ocasión de entusiasmarse sin reparos ni tiquismiquis, de entusiasmarse á la vez por el mérito positivo y por ese otro mérito ante el cual los profanos se arrodillan cual los romanos ante el ara del Dios ignoto.

***

¿Habéis visto una procesión en el campo? ¿La habéis seguido? Es uno de los espectáculos más poéticos y pintorescos que cabe presenciar.

En la procesión que acabo de seguir, una sola imagen, la Virgen, en su advocación de Inmaculada. La efigie, de medio tamaño, luce un traje de brocado blanco, de cotilla, sembrado de perlas y turquesas; las lentejuelas que lo realzan brillan bajo el pálido sol de otoño, y se reflejan en las últimas gotas de lluvia suspendidas en la zarza. Un aire ligero y suave mueve con apariencia de vida el largo manto de terciopelo turquí salpicado de estrellas y los rizos de pelo natural que sobre él flotan. Las mujeres contestan á las letanías, que el cura pronuncia despacio, con un murmullo lento, amoroso... Van vestidas con sus mejores galas, sus sayas de colores, sus mantellinas de paño y terciopelo negro orladas de azabache, sus pañuelos de seda á la cabeza, sus zapatos de cuero fuerte, ó sus zuecos nuevos curiosamente trabajados. Sus manos, lavadas y morenas, empuñan, resguardándolo con el pañuelo, el cirio, que el viento apaga. Al llegar al crucero de piedra, todos se persignan, y los mozos, ya descubiertos, se inclinan respetuosamente. Las campanas de la humilde iglesia suenan echadas á vuelo. La gran paz del campo presta á la escena un fondo digno del pincel de Millet...

Y olvidamos, en la mística y sencilla ceremonia, los combates del mundo, la lucha de intereses y pasiones, la gravedad de los problemas de esta agitada hora social... La Virgen sonríe, bajo su manto turquí sembrado de luceros.

EMILIA PARDO BAZÁN.

PENSAMIENTOS

Entre el maldiciente y el malhechor no hay más diferencia que la ocasión.

QUINTILIANO.

Es precisa la educación del pueblo para la conservación de la libertad.

CARNOT.

Hay bastantes medios de enriquecerse, pero hay pocos honrados; la economía es uno de los más seguros. Sin embargo, aun este medio no es del todo inocente porque perjudica algo á los deberes que imponen la humanidad y la caridad.

BACON.

La adulación es una moneda falsa que sólo circula merced á nuestra vanidad.

LA ROCHEFOUCAULD.

La primera virtud de una madre es la firmeza, la justicia... La madre es la conciencia visible del niño, y cuando mima á su hijo, pervierte la conciencia de éste.

E. LABOULAYE.

¿Quieres que las lecturas dejen en ti impresiones duraderas? Limítate á un corto número de autores animados de un sabio espíritu y aliméntate con su substancia. La multitud de libros disipa las fuerzas de la inteligencia.

SÉNECA.

Cuando, en un gobierno, dice todo el mundo hablando de la cosa pública «¿Qué se me da á mí?,» la cosa pública está perdida.

MONTESQUIEU.

Para la imaginación es más conveniente situar la felicidad en el porvenir y tener esperanzas que nos animen, que sentir pesadumbres por el pasado que nos desalienten.

BENTHAM.

Ningún remedio cura mejor las enfermedades del corazón, los accesos de una melancolía sombría y descorazonada, que la práctica del deber. A menudo nos hallamos incapaces de pensar, de sentir; cuando esto suceda, obremos, hagamos el bien.

DE GERANDO.

El carácter es la forma distintiva de un alma con relación á otra. Los hombres sin carácter son rostros sin fisonomía.

DUCLOS.



Cierta dama joven y enlutada ocupó una silla de preferencia en uno de los cinematógrafos más populares de Madrid

LA ENLUTADA

Todas las noches, durante mucho tiempo, cierta dama joven y enlutada ocupó una silla de preferencia en uno de los cinematógrafos más populares de Madrid. Llegaba temprano, apenas comenzada la representación, y la intención pensativa de sus ojos medio cerrados que á nadie miraban, la inmovilidad hierática que guardaba durante el espectáculo y la premura discreta con que desaparecía apenas concluída la función, bien claramente expresaban su señoril empeño de pasar inadvertida.

Era una mujer de treinta años, esbelta y alta; las tinieblas del traje avaloraban la gracilidad mimbreante del cuerpo, dándole movimientos mollares y largos de una parsimonia aristocrática y triste. Tenía grande la frente, aguileña la nariz, las mejillas muy pálidas; sus labios finos conservaban el amargor de las lágrimas que bebieron; en el óvalo lívido del rostro, los ojos, negrísimos y ardientes, parecían, al mirar, excesivamente abiertos y como espantados aún de lo que vieron.

Según decían los empleados del cinematógrafo, la primera vez que aquella señora estuvo allí, iba con dos amigas. Súbitamente la vieron extender los brazos; luego lanzó un grito y cayó al suelo sin conocimiento. El alboroto que este incidente produjo fué mayúsculo; varias personas caritativas transportaron á la enferma á la Casa de Socorro más próxima. Transcurridos cuatro ó cinco días, la dama misteriosa reapareció; esta vez iba sola. Los acomodadores la observaron con desconfianza: ella se sentó muy grave, muy rígida, los puños apretados, como dispuesta á represar cualquiera intemperante explosión de sus nervios. La representación terminó sin nuevos accidentes. Desde entonces, la desconocida volvió al cinematógrafo todas las noches, y su silueta triste, enigmática, dulce y fatigada á la vez, de quien mucho ha sufrido, desentonaba del público vulgar de sirvientes, artesanos y obrerillas, que invadía la sala.

¿Quién era? ¿Qué historia romántica de ingratitud ó de amor la llevaba allí, sola y enlutada?

El secreto persistió mucho tiempo. Al cabo una casualidad, una de esas raras coincidencias que poseen la clave de todas las novelas, me permitió conocer la historia de aquella mujer, por tantas razones de belleza y de inteligente expresión interesante, que aparecía entre aquel público zafio, jaranero y vestido de percales chillones, muda, inmóvil, indescifrable como una esfinge negra.

Siendo casi una niña Paquita Briesca, hija única de los marqueses de W. casó en París con el conde Fernando; uno de esos tipos byronianos desbordantes de juventud, llenos de fuerza, armados de ilusión, que todas las doncellas vieron pasar en sueños como una canción ardiente de mayo.

Aquel dulce noviazgo fué muy corto; algo hadado aleteaba sobre él. Por las tardes, Paquita y su madre recorrían en landó las alamedas umbrías del Bosque; el conde galopaba junto al estribo y los transeuntes, adivinando su dicha, volvían la cabeza para verles pasar. La fuerte brisa que el coche en su violento correr recogía, desrizaba los rubios cabellos, los cabellos de sol, de la marquesita, que sonreía mostrando en el óvalo del semblante, entonces rosado y carnoso, sus dientes perlíneos; y como su rostro era calco peregrino del de la anciana marquesa, con la diferencia de que aquella expresión candorosa que parecía algo añadido y como episódico en la triunfante venustidad de la hija, fijaba el rasgo sobresaliente de la madre, cuyas lindezas juveniles se habían evaporado en esa flor de distinción y de bondad que constituye la hermosura única de los viejos, el conde Fernando pensaba gozoso que, entre la belleza del presente y los tesoros de virtud que el porvenir le prometía, su felicidad sería eterna.

La marquesita de W. y el conde Fernando se desposaron á fines de septiembre, y tras una pintoresca excursión por las montañas suizas, volvieron á París.

Dos años huyeron...

Una mañana de junio Paquita y Fernando paseaban, cogidos del brazo, bajo los árboles frondosos de las Tullerías; delante de ellos caminaba una nodriza normanda, enorme y redonda, llevando en brazos un niño vestido de blanco.

Una gran alegría, uno de esos regocijos intensos y serenos que parecen penetrarnos al través de los poros, envolvía á los esposos; sus cuerpos avanzaban lentamente en la atmósfera tibia; numerosos rayos de sol que perforaban el follaje ponían sobre la fina arena del paseo multitud de minúsculos círculos luminosos; en un estanque, bajo la ancha sombra cerúlea de unos castaños, varios patos paseaban por las aguas espejeantes y tranquilas sus cuerpos níveos; el matrimonio callaba mirando al hijo que les sonreía, el nacarino mento apoyado sobre el hombro de su nodriza. Era aquel uno de esos momentos de soberana paz, de felicidad absoluta, en que desearíamos sujetar la marcha disolvente de los relojes.

De pronto la marquesita experimentó un apesarado derramamiento sentimental.

—Nunca fuí tan dichosa como ahora, murmuró; dime, Fernando, tú que leíste y sabes tantas cosas: ¿por qué el tiempo huye? ¿Qué mal le hicimos para que, poco á poco, nos arrugue, nos enfríe y nos mate?.. ¿Por qué no seremos nosotros siempre jóvenes y nuestro hijo siempre niño?

El conde no respondió, mas por su alma corrió repentinamente un gran soplo de melancolía; porque acababa de sentir, efectivamente, que los árboles, la brisa, los patos nadadores, las fuentes, el sol mismo, la naturaleza toda en su marcha incesante hacia lo futuro, latía á su alrededor con un medroso estremecimiento pesimista de despedida.

Pocos meses después el conde Fernando falleció casi de repente, su hijo también murió, la nodriza normanda se fué. Entonces la marquesita viuda, medio ciega de tanto llorar, regresó á Madrid, al lado de su madre.

... Y yo la vi, lector, la vi muchas tardes pasar por Recoletos en un landó negro, tirado por caballos negros también, envuelta en un luto esplenderoso de reina inconsolable: bajo el crespón flotante del sombrero los rizos rubios habían blanqueado un poco, y su frente era más grande, su nariz más cruel, su boca más triste, sus ojos tenían la expresión asombrada de las almas que una vez miraron al abismo de las desesperaciones inmensas.

Cierta noche Paquita, su madre y una amiga, después de dar un largo paseo á pie, entraron en un cinematógrafo; fué un capricho repentino, una de esas necesidades igualitarias que á ratos los espíritus aristocráticos sienten de mezclarse con el pueblo.

La voz del empleado que explica al sencillo público de los cinematógrafos el asunto de las películas, había dicho:

—«¡Escenas infantiles en el Jardín de las Tullerías de París!..»

La película empezó á pasar con tembleque insólito; Paquita, los ojos llenos de lágrimas, miraba huir los árboles, las fuentes, las perspectivas todas de aquel parque que una mañana de junio sirvió á su felicidad de marco suntuoso. De pronto se vió á ella, á ella misma, cogida del brazo del conde Fernando, y á su hijo que sonreía, desde su gorrito de encajes, la redonda barbilla olvidada sobre el hombro de su nodriza.

La marquesita lanzó un grito y perdió los sentidos.

Pero ya no pudo abstenerse de ir todas las noches á contemplar aquella película diabólica, donde una de las horas más felices de su juventud había cristalizado; allí estaban su esposo y su hijo mirando, andando, moviéndose con unas apariencias de vida que no tenía ninguno de los retratos vulgares que ella

guardaba de sus queridos muertos. El esposo volvía á mirarla, los patos del estanque sepultaban sus picos rosados en las aguas tranquilas, sobre la arena del paseo pululaban granitos de luz...

Últimamente me aseguraron que la marquesa W. había comprado esa película cuyo mérito eminentísimo sólo ella comprende. Es lo único que conserva de su juventud. Poco es, ciertamente: un reflejo, humo, casi nada...

¿Pero quién, lector, en este sempiterno naufragio de ilusiones y de quereres que llena la vida, podrá vanagloriarse de haber salvado otro tanto?

Eduardo Zamacois.

(Dibujo de J. Cabrineti.)

La infancia de Caín, estatua de A. Teixeira Lopes

LA FORMACIÓN DE LAS PERLAS FINAS

M. Seurat ha realizado recientemente una expedición á Oceanía, durante la cual ha estudiado especialmente la formación de las perlas finas; y sus conclusiones, que aclaran un asunto hasta ahora obscuro, parecen indicar el camino que hay que seguir para llegar á producir artificialmente la perla natural.

Los sabios modernos han creído durante mucho tiempo que la perla resultaba de una secreción consecutiva á la excitación del molusco, producida por la introducción de un cuerpo extraño. De este modo fabrican los chinos y japoneses supuestas perlas verdaderas, y en Francia se han intentado también algunos ensayos de este género. Pero las concreciones así obtenidas no son, según opinión casi generalmente admitida, la perla, sino simplemente el nácar.

Otra teoría sostiene que cierta enfermedad de la ostra determina la formación de cálculos que una secreción, también morbosa, cubre con la materia perlada. Muchas perlas de Ceylán contienen un núcleo minúsculo cuya presencia concuerda con esa teoría; mas como no todas las perlas presentan ese fenómeno, tal teoría debe ser desechada.

Hoy se considera demostrado el origen parasitario. Ya Rafael Dubois había atribuído á la presencia de una larva la formación de las perlas, y M. Seurat, durante su permanencia en las islas Gambier, decalcificó varias perlas y encontró en el centro un núcleo constituído, no por un cálculo, sino por el gusano del tylocéfalo, que es un parásito de la ostra. Al mismo tiempo observábase que la mayoría de las perlas cogidas libres en las ostras de Ceylán contienen los restos de un gusano.

Sabido es, por otra parte, que las larvas nacidas en las células de un animal determinado no pueden continuar su evolución sino en el vientre de otro animal, fenómeno del cual tenemos el más palpable testimonio en las tenias. Pues bien: en el estado actual de la ciencia microbiológica, se calcula que aquel parásito de la ostra ha de terminar su desarrollo en la raya águila, que con su dardo perfora las ostras para absorber las larvas que contienen y entre ellas las perleras. El conocimiento de estos hechos permitiría, pues, combinar el proceso necesario para infestar las ostras con la preciosa larva, preservándolas de los ataques de la raya águila.

M. Seurat hace observar que no es el organismo parásito del centro lo que hace vivir y morir la perla; según él, ésta se empaña al contacto del sudor y de las demás secreciones, del agua sucia ó jabonosa, y se la resucita disolviendo la capa superficial en un ácido, lo que constituye una operación delicada.

El jugo gástrico posee, según parece, propiedades á propósito para esa operación y que son bien conocidas de los californianos, quienes no querien do tragarse sus collares empañados los ingurgitan en gallinas cuya digestión vigilan cuidadosamente.

Estas afirmaciones de un sabio no concuerdan con la idea muy admitida de que el contacto frecuente de la piel de una mujer es necesario para conservar el oriente de las perlas.—X.



Liszt en el piano, cuadro de José Danhauser. (Exposición de pintores del siglo XIX. Berlín, 1906.)



VIEJO PESCADOR, cuadro de Eduardo E. Taylor

FEDERICO THAULOW

Víctima de una angina de pecho ha fallecido repentinamente en Holanda, hace pocos días, el eminente pintor noruego Federico Thaulow.

Nacido en Cristianía en 1844, hijo de padres acomodados, habíase dedicado desde muy joven al arte pictórico, y después de sólidos estudios hechos en su país natal, emprendió, como casi todos los artistas noruegos, un viaje por Europa, recorriendo Suecia, Dinamarca, Holanda, Alemania y Francia. En esta última nación se estableció definitivamente hace treinta años, y si bien conservó durante toda su vida la afición á viajar que tanto conviene á los pintores paisistas, instaló su taller en París, que era en donde había alcanzado sus primeros triunfos.

Desde 1880 exponía todos los años en el Salón, y en 1889 fué declarado fuera de concurso; al año siguiente, formó en el grupo de artistas que constituyeron la Sociedad Nacional de Bellas Artes.

Talento laborioso y fecundo, Federico Thaulow deja una obra considerable y especialmente seductora, así por la variedad de sus asuntos como por los encantos del colorido y por la prodigiosa flexibilidad de la ejecución. Tal vez en estos últimos años la técnica había reemplazado con exceso á la emoción. Ducho en vencer todas las dificultades, triunfaba de ellas merced á prodigios de habilidad que más de una vez hicieron que su sinceridad fuese puesta en duda; y hasta se le acusó de servirse de la fotografía para la composición de sus lienzos y de recurrir á ella más que á la observación para lograr esos famosos efectos de agua corriente que contribuyeron no poco á poner de manifiesto su talento y á popularizar sus cuadros.



El pintor noruego Federico Thaulow, fallecido recientemente en Volendam. (De fotografía de Hutin, Trampus y C.ª)

Mas sea de ello lo que fuere, Thaulow fué un gran artista. Reprodujo con delicioso colorido y con sentimiento intenso los sitios agrestes de su Noruega natal; más adelante tomó los asuntos para sus obras en Francia, y sus efectos del atardecer en los pequeños puertos pesqueros franceses ó en los tranquilos rincones provincianos no han sido menos saboreados por el público que sus recuerdos de viaje, de Italia en particular, en donde pintó un maravilloso *Puente de Verona*.

Además se le debe el haber contribuído, en unión de Rafaelli, á enaltecer nuevamente el grabado al agua fuerte y en colores; y aunque se limitó á reproducir en sus planchas grabadas aquellos de sus cuadros que mayor éxito habían tenido, y aunque procuró ante todo dar en ellas la ilusión del lienzo pintado, más bien que crearse para esa clase de trabajos una técnica especial, sus composiciones en colores han sido tan celebradas como sus cuadros al óleo.

El hombre resultaba en él tan atrayente como el artista. El solo aspecto de aquel gigante de facciones regulares, de mejillas de brillante frescura encuadradas por una barba rubia ensortijada, inspiraba simpatía; y cuando el retratista Jacobo Blanche representó hace unos quince años, en una obra, que es tal vez la mejor por él producida, á Federico Thaulow rodeado de su esposa y de sus hijas, el lienzo se hizo en seguida popular: tan encantadoras eran la cordialidad, la bondad y la franqueza que aquellas fisonomías respiraban.

El cuadro que como muestra de su talento reproducimos en esta página permite formar cabal concepto del modo de ser del celebrado artista, que recibía las impresiones directamente del natural, sentía hondamente los hermosos espectáculos de la naturaleza y sabía trasladar á la tela sus visiones y sus sentimientos de una manera magistral. En ese paisaje del Norte pueden admirarse la majestad y grandiosidad que ofrecen aquellas regiones cuando el invierno tiende su manto asolador sobre los poblados.—S.



Paisaje de invierno en Noruega, cuadro de Federico Thaulow



Telegrafía sin hilos.—Instalación de campaña en Nauen (Alemania). Aparatos de la estación receptora

LA TELEGRAFÍA SIN HILOS EN NAUEN

(ALEMANIA)

Desde que, hace unos diez años, el italiano Marconi descubrió la telegrafía sin hilos, utilizando las ondas hertzianas, el invento, que bien puede calificarse de prodigioso, se ha ido estudiando por todas las naciones civilizadas, las cuales han podido comprobar las ventajas inmensas que así en tiempos de paz como en época de guerra reporta ese sistema de comunicación.

Todos los principales ejércitos han hecho ensayos de la telegrafía sin hilos con excelentes resultados, y en la última guerra ruso-japonesa prestó tan excelentes servicios, que á ella se debió indudablemente en gran parte la brillante victoria conseguida en el mar del Japón por el almirante Togo sobre la escuadra de Rodjeswentsky.

Muchas son las instalaciones montadas hasta el presente; pero indudablemente una de las más interesantes es la de Nauen (Alemania). Consta esa instalación de dos estaciones, transmisora y receptora: la primera tiene en un local especial una locomóvil con una dinamo para la producción de la fuerza y en otro local contiguo varios aparatos de transmisión, entre ellos uno Morse para la expedición de los telegramas.

Fuera de la estación hay una especie de torre de cincuenta metros de altura con una escalera de caracol en su interior, provista de un cable, por el cual se transmite la electricidad al extremo superior desde donde ha de propagarse al través del aire. La estación receptora está instalada en el campo y tiene también una dinamo para producir la corriente; esa dinamo es movida por un velocípedo de construcción en extremo ingeniosa, según puede verse en los grabados de esta página; en el exterior hay una percha de 25 metros de alto que recoge los despachos transmitidos por la otra estación.

Toda la instalación puede ser desmontada y transportada de un sitio á otro por medio de caballerías, lo cual hace que sea perfectamente utilizable en tiempo de guerra

Inútil es encarecer las ventajas que esto representa y que han podido ser perfectamente apreciadas en las importantes maniobras efectuadas hace poco por el ejército alemán. -R.



Telegrafía sin hilos.—Instalación de campaña en Nauen. Estación receptora. (De fotografías de E. Frankl, de Berlín.)



EL BORRACHO, cuadro de K. F. Makowski



LA ESCUELA DE ATENAS, copia del notable fresco de Rafael existente en el Vaticano. (De fotografía de Carlos Abeniacar.)

D. SANTIAGO RAMÓN Y CAJAL

En la crónica que publicamos en otro lugar de este número, D.ª Emilia Pardo Bazán se ocupa de la concesión del premio Noebel á D. Santiago Ramón y Cajal. Nada hemos de añadir al elogio que del eminente histólogo hace nuestra eximia colaboradora; tampoco estimamos necesario adicionarlo con la biografía del sabio ilustre, que puede sintetizarse diciendo que Cajal ha consagrado toda su vida á la cátedra y al laboratorio, ni con la enumeración de sus trabajos y de sus descubrimientos importantísimos, que son universalmente conocidos y admirados.

Al honrar hoy las páginas de La Ilustración Artística con su retrato, nos limitamos á adherirnos con entusiasmo al homenaje de felicitación que España entera le tributa en estos momentos y á compartir calurosamente la satisfacción inmensa de todos los españoles al ver solemnemente consagrada una de nuestras más grandes glorias nacionales.

Ermette Novelli

De paso para América, ha permanecido unas pocas horas en Barcelona el eminente actor italiano, á quien tantas veces ha aplaudido nuestro público. Aprovechando su corta estancia entre nosotros, dió una representación en el Eldorado, poniendo en escena *Alleluia*, de Marco Praga, y un monólogo, *Notte fatale*. El teatro estaba brillante y Novelli alcanzó un triunfo inmenso, recompensa merecida de una labor maravillosa.

Cuanto dijéramos de la perfección con que representó y de la ovación que obtuvo, sería pálido reflejo de la realidad; la representación fué una verdadera solemnidad artística.

Al día siguiente embarcóse con rumbo á la Habana en el vapor *Antonio López*.

Barcelona. – El eminente actor Novelli y su esposa á bordo del *Antonio López*, en el que se embarcó el día 11 con rumbo á la Habana (De fotografía de A. Merletti.)

ASAMBLEA DE DIPUTACIONES PROVINCIALES

Terminadas las sesiones de la asamblea reunida en esta ciudad y de la que han resultado acuerdos de grandísima importancia, la Diputación Provincial barcelonesa obsequió á los asambleístas con un espléndido banquete. Celebróse éste en el Salón de San Jorge, que se hallaba rica y artísticamente adornado, y á él asistieron, además de los representantes de las diputaciones, las autoridades barcelonesas. Pronunciaron elocuentes brindis el alcalde de Barcelona Sr. Sanllehy y los señores Clavijo, de Sevilla; Guiamet, de Barcelona; Testor, de Valencia; Millán, de Cáceres; Losas, de Gerona; Vila, de Tarragona; Bañeres, de Lérida; Ruiz Rañoy, de Zaragoza; Cruells, de Barcelona; Tapia, de Lugo; Llorente, de Soria; Quintana, de Santander; Tojo, de la Coruña, y Sostres, presidente de la Diputación de Barcelona. Todos fueron muy aplaudidos.

EL BORRACHO, cuadro de K. F. Makowsky

(Véase el grabado de la pág. 752.)

Hay en ese cuadro un drama de emocionante intensidad: el bebedor dispónese á entrar en la taberna, la esposa le cierra el paso con ademán sublime, síntesis de una desesperación que ha llegado al paroxismo; el hijo, abrazado á su madre, dirige una mirada entre suplicante y temerosa al que es causa de todas las tristezas del humilde hogar.

Tan emocionante, tan intenso como el drama es el lienzo de Makowski; las figuras están trazadas con vigor admirable, y los sentimientos que les dominan hállanse expresados con naturalidad asombrosa. De aquí la impresión profunda que produce en nosotros su contemplación.

LA ESCUELA DE ATENAS

FRESCO DE RAFAEL

(Véase el grabado de la página 753)

Consérvase ese fresco en la *Camera della Segnatura* del Vaticano y se considera como la obra capital del incomparable maestro de Urbino. Mucho se ha discutido acerca del sentido de esa composición; pero la opinión más generalmente admitida es la de que representa el desenvolvimiento de la historia de la filosofía griega. En ninguna otra obra ha mostrado Rafael su genio maravilloso con más fuerza y mayor brillantez que en la *Escuela de Atenas*, en la cual ha dicho la última palabra en el arte de agrupar y distribuir un gran número de personajes, de poner en ellos orden y movimiento, de alcanzar la unidad de impresión por la variedad de las figuras, de representar una sola acción con muchos actores.



Barcelona. – Banquete con que la Diputación Provincial obsequió á los representantes de las demás diputaciones provinciales que han concurrido á la asamblea. (De fotografía de A. Merletti.)



... comenzaron á echar puñados de tierra sobre el ataúd...

CORAZONES DE ORO

NOVELA ITALIANA DE SALVADOR FARINA

ILUSTRACIONES DE CALDERÉ

(CONTINUACIÓN)

El enfermo alzó los ojos, y al reconocer á su amiguito, le sonrió; entonces Desiderio se acercó á la cabecera de la cama. Coppa, que permanecía en la puerta, sentíase conmovido y agitado por algo que se parecía á los celos, y le parecía estar solo, á pesar de tener á sus espaldas al vicedirector.

—¡Julio!, dijo Desiderio con voz conmovida en la que temblaba una lágrima reprimida. Julio, ¿cómo estás?

—Estando tú aquí, me siento bien, respondió el muchacho, y siguió levantando los soldados caídos con la suprema indiferencia de quien no se considera como otra cosa que como un soldadito caído en el amplio mundo.

Desiderio no sabía qué decir, y entonces el enfermo volvió la cabeza hacia él con gran fatiga y murmuró:

—Has hecho bien en venir.

—¡Pobre Julio!, exclamó Desiderio. Creí que te encontraría ya curado.

—Pronto, respondió Julio, dejando caer la cansada cabeza sobre las almohadas.

Y al leve choque, hasta los soldados de plomo se cayeron como personas fatigadas.

Después de un instante de silencio, durante el cual Desiderio acarició la delgada carita del enfermo, éste preguntó:

—¿Quién es ese muchacho?

—Es Coppa, respondió Desiderio vacilante, pues pensaba que acaso no era conveniente enterar á Julio de que su antigua cama estaba ocupada y al mismo tiempo no sabía cómo avisar al nuevo amigo.

—¿Es un chico nuevo?, preguntó Julio.

—Sí, es un chico nuevo; le he dicho que venía á verte y ha querido también venir, porque hemos hablado tanto de ti...

Desiderio se ruborizó apenas hubo dicho esa mentira inocente que le había parecido necesaria.

—¿Por qué se ha quedado ahí, en la puerta?

—Coppa, dijo Desiderio; acércate, que Julio quiere verte.

Coppa se aproximó y preguntó bruscamente:

—¿Cómo estás? ¿Cuándo te pondrás bueno?

El enfermo no contestó, pero clavó un momento sus ojos, que brillaban á causa de la calentura, en el semblante del Loco.

—¿Tienes madre?, le preguntó.

Y cuando supo que *nunca* la había tenido, porque Coppa así se lo dijo, cerró los ojos murmurando algo que los muchachos no entendieron bien.

En aquel instante sonó la campana y Julio dijo:

—¡La clase!

Entonces Desiderio se inclinó sobre la almohada del enfermito y le besó en la frente.

—Volveré, dijo; ponte bueno.

—Ponte bueno, repitió Coppa.

Julio miraba fijamente la ventana que tenía enfrente y por la que llegaba hasta él un rumor confuso del patio; eran los compañeros que entraban ruidosamente en el aula.

—Se me figura que los estoy viendo, dijo el enfermo. Me gustaría volver una vez aún á clase para saludarlos á todos.

Desiderio no contestó; tenía el corazón oprimido. Coppa contestó por él:

—Los saludaremos nosotros..., pero prométenos que te pondrás bueno.

—Pronto, dijo Julio.

Aquel día, en la clase de la tarde todos los escolares de la segunda pudieron leer, escritas en grandes caracteres, las siguientes palabras que ocupaban toda la pizarra: *Julio, enfermo, envía muchos saludos á sus compañeros de clase.* Hasta el señor maestro leyó el escrito y no se sintió con ánimos para borrarlo, ni siquiera para explicar la resta de los números decimales.

IV

Dos días después, el pequeño Julio había muerto y sus compañeros añadieron un *de profundis* á su oración antes de acostarse. Aquella noche Coppa no pudo dormir; el cadáver de Julio fascinaba desde lejos su imaginación juvenil, y si el reglamento no lo hubiese prohibido, habríase levantado á media noche para ir á llenarse el alma de terror junto á la cabecera del lecho mortuorio.

Mas no derramó una lágrima y procuró consolar en voz baja á su amiguito, que reprimía sus sollozos sobre la almohada hasta que á traición le cogió el sueño.

Cuando al día siguiente todos los huérfanos de la segunda elemental fueron llamados para asistir al oficio de difuntos en la capilla, y formados en parejas se encaminaron al camposanto, en pos del pequeño ataúd, Desiderio se puso á llorar de nuevo y de nuevo trató Coppa de consolarlo. Y cuando Julio fué bajado á la fosa y sus compañeros comenzaron á echar puñados de tierra sobre el ataúd sonoro, Coppa, que lo había observado todo atentamente, llamó aparte á Desiderio y le dijo:

—No era un muchacho valiente; vale más que se haya ido con su madre, porque nunca habría hecho fortuna.

—¡Sí, quizás es mejor!, respondió Desiderio secándose la cara mojada por las lágrimas.

En todo el camino hasta que hubieron regresado al hospicio, nada hablaron los dos muchachos; pero durante el recreo extraordinario que les esperaba, en vez de la clase, apenas llegados, Coppa se apartó á un lado con Desiderio y le dijo:

—Ahora que ha muerto Julio, tu amigo soy yo, no es verdad?

Desiderio hizo un signo afirmativo; pero no se sentía muy tranquilo con aquel preámbulo que anunciaba una ceremonia temida.

—Debemos beber nuestra sangre, aseguró el Loco; es necesario. No tengas miedo; no es nada. Tú beberás primero la mía; mira cómo se hace...

Y así diciendo clavóse la punta de una aguja en la yema del índice haciendo saltar algunas gotas de sangre; pero Desiderio se negó rotundamente á imitarle.

—No es precisa la sangre para ser amigos. ¿No lo hemos jurado?

Aquella debilidad no hizo gran honor á Desiderio en el concepto de Coppa; pero éste fué generoso y perdonó. Únicamente dijo con acento severo:

—Si es verdad que eres mi amigo no has de tener secretos para mí; dime todo lo que piensas. Pero para que veas que lo sé, te diré que estás enamorado.

Coppa era un muchacho terrible; había puesto el dedo precisamente en mitad del corazón de su amiguito, á quien le fué imposible negar una verdad que saltaba á los ojos de la gente. Mas no por esto se sintió Desiderio afligido, al contrario; tenía, como todos los enamorados, gran necesidad de confiar su secreto á alguien que supiese entenderlo, tanto más cuanto que entre su enamorada y él no había habido más que un cambio de miradas, que, como dijo él mismo, dicen poco, pero dan á entender...

—Sí, dan á entender, le respondió Coppa; y á veces menos que con los ojos se dice con los labios... Yo mismo...

—¿Tú?

Sí, él, se había enamorado dos veces y no había sido nunca capaz de declarar su amor. Pero ¿se había encontrado en alguna ocasión solo con su enamorada? ¡Ya lo creo! Cuando estaba en la tienda y por razones profesionales iba á las casas de los señores, había visto una vez á una mujer. ¿A una mujer? Sí, á una mujer, tan guapa, tan guapa... como..., no sabía como quién; no había en el mundo mujer tan hermosa como ella, la llamaban doña Lucía y estaba casada con una especie de coronel..., un hombrón así

de alto. Pero nunca había hablado con ella, y no por miedo al marido; no sabía por qué.

Desiderio permanecía con la boca abierta escuchando la historia de aquellos amores extraordinarios.

—¿Y la otra vez?, preguntó.

—La otra vez hablé, respondió, porque estaba pintada... Pero, apresuróse á añadir para evitar la burla, me miraba siempre; yo iba de un lado á otro y ella me seguía con los ojos hasta la puerta. Hasta me parece que movía la cabeza, mas de esto no estoy bien seguro...

—¿Dónde viste á esa mujer pintada?

—En la antesala de una casa de señores.

—¡Oh, cuánto me gustaría saber pintar una mujer tan hermosa!

—La pintarás; y yo, cuando seré rico, te la pagaré bien y la colocaré en mi palacio...

Puestas las cosas en ese terreno, no quedaba el menor pretexto para retrasar la confidencia, y Desiderio, aunque titubeando todavía, se expresó de esta suerte:

—Mi amada no tiene más que ocho años y sólo la he visto en el locutorio al través de los cristales de la ventana, pero ha comprendido que la quiero y me ha dado á entender que también ella me quiere. No sé cuándo podré hablarle; viene con una mujer á visitar á uno de los de la sección de mayores y yo no puedo ir al locutorio porque á mí nunca viene á verme nadie.

Decía esto sin falso sentimentalismo, pero con la tristeza del que ve oponerse un obstáculo á su sentimiento y no sabe aún cómo habrá de vencerlo.

—¿Cómo se llama?, preguntó Coppa.

—Esperanza.

—El domingo me la enseñarás al través de los vidrios y le hablaré por ti; ya me dirás lo que haya de decirle. No temas que te la robe, primeramente porque no me gustan las chiquillas, y luego porque somos amigos.

—¿Y le hablarás?

—¡Ya lo creo que le hablaré! Mi tía viene á verme algunas veces y yo le diré que no puedo estar sin verla todos los domingos...

Sonó la campana; el recreo había terminado.

—¡Muchachos, á clase!

Habíasele concedido á Coppa que ensayara sus propias fuerzas en la clase segunda elemental, por más que sus conocimientos, puestos durante tanto tiempo en contacto con los zapatos más viejos de cuantos se veían en los tenduchos de la Puerta Garibaldi, habían perdido toda su frescura y necesitaban más de un remiendo; pero él había prometido al señor maestro aprender en un mes todas las nociones científicas que son ornamento de la inteligencia en la segunda elemental, y podía tenerse la seguridad de que no faltaría á su palabra.

Tenía una memoria pronta y tenaz, y fué para él cosa de juego colmar las lagunas gramaticales y aritméticas que le separaban de sus colegas. Cuando tuvo asegurado por todo el año, en el aula y en el dormitorio, su puesto al lado de su nuevo amigo, dióse por satisfecho. El maestro le dijo que si continuaba así, es decir, adornándose con las nociones científicas, podía llegar á ser uno de los primeros de la clase; pero él no continuó como había pensado, porque tenía en la cabeza cosas bien distintas de las nociones científicas del señor maestro. En efecto, vivía ya en su mundo fantástico, más allá de las paredes de aquel hospicio que le parecía enteramente una cárcel, y tenía aspiraciones ignotas á la infancia, deseos extraños y curiosidades á las que ningún libro de la escuela sabía contestar.

—¿Por qué no naciste rico?, preguntó un día á Desiderio.

—¿Y tú?, respondió éste riendo.

—¿Por qué hay gente que nace rica y otra que siempre tiene hambre? ¿Lo sabes?, interrogó Coppa con gran seriedad.

Su compañero lo ignoraba; quizás el maestro lo sabía, pero no había querido decírselo.

—Sin embargo, añadió el Loco, hay personas que nacen pobres y luego se enriquecen.

—Trabajando, repuso Desiderio sin gran convencimiento.

—Sí, trabajando, pero no de zapatero remendón. Quisiera tener tantas liras como remiendos puso mi padre hasta que se murió; y no obstante, hay gentes que no echarían un remiendo por dos liras ni por cuatro. Lo mismo haré yo cuando sea rico. ¿Y tú?

Desiderio no miraba tan lejos; cuando estuviese en la sección de los mayores y pudiese aprender dibujo, no querría nada más.

—Eso se te figura ahora, cuando lo habrás logrado, querrás otra cosa. Yo, en cambio, no...

Él, mas avisado, quería desde luego un hermoso coche con dos caballos y dos criados empolvados; pero no había decidido todavía si tendría bastante con un millón ó si querría mil millones; luego lo pensaría.

En esto, llegó el domingo.

—Se me ocurre una idea, había dicho Coppa á su compañero; escribe á tu amada y yo le entregaré la carta, diciéndole que eres tú quien se la envía.

—No sabe cómo me llamo...

—No importa; te colocarás detrás de los cristales, yo te señalaré y ella en seguida comprenderá..., las muchachas son muy listas.

—¿Y si alguno se entera?

—Déjame á mí..., tú escribe...

Y Desiderio no había podido resistir á la tentación y había escrito:

«Esperanza mía: Soy aquel que te contempla siempre al través de los vidrios del locutorio y que te quiere tanto. No puedo ir al locutorio porque nadie viene á verme; no tengo madre, no tengo parientes; pero si tú no me abandonas, no estaré nunca solo. Supe tu nombre un día que tu madre vino sin ti; tu hermano, apenas la vió, preguntó: «¿Y Esperanza?» No oí nada más porque se cerró la puerta; pero de seguro le respondió tu madre que estabas algo enferma, porque vi en su cara que sufría mientras hablaba. Mucho padecí aquella semana; parecíame que estaba perdido entre la gente; no sé explicarlo bien, mas era algo así. Al verte el domingo siguiente, se me figuró que había encontrado de nuevo mi camino. Conque, Esperanza mía, no me dejes; prométeme que serás mía por toda la vida. Paréceme que teniéndote á mi lado, no me perderé en medio de la gente. Me llamo Desiderio, tengo diez años cumplidos y te quiero mucho.»

Coppa leyó esa carta con mucho recogimiento y se dignó alabar la estructura de la misma.

—No contiene faltas gramaticales; está perfectamente.

Pero claro se veía que se expresaba de aquel modo para no descorazonar á un principiante. Las cartas que él había escrito á la esposa del coronel eran muy diferentes; no serían ciertamente modelos de caligrafía ni estarían exentas de faltas gramaticales, pero eran ardientes, hablaban mejor el lenguaje que es preciso emplear con las mujeres amadas. ¡Si aquella real moza las hubiese leído!..

—Porque mira, dijo á Desiderio; á las mujeres les gusta oirse decir: «Hermosa mía, mi tesoro, alma mía;» y luego á las mujeres hay que prometerles siempre algo... Vamos á ver, ¿si prometieses á tu Esperanza cubrirla de piedras preciosas? ¿No, no quieres? Será para otra vez. Por lo demás, tu carta está muy bien.

—Mi Esperanza es modesta, respondió el muchacho mirando al través de los vidrios del locutorio.

De pronto exclamó:

—¡Ahí está!.. ¡Mírala!, añadió mostrando á su amigo el rostro animado por la alegría. ¡Mírala!

—¿Es aquella rubita de ojos azules?, preguntó Coppa acercando los suyos á las junturas de los cristales esmerilados. ¿Aquella de los cabellos sueltos, de?..

Sí, aquella era y Desiderio no podía contestarle.

Hubieron de apartarse para que no les descubrieran, porque el acercarse á los vidrios del locutorio era una de tantas cosas prohibidas por el reglamento.

Un momento después, desde la puerta gritaron el nombre de Coppa.

—Presente, contestó el chico colocándose detrás del vigilante que se asomaba buscándole con la mirada. Dame la carta, murmuró al oído de Desiderio; no te alejes y verás...

La recomendación era ociosa. Apenas se había marchado su amigo, cuando ya Desiderio apretaba la cara contra los vidrios, á riesgo de tener que habérselas con el reglamento.

Coppa, así que hubo entrado en el locutorio, comenzó á sentirse turbado por la misión difícil de que se había encargado sin pensarlo mucho. Su tía lo halló más distraído que de costumbre y así se lo dijo; y él distraídamente contestó que era verdad. Una idea le preocupaba. Cada vez que detrás de los esmerilados cristales aparecía el rostro de Desiderio con la nariz aplastada, Coppa comprendía que había llegado el momento de acercarse precipitadamente á Esperanza, y fingiendo que recogía del suelo algo que se le había caído, poner en sus manos el amoroso billete. Pero ¿y si ella no entendía la acción? En el entretanto, pensaba: «Es guapa esa rubita; demasiado pequeña y demasiado desabrida para un hombre como yo, pero de todos modos es guapa. En todo el locutorio no hay una siquiera que pueda compararse con ella.»

Quiso, sin embargo, cerciorarse de si había alguna, y contestó tales extravagancias á las preguntas de su tía, que poco le faltó á ésta para montar en cólera.

—¿Pero qué te pasa esta mañana?, exclamó al fin la buena mujer.

—No me hagas caso, respondió el muchacho muy serio; ¡estoy tan contento de que hayas venido á verme!.. Prométeme que vendrás todos los domingos.

—Bueno, pero ahora cuéntame algo.

—No tengo nada que contarte; me gusta ver la gente y tenerte á mi lado...

La pobre mujer pensó que no sin razón llamaban á su sobrino el Loco. Sentada en un banco, contentóse con tener entre las suyas una mano del pequeño, dejando que el resto de su persona, cuerpo y alma, estuviese en otra parte.

No, en todo el locutorio no había una mujer que pudiera ser comparada con Esperanza. ¡Cuán afortunado era Desiderio! ¡Diantre! ¡Si envidiaría la suerte de su desgraciado amigo, obligado, para ver á su amada, á mostrarle la nariz aplastada y perdido en la niebla de los cristales esmerilados!

Pero no, no le envidiaba; lo que hacía era buscar á su alrededor alguna mujer de quien enamorarse. No había ninguna; todas eran demasiado viejas ó demasiado feas.

«El billete, el billete,» pareció decirle la nariz de Desiderio golpeando el vidrio; Coppa sintió entonces la necesidad de ser un héroe, y desprendiéndose de su tía, atravesó por entre la multitud de visitantes, pasó rozando á Esperanza, cogióle valerosamente una mano y puso en ella la carta.

—Es de él, dijo sin detenerse.

En aquel momento, desapareció la nariz de Desiderio.

La niña se había puesto encarnada, muy encarnada, pero se había hecho perfectamente cargo; pasado el primer susto, miró á su alrededor para convencerse de que nadie se fijaba en ella, y luego clavó valerosamente sus ojos en Coppa y se sonrió como dándole las gracias.

¡Señor! ¡Qué guapa estaba! Al sonreir dejaba ver sus dientecitos blancos y tersos; y sus grandes ojos azules al mirar parecían desafiar á la gente.

Coppa hizo esas observaciones mientras su tía, atrayéndolo nuevamente á su lado, le arreglaba los pliegues de la blusa para que ésta se ajustase bien al cuerpo; era la ceremonia de la despedida. Aquella buena mujer que acudía al locutorio por simple caridad cristiana, no creía haber cumplido el deber de tía amorosa y poder marcharse tranquilamente á su casa, si no hubiese arreglado la blusa de su sobrino.

—Me voy, dijo.

—¿Tan pronto?, preguntó el muchacho, preocupado en estudiar á la amada de su amigo para formarse una idea clara de ella.

—Me esperan en casa.

En aquel preciso momento, la madre de Esperanza cogió la mano de ésta é hizo ademán de marcharse.

—Bueno, vete, dijo entonces Coppa; pero no faltes el domingo.

Esperanza pareció buscar en el vidrio de la ventana una naricita aplastada que desde hacía un rato no se dejaba ver; después lanzó una nueva mirada de gratitud á Coppa, el cual pensó: «Parece una mujercita,» y fué á decírselo en seguida á Desiderio.

—Tu Esperanza parece una mujercita y es realmente guapa; si no fuese tu novia, la tomaría para mí.

¿Por qué había dicho esto? Porque antes lo había pensado y porque era sincero. ¿No había hecho bien en decirlo? Ciertamente que sí; y sin embargo, cuando hubo pronunciado aquellas palabras, como para quitárselas de la cabeza, vió que mentalmente las repetía; y entonces se le figuró que obraba mal.

Aquella noche el Loco soñó que era loco de veras y que había robado la novia á su mejor amigo después de haberle herido con un cortaplumas para beber su sangre.

Despertóse llorando, y aun después que se hubo cerciorado de que Desiderio roncaba y de que él era inocente, no pudo cerrar los ojos. Pensaba en sus asuntos y descendía al fondo de su propia conciencia para escudriñar, con crueldad infantil, sus defectos; entrevió, y de ello se sintió espantado, esa especie de obsesión que ejerce un mal pensamiento cuando se ha formado del todo; pero en su ingenuidad atribuyóse á él solo la virtud maligna del mismo.

Persistiendo en su error, trató de repetir en voz baja que si Esperanza no hubiese sido de su amigo le habría gustado hacerla suya; pero todavía no vió que la estratagema hubiese ahuyentado de su mente la imagen de la niña que en conciencia se había propuesto. No tenía á su lado nadie que le dijera que las ideas malsanas hay que combatirlas en embrión, que negarlas resueltamente mientras se están formando en el cerebro, porque una vez formadas, no basta, para arrojarlas de allí, darse de cabezadas contra las paredes.

Después de un largo desvarío, el muchacho, extenuado, volvió á dormirse y no se despertó hasta que tocó la campana.

Dos ideas habían surgido en su mente mientras dormía, y en cuanto se hubo despertado las vió claras y se las manifestó al amigo: primera, que Desiderio había de ir al locutorio con él, para lo cual bastaba decir á la tía que lo llamase; segunda, que era absolutamente preciso encontrar una novia para él, para el propio Coppa.

VI

Algo más hizo el Loco para ponerse nuevamente en paz consigo mismo; al domingo siguiente, halló manera de acercarse á la pequeña Esperanza y de hablarle de su amigo con lenguaje enamorado. En el vasto locutorio, nadie se fijaba en aquella parejita que se había sentado á platicar en un banco; mientras la tía del uno se ocupaba en hacer calceta y rezar el rosario, y la madre de la otra no tenía ojos más que para su hijo, un robusto mocetón de trece años, Coppa, decía á la muchacha:

—¿No has visto aún á Desiderio?

—Sí, lo he visto, contestaba Esperanza sin falsa modestia.

—¿Cómo lo has hecho para verlo?

—Lo he visto muchas veces, porque cuando hace demasiado calor abren la ventana y entonces puede verse á los que están en el patio.

—¿Te gusta?, preguntó Coppa.

Ni siquiera esa pregunta brutal inmutó á la niña, la cual levantó los ojos indicando con su mirada á su interlocutor la necesidad de no salirse de los límites de la discreción.

—Si supieses cuán bueno es, apresuróse á añadir el muchacho, todavía le querrías más. Y luego, ¡tiene un talento!.., ¡y un corazón!.., ¡y una memoria!..

¿Qué es lo que no tenía aquel día el pobre Desiderio? Tenía todos los dones del cielo excepto uno, la riqueza; pero de ésta se encargaría él, sí, él; porque era indudable que andando el tiempo él, el propio Coppa, llegaría á ser millonario... y en este caso...

No pararon aquí las confidencias que el muchacho hizo á la amada de su amigo; sin darse cuenta de ello, como á veces sucede, para hablar de Desiderio se veía obligado á expresar sus propias aspiraciones, sus propios sueños, sus propios proyectos para el porvenir; pero cuando se percataba de que había perdido el hilo de su discurso, lo reanudaba bruscamente, demostrando de repente una nueva virtud de su amigo.

Así supo Esperanza el juramento que ligaba á los dos Desiderios por la vida y por la muerte, la ceremonia de la sangre y hasta el fallecimiento del pequeño Julio, que había muerto para volver al lado de su madre.

Al final de la hora de locutorio, Coppa, que ya lo había preparado todo con su tía, dijo á la niña que el domingo siguiente vería y hablaría á Desiderio...

Esperanza no se atrevía á preguntar cómo podía ser esto; pero interrogaba con los ojos, y aquellos ojos eran tan grandes y desafiaban tan bien á la gente cuando interrogaban de aquel modo, que el muchacho vióse en la necesidad de mirar á un lado y á otro en busca de una novia. Pero ¡ay! entre todas aquellas mujeres jóvenes ó viejas que repartían besos á los huérfanos, no había una sola cuyo beso pudiera valer más que el par de ósculos que le daba su tía al marcharse, ni siquiera más que un beso suelto.

Y acaso Coppa comenzaba á pensar que de buen grado habría besado á la novia de su gran amigo sin el menor asomo de malicia.

Pero otra caricia le distrajo arrancándole á sus meditaciones; su tía, después de haber guardado en el bolsillo la calceta, le daba los dos besos reglamentarios.

La pequeña Esperanza, perdida ya en medio de la muchedumbre, se volvía hacia la ventana en donde se veían aún las huellas de dos labios, la punta aplastada de una naricita y otras partes de una carita cuyos contornos se perdían como envueltos en una niebla.

Coppa se reunió con su amigo en el patio y le anunció la grata nueva.

—Mi tía consiente.

—¿De veras?

—Sí, el domingo te llamará y podrás hablar con Esperanza; y así todos los domingos. Ya no tendrás necesidad de estar detrás de los cristales. ¡Si vieras qué feo te pones cuando tienes la nariz aplastada!..

De suerte que, gracias á su amigo, Desiderio pudo ir al locutorio. Cuando penetró en aquella gran sala que sólo recibía luz por los cristales esmerilados, y oyó el runrún de voces cariñosas en todos los corros, el pobre muchacho se sintió turbado y creyó experimentar por vez primera toda la tristeza de quien no tiene más familia que el hospicio. Mas cuando se hubo acostumbrado á aquella luz escasa, vió en el



—¡Muchachos, á clase!

fondo de la estancia dos ojos llenos de consuelos, los ojos queridos de su Esperanza, y fué preciso que Coppa le diera un amistoso empujón para impedir que se encaminara hacia aquel lado y llevarlo ante todo adonde estaba su tía.

—¿Cómo está usted?, preguntó tímidamente el muchacho.

—Está muy bien, respondió Coppa por su tía.

Y volviéndose hacia la buena mujer, ocupada en sacar de un profundo bolsillo algo que parecía una manzana, pero que no podía ser sino el ovillo de la calceta, le dijo:

—Ese es el amigo de quien te he hablado; no ha venido nunca al locutorio y se figuraba que era una especie de teatro... Pero nos divertiremos lo mismo.

La tía de Coppa se creyó obligada á prometer el paraíso al amigo de su sobrino, si era aplicado y respetuoso y no dejaba ningún día de rezar sus oraciones; y cuando hubo ajustado esa cuentecita con su propia conciencia, se clavó en el costado izquierdo una aguja de hacer media, como si por el camino del martirio quisiera llegar antes al paraíso, y comenzó á contar tranquilamente los puntos.

Entonces los dos muchachos la dejaron sola, y haciéndose los distraídos con arte admirable, plantáronse delante del banco en donde estaba sentada la niña. Esperanza y Desiderio pusiéronse encarnados, muy encarnados, porque eran demasiado felices; y Coppa, que tanto había trabajado por aquella felicidad, comprendió que estorbaba, y volviéndoles la espalda con desenvoltura, fué á sentarse en un rincón, sin saber por qué, y se abandonó á todos sus amargos pensamientos.

Aquella mujer que hacía calceta y rezaba sin siquiera mover los ojos para buscarle, ¡era, pues, la única persona en la tierra encargada de amarle y de enseñarle el camino del paraíso!

Desde que había venido al mundo, había amado únicamente á su padre, un buen hombre que trabajaba demasiado, ayunaba demasiado y le golpeaba demasiado; á la esposa de un coronel que ni siquiera había reparado en su persona, á una mujer pintada y ahora á Desiderio. Aún habría amado de buena gana á alguien más, hombre ó mujer, porque todo el cariño que no había podido exteriorizar le oprimía el corazón. Parecíale que debía lanzarse sobre los dos olvidadizos, que ya no se cuidaban de él y decirles... ¿qué?, que quería ser el siervo de su amor y que le ordenasen inmediatamente alguna locura grande y luego lo pellizcasen hasta hacerle saltar sangre ó acariciasen su cabeza loca.

Allí estaban los dos, solos, olvidados; y él, más olvidado y más solo todavía, figurábase que los protegía con la mirada, y sentía una ternura casi maternal cuando se repetía á sí mismo que ansiaba ser algo para su felicidad.

En seguida se percataba de la indiferencia de los dos enamorados hacia él; quería poner cara mustia á Desiderio, y en el entretanto se esforzaba en no dirigir ni siquiera una mirada á la niña rubia; pero sus ojos, después de haber recorrido el locutorio, volvían á clavarse en los dos enamorados. Sentados uno junto á otro en un banco, protegidos por su edad, podían charlar como antiguos amigos sin que nadie les molestase; á juzgar por su aspecto, decíanse cosas indiferentes, y hasta la madre de Esperanza, que de cuando en cuando se volvía para mirar á su hija, no sentía la menor sospecha.

Aquel día, la hora del locutorio pareció larga al pobre Coppa, aunque había experimentado un placer malsano al descubrir que era inmensamente desdichado.

Violando por vez primera un juramento hecho por la vida y por la muerte, Coppa nada dijo á su íntimo amigo, y en el resto del día sintió aumentar su propia infelicidad en la lucha que sostuvo entre la necesidad de espontanearse y un nuevo sentimiento, como de venganza, que le aconsejaba guardar para él solo todo el dolor. Y aun á la noche, cuando se hubo acostado, tuvo fuerza para desear un buen descanso á Desiderio y de añadir que tenía mucho sueño, á fin de cerrar la boca del amigo á las expansiones de la dicha y de quedarse á solas con su dolor desconocido.

Generalmente esperaban que se durmieran los niños que más cerca de ellos estaban, para empezar luego á media voz una conversación que tenía el grato sabor del fruto prohibido.

¡Qué lástima que Coppa tuviera tanto sueño cuando Desiderio no podía cerrar los ojos! Sin embargo, el Loco no roncaba todavía y Desiderio quiso ver si dormía preguntándole en voz muy baja:

—¿Duermes?

Coppa tenía los ojos abiertos, pero no contestó; sabía que obraba mal, pero hallaba gusto en ello.

—¿Duermes?, repitió Desiderio.

Sí, era una crueldad no responder; mas le agradaba que todas las voces de su propia conciencia le gritasen juntas: «¡Malo, malo, malo!»

Cuando Desiderio se calló y se volvió del otro lado invocando un sueño que le reprodujese las vagas imágenes de la vigilia, el pobre Coppa sintió toda su propia tristeza y lloró sin saber por qué.

Aquel llanto le alivió; parecióle ver al través de las lágrimas el cuerpecito inanimado de Julio, cuyo lecho ocupaba, y se imaginó que él también se moría, que á la cabecera de su cama estaban Desiderio y su pequeña novia y que, antes de cerrar los ojos para siempre, les decía: «¡Sed dichosos!» Y lo dijo de veras, «¡Sed dichosos!,» puesto que Desiderio, que aún no dormía y que había reparado hacía un rato que su amigo tenía un sueño extraño, se volvió de pronto y exclamó:

—Coppa, ¿qué tienes?

—He tenido una pesadilla, contestó el muchacho luchando con las últimas resistencias.

Mas de pronto relató toda la verdad, ó por lo menos la que á él le parecía toda la verdad; es decir, que aquel día se había sentido solo y le había parecido ser muy desgraciado.

Desiderio no acabó de comprenderle; con la mayor sinceridad dijo que también él sentía á veces algo parecido, pero que luego se le pasaba...

Es preciso dormir, añadió, y pedir al cielo que nos dé un sueño agradable. ¿Has probado de repetir la oración?

Coppa no lo había probado, ni siquiera habría podido probarlo porque no la sabía.

—Yo la sé toda, dijo Desiderio, y á veces cuando no puedo dormir la repito mentalmente y comprendo que me hace un gran bien. Hasta me parece que diciéndola á media voz es más bonita... Oye.

Y con un murmullo que semejaba una caricia recitó:

(Se continuará.)

ALGUNAS MUESTRAS DE HOTELES

DE LUCERNA

Probablemente es Lucerna el punto de veraneo más en boga de toda Europa, y en verdad que tiene bien merecida su fama, porque pocos la igualarán en belleza de situación y cercanías.

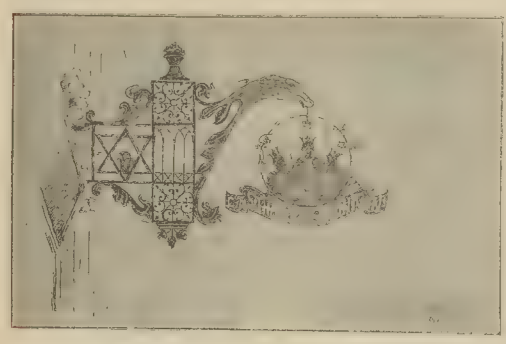


Fig. 1. – Muestra del «Hotel de los tres Reyes»

El frente que mira al lago, con su larga hilera de suntuosos hoteles, lujosos comercios, restaurants, etcétera, presenta siempre un aspecto alegre, y por la noche, las tiendas permanecen brillantemente iluminadas hasta muy tarde, esperando sus dueños atraer parroquianos de entre la animada multitud que, al



Fig. 2. – Muestra del «Hotel del Angel»

salir de la mesa redonda, se dirige desde los hoteles al *Kursaal*, al concierto del Stadthof ó á cualquier otra diversión nocturna, después de haber pasado seguramente el día en alguna agradable excursión por las inmediaciones. Entre las cosas que en Lucerna todos los viajeros se creen en el deber de visitar, figuran los dos antiguos puentes cubiertos y de madera que cruzan el río Reuss; y al ir del uno al otro hay que pasar casi inevitablemente por muchas calles de la ciudad antigua, la que está tan bien cuidada, arreglada y limpia, que ha perdido mucho de su aspecto original y no parece á primera vista tan digna de interés como lo es en realidad; así es que son muchos los viajeros que apenas se ocupan de ella. El autor del presente artículo anotó muchas cosas que le parecieron dignas de mención; en primer lugar, los frescos que adornan muchas casas en su mayoría son modernos, pero perfectamente concebidos, llenos de vida y de verdadero sentimiento del arte, demostrando que los artistas de la Lucerna de hoy son capaces de producir obras



Fig. 3. – Muestra del restaurant del «Macho cabrío»

iguales á las que sus antecesores realizaron, y si puede decirse esto de los frescos, no con menos verdad puede aplicarse á los artífices en hierro, porque la ciudad está llena de los más hermosos trabajos en hierro forjado; muestras, balcones, verjas, etc. En este artículo sólo nos ocuparemos de los que sirven de muestra á los hoteles.

Daremos un paseo por la población, mencionando algunos de ellos á medida que vayan ofreciéndose á nuestra vista. Partiendo de la catedral, en cuyo interior, detrás de las grandes puertas del costado occidental, hay algunos hermosos trabajos de hierro forjado, de los que no damos aquí ningún diseño, y en dirección á la ciudad vieja, se pasa por la Grendel Strasse á la Falken Platz; tomando allí por la izquierda, se sube por la Weggis Gasse y se llega á una antigua posada: *Los tres Reyes,* nombre repetido con frecuencia y cuya muestra (figura 1), de fecha anterior á la de muchas de las que aquí mencionaremos, es muy original. Un poco más lejos, se va por la Eisen Gasse, que es una travesía á la izquierda, á la Kappell Gasse, haciendo esquina á la cual se encuentra *El León de Oro* (fig. 9). Su muestra es un hermoso trabajo de los hermanos Schnyder; la valiente figura del hombre que brinda un vaso de vino contrasta

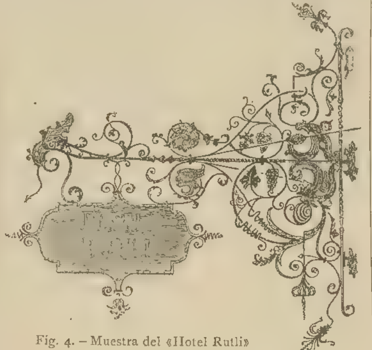


Fig. 4. – Muestra del «Hotel Rutli»

admirablemente con los adornos, llenos de gracia, que representan una ardilla, una mariposa y un pájaro que picotea un racimo de uvas.

Desandando lo andado hasta la Weggis Gasse, se ve, un poco más lejos y á la derecha, una hermosa verja, perteneciente á una carnicería; más allá todavía, está la morada de M. J. Bossard, anticuario que se ha tomado gran interés por la conservación de las obras de arte de la ciudad. Tiene una muestra muy bella del siglo XVI, pero de un dibujo tan complejo,



Fig. 5. – Muestra del «Hotel del Sol»

que á causa de la mucha luz que había no nos fué posible sacar un buen dibujo de ella. Luego viene la Hirschen Platz y en ella el *Hotel del Ciervo,* que tiene una muestra grande y complicada (fig. 6); en el centro está el ciervo mordiendo una hoja, rodeado de



Fig. 6. – Muestra del «Hotel del Ciervo»

adornos y follajes primorosamente trabajados. Esta casa es muy antigua, pero restaurada casi por completo. Más adelante, en la Rossli Gasse, hay una curiosa muestra en el restaurant del *Macho cabrío* (figura 3). Antes de abandonar este lado del río, conviene retroceder hasta el *Hotel de las Balanzas,* situado á la orilla; hay en él una puerta muy elegante, de hierro forjado, que da entrada al restaurant, y un balcón, que atrae las miradas. Contiguo á él está el *Hotel del Cuervo* (fig. 7), sobre cuya entrada posterior pende una antigua muestra; el cuervo está admirablemente hecho. En la Fursen Gasse, que es una callejuela próxima, está el *Hotel del Sol,* cuya muestra se ve reproducida en la figura 5.

Pasando por el antiguo puente de madera, llamado Kappelbrücke, se cruza á la otra parte del río. En la iglesia de San Francisco hay un biombo muy hermoso, obra del siglo XVII; en la Bahnhof Strasse está el



Fig. 7. – Muestra del «Hotel del Cuervo»

Hotel Sauvage (fig. 8) y en la inmediata Pfister Gasse se halla el *Hotel del Oso* (fig. 10), y después, subiendo por una callejuela que parte de la Pfister Gasse, se encuentra el *Hotel Rutli* (fig. 4), cuya muestra se compone de hojas de parra, arabescos y zarcillos. Siguiendo por la Pfister Gasse hacia arriba se tropieza, casi enfrente de la entrada del Sprenerbrücke, con el *Hotel del Angel* (fig. 2), cuya muestra es una de las más lindas de las que aquí reproducimos.

Las citadas muestras de algunos hoteles hacen ver de lo que son capaces los herreros de Lucerna. Si tuviéramos espacio nos gustaría publicar los dibujos de otras muestras, bellas y curiosas, que ahora nos vemos obligados á pasar en silencio, como lo son muchas, muy bien acabadas, que cuelgan en las casas de los gremios, en las boticas y en casi todas las tiendas.

En las iglesias hay hermosos ejemplares de puertas, respaldos de bancos y tribunas de madera tallada; existen también algunos trabajos en bronce muy

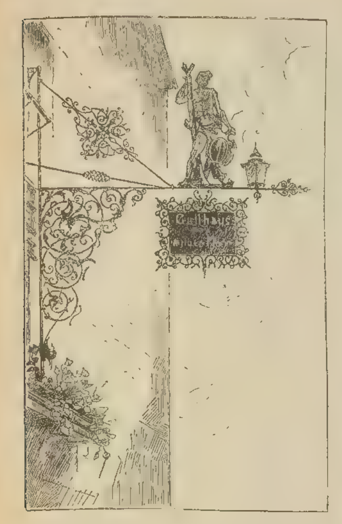


Fig. 8. – Muestra del «Hotel Sauvage»



Fig. 9. – Muestra del «Hotel del León de Oro»



Fig. 10. – Muestra del «Hotel del Oso»

bien hechos en los caños de las fuentes públicas; éstas igualmente son dignas de atención y algunas sumamente bellas.

Creemos que los diez grabados reproducidos en esta página y en la anterior serán suficientes para convencer á nuestros lectores de que hay indudablemente en Lucerna trabajos en hierro forjado de mucho mérito artístico.

ARTURO ELLIOT.



BARCELONA. – REVISTA MILITAR EFECTUADA EL DÍA 11 DE LOS CORRIENTES EN EL PASEO DE SAN JUAN CON MOTIVO DE LA LLEGADA DE LAS TROPAS QUE HAN ESTADO RECIENTEMENTE DE MANIOBRAS. (De fotografía de A. Merletti.)

Con motivo del regreso de las tropas que han estado recientemente de maniobras, efectuóse en la mañana del domingo, día 11, una revista militar en la parte superior del Paseo de San Juan, entre las calles de Rosellón y Claudio Coello. Figuraron en ella las brigadas que mandan los generales D. Francisco Aguilera y D. Miguel Imaz, tres escuadrones del tercio de la Guardia Civil, las fuerzas de la cuarta comandancia de Administración militar, la ambulancia de montaña de Sanidad militar y otras El capitán general Sr. Linares revistó las fuerzas, situándose después en el cruce del paseo con la calle de Provenza para presenciar el desfile.

Poco después de las doce, las fuerzas de la brigada expedicionaria se reunieron en Sans, al mando del general Sr. López Díaz, y entraron en el Paseo de San Juan en la siguiente forma: grupo de dos baterías del noveno regimiento montado, regimiento de dragones de Santiago, regimiento de dragones de Montesa y regimiento de dragones de Numancia. Detrás de ellas desfilaron las tropas que habían formado en la revista.

El acto, que se vió favorecido por un tiempo magnífico, fué presenciado por un público muy numeroso.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN



Año XXV — Barcelona 26 de noviembre de 1906 — Núm. 1.300

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

MERCADO DE ANTICOLI, cuadro de Mariano Barbasán



REVISTA HISPANO-AMERICANA

Cuba: gobierno provisional: el triunfo de los liberales: malestar general: anexionistas y antianexionistas. – *Guatemala:* optimismos del presidente. – *El Salvador:* el estado de sitio. – *Colombia*: situación financiera: negociaciones con los Estados Unidos. – *Bolivia:* relaciones internacionales y estado interior: vías de comunicación: comercio exterior: reformas militares: colonización. – *Uruguay:* candidato á la presidencia. – *Chile:* otro ministerio: reedificación de Valparaíso.

Mister Magoon gobierna, provisionalmente, en Cuba.

Hasta los primeros días del corriente mes aún no se habia hecho notar la eficacia de la intervención yanqui en cuanto á la tranquilidad moral y material del país. Sigue imperando la anarquía, continúa el malestar económico, y los que fueron á la rebelión ó á reforzar las huestes del gobierno caído, no vuelven al trabajo en las fincas.

Por ahora, Magoon y los demás agentes de Roosevelt proceden como si fueran los representantes, en el Poder, del partido liberal cubano. Pudiera decirse que la intervención se había llevado á efecto para realizar un cambio político. La labor del gobierno provisional está reducida, por una parte, á repartir cesantías entre los moderados y destinos entre los liberales; por otra, á procurar que se vayan acondicionando bien en la isla las tropas yanquis que desembarcan en ella.

Los que antes se hallaban satisfechos, se encuentran ahora contrariados. Hay rumores de conspiraciones y alzamientos, y aun algo más que rumores. La gente inquieta y levantisca se aprovecha de la situación anormal del país. A fines de octubre, una partida de negros cometía toda clase de desmanes en la provincia de Santa Clara. Centenares de aquéllos vagaban, armados, por los alrededores de Matanzas. Ex policías y ex movilizados se sublevaban en Sancti-Spíritus.

Como es natural, tema de actualidad en la prensa yanqui es el estado actual y probable porvenir de Cuba. Vuelve á animarse la polémica entre los partidarios de la anexión y los opuestos á ella. Aquéllos ponderan los beneficios comerciales que obtendría Cuba si llegase á formar parte de la unión norteamericana; los otros señalan las dificultades que la anexión podría ocasionar al gobierno de Wáshington. La aventura, dicen, podría salir muy cara. ¿Cuba y los cubanos valen la pena de hacer los crecidos desembolsos que exigiría una ocupación militar permanente?

Por otra parte, el elemento negro tiene en Cuba una importancia numérica considerable, y es más temible que la población negra de los Estados Unidos. Los negros cubanos se han batido ya con blancos, y están muy adiestrados en las artes de la guerra. La cuestión de razas habría, pues, de complicarse el día en que los yanquis pretendieran dominar en Cuba. Vale más que los blancos cubanos se las hayan con sus negros. En suma—concluyen los adversarios de la anexión,—ésta le conviene á Cuba; á los Estados Unidos, no.

***

A juzgar por el mensaje que leyó á la Asamblea nacional en sesión extraordinaria, el presidente de Guatemala muéstrase muy satisfecho y complacido por la excelente situación en que se halla el país después de acordada la paz con las vecinas Repúblicas.

Afirma en ese documento el Sr. Estrada Cabrera que el conjunto de los acontecimientos que acaban de suceder constituye el hecho histórico más notable en Guatemala después de la proclamación de la independencia; sus consecuencias internacionales son tan importantes, que el año 1906 abre para el país una era completamente nueva, en la que podrá consagrarse al completo desarrollo de sus fuentes de riqueza y prosperidad, la más positiva promesa de su magnífico porvenir.

La paz es el mayor bien que un pueblo civilizado puede ambicionar, y Guatemala se encuentra ahora en posesión de ese preciado bien.

***

De El Salvador hay impresiones menos satisfactorias. El 11 de septiembre se declaró en la República el estado de sitio.

Según manifiesto del gobierno publicado en el *Diario Oficial*, terminada la guerra con Guatemala, y cuando el país entero entraba en un período de convalecencia tras luchas sangrientas y heroicos sacrificios, planteóse el problema de elecciones presidenciales, y al amparo de las leyes y disfrutando de la más amplia libertad, las diversas agrupaciones políticas lanzaron sus respectivas candidaturas y emprendieron trabajos de propaganda.

El Poder Ejecutivo vió con agrado esas cultas manifestaciones de la vida republicana; pero cuando se trató de llevar al país á la revuelta, á la asonada ó al motín, el jefe de la nación se decidió á cortar por lo más sano, escogiendo, entre dos males, el menor. Se trata de evitar un nuevo escándalo, una nueva vergüenza á la nación salvadoreña ante el concepto de propios y extraños.

Los términos del decreto fijan un plazo improrrogable para los efectos de la ley de estado de sitio (30 noviembre): se quiere que la implantación del régimen constitucional sea un hecho el 1.° de diciembre, con la mira de que ya las elecciones de autoridades locales, que son las preliminares de las de Altos Poderes, se practiquen con entera libertad.

***

Bajo la administración del general Reyes continúa mejorando la situación de Colombia. El déficit de más de 5.000.000 pesos oro calculado para 1905, ha quedado reducido á 810.000. Débese esto, principalmente, al mayor ingreso por aduanas; 2.155.000 pesos oro más que el ingreso presupuesto.

Se han entablado negociaciones con los Estados Unidos á fin de pactar un tratado de amistad sobre la base de reconocimiento, por parte de Colombia, de la independencia de Panamá. La corriente de aproximación entre ambos países tomó alguna fuerza con motivo de la visita que hizo á Cartagena Mister Root, el ministro yanqui de asuntos extranjeros, cuando fué á la Conferencia internacional de Río de Janeiro. Parece que los Estados Unidos se muestran propicios á dar satisfacciones y ofrecer ventajas positivas á Colombia.

***

Completo resumen de la vida nacional, política y económica de Bolivia en el año 1905-1906 es el último Mensaje del presidente de la República al congreso ordinario del corriente año, inaugurado el 6 de agosto último.

Se ha convenido nuevo tratado de comercio con la República del Perú, estipulando en él, por vez primera, la completa libertad de tránsito. Se está verificando sobre el terreno la demarcación de la nueva frontera con Chile, de acuerdo con el último tratado de paz y amistad. Más despacio van los preparativos para demarcar la frontera con el Brasil, según el tratado de Petrópolis. Hállase en estudio una modificación del convenio ferroviario de 16 de febrero de 1906 subscrito con objeto de ligar la zona Sur de Bolivia con el ferrocarril Central Norte Argentino.

La administración interna de la República se ha desenvuelto normal y tranquilamente, asentándose cada día más el prestigio de las instituciones vigentes.

De Bolivia se ha dicho y repetido que es un país rico, dotado de envidiables condiciones de prosperidad y llamado á muy altos destinos. Y sin embargo, el país languidecía sensiblemente y se retrasaba de sus hermanas del continente suramericano en el camino del progreso. La causa primordial de ello es la falta de caminos fáciles que respondan á los adelantos de la época. Abrir caminos en todas direcciones, dice el presidente, es como ensanchar los órganos respiratorios del organismo individual; cuanto más se facilite la vialidad y se acorten las distancias, más compacto y unido será el elemento nacional; la República reintegrada en su capacidad política, sentirá robustecidos todos sus componentes por la más estrecha unidad y podrá alcanzar resueltamente sus halagüeños destinos.

A esta concepción de las deficiencias y necesidades de Bolivia obedece el decidido esfuerzo con que el actual gobierno ha acometido la construcción de numerosos caminos, destinados á facilitar la vida y la comunicación de los ricos territorios boreales y orientales, haciéndolos accesibles á la inmigración y al progreso. Pero los anhelos del país no estarán colmados mientras las actuales poblaciones donde se halla concentrada la vida nacional no se liguen por un sistema de ferrocarriles que, rasgando el solemne silencio del altiplano, vayan á conmover las riquezas dormidas en el seno de las gigantescas montañas que rodean el suelo boliviano. Es, pues, digno de anotarse que en el presente año se inicia la gran obra del resurgimiento de Bolivia con el trabajo de cinco ferrocarriles á la vez, los de Oruro á Viacha, Cochabamba y Potosí, el de Arica á La Paz y el de Puerto Sucre á Santa Cruz.

Aun sin las necesarias vías de comunicación, que tanto favorecen al tráfico, el comercio exterior de Bolivia viene creciendo de año en año. Alcanzó un valor en 1905 de 70 millones de bolivianos; 17 millones más que en 1904. En el presente año, considerando el incremento que revela la industria minera, los capitales extranjeros que afluyen y el alto precio que alcanzan los productos del país en los mercados del mundo, la cifra del comercio exterior excederá seguramente de 80 millones.

Prepárase la evolución militar, dotando á la nación de un buen Estado Mayor, alma de los ejércitos modernos. Ya se ha formado el censo militar, según cuyos datos la República podrá poner en pie de guerra 108.000 soldados.

Los Poderes públicos atienden también con gran celo al importante ramo de la colonización. Bolivia ha sufrido pérdidas muy dolorosas. Extensos territorios, desiertos, pero amparados por el principio del *uti possidetis*, cercados de naciones amigas y hermanas, han caído presas de la codicia y víctimas de su propia riqueza. La lección ha sido muy amarga y profunda, y debe servir de enseñanza. Aún posee la República vastos territorios colonizables y es preciso hacerlos accesibles al inmigrante y á la industria.

***

En marzo de 1907 debe empezar nuevo período presidencial en la República del Uruguay. Parece que los partidos políticos están de acuerdo en designar como sucesor del Sr. Batlle á D. Claudio Williman, á quien el actual presidente dió la cartera de Interior y Justicia en 1903. Es doctor en Derecho y hombre de gran prestigio entre la juventud intelectual del país.

***

A pesar del cambio de presidente en Chile, no se consigue, por ahora, la estabilidad ministerial. A fin de octubre el telégrafo nos traía la noticia de otra crisis; se constituyó nuevo ministerio, con D. Vicente Santa Cruz en el departamento del Interior.

La reedificación de Valparaíso es la empresa de actualidad en ese país. El refran de que «no hay mal que por bien no venga» tiene en este caso parcial aplicación. La parte de la ciudad más necesitada de reforma y saneamiento era el barrio del Almendral, donde mayor daño hizo el terremoto del 16 de agosto. Había que derribar y reconstruir, pero había también que atenerse á los preceptos de las leyes vigentes, y el tiempo pasaba sin poder vencer la oposición de los propietarios, que se amparaban en dichas leyes.

El terremoto ha venido á dar la solución en lo más difícil del problema. Ya no hay que derribar, y ya puede procederse á reconstruir, según plano que establece el nivel definitivo y el nuevo trazado de las vías públicas del Almendral.

R. BELTRÁN RÓZPIDE.



UN RARO MADRIGAL

I

Imposible; no lograba comprender Mariana que á ella, dueña de un corazón tan hermoso y tan tierno, no se le dirigiesen los hombres, como á todas las mujeres, requiriéndola de amores.

—¿Por qué, señor, por qué?, preguntábase á solas suspirando la pobrecita. ¿Es que son tan ciegos que no ven que no sólo en la estética está la hermosura? ¿Son tan miopes que no perciben la belleza de las almas? Siempre el desnudo, la línea, les cautiva; desdeñan los encantos morales, esta belleza interna que de puro grandiosa no se puede retratar.

Y de sus ojos, torcidos y raros, salieron dos lágrimas, cristalina destilación de la amargura de sus emociones.

Había ya cumplido Mariana los veinticinco años; se hallaba en la plena edad joven; un poco más de tiempo sobre su cuerpecito femenino y empezarían á delineársele las primeras arrugas. Es decir, que estaba á pique de llegar á la vejez, habiendo pasado de un salto rápido, acrobático, con los ojos vendados, por encima de la juventud; atravesaba el árido desierto de la vida, sedienta de amores, sin hallar un oasis de cariño; formando parte de esa triste caravana de criaturas ascéticas que se marchan á la postre de la tierra sin libar el zumo de besos que tiene la terrena manzana del placer. ¡Pobre nenita, mártir del deseo! ¡Tener que encerrar en el secreter de una monogamia desesperante el tesoro de sus ternuras exquisitas!..

No se conformaba; no: hallábase ya decidida firmísimamente á disfrutar de esa misteriosa, inmensa, indescriptible y para ella desconocida felicidad de querer, de ser amada, como tienen derecho á serlo todos los corazones buenos, sensibles y propicios al idilio marital, alegría suprema de la vida, gloria de la tierra, compendio sublime, maravilloso, gigantesco de todas las exquisitas alegrías de la materia.

II

Mariana caviló largo tiempo. Y de sus reflexiones dedujo en conjunto:

—Si no me importa la figura del hombre; si yo no anhelo lograr la belleza varonil estética, ni aspiro á casarme con el hombre elegante, ni con el hombre sabio, ni con el hombre eminente, no; ¡oh!, yo me contentaría muy dichosa con el hombre apasionado y bueno, aunque perteneciese á la condición más humilde y á la clase social más modesta. Quizás mi error estuvo hasta hoy en querer un marido de mi categoría social; en verdad que nunca pensé en que pudiera haber por el mundo obreros cariñosos y obreros galantes y obreros buenos.

Halagada por estas consideraciones, Mariana, en lo sucesivo, hasta miró menospreciativamente á los hombres que viven en cierto preferente nivel. Y se recreaba cuando se hallaba á solas mirando á través de los cristales del balcón en su gabinete, con ver cómo los albañiles que trabajaban en una obra de la acera de enfrente salían, después del trabajo, hacia el hogar, hacia su respectivo amor, que sin duda les esperaba al abrigo de una indulgente techumbre abuhardillada.

—Hacen su nido, pensaba Mariana, donde lo hacen los pájaros; muy junto al cielo, muy junto á Dios.

III

Observó una tarde, al salir los obreros de la obra después de tocar la campana, que un albañil, joven, á quien apenas el naciente bigote testificaba su núbil varonilidad, se detuvo ante el balcón levantando la cabeza para mirar. Mariana, agradecida, le sonrió. El sonrió también.

—¡Qué guapo es!, dijo al verle partir. Tiene ojos expresivos y dulces de apasionado y de bueno.

Se quedó pensativa, recreándose en su amable visión mental. Hay pensamientos que nos son tan gratos, que hasta parece que se saborean, y que tienen perfume, y que los miramos dentro del escaparate de nuestra propia frente, como si fuesen esculturas con alma, cuadros con vida. Así recordamos el timbre y la armonía de un rumor, de un sonido, de una voz cualquiera, como si dentro de un fonógrafo la guardásemos en la mente. Nuestra cabeza es un pequeño museo antropológico, en donde se conservan, momificadas, las eufonías y las percepciones.

No faltó Mariana al balcón la mañana siguiente. Pasó hacia la obra el albañil. Miró. Saludóle la joven con otra sonrisa. Él la correspondió, y se quitó respetuoso la gorra. La joven, inconscientemente, obedeciendo á un impulso generoso, se quitó un clavel que llevaba en el pecho y se lo arrojó. El albañil lo cogió en el aire. Se lo llevó á los labios y lo besó. Luego, á modo de condecoración, con un alfiler se lo prendió en la blusa.

Más días transcurrieron y el idilio fué sucediéndose así; siempre en mímica, siempre en silencio. Pero ambos estaban convencidos de que su amor era firme, radiante, exquisito, absoluto. Nada lo bastardeaba. Ni él ambicionaba la posición social de Mariana, ni Mariana la varonil belleza del albañil. Uno y otro estaban enamorados de las almas. La idealidad, la espiritualidad, ese ángel incorpóreo é invisible, les inspiraba.

III

Una tarde á las cuatro, Mariana, que estaba bordando sentada tras de los cristales del balcón, sintió de pronto en la calle vivo rumor de muchedumbre.

Nerviosamente, obedeciendo á una dolorosa corazonada, Mariana se puso en pie.

Abrió de par en par el balcón.

—¡Pobrecillo! ¡Se ha matado! ¡Se ha matado!, gritaba la gente acudiendo hacia la empalizada de la obra.

En seguida la calle se llenó. Quedó interrumpida la circulación de los tranvías debido á la aglomeración de la muchedumbre.

A Mariana le daba violentos golpetazos el corazón. Un presentimiento misterioso le decía que el obrero que se había caído del andamio era él. Quién sabe si en su día la ciencia explicará el motivo de estas sensaciones proféticas del alma, cuya veracidad es indiscutible.

La señorita, no pudiendo dominarse, se puso un pañuelo á la cabeza como las mujeres del pueblo para no destacarse entre la masa humilde y bajó. A codazos, empujando, exigiendo y suplicando, logró llegar hasta el herido. Al verle cayó desmayada. Sus ropas femeninas se mancharon en el charco de sangre.

IV

La pobrecita Mariana, sigilosamente, escapábase de cuando en cuando al amanecer, sin que en su casa advirtiesen la fuga...

Iba al cementerio. Llegaba hasta el nicho del albañil y dejaba en el borde un clavel, portador de un beso.

—Mi ofrenda, decía.

Después se marchaba. Era ya relativamente feliz. Estaba desposada con un muerto.

FRANCISCO DE LA ESCALERA.

(Dibujo de Julio Borrell.)

TOMÁS MORAGAS Y TORRAS

Poco á poco van desapareciendo de entre nosotros aquellos artistas cuyos nombres representan un glorioso período para el arte patrio, cual es el de nuestro renacimiento. Quizás la generación presente no recuerda con la intensidad que debiera los merecimientos de aquella pléyade de artistas que agrupados alrededor de Fortuny aportaron todo el caudal de su inteligencia y de sus energías para lograr la realización de la noble y patriótica empresa que acometieron; pero tal olvido, tal indiferencia, tiene indudable justificación, ya que resulta hoy lejano el período á que nos referimos y por lo tanto muy amortiguados los esfuerzos y el entusiasmo de que aquéllos se hallaron poseídos. Los nuevos conceptos que informan las corrientes modernas difieren por completo de los que antes se sustentaron, y tal diversidad influye poderosamente para que se engendre cierta á modo de indiferencia.

Esto no obstante, y por lo que á nosotros respecta, creemos que esos artistas de ayer cumplieron una importantísima misión, y aunque sus cánones fueran otros, merecen respeto y consideración, ya que al separarse de nosotros, al abandonar ese palenque en que todos han luchado hasta los últimos días de su vida, podían vanagloriarse de haber aportado su concurso á una obra de indiscutible trascendencia.

Estas consideraciones nos sugiere el recuerdo de un pintor distinguido y de un amigo excelente, cual lo fué Tomás Moragas y Torras, fallecido en esta ciudad el día 20 de octubre último, uno de los últimos representantes de aquella época que mencionamos, á quien los años y las amarguras de haber perdido su modesto caudal, resultado de su laboriosa existencia, no habían amortiguado su entusiasmo ni el deseo de producir nuevas y recomendables obras.



D. Tomás Moragas, notable pintor recientemente fallecido en Barcelona (De fotografía.)

Las aficiones que demostrara en sus infantiles años pudieron robustecerse en la Escuela de Bellas Artes de esta ciudad, gracias á la circunstancia de haberse establecido en ella su familia, procedente de Gerona, en donde nació Tomás Moragas en junio de 1837. A pesar de sus aptitudes y de su inclinación por la pintura, viéronse contrariados sus deseos, y al poco tiempo ingresó en el taller del reputado grabador y cincelador José Pomar, padre de la que después fué su amantísima compañera y madre de sus hijos, llegando á distinguirse de tal suerte, que á él se deben las obras más notables que allí se produjeron, hasta que impulsado por su decidida vocación trasladóse á Roma, teniendo por compañeros á Suñol, Tapiró, Agrasot y Simonetti, que unidos á Fortuny en la célebre villa Riganti, formaron aquel interesante grupo que, ampliándose, tantas muestras dió de su valía y de su amor al país en que nacieron. Allí, en la Ciudad Eterna, permaneció Moragas durante catorce años, produciendo un considerable número de obras que de su estudio pasaban á manos de Goupil, de Agnen y de Capolianchi, distinguiéndose singularmente en el cultivo de la acuarela, alguna de las cuales llegó á alcanzar un precio tan elevado cual es el representado por la cantidad de diez mil francos.

Establecido en Barcelona, ha continuado pintando hasta los últimos días de su existencia, formando parte de los centros artísticos, de comisiones impulsadoras, ya que á ello le daban derecho sus conocimientos y su vastísima erudición artística.

Difícil sería enumerar sus producciones. Cierto es que al examinarlas hoy revelarían las tendencias artísticas de otro ciclo, pero aun así merecen aplauso por la sinceridad que revelan y por su indiscutible mérito.

Tomás Moragas representaba algo digno de respeto, considerado como artista. Como ciudadano, como amigo y como padre merece también elogios, puesto que en su corazón sólo se anidaron nobles sentimientos.

A. García Llansó.

El pintor D. Tomás Moragas en su taller. (De fotografía.)



UNA CALLE DE MEQUINEZ, cuadro de Tomás Moragas

LOS CALCULISTAS

(De Eugenia á Prudencio.)

—«¿Dice usted que si lo recuerdo? No lo olvidaré en la vida. Me parece que fué ayer... Teníamos á Dios y el mar por testigos... El balneario nos aburría grandemente á los dos... Nos hicimos amigos. ¿Cómo?.. ¡Qué sé yo! Parece raro que se atraigan dos tedios... Pero ¿acaso no pueden atraerse dos franquezas?..

La verdad es que *aquello* era de lo más cursilón que he visto en la vida. ¡Cuidado si *recortamos* y *tijereteamos* á placer usted y yo aquellos días!.. Mas, con toda seguridad, salimos entrambos puestecitos como chupa de dómine. Y bien, á mí, maldito si me importó. Precisamente nuestro pecadillo quedaba, así, con vislumbres de absolución. ¿Nos metíamos con *ellos?* ¿Por qué *ellos* no habían de meterse con nosotros?..

Sin embargo, le diré á usted en confianza que esas cuentas galanas no duraron sino... lo que tardó en despertar el aprecio á mí misma. Yo era libre, lo soy aún; pero la libertad de la mujer va siempre acompañada de un déspota: el recato. Podían confundir..., á buen seguro confundieron... ¡Y si hubiesen sabido la verdad!.. En resumidas cuentas, nuestros coloquios no pasaban de escarceos cómico-fúnebres. Amores desdichados por parte de usted..., un desengaño por parte mía... Y paren de contar.

Ni queriendo hubiéramos podido amarnos. El tiempo se habrá encargado de demostrarle la razón de cuanto le dije, amigo mío. ¡Bah! El comprendernos el uno al otro fué nuestro menor desliz... Pasó ya. Para amarnos éramos los dos... demasiado *idénticos*. Instinto, puntos de vista, aspiraciones; todo igual. Esa igualdad era nuestra disparidad... ¿Usted cree que sí, que llegamos á amarnos un poquito?.. Puede. Pero yo creo más bien otra cosa: usted y yo, Prudencio, *éramos* dos enamorados de la ilusión, *somos* (por mí, puedo todavía asegurar esta pluralidad) dos almas ávidas de la eterna delicia, dos inconstantes en el afecto, dos consecuentes en el ideal.



Retrato de TOMÁS MORAGAS, pintado en 1869 por Mariano Fortuny y regalado á aquél por la viuda de éste

Usted era listo como un gamo. Yo..., pues yo no me tengo por tonta. Huímos cuerdamente de la quema. Cesó el *idilio* cuando aún podía dejar cierto saborcillo agradable. Y la prueba de nuestra cordura y de nuestro acierto, ahí la tiene usted; es decir, aquí la tengo yo, ante mis ojos: su carta, que es un agradable recuerdo.

Sigo bien, aunque no dejo de discurrir con más aplomo desde que el maldito espejo me hizo notar una cana asomando por entre mi mata de pelo. Siguen llamándome hermosa... ¡La frase de usted! ¡La frase de todos!

No le olvido.»

(De Prudencio á Eugenia.)

—«Será soñar; pero el soñar algo precioso es bálsamo para el fastidio. Sí, Eugenia, me fastidio horrorosamente, cada día más.

Le sobra á usted la razón. Acá en el suelo es indispensable pensarlo y medirlo todo. Sólo así se evita uno muchos encontronazos con la brutal realidad, esa vieja empalagosa que se complace en molestarle á uno siempre. No somos, no, usted y yo la inconsecuencia; pero sí la inconstancia. Usaré de la paradoja: somos los constantes en la inconstancia.

Además, todo nuestro mérito común consiste en habernos empapado del destino. El lazo conyugal tiene una ventaja moral: la santidad de la cosa misma. En cambio un gran peligro: de la mucha pasión proviene el desencanto, del continuo roce el desgaste. Yo no temí jamás los inconvenientes; ese peligro apuntado, sí, me asusta.

He aquí que, bien mirado, venimos siendo usted y yo dos líneas paralelas cuyos puntos se van al infinito... Igual rumbo, exacta derechura, iguales *ziszás;* pero separados siempre... ¿No es cierto que esto llega á ser también una colosal monotonía?.. Usted cayó en la cuenta de que el encanecer es algo *peliagudo*... Un galán que raya ya en los cincuenta, ¿cómo andará de canas, bella amiga?.. ¿Que siguen llamándola hermosa? Eso me prueba que sigue usted siéndolo. Yo (ya conoce usted mi llaneza, que nunca apreció usted como defecto) la llamo preciosa á una viudita... bastante fea. Es una de las pocas ocasiones en que he sabido mentir.

¡Veinte años transcurridos!.. ¿Sabe usted que sería linda cosa que acabáramos por aburrirnos?..

Mándeme usted un retrato suyo. Allá va el mío, reciente, de ayer como quien dice. Cuando me acuse recibo, dígame qué le parezco á usted después de cuatro lustros.»

(De Eugenia á Prudencio.)

—«Escribo á usted verdaderamente consternada. No hay placer completo, no hay momento de satisfacción que no trunque algo doloroso... La alegría que me proporcionó la carta de usted, fué bárbaramente interrumpida por una desgracia...

El hombre que me llamaba hermosa, se disparó un tiro en la sien... Le vi ensangrentado..., parecía acusarme con los ojos abiertos que metían miedo... ¿Qué causa le ha llevado á tomar tan fatal resolución?.. ¡Irse á pegar un tiro, positivamente cuando me quería menos y empezaba yo á quererle algo!..

Perdóneme usted, Prudencio, esta impertinente franqueza. En el segundo tercio de mi vida, es algo difícil que mi corazón se rinda á aquello que he procurado siempre evitar. Pero indudablemente llena la simpatía, entreverada de conveniencia, el hueco que deja la pasión, la esquiva pasión que usted y yo conocemos tan bien. ¡Bah! ¿Por qué se habrá matado ese hombre, Dios mío?.. ¿Querrá usted creer que me pone nerviosa este recuerdo?..

Le puedo jurar á usted que no hubo entre él y yo nada incorrecto..., que yo no le engañé en lo más mínimo... ¿Llevarme al altar?.. Pues, me tentaba un poco la idea; mas vencían mis resabios de arisca, triunfaban *nuestras* teorías de ayer..., de hace veinte años; las que dormían en mí, y usted despertó muy á punto.

Es posible que ocurra lo que usted indica, y realmente sería un resultado harto ruin. ¡El aburrimiento!.. ¿No es una faceta del hastío, de *nuestro fantasma?*.. ¡Jesús, qué horroroso!.. Por esto vacilo entre contestar ó no contestar á un pariente mío, no joven, pero sí excelente sujeto, y... (en secreto) bastante rico, que me escribe hablándome de boda... *¡Ecco il problema!* Aconséjeme usted, amigo mío... ¿Qué hago?

Vi el retrato. Está usted..., ¿lo pongo? Sí, puedo decírselo, porque usted nunca ha sido fatuo. Pues bien, está usted... muy bien, pero muy bien. En cuanto al mío... no se lo mando; no quiero condenarle á una decepción. Bástele saber que estoy en pleno ocaso.»

(De Prudencio á Eugenia.)

—«¿Qué misterioso arcano nos junta en cuanto á sentimientos é ideas, lo mismo que en cuanto á decepciones y desdichas?.. Ese hombre que se mata es otro desconocedor de la lógica de los hechos que se desploma... No lo lleve en la conciencia; no está en la frialdad ó displicencia de usted, sino en la propia ausencia de razón de ese desgraciado, la causa...

Tengo necesidad de que usted se empape de este raciocinio mío... No es brindarle un consuelo..., es que busco un *cómplice*. Si á usted hubiese de remorderle la conciencia por esa muerte, también á mí, también á mí habría de remorderme. ¡Sería demasiado!.. ¿Se acuerda usted de la viudita fea á quien yo llamaba hermosa? Hace dos días se suicidó... Empeñada en tomarlo en serio..., convencida de eso, de que en el mundo no hay más que dos términos: amar ó morir. ¿Será locura?..

El mañana nos asustaba, Eugenia. Pero voy viendo que el presente nos horroriza. ¿Seremos en el fondo dos cínicos?.. Si hacemos examen de conciencia, ¿no seremos en rigor dos malvados? ¿Cómo tomamos la vida? ¿Pensamos razonar, y sembramos la muerte? ¿Somos cuerdos ú orates? Me ha entrado la duda, y con la duda el sufrimiento... Necesito del buen juicio de usted, amiga mía; ó de su demencia, si es demencia. En una palabra, debemos vernos...

No se moleste en contestarme, porque no aguardo su contestación por escrito. La tendré de sus labios. Sé lo que iba usted á decirme: que esto va á ser á manera de un viaje al Polo Norte, que todo es témpano... Muramos helados, si es preciso. Pero no muramos aislados... Ya que piensa usted en admitir esposo... En fin, que allá va otro *explorador*...»

(De Prudencio á un amigo.)

—«¿Me das la enhorabuena? A no quererte tanto, te mandaría yo noramala. ¿Que estoy en la *luna de miel?* ¡Un cuerno!..

Declaro haber aprendido ya una cosa. Todo lo que no es oportuno es un contrasentido. Nada tan estúpido como perder el tiempo. ¿Calcular y razonar en materias de amor?.. ¡Pamplina, pura pamplina! No se conoce el amor cuando se razona.

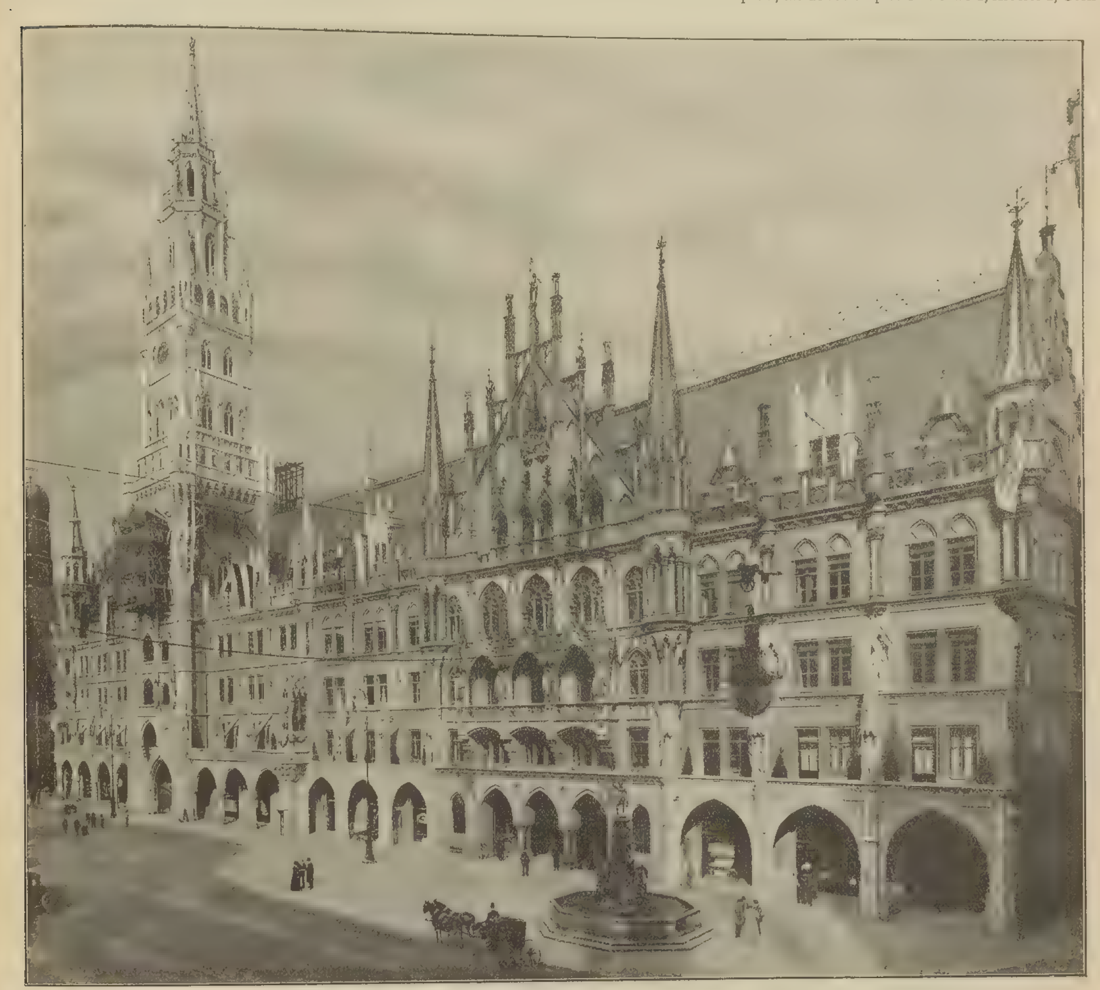
¡Cuidado que fuí necio!.. ¡Obrar á lo Juan Tenorio, para acabar en Juan Lanas!.. ¿No es esto risible? Burlé á la mujer-calor y hallé á la mujer-nieve... Pude entrar en el matrimonio como amador y entré como esclavo... ¿Nuestro tálamo? ¡Ay, si lo vieras con mis ojos!.. Paréceme la fosa de lo ridículo...

No vuelvas á felicitarme ni hablarme de esto en la vida... Considérame más perdido que el propio Andrée...»

(De Eugenia á una amiga.)

—«¿Himeneo, dices tú?.. Yo no sé cómo será la salva ó mata, da la felicidad ó la muerte; jamás el aburrimiento. Los impulsos del corazón no suelen ser fecundos cuando los esclaviza el seso. Este ha de ser un regulador, no un tirano... En realidad, eres digna de lástima...»

Es copia.
SEBASTIÁN GOMILA.



La nueva Casa Consistorial de Munich, recientemente inaugurada
Obra del profesor Jorge de Hauberrisser. (De fotografía de Hutin, Trampus y C.ª)

vida, ó la marcha por el desierto... Me figuro que no debe de tener grandes atractivos... Pues heme en un completo erial, heme rendida.

Todavía la figuración no es exacta... Caminando por la árida extensión, cabe la esperanza de topar con algún oasis..., se va á algún punto, á una ú otra parte... ¡Ay, si el desierto fuese lo infinito, lo inacabable!..

Anoche..., pues anoche soñé que era madre... ¡No te rías de mí!.. Más bien compadéceme. Ayer medité mucho, mucho, sobre el amor y sus consecuencias probables... ¡Lástima de tiempo!.. Temí el hastío... ¡Daría hoy la mitad de mi alma por el ayer!..»

(Del amigo á Prudencio.)

—«Efectivamente, tu última *aventura* es cruel. Os pasa lo que á las huestes de aquel coloso de la guerra en Rusia. Al quedar rezagados, sois víctimas del frío. Te compadezco sinceramente.»

(De la amiga á Eugenia.)

—«El amor verdadero no es calculista, surge y... ó

LA NUEVA CASA CONSISTORIAL DE MUNICH

La capital de Baviera, la moderna Atenas, como con razón se la denomina, cuenta, desde hace poco, con un nuevo y magnífico palacio que viene á aumentar el número, ya considerable, de soberbias y artísticas construcciones que son ornamento de aquella ciudad: nos referimos al edificio destinado á Casa Consistorial recientemente terminado y que ha sido construído según los planos del profesor Jorge de Hauberrisser y bajo la dirección del ingeniero jefe municipal Sr. Heinlein

El palacio en su conjunto y en sus pormenores es del más rico estilo gótico y en todo él se han prodigado los más bellos recursos arquitectónicos. El número de estatuas que adornan sus fachadas es considerable; todas son de soberanos de la dinastía de los Wittelsbach, y están agrupadas en los distintos cuerpos del edificio en la forma siguiente: en el cuerpo central, las de los duques Ernesto, Guillermo III, Adolfo, Federico, Juan II y Luis VII; en el situado á la izquierda de la torre, las de los duques Cristóbal, Wolfgango, Juan IV y Segismundo; en el cuerpo que sigue al central, las de los duques Alberto V, Guillermo IV, Guillermo V y Luis X; en el lado opuesto, las de los electores bávaros Maximiliano, José III, Carlos Teodoro, Maximiliano y Carlos VII; en la torre, las de los duques Alberto III y Alberto IV y las de los reyes Maximiliano I, Luis I, Maximiliano II y Luis II, y en la torre que se alza en el ángulo de la plaza, las de los duques Guillermo I, Alberto I, Otón V, Meinhardo y Esteban III. En el cuerpo que se alza á la izquierda de la torre, destácase la estatua ecuestre del príncipe regente Leopoldo, de 2'65 metros de alto, modelada en bronce por el profesor Fernando Miller y colocada sobre un pedestal. Esta escultura hállase puesta dentro de un templete, y encima de ella hay un ángel en actitud de ceñir una corona de laurel en las sienes del príncipe que tanto ha favorecido las bellas artes. La torre es de construcción esbelta y rica; tiene 81 metros de alto, y sus varios cuerpos, compuestos de elegantes arcadas, son de graciosa arquitectura. En lo alto de la misma hay la estatua del patrón de Munich con los brazos extendidos, en actitud de bendecir la ciudad. En las grandes aberturas de los arcos de esa torre se ven una rueda de lirones, un torneo y un gallo, piezas todas de movimiento que forman un carillón de cuarenta y tres campanas. La esfera del reloj tiene cuatro metros de diámetro. No menos bello y artístico que el exterior es el interior del monumental edificio. El patio central es de una magnificencia extraordinaria; y todas las dependencias causan la admiración de cuantos las visitan por su grandiosidad y por el sentimiento artístico que revelan.—S.





EL DESAYUNO, cuadro de Walther Firle

NUESTROS GRABADOS ARTÍSTICOS

(Véanse los grabados de las páginas 761, 767-768 y 770)

Mercado de Anticoli, cuadro de Mariano Barbasán. – Nuestro antiguo y querido colaborador Sr. Barbasán ha llegado á compenetrarse tan íntimamente con el modo de ser del pueblo italiano, que sus cuadros de costumbres á éste referentes no son simples copias de escenas vistas por los ojos, sino páginas hondamente sentidas en las cuales alienta el alma popular de Italia. De ello son prueba las muchas obras suyas que hemos reproducido en distintas ocasiones y entre las mejores de las cuales podemos colocar la que en el presente número publicamos, composición llena de carácter y de vida tan hábilmente compuesta como acertadamente ejecutada.

Fauno, escultura de Rodolfo Marcuse. – Hace algunos meses el público de Berlín pudo admirar en uno de los principales salones artísticos de aquella ciudad una colección de esculturas de un artista joven, que ya se había dado á conocer ventajosamente en anteriores exposiciones de las que allí se celebran anualmente. Las obras de Marcuse, sin apartarse enteramente de los cánones clásicos, tienen un movimiento y una expresión que revelan sus tendencias modernistas, y de esa conjunción armónica de lo viejo con lo nuevo resultan figuras tan bellas como el *Fauno* que adjunto reproducimos.

Fauno, escultura de Rodolfo Marcuse

El desayuno, cuadro de Walter Firle. – Es éste uno de los pintores que de mayor y más justa nombradía gozan en Alemania, y sus más notables lienzos se conservan en museos tan importantes como la Galería Nacional de Berlín, la Nueva Pinacoteca de Munich, los de Leipzig, Bremen, etc. Las figuras que pinta son un portento de naturalidad y de sentimiento, y en los interiores en donde se desarrollan generalmente los asuntos por él concebidos, admíranse unos efectos de luz que revelan el dominio absoluto de la técnica. Estas cualidades se advierten en *El desayuno*, obra digna de ser parangonada con las mejores de su autor, entre las cuales podemos citar los tres cuadros que forman el tríptico *El padre nuestro*, que publicamos en los números 1.119 y 1.120 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA.

PARÍS. – EL CAMPEONATO DE LA TORRE EIFFEL

En presencia de un público numeroso disputóse el domingo 18 de los corrientes el campeonato de la torre Eiffel, organizado por segunda vez por el periódico «Les sports.» Consiste esta prueba original en subir en el menos tiempo posible los 730 escalones que conducen al segundo piso de la mencionada torre, y para tomar parte en ella se inscribieron 150 individuos, de los cuales se retiraron 30; de los 120 que la intentaron sólo 93 pudieron terminarla.

El año pasado ganó el campeonato Forestier, que empleó en la subida 3 minutos y 12⁴/₅ segundos; este año lo ha ganado E. Neveu, que ha empleado 3 minutos y 4 segundos. Después de él han sido clasificados Mephisto (3 minutos y 4²/₅ segundos), L. Prevot (3 minutos y 12¹/₅ segundos). Uno de los concurrentes, Wachoru subió los 730 escalones en 7 minutos 44¹/₅ segundos, llevando á cuestas un saco de 50 kilogramos de peso.



PARÍS. – El campeonato de la torre Eiffel, organizado por el periódico «Les sports» y ganado por E. NEVEU. (De fotografía de M. Rol y C.ª)

MISCELÁNEA

Bellas Artes.— BARCELONA. – *Salón Parés.* – Hanse expuesto recientemente: un hermoso paisaje de Enrique Serra, poéticamente concebido y sincera y sobriamente ejecutado; seis notables lienzos de Josefa Nogués, de ejecución sólida y exenta de todo efectismo; un buen retrato, del Sr. Ferrer y Pallejá; varios cuadros con elegantes y graciosas figuras femeninas, de Antonio Utrillo; y unos estudios de Mallorca, de J. Llobera, pintados con vigor y soltura.

Establecimiento de Esteva, Figueras, sucesores de Hoyos. – El reputado artista Sr. Fuster ha expuesto una numerosa colección de paisajes y marinas de Mallorca, llenos de luz, de brillante colorido y de temas simpáticos.

Espectáculos. – PARÍS. – Se han estrenado con buen éxito: en la Gran Opera *Ariane*, ópera en cinco actos, letra de Cátulo Mendes, música de Julio Massenet; en la Comedia Francesa *La courtisanne*, comedia en cinco actos y en verso de Andrés Levy (Arnyvelde), y *Les mouettes*, comedia en tres actos de Pablo Adam; en el Odeón *La preferée*, comedia en tres actos de Luciano Descaves; en la Opera Cómica *Bonhomme Jadis*, comedia musical en un acto, letra de Frané-Nohain, música de Jacobo Delcroze, y *Armaillys*, drama lírico en dos actos, letra de E. Caín, música de Gustavo Doret; en el Vaudeville *La plus amoureuse*, comedia en cuatro actos de Luciano Besnard; en el Palais Royal *Heureux pere*, vaudeville en un acto de León Albric; *Totote et Boby*, pieza en un acto de Mauricio Hannequin; *La carte forcée*, opereta en un acto, letra de Hugo Delorme, música de Carlos Cuvillier; *L'extra*, comedia en un acto de Pedro Veber, y *A perte de vue*, revista en un acto de Pablo Ardot y Rip, música de L. Willy Redstone; en Nouveautés *Vous n'avez rien à declarer?*, comedia en tres actos de Mauricio Hannequin y Pedro Veber; en Renaissance *Passageres*, comedia en cuatro actos de Alfredo Capus; en el Gymnase *Gioconda*, comedia en cuatro actos de Gabriel d'Annunzio, traducida por Herelle, y *Mademoiselle Josette, ma femme*, comedia en cuatro actos de Pablo Gavault y Roberto Charvay; en la Gaité *Nos bons villageois*, comedia en cinco actos de Victoriano Sardou; en los Bouffes Parisiens *Resigné*, comedia en dos actos de Mirande y Guilleré, y *Petite Angele*, comedia en tres actos de los mismos autores que la anterior; en Cluny *Le coup du million*, comedia en tres actos de Mauricio Desvallieres y Eugenio Millou; en Varietés *Miquette et sa mere*, comedia en tres actos de Roberto de Flers y G. A. Caillavet; en el teatro Antoine *Biribi*, drama en tres actos de Jorge Darien y Marcelo Lauras, y *Chez les zoaques*, comedia en tres actos de Sacha Guitry, y en el teatro Sara-Bernhardt *La Vierge d'Avile*, drama en cinco actos y un epílogo, en verso, de Cátulo Mendes.

– En Berlín se ha representado con buen éxito una traducción alemana de la comedia *Magdalena*, de don Miguel Echegaray.

BARCELONA. – Se han estrenado con buen éxito: en el Eldorado *Alsina y Ripoll*, comedia en tres actos de los Sres. Sierra y Abatí, tomada de la novela de Daudet «Fromont jeune et Risler ainé;» en Romea *Fugint del niu*, comedia en tres actos de D. Francisco J. Godo, y *Tot ha anat be... es un noy*, pieza en un acto de R. Franqueza, y en el Principal *Les calderes de'n Pere Botero*, farsa en dos actos y cinco cuadros de José Morató, música del maestro Esquerrá y decorado de Ros y Güell.

– El eminente pianista Sr. Malats ha dado en el Principal un concierto de cuya importancia puede formarse idea teniendo en cuenta que constituían su programa obras de tan distintos géneros y de interpretación y ejecución tan difíciles como las *Sonatas* op. 10 n.° 3, de Beethoven, y op. 35, de Chopin; las *Variaciones serias*, de Mendelssohn; el *Carnaval de Viena*, de Schumann; *Nocturno* op. 33 de Fauré; la *Humoresque*, de Tchaikowski; *Triana*, de Albéniz; las *Variaciones*, de Paganini Brahms; el *Estudio* n.° 6, de Rubinstein, y la *Rapsodia* n.° 2, de Liszt. El Sr. Malats tocó todas esas piezas magistralmente, logrando entusiastas aplausos después de cada una de ellas y al final del concierto una ovación grandiosa.

– En el propio teatro ha dado un concierto la notable artista Sra. Pichot de Gay, que cantó magistralmente varias canciones de Beethoven, Haydn, Caldara, Salvator Rosa, Schubert, Schumann, Fauré Ferilhon y algunas populares catalanas, que le valieron aplausos continuados y entusiastas. Fué asimismo muy aplaudido en el mismo concierto el joven violinista que tocó muy bien la *Introducción* y el *Rondó*, de Vieuxtemps; un *Adagio*, de Max Bruch, y el *Allegro appassionato*, de Mendelssohn. A los dos artistas acompañó con gran acierto al piano Eugenio Wagner.

– Organizado por la «Asociación Musical de Barcelona» se ha celebrado también en el teatro Principal un concierto á cargo del joven violinista Sr. Massió, primer premio del Conservatorio de Bruselas, quien, acompañado por la orquesta de la asociación, ejecutó el *Concierto en mi mayor*, de Bach; el *Concierto en re mayor*, de Beethoven, y el *Concierto en sol mayor*, de Max Bruch; en todas esas piezas, cuya importancia es ocioso encarecer, demostró grandes dotes de interpretación y de ejecución; el público le aplaudió con entusiasmo.

– Ha sido un éxito franco y entusiasta el concierto Pahissa dado recientemente en el Teatro de Novedades. Bajo la dirección de su joven autor ejecutáronse por una numerosa orquesta las siguientes composiciones, todas bellísimas: *Estudio sinfónico, El Combate, Poema, Aria, Trío, Poema, Sinfonía (A las costas mediterráneas)* y fragmentos de la ópera *Gala Placidia*. En todas ellas el Sr. Pahissa se revela compositor de altos vuelos, inspirado, conocedor profundo de los grandes maestros y demuestra un dominio perfecto de la instrumentación. El público tributó al Sr. Pahissa una serie de ovaciones.

Necrología.—Han fallecido:

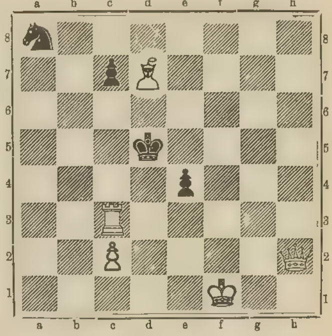
Solón Ambrosoli, numismático italiano, conservador del Museo de Brera, de Milán, autor de varias obras de numismática y excelente traductor de multitud de poesías alemanas, suecas, etc.

Carlos Telepy, uno de los más notables paisistas húngaros, conservador de la Sociedad regional de Artes Plásticas de Budapest.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 445, POR V. MARÍN.

NEGRAS (4 PIEZAS)



BLANCAS (5 PIEZAS)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 444, POR V. MARÍN.

Blancas.	Negras.
1. C d 4 – b 5	1. b 7 – b 6 jaque
2. R c 5 – d 4	2. c 7 – c 5 ó C f 8 – e 6 jaque
3. d 5 × c 6 (al paso) ó d 5 × e 6 mate.	

VARIANTE

1...... Otra jug.ª; 2. D c 4 – g 4 jaque, etc.



Y se sacó del bolsillo la famosa calceta...

CORAZONES DE ORO

NOVELA ITALIANA DE SALVADOR FARINA.—ILUSTRACIONES DE CALDERÉ

(CONTINUACIÓN)

—«Ha transcurrido, Señor, un día más, y aquí me tenéis en vuestra presencia... ¡Oh, Señor, que más gozáis con el nombre de padre que con el de juez, no me tratéis como he merecido, sino según la grandeza de vuestra misericordia!»

Calló esperando que Coppa dijese algo; y en aquel momento se durmió.

Coppa, que de nuevo se había quedado solo, repitió varias veces antes de dormirse: «No me tratéis como he merecido, sino según la grandeza de vuestra misericordia.»

Después se durmió y soñó que lo trataban mal.

VII

Desde aquel día comenzó para Coppa la peor de todas las torturas morales, la del que conserva sano el corazón cuando los sentidos están perturbados. ¿Qué hizo el pobre muchacho en aquella terrible coyuntura?

A las primeras preguntas de la conciencia trató de contestar con una mentira, pero acosado por las interrogaciones ingeniosas y crueles, dióse por vencido y confesó de plano: quería una novia que fuese como la de su gran amigo, tan guapa, tan serena, tan buena, tan rubia como ella; amaba á Esperanza, á la pequeña Esperanza, que pertenecía á un amigo con quien estaba ligado en vida y en muerte.

Y se declaraba indigno de la amistad, del amor, de todas las cosas bellas que adornan la creación, y del sol que nos permite verlas. Esto hizo el pobre muchacho; y ¿qué cosa mejor habría podido hacer un hombre.

Aquella idea que había penetrado en su cerebro lo llenaba por entero y lo atormentaba á todas horas del día y de la noche. Para librarse de ella apeló á mil recursos, estudiando mucho las lecciones ó no estudiándolas para que le castigasen, evitando hablar de Esperanza con su amigo ó hablando de ella continuamente hasta fatigar el propio amor con la proximidad de la dicha ajena que su demonio le impulsaba á robar. Todo esto hizo el pobre muchacho, aunque inútilmente; un hombre no habría podido hacer más.

A todo esto, Desiderio era tan ingenuo ó tan dichoso que no se percataba de nada, y en las palabras y en los silencios de Coppa no veía otra cosa que aspectos nuevos de aquel carácter extravagante que le había valido el apodo de el *Loco*.

Por lo demás, su amistad no se resentía de ello, antes bien Coppa sentía por Desiderio una ternura que se asemejaba á la piedad; se humillaba en su presencia y algunas veces habría querido hacerse pegar por él... ó por ella. ¡Por ella! ¡Oh! Sentirse golpeado por Esperanza, ¡qué infinita dulzura!

¡Cosa extraña! En aquella lucha para ocultar y vencer el propio sentimiento, veíase combatido, sin advertirlo, por su propia vanidad; nunca dudaba de nada, por supuesto, y ni siquiera se le ocurría que Esperanza, invitada á escoger entre él y su amigo, pudiera dejar de arrojarse en sus brazos; por lo mismo no sentía sino una gran compasión por aquellos dos seres, porque creía que de él dependía su felicidad. Tampoco dudaba de sus propias fuerzas, y hasta cuando dejaba caer su cansada cabeza sobre la almohada, persistía en él el falso convencimiento de que, á quererlo seriamente, podría en un momento substraerse al extraño hechizo.

Ese falso convencimiento, que él habría querido desmentir para sentirse más en paz con su conciencia, pero que el amor propio fomentaba á escondidas, le perjudicó, pues poco á poco, sin darse de ello cuenta, comenzó á luchar para fatigarse y para sufrir, pero ya no para vencer.

El domingo, á la hora del locutorio, se pegaba á su amigo y estudiaba la manera de presentarse decorosamente; por esto, después de haber saludado con un movimiento de cabeza á la pequeña Esperanza, le volvía expresamente la espalda á fin de que ella no pudiese leer en su corazón y enamorarse de él, ¡pobre criatura!, frustrando así el sacrificio que él quería hacer á toda costa.

Pero cuando había detenido por un momento á su tía en el camino del paraíso y le había preguntado cómo había pasado la semana en esta tierra, y cuando había oído contar los puntos de la eterna calceta, el desgraciado Coppa sentíase empujado por una mano invisible hacia los dos enamorados para ver de cerca cómo jugaban con su felicidad destruída.

Y aquella vista era tan dolorosa, que habría querido expirar á sus pies para llenar de espanto su falta de consideración.

Luego se arrepentía y tornaba á su rinconcito, á pasear inquietas miradas por el vasto recinto, buscando inútilmente una sonrisa en un semblante joven y bello.

Aquella aflicción duraba desde hacía algún tiempo y Desiderio no advertía nada. Un día, yendo de paseo, Coppa, que había permanecido silencioso é inquieto, vió pasar en un carruaje arrastrado por dos caballos blancos á una joven hermosísima.

—Mira, dijo á Desiderio, mira en aquel coche..., mira... ¡Ah! Ya es tarde; ya ha pasado.

—¿Quién?

—Mi Esperanza.

Desiderio le miró fijamente porque no le entendía, y Coppa, creyéndose descubierto, se ruborizó.

—Ha pasado, dijo en tono de fingida chanza, pero la alcanzaré; sus caballos blancos corren mucho, mas también correrán mucho los míos.

—No te entiendo, confesó humildemente Desiderio.

—Pues no es difícil, repuso Coppa con calma. Yo también quería una novia y ahora la tengo; en este

momento ha pasado. Era guapa y rubia; la llamaré Esperanza como tu novia se llama.

—¡Loco!, exclamó Desiderio.

—Sí, loco.

Calló Coppa, mas cuando hubieron andado un centenar de pasos, molestado por su propio silencio, y por decir algo, hizo una extraña proposición á su amigo.

—¿Te gustaría que nos fuéramos los dos por el mundo á buscar fortuna? Huiríamos juntos del asilo, saldríamos de la ciudad y nos iríamos siempre derechitos hasta París ó Londres. ¿Te gustaría?

—A mí no, respondió sinceramente Desiderio.

—Pues á mí mucho. Iríamos lejos á probar fortuna, y á nuestro regreso tú te casarías con tu Esperanza y yo... iría en busca de la muchacha que pasó por aquí hace un momento y le diría: «Amada mía, has de saber que un día te vi en la alameda de los jardines públicos; entonces era yo huérfano y pobre, y ahora soy...»

—Hoy eres más loco que de ordinario, dijo Desiderio interrumpiéndole.

VIII

La idea extravagante que, surgiendo de pronto en el arroyo de una calle de Milán, había halagado á Coppa, ya no lo abandonó. El carácter del pobre huérfano era de tal naturaleza, que lo extraordinario le seducía y le atraía lo peligroso. Por la noche, en medio del silencio del dormitorio, cuando, mientras procuraba dormirse, podía creer de buena fe que ya no se acordaba de ellas, alguien le fué repitiendo una por una sus propias palabras: «¿Te gustaría ir por el mundo á buscar fortuna?»

Abrió los ojos y á la escasa luz de la lámpara nocturna la vasta estancia parecióle más negra; púsose á escuchar y se le figuró que todos sus compañeros se lamentaban en sueños, excepto uno, Desiderio, que hasta durmiendo era dichoso.

Sí, huir mañana, esta misma noche, en seguida, ¡qué empresa tan hermosa! Hermosa, pero difícil.

Entonces se imaginó prisionero y trató de combinar su fuga: primeramente esperaría una hora más para asegurarse de que todos dormían; luego se vestiría á escondidas, haría un lío con su ropa... ¿Con toda? No, era menester dejar en el hospicio todo lo que el hospicio le había dado, menos un par de gruesos zapatos, puesto que tendría que andar mucho. Lo difícil, al salir del dormitorio, sería abrir la puerta tan suavemente que no hiciese el menor ruido; una vez en la escalera, bajaría al patio, ¿y después? ¿Cómo se encaramaría á la pared? No había escaleras de mano y no se sentía capaz de subir apuntalándose con las manos y con los pies en el ángulo de las dos paredes, como había visto que lo hacían otros. Era preciso renunciar al escalamiento y encontrar una salida más vulgar. Mientras permaneció despierto, no se le ocurrió nada; mas apenas se hubo dormido, todo lo que se le había antojado difícil se le allanó, y encontrando de pronto una salida, huyó, anduvo por Milán y por el mundo en busca de fortuna, la alcanzó en París ó en Londres, fué rico y tuvo dos caballos blancos y una novia rubia.

El alba, despertándole de aquellos sueños, le consoló dándole un remordimiento: en efecto, el muchacho se acusó de haber hecho traición á la amistad, de haber podido pensar en la fuga, dejando en el hospicio al amigo con quien estaba unido en vida y en muerte, y para hacer las paces con su conciencia, confesó á Desiderio el sueño que había tenido y le dijo:

—He pensado en ello hasta despierto, pero en broma. No me voy si tú no vienes; porque vamos á ver, si yo no estuviese aquí, ¿cómo te las compondrías para ir al locutorio? ¡Pobre Desiderio!

¡Pobre Coppa! Compadecía á su rival, y para rechazar la tentadora idea de una fuga del hospicio, no encontraba mejor argumento que éste: «No, debo quedarme á fin de que Desiderio pueda ir al locutorio y ver á su novia.»

Y el pobre Desiderio fué al locutorio diez veces, veinte, y cada vez se sintió más feliz, y no vió, no sospechó nunca la aflicción del pequeño héroe olvidado que también fué al locutorio y se sintió cada vez más desgraciado.

La muerte vino á interrumpir ese idilio.

Un domingo, los dos muchachos esperaban la hora del locutorio, cuando llamaron á Coppa, á Coppa solamente.

—¿Y tú?, preguntó el chico á su compañero. ¿Y él?, preguntó al vigilante. ¿No es mi tía la que me llama?

—No, es un hombre.

—¡Pobre Desiderio!, murmuró Coppa, ofendido por una leve alegría que furtivamente se había metido en su propio corazón.

Ya en el locutorio, vió que se le acercaba un tal Tita á quien apenas conocía, un vecino de la casa de su tía.

—¿Está enferma mi tía?, preguntó el muchacho.

—¡Ha muerto!, respondió Tita bruscamente.

—¿Muerta?, repitió el niño asombrado.

—¡Y tan muerta! Anteayer estaba tan buena como tú y como yo, dijo el impasible visitante. Para mí debe haber sido algo que tenía dentro y que se le ha roto.

—¡Muerta!, repetía Coppa.

—Sí, muerta, ayer por la mañana, cuando amanecía; hoy á las cuatro la entierran.

A cada palabra de aquel hombre que le hablaba con voz estridente, intercalando en su discurso lentas cadencias, el muchacho veía una imagen desolada. Clavaba los ojos en la pared de enfrente ó miraba sin verlos los rostros de los visitantes, y de este modo vió á su tía tiesa, inmóvil dentro de un ataúd de abeto, y vió los cirios que ardían en la pequeña habitación, y vió una calceta sin concluir encima de la cómoda.

Y mientras tanto, repetía, cual si le costase comprender bien todo su significado, esa gran palabra: ¡muerta!

La pequeña Esperanza estaba allí, pero sus ojazos azules interrogaban en vano; aquel día, sólo la muerte hablaba al alma consternada del muchacho.

Más tarde, Coppa sería sincero al medir su desventura; pero en aquel instante aún no la media y podía aceptar sin remordimiento el nuevo sentimiento de vigor que le ofrecía la muerte. No sabía por qué, pero estaba casi seguro de que no ofendía ninguna religión humana dejándose acariciar por una nueva altivez. Además, herido por el infortunio, sentíase tan por encima de la pequeña Esperanza, que ni siquiera se fijaba en los dos grandes ojos clavados en él y podía lisonjearse de que entre los dos todo había concluído.

En el entretanto, Tito le iba diciendo:

—Ya han aparecido por allí los cuervos que se reparten aquel pobre ajuar; tu tía te quería á ti más que á ellos; pero si no ha hecho testamento, no tendrás nada.

—¿Los cuervos?, balbució el muchacho.

—Tus tíos, ¿no los conoces?

—No.

—Tienes dos, uno más guapo que otro; allí están. ¿No sabes si tu tía había hecho testamento?.. ¿No?.. ¡Qué lástima! Tenía buena ropa; la cómoda es un hermoso mueble; la cama, aunque vieja, es sólida; hay también dos grandes armarios barnizados. Además, debía tener algún dinero. Antes de morir, me pidió que le diese una calceta que tenía comenzada y el ovilló y me dijo que la había hecho en el locutorio para ti.

—¿Para mí?, preguntó Coppa, y se echó á llorar.

La noticia de que su tía había muerto no había podido arrancarle una lágrima; pero la idea de que la buena mujer iba á verle cada domingo, se sentaba allí, en aquel banco y sacaba del bolsillo la calceta que le destinaba á él, sin de ello jactarse, y de que él casi se había enfadado de verla entregada á semejante labor y hasta una vez se había reído de ello, aquella idea le conturbó el corazón é hizo brotar de sus ojos el llanto.

Desde el otro extremo de la vasta sala, la pequeña Esperanza adivinó un gran dolor y le entraron también ganas de llorar.

—Aquí la tienes, dijo Tita; pero es inútil que llores. Tómala.

Y se sacó del bolsillo la famosa calceta, dejando caer el ovillo, que fué rodando hasta el sitio en donde estaba Esperanza.

Ésta apresuróse á recogerlo y á llevárselo al desconocido; pero Coppa apenas la vió, y observó con complacencia que la mirada extraviada de la niña le dejaba frío.

—¿La reconoces?, siguió diciendo Tita ovillando el hilo que se había soltado. Es ésta; he querido traértela yo mismo porque te pertenece, aunque no esté concluída. Tus tíos no han opuesto ningún reparo.

—Gracias, murmuró el muchacho, guardándose la calceta debajo de la blusa.

—No tengo nada más que decirte y puedo marcharme. Si tienes ganas de salir mañana para visitar á tu tía en el cementerio, vendré por ti.

—Gracias..., repitió el chico.

—¿Quiéres que venga?

—Sí, sí, venga usted, pero hay que pedir permiso al director.

—Se lo pediré.

—Venga usted pronto.

Tita se había marchado ya tranquilamente, y Coppa permanecía aún en medio del locutorio.

En los cristales de la ventana aparecía y desaparecía la naricita de Desiderio, y los ojazos de Esperanza interrogaban en vano.

Coppa la vió, y acercándose á ella le dijo sencillamente:

—Mi tía ha muerto; ya no vendrá nadie á llamarme al locutorio; no volveremos á vernos.

La niña le cogió distraídamente una mano; y al sentir aquel contacto, Coppa comprendió que se reproducía el hechizo.

—Lo siento por vosotros, dijo Coppa, y hasta por mí mismo. ¡Eres tan bonita!

Se contuvo después de dichas estas palabras; todos sus nervios temblaban.

—¡Adiós!, exclamó de pronto, y huyó.

La vocecita de Esperanza murmuró un adiós; pero el muchacho estaba ya lejos.

IX

El director del hospicio, al enterarse de la desgracia que pesaba sobre Coppa, llamó al muchacho doblemente huérfano y le dijo:

—La muerte de tu tía te deja solo en el mundo; pero esta gran familia de huérfanos es tu familia. Muchos de tus hermanos al salir de aquí se han conquistado un gran nombre en el mundo; imita su ejemplo, estudia...

Coppa movió su cabezota roja de un cierto modo que no quería decir que sí ni que no, y salió del cuarto del director para presentarse al capellán del establecimiento.

El bondadoso sacerdote comenzó su discurso con las mismas palabras del director; pero luego añadió que bajo la mirada de Dios nadie está solo, y que con la ayuda del cielo, el valor y el trabajo sacan al hombre de todos los apuros.

Y esta vez la cabezota de Coppa dijo verdaderamente que sí.

Después se fué resueltamente en busca de Desiderio y le dijo:

—Desiderio mío, perdóname.

¿Qué debo perdonarte?

Coppa estuvo á punto de confesar que había dicho á Esperanza «¡eres tan bonita!,» pero no tuvo valor para ello.

—Te dejo y me voy.

—¿Por qué?

—Porque estoy solo en el mundo y no puedo serte útil... Ahora que ha muerto mi tía ni siquiera yo iré al locutorio. .

Desiderio trató en vano de demostrarle la extrañeza de su propósito; precisamente porque había muerto su tía era menester que se quedase...

—Así me lo ha dicho el señor director; pero yo pienso de distinta manera. Estaba aquí para no disgustar á mi tía y por ti me habría quedado de buena gana..., pero ahora.

—¿Ahora, qué?

—Ahora no puedo. Júrame, apresuróse á decir para reparar la involuntaria reticencia, que aun estando lejos el uno del otro, seremos siempre amigos y que volveremos á encontrarnos.

Hablaba con tanto énfasis, que Desiderio quiso secundarle y juró.

—Di: en la vida y en la muerte.

—En la vida y en la muerte.

—Partiré mañana, dijo Coppa con sangre fría.

—¿Y adónde irás?, preguntó Desiderio con voz ahogada.

—Ante todo al cementerio á visitar á mi tía; después, á correr mundo.

Estas palabras causaban magnífico efecto aun en los oídos del propio Coppa que las decía; considérese, pues, el que producirían en el aturdido Desiderio.

—¡Animo!, le dijo Coppa.

Era inútil luchar con el Loco; cuando un propósito, bueno ó malo, había entrado en aquella cabezota, ya no salía más de allí. Desiderio, que lo sabía, ni siquiera intentó disuadirle de su idea; lo que hizo fué llorar, llorar mucho, de modo que Coppa, además de pensar en todos los preparativos para la fuga, hubo de dedicarse á consolar á su amiguito.

—Créeme, le decía; estudiarás dibujo y llegarás á ser un pintor famoso; también tú serás rico y te casarás con tu Esperanza. Después, cuando salgas de aquí, nos encontraremos por el mundo; entre tanto, te escribiré á menudo, cada semana ó cada día, y tú me contestarás. Es inútil que llores; el llanto no conduce á nada.

Y diciendo esto, recogía en su propio pañuelo las lágrimas cálidas y frecuentes de Desiderio.

—Ya no lloro, respondió éste mostrando sus ojos encendidos..., pero ¿y tú?

—Yo me iré solo por el mundo; es mi destino. Comprendo que nunca tendré á mi lado á una Esperanza, pero no importa; tengo un gran afán por llegar á ser rico y lo seré. Ya lo verás... no te aflijas por mí; te lo escribiré todo...

Aquella noche, mientras Desiderio estuvo despierto, los dos muchachos no hicieron otra cosa que hablar de su porvenir; y como hubiera sido para ellos muy molesto servirse del Correo Real, Coppa concibió una magnífica idea: cada domingo, cuando saliera de paseo, Desiderio recogería una carta hecha una pelota que Coppa habría depositado previamente en el antepecho de una ventana simulada que estaba al ras del suelo y por delante de la cual debía pasar necesariamente el pelotón de huérfanos. Al domingo siguiente, Desiderio dejaría la respuesta en el mismo sitio.

—¿Y Esperanza?

—Iré á verla, prometióle Coppa, y le diré que te quiera siempre y que nunca te haga traición por otro.

Al pobre Coppa le temblaba un tantico la voz al hacer tan ardua promesa; pero quería expiar el peligro en que había estado de ser el traidor de su amigo, y ese le parecía el mejor modo de expiarlo.

Por fin el sueño cerró los párpados de Desiderio y entonces Coppa pudo pensar libremente en sus cosas.

No quería que al otro día lo cogieran desprevenido; Tita, que había prometido solicitar para él una salida extraordinaria, comparecería muy temprano y era menester que el hatillo de Coppa estuviera dispuesto. ¿Qué hatillo? Pensándolo mejor, comprendió el pobre chico que, aun queriendo, no podría llevarse más que la ropa que se pusiera para la salida, porque no le permitirían salir con otra. Podía, sin embargo, ponerse dos camisas, dos pares de calzoncillos y cuantos pares de medias cupieran dentro de sus mejores zapatos.

Quería llevarse, además, en su peregrinación por el mundo, los libros y cuadernos de clase que cupieran entre la camisa y el chaleco; y por último, no había que olvidar la pluma y el tintero para escribir en seguida á Desiderio.

Adoptadas mentalmente esas disposiciones, se entregó al sueño.

Tal como había pensado Coppa, Tita madrugó; no habían entrado aún en clase los huérfanos, cuando aquél cruzó el patio dirigiéndose al cuarto del director para pedir la salida extraordinaria de Coppa.

Al pasar, buscó con los ojos al muchacho, y al verlo le hizo una seña de complicidad; parecía un buen hombre y á Coppa le entraron escrúpulos al pensar que iba á engañarle; pero se dominó porque no era ocasión de flaquear, como dijo á Desiderio, cuyas lágrimas estaban á punto de venderlo.

—¿Por qué lloras?, dijo gritando al observar que el vigilante les oía. ¿Acaso no sabes la lección?.. ¡Ea!, añadió llevándolo aparte; no seamos niños. Dentro de pocos minutos nos separaremos. ¿Te acordarás de todo?

—Sí, balbució Desiderio, que no se sentía con fuerzas bastantes para luchar contra el capricho de su gran amigo, pero que, en el fondo, había esperado que después de consultado con la almohada, Coppa se arrepentiría del atrevido propósito. Sí, repitió, pero ¡no te vayas!

—La ventana simulada al ras del suelo, acuérdate bien; todos los domingos á la hora del paseo.

—Sí, repetía Desiderio; pero no te vayas; vuelve, piénsalo bien..., otro día podrás marcharte...

—En la vida y en la muerte, dijo solemnemente Coppa poniendo fin al coloquio y estampando dos besos en las mejillas de su amigo.

En aquel momento reaparecía Tita.

Desiderio lo miró esperando leer en su cara que el director había negado el permiso para la salida; pero leyó en ella lo contrario.

—Vamos, dijo Tita.

—Adiós, dijo Coppa á Desiderio.

Un vigilante fué á decirle que se vistiera porque le habían concedido la salida por todo el día. Los huérfanos, que se ponían en fila para entrar en clase, miraron con envidia á su afortunado compañero; únicamente Desiderio no vió nada, porque tenía delante de los ojos un velo de lágrimas.

Cuando bajó Coppa, acorazado con sus libros y cuadernos, tenía casi un aire batallador; con sólo mirarle debía comprenderse que iba á desafiar la vida y que el monstruo no le daba miedo.

Estaba ya en la puerta, pero se detuvo.

—He olvidado una cosa, dijo.

Y volviendo atrás, subió precipitadamente la escalera, corrió al dormitorio, y una vez allí, abrió su arca y sacó de ella una calceta empezada, cuatro agujas y un ovillo; era la herencia de su tía.

Metióse cada cosa en un bolsillo, reunióse con su acompañante y salió á respirar el aire libre.

—Vamos á casa, dijo Tita.

—No, contestó el chico resueltamente; yo me voy al cementerio.

El buen hombre vacilaba.

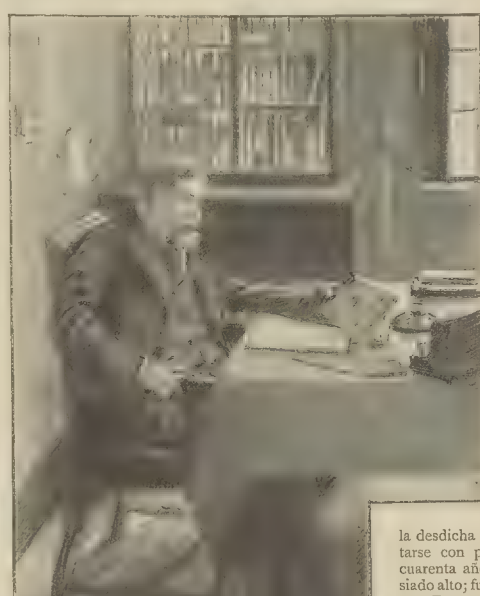
—¿Sabes ir al cementerio?

—¡Ya lo creo que sé!, exclamó Coppa, á quien le parecía mentira poder verse libre tan pronto.

Pero asaltáronle de nuevo los escrúpulos de engañar á aquel hombre, y con acento más mesurado repitió que sí sabía ir al cementerio.

Tita miró á derecha y á izquierda, cual si buscara una salida á su irresolución, y al fin dijo:

—Bueno, ve; te espero en casa. ¡Cuidado con detenerte en la plaza del Castillo, delante de las barracas de los jugadores de manos!



Tenía los ojos fijos en la voluminosa carta...

Coppa hizo con la cabeza una señal de aquiescencia y echó á andar.

—¡Coppa!, le gritó Tita.

El muchacho se detuvo.

—Para saber dónde está enterrada tu tía, añadió aquél, pregúntaselo al vigilante.

El chico hizo que sí con la cabeza y se puso á caminar de prisa.

¡Ya estaba solo en el ancho mundo!

EPÍLOGO

I

La portera había entrado seguramente sin hacer ruido; había colocado allí cerca, sobre la mesa de escribir, aquella voluminosa carta, y se había marchado de puntillas para no despertarlo. De fijo había él vuelto á dormirse, no obstante hacer sólo un momento que se había levantado de la cama.

Así pensó lentamente el viejo Desiderio, y su pensamiento fué un pensamiento lánguido, casi inconsciente, al que siguió esta otra reflexión:

—Hace una hora á lo menos que el sol ha entrado en el cuarto; ahora debe estar ya alto en el horizonte, porque la raya de oro ha dejado la cama de Esperanza y ha descendido al embaldosado.

Durante un rato no pensó nada más, hasta que el perezoso trabajo de su mente le dijo: «La raya de oro ha palidecido y el cielo está nublado.»

Al viejo Desiderio le tenía enteramente sin cuidado que se nublase el cielo; desde que vino al mundo, había tomado el cielo tal como el Señor se lo enviaba, y de algún tiempo acá, aún lo aceptaba con mayor resignación. Sin embargo, un pálido reflejo de los modestos sentimientos que un día le animaran, le hizo ver en su propio cerebro la idea fugitiva de que aquel día gris no le habría gustado á Esperanza.

—¡Pobrecilla!, pensó. Se habría pasado toda la mañana acechando un rayo de sol y asegurándome que antes del mediodía mejoraría el tiempo. ¡Y entonces muchas veces mejoraba de veras!

Ahora no; el hermoso sol no entraría ya en la casa que la vieja Esperanza había abandonado para siempre, un mes hacía; ó acaso volvería á entrar una vez, muy pronto, en cuanto Desiderio hubiese emprendido también el gran vuelo. El día en que esto sucediese, sería fiesta solemne en aquel nido melancólico.

Sí, este era el único, quizás el último deseo de aquella alma maltratada y contenta; parecíase á todos los deseos del pasado, porque era modesto como ellos, y como ellos se cumpliría, pero más seguramente todavía.

Tenía fijos los ojos en la voluminosa carta, mas no sintiendo aún ganas de cogerla para adivinar quién la había escrito, continuaba conviviendo con la muerta, rehaciendo mentalmente los cincuenta años de vida que habían pasado juntos. Dos meses antes, apenas, Esperanza estaba viva, sana, alegre; tenía aún una cara bonita, en la que apenas se marcaban las arrugas; todavía sus grandes ojos le prometían la serenidad del cielo, y la conocida voz todavía le murmuraba palabras que sonaban como música de iglesia.

Contentos ambos, daban gracias al cielo todas las noches porque había alejado de su casa la muerte, la desgracia y la turbación de un anhelo desmedido, porque habían tenido, no una, sino cien ocasiones para ver con sus propios ojos hasta dónde llega la desdicha de la gente que no sabe contentarse con poco. Sólo una vez, hacía de ello cuarenta años, había mirado Desiderio demasiado alto; fué cuando, poco después de casarse con Esperanza, siendo maestro de dibujo en una escuela nocturna y pensando que el luminoso nido resplandecería más si el arte enviaba allí un rayo de gloria, se dejó tentar por la ambiciosa idea de poner un cartón sobre el caballete.

—Haré tu retrato, había dicho pomposamente á Esperanza. ¿Te gusta que pruebe á ver si soy artista?

Esperanza había batido palmas y fué á colocarse tal como quería su esposo, junto á la ventana, de manera que la luz diese de lleno sobre aquella carita blanca y sobre sus cabellos de oro. Y de pronto, dos antojos habían acometido al artista novel: cubrir de besos el risueño semblante de su mujer y hacer una obra maestra.

El primero pudo satisfacerlo en el acto; pero en vano consumió el maestro de adorno muchos carboncillos para hacer un rostro que se pareciese á Esperanza, y después de haber gastado mucha miga en borrarlo, desistió tranquilamente de su empeño y escribió en el cartón estas pocas palabras que encerraban una gran verdad: «Desiderio mío, resígnate; no has nacido pintor y te faltan fuerzas para llegar á serlo.»

Su esposa tomó también el asunto á broma, pero quedóle en el fondo del corazón algo que le decía: «¿Quién sabe? La *fuerza* que ahora te parece que no tienes, tal vez surgirá en ti pronto.»

—¡Tal vez! Esperémoslo.

Pero la fuerza no se presentó nunca, y el maestro de dibujo se contentó con admirar las pinturas ajenas.

Sin embargo, no estaba del todo convencido de no ser un poquito artista; sondeándose á sí mismo, encontraba en un rinconcito de su mente el germen de algo que podía ser arte, y por la noche, cuando después de la clase llevaba á su Esperanza á pasear por las sombrías alamedas, ó escuchaba el murmullo de las hojas, sentíase tentado por el estímulo.

Entonces, después de un largo silencio, decía:

—Mira, paréceme que aquí dentro hay algo bueno; lo difícil es sacarlo fuera.

Un día afirmó bondadosamente que el arte no es para nadie cosa fácil, y otro tuvo la intuición fugaz de que los pintores verdaderamente grandes habían sido *quizás* aquellos á quienes, en un principio, la pintura había vuelto la espalda para entregarse después al artista importuno.

(Se continuará.)

EL TEMPLO OSCILANTE DE CHEYTEYO

Las rocas oscilantes que se mueven al contacto más ó menos fuerte de la mano y hasta por la sola acción del viento, son un fenómeno harto conocido: son fragmentos de capas rocosas casi aisladas ó desprendidas de su sustentáculo por la erosión acuosa ó por la corrosión pluvial que descansa sobre la capa inferior por un punto solo tan casual y felizmente combinado con el centro de gravedad, que su equilibrio queda asegurado, aunque con una ligera inestabilidad. Esta extrañeza se observa generalmente en los granitos y en los asperones, más fácilmente redondeables. Entre las más célebres rocas oscilantes podemos citar la de Fontainebleau y la de Tandil en la República Argentina; pero la más original es, sin duda alguna, la de Cheyteyo (Birmania), que el grabado adjunto reproduce y que la superstición ha convertido en un templo religioso, habiéndose construído encima de ella una pagoda, denominada del Sampán (barco) á causa de la forma del conjunto.

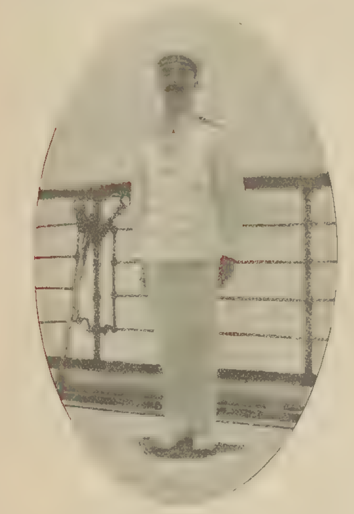
LA SOMBRA EN LA LÍNEA DEL ECUADOR

Sabido es que en la región del ecuador el sol, á las doce del día, cae verticalmente encima de los objetos, de manera que éstos no tienen sombra.

La fotografía que el adjunto grabado reproduce es una curiosa demostración gráfica de ese hecho, pues si bien en ella aparece algo de sombra, débese á que el cuerpo humano no tiene la misma anchura en todas sus partes; si fuese igual desde la cabeza á los pies, no presentaría sombra alguna. La que se ve en el grabado es debida á que la parte del cuerpo propiamente dicho es más ancha que la de las piernas; pero aun así resulta interesante la demostración, porque el sujeto fotografiado ocupa exactamente el centro de su propia sombra.

UN AUTOMÓVIL EN MINIATURA

En las recientes exposiciones de automóviles efectuadas en Nueva York y en Chicago, ha llamado mucho la atención el automóvil en miniatura que en esta página reproducimos.



La sombra en la línea del ecuador á las doce del día. El sujeto fotografiado ocupa el centro exacto de su propia sombra

Es una copia exacta de los vehículos normales de la misma clase; tiene un motor que desarrolla dos caballos de fuerza, y está dotado de todos los aparatos y accesorios de los grandes automóviles. Pesa 110 kilogramos y su coste es de 25.000 pesetas.

Es el automóvil más pequeño que se ha construído y todas sus piezas están hechas á mano.

EL ABASTECIMIENTO DE AGUA

DE NUEVA YORK

(Véase el grabado de la pág. siguiente)

Aunque no siempre hemos de dar crédito á los norteamericanos cuando afirman que tienen instalaciones, aparatos y obras más gigantescas que los que hay en la vieja Europa, es lo cierto que Nueva York ha sido recientemente dotada de un servicio de captación y distribución de agua de enormes proporciones y cuyas instalaciones merecen ser descritas. Es más, apenas terminada esa obra, se prepara ya el plan de una extensión considerable del servicio de aguas ó, dicho más exactamente, una nueva captación que ha de completar el abastecimiento de la urbe neoyorkina.



EL TEMPLO OSCILANTE DE CHEYTEYO (BIRMANIA)

Hoy Nueva York hállase abastecida principalmente merced á una inmensa presa levantada á través del valle del río Croton. En la primavera de 1905 se cerraron las puertas de esa presa, comenzando á llenar el depósito así formado; pero la obra de mampostería no estaba terminada y hasta hace poco no pudo colocarse la última piedra del dique y de los puentes que lo completan formando un magnífico camino carretero alrededor del depósito. Este es un lago de una capacidad mayor de 135.000 millones de litros. La ejecución del dique empezó hace trece años, prosiguió en medio de dificultades reales resultantes de la naturaleza del subsuelo; habrá costado 40 millones de francos con la red de caminos que cruza la región y sin contar el valor del terreno ocupado.

En 1830, recurrióse por primera vez al río Croton para el abastecimiento de aguas de Nueva York á fin de remediar la insuficiencia de los conductos de madera que llevaban á la ciudad agua de malas condiciones; eligióse un punto en donde el río tenía 36 metros de anchura por sólo 1'20 de profundidad media, y se levantó un dique que, aumentando el nivel del agua, formó un lago de 6 kilómetros de largo, de anchura variable y de 1'80 metros de profundidad media, con una superficie de 160 hectáreas aproximadamente; las obras costaron 60 millones de francos y duraron cinco años.

El depósito así formado no tardó en ser insuficiente á causa del aumento rápido de la población neoyorkina; en su consecuencia hubo de construirse una conducción complementaria, que elevó á 270 millones de litros de agua el antiguo caudal, que era de 135 millones, y poco después un nuevo depósito en Central Park con una capacidad de 4.500 millones de litros. Más adelante se construyó un nuevo dique en el brazo Oeste del Croton que permitía disponer de 11.000 ó 12.000 millones de litros. Esto no obstante, cuando se dejaba sentir un verano excepcional (cosa muy frecuente en Nueva York) se veía que la provisión de agua era cada vez más insuficiente; para remediar esto se recurrió á soluciones parciales, como captar aguas de los ríos Bronx y Byram y crear el llamado lago de Kensico, hasta que en 1884 se pensó en reformar el acueducto de Croton de manera que el abastecimiento diario alcanzara la cifra de 900 millones de litros.

Para lograr ese resultado, era preciso aumentar las dimensiones del acueducto y modificar la extensión y la capacidad de las paradas de agua, habiéndose comenzado por construir el acueducto, á fin de aprovechar las precipitaciones atmosféricas que se produjeran en la cuenca del Croton. El nuevo acueducto, que por sí solo constituye una obra en extremo interesante, arranca del sitio en donde había de elevarse la nueva parada, se extiende en una longitud de 36 kilómetros y va á parar á un depósito recientemente terminado, el depósito de Jerome Park, cuya capacidad es de más de 8.600 millones de litros. La conducción continúa hacia los depósitos, ahora secundarios, de Central Park. Ese acueducto, que puede proporcionar 1.360 millones de litros diarios, ha sido construído en cinco años y su revestimiento ha exigido 163 millones de ladrillos; quedó terminado en 1890.

A fin de aumentar la parada de agua, resolvióse construir un nuevo dique al través del valle del Croton, más abajo del antiguo y mucho más alto que éste; mas como esa obra requería muchos años, construyéronse interinamente cuatro paradas de menos importancia, pero que podían, entre todas, suministrar un buen volumen de agua á los habitantes de Nueva York. De este modo se constituyeron los depósitos de East Branch, Titicus, Carmel y Amawalk, que no dejaban de tener cierta importancia, puesto que los tres primeros tenían una capacidad de 60, 32 y 46 millones de litros respectivamente.

Hecho esto, podía procederse con más calma á la construcción de la nueva gran presa del Croton que había de ocasionar naturalmente la submersión total del antiguo dique, puesto que se elevaba notablemente el nivel del agua, para formar una especie de lago prolongado é irregular que se extendería en un espacio de muchos kilómetros en el valle de aquel río.

El dique comprende en realidad tres partes. En primer lugar, hay un desaguadero de mampostería con una serie de gradas destinadas á amortiguar la violencia del agua; tiene una longitud de 300 metros y forma un ángulo de 80° con el dique principal y propiamente dicho; su cresta está á la cota de 59'80 metros, al paso que la del dique de parada está á 62'78. Este último tiene un desarrollo lineal de 183 metros y su altura sobre las fundaciones es de 72'54 metros y de 45'72 sobre el antiguo nivel del lecho del río, pues las excavaciones se hicieron á gran profundidad á fin de encontrar buena roca sin grietas. La tercera porción del dique que se halla en una profundidad de agua bastante pequeña, y soporta, por consiguiente, una presión reducida, había de estar formada, según el primitivo proyecto, por un muro englobado en un macizo de tierra; y así se construyó en un principio, con una longitud de 167 metros y



UN AUTOMÓVIL EN MINIATURA

una altura de 36 para los macizos de tierra y de 68'50 para la muralla interior; pero luego se descubrió oportunamente (y debido algo á la casualidad) que el muro descansaba sobre una roca grietada y susceptible de deslizamientos, y se empezó de nuevo la obra para continuar la mampostería llena como en el centro del dique. La construcción de la obra fué en extremo interesante, sobre todo por los tres cables aéreos de más de 450 metros, que sirvieron para el transporte de los escombros y de los materiales y en particular del granito que se empleó en la mampostería. En la parte más gruesa del dique se construyó la mampostería con elementos enormes cuyos intersticios se llenaron con betón, pudiendo obtenerse de esta suerte un macizo por decirlo así único que constituye el dique y que implantándose sólidamente en la roca tiene una anchura de 55 metros en la base por unos cinco en la cresta. La coronación de ese dique da paso á un camino carretero que atraviesa el canal de salida del desaguadero por medio de un arco de mampostería de 60 metros de abertura.

Hacemos gracia á nuestros lectores de la descripción de todos los trabajos secundarios que hubieron de efectuarse, tales como desviación de las vías férreas, expropiaciones y demolición de aldeas situadas en la región que habían de invadir las aguas, ó á lo menos en el perímetro de protección del nuevo depósito.

Es de esperar que esas inmensas obras responderán por mucho tiempo á todas las necesidades de Nueva York; pero se trata especialmente de Nueva York, es decir, de Manhattán y de Bronx, y el abastecimiento de Brooklyn y de Staten Island no está asegurado todavía en buenas condiciones. Por esto se estudia actualmente un nuevo proyecto, del cual consideramos oportuno decir algo. Este proyecto tiene por objeto ir á buscar el agua mucho más lejos, en la región denominada de los Catskill, muy al Norte de la región del Croton, y en la otra orilla del Hudson, tomando á la vez toda el agua de los manantiales de Esopus, Rondhout, Schonarie y Catskill, lo que proporcionaría un volumen diario de 3.000 millones de litros como mínimo. Todas esas aguas se acumularían en un gran depósito denominado de Ashokan, desde donde el agua se dirigiría al mismo depósito del Croton, por medio de un acueducto que atravesaría el Hudson y que estaría construído para un volumen diario de 2.200 millones de litros.

Pero el depósito del Croton podría enviar directamente una parte de su contenido al depósito de Kensico, que se agrandaría considerablemente, y un acueducto tan grande como el que acabamos de mencionar, llevaría el agua á un depósito inmenso de filtración y á otro de distribución, desde dondo el agua sería repartida particularmente á Brooklyn y también por sifón á Staten Island.

Es probable que antes de poco se comience esa nueva empresa, que no será menos interesante que la que en este artículo hemos estudiado someramente.—P. M.

EL ABASTECIMIENTO DE AGUA DE NUEVA YORK
VISTA GENERAL DE LA PRESA Y DEL DESAGUADERO DE CROTON









El nuevo globo dirigible del ejército francés «Patrie,» recientemente ensayado con resultado satisfactorio. (De fotografía de M. Branger.)

El ministerio de la Guerra francés contará en breve con un nuevo globo dirigible, el *Patrie*, construído según el mismo tipo que el *Lebaudy*, que ha sido ensayado el día 16 de los corrientes con resultados satisfactorios en la llanura de Moissón.

Salió el aeróstato del cobertizo en que había sido instalado á las ocho y media de la mañana, y después de varias pruebas del motor Panhard y de dos hélices de diferentes velocidades, soltáronse los cables y el globo partió hacia Bonnieres, viró, y á pesar de la violencia del viento, descendió en el sitio en donde los hombres del equipo lo esperaban para la maniobra.

La altura máxima alcanzada fué de 120 metros. El aeróstato, que volvió á entrar en el cobertizo á las once, iba tripulado por el capitán Voyer, director del parque aerostático de Chalais-Meudón, por Pedro Lebaudy y por el ingeniero constructor Enrique Julliot.

En cuanto termine el período de las pruebas, la autoridad militar tomará posesión del globo y lo enviará á Verdun, y en seguida se procederá en los talleres de Moissón á la construcción de otro aeróstato que se denominará *Republique* y será igual al *Patrie*.

Imp. de Montaner y Simón



Año XXV — Barcelona 3 de diciembre de 1906 — Núm. 1.301

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

MUSEO DE BRUJAS (BÉLGICA)



MATER PURISSIMA,

celebrado cuadro del pintor belga Edmundo Van Hove



LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Los juguetes de niños (cuya hora se aproxima) son antiguos, no diré que como el mundo, porque el mundo es más viejo que el hombre, pero como la especie humana. En las pirámides de Egipto se encuentran—al lado de las momias de niños, de esos pequeños féretros pintorreados, dorados, enriquecidos con jeroglíficos curiosos y que ofrecen un modelado estricto del cuerpecillo muerto los juguetes que usaba en vida, las muñecas y los trompos, los sonajeros y los instrumentos de música en miniatura. Fúnebre sonrisa de la muerte al través de los siglos, inmovilizada en un osario, como todo lo que pertenece á ese pueblo misterioso y solemne, que hizo de la vida terrenal la preparación á otra vida.

* * *

Y ninguna edad histórica ha dejado de crear juguetes, más ó menos rudos, más ó menos divertidores, para regocijo de la chiquillería. En los museos se conservan retratos de niños, rodeados de sus juguetes ó colgándoles de la cintura, como llevaban sus dijes y cascabeles los bufones. Juguetes imperfectos, seguramente, pero que los chicos de entonces encontrarían óptimos, porque todo depende de la comparación, y cuando se tiene lo mejor de cada época no se echa nada de menos (lo cual demuestra que el progreso sólo es la complicación de las necesidades). Los niños, que están más cerca de la naturaleza que los grandes, desdeñan la perfección del juguete, y sólo le piden que materialice su ideal de un momento. Dispuestos á hacerlo trizas, no le exigen que sea una maravilla; ni por serlo les encanta más.

He tenido ocasión de observarlo en las distribuciones de juguetes á los niños de la aldea. Igual ó mayor felicidad les produce un juguete basto, muy barato, que otro fino. Lo que sobre todo exigen es que sea grande el juguete y que haga ruido. Un primorcito de esmalte, de madera pulida ó de porcelana delicada, no les ilusiona como un caballo de cartón en que puedan montar, ó un tambor con el que puedan atronar los oídos. El juguete movido, *activo* por decirlo así, el coche que rueda, el gallo que canta, la corneta que hace *tarari*, el ratón que pega carreras locas..., son lo que eleva al grado máximo la alegría infantil.

* * *

Con el formidable desarrollo de la industria en los países productores, los juguetes han llegado á constituir un ramo de suma importancia y en el cual se agotan la habilidad, el buen gusto, la actividad y la gracia de cada nación. Los alemanes hacen el juguete más pesado, más tosco, más chillón que los franceses: en cambio han llegado á lo sumo de la baratura. Tienen á veces los juguetes alemanes un grave defecto: los colores que los tiñen son perjudiciales para la salud de las criaturas, si, como es frecuente, los humedecen con la saliva. Severas prohibiciones, reglamentos previsores, no han conseguido poner á raya la codicia de los industriales. El verde de los pinos, el rojo del tejado de las casitas, contienen veneno. Cólicos que no se sabe á qué atribuir, no reconocen otro origen...

La Selva Negra, los cantones suizos, inundan también de juguetes el mercado europeo. Hay juguetes de madera blanca, trabajados á punta de cuchillo por los pastores, que son una monería. En Ginebra los venden á millares, y los compran las personas mayores para adornar mesas y *etageres*. Son ciervos, gamuzas, águilas—la fauna alpestre, grandiosa y esbelta;—son caprichos de ramaje, *chalets* minúsculos, figurillas de guías y de cazadores; los sencillos temas de la montaña—interpretados con un arte instintivo, genial.—Rusia también construye juguetes, aunque no los exporta... En Moscou se fabrican, á guisa de muñecos, unos oseznos que parecen vivos: los hay blancos, y los hay rojos y negros. Mueven los brazos, tuercen la cabeza, y sólo les falta gruñir. Pero el pueblo que ha entendido de un modo más artístico el juguete (y se cree que desde tiempo inmemorial) es el japonés. En paciencia compiten con los chinos, y les vencen en sentimiento é imitación de la naturaleza; en realismo profundo. Los juguetes del Japón son deliciosos; como objetos de arte se pueden conservar. Lo mucho de infantil que hay en ese pueblo del Extremo Oriente, hace que la línea divisoria entre el juguete y el objeto usual sea menos clara y definida que en otros países. Las admirables estatuillas de marfil que el Japón expuso en París últimamente, así podían servir de entretenimiento á los pequeños, como de placer estético á los grandes. Los broncecillos, las reproducciones de animales en cartón y papel, los caprichos y dibujos fantásticos, los ídolos de barro que sacan la lengua ó sonríen enigmáticamente, juguetes son, al fin, como las muñecas son *musmís* que parecen dispuestas á abanicarse ó á rascar la viola. Juguetes son asimismo los platitos en que las verdaderas *musmís* comen, las comidas que les sirven, las tazas como dedales en que beben el te, las botellas de Kioto, vidriadas, de estrecho cuello y brillante vientre, en que refrescan el agua, y los enanos arbustos que en polícromos tiestos se elevan cuajados de flor roja sobre las desnudas ramas. El juego preside á la vida japonesa, y el fértil ingenio de la raza no se agota para inventar cada día nuevos caprichos, ratones blancos, arañas monstruosas, cangrejos ridículos, monigotes inverosímiles, caricaturas en que el terror y la risa alternan. Y los juguetes japoneses suelen costar, en París, desde cinco hasta veinte céntimos.

* * *

El juguete francés es elegante, coquetón, serio y científico. Así como el del Japón paga tributo á la fantasía, el de París trata de reproducir, fielmente, en pequeño, los utensilios y los artefactos, los lujos y los refinamientos de la existencia de los grandes. La muñeca no sólo se viste como una señorita muy *chic*, sino que tiene su casa completamente surtida de cuanto reclaman las necesidades actuales. Desde la cocina con fogón y pucheros, hasta el salón Luis XV con talladas consolas y fastuosos cortinajes, las casas de muñecas pueden servir de modelo á los palacios. La electricidad las ilumina; los lavabos tienen agua corriente; algunas ostentan su *serre*, poblada de plantas en miniatura. Por supuesto que los armarios encierran ropa blanca y trajes á la última, boas de pluma y abrigos de piel. Una casa de muñecas bien puesta y donde se lleve la imitación de la verdad á la última perfección, llega á valer bastantes miles de francos.

Para los varones, el juguete francés reproduce trenes en marcha, coches y canoas automóviles, ejércitos que maniobran, panoplias de armas, máquinas eléctricas, fonógrafos, gramófonos, bicicletas, caballos que galopan, cisnes imantados que nadan, el *sport*, la caza, la curiosidad. El automóvil, naturalmente, se alza triunfante sobre toda la juguetería. Hay *voiturelles* de regular tamaño, en que el niño puede ejercitarse como *chauffeur*. La novedad, ahora, es... el accidente de automóvil, producido mecánicamente: se ve saltar á los dos muñecos que ocupan el coche, describir una curva en el aire con sus cuerpos, caer á dos ó tres metros de distancia... y quedarse, naturalmente, tan tranquilos. En esto difiere el juego de la realidad, pero ¿quién sabe si llegará á inventarse algún monigote que lleve requesón en la mollera y almagre en una vejiga de cerdo, colocada en el esternón, y que, al ser proyectado lejos del coche que ocupa, procure la ilusión perfecta del «accidente» con sus consecuencias más espeluznantes?

* * *

No sería justo olvidar los juguetes de Madrid, ni bonitos, ni ricos, ni delicados, pero entretenidos y tan baratos como los japoneses. Cada día aparece en la acera del Ministerio de la Gobernación una invención nueva, efímera, oportuna. La vocean los chicos vendedores, y lleva el sello de la actualidad; es una nota del momento presente, picaresca, burlesca, política; un tributo al capricho de la multitud. En la acera de Gobernación he visto expender á *Mac Kinley borracho perdido* y á Sagasta con el peroné roto. El juguete se convierte así en apéndice de la prensa satírica, y corea y comenta sus desplantes. Nadie habrá olvidado, por ejemplo, á pesar de que estos juguetes viven poco más que las mariposas, al famoso *don Nicanor tocando el tambor*. ¿Qué les queda en el bolsillo á los que fabrican tales juguetes de á *perro chico* y *perro gordo*? No lo entiendo; porque ha de ganar el que los hace y ha de ganar el que los vende, y con el precio parece que no alcanza para bramantes, cartón, madera y pinturas, aparte de la mano de obra. La humilde industria da sin embargo pan y techo á centenares de obreros, que á veces trabajan por su cuenta, y preparan de noche, á la hermosa luz del quinqué de petróleo, lo que ha de salir á vender á la del sol alegre, por la mañana, cuando sale á paseo ó á la escuela la chiquillería... Hay todavía otra clase de juguetes sin ingenio, humildes copias de lo real, y también de inverosímil baratura: sartenes y cazos, trébedes y parrillas, tinajas para el agua, planchas, mesas de cocina, sillas de paja, balanzas, platos, fuentes, ollas, besugueras, armarios de luna, sofás, fuelles, tenazas..., en suma, muebles y enseres, ejecutados con curiosa precisión, con la nimiedad japonesa, aunque sin la finura y delicadeza de mano que caracteriza á los artistas nipones.

* * *

Y ahí vienen acercándose, pisando quedito sobre la nieve cuyos copos pronto mullirán el aire, los Santos Reyes de luenga barba y rozagantes mantos, orlados de armiño, trayendo, en las alforjas de sus dromedarios, los juguetes de los diversos pueblos, de las diferentes razas, de los climas y regiones varios del universo, para echarlos sobre las cunas y en los zapatos expuestos bajo las campanas de las chimeneas. Ahí vienen, bondadosos como abuelos, previsores como madres, portadores de tanta golosina y tanta chuchería, riéndose dulcemente de la risa y del contento que van á causar.

Correrán años y aportará la existencia, entre sus múltiples males, algunos bienes, algunas venturas de las que poéticamente suelen compararse á las dichas del Edén; pero nunca el niño, ya hombre, sentirá un goce más completo, más ilimitado, más vehemente que el del despertar asido al juguete que le ofrecieron los Santos Reyes y que le da, en cartón y papel, hojalata y cinc, su ensueño materializado y realizado. La mujer le hará echar de menos la valsadora mecánica; las batallas de la realidad le harán sentir nostalgia de los cañones de plomo y los fusiles de madera barnizada... Y las casitas de muñecas, tan cucas, tan bien surtidas de todo lo indispensable, tan limpias, tan en orden, tan calladas, tan confortables y discretas, contrastarán quizás con la suya, llena de ruido y de polvo, de chillidos y canturreos, de discusiones y escaceses...

Emilia Pardo Bazán.

PENSAMIENTOS

Todo menoscabo de la veracidad indica las más de las veces un vicio secreto ó alguna intención culpable que sería vergonzoso confesar. De aquí la atracción especial que la sinceridad ejerce, porque reune hasta cierto punto los atractivos de las demás cualidades morales cuya existencia atestigua.

Dugald Stewart.

El destino de muchos hombres depende de haber habido ó no en casa de sus padres una biblioteca.

Edmundo de Amicis.

Un bien presente puede ser causa de un mal en lo porvenir y un mal puede ser causa de un gran bien.

Diderot.

El fundamento de toda prosperidad doméstica y el eje de todas las comodidades del hogar es la mujer.

Smiles.

No es el cargo el que honra al hombre, sino el hombre quien honra el cargo.

Epaminondas.

El acento y el carácter del país en donde se ha nacido subsisten en la inteligencia y en el corazón lo mismo que en el lenguaje.

Larochefoucauld.

La ciencia de los proyectos consiste en prevenir las dificultades de su ejecución.

Vauvenargues.

La amistad del hombre es á menudo un apoyo; la de la mujer es siempre un consuelo.

Rochpedre.



LA VIEJA DEL TÍO VIVO

(A la Srta. D.ª Gloria de las Bárcenas y Tomás)

A los oblicuos rayos de un radiante sol de otoño, ya próximo á su ocaso, el real de la feria, acampado en la extensa plaza, rebosaba bullicio y alegría.

Mi sobrina Gloria, una encantadora niña de once años, que á la sazón se educaba en el colegio de las Ursulinas de P***, aprovechando, con la satisfacción que es de suponer, su salida mensual, me acompañaba aquella tarde.

Entre la baraúnda de abigarradas instalaciones en que se vendían ó rifaban golosinas y baratijas, de improvisados barracones donde se exhibían bestias feroces, cinematógrafos, sonámbulas, fenómenos y otras curiosidades; de teatrillos y circos de quita y pon, en los cuales lucían sus habilidades embaucadores y saltimbanquis, llamaba con justicia la atención un magnífico tío vivo, movido por una máquina de vapor, cuya potente fuerza hacía girar vertiginosamente una numerosa y bien ideada combinación de góndolas, leones y caballos de madera, de tamaño natural, cuyo ingenioso y rápido movimiento era delicia y regocijo, no sólo de todos los niños de ambos sexos, sino de no pocos inocentes y aturdidas jovenzuelas, que, á diez céntimos la sesión, en los mismos se montaban.

Atraídos tanto por lo vistoso y colosal del aparato cuanto por la música que lo animaba, nos aproximamos con la intención, como así lo verificó, de dar mi sobrina en él algunas vueltas.

Y como luego nos detuviésemos un rato á ver funcionar el gigantesco tío vivo y á disfrutar de la algazara de la gente menuda que en él se recreaba, muy pronto hubo de llamar nuestra atención una señora vieja, de unos sesenta años de edad, que, sonriente y animada como una chiquilla, con postura de amazona y notorio detrimento de su respetabilidad, briosamente montada en un arrogante caballo de madera, daba vueltas y más vueltas.

Aquella vieja... no la olvidaré jamás y aun me parece estarla viendo: tenía la tez pálida y rugosa; los ojos, grises, muy vivos y pequeños; el pelo, de un rubio canoso, revuelto y abundante; las manos, largas y huesosas; el talle, si bien ya un poco encorvado, esbelto todavía, y emanaba de toda su persona cierto aire de distinción y de bondad, que la hacía simpática y atractiva. Había que verla con el cuerpo inclinado sobre el caballo, cual si quisiera infundirle bríos; con la sonrisa infantil en los labios, flotante el negro velillo del sombrero y en los relampagueantes ojos la chispa del placer y la inocencia.

—¡Es una niña, una niña vieja!, exclamó, alborozada, mi sobrina.

—O una vieja niña, agregué yo, pues ambas cosas se me figuraba.

De cuando en cuando la música cesaba bruscamente; el tío vivo detenía su giro vertiginoso, y los niños y jovenzuelas, terminada la sesión, abandonaban sus góndolas, caballos y leones para ceder el puesto á otros nuevos navegantes y jinetes de su misma dichosa edad. Sólo la vieja, sin cambiar de postura ni expresión, sin que pareciese haber advertido el paro, semejante á un moderno centauro femenino, seguía dando vueltas y más vueltas.

Admirados y atraídos por su tenacidad, ignoro cuánto tiempo habríamos estado contemplándola, si la buenaza de mi sobrina no me hubiese hecho observar que la hora de volver á su colegio comenzaba á aproximarse.

—Tienes razón, acabemos de ver la feria.

Recorrimos, en todas direcciones, la extensa y bulliciosa plaza; escuchamos á los saltimbanquis, embaucadores y dueños de fenómenos, cuya pintoresca oratoria y grotescos ademanes no se cansaban de sugestionar al público; vimos hipnotizar á una sonámbula; involuntariamente nos estremecimos al oir el rugido de las fieras; pasamos de prisa y sin mirar junto á un tablado sobre el cual, armando un zipizape de los infiernos y al fragor de destemplados instrumentos, varias parejas de payasos y bacantes se entregaban á un desenfrenado baileteo; nos detuvimos ante algunas barracas, leyendo sus cartelones y comprando diversas chucherías, y ya íbamos á retirarnos, cuando le ocurrió decir á mi sobrina:

—Volvamos al tío vivo, á ver si aún está la vieja.

Con efecto, montada en el mismo caballo, guardando igual actitud y conservando idéntica expresión, tal como la habíamos dejado, allí la encontramos dando vueltas.

Media hora más tarde, al ser recibida por aquellas francesas monjas, me dijo la niña en español.

—El jueves, cuando vengas á verme ya me dirás si continúa dando vueltas *la vieja del tío vivo.*

* * *

A la tarde siguiente, como el real de la feria se hallase establecido en las inmediaciones de la *pensión* inglesa donde me hospedaba, volví á pasar por allá, y al acercarme al tío vivo, lo primero que vi resaltando sobre la rueda de jovenzuelas y de niños, fué á la vieja señora, cual si para ella no pasaran noches ni días, montada en el mismo caballo y dando en él las mismas vueltas.

Picada mi curiosidad, volví aquella noche después de comer. Comíamos á las siete y aún era temprano. El tío vivo, cubierto con una inmensa funda de lona, estaba á obscuras y desierto; pero junto á él, completamente sola, arrebujada en su amplio chal, echado al rostro el negro velillo del sombrero, nerviosa la actitud, impaciente la mirada, veíase á la vieja aguardando que encendieran las lámparas y reanudaran las sesiones. No bien esto se hubo verificado, con la agilidad de una niña lanzóse la primera sobre su caballo y comenzó á dar vueltas y más vueltas...

Aquella extraña vieja había llegado á ser para mí una verdadera obsesión. Nadie, si así se considera, habrá de admirarse, pues, de que volviese yo á la otra tarde á acercarme al tío vivo, y me la encontrase, como de costumbre, dando sobre el mismo caballo de madera las vueltas consabidas. Esta vez, una circunstancia inesperada vino á convertir mi curiosidad en interés. No lejos del aparato, un nutrido grupo de concurrentes á la feria rodeaba á un caballero, ya entrado en años y de porte distinguido, que hablaba con una señora poco más ó menos de su misma edad y apariencia. Uníme al grupo, casualmente cuando el caballero, nervioso y procurando dominar su excitación, profería estas palabras.

—¿Y qué quiere usted que yo le haga? Inútil es contrariarla y peor sería aún arrebatarle ese consuelo

—Sin embargo...

—Mi hermana, no lo ignora usted, fué, allá en sus verdes años, una amazona empedernida. Desde que, más tarde, paseando con ella una mañana, se desbocó el potro de su hija, á la cual enseñaba á montar, y fué ésta á estrellarse contra la tapia de un cercado, se obscureció su entendimiento y no ha hecho cosa buena. Faltos de valor para notificarle el horroroso estado en que encontramos á la desgraciada niña, y aprovechando la circunstancia de haberla ella perdido de vista en la carrera, engañamos á la madre con la piadosa mentira de que su hija, con el escaso seso de sus cortos años, había corrido en pos de cierto doncel que la enamoraba, y que, tarde ó temprano, volvería al hogar materno. Perturbóse su razón, al ver que no volvía, y desde algún tiempo acá, no puede ver un caballo, aunque sea de madera, sin que la acometa la monomanía de montar en él para volar en busca de la hija que perdió. Su locura es no sólo inofensiva, sino hasta consoladora, y por eso la dejo en ella. Todos los días vengo á la feria ó mando, si no puedo venir, alguien que á hurtadillas cuide de mi pobre hermana, y pago el gasto ocasionado por su inocente distracción. Eso es todo, eso es lo único que, viuda ella, creo poder hacer en su favor.

—¡Pobre señora! ¡Pobre señora!, dijeron los del grupo al dispersarse.

—¡Pobre señora!, dije yo también, viendo ya descifrado el curioso enigma de la infortunada vieja.

* * *

La feria de P***, una importante y concurrida ciudad francesa, dura casi todo el mes de noviembre y parte de diciembre, hasta que el frío y las lluvias ahuyentan á los feriantes. A las once de una ya cruda noche de este último mes, al retirarme, acerté á pasar por el real, y un sentimiento no ya de curiosidad, sino de piadosa conmiseración, me impulsó á acercarme al tío vivo. Este había cesado de rodar, las lámparas estaban apagadas, los concurrentes á la feria se retiraban á sus hogares, el silencio y la obscuridad comenzaban á enseñorearse de la extensa plaza, y no obstante todo ello, gallardamente montada á mujeriegas sobre su caballo de madera, aún se veía á la pobre vieja esperando, al parecer, un nuevo impulso de la máquina.

—¡Eh, señora, señora, se va á cubrir el aparato!, gritó una voz entre las sombras.

La interpelada no contestaba ni se movía.

Algunos concurrentes rezagados, entre ellos el distinguido caballero de la otra tarde, se lanzaron hacia la amazona, y yo hice otro tanto.

La infeliz tenía las manos heladas; la tez, lívida; los ojos, fijos y vidriosos; el cuerpo, inmóvil y rígido. Una sonrisa angelical entreabría sus descoloridos labios y una expresión de suprema felicidad animaba todavía sus facciones.

¡Al fin había encontrado á su hija!

JUAN TOMÁS SALVANY.

(Dibujo de Triadó.)

EL PINTOR BELGA EDMUNDO VAN HOVE

Es innegable la influencia que ejerce el medio en que se vive: sugiriéndonos esta afirmación el simple examen de las obras del artista belga Edmundo Van Hove. Las condiciones especialísimas de los naturales de aquel país, que se han traducido en sus artes, y la alta significación de la escuela flamenca, reflejanse en las producciones de aquel artista. Tal vez, sin darse de ello cuenta, inclinóse Van Hove, allá en los comienzos de su carrera artística, hacia todo lo que informaba el espíritu, la tendencia de su pueblo y de su raza, sin poseer todavía la educación artística ni conocer las obras capitales de aquellos célebres pintores que tanto enaltecieron el arte flamenco.

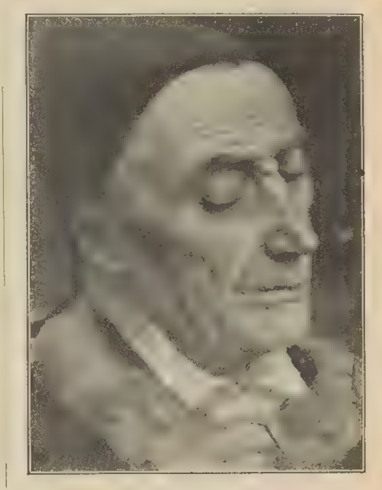
El pintor belga Edmundo Van Hove en su taller

Y así lo decimos, porque al trocar en sus juveniles años sus trabajos de decorador, á que equivocadamente le condujeran los consejos de sus mayores, por otras interpretaciones artísticas más en armonía con su carácter y sus inclinaciones, ya demostró que se hallaba saturado de ese sentimiento, de esa finalidad que caracteriza el arte privilegiado de aquel país.

Cierto es que Brujas, la ciudad en donde nació en 1857, constituía el medio que tanta influencia había de ejercer en el artista. Ese sentimiento medioeval, religioso ó profano, que todavía pregonan sus templos y sus edificios públicos, ese ambiente imperecedero de los tiempos góticos, tan grande y tan potente que inspiró á los Van Eyck y los Memling y que produjo aquella admirable escuela, en cuyo clarísimo celaje brillan como astros de primera magnitud Cristus, Mostaert, Maes, Van Oost, Glaeissens, Gerard David y otros más, había de impregnar el espíritu del pintor á que nos referimos de esas tendencias y conceptos que se manifiestan en la conjunción, armónica y razonada, de ese ayer que tanto admiramos con la actualidad representada por la depuración del gusto y la pulcritud del procedimiento.

Basta examinar la prodigiosa labor de Van Hove para comprobar la exactitud de nuestras aseveraciones. Véanse en el grabado de la página siguiente los tipos que evocan el recuerdo de épocas que pasaron y que representan la *Iluminadora*, el *Cincelador*, el *Geógrafo*, el *Sabio*, el *Burgomaestre*, el *Alquimista;* examínense otros muchos que se conservan en los diferentes museos públicos y en las colecciones particulares de las principales capitales de Europa, y podrá apreciarse en su justo valor el esfuerzo y la inteligencia de ese artista arqueólogo, que de modo tan admirable evoca é interpreta el recuerdo del pasado. Parece como si Van Hove con su minuciosidad de procedimiento, con su habilísima y magistral ejecución, se hubiese impuesto la misión de hacer resurgir caracteres y tipos que pasaron, que sin perder sus rasgos distintivos perdieron su rigidez é inmovilidad. De ahí que se le apellide, con notoria exactitud, el Memling moderno.

Otro aspecto ofrecen las obras de Van Hove, además de sus admirables tipos de burgueses, artífices, sabios y matronas, tan reposados y graves, tan bellos como interesantes, representados con sus trajes y útiles de trabajo ó con sus galas domingueras, reproducidos con minuciosa exactitud, cual es el de sus cuadros religiosos. Véanse sus representaciones de la augusta madre de Jesús, y se apreciará sin esfuerzo alguno el empeño del artista, que retrotrae el goticismo pictórico, despojado de su rígida frialdad y embellecido con los recursos de la escuela en que milita. Como en las obras de Memling, obsérvase la cuidadosa representación de los más nimios pormenores, igual respeto en la forma de expresión, en la concienzuda manera de ejecutar, pero con exclusión absoluta de cuanto pueda incurrir en lo vulgar. Por eso no representa sus Vírgenes en un pobre establo, ni reposando en un suntuoso trono. Halla un medio más humano y más característico, que revela el alma de su país, cual es la vivienda burguesa, que sintetiza ese hogar sagrado que dignifica el pueblo flamenco, modesto y confortable, por cuyas entreabiertas ventanas penetran el aroma de sus encantadoras flores y la luz que anima y vivifica.



Un sabio, cuadro de Edmundo Van Hove

La Virgen madre se destaca, pues, en ese interior religioso profano, embellecido con las líneas de una arquitectura indígena, en medio de ese ambiente simpático, poetizando el más sublime de los amores, bella en su doble aspecto, intensamente humano, con la misma hermosa expresión de una joven madre flamenca, resultando una mezcla de naturalismo y de poética concepción.



Comentarios, cuadro de Edmundo Van Hove

Difícil sería enumerar los triunfos que ha obtenido Van Hove en el transcurso de su carrera artística. Bastará consignar que sus obras figuran en la mayor parte de los museos de Europa y que ha obtenido las primeras recompensas en cuantas exposiciones ha tomado parte. Entendemos que su labor es altamente patriótica y digna de encomio. Por este motivo no hemos titubeado en dar á conocer su personalidad, tributándole el homenaje á que tiene derecho por sus indiscutibles méritos, que enaltecen á su país y contribuyen á la glorificación de la escuela que ha formado tan preclaros artistas.—A. García Llansó.



CUADROS DEL PINTOR BELGA EDMUNDO VAN HOVE



A TRAVÉS DE LOS MUSEOS DE EUROPA

MURILLO

Nuestro gran pintor sevillano, de quien dice un crítico francés que en tierno misticismo no ha sido sobrepujado en ninguna otra escuela, y que es el pintor sobre toda excelencia del Niño Divino y de las Inmaculadas Concepciones, cuenta en el extranjero varias obras notabilísimas, algunas de ellas casi desconocidas de los españoles.

En el reciente viaje que á través de Europa he realizado pude admirar una vez más algunas de esas obras y conocer otras de las cuales no tenía yo memoria, y que no mencionan (por lo menos yo no lo recuerdo) ni Cean, ni Viardot, ni ninguno de los biógrafos de Murillo que he leído. El malogrado crítico Luis Alfonso, en su libro sobre el pintor de las *Concepciones*, á pesar de la labor de rebusca que realizó para completar la lista de los trabajos de su egregio biografiado, dejó en el tintero algunos de importancia. Sin embargo, es preciso confesar que con ser Goya casi contemporáneo nuestro, bastantes retratos y cuadros (cierto que no de gran tamaño) que de su paleta surgieron yacen olvidados ó perdidos. En este particular, Murillo ha sido más afortunado; y aun cuando palidezca un poco su gloriosísima aureola ante la admiración que hoy se le dispensa á Velázquez y al hijo de Fuendetodos y la que comienza á despertar el extraño nombre del *Greco*, el entusiasmo que por Murillo existe en el extranjero es tan grande como legítimo.

La *National Gallery* de Londres cuenta cinco lienzos del inmortal sevillano; en dichos lienzos se revelan con claridad pasmosa las dos condiciones principalísimas de la personalidad artística de Murillo: el realismo de la forma y de la factura, y el ensueño, la visión de lo sobrenatural. Nada más realista, más lleno de vida, más firme de dibujo y de toque que aquel muchacho que bebe en una escudilla de barro y que señala el catálogo con el título de *A boy Drinking;* nada más delicado, más bello, más encantador, más cándido, que el lienzo *San Juan niño con la oveja,* motivo querido del pintor, pues con variantes de mayor ó menor importancia lo repitió varias veces. Aquel *St. John and the Lamb* es una maravilla de realidad y de sentimiento; realmente, esta es la joya que la *National Gallery* posee de Murillo. Los otros lienzos, alguno de ellos como la *Natividad de la Virgen*, pertenecen—por lo menos éste, seguramente—á la época en que habiendo regresado el artista á su ciudad natal, después de haber copiado y admirado en Madrid á los venecianos y á los flamencos Rubens y Van Dyk, á Ribera y á su amigo y protector Velázquez, no había encontrado todavía y de un modo definitivo su manera personal. Los restantes cuadros son una *Sagrada familia* y un tipo de muchacho campesino, bella y firmemente ejecutado.



La Virgen y el Niño Jesús, cuadro de Murillo.

Hermoso, lleno de vida, altamente místico, es el cuadro, de gran tamaño, que de nuestro pintor guarda el magnífico Museo de Dresde. Cierto que también en este lienzo la personalidad de Murillo, en cuanto al color y al claroscuro, no se acusa limpia de la influencia que sobre él ejercieran los maestros arriba citados. Pertenece *La muerte de Santa Clara*, que este es el cuadro á que me vengo refiriendo, á la época misma en que pintó la *Natividad de la Virgen* del museo londinense; pero ya más cercana al momento de la completa liberación del genio del artista. La unidad en el color, la franqueza en el toque, la suave armonía en el ambiente de la parte que ocupa el cuerpo de la santa, acusan ya las condiciones que más caracterizaron la manera del insigne sevillano. La galería de la capital de Sajonia tiene este cuadro por una de las grandes obras maestras de que se enorgullece, y con justicia.

Pintó Murillo *La muerte de Santa Clara* juntamente con otros diez lienzos más para el claustro pequeño de los Franciscanos de Sevilla. Del claustro pasó á manos extranjeras; de éstas á poder del coleccionista Aguado, quien se lo cedió al marqués de Salamanca; de la galería del célebre banquero fué á parar á la real de Dresde. La galería de Salamanca proporcionó á los museos de Europa un regular contingente de lienzos de Morales, de Murillo, de Zurbarán, de Ribera y de Cano; muchos amantes del arte lo deploraron; yo creo que las obras de los inmortales pertenecen á todo el mundo.

Sin embargo, una obra capital del autor de *Santa Isabel de Hungría curando á los leprosos* existe en el extranjero, que con otros dos lienzos como el titulado *La cocina de la Virgen,* no costaron ni un céntimo á sus actuales poseedores. La famosa *Concepción* del Museo del Louvre, que es la obra capital á que aludo—y no digo *capital* porque crea que es la más hermosa producción de Murillo, sino por ser una de ellas—pasó del templo para el que fuera pintado al bagaje del ejército francés que operaba en Andalucía en 1809; y de poder del mariscal Soutt, al Louvre. Bien está allí, así como el niño mendigo conocido por *El piojoso* y *La cocina de la Virgen* y *La Sagrada familia,* muy poco parecida en composición y en ejecución á la de la Galería Nacional de Londres, y el bellísimo medio punto *El nacimiento de la Virgen,* pinturas casi todas de la gran época de Murillo. Bien están allí, así como en Munich y en el *Ermitage* en San Petersburgo, varios de aquellos realísimos tipos calle-

jeros, de muchachos en su mayoría, que el famoso artista estudiaba y retrataba en su primera época de pintor. Al penetrar el visitante en las salas donde esas joyas se custodian, advierte y aprecia desde el primer instante toda la originalidad, toda la personalidad de un maestro que no tiene parecido con ninguno, siendo colorista como los flamencos y los venecianos, realista como Zurbarán ó Ribera, evocador de las místicas y dulcísimas figuras que pueblan el Paraíso celestial, como el Angélico, y el único que, con Dante, vió la luz cegadora del Empíreo.

A la época en que Murillo pintaba sus famosos lienzos *La visión de San Bernardo* y *San Ildefonso recibiendo la casulla milagrosa* pertenece el cuadro que figura en la sala de *Apolo* de la famosa galería Pitti de Florencia y que se reproduce en la página 782. Por rara excepción, que yo creo singular, en esta obra de un realismo inmenso y de una dulzura espiritual no menos grande, Murillo eliminó aquellos grupos de angelotes, de *puttini*, que dicen los italianos, que parecen descender del cielo envueltos en áureas nubes, juguetones como corderillos, blandos y rosados, y que forman el obligado y único coro y la única corte que canta alabanzas y acompaña en su vuelo á través de las nubes á la *Concepción*, preside el nacimiento de la Virgen y rodea al Santo de Padua.

Parece este cuadro de la galería Pitti un himno á la maternidad, á la juventud y á la infancia; parece y es un himno entonado en honor de la vida, del santo amor de la madre. Todo en este lienzo es real; ni un detalle tan sólo existe que pueda filiársele como imaginario, como idealizado. Desde las figuras hasta el fondo, de una simplicidad soberana, la verdad tangible lo señorea enteramente. Es una obra donde Murillo, realista antes que místico (yo nunca he considerado al gran pintor como místico, en el sentido que la crítica entiende esta palabra), revela al mismo tiempo que su temperamento, la característica del genio nacional. Si es altamente espiritual la emoción que el lienzo de la galería Pitti produce, débese á la delicadeza del sentimiento expresado por Murillo de modo tan soberano.

Frente á este cuadro hay otro en la misma sala y también debido al pincel del gran maestro andaluz, que yo he contemplado siempre con verdadero arrobamiento. Representa la *Virgen del Rosario*, y la cabeza de la Virgen bien vale lo que la de la famosa *Assunta* que de Ticiano se admira en la galería de la *Accademia de Belle Art* de Venecia. Lucas Giordano quiso emular el lienzo de nuestro compatriota pintando otra gran tela con la misma ó parecida composición; mas faltóle al gran decorador, al insigne maestro, que no por haber sido en muchas ocasiones amanerado y escaso de sentimiento, dejó por eso de producir obras geniales, faltóle, repito, la firmeza de dibujo, la solidez de color y la poética intuición de la alianza de lo real con lo ideal, que como Lefort advierte atinadamente, hace á Murillo único en su expresión y manera. La obra de Giordano pasó de Florencia á Nápoles, y hoy se le mira en el Museo Nacional de la bella ciudad del Tirreno.

***

Una confesión dolorosísima para mí voy á hacer, y que sin embargo hago porque me obliga á ello mi sinceridad. Conozco casi todos los museos de Europa y algunos del Norte de América, y claro está que he visto todo ó casi todo cuanto de Murillo existe desperdigado por las galerías de arte extranjeras. Conozco hasta sabérmelos de memoria todos los cuadros que del excelso pintor existían en la Academia de Bellas Artes, en poder de muchos particulares y los que de antiguo contiene el Museo del Prado; pero no conozco el Museo de Sevilla, donde juntamente con otros lienzos se halla el que representa la fotografía de la página anterior. Con vergüenza lo confieso: esa joya, que á juzgar por la reproducción debe ser un encanto de color y una maravilla de dibujo, de realidad y de vida, no la he visto, como no he visto lo que de Murillo existe en la ciudad del Guadalquivir, ni el *Descendimiento* del Campaña, que admiraba tanto el pintor de las *Concepciones*, ni los cuadros de Herrera el *Viejo*, pintor que me enamora, ni nada, en fin, de cuanto existe en Sevilla..., por la razón de que nunca me detuve en la Florencia española. Y realmente, hablar á los lectores de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA de los cuadros de Murillo que hay fuera de España y no conocer los que existen en la ciudad natal del pintor, es un colmo. Cierto que, aun cuando yo no conociese más que *La revelación del sueño del Patricio*, *El sueño del Patricio*, las *Concepciones* del Museo del Prado, *Santo Tomás de Villanueva*, *La visión de San Bernardo* y por último el estupendo lienzo *Santa Isabel de Hungría*, ya podía darme por enterado; felizmente conozco algo más de Murillo que ni sus propios paisanos, salvo rara excepción, conocen; varios retratos pintados por el gran pintor, y que en nada ceden á los más preciados de Rembrandt y Velázquez. Nueve icónicas que guardan como oro en paño las colecciones londinenses Wéllington, Speuer y Haupter, y que rebasan en tercio y quinto el retrato que del Padre Cavanilles posee el tantas veces citado Museo del Prado.

R. BALSA DE LA VEGA.



Beethoven, busto en bronce de Naum Aronson
(Reproducción autorizada por el Sr. Casper, de Berlín.)

LA ISLA DE LOS ALBATROS

Perdida en medio del Océano Pacífico, á 1.600 kilómetros de Honolulu, la isla de Laysán es un verdadero paraíso para las aves marinas, pues raras veces la visita el hombre; en cambio, hay en ella innumerables colonias de albatros.

Hasta hace pocos años, vivían éstos felices en dicha isla; pero desde que se formó una compañía inglesa para la explotación del guano acumulado en aquella roca desierta, cesó la tranquilidad para las pobres aves. Los agentes de la Sociedad se apoderan periódicamente de la mayor parte de los huevos, que son transportados á Honolulu, cuyos indígenas los aprecian como verdaderas golosinas.

Los albatros se alimentan exclusivamente de pequeños crustáceos, de moluscos marinos y de medusas, pues no son bastante ágiles para apoderarse de los peces.

Los navegantes se aprovechan de la voracidad de los albatros para apoderarse de ellos. Desde una embarcación que no ha de andar más que cuatro ó cinco nudos, sueltan una cuerda larga y fuerte, á cuyo extremo fijan un anzuelo cebado con un trozo de tocino salado y crudo. Cuando el albatros se ha tragado el anzuelo, sus compañeros le rodean gritando desaforadamente; para matarlo es preciso clavarle una aguja en la cabeza ó darle un fuerte bastonazo en la nuca.



Tarde de primavera, cuadro de Arnoldo Boecklin

La carne del albatros es oleosa y despide un olor desagradable, los mismos insulares oceánicos no pueden comerla sino después de haberla puesto veinticuatro horas en agua de mar y otras veinticuatro á la acción del viento.

Los albatros se reproducen en los meses de noviembre y diciembre; su nido consiste en una simple excavación practicada en el suelo y cubierta á veces con trozos de caña ó con hierbas secas. Cada hembra no pone más que un huevo; éste es blanco, mide 13 centímetros y pesa 860 gramos por término medio. Los polluelos nacen en enero y sus padres no los cuidan mucho tiempo, ya que en marzo ó abril emprenden una excursión marina que dura hasta octubre. A su regreso, las parejas, después de haber acariciado á sus crías, las obligan á abandonar el nido, lo que aquéllas no efectúan sino á la fuerza, después de haber regalado á sus padres muchos picotazos, lo que no es óbice para que, á la expedición siguiente, los acompañe en su travesía del Océano.—S. B.



UNA BODA EN LA ANTIGUA ROMA, COPIA DEL



...BRADO CUADRO DE G. MUZZIOLI, GRABADO POR RICARDO BONG

MATIAS BATTISTINI

Presentábase ese artista ante el público barcelonés precedido de gran fama, conquistada en los primeros teatros del mundo, y desde que cantó las primeras frases de *María di Rohan*, pudo verse que no eran exagerados los juicios eminentemente laudatorios que acerca de él se conocían. Entre sus antecesores en el desempeño del papel de duque de Chevreuse, la tradición había consagrado en Barcelona los nombres de Ronconi, que, en 1846, estrenó la ópera de Donizetti en el Teatro de Santa Cruz, hoy Principal, y de Pandolfini que la cantó muy posteriormente; con su recuerdo había de luchar el Sr. Battistini, y sin embargo el triunfo de éste ha sido completo y tanto más meritorio cuanto que el gusto del público ha sufrido en unos pocos años un cambio radical, predominando hoy aquí, como en todas partes, tendencias poco propicias al género á que *María di Rohan* pertenece.

Cuantas cualidades pueden exigirse á un artista de ópera reúnelas en grado eminente el barítono Sr. Battistini: posee una voz hermosa, y canta como consumado maestro, interpreta el personaje como actor excelente, posee una figura arrogante y viste con tanto lujo y elegancia como propiedad. En la romanza del primer acto, en el dúo con el tenor, del segundo, y en la romanza y sobre todo en el dúo con la tiple, del tercero, rayó á gran altura, arrebatando al público que llenaba el gran teatro del Liceo y que le tributó una serie de ovaciones entusiastas.

LA MEDALLA DE PREMIO
DE LA
Exposición internacional de Milán

Esa medalla, obra del joven escultor italiano Castiglioni, premiada en un concurso, ha merecido muchos elogios, no sólo por su perfección artística, sino también porque sintetiza muy acertadamente el carácter de la exposición recientemente celebrada en Milán. En el anverso, hay la figura de la Ciencia, con la mano izquierda apoyada en un libro y en actitud de besar en la frente á un hombre que simboliza el Trabajo y que empuña un martillo; en una pequeña cartela se lee el siguiente lema: *Labor Scientiæ auxilio gloriam consequitur*. En el reverso, en ligero relieve, se ve la fachada de ingreso principal en el recinto de la exposición, sobre la cual extiende sus hojas una rama de laurel; en el exergo, en tres líneas, *Exposizione, Internazionale – Milano* 1906.



Barcelona. — El eminente barítono Matías Battistini, que actualmente canta con éxito extraordinario en el Gran Teatro del Liceo. (De fotografía.)

MISCELÁNEA

Bellas Artes.—Trento. – El retrato del cardenal Madruzzo, pintado por Tiziano, que era propiedad del barón Salvadori, ha sido adquirido recientemente por un norteamericano que ha pagado por él 200.000 liras.

Barcelona. – *Salón Parés.* – Han expuesto recientemente: Ivo Pascual, varios paisajes hondamente sentidos, entre los que sobresalen los titulados *Mont-Sant*, por su grandiosidad, y *Ermita y Arbre florit*, por su poesía; Juan Baixas, una numerosa colección de paisajes y figuras, al óleo y á la acuarela, muy bien ejecutados; Melchor Domenge, algunos paisajes bien observados y muy justos de color; y la Srta. Malagarriga, una bien trazada figura de hombre.

Nuremberg. – El conde Emich de Leiningen-Westerburg, fallecido hace poco en Munich, ha legado al Museo Germánico de Nuremberg su colección de *ex-libris*, compuesta de más de 20.000 ejemplares, que alcanza hasta el año 1720 y que se considera como la más importante de Europa.

Berlín. – El gabinete numismático del Museo de Berlín ha comprado por 757.500 marcos (946.875 pesetas) el famoso monetario de Arturo Loebbeck, de Brunswic, que consta de 27.904 piezas, de ellas 341 de oro y 8.444 de plata, y contiene numerosas series de las más raras y preciosas monedas antiguas, especialmente griegas.

Espectáculos. — Barcelona. – Se han estrenado con buen éxito: en el Principal *Perot lladre*, obra de Apeles Mestres, música de Sadurní y decorado de Castells; y en Romea, *Jordi Erin*, cuadro en un acto y en verso de José Burgas, y *Les enguníes del repós*, comedia en tres actos de José Morató.

El Liceo ha inaugurado la temporada con la ópera de Saint-Saens, *Sansone e Dalila*, en la que alcanzaron grandes aplausos la tiple Sra. Verger y el tenor Sr. Biel. Además se han puesto en escena *Maria di Rohan*, en cuyo desempeño ha sobresalido el eminente barítono Sr. Battistini, y *Gli Ugonotti*, en la que han sido muy aplaudidos la Sra. de Lerma y el señor Cortica. Muchos aplausos han logrado también los directores de orquesta Nini-Belluci y Golisciani.

París. – Se han estrenado con buen éxito: en Cluny, *Le major Ipeca*, comedia en tres actos de Monezy-Eon y Joullot; y en los Bouffes Parisiens, *Le cœur de Sylvie*, comedia en tres actos de Gabriel Nigond.

BEETHOVEN, busto en bronce de Naum Aronson

(Véase el grabado de la pág. 783)

El autor de esa obra, joven artista ruso, dió á conocer desde muy niño sus aficiones y sus aptitudes para el arte escultórico; en efecto, á la edad de catorce años hizo una reproducción en yeso de su aldea natal, Kreslava, situada en el Norte de Rusia. Seis años después, fuése á París y entró á estudiar en la Escuela de Artes Decorativas; pero á pesar de haber ganado en ella tres primeros premios, pronto se cansó de la sujeción escolar y prefirió completar su educación artística estudiando solo las obras maestras de la antigüedad y del Renacimiento

Poco después hubo de regresar á su patria para cumplir los dos años de servicio militar; transcurridos éstos, volvió á la capital de Francia, en donde, agotados sus recursos, hubo de trabajar en algunos talleres para ganarse míseramente la subsistencia. Un día, cuando más apurado se hallaba, recibió un encargo de 2.000 francos y aquel fué el punto de partida de su fortuna y de su reputación.

La primera obra que expuso en el Salón, *El beso de la muerte*, llamó la atención en alto grado, y al año siguiente fué elegido socio de la Sociedad Nacional de Bellas Artes.

De lo que vale Naum Aronson puede formarse concepto por el boceto de Beethoven que en la página 783 reproducimos y por el de *Vieja silesiana* que publicamos en el número 1.294 Ambas obras demuestran un temperamento firme y vigoroso, de esos que no se satisfacen con el culto á la forma, sino que van más adentro y dan á la materia inanimada la expresión de vida que sólo los grandes genios logran imprimir en ella.

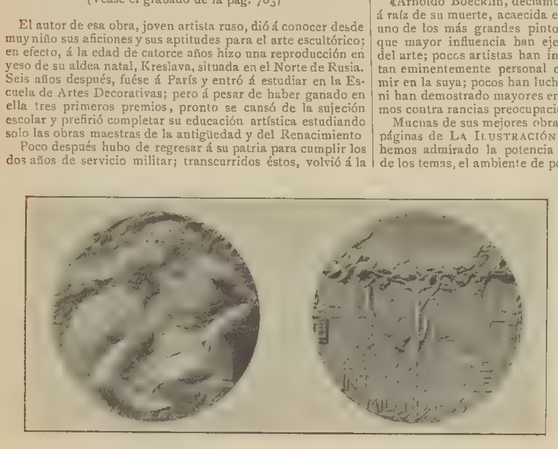
Sus bustos retratos son admirables; Tolstoy, después de haber visto terminado el suyo dijo á Aronson: «Vos sois el primero que en mí ha comprendido al pensador.»

TARDE DE PRIMAVERA, cuadro de A. Boecklin

(Véase el grabado de la página 783)

«Arnoldo Boecklin, decíamos en el artículo que insertamos á raíz de su muerte, acaecida en 16 de enero de 1901, ha sido uno de los más grandes pintores del siglo XIX y uno de los que mayor influencia han ejercido durante él en la historia del arte; pocos artistas han impreso en su época un carácter tan eminentemente personal como el que él ha sabido imprimir en la suya; pocos han luchado con más fe por sus ideales, ni han demostrado mayores energías en la defensa de los mismos contra rancias preocupaciones.»

Muchas de sus mejores obras han sido reproducidas en las páginas de La Ilustración Artística, y en todas ellas hemos admirado la potencia de concepción, la originalidad de los temas, el ambiente de poesía, y la maravillosa habilidad técnica, cualidades que observamos también en *Tarde de primavera*, una de esas escenas de faunos y ninfas á que tan aficionado se mostraba y que trataba tan magistralmente el gran pintor alemán.



Medalla de premio de la Exposición Internacional recientemente celebrada en Milán, obra de Castiglioni

Una boda en la antigua Roma, cuadro de G. Muzzioli. (Véase la lámina de las páginas 784-785.)

El notable pintor italiano G. Muzzioli evoca en ese lienzo un interesante episodio de la antigua vida romana. Lujosamente ataviada, ceñida á la cabeza la nupcial corona y envuelta en vaporoso velo, avanza la novia acompañada de su madre, precedida de algunos mancebos portadores de antorchas y seguida de un grupo de bellas danzantes. Detrás de éstas, un niño lleva la arquilla que contiene las valiosas joyas de la desposada; parientes y amigos forman la animada comitiva, y la multitud se agolpa para presenciar el alegre espectáculo. Llegado al pórtico de la casa del futuro esposo, despídese de su madre, y pisando flores entra en el nuevo hogar que ha de compartir con el hombre amado.

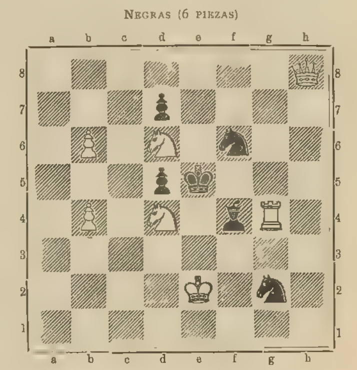
La obra de Muzzioli, por su composición, revela un profundo estudio de la época en que la acción se desarrolla, y en su ejecución se descubre la mano de un maestro. Es, en fin, *Una boda en la antigua Roma* un cuadro muy notable en su género y digno de figurar entre los más celebrados de la pintura contemporánea.

AJEDREZ

Problema núm. 446, por V. Marín.

(11.º premio del Concurso del *Kentish Mercury*.)

Negras (6 piezas)



Blancas (7 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas.

Solución al problema núm. 445, por V. Marín.

Blancas.	Negras.
1. D h 2 – f 4	1. c 7 – c 5
2. T c 3 – d 3 jaque.	2. Cualquiera.
3. P ó D mate.	

Variantes

1...... e 4 – e 3; 2. T c 3 – d 3 jaque, etc.
c 7 – c 6; 2. D f 4 – f 6, etc.
C a 8 – b 6; 2. D f 4 – f 5 jaque, etc.



Ese es mi mejor amigo, un amigo de la infancia

CORAZONES DE ORO

NOVELA ITALIANA DE SALVADOR FARINA.—ILUSTRACIONES DE CALDERE

(CONTINUACIÓN)

Desiderio quiso ser nuevamente importuno, sólo que en lugar de obstinarse en pretender que el cartón le reprodujese el rostro que tenía de continuo en el pensamiento y en el corazón, probó de reproducir en la tela y con colores un trozo del jardín por donde paseaba todas las noches.

El éxito no fué entonces mejor que antes. Su paisaje, después de haber regocijado mucho á los pillue los que se acercaban callandito al pintor y luego se marchaban gritándole una palabra sola, pero significativa, le dijo también á él mismo aquella palabra sincera: «Pintamonas.»

El maestro de dibujo no se lo hizo repetir dos veces, sino que á la primera dejó de pintar, y aquel día fué á la escuela con el susto de pensar que estafaba las pocas liras que le pagaba el municipio todos los meses para enseñar cada noche dibujo de adorno á los galopines, que quizás algún día le gritarían á coro: «¡Pintamonas!»

Fué, sin embargo, un susto pasajero, pues á fin de año el asesor municipal, en una visita que hizo á la escuela, expresó al joven maestro la satisfacción que le producían el adelanto y la disciplina de los alumnos.

¡Ah, sí! En cuanto á la disciplina, el maestro podía estar contento, pero no se vanagloriaba de ella, porque Desiderio era ante todo ingenuo y después de haberse confesado á sí mismo que aquella disciplina no le costaba el menor trabajo, habría sido capaz, muy capaz, de declarárselo así también al asesor.

—Tener á raya á mis alumnos es para mí cosa fácil, porque son buenos y me quieren; pero el mérito está en ellos, no en mí, ¿no te parece?

Esto preguntaba á Esperanza, la cual le contestaba que, por lo que pudiera ser, no se lo dijese á la gente.

Vivían alegres, pudiendo llamarse casi felices, si esta palabra tuviese un significado concreto; pero sí, eran verdaderamente felices, ya que los dos recién casados vivían soñando siempre, aunque poco; y ¿qué es la felicidad sino un sueño hermoso y discreto? ¡Cuántos habían conocido ya, enfermos de esperar, abrasados por la impaciencia, descontentos de la suerte y de sí mismos, y que continuamente parecían despertarse apenas de un sueño audaz!

Coppa, por ejemplo. ¡Ese sí que era un soñador de primera fuerza! Desde que se había ido por el mundo, huyendo del hospicio, no había hecho otra cosa que sembrar aventuras, ejerciendo cien profesiones distintas en cien países diferentes, cruzando todos los mares del orbe terráqueo, enamorándose muchas veces y no alcanzando nunca lo que quería. Aunque vivía con más abundancia de la necesaria, sentía las angustias de un acreedor que no puede recobrar su dinero.

Así lo había sabido Desiderio muchos años antes, cuando se volvieron á ver en Milán, en el teatro de Santa Radegunda; entonces Coppa era un prestidigitador famoso á quien el público entusiasmado contemplaba con la boca abierta; y entonces, como siempre, Desiderio continuaba viviendo de la disciplina de sus escolares y de la disciplina de sus propios sueños.

Porque en aquel tiempo feliz, él también soñaba. Habiendo aprendido á tocar el órgano, se le había metido en la cabeza la idea de que algún día podría ser organista de alguna iglesia para acompañar el oficio y la bendición, antes y después de la lección de dibujo, ya que tenía libre el resto de la noche y podía además disponer, como todo buen cristiano, de los domingos y demás fiestas de guardar.

Cuando Coppa le confió todas las afortunadas vicisitudes de su vida, que aún no había conseguido contentarle, y su propósito inmutable de coger á la fortuna por el moño y de obligarla á darse por vencida, el pobre Desiderio se creyó en el deber de confesar algo también.

—¿Y tú, qué deseas, qué esperas?, habíale dicho Coppa.

—Unicamente la plaza de organista de San Babilo.

Aquella plaza desempeñábala á la sazón un viejo sacerdote, bastante delicado de salud, y Desiderio temía que su propia esperanza precipitase la catástrofe de D. Joaquín.

Para tranquilizar su conciencia, no sólo tocaba en lugar del anciano cura sin percibir un céntimo, sino que además todas las noches añadía á la oración aprendida en el hospicio alguna buena palabra para que el Señor concediera larga vida al organista enfermo.

Y porque Coppa, á quien la existencia había enseñado algo más, se había reído de buen humor ante aquella confesión, Desiderio, al acostarse, dijo el Padre Eterno: «Mi corazón está abierto para Vos; si mis intenciones no son justas, corregidlas, Señor, enviadme á vuestro ángel que me ilumine.»

D. Joaquín se había hecho esperar mucho en el paraíso; pero al fin voló á él cuando menos se creía. En los funerales del viejo sacerdote, Desiderio acompañó el oficio de difuntos con la cabeza baja y el corazón oprimido, y al llegar al *De profundis clamavi* dos gruesas lágrimas cayeron entre sus dedos.

Sin embargo, el nuevo organista de San Babilo secó en seguida el teclado, y trabajó de firme con el pedal para confundir en un mismo aturdimiento al organista muerto, al organista vivo, sus cuatrocientas liras anuales y hasta la satisfacción de haber derramado algunas lágrimas.

Cuando Desiderio se sentaba delante del órgano de San Babilo, no acababa nunca; tocaba Palestrina, Marcello y Bach, y á veces, pero sólo después de la bendición en el mes de María, dejaba caer una lluvia de notas alegres que hacía levantar la cabeza á los fieles y los tenía clavados en la iglesia, mientras el sacristán apagaba los cirios del altar mayor.

Esperanza permanecía al pie de la escalera del órgano, siempre dispuesta á estrecharle la mano en silencio, y se lo llevaba de prisa fuera del templo para mostrarle su semblante iluminado por la satisfacción.

—Has tocado como se toca en el paraíso; deja que estemos en casa y verás lo que te daré.

Desiderio se sonreía algo por complacencia, pero más porque sabía lo que en casa le esperaba, un beso, dos, diez besos grandes y tiernos.

Mas no por esto se había obstinado en querer ser un organista famoso. Contento con su público de humildes mujeres que nunca se marchaban á cenar hasta que él se lo permitía; contento asimismo con sus discípulos de dibujo, había renunciado de buen grado á los desvaríos artísticos para ser simplemente un hombre dichoso.

La raya de oro pálido del pavimento había desaparecido, y retumbaba el trueno anunciando la acostumbrada tormenta de cada mañana. Desiderio, indi-

ferente á todo, alargó el brazo y su mano tropezó con la carta puesta al otro extremo de la mesita.

Los sellos y el timbre de correos dijeron el anciano que aquella carta voluminosa procedía de Buenos Aires; y la escritura del sobre le anunció que se preparase á leer las grandes empresas acometidas por Coppa durante aquellos últimos meses.

Y parecióle á Desiderio que algo ó alguien sonreía en su alma.

Arrancó lentamente el sello de lacre de manera que el sobre no se rompiese, y se puso á pensar cuánto tiempo hacía que Coppa no le daba noticia de sus hazañas. Hacía á lo menos seis meses; la última vez había escrito desde Nueva York, en uno de cuyos teatros había reanudado sus ejercicios de magia blanca y negra, después de haber vendido por poco dinero un pozo petrolífero en el Canadá, porque se había cansado de vivir en medio de los bosques de Petrolea.

Mientras esto pensaba, Desiderio había sacado del sobre y desplegado delante de sí el papel; mas cuando quiso leerlo, cayósele de las manos á las primeras palabras y se le llenaron de lágrimas los ojos, porque la carta empezaba así: «Mis buenos amigos.»

De modo que Coppa ignoraba la tristeza que había invadido aquella alma antes contenta; en verdad, nada podía saber, ya que, después de la desgracia, Desiderio se había vuelto perezoso y soñoliento y apenas despertaba de su taciturna melancolía para llenarse los oídos y la mente de las solemnes notas de Bach.

Un relámpago iluminó la sombría estancia, y en seguida resonó un trueno tremendo y largo como la ira divina y comenzó á llover con ímpetu.

Desiderió se levantó para cerrar la ventana y se entretuvo un rato contemplando, al través de los cristales, las gruesas gotas que, rebotando en el antepecho, parecían animadas de una alegría furiosa; pero no se sentía invadido por aquella furia, no gritaba, no batía palmas, como en más de una ocasión hiciera en compañía de su muerta, y sólo cuando la lluvia cayó con aquella pausada solemnidad tan adecuada á su propio sentimiento, fué á sentarse ante el viejo armonio que le repitió los acordes del *De profundis.*

Cuando cesó la lluvia y entró en la pequeña estancia un rayo de sol, Desiderio secó el silencioso teclado; ya no lloraba, ya podía escuchar lo que desde Buenos Aires decía Coppa á sus buenos amigos.

II

«Mis buenos amigos: La última vez que os escribí parecíame ser joven todavía; hoy me siento viejo, aunque desde entonces apenas hayan pasado seis meses. Hasta hace poco, creíme amo de la suerte, y después de no haber dudado ni un momento de que mi ambición se realizaría, hoy que por fin se ha realizado, tengo miedo de haber equivocado el camino. Durante toda mi vida no he aspirado más que á la riqueza; ahora soy rico y sin embargo no soy dichoso, al contrario, porque me arrepiento de haber malgastado tanta vida y tanto afán en perseguir una sombra. No obstante, diréis, te queda la satisfacción de ver logrado tu propósito; pero no, ni esto siquiera me queda, ya que no debo la riqueza á mi trabajo, á una idea mía, sino que se la debo á la fortuna ciega é imbécil que por un peso me ha puesto en el bolsillo cien mil.

»¿Queréis saber cómo ha sido esto? Pues que me ha tocado el primer premio en una lotería. Y sin embargo, mi antigua tristeza subsiste en una nueva forma. Vosotros no sabéis, mis buenos amigos, todo cuanto pueda á sí mismo confesarse un hombre de quien la fortuna se ha mofado durante largo tiempo. Importábame ser fuerte y por ende mostrarme seguro de todo lo que hacía; hoy, empero, contemplo mi vida mal empleada y me confieso con vosotros, que sois buenos y me tenéis algún cariño.

»Sí, he despilfarrado lo mejor de mis facultades. Tenía talento y ¿qué he hecho de él? Muchas cosas equivocadas y una sola conseguida, ser prestidigitador. He tenido y siento que aún tengo un poco de fuerza, he sido amigo de la verdad, de la justicia y del bien, y no me ha salido *realmente bien* más que una cosa, el engaño, primero en la plaza pública y ahora en el escenario. Tuve siempre abierto el corazón á los afectos, pero la fatalidad ha hecho que el amor me chasqueara, y si no fuese por vosotros, no me quedaría ni siquiera un amigo.

»Un atento examen de todo mi pasado me ha dejado convencido de una verdad que he anotado en mi libro de memorias en los términos siguientes: «he visto al amor engendrar el dolor, nacer la felicidad de la dura fatiga; y la vida no tiene nada mejor que el amor y el trabajo.»

»Pero es menester que el trabajo sea un trabajo útil, como el que se realizaba cuando en el Canadá íbamos en busca de pozos de petróleo, en medio de los bosques, con la destral en la mano para abrirnos camino, saltando por encima de los zarzales y dejando pedazos de carne en las espinas, ó como el que antes había hecho en Nueva York, modelando figuritas de yeso y vendiéndolas por las calles. Mas esos esfuerzos me cansaron apenas temí que no me conducirían directamente á la riqueza; y entonces, desesperando de mí mismo, volví de mala gana al engaño más remunerado de prestidigitador. Muchas veces, al ver á un faquín que vacilaba bajo un peso enorme, ó á un minero que hendía con el pico el granito de la montaña, ó á un labriego que cavaba bajo un sol de justicia, me detuve á contemplar su trabajo; no era que me pareciese menos áspero ó menos ingrato que el mío, y sin embago, me detenía sin deseo, sin lástima, pero no indiferente. Y no sabiendo siquiera qué es lo que sentía ante aquellos espectáculos, parecióme á veces adivinar el desaliento producido por la ineptitud de quien se ha fijado una meta que alcanzar y en el entretanto se divierte, por el camino, burlándose del prójimo y hasta un poco de sí mismo.

»¡Conque al fin soy rico! No tanto como soñé en el hospicio, pero sí lo suficiente para poder satisfacer de una vez muchos de mis deseos, si alguno conservase.

»¡Ay! La desdicha de cualquiera es precisamente esta, no desear ya nada cuando se ha conseguido todo; la mía, sin embargo, es peor porque á la ausencia de todo deseo se añade la añoranza del bien no logrado.

»Duélome de no haber sido feliz, de no haber tenido á mi lado una compañera, si no bella y amable como la tuya, siquiera parecida, á quien hoy pudiera decir: «Has envejecido esperando mi amor; ahora ese amor ahí lo tienes, es todo tuyo si lo quieres todavía.»

»Y me pesa también no haber consagrado al arte ó á la ciencia las energías que he consumido para ir en pos de la felicidad sin encontrarla nunca. No habría sido feliz porque me faltaba el temperamento para serlo; pero si no otra cosa, en mi país habría servido para algo; quizás habría sido un escritor honrado y pobre, ó un inventor de alguna máquina, ó tal vez un filósofo solitario poco apreciado por sus contemporáneos, pero que habría hablado fuerte y de lejos á la posteridad.

»Hace una semana que estoy en posesión de mis pesos flamantes y ya me dan guerra porque no sé qué buen uso hacer de ellos, y así como en mi pobreza veía tan á menudo la riqueza en el porvenir y la empleaba mentalmente en tantas obras buenas para mí y para los demás, ahora, mirando en torno mío, á los *demás* no los veo y profundizando en mí mismo casi no me encuentro.

»Mi sueño, ¿lo recordáis?, era enriquecerme pronto y con algo de satisfacción; mientras tú, mi buen Desiderio, todavía luchabas por el arte y eras joven y pobre, para poder yo solo dar un poco de luz y de aire á vuestra casa. Pero ahora ha pasado mucho tiempo y vosotros no necesitáis nada. Paréceme oir la voz dulce y bondadosa de tu compañera que dice: «¡Hay tantos enfermos únicamente de miseria! Cure á cuantos pueda.» ¿No ha dicho usted esto, doña Esperanza?»

Desiderio no pudo contenerse; todo el pasado que Coppa había ido removiendo había llenado su pecho de sollozos, y no pudiendo ya resistir más, exclamó con acento entrecortado por el llanto:

—¡No, no ha dicho nada, ni dirá ya nada! ¡Allá está sola, muda, fría, pero no indiferente..., y todavía ama!

«¿No ha dicho usted eso, doña Esperanza? En ello he pensado; pero me he convencido de que para curar al prójimo enfermo de miseria no soy bastante rico; si he de hacer limosna no veo otro camino que dotar un hospital, pues en cuanto á correr tras las huellas de miserias verdaderas para remediarlas yo mismo en persona, no me hago ya ilusiones, y eso que apenas he comenzado. Me he persuadido de que todos somos algo prestidigitadores; yo transformo el agua en vino á la vista del público, pero en privado he topado con colegas más hábiles que yo, colegas sanísimos que me han hecho creer que eran paralíticos, cojos, llenos de enfermedades y de hambre, cuando nada de eso era verdad, sino que vivían de renta y eran capaces de digerir mis cubiletes.

»No he renunciado á hacer algún bien, pero las pruebas hasta ahora realizadas me desaniman. Sólo una me alegra aunque no me satisfaga: algunas veces, después de haber comido en el campo, veo á un infeliz que ronda por entre las mesitas, burlando la vigilancia de los camareros, para recoger cortezas de pan y colillas de cigarro que mete en un bolso; pido entonces á mi vecino una moneda para hacer un juego de manos, la hago desaparecer y luego reaparece en el bolso entre las colillas y los mendrugos. En algunos casos veo brillar una alegría ingenua en el semblante del mendigo, que me da las gracias y se va contento; mas no siempre es así. Ayer mismo, heme encontrado con uno tan ladrón y tan necio, que sostuvo con el mayor descaro que aquella moneda se la había dado un caballero y lo juraba por Dios, por la Virgen, por los Santos y por la gloria eterna de sus difuntos, sólo por miedo de tener que restituirla.

»Hoy, pues, soy rico; pero esta riqueza que he deseado tanto, aún no me satisface, ni me satisfará jamás, porque he descendido al fondo de mi conciencia y he visto de cerca que mi deseo había tomado un nombre equivocado, pues debía haberse llamado la *felicidad.*

»Y veo además que la riqueza, tal como yo la he deseado, había de proceder de mi voluntad y de mi inteligencia; pero para enriquecerme de este modo, como tantos otros se enriquecieron, era preciso escoger un solo camino y seguir por él sin detenerme nunca y satisfecho de saber que cada día me aproximaba más á la meta. No por esto habría sido feliz, sin embargo, ya que la meta estaba tan lejos de mi deseo. Alegraos vosotros, amigos queridos, porque al menos habéis sido más cuerdos.

»Interrumpo el lloriqueo para dar una nota alegre; mas no soy yo quien ríe, sino le suerte burlona.

»¿Os acordáis de la herencia que me dejó mi tía, la que iba á verme al hospicio? Aquella calceta empezada por la buena mujer ha permanecido siempre tal como llegó á mis manos; ha viajado en el fondo de mis baúles y muchas veces la contemplé para cobrar ánimos, pensando que era, poco más ó menos, todo el capital que el mundo me había dado para afrontar la vida.

»El otro día me fijé en ella y no me habló con palabras amargas y fuertes, antes bien me sugirió la idea de servirme del ovillo en la función de despedida, para hacer aparecer en su interior un billete de cincuenta pesos, previamente introducido en él, y regalar luego ese dinero á los pobres italianos de Buenos Aires. Yo mismo me preparo los juegos; la preparación de aquél fué un poco larga y ¿qué diríais que encontré dentro del ovillo? Un billete de quinientos florines austriacos que mi pobre tía había substraído á la rapacidad de sus hermanos para favorecerme á mí sin despertar malas voluntades.

»El hallazgo me estremeció y me dió rabia, pensando que aquella cantidad, encontrada en un momento oportuno, habría cambiado quizás del todo mi suerte.

»Esta carta es ya muy larga y aún no os he dicho lo mejor. Habéis de saber que abandono el teatro, que me vuelvo á Italia y que no regreso solo. He conocido á una buena muchacha italiana, pobre y todavía honrada; tiene diez y ocho años, es guapa y recorría las posadas y los cafés cantando al son de su mandolina. Muchos parroquianos de aquellos establecimientos decían que tenía una voz maravillosa y no es verdad; desde hace una semana no canta porque me he hecho dueño de ella. ¿Cómo? Sencillamente comprándola á su *abuelo;* y como para ello no bastaban los quinientos florines del ovillo, he añadido unos cuantos pesos. Y ahora Niña es *nuestra,* porque vosotros la amaréis; Esperanza le hará de madre y tú serás un padre excelente. En cuanto á mí, no me cuento en todo esto, porque no sé cómo emplearé el resto de mi vida; además, me conozco tanto, que abrigo dudas sobre un propósito que ahora me parece hermoso, muy hermoso.

»Niña está contentísima; la idea de volver á Milán, de donde salió á los doce años, de aprender el canto en el Conservatorio y el órgano contigo, mi buen Desiderio, y de no tener ya que arrastrar su juventud por los figones de Buenos Aires, le parece un sueño. Damos largos paseos por el campo; Niña tiene la charla afectuosa de una verdadera chiquilla y me refiere su breve pasado con una ingenuidad que me estremece. Tengo el convencimiento de que ha permanecido honrada por milagro, ó por mejor decir, de que su propia ingenuidad la ha salvado en lugar de perderla; mas cuando adivino las asechanzas que se habían tramado ya para corromperla, con la complicidad del propio *abuelo,* la ira hace subir de mi corazón á mis labios una palabra que querría llegar hasta Dios... y que acaso no llega. Sí, me he prometido á mí mismo salvar á Niña, á quien he dicho que si no podemos hacer de ella una gran cantante, á lo menos á su tiempo le... daremos marido. Niña se ha reído y ha jurado (porque habéis de saber que le han enseñado á jurar) que no sabría qué hacer de un esposo. Al fin me parece que ha entrado en mi

alma un rayo de sol; no estoy del todo seguro, pero doy gracias al cielo porque me ha confiado el cumplimiento de una buena obra, de una obra que no me dejará desconsolado si también me ayudáis vosotros.

»Saldremos de aquí en el *Sud América* dentro de diez días, pues no menos se necesitan para prepararlo todo.

»Adiós, corazones nobles; hasta pronto.

»Vuestro hermano

»*Desiderio Coppa.*»

III

Desiderio había terminado la lectura de la larga epístola y aún no sabía si el contenido de aquellas diez y seis páginas le satisfacía del todo. Cierto que la noticia de la próxima llegada de su mejor amigo llevaba una pálida luz á aquella alma dolorida; pero no era como en otro tiempo, no, no era como en otro tiempo. Volvió á leer despacio algunos párrafos sueltos, casi sin comprender su sentido; pensaba, ó mejor dicho, esperaba que el pensamiento perezoso se formara lentamente, y sólo cuando estuvo enteramente formado, se sintió contento al poder decirse á sí mismo: «Coppa no podía saber cuánta era mi felicidad; ahora que la he perdido, le diré que yo mismo no lo sabía bastante bien.»

Después se preguntó mentalmente:

«¿Qué haremos de Niña? ¡Ah, si mi muerta viviese, qué alegría sentiríamos todos! Ella sí que sabría disponer nuestra vida. Esa muchacha será seguramente una buena chica, y como no tiene madre, necesitará más caricias. ¡Y mi Esperanza era tan cariñosa!»

Largo tiempo estuvo pensando en esto, y sólo cuando el portero le trajo la taza de leche fresca y el panecillo del desayuno, alzó de nuevo la cabeza apresurándose á desvanecer las ideas melancólicas con la bondadosa sonrisa con que solía acoger aquella visita.

—¿Ha visto usted qué relámpagos?, gruñó el portero. ¿Ha oído usted qué carambola?

—¿De qué carambola habla usted?

—Quiero decir de los truenos. ¡Y qué diluvio! ¿Eh?

¡Ah, sí! Desiderio había visto, oído y hasta llorado..., mas no lo dijo; ahora sonreía para calmar al portero.

—¿Y la carta que he dejado sobre la mesita?.. ¡Ah! Ya la ha leído... Dormía usted cuando la traje, y no queriendo despertarle, me he marchado. Pero ¡vaya una idea dormirse á poco de haberse levantado!

—Gracias, José; es usted muy bueno conmigo; es usted discreto é indulgente.

El portero no intentó asombrarse de esa indulgencia que le atribuía Desiderio, antes al contrario pareció afirmar con un gruñido que acaso era cierta; pero para demostrar que á lo menos la discreción era verdad real y sacrosanta, preguntó:

—¿Contiene algo bueno ese cartapacio de América? En seguida he visto que venía de lejos... Si los sellos no le sirven á usted, puede dármelos, pues mi chiquilla se vuelve loca por ellos.

—Tome usted el sobre.

José lo cogió sin dar siquiera las gracias; esta palabra rastrera no salía nunca de sus labios, porque entendía que para mantener el decoro de su posición humilde enfrente de las arrogancias de los inquilinos, el mejor sistema era hablar con voz brusca é impaciente y aun de cuando en cuando maltratar á alguno de aquéllos.

Pero era también cierto que José tenía su lado bueno, y que el que sabía cogerlo por ese lado con la prudencia debida, podía manejarlo sin peligro alguno.

Con el «matrimonio del órgano,» que así llamaba á Desiderio y á su cónyuge, el portero se había últimamente casi amansado hasta el punto de que cuando la anciana había dejado su vivienda del cuarto piso para ir á «vivir debajo de tierra,» según él decía pintorescamente, habíase brindado en seguida á subir dos veces al día los noventa y seis escalones para desempeñar, por poquísimo salario, los pequeños quehaceres domésticos cerca del desconsolado viudo. Lo que por ello percibía no pagaba ni las suelas de los zapatos; pero, lo que él decía: «En este mundo estamos para algo, incluso para hacer algún bien al prójimo.» Y téngase en cuenta que José, que para andar á diario de un lado á otro no gastaba más calzado que las botas viejas que los inquilinos le regalaban, no había podido nunca utilizar por estrechas las de Desiderio.



—¡Curiosa!, exclamó Coppa en tono chancero

—¿Qué clase de pies tiene usted?, habíale dicho devolviéndole el par que le había dado. Lo que usted tiene no son pies, sino husos. Sus zapatos no me sirven, *muchas gracias*.

Pero el portero reconoció prontamente que el viejo Desiderio no tenía sino los pies que el Señor le había puesto en las piernas, y guardándose los zapatos para hacer una limosna, continuó inalterablemente subiendo los noventa y seis escalones dos veces al día... por tres liras al mes.

—La leche es fresca y el panecillo caliente; cómaselo en seguida, ordenó el buen hombre.

Desiderio, en cuya mente se había aferrado una idea, rogó á José que le mostrara el sobre de la carta de Buenos Aires.

—Ha llegado con retraso, dijo después de haberlo examinado con atención y de haber echado sus cuentas; ha empleado en el viaje más de cincuenta días; habrá encontrado mala mar.

Devolvió el sobre al portero y comenzó á mojar el panecillo en la leche después de haberlo partido en pedacitos; pero continuaba pensando, y en el momento de sorber la primera cucharada dejó pasmado al atónito José, exclamando bruscamente:

—Si el *Sud América* ha tenido mejor travesía, ya habrán llegado; tal vez á estas horas están aquí.

El portero volvió instintivamente la cabeza hacia la puerta y luego, con su indulgencia acostumbrada, replicó:

—Si están aquí, ya los verá usted; pero en el entretanto métase en el cuerpo esa poca gracia de Dios, que yo me voy.

Y se fué, en efecto, después de haberse asegurado de que sus órdenes empezaban á cumplirse.

Desiderio, mientras seguía tomando las sopas de leche, pensaba melancólicamente en su próximo encuentro con Coppa, y se imaginaba que, avisado por una carta y por un telegrama (pues su amigo había sido siempre un malgastador y ahora, que sentía la necesidad de aligerarse de sus pesos, aún debía serlo más), iría á la estación á esperar á Coppa y á su pequeña compañera. «¿Dónde está Esperanza? ¿Cómo anda Esperanza?,» le preguntaría el viajero, y entonces Desiderio, en vez de responderle, estrecharía sobre su pecho la cabezota roja y llorarían juntos.

Distraído por esa idea, apenas se acordaba del desayuno; pero al fin se comió la última sopa de leche, y cuando dejó la cucharita en la taza, se limpió los pocos pelos blancos que se había dejado crecer en la cara por negligencia. «¿Para qué afeitarme ahora?,» decía si por azar contemplaba reproducido en el espejo su melancólico semblante.

En esto, entró de nuevo José jadeante.

—Vuelvo á estar aquí. Había llegado al último escalón cuando aquel señor me ha dicho: «¿Está en casa el organista?—Está en casa, le respondí, y ahora mismo acabo de subirle la taza de leche fresca. —*Hazme* el favor, me ha dicho él entonces (tiene un modo de hablar su amigo de usted y tutea con un aplomo...), de volver á subir y de avisarle que viene una visita.» Como hay Dios que no me habría movido, pero su amigo de usted tiene una manera de hablar y de mirar á la gente... y de hacer cosquillas en la palma de la mano...

¿Por qué había de ocultar la verdad? ¿Había algún mal en ello?

El alegre portero se reía; pero al ver que el organista había palidecido y miraba á la puerta sin saber qué decir, apresuróse á añadir con dignidad:

—Ahora sube despacio para no perder el aliento, como lo he perdido yo por subir de prisa, y su hija le acompaña..., es una guapa muchacha..., por lo que he podido ver. ¡Aquí están!

Al oir estas palabras del portero, Desiderio sintió que las fuerzas le faltaban y á duras penas logró ponerse en pie. Cuando José dijo: «¡Aquí están!,» el anciano quedóse inmóvil, y no pudiendo correr al encuentro de su amigo, como quería, buscó instintivamente un apoyo y oprimió el teclado del armonio.

Un poco de aire que había quedado en los fuelles produjo entonces un sonido que parecía un suspiro leve.

—¡Desiderio!, gritó la voz conocida de Coppa. ¡Desiderio, aquí estoy!

Coppa, impetuoso como siempre, no se fijó siquiera en el estado de su amigo, sino que se le echó encima y estrechándole entre sus brazos, le besó repetidas veces en las mejillas.

Desiderio, vencido por aquella ternura, seguía guardando silencio, mientras Pepino, que permanecía junto á la puerta, decía á alguien que entrase.

—¿Pero qué tienes?, exclamó al fin Coppa. ¿No estás bueno?

—Estoy perfectamente, respondió el anciano sonriéndose; sólo que soy algo más viejo que tú, bien lo sabes, y nunca he tenido tu robustez. Me siento débil, tan débil de algún tiempo acá...

Coppa fijó una mirada investigadora en el descarnado semblante de su amigo y dijo con firmeza:

—Yo te daré un poco de vigor, si es que aún me queda alguno..., pues ahora comienzo á dudar de haber sido nunca fuerte... ¡Niña! Ven aquí; ese es mi mejor amigo, un amigo de la infancia. Hemos dormido al lado uno del otro en el hospicio de los huérfanos, hemos rezado juntos todas las mañanas y todas las noches. Es también un excelente organista

que te enseñará á tocar... Se llama Desiderio, como yo; Desiderio Diosdado... Pero ¿dónde está Esperanza?

Ante esta pregunta, Desiderio prorrumpió en un sollozo é inclinó su alto cuerpo para esconder su rostro en el hombro de Coppa.

José, que contemplaba la escena desde la puerta, retiróse silenciosamente.

IV

—Oye, dijo Coppa con acento triste; ya has llorado bastante. Miremos juntos al porvenir, porque quizás queda un porvenir todavía; á lo menos para ti, seguramente.

Al oir esas palabras, Desiderio alzó el rostro cubierto de lágrimas, balbuceando:

—¿El porvenir?

—Sí, el porvenir. Tú puedes ser feliz todavía y rogar á tu Dios que te conceda largos años de vida para la nueva felicidad. Niña es juiciosa y tú eres bueno, haz de padre de esa pobrecita y tu muerta estará contenta. ¡Oyela!

De la habitación inmediata llegaba la risa alegre de Niña, que preparaba el almuerzo ayudada por una sirvienta novata, y decía con su vocecita agradable: «Entre las dos no sabemos gran cosa.» La criada contestó con un bufido que ella sola creía saber lo suficiente con tal que la dejasen hacer, y Niña se rió tanto, que al fin hizo reir á la propia Antonia, que así se llamaba la fámula, la cual afirmó después que la señorita tenía muy buen humor.

Los dos Desiderios escucharon un rato hasta que las carcajadas de la muchacha fueron sofocadas por los implacables gruñidos de Antonia.

Entonces Coppa preguntó, y era ya la centésima vez que lo preguntaba en dos días:

—¿No es verdad que es una flor?

—Sí, es una flor, contestó Desiderio; pero temo que somos para ella demasiado viejos.

Al oir esta frase, que ya había sido mal acogida otra vez, el semblante de Coppa se transformó dolorosamente y su mano inquieta buscó una respuesta en la espesa cabellera todavía roja, pero velada ya por el polvo del tiempo. Y no encontrándola guardó silencio.

Desiderio, fijo en su idea melancólica, añadió:

—Paréceme que Niña necesitaría ver caras jóvenes y alegres..., en cambio nosotros, ¿qué podemos ofrecerle? Y hasta se me ocurre que algún día pueda sentir la añoranza del aire libre, de cantar delante de la multitud al son de su mandolina.

Coppa continuaba callado.

—Ahora la novedad la distrae un poco, pero ¿qué será cuando haya pasado algún tiempo? ¿Podremos nosotros ser lo que esa pobre Niña tiene derecho á encontrar en la vida?

—¡Ah, calla, calla!

Esta palabra, repetida sin asomo de cólera, pero en voz baja, en la que se oía vibrar la cuerda del llanto, arrancó enteramente á Desiderio de sus meditaciones y le hizo levantar los ojos del suelo para fijarlos en un nuevo dolor que entonces descubría.

Y con alma piadosa interrogó el alma inquieta de su viejo amigo. Coppa calló y Desiderio no adivinó aquel silencio.

—¿Qué tienes?, dijo al cabo de un rato en voz baja.

—Nada, respondió Coppa alegremente. Tengo que me han llamado siempre el Loco y que á fuerza de oirme llamar así he acabado por serlo un poco. He aquí lo que tengo... Nada; pero no, tengo la certeza de que el hombre no envejece nunca, porque está formado de un alma inmortal, ¿no estoy en lo firme? Sé que la voluntad es débil, pero se convierte en una fuerza si le ayuda la imaginación prepotente; y sé que cuando las dos juntas me han dado batalla, he dejado siempre en la lucha un pedazo de carne viva. Desde hace poco esa batalla ha recomenzado, más cruel que nunca.

Estas últimas palabras fueron dichas en voz tan baja, que Desiderio no las oyó.

—¿Qué dices?

Coppa permaneció un momento silencioso; luego irguió la cabeza y pronunció una sola palabra, mas con acento tan dulce que parecía una caricia:

—¡Oyela!

Desiderio comenzó entonces á creer que lo había comprendido todo. Los dos amigos pusiéronse á escuchar con los ojos fijos en la puerta entornada de la estancia contigua, por la que llegaban hasta ellos las sonoras carcajadas de Niña.

Después, Desiderio quiso leer en silencio en el corazón de Coppa, el cual, sólo con un gesto, creyó abrírselo de par en par.

—Comprendo, murmuró Desiderio, aunque no entendiendo todavía gran cosa.

Niña, saliendo impetuosamente de la cocina, les anunció que el almuerzo estaba dispuesto.

Pero, comprendiendo que había interrumpido un coloquio interesante, estuvo un momento indecisa, sin saber si volverse á la cocina ó acercar su carita morena al abuelo Coppa, el cual solía atraerla sobre su pecho y esconder una mano en sus cabellos rizados. Mas en aquel instante Desiderio le cogió primero una mano y luego otra, y mirando sus brillantes ojazos le dijo:

—Deja que te contemple.

Y después de un largo examen que Niña soportó con calma, añadió:

—¿Sabes que eres realmente guapa?

—Todos me lo decían...

—Procura, sin embargo, no envanecerte de ello.

—¿Qué debo hacer?, preguntó la muchacha ingenuamente.

Desiderio pensó un rato y no encontrando un argumento poderoso contra el sentimiento de vanidad que le daba miedo, respondió moviendo la cabeza que acaso no había nada que hacer.

—Esa belleza tuya la he conocido, prosiguió con voz temblorosa; es la belleza buena, la belleza que hace pensar, la belleza que sabe amar, que abrasa, pero que mantiene siempre caliente el corazón y no deja nunca en él una parte dolorida. Esa es tu misión, Niña.

—¡Diantre! Debe ser difícil, ¿verdad, papá?

—Sí, es difícil, afirmó Coppa meditabundo; hay gente que se abrasa á la vista de un rostro... como el tuyo, y luego sufre sin decirlo, ó se dice á sí mismo cien veces: «¡Loco, loco, loco!,» sin dejar por esto de sufrir siempre. ¿Qué puede hacer la belleza buena para que en el corazón de esa gente no quede una parte dolorida?

—Nada, respondió Niña riendo.

—Nada..., esto digo yo, repuso Coppa con acento alegre. Tienes razón, Niña; esa misión es difícil, mas espero que no será la tuya. Y ahora, vamos á almorzar.

Almorzaron en el cuarto de Desiderio. La mesa había sido colocada al pie de la cama de matrimonio, en donde habían surgido durante cincuenta años tantos sueños hermosos, tantos sueños queridos..., queridos hasta cuando traían consigo los temores inevitables en un amor que vivía pobremente. Coppa veía desde su sitio, cada vez que levantaba la cabeza, las dos almohadas; su amigo, que había querido volver la espalda á sus recuerdos, no por esto lograba arrojarlos de su pensamiento, y cuando acudían á su memoria, el anciano interrumpía la charla de Niña con un suspiro.

¿Qué significaban las furtivas miradas que Coppa lanzaba como relámpagos sobre Niña y sobre él? Desiderio creía haber comprendido algo de la confesión de su amigo, pero ahora aquellas miradas de éste le demostraban que Coppa se figuraba haberlo dicho todo y haber sido comprendido perfectamente; y esto le molestaba. Miraba aquella carita redonda, fresca, aquella boca que sonreía con sonrisa bondadosa, que dejaba ver una dentadura brillante y formaba dos hoyuelos en sus mejillas; aquellos ojos profundos, negros como los cabellos que caían ensortijados sobre los hombros; y la vista de tales perfecciones destruía el primer fantasma que, desde la confesión de su amigo, había entrado en su cerebro, porque Coppa tenía el pelo rojo y los ojos grises, al ras de la cabeza, é impacientes.

«Si Niña, pensaba Desiderio, fuese hija suya, ¿á qué habría conducido relatarme el cuento de la mandolina y del abuelo?»

De pronto, como le sucedía siempre á aquella alma incompleta desde que su esposa falleciera, la idea vaga se concretó y despidió una luz tan viva y tan cruel, que sus ojos se llenaron de lágrimas.

—¡Pobre Desiderio!, murmuró tendiendo la mano á su amigo. ¡Ahora comprendo!

—¿Qué es lo que comprende?, preguntó Niña deteniendo el bocado que se llevaba á la boca.

—¡Curiosa!, exclamó Coppa en tono chancero.

—Sí, qué es lo que comprende, dígamelo, insistió Niña. ¿Usted lo sabe?

—Sí, pero tú no lo sabrás, contestó Coppa.

Mas luego, arrepintiéndose de lo que decía, añadió:

—Así lo espero, al menos... Pero ¿quién sabe?.. Tal vez...

Y estuvo un rato callado. Niña insistía con su sonrisa tentadora, clavando sus ojos en el rostro del *papá*, el cual buscó un subterfugio diciendo:

—Como en la mesa es en donde mejor se tratan los negocios, ha llegado el momento de tratar el más importante. Vamos á ver, Desiderio; á esta casa le tienes cariño, lo comprendo, pero es preciso renunciar á ella por nuestra hija, la cual no puede seguir viviendo como desde hace cuatro días. No puede dormir en tu despacho, en un colchón sobre seis sillas...

—Sobre ocho, rectificó Niña, ¡y se duerme tan bien así!

—Le cedía mi cama y no la quiso, diciendo que tenía miedo de perderse en un lecho tan grande... Pero tú tampoco puedes continuar durmiendo en la fonda... También he pensado en ello.

—¿Y qué has pensado?

—Que podríamos comprar dos camas, una para Niña y otra para ti; tú dormirías á mi lado como en otro tiempo.

—Olvidas que ahora somos ricos, replicó Coppa con acento nervioso, que podemos tener cada uno nuestra habitación para llenarla de sueños y desvaríos... Los noventa y seis escalones de esta escalera, los he contado, son demasiados para Niña; para mí no significan nada, al contrario..., pero para ella son muchos... No repliques, pues sé lo que digo. Tengo lo que nos conviene; siete habitaciones alegres, bañadas de sol, en un segundo piso, con vistas á un jardín... Ya está hecho el contrato y cuanto te diré que vengas á vivir allí, no te negarás á ello.

Calló esperando una respuesta, pero Desiderio no contestó en seguida; paseó una mirada piadosa por las paredes cubiertas con un papel ceniciento con florecillas de color de rosa, y la idea de abandonar aquella casa no le hizo tanto daño como se había imaginado, porque sentía una nueva preocupación que se sobreponía á todas las demás.

—Haré todo cuanto quieras, mi querido Desiderio, dijo al fin.

—¡Oh! No me compadezcas todavía. La partida no está más que empezada y aún puedo ganar.

—¿Qué partida?, preguntó Niña.

—Conque estamos de acuerdo. Piensa que todo consiste en escoger el momento oportuno, en cual caso siempre se vence... Y ahora he de decirte la verdad; lo de las siete habitaciones lo dije por decir; pero antes de la noche las tendré. Niña y nosotros dos recorreremos en coche toda Milán hasta que encontremos lo que nos conviene... Pero no mires los clavos de esas paredes; los pondremos también en tu cuarto y te parecerá estar todavía en esta casa, en donde has vivido durante tanto tiempo. Y tu Esperanza, añadió en voz baja, irá á buscarte allí...

Estas palabras de Coppa hicieron asomar una sonrisa en los descoloridos labios de Desiderio.

—Siempre está á mi vera; no me abandona nunca.

Mientras Niña levantaba la mesa, un pensamiento inquieto seguía vagando por la mente del viejo organista, el cual, apenas la muchacha se hubo marchado á su cuarto para vestirse, preguntó:

—¿De modo que?..

—Que la amo y que porque la amo sufro como un loco; pero ella no sabe ni sabrá nunca nada, respondió Coppa con acento tranquilo.

—¿Y desde cuándo?

—Quizás desde hace un mes. Estábamos á bordo del *Sud América* cuando hice el extraño descubrimiento de que mi locura había comenzado. Viajaba con nosotros un joven, un viajante de una gran casa de productos químicos que miraba con muy buenos ojos á Niña; una tarde en que el mar estaba tempestuoso y la pequeña y yo sufríamos los tormentos del mareo, el muchacho me pidió permiso para ofrecer á Niña un remedio contra aquel molesto mal; fué entonces cuando vi claro en mi alma, y lo vi por el esfuerzo que hube de hacer para darle las gracias en vez de pegarle. Logrado el permiso, acercóse á Niña, que estaba en la borda, y yo me incorporé y me aproximé también á ella; el mareo se me había quitado del todo. «Prueba, dije á Niña, prueba; te aliviará.» Esperaba que el remedio de aquel joven resultase ineficaz, y me afligió que de momento la mejorara; pero cuando el mareo pudo más que el remedio, sentí un consuelo como si hubiese alcanzado un triunfo. Cesó la borrasca en el Océano, pero no en mi corazón, y no recobré la tranquilidad hasta que en Gibraltar desembarcó aquel viajante, causa de mi infortunio.

—¿Y qué pensaba Niña de todo ello?

—No se había percatado de nada.

—¡Bravo!

—¿Por qué dices bravo?.. La víspera de nuestro arribo á Gibraltar, aquel enamorado tímido que procuraba entrar en conversación conmigo para ponerse más en contacto con Niña, se me acercó y me dijo que al día siguiente se separaría de nosotros para *hacer* la España. El muchacho no pudo penetrar la satisfacción con que le dije: «¡Oh, cuánto lo siento! *Hacer* la España no será cosa de poco tiempo.—Será más corta de lo que usted cree, porque mi producto sólo se vende en las principales plazas y tiene pocos consumidores al por mayor.»

(Se continuará.)

OBRAS DE ALLÁN OSTERLIND

Allán Osterlind, pintor sueco de nacimiento, pero francés por sus gustos y tendencias artísticos, es uno que le ha inspirado un viaje hace poco realizado por España, de las cuales son muestra las que adjunto reproducimos.

La España que ha visto Osterlind no es la misma no se ha empeñado en ver lo que no existía, sino que le ha bastado con observar concienzudamente los espectáculos, los tipos, las escenas que la naturaleza presentaba ante sus ojos, para satisfacer sus ansias



Escena española, grabado de Allán Osterlind. (Reproducciones autorizadas por M. Pierrefort)



Baile andaluz, grabado de Allán Osterlind

de los que con más éxito cultivan el grabado en color, hoy tan en boga en Inglaterra y sobre todo en Francia, en donde se ha fundado recientemente una sociedad presidida por el celebrado Raffaelli y dedicada exclusivamente al fomento de ese género especial del arte pictórico.

Muchas son las obras por él producidas, admiradas todas por la crítica y muy solicitadas por los aficionados; entre ellas sobresalen de un modo especial las que se observa, por ejemplo, en los magníficos lienzos de Zuloaga; el artista sueco se ha fijado con preferencia en el lado gracioso, alegre, verdaderamente pintoresco de la vida de ciertas regiones españolas, y la ha reproducido con toda la brillantez de colorido que en la realidad ofrece.

Sus cuadros de costumbres andaluzas son un portento de verdad; Osterlind no se ha dejado llevar, como tantos otros extranjeros, por su imaginación; artísticas, y al reproducir luego sus impresiones lo ha hecho ateniéndose estrictamente á la verdad.

Los grabados que publicamos confirman, en parte, nuestro aserto, y decimos en parte, porque no pueden dar idea de todo el valor de la obra de Osterlind faltando, como falta, en ellos el color, que es, según dicen cuantos han podido admirar esas bellas composiciones, de una riqueza y de una verdad imponderables.—S.







LIBROS

ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

POR AUTORES Ó EDITORES

Anuario estadístico de la ciudad de Barcelona. Año III. 1904. – Elogios merece esta publicación del Municipio barcelonés, puesto que resume cuanto se relaciona con la vida de nuestra urbe, constituyendo un acopio de antecedentes y noticias de gran interés, que honran al Ayuntamiento que se preocupa en reunir en un elegante volumen cuanto pueda servir de consulta á los que pretendan conocer la administración municipal y el modo de ser de Barcelona.

Correspondencia mercantil hispano-francesa, con un Manual de Conversación comercial en los mismos idiomas, para uso de los comerciantes y de los que estudian la lengua francesa, por *A. Casaús*. Segunda edición. – Un tomo de 472 páginas, editado en Barcelona por D. Francisco Puig. Precio, seis pesetas.

Tristany é Isolda, drama lírico en tres actos por Ricardo Wagner. Traducción catalana adaptada á la música por *Jerónimo Zanné* y *Joaquín Pena*, con la exposición de los temas musicales y un cuadro sinóptico de los mismos. – Un tomo de 148 páginas, editado por la Associació Wagneriana de Barcelona. Precio tres pesetas.

Clixés. Estudio en prosa, por *L. Escardot (Carmen Karr)*. – Un tomo de 270 páginas, editado en Barcelona por «Joventut.» Precio, tres pesetas.

Cultivo de la vid y elaboración y mejora de los vinos, por *D. Salvador Mata y Puig*. – Obra premiada con medalla de oro por el Instituto Catalán de San Isidro en el concurso de 1906. Un tomo de 176 páginas, editado en Barcelona por don Francisco Puig. Precio, tres pesetas.

La vida del campo, poemita catalán de *Ramón Masifern*, traducido al castellano, en verso, por *D. Francisco J. Garriga* y *D. Leandro Sánchez, Póro*. – Un tomo de 94 páginas con un prólogo de Jacinto Verdaguer, editado en Barcelona por F. Rivalta.



Meditación, cuadro de Edmundo Van Hove

Cartas de un tísico á otro, por *E. Bertrán Rubio*. – Un tomo de 102 páginas, editado en Barcelona por D. E. Puig. Precio, dos pesetas.

Comunicaciones internacionales de España, por *José Puigdollers y Maciá*. – Conferencia dada el 29 de junio último en el Instituto Vizcaíno de Bilbao. Un folleto de 32 páginas, publicado por la revista «Mercurio.»

Antología Boliviana. Tomo I. – Colección de trabajos escogidos de diez y seis poetas y prosistas de Cochabamba, con un prólogo de D. Arturo Oblitas. Un tomo de 370 páginas, ilustrado con varios retratos; editado é impreso en Cochabamba por Fermín Rejas é hijo.

El Río de la Plata. Montevideo. Buenos Aires. (Recuerdos de viaje), por *Carlos M.ª Santigosa*. – Un tomo de 260 páginas, impreso en Sevilla, en la imprenta del «Heraldo Sevillano.» Precio, cinco pesetas en España y seis en el extranjero.

Cartas finlandesas, por *Angel Ganivet*. – Un tomo de 216 páginas que contiene veintidós cartas escritas desde Finlandia por el eminente y malogrado literato granadino. Editado por «El Defensor de Granada.» Precio, tres pesetas.

Moral Social, por *Eugenio M. de Hostos*. – Un tomo de 262 páginas, publicado por la Sociedad de Enseñanza y editado en Madrid por la casa Bailly-Bailliere é Hijos. Precio, tres pesetas en rústica y cuatro encuadernado en tela.

Cuentos del vivac. Bocetos militares, por *Federico Urrecha*. – Un tomo de 240 páginas, editado en Barcelona por la casa Maucci. Precio, dos pesetas.

Biblioteca Económica de Veterinaria, por *J. Téllez y López*. – Se han publicado los tomos 14 á 20 de tan importante colección que son otros tantos manuales de las siguientes materias: *Toxicología y Medicina Legal; Cirugía; Obstetricia; Mariscalería ó procedimientos de herrado y forjado; Agricultura; Zootecnia; Inspección de Carnes y substancias usadas en la alimentación humana y Derecho Veterinario*. El precio de cada uno de estos tomos, editados en Madrid por la casa Bailly-Bailliere é hijos, es de tres pesetas, encuadernado en tela.

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XXV — Barcelona 10 de [illegible] — Núm. 1.[illegible]

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



ORGULLO, cuadro de F. Zmurko

ADVERTENCIA

Con el próximo número repartiremos á los señores subscriptores á la BIBLIOTECA UNIVERSAL el quinto y último tomo de la serie del presente año que será

TÚ ERES LA PAZ,

novela de costumbres contemporáneas, escrita por el notable literato D. Eusebio Martínez Sierra, ilustrada por el reputado artista Carlos Vázquez.

El nombre del Sr. Martínez Sierra, bien conocido en el mundo de las letras, nos releva de hacer el elogio de su obra, bella bajo todos conceptos y en extremo interesante, que no dudamos será del completo agrado de nuestros subscriptores.



CRÓNICA DE TEATROS

Si yo tuviera autoridad para dar consejos, diría á las jóvenes casaderas: «Haced la cruz como al diablo á los artistas; no os fiéis de sus acaramelados madrigales; cuando ellos traten de ponderaros su amor con lindas imágenes, poneos tapones de algodón en los oídos; si os piden vuestra blanca mano, antes que entregársela haced con ella lo que dicen que hizo con la suya Mucio Scevola. Mejor es quedarse manca que pasar toda una vida de inquietudes, contrariedades y dolores.»

Para el verdadero artista nada existe en el mundo superior á su arte. A trueco de conquistar los favores de esa deidad engañosa que se llama la Gloria, sacrifica los más caros afectos y las pasiones más hondas. Sus arrebatos amorosos son flor de un día: sus almas, semejantes á los cuerpos buenos conductores del calor, pasan en un abrir y cerrar de ojos del rojo blanco á la temperatura del hielo fundente. Leed la historia de los amores de Lope, de Goethe, de Byron, de Musset, de Heine, de Espronceda... Nadie como ellos ha ensalzado el amor; nadie como ellos tampoco ha desgarrado con tanta crueldad el corazón de sus amantes.

El artista además, aun en sus mayores raptos de momentánea pasión, no puede prescindir de aprovechar para el arte sus más íntimas impresiones. Podéis estar seguras, amables lectoras, si amáis á algún artista, de que vuestras lágrimas, vuestras quejas, vuestros dolores, las reconditeces y delicadezas de vuestro espíritu, saldrán un día á relucir en novelas, poemas y comedias. Musset copió en sus libros cartas enteras de Jorge Sand, y recientemente D'Annunzio ha presentado en *El fuoco* con toda desnudez el alma de Eleonora Duse. ¿Y qué mucho que el artista explote en provecho de su arte el amor, la gratitud, la amistad, si él mismo, como dice Gautier, suele tender su propio espíritu en la mesa de disección?

Si sabiendo todo esto, discretísima lectora, das oídos á las palabras de amor de los artistas, en verdad te digo que tienes la sublime vocación de las mártires.

***

Ejemplo de lo que acabo de decir es la comedia titulada *Amores de artistas*, original de Joaquín Dicenta y recientemente estrenada en el teatro Español. Allí se nos presenta á una actriz famosa y á un autor aplaudido á quienes el triunfo común une con lazos que ellos consideran de amor. Él, para unirse con la cómica ilustre, rompe con la mujer que le ama de verdad; pero sus nuevos amores, «amores de artistas,» llevan en sí mismos el germen de su pronta disolución. Para ella, el verdadero amante, aquel á quien nunca se traiciona, por quien se daría la vida si él la pidiese, es el público; para el poeta, la única, la verdadera pasión, es la gloria. Su unión, por consiguiente, es la suma de dos egoísmos.

En los dos primeros actos el propósito del autor camina directamente á su fin; pero luego en los dos siguientes lo que separa á los dos amantes nada tiene que ver con el arte: es sencillamente que no congenian. Lo mismo reñirían si fuesen dos apreciables burgueses. Desde este instante la comedia se lanza por el derrotero de los viejos procedimientos, con su desafío en el tercer acto, con la vuelta del artista herido á los brazos de la mujer abnegada, que le amaba con amor desinteresado.

Merced á estos resortes, no muy nuevos, pero de efecto seguro en el teatro, logró Dicenta la otra noche conquistar los aplausos de los espectadores.

La enseñanza que de la comedia se desprende es la ya indicada, á saber: que el amor de los artistas es lo que los franceses llaman *feu de paille*, ó como decimos en España, agua en cestillo.

***

También del mal de amores trata la linda comedia de Brieux *Les hannetons*, traducida con el título *Los abejorros.* En ella se estudia un caso parecido al que plantea Daudet en su famosa novela *Safo.* Un hombre ya maduro y por más señas profesor de Historia Natural, ha tenido la debilidad de enamorarse de una muchachuela ligera de cascos y alocada que hace imposible la vida del pobre profesor. Cuando éste quiere separarse de la casquivana joven, echa de ver que le es imposible quebrantar la cadena que en mal hora se echó al cuello.

Con tan sencillo argumento ha hecho Brieux una encantadora comedia rebosante de vida y llena de amargura bajo su aparente frivolidad. No hay en ella ni arranques líricos, ni frases aparatosas, ni discreteos epigramáticos, ni situaciones efectistas. Es una copia fiel, con la concentración propia del arte, de un aspecto de la vida moderna. Los personajes que intervienen en *Los abejorros* son seres humanos con sangre y nervios que sienten, viven y padecen como nosotros, y que por lo tanto nos conmueven y emocionan.

La obra de Brieux, perfectamente traducida al castellano, ha proporcionado un brillante triunfo á Rosario Pino. Es poco cuanto se diga de la gracia, de la coquetería, de la *calinerie*, con que la excelente actriz interpreta el papel de la protagonista. Viéndola á ella, recordando la labor de María Guerrero y de María Tubau, y en lo cómico la de Loreto Prado, forzoso es convenir en que el arte escénico tiene en España, aunque no muy numerosa, sí muy lucida representación femenina.

***

Mientras el amor ha sido, es y será siempre manantial inagotable de creaciones artísticas, la política rara vez ha logrado producir en el teatro una verdadera obra de arte. (De los tiempos modernos hablo, porque las violentas sátiras de Aristófanes están ya, lo mismo que la sociedad en que fueron engendradas, muy lejos de nosotros.) Si la política ha triunfado alguna vez en la escena, como en vísperas de la revolución francesa triunfó con *Le mariage de Figaro* y poco ha en España con *Electra*, ha sido por causas que nada tienen que ver con la estética. Pasadas las circunstancias en que esas obras aparecieron, puede decirse que éstas han perdido casi todo su valor.

Con *El intruso*, drama sacado de la novela del mismo título original de Blasco Ibáñez, se aspiraba, sin duda, más que á los aplausos del público imparcial, al palmoteo de los anticlericales. De esto último hubo mucho la noche del estreno de *El intruso;* pero aquellas ruidosas manifestaciones ni encontraron eco fuera del teatro, ni se repitieron después de la noche del estreno... por la sencilla razón de que la obra, como no iba gente á verla, fué á los pocos días retirada del cartel.

Con no ser *El intruso* de las mejores novelas de Blasco Ibáñez, la comedia es muy inferior á la novela. Los personajes son todos palabreros y declamadores, y el que entre ellos lleva la voz cantante, un médico filósofo y librepensador, se pasa los cuatro actos faltando al clero y haciendo propaganda de sus doctrinas radicales. Como sucede siempre en tales obras, los buenos y simpáticos son los librepensadores; los malos é hipócritas los que blasonan de religiosos: además, como éstos son torpes y aquéllos listos, en cuantas discusiones se arman entre unos y otros los primeros llevan la mejor parte. Como sucede en la fábula, el león es el vencido; porque no «era león el pintor.»

Ni con esta comedia ni con *Numa Roumestan* han conseguido los empresarios de la Princesa atraer espectadores. Échase la culpa de tal desvío á la indiferencia con que el público mira el «arte serio.» No hay tal cosa. En Madrid abunda la gente apasionada por los espectáculos teatrales. Cuando se representa una buena comedia va á verla y aplaudirla; pero se retrae, y hace bien, cuando se le ofrecen obras como *El intruso*, compuestas con trozos de discursos de *meetings*, ó comedias exóticas como en España ha de parecer por fuerza *Numa Roumestan.*

Por otra parte, las que en la mente del autor fueron concebidas como novelas, rara vez se acomodan á las exigencias del teatro. La novela y el teatro son dos géneros diferentes, y al querer amalgamarlos resulta, si no siempre, casi siempre, algo híbrido y deforme.

***

Prueba evidente de que el público madrileño no tiene aversión al teatro, es la numerosa concurrencia que todas las noches acude á ver y aplaudir en Lara *El niño prodigio*, la última obra de los hermanos Quintero. Adolece la comedia de escasez de asunto, y esto ha sido causa de que los autores hayan procurado estirar desmesuradamente el argumento, intercalando en él episodios é incidentes innecesarios. Pero con todo, el ingenio de los Quintero es de tan buena ley, su observación de la realidad tan penetrante y tan grande su conocimiento de la escena, que han conseguido hacer una comedia interesante con lo que un autor adocenado sólo hubiera podido hilvanar un entremés.

El niño prodigio es una criaturita que toca el violín de un modo admirable; sus padres están locos con su precoz pimpollo y los amigos de la casa fomentan con sus adulaciones el disculpable orgullo de los progenitores del fenómeno. Personas hay que ven con tristeza cómo aquel equivocado amor paternal condena al pobre chiquillo á un trabajo superior á sus fuerzas infantiles, privándole de los placeres propios de la niñez y quizás sembrando en su alma los gérmenes de un prematuro hastío. Estas sensatas reflexiones, lejos de convencer á los padres del niño prodigio, los contrarían é irritan, suponiéndolas hijas de la malevolencia y de la envidia.

Llega la noche en que el violinista en agraz ha de mostrar sus habilidades en el casino de la localidad, y con tal motivo los autores hacen desfilar por la escena una porción de tipos caricaturescos de provincias, que si es cierto que no todos hacían falta para el desarrollo de la acción, mantienen, en cambio, en constante hilaridad al público. Al fin el niño toca, y lo hace con tal habilidad, que el auditorio al escucharle se suspende y maravilla. Pero precisamente de aquella rara y precoz maestría pretenden deducir los autores la confirmación del pensamiento capital de su comedia. El niño prodigio, sacado, por decirlo así, de su centro, forzado á pasar su vida esclavo del violín, deslumbrado por resplandores de gloria anticipada, será andando el tiempo un ente desgraciado, un pobre ser adulterado por la vanidad. Por eso, mientras á los padres del fenómeno se les cae la baba al presenciar el triunfo de su hijo, la hermana del pequeño violinista, que representa en la obra el buen sentido, llora, adivinando el triste porvenir que aguarda al niño prodigio.

De los dos actos que tiene la obra, el primero es el mejor; pero uno y otro fueron aplaudidos con igual entusiasmo: justo premio al artístico trabajo de los hermanos Quintero, que son actualmente de los contados autores que luchan con denuedo y fortuna en pro del arte escénico nacional. En verdad puede decirse que nadie con tanto entusiasmo y perseverancia como ellos procura continuar las tradiciones un poco olvidadas de la escena española. Y he aquí por qué el público, que en las obras de los dos hermanos ve reflejadas las costumbres nacionales, no les escatima los aplausos.

ZEDA.

EN EL UMBRAL DE LA VIDA

Yo no sé si vosotros, queridos míos, los que me leéis distraídamente, agobiados por el peso de los deberes del matrimonio, recordáis de vez en cuando aquel amor fantasioso, suave é inquieto á la vez, que visitándonos en la mocedad nos descubre un mundo de deseos incomprensibles; aquel amor ruboroso y atrevido que nos enfría y enloquece según las emociones que del mismo experimentamos; que se enseñorea, en fin, de nuestro apetito, entendimiento y voluntad y nos vuelve pálidos y taciturnos. Yo no sé tampoco si como lenitivo de tanto mal habéis contado con una madre todavía joven, de voz dulce y corazón sensible, que interesándose por vuestros sufrimientos y delirios, os haya fortalecido la esperanza, poetizado el deseo y cuidado vuestra enfermedad amorosa como un médico celestial.

Si fuese así, poco interés despertaría en vosotros mi discurso; pero mi afán no se reduce sólo á revivir recuerdos; me propongo precisamente – á propósito del caso que voy á relataros – hacer comprender á los cabezas de familia que me lean, lo inútil y peligroso que es disponer del corazón de nuestros hijos, ó combatir ciegamente una pasión. No debemos olvidar nunca que la adolescencia, esa edad loca é impaciente, permanece algún tiempo en el umbral de la vida, dudosa de dar el primer paso en amor, pero notablemente excitada por todo cuanto pueda apetecer, de manera que, al levantar obstáculos á su deseo no logramos otra cosa que precipitarla rápidamente á lo que quizás no habría llegado.

Luis era casi un niño, muy vivo de carácter, de una fantasía sin sujeción, tan sensible y varonil en sus modales y maneras, que sus compañeros de colegio le llamaban el hombrecito.

A los quince años poseía el bachillerato, primera conquista de la juventud estudiosa, con una serie de sobresalientes que eran el orgullo de su padre, abogado ilustre de su tiempo y ciudad, gran rigorista en todas sus cosas y detalles, el cual cuidaba tanto de su bufete como del porvenir de su hijo.

Poco nos va á costar ahora imaginárnoslo seriamente preocupado en dos elecciones, que aunque diversas, son muy análogas en su fondo. Una carrera honrosa y lucrativa y una nuera más ó menos agraciada, más ó menos rica en corazón é inteligencia, pero sí radiante en el gran mundo del dinero, hay que convenir en que tienen mucho de parecido.

Aquel año, como de costumbre, pasaron el verano en la grandiosa quinta de su propiedad; Luis, durante el último invierno, había cambiado mucho, y el sol, un alegre sol que enrojecía los viñedos y sembrados, un cielo puro y transparente y una dulce sofocación que agitaba su pecho le dispusieron al amor.

Por lo demás, el lugar tenía su poesía; ¿habré de describiros el murmurante curso de un río, el soñoliento balanceo de los álamos que bordeaban sus aguas, el florido césped y el par de ojos, azules como el espacio, de una lugareña de diez y siete años, fresca y atrayente como una sombra en las calurosas mañanas del estío?

Quizás por hallarse en la ardiente mañana de la vida, Luis se enamoró de esta sombra fresca y rozagante. Tenía dos años más que él; pero eso, lejos de ser un inconveniente, era un encanto más que avivaba el amor del muchacho, y ella y él brincaron sobre la hierba; por consiguiente, no hallo reparo en deciros que, mientras el padre seguía preocupado en la elección de carrera, el hijo juraba amor eterno á Gertrudis mientras la enseñaba á deletrear sobre el césped florido.

Llegaron los días grises y con ellos el regreso á la ciudad. El despido fué triste; ardientes las promesas, y una cruel melancolía invadió el alma del joven, causó estragos en sus mejillas y en sus aptitudes para el estudio. Luis asistió como una sombra á todas cuantas reuniones aristocráticas le indicaba su padre, fiel al objeto que perseguía y del que él no tardó en protestar bajo pretexto de sus amores campesinos, lo que le ocasionó la consiguiente filípica de su padre, la inevitable pérdida de sueño, el enorme disgusto del primer suspenso y, como remate de tanto mal, la decisión paternal de pasar el verano en casa.

Luis languideció; consideróse inmensamente desgraciado, y desde el umbral de su vida, delirante por un amor que aumentaba como grandiosa hoguera á cada nuevo obstáculo que le echaban, vislumbró el espantoso cortejo de su suplicio.



En el umbral de la vida, cuadro de E. Normand

La madre, lejos de dormir, velaba las locas pesadillas del mancebo y confortaba su ánimo con el bálsamo de la esperanza; pero la enfermedad no se hizo esperar, y la triste estación de las nieves marcó su huella en el delicado rostro de Luis.

La madre de Luis, que poseía un corazón capaz de emocionarse porque era todavía joven y á más gozaba de mucho criterio, así que la primavera estampó sus alegres labios en los cristales del cerrado balcón, expuso su idea al esposo, el cual la calificó de imprudente, pero no la combatió por estar también seriamente alarmado por la salud de su hijo; de manera que éste poco tardó en hallarse convaleciente, sentado con languidez en el majestuoso parque de su quinta y abandonado á las dulces palabras de su madre y á las fieles caricias de Tom, que, restregando su hocico por las rodillas del joven, le invitaba á proseguir las correrías de otro tiempo.

Luis aceptó, pero en su alma ya no había ni aquella impaciencia ni sobresalto; no quiero indicar con eso que no deseara ver nuevamente á Gertrudis; solamente hago notar la extrañeza que él mismo experi-

mentó al darse cuenta de que contando con la tolerancia de sus padres, hubiese tardado dos días en volver al lado de su amada.

¿Qué cambio ejercía en su alma, turbulenta ayer y reflexiva entonces, aquella libertad de acción?

Debilitábanse todas las irradiaciones románticas del despertar de su naturaleza soñadora, y la realidad surgía de su larga noche de tormentos indicándole todas las sinuosidades del camino que iba á emprender.

Sin embargo, él no experimentaba esto con claridad; era un presentir de desengaño; temía desprenderse de un sueño demasiado dulce; de consiguiente, Tom desesperaba de la lentitud con que andaba su dueño, y no sabiendo qué hacer de sus patas andaba y desandaba el camino, hundiéndose en el mar de los campos de heno, para salir muy lejos de la blanca faja de la carretera y reunirse con Luis, levantando nubes de polvo.

Así llegaron al río, que se deslizaba monótono y brillante en la silenciosa opulencia de los campos. Poco le costó convencerse de que sus aguas cantaban casi con la misma música de los otros ríos. Buscó la deliciosa sombra que protegía sus pláticas, como un descreído busca las imágenes que le fueron queridas. El álamo había muerto. Sólo quedaba su tronco desnudo y macilento bajo un sol alegre que besaba nuevos árboles que crecían con florescencias de renovación.

Era la hora, aquella misma hora del amor apacible dada en el rústico campanario de la aldea, y Gertrudis no estaba allí. Habían pasado dos años y la voz de la campana se había vuelto plañidera y ronca, cansada de llamar por los campos desiertos. Era una voz quejumbrosa que se extinguía, volviendo á su ruido seco, sin vibraciones románticas, de campana vieja... Gertrudis no volvía, ni Tom enronquecía llamándola, ni Luis creía oir sus pisadas en el leve ruido de las hierbas. Tomó el camino del pueblo quizá para volver á su casa, meditando sobre la primera desilusión de su vida, lamentando tal vez la última vibración de un alma adolescente, ingenua y pudorosa, cuando acertó á pasar Gertrudis con un cesto de ropa en la cabeza. Aquella deliciosa cabecita se había robustecido, borrando la delicadeza de sus líneas, inflamándose con todas las florescencias de una potente juventud. Grandes gotas de agua resbalaban al sol por sus mejillas, y aquella boca, que se había abultado por impetuosas invasiones de sangre, profirió un grito vulgar que ahuyentó para siempre toda la poesía del pasado.

—¡El señorito!

¡El señorito!.. Ya no era Luis, su Luis, porque aquella alma abandonada á la rusticidad de una vida campesina, había perdido las ingenuidades, la adorable franqueza de la infancia, como también el cuerpo aquella sutileza de líneas de niña fresca y atrayente como una sombra.

Los dos se miraron, y hablando de los trigos, de cualquier cosa, se extrañaron de un ayer que huía velozmente para franquearles el umbral de la vida.

Y pasaron ambos con entera libertad, rozándose tal vez, pero siguiendo distinta dirección.

NOGUERAS OLLER.



Fresco de Pierin del Vaga existente en el castillo de Sant-Angelo, de Roma
(De fotografía de A. G. Collari, comunicada por Hutin, Trampus y C.ª)

ROMA. — EL CASTILLO DE SANT ANGELO

Este castillo, situado á la entrada de Roma, en la villa derecha del Tíber, es el Mausoleo de Adriano, tan famoso en la antigüedad.

El emperador Publio Elio Adriano lo mandó construir en el año 135 después de J. C.; Antonino Pío prosiguió su construcción, que fué terminada por Marco Aurelio. Era una inmensa rotonda de 67 metros de diámetro y 32 de altura, asentada sobre un basamento cuadrado de 90 metros de lado.

En el mausoleo fueron enterrados Adriano y sus sucesores hasta Septimio Severo; quedando luego cerrado hasta 410, en que fué saqueado por las hordas de Alarico, que robaron todos los tesoros en él contenidos. En el siglo V, Teodorico hizo de él una fortaleza, carácter que conservó hasta los tiempos modernos, habiendo sufrido varias transformaciones en el transcurso del tiempo. Hacia fines del siglo XV, la explosión de un polvorín causó en el edificio graves daños que el papa Alejandro VI mandó reparar, ampliándose entonces las fortificaciones y construyéndose el viaducto que pone en comunicación el castillo con el Vaticano. Otras obras se construyeron durante los pontificados de Clemente VII y Paulo III, el cual hizo pintar al célebre Pierin del Vaga y á otros artistas no menos ilustres, de la escuela del gran Rafael, algunas salas y el salón principal, y colocar en lo alto de la torre una estatua colosal de mármol del arcángel San Miguel, modelada por Rafael de Montelupo. En 1626, Urbano VIII agregó al castillo las obras exteriores, bajo la dirección de Marco Antonio de Rossi, dejándolo en la forma que tiene actualmente; en 1770, Benedicto XIV mandó substituir la estatua de mármol de San Miguel por otra de bronce, fundida según el modelo de Verschaffelt.

El mausoleo, en su estado primitivo, hallábase enteramente revestido de grandes losas cuadradas de mármol blanco de Paros y adornado, en su parte superior, con gran número de estatuas, también de mármol, de hombres y caballos admirablemente ejecutados; una estatua colosal de Adriano coronaba aquella inmensa mole. Todas esas maravillas fueron destruídas en los muchos sitios y ataques que hubo de sufrir la fortaleza.

Encierra todavía el castillo numerosos tesoros artísticos, algunos de ellos descubiertos en recientes excavaciones, de los cuales son muestra algunos de los grabados que en esta y en la siguiente página publicamos. Hay entre éstos tres frescos de la bóveda de la Sala Paolina ó del Trono, que representan escenas de la historia antigua de Roma y que son obra del citado Pierin del Vaga y demás pintores de la escuela rafaeliana. Otro grabado reproduce la gran sala llamada de Apolo con las magníficas pinturas de Rafael, de Pierin del Vaga, de Juan de Udine y de Marcos de Siena; en esa sala fué juzgado el famoso Cagliostro, cuyo calabozo se enseña todavía á los que visitan el castillo de Sant-Angelo. Reproducimos también el célebre alto relieve de la Virgen con el Niño Jesús que se atribuye á Rafael de Montelupo y que durante mucho tiempo estuvo en la habitación destinada á cuerpo de guardia; está muy bien conservada y es una obra primorosamente esculpida.

Otra de las vistas es la del gran departamento mandado construir por el papa Alejandro VI para guardar el aceite; hay en él 84 tinajas de 260 litros de capacidad cada una, y el aceite en ellas contenido servía para el uso de la guarnición cuando se hallaba sitiada. Reproducimos finalmente la vista del patio central, ó patio de honor, en el cual se ven varios montones de balas de las que se empleaban en los antiguos morteros; la estatua de ángel que se ve en ella es la de San Miguel que desde 1550 á 1770 estuvo colocada en lo alto del castillo; la puerta del fondo es la de la capilla de los condenados á muerte, construída según los planos de Miguel Angel.—R.

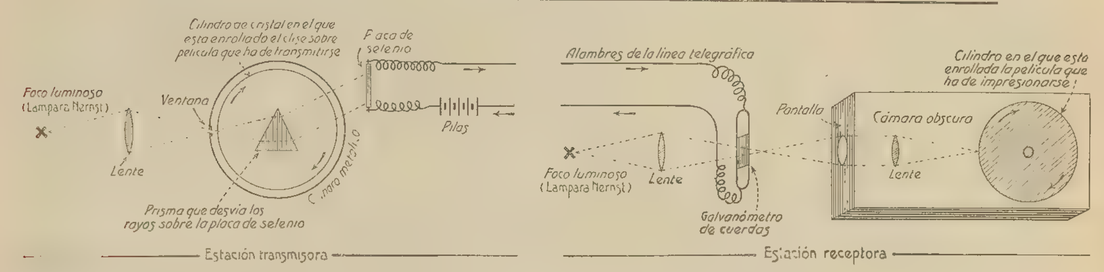


Fresco de Pierin del Vaga existente en el castillo de Sant-Angelo, de Roma
(De fotografía de A. G. Collari, comunicada por Hutin, Trampus y C.ª)



ROMA.—EL CASTILLO DE SANT-ANGELO. (De fotografías de A. G. Collan, comunicadas por Hatin, Frampas y C.

LA FOTOGRAFÍA TRANSMITIDA POR EL TELÉGRAFO (TELEFOTOGRAFÍA)



Esquema de los aparatos empleados por el profesor Korn, de Munich, para reproducir á distancia clisés fotográficos

En el número 1.296 de La Ilustración Artística publicamos un artículo, acompañado de los grabados correspondientes, en el que nos ocupábamos del descubrimiento prodigioso del sabio profesor bávaro Dr. Korn, gracias al cual se resolvía de una manera bastante satisfactoria el problema de la transmisión de las imágenes á largas distancias.

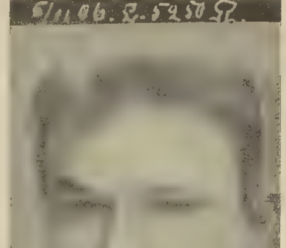
Desde entonces, el profesor Korn ha perfeccionado de tal modo su invento, que éste resulta ahora eminentemente práctico, hasta el punto de que periódico tan importante como *L'Illustration*, de París, ha adquirido el privilegio de explotarlo en Francia y para instalar aparatos transmisores en todos los países, excepto en Alemania, que el inventor se reserva.

Consideramos, pues, de verdadera oportunidad dedicar nuevamente la atención á tan interesante asunto y añadir nuevos datos á lo que hace poco más de un año dijimos.

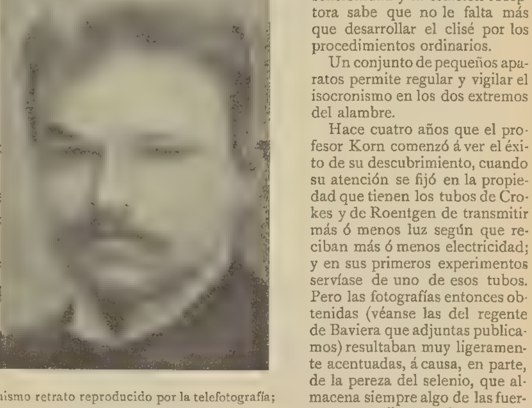
El profesor Korn ha tenido la audacia de querer telegrafiar las múltiples impresiones producidas en los múltiples puntos de una superficie fotográfica, á una distancia dada cualquiera; mas no pudiendo enviarlas simultáneamente, las expide sucesivamente, valiéndose para ello de ingeniosísimos aparatos, cuya descripción vamos á hacer á grandes rasgos.

La estación expedidora (véase el primer grabado de esta página) se compone de una lámpara de Nernst que, por medio de una lente, condensa sus rayos sobre una ventanita practicada en la pared de un cilindro metálico; en el interior de éste hay un segundo cilindro de cristal alrededor del cual va enrollada la película fotográfica que ha de ser reproducida (al presente se trata sólo de reproducciones de películas) y que está dotado de un doble movimiento de rotación y de traslación en el sentido de su eje. El rayo luminoso atraviesa la película y la pared del cilindro de cristal con más ó menos intensidad, según que el clisé haya sido más ó menos impresionado y haya sido puesto químicamente en condiciones de mayor ó menor resistencia al paso de la luz, y va á chocar contra un prisma que lo desvía dirigiéndolo á una placa de selenio. Este metaloide tiene la propiedad de armonizar la luz y la electricidad, de manera que cuanta más luz recibe tanta más electricidad devuelve, ó hablando en términos más científicos, su resistencia eléctrica varía según las variaciones luminosas; por consiguiente, á un rayo lumínico más intenso corresponderá una corriente eléctrica más fuerte en un alambre unido á la placa de selenio.

A la estación receptora llegan las corrientes ó choques eléctricos de intensidades diferentes y que se suceden unos muy cerca de otros.



El profesor Korn, de Munich, inventor de la transmisión de las imágenes por telégrafo



El mismo retrato reproducido por la telefotografía; prueba obtenida en 6 de noviembre último

¿Cómo podrán esas pulsaciones eléctricas infinitamente numerosas realizar á la inversa el trabajo efectuado en la estación expedidora y traducirse en variaciones luminosas?

El profesor Korn ha resuelto el problema por medio de un galvanómetro de cuerdas, construido por él especialmente para ese objeto. El aparato receptor compónese también esencialmente de una lámpara Nernst, de una lente condensadora y de un cilindro compensador en el interior del cual va enrollada la película que ha de impresionarse. El galvanómetro de cuerdas hállase interpuesto en el trayecto que recorre el rayo luminoso y desempeña el papel de obturador intermitente; consta de una delgada hoja de aluminio tendida entre dos alambres de cobre muy tirantes. Según la mayor ó menor intensidad de las corrientes eléctricas, el obturador se mueve más ó menos delante del foco luminoso, regulando de esta suerte el mayor ó menor ingreso del rayo luminoso en la ventanita del cilindro receptor. En el doble movimiento de rotación y de traslación longitudinal, cada punto de la película que ha de ser impresionada se coloca sucesivamente delante de la ventana y recibe la dosis de iluminación que se desea. Cuando el cilindro expedidor ha terminado su rotación, la placa de selenio recobra su insensibilidad y la estación receptora sabe que no le falta más que desarrollar el clisé por los procedimientos ordinarios.

Un conjunto de pequeños aparatos permite regular y vigilar el isocronismo en los dos extremos del alambre.

Hace cuatro años que el profesor Korn comenzó á ver el éxito de su descubrimiento, cuando su atención se fijó en la propiedad que tienen los tubos de Crokes y de Roentgen de transmitir más ó menos luz según que reciban más ó menos electricidad; y en sus primeros experimentos servíase de uno de esos tubos. Pero las fotografías entonces obtenidas (véanse las del regente de Baviera que adjuntas publicamos) resultaban muy ligeramente acentuadas, á causa, en parte, de la pereza del selenio, que almacena siempre algo de las fuerzas que recibe y acaba por «no querer más.»

El profesor Korn venció esa dificultad por medio de un aparato llamado compensador, que es el progreso definitivo de su invención; una comparación entre las fotografías del regente de Baviera obtenidas en 1903 y las obtenidas en 1906 del mismo y del inventor que damos en esta página, permite juzgar del gran adelanto logrado merced al nuevo perfeccionamiento. —P. C.



Retrato original del príncipe regente de Baviera.

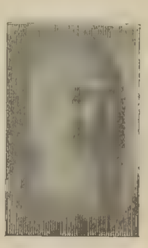


Imagen reproducida en 1903 en el aparato receptor á los 12 minutos de exposición.



Imagen reproducida en 1903 en el aparato receptor á los 24 minutos de exposición.

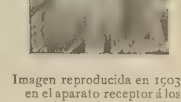


Imagen reproducida en 1903 en el aparato receptor á los 24 minutos de exposición.

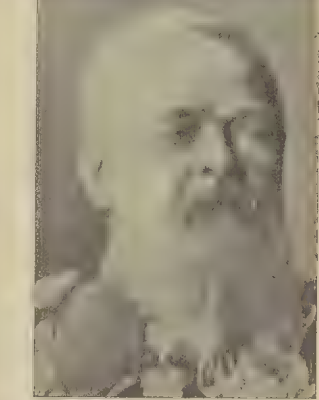


Imagen obtenida del mismo clisé que las anteriores y reproducida en 16 de octubre de 1906 en el aparato receptor perfeccionado

LOS PREMIOS NOBEL EN 1906

Publicamos hace pocas semanas el retrato del eminente histólogo español Dr. Cajal, agraciado con el premio Nobel correspondiente á las ciencias médicas; hoy reproducimos los de otros tres hombres ilustres que han obtenido igual distinción: el del gran poeta italiano Josué Carducci; el del sabio histólogo y patólogo, italiano también, Camilo Golgi, y el del ilustre químico francés Enrique Moissán, á quienes han sido adjudicados respectivamente los premios destinados á la poesía, á las ciencias médicas (conjuntamente con el doctor Cajal) y á la química.

El poeta italiano Josué Carducci, que ha obtenido el premio Nobel, destinado á la poesía (De fotografía remitida por Carlos Abeniacar.)



El histólogo italiano Camilo Golgi, que ha obtenido el premio Nobel destinado á las ciencias médicas, juntamente con el Dr. Cajal.

Josué Carducci, nacido en Toscana en 1836, fué desde su juventud un apasionado del arte clásico y pagano y un revolucionario en literatura. A los once años escribió sus primeros versos, é influido por las lecturas huía de su casa, juzgando tiránica la autoridad paterna; en 1849 pasó con su familia á Florencia y comenzó á estudiar con los Escolapios, y en 1856 insertó sus primeros trabajos literarios en prosa en *Il Poliziano,* periódico que se publicaba en aquella ciudad. Dos años después dábase á conocer como poeta en un tomo de versos, que en aquel entonces apenas llamó la atención y que después ha sido reimpreso con el título de *Juvenilia*. En 1861 fué nombrado profesor de la Universidad de Bolonia, y en 1865 dió á luz, con el seudónimo de Oenotris Romano el famoso *Himno á Satanás,* que produjo gran escándalo por el atrevimiento, pero que consagró á Carducci como poeta eminentísimo.

Pero su obra capital, la que más ha popularizado su nombre en el mundo literario de Europa, son sus *Odas Bárbaras,* que publicó en 1878 y que compuso ajustándose á las mismas reglas que las de Horacio, en la antigüedad cantadas por coros de mancebos y doncellas. Esa tentativa fué muy discutida en la misma Italia, pero mereció la admiración del sabio Mommsen, uno de los más grandes conocedores de la lengua y de la poesía latinas.

Del valor insigne de Carducci como profesor y crítico, son elocuentes testimonios los dos volúmenes de *Estudios literarios* y de *Bocetos críticos y discursos literarios,* el ensayo de un texto y comentarios nuevos sobre las *Rimas del Petrarca.*

Camilo Golgi es profesor, desde hace veinticinco años, de la Universidad de Pavía, en donde desempeña la cátedra de Histología, en la que sucedió al célebre Bizzozero, quien, más que maestro, había sido amigo fraternal suyo. A él se debe la formación del Instituto de Histología y Patología experimental de la mencionada ciudad, luminoso centro de perfeccionamiento al cual concurren alumnos de toda Italia y del extranjero, seguros de encontrar allí una fuente copiosa de ciencia. En aquel instituto realiza Golgi una obra científica extraordinariamente fecunda, ya directamente, ya por medio de algunos de sus ilustres discípulos. La obra de Golgi puede sintetizarse diciendo que mediante una larga y acertada aplicación de su reacción especial cromo-argéntea sobre el sistema nervioso central, ha aportado un tributo colosal á la histología y patología de los centros nerviosos.

Enrique Moissán nació en París en 1852; graduóse de doctor en Ciencias en 1885, y al año siguiente fué nombrado catedrático de Toxicología en la Escuela de Farmacia. Actualmente desempeña una cátedra en la Universidad de París. Fué el primero que en 1886 logró aislar el flúor en estado gaseoso, y sus trabajos, que tuvieron gran resonancia en el mundo científico, le abrieron las puertas de la Academia de Medicina en 22 de mayo de 1888.

Otros de sus notabilísimos descubrimientos han sido la síntesis del diamante, la obtención del boro puro y la preparación por efusión del carburo de calcio cristalizado, el cual, tratado por el agua, da el acetileno puro, propio para el alumbrado. Pero de todos sus inventos es quizás el más importante el del horno eléctrico que lleva su nombre y que permite fundir y volatilizar casi todos los cuerpos conocidos aun los más estables, estudiados en Química inorgánica.—S



El químico francés Enrique Moissán, que ha obtenido el premio Nobel destinado á la Química, en su laboratorio. (De fotografía de M. Branger.)



BUSTO-RETRATO DE LA INFANTA MARÍA DE LAS MERCEDES, PRINCESA DE ASTURIAS,

obra del notable escultor Agustín Querol



FELIPE V DE ESPAÑA,

retrato pintado por Jacinto Rigaud (1659-1743), grabado por Pedro Drevet (1664-1739)

EL ESCULTOR RODIN

La adjunta fotografía apenas necesita explicación; el escultor Rodin es harto conocido y sus obras son demasiado famosas para que hayamos de hablar de la personalidad del artista ni de sus magistrales producciones, muchas de las cuales hemos publicado en La Ilustración Artística. El fotógrafo le ha sorprendido con la cartera y el lápiz en la mano, fijando en el papel las líneas elegantes, los graciosos movimientos y las bellas actitudes de unas bailarinas asiáticas, que luego reproducirá en el barro con el vigor y la vida que son característicos de sus admirables esculturas. Es una nota interesante de esa información moderna que procura ofrecernos los episodios íntimos y curiosos de la existencia de los hombres ilustres.

DON PEDRO MONTT

El nuevo presidente de la República de Chile goza en su país de gran prestigio por su honorabilidad, así es que su elección fué bien acogida por todo el mundo, incluso por sus adversarios políticos, que no pueden menos de reconocer sus altas dotes de carácter y de inteligencia.

Es oriundo de familia catalana y descendiente de D. Manuel Montt, que desde 1851 á 1861 ejerció el cargo que hoy él desempeña, cimentando sobre sólidas bases el engrandecimiento y la prosperidad de Chile.

D. Pedro Montt ha sido vicepresidente de la Cámara de Diputados, vicepresidente del Consejo de Estado y varias veces ministro.

Los puntos fundamentales de su programa son el restablecimiento del valor de la moneda, la promulgación de leyes protectoras del trabajo y el fomento de las obras públicas y de la instrucción popular. Pero la empresa que actualmente tiene mayor importancia y á la cual dedica preferentemente su atención el nuevo presidente es la reedificación de Valparaíso, que tantos daños sufrió á consecuencia de los terribles terremotos de agosto último.

NUESTROS GRABADOS ARTÍSTICOS

(Véanse las láminas de las págs. 793, 800 y 801)

Orgullo, cuadro de F. Zmurko. – Los cuadros de este celebrado pintor, algunos de los cuales hemos reproducido en La Ilustración Artística, son generalmente bustos de mujeres, y en todos ellos el pintor no se limita á trasladar á la tela un tipo de belleza femenina, sino que además simboliza en éste un estado de ánimo, sin apelar á otros recursos que á los de expresión del rostro y actitud del cuerpo. Véase, en prueba de ello, la obra suya que en este número publicamos: *Orgullo* se titula, y es verdaderamente una hermosa representación de ese sentimiento que se caracteriza por el exceso de estimación propia.

D. Pedro Montt, nuevo presidente de la República de Chile. (De fotografía.)

Busto-retrato de la infanta María de las Mercedes, princesa de Asturias, obra de Agustín Querol. – Otra obra digna de alabanza, debida al notable escultor Agustín Querol, podemos dar á conocer á nuestros lectores, gracias á la galantería de nuestro amigo. Modelada por especial encargo del príncipe viudo, justo es consignar que el artista ha correspondido cumplidamente á la confianza de que fué objeto, resultando el busto-retrato trasunto fidelísimo de la que fué malograda princesa de Asturias. Recientemente nos ocupamos del artista y de sus obras, por cuyo motivo hemos de referirnos á lo que ya consignamos acerca de tan distinguido escultor.

Felipe V de España, retrato pintado por Jacinto Rigaud. – Este famoso pintor, nacido en Perpignán en 1659 y fallecido en París en 1743, es considerado como uno de los mejores retratistas de la escuela francesa; sus cabezas son un portento de vida, de carácter y de expresión; su pincelada es á la vez delicada y atrevida, y su colorido, aunque brillante, no ofrece tonos chillones. Pintó varios retratos de Luis XIV y de la familia real francesa, entre ellos el del que fué rey de España Felipe V, que reproducimos, grabado por el célebre Drevet.



París. – El famoso escultor Rodin tomando croquis de un grupo de bailarinas asiáticas (De fotografía de Hutin, Trampus y C.ª)

MISCELÁNEA

Bellas Artes.— Barcelona. – El «Centre Popular Catalanista» de San Andrés de Palomar ha organizado una exposición de arte sobre las siguientes bases: 1.ª La exposición se compondrá de cinco secciones (Arqueología auténtica ó reproducción en modelado ó dibujo; Arte moderno, escultura y pintura en todas sus manifestaciones; Fotografía en general; Tarjetas postales en sus diversos procedimientos, y Carteles artísticos coleccionados); 2.ª A cada sección se concederá un primer diploma por grupo, pudiendo concederse otros á juicio del Jurado; 3.ª La admisión de objetos quedará cerrada el día 24 de los corrientes; 4.ª El acto de inauguración se efectuará el día 1.º de enero de 1907 y la exposición estará abierta hasta el día 2 de febrero; 5.ª Constituyen el Jurado D. José Puig y Gadafalch, presidente; D. Juan Llimona, D. José Campeny, D. Dionisio Baixeras y D. Jaime Bofill, secretario.

Espectáculos.— París. – Se han estrenado con buen éxito: en el Athenée *La Ponette*, comedia en cuatro actos de Luis Artous y Pablo Fuchs; en Marigny *Pan*, drama satírico y cómico en tres actos, letra de Carlos van Lerberghe, música de Roberto Haas; y en el Odeón *Jules César*, tragedia de Shakespeare, traducida por Luis de Gramont y puesta en escena con lujo y propiedad admirables.

Barcelona. – Se han estrenado con buen exito: en el Principal *Innocencia*, zarzuela en un acto, letra arreglada del francés por D. Eduardo Aulés, y música del maestro Grant; y en Romea *San Ramón Nonat*, comedia en un acto de D. Ramón Ramón y Vidales.

En el Liceo, ha conseguido un nuevo triunfo el eminente barítono Sr. Battistini en la ópera de Verdi *Hernani*, en la que han obtenido también muchos aplausos la Sra. Davyd y los Sres. Biel y Navarrini. También se ha cantado *Aida*, por las Sras. de Lerma y Verger, y los Sres. Scampini y Rebonato, todos los cuales, y muy en especial las dos primeras, fueron en extremo aplaudidas.

Necrología.—Han fallecido:

Luis Alberto Villanis, compositor italiano, bibliotecario y profesor de Historia de la Música del Liceo Rossini de Pésaro, autor de notables obras sobre estética musical.

Federico Reusch, escultor alemán, profesor de la Real Academia de Bellas Artes de Kœnigsberg, doctor honorario de la Universidad Albertus, autor de varios importantes monumentos.

Federico Conrado Bailstein, notable químico ruso, miembro de la Academia Imperial de Ciencias de San Petersburgo, ex profesor de Química de la Escuela Superior Técnica de aquella capital.

José Fluggen, pintor muniquense, autor de cuadros muy celebrados y del decorado de algunas óperas de Wagner para los teatros de Baireuth y París.

Julio Majorossy, arquitecto húngaro, constructor de varios grandiosos edificios públicos de Budapesth.

Fernando Hartzer, célebre escultor alemán, autor de muchos y muy importantes monumentos

Vladimiro Stassoff, arqueólogo, historiador de arte y etnólogo ruso, miembro de honor de la Academia Imperial de Ciencias de San Petersburgo.

Edmundo Harburger, pintor de género alemán, colaborador de la notable revista «Fliegende Blaeter.»

Dr. Jacob Julio David, notable escritor, poeta y dramaturgo austriaco.

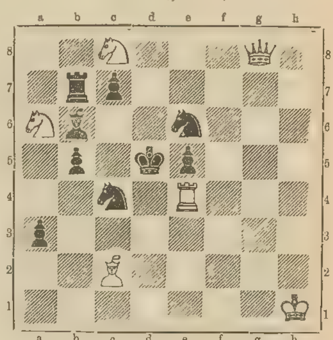
Alejandro Nikolaiewitch Wesselowky, historiador ruso, muy conocido por sus trabajos de literatura comparada.

AJEDREZ

Problema núm. 447, por V. Marín.

(Primer premio del Concurso del *Der Schachfreund*, 1899.)

Negras (9 piezas)



Blancas (6 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

Solución al problema núm. 446, por V. Marín.

Blancas.	Negras.
1. D h 8 – h 6	1. Cualquiera.
2. D ó C mate.	



Descolgaba de la pared la vieja mandolina y entonaba una canción de taberna

CORAZONES DE ORO

NOVELA ITALIANA DE SALVADOR FARINA.—ILUSTRACIONES DE CALDERE

(CONTINUACIÓN)

Coppa continuó su relato diciendo á Desiderio:

—Y me aseguró que le bastaba un mes, transcurrido el cual regresaría á Italia, á Milán. «¿Va usted también á Italia? ¿Se detendrá allí? ¿Irá usted á Milán?,» me preguntó. Contestéle la verdad, pero acompañada de tantos *quizás*, de tantos *sí*, que el pobre enamorado debió comprender que yo no quería alentarle á ser tan explícito como él deseaba. «Me llamo Pedro Corruccini,» díjome tímidamente. «Si en algo puedo ser á usted útil en España...» Le respondí que no podía serme útil en España ni en ninguna otra parte, y terminé dándole mi nombre. No habiendo podido llegar á Niña por mi conducto, aquella misma tarde quiso probar de llegar hasta ella por la puerta falsa, poniendo en manos de la muchacha una declaración escrita; pero era poco diestro en esas lides, y cuando, desesperado, quiso introducir el billete en un guante que Niña había dejado sobre una silla, yo me apoderé de éste y al entregárselo á su dueña saqué su contenido. Dióme entonces el capricho de gastar una broma cruel, y desdoblando el papel en presencia de Pedro se lo entregué á Niña diciéndole: «Veamos lo que se había escondido en tu guante; lee.» Y Niña leyó, riéndose, la lista de la última comida. «Ya para nada sirve—dije al enamorado;—la comida ya está digerida.» Pedro Corruccini me miró con altivez y yo le miré á él; pero cuando me parecía que me había vengado, ocurrióseme una idea, y en vez de decir al viajante de productos químicos *adiós*, le dije *hasta la vista* y le añadí que podría volver á verme en Milán y que si quería escribirme podía hacerlo á mi nombre á la lista de correos. El pobre muchacho se fué encantado.

—¡Bravísimo!, exclamó Desiderio.

—Dices *bravísimo* como yo se lo diría á otros y como me lo he dicho cien veces á mí mismo inútilmente. Decía *bravo* cuando me sentía con fuerzas para renunciar á ese sentimiento que ha hecho de mi viejo corazón un juguete digno de lástima; pero ya no lo digo ahora.

Permanecieron un rato silenciosos. Al anciano organista parecióle que de la habitación inmediata venía de cuando en cuando un canto alegre que dominaba el tono bajo de Antonia; era la voz de Niña.

—¡Oh, pobrecita de mí, pobrecita de mí!, decía aquella voz regocijada.

—¡Pobrecita de ti!, exclamó Coppa, casi hablando consigo mismo. Pobrecita de ti si mi locura no me abandona, si tú por compasión renuncias á tu parte de felicidad, que es la juventud y el amor. ¡Pobrecita de ti!

—¡Oh, pobrecita de mí!, seguía diciendo Niña, que de pronto salió precipitadamente de la cocina y se plantó delante de Coppa. Mira, papá, ¿me he ensuciado mucho?

Y al decir esto mostraba su carita morena, en la que se veía un tiznón negro de hollín.

Coppa rióse mucho viéndola así y le dijo que daba horror y que corriese inmediatamente á su cuarto á lavarse con jabón.

Y apenas se hubo marchado Niña, prosiguió en el tono de antes:

—Sí, Desiderio, hasta llegué á acariciar esa magnífica idea, hacerla mi esposa; tiene diez y ocho años no cumplidos, y yo tengo setenta..., no cumplidos tampoco, pero soy rico y puedo dar una situación espléndida, á cambio de su juventud y de su belleza, á esa pobre muchacha que hace poco tocaba la mandolina en las tabernas de Buenos Aires, expuesta á las asechanzas de cualquier argentino rico ó emprendedor. Ella no diría que no, ¡es tan niña! Todavía no sabe en qué consiste la felicidad y puedo hacerle creer que consiste en esto, en que ella tenga diez y ocho años y yo setenta. El mundo aplaudiría como en el teatro cuando un juego sale bien. Pero ahora...

—¿Ahora, qué?, preguntó Desiderio melancólicamente.

—Lo he pensado mejor y por esto te la dejo y me marcho... No para siempre, sino sólo por una temporada; cuando se me haya quitado esa locura, volveré para recoger también mi parte de caricias, y los dos pensaremos en darle un buen marido, escogiendo para ella un joven que la quiera mucho y que la haga dichosa y nos deje contentos.

Estas últimas palabras las dijo con pena. Desiderio cogió silenciosamente la mano de su amigo y la tuvo entre las suyas largo rato sin decir una palabra. Al fin apareció en la puerta Niña, la cual dirigiéndose á Coppa le dijo con complacencia:

—Mírame, *papá*, ¿estoy guapa?

Estaba verdaderamente hermosa.

V

La busca del piso fué cosa larga, porque á Coppa no le satisfacía ninguno de los que veía y porque Desiderio sentía, en el fondo de su corazón, tener que abandonar la casa en donde había amado y llorado.

Pero al fin se encontró lo que deseaban; siete habitaciones, aparte de un corredor que había de servir de antecámara, en un entresuelo bañado por el sol, tal como Coppa quería, y no sólo con vista á extensas praderas, para que Desiderio no echase de menos la perspectiva de los tejados, sino además con un pequeño jardín, en donde Niña podría cultivar guisantes y lechugas.

Coppa se había preocupado secretamente de buscar para las paredes del cuarto de la gran cama de matrimonio un papel con florecillas de color de rosa; hubieron de ser amapolas en vez de claveles silvestres, pero el fondo gris era igual y el conjunto presentaba un aspecto tan risueño, que Desiderio quedaría contento seguramente. Y en verdad que lo ha-

bía quedado en seguida, y no porque aquellas amapolas le recordaran mejor los claveles que había dejado en la otra casa, sino porque el pobre viudo, dotado de un alma dócil y agradecida, era incapaz de resistir á una muestra de afecto, aunque le costase un sacrificio.

Además, su muerta habíase apresurado á acudir á la cabecera de su lecho, mientras él dormía, para decirle que todo iba bien y que no pensase tanto en reunirse con ella, porque teniendo aún mucho que hacer en la tierra, quedaba toda la eternidad para verse en el cielo. «Pero ¿no te cansarás de aguardarme, Esperanza mía?,» habíale preguntado; y la muerte había asegurado que el cansancio es cosa de este mundo y que en el otro ni siquiera se le oye nombrar.

Mas no habiendo satisfecho á Desiderio esa respuesta, la aparición había añadido: «No he perdido nada; estoy siempre junto á ti y te veo mejor que antes. Ahora toda tu alma me pertenece; con tal que no me rechaces, puedo leer lo que fatigosamente ves tú mismo; y no es tampoco cierto que no pueda hablarte, ya que hablo á tu pensamiento, te conforto, te animo, te contradigo callandito. Sólo una cosa me apena y es que no tengas idea de la felicidad de mi estado.»

Aquel primer sueño desvaneció todos los escrúpulos que sentía Desiderio de abandonar la antigua casa. Luego siguieron otros sueños en los cuales la muerta aprobó la elección del piso cercano al Conservatorio, consintió en que Coppa se fuese á correr mundo durante algún tiempo más, hasta quedar curado de su herida, y recomendó muy mucho á Desiderio enseñase á Niña á tocar el órgano, que él y nadie más que él acompañase á la muchacha al Conservatorio, así á la ida como á la vuelta. Finalmente nada impedía... (esto no lo dijo la muerta, sino Coppa), nada impedía...

—¿Qué?

Que Niña se llamase para Desiderio Esperanza.

—Los muertos no deben ser celosos, á lo menos así me lo parece, insinuó Coppa.

—No lo son, afirmó Desiderio; la llamaremos Esperanza.

—Yo no; para mí seguirá siendo Niña.

Arregladas así las cosas, el viejo Desiderio vió abrirse nuevamente ante él una nueva era de dicha, tan alegre, tan hermosa y tan pródiga en promesas para su corazón modesto, que casi le parecía superior, no á sus propias fuerzas, pues sentíase más fuerte que nunca, sino á lo que razonable y lícitamente corresponde á una pobre criatura mortal. Y hasta experimentaba cierto escrúpulo cuando se confesaba á sí mismo que la muerte de su Esperanza nada había arrebatado á su existencia, porque había venido Niña y la muerta estaba aún viva.

¿Pero tú, pobre amigo mío, tú?, preguntaba á menudo.

—Yo estoy bien, respondía Coppa. Ya sabes que sé sufrir y aun vencerme; tengo larga práctica. ¿Quién sabe si, á fuerza de vencerme, á qué grado de excelsitud llegaré?

—¿Pero sufres?

¡Ya lo creo! Pero callo. Confío en que Niña no se habrá percatado de nada; todas las mañanas cuando se presenta delante de mí y se pone de puntillas para que le dé un ósculo paternal, no se figura el suplicio que me infiere. Mas todavía puedo sufrir; cuando no pueda más me iré por el mundo y volveré curado.

Y Coppa, el viejo Coppa, á quien la vida había enseñado tantas cosas, Coppa, que había visto el doble fondo de muchas trampas humanas, se jactaba de su valor con pleno convencimiento. ¡Pobre Coppa! ¡Se creía fuerte porque sabía sufrir! Desiderio, que lo admiraba sin restricciones hasta en esto, expresó un día un pensamiento que se le había ocurrido.

—Ya lo sé que eres fuerte, le dijo, y sé que en ello te complaces; pero ¿dónde está la verdadera fuerza en saber sufrir ó en no sufrir? ¡Quién sabe! Acaso los más fuertes son los indiferentes.

—Puede ser.

Niña era una discípula distraída y el anciano organista pudo decir al cabo de pocas semanas que nada bueno haría de ella. Reíase de todo, afirmando que había aprendido la lección perfectamente, y para indemnizarse del aburrimiento que quería causarle el maestro con sus acordes, descolgaba de la pared la vieja mandolina y entonaba una canción de taberna. Para Desiderio, para sus oídos acostumbrados á la majestad del órgano de Bach, era un dolor, un tormento escuchar aquella música grosera ejecutada en aquel instrumento de tortura; pero cuando Coppa y Niña reían, reíase él también. Y luego añadía, aunque sin rencor, que el hombre que había inventado la mandolina debía estar borracho ó acaso paralítico ó cuando menos enfermo de los nervios.

De todos modos la muchacha, por respeto al maestro, aprendió las escalas y los acordes, y el viejo organista no desconfiaba aún de que se apoderase de ella la pasión del órgano, como se había apoderado de él, cuando le oía decir: «Ahora toca algo tú, que tocas tan bien. ¡Me gusta tanto escucharte!..» Desiderio, tocando piezas de Marcello ó de Bach, con los ojos fijos en el techo, parecía interrogar al cielo, mientras Coppa, sentado aparte, con la cabeza baja y el rostro oculto entre las manos, buscaba en el semblante de Niña una razón seria que explicase su propia locura.

«Pero ¿quién me asegura que sea una locura realmente?,» decíase á sí mismo.

¿Sabía acaso de un modo positivo dónde, en la vida social, acaba la cordura y la manía empieza? ¿Quién sabe? Quizás la verdadera sabiduría consiste en saber desembarazarse el camino para llegar al propio contento, y que sólo es loco quien, teniendo al fin al alcance de la mano la felicidad, se obstina en no alargar el brazo y decir: «Es mía y la tomo.»

Un día Niña parecía ceder dulcemente á la tentación de Bach, pero sonreíase aún de cuando en cuando mirando ora á uno ora á otro de los dos viejos; y mientras el organista, fijos siempre los ojos en el ideal, se hallaba lejos, Coppa coordinó mejor sus ideas para la batalla.

Hasta entonces habíale contenido el escrúpulo de encadenar la juventud floreciente al viejo egoísmo; pero si alguien le demostrase que desposando sus setenta años con los diez y ocho de Niña para darle un nombre, una posición, una fortuna... y aun el amor, si el amor fuerte de los viejos, porque sólo los viejos saben amar..., si alguien, con piadoso talento, le hiciese esa demostración cuerda, reforzándola con muchos ejemplos tomados de lo que siempre se ha hecho en el mundo, de lo que se hace todos los días, de lo que se hará aún..., si...

«Apostemos—imaginóse que alguien le decía—á que si propusieras á Niña casarte en seguida con ella, no diría que no; y así como ahora está á punto de dormirse, se espabilaría, brincaría de gusto y exclamaría: «Casémonos al instante.»

«Es tan niña, respondió mentalmente Coppa, que no tendría esto nada de extraño; mas no es esto lo que yo quiero, yo quisiera...»

¿Qué querría? No quería decirlo; casi no quería pensarlo siquiera. Si no hubiese sido demasiada audacia sólo el imaginarlo, habría querido sencillamente que Niña, con sus diez y ocho años, con su belleza, se enamorase de él, de su figura larga y flaca, de su pelo casi rojo, de su barba y de su cabello cortado al rape. He aquí lo que quería, que se enamorase locamente, ciegamente, hasta el punto de perder aquella graciosa cabecita; que entre tantos jóvenes guapos, vigorosos y prendados de ella, que era tan hermosa, prefiriese al viejo Coppa únicamente porque él la amaba más que todos los enamorados juntos; y que un día, vencida por aquel amor extrañísimo, confiase su propio afecto á papá Desiderio ó á él mismo..., que... que abriría los brazos para estrecharla sobre su pecho llorando de ternura como un niño.

Y entonces tal vez Desiderio, el amigo en la vida y en la muerte, encontraría al fin la frase alentadora que ahora le repugnaba pronunciar. «¡Ya lo ves!—le diría.—Está enamorada de ti; cásate con ella y hazla dichosa.» Coppa se figuraba el tono con que serían dichas esas palabras, graves como si las pronunciara el divino Bach: no había en ellas seguramente ni una sombra de envidia, ni siquiera el temor de que el porvenir no bastase á dar realidad á una gran esperanza. En fin, Coppa no se conservaba mal y se sentía con ánimos para vivir cien años para amar. ¿No era acaso de Desiderio esa frase consoladora: «La felicidad llega siempre para el que sabe esperarla?»

«La he esperado setenta años—díjose á sí mismo Coppa;—ahora ha llegado, está aquí, cerca, y no tengo más que alargar el brazo y decir: *es mía*.»

Calló el órgano y Desiderio volvió la cara sonriendo.

—Creí que te habías dormido como Niña...

—No, estaba pensando...

—¿Qué pensabas?

—Pensaba que es necesario vencer, arrancarme del corazón ese hechizo...

Desiderio poniéndose en pie delante de su amigo, movía la cabeza, pero no decía nada; sólo expresaba un sentimiento de compasión.

—Pensaba que es menester casarla..., he aquí lo que hace un momento me ha dicho Bach.

—También á mí, repuso Desiderio, me ha dicho Bach una cosa con la que todo se arreglará si á ella nos atenemos.

—Dímela, exclamó Coppa levantándose resueltamente.

—Tú quieres á Niña (y el anciano se volvió para asegurarse de que la muchacha dormía), la quieres mucho, como la quiero yo, pero un poco más que yo, y necesitas estar á su lado para amarla, ¿no es verdad?

Coppa no hizo ningún ademán afirmativo; esperaba lo demás.

—Necesitas gozar de su grata charla, de sus caricias; necesitas contemplar su bondadosa belleza..., ¿no es verdad?, y todo ello por egoísmo, por supuesto. Pero necesitas asimismo protegerla, tener derecho de llamarla *tuya* ante el mundo, poder darle tu nombre...

—Por consiguiente, interrumpióle Coppa, por consiguiente, cásate con ella. ¿Es esto lo que quieres decirme?

Desiderio quedóse algo desconcertado por aquella interrupción y por el tono con que había sido hecha, y no contestó en seguida.

—¿Y eres tú, continuó diciendo Coppa, mi compañero, mi amigo de infancia, quien me da ese consejo? Te lo agradezco con toda el alma; con una palabra, pones acaso término á la lucha que de mucho tiempo á esta parte vengo sosteniendo. Pero yo lo pienso, quiero pensarlo todavía... ¡Mírala, pobre Niña!

—¡Duerme..., pobre Niña!, repitió Desiderio renunciando á completar la idea que se le había ocurrido.

Al cabo de un momento de silencio preguntó Coppa:

—¿Era esto lo que querías decirme?

—Esto..., sí..., esto; sólo que si el casarte con ella no te pareciese el mejor camino para hacer su felicidad y la tuya, habría otro que quizás os haría dichosos á los dos.

—¿Otro camino?

—Sí..., adoptarla.

En aquel instante Niña despertó.

¡Bravo, hija mía!, exclamó Desiderio poniendo una nota alegre, pero falsa, en su voz lenta y grave. ¡Bravo! ¿Y á ti qué te ha dicho Bach? ¿Quieres decírmelo?

Coppa la miraba á hurtadillas atentamente.

—No me ha dicho nada, contestó la muchacha.

—¡Niña, Niña!, dijo Desiderio amenazándola en tono de chanza.

Niña, después de haber buscado en la estancia un punto en donde fijar con seguridad la mirada, salió corriendo.

—¿Qué ha pasado?, preguntó Desiderio á Coppa.

Y Coppa respondió tembloroso:

—No dormía; ha oído toda nuestra conversación.

Y no sabiendo aún si debía mostrarse muy afligido, parecióle sentir un extraño contento, el contento que desde niño había experimentado cada vez que había cometido una tontería con el firme propósito de no cometerla.

VI

¡Adoptarla! Con esta sola palabra Desiderio había preparado una batalla en el alma inquieta de su amigo; pero Coppa, que prescindía de todo aquello que pudiera causarle una hora de dolor, no se había repetido aún el consejo, si bien lo guardaba para ser más adelante infelicísimo. En el entretanto, pensaba en la revelación que había salido de los labios de los dos viejos imprudentes mientras Niña parecía dormir. Pero ¿es que hay todavía niñas que verdaderamente duermen? En sus tiempos tal vez había alguna; mas hoy en día las muchachas casaderas son todo oídos hasta cuando fingen estar dormidas.

Así lo afirmaba Coppa, en tono de chanza y con cierta altanería para luego preguntarse más humildemente:

—¿Pero por qué se fué corriendo? ¿Lo supones tú, acaso? ¿Qué significado ves en ello?

Desiderio no veía más significado que uno, á saber: que Niña no dormía y que lo había oído todo.

—¿Qué hacemos, pues?, preguntó Coppa. Esperar, se contestó á sí mismo

Queriendo recoger algún indicio, comprendía que le era indispensable la colaboración de su amigo, pero no se hacía ilusiones respecto de los sentimientos de Desiderio; las palabras vagas de éste, el tono resignado con que las murmuraba y sobre todo sus largos silencios, le indicaban harto claramente que no le habría satisfecho el matrimonio. Así como era probable que Niña, apremiada, dijese que *sí*, sin reflexionar, era casi posible que después de haber meditado un poco, esperase con impaciencia. Las muchachas de su edad no tienen miedo de nada.

Vencer la esquivez de Desiderio, esto era lo difí-

cil, y era además lo indispensable, pues Coppa no se decidiría á librar la batalla decisiva si antes su viejo amigo no le presentaba como verdades, después de habérselos asimilado en el alma, todos los sofismas que él se había forjado contra su propia cordura y contra su propio espíritu de justicia. En cuanto á Niña, Coppa había encontrado en su experiencia mundana y en su conocimiento de los hombres muchas palabras consoladoras,

—Escucha, Desiderio, quiero que me hables con toda franqueza; quiero que no quede á obscuras ni un rinconcito siquiera de nuestra conciencia.

Así empezó Coppa su discuso; Desiderio le contestó en voz baja:

—Habla, ya te escucho.

—Te he dicho, y antes lo habías tú leído en mi corazón, que he cometido una tontería, que me he enamorado de Niña. Quizás por lo mismo que he hecho cuanto he podido para resistirme, el disparate se ha ido formando mejor y ahora está del todo formado. He procurado leer á hurtadillas en tu conciencia, y me ha parecido ver en ella que la cosa más honrada y más leal á los ojos de la sociedad, la cosa en que el mundo no vería ni sombra de mal, te infunde cierto miedo. Esa pobre criatura, has pensado tú, como lo he pensado yo mismo, tan bella y tan buena, tiene derecho á un esposo muy diferente; pero dime, la felicidad de dos que se casan, ¿depende infaliblemente de sus años? ¿Y no es más posible que si muchos matrimonios salen mal se deba esto á que los cónyuges se han unido cuando el hombre no estaba aún en edad de tomar una compañera?

—Esto es verdad, respondió Desiderio; he visto muchos matrimonios que se habían embarcado alegremente naufragar al cabo de un año. Más raro es el caso cuando el marido...

La frase era difícil de concluir.

—Cuando el marido tiene setenta años, dijo Coppa.

—No es esto lo que quería decir. Sé muy bien que á los setenta años se puede ser tan joven como á los cuarenta, cuando se tiene la fibra sana; sé que la muerte llama á todas las puertas sin distinción; y aún sé algo más..., siguió diciendo Desiderio con un acento enérgico en él inusitado.

—¿Qué más sabes?

—Sé que la discusión es inútil contra un sentimiento; que hay que aceptar el amor en todas las edades. Y cuando lo creemos bueno para proporcionarnos la dicha, la locura está quizás en contrariarlo demasiado. Acaso...

Coppa estrechó la mano de su amigo sin pronunciar una palabra.

—Acaso..., repitió Desiderio.

Pero Coppa no le dió lugar á arrepentirse asegurándole que lo que había dicho era muy razonable.

Sin embargo, aún se resistía á sí mismo.

—En resumidas cuentas, ¿qué busca una muchacha en el matrimonio? Un compañero que la ame, que se ocupe de ella, que le dé, á ser posible, un hijo ó dos; con estas condiciones se enamora, es fiel y es dichosa. ¿Crees tú que yo no pueda hacer todo esto?

—¡Quién lo duda!

—Sí, puedo hacerlo, afirmó Coppa; todavía puedo hacer la felicidad de mi esposa y quizás la mía.

—¡Ya sería hora!

—Sí que sería hora, porque, bien mirado, no sé cómo está hecha la felicidad, aunque me la imagino compuesta de paz, de amor, de... no sé qué más..., tal vez de trabajo...

—También entra en ella la resignación.

«Y es de tal índole, habría querido añadir Desiderio, que nunca te agradará, pobre amigo mío, y pasará por tu lado y la mirarás cara á cara sin reconocerla.»

Conseguido lo que se proponía lograr de Desiderio, quedábale todavía á Coppa el ansia de asegurarse en seguida del afecto de Niña. La muchacha era franca, é interrogada á solas descubriría toda su alma; pero mejor sería que él, pudiendo sondear aquel corazón conturbado por la revelación sorprendida, lo tranquilizase con una palabra, por si acaso la turbación fuera ansiedad ó desconsuelo, sin ponerla en el aprieto de una confidencia. Parecíale egoísmo abusar de aquella frágil criatura para hacerle sostener una batalla íntima. Mientras que él se sentía con fuerzas bastantes para desafiar la negativa, para reirse con ella de sí mismo, pues ese sentimiento de la propia fuerza jamás le había abandonado, enternecíase ante la idea de hacer sufrir á una persona querida. Pensándolo bien, valía más confiar á su amigo la misión difícil.



Niña meditó un instante, fijos siempre los ojos en el suelo

—Mira, Desiderio, le dijo; háblale tú mismo; lee tú en su corazón antes que yo. En este momento, tal vez medita y espera; ve en seguida, yo me quedo aquí.

Desiderio consintió, pero Coppa no se quedó en la sala, sino que se fué á la cocina, desde donde, mirando por el ojo de la cerradura de la puerta que daba al cuarto de Niña, esperaba poder ver y oir cuanto en éste se dijera. No se le ocurría pensar que aquel modo de leer en el alma de las personas queridas fuese bajo, maligno ó siquiera impertinente; sabía muy bien que nunca son vulgares los medios que se emplean para lograr algo importante. ¿Acaso delante de un público que le aplaudía estrepitosamente no había hecho aparecer una pecera llena de agua y con peces encarnados, sacándosela de debajo de los faldones del frac?

Desiderio acababa de entrar en el cuarto de Niña, y de pie, en medio de la estancia, miraba amorosamente á la muchacha, á la que Coppa no podía ver. El viejo organista callaba todavía, pero sonreíase buscando las mejores palabras para abordar el asunto.

Al fin dijo pausadamente, como si no quisiera despertar los ecos de un alma conturbada:

—¡Niña!.. Ven á darme un beso... Ven á decir al papá lo que no puede permanecer mucho tiempo encerrado en tu corazón sin hacerte daño.

Niña se acercó silenciosamente y Desiderio prosiguió:

—Aquí, sobre mi corazón de padre..., porque ya debes haber comprendido que de los dos padres te queda uno solo, y este soy yo... Mas no temas que te ame menos que el otro te amaba; has de saber que yo sé cómo se ama á una criatura buena como tú... Me da miedo, sin embargo, pensar que acaso soy egoísta, porque disfruto y me siento dichoso y no debiera estar tan contento de haberme quedado solo.

Niña, con la cabecita apoyada en el pecho del anciano, levantaba hacia él una mirada luminosa.

Desiderio le acariciaba la frente, los cabellos, la carita sonrosada.

—El otro, añadió en el mismo tono de antes, no disfruta, no es feliz y sufre..., porque te ama de otro modo..., pero si tú quieres será dichoso.

—¿Cómo?, preguntó Niña bajando los ojos.

—Ya lo has adivinado..., *si puedes*..., si nada te lo impide, ni una promesa, ni un afecto... y si... él no te parece demasiado viejo.

Dicho esto, guardó silencio.

Niña meditó un instante, fijos siempre los ojos en el suelo.

—Me gusta tal como es, dijo al fin lentamente, y le amaría, como hasta ahora le he amado..., pero...

Hubo una larga pausa.

Desiderio, maravillado de sentir un contento inexplicable, esperó que Niña prosiguiese.

—Pero, añadió ésta completando la frase, *el otro* ha de llegar dentro de poco, y tal vez hoy mismo, á estas horas ya ha llegado.

—¿Y quién es *el otro*?

—Pedro... Pedro Corruccini..., un joven con quien hice el viaje de Buenos Aires á Barcelona y que me dijo que yo le gustaba mucho y que quería casarse conmigo si yo no lo rechazaba.

—¿Y tú, qué le dijiste?

—No le dije nada.

Otro silencio prolongado.

—¿Cómo sabes que hoy debe llegar á Milán?

—Porque él mismo me lo dijo á bordo... y hasta me lo escribió en un pedazo de papel..., que me dejó en la mano al despedirse...

—¿Has pensado en él durante este tiempo?

La contestación no fué pronta, pero sí leal:

—Sí, he pensado siempre en él; y sabiendo que había de llegar, que quizás había ya llegado, he mandado á Antonia á echar al correo un billetito, en que sólo le digo el nombre de esta calle y el número de esta casa... Tal vez vendrá.

—Vendrá de seguro, afirmó Desiderio besando la frente de Niña. Esta pequeña arruga que veo ahí ha de desaparecer; despáchala al momento.

—Dígale que le quiero mucho y que si lo desea consiento en casarme con él; pero en este caso que piense en hablar á Pedro... en decirle...

Ante la idea de lo que Coppa debía decir á Pedro para despedirle, Niña sintió que sus ojos se llenaban de lágrimas y ocultó el rostro sobre el pecho de Desiderio, el cual, poniéndole la mano en la cabeza, díjole en voz baja:

—¡He comprendido!

—¿Qué ha comprendido usted?, preguntó Niña, sin apenas separar la cara de Desiderio y alzando hacia éste sus ojos. No es verdad que yo esté enamorada de Pedro; pero he pensado tanto en él... y quizás él no ha pensado en mí, y ni siquiera vendrá.

—Vendrá afirmó nuevamente Desiderio.

Y al oir esto, el rostro de Niña resplandeció de contento.

—Aquí está Antonia, dijo al oir ruido en la cocina.

Mas cuando corrió hacia la puerta vió que se había equivocado, pues Antonia llegaba en aquel mismo instante.

Desiderio, que cabizbajo se encaminó á la sala de espera, no esperaba encontrar allí á Coppa, y mucho menos encontrarlo de tan buen humor.

—No tienes nada bueno que comunicarme, apresuróse á decir; bien se adivina en tu semblante mi derrota, atrévete á negarlo. Pero ya que tú no puedes consolarme, consuélame mi filosofía, porque has de saber que tengo mi filosofía, y aunque de poco me sirve para razonar antes de cometer una tontería, me viene al pelo cuando ya la he cometido. Vamos á ver: si no hubiese sido por esta filosofía, ¿crees tú que habría podido vivir setenta años amontonando despropósitos sin acertar uno que me diera la felicidad?

Desiderio le miraba compasivamente y como había

preparado la frase con que debía comenzar su discurso, aguardaba que Coppa le diera ocasión de decirla. Para dar más fuerza á sus palabras, había cruzado las manos.

—Niña te quiere y dice que sí...

—Dice que si quiero casarme con ella se dejará casar, pero que en este caso debo hablar yo mismo á Pedro para hacerle comprender que su amada ha encontrado mejor partido... Estaba en la cocina y lo he oído todo.

Desiderio separó sus manos y las dejó colgar á lo largo del cuerpo; ese gesto significaba: «Tanto mejor.»

—Pedro vendrá mañana ó pasado, pero yo me marcho esta noche. ¿Qué quieres? Mi filosofía no llega hasta el punto de preparar la boda de mi rival. ¡No es poco tener un rival á nuestra edad! Porque ya lo has oído: «Si yo quiero, se casa conmigo;» pero yo no quiero, ¡pobre Niña! Tú recibirás afectuosamente á Pedro, te enterarás de la posición que puede ofrecer á nuestra hija y le dirás que Niña tiene cincuenta mil liras de dote..., con la condición de que el esposo permita al papá acabar sus días en casa de su hija... Y el papá, por supuesto, eres tú... Infórmate por un notario de cómo hay que hacerlo y adopta á Niña. ¿Te parece bien?

No, no le parecía bien; se veía en la cara de Desiderio que aquel plan, combinado con tanta filosofía, no le satisfacía; era demasiado hermoso, sobre todo para uno de los dos Desiderios; pero ¿y el otro?

Coppa adivinó casi todo el significado del silencio de su viejo amigo.

—Hay una cosa que no te satisface, ¿no es verdad? Dímela y veremos si hay modo de arreglarla.

Desiderio pensó un poco antes de contestar y su contestación fué una pregunta:

—¿Conque quieres marcharte esta noche? ¿Adónde vas? ¿Cuándo piensas volver?

Coppa se sonrió y afirmó que al cabo de sesenta años no repetiría la fuga del hospicio; partiría únicamente porque, como á pesar de sus setenta años había todavía en él algo del chiquillo, no se sentía con fuerzas bastantes para afrontar la mirada de Niña, y volvería cuando todo estuviese arreglado, para firmar el contrato y entregar la dote.

Desiderio se hacía perfectamente cargo de que Coppa creyera necesario marcharse en seguida. Bien es verdad que si fuese tan fuerte como siempre había dicho jactándose de ello, y tan filósofo como ahora se vanagloriaba de ser, se quedaría para desafiar los acontecimientos; pero hay filosofía y filosofía, y la que tiene miedo acaso no es la peor; la llaman prudencia, al paso que la otra, más atrevida, no es tal vez sino temeridad.

Que al día siguiente ó al otro, lo más tarde, se presentaría el Sr. Corruccini á pedir la mano de Niña, ninguno de los dos Desiderios podía ponerlo en duda; pero que fuese absolutamente necesario que uno de los dos pagase la dote y el otro diese su propio nombre, cuando era tan decoroso, tan bello, tan filosófico para Coppa ser él el único que hiciera todo esto, Desiderio no podía entenderlo, por más que le costase confesarlo.

—Está bien, dijo Coppa; puede ser que tengas razón, pero por ahora lo esencial es que me vaya.

Los preparativos para la marcha estuvieron pronto hechos; dos maletas de mano y nada más. Más largo fué escribir las instrucciones para Desiderio, encaminadas á que, durante la ausencia de Coppa, las cosas siguieran el mismo curso que si él estuviese presente. También fué más largo el afeitarse; esta operación que Coppa hacía por sus propias manos todos los sábados, hízola esta vez en viernes.

«Lo menos que puede sucederte, afirmó hablando consigo mismo delante del espejo, es que te hagas un corte en la barba. Ten cuidado si no quieres estropearte la cara.» Mas no tuvo cuidado bastante cuando vió reflejada en el espejito la imagen de Niña, que llegó á punto para presenciar un horror..., la sangre que manchaba la media cara afeitada de Coppa, mientras la otra media conservaba aún todo el pelo de la semana.

—¿Qué te has hecho, papá?, exclamó la muchacha.

—¿Te has hecho daño?, preguntó Desiderio.

—No ha sido nada, respondió Coppa riendo.

Y contento de poder lavarse en la palangana hasta que no manó más sangre de la pequeña herida, pensó que la navaja había sido más inteligente que él haciendo lo que él no habría sabido hacer. Ahora podía reir libremente delante de Niña, la cual le había llamado *papá*, como los demás días, y buscaba en los rincones del cuarto una telaraña para curarle. Cuando la sangre quedó contenida, Coppa acabó de afeitarse tranquilamente; de cuando en cuando se volvía hacia Niña riéndose del espanto que le había causado, y una vez estuvo afeitado, cambió de resolución.

—Ya no me voy, dijo á Desiderio.

—¿Querías marcharte?, preguntó Niña tratando de leer en su rostro rasurado.

—Tenía que partir por cierto asunto y habría estado fuera unos pocos días; pero he pensado que para los otros asuntos hay siempre tiempo, al paso que para labrar la dicha de una Niña querida como tú, sí, como tú, este es el tiempo oportuno; por esta razón me quedo.

—¡Gracias á Dios!, exclamó Desiderio. Esas palabras sí que me placen; esa es la buena filosofía.

—¿Qué es filosofía?, preguntó la muchacha.

—Según parece, la filosofía es hacerse un corte en la cara con una navaja, y quedarse cuando se ha formado firmemente el propósito de partir.

A la obra de la navaja milagrosa faltábale todavía que Coppa cogiese entre sus manos la carita tersa de Niña y la besase en presencia de Desiderio, como había hecho todos los días; pero á esto no se decidía el viejo, porque tampoco Niña se decidía á poner á tiro la cabecita tentadora.

VII

Cuando estuvieron solos, Coppa dió á Desiderio explicaciones larguísimas, más largas aún de lo necesario, acerca de su cambio repentino; quería, como había dicho ya, encontrarse al lado de Niña cuando Pedro Corruccini fuese á quitársela; quería arreglar el contrato de boda; quería escribir á Buenos Aires con la esperanza de que Domingo Lauri, el viejo *abuelo* de Niña, estuviera todavía allí y pudiera decirle algo de los padres de la muchacha y consentir en la adopción de ésta. Quería otras muchas cosas más que Desiderio cogió al vuelo y aprobó en un todo.

Durante el resto de aquel día, Coppa mostróse sereno, tanto que llegada la hora de acostarse, notando que Niña daba las buenas noches á Desiderio sin presentarle la frente para que en ella estampase el acostumbrado beso, cogióla por la mano y le dijo:

—¿Conque nuestra hijita ya no nos quiere? ¿Y qué le hemos hecho? ¿Nada? Pues entonces no hay que renunciar al beso que me das todas las noches antes de irte á la cama; dámelo también hoy si quieres que desciendan sobre tu almohada los sueños gratos.

Niña se ruborizó, dió el beso que le pedían y riendo volvió á colocarse delante de Desiderio.

—A usted no le he dado; soy muy distraída. ¿Lo quiere usted?

¡Ya lo creo que lo quería!

Apenas la joven se hubo marchado, Desiderio se acercó á Coppa y abrazándole efusivamente, le dijo en voz baja:

—¡Estoy satisfecho!

Al día siguiente, Coppa estuvo algo nervioso, pero sólo hasta la hora del almuerzo. Había creído posible, y así se lo había manifestado á Desiderio, que Pedro, al recibir la carta de Niña, se habría apresurado á escribirle una á él anunciándole su visita para después del mediodía; pero en vista de que el correo de la mañana no traía nada, corrigió sus cálculos pensando: «Corruccini no ha escrito ni escribirá, sino que vendrá en persona á eso de la una.» También quiso confiar esa predicción á Desiderio, quien, considerándola muy probable, añadió:

—Lo mismo debe haber pensado Niña, porque la veo inquieta; tres veces ha empezado *Una voce poco fa*... y no ha pasado de aquí. Seguramente también ella espera á Pedro después de mediodía.

Pero llegó la hora de cenar y Pedro no había parecido. Coppa, que lo había esperado inútilmente toda la tarde, habíase paseado largo rato por la sala hasta que, sintiéndose con algo de paciencia, se había arrellanado en una butaca. Después, observando que su paciencia aumentaba, se había arreglado un poco delante del espejo, sólo por hacer algo.

El viejo Desiderio, ¡ese sí que era viejo!, había pasado el día interrogando en silencio, ora á su amigo, ora á Niña, la cual, á decir verdad, no le parecía tan afligida como él se había figurado.

Sin mostrarse demasiado contrariado, lo que hubiera sido una hipocresía, ni tampoco contento, con lo que habría demostrado ser un fatuo y un egoísta, Coppa, durante la cena, no mentó á Pedro, como si tal hombre no existiese, como si no tuviese las llaves del corazón de Niña.

Le esperó tranquilo hasta las nueve de la noche, sosteniendo él solo la conversación con el relato de muchas peripecias de su vida, aunque escogiéndolas cuidadosamente para no perjudicarse demasiado á los ojos de sus oyentes; y al fin, antes de que la muchacha se retirase á su cuarto, díjole muy bajito: «*Vendrá mañana*.» Niña prorrumpió en ruidosa carcajada y se fué canturreando: «*Una voce poco fa, qui, nel cor, mi risonò*...»

Mas tampoco al día siguiente se dejó ver Pedro, ni al otro, ni al otro. Los viejos Desiderios estaban de acuerdo en decir que era aquella una cosa extraña, porque los viajantes de comercio, por hábito profesional, son puntuales en las fechas señaladas y no se olvidan de visitar la casa de un buen cliente el día fijado, aunque lo hayan fijado con una estación y hasta con un año de antelación; con mayor motivo, pues, deben serlo cuando tienen un incendio en alguna parte del cuerpo. Y Coppa, que se afeitaba todos los días desde que había estado á punto de cortarse una mejilla por haberse dejado crecer demasiado el pelo, acabó por enunciar la siguiente sentencia: «Los jóvenes de hoy son muy ligeros. ¿Quieres apostar algo á que Pedro ha plantado á *nuestra* Niña por una andaluza, á la que luego plantará por una parisiense?»

Desiderio, sin llegar tan lejos en sus suposiciones, no apostaba nada.

—En seguida lo he adivinado, decía Coppa.

Y apostaba, seguro de ganar, porque conocía el mundo. ¡Pobre Coppa!

El miedo de los dos Desiderios era que la muchacha no riese bastante porque la idea del viajante rezagado le ocupara todo el corazón, ó que canturrease demasiado para aturdirse y no pensar en él; pero Niña no dió motivo mucho tiempo á que se angustiaran los ancianos que tanto la querían, pues apenas se hubo percatado de su inquietud tranquilizóles con pocas palabras:

—Si viene, bueno; si no viene...

—¿Si no viene?, preguntó Desiderio.

—Si no viene, mejor.

Y al expresarse así parecía hablar sinceramente.

Coppa no dijo una palabra, pero sintió que algo le martilleaba dentro del corazón, tal vez un deseo ó acaso una esperanza.

Los dos viejos esperaron largo tiempo á Corruccini cuando Niña ya no pensaba en él. Sabiendo que la muchacha había escrito una carta para dar á su pretendiente las señas de su casa, Coppa fué al correo á hacer averiguaciones y encontró la carta que desde hacía quince días esperaba que Pedro fuese á recogerla. El empleado le preguntó si era él realmente Pedro Corruccini, y Coppa confesó que no, pero que la carta la había escrito él y deseaba saber cuánto tiempo esperaría á su destinatario.

El empleado tuvo la bondad de contar con los dedos y decirle que aquel mismo día había de poner la carta en la casilla de las retrasadas.

Entonces Coppa, viendo que trataba con un funcionario humano, pues alguno hay así, suplicó que la carta permaneciese unos días más en la casilla de las corrientes.

—Mientras yo esté aquí, le prometo dejarla; pero cuando venga otro repartidor, hará lo que ordena el reglamento... Sin embargo, si me dice usted de dónde viene la carta... puedo entregársela y usted podrá echarla en el buzón, poniéndole otro sello y de esta suerte permanecerá quince días más en esta casilla.

—La carta ha sido escrita en Milán y no contiene más que las señas de un domicilio; si quiere usted, la echo en el buzón delante de usted..., allí hay uno que parece hecho á propósito.

—Es verdad..., pero bien se ve que es usted una persona respetable..., dijo el repartidor entregándole la carta.

—Mil gracias; ruégole que se fije mientras la echo en el buzón.

—No faltaba más...

—No, no, hágame el favor de mirar, insistió Coppa, mientras pegaba el sello.

El repartidor miró sonriendo para contestar al buen viejo, el cual, después de haber echado la carta, se volvió para saludar al amable repartidor, diciéndole:

—Ya está.

Pero no, no estaba; pues en el momento de echarla, le había asaltado la idea tentadora de guardársela, y cuando estuvo en la calle de Rastrelli la contempló largo rato para dar tiempo á que la travesura que le había hablado al oído le dijese todo su pensamiento.

¿Por qué había hecho aquel juego de manos? Seguramente no por la satisfacción de burlarse de un repartidor de buena fe y distraído. Pues ¿por qué lo había hecho?

Quizás porque Niña había dicho: «*Si no viene, mejor*.»

«¡Ea!, pensó, ya tengo entre mis manos la carta que da las señas de nuestra casa y puedo destruirla. De este modo, Pedro vendrá y no encontrará nada, y en cuanto al empleado, aun en el caso de que sea el mismo de esta mañana, no se acordará de nada, ó creerá que la carta ha sido entregada por un compañero suyo.

(Se continuará.)



RÍO JANEIRO. – NUEVO TEATRO MUNICIPAL DE LA OPERA, ACTUALMENTE EN CONSTRUCCIÓN. (De fotografía.)

En la actualidad se está terminando en la capital del Brasil la construcción del nuevo teatro de la Opera que el grabado adjunto reproduce. El edificio, como puede verse, es grandioso, elegante y artístico en el exterior; interiormente reune todas las condiciones de capacidad, buen gusto, comodidad y distribución, que lo colocan al lado de los mejores coliseos del mundo.

El nuevo teatro ha sido construído con fondos municipales, y una vez terminado llenará una verdadera necesidad que se sentía en Río Janeiro, pues el teatro de Pedro II, que es ahora el principal de la ciudad, no responde á lo que requiere una urbe tan importante como la capital brasileña.

Río Janeiro está realizando grandes progresos en punto á mejoras urbanas y va adquiriendo rápidamente carácter suntuoso y artístico, gracias á la apertura de nuevas calles y á la construcción de soberbios edificios, así públicos como privados.







PARÍS. – FACHADA PRINCIPAL DEL GRAN PALACIO DE LA EXPOSICIÓN AUTOMOVILISTA DE 1906

El gran palacio en donde se celebra la novena Exposición del Automóvil, del Ciclo y de los Deportes, en París, tiene su fachada principal, reproducida en el adjunto grabado, en la Avenida de Nicolás II, y la posterior en la Avenida de Antin. Inaugurada solemnemente la Exposición el día 7 del corriente, se cerrará el día 24 con un banquete, presidiendo dichos actos M. Gastón Doumergue, ministro del Comercio y de la Industria, á invitación de M. Gustavo Rives, presidente del Comité de la Exposición, que ha sido organizada por el Automóvil Club de Francia, de que es presidente el barón de Zuylen, con la cooperación de la Cámara Sindical del Automóvil, presidida por el marqués de Dión; de la Cámara Sindical del Ciclo y del Automóvil, por M. Darracq, y del Sindicato de Constructores de Ciclos, por M. Poirier. Precederán al mencionado banquete de clausura uno de la Sociedad de Previsión de los Empleados y Obreros de las industrias automovilista y ciclista, que tendrá lugar el día 17, y otro de la Cámara Sindical del Ciclo y del Automóvil, el día 22. Con el fin de estimular á los constructores á idear nuevas formas para los vehículos automóviles, la Comisión ejecutiva ha abierto un concurso de elegancia entre los vehículos que figuran en la Exposición, consistiendo las recompensas en una medalla de oro, otra de plata sobredorada dos de plata y tres de bronce, número que podrá sufrir alteración en más ó en menos según el fallo del Jurado.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustración Artística

AÑO XXV — BARCELONA 17 DE DICIEMBRE DE 1906 — NÚM. 1.303



LA REINA ISABEL DE ESPAÑA, cuadro de Velázquez existente en el Museo de Madrid

(Reproducción autorizada por la Sociedad Fotográfica de Berlín)

ADVERTENCIA

Con el presente número repartimos á los señores subscriptores á la BIBLIOTECA UNIVERSAL el quinto y último tomo de la serie del presente año, que es

TÚ ERES LA PAZ,

novela de costumbres contemporáneas, escrita por el notable literato D. Eusebio Martínez Sierra, ilustrada por el reputado artista Carlos Vázquez.

El nombre del Sr. Martínez Sierra, bien conocido en el mundo de las letras, nos releva de hacer el elogio de su obra, bella bajo todos conceptos y en extremo interesante, que no dudamos será del completo agrado de nuestros subscriptores.

SUMARIO

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

La credulidad humana es profunda y constante, y la necesidad de creer en lo sobrenatural, ó al menos en lo que rebasa de los límites de lo conocido como natural, se manifiesta en mil circunstancias y aprovecha toda ocasión de afirmarse. Pero al lado del fondo de credulidad, existe—especialmente en estos últimos tiempos, en que vagas nociones y ligeros y confusos datos científicos van infiltrándose hasta en las capas menos intelectuales de la sociedad—otro fondo, ó por mejor decir, otro prurito contrario: el de exteriorizarse como espíritu fuerte, alardeando de un escepticismo completamente pueril, porque muchas veces se ejercita, no contra la superstición, sino contra meros fenómenos científicos, desconocidos para el escéptico barato.

* * *

He podido comprobar esta observación á propósito del sencillo experimento, tan vulgar, de la levitación de las mesas por medio del fluido que desprende la cadena de las manos tocándose. Cuando se pasa una larga temporada en el campo, sobre todo teniendo reunida en casa alguna gente que entretiene la velada jugando á diversos juegos, inocentes y tradicionales—tresillo, ajedrez, dominó, adivinanzas, etcétera,—llega un momento en que se desea variar, y cada cual discurre una extravagancia que haga reir ó engañe el tiempo. Infaliblemente, siempre que proponíamos «hacer bailar el velador,» salía á la superficie el afán de «no pasar por tonto,» que es la fórmula de los escépticos infundados. Era inútil insistir en la afirmación de que ese fenómeno es cosa archinatural; en que ningún mago, maligno encantador, bruja misteriosa ó diabólico gnomo se mezcla en el asunto; en que las fuerzas actuantes sobre la mesa para hacerla levantarse en el aire, contra la gravedad, son las mismas que actúan sobre otros objetos animados é inanimados, produciendo resultados que nadie niega; fuerzas naturales, menos conocidas que las demás, y eso es todo.

¡Tiempo más perdido! Unos se reían á carcajadas, aplicando el pañuelo á la boca para no escandalizar; otros sonreían, fríos y desdeñosos; otros me hacían un familiar guiño, como diciendo: «Entendido, siga la broma;» otros, aplicando al velador las manos extendidas, pujaban de él disimuladamente, para ayudar á la supuesta superchería. Y claro es que jamás salía bien la experiencia, que sólo tuvo pleno éxito un día en que todos los presentes querían, en serio, que lo diese, y en serio realizaron lo preciso para lograrlo.

* * *

No he pasado, en la *magia blanca*, de este ligerísimo solaz; y cuando ya interviene el *médium* y se verifica otra clase de tentativas, á pesar mío me siento invadida por los mismos recelos y desconfianzas escamonas de los tertulianos que creían empujado el velador con los pies para que se levantase y danzase en el aire. Unos artículos recientes y notables de Camilo Flammarión han disipado algún tanto mis recelos, convirtiéndolos en parte á la opinión del autor, que entiende que en todo ello no hay más que efectos de fuerzas naturales, hasta hoy desconocidas. Sin género de duda, mucho queda por averiguar á los hombres de ciencia del porvenir. No podemos menos de experimentar asombro y hasta duda ante las cosas que cuenta Flammarión de sus pruebas y curiosidades con la *médium* Eusapia Paladino, célebre en los fastos de la magia blanca moderna. El poner en movimiento mesas y veladores, es el a, b, c de estos juegos misterioso-científicos. Los veladores se disparan en carrera loca, se precipitan sobre las mesas, y quedan sujetos á ellas, temblando. Pero lo más extraño y curioso, lo que en el estado actual de los conocimientos no se explica, es un enigma sin clave, son otras manifestaciones de esas desconocidas fuerzas naturales, cuyo estudio pertenece á las generaciones futuras. Flammarión afirma haber recibido, en la cámara donde se instaló la *médium*, puñetazos de puños sin brazo que los sostenga, bofetones de manos sueltas, caricias de dedos invisibles que se le enredaban entre el pelo (y Flammarión lo tiene frondoso), roces de barbas sin cara, pellizcos de yemas de dedos incorpóreos, y aun asegura que ha visto una aparición luminosa y blanca deslizarse entre la *médium* y su persona... Sobre tortas de masilla de vidriero fresca, se imprimieron las manos de los duendes dejando huella visible y clara; y todo, en fin, reveló la presencia de seres extraños, que es imposible clasificar ni entre los muertos, porque pegan, ni entre los vivos, porque no hay medio de devolverles los pellizcos, arañazos y bofetones. ¿Qué dijera de esto Sancho Panza? ¿Cómo explicaría tan singular conjunto de asombros y brujerías?

* * *

Y, á pesar mío, yo estoy en el número de los infinitos «condenados por desconfiados;» yo me inscribo en contra de esas fuerzas naturales desconocidas, que se presentan con todo el aparato de las grandes supercherías. Los siglos venideros dirán quién tenía razón, y confirmarán ó invalidarán las opiniones del autor de *La Atmósfera* y *Lumen*. Al presente todas son confusiones é incertidumbres, miedo á las trampas y ardides de los juglares..., y miedo también, es preciso reconocerlo, á ese *algo* superior á nosotros, que, según Lucrecio, engendró la creencia en lo sobrenatural. La inocente levitación de las mesas parece juego de niños, y su explicación física, aunque requiera alguna cultura el comprenderla, está al alcance de la mayoría; pero ¿cómo reducir á física pura esos dedos humanos vagando por el aire, esas barbas flotantes, esos fantasmas que no son sombra de un cuerpo? No presumamos de entendidos: ni lo entendemos, ni sé si llegará día en que alguien lo entienda.

* * *

La instabilidad de los gobiernos va picando en historia. No es posible gobernar así. Quiero suponer que los gobernantes fuesen eminencias, hombres de Estado de la talla de los Gladstone y Pitt: ¿qué muestras habían de dar de su capacidad, en periodos tan breves y con la única preocupación de un soldadito de plomo: tenerse para no caer? Y todavía se comprendería bien este incesante cambio de ministerio, si fuese España algún país donde la opinión pública apretase y se estrellase rugiente contra los gobiernos.

Encalmada como está la opinión (á pesar de aparentes ó mejor dicho epidérmicas agitaciones), no se explica satisfactoriamente

«*quel andare e venire*,»

para mudar solamente de postura. . Porque tengan la personal representación que tengan los presidentes de los gabinetes sucesivamente formados, y yo se la reconozco muy elevada á estos ilustres amigos míos, no es fácil que notemos los efectos ni de su talento, ni de su buen propósito, ni de su carácter, en la zozobra é incertidumbre que rodea su paso por el poder. Cualquier ministerio que dure años es preferible al que sólo dure meses.

Contra la opinión general, muy adversa á los políticos, diría yo que suben, la mayor parte al menos, animados de la intención de hacer algo, siquiera sea por acreditarse y lucirse. Aplican las mejoras que proyectan á su tierra, á sus amigos; pero mejoras son, aplíquense á quien se apliquen, y como no todos los hombres políticos tienen iguales amigos ni proceden de un mismo terruño, al cabo viene á ser equitativa la distribución. Si les dejasen quietos algún tiempo, después de que hubiesen contentado á la mayoría—no á la del Congreso, sino á la de sus protegidos y gente grata (acaso sea lo propio)—empezarían, es seguro, á pensar desinteresadamente en el bien del procomún. ¡Pero si no les dejan ni lugar para disponer que las estufas del ministerio no atufen! Tanto como se habló allá en tiempos de un *ministerio relámpago*... Ahora todo se vuelve relampaguear, tronar y granizar, y el desfile de los ministros de un día parece la mueca de la Historia, filosóficamente alarmada por lo efímero de las grandezas y poderíos humanos...

* * *

No es aventurado suponer que entre los que leen estas crónicas hay infinitos jugadores de lotería. Dice un refrán que el que juega mucho es un loco, y el que no juega nada un tonto. A esta cuenta, pocos tontos hay en España, pues raro será el español que no lleve su «participación» en un billete, especialmente para la clásica lotería de Navidad.

El fervor de ilusiones que estos días se produce en España (y en otros países, donde también se juega á la lotería nuestra) es uno de los fenómenos psicológicos más justificables, más disculpables. ¿Quién no ha fiado á la casualidad las dichas y las bienandanzas de la existencia? ¿No es en gran parte casualidad, en gran parte azar, lo que nos adviene? ¿Quién podrá jactarse de deber sólo á perseverante esfuerzo el triunfo? ¿Y quién no ha visto malogrado el esfuerzo, la constancia, la energía, entre burlescos é imprevistos casos, que se ríen de la virtud, del mérito y de la labor titánica del hombre?

Si exactamente correspondiese el fruto al cultivo, ¡cuán sencillo sería el problema! Ni en esto, ni en nada, se desarrollan los sucesos lógicamente, equitativamente. Unos no reciben lo que ganaron, otros reciben lo que no merecen, de lo que son manifiestamente indignos. El vivir es juego de lotería; el premio grande cae en manos que no lo sabrán administrar, ni aun disfrutar; unos ponen para que otros gocen... Y así fué, es y será, hasta la consumación de los siglos... ¿Por qué, pues, censurar la lotería?

* * *

Es la lotería la esperanza que más barata se compra; la dicha soñada que no deja amargura al frustrarse. Nadie, porque no le haya tocado la lotería, se arranca los pelos; nadie maldice de la hora en que vino al mundo porque su décimo no salió premiado. Al contrario: yo conozco altruistas que hasta se felicitan y alegran de haber contribuído con su modesto óbolo á que existan algunos seres felices más la noche del 24 de diciembre. Se le echan mil culpas á la lotería, pero no la veo responsable de lágrimas ni de suicidios. Posee la virtud de, frustrada una esperanza, engendrar otra, y de aquélla sacar otra más risueña aún, y así sucesivamente, hasta la última hora de nuestro paso por el planeta. ¿Qué mejor condición puede encontrarse en ese juego público, democrático, divertido, halagüeño y á veces hasta remunerador? Jamás suprimiría yo tal contribución indirecta.

* * *

No vayan á suponer los maliciosos que hablo así porque me ha *caído* algún premiazo... Escasos fueron los dulces que me dió á gustar la lotería, y es probable que salgo perdidosa en ella. Además, no soy jugadora apasionada, ni vuelvo á acordarme del papelito, una vez depositado en el cajón donde aguarda pacientemente su turno. Allí, hacinados décimos sobre décimos, me los tropiezo al cabo de meses, y entonces es cuando voy á averiguar si alguno es de fortuna. Mirar la lista es tarea prolija y no siempre dispongo de tiempo para compulsar documentos. Preferiría tomarlo con más interés; así sería mayor la diversión; pero no puedo; pienso en quinientas mil cosas antes que en el mágico papelito...

¡Felices los que lo miran diariamente, no lo pierden nunca, compran la lista con ansiedad febril, se prendan de un «bonito» número, no quieren dar participaciones, construyen castillos en el aire sobre cimientos de papel, sueñan que «les cae,» y de antemano discurren en qué van á emplearlo! ¡Feliz la lechera, con su cantarilla!

EMILIA PARDO BAZÁN.



¡Le proponía á César un viaje larguísimo, de dos años, lo menos, por América...

EL ARTÍFICE DE SU DICHA

(POEMA ESCÉNICO.)

. . Y, como el bien, con la virtud se labra...

(CAMPOAMOR.)

ESCENA PRIMERA

Cuarto de estudio amueblado y decorado suntuosa y artísticamente.

CÉSAR *(Después de sentarse en actitud encogida é insegura, como quien, molesto, no sabe cómo empezar una confidencia delicadísima, se queda unos instantes mirando á su asombrado interlocutor. que se tortura el cerebro, sin adivinar la causa de aquel estado de ánimo. Tras una pausa embarazosa, dice por decir algo).*—Pues sí, Fausto, te he mandado venir, porque necesito confiarte un secreto gravísimo, tanto que de él depende mi vida...

FAUSTO *(Extrañado y mirando á César todo lo so carrona y dubitativamente que permite una amistad muy antigua é íntima y á que da derecho la falta de ánimo y el aire misterioso y melodramático que observa en su amigo, de quien, por conocerle muy á fondo, no espera una revelación emocionante).*—Pues, chico, me voy enterando. Es lo mismo que me decías en tu tarjeta... Si sigues así, voy á creer á Perales, que dice que estás completamente neurasténico...

CÉSAR *(Con iracunda sorpresa).*—¿Neurasténico, por qué?

FAUSTO *(Contrariado, al ver el mal gesto de César y resuelto á acabar de una vez con lo embarazoso de la situación).*—Mira, César, ¿vamos á jugar limpio? ¿Vamos á hablarnos con absoluta claridad?

CÉSAR.—Para eso te llamé. Pero eso de neurasténico...

FAUSTO.—Tiene su explicación; cuando no, su justificación... Tú has sido antes y después de tu matrimonio alegre, francote, despreocupado, hasta un poco desaprensivo como marido...

CÉSAR *(Descompuesto).*—¡Fausto!..

FAUSTO.—Déjame hablar... Desaprensivo, porque has hecho de casado la misma vida que de soltero... Y eso que de soltero no fuiste nada edificante... No es que te reproche..., porque yo no podría lapidarte el primero..., ¿entiendes? Pero yo, al menos, guardo las formas; procuro que aquella santa que honra y alegra mi hogar, no se entere de mis distracciones y de mis ligerezas...

CÉSAR *(Como queriendo sincerarse).*—Te diré...

FAUSTO *(Conteniéndole con enérgica inclinación de cabeza acometedora y resuelto movimiento con la mano abierta).*—No me digas nada, hasta que acabe... La mujer de Perales tomó á una doncella, que despedisteis vosotros y que cuenta horrores de ti... Dice que tu mujer se pasaba el día llorando, encerrada en sus habitaciones con tu hija, con Pilín, mientras tú, teniéndolas abandonadas, te pasabas los días y las noches fuera de casa... En fin, hasta asegura que tu misma mujer te ha entregado esas cartas que los maridos rompemos en las calles, para que no las vean en nuestra casa...

CÉSAR.—Pero...

FAUSTO *(Resuelto).*—No, No...

CÉSAR.—Permíteme... Y ¿ha dicho si ha oído á mi mujer quejarse de mí?

FAUSTO.—Hombre, la creo, por mis referencias, demasiado altiva para descender á lamentarse con una sirvienta... Pero no aseguraría que no se haya quejado á Dios...

CÉSAR.—¡Yo sí!.. *(Convencido, rotundamente afirmativo.)* Yo sí!

FAUSTO.—Amén... De pronto, después de verte, durante tantos años de matrimonio, hacer tu vida libre, te vuelves hosco, retraído, taciturno, te recluyes en tu casa y no se te ve por ningún lado... Hoy recibo tu tarjeta, que me ha alarmado; llego, y en vez de encontrarte coloradote, como buen bebedor, como eras antes, te veo desmejorado, paliducho, y en lugar de ser conmigo todo lo explícito que antes, me hablas con rodeos, con encogimiento... ¿A qué obedece tu conducta? ¿Estás enfermo? ¡Hablá, hombre!

CÉSAR *(Bajando la vista y tembloroso).*—Fausto... ¡Es que estoy enamorado!..

FAUSTO *(Con el asombrado gesto de desdén con que se recibe una noticia que se esperaba fuese emocionante).*—¡Vamos! ¿Y para eso?..

CÉSAR.—Es que estoy enamorado... ¡de mi mujer!..

FAUSTO *(Pegando un salto y mirando desconfiado á César, como si dudase de la normalidad de su cerebro).*—¿Has... dicho... de tu mujer?.. ¡César, que te vea un médico!..

CÉSAR.—No tengo el cuerpo enfermo, tengo el alma... Fausto, la verdad, dime la verdad, ¿qué concepto te merezco?

FAUSTO.—Muy honroso, excepto en esas ligerezas que te reproché antes...

CÉSAR *(Resolviéndose, tras un violento esfuerzo).*—Mira, Fausto, te he llamado para confiarte...

FAUSTO.—Sí, lo sé...

CÉSAR.—¿Me das tu palabra de honor de conservar el secreto y de aconsejarme lealmente?

FAUSTO.—¡Sí, pero sácame pronto de incertidumbres!

CÉSAR.—Es una historia muy triste, que nadie conoce... Por eso, precisamente, tampoco á mí me conocéis... No, no me conocéis... Oye y juzga... *(Suspirando.)* En primer lugar, ni mi mujer me ha querido nunca como marido, ni yo á ella como esposa, ni para vivir, como tales, en la intimidad, nos casamos... ¿Por qué crees tú que me casé?

FAUSTO *(Desconcertado).*—No sé... Cómo voy á...

CÉSAR.—Mi mujer, antes de ser mi novia, anduvo en relaciones con mi hermano Alfonso, que en gloria esté y á quien quise más de lo que suelen quererse dos hermanos... Cuanta ternura, cuanta solicitud, cuanta lealtad, cuanto ardor puso Dios en sus almas, al crearlas, consumieron ellos en aquella pasión que llenó su vida... Sí, porque se querían de un modo extraordinario. Nuestros papás les llamaban, en broma, *los amantes de Teruel*... Tú recuerdas que estuvieron amonestados ya; que esta casa era uno de los regalos de boda de mis suegros...

FAUSTO *(Intrigado).*—Sí, sí...

CÉSAR.—Ocho días antes del señalado para la boda, llegó una noticia, que trastornó todos los planes: Alfonso, que era oficial de artillería, había sido sorteado...

FAUSTO.—Sí, y tuvo que irse á Africa.

CÉSAR.—Se reunieron las familias... El sentido común, ¡maldito sea!, dominó á todos... Se acordó aplazar la boda... Alfonso partió... *(Atropellando las palabras, como sintiendo pena y vergüenza.)* A los cuatro meses, la desgracia se cebó en las dos familias... La mía, exasperada por la de mi mujer, pedía cuentas á Alfonso, que prisionero me escribía estas cartas, traídas por un subalterno que logró fugarse... *(Mostrándole un paquete de papeles amarillentos.)* Lee esa. Todas dicen lo mismo, todas destilan lágrimas desesperadas... Lee para ti, porque yo me pongo malo si las leo...

FAUSTO *(Leyendo en silencio. Leyendo emocionado y trémulo).*—«Seguro de entregar mi vida á Dios—tan enfermo estoy—si antes no me la quitan mis verdugos, de quienes no puedo librarme, te escribo, no sé para qué, porque no puedo enviarte estas cartas... Pero me hago la ilusión, ¡quiero hacérmela!, de que Dios permitirá que las recibas y de que tú no desoirás las súplicas desesperadas de un hombre que, además de ser tu hermano queridísimo, ¡tu hermano de tu alma!, va á morir por su patria y por su honor... Sí, César, no abandones á Elia... Es buena, es honrada; créeme: ¡te lo juro á punto de comparecer ante Dios! No sé si pedirte un sacrificio enorme, inconcebible... Yo no te lo pido; pero yo lo realizaría por la víctima que de un amor desgraciado y de un arrebato de pasión hubieses dejado tú... ¡Por lo que más te pueda conmover, César hermano, no abandones á mi mujer, no abandones al fruto de mi amor, cuando venga al mundo!.. ¡Ah, si yo supiese que tú salvabas su honor, cómo te bendeciría desde el cielo!..» *(Dejando de leer, con los ojos húmedos por la emoción.)* ¡César! Y ¿tú?..

César.—A los dos meses recibí las cartas... Supimos que un día le sacaron los enemigos al campo y volvieron sólo su destrozado uniforme... ¡En seguida, cumplí la voluntad de mi hermano, de un valiente, muerto por su bandera, de un hombre honrado que no previó el daño que hacía á la mujer adorada, y que no podía repararlo...

Fausto.—Y ¿ella?..

César. Aceptó lo que yo la ofrecí, que era lo único que podía aceptar: un apellido, que la librase de la vergüenza; un padre para la niña, y un amigo leal y cariñoso para toda la vida... Ni ofrecí más, ni exigí más... ¿Para qué? Aunque yo hubiese amado á Elia, enamorada cual estaba del muerto, ¿cómo iba yo á exigir otra correspondencia que la del más puro y casto de los afectos? Pedir más, hubiese sido vender

Elia.—¿Usted lo cree? *(Ligeramente contrariada).* Y á ti, César, ¿qué te parece? *(César calla.)*

Fausto.—Sí, sí... Le conviene viajar, hacer otra vida más activa.

Elia. - Yo, tanto como eso, no pensaba. Pero sí le aconsejo que salga, que se divierta... Oiga usted, Fausto, ¿qué tiene César?..

César *(Avergonzado, en tono de reproche infantil.)* —¿Qué voy á tener, tonta?

Elia.—No es el mismo que antes. *(A César.)* ¿Qué te pasa?

Fausto *(Con intención).*—Nada, Elia... Precisamente por eso, porque no tiene nada, está así. *(Levantándose.)*

Elia.—¿Se va usted ya?

Fausto.—Si usted me lo permite...

César *(Con voz temblorosa, pero resuelta.)*—Sí me voy. Es necesario...

Elia *(Al mismo tiempo que dos lágrimas ruedan por sus mejillas).*—¡César!.. ¡César!.. Háblame como siempre... Hasta ahora, me habías confiado tus secretos, tus alegrías... Hoy me ocultas tus tristezas...

César.—Es por no aumentar las tuyas.

Elia.—¿No me crees digna de compartirlas?

César.—Si te las confiara, yo sería el indigno...

Elia.—No, un alma tan grande como la tuya, no puede ser nunca indigna. Cuéntame lo que te ocurre... Ya sabes que si para mí has sido, más que un hermano, un padre; yo, para ti, he sido, más que una hermana, una madre... Dime, ¿estás enamorado?

César.—¡Elia!

Elia *(Echándose á llorar).* - ¡César!



Palique, cuadro de Ulpiano Checa. (Salón de París.) (Copyright 1906 by Checa.)

mi sacrificio, violentar una conciencia, una profanación, ¡un sacrilegio!.. Y eso, ¡eso yo no lo hago!..

Fausto *(Que se ha ido levantando poco á poco, conmovido, entusiasmado, ante tal grandeza de espíritu, se abraza á César fuertemente).*—Abrázame, César; eres más grande de lo que yo creía. ¡Perdóname!

César *(Desprendiéndose suavemente).*—Porque te he creído digno de mi secreto te lo he confiado, para que me aconsejes... Yo no sé cómo ni por qué ha sido... Pero es el caso que hace algún tiempo que me he dado cuenta de lo terrible de mi situación: estoy enamorado de una mujer que si legalmente es mía, moralmente no puede serlo. Lo impide el recuerdo religioso, casi idolátrico que profesa al muerto, que la quiso tanto, que la hizo desgraciada... ¿Qué me aconsejas? ¿Que vuelva á mis locuras? Sólo me sirven para recordarme más á la infeliz que llora... ¿Que haga la vida retirada, de familia, que llevo ahora? Es una tentación constante y horrorosa... ¿Que me gane su amor con ternura y con cuidados? Lo creo imposible. ¿Que la violente? ¡Oh, no! ¡Me odiaría siempre... *(Sollozando sin esperanza.)* ¿Qué me aconsejas, Fausto?

Fausto *(Anonadado, confuso, aturdido).*—César, créeme: yo soy un imbécil. No se me ocurre nada...

Elia *(Con vocecita tímida y temblorosa de mujer que ha llorado mucho).*—¿César?

César *(Enjugándose rápidamente los ojos y esforzándose por serenarse).*—Pasa Elia, pasa. Estoy con Fausto... *(Fausto, de pie, la saluda respetuoso.)*

Elia *(Entrando resuelta y cariñosa).*—¡Hola Fausto!.. ¿Hace mucho rato que están ustedes aquí?

Fausto.—Sí, Elia. Estábamos hablando de un asunto... *(Con el gesto de regocijada sorpresa de quien se le ocurre una idea oportuna y excelente.)* ¡Le proponía á César un viaje larguísimo, de dos años, lo menos, por América... ¿No piensa usted que le conviene?..

Elia *(Temblando sin saber por qué y mirando alternativamente entre nerviosa y sorprendida á César y Fausto.) (Aparte).*—Aquí ocurre algo...

Fausto *(Estrechando la mano de Elia).*—¡Vaya, Elia! A los pies de usted... Y antes de irme, permítame un consejo y una pregunta.. ¿Quiere usted mucho á César.

César *(Empujando á Fausto cariñosamente hacia la puerta).*—¡Vamos, hombre..!

Fausto.—Sí, ya sé que Elia te quiere mucho... Pero Elia, créame usted, quiérale usted ahora más, mucho más que antes..., porque necesita mucho cariño... Beso á usted los pies, Elia... Adiós, César... *(Mutis.)*

César *(Siguiéndole).*—Te acompaño.

Elia *(Dejándose caer en una butaca).*—¿Qué quiere decir esto?.. ¿Qué tendrá César?.. Acaso sus atenciones, sus desvelos?.. ¡Oh, no! ¡Qué tontas somos las mujeres! Siempre creemos que se nos ama...

(Queda abstraída, con la vista fija en un punto de la alfombra, la barbilla apoyada en su mano diminuta y nívea, y el codo, en el brazo del diván. Un canario en su jaula dorada y refulgente canta en apasionados y dulcísimos arpegios, en escalonados, rítmicos y melodiosos trinos, una endecha tristísima y desesperada, un himno entusiasta á la libertad, un himno que parece una protesta...)

Escena segunda

Elia *(A César, con cierto retintín).*—¡Parece que huís de mí!.. ¡Qué despedida tan larga!..

César *(Mirándola tristemente).*—Ya sabes que Fausto nunca acaba...

Elia.—¿Y te ha convencido? *(Con miedo á la respuesta).* ¿Te vas?

César *(Desesperado).*—¡No llores, Elia! No llores, porque tu llanto me abrasa el alma...

Elia.—Lloro... porque no me quieres...

César *(Sin saber lo que dice).* Si no te quisiera, ¿estaría triste?

Elia *(Comenzando á comprender, pero resistiéndose á creerlo).*—¿Estás enamorado de otra? ¿Te estorbo yo?

César.—¡Calla, Elia!

Elia.—No, habla... ¡Habla! Te debo mucho y no he olvidado mi deuda... Por eso no quiero hacerte desgraciado...

César.—¡Por Dios, Elia!.. ¡No prosigas!..

Elia—¿Quién es *ella?*

César.—¡No, no!..

Elia.—Te lo exijo... Te lo mando por la memoria de *aquél*, de Alfonso, que tanto nos quiso...

César.—Elia... Me voy porque estoy enamorado de ti y tú...

Elia *(Manifestando alegría).*—Yo soy tu mujer...

César.—¿Mi mujer?

Elia.—¿No lo has notado antes? Yo que no sospechaba tu amor, te he devuelto con creces toda tu solicitud, todo tu mimo, que creí hijo del deber y del cariño que tuviste á Alfonso... *(Ruborosa.)* Yo te he amado ya...

César.—¡Elia! ¿Pero me amas como hermana ó?..

Elia.—Te amo como tú á mí...

César *(Abrazando conmovido á su mujer, que llora de alegría).*—¡Elia, Elia mía!.. ¡Sí, mía!..

Elia *(Con voz apagada y desfalleciendo de felicidad).*—Sí, tuya, César mío. ¡Tuya!..

César.—¡Qué feliz soy! ¡No esperaba serlo tanto!

Elia.—Y ¡cómo no ibas á ser feliz, si has sido bueno!..

El Bachiller Corchuelo.



Tipos de Pont l' Abbé (Bretaña), cuadro de Julio Vila y Prades

REPÚBLICA ARGENTINA. – BUENOS AIRES

SEGUNDA EXPOSICIÓN DE PINTURA DEL NOTABLE ARTISTA VALENCIANO D. JULIO VILA Y PRADES

Después de siete meses de ausencia, ha regresado á la capital argentina el más joven y el más predilecto de los discípulos de Sorolla: D. Julio Vila y Prades.

Tan gratos y brillantes recuerdos dejó de su preclaro talento artístico durante su anterior permanencia en Buenos Aires, con motivo de su primera exposición, compuesta casi en su totalidad de obras inspiradas en la dilatada cuanto misteriosa pampa argentina, que con interés era esperado por inteligentes y aficionados para contemplar una nueva muestra de su viril talento en el arte pictórico.

Los siete meses de ausencia los ha empleado el Sr. Vila y Prades en visitar su tierra como peregrino que quiere fortalecer su espíritu y su fe con la contemplación de todo aquello que le inició en sus creencias antes de emprender larga caminata á los lugares santos; y apenas saturado de las sales marinas y acariciado por las brisas de la gentil Valencia, emprendió su artístico viaje á las costas de la siempre interesante Bretaña, que si no es de las regiones más ricas de Francia – económicamente hablando, – lo es por el inagotable manantial de inspiración, de poesía, de sentimental dulzura, de emocionantes



Playa de Concarneau (Bretaña), cuadro de Julio Vila y Prades

tradiciones, de grandiosos espectáculos marítimos y celestes, de Arte, en fin, de que toda ella está intensamente impregnada.

Pero antes quiso trasladar á la tela algunas escenas vividas en pleno Océano; y puestas sus plantas en el reino lusitano, quiso llevarse también algo del alma de la nacionalidad portuguesa.

Con todas estas soberanas impresiones ha llegado á la capital argentina; y casi sin tiempo material de descanso ha presentado al público porteño su segunda exposición de pintura con una esplendidez y particular factura que ha llamado poderosamente la atención de cuantos entienden – en grado mayor ó menor – de artes plásticas; exposición propia de un moderno artista digno de la más alta fama, como corresponde en justicia al señor Vila y Prades, dignísimo discípulo del gran maestro.

La exposición consta de setenta cuadros y se halla instalada en el salón de la gran fotografía Witcomb, que, con este motivo, ha sido durante unas semanas el punto de diaria reunión de los inteligentes y aficionados. Excepción de cuatro preciosos retratos de tamaño natural, todas las demás telas son las impresiones traídas del viaje mentado; y todas ellas tienen cualidades especiales de una técnica irreprochable, habiendo vencido en cada caso las múltiples dificultades presentadas.

Tejedoras de Portugal es un cuadro de regular tamaño, pintado con amor y con atenta observación, recomendándose además por la naturalidad en las dos figuras, por la tonalidad y correcto dibujo en todo el componente. Es joya valiosa y de buen gusto; sobria, justa de color. Hay otra que también domina y atrae por parecido concepto: *Pelando almendra*, con toques magistrales. De un orden bien distinto es el titulado *Barcas toñeras*, un efecto de sol á pleno día, seguramente un rincón del puerto de Concarneau visto desde una altura vecina; es de una firmeza deslumbrante por su enérgico colorido. *Mala aprendiza* representa un rincón de humilde hogar en que la madre enseña los rudimentos del hilado á su hija, la que, al parecer, lo hace bastante torpemente. La expresión de ambas figuras está en perfecta concordancia con la situación y hasta con el ambiente triste del local, resultando un excelente estudio de medios tonos, admirablemente sentidos. En el llamado *La sardina*, Vila y Prades ha hecho un verdadero *tour de force*, un derroche de inteligencia, sorteando victoriosamente un sin fin de escollos y llegando á puerto sin avería; porque los hay abundantemente en la composición, en los tipos, en los grupos, en las sombras y hasta en los planos. Es un lugar bajo techado iluminado por la luz que entra por las ventanas situadas á uno y otro lado del local, habiendo figuras tocadas por luces opuestas, como sucede en alguna del primer y último términos, resultando ésta casi en contraste con aquélla, y quedando el segundo iluminado tenuemente por la difusa, producto de las anteriores. Es tela de una tonalidad riquísima, en la que se posa la mirada con cierta delectación, buscando efectos entre personas, utensilios y mercadería, y los choques de luz y sombras.

Muchas de las cualidades que acabamos de señalar las posee también la *Subasta del pescado en Concarneau*, que reproducimos. *La Zahorí* es un cuadro de orden bien distinto y que entra de lleno en la poesía del mar y de la pintura; su tonalidad es un tanto gris sin dejar de ser luminosa; el asunto está lleno de superstición y de sentimiento. El gesto y actitud de la protagonista sentada sobre la roca, junto al mar, con la mirada fija en las movibles aguas, parece como si quisiera penetrar en ellas y descubrir verdaderamente los arcanos escondidos en su seno. Completa el cuadro el grupo de mujeres que, á respetuosa distancia, la contemplan y la admiran con temor manifiesto.

Largo sería si tuviésemos que reseñar, aunque fuera someramente, todas las bellezas expuestas. Insensiblemente vienen á los puntos de la pluma consideraciones apreciables al recordar las obras y sus temas á medida que se va pasando la vista por los apuntes tomados, y se siente pena por no poder tratar con el detenimiento debido cuadros tan preciosos como *Playa de Concarneau* y *Tipos de Pont l' Abbé*, que reproducimos junto con *La Zahorí*.



Subasta del pescado en Concarneau, cuadro Julio Vila y Prades

Y el pesar antedicho lo repetimos con el llamado *Lecciones de náutica*, un viejo marino rodeado de unos muchachos que contemplan ávidamente cómo les está armando un pequeño bote para jugar con él en las revueltas aguas junto á las rocas; con las dos importantes notas de á bordo del *Clyde;* con una barca que sale de noche á la pesca de la sardina; con las *Arenas blancas*, otro cuadro de gran efecto luminoso; con otros varios que representan tipos de mujeres bretonas y marinos de aquella región; con diferentes estudios, á pleno sol, de niños en el baño y en las playas, de los cuales el más notable es el llamado *El baño en las rocas;* con los varios tipos y estudios de Portugal; con una porción de apuntes hermosísimos de las localidades visitadas, y con un conjunto de acuarelas casi todas ellas de tipos de Bretaña, porque Vila y Prades ha presentado una exposición completa, digna por todos conceptos de detenido estudio.

Un éxito artístico tan notable tenía que coincidir con un éxito pecuniario no menor, y así nos complacemos en hacerlo constar, pues el resultado supera á los cálculos más optimistas. Cierto que Vila y Prades, ya en su primera exposición, sugestionó por completo al público bonaerense. En la presente no ha hecho más que acentuar su primer triunfo con el mérito superior, siempre creciente, de las obras nuevamente presentadas.

JUSTO SOLSONA.

Buenos Aires, noviembre, 1906.



La zahorí, cuadro de Julio Vila y Prades

ADELINA PATTI

SU DESPEDIDA DEFINITIVA DEL PÚBLICO

El día 1.° de este mes, la célebre cantante Adelina Patti se despidió definitivamente del público dando un concierto en el Albert Hall de Londres. Nueve mil personas, de lo más selecto de la sociedad londinense, acudieron á escuchar por última vez á la diva que por espació de 55 años ha recorrido triunfalmente todos los principales teatros del mundo, conquistando uno de los nombres más gloriosos en la historia del arte lírico dramático.



ADELINA PATTI EN 1852



ADELINA PATTI EN 1862



ADELINA PATTI EN 1906

En el concierto de despedida cantó nueve piezas que le valieron otras tantas entusiastas ovaciones, siendo obsequiada al final con una lluvia de flores y con multitud de valiosos regalos, entre los cuales llamó la atención una colosal estrella de siete puntas de crisantemos amarillos, de cerca de dos metros de alto, iluminada con lámparas eléctricas colocadas en cada extremo.

Adelina Patti nació en Madrid en 1843; á la edad de nueve años debutó en los Estados Unidos y á los doce daba conciertos en los principales teatros de América. En 1859 cantó *Lucia di Lamermoor* en Nueva York, y á partir de aquella fecha su carrera artística fué una serie no interrumpida de triunfos.

Las óperas en que más ha sobresalido han sido: *Don Giovanne, La Traviatta, Lucia di Lamermoor, La Sonámbula, Rigoletto, L'elissir d'amore, Linda de Chamonix, Barbiere di Seviglia, Martha, Crispino e la Comare, Dinorah* y *L'etoile du Nord*. También ha cantado *Faust, Aida* y *Gli Ugonotti*.

En 1866 casóse con el marqués de Caux, de quien se divorció en 1877, casándose luego con el tenor Nicolini; fallecido éste en 1898, contrajo Adelina, al año siguiente, matrimonio con el barón de Felderbrum. Desde hace muchos años reside en su magnífico castillo de Craig-y-Nos, en el País de Gales.

Adelina Patti ha cobrado indudablemente la cantidad más elevada que se haya pagado nunca á ningún cantante. Según confesión propia, hecha recientemente á un *reporter* londinense, en Montevideo cobró 1.200 libras esterlinas (30.000 pesetas) por representación, durante dos temporadas de sesenta representaciones cada una. – R.

UNA EMPRESA EXPLOTADORA

DEL AGUA DEL JORDÁN

En América, en donde tanto abundan las sectas religiosas, hay una que para administrar el bautismo considera indispensable el agua misma con que fué bautizado Jesucristo. Es más, ciertos adeptos llevan su fervor hasta el punto de no emplear en las comidas más que el agua del Jordán.

Esto ofrecía ancho campo al espíritu emprendedor de los norteamericanos, y en efecto, se ha fundado en Nueva York, bajo la razón social de *International River Jordan Water C°*, una sociedad para proveer á aquellos creyentes de agua del río santo. Esa sociedad ha enviado á los Santos Lugares á su presidente, el coronel Cliford E. Nadaud, con la misión de expedir el sagrado líquido en cantidad suficiente.

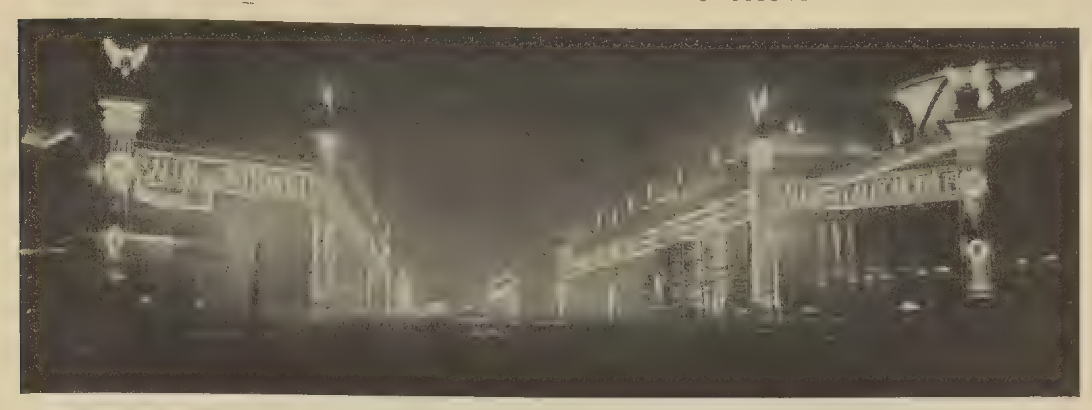
El coronel ha desempeñado con excelente éxito su cometido, á pesar de las grandes dificultades que para ello ha tenido que vencer. En primer lugar, la construcción de barriles fué muy costosa, habiendo sido preciso llevar la madera del Asia Menor; en segundo, los convoyes que conducen el agua han de recorrer un trayecto de 112 kilómetros al través de los montes de Judea antes de llegar á la costa, en donde la carga es embarcada. El agua se expide hervida y filtrada en barriles numerados, á los que acompañan los certificados del cónsul que atestiguan su origen y su pureza.

La fotografía que reproducimos está tomada en el sitio mismo en donde, según afirma la tradición, San Juan bautizó al Redentor. En ella están retratados el coronel Cliford E. Nadaud, el gobernador de Jericó Ali-Riza, y el P. Maximos, representante del patriarca de Jerusalén.



UNA EMPRESA EXPLOTADORA DE LAS AGUAS DEL JORDÁN. – A orillas del río; barriles preparados para su expedición á los Estados Unidos. Los principales personajes que hay en la fotografía son: 1, el coronel CLIFORD E. NADAUD, presidente de la compañía; 2, ALI-RIZA, gobernador de Jericó; 3, el P. MAXIMOS, representante del patriarca de Jerusalén

PARÍS.—EL NOVENO SALÓN DEL AUTOMÓVIL



VISTA EXTERIOR DEL GRAN PALACIO ILUMINADO. (De fotografía de M. Rol y C.ª)

Grandioso, indescriptible, es el espectáculo que ofrece el noveno Salón del Automóvil, instalado en el Gran Palacio y en cuatro pabellones anexos construídos ex profeso en la plaza de los Inválidos. Todas las principales fábricas francesas y extranjeras han expuesto sus mejores productos, sus más recientes adelantos, sus más útiles perfeccionamientos, agrupados en lujosas instalaciones, que durante la noche se iluminan con millares de luces eléctricas, y que son la más elocuente demostración del desarrollo colosal de la industria automovilista, de esa industria recién nacida y que en muy pocos años se ha colocado al nivel de las más potentes.

Los automóviles de paseo ó de carrera de marcas francesas llenan la inmensa nave central del Gran Palacio; los vehículos de ese género de fabricación extranjera ocupan las galerías laterales. Los pabellones de la plaza de los Inválidos están destinados á los automóviles utilitarios, ómnibus, carros industriales y agrícolas y canoas automóviles.

Es imposible, en una publicación como la nuestra, pasar revista de todo lo que en Salón se expone, ni siquiera mencionar lo más importante que en él puede admirarse. Las marcas, cada una con su especialidad, se cuentan por docenas, los vehículos expuestos por centenares, y aparte de ellos hay las instalaciones especiales de las industrias auxiliares.

Una de las particularidades que caracteriza el actual Salón son los motores de seis cilindros: el inconveniente que antes presentaban éstos de aumentar considerablemente las dimensiones del *capot*, ha desaparecido, gracias á ciertas ingeniosas disposiciones que permiten encerrar los seis cilindros en un espacio igual al que ocupan los motores de cuatro cilindros.

No terminaremos estas líneas sin hacer constar el excelente efecto que han producido los vehículos expuestos por la fábrica barcelonesa «La Hispano Suiza,» á los que dedican muy laudatorios conceptos los periódicos profesionales.

La inauguración oficial del Salón se efectuó el día 7 de los corrientes y revistió gran solemnidad. El presidente de la República M. Faillieres recorrió todas las instalaciones, acompañado de una numerosa y brillante comitiva y entre un público escogidísimo que llenaba el Gran Palacio.

Las dos fotografías que reproducimos dan perfecta idea de la grandiosidad de la exposición y del mágico efecto que produce de noche el exterior del inmenso y elegante edificio en donde ésta se celebra. – S.

VISTA DE LA NAVE CENTRAL DEL GRAN PALACIO, EN DONDE ESTÁN INSTALADOS LOS AUTOMÓVILES DE PASEO Y DE CARRERA.
(De fotografía de M. Branger.)



DESPUÉS DE UNA JORNADA FATIGOSA, CUADRO DE FELIPE C. STRETTO



GRABADO POR BONG. (Copyright 1898 by Landecker & Brown, London E. C.)

LOS PREMIOS NOBEL DE 1906

Completando la serie de retratos de los agraciados en el presente año con los premios Nobel, publicamos adjuntos los retratos del presidente Roosevelt y del sabio inglés Mr. José J. Thomson, á quienes han sido otorgados los correspondientes á la Paz y á la Física respectivamente.

La intervención que tuvo en la paz ruso japonesa ha sido seguramente lo que ha decidido á la comisión del Storthing noruego á conceder el premio de la Paz á Mr. Roosevelt, el cual ha enviado con este motivo al ministro plenipotenciario de los Estados Unidos en Suecia el siguiente telegrama:

«Me siento profundamente conmovido por el honor que se me dispensa otorgándome el premio Nobel de la Paz. Nada podía tener para mí mayor valor, y deseo poder expresar mi gratitud en toda su intensidad. Os doy las gracias en mi nombre y en el de los Estados Unidos, ya que si he podido hacer lo que he hecho ha sido únicamente como representante de la nación cuyo presidente soy en la actualidad.

»Después de maduras reflexiones, me he convencido de que el mejor uso que puedo hacer de esa suma será destinarla á la creación de un comité permanente de conciliación entre patronos y obreros. Ese comité residirá en Wáshington y su misión consistirá en trabajar para el establecimiento de relaciones mejores y más igualitarias entre mis compatriotas dedicados, ya como capitalistas, ya como asalariados, á explotaciones industriales y agrícolas.

»Este empleo será conforme con la intención del fundador de ese premio, pues en la vida moderna importa tanto trabajar para que impere una paz honrosa que garantice el respeto de los derechos recíprocos en el mundo de la industria como entre las diversas naciones.»

Después de la lectura de ese telegrama, el presidente del Storthing declaró que Mr. Roosevelt, dando tal destino á su premio, se manifiesta nuevamente como uno de los grandes bienhechores de la humanidad.

Mr. José J. Thomson, profesor de la Universidad de Cambridge, cuenta actualmente cincuenta años, y hasta ahora no ha gozado, ni siquiera en Inglaterra, de la popularidad de que es digno por sus grandes conocimientos; y quizás la mayoría de sus compatriotas se habrán enterado de su existencia al enterarse hace unos días de que le había sido otorgado el premio Nobel.

Y sin embargo, pocos hombres hay que honren á su patria tanto como el autor del libro *Electricity and Matter;* gracias á sus trabajos comienza á hacerse la luz en las tinieblas que hasta ahora envolvían la electricidad, no en cuanto á sus aplicaciones, sino en cuanto á su naturaleza, á su génesis y á su mecanismo, y se ve surgir un nuevo concepto de la materia y de la vida.



El presidente Roosevelt, á quien se ha concedido el premio Nobel de la Paz. (De fotografía.)



Mr. José J. Thomson, á quien se ha concedido el premio Nobel de Física. (De fotografía.)



Budapest. - Monumento á Andrassy, inaugurado el día 2 de los corrientes, obra de Jorge Zala

A Thomson quizás más que á ningún otro debemos el saber que el átomo, considerado durante mucho tiempo como indivisible, se compone de un número infinito de corpúsculos que gravitan con inauditas velocidades unos en torno de otros, al modo de los astros, y que esos corpúsculos llamados *electrones* son la condición necesaria y suficiente á la vez de los fenómenos eléctricos y del equilibrio relativamente estable de los edificios materiales.

Para llegar á tales conclusiones han sido precisos una fuerza de concepción y unos trabajos de experimentación y de cálculo tan extraordinarios, que no se comprende cómo la humana inteligencia ha podido realizarlos.

BUDAPEST. - MONUMENTO A ANDRASSY

En la capital de Hungría inauguróse el día 2 de este mes este monumento erigido á la memoria del eminente hombre de Estado que en el pasado siglo desempeñó un papel tan importante en la política universal y cuyo nombre, según frase del propio Guillermo II, va unido inseparablemente á la conclusión de la alianza austro-alemana.

Sobre un elegante pedestal álzase la estatua ecuestre del canciller arrogantemente modelada: en los lados de aquél hay altos relieves que reproducen episodios importantes de la vida pública de Andrassy. El conjunto del monumento es eminentemente artístico.

La inauguración coincidió con las fiestas conmemorativas del 58.° aniversario del advenimiento al trono de Francisco José y se efectuó con gran solemnidad.

NUESTROS GRABADOS ARTÍSTICOS

(Véanse los de las páginas 809, 812 y 816-817.)

Retrato de la reina Isabel, pintado por Velázquez. — Ridículo sería, tratándose de tan gran maestro, hablar de las bellezas de esta obra. Aparte de que el nombre de Velázquez se impone con sólo enunciarlo, las excelencias de ese retrato que se conserva como valiosísima joya en el Museo de Madrid son tantas y tan patentes, que aun ignorándose que es debido á tan excelso artista, nadie vacilaría en afirmar que quien lo ha pintado merece contarse en el número de los inmortales en el mundo del arte.

Palique, cuadro de Ulpiano Checa. — El autor de este cuadro, que durante tanto tiempo se dedicara á la pintura grandiosa, de la que son hermosas manifestaciones sus famosos lienzos *La invasión de los bárbaros*, *Waterloo* y otros no menos celebrados, nos cautiva ahora con cuadros de género tan distinto de aquél como el que en el presente número reproducimos. *Palique* es un portento de naturalidad, una escena admirablemente observada y trasladada á la tela con gracia encantadora; las figuras, arrancadas de la realidad y sorprendidas en un momento felicísimo, hablan, como vulgarmente se dice; el paisaje, trazado á grandes pinceladas, forma un delicioso marco alrededor de esas tres lindas muchachas.

Después de una jornada fatigosa, cuadro de Felipe C. Stretton. — Terminó la cacería, regresaron al castillo los cazadores, y los perros, que tan valientemente se portaron durante la jornada, descansan junto al hogar de las fatigas del día, mientras esperan la substanciosa cena que ha de restaurar sus cansadas fuerzas. El autor del cuadro ha tratado este asunto con gran habilidad técnica, que es lo único que en temas de esta índole puede exigirse, pintando de un modo magistral esos perros que constituyen el elemento capital, por no decir único, de la composición.

LA TELEFOTOGRAFÍA

Aun cuando en el número anterior nos ocupamos del invento del profesor Korn, señalando los últimos progresos por éste realizados, nos parece oportuno, con motivo de la publicación de los dos grabados adjuntos, decir algo acerca de las distintas etapas por que ha pasado ese descubrimiento prodigioso.

Un francés, Senleq d'Andrés, fué quien obtuvo los primeros resultados en la solución del problema, construyendo en 1877 el telectroscopio que lleva su nombre; en 1877, Perosino inventaba un telefotógrafo; después vinieron el telescopio eléctrico de Paiva, los aparatos de Ayrton y Perry y de Carey y el telefotógrafo, ya más perfecto, de Bidwell.

La mayoría de esos sabios buscaban más bien la solución del problema de la visión á distancia que la del de la transmisión de las imágenes.

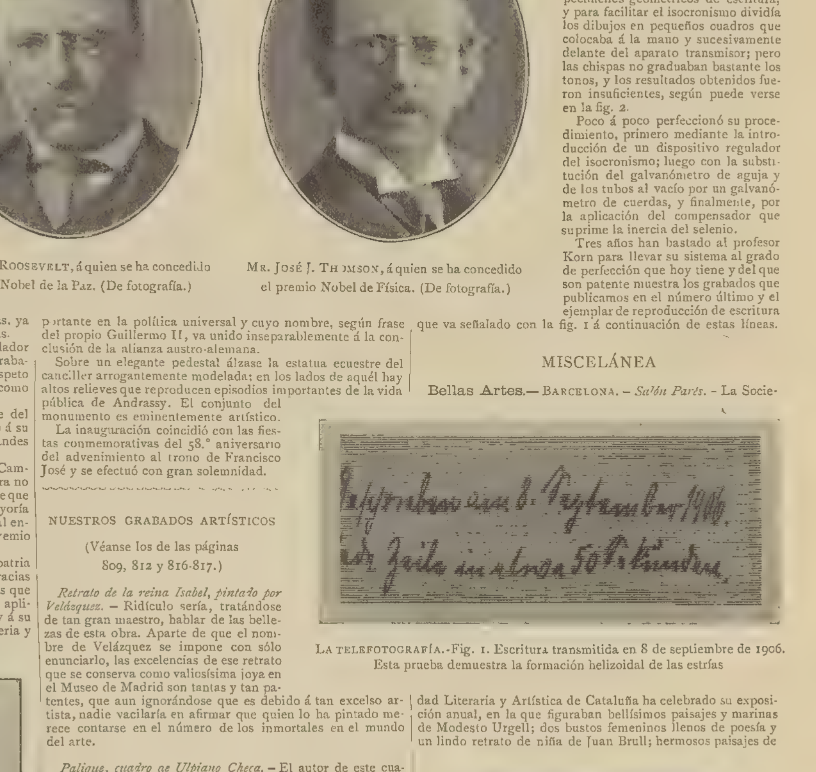
Al profesor Korn se debe el haber hecho posible una primera aplicación realmente práctica. Estudiando los tubos al vacío, observó que iluminándolos por medio de corrientes alternativas de altísima frecuencia, puede hacerse variar la intensidad de la luz emitida por pequeñas chispas eléctricas intercaladas en el circuito; y concibió entonces la idea de utilizar esos tubos como receptores telefotográficos.

En su primer aparato empleaba un tubo enteramente cubierto de papel negro, excepto en un punto, en donde había practicada una pequeñísima abertura por la cual los rayos luminosos podían impresionar una película sensible. Un galvanómetro de aguja permitía regular la longitud de las chispas proporcionalmente á las iluminaciones de una placa de selenio colocada en la estación transmisora. Tal era su aparato de 1902.

En aquella época el profesor Korn se limitaba á reproducir dibujos y especímenes geométricos de escritura, y para facilitar el isocronismo dividía los dibujos en pequeños cuadros que colocaba á la mano y sucesivamente delante del aparato transmisor; pero las chispas no graduaban bastante los tonos, y los resultados obtenidos fueron insuficientes, según puede verse en la fig. 2.

Poco á poco perfeccionó su procedimiento, primero mediante la introducción de un dispositivo regulador del isocronismo; luego con la substitución del galvanómetro de aguja y de los tubos al vacío por un galvanómetro de cuerdas, y finalmente, por la aplicación del compensador que suprime la inercia del selenio.

Tres años han bastado al profesor Korn para llevar su sistema al grado de perfección que hoy tiene y del que son patente muestra los grabados que publicamos en el número último y el ejemplar de reproducción de escritura que va señalado con la fig. 1 á continuación de estas líneas.



La telefotografía.-Fig. 1. Escritura transmitida en 8 de septiembre de 1906. Esta prueba demuestra la formación helizoidal de las estrías

MISCELÁNEA

Bellas Artes.— Barcelona. - *Salón Parés.* - La Sociedad Literaria y Artística de Cataluña ha celebrado su exposición anual, en la que figuraban bellísimos paisajes y marinas de Modesto Urgell; dos bustos femeninos llenos de poesía y un lindo retrato de niña de Juan Brull; hermosos paisajes de Enrique Galwey; varios dibujos y una alegoría de la Música, perfectamente concebida y ejecutada, de José M.ª Tamburini; varios notables retratos de Ricardo Urgell; un busto, rico de color, de Manuel Cusí; varios lienzos brillantemente pintados de Aurelio Tolosa, y algunos paisajes muy bien sentidos de Tomás Roger.



La telefotografía. - Fig. 2. Primera imagen telefotográfica obtenida en 1902

En el propio salón se han expuesto recientemente un notable cuadro religioso de Andrés Larraga y un magnífico retrato de San Raimundo de Peñafort de José María Marqués.

Espectáculos. — Barcelona. - Se han estrenado con buen éxito: en Romea *Els pobres menestrals*, obra en tres actos de Adriano Gual; y en el Eldorado *El niño prodigio*, comedia en dos actos de los Sres. Alvarez Quintero.

En el teatro Principal, el célebre violinista catalán Juan Manén ha dado un notable concierto cuyo programa se componía de la *Chacona*, de Bach; una romanza de Beethoven; la *Sinfonía española*, de Lalo; *I palpiti*, de Paganini, y un *Preludio*, *Andante* y *Variaciones* del mismo concertista. Todas estas piezas fueron admirablemente ejecutadas por el Sr. Manén, y acompañadas, excepto las obras de Beethoven y Paganini, por una orquesta dirigida por el maestro Lamote de Grignón, que además tocó sola un fragmento de *La flauta mágica*, de Mozart, y el minué de *Ifigenia en Aulida*, de Gluck.



Coppa fué al correo á hacer averiguaciones (pág. 806.)

CORAZONES DE ORO

NOVELA ITALIANA DE SALVADOR FARINA.—ILUSTRACIONES DE CALDERE

(CONCLUSIÓN)

»Entonces Pedro me escribirá á mí, á la lista de correos, según le dije; mas como yo no voy al correo porque las cartas me las llevan á casa, el hombre se cansará de esperar, renunciará á su intento, si es que ya no ha renunciado, y se irá á trabajar otra plaza.»

Coppa se repitió muchas veces estas y otras palabras, mientras se encaminaba á buen paso hacia el pórtico de la plaza de la Catedral; pero al llegar allí, se detuvo un momento, después retrocedió lentamente hasta el correo y echó en el buzón la carta, la cual decía á Pedro Corruccini que fuese en seguida á casa de Niña y pidiera su mano, que no le sería negada.

Mientras regresaba á su casa, Coppa, para consolarse, se repitió varias veces mentalmente, como si alguien se las fuera dictando, estas palabras: «Si no viene, mejor.»

VIII

No se había vuelto á hablar de Pedro y sin embargo Coppa no podía quitárselo de la cabeza. En cambio, dijérase que Niña ya no pensaba en él, y hasta desde hacía algunos días tarareaba y reía mejor, mostrábase más dócil á las lecciones de órgano de papá Desiderio y hablaba de ir al Conservatorio para aprender el canto teatral. Pero cada vez que sacaba á la conversación este último tema, Coppa le hacía observar que la carrera del teatro no se había hecho para ella y que su carrera debía ser otra.

—¿Cuál?, preguntaba la muchacha.

Coppa no le contestaba, pero seguía pensando en aquellas cuatro palabras: «Si no viene, mejor.»

También pensaba en ellas Desiderio.

«¿Qué esperamos? —decíase á sí mismo.—Si ha de cometerse esa tontería, cométase pronto; pues por más que *él* diga, me parece que no tiene mucho tiempo que perder. Puede ser que sea [illegible] de hacer grandes cosas; pero si he de juzgar por mí...»

¡Chitón! Ni el aire había de tener conocimiento del secreto temor de Desiderio, quien se habría reído de buena gana del desvarío de su viejo amigo, si no se hubiese tratado de un amigo antiguo y si aquel desvarío no hubiese sido un dolor. Él, en cambio, renacido á la felicidad, daba todas las noches las gracias al cielo porque le había concedido, cuando ya se hallaba al borde de la tumba, la belleza bondadosa de Niña, y daba todas las mañanas las gracias á Esperanza porque durante la noche había estado un rato á la cabecera de su lecho.

Y en un rinconcito del pensamiento surgíale la idea de dar á la muchacha su propio nombre. ¡Diosdado! No era el nombre de su padre ni el de su madre, porque ni á uno ni á otra había conocido; era un nombre enteramente suyo, se lo había dado el hospicio de los expósitos..., ó quizás Dios en persona. Niña, tomando ese nombre, iría á casarse llamándose Esperanza Diosdado. ¡Lástima que después de casada cambiaría de nombre nuevamente y con desventaja! En realidad, ¿qué atractivo había de encontrar en llamarse la señora de Coppa? Otra cosa no le parecía al buen Desiderio cierta ni posible, llegar á ser suegro del viejo amigo de la infancia. Pero si el cielo realmente lo hubiese querido así, si su hija estuviese verdaderamente contenta, si su yerno fuese al fin feliz, ¡qué alegría! De todas esas cosas, no imposibles ciertamente, la menos probable era la última, es decir, que Coppa hallase al fin un contentamiento que le pareciera ser la felicidad, porque de fijo querría atrapar la felicidad entera y verdadera, con lo cual el contentamiento no tardaría en desvanecerse.

El propio Coppa tuvo un día el mismo temor. Desiderio le había disparado á boca de jarro el siguiente escopetazo:

—Pedro Corruccini se ha olvidado de Niña y paréceme que Niña está en camino de olvidarse de Pedro. Este es el momento oportuno; si te sientes con ánimos para hacer dichosa á esa buena muchacha y para dar contento á tu vejez, no te detengas, cásate con ella.

Coppa se ruborizó como un niño; pero después de aquel relámpago de felicidad, se desanimó en seguida y murmuró que todavía quería pensarlo.

Y mientras lo pensaba, llegó Pedro.

Llegó una mañana muy temprano, secretamente, como si temiera dejarse ver, y por la portera hizo subir su tarjeta encargando que dijese que abajo estaba esperando y que preguntase si podía subir á aquella hora.

Coppa corrió al cuarto de Desiderio para consultarle el caso; pero apenas hubo dicho de qué se trataba, asomóse á la puerta y dijo á la portera:

—Que suba.

El viejo Desiderio no respiraba siquiera, y mientras acababa de vestirse, procuró leer en el rostro de su amigo, el cual iba de un lado á otro.

—¿Duerme Niña todavía?, preguntó Coppa.

Y la propia Niña contestó llamando á la puerta.

—Hay un caballero que pregunta por ti, dijo.

—Entra, Niña.

La muchacha entró sonriente como de costumbre y estampó un beso en las mejillas de los dos viejos.

—A ese caballero, ¿lo has visto tú?, preguntó Coppa mirándola fijamente.

—Apenas, respondió Niña sin evitar la mirada del anciano.

Parecía sincera; no se mostraba demasiado desenvuelta y audaz. Tal vez no había reconocido al Pedro de sus ensueños.

Esto era ya un consuelo para el ánimo del viejo enamorado, en ayuda del cual acudió Desiderio con esa otra pregunta:

—¿Cómo es ese caballero, joven ó viejo?

—Joven...

—¿Guapo?..

—¡Oh, no! Me ha parecido que tenía la cara hinchada..., estaba con la cabeza baja... Pero ¿por qué me haces esas preguntas?

Coppa, sin decir palabra, irguió la cabeza cuanto pudo y fué al encuentro de su rival.

Tenía razón Niña; aquel caballero estaba desconocido, pero era él. Pedro Corruccini apenas había pasado del umbral de la puerta y casi no se atrevía á entrar en la sala; tan grande era el desaliento que de él se había apoderado. Permanecía con la cabeza baja y su cara hinchada, en la que estaban casi ocultos los ojos, inspiraba compasión.

Coppa, compadecido de veras, acercóse al infeliz y con una ternura que él mismo no se explicaba, le preguntó:

—¿Qué ha sido eso?

—Las viruelas. Hallábame hace un mes en Niza trabajando la plaza, y estaba contento de venir á Milán, en donde esperaba que alguien me aguardaba, cuando me dió la enfermedad, que me ha dejado tal como usted ve. La señorita no me ha reconocido, ¡tan cambiado estoy! Ella, en cambio, tan hermosa siempre.

Pedro hablaba con acento desconsolado, y cuando dijo: «Ella, en cambio, tan hermosa siempre,» tem-

bló en su voz una cuerda que era á la vez deseo y pena.

Coppa adivinó toda aquella alma dolorida y le pareció condolerse también él sinceramente cuando le dirigió con cierta brusquedad una frase de consuelo.

—Pero ahora está usted curado, ¿no es verdad? Pues no se desanime.

—Lo mismo me ha dicho el médico, quien no quería que yo partiese de Niza; pero yo estaba impaciente por venir á Milán, al ver que no recibía contestación á las cartas que había escrito.

—¿Escribía usted á Niña?

—No, escribí á usted á la lista de correos, tal como me había usted dicho. ¿No ha recibido usted nada?

—No.

—¡Ya lo ve usted! Es mi destino. Había dicho á la señorita que estaría de vuelta el día primero de mes, y ella había prometido escribirme dos letras, á la lista de correos, para que yo supiese dónde podía hacer... una visita al Sr. Coppa. Llego aquí, voy en seguida al correo y no encuentro nada; entonces me he dicho que la señorita debía saber que estoy deformado y que ya no me quería... Tiene razón, pobre criatura. ¡Estoy tan feo, y ella, en cambio, está tan hermosa!

El viejo Coppa, atento á una discusión extrañísima que sostenía en su fuero interno, no sabía discernir bien si estaba afligido, como le parecía, á causa de la cara hinchada de Pedro, ó si se sentía satisfecho del todo, como le parecía también, por el triunfo seguro, inminente, de su propio rostro, diariamente afeitado.

Pedro, viendo que nada le contestaba, prosiguió:

—En la carta que escribí á usted desde Niza, le pedía que dijese á la señorita... que no me siento con valor para pensar en el hermoso sueño que acaricié á bordo del *Sud América*... y que por este motivo...

—¿Que por este motivo?, preguntó Coppa por decir algo.

—Que por este motivo renunciaba á ella.

Al pronunciar en voz baja esas desconsoladoras palabras, que ya le habían hecho llorar cuando las escribía, sollozó como un niño.

—¡Animo!, dijo Coppa. ¡No llore usted!

—No, no lloro; no quería ni siquiera venir á esta casa, pero el deseo ha sido más fuerte que la voluntad...

El anciano tenía en la punta de la lengua otras palabras consoladoras, pero vacilaba en pronunciarlas porque le parecían hipócritas, saturadas de egoísmo. Por esto callaba, mas también el silencio era crueldad.

—Sr. Corruccini, dígame qué es lo que quiere usted hacer, qué es lo que yo he de decir, porque si puedo... crea...

—Paréceme que nada hay que hacer por mí..., no diga nada..., es decir, sí, dígale á la señorita á qué estado me veo reducido..., y con esto ya lo habrá dicho todo. Yo me iré á correr por el mundo, como he hecho hasta ahora.

A Coppa se le había ocurrido una idea y hacía un rato que se fatigaba en examinarla de lejos, sin saber bien aún si debía acogerla ó rechazarla.

—Estoy pensando una cosa, dijo al fin tranquilamente; no sé si es buena ó mala y usted es quien ha de decidir. Pienso que lo mejor es que mi hija le vea á usted...

Pedro hizo resueltamente con la cabeza un ademán negativo.

—¿No?.. ¿No lo cree usted conveniente?, prosiguió el viejo en tono cariñoso. Pues siendo así espere á que la hinchazón desaparezca, porque desaparecerá, y entonces su cara recobrará casi el aspecto de antes... No se aflija; las muchachas como la mía no se enamoran tan sólo de un rostro terso. ¿Es que el corazón, la bondad... y todo lo demás no significan nada?

Pedro hizo un gesto de desconfianza; en su concepto, *todo lo demás* significaba muy poca cosa.

—Prefiero que sea usted quien la entere..., y si acaso quisiera ella ver toda mi desgracia..., escríbame usted. Vivo en la calle de Solferino, número 41, tercer piso. Pero estoy seguro de que no volveré á esta casa.

Coppa no quiso contradecirle; acompañó hasta la puerta á su infortunado visitante y le despidió estrechándole cariñosamente la mano.

Después fué á reunirse en el comedor con Niña y Desiderio.

IX

—¡Pobre chico!, exclamó Coppa entrando en aquella estancia.

—¿Quién?, preguntó Niña.

El anciano, en vez de contestar, se interrogó á sí mismo. Parecíale entonces que estaba realmente afligido; el acento de conmiseración que había puesto en aquellas dos palabras no era de seguro hipocresía y quiso repetirlas:

—¡Pobre chico!

—¿Quién?

—¿De quién quieres que hable sino de él? ¿No le has visto en la puerta cuando entraba?

—¿A quién?

—A Pedro Corruccini.

—¿Era él?

—¿No le has reconocido? Sí, él era, y á decir verdad, yo mismo, aun teniendo en la mano su tarjeta, esperaba que me dijese con quién tenía el honor de hablar. No exagero. La viruela lo ha desfigurado hasta este punto; dióle en Niza, hace un mes, y aunque ya está curado, conservará las señales mientras viva. ¡Pobre muchacho!

—¡Era él y no ha querido verme!, murmuró Niña.

—No digas eso. ¡Pobrecito! Lo que no ha querido es que le vieras tú para no inspirarte repulsión.

Viendo que Niña repetía, como si estuviera desmemoriada: «¡Era él!» y que Desiderio esperaba en silencio, Coppa prosiguió:

—«¿Qué piensa usted hacer?,» le he preguntado; y él me ha contestado: «Nada; me iré lejos á esconder mi deformidad.»

—¿Pero está realmente tan feo?, preguntó en voz baja Desiderio.

—¡Caramba!.. Sí..., no está guapo, que digamos; pero seguramente con el tiempo se le arreglará la cara de modo que... no resulte tan repulsiva como ahora... Sí, está verdaderamente feo, repitió con acento compasivo dirigiéndose á Niña; tiene el rostro hinchado y encarnado y hasta parece que le faltan pedacitos de carne. Le he consolado como he podido..., pero la verdad es que no está guapo ni mucho menos..., ¡ea!

Niña interrogaba aún con los ojos llenos de lágrimas y Coppa no encontraba ya una palabra de consuelo, porque ahora se imaginaba ser un hipócrita feroz. Después de dar un par de vueltas por el comedor, salió silenciosamente.

Apenas hubo salido, Niña corrió á refugiarse en los brazos de Desiderio sollozando.

—¿Conque le querías mucho?

La muchacha no respondió al pronto; primero lloró y luego secándose las lágrimas dijo:

—Creo que no le quería; mientras no vino no lloré, y ahora lloro sin saber por qué y me parece que le daría gustosa todo mi amor para consolarle.

Desiderio recogió con su pañuelo las últimas lágrimas de Niña y besó á ésta en la frente.

—¡Tienes un corazón de oro! Y ahora, ¿qué quieres hacer?

—Dejarlo marchar así como un perro porque se ha vuelto feo sería muy cruel, ¿no es verdad? ¿Qué culpa tiene él de que la viruela le haya estropeado el rostro? Esa misma enfermedad, ¿no podría acaso estropearme mañana el mío?

No, esto sí que no; la viruela por sí sola no puede nada; es el cielo quien la envía á estropear ciertos rostros para que pueda decirse que antes eran bellísimos; pero una carita tan tersa, tan risueña como la de Niña...

Esta demostración que Desiderio quería formular fué interrumpida por estas palabras de la muchacha:

—Oye ¿y si le escribiera?

Sí, ¿qué mal habría en que Niña escribiera á aquel desgraciado?

—De fijo que espera alguna palabra de consuelo...

—¿Y qué quisieras escribirle?

—Quisiera hacerle comprender que no soy una loquilla, que su desgracia me apena..., nada más.

Desiderio, después de pensarlo un rato y no viendo en ello nada censurable, acabó por consentir.

—Escribe, dijo; luego daremos á leer la carta á papá Coppa, que también la aprobará.

Y Niña escribió en seguida algunas líneas, á la buena de Dios, tal como las pensaba, y luego las mostró á Desiderio para que viese si había muchas faltas.

No había muchas, ciertamente, porque Niña, puesta en la necesidad de escribir, salía del apuro con gran ingenio; lo poco que había aprendido en la escuela no le habría servido gran cosa, pero á ello agregaba todo lo que le enseñaran las lecturas, y no sólo esto, sino también la picardía de evitar ciertos giros de frases en los que no se sentía bastante fuerte. En cuanto á la ortografía, para la cual no basta el criterio solo, sino que exige siempre mucha práctica, corría á cargo de Coppa, pero esta vez fué Desiderio quien se encargó de ello.

Coppa no estaba preparado para la idea de que Niña hubiese de escribir á Pedro, pero supo reprimirse y dijo, como era la verdad, que había querido que el pobre muchacho se presentase á su enamorada.

—Esconderse ó huir, le he dicho, nunca ha conducido á nada; es preciso ir siempre hasta el fondo de las cosas...

La carta fué expedida y Coppa se preparó, delante del espejo, para la batalla. Resuelto él también, al parecer, á ir hasta el fondo de las cosas, esperó á pie firme la visita de su rival, y aunque no se lo confesaba á sí mismo, sentíase seguro de la victoria.

Pero la vergüenza impulsó á Pedro Corruccini á hacer lo que sólo habría podido aconsejar la prudencia; el enamorado no se presentó, sino que escribió ingenuamente:

«Gracias, señorita; es usted muy buena. Yo bien quisiera apresurarme á verla, pero me da vergüenza porque estoy desfigurado, y el médico me asegura que si tengo la cara vendada estaré menos feo dentro de algunas semanas, y yo quiero estar menos feo para presentarme á usted.»

Cuando Coppa leyó ese billetito, tuvo una medrosa sospecha; la de que todas las artes del peine y de la navaja no pudieran evitar á su vejez una nueva desilusión.

Mirando á Niña á hurtadillas adivinó en su carita bondadosa un amor hijo de la compasión, y Desiderio, á quien manifestó su descubrimiento, opinó lo mismo.

—¿Cómo lo sabes?, preguntóle Coppa.

—Porque no canta y sólo se ríe cuando alguno de nosotros la mira; piensa en él... y piensa en ti.

—¿En mí?

—Sí, en ti también; la misma compasión que la impulsa hacia el infortunio de Pedro, la acerca al tuyo..., porque esa muchacha es verdaderamente buena.

¡Ser amado y casarse por misericordia! Era esto una cosa posible; Pedro se contentaría con ella; pero Coppa, no.

Cuando tuvo la certeza de que Niña se veía atormentada por los dos amores infortunados, quiso ser fuerte y generoso.

—Voy á buscar á Pedro y me lo traigo aquí, dijo una mañana á Desiderio; vendado ó no, es preciso que luche si quiere vencer.

—¿Y tú?

—Me fingiré inválido, y ten la seguridad de que no se trata de un ardid de guerra. Tú que me conoces, sabes perfectamente que no podría avenirme á ser amado por compasión. ¿No opinas así?

—No. ¿Qué importa la causa con tal que el amor exista verdaderamente? Piénsalo bien para no tener que arrepentirte luego: Niña te quiere, y á estas horas ya sería tuya si... ese desgraciado...

—Lo sé; habría hecho una obra de misericordia casándose conmigo, pero había otra más meritoria... ¿No es esto lo que quieres decir?

No era esto precisamente, pero sí algo muy parecido.

En resumen, aquella mañana fué Coppa á buscar á Pedro Corruccini; y tanto y tan bien porfió, que el muchacho se dejó convencer. Él mismo quiso presentarlo á Niña.

—Niña, le dijo, ahí fuera está Pedro; ha costado mucho traerlo; no quería venir porque aún no está bien del todo, pero irá mejorando de día en día. ¡Si le hubieras visto la semana pasada!

La muchacha le miraba fijamente con sus ojazos asombrados.

—No me mires de este modo; te digo que está ahí, con papá Desiderio. Ve, ve en seguida.

Coppa se sentó en la mecedora, y Niña, al abandonar silenciosamente la estancia, volvióse un momento para contemplar al viejo enamorado, el cual había cerrado los ojos, y columpiándose en aquel sillón de junco, no soñaba todavía.

Al contrario, persistía en su primer propósito de no soñar más, de sacrificarse por entero, y ya le parecía que estaba saboreando la resignación.

«Es amarga—pensaba—pero es saludable; muchos, habiéndola empleado, se han curado todos los males y viven largos años; yo haré lo mismo para vivir tanto como Matusalén.»

Sí, no; sí, no, parecía decirle la mecedora de junco con sus crujidos.

«Tiene razón Desiderio; la adoptaré, se llamará Niña Corruccini Coppa y seré para ella el hombre que la habrá amado más que nadie; seré su *padre.*»

Sí, no; sí, no.

«¿Qué harán ahora?,» se preguntó, y en seguida respondióse á sí mismo: «Pedro todavía está feo y tiene los ojos bajos, avergonzado de su fealdad; Niña no se atreve á mirarle para no aumentar su angustia, pero ya ha visto bastante... Quizás quisiera haberse

quedado al lado de papá Coppa y no sabe qué decir. El bueno de Desiderio tampoco sabe qué hacer, y mira á Niña fijamente sin saber si elegirá al enamorado viejo ó al enamorado feo.»

Sí, no; sí, no.

«Tal vez sea lo contrario; Niña y Pedro se han comprendido á la primera mirada; á estas horas se aman y dentro de un mes se casarán... La elección estaba hecha sin que Niña lo supiera; la naturaleza había pensado en ello. En materia de amor, la vejez nunca tiene razón.»

Después de enunciar esta sentencia, nublósele el pensamiento y la fantasía no supo presentarle más que imágenes confusas de cosas, de personas y de sentimientos; y eran cosas antiguas, sentimientos solitarios, niños indiferentes que yacían en un mismo sepulcro.

Cuando Desiderio se acercó á la puerta y preguntó quedamente: «¿Duermes?,» Coppa separó la mano del rostro bañado en lágrimas.

Y sin avergonzarse de que le viera llorar el amigo en la vida y en la muerte, interrogó á éste con una sola palabra:

—¿Conque?..

Desiderio no contestó, y entonces Coppa, poniéndose en pie, repitió:

—En materia de amor, la vejez nunca tiene razón.

Enjugóse la cara y se sonrió.

X

Las maletas habían quedado en un rincón, porque ni Coppa ni los demás se habían acordado de ellas para deshacerlas y meterlas nuevamente en el armario.

Aquel día, Coppa las contempló, abriéndolas y cerrándolas entre suspiros, y por la tarde las cogió á escondidas y quiso encaminarse á la estación del ferrocarril; pero de su determinación algo se había traslucido, así es que, en el momento preciso, Desiderio salió á acompañarle en silencio, mientras Niña permanecía en casa llorando.

Por el camino un mozo de cordel se ofreció á llevar las maletas, á lo que accedió Coppa.

—Volveré pronto, afirmaba al taciturno amigo como para disculparse. Ya comprenderás que necesito cambiar de aires; para que una tontería se cicatrice enteramente sin dejar la menor huella, el emplasto que me ha dado mejores resultados ha sido siempre un largo viaje. Esta vez, empero, será un viaje corto; en cuanto me escribas que Niña y Pedro se han puesto de acuerdo y quieren casarse, vendré para entregar la dote. ¿Quedamos en eso?

Desiderio hizo con la cabeza un signo afirmativo.

Al cabo de un momento, añadió Coppa:

—Todo lo he preparado; he pedido el certificado de nacimiento de Niña, que servirá para el matrimonio y para la adopción. Y tú, está alegre y dile á Niña que no llore más, que su llanto me hace daño, que ría siempre.

—¿Adónde vas?, preguntó Desiderio cuando vió que había tomado el billete del ferrocarril.

—A Turín; escribiré en seguida.

Y entró en la sala de espera, sonriente y erguida la cabeza, precedido del mozo de cordel; Desiderio le siguió con la mirada, y cuando le hubo perdido de vista, regresó á su casa para enjugar las lágrimas de Niña.

El billete que Coppa había tomado dábale derecho á ir de un tirón á Turín; pero podía detenerse donde mejor le pareciera. Siendo esto así, ¿por qué ir á Turín y no á Vercelli, que no conocía? Largo tiempo estuvo vacilando, y cuando, ya de noche, oyó anunciar la estación de Novara, sintióse acometido de una nueva duda. ¿Por qué Vercelli y no Novara? Lo estuvo pensando hasta el momento en que cerraban la portezuela del vagón, y entonces, recogiendo sus maletas, se apeó.

Cuando el tren hubo partido, parecióle que el silbido de la locomotora se mofaba de él desde lejos, y encaminándose á una fonda, pensó en lo que le estaba pasando.

—Sí, me he vuelto irresoluto porque soy viejo y acaso porque soy débil; mi voluntad me abandona, pues estoy á punto de llegar á la indiferencia.

—¿Desea usted una fonda?, preguntóle alguien.

—Sí, una fonda. He soñado por última vez con rehacerme una juventud; Niña habría sido mi paz, y en un largo ocaso habría mirado de frente la dicha. ¡Oh, cuánto habría sabido amar aún! Pero ahora todo ha terminado.

Sin embargo, meditando un poco, hubo de confesarse á sí mismo que todo, enteramente todo, no había terminado; entre Niña y Pedro no había todavía nada definitivo, y sólo porque la muchacha no había dicho incontinenti que no se sentía con valor para amar á un hombre que tenía la cara picada de viruelas, había él cogido las maletas y tomado el tren.



Coppa, compadecido de veras, acercóse al infeliz...

Y quiso ser sincero hasta el final: si en vez de ir á Turín ó aún más lejos, como había pensado, se había quedado en Novara, por fuerza debía haber en ello una razón ignorada, acaso la que se llama instinto.

Aquella noche no cerró los ojos, á pesar de haberse dicho muchas veces á sí mismo que estaba á punto de llegar á la indiferencia. Apagada la luz y clavando los ojos en la obscuridad, percibía las líneas de un mueble que le parecía no haber visto cuando entró en el cuarto; parecía una persona inmensa que estirase un brazo hacia su cama para amedrentar al viejo Coppa. Pero la época de los miedos vanos hacía tiempo que había pasado para él; ahora, aunque en realidad le amenazasen, teníale esto tan sin cuidado que ni siquiera quiso averiguar si la amenaza partía de una percha, como le parecía probable. Cerró los ojos, y entonces la percha cruzó los brazos y sin hacer ruido se acercó hasta poner su cara junto á la suya; era una cara burlona que á punto estuvo de encolerizar al viejo indiferente; luego se transformó en otro semblante y en muchos más, hasta que al fin se presentó en forma de rostro picado de viruelas.

—¡Vaya, que estás guapo!, dijo Coppa en alta voz. No te marches, hombre, no te marches tan pronto; deja que te mire bien. Tendrás el amor de Niña y la dote que yo le daré.

La cara picada de viruela se desvaneció como las otras, y el viejo aún quiso detenerla un rato más.

—No, no te vayas; no eres guapo, pero eres joven, y en materia de amor la vejez no tiene razón nunca.

Cuando la cara hubo desaparecido del todo, surgió en la mente de Coppa una idea de lucha: ¿quién sabe? Tal vez no se ha dicho que la vejez no pueda nada; sólo ella ama de veras, y si Niña supiese...

«Aún no ha pronunciado la palabra que ha de ligarla á él, pero la pronunciará mañana,» pensó, y esta idea, introduciéndosele en el cerebro como un clavo, lo tuvo despierto toda la noche. Momentos hubo en que se propuso regresar á Milán en el primer tren para hacer más difícil la victoria de Pedro, más atormentada la propia derrota; pero se arrepentía en seguida de ello, pensando en el corazón compasivo de Niña. Además, ¿con qué pretexto justificaría su arrepentimiento? ¡Ah! ¡Si en aquel lecho, en donde se revolcaba en silencio, le diese un calenturón que le obligase á volver á su casa ó que impulsase á Niña á correr á su lado... á curarlo con un beso, á matarlo con una palabra de amor!..

Hasta que la claridad del alba no entró en su cuarto, el pobre Coppa persistió en su delirio silencioso; mas cuando la luz del nuevo día le hubo hecho ver en un rincón la percha que alargaba ingenuamente el único brazo que le quedaba, su espíritu se calmó algo y el Loco se durmió velado por los rayos del sol.

A las diez de la mañana envió un telegrama á Desiderio participándole que se había detenido en Novara, en donde aguardaba una *palabra*.

Esa palabra llegó á Novara al día siguiente; era de Niña y decía:

«Perdóname, papá querido, pero ¡me parece que le quiero tanto!»

Una hora después, Coppa regresaba á Milán y una vez allí dejó asombrados con su desenvoltura á Desiderio y á la muchacha.

—¿En dónde está Pedro?, preguntó alegremente. ¡Cómo! ¿No está aquí? Es ya mediodía, ¿qué espera? En nuestro tiempo, ¿no es verdad, Desiderio?, no se esperaba la hora de las visitas; cuando se podía ir á casa de la novia, se iba á todas horas, y cuando no, se paseaba por debajo de la ventana á riesgo de pescar un torticolí.

Niña se dejó engañar por aquel aplomo, y sinceramente dió gracias al cielo porque, entre las dos misericordias que podía ejercer, le permitía escoger la del joven Pedro; y además dió gracias á papá Coppa cuando éste le prometió hacer todo lo necesario para que el asunto marchase muy de prisa.

Lo *necesario*, en el concepto del viejo y dado el tono con que pronunciaba la palabra, comprendía también y aun más que todo, la adopción; pero cuando á fuerza de cartas todo estuvo listo y no faltaba sino los contratos legales, Coppa sólo de una cosa se arrepintió, y manteniendo cuanto había prometido, omitió lo mejor renunciando á ser el padre de Niña.

Y todos le tuvieron por un modelo de generosidad cuando dijo á Desiderio:

—La primera idea era la buena; serás tú el padre de Niña, yo no me siento capaz de serlo.

El amigo por la vida y por la muerte se arrojó en sus brazos y lloró porque era demasiado dichoso.

Pero el Loco era incapaz de ocultarse á sí mismo el pensamiento secreto que le había impulsado á no hacer de la novia (y luego esposa) de Pedro Corruccini su propia hija.

Ni aun en el momento en que aquella cara desfigurada de Pedro se hizo dueño de la dote y de su hermosa Niña, Coppa no se arrepintió de haber sido prudente. Conservaba en su alma el mismo sentimiento; no quería confesarlo, pero algunas veces en secreto pensaba que..., no se sabe nunca lo que puede suceder..., que Pedro podía ser feliz, dar hijos á Niña, vivir mucho tiempo y enterrar á Coppa..., pero también podía morir... ¿Y entonces?..

No, no era una esperanza; acaso no era ni siquiera un deseo... ¿Y entonces?..

Entonces no cabía ninguna duda de que Coppa abriría los brazos para que la viuda y los hijos se refugiasen en ellos como en un puerto seguro.

FIN

LAS EXCAVACIONES RECIENTEMENTE PRACTICADAS EN CUMA



ADORNO DE LOZA

Las excavaciones practicadas en las ciudades sepultadas por las larvas del Vesubio, sobre todo en Pompeya, han absorbido casi enteramente durante muchos años y hasta reciente fecha la atención de los sabios y del gobierno italiano, seducidos por la facilidad y la riqueza de los descubrimientos; el resultado de esto ha sido que se han descuidado las excavaciones en todas las demás regiones de la Campania, á pesar del grandísimo interés que tienen para el estudio de los orígenes de la civilización griega



ANFORAS DE BARRO

en la Italia meridional. De aquí que las excavaciones de Cuma, realizadas por el conde de Siracusa, hermano de Víctor Manuel I, hasta 1853, y proseguidas por lord Vernón, el marqués Gibot y Mr. Stevens, se suspendieron sucesivamente hasta las recientes exploraciones del Sr. Osta de Nápoles, quien ha recogido ya la colección más preciosa y más interesante de cuantas poseen los arqueólogos de objetos pertenecientes á las primeras épocas del arte italiano y á las sucesiones del arte griego y del grecorromano.

Cuma felix, Cuma la dichosa, indudablemente la ciudad italiana más antigua, fué fundada en 1030 antes de J. C. por una colonia griega procedente de la Eubea, la de los calcidenses, que antes de establecerse en el continente ocuparon la isla de Ischia, desde donde se dirigieron luego al suelo sagrado de Cuma, expulsaron á los escasos habitantes que allí había y construyeron la Acrópolis en el alto peñasco traquítico, en el que se alzaba la aldea indígena.

La fertilidad de la tierra, el número de los habitantes y sus comercios y la proximidad de dos puertos importantísimos, el de Puzzoles y el de Misena, hicieron de Cuma una ciudad tan floreciente, que fué objeto de la envidia de los etrurios, de los umbríos y de los daunos, que la sitiaron en varias ocasiones; pero fuerte por su situación natural y por la poderosa defensa de la Acrópolis, logró siempre rechazar los frecuentes asedios y llegó á su mayor apogeo en tiempo de Augusto, que le otorgó los honores de ciudad *(urbs)* y la jurisdicción de prefectura.

Cuando los romanos comenzaron á preferir para sus residencias veraniegas los lugares más pintorescos de Puzzoles, de Baia y de Misena, Cuma decayó; más adelante los bárbaros la devastaron, y por último, los napolitanos la destruyeron en 1027 por haberse convertido en asilo de bandidos.

A esas desgraciadas vicisitudes debemos la dicha de encontrar hoy casi intactos, bajo una capa de tierra de poco espesor, los pavimentos y las paredes de las casas y las ruinas de la Acrópolis.

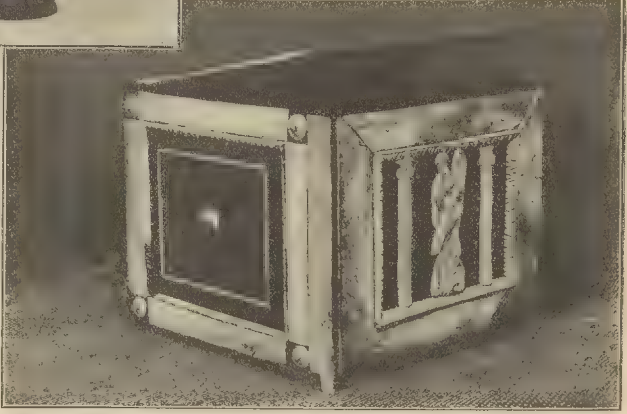
Debajo del suelo vense todavía diseminados y ocultos en parte por la lujuriosa vegetación meridional los restos de los



ALTO RELIEVE QUE REPRESENTA Á SILENO

antiguos edificios públicos: el Anfiteatro, el de Demetrio y el de Júpiter Stator, transformado actualmente en bodega y en el cual se ve aún el gran nicho que contenía el busto colosal del dios que se admira en el Museo de Nápoles.

Las excavaciones de Cuma, para cuya realización se está organizando un Comité nacional, permitirán resolver algunos



ARQUILLA DE MARFIL DESTINADA Á GUARDAR OBJETOS DE TOCADOR DE UNA JOVEN

importantes problemas arqueológicos, del mismo modo que la exploración de la gruta de la Sibila, efectuada por el profesor Inocente dall'Osso, á quien tuve el honor de acompañar provisto de mi aparato fotográfico, nos ha puesto en condiciones de poder restablecer, sobre la base de documentos indiscutibles, los pormenores de la descripción virgiliana del antro de la Adivinadora de Cuma, cuya entrada está junto al lago de Averno, en donde Virgilio hizo descender á Eneas y Dante Alighieri puso la entrada del Infierno y la barca de Caronte.

Los resultados de esta exploración, como los de las excavaciones de Cuma, son tan importantes desde el punto de vista de la historia y de la leyenda, del arte y de la poesía, que causa asombro el considerar el estado de absoluto abandono en que el gobierno italiano ha dejado esa maravillosa comarca que, en un perímetro de unas cuantas millas, encierra la cuna de un pueblo que dominó el mundo por el doble poder de las armas y del genio.

Del valor de algunos de los objetos encontrados puede formarse idea por los grabados que en la página anterior publicamos. La arquilla tiene 32 centímetros de alto por 34 de ancho y 35 de profundidad. En una de sus caras se ve á una sierva que presenta el espejo á su joven dueña, la cual, en la otra cara, está terminando su atavío de novia.

CARLOS ABENIACAR.

(Fotografías del mismo.)



VIENA. – MONUMENTO Á CARLOMAGNO INAUGURADO CON MOTIVO DEL 58.° ANIVERSARIO DEL ADVENIMIENTO DEL EMPERADOR FRANCISCO JOSÉ AL TRONO DE AUSTRIA. Obra de Rodolfo Weyr. (De fotografía de C. Seebald, comunicada por Hutin, Trampus y C.ª)

VIENA

MONUMENTO Á CARLOMAGNO

Con ocasión del 58.° aniversario del advenimiento de Francisco José al trono de Austria, se ha inaugurado recientemente en Viena un monumento dedicado á la memoria de Carlomagno y que ha sido colocado en una de las fachadas de la iglesia de San Pedro, el primer templo cristiano construído en aquel país y que fué fundado por aquel gran rey de los francos.

Consiste el monumento, que el adjunto grabado reproduce, en un bajo relieve, en el que Carlomagno está representado en el momento de plantar la primera cruz cristiana, después de la victoria alcanzada sobre los avaros y á consecuencia de la cual quedó destruído el imperio de éstos.

Ese bajo relieve es obra del célebre escultor vienés Rodolfo Weyr.

EL PROCESO DEL TENOR CARUSO

EN NUEVA YORK

A últimos del mes de noviembre próximo pasado, el célebre tenor italiano Caruso, que actualmente hace las delicias del público de Nueva York, comparecía ante el tribunal de policía de Yorkville, acusado de *disorderly conduct*, es decir, de conducta incorrecta.

¿Qué falta había valido tal afrenta á un personaje tan importante y tan respetado? Dícese que un día en que estaba paseando por el Central Park permitióse hacer un gesto inconveniente á una señora, la cual, indignada, hizo arrestar por un *policeman* al mal educado caballero.

Los debates judiciales duraron dos días, y en el curso de los mismos, el artista, bastante maltratado por ciertos testigos de cargo, no cesó de protestar de su inocencia, negando en absoluto el hecho que se le imputaba. ¡Cosa extraña! El testigo más importante, la víctima del supuesto atentado á la moral, no compareció; había dado un nombre falso y no hubo medio de dar con ella. En cambio, el segundo día de la vista presentóse de improviso otra dama cubierta con un velo blanco que, por indicación del magistrado, se adelantó hacia el tenor, y descubriendo con gesto rápido su velo, dejó ver el gracioso semblante de una linda rubia de unos treinta años.

– ¿Me conoce usted?, le preguntó.

– Ni poco ni mucho, respondió Caruso; esta es la primera vez que tengo el gusto de ver á usted.

– Acuérdese usted de la noche del 4 de febrero de 1904.

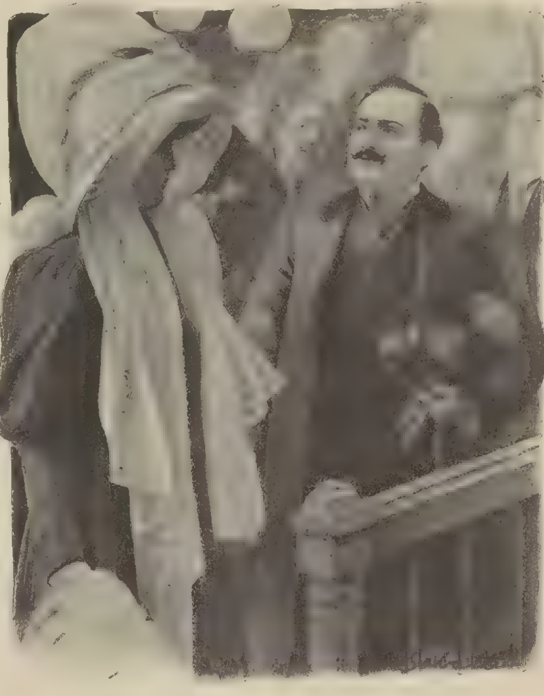
El artista hizo un gesto significativo de que su memoria no guardaba recuerdo de tan lejana fecha.

Pues bien, según parece, el día 4 de febrero de 1904, el tenor, durante una representación de *Parsifal*, faltó al respeto á la linda rubia del velo blanco.

A pesar de sus protestas, Caruso fué condenado á una multa de 10 dólares; mas no conformándose, ha apelado de tal sentencia.

Ocioso casi es decir que cuando, después de la condena, Caruso salió á cantar, el teatro estaba brillantísimo y que el triunfo obtenido por él fué de los más grandes conseguido durante su carrera. Se comprende; ¡el reclamo había sido tan original y tan ruidoso!

Quizás esto era lo que se trataba de demostrar, y quién sabe si en todo ello andaba oculta la mano del empresario del eminente divo.



UN INCIDENTE DEL PROCESO DEL TENOR CARUSO EN NUEVA YORK

Una dama con velo blanco dijo al tenor descubriendo su rostro: «Acuérdese usted, caballero, de la noche del 4 de febrero de 1904.»
(De un croquis tomado en la sala de la Audiencia durante la vista del proceso.)

LIBROS

ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

POR AUTORES Ó EDITORES

LA ESQUELLA DE LA TORRATXA, almanaque para 1907. – Un tomo de 208 páginas con multitud de artículos, poesías, cuentos, epigramas, etc., de los mejores escritores catalanes, y dibujos, caricaturas y reproducciones de cuadros y esculturas de celebrados artistas. Editado por D. Antonio López. Precio, una peseta.

ALMANAQUE DE BAILLY-BAILLIERE *ó sea Pequeña Enciclopedia popular de la vida práctica.* – Un tomo de 500 páginas con 500 figuras y mapas y multitud de crónicas y artículos sobre las más diversas materias y los conocimientos más útiles. Además los compradores del Almanaque tienen opción á 600 regalos que se reparten en combinación con los sorteos de la Lotería Nacional de 22 y 31 del corriente. Precio, 1'50 pesetas.

AGENDA CULINARIA. – Libro de la compra con minutas y recetas para cada uno de los días del año, por la *Duquesa Laura.* – Un tomo de 392 páginas, editado en Madrid por la casa Bailly-Bailliere é Hijos. Precio, dos pesetas en Madrid y 2'50 en provincias.

MEMORÁNDUM DE LA CUENTA DIARIA. 1907. – Un volumen elegantemente encuadernado, que contiene secciones para anotar los ingresos y gastos, las visitas y los días de recepción, el calendario, el índice de santos y santas por orden alfabético, tablas de reducción de monedas y pesas y medidas, etc., noticias sobre correos, telégrafos y teléfonos, etc. Editado en Madrid por la casa Bailly-Bailliere é Hijos, se vende á 2'50 pesetas.

ATLAS COMPLETO DE GEOGRAFÍA COLOMBIANA, por *Francisco Javier Vergara y Velasco.* – Se han publicado las dos primeras entregas de esta obra importantísima que contiene interesante texto y numerosos mapas y planos y que se imprime en Bogotá, en la Imprenta Eléctrica. Precio de cada entrega, 80 centavos.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustración Artística

Año XXV — Barcelona 24 de diciembre de 1906 — Núm. 1.304



ALEGORÍA DE NAVIDAD, dibujo de Julio Borrell

ADVERTENCIA

Llamamos la atención de nuestros favorecedores sobre la importancia de las obras anunciadas en el prospecto para la serie de 1907, que hemos repartido. Además tenemos el gusto de anunciarles que en el próximo número de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA comenzaremos á publicar la hermosa novela de Enrique Bordeaux

EL MIEDO A LA VIDA,

premiada por la Academia francesa y que ilustraremos con dibujos de Carlos Vázquez.

SUMARIO

REVISTA HISPANO-AMERICANA

Cuba: los negros y los partidos políticos: la cuenta de la intervención yanqui. —*Puerto Rico:* Roosevelt en la isla. —Política internacional centro-americana: el tratado general de paz, amistad y comercio: el arbitraje: igualdad profesional: libertad de comercio: el artículo 34 del Tratado: la Oficina internacional centro-americana: el Instituto pedagógico: Nicaragua y el pacto de Corinto. —*Panamá:* Roosevelt en las obras del canal. —*Venezuela:* la salud del presidente. —*Paraguay*: el Congreso legislativo en sesión extraordinaria.

La población negra de Cuba, acaudillada por Juan Gualberto Gómez, se pone resueltamente, como era de presumir, frente á los yanquis. Entre las gentes de raza blanca se van señalando dos parcialidades; unos, protestan contra la intervención de aquéllos y están dispuestos á hacer causa común con los negros; otros, los capitalistas, los que representan intereses industriales, comerciales ó agrícolas, desean y piden, más ó menos embozadamente, no la anexión á los Estados Unidos, sino el protectorado de éstos con carácter permanente.

Cunde el desaliento, porque se ve que la influencia moral de la ocupación yanqui no da resultado favorable, y se teme que llegue á ser indispensable la acción material de las tropas interventoras. Las partidas de insurrectos siguen merodeando; Magoon los califica de bandoleros, amenaza tratarlos como á tales, y puede darse pronto el caso de que soldados yanquis tengan que hacer fuego contra ciudadanos cubanos.

En previsión de las anunciadas elecciones generales, se agitan los partidos políticos. Aspiran á la presidencia José Miguel Gómez y Alfredo Zayas, éste apoyado por Juan Gualberto. Con frecuencia hay manifestaciones públicas y alguno que otro motín; suena ya como grito de guerra en la contienda política el de «mueran los negros.»

Entre tanto, se está pudriendo caña por valor de muchos miles de pesos; faltan brazos y no hay medio de lograr los que se necesitan. La situación ha empeorado por consecuencia del último ciclón, que destrozó edificios, ferrocarriles y puentes y produjo pérdidas considerables de ganados y cosechas.

Y aún se prepara otro golpe contra Cuba. Allá en Wáshington, en las Oficinas de Contaduría del Ministerio de la Guerra, formalízase con todo detalle la «Cuenta de la Intervención militar en Cuba» para presentarla á las Cámaras á fin de que éstas resuelvan si la Hacienda de la isla debe satisfacerla total ó parcialmente. La intervención se ha hecho en beneficio de Cuba, para salvarla de la revolución y asegurar el orden y la paz; justo es, pues—dirán seguramente los yanquis,—que los gastos todos corran á cargo de los cubanos.

También hay agitación política en Puerto Rico. El mes de noviembre ha sido época de elecciones para designar Comisionado en Wáshington, delegados á la Cámara é individuos de los Ayuntamientos. A los dos antiguos partidos en pugna, republicanos y unionistas, se agrega ahora el nuevo partido obrero socialista, con bastante fuerza en algunos distritos.

Ocho años hace ya que la isla sufre la dominación yanqui, y no hay esperanzas de que pueda aliviarse el malestar social y económico que allí se siente. Promesas de reforma no faltan, y recientemente las ha renovado Mr. Roosevelt con motivo de su visita á Puerto Rico. Llegó y pasó como un meteoro, el 21 y 22 de noviembre, á bordo del *Luisiana*. Por la llamada vía militar, fué de Ponce á San Juan en automóvil.

En el interior de la isla, sus hambrientos habitantes contemplaron admirados la lujosa comitiva de diez ó doce automóviles que velozmente recorrían aquellos campos, tan hermosos en los días en que era Puerto Rico una provincia española; ahora yermos, casi despoblados, desde que son tierras de una colonia yanqui. En el fango de esas tierras, al pasar el río de Arecibo, se hundió el vehículo que conducía á Roosevelt; se necesitó una pareja de bueyes para arrancar del lodo portorriqueño al carro triunfal del presidente de los Estados Unidos de Norte América.

Como en triunfo entraba, en efecto, en las ciudades y en alguno que otro gran poblado, donde hacía breve alto la comitiva para oir salutaciones y discursos; invariablemente respondía Roosevelt declarando el gran afecto que sentía hacia los portorriqueños, y ofreciendo su valioso apoyo para conseguir que se concedan los derechos de ciudadanía á los míseros colonos de la isla. Era la repetición de la promesa que viene haciendo años ha.

El pacto que en 25 de septiembre último subscribieron Costa Rica, El Salvador, Guatemala y Honduras se titula «Tratado general Centro-americano de paz, amistad y comercio,» y consta de 38 artículos, en su mayor parte repetición de cláusulas de convenios anteriores entre los mismos países.

El artículo 1.° declara que habrá paz perpetua y amistad franca, leal y sincera entre las cuatro citadas Repúblicas, debiendo cada uno de los respectivos gobiernos considerar como una de sus principales obligaciones el mantenimiento de esa paz y el cultivo de esa amistad, procurando poner de su parte todos aquellos medios que conduzcan á su logro, y remover, dentro de la esfera de sus atribuciones, cuantos obstáculos, de cualquier naturaleza que sean, pudieran impedirlo. Para llegar á este fin, se pondrán de acuerdo, siempre que la importancia del caso lo demande, para impulsar su progreso moral, intelectual é industrial, uniformando así sus intereses, cual cumple á pueblos hermanos.

En los demás artículos se hace constar que cualesquiera dificultades concretas que sobrevengan entre las partes contratantes, se resolverán necesariamente por el medio civilizado del arbitraje. El Salvador, Guatemala y Honduras, de conformidad con lo establecido en el tratado que se celebró á bordo del *Marblehead*, designan desde luego como árbitros á los presidentes de los Estados Unidos de América y de los Estados Unidos Mexicanos. Las dificultades que pueda haber entre Costa Rica, El Salvador y Honduras se arreglarán conforme á la Convención de Corinto de 20 de enero de 1902 y al reglamento decretado por el Tribunal de Arbitraje Centro-americano el 9 de octubre del mismo año.

Los ciudadanos de cualquiera de las cuatro Repúblicas residentes en territorio de alguna de las otras, gozarán de los mismos derechos civiles de que gozan los naturales; se reconocerá validez á los títulos profesionales que presenten, así como á los estudios científicos y literarios que hayan cursado, y disfrutarán del derecho de propiedad literaria, artística ó industrial, en los mismos términos y sujetos á los mismos requisitos que los nacionales.

Habrá libertad de comercio marítimo y terrestre, con algunas restricciones, entre el Salvador, Guatemala y Honduras. En cuanto á las relaciones comerciales entre éstas y Costa Rica, la libre introducción se limita, por ahora, á los productos nacionales que no se obtengan en alguna de ellas en cantidad suficiente para las necesidades del consumo. Las naves mercantes de los cuatro paises se considerarán en los mares, costas y puertos de todos ellos como naves nacionales.

Los agentes diplomáticos y consulares de cualquiera de las Repúblicas dispensarán á las personas, buques y demás propiedades de los ciudadanos de las otras igual protección que á los suyos. Los cuatro gobiernos se comprometen á construir buenas vías de comunicación entre los respectivos territorios. Los instrumentos públicos otorgados en una de las Repúblicas serán válidos en las otras. Otros varios artículos se refieren á la extradición de criminales.

El artículo 34 tiene excepcional importancia. Es una solemne declaración de que las partes contratantes no pueden conceptuarse ni conceptuar como naciones extranjeras á las Repúblicas de Centro América, y que trabajarán constantemente por mantener entre todas ellas los vínculos de familia y la mayor cordialidad en sus relaciones, haciendo causa común entre sí en los casos de guerra ó de dificultades con naciones extranjeras, y mediando amigable y fraternalmente en sus trastornos de carácter privado. En el caso de que emigrados políticos residentes en cualquiera de las Repúblicas inicien ó fomenten trabajos revolucionarios contra alguna de las otras, serán inmediatamente expulsados del territorio.

Al mismo fin de unificar intereses y mantener franca y leal amistad concurren dos convenios especiales, también firmados en San José de Costa Rica, como el Tratado General. Por virtud de uno de ellos, los gobiernos signatarios se comprometen á establecer una Oficina internacional Centro-americana, formada por un delegado de cada país; dicha Oficina residirá en la ciudad de Guatemala. Según el otro convenio, las cuatro Repúblicas fundarán, á expensas y en provecho de todas, un Instituto Pedagógico, con sección de hombres y de mujeres, para la educación profesional del Magisterio; Costa Rica será asiento del establecimiento.

Como se ve, Nicaragua no ha tomado parte en esos convenios. Oportunamente fué invitada esa República para que se hiciera representar en la Conferencia, y su presidente, el general Zelaya, hizo saber que el gobierno de Nicaragua tenía interés en que se conservase íntegro el Pacto de Corinto, insinuando, al propio tiempo, la idea de ser preferible el organizar el arbitraje obligatorio con elementos propios y no con los extraños á Centro América.

Los sentimientos de fraternidad y concordia se van imponiendo más de día en día, con lo que se facilita la obra grandiosa de reconstitución de la nacionalidad centro-americana.

Antes de ir á Puerto Rico, Mr. Roosevelt dióse un paseo por lo que ha de ser—si llega á serlo—canal interoceánico de Panamá. No hay que decir la acogida que le hicieron el presidente y los altos funcionarios de esa República que nació y subsiste gracias á la buena voluntad de aquél. No como un rey, como un dios fué de Colón á Panamá, y volvió desde el Pacífico al Atlántico.

Dos años hace que los yanquis tomaron la dirección de los trabajos del canal. Se han gastado ya algunos millones de pesos; pero se adelanta poco. En la época en que allí estuvo Roosevelt trabajaban unos 23.000 obreros; americanos blancos en escaso número, muchos negros, chinos y japoneses, algunos italianos y españoles. Estos, en su mayoría gallegos y vizcaínos, son los más apreciados, porque resisten y trabajan más y mejor que nadie.

En octubre último corrió la voz en Europa de que había muerto el general Castro, presidente de la República de Venezuela. A principios de noviembre la prensa daba noticia de un telegrama de Caracas, transmitido al ministro de aquella República en Berlín, participándole que Castro, completamente restablecido, había regresado á la capital y tomaba ya parte activa en las funciones de gobierno.

Ahora otra vez se dice que agoniza ó que ha muerto, que la revolución amenaza y que los adictos á Castro ocultan su grave estado ó su muerte para evitar ó aplazar grandes trastornos en la República.

En estos últimos años hay épocas en que Venezuela parece el país de los misterios; no hay medio de obtener información verídica de lo que allí sucede.

Con objeto de dar cumplimiento á lo prescrito en la Constitución, referente al escrutinio de las elecciones practicadas para designar presidente y vicepresidente de la República del Paraguay, se convocó á sesiones extraordinarias al Congreso legislativo de la nación desde el 15 de octubre al 25 de noviembre. En el primero de los indicados días el Senado y la Cámara de Diputados reunidos en Congreso declararon electos presidente de la República para el 10.° período constitucional al ciudadano doctor y general Benigno Ferreira, y vicepresidente para el mismo período al ciudadano D. Emiliano González Navero. Los electos prestaron juramento el día 25 de noviembre, á las ocho de su mañana.

R. BELTRÁN RÓZPIDE.



La adoración de los pastores, tríptico de Flesch Bruningen

LA VISIÓN DEL MESÍAS, cuento inspirado en el cuadro de Flesch Bruningen

Pétalo á pétalo había deshojado las fragantes flores del rosal de la vida; habíalo gozado todo y vivido todo, y empezó para él la vejez árida y cruel de los dilapidadores. Ya no había puerta que se abriese á su llamada, ni corazón que simpatizase con sus congojas, ni alma caritativa que corriese en su socorro. Ahogábale la pesadumbre, era pobre y viejo y caminaba penosamente con los desencantados ojos fijos en la tierra, como si buscase el último refugio, el sitio donde había de dejarse caer para entregarse al largo y mudo reposo de la muerte. Las alegrías bulliciosas de su vida tenían por epílogo el dolor inconsolable que carece de confidentes, la soledad angustiosa de los desamparados, la vejez decrépita sin apoyo. Era un sainete divertido que terminaba de un modo trágico.

A las congojas torturantes del arrepentimiento uníanse las de la pobreza sin recursos. Convencido de que sólo podría remediar sus males practicando el bien y de que para purificar su alma necesitaba pasarla por el fuego sagrado del sacrificio, buscaba en vano la ocasión y sólo encontraba á su paso miserias irremediables.

Lentamente, sin que se diese cuenta de ello, iba santificándose su espíritu; que tanto está la santidad en la práctica del bien como en la pesadumbre sincera y constante de no poderlo llevar á cabo.

Y una tarde, el anciano que deshojara pétalo á pétalo las fragantes flores del rosal de la vida encontróse en su camino á un joven que habría visto dar el fruto á los frondosos árboles apenas dieciocho veces. Era por una senda cubierta de nieve que culebreaba por la escarpada sierra. El anciano vió en el suelo algo que se movía y oyó suspiros y sollozos. Encaminóse hacia el joven, detúvose ante él y con evangélicas palabras logró herir de muerte su cruel aflicción y llevar á su pecho consoladora esperanza.

—Señor, señor—gimió el muchacho levantando sus ojos lacrimosos hacia el que á hablarle se atrevía, —grande y justa es la causa de mis duelos, pero mis penas no son dignas de compasión puesto que yo mismo las he acarreado: vivía feliz y huí de mi hogar tranquilo, enloquecido por las malas pasiones, llenando de congoja infinita el tierno corazón de mi madre y de mudo dolor el de mi padre.

Las lágrimas inundaron sus mejillas y la congoja le hizo enmudecer. El anciano levantó la cabeza coronada de rizos blancos como la nieve que cubría los montes, elevó su mirada al cielo plomizo y sus labios se movieron levemente como si musitasen una oración fervorosa. Después, dirigiéndose al joven, dijo:

—Tú eres oveja sin pastor, yo lobo sin dientes; mas los lobos viejos sabemos muchas cosas que pueden hacer volver al redil á las ovejas descarriadas. Escúchame, y que el Dios santo que nos oye y desde su excelso trono nos mira dé á mis palabras fuerza bastante para librar del fuego á quien como tú se encuentra rodeado de llamas.

Tal fué el exordio del anciano que deshojara pétalo á pétalo las fragantes flores del rosal de la vida. Luego, con mansedumbre evangélica, habló largamente de su decrepitud triste, prematura y sin apoyo, consecuencia lógica y funesta de los placeres que envenenan el alma y aniquilan el cuerpo. Y le exortó con inspiradores razonamientos á buscar el camino verdadero del que tan en mala hora se apartara.

—Señor, señor—volvió á gemir el joven,—yo bien quisiera, hace muchos días que no pienso en otra cosa, pero la vergüenza traba mis pies. ¡Prefiero morir!

-Si no hubiera hecho firme propósito de no emplear palabras duras para mis semejantes, te llamaría insensato. Te diría también que el arrepentimiento que se avergüenza es vanidad diabólica. Avergüénzate en buena hora de ti, pero no del grito de la conciencia; pide morir, mas después de haber remediado los males que causaras. Fija bien en tu memoria mis palabras y sírvante de norma: yo, como tú, abandoné el hogar tranquilo de mi madre que se esforzaba en conducirme por el camino del bien, y si no me maldijo no fué porque no lo mereciera, sino porque las madres no saben más que bendecir; como tú fuí impulsado por la locura de las pasiones, y como tú experimenté la insensata vergüenza del arrepentimiento que á veces llamaba á mi corazón. Creí que arrepentirse era de cobardes, y deseché como debilidades lo que sin duda eran avisos del cielo. Después tuve mujer y tuve un hijo, y empujado por la fiebre de mi impureza, los abandoné, dejándolos casi sin recursos. Fué el placer durante mucho tiempo el que presidió mi vida, y aquel placer de antaño es ahora mi verdugo. Mira mis pies mal calzados y ateridos; mira mis manos débiles y sin fuerzas; contempla mi triste cuerpo encorvado y lleno de dolores, y considera que tu fin puede ser este desconsolador fin mío, ya que como yo empezaste.

Caía la tarde rápidamente, pero no moría la claridad sostenida por la reverberación de la nieve; desde la cresta del monte veíase el pueblecillo tendido en el llano como una mancha negra; en la lejanía, encendidas tal vez por los pastores, empezaban á brillar algunas hogueras que parecían ramilletes de flores rojas en medio de la blanca sierra. Sin dejar de hablar, el joven y el viejo emprendieron montaña abajo el camino del pueblo en busca de una hora de descanso y de algún alimento que confortara sus estómagos. A sus oídos llegaban aullidos de lobos y ladrar de vigilantes perros.

Cerraba la noche cuando llegaron á las primeras casas; el joven, contristado, se detuvo.

—¿Por qué te detienes?, preguntóle el viejo. ¿Acaso persiste en ti la vergüenza del arrepentimiento? ¿No quieres coronar tu obra?

—¡Oh, sí, sí!

—Ten en cuenta que las madres no olvidan nunca, y que esta noche, como la de ayer, como todas las que transcurrieron desde que la locura se apoderó de tu espíritu, la tuya espera vestida tu llegada. ¡Oh... si los hijos esperasen de tal modo!..

—En pago de los consuelos que has derramado en mi alma, quiero asegurarte que sé de hijos que saben esperar. Hace mucho tiempo que mi padre vió salir al suyo para países muy remotos, y todavía lo espera con ansiedad...

Tomaron un refrigerio en la primer posada, y tras de calentarse un rato á la lumbre emprendieron el camino. Debían andar dos leguas para llegar al final de su viaje, y el viejo lobo iba satisfecho y regocijado por poder volver á su redil á una oveja descarriada.

Al atravesar el pueblo notaron que todo él era regocijo y algazara, y que al cascabeleo de las panderas y al redoblar de los tambores uníanse voces infantiles que entonaban alegres cantos de Nochebuena.

Huyendo de la alegría desbordante, la aflicción no encontró mejor guarida que la casa de Alfonso. Allí vivían seres tristes, desencantados y melancólicos que aguardaban resignados la hora de la piedad suprema.

Alfonso, sentado en uno de los rincones del hogar, está pensativo; enfrente, su madre dormita en un rincón mascullando rezos, y Juana, la esposa, á su lado, en actitud distraída, vigila el puchero donde la cena se cuece. De repente la paz silenciosa de aquella casa es interrumpida por la infernal batahola que arman los chiquillos y la gente moza de las casas de la ciudad.

Juana levanta la cabeza como sorprendida de aquel ruido; después, como cayendo en lo que aquello quiere decir, suspira:

—Esta noche es Nochebuena, Alfonso.

—Es verdad, Juana: Nochebuena, repite maquinalmente el esposo.

Y los dos dirigen sus miradas al lugar vacío que ocupara otros años el hijo adorado é ingrato que de ellos huyera. Llevan un año así; un año en que el padre no duerme y la madre vela, atenta á todos los ruidos de la noche, creyendo santamente que todos pueden ser producidos por el hijo que vuelve.

La congoja que les ha hecho guardar silencio largo rato les obliga á hablar.

—Oye, Alfonso: decía mi abuelo que en esta memorable noche tenían su término todas las rencillas y disgustos de las familias. Los padres veían entrar por sus puertas hasta á los peores hijos; los hermanos reñidos se reconciliaban, y todos los parientes, después de la cena, en amorosa y alegre compañía cambiaban el beso de paz.

Como hombre descreído por haber saboreado desengaños sin cuento, Alfonso movió la cabeza tristemente.

—¡Ay, Juana!, suspiró, eso ocurría en otro tiempo, cuando los hombres eran más bondadosos y el Me-

sías venía al mundo en esta noche derramando la gracia en los espíritus; pero ahora... Cristo debe haberse cansado de venir á morar entre los hombres para que lo crucifiquen y para que su cruenta crucifixión resulte infructuosa... Ya ves: mi padre se fué dejándonos abandonados á madre y á mí; desde entonces pasaron muchas nochebuenas y no ha vuelto, ¡y bien sabe Dios con cuánto júbilo le abriríamos todavía los brazos si llamase á nuestra puerta! Doloroso es pensarlo; pero nuestro hijo lleva el mismo camino de su abuelo.

Un sollozo responde á estas palabras, y la conversación cesa. Guarda silencio Alfonso y permanece largo rato sumido en penosa meditación. Juana, entretanto acongojada, cae de rodillas y reza fervorosamente con las manos cruzadas y los ojos elevados al cielo. Su cara va animándose por grados hasta estar radiante; su angustiosa pena parece haber dado lugar á una esperanza infinitamente dulce. Ante sus ojos ve un hermoso cuadro que llena de alegría su alma; tal vez es una visión formada por su deseo, quizá un milagro, tal vez un recuerdo de su juventud que toma cuerpo. Ve en una cuna pobre un niño resplandeciente, el verdadero Mesías, el Niño-Dios de que con tanto entusiasmo hablara su abuelo. Al lado de la cuna, ve á la Virgen Madre radiante y feliz, y arrodillados en ferviente acto de adoración; á los divinos ángeles y á los pastores, que fueron los primeros en rendirle culto.

Palpita el corazón de Juana, que continúa largo rato de rodillas en éxtasis fervoroso; cree que el recién nacido le envía palabras por el aire que llegan á sus oídos como música divina, y por fin levántase alborozada gritando con gran admiración de Alfonso y sobresalto de la abuela:

—¡He tenido la visión del Mesías! ¡Le he visto! ¡Le he visto! Con él viene el reinado de la paz y de la dicha.

—¿Qué dices? ¿Te has vuelto loca?

—Digo, exclama con gran exaltación, que tu padre y mi hijo se acercan, porque el Mesías se ha dignado descender una vez más sobre la tierra.

En este momento suenan dos golpes en el gran portón de la casa.

Corren los tres y encuentran al anciano que deshojara pétalo á pétalo las fragantes flores del rosal de la vida y á su joven compañero de rodillas implorando perdón.

A los gritos de alegría y á los sollozos de júbilo parecen unirse las voces de las campanas que tocan á gloria para celebrar el nacimiento del Dios de la paz.

RAFAEL RUIZ LÓPEZ.

EL NACIMIENTO DE JESÚS,

GRABADO DE ALBERTO DURERO

Los artistas antiguos que han representado el nacimiento de Jesús concibieron de un modo muy distinto que los modernos la sublime escena desarrollada en el humilde portal de Belén. Los pintores actuales, por regla general, cuando tratan este tema, más que del nacimiento del Salvador se preocupan de la fiesta que hoy va asociada á este suceso, es decir, de la Nochebuena; en la antigüedad, por el contrario, ateníanse á las descripciones del Nuevo Testamento, prescindiendo por entero de todo elemento profano.

En cambio, el arte en otros tiempos se ajustaba menos que ahora á las condiciones de lugar y tiempo, y así abundan los cuadros bíblicos en que los sucesos ocurren en sitios muy diferentes de aquellos en que se realizaron y los personajes se presentan con la indumentaria de la época en que el artista los pintó, no de la época en que en realidad vivieron. Y lo propio cabe decir de los edificios y demás accesorios que en las composiciones figuran.

Y no fueron artistas vulgares los que incurrieron en tal error, sino que también cayeron en él los grandes maestros, los que han pasado como inmortales á la posteridad. Véase en prueba de esto el grabado del eximio Alberto Durero. ¿Quién diría, viendo aquellos árboles floridos y aquellos edificios de arquitectura germánica medioeval, que Jesús nació en Judea y entre las crudezas é inclemencias del invierno? Y sin embargo, quien ha incurrido en tal anacronismo es nada menos que uno de los más grandes genios que á fines del siglo XV y comienzos del XVI florecieron en Alemania; uno de esos nombres que están escritos con letras de oro en los anales de la historia del arte. No es, pues, un defecto lo que hacemos notar; señalamos simplemente un hecho que, si pugna con posteriores tendencias, tuvo su razón de ser en otro tiempo y dió lugar á obras que han sido justamente consideradas como joyas de valor inapreciable.

El grabado de Alberto Durero es una maravilla que no es necesario encomiar, y forma parte de la magnífica colección que con el título de *La vida de la Virgen María* ejecutó en los años 1504 y 1505 el gran dibujante alemán, á quien con razón se ha comparado con Rafael, Rembrandt, Leonardo de Vinci y Miguel Angel.



NACIMIENTO DE JESÚS, GRABADO DE ALBERTO DURERO QUE FORMA PARTE DE LA SERIE «LA VIDA DE LA VIRGEN MARÍA.»

VEN, SEÑOR; SÉ NUESTRO HUÉSPED, CUADRO DE JULIO RADL.

Lo que á propósito del grabado de Alberto Durero acabamos de escribir, puede aplicarse también, aunque no en el mismo sentido, á cierta escuela contemporánea que al inspirarse en temas religiosos, especialmente en los bíblicos, los amolda á la vida actual de la sociedad.

Con ello acaso pierden tales asuntos su esencia mística, su grandiosidad misteriosa; pero, en cambio, impresionan más directamente nuestro espíritu y hacen ver palpablemente á las multitudes la sublimidad de los principios, de las verdades que proclama la religión, y la fe y la esperanza dejan de ser conceptos puramente abstractos para convertirse en realidades tangibles.

El cuadro del celebrado pintor muniquense Julio Radl, que en la siguiente página reproducimos, nos ofrece una prueba fehaciente de nuestro aserto.

El Salvador, el Rey de reyes, vino al mundo á redimir á los humildes; humilde fué su existencia, entre los humildes escogió sus discípulos y en sus predicaciones sublimes sentó los hermosos principios que son la base de la igualdad y de la libertad humanas. Anatematizó á los poderosos y á los ricos que gozan de todas ventajas terrenales, olvidándose de que la riqueza y el poder son medios que para hacer el bien á los demás ha puesto Dios en sus manos; y ensalzó á los que nada tienen, á los que sufren, ofreciéndoles bienaventuranzas eternas. Su religión de paz, de amor, de caridad, de justicia, le atrajeron la adhesión ferviente, ciega, entusiasta, de los de abajo, que todo de él lo esperaban; el odio y la persecución de los de arriba, que veían en el triunfo de las doctrinas por Jesús proclamadas el derrumbamiento de sus falsos ídolos y la ruina de sus tiránicos privilegios. Murió el Redentor, mas sus doctrinas se universalizaron y las viejas sociedades desaparecieron para dar paso á la nueva era cuyo comienzo constituye la fecha más trascendental en la historia de la humanidad.

Todo esto hállase en cierto modo sintetizado en el lienzo de Radl. La Virgen madre, acompañada de su santo esposo y llevando en brazos á su divino Hijo, penetra en la modesta vivienda de unos pobres obreros; el Rey de cielos y tierra no busca albergue en suntuosos palacios, no solicita la compañía de magnates opulentos; prefiere acogerse al hogar de los desvalidos y compartir la cena de aquellos que con tan buena voluntad le reciben. «Ven, Señor; sé nuestro huésped,» le dicen admirados de su presencia; y el Señor acepta la invitación, y todo un Dios glorifica la existencia de aquellos que tal vez se vieron menospreciados por simples hombres y que ante aquella prueba del divino afecto abrirán sus corazones á inefables esperanzas.



VEN, SEÑOR; SÉ NUESTRO HUÉSPED, cuadro de Julio Radl

SAN RAIMUNDO DE PEÑAFORT

CUADRO DE JOSÉ M.ª MARQUÉS

Si alguna nueva demostración se necesitaba de que Marqués es uno de nuestros artistas más concienzudos, nos la ha dado recientemente con el magnífico retrato de San Raimundo de Peñafort que hace pocos días pudo admirar el público en el Salón Parés de esta ciudad, y que ha sido pintado por encargo del decanato de la Facultad de Derecho de la Universidad de Barcelona. Representa al Santo sentado ante una mesa y en actitud de meditar sobre los textos de los libros que está leyendo. La figura está concebida y pintada con verdadero amor y nos ofrece con marcado relieve el carácter del sabio general de la orden de Santo Domingo, del ilustre autor de la *Summa* y de la colección de *Decretales* que formó por especial encargo del papa Gregorio IX.

Marqués, en su obra, ha atendido á presentarnos á Raimundo más como sabio que como santo, y si se tiene en cuenta el objeto á que aquélla está destinada, se explica perfectamente que así haya procedido. Esto no obstante, si estudiamos con atención el rostro del retrato, si nos fijamos bien en la expresión que le anima, no ha de sernos difícil descubrir, entre los rasgos puramente humanos, el destello de una inspiración divina, reflejo de un alma y de una inteligencia que tienen puestos en Dios sus sentimientos y sus pensamientos.

La indumentaria, tratada con mucho acierto desde el punto de vista técnico, y los accesorios que entran en el cuadro están perfectamente estudiados y revelan que José M.ª Marqués es de los que estudian á fondo hasta los más pequeños pormenores de sus composiciones.

El cuadro que nos ocupa ha sido unánimemente elogiado por los críticos y reconocido como una de las mejores producciones de su autor, lo cual no es poca alabanza, tratándose de quien, como Marqués, tan honroso puesto ocupa en nuestro arte.



San Raimundo de Peñafort, cuadro de José M.ª Marqués, destinado al decanato de la Facultad de Derecho de la Universidad de Barcelona. (Salón Parés.)

LA SEPARACION

DE LA IGLESIA Y DEL ESTADO EN FRANCIA

La campaña que contra la Iglesia católica realiza de algunos años á esta parte la República Francesa y que tuvo una de sus manifestaciones más trascendentales en las leyes aplicadas por Combes á las congregaciones religiosas, ha llegado á su punto culminante con la aplicación de la ley de 1905, que estableció la separación definitiva entre la Iglesia y el Estado.

El día 11 de este mes era la fecha señalada para que esa ley empezara á regir en toda su integridad, y aunque el gobierno que preside Clemenceau y en el que es ministro de Cultos Briand, imaginó varios expedientes para que los católicos se sometieran al nuevo estado de cosas, éstos, obedeciendo á mandatos del Papa, han rechazado enérgicamente las imposiciones y han despreciado con noble altivez la especie de limosna que se les ofrecía.

Esta actitud del clero y de los frailes franceses, que ni han querido constituir las asociaciones cultuales prescritas en la ley de 1905 ni solicitar para el ejercicio de los actos del culto las autorizaciones que señala la ley de 1881, ha sido contestada por el gobierno con una serie de medidas represivas. El conflicto es verdaderamente grave, y hoy la Iglesia católica se halla en Francia en una situación en extremo difícil, tanto más cuanto que el Estado se ha incautado de los templos, seminarios, residencias episcopales, etc., lanzando de muchos de esos edificios á los seminaristas ó prelados que los ocupaban.

Si el gobierno esperaba que los católicos con su actitud rebelde le darían pretexto para nuevas represiones, se ha equivocado; prelados, sacerdotes y fieles han observado una conducta prudente, protestando serenamente de las vejaciones de que se les hacía víctimas y prosiguiendo, con más entusiasmo que antes, en el ejercicio de las prácticas del culto.

Esta situación ha dado lugar á varios episodios interesantes en



PARÍS. – LA SEPARACIÓN DE LA IGLESIA Y DEL ESTADO. – LANZAMIENTO DEL CARDENAL RICHARD DEL PALACIO ARZOBISPAL. EL COCHE DEL PRELADO, EN EL PATIO DE SU RESIDENCIA, ARRASTRADO POR LOS MANIFESTANTES CATÓLICOS. (De fotografía de M. Branger.)

del comisario que le intimó la orden de expulsión. En el patio del palacio había multitud de senadores, diputados, individuos de la más alta aristocracia y muchas señoras, que recitaban plegarias y entonaban cánticos religiosos; cánticos y rezos cesaron cuando apareció Monseñor Richard sostenido por sus vicarios generales, que fué calurosamente aclamado.

El cardenal bendijo á la multitud y subió al carruaje, que apenas podía avanzar por entre aquella muchedumbre.

Entonces el caballo fué desenganchado, y monseñor Gibier, obispo de Versalles, el párroco de Saint-Honoré d'Eilay, el general Charrette, los condes Urbano de Maille y Javier y José de Cathelineau, los señores Vergne, de Mazur, Beauchamp y numerosos sacerdotes, pusieron en movimiento el carruaje en medio de las oleadas de gente, ofreciéndose siempre nuevos brazos para relevar á los que estaban fatigados. Y aquella muchedumbre caminaba entonando el Credo, el *Parce, Domine* y el *Magnificat;* el espectáculo era en verdad emocionante.

Cuando el coche llegó á la calle de Babilonia, frente al hotel del diputado Dionisio Cochin, que ha ofrecido hospitalidad al venerable prelado, la multitud se abrió en dos filas para dejar paso al carruaje, que avanzaba con grandes trabajos.

El cardenal, sostenido por monseñor Amette, subió con dificultad la escalera del hotel; al llegar á la puerta, se volvió y bendijo de nuevo á la muchedumbre, que le aclamaba. Monseñor Richard, al entrar en el salón que da á los jardines, se dejó caer en un sillón, procurando sonreir, á pesar de sentirse abrumado por el dolor y por la fatiga, y suplicó á M. Cochin que en su nombre diera las gracias á los fieles que le habían acompañado. Así lo hizo, y los católicos, que cantaban el himno de clemencia, callaron para oir sus palabras. Antes de marcharse volvieron la cabeza, y á través de un gran balcón vieron al cardenal que fijando en ellos su mirada los bendijo.

Desde allí, invitados por monseñor Amette, fueron los manifestantes á la iglesia de San Francisco Javier, que inmediatamente se llenó de fieles. A las cuatro apareció el coadjutor con la mitra y el báculo, y la muchedumbre se arrodilló para recibir la bendición. Monseñor Amette subió al púlpito para felicitar á los católicos por la imponente manifestación que habían realizado y protestó de las medidas vejatorias dictadas por el gobierno contra la Iglesia.

Otra de las consecuencias de la ley de separación ha sido, como hemos dicho, la evacuación de muchos seminarios de los cuales ha de incautarse el gobierno. El gran Seminario de San Sulpicio, de París, ha sido ya evacuado, no quedando en él más que 25 seminaristas ingleses que se niegan á abandonar el edificio mientras no reciban instrucciones de sus autoridades nacionales.

El P. Garriguet, superior general de San Sulpicio, se ha instalado con seis profesores en una casa de la calle de Duguay-Trouin. En cuanto á la instalación definitiva del establecimiento, nada se ha acordado todavía.

Análogos sucesos han ocurrido en el resto de Francia, sin que en ninguna parte se hayan registrado los graves desórdenes que algunos temían; y en una ú otra forma siguen practicándose normalmente las ceremonias del culto en todas las iglesias. – R.

todos los departamentos de Francia; pero los dos que han despertado seguramente mayor interés han sido la expulsión de Monseñor Montagnini de Mirabello del territorio francés y el lanzamiento de su residencia del arzobispo de Paris, el cardenal Richard

Monseñor Montagnini de Mirabello, ex secretario del que fué nuncio en París Monseñor Lorenzelli, ocupaba desde que éste salió de Francia, á raíz de la ruptura de las relaciones con la Santa Sede, el palacio de la nunciatura como encargado de la liquidación de la misma. El gobierno francés, pretextando que Monseñor Montagnini era el encargado de transmitir á los prelados franceses las órdenes secretas del Vaticano, para organizar la resistencia contra la ley de separación primero y luego contra la de reuniones, decidió expulsar al prelado romano. Al efecto, el comisario especial de la Seguridad general M. Hennión presentóse el día 11 en el palacio de la nunciatura, se apoderó de todos los documentos que allí había y condujo á la comisaría general, sin darle tiempo siquiera para hacer su equipaje, á Monseñor Montagnini, el cual, custodiado siempre por agentes de policía, aquella misma noche fué llevado á la estación de Lyón, tomando allí el tren rápido de Módena.

Este acto del gobierno ha causado grande y general impresión y, como es de suponer, el Vaticano ha protestado enérgicamente de lo que califica de violación de todas las reglas diplomáticas y de derecho de gentes.

El otro episodio á que nos hemos referido, el lanzamiento de su residencia del arzobispo de París, ocurrió el día 17. Frente al Arzobispado habíanse reunido más de 20.000 católicos ansiosos de mostrar su cariñosa y entusiasta adhesión al venerable prelado. El cardenal, que es de avanzadísima edad, estaba en cama cuando recibió la primera visita



PARÍS. – LA SEPARACIÓN DE LA IGLESIA Y DEL ESTADO. – 1. Alumnos del gran seminario de San Sulpicio, que ha sido evacuado por orden del gobierno. – 2. Monseñor Montagnini de Mirabello, expulsado de Francia, en la estación de Lyón, acompañado del comisario especial de la Seguridad M. Hennión y de sus agentes (fotografía tomada de noche por medio del magnesio). – 3. Los alumnos del gran seminario de San Sulpicio abandonando ese establecimiento docente. (De fotografías de Rol, Gribayedoff y Branger.)



EL DESCANSO DURANTE LA HUIDA A EGIPTO, COPIA DEL CELEBRADO CUADRO DE EDUAR



… BETHE, GRABADO POR WEBER. (Reproducción autorizada por la Sociedad Fotográfica de Berlín.)

MADRID. – MONUMENTO AL Dr. RUBIO

En los jardines del Parque del Oeste, sobre uno de los macizos que forman los múltiples y serpeantes senderos trazados sobre las pintorescas laderas de la Moncloa, elévase majestuoso el monumento eregido á la memoria de aquel patricio y bienhechor que en vida era conocido familiarmente con el nombre del doctor Rubio.



Madrid. – Monumento erigido á la memoria del eminente médico-cirujano Dr. Rubio, é inaugurado el día 13 de los corrientes
Obra de Miguel Blay

Un murete en forma de anfiteatro, decorado con sencillos adornos y encintado con los nombres de nuestras glorias médicas españolas, sirve de fondo á la majestuosa estatua del doctor Rubio, que apoyando el brazo derecho sobre el sitial y sosteniendo en la otra, que apoya sobre la toga que envuelve la parte inferior de la figura, algunos atributos de la Ciencia, se destaca con alientos de gigante, erguida la hermosa y venerable cabeza, para presidenciar la Ciencia y recibir el homenaje de un grupo fundido en bronce, de gran contraste, y que, formado por una soberbia matrona que conduce dos niños, uno de ellos de pecho, simbolizando la Humanidad, suben una pequeña escalinata para ofrecer al apóstol de la Beneficencia la ofrenda de su agradecimiento: un puñado de flores que arrojan á sus pies.

La composición de la obra de Miguel Blay es conmovedora á la par que grandiosa: en ella ha puesto toda su alma de poeta, de bardo cantor del siglo viviente, creando un conjunto bellísimo que sorprende, que extasía.

Aquel trozo de roca arenisca viviente que tiene por dosel el cielo, que brota del césped y que decoran los arbustos cuyas ramas rompen sus líneas como si fueran rayos simbólicos de gloria, es de un encanto y de una verdad que enamoran.

La factura desaparece; ni un solo detalle arquitectónico distrae la atención; el ambiente de aquel apartado retiro vela con brumas celestes aquel recuerdo eterno labrado con mano enérgica y vibrante, en el que se traduce un carácter con alientos de coloso.

La inauguración se efectuó el día 13 de los corrientes con asistencia de la familia real. El subsecretario Dr. Pulido leyó un discurso en el que hacía la historia del monumento y de la subscripción efectuada para erigirlo. El alcalde de Madrid, Sr. Aguilera, pronunció breves frases agradeciendo la presencia de sus majestades, y después D. Alfonso XIII descubrió el monumento que estaba cubierto con una bandera española.

PEDRO MASCAGNI

Ha llegado á Barcelona, con objeto de dirigir los ensayos de su ópera *Amica*, que ha de estrenarse próximamente en el Gran Teatro del Liceo, el famoso autor de *Cavallería rusticana*, de *La Tosca*, de *L'amico Fritz* y de *Iris*. Mascagni, nacido en Liorno en 1863, ha llegado con su inspiración y con su incesante labor, inaugurada brillantemente á los veintisiete años de edad, á ser en la actualidad el portaestandarte de la escuela operística italiana. En Milán, Turín, Ancona, Verona, Pest, Praga, Hamburgo, Madrid, Barcelona, en Norte América y en la América meridional, en donde quiera que se han representado sus obras, han sido éstas favorablemente acogidas, gracias á la frescura de sus motivos musicales y á los recursos de instrumentación que encuentra. Enemistado hace algunos años con Eduardo Sonzogno, llamado con razón su *padre artístico*, Mascagni se ha reconciliado con él recientemente, es decir, ha regresado al hogar paterno, y el famoso editor milanés parece que le ha encargado ya dos óperas, una de las cuales supónese que será *La festa del grano*, libreto de Fausto Salvatori, preferido entre otros 560 en el concurso convocado por la casa Sonzogno y cuyo jurado constituían Arrigo Boito, Jerónimo Rovetta, Olindo Guerrini, Amintore Galli y Angel Orvieto.



El célebre compositor Pedro Mascagni, autor de la ópera *Amica* que en breve se ha de poner en escena en el gran Teatro del Liceo de Barcelona. (De fotografía.)

Mascagni, á quien su padre que era panadero quiso dar la carrera de abogado, prefirió la música á la abogacía, estudiando armonía, composición y contrapunto con el maestro Soffredini. En 1881 obtuvo sendas menciones honoríficas por tres composiciones enviadas á la Exposición Universal de Milán. Poco antes de entrar en el Conservatorio de esta ciudad, adonde le envió el conde Florestán de Larderel, puso en música *Alegría*, de Schiller. Aprovechó las lecciones de eximios maestros, entre ellos de Saladino, y se contrató en una compañía de opereta, escribiendo para ella algunas partituras. Disuelta la compañía en Bolonia en 1885, regresó á Liorno, su patria, y de allí pasó á Nápoles, en donde fué contratado como maestro de una compañía de opereta. Después fué nombrado director de la banda municipal de Cerignole. En aquella sazón llegó á su noticia el concurso abierto por la casa editorial Sonzogno, y puso en música el libreto de G. Verga *Cavallería rusticana*, del que arranca su celebridad.

Esperamos que la ópera *Amica*, que el público barcelonés tendrá ocasión de oir dentro de pocos días, obtendrá cuando menos el mismo éxito que las anteriores producciones del compositor liornés.



EL DESCANSO DURANTE LA HUIDA A EGIPTO,

cuadro de Eduardo Beith.

El hermoso cuadro del célebre pintor vienés que reproducimos en las páginas 832 y 833 del presente número queda descrito con estas solas palabras: una visión de Fray Angélico en plena campiña austriaca. Toda la honda impresión que nos producen las representaciones de la Sagrada Familia huyendo de Herodes por el arenoso desierto y descansando á intervalos bajo las palmeras que reverentes se inclinan, logra infundírnosla también Eduardo Beith trasladando el lugar del descanso á un paisaje vagamente triste, pero hermoso, de su patria. La mirada recorre sucesivamente las tres agrupaciones que forman el cuadro, y en todas encuentra atractivos que colman su deseo de placer artístico: en el grupo de la Virgen Madre y del Niño bajo la protección del viejo Carpintero de Nazareth, en el coro de ángeles músicos que endulzan el sueño y el descanso de los fugitivos, en las campesinas que con respetuosa sorpresa contemplan á estos últimos. En una palabra, Eduardo Beith ha puesto en su obra todo el sentimiento y todo el valor que el verdadero concepto del arte exige en las producciones pictóricas, y no dudamos en afirmar que la impresión que nos ha producido su cuadro la experimentarán también cuantos ante él se extasíen y sientan.

AJEDREZ

Problema núm. 448, por V. Marín.

Negras (8 piezas)

Blancas (7 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

Solución al problema núm. 447, por V. Marín.

Blancas.	Negras.
1. Dg8–g4	1. Cc4–e3
2. Te4–a4	2. Cualquiera.
3. A, D ó C mate.	

Variantes

1...... Cc4–d2;	2. Ca6–b4 jaque, etc.
Ce6–g5, f4;	2. Dg4–d7 jaque, etc.
Rd5–c6;	2. Dg4 x e6 jaque, etc.
Otra jugada;	2. Te4–d4 jaque, etc.

LAS NAVIDADES DE LOS EXPLORADORES

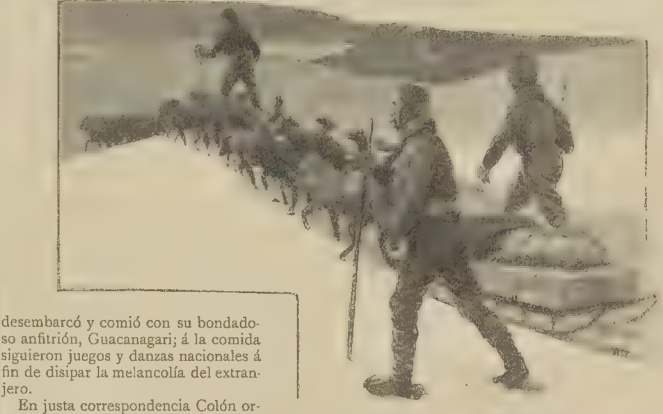
POR ARCHIBALDO WILLIAMS.—ILUSTRACIONES DE JORGE SOPER.

Sería cosa interesante el recorrer de continente á continente, de año en año, averiguando cómo ese ser heroico que se llama el explorador ha pasado el 25 de diciembre, á veces en lugares tan lejanos como los mismos polos. El resultado, tal vez, no nos proporcionaría una lectura agradable; pero aumentaría la consideración y respeto que sentimos por esos hombres que, por patriotismo, por amor á la ciencia y á la humanidad, han desafiado toda suerte de peligros. Si la historia de todas las exploraciones estuviera recopilada en un libro gigantesco, llevaría un título apropiado si se le pusieran en letras de oro sobre la cubierta las famosas palabras de San Pablo. 2.ª á los Corintios, XI, 26, 27.

¡El naufragio! No ha sido San Pablo el único viajero que se ha visto en ese trance. La Nochebuena del año 1492, poco más de dos meses después de su primer desembarco en el nuevo mundo, Cristóbal Colón iba costeando la isla de Haití y el barco que montaba encalló en un banco de arena. Los costados del buque quedaron expuestos al embate de las olas, que una y otra vez los azotaron, hasta que se abrieron las junturas y Colón creyó prudente abandonar la pequeña y valiente embarcación, donde durante tanto tiempo se había albergado. Así, pues, transbordó la tripulación al otro barco compañero y mandó á tierra dos hombres como mensajeros al cacique ó jefe principal de la comarca. Éste, al saber aquella desgracia, «manifestó la mayor aflicción y hasta derramó lágrimas,» y al mismo tiempo, como medida más práctica, envió todos los carros que pudo reunir para ayudar á descargar el barco. El buen cacique y sus hermanos estuvieron con ojo avizor á la mira de su gente para que nada robaran, é hicieron llegar al almirante palabras de consuelo, invitándole para que disfrutase de toda la hospitalidad que Haití pudiera proporcionarle. Se sabe que los habitantes, á pesar de las tentaciones á que sin duda se vieron expuestos, no hicieron ninguna tentativa para merodear, sino que, al contrario, demostraron sus simpatías hacia aquellos marineros que venían de las tierras de los hombres blancos.

El teniente Peary dando á los esquimales amigos un banquete de Navidades

«Tan cariñosas, tan dóciles, tan pacíficas son estas gentes, escribe en su diario Colón, que juro á Vuestras Majestades que no hay en el mundo nación ni tierra mejores. Aman al prójimo como á sí mismos; su habla es siempre dulce y suave, acompañada de sonrisas.» Ojalá pudiera decirse otro tanto de los haitianos de hoy día, cuyos pasatiempos son las revoluciones y cuyas virtudes brillan por su ausencia. Las Pascuas las celebró Colón á bordo, pero el 26 desembarcó y comió con su bondadoso anfitrión, Guacanagari; á la comida siguieron juegos y danzas nacionales á fin de disipar la melancolía del extranjero.



El capitán Scott, el teniente E. H. Shackleton y el Dr. Wilson, del buque *Discovery*, en el punto más hacia el Sur adonde han llegado los exploradores del polo antártico.

En justa correspondencia Colón ordenó á su gente que dieran muestras de su habilidad en tirar al arco, y para conclusión y remate se disparó un cañonazo, que aterrorizó á los indios con su estruendo y con el destrozo que ocasionó en los árboles. Cambiáronse luego entre ellos dádivas y presentes; terminando así la primera fiesta que en el nuevo mundo celebraron los europeos.

Dejemos transcurrir 400 años, y recorriendo algunos miles de leguas traslademonos adonde se halla Roberto E. Peary, el infatigable explorador de las regiones árticas, junto con su esposa y varios compañeros fieles á toda prueba, celebrando las Navidades en la casa construída á orillas del «Gran Hielo,» en Groenlandia. La superficie de este país es una extensa meseta cubierta de nieve, que engrosando con las nevadas sucesivas de innumerables inviernos, ha ido elevando su altura sobre el nivel del mar hasta tener de 1.700 á 2.700 metros. Esta gran sábana de hielo, á la que Peary llama el Sahara ártico, ocupa una extensión de 1.200 millas de Norte á Sur y 500 de Este á Oeste; entre los picos de las montañas alcanza una profundidad de miles de pies, á contar desde la superficie de aquel níveo manto.

La casa, construída en la bahía de Mac Cormick, era abrigada, revestida toda ella por dentro de tablas, papel impermeable al aire y mantas rojas, y cubierta por fuera de una gruesa capa de nieve. Mientras las estrellas en el cielo brillaban con un resplandor desconocido en los climas más templados y la aurora boreal esparcía sus fuegos misteriosos por el firmamento, el explorador y sus acompañantes, vigorizados por el saludable ejercicio practicado con los *skis*, adornaban las paredes con banderas y colocaban bujías alrededor de la habitación sujetas con alambres. Allí, en las regiones árticas, se divierten leyendo números de Navidad de periódicos ilustrados y haciendo música; á media noche se abre una caja de golosinas de Pascuas. Desde el momento en que clareó el día de Navidad, hasta las cuatro y media de la tarde, se hicieron grandes preparativos para el banquete. Esvindo Astrup dibujó con gusto las tarjetas para el menú, adornadas con arreglo á la profesión de cada uno de los comensales á quienes se destinaban. No fué tampoco malo el menú: salmón, pastel de conejo, carne de venado, plum puding, dulce de albaricoques, peras y café. Cuando se hubieron levantado los manteles y vuelto á poner de nuevo la mesa, se sirvió un estofado de ciervo y se invitó á los esquimales amigos á participar del festín, lo que hicieron de muy buena gana, portándose de una manera que nada dejó que desear, hasta en el modo de apurar las tazas de te. Concluyó la velada con diversos juegos, y según escribió el explorador, «después de todo tuvimos unas Pascuas muy agradables.»

De las regiones polares del Norte pasemos á las del Sur y veamos lo que hacían el capitán Scott, el valiente jefe de la expedición nacional antártica, y dos compañeros á quienes, en unión de los demás tripulantes del *Discovery*, han recibido hace poco en Inglaterra con grandes demostraciones de júbilo, después de haber pasado tres inviernos en los campos de hielo. El capitán Scott, el teniente E. H. Shackleton y el Dr. Wilson abandonaron su buque el 2 de noviembre de 1902, comenzando un largo viaje en trineo y proponiéndose penetrar en dirección al Sur hasta donde sus fuerzas y víveres lo permitieran. Lleváronse con ellos 19 perros, cada uno de los que debía arrastrar unas cien libras; y con tanta rigidez se procuró economizar todo el peso posible, que se dejaron atrás hasta las pipas y el tabaco.

Al principio anduvieron animosamente por el hielo, sin límites visibles. Pronto, sin embargo, comenzaron á enfermar los perros unos tras otros y á morirse, dejando su puesto junto á las cuerdas del trineo para que lo ocuparan sus amos, que pronto se vieron obligados á reducir la carga á las provisiones necesarias para tres semanas.

El frío, en el polo Sur, es más intenso todavía que en el del Norte. Los vestidos se helaban de tal modo, que el ponerse los escarpines y las botas era una labor penosa que ocupaba cerca de una hora, y al terminar el día, el desenrollar los sacos para dormir, revestidos de una capa de hielo, era una tarea formi-

dable. Añádase á todo esto lo escaso de la ración, que se comía, por lo general, fría por no tener bastante alcohol para calentarla. El teniente Shackleton dice: «Al terminar la jornada del día estábamos algunas veces tan cansados, que teníamos que levantar con las manos primero una pierna y luego otra para penetrar en la tienda de campaña.» Constantemente padecían hambre; soñaban con pasteles, sandwiches y otros manjares delicados, y al despertar se encontraban con la escasa ración de carne de foca y de galleta dura.

Como para regocijarlos, el día de Navidad se distinguió de los demás por su calor, al que hicieron honor efectuando una buena marcha de diez millas por una llanura de nieve, fortalecidos con un buen almuerzo de hígado de foca, tocino, galleta y una cucharada de dulce de moras. Luego izaron en un palo la bandera inglesa é hicieron un dibujo del lugar. Para el *lunch* tuvieron chocolate, galleta y dos cucharaditas del mencionado dulce. La comida consistió en *plum pudding*, galleta y un poquito de aguardiente; el *pudding* sólo pesaba seis onzas; el teniente lo había conservado para aquella solemnidad cuidadosamente envuelto en un par de calcetines limpios. La víspera de año nuevo aquellos animosos compañeros llegaron al punto más meridional de todos los que recorrieron; á los 82°, 17' de latitud Sur, aventajando así á los demás exploradores en 200 millas. Las molestias físicas y de otras clases les obligaron á emprender una penosa retirada, notable por el valor con que vencieron los obstáculos de una marcha á pie de 490 millas hasta llegar al *Discovery*.

De una exploración pasemos á otra, realizada en los Andes de Chile. En octubre de 1896, Mr. E. A. Fitzgerald salió de Inglaterra con algunos hombres de ciencia y guías suizos para acometer la hasta entonces no verificada ascensión del Aconcagua, la montaña más alta del Nuevo Mundo. Un célebre explorador alemán, el Dr. Güssfeldt, había en 1883 tratado inútilmente de llegar á su cima; subió hasta la altura de 7.100 metros, faltándole únicamente unos 700 para conseguir su propósito.

Mr. Fitzgerald se dirigió al Aconcagua por el valle de Horcones, por su parte Sur; estableció campamentos de depósito á 3.000, 4.000, 4.700, 5.700 y 6.200 metros para que le sirviesen como otros tantos escalones para la última ascensión. El frío, el mal de las montañas y una gran dificultad para la respiración fueron los obstáculos principales que encontró á medida que avanzaba. La estufa de alcohol que habían llevado consigo se negó á desempeñar sus funciones en aquellas alturas, y por su culpa los expedicionarios pasaron unas tristes Navidades. En cuanto apareció el sol salieron á gatas de las tiendas de campaña, todos de muy mal talante. «Uno—dice el jefe—hizo una débil tentativa para saludarme, deseándome felices Pascuas; yo le contesté que no me parecía que tuvieran nada de felices, y no se volvió á tocar el asunto. La comida fué detestable; un puchero irlandés frío. Los trozos de grasa había que derretirlos despacio en la boca antes de poder tragarlos, provocando grandes náuseas.»

Desde el campamento establecido á 5.300 metros de altura, que era hasta donde se había llegado, se enviaron algunos hombres para traer provisiones y leña, mientras Mr. Fitzgerald y el guía Zurbriggen subieron hasta un punto situado unos 700 metros más alto. Por la tarde pudieron tomar un poco de café caliente, único extraordinario de aquel triste día de Pascua. Al día siguiente tuvieron mejor suerte, pues Zurbriggen, con mucha oportunidad, halló una caja de lata bajo un montón de piedras, en la que se guardaba una tarjeta del Dr. Güssfeldt diciendo que allí era el punto más alto á que había llegado. Quince días después, el guía practicó una cuarta y afortunada tentativa para llegar á la cima y subieron los 7.700 metros que tiene el Aconcagua, ganando así el record de las ascensiones de montañas.

Las penalidades que traen consigo las exploraciones tropicales, no son menores que las que causa el frío intenso, y á veces resultan mayores por la oposición y hostilidad de los hombres. Por Navidad del año 1866 se hallaba David Livingstone en el Africa Central explorando el país comprendido entre los lagos Nyassa y Tanganyika y cruzando las muchas corrientes de agua que desembocan en el Loangwa, tributario del Zambesé. El jefe indígena, Kavimba, le recibió con frialdad. «Nada se podía comprar sino á precios exorbitantes. Todo el día 24 lo pasamos regateando y tratando de conseguir algún grano. Se le antojó una camisa y dejó á su mujer la tarea de cerrar el trato. Mucho juró y maldijo, pero nosotros todo lo soportamos, y no pudimos obtener sino un precio muy bajo. Decidimos celebrar la Navidad otro día cualquiera en mejor lugar.» A falta de otras provisiones resolvió ir a caza de rinocerontes, pero únicamente hallaron algunas huellas de esos animales.



Las Navidades de la retaguardia de Stanley en su expedición para socorrer á Emin-bajá

Dos años después, en 1868, camino de Tanganyika, formando parte de una caravana de árabes, se halló casi en la misma situación y tuvo que sacrificar un cabrito, al que tenía mucho cariño, para festejar la Pascua. Al año siguiente consiguió de un árabe una cabra. Las Navidades de 1871 las pasó en Ujiji, á orillas del lago Tanganyika, muy ocupado en empaquetar unas cajas que había de llevar á la costa Enrique M. Stanley, con cuya caravana se había reunido en el mes de octubre. Su libertador estaba enfermo con fiebres, y Livingstone anota en su diario: «Tuve unas tristes Navidades.»

Las últimas que pasó, las de 1872, lo fueron en agradables condiciones, arreglando apuntes acerca del Nilo, cuyas primeras fuentes había estado buscando. «Este es nuestro gran día, por lo tanto descansaremos—escr bió.—Doy gracias al buen Dios por el presente que nos hizo de su Hijo, Jesucristo, nuestro Señor.» El 1.° de mayo de 1873 murió cerca del lago Bangweolo. Su criado particular le halló muerto, arrodillado junto á la cama, dando así una última prueba de la fe que le había animado en vida y dado fuerza para llevar á cabo sus grandes trabajos como misionero.

El nombre de Enrique Morton Stanley irá siempre unido al de Livingstone, y como ninguna de las hazañas del primero ha excitado tanto la imaginación popular como la marcha terrible que hizo para rescatar á Emin bajá del poder de sus súbditos rebeldes, fijaremos ahora la atención en las peripecias sufridas en aquella expedición.

Mientras Stanley marchaba desde el Congo al Alberto Nyassa, una retaguardia, á las órdenes del comandante Barttelot, compuesta de 246 hombres, se quedó en Yambuya, sobre el río Aruwimi, para reunir cargadores que transportaran las provisiones siguiendo las huellas del cuerpo principal. Tipoo Tib, el jeque árabe que se había comprometido á proporcionar la gente, no pudo cumplir lo ofrecido, y la retaguardia se encontró en situación muy apurada, acosada por el hambre y las enfermedades. Los indígenas estaban cubiertos de úlceras enconadas, para las que no hallaban remedio los blancos. Todos los días había uno ó más entierros y los esqueletos vivos que se veían por doquier no tenían más que un solo deseo; el de reunirse á sus afortunados compañeros que habían ya sucumbido.

En tan difícil situación no podían celebrar las Pascuas de 1887. A pesar de todo, los oficiales blancos hicieron lo posible para lograrlo con animoso corazón, y dejando por entonces á un lado toda preocupación penosa, reunieron las pocas golosinas que aún restaban entre sus escasas provisiones y bromearon, cantaron y contaron cuentos. Los pedazos de periódicos que venían sirviendo de envolturas fueron leídos, anuncios inclusive, dando pie para muchas chanzas.

La costumbre antigua de repartir tarjetas de Pascuas no quedó echada en olvido, pues los Sres. Jaime S. Jameson y Herberto Ward dibujaron algunas, que repartieron entre sus compañeros de armas. Hiciéronse además regalos: á uno una barra de jabón, á otro una pipa nueva. «Noté –dice Jameson—que las canciones más serias de lo que generalmente se acostumbraba y que traían á la memoria el recuerdo del hogar, fueron las que tuvieron mayor aceptación.» ¡Infeliz! Él, lo mismo que el comandante Barttelot, murieron antes de que llegaran otras Pascuas de Navidad, víctimas de las mortíferas fiebres tropicales.

Saliendo del banquete para retirarse á dormir, presenciaron un triste espectáculo. «Las hogueras del campamento ardían lánguidamente; la mayor parte de nuestros hombres se habían encerrado en sus tiendas; pero aún quedaban algunos junto á los tizones medio apagados. Al resplandor de la rojiza luz de las llamas se veían en aquellos negros semblantes las huellas de las fatigas y de los sufrimientos; en sus miradas había todo un mundo de desesperación y agonía. La muerte nos rodeaba por todas partes. Muchos de ellos ya estaban señalados de su mano. Quiera Dios tener compasión de todos nosotros y socorrernos.»

Retrocediendo algo más de tres décadas, veremos á Lord Milton y al Dr. Cheadle, coautores del libro interesante y entretenido titulado *El paso del Noroeste por tierra*, pasando las Navidades de 1862 cerca de Carlton, á orillas del río Saskatchewan. En aquella época un viaje trascanadense era una empresa formidable, y muchas veces tuvieron aquellos dos viajeros que apretarse el cinturón para amortiguar los tormentos del hambre antes de llegar al Pacífico. Aquella Nochebuena no faltaron provisiones; sin embargo, «ambos la pasamos bastante mal.» Milton acampado en la nieve, á mitad de camino de Carlton, cena carne salada y galletas, y Cheadle en su choza otros manjares por el estilo. Lord Milton, viajando con toda velocidad en su trineo tirado por perros y deseoso en extremo de llegar al fuerte á tiempo de poder participar de los festejos de Pascuas, llegó á Carlton en el momento preciso de sentarse á la mesa á comer el *plum pudding*, mientras el doctor Cheadle se internaba en los bosques para matar á sus antiguos enemigos, una especie de lobos dotados de una astucia extraordinaria, que son la desesperación de los tramperos, á quienes deshacen y destruyen los lazos ó trampas, comiéndose los cebos. Así, pues, el doctor empleó el tiempo de un modo no muy cristiano: colocando cebos envenenados. Los animales dichos estuvieron á la altura de las circunstancias y no los comieron, contentándose con darles ligeros mordiscos para averiguar á qué sabían.

Las últimas Navidades del siglo XIX las pasó un individuo, por lo menos, de una manera muy original. El Dr. Aurelio Stein, empleado en el servicio del departamento de Instrucción Pública de la India, recibió en junio de aquel año el encargo de explorar durante el término de un año las ruinas enterradas

en la arena de la parte Sur del Turkestán chino, país donde una población numerosa cultivó campos que hoy se hallan sepultados á gran profundidad bajo las arenas del desierto. Algunos años antes se había descubierto un manuscrito, en las inmediaciones de Khotan, que pertenece indudablemente al primer siglo de la era cristiana. Por aquel mismo tiempo, el célebre explorador sueco, el Dr. Sven Hedin, al efectuar un viaje por el desierto de Takla-makan, pasó junto á dos grupos grandes de casas, parcialmente cubiertas por la arena. En su vista, el Dr. Stein resolvió practicar un minucioso reconocimiento de aquellos restos, puesto que era evidente que no podría apreciarse el valor que tuvieran para la historia y civilización antiguas del Asia Central si no se practicaban en aquel mismo lugar las exploraciones más completas.

El 18 de diciembre de 1900 llegó á Dandan Uilik, población antigua donde se hallaban esparcidos grupos aislados de casas en una extensión de milla y media de largo por tres cuartos de milla de ancho. Allí comenzó la excavación sistemática de las construcciones, en parte cubiertas por dunas de poca altura; pronto vió premiados sus afanes por una serie de imágenes de Buda en estuco, pinturas al fresco y planchas de madera pintadas representando leyendas sagradas de la teología budista. Las Pascuas le sorprendieron trabajando con ahinco, y como para conmemorar aquellos días, se hicieron dos importantes descubrimientos; uno fué un tablero que representaba un cuerpo humano con cabeza de rata, en la que llevaba puesta una diadema; y el otro, los documentos de más antigua fecha que habían salido á luz del desierto de Takla-macan. La figura mencionada era la del rey de las ratas sagradas, las que, según una leyenda, fueron en un tiempo adoradas en las inmediaciones de Khotan por haber salvado al reino de una invasión de los bárbaros. A los documentos se les asigna la antigüedad del VI ó del VII siglo de nuestra era, y si se pudieran descifrar nos darían la clave para averiguar cuándo estas regiones ahora desoladas fueron abandonadas por los hombres que las habitaban. A pesar de ser el frío muy intenso, 10° bajo cero, estos descubrimientos hicieron que el doctor Stein pasara con ánimo alegre el día de Pascua, tan contento con su tablero y sus rollos de papel como pudiera estarlo un niño con el más costoso regalo que los Reyes le hubieran traído, y pudo saborear su banquete de Pascua en compañía de su pequeño perro ratonero Yolchi Beg.

Fijemos ahora la atención en el capitán. H. H. P. Deasy, que hasta hace poco perteneció al 16 regimiento de lanceros. Sus trabajos de triangulación en el Tibet y en el Turquestán chino le llevaron, en las Navidades de 1898, al valle de Yarkand, sitio bien poco á propósito para celebrarlas. Las provisiones eran escasas; pero el cocinero, sabedor de que todo inglés ha de tener, según se cree, una predilección sentimental por el plato de Pascuas nacional, ó séase el *plum pudding*, pensó hacer una obra maestra. El capitán Deasy, probablemente por tener el presentimiento de lo que iba á suceder, estaba muy dispuesto á prescindir de lo que había de resultar de semejante empeño de parte de su criado. Preparóse el *plum pudding*. Los principales ó únicos ingredientes fueron los residuos del saco de las galletas, cola, azúcar y unas cuantas pasas de Corinto. El procedimiento para confeccionarlo fué sencillo; mezcláronse los ingredientes, calentáronse al fuego, se les vació en una fuente, se les agregaron algunas cortezas de pan ligeramente tostado y se llevaron á la mesa. Hay motivos para creer que el bravo capitán no hizo completa justicia al festín, es decir, á uno de los *plum puddings* peores de que se tiene noticia.

El Dr. Sven Hedin, á quien ya hemos nombrado, pasó varias Pascuas de Navidad en el corazón del Asia; la segunda en Kashgar, después de haber tratado infructuosamente de hacer la ascensión del Mustaghata, la montaña sagrada de las tribus de kirguises. Con su hábil pluma las describe así en su libro *A través del Asia:* «Llegaron las Navidades. ¡Qué multitud de recuerdos evocan esas palabras! Sí, eran las Navidades en Kashgar. La nieve caía pausadamente, pero se evaporaba en seguida en aquella seca atmósfera, así es que no llegaba á blanquear el suelo. Oíanse campanas en las calles y mercados, pero eran las de las caravanas, que todo el año están sonando. Las estrellas brillaban, fúlgidas, en el firmamento. Aquí y allí se veía una luz en las ventanas de las casas; pero no eran de velas cristianas meciéndose en las ramas del árbol de Navidad, sino lámparas alimentadas con aceite de Kanjat, tan primitivas como en los mismos tiempos de Jesucristo.» Luego nos refiere que visitó al misionero sueco Mr. Hogberg y que tomó parte en un coro, cantando un salmo acompañado por un armonio. En otro lugar confiesa que las Navidades, bien las pasara bajo techado entre los embates de una tempestad de arena, ó bajo un manto de nieve, siempre fueron para él muy penosas, porque en esos días, con más fuerza que en los demás del año, le asaltaba el deseo de verse en su casa y entre los suyos.

No podríamos terminar más adecuadamente esta breve reseña de audacias, sufrimientos y victorias, que deseando á todos los hombres, en dondequiera que estén, y especialmente á los misioneros, exploradores y á todos los que marchan á la vanguardia de la civilización y que tratan de llevar la luz á los parajes de la tierra que aún yacen en las tinieblas de la ignorancia, que tengan unas Pascuas muy felices y alegres.

LAS AVISPAS, CONSIDERADAS COMO ARQUITECTOS

Los árboles extienden sus espesos follajes, cúbrense las plantas de flores, embriagadores perfumes embalsaman el ambiente, y en el aire, en las ramas, en la maleza, zumban millares de insectos que se afanan por aprovechar el corto período de los días hermosos caldeados por el sol, porque antes de poco soplarán los fríos vientos de otoño y con ellos terminará su

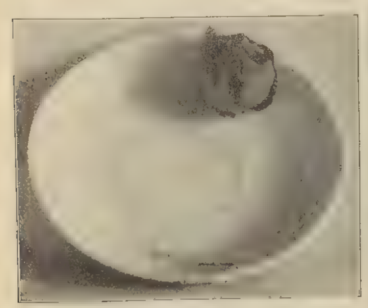


Fig. 1. – Nido de *Vespa media* en un plato

existencia ó quedará paralizada, comenzando el largo sueño invernal.

Los más activos, entre todos aquellos seres, son las abejas, que de flor en flor liban la miel que han de llevar á sus colmenas. La avispa, cómodamente instalada en sitio bien escogido, también busca su sustento en aquella mesa que para el mundo de los insectos ha provisto con tanta prodigalidad la naturaleza, y cuando está saciada endereza su vuelo hacia la cercana vertiente arenosa. Sigámosla allí y presenciaremos el comienzo de un cuento maravilloso en el que la abeja es la protagonista.

¿Conocéis la historia del basilisco, de aquel monstruo que tenía el don de inmovilizar con su mirada á todos los seres para arrastrarlos luego á una cueva en donde sus hijos los devoraban vivos? Pues bien: esa fábula grotesca es una realidad en la arenosa vertiente del brezal; el monstruo es una avispa cavadora, de la que hay muchas especies y que lleva arrastrando una indefensa oruga mucho más grande que ella. Clavó traidoramente en su descuidada víctima su aguijón, que en ella equivale á la mirada del basilisco, y la infeliz oruga, después de un par de convulsiones, ha quedado inmóvil; no ha muerto, sin embargo, ya que el matarla no entra en los cálculos de su verdugo; no está más que entumecida. Cuando la avispa llega á la vertiente, deja momentáneamente su carga, penetra en un agujero en aquélla practicado, y cuando se ha convencido de que en su nido no ocurre novedad, vuelve á salir é introduce en él á la oruga. Después de repetir una ó dos veces la tragedia, pone la avispa un huevo en el fondo de su caverna y la cierra.

De aquel huevo sale un gusano que no piensa en otra cosa que en vaciar los cuerpos de las orugas, vivas aún y por ende frescas, y al cabo de unos días, cuando se ha chupado toda la carne de aquéllas, comienza á hacer su capullo y se transforma en crisálida, de la cual saldrá, al poco tiempo, una nueva avispa.

Primeramente la avispa fué solitaria, construyendo en la vertiente arenosa del vasto brezal su sencillo nido subterráneo; pero las buenas condiciones de la vivienda no tardaron en procurarle más compañeras, que fueron practicando allí sendos orificios tubulares hasta formar como una especie de galería común con compartimientos separados. Esto fué realmente un progreso, al que pronto debía seguir otro más importante para el logro del objetivo final de la colmena; este segundo progreso fué determinado por el amor maternal. La abeja solitaria ponía su huevo, dejaba provisiones en el nido y no se preocupaba más de su descendiente, al que ya no volvía á ver; pero poco á poco existieron especies de avispas que no se contentaron con el nido cavernoso aislado, sino que ampliaron la construcción en forma de pequeña mina, de cuyas galerías principales arrancaban una porción de pequeñas galerías secundarias, y acabaron por formar panales con más ó menos celdas que colgaron en delgadas columnitas. En la primera celda que



Fig. 2. – Nido de avispa papirácea (Port-Natal)

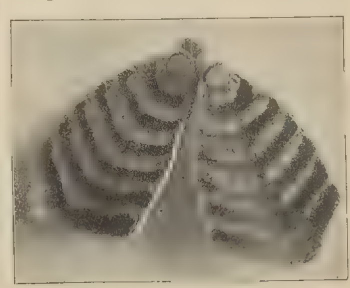


Fig 3. – Nido partido de la avispa *Chartergus nidulans*

construyó, depositó la madre su huevo, dejó al lado de éste las necesarias provisiones y cerró el orificio; luego construyó una segunda, una tercera y una cuarta, haciendo en todas lo mismo. Pero como entre el comienzo y el final del período de la postura transcurrió bastante tiempo, sucedió que antes de haber construído la última celda y puesto el último huevo, el primero se había transformado ya en avispa. Madre é hija se contemplaron asombradas; mas su asombro fué de corta duración, porque la avispa joven se hizo cargo en seguida de la misión que había de desempeñar en la tierra y con presteza se echó á buscar materiales de construcción y substancias alimenticias y se convirtió en colaboradora enérgica de la gran obra, en avispa trabajadora, mientras la avispa madre siguió poniendo huevos en las nuevas celdas. Desde entonces, hubo entre las avispas, del mismo modo que entre las abejas, avispas perpetuamente trabajadoras y una reina sin otra misión que poner huevos; y así comenzaron esos insectos á ser sociables.

Este fué asimismo el comienzo de esos avisperos artísticos cuya ingeniosa disposición produce en nosotros tanta admiración como asombro.

La especie que con más arte construye sus nidos es la de las avispas papiráceas *(Vespidæ)*, sobre todo las que viven en los trópicos (fig. 2). Allí, en aquel

clima cálido que llena de colores alegres todo lo que es vida, alcanzan los avisperos su mayor grado de perfección y de variedad. Las avispas, esos pequeños y hábiles arquitectos, saben, como ningún otro insecto, construir según planos exactos y que responden á un determinado fin, lo cual no deja de ser sorprendente si se tiene en cuenta el instinto salvaje, guerrero, de la mayoría de esos animales. Los avisperos

Fig. 4. – Nido de *Vespa media*, en un grosellero

pueden ser considerados, en el terreno de las construcciones de insectos, como un eslabón de la cadena que se nos ofrece como prueba de la historia de la moderna cultura. Ya Aristóteles y Plauto demostraron que en el plan arquitectónico de los avisperos hay una serie de cosas que indican rudimentos de aptitudes que han alcanzado su mayor grado de perfección en el hombre; así como éste escoge para sus edificios los lugares más apropiados y más seguros, así también sabe la avispa elegir el sostén más á propósito, el sitio más seguro para sus nidos. La manera de colgar los avisperos varía según las especies: unas los instalan en la parte inferior de grandes hojas; otras



Fig. 5. – Nido de *Chartergus apicalis* (Bahía)

los construyen en la bifurcación de una rama; otras en lo alto de los árboles, ó en una viga de una casa ó en alguna prominencia de una pared, al modo de las golondrinas.

También se observa gran variedad en la forma de los avisperos. Los hay que parecen bolas ó conos truncados; otros son cilíndricos ó semiesféricos; otros son grandes, de forma irregular y están provistos interiormente de espinas. Los más sencillos consisten simplemente en una serie de panales sin ninguna envoltura y se construyen, con las celdas dirigidas hacia arriba, en ramas ó en hojas; ejemplo de ello, los de la especie *polistes*, que abunda en Francia y en Alemania. Asimismo construyen esos nidos sencillos la *Apoica pallida* del Brasil, la *Palybia pediculata*, que cuelga su avispero de la corteza de un tronco, y la avispa cavadora.

Sin embargo, son muy pocas las especies que se contentan con tan rústicas viviendas, sobre todo cuando viven reunidas en grandes agrupaciones. En la mayoría de los casos, esos insectos cubren sus panales con una envoltura, sirviéndoles de materiales de construcción, así para esta envoltura como para las celdas, principalmente las materias vegetales que la abeja masca y humedece con su saliva, rica en quitina, formando esa pasta que da á sus nidos la apariencia de papel. La envoltura puede ser muy delgada y elástica y consiste generalmente en largos tejidos de corteza que la avispa roe de los troncos de los árboles. Otros nidos hay cuyo aspecto es el de una masa de cartón blanco, como, por ejemplo, los de las especies *Chartergus* de los trópicos; esta clase de en-



Fig. 6. – Columna de panales de avispón (*Vespa crabro*)

voltura da gran estabilidad á los avisperos, lo que es una gran ventaja en las regiones tropicales, en donde el sol abrasa y tanto menudean las lluvias. Esos nidos de cartón los construyen las avispas con filamentos vegetales y otros materiales por el estilo convenientemente mascados.

Hay especies que para la construcción de sus nidos emplean materias inorgánicas; por ejemplo, la *Polybia cayennensis*, que utiliza la arcilla cuarzosa y micácea. En este caso, como el nido es muy pesado, la avispa escoge, para instalarlo, una rama delgada, pero fuerte, que crezca hacia abajo á fin de que pueda aguantar el peso sin romperse.

Lo mismo que en el exterior, son muy distintos los avisperos interiormente, aun cuando haya cierta concordancia entre todos ellos. En general pueden agruparse en dos sistemas: el operculiforme y el columniforme; el primero lo practica, por ejemplo, la *Polibya rejecta*, que después de terminado un panal lo cubre con una especie de tapadera sobre la que asienta el panal siguiente. En el centro de cada tapadera hay un orificio de salida que se prolonga al través de toda la construcción y que sirve para la circulación de las avispas. De esa ingeniosa estructura tenemos una muestra en la figura 3 que representa las dos mitades de un nido de *Chartergus nidufans*. En todos los avisperos construídos por este estilo y de los cuales reproducimos algunos bellos ejemplares en parte abiertos (fig. 3 y fig. 5), la envoltura exterior está enteramente adherida á las celdas y á los panales, no quedando en medio ningún espacio hueco.



Fig. 7. – Nido de *Icaria Cabetii* (Australia)

Otro plan arquitectónico siguen las abejas que construyen sus nidos dando á sus panales la forma de columna; una muestra del mismo nos ofrece el avispero de la *Chartergus apicalis*, en el cual vemos cómo cada uno de los panales, que se suceden formando picos y están adheridos por unos pedúnculos,



Fig. 8. – Nido de *Nectarinia Lecheguana*

cuelgan de una rama. Del mismo género son los nidos de los avispones (fig. 6) y los cónicos que la *Polybia ampullaria* de los trópicos construye en la parte inferior de las hojas. En esta clase de avisperos, no vemos el orificio de circulación, que en ellos resulta innecesario, pues las avispas pueden circular alrededor de los panales, y únicamente hay un agujero de entrada en la base del nido.

Por este sistema construyen sus nidos las avispas indígenas de Europa, unas en cavidades de la tierra, otras en árboles huecos, en las ramas y en la maleza, y otras en las viviendas humanas, como, por ejemplo, los avispones *Vespa crabro*, que instalan los suyos en las bovedillas de los techos y en las vigas. La *Vespa media* construye el suyo preferentemente en las ramas, pero á veces también los construye en el interior de las casas; y cuando en años favorables se presentan estas avispas en gran número, pueden llegar á ser una gran molestia, como sucedió una vez en cierta granja, en cuyas vigas construyeron aquellos insectos centenares de nidos.

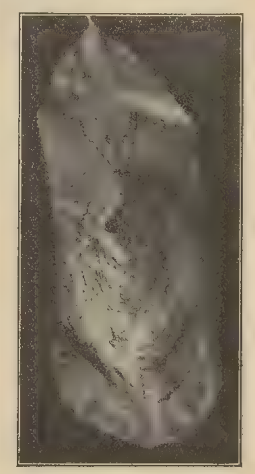


Fig. 9. – Nido de *Chartergus frontalis* (Puerto Cabello)

C. DIEDERICHS CUTINS.

(Fotografías del autor tomadas del Museo de Historia Natural de Hamburgo y de Lubeck.)



BARCELONA.—INAUGURACIÓN DEL TIRO DE PICHÓN DE LA REAL ASOCIACIÓN DE CAZADORES, EFECTUADA EL DÍA 14 DE LOS CORRIENTES (De fotografía de A. Merletti.)

En la tarde del día 14 de los corrientes efectuóse en el Tiro de Pichón de Miramar la inauguración de las tiradas de la Real Asociación de Cazadores de Barcelona. La fiesta resultó muy animada y se vió favorecida por un tiempo espléndido; asistieron á ella el capitán general Sr. Linares, el Sr. Jiménez en representación del alcalde, varios invitados y una concurrencia numerosa, compuesta de las más distinguidas familias de la sociedad barcelonesa.

Para las tiradas de inauguración había inscritos quince tiradores, habiendo ganado el primer premio, consistente en una medalla de oro, D. Miguel Casanovas, quien de cinco tiros hizo cuatro blancos; el segundo lo ganó D. Francisco Burés.

Amenizó el acto la banda de la Casa Provincial de Caridad, cuyos asilados, en número de setecientos, concurrieron también á la fiesta y fueron obsequiados con una merienda por la Asociación.

La junta directiva, de la que es presidente D. Miguel Cenarro, merece plácemes, así por la buena organización de la fiesta como por las atenciones que dispensó á los convidados.

REVOLUCIONARIAS RUSAS

DESTERRADAS Á SIBERIA

La lucha encarnizada que en Rusia sostienen el autocratismo y la revolución es, por decirlo así, un círculo vicioso: los revolucionarios pretenden derribar el régimen existente; el gobierno se defiende con medidas represivas; la represión engendra mayores violencias de aquéllos, y las mayores violencias determinan más severas represiones. Y de esta suerte, mientras los unos recurren al puñal, al revólver y á la dinamita para acabar con sus adversarios, los otros levantan horcas y llenan los presidios de Siberia para exterminar á los terroristas.

Entre éstos figuran en gran número las mujeres, que no vacilan en jugarse la vida ó la libertad en defensa de sus ideales; y en la lista de los actores de atentados cometidos de algunos años á esta parte contra altísimas personalidades resulta considerable el contingente de nombres femeninos. Algunas han perecido en la horca; otras se han suicidado; muchísimas han sido desterradas á Siberia.

El adjunto grabado representa á seis que recientemente han sido condenadas al destierro; entre ellas está la famosa María Spiridonowa, de la que tanto se ha hablado por haber sido víctima de los ultrajes de un oficial de gendarmería que luego fué asesinado.



LA REVOLUCIÓN EN RUSIA. – Seis jóvenes revolucionarias en la estación de Moscou antes de partir para Siberia, adonde han sido desterradas. Entre ellas está la célebre María Spiridonowa (×) (De fotografía.)

LIBROS

ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

POR AUTORES Ó EDITORES

EXPANSIÓN COMERCIAL DE ESPAÑA EN MARRUECOS. – Informes de la Real Sociedad Geográfica de Madrid, de la Compañía Transatlántica española, de varias Cámaras de Comercio y otras entidades y de algunos particulares, en contestación al cuestionario formulado por el Ministerio de Fomento. Contiene asimismo la Memoria presentada al Consejo de Ministros por el Ministro de Fomento Excmo. Sr. D. Manuel García Prieto. Un tomo de 196 páginas, publicado en Madrid por el Ministerio de Fomento.

AYUNTAMIENTO CONSTITUCIONAL DE BARCELONA. MUSEOS ARTÍSTICOS MUNICIPALES. CATÁLOGO DE LA SECCIÓN DE TEJIDOS, BORDADOS Y ENCAJES DEL MUSEO DE ARTE DECORATIVO Y ARQUEOLÓGICO. – Un tomo de 352 páginas con un prólogo, algunos apuntes históricos de Tejido y Bordado, multitud de notas explicativas de objetos catalogados y gran número de reproducciones de los más notables ejemplares. Impreso en Barcelona, en la imprenta Sucesor de F. Sánchez. Precio, cinco pesetas.

AGENDA DE BUFETE, Ó LIBRO DE MEMORIA DIARIO PARA 1907. Edición económica para la provincia de Barcelona. – Contiene calendario, fiestas movibles, santoral (por orden alfabético), tarifas de cédulas, correos, valores declarados, telegramas y telefonemas, licencias de caza y pesca, papel sellado, timbre movil, tablas de reducciones y el índice de las calles de Barcelona por orden alfabético. Editada en Madrid por la casa Bailly-Bailliere é hijos. Precio, de una á cuatro pesetas.

ANUARIO ESTADÍSTICO DE LA CIUDAD DE BUENOS AIRES. Año XV–1905. – Un tomo de 316 páginas que contiene cuantos datos estadísticos puedan desearse sobre los diferentes ramos de la administración municipal, perfectamente clasificados, y que ha sido publicado por la Dirección de Estadística municipal á cuyo frente se halla D. Alberto B. Martínez. Impreso en Buenos Aires en la imprenta de la Compañía Sud-Americana de Billetes de Banco.

JORDI ERIN, por *J. Burgas*. – Episodio dramático, estrenado con excelente éxito en el teatro Romea de esta ciudad. Editado en Barcelona por don Antonio López. Precio, 50 céntimos.

MEDICINA NATURAL Y BAÑOS DE SOL, por *Arnold Rikli*, traducción de *Harald Eek*. – Un tomo de 248 páginas, impreso en Barcelona en la imprenta de José Ariza de Abalo.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

INDICE

DEL TEXTO CONTENIDO EN EL TOMO XXV DE LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA

ARTICULOS FIRMADOS

(POR ORDEN ALFABÉTICO DE SUS AUTORES)

VARIOS

(POR ORDEN DE LAS FECHAS DE SU PUBLICACIÓN)

NOVELAS

(POR ORDEN ALFABÉTICO DE SUS AUTORES)

INDICE

DE LOS GRABADOS CONTENIDOS EN EL TOMO XXV DE LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA

ACTUALIDADES

(POR ORDEN ALFABÉTICO DE SUS TÍTULOS)

BELLAS ARTES

ARQUITECTURA, ESCULTURA, PINTURA, DIBUJO

(POR ORDEN ALFABÉTICO DE SUS AUTORES)

RETRATOS

(POR ORDEN ALFABÉTICO DE SUS NOMBRES)

VARIEDADES

(POR ORDEN ALFABÉTICO DE LOS TÍTULOS DE LOS GRABADOS)

NOVELAS ILUSTRADAS

(POR ORDEN ALFABÉTICO DE LOS ARTISTAS DIBUJANTES)

